2002

Est. 8
Tab. 3
Núm. 2002

T. 1370535
C. 7204707

LA

LEYENDA DE ORO

ó

DE TODOS LOS SANTOS QUE VENERA LA IGLESIA.

MADRID.

BARCELONA.

1852.

LA

LEYENDA DE ORO

VIDAS

DE TODOS LOS SANTOS QUE VENERA LA IGLESIA.

LA REVISA

el Rdo. Don José Sayol y Echevarría,

SE PUBLICA

CON APROBACION Y BAJO LOS AUSPICIOS DEL EXMO. É ILMO. SEÑOR OBISPO DE BARCELONA,

Y CON INDULGENCIAS CONCEDIDAS POR VARIOS PRELADOS DE ESPAÑA.

MADRID.
LIBRERÍA ESPAÑOLA, CALLE DE RELATORES
LIBRERÍAS DE CUESTA, Y DE LA PUBLICIDAD.

BARCELONA.
LIBRERÍA ESPAÑOLA, CALLE ANCHA, NUM. 26
CERDÁ, Y PIFERRER, PLAZA DEL ANGEL.

1853.

LA

LEYENDA DE ORO.

TOMO CUARTO.

DOMINICAS DEL AÑO.

LA

LEYENDA DE ORO.

TOMO CUARTO.

DOMINICAS DEL AÑO.

LA

LEYENDA DE ORO

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DOMINGOS, DIAS DE CUARESMA Y FIESTAS MOVIBLES.

CONTIENE LA HISTORIA Ó DESCRIPCION DEL MISTERIO
Ó DE LO MAS DIGNO DE SABERSE EN TALES DIAS; ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA EPÍSTOLA;
UNA MEDITACION DESPUES DEL EVANGELIO DE LA MISA, Y ALGUNOS EJERCICIOS PRÁCTICOS DE DEVOCION Ó PROPÓSITOS ADAPTABLES
Á TODO GÉNERO DE PERSONAS.

escrito en francés

POR EL PADRE JUAN CROISSET

de la Compañía de Jesus,

Y TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR DON JOSÉ MARÍA DIAZ JIMENEZ,

PRESBÍTERO.

TOMO CUARTO.

MADRID.
LIBRERÍA ESPANOLA, CALLE DE RELATORES,
NÚM. 14.

BARCELONA.
LIBRERÍA ESPAÑOLA, CALLE ANCHA,
NÚM. 23.

1853.

Barcelona: Imp. de L. Tasso, calle Basoa, 23.

LOS EDITORES.

Al publicar la Leyenda de Oro nos propusimos suministrar á las personas piadosas un libro en que pudieran hallar el tema de sus ejercicios y meditaciones, correspondientes á cada uno de todos los dias del año. Hemos llenado cumplidamente nuestro objeto, y el devoto ha visto de todo punto satisfechos sus deseos al tomar en sus manos un libro que debe considerarse realmente como el mas completo de cuantos se han publicado en su género hasta el dia, supuesto que constituye la biografía de todos los santos que venera nuestra madre la Iglesia. Muchas son sin embargo las personas cuyos deberes sociales son incompatibles con estos ejercicios cotidianos, y deseando los editores proporcionarles el medio de conciliar su piedad con sus obligaciones, no han titubeado en continuar las Dominicas integrando de esta suerte su obra con un complemento que reune en cierto modo todos los ejercicios devotos en los dias festivos, pudiendo reputarse por tanto cada dominica como una síntesis exacta de las prácticas á que debe dedicarse el fiel cristiano en cada dia de la semana.

Por lo que hace al mérito de la traduccion, hemos preferido la del señor Jimenez que en concepto de todos los inteligentes puede citarse como un dechado de pureza y elegancia, digna de la elegancia y pureza de los Granadas y Mendozas.

Aprovechando una coyuntura tan favorable, y en cumplimiento de lo ofrecido en el segundo prospecto, los editores incluirán en las Dominicas las láminas de todos los santos que por sus circunstancias especiales promueven en España una devocion preferente; y á fin de dar á este libro todo el realce de que lo hace digno el piadoso objeto á que está destinado, han mandado grabar en acero espresamente las indicadas láminas, haciendo de esta Leyenda un verdadero libro de oro para las personas que estiman en algo los ejercicios de la devocion y la práctica de las virtudes de la religion cristiana.

FIESTAS MOVIBLES.

El año eclesiástico comienza el primer domingo de adviento, que cae el domingo mas inmediato al dia de san Andrés, apóstol.

La *Septuagésima*, la *Sexagésima* y la *Quincuagésima* preceden inmediatamente á la cuaresma.

La cuaresma empieza el miércoles de ceniza, cuarenta y seis dias ántes de *Pascua*, y comprende: 1.° los cuatro últimos dias de la semana de *Quincuagésima*; 2.° las cuatro semanas llamadas de *Cuaresma*; 3.° la semana de *Pasion*; 4.° el domingo de *Ramos*, y toda la *Semana Santa*.

Esta semana, la de *Pascua*, y el domingo de *Cuasimodo*, forman la quincena de *Pascua*.

La fiesta de *Pascua* se celebra en toda la Iglesia en memoria de la resurreccion de Jesucristo, el domingo próximo siguiente al plenilunio del equinoccio de primavera.

Las *Rogaciones* son unas rogativas que se hacen durante los tres dias inmediatos precedentes á la *Ascension*, por los frutos de la tierra y la salubridad del aire.

La *Ascension* se celebra el jueves, cuadragésimo dia: y *Pentecostés* el domingo, quincuagésimo dia despues de *Pascua*.

La fiesta de la *Santísima Trinidad* está fijada en el primer domingo despues de *Pentecostés*, y la de *Corpus* el jueves de la misma semana.

El año entero comprende cincuenta y dos domingos. El número de los que se hallan entre la *Epifanía* y la *Septuagésima*, y entre *Pentecostés* y el *Adviento*, varia segun cae *Pascua*, mas ó ménos inmediata al equinoccio.

Las *Cuatro Témporas* son un ayuno de tres dias, fijado en el miércoles, viernes y sábado de una de las primeras semanas de cada estacion: las de invierno tienen lugar la tercera semana de adviento; las de la primavera, la primera semana de cuaresma; las de verano, la semana de Pentecostés; y las de otoño, hácia mediados de setiembre.

AÑO DEL SEÑOR.	LETRA DOMIN.	EPACTA.	SEPTUAGÉSIMA.	CENIZA.	PASCUA.	ASCENSION DEL SEÑOR.	PENTECOSTÉS.	CORPUS CHRISTI.	DOM. DESP. DE PENTE.	DOMINICA I.ª DE ADVIENTO.
1853	b	XX	23 Ene.	9 Feb.	27 Marz.	5 Mayo.	15 Mayo.	26 Mayo.	27	27 Nov.
1854	A	I	12 Feb.	1 Mar.	16 Abril.	25 Mayo.	4 Junio.	15 Junio.	25	3 Dic.
1855	g	XII	4 Feb.	21 Feb.	8 Abril.	17 Mayo.	27 Mayo.	7 Junio.	26	2 Dic.
1856	f e	XXVIII	20 Ene.	6 Feb.	23 Marz.	1 Mayo.	11 Mayo.	22 Mayo.	28	30 Nov.
1857	d	IV	8 Feb.	25 Feb.	12 Abril.	21 Mayo.	31 Mayo.	11 Junio.	25	29 Nov.
1858	c	XV	31 Ene.	17 Feb.	4 Abril.	13 Mayo.	23 Mayo.	3 Junio.	26	28 Nov.
1859	b	XXVI	20 Feb.	9 Mar.	24 Abril.	2 Junio.	12 Junio.	23 Junio.	23	27 Nov.
1860	A g	VII	5 Feb.	22 Feb.	8 Abril.	17 Mayo.	27 Mayo.	7 Junio.	26	2 Dic.
1861	f	XVIII	27 Ene.	13 Feb.	31 Marz.	9 Mayo.	19 Mayo.	30 Mayo.	27	1 Dic.
1862	e		16 Feb.	5 Mar.	20 Abril.	29 Mayo.	8 Junio.	19 Junio.	24	30 Nov.
1863	d	XI	1 Feb.	18 Feb.	5 Abril.	14 Mayo.	24 Mayo.	4 Junio.	26	29 Nov.
1864	c b	XXII	24 Ene.	10 Feb.	27 Marz.	5 Mayo.	15 Mayo.	26 Mayo.	27	27 Nov.
1865	A	III	12 Feb.	1 Mar.	16 Abril.	25 Mayo.	4 Junio.	15 Junio.	25	3 Dic.
1866	g	XIV	28 Ene.	14 Feb.	1 Abril.	10 Mayo.	20 Mayo.	31 Mayo.	27	2 Dic.
1867	f	XXV	17 Feb.	6 Mar.	21 Abril.	30 Mayo.	9 Junio.	20 Junio.	24	1 Dic.
1868	e d	VI	9 Feb.	26 Feb.	12 Abril.	21 Mayo.	31 Mayo.	11 Junio.	25	29 Nov.
1869	c	XVII	24 Ene.	10 Feb.	28 Marz.	6 Mayo.	16 Mayo.	27 Mayo.	27	28 Nov.
1870	b	XXVIII	13 Feb.	2 Mar.	17 Abril.	26 Mayo.	5 Junio.	16 Junio.	24	27 Nov.
1871	A	IX	5 Feb.	22 Feb.	9 Abril.	18 Mayo.	28 Mayo.	8 Junio.	26	3 Dic.
1872	g f	XX	28 Ene.	14 Feb.	31 Marz.	9 Mayo.	19 Mayo.	30 Mayo.	27	1 Dic.
1873	e	I	9 Feb.	26 Feb.	13 Abril.	22 Mayo.	1 Junio.	12 Junio.	25	30 Nov.
1874	d	XII	1 Feb.	18 Feb.	5 Abril.	14 Mayo.	24 Mayo.	4 Junio.	26	29 Nov.
1875	c	XXIII	24 Ene.	10 Feb.	28 Marz.	6 Mayo.	16 Mayo.	27 Mayo.	27	28 Nov.
1876	b A	IV	13 Feb.	2 Mar.	16 Abril.	25 Mayo.	4 Junio.	15 Junio.	25	3 Dic.
1877	g	XV	28 Ene.	14 Feb.	1 Abril.	10 Mayo.	20 Mayo.	31 Mayo.	27	2 Dic.

LA LEYENDA DE ORO

TOMO CUARTO.

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DOMINGOS, DIAS DE CUARESMA Y FIESTAS MOVIBLES.

HISTORIA DEL DOMINGO.

El domingo es el primer dia de la semana, al cual los griegos y los romanos, despues de haber aplicado á cada uno de los dias de la semana el nombre de uno de los siete planetas, llamaron dia del sol, «dies solis,» y los cristianos han llamado siempre por escelencia dia del Señor, «dies dominica,» por ser el dia en que se cumplió el gran misterio de nuestra redencion por la triunfante resurreccion del Salvador, acaecida en el primer dia de la semana, «in prima sabbati;» esto es, el primer dia despues del sábado. Por esto los griegos llamaban al domingo «anastastmos,» que significa dia de la resurreccion: de suerte que cada domingo es una octava continuada de ella. Como este gran misterio es el mas sólido fundamento de nuestra fé y de nuestra esperanza, y la base, por decirlo así, de toda la religion, ha querido Dios que cada ocho dias renovásemos su memoria.

Nota san Juan que en el octavo dia despues de Pascua, estando reunidos en oracion los apóstoles, fué cuando el Salvador se presentó á ellos, y convenció al apóstol incrédulo, mostrándole sus llagas. Quiso, sin duda, el Hijo de Dios enseñar con el ejemplo á sus apóstoles, ántes de instruirles con las palabras, que este primer dia de la semana debia ser en adelante un dia solemne entre los cristianos, dia consagrado al culto divino, dia en el que derramaria sobre los fieles reunidos los tesoros de sus misericordias y sus mas señalados favores, si ellos eran exactos en santificar este dia en los ejercicios de religion, y singularmente con la oracion.

No hay duda que el Salvador despues de su resurreccion, instruyendo á sus apóstoles sobre todos los puntos de la religion, y formando su Iglesia, durante el tiempo que aun permaneció visiblemente entre ellos sobre la tierra, les declaró que el domingo debia suceder á la solemnidad del sábado, como la nueva ley sucedia á la antigua; que estando ya abolidas las ceremonias legales, iba á renovar todas las cosas en el nuevo sistema de religion, y que así como el séptimo dia de la semana habia sido hasta entonces fiesta para los judíos, en memoria de haber descansado Dios el séptimo dia de la obra de la creacion, queria que el primer dia de la semana fuese en adelante religiosamente festivo para los cristianos en memoria de que en este dia habia descansado, por decirlo así, el Salvador del mundo, cumplida ya la grande obra de la redencion de todos los hombres.

Es preciso convenir en que el nombre de domingo ó dia dominical es cuasi tan antiguo como la Iglesia, puesto que se encuentra empleado en el Apocalipsis como de un uso ya muy comun entre los fieles. «Era domingo,» dice san Juan, «cuando el Señor me reveló los misterios mas ocultos.» Pasando san Pablo por Troades, en Frigia, para ir á Jerusalen, no faltó el primer dia de la semana, esto es, el domingo, á la asamblea de los fieles. En ella predicó, hizo oracion, ofreció el divino sacrificio y dió á todos la comunion. «Hallándonos reunidos el primer dia de la semana para la fraccion,» se dice en los Hechos de los Apóstoles, «Pablo, que debia marchar al dia siguiente, habló á los discípulos, y alargó el discurso hasta media noche.» Nadie ignora que por la fraccion del pan se entiende siempre en la Escritura la divina Eucaristía; y haciéndola el Salvador con los peregrinos de Emaús fué como se les dió á conocer: «Cognoverunt eum in fractione panis.»

La reunion de los fieles en este primer dia de la semana, en un sitio adornado é iluminado con multitud de lámparas, para asistir allí á los divinos misterios, para comulgar y para oir la palabra de Dios, demuestra bastante cuáles eran ya desde entonces los ejercicios piadosos con que aquellos primeros cristianos celebraban el dia santo del domingo.

«En el domingo, que vosotros llamais dia del sol,» decia san Justino mártir, que vivia en el segundo siglo, «todos los que habitan en las ciudades, ó en la campiña, se reu-

nen en un mismo lugar: allí se leen, cuando el tiempo lo permite, los escritos de los apóstoles ó los libros de los profetas.» Luego que concluye el lector, toma la palabra el sacerdote ó el obispo que preside, «y hace una exhortacion para animar á los asistentes á la práctica de aquello que han oido. Nos levantamos en seguida para orar todos juntos. Concluida la oracion se ofrece el pan, el vino y el agua. Despues de la consagracion da el sacerdote la comunion á los que están presentes; y los diáconos llevan la divina Eucaristía á los que no han podido asistir. Y por último, ántes de separarse,» añade el mismo Padre, «los que tienen con qué, contribuyen segun su voluntad para el alivio de los pobres y para la libertad de los encarcelados.» Tal era el modo de celebrar el santo dia del domingo desde los primeros tiempos de la Iglesia: de todas partes corrian en tropas al templo en donde se asistia á la misa, todos comulgaban en ella, se oia la predicacion, y se ejercitaban en grandes obras de caridad; allí se pasaba el dia en la lectura de los libros de piedad y en la oracion. La ley que ordena que se santifique así el domingo no ha envejecido, el precepto todavía está en vigor. ¿Y los cristianos de nuestros dias santifican de este modo el domingo?

Hermanos mios, escribe san Ignacio mártir, discípulo de los apóstoles, á los magnesianos: vosotros no estais ya obligados á observar el sábado; pero estais indispensablemente obligados á observar y santificar por los actos mas perfectos de la religion el santo dia del domingo. San Dionisio de Corinto, san Clemente de Alejandría, Tertuliano, san Cipriano y otros santos padres de la Iglesia primitiva son otros tantos testigos de esta tradicion apostólica, como de la observancia religiosa, del fervor, del celo, de la tierna devocion con que los fieles santificaban y celebraban el domingo.

Era tan religiosamente observada por los primeros fieles la santificacion del domingo, que á juicio de los paganos, como que formaba ella su carácter; por esto los magistrados frecuentemente preguntaban á los cristianos si habian ido á la iglesia el domingo, como si toda la religion cristiana se encerrase en este solo acto de religion. «Sí, yo soy cristiana,» esclamaba la generosa Thelica, «y porque soy cristiana he observado el santo dia del domingo; he concurrido á la asamblea de los hijos de Dios; he asistido á la celebracion de nuestros divinos misterios. Nosotros no tememos celebrar el santo dia del domingo, porque no se puede dejar de hacer sin pecado. La ley de Dios lo manda, y esta misma ley nos enseña cómo debemos observarle; y aun cuando debiese costarnos la vida, nosotros observaríamos y santificaríamos este santo dia. ¿Ignorais, señor,» decia Félix al procónsul Anulino, «que el cristiano en la celebracion de los sagrados misterios y en la religiosa observancia del domingo, hace una profesion solemne de su religion, y que esta observancia religiosa es una prueba brillante de la fé de los fieles? Yo no te pregunto si eres cristiano, decia aquel juez al santo mártir, sino si has observado el domingo.» Hablemos ahora de buena fé, ¿el modo tan irreligioso, por no decir escandaloso, con que la mayor parte de los cristianos observan hoy este santo dia, podria servir para prueba de la pureza de su fé y de la santidad de su conducta?

Teófilo de Alejandría designa la solemnidad con que hay obligacion de celebrar este santo dia. «La ley, el uso, la solemnidad del oficio del dia, todo pide que honremos el domingo como dia del Señor, y que le celebremos como una fiesta solemne.» El sexto concilio de París, celebrado el año de 829, conducido por el mismo espíritu, ha dicho que «este dia es mas solemne y mas venerable que todos los demás.» Así es que una de las primeras leyes que promulgó el emperador Constantino despues de su conversion, fué el ordenar que el domingo se celebrase en todo el imperio romano con una puntualidad y celebridad estraordinarias, dispensando en este dia á todos los soldados cristianos de todas las funciones militares; mandando al mismo tiempo, por medio de un segundo edicto, que los soldados paganos saliesen en este dia á campo raso para hacer todos juntos al solo Dios verdadero las preces que les estaban señaladas, queriendo que el domingo fuese reverenciado y observado religiosamente por todos los pueblos que dominaba. Creyó el piadoso emperador que la ley del príncipe, por el temor del castigo temporal, conduciria para hacer que se guardase con mas exactitud la ley de Dios sobre la observancia del domingo.

A la verdad, la solemnidad del dia santo del domingo ha sido mirada siempre como uno de los deberes mas esenciales de la religion, como una ley sagrada respetable á todos los fieles. Dios soberano, señor de todo, podia exigir que todos los dias de la semana fuesen únicamente consagrados al culto divino; no se reservó, sin embargo, mas que un solo dia, mas quiere que este dia se emplee todo en su servicio. No solo está entredicha en él, bajo pena de pecado, toda obra servil, sino que quiere tambien que todo este dia se santifique por los ejercicios de la religion y por la práctica de las buenas obras. San Teodoro de Cantorbery dice que el domingo nadie se hacia á la mar, no se montaba á caballo, no se escribia para el público, no se carreteaba sino para llevar á la iglesia á aquellos que no podian ir por su pié, no se cocia el pan, ni se hacia viaje. La obligacion de celebrar el domingo es tan antigua como la subrogacion de su fiesta á la del sábado. Por mucho tiempo la solemnidad del domingo, y por consiguiente la cesacion de toda obra servil, empezaba desde las vísperas del sábado hasta las segundas vísperas del domingo, siguiendo el ejemplo de los judíos, á quienes Dios habia mandado observar el sábado desde la víspera por la tarde hasta la tarde del mismo dia. Nunca fueron los judíos tan exactos en la observancia del mandamiento del sábado, como lo han sido los cristianos con respecto al santo dia del domingo. «Guárdese el dia del domingo desde las primeras vísperas hasta concluidas las segundas,» dice el concilio de Francfort celebrado el año de 794. Desde las vísperas del sábado, que son las primeras vísperas del domingo, cesaba todo alegato y toda obra servil. Los magistrados de policía, de acuerdo con los santos cánones y las ordenanzas de los príncipes, eran tan exactos para hacer que se observase esta ley, que al último golpe de las vísperas del sábado se veian cerrar todas las tiendas. Comenzando el oficio del domingo por las vísperas, continuaba entonces por el de la noche, que por lo comun se pasaba entera en la iglesia; de este modo se satisfacia á la santificacion del domingo, hasta que cesando la vigilia de la noche, y habiendo la Iglesia prohibido por razones de buena prudencia las asambleas nocturnas, ha trasferido la fiesta del domingo al dia civil que es de una media noche á otra, conservando, no obstante, siempre el antiguo uso

en el oficio divino que comienza por las primeras vísperas, las cuales son la parte mas solemne del oficio, que concluye por las vísperas y completas del dia siguiente.

Ni la Iglesia reduce la celebracion del domingo á solo la cesacion de las obras serviles; nos obliga tambien á santificar este dia privilegiado por los ejercicios mas santos de la religion, y por la práctica exacta de todas las virtudes cristianas. La observancia de la ley no se reduce toda á oir la santa misa. Antiguamente habia pocos fieles que no participasen en este dia de los sagrados misterios por la santa comunion; ninguno se dispensaba de oir la divina palabra. La oracion, la lectura de los libros de piedad, la meditacion, las buenas obras, son las únicas ocupaciones propias del santo dia del domingo. Para dar tambien á conocer la solemnidad de este dia, y para distinguirle de todos los demás del año, ha ordenado la Iglesia que no se ayunase en él, y que se suspendiesen aun los demás ejercicios esteriores de la penitencia. Como el domingo es la memoria y la octava continua del dia de la Resurreccion, no quiere la Iglesia que haya nada que turbe la alegría de este misterio. La costumbre de orar en pié el dia de Pascua y todo el tiempo pascual, es muy misteriosa: pretende la Iglesia por medio de esta postura darnos á entender que habiendo resucitado con Jesucristo, no debemos ya apegarnos á la tierra. Este uso le conserva todavía la Iglesia, orando en pié el domingo, singularmente al decir el «Angelus» al toque de las oraciones, y las antífonas de la santísima Vírgen que se dicen despues de completas.

¡Qué fondo de reflexiones no ofrece todo lo que acaba de decirse acerca de la institucion, de la solemnidad, de la santidad del domingo! ¿Y se celebra hoy con el mismo espíritu de la religion, con los mismos sentimientos de piedad, con la misma veneracion, la misma exactitud? ¿Se le santifica con los ejercicios de devocion y con la oracion? ¡Ah! ¡pocos dias se ven mas profanados! ¿Cuántos hay que no emplean el domingo mas que en ocupaciones suyas, en diversiones, en ejercicios profanos? Con tal que se haya asistido de priesa, y mas como pagano que como cristiano al tremendo sacrificio del altar, se cree haber satisfecho suficientemente á la estrecha obligacion de santificar el domingo. Una misa oida sin devocion, sin respeto, y aunque se diga sin sentimientos de religion, equivale para muchos á todas las prácticas de piedad mandadas indispensablemente á todos los fieles. Si hay una partida de placer, una diversion campestre, una comida suntuosa que dar, en una palabra, todo lo que hay ménos cristiano, por no decir mas pagano, todo se remite al dia santo del domingo. Hablemos, pues, de buena fé, ¿puede hoy llamársele dia del Señor? ! Ah¡ el Señor apenas tiene parte en él: con mas razon se le podria llamar dia del hombre, puesto que es el dia del desórden, del juego, de las diversiones; que no se emplea mas que en lo que favorece, lo que nutre el amor propio, la inclinacion, las pasiones del hombre; y despues de esto se estraña si el Señor está irritado, si el cielo no oye nuestros votos, si la corrupcion del corazon y el error del entendimiento lo tienen cuasi del todo inundado; se admira si la fé se estingue, si el número de los elegidos es tan pequeño, si por todas partes se hallan tan pocos verdaderos fieles: puede decirse que la profanacion del dia santo del domingo es el orígen de todos estos males.

Aunque todos los domingos del año sean solemnes, la Iglesia no obstante los distingue en dos clases: los de primera clase, cuya celebridad y oficio jamás se omiten, son; el primer domingo de Adviento, el primer domingo de Cuaresma, el domingo de Pasion, el de Ramos, el de Pascua, el domingo siguiente que se llama de «Quasimodo,» el de Pentecostés, y el domingo de la Trinidad. Los de segunda clase, que no ceden su oficio y su solemnidad sino á la fiesta del patron, del titular de una iglesia ó su dedicacion, son, el segundo tercero y cuarto domingo de Adviento y de Cuaresma, los de la Septuagésima, de la Sexagésima y de la Quincuagésima, los cuales son todos los domingos privilegiados: los demás son solo de una solemnidad ordinaria.

PRIMER DOMINGO DE ADVIENTO.

El primer domingo de Adviento es el primer dia del año eclesiástico, y el principio de un tiempo privilegiado que precede á la fiesta de Navidad, y que en la intencion de la Iglesia no es otra cosa que una preparacion para esta gran fiesta. Algunos creyeron que el Adviento era de institucion apostólica; pero por lo ménos es tan antiguo en la Iglesia como la fiesta de Navidad. Desde que se ha celebrado el dia del nacimiento del Salvador, ha exhortado la Iglesia á los fieles á que se preparen para la celebracion de este dia venturoso, y ella misma les ha dado ejemplo por las oraciones que ha multiplicado en este santo tiempo y por los ejercicios de penitencia que les ha dictado.

Como el Adviento no es otra cosa, segun el espíritu de la Iglesia, que un tiempo destinado ántes de la fiesta de Navidad para prepararse por medio de la oracion, el ayuno y los ejercicios de piedad á celebrar y hacerse favorable el advenimiento, esto es, la venida de Jesucristo, designado por la palabra «Adviento;» no hay prácticas de penitencia y devocion que los fieles no hayan puesto en uso durante este santo tiempo. San Perpetuo obispo de Tours, que vivia hácia la mitad del quinto siglo, viendo que el fervor de sus diocesanos se resfriaba de dia en dia en los ejercicios piadosos de este santo tiempo, y sobre todo que se habian relajado mucho en cuanto al ayuno, ordenó que se ayunase por lo ménos tres dias en la semana durante el Adviento, que era entonces de seis semanas como la Cuaresma. El primer concilio de Macon, celebrado el año de 581, ordenó lo mismo, y añadió que se celebrase la misa y el oficio divino segun la órden y la regla que se observa en la Cuaresma.

Este cánon del concilio de Macon que dispone que se celebre la misa durante el Adviento como en Cuaresma, nos da bastante á conocer que el Adviento se ha mirado siempre como la Cuaresma de Navidad: esto es, que así como la Cuaresma de cuarenta dias habia sido instituida en la Iglesia para que sirviese de preparacion á la fiesta de Pascua, del mismo modo fué establecido el Adviento para disponernos á la celebracion de la de Navidad. Los ayunos del Adviento tenian bastante relacion con los de Cuaresma en las iglesias donde se ayunaba todos los dias desde el siguiente á la fiesta de san Martin; y esto es lo que dió ocasion á los regocijos que se han acostumbrado en esta festividad, igualmente que se hacia en la víspera de Cuaresma, en cuyo dia era permitido comer carne, no comenzándose hasta el otro dia la abstinencia y el ayuno. En al-

gunas iglesias el Adviento comenzaba en el mes de setiembre ; pero como no se ayunaba mas que tres veces en la semana, resultaban siempre solos cuarenta dias de ayuno hasta Navidad. El segundo concilio de Tours, año de 567, obligaba á todos los religiosos á ayunar solamente tres dias en la semana durante los meses de setiembre, octubre y noviembre ; pero el mes de diciembre debian ayunarle todo hasta Navidad. Todo esto manifiesta que el Adviento no ha sido en todas partes igual en cuanto al número de dias ; ha sido mas largo ó mas corto, mas seguido ó mas interrumpido , en tiempo y lugares diferentes ; esta diferencia de tiempos y de costumbres se halla en los antiguos sacramentarios: la práctica de observar un Adviento de cuarenta dias ó de seis semanas subsistia aun en el siglo XIII, al ménos en algunas iglesias y entre los monges; y aun despues que la Iglesia ha reducido el tiempo de Adviento á cuatro semanas, la abstinencia y el ayuno son de regla indispensable en muchas órdenes religiosas.

Los capitulares de Carlo-Magno hacen el Adviento de cuarenta dias, dándole tambien el nombre de Cuaresma. Este pasaje de los capitulares atribuye solo á la costumbre los ejercicios piadosos del Adviento ; sin embargo, no deja de declarar que es un tiempo de oracion, de ayuno y de penitencia. Y aunque todos los dias del año, añadieron, deben ser dias de oracion y penitencia , los dias del Adviento deben ser singularmente consagrados á estos santos ejercicios de religion. San Pedro Damiano da tambien al Adviento el nombre de Cuaresma. El papa Nicolao I, esponiendo á los búlgaros recien convertidos á la fé las costumbres de la Iglesia católica, no olvida la cuaresma del Adviento como muy antigua en la Iglesia romana. Rodulfo , dean de Tongrés , dice que el Adviento era de seis semanas en Milan , y que en Roma se ayunaba todavía entero en su tiempo. El papa Bonifacio VIII en la bula de la canonizacion de san Luis declara que este gran príncipe pasaba en ayunos y oraciones los cuarenta dias ántes de la fiesta de Navidad. San Cárlos no hacia mas que renovar los antiguos cánones de la Iglesia cuando queria que se exhortase vivamente á todos los fieles á que comulgasen por lo ménos todos los domingos de Adviento , mandando á los curas que inclinasen sus parroquianos á observar religiosamente el antiguo estatuto del papa Silverio , que dice, que aquellos que no comulguen muy á menudo , comulguen al ménos los domingos de Adviento y de Cuaresma. Estas palabras son muy notables : « Ut qui sepius non communicant, singulis saltem dominicis diebus in Quadragesima corpus Domini sumant , ac præterea diebus dominicis Adventus. »

Dirigió además san Cárlos á sus diocesanos una carta pastoral en lengua vulgar, en la que les enseña, que si el Adviento era de seis semanas en la Iglesia de Milan, era para prepararse á recibir el Hijo de Dios, que del seno de su Padre viene á la tierra para conversar con nosotros; que era por tanto necesario en todos los dias del Adviento quitar algun tiempo á las demás ocupaciones para meditar en secreto quién es el que viene, de dónde viene, cómo viene, quiénes son los hombres por quien viene, y por fin, cuáles son los motivos y cuál debe ser el fruto de su venida: añade que era necesario prepararse á recibirle deseando su venida tan ardientemente como la han deseado los profetas y los justos del antiguo Testamento, purificándose por la confesion, por los ayunos y por la comunion sacramental. Les dice que en otro tiempo se habia ayunado todo el Adviento, como si todo este tiempo no hubiese sido mas que la vigilia de Navidad; la escelencia, la santidad y la celebridad de esta fiesta piden con razon, les dice, una preparacion tan grande, y una vigilia tan larga; les exhorta á que ayunen algun dia de la semana durante el Adviento, ó muchos dias segun la devocion de cada uno, y á distribuir con abundancia socorros y limosnas entre los pobres; en este tiempo, dice, en que la caridad del Padre Eterno nos dió, y nos da aun todos los años su propio Hijo, como un tesoro infinito de todos los bienes, y como una fuente de gracias y de misericordias; que era preciso aplicarse mas que nunca á las buenas obras, y á la lectura de los libros de piedad; en fin, que era necesario disponerse de tal manera para este primer advenimiento del Hijo de Dios, que pudiésemos esperar su segundo advenimiento, no solo sin temor, sino con aquella confianza y aquella alegría que acompaña siempre á la buena conciencia. Hé aquí el resúmen de aquella admirable instruccion de san Cárlos, por la que instruyendo á los pueblos tanto por su ejemplo, como por sus palabras, habia obligado á todos los eclesiásticos de su casa á comer al ménos de pescado durante el Adviento, conforme á la costumbre antigua de los adscritos á la Iglesia, dicen las actas de la Iglesia de Milan.

Tal ha sido en todo tiempo la persuasion de que el Adviento era un tiempo de penitencia, de oracion y de recogimiento, que los obispos de Francia se tomaron la libertad de representar al rey Cárlos el Calvo, en 846, que no era conveniente que los obispos permaneciesen en la córte ni el santo tiempo del Adviento, ni en la Cuaresma, bajo cualquier pretesto que fuese, y que por tanto suplicaban á su majestad les permitiese retirarse á sus diócesis para instruir los pueblos, y prepararlos para las fiestas de Pascua y de Navidad.

He aquí la idea que en todo tiempo ha formado la Iglesia del santo tiempo del Adviento, al cual ha mirado siempre cuasi al par con el santo tiempo de Cuaresma. Y si todos los domingos del año, como se ha dicho, deben santificarse con tanta religion: ¿con qué ejercicios de devocion, y con qué pureza no deben santificarse todos los domingos del Adviento, tan privilegiados sobre todos los demás del año? El oficio empezaba antiguamente con este invitatorio: «Ecce venit Rex, occurramus obviam Salvatori nostro.» Hé aquí nuestro rey que viene, salgamos al encuentro á nuestro Salvador. En otras partes se decia tambien, como se dice hoy: «Regem venturum Dominum: venite, adoremus.» Venid, hermanos mios, adoremos á nuestro divino Señor, nuestro soberano Rey que debe venir de aquí á pocos dias. En algunas iglesias, como en Auxerre, se decia por invitatorio: «Ecce lux vera.» He aquí que viene la verdadera luz; y durante este tiempo venia un niño desde detrás del altar hasta la silla de los cantores con un cirio encendido. En Marsella durante el Adviento, despues de maitines, y ántes de comenzar laudes, se interrumpia por algun tiempo el oficio para suspirar por la venida del Salvador, y la espectacion de la salud: se arrodillaba todo el coro, y se cantaba solemnemente: «Emitte Agnum, Domine, Dominatorem terræ.» Enviad, Señor, el Cordero divino, Señor de toda la tierra; lo cual se continuaba hasta la vigilia de Navidad. De aquí aparece que en todo tiempo

nada se ha omitido para reanimar durante el Adviento la religion y la devocion de los fieles.

Para escitarnos, pues, á esto, la Iglesia nos propone á un tiempo en este dia las dos venidas de Jesucristo, como un doble objeto de la devocion de que quiere que estemos penetrados en todo este santo tiempo; persuadida de que si sabemos aprovecharnos de la primera, no podrá ménos de ser favorable la segunda. El Evangelio de este dia habla de la segunda venida, y la Epístola es una viva exhortacion para que salgamos del sueño letárgico en que vivimos, y que nos aprovechemos de estos dias de salud, á fin de que no inutilicemos la primera venida del Salvador que debemos celebrar el dia de su nacimiento.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Excita, quæsumus, Domine, potentiam tuam, et veni: ut ab imminentibus peccatorum nostrorum periculis, te mereamur protegente eripi, te liberante salvari. Qui vivis et regnas cum Deo Patre in unitate Spiritus Sancti Deus, per omnia sæcula sæculorum. ℟. *Amen.*

Haced, Señor, que resplandezca vuestro poder, y venid, á fin de que con el ausilio y la proteccion de vuestra gracia, seamos libres y salvos de los peligros ejecutivos, que nos amenazan por nuestros pecados. Así te lo suplicamos á ti, Señor, que siendo Dios, vives y reinas con Dios Padre, en unidad del Espíritu Santo Dios por todos los siglos de los siglos. Así sea.

La Epístola es tomada de la que escribió el apóstol san Pablo á los Romanos, cap. 13, vers. 11 á 14.

Fratres, scientes quia hora est jam nos de somno surgere. Nunc enim propior est nostra salus, quam cum credidimus. Nox præcessit, dies autem appropinquavit. Abjiciamus ergo opera tenebrarum, et induamur arma lucis. Sicut in die honeste ambulemus: non in comessationibus et ebrietatibus, non in cubilibus et impudicitiis, non in contentione et æmulatione; sed induimini Dominum Jesum Christum.

Hermanos mios, sabemos que es tiempo ya de que despertemos y salgamos del sueño en que estamos; porque la salud está mas cerca que cuando hemos recibido la fé. La noche ha durado hasta aquí; el dia va á nacer: dejemos pues, portanto las obras de las tinieblas y revistámonos de las armas de la luz. Caminemos con decencia como se hace durante el dia; léjos de nosotros la glotonería, la embriaguez, los placeres obscenos, la deshonestidad, las disensiones y la envidia; revistámonos por el contrario de nuestro Señor Jesucristo.

San Pablo despues de haber esplicado á los romanos en esta admirable carta las principales obligaciones de la vida cristiana, y dádoles las mas saludables instrucciones con el ánimo de conducirles á la práctica de la virtud, les propone como un motivo para ello la proximidad de la muerte, y la brevedad de esta vida que la mayor parte pasan en un triste sueño. Les exhorta á que salgan de él, porque la hora insta, y no está muy léjos el momento decisivo de nuestra salud.

REFLEXIONES.

«La noche ha durado hasta aquí: el dia va á nacer.» Muy larga es la noche cuando dura toda la vida; y es demasiadamente triste el no despertarse hasta la muerte. Sin embargo esta es la suerte deplorable de muchos. Todo el tiempo de la vida, esto es, este número determinado de dias que no se nos ha concedido sino para trabajar para el cielo, se nos pasa en un sueño letárgico con respecto á la salud. La vida de la mayor parte de los hombres cuasi no es otra cosa que un sueño profundo, durante el cual el alma se alimenta de mil fantasías quiméricas. Vastos proyectos de ambicion, frantasmas seductores de placeres; vanos, pero funestos triunfos, de todas las pasiones; planes magníficos de fortuna; hé aquí los sueños que no dejan de fatigar, pero que agradan. Cuasi toda la vida se pasa en sueños. Se cree uno poderoso, se cree feliz, se lisonjea de que es rico; pero el adormecimiento no es eterno. La muerte despierta. No se ve el dia hasta que se va á perder, y se encuentra uno con las manos vacías, cuando se imaginaba que era mas rico. Grandes del mundo, dichosos del siglo, mujeres mundanas, ¡qué sorpresa, qué espanto, cuando os despertareis á la hora de la muerte, y os dirá el soberano Juez: Tiempo es ya de salir de ese adormecimiento, de ese sueño, de ese letargo! Se despierta entonces, la fé, la razon, la conciencia, todo entra en sus derechos. Somos entonces racionales, somos cristianos, se piensa con justicia, no se ve nada mas que un falso brillo: ¡buen Dios, qué bello punto de vista es el lecho de la muerte, desde el cual se presenta con toda claridad la vanidad de todo lo criado, de todo lo que deslumbra, de todo lo que pasa! En el lecho de la muerte los mas grandes príncipes, los señores mas poderosos, los que ocupan los primeros puestos, se encuentran al nivel del mas vil esclavo: ¿y qué es lo que queda en el sepulcro de aquellos palacios magníficos, de aquellos soberbios equipajes, de aquellos tesoros acumulados con tantos afanes; qué queda de aquellos placeres tan buscados, de aquellas fiestas tan brillantes, de aquellos adornos tan ricos, de aquellos aires tan mundanos y tan joviales? ¡Qué espantoso, qué cruel es el no descubrir al tiempo de despertarse otra cosa mas que paños mortuorios, cenizas, sepulcro, una eternidad desgraciada! «La salud está cerca,» es decir, que llega el momento decisivo de la salvacion eterna, que el Esposo llama á la puerta, el Padre de familias viene á pedir cuenta del empleo de los talentos confiados y escondidos, de este número de dias, de horas y de años cuasi del todo perdidos. «La salud está cerca:» ¡ah! ¡nunca estuvo mas léjos de muchos esta salud eterna! Aprovechémonos del consejo del Apóstol. Hé aquí el tiempo mas á propósito de despertarnos y salir de la somnolencia en que estamos. La Iglesia nos propone estas mismas palabras al principio del Adviento para despertar en nosotros el espíritu de piedad, al acercarse esta gran fiesta, que puede llamarse la fiesta de nuestra salud. Mucho tiempo hace que Jesucristo ha nacido, sin embargo se nos representa como si cada año naciese; y en el tiempo que precede á la solemnidad de su nacimiento, se nos dice que nuestra salud está cerca, y el mismo Apóstol nos instruye acerca de las disposiciones que debemos tener para que el divino Salvador que nace sea nuestra salud. Dejemos, pues, por tanto las obras de las tinieblas, que son las obras del pecado. Revistámonos de Jesucristo, co-

piemos en nosotros este divino modelo, espresando en nuestra conducta la pureza, la inocencia, la dulzura, la humildad, la sencillez, la caridad, la mortificacion, la modestia, el desinterés y las demás virtudes de Jesucristo.

El Evangelio de la misa es lo que sigue segun san Lucas, capítulo 21, vers. 25 á 36.

In illo tempore: Dixit Jesus discipulis suis: Erunt signa in sole, et luna, et stellis, et in terris pressura gentium præ confusione sonitus maris et fluctuum, arescentibus hominibus præ timore, et expectatione, quæ supervenient universo orbi: nam virtutes cœlorum movebuntur: et tunc videbunt Filium hominis venientem in nube cum potestate magna, et majestate. His autem fieri incipientibus, respicite, et levate capita vestra: quoniam appropinquat redemptio vestra. Et dixit illis similitudinem. Videte ficulneam et omnes arbores: cum producunt jam ex se fructum, scitis quoniam prope est æstas. Ita et vos cum videritis hæc fieri, scitote quoniam prope est regnum Dei. Amen dico vobis, quia non præteribit generatio hæc, donec omnia fiant. Cœlum et terra transibunt: verba autem mea non transibunt.

En aquel tiempo en que Jesucristo instruia á sus discípulos, les dijo á estos: Habrá fenómenos prodigiosos en el sol, en la luna y en las estrellas; y en la tierra habrá una gran consternacion entre los hombres, por la turbacion que causará el bramido del mar y de las olas; de suerte que los hombres llegarán á secarse entre el temor y la espectativa de lo que debe oprimir á todo el universo: porque las virtudes de los cielos se desordenarán. Entonces verán venir al Hijo del hombre sobre una nube con gran poder y majestad. Cuando, pues, todas estas cosas comenzaren á verificarse, abrid los ojos y levantad la cabeza, porque se acerca vuestra libertad. Les hizo al mismo tiempo una comparacion: Ved, les dijo, la higuera y todos los demás árboles: cuando comienzan á brotar, creeis y muy bien que el estío está próximo; del mismo modo cuando viereis que suceden todas estas cosas, sabed que el reino de Dios está cerca. Yo os aseguro en verdad que no se pasará esta generacion sin que todo se cumpla. El cielo y la tierra pasarán, pero no pasarán mis palabras.

MEDITACION

Sobre la venida del Hijo de Dios como Salvador y como Juez.

Punto primero.—Considera con qué sabiduría, y por qué motivo nos propone la Iglesia en este dia el doble advenimiento del Hijo de Dios, el uno al fin de los siglos como Juez soberano de todos los hombres, y el otro el dia de su nacimiento como Salvador del mundo. Como de estos dos advenimientos depende nuestra suerte eterna, y toda la economía de la salvacion, la sabiduría de Dios los ha hecho, por decirlo así, con respecto á nosotros, mutuamente dependientes el uno del otro. La cualidad de Salvador debe ponernos en estado de mirar con confianza la de soberano Juez, y la de Juez severo debe conducirnos á ponerlo todo por obra, para que nos sea útil y fructuosa la dulce cualidad de Salvador. Este es el espíritu de la Iglesia cuando en el primer dia del Adviento nos hace en el Evangelio de la Misa una descripcion tan espantosa del último juicio, al mismo tiempo que en los oficios nos presenta la imágen mas interesante y la mas consoladora del nacimiento del Salvador; para que comprendamos que todo lo que Jesucristo tiene de amable, dulce, afable y compasivo en el pesebre, tendrá de terrible, severo, inexorable y espantoso, cuando apareciere sobre las nubes lleno de poder y de majestad en el último juicio, y para hacernos ver cuán justo es que sean rechazados por Jesucristo soberano Juez, aquellos que no quisieron prepararse á recibir á Jesucristo cuando nace como Salvador: ¡qué sentimiento, qué despecho, qué rabia para los réprobos el pensar que este Juez entonces tan terrible, tan espantoso, tan severo, se habia dignado hacerse niño por amor de ellos! que este Jesus se les habia mostrado todos los años, naciendo en un establo, en el estado mas pobre y mas humillado; con qué dulzura, con qué bondad habian sido recibidos los pastores, los magos, y todo género de personas! En efecto, ¿qué hay en este nacimiento que no convide, que no obligue, que no gane el corazon, que no encante? ¿y qué agravio no le hacen aquellos que no hubieren querido prepararse á recibirle con ansia, con amor, y con sentimientos de reconocimiento y de confianza? ¿y cuán justo será que la majestad de este soberano Juez postre y pierda á aquellos á quienes no ha ganado la humildad y la pobreza de su pesebre?

Punto segundo.—Considera que las disposiciones con que debemos recibir al Salvador que nace, se hallan en las circunstancias de su nacimiento: la humildad no descendió jamás tan bajo: la mortificacion no fué nunca tan lejos; ni en tiempo alguno fué tan perfecta la dulzura. En el tiempo en que todo el universo estaba en paz, durante el silencio mas profundo de la noche, en tales circunstancias es cuando ha nacido el Salvador. ¡Qué recogimiento, que espíritu de oracion! pero qué amor, qué fé, qué devocion, qué ternura en la Santísima Virgen y en san José que fueron los primeros que le recibieron y le adoraron en el momento de su nacimiento! ¡Qué diligencia, que fé, qué devocion en los pastores! Estas son las virtudes que se deben adquirir durante el tiempo santo del Adviento; en esto debemos ejercitarnos, si queremos hallarnos con las santas disposiciones que se necesitan para hacer provechosa la celebridad del dia de su nacimiento. Por esto la Iglesia nos dice hoy con el Apóstol que es tiempo de despertarnos y salir de nuestra somnolencia, porque nuestra salud está próxima; ella nos dice que el Adviento es un tiempo de retiro, de oracion, de penitencia, que es un tiempo de santidad. Nos pone delante de los ojos el ejemplo de los primeros fieles, los cuales empleaban todo este santo tiempo en la práctica de las mas grandes virtudes; y el de tantos santos religiosos y personas piadosas, que aun hoy santifican estos dias con la oracion y la penitencia, y hacen que les sea favorable el nacimiento del Salvador, por el buen uso que hacen de estos santos dias. Por fin, por la misma causa nos habla la Iglesia del último juicio, y con las palabras mismas de Jesucristo, nos hace de él una pintura tan pavorosa y tan terrible; á fin de que si la dulzura del Salvador en su primera venida no nos in-

teresa, el rigor de este mismo Salvador en su segunda venida nos espante y nos conmueva. ¿A qué esperamos para aprovecharnos de unas lecciones tan saludables? ¿Será darnos demasiado pronto á Dios si comenzamos al presente? tal vez es este el último Adviento que veremos; es seguro que lo será para un gran número de personas de las que habrán leido esta meditacion, de las que habrán hecho estas reflexiones, de las que habrán sentido las amorosas, las ejecutivas solicitaciones de la gracia. ¡Qué desgracia para aquellos que hubiesen hecho infructuosa la fiesta de Navidad, por no haber querido pasar santamente el tiempo de Adviento!

No permitais, Señor, que yo sea de este número. Yo sé que es un tiempo de oracion, un tiempo de penitencia, un tiempo de retiro y de recogimiento. Estoy decididamente resuelto á pasarle en este espíritu. Os pido, pues, el ausilio de vuestra gracia para hacer un buen uso de este santo tiempo.

JACULATORIAS.—Venid, Señor, y no tardeis mas, y comenzad por perdonar á vuestro pueblo todos sus pecados.

Señor, haced que resplandezca vuestro poder, y venid á salvarnos.

PROPÓSITOS.

1. Aunque todos los tiempos del año son tiempos de salud para los que se convierten, y para los que emplean el tiempo en el negocio importante de su salvacion; es sin embargo cierto que el tiempo del Adviento es un tiempo privilegiado, un tiempo sagrado, en el cual, siendo las oraciones de la Iglesia mas frecuentes, las penitencias mas comunes y las gracias mas abundantes, es tambien Dios mas misericordioso. Hagámonos cargo de cuanto importa aprovechar un tiempo tan precioso, y para esto es necesario entrar en las miras y seguir los sentimientos de la Iglesia. El fin que esta se propuso al instituir el Adviento, fué honrar al Verbo encarnado en el seno de su Madre, y conformarse con sus disposiciones que son un profundo anonadamiento, una oblacion continua á su eterno Padre, un amor estremo á los hombres. Honremos este estado de anonadamiento del Verbo encarnado en el seno de su Madre, adorándole sin cesar en este estado de humillacion; unámonos á los santos ángeles á quienes el Padre Eterno mandó que le adorasen desde el primer momento de su encarnacion. Hagamos frecuentes actos de humildad y de humillacion durante el Adviento para honrar la humillacion del Salvador del mundo. Ofrezcámonos continuamente á él por medio de actos frecuentes de consagracion á su servicio; y no dejemos de hacer actos del amor mas puro, para corresponder al que él nos tiene. Hé aquí las disposiciones interiores que debemos tener.

2. Las disposiciones esteriores durante el Adviento son el ayuno, las penitencias, la oracion, las buenas obras y todas las prácticas de piedad. Muchas personas piadosas ayunan tres veces á la semana, y pocos hay que no puedan ayunar á lo ménos el sábado. Sobre todo abstengámonos en este santo tiempo de toda diversion poco necesaria; este es el espíritu de la Iglesia que en todo el Adviento no se sirve mas que de los ornamentos de penitencia, lo cual observan tambien los prelados durante estos santos dias. Empleemos todas las tardes una media hora en oracion delante del Santísimo Sacramento, en donde está el Salvador en un estado de tanta humillacion como en el de su encarnacion, y el de su nacimiento. Multipliquemos nuestras oraciones; digamos todos los dias el oficio parvo de la Virgen, esta es tambien la práctica de la Iglesia; no dejemos al ménos de rezar el pequeño oficio de la inmaculada Concepcion. Demos limosnas á los pobres en reconocimiento de todos los bienes que el Padre Eterno nos da, dándonos á su Hijo. Aunque la devocion á la Santísima Vírgen sea propia de todos los dias del año, la Iglesia nos la recomienda singular mientras dura el santo tiempo del Adviento. Repitamos muchas veces en el dia la antífona: «Alma Redemptoris Mater,» que la Iglesia canta todos los dias al fin de completas, ó la «Salve Regina,» que los padres Carmelitas dicen al fin de cada hora del oficio, y aun al fin de la Misa. En el órden del Cister y en el de los frailes Predicadores se dice todos los dias despues de completas. Nangis, en la vida de san Luis, asegura que desde el tiempo de este santo rey se cantaba la Salve con mucha solemnidad al fin de completas, y aun bien entrada la noche; esto era lo que se llamaba el saludo, lo que se practica todavía hoy en algunas iglesias.

SEGUNDO DOMINGO DE ADVIENTO.

Estando todo el tiempo del Adviento singularmente consagrado al cultivo divino y á los ejercicios de piedad, y siendo los domingos unos dias que piden una aplicacion mas particular á la oracion, y á todos los deberes de la religion cristiana, es fácil concebir cuán santa debe ser la celebracion de los domingos del Adviento. En el discurso del domingo precedente ha podido verse lo que san Cárlos dice de él en su admirable instruccion á su pueblo. La vigilancia y la solicitud infatigable de aquel prelado le hizo reiterar las exhortaciones en órden al Adviento en sus concilios provinciales, en sus sínodos diocesanos, y en sus cartas pastorales, en una de las cuales nada omite para inclinar á sus ovejas á que comulguen todos los domingos del Adviento, y á que ayunen por lo ménos el miércoles, el viernes y el sábado de cada semana de este tiempo de penitencia.

El segundo domingo de Adviento, que en otro tiempo se llamaba el tercero ántes de Navidad, parece consagrado del todo á la celebracion de la primera venida del Salvador, y á prepararse para la solemnidad de su nacimiento. La Epístola que se lee en la misa de este dia, está tomada de la carta de san Pablo á los Romanos, á quienes dice el Apóstol, que todo lo que se ha escrito ha sido para nuestra instruccion; á fin de que por la paciencia y por la consolacion que se saca de las Escrituras, conservemos una esperanza firme de ver la verificacion de todo lo que se ha predicho. Hé aquí las promesas que Dios habia hecho á los patriarcas y á los profetas. Hé aquí lo que estaba escrito: «El Señor vuestro Dios suscitará un Profeta como yo, de vuestra nacion, y de entre vuestros hermanos; á él con preferencia á cualquiera otro es á quien debeis escuchar.» Moisés, inspirado de Dios, es el que habla en este pasaje al pueblo, prediciéndole el Mesías que debia ser el autor y el origen de su felicidad despues de haber sido el objeto de sus deseos y de sus votos. Estaba prohibido á los hebreos todo género de di-

vinacion. «Cuando hubiereis entrado», les dice Dios, «en el pais que os dará el Señor vuestro Dios, guardaos bien de querer imitar nunca las abominaciones de aquellos pueblos.» Estas abominaciones eran las supersticiones de los paganos, por medio de las cuales pretendian conocer el porvenir, ó precaver los accidentes molestos de la vida. «Como pretender purificar los hijos, haciéndoles pasar por el fuego.» De aquí procede sin duda la supersticion de que habla el Crisóstomo, la cual se practicaba saltando por encima de hogueras encendidas, supersticion que Teodoreto y el concilio «in trullo» condenan con razon como un resto de las antiguas impiedades del paganismo, lo mismo que el consultar á los adivinos, creer en los sueños, y consultar á los augures y á los que se meten á adivinar, y todas las demás supersticiones que Moisés refiere por menor en el capítulo 18 del Deuteronomio, y que el Señor abomina. Vosotros no debeis temer, añade el Profeta, que os falten personas que os descubran las cosas futuras y desconocidas. Dios suplirá cumplidamente á la falta de los adivinos y de los magos, de los encantadores y de los augures, por un Profeta que suscitará en medio de vosotros, y que os instruirá de su voluntad; no tendreis que trabajar para buscarle en las naciones estranjeras: «Dios os dará un Profeta suscitado de en medio de vosotros, que no tendrá ménos conocimiento que yo,» y que os enseñará la verdadera senda de la salud, y el camino recto que conduce á la vida. Dice que será como él: esto es, Profeta, Legislador, Rey, Mediador, Gefe del pueblo de Dios; en una palabra, que será la realidad del que Moisés no era mas que la figura.

Es evidente que el Profeta de que habla aquí Moisés, no es otro que el Mesías prometido. Así es que los judíos, aun los del tiempo de Jesucristo, no dudaban que Moisés en este pasaje hablaba del Mesías. Los apóstoles suponen en el pueblo esta opinion como un sentimiento comun y universal. San Pedro en el primer discurso que hizo en el templo de Jerusalen, despues de la curacion del cojo, no tiene dificultad en asegurar que por fin en la persona de Jesucristo se ve el cumplimiento de la promesa que Moisés les habia hecho en otro tiempo, profetizándoles que Dios les suscitaria un Profeta como él de enmedio de sus hermanos. (Act. 3. 22.) San Estéban pondera el mismo pasaje en favor de Jesucristo. (Act. 7.) El apóstol San Felipe (Joan. 10) dijo á Nathanael, que habia hallado el Profeta de quien habia hablado Moisés en el libro de la ley. Por fin, habiendo visto el pueblo judío la multiplicacion de los cinco panes, no dudó que Jesus fuese el gran Profeta prometido por Moisés. (Joan. 6.)

«En los últimos tiempos, dice Isaías, la montaña de la casa del Señor se establecerá sobre lo mas alto de las montañas, y se elevará sobre las colinas, y todas las naciones correrán á ella en tropas. Él nos enseñará sus caminos, y marcharemos por sus senderos; porque la ley saldrá de Sion y la palabra del Señor de Jerusalen.» (Isai. 2.) La ley nueva ha salido de Sion. El Evangelio, el cristianismo ha nacido en la sinagoga; Jesucristo no ha predicado mas que en la Judea. No ha venido para destruir la ley, sino para cumplirla y perfeccionarla. «Hijos de Sion, esclama el profeta Joel (Joel 2), saltad de alegría, regocijaos en el Señor vuestro Dios, porque os ha dado un Maestro que os enseñará la justicia.» En otros cien pasajes de la Escritura se observa el verdadero retrato de Jesucristo en las profecías. Esto es lo que hizo decir á la Santísima Vírgen en la primera conversacion que tuvo con su prima santa Isabel: Luego que el Verbo ha tomado carne en mi seno, «el pueblo de Israel ha recibido el cumplimiento de la promesa hecha á nuestros padres, á Abrahan y á todos sus descendientes.» Esto mismo es tambien lo que san Pablo queria dar á entender á los cristianos de Roma en la carta que les escribe, cuando les dice, que todas las cosas que han sido escritas, lo han sido para nuestra instruccion; y que si el ministerio de Jesucristo miraba singularmente al pueblo circuncidado, esto es, si el Salvador ha querido nacer de la raza de David, y en medio de los judíos; si él mismo se ha dignado someterse á la ley de la circuncision, para pertenecer á su pueblo; si les ha predicado por sí mismo, lo que no ha hecho con los gentiles; si ha hecho sus milagros á su vista; si ha obrado la salud del mundo en medio de la Judea, todo esto ha sido para cumplir las profecías y verificar las promesas que Dios les habia hecho: privilegio que no han tenido los gentiles, aun cuando no hayan sido escluidos del beneficio de la Redencion, y que Dios no ha dejado de anunciar su vocacion y su conversion en innumerables pasajes de los profetas, de los cuales habla san Pablo en la Epístola de la misa de este dia. Puede, pues, decirse que con predileccion habia mirado á los judíos; pero este pueblo ingrato se habia hecho indigno de ella. Así es que el santo Apóstol dando á conocer en esta Epístola las prerogativas en favor de los hebreos, no olvida la misericordia con que Dios ha mirado á los gentiles, y de la cual habian tantas veces hablado los profetas. Aparecerá la vara de Jesé, dice Isaías, y el que saldrá de ella para ser el Maestro de las naciones, es aquel en quien todas pondrán su confianza.

Fácil es concebir cuán oportunamente está aplicada esta Epístola á este dia, singularmente consagrado á celebrar el cumplimiento de las divinas promesas que Dios habia hecho, no solo á los judíos, sino tambien á todas las naciones del mundo, cuando dijo á Abrahan, que todas las naciones de la tierra serian benditas en uno de sus descendientes. (Genes. 22.)

El Evangelio de este dia corresponde perfectamente al designio que tiene la Iglesia en este santo tiempo, de disponernos á celebrar dignamente el advenimiento del Salvador del mundo; puesto que se ve en él el testimonio que le ha dado su santo Precursor, á fin de que, por medio de la predicacion de aquel que ha sido destinado para anunciarle, sepamos quién es el que va á venir.

San Juan lleno del Espíritu Santo desde el vientre de su madre, alimentado en el desierto, se habia fortificado mucho mas en el espíritu que en el cuerpo. Salió por fin de su soledad, y se presentó al pueblo de Israel, al año treinta y uno de su edad, que era el trigésimo de la del Salvador, y el décimoquinto del imperio de Tiberio. En este tiempo fué cuando el primer heraldo del Redentor, este hombre nacido por milagro, y nutrido entre los rigores de la mas austera penitencia; este admirable solitario, oculto hasta entonces en la profundidad de un desierto, recibió la órden para comenzar á cumplir su encargo. Vióse, pues, aparecer el Precursor del Mesías que los profetas habian llamado el ángel de Dios, no solo porque era el enviado de Dios, sino tambien porque habia recibido grandes luces del cielo, y porque vivia en la tierra mas bien como ángel, que como hombre. Era aquella voz

poderosa que, segun Isaías, debia resonar en el desierto, y enseñar á los pueblos á que se dispusiesen para la venida de su Rey. Él anunció el reino de Dios, clamó contra los vicios que reinaban en el pueblo y en la córte, y no se las ahorró ni con los grandes, ni con el príncipe mismo.

Era este príncipe Herodes Antipas, el cual mantenia trato escandaloso con Herodías, mujer de su hermano Filipo. San Juan que gozaba de cierto ascendiente con el príncipe, no pudiendo ver con frialdad el que viviese en un adulterio escandaloso, le reprendia su crímen. Herodías irritada por el zelo del hombre de Dios, obligó á Herodes para que le hiciese prender. Mientras que el santo Precursor estaba en la prision, el Señor llenaba toda la Judea con sus maravillas; acababa de curar en Cafarnaum al siervo del centurion, y de resucitar el hijo de la viuda de Naim, y por todas partes no se hablaba mas que de los milagros de este nuevo Profeta. El ruido de tantos prodigios, y la reputacion del que los hacia, llegaron á noticia de san Juan. Queriendo el santo Precursor que sus discípulos conociesen el mérito y la cualidad de aquél del cual sabia muy bien que el no era mas que el heraldo, se aprovechó de esta ocasion para enviarle dos de los mas distinguidos de sus discípulos, á fin de que en su nombre, y en nombre de todos le hiciesen esta pregunta: «¿Eres tú el que debe venir, ó debemos esperar otro?» El Salvador no les respondió sino con los milagros; dió la vista á muchos ciegos en su presencia, curó instantáneamente á muchos enfermos, y curó un gran número de poseidos del demonio, despues de lo cual les dijo: Id, y decidle á Juan Bautista lo que acabais de ver y de oir; decidle que al imperio de mi voz, los ciegos recobran la vista, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan; decidle en fin, que los pobres que son el desecho del mundo, los pobres, aunque miserables, aunque ignorantes y groseros, vienen á mí, yo les instruyo, y reciben y abrazan mi Evangelio, mientras que los sabios y los grandes de la tierra no pueden ni comprenderle, ni resolverse á observar sus preceptos y sus máximas. Vosotros sabeis que si se ha de creer á los profetas, estas son las señales que deben dar á conocer al Mesías; pero que no obstante y á pesar de tantos motivos como hay para creer que soy yo verdaderamente este Mesías tan esperado y tan deseado, encuentro muy poca fé entre los del pueblo. ¡Oh, y qué dichoso será aquel que viéndome perseguido permaneciere firme en su fé; que en medio de mis tormentos no rebajará nada en la estima ni en el amor que me tenia, y para quien mi vida pobre y mis humillaciones no serán ocasion de escándalo!

Habiendo despedido el Salvador á los dos discípulos de san Juan, se estendió mucho en las alabanzas de este santo hombre, y dirigiéndose á los que estaban en rededor de él, les dijo: Cuando habeis ido á ver á Juan en el desierto, ¿qué es lo que pensais haber visto? ¿Acaso un hombre inconstante en sus resoluciones, ó lijero como una caña que es juguete del viento? ¿Acaso un hombre sensual, delicado, suntuoso en sus vestidos y criado en la molicie? Nó, no es en el desierto, es sí en la córte donde reinan la vida blanda y el lujo, y en donde se hallan esta especie de gentes. ¿Qué viene, pues, á ser este hombre á quien habeis ido á ver? Tal vez me direis que es un profeta; mas yo os digo que es mas que profeta: que este es el ángel de quien el Señor, hablando al Mesías, dice en la Escritura: «Hé aquí mi ángel; hé aquí tu precursor, al cual he enviado delante de tí para allanarte los caminos.» Estas palabras que el Salvador cita aquí son del profeta Malaquías en el capítulo 3, en todo el cual no habla mas que de la venida del Mesías.

Este profeta acababa de dirigir una censura sangrienta á los judíos por el modo impío con que trataban al Señor, acusándole de injusticia: «Vosotros habeis hecho sufrir mucho al Señor por vuestros discursos», les habia dicho concluyendo el capítulo precedente. «¿Y en qué, decís, le hemos hecho nosotros sufrir? En que habeis dicho: Todos los que obran mal pasan por buenos á los ojos del Señor, y tales personas le son agradables. ¿Dónde, pues, está este Dios tan justo?» El profeta para responder á estas quejas de los judíos, cuenta lo que el Señor le ha dicho á él mismo. «El Señor dice, añade, que va á venir para castigar á los perversos cuya impunidad habia escandalizado á los flacos de su pueblo.» Inmediatamente el profeta nos describe la venida de su Precursor, y en seguida la del Señor mismo. Mezcla allí las amenazas con las promesas, porque su venida al mundo debia ser á un tiempo para la salud y para la perdicion de muchos de los de Israel; y en efecto, la mayor parte han quedado en un lastimoso endurecimiento que dura todavía.

En cuanto al sentido de las palabras de Malaquías que refiere el Evangelio, algunos escritores antiguos, y entre otros Orígenes, han creido que el profeta anunciaba la venida de un ángel verdadero, y que san Juan era un ángel encarnado; y san Cirilo de Alejandría ha tratado de sostener que este error, que el refuta, habia sido comun desde el tiempo de Jesucristo, y que el apóstol san Juan evangelista habia intentado oponerse á él y destruirle por estas palabras: «Hubo un hombre llamado Juan, que fué enviado de Dios.» Pero el verdadero sentido de las palabras del profeta, segun todos los santos Padres, es que Juan Bautista era un ángel, nó por su naturaleza, sino por su ministerio de precursor, y por la pureza y la inocencia de su vida.

La oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Excita, Domine, corda nostra ad præparandas Unigeniti tui vias: ut per ejus adventum purificatis tibi mentibus servire mereamur. Qui tecum vivit et regnat...

Escitad, Señor, nuestros corazones, á que preparen los caminos de vuestro único Hijo, á fin de que purificadas nuestras almas por la gracia de su advenimiento, podamos rendiros un culto digno de vuestra soberana Majestad. Os lo rogamos por el mismo Jesucristo que siendo Dios vive y reina, etc.

La Epístola es de la carta del apóstol san Pablo á los Romanos cap. 15, vers. 4 á 13.

Fratres, quæcumque scripta sunt, ad nostram doctrinam scripta sunt: ut per patientiam et consolationem Scripturarum spem habeamus. Deus autem patientiæ et solatii det vobis idipsum sapere in alterutrum secundum Je-

Hermanos mios: todas las cosas que han sido escritas, lo han sido para nuestra instruccion: á fin de que por la paciencia y por la consolacion que se saca de las Escrituras, conservemos la esperanza. Por lo

sum Christum: ut unanimes, uno ore honorificetis Deum, et Patrem Domini nostri Jesu Christi. Propter quod suscipite invicem, sicut et Christus suscepit vos in honorem Dei. Dico enim Christum Jesum ministrum fuisse circumcisionis propter veritatem Dei, ad confirmandas promissiones patrum: gentes autem super misericordia honorare Deum, sicut scriptum est: Propterea confitebor tibi in gentibus, Domine, et nomini tuo cantabo. Et iterum dicit: Lætamini, gentes, cum plebe ejus. Et iterum: Laudate, omnes gentes, Dominum: et magnificate eum, omnes populi. Et rursus Isaias ait: Erit radix Jesse, et qui exurget regere gentes, in eum gentes sperabunt. Deus autem spei repleat vos omni gaudio et pace in credendo, ut abundetis in spe et virtute Spiritus Sancti.

demás el Dios de la paciencia y de la consolacion haga que tengais los mismos sentimientos los unos por los otros en Jesucristo, á fin de que animados de un mismo espíritu, honreis con una misma voz á Dios que es el Padre de nuestro Señor Jesucristo. Por tanto sufrios los unos á los otros, como Jesucristo os ha sufrido para glorificar á Dios. Porque, yo os lo digo, el ministerio de Jesucristo miraba al pueblo circuncidado para que se verificase la palabra de Dios, y se diesen nuevas seguridades de las promesas hechas á nuestros padres, y que los gentiles honren á Dios, esperando en su misericordia, segun lo que está escrito: Por esto, Señor, yo os rendiré el homenaje entre las naciones, y cantaré en honor de vuestro nombre. Dice mas: Regocijaos, naciones de la gentilidad de concierto con su pueblo. Y además: Naciones todas alabad al Señor, y vosotros pueblos celebrad todos su grandeza. Isaías dice tambien: Aparecerá la raiz de Jessé, y saldrá de ella el que ha de ser el Señor de las naciones, y en él pondrán las gentes su confianza. El Dios, pues, de la esperanza os colme de toda especie de alegría y de paz, por medio de vuestra fé, á fin de que la esperanza se aumente en vosotros con la virtud del Espíritu Santo.

El designio de san Pablo en esta Epístola, era el de hacer que cesasen ciertas divisiones domésticas que el espíritu de envidia habia suscitado entre los judíos y los gentiles convertidos á la fé. Aquellos se gloriaban de las promesas que Dios habia hecho á sus padres de darles el Salvador, el cual seria de su nacion; estos echaban en cara á los judíos su insigne ingratitud habiendo hecho morir á su Redentor. San Pablo hace conocer á los unos y á los otros que todo lo deben á la gracia y á la misericordia del Salvador.

REFLEXIONES.

«Todas las cosas que han sido escritas lo han sido para nuestra instruccion.» Pero ¿se saca hoy mucho fruto de tantas instrucciones saludables que se contienen en las santas Escrituras? Nada hay mas marcado en los libros santos que el vacío de los bienes criados, el falso brillo de los honores, el veneno de los placeres engañosos, seguidos siempre de un cruel arrepentimiento, siempre perniciosos al alma. Nada hay que esté mas declarado en las Escrituras que las ventajas y el mérito de los sufrimientos y de las humillaciones; nada está proscripto en términos mas imponentes que la vida regalona. Dios no se ha contentado con que todo esto se nos dijese por los profetas y por los apóstoles; el mismo Hijo de Dios ha venido á darnos estas importantes lecciones, y ha comenzado á instruirnos por sus ejemplos, «erudiens nos.» ¿Y es muy grande el número de los que se aprovechan de sus instrucciones siguiendo sus máximas? Nunca ha habido tantos libros de piedad; el ejemplo de tantos santos de la misma condicion y de la misma edad que nosotros es una bella leccion; los castigos mismos con que Dios corrige todos los dias nuestra indocilidad por medio de tantos azotes son, en los designios de este Padre de misericordias, otros tantos avisos saludables con que deben llamar nuestra atencion: ¿y qué impresion hace todo esto en el dia de hoy sobre el entendimiento y sobre el corazon de la mayor parte de las gentes del mundo? ¿Y las personas religiosas, los discípulos de Jesucristo, esta porcion escogida y privilegiada del rebaño es mas dócil á su voz? ¿Sigue siempre sus consejos? Los fieles ¿adoptan constantemente sus máximas? ¿anima hoy á todos los cristianos el espíritu del Evangelio? ¿no se deslizará nunca en el claustro y hasta en el santuario el espíritu del mundo? En todo el curso del año no hay tiempo mas santo que el del Adviento; todo nos predica en él la penitencia, la oracion y el recogimiento. En todas partes se anuncia la palabra de Dios; la Iglesia en todas partes solicita á todos sus hijos para que se dispongan con todo género de ejercicios de piedad á la celebracion de una fiesta tan grande. Las almas inocentes, las almas santas, entran perfectamente en estas piadosas disposiciones; pero las personas á quienes conduce el espíritu del mundo, las gentes dadas á los placeres, las almas que envejecen en la iniquidad, ¿se fatigan mucho, hacen grandes esfuerzos para reconciliarse con Dios y para disponerse á celebrar dignamente su nacimiento? ¡Ah! que el Apóstol tenia razon para decirnos que es tiempo de salir de nuestro sueño profundo y despertarnos: mas si no nos aprovechamos de este santo tiempo ¿á cuándo esperamos? Es muy triste el no despertarse hasta la muerte.

El Evangelio de la misa es de san Mateo, cap. 11, vers. 2 á 11.

In illo tempore: cum audisset Joannes in vinculis opera Christi, mittens duos de discipulis suis, ait illi: Tu es, qui venturus es, an alium expectamus? Et respondens Jesus, ait illis: Euntes renuntiate Joanni quæ audistis et vidistis. Cæci vident, claudi ambulant, leprosi mundantur, surdi audiunt, mortui resurgunt, pauperes evangelizantur, et beatus est qui non fuerit scandalizatus in me. Illis autem abeuntibus,

En aquel tiempo habiendo Juan oido hablar en la prision de lo que obraba Jesucristo, envió dos de sus discípulos para decirle: ¿Eres tú el que ha de venir, ó debemos esperar otro? Jesus le, respondió: Id, y contad á Juan lo que habeis oido y lo que habeis visto. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos recucitan, el Evangelio se predica á los pobres, y

cæpit Jesus dicere ad turbas de Joanne: Quid existis in desertum videre? arundinem vento agitatam? Sed quid existis videre? hominem mollibus vestitum? Ecce qui mollibus vestiuntur, in domibus regum sunt. Sed quid existis videre? Prophetam? Etiam dico vobis, et plus quam prophetam. Hic est enim, de quo scriptum est: Ecce ego mitto Angelum meum ante faciem tuam, qui præparabit viam tuam ante te.

es feliz aquel que no se escandalizare de mí. Cuando los discípulos se iban, Jesus se puso á hablar de Juan, y dijo al pueblo: ¿Qué habeis ido á ver al desierto? ¿una caña que agita el viento? ¿pero qué es lo que habeis ido á ver? ¿un hombre vestido blandamente? Mas los que están vestidos de este modo habitan en las casas de los príncipes. Y bien, ¿qué es lo que habeis ido á ver? ¿Un profeta? Sí, en verdad, yo os lo digo, y mas que profeta. Porque de él es de quien está escrito: Hé aquí que yo envio delante de tí mi Ángel, el cual te preparará el camino.

MEDITACION.

De la vida blanda.

Punto primero.—Considera que la vida blanda es una vida floja, afeminada, perezosa, sensual, voluptuosa, esto es lo que se llama comunmente una vida placentera; ¿y puede semejante vida llamarse cristiana? Es una vida dependiente de los sentidos, que tiene las pasiones por guía, el propio humor por regla; vida á la que el amor propio mantiene, y que á su vez mantiene ella al amor propio, cuyo ejercicio es la ociosidad, cuyos dias son todos vacíos: juzgad, pues, cuál debe ser su término y su suerte. El alma, relajada por su pereza y por su incuria en el servicio de Dios, enflaquecida por un número infinito de infidelidades y de recaidas, no tiene mas que una fé lánguida y medio estinguida, y ya no hay nada que la mueva mas que el placer. Disgustada de las prácticas mas ordinarias de piedad, y cuasi de todos los ejercicios de religion, apenas se presta á ellos sino por bien parecer. El yugo del Señor le parece amargo y su ley una carga insoportable; ella no gusta mas que de las máximas del mundo; las alegrías, diversiones y las fiestas mundanas despiertan toda su vivacidad, y no se pone en movimiento mas que para procurarse el placer: fuera de esto, ella se consume en una lastimosa inaccion y en un sueño letárgico. Representaos una persona que lleva una vida blanda; esclava de los sentidos y de sus pasiones, se dispensa sin dificultad de cuasi todas las leyes de la Iglesia. Está demasiado delicada para observar los ayunos mas sagrados. ¡Qué de pretestos para dispensarse de la abstinencia! Enferma hasta mover á compasion cuando se la habla de penitencia, de mortificacion, de regularidad; robusta hasta sobrepujar al mas vigoroso cuando se trata de un festin mundano. La mas corta lectura de un libro de piedad cansa sus ojos y los fatiga; lo que no la incomoda, lo que la conviene, lo que la recrea es la lectura de algunas historietas, algunas poesías chistosas, y todo lo que se llama vanos entretenimientos, frivolidades, pérdida de tiempo. En este infeliz estado nada la interesa mas que su placer. Insensible á las verdades mas terribles y mas espantosas de la religion, vive fuertemente apoltronada en una especie de letargo. A la ceguedad del entendimiento sigue de cerca la insensibilidad del corazon. A la indolente ociosidad sucede una ignorancia crasa; en fin, llega á desconocer sus deberes mas esenciales á fuerza de descuidarlos. ¿Puede darse un estado mas infeliz ni mas lamentable que el de una persona que lleva una vida blanda? Y lo que hace todavía mas funesto este estado es la estrema dificultad que ofrece para la conversion. Los mas malvados, los pecadores mas endurecidos, los mas insignes libertinos, se les ve alguna vez rendirse á las ejecutivas solicitaciones de la gracia; ¿se ve acaso que se conviertan muchos de los que llevan una vida blanda?

Punto segundo.—Considera que donde ciertamente reina la vida blanda es en las casas de los grandes y de los dichosos del siglo, en la córte y entre las gentes acomodadas. ¿Y no se deja ver tambien alguna vez al través de los vestidos groseros y modestos? ¿no penetra hasta en las comunidades mas santas? ¿no se familiariza con una aparente virtud de que se hace ostentacion? ¿no se encuentra bajo un aire devoto y recogido? Como la sensualidad y el amor propio saben deslizarse con destreza en todas partes, la vida blanda, que es su obra y su primer fruto, se hace lugar en todas partes. ¡Cuántas gentes se ven que bajo una máscara de piedad llevan una vida blanda, sensual, ociosa, y á las que parece que su pretendida devocion les da derecho para vivir en la molicie y en la ociosidad! Devotos de reputacion, solo aprecian las alabanzas que se dan á la mortificacion y á la penitencia. Su aficion no es mas que á la vida dulce y tranquila, y pretenden no haber nacido mas que para el reposo. La palabra sensualidad les escandaliza; pero son sensuales frecuentemente hasta la demasía: el pretesto de una salud necesaria, en su concepto, para la gloria de Dios les asegura, y el artificio de su amor propio es tan ingenioso que muchas veces se lisonjean de que lo dan todo á Dios, cuando nada se niegan á sí mismos. De aquí aquella continua atencion sobre todo lo que puede acomodarles ó desagradarles. De aquí aquella delicadeza estremada sobre todo lo que imaginan que se les debe. Aquella reserva estudiada para moderar el trabajo, midiéndolo siempre por su amor propio; de aquí, en fin, aquella vida del todo sensual, holgazana, inmortificada y aun enfadosa, que tanto agravio hace á la verdadera devocion, y que sirve de pretesto á los libertinos para decir que los devotos son los mas delicados, los mas orgullosos, los mas ociosos, los mas molestos, los ménos tratables. Jamás fué cristiana la vida blanda. ¿Cómo, pues, se atreveria nadie á llamar devotos á los que viven en la molicie y en una sensualidad disfrazada? La ilusion es todavía mucho ménos perdonable cuando la molicie se encubre con la austeridad de la vida y cuando penetra hasta en el desierto. El estado religioso no pone al abrigo del contagio. El amor propio nos acompaña hasta el claustro, y á pesar del rigor del instituto, sin embargo de la santidad de la profesion, no obstante la severidad de las reglas, posee el secreto de indemnizarse de la sujecion forzada y de la regularidad. Se sirve de la delicadeza del temperamento, de la prerogativa de los empleos, del rango, del nombre, de la edad misma, para insinuar la molicie; y alguna vez, ya por zelo fingido, ya por destreza, en lugar de una vida laboriosa, mortificada y penitente, forma una vida blanda y ociosa que una indulgencia forzada tolera, pero que Dios con-

dena y castiga seguramente. ¡Buen Dios, qué muerte tan triste, qué fin tan duro espera á una vida blanda!

No permitais Señor, que todas estas reflexiones sean inútiles para mí. Yo sé que la vida de un cristiano debe ser una vida humilde, penitente, laboriosa; estoy, pues, resuelto á llevar una vida cristiana; concededme, Señor, la gracia de que tambien lo sea mi muerte.

JACULATORIAS.—Enseñadme, Señor, el camino de vuestros mandamientos, y yo me aplicaré siempre á seguirlos. (Ps. 118.)

Detesto, Dios mio, con todo mi corazon la vida blanda y ociosa, y he resuelto trabajar toda mi vida en mi salud, guardando todos vuestros mandamientos. «(Ibid.)»

PROPÓSITOS.

1 La vida blanda es tanto mas temible, cuanto que adormece la conciencia y la fé, y que á favor de este adormecimiento, sin ruido ni tumulto, corrompe el corazon y el entendimiento. Estad alerta contra un estado tan peligroso. Si teneis la desgracia de hallaros en él, salid sin dilacion y no escucheis ni los pretestos especiosos de una razon seducida por el amor propio, ni las quejas importunas del amor propio que tan bien se acomoda con la vida blanda y que se nutre con la ociosidad. El santo tiempo de Adviento es muy á propósito para la reforma; trabajad desde hoy en ella. Arreglad vuestros ejercicios de piedad, despues de una confesion en la cual debeis sobre todo acusaros con una gran contricion de haber pasado y perdido la mayor parte de vuestros dias en una vida blanda, y de ninguna manera cristiana. Es estraño que haya tan pocos que piensen en acusarse en sus confesiones de una ociosidad y una molicie de vida que condena á tantos.

2 Comenzad por hacer todos los dias á la tarde una corta visita al Santísimo Sacramento, y no dejeis dia alguno de oir misa. Rezad todos los dias el rosario: esta oracion tan santa, tan familiar á todos los santos y á todas las personas verdaderamente cristianas, está casi abolida en el dia de hoy en el gran mundo; un hombre poco devoto, una mujer mundana creerian, á lo que parece, envilecerse si rezasen el rosario, no obstante que haya pocas oraciones que estén mas autorizadas en la Iglesia.

¡Cosa estraña! se diria hoy que la mayor parte de las gentes del mundo se avergüenzan de llevar esta señal de catolicismo. No dejeis, pues, de hacer diariamente alguna lectura edificante en cualquiera libro de piedad, y emprender con eficacia una vida cristiana. Uno de vuestros primeros deberes es el cuidado de vuestros hijos, de vuestros domésticos y de toda vuestra familia. De este deber tan esencial se disgusta muy pronto el que vive con molicie. Condenad vuestra negligencia sobre un punto tan importante, y que sea este uno de los primeros frutos de vuestra reforma.

TERCER DOMINGO DE ADVIENTO.

El tercer domingo de Adviento, que en otro tiempo se llamaba segundo ántes de Navidad, no es ménos solemne en la Iglesia que en los dos precedentes. Como la venida del Salvador del mundo debe ser el objeto de la devocion, de las oraciones y de todos los ejercicios piadosos de este santo tiempo, la Iglesia tiene cuidado todos los domingos, dias singularmente consagrados para renovar el fervor de los fieles, de escitar su fé y su esperanza, á medida que se acerca el dia del nacimiento del Redentor; á fin de que despertándose su zelo al aproximarse una fiesta tan grande, nada dejen de hacer para disponerse bien á ella.

El introito de la misa de este es el mas á propósito para escitar este zelo. Hermanos mios, «regocijaos siempre en el Señor,» nos dice el sacerdote subiendo al altar, «otra vez os lo digo, regocijaos,» nó con aquella alegría vana y tumultuosa que nace mas bien de los sentidos que del corazon, la cual no teniendo por principio mas que un bien vacío y aparente, está siempre acompañada de amargura, y ordinariamente seguida del arrepentimiento; regocijaos con una alegría verdaderamente cristiana, y por consiguiente humilde, modesta, y al mismo tiempo pura, sólida, real; con una alegría que no teniendo mas que á Dios por principio, es inalterable, llena el corazon y satisface el alma. Aparezca vuestra modestia á los ojos de todos los hombres, brille vuestra alegría porque el Señor está cerca: en efecto, ¿qué motivo mas justo para una santa alegría? «Señor, vos habeis derramado vuestras bendiciones sobre vuestra heredad,» continua «vos habeis puesto fin á la cautividad de Jacob,» os habeis compadecido de vuestro pueblo, y habeis, por fin, escuchado sus votos. La Judea que en otro tiempo habia tratado con tanta bondad, y que despues habiais repudiado con horror, como una tierra manchada con los crímenes de sus habitantes, ha encontrado nuevamente gracia en vuestros ojos; vos le habeis, al fin, enviado el Mesías. El Rey tanto tiempo esperado, el Señor tan deseado, el Salvador objeto de tantos votos, el cumplimiento de vuestras promesas va á aparecer; ¿qué motivo mas justo para hacer resaltar nuestra alegría? De este modo consuela é instruye en este dia á sus hijos la Iglesia en el principio de la misa.

Las palabras que acaban de citarse son tomadas de la Epístola que el apóstol san Pablo escribe á los Filipenses, por las cuales empieza la Epístola de este dia.

Habiendo sido llamado de Dios san Pablo á Macedonia, vino á Filipos, ciudad de aquella provincia edificada por Filipo el cual le dió su nombre. El santo apóstol tan luego como llegó allí convirtió á una mercadera de púrpura, llamada Lydia. Esta conversion fué muy pronto seguida de otras muchas; y los fieles se aumentaron tanto en tan poco tiempo, que alarmados los magistrados hicieron prender á san Pablo y Silas su compañero, les hicieron azotar y los enviaron á una prision. Durante la noche se sintió un temblor de tierra que conmovió hasta los fundamentos el lugar en que estaban. Se abrieron las puertas de la prision, y se rompieron las cadenas de los prisioneros. Habiendo acudido el alcaide, y creyendo que los presos se habian salvado, trató de atravesarse con su espada; pero san Pablo le aseguró, le convirtió, y habiéndole instruido le bautizó con toda su familia. Amanecido el dia, enviaron los magistrados á decir al alcaide que dejase ir á Pablo y á Silas; pero san Pablo les hizo decir que no se trataba de este modo á unos ciudadanos romanos. Vinieron los magistrados á la prision, dieron sus escusas y les rogaron que saliesen de la ciudad. El santo apóstol fué desde Filipos á Tesalónica: pero siempre profesó mucha ternura y mucha bondad á los filipenses. Él mismo dice que se acordaba siempre de ellos en sus oraciones. Los filipenses por su parte mostraron el reconocimiento mas vivo

á san Pablo, y no dejaron de enviarle socorros á todos los lugares donde predicaba. Habiendo sabido que se hallaba en prisiones en Roma, rogaron á su obispo Epafrodito que le llevase algun socorro de dinero; y á la vuelta del santo prelado fué cuando san Pablo escribió á los filipenses la hermosa carta de donde está sacada la Epístola de este dia. Les llama «su alegría y su corona.» Este elogio hace mucho honor á aquellos frevorosos fieles; y despues de haberles exhortado á perseverar en la fé, en el temor y amor del Señor, les recomienda que se regocijen sin cesar á nuestro Señor, y la razon que les da para ello es, dice él, que el Salvador está cerca. Este mismo es el motivo que le obliga á exhortarles que tengan una modestia mas edificante y mas cristiana, entendiendo el santo apóstol por la palabra modestia la práctica de todas las virtudes, de aquella caridad, de aquella dulzura, de aquella paciencia, de aquella mortificacion, tan propia para hacer que nos sea favorable la venida del Salvador. Ya que san Pablo diciendo á los filipenses que el Señor está cerca, haya querido decir que el Señor está continuamente cerca de nosotros para asistirnos, ó que lo haya entendido por el aniversario de su nacimiento; todo cuanto dice en este capítulo contiene las disposiciones santas con que debe uno prepararse para aprovecharse de él. El recogimiento y la oracion acompañada siempre de acciones de gracias por sus beneficios, deben sernos familiares en este santo tiempo: la paz y la tranquilidad del corazon preparan el alma para las visitas celestiales. En medio del reposo de la noche es cuando llega el Espíritu divino, y no hay nada tan opuesto á las íntimas comunicaciones de Dios con el alma, como el tumulto del mundo y la disipacion del corazon. Esto es lo que hace decir al santo apóstol: «Y la paz de Dios guarde vuestros corazones y vuestros entendimientos en Jesucristo.» Por esto recomienda tanto, principalmente durante el Adviento, el recogimiento y el retiro, en razon de que en la soledad es donde siempre habla Dios al corazon. Antiguamente no entraba ningun lego en el coro desde este tercer domingo hasta la vigilia de Navidad, porque se suponian los canónigos como en retiro, y se procuraba no distraerlos en la solemnidad del oficio del dia. Por lo demás, añade el mismo apóstol en el propio capítulo de que se toma la Epístola de la misa, lo que debe ocupar vuestros pensamientos y vuestros deseos, sobre todo en este santo tiempo, es todo aquello que es conforme á la verdad, todo lo que es puro, todo lo que es justo, todo lo que es santo, todo cuanto es digno de nuestra estima y de nuestro amor, todo lo que da una buena reputacion, todo lo virtuoso, todo lo que es laudable en materia de disciplina y de conducta.

El Evangelio de este dia refiere el testimonio auténtico que san Juan da á los judíos de la venida del Mesías en la persona de Jesucristo. Habiendo elegido la Iglesia para el oficio de los domingos de Adviento todo lo que tiene mas relacion con su nacimiento; despues de haber anunciado en el Evangelio del domingo precedente las pruebas que da Jesucristo de su divinidad y de su mision á los discípulos de san Juan, en el Evangelio de este dia cita el testimonio que el mismo san Juan da de Jesucristo delante de los principales de la nacion, y á la presencia de todo el pueblo.

Habiéndose querido humillar el Salvador, hasta recibir el bautismo de penitencia que predicaba su precursor san Juan Bautista, se habia retirado al desierto para ayunar allí por espacio de cuarenta dias ántes de manifestarse al mundo. Entretanto san Juan predicaba á lo largo del Jordan con tan buen éxito y tanto fruto, que el pueblo dejaba las ciudades para ir á oir á este nuevo predicador; y como si no bastasen los habitantes de Jerusalen para formar su auditorio, y darle discípulos, corrian en tropas para oirle de todas las comarcas de la Judea, principalmente de las orillas del Jordan, y muchos movidos de un verdadero dolor de sus culpas hacian delante de él una sincera confesion de ellas, y le pedian su bautismo. No habia nadie, hasta los mismos fariseos orgullosos, y los saduceos, gente sin ley y sin piedad, que no quisiese ser bautizado, y la reputacion del hombre de Dios hacia tanto ruido, que el gran Sanhedrin, que era el gran consejo de los judíos, en el cual se decidian los negocios del estado y de la religion, le envió una diputacion célebre.

Los principales de entre los judíos sabian bien por los oráculos de sus profetas, y sobre todo por el de las semanas tan célebres de Daniel, que el tiempo en que debia nacer el Mesías estaba próximo. Por otra parte veian que por donde quiera no se hablaba mas que de Juan Bautista; que este santo hombre presentaba virtudes mas divinas que humanas, y que en un cuerpo mortal parecia verse la impasibilidad de un ángel. Todo esto hacia que se inclinasen al parecer del pueblo, que tomaba el precursor del Mesías por el Mesías mismo por tanto tiempo esperado, y tan ardientemente deseado de todo el pueblo. Sin embargo, como nada haya que sea mas incierto que un rumor popular, no creyeron que debian darle fé, sin haber ántes enviado los sacerdotes y levitas al hombre de Dios, para saber de él quién era, qué cualidad tomaba y en virtud de qué autorizacion predicaba la penitencia. Escogieron personas de este carácter, porque eran del cuerpo de los eclesiásticos, al cual únicamente pertenecia el examinar á aquellos que se ingerian á predicar y esplicar públicamente la ley al pueblo.

Jerusalen, aquella ciudad tan célebre, vió entonces á los primeros de sus sacerdotes y de sus levitas salir con un grande acompañamiento, para ir á mas de veinte leguas de distancia, á informarse de las cualidades y de la mision del nuevo profeta, sin pensar que iban á recibir el testimonio mas brillante de la venida del Mesías; dirigiendo la divina Providencia esta diputacion para enseñar á los judíos, y que nunca pudiesen dudar que Jesucristo, á quien un dia habian de maltratar con tan encarnizamiento, era verdaderamente el Mesías.

Encontraron los diputados á san Juan en las cercanías de Bethabara, que tambien se llamaba Bethania; era esta una ciudad situada de la otra parte del Jordan, distante cerca de veinte leguas de la aldea de Bethania. Predicaba san Juan de la parte de acá en la campiña á cielo raso. Allí formaba un gran número de discípulos para aquel á quien reconocia por su Señor, y todo su cuidado era el disponerlos, tanto por su doctrina y sus ejemplos, como por su bautismo, para recibir la ley de Jesucristo.

Allí fué donde los diputados del Sanhedrin le representaron cuánta estima y veneracion habia concebido hácia él el consejo; que la santidad de su vida daba á conocer bastantemente que él no era como el resto de los hombres; que en el concepto del pueblo pasaba ya por el Mesías, y que ellos mismos no estaban distantes de esta opinion,

puesto que las cosas que hacia les parecian superiores á las fuerzas humanas; pero que para la satisfaccion comun, y para mayor seguridad, querian saber de su propia boca quién era.

No dudó el santo hombre : negó firmemente ser el que ellos creian ; y á fin de que no tomasen su respuesta por alguna tergiversacion de una humildad poco sincera, les dijo en términos formales, y les repitió muchas veces que de ningun modo era el Mesías : declaró altamente y sin rodeos que no era el Cristo. Por mas franca y mas precisa que fuese esta respuesta, no pudieron borrar los diputados de su imaginacion la idea que habian concebido de su mérito. Vínoles, pues, al pensamiento que si no era el Mesías, podia ser muy bien que fuese un nuevo profeta, igual á los antiguos, ó á un Elías, puesto que vivia como él, á mas de que sabian que el Mesías no habia muerto, y que segun la profecía de Malaquías debia volver al tiempo de una de las dos venidas del Mesías, ántes del gran dia del Señor. «(Malach. 4.)» San Juan se afligia al ver que se hacia tanto caso de él, y que se le igualaba con los grandes profetas. Cuanto mas se le daban testimonios de estimacion, mas él se abatia. No solo negó que fuese Elías, sino que añadió que ni aun era profeta ; queria sin duda dar á conocer á los doctores y á los sacerdotes lo que ignoraban y lo que les importaba saber ; que el tiempo de los profetas habia pasado ; que él no venia, como sucedia antiguamente para prometerles el Mesías, sino para advertirles que el Mesías habia venido, y que estaba en medio de ellos ; y para mostrarles con el dedo aquel que sus padres no habian visto sino en confuso, y de muy léjos, por un espíritu de profecía. No pudiendo sacar de san Juan mas que respuestas negativas, y que no les decia lo que era, sino lo que no era, le estrecharon para que les declarase lo que se debia pensar de él, cuál era el carácter en virtud del cual predicaba, y lo que debian responder á los que les habian enviado, para saber de él mismo en qué concepto debia tenérsele.

El santo no pudo ya ménos de satisfacer su curiosidad. Se manifestó á ellos y les declaró con mucha modestia y candor, que era aquel de quien habia hablado Isaías, cuando viendo en espíritu al Mesías que debia venir, le parecia oir ya la voz de su precursor en el desierto, la cual exhortaba á los pueblos á que se preparasen para su venida. Yo soy esta voz, les dice, que viene para preparar los caminos al Mesías, y disponer por la penitencia que predico y por el bautismo que administro los corazones y los espíritus para recibir al que viene para salvarlos. Los fariseos, mas celosos por mantener su autoridad que en procurar su salud, se picaron de esta respuesta y replicaron con altanería : Si no eres, pues, ni el Cristo ni Elías, ni profeta, ¿por qué bautizas? San Juan, que queria con su humildad abatir su orgullo, no les habla ni de su mision que habia recibido inmediatamente de Dios, ni del cargo eminente con que el cielo le habia honrado : se contenta con responderles para su instruccion y la de todo el pueblo, que el agua de su bautismo no obraba sobre las llagas del alma, mas que como el agua comun obra sobre las llagas del cuerpo ; que no las curaba, sino que únicamente servia para lavarlas, á fin de que estando limpias se las viese y se hiciese alto sobre ellas; que aquel hombre divino á quien buscaban, y que verdaderamente era su Mesías, les conferiria bien pronto un nuevo bautismo, del cual el suyo no era mas que la sombra, un bautismo que curaria todas las llagas de sus almas; que por lo que hacia á él, habia recibido de lo alto una gracia particular para descubrir á los hombres sus errores y sus vicios, pero que era incapaz de remediarlos; que todo lo que podia hacer, era exhortarles á que reconociesen á su verdadero médico, el único de quien debian esperar su curacion. Que por lo demás, no era necesario que fuésen á buscarle léjos, que estaba en su pais, y en medio de ellos, que era de su nacion y sangre real, conforme á lo que habian predicho de él los profetas; que á la verdad, todavía no le conocian, pero que sus maravillas, de que ellos mismos serian testigos, se le descubririan muy pronto. Por lo que hace á mí, añadió, yo le conozco y he venido delante de él á fin de anunciaros su venida; y si él viene despues de mí, esto consiste en que él es el Señor y envia á su siervo para que avise que vendrá muy pronto. Y ciertamente yo valgo bien poco en su presencia, ni aun merezco emplearme en los ministerios mas humildes de su servicio. Él lo puede todo y yo no puedo nada ; mi bautismo no dura mas que un cierto tiempo, y no tiene virtud alguna en comparacion del suyo, el cual será hasta el fin del mundo una fuente inagotable de gracias y de salud. Él no os lavará simplemente con el agua, sino que os bautizará en el Espíritu Santo, y este santificador descenderá sobre los que recibieren el nuevo bautismo, se comunicará á ellos, les animará con su presencia, les fortificará con su gracia, les abrasará con aquel fuego divino que produce efectos maravillosos en las almas santas. Verdaderamente el bautismo de san Juan no era mas que una preparacion para el de Jesucristo, disponia los pecadores por la penitencia y por las obras de justicia, para escuchar al Mesías y recibir el perdon de sus pecados por el bautismo del Salvador. El Santo llama á este bautismo un bautismo de fuego, y conferido por el Espíritu Santo. Sabemos que en el dia de Pentecostés descendió el Espíritu Santo sobre los discípulos en forma de lenguas de fuego, y pudo san Juan haber aludido no solo al efecto del Sacramento, sino tambien á este símbolo.

Despues de haber dado el santo Precursor este testimonio de la venida de Jesucristo á los diputados, continuó en todas las ocasiones que se le ofrecieron publicando el mérito, la santidad y la omnipotencia del Salvador del mundo. Viendo san Juan al otro dia á Jesus que venia á él : Hé aquí, esclamó, el Cordero de Dios ; hé aquí el que borra los pecados del mundo. Este es de quien yo he dicho : Hé aquí viene despues de mí un hombre que es ántes que yo ; si yo he venido para administrar un bautismo de agua, esto no es sino para que se le conozca en Israel. Yo he visto, añade, bajar del cielo el Espíritu Santo en forma de una paloma, y se ha colocado sobre él. Y el que me ha enviado para administrar un bautismo de agua, me ha dicho: Aquel, sobre el cual verás descender y colocarse el Espíritu, ese es el que administra el bautismo del Espíritu Santo. « Esto es puntualmente lo que yo he visto, y he dado testimonio que este es el Hijo de Dios.»

Nada podia convenir mejor al designio de la Iglesia que este Evangelio, tan propio para reanimar nuestra fé y escitar nuestro fervor, en un tiempo que tanto lo requiere para prepararnos á recibir dignamente aquel que los judíos no han querido reconocer. Inescusables despues del testimonio de san Juan Bautista, todavía mas criminales

despues de haber sido testigos de sus maravillas, los judíos rehusaron tenazmente recibir á aquel que habian pedido con tanto ardor y esperado por tanto tiempo, y le hartaron de oprobios. ¿Y no seríamos nosotros tan culpables como aquellos impíos, y todavía mas ingratos que aquellos, si conociendo y confesando á Jesucristo por nuestro Salvador, no cuidásemos de disponernos con tiempo á recibirle con alegría, con empeño, con fervor, y por decirlo así con dignidad el dia de su Nacimiento?

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Aurem tuam, quæsumus, Domine, precibus nostris accommoda: et mentis nostræ tenebras gratia tuæ visitationis illustra. Qui vivis et regnas cum Deo Patre...

Dignaos, Señor, escuchar favorablemente nuestras oraciones, y en estos dias de vuestro dichoso advenimiento disipad las tinieblas de nuestro entendimiento con la luz devuestra gracia. Vos que siendo Dios vivís y reinais con Dios Padre en unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amen.

La Epistola es de la carta del apóstol san Pablo á los Filipenses, cap. 4, vers. 4 á 7.

Fratres, gaudete in Domino semper: iterùm dico, gaudete. Modestia vestra nota sit omnibus hominibus: Dominus enim propè est. Nihil solliciti sitis: sed in omni oratione, et obsecratione, cum gratiarum actione petitiones vestræ innotescant apud Deum. Et pax Dei, quæ exuperat omnen sensum, custodiat corda vestra, et intelligentias vestras in Christo Jesu Domino nostro.

Hermanos mios: regocijaos siempre en el Señor, otra vez os lo digo, regocijaos. Aparezca vuestra modestia á los ojos de todos los hombres: el Señor está cerca. No tengais inquietud por nada; ántes bien toda vez que os pusierais en oracion y rogareis al Señor aparezcan vuestras peticiones delante de Dios con acciones de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepuja á todo lo que se puede pensar, sea la defensa de vuestros corazones y de vuestros entendimientos en Jesucristo nuestro Señor.

Esta Epístola á los filipenses es de un estilo mas corriente y mas llano, está escrita con un espíritu mas abierto, á lo que parece, y mas contento que las otras, no obstante que san Pablo estaba entonces en prisiones. Descubre en ella el apóstol toda la bondad de su corazon con toda su efusion. No mezcla en ella ni tacha, ni reprension alguna, lo que indica, dice san Crisóstomo, que los filipenses eran de una virtud consumada.

REFLEXIONES.

«La paz de Dios, que sobrepuja á todo lo que se puede pensar, sea la defensa de vuestros corazones y de vuestros entendimientos en Jesucristo.» La paz interior tan dulce, tan satisfactoria, tan superior á los sentidos, que el mundo no puede gustar, y mucho ménos dar esta paz estranjera, desconocida del espíritu del mundo, esta paz no puede ser sino el fruto de la virtud perfecta. ¡Cosa estraña! Nosotros no estamos nunca en paz con nosotros mismos. La multiplicidad de deseos, de proyectos, de designios, prueba demasiado nuestra inquietud. Cuando nuestras pasiones no nos hiciesen la guerra, nuestro mismo corazon es el enemigo de nuestro reposo. Siempre insaciable, jamás está contento. El amor propio pretende hallar esta paz que el mundo no puede dar, pero sus mismas investigaciones aumentan la turbacion. No hay cosa alguna, ni aun el goce de los bienes que se han deseado con mas ardor, que no incomode, que no altere, y por consiguiente que no turbe nuestro reposo. El libertino, el hombre mundano, el impío se esfuerza para hacer creer á los simples que está en paz; mientras que su espíritu está inquieto y su corazon nada en la amargura. Recorred todas las condiciones, todas las edades, todos los estados; buscad en la opulencia, en la prosperidad mas floreciente y hasta en el trono mismo, no hay hombre alguno del mundo que goce de un contento cumplido, de una tranquilidad perfecta; la inquietud y la tribulacion son la pertenencia inenajenable del corazon humano. En el mundo se contrahace, se disimula lo que se sufre, lo que cada uno es; el primer presente y cuasi el único que hace el mundo es la máscara; el disimulo caracteriza á los mas dichosos del siglo. Se rien, se regocijan, y no se ve en el mundo mas que unas fiestas tras de otras, todas á cual mas tumultuosas, porque no se trata, propiamente hablando, mas que de embotar sus desazones, entontecerse. Artificio grosero que solo sirve para sustraerse al conocimiento del público, mientras que la inquietud, la agitacion y la turbacion tiranizan el corazon de los mas regocijados. La guerra es doméstica, y ni aun admite treguas. Se entrega uno á sus pasiones y se hace esclavo de ellas. No hay alegría alguna en el mundo que no sea artificial. «Paz, paz, y no habia paz.» No la hay sobre la tierra, ni puede haber otra que la paz de Dios que acompaña siempre á la buena conciencia. Esta paz que sobrepuja á todo lo que se puede pensar es esclusivamente el fruto de la virtud. De aquí nace aquella tranquilidad pura, aquella dulzura inalterable, aquella alegría tan dulce, aquel recogimiento tan gozoso, aquella modestia tan edificante que forman el carácter de todos los buenos. Nó, no es el poco humor, el poco espíritu, la melancolía, ni una falta de educacion ó un natural brusco y salvaje, lo que aleja á las personas verdaderamente piadosas de las reuniones mundanas, de sus partidas de placer, de sus diversiones tumultuosas; mucho ménos sus pretendidas manías ni su humor caprichoso lo que las hace amar el retiro, son ya estas unas calumnias muy antiguas y usadas con que el mundo zahiere á los buenos. Su modestia, su exacta regularidad, su alejamiento de todas las diversiones mundanas, son efecto de su virtud y del contento interior de que gozan. Su corazon gusta de una paz que satisface, y no cuidan mas que de no turbarla. Solo la esperiencia puede hacer comprender este misterio; es preciso gustar las dulzuras de esta paz interior, para tener una justa idea de ella. «Gustad y ved,» dice el profeta: haced la dichosa esperiencia de ella, y despues podreis juzgar con seguridad de lo que ella es.

El Evangelio de la misa es de san Juan, cap. 1, vers. 19 á 28.

In illo tempore: Miserunt En aquel tiempo los ju-

Judæi ab Jerosolymis sacerdotes et levitas ad Joannem, ut interrogarent eum: Tu quis es? Et confessus est, et non negavit: et confessus. Quia non sum ego Christus. Et interrogaverunt eum: Quid ergo? Elias es tu? Et dixit: Non sum. Propheta es tu? Et respondit: Non. Dixerunt ergo ei. Quis es, ut responsum demus his, qui miserunt nos? Quid dicis de te ipso? Ait: Ego vox clamantis in deserto: dirigite viam Domini sicut dixit Isaias propheta. Et qui missi fuerant, erant ex pharisæis. Et interrogaverunt, et dixerunt ei: Quid ergo baptizas, si tu non es Christus, neque Elias, neque propheta? Respondit eis Joannes, dicens: Ego baptizo in aqua: medius autem vestrum stetit, quem vos nescitis. Ipse est, qui post me venturus est, qui ante me factus est: cujus ego non sum dignus, ut solvam ejus corrigiam calceamenti. Hæc in Bethania facta sunt trans Jordanem, ubi erat Joannes baptizans.

dios de Jerusalen, enviaron sacerdotes y levitas para que preguntasen á Juan: ¿Quién eres? Él lo confesó y no negó; y lo volvió á confesar: Yo no soy el Cristo. ¿Quién eres, pues, le preguntaron? ¿eres Elías? Nó: les dijo él. ¿Eres profeta? Nó, les respondió. Oyendo esto, le dijeron: Dinos, pues, quién eres para que podamos responder á los que nos han enviado; ¿qué es lo que dices de tí mismo? Entonces les respondió: Yo soy la voz del que clama en el desierto: Ordenad el camino del Señor, como lo ha dicho el profeta Isaías. Y los que habian sido enviados eran de la secta de los fariseos. Entonces le hicieron una nueva pregunta: ¿Por qué bautizas, le dijeron, si no eres ni el Cristo ni Elías, ni profeta? Juan les respondió diciéndoles: Yo no administro mas que un bautismo de agua; pero hay en medio de vosotros uno á quien vosotros no conoceis. Este es el que debe venir despues de mí, que es ántes que yo, y del que yo no soy digno de desatar la correa de su calzado. Estas cosas pasaron en Bethania del otro lado del Jordan en donde bautizaba Juan.

MEDITACION.

Cuán poco conocido es Jesucristo, y cuán poco amado de aquellos mismos que le conocen.

Punto primero.—Considera con cuánta razon podria decirse á muchos cristianos, lo que san Juan decia á los judíos: «Jesucristo nuestro Señor está en medio de vosotros, y vosotros no le conoceis.» Si le conocieseis no le tendriais tan poco amor, tan poca aficion, tan poco respeto, tan poco reconocimiento. ¡Qué desgracia para los judíos el no haber conocido á su legítimo Rey, su soberano Señor, su Redentor, su Mesías, el Mesías tan ardientemente deseado y esperado por tanto tiempo; estando tan claramente marcado el tiempo de su venida, y viéndose el cumplimiento de las profecías que le habian anunciado en su doctrina y en sus milagros. No es menor la desgracia de los cristianos en no conocer á Jesucristo sino con una fé débil, lánguida y medio estinguida, una fé casi muerta; que luce lo que basta para hacernos inescusables, pero que no obra lo necesario para hacernos verdaderos cristianos. Jesucristo está realmente en medio de nosotros en el adorable sacramento de la Eucaristía; ¿y se conoce á Jesucristo bajo estos velos? Grandes del mundo, ¿le conoceis vosotros? vosotros que castigais tan rigorosamente las menores faltas que se cometen contra el respeto que se os debe, mientras que sois tan insensibles á los ultrajes que se hacen al Señor soberano, á quien haceis profesion de conocer. Pueblos, ¿conoceis vosotros á este Dios, á este Salvador que está en medio de vosotros? vosotros que sois tan frecuentes cerca de aquellos de quienes esperais alguna gracia, y tan respetuosos, tan comedidos en la presencia de los que temeis, mientras que no teneis respeto alguno en la iglesia, ni encontrais nunca un momento desocupado para venir á ofrecer vuestros homenajes á Jesucristo sobre nuestros altares. Los ministros del Señor, las personas consagradas á Dios por profesion y por estado conocen á Jesucristo: porque al fin, las funciones ordinarias del sagrado ministerio, los empeños tan solemnes y tan perfectos la vida reglada y austera, todo esto prueba bastante que, por lo ménos de esta porcion escogida y privilegiada del pequeño rebaño, no es Jesucristo; pero ¿corresponden á este conocimiento su aficion, su zelo, su amor á Jesucristo? ¡Ah! ¡y con qué frialdad, acaso, se cumple todo esto! Hay poco empeño en hacer la córte á Jesucristo, se le mira con indiferencia, no se tiene confianza en él, porque no se le conoce sino imperfectamente: y si se ha de juzgar por los efectos y por la esterilidad de este infructuoso conocimiento, ¿podemos razonablemente lisonjearnos de que conocemos verdaderamente á Jesucristo?

Punto segundo.—Considera cuán poco amado es este amable Salvador de aquellos mismos de quienes es conocido. Representémonos aquí solo aquellas personas cristianas que haciendo profesion de conocer á Jesucristo, no ignoran ni lo que es, ni lo que ha hecho para ganar nuestro corazon, ni lo que está en estado de hacer en favor nuestro. Aquellas personas que perfectamente instruidas de todos nuestros misterios, no olvidan los señalados beneficios de la Redencion y de la Eucaristía, y admiran sin cesar la humildad de su encarnacion, la pobreza de su nacimiento, la oscuridad de la mayor parte de su vida mortal, las maravillas incomprensibles de la adorable Eucaristía, las humillaciones y sufrimientos de la pasion y la ignominia de su muerte, y que todo esto lo ha obrado por la salud de los hombres: estas personas, repito, ¿aman fervorosamente á Jesucristo? ¿corresponde su amor á la idea que deben tener de la escelencia y de la majestad del Salvador? ¿corresponde su amor á sus beneficios? ¿corresponde al amor que él nos tiene? ¿corresponde al espíritu de nuestra religion? y sin consultar mas que á la razon, nuestro amor á Jesucristo ¿corresponde á los bienes que nos ha hecho? ¿á los que recibimos de él todos los dias? ¿á los que esperamos en el tiempo y en la eternidad? ¿á los que estamos recibiendo á todas horas? Conocer á Jesucristo, y creer que está continuamente con nosotros sobre nuestros altares; y no tener, ni aquel empeño que se tiene por llenar los deberes contraidos con los grandes de quienes se espera todo, y no tener incesantemente presente en el entendimiento un objeto de que el corazon debe estar tan ocupado, y no aprovechar todas las ocasiones de agradar á aquel que es el árbitro de nuestra suerte eterna; hé aquí un misterio de iniquidad incomprensible. Desgraciadamente lo demuestra una esperiencia

bien triste. Cuando se ama á Jesucristo, agrada todo lo que procede de él; se tienen en la memoria sus máximas, y ¡qué impresion no hacen en el alma sus ejemplos! Consultemos los sentimientos y toda la conducta de los santos. Ellos han amado á Jesucristo: ¿qué fidelidad no han tenido todos ellos en conformarse con este divino modelo? ¡Qué trasportes de amor por este Salvador amable! ¡qué continuacion en hacerle la córte! ¡qué alejamiento de todo lo que él ha mirado con horror! ¡qué ansia por las humillaciones y los sufrimientos! Tales son las pruebas del amor y de la ternura que se tiene á Jesucristo ¿Nos ofrece nuestra vida muchas de ellas? ¿por estas señales reconocemos en nosotros un grande amor al Salvador? Tenemos, es verdad, con frecuencia en la boca los nombres de Jesus y de María; pero son señales estériles, si estos santos nombres no están profundamente grabados en el corazon. Todo nos conduce en el tiempo de Adviento á escitar amor, á abrasar nuestros corazones en este amor, á amar á Jesucristo con ternura. No hay disposicion mas propia para recibir dignamente este divino Salvador en el dia de su Nacimiento, que este amor divino.

Nó, Señor, nosotros no os conocemos. Yo confieso que hasta aquí no os he conocido, puesto que os he amado tan poco; pero yo espero que mi porte con vos hará ver de hoy en adelante que comienzo de veras á conoceros, puesto que comenzaré verdaderamente á amaros.

JACULATORIAS.—Señor, aumentad mi fé, á fin de que os conozca mejor que lo he hecho hasta aquí. (Luc. 17.)

Yo os amaré, Señor, á vos que sois toda mi fuerza, mi refugio y mi Salvador. (Ps. 17.)

PROPÓSITOS.

Amamos poco á Jesucristo, porque le conocemos poco. No tenemos mas que una fé débil, vacilante y medio estinguida; ¿y podríamos con una fé semejante amar á Jesucristo con ternura y con ardor? No se ignora lo que él es, se sabe lo que puede, no se ha olvidado lo que ha hecho en nuestro favor; mas estos conocimientos deben ser muy imperfectos, puesto que producen tan poco conocimiento y tan poco amor. Aplicaos sobre todo en este santo tiempo, singularmente consagrado á celebrar su venida al mundo, aplicaos á conocer y á amar á este divino Salvador. Considerad lo que es y lo que viene á hacer sobre la tierra. Cuál es el motivo de su venida, esto es, de su encarnacion, de su nacimiento. Representaos su vida y su muerte; recordad en vuestro entendimiento todas sus maravillas y sobre todo su amor á nosotros, y preguntaos luego si este Dios hecho hombre para salvar á los hombres merece ser amado por nosotros. Sea este el asunto ordinario de vuestras meditaciones durante este santo tiempo. Decidle muchas veces á este divino Salvador con fervor como san Agustin: «Haced, Señor, que yo os conozca, y que me conozca á mí mismo.» ¡Qué confusion, buen Dios, y qué sentimiento no debo yo tener por haberos amado tan poco, divino Salvador mio!

Poco importaria el que tuviésemos este sentimiento, si nuestra conducta no testificase nuestro amor. Probémosle desde hoy que le amamos por la resolucion que debemos tomar, de que no pase dia alguno de nuestra vida, si puede ser, sin hacerle una visita en el Santísimo Sacramento. Probémoselo por nuestra caridad con los pobres; todos los bienes que les hiciéremos, los hacemos á Jesucristo: *Mihi feristis*. Visitad por tanto á los pobres enfermos en los hospitales, y á los pobres vergonzantes en sus casas particulares. Visitad á los presos al ménos una vez en la semana, y repartid limosnas entre los unos y los otros; esta caridad será una prueba de vuestro amor. Recibid á menudo á Jesucristo en la adorable Eucaristía; comulgad con mas frecuencia que lo ordinario durante el Adviento, y hacedlo cada vez con nuevo fervor. Es una práctica de piedad muy útil el rezar todos los dias, sobre todo en este santo tiempo, las letanías del santo nombre de Jesus (1) y las de la Vírgen. En fin, no omitais nada para amar con fervor y con ternura á este divino Salvador, y á la que ha sido destinada para ser su Madre.

CUARTO DOMINGO DE ADVIENTO.

El cuarto domingo de Adviento, que tambien se llamaba el primero ántes de Navidad, debe escitar tanto mas nuestro fervor y nuestra devocion, cuanto mas cerca está de la solemnidad que exige todo nuestro zelo. Con este espíritu y con este fin ha dispuesto la Iglesia que preceda á este domingo el ayuno de las cuatro témporas, esto es, el ayuno del miércoles, del viernes y del sábado precedentes.

Llámanse cuatro témporas los ayunos que prescribe la Iglesia de tres en tres meses, el miércoles, el viernes y el sábado de la misma semana, para consagrar las cuatro estaciones del año por la penitencia de algunos dias de ayuno; para pedir á Dios la conservacion de los frutos de la tierra, para darle gracias por los que ya ha concedido, y para obtener de él, el que provea á la Iglesia en este tiempo en que se hacen las órdenes de ministros santos. Conociendo la Iglesia la flaqueza de sus hijos, ha querido darles á entender que no hay tiempo alguno en todo el curso del año en que les sea permitido relajarse ó interrumpir el ejercicio de la penitencia, porque en todo tiempo hay necesidad de purificar el alma con el uso frecuente de los sacramentos, con la oracion y con el ayuno; y esto es lo que ha movido á determinar tres dias de ayuno en cada una de las cuatro estaciones del año, los cuales se llaman las cuatro témporas. San Leon dice que esta observancia se ha fijado á las cuatro témporas ó estaciones, á fin de que esta sucesion continua de tiempo con el círculo del año nos enseñase que continuamente teníamos necesidad de purificarnos, y que siempre debemos esforzarnos para borrar por medio de los ayunos y las limosnas las manchas que cuasi incesantemente contraemos durante la vida por la fragilidad de la carne.

Acaso no hay observancia que sea mas antigua en la Iglesia que la de las cuatro témporas, puesto que, segun el mismo santo, viene hasta nosotros desde los mismos apóstoles. En el antiguo Testamento habia ayunos determinados y fijos á ciertos meses del año. «Hé aquí lo que dice el Dios de los ejércitos,» dice el profeta Zacarías: «Los ayunos del cuarto, del quinto, del séptimo y del décimo mes, se convertirán para la casa de Judá en dias de regocijo y alegría, y en fiestas solemnes.» San Leon cree que estos ayunos, lo mismo que algunos preceptos morales, son del número de aquellas cosas santas y útiles que los apóstoles han querido conservar de la antigua

(1) En España no se usan estas letanías del nombre de Jesus.

ley para el uso de la Iglesia, pero por motivos mucho mas espirituales y mas perfectos que los del antiguo Testamento. Lo que en la ley antigua no era mas que una simple figura, continúa el mismo santo pontífice, ha cesado por la realidad en la ley nueva; mas en cuanto á los ayunos, como que nos son demasiado necesarios y sobremanera útiles, jamás ha pensado la Iglesia que cesasen. Añade que la Iglesia conducida y dirigida por el Espíritu Santo, ha distribuido de tal modo el ayuno en las cuatro estaciones del año, á saber, las cuatro témporas de primavera en cuaresma; las del estío en la octava de Pentecostés; las de otoño en el mes de setiembre; y las de invierno en el décimo mes, que todas ellas se hallan santificadas por la penitencia. Los oficios de la misa de estos tres dias de cuatro témporas de Adviento son particulares y conformes al misterio y á la santidad de este tiempo. En la misa del miércoles de cuatro témporas se leen siempre dos Epístolas, para dar á conocer, dice Alcuino, á los que deben ser examinados en este dia, para recibir las órdenes el sábado siguiente, que deben tener un gran conocimiento de la santa Escritura. Las dos Epístolas que se leen en la misa del miércoles de la tercera semana de Adviento, son tomadas del segundo y del séptimo capítulo de Isaías, en donde el profeta habla claramente de la venida del Mesías, y de las grandes ventajas que con él deben venir á los hombres, y en las que predice que una Vírgen será la Madre de este Salvador. El Evangelio que sigue á estas dos Epístolas contiene la historia de la Anunciacion del misterio de la Encarnacion, hecha por el arcángel san Gabriel á la santísima Vírgen, segun que la refiere san Lucas. La Epístola de la misa del viernes siguiente se toma de la misma profecía de Isaías, donde predice que saldrá un vástago de la estirpe de Jesé, padre de David; que se levantará una flor de su raiz, y que el Espíritu del Señor reposará sobre ella. El Evangelio del dia es lo que sigue al del miércoles precedente, donde san Lucas describe la visita que la santísima Vírgen fué á hacer en las montañas de Judea á su parienta Isabel, embarazada de san Juan, pocos dias despues de haberla dejado á ella el ángel, despues de haber obtenido su consentimiento para la Encarnacion del Hijo de Dios en su seno. En la misa del sábado de las cuatro témporas, que se llama tambien el sábado de las doce lecciones, porque antiguamente se acostumbraba en Roma leer en griego y en latin las seis lecciones que todavía hoy leemos en esta misa las primeras en gracia de los griegos que asistian al oficio, y que habia en gran número en Roma, y las segundas para los latinos; se las contaba como doce lecciones porque cada una se leia dos veces en diferentes lenguas: todavía hoy, he dicho, se leen las seis lecciones latinas en la misa de este sábado: las cuatro primeras son tomadas de Isaías, cuya profecía no es propiamente mas que la historia profética del Salvador. La Iglesia ha creido mas conveniente tambien el componer los oficios del Adviento del libro de este profeta. La quinta Epístola es tomada del profeta Daniel, comun á todos los sábados de las cuatro témporas, en la que se refiere la maravilla de los tres niños del horno de Babilonia. La sexta es de la Epístola de san Pablo á los fieles de Tesalónica. «Os rogamos, hermanos mios,» les dice, por Jesucristo nuestro Señor que debe venir, «y por la reunion que debe haber entre él y nosotros, que no os dejeis fácilmente arrastrar á creer de otro modo que creeis.» Aunque el Apóstol en este pasaje habla de la segunda venida del Hijo de Dios, la Iglesia le aplica á la primera para despertar la fé de los fieles. El Evangelio del sábado de estas témporas se reduce á la predicacion de san Juan, que comenzaba á ejercer sus funciones de precursor, ángel ó enviado de Dios, para preparar los caminos y disponer los ánimos á recibir al Mesías.

La misa de este cuarto domingo de Adviento, no es, hablando con propiedad, mas que una viva espresion del deseo ardiente que tiene la Iglesia de ver nacer á su Salvador y conducir á todos los fieles á que celebren con dignidad y con fruto el dia de su Nacimiento. Ella esclama con el profeta en el introito de la misa. «Cielos, enviad el rocío de lo alto, y tambien las nubes al Justo, como una lluvia saludable. Ábrase la tierra y veamos aparecer al Salvador como vemos salir el tronco de su gérmen.» Estas palabras indican el trasporte y la impaciencia de los profetas y de los justos del antiguo Testamento, los cuales deseaban con todo el ardor de su alma la venida del Mesías.

La Epístola que se lee en la misa es tomada de la primera carta del apóstol san Pablo á los corintios, y mira á los ministros de Jesucristo, que son los dispensadores de los misterios de Dios, y los pastores de las almas. El Apóstol les exhorta en ella á que no hagan consistir su habilidad y su mérito en la doctrina, ni en el arte de bien hablar; sino en ser fieles en su ministerio, y en sostener la dignidad de su empleo por la regularidad y la santidad de su vida. La Iglesia despues de haber exhortado á todos sus hijos á que se dispongan por la penitencia y la piedad para la venida del Salvador, se dirige, en especial este dia á los ministros sagrados, y les exhorta á que se distingan del resto de los fieles por su virtud, tanto como se diferencian por su carácter; y á que, ya que deben presentar al Salvador que nace los votos del pueblo en cualidad de ministros de Jesucristo, y sus primeros oficiales, nada omitan á fin de hacerse ellos mismos mas agradables á sus ojos, en las funciones sagradas de su ministerio.

El Evangelio es el mismo que el del sábado precedente. Contiene la historia de la predicacion de san Juan Bautista y de la primera funcion que desempeña en cualidad de precursor del Salvador, como lo cuenta san Lucas. El Hijo de Dios, esta verdadera luz que ilustra á todo el que viene á este mundo, habia permanecido incógnito en Nazareth, y como oculto en la oscuridad de una vida privada, cuando Juan Bautista salió del desierto para prepararle los caminos; semejante á la aurora que precede al sol, y que da principio al dia; no era él mismo la luz, pero estaba para dar testimonio de la luz. Este santo hombre habia pasado toda su juventud en la soledad, en el ejercicio de la penitencia mas rigorosa sin otro alivio que el que gustaba en las dulzuras de la contemplacion. Se presentó, por fin, delante del pueblo de Israel á los treinta años de su edad, y el veinte y nueve de la de Jesus, que era el décimoquinto del imperio de Tiberio. En este tiempo fué cuando el primer heraldo del Salvador, este hombre nacido por milagro, este admirable solitario, oculto en el fondo de su desierto, recibió órden para que empezase á desempeñar su encargo.

El reino que Herodes Ascalonita habia poseido entera-

mente, estaba entonces dividido en cuatro principados. El primero y el mas considerable que era el de Judea, habiendo quedado sometido al imperio romano, despues del destierro de Arquelao, no hacia mas que una parte de la provincia de Siria. Fué este gobernado por Poncio Pilato, á quien los judíos daban el título de presidente, no obstante que los romanos no le diesen mas que á los gobernadores en gefe; mas su gobierno era subalterno y dependia del de Siria, de suerte que no le tenia mas que como agente, ó por hablar segun el uso de los romanos, como procurador de César: «Procurante Pontio Pilato Judæam.» Los otros tres tenian sus príncipes particulares que se llamaban simplemente tetrarcas, que segun su etimología, significa un príncipe que posee la cuarta parte de un grande estado; pero se daba ordinariamente este nombre á aquellos príncipes pequeños que gobernaban con una autoridad soberana; y los Evangelistas dan tambien alguna vez á Herodes, tetrarca de la Galilea, el nombre de rey que los romanos le habian permitido tomar. Este Herodes era hijo del primer Herodes llamado el Grande, y poseia la Galilea que era una parte de la Palestina, en los confines de la Samaria. Filipo su hermano reinaba del mismo modo en la Iturea y la Traconitis hácia el septentrion; era esta una provincia situada hácia el nacimiento del Jordan, la cual habia hecho parte de la Siria. En fin un tal Lisanias, descendiente acaso de aquel otro Lisanias, que Marco Antonio habia hecho rey de los itureos, mandaba en un trozo de la Celesiria, que se llamaba Abilina, entre el Líbano y el Antilíbano. Por lo que mira á la religion, como los romanos eran los señores de todo este estado conquistado, y como poseian la capital donde estaban el templo y la silla del gran sacerdote, es probable que disponian ellos á su gusto de las dignidades eclesiásticas; y que queriendo contentar la ambicion desmesurada de Anás y de Caifás, los cuales pretendian uno y otro el pontificado, habian establecido la alternativa entre estos dos concurrentes, de los que el uno era suegro del otro, de modo que lo ejercian sucesivamente durante un año, lo cual se infiere por lo que dice el apóstol san Juan en el Evangelio, que Caifás era gran sacerdote el año que Jesucristo murió. Era una época tan importante y tan distinguida la venida del Mesías, que se necesitaba no ménos que un pormenor tan preciso de todas las circunstancias del tiempo, en el que se encontraba cumplido todo lo que los profetas habian predicho tocante á la venida del Mesías y de su Precursor.

En este tiempo de desórdenes y de confusion en la religion y en el estado fué cuando, se vió aparecer el Precursor del Mesías, á quien los profetas habian llamado el Ángel de Dios, este hombre santificado en el vientre de su madre, y cuya vida era un prodigio de santidad y de penitencia. Porque su vestido era un áspero cilicio, hecho de pelo de camello, que traia atado al rededor de los lomos, con un cinturon de cuero, con lo cual condenaba la delicadeza y el lujo. Por todo su alimento no tomaba mas que langostas sin condimento ni compostura, alimento muy comun entre los pobres en la Palestina, y miel silvestre de mal gusto, que hallaba en las aberturas de las rocas, y en los huecos de algunos árboles. Su habitacion ordinaria era un espantoso desierto entre Jericó y Jerusalen, y de allí era de donde salia para allanar los caminos al Señor; esto es, para preparar los espíritus y los corazones á la venida del Salvador, predicando la penitencia con sus ejemplos y con sus palabras. Era él aquella voz poderosa que, segun Isaías, debia resonar en el desierto, y enseñar á los pueblos para que se dispusiesen para la venida de su Rey y de su Redentor. «La voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor,» esclamaba el profeta Isaías, viendo ya desde entonces al santo Precursor que, por tanto, se llama á sí mismo la voz del que clama en el desierto. Él es en efecto el que preparó los caminos á Jesucristo, preparando los pueblos á que le recibiesen como á su Salvador, y demostrándoles que él era el Mesías. Nada hay tan claro, nada tan preciso, como lo que dice el profeta con respecto á la venida del Salvador del mundo en este pasaje. Consuélate, pueblo mio, consuélate, dice, tu Dios. El profeta en este capítulo y en los siguientes nos describe la felicidad de los israelitas despues de la vuelta de la gran cautividad de Babilonia; sin embargo no es este el objeto que mas le ocupa. La venida del Mesías, su reino, el establecimiento de su Iglesia, la vocacion de los gentiles á la fé son sus miras principales. San Lucas fija el verdadero sentido refiriendo las palabras del profeta con motivo del santo Precursor: «Hablad al corazon de Jerusalen y decidle: que sus males se han acabado, que sus iniquidades le han sido perdonadas. Dios va, por fin, á enviaros un Salvador;» yo oigo ya la voz de su Precursor, continúa Isaías, que clama en el desierto, como su heraldo que anuncia su venida, y que dice: Preparadle los caminos para que entre en vuestro corazon, reformando vuestras costumbres, y rectificando vuestra conducta por la penitencia. Allánense todas las montañas, llénense todos los valles, enderécense todos los caminos torcidos, hágase practicable todo lo que está estraviado, áspero, escarpado. Es decir, que las almas tímidas tomen confianza, que las almas terrenas y materiales dejen de andar arrastrando por la tierra, y de hoy en adelante se eleven sobre todo lo que llena los sentidos; que todo espíritu vano y orgulloso se humille por la penitencia; en fin, que reine en todas partes la inocencia; y entonces todo hombre verá la salud enviada por Dios. El texto dice, que «todos los valles serán exaltados y las montañas humilladas,» lo que en el sentido moral significa que el Salvador venia á humillar el orgullo del mundo, y confundir toda su falsa sabiduría, eligiendo para fundar su Iglesia hombres simples, pobres é ignorantes; y la muerte misma en la cruz para salvar á los hombres. «Dios ha escogido lo que es flaco en el concepto del mundo para confundir lo que hay de mas fuerte en él,» dice san Pablo. La salud se ha ofrecido á todos los hombres, puesto que Jesucristo se ha encarnado, ha nacido, y ha muerto por la salvacion de todos los hombres; pero ¡cuántos rehusan la salud, ó Dios mio, que vuestra bondad les presenta! ¡Oh, y cuán digno es de vuestra cólera el que desprecia vuestras bondades! Al paso que se acerca la fiesta de la Natividad, la Iglesia redobla sus convites y sus exhortaciones para mover á los fieles á que redoblen su cuidado y su fervor para ponerse en estado de recibir con santas disposiciones el Salvador de nuestras almas, sin las cuales nada importa celebrar su nacimiento, ni se tiene parte en sus dones.

La oracion de la Misa del dia es como sigue:

Excita, quæsumus, Domine, potentiam tuam, et veni, Haced, Señor, brillar vuestro poder, y venid, os

et magna nobis virtute succurre: ut per auxilium gratiæ tuæ, quod nostra peccata præpediunt, indulgentia tuæ propitiationis acceleret. Qui vivis et regnas cum Deo Patre in unitate Spiritus Sancti Deus, per omnia sæcula sæculorum. ℟. *Amen.*

suplicamos, y socorrednos con vuestra fortaleza omnipotente, á fin de que vuestra misericordia infinita se apresure á darnos por vuestra gracia el ausilio de que nos hacen mas y mas indignos nuestros pecados. Vos que siendo Dios vivís y reinais con Dios Padre en unidad del Espíritu Santo por los siglos de los siglos Amen.

La Epistola es del apóstol san Pablo á los Corintios, cap. 4.

Fratres, sic nos existimet homo ut ministros Christi, et dispensatores mysteriorum Dei. Hic jam quæritur inter dispensatores, ut fidelis quis inveniatur. Mihi autem pro minimo est ut à vobis judicer, aut ab humano die: sed neque meipsum judico. Nihil enim mihi conscius sum: sed non in hoc justificatus sum: qui autem judicat me, Dominus est. Itaque nolite ante tempus judicare, quoadusque veniat Dominus: qui et illuminabit abscondita tenebrarum, et manifestabit consilia cordium: et tunc laus erit unicuique à Deo.

Hermanos mios, cuidemos de que se nos mire como ministros de Jesucristo, y dispensadores de los misterios de Dios. Se pregunta ya si entre los dispensadores se halla alguno que sea fiel. Por lo que hace á mí, no me da gran cuidado el ser juzgado por vosotros, ó por el discernimiento de los hombres; ni yo tampoco me juzgo á mí mismo. De nada, pues, me reconozco culpable; sin embargo no me justifico por esto; más el Señor es el que me juzga. Así que, hermanos mios, no juzgueis ántes de tiempo, hasta que venga el Señor, que iluminará lo que está oculto en las tinieblas, y manifestará los secretos de los corazones, y entonces se dará á cada uno la alabanza que merezca por Dios mismo.

La Iglesia ha elegido este pasaje de la carta del Apóstol, ya para enseñar á los que ha ordenado ayer sábado de las cuatro témporas, cuál es el ministerio que han recibido, y con qué santidad deben ejercer sus sagradas funciones; ya para representar á los fieles lo que san Pablo dice del último juicio, á fin de mezclar siempre la consideracion de la segunda venida del Hijo de Dios con la de la primera, como lo ha hecho el primer domingo de Adviento en la misa y en el oficio.

REFLEXIONES.

«Cuidemos de que se nos mire como ministros de Jesucristo y dispensadores de los misterios de Dios.» Recuerden siempre á los fieles unos títulos tan gloriosos el respeto y la sumision que deben á aquellos á quienes Dios ha honrado con su sagrado ministerio; pero que no olviden estos nunca la humildad y la bondad con que deben servir á los fieles, en cuyo favor han sido honrados con el ministerio santo. ¡Buen Dios! ¡qué puras y qué fieles deben ser las manos que dispensan los sagrados misterios! ¡qué pureza de costumbres, qué integridad de conducta, qué tesoro de ciencia y de sabiduría, qué santidad no exige este carácter augusto, de los que le han recibido! Se trata de sostener los intereses de Dios y de los hombres, de conciliar los derechos de su justicia y de su majestad, con los de su amor y de su misericordia. Se trata de la sangre de un Dios; temamos profanarla, dispensándola á pecadores impenitentes: pero es la sangre de un Dios muerto por los pecadores; temblemos cerrar esas fuentes saludables á los que quieren lavarse en ellas. Las personas consagradas al santo ministerio son unos ecónomos, cuya primera virtud es la fidelidad: fidelidad á Jesucristo, para no procurar mas que sus intereses: fidelidad á la Iglesia, para trabajar á sus órdenes con celo y sumision; fidelidad á los pobres, para administrar su patrimonio con sabia economía; fidelidad á todos los fieles, para edificarles é instruirles. Sean todos los ministros de Jesucristo santos, como deben serlo, y muy pronto quedará el mundo reformado. De nada me conozco culpable, decia san Pablo, y sin embargo de esto no me justifico. Un apóstol á quien nada reprende la conciencia, no se atreve todavía á creerse justificado; ¿qué es, pues, lo que nos asegura y nos tranquiliza? ¿Será nuestra inocencia ó nuestra penitencia? ¡Ah! quién sabe si nuestra tranquilidad es hija de aquella calma engañadora que da una falsa conciencia: no se teme, cuando con frecuencia todo hace temblar. No se teme porque no se ve el peligro; ¿pero está por eso mas léjos el precipicio? Temamos si hemos tenido la desgracia de ofender á Dios; aun cuando hubiésemos lavado los pecados con las lágrimas de la penitencia, temblemos todavía, y no cesemos de esclamar con David: Señor, purificadme de los pecados que no conozco. Tres juicios tenemos que sufrir; el juicio de este mundo, que debemos despreciar; el juicio de la conciencia, que nos hemos de guardar de corromper; el juicio de Dios, que siempre debemos temer, y para el que nos interesa prepararnos.

El Evangelio de la Misa es de san Lucas, cap. 3.

Anno quintodecimo imperii Tiberii Cæsaris, procurante Pontio Pilato Judæam, tetrarcha autem Galilææ Herode, Philippo autem fratre ejus tetrarcha Iturææ et Trachonitidis regionis, et Lysania Abilinæ tretarcha, sub principibus sacerdotum Anna, et Caipha: factum est verbum Domini super Joannem, Zachariæ filium, in deserto. Et venit in omnem regionis Jordanis prædicans baptismum pœnitentiæ in remissionem peccatorum, sicut scriptum est in libro sermonum Isaiæ prophetæ: Vox clamantis in deserto: Parate viam Domini: rectas facite semitas ejus: omnis vallis implebitur, et omnis mons et collis humiliabitur: et erunt

El año décimoquinto del imperio de Tiberio César, siendo gobernador de la Judea Poncio Pilato; tetrarca de Galilea Herodes; Filipo su hermano tetrarca de Iturea, y del pais de la Traconitis; y Lisanias tetrarca de la comarca de Abilinia; en el pontificado de Anás y de Caifás, la palabra del Señor se dirigió á Juan, hijo de Zacarías, en el desierto. Y fué por todo el pais que está á la larga del Jordan predicando el bautismo de penitencia para la remision de los pecados, como está escrito en el libro que contiene lo que ha dicho Isaías profeta: La voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, haced-

prava in directa, et aspera in vias planas, et videbit omnis caro salutare Dei.

le sus senderos rectos. Se llenarán todos los valles, y se abatirán todas las montañas y todas las colinas; lo que no está derecho será rectificado, y lo que es escabroso se hará un camino llano, y toda carne verá la salud que viene de Dios.

MEDITACION.

Sobre el deseo ardiente que debemos tener de la venida del Salvador.

Punto primero— Considera cuáles han sido en todo el tiempo del antiguo Testamento los deseos ardientes y los votos de todos los santos patriarcas, de los profetas, de los justos por la venida del Redentor; le llaman, le invitan á que venga, le ruegan con empeño, con trasportes, con votos llenos de entusiasmo. Os suplicamos, Señor, que enviels cuanto ántes al que debeis enviar para salvarnos. Venid, Señor, como nos lo habeis prometido. Apresuraos, Señor, á venir, y no lo difirais por mas tiempo. O cielos, haced que descienda de lo alto el Salvador á manera de una lluvia. Ábrase la tierra para producir al Salvador. No se retrase, Señor, el veros, ni nos aflijais mas con una dilacion tan larga. ¡O si os dignaseis abrir los cielos y descender de ellos para rescatarnos! Así daban á entender los santos del antiguo Testamento el ardiente deseo que tenian de la venida del Salvador del mundo. La Iglesia no habla con ménos énfasis; se aprovecha tambien de sus espresiones, y sus votos son todavía mas ardientes que los suyos. ¡Cuáles, pues, deben ser los nuestros! Toda nuestra dicha está en Jesucristo, nuestra salud eterna depende de su venida, ¿con qué ansia no espera un esclavo á su libertador? Cuanto mas pesados son sus hierros, cuanto mas dura es su esclavitud, mas se aumenta el deseo de su libertad. No cesa de preguntar cuándo debe llegar su libertador; se le señala el tiempo, y cuenta sin cesar todas las horas, todos los momentos; ¡mas cuál es su alegría, cuáles sus trasportes, cuando sabe que se acerca su Salvador! sus deseos crecen con su conato, y nada le ocupa ya sino el dia de su libertad. Se le dice que no faltan ya mas que tres dias, que medio dia. ¡Buen Dios! ¡qué ardor! ¡qué santa paciencia! ¿De qué nace que nosotros no esperimentamos la misma ansia, los mismos deseos, la misma santa impaciencia? Dentro de seis dias, dentro de tres dias, dentro de algunas horas vuelve á venir el aniversario del dia afortunado del nacimiento del Salvador; ¿cómo es que no hacemos semejantes votos? ¿Por que no importunamos al Señor con iguales demandas? La Iglesia, nuestra buena madre, nos da el ejemplo; ¿porqué no la imitamos? Esto consiste en que nos falta la fé y el deseo verdadero de nuestra salud.

Punto segundo.—Considera que nuestros deseos siguen siempre á nuestras ideas; no deseamos mucho lo que estimamos poco. ¿Comprendemos bien las consecuencias de esta verdad esperimental? Nos fatigamos poco por ver llegar el dia del nacimiento del Salvador, y esto consiste en que le conocemos poco, en que nos interesa y nos conmueve poco el esceso de su amor; que no tenemos mas que una idea muy débil de las ventajas de su venida; que nos agrada el estado triste de error, de servidumbre, de pecado en que estamos; que amamos al mundo, cuyo espíritu viene á destruir, y cuyas máximas debe condenar el Salvador; que no tenemos gana de mudar de señor; por fin, que nuestra salud nos toca muy poco al corazon. Hé aquí la causa funesta de nuestra indolencia, de nuestra frialdad, de nuestra lastimosa indiferencia. Conocemos poco al Salvador, lo que es, lo que puede, lo que merece, y todavía nos conocemos ménos á nosotros mismos, lo que somos, lo que merecemos por nuestros pecados, lo que debemos esperar de la justicia divina. ¡Cosa estraña! Desterrados en un valle de lágrimas, esclavos de un tirano, principio de todos nuestros males tanto en esta vida como en la otra; arrojados de nuestra patria celestial, ni aun nos dignamos pensar en aquel que es el único que puede ponernos en libertad, librándonos de todas nuestras miserias. Nosotros esperamos, en verdad, su venida; pero ¿con qué indiferencia, y aun con qué disgusto! La Iglesia hace tres semanas nos exhorta, nos estrecha á que nos regocijemos y pongamos en él nuestra confianza, anunciándonos su venida; el dia de su nacimiento está determinado, nosotros sabemos que está cerca. Él viene para poner fin á este destierro: viene para sacarnos de esta espantosa servidumbre; y ¿cuáles son nuestros conatos, ó qué es lo que hacemos para prepararnos á recibirle? ¡Buen Dios! ¡qué bien da á conocer nuestra indolencia la debilidad de nuestros deseos, y esta debilidad de nuestros deseos la languidez de nuestra fé!

Yo conozco, ó divino Salvador mio, toda la iniquidad de semejante conducta; pero al fin vos no me dais estas luces para dejarme por mas tiempo en un adormecimiento tan profundo y tan indigno. Venid, Señor, yo deseo vuestro nacimiento con todo mi corazon, y la solicitud con que voy á prepararme para recibiros, probará la sinceridad y el ardor de mis deseos.

Jaculatorias.—Yo deseo, Señor, con todo mi corazon vuestra venida, y nada omitiré para recibiros dignamente. (Os. 26).

Venid, Señor; daos priesa á venir á salvarnos. (Eccles. in. off.)

PROPÓSITOS.

1 No hay cosa que se manifieste mas que un gran deseo. El corazon no está nunca mudo. Se esplica de muchas maneras; todas las pasiones son elocuentes, ninguna es mas espresiva que la que nos conduce á querer un bien que juzgamos que nos conviene. ¡Qué bien mayor que la salvacion! ¡qué objeto mas digno de nuestros deseos que la venida del Salvador del mundo! ¡con qué ardor la deseaban los patriarcas y los profetas, con qué términos tan enérgicos la pedian! ¿tenemos nosotros ménos necesidad del Salvador que los antiguos justos? ¿por qué no tendremos tanto ardor, tantos deseos, tantas ansias de recibirle como ellos? ¿testificamos estos deseos por nuestras peticiones? ¿os servís durante estos dias destinados á pedirle, de las oraciones jaculatorias que la Iglesia os ofrece, y que son tan propias para despertar nuestra fé y nuestro amor? Decidle muchas veces durante el dia: «Haced, Señor, brillar vuestro poder, y venid para salvarnos. Hé aquí nuestro Dios que va á venir y nos salvará. Mostradnos, Señor, vuestra misericordia; dadnos el Salvador que quereis enviar. Nó, Señor, ninguno de los que os esperan y os desean, será confundido. Animaos, y no temais ya, porque

hé aquí á nuestro Dios que viene dentro de pocos dias para salvarnos, etc.» Estas pequeñas oraciones jaculatorias son muy á propósito para escitar el fervor en este santo tiempo.

2 Imponeos la ley de pasar cada dia, hasta Navidad, una media hora por la tarde delante del Santísimo Sacramento para pedirle que él mismo prepare vuestro corazon delante de él por vuestros deseos, y ofrecedle señales de vuestra ansia, de vuestro fervor y de vuestro zelo. No dejeis de interesar á la santísima Vírgen, por medio de alguna oracion particular, para que os obtenga nuevas gracias; reglad vuestras devociones con la Iglesia, la cual durante el Adviento, y señaladamente en estos últimos dias, mezcla tan oportunamente en sus oficios las oraciones que dirige al Salvador con las que dirige á su Madre, que el oficio de la misa del dia es tanto en honor de la Madre como del Hijo. No dejeis de decir diariamente, al ménos los ocho dias ántes de Navidad, el oficio parvo de la Vírgen con el fin de que os obtenga las gracias necesarias para lograr unas disposiciones santas el dia solemne del nacimiento del Salvador.

DOMINGO ENTRE NAVIDAD Y LA EPIFANÍA.

El espacio que media entre la fiesta de Navidad y la de la Epifanía se llama entre los griegos el *Dodecámeron*, porque consta de doce dias. Se ha considerado mucho tiempo como una sucesion de las fiestas continuas, al ménos para la celebracion de los oficios, y para la cesacion del foro y de los negocios de palacio. No puede haber mas que dos domingos en este espacio. Los griegos dan al primero el nombre de domingo despues de la Natividad del Salvador, y llaman al segundo el domingo ántes de las luces: este nombre es el que dan al dia de la Epifanía, á causa de que el bautismo de Jesucristo, cuya gran fiesta celebran ellos en este dia, se llama entre ellos *Iluminacion*.

La Iglesia latina llama á estos dos domingos *vacantes*, porque no tienen oficio propio de dominica, ni aun se hace conmemoracion alguna del segundo, cuando concurren dos fiestas, y el primero no tiene mas que la misa propia. Como este no se omite nunca, y se celebra aun cuando caiga en el dia 30 del mes de diciembre, hemos creido conveniente el dar la esplicacion de lo que tiene de propio y particular.

El introito de la misa está tomado del capítulo 18 del libro de la Sabiduría: «Cuando todo reposaba,» dice el Sabio, «en un profundo y pacífico silencio: Cum quietum silentium tenerent omnia,» así dice el texto, «y la noche estaba en medio de su curso, vuestra palabra, omnipotente Señor, ha venido del cielo á la tierra: ella ha descendido del trono real que teneis en el cielo.» La Iglesia aplica estas palabras al nacimiento de Jesucristo, verdadero Dios y Verbo eterno, que habiéndose hecho hombre ha nacido en medio de la noche, y en un tiempo en que todo el universo estaba en paz, bajo el imperio de Augusto. Es evidente que esta palabra omnipotente que ha venido de lo alto del cielo, y del trono real del mismo Dios, significa en el sentido alegórico y figurado el Verbo hecho carne (Joan. 1), por el que todas las cosas han sido hechas, y nada de lo que ha sido hecho lo ha sido sin él.

La Epístola está tomada del capítulo 4 de la carta de san Pablo á los gálatas; se asegura que los gálatas son originarios de las Gaulas. Habiéndose esparcido algunas tropas de la Gaula en la Grecia, y despues en el Asia menor, bajo la direccion de Breno, fijaron, por fin, su habitacion entre la Capadocia y la Frigia, en una provincia que de su nombre se llamó Galacia. Llamábase tambien entonces Gallo-Grecia, para dar á entender que estaba ocupada por gaulas y griegos. Los gálatas eran paganos. San Pablo les predicó la fé de Jesucristo con un éxito prodigioso; hizo un gran número de conversiones, y formó allí una Iglesia considerable. La primera vez que llegó allí, fué recibido como un ángel de Dios. San Pedro habia predicado allí el Evangelio á los judíos, y san Pablo predicó en seguida á los gentiles. Se cree que fueron los judíos convertidos por san Pedro, siempre encaprichados con sus observancias legales, los que causaron entre los gentiles convertidos las turbaciones que dieron ocasion á san Pablo para escribirles esta carta, en la cual hace ver que ántes del nacimiento de Jesucristo los judíos estaban bajo la direccion de la ley, como un pupilo bajo la direccion de un tutor; pero que este divino Salvador les habia sacado de la esclavitud de la ley, haciendo que por la fé llegasen á ser hijos de adopcion. Como habia entre los judíos convertidos falsos doctores, que enseñaban públicamente la necesidad de la circuncision y de la ley de Moisés; habia entre ellos uno que se distinguia por sus arrebatos, y que sembró en aquella Iglesia una levadura de mala doctrina, como aparece por el verso séptimo del primer capítulo de esta Epístola, donde el Apóstol se queja que hay gentes entre ellos que perturban y quieren alterar el Evangelio de Jesucristo. San Pablo demuestra con diversas pruebas sacadas de la Escritura, que ni la circuncision, ni la ley de Moisés, ni las demás ceremonias legales sirven ya para nada; que las bendiciones prometidas á Abraham son para los fieles que han creido en Jesucristo; que este divino Salvador y sus discípulos son los verdaderos hijos de Abraham, y los herederos de las bendiciones y de las promesas; que los judíos carnales están figurados en Agar é Ismael, y por el contrario los cristianos en Sara é Isaac; que por la fé estamos libres de la servidumbre de la ley, y hemos entrado en la libertad de los hijos de Dios; que los hebreos no han sido mas que esclavos; que la ley antigua no se les ha dado mas que para detener sus trasgresiones; que todos los que vivian bajo la ley estaban sometidos á la maldicion; que solo Jesucristo nos ha librado de esta maldicion, satisfaciendo abundantemente á la justicia divina, cargándose con nuestras deudas y pagándolas con la muerte de cruz que se habia dignado sufrir por amor de nosotros. En fin, les recuerda que por la fé y nó por la ley, han recibido los dones sobrenaturales del Espíritu Santo, lo que con respecto á ellos era una prueba sensible y sin réplica de que la ley no era necesaria de ningun modo para recibir la gracia de la justificacion, despues del nacimiento y la muerte del Salvador del mundo. San Pablo les prueba claramente su apostolado y su mision; declara que Dios le ha escogido desde el vientre de su madre, y le ha llamado por su gracia, para anunciar la fé á los gentiles; que el Evangelio que ha predicado á los gálatas, es el puro Evangelio de Jesucristo; que no hay otro; y que aun cuando él mismo fuese el que les anunciase otro Evangelio que el que les ha predicado, y aun cuando fuese un ángel venido del cielo, se le tuviese como anatema: sí, añade, yo lo digo, si alguno os anuncia otro Evangelio que el que habeis recibido, que sea anatema. ¡Buen Dios, á cuántos fal-

sos doctores habria quitado la máscara el sentido de estas palabras bien entendido! ¡y cómo una fé viva, y una entera sumision á la Iglesia, hubieran preservado del error á los fieles, que teniendo el espíritu vacilante como los niños, se han dejado llevar acá y allá de todo viento en materia de doctrina, seducidos por la malicia de los hombres, como se esplica san Pablo, y por las astucias de que se sirven para inducir los sencillos al error!

Todo el tiempo que el heredero es niño, no se diferencia en nada del esclavo, dice el santo apóstol, sino que depende de los tutores y de los que representan por él, hasta el tiempo señalado por su padre. San Pablo pretende hacer ver á los judíos la diferencia de su estado en el tiempo de la ley escrita, del que gozan en el tiempo de la ley de gracia. El estado de los judíos bajo la antigua ley era un estado de sujecion, un estado imperfecto, que no debia durar mas que cierto tiempo, y que este tiempo habia pasado; al paso que el estado de la ley de gracia es un estado exento de toda servidumbre, un estado permanente, superior á todos los demás; que es un estado perfecto y firme, que debe durar tanto como el mundo, y que no termina sino en la bienaventuranza eterna. San Pablo para hacer mas sensible esta verdad se sirve de la comparacion de un hijo que está bajo la direccion de los tutores que le gobiernan, y que administran sus bienes hasta el tiempo prescrito por su padre. En este estado, aunque dueño de todos sus bienes por el derecho de su nacimiento, no se diferencia, sin embargo, en nada de un siervo, puesto que está sometido á la voluntad de sus tutores. Este pupilo, segun los santos Padres y los intérpretes, es la nacion judía, heredera de las bendiciones del Padre celestial en virtud de las promesas hechas á los santos Patriarcas del antiguo Testamento; sus tutores, por decirlo así, son la ley y los profetas. Este pueblo privilegiado ha permanecido como en tutela bajo de su dependencia hasta la venida de Jesucristo, que le emancipó y le puso en libertad, librándole de la servidumbre de las observancias legales, cuyo pormenor era un yugo pesado. El designio de san Pablo es el persuadir á los judíos convertidos, que la ley antigua no obligaba ya desde que Jesucristo habia venido á establecer la nueva, de la que aquella no era mas que como el preludio y la preparacion. Los judíos eran los hijos de Abraham, y por consiguiente los herederos de todos los bienes espirituales que Dios habia prometido dar un dia á la posteridad de este Patriarca. Hasta la llegada de este tiempo, Dios los miró y los trató como hijos que no son capaces todavía de disfrutar de su herencia; aun cuando nosotros éramos hijos, vivíamos no obstante como esclavos, en la dependencia, en el temor, en la sujecion; se nos trataba tambien como niños, no se nos enseñaba mas que aquello de que los niños son capaces; se nos instruia solo en los primeros elementos de la ciencia de la religion; ni hubiéramos sido tampoco capaces de comprender aquellas grandes verdades, aquellos dogmas sublimes, que piden una edad madura, un espíritu formado, una penetracion que no se halla en la infancia. Se nos gobernaba solo por una ley escrita y detallada, que reglaba hasta el número de nuestros pasos, hasta la cualidad de nuestras acciones, hasta las ceremonias mas pequeñas. Solo se nos prometian bienes terrenos que se perciben por los sentidos, recompensas temporales y sensibles: Guardad mi ley, nos decia el Señor Dios, obedeced mis preceptos, cumplid con puntualidad todos mis mandamientos, y yo multiplicaré vuestros bienes; os daré una tierra fértil por la que corren rios de leche y miel; os haré poderosos y ricos, en grano, en vino, en ganado, en toda especie de drogas, recompensas todas terrenas. (Prov. 3. Levit. 26.) Apenas habreis concluido vuestra cosecha, se os echará encima la vendimia, y no bien habreis acabado la vendimia cuando ya os instará el tiempo de la sementera. El estado de la infancia, tal como era el de los judíos, no era susceptible de una doctrina mas sublime. Mas cuando se cumplió el tiempo señalado por el Eterno Padre: Dios envió á su Hijo nacido de una mujer, sujeto á la ley, para rescatar á los que estaban sujetos á la misma ley, á fin de que llegásemos á ser hijos de adopcion. El tiempo de la mayoría del pueblo de Dios es el de la venida del Mesías. Ni era solamente el pueblo judío el que vivia en la infancia, el pueblo de que habla el Apóstol, dice san Gerónimo, era todo el género humano; así es, que Jesucristo no ha venido á poner en libertad solamente á este pueblo; este divino Salvador ha nacido y ha muerto universalmente por todos los hombres: «No hay en Dios acepcion de personas (Rom. 2.), porque no hay distincion,» delante de él, «entre el judío y el gentil,» y así «uno mismo es el Señor de todos (Rom. 10.),» y porque todos los que han recibido la fé, y han reconocido y recibido á Jesucristo, han sido hechos hijos de Dios. Dios ha derramado en sus corazones el espíritu de su Padre; así ya no hay esclavos ni del pecado, como lo han sido los gentiles, ni bajo la ley, como lo han sido los judíos, sino que ya son hijos por adopcion, y siendo hijos son herederos por la gracia de Dios. ¡Qué locura, pues, el querer renunciar á esta libertad, para sujetarse de nuevo á la servidumbre! De este modo demuestra san Pablo á los judíos la inutilidad de las ceremonias legales en el estado de la ley de gracia, que nos ha libertado de ellas. Por todo este razonamiento tan justo del Apóstol, se viene claramente en conocimiento por qué la moral y el dogma de la ley antigua no se elevaban apenas sobre los sentidos, y por qué las grandes y mas sublimes verdades de la religion no se les han enseñado mas que imperfectamente y en figura. Eran todos semejantes á unos niños terrenos, cuyo entendimiento era limitado, todos materiales é incapaces de los conocimientos sobrenaturales. (1. Corinth. 1.) «El hombre animal no concibe lo que es propio del espíritu de Dios» Porque para él es esto una locura, y nada puede comprender de ello, en razon de que esto no se examina sino espiritualmente. Solo el espíritu de Dios era el que podia darnos esta capacidad; esta inteligencia y este espíritu de Dios no debia ser el don de otro que del hombre Dios. «El Verbo hecho carne es la verdadera luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo. (Joan. 1.)» De consiguiente solo los verdaderos hijos de Dios, fuera de la tutela y puestos en libertad, eran los que estaban capaces de creer las sublimes verdades de la religion: misterio de la Trinidad; Encarnacion del Verbo; muerte del Redentor; Resurreccion gloriosa; reino todo espiritual; estima y amor de la castidad; precepto del perdon de las injurias, de la mortificacion de los sentidos; consejo de la pobreza voluntaria; en fin, todas las importantes verdades de la religion cristiana, «las cuales miran los judíos como un escándalo, y los gentiles no convertidos como una locura, pero que son la fortaleza y la sabiduría de Dios para los judíos y los gen-

tiles que son llamados. (1. Cor. 1.)» Esta ciencia sobrenatural, desconocida hasta entonces, debia ser el patrimonio de los cristianos, y el fruto del nacimiento del Salvador de los hombres.

El Evangelio de este dia está tomado del capítulo segundo de san Lucas, en donde el santo Evangelista describe el recibimiento que el santo anciano Simeon y la profetisa Ana hicieron al niño Jesus en el templo. La Santísima Vírgen pasados los cuarenta dias de su parto, en que debia purificarse, llevó al Salvador á Jerusalen, para ofrecerle al Señor, como estaba ordenado por la ley, á la cual obedeció siempre con una puntualidad ejemplar. Fué esta la primera vez que el Hijo de Dios compareció con su Madre en el templo; mas no todos los que allí se encontraron tuvieron la dicha de reconocerles. Esta gracia fué solo concedida á dos personas de una virtud eminente.

La primera fué un hombre justo y temeroso de Dios, llamado Simeon, venerable por su edad y mucho mas todavía por su piedad. Este santo viejo suspiraba habia mucho tiempo por la venida del Salvador que debia ser la consolacion de su pueblo. Estaba lleno del Espíritu Santo, y este mismo espíritu fué tambien el que le condujo al templo, al tiempo mismo en que María y José iban á él con el niño; se le habia tambien prometido que no moriria sin que ántes hubiese visto al Mesías, el Cristo del Señor. El cardenal Baronio, con un gran número de antiguos autores cristianos, cree que Simeon era sacerdote de la ley. Es indecible el trasporte de alegría con que el santo viejo tomó en sus brazos al niño Jesus, y con qué afectos de reconocimiento comenzó á alabar á Dios y á bendecirle, diciendo: Vedme aquí, Señor, dispuesto á morir; tiempo es ya que mis ojos se cierren, puesto que nada les queda ya que ver, habiendo visto al que habeis enviado para salvar al mundo; al que debe instruir á las naciones y disipar con su luz las tinieblas del error y de la infidelidad, esparcidas sobre toda la faz de la tierra; á aquel, en fin, que debe ser la gloria de vuestro pueblo de Israel, de este pueblo amado, el cual solo tendrá la ventaja de poseerle visiblemente, de oir su palabra y de ser testigo de sus milagros.

Mientras que el hombre de Dios hablaba así de las grandezas y del poder del niño Jesus, su padre y su madre estaban poseidos de la admiracion. El Evangelista da á san José la cualidad de padre de Jesus, porque la de esposo de la santísima Vírgen de que gozaba, le daba un derecho particular sobre la persona del Salvador. Ocupaba el lugar de tutor y estaba encargado de mantenerle y de educarle. Así que, el nombre de padre de Jesucristo que se le da no es simplemente un título de honor; él ha hecho los oficios de tal y llenado sus principales deberes. José y María estaban admirados al oir lo que se decia de él. El uno y la otra estaban perfectamente instruidos de lo que acababa de anunciar Simeon, no ignoraban ciertamente el misterio; pero ¿la obra de la redencion de los hombres de que aquí se trata, el amor escesivo que Dios testifica aquí hácia los hombres, pueden jamás considerarse sin un nuevo asombro? La admiracion de san José y de la Santísima Vírgen no recaia sobre el fondo del misterio, sino sobre el encadenamiento de hechos maravillosos, sobre la sucesion de prodigios que la Providencia ordenaba con tanto cuidado, para manifestar á un pequeño número de almas escogidas la majestad y la gloria de Jesus recien nacido. Lo que habia pasado con respecto á Juan Bautista ó Isabel, en órden á san José y á los pastores, lo que acababa de suceder con Simeon y con Ana, eran en verdad motivos grandes de admiracion.

Otro no ménos interesante fué cuando el santo anciano despues de haberles bendecido, esto es, despues de haberse congratulado con ellos por el honor que les resultaba de tener por Hijo al Mesías y Salvador de los hombres, y deseándoles toda suerte de bienes, dirigiéndose á María la dijo que no obstante que el designio de Dios fuese el de salvar generalmente á todos los hombres, su Hijo seria sin embargo, un dia el motivo y la ocasion de la ruina de muchos, como tambien la causa de la salud de otros muchos en Israel. Mientras que viviere en el mundo, añadió, aparecerá como un prodigio á la vista del pueblo; y con todo, y por mas apasionados que sean los judíos á lo maravilloso, ellos conspirarán contra él; se opondrán á su doctrina; nada omitirán para destruirle con sus calumnias, y serán siempre sus mas implacables enemigos. Despues, dirigiéndose á María, no creais, la dijo, que sereis vos misma exenta de tribulacion; atormentándole á él os causarán un martirio cruel; tendreis mucho que sufrir, y una espada de dolor traspasará vuestra alma á la vista del último suplicio de este Hijo moribundo. Los ultrajes que se harán á vuestro Hijo serán para vos como otros tantos golpes de cuchillo clavados en vuestro seno. Todo esto, por lo demás, sucederá como os lo he predicho á fin de que se descubran los pensamientos que tanto en órden á su interés como en órden al vuestro, abrigarán muchos en el fondo de sus corazones. Las persecuciones que sufrirá este divino Salvador, harán que resplandezca la fé y la firmeza de los que permanecieren unidos á su doctrina, y ellas servirán tambien para discernir á sus verdaderos discípulos. Y en efecto se puede decir que la pasion y la muerte del Salvador, fueron una prueba que dió á conocer los que eran sinceramente suyos; la cruz y la humillacion del Salvador son las que prueban hoy los verdaderos y falsos fieles. El verdadero cristiano no se avergüenza de la cruz de su Dios; las adversidades son las pruebas sólidas; una virtud aplaudida en la prosperidad es siempre dudosa; en la adversidad es donde aparece la fidelidad del verdadero discípulo.

La otra persona que reconoció y adoró á Jesus en el templo fué una santa viuda de edad de ochenta y cuatro años, llamada Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, célebre por el don de profecía que habia recibido de Dios, y por la vida santa que hacia despues de la muerte de su marido, con el cual no habia vivido mas que siete años, habiendo quedado viuda todavía muy jóven. Su abstinencia era continua; empleaba los dias y las noches en la oracion: el templo era, por decirlo así, su casa, y rara vez salia de él. Hallábase allí al mismo tiempo que Simeon, y poseida de una alegría semejante á la del santo viejo, comenzó por su parte á alabar al Señor y á publicar en presencia de todos los que allí se hallaban y esperaban la redencion de Israel, que ya por fin estaban cumplidos sus deseos; que el Salvador tan deseado habia venido, y que sus votos debian convertirse en adelante en acciones de gracias.

Habiendo, pues, cumplido José y María todo lo que estaba prescrito por la ley, se volvieron á Nazareth, que era el lugar de su residencia, y el Evangelista añade, que el

niño Jesus crecia y se perfeccionaba lleno de sabiduría, y que la gracia de Dios estaba en él. Jesucristo estuvo siempre lleno de sabiduría, como que él era la sabiduría misma; pero la iba descubriendo á medida que adelantaba en edad. Habiéndose el Salvador hecho niño, no ha querido llegar á la edad perfecta sino por grados á fin de ser nuestro modelo en todas las edades. En esta edad tan tierna, siendo Dios poseia todos los tesoros de la sabiduría, de la ciencia, de la gracia, y no podia adquirir acrecentamiento alguno; y como hombre tampoco podia crecer en sabiduría, en perfeccion, en mérito, en ciencia, en gracias; pero podia dar señales mas ó ménos sensibles, segun las reglas que se habia prescrito, acomodándose á la edad y al tiempo, conforme al órden de su sabiduría y de su providencia.

La oracion de la Misa de este dia es como sigue.

Omnipotens sempiterne Deus dirige actus nostros in beneplacito tuo; ut in nomine dilecti Filii tui mereamur bonis operibus abundare. Qui tecum vivit...

O Dios omnipotente y eterno, dirigid nuestras acciones segun el beneplácito de vuestra divina voluntad, á fin de que en el nombre y por los méritos de vuestro Hijo muy amado, podamos producir con abundancia los frutos saludables de las buenas obras. Por el mismo Jesucristo, etc.

La Epistola es de la carta de S. Pablo á los Gálatas, cap. 4.

Fratres, quanto tempore heres parvulus est, nihil differet á servo cum sit dominus omnium; sed sub tutoribus et actoribus est, usque ad præfinitum tempus á Patre: ita et nos cùm essemus parvuli, sub elementis mundi eramus servientes. At ubi venit plenitudo temporis, misit Deus Filium suum factum ex muliere, factum sub lege ut eos, qui sub lege erant, redimeret, ut adoptionem filiorum reciperemus. Quoniam autem estis filii, misit Deus Spiritum Filii sui in corda vestra, clamantem: Abba, Pater. Itaque jam non est servus, sed filius; Quod si filius; et heresper Deum.

Hermanos mios: todo el tiempo que el heredero es niño, no se diferencia en nada del esclavo, aun cuando sea el señor de todos sus bienes, sino que depende de los tutores y de los que tienen su accion hasta el tiempo señalado por su Padre. Nosotros tambien cuando éramos niños vivíamos como esclavos, bajo los primeros elementos que se han enseñado al mundo: mas cuando se han cumplido los tiempos, Dios ha enviado á su Hijo, nacido de una mujer y sujeto á la ley, para rescatar á los que estaban sujetos á la ley, y que entrásemos en la adopcion de hijos de Dios. Y porque sois hijos de Dios, ha derramado en vuestros corazones el espíritu de su Hijo, el cual clama con todo derecho: Padre, Padre. Así que el que ha recibido este espíritu no es ya esclavo, sino hijo, y siendo hijo es por consiguiente heredero por la gracia de Dios.

San Pedro habia predicado ya la fé á los judíos que estaban en Galacia, cuando san Pablo vino allí á predicar el Evangelio á los gentiles. Se cree que fué desde Efeso donde el santo Apóstol escribió esta carta hácia el año 55 de Jesucristo.

REFLEXIONES.

«Siendo hijo, es por consiguiente heredero por la gracia de Dios.» ¿Qué título de honor mas augusto; qué cualidad mas noble, mas estimable, mas preciosa que la de hijo adoptivo de Dios por la gracia y heredero de todos sus bienes? Todos los títulos pomposos, los grandes nombres de distincion y de dignidad, los derechos de sucesion y las prerogativas de nobleza que dan el nacimiento, el favor de los grandes, los servicios, el puesto, el empleo, son derechos respetables, es verdad, son monumentos majestuosos, pero edificados sobre arena, á mas de que en su fondo son vacíos: ¿cuál es su solidez, su valor, su duracion? Por brillantes que sean en lo esterior, su brillo no es mas que superficial, el tiempo los consume y la muerte los sepulta, ó á lo ménos los confunde. ¿Cuál de todos estos títulos pomposos, de todas estas ricas sucesiones, cuál de estas distinciones nos acompañan hasta la otra vida? Prodigiosa estatua de oro, de plata, de bronce ó de hierro; pero que no estriba mas que en unos piés de barro. Por mas ricos, por mas suntuosos, por mas soberbios que sean los mausoleos, no contienen, sin embargo, mas que cenizas; esto es lo único que queda de todos aquellos emperadores romanos, de todos aquellos héroes tan ponderados, de todos aquellos grandes del mundo tan poderosos, de todos aquellos dichosos del siglo que fueron el terror ó la admiracion del público durante la vida. ¡Mundanos! presentadnos, si podeis, alguna cosa mas de todos sus títulos y de todos sus tesoros. La edad y el tiempo se anticipan aun á la muerte para despojaros de todo este aparato de vanidad, de todas estas supersticiosas prosperidades de la felicidad humana. Solo la calidad de hijo de Dios, de hijo adoptivo por la gracia, da un mérito que no envejece jamás, una nobleza cuyo esplendor está en el cielo, una herencia que nos enriquece mas allá del tiempo, una gloria que nada puede marchitar, una felicidad que es una participacion de la felicidad de Dios mismo. Hé aquí la nobleza que nos da la sangre del Redentor, la cualidad que el bautismo nos adquiere, los derechos á la herencia de Dios que la gracia nos proporciona. ¿Qué idea formamos nosotros de todas estas cualidades, y cuál es el aprecio que hacemos de ellas? Esas gentes que no estiman mas que los bienes criados, que no se alimentan mas que de sombras y vanidades, que están infatuadas con unos títulos vanos de honor, que no subsisten mas que en la imaginacion y en la engañosa opinion de los hombres; todas esas personas mundanas que tienen el entendimiento tan insustancial como dañado el corazon; esas gentes que no salen jamás de la region de los sentidos ni de su esfera, ¿comprenden acaso que solo la cualidad de hijos de Dios absorve, disipa, estingue todas las demás? ¿Que no hay con propiedad otra que ella que sea real, permanente, sólida, superior á todas las revoluciones de la vida y á todos sus accidentes? Ella sola hace á un hombre verdaderamente noble, rico, poderoso, feliz; sin esta cualidad todas las demás son nombres vacíos. Con ella y por ella el

nacimiento mas oscuro queda ennoblecido, la pobreza mas espantosa enriquecida, las adversidades mas humillantes son un manantial de gloria y de felicidad; sin ella los títulos mas fastuosos no son mas que imágenes formadas en el sueño. ¡Buen Dios! ¡hasta cuándo ignoraremos el precio y el mérito de la augusta cualidad de hijos de Dios y coherederos con Jesucristo! ¡Cuando reconoceremos la completa y sólida felicidad de ser cristianos! Pero ¿y cuándo llenaremos los deberes de tales para ponernos en estado de recoger nuestra herencia?

El Evangelio de la Misa es del cap. 5 de san Lucas.

In illo tempore: Erat Joseph, et Maria mater Jesu mirantes super his, quæ dicebantur de illo. Et benedixit illis Simeon, et dixit ad Mariam matrem ejus: Ecce positus est hic in ruinam, et in resurrectionem multorum in Israel, et in signum, cui contradicetur: et tuam ipsius animam pertransibit gladius, ut revelentur ex multis cordibus cogitationes. Et erat Anna prophetissa, filia Phanuel, de tribu Aser: hæc processerat in diebus multis, et vixerat cum viro suo annis septem à virginitate sua. Et hæc vidua usque ad annos octoginta quatuor: quæ non discedebat de templo, jejuniis, et obsecrationibus serviens nocte ac die. Et hæc, ipsa hora superveniens, confitebatur Domino, et loquebatur de illo omnibus, qui expectabant redemptionem Israel. Et ut perfecerunt omnia secundum legem Domini, reversi sunt in Galilæam in civitatem suam Nazareth. Puer autem crescebat, et confortabatur plenus sapientia: et gratia Dei erat in illo...

En aquel tiempo José y María madre de Jesus estaban admirados por las cosas que se decian de él. Simeon les dió su bendicion, y le dijo á María su madre: Hé aquí que este niño ha venido al mundo para la perdicion y para la salvacion de muchos en Israel, y para ser el blanco de la contradiccion, y vuestra misma alma será traspasada con una espada, á fin de que se descubra lo que muchos piensan en el fondo de sus corazones. Y en aquel tiempo vivia Ana, la cual tenia el don de profecía, y era hija de Fanuel, de la tribu de Aser: era de edad avanzada y habia vivido siete años con su marido con quien se casó siendo doncella, y permaneció viuda hasta la edad de ochenta y cuatro años sin salir del templo, pasando religiosamente en él las noches y los dias empleada en ayunos y en oraciones. Habiendo llegado á la misma hora, alababa tambien al Señor, y hablaba de este niño á todos los que esperaban la redencion de Israel. Por fin, luego que dieron cumplimiento á todo lo que ordenaba la ley del Señor, se volvieron á Galilea á la ciudad de Nazareth que era el lugar de su residencia. Entretanto el niño crecia y se fortalecia lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba en él.

MEDITACION.

De la voluntad que Dios tiene de salvar á todos los hombres.

Punto primero.—Considera cuán cierto es que aunque Jesucristo haya nacido, haya sufrido y haya muerto por la salud de todos los hombres en general, no se salvarán sin embargo todos los hombres. Es un artículo de fé que el número de los elegidos, esto es, de los que se aprovecharán de la redencion, es el mas pequeño, al paso que la multitud se condena. «El Salvador ha satisfecho sobreabundantemente; él mismo es una víctima de propiciacion por nuestros pecados, dice san Juan (1 Joan. 2),» y no solo por los nuestros, sino tambien por los del mundo entero; pero no todos obedecen al Evangelio, dice san Pablo, y hé aquí porque no todos se salvan. La voluntad del Salvador es sincera, pero por nuestra pura malicia hacemos que no sea eficaz. ¿Podia darnos pruebas mas sensibles y mas positivas del deseo que tiene de nuestra salud? Él ha hecho mas para salvarnos de lo que nosotros hubiésemos podido esperar, mas aun de lo que hubiésemos podido creer: si hubiese estado en nuestra eleccion el pedirle pruebas de su amor y de la voluntad que tiene de salvarnos, ¿nos hubiésemos nunca atrevido, nos hubiera jamás venido al pensamiento el pedirle que se hiciese hombre por amor nuestro; que naciese en el estado mas pobre y mas humillante del mundo; que sufriese lo que ha sufrido y que fuese harto de oprobios; en fin, que este Dios hombre muriese en una cruz para rescatarnos? Y despues de haber hecho todo esto, ¿se hallará un espíritu tan gravemente que imagine que Dios haya querido esceptuar un solo hombre del beneficio infinito de la redencion? ¿Se hallará un genio tan maligno, que se atreva á dudar de la sinceridad de la voluntad de Dios de salvar á todos los hombres? ¿Y qué idea se formaria de la bondad y aun de la justicia de nuestro Dios, si á unos hombres á quienes sabe que ha reprobado por toda una eternidad, les exhortase de una manera tan viva, tan ejecutiva, tan patética, á que se convirtiesen? ¿Qué justicia seria el condenar al fuego eterno por no haber guardado sus mandamientos, á unas gentes á quienes no ha querido dar gracias verdaderamente suficientes? ¿Y qué condenado no tendria derecho para quejarse y decirle á Dios por toda la eternidad: Verdad es, Señor, que los crímenes que he cometido merecen los suplicios á que me habeis condenado; pero podia yo, en verdad, evitar estos crímenes sin el ausilio de la gracia que me habeis rehusado, mientras la concedíais á gentes que no valian mas que yo, ni la habian merecido mas? Si me hubieseis dado los mismos ausilios, las mismas gracias, yo hubiera guardado la misma fidelidad. No os habiais dignado morir por mí; ¿cómo podia salir de la esclavitud no teniendo nadie que pagase mi rescate? Vos no habiais muerto por Judas; ¿cómo podia haber sido tan fiel, tan penitente como san Pedro? No he tenido confianza en vuestra misericordia, es verdad; ¿pero podia yo tenerla no sabiendo si habiais muerto por mí? ¿dudando aun con razon no me hubieseis escluido del libro de la vida, y si en toda la eternidad me hubieseis querido dejar envuelto en la masa de los réprobos? Yo tenia la gracia de orar, de pedir, es verdad; ¿pero de qué me servia esta gracia?

¿y qué esperanza, qué confianza podia yo tener en vuestra misericordia, si desde la eternidad me habiais reprobado? Comprendamos bien la impiedad, la malignidad, las espantosas consecuencias de un dogma tan pernicioso, de una herejía tan abominable, que enseñando que no hay en Dios una voluntad sincera de salvarnos, y que Jesucristo no ha muerto generalmente por todos los hombres, destruye, con este solo error, toda la religion, proscribe el uso de los sacramentos, estingue la fé y la caridad, consume toda nuestra esperanza, é inspirando aversion á las buenas obras, á la penitencia y á la práctica de todas las virtudes, abre un campo espacioso al libertinaje.

Punto segundo.—Considera de cuánto consuelo es el vivir persuadido que Dios quiere salvar á todos los hombres: que es un artículo de fé que Jesucristo ha muerto por todos, y ha dado su sangre «á fin de que todos tengan vida y la tengan con abundancia (Joan. 20),» como dice el Salvador hablando de sus ovejas. Verdad consoladora, pero al mismo tiempo aflictiva y aun de desesperacion para aquellos que hubieren tenido la desgracia de condenarse. Dios queria salvarme, tenia una voluntad sincera de ello; me ha dado los medios, y yo no me he perdido, sino porque no he querido servirme de estos ausilios. Mi salvacion era el precio y el fruto de su muerte, y mi reprobacion es obra mia. Dios queria salvarme, y si me he condenado, ha sido solo porque no he querido aprovecharme del fruto de su muerte. Comprendamos, si es posible, la amargura de este sentimiento. ¿Pero quién es el que no quiere salvarse? ¿quién es tan insensato que quiera perderse? ¿quién no desea salvarse? Los que no quieren tomar todos los medios para ello. Satisfecho ya el precio para la redencion de un esclavo, este encalabrinado por el clima del pais donde está, fascinado por la desgraciada libertad de que goza en órden á sus costumbres, ó por el libertinaje en que vive entre los infieles, rehusa embarcarse para volver á su patria; si este infeliz muere en la esclavitud, si queda sepultado entre los mahometanos, ¿á quién debe atribuirlo? ¿no tenia en su mano el medio para volver de su cautividad y salir de la triste condicion de esclavo? ¿Y son mas excusables los que viven en desgracia de Dios y mueren esclavos del pecado? ¿Han tenido ménos medios para volver á la gracia de Dios y ser recibidos despues de su muerte en la patria celestial? Ni se da Dios por contento todavía con habernos probado sensiblemente en todo lo que ha hecho por nuestra salud, cuán sinceramente quiere que seamos salvos; no hay nadie que no haya esperimentado durante su vida señales las mas singulares y las mas precisas de su misericordia. ¿Cuántas veces aquel libertino, aquel pecador ha sentido vivos remordimientos aun en medio de sus desórdenes? ¿Cuántas veces aquella mujer mundana ha percibido en el fondo de su corazon las saludables impresiones de la gracia en el medio mismo de sus placeres? No hay pecador tan poco cristiano, que no haya oido la voz del buen Pastor que llama al redil á la oveja descarriada: sermones, lecturas, conversaciones, accidentes funestos, desgracias imprevistas, todo sirve al divino Salvador de medios para llamar, para conmover al hijo pródigo y para escitarle á que vuelva á la casa de su padre. Esta meditacion misma, estas reflexiones son, en los designios de Dios, otras tantas solicitaciones ejecutivas para convertir á muchos; y ¿cuántos de los que las leerán, y á quienes interesarán, no dejarán de continuar en sus desórdenes, en su indevocion, en su tibieza? Si estos cristianos cobardes, si estos cristianos ingratos se condenan, ¿á quién deben echar la culpa?

Alejad de mí, Señor, esta desgracia; no hagais caso de mis infidelidades pasadas. Yo espero lleno de confianza en vuestra misericordia el no abusar por mas tiempo de vuestra bondad. Vos quereis verdaderamente salvarme, yo lo quiero tambien con voluntad sincera; ella será eficaz con vuestra gracia, á la cual no quiero resistir ya mas.

Jaculatorias.—Por mí juro, dice el Señor nuestro Dios, que no quiero la muerte del impío, sino que se convierta, que deje su mal camino y que viva. (Ezech. 33.)»

La voluntad de Dios es que seais santos. (Thes. 4.)

PROPÓSITOS.

1 Como nada hay mas á propósito para mantener un alma en relajacion y aun para alimentar el libertinaje que el herético pensamiento de que Dios no tiene una voluntad sincera de salvar á todos los hombres, y que Jesucristo no ha muerto por todos; así tampoco hay cosa mas consolatoria, ni mas propia para convertir al pecador y sostener nuestra confianza que la verdad de fé, que nos asegura que Dios quiere verdaderamente que yo me salve, que Jesucristo ha muerto tambien por mí, como ha muerto por san Pedro, y que si yo me condeno, mi reprobacion será obra mia; y que si soy reprobado, es únicamente porque no habré querido hacerme santo. Convenceos de esta verdad tan importante; meditadla muchas veces, y por mas criminal y desarreglada que haya sido vuestra vida, decios á vosotros mismos: si yo quiero tengo el tesoro de los méritos infinitos de Jesucristo, con que satisfacer á la justicia de Dios. ¿Qué deudor rehusaria el pagar sus deudas si el príncipe le franquease sus tesoros? Penetraos bien de esta gran verdad, pero guardaos de abusar de ella contando con esta voluntad misericordiosa de Dios para perseverar en el crímen; porque esto seria querer condenarnos mas maliciosamente y con mayor malignidad.

2 Dad gracias á Dios muchas veces en el dia, por la voluntad sincera que tiene de vuestra salud, por lo mucho que ha hecho y por las gracias poderosísimas que cada dia os concede para preservaros de la perdicion. Es una ingratitud insigne, es una falta gravísima, el no dar gracias á Dios con frecuencia por el beneficio de nuestra redencion. Durante la misa, sobre todo, es cuando debeis agradecer particularmente á Dios esta gracia, y en especial cuando el sacerdote dice el «Credo,» puesto que rezando esta fórmula de fé, se nos recuerda que Jesucristo ha muerto en la cruz para cada uno de nosotros. Mas al darle gracias por este señalado beneficio, protestadle que quereis eficazmente participar de todo su fruto, y para esto resolveos siempre á hacer ó sufrir alguna cosa como gaje de vuestra protestacion y de la sinceridad de vuestra voluntad; por ejemplo, tomad la resolucion de ver en el mismo dia aquella persona con quien hubieseis tenido alguna diferencia, ó respecto de la que os portais con cierta frialdad ó de quien hubiereis recibido alguna injuria; de no frecuentar ciertas personas ó tertulias en las que correis peligro; de no dejaros llevar de la cólera; de hacer tal ó tal obra buena que Dios pide de vosotros; de

practicar aquella mortificacion ó aquella virtud que os es tan necesaria. En fin, determinar el ejercitaros en algun acto de virtud, aunque no sea mas que una oracion ó una lijera limosna, para dar hoy una prueba de la voluntad sincera que teneis de conseguir vuestra salvacion y de poner todos los medios para ello.

SEGUNDO DOMINGO DESPUES DE LA EPIFANÍA.

Como el espacio que media entre la fiesta de Navidad y la Epifanía, llamada comunmente la fiesta de los Reyes, se compone de solos doce dias, no puede haber en él mas que dos domingos, que se llaman vacantes, porque no tienen oficio propio ó dominical, ocupándose con el de alguna fiesta de santo ó el de la octava de Navidad para el primero, ó el de la vigilia de la Epifanía cuando cae en domingo. Así que nada se dice aquí de este último, el cual ha sido ya colocado en el mes de enero. El dodomingo dentro de la octava de la Epifanía se ha fijado en nuestros ejercicios de piedad al 9 de enero, en cuyo dia se refiere toda su historia. De aquí es, que hasta la Septuagésima restan á lo mas cinco domingos, que muchas veces aun no llegan á este número, segun la época del dia de Pascua, la cual regla todos los domingos y todas las fiestas movibles del año; los ejercicios de piedad, propios de estos domingos y su historia tomada del Evangelio del dia, es lo que se va á dar aquí.

La Iglesia comienza la misa de este dia por las palabras del tercer versículo del salmo 65, donde David convida á toda la tierra á adorar y bendecir al Señor. «Toda la tierra os adore y os bendiga: entone cánticos á la gloria de vuestro nombre, ¡ó Altísimo!» David hace hablar en este salmo al pueblo judío, que agradece á Dios su libertad y convida á toda la tierra á que se una á él para dar gracias al Señor. Los judíos libres de su cautividad son la figura de los gentiles libertados de la esclavitud del demonio por el bautismo. Puede tambien entenderse que el profeta habla en nombre de todos los hombres rescatados por Jesucristo.

La Epístola de la misa está tomada del capítulo 12 de la carta del apóstol san Pablo á los romanos, donde les advierte que renuncien á la vanidad del siglo, para consagrarse enteramente á Dios, sin engreirse por los dones que han recibido, y sin pasar los límites de estos dones, aplicándose cada uno á las funciones de su ministerio, y á cumplir las obligaciones de su estado; refiriéndolo todo á la utilidad del prójimo, con el cual deben hacer un todo como hacen los miembros de un mismo cuerpo, sin que el uno se ingiera en las funciones del otro. La comparacion de que aquí se sirve el santo apóstol es espresiva. Como todos nosotros no formamos mas que un solo cuerpo de Jesucristo, todos recíprocamente somos miembros los unos de los otros, para aliviarnos por aquella funcion que es propia á cada miembro en particular. Así, como todos tenemos dones diferentes, segun la gracia que se nos ha dado, es preciso que cada uno emplee sus talentos para el bien comun. A la manera que en un solo cuerpo cada miembro tiene sus funciones particulares, que ejerce sin zelos de parte de los otros miembros, así en la Iglesia cada fiel ha recibido de Dios el don que le es propio, y no debe envidiar á los demás el que ellos han recibido, sino contentarse con la medida de gracia que le ha sido acordada. La caridad debe hacernos comunes los favores que se han hecho á nuestros hermanos, y no debemos envidiárselos, así como la mano no envidia al ojo la facultad de ver, ni al pie la de caminar. Es preciso que haya una subordinacion de los unos á los otros; y una comunicacion de servicios, semejante á la que se ve en los diferentes miembros de un mismo cuerpo. El que está autorizado para predicar el Evangelio, y para interpretar las Escrituras, hágalo, nó segun las luces de su propio juicio, sino segun las de la fé, del espíritu de Dios y de la Iglesia, á cuyas luces debe estar sometido todo espíritu particular; y guárdense de dogmatizar aquellos á quienes Dios no ha escogido para este ministerio. El que ha recibido el don de engañar, hágalo con solicitud; y el que está encargado de la conducta de los demás, compórtese con ellos con mucha dulzura y caridad. El Apóstol, despues de haber instruido á los que ocupan los empleos, pasa á dar lecciones generales y propias para todos los fieles. No seais tardos, añade, en hacer en favor de vuestros hermanos todos los buenos oficios que pudiereis, y no hagais desear vuestros servicios; mucho ménos los hagais comprar demasiado caros. Sed fieles en cumplir con puntualidad todas vuestras obligaciones. Tened siempre un nuevo fervor en el servicio de Dios. Prevenios con urbanidad los unos á los otros; el agasajo, la cortesanía aun, sin afectacion y sin artificio, honran la piedad, y le son ordinarias. La esperanza cristiana debe inspirarnos siempre alegría. Perseverad en la oracion y en el ejercicio de las buenas obras. Tomad parte en las necesidades de los fieles, y ayudadlos con vuestras obras de misericordia. Ejercitad con gusto la hospitalidad. La paciencia es la virtud de los pobres, la caridad debe ser la virtud de los ricos; ellos no han recibido mas bienes que los otros, sino para socorrer las necesidades de los que viven en la pobreza, y frecuentemente carecen de todo. Haced bien hasta á vuestros enemigos, hasta aquí debe ir el heroismo y la perfeccion de la caridad cristiana; esta virtud heroica es la que debe hacer sentir al cristiano todos los bienes y todos los males que suceden á sus hermanos. Aumenta su alegría en el tiempo de su prosperidad por la parte que le ven tomar en ella; y endulza sus lágrimas, mezclando las suyas con las que ellos derraman. No alterqueis, la diversidad de pareceres agria tanto el corazon como los espíritus. Al paso que se acalora la disputa, se resfria la caridad. No penseis presuntuosamente de vosotros mismos. La presuncion es una vanidad necia, que nace de la ceguedad en que estamos con respecto á nosotros mismos; nada hay mas opuesto al espíritu del cristianismo, que esta ridícula vanidad. Sed humildes, compasivos, dulces y modestos; no seais sabios á vuestros propios ojos, porque nos engañan siempre sobre lo que á nosotros nos interesa. Puede decirse que esta Epístola es el compendio de toda la moral cristiana.

El Evangelio no es ménos instructivo. Contiene la historia del primer milagro de Jesucristo, verificado en las bodas de Caná á ruegos de la Santísima Vírgen. Hé aquí como lo refiere san Juan.

Habia ya comenzado el Salvador á predicar, despues de haber concluido su ayuno de cuarenta dias en el desierto, donde se habia retirado despues que san Juan Bautista dió de él un testimonio tan brillante. Acababa tambien de elegir algunos discípulos; san Pedro, san Andrés, san Feli-

pe y Nathanael habian sido ya llamados, y se habian agregado á él, cuando fué convidado á una boda que se celebraba en Caná de Galilea, que era una aldea á tres jornadas pequeñas de Rathabara, en donde á la sazon se hallaba el Salvador. La Santísima Vírgen estaba tambien allí, y á lo que parece era alguno de sus parientes el que se casaba. Segun el parecer de san Epifano se presume que estaba ya entonces viuda, pues en todo el resto de la historia de Jesucristo no se dice ya una palabra de san José. Algunos han creido que estas bodas se celebraban en la casa de Alfeo ó de Cleofás, que casaba á su hijo Simon, llamado el Cananeo. Otros han pretendido que era san Bartolomé; llamado Nathanael; pero el venerable Beda, santo Tomás y muchos otros creen que era san Juan Evangelista, á quien el Salvador llamó del estado del matrimonio al apostolado, y permaneció siempre vírgen, habiendo dejado á su esposa el dia mismo de sus bodas. Sea, pues, de esto lo quiera, lo que sí es cierto, que el Hijo de Dios quiso hacer ver en esta ocasion, que se le puede hallar no solo en el retiro, sino tambien en las reuniones, cuando los deberes ó la beneficencia lo exigen, y todo lo que hay en ellas es cristiano. Se pregunta ¿por qué Jesucristo concurrió á estas bodas con su Madre y sus discípulos? Parece que la vida austera y retirada que siempre habia llevado, apenas podia convenir con la alegría y la diversion que ordinariamente acompañan á esta especie de fiestas. La mayor parte de los Padres dicen que fué á fin de aprobar con su presencia el matrimonio. Como por su ejemplo y por sus discursos debia aconsejar á todos sus discípulos el celibato, y exhortar á todos los cristianos á guardar la castidad, de la cual hacia en todas ocasiones tan magníficos elogios, queria tambien hacer ver que no desaprobaba el matrimonio, que debia elevar aun á sacramento. Es bastante creible, que como allí se encontraban muchos parientes suyos, y los discípulos que hasta entonces habia reunido, quiso hacer en su presencia su primer milagro con el fin de afirmar la creencia de los que ya le reconocian por el Mesías, y de darse á conocer de los que no creian todavía en él.

Hácia el fin de la comida notó la Santísima Vírgen que faltaba vino, y comprendió fácilmente el embarazo en que esto tenia á los que servian, y el sentimiento que ocasionaba á los que celebraban la boda esta falta de prevision. Como era la caridad mas bien que el acompañarles lo que la habia traido allí; resolvió escusarles esta confusion, y proveer á la necesidad, sin ruido, pero de un modo eficaz. El camino que tomó, fué dirigirse á Jesus, que estaba colocado cerca de ella. Sabia bien que no tenia ménos bondad que poder, y que bastaba para obligarle á hacer un milagro el manifestarle solamente la necesidad y la turbacion en que se encontraban. Volviéndose, pues, á él, se contentó con decirle: «Les falta el vino.» El Salvador, que respondiendo á su Madre queria instruirnos, y hacernos conocer que él no obraba mas que por motivos sobrenaturales, y de ningun modo por mira alguna humana, le dijo con un tono grave, que conocia bien la necesidad que tenian, y que ella no tenia por qué apurarse por ella, que él haria todo lo que fuese necesario á su tiempo; pero el de manifestar mi poder y mi gloria, añadió, no ha llegado todavía. San Agustin, san Crisóstomo y muchos otros Padres dicen que el Salvador esperaba que el vino faltase absolutamente, á fin de que no se creyese que habia simplemente aumentado aquel licor, ó que solo habia mezclado el agua con el vino. Queria que su primer milagro fuese incontestable, y que toda la boda fuese testigo de él. Jesucristo quiso tambien dar á conocer por esta respuesta, que si no habia hecho hasta entonces brillar su poder por medio de milagros, no era por falta de poder, sino porque aun no habia llegado el tiempo determinado por su sabiduría. Tambien parece que quiso dar á conocer cuán eficaz era la intercesion de su Madre, y el poder que tenia sobre él, pues habiendo dicho que su hora de hacer milagros no habia llegado todavía, no por eso dejó de hacer uno de los mas brillantes tan pronto como ella le manifestó que lo deseaba.

Esto lo comprendió tambien perfectamente la Santísima Vírgen. Porque sin insistir, ni esplicarse mas con él, llamó á los que servian y les dijo que hiciesen todo lo que Jesus les ordenase. Muchos habian ya advertido que no habia vino, el mismo esposo lo habia notado, cuando Jesucristo mandó á los que servian que llenasen de agua seis tinajas de piedra, esto es, seis vasijas de una especie de alabastro, ó de piedra serpentina, destinadas á las purificaciones de los judíos, los cuales ántes de la comida acostumbraban lavarse los piés, las manos, desde el codo hasta la punta de los dedos, los vasos para beber, los cuchillos y otras cosas de que se servian en la mesa. Cada una de estas vasijas cogia dos ó tres medidas de agua, esto es, cincuenta ó sesenta azumbres. Luego que estuvieron llenas hasta arriba, mudó inmediatamente el agua de color y de naturaleza, y se convirtió en un vino escelente por la virtud de aquél, que por un solo acto de su voluntad ha hecho todas las cosas de nada. Entonces dijo Jesus á los que servian: Sacad ahora, y llevad para que lo guste el director del festin; el que presidia el festin era ordinariamente, si se cree á las tradiciones judaicas, uno de sus sacerdotes, el cual tenia cuidado de arreglarlo todo, é impedir que se hiciese nada contrario á la honestidad y á la decencia. A este sacerdote, pues, fué á quien se presentó, segun el órden del Salvador, el vino nuevo. Le gustó; pero, como ocupado en muchas mas cosas, no sabia nada de lo que habia pasado, quedó sorprendido de la escelencia del nuevo vino. Llamó inmediatamente al esposo que, segun la costumbre, al ir á las mesas, daba órden de que todo fuese servido á tiempo, y que en nada se faltase. ¿Con que de este modo nos engañais? le dijo sonriéndose, siempre se ha usado en los demás convites, que el buen vino se sirva al principio de la comida, y el peor cuando se ve que ya se ha bebido bastante; pero vos lo habeis hecho al contrario, habeis guardado el bueno para el fin. No dejó de advertirse esta reconvencion, y cada uno reconoció en el gusto, que un vino hecho inmediatamente por el Criador, es mejor sin comparacion que el que la naturaleza produce. En este prodigio que fué el primero de sus milagros públicos, comenzó el Salvador á hacer brillar su poder; pues, como siente Maldonado, no puede dudarse que el Salvador no hubiese hecho ya otros innumerables, solo conocidos de la santísima Vírgen y de san José; mas como no habia llegado aun el tiempo determinado para darse á conocer, permanecian desconocidos del público estos milagros; y fué este el primero por el cual el Salvador manifestó su gloria y no sirvió poco para darle á conocer y afirmar sus discípulos en la fé.

Los discípulos de Jesucristo habian creido en él desde que tuvieron la dicha de verle y de oirle: una prueba de su creencia es que le habian seguido, y se habian agregado á él, habiéndose hecho discípulos suyos, pero este milagro de que fueron testigos, les afianzó en su fé.

Si esta maravilla manifestó la gloria y el poder del Salvador sobre todas las criaturas; si ella dió á conocer á aquella numerosa compañía lo que él era, no debe servir ménos para dar á conocer á todos los fieles el poder que tiene la Santísima Vírgen para con su querido Hijo, y la deferencia que este Hijo divino tiene á la voluntad de su muy amada Madre. Algunos han creido que el Salvador no quiso hacer el primero de todos sus milagros sino á ruegos de su Madre, y aun que quiso al parecer, adelantar el tiempo de manifestar su poder desde luego que la Santísima Vírgen le manifestó el deseo que tenia de que obrase esta maravilla. Motivo grande de confianza en la Madre de Dios, dicen los santos Padres, el saber cuan dichosos son aquellos por quienes María se interesa. Sabemos, dice san Anselmo, que la bienaventurada Vírgen tiene tanto valimiento con Dios, que no puede dejar de tener su efecto todo lo que ella quiere.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Omnipotens sempiterne Deus, qui cœlestia simul et terrena moderaris, supplicationes populi tui clementer exaudi, et pacem tuam nostris concede temporibus. Per Dominum ..

Dios omnipotente y eterno, que arreglais todo lo que pasa en el cielo y en la tierra, escuchad benignamente los ruegos de vuestro pueblo, y haced que durante esta vida gustemos las dulzuras de vuestra paz. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo 12 de S. Pablo á los Romanos.

Fratres: Habentes donationes secundum gratiam, quæ data est nobis, differentes; sive prophetiam secundum rationem fidei; sive ministerium in ministrando; sive qui docet, in doctrina; qui exhortatur, in exhortando; qui tribuit, in simplicitate; qui præest, in sollicitudine; qui miseretur, in hilaritate. Dilectio sine simulatione. Odientes malum, adhærentes bono: Charitate fraternitatis invicem diligentes: Honore invicem prævenientes: Sollicitudine non pigri: Spiritu ferventes: Domino servientes: Spe gaudentes: In tribulatione patientes: Orationi instantes: Necessitatibus sanctorum communicantes: Hospitalitatem sectantes. Benedicite persequentibus vos: benedicite, et nolite maledicere. Gaudere cum gaudentibus: flere cum flentibus: Idipsum invicem sentientes: Non alta sapientes, sed humilibus consentientes.

Hermanos mios: Como tenemos dones diferentes segun la gracia que se nos ha dado, si es para hacer las funciones de profeta, hagámoslo de un modo proporcionado á la fé que tenemos; si es para algun ministerio, ocúpese cada uno en su ministerio; si es para enseñar, enseñemos. Aquel que la tiene para exhortar, que exhorte; el que la tiene para distribuir limosnas, distribúyalas con un espíritu recto y sencillo; el que gobierna, que sea solícito; el que asiste á los miserables, que lo haga con alegría; sea su caridad sin artificio. Tened horror al mal, y adheríos al bien; amaos mutuamente con una caridad fraterna; adelantaos unos á otros en la cortesía; no descuideis las cosas de que estais encargados; sed fervorosos de espíritu: servid al Señor; regocíjeos la esperanza; sed pacientes en las tribulaciones, orad continuamente; tomad parte en las necesidades de los santos; complaceos en practicar la hospitalidad; bendecid á vuestros perseguidores, bendecidlos y guardaos de imprecarles con maldiciones; alegraos con los que están alegres; llorad con los que lloran; entrad en los sentimientos los unos de los otros; no tengais pensamientos presuntuosos, sino por el contrario humildes y modestos.

Despues de haber esplicado san Pablo en el capítulo precedente de su carta á los romanos, el modo con que los gentiles debian portarse para cumplir su vocacion, trata en esta Epístola tomada del capítulo 12, de los principales puntos de la moral cristiana. Por la palabra santos, entiende el Apóstol los fieles. Todas las semanas se hacian colectas para socorrer los cristianos de las demás iglesias en sus necesidades ó en el tiempo de las persecuciones; y lo que se habia recogido de la caridad de los fieles, se les distribuia.

REFLEXIONES.

« Tenemos dones diferentes segun la gracia que se nos ha dado. » Para ser miembros útiles en el cuerpo místico de que es gefe Jesucristo, no tratemos mas que de cumplir sin zelos y sin vanidad las funciones á que estamos destinados por su providencia. Precavámonos igualmente contra el disgusto que conduce á mudar de ministerio, y contra la ambicion que lleva á buscar los mas brillantes. Aquellos á quienes os dignais emplear en vuestro servicio, ó Dios mio, en esto solo quedan bastante honrados, sean cualesquiera los empleos á que os agrade aplicarlos. Nada hay bajo, nada es pequeño en vuestro servicio; los puestos ménos elevados, los empleos mas viles y mas oscuros no han servido poco para formar los mayores santos. Haced la limosna con un espíritu recto y sencillo, dice el Apóstol, esto es, sin buscar la gloria por lo que dais, y sin temer con demasía el ser engañados en la eleccion de aquellos á quienes dais. La pobreza fingida que os arrebatáre una limosna, no podrá quitaros el mérito de ella; cualquiera que sea el sujeto á quien damos la limosna, siempre es á Jesucristo á quien la hacemos. El que gobierna, continúa san Pablo, sea solícito. El gobernar es un honor, pero es tambien una carga: olvidad el honor que tal vez os inflaria, y atended á la carga que debe haceros cuidadoso. Si los que tienen el trabajo de obedecer, pudiesen conocer lo que cuesta el mandar, no seria tan grande el número de los émulos y de los envidiosos. Los puestos mas elevados no son los mas tranquilos. Las prelacías son mas bien unos cargos que dignidades; siempre tienen obligaciones que cumplir; ¿y se hallan siempre en sujetos dignos? Y cuando falta el mérito ¿qué ho-

nor puede dar la dignidad? Los empleos envidiados por aquellos que no atienden mas que á su esplendor, no son siempre objetos dignos de envidia. Sus obligaciones no se llenan sino á costa de cuidados penosos, y no pueden descuidarse sin atraer frecuentemente sobre sí el desprecio y siempre los remordimientos. Endulcemos al pobre, conforme al consejo del Apóstol, la pena de pedir, y alguna vez tambien la de pedir con instancia por la alegría con que le demos; aumentémosle el contento que tiene de recibir, por el que le demostremos nosotros al darle la limosna, de suerte que mas parezca que es un beneficio que nosotros recibimos de él, que un servicio que le hacemos: en el fondo ganamos nosotros infinitamente mas que él. Sea la caridad, dice san Pablo, sin artificio. A la verdad, el artificio siempre odioso, nunca lo es mas que en la amistad. La amistad cristiana es siempre sin disimulo, sin disfraz, y esto es lo que constituye su dulzura; por el contrario, lo que introduce la amargura en las amistades mundanas, es que siempre van acompañadas de algunas desconfianzas. Para amar cristianamente, es preciso no adherirse mas que al bien, es necesario aborrecer el mal en aquellos mismos á quienes se ama; es decir, que es preciso no lisonjear sus defectos y sus pasiones. Cuando se ama de este modo, el amor es una virtud de caridad y por consiguiente sin disfraz. Puede decirse que no hay verdadera amistad sobre la tierra sino la que está fundada en la virtud.

El Evangelio es de S. Juan al cap. 2.

In illo tempore: Nuptiæ factæ sunt in Cana Galilææ et erat mater Jesu ibi. Vocatus est autem et Jesus, et discipuli ejus ad nuptias. Et deficiente vino, dicit mater Jesu ad eum: Vinum non habent. Et dicit ei Jesus: Quid mihi et tibi est, mulier? nondum venit hora mea. Dicit mater ejus ministris: Quodcumque dixerit vobis, facite. Erant autem ibi lapideæ hydriæ sex positæ secundum purificationem Judæorum capientes singulæ metretas binas vel ternas. Dicit eis Jesus: Implete hydrias aqua. Et impleverunt eas usque ad summum. Et dicit eis Jesus: Haurite nunc, et ferte architriclino. Et tulerunt. Ut autem gustavit architriclinus aquam vinum factam, et non sciebat unde esset, ministri autem sciebant, qui hauserant aquam, vocat sponsum architriclinus, et dicit ei: Omnis homo primum bonum vinum ponit: et cum inebriati fuerint, tunc id, quod deterius est: Tu autem servasti bonum vinum usque adhuc. Hoc fecit initium signorum Jesus in Cana Galilææ: et manifestavit gloriam suam, et crediderunt in eum discipuli ejus.

En aquel tiempo se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, y la madre de Jesus se hallaba en ellas. Jesus fué tambien convidado á las bodas con sus discípulos. Y habiendo faltado el vino, la Madre de Jesus le dijo: No tienen vino. Jesus la respondió: ¿Mujer, qué nos importa ni á tí ni á mí? Aun no ha llegado mi tiempo. Su madre dijo á los que servian: Haced todo lo que él os dijere. Habia pues allí seis vasijas de piedra destinadas para las purificaciones de los judíos, cada una capaz de dos ó tres medidas. Díjoles Jesus: Llenad las vasijas de agua: y ellos las llenaron hasta arriba. Entonces añadió Jesus: Sacad ahora, y llevad al director del festin; y ellos lo hicieron así. Luego que éste hubo gustado el agua convertida en vino, no sabiendo de dónde venia este vino, porque solo los sirvientes eran los que sabian bien que habian sacado agua, se dirigió al esposo y le dijo: Todos ponen al principio el vino bueno, y despues que han bebido bien se pone el que no es tan bueno; mas tú has guardado el buen vino hasta ahora. Jesus hizo este primer milagro en Caná de Galilea, y por él comenzó á hacer brillar su gloria y sus discípulos creyeron en él.

MEDITACION.

Punto primero.—Considera que la bondad, la compasion y la misericordia son, por decirlo así, como las virtudes favoritas de la Madre de Dios. Basta que nos hallemos en la indigencia para escitar su caridad, basta que tengamos necesidad de su socorro para conmover su celo. Nuestras miserias son títulos suficientes para tener parte en sus bondades; ella se interesa en nuestros males, lleva como en su seno á todos sus hijos, provee á sus necesidades y aun previene sus peticiones. María, dice san Bernardo, abre su seno misericordioso para recibir á todos los hombres. El que está cautivo, continúa el mismo Padre, halla en María su redencion; el que está triste, su consuelo; el justo la gracia, y el pecador la misericordia y el perdon: así que, añade el mismo santo, debe invocarse á María, é invocarla en todas nuestras necesidades. ¡O María! esclama san Buenaventura, por miserable que sea un pecador, teneis con él ternuras de Madre; no le abandonareis ciertamente hasta dejarle reconciliado con Dios. Esta bondad afectuosa y universal es la que ha hecho decir á santo Tomás, que en cualquiera necesidad en que uno se halle, en cualquiera peligro en que esté, puede siempre esperar su salvacion, mediante el favor y la proteccion de la Santísima Vírgen. Tambien por esta razon la saluda la Iglesia muchas veces al dia, como Madre de misericordia, vida nuestra, nuestro consuelo, esperanza nuestra en todas nuestras necesidades. Seguros de la bondad singular, de la caridad benéfica, de la extrema ternura que la Santísima Vírgen tiene en todos los hombres; seguros del poder sin límites que tiene con su amado Hijo, comprendamos cuánta fortuna tienen todos aquellos por quienes se interesa. ¿Los dejará sin ausilio en la necesidad? ¿les rehusará su intercesion, su proteccion en los mayores peligros? ¿será insensible á sus gemidos? ¿se hará sorda á sus oraciones? Nó, dicen los padres de la Iglesia, ella está atenta á todas las necesidades de sus devotos, previene todas las indigencias de los que se dedican á su servicio. Todos los tesoros de las misericordias del Señor están en sus manos, dice el bienaventurado san Pedro Damiano. ¿Los rehusará á los que la sirven? Tan dulce es el amar á esta buena Madre con ternura, como ventajoso el servirla con fervor y con fidelidad.

Punto segundo.—Considera lo que pasa en las bodas de Caná como el Evangelio lo refiere. Los parientes, ó por lo ménos los amigos particulares, convidan á la Santísima Vírgen á las bodas, y Jesus es tambien convidado á ellas. Nunca se hallan el uno sin la otra. En vano se hubiera convidado á la Madre, si el Hijo no se hubiese hallado allí. ¡Qué ilusion! ¡qué error! imaginarse, que estando en desgracia del Hijo, pueda tenerse devocion á la

Madre. Estando en la mesa, la Santísima Vírgen notó que faltaba el vino, lo cual debia ocasionar gran confusion á los que celebraban la boda. Esta Madre de misericordia, siempre atenta á las necesidades de aquellos que la tienen consideracion y amor, quiso escusarles esta vergüenza suplicando á su Hijo amado que hiciese en favor suyo uno de los mas grandes milagros. No tuvo necesidad de hacer un gran discurso para obligarle, bastó que le insinuase su voluntad, su deseo suplió al ruego. Se vuelve á Jesus que estaba á su lado, y le dice simplemente: «No tienen vino.» Admiremos la atencion y el empeño benéfico de la Santísima Vírgen; nadie se dirige á ella; muchos de los que celebraban la boda ignoraban aun el embarazo que ocurria, y la mayor parte nada saben de la penuria en que se hallaban. No importa, la Santísima Vírgen conoce la necesidad y se interesa por ellos por pura amistad; no se necesita mas para que pida á su hijo que haga un milagro, para salvar la vergüenza que este accidente iba á ocasionar á los recien casados; y sin decirles nada, emplea todo su crédito con Jesus para hacerles un servicio tan importante. Dios mio ¡qué dichosos son aquellos por quienes la Santísima Vírgen se interesa! La respuesta que da Jesus á su Madre es misteriosa: «¿Qué nos importa ni á tí ni á mí, mujer? Como si dijese: ¿Pensais que ignoro la necesidad en que se hallan aquellos por quienes os interesais? ¿ó que no conozco el deseo que teneis de que yo haga un milagro para sacarles del apuro? pero vos sabeis que hasta ahora no me he dado á conocer en nada, y que en todas las cosas no puedo obrar sino conforme á la voluntad de mi Padre. Si no hubiese llegado todavía el tiempo de hacer brillar mi gloria y de hacerme conocer, ¿querriais que yo lo adelantase? La Santísima Vírgen no ignoraba el misterio; sabia que Dios habia determinado desde la eternidad, que el Salvador no haria su primer milagro sino á ruego de su Madre. Esto es lo que la obligó, sin esperar otra respuesta, á llamar á los que servian á la mesa y decirles: «Haced sin réplica todo lo que Jesus os ordenare,» porque sabia bien que bastaba haberle manifestado el deseo que tenia para obtener de él un milagro. En efecto, se hace el milagro, y todos son testigos de la omnipotencia del Hijo y del crédito casi omnipotente de la Madre. ¡Oh, dichosos aquellos por quienes se interesa la Santísima Vírgen! ¡dichosos aquellos que tienen una devocion tierna á María! ¡dichosos los que la sirven y la sirven con fervor y con fidelidad!

Haced, Señor, que yo sea de este número; y la gracia singular que os pido, Vírgen Santa, el primer uso, por decirlo así, que yo deseo que hagais de vuestro crédito en favor mio, es que yo sea uno de vuestros mas fieles siervos el resto de mis dias.

JACULATORIAS.—¡Qué dichosos son vuestros verdaderos siervos, Vírgen Santa, que están continuamente en vuestra presencia! (3 Reg. 10.)

Haced ver en todas mis necesidades que sois mi madre, y haga yo ver tambien en todas ocasiones que soy uno de vuestros hijos. (Eccles.)

PROPÓSITOS.

1 Para que la Santísima Vírgen se interese por nosotros, es necesario que nosotros nos interesemos por ella. Interesémonos en su gloria, en su culto y en todo cuanto pueda honrarle. No hay sociedad alguna erigida en honor de María, que no sea un antemural y un fuerte contra los insultos del enemigo de la salvacion; un abrigo contra la corrupcion del siglo, un asilo para los pecadores, una escuela donde se aprende la ciencia de la salud, un arsenal contra el vicio. Nada hay mas santo que estas cofradías autorizadas por la santa Sede, bajo el título y la proteccion especial de la Madre de Dios. ¿Puede dudarse que ella se interese por todos sus cofrades? La del Rosario y la del Escapulario son de las mas célebres en la Iglesia, y lo mismo que las demás congregaciones. Haceos alistar en las unas y en las otras; pero cuidad de cumplir todas las obligaciones que imponen sus constituciones. Anumeraos en su congregacion: ninguna sociedad mas propia para interesar á la Santísima Vírgen en todas vuestras necesidades, ninguna escuela mas útil á los verdaderos siervos de María, con tal que seais frecuentes en ella y que sigais sus reglamentos.

2 A mas de las prácticas de devocion á la Santísima Vírgen, que se hallan en todo el curso del Año Cristiano, y de que no debeis nunca dispensaros, rezad todos los dias la oracion siguiente, que tan eficazmente nos obliga á la Santísima Vírgen á no negarnos su ausilio, y una proteccion particular en todas nuestras necesidades. Esta es la oracion que era tan familiar al célebre Claudio Bernard, llamado comunmente el pobre sacerdote, y á la que este santo eclesiástico atribuia todos los favores que recibia del cielo, como se lee en la historia de su vida.

Acordaos, Vírgen Santa, llena toda de bondad, que jamás ha sucedido que ninguno de los que han recurrido á vuestra poderosa proteccion, que han implorado vuestro ausilio, que han confiado en vuestra bondad y en vuestra benevolencia, haya nunca sido despedido. Lleno de la misma confianza, recurro á vos, Reina de las vírgenes, y aunque soy pecador, me atrevo á presentarme delante de vos, lamentando el recuerdo de mis miserias: Madre de Dios, no desprecieis mis humildes súplicas, ántes bien, sedme propicia, y dignaos escuchar mis votos. Así sea.

Una dichosa esperiencia ha demostrado que es tan grata esta oracion á la santísima Vírgen, que nunca se hace sin fruto, con tal que se haga con devocion y confianza.

TERCER DOMINGO DESPUES DE LA EPIFANÍA.

Este domingo nada tiene de particular que interese. Solo se sabe que en la antigüedad se le ha denominado de diferentes modos. Domingo del Leproso, domingo del Centurion, ó domingo despues de la Cátedra de san Pedro: las dos primeras denominaciones se tomaban del asunto del Evangelio; precedia de que este domingo es siempre el primero que sigue á la celebracion de la Cátedra de san Pedro en Roma, la cual está asignada al dia 18 de enero.

La misa de este dia comienza por estas hermosas palabras del versículo octavo del salmo 96: «Ángeles del Señor, adorad al Salvador y Juez soberano de los hombres y vuestro. Sion ha salido fuera de sí de alegría al oir ensalzar la gloria de su Rey. Las hijas de Judá han dado saltos de regocijo, Señor, al saber que debeis juzgar al universo.» Restablecido David en su trono se sirve del castigo de sus enemigos para descubrir en este salmo la segunda

venida de Jesucristo en el dia del juicio universal. El profeta convida á los ángeles á que adoren á este hombre Dios. Manifiesta la alegría que ha tenido Sion al saber cuál es el poder de que un dia ha de estar revestido su Rey. En fin, exhorta á los hombres á que huyan del mal, á fin de merecer con su inocencia la proteccion y las recompensas de su soberano Juez. Así es como interpretan los santos Padres este salmo. «Adorate eum omnes angeli ejus:» Espíritus santos, ministros del Señor, adorad al soberano Dueño del universo, ya que no lo hacen los hombres ingratos, los hombres vanos é impíos que le desprecian, hasta que él se haga á sí mismo justicia en el dia terrible del juicio universal. Angeles del Señor, rendid al Juez de toda la tierra las adoraciones y respetos dignos de su majestad, ya que nosotros somos tan poco capaces de rendirle los honores que merece. «Lætata est Sion:» Toda la Iglesia de que Sion es aquí la figura, triunfa llena de contento; y las hijas de Judá, esto es, todas las almas justas, las almas fieles, «exultaverunt,» dan á conocer su alegría cuando contemplan que en el gran dia de vuestras recompensas y de vuestras venganzas os hareis justicia á la faz de todo el universo recompensando con una gloria eterna á los que os han servido con fidelidad inviolable, y castigando con un suplicio eterno á los impíos que os han despreciado tan descaradamente.

La Epístola de la misa de este dia es continuacion á la del domingo precedente: está tomada del mismo capítulo 12 de la carta de san Pablo á los romanos. El apóstol continúa enseñándoles los principales deberes de la vida cristiana. Como se habia introducido entre los fieles que habia en Roma no sé qué espíritu de imperfeccion, en el que tenian mucha parte el amor propio y los celos, y que producia entre los fieles de esta Iglesia el que los unos se prefiriesen á los otros; los judíos á los gentiles, pretestando que ellos habian sido escogidos por Dios para que fuesen la nacion privilegiada de la cual debia nacer el Mesías; y los gentiles á los judíos que habian sido tan ingratos y tan impíos que habian hecho morir en la cruz al Mesías tan esperado de ellos; el Apóstol se esfuerza en muchos parajes de esta carta en abatir la vanidad de los unos y de los otros por la consideracion de sus propias miserias, y teniendo presente la misericordia de Dios á la cual solamente debia todo el bien que habia en ellos. Les exhorta á que sofoquen enteramente el espíritu de nacionalidad tan opuesto al espíritu de Dios, el espíritu de partido que reina alguna vez entre las gentes que hacen profesion de piedad, y que no tiende mas que á mantener la division, debilitar la caridad y fomentar el espíritu de cábala. San Pablo recomienda á todos la humildad; pero una humildad sincera que consiste nó en un despecio esterior y afectado de sí mismo, sino en un conocimiento interior de su bajeza y de su miseria; una humildad de corazon que ama la humillacion sin querer hacer ostentacion de ella. Como la humildad de corazon es inseparable de la dulzura, el santo Apóstol la inspira á todos los fieles, exhortándoles á que perdonen de buena gana las injurias léjos de prevenir la venganza que Dios mismo tomará de la injusticia que se les pueda haber hecho, y á hacer bien á aquellos que nos hacen mal; haciéndolo así, les dice, amontonais carbones ardientes sobre su cabeza. Segun san Gerónimo y san Agustin, amontonar carbones sobre la cabeza de su enemigo, es ablandar á fuerza de beneficios la dureza de su corazon, causarle un vivo dolor de haber ultrajado á aquellas personas que le colman de bienes, forzarle á amarlos como á pesar suyo. Por poco honor y religion que uno tenga, nada llena tanto de confusion á un hombre como el verse colmado de beneficios por aquel á quien acaba de cargar de injurias ó de hacerle daño. Contrasta estraordinariamente el honor que le resulta al uno con la sinrazon del otro. El resplandor de la virtud del hombre cristiano patentiza con mayor claridad la malignidad y los vicios de un corazon ulcerado y de un espíritu perverso. En fin, concluye el Apóstol, no os dejeis vencer por el mal, ántes bien tratad de vencer el mal por el bien. ¡Cuánta gloria y cuánto mérito hay en esta victoria! Es uno vencido por el mal, cuando no teniendo fortaleza para sufrir los ultrajes de un enemigo, ultrajándole cae en el mismo pecado con respecto á él, que el que él habia cometido contra el otro. Vencer el mal por el bien es el efecto mas glorioso de la magnanimidad cristiana, es la prueba mas auténtica de una virtud heroica.

El Evangelio de este dia contiene la historia de la curacion del leproso y la del criado del centurion que refiere san Mateo al capítulo 8. Habiendo Jesus llamado á su compañía á san Pedro, san Andrés, Santiago y san Juan, recorrió con ellos muchas ciudades, aldeas y lugares enseñando y haciendo milagros en todas partes. Habiéndose retirado un dia á una montaña elevada, le siguió inmediatamente un pueblo numeroso, al que sus milagros atraian en pos de él y que ansiaba por oirle. Entonces fué cuando hizo el gran sermon que puede considerarse como el compendio de toda la doctrina del Salvador y como el resúmen de toda la moral cristiana. Habiendo bajado de esta montaña se le presentó un leproso; causaba horror el ver á este pobre enfermo; estaba cubierto de úlceras ó manchas deformes, á manera de escamas de pescado por todo el cuerpo, ó mas bien todo su cuerpo no era mas que una úlcera. Estaba tan espantoso que no se atrevia á manifestarse; así que se arrojó á los piés del Salvador, pegado el rostro á la tierra, le adoró humildemente, y abrazándole las rodillas, animado de una fé viva y lleno de una confianza firme: Señor, le dijo, yo sé que nada os es imposible, estoy seguro que si quereis me podeis curar de mi lepra; mi salud, pues, está en vuestras manos. Vos estais lleno de misericordia, veis mi mal, y esto basta. Apenas hubo dicho esto, estendió Jesus la mano, le tocó y le dejó tan limpio y tan sano como nunca lo habia estado, sin decir otra cosa mas que «yo lo quiero: queda curado.» Pero este Señor omnipotente que remedia las enfermedades del alma lo mismo que las del cuerpo, queriendo enseñarnos, dice san Ambrosio, la humildad, prohibe al leproso que publique el milagro de su curacion, y la prohicion que le hace va acompañada de amenazas. Hasta le despide con tal prontitud, que parece mas bien arrojarle de su presencia que despedirle: Véte, le dice, y guárdate bien de hablar á nadie de todo esto; preséntate únicamente al príncipe de los sacerdotes, y ofrécele lo que la ley de Moisés manda que se le ofrezca, á fin de que no vuelvas á entrar en el comercio con las gentes sin su consentimiento, y que él y todos los sacerdotes sean testigos del acatamiento que yo hago á la ley.

La ley establecia á los sacerdotes jueces de esta enfermedad: á ellos les tocaba declarar si los que se les presentaban estaban tocados de ella, ó si estaban bien curados.

Aquellos que eran reconocidos por sanos ofrecian inmediatamente dos gorriones, y ocho dias despues ofrecian dos corderos y una oveja; si eran pobres, un cordero y dos tórtolas, despues de lo cual volvian á la sociedad. El sacerdote les introducia en seguida en la ciudad, y despues en el templo, donde ofrecian su presente, como estaba mandado por la ley.

Este hombre que debia su vida y su salud á Jesus, supo muy bien distinguir las dos cosas que se le habian dicho. En cuanto á la primera que le prohibia hablar de la curacion, no la consideró de ningun modo como un precepto, sino solo como una leccion ó como un ejemplo de humildad, dice san Ambrosio; por esto luego que pudo presentarse en público, y que hubo concluido el tiempo de su separacion, conforme á la disposicion de la ley, publicó altamente todo lo que habia pasado. Si bien que habiéndose esparcido por todas partes la noticia, no se hablaba en todas mas que del milagro. La súplica de este leproso, dice san Crisóstomo, indica la grandeza de su fé, su firme confianza y su perfecta resignacion; es uno de los mas bellos modelos de oraciones que se ven en el Evangelio. Algunos creen que la prohibicion que hizo el Salvador al leproso de publicar su curacion milagrosa, no debia entenderse sino ántes que hubiese satisfecho á la ley que le obligaba á irse á presentar al sacerdote, y hacer su ofrenda á Dios en el templo ántes de presentarse en público.

El milagro del leproso curado se habia obrado á la puerta de Cafarnaum, ó muy cerca de la ciudad. Habiendo entrado Jesus en ella, encontró inmediatamente á los ancianos y los mas calificados de los judíos, que vinieron á rogarle de parte de un centurion que se dignase curar á un criado muy querido de este oficial que se hallaba peligrosamente enfermo. San Mateo para compendiar la narracion nada dice de la mediacion de los judíos, y lo cuenta como si todo hubiese pasado solo entre el Salvador y el centurion. San Lucas, que circunstancia este hecho mas á la larga, no dice que el mismo centurion haya venido, sino que únicamente habia hecho suplicar á Jesus por medio de los mas notables de los judíos para que estos le hablasen en su nombre, sirviéndose aun hasta de sus propias palabras. No hay cosa mas comun en la Escritura que atribuir á alguno lo que ha hecho hacer ó decir por otro. Es verosímil que la primera súplica la hiciesen los ancianos de los judíos en nombre del centurion, y que sabiendo este oficial que Jesus venia á su casa, se presentase él mismo.

El centurion, que era un oficial romano de infantería que tenia á sus órdenes cien soldados, y que mandaba entonces en Cafarnaum, habiendo sabido que Jesus estaba en la ciudad, queria ir en persona á verle y decirle: Señor, tengo un criado en mi casa, que está cruelmente atormentado de una parálisis que vos solo podeis curar; mas los que habia elegido por intermedios, se encargaron, segun el uso del tiempo y del pais, de llevar la palabra en su nombre, y no contentos con esto añadieron de su parte solicitaciones ejecutivas, diciendo al Salvador: Este hombre merece que le concedais la gracia que os pide, porque aunque es estranjero ama á nuestra nacion, y aun nos ha hecho edificar una sinagoga.

No podian racionalmente concebir que serian mal recibidos de aquél cuya bondad, no ménos que su poder, no tienen límites. El Salvador, en efecto, les concedió mas de lo que pedian: Yo mismo iré, les respondió, y curaré al enfermo; y al momento se encaminó allá con ellos. Advertido el centurion de que venia Jesus á su casa, salió al encuentro de este médico omnipotente, y habiéndole hecho una profunda reverencia: Señor, le dijo, no os tomeis la pena de ir mas adelante, porque yo no merezco que entreis en mi casa. Ni aun yo mismo me habia juzgado digno de presentarme á vos en persona: estoy seguro de que podeis, sin pasar adelante, decir una sola palabra, y no será necesario mas para curar á mi criado. Vos no recibís órdenes de ninguno; porque no hay nadie que sea superior á vos. Es, pues, muy debido que toda la naturaleza os obedezca como á su Señor soberano, y yo no dudo que no hay enfermedad que no disipeis, diciendo una sola palabra; porque yo que no tengo mas que una autoridad subordinada, me hago obedecer de mis inferiores á la menor señal de mi voluntad; con cuánta mas razon lo hallareis vos todo sumiso á vuestra sola palabra.

Este discurso agradó al Salvador, y no pudo ménos de dar señales de admiracion. No porque la admiracion que demostró procediese de ignorancia, de asombro ó de sorpresa, como en nosotros, puesto que él lo sabia todo, lo preveia todo y nada podia serle nuevo; era mas bien un efecto de la estraordinaria satisfaccion que le causó la fé de este oficial romano, y esto fué lo que le hizo decir á todos los que le seguian: En verdad que no he hallado tanta fé en Israel, en ninguno de los que he favorecido mas, y que están mas obligados á creer y á confiar en mí, debiendo sin duda ser tan firme vuestra fé como la de este estranjero. El Hijo de Dios hablaba de los que estaban presentes y de todo el pueblo judío. Siempre debe esceptuarse la Santísima Vírgen, san Juan Bautista y los apóstoles, sin que esta escepcion impida que la fé de este estranjero fuese capaz de confundir la incredulidad de la nacion judía. Por esto, añadió el Salvador, debeis tener por cierto, y yo os lo predigo hoy, que muchos de Oriente y Occidente tendrán lugar con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos; se sentarán con estos santos patriarcas entre las delicias y regocijos de un festin perpetuo, mientras que los hijos de la casa que podian aspirar los primeros á este reino, como á una herencia que se les destinaba con preferencia á los demás, serán desheredados y arrojados al abismo, donde no verán jamás la luz, y en donde no tendrán mas que lágrimas y crujir de dientes. Lo que el Hijo de Dios acababa de decir indica bastante la vocacion de los gentiles, los cuales por su docilidad en recibir el Evangelio, merecieron sustituir á los judíos y sacerdotes en todos sus derechos. Se sentarán en el festin con Abraham, Isaac y Jacob, es decir que las promesas hechas á los antiguos patriarcas de una tierra de delicias y de una felicidad eterna, se cumplirán en sus personas, mientras que los judíos, vasallos naturales, por decirlo así, del reino del Mesías, no se aprovecharán de ellas. Despues de haberse ellos mismos escluido de la Iglesia de Jesucristo y permanecido en la ceguera, serán arrojados para siempre de la sala del banquete celestial, arrojados á las tinieblas esteriores, y precipitados en las llamas del infierno. Este oráculo terrible habla tambien con los malos cristianos, que habiendo sido llamados al festin misterioso, y aun habiendo entrado en la sala con todos los convidados, no hubieren llevado

la ropa de boda, esto es, hubieren perdido la inocencia, y muerto en pecado.

Hasta aquí el Salvador solo habia alabado la fé heroica del centurion; pero no habia respondido á la súplica de este nuevo fiel, ni á los que habian pedido de su parte. No se atrevian, sin embargo, á urgirle sobre la curacion solicitada, ya por un género de respeto, ya porque sabian bien, que cuando quisiese y en cualquier lugar que estuviese presente ó ausente, curaba los enfermos. Por fin, dirigiéndose al centurion: Vé, le dice, yo quiero que se cumpla tu deseo, y que esta sea la recompensa de tu fé; y en la misma hora el enfermo quedó perfectamente curado de su parálisis. Esta maravilla no obró solo la curacion del cuerpo; todos los que fueron testigos se llenaron de admiracion, y la mayor parte creyeron en el Salvador, embelesados y persuadidos de la eficacia de su palabra.

La oracion de la Misa del dia es como sigue:

Omnipotens sempiterne Deus, infirmitatem nostram propitius respice: atque ad protegendum nos dexteram tuæ majestatis extende. Per Dominum nostrum.

Dios omnipotente y eterno, mirad nuestra flaqueza con ojos favorables, y estended la mano poderosa de vuestra Majestad para favorecernos. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es tomada de la carta de san Pablo á los Romanos, cap. 12.

Fratres, nolite esse prudentes apud vosmetipsos: Nulli malum pro malo reddentes: providentes bona non tantum coram Deo, sed etiam coram omnibus hominibus. Si fieri potest, quod ex vobis est, cum omnibus hominibus pacem habentes: Non vosmetipsos defendentes, charissimi, sed date locum iræ. Scriptum est enim: Mihi vindicta: ego retribuam, dicit Dominus. Sed si esurierit inimicus tuus, ciba illum: si sitit, potum da illi: hoc enim faciens, carbones ignis congeres super caput ejus. Noli vinci à malo, sed vince in bono malum.

Hermanos mios, no seais prudentes á vuestros propios ojos: no volvais á nadie mal por mal. Portaos de modo que vuestras acciones sean buenas no solo delante de Dios, sino delante de todos los hombres; viviendo en paz con todo el mundo, si esto es posible, y en cuanto dependa de vosotros. No os vengueis vosotros mismos, sino dejad pasar la cólera. Porque está escrito: A mí es á quien pertenece la venganza: yo tomaré satisfaccion, dice el Señor. Al contrario, si vuestro enemigo está oprimido del hambre, dadle de comer; si está abrasado por la sed, dadle de beber; porque haciendo esto amontonareis carbones encendidos sobre su cabeza. Guardaos de ser vencidos por el mal, ántes bien tratad de vencer el mal por el bien.

Se ha dicho ya que este duodécimo capítulo de la carta que san Pablo escribió á los romanos presenta un pormenor maravilloso de los preceptos de la moral cristiana. Nos contentaremos con hacer aquí algunas notas sobre estas palabras: «Date locum iræ:» Dejad pasar la cólera. Dejadla calmar. Dejad que se sosiegue, ya que seais el objeto de ella, como lo entiende san Ambrosio, ya en el sugeto de quien se apodera, como lo esplica san Agustin. San Crisóstomo lo entiende de la cólera de Dios. Dad lugar á la cólera de Dios, dice, no la prevengais; dejadle el tiempo y el cuidado de vengaros; él sabrá haceros justicia.

REFLEXIONES.

«No seais prudentes á vuestros propios ojos.» La demasiada buena opinion que uno forma de sí mismo, es la que causa la hinchazon del corazon, por la cual el hombre se infla, y encarece sus ideas. De aquí la diversidad de pareceres, las divisiones en la Iglesia y en el Estado; de aquí los zelos y otras cien pasiones que desgarran el corazon, y ocasionan tantas turbulencias. No hallaremos nuestro reposo mas que en la humildad. La paz no reina mas que en las almas humildes. Para convenirse en los sentimientos es preciso muchas veces ceder á las luces de los otros, y esto es lo que no puede esperarse de los que son sabios á sus propios ojos. Ninguna cosa demuestra mejor la sublime perfeccion de la ley cristiana, que la obligacion que impone de volver bien por mal. Entonces merecemos doble corona por el mal que sufrimos con paciencia, y por el bien que la caridad nos impele á hacer á los que nos han hecho el mal. Se ha dicho, aun en el lenguaje del mundo, que no hay venganza mas heroica que la que atormenta á la envidia á fuerza de hacer bien; aun mejor puede decirse que no hay heroismo mas real, que el volver bien por mal, segun el espíritu del cristianismo. La venganza tiene cierto carácter de bajeza, es una pasion comun al hombre y á los animales mas feroces. Ninguna cosa hay tan grande como el perdonar las injurias; pero no hay virtud ninguna que en cierto modo nos acerque tanto al mismo Dios, como el hacer siempre bien á aquellos mismos que nos desean y nos hacen siempre mal. Obrad de modo, dice el Apóstol, que vuestras acciones sean buenas, no solo delante de Dios, sino delante de todos los hombres. La caridad que nos obliga á edificar al prójimo, no es contraria á la humildad que nos inclina á ocultar nuestras virtudes. La humildad consiste entonces, nó en evitar lo que nos atrae la gloria, sino en no buscarla. No siempre podemos mantener la paz con los hombres; pero por lo ménos debemos siempre procurar que no se comience por nosotros la guerra y la division. Teniendo que vivir con personas de diferente humor, que tienen pasiones diferentes, tan vivas y tan fáciles de irritar, considerémonos como quien está rodeado de enemigos dormidos á quienes no se puede despertar sin peligro. A mí, dice el Señor, es á quien pertenece la venganza. ¿Cómo, pues, segun esto, se atreverá ninguno á tomarla por sí mismo? Esto seria desconfiar de la justicia de nuestro Dios, que se ha encargado de hacerlo. Este derecho no pertenece mas que á Dios, soberano juez, el único que no puede ser seducido, ni por la pasion, ni por el interés.

El Evangelio de la misa es del cap. 8 de san Mateo.

In illo tempore: Cum descendisset Jesus de monte, secutæ sunt eum turbæ multæ: et ecce leprosus veniens, adorabat eum, dicens: Domine,

En aquel tiempo: Como Jesus bajase de la montaña, le siguió una muchedumbre de gentes. Al mismo tiempo se llegó á él un leproso y le

si vis, potest me mundare. Et extendens Jesus manum, tetigit eum, dicens: Volo. Mundare. Et confestim mundata est lepra ejus. Et ait illi Jesus: Vide, nemini dixeris; sed vade, ostende te sacerdoti, et offer munus, quod præcepit Moyses in testimonium illis. Cum autem introisset Capharnaum, accessit ad eum centurio, rogans eum et dicens: Domine, puer meus jacet in domo paralyticus, et male torquetur. Et ait illi Jesus: Ego veniam, et curabo eum. Et respondens centurio, ait: Domine, non sum dignus ut intres sub tectum meum; sed tantum dic verbo, et sanabitur puer meus. Nam et ego homo sum sub potestate constitutus, habens sub me milites, et dico huic: Vade, et vadit; et alii: Veni, et venit; et servo meo: Fac hoc, et facit. Audiens autem Jesus, miratus est, et sequentibus se dixit: Amen dico vobis, non invent tantam fidem in Israel. Dico autem vobis, quod multi ab Oriente et Occidente venient, et recumbent cum Abraham, et Isaac, et Jacob in regno cœlorum: filii autem regni ejicientur in tenebras exteriores: ibi erit fletus, et stridor dentium. Et dixit Jesus centurioni. Vade, et sic ut credidisti, fiat tibi. Et sanatus est puer in illa hora.

adoró diciendo: Señor, si quereis, podeis limpiarme. Y estendiendo Jesus la mano le tocó y le dijo: Quiero, queda limpio; y en el momento quedó limpio de su lepra. En seguida le dijo Jesus: Guárdate de decir esto á nadie, sino vé y muéstrate al sacerdote, y para prueba de que estás sano, ofrece el presente ordenado por Moisés. Habiendo entrado Jesus, despues de obrado este prodigio, en Cafarnaum, se le acercó un centurion y le rogó en estos términos: Señor, tengo un criado en mi casa que está en el lecho paralítico, y sufre gravísimos dolores. Díjole Jesus: Yo iré, y le curaré; á lo cual respondió el centurion: Señor, yo no merezco que entreis en mi casa, mas decid solamente una palabra, y mi criado quedará curado. Porque yo que soy un oficial subalterno, que tengo soldados á mis órdenes, digo al uno: vé, y va; al otro: ven, y viene; y á mi criado: haz esto, y lo hace. Al oir Jesus este discurso manifestó admiracion, y dijo á los que le seguian: En verdad os digo que no he hallado tanta fé en Israel; pero tambien os digo que muchos vendrán del Oriente y del Occidente, y serán colocados en el festin con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos, al tiempo que los hijos del reino serán arrojados fuera á las tinieblas esteriores, en las que llorarán y crujirán los dientes sin remedio. Despues dijo Jesus al centurion: Vé, y suceda como lo has creido. Y en aquella misma hora quedó el criado sano.

MEDITACION.

Sobre la confianza en Dios.

Punto primero.—Considera que la confianza en Dios comprende una fé viva y una esperanza firme en su misericordia. De modo que la fé, la esperanza y la caridad son inseparables de la confianza; no debe por tanto sorprendernos que la confianza en Dios sea tan eficaz, y que se haga tan vivamente dueño del corazon de Dios. Se diria que el Señor no puede negar nada á la confianza. «Todo es posible para el que cree (Marc. 9)», y que tiene una verdadera confianza en Dios. Tu confianza te ha salvado, dijo el Salvador al ciego que estaba sentado en el camino cerca de Jericó. La palabra *fé* en todos estos parajes de la Escritura significa tanto la confianza como la fé; y á la verdad cuasi no es posible que haya fé, donde no hay confianza. Parece que Jesucristo no exigia de todos aquellos en cuyo favor queria hacer algun milagro, mas que esta virtud; porque ella es la mas propia disposicion para todas las gracias. «¿No os he dicho,» responde el Salvador á los que dudaban si podria resucitar á Lázaro despues de cuatro dias de enterrado, «no os he dicho que si creeis, vereis á Dios glorificado? (Joan 11.) «Vé, dice el Salvador al centurion de nuestro Evangelio, vé, y suceda como lo has creido. «¿Creeis, dijo Jesucristo á los ciegos, teneis confianza de que yo puedo hacer lo que deseais? (Mat. 9.) Todo lo que pidiereis con confianza en la oracion, lo obtendreis.» Tened una confianza firme y de ningun modo vacilante, y «estad seguros, que no pedireis nada que no obtengais. (Mat. 21.) No temas, dijo el Salvador al gefe de la sinagoga que venia á pedirle la curacion de su hija, no temas, ten confianza en mí, y tu hija no morirá. (Luc. 8.)» Esta confianza en Dios ha sido la principal virtud de todos los santos de la antigua ley. «Yo confio firmemente,» decia David, «que el Señor que me ha librado tantas veces del furor de los leones y de los osos, me librará de las manos de este filisteo. (Reg. 17.) «No debemos estrañar que esta virtud sea tan ordinaria en todos los santos, puesto que sin ella todas las demás virtudes son defectuosas. Ni tampoco debe sorprendernos el que agrade tanto á Dios, puesto que no hay virtud, por decirlo así, que le haga mas honor. Ninguna que ofrezca una idea mas justa de su poder infinito, de su bondad sin límites, de su misericordia inagotable con todos los pecadores. ¡Qué desgracia carecer de una virtud tan útil y tan necesaria!

Punto segundo.—Considera que la confianza en Dios obliga, por decirlo así, al Señor, á oir nuestros votos, y á derramar sobre nosotros los tesoros de su misericordia por indignos que seamos de ellos. Así es que los derrama con tanta abundancia sobre aquellas almas fieles que ponen en él toda su confianza. Aun parece que Dios nada desea tanto como persuadir esta consolante verdad á todos sus hijos. Se puede decir que acaso no hay nada mejor marcado, ni mas veces repetido en la Escritura. «Yo he esperado siempre en vos,» dice David, «y estoy seguro de no haber nunca esperado en vano. (Psalm. 30.)» «Los que temen al Señor,» dice en otra parte, «y esperan en su bondad, están seguros en todas partes. (Psalm. 32.)» Gustad al Señor, y ved si en el tiempo de nuestras penas hay alguna cosa que sea semejante á las dulzuras que en él se encuentran. «Dichoso el hombre que pone toda su confianza en Dios. (Psalm. 33.)» «El Señor no dejará que sucumba ninguno de los que esperan en él. «No hay uno de cuantos ponen su confianza en Dios que no sea feliz. (Psalm. 2.)» «Los que confian en el Señor, serán tan inmobles como la montaña de Sion. (Psalm. 124.)» «Aquel, dice el Sabio, que pone su confianza en Dios, nada tiene que temer.» (Eccl. 32.)» «Nó, Señor, esclama el profeta Daniel, no se engaña uno jamás en su esperanza cuando pone su confianza

en vos. (Dan. 3.)» «Toda mi felicidad consiste,» dice David, «en poner en Dios toda mi confianza. (Psalm. 72.)» El Señor se halla siempre cerca de los que le invocan para consolarlos; pero de los «que le invocan con una verdadera confianza en su bondad. (Psalm. 144.)» Todos los Salmos de David, todos los escritos de los Profetas, toda la Escritura santa está llena de exhortaciones á todos los fieles, para persuadirles que pongan toda su confianza en Dios, y asegurarles que ella es omnipotente y siempre eficaz. ¡Buen Dios, qué medio mas corto ni mas fácil! Nosotros nos quejamos de que no somos oidos; quejémonos de que nos falta la confianza.

En efecto, Señor, vos no tendreis ya motivo para darme una queja semejante, porque yo espero con el ausilio de vuestra gracia, que mi confianza en vos será de hoy en adelante tan perfecta, que os obligará á asistirme en todas mis necesidades, y á concederme todo lo que os pidiere para mi salvacion.

JACULATORIAS.—En vos, Señor, he puesto toda mi confianza: estoy seguro que no he esperado nunca en vano. (Psalm. 70.)

He puesto mi confianza en el Señor; ¿por qué me decís que huya á la montaña? (Psalm. 10.)

PROPÓSITOS.

1 El Señor no nos pide, por decirlo así, para asistirnos en nuestras necesidades, y para colmarnos de sus gracias, mas que el que tengámos una entera confianza en su bondad. ¡Qué sentimiento por toda una eternidad para un réprobo, el no haber tenido esta confianza! Si los príncipes no pidiesen á sus clientes mas que la confianza para dispensarles sus favores, ¿se hallarian muchos vasallos ó cortesanos que no la tuviesen? ¿y tendremos siempre nosotros necesidad de estos paralelos odiosos, de estas comparaciones tan desproporcionadas para hacernos conocer nuestra sin razon, y cuán injusta es nuestra conducta con Dios? Fogosos por nuestros propios intereses, cuando se trata de los bienes perecederos, que nunca tenemos mas que en depósito, no omitimos ninguno de cuantos medios son necesarios para conseguirlos. ¿Dejaríamos de tener confianza, si supiéramos que ella fuese absolutamente necesaria para hacer eficaces nuestras demandas? ¿En qué consiste que nos falta ordinariamente con respecto á Dios? Procurad, pues, el no teneros que reprender de esto; es esta una virtud que Dios quiere que tengais; pedidla, y estad seguros que os la concederá. Decidle muchas veces: Yo creo, Señor, que me concedereis la gracia que os pido, y que aumentareis la confianza que tengo en vuestra bondad.

2 Antes de todas vuestras oraciones, escitaos á esta misma confianza, mirándola como una disposicion esencial para ser oidos. No olvideis el escitarla igualmente en todas vuestras necesidades, al recurrir á Dios en cien acontecimientos pesados de la vida, en que necesitais siempre de un ausilio particular. Reanimad la confianza que teneis vosotros, inspirando á los demás esta virtud tan necesaria. En las ocasiones que se ofrezcan, dad pruebas de vuestra fé. Todos los dias puede decirse con mucho fruto la oracion siguiente: Creo en vos, Señor; pero haced que mi fé sea siempre mas viva, y mi confianza siempre mas firme. Espero en vos, Señor; pero haced que mi esperanza sea siempre mas segura. Os amo, Señor; pero haced que mi amor sea siempre mas ardiente. Estoy pesaroso de haberos ofendido; pero haced que mi contricion sea siempre mas perfecta.

CUARTO DOMINGO DESPUES DE LA EPIFANIA.

Como el dia de Pascua es el que determina el número de los domingos despues de la Epifanía, y despues de Pentecostés; los que hay despues de la Epifanía, y cuyo curso interrumpe la Septuagésima, se trasladan para llenar los que quedan vacíos hasta el Adviento, y que esceden el número de los veinte y cuatro despues de Pentecostés. La movilidad, por decirlo así, de estos domingos ha hecho que no se les haya designado oficio propio para la misa del dia, y en esto consiste que el introito ó principio de la misa del tercero, cuarto, quinto y sexto domingo despues de la Epifanía, es el mismo. Está tomado del octavo versículo del salmo 96, como queda dicho en el domingo precedente; solo son propios de este domingo la Epístola y el Evangelio.

Angeles del Señor, adorad al Juez soberano de los hombres y de los ángeles; Sion ha salido fuera de sí de regocijo al oir contar la gloria de su Rey; y las hijas de Judá han dado, Señor, saltos de alegría, al saber que vos debeis juzgar el universo. El Señor es el Rey de todo el universo: manifiesten su contento y hagan brillar su alegría todos los habitantes del continente, y todas las islas del mar. Se ha dicho ya que los santos Padres interpretan y esplican este salmo de la primera y de la segunda venida de Jesucristo, de su reino en la Iglesia, y de la vocacion de los gentiles. El mismo san Pablo determina este sentido en la Epístola á los hebreos, donde cita las palabras de este salmo, hablando del Verbo hecho hombre. Y cuando Dios haga entrar segunda vez en el mundo á su Hijo primogénito, dice: «que le adoren todos los ángeles de Dios.» Es bien claro, que por esta segunda entrada del Hijo de Dios en el mundo, quiere hablar el Apóstol de la segunda venida del Salvador, como juez soberano de los vivos y de los muertos. San Pablo le llama Primogénito del Padre, nó porque Jesucristo tenga otros hermanos de la misma naturaleza, ó que Dios haya engendrado otros de su sustancia despues de él. Este término, «primogénito,» solo señala su grandeza sobreeminente, su generacion eterna, y su superioridad infinita sobre los ángeles y los hombres, á los cuales da alguna vez la Escritura el nombre de hijos de Dios, pero en un sentido muy diferente. Se prueba que se trata aquí de la segunda venida en calidad de juez, por la palabra del texto: «Cuando le haga entrar segunda vez;» lo cual hace relacion á una primera entrada que ha precedido, y porque el salmo de donde se ha sacado este versículo parece dirigirse todo entero á la segunda venida. Hay sin embargo muchos Padres, entre otros san Crisóstomo y san Cirilo de Alejandría, que por la primera introduccion del Hijo de Dios, entienden su generacion eterna, y por la segunda, su encarnacion ó su nacimiento temporal.

La Epístola de este dia es continuacion de la Epístola del domingo precedente. Está tambien tomada del capítulo 13 de la carta que san Pablo escribió á los fieles de Roma. Exhorta á los inferiores á obedecer á sus superiores, hasta por un principio de conciencia, lo que prueba que no se puede desobedecer á las potestades legítimas en materia grave sin pecado mortal. Exhorta á los fieles á dar á cada uno lo que le es debido. Habla en seguida del

amor del prójimo, al cual se refiere toda la ley. Sometéos, no solo por miedo del castigo, sino tambien por deber de conciencia. Que es como si dijera : obedeciendo esteriormente á los hombres, evitais por parte de ellos la pena de la desobediencia ; pero obedeciéndolos por solo este temor, no evitais el castigo de parte de Dios que ve el corazon, y atiende al motivo y á la disposicion interior. Poco importa eludir la venganza de los hombres ; lo que es horrible es el caer en las manos de Dios vivo. Dad, pues, á cada uno, continúa el Apóstol, lo que debeis ; el tributo á quien es debido el tributo ; los impuestos á quien se deben los impuestos ; el temor al que se debe el temor ; el honor á quien corresponde el honor. De este modo la ley cristiana afirma y eleva al mismo tiempo los deberes de la vida civil, por los santos fines con que los manda practicar.

El tributo es propiamente lo que los príncipes cobran de sus vasallos á proporcion de sus bienes, ó por capitacion. El impuesto lo que se cobra por las mercancías que entran ó por las que salen en un pais. Pero, segun los intérpretes, por estas dos palabras deben entenderse generalmente toda suerte de tributos, de contribuciones y de cargas, que los príncipes y señores tienen derecho de exigir de sus inferiores. «Tratad de no deber nada á nadie mas que la caridad mutua.» Quiere decir con esto el apóstol, que despues de haber satisfecho todas las deudas temporales con respecto al prójimo, resta todavía una de la que no se descarga uno en toda la vida, y esta es el amor del prójimo. Los deberes de la caridad que hayan podido cumplirse con él en el tiempo pasado, no dispensan de la obligacion de prestarle continuamente otros nuevos. Como la caridad con el prójimo está fundada sobre el amor que debemos tener á Dios, y el segundo precepto es semejante al primero, la ley es tan indispensable como universal y la ingratitud no dispensa de este deber. Que mi prójimo sea vicioso, que sea maligno, yo debo aborrecer sus defectos, pero amar su persona. «La caridad, » dice el apóstol san Pedro, «cubre la multitud de los pecados (1. Petr. 4), » y basta los hace desaparecer de la vista de las almas cristianas : cuando se ama verdaderamente á Dios, no se perciben los defectos que tienen los demás, no se hace alto mas que á los que uno mismo tiene. El que ama á su prójimo ha cumplido con la ley, continúa el apóstol. El que ama á su prójimo no puede dejar de cumplir todo lo que la ley le manda con respecto á su prójimo. Da el apóstol la razon, diciendo que los demás preceptos del decálogo que miran al prójimo, se reducen á prohibir el dañarle en nada. Ahora bien : el amor del prójimo impide el hacer cosa ninguna que pueda dañarle : así es, que toda la plenitud de la ley con respecto al prójimo consiste en el amor que se le tiene. «Toda la plenitud de la ley consiste en el amor ;» es decir, que la caridad que se tiene con el prójimo es la consumacion, la perfecta observancia de la ley con respecto á los deberes que nos ligan con los hombres. Ella nos prohibe el hacerles ningun agravio ; no basta ; ella nos conduce á hacerles toda suerte de bienes ; por esto se puede decir, con san Gregorio el Grande, que todos los preceptos de la ley no tienen por objeto mas que la caridad. (*Hom. 27 in Evang.*) Amarás á tu Dios con todo tu corazon, dice el Salvador, con toda tu alma, con todo tu entendimiento, y con todas tus fuerzas : este es el mayor y el primer mandamiento ; pero hay otro segundo semejante al primero, esto es, tan indispensable ; el cual es el de que ameis á vuestro prójimo, como os amais á vosotros mismos. El amor, pues, que cada uno se tiene á sí mismo debe ser la medida y el modelo del amor que debemos tener al prójimo ; cuidando hasta de apartar y aun de prevenir todo lo que pueda dañarle ; y procurando con todo ardor y con todo empeño el hacerle bien. ¿De este principio puede concluirse que haya muchos que amen verdaderamente al prójimo? ¿le amamos nosotros, como nos amamos á nosotros mismos? Sin embargo este es el espíritu del precepto, la prueba y la medida es este amor.

El Evangelio que se lee en la misa de este dia está tomado del capítulo octavo de san Mateo, en el que el historiador sagrado refiere la tempestad que se levantó repentinamente en el mar de Galilea, mientras que el Salvador dormia en una barca de pescadores, y que el mismo apaciguó inmediatamente que se hubo despertado.

Viéndose un dia Jesus rodeado de una gran multitud de pueblo sobre la ribera del mar de Galilea (estaba en el segundo año de su predicacion) entró en una barca, y mandó á sus discípulos que la pasasen al otro lado del lago ; y así lo hicieron. Era el mar de Galilea un gran lago que tenia cerca de ocho leguas de largo, y tres ó cuatro de ancho ; de modo que cuando se enreciaba el viento, se agitaba estraordinariamente el agua, hasta sumergir algunas veces los barcos de que se servian para pescar en el lago, y para pasar de una orilla á la otra. San Mateo dice que algunas otras barcas se juntaron á la en que estaba Jesus para hacerle compañía. Los verdaderos discípulos de Jesucristo no temen ni las fatigas ni los peligros cuando se trata de seguirle ; los mares mismos no ponen coto á su zelo. Cuando se hallaban ya bastante internados en este gran lago, se levantó una tempestad tan furiosa que entrando las olas con impetuosidad en la barca, estaba toda llena, y de tal modo oprimida por el agua que parecia que iba á perecer á cada momento.

Jesus, sin embargo, no olvida á sus amados discípulos ; pero esperaba al último apuro para socorrerlos, queriendo al mismo tiempo probar su fé y su confianza. Estaba entonces en la popa, donde dormia tranquilamente, apoyada la cabeza sobre un pedazo de madero que servia de almohada. Reposaba allí en medio de la tormenta, como si estuviese en calma y léjos del peligro. Jesus duerme en lo mas fuerte de la tempestad. Así era como formaba á sus discípulos para la vida apostólica, enseñándoles cuál debia ser la situacion de su corazon en medio de los peligros y de las persecuciones que les esperaban, y que en lo sucesivo debian esponer su confianza y su fé á las mas duras pruebas.

La barca cubierta de las olas, dicen los Padres, designaba la Iglesia, en el tiempo de las persecuciones, situada en medio del mar borrascoso del mundo, espuesta á mil tentaciones y tempestades violentas. Jesus está en la barca, no la deja, pero duerme ; aun se diria que ignora el peligro ; sin embargo sabe el estado en que se halla. No temamos nada, él sabrá despertarse á tiempo para socorrerla. ¡Qué borrascas, qué tempestades no ha escitado esa nube de herejes y de cismáticos! Mil veces se ha visto oprimida de las olas, de modo que parecia que iba á sumergirse, cuando despertándose Jesucristo, por decirlo así, á los clamores de los verdaderos fieles, que á ejemplo de los discípulos de nuestro Evangelio no han ce-

sado de clamar en todos tiempos: Señor, somos perdidos, si vos no nos salvais: la Iglesia ha visto perecer á todos sus enemigos por la tempestad que ellos mismos habian escitado. Los fuegos del horno han consumido á los que los habian encendido, y cuando todo parecia desesperado, ha visto la Iglesia nacer la calma. Puede decirse que la historia del milagro que refiere el Evangelio de este dia, es la imágen ó el compendio del que Jesucristo hace todos los dias en favor de la Iglesia. Los cristianos casi de continuo se ven combatidos de la tentacion, como un navío lo está de la tempestad, y este es principalmente el tiempo de llamar á Jesus en nuestro ausilio, y decirle; Señor, salvadnos, porque si no, somos perdidos. Volvamos á nuestro Evangelio.

Espantados los discípulos, se llegan á Jesus, y le despiertan, diciéndole: Señor, apresuraos á socorrernos; ¿quereis que perezcamos? Salvadnos pronto, porque si no, somos perdidos. El Señor que queria que le rogasen, les responde con un aire dulce y sereno, que demostraba bien que el sueño natural, pero voluntario, no le habia quitado de la vista el peligro, que habia resuelto hacer que cesase por medio de un insigne milagro: ¿Qué temeis, ó dónde está vuestra fé? Por poca que tuvieseis, mientras estais conmigo ¿qué teneis que temer? No condena aquí Jesus la súplica de sus discípulos, sino su poca firmeza y confianza. Las tentaciones, las persecuciones, los diversos accidentes de la vida, pueden rodearnos, agitarnos; pero el Salvador no tiene mas que hablar para disipar la tempestad. Si no lo ha hecho siempre tan pronto como querriais, lo hace siempre al tiempo que nos conviene, cuando no ponemos obstáculos á ello. Parece que el Señor duerme cuando deja á sus elegidos, á sus amados discípulos, á su Iglesia misma en la tribulacion y en las adversidades; pero su paciencia, que nosotros tomamos con frecuencia por un sueño, no es involuntaria: Dios no permite las adversidades, los accidentes funestos, sino para su gloria y para nuestra salvacion. En efecto, no bien hubo el Salvador dado esta pequeña reprension á sus discípulos, la cual era una leccion para nosotros, cuando se levantó, habló como Señor al viento y á las olas, les mandó que se apaciguasen y en la misma hora calmó las aguas é hizo cesar la tempestad. Entonces fué cuando el temor del naufragio y de la muerte se cambió en admiracion. Esta subitánea calma del mar sorprendió desde luego á los que fueron testigos de ella. El respeto y la veneracion sucedieron al espanto, y vueltos en sí de su asombro, esclamaron: ¿Quién es este hombre maravilloso que manda con tanta autoridad á los vientos y á las olas, que en el momento que les ha hablado todo ha quedado en calma?

Nos admiramos, ó Salvador mio, de veros mandar así á los vientos y al mar, sin advertir que el imperio que ejerceis sobre nuestros corazones, en virtud de vuestra gracia, es mucho mas admirable todavía. El mio, vos lo sabeis, está como un mar siempre agitado por el movimiento de las pasiones que reinan en él; mandadlas que se apacigüen, á fin de que la calma suceda á la tempestad, y que yo no siga mas que las dulces y pacíficas impresiones de vuestro amor.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Deus, qui nos in tantis periculis constitutos, pro humana sciis fragilitate non posse subsistere: da nobis salutem mentis et corporis, ut ea, quæ pro peccatis nostris patimur, te adjuvante vincamus. Per Dominum nostrum...

O Dios, que sabeis que siendo tan flacos no podemos subsistir en medio de tantos peligros como nos cercan; concedednos la salud del alma y del cuerpo á fin de que sobrepujemos, con vuestra asistencia, los males que sufrimos por nuestros pecados. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo 13 de la carta de san Pablo á los Romanos.

Fratres: Nemini quidquam debeatis, nisi ut invicem diligatis: qui enim diligit proximum, legem implevit. Nam: Non adulterabis: Non occides: Non furaberis: Non falsum testimonium dices: Non concupisces; et si quod est aliud mandatum, in hoc verbo instauratur: Diliges proximum tuum sicut teipsum. Dilectio proximi malum non operatur. Plenitudo ergo legis est dilectio.

Hermanos mios: Cuidad de no deber nada á nadie, mas que una caridad mutua; porque el que ama á su prójimo ha cumplido la ley. En efecto, no cometerás adulterio, no harás homicidio, no robarás nada, no levantarás falso testimonio, no codiciarás cosa alguna, y cualquiera otro mandamiento que sea, se contiene todo en esta palabra: Amarás á tu prójimo como á tí mismo. El amor del prójimo no deja de obrar nada que pueda dañarle. Así, toda la plenitud de la ley consiste en el amor.

El Apóstol acababa de exhortar á los fieles de Roma á que obedeciesen á los príncipes de la tierra, á pagarles el tributo, y á dar no solo á las potestades, sino tambien á toda especie de personas, todo lo que les es debido; por tanto concluye por estas palabras: Cuidad de no deber á nadie, mas que una caridad mutua.

REFLEXIONES.

«Cuidad de no deber nada á nadie, mas que una caridad mutua.» La caridad es una deuda inestinguible, que aun cuando siempre esté cumpliéndola el verdadero cristiano, no se desempeña jamás de ella. La caridad es una obligacion de toda la vida. No hay ninguno de nuestros hermanos á quien no debamos amar; ninguno, sea el que quiera, á quien no debamos amar siempre. Puede hacerse indigno de mi amor por su conducta irregular, viciosa, maligna, ingrata y aun escandalosa; pero nunca podria descargarme de la obligacion de amarle. Yo puedo desaprobar su conducta, condenar sus malas costumbres; pero no por eso estoy ménos obligado á amar su persona. Es este un deber de religion, y no hay nada que pueda dispensarme de él. Reclamen contra este deber el amor propio y la razon humana; él es un mandamiento semejante al de amar á Dios, tan positivo, tan preciso, tan permanente, tan indispensable. Puede decirse que este deber indispensable caracteriza en algun modo nuestra religion: ¡buen Dios! ¡Qué dulce paz, qué tranquilidad, qué humanidad habria en la vida civil, si se guardase este precepto! Guerras, diferencias, procesos, enemistades, zelos,

mala fé, todo desapareceria de la sociedad humana. Pero ¡qué mal guardado está este precepto! Todos los demás preceptos se contienen y se reunen en el precepto de la caridad; pero desprendidos en alguna manera de lo que tienen por otra parte de incómodo y contrario á las inclinaciones de la naturaleza. No hay deseos en desventaja del prójimo que yo no reprima con facilidad y aun con alegría, con tal que le ame como á mí mismo, segun me está mandado. No seria necesaria otra ley en el mundo que la ley de la caridad si estuviese bien guardada. Si la amistad cristiana fuese recíproca, todo estaria bien ordenado, y no solo las familias estarian tranquilas, sino que todo el universo estaria en paz. Mas ¡ah! que este nudo tan santo se ve roto con frecuencia, este lazo de los corazones se ve desatado, la amistad pura y cristiana se ve hoy casi arrojada del mundo. Lo que llaman en el dia los hombres amistad, casi no es otra cosa que un comercio de interés, en el que el amor propio se propone siempre alguna cosa que ganar. No hay amistad sincera y durable mas que la amistad cristiana. No hay verdadero amigo, sino aquel cuya amistad está fundada en la virtud. La afinidad, la sangre no forman mas que una amistad pasajera interesada, y aun superficial, que el alejamiento debilita, que las adversidades alteran, que la pasion apaga, que la diversidad de intereses hace desconocer, y que un contratiempo estingue. La caridad, la amistad cristiana está exenta de esta triste vicisitud. La separacion de las personas no desune jamás los corazones. Las tempestades, las desgracias, los diversos accidentes de la vida no la hacen nunca vacilar. Se ama sin consultar sus propios intereses, sin escuchar sus pasiones, sin consultarse á sí mismo cuando hay una caridad verdaderamente cristiana. Se ama á su prójimo como á sí mismo, cuando se le ama como cristiano.

El Evangelio es del capítulo 8 de san Mateo.

In illo tempore: Ascendente Jesu in naviculam, secuti sunt eum discipuli ejus; et ecce motus magnus factus est in mari, ita ut navicula operiretur fluctibus, ipse vero dormiebat. Et accesserunt ad eum discipuli ejus, et suscitaverunt eum, dicentes: Domine, salva nos, perimus. Et dicit eis Jesus: Quid timidi estis, modicæ fidei? Tunc surgens, imperavit ventis et mari, et facta est tranquillitas magna. Porro homines mirati sunt, dicentes. Qualis est hic, quia venti et mare obediunt ei?

En aquel tiempo: Habiendo entrado Jesus en una barca le siguieron sus discípulos, y hé aquí que de pronto se levantó una gran tormenta en el mar, de suerte que las olas cubrian la barca. En el entretanto dormia, y llegándose á él sus discípulos le despertaron. Señor, decian, salvadnos, porque somos perdidos. Jesus le respondió: ¿Por qué teneis miedo, gente de poca fé? Levantándose entonces mandó á los vientos y al mar, y quedó todo en gran calma. Los que estaban presentes quedaron asombrados, y decian: ¿Quién es este hombre, á quien obedecen los vientos y el mar?

MEDITACION.

Sobre la falta de confianza y de fé.

Punto primero.—Considera, que la falta de confianza es el efecto necesario de nuestra poca fé. Creemos con flojedad, y no debemos por tanto estrañar que nuestra confianza sea tan débil. No tenemos mas que una fé medio estinguida, una fé muerta, y por esto no puede ser viva nuestra confianza en Dios. Tampoco es mas animada nuestra caridad. Hay motivo para creer que es uno poco amado, cuando se ama poco. No nos quejemos, pues, ya si el Señor no nos oye; si nuestras oraciones son tan ineficaces; si pedimos mucho y no obtenemos nada. La confianza es la condicion especial que Dios exige en todas nuestras oraciones. Estad, ciertos, nos dice el Salvador, creed firmemente que obtendreis lo que pidiereis, y vuestra confianza no será vana. Pero ¿tienen nuestras oraciones esta condicion? ¿nuestra pretendida confianza en Dios está revestida, acompañada al ménos de esta formalidad? ¿rogamos, pedimos con una fé viva? ¿con una confianza entera? ¡Ah! mas bien tememos, que esperamos conseguir lo que pedimos; no tenemos mas que una confianza dudosa y vacilante. El Salvador parece que duerme en medio de la tormenta. La tempestad agita furiosamente el mar borrascoso en que estamos embarcados; las olas casi cubren la barca; la vista del naufragio presente introduce en todas partes la consternacion y el susto; los que perecen á nuestra vista en el mar nos espantan; todo resuena con los gritos y los lamentos: y el Salvador duerme, como si fuera insensible á nuestros peligros, y aun se diria, que á nuestra próxima perdicion. Mas nó, si aparece que duerme, es porque quiere probar nuestra confianza; quiere hacernos conocer la necesidad que tenemos de su ausilio, y cuánto nos importa el unirnos á él, servirle con fidelidad, amarle con fervor, interesarle, por decirlo así, en todas nuestras penas. Nó, el Señor no duerme; nosotros somos los que dormimos verdaderamente con respecto al negocio de nuestra salvacion, y los que dormimos casi toda la vida en los peligros mas urgentes y en las ocasiones mas delicadas. Y si por un efecto de la gracia la tempestad nos despierta, y espantados á la vista del peligro, esclamamos: Señor, salvadnos, porque perecemos; ¿no hay motivo para que nos diga con un tono ménos dulce que á sus primeros discípulos: «Qué temeis, hombres de poca fé?» teneis miedo, temeis y teneis razon; pero ¿por qué teneis tan poca fé y confianza? ¡Dios mio! ¡cuánto tengo yo que reprenderme sobre este punto!

Punto segundo.—Considera que la verdadera razon por que no tenemos confianza en Jesucristo, aunque esta confianza sea tan justa, tan fácil y al mismo tiempo tan necesaria, es porque no amamos á Jesucristo, porque le negamos lo que nos pide de mas racional, de mas interesante, de ménos monta, de mas fácil. Es porque no guardamos sus mandamientos, porque no gustamos y mucho ménos seguimos sus máximas. Cuando se ha rehusado el complacer ó el servir á alguno, no seria fácil persuadirnos que estuviese muy dispuesto á servirnos á nosotros. Bien puede mostrársenos agradable, prometernos su amistad, ofrecernos sus servicios; á pesar de todo queda un fondo de desconfianza que no es posible superar. La memoria de tantas

infidelidades, de tantas desobediencias á un Dios á quien lo debemos todo, y que nos ha amado hasta darnos su Hijo único; el recuerdo de tantas ingratitudes hácia un Salvador que se ha dignado dar su sangre y su vida por rescatarnos; esta idea, este testimonio sensible de una conciencia que no cesa de reprendernos nuestro mal corazon estinguen nuestra confianza, así como nuestras costumbres y nuestra conducta prueban nuestra poca fé. Nosotros no ignoramos que negamos á Dios cuasi todo cuanto nos pide, le rehusamos una lijera mortificacion, una palabra, una accion, el menor sacrificio. Por mas que nos ha pedido, nos ha urgido, nos ha solicitado, no hemos querido obedecer su ley; aunque nada hay tan justo como lo que él exige, aun cuando nada nos pida que no sea para nuestro mayor bien. No ignoramos que si guardamos ciertos puntos de la ley, no es mas que por miedo del último castigo; que cuasi nada hacemos por amor; que no le obedecemos sino cuando nos manda bajo de graves penas; y que lo poco que le damos, se lo damos de tan mala gana, que acaso vale lo mismo que lo que le rehusamos. Hé aquí lo que estingue toda nuestra confianza, hé aquí lo que hace que no nos podamos persuadir que Dios quiera recompensar á un siervo tan infiel, y oir á un hijo rebelde, que continuamente se subleva contra la voluntad de su Padre á quien desobliga sin cesar. ¿Queremos, pues, que no nos falte la confianza en Dios? No dejemos de ser fieles en su servicio. ¿Tenemos la dicha de vivir en el estado religioso? Seamos estremamente exactos en observar hasta las reglas mas pequeñas. Cuanto mas pequeñas sean, mas imperdonable es la inobservancia: una mirada, una lijera satisfaccion del amor propio, una palabra, son algunas veces la materia del sacrificio que Dios pide. ¡Qué lamentable ingratitud! ¡qué indignidad el rehusar á Dios lo que nos avergonzaríamos negar á cualquier hombre que nos pidiese un favor tan pequeño! ¿Vivimos en el siglo? Cumplamos con puntualidad todas las obligaciones de nuestro estado; ninguna cosa es mas capaz de ganarnos el corazon de Dios, nada es mas á propósito para excitar en nosotros nuestra confianza.

Haced, Señor, por vuestra gracia, que la resolucion que yo tomo de no negaros nada, me obtenga de vuestra bondad una perfecta confianza. Yo la tengo ya firme de que me la concederéis.

JACULATORIAS— Señor, salvadnos, porque si nó, somos perdidos. (Mat. 8.)

Señor, no pase yo por la confusion de verme abandonado de vos, despues de haber invocado vuestro nombre. (Psalm. 30.)

PROPOSITOS.

1 Puesto que nuestras infidelidades en el servicio de Dios son el orígen mas comun de nuestra falta de confianza, agotemos esta fuente emponzoñada por medio de una exacta y constante fidelidad. No rehusemos á Dios nada de cuanto sabemos que nos pide, y seguramente pidiéndole, seremos llenos de una santa confianza de obtenerlo todo. Emplead hoy por lo ménos un cuarto de hora en examinar lo que el Señor pide de vosotros en el estado en que os ha puesto. No os será difícil el conocerlo. ¿Estais en el estado religioso? No busqueis otras señales mas evidentes de la voluntad de Dios que vuestras reglas; observadlas de hoy en adelante sin reserva y sin escepcion. ¿Estais honrados con la augusta dignidad del sacerdocio? Cumplid hasta los menores deberes de este estado tan sublime, y vivid conforme á la santidad de vuestro estado. ¿Estais en el siglo? Considerad cuáles son vuestras obligaciones, nó en general, como se hace ordinariamente, sino en particular y por menor. Obligaciones con respecto á vuestra familia, á vuestros hijos, á vuestros domésticos; obligaciones de cristianos, prácticas de piedad constantes, ejercicios de religion continuos, observancia indispensable de los mandamientos del Señor y de las máximas del Evangelio, y tomad la resolucion eficaz de no rehusar nada en lo sucesivo al Señor.

2 Cuando advirtiereis que vuestra confianza se debilita, no omitais nada para reanimarla, ya renovando el fervor, ya haciendo reflexiones saludables sobre los motivos que tenéis para sostenerla y aun para aumentarla, ya ejercitándoos en frecuentes oraciones, jaculatorias y en la oracion. Estad verdaderamente arrepentidos de no haber tenido confianza en Dios, y acusaos de ello en vuestras confesiones como de una falta: lo es en efecto. En fin, haceos familiar la oracion siguiente, haciéndola muchas veces al dia, y sobre todo á la mañana y á la noche; terminando con ella vuestra oracion ordinaria.

Señor, haced que yo nunca quiera sino lo que vos quereis; todo lo que quereis; solo por el motivo que vos lo quereis; que no lo quiera sino como vos lo quereis; y por fin, que no lo quiera sino por el tiempo que vos lo querais.

QUINTO DOMINGO DESPUES DE LA EPIFANIA.

Ninguna cosa particular se halla en la historia de este domingo. Como es uno de los que regularmente se trasladan ó se omiten, no tiene mas propio de él que la oracion, la Epístola y el Evangelio. El introito de la misa es el mismo que el del domingo precedente, está tomado, como se ha dicho ya, del salmo 96. Los comentadores y los intérpretes dicen que el hebreo no pone título á este salmo, y muchos ejemplares griegos antiguos nos advierten de lo mismo. Los que se adhieren á la Vulgata, creen que este salmo fué compuesto por David, cuando despues de la muerte de Saul se vió pacíficamente en su país y en posesion del reino que el Señor le habia prometido. Otros, como Belarmino y Tirino, lo refieren al tiempo inmediato á la muerte de Absalon. Algunos creen que contiene las acciones de gracias de los judíos libres de la cautividad de Babilonia, y la descripcion de la venganza que el Señor ha ejercido contra los babilonios. Pero todos los Santos Padres le interpretan y le esplican por la primera y segunda venida de Jesucristo, de su reino en la Iglesia y de la vocacion de los gentiles. El mismo san Pablo, como se ha dicho ya, le cita en el mismo sentido, y no hay mas que leerle para hallar en él una descripcion profética de la majestad brillante del soberano Juez y del aparato espantoso del último juicio. Vendrá un dia á la tierra rodeado de espesas nubes, dice el Profeta; su trono estará sostenido por la justicia y por la sabiduría. Le precederá un fuego devorante, que se esparcirá por todas partes y abrasará á sus enemigos. Todo el universo quedará consternado á vista de los relámpagos que brillarán en los aires por todos lados. Las montañas, toda la tierra parecerá disolverse

á la presencia del Señor, como la cera se derrite al fuego. Los cielos por una infinidad de prodigios anunciarán á los hombres que ha llegado el tiempo de su justicia, y todos los pueblos serán entonces testigos de su gloria. Entonces serán confundidos los que adoran los ídolos y se apoyan en la proteccion de las vanas figuras que ellos han fabricado, es decir, todas las personas mundanas, esclavas de sus pasiones, tristes víctimas de su ambicion, idólatras del mundo. Angeles del Señor, esclama entonces el Profeta, arrebatado de un súbito entusiasmo; ángeles del Señor, adorad á este Juez soberano. Y la Iglesia comienza hoy la misa por este versículo, exhortando al mismo tiempo á todos los justos á que se regocijen, y aun á que hagan ostentacion de su alegría. En fin, David concluye este salmo por convidar á todas las almas justas á que pongan todo su contento y su gloria en servir al Señor. ¡Qué pintura mas viva y mas precisa del juicio último! Hé aquí el sentido verdadero del salmo 96 de que la Iglesia se sirve para el introito de la misa.

La Epístola está tomada del tercer capítulo de la admirable carta que san Pablo escribió á los fieles de Colosos, hácia el año 62 de Jesucristo. La ciudad de Colosos era una de las principales de Frigia, cerca de Laodicea, que era la capital de esta provincia. Muchos creen que san Pablo no habia predicado á los colosenses, lo que parece insinuar él mismo en el capítulo 2, cuando dice: Quiero que sepais el cuidado en que estoy por lo que os interesa á vosotros y á los que están en Laodicea, como igualmente á todos los que no me han visto en este cuerpo mortal. Se cree que era Epafras el que les habia instruido y convertido á la fé. El Evangelio habia producido allí mucho fruto. Los colosenses estaban animados de la caridad con todos los fieles, y la fé triunfaba entre ellos con esplendor. Los falsos apóstoles convertidos del judaismo, que el demonio ha procurado siempre suscitar en la Iglesia para sembrar la zizaña entre el buen grano, y que corrian por todas las iglesias de los gentiles convertidos á la fé para hacer prosélitos, vinieron á Colosos, y allí predicaron la necesidad de la circuncision y de las observancias legales, y mezclando otros muchos errores tan groseros como este con las supersticiones de su propio espíritu, trataban de inspirar á los gentiles convertidos un fantasma abominable de religion.

San Pablo, informado de todos estos perniciosos abusos, ó por Epafras que entonces se hallaba en prisiones con el en Roma, ó por una carta que le habian escrito los de Laodicea, creyó que en cualidad de Apóstol de los gentiles debia emplear su autoridad y sus luces para sostener la fé de los colosenses, y para reprimir el atrevimiento de los falsos apóstoles, que bajo la máscara de celo esparcian por todas partes sus perniciosas máximas. Realza desde luego la grandeza de Jesucristo, que es la imágen del Padre, el mediador y reconciliador de los hombres con Dios, la cabeza de la Iglesia, y que como tal influye en sus miembros la accion, el movimiento, el espíritu y la vida. Les pinta de una manera viva y demostrativa los falsos profetas, y les hace ver que Jesucristo es el solo autor de la salud; que en él subsiste esencialmente la divinidad; que es infinitamente superior á todas las potestades y á todas las virtudes celestiales; que en él han recibido la verdadera circuncision del corazon; que por su sangre han sido reengendrados, y que están resucitados con él por el bautismo; y de todo esto se infiere la inutilidad de las ceremonias legales, y la necesidad que tienen de despojarse del hombre viejo y revestirse del hombre nuevo; y con la ocasion de estas verdades, les enseña la doctrina mas sólida y mas sublime. San Pablo estaba entonces en Roma preso por la fé de Jesucristo, y san Crisóstomo nota que de todas las Epístolas de san Pablo, las mas bellas, las mas instructivas y las mas interesantes son las que ha escrito en las prisiones; tales son las que dirigió á los efesios, á los filipenses, á Filemon, á Timoteo y á los fieles de Colosos.

Revestios como elegidos de Dios, santos y muy amados, les dice, de entrañas de misericordia, de dulzura, de humildad, de moderacion, de paciencia, sufriéndoos, y perdonándoos mutuamente, si uno tiene motivo para quejarse de otro; y como el Señor os ha perdonado, hacedlo tambien vosotros; pero sobre todas las cosas tened caridad. Esta es la primera y la mas importante de todas las virtudes; ella es el vínculo de la perfeccion. Sin ella todas las demás virtudes no son nada y desaparecen delante de Dios. Ella une los fieles á la Iglesia y entre sí; les une á Jesucristo que es su cabeza; así que ella es el mas perfecto de todos los vínculos, y sin él no hay perseverancia. Triunfe en vuestros corazones, añade, la paz de Jesucristo; sea inalterable en vosotros en medio de las persecuciones, de las adversidades, de todos los accidentes molestos de la vida. Es este un fruto que no acertaria á crecer el mundo. «Paz, paz, y no habia tal paz.» Ella es únicamente el patrimonio de las gentes de bien. Solo la paz de Jesucristo es la que puede reinar en el corazon. Donde Jesus no está, todo es turbacion; y si se levanta alguna tempestad, él es el que puede calmarla. Permanezca en vosotros, continúa, la palabra de Dios en toda su plenitud, escuchándola con perfecta sabiduría, meditándola, poniéndola en práctica. Animaos los unos á los otros con salmos, con himnos y con cánticos espirituales. Ciertamente es necesario que la tierra sea muy ingrata, que el corazon esté muy endurecido, ó que las espinas y malas yerbas sean muy abundantes, cuando un grano tan fecundo no produce nada. En fin, concluye, todo lo que hiciereis, ya hableis ó ya obreis, hacedlo todo en nombre de Jesucristo nuestro Señor, dando por él gracias á Dios Padre. ¡Buen Dios! ¡cuánto encierran en sí tan pocas palabras! Este es el resumen de toda la perfeccion cristiana. Hé aquí la idea justa de la santidad. No decir nada, no hacer nada, de que Dios no sea el fin y el objeto. No tener otra mira que la pura gloria de Dios; no buscar otra cosa en todo y por todo que el agradarle. «Aquello que le agrada, á mi Padre, esto es lo que hago siempre.» Esto es lo que Jesucristo dice de sí mismo; esto es lo que han podido decir los mas grandes santos; esto es lo que les caracteriza. No buscar ni los bienes del mundo, ni los honores, ni la reputacion, ni su satisfaccion, ni las comodidades de su vida; no proponerse en todas las cosas mas que la gloria y la voluntad de Dios: ¿qué vida mas santa? pero ¿qué vida mas dulce, mas tranquila? y ¿qué muerte al mismo tiempo mas serena ni mas preciosa? Si nuestro espíritu no puede tener siempre una intencion actual de agradar á Dios, dice santo Tomás, es preciso que esta intencion sea siempre habitual, y que persevere continuamente en nuestro corazon, si queremos obrar de una manera meritoria, y vivir conforme al espíritu de nuestra religion.

El Evangelio de este dia está tomado del capítulo 13 de san Mateo, donde el Salvador propone al pueblo que le seguia la parábola del sembrador y de la zizaña. Como la multitud era grande, habia subido á una barca con sus discípulos, y en lo que predicaba les instruia para que ellos mismos buscasen el sentido de las parábolas, que siendo sencillas y familiares, les daban á conocer de un modo agradable y sensible las cosas de Dios y de la religion: comparaba el principio y el progreso de la religion en la ley nueva, unas veces al trigo, entre el cual se ha sembrado la zizaña, y que no por eso deja de crecer insensiblemente; otras al grano de mostaza; otras á la levadura, ó á otras cosas muy comunes, y que son conocidas y familiares á los mas simples y á los mas rudos, hablándoles siempre en parábolas para hacerles comprender mas fácilmente las verdades del Evangelio.

Hablar en parábolas, es servirse de comparaciones tomadas de cosas verdaderas ó verosímiles, de donde se saca despues una moralidad. Este estilo figurado ha estado siempre muy en uso entre los orientales. Veamos cómo habla el Salvador en el Evangelio de este dia. El reino de los cielos, dice, es semejante á un hombre que habia sembrado buen grano en el campo. Este modo de hablar de que se sirve ordinariamente Jesucristo, proponiendo una parábola, no quiere decir que el reino de los cielos, por el cual entiende unas veces la Iglesia, otras el asiento de los bienaventurados en el cielo, algunas veces la salvacion, con frecuencia la predicacion del Evangelio, no quiere decir, repito, que el reino de los cielos sea precisamente semejante á la cosa de que se trata; sino tan solo que la parábola tomada por alto indica lo que pasa en el reino de los cielos. Veamos, pues, lo que significan estas parábolas en este paraje: sucederá en el reino de los cielos, esto es, en la predicacion del Evangelio, lo mismo que sucede en un campo, en que habiendo el labrador sembrado buen grano, viene su enemigo por la noche, siembra la zizaña, y se retira inmediatamente á favor de las tinieblas. La buena semilla, por consiguiente, se mezcla con la mala en el mismo campo. Cuando crece el uno y el otro grano son tan parecidos y sus vástagos tan semejantes, que es muy fácil engañarse; y como los ojos del hombre no penetran á lo interior de la tierra, y no disciernen con facilidad lo que es malo de lo que es bueno, cuando lo uno está confundido con lo otro, esta mezcla no se descubre hasta que el trigo se ha hecho ya yerba y espigado, porque entonces la zizaña se deje ver entre el trigo. Maravillados los criados al ver esto, vienen á su señor, y le dicen: Señor, ¿qué es esto? ¿no habeis sembrado buen grano en vuestro campo? ¿de dónde le ha venido esta zizaña? No puede ser otro, le responde, que mi enemigo el que la ha sembrado: á estas palabras los criados llenos de indignacion y de un zelo precipitado por los intereses de su señor, le piden permiso para ir sobre la marcha á arrancar la zizaña. No hagais tal, les dice, porque al arrancar la zizaña podeis arrancar el trigo, ya por la semejanza de las dos plantas, ya porque sus raices cuasi siempre están mezcladas entre sí. Dejad crecer el uno y el otro hasta el tiempo de la cosecha; cuando estuvieren en sazon, yo mandaré á los segadores que los separen, y pongan la zizaña aparte para arrojarla al fuego; en cuanto al trigo les diré que lo recojan sin perder un grano, y despues de haberlo juntado lo lleven á mis graneros.

Este campo del Señor es el mundo, en donde Dios tiene sus hijos, que son el buen grano, y en donde el demonio tiene tambien los suyos, que son la zizaña: es tambien este campo el corazon de cada uno de nosotros en particular, en el que sin cesar está derramando Dios la semilla de su gracia, para que produzcamos frutos de virtud, mientras que el demonio por su parte no pierde ocasion alguna para derramar en él la semilla del vicio. Este enemigo mortal de nuestra salud, no pudiendo hacerse dueño de nuestro corazon resistiéndolo nosotros, trata de insinuarse en él sin ser apercibido, y aprovecha para esto aquel tiempo en que dejamos de velar sobre nosotros mismos. Nuestro amor propio, nuestras pasiones, nuestros mismos sentidos están muy de acuerdo con él. El Señor ha sembrado buen grano por su gracia en el corazon; el demonio por medio de nuestras pasiones y de nuestro amor propio, ha sembrado en él otro muy malo: todo crece; todo arroja vástagos, todo parece bueno; pero en la muerte, que es el tiempo de la cosecha, se separará el buen grano del malo, el trigo de la zizaña. ¡Qué de acciones especiosas y laudables en la apariencia, se hallarán entonces muy defectuosas por haberlas dirigido motivos siniestros! «Cuando dormian los hombres.» El enemigo para conseguir su fin, no se vale nunca del tiempo en que se vela. Puede entenderse por el tiempo del sueño, el tiempo en que los pastores no velan por la conservacion de su rebaño, esto es, de las personas encomendadas á su cuidado. Los malos en este mundo estarán siempre mezclados con los buenos. No es decir que corresponda á los pastores de la Iglesia, que cautivan el campo del Señor, esterminar los malos; deben solamente trabajar para hacerlos buenos. Quién sabe si el que hoy es zizaña, podrá en adelante venir á ser trigo puro por la solicitud y la paciencia de un ministro caritativo. Un zelo demasiado duro y muy amargo, irrita al pecador, y escandaliza ordinariamente al justo... «¿Quereis que vayamos á arrancar la zizaña?» Así habla un zelo poco discreto, y poco conforme al espíritu de Dios. La dulzura y la paciencia hacen principalmente el carácter del Padre de las misericordias. Ningun falso profeta, ningun falso apóstol, ningun hereje ha habido, que no haya tenido un zelo duro y amargo.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Familiam tuam, quæsumus, Domine, continua pietate custodi: ut quæ in sola spe gratiæ cœlestis innititur, semper protectione muniatur. Per Dominum...

Os suplicamos, Señor, que guardeis á vuestros siervos por medio de una asistencia continua de vuestra bondad; á fin de que no apoyándose mas que en la única esperanza de vuestra gracia celestial, estén siempre sostenidos por vuestra divina proteccion. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es de la carta del apóstol san Pablo á los Colosenses, cap. 3.

Fratres: Induite vos sicut electi Dei, sancti, et dilecti, viscera misericordiæ, benignitatem, humilitatem, modestiam, patientiam: sup-

Hermanos mios: Revestios como elegidos de Dios, santos y muy amados, de entrañas de misericordia, de dulzura, de humildad, de

portantes invicem et donantes vobismetipsis, si quis adversus aliquem habet querelam: sicut et Dominus donavit vobis, ita et vos. Super omnia autem hæc, charitatem habete, quod est vinculum perfectionis: et pax Christi exultet in cordibus vestris, in qua et vocati estis in uno corpore: et grati estote. Verbum Christi habitet in vobis abundanter in omni sapientia, docentes et commonentes vosmetipsos, psalmis, hymnis, et canticis spiritualibus vestris Deo. Omne quodcumque facitis in verbo aut in opere, omnia in nomine Domini Jesu Christi, gratias agentes Deo et Patri per Jesum Christum Dominum nostrum.

moderacion, de paciencia sufriéndoos mutuamente, y perdonándoos entre vosotros mismos, si alguno tiene algun motivo de queja con el otro. Como el Señor os ha perdonado, hacedlo tambien así vosotros. Pero sobre todas las cosas tened caridad, que es el vínculo de la perfeccion. La paz de Jesucristo, á la cual tambien habeis sido llamados para hacer un solo cuerpo, triunfe en vosotros, y sed siempre agradecidos á este bien. Permaneza en vosotros la palabra de Dios en toda su plenitud y con una perfecta sabiduría: instruios y animaos los unos á los otros con salmos, con himnos y con cánticos espirituales, cantando en honor de vuestros corazones con un espíritu de reconocimiento. Todo lo que hicie-reis, ya hableis, ya obreis, hacedlo todo en nombre de Jesucristo nuestro Señor, dando por él gracias á Dios Padre.

La ciudad de Colosos ó Calassos era una de las principales de Frigia, muy cerca de Laodicea que era la capital de esta provincia. Desde Roma, estando allí san Pablo en prisiones por Jesucristo, les escribió esta carta á los colosenses hácia el año 62 de Jesucristo, y se la envió por Tiquio, su fiel ministro, y por Onésimo.

REFLEXIONES.

«Sobre todas las cosas tened caridad, que es el vínculo de la perfeccion.» No hay nada sobre que tanto insista el santo Apóstol en sus cartas, como sobre la caridad. Es verdad que no es ella sola el vínculo de la perfeccion; pero es como la base y como el alma de ella: sin ella los mas raros talentos no tienen mérito; la virtud, aun la mas brillante, no es mas que una fantasma de virtud. Si alguno dice, yo amo á Dios, y aborrece á su hermano, es un mentiroso, dice el discípulo amado. Porque el que no ama á su hermano á quien ve ¿cómo puede amar á Dios á quién no vé? el que ama á Dios, ama tambien á su hermano. El que no ama á su hermano, añade, permanece en un estado de muerte. No es estraño que los discípulos nos recomienden tanto el precepto favorito del maestro. Hé aquí mi mandamiento, dice el Salvador, que os ameis los unos á los otros, como yo os he amado. Cosa estraña: ninguna leccion nos da el Salvador mas frecuentemente que la de que nos amemos los unos á los otros; y nada hay que sea mas raro hoy entre los fieles que este amor cristiano. Los primeros fieles animados del espíritu de Jesucristo no tenian todos mas que un corazon y una alma. La caridad mutua formaba su carácter, y la misma virtud ha caracterizado todos los santos. ¿Y se conocen en el dia los cristianos por esta señal? ¿están todos marcados con este sello? ¡Ah! puede acaso decirse que la caridad es una virtud añeja; apenas queda entre los fieles otra cosa que la obligacion de amarse unos á otros. La ambicion, el interés, la envidia la han desterrado al parecer de la sociedad civil; pero ¿encuentra acaso asilo en las familias y ni aun en las comunidades regulares? Este vínculo sagrado se ha aflojado mucho. Parece que todas las pasiones han conspirado contra esta virtud. Las gentes del mundo la han proscrito, al parecer, de su comercio; es esclava en la córte de los príncipes; apenas hay mas que una caridad artificial en el comercio de la vida; es desconocida entre el pueblo, es extranjera cuasi en todas partes. No se tiene caridad mas que consigo mismo. El amor propio ha entrado en el lugar de la caridad cristiana, y si halla todavía abrigo entre algunas personas devotas, reina solo entre ellas como en la oscuridad. La caridad sigue siempre la suerte, y por decirlo así, la fortuna del espíritu de Dios y del Evangelio: este no se debilita jamás sin que ella no se consuma, y ella no subsiste desde que el espíritu de Dios se extingue. De aquí la indolencia sobre los males del prójimo; de aquí la indiferencia, la frialdad esparcida sobre toda la faz de la tierra. Los herejes parece que tienen celo por el bien de sus hermanos; pero esta no es mas que una caridad de partido: así es que se ve en ellos aquella aversion, aquel odio contra todos los hijos de la verdadera Iglesia. Todos los partidos mantienen un espíritu de union; pero esta union no fué nunca el efecto de una caridad verdaderamente cristiana. Es siempre alguna pasion la que los liga, y el lazo no subsiste mas que lo que vive la pasion.

El Evangelio de la misa es tomado del cap. 13 de san Mateo.

In illo tempore: dixit Jesus turbis parabolam hanc: Simile factum est regnum cœlorum homini, qui seminavit bonum semen in agro suo. Cum autem dormirent homines, venit inimicus ejus, et superseminavit zizania in medio tritici, et abiit. Cum autem crecisset herba et fructum fecisset, tunc apparuerunt et zizania. Accedentes autem servi patris familias, dixerunt ei: Domine, nonne bonum semen seminasti in agro tuo? Unde ergo habet zizania? Et ait illis: Inimicus homo hoc fecit. Servi autem dixerunt ei: Vis, imus et colligimus ea? Et ait: Non; ne forte colligentes zizania, eradicetis simul cum eis et triticum. Sinite utraque crescere usque ad messem, et in tempore messis dicam messoribus: Colligite primum zizania, et alligate ea in fasciculos ad comburendum tri-

En aquel tiempo dijo Jesus al pueblo esta parábola: El reino de los cielos es semejante á un hombre que habia sembrado buen grano en su campo; pero mientras los criados dormian, vino su enemigo, sembró zizaña entre el trigo y se retiró. Cuando hubo crecido la yerba y arrojado espigas, se echó de ver tambien la zizaña. Visto esto, los criados del padre de familia vinieron y le dijeron: Señor, ¿no habeis sembrado buen grano en vuestro campo? ¿en qué consiste que hay en él zizaña? Un hombre enemigo es el que ha hecho esto, les dijo; y sus criados le repusieron: ¿Quieres que vayamos á cogerla? Nó, les dijo, no sea que al coger la zizaña, arranqueis con ella el trigo. Dejad que crezca lo uno y lo otro hasta la cosecha, y

ticum autem congregate in horreum meum.

al tiempo de la cosecha yo encargaré á los segadores que cojan primeramente la zizaña y la aten en pequeños haces para quemarla, mas que el trigo lo recojan en mi granero.

MEDITACION.

Sobre la falsa virtud.

Punto primero.—Considera que nada hay mas opuesto ni mas contrario entre sí que la falsa y la verdadera virtud, y no obstante ninguna cosa que se confunda tan fácilmente y en que uno se engañe mas; nada presenta que las distinga por fuera, los mismos rasgos esteriores, el mismo aire imponente, los dos cuadros son del todo semejantes. El vástago de la zizaña no se parece del todo al del trigo; es ordinariamente mas verde, mas vivo y mejor nutrido, tal es la falsa virtud. La modestia es inseparable de la verdadera virtud: no hay hipócrita que no afecte una modestia aun escesiva. Cuando uno es virtuoso es tambien mortificado; el hipócrita lo parece todavía mas que los hombres de bien: no habla mas que de severidad, se lamenta sin cesar por la relajacion de la moral. Nó porque su conducta corresponda al rigor de sus máximas; nada hay mas mortificado, nada mas sensual que un falso devoto; pero ninguno mas fecundo en disimulo y en disfraces, y como todo en él es estudiado, todo afectado, su esterior impone á los sencillos. Hé aquí la zizaña sembrada en el campo del Padre de familias, la cual crece en medio del buen grano; ella da mas en los ojos, sorprende, impone, crece con frecuencia aun mas que el buen grano, le cubre, y chupando mas humor y mas jugo, hace que se seque el buen grano, ó á lo ménos lo enflaquece. Esto es lo que sucede todos los dias en el campo de la Iglesia. Tomando la falsa virtud el exterior de la verdadera hace estraños progresos; como es artificiosa, brilla, impone, seduce. Sabiendo que la modestia sirve como de frontispicio al edificio espiritual, estudia por imitarla. Esta apariencia sirve para hacer seguro el engaño. Pero, ¿y no seria fácil distinguir la zizaña del buen grano? La verdadera piedad es siempre humilde, dulce de corazon, caritativa, no busca mas que á Dios; no escucha ni los gritos importunos de las pasiones, ni las quejas fatigosas del amor propio, mira los sentidos como impostores. El mundo le es sospechoso, desconfia de su propio corazon, y no pierde jamás de vista las santas máximas del Evangelio; mientras que la falsa virtud todo lo sacrifica á su ambicion y á sus propios intereses, no consulta mas que á los sentidos, y no escucha mas que á sus pasiones y á su amor propio. ¡Buen Dios, qué fácil seria distinguir la zizaña del buen grano!

Punto segundo.—Considera que por mas semejanza que tenga la zizaña con el puro trigo, el Padre de familias sabrá bien distinguirla á su tiempo. Nada le está oculto, y no podria engañarse en esto. No se apresura á arrancarla, porque podria peligrar el buen grano. Su paciencia no se desmiente jamás, y su misericordia es sobre todas sus obras. Sus mas celosos y mas ardientes siervos podrán muy bien ofrecerse, y pedirle que esterminе una semilla tan perniciosa que crece en su propio campo; él alaba el celo que tiene por su gloria, pero le rectifica moderándole. Quiere que se espere al tiempo de la cosecha, esto es, á la hora de la muerte, en la que el Señor entresaca, por decirlo así, el buen grano de la zizaña. Dios no juzga de las cosas por las apariencias, como hacen los hombres; penetra hasta el fondo del corazon y desenvuelve los pliegues y repliegues de la conciencia. Conoce todos los verdaderos motivos de nuestras acciones. Nosotros podremos muy bien engañarnos á nosotros mismos, mas él no se deja engañar: todo se le presenta al descubierto, conoce todas las astucias del amor propio. Motivos interesados, miras humanas, pretestos especiosos, simulaciones sutiles, ambicion disfrazada, misceláneas imperfectas, razones capciosas, todo está patente á sus ojos en todo tiempo; y á la hora de la muerte, en este último momento decisivo de nuestra suerte eterna, todo se patentiza á los nuestros. Libre entonces el alma de todas las preocupaciones y de todas las sutilezas del amor propio, reconoce todos sus estravíos; conoce que si ha engañado á muchos con una superficie de virtud y una máscara de piedad, todavía se ha engañado mas groseramente ella misma. ¡Buen Dios! ¡cuál es entonces su sorpresa! pero ¡cuál es su espanto y cuál su despecho! En la cosecha igualmente es arrancado el buen grano que la zizaña. ¡Pero qué diferencia de suerte! Aquel es cogido con cuidado, con complacencia, para ser puesto en el granero; esta es arrancada con indignacion, para ser arrojada al fuego; la zizaña no puede servir para otra cosa. Hablemos ya sin figura: ¿de qué sirve entonces haber aparentado una virtud de que no se tenia mas que la corteza? ¿de qué sirve el haber engañado al público con esterioridades estudiadas, con discursos tan poco sinceros? ¿de qué sirve haber tenido reputacion de devoto y estar condenado al fuego eterno?

Preservadme, Señor, de esta desgracia, y por tanto, no permitais jamás que yo sea del número de los hipócritas, cuya herencia es el infierno. Haced, ó Dios mio, que yo profese una virtud pura, una devocion tierna, una perfecta caridad.

Jaculatorias.—Cread, Señor, en mí un corazon puro, y un espíritu recto y sincero, á fin de que os ame y os sirva con fidelidad. (Psalm. 50.)

Esto es hecho, Señor: de aquí adelante pondré todo mi estudio en guardar vuestra ley con toda la sinceridad de mi corazon. (Psalm. 118.)

PROPÓSITOS.

1 ¿Qué mayor imbecilidad de entendimiento, y qué desarreglo mas lamentable, que el servir á Dios con simulacion? Dios no atiende mas que al fin por que le servimos. El hombre, dice el Profeta, se paga de un esterior compuesto é imponente; pero Dios mira el corazon, y por mas ocultos que sean nuestros motivos, por mas encubiertas que puedan estar nuestras intenciones, el Señor lo descubre todo, y conoce perfectamente todos nuestros subterfugios. Servid á Dios con sencillez, y con un corazon recto y sincero. Desconfiad de vuestras inclinaciones, de vuestras miras, de vuestro propio corazon. Sea vuestra virtud pura, simple, y desprendida de toda mira humana que le quite todo su precio. Haced estudio para adorar á Dios, amarle, y servirle en espíritu y en verdad. Purificad vuestra in-

tencion no solo por la mañana para todo el dia, sino tambien al principio de todas vuestras obras. Tened horror á todo respeto humano. Nada hay mas indigno de un hombre de bien y de un hombre cristiano, que el obrar en materia de religion por consideraciones humanas. Dios solo merece todo nuestro corazon: Dios solo debe ser nuestra recompensa; no obremos sino solo por Dios.

2 Supuesto que Dios solo debe ser el alma y el motivo de toda nuestra conducta, ni el tiempo, ni el lugar, ni las personas deben turbar nuestra virtud. La modestia es inseparable de la virtud: sed, pues, tan contenidos y tan modestos estando solos, como en las sociedades mas distinguidas. La dulzura acompaña á todas partes á la virtud; sea, pues, tambien en vosotros y en todas partes inalterable: ya entre vuestros inferiores, ya entre vuestros iguales, sea vuestra dulzura una prueba de vuestra virtud. La caridad es el primer efecto de la virtud cristiana; haced que la vuestra sea sin artificio, sin alternativa, sin distincion. Pensad caritativamente, hablad bien de todo el mundo, en fin sea vuestra virtud á toda prueba sin que se desmienta jamás.

SEXTO DOMINGO DESPUES DE LA EPIFANÍA.

Como el dia de Pascua, que es siempre el domingo que sigue al catorce de la luna de marzo, arregla el número de los domingos desde la Epifanía hasta la Septuagésima, sucede ordinariamente que este sexto domingo se trasfiere, y es raro que haya seis domingos desde la fiesta de los Reyes hasta la Septuagésima. En esto, sin duda, ha consistido que este sexto domingo haya estado tanto tiempo sin tener un oficio particular. Cuando se celebraba este sexto domingo, se repetia el oficio entero del domingo precedente. El papa san Pio, quinto de este nombre, fué el que le agregó una Epístola y un Evangelio propios, con el introito y las demás partes de la misa que se han hecho comunes á todos los domingos, desde el tercero despues de la Epifanía hasta la Septuagésima, como se ha dicho.

El introito de la misa de este dia es el mismo que el de la misa de los domingos precedentes, del cual se ha hablado ya. Se añade solamente aquí, que san Pablo cita este pasaje en tercera persona: «Adórenle todos los ángeles,» dice, rindan sus homenajes y adoraciones al Hijo único de de Dios Padre, revestido de nuestra carne. El Hebreo añade á la significacion de ángeles, la de todas las potestades de la tierra, y principalmente los jueces y los príncipes, cualquiera que sobre la tierra ejerce alguna autoridad sobre los demás hombres, cualquiera que esté adornado con un carácter de grandeza, de independencia, de superioridad, venga á rendir homenaje al Soberano Monarca de los monarcas, al Supremo Juez de los jueces mismos; y segun el caldeo, los ángeles, los grandes de la tierra, todos os adoradores de los ídolos, vengan á adorar al mismo Señor y solo verdadero Dios.

La Epístola de la misa está tomada del capítulo 1.° de a primera carta de san Pablo á los tesalonicenses. Habiéndose visto precisado el santo Apóstol á salir de Filipos, despues de haber sido allí azotado públicamente con varas, y sufrido una prision cruel por Jesucristo, vino á Tesalónica, ciudad de Macedonia, en donde los judíos tenian una sinagoga. San Pablo fué á ella, segun su costumbre, y por tres sábados consecutivos (Actor. 11), les hizo discursos sacados de la Escritura, declarándoles, y haciéndoles comprender, que habia sido necesario que el Cristo sufriese y que resucitase; y este Jesucristo que yo os anuncio, les decia, es el verdadero Mesías. Un gran número de judíos, y todavía mayor de gentiles, creyeron y se juntaron á Pablo y á Silas, su discípulo y compañero; mas no tardó mucho el Apóstol en verse precisado á dejar esta ciudad, por la malicia y los zelos de los judíos que le acusaron de que sublevaba al pueblo, y predicaba un nuevo rey, que era Jesucristo. De Tesalónica fué el Apóstol con Silas á Berea. Predicó allí, é hizo muchas conversiones; pero habiéndolo sabido los judíos de Tesalónica, vinieron para hacerles salir bajo los mismos falsos pretestos de que se habian valido en Tesalónica. Los fieles, pues, condujeron á san Pablo hasta el mar, donde se embarcó para Atenas. Silas y Timoteo permanecieron en Berea, para confirmar la nueva Iglesia que acababa de fundarse allí. Desde Atenas pasó san Pablo á Corinto: se hallaba, no obstante, en grande inquietud, sobre el estado de los nuevos fieles que habia dejado en Macedonia, cuando llegaron Silas y Timoteo, y le colmaron de alegría y de consuelo, haciéndole saber la perseverancia y el fervor de los fieles de Tesalónica y de toda la provincia. Le refirieron que perseveraban constantemente en la fé y en la caridad, á pesar de lo que habian tenido que sufrir, y de las persecuciones que se suscitaban contra ellos; en términos que habian sufrido de parte de sus conciudadanos los mismos tratamientos que los fieles de la Judea habian tolerado de parte de los judíos. Le dijeron tambien que habia entre ellos algunos que se afligian mucho por la muerte de sus allegados. Habiendo recibido san Pablo unas noticias tan consolantes de aquella naciente Iglesia, escribió esta carta á los tesalonicenses, en la que despues de haber dado gracias á Dios, les alaba, porque habiendo una vez recibido la fé, la han conservado en su pureza, y porque siguiendo el ejemplo, no solo de Pablo, sino del Señor, han llegado á ser un modelo para todos los que creen, por cuanto ellos dan á conocer á todo el mundo qué fruto ha hecho entre ellos la palabra de Dios que él les ha predicado.

Damos, les dice, continuas gracias á Dios por todos vosotros, sin olvidaros jamás en nuestras oraciones; teniendo delante de Dios nuestro Padre la memoria de lo que obra vuestra fé, de vuestros trabajos, de vuestra caridad, de vuestra firmeza en los peligros y en las persecuciones: en estas ocasiones es en donde la fé brilla en toda su fuerza; en ellas donde aparece su utilidad, y donde principalmente es necesario hacer uso de ella. Tambien sabemos, hermanos mios amados de Dios, como habeis sido escogidos en medio de tantos otros que quedan sepultados en las tinieblas del error, mientras que vosotros habeis sido llamados á la fé y al conocimiento de su nombre; favor por el que nunca sereis bastante agradecidos al Padre de las misericordias. A la verdad, añade el Apóstol, la virtud del Espíritu Santo y los milagros han acompañado mi predicacion; pero tambien vosotros habeis correspondido á la gracia, y habeis hecho tan grandes progresos en los caminos de Dios, que habeis llegado á ser un modelo para todos los fieles de Macedonia y de la Acaya; y vuestra fé en Jesucristo, vuestro ánimo en los peligros, vuestra constancia en las mas violentas persecuciones y en todo género de pruebas os han atraido la admiracion de todas las Iglesias;

y lo que es mas consolante para mí y para vosotros, es que vuestra virtud os ha dado tantos imitadores como admiradores. Por la cruz ha entrado Jesucristo en su gloria; por los trabajos han hecho los apóstoles triunfar el Evangelio; y por los sufrimientos se perfeccionan los cristianos, y llegan á la felicidad que les está preparada. Ciertamente, nada contribuyó mas en los primeros tiempos al progreso del Evangelio, que la vida pura, irreprensible, edificante de los primeros fieles: nada contribuiria todavía hoy tan poderosamente á la conversion de los pecadores y de los herejes, que la pureza de las costumbres y la piedad de los cristianos de nuestros dias. No se habla por todas partes mas, continúa, que de las maravillas que Dios ha hecho entre vosotros por nuestro ministerio; vuestra conversion maravillosa autoriza estraordinariamente nuestra doctrina; se publica por todas partes una mutacion de costumbres tan admirable, una conversion tan pasmosa, y de todo esto que se admira en vosotros se concluye, de esa inocencia que no se ha desmentido nunca, de esa modestia tan ejemplar, de esa caridad tan universal, de esa piedad, de esa hospitalidad, de esa tan benéfica cordialidad, que tanto honor hacen al cristianismo; se concluye, repito, de todo esto que una religion que hace tantos prodigios, y que es tan eficaz y tan santa, no puede ménos de ser la única verdadera. Concluyamos tambien nosotros, que si todos los fieles viviesen hoy como cristianos, muy pronto habria bien pocos herejes é infieles.

El Evangelio de la misa de este dia es la continuacion de el del domingo precedente, tomado del capítulo 13 de san Mateo; donde el Salvador continuando en instruir al pueblo, les propone dos parábolas familiares, muy á propósito para suavizar los espíritus mas groseros, y hacerles espirituales.

Acababa el Salvador de comparar la Iglesia á un campo fértil y cultivado en donde el enemigo de la salud durante la noche habia sembrado zizaña entre el buen grano. Habia tambien comparado su doctrina con la semilla, que no pide mas cultura, despues que el labrador la ha echado en tierra; ella brota, ella crece sin que él sepa de qué manera se hace esto, ni ponga en ella la mano. Esta última parábola era muy clara y no tenia necesidad de esplicacion. Se dejaba ver bastante que el buen grano designaba la buena doctrina, la cual recibida en una alma bien dispuesta, hace en ella efectos prodigiosos; pero de un modo tan dulce que apenas se percibe. Lo que habia que temer era, dice el sabio de Montereul, que los discípulos del Salvador, viéndose en pequeño número y rodeados de enemigos, se dejasen poseer de la tristeza y del decaimiento. Quiso, pues, por tanto fortificarles, haciéndoles ver como su Iglesia, tan pequeña en su nacimiento, creceria de tal modo algun dia que llenaria toda la tierra. ¿A qué, les decia, compararé yo el reino de Dios, y de qué parábola me serviré para daros una verdadera idea de él? Figuraos por una parte un grano de mostaza, y por otra un poco de levadura. Este grano tan pequeño entre las diversas especies de granos, cuando se siembra, ó en un huerto, ó en un campo bien cultivado; este grano, dice, produce una planta que crece hasta una altura tal, que no solo cubre todas las legumbres, sino que arroja grandes ramas y puede pasar por un grande árbol. En efecto, sus ramas son tan estendidas, tan gruesas y tan fuertes, que los pájaros cansados de volar, vienen á buscar en ellas la sombra, á reposar y aun á hacer sus nidos. Hé aquí una imágen bastante natural de mi Iglesia que debe estenderse de un modo incomprensible á los sabios del mundo y á todo entendimiento humano.

Representaos tambien, añade, un poco de levadura que una mujer pone en tres medidas de harina, y que esparciéndose por todas, tiene bastante virtud para hacer fermentar toda la masa. De este modo instruia el Salvador al pueblo, complaciéndose en tratar con los mas sencillos hasta familiarizarse con ellos; no diciéndoles nada que fuese superior á sus alcances; no proponiéndoles en sus parábolas sino cosas muy comunes y de un uso ordinario; y acomodándose al carácter del espíritu de todos sus oyentes, por medio de este lenguaje figurado tan comun á las gentes del pais. De este modo el Maestro de todos los doctores verificaba en su persona lo que en otro tiempo habia predicho de él un profeta: «Hablaré en parábolas, publicaré cosas que han estado ocultas desde la creacion del mundo.»

La religion cristiana, la predicacion del Evangelio, la Iglesia designada aquí bajo el nombre de reino de los cielos, es semejante, dice el Salvador, á un grano de mostaza, el mas pequeño de todas las semillas; porque esta Iglesia que no fué en su principio mas que un número pequeño de hombres sencillos y groseros, unidos á Jesucristo, se ha elevado en lo sucesivo sobre todas las falsas religiones del mundo, y esto con una rapidez tan grande, que en pocos siglos ha borrado y hecho desaparecer todas las demás religiones, á pesar del poder, la estension y la antigüedad del paganismo. Los pájaros del aire han venido á posar sobre sus ramas; es decir, que de tal manera se ha aumentado, que los grandes del siglo, los entendimientos mas sublimes y mas distinguidos por su ciencia, no se han avergonzado de la simplicidad del Evangelio y de la humildad de la cruz. Al parecer nada hay al principio en el corazon mas que la primera semilla de la gracia; pero seamos fieles á ella y veremos lo que puede producir. En las obras de Dios no debe maravillarnos el ver lo débil de sus principios, es este su carácter propio.

La levadura de que habla aquí el Salvador, es la doctrina evangélica, que oculta al principio en un rincon de la Judea, estendió en seguida y ha esparcido su virtud por toda la tierra; es la gracia en un corazon que la conserva en secreto, y que le da tiempo para obrar su mutacion. Esta gracia es la que debe derramarse y comunicarse secretamente en todas nuestras acciones para hacerlas meritorias. Esta levadura es la que hace fermentar la masa; sin la gracia todas nuestras acciones son insípidas y no son agradables delante de Dios. ¡Dichosos los cristianos, porque han aprendido estas verdades sublimes y estas máximas agradables que tantos siglos habian ignorado! pero desgraciados tambien aquellos cristianos á quienes este conocimiento no hace mejores, y que por consiguiente hace mas criminales. El Señor no nos habla ya por figuras y parábolas; el Espíritu Santo ha hecho á los fieles capaces de estas verdades sublimes; la fé ha disipado aquellas tinieblas tan espesas que impedian á los hombres el ver la verdad. Pero ¡qué desgracia mas temible, que el ver la verdad y no seguirla! ¡qué desgracia el conocer el bien que se debe hacer y no practicarlo!

El grano de mostaza se hace árbol. Ninguna cosa era mas conocida de las gentes del pais que esta comparacion. En los paises cálidos y en los terrenos fértiles, las plantas llegan á una altura mucho mayor que lo que se ve en nuestros climas. Se lee en el Talmud de Jerusalen y de Babilonia, esto es, en las dos colecciones de las tradiciones judaicas que se hicieron la una en Jerusalen y la otra en Babilonia, que un judío llamado Simon tenia un vástago de mostaza que llegó á ser tan alto y tan fuerte, que un hombre hubiera podido subir encima sin romperle. Se refiere tambien allí que otro pié de mostaza tenia tres ramas, de las cuales la una servia de sombra á algunos olleros que trabajaban debajo en el estío para guarecerse de los ardores del sol.

La oracion de la misa en este dia es como sigue:

Præsta, quæsumus, omnipotens Deus: ut semper rationabilia meditantes, quæ tibi sunt placita, et dictis exequamur, et factis. Per Dominum nostrum...

Concedednos, os rogamos, Dios omnipotente, que nuestro entendimiento esté siempre de tal modo ocupado con pensamientos santos y razonables, que todas nuestras palabras y acciones no se dirijan mas que á agradaros, y seguir en todo vuestra soberana voluntad. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es tomada de la primera carta de san Pablo á los Tesalonicenses, cap. 1.

Fratres, gratias agimus Deo semper pro omnibus vobis, memoriam vestri facientes in orationibus nostris sine intermissione, memores operis fidei vestræ, et laboris, et charitatis, et sustinentiæ spei Domini nostri Jesu Christi, ante Deum et Patrem nostrum: scientes fratres dilecti a Deo, electionem vestram: quia Evangelium nostrum non fuit ad vos in sermone tantum, sed in virtute, et in Spiritu Sancto, et in plenitudine multa, sicut scitis quales fuerimus in vobis propter vos. Et vos imitatores nostri facti estis et Domini, excipientes verbum in tribulatione multa, cum gaudio Spiritus Sancti: ita ut facti sitis forma omnibus credentibus in Macedonia, et in Achaja. A vobis enim diffamatus est sermo Domini non solum in Macedonia et in Achaja, sed in omni loco fides vestra, quæ est ad Deum, profecta est, ita ut non sit nobis necesse quidquam loqui. Ipsi enim de nobis annuntiant qualem introitum habuerimus ad vos: et quomodo conversi estis ad Deum a simulacris, servire Deo vivo et vero, et expectare Filium ejus de cœlis (quem suscitavit ex mortuis), Jesum, qui eripuit nos ab ira ventura.

Hermanos mios, damos continuas gracias á Dios por todos vosotros, sin olvidaros jamás en nuestras oraciones. Conservando delante de Dios y Padre nuestro la memoria de lo que obra vuestra fé, de vuestros trabajos, de vuestra caridad, y de la constancia con que esperais en Jesucristo nuestro Señor. No dudamos hermanos mios muy amados de Dios, que habeis sido elegidos; porque cuando os hemos predicado el Evangelio no ha sido solamente con palabras, sino tambien con milagros, con la operacion del Espíritu Santo, y con un bueno y completo resultado, habiendo observado entre vosotros, y por consideracion á vosotros, la conducta que sabeis. Tambien vosotros por vuestra parte habeis seguido nuestro ejemplo y el del Señor, recibiendo la palabra con la alegría del Espíritu Santo, aun en medio de diversas tribulaciones, de manera, que habeis llegado á ser un modelo para todos los fieles de la Macedonia y de la Acaya. En efecto, no solo en la Macedonia y en la Acaya habeis dilatado la palabra del Señor, sino que por todas partes se ha dado á conocer vuestra fé en Dios, de modo que no nos ha quedado nada que hacer; porque estas gentes publican ya como nos hemos introducido con vosotros, y como vosotros os habeis convertido á Dios, dejando los ídolos para servir al Dios vivo y verdadero, y para esperar á su Hijo que ha resucitado cuando venga del cielo, á este Jesus que nos ha librado de la ira que nos amenazaba.

La carta de san Pablo á los tesalonicenses, es la primera de todas las que el Apóstol ha escrito á las Iglesias. El año de 52 ó 53 de Jesucristo era cuando escribia desde Corinto, donde estaba despues de haberle venido á decir Timoteo y Silas la constancia y el fervor en que perseveraban en la fé de los fieles de Tesalónica.

REFLEXIONES.

«Habeis llegado á ser un modelo para todos los fieles de la Macedonia y de la Acaya.» Nosotros hemos recibido las mismas instrucciones, las mismas lecciones que los de Tesalónica, recibiendo la misma fé. Nosotros no tenemos otro Evangelio: ¿y puede decirse de nosotros lo que san Pablo decia de aquellos que hemos seguido su ejemplo y el del Señor, y que hemos llegado á ser un modelo para todos los fieles? ¿Honramos nuestra religion por la pureza de nuestras costumbres, por la rectitud de nuestros sentimientos, por la regularidad de nuestra conducta? La vida santa, edificante, irreprensible de los primeros fieles, hacia cuasi tantas conversiones como el celo de los que predicaban la fé. Aquella mutacion imprevista de costumbres, de inclinaciones, de máximas, presentaba siempre algo de maravilloso; los espíritus quedaban sorprendidos á su vista: una modestia constante, una dulzura inalterable, una mortificacion de los sentidos generosa, una paciencia á toda prueba, una caridad sin límites, un desinterés universal, una práctica continua de los consejos mas perfectos y de las mas religiosas máximas del Evangelio; todo esto ingerido, por decirlo así, en una naturaleza corrompida, sobre unas inclinaciones viciosas en un corazon avezado á la disolucion y á los escesos mas espantosos, no podia ménos de mirarse como un fruto prodigioso. Gentes nacidas en el paganismo, alimentadas con sus supersticiones, todas las mas conformes á la corrupcion de la naturaleza, endurecidas en el vicio, fortificados en el error por sus preocupaciones, alentadas por un largo hábito para toda suerte de crímenes convertirse en un momento en modelos de la mas pura, la

mas perfecta y la mas heroica virtud; solo la religion cristiana es la que puede hacer este milagro. Ella le ha hecho: ¿y de dónde viene que no continúa en nosotros estas maravillas? Nosotros pertenecemos á la misma religion, tenemos la misma fé su virtud no puede envejecer: tenemos aun sobre los primeros cristianos la ventaja de sus buenos ejemplos: ¿somos, pues, tales que podemos ser propuestos como modelos? La doctrina cristiana que hacemos profesion de creer y de seguir no ha degenerado de su primer espíritu. Somos, pues, nosotros los que degeneramos de aquellos que el Apóstol, la Iglesia, Jesucristo mismo nos propone por modelos. Nosotros tenemos la dicha de haber nacido en la Iglesia, de haber mamado la religion cristiana, por decirlo así, con la leche; ¿y cuántos cristianos desacreditan hoy el cristianismo por la irregularidad de su conducta y la corrupcion de sus costumbres? ¿Cuántos se hallarán entre la multitud de cristianos del dia, que se puedan proponer por modelos? ¿Qué de gentes de toda edad, de todo sexo, de toda condicion, que no tienen de cristianos cuasi mas que el bautismo? Un espíritu de ambicion, de interés, de vanidad, sofoca cuasi todo el espíritu de religion; las pasiones reinan con imperio en los corazones que se abandonan al placer, ¿y Jesucristo reina en el corazon de todos los fieles? ¡O Dios mio! ¡qué pequeño debe ser el número de los elegidos!

El Evangelio es de san Mateo cap. 13.

In illo tempore: Dixit Jesus turbis parabolam hanc: Simile est regnum cœlorum grano sinapis, quod accipiens homo, seminavit in agro suo: quod minimum quidem est omnibus seminibus: cum autem crexerit, majus est omnibus oleribus, et fit arbor, ita ut volucres cœli veniant, et habitent in ramis ejus. Aliam parabolam locutus est eis: Simile est regnum cœlorum fermento, quod acceptum mulier abscondit in farinæ satis tribus, donec fermentatum est totum. Hæc omnia locutus est Jesus in parabolis ad turbas: et sine parabolis non loquebatur eis: ut impleretur quod dictum erat per Prophetam dicentem: Aperiam in parabolis os meum: eructabo abscondita a constitutione mundi.

En aquel tiempo, se dirigió Jesus al pueblo con esta parábola: El reino de los cielos es semejante á la grana de la mostaza, que tomó un hombre y la sembró en su campo, la cual siendo la mas pequeña de todas las semillas, cuando ha crecido es la mayor de todas las plantas, y llega á hacerse un árbol, de suerte que los pájaros del cielo vienen á posar sobre sus ramas. Otra parábola les propuso tambien: El reino de los cielos es semejante á la levadura, que una mujer toma y pone en tres medidas de harina, hasta que toda la masa está fermentada. Todas estas parábolas dijo Jesus al pueblo, y nunca le hablaba sin parábolas, á fin de que se cumpliese lo que habia dicho el Profeta: Yo hablaré en parábolas: yo publicaré cosas que han estado ocultas desde la creacion del mundo.

MEDITACION.

Sobre el pensamiento de la muerte.

Punto primero.—Considera que no hay cosa mas á propósito para desprendernos de los bienes y de los placeres de esta vida que la meditacion de la muerte. Puede decirse que el pensamiento de la muerte hace poco mas ó ménos el mismo efecto sobre el corazon y sobre el espíritu, que la misma muerte. Él quita la máscara al mundo, descubre todos los falsos resplandores que deslumbran, deja percibir el vacío de todo lo que llama la atencion, da á conocer el veneno de todo lo que encanta, hace sentir la amargura de todo lo que se llama placer. Entre otros muchos y grandes frutos que se pueden sacar de la meditacion de la muerte, uno de los principales es el pensar que cuando uno está á punto de morir, viene la sabiduría, por decirlo así, de todos los estremos del mundo á la cabecera del moribundo; es decir, que cuantas criaturas hay en el universo predican entonces la verdad pura, sin velo, sin disfraz, y le hacen ver sin nieblas, y conocer sin confusion, que nada hay en esta vida mas digno de un hombre no solamente cristiano, sino racional, que amar á Dios, servirle y agradarle; que todo lo demás no es otra cosa que vanidad y locura; y puede decirse que todas las criaturas vienen á descubrirle su nada y su indigencia, y á decirle todas que la mas insigne de todas las estravagancias es el apegarse durante la vida á otras cosas que á Dios solo. En esto conviene el sentido comun de los buenos y de los malos. Todos convienen entonces que nada puede contentar nuestro corazon mas que Dios solo; que no hay verdadera paz, verdadera dulzura, verdadero placer, verdadera sabiduría, verdadero mérito, mas que en el servicio de Dios. La muerte hace caer el velo á todos los objetos criados, y destruye su prestigio. ¡Qué bello punto de vista es el lecho de la muerte! Desde allí se ve que el nacimiento mas ilustre, el puesto mas elevado, la dignidad mas brillante, los placeres mas tentadores, los tesoros mas ricos, y la prosperidad mas seductora, nada tienen de sólido, nada de estable, nada de satisfactorio; nombres grandes, brillo superficial, opinion popular, idea arbitraria de una felicidad imaginaria; hé aquí lo que hay de real en todo lo que encanta durante la vida: en la muerte disipándose las tinieblas, presentándose todas las criaturas sin máscara y sin disfraz, quedando libres la razon y la religion, los mas libertinos y los mas impíos piensan como los mas justos; pero ¡qué efectos tan contrarios producen sus conocimientos! Estos, llenos de reconocimiento á la bondad divina, poseidos de una dulce confianza en su misericordia, están contentos por haber llevado una vida cristiana, sienten una alegría la mas pura por no haberse dejado deslumbrar de tantas brillantes apariencias, mientras que aquellos, reconociendo su estraña locura, se entregan á la rabia y á la desesperacion, por haberse engañado tan groseramente, y haber errado el camino.

Punto segundo.—Considera que en la muerte todos tienen espíritu cristiano; el mismo efecto hace el pensamiento continuo de la muerte, con esta diferencia, que el corazon se penetra de él cuando uno se acerca con frecuencia á estas grandes verdades durante la vida. No solamente el moribundo es el que piensa de un modo tan justo, los que le sobreviven razonan tambien con sabiduría. Todos creen que el que muere no merece estima, ni alabanzas, sino por las buenas obras que ha hecho y por la vida cristiana que ha llevado. ¿Se atreveria nadie para consolar á un padre en la muerte de su hijo, á una viuda en al muerte de su esposo, á un hijo en la muerte de su padre,

se atreveria nadie á decirles que debian consolarse en la pérdida de aquel por quien lloraban, porque habia nacido grande, rico, poderoso, porque habia sido un hombre de talento, que habia hecho una bella figura en el mundo? ¿Se atreveria ninguno á ofrecer como motivo de consuelo su habilidad y su continuacion en el juego y en los espectáculos; sus placeres, sus diversiones, su mundanidad, su lujo, su alta fortuna? ¿No se diria que el tal hombre habia perdido el juicio si se proponia tales motivos para el consuelo? Esto es todo lo que se alaba, todo lo que se estima durante la vida; lo que se busca para consolarse en su muerte, es si ha sido virtuoso, temeroso de Dios, si ha llevado una vida cristiana y ejemplar. Se acuerda entonces su dulzura, su modestia, su caridad, su devocion, su fé viva. Se les dice á aquella mujer, á aquellos hijos: Consolaos, porque vuestro marido, vuestro padre, ha vivido como buen cristiano, y ha muerto como verdadero predestinado; se trae á la memoria todo lo que ha dicho, todo lo que ha hecho de edificante, que ha recibido los últimos sacramentos con una piedad ejemplar. En la muerte de aquella persona religiosa no se habla mas que de su fervor, de su humildad, de su mortificacion, de su exacta regularidad, de su obediencia. Su espíritu, su saber, sus raros talentos, no entran en su elogio, por decirlo así, mas que como accidentes. Así es como se habla de un moribundo, esto es lo que se estima en la muerte; todo lo demás pasa por diversion, juego de niños, locura. ¿Y por qué, Señor, no hemos de pensar del mismo modo durante la vida?

Haced, ó Dios mio, por vuestra gracia que yo no piense de otra manera. Yo estoy resuelto á meditar tan de continuo esta verdad tan importante, que ya no juzgue de nada, durante la vida, sino como debo juzgar en la hora de la muerte.

JACULATORIAS. Acordaos de vuestro último fin, y no pecareis jamás. (Eccli 7.)

Yo sé, Dios mio, que en la hora de la muerte todo aparecerá tal como es. (Eccli. 11.)

PROPOSITOS.

1 Es ciertamente una estrema imprudencia el aficionarse durante la vida á lo que en la muerte debe ser causa de sentimiento; y por el contrario, la verdadera sabiduría consiste en reglar uno su vida por el juicio que se hace de las cosas cuando está á punto de morir, y conceder su estima, su afeccion, su tiempo y su aplicacion á lo que puede servir de consuelo al alma en el paso formidable de este mundo al otro. Esta verdad bien meditada desengaña el ánimo de todos los embustes que le seducen, desprende el corazon de todas las aficiones que le cautivan, no piensa mas que en adquirirse un fondo sólido para la eternidad, se adhiere uno solamente á Dios, y todo lo pasajero lo mira con desprecio. Este es el fruto, como necesario de la frecuente meditacion de la muerte. Meditadla muchas veces, y preguntaos á vosotros mismos lo que pensareis en la muerte de todo lo que ahora deslumbra, de todo lo que lisonjea mientras se vive. Cuando desechareis alguna cosa con ansia, cuando se trate de emprender algo, juzgad de ello por lo que os parecerá en la hora de la muerte. Mirad todas las cosas molestas ó agradables como lo hareis entonces á la luz de la eternidad. No hay práctica de piedad que sea mas útil ni mas eficaz.

2 No paseis ningun mes sin meditar una verdad tan interesante. Es muy importante hacer esta meditacion todas las semanas, y aun el pensar en ello muchas veces cada dia. Pero sobre todo, en donde el pensamiento de la muerte puede proporcionar armas para vencer, es en los combates que hay que sostener, y para las victorias que deben conseguirse sobre las pasiones. Nada hay mas á propósito para endulzar los ejercicios penosos de la mortificacion, y para aumentar el ánimo y encender nuestro celo. La meditacion frecuente de la muerte es el contraveneno de los placeres de esta vida, y un remedio eficaz contra la tibieza.

DOMINGO DE SEPTUAGÉSIMA.

Se llama domingo de Septuagésima el primero de los tres que preceden al primer domingo de Cuaresma en cuyo tiempo comenzaba esta en lo antiguo, y en el cual principia la Iglesia á prepararse por la penitencia para celebrar con fruto la fiesta de la Resurreccion.

El sabio Alcuino, tan célebre desde el tiempo de Carlo Magno, pregunta por qué se da el nombre de Septuagésima á este domingo tan privilegiado; porque al fin, dice, aunque la autoridad de la Iglesia romana debe ser suficiente para establecer un uso en materia de religion, sin embargo nunca la Iglesia ha establecido semejantes usos sin razon para ello. Y el mismo doctor responde, que una de las razones del establecimiento de estas tres semanas de penitencia que preceden á la Cuaresma, es que antiguamente, en aquellos lugares donde no se ayunaban los seis dias de cada semana de Cuaresma, se procuraban tomar los dias que faltan al número de los cuarenta de las semanas precedentes, para ayunar y cumplir así el número de los cuarenta ayunos prescritos. La Quincuagésima era por causa de los que no ayunaban el jueves santo, en razon de los grandes misterios que en él se obran, ni el sábado santo, atendiendo á la alegría de la fiesta de Pascua, cuya solemnidad comienza desde la víspera; y estos dos dias se reemplazan por el ayuno del lunes y del martes que seguian al domingo de la Quincuagésima. La Sexagésima era para aquellos que, segun el uso de su Iglesia, no ayunaban los jueves de Cuaresma, á causa de que Jesucristo habia instituido la Eucaristía, y subido al cielo en este dia, de donde viene que el papa Melquiades prohibió ayunar el jueves en memoria de estos dos grandes misterios. Como desde la Sexagésima hasta Pascua hay ocho semanas, si se quitan los domingos y los jueves, quedan cuarenta dias de ayunos completos. En fin, la Septuagésima era para aquellos que no ayunaban en Cuaresma ni los jueves ni los sábados. Mas aun cuando comenzasen á ayunar desde el lunes de esta semana, no salen mas que treinta y seis ayunos en su cuaresma, que ellos consideran solamente como un diezmo del año que ofrecian á Dios.

Como el dia de Pascua es la regla de todas las fiestas movibles en todo el curso del año, la Septuagésima es el primer término de las que la preceden; y á ella ha fijado la Iglesia el principio de las lecturas que hace de la Escritura santa en sus oficios nocturnos. Por lo que hace al nombre de Septuagésima que se ha dado á este domingo, tomándolo literalmente parece que deba indicar una época de setenta dias, y así como pretenden esplicarle la mayor parte de los autores litúrgicos. Los unos han creido

que el decirse Septuagésima no era mas que porque es el séptimo domingo ántes del de Pasion, como se llaman Sexagésima, Quincuagésima y Cuadragésima los tres domingos siguientes, que son el sexto, quinto y cuarto ántes del mismo domingo. Otros quieren que el nombre de Septuagésima signifique los setenta dias que hay desde el domingo hasta la víspera de Cuasimodo, no considerándose la octava de Pascua, segun el espíritu y el rito de la Iglesia, mas que como el mismo dia, y esta es la opinion del célebre Alcuino en su carta á Carlo Magno. Y así como al primer domingo de Cuaresma se le ha dado el nombre de Cuadragésima á causa de los cuarenta dias de ayuno prescritos en este santo tiempo, añade el mismo autor, y el de Quincuagésima al domingo precedente, porque efectivamente hay cincuenta dias desde el domingo hasta la Pascua; del mismo modo, dice él, se ha llamado Sexagésima al domingo que precede, á causa de los setenta dias que hay hasta el miércoles de la semana de Pascua, que es el medio entre la fiesta de Pascua y Cuasimodo. Pero sin ir á buscar tanto misterio, donde tal vez no hay ninguno, se puede decir que como el primer domingo de Cuaresma ó de los cuarenta dias de ayuno se llama Cuadragésima en el lenguaje de la Iglesia, cuando se ha subido retrogradando hasta los tres domingos precedentes, cuyas semanas sirven de preparacion á la Cuaresma, se ha querido guardar el órden de los números por decenas, y se ha llamado Quincuagésima al domingo que precede al primero de la Cuaresma, y Sexagésima y Septuagésima los dos domingos precedentes.

Lo que hay de cierto en la institucion de esta anticipacion del santo tiempo de Cuaresma, es que la Iglesia ha pretendido en estas tres semanas que preceden al tiempo solemne de penitencia conducir á sus hijos para que les sea saludable, preparándose para ella por el recogimiento, los ejercicios de caridad, por la frecuencia de sacramentos y por la oracion. Nadie ignora que lo que se hace en estado de pecado mortal es perdido para siempre, y que á fin de que el ayuno y la abstinencia, para que toda penitencia sea meritoria, debe ser hecha en estado de gracia; la Iglesia que nada desea tanto como la salud y la perfeccion de los fieles, ha consagrado á los ejercicios de piedad los tres domingos que preceden á esta penosa carrera, á fin de que les sea mas saludable. El sabio Teodulfo, obispo de Orleans en el siglo VIII, esplicando en su carta pastoral á sus curas, cuáles eran los deberes de los fieles durante el santo tiempo de Cuaresma, dice que uno de los principales es confesarse en las semanas que preceden á este santo tiempo; y á fin de que la penitencia sea saludable debe prevenirse por la reconciliacion con sus enemigos, poniendo término á todo proceso y diferencia con cualquiera.

Esto es lo que ha movido á muchas personas piadosas, y singularmente á muchos religiosos, segun Pedro de Blois, á comenzar en la Septuagésima el tiempo de penitencia, y aun empezando el ayuno y redoblando los ejercicios de la mortificacion desde este dia. Es innegable que la intencion de la Iglesia es el inspirar á todos los fieles el espíritu de penitencia y de mortificacion, sobre todo desde la Septuagésima, en que se cesa de cantar el «Aleluia,» hasta Pascua; suspendiendo todo cántico de alegria, y no permitiéndose mas que el luto de la penitencia. Este espíritu de la Iglesia es el que ha movido al demonio, siempre opuesto al espíritu de Jesucristo, á introducir en el mundo usos y costumbres profanas enteramente contrarias. Para impedir esta preparacion á la penitencia cuadragesimal, y sirviéndose de esta misma penitencia, ha introducido el demonio el carnaval, y ha convertido un tiempo tan santo en dias de disoluciones y desórdenes. Cuanto mas se acerca el santo tiempo de Cuaresma, mas debe emplearse en la devocion, conforme á la intencion de la Iglesia; pero en el dia, cuanto mas se aproxima este santo tiempo, mas se abandonan las gentes á diversiones profanas, y á disoluciones enteramente paganas. La Septuagésima, esta primera época de los dias de penitencia, ha llegado á ser, por decirlo así, como el anuncio de las mas licenciosas partidas de placer: bien puede la Iglesia en los oficios de este tiempo deshacerse en llantos y en clamores de penitencia: se la deja gemir sin alterarse, y se entregan las gentes mas á los regocijos y á las fiestas mundanas. El espíritu del mundo ha prevalecido; sus perniciosas máximas tienen hoy fuerza de ley; el uso parece haber prescrito. Pero al fin el espíritu de Jesucristo y de la Iglesia no se desmiente. Puede muy bien toda carne haber corrumpido sus caminos; mas la Septuagésima viene todos los años á predicarnos la necesidad indispensable de la penitencia: ¡desgraciados aquellos que hacen de ella la época de los placeres criminales y de su condenacion!

Toda la Epístola que la Iglesia hace leer en la misa de este dia, es la mas propia para desengañar á los cristianos, con respecto á los placeres tan poco cristianos, á las comidas suntuosas, á las glotonerías, que el espíritu del mundo opone en este tiempo escandaloso del carnaval, al espíritu de penitencia á que nos convida la Septuagésima. Está tomada del capítulo 9 de la primera carta de san Pablo á los corintios, en la que el santo apóstol exhorta á los fieles á la mortificacion y á la penitencia, y se sirve para ello del ejemplo de aquellos que para correr en la lid y ejercitarse en la lucha, llevan una vida tan austera, y esto para conseguir una corona que se marchita en el mismo dia; se sirve, digo, de este ejemplo, para animar á los cristianos á mortificarse y domar un cuerpo con el castigo para obtener una recompensa eterna.

Vosotros sabeis, les dice, la vida austera y mortificada que llevan los que combaten en los juegos públicos: ellos se abstienen de todo; se privan de los placeres, de los manjares mas delicados; ninguna vida mas frugal, y aun mas dura que la suya; y esto para conseguir un premio de muy pequeño valor, una corona de laurel, de olivo ó de encina, mientras que los cristianos prefieren á una corona de gloria eterna unos placeres empapados en muchas amarguras, y que ni aun duran mas que algunos momentos.

San Pablo, para confundir á los cristianos flojos, les propone por modelos á los atletas, esto es, á los que combatian en los juegos públicos. Entre los cuatro famosos juegos de la Grecia, habia los que se llamaban ístmicos, así llamados del istmo, ó lengua de tierra que unia el Peloponeso al resto de la Grecia. Como estos juegos se celebraban cerca de Corinto, el Apóstol habla de ellos como de una cosa conocida de todos los corintios. Estos combates eran de cinco especies: el de la carrera, del que habla aquí el Apóstol; los de la lucha y del pugilato, á los cuales hace alusion en seguida; y los del salto y del disco, ó

tiro del tejo. Los atletas que se ejercitaban en los combates, se abstenian de todo lo que podia disminuir sus fuerzas, ó hacerles ménos ágiles. Guardaban continencia, observaban un régimen de vida muy frugal y muy propio para endurecer y fortificar el cuerpo. Comian poco, y no se alimentaban mas que con viandas muy comunes. No usaban el vino, dormian poco, y huian toda delicadeza. Nada abrevia tanto la vida ni consume tanto la salud como el uso de los placeres y la glotonería. Esto es lo que ha hecho decir á los antiguos que el verdadero medio de vivir sanos, vivir largo tiempo y hacerse muy robustos, es vivir con régimen, en una exacta templanza, alejado de los placeres, en un trabajo moderado, en el ejercicio del cuerpo y llevar constantemente una vida frugal. Todos corrian á un mismo tiempo, pero uno solo llevaba el premio; y este premio que se sabia bien que solo podia conseguir uno, no era mas que una corona tejida de ramas de algunos árboles, ó de algunas plantas, como de olivo, de mirto, de encina, de laurel ó de apio, que es una especie de perejil que se cria en las huertas, y que tiene al fin de sus vástagos flores blancas ó amarillas. Nada era, en efecto, mas corruptible que las coronas que constituian toda la gloria y el premio de estos penosos combates. «Por lo que hace á mí, dice el Apóstol, yo corro, nó como á la ventura», sino como á una victoria cierta, y por una corona que pueden conseguirla muchos al mismo tiempo, sin que por esta multiplicidad de vencedores pueda disminuirse la recompensa. Yo combato, nó como quien azota al aire, dice, sino que castigo mi cuerpo por la penitencia, lleno de confianza de que no me mortifico en vano. Aquí el Apóstol, como aparece en el texto griego, alude al combate de los atletas llamado *pugilos;* en el que se agitaban ellos mismos para desentorpecerse, removian los brazos con furor, y azotaban el aire, ántes de llegar seriamente á las manos los unos contra los otros, cuando armados de manoplas guarnecidas de hierro y de plomo, se herian y magullaban el cuerpo á grandes puñadas, hasta que uno de los dos quedase aterrado, y cayese bajo los piés de su antagonista. A esto hace tambien alusion el Apóstol, diciendo que castiga su cuerpo, es decir, que le trata con dureza, que le tiene en sujecion, y como en esclavitud. La palabra griega que corresponde á castigo, espresa la accion de los atletas que se magullaban el rostro á puñadas. Ahora bien, si tanto se hace por una recompensa tan diminuta, por una gloria tan imaginaria; si los paganos nacidos y criados en la licencia y la corrupcion de costumbres, y aunque se diga en la esclavitud de las pasiones, llegan hasta el punto de abstenerse de todos los placeres, y aun puede añadirse de todas las dulzuras de la vida; ¿qué excusa tendrán los cristianos que se entregan en estos dias á tan escandalosos escesos? ¿La cercanía de los ayunos prescritos, el carnaval, dan derecho á la disolucion? ¿dispensan de la penitencia? ¿La condicion tan augusta y tan santa de cristiano, la cualidad de nacion santa, pueblo amado de Dios, raza escogida y privilegiada, bastará para salvarnos? San Pablo previene en esta Epístola contra esta falsa confianza: vosotros no ignorais, continúa el mismo Apóstol, que nuestros padres han estado todos bajo la nube, y que todos han pasado el mar Rojo; que todos han sido bautizados por el ministerio de Moisés en la nube y en el mar; que todos han comido la misma vianda misteriosa: y todos estos beneficios, todas estas maravillas obradas en su favor, no han impedido que la mayor parte de ellas hayan perecido en el desierto por haber desagradado á Dios, despreciando sus preceptos. Hermanos mios, añade, todas estas cosas han sido figuras con respecto á nosotros, á fin de que no nos inclinemos al mal, y que nos aprovechemos de sus ejemplos; y concluye que aquel que cree mantenerse firme, mire no caiga. ¿Queremos nosotros asegurar nuestra salvacion? Sigamos el espíritu y las máximas de la Iglesia.

Bien se ve que san Pablo no pretende hablar aquí del bautismo propiamente dicho; solo quiere dar á entender que lo que pasó entonces, era la figura del bautismo de la ley nueva. La nube que cubria y que conducia á los israelitas durante el dia, y les alumbraba durante la noche, es la figura del Espíritu Santo que por su gracia nos protege, nos dirige y nos ilustra. La salida de Egipto, el fin del cautiverio, el paso del mar Rojo, significa la salida del estado del pecado y de servidumbre en que nos tenia el demonio, y nuestra regeneracion por las aguas del bautismo. Moisés libertador de los israelitas, y mediador entre Dios y su pueblo, es el tipo y la figura de Jesucristo, verdadero libertador del género humano, y mediador por escelencia. El maná que Dios hacia llover caia para todos igualmente. El Apóstol llama á aquel alimento espiritual, ó misterioso, porque era un símbolo que representaba el cuerpo de Jesucristo, dado á los fieles en el misterio de la Eucaristía. Tambien llama espiritual la bebida de los israelitas, porque era igualmente la figura de la sangre de Jesucristo, ofrecida por todos los hombres sobre la cruz, y en el sacrificio de la misa. Todos saben que de mas de seiscientos mil hombres que salieron de Egipto, solo dos, Caleb y Josué, entraron en la tierra prometida: todos los demás perecieron en el desierto.

El Evangelio de la misa de este dia está tomado del capítulo 20 de san Mateo, en donde propone Jesucristo la parábola de los obreros, tomados á jornal para trabajar en la viña, á los últimos de los cuales se les da el mismo salario que á los primeros. Queriendo el Salvador darnos una idea justa de toda la economía de la gracia y de la salud, se sirve de esta parábola para esplicarnos todo este misterio. Figuraos, dice, á un padre de familias que queriendo dar cultivo á su viña, sale muy de mañana, va á la plaza y ajusta jornaleros, á quienes envia allá desde el principio del dia, prometiendo á cada uno de ellos un denario de plata por su jornal. Hácia la hora nona, queriendo multiplicar los obreros para acelerar el trabajo, envia otros, diciéndoles que vayan á trabajar á su viña por el mismo precio. No pareciéndole suficiente este número, vuelve á la plaza tres horas despues, y con las mismas condiciones envia otra nuevo porcion de ellos. En fin, la impaciencia que tiene de ver cultivada toda su viña es tan grande, que sale aun á la tarde, y sin considerar que no quedan mas que dos ó tres horas de dia, habiendo encontrado gentes ociosas: ¿Por qué, les dice, estais aquí todo el dia sin hacer nada? Porque nadie nos ha empleado, le responden. Pues bien, les dice, id tambien á trabajar á mi viña. Es claro que el trabajo de todos estos viñadores no fué igual: trabajaron mucho ménos los unos que los otros, y sin embargo todos recibieron la misma paga. A la tarde, dice el Evangelio, dijo el Señor á su mayordomo: Haz venir á los obreros, y págales comenzando desde los últimos hasta los primeros. Creyeron estos, que habiendo venido

al trabajo ántes que los otros, se les daria alguna cosa mas; pero engañados en su esperanza, no pudieron ménos de dar á conocer su sentimiento: estos hombres, decian, han venido despues que nosotros, no han trabajado mas que una hora, y nosotros hemos trabajado todo el dia: ellos han venido á la tarde cuando ya refrescaba, y nosotros hemos sufrido todo el calor del medio dia; ellos no han hecho mas que presentarse, y nosotros hemos trabajado y sudado doce horas. ¿Qué proporcion, pues, hay entre su trabajo y el nuestro? ¿y sin embargo les dais tanto como á nosotros? Amigo mio, responde el padre de familias, no te hago ningun agravio; el denario de plata que se te da, es cuanto te se debe por tu jornal: ¿no hemos quedado convenidos en esto? Si yo quiero dar á estos últimos tanto como á tí, ¿es hacerte á tí injusticia el hacer yo con ellos lo que me agrade? ¿no soy yo dueño de mis bienes? ¿y no me es permitido disponer de ellos á mi gusto? ¿Has de mirar con ojos malignos y zelosos la ventaja de tu prójimo, como si te robase lo que se le da, y tu malicia ha de impedirme á mí el ser bueno? Así sucederá, concluye el Salvador, que muchos que hubieren venido los últimos ocuparán los primeros puestos, porque son muchos los llamados y pocos los elegidos. No hay cosa mas clara que el sentido de esta parábola.

Este padre de familias es Dios, quien en el momento que tenemos uso de razon, nos convida como desde el principio del dia á trabajar en su viña, esto es, á cultivar nuestra alma por el ejercicio de las virtudes. Se concierta con nosotros en el salario, es decir, en darnos su gloria al fin de la vida, que no es mas que un dia en comparacion de la eternidad. Pocos son tan dichosos, que trabajen por su salvacion tan pronto como pueden hacerlo: no hay edad en la que no deba trabajarse por la salvacion. El Salvador que quiere la salvacion de todos los hombres, se ha dignado reanimar la confianza de los mas grandes pecadores, y hasta de aquellos que habiendo pasado toda su vida, no solo en el olvido de Dios, sino aun en los mayores desarreglos, se encuentran en la última hora. Esta parábola les demuestra que jamás debe desesperarse de la misericordia de Dios, aun cuando se haya envejecido en el pecado, con tal que se convierta de veras á Dios, por mas tarde que se convierta. A la verdad, son raras las conversiones al fin de la vida, y serian aun inciertas, por no decir falsas, si se perseverase en el crímen, en la presuntuosa esperanza de convertirse en sus últimos momentos; pero se llega al fin de la vida, y se está todavía á tiempo de recibir la recompensa, con tal que se trabaje seriamente y con fervor durante la última hora. Dios no mira tanto el trabajo qua se hace, como el fervor con que se trabaja. Los que solo habian trabajado en la última hora, fueron recompensados tan liberalmente como los que habian trabajado todo el dia.

Muchos sabios intérpretes, entre otros Orígenes, san Hilario y san Gregorio, dicen que el Salvador habla tambien aquí de la vocacion y de la predestinacion al Evangelio. Que esta última hora puede significar la venida del Mesías, y que los gentiles convertidos á la fé serán tan liberalmente recompensados como los judíos mas santos en la antigua ley, aunque estos hayan sido llamados desde la primera hora. Debe tambien tenerse entendido que el denario de plata equivalia á diez sueldos de nuestra moneda, y esto era lo que ganaba ordinariamente un hombre de jornal.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Preces populi tui, quæsumus, Domine, clementer exaudi: ut qui juste pro peccatis nostris affligimur, pro tui nominis gloria misericorditer liberemur. Per Dominum.

Os suplicamos, Señor, que oigais benigno los ruegos de vuestro pueblo, á fin de que vuestra misericordia nos libre por la gloria de vuestro nombre de los males con que vuestra justicia nos aflige en castigo de nuestros pecados. Por nuestro Señor, etc.

La Epístola es del capítulo 9 de la primera carta de san Pablo á los Corintios.

Fratres: Nescitis quod ii, qui in stadio currunt, omnes quidem currunt, sed unus accipit bravium? Sic currite ut comprehendatis. Omnis autem, qui in agone contendit, ab omnibus se abstinet: et illi quidem ut corruptibilem coronam accipiunt; nos autem incorruptam. Ego igitur sic curro, non quasi in incertum: sic pugno, non quasi aerem verberans: sed castigo corpus meum, et in servitutem rédigo: ne forte, cum aliis prædicaverim, ipse reprobus efficiar. Nolo enim vos ignorare, fratres, quoniam patres nostri omnes sub nube fuerunt, et omnes mare transierunt, et omnes in Moyse baptizati sunt in nube, et in mari: et omnes eamdem escam spiritalem manducaverunt, et omnes eumdem potum spiritalem biberunt (bibebant autem de spiritali, consequente eos, petra: petra autem erat Christus): sed non in pluribus eorum beneplacitum est Deo.

Hermanos mios: ¿No sabeis que de los que corren en la lid, aunque todos corren, es solo uno el que consigue el premio? Corred vosotros de suerte que lo consigais. Todo el que combate en los juegos públicos, se abstiene de todo. Estos, sin embargo, lo hacen para recibir una corona que se marchita; nosotros para obtener una que nunca se aja. Así, pues, yo corro, nó como quien va á la ventura; combato, nó como quien azota al aire; sino que castigo mi cuerpo y le reduzco á servidumbre: no sea que despues de haber predicado á los demás, sea yo mismo reprobado. Porque no quiero que ignoreis, hermanos, que nuestros padres han estado todos bajo la nube, todos han pasado el mar Rojo; han sido todos bautizados por el ministerio de Moisés en la nube y en el mar; todos han comido la misma vianda misteriosa; todos han bebido la misma bebida espiritual. Bebian en verdad de la piedra misteriosa que les seguia; mas esta piedra era Jesucristo; sin embargo, la mayor parte de ellos desagradaron á Dios, y por esto perecieron en el desierto.

San Pablo toma aquí todo género de medios para empeñar á los corintios en la mortificacion tan necesaria á todos los cristianos; y para confundir nuestra delicadeza, y prevenir las falsas escusas que se oponen á la dificultad de la penitencia, refiere el ejemplo de los que corren en la lid, ó que se ejercitan en la lucha, los cuales para estar

mas dispuestos para conseguir el premio viven austerísimamente.

REFLEXIONES.

Estas gentes se abstienen de todo para recibir una corona que se marchita. ¡Cuántos falsos pretestos destruye esta comparacion y este ejemplo! Si por puros motivos humanos, si por adquirir una gloria tan diminuta, tan superficial, tan corta, si para conseguir una corona de laurel de tan poca duracion, y de un precio tan vil como las hojas, han podido los gentiles sujetarse á una vida tan dura, tan incómoda, tan mortificada; ¿qué puede asegurar á los cristianos cobardes que espantados por las imaginarias dificultades de una vida cristiana, sacrifican todas las dulzuras de una vida santa, una gloria eterna y de un precio infinito, la posesion de un Dios, su salvacion, una felicidad sin límites? Cuando se piensa á sangre fria en la irregularidad estravagante de esta lamentable conducta, le da á uno gana de preguntar, ¿si esta especie de gentes son cristianas, ó si estos indignos cristianos son hombres racionales? Se diria que hay una especie de fascinacion que suspende, por decirlo así, el uso de la recta razon, que embota el entendimiento, é interdice el juicio para todo lo que pertenece á la salud y á la conducta cristiana. Todo espanta, todo disgusta, todo desanima, cuando se trata de vivir conforme al espíritu y á las máximas de la religion, y segun las leyes del Evangelio. Bien puede Dios presentar una felicidad eterna, una gloria pura y sólida; bien puede ofrecer al vencedor de las propias pasiones, de estos enemigos mortales de nuestra salvacion y de nuestro reposo, una corona preciosa que nunca se marchita, que jamás se escluce, una felicidad completa, satisfactoria, perfecta, y todo esto por algunos dias, por algunas horas, por algunos momentos de mortificacion de los sentidos y de las pasiones; sin embargo todo nos choca. Jamás tiene uno bastante salud, es demasiado jóven, está muy ocupado, se trabaja mucho, es muy delicado, ó de una edad muy avanzada; la abstinencia, el ayuno, son superiores á nuestras fuerzas. No traigamos aquí á la memoria, ni el ejemplo de tantos santos mas jóvenes, y mas delicados que nosotros; no recordemos el ejemplo de san Pablo, ni de los atletas: las mismas personas tan jóvenes, tan delicadas, tan atareadas, destruyen con su conducta sus mas especiosos pretestos, y sus mas plausibles escusas. ¿Qué no tiene que sufrir en el ejército aquel jóven tan delicado, aquel hijo de familias en la flor de su edad? La ambicion y el ansia de distinguirse, de adelantarse, y de adquirir nombre, hacen devorar todas las austeridades del servicio. No pide Dios ciertamente tanto de los que le sirven. ¿Qué no influye sobre un jóven corazon el interés y el deseo de hacer fortuna? ¿Qué poder no tiene aun sobre los mismos viejos una pasion violenta? Nada cuesta cuando se trata de satisfacerse uno á sí mismo: ¡vos solo, Dios mio, vos solo pareceis un Señor muy duro á todos estos esclavos del mundo! Se pasan sin quejarse, y casi sin dificultad, los dias enteros sin comer, por hacer la córte á los grandes; se pone en una especie de tortura el cuerpo, para aparecer con un talle terso y agradable; se ayuna rigorosamente, se velan las noches enteras hasta alterar la salud, por asistir á los espectáculos ó al baile, nada se hace cuesta arriba para condenarse. ¿Qué vida mas cruda, mas austera, que la de las gentes de negocios? ¿Y todo es imposible cuando se trata de hacer alguna lijera mortificacion, alguna buena obra, por poco penosa que sea, por la salvacion propia, por una felicidad infinita, por una gloria eterna, por Dios, á quien se le niega todo? La gloria del mundo aunque falsa, aunque frágil, es incompatible con el deleite, con la delicadeza; no se compra sino á costa de trabajo y de peligros: ¿seria justo que no costase nada el obtener la corona inmortal que el Señor nos propone? Infelices esclavos de la ambicion y del interés, ¡cuántas pasiones os veis precisados á mortificar para satisfacer una! Y sin embargo estos honores tras de los que correis, no depende de vosotros el merecerlos; depende aun mucho ménos el obtenerlos despues de haberlos merecido. Sí, yo me atrevo á decirlo, no os costaria tanto, os costaria aun mucho ménos, el asegurarnos una vida exenta de muchos disgustos, una muerte dulce, una felicidad llena y eterna.

El Evangelio de la misa es de san Mateo, cap. 20.

In illo tempore: Dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Simile erit regnum cœlorum homini patrifamilias, qui exiit primo mane conducere operarios in vineam suam. Conventione autem facta cum operariis ex denario diurno, misit eos in vineam suam. Et egressus circa horam tertiam, vidit alios stantes in foro otiosos, et dixit illis: Ite et vos in vineam meam, et quod justum fuerit dabo vobis. Illi autem abierunt. Iterum autem exiit circa sextam et nonam horam: et fecit similiter. Circa undecimam verò exiit, et invenit alios stantes, et dicit illis: Quid hic statis tota die otiosi? Dicunt ei: Quia nemo nos conduxit. Dicit illis: Ite et vos in vineam meam. Cùm sero autem factum esset, dicit dominus vineæ procuratori suo: Voca operarios, et redde illis mercedem, incipiens à novissimis usque ad primos. Cùm venissent ergo qui circa undecimam horam venerant, acceperunt singulos denarios. Venientes autem et primi, arbitrati sunt quòd plus essent accepturi: acceperunt autem et ipsi singulos denarios. Et accipientes, murmurabant adversùs patremfamilias, dicentes: Hi novissimi una hora fecerunt, et pares illos nobis fecisti, qui portavimus pondus diei et æstus. At ille respondens uni eorum, dixit: Amice, non

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: El reino de los cielos es semejante á un padre de familias que salió muy de mañana á fin de tomar trabajadores á jornal para su viña. Convenido con los operarios en un denario de plata por el dia, los envió á su viña. Habiendo salido hácia la hora de tercia, vió otros que estaban en la plaza sin hacer nada, y les dijo: Id tambien vosotros á mi viña y os daré lo que fuere justo, y fuéron allá. Salió tambien á la hora sexta y á la hora nona, é hizo lo mismo. Cerca ya de la hora undécima salió otra vez, y habiendo hallado otros que estaban allí, les dijo: ¿Por qué estais aquí todo el dia sin hacer nada? Ellos le respondieron: Porque no nos han ocupado; y él les dijo: Id tambien vosotros á mi viña. Llegada la noche, el señor de la viña dijo á su mayordomo: Haz venir á los trabajadores y págales, empezando desde los últimos hasta los primeros. Los que habian venido á la hora undécima recibieron cada uno un denario. Acercándose los que habian ido primero al trabajo, creyeron recibirian mas que un denario; y al recibirlo murmuraban contra el padre de familias: Los últimos, le decian, no han trabajado mas que una hora,

facio tibi injuriam, nonne ex denario convenisti mecum? Tolle quod tuum est, et vade: volo autem et huic novissimo dare sicut et tibi. Aut non licet mihi quod volo facere? An oculus tuus nequam est, quia ego bonus sum? Sic erunt novissimi primi, et primi novissimi. Multi enim sunt vocati, pauci verò electi.

y no obstante les has pagado tanto como á nosotros que hemos sufrido el peso del dia y del calor. Mas respondiendo él á uno de ellos, le dijo: Amigo mio, ningun agravio te hago: ¿no te has convenido conmigo en un denario? Toma pues lo que te se debe y marcha. Tengo yo gusto en darle á este último lo mismo que á tí. ¿No me es permitido el hacer lo que yo quiera? ¿ó miras tú con malos ojos el que yo sea bueno? Así sucederá que los últimos serán los primeros, y los primeros vendrán á ser los últimos: porque son muchos los llamados y pocos los elegidos.

MEDITACION.

Sobre las diversiones del carnaval.

Punto primero.—Considera que nada hay mas opuesto al espíritu del cristianismo, que lo que se llaman diversiones del carnaval; no solo porque es un resto del paganismo, sino tambien porque nada hay mas contrario al espíritu de Jesucristo, á las máximas del Evangelio, á la moral cristiana y al ejemplo de los santos. Ya se considere su orígen, y el fin de esta escandalosa licencia de costumbres; ya se reflexione sobre los perniciosos efectos de estos desarreglos y sus consecuencias, nada se encontrará que no deba irritar á un espíritu cristiano, nada que no deba alarmar la conciencia. El mes de enero era profanado por los paganos con regocijos impíos, y con un libertinaje de los mas disolutos en honor de Baco, dios de la borrachera. He aquí el orígen de estas fiestas escandalosas del carnaval. No habiendo podido el demonio impedir la destruccion del paganismo, ha tratado de hacerle sobrevivir en las abominables costumbres de los paganos. Los cristianos de estos últimos tiempos, condenando y aborreciendo la idolatría que choca al espíritu y á la razon, se han familiarizado poco á poco con aquellos usos que mas lisonjean los sentidos. Contentos con mirar con horror el dogma estravagante de los paganos, han adoptado una parte de su moral; y hé aquí el principio de esa licencia de costumbres, de esas comidas sensuales, de esos bailes que son el oprobio de la religion; de esas diversiones de carnaval, orígen funesto de la pérdida de tantas almas. ¿Y se pregunta qué mal hay en presentarse en estas partidas de placer, en estas fiestas de carnaval? ¿no deberia mas bien preguntarse si es posible tomar alguna parte en estas fiestas irreligiosas de carnaval, sin encender la cólera de Dios sobre vosotros y sobre toda vuestra familia? ¡Qué monstruosa contradiccion de creencia y de conducta! Creer todo lo que nuestra religion nos propone para creer en órden á aquellas terribles verdades que han formado tantos penitentes y tantos mártires; en órden á aquellos peligros de perder la inocencia en el mundo, que han poblado los claustros y los desiertos; en órden á la necesidad indispensable y universal de mortificarse continuamente, de macerar la carne, de hacer penitencia para salvarse; en órden, en fin, al alejamiento de las ocasiones de pecar, y al carácter de la vida cristiana: ¿creer todo esto, y gustar de las diversiones de carnaval, y tomar parte en estas diversiones? ¿conoceis bien la irregularidad, la impiedad, la estravagancia de una conducta tan lamentable?

Punto segundo.—Considera la indignidad estravagante de los motivos, todos los mas irreligiosos, los mas frívolos, que sirven de pretestos para el uso escandaloso de las diversiones del carnaval. El ayuno y la penitencia que debe hacerse en el tiempo de Cuaresma, es uno de los principales pretestos para estas licenciosas diversiones. Se debe guardar una abstinencia religiosa, se debe ayunar por espacio de cuarenta dias; es preciso, pues, otros cuarenta dias ántes, indemnizarse con adelanto de esta rigurosa abstinencia: es preciso hacer penitencia de sus pecados durante el santo tiempo de Cuaresma; pues tambien lo es el permitirse toda suerte de escesos, esponer la inocencia á todos los peligros, manchar su alma con mil pecados, conceder á sus sentidos todo género de libertades, abrazar todos los placeres criminales, ántes de hacer esta penitencia. Se debe hacer una vida cristiana durante la Cuaresma, preciso es prevenir este tiempo de regularidad por una vida toda pagana; será necesario guardar los mandamientos de Dios por todo este santo tiempo, tambien lo será el violarlos en las seis semanas que le preceden; habrán de humillarse nuestras cabezas bajo de la ceniza el primer dia de Cuaresma, hágase, pues, ostentacion de un lujo fastuoso durante el carnaval; se deberá, en fin, asistir al sermon en este tiempo de penitencia, saciémonos, pues, con los bailes y con los espectáculos ántes de los dias del arrepentimiento. Dios pide un culto particular durante la Cuaresma, preciso es darle al demonio, durante el carnaval, el que él exigia en otro tiempo de los paganos. Y hé aquí las razones en que se pretende apoyar la licencia que se toma en estos dias de disoluciones; hé aquí con lo que se trata de autorizar un uso, que la menor nocion del Evangelio, la mas lijera tintura de la religion prescribe, reprueba y condena. ¡Qué error, qué estraña ceguera la de los cristianos de nuestros dias, el no ver la indignidad, la irreligion, la impiedad de una conducta tan escandalosa! ¿Y nos quejamos, despues de esto, de los azotes continuos con que Dios castiga al pueblo? ¿Estrañamos ver que la fé se entibia todos los dias? ¿Clamamos contra el pequeño número de los elegidos? Despues de esto ¿se cuenta con algunos ademanes de religion, que no son delante de Dios mas que una visible mojiganga? Y lo que debe todavía escitar mas la indignacion, es que aquellos que mas se entregan á estos desarreglos, á estas disoluciones, á estos escesos, bajo el miserable pretesto del ayuno y de la abstinencia de Cuaresma, son los que no le guardan.

¡Ah Señor! ¡cuál es nuestra ceguera! ¿Pudo darse jamás una locura mas grande ni mas criminal? Ilustrad, Señor, este entendimiento embrutecido por los sentidos; tocad este corazon para hacerle volver de su estravío; dadme vuestra gracia, Dios de misericordia, porque estoy resuelto á reparar con mi conducta verdaderamente cristiana los dias que he pasado hasta aquí como pagano.

Jaculatorias.—Apartad, Señor, mis ojos de todos los

ejemplos peligrosos, y haced que marche con valor por vuestros santos caminos. (Psalm. 118.)

Afirmad, Señor, vuestra ley en el corazon de vuestro siervo, manteniendo en él el temor de desagradaros. (Psalm. 118.)

PROPÓSITOS.

1 Si el deseo de nuestra salvacion, si el zelo de la religion, si la obligacion de dar buen ejemplo nos interesan, tengamos presente que en ningun tiempo como en este deben darse á conocer. Privaos, pues, absolutamente de todas las diversiones profanas; es una práctica de piedad muy agradable á Dios, y muy sobremanera útil, el estar mas retirado, mas devoto, mas mortificado en este tiempo, que en cualquiera otro del año. No solo no tomeis parte en estas diversiones del carnaval, sino tambien privaos durante estos dias hasta de las mas lícitas; vosotros esperimentareis bien pronto cuánto agrada á Dios esta práctica. Aumentad durante el carnaval vuestros ejercicios de piedad: haced un poco mas de oracion, aunque no sea mas que un cuarto de hora. Rezad el oficio parvo de la Santísima Vírgen, y no dejeis de visitar todas las tardes á Jesucristo en el Santísimo Sacramento. Confesad y comulgad con mas frecuencia que lo ordinario.

2 No os contenteis con observar una conducta del todo contraria al espíritu del mundo; inspirad los mismos sentimientos á vuestros hijos, y á todos los que están á vuestro cargo. Inclinadles á que se priven de todo lo que se llama diversiones de carnaval, sobre todo de los bailes y los espectáculos profanos. Las diversiones domésticas pueden permitirse con tal que sean cristianas. Es una industria santa el compensar así á vuestros hijos, por estos pequeños festines entre la familia. Pero lo que es de un gran mérito delante de Dios, es si dais á los pobres lo que hubierais espendido en vuestros placeres, si hubieseis seguido el torrente. ¡Cuántas familias honestas carecen de lo necesario, al paso que se prodiga en banquetes espléndidos lo que bastaria para mantener á muchos! Usad, pues, de esta santa industria.

DOMINGO DE SEXAGÉSIMA.

El domingo de la Sexagésima no tiene otro misterio en su nombre, como ya se ha dicho, que el número de seis semanas hasta el domingo de Pasion, y los cuarenta dias de ayuno para los que no ayunaban los jueves ó los sábados, y que por consiguiente comenzaban la Cuaresma al otro dia del domingo de la Sexagésima.

La Iglesia en la semana de la Septuagésima toma por asunto de los oficios nocturnos la historia de la creacion y de la caida del primer hombre, y en la de la Sexagésima ha elegido en la Escritura la historia de la reparacion del género humano despues del diluvio. La primera contiene la historia del Génesis desde Adan hasta Noé, y esta desde Noé hasta Abraham, comprende la segunda edad del mundo.

La institucion de la Sexagésima ha seguido casi en todas partes á la de la Septuagésima, y pueden las dos considerarse como de una misma antigüedad; mas habiéndose advertido en lo sucesivo que la dispensa del ayuno el jueves ó el sábado, durante la Cuaresma, no tenia mas objeto que el endulzar por esta interrupcion la continuacion del santo ayuno, los Padres del cuarto concilio de Orleans, celebrado en el año de 541, miraron esta templanza como un abuso y una relajacion en la disciplina, y establecieron un cánon por el cual ordenaron la uniformidad en todas las iglesias del reino de Francia para la observancia del ayuno de Cuaresma, conforme al uso de la Iglesia romana, y prohibieron á todo sacerdote ú obispo el indicar ó prescribir el principio de la santa cuarentena al otro dia de la Sexagésima, queriendo que los cuarenta dias de ayuno no fuesen interrumpidos mas que por el santo dia del domingo, el cual siendo mirado en la Iglesia como la octava continua de la fiesta gloriosa de la Resurreccion, es un dia de regocijo, exento por consiguiente del ayuno.

Algunos consideran tambien el domingo de la Sexagésima como un dia consagrado en parte en honor ó á la memoria del apóstol San Pablo. La oracion de la misa está bajo de su invocacion particular, esto es, una súplica hecha á Dios por su intercesion; no se ve otra razon que pueda traerse para la eleccion que la Iglesia ha hecho en este dia de la invocacion de San Pablo, sino porque la estacion de los fieles en Roma está asignada para este dia á la iglesia de este santo Apóstol.

La Epístola de la misa no es otra cosa que la historia ó descripcion que el mismo san Pablo hace á los corintios de sus trabajos evangélicos, de sus sufrimientos, de su arrebatamiento al tercer cielo, de sus tentaciones, y de todo lo que ha creido que convenia decir de sí para oponerlo á la vanidad de los falsos apóstoles, que no omitian nada para hacerse valer y para desacreditar á san Pablo entre los corintios.

No bien hubo el Apóstol salido de Corinto, cuando el demonio, irritado por las prodigiosas conquistas que este Apóstol de las naciones habia hecho para Jesucristo, envió inmediatamente allá sus emisarios. Eran estos unos cristianos en la apariencia muy zelosos, los cuales siendo judíos, querian mezclar las ceremonias de la ley con el Evangelio, y para desacreditar á san Pablo, cuya doctrina no concordaba con la suya, hablaban incesantemente con tanto desprecio de él, como ventajosamente de sí mismos. Se atrevian á sostener que san Pablo era relajado en su moral, y que bajo el pretesto de hacer valer la nueva ley, aniquilaba la antigua. Que no habia recibido su mision ni de Jesucristo, ni de los primeros apóstoles. Que tampoco habia dado prueba alguna de su apostolado; que despreciable por su persona no lo era ménos por sus talentos, y que debian tener por sospechosa su doctrina. Como estos impostores afectaban en lo esterior un aire modesto y estudiado, y se adornaban sin cesar con la máscara de la mortificacion, de piedad y de reforma, imponian á los sencillos, y tenian admiradores y partidarios. Informado san Pablo de los artificios malignos de estos seductores, se creyó obligado á emplear todos los remedios propios para prevenir un tan gran mal, y hacer abrir los ojos á los que habian caido en el lazo. Se vió precisado á descubrir aquellos falsos profetas, y demostrar la autenticidad de su mision; y para esto, á pesar de su profunda humildad, á hacer su elogio, haciendo el compendio de la historia de su vida. Nada hay mas ingenioso como el rodeo que da á la necesidad en que se ve de referir hechos que le hacen tanto honor; nada mas elocuente que la misma sencillez con que habla en su favor. Previene por una humilde y sabia precaucion, lo que pudiera disgustar en el testimo-

nio ventajoso que se ve obligado á dar de sí mismo. Sé yo bien, dice, que no es propio de la sabiduría el elevarse: pero sé tambien que sois sobrado caritativos, y sufriréis un poco mi flaqueza. Porque vosotros que sois sabios sufrís de buena gana á los que no lo son; esto es, siendo, como sois, sabios y moderados, no os debe ser penoso el sufrir mis flaquezas. Vosotros que estais acostumbrados á sufrir los aires imperiosos, las altanerías, las vejaciones de vuestros pretendidos apóstoles; ellos han tratado de esponer vuestra paciencia á pruebas mucho mas duras, que lo que os la espondremos por las alabanzas que nos concederéremos. Yo lo digo para mi confusion, y acaso para la vuestra: al tiempo que mostrais tanta diferencia hácia esos impostores, nos mirais á nosotros como gentes de poco valer y despreciables, porque no os hemos tratado con tanta altanería. Es solo propio de los herejes y de los falsos doctores el ser imperiosos, altivos, y el hablar siempre como gentes inspiradas; al paso que la dulzura, la modestia, la humildad forman el carácter de los verdaderos apóstoles.

Como los falsos profetas se gloriaban de su nacimiento, de su zelo y de los trabajos que se jactaban de haber sufrido por Jesucristo, san Pablo les da en cara con el pormenor conciso de lo que ha hecho y sufrido en las funciones de su ministerio. Vuestros pretendidos apóstoles, dice, se alaban de que son judíos, yo tambien lo soy; se llaman hijos de Abraham, y yo tambien; se dicen ministros de Jesucristo, yo tambien lo soy aun mas que ellos, porque he sufrido mas trabajos y mas prisiones, he sido maltratado con esceso, y en muchos lances me he visto á pique de perder la vida. Cinco veces he recibido de los judíos treinta y nueve azotes; tres veces he sido golpeado con varas, es decir, que los judíos me han hecho azotar cinco veces, y como la ley les prohibia el dar mas de cuarenta golpes, para no ponerse en peligro de violarla no pasaban jamás del número de treinta y nueve por delicadeza de conciencia. He sido golpeado con varas por los romanos; porque estos se servian con mas frecuencia de varas, así como los judíos se servian ordinariamente de correas. En seguida continúa el santo Apóstol refiriendo todos los peligros que ha corrido, y lo que ha tenido que sufrir de parte de los falsos hermanos. Como el ministerio de Jesucristo y de sus apóstoles es un ministerio de trabajo, de persecucion y de sufrimiento, san Pablo prueba por aquí la verdad de su mision y de su apostolado. Al dar el Hijo de Dios la mision á sus discípulos, les habia dado el poder de hacer milagros, y les habia predicho que tendrian que sufrir persecuciones. (Matth. 10.) San Pablo presenta estas dos pruebas de su apostolado cuando dice á los corintios: Yo os he ofrecido las señales de mi apostolado, por una paciencia á prueba de todo, por los milagros, los prodigios, otras tantas pruebas del poder divino. Forma luego un pormenor largo de los trabajos de su zelo infatigable y de su caridad inmensa; he sido apedreado una vez; he naufragado tres veces; he estado un dia y una noche en la profundidad del mar. San Crisóstomo y santo Tomás creen que el Apóstol estuvo un dia y una noche en medio del mar despues de un naufragio, habiéndose visto obligado todo este tiempo ó á nadar, ó á sostenerse sobre algunos restos del navío, combatiendo contra las olas, los vientos y la muerte misma. Añadid á todo esto el cuidado de todas las Iglesias y la multitud de negocios de que estoy como sitiado. Además lo que sufre mi corazon por el ardor de mi caridad con todos y de mi zelo. ¿Quién hay que desfallezca, que no me haga á mí desfallecer? ¿quién da una caida, un paso falso, que no me ocasione un dolor intenso?

Yo sé, continúa, que vuestros falsos profetas se vanaglorian eternamente de que son favorecidos de Dios, y tratan de sorprenderos con la relacion pomposa de sus pretendidas revelaciones. Sabed, hermanos mios, que Dios no se comunica á aquellos que no tienen su espíritu, y que no se someten á la Iglesia. Pero pues que ellos tratan de sorprenderos con hechos supuestos, me veo obligado á descubrirme á vosotros, debiendo yo á Dios los favores singulares de que me ha colmado, y que yo habia resuelto sepultar en un eterno silencio. Porque si yo hubiese de gloriarme, no lo haria por mi voluntad mas que de las cosas que me humillan. No me es decente, añade, el gloriarme; mas pues me veo precisado á ello por la necesidad de defenderme contra mis calumniadores, yo traeré aquí con toda la sinceridad de que Dios es testigo, lo que pasó de estraordinario en mí hace catorce años, cuando fuí elegido con Bernabé para predicar el Evangelio á las naciones y á los diferentes pueblos. Aquí la molestia y el trabajo que costaba á san Pablo el hablar de sus revelaciones, le hacen hablar en tercera persona. Es una gran disposicion para recibir de Dios las gracias mas singulares el saberlas sepultar en un silencio tan largo. Y ciertamente, despues de catorce años concedidos á la humildad, era muy justo que el Apóstol concediese tambien alguna cosa á la caridad, y á la edificacion de sus hermanos y aun de toda la Iglesia.

Yo sé, dice, que un hombre consagrado á Jesucristo fué arrebatado hace catorce años hasta el tercer cielo: si esto fué con el cuerpo, ó sin el cuerpo, es decir, en un éxtasis, esto es lo que yo no sé; Dios lo sabe. Yo solamente sé que él ha oido cosas llenas de misterios de las que no es lícito á un hombre hablar. San Agustin y muchos santos Padres creen que las cosas misteriosas que san Pablo habia visto ú oido, eran superiores al alcance del entendimiento humano, y que una lengua humana no hubiera jamás podido espresar ni dar una justa idea de ellas. Que el tercer cielo adonde fué arrebatado es la mansion de los bienaventurados, segun los judíos, y que Dios le descubrió allí los mas secretos misterios de la religion cristiana, que ciertamente son superiores al concepto y á las espresiones de los entendimientos mas sublimes y mas sutiles. Sin embargo, como en esta relacion de los favores celestiales el santo Apóstol no perdia nunca de vista la humildad, su virtud favorita, añade que en medio de todos estos insignes favores, de que el Señor le ha colmado, le ha dejado el aguijon de la carne, que le ha hecho conocer su flaqueza, y que sirve de contraveneno á todos los sentimientos de la vanidad. El parecer mas comun es que por esta espresion metafórica ha querido el santo Apóstol indicar las rebeliones de la carne, de que los mayores santos no siempre están exentos; queriendo Dios darles por medio de esta humillacion un ejercicio de paciencia y de mérito, y poner su virtud, aun la mas relevante, al abrigo del orgullo. Dios se sirve de la tentacion para impedir que uno se infle con sus dones; y se sirve tambien de la humilde disposicion de una alma á quien favorece, para confundir el orgullo del tentador y disipar sus esfuerzos. San Crisóstomo y algunos antiguos han creido que el Apóstol ha pretendido hablar,

bajo de esta metáfora, de las persecuciones, de las aflicciones y de las contradicciones que el demonio le suscitaba en la predicacion del Evangelio; pero la primera interpretacion es mas universalmente seguida. San Pablo dice que ha rogado muchas veces al Señor que le librase de una tentacion tan importuna, y que el Señor le ha respondido que le bastaba su gracia. Dios permite al demonio que nos tiente; pero no sufre jamás que seamos tentados sobre nuestras fuerzas, y siempre proporciona sus ausilios á los esfuerzos de nuestros enemigos. Dios nos es fiel en la tentacion combatiendo con nosotros; nos es fiel despues de la tentacion coronando nuestras victorias: seámosle fieles por nuesta parte, combatiendo con valor y atribuyéndole la gloria del combate; pero para esperimentar el ausilio de la gracia que Dios no niega jamás á nadie, no nos espongamos temerariamente á la tentacion.

El Evangelio de la misa de este dia está tomado del capítulo 8 de san Lucas. Habiendo llegado el Salvador á la orilla del lago de Genezareth que se llamaba el mar de Galilea, se reunió inmediatamente al rededor de él una gran multitud que venia de todas las poblaciones vecinas, de tal modo que se vió precisado á entrar en una barca, que estaba bogando, y habiéndose sentado en ella, comenzó á instruir á aquella muchedumbre de oyentes esparcidos por la ribera. Su modo de enseñarles, como ya se ha dicho, era el proponerles parábolas tan agradables como útiles; por medio de estas comparaciones familiares les representaba como en un cuadro las diversas disposiciones y los estados diferentes de las almas, de una manera tan inteligible aun á los entendimientos mas groseros, que cada uno comprendia lo que queria enseñarles. Hé aquí la primera parábola que propuso.

Salió el que siembra para sembrar su grano en la tierra: mas habiendo caido una parte de la semilla en el camino real, luego la pisaron los viajeros, ó se la comieron los pájaros. Otra habiendo caido en un paraje muy pedregoso, en donde el grano tenia poca tierra, creció inmediatamente, pero sin haber profundizado; mas apenas salió el sol, el bochorno abrasó la yerba, y la secó por falta de raices. Otra parte cayó en un sitio lleno de espinas, y habiendo crecido las espinas la sofocaron; por fin, habiendo caido el resto de la semilla en buena tierra, echó raices el grano, arrojó y produjo tan buenas espigas y tan llenas, que algunas dieron ciento por uno, otras sesenta, y otras treinta.

Despues de esto, alzando mas la voz pará llamar la atencion de sus oyentes y hacerles notar estas últimas palabras, que concluian la parábola y contenian el sentido de ella: Hablo á todos, les dice, pero principalmente á aquellos á quienes el Espíritu Santo abre los oidos del corazon para entender lo que digo y penetrar su misterio. Esto dió ocasion á los discípulos cuando estuvieron solos con el Salvador, para preguntarle por qué cuando hablaba al pueblo se servia de parábolas. Para que este pueblo grosero, les respondió, y poco dócil, pueda comprender mejor unas verdades y una moral que mira como estraña, y que son superiores al alcance del entendimiento. Porque el don de entendimiento, añadió, no es dado á todos; yo os lo he dado á vosotros con preferencia á muchos otros, porque os he elegido para instruir á todo el mundo, para llevar las luces de la fé, y para predicar mi Evangelio á todo el universo. Los conocimientos puros y perfectos se comunican solo á las almas dóciles que desean verdaderamente ser instruidas, y que están siempre prontas á escuchar á Dios y aprovecharse de todas las luces que reciben. Solamente á estas almas así dispuestas, á estas almas puras, como lo sois vosotros, es á quienes es dado el penetrar las verdades de la fé y las máximas de la nueva ley. Además, si yo hablo en figuras á este pueblo, añadió, es á causa del abuso voluntario que hace de las gracias y de los beneficios de Dios, pues que oyendo todos los dias mis instrucciones no se hacen mejores ni mas dóciles. Se contentan con escucharme; pero sin fatigarse por poner en práctica lo que oyen: y á fin de que sean ménos escusables y puedan retener mejor al ménos las verdades que les enseño, me sirvo de comparaciones las mas sensibles. Mas su indocilidad con todo esto verifica lo que ha dicho el profeta Isaías: Oireis con vuestros oidos y no oireis; vereis con vuestros ojos y no vereis, puesto que despues de haber oido no han hecho nada de lo que les he enseñado. Por lo que hace á vosotros, dad gracias á Dios porque se os ha dado á conocer el reino de Dios, es decir, todo el fondo de la doctrina evangélica: á vosotros, digo, que abrís los ojos á la luz y ansiais el ser instruidos; pero por lo que hace á aquellos que miran la verdad con indiferencia, la tienen delante de los ojos sin conocerla, la oyen sin comprenderla.

Por mas fácil que fuese esta parábola, todavía se dignó el Salvador esplicarles el sentido moral de ella: la semilla es la palabra de Dios, el grano es escelente, pero encuentra muy poca buena tierra. Los unos escuchan la palabra de Dios con un espíritu disipado, con un corazon abierto, como un camino real á todo género de objetos, donde continuamente se admiten los vanos fantasmas del mundo. El demonio que los observa y que procura prevalerse de su mala disposicion, arrebata tambien con facilidad de su corazon la divina semilla, como los pájaros se llevan el grano que se encuentra en los caminos. Hay otros oyentes un poco mas atentos, pero cuyo corazon es semejante á las tierras pedregosas en donde el trigo no puede echar raiz. Otros hay que no se hacen del todo sordos á la palabra de Dios, ella les entra por el oido y aun hasta el corazon; pero es muy pronto sofocada en él por los cuidados punzantes de los bienes criados por los incentivos del deleite y por las espinas inseparables del amor, del placer y de las riquezas. En fin, hay almas puras, fervorosas y bien dispuestas, que semejantes á las tierras fértiles, jamás reciben en vano la palabra de Dios. Brota inmediatamente y produce en ellas una cosecha de las mas abundantes. No solo se entiende en esta semilla divina la palabra de Dios que nos anuncian sus ministros; tambien se entiende aquella palabra de Dios interior, la gracia que es la única que puede dar eficacia á la palabra esterior. Recibamos esta preciosa semilla con un corazon recto y bien dispuesto, con un deseo ardiente y eficaz de ponerla en práctica; seguramente ella producirá fruto céntuplo. Conservemos esta divina semilla, no dejemos á los pájaros que nos la roben, esto es, estemos alerta contra las astucias y los esfuerzos del demonio, contra los asaltos impetuosos de las pasiones, contra la sedicion de nuestro propio corazon, contra la violencia de las persecuciones, contra los artificios de nuestro amor propio. Seamos fieles en seguir las santas inspiraciones, generosos para poner en práctica

lo que Dios nos dice y nos manda, suframos con paciencia las contradicciones y esperemos tranquilos el tiempo de la recoleccion.

La oracion de la misa de este dia es como sigue :

Deus qui conspicis quia ex nulla nostra actione confidimus : concede propitius, ut contra adversa omnia Doctoris gentium protectione muniamur. Per Dominum...

Señor, que veis que no ponemos nuestra confianza en nuestras propias obras, concedednos benigno, que la proteccion del Doctor de las naciones nos fortifique contra todos los males que nos rodean. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capitulo 11 de la primera carta del apóstol san Pablo á los Corintios.

Fratres : Libenter suffertis insipientes : cùm sitis ipsi sapientes. Sustinetis enim, si quis vos in servitutem redigit, si quis devorat, si quis accipit, si quis extollitur, si quis in faciem vos cædit. Secundum ignobilitatem dico, quasi nos infirmi fuerimus in hac parte. In quo quis audet (in insipientia dico) audeo et ego : Hebræi sunt, et ego : Semen Abrahæ sunt, et ego : Ministri Christi sunt (ut minus sapiens dico) plus ego : in laboribus plurimis, in carceribus abundantius, in plagis supra modum, in mortibus frequenter. A Judæis quinquies, quadragenas, una minus, accepi. Ter virgis cæsus sum, semel lapidatus sum, ter naufragium feci, nocte et die in profundo maris fui, in itineribus sæpe, periculis fluminum, periculis latronum, periculis ex genere, periculis ex gentibus, periculis in civitate, periculis in solitudine, periculis in mari, periculis in falsis fratribus : in labore et ærumna, in vigiliis multis, in fame et siti, in jejuniis multis, in frigore et nuditate : præter illa quæ extrinsecus sunt, instantia mea quotidiana, sollicitudo omnium Ecclesiarum. Quis confirmatur, et ego non infirmor ? Quis scandalizatur, et ego non uror? Si gloriari oportet : quæ infirmitatis meæ sunt, gloriabor. Deus et Pater Domini nostri Jesu Christi, qui est benedictus in secula, scit quod non mentior. Damasci præpositis gentis Aretæ regis custodiebat civitatem Damascenorum, ut me comprehenderet : et per fenestram in sporta demissus sum per murum, et sic effugi manus ejus. Si gloriari oportet (non expedit quidem) : veniam autem ad visiones, et revelationes Domini. Scio hominem in Christo ante annos quatuordecim (sive in corpore, nescio, sive extra corpus, nescio, Deus scit) raptum hujusmodi usque ad tertium cælorum ; et scio hujusmodi hominem (sive in corpore, sive extra corpus, nescio, Deus scit) quoniam raptus est in Paradisum : et audirit arcana verba, quæ non licet homini loqui. Pro hujusmodi gloriabor : pro me autem nihil gloriabor, nisi in infirmitatibus meis. Nam, et si voluero gloriari, non ero insipiens : veritatem enim dicam : parco autem, ne quis me existimet supra id, quod videt in me, aut aliquid audit ex me. Et ne magnitudo revelationum extollat me, datus est mihi stimulus carnis meæ angelus Satanæ, qui me colaphizet. Propter quod ter Dominum rogavi ut discederet a me : et dixit mihi : Sufficit tibi gratia mea : nam virtus in infirmitate perficitur. Libenter igitur gloriabor in infirmitatibus meis, ut inhabitet in me virtus Christi.

Hermanos mios: Vosotros que sois sabios, sufrís llenos de bondad á los que no lo son ; puesto que si se os reduce á servidumbre, si se os dévora, si se os despoja, si alguno se levanta contra vosotros, si os da de bofetadas lo sufrís. Hablo no con tan nobles sentimientos, y como si en esta parte nos hubiésemos portado con flaqueza. De cualquiera cosa que alguno se atreva á jactarse (hablo como un necio), tambien me atrevo á alabarme. Son hebreos, yo tambien ; son israelitas, y yo ; son hijos de Abrahan, yo lo mismo ; son ministros de Jesucristo (hablo como un hombre que apenas sabe), yo lo soy todavía mas que ellos, porque he sufrido mas trabajos y mas prisiones, porque he sido maltratado con esceso, y me he visto en muchos lances á punto de morir. Por cinco veces he recibido treinta y nueve azotes de parte de los judios ; tres veces he sido golpeado con varas; una vez he sido apedreado; he estado un dia y una noche en la profundidad del mar; he hecho multitud de viajes, y corrido peligros en los rios, peligros de ladrones, peligros de parte de mi nacion, peligros de parte de los gentiles, peligros en las ciudades, peligros en la soledad, peligros en el mar, peligros entre los falsos hermanos, en la fatiga y en la miseria, en las vigilias sin descanso, en el hambre y en la sed, en los ayunos continuos, en el frio y en la desnudez : además de todo esto que es esterior, la multitud de negocios que me oprimen diariamente en el cuidado de todas las Iglesias. ¿Quién desfallece, que no me haga á mí desfallecer? ¿Quién da un paso falso, que no me cause un dolor intenso? Si es preciso gloriarse, por mí no me gloriaria sino de las cosas que me humillan ; Dios que es Padre de Jesucristo nuestro Señor, y que es bendito en todos los siglos, sabe que no miento. El que mandaba en el pais de Damasco, en nombre del rey Aretas, hacia guardar las puertas de la ciudad para prenderme ; pero se me bajó en una espuerta por una ventana que daba á la muralla, y así me escapé de sus manos. Si hay necesidad de gloriarse (en verdad no es conveniente) vendré á las visiones y á las revelaciones del Señor. Yo sé que un hombre consagrado á Jesucristo fué arrebatado hace catorce años al tercer cielo (si fué con el cuerpo ó sin el cuerpo, no lo sé ; Dios lo sabe). Sé que este mismo hombre (si con el cuerpo ó sin el cuerpo, no lo sé ; Dios lo sabe) ha estado en el Paraiso, y ha oido cosas llenas de misterio de que no es lícito á un hombre el hablar. Por un hombre semejante yo me gloriaré ; mas por lo que hace á mí, no me gloriaré mas que en mis humillaciones. Por lo demás si quisiera gloriarme, no seria una necedad, porque diria la verdad. Pero me guardo bien de hacerlo para que nadie conciba de mí una idea ventajosa por lo que vea, ó por lo que oiga en mi favor. Y para que estas grandes revelaciones no me engrian,

se me ha dado el aguijon de mi carne, como un ángel de Satanás, para que me abofetee. Por esto he rogado al Señor por tres veces que le apartase de mí; y él me ha dicho: Te basta mi gracia; porque la virtud se aumenta en la enfermedad. Me gloriaré, pues, de buena gana de mi flaqueza, á fin de que la virtud de Jesucristo habite constantemente en mí.

Esta segunda carta á los corintios la escribió san Pablo hácia la mitad del año 57 de Jesucristo, cerca de un año despues de la primera. Si san Pablo se vió obligado para confundir á sus calumniadores, á referir muchas cosas en alabanza suya, tambien en la misma relacion forzada de lo que le hace honor, se encuentran señales sensibles de su profunda humildad.

REFLEXIONES.

Es asombroso que san Pablo, este vaso de eleccion, este Apóstol de las naciones, esta brillante lumbrera de la Iglesia, que habia bebido en el seno de Dios mismo, por decirlo así, en el cielo, la doctrina que enseñaba, que este doctor de los fieles, tan recomendable por sus trabajos por Jesucristo, tan respetable por el esplendor de su santidad, tan célebre por el número infinito de sus milagros, haya tenido calumniadores, y que para prevenir la seduccion se haya visto en la necesidad de justificarse, y obligado á probar su mision y la autenticidad de su apostolado con razones y hechos incontestables. Esto prueba que el hombre enemigo que siembra la zizaña, sigue de cerca al padre de familias que siembra el buen grano en su campo; y que los falsos doctores son cuasi tan antiguos en la Iglesia como los verdaderos apóstoles. Se debe tambien esperar que mientras hubiere en la Iglesia verdaderos apóstoles, habrá en todos tiempos seductores que pondrán en movimiento todos sus artificios para seducir á los pueblos. Lo que hay mas que temer es la semejanza de los medios de que se sirven los unos y los otros para llegar á sus fines bien poco semejantes. Los verdaderos apóstoles no trabajan mas que por la gloria de Jesucristo; los falsos doctores no buscan mas que la suya, y sus propios intereses, por mas desinterés que aparenten. Puede aun asegurarse que los artificios de estos son mas imponentes que el celo mas puro de aquellos; nada se asemeja mas á la verdadera caridad que el falso celo, no hay ninguna cosa que sea mas insinuante ni que mas sorprenda. Como el espíritu de Dios es el que anima á los verdaderos apóstoles, su caridad es dulce, pacífica, uniforme, compasiva; su celo es ardiente, pero nó amargo ni tumultuoso; ellos dan al alma la paz que la anuncian; no hay nadie escluido para ellos; la salvacion de sus contrarios es tambien objeto de su celo; se hacen todo para todos, para ganarlos todos para Jesucristo; al paso que el celo de los falsos doctores, animado siempre de un espíritu de partido, está por lo comun lleno de hiel, es impetuoso, turbulento, siempre acompañado de una odiosa aceptacion de personas, siempre apasionado y siempre falso. La pasion puede muy bien contrahacer la virtud, pero nó imitarla. Como las esterioridades son necesarias para imponer el falso celo, imita artificiosamente todo lo que es capaz de engrosar su partido y engañar: modestia estudiada, mortificacion esterior, aire recogido, devocion artificial, maneras afectadas, tono compungido, lamentaciones eternas sobre la relajacion de las costumbres, de la moral y de la disciplina, limosnas capciosas, buenas obras de brillo; todo se pone por obra para disfrazarse los lobos que tiran al rebaño. Bien pueden ladrar los perros que le guardan; los pastores mercenarios emplean la fuerza y el crédito para alejarles y hacerles callar. Mentiras, calumnias, falsos retratos, todo se emplea para hacer pasar los mas santos doctores, los apóstoles mas celosos de Jesucristo por unos impostores é hipócritas. San Pablo no era, al decir de estos calumniadores, sino un enemigo de la ley, un hombre ambicioso, un apóstol sin mision, un hablador sin genio. Para hacer su retrato, empleaban los colores mas negros y horrorosos. No teniendo nada que decir contra sus costumbres, se paran hasta en el tono desagradable de su voz, hasta en la irregularidad de su estatura. Con tal que se le desacredite en el ánimo de los corintios, nada les importa el camino ó el motivo con que lo hagan, al paso que estos partidarios del error no cesan de ensalzar á los que son de su cábala. Todo aquel que les escucha es santo, todo el que les sigue es perfecto. Este espíritu de partido caracteriza todos los herejes. Tales han sido los arrianos, los nestorianos, los eutiquianos, los pelagianos y todos los sectarios de los primeros y de los últimos siglos. La máscara impone, es verdad, pero no es difícil distinguir las gentes enmascaradas. El disfraz solo engaña á aquellos que no miran mas que de léjos. Una modestia sin artificio, una humildad sin simulacion, un celo puro y sin pasion, una caridad benéfica que no escluye á nadie de sus beneficios, una piedad humilde, generosa, constante, quitan la máscara al fariseismo. Jamás se vió un apóstol de Jesucristo, fiero, orgulloso, duro con los demás, indulgente consigo mismo. Mas no es maravilla, añade san Pablo, que siendo esta especie de falsos apóstoles operarios artificiosos, tomen la apariencia de apóstoles de Jesucristo: si el mismo Satanás toma tambien alguna vez la apariencia de ángel de luz, no es estraño que sus ministros tomen la apariencia de ministros santos: el fin de todos estos será tal como sus obras.

El Evangelio de la misa es tomado del cap. 8 de san Lucas.

In illo tempore: Cum turba plurima convenirent, et de civitatibus properarent ad Jesum, dixit per similitudinem: Exiit, qui seminat, seminare semen suum: et dum seminat aliud cecidit secus viam, et conculcatum est, et volucres cœli comederunt illud. Et aliud cecidit supra petram, et natum aruit, quia non habebat humorem. Et aliud cecidit inter spinas, et simul exortæ spinæ suffocaverunt illud. Et aliud cecidit in terram bonam, et ortum

En aquel tiempo: Habiéndose reunido una gran multitud de que todas las poblaciones corrian á Jesus, les habló así en parábola: Salió un sembrador para sembrar su grano, y cuando sembraba, una parte cayó cerca del camino, fué pisado, y los pájaros del cielo se lo comieron: otra cayó en un paraje pedregoso, y apenas nació se secó, porque le faltaba jugo: otra cayó entre espinas, y creciendo al mismo tiempo con él las es-

fecit fructum centuplum. Hæc dicens, clamabat: Qui habet aures audiendi, audiat. Interrogabant autem eum discipuli ejus, quæ esset hæc parabola. Quibus ipse dixit: Vobis datum est nosse mysterium regni Dei, ceteris autem in parabolis: ut videntes non videant, et audientes non intelligant. Est autem hæc parabola. Semen est verbum Dei. Qui autem secus viam: hi sunt, qui audiunt: deinde venit diabolus, et tollit verbum de corde eorum, ne credentes salvi fiant. Nam qui supra petram: qui cum audierint, cum gaudio suscipiunt verbum; et hi radices non habent: qui ad tempus credunt, et in tempore tentationis recedunt. Quod autem in spinas cecidit: hi sunt, qui audierunt, et à sollicitudinibus, et divitiis, et voluptatibus vitæ euntes, suffocantur, et non referunt fructum. Quod autem in bonam terram: hi sunt, qui in corde bono et optimo audientes verbum retinent, et fructum afferunt in patientia.

pinas, le sofocaron: la otra parte cayó en buena tierra, y habiendo nacido, dió un fruto centuplicado. Dicho esto, clamaba en alta voz: El que tenga oidos para oir, que oiga. Sus discípulos, oido esto, le preguntaron qué era lo que significaba esta parábola, y él les dijo: A vosotros se os ha concedido el que conozcais el misterio del reino de Dios; pero á los demás solo en parábolas, de suerte, que viendo no vean, y oyendo no entiendan. Oid, pues, lo que significa la parábola. La semilla es la palabra de Dios. Los que están cerca del camino, son los que la oyen; pero viene en seguida el demonio y quita de su corazon la palabra, no sea que creyendo se salven. Los que reciben la semilla sobre un terreno pedregoso, son los que habiendo oido la palabra la reciben con alegría, mas no tiene en ellos raices en que prender, porque creen un tiempo, y sucumben en el tiempo de la tentacion. La que cayó entre las espinas, son aquellos que han oido la palabra de Dios; pero que ellos mismos la sufocan sin dejarla producir fruto, entregándose demasiado á los cuidados, las riquezas y los placeres de la vida. En fin, la que cae en buena tierra, son aquellos que, habiendo oido la palabra con un corazon recto y bien dispuesto, la conservan y recogen el fruto por la paciencia.

MEDITACION.

De los obstáculos que impiden á la gracia el producir sus efectos.

Punto primero.—Considera que la gracia es una semilla fértil, capaz de producir ciento por uno. Como recibe su virtud de los méritos infinitos de Jesucristo, no debe estrañarse qué sea tan poderosa. Consideremos todo lo que los santos han hecho de grande, de sorprendente, de maravilloso, todos los prodigios de valor, de magnanimidad, de paciencia que admiramos en tantos millones de mártires; todos los milagros de penitencia que no podemos admirar bastante en el número prodigioso de religiosos y de solitarios: jóvenes doncellitas de doce años desafiar los mas espantosos tormentos, reirse de los mas crueles suplicios, todas estas maravillas tan superiores á las fuerzas de la naturaleza son los efectos de la gracia omnipotente del Salvador. Ella es la que ilumina al alma con aquella luz sobrenatural, á favor de la que el entendimiento mas grosero, el mas oscuro, penetra sin trabajo los misterios de la fé mas incomprensibles, y descubre el sentido de todas las grandes verdades que no se ven claramente sino en el cielo; ella es la que desenvuelve todos los secretos del corazon humano y todas las astucias del enemigo de la salvacion; ella es la que disipa los prestigios de los sentidos, la que doma las pasiones mas fuertes, la que confunde todos los artificios del amor propio, ella en fin es la que inspira aquel disgusto tan absoluto de los bienes, de los honores, de los falsos placeres de esta vida, al paso que produce un gusto tan vivo y tan esquisito de los bienes de la eternidad. Hé aquí los efectos ordinarios de la gracia. Ella es el grano misterioso que el Padre de familias no cesa de sembrar todos los dias en nuestro corazon. Ella no ha perdido su virtud: ¿en qué consiste que no produce cuasi nada en nuestra alma? ningun valor en los peligros, ninguna fortaleza en los combates, ninguna fidelidad en las tentaciones, ninguna perseverancia en el bien, ningun fervor en el ejercicio de la penitencia. Las máximas del mundo se hallan establecidas en todos los estados, el espíritu del mundo gobierna en todas partes, la piedad cristiana está proscrita, está desterrada de todo lo que se llama gran mundo. ¿Dónde está, pues, la virtud de la gracia? y si está sembrada abundantemente en todas las condiciones, en todos los estados; si la gracia no falta á nadie, ¿de dónde viene que apenas produce? La corrupcion de costumbres es cuasi general; la molicie, la indevocion, el libertinaje, se observan hoy en todas las edades: veamos cuáles son los obstáculos que impiden brotar á este grano misterioso.

Punto segundo.—Considera que los obstáculos que impiden á la gracia de germinar y producir están todos en nosotros mismos. No nos servimos de nuestra libertad sino para hacerla estéril. La dureza de nuestro corazon, la disipacion de nuestro espíritu, están figurados por las piedras y el camino público de que habla el Salvador, y sobre el cual cae el grano, el cual no estando cubierto con la tierra, se lo llevan los pájaros del cielo. La sequedad le impide brotar, ó si nace, se seca inmediatamente por falta de jugo: ¿quién no ve que estos son los obstáculos ordinarios y comunes, causa necesaria de la esterilidad de la gracia? Pero los mayores obstáculos, sobre todo en estos dias de licencia y de escesos, son las diversiones tan poco cristianas que el demonio ha introducido, y que el mundo ha adoptado como conformes á su espíritu y á sus máximas. Estas son las espinas que sofocan el buen grano. La gracia no falta en estos tiempos licenciosos; Dios no deja de hablar al corazon, toca, urge, solicita. ¡Qué de piadosos movimientos, qué de pensamientos saludables nos inclinan á privarnos de estas diversiones perniciosas, de esos placeres emponzoñados, de esas reuniones donde todo ablanda el corazon, donde todo tienta! Pero ¿se reciben con docilidad estas santas inspiraciones? ¿Se escucha esta voz? ¿Se huye de estos lazos? ¡Ah! Se espone, por el contrario, se corre al peligro, se arrojan con plena deliberacion al precipicio. Se multiplican los festines, nada se nie-

ga á la sensualidad, se corre á los bailes, á los espectáculos. Todo lo que el lujo tiene de mas artificioso, todo lo que el artificio tiene de mas seductivo, todo lo que hay de mas tentador, todo se pone en movimiento. El carnaval es el tiempo del reinado de las pasiones; no solo no se las incomoda, se las deja toda la libertad, se las lisonjea. ¿Y se quiere que la gracia despliegue toda su virtud? ¿Se estraña que la gracia no produzca nada? ¿Se lamenta su debilidad? Quejémonos de nuestra pura malicia; nosotros solos somos los artificios de nuestra reprobacion. ¿Qué conciencia tan pura, qué alma tan inocente, qué corazon tan virtuoso, qué hombre tan cristiano hay, que no se pervierta en medio de las fiestas del carnaval, si se halla en ellas? Los solitarios que han envejecido en los desiertos, los religiosos mas fervorosos que han pasado su vida en los mas santos ejercicios de la penitencia, los santos de primer órden, no creerian poder resistir al torrente, preservarse del fuego, conservar un solo dia su inocencia, si se hallasen en estas fiestas licenciosas; ¿y las gentes del mundo, mas flacas, mas susceptibles del contagio, la mayor parte ya medio vencidas, esperarán conservar allí la gracia?

Vuestra gracia, Señor, es la que me da á conocer estos peligros: haced, Señor, que sea eficaz. Estoy resuelto á no ponerle ya obstáculos; concededme una gracia todavía mas eficaz, y haced que tenga todo su efecto.

JACULATORIAS.—Señor, dadme de esta agua, para que no tenga ya mas sed. (Joan. 4.)

Con el ausilio de vuestra gracia, Señor, combatiremos con esfuerzo, y vos destruireis á nuestros enemigos. (Psalm. 59.)

PROPOSITOS.

1 Nada hay tan precioso como la gracia; no os espongais al peligro de perderla. Es una semilla estimable; cultivad con cuidado vuestro corazon, y arrancad de él todo lo que puede impedir á este grano celestial el que germine y produzca el ciento por uno. La cultura del corazon se hace arrancando las espinas y ejercitándose en la mortificacion. Los mayores obstáculos á la gracia están en el corazon. Los abrojos nacen en él con abundancia, y por lo mismo es preciso echar mano del hierro y del fuego: el hierro de la penitencia, el fuego del amor de Dios. La mortificacion de nuestros deseos es una penitencia muy saludable. Reprimid con generosidad el amor del placer, la inclinacion á satisfacer vuestros sentidos, vuestras pasiones, vuestro amor propio. Procurad, sobre todo en este tiempo, aplicaros á la mortificacion interior, sacrificando generosamente todo lo que puede servir de obstáculo á las operaciones de la gracia; las espinas sufocan el buen grano.

Privaos, principalmente, de todas las fiestas del carnaval, de todas las diversiones profanas. Mirad los bailes como las bacanales de los paganos; los espectáculos, la comedia, la ópera, como una escuela de profanidad, y el famoso escollo de la inocencia: no permitais jamás que ni vuestros hijos, ni vuestros domésticos se presenten allí; inspiradles horror á todo esto. Es una práctica de piedad muy útil, dar á los pobres el dinero que se sacrifica á esto, estar algun tiempo en oracion delante del Santísimo Sacramento, y santificar por este acto de religion el tiempo que tantas gentes pierden en los espectáculos profanos. Rezad todos los dias hasta el miércoles de Ceniza los siete salmos penitenciales, ó á lo ménos la Salve con el Miserere.

DOMINGO DE QUINCUAGÉSIMA.

El domingo de Quincuagésima no es ménos privilegiado en la Iglesia que los dos precedentes. El sabio Alcuino no halla otra razon del nombre de Quincuagésima que se le ha dado, que porque precede inmediatamente al primer domingo de Cuaresma; y así como este se ha llamado domingo de Cuaresma, porque es seguido de cuarenta dias que hay hasta Pascua, del mismo modo se ha llamado aquel domingo de Quincuagésima, porque efectivamente es quincuagésimo dia ántes de Pascua. Este es todo el misterio que se encuentra en el nombre de Quincuagésima, aunque algunos creen que la reflexion que se ha hecho sobre este número de cincuenta es posterior á su institucion.

Pedro de Blois dice que los eclesiásticos comenzaban el ayuno de Cuaresma en la quincuagésima, segun el decreto del papa san Telesforo que vivia en tiempo del emperador Adriano. Lo que dió sin duda ocasion á este decreto, fué que en los primeros tiempos la mayor parte de los fieles no creian que se debiesen comprender en los cuarenta dias de ayuno de Cuaresma el viernes y sábado santos, cuyos ayunos, destinados singularmente á honrar la pasion y la muerte de Jesucristo, los habian observado los mismos apóstoles, ántes que se impusiese una ley de tiempo determinado y del ayuno de Cuaresma. Por esto se comenzaba la Cuaresma desde el lunes, y se ayunaban cuarenta y dos dias durante las siete semanas. Vemos aun en nuestros dias que muchas comunidades y órdenes religiosas comienzan el ayuno de Cuaresma desde el lunes de la Quincuagésima, como se hacia entonces. Se llamaba antiguamente este domingo «cabeza de ayuno,» á causa que el principio del ayuno solemne de Cuaresma no se habia fijado aun al miércoles de la semana que nosotros llamamos miércoles de Ceniza. Por la misma razon que se llama todavía este domingo, domingo de Carnestolendas, porque en esta semana es cuando comieza la Cuaresma. Los griegos le llaman «Tyrophages,» porque empiezan en él la abstinencia de carnes y de lacticinios, y es un dia muy célebre entre ellos. En Occidente se acostumbra todo lo contrario, y se llama vulgarmente el domingo, lunes y martes gordo, desde que el principio de Cuaresma se ha fijado al miércoles de Ceniza.

La Iglesia que no intenta, como se ha dicho ya, mas que inspirar á los fieles el espíritu de compuncion, de penitencia y de recogimiento, durante las tres semanas que preceden al santo tiempo de Cuaresma, ha elegido en la Escritura para sus oficios nocturnos la historia de las tres primeras edades del mundo: la primera, que es desde Adam, esto es, desde la creacion del mundo hasta Noé, se lee en el oficio del domingo de Septuagésima, y de su semana: la segunda, desde Noé hasta Abraham, hace el oficio de la Sexagésima y de los dias siguientes; y la historia de la tercera edad del mundo, desde Abraham hasta Moisés, comienza en la Quincuagésima. La Iglesia al representarnos la imágen de estos primeros tiempos, pretende trazarnos el plan de toda la economía de la divina Providencia sobre los elegidos, y escitarnos por medio de la memoria del cuidado paternal que Dios tiene de sus hi-

jos, á recurrir á él en todas nuestras necesidades, á tener cada vez mas confianza en su bondad, y á aprovecharnos del beneficio de la Redencion, llevando una vida inocente y penitente. La Epístola y el Evangelio de la misa de este dia concurren tambien al mismo fin. Aquella, haciéndonos ver la necesidad que tenemos de vivir en la amistad de Dios y en el fervor de la caridad; este, trayéndonos á la memoria lo que el Salvador ha sufrido por nuestra salud, y estimulándonos para esto á llorar sin cesar nuestros pecados, y llenar en nuestra carne, como habla el apóstol, lo que falta á los tormentos del Salvador del mundo.

A la verdad el espíritu del siglo, siempre contrario al espíritu de la Iglesia y de Jesucristo, enseña máximas del todo opuestas. Él quiere que la tristeza y el recogimiento que la Iglesia nos predica en estos dias de devocion, se conviertan en fiestas y regocijos enteramente profanos, y que estos últimos dias de carnaval, que son como el preludio del santo tiempo de Cuaresma, sean dias de desenfreno y disoluciones, dedicados á diversiones del todo paganas, y á los espectáculos. Este desórden, que se ha hecho tan comun y tan universal, es el que ha animado el zelo de los verdaderos fieles para procurar y emplear todo lo que puede servir de dique á este impetuoso torrente, y esto es lo que ha dado motivo al establecimiento de la oracion solemne de Cuarenta horas. Hácia la mitad del siglo XVI, fué cuando el Señor inspiró á algunos de sus mas zelosos siervos el pensamiento de levantar esta contrabarrera contra la licencia del siglo y los esfuerzos del demonio (1).

El año de 1556, los padres de la Compañía de Jesus, establecidos poco hacia en Loreto, habiendo sabido con un estremo dolor los preparativos estraordinarios que se hacian en la ciudad para una fiesta de carnaval, durante los tres últimos dias anteriores al miércoles de Ceniza, resolvieron emplear toda su piadosa industria para hacer inútil este artificio del demonio, atrayendo al pueblo á un espectáculo mas cristiano y mas santo. Erigieron una decoracion de las mas magníficas y de un nuevo gusto en la Iglesia. Estuvo espuesto el santísimo Sacramento durante los tres dias. Un escelente concierto, una música de devocion de las mas acabadas llenaba todo el tiempo que no estaba ocupado con la predicacion, las meditaciones y las plegarias. Este religioso artificio surtió todo su efecto. La novedad y la santidad del espectáculo llamando la curiosidad del público, interesó á los espectadores. Los espectáculos profanos quedaron abandonados; las academias de juego y de placeres quedaron desiertas, y deshechas las partidas de diversion. Los ejercicios de religion santificaron estos tres dias, y esta nueva devocion hizo tanto fruto, hizo tanto ruido, y fué tan universalmente aplaudida, que no solo la Italia, sino tambien las principales ciudades de la Europa imitaron un artificio tan cristiano, y siguieron un ejemplo tan santo.

La Epístola de la misa de este dia está tomada del capítulo 13 de la primera carta que san Pablo escribió á los corintios, en donde el santo apóstol hace ver la necesidad de la caridad, cuáles son sus deberes, que debe ser constante, y cuán superior es á la fé, á la esperanza y á los demás dones de Dios. Estando san Pablo en Efeso supo por Estefanas, Fortunato y Acayo, que le habian venido á ver de Corinto, ó sea por cartas que se le escribieron por los principales de la iglesia de Corinto, que despues que se ausentó de ellos, se habia introducido un espíritu de cisma y de division entre aquellos fieles. Él les hace ver que aun cuando hubiesen recibido todos los dones de Dios, los mas apreciables, si carecen de la caridad cristiana, que es la que une todos los espíritus y todos los corazones, y la que quiere Jesucristo que sea el carácter de distincion de todos los que le sirven; todas sus pretendidas virtudes son defectuosas, aparentes y para nada valen.

Acostumbrados los Corintios á la distincion de las diferentes sectas de los filósofos que reinaban en la Grecia, creyeron que poco mas ó ménos sucederia lo mismo en la Iglesia, y que Pedro, Pablo y Apolo, á quienes reverenciaban como los doctores de la fé, formaban otras tantas sectas particulares, y que tenian cada uno su partido. Y aun cuando todos enseñasen la misma doctrina, los corintios se gloriaban de ser particularmente discípulos de aquellos que les habian bautizado; cada uno ponderaba el mérito de aquel que le habia instruido, y esta parcialidad causaba entre ellos la division, y formaba una especie de cisma. Yo sé, hermanos, mios, con sumo dolor, les dice el santo apóstol, que hay contiendas entre vosotros. Cada uno dice por su parte: yo soy de Pablo, yo de Apolo, yo de Pedro. ¿Por ventura Jesucristo se ha dividido? ¿Ha sido Pablo, añade, crucificado por vosotros, ó habeis sido bautizados en nombre de Pablo? En todos tiempos el odio y la envidia, ocultos bajo la máscara de religion, han formado partidos entre las personas que hacen profesion de piedad. Pero ¡ah! ¡no solo se dice hoy, yo soy de Pablo, y yo de Apolo; se añade no pocas veces, yo soy de Apolo contra Pablo, yo soy de Pablo contra Apolo! El espíritu de division y de partido no fué jamás el espíritu de Dios. El que san Pablo trata de destruir, es un espíritu contencioso, tan contrario á la caridad cristiana. Los corintios eran naturalmente testarudos, contenciosos. San Clemente en la carta que les escribió algunos años despues que el santo apóstol, les echa tambien en cara su espíritu de contienda, sus pleitos y sus divisiones domésticas. San Pablo les reprende abiertamente de esto: Oigo decir, les dice, que hay division entre vosotros. Para abolir estas divisiones y para obstruir su orígen se estiende tanto en el capítulo 13, del cual está tomada la Epístola de la misa sobre la caridad con Dios y con el prójimo. En un pormenor el mas concluyente hace ver su necesidad, descubre sus cualidades, presenta su verdadero carácter, muestra sus efectos, y esto de un modo tan elocuente, con un estilo tan vivo, que no es posible engañarse. Aun cuando yo tuviese, les dice, todas las virtudes en un grado eminente, aun cuando tuviese el don de lenguas, el de profecía, la inteligencia de los misterios mas profundos y una ciencia universal; si con esto tuviese todavía tanta fé que hiciese mudar de sitio á las montañas, si no tengo caridad, nada soy. Dios no hará caso de nada. La caridad es infinitamente mas apreciable que el don de hacer milagros: ni tampoco ha querido el Señor que se distinguiesen sus discípulos por el poder de obrar prodigios, sino por la caridad que se tuviesen los unos á los otros. San Pablo recorre todos los dones sobrenaturales, todas las virtudes aun las mas brillantes, y concluye que si no tiene la caridad de Dios y del

(1) El P. Fr. José de Milan, capuchino, estableció en 1556 las Cuarenta horas estos tres dias, en memoria de las que estuvo Jesucristo en el sepulcro; y en 1592 las instituyo en Roma Clemente VIII, concediéndolas para toda la Iglesia.

prójimo, porque la una no puede estar sin la otra; concluye, digo, que nada ha hecho, que todo esto de nada le sirve para su salvacion. Si yo entregase mi cuerpo hasta ser abrasado, y me faltase la caridad, todo esto me seria inútil. El demonio tiene sus mártires, como tiene sus confesores; estos sostienen el error con tenacidad; aquellos dan hasta su sangre por cierto atractivo de secta. ¿Pero quién no sabe que el martirio sufrido fuera de la Iglesia, en la herejía, en el cisma, sufrido en odio de su prójimo, en el pecado, sin contricion, sin sentimiento, de nada sirve para la salud á aquel que le sufre? El martirio no sirve sino mientras es el efecto del amor, de la verdad y de la justicia, el efecto del amor de Dios y del prójimo. ¡Qué ilusion, Señor, la de aquellos que se alimentan con una idea aparente de piedad y de religion, mientras que viven en la frialdad y aun en la enemistad con sus hermanos! San Pablo despues de haber referido las cualidades de la verdadera caridad y los defectos de que está exenta, concluye por decir, que lo que es absolutamente y siempre necesario en esta vida, lo que sobre todas las cosas debemos desear no perder jamás, no son los dones estraordinarios, sino la fé, la esperanza y la caridad. Y todavía de estas tres virtudes la fé y la esperanza no subsistirán ya en el cielo, á causa de la vision intuitiva y de la presencia de Dios; así que en todo sentido á la caridad es á la que debemos dar el primer lugar.

El Evangelio de la misa de este dia es del capítulo 18 de san Lucas, en donde habiendo llamado aparte el Salvador á sus doce discípulos les predijo claramente todo lo que debia sucederle en esta desgraciada ciudad. Era ya la última vez que Jesus debia ir á ella. Estaba en Efren, cerca del desierto de Judea, donde permaneció algun tiempo con sus discípulos despues de la resurreccion de Lázaro; de donde no salió hasta el 22 ó 23 de marzo para ir á celebrar la Pascua á Jerusalen, y en este viaje fué cuando dijo á sus apóstoles lo que leemos en el Evangelio.

Yendo á Jerusalen, caminaba tan apriesa, dice san Marcos, que aun cuando considerase aquella miserable ciudad como el teatro de sus oprobios, el zelo en que ardia, y el ansioso deseo que tenia de dar su sangre por la salud de los hombres, le hacia correr y adelantarse mucho á todos los que le acompañaban. Les declaró, pues, que habia llegado el tiempo en el cual se cumpliria todo lo que habian predicho los profetas acerca de sus tormentos y su muerte. Vosotros veis, les decia, que vamos á Jerusalen. Allí el Hijo del hombre será vendido y puesto en manos de los príncipes de los sacerdotes, de los doctores de la ley y de los magistrados, que le entregarán á los gentiles. Allí se le espondrá á la risa de un populacho insolente, se le escupirá en el rostro, se le desgarrará con azotes, y se le condenará por fin á morir en una cruz; pero su muerte será seguida de una resurreccion gloriosa. Todo este discurso era para los apóstoles un enigma del cual nada comprendian. Ellos no podian entender como el Mesías, esperado tanto tiempo habia, debiese ser tratado de un modo tan indigno; ni podian concordar tantas ignominias con tanta dignidad y grandeza en la persona de su Maestro. El misterio de la muerte del Hijo de Dios por la salud de los hombres estaba todavía oculto para ellos. Jesucristo no dejaba de tener muchas veces con ellos este discurso, á fin de que cuando viesen que se cumplia todo lo que se les habia predicho tan positivamente, se asegurasen y comprendiesen al ménos entonces que los tormentos del Salvador habian sido voluntarios, y que no habia muerto sino porque habia querido.

Así se entretenia Jesus con sus apóstoles, cuando acercándose á Jericó, un ciego que estaba sentado á la orilla del camino, y pedia limosna, al oir pasar la muchedumbre que salia de la ciudad para ir al encuentro del Salvador, se informó de lo que era. Dijéronle que era Jesus Nazareno que pasaba, é inmediatameate esclamó: Jesus, Hijo de David, tened compasion de mí. ¡Qué dichoso fué este hombre por haber sabido aprovecharse tan bien de la presencia del Salvador! ¡Ah! si hubiera dejado pasar la ocasion es muy probable que hubiese muerto con su ceguera. Hay efectivamente momentos en que Jesucristo se acerca mas á un pecador, haciéndole sentir las mas vivas impresiones de su gracia; estos momentos son preciosos, y muchas veces no vuelven á presentarse. ¡Desgraciado aquel que los deja ir! Los que iban delante de él, dice el historiador sagrado, le decian bruscamente que callase; pero él gritaba con mas fuerza: Jesus, Hijo de David, tened compasion de mí. No solo los judíos, sino tambien los estranjeros y los paganos que trataban frecuentemente con los judíos, estaban persuadidos de que el Mesías debia descender de la estirpe de David; así esque no se le designaba mas que bajo de esta cualidad. Jesus se detuvo, hizo que se acercase el ciego, y le preguntó: qué era lo que deseaba. ¡Ah! respondió él, todo lo que yo os pido es que me concedais la vista. Pues vé, le dijo Jesus, y al punto vió. Este milagro hizo mucho ruido; y el ciego que habia sido curado, no quiso ya dejar á un bienhechor tan insigne: le siguió y se hizo uno de sus discípulos. Cualquiera, dice san Gregorio, que reconoce las tinieblas de su ceguera, cualquiera que conoce que está privado de la luz eterna, que clame de lo mas profundo de su corazon, que haga resonar la voz de su alma, y que diga en alta voz: Jesus, Hijo de David, tened compasion de mí.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Preces nostras, quæsumus Domine, clementer exaudi: atque a peccatorum vinculis absolutos, ab omni nos adversitate custodi. Per Dominum...

Señor, escuchad favorablemente nuestros ruegos, y despues de habernos desatado de los lazos de nuestros pecados, preservadnos por vuestra bondad de todos los males. Por nuestro Señor, etc.

La Epistola es de la primera carta del apóstol san Pablo á los Corintios, cap. 13.

Fratres, si linguis hominum loquar et angelorum, charitatem autem non habeam, factus sum velut æs sonans, aut cymbalum tinniens. Et si habuero prophetiam, et noverim mysteria omnia, et omnem scientiam: et si habuero omnem fidem, ita ut montes transferam, charitatem autem non habuero, nihil sum. Et si distribuero in cibos pauperum om-

Hermanos mios: si yo hablase las lenguas que saben los ángeles y los hombres, y me faltase la caridad, seria no mas que como un bronce que suena, ó como una campana que tañe. Si tuviese el don de profecía, la inteligencia de los misterios y una ciencia universal; si tambien tuviese toda la fé necesaria para hacer que mudasen de lu-

nes facultates meas, ut si tradidero corpus meum ita ut ardeam, charitatem autem non habuero, nihil mihi prodest. Charitas patiens est, benigna est: charitas non æmulatur, non agit perperam, non inflamatur, non est ambitiosa, non quærit quæ sua sunt, non irritatur, non cogitat malum, non gaudet super iniquitate, congaudet autem veritati: omnia suffert, omnia credit, omnia sperat, omnia sustinet. Charitas numquam excidit: sive prophetiæ evacuabuntur, sive linguæ cessabunt, sive scientia destruetur. Ex parte enim cognoscimus, et ex parte prophetamus. Cum autem venerit quod perfectum est, evacuabitur quod ex parte est. Cum essem parvulus, loquebar ut parvulus, sapiebam ut parvulus, cogitabam ut parvulus. Quando autem factus sum vir, evacuavi quæ erant parvuli. Videmus nunc per speculum in ænigmate: tunc autem facie ad faciem. Nunc cognosco ex parte: tunc autem cognoscam sicut et cognitus sum. Nunc autem manent fides, spes, charitas: tria hæc major autem horum est charitas.

gar los montes, y me faltase la caridad, nada seria. Si distribuyese todos mis bienes en sustentar á los pobres; si entregase mi cuerpo, hasta para ser quemado, y me faltase la caridad, nada me aprovecharia todo esto. La caridad es paciente, está llena de bondad; la caridad no es envidiosa, no hace nada malo de intento, no se infla, no es ambiciosa, no busca sus propios intereses, no se irrita, no piensa mal de nadie, no se alegra de la injusticia, se regocija por aquello que es segun la verdad; ella lo sufre todo, lo cree todo, lo espera todo, todo lo soporta. La caridad nunca perece, ya que se pierda el don de profecía, ya que cese el don de lenguas, ya que llegue á faltar la ciencia. Porque nosotros no sabemos las cosas mas que á medias, ni tenemos el don de profecía sino en parte; mas cuando llegare todo á su perfeccion, desaparecerá lo que no es mas que á medias. Cuando yo era todavía niño hablaba como niño, pensaba como niño: mas habiendo llegado á ser hombre, he dejado lo que era propio de niño; porque ahora vemos las cosas como en un espejo, bajo de figuras enigmáticas, entonces las veremos cara á cara: ahora no conozco mas que á medias, entonces conoceré del mismo modo que soy conocido. Lo que hay ahora de permanente son estas tres cosas: la fé, la esperanza y la caridad; y la mas noble de estas tres es la caridad.

Esta carta de san Pablo á los corintios es anterior á la que escribió á los romanos. Esta fué escrita el año 56 de Jesucristo, y la de los romanos en el año de 58. Los abusos que el Apóstol reprende á los corintios no se corrigieron enteramente por esta carta. Se ve por la que san Clemente papa, discípulo de san Pedro, les escribió algunos años despues, que no se habian corregido todavía del todo.

REFLEXIONES.

«Seria no mas que como un bronce que suena.» El mas elocuente predicador, sin la caridad que debe animar su voz y nutrir su elocuencia, no es mas que un bronce que suena, ó una campana que tañe. Puede servir á los otros por su elocuencia, como los instrumentos por su sonido; pero no puede sacar utilidad alguna para sí mismo. Sin la caridad se puede anunciar la palabra de Dios como los jornaleros que siembran el grano, ó que cultivan la viña, pero que no tienen parte en la vendimia, ni en la cosecha. La caridad es paciente, está llena de bondad. En dos rasgos ha dado concluido el Apóstol el retrato de la caridad mas perfecta. La paciencia hace que se sufran sin dificultad los defectos de nuestros hermanos, y la bondad hasta previene todas sus necesidades; esto es lo sustancial, lo que hace toda la dulzura, todo el espíritu, cuasi todo el ejercicio y el carácter mismo de la caridad. «La caridad no es envidiosa.» ¡Cuántos, pues, á hay quienes falta la caridad, y á quienes esta sola falta presenta no mas que como poseidos de un falso zelo! Donde se encuentra la envidia, no hay caridad. «No hace nada malo de intento.» La caridad es el único lazo que junta la prudencia y la sabiduría con el ardor y la vivacidad. Cualquiera otro amor es ciego cuando es ardiente; y el capricho, la indiscrecion, la temeridad, algunas veces la locura y siempre alguna pasion es lo que le conduce. «La caridad no es ambiciosa.» Un ambicioso no ama á nadie cristianamente: desprecia á sus inferiores, no cede á sus superiores sino por interés: cree tener por lo ménos los mismos y muchas veces mas méritos que ellos para obtener el puesto que ellos ocupan: si sus iguales pueden pretender los mismos honores que él, desconfia de ellos, y trata de engañarlos. Pero si él no ama á nadie, ¿es acaso amado de alguno? «No busca sus propios intereses.» Si no hay amor sincero que no sea desinteresado, el honor de formar verdaderos amigos está reservado á la caridad cristiana. ¿Qué es en efecto la amistad profana, mas que un comercio en que el amor propio se propone casi siempre algun interés? Puede decirse que la verdadera amistad está desterrada de lo que se llama mundo; cada uno se busca á sí mismo en la amistad; es uno amigo mientras que el amigo puede ser útil. Es desgraciado, llega á ser pobre: ¿conserva entonces muchos amigos? «La caridad no piensa mal de nadie.» Esos censores malignos que tienen siempre los ojos abiertos sobre los defectos de sus hermanos; y los que juzgando de los demás por sus propias disposiciones, sospechan el mal sobre las mas lijeras apariencias, ¿tienen una gran caridad con aquellos de quienes ponderan las menores faltas? En vano se lisonjea con el nombre especioso de zelo: todo zelo sin la caridad no es mas que un orgullo enmascarado, una maligna pasion disfrazada: «La caridad cubre la muchedumbre de los pecados.» En fin, «la caridad,» segun el Apóstol, «lo sufre todo, lo cree todo, lo espera todo, todo lo soporta.» La amistad hace las penas lijeras, la caridad llega hasta hacérnoslas amar: ¡qué humilde y sumisa hace la caridad la fé del entendimiento, sometiendo el corazon á la ley! ¡qué ardor y vivacidad le da á la esperanza! Porque yo amo á mi Dios, suspiro por la dicha de poseerle, y lo espero con confianza.

El Evangelio de la misa es tomado del capítulo 18 de san Lucas.

In illo tempore: Assumpsit Jesus duodecim, et ait illis: Ecce ascendimus Jeroso-

En aquel tiempo: Tomó Jesus á los doce consigo y les dijo: Ved aqui que va-

lymam, et consummabuntur omnia, quæ scripta sunt per prophetas de Filio hominis. Tradetur enim gentibus, et illudetur, et flagellabitur, et conspuetur: et postquam flagellaverint, occident eum, et tertia die resurget. Et ipsi nihil horum intellexerunt, et erat verbum istud absconditum ab eis, et non intelligebant quæ dicebantur. Factum est autem, cum appropinquaret Jericho, cæcus quidam sedebat secus viam, mendicans. Et cum audiret turbam prætereuntem, interrogabat quid hoc esset. Dixerunt autem ei, quod Jesus Nazarenus transiret. Et clamavit, dicens: Jesu Fili David, miserere mei. Et qui præibant, increpabant eum ut taceret. Ipse vero multo magis clamabat: Fili David, miserere mei. Stans autem Jesus, jussit illum adduci ad se. Et cum appropinquasset, interrogavit illum, dicens: Quid tibi vis faciam? At ille dixit: Domine, ut videam. Et Jesus dixit illi: Respice: fides tua te salvum fecit. Et confestim vidit, et sequebatur illum, magnificans Deum. Et omnis plebs ut vidit, dedit laudem Deo.

mos á Jerusalen; y se cumplirán todas las cosas que los profetas han escrito del Hijo del hombre. Porque será entregado á los gentiles, tratado con irrision, azotado, cubierto de salivas; y despues de haberle azotado se le condenará á muerte y resucitará al tercero dia. Mas ellos no entendieron nada de todo esto; era una cosa oculta para ellos, y no comprendian lo que significaba este discurso. Como se acercase á Jericó, un ciego que estaba sentado cerca del camino y que pedia limosna, oyendo pasar una muchedumbre se informó de lo que era: le dijeron que era Jesus Nazareno que pasaba, y al punto esclamó: Jesus, Hijo de David, tened compasion de mí. Los que iban delante le decian bruscamente que callase; pero él gritaba mas fuerte: Hijo de David, tened compasion de mí. Deteniéndose Jesus, se le hizo traer, y cuando tuvo cerca al ciego le preguntó: ¿Qué quieres que yo haga contigo? Señor, respondió el ciego, haced que vea. Vé, le dijo Jesus, tu fé te ha salvado. Inmediatamente vió, y le siguió publicando las grandezas de Dios. Todo el pueblo que vió este prodigio, dió tambien gloria á Dios.

MEDITACION.

Que los pecados crucifican de nuevo á Jesucristo en sí mismos.

Punto primero.—Considera que el pecado mortal renueva en alguna manera en la persona del pecador el desprecio, los tormentos y la ignominia de la muerte del Salvador del mundo. El fué harto de oprobios por los judíos; pero no es mejor tratado por los pecadores cristianos: aquellos no le conocian, y si le hubiesen conocido, nunca le hubiesen crucificado, dice el Apóstol; estos le conocen y le crucifican con sus malas obras: los judíos no han cometido mas que una sola vez este deicidio; los pecadores renuevan los oprobios tantas veces como pecan, el mismo desprecio, la misma ingratitud y puede tambien añadirse la misma impiedad, la misma irreligion. Clamen enhorabuena la fé, la razon, la conciencia contra la impiedad y la injusticia; el pecador no deja por eso de clamar como los judíos: «Quítalo, quítalo, crucifícalo. En concurrencia de la ley divina con aquella satisfaccion; entre aquel placer criminal y el Hijo de Dios, el pecador dice como el judío: «Nó á este, sino á Barrabás.» Puesto que depende de mi eleccion el escoger el placer criminal, con esclusion de Jesucristo mismo, yo quiero mas abrazar el placer prohibido, cometer la accion criminal, que obedecer á la ley divina que me lo prohibe, bajo pena de incurrir en la desgracia de Dios: quiero mas satisfacer mi pasion, mi inclinacion, seguir mi hábito perverso, que hacer lo que debo. Prefiero con pleno gusto á Barrabás al Salvador del mundo: hé aquí lo que dice el pecador con su conducta, cuantas veces peca mortalmente. San Pablo escribiendo á los hebreos (ad Hebr. 6.), es decir, á los judíos convertidos, no es posible, les dice, esto es, es muy difícil que aquellos que han sido una vez iluminados; que han gustado tambien el don del cielo; que han participado del Espíritu Santo; que además han conocido la escelencia de la divina alabra y las maravillas del siglo futuro, y no por eso han dejado de caer, que estos se renueven por la penitencia, puesto que ellos crucifican de nuevo en sí mismos al Hijo de Dios, y hacen de él un objeto de irrision. Es verdad que el Apóstol habla de un segundo bautismo de agua que es imposible recibir segunda vez, y que no escluye el bautismo de la penitencia; pero confiesa que es muy difícil que un pecador se convierta verdaderamente, cuando vuelve á caer con todo conocimiento en su pecado: ¡qué fondo de reflexiones no ofrece este oráculo!

Punto segundo.—Considera que si es verdad que el pecador crucifica de nuevo en sí mismo al Hijo de Dios, y le hace un objeto de irrision cuantas veces peca mortalmente, este crímen sobre todo le comete en las disoluciones del carnaval. La licencia que reina singularmente en este tiempo de desarreglo, la insolente y desenfrenada libertad con que se entregan sin vergüenza las gentes á tantos escesos, la avilantez autorizada por unos abusos tan escandalosos con que se cree todo permitido en estos dias de disolucion, puede graduarse de una jactancia de indevocion, de relajamiento, de impiedad, de que apenas se hace escrúpulo. ¿Qué agravio no hacen estos indignos cristianos á una religion tan santa como la nuestra? ¿Pero con qué imprudencia no hacen de la religion, del Evangelio y de Jesucristo mismo un objeto de irrision? ¿No es esto renovar públicamente todas las ignominias, todas las profanaciones, todos los oprobios de la pasion del Salvador? ¿no es convertir en burla las verdades mas terribles de nuestra religion, los preceptos de Jesucristo y las máximas mas respetables del Evangelio? El mundo, enemigo declarado del Hijo de Dios, triunfa por estos desarreglos de Jesus mismo. ¿Y no podria decirse que hay aquí una especie de apostasía pública? A lo ménos hay un desprecio al parecer formal de cuanto hay de mas puro, de mas reservado, de mas santo en la moral del Hijo de Dios. ¿No se crucifica desapiadadamente á Jesucristo en los bailes, por los crímenes que se cometen en ellos? ¿no se ultraja á Jesucristo en los espectáculos profanos, por las públicas lecciones que en ellos se dan de profanidad, y de la licencia mas opuesta al espíritu del Evangelio? ¿no es altamente preferido Barrabás al Salvador en esas reuniones mundanas, en esas partidas de placer, en esas academias de juegos, la mayor parte nocturnas? En fin, ¿no puede decirse con el Apóstol, que el Hijo de Dios es crucificado

en esos banquetes, de donde está desterrada la templanza, en esas diversiones tan poco cristianas, escollo necesario de la inocencia, en esas máscaras escandalosas?

JACULATORIAS.—Yo confieso, Señor mio Jesucristo, que nuestros pecados renuevan vuestra pasion.

¿Qué vienen á ser, divino Salvador mio, estas llagas que teneis en medio de vuestras manos? ¡Ah! yo oigo que me respondeis; He sido traspasado con estas llagas en la casa de los que hacian profesion de amarme. (Zach. 13.)

PROPÓSITOS.

1. Si el enemigo de la salud pone todo en movimiento durante estos últimos dias de carnaval, para seducir á las almas por la reunion de los placeres y de las diversiones que el espíritu del mundo ha instituido, tampoco ha dejado el Espíritu Santo de sugerir industrias espirituales para santificar las almas por medio de las prácticas de piedad que la Iglesia ha autorizado. Pocos pueblos hay en el dia en donde no se halle establecida la indulgencia de cuarenta horas; pocos donde no haya ejercicios de devocion, que son como otras tantas contrabaterías contra los esfuerzos del demonio, y muy capaces de hacer inútiles todos sus perniciosos artificios. Imponeos una ley de frecuentar en estos tres últimos dias todos estos ejercicios de piedad. No os dejeis arrastrar por el mal ejemplo, y aun cuando todo el mundo corriese en tropas á las reuniones del placer, al baile, á los espectáculos, imitad al santo Tobías, el cual aunque estaba en un pais entranjero, mientras que todos sus compatriotas iban á adorar el becerro de oro, él solo se separaba de la compañía de todos los otros, é iba á Jerusalen al templo del Señor, en donde adoraba al Dios de Israel. Seguid generosamente este ejemplo. Dejad que vayan á los espectáculos aquellos á quienes el espíritu del mundo ha seducido; por lo que hace á vosotros pasad estos tres dias en todos los ejercicios de piedad; visitad los pobres en los hospitales, y sobre todo asistid cada uno de estos dias á la oracion de cuarenta horas.

2. Las gentes del mundo, que están animadas de su espíritu, pervierten á todos los que pueden, para tener mas compañeros en sus desórdenes y engrosar el número de los que se pierden; por vuestra parte tened todavía mas zelo por la gloria de Dios, que el que los mundanos tienen por el servicio del señor á quien sirven. Ganad todos cuantos pudiereis para el Señor, empeñándolos con piadosa industria á emplear este tiempo precioso en santos ejercicios. No dejeis de confesar y comulgar por lo ménos uno de estos tres dias. Asistid con frecuencia á los sermones, á la bendicion del Santísimo Sacramento, y á todos los ejercicios piadosos. Cuanto mayor es el número de los que se pierden, mas liberal es Dios con sus siervos fieles. No temais que padezcan vuestros negocios temporales, ejercitándoos con fervor en los deberes de cristiano. ¡Ah! no se teme que padezcan cuando se trata de divertirse y de perderse.

MIÉRCOLES DE CENIZA.

Empezamos hoy, hermanos mios, dice san Bernardo, el santo tiempo de Cuaresma; este tiempo de combates y de victorias para el cristiano, por medio de las armas del ayuno y de la penitencia. ¡Con qué ánimo, con qué confianza, con qué fervor debemos comenzar esta carrera! ¡pero con qué religion y con qué exactitud debemos observar este ayuno el viernes! Es esta una ley, dice san Bernardo, comun á todos los fieles. ¿Habiendo Jesucristo ayunado cuarenta dias y cuarenta noches, se atreveria un cristiano á dispensarse del ayuno de cuaresma? San Agustin dice que el ayuno de cuarenta dias establecido en la Iglesia, está autorizado por el antiguo y por el nuevo Testamento: por el antiguo, puesto que Moisés y Elías han ayunado un número igual de dias seguidos; por el nuevo, puesto que el Evangelio nos hace ver que Jesucristo ha ayunado otro tanto tiempo; por donde vemos la conformidad del Evangelio con la Ley figurada por Moisés, y con los Profetas representados por Elías. Sin duda por esto añade este santo Doctor, apareció Jesucristo entre Moisés y Elías en su Transfiguracion, para significar mas auténticamente lo que el apóstol dice del Salvador, que la Ley y los Profetas dan testimonio de él.

Puede decirse con verdad que el ayuno de Cuaresma es tan antiguo como el Evangelio, puesto que el Hijo de Dios no comenzó á predicar su Evangelio sino despues de haber ayunado cuarenta dias y cuarenta noches; pero aunque pueda decirse que fué esta la primera institucion de la Cuaresma, puesto que san Gerónimo dice que Jesucristo santificó entonces el ayuno de los cristianos, no se puede decir que el ejemplo de Jesucristo haya sido desde entonces una ley inviolable, á la cual hayan estado sujetos sus discípulos. Aunque con la misma respuesta que el Salvador dió á los fariseos, parece que no habia querido obligar á sus discípulos á que ayunasen, hasta despues que estuviesen privados de la presencia del Esposo celestial: dia vendrá, dice, en que les será quitado el Esposo y entonces ayunarán. En efecto, apenas el Salvador habia subido al cielo, cuando los ayunos fueron muy frecuentes entre los apóstoles y entre los primeros fieles. Así es que aunque el ayuno sea de precepto divino, el establecimiento de la Cuaresma, esto es, la forma del ayuno, ó la manera de ayunar un número de dias reglado ántes de Pascua, es de institucion apostólica. El Salvador dice san Gerónimo, santificó con su ayuno de cuarenta dias el ayuno solemne de los cristianos, y su ejemplo fué la primera institucion de Cuaresma; pero no hizo entonces un precepto espreso: probablemente desde su Resurreccion hasta su Ascencion fué cuando enseñando á sus apóstoles acerca del modo con que debian formar su Iglesia, y las observancias religiosas que queria que se estableciesen en ella, les indicó el tiempo y la forma del ayuno de Cuaresma. El ejemplo del Salvador del mundo fijó el número de dias, y el tiempo inmediatamente anterior á la Pascua les pareció el mas propio para que sirviese de preparacion á esta gran fiesta. En efecto, dice san Agustin, no podria elegirse en todo el año un tiempo mas conveniente para el ayuno de Cuaresma que el que termina en la Pasion de Jesucristo; y este es puntualmente el que el Espíritu Santo ha fijado en la Iglesia.

Como las seis semanas de Cuaresma no comprenden mas que treinta y seis dias de ayuno, la Iglesia, siempre conducida por el Espíritu Santo, ha añadido á ellas los cuatro dias precedentes, y ha fijado el principio de esta santa cuarentena al miércoles de Ceniza. Es bien sabido que se llama así este primer dia del ayuno de Cuaresma, á causa de la santa ceremonia de poner la ceniza sobre la

cabeza de los fieles que en él se acostumbra. No solo en la nueva ley, sino tambien en el antigno Testamento, han sido las cenizas el símbolo de la penitencia, y la señal sensible del dolor y de la afliccion. Queriendo Thamar dar á conocer su pesar y su dolor, puso ceniza sobre su cabeza. (1. Reg. 13.) Yo me acuso de mí mismo, dice Job hablando con el Señor, y hago penitencia en el polvo y en la ceniza. (Job. 42.) Asustados los Israelitas al acercarse Holofernes, y queriendo los sacerdotes apaciguar la cólera de Dios, le ofrecen sacrificios con la cabeza cubierta de ceniza. (Judith 14.) Mardoqueo consternado con la nueva de la desgracia que amenazaba á toda su nacion, se reviste de un saco y se cubre la cabeza con ceniza. (Esth. 4.) Todo el pueblo hizo lo mismo en las provincias. Los ancianos de la ciudad de Sion, dice Jeremías en sus Lamentaciones, han cubierto su cabeza con ceniza en espíritu de penitencia. (Jer. 2.) Daniel juntó al ayuno y á la oracion la ceniza, para apaciguar al Señor irritado contra su pueblo. (Dan. 9.) Deseando el rey de Nínive apaciguar al Señor descendió de su trono, se cubrió con un saco y se sentó sobre la ceniza. (Jonas 3.) Los Macabeos acompañaron su ayuno solemne con la ceremonia de la ceniza que pusieron sobre su cabeza. (Machab. 3.)

No se ha usado ménos en la nueva ley que en la antigua la ceremonia de la ceniza. Reprendiendo Jesucristo á los de Corozain y de Bethsaida su endurecimiento y su indocilidad, dice, que si los milagros que se han hecho entre ellos se hubiesen hecho en Tiro y en Sidon, habria ya mucho tiempo que hubieran hecho penitencia en el saco y en la ceniza. (Mat h. 11.) Ninguna cosa fué mas comun entre los penitentes desde los primeros dias de la Iglesia. Los Padres y los concilios antiguos han añadido siempre la ceniza á la penitencia. Optato reprendia á los Donatistas el haber puesto en penitencia á las vírgenes consagradas á Dios, poniéndoles ceniza sobre la cabeza. San Ambrosio dice que la ceniza debe distinguir al penitente. (Lib. 1 ad Virg. laps. 8.) Y san Isidoro, arzobispo de Sevilla, dice, que los que entran en penitencia ponen ceniza sobre su cabeza, en reconocimiento de que á consecuencia del pecado no son mas que polvo y ceniza; y que con justicia ha pronunciado Dios contra ellos la sentencia de muerte.

Reginon ha tomado de los antiguos concilios el modo con que se ponia la ceniza á los grandes pecadores, y la ceremonia del dia de ceniza. Todos los penitentes, dice, se presentaban á la puerta de la iglesia cubiertos con un saco, los piés desnudos, y con todas las señales de un corazon contrito y humillado. El obispo ó el penitenciario les imponia una penitencia proporcionada á sus pecados. Despues, habiendo recitado los salmos penitenciales, se les imponian las manos, se les rociaba con agua bendita, y se cubria su cabeza con ceniza. Esta era la ceremonia del dia de ceniza, ó de los primeros dias de los ayunos de Cuaresma, para los pecadores públicos, cuyos enormes pecados habian hecho mucho ruido y causado escándalo. Pero como todos los hombres son pecadores, dice san Agustin, todos deben ser penitentes; esto es lo que movió á los fieles hasta á los mas inocentes, á dar en este dia una señal pública de penitencia recibiendo la ceniza sobre su cabeza. Ninguno de los fieles se esceptuó; los príncipes como sus vasallos; los sacerdotes y aun los obispos, dieron al público desde los primeros tiempos este ejemplo tan edificante de penitencia. Y lo que habia sido en el principio peculiar solo de los penitentes públicos, se hizo por fin comun á todos los hijos de la Iglesia, por la persuacion en que todos deben estar, conforme á la palabra de Jesucristo, que no hay nadie por inocente que se crea, que no tenga necesidad de hacer penitencia. Los mismos papas se someten como los demás á esta ceremonia humillante de la religion; toda la distincion respetuosa que se hace al Vicario de Jesucristo, consiste en no decir nada al imponerle la ceniza.

«Acuérdate, hombre, que eres polvo, y que te convertirás en polvo.» Estas son las memorables palabras que Dios dijo al primer hombre en el momento de su desobediencia, y las mismas dirige la Iglesia en particular á cada uno de nosotros, por boca de sus ministros, en la ceremonia de este dia. Palabras de maldicion en el sentido que Dios las pronunció, dice el mas célebre de los oradores cristianos; pero palabras de gracia y de salud, en el fin que se propone la Iglesia cuando nos las dice. Palabras terribles y fulminantes para el hombre pecador, porque significan el decreto irrevocable de su condenacion á muerte; pero palabras dulces y consoladoras para el pecador penitente, dice san Crisóstomo, porque le enseñan el camino de su conversion por la penitencia. Tomad en la mano un puñado de ceniza, dijo Dios á Moisés y á Aaron, y derramadla sobre el pueblo. (Exod. 9.) Esta ceniza así derramada, dice la Escritura, fué como la materia con que Dios formó los azotes que afligieron á todo el Egipto, y causaron en él una desolacion tan general. El efecto de la ceremonia de este dia, tiene un efecto muy diferente en el cristianismo; porque los sacerdotes de la ley nueva no derraman hoy la ceniza sobre nuestras cabezas, sino para apaciguar la cólera del Señor por este acto de humillacion, para atraernos las gracias y los favores de Dios, para hacernos acreedores de su bondad, y para escitar en nuestros corazones los sentimientos de una verdadera penitencia; y en este espíritu y con esta disposicion se debe practicar en este dia la ceremonia de la ceniza. Esta se hace de leña de los ramos benditos en el año precedente, y llevados en la procesion el domingo de Ramos. Tambien se bendice esta ceniza por el sacerdote ántes de ponerla sobre la cabeza de los fieles, y basta hacerse cargo de las oraciones de que la Iglesia se sirve en esta bendicion, para comprender con qué espíritu de religion se debe participar de esta saludable ceremonia.

Comienza el sacerdote la bendicion de las cenizas por el versículo del salmo 68: Oid, Señor, mis ruegos, ya que tanto os compadeceis en hacer bien; seguid los movimientos de vuestra infinita misericordia, y poned en mí vuestros ojos. Dios omnipotente y eterno, continua el sacerdote, sed propicio á los que os ruegan con confianza, y perdonad á los pecadores penitentes. Dignaos enviar vuestro santo ángel del cielo, que bendiga y santifique estas cenizas, para que sean un remedio saludable á todos aquellos que con un corazon contrito y humillado invocan vuestro santo nombre, confiesan públicamente que son pecadores, y penetrados de un vivo dolor de haberos ofendido, se postran hoy delante de vos, implorando vuestra infinita misericordia. Dignaos, Dios de bondad, dejaros inclinar por este acto de religion; y haced por la invocacion de vuestro santo nombre, que todos los que recibieren estas cenizas sobre su cabeza, además del perdon de

sus pecados, reciban tambien la salud del cuerpo y del alma. Por nuestro Señor Jesucristo.

Ó Dios, que no quereis la muerte, sino la conversion de los pecadores, apiadaos de la fragilidad humana, continúa el sacerdote, y dignaos por vuestra misericordia bendecir vos mismo estas cenizas, que queremos poner sobre nuestra cabeza, en señal de la humildad cristiana de que hacemos profesion, y para obtener por este acto de penitencia el perdon que esperamos; á fin de que, cuando por él reconocemos que no somos mas que polvo, y que en castigo de nuestra prevaricacion nos convertiremos en polvo, obtengamos de vuestra misericordia el perdon de todos nuestros pecados, y la recompensa que habeis prometido á los que hacen una verdadera penitencia. Por Jesucristo nuestro Señor. Así sea.

O Dios, que os dejais rendir por la humillacion, y ganar por una satisfaccion sincera, prosigue, dignaos escuchar nuestros ruegos y nuestros votos, y mientras que la cabeza de vuestros siervos está cubierta con la ceniza, derramad vuestra gracia en sus corazones; á fin de que los lleneis del espíritu de compuncion, les concedais el efecto de su justa peticion, y que ya no pierdan las gracias que les hubiereis concedido. Os lo suplicamos por Jesucristo nuestro Señor.

Dios omnipotente y eterno, que os habeis dignado perdonar á los ninivitas, cubiertos de ceniza, y revestidos con un saco en señal de su penitencia; concedednos, por vuestra misericordia, la gracia de que imitándoles hoy en las señales de nuestra penitencia, obtengamos como ellos el perdon de nuestros pecados. Por nuestro Señor, etc. La Iglesia termina esta bendicion de la ceniza, exhortando á todos los fieles de una manera patética, y en el sentido del profeta Joél, á que se haga útil y eficaz la ceremonia de la ceniza. No nos reformemos solo en lo esterior, por la modestia de los vestidos, en la ceniza y en el cilicio: ayunemos, y acompañemos nuestros ayunos con lágrimas de contricion, que debemos derramar delante del Señor; porque nuestro Dios está lleno de bondad y de misericordia, y siempre pronto á perdonarnos nuestros pecados: corrijamos las faltas que hemos cometido ó por flaqueza ó por ignorancia ó por malicia; y no difiramos el hacerlo, no sea que soprendidos por la muerte no tengamos tiempo para convertirnos.

La Epístola de la misa de este dia, está tomada del profeta Joél al capítulo segundo. Nada podia convenir mejor al espíritu y á la celebridad de este dia. Los azotes con que Dios castigaba los pecados de su pueblo le ofrecen una buena ocasion al profeta, para estimularle á que procure apaciguar la cólera de Dios, por medio del ayuno y de la penitencia, prediciéndole que el Señor movido por la humillacion, por la maceracion del cuerpo y la oracion, derramará sus bendiciones sobre los corazones contritos y humillados, y colmará de bienes las almas verdaderamente penitentes. El estilo de este profeta es pomposo, magnífico, vehemente, espresivo, figurado y al mismo tiempo vivo, interesante y patético. La alegoría de las langostas, comparadas á un ejército, está perfectamente bien sostenida. Sus pinturas son vivas. Pinta las cosas de modo que parece que se ven. Romped vuestros corazones y nó vuestros vestidos, y convertios al Señor vuestro Dios, porque es bueno y compasivo, paciente y rico en misericordia, todavía mas misericordioso que nosotros perversos. Era entonces una costumbre muy ordinaria el desgarrar los vestidos en el luto y en el trasporte del dolor. Innumerables son los ejemplos que presenta la Escritura. Pero Dios no se contenta con estas señales equívocas de conversion, de dolor y de arrepentimiento; quiere una conversion sincera, un dolor interior, un corazon contrito y despedazado de dolor; quiere la conversion del corazon, la reforma de las costumbres; pide frutos dignos de penitencia. ¿Quién sabe si se aplacará con nuestras lágrimas, y se ablandará viéndonos humillados? El profeta designa á la vez tres disposiciones con que debemos hacer la penitencia: la confianza en la bondad de Dios, la contricion de nuestros pecados y la desconfianza de nuestros propios méritos. Se anunciaban las fiestas y las reuniones á son de trompeta, segun está ordenado en el décimo capítulo de los Números; y el profeta exhorta á los gefes de la nacion á que reunan el pueblo, y en esta reunion general ordenen un ayuno solemne, y estimulen á todos, y en particular á los ministros del Señor, á apaciguar la cólera de Dios con sus lágrimas y su penitencia. Derramen lágrimas, dice, los sacerdotes postrados entre el vestíbulo y el altar, y esclamen: Perdonad, Señor, perdonad á vuestro pueblo, y no permitais que vuestra heredad caiga en el oprobio, y que sea dominado por las naciones. ¿Sufriréis que los estranjeros digan de nosotros: dónde está su Dios? En el estado en que entonces se hallaba el pais, nada hubiera sido mas fácil á los enemigos de los judíos que el apoderarse de ellos. El pueblo consternado, abatido por el espanto, debilitado por una hambre horrible, apenas estaba en estado de resistir á un ejército de asirios ó de caldeos. El profeta exhorta, pues, á los ministros del Señor, á que le pidan que no permita que su pueblo caiga bajo de la dominacion de los estranjeros, y que las naciones infelices no tengan que acusar al Dios de Israel, ó de flaqueza ó de dureza, por haber así abandonado á su pueblo á la merced de sus enemigos. No bien el profeta ha exhortado á todos sus hermanos á la penitencia, cuando les predice que el Señor se dejará ablandar de sus clamores. El Señor se ha conmovido, dice, á vista de sus lágrimas, y les ha perdonado; y á este perdon ha seguido todo género de prosperidades y de una bendicion abundante. Tanta verdad es, que la penitencia desarma á Dios por mas irritado que esté, y trae la prosperidad y la calma.

El Evangelio de la misa de este dia, está tomado del sexto capítulo del Evangelio, segun san Mateo, en donde Jesucristo nos enseña la pureza de intencion que debe haber en el ayuno. Acababa el Salvador de enseñar á sus apóstoles como debian orar, prescribiéndoles el modelo de la oracion mas escelente; y como debian perdonar las injurias, reservándose á sí mismo el ser el modelo mas perfecto de una caridad tan relevante. Despues de haberle dado los preceptos sobre la oracion, y sobre el perdon de las injurias, les da tambien sobre el ayuno que debe acompañar y sostener la oracion. ¿Quereis saber, les dice, cuáles ayunos son santos y agradables á Dios? Son aquellos que se practican en secreto. No estrañeis que yo os prohiba el imitar á los hipócritas que ayunan, haciendo ostentacion de su austeridad; su virtud no está en el corazon, sino en el rostro, y por una cara penitente, por un aire triste y austero, por ayunos largos y rigorosos, tratan de adquirir reputacion de gentes mortificadas, y con estas esterioridades afectadas é hipócritas embaucar

á los hombres. Tened por cierto lo que os he dicho ya y os digo ahora, que la recompensa de tales sugetos está reducida al honor vano con que se apacientan. Yo espero de vosotros un porte muy diferente; porque lo que yo quiero es que en los dias de ayuno os perfumeis la cabeza y os laveis el rostro, como acostumbrais hacerlo en los dias solemnes y de regocijo, á fin de que á la sombra de un rostro festivo oculteis la austeridad de vuestro ayuno: de modo, que si puede ser, solo Dios sepa que ayunais, y si es necesario, aquellos á quienes debeis dar buen ejemplo. Esto es lo que Dios quiere, esto es lo que aprecia; cuanto mas ocultáreis á los hombres vuestras penitencias, tanto mas pública y gloriosa será algun dia vuestra recompensa. Un cristiano verdaderamente penitente, oculta con cuidado á los ojos de los hombres los rigores á que se condena; como no ha ofendido mas que á su Dios, á él solo es al que quiere agradar; le parecen muy pequeñas las penas con que se aflige, para no temer el que se disminuya su mérito, esponiéndolas á la vista de los hombres: por tanto, solo debemos hacer á los hombres testigos de nuestra penitencia, si les hemos hecho testigos de nuestros desórdenes: el escándalo solo se repara por la conversion y la reforma de las costumbres.

En el luto y en el ayuno no se usaba de baño ni de perfumes. Cuando Jesucristo manda que se sirvan de ellos en el ejercicio de la penitencia, no se ha de estar al sentido material de las palabras: quiere solamente que estemos tan léjos de la afectacion de parecer ayunadores, que ántes bien parezcamos todo lo contrario, y que en vez del aire triste y austero de los fariseos, usemos de maneras francas, abiertas, de un aire festivo y contento; quiere que obremos sin afectacion, sin vanidad, sin máscara, sin hipocresía: á fin, dice san Ambrosio, que no parezca, por decirlo así, que vendemos á los hombres nuestro ayuno, y que trabajamos en nuestra salud con tristeza y con pesar, tomando un aspecto sombrío y lloroso, que vaya diciendo á todos que ayunamos.

Tambien, prosigue el Salvador, hay en el mundo otra flaqueza muy comun, que es la gran pasion de adquirir bienes. El Salvador añade el desprendimiento de los bienes terrenos al precepto del ayuno, para prevenir al indecente motivo de aquellos que llevados de una avaricia sórdida, solo ayunan para ahorrar. Ayunemos de tal modo, dice san Agustin, que el ahorro de nuestros ayunos entre en el tesoro de Jesucristo por las manos de los pobres, y no venga á ser el alimento de nuestra avaricia. Yo no os impido, dice el Salvador á sus discípulos, el que junteis grandes tesoros, con tal que no sean de la naturaleza de los que se juntan en la tierra, que los consumen el orin y los gusanos, y que pueden robaros los ladrones. No os afaneis por juntar otros tesoros que los del cielo, donde no hay orin ni gusanos que los consuman, ni ladrones que escaven ni que roben: en el cielo donde los tesoros que juntáreis son inalterables, inamisibles y eternos. Por otra parte, si segun el antiguo proverbio, donde está el tesoro allí está el corazon, ¿no es mas justo y mas útil levantar sin cesar vuestro corazon al cielo, querida patria vuestra, que apegarle á la tierra, triste lugar de vuestro destierro?

San Hilario esplicando estas palabras de Jesucristo: No hagais, dice, vuestro tesoro de la opinion y de las alabanzas de los hombres; no esperceis de ellos vuestra recompensa; esperadla únicamente de Dios. ¡Ah! ¡qué poco racionales son los hombres! ¡qué poco conocen sus verdaderos intereses! no nos empeñamos con actividad mas que por los bienes de la tierra; bienes falsos, frívolos, vacíos, bienes aparentes que nada tienen de durable, y que se nos deben quitar necesariamente tarde ó temprano. ¡Cuán ciegos somos! ¿por qué no dirigimos todas nuestras miras y nuestras solicitudes hácia el cielo, hácia las verdaderas riquezas, cuya posesion debe ser eterna, y que son las únicas que pueden para siempre llenar nuestros deseos? El justo no tiene aficion á la vida, porque cuenta como nada los bienes de que goza en ella. No ha trabajado, ni trabaja mas que para el cielo; allí está su tesoro, y por consiguiente su corazon. ¡Qué sabio, qué dichoso es este justo, en no apegarse aquí abajo, donde es estranjero, y en hacer pasar todo el fruto de su trabajo al cielo, su verdadera, su eterna patria! ¡Qué diferencia en la muerte entre el pecador y el justo! el corazon del pecador está todo en la tierra, y le es preciso dejarla; el corazon del justo está en el cielo, y la muerte le abre la entrada en él. La palabra tesoro, dicen los intérpretes, significa no solo el dinero, sino tambien los muebles, los vestidos preciosos, los repuestos de grano y de provisiones para la vida; el orin no gasta mas que el metal, los gusanos roen los muebles, los vestidos y el grano.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Præsta, Domine, fidelibus tuis: ut jejuniorum veneranda solemnia, et congrua pietate suscipiant, et secura devotione percurrant. Per Dominum.

Señor, concededá vuestros fieles la gracia de que entren en la solemnidad sagrada del santo ayuno con la piedad que deben llevar á ella, y que se sostenga en toda la carrera con una devocion imperturbable. Por nuestro Señor.

La Epístola es tomada de la profecía de Joel, cap. 2.

Hæc dicit Dominus: Convertimini ad me in toto corde vestro, in jejunio, et in fletu, et in planctu. Et scindite corda vestra et non vestimenta vestra, et convertimini ad Dominum Deum vestrum; quia benignus et misericors est, patiens et multæ misericordiæ et præstabilis super malitia. Quis scit si convertatur, et ignoscat, et relinquat post se benedictionem, sacrificium et libamen Domino Deo vestro? Canite tuba in Sion, sanctificate jejunium, vocate cœtum, congregate populum, sanctificate Ecclesiam coadunate senes, congregate, parvulos, et sugentes ubera: egrediatur sponsus de cubili suo, et sponsa de thalamo suo. Inter vestibulum et altare plorabunt sacerdotes ministri

Hé aquí lo que dice el Señor: Convertíos á mí de todo vuestro corazon, en el ayuno, en las lágrimas y en los gemidos. Despedazad vuestros corazones y nó vuestros vestidos, y convertíos al Señor vuestro Dios; porque es bueno y compasivo, paciente y rico en misericordia, y no se deja vencer por nuestra malicia. ¿Quién sabe si se volverá á nosotros, si nos perdonará, si dejará despues de sí la bendicion, á fin de que presentemos al Señor nuestros sacrificios y nuestras ofrendas? Haced resonar la trompeta en Sion, ordenad un ayuno santo, publicad una reunion solemne, haced venir á todo el pueblo, advertidle que se purifique, juntad los an-

Domini, et dicent: Parce Domine, parce populo tuo; et ne des hereditatem tuam in opprobrium, ut dominentur eis nationes. Quare dicunt in populis: Ubi est Deus eorum? Zelatus est Dominus terram suam, et pepercit populo suo. Et respondit Dominus, et dixit populo suo: Ecce ego mittam vobis frumentum et vinum et oleum, et replebimini eis: et non dabo vos ultra opprobrium in gentibus: dicit Dominus omnipotens.

cianos, traed tambien los niños y los que todavía están al pecho; salga el esposo de su aposento y la esposa del lecho nupcial. Llorarán los sacerdotes y los ministros del Señor, entre el vestíbulo y el altar, y esclamarán: Perdonad, Señor, perdonad á vuestro pueblo y no dejeis que vuestra heredad sea entregada al oprobio, de modo que caiga bajo la dominacion de las naciones. ¿Sufrireis que las naciones digan de nosotros: Dónde está su Dios? El Señor tiene un amor ardiente por este pais que mira como suyo, y él ha perdonado á su pueblo. El Señor ha hablado á su pueblo y le ha dicho: Yo os enviaré trigo, vino y aceite, y quedareis satisfechos, y no os abandonaré ya á los insultos de las naciones, dice el Señor omnipotente.

Joel, hijo de Fatuel, era de la tribu de Ruben: es el segundo de los doce profetas menores. Profetizó hácia el año 789 ántes de Jesucristo. Su profecía contiene tres capítulos. Habla de los azotes con que Dios castigó á su pueblo, y de la penitencia que este pueblo debia hacer para apaciguar la cólera de Dios. Ha predicho la venida del Espíritu Santo, el juicio último, y el rigor con que Dios juzgará á todos los hombres.

REFLEXIONES.

«Convertíos á mí de todo vuestro corazon.» Dios mismo es el que nos invita, el que nos urge, el que nos manda que nos convirtamos á él de todo nuestro corazon. Despues de esto ¿á qué pecador puede faltarle la confianza? pero al mismo tiempo ¿quién puede diferir el convertirse? Si un príncipe ofreciese con tanta franqueza el perdon á un criminal; si él mismo convidase á un cortesano desgraciado á que volviese á la córte, ofreciéndole su amistad, sus favores, ¿se hallarian muchos que se resistiesen á partir? ¿qué difiriesen su vuelta? ¿A quién le ha parecido que era sobrado costoso, ó que eran demasiado onerosas cualesquiera condiciones para comprar el favor de un príncipe? Ah! ¿y qué es el favor de un príncipe de la tierra, en comparacion de la amistad del soberano Señor del universo, del Dios omnipotente, fuente de todo bien, y único árbitro de nuestro eterno destino? y sin embargo ¿quién se rinde á su voz? ¿quién responde con prontitud á su invitacion? ¿quién se apresura á entrar en su favor, por mas que nos ofrezca su amistad con empeño? Quieren convertirse; porque las gentes del mundo, los pecadores mas escandalosos, las mujeres mundanas, los libertinos de profesion, no querrian morir en su desgracia; quieren pues convertirse, pero se teme siempre el que sea demasiado pronto, si se hace inmediatamente. Dilacion de la conversion, paso seguro, gaje cuasi cierto de la impenitencia final. El que vive con un deseo ineficaz de convertirse, cuasi por lo comun muere impenitente. Vos, Señor, convidais, solicitais al pecador para que se convierta, mas á él no le place. Cuando estarán de humor para ello, es decir, cuando ya estarán disgustados de sus placeres; cuando por enfermedad, por la edad, ó por algun accidente funesto, no estarán ya en estado de ofenderos; cuando se verán al borde del abismo, en que van á ser precipitados; cuando ya desagraden á los mundanos; cuando no serán ya buenos para nada; cuando el mundo á quien han servido, y de quien han sido esclavos, no admitirá ya sus servicios: entonces esos mundanos rendidos, esos pecadores cansados, esas mujeres coquetas, envejecidas ó desgraciadas, esos libertinos arrojados de las asambles profanas, de las partidas de placer, que han llegado á ser odiosos en Babilonia, pensarán de veras en tomar el camino de Jerusalen, y en venir á ofrecer al Señor los miserables restos de una vida corrompida. Dios es misericordioso, es verdad; mas aun; es todo misericordia; pero no es ménos justo. ¿Y creemos que estos regresos forzados, que estas pretendidas conversiones dilatadas, sean de un gran mérito delante de él? El pecador no debe jamás desesperar de su salvacion; aun cuando no le quedase mas que un soplo de vida, debe reanimar toda su confianza en un Salvador que ha hecho tan grandes gastos, y que ha muerto universalmente por todos los pecadores; pero un pecador que es insensible á las amorosas solicitaciones de la gracia, y que se endurece voluntariamente contra toda la impresion del Espíritu Santo, ¿no tiene nada que temer? «Convertíos á mí de todo vuestro corazon.» Quien dice de todo vuestro corazon, pide una conversion entera, perfecta, sin division. No hay conversion verdadera si no es de todo corazon. Reformar el lujo de los vestidos, cortar el juego, romper los vínculos criminales, no asistir mas á los obstáculos profanos, privarse de toda diversion poco cristiana, es una conversion muy edificante; pero si queda todavía alguna pasion dominante que sujetar, alguna aficion favorita que vencer, alguna injuria que perdonar, alguna frialdad que estinguir, algun lazo que romper, la conversion no es entera; no hay conversion de todo corazon, cuando hay alguna reserva en la conversion. He pasado á cuchillo, decia Saul al profeta, á todos los amalecitas; nada he perdonado de cuanto les pertenecia, conforme al órden del Señor; y ¿qué significa, repone Samuel, el balido de esas ovejas, la voz de ese rebaño que has perdonado? ¡Buen Dios, qué de conversiones ambiguas, imperfectas, defectuosas! ¡cuán pocos se convierten á Dios de todo su corazon!

El Evangelio de la misa es de san Mateo, tomado del cap. 6.

In illo tempore: Dixit Jesus discipulis suis: Cum jejunatis, nolite fieri sicut hypocritæ tristes; exterminant enim facies suas, ut appareant hominibus jejunantes. Amen dico vobis, quia receperunt mercedem suam. Tu autem, cum jejunas, unge caput tuum, et faciem tuam lava, ne videaris hominibus

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Cuando ayunais, no afecteis un aire triste como los hipócritas. Ellos ponen su rostro macilento para hacer ver á los hombres que ayunan. En verdad os digo, que han recibido ya su recompensa. Mas cuando tú ayunes, unge tu cabeza, y

jejunans, sed Patri tuo, qui est in abscondito; et Pater tuus, qui videt in abscondito, reddet tibi. Nolite thesaurizare vobis thesauros in terra, ubi ærugo, et tinea demolitur, et ubi fures effodiunt, et furantur. Thesaurizate autem vobis thesauros in cœlo: ubi nenue ærugo, neque tinea demolitur; et ubi fures non effodiunt, nec furantur. Ubi enim est thesaurus tuus, ibi est et cor tuum.

lava tu rostro á fin de que no aparezca á los ojos de los hombres que ayunas, sino á los de tu Padre que está en lo oculto; y tu Padre, que ve en lo escondido, te recompensará. No junteis tesoros en la tierra, donde el orin y los gusanos lo consumen todo, y donde los ladrones socavan y roban. Juntad, pues, tesoros en el cielo, donde no hay herrumbre ni gusanos que consuman, ni ladrones que caven ni que roben. Porque donde está tu tesoro, allí está tu corazon.

MEDITACION.

Sobre la ceremonia de la ceniza.

Punto primero.— Considera que la ceremonia de poner hoy la ceniza en la cabeza no es puramente una ceremonia esterior, vacía, indiferente, estéril; es una práctica religiosa que recordándonos la memoria del formidable decreto pronunciado contra nosotros por el soberano Juez, es tambien el símbolo de la penitencia y de nuestra mortalidad. ¿Qué hacemos, pues, hoy cuando ponemos la ceniza sobre nuestras cabezas? Hacemos lo que hacia Josué, cuando para apaciguar al Dios de los ejércitos, y reparar el latrocinio de los despojos de Jericó, él y los ancianos de Israel se cubrian la cabeza con el polvo. Hacemos lo que Jeremías recomendaba á los príncipes de Judá en la desolacion de su patria, recordándoles que moririan muy pronto. Hacemos lo que hacia Esther, Judith, Mardoqueo y el rey de Ninive. Hacemos, en fin, lo que en la ley de gracia nos ha dicho Jesucristo que habrian hecho Tiro y Sidon, si hubiese obrado á su vista los mismos prodigios que habia obrado en Corozain y en Bethsaida. Hacemos lo que tantos santos han hecho. Las palabras humillantes que el sacerdote con la ceniza en la mano pronuncia hoy sobre el hombre postrado á sus piés, son los mismos términos del decreto pronunciado contra el primer hombre en castigo de su pecado. El designio de la Iglesia poniéndonos la ceniza en la frente es escitarnos á la penitencia y al desprecio de nosotros mismos, á la vista de este débil resto en que vienen á parar todos los bienes, los placeres, los honores de esta vida, y á que nosotros mismos hemos de quedar reducidos en la muerte. Las oraciones que hace la Iglesia sobre estas cenizas, al bendecirlas, dan una virtud secreta á esta religiosa ceremonia, que no deja de inspirar la compuncion, y de atraer la gracia de la penitencia á todos los que reciben esta ceniza sobre su cabeza con disposiciones santas en el corazon. ¡Qué efecto no debe producir esta práctica de religion! ¡qué desprendimiento de la vida! ¡qué disgusto de los bienes criados! ¡qué indiferencia por las dignidades mas brillantes! ¿Se puede ver este puñado de ceniza, imágen verdadera de lo que llegaremos á ser un dia; se puede oir este decreto, este oráculo terrible cuyas amenazas verificaremos nosotros muy pronto, sin que nuestro orgullo quede humillado, sin que que nuestra molicie sea confundida, sin que queden confundidos nuestros ambiciosos proyectos, sin que nos llenemos de vergüenza, y tengamos un verdadero sentimiento de haber hecho tanto caso de las engañosas conveniencias de esta vida? ¡Qué remedio tan saludable son estas cenizas derramadas sobre la hinchazon del corazon humano! ¡qué propias para abrir los ojos sobre el falso resplandor de mil objetos seductivos! ¡qué bien que pueden sazonar las mas amargas adversidades de esta vida!

Punto segundo.—Considera cuántos buenos efectos puede producir esta ceniza recibida sobre nuestras cabezas con un espíritu de religion, con un corazon contrito y humillado, y con las disposiciones que pide esta santa ceremonia. El pensamiento de la muerte, inseparable de esta santa ceremonia, es el primer efecto que produce. Aun cuando uno fuese el mas poderoso monarca del universo; aun cuando fuese el hombre mas dichoso del siglo, morirá, y toda aquella pompa, aquella grandeza, aquella majestuosa reputacion, aquella tumultuosa felicidad que tiene tantos envidiosos, todo esto se estingue en el sepulcro; escudriñad esos soberbios mausoleos, orgullosos monumentos de la vanidad mundana; no encontrareis en ellos mas que un puñado muy pequeño de cenizas, ménos preciosas que la urna que las contiene. Hé aquí lo que queda por fin de esos grandes príncipes, terror ó admiracion de su siglo, de todos esos héroes de los siglos pasados, de todos esos favoritos de la fortuna, para hablar segun el lenguaje de las gentes del mundo; algunos restos de huesos calcinados, un puñado de cenizas fétidas, á esto se reduce todo. No tendremos otra suerte, aun cuando fuésemos todavía mas poderosos, mas ricos, mas llenos de satisfacciones que lo han sido todos estos; algun dia se dirá tambien de nosotros lo que hoy se dice de esas víctimas de la ambicion humana, y cada uno es á su vez una prueba sensible de esta verdad. La estima y el amor mismo de la virtud, es otro efecto de la ceremonia de las cenizas. ¡Buen Dios, qué propia es esta ceremonia misteriosa para desengañarnos de tantas grandezas falsas, de todas esas opiniones populares que encantan y seducen! ¡pero al mismo tiempo qué eficaz para descubrirnos el mérito sólido, y el precio inestimable de la verdadera virtud! Los santos, se dirá, mueren tambien como los pecadores, pero ¡qué diferencia de cenizas á cenizas! Las unas son objeto de horror, las otras objeto de veneracion; tanto poder y atractivo tiene la santidad. Aquellas se arrojan á los piés, delante de estas se postran con veneracion. La tierra misma que ha cubierto los cuerpos de los santos tiene virtud de hacer milagros. ¿Qué debe concluirse de todo esto, sino que es una insigne locura buscar la felicidad en los honores, en los placeres, en los bienes de esta vida, y que es preciso haber perdido el juicio para estudiar en otra cosa que en hacerse santo?

Este es tambien, Señor, el fruto que yo espero sacar de esta meditacion con el ausilio de vuestra gracia.

Jaculatorias.—¡Vanidad de vanidades, todo no es mas que vanidad! ¿Qué le queda al hombre mundano de todos sus afanes, y á qué queda, en fin, reducido sino á un poco de ceniza? (Eccl. 1.)

Señor, yo detesto con todo mi corazon mi vida pasada; yo me acuso á mí mismo, y hago penitencia en el polvo y en la ceniza. (Job 42.)

PROPÓSITOS.

1 Como la ceremonia de la ceniza es una práctica de religion, hacedla con todas las disposiciones y con el espíritu que pide una ceremonia tan santa. Es inútil que se ponga la ceniza en la cabeza, si reina el orgullo en el corazon. Dios mira con horror toda gazmoñería. Si el alma no está contrita y penetrada de la idea de su nada, toda esta humillacion esterior no pasa de una pantomima. Guardaos bien de llevar la irreverencia y la indevocion hasta á los ejercicios mas humillantes de la religion. Presentaos á recibir la ceniza en la frente con un corazon contrito y humillado; escuchad el decreto de muerte con una perfecta resignacion, y haced al mismo tiempo el sacrificio de vuestra vida; aceptad la muerte á que Dios os ha condenado en satisfaccion de vuestros pecados, y como una pena que habeis merecido justamente. En la hora de la muerte apenas está uno capaz de hacer un sacrificio meritorio; hoy propiamente es, al recibir la ceniza en la cabeza, cuando el sacrificio que hareis de vuestra vida puede ser muy agradable á Dios y de un gran mérito.

2 No perdais de vista la muerte, de la que el símbolo mas natural es la ceniza. Este pensamiento persuade fácilmente la penitencia, y endulza su rigor. Comenzad la Cuaresma con espíritu de penitencia; ¡para cuántos será esta la última! ¡Y qué consuelo no tendreis de haberla observado cristianamente, si debiese ser la última para vosotros! Unid vuestro ayuno al de Jesucristo, para hacérosle por este medio mas meritorio. Una de las astucias mas perniciosas del demonio, es el hacernos mirar las ceremonias mas santas de la religion como costumbres indiferentes. Acompañad y animad esta de un espíritu cristiano; y en todo lo que hiciereis, deciros á vos mismo. Acuérdate que no eres mas que polvo, y que serás reducido á polvo dentro de pocos dias.

JUEVES DESPUES DE CENIZA.

Como el ayuno de Cuaresma es un remedio eficaz para curar las enfermedades del alma, la Iglesia nos propone en este dia dos curaciones corporales, milagrosamente obradas en dos personas, de las cuales la una era de la primera y mas noble cualidad entre los hombres, y la otra de una condicion la mas vil y mas abyecta, para hacernos ver que no hay ningun estado en el mundo esceptuado del beneficio de la redencion y de la salud. «Dios quiere que todos los hombres se salven, y que lleguen al conocimiento de la verdad.» (1. Timot. 2.) El primer ejemplo de estas curaciones milagrosas es el del rey Ezequías, cuya historia nos hace leer la Iglesia en la Epístola de la misa. El otro es el del criado de un centurion, capitan de una compañía de cien hombres; y este milagro hace el asunto del Evangelio de este dia.

Ezequías rey de Judá, hijo de Achaz y de Abías y nieto de Joatham, era un príncipe religiosísimo. Restableció enteramente el culto del verdadero Dios en el reino de Judá, en cuyo gobierno entró hácia el año 727 ántes de Jesucristo. Habian caido los judíos en la mayor parte de las supersticiones paganas por la negligencia y acaso la irreligion de los que les gobernaban, y por el comercio que habian tenido con los paganos. El piadoso príncipe hizo derribar todos los altares que se habian erigido sobre las colinas en honor de los falsos dioses; quemó los bosques consagrados á estas falsas divinidades, é hizo pedazos la serpiente de metal que los judíos conservaban, y todo esto á fin de quitarles todo motivo de idolatría. Eusebio dice que suprimió muchos libros de Salomon, que trataban de las cosas naturales, á causa del abuso que los sencillos hacian de ellos. Despues de haber restablecido la religion y el buen órden en el reino, hizo la guerra á los enemigos del estado. Tan valiente como religioso, destrozó á los filisteos que se habian rebelado ya contra su padre.

En el cuarto y sexto año de su reinado, Salmanasar tomó á Samaria y puso fin al reino de Israel, habiendo hecho prisionero al rey Ozías, el cual murió en la prision. Por el mismo tiempo Sennacherib, rey de los asirios, hizo grandes conquistas en la Palestina y en las provincias vecinas; entró en Egipto y le conquistó. Irritado contra Ezequías que habia rehusado pagarle el tributo que exigia de él, envió á Rabsaces, uno de sus oficiales, con órden de hacerle amenazas fulminantes, burlándose de la confianza que este religioso príncipe tenia en Dios contra las fuerzas de un monarca á quien ningun poder habia resistido hasta entonces. Habiendo oido Ezequías estas insultantes amenazas, recurrió á Dios, y para implorar su socorro se vistió de un saco, fué al templo, donde hizo leer las blasfemas cartas de Sennacherib, y pasó allí mucho tiempo en oracion. El profeta Isaías le envió á decir que no temiese estas amenazas, y le prometió que Dios combatiria en su favor. En efecto, habiendo puesto Sennacherib el sitio á Jerusalen con un ejército de mas de doscientos mil hombres, envió Dios un ángel durante la noche, que mató á ciento ochenta y cinco mil del ejército de este príncipe, con todos los gefes. Viendo á la mañana Sennacherib esta gran derrota, huyó á sus estados, dejando todo su aquipaje en poder de aquellos cuya ruina creia segura.

Ezequías admiró sí la mano omnipotente del Dios de los ejércitos en esta derrota milagrosa del ejército del rey de los asirios; pero la Escritura dice que este príncipe no reconoció, como debia, las gracias que Dios le habia hecho, y que habiéndose dejado llevar del orgullo, le habia Dios castigado y humillado. Pero Dios no le castigó sino como un padre bueno, y su castigo fué para él una nueva prueba de su bondad. Ezequías cayó peligrosamente enfermo. Pretenden los judíos que el haber sido así castigado, fué por no haber hecho solemnes acciones de gracias por un beneficio tan señalado, y no haber cantado un cántico de alabanza al Dios de los ejércitos despues de la derrota de Sennacherib, á imitacion de Moisés, de Ana, madre de Samuel y de Débora. Sea como quiera, Ezequías se halló muy malo, y su enfermedad se presentó mortal. Habiéndole ido á visitar el profeta Isaías, le dijo: Príncipe, hé aquí lo que el Señor me manda que os diga: arreglad los negocios de vuestra casa, porque morireis y no saldreis de esta enfermedad. Este decreto de muerte, anunciado por la boca de un tan gran profeta, consternó al príncipe que solo contaba entonces catorce años de reinado. Volvió el rostro hácia la pared para rogar con mas recogimiento y respeto, y para derramar lágrimas en la amargura de su corazon delante de Dios: Señor, esclamó, compadeceos de vuestro siervo, y dejaos enternecer de mis lágrimas. Acordaos que he caminado delante de vos con un corazon recto y puro, con una fidelidad firme y perseverante, y que aunque sea pecador, no por eso os he pretendido nunca desagradar deliberadamente, y siempre he procurado

hacer lo bueno y agradable delante de vos. Abandonándose en seguida al dolor, derramó lágrimas con grande abundancia.

Los justos del antiguo Testamento han dirigido muchas veces á Dios ruegos en que le suplicaban se acordase de sus buenas obras. David en sus salmos recuerda mas de una vez su inocencia, su dulzura, su justicia; y Nehemías le pide á Dios que no olvide las obras de piedad que ha hecho para el restablecimiento del templo y las ceremonias de la ley. Este modo de pedir podia tener un sentido bueno, sobre todo en un pueblo grosero y del todo material, hasta en las cosas mas espirituales. Jesucristo nos ha enseñado de un modo muy distinto la necesidad continua que tenemos de que la gracia del Eeñor nos prevenga, nos fortifique y nos dé la perseverancia; reconocemos con justicia, que cuando Dios corona y recompensa nuestros méritos, recompensa y corona sus propios dones y sus beneficios.

Podria sorprendernos el ver uno de los reyes mas santos, tan zeloso por hacer florecer la religion en sus estados, y que ha llevado una vida tan inocente y tan llena de obras buenas, temer tanto el morir, abatirse y entregarse al dolor en las cercanías de la muerte, al paso que vemos tantos santos en la ley nueva, mirar la muerte con alegría, saltar de gozo cuando ven que se les acaba su destierro, y no temer en la aproximacion de la muerte nada tanto como el que no se verifique. ¡Cuán bien prueba esta diferencia de los santos del uno y del otro Testamento, la escelencia de la ley nueva sobre la antigua! Es preciso convenir que el antiguo Testamento nos propone grandes ejemplos de virtudes en sus santos y patriarcas; pero tambien es indispensable reconocer que su virtud por mas verdadera, por mas grande que fuese, era todavía tosca, y en algun tanto terrena. Solo la sangre de Jesucristo es la que ha producido en los santos de la nueva alianza, sentimientos mucho mas nobles y mas elevados, y una virtud mas depurada y mas sublime. Era necesario un hombre Dios para hacer espirituales á los hombres, y solo en la religion cristiana es en la que se encuentra la idea justa de la santidad.

Dios se rindió á la oracion y á las lágrimas de Ezequías. No habia aun salido el profeta del patio del palacio cuando Dios le mandó que volviese á la habitacion del rey, y le dijese que el Dios de David, su padre, habia oido su oracion, y atendido á sus lágrimas. Que no moriria de esta enfermedad; que viviria todavía quince años, y que no tendria ya mas que temer de los asirios. Corrió Isaías á llevar esta agradable noticia al rey, el cual recibió tanto gozo con ella, que le parecia dudosa su curacion; tanto la deseaba. ¿Pero qué señal me das, le dijo el príncipe, que me asegure esa palabra? Era despues de mediodía, y el sol estaba ya cerca de su ocaso. ¿Quereis por prueba de mi prediccion, respondió Isaías, que la sombra del sol adelante diez líneas, ó que las atrase? Muy fácil es, dijo el rey, que la sombra adelante diez líneas; pero haz que las retroceda. Habiéndose puesto inmediatamente el profeta en oracion, se vió la sombra que habia pasado ya diez líneas, volver hácia atrás igual número de grados en el reloj de Achaz. Ezequías vivió todavía quince años despues de este milagro; y habiendo reinado veinte y nueve años, es claro que esto sucedió el décimocuarto de su reinado.

Los intérpretes difieren bastante sobre el modo en que estaba dispuesto el reloj de Achaz. San Gerónimo al parecer cree que era una escalera dispuesta con arte, sobre la cual señalaba las horas la sombra del sol. San Cirilo de Alejandría le ha concebido tambien como una escalera que Achaz, padre de Ezequías, habia hecho construir con tal artificio y proporcion, que por la sombra de los escalones se designaban las horas y el curso del sol. Es de presumir tambien que el rey podia ver estos escalones desde su cámara y aun desde su lecho, de modo que pudiese ser testigo del retroceso del sol. Algunos otros quieren que este reloj haya sido un verdadero cuadrante, ó una muestra solar, semejante á las primeras que se usaron en la Grecia y en la Italia, en donde una pequeña columna, colocada sobre un plano horizontal ó perpendicular, designaba por medio de su sombra, sobre diferentes líneas, las diversas horas del dia.

Por lo que hace á la retrogradacion, claramente dice el profeta, no solo que fué la sombra la que retrocedió diez líneas, sino que el sol retrocedió diez grados por los cuales habia ya bajado, y por consiguiente este dia debió ser diez horas mas largo que los dias ordinarios. No cuesta mas trabajo á Dios el hacer retroceder diez horas en un momento la sombra del sol, que hacer retrogradar al sol mismo en tan poco tiempo; y todos los sistemas, las consecuencias y los razonamientos de los filósofos deben desvanecerse cuando se trata de milagro. Todo el universo quedó sorprendido por un acontecimiento tan estraordinario y tan maravilloso. La fama de él se esparció entre los pueblos vecinos, y que el cielo habia hecho este prodigio en favor de Ezequías. Berodach-Baladan, rey de Babilonia, le envió sus embajadores para cumplimentarle por el restablecimiento de su salud, y al mismo tiempo para informarse de él acerca del prodigio que habia sucedido en la tierra. (2. Paralip. 32.)

El Evangelio de la misa de este dia cuenta la historia de la otra curacion milagrosa obrada en favor del siervo de un centurion. Habiendo bajado el Hijo de Dios de la montaña en que habia predicado con tanta admiracion y fruto, vino á Cafarnaum, seguido de una muchedumbre que no se cansaba de oirle. Los mismos gentiles que oian hablar de las maravillas que obraba, le profesaban una veneracion y una estimacion sin límites; hasta el centurion que mandaba la guarnicion romana en Cafarnaum le salió al encuentro, y habiéndole saludado con una profunda reverencia: Señor, le dijo, tengo un criado en mi casa, que se halla en la cama paralítico y sufre grandes dolores. Bella leccion para los amos cristianos sobre la caridad con sus domésticos. Deben enternecerse por sus males, buscar los medios de aliviarles, y no descansar de tal modo sobre los otros, que no hagan tambien personalmente algunas diligencias. Superiores á los que os sirven, tambien vosotros perteneceis al mismo Señor: usad de vuestros derechos sobre ellos, como quereis que Dios use de los suyos sobre vosotros. ¡Qué dureza echar de casa á los que han caido enfermos en nuestro servicio! Los paganos se hubieran avergonzado de echar fuera de su casa á los que hubieran caido enfermos en su servicio. Aprended de este centurion pagano á obrar como cristianos. Yo iré á tu casa, le responde el Salvador, y curaré al enfermo. ¡Qué bien significada está aquí la disposicion de Jesucristo para aliviar nuestros males! ¡Que no tenga yo tanto empeño por la curacion de mi alma, como vos tendriais facilidad para

decirme, si yo os la pidiese, yo iré y la curare! El que Jesucristo quiere ir á curar en persona es un simple doméstico: ¿deberán, pues, los ministros del Señor en el ejercicio de las funciones de su ministerio distinguir mas al rico que al pobre, al hombre de calidad que al artesano, al señor que al siervo?

Señor, repone el centurion, ¿vos quereis venir á mi casa? ¡Ay! yo no merezco que me hagais este honor, ni que os tomeis este trabajo; no teneis mas que decir una palabra allí donde os halleis, y yo estoy seguro que con esto quedará curado mi criado. Vos de nadie recibis órdenes, porque no hay ninguno que sea superior á vos. Toda la naturaleza os obedece como á su Señor soberano, y no teneis mas que decir que un enfermo sea curado, y lo será inmediatamente. Yo que no soy mas que un oficial subalterno, no tengo mas que decir á mis servidores y á mis soldados: ven acá, ves allá, haz lo que yo te mando; y soy obedecido sin réplica en el momento. Este discurso agradó al Salvador, y de confesó su admiracion .No porque esta su admiracion procediese de ignorancia ó de sorpresa, pues él lo sabia todo, todo lo preveia, y nada podia cogerle de nuevo; esta admiracion aparente era mas bien un efecto de la estrema satisfaccion que tuvo por la fé de este oficial romano, y que le hizo decir á todo el pueblo que le seguia: En verdad que no he hallado tanta fé en todo Israel, en ninguno de aquellos á quienes he hecho mas bien, y que están obligados á creer y á confiar en mi. Nó; está muy lejos de que vuestra fé sea tan pura, tan firme, tan perfecta como la de este estranjero. Pero tambien debeis tener por cierto, y yo os lo predigo hoy, que muchos que han venido de los estremos de Oriente y de Occidente serán colocados con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos; mientras que los hijos de la casa, que podian pretender los primeros puestos en este reino, como herencia que se les destinaba con preferencia á otros, serán arrojados al abismo, donde no verán jamás la luz, donde no habrá para ellos mas que desesperacion, que crujir de dientes, que lágrimas amargas. De este mismo modo reciben todavía hoy los hijos infieles la luz del Evangelio, y hacen revivir en Oriente y en Occidente el fervor de los primeros cristianos, al paso que vemos debilitarse y cuasi estinguirse la fé entre nosotros. ¿De qué nos sirve haber nacido hijos del Rey, si por nuestras infidelidades dejamos pasar á otras manos la herencia de los hijos? La fé se estingue desde que las costumbres se corrompen. Se comienza ordinariamente por la corrupcion del corazon, ántes que se vean nacer los errores del entendimiento; ellos nacen todos de la corrupcion de las costumbres. Pocos herejes, pocos cismáticos, pocos sectarios hay que no tengan las costumbres dañadas. Disfrácese cuanto se quiera el desarreglo, enmascárese la pasion: siempre las pasiones mas vergonzosas son ó el orígen, ó á lo ménos el efecto de la herejía y del error. Los gefes de partido, los heresiarcas han tomado la máscara de la piedad, han afectado motivos especiosos y seductivos de su rebelion contra la Iglesia, para engrosar su partido, para imponer á los sencillos; pero no hay secta que no produzca, que no inspire la relajacion, y tarde ó temprano la disolucion. Fuente eterna será de llanto y de rabia en el infierno para aquellos hijos desheredados, el haber tenido tan cerca el reino de los cielos, y verse privados de él por su culpa. No queriendo el Salvador dejar sin recompensa la viva fe del centurion: Vé, le dijo, suceda todo segun que has creido, y en aquella misma hora quedó sano el criado. En efecto, habiéndose vuelto á su alojamiento aquel oficial y los de su comitiva, hallaron el enfermo perfectamente curado de su parálisis.

Cuando el Evangelio dice que Jesucristo se manifestó admirado, es solo un modo de hablar para espresar la satisfaccion que tuvo el Salvador de encontrar en este estranjero una fé tan viva y tan firme. Suponiendo siempre el asombro y la admiracion alguna ignorancia, ó alguna sorpresa, jamás se podrán atribuir con propiedad á aquel que nada ignora. Cuando el Salvador mismo dice que no ha encontrado una fé tan grande en Israel, debe siempre esceptuarse la Santísima Virgen y los Apóstoles, y esta escepcion no impide que la fé de este estranjero no fuese capaz de confundir la incredulidad de la nacion judía. Se ve bien que aquellas palabras: «muchos vendrán del Occidente y del Oriente,» esto es, de todas las partes del mundo, significan visiblemente la vocacion de los gentiles, los cuales por su docilidad en recibir el Evangelio han merecido sustituir á los judíos y sucederles en todos sus derechos, como se ha verificado. Los judíos eran los vasallos naturales del reino del Mesías: habiéndose ellos mismos escluido por su ingratitud y por su pura malicia de la Iglesia de Jesucristo, han merecido ser desterrados para siempre de la sala del banquete celestial y ser precipitados en el fuego del infierno.

La oracion de la misa en este dia es como sigue:

Deus, qui culpa offenderis, penitentia placaris, preces populi tui supplicantis propitius respice: et flagella tuæ iracundiæ, quæ pro peccatis nostris meremur, averte. Per Dominum nostrum...

O Dios, á quien ofende el pecado, y aplaca la penitencia, escuchad favorablemente los ruegos de vuestro pueblo postrado en vuestra presencia, y apartad de sobre nuestras cabezas los azotes de vuestro enojo que tan justamente hemos merecido por nuestras culpas. Por nuestro Señor, etc.

La Epístola es tomada del cap. 38 del profeta Isaías.

In diebus illis: Ægrotavit Ezechias usque ad mortem: et introivit ad eum Isaias filius Amos profeta, et dixit ei: Hæc dicit Dominus: Dispone domui tuæ, quia morieris tu, et non vives. Et convertit Ezechias faciem suam ad parietem, et oravit ad Dominum, et dixit: Obsecro, Domine, memento quæso quomodo ambulaverim coram te in veritate, et in corde perfecto, et quod bonum est in oculis tuis fecerim. Et flevit Ezechias fletu magno. Et factum est verbum Domini ad Isaiam, dicens: Vade et dic Ezechiæ: Hæc dicit Dominus Deus David patris

En aquellos, dias cayó Ezequías enfermo mortalmente, y el profeta Isaías, hijo de Amós, vino á visitarle y le dijo: Hé aquí lo que dice el Señor: Arregla tu casa, porque morirás y no saldrás de esta enfermedad. Entonces Ezequías volvió su rostro á la pared, y oró al Señor diciendo: Acordaos, Señor, os ruego, que he caminado delante de vos en la verdad, y con un corazon perfecto, y que he hecho siempre lo que era bueno y agradable á vuestros ojos. Y Ezequías derramó abundantes lágrimas. Entonces el Señor habló á Isaías y le

tui: Audivi orationem tuam, et vidi lacrymas tuas: ecce ego adjiciam super dies tuos quindecim annos: et de manu regis assyriorum eruam te, et civitatem istam, et protegam eam: ait Dominus omnipotens.

dijo: Vé y dílo á Ezequías: Hé aquí lo que dice el Señor Dios de David, tu padre: He oido tu oracion y he visto tus lágrimas, y hé aquí que yo añadiré todavía quince años á tu vida, y te libraré del poder del rey de los asirios; libraré tambien esta ciudad y la protegeré, dice el Señor omnipotente.

El nombre de profeta significa segun la palabra griega el que predice lo futuro. Los hebreos le daban el nombre de vidente, esto es, el que tiene revelaciones y visiones divinas. Isaías, el primero de los cuatro Profetas mayores, era de la tribu de Judá, y de la estirpe real de David. Se dice que su padre Amós era hijo del rey Joas, y hermano de Amasías, rey de Judá. Empezó á profetizar hácia el año vigésimoquinto de Osías, rey de Judá, en 784 ántes de Jesucristo.

REFLEXIONES.

«Arregla los negocios de tu casa, porque morirás.» No solo se dirigen estas palabras al rey Ezequías, hablan tambien con todos los que viven sobre la tierra. Grandes del mundo, felices del siglo, ricos comerciantes, gentes de negocios, pobres artesanos, cualquiera que seais, de cualquier estado, en cualquiera condicion, viejos y jóvenes, hé aquí lo que dice el Señor: poned en órden los negocios de vuestra casa; ó conforme á un sentido todavía mas justo, segun el espíritu de la Escritura: poned en órden los negocios de vuestra conciencia. No hay necesidad de un profeta para anunciaros este decreto: Escritura santa, libros espirituales, oráculos divinos, luz de la gracia, inspiraciones santas, todo lo publica; y á pesar de esta publicidad, ¡cuántos mueren sin haber puesto en órden los negocios de su conciencia y sin estar dispuestos para ello! Nada hay durante la vida de que se dude ménos, de que jamás nadie se haya atrevido á dudar, que de la muerte. Nacemos con la certidumbre de que hemos de morir. No es una certidumbre que se adquiere: puede decirse que ella previene, en algun modo, al uso de la razon. Estamos seguros de que es preciso morir, y se vive como si la muerte fuese incierta. ¿Se viviria con mas licencia é irregularidad, en un olvido de Dios mas largo y mas irreligioso, en una indolencia mas constante por su salvacion, en un caos mas embrollado y mas espantoso de conciencia que lo que se vive? ¿Se viviria de este modo ménos cristiano, si no se debiese nunca morir? ¿Se espera arreglarlo todo en la hora de la muerte; ¿pero es aquel el tiempo? ¿Se tratan así los negocios temporales? ¿Se deja para la hora de la muerte el tomar cuentas á un arrendador? ¿Se difiere para la muerte el reglar sus negocios, examinar la ganancia ó la pérdida con un asociado? ¿Se dilatan hasta entonces los negocios del comercio, la venta ó la compra de una tierra, la discusion de sus derechos sobre una herencia, la instruccion de un proceso? ¿Quién no tiene por la locura mas insigne y la imbecilidad de entendimiento mas bien marcada, el dejar para la última enfermedad un negocio de alguna consecuencia? Uno de los primeros avisos de un médico, uno de los primeros cuidados de los parientes, de los amigos y hasta de las personas mas sabias, es que no se hable de ningun negocio á un enfermo, impedir aun que piense en él, porque no está en estado de oir hablar ni aun de bagatelas: ¿y se deja para aquel tiempo corto é incierto, para aquel tiempo de dolor, de espanto, de turbacion, de flaqueza de cuerpo y de espíritu, el negocio de la salvacion, que es el que pide mayor aplicacion, mas tranquilidad, penetracion y fuerza? En el tiempo en que se goza de perfecta salud, es cuando se debe pensar, cuando es preciso arreglar los negocios de la conciencia; pero entonces se alega que está uno fatigado, atolondrado, apurado: ¿y en la muerte se tendrá toda la libertad, todo el espacio, toda la aplicacion y fuerzas necesarias? Qué estudio, que penetracion, qué paciencia, cuando es preciso desembrollar una conciencia cargada de restituciones, de reparaciones, de circunstancias, de injusticias: ¿y será tiempo de hacer todo esto en la muerte? ¡Qué error! ¡qué estravagancia! ¡qué locura! Sin embargo nada hay mas comun en el dia que esta conducta tan lamentable.

El Evangelio de la misa es de san Mateo, cap. 8.

In illo tempore: Cum introisset Jesus Capharnaum, accessit ad eum centurio, rogans eum, et dicens: Domine, puer meus jacet in domo paralyticus, et male torquetur. Et ait illi Jesus: Ego veniam et curabo eum. Et respondens centurio, ait: Domine, non sum dignus ut intres sub tectum meum: sed tantum dic verbo et sanabitur puer meus. Nam et ego homo sum sub potestate constitutus, habens sub me milites: et dico huic, Vade, et vadit; et alii, Veni, et venit; et servo meo, Fac hoc, et facit. Audiens autem Jesus, miratus est, et sequentibus se dixit: Amen dico vobis, non inveni tantam fidem in Israel. Dico autem vobis, quod multi ab Oriente et Occidente venient, et recumbent cum Abraham, et Isaac, et Jacob in regno cœlorum: filii autem regni ejicientur in tenebras exteriores: ibi erit fletus et stridor dentium. Et dixit Jesus centurioni: Vade, et sicut credidisti, fiat tibi. Et sanatus est puer in illa hora.

Habiendo entrado Jesus en aquel tiempo en Cafarnaum, se llegó á él un centurion, rogándole en estos términos: Señor, tengo un criado en mi casa que está en la cama paralítico y sufre grandes dolores. Y Jesus le dijo: Yo iré y le curaré: á lo cual respondió el centurion: Señor, yo no merezco que entreis en mi casa, mas decid solo una palabra y mi criado quedará sano. Porque yo que soy un oficial subalterno, que tengo soldados á mis órdenes, digo á uno, vé, y va; y á otro, ven, y viene; y á mi criado, haz, esto y lo hace. Oyendo Jesus este discurso se admiró, y dijo á los que le seguian: En verdad os digo que no he hallado tanta fé en Israel. Pero tambien os aseguro que muchos vendran de Oriente y Occidente, y serán colocados en el festin con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos; mas los hijos del reino serán arrojados fuera á las tinieblas: allí no habrá otra cosa que llanto y crujir de dientes. Despues dijo Jesus al centurion: Vé, y sucédate segun has creido. Y en aquella misma hora quedó sano el criado.

MEDITACION.

Sobre la fé viva.

Punto primero.—Considera que la fé viva es siempre poderosa, porque obliga á Dios á que nada le niegue. Ella contiene en sí una tan alta y tan justa idea de las perfecciones de Dios, de su bondad, de su sabiduría, de su omnipotencia, de su bondad sincera para hacernos bien, de su ternura paternal, que no es posible á Dios, si es lícito hablar así, resistirse á sus repetidas solicitaciones. Y á la verdad solo esta fé viva es la que honra á Dios con un culto real, religioso y proporcionado en alguna manera á nuestro ser, y al ser infinito é incomprensible de nuestro Dios. No hay ningun otro medio saludable para conocer á Dios, para amar á Dios, para adorar á Dios, que la fé. Sin ella no hay virtud alguna, ninguna verdadera religion, ningun verdadero culto. No hay virtud, sin que esté animada de la fé, fundada sobre la fé, emanada, por decirlo así, de aquella fé viva, sola que constituye los fieles. Sin la fé no hay esperanza, no hay devocion, no hay caridad cristiana, no hay culto religioso divino. Queriendo Dios darse á conocer, hacerse amar, y queriendo ser honrado y servido por criaturas racionales, debia necesariamente establecer una religion, y no podia al parecer establecerla sino sobre la fé. La fé es la que ha justificado á Abraham y á todos los santos de la antigua ley y de la nueva; ella es la que forma todos los héroes cristianos, es como el alma de los elegidos. A la fé ha querido Jesucristo atribuir todos sus milagros: no solo es una disposicion necesaria para la gracia, sino que el Salvador la ha considerado como la causa y el determinativo de sus beneficios. Pero es preciso que sea una fé viva, esto es, una fé divina, que no tenga por principio y por objeto mas que á Dios; una fé animada de la caridad; una fé fecunda en buenas obras; una fé constante, generosa, universal, que no sabe lo que es dudar, consultar, temer; una fe, en fin, tal como la de un san Pedro, la del Centurion, de la Cananea; una fé que elevándose sobre los sentidos, y sobre la razon misma, no encuentre nada difícil, nada imposible para Dios. ¿Es nuestra fé de este carácter? ¿Tiene todas estas cualidades? ¿Tenemos una fé viva? Consultemos sus efectos. ¿Tenemos una fé generosa á prueba de todas las tentaciones, de todos los encantos de los sentidos, de todos los esfuerzos de las pasiones, de todas las ejecutivas solicitaciones del amor propio? Consultemos nuestra conducta y nuestra cobardía.

Punto segundo.—Considera que el orígen de nuestra poca devocion, poco fervor y poco celo, que el principio de nuestra cobardía, de nuestras infidelidades, de nuestros desarreglos, de nuestras recaidas, no es otro que nuestra poca fé. No creemos mas que á medias, dudamos, tememos, no tenemos confianza en Dios, desconfiamos aun de su bondad, de su misericordia, de su ternura paternal: ¿debemos estrañar si á la menor agitacion de las olas, al menor viento, á la menor tempestad perdemos el ánimo, nos sumergimos? ¿En qué consiste que creemos tan poco? ¿De qué proviene que estando persuadidos, que confesando nosotros mismos que si somos tan imperfectos, tan indevotos, tan cobardes en el servicio de Dios, no es sino porque no tenemos mas que una fé lánguida, una sombra de fé, no se aviva mas nuestra fé, no se hace mas generosa, mas perfecta? Esto consiste en que no queremos descompadrar con nuestros sentidos, romper con nuestras pasiones, entristecer nuestro amor propio. No queremos romper los lazos que nos atan á la criatura. Somos esclavos de nuestras pasiones, y nos complacemos en nuestros yerros y en nuestra esclavitud. Ardorosos para satisfacer en todo, rehusamos á Dios los menores sacrificios; y hé aquí lo que estingue nuestra fé, lo que debilita tanto nuestra confianza: Dios se ha dignado declararnos de mil modos diferentes que de nada tiene tanto deseo como de hacernos bien: se ha dignado invitarnos, solicitarnos, urgirnos á que pongamos en él toda nuestra confianza; se ha dignado imponernos un precepto de que le pidamos todo lo que necesitemos, hasta reprender nuestra timidez y quejarse de nuestra gran reserva en pedirle. En fin, para escitar, para avivar nuestro deseo nos promete oir nuestros votos y concedernos nuestras peticiones; y todas estas solicitaciones amorosas, todas estas espresiones tan interesantes no bastan para reanimar nuestra confianza. ¿En qué consiste tan estraordinaria timidez? ¿En qué esta falta de confianza? Todo esto procede de la memoria esperimental de nuestras ingratitudes con un Dios tan bueno, tan liberal, tan benéfico. Nosotros le rehusamos todo lo que nos pide; aun cuando nada nos pida que no sea muy fácil, que no sea para nuestro bien, para hacernos felices, nosotros se lo rehusamos todo; y hé aquí lo que debilita nuestra fé, lo que sofoca toda nuestra confianza. ¿Queremos tener una fé viva; queremos pedir á Dios con valentía y con confianza; queremos que Dios nos conceda nuestras peticiones, que oiga nuestras súplicas, que prevenga nuestras necesidades? Sirvámosle con celo, con fervor, con fidelidad; cumplamos las obligaciones de nuestro estado; guardemos con puntualidad nuestras reglas mas pequeñas. Entonces sentiremos crecer nuestra fé, revivir nuestra confianza, y nos veremos colmados todos los dias y con la mayor abundancia de sus beneficios.

Yo reconozco, Señor, la triste causa de mi poca fé. En vano os pediria que la aumentaseis si yo no cesase en mi ingratitud con vos. Voy, mediante vuestra gracia, á serviros con una fidelidad estrema, y estoy seguro que entonces aumentareis mi confianza y mi fé.

Jaculatorias.—Lo he jurado, Señor; he resuelto guardar vuestros mandamientos con una fidelidad inviolable. (Psalm. 118.)

Señor, aumentad en nosotros la fé. (Luc. 17.)

PROPOSITOS.

1 No omitais nada para escitar vuestra confianza y reanimar vuestra fé por medio de una corta oracion y de reflexiones saludables. Ciertamente seriamos muy pronto fervorosos, mortificados, devotos, desengañados de los bienes criados, fieles observantes de la ley cristiana, si tuviésemos una fé viva. Pidámosla muchas veces á Dios, y siempre por la intercesion de la Santísima Virgen y del apóstol san Pedro. Acostumbraos á obrar por un espíritu de fé. Dad con frecuencia señales de vuestra fé en vuestras palabras y en toda vuestra conducta. Cuanto mas molestos son los accidentes, tanto mas generosa y constante debe mostrarse vuestra fé. En medio de las olas agitadas y de las tempestades es cuando es preciso que brille vuestra fé. Principalmente debe manifestarse en la

iglesia en presencia del Santísimo Sacramento; vuestro respeto religioso y vuestra modestia deben ser una prueba visible de ella. Lo mismo debeis procurar que se vea en vuestras oraciones y en todos los actos de religion.

2 Haced muchas veces actos de fé, de esperanza y de caridad. Comenzad todas vuestras acciones, vuestras buenas obras, y sobre todo vuestros ejercicios de paciencia y de piedad con una fé viva. Al dar limosna, practicando alguna penitencia, mortificándoos, sufriendo con paciencia alguna injuria, reanimad vuestra fé; por medio de estas piadosas industrias vuestra fé se hará de dia en dia mas viva y sentireis que se os aumenta.

VIERNES DESPUES DE CENIZA.

La Iglesia siempre atenta á las necesidades espirituales de sus hijos, empeñada en procurarles todas las ventajas que puedan sacar de las prácticas y deberes de religion que ella les prescribe, se aplica en estos primeros dias de Cuaresma á prevenirles sobre todo lo que podria hacer su ayuno infructuoso, y á enseñarles el secreto y el medio de hacer su penitencia saludable. Toda la misa de este dia no se dirige mas que á esto. El introito, la Epístola y el Evangelio son una leccion importante, por la cual el Espíritu Santo nos instruye acerca de lo que debemos evitar, y de lo que debemos hacer, para que nuestro ayuno sea agradable al Señor, y que hagamos en este santo tiempo frutos dignos de penitencia.

La misa empieza por estas consolatorias palabras del salmo 29: El Señor me ha oido, se ha compadecido de mí; el Señor me ha socorrido: tambien yo os alabaré, ó Dios mio, porque habeis cuidado de mí, y no habeis consentido que mis enemigos tuviesen el placer de verme sucumbir. Cualquiera que sea el sentido literal de este salmo, ya que sea un cántico de accion de gracias, compuesto para cantarse, ó en la dedicacion del tabernáculo de Sion erigido por David, ó en la dedicacion del templo edificado por Salomon, ó en la dedicacion del segundo templo en tiempo de Zorobabel, ó para la dedicacion de su palacio que construyó en el monte Sion despues de haber tomado á Jerusalen; ó en fin, con motivo de la dedicacion de la era de Arán, para la ereccion de un altar que David hizo levantar despues de haber cesado la peste que habia asolado todo su reino; segun las diferentes opiniones de los intérpretes, el sentido moral y alegórico, al cual atiende la Iglesia, es dar gracias á Dios por la proteccion especial que el Señor concede á aquellos que le sirven con fidelidad, y que nada omiten para satisfacer á su justicia por la penitencia.

La Epístola es una de las mas importantes lecciones que da Dios á un pueblo por boca de Isaías para que evite todo lo que puede hacer inútil y defectuoso el ayuno, y para enseñarle con qué espíritu debe ayunar y mortificarse, á fin de que se verifique que se hacen dignos frutos de penitencia. Es muy triste el macerar su carne y mortificar sus sentidos para hacerse todavía mas criminales delante de Dios, é irritar aun mas su justicia y su cólera en lugar de apaciguarla por los rigores de la penitencia. Sin embargo esto es lo que hacen todos los que ayunan con malas disposiciones, por motivos poco puros, con pasiones poco mortificadas. Se ayuna; pero ¿de qué sirve esta maceracion del cuerpo, esta abstinencia observada hasta con rigor, si se mantiene en el corazon una codicia que todo lo quisiera devorar, pasiones que en todo se satisfacen, un deseo de venganza que consume? ¿De qué sirve ayunar cuando se hace ostentacion de ayuno? Hipócritas, todo cuanto os mortificais es perdido. «Clama sin cesar,» dice Dios á su Profeta: haz resonar tu voz como una tempestad que se oiga por todas partes, para anunciar á mi pueblo que yo miro mas al corazon que á un esterior imponente que solo puede engañar á los hombres. Vosotros estais cargados de crímenes, vuestro corazon está manchado con mil culpas, las pasiones reinan en él con imperio. El amor del mundo ha estinguido en él el amor de Dios, estais del todo hinchados de orgullo, un vil interés, una venganza inveterada os hacen objetos de horror á mis ojos, y vosotros pretendeis agradarme y ganarme por un esterior enlucido, por una artificiosa penitencia. Se pretende en vano honrarme con una máscara de piedad, como si yo fuese capaz de dejarme engañar y de tomar una cosa por otra. Estos hipócritas se lisonjean de buscarme de dia en dia, cuando me obligan á alejarme mas de ellos; ellos quieren conocer mis caminos, bien resueltos á no seguirlos. ¿Quién no ve que hay un modo de buscar á Dios que es malo, como cuando uno pretende buscarle, y se busca á sí mismo; y que se le busca en apariencia, cuando se conserva en el corazon lo que nos impide el encontrarle; cuando de dia en dia nos alejamos mas de él por el desarreglo del corazon, y por la iniquidad de la conducta que observamos? Ellos me buscan sin quererme encontrar, puesto que no quieren domar las pasiones que les dominan, reformar las costumbres tan poco religiosas que les hacen cada dia mas criminales á mis ojos: me buscan, pero es de un dia para el otro, dilatando siempre á otro tiempo su conversion; dicen que quieren conocer mis caminos, saber mi voluntad, entender lo que mando y lo que exijo de ellos; devocion puramente especulativa, conocimiento infructuoso, vanos y frívolos deseos: se quieren saber los caminos de Dios; ¿es para seguirlos? ¿pues en qué consiste que nos apartamos tanto de ellos? El Evangelio nos enseña con bastante claridad los caminos del Señor, pocos los ignoran, todos los dias nos los predican: confesemos que no nos alejamos de ellos por ignorancia, sino por pura malicia, por un espíritu de libertinaje. Se quieren conocer los caminos de Dios, y para esto nos dirigimos á directores ilustrados, á doctores hábiles; pero si este deseo es sincero, ¿en qué consiste que se saca tan poco fruto de tantas direcciones? «Ellos quieren acercarse á Dios.» Nada mas laudable que este deseo ardiente de la perfeccion: ¿pero se ignora que solo nos santificamos por la inocencia, la pureza de corazon, la victoria de todas las pasiones, la regularidad de las costumbres, por el ejercicio de la penitencia, y que es preciso necesariamente que nos alejemos del mundo si queremos sinceramente acercarnos á Dios?

Pero ¿por qué hemos ayunado, sin que os hayais dignado hacer caso de ello, dicen á Dios esas almas cobardes, esos devotos no mas que de deseo? Hemos humillado nuestras cabezas bajo de la ceniza: nuestro aire y nuestra modestia son la señal de nuestra humillacion, y vos no habeis fijado vuestra atencion, ni hecho alto sobre nosotros. ¡Desgraciado el que pueda quejarse de este modo! Pero tal es la miserable suerte de los herejes, de los cismáticos, de los hipócritas, de todos los que pueden llamarse juguetes de la ilusion y del error, y de las tristes

víctimas de la pasion dominante. No hay herejía que no haya afectado la severidad en su moral, y que no haya hecho ostentacion de un aire de penitencia en su pretendida reforma. El cisma y la herejía claman siempre de concierto contra la relajacion. Todavía se ayuna alguna vez entre los protestantes; los griegos cismáticos ayunan aun hoy rigorosísimamente muchas cuaresmas: ninguno de ellos aunque muera en el cisma ó en el error deja de esclamar: «¿Por qué hemos ayunado, y no habeis hecho caso de ello?» ¿Era preciso sufrir tanto para perderme? ¿Despues de tanto ayunar, no debia tener por toda recompensa mas que el infierno? «Hemos ayunado.» ¿Y por qué, Señor, no os habeis dignado mirar nuestra penitencia? Porque no erais de mi rebaño; porque estabais fuera de mi casa; porque habeis vivido y habeis muerto separados, cortados de la Iglesia. ¡Cuántos malos católicos tendrán igual suerte! Hemos observado con toda regularidad el ayuno solemne, tambien hemos humillado religiosamente nuestras almas bajo de la ceniza. Por mas delicada que haya estado nuestra salud, por mas aversion que hayamos tenido al pecado, vos sabeis que no nos hemos dispensado de la abstinencia de Cuaresma, hemos obedecido á la Iglesia, hemos observado religiosamente sus preceptos y su voz; y sin embargo ¿esta penitencia no vale nada, no nos sirve de ningun mérito? Siervos infieles, dice el Señor, vosotros habeis ayunado; pero ayunando, ¿os habeis abstenido de vuestras iniquidades, de vuestras impurezas, de vuestros vicios? ayunando, ¿habeis restuido la hacienda mal adquirida, habeis estinguido el fuego de la concupiscencia de que estais abrasados? ayunando, ¿habeis sofocado el espíritu de venganza y de pleitos? ¿el espíritu de agrura y de malignidad con vuestros hermanos? ayunando, ¿habeis roto este comercio criminal, esos lazos tan funestos á la inocencia? ¿habeis comenzado vuestros ayunos por pagar los operarios, los domésticos, los mercaderes, á quienes vuestra lentitud en pagar causa un notable perjuicio? En fin, humillándoos bajo la ceniza, ¿os habeis humillado delante de Dios, y os habeis reconciliado con él por una santa confesion, por una perfecta contricion, por una conversion sincera? Yo no me pago de un esterior mortificado, dice el Señor, ni de una penitencia puramente esterior. Esas señales y esas mojigangas de penitencia no sirven mas que para hacer al hombre mas hipócrita, y por consiguiente mas criminal. Ayunar, y permanecer siempre tan irregular en su conducta, tan indevoto en su condicion, tan irreligioso en sus sentimientos, tan escandaloso en sus costumbres, tan duro con los pobres, tan colérico con sus domésticos, tan injusto en su comercio, tan voluptuoso, tan mal cristiano; ¿es esto lo que llamais ayuno, y dias agradables al Señor? El ayuno que yo apruebo, y que me es de verdad agradable, el que yo miro con complacencia, y que yo recompenso con liberalidad, es el que comienza siempre con la penitencia del corazon, por romper todos los vínculos de iniquidad, por la reforma de las costumbres, por una vida inocente. No basta todavía, continúa el Señor, romper los lazos criminales; no basta sustraer á la sensualidad sus alimentos; para hacer vuestro ayuno fructuoso, para hacérmele agradable, dad á los pobres lo que quitais á la mesa; acompañad vuestro ayuno con el ejercicio de las obras de misericordia. Lo que debeis quitar en este santo tiempo al juego, al lujo, á vuestros placeres, empleadlo en vestir esos pobres vergonzantes que por falta de vestido no se determinan á presentarse en público, y muchas veces ni aun se atreven á comparecer en la iglesia. Y no temais padecer escaceses, ni empobrecer vuestra familia, porque hagais limosnas y obras de caridad; ántes bien todo género de prosperidades lucirá entonces, brillará en vuestra familia, como el sol en su oriente. La alegría que causa naturalmente el nacimiento de este astro, no es mas que el símbolo de la que causarán en vuestro corazon las bendiciones de dulzura que Dios derramará sobre vosotros. Dios no se deja vencer en liberalidad. Ayunad, mortificaos, entrad en el espíritu de la Iglesia, acompañando vuestro ayuno y vuestra penitencia con las obras de la caridad, y yo, dice el Señor, os colmaré de todo género de bienes. Léjos de que la abstinencia y el ayuno alteren vuestra salud, por el contrario nunca la habreis disfrutado tan perfecta, ni tan floreciente: vuestras oraciones serán infaliblemente oidas, y yo mismo prevendré vuestros deseos y vuestros votos. ¡Buen Dios, qué astuto es el demonio! ¡Qué bien sabe el arte de engañarnos, y de inutilizarnos los medios mas á propósito para satisfaceros! Parece á muchos el santo tiempo de Cuaresma un tiempo espantoso, sombrío, y fecundo en tristeza; tal es, en verdad, para aquellos que no le observan, ó que no le observan como deben. Pero es un tiempo de bendiciones, de consuelos y de gracias para los que hacen de él un tiempo de salud, uniendo las obras de piedad y de caridad á la penitencia: escuchemos al mismo Profeta: Si asistís al pobre con toda generosidad, y si acudis al consuelo del alma afligida, vuestra luz se dejará ver en medio de las tinieblas: vuestra religion, vuestra virtud brillará á pesar de vuestra modestia y de ese aire de reforma; y vuestras tinieblas, esto es, ese aspecto de recogimiento, de retiro y de reforma, aparecerán como el medio dia. No hay ninguna persona religiosa, y aun pocos cristianos, que no ayunen la Cuaresma; ¿en qué consiste que se ven tan pocos frutos de este ayuno? Esto procede de que no se ayuna segun el espíritu de Jesucristo, segun la intencion de la Iglesia. No ayuneis en adelante, dice el Profeta, como lo habeis hecho hasta ahora. Ayunad de hoy mas en espíritu de penitencia, en inocencia, y con un espíritu de caridad.

Como el perdon de las injurias, y el precepto de amar á sus enemigos, son peculiares y esenciales de la ley nueva; y como todas las buenas obras y la penitencia mas austera de nada sirven sin este amor, la Iglesia, que nada desea tanto como la salvacion de sus hijos, y prevenir todo cuanto pudiera hacer infructuoso ó inútil el ayuno de Cuaresma, recuerda en el Evangelio de este dia el mandamiento que Dios nos impone de amar á nuestros enemigos, y perdonar de lo íntimo de nuestro corazon todas las injurias; y tratando al mismo tiempo de inspirarnos horror á la hipocresía, nos enseña con qué espíritu y con qué disposiciones debemos cumplir todos los deberes de la caridad.

Habeis oido, decia Jesucristo á sus discípulos y á todo el pueblo, que se ha dicho: Amareis á aquel con quien estais de algun modo unido, y aborrecereis á vuestro enemigo (estas últimas palabras no se encuentran en la ley antigua, al ménos en términos formales; por esto algunos intérpretes quieren que esta sea una glosa de los escribas y de los fariseos: tampoco el Salvador refiere esta máxime como un artículo de la ley, sino como una tradicion popular): tal vez me direis, dice el Salvador, lo que muchas

veces habeis oido decir, que la ley manda amar á su prójimo; pero que es permitido aborrecer á su enemigo. La ley prohibe á la verdad tener comercio con los pueblos vecinos, idólatras y enemigos del verdadero Dios; manda aun que se trate con ellos como si se les aborreciese, porque quiere que se les estermine. Sin embargo, ella no quiere que en el corazon se abrigue la enemistad contra ellos, ántes ordena todo lo contrario, prohibiendo espresamente á los hebreos que se venguen, ni se acuerden de las injurias. Mas tampoco creais vosotros que me escuchais, que es bastante el hacer esto.

El precepto que yo os impongo, y la ley que os prescribo, es que debeis amar á vuestros enemigos, desear el bien á los que os quieren mal, hablar bien de los que os desacreditan, hacer buenas obras en favor de los que os maltratan, rogar por los que os persiguen: «Yo soy» el que impongo esta nueva ley; yo el que os lo mando. Obrando de este modo seguireis el ejemplo de vuestro Padre que está en los cielos, y merecereis que os reconozca como hijos legítimos suyos. Este Padre amable hace que todos los dias salga el sol para los malos como para los buenos, y la lluvia que envia del cielo cae sobre las tierras de sus servidores, del mismo modo que sobre las de los que le ofenden. No amar mas que á aquellos que os aman, no es un acto digno de una gran recompensa; esto es obrar como los publicanos y los usureros cuya profesion condenais vosotros, y cuyas injusticias detestais todos los dias. ¿Qué pecador, qué bárbaro aun, no ama aquel de quien es amado? ¿quién no presta á aquellos que cree le podrán pagar con un interés crecido? Si vosotros no haceis nada mas que esto, ¿qué obligacion creeis contraer con los hombres, ó qué mérito esperais tener delante de Dios? En fin, si vosotros no saludais mas que á los de vuestra nacion, como acostumbran hacerlo la mayor parte de los judíos, esto no es mas que una atencion puramente civil, una virtud de pagano. Sed pues perfectos, como lo es vuestro Padre celestial, dice el Salvador; imitad en la práctica de vuestra caridad la conducta de vuestro Padre celestial, y procurad, cuanto vuestra flaqueza os lo permita, arribar á la mayor perfeccion de la virtud. El ejemplo de los santos nos espanta, y desesperamos de llegar á ellos; atendamos á otro modelo que Jesucristo nos propone, dándonos la perfeccion de Dios mismo por regla de la nuestra, para darnos á entender por la infinita sublimidad del modelo, que con el ausilio de la gracia debemos siempre aspirar á una virtud mas perfecta.

Como la hipocresía mas peligrosa es la que contrahace la piedad, y nada aleja tanto de la salud como una devocion fingida, el Salvador ninguna cosa recomienda tanto, ni tan frecuentemente á sus discípulos, como el que estén precavidos contra el deseo de la vanagloria, y la necia pasion de querer parecer mejor que lo que uno es: lo bueno que hiciereis guardaos bien de hacerlo delante de los hombres para ser vistos de ellos, de otro modo no espereis recompensa delante del Padre celestial. ¡Buen Dios, qué de acciones santas, á no mirar mas que la corteza, las cuales serán perdidas para el cielo por no haber estado animados de una intencion pura! ¡Cuántos pasan la vida en ejercicios de piedad y de zelo, á quienes se dirá en la hora de la muerte: habeis recibido vuestra recompensa! Aun cuando hubiésemos tenido el don de profecía y el don de milagros, si falta la pureza de intencion, se nos dirá: retiraos, no se sabe quién sois, no se os conoce. «Cuando hagais limosna, no cuideis de anunciarla á son de trompeta.» Es este un modo de hablar para indicar que debe evitarse toda ostentacion en las buenas obras. Hay aquí una alusion á lo que practicaban los charlatanes para atraer el pueblo á sus espectáculos. Por lo que hace á vosotros, continúa el Salvador, cuando dais limosna, sea tan oculta vuestra caridad, que ignore vuestra mano izquierda lo que hace la derecha. Si la obra buena se hace solo por Dios, no hay necesidad de que los hombres se enteren de ella: como no se espera la recompensa mas que de Dios, no se desean tampoco otros testigos. El justo aun á sí mismo se oculta sus buenas obras, no pensando en ellas, olvidándolas, ó si piensa en ellas, no es mas que para reprenderse lo poco que hace por Dios, la flojedad con que lo hace, el poco amor de Dios con que anima sus acciones; no fija su atencion mas que en las imperfecciones de que siempre cree llenas sus buenas obras. Ni tampoco está siempre mandado, sobre todo á los ricos, el que se oculten las limosnas; las de estos pueden ser públicas, si es público que poseen grandes bienes. Es un escándalo el ver á un cristiano que vive en la opulencia, y no saber si asiste á sus hermanos pobres é indigentes. Mas en esta caridad pública la intencion debe ser pura: como no debe esperarse recompensa mas que de Dios, no debe tenerse otra mira que agradar á Dios. De todos los vicios el mas odioso, el mas despreciable y el mas despreciado, es la vanagloria; aun cuando todos admirasen la buena obra que habeis hecho, ¿qué os resultaria de ello?

En algunas iglesias se celebra hoy la fiesta de las cinco llagas de nuestro Señor Jesucristo. En París es tambien antiguo titular de la iglesia de San Roque, que es una de las parroquias de la ciudad. Puesto que el Salvador se ha dignado conservar, despues de su triunfante resurreccion y de su ascension gloriosa, esas llagas resplandecientes, señales consoladoras, gajes preciosos, monumentos eternos de la bondad incomprensible del Redentor con los hombres; ¿qué cosa mas justa que honrar con una fiesta particular estos signos permanentes é indelebles de nuestra salvacion? Jesucristo, dice san Bernardo, ha querido conservar eternamente estas divinas cicatrices, para que sean como otras tantas bocas que aleguen sin cesar por nosotros cerca del divino Juez, y que imploren la divina misericordia en favor de los pecadores. Pero defendiendo con tanta elocuencia nuestra causa, reprenderán eternamente á los réprobos su negra ingratitud, su imperdonable malicia y su impiedad. Se ha elegido para la Epístola de la misa de esta fiesta el pasaje del profeta Zacarías, donde se dice, que cuando Dios hubiere derramado sobre los habitantes de Jerusalen un espíritu de gracia y de oracion, fijarán sus ojos sobre aquel á quien ellos mismos habrán traspasado de llagas, y llorarán sobre aquel á quien ellos hirieron, como se llora un hijo unigénito. (Zachar. 12.) Estas palabras dicen relacion directamente al Salvador, en el primer literal sentido que es el único en este paso. El Evangelio refiere la historia de la crucificacion del Salvador, y en particular aquel pasaje del Evangelio de san Juan, en que se dice que uno de los soldados le abrió el costado con una lanzada, é inmediatamente salió sangre y agua.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Inchoata jejunia, quæsumus, Domine, benigno favore	Favoreced, Señor, con vuestra gracia los ayunos

re prosequere: ut observantiam, quam corporaliter exhibemus, mentibus etiam sinceris exercere valeamus. Per Dominum...

que hemos comenzado, á fin de que continuándolos por la abstinencia corporal, los observemos al mismo tiempo con fidelidad sincera de nuestras almas. Por nuestro Señor, etc.

La Epistola es tomada del profeta Isaias, cap. 58.

Hæc dicit Dominus Deus: Clama, ne cesses: quasi tuba exalta vocem tuam, et annuntia populo meo scelera eorum, et domui Jacob peccata eorum. Me etenim de die in diem quærunt, et scire vias meas volunt, quasi gens quæ justitiam fecerit, et judicium Dei sui non dereliquerit: rogant me judicia justitiæ: appropinquare Deo volunt. Quare jejunavimus, et non aspexisti: humiliavimus animas nostras, et nescisti? Ecce in die jejunii vestri invenitur voluntas vestra, et omnes debitores vestros repetitis. Ecce ad lites et contentiones jejunatis, et percutitis pugno impie. Nolite jejunare sicut usque ad hanc diem, ut audiatur in excelso clamor vester: Numquid tale est jejunium, quod elegi, per diem affligere hominem animam suam? numquid contorquere quasi circulum caput suum; et saccum et cinerem sternere? Numquid istud vocabis jejunium, et diem acceptabilem Domino? Nonne hoc est magis jejunium, quod elegi? dissolve colligationes impietatis, solve fasciculos deprimentes, dimitte eos, qui confracti sunt, liberos, et omne onus disrumpe. Frange esurienti panem tuum, et egenos, vagosque induc in domum tuam: cum videris nudum, operi eum, et carnem tuam ne despexeris. Tunc erumpet quasi mane lumen tuum, et sanitas tua citius orietur, et anteibit faciem tuam justitia tua, et gloria Domini colliget te. Tunc invocabis, et Dominus exaudiet; clamabis, et dicet: Ecce adsum; quia misericors sum, Dominus Deus tuus.

Hé aquí lo que dice el Señor: Clama sin cesar, haz resonar tu voz como una trompeta; anuncia á mi pueblo los crímenes que ha cometido, y á la casa de Jacob los pecados en que ha incurrido. Ellos pues me buscan de dia en dia, y quieren saber mis caminos, como si fuese un pueblo que hubiese obrado segun la justicia, y no hubiese abandonado la ley de su Dios. Ellos me piden razon de los juicios de mi justicia y quieren acercarse á Dios. ¿Por qué hemos ayunado, dicen, y no habeis apreciado nuestros ayunos? ¿Por qué hemos humillado nuestras almas, y no habeis hecho caso de nosotros? Esto ha sido porque en vuestro ayuno va tambien envuelta vuestra propia voluntad, y porque pedís con dureza lo que os deben vuestros deudores. Ayunais para poner pleitos y querellas, y maltratais á vuestos hermanos con una violencia implacable. No ayuneis en adelante como hasta aquí, haciendo resonar vuestros gritos en el aire. ¿Por ventura el ayuno que yo pido, consiste en que el hombre aflija por un dia su alma? ¿Por ventura en que dé muchas vueltas á su cabeza, y que se cubra con el saco y la ceniza? ¿Es este el que llamais ayuno y dia aceptable delante del Señor? ¿No es mas bien este el ayuno que yo he probado? romped las cadenas de la impiedad, aliviad la carga á los que están abrumados, dejad libres á los que oprime la servidumbre, y haced pedazos todo lo que carga sobre los otros. Dá parte de tu pan al que tiene hambre, y dá posada á tu casa á los pobres y á los que no tienen donde retirarse. Cuando vieres al desnudo, vístele, y no desprecies á tu propia carne. Entonces tu luz brillará como la aurora, recobrarás muy pronto tu salud, tu justicia caminará delante de tí, y la gloria del Señor te protegerá. Entonces invocarás al Señor y te oirá; clamarás á él y te dirá: Vedme aquí; porque yo soy el Señor tu Dios, lleno de bondad y de misericordia.

El grande objeto que ocupaba principalmente á Isaías era la cautividad de Babilonia, y la vuelta de esta cautividad: este parece ser el sentido literal; pero en las profecías que miran á esta cautividad y á esta libertad del pueblo, Isaías tenia siempre por primero y principal objeto la cautividad del género humano despues del pecado, la venida del Mesías y el misterio de la redencion; y este es el sentido alegórico de todas estas profecías.

REFLEXIONES.

«¿Por qué hemos ayunado, y no habeis apreciado nuestros ayunos? ¿Por qué hemos humillado nuestras almas, y no habeis hecho caso de nosotros?» ¡Qué triste es y qué doloroso haber hecho en vano grandes gastos! Ayunar, macerar su carne, llevar una vida dura y austera, esto es lo que hacen todavía hoy muchos bonzos en el Japon, algunos herejes en Europa, y todos los falsos devotos y penitentes en el mundo cristiano: ¿pero qué recompensa sacan de todas estas esterioridades afligentes? ¿qué fruto de todas estas farsas de religion? ¿qué premio de todas estas obras incómodas? Si Dios no atiende á todas estas artificiosas austeridades, porque no es él el motivo de ellas; si no se digna ni aun mirarlas, porque no están marcadas con su sello; ¿qué valor es el suyo, qué precio, qué mérito? Separados de la Iglesia, solo son unos penitentes reprobados. Privados, desnudos de la gracia santificante por el estado de pecado, vuestras obras y vuestras austeridades no serán jamás el objeto de sus recompensas. Que os satisfaga vuestra falsa penitencia el mundo, por el cual os habeis mortificado; los hombres por quienes os habeis incomodado; el partido por cuyos intereses os habeis sacrificado. El demonio tiene sus mártires; ¿por qué no tendrá tambien sus confesores y sus penitentes? La herejía, el cisma tienen sus partidarios, que son siempre sus víctimas. Se ayuna en Lóndres, en Ginebra, en Amsterdam; ¿puede mirar Dios con agrado una ofrenda hecha por una mano enemiga? Le mueve poco al soberano Pastor lo que sufren las ovejas que no son de su redil: se le da muy poco al Padre de familias de los que no pertenecen á ella. A los que les toca la desgracia de vivir y morir fuera del seno de la Iglesia, ningun derecho les asiste á los méritos y á las recompensas de Jesucristo. Ni basta estar en el seno de la Iglesia para que los ayunos y las penitencias sean meritorias; es necesario además estar en gracia del Sal-

vador. Inútilmente se macera el cuerpo, si el espíritu se alimenta con el orgullo, si el corazon no se compadece de las miserias de sus hermanos. En vano es uno duro consigo mismo, si es tambien duro con los demás. El fin de mi precepto, dice el Señor, no es el de afligiros con esta austeridad; al ordenaros que ayuneis, no intento que estenueis vuestro cuerpo con el ayuno; lo que yo he pretendido es que macerando vuestra carne por la penitencia hicieseis ayunar, por decirlo así, vuestras pasiones; que afligiendo vuestra alma con estos inocentes rigores, tuvieseis entrañas de compasion con vuestros hermanos á quienes viereis en la miseria. He querido que contritos por haberme desagradado, nada omitieseis para agradarme. Qué, ¿no es el ayuno que yo apruebo este? romped los lazos de la impiedad: vivid en la inocencia; ejercitaos en la práctica de la caridad; llenad todas las obligaciones de vuestro estado con fervor, con puntualidad; sed cristianos, sed religiosos en toda vuestra conducta. ¡Buen Dios! ¡qué sentimiento, que desesperacion para aquellas personas consagradas solemnemente al servicio de Dios, que hacen profesion de una vida penitente, una vida austera, si por no haber domado sus pasiones, por haberles faltado la devocion, por haber seguido su inclinacion, por haberse entregado á los errores del espíritu y á la corrupcion del corazon, por no haber tenido bastante delicadeza de conciencia, por no haber observado sus votos, se ven reprobadas!

El Evangelio es tomado del cap. 5 de san Mateo.

In illo tempore: Dixit Jesus discipulis suis: Audistis, quia dictum est: Diliges proximum tuum, et odio habebis inimicum tuum. Ego autem dico vobis: diligite inimicos vestros, benefacite his, qui oderunt vos, et orate pro persequentibus, et calumniantibus vos: ut sitis filii Patris vestri, qui in cœlis est: qui solem suum oriri facit super bonos et malos, et pluit super justos et injustos. Si enim diligitis eos, qui vos diligunt, quam mercedem habebitis? nonne et publicani hoc faciunt? Et si salutaveritis fratres vestros tantum, quid amplius facitis? nonne et ethnici hoc faciunt? Estote ergo vos perfecti, sicut et Pater vester cœlestis perfectus est. Attendite ne justitiam vestram faciatis coram hominibus, ut videamini ab eis: alioquin mercedem non habebitis apud Patrem vestrum, qui in cœlis est. Cum ergo facis eleemosynam, noli tuba canere ante te, sicut hypocritæ faciunt in sinagogis, et in vicis, ut honorificentur ab hominibus. Amen dico vobis, receperunt mercedem suam. Te autem faciente eleemosynam, nesciat sinistra tua quid faciat dextera tua: ut sit eleemosyna tua in abscondito, et Pater tuus, qui videt in abscondito, reddet tibi

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Habeis oido que se ha dicho: Amarás á tu prójimo y aborrecerás á tu enemigo. Mas yo os digo: amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen y orad por los que os persiguen y os calumnian, para que así seais hijos de vuestro Padre celestial, que hace nacer el sol sobre los buenos y los malos, y llover para los justos y los que no lo son. Porque si solo amais á los que os aman, ¿qué recompensa mereceis? ¿no hacen esto tambien los publicanos? Y si solo saludáreis á vuestros hermanos, ¿qué haceis de estraordinario en esto? ¿no lo hacen tambien los paganos? Sed pues vosotros perfectos, como lo es vuestro Padre que está en los cielos. Guardaos de no hacer lo bueno que hiciereis delante de los hombres para ser vistos de ellos, porque de otro modo no tendreis recompensa de parte de vuestro Padre que está en el cielo. Cuando hiciereis limosna, no hagais tocar la trompeta delante de vosotros, como lo hacen los hipócritas en las sinagogas y en las encrucijadas, á fin de ser honrados por los hombres. En verdad os digo que recibieron ya su recompensa. Cuando, pues, vosotros deis limosna, que ignore vuestra mano izquierda lo que hace vuestra derecha, para que vuestra limosna sea oculta, y que vuestro Padre que ve lo escondido os recompense.

MEDITACION.

Del amor que debemos tener á nuestros enemigos.

Punto primero.—Considera que el amor á nuestros enemigos es una virtud tan peculiar de nuestra religion, que los mismos paganos la han mirado como la virtud característica del cristianismo, y por la mayor parte no se designaban los fieles de aquel tiempo, sino diciendo: ved esas gentes que aman aun á sus mayores enemigos. Tan luego como somos cristianos, debemos vivir persuadidos que segun los principios del Evangelio no hay salvacion para aquellos que rehusan el perdonar á sus enemigos. Se trata aquí de una ley particular á todos los cristianos; ninguna secta, ninguna sociedad, la religion misma de los judíos, aunque la única verdadera, no ha llevado tan léjos su moral. El perdon sincero de las injurias, el amor verdadero á los enemigos es un grado de perfeccion adonde no podria llegar la naturaleza sola; solo la ley de gracia era la que podia establecer una moral tan santa, tan justa, tan perfecta; tambien se trata aquí de un mandamiento especial y distintivo de Jesucristo: «Este es mi precepto. Hasta aquí era bastante amar á su prójimo, hacer bien á los que os lo hacian, á los que os aman; pero yo que soy vuestro soberano Señor, vuestro Salvador y vuestro Dios, yo os digo que esto no basta ya para la salvacion; yo os impongo un mandamiento nuevo; yo quiero que ameis aun á todos los que os hubieren desobligado, que os hubieren agraviado, á todos los que os aborrecen. ¿Es necesario presentarle á un cristiano otra razon de un mandamiento tan espreso, mas que el que Jesucristo lo ordena tan positivamente? ¿Despues de esto debe haber dificultad en obedecer? ¿Habrá quien se atreva á creer que el mandamiento de un Dios es imposible? Y para quitar todo pretesto á la pasion, toda escusa, todo subterfugio al amor propio, el Hijo de Dios declara que no tiene que esperar la salud cualquiera que rehuse el perdonar las injurias. El Salvador no se ha contentado con predicarnos esta importante verdad; ha hecho de ella un precepto tan esencial, tan indispensable, como el de amar á Dios mismo. Nos declara que el mandamiento de amar á su prójimo es en todo semejante al de amar á Dios. Dios no manda nada imposible, dicen los santos Padres; pero manda lo que es perfecto: lo que un David ha hecho con respecto á Saul, su enemigo mortal, y á Absalon, hijo rebelde; lo que Jesucristo mismo ha hecho con los que le

habian elevado en la cruz; lo que un san Estéban y tantos otros santos á ejemplo de Jesucristo han hecho con los que trataban de quitarles la vida, ¿debe hacérsenos duro?

Punto segundo.—Considera que el Hijo de Dios no solamente nos ha impuesto un precepto espreso del amor de los enemigos, y del perdon de las injurias, sino que ha hecho de él un artículo especial de la oracion que debemos hacer á Dios cada dia. Perdónanos nuestras ofensas, remítenos nuestras deudas, como lo hacemos nosotros con nuestros deudores. ¿Con qué impudencia, con qué impiedad se atreverá cualquiera á hacer á Dios esta oracion, cuando tiene el corazon dañado contra su hermano, cuando conserva en el corazon la aversion y el odio contra su enemigo? no se pide á Dios solo que se muestre indiferente con nosotros, como nosotros lo estamos con los demás; se le pide que nos trate, como nosotros nos portamos con los que nos han maltratado. A la verdad no puede darse mas irreligion. Sí, mi Dios, vos me mandais que ame á mi enemigo, y me amenazais con vuestra desgracia y con el fuego eterno, si no perdono de buena gana el agravio y las injurias que se me han hecho; y yo teniendo delante de los ojos el ejemplo que vos me habeis dado y el precepto que me imponeis, quiero decididamente desobedeceros: yo os ruego, os pido con todo mi corazon, que os acordeis de vuestro precepto y de vuestras amenazas; yo mismo os lo recuerdo, repitiéndoos cien veces al dia que me trateis como yo trato á mis enemigos. Os pido que me aborrezcais como yo los aborrezco; que no os digneis mirarme, así como evito yo su presencia; que no querais sino el mal para mí, como yo lo quiero para ellos; que os negueis á asistirme en mis necesidades, como yo rehuso el servirles en las suyas: ¡qué! impiedad, buen Dios! ¡qué malignidad! ¡qué rabia! Eche mano enhorabuena nuestro entendimiento de todas las sutilezas, interprete esta impía conducta en todo sentido; nunca se le podrá dar á esta oracion otra interpretacion mas benigna. Pero ¿puede hacerse á Dios una oracion mas execrable? y Dios tan poderoso y tan justo ¿puede tratarnos, debe tratarnos de otra manera? tengamos presente que no se trata aquí solamente de un precepto de religion, es tambien un mandamiento lleno de caridad y de sabiduría. El precepto es universal, y Dios lo ha prescrito en favor nuestro. ¿Tenemos envidiosos, émulos, enemigos? si hay quienes nos agravien y nos hagan mal, no somos nosotros mas indulgentes con los demás. ¿Aquel es mi enemigo, y yo lo soy suyo? Tengo yo tambien parte en el beneficio del precepto. Si yo estoy obligado como cristiano á perdonarle y amarle, no está él ménos obligado á obrar conmigo del mismo modo. ¿Me cuesta á mí repugnancia el perdonarle? no tiene él mayor facilidad en hacer un sacrificio semejante. En fin, yo quiero, yo deseo con ardor que Dios me perdone tantos crímenes como he cometido contra él y todas las injurias que le he hecho; ¿por qué me he de negar á perdonar por amor suyo todas las que se me han hecho á mí? ¿Podíamos escogitar un medio mas fácil y que estuviese mas á nuestra disposicion para obtener el perdon de nuestros pecados, que este pequeño sacrificio que Dios exige de nosotros, puesto que se obliga á tratarnos como nosotros trataremos á nuestros hermanos? ¡Qué malicia, qué impiedad el resistir á rostro firme, por decirlo así, al Salvador mismo! ¡el desobedecer abiertamente á un mandamiento tan ventajoso, tan interesante, tan justo! ¡el mofarse aun con reflexion de este divino mandamiento!

No permita Dios que yo sea nunca culpable de un crímen semejante. Sí, Señor, yo consiento en que vos no me perdoneis, y que no me trateis sino como yo tratare de hoy en adelante á mis enemigos; yo espero no tener una prueba mas marcada de mi perdon.

Jaculatorias.—Sí, Dios mio, yo estoy convencido que si perdono á mis enemigos las ofensas que me hubieren hecho, vos me perdonareis las mias; y que si no los perdono, no me perdonará el Padre celestial. (Mat. 6.)

Perdonemos á nuestro prójimo el mal que nos ha hecho, y nuestros pecados nos serán perdonados cuando pidiéremos perdon. ¡Buen Dios, qué consoladora es esta verdad! (Eccl. 28.)

PROPÓSITOS.

1 Entre todos los medios de salvacion, entre todas las señales de predestinacion no sé si hay alguna mas segura ni mejor establecida, y puede tambien añadirse que no hay tal vez virtud mas heroica, mas noble y que haga mas honor al cristianismo, que el perdon de las injurias y el amor á los enemigos; ¿pero hay alguna otra en la que se dé mas á conocer nuestro amor á Dios, y en que se haga mas sensible la sinceridad de este amor? Haceos, pues, un punto de religion el sobresalir en esta virtud. Respetos humanos, consideraciones sobre el estado, la edad, la cualidad, la atrocidad, la malicia, la injusticia de la injuria, razones frívolas, reflexiones miserables, pretestos indignos de un cristiano: haceos superiores á todas estas sugestiones de la malignidad; ninguna ocasion mas brillante de dar pruebas de vuestra fé. No espereis que vuestro enemigo se adelante, os quitaria entonces el mérito de vuestra accion; ni aun espereis que os dé algun motivo para volver á verle, que haga él alguna diligencia para buscaros, estenuaria vuestro mérito; prevenidle vosotros; dadle señales sensibles de vuestra amistad; cread, por decirlo así, ocasiones en que servirle. ¡Cuánto asegura en la hora de la muerte una conducta tan cristiana!

2 Rogad todos los dias por vuestros enemigos. Si teneis el honor de estar elevado al sacerdocio, decid todos los meses una misa por ellos. Si os hallais en el estado religioso, haced cada mes alguna penitencia por ellos. Si estais en el mundo, comulgad cada mes una vez por ellos: haced por ellos alguna limosna. Que ellos correspondan á vuestra honradez ó nó, que se hagan mas fieros, mas insolentes, ó mas malignos, obrad como verdaderos cristianos: no son sus buenos modos los que deben ser el objeto de vuestra generosidad, es Dios mismo. Amando á vuestro enemigo, amais á Dios con un amor puro, sobrenatural, heroico. Cuanto mas brutal fuere vuestro enemigo, mas debeis hacer alarde de cristiano.

SÁBADO PRIMERO DE CUARESMA.

Este dia nada tiene de particular, ni con respecto á la circunstancia del tiempo, ni en órden á su oficio; se ha dicho ya en otra parte, que como no hay mas que treinta y seis dias de ayuno desde el primer domingo de Cuaresma hasta la Pascua, la Iglesia ha añadido los cuatro últi-

mos dias de esta semana, para que el número de los cuarenta dias de ayuno, á ejemplo de Moisés, de Elías, y sobre todo de Jesucristo, fuese completo.

El sábado, que es el séptimo dia de la semana, se ha considerado siempre en la Iglesia como el que se acerca mas en dignidad al domingo. Se le ha quitado, como al domingo, el nombre del planeta que le designaba entre los paganos, para darle uno mas conveniente á nuestra religion, ó mas bien para conservarle el que tenia en el antiguo pueblo de Dios muy propio para significar el fin de todas las obras de la creacion, hecha en los seis primeros dias, y el reposo del Criador en el séptimo. La Escritura añade que el Señor bendijo este dia séptimo, y le santificó, porque habia cesado en él de producir todas las obras que habia criado. (Exod. 20.) El mismo le llamó sábado, ó dia del reposo del Señor; y cuando proscribió las leyes de su culto al pueblo que se habia elegido, quiso que se llamase dia santo (Lev. 23.), porque era el sábado del Señor. Prohibió á su pueblo el hacer obra alguna en este dia, y le mandó que le santificase, porque se le habia consagrado para sí. Este dia tan santo del reposo del Redentor, esto es, del glorioso dia de su triunfante resurreccion, en el cual este divino Salvador habiendo acabado la grande obra de nuestra redencion, infinitamente mas gloriosa á Dios que la creacion del mundo, se puede decir que reposó: porque concluida esta grande obra, no tenia ya mas trabajos que sufrir, mas cuidados ni fatigas que tomar. El dia de su resurreccion fué propiamente y por escelencia el verdadero sábado, del cual se puede decir con mucha razon mas que del primero: «y descansó de todas las obras que habian hecho.» Esto es lo que ha obligado á la Iglesia á trasferir el sábado y toda su solemnidad al domingo, para honrar en él la Resurreccion del Salvador. Habiendo pasado el pueblo de Dios de la sinagoga á la Iglesia, llevó á ella la celebracion del sábado, esto es, la celebracion del dia del Señor. Esta traslacion no impidió en los principios que no quedase siempre en el espíritu y en el corazon de los judíos convertidos un fondo de veneracion al sábado, que hasta entonces se habia mirado por religion como dia de fiesta por escelencia. Por esto no interrumpió la Iglesia la fiesta de este dia en los principios en que aun no estaba compuesta mas que de judíos convertidos, acostumbrados á solemnizarle con celebridad por la cesacion de toda obra servil; de suerte que en los primeros tiempos se festejaba el sábado cuasi como el domingo; y por una consecuencia de religion, estaba prohibido el ayunar el sábado como el domingo, á fin de que nada faltase á la alegría de la fiesta, y á la veneracion de este dia. Como la Iglesia primitiva estaba circunscrita al Oriente, toleró esta costumbre, y aun parece que esta prohibicion de ayunar fué mas espresa que la de la cesacion de las obras serviles, y de aquí ha venido la tenacidad de los orientales en no querer que se ayunase el sábado. Se encuentran algunos cánones antiguos llenos de amenazas contra los que ayunasen el sábado y el domingo. Era esta una precaucion que parece haber creido conveniente tomar la Iglesia de Oriente contra los marcionitas y otros herejes, que procuraban deshonrar el dia del sábado, afectando ayunar en él, en odio ó en mofa del Criador; poco mas ó ménos, como los calvinistas de nuestros dias, que segun parece hacen un estudio en asignar sus ayunos solemnes al santo dia del domingo, en desprecio al parecer, de la Iglesia, que prohibe absolutamente ayunar en este santo dia.

Este reglamento de la Iglesia de Oriente no era sin embargo ni tan universal ni tan absoluto que no fuese permitido á los solitarios, y á todos los que habian abrazado la vida ascética, el ayunar todos los sábados, y no interrumpir su ayuno mas que el domingo.

La costumbre de la Iglesia latina ha sido siempre diferente, tanto en órden al ayuno, como con respecto á la fiesta del sábado. Como no habia en Roma la misma razon de costumbre y de nacion aliada que en el Oriente, no se duda que el uso de ayunar el sábado no fuese ya establecido por san Pedro mismo, del cual hasta dió el ejemplo, habiendo ayunado y prescrito un ayuno á todos los fieles el sábado que era la víspera del triunfo que debia conseguir sobre los prestigios de Simon el Mago, lo cual sucedió el domingo. No se puede decir, en efecto, que la observancia de la fiesta del sábado fuese verdaderamente de institucion apostólica, puesto que las dos primeras Iglesias del mundo, esto es, la de Roma fundada por el príncipe de los Apóstoles san Pedro, y la de Alejandría en Egipto fundada por san Marcos, no seguian esta práctica. Esto es lo que ha notado el historiador Sócrates, que escribia en el quinto siglo, y que pretende que en su tiempo la mayor parte de las Iglesias solemnizaban todavía el sábado: «A escepcion, dice, de la de Roma y de Alejandría, que rechazaban esta práctica, segun la antigua tradicion.» Era esto esceptuar mas de dos terceras partes de las Iglesias del mundo de una costumbre que apenas subsistia mas que en el Oriente.

San Ignacio mártir, discípulo de los Apóstoles, escribiendo á los fieles de Magnesia, les dice: Nosotros no debemos observar el sábado al modo de los judíos, como si hiciésemos de él una fiesta de ociosidad. El verdadero sábado de los cristianos es el dia de la Resurreccion del Señor. Exhorta en seguida á los que estaban todavía apegados á las observancias de los judíos, á que trasporten el reposo y la alegría del sábado al domingo. La costumbre de ayunar el sábado en el curso del año, es muy antigua en muchas comunidades religiosas y entre los solitarios. La Iglesia empero no ha hecho de ella una ley para todos los fieles, y se ha contentado con la abstinencia de carne el viernes y sábado, en memoria de la pasion, de la muerte, de la sepultura del Salvador. El sábado se ha mirado siempre con particular veneracion entre los fieles, sobre todo desde que ha sido particularmente consagrado en honor de la santísima Vírgen, y la Iglesia le ha designado un oficio singular para rezarse en este dia. Por antigua que sea en Occidente la dedicacion de este dia en honor de la Madre de Dios, algunos quieren que todavía haya sido mas antigua en Oriente; y pretenden que mucho tiempo ántes estaba establecida en Constantinopla, regularmente para todos los sábados en la iglesia de Santa María «Hodegetria,» esto es, de nuestra Señora de las Guias, y que debia su orígen al culto particular que allí se tributaba á la célebre imágen de la santísima Vírgen, que constituia la mas célebre reliquia y el principal ornamento de aquella iglesia, en razon de que se la miraba como obra de la mano de san Lucas, y como el instrumento de diversos milagros. Desde el siglo VIII se halla en Occidente una misa votiva en honor de la santísima Vírgen para el sábado, como hay tambien una de la santísi-

ma Trinidad, del Espíritu Santo, de la Cruz y de los santos Angeles, para los demás dias de la semana. Es, por fin, muy cierto que el sábado ha sido particularmente consagrado en la Iglesia, desde los primeros tiempos, para honrar de un modo especial á la santísima Virgen. Esta devocion tan religiosa es comun á todos los verdaderos fieles, y ella subsistirá hasta el fin de los siglos entre los elegidos del Señor.

El introito de la misa de este dia está tomado del versículo 13 del salmo 19, y es el mismo que el de la misa del dia precedente. Como este dia ha estado largo tiempo sin tener un oficio particular, se ha tomado de la misa del viernes el introito, y la continuacion de su Epístola. El profeta Isaías continúa haciendo ver que es preciso renunciar á la impiedad, á la hipocresía y á su propia voluntad, para que Dios agradezca nuestras obras de justicia y de misericordia, y enseña á los israelitas el modo de honrar y de santificar el sábado, que es el dia del Señor.

Si quitais, les dice, de en medio de vosotros la cadena, ó segun el hebreo, el yugo con que oprimís á vuestros deudores, á los pobres, á vuestros domésticos y á todos los que dependen de vosotros; si cesais de estender el dedo y decir palabras vanas, esto es, si cesais de señalar con el dedo á vuestros hermanos, y de usar contra ellos de discursos burlescos y despreciantes, de censurarlos malignamente, y desacreditarlos por una envidia secreta; cuando asistiereis al pobre con grandeza de alma, y llenáreis de consuelo al alma afligida; entonces resplandecerá vuestra luz en medio de las tinieblas, y vuestras tinieblas se convertirán en un medio dia. Mil contradicciones se cruzan en esta vida, pocos son en ella los dias serenos, pocos en los que se goce de calma. Las adversidades son propias de todas las edades, de todas las condiciones, todo es nebuloso, todo está sembrado de espinas. Vosotros estareis atribulados, pero al fin vuestra luz resplandecerá en las tinieblas: los dias de tristeza se convertirán en dias de prosperidad y alegría, y vuestras humillaciones serán un orígen de gloria. Vosotros sois exactos en el ayuno, dice Dios por su profeta; pero no conteis con vuestros ayunos, ni con la observancia de vuestras ceremonias esteriores de religion, si no teneis caridad con vuestros hermanos. ¿Quereis que vuestras mortificaciones me sean agradables? ¿quereis complacerme con vuestros actos de religion? Acompañadlos con obras de misericordia, compadeceos de las necesidades de vuestros hermanos, tomad parte en sus penas, aliviadles en sus necesidades, en lugar de insultarles y de portaros con dureza con los que se hallan en la miseria. Si eres compasivo, dulce, caritativo, benéfico, yo te colmaré de toda especie de bienes, nada turbará tu reposo; Dios colmará tu alma de las mas dulces consolaciones, estarás exento de aquella tristeza que seca los huesos, llegarás á ser como un jardin siempre regado, siempre florido. Serás como una fuente cuyas aguas no se agotan. No esperimentarás ninguna sequedad, ninguna aridez en mi servicio. No te formes una idea espantosa de la vida santa; no hay estado tan dichoso sobre la tierra como el de las gentes de bien; nada es comparable á las delicias puras que se gozan en mi servicio. El profeta David habia declarado lo mismo que Isaías cuando decia: Dichoso aquel á quien su compasion hace atento á las necesidades del pobre y del afligido; si él mismo se encuentra en la afliccion, el Señor vendrá á socorrerle. El Señor le fortificará y le conservará en todos los peligros de la vida; le hará feliz sobre la tierra, á pesar de todo lo que el encono de sus enemigos tentare para perderle. Y si la enfermedad le entrega al dolor, el mismo Señor vendrá á consolarle y socorrerle. Lo que sigue de esta Epístola no es mas que una promesa continua de todo género de bienes y de prosperidades, que hace Dios por boca de su profeta á todos los que guardaren sus mandamientos, y le sirvieren con fidelidad. En seguida les recomienda la observancia del dia del sábado que quiere decir reposo: Si os absteneis de viajar el dia del sábado. Se ha dicho que el séptimo dia de la semana, que es el sábado, era un dia consagrado al Señor, como lo es entre los cristianos el santo dia del domingo. No solamente habia prohibido Dios que se hiciese ninguna obra servil en todo este dia, sino que tampoco era permitido caminar mas de media legua; de donde viene que San Lucas para significar la distancia entre la montaña llamada Olivete y la ciudad de Jerusalen, dice que no habia mas que el camino de un dia de sábado. El domingo es el dia del Señor, él se le ha reservado, quiere que se le consagre enteramente, no debe, pues, santificarse con ménos religion, con ménos devocion que el sábado. ¿Cuánto no serán reprensibles aquellos que emprenden los viajes mas largos el domingo? Si vosotros no haceis vuestra voluntad en el dia que me está particularmente consagrado, dice el Señor; es decir, si no satisfaceis vuestras pasiones, si no seguis vuestras perversas inclinaciones, si no os abandonais á vuestros apetitos, si no profanais este dia tan santo con suntuosos banquetes, con diversiones irreligiosas, con desórdenes; en fin, si le mirais como un reposo delicado y delicioso, como el dia santo y glorioso del Señor: llama Dios el dia del Señor, un dia delicado, esto es, un dia sagrado, que requiere ser santificado, con diligencia, con fervor, con delicadeza de religion y de conciencia; un dia santo que no sufre la menor profanacion, la menor indecencia; un dia que Dios se ha reservado, y que quiere que se emplee todo en su servicio: dia respetable que no se viola jamás impunemente. ¿Qué no tienen que temer aquellos fieles que emplean tan mal el dia santo del domingo y las fiestas? El domingo y las fiestas son dias de reposo, esto es, de cesacion de toda obra servil; pero este reposo no se nos ha concedido para pasar el dia en diversiones profanas. Los que creen que se ha satisfecho al precepto cuando se ha oido una misa, ¿tendrán la misma opinion, estarán tranquilos sobre este punto en la hora de la muerte? Si guardais, por último, continúa el Señor, mis preceptos, hallareis vuestra alegría en mí. Grandes del mundo, dichosos del siglo, pueblos ansiosos de placeres, desengañaos, no hallareis verdaderos regocijos mas que en el Señor. Fuera de su servicio, no hay mas que enfados, disgustos, amargura, desazones. Estad enhorabuena ricos, sed poderosos, tened amigos, ambicion, méritos: Dios solo es el que puede hacer á un hombre dichoso, solo en su servicio es en donde se puede hacer fortuna. Yo os daré, prosigue el Señor, para alimentaros, la heredad de Jacob vuestro padre. Como este pueblo carnal y grosero, á quien Dios hablaba, no percibia con viveza mas que los males temporales, tampoco Dios le promete mas que recompensas temporales. Pero ¿quién no ve que estas recompensas temporales eran la figura de los bienes eternos que nos están preparados en el cielo? Como los azotes con que eran afligidos los judíos no eran mas que la imágen de

las penas eternas que los pecadores sufrirán en el infierno, por esto, para librarse de esta desgracia eterna debe un cristiano ayunar la Cuaresma, y acompañar este ayuno con la inocencia, la práctica de las buenas obras y una ardiente caridad.

El Evangelio de la misa de este dia está tomado del sesto capítulo de san Marcos, en donde se dice que el Salvador despues de haber hecho el ruidoso milagro de satisfacer con cinco panes solamente y dos pececitos á cerca de cinco mil personas; viendo que todo el pueblo, trasportado de admiracion, no dudaba ya que él fuese el Mesías prometido, y que formaba entre sí la resolucion de arrebatarle para hacerle rey; lo evitó habiendo mandado á sus Apóstoles que se reembarcasen inmediatamente, á fin de pasar primero el pequeño tránsito de Bethsaida á Cafarnaum, y atravesar en seguida el lago entero para irse á la otra orilla, á la tierra de Genezareth. Nada dijo de su designio; pero se apresuró á despedir al pueblo, y habiéndose quedado solo, se retiró á aquella misma montaña, desde donde habia venido al encuentro del pueblo, y perseveró allí en oracion hasta la tarde. Acercábase la noche cuando los discípulos separados de su querido Maestro bajaron hácia el mar, y habiendo vuelto á entrar en su barca tomaron la ruta de Cafarnaum. Sobrevino entonces una furiosa tempestad que amenazaba hacerles perecer; remaban ellos con todas sus fuerzas; pero como estaban en alta mar y tenian el viento contrario, á cada paso creian que la barca iba á sumergirse entre las olas; el horror de la noche aumentaba su temor, y para colmo de su desdicha, Jesus, que era su único refugio, no estaba allí. No era necesario mas para que desesperasen, pero el socorro estaba mas cerca de lo que pensaban. Jesucristo no pierde jamás de vista á los que le aman y le sirven con fidelidad. El Salvador veia desde la playa del mar en donde estaba parado, su inquietud y el trabajo que les costaba el remar contra el viento. No ignoraba el peligro, ni tampoco queria abandonarles; pero esperaba á socorrerles, cuando hubiesen caminado dos leguas sobre un mar tan furiosamente agitado, á fin de que conociesen mejor la solicitud que tenia de ellos, la necesidad que tenian de él, y su poder soberano sobre las olas y las tempestades. Vino, pues, á ellos hácia el amanecer, que los del país llamaban la cuarta vigilia de la noche. Ellos le percibieron á lo léjos marchando sobre las aguas, y caminando tan de prisa que parecia que no solo queria llegar á ellos, sino pasar mas adelante y dejarlos atrás. Cuanto mas se acercaba, mas temblaban de miedo, no pensando que fuese él; y su espanto fué tan grande y tan general, que tomándole por un fantasma, se pusieron todos á gritar: inmediatamente les aseguró diciéndoles: Animaos, no tengais miedo; soy yo: entró en seguida en su barca, y cesó el viento, lo que les admiró todavía mas, sorprendiéndoles de tal modo este nuevo milagro, que estaban como fuera de sí mismos. Ya no pensaban en el de la multiplicacion de los panes, ó á lo ménos no les parecia nada en comparacion de este, y esto fué lo que hizo, que por un repentino trasporte, segun san Mateo, se arrojaran á sus piés, y le dijeran todos á una voz: En verdad que eres el Hijo de Dios. Hízose luego la travesía, y llegaron en un instante á la costa de Genezareth. Inmediatamente que desembarcaron, corrió por todo el pais la noticia de que Jesus habia llegado. No fué necesario mas; al momento le trajeron en los lechos y en angarillas una infinidad de enfermos. Adonde quiera que fuése, ya fuesen ciudades, ya aldeas, encontraba siempre un gran número de ellos que le ponian delante en medio de las calles, y toda la gracia que se le pedia era que se les permitiese tocar la orla de su vestido, porque esto era bastante para quedar todos curados. ¡Qué fondo de reflexiones á cual mas consoladoras no ofrece este Evangelio! Jesucristo oraba en la montaña, y á pesar de su alejamiento no dejaba de ver el embarazo y la fatiga de sus discípulos que luchaban contra las olas. No temamos que Jesucristo ignore nunca nuestros peligros y nuestras necesidades. No temamos tampoco que nos abandone. Él cuenta tan bien como nosotros el tiempo que pasamos en las pruebas, en la tentacion, en el sufrimiento: pero sabe mejor que nosotros el tiempo que la tempestad debe durar, y el momento en que debe socorrernos. Parece alguna vez que no piensa en nosotros, nos agitan falsas ideas, la poquedad de nuestra confianza acrecienta nuestra turbacion, nos creemos perdidos; no perdamos, pues, el ánimo, no cesemos de bogar contra el viento contrario y las olas agitadas, avancemos siempre á fuerza de remos, si no podemos ir á la vela; contemos con la gracia que jamás nos falta: cuando nos creamos perdidos, será justamente aquel el momento de nuestra libertad. Soy yo, nos dice entonces este amable Salvador, soy yo el que viene á sacaros del peligro y poner fin á vuestras penas. Notemos que mientras los discípulos de Jesucristo no le reconocieron, tomándole por un fantasma, su presencia no calmó las olas; fué necesario para esto que él les hablase, que ellos le reconociesen y que entrase con ellos en la barca. Dios está siempre con nosotros en nuestras penas; pero para recobrar la calma en ellas es preciso reconocerle, pensar y creer que es él; es preciso oirle hablar y escucharle; es preciso conservar su presencia.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Adesto, Domine, supplicationibus nostris, et concede, ut hoc solemne jejunium, quod animabus corpóribusque curandis salubriter institutum est, devoto servitio celebremus. Per Dominum...

Dignaos, Señor, escuchar benignamente nuestras humildes súplicas, y concedednos la gracia de que observemos con devocion este ayuno solemne, que ha sido santamente instituido para la curacion de nuestras almas y de nuestros cuerpos. Por nuestro Señor, etc.

La Epistola es tomada de la profecía de Isaías, cap 58.

Hæc dicit Dominus Deus: Si abstuleris de medio tui catenam, et desieris extendere digitum, et loqui quod non prodest. Cum effuderis esurienti animam tuam, et animam afflictam repleveris, orietur in tenebris lux tua, et tenebræ tuæ erunt sicut meridies. Et requiem tibi habit Dominus semper, et implebit splendoribus animam tuam, et eris quasi hortus irriguus, et sicut fons aquarum, cujus

Hé aquí lo que dice el Señor Dios: Si quitais la cadena de en medio de vosotros; si dejais de estender el dedo y decir palabras inútiles; si asistís al pobre con grandeza de ánimo, y llenais de consuelo al alma afligida, resplandecerá vuestra luz en medio de las tinieblas, y vuestras tinieblas se convertirán en un medio dia. El Señor os concederá siempre el reposo, llenará

non deficient aquæ. Et ædificabuntur in te deserta seculorum: fundamenta generationis et generationis suscitabis: et vocaberis ædificator sepium, avertens semitas in quietum. Si averteris à sabbato pedem tuum, facere voluntatem tuam in die sancto meo, et vocaveris sabbatum delicatum, et sanctum Domini gloriosum, et glorificaveris eum, dum non facis vias tuas, et non invenitur voluntas tua, ut loquaris sermonem: tunc delectaberis super Domino, et sustollam te super altitudines terræ, et cibabo te hereditate Jacob patris tui. Os enim Domini locutum est.

vuestra alma con sus resplandores y librará vuestros huesos; y sereis semejantes á un jardin siempre regado, y á una fuente cuyas aguas no se agotan. Los lugares que habian estado desiertos por muchos siglos, para vosotros estarán llenos de edificios; vosotros volvereis á levantar los fundamentos abandonados por una repetida sucesion de generaciones; y se dirá de vosotros que habeis reparado los vallados y restablecido la seguridad de los caminos. Si os absteneis de viajar el sábado y de hacer vuestra voluntad en el dia que me está consagrado: si le mirais como un reposo delicado, como el dia santo y glorioso del Señor, en el cual le rendis el honor que le es debido, no siguiendo vuestras inclinaciones, no haciendo vuestra propia voluntad, ni diciendo palabras vanas, entonces hallareis vuestra alegría en el Señor. Yo os elevaré sobre las alturas de la tierra, y os daré para alimentaros la heredad de Jacob vuestro padre. Porque la boca del Señor ha hablado.

Las profecías de Isaías están llenas de amenazas y de promesas, y todas sus pinturas se encontrarian falsas ó estremadas si se las limitase á lo que ha sucedido en el estado de los judíos. No se las puede, pues, aplicar sino figurativamente. Jesucristo, su pasion, su muerte, sus victorias, su Iglesia, en esto es en donde se verifican todas las grandes y nobles espresiones de Isaías.

REFLEXIONES.

«Si os absteneis de viajar el sábado y de hacer vuestra voluntad en el dia que me está consagrado; si le mirais como un reposo delicado, etc.» Habiendo sido trasladada la solemnidad del sábado al dia santo del domingo, se ha trasladado tambien á él la obligacion de santificarle, de respetarle, de celebrarle con religiosidad; y si las prohibiciones no son en él tan universales ni tan rigurosas, las obligaciones de consagrarle todo entero al culto divino y á los ejercicios de religion no son en el ni ménos espresas, ni ménos indispensables. No se nos prescribe precisamente el número de los paseos permitidos como en la antigua ley, no se nos interdicen ciertas obras serviles que piden las necesidades de la vida; mas ilustrados, mas instruidos, mas espirituales que aquel pueblo grosero y material, es suficiente que nos diga en la nueva ley que el dia del sábado de los cristianos, esto es, el domingo, es un dia santo que el Señor se ha reservado, y que quiere que se consagre enteramente á su servicio. Basta que se nos diga que este es el dia del Señor, y que habiéndose dignado Dios dejar los seis dias de la semana para que nos dediquemos á los negocios temporales, se ha reservado para sí solo este primer dia, para honrarle en él con un culto especial y público, como á nuestro Criador, nuestro Redentor, nuestro soberano Dueño. ¡Qué crímen y qué impiedad el faltar á un deber de religion tan esencial! ¡Qué sacrilegio aun el profanar un dia tan santo y tan sagrado con una irreligion y una desobediencia tan marcada! Si hay algun viaje que hacer por nuestro interés temporal ó por nuestro placer, se deja este viaje para el domingo. Si se nos antoja tener una fiesta de campo, armar una diversion, dar un banquete, todo se deja para los dias de fiesta ó para el domingo. Los seis dias de la semana son para emplearlos en nuestros asuntos temporales, son dias nuestros y no hay que tocar á ellos; únicamente el domingo es el dia del Señor: ¿Y qué trabajo nos cuesta el apropiárnosle y emplearle todo entero en provecho nuestro? ¿Qué nos importa el profanarle? «Si no os absteneis de hacer vuestra voluntad,» dice el Señor, «en el dia que me está consagrado.» Hacemos la voluntad de otro durante la semana, nos aplicamos, trabajamos, obedecemos. ¿No se diria que Dios no nos ha prohibido el trabajo en este dia solemne, sino para indemnizarnos en este santo dia de la violencia que nos hemos hecho durante la semana? ¡Ah! en este santo dia no nos aplicamos mas que á hacer lo que nos agrada. Juegos, paseos, romerías, banquetes, espectáculos, partidas de caza, ¿qué otros son los ejercicios de la mayor parte de las gentes en este dia sagrado? ¡Buen Dios, qué manantial de remordimientos crueles y de sentimientos algun dia para unos cristianos tan irreligiosos, tan poco fieles! La cesacion de toda obra servil debe considerarse, segun la espresion del Profeta, como un reposo delicado, esto es, fácil de profanar; es un descanso indispensablemente destinado á honrar al Señor, á servirle, á escucharle, á gastarle en la meditacion, en la oracion. Aprovechad el reposo que os procuro en este dia, nos dice Dios, para contemplar mis beneficios, para admirar mi poder, para conocer mi voluntad, para rendirme el culto religioso que me es debido, para ejecutar mis órdenes. ¿Hay hoy muchos que al fin de este dia tan santo se encuentren mas devotos, mas religiosos, mas cristianos, mas fieles? La profanacion del dia santo del domingo es un crímen; ¿quién hay que piense en detestarle, en hacer penitencia de él, en confesarse de él? ¡y se estraña despues de esto el que tantos se condenen!

El Evangelio de la misa es de san Marcos, cap. 6.

In illo tempore: Cum serò esset, erat navis in medio mari, et Jesus solus in terra. Et videns discipulos suos laborantes in remigando (erat enim ventus contrarius eis) et circa quartam vigiliam noctis, venit ad eos ambulans supra mare: et volebat præterire eos. At illi ut viderunt eum ambulantem supra mare, putaverunt phantasma

En aquel tiempo: Siendo de noche estaba la barca en medio del mar y Jesus solo en tierra. Y viendo á sus discípulos que remaban con mucho trabajo (porque tenian el viento contrario), hácia la cuarta vigilia de la noche se dirigió á ellos caminando sobre el mar, y queria al parecer pasar de donde ellos estaban. Mas

esse et exclamaverunt. Omnes enim viderunt eum, et conturbati sunt. Et statim locutus est cum eis, et dixit eis: Confidite, ego sum, nolite timere. Et ascendit ad illos in navim, et cessavit ventus. Et plus magis intra se stupebant: non enim intellexerunt de panibus: erat enim cor eorum obcæcatum. Et cum transfretassent, venerunt in terram Genesareth, et applicuerunt. Cumque egressi essent de navi continuo cognoverunt eum: et percurrentes universam regionem illam, cœperunt in grabatis eos, qui se male habebant circunferre, ubi audiebant eum esse. Et quocumque introibat, in vicos, vel in villas, aut civitates, in plateis ponebant infirmos, et deprecabantur eum, ut vel fimbriam vestimenti ejus tangerent, et quotquot tangebant eum, salvi fiebant.

cuando ellos le vieron que andaba sobre el mar, creyeron que era un fantasma y se pusieron á gritar. Todos, pues, le vieron y quedaron turbados, é inmediatamente habló con ellos y les dijo: Confiad, yo soy, no tengais miedo; y en seguida entró en su barca y el viento cesó, lo cual les asombró todavía mas, porque no hicieron entonces reflexion sobre el milagro de los panes, y su corazon estaba fascinado. Despues de esto, habiendo atravesado el lago, llegaron á desembarcar al pais de Genezareth. Inmediatamente que salieron de la barca, fué conocido Jesus, y cuando recorrian aquella region, los habitantes traian los enfermos en sus lechos, y los ponian por donde quiera que oian que pasaba. En donde quiera que entraba, ya en los caseríos, ya en las aldas ó ya en las ciudades, ponian los enfermos en las plazas públicas, y solo le suplicaban que les dejase si quiera tocar la orla de su vestido; y en efecto todos los que le tocaban quedaban curados.

MEDITACION.

De las persecuciones y tempestades que han agitado á la Iglesia en todos los siglos.

Punto primero.—Considera que una de las pruebas mas sensibles, mas claras y mas concluyentes de la verdad, de la bondad y de la divinidad de nuestra religion son las persecuciones, el número y la cualidad de los enemigos, las olas, los huracanes y las furiosas tempestades que han agitado á la Iglesia desde su nacimiento, sin que haya sido sumergida, sin que haya ni aun envejecido, sin que haya perdido nada de su santidad, de la pureza de su fé, de su primer esplendor, de la perfeccion de su moral. Apenas habia nacido cuando toda la nacion judía se sublevó para sofocarla en su cisma. Todavía no tenia mas secuaces que doce pobres pescadores sin nobleza, sin nombre, sin estudio, sin ningun apoyo humano; todavía no contaba esta Iglesia mas que un puñado de fieles, todas gentes sencillas, groseras, idiotas, á quienes el Evangelio hacia aun todos los dias mas pobres, cuando los grandes del mundo, los sabios de la Grecia, los emperadores, todos los gobiernos de las provincias, cuando todo el universo conspiraron á su pérdida. Escandalizados por la incomprensibilidad de sus dogmas, espantados por la pureza, la santidad, la austeridad de su moral, indignados por la flaqueza, la simplicidad, la pobreza de estos nuevos predicadores y de estos doctores de una religion tan sorprendente: ¿Qué no se ha hecho, qué no se ha empleado para destruir, para aniquilar la religion cristiana? ¡Cuántos suplicios y cadalsos se han levantado, cuántas hogueras se han encendido para estirpar, para hacer olvidar hasta el nombre de cristiano! ¿y en qué ha venido á parar esta espantosa, esta universal conspiracion contra la Iglesia? Los príncipes, los grandes de la tierra han apurado las amenazas, las crueldades, los tormentos, las potestades mundanas han pasado, y la Iglesia subsiste siempre la misma. Los patíbulos se han caido de viejos; las ruedas y los caballetes se han gastado por el largo y frecuente uso que se han hecho de ellos; las uñas de hierro y las espadas se han embotado á fuerza de desgarrar víctimas inocentes; mas de diez y ocho millones de mártires, de todo sexo, de toda edad, de toda condicion, han derramado arroyos de sangre en todas las provincias, en todas las ciudades del mundo; y esta sangre de los mártires ha sido como una semilla de nuevos cristianos. La religion cristiana se ha acrecentado, se ha fortificado, ha triunfado del paganismo. La Grecia ha sometido su pretendida sabiduría, tan ponderada, á la santa locura de la cruz. Esta cruz, hasta entonces mirada como un objeto de infamia y de horror, es ensalzada, ella ha sido elevada hasta sobre el trono del imperio romano; todos los pueblos del mundo, los mas sensuales, los mas disolutos, han recibido el yugo de la fé; los mas espantosos desiertos, las soledades mas horribles, se han poblado de santos penitentes. La Iglesia se ha levantado por su propia virtud, por su pura santidad, sobre las ruinas soberbias de tantos templos de ídolos. Buscad un motivo de credibilidad mas divino. Escoged una prueba de nuestra religion mas concluyente y mas invencible. ¡Qué dicha la nuestra de estar criados en esta santa religion! ¡qué gracia y qué consuelo el vivir y morir en el seno de esta santa Iglesia! ¡Pero qué desgracia el ser cristiano, y no guardar las leyes de tal! ¡qué desdicha el ser hijos de la Iglesia, y no vivir segun las máximas del Evangelio!

Punto segundo.—Considera que de todas las persecuciones que ha sufrido la Iglesia, las mas crueles y las mas formidables han sido las que le han suscitado sus propios hijos; y que las tempestades que ha sufrido mas peligrosas y mas temibles, son las que se han formado y han nacido en el seno mismo de la Iglesia. Sus enemigos domésticos han sido mas temibles que los estraños; ¿qué sociedad podrá jamás sostenerse, si sus columnas se bambolean, se desmoronan? Sin embargo, la Iglesia se ha sostenido siempre contra esta persecucion doméstica. Los vientos mas furiosos, las olas mas irritadas, las tempestades mas violentas no han podido estremecerla; léjos de sumergirse, ella ha visto levantarse y concluirse las tempestades que debian haberla tragado cien veces; ha visto nacer y ha visto morir todas las sectas que habian jurado su pérdida. Ninguna ha habido que no se haya vanagloriado de que era la verdadera Iglesia. Ninguna que al rebelarse contra la Iglesia de Jesucristo, no haya mirado como un punto capital el degradar al vicario de Jesucristo, y destruir la Santa Sede. Ninguna que engañando á los incautos, y ganando á los libertinos no se haya hecho un partido poderoso, y no haya empeñado en sus intereses á las mismas potestades. Qué de príncipes poderosos, qué

de hombres sabios, qué de grandes prelados, respetables por su saber, por una esterior regularidad de costumbres, por la dignidad de sus sillas, se han sublevado desde los primeros siglos contra la Iglesia: su trama, su rebelion engrosada por un pueblo infinito se han hecho tanto mas temibles, cuanto que sus pretestos han sido siempre mas especiosos y sus motivos mas plausibles. Ellos acusaban á la Iglesia de que habia caido en el error. Ellos no atacaban, á creerles, mas que al error y á la relajacion; no clamaban todos mas que por la reforma. Arrianos, nestorianos, eutiquianos, pelagianos, luteranos, calvinistas, ¿qué no se prometia esta nube de enemigos de la Iglesia? ¿qué máquinas no han movido? ¿qué artificios no han puesto por obra? Todo el infierno se ha sublevado, se ha armado contra la Iglesia en su favor; esta pobre navecilla agitada en medio de las olas, batida por vientos feroces, parecia que debia sumergirse á cada paso. Se hubiese aun dicho que el Salvador la habia abandonado al furor de los vientos y de las olas, ó al ménos que dormia durante la mayor tempestad: «Confiad, no temais.» Las puertas del infierno no prevalecerán jamás contra ella. En efecto, todos estos vientos impetuosos han calmado, todas estas nubes han estallado y se han disipado. Las sectas heréticas y cismáticas se han levantado con gran ruido, se han estendido como torrentes, y despues de un número de dias han sido destruidas, sin que la Iglesia de Jesucristo haya recibido la menor mancha. Ninguna ha dejado de ser enemiga de la Santa Sede, porque del Vaticano es de donde parten los rayos contra todos los errores. Pero ¿qué han producido despues de diez y ocho siglos tantos partidos y tantos errores? la Iglesia no ha perdido nada de su primer brillo; ella conserva la misma verdad de sus dogmas, la misma pureza de su moral, la misma santidad de sus prácticas, la misma perseverancia de su unidad, la misma invariabilidad en la fé, la misma integridad en su doctrina. Tantos enemigos no han hecho ni harán otra cosa que demostrar mas su infalibilidad. Jesucristo se ha obligado solemnemente á defenderla; tantas victorias conseguidas sobre todo el infierno, prueban invenciblemente su santidad, su unidad, su universalidad, y no sirven mas que para su triunfo.

Gracias infinitas os sean dadas, Señor, por haberme colocado en vuestra Iglesia, en esta barca sin la que y fuera de la que no se puede llegar al puerto de salvacion. Yo declaro, Señor, que quiero vivir y morir verdadero hijo de esta sola verdadera Iglesia: que detesto todas las sectas rebeldes al papa, vuestro vicario en la tierra, y que estoy persuadido y creo firmemente que fuera de la santa Iglesia católica, apostólica, romana, no puede haber salvacion.

JACULATORIAS.—Señor, ¿á quién iremos? Vos teneis palabra, de vida eterna, y solo hablais en la verdadera Iglesia. (Joan. 6.)

Acordaos Señor de vuestra Iglesia que habeis formado, y á la cual habeis prometido vuestra asistencia particular, y con la que os habeis obligado á estar hasta el fin de los siglos. (Psalm. 73.)

PROPÓSITOS.

1 No hay salvacion fuera de la Iglesia, no hay hijo alguno de la Iglesia que no esté enteramente sumiso á sus oráculos y á sus decisiones. En este redil es donde están las ovejas del divino Pastor; fuera de él no oyen ya su voz, y tarde ó temprano son infaliblemente devoradas. Aquellos á quienes siguen no son mas que mercenarios que se les da muy poco de su triste suerte. Luego que no oye uno ya la voz del Pastor, se estravía; y ¿qué salud tiene que esperar estando descarriado? Antes morir, que salir jamás de este redil. Mantengámonos toda nuestra vida en esta barca, ella no tiene nada que temer, ni de las olas ni de los vientos. El Hijo de Dios ha prometido su espíritu al piloto que la conduce, esto es, al soberano pontífice su vicario. Habrá vientos contrarios que la agitarán horriblemente; se encontrará alguna vez cubierta por las olas; confiemos: las demás barcas perecerán, pero esta nada tiene que temer. Atengámonos firmemente á esta columna de la verdad; los esfuerzos de todo el infierno armado serán siempre vanos; puede hacer gran ruido, puede gritar, amenazar, nada será capaz de trastornar la Iglesia. Creámonos dichosos porque somos del número de sus hijos, tengamos una sumision profunda á todas sus decisiones, á todos sus oráculos. Tengamos toda nuestra vida un respeto humildísimo al soberano pontífice su gefe; sean nuestra ley todos sus preceptos. No hablemos jamás del papa sino con veneracion, escuchémosle como al mismo Jesucristo de quien es vicario. Este respeto, esta docilidad, esta profunda sumision, esta religiosa deferencia han caracterizado en todos tiempos á los elegidos de Dios.

2 No tengais comercio con los que están fuera de la Iglesia, á ménos que seais encargado de Dios para tratar de convertirlos y reducirlos. Las conversaciones frecuentes con los enemigos de la Iglesia son siempre de temer, porque siempre son contagiosas, evitadlas cuidadosamente si quereis conservar una fé pura. El error y el cisma es un veneno sutil, que se insinúa igualmente en el entendimiento y en el corazon por mas precavido que uno esté contra la sorpresa. El entendimiento de las personas del otro sexo es mas susceptible de él; y los espíritus vanos, los corazones orgullosos ó dañados por alguna pasion secreta y dominante, se defienden de él con dificultad. Siempre hay algun pretesto especioso que impone ó que seduce. Renovad diariamente los actos de fé y de sumision á la Iglesia. Ateneos al tronco; las ramas se doblan y se rompen, el tronco está siempre firme y resiste á todos los vientos. ¿Sois ignorante? someteos ciegamente á la Iglesia y decid sin cesar: yo creo todo lo que la Iglesia cree, yo detesto todo lo que la Iglesia condena. ¿Sois sabio? desconfiad de vuestras luces, nada hay mas sujeto al error que el espíritu particular; someted vuestras luces y vuestras razones á las decisiones de la Iglesia; ella sola tiene, como propio patrimonio, el espíritu de Dios; siguiendo una guia semejante no podreis estraviaros; no leais nunca ningun libro sospechoso.

DOMINGO PRIMERO DE CUARESMA.

El primer domingo de Cuaresma es celebrado en la Iglesia con una celebridad y veneracion singular; es uno de los dias mas privilegiados y mas solemnes. Su oficio no cede al de ninguna otra fiesta; todo en él es instructivo y misterioso; todo predica la penitencia, de la cual viene á ser como la fiesta solemne: en la Iglesia latina se

llama simplemente domingo de Cuaresma; entre los griegos domingo de los santos ayunos ó de la ortodoxia.

Antes del siglo X de la Iglesia, era costumbre en Occidente llamar á este dia el domingo de los «blandones» esto es, de las luces, á causa de que era el dia en el que los que se habian divertido con algun esceso durante el carnaval venian á presentarse en la iglesia con un cirio ó antorcha en la mano, como para dar satisfaccion pública de los malos ejemplos que habian dado, y pedir que les purificasen por la penitencia que se les imponia por los pastores por toda la Cuaresma hasta el jueves santo en que recibian la absolucion ordinaria. Aun cuando esta ceremonia se haya despues adelantado al miércoles de ceniza en que se comienza el ayuno de la santa cuarentena, no ha dejado de conservar este primer domingo de Cuaresma el nombre de dia de los blandones, porque siempre se ha supuesto, que en él los verdaderos fieles no dejaban de purificarse de sus manchas por medio de una santa confesion.

Aunque la penitencia sea propia de todos los dias de la vida, puesto que no hay dia en la vida en que no seamos pecadores, con todo la Cuaresma se puede considerar como la estacion de la penitencia, es decir, como el tiempo en que produce mas frutos; sea á causa de la multiplicidad de las oraciones y de los socorros espirituales, sea por la obligacion que la Iglesia ha vinculado á ella de los cuarenta dias de ayuno. Los cuarenta dias de ayuno de Jesucristo no son solo un ejemplo, sino tambien un precepto para todos los cristianos. No hay ninguno que no esté sujeto á esta ley, y la relajacion no constituyó jamás un derecho para dispensarse de ella. El fervor puede entibiarse, la fé puede debilitarse por la corrupcion de las costumbres; pero la doctrina y la moral de Jesucristo jamás se alterarán. Por mas flojos que sean los fieles, la ley del ayuno y de la penitencia no podrá perder nunca nada de su vigor, y la estrecha obligacion de ayunar la Cuaresma bajo pena de pecado mortal siempre es la misma.

San Epifanio dice (Her. 75.) que el heresiarca Arrio fué condenado, porque queria que los ayunos de cuaresma fuesen arbitrarios. El concilio de Laugres fulmina el anatema contra los que sin necesidad se dispensan de ellos. San Cirilo pregunta á su pueblo, si quiere mejor arder eternamente que ayunar la Cuaresma; y san Ambrosio dice que el quebrantar el ayuno un solo dia es un pecado mortal; pero que el no ayunar la Cuaresma es un sacrilegio. (Serm. 37.) La cuaresma, dice el Crisólogo, no es una institucion humana, es Dios mismo el que la ha ordenado; y yo creo, dice san Agustin, que lo que ha obligado al Señor á imponernos una ley espresa del ayuno es, que así como Adan en el paraiso terrenal habia perdido la gloria de la inmortalidad por la intemperancia, ha querido el segundo Adan que fuese reparada esta pérdida por la abstinencia y el ayuno. (Serm. 77. de temp.)

Nada fué mas religiosamente observado en toda la Iglesia desde el tiempo de los apóstoles que el ayuno de Cuaresma. Los primeros cristianos de Alejandría del tiempo de san Marcos, segun Eusebio, le observaban con un fervor que servia de modelo á todos los fieles. Sozomeno asegura que en la Iliria, en el Occidente, en toda el Africa, en el Egipto y en la Palestina, que componian entonces toda la Iglesia, se ayunaba con una rigidez religiosa las seis semanas de la Cuaresma, y muchos aun ayunaban siete. (Lib 7.) No hay variacion, no hay diversidad de opinion en cuanto á la exacta é indispensable observancia de una penitencia tan marcada. Nosotros ayunamos una Cuaresma, dice san Gerónimo, segun la tradicion apostólica, y ayunamos en el tiempo que la Iglesia ha juzgado á propósito para esto. (Epist. ad Marc.) Por espiritual, por loable que fuese el sentido de aquellos que se proponian ofrecer á Dios el diezmo de todo el año con el ayuno de treinta y seis dias en las seis semanas, no era sin embargo capaz de asegurarles á vista del ejemplo del Salvador que habia ayunado cuarenta. Y esto fué como se ha dicho ya, lo que obligó á la Iglesia á añadir cuatro dias, fijando el principio de Cuaresma al miércoles de ceniza.

Nada condena mas nuestra flojedad y nuestra delicadeza que la religion y el rigor de los ayunos de los primeros cristianos. No solo no se hacia mas que una sola comida al dia y siempre por la tarde despues de la hora de vísperas, sino que léjos de tratar de lisonjear el gusto y la sensualidad, solo se comia lo precisamente necesario para no morir. No solo se ha creido consistir la exactitud de ayuno de Cuaresma en la cercenacion, la disminucion, el retraso de la comida, sino tambien en la abstinencia de alimentos demasiado crasos y de viandas que lisonjeen el gusto. Muchas personas en el mundo no hacen mas que una comida al dia por puro principio de salud, por gusto, sin que pretendan ayunar por esto. Por comer ménos muchas veces, no son ni ménos sensuales ni mas sobrios. La abstinencia es inseparable del ayuno; la mas generalmente recibida ha sido siempre la de escluir el uso de la carne, de la leche, de los huevos y del vino. San Agustin constituye el ayuno en esta doble abstinencia, pretendiendo que esta abstinencia comprendia la de toda suerte de delicadeza en la comida. En esto consistia, segun parece, todo lo que hacia el comun de los fieles, pero los que deseaban llevar el ayuno hasta la perfeccion, se privaban hasta del pescado y del uso del aceite, reduciendo al pan y al agua la única refeccion del dia, que no se tomaba nunca hasta la tarde. Este era, al parecer de san Gerónimo, el mayor rigor con que se ha podido observar el ayuno legítimo y reglado por la prudencia (Ep. ad Nepot.); no aprobando la práctica de aquellos que pasaban los dos y tres dias sin comer ni beber, en razon de que por esta imprudente singularidad, se veian obligados despues á buscar alimentos ménos comunes y mas delicados; una mortificacion mas constante, no interrumpida y ménos señalada, es siempre de mayor mérito delante de Dios. Y si en la sucesion de los tiempos se ha creido que debia dispensarse en órden á la abstinencia del vino, nó así en órden á la de la carne, que siempre ha permanecido en toda especie de ayunos; y san Gerónimo alaba á santa Marcela, porque estando precisada á beber vino á causa de sus grandes enfermedades, lo tomaba en tan poca cantidad que apenas se enrojecia el agua. Los licores y toda especie de bebidas deliciosas, no están ménos proscritos que el vino. Contra este abuso esclama fuertemente san Gerónimo. «Hay tambien,» dice el santo, «quienes no beben vino; pero mas por placer que por causa de salud, se procuran sustancias y licores de manzanas y otros.» Condena tambien la intemperancia, de los que no alimentándose mas que con legumbres, esceden en la cantidad.

Fácilmente se ve, que prohibiendo el uso de la carne y del vino en el ayuno, se han pretendido prohibir todas las delicadezas del gusto y los esmeros de la sensualidad; tambien se condenaban las salsas demasiado esquisitas en las legumbres, no siendo la intencion de la Iglesia tanto el sustraer al cuerpo su alimento por el ayuno, como el cercenar al cuerpo y al alma de los atractivos del deleite. La sensualidad puede hallarse en la abstinencia misma. Pero la Iglesia condena todas las delicadezas, decia con indignacion san Gregorio de Nisa.

La flojedad y la delicadeza de los cristianos de estos últimos tiempos se espantaria si se refiriese con qué exactitud y con qué severidad ayunaban la Cuaresma los fieles de los primeros siglos. No solo las personas religiosas, sino tambien las gentes del mundo de toda edad, de todo sexo, de toda cualidad, los grandes como el pueblo, el príncipe como el artesano, se privaban con frecuencia hasta del uso del pescado, muchos ayunaban toda la Cuaresma á pan y agua; en los seis dias de la semana santa no se tomaba otro alimento, dice san Epifanio, sino pan seco, sal y agua, lo cual se llamaba *xerofagia*, y algunos pasaban aun dos dias sin comer. ¡Qué diferencia, buen Dios, de ayuno á ayuno, si se compara el ayuno de los primeros fieles con el ayuno de los cristianos de este tiempo! Los mas regulares no son siempre los mas austeros; ¡qué diversidad en los manjares! ¡qué suntuosidad en la abstinencia misma! ¡qué sensualidad en los guisos! ¿basta acaso la diversidad de los alimentos para el ayuno, si el gusto, si la voluptuosidad misma, llevan á ella la delicadeza hasta la demasía?

Hasta principios del siglo XIII no ha permitido la Iglesia que se adelantase al medio dia la comida, que todavía entonces no se hacia en los dias de ayuno de Cuaresma hasta la tarde despues de vísperas. San Bernardo y Pedro de Blois, que vivian en el siglo XII, aseguran que durante la santa cuarentena todos los fieles ayunaban como ellos hasta la tarde, sin que nadie, de cualquiera condicion que fuese, se atreviese á comer á hora mas cómoda. (Serm. 3 in Quadrag.) Para conservar siempre la idea de esta antigua disciplina, ordena la Iglesia que durante la Cuaresma se digan vísperas ántes de comer en los dias de ayuno. Esta indulgente anticipacion de la hora de la comida ha dado ocasion á lo que se llama colacion los dias de ayuno. Al principio no se permitió mas que el beber un trago de vino á la noche, bien persuadidos de que el espíritu del ayuno eclesiástico requiere que se ayunen las veinte y cuatro horas. El temor de que dañase á la salud si se bebia sin comer, hizo que se añadiese un pedacito de pan. Se llamó colacion esta pequeña templanza, desde que los religiosos la fijaron al tiempo de la noche que precedia á la lectura de las colaciones ó conferencias de los antiguos monges, que se hacia todas las noches ántes de completas. Conducidos por un espíritu de una regularidad mas exacta, se estableció en los mas santos monasterios, sobre todo en el de Cluni, que en lugar de hacer esta lectura en los dias de ayuno, en el claustro, ó en el capítulo, como se hacia en los demás dias, se hiciese en el refectorio; y desde entonces la palabra colacion se comunicó insensiblemente de la lectura de las conferencias ó colaciones á esta pequeña comida que precedia inmediatamente á la lectura. «Establecemos,» dicen los estatutos de la congregacion de Cluni, «y mandamos que todos acudan á la hora de la bebida nocturna, que entre ellos se llama colacion.» «La tolerancia de la Iglesia autoriza suficientemente el uso universalmente recibido de la colacion; pero no pretende que esta colacion sea una segunda comida: y no hay duda que la colacion, tal como la hacen muchos en el dia, quebranta el ayuno. San Cárlos en las reglas que hizo para sus domésticos, les permite solo onza y media de pan y un poco de vino para su colacion en Cuaresma. Se cuenta de San Espiridion, obispo de Tremitunta en Chipre, y del santo solitario Marciano, que quebrantaron el ayuno por caridad, con motivo de algunos estranjeros que habian venido á visitarlos; pero este era un ayuno de devocion y de reglas. El ayuno de la regla es libre, se le respondió al abad Casiano; pero la caridad es la perfeccion de la ley divina. Así lo que se llama la regla del maestro, porque es Jesucristo el que habla en ella, dice positivamente, que los ayunos de Cuaresma son inviolables, sin que los escuse ningun pretesto, ni valga para ello consideracion ninguna por la llegada de huéspedes algunos.

Ni son tampoco los únicos deberes de religion que Dios exige de los cristianos durante la Cuaresma, la abstinencia y el ayuno. La oracion, el uso frecuente de los sacramentos, la limosna, deben acompañar al ayuno, y singularmente la inocencia y la pureza. Abstengámonos particularmente del pecado, dice san Agustin; no sea que nuestros ayunos sean infructosos como los de los judíos y Dios no los apruebe. ¿Quereis santificar el ayuno, dice en otra parte? llenad los deberes de misericordia y de caridad. Lo que cercenais á vuestra sensualidad, dice San Gregorio de Niza, lo que ahorrais por vuestro ayuno, dadlo al pobre que padece hambre. El ayuno, dice San Crisóstomo, no debe mirarse como un tráfico indecente: no es el fin de la abstinencia el ahorrar, es preciso que el pobre se alimente con lo que vosotros disminuis á vuestra mesa. De este modo sacareis de vuestro ayuno una ventaja doble, por una parte el haber ayunado y por otra el haber satisfecho al pobre. Por fin el ayuno, dice san Agustin, no consiste solamente en abstenerse de los manjares que deseamos, sino de todos los placeres y las diversiones, las cuales debemos considerar como entredichas para nosotros en el santo tiempo de Penitencia. Hay muchos, añade el mismo santo, que son mas bien voluptuosos, que religiosos observadores de la Cuaresma. (Serm. 171 de divers.) ¡Qué error mas lamentable! No es esto guardar la abstinencia, es sí mudar los alimentos del deleite.

La misa de este dia contiene todo el misterio del santo tiempo de Cuaresma. Comienza por este versículo del salmo 90: «El justo me llamará en su ayuda, y yo le oiré;» estaré con él en el tiempo de la tribulacion, y le sacaré de ella con gloria. No hay una cosa mas á propósito que todo este salmo para inspirar ánimo á los fieles en la penosa carrera de Cuaresma, y en el ejercicio de la penitencia y de la tentacion.

La Epístola es una viva y patética exhortacion á fin de que no inutilicemos los dias consagrados á la penitencia, y un tiempo que puede llamarse el reinado por escelencia de la misericordia del Señor. Está tomada del sexto capítulo de la segunda carta de san Pablo á los corintios. Hé aquí, les dice, el tiempo de gracia, ahora son los dias de salud. Yo os exhorto con todo mi corazon, á que no reci-

bais en vano la gracia de Dios. No obstante que Dios sea misericordioso en todos tiempos, con todo la Cuaresma es un tiempo privilegiado en que todo concurre á mover mas á Dios en favor nuestro: las oraciones multiplicadas de toda la Iglesia, la abstinencia y el ayuno con el cual es siempre mas eficaz la oracion; todo concurre á hacer mas segura y mas fácil nuestra conversion.

El Evangelio de este dia contiene la historia de la Cuaresma de Jesucristo en el desierto, como que ella es el orígen, y debe ser el modelo de la nuestra. Jesus acaba de recibir el bautismo de mano de san Juan, cuando el Espíritu Santo, de quien él era templo vivo, le inclinó á que se retirase al desierto para prepararse allí á su vida pública, por un retiro y un ayuno continuo de cuarenta dias y de cuarenta noches, y por una victoria insigne del tentador y de todas sus astucias. Este desierto se estendia en la tribu de Benjamin, desde la ribera del Jordan hasta el territorio de Jericó por una parte, y hasta el mar Muerto por la otra. Se llamaba Ruban, y en lo sucesivo le dieron los orientales el nombre de cuarentena, para indicar el tiempo que habia estado allí el Salvador. Bella leccion para todos los hombres apostólicos, en que les enseña que el retiro, el ayuno y la oracion, deben ser como el preludio de sus funciones, y como los primeros ensayos de la vida apostólica. El Hijo de Dios habia venido allí para entrar en lid con el demonio, y comenzar su mision para aterrarle. Quiso ser tentado, dice san Agustin, para enseñarnos á vencerle. (In Psalm. 90.) El Salvador pasó allí cuarenta dias y cuarenta noches sin comer ni beber. Este ayuno de cuarenta dias ántes de la predicacion del Evangelio, habia sido figurado por el ayuno de Moisés sobre el monte Sinaí, durante los cuarenta dias que precedieron á la promulgacion de la antigua ley. Para honrar y para imitar en algun modo esta abstinencia del Salvador, se ha instituido y observado en todos tiempos en la Iglesia la Cuaresma. Al cabo de este ayuno tan largo, Jesus tuvo hambre, es decir, hizo cesar el milagro, en fuerza del que no la habia sentido hasta entonces. Este momento fué como la señal del permiso que el Salvador dió al demonio para que viniese á tentarle, para saber si él era el Mesías, porque dudaba de ello, y queria tener pruebas mas ciertas de su divinidad, dice san Gerónimo. San Agustin cree que era el príncipe de los demonios el que se atrevió á tentar á Jesucristo para saber quién era, y que el Salvador no descubrió á este príncipe de las tinieblas mas de lo que juzgó á propósito. (Lib. 9 de Civ.) El demonio no conoció perfectamente que Jesucristo era Dios é hijo de Dios hasta despues de su resurreccion. Este espíritu maligno se presentó al Salvador bajo una forma humana, y le dijo: ¿Por qué te dejas consumir de hambre? ¿Si eres Hijo de Dios, por qué no conviertes estas piedras en pan? El mayor de los milagros no te costará mas que una palabra. El Salvador se contentó con responderle que estaba escrito que no era el pan solo el que mantenia la vida del hombre, sino tambien toda palabra que sale de la boca de Dios; esto es, una obediencia perfecta á todo lo que Dios manda. Por esta respuesta, sin negar Jesucristo que fuese Dios, prueba muy bien que era hombre, y despide al tentador tan incierto de su divinidad como estaba ántes. El demonio en seguida le llevó á la ciudad santa, le puso sobre el pináculo del templo, y le dijo que si era Hijo de Dios se echase abajo, pues nada tenia que temer en razon de que estaba escrito: que Dios habia encargado á sus ángeles que cuidasen de su persona, é impedirian que se hiciese mal alguno. Pero Jesus respondió á este pasaje de la Escritura por otro, y le dijo: que la misma Escritura prohibia el tentar á Dios. Es admirable que el Hijo de Dios haya permitido al demonio que le llevase por el aire hasta lo mas alto del templo; pero el poder que el Salvador dió despues á los verdugos ministros de Satanás sobre su persona, es tan admirable como el que dió aquí al demonio. Por lo demás, es verosímil que en las dos últimas tentaciones se hizo Jesucristo invisible á aquellos judíos que hubieran podido advertirlo. El demonio aunque confuso, no desistió: volvió á tomar á Jesucristo, y le llevó todavía sobre una montaña muy alta, y desde allí mostrándole de una parte el imperio romano, de otra el imperio de los persas, aquí la Siria, allá las Indias, etc. Yo soy el dueño de estos estados, le dijo, como príncipe del mundo, y dispongo de ellos á mi antojo; serán tuyos desde ahora si quieres postrarte delante de mí, y adorarme con el culto de latria. La facilidad con que el Salvador se habia dejado llevar y volver á llevar por el demonio, dió á este encantador la desvergüenza y la insolencia de hacer esta impía proposicion á aquel que por entonces creia un puro hombre. Mas Jesucristo indignado á vista de un atrevimiento tan abominable, le dijo con firmeza: Retírate, Satanás, porque está escrito: Adorarás á tu Dios y Señor, y á él solo servirás. Entonces el demonio desapareció lleno de confusion por su derrota, y tan poco instruido acerca de lo que deseaba saber, como ántes de la tentacion. Así es que no cesó de perseguir al Salvador hasta que precipitó á los judíos á que le quitasen la vida. Inmediatamente vinieron los ángeles y le sirvieron de comer. De este modo nos colma Dios de consolaciones y de alegría despues que hemos combatido por él con esfuerzo. Tengamos presente en la tentacion que el cielo toma parte en nuestros combates, y que él debe coronar nuestras victorias. El espíritu maligno puede muy bien ladrar, aullar, amenazar, dice, san Agustin, pero no podrá nunca mordernos si nosotros no queremos.

HIMNO DE VÍSPERAS EN EL OFICIO CUADRAGESIMAL,

POR SAN GREGORIO.

Audi, benigne Conditor,	Benigno Criador, oye piadoso
Nostras preces cum fletibus	Nuestros ruegos mezclados
In hoc sacro jejunio	con el llanto,
Fusas quadragenario.	Hechos en este ayuno sacrosanto
	Del tiempo de Cuaresma misterioso.
Scrutator alme cordium,	Tú, que patentes ves los
Infirma tu scis virium:	corazones,
Ad te reversis exhibe	Conoces de las fuerzas la
Remissionis gratiam.	flaqueza;
	Al que á tí se convierte y endereza,
	Te pedimos humildes, le perdones.
Multum quidem peccavimus,	Mucho en realidad hemos
Sed parce confitentibus;	pecado,
Ad nominis laudem tui	Perdona al que confiesa arrepentido;
Confer medelam languidis.	

Dá salud al enfermo desvalido
En honor de tu nombre tan sagrado.

Concede nostrum conteri
Corpus per abstinentiam,
Culpæ ut relinquat pabulum
Jejuna corda criminum.

Concédenos que el cuerpo se marchite
Con la abstinencia y falta de alimento,
Para que el corazon de culpa exento
El cebo y el manjar del vicio evite.

Præsta, beata Trinitas,
Concede, simplex Unitas,
Ut fructuosa sint tnis
Jejuniorum munera. Amen.

Concédenos, Señor, Dios Trino y Uno,
Que sean á tus siervos provechosos,
Meritorios, aceptos y fructuosos
Estos humildes dones del ayuno. Amen.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Deus, qui Ecclesiam tuam annua quadragesimali observatione purificas: præsta familiæ tuæ, ut quod a te obtinere abstinendo nititur, hoc bonis operibus exequatur. Per Dominum...

Ó Dios, que purificais vuestra Iglesia por el sagrado tiempo de Cuaresma que ella observa religiosamente en cada un año; haced que vuestros hijos se esfuercen á obtener por medio de las buenas obras, la gracia que os piden por su abstinencia. Por nuestro Señor, etc.

La Epístola es tomada del cap. 6 de la segunda carta del apóstol san Pablo á los Corintios.

Fratres, exhortamur vos, ne in vacuum gratiam Dei recipiatis. Ait enim: Tempore accepto exaudivi te, et in die salutis adjuvi te. Ecce nunc tempus acceptabile, ecce nunc dies salutis. Nemini dantes ullam offensionem, ut non vituperetur ministerium nostrum: sed in omnibus exhibeamus nosmetipsos sicut Dei ministros, in multa patientia, in tribulationibus, in necessitatibus, in angustiis, in plagis, in carceribus, in seditionibus, in laboribus, in vigiliis, in jejuniis, in castitate, in scientia, in longanimitate, in suavitate, in Spiritu Sancto, in charitate non ficta, in verbo veritatis, in virtute Dei, per arma justitiæ a dextris et a sinistris, per gloriam et ignobilitatem, per infamiam et bonam famam: ut seductores, et veraces, sicut qui ignoti, et cogniti: quasi morientes, et ecce vivimus: ut castigati, et non mortificati: quasi tristes, semper autem gaudentes: sicut egentes, multos autem locupletantes: tamquam nihil habentes, et omnia possidentes.

Hermanos mios, os exhortamos á que no recibais en vano la gracia de Dios, porque nos dice: Os he oido en el tiempo de gracia, y os he ayudado en el dia de salud. Hé aquí ahora el tiempo de gracia, ahora son los dias de salud. No demos á ninguno motivo alguno de escándalo, para que no sea vituperado nuestro ministerio; mostrémonos al contrario en todo tales como deben ser los ministros de Dios, manifestando mucha paciencia en las tribulaciones, en las miserias, en las angustias, en las llagas, en las prisiones, en medio de las sediciones, entre los trabajos, por las vigilias, por los ayunos, por la castidad, por la ciencia, por la constancia en sufrirlo todo, por la dulzura, por la virtud del Espíritu Santo, por una caridad sincera, por la palabra de verdad, por el poder que viene de Dios, por las armas de la justicia á derecha é izquierda; ya estemos tratados con honor, ó con abyeccion; ya seamos difamados ó tengamos buena reputacion, como si fuésemos tenidos por seductores, por mas veraces que seamos; como si fuésemos desconocidos aunque todos nos conozcan; como prontos á morir, no dejando de vivir; como gentes á quienes se castiga, pero no se mata; como tristes, pero siempre alegres; como pobres, pero enriqueciendo á muchos; como quien no tiene nada, y todo lo posee.

La segun la carta que san Pablo escribió desde Filipos en Macedonia á los corintios, se la llevó su querido discípulo Tito, acompañado de Timoteo y de otro discípulo cuyo nombre no se sabe. En el capítulo de donde está sacada la Epístola de este dia, exhorta san Pablo á los corintios á que no desatiendan la gracia que han recibido, y testifica cuánto le ha costado á él el sostener la cualidad de siervo digno de Dios.

REFLEXIONES.

«Os exhortamos á que no recibais en vano la gracia de Dios.» Nada hay tan importante ni tan precioso como la gracia; es el precio de la sangre y de la muerte de Jesucristo: luego es de un precio infinito; sin ella las acciones mas laudables no tienen mérito para el cielo; con ella las ménos brillantes son preciosas. Ella es aquella semilla divina que tiene la virtud de producir el céntuplo para la bienaventurada eternidad, es aquella agua viva que salta hasta la vida eterna. La gracia es propiamente el talento dado á todos, puesto que sin ella no se puede hacer bien alguno, aunque dado mas ó ménos liberalmente, conforme á la sabiduría y á la economía admirable de la divina Providencia. Que se reciba poca ó mucha, la obligacion indispensable de hacerla valer es la misma para todos. El siervo bueno y fiel que no ha negociado mas que con los dos talentos que habia recibido, es tan alabado y á proporcion tan recompensado como el que habia granjeado con los cinco y aun con los diez. Mas la prision de las tinieblas es el patrimonio del siervo infiel, que habiendo recibido uno, lo enterró, y así lo hizo infructuoso por su pereza. ¡Qué pérdida, buen Dios, mas temible y de mayor consecuencia que la de la menor de las gracias! ¡Cuántos hay reprobados por haber recibido en vano este precioso don! La falta de fidelidad y de correspondencia á una inspiracion santa, á un piadoso movimiento interior, á una gracia pasajera, no condena precisamente por sí misma, puesto que no siempre es un pecado grave; pero algun dia se verá que aquella pequeñita centella era la que debia encender en el corazon el fuego divino que de-

bia haberle abrasado; se verá que aquella pequeña luz, que apagamos, debia ser seguida de una gran luz, de que nos hemos privado. Se verá que esta gota de agua que se ha dejado secar, debia ser en los designios de la Providencia una fuente inagotable, sola capaz de refrigerarnos, la cual debia saltar hasta la vida eterna. Ella era como el primer anillo que junto á los demás debia formar el encadenamiento de toda la economía de nuestra salud: se ha dejado caer, por decirlo así, este primer anillo, y con él ha caido toda la cadena. ¡Qué desgracia hubiera sido para la Samaritana, si no hubiese ido á sacar el agua en el momento que el Salvador estaba sentado al borde de la fuente! ¡Qué desgracia para los reyes Magos, si en el momento que vieron la estrella, hubiesen hecho lo que tantos otros, que habiendo advertido este nuevo fenómeno, no se cuidaron de penetrar su sentido y mucho ménos de seguirle! ¡Qué desgracia en fin para los Apóstoles mismos, si en el instante en que el Salvador les llamaba, hubiesen dejado para otro dia el responder á la vocacion! Hay momentos felices en la vida, en que la luz de la gracia luce, en que se deja oir la voz del divino Pastor: no perdamos de vista de cuánta consecuencia es para nuestra salvacion el no recibir esta gracia en vano. Si el ciego que estaba cerca de Jericó no se hubiera aprovechado del momento afortunado en que Jesucristo pasaba, ¡ah! él hubiera vivido y hubiera muerto ciego; y si la mujer Cananea hubiese deferido á las amonestaciones poco saludables de los que trataban estorbarla el que importunase al Salvador, jamás hubiese obtenido su conversion, ni la curacion de su hija. Dios es bueno, Dios es misericordioso en todo tiempo; pero no todos los tiempos son igualmente destinados para el triunfo de su misericordia. Hay tiempos de gracia, hay dias de salud; tal es por escelencia el santo tiempo de Cuaresma. Conozcamos bien cuánto importa aprovechar este santo tiempo.

El Evangelio de la misa es de san Mateo, cap. 4.

In illo tempore: Ductus est Jesus in desertum a Spiritu, ut tentaretur a diabolo. Et cum jejunasset quadraginta diebus, et quadraginta noctibus, postea esuriit. Et accedens tentator, dixit ei: Si Filius Dei es, dic ut lapides isti panes fiant. Qui respondens, dixit: Scriptum est: Non in solo pane vivit homo; sed in omni verbo, quod procedit de ore Dei. Tunc assumpsit eum diabolus in sanctam civitatem, et statuit eum super pinnaculum templi, et dixit ei: Si Filius Dei es, mitte te deorsum. Scriptum est enim: Quia Angelis suis mandavit de te, et in manibus tollent te, ne forte offendas ad lapidem pedem tuum. Ait illi Jesus: Iterum scriptum est: Non tentabis Dominum Deum tuum. Iterum assumpsit eum diabolus in montem excelsum valde: et ostendit ei omnia regna mundi, et gloriam eorum, et dixit ei: Hæc omnia tibi dabo, si cadens adoraveris me. Tunc dicit ei Jesus: Vade, Satana: Scriptum est enim: Dominum Deum tuum adorabis, et illi soli servies. Tunc reliquit eum diabolus; et ecce angeli accesserunt, et ministrabant ei.

En aquel tiempo: Fué Jesus conducido por el Espíritu al desierto, para ser tentado por el diablo. Y despues de haber ayunado cuarenta dias y cuarenta noches, tuvo hambre. Y llegándose el tentador le dijo: Si eres el Hijo de Dios, manda que estas piedras se conviertan en pan. Jesus le respondió, diciendo: Está escrito que no es el pan solo el que mantiene la vida del hombre, sino tambien toda palabra que sale de la boca de Dios. Entonces el diablo le llevó á la ciudad santa, y poniéndole sobre lo mas alto del templo le dijo: Si eres el Hijo de Dios, échate de aquí abajo; porque está escrito: que ha encargado á sus ángeles que cuiden de tu persona, que te lleven en sus manos, para que las piedras no ofendan á tus piés. Respondióle Jesus: Igualmente está escrito: No tentarás al Señor tu Dios. El diablo le tomó todavía y le llevó á un monte muy alto, y mostrándole desde allí todos los reinos del mundo, con toda su gloria, le dijo: Todas estas cosas te daré si postrándote me adorares. Entonces le dijo Jesus: Retírate, Satanás; porque está escrito: Adorarás al Señor tu Dios y á él solo servirás. Entonces le dejó el diablo, y en el mismo momento vinieron los ángeles y le sirvieron de comer.

MEDITACION.

Sobre las tentaciones.

Punto primero.—Considera que nuestra vida es una guerra continua con enemigos tanto mas temibles, cuanto que atacan á nuestra salvacion, y son sumamente astutos para hacerlo. Estos enemigos son lisonjeros, dulces, insinuantes, arteros y casi todos domésticos. Inclinaciones viciosas, natural avieso, pasiones nacidas con nosotros, amor violento del placer, codicia, concupiscencia, un corazon corrompido, cuyo espíritu es siempre el engaño; sentidos sobornados, que tan fácilmente seducen al corazon, objetos que tientan, ejemplos que autorizan el vicio, y que favorecen tanto la inclinacion; ¿es estraño, con todo esto, que durante la vida todo sea peligro, todo tentacion, todo lazo? El demonio que ha jurado nuestra perdicion, no duerme jamás, y mucho ménos se cansa. Él no presenta mas que placeres, no pide mas que el consentimiento, no nos ataca mas que por el lado mas flaco. Nuestra resistencia no le abate; solicita, urge, y como está de inteligencia con el corazon, el amor propio y los sentidos, al fin persuade. No hay edad en que no sea poderoso. En la juventud enciende sus fuegos; en una edad mas madura multiplica las ocasiones; la vejez casi no obra mas que por sus hábitos. Todo torrente engruesa á medida que se aleja de su fuente; puede decirse muy bien hoy, que la infancia no es ya la edad de la inocencia. La corrupcion del corazon parece prevalerse en el dia de la debilidad de la razon. No hay lugar alguno en donde la tentacion no se deslice, y en donde no haga estrago. Como nosotros mismos somos nuestros mas peligrosos tendadores, la tentacion se halla en todas partes donde nosotros vamos. Soledad sombría, desiertos espantosos, claustros rodeados de cercos y murallas, provistos de toda especie de armas y de municiones: en todas partes donde nos hallamos nosotros, allí está el enemigo de nuestra salud. Desgraciado el que cuente demasiado con su valor, ó con sus resoluciones; el que no añada la oracion á la vigilancia continua. La gracia, en verdad, es siempre mas fuerte que la tentacion; pero ¿cómo se resiste á la tentacion, cuando hay tan poco interés por esta gracia, cuando

se cuida tan poco de pedirla sin cesar al Señor, cuando hasta se resiste á todas las impresiones de la gracia? ¿Cómo se resiste á la tentacion, cuando se espone uno voluntariamente á ella, cuando se la busca? Los lugares mas retirados, los mas santos estados de la vida, las comunidades mas regularizadas, no son abrigos ni asilos contra la tentacion; ¿y gentes medio vencidas por el tentador se esponen con placer á la tentacion, corren sin armas á los mayores peligros, caminan sin guia y con los ojos cerrados por medio de los mas grandes precipicios? Bailes, espectáculos profanos, asambleas mundanas, entretenimientos delicados, reunion de objetos á cual mas tentadores, ocasiones peligrosas y próximas, ¿respetareis vosotros la inocencia? Y despues que el demonio se ha atrevido á tentar al Hijo de Dios en el mas espantoso desierto, despues de un ayuno de cuarenta dias, entre los ejercicios de la piedad mas heroica, ¿estaremos nosotros seguros, no tendremos nada que temer, ni en el claustro, ni en el mundo?

Punto segundo.—Considera que todas las tentaciones son peligrosas; pero las mas temibles son las domésticas; estas son las mas delicadas y ménos tumultuosas, y de las que se desconfia ménos; raras veces ataca el demonio á fuerza abierta, y con gran ruido. Obras con tanto estruendo es advertir al enemigo. Entonces se guarda, toma sus precauciones, se pone en defensa. El enemigo de la salud es muy hábil y muy astuto, para que obrase con tal torpeza; observa el tiempo en que uno vive mas confiado, está atento á las circunstancias del lugar, aprovecha las ocasiones, prepara con cuidado los objetos, estudia el natural, el espíritu, las inclinaciones, el humor, la propension, y sobre todo la pasion dominante; y este es el resorte principal de que se sirve. Ninguna de estas tentaciones afectadas deja de tener un motivo plausible y especioso, siempre conforme á la pasion que domina. No son mas que conversaciones de cortesía, de correspondencia, de civilidad, las que insensiblemente hacen tragar el veneno que mata al alma. Pretendidas obligaciones de sostener con esplendor un empleo, un estado, una familia, son las que hacen emprender un comercio injusto, tomar á manos llenas, sacrificar su conciencia á sus propios intereses. La nombradía que se tiene, el rango en que uno se halla, el cargo que se desempeña, un establecimiento que se quiera plantear, es siempre el pretesto que autoriza las asambleas mundanas, de las que nunca se sale sin menoscabo del espíritu cristiano, los espectáculos profanos á los que jamás se asiste sin pecado, el juego en donde la pérdida menor es la del tiempo. Aun en los mismos que son inclinados á la piedad se ve por lo comun que la devocion está, por decirlo así, ingerida en el natural. De aquí tantas ilusiones, tanto orgullo, tanto mal humor, tanta sensualidad en aquellas personas que se creen y que se llaman devotas. Alguna vez se encuentra el zelo, junto con un temperamento vivo, bullicioso, vanidoso, disipado. ¡Buen Dios, qué lamentable disipacion! ¡qué alejamiento del retiro y de la oracion! ¡qué apego al propio parecer! ¡qué desarreglo de su interior! ¡qué indiferencia con respecto á las obligaciones ordinarias de su estado y de la regla! Y hé aquí las tentaciones mas temibles, y de las que sin embargo se desconfia ménos; tentaciones que pierden á tantas almas.

Concededme, Señor, la desconfianza saludable de mi entendimiento, de mi corazon y de mi amor propio; y cuanto mas sutil, artificiosa y delicada sea la tentacion, tanto mas resuelto estoy yo, mediante vuestra gracia, á velar, temer y orar.

Jaculatorias.—Yo espero, Señor, que con el ausilio de vuestra gracia evitaré tantos peligros, y apoyado en vuestra asistencia no habrá dificultades que yo no rompa. (Psalm. 17.)

Dad, Señor, una señal brillante de vuestra bondad conmigo; vean mis enemigos que me socorreis, y queden con esto ellos mismos cubiertos de confusion. (Psalm. 85.)

PROPOSITOS.

1 No atribuyamos siempre al demonio nuestras caidas: por grande que sea su malicia, nuestra derrota en las tentaciones no es obra suya; nosotros mismos nos tentamos muchas veces mas peligrosamente y con mas malignidad que él lo haria. ¿Para qué quiere emplear sus armas contra gentes que en su fondo se alimentan del contagio que las debe hacer perecer, y que son mas industriosas para emponzoñarse, que él solícito y empeñado para perderlas? ¿Qué necesidad tiene de encender un fuego que jamás está estinguido, que se nutre con empeño, y que arde sin cesar? Se corre á los espectáculos, al teatro, á los entretenimientos escandalosos, á las reuniones donde reina el vicio sin disfraz; las mas licenciosas diversiones constituyen hoy una de las mas serias ocupaciones de las gentes del mundo. El lujo ostenta todos los dias todo lo que hay de mas tentador, causa rubor el nombre de cristianos; ¿y despues de esto habrá quien se atreva á decir que el demonio nos tienta? Huid con ardor de todas estas ocasiones de pecado. Sed continuos en la oracion, mortificad vuestros sentidos, domad vuestras pasiones, vivid como cristianos, y la tentacion será para vosotros un motivo de victoria y de mérito.

2 No os espongais al peligro, y no pereceréis en él. Desconfiad siempre de vuestro natural, y mirad como vuestro principal enemigo á vuestro amor propio. Por mas santo que sea vuestro estado, desconfiad de vuestro propio corazon. Las mejores tierras abundan regularmente en malas yerbas si les falta la cultura. Si os hallais en el estado religioso, guardad con puntualidad vuestras reglas; desconfiad de un zelo demasiado impetuoso; observad con exactitud todas vuestras prácticas de piedad; no descuideis el exámen de conciencia; aprovechad el uso de los sacramentos. Con estas sabias precauciones, pidiendo continuamente el socorro del cielo, las tentaciones léjos de dañar vuestra virtud la purificarán.

LUNES PRIMERO DE CUARESMA.

Como nada hay mas á propósito para animar los fieles á la penitencia, al ejercicio de las buenas obras y á la reforma de las costumbres, que el temor de los juicios de Dios; la Iglesia, siempre atenta al bien de sus hijos, les hace en el Evangelio de este dia una pintura viva y espantosa del último juicio, que Dios debe hacer al fin del mundo; pero al mismo tiempo templa este temor con el retrato que nos presenta en la Epístola del buen Pastor, estraordinariamente solícito de sus ovejas, y que nada deja de hacer para impedir que perezcan. Si el Evangelio inspira un santo temor, la Epístola reanima la confianza, y el uno y la otra sirven maravillosamente para estimular

á que se principie con ánimo y con alegría la penosa carrera de la penitencia. Esto es lo que la Iglesia parece proponerse en esta primera semana. El temor sin la confianza conduce á la desesperacion, y la confianza sin el temor inspira la presuncion.

La misa comienza por aquellas hermosas palabras del salmo 122: Como los ojos de los siervos están fijos en las manos de su señor, cuando esperan en el socorro de sus necesidades; así nuestros ojos están puestos en el Señor nuestro Dios, hasta que se digne tener lástima de nosotros.

La Epístola de la misa de este dia está tomada del capítulo 34 de Ezequiel, en donde habiendo el profeta declamado vivamente contra los malos pastores de Israel, promete de parte del Señor un Pastor único, que reunirá sus ovejas, y las conducirá á los mejores pastos. Describe aquí los cuidados y el empeño, con que no fiándose ya de los siervos que habia enviado para apacentarlas, viene él mismo en persona á conducir el rebaño: Yo mismo vendré, dice el divino Pastor, á buscar mis ovejas, y yo mismo las visitaré. Yo las reuniré de todas partes, en donde habian estado dispersas en los dias de tinieblas y de oscuridad; esto es, en el tiempo de las persecuciones y de las pruebas. Durante los dias de oscuridad y de nieblas, es fácil que las ovejas se estravien y se pierdan. Los lobos se aprovechan siempre de las tinieblas de la noche para robar y devorar. Yo mismo apacentaré mis ovejas, continúa el profeta; yo mismo las haré reposar, dice el Señor nuestro Dios. Yo iré á buscar las que estaban perdidas, vendaré las llagas de las que estaban heridas, fortificaré las que estaban flacas, conservaré las que estaban gruesas, y las conduciré en la rectitud y en la justicia. ¿Quién no ve que es el mismo Salvador, soberano pastor de nuestras almas, el que habla? Pero ¿hay ninguna cosa en toda la Escritura que sea mas á propósito para escitar el amor y la confianza de este divino Pastor, que ha hecho su retrato en esta Epístola, así como el que él mismo ha hecho en el Evangelio del buen Pastor?

Si esta epístola debe animarnos, el Evangelio de este dia debe hacernos temer. Dos dias ántes de la última Pascua que el Salvador celebró con sus discípulos, habiendo venido al templo, despues de haber confundido á los escribas y á los fariseos, instruyó al pueblo sobre las verdades mas importantes de la religion, y sobre diversos puntos de moral. Entre las diversas instrucciones que dió al pueblo, se estendió mucho sobre el juicio último, y les hizo de él una pintura muy viva. En aquel gran dia, les decia, el que ahora no parece mas que hijo del hombre, será reconocido Hijo de Dios, porque vendrá con todo el resplandor de su gloria, acompañado de sus ángeles. Se sentará sobre el trono de su majestad, y todos los pueblos de la tierra comparecerán delante de él, como delante de su Rey y de su Juez. ¡Qué diferencia, buen Dios, entre Jesucristo naciendo en un establo y muriendo en una cruz, y Jesucristo revestido de gloria, acompañado de todos los ángeles, sentado sobre una nube resplandeciente que le sirve de trono, viendo á todos los hombres á sus piés, que esperan su decision sobre su eterna suerte! Nosotros reconocemos dos venidas de Jesucristo, que la Iglesia nos propone como dos grandes objetos de nuestra fé, y sobre las cuales rueda, por decirlo así, toda la religion cristiana. Ha venido este Dios-hombre en el misterio adorable de su Encarnacion; y debe todavía venir en el dia terrible de su juicio universal. En la primera venida ha tomado la cualidad de salvador; pero en la segunda tomará la cualidad de juez. Si la justicia humana inspira tanto pavor, ¿qué no debe temerse de la justicia divina? En aquel momento los hombres, desengañados de las ilusiones de la mentira, abriendo en fin los ojos á la verdad, libres de las preocupaciones que retienen á la fé y la razon como esclavas, verán brillar sobre las nubes la majestad de su Juez soberano. Los grandes del mundo, confundidos entonces con sus mas viles vasallos; los dichosos del siglo mezclados con el pueblo mas abyecto, descubrirán el vacío y la nada de todas las grandezas de la tierra. Entonces el hereje convencido de sus errores; el mundano desengañado de sus falsos placeres; el libertino persuadido de su quimérica felicidad; todos cubiertos de una amarga confusion, todos espantados con la memoria opresora de sus crímenes, se estremecerán, crujirán los dientes, desearian no haber existido jamás, ó haber sido aniquilados ántes de este dia terrible de cólera. Pero ántes de pronunciar la sentencia decisiva de su felicidad, ó de su desgracia eterna, continúa el Salvador, este soberano Juez los separará á todos los unos de los otros, lo mismo que el pastor que teniendo reunido su rebaño, pone las ovejas á una parte, y los cabritos á otra. Colocará los buenos á su derecha, y á estos llamará ovejas suyas, á causa de su inocencia. A su izquierda serán puestos los malos, á quienes compara con los cabritos, animales sucios y lascivos, á causa de la corrupcion de sus costumbres, y de la fealdad de su alma. «Contad, pesad, separad,» decia aquel decreto mudo que el impío Baltasar vió grabado en la pared de su palacio, cuando se entregaba á su mas suntuosa glotonería: hé aquí la forma y como el compendio del juicio último. Durante esta vida, ignoramos el número de nuestros pecados, le disminuimos, los confundimos aun con nuestras virtudes aparentes; en el tribunal de Dios, á los piés de este soberano y temible Juez, nuestros pecados aparecerán con toda claridad. Al presente ignoramos su número; entonces ni uno solo escapará á este severo exámen, que será como la primera parte del último juicio. «Contad.» Disminuimos su peso y su gravedad; «pesad,» dirá el Juez, y comprended toda la enormidad y la malicia de ellos. Confundimos al presente los pecados con nuestras pretendidas virtudes, para cubrir los unos con las otras, y tranquilizarnos con esto. Entonces, «separad,» dirá el Juez, lo que habeis confundido hasta aquí, tiempo es ya de que se quite á los pecados la máscara, y sean despojados de las esterioridades hipócritas. Job nos representa á Dios como un acreedor severo que no deja escapar nada, y nosotros unos deudores descuidados, insensatos, de mala fe; de dia en dia acumulamos deudas, sin apurarnos por satisfacerlas; y midiendo la estension infinita del entendimiento de Dios por la flaqueza del nuestro, porque nosotros perdemos la memoria de nuestros pecados, nos figuramos que Dios los olvida, ó que no los mirará sino como nosotros los miramos. No se duda, conforme al pasaje de Joel, que el teatro de este dia terrible debe ser el valle de Josafat. «Yo juntaré un dia todos los pueblos,» dice el profeta, «y los llevaré al valle de Josafat, en donde entraré en juicio con ellos.» Los Setenta leen el valle del juicio. El venerable Beda coloca este valle entre Jerusalen y el monte de las Olivas. Allí en medio del silencio profundo y de

la consternacion de todos los hombres, este Rey de reyes, este Juez soberano, dirá á los que estarán á su derecha: «Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que se os ha preparado desde la creacion del mundo.» ¡Qué alegría, dice san Crisóstomo, qué honor en estas palabras para aquellos á quienes irán dirigidas! Jesucristo no les dice: recibid el reino, sino poseedle como heredad vuestra, como una herencia que os toca, que habeis recibido de vuestro Padre, y que se os debe en todo tiempo; porque yo os la he preparado aun ántes que estuvieseis en el mundo; porque yo sabia en toda la eternidad que seriais lo que sois, y que siendo fieles á la gracia, habriais conservado la caridad. Porque he tenido hambre y me habeis dado de comer; lo cual, segun san Agustin, es como si Jesucristo dijese: Vosotros erais deudores á la justicia divina, porque habeis pecado; entrad, sin embargo, en mi reino, yo os hago misericordia, porque he tenido hambre y me habeis dado de comer. No os abro, pues, el cielo, porque no hayais nunca pecado, sino porque con vuestras limosnas habeis redimido vuestros pecados. En vano es uno acusado de sus pecados, dice san Pedro Crisólogo, cuando se escusa con el pobre: dando al pobre, se hace uno deudor de su mismo Juez. Despues, dirigiéndose á los que estarán á la izquierda: «Id, malditos, léjos de mí,» les dirá con un tono fulminante, «id al fuego eterno que está preparado para el demonio y para sus ángeles.» Como si Jesucristo les dijese, segun san Crisóstomo: No soy yo el que os ha preparado este fuego. Lo que yo os habia preparado era un reino; solo para los demonios estaban preparadas estas llamas. Vosotros solos debeis acusaros de vuestra desgracia, vosotros os habeis precipitado voluntariamente en estos abismos. ¿Y quién al oir esto encontrará demasiado largos los ayunos de Cuaresma, y duro el rigor de la penitencia? «Id al fuego eterno, preparado para el demonio y sus ángeles.» Notemos que no habla del suplicio eterno, como ha hablado de la recompensa eterna: «que os ha sido preparado desde la creacion del mundo;» porque el fuego eterno y la condenacion no han sido nunca su primera idea, ni su primer designio; condena á los pecadores á este último suplicio, dice san Crisóstomo, en cierto modo, á pesar suyo. La muerte, dice el Sabio, ha entrado en el mundo, únicamente por la malicia del demonio; Dios no se complace en la pérdida de los malos. Los pecadores se atraen la muerte y los suplicios eternos por su pura malicia; ninguno perece sino aquel que quiere perecer. Se ha dicho ya en otra parte, y nunca se dirá bastante, que los santos deben á la misericordia de Dios y á los méritos de Jesucristo su salvacion y la gloria de que gozan en el cielo; mas ninguno de los reprobados hay que no sea el artífice de su reprobacion eterna: la reprobacion es la obra del hombre pecador, y esta verdad no será por toda la eternidad el menor de los sentimientos de las almas reprobadas. Jesucristo castiga á los malos con fuego, y con un fuego eterno; y este fuego no es quimérico, ni alegórico y pasajero, sino un fuego real, corporal, que no se estinguirá jamás. El suplicio de los malos no tendrá fin ni disminucion; obrará eternamente sobre su alma y sobre su cuerpo; y como serán eternamente culpables, serán eternamente castigados. ¡Buen Dios! ¡quién no se estremece á la sola idea de una eternidad desgraciada! ¡quién puede sostener mucho tiempo este pensamiento! Sin embargo, se espone uno á ella á todas horas por el interés mas lijero, por un falso placer de un momento, por la satisfaccion mas pequeña.

La oracion de la misa en este dia es como sigue:

Converte nos, Deus salutaris noster: et ut nobis jejunium quadragesimale proficiat, mentes nostras cœlestibus instrue disciplinis. Per Dominum...

Convertidnos, ó Dios Salvador nuestro, y para que el ayuno de Cuaresma nos sea provechoso, ilustrad nuestras almas con celestiales instrucciones. Por nuestro Señor, etc.

La Epístola es tomada del cap. 34. del profeta Ezequiel.

Hæc dicit Dominus Deus: Ecce ego ipse requiram oves meas, et visitabo eas. Sicut visitat pastor gregem suum in die, quando fuerit in medio ovium suarum dissipatarum: sic visitabo oves meas, et liberabo eas de omnibus locis, in quibus dispersæ fuerant in die nubis et caliginis. Et educam eas de populis, et congregabo eas de terris, et indicam eas in terram suam, et pascam eas in montibus Israel, in rivis, et in cunctis sedibus terræ. In pascuis uberrimis pascam eas, et in montibus excelsis Israel erunt pascua earum: ibi requiescent in herbis virentibus, et in pascuis pinguibus pascentur super montes Israel. Ego pascam oves meas; et ego eas accubare faciam, dicit Dominus Deus. Quod perierat, requiram; et quod abjectum erat, reducam; et quod confractum fuerat, alligabo; et quod infirmum fuerat, consolidabo: et quod pingue et forte, custodiam: et pascam illas in judicio, dicit Dominus omnipotens.

Hé aquí lo que dice el Señor nuestro Dios: Yo mismo vendré á buscar mis ovejas y las visitaré. Como un pastor hace la revista de su rebaño, cuando ve sus ovejas dispersadas, así tambien yo visitaré á mis ovejas, y las libraré de los lugares por donde andaban dispersas en los dias de nubes y de oscuridad. Yo las sacaré de entre los pueblos idólatras, las reuniré de diversos paises y las haré volver á su propia tierra; las haré pastar en las montañas de Israel, en las riberas de los arroyos y en todos los sitios habitables del pais. Las apacentaré en los pastos mas fértiles, y las altas montañas de Israel serán el lugar de su apacentamiento; ellas reposarán allí sobre la verde yerba, y se apacentarán en las montañas de Israel con los pastos mas pingües. Yo mismo apacentaré mis ovejas, y yo haré que descansen, dice el Señor nuestro Dios. Yo buscaré las que estaban perdidas y levantaré las que estaban caidas, vendaré las llagas de las que estaban heridas, fortificaré las que estaban flacas, conservaré las que estaban gruesas y fuertes, y las conduciré en la rectitud y la justicia, dice el Señor omnipotente.

Ezequiel es el tercero de los cuatro profetas mayores; era natural de Satera, hijo de Buzi, de la estirpe sacerdotal; fué llevado cautivo á Babilonia con Jeconías rey de Judá; profetizó por espacio de veinte años, desde el año del mundo de 3409 hasta el de 3430, cerca de 548 ántes de Jesucristo. No obstante que algunas de sus profecías estén muy oscuras, las tocantes á la ruina de Jeru-

salen, de la cautividad de Babilonia, la vuelta de esta cautividad, el restablecimiento del templo, la venida del Mesías, el establecimiento de la Iglesia de Jesucristo y la vocacion de los pueblos gentiles á la fé, no pueden ser mas claras.

REFLEXIONES.

«Yo mismo apacentaré mis ovejas, iré á buscar las que estaban perdidas, levantaré las que estaban caidas, vendaré las llagas de las que estaban heridas, etc.» ¿Podia el profeta hacer un retrato mas semejante de Jesucristo buen pastor? ¿y no es toda esta Epístola la pintura mas justa de él? ¡Qué cuidado no se toma por volver á llevar al aprisco á sus ovejas que se han estraviado durante los dias de nubes y de oscuridad! Nuestro corazon es un fondo de donde nacen muchas nieblas, y nuestras pasiones levantan en él muchas nubes. El alma se halla muchas veces en la oscuridad, y no se necesita mas que una pasion dominante para oscurecerlo todo. ¡Cuántos pasos falsos en medio de las tinieblas! ¡qué modos de obrar tan engañosos! La pasion, cualquiera que sea, lleva siempre mas léjos de lo que se queria ir; la noche impide que se perciba cuánto se estravia uno. Esos escesos de disolucion, esos monstruos de irreligion y de impiedad, esas ruidosas rebeliones contra la religion, ese tenaz endurecimiento en el error, esas detestables herejías, que han desolado el rebaño, que han arruinado los reinos mas florecientes, y que hacen todavía gemir á toda la Iglesia, todos esos espantosos desarreglos en materia de religion y de costumbres son el efecto de algunos pasos falsos durante las tinieblas. No se ha advertido este horrible estravío hasta que ha apuntado el dia. Se hace mucho camino, cuando no se deja de andar en toda la noche. Se atraviesan vallados, barrancos, arroyos, cuando se camina en las tinieblas fuera del camino real: la débil luz de las estrellas, el dia mismo no encamina ya, cuando se ha ido mas allá de donde se iba, y cuando no tiene uno mas que su propio parecer por guia. La ceguera espantosa de los judíos, el lamentable estravío de tantos pueblos paganos, las tristes estravagancias de tantos herejes son una prueba deplorable de esto. No hay ninguno que se propusiese ir tan léjos en el nacimiento de su error; pero la pasion no tiene límites. Admiremos la bondad, la misericordia, el amor de este amable Pastor. Nada omite el Salvador divino para volver á traer todas las ovejas estraviadas. Las busca él mismo para reunirlas, quiere conducirlas á los mejores pastos: yo mismo las haré reposar, dice el Señor. Hé aquí como trata el buen Pastor á sus ovejas que se habian perdido, y como va él mismo á buscarlas; no se sirve de amenazas, ni las reprende con amargura de su estravío. Su dulzura, su bondad, el gozo que tiene por haberlas traido, le inspiran una conducta mucho mas obligante. Levanta á aquellas que habian caido, y las carga él mismo sobre sus espaldas para ahorrarlas el trabajo de caminar: venda las llagas de las que estaban heridas. ¿Qué Padre mas tierno? ¿qué Pastor mas diligente? ¿qué Médico mas compasivo, mas caritativo? y despues de esto ¿puede el pecador, por mas estraviado que esté, por mas criminal que sea, dejar de tener confianza en la misericordia de un Salvador semejante? ¿y deberá hacerse sordo á la voz de un pastor tan bueno? ¿deberá obstinarse en sus estravíos? ¿deberá rehusar el volver al redil, despues de tantas amorosas invitaciones, solicitaciones é impresiones de la gracia? Si la bondad de Dios con el pecador es ciertamente incomprensible, ¿es mas fácil comprender la malicia y la impía tenacidad de un pecador que difiere el convertirse?

El Evangelio de la misa es de San Mateo, cap. 25.

In illo tempore: Dixit Jesus discipulis suis: Cùm venerit Filius hominis in majestate sua, et omnes angeli cum eo, tunc sedebit super sedem majestatis suæ: et congregabuntur ante eum omnes gentes, et separavit eos, ab invicem, sicut pastor segregat oves ab hœdis: et statuet oves quidem à dextris suis, hœdos autem à sinistris. Tunc dicet Rex his, qui à dextris ejus erunt: Venite, benedicti Patris mei, possidete paratum vobis regnum à constitutione mundi. Esurivi enim, et dedistis mihi manducare: sitivi, et dedistis mihi bibere: hospes eram, et collegistis me: nudus, et cooperuistis me: infirmus, et visitastis me: in carcere eram, et venistis ad me. Tunc respondebunt ei justi, dicentes: Domine, quando te vidimus esurientem, et pavimus te? sitientem, et dedimus tibi potum? quando autem te vidimus hospitem, et collegimus te? aut nudum, et cooperuimus te? aut quando te vidimus infirmun, aut in carcere, et venimus ad te? Et respondens Rex, dicet illis. Amen dico vobis, quamdiù fecistis uni ex his fratribus meis minimis, mihi fecistis. Tunc dicet et his, qui à sinistris erunt: Discedite à me, maledicti, in ignem æternum, qui paratus est diabolo et angelis ejus. Esurivi enim, et non dedistis mihi manducare: sitivi, et non dedistis mihi potum: hospes eram, et non collegistis me: nudus, et non cooperuistis me: infirmus, et in carcere, et non visitastis me. Tunc respondebunt ei et ipsi, dicentes: Domine, quando te vidimus esurientem, aut sitientem, aut hospitem, aut nudum, aut infirmum, aut in carcere, et

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Cuando viniere el Hijo del hombre rodeado del esplendor de su majestad, y todos los ángeles con él, entonces se sentará sobre el trono de su grandeza, y todas las naciones se reunirán delante de él, y separará los unos de los otros como un pastor separa las ovejas de los cabritos, y colocará las ovejas á su derecha, y los cabritos á su izquierda. Entonces dirá el Rey á los que estarán á su derecha Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os ha sido preparado desde la creacion del mundo; porque tuve hambre, y me habeis dado de comer; tuve sed, y me habeis dado de beber; no tenia en donde alojarme, y me habeis recogido en vuestra casa; estaba desnudo, y me habeis vestido; enfermo, y me habeis visitado; entre prisiones, y habeis venido á verme. Entonces le responderán los justos, y le dirán: Señor, ¿cuándo te vimos hambiento y te alimentamos? ¿sediento y te dimos de beber? ¿cuándo te vimos sin hospedaje y te recogimos en nuestra casa? ¿ó cuándo te vimos enfermo, ó en la cárcel, y fuimos á visitarte? Y el Rey le responderá. En verdad os digo, que cuantas veces hicisteis todo esto con uno de mis hermanos mas pequeños, lo habeis hecho conmigo mismo. Entonces dirá tambien á los que estarán á su izquierda: Id léjos de mí, malditos, al fuego eterno, que ha sido preparado para el demonio y para sus ángeles; porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed,

non ministravimus tibi? Tunc respondebit illis, dicens: Amen dico vobis: Quamdiù non fecistis uni de minoribus his, nec mihi fecistis. Et ibunt hi in supplicium æternum: justi autem in vitam æternam.

y no me disteis de beber; no tenia donde alojarme, y no me disteis abrigo; estaba desnudo, y no me vestisteis; enfermo, y en la cárcel, y no me visitasteis. Dirán tambien ellos á su vez: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, ó sediento, ó sin hospicio, ó desnudo ó enfermo, ó en la cárcel, y no te hemos asistido? Entonces él les responderá: De verdad os digo, que toda vez que dejasteis de hacerlo con el menor de estos, me lo negasteis á mí. É irán estos á los suplicios eternos, y los justos á la bienaventuranza eterna.

MEDITACION.

Del juicio universal.

Punto primero.—Considera que no es lo que precederá inmediatamente al juicio último lo que le hace espantoso y temible. La caida de las estrellas, los eclipses de la luna y del sol, el incendio general que abrasará toda la tierra, la confusion de todos los elementos, que reducirá el mundo á un nuevo caos, todos estos fenómenos prodigiosos, estas ruidosas señales, que sorprenderán á toda la naturaleza, y que formarán como el aparato y el preludio del último juicio, inspirarán el espanto, harán temblar de miedo al ánimo mas intrépido, todo esto producirá un pavor general; mas este aparato no durará mucho, solo inspirará sobresalto, nó el sentimiento ni la confusion. Lo que hace el juicio último tan espantoso, tan horroroso, tan terrible, es el juicio mismo; exámen rigoroso de todos los pecados de la vida, manifestacion de las conciencias, sin que puedan sustraerse del conocimiento, ni de la vista de todo el universo, la menor falta, la mas lijera circunstancia, el motivo mas sutil, la menor imperfeccion. ¡Qué confusion! ¡qué vergüenza! Si los crímenes secretos, que con tanta solicitud se procuran ocultar á los ojos del público durante esta vida, se descubriesen é hiciesen públicos en toda una ciudad, en toda una provincia, ¡buen Dios, qué confusion, qué pesadumbre! En el dia del juicio se desenvolverán todos los pliegues y repliegues de la conciencia; serán puestos en claro todos los misterios de iniquidad; todas las envidias secretas, las venganzas disimuladas, las pasiones vergonzosas, cubiertas alguna vez con una máscara de reforma, de modestia, de zelo, de piedad, se mostrarán con toda su malignidad á los ojos de todos los hombres, desde Adan hasta el último que hubiere espirado sobre la tierra. Y no solo se manifestarán los pecados cometidos en la última edad, sino tambien todos los de la vida desde el primero de que nos hicimos culpables, desde el primer momento en que tuvimos el uso de la razon, hasta nuestro último suspiro; los pecados olvidados, los pecados escusados, los pecados cuasi imperceptibles. No solo nuestros pecados graves, nuestros pecados propios, nuestros pecados efectivos y positivos, sino tambien los pecados que se han escapado á nuestra atencion y á nuestra confesion: los pecados lijeros, los pecados de omision, los pecados de otro. ¡Buen Dios! ¿quién tendrá serenidad y fortaleza bastante para sostener esta horrible investigacion, esta manifestacion de las conciencias, este conocimiento claro y distinto de la malicia, de la gravedad, de la enormidad de cada pecado? Durante esta vida no tenemos mas que una idea confusa, una idea imperfecta, una idea débil, superficial, una semi-idea de la naturaleza, de la malignidad del pecado; en el último juicio el genio mas limitado, el entendimiento mas grosero, el mas inútil, será vivo, penetrante, despejado, y formará una idea justa y perfecta de toda la malicia, de toda la iniquidad de cada pecado: esta sola vista será uno de los mas espantosos y aterradores objetos que allí se descubrirán. A este conocimiento claro y distinto de la malicia y de la fealdad del pecado, se agregará la comparacion odiosa é importuna de la bondad, de la misericordia infinita de un Dios, y de sus innumerables beneficios, con nuestra negra y escandalosa ingratitud. Comparacion de la grandeza y de la majestad inefable de un Dios, con el menosprecio con que la hemos mirado; comparacion de aquella grandeza infinita con nuestra nada; comparacion de su omnipotencia con nuestra bajeza. Comprended, si es posible, la confusion, la indignacion contra nosotros mismos, el sentimiento, el despecho, el dolor y el suplicio que causará en una alma este conocimiento, esta confesion.

Punto segundo.—Considera qué tormento, qué temblor, qué desesperacion, que rabia causará en los reprobados su separacion de los elegidos, que seguirá á esta conviccion y á este exámen: cuando vendrán los ángeles á sacar de entre la multitud confusa de todos los mortales, los dichosos predestinados para colocarlos á la derecha del soberano Juez, mientras que pondrá á la izquierda las víctimas desgraciadas de la justicia divina para ser condenadas al fuego eterno del infierno. Con qué ojos, con que sentimiento se verán aquel padre y aquella madre, separados para siempre, y con una suerte tan diversa, de sus hijos amados; aquellos hijos de su querido padre; aquel esposo de su esposa; aquel príncipe de sus vasallos; aquel grande del mundo de sus favoritos; aquel amigo, aquel conciudadano, de aquellos con quienes habia vivido; aquella persona religiosa, aquel sacerdote, aquel prelado, de su pueblo. Si es para ser colocados á la derecha, ¡buen Dios! ¡qué consuelo, qué alegría, qué triunfo! Pero si es para ser puestos á la izquierda, si es para ser confundidos con la multitud innumerable de paganos, de turcos, de herejes, de malvados, ¡ó Dios! ¡qué cruel desesperacion! ¡qué suplicio! ¡Qué sensacion esperimentarán entonces aquellas pobres gentes, despreciables, y en tanta manera despreciadas; aquellas gentes de la hez del pueblo, oscuras, afligidas, perseguidas, si son del número de los predestinados! Todas las ideas de grandeza mundana, de nacimiento ilustre, de riquezas, de empleos brillantes, de prosperidades, representándose como las sombras en la pintura, la memoria entonces de lo que uno ha sido, de lo que es, y de lo que va á ser, fatiga, desespera, y es tanto mas amarga, cuanto que queda mas perseverante, y mas inmutablemente grabada. Comprended, si se puede, el rigor indecible de este espantoso suplicio. Pero representémonos, si es posible, lo que producirá en el alma la sentencia definitiva de este espantoso juicio. Hecho ya el

exámen y la separacion; habiéndose hecho cada uno justicia sobre el número y la gravedad de sus pecados; sin vislumbre de esperanza; sin la idea siquiera de ninguna misericordia, porque ya ha pasado el tiempo, el soberano Juez, brillando con el esplendor mas admirable, revestido de toda su majestad, pronunciará aquel decreto fulminante, cuya terrible ejecucion debe durar tanto como Dios mismo: «Id, malditos, léjos de mí al fuego eterno.» Es un Dios el que arroja á los reprobados de su presencia: ¿y dónde puedo yo oir, esclamaba el profeta, que no os encuentre? «Si bajare al infierno, allí estais.» Sí, Dios está en el infierno; pero está allí, nó como Padre, nó como Salvador, únicos nombres, únicas cualidades que le agradan, sino que está como Juez para castigar eternamente á los condenados; y esta cualidad no es de su gusto, por decirlo así, porque la misericordia es su virtud favorita, y porque no habia criado á nadie para condenarle. «Apartaos de mí,» y en este momento decisivo serán precipitados todos los réprobos en el infierno. ¡O Dios! ¿creen esta espantosa verdad los que os ofenden? ¡Ah, Señor! juzgadme ahora, castigadme con todo el rigor que quisiereis, sed para mí ahora un Juez severo, para que en el último dia no seais sino mi Salvador.

JACULATORIAS.—¡Ah! Señor, no permitais que sea confundido con los reprobados en aquel dia terrible. (Psalm. 25.)

Señor, castigadme en esta vida, y no reserveis mi castigo para el dia de vuestra cólera. (Psalm. 6.)

PROPÓSITOS.

1 Es admirable que se crea una verdad tan terrible como la del último juicio, y que se viva como viven la mayor parte de los fieles. Los santos no perdian jamás de vista este dia terrible. San Gerónimo asegura que le parecia oir dia y noche el sonido de aquellas trompetas que harán salir de sus sepulcros á todos los muertos, para presentarse al Soberano Juez y oir el decreto de su destino eterno. Practicad vosotros lo mismo; pensad continuamente en este último dia. No os contenteis con tener hoy solo esta importante meditacion; leedla por lo ménos una ó dos veces cada semana. No podeis hacer una lectura de piedad mas útil; y tened sin cesar presente á vuestro entendimiento el dia del último juicio.

2 Se queja uno alguna vez, ó á lo ménos se admira de ver á la mayor parte de las gentes timoratas en la oscuridad y en la afliccion, al paso que los mas insignes pecadores nadan en la abundancia, viven entre los honores, y todo parece que les prospera. La fé de los incautos se ejercita con frecuencia en esta diferencia de condicion; pero esto mismo debe hacerles conocer la verdad, la necesidad de este juicio último en que las condiciones serán bien diferentes, y en que Dios hará justicia con imparcialidad á los elegidos y á los reprobos. Cuando os viereis en las adversidades, pensad en el último juicio, asegurad vuestra fé, y reanimad vuestra confianza. Ninguno habrá entonces que no quiera haber tenido parte en las humillaciones y en los sufrimientos del Salvador. Decios muchas veces con el Apóstol: Juzguémonos aquí sin misericordia, á fin de esperimentar la divina misericordia en el dia del último juicio.

MARTES PRIMERO DE CUARESMA.

La misa de este dia comienza por el primer versículo del salmo 89: Señor, que sois ántes de todos los siglos, y que sereis eternamente, vos habeis sido nuestro refugio en todo tiempo. Segun san Gerónimo, el que habla en este salmo es Moisés. Representa á Dios en él las miserias y la brevedad de la vida del hombre, y le suplica que se reconcilie con su pueblo. Lo que ha inclinado á san Gerónimo y á los que son del mismo parecer que el atribuir este salmo á Moisés, es que tiene por título estas palabras: «Oracion de Moisés, hombre de Dios.» San Agustin y muchos otros no creen que Moisés sea autor. Se cree que ha sido compuesto durante la cautividad de Babilonia, ó por alguno de los descendientes de Moisés, ó por algun otro, que para hacer este salmo mas respetable quiso poner á su cabeza el nombre de este santo legislador, como piensa el venerable Beda. Sea lo que quiera, pocos salmos hay de un estilo mas elevado, mas devoto, ni mas patético. El autor implora la misericordia de Dios sobre un pueblo afligido y pecador, y funda principalmente su confianza sobre las pruebas que hay de esta misericordia con los pecadores, y sobre la flaqueza del hombre y la brevedad de su vida. Señor, dice, vos habeis sido nuestro refugio en todo tiempo. Nosotros hemos esperimentado tantas veces los efectos de vuestra proteccion y de vuestra misericordia, ó Dios mio, desde que habeis escogido la raza de Abraham para pueblo vuestro, que á pesar de nuestros pecados nos atrevemos todavía á dirigirnos á vos en el estado miserable en que nos hallamos. No hay una oracion que mejor convenga que esta á los cristianos en este tiempo de penitencia.

La Epístola está tomada del capítulo 55 de la profecía de Isaías, en la cual convida el profeta á todos los pueblos y á todas las naciones del mundo á la fé y á la penitencia, y declara que Dios es infinitamente misericordioso; que no rechaza á ningun pecador, á ménos que el pecador no rehuse su gracia, y que nada desea tanto como nuestra conversion. Que aunque todos los dias de la vida sean dias de misericordia, hay tiempo en que el Señor se rinde con mucha mas facilidad á escuchar los votos, á compadecerse de nuestros estravíos y de nuestras desgracias, á dejarse ablandar mas fácilmente de nuestro llanto, y á perdonarnos nuestros desórdenes. ¿Y quién no ve que este tiempo de indulgencia es la Cuaresma? Buscad al Señor mientras que se le puede encontrar, dice el profeta; invocadle mientras que está cerca. A los judíos era á quienes principalmente se dirigia Isaías con estas palabras; y el Espíritu Santo que hablaba por boca de este profeta, las dirigia generalmente á todos los pecadores. Pueblo judío, apresúrate á recurrir al Señor; invócale mientras que está cerca de tí. Vendrá tiempo, y no está muy léjos, que se retirará de tí, y pasará á los gentiles, y llamarálos á la fé, dejándote en una ceguera y en un endurecimiento deplorable. Precavéos contra esta desgracia; deje el impío su camino, y el injusto sus malos deseos y sus pensamientos criminales; vuelva sin demora al Señor, y él le tratará con misericordia; porque nuestro Dios se complace en perdonar, cuando ve un corazon contrito y humillado. No imagineis, continúa, que Dios piensa como nosotros, y que un simple y estéril proyecto de conversion lo recibe como si fuera una conversion eficaz y sincera. Vosotros

creeis que todo está hecho con decir que quereis convertiros. Dios juzga de otra manera que nosotros de la sinceridad de nuestros deseos y de nuestras resoluciones tan frecuentemente ineficaces. Si quereis convertiros tan verdaderamente, dice el Señor nuestro Dios, mudad de conducta; observad cuál ha sido la mia, y conformad la vuestra con ella. Abandonad vuestros caminos para entrar en los mios: vosotros sois vengativos, violentos, iracundos; y yo soy dulce, compasivo, misericordioso. Volveos, pues, á mí con una entera confianza, y no temais que el número ni la enormidad de vuestros crímenes sean un obstáculo insuperable para recibir el perdon de ellos. No temais que queden sin efecto las promesas que os hago de una entera reconciliacion; ántes subirán á lo alto del cielo la lluvia y la nieve, que deje de cumplirse mi palabra. Yo seré tan fiel como generoso en mis promesas, y solo consistirá en vosotros el que tengan su debido cumplimiento. No pongais obstáculo á ellas. Mi palabra es como la lluvia y la nieve que fecundizan la tierra, y hacen brotar el grano que se ha sembrado en ella con tal que esté bien preparada. Así mi palabra no volverá á mí sin fruto, sino que producirá el efecto para el cual la he enviado. ¿Qué cosa mas consolatoria para el pecador? ¿qué cosa mas á propósito para inspirarnos confianza que este pasaje de la Escritura?

No es ménos interesante la instruccion que nos ofrece el Evangelio. Viendo Jesucristo que se acercaba el tiempo en que habia determinado acabar la grande obra de la redencion de los hombres, hizo su entrada triunfante en la ciudad de Jerusalen cinco dias ántes de su muerte. Por el camino habia recibido las aclamaciones de los pueblos que con palmas en las manos le habian salido al encuentro, clamando: «Hosanna al Hijo de David,» esto es, salvad, os rogamos, al Hijo de David; viva el Hijo de David; sean dadas toda suerte de bendiciones y prosperidades al que viene en el nombre del Señor. Cuando hubo entrado ya en Jerusalen, toda la ciudad se puso en movimiento, y todos preguntaban: ¿Quién es ese? A lo cual respondia la multitud que venia en rededor de él: Este es Jesus, el Profeta de Nazareth en Galilea. Entró Jesus en seguida en el templo, es decir, en la lonja ó pórtico de Salomon. Allí encontró una especie de mercado, donde se vendia y se compraba sin escrúpulo. En los tiempos de las grandes fiestas y principalmente en la Pascua, se tenia en aquella parte anterior del templo una especie de feria donde se vendian los animales para los sacrificios. San Gerónimo dice que tambien se prestaba allí dinero bajo de caucion á los que no tenian para comprar las cosas necesarias durante la fiesta, de modo que era aquello una especie de cambio ó banco en favor del público. Los sacerdotes que habian dejado introducir esta perversa costumbre, acaso sacaban de ella un gran provecho. Viendo el Hijo de Dios este comercio indigno, se armó de zelo y arrojó á todos aquellos mercaderes de iniquidad que profanaban el templo santo, diciéndoles: Está escrito: Mi casa será llamada casa de oracion, casa por consiguiente de liberalidad y de gracia; donde se pide, donde se obtiene, donde se derraman los dones del cielo abundantemente sobre los hombres; y vosotros habeis hecho de ella una cueva de ladrones, donde robais á Dios los homenajes que espera de vuestro reconocimiento; al prójimo la edificacion que espera de vuestra piedad; á vosotros mismos los socorros que debeis á vuestra alma. Vosotros habeis hecho de la casa de Dios una caverna de ladrones, donde cometeis por vuestras usuras toda suerte de latrocinios. Un castigo tan público, tan solemnemente producido, reiterado por dos veces, en tiempos elegidos de intento y ejercido por la mano del Hijo de Dios, no puede dejarnos duda acerca de la enormidad del crimen. Pero ¿de qué se trataba? se trataba del respeto debido por los hombres á la casa del Señor, y violado por la insolencia de los mismos hombres. Puede decirse que el zelo de la casa del Señor hace salir en algun modo al Salvador de su carácter de dulzura, de paciencia, de bondad. En efecto, ver á Jesucristo de quien el Profeta habia dicho que no sabria enojarse, y que nos le habia figurado como un hombre incapaz de vocear, de contradecir y ni aun de acabar de romper una caña cascada; verle, digo, con el azote en la mano desplegar su zelo sobre los que traficaban en el templo, tirar al suelo el dinero y las mesas de los cambistas, esparcir el terror y la confusion en el pueblo: ¿qué cosa mas propia ni mas eficaz para hacernos comprender cuán grave es el crímen de faltar al respeto y profanar las iglesias? Esta señal de autoridad tiene algo de maravilloso; y san Gerónimo mira como uno de los mayores milagros del Salvador la pronta obediencia de los mercaderes y de los banqueros, y el silencio inesperado de los fariseos y de los sacerdotes. Cree este Padre que en aquella ocasion Jesucristo, por la majestad de su rostro y por el resplandor divino que apareció en su persona, imprimió tal espanto y tales sentimientos de respeto en el espíritu de los unos y de los otros, que no se atrevieron á resistirle. Esta es la sola vez que el Salvador ha hablado y obrado con algun tono de alteracion para enseñar á los simples fieles hasta qué punto puede llegar el respeto á los lugares santos; y á los ministros del santuario cuál debe ser su fervor cuando se trata de procurar el respeto que es debido á estos mismos lugares. ¿Qué desgracia á la verdad seria si ministros cobardes é interesados convirtiesen todavía hoy nuestras iglesias en abrigo de ladrones, por el tráfico indigno que hiciesen de las cosas santas? Pero ¿cuántos libertinos y mujeres mundanas las profanan puede ser mas indignamente todavía? ¿Cuál será su castigo? Es admirable, decia el sabio Pico de la Mirándula, que de tantas religiones como se han esparcido por el mundo y que han dominado en él por tanto tiempo, no haya habido mas que la religion de Jesucristo, es decir, no haya habido mas que la sola verdadera religion, cuyos templos hayan sido profanados por sus propios profesores. Se ha visto á los romanos violar el templo de los judíos, se ha visto á los cristianos hacer pedazos á los ídolos del paganismo; pero ¿se ha visto jamás á los paganos que ellos mismos atacasen á sus dioses y hayan manchado los sacrificios que les ofrecian; por mas falsos, por mas supersticiosos que fuesen estos sacrificios? Se ha visto á los herejes profanar nuestros templos santos; ¿pero se les ha visto faltar al respeto de los suyos? ¿y por qué esta diferencia? Porque el enemigo de nuestra salud no tienta á los paganos ni los perturba en medio de sus sacrificios, en razon de que son sacrificios falsos, y es él mismo el que recibe el incienso que se quema en ellos. Aquellos templos están ya bastante profanados, sin necesidad de inspirar á sus adoradores el que los profanen; al paso que emplea todas sus fuerzas y todos sus artificios para destruir el culto que se rinde al verdadero Dios; para apartarnos del sacrificio adorable de nuestros altares; para hacernos perder el

fruto de él; para impedirnos recibir las gracias y favores singulares que derrama abundantemente sobre todos los que vienen á adorarle en su templo, en donde oye sus oraciones y sus votos; y hé aquí lo que mueve al demonio para hacernos cometer tantas irreverencias en el lugar santo. Los milagros que el Salvador hizo inmediatamente despues en el templo mismo, le atrajeron nuevas aclamaciones. Los niños no cesaban de clamar: «Hosanna al Hijo de David», mientras que los príncipes de los sacerdotes y los escribas, esto es, los intérpretes de la ley, reventaban de despecho contra él. Cosa estraña: los príncipes de los sacerdotes y los doctores de la ley veian á Jesucristo obrar milagros, y en lugar de imitar á los niños que le dan gloria, no pueden disimular el sentimiento que tienen de verle honrado. Jesucristo les dejó y se salió de la ciudad para ir á Betania en donde se hospedó. Hé aquí el triste efecto del endurecimiento de los judíos, y la causa funesta de su reprobacion. Las exhortaciones del Salvador no les conmueven; sus milagros les hacen todavía mas obstinados; resisten tenazmente á las eficaces solicitaciones de la gracia: el Salvador, en fin, les deja y se va á hospedar á casa de gentes mas dóciles y mas religiosas. Ejemplo terrible del castigo mas espantoso. Libertinos, mujeres mundanas, gentes sin religion, vosotros resistís á las mayores gracias; nada os conmueve, rehusais con arrogancia el convertiros: Dios no deja de tener almas dóciles que le indemnizarán bien de vuestra pérdida. Dios calla, Dios se retira, y vosotros morireis en vuestro pecado.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Respice, Domine, familiam tuam, et præsta: ut apud te mens nostra tuo desiderio fulgeat, quæ se carnis maceratione castigat. Per Dominum...

Mirad, Señor, á vuestros siervos, y haced que nuestra alma, que se castiga por la maceracion de la carne, brille delante de vos por la pureza de sus deseos. Por nuestro Señor, etc.

La Epístola es tomada del cap. 55 de la profecía de Isaías.

In diebus illis: Locutus est Isaias propheta, dicens: Quærite Dominum, dum inveniri potest: invocate eum, dum propè est. Derelinquat impius viam suam, et vir iniquus cogitationes suas, et revertatur ad Dominum, et miserebitur ejus: et ad Deum nostrum, quoniam multus est ad ignoscendum. Non enim cogitationes meæ, cogitationes vestræ: neque viæ vestræ, viæ meæ, dicit Dominus. Quia sicut exaltantur cœli à terra, sic exaltatæ sunt viæ meæ à viis vestris, et cogitationes meæ à cogitationibus vestris. Et quomodò descendit imber et nix de cœlo, et illuc ultrà non revertitur, sed inebriat terram, et infundit eam, et germinare eam facit, et dat semen serenti, et panem comedenti: sic erit verbum meum, quod egredietur de ore meo: non revertetur ad me vacuum, sed faciet quæcumque volui; et prosperabitur in his, ad quæ misi illud, ait Dominus omnipotens.

En aquellos dias habló el profeta Isaías á los de su nacion, y les dijo: Buscad al Señor mientras puede hallarse, invocadle mientras está cerca. Deje el impío sus caminos, y el injusto sus pensamientos, y vuélvase al Señor que se compadecerá de él, y á nuestro Dios, porque está lleno de bondad para perdonar. Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni mis caminos son vuestros caminos, dice el Señor. Porque tanto como los cielos están elevados de la tierra, otro tanto mis caminos están elevados sobre vuestros caminos, y mis pensamientos sobre vuestros pensamientos. Y como la lluvia y la nieve bajan del cielo y no vuelven mas allá, sino que empapan la tierra, la fecundizan y la hacen brotar, y que dé semilla para sembrar, y pan para mantenerse, así será mi palabra que sale de mi boca: no volverá á mí sin fruto, sino que hará lo que yo quiero, y prosperará en aquellos para quienes la he enviado, dice el Señor omnipotente.

La tradicion constante de los hebreos seguida de los Padres de la Iglesia, es que Isaías fué serrado vivo al principio del reinado de Manasés, rey de Judá. San Justino mártir acusaba á los judíos de haber borrado de los libros santos esta circunstancia que hacia tan poco honor á sus padres. La verdadera causa de la indignacion de aquel rey impío era la libertad que se tomaba Isaías de reprender sus desarreglos.

REFLEXIONES.

«Tanto como los cielos están elevados de la tierra, otro tanto mis caminos están elevados sobre vuestros caminos, y mis pensamientos sobre vuestros pensamientos.» Dios piensa muy de otra manera que nosotros de las verdades de la religion, del valor de los bienes criados, de todo lo que está al alcance de los sentidos, de las vanas ideas de grandeza, de felicidad, de fortuna; en una palabra, de todo lo que deslumbra y lleva en pos de sí el entendimiento y el corazon humano. Nosotros no apreciamos mas que lo que lisonjea á la ambicion, lo que alimenta la codicia, lo que halaga al amor propio. Los puestos mas elevados dispiertan nuestras pasiones, los placeres encantan nuestros sentidos, y nos embriagan los honores. Por el contrario, se tiene horror á la pobreza, se miran las adversidades como azotes de Dios, y las humillaciones como desgracias. Una vida oscura es despreciada; no se alaba mas que lo que brilla; no se hacen votos sino por la prosperidad. Echad una mirada sobre lo que se llama hoy gran mundo: ¿qué lugar ocupa la religion en su espíritu y en su corazon? ¿qué estima se hace en él de las máximas del Evangelio? No digo ya entre las mujeres mundanas, y entre tantos jóvenes libertinos, sino aun entre los que hacen profesion de cristianos y procuran llevar una vida bastante arreglada. Los oráculos de Jesucristo sobre el precio y el mérito de la humildad, sobre el valor y el mérito de los sufrimientos, ¿hacen grande impresion sobre los corazones? Se pasma uno de las perniciosas máximas del mundo: ¿se gusta mucho en él de las máximas del Evangelio? ¿está bien penetrado de las terribles verdades de la religion? ¿seria bien recibido en él, si se hiciese el elogio de la modestia cristiana, de la regularidad ejemplar, de la mortificacion? Lo que se alaba en él es una moda, un equipaje suntuoso, una continuacion de placeres y fiestas mundanas, que la moral cristiana reprueba. ¡Qué diferencia, buen Dios! ¡qué oposicion entre los pensamientos del Criador y los nuestros! ¡entre nuestras máximas y las de Dios! Necesariamente uno de los dos vive en el error; ¿quién es el que se engaña? Y si la ilusion y el error es-

tán de nuestra parte, ¿adónde irán á parar esos proyectos de ambicion, todas esas francachelas, todos esos sistemas de felicidad, todos esos planes imaginarios de elevacion, de mundanidad y de fortuna? ¿qué será de esos partidarios del mundo, de esas víctimas de las pasiones, de esos tristes esclavos de un señor quimérico? ¡Buen Dios! ¡qué irracionales son los hombres cuando se trata de su verdadero bien! ¡qué lamentable es su ceguera!

El Evangelio de la misa es tomado de san Mateo del cap. 21.

In illo tempore: Cum intrasset Jesus Jerosolymam, commota est universa civitas, dicens: Quis est hic? Populi autem dicebant: Hic est Jesus propheta à Nazareth Galilææ. Et intravit Jesus in templum Dei, et ejiciebat omnes vendentes et ementes in templo, et mensas nummulariorum, et cathedras vendentium columbas evertit: et dicit eis: Scriptum est: Domus mea domus orationis vocabitur: vos autem fecistis illam speluncam latronum. Et accesserunt ad eum cæci et claudi in templo et sanavit eos. Videntes autem principes sacerdotum et scribæ mirabilia quæ fecit, et pueros clamantes in templo, et dicentes: Hosanna Filio David; indignati sunt, et dixerunt ei: Audis quid isti dicunt? Jesus autem dixit eis: Utique. Numquam legistis: Quia ex ore infantium et lactentium perfecisti laudem? Et relictis illis, abiit foras extra civitatem in Bethaniam: ibique mansit.

En aquel tiempo: Habiendo entrado Jesus en Jerusalen, se conmovió toda la ciudad, diciendo: ¿Quién es este? A lo que la multitud respondia: Este es Jesus, el profeta de Nazareth en Galilea. Y Jesus entró en el templo de Dios, y arrojaba á todos los que vendian y á los que compraban en él, y echó al suelo tambien las mesas de los cambistas y los puestos de los que vendian palomas. Está escrito, les dijo, que mi casa se llamará casa de oracion; y vosotros habeis hecho de ella una cueva de ladrones. Al mismo tiempo se llegaron á él dentro del templo los ciegos y los cojos, y los sanó. Viendo, pues, los príncipes de los sacerdotes y los escribas las maravillas que acababa de hacer, y que los niños clamaban en el templo: Hosanna al Hijo de David; se llenaron de indignacion, y dijeron á Jesus: ¿Oyes lo que dicen estos niños? Sí, les dijo Jesus, y vosotros, ¿no habeis leido nunca que de la boca de los niños y de los que lactan, sacaste la alabanza perfecta? Y habiéndoles dejado se salió de la ciudad para ir á Bethania, donde permaneció.

MEDITACION.

Del respeto debido á las iglesias.

Punto primero.—Considera que nuestras iglesias son la casa del Dios vivo, el santuario de la divinidad, el templo augusto donde reside, nó el arca del antiguo Testamento, sino la divina Eucaristía, de la cual el arca era solo una figura débil; son las iglesias el lugar mas santo que puede haber sobre la tierra, por la presencia real de Jesucristo que reside en ellas; por el divino sacrificio que allí se ofrece, y por la eleccion especial que Dios ha hecho de ellas para escuchar allí nuestros votos y recibir nuestro culto. Para hacer santo cualquiera lugar que sea, basta que esté destinado para honrar á Dios en él; desde el momento en que ha sido solemnemente consagrado para este uso, se hace venerable á los ángeles, y terrible á los demonios; ¿y cuán respetable no debe ser desde entonces á los hombres? Toda la santidad que el nacimiento del Hijo de Dios comunicó al establo de Belen; toda la que con su sangre comunicó al Calvario, y su cuerpo muerto al sepulcro, todo esto se halla en las iglesias de los cristianos. No es ya una nuve milagrosa la que hace formidables nuestras iglesias como en el templo de Jerusalen, es el mismo Jesucristo el que hace en ellas su asiento, del mismo modo que del cielo el asiento de su gloria; si pues cuando yo entro en nuestras iglesias, cuando me acerco á los altares, no me siento penetrado de aquel santo pavor de que uno se siente poseido cuando se acerca á los lugares mas santos; si no me siento conmovido de aquellos mismos sentimientos que hacen correr lágrimas dulces de los ojos de aquellos que tienen la dicha de ver el pesebre en que nació Jesucristo; si no esperimento en mí aquellos trasportes de amor y de alegría que han hecho espirar á algunos subiendo á la montaña en que el mismo Dios fué crucificado, ó besando los vestigios que dejó al subir al cielo, esto no es que me falte la fé, es indevocion, es el efecto de una insensibilidad poco cristiana. Pensad que en nuestras iglesias reposa el cuerpo adorable del Salvador, que no estuvo mas que nueve meses en el seno de María, pocos dias en el establo, tres horas en la cruz, tres dias en el sepulcro, y que por esta poca morada en todos estos lugares sagrados, los ha hecho tan dignos de nuestra veneracion, de nuestros respetos y de nuestro culto: este mismo Salvador, este mismo Dios, es el que está dia y noche en nuestras iglesias: á la verdad, él está allí continuamente adorado de una multitud inumerable de ángeles, de arcángeles y de serafines que componen su córte; pero ¿y nó habrá mas que los cristianos, por cuyo amor ha escogido el Salvador nuestros templos para su palacio, que no se dignen venirle á adorar en ellos, ó que tal vez se atrevan á no venir allí sino para insultarle? Los demonios se estremecen á la sola vista del lugar santo; los cristianos le profanan con una insolencia que hubiera causado horror á los mismos paganos. ¿Qué se diria si se viese un cristiano en el Calvario, en pié ó sentado, tan inmodesto como en un mercado, si se le viese hablar, reir, requebrar, en el mismo sitio en donde el Salvador fué crucificado? pero ¿cuánto mas horrible hubiera sido todo esto, si se hubiera hecho cuando el Salvador espiraba allí? ¡Oh, abominacion de la desolacion! Nuestras iglesias son tan sagradas como el Calvario, Jesucristo renueva en ellas todos los dias su sacrificio inmolándose sin cesar por nosotros al Eterno Padre: ¿y qué irreverencias, qué de profanacion se cometen durante este sacrificio? ¿Hubo jamás un escándalo mas espantoso, una profanacion mas horrorosa, una abominacion mas impía? pero ¿hubo jamás un crímen ménos perdonable á los cristianos?

Punto segundo.—Considera si es posible llevar mas léjos la impiedad, si puede haber una impiedad que irrite, que encienda mas la cólera divina. Las casas de los particulares son un asilo contra los insultos de sus enemigos. Cada uno está seguro en su casa; y ¿qué crímen no es el faltar al respeto en el palacio de un príncipe? ¿Y ha de

ser solo Jesucristo el que en su propia casa no esté al abrigo de la insolencia, de las irreverencias, de los insultos de sus propios vasallos? ¿Con qué aires tan desvergonzados, tan vanos, tan inmodestos, tan insolentes, nose entra hoy en las iglesias? ¿con qué indecencia no se presentan á los piés de los altares? ¿con qué impudencia, con qué impiedad no se comportan en el lugar santo? Si el demonio tomase un cuerpo, no tendria jamás el atrevimiento de estar en nuestras iglesias con la misma irreligion con que se presentan en ellas la mayor parte de los cristianos. ¿Qué escándalo no dan esas mujeres mundanas que con todo desahogo vienen allí medio desnudas, y con esos trajes huecos, cuyo primer uso es debido á los farsantes? ¿Qué escándalo no dan esos libertinos que vienen allí á renovar todos los dias las irrisiones, los oprobios, de que Jesucristo fué lleno de aquellos impíos soldados que le trataron como rey de teatro? ¿Qué escándalo no dan aquellas personas que permiten allí á sus hijos lo que no les sufrirán en las casas particulares? En fin, ¿qué irreverencias por todo género de gentes que están en el lugar santo con ménos compostura ,' con ménos reserva , con ménos respeto que estarian en los lugares mas profanos? Comparad aquellos cumplimientos, aquella cortesía, aquella modestia respetuosa , aquellas consideraciones infinitas que se tienen en una visita de civilidad, en una reunion de gentes honradas, y cuántas veces se presenta uno delante del príncipe, con la inmodestia, la negligencia , la disipacion , la displicencia, la irreligion con que se está á la vista de Jesucristo en las iglesias. ¿Se estrañará despues de esto si Dios está irritado ; si abandona los pueblos enteros al error ; si está sordo é insensible á nuestros votos? ¿Se estrañará el desarreglo de las estaciones , la intemperie del aire y todos los acontecimientos espantosos que nos afligen?

Sí Señor , yo reconozco que estais justamente irritado contra vuestro pueblo. Las irreverencias solas que se cometen todos los dias en el lugar santo encienden vuestra cólera ; yo he pecado, Señor, yo reconozco mi falta , pero yo espero con el ausilio de vuestra gracia que el respeto y la devocion con que estaré de aquí adelante en las iglesias os inclinará á perdonarme.

Jaculatorias.—Yo comprendo, Señor, con qué respeto tan profundo debe uno presentarse en vuestro templo, y con qué piedad debe estarse en el lugar santo. (Psalm. 92.)

Conozco, ó Dios mio , cuán terrible es este lugar ; aquí está la casa de Dios y la puerta del cielo. (Genes. 28.)

PROPOSITOS.

1 Hay pocos pecados que tarde ó temprano castigue Dios con mas severidad que la falta de respeto y las irreverencias que se cometen en las iglesias. Acordaos siempre que nuestros templos son la casa de Dios ,'y el lugar santo por escelencia, especialmente destinado á dar á Dios en él un culto religioso, y donde el Señor quiere que le representeis vuestras necesidades; el lugar donde se ha obligado á oir vuestras oraciones; pero no las hagais infructuosas por vuestra falta de respeto. Jamás entreis en las iglesias sin un pavor santo que os mantenga en ellas con un respeto religioso, y con una modestia ejemplar. Estad siempre allí con una postura decente, humilde, edificante, tal como es consiguiente en personas que creen que están á la vista de Jesucristo realmente presente. No hableis allí nunca, ni permitais que se os hable ; salios del templo cuando haya necesidad de hablar algo.

2 Inspirad á todos vuestros hijos y á vuestros domésticos este profundo y religioso respeto. Acostumbrad desde sus primeros años á vuestros hijos á respetar un lugar tan temible. Estais encargados de alguna iglesia ó de alguna capilla, cuidad de que todo esté decente en ella y aun magnífico ; no escaseeis nada. Ninguna cosa contribuye tanto para inspirar la veneracion y el respeto como esta religiosa magnificencia. Los palacios de los grandes están tan ricos, todo es brillante aun en las casas de los particulares, y las iglesias están muchas veces espantosas, tan descuidadas están. En fin, no esteis jamás en la iglesia sin pensar que estais en la casa de Dios. Vuestro respeto y vuestra modestia deben ser la prueba de vuestra fé, de vuestra religion y de vuestra piedad.

MIÉRCOLES PRIMERO DE CUARESMA,

LLAMADO TAMBIEN MIÉRCOLES DE LAS TÉMPORAS.

La Iglesia ha fijado á esta primera semana de Cuaresma las témporas de primavera. Se ha dicho ya en otra parte, que los ayunos de las témporas son ayunos que la Iglesia prescribe de tres en tres meses, los miércoles, viernes y sábados de una misma semana. Esta práctica de religion estaba ya establecida en la Iglesia Romana ántes del quinto siglo ; y san Leon, que vivia en este tiempo, dice que los ayunos de las témporas son de tradicion apostólica, habiendo querido consagrar el Espíritu Santo cada estacion del año por la penitencia de algunos dias.

Pregunta san Agustin por qué ha escogido la Iglesia particularmente el miércoles y el viernes para los dias de ayuno ; y responde, que ha sido porque el miércoles fué cuando los judíos formaron el designio execrable de dar la muerte al Autor de la vida, lo cual ejecutaron el viernes. Se ayuna, pues, el miércoles, porque en este dia quedó convenida la muerte del Salvador ; así como se ayuna el viernes que fué el dia en que se verificó esta muerte. San Fulgencio, obispo de Ruspe, en África, en el siglo v, ordenó que los eclesiásticos, las viudas, y entre los legos los que pudiesen hacerlo , ayunasen regularmente todos los miércoles y los viernes.

La misa de este dia comienza por estas afectuosas palabras del salmo 24: Acordaos, Señor, de vuestras antiguas misericordias, que tantos siglos hace ejercitais con nosotros ; no permitais nunca que los enemigos de nuestra salud consigan ventaja alguna sobre nosotros. Libradnos, ó Dios mio, de todas las angustias y de los males que nos afligen. Este salmo es una oracion devota hecha por un hombre afligido. Es verisímil que este salmo fuese compuesto durante la rebelion de Absalon. David implora el ausilio de Dios en su afliccion, y considerando sus males como penas justas de sus pecados, concibe los mayores sentimientos de penitencia. Nosotros podemos aplicarnos este salmo en todas nuestras aflicciones, pero sobre todo cuando nos vemos mas combatidos por los enemigos de nuestra salud. A ti, Señor, debemos decir con David, levanto yo mi corazon ; en tí, ó Dios mio, pongo yo mi confianza ; no esperimente yo la confusion de verme abandonado de vos.

En la misa del miércoles de las témporas se leen siem-

pre dos Epístolas. Las dos de la misa de este dia nos presenta las figuras del ayuno que Jesucristo practicó en su retiro en el desierto despues del bautismo, y demuestran que la institucion que la Iglesia ha hecho de la Cuaresma para honrar y representar en alguna manera aquella Cuaresma misteriosa del divino Salvador, puede autorizarse por la ley y por los profetas, del mismo modo que está por el Evangelio.

La primera Epístola está sacada del Exodo. Habiendo referido Moisés al pueblo las leyes de Dios, y bajo qué condiciones se habia Dios dignado hacer alianza con su pueblo, recibió órden para volver á subir solo á la cima de la montaña de Sinaí, para recibir allí la ley y los mandamientos que Dios habia grabado en dos tablas de piedra. Apenas hubo llegado arriba, cuando quedó por espacio de seis dias envuelto en la nube resplandeciente que la cubria, y que formaba un torbellino de luz donde residia la gloria del Señor. Lo que aparecia de esta gloria del Señor, era como un fuego ardiente en lo mas alto de la montaña que se elevaba hácia los cielos y se dejaba ver de todos los hijos de Israel. Necesitaba un pueblo tan grosero como aquél de alguna cosa sensible que le hiriese. Moisés pasó al través de la nube para ir adonde Dios le llamaba. Estuvo allí cuarenta dias y cuarenta noches sin comer ni beber, pasando todo este tiempo en comunicaciones íntimas con Dios, las cuales de un simple pastor que era, hicieron de él un tan santo y tan ilustrado legislador. En el ayuno y en la oracion es donde Dios se comunica al alma.

En la segunda Epístola de la misa de este dia, leemos que el profeta Elías espantado con las amenazas que Jezabel, reina de Israel, le habia hecho, de que le trataria como él habia tratado á los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal, á quienes habia quitado la vida cerca del torrente de Cison, huyó á los confines del reino de Judá. Habiendo llegado á Bersabée despidió á su criado, y se retiró al desierto de la Arabia Petrea, á una legua de la ciudad. Sintiéndose fatigado se sentó á la sombra de un enebro, en donde abandonándose á la tristeza hubiera deseado morir para no ver por mas tiempo los crímenes que se cometian. Y anegado el corazon de amargura: Señor, esclamó, sacad mi alma de mi cuerpo, porque yo no soy mejor que mis padres. En medio de esta opresion se tendió en el suelo y se durmió. Entonces un ángel tocándole, le despertó y le dijo: Levántate y come. Elías luego que despertó, vió cerca de sí un pan ó torta cocida bajo de la ceniza y un vaso de agua. Comió y bebió de aquello y se volvió á dormir. Volvió el ángel por segunda vez y le tocó, y habiéndole despertado le dijo: Levántate y come, porque te queda mucho camino que andar. Entonces sintiéndose con mas fuerza y vigor que nunca, anduvo cuarenta dias y cuarenta noches sin tomar ningun alimento, y al dia cuadragésimo llegó á la montaña de Sinaí, ú Horeb, sostenido durante todo este largo ayuno por la virtud milagrosa del pan que el ángel le habia traido. En este pan milagroso reconocen todos los santos Padres y los intérpretes la figura de la Eucaristía.

No está ménos lleno de instruccion y de maravillas el Evangelio de este dia. Acababa el Salvador de librar al poseido, ciego y mudo, y de confundir la malignidad de sus émulos, que decian que si arrojaba los demonios era en virtud de Belcebub; cuando algunos escribas y fariseos, como si ignorasen los milagros brillantes que habia hecho y de que todo el mundo era testigo, le pidieron uno que fuese nuevo y sin ejemplar, que llamase igualmente la atencion á la vista que al espíritu. Siempre fué propia la incredulidad de cierta especie de sabios orgullosos que cierran voluntariamente los ojos á la luz: buscan nuevas razones para creer, y lo que deberian tratar de adquirir es la docilidad y la humildad de corazon. Regularmente se carece de fé cuando no hay humildad. El Hijo de Dios les respondió con firmeza; pero dirigió su respuesta al pueblo que le rodeaba: No solo es una vana curiosidad de estas gentes, les dice, el exigir de mi alma algun prodigio ruidoso en el cielo ó en el aire, sino tambien una insigne malicia. La peticion que me hace esta nacion perversa, no le será concedida del modo que ella lo desea. No carecerá en verdad, de milagros; pero el mayor y el que ella espera ménos, será aquel cuya figura fué el profeta Jonás, quiero decir, mi muerte y mi resurreccion. Nadie ignora que Jonás fué arrojado al mar para apaciguar la tempestad que se habia movido por su causa, y que Dios dispuso que un monstruo marino (se cree que fuese una ballena) se hallase allí para tragarle. Tres dias estuvo Jonás en el vientre de este animal, que al tercero le arrojó á la ribera sano y salvo, y desde allí fué á predicar la penitencia á los ninivitas, los cuales se convirtieron todos. El engullimiento del profeta y su salida del vientre de la ballena, despues de haber estado allí tres dias, indican visiblemente la muerte de Jesucristo, el tiempo que su cuerpo debia estar en el sepulcro y su resurreccion gloriosa. Este modo de responder figurado, siempre ha sido ordinario á los orientales, y singularmente á los judíos; así que comprendieron fácilmente lo que les queria decir. Y si el milagro que se obró en la persona de Jonás ha podido obligar á los ninivitas á recibirle como quien venia de parte de Dios y creer su palabra, ¿qué no debe hacer un prodigio tan nuevo como el de la resurreccion gloriosa del Hijo del hombre? ¿No será esta una prueba manifiesta de que es Dios quien le ha enviado al mundo para la salvacion de su pueblo? En efecto, de la prueba incontestable de este prodigio de la resurreccion, se han servido los Apóstoles para convertir á todo el mundo. Por esto, continuando el Salvador la alegoría, añade: Los ninivitas se levantarán en el juicio contra esta nacion y la condenarán. Porque ellos hicieron penitencia inmediatamente que Jonás les predicó, y éstos no se convierten aunque yo que soy el Hijo de Dios y la verdad misma, les predico y les convenzo por la razon y por los milagros. Terrible comparacion la que se hará en el dia del juicio entre el bárbaro convertido y el cristiano nacido en el seno de la Iglesia; entre las personas que viven bien en el siglo y las personas consagradas á Dios: ménos ausilios y mas fidelidad de una parte, mayores socorros y ménos fidelidad de la otra. Hagamos ahora esta comparacion para evitar la vergüenza y la condenacion que nos atraeria en aquel dia.

La reina de Sabá que vino de tan léjos, prosigue el Salvador, esto es, segun se cree comunmente, que vino de la Arabia Feliz, situada al mediodía de la Judea, para ver y para admirar á Salomon, de quien habia oido contar tantas maravillas (esta espresion, vino de los estremos de la tierra, no significa por lo comun en la Escritura mas que un país lejano); esta reina se levantará contra esta nacion; ¿y qué tendrá que responder? En efecto, el ejemplo de

aquella princesa á quien el deseo de ver un rey famoso por su sabiduría aleja de sus estados y le hace emprender un viaje tan penoso, es muy capaz de confundir al pueblo judío que rechaza la doctrina que el Hijo de Dios le anuncia en persona, y que autoriza con los milagros mas pasmosos. Pero ¿y el ejemplo de esta misma reina, no debe tambien confundirnos á nosotros?

Lamentándose en seguida el Hijo de Dios sobre el endurecimiento de los judíos, les predice la reprobacion que iban á atraer sobre sí por su mucha malicia, y les propone á este fin la parábola siguiente: Cuando el espíritu inmundo se ve obligado á salir de un cuerpo de que se habia apoderado, se halla en la propia situacion de un hombre arrojado de su propia casa. Lleno de desesperacion este hombre anda errante de una parte en otra, y busca algun paraje adonde retirarse. Fastidiado, por fin, de su destierro, toma la resolucion de volver á su antigua habitacion. Hallándola vacía, limpia y adornada, pero mal guardada, porque no se creia que el demonio pensase en volver á ella, juzga que le será fácil volverla á poseer; mas para no ponerse á peligro de volver á ser arrojado de ella otra vez, va y toma otros siete espíritus peores que él (la palabra siete en la Escritura significa un gran número), y aprovechándose del descuido y de la ausencia de los que debian guardarla, entra en ella con este refuerzo formidable, se establece y permanece allí seguro de todo insulto. ¿Quién no ve que la última condicion de esta alma figurada por esta casa de que se han apoderado los espíritus inmundos, es peor que la primera? El fin de esta parábola es mostrar que los fariseos, fiándose demasiado de su pretendida justicia, y creyéndose santos porque tenian un exterior imponente, eran mas lamentables por su odio contra Jesucristo, que aquellos que vivian visiblemente en los mayores desórdenes. Queria tambien el Salvador darles á entender, que habiendo la divina bondad librado á aquella perversa nacion del yugo de Satanás, con preferencia á los demás pueblos del mundo, si volvian á sujetarse otra vez á este soberbio y cruel tirano, rehusando el reconocer al Mesías, su legítimo rey, y único capaz de defenderlos contra un enemigo tan poderoso, serian por fin condenados á una eterna sevidumbre.

Mientras que el Salvador instruia de este modo al pueblo, se le vino á decir que su Madre y sus hermanos estaban fuera, y querian hablarle. Pero queriendo enseñarnos con su ejemplo á reprimir el demasiado amor á los parientes: ¿quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos? respondió al que le hablaba; y señalando entonces á sus amados discípulos: Hé aquí, les dice, mi madre y mis hermanos; porque cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre, añadió, este es mi hermano, mi hermana y mi madre. Queriendo decir que aquellos que le siguen, y que guardan sus preceptos, tienen mas crédito para con él, que el que podria tener un hermano ó una hermana para con su hermano, y aun el de una madre para con su hijo. Como los judíos no miraban al Salvador mas que como un puro hombre; el Salvador, por esta respuesta, que en otras circunstancias hubiera parecido demasiado dura (era entonces necesaria), Jesucristo quiso enseñar á los judíos á que no le mirasen simplemente como hijo de María, y á que reconociesen en su persona alguna cosa sobrehumana. La santísima Vírgen que comprendia perfectamente el sentido de estas palabras, y que sabia el misterio de la Encarnacion, ni le pasó por la imaginacion el ofenderse de ellas. Se sabe tambien que los hebreos daban el nombre de hermanos á los que nosotros llamamos primos. Aquellos de quienes aquí se trata, eran los sobrinos ó de san José, ó mas bien de la Santísima Vírgen, Santiago el menor, Judas, Simon y José. ¿Podia indicar mas sensiblemente el Salvador, á los ministros del Evangelio, hasta qué punto deben estar desprendidos de la carne y de la sangre, y que las afecciones humanas no deben jamás introducirse en las funciones de su ministerio, ni separarles de él un solo momento?

La oracion de la misa de este dia es como sigue.

Preces nostras, quæsumus, Domine, clementer exaudi: et contra cuncta nobis adversantia dexteram tuæ majestatis extende. Per Dominum nostrum...

Te rogamos, Señor, que oigas benigno nuestras oraciones, y que estiendas el brazo de tu majestad para librarnos de todo lo que nos puede dañar. Por nuestro Señor, etc.

La primera Epístola es tomada del libro del Exodo, cap. 24.

In diebus illis: Dixit Dominus ad Moysen: Ascende ad me in montem, et esto ibi: daboque tibi tabulas lapideas, et legem, ac mandata quæ scripsi, ut doceas filios Israel. Surrexerunt Moyses et Josue minister ejus: ascendensque Moyses in montem Dei, senioribus ait: Expectate hic donec revertamur ad vos. Habetis Aaron et Hur vobiscum: si quid natum fuerit quæstionis, referetis ad eos. Cumque ascendisset Moyses, operuit nubes montem, et habitavit gloria Domini super Sinai tegens illum nube sex diebus: septimo autem die vocavit eum de medio caliginis. Erat autem species gloriæ Domini, quasi ignis ardens super verticem montis, in conspectu filiorum Israel. Ingressusque Moyses medium nebulæ, ascendit in montem: et fuit ibi quadraginta diebus, et quadraginta noctibus.

En aquellos dias dijo el Señor á Moisés: Sube á lo alto de la montaña, donde yo estoy, y permanece allí, y te daré las tablas de piedra en que he escrito la ley y los mandamientos, á fin de que los enseñes al pueblo de Israel. Levantáronse Moisés y Josué su ministro, y al subir Moisés al monte de Dios, dijo á los ancianos: Esperad aquí, hasta que volvamos á vosotros. Quedan con vosotros Aaron y Hur: si sobreviniere alguna dificultad ellos la resolverán. Habiendo subido Moisés cubrió la nube la montaña, y la gloria del Señor descansó sobre el Sinaí, ocultándole una nube por seis dias, y el séptimo dia llamó Dios á Moises de en medio de aquella oscuridad. Lo que representaba la gloria del Señor, á la vista de todos los hijos de Israel, era como un fuego ardiente sobre la cima de la montaña. Introducido Moisés por medio de la nube, subió á la montaña, y estuvo allí cuarenta dias y cuarenta noches.

El libro sagrado de donde se ha tomado esta Epístola se llama Exodo, de una palabra griega que significa la salida, porque contiene la relacion de la salida de los israelitas de Egipto. Contiene tambien la historia de ciento cuarenta y cinco años despues de la muerte de José hasta la ereccion del tabernáculo al pié del monte Sinaí.

REFLEXIONES.

¿Para qué todo este aparato? Dios no tenia necesidad de todo este estruendo, de todos estos adornos esteriores y sensibles para la promulgacion de su ley; ¿para qué todas estas nubes milagrosas sobre la cima de la montaña en donde quiere hacer patente á Moisés su voluntad? ¿para qué todos estos fuegos, estos relámpagos deslumbradores, estos truenos que introducen el espanto en todo el pueblo? ¡Qué admirable es Dios en todos sus caminos! ¡Qué lleno está de bondad y de una misericordia la mas tierna! Él se acomoda á la flaqueza, al alcance, á la grosería, á los sentidos mismos de los hombres cuando se trata de instruirles y declararles su voluntad: cuando se trata de inspirarles una idea de la divinidad misma. Solo Jesucristo Dios y hombre era el que podia amansar, por decirlo así, su espíritu del todo terreno y como material, y solo él el que pudo espiritualizar á los hombres. Era esta la obra de un Dios encarnado; así vemos que ántes de su encarnacion, los mas religiosos y los mas santos entre aquel pueblo escogido y privilegiado, tenian necesidad de los objetos sensibles para nutrir su religion, y para avivar su culto. Queriendo, pues, Dios inspirar á aquel pueblo grosero una idea brillante de la ley que les iba á dar, y un religioso respeto á sus sagrados preceptos, era necesario que aquel pueblo quedase persuadido por medio de alguna cosa sensible, de la eleccion que Dios hacia de Moisés su siervo, para declarar su voluntad á los hijos de Israel, naturalmente desconfiados é indóciles. El camino seguro é infalible de conocer á Dios por la fé, de adorarle en espíritu y en verdad, y de darle un culto que le fuese agradable, estaba reservado al tiempo del Mesías. Eran pues necesarios fuegos, relámpagos, truenos, en un tiempo de calma y con un cielo sereno, para hacer conocer á aquellos corazones duros y materiales, á aquellos espíritus ofuscados é intratables, la majestad del divino Legislador, la mision milagrosa de su fiel siervo, la sumision respetuosa con que debia recibirse esta divina ley, el temor religioso que se debe tener de infringirla. «La gloria del Señor sobre la montaña, era como un fuego ardiente á la vista de todos los hijos de Israel.» Pero esta misma gloria no se manifiesta en lo sucesivo, sino por una nube resplandeciente y majestuosa. Cuando el Señor quiso como tomar posesion de su templo de Jerusalen edificado por Salomon, no era necesario ya el terror para mover á un pueblo humanizado y ya ménos indócil, y mas religioso á fuerza de ver una tan larga sucesion de maravillas. No convenia tampoco el terror en un templo en el que Dios no queria derramar sino favores, y en donde trataba de escitar al amor y á la confianza. La gloria y la majestad del Señor se ha manifetado siempre entre nubes, luminosas á la verdad, pero siempre nubes, esto es, oscuras, mas con una oscuridad majestuosa, mezclada con un fuego interior que resplandecia en el fondo de la nube, y que se hacia notar en medio de la oscuridad; así es que Salomon no dudó que no fuese este el símbolo de la divinidad, esclamando inmediatamente que la vió: «El Señor ha dicho que habitará en una nube.» El mismo prodigio sucedió en la dedicacion del templo en el desierto. Siempre se ha hecho Dios sensible á su pueblo bajo de este símbolo, para enseñarnos que solo por la fé podemos conocer al Señor sobre la tierra. Estas mismas nubes luminosas y oscuras á un tiempo, son el símbolo de nuestra fé. Todo es misterioso en el antiguo Testamento, todo en él es la figura del nuevo, todo es tambien allí una leccion para los fieles.

La segunda Epistola es tomada del tercer libro de los Reyes, capitulo 19.

In diebus illis: Venit Elias in Bersabee Juda, et dimisit ibi puerum suum, et perrexit in desertum, viam unius diei. Cumque venisset, et sederet subter unam juniperum, petivit animæ suæ ut moreretur, et ait: Sufficit mihi, Domine: tolle animam meam: neque enim melior sum, quam patres mei. Projecitque se, et obdormivit in umbra juniperi: et ecce Angelus Domini tetigit eum, et dixit illi: Surge, et comede. Respexit, et ecce ad caput suum subcinericius panis, et vas aquæ: comedit ergo, et bibit, et rursum obdormivit. Reversusque est Angelus Domini secundo, et tetigit eum, dixitque illi: Surge, comede: grandis enim tibi restat via. Qui cùm surrexisset, comedit, et bibit, et ambulavit in fortitudine cibi illius quadraginta diebus, et quadraginta noctibus, usque ad montem Dei Horeb.

En aquellos dias vino Elías á Bersabé de Judá, y despedido su criado, se internó una jornada de camino en el desierto. Y habiendo llegado bajo de un enebro se sentó allí, y deseando morir le dijo á Dios: Basta, Señor, saca mi alma de mi cuerpo, porque no soy yo mejor que mis padres. Entonces se tendió en el suelo y se durmió á la sombra del enebro: en el mismo tiempo un ángel del Señor le tocó y le dijo: Levántate y come. Miró Elías, y vió cerca de su cabeza un pan cocido bajo de la ceniza, y un vaso de agua: comió, pues, y bebió y se volvió á dormir. Habiendo venido segunda vez el ángel del Señor, le tocó y le dijo: Levántate, come, porque te queda un gran camino que andar. Y habiéndose levantado comió y bebió; y fortificado con aquel alimento anduvo cuarenta dias y cuarenta noches hasta la montaña de Dios, llamada Horeb.

El tercer libro de los Reyes de donde se ha tomado esta Epístola, contiene la historia de ciento diez y nueve años, desde el año del mundo 2989 hasta el 3108. En él se halla la muerte de David, el reinado de Salomon, la construccion del templo y de los palacios que este príncipe hizo edificar, su sabiduría, su magnificencia, su caida, el el reino dividido en tiempo de su hijo Roboam, la historia de Elías, etc.

REFLEXIONES.

«Fortificado con este alimento anduvo cuarenta dias y cuarenta noches hasta la montaña de Dios, llamada Horeb.» Si la montaña de Horeb, que se llama la montaña de Dios, es la figura de la mansion de los bienaventurados; el pan misterioso que da tanta fuerza y vigor para llegar á ella, es la figura de la divina Eucaristía. La tierra es un desierto con respecto á la patria celestial; tenemos un desierto espantoso que pasar, y precision de andar mucho camino. ¡Qué flaqueza no sentimos, y aun qué desfallecimiento! la tristeza, la amargura, el enfado dominan en un corazon agitado por mil pasiones, en una alma cuya pérdida ha jurado el enemigo de la salud. ¡Qué indigencia no sentimos; qué decaimiento no esperimentamos alguna vez en este espantoso desierto, en donde el alma se encuentra

muchas veces reducida, obligada á desconfiar de su propio corazon, á estar continuamente alerta contra las ilusiones del espíritu y de los sentidos, á tener siempre las armas en la mano para combatir; tantas son sus necesidades! Jesucristo ha provisto á ellas instituyendo la divina Eucaristía. Ella es el pan de los fuertes por cuya virtud nuestros enemigos quedan tan debilitados, como nuestra alma fortalecida. ¡Qué desgracia el estar privado de ella! ¿quién puede sin este socorro emprender felizmente una carrera tan penosa? Por el vigor que da este divino alimento, por el valor que inspira este pan divino, por las gracias que nos procura, es por lo que se sobrepujan todos los obstáculos de la salud. Cuando nos falta este pan de los ángeles, luego desfallece uno, se apura, se muere de hambre. Esto es lo que se propone el enemigo de la salvacion, alejando de esta santa mesa á los unos por indevocion, á los otros por pusilanimidad, á la mayor parte por disgusto, á un gran número por el apego voluntario á sus malos hábitos. ¡Qué ilusion el privarse de este socorro bajo el pretesto de respeto! ¿Se cree uno indigno de acercarse á él? Las almas mas puras no han creido nunca que eran dignas; pero se han persuadido de que tenian una necesidad urgente de este divino alimento para conservarse en la inocencia y en la pureza. Tanto ménos indigno es uno, cuanto mas conoce su indignidad. Por mas especiosos pretestos que se aleguen en el fondo, no es nunca mas que un motivo muy imperfecto el que nos retira de la santa mesa. Se sabe y se conoce que para comulgar con frecuencia es necesario reformarse en la conducta y en las costumbres, y se quiere mejor alejarse de Jesucristo que hacer esta reforma. Se quiere mas privarse del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, que privarse de muchas satisfacciones que condena la conciencia. ¿De cuál de los dos quereis privaros? La comparacion es odiosa, escandaliza, es verdad; pero es justa, es real. Barrabás es siempre preferido al Salvador.

El Evangelio de la misa es de san Mateo, cap. 12.

In illo tempore: Responderunt Jesu quidam de scribis et pharisæis, dicentes: Magister: volumus à te signum videre. Qui respondens, ait illis: Generatio mala et adultera signum quærit: et signum non dabitur ei nisi signum Jonæ prophetæ. Sicut enim fuit Jonas in ventre ceti tribus diebus et tribus noctibus, sic erit Filius hominis in corde terræ tribus diebus et tribus noctibus. Viri ninivitæ surgent in judicio cum generatione ista, et condemnabunt eam: quia pœnitentiam egerunt in prædicatione Jonæ: et ecce plus quam Jonas hic. Regina Austri surget in judicio cum generatione ista et condemnabit eam: quia venit a finibus terræ audire sapientiam Salomonis: et ecce plus quam Salomon hic. Cum autem immundus spiritus exierit ab homine, ambulat per loca arida quærens requiem, et non invenit. Tunc dicit: Revertar in domum meam, undè exivi. Et veniens, invenit eam vacantem, scopis mundatam et ornatam. Tunc vadit, et assumit septem alios spiritus secum nequiores se, et intrantes habitant ibi: et fiunt novissima hominis illius pejora prioribus. Sic erit et generationi huic pessimæ. Adhuc eo loquente ad turbas, ecce mater ejus, et fratres stabant foris, quærentes loqui ei. Dixit autem ei quidam: Ecce mater tua et fratres tui foris stant quærentes te. At ipse respondens dicenti sibi, ait: Quæ est mater mea, et qui sunt fratres mei? Et extendens manum in discipulos suos, dixit: Ecce mater mea, et fratres mei. Quicumque enim fecerit voluntatem Patris mei, qui in cœlis est, ipse meus frater, et soror, et mater est.

En aquel tiempo, algunos de los escribas y fariseos interpelaron á Jesus diciendo: Maestro, queremos que nos hagas ver algun prodigio. A los cuales respondió: Esta generacion mala y adúltera pide un prodigio, y no se le dará otro prodigio sino el de Jonás profeta. Porque así como Jonás estuvo tres dias y tres noches en el vientre de la ballena, del mismo modo el Hijo del hombre estará tres dias y tres noches en el seno de la tierra. Los ninivitas se presentarán en el juicio contra esta generacion, y la condenarán; porque luego que Jonás predicó á aquellos, hicieron penitencia. Y hé aquí que estos tienen á quien es mas que Jonás. La reina del Mediodía se levantará en el juicio contra esta generacion, y la condenará; porque aquella vino de los confines de la tierra á oir la sabiduría de Salomon, y estos tienen consigo á quien es mas que Salomon. Cuando el espíritu inmundo ha salido del cuerpo de un hombre, anda por los lugares áridos buscando donde reposar, y no hallando donde, dice entonces: Volveré á mi casa de donde salí. Y volviendo á ella la encuentra vacía, limpia y adornada. Parte inmediatamente, y tomando consigo otros siete espíritus peores que él, entran y habitan en ella, y el último estado de este hombre es peor que el que tuvo primero. Asimismo sucederá á esta nacion tan perversa. Aun estaba Jesus hablando á la multitud, cuando su madre y sus hermanos que estaban fuera, solicitaron hablarle, y llegándose uno á él, le dijo: Tu madre y tus hermanos están fuera, y te buscan. Mas él le respondió al que se lo decia: ¿Quién es mi madre, y quién son mis hermanos? Y estendiendo la mano hácia sus discípulos, dijo: Hé aquí mi madre y mis hermanos; porque cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre que está en el cielo, ese es mi hermano, mi hermana, y mi madre.

MEDITACION.

Sobre la recaida.

PUNTO PRIMERO.—Considera que lo mismo sucede con la recaida en el pecado, que con la recaida en las enfermedades; una misma es la causa, y uno mismo el peligro. Es indudable que las recaidas en las enfermedades las ocasionan por lo comun los mismos humores que habian alterado el cuerpo la primera vez, los cuales no habian sido purgados del todo: lo mismo puede decirse de los pecados en que se vuelve á caer despues de haberse confesado; es muy temible que estos nuevos pecados sean efectos de los antiguos, cuya absolucion no habia sido mas que aparente por falta de contricion. Un sentimiento vivo, un dolor penetrante, un sincero arrepentimiento de una falta gra-

ve, cuasi nunca son ineficaces; juzguémoslo por el arrepentimiento natural que tenemos de un esceso que ha faltado poco para causarnos la muerte, de una imprudencia que nos ha hecho desgraciados, de una empresa que ha arruinado nuestra fortuna. ¿Son vanos los propósitos que entonces se hacen? ¿Son ineficaces las resoluciones que se toman? Sabios á nuestras espensas ¿qué horror no se concibe por aquella indiscrecion, por aquella pasion, por aquella tontería, que nos ha desacreditado tanto, y que nos ha sido tan nociva? ¿con qué cuidado se evitan las causas y las ocasiones que la produjeron? ¿con qué sabia tenacidad se resiste á las invitaciones mas ejecutivas? ¿con qué ánimo se renuncia á todos aquellos falsos atractivos? Por duro, por desgradable que sea aquel régimen de vida, se guarda sin embargo escrupulosamente por el temor de recaer en la enfermedad. Por mas que lisonjee el gusto, por mas que agrade aquella bebida, se priva uno toda la vida de ella, desde el momento en que se ha conocido por una triste esperiencia que es un veneno. El comercio nos ha arruinado; se prefiere el no tener bienes jamás á volver al comercio. La complacencia no va nunca tan léjos que nos vuelva á empeñar en lo que tan mal nos ha salido. ¿Se descubre este carácter de arrepentimiento en la penitencia cuando es inmediatamente seguida de la recaida? ¿es posible que haya habido un dolor sobrenatural, un sentimiento penetrante y amargo, una contricion verdadera de un pecado para el que se buscan las ocasiones, y que se comete pocos dias despues de una confesion cuasi forzada? Nó, el corazon no muda nunca tan apresuradamente. Nada prueba mas sensiblemente una falsa penitencia que una pronta recaida; ella demuestra por lo ménos que lo que ha condenado el crímen ha sido solo la razon y el entendimiento, pero que el corazon no lo ha detestado. Dios ha tenido poca parte en una conversion que ha sido tan poco duradera. El pecado de recaida hace, por decirlo así, reaparecer aquel que una penitencia aparente habia como ocultado, sin haberle destruido. La tentacion no hace propiamente mas que volver á llamar los objetos, despertar las disposiciones, escitar un fuego que la falsa penitencia habia solo cubierto de cenizas. ¡Mi Dios! ¡cuántos pecados encierra, por decirlo así, un pecado de recaida!

Punto segundo.—Considera que la recaida en el pecado no solo es un motivo para creer que no está uno bien convertido, sino que es tambien motivo para temer que no se convertirá tal vez jamás. Apenas se ha detestado el pecado, confesado el pecado, y hecho el propósito de no cometerle mas, se vuelve á caer en él: señal evidente que aquel dolor ha sido fingido, el propósito imperfecto, la reconciliacion falsa, la penitencia nula; porque aun cuando haya sido verdadera, sin embargo, la cobardía es la que le ha hecho á uno recaer, y puede muy bien temerse que sea para no levantarse jamás. Porque el demonio, como dice el Salvador, no vuelve á entrar en el lugar de donde habia sido arrojado sino con nuevas fuerzas, para estar en estado de hacer una resistencia mas vigorosa. Él es tá mucho mas cuidadoso y mas vigilante despues de haber vuelto á ganar el puesto, que lo estaba ántes de haberle perdido. Ha aprendido por la esperiencia, por dónde puede tener acceso la gracia, y no deja de cerrar cuanto le es posible las avenidas, y de fortificarse en aquellos parajes que ha reconocido mas débiles; en fin ello es indudable que emplea todas sus fuerzas y todas sus astucias para evitar la confusion de una segunda sorpresa, para impedir la conversion. Todo el mundo sabe que la recaida de las enfermedades es muy peligrosa, y que ordinariamente es mortal, porque debilitada la naturaleza por los primeros ataques del mal, tiene ménos fuerza para sostener el segundo, y para segundar el arte de los médicos, que nada pueden sin ella: lo mismo sucede con los pecados reiterados: con dificultad se vuelve á levantar de ellos; la recaida conduce naturalmente á la impenitencia final. Por la recaida se ha aumentado en nosotros la inclinacion natural que tenemos al mal, mucho mas que hubiera podido tal vez aumentarse por ciento y por mil actos reiterados ántes de nuestra penitencia. Para volver á caer en el mismo pecado despues de una conversion verdadera, ha sido necesario sofocar todas las luces que nos habian retirado del mal, todas las gracias que se habian recibido, todos los buenos deseos que se habian formado; se ha pecado á la vista de todo lo que puede hacer difícil el pecado; se han hecho inútiles todos los obstáculos que podian atravesarse en este mal designio; se ha determinado uno á pecar á la vista del infierno, á pesar de todas las amenazas de un Dios irritado, de todos los remordimientos, de todas las amonestaciones de la conciencia; ¿qué estrago no hará un torrente que ha podido romper unos diques tan fuertes? y si es verdad que despues de una accion de piedad magnánima es difícil condenarse, ¿no puede tambien decirse que despues de una recaida semejante la salud es como imposible?

Preservadme, Señor, de esta desgracia; quitadme la vida ántes que permitir que yo pierda la gracia despues de haberla recobrado. Preservadme por vuestra gracia de toda recaida, y haced que yo evite en adelante toda ocasion de pecado.

Jaculatorias.—Afirmad, Señor, mis pasos en el camino que me lleva á vos, no sea que llegue á vacilar en él. (Psalm. 16.)

No me arrojeis, Señor, de vuestra presencia, ni permitais nunca que se retire de mí vuestro espíritu. (Psalm. 50.)

PROPÓSITOS.

1 El cuidado que se tiene para prevenir é impedir una recaida en un enfermo convaleciente, y la atencion que pone el mismo convaleciente para no recaer enfermo, deben servirnos como de regla y de modelo para prevenir toda recaida despues de la conversion. Estás ya curado, dice el Salvador, guárdate de pecar en adelante, no sea que te suceda alguna cosa peor. Por esto sed solícitos en huir las menores ocasiones de recaer. Examinad todo lo que ha podido serviros de ocasion de pecado, para evitarlo. Comportaos despues de vuestra conversion como los enfermos que salen de una gravísima enfermedad; qué cuidado y qué reserva; qué sobriedad; qué temor á las comidas dañosas, al aire nocivo; qué fidelidad en guardar un régimen de vida. Pensad que el demonio nunca nos tiende tantos lazos, como cuando acabamos de salir de aquellos con quienes nos tenia atados, y que á ménos de que no estemos con una estrema vigilancia, no tardará en volvernos á enredar. Vuestra caida os ha enseñado de lo que sois capaces; habeis visto cuán flacos sois en la ocasion; lo que el mundo y las compañías pueden en vuestro corazon y en vuestro espíritu; el peligro que hay en los

espectáculos, en las conversaciones, en el juego, en la mesa, en las partidas de placer, en las visitas: alejaos de todos esos peligros, si no quereis perecer.

2 Recurrid con frecuencia á Dios con una entera confianza. Confesaos á menudo, y familiarizaos con el uso de la comunion; pero siempre con un nuevo fervor. Decid muchas veces á Dios con los apóstoles, sobre todo en el tiempo de la tentacion: Señor, soy perdido, si no acudís en mi ausilio: aplicaos, Dios mio á socorrerme; apresuraos, Señor, á asistirme. Renovad todas las mañanas la resolucion que habeis tomado en vuestra última confesion de no pecar mas. Pensad muchas veces que una recaida podria ser tal vez la causa de vuestra reprobacion. Si advertís que la tentacion se renueva recurrid á la oracion: consultad con vuestro confesor, declaradle el peligro: en todos estos socorros encontrareis nuevas fuerzas; decid á Dios: He dejado, Señor, el pecado; pero me quedan todavía las pasiones, y yo conozco ya que aquel primer ardor se entibia. Conservad vuestra obra, y no permitais que yo sea vencido.

JUEVES PRIMERO DE CUARESMA.

El introito de la misa de este dia está tomado del versículo sexto del salmo 95. La gloria y la santidad le rodean siempre, su santidad y su grandeza se dan á conocer en su tabernáculo: el profeta habla aquí del verdadero Dios. Habia dicho en el versículo precedente, que todos los dioses que adoran los gentiles no son mas que demonios, y solo el Dios que nosotros adoramos es el que ha criado los cielos. El único soberano Criador, dueño absoluto, solo omnipotente, la fuente de todos los bienes y de todas las gracias; al paso que las divinidades paganas no subsisten mas que en la imaginacion de sus adoradores, ni tienen mas esplendor, mas gloria, ni mas poder que lo que quieren atribuirles los pueblos que los adoran. Este salmo es una parte que compuso David para la ceremonia de la traslacion del Arca al monte Sion. Exhorta el santo rey á los judíos á que alaben á Dios, y á los gentiles á que vengan á adorarle en el nuevo tabernáculo. Este nuevo tabernáculo era la figura de la Iglesia, cuyo establecimiento está aquí predicho, lo mismo que el reino de Jesucristo.

La Epístola de la misa de este dia es una profecía de las mas consolatorias, y cuyo cumplimiento vemos despues de la muerte del Salvador. Habia entre los judíos un proverbio antiguo que decia: Los padres han comido los racimos verdes, y los hijos han tenido dentera. Este proverbio estaba fundado en lo que dice Moisés en el Exodo, y en el Deuteronomio: Que Dios venga la iniquidad de los padres en los hijos hasta la tercera y la cuarta generacion. La mayor parte de aquellos á quienes hablaba el profeta Ezequiel, esperimentaban la verdad de este proverbio. Vivian cautivos en castigo de los pecados y de las abominaciones de sus predecesores, un Achab, un Manasés, y tantos otros malos judíos que habian vivido en tiempo de estos príncipes impíos. Queriendo Dios consolar á este pueblo afligida le envió á decir por su profeta, que no se verificará siempre este proverbio, y que en lo porvenir no tendrán motivo para servirse de él. Qué cada uno sufrirá la pena de su pecado, y que á la vuelta de su cautividad quedarán borradas las antiguas iniquidades. Que el crímen del padre no recaerá sobre el hijo, y que el hijo no será castigado por la iniquidad del padre. Lo que el profeta predecia á los judíos, se entendia literalmente de la cautividad en que gemian; pero esta promesa no debia cumplirse hasta la nueva alianza, y bajo el reinado del Salvador. Jesucristo sin distincion de judíos y de gentiles, sin ninguna aceptacion de personas, sin consideracion á las faltas pasadas, ha venido para salvar á todos los hombres; ha dado su vida y su sangre generalmente por todos; y ha declarado que la inocencia de noventa y nueve justos no le causaba tanto placer como la conversion de un solo pecador. Él abre su Iglesia á todas las naciones, admite á su mesa á los pobres, á los cojos, á los paralíticos y á los ciegos. Este proverbio ha cesado propiamente por el bautismo, puesto que por él recibimos todo el perdon del antiguo pecado, de aquella falta original que era propiamente el racimo verde, cuya acidez dió dentera á todos los descendientes de Adan, para hablar con el lenguaje del profeta. Dios declara que todas las almas son suyas, que á todas ama, puesto que han costado la sangre de un Dios, y así que en adelante solo morirá aquella que hubiese pecado, y que hubiere querido perserverar en el pecado. Yo castigaré, dice, ó recompensaré segun el mal ó el bien que cada uno hubiere hecho; la iniquidad del padre no dañará á la justicia del hijo, y la justicia del hijo no justificará al padre. Si un hombre es justo, si guarda mis mandamientos, si no come sobre los montes (debe entenderse esto de las viandas inmoladas á los ídolos, á los que los judíos, siempre inclinados á la idolatría, iban á ofrecer sacrificios sobre los montes á ejemplo de los gentiles); en fin, si no hace agravio á nadie, si marcha por el camino de mis preceptos y guarda inviolablemente mi ley, «este es justo, y vivirá la vida eterna,» dice el Señor. Nosotros vemos cumplida esta profecía en la nueva ley; cada uno es castigado ó recompensado segun su mérito. Los que hubieren hecho buenas obras, dice el Salvador, resucitarán para vivir; mas los que las hubieren hecho malas resucitarán para ser condenados. (Joan. 5.) Dichosos los muertos que mueren en el Señor, dijo el ángel que hablaba á san Juan en el Apocalipsis, porque les seguirán sus obras. (Apoc. 5.) Es preciso que todos nos presentemos ante el tribunal de Jesucristo, dice san Pablo, á fin de que cada uno reciba lo que se debe á su cuerpo, segun el bien ó el mal que hubiere hecho. (2. Cor. 5.)

El Evangelio de la misa de este dia está tomado del capítulo 15 del Evangelio, segun san Mateo; comprende la historia de la mujer Cananea, y la Iglesia nos propone en ella el modelo mas instructivo de la oracion mas perfecta. Como el ayuno debe ir acompañado y sostenido de la oracion, la Iglesia en el principio de la Cuaresma nos enseña á orar proponiéndonos este Evangelio. Jesucristo indignado de los celos y del odio de los fariseos, fatigado de sus malignas interpretaciones, cansado de sus peticiones capciosas, les dejó apresuradamente y se retiró hácia los confines de Tiro y de Sidon, en donde al parecer queria vivir desconocido. En efecto, se retiró en silencio con sus discípulos á una casa en donde es probable que no se esperaba su venida. Sin embargo, no tardó mucho en hacerse pública en los paises vecinos. Una mujer cananea (los judíos daban este nombre á los de Tiro y de Sidon, y de todos sus contornos, porque descendian de los antiguos cananeos, en razon de que Sidon, hijo de Canaan, habia fundado con su nombre la ciudad capital del pais) era la mujer pagana, como lo eran todos los de aquella comar-

ca. San Marcos dice que aquella mujer era sirofeniciana, esto es, de Fenicia de Siria, en donde estaban Tiro y Sidon. Habiendo oido aquella mujer que el Salvador estaba en el pais, vino desde la frontera en donde habitaba, y le trajo á su hija poseida del demonio, no dudando que si Jesus queria quedaria, infaliblemente libre. Los judios, dicen los Padres, rechazan á Jesucristo despues de haberle visto obrar un número infinito de maravillas, y hé aquí una mujer estranjera que á la sola relacion de sus milagros sale de un pais infiel para venir á adorarle, y le da todas las señales de la fé mas viva. Esta mujer, que habia sabido por los judíos que su Mesías debia ser hijo de David, habiendo oido hablar de las maravillas que el Salvador obraba, no dudó que este fuese el Mesías tan esperado. Entró, pues, en la casa donde se habia aposentado, y manteniéndose detrás de los discípulos que rodeaban al Salvador, decia sin cesar en alta voz: Señor, hijo de David, tened compasion de mí; mi hija está muy atormentada del demonio. El Salvador, aparentando que no la oia, continuaba hablando con sus discípulos. Ella sin desanimarse por esto, y viendo que el Maestro no queria escucharla, no cesó de importunar á sus discípulos que, cansados de sus ruegos y de sus lágrimas rogaron al Salvador que la despachase para librarse de la importunidad de su demanda. Jesus les respondió, que él no habia sido enviado para predicar á los gentiles, sino solo á las ovejas de la casa de Israel, y que solo en favor de estas hacia los milagros. En efecto, el desprecio con que los judíos han recibido á Jesucristo, ha hecho que el Evangelio se haya predicado á los estranjeros. Viendo aquella mujer que no habia sido oida, se adelantó y se echó á los piés del Salvador, y le suplicó con sus clamores y con sus lágrimas que no le negase la gracia que le pedia. Por dura que pareciese la respuesta de Jesucristo, no dejaba sin embargo de estar admirado y enternecido de una perseverancia tan generosa. Espera, la dijo el Salvador, que los hijos de la casa estén plenamente satisfechos; no se han de preferir los estraños á los domésticos, ni es tampoco racional el tomar el pan de los hijos y arrojarlo á los perros: este era el término de que se servian ordinariamente los judíos hablando de los gentiles. Aprovechándose la mujer de la comparacion, respondió: Estoy, Señor, con lo que decís, no hay cosa mas justa, y yo consiento en ser colocada en el número de los perros; pero tambien en esta cualidad tengo derecho al ménos á vivir de las migajas que caen de la mesa de los señores. El Salvador no pudo ya disimular por mas tiempo la satisfaccion que le causaba una fé tan viva: ¡Oh mujer, esclama, grande es tu fé! Tus palabras y tu perseverancia lo prueban bien. Anda, y que sea cumplido lo que tú deseas. Las palabras del Salvador eran eficaces. El espíritu maligno salió al instante del cuerpo de su hija; y san Marcos añade, que cuando volvió la madre á su casa la encontró acostada en el lecho como si jamás hubiese estado poseida.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Devotionem populi tui, quæsumus, Domine, benignus intende: ut qui per abstinentiam macerantur in corpore, per fructum boni operis reficiantur in mente. Per Dominum nostrum...

Señor, mirad benigno la devocion de vuestro pueblo, á fin de que los que mortifican su cuerpo por la abstinencia, sean fortalecidos en el espíritu por el fruto de las buenas obras. Por nuestro Señor, etc.

La Epístola es tomada del cap. 18 del profeta Ezequiel.

In diebus illis: Factus est sermo Domini ad me, dicens: Quid est quod inter vos parabolam vertitis in proverbium istud in terra Israel, dicentes: Patres comederunt uvam acerbam, et dentes filiorum obstupescunt? Vivo ego, dicit Dominus Deus, si erit ultra vobis parabola hæc in proverbium in Israel. Ecce omnes animæ meæ sunt; ut anima patris, ita et anima filii mea est: anima quæ peccaverit, ipsa morietur. Et vir si fuerit justus, et fecerit judicium et justitiam, in montibus non comederit, et oculos suos non levaverit ad idola domus Israel, et uxorem proximi sui non violaverit, et ad mulierem menstruatam non accesserit, et hominem non contristaverit; pignus debitori reddiderit; per vim nihil rapuerit; panem suum esurienti dederit, et nudum operuerit vestimento; ad usuram non commodaverit, et amplius non acceperit: ab iniquitate averterit manum suam, et judicium verum fecerit inter virum et virum; in præceptis meis ambulaverit, et judicia mea custodierit, ut faciat veritatem: hic justus est, vita vivet, ait Dominus omnipotens.

En aquellos dias me habló el Señor, y me dijo: ¿De dónde viene que entre vosotros os servís de aquella parábola que habeis llegado á convertir en proverbio en Israel: Los padres, decís, han comido racimos agraces, y á los hijos les ha dado dentera? Yo juro por mí mismo, dice el Señor vuestro Dios, que esta parábola no pasará ya entre vosotros como proverbio en Israel. Porque todas las almas me pertenecen á mí; del mismo modo que el alma del padre, así tambien es mia el alma del hijo; y solo morirá el alma que pecare. Si un hombre es justo; si obra segun la equidad y la justicia; si no comiere sobre los montes; si no levantare sus ojos á los ídolos de la casa de Israel; sino violare la mujer de su prójimo; si no se acercare á su mujer en el tiempo de la menstruacion; si no constristare á nadie; si vuelve á su deudor la prenda que él le habia dado; si no quitare con violencia nada; si diere de su pan al que tiene hambre y vistiere al que está desnudo; si no prestare con usura ni recibiere mas de lo que ha dado, si apartare su mano de la iniquidad, é hiciere un juicio recto entre los que contienden; si marchare por el camino de mis preceptos y observare mis mandatos, para obrar segun la verdad; este es justo, vivirá con una vida perfecta, dice el Señor omnipotente.

Ezequiel profetizó por espacio de veinte años, y fué condenado á muerte por un príncipe de su nacion á quien él exhortaba con viveza que dejase la idolatría. San Gerónimo asegura que su cuerpo fué colocado en la misma cueva donde habian sido enterrados Sem y Arfaxad. El Martirologio romano hace mencion de él el dia 10 de abril.

REFLEXIONES.

«Todas las almas me pertenecen á mí.» Dios es el que

habla; todos nosotros le pertenecemos por muchos títulos; somos de Dios por derecho de creacion, de redencion, de conservacion, de adopcion; ¿pero somos suyos por voluntad, por inclinacion, por amor y por una decision inviolable? Somos todo de nuestros placeres, de nosotros mismos, de nuestros negocios temporales. Somos del mundo hasta la servidumbre; somos de los grandes hasta la bajeza; somos de nuestros amigos hasta sacrificar en su favor nuestro tiempo y nuestro reposo; pero ¿somos de Dios con esta universalidad de dependencia? Un señor manda, y es obedecido; un príncipe da á entender su voluntad, ¡buen Dios! con qué empeño se trata hasta de prevenir sus órdenes: un general de ejército ordena que se guarde un puesto ó que se suba al asalto; se corre, se vuela. La vista del peligro, la esposicion á la muerte, lo arduo de la empresa escitan el ánimo y equivalen á la recompensa. ¿Y Dios es servido con la misma fidelidad? ¿es obedecido con el mismo fervor con la misma puntualidad? ¿con el mismo empeño, con el mismo ánimo? Dios habla, Dios manda; ¿y es muy escuchado? Hace leyes; ¿y quién las guarda? ¿Se duda de su autoridad? ¿se ignora su poder? De ninguna manera, porque esto seria dudar de su existencia. Sin embargo, ¿hubo un padre ménos amado? ¿hubo un señor mas mal servido? ¿hubo un soberano ménos respetado por aquellos que le deben el ser y la vida? ¿Nos conmueven mucho sus beneficios? ¿nos espantan mucho sus castigos? ¿nos llaman mucho la atencion el esplendor y el precio de sus recompensas? El número de los que le sirven es pequeño; con todo, en este pequeño número ¡cuán pocos son los siervos fieles! ¿Tenemos acaso muchos dueños soberanos á quienes contemplar, muchos salvadores á quienes amar? ¿tenemos muchos árbitros de nuestra suerte eterna á quien temer? Si alguno encuentra exagerado este pormenor de reflexiones, que ponga en paralelo la regla de las costumbres y el Evangelio, y la conducta de la mayor parte de los cristianos; que se consuele cada uno á sí mismo. ¿Se obedece á Dios con puntualidad, con prontitud? ¿se le ama con ternura? ¿se le teme como soberano Juez? ¿se le sirve con fidelidad? ¡Ah! se violan sus mandamientos cuasi sin remordimiento; se desprecian sus preceptos con arrogancia; se miran cuasi con desprecio las máximas del Evangelio; se avergüenzan de la cualidad de cristianos y del nombre de devoto; mientras que las perniciosas máximas del mundo son aplaudidas universalmente. ¿Hay quién se avergüence de ser mundano? ¡Ah! falta poco para que no se haga honor de ser libertino: á lo ménos es este hoy un título para ser bien recibido donde quiera, que es como una reprobacion de ser devoto y poseer eminentemente el espíritu del mundo. Nosotros pertenecemos á Dios; este carácter es indeleble, este derecho no puede enajenarse; nosotros pertenecemos á Dios, pero ¿no servimos á otro señor? ¿somos verdaderamente siervos de Dios?

El Evangelio de la misa es tomado del capítulo 15 de san Mateo.

In illo tempore: Egressus Jesus, secessit in partes Tyri et Sidonis. Et ecce mulier Chananæa, a finibus illis egressa, clamavit, dicens ei: Miserere mei, Domine fili David: filia mea male a dæmonio vexatur. Qui non respondit ei verbum. Et accedentes discipuli ejus, rogabant eum dicentes: Dimitte eam; quia clamat post nos. Ipse autem respondens, ait: Non sum missus nisi ad oves, quæ perierunt domus Israel. At illa venit, et adoravit eum, dicens: Domine, adjuva me. Qui respondens, ait: Non est bonum sumere panem filiorum, et mittere canibus. At illa dixit: Etiam, Domine: nam et catelli edunt de micis, quæ cadunt de mensa dominorum suorum. Tunc respondens Jesus, ait illi: O mulier, magna est fides tua: fiat tibi sicut vis. Et sanata est filia ejus ex illa hora.

En aquel tiempo: Habiendo salido Jesus, se retiró hácia Tiro y Sidon. Y hé aquí que una mujer cananea que habia venido de los confines de aquella tierra, empezó á clamar y decirle: Señor, hijo de David, compadeceos de mí, porque mi hija es muy maltratada por el demonio. A la cual no respondió una sola palabra. Llegándose entonces sus discípulos, le rogaban y le decian: Despachadla, porque viene gritando detrás de nosotros. Mas él les respondió diciendo: No soy enviado sino para las ovejas que se han perdido de la casa de Israel. Ella, sin embargo, se adelantó á él y le adoró diciéndole: Señor, socorredme. No es racional, la respondió, tomar el pan de los hijos y echarlo á los perros. Es verdad, Señor, dijo ella; pero tambien los perros comen de las migajas que caen de la mesa de sus dueños. Entonces Jesus la dijo: ¡Oh mujer! ¡grande es tu fe! Sucédate como deseas. Y desde aquel momento quedó sana su hija.

MEDITACION.

Sobre la oracion.

Punto primero.—Considera cuál es la dignidad, el mérito, cuáles las ventajas y los ausilios de la oracion: con razon se ha dicho, que la oracion es el recurso mas seguro de los cristianos en todas sus necesidades. No es necesario ir á la montaña ni á Jerusalen para orar con mérito; no cuesta tanto la oracion: el verdadero culto depende, por decirlo así, de nuestra disposicion: nosotros hallamos á Dios en todas partes, y siempre pronto para proveer á nuestras necesidades. Solo pide que se le espongan, y una de las mas esenciales condiciones para ser oidos es el creer firmemente y sin dudar que lo seremos. ¡Qué consolatorio es esto! Si no fuera necesario mas que esta confianza para obtener de los grandes de la tierra los socorros que se les piden, ¿qué ruegos quedarian sin fruto? La multitud no nos impide el acercarnos á Jesucristo. Por grande que sea el número de los que suplican, cada uno quiere una audiencia particular, y siempre es á nosotros á quienes toca el determinar su duracion. No hay precision de esperar á un tiempo desocupado; el tiempo del Señor es siempre el nuestro; podemos estar á sus piés cuanto queramos, sin que Marta tenga derecho para quejarse. No hay discípulo alguno que reprenda nuestra importunidad; ningun fariseo cuya censura haya que temer, todo favorece nuestra piedad. No hay tampoco que estrañar que Dios tenga tanta consideracion á las oraciones de los hombres cuando se hacen como se debe. Para rechazarlas seria necesario que tuviese, ó ménos bondad, ó ménos poder que el que creen los que le ruegan, puestoque no nos dirigimos á él en nuestras necesidades sino porque estamos persuadidos que su

poder no tiene límites y que su realidad es infinita, de modo, que es preciso necesariamente que nuestra fé y nuestra confianza le obliguen á oirnos. Rogar á Dios, es ejercitarse en un acto de religion, por el cual se le hace el honor mas grande, por decirlo así, que puede recibir de una criatura; es rendir á la grandeza y á la bondad de su ser el testimonio mas ventajoso que somos capaces de darle, y hé aquí el orígen verdadero de la eficacia de la oracion. Por esto es comparada al sacrificio, por el cual se reconoce la soberana majestad, la grandeza inmensa, la bondad infinita y la omnipotencia de Dios. Comprendamos bien la virtud, la dignidad y el mérito de este acto de religion. Pero ¿en qué consiste que no son oidas todas nuestras oraciones? Esto consiste en que oramos mal, en que ni aun pensamos en que estamos orando. Porque, ¿cuál es el hombre tan poco religioso que mientras está hablando con Dios, se atreviese á hablarle con tan poco respeto, con tan poca atencion, de un modo aun tan indecente, como lo hacemos nosotros? La oracion no solo es la prueba de nuestra confianza, es tambien la prueba de nuestra fé; ¿qué acto, pues, de la religion debe interesarnos mas? La oracion es, en medio de tantas borrascas á que estamos espuestos, el abrigo mas seguro y el mas pronto. La oracion hace igualmente inútiles las astucias y los esfuerzos del enemigo de la salvacion, y no es posible que se ore bien y que no se le venza. ¡Qué desgracia para aquellos para quienes llega á ser inútil este poderoso socorro! Pero seamos ingenuos, ¿rogando á Dios como se le ruega, pensamos que la oracion debe servirnos de un grande ausilio?

Punto segundo.— Considera que si no somos oidos, es porque nosotros mismos impedimos que Dios nos oiga. Se estraña que despues de todo lo que el Salvador ha dicho acerca de la infalibilidad de la oracion, sean oidos tan pocos; ¿habria ménos motivo para sorprenderse, si orando tan mal como lo hacemos, fuesen mas eficaces nuestras oraciones? No acusemos al Señor de que restringe sus promesas, y de que encarece sus gracias; nuestros motivos, nuestras disposiciones, nuestra poca religion, aun en nuestras oraciones, le fuerzan, por decirlo así, á no escucharnos. La oracion pide un espíritu humilde y respetuoso. ¿Se descuida uno jamás en órden al respeto, cuando se presenta una peticion al príncipe? ¿Qué pretendiente olvida hasta los menores deberes de la urbanidad? Cuando se pide á los hombres se hace uno naturalmente modesto, respetuoso, hasta culto; solo cuando se pide á Dios nos dispensamos de estos deberes esenciales. Estas posturas poltronas y desaliñadas; esos aires vanos, inmodestos y tan poco cristianos; esa disipacion, esa inatencion, ese disgusto y esos enfados que acompañan nuestras oraciones, ¿son por ventura señales de un corazon humilde, religioso y lleno de Dios? Queremos que Dios nos escuche, y nosotros no nos escuchamos á nosotros mismos; queremos que Dios haga caso de las oraciones, de que nosotros mismos no lo hacemos cuando las dirigimos. Son los labios los que honran á Dios; ¿qué parte tiene el corazon en unas oraciones que solo se recitan por rutina? Puede asegurarse que se dice una oracion, nó que se hace. La precipitacion con que se ora, las posturas tan poco decentes con que se está, las distracciones que se consienten orando, ¿indica todo esto un gran respeto, un gran fondo de religion, una fé viva? ¿Se atreveria uno á pasearse ó á sentarse cuando se pide una gracia á un príncipe? ¿Se atreveria uno á rogar á un hombre con la misma indecencia con que se le ruega á Dios? Le importan poco al Señor las alabanzas que se le dan, y los votos que se le hacen con un espíritu estraviado. Dios no niega nada á una oracion perseverante. Quiere ser instado, importunado. ¿De qué procede, pues, que nuestra confianza es tan flaca, sino de que nosotros somos tambien flojos en su servicio? Nosotros le negamos todos los dias lo que él nos pide; no podemos por tanto tener una firme confianza, y persuadirnos que debe concedernos lo que le pedimos. Los que no faltan en cuanto al respeto y á la atencion en sus oraciones, pecan muchas veces en el motivo. Hay pocos que no sean interesados y demasiado naturales, todavía ménos que sean conformes á la voluntad de aquel que no nos quiere conceder sino lo que es útil á nuestra salvacion y para su gloria. Vosotros no sabeis lo que pedís, decia el Hijo de Dios á la madre de los hijos del Zebedeo; ¿y son acaso mas rectas nuestras miras, nuestras intenciones? Sean siempre cristianas nuestras oraciones, y seremos infaliblemente oidos.

Esta es, Señor, la gracia que yo os pido, haced que yo sea oido.

Jaculatorias.— Señor, enseñadnos á orar. (San Lucas, 11.)

Dignaos escuchar mi oracion, vos que sois mi Rey y mi Dios. (Psalm. 5.)

PROPÓSITOS.

1 No hay acto de religion mas ordinario que la oracion, y tal vez no hay ninguno en que Dios sea ménos honrado. Todo resuena con las alabanzas del Señor, y con los votos que se le hacen; ¿pero el corazon y el espíritu oran de concierto con los labios? Puede decirse que se recitan muchas oraciones, pero que se hacen pocas. Aun cuando no se consultase mas que el buen sentido, y la idea que se debe tener de este santo ejercicio, ¿podria verse friamente con qué distraccion del entendimiento, con qué tibieza, con qué indecencia se desempeña por lo comun? ¿No habria derecho para preguntar, si cuando oramos es para insultar, para irritar á Dios? La oracion es un tratamiento con Dios, en el que el alma, admitida, por decirlo así, é introducida en el santuario, espone al Señor sus necesidades, le representa lo que necesita, le descubre sus tentaciones, sus flaquezas; y penetrada de los sentimientos mas vivos de respeto, de amor y de reconocimiento, trata de honrarle, tanto por una profunda sumision á sus órdenes, como por su confianza y sus votos fervorosos. Un acto de religion tan perfecto ¿podrá consistir en una práctica puramente esterior? Y si en el momento en que se trata con Dios se estravia el espíritu hasta perder voluntariamente la devocion, ¿será esto rogar á Dios? Reglad vuestra conducta sobre esta reflexion.

2 No oreis nunca sino con un profundo respeto, y en una postura de cuerpo que convenga á la oracion. No oreis jamás con precipitacion, porque esta es siempre irreligiosa; vale mas hacer ménos oraciones, y hacerlas como se debe. Alejaos de todo lo que puede distraer cuando orais. «Cuando oreis, dice el Salvador, entrad en vuestro aposento, y cerrando la puerta, orad á vuestro Padre en secreto, y vuestro padre os recompensará.» (Mat. 6.)

VIERNES PRIMERO DE CUARESMA,

LLAMADO TAMBIEN VIERNES DE LAS CUATRO TEMPORAS.

Todos los oficios de Cuaresma no se dirigen mas que á inspirarnos una gran compuncion de corazon, y una viva confianza en la misericordia de Dios, y á enseñarnos á orar con humildad, con fervor y con perseverancia. El introito de la misa de este dia es una corta oracion, que contiene todos estos objetos, y que deberia sernos muy comun. Está tomado del salmo 24, el cual es una oracion de las mas devotas que pueden hacerse á Dios, y de las mas propias para obtener el perdon de los pecados. No aguardeis mas, Señor, á librarme de mis penas. Considerad mi abatimiento y los males que sufro, y concededme que pueda á lo ménos con ellos espiar todos los pecados que he cometido. Es verosímil que este salmo se hiciese, como ya se ha dicho, durante la rebelion de Absalon. Él es una oracion afectuosa de un hombre que está afligido, y que abrumado de tristeza, y partido el corazon de dolor, recurre á Dios, lleno de confianza en su misericordia.

La Epístola que se lee en la misa es una continuacion de la del dia precedente. El profeta Ezequiel nos reitera la misma verdad, á saber; que cada uno sufrirá la pena de su pecado, y que ninguno será castigado por otro. El hijo no llevará sobre sí la iniquidad del padre, ni el padre la del hijo. En efecto, Dios no ha imputado jamás á nadie los pecados de otro. Es muy justo y muy misericordioso para que repruebe á un alma inocente. Si nosotros sufrimos la pena del pecado original, es porque verdaderamente este pecado es tambien nuestro. Si permite alguna vez en este mundo que el inocente sufra con el culpable, y que sea envuelto en el mismo castigo; este azote en los designios de Dios es una prueba que puede ser una fuente de bienes para el hombre inocente, y nó una pena para castigar un culpable. Estos azotes con que Dios aflige á los justos á causa de los pecadores son mas bien favores de su parte, que efectos de su venganza. Las cruces y las adversidades en el cristianismo son beneficios y nó azotes. No era lo mismo en la antigua ley, al ménos en la idea del pueblo. Los judíos no podian mirar las penas de esta vida sino como verdaderos males; y como todo mal es una pena del pecado, concluian de aquí, que si ellos no habian merecido las penas que sufrian, las sufrian en castigo de los pecados de sus padres. De donde procede que en sus oraciones pedian perdon á Dios no solo de sus propios pecados, sino tambien de los de sus padres. Yo os suplico, Señor, decia Daniel (Dan. 9.), que aparteis de vuestra ciudad vuestra ira y vuestra indignacion, porque Jerusalen y vuestro pueblo están hoy mirados con oprobio de todas las naciones que nos rodean, á causa de nuestros pecados y de las iniquidades de nuestros padres. «¿Quiero yo por ventura la muerte del impío?» dice el Señor. Dios quiere en verdad la conversion del pecador, y nó su muerte; quiere nuestra salvacion, y nó nuestra pérdida. ¡Qué consolatorio es este artículo de nuestra fé! pero ¡qué aflictiva será eternamente esta verdad para aquellos que se condenen! No hay ningun reprobado que no sea el artífice de su reprobacion. Hé aquí la conducta que yo observo, dice el Señor, en la economía de la salvacion de los hombres. Yo deseo que todos los hombres se salven, y á todos les doy yo mi gracia para ello. Si el justo, á pesar de todos mis ausilios, pierde su justicia, y muere en su pecado, yo olvidaré para siempre todas sus buenas obras pasadas, y se condenará. Si el pecador se convierte de buena fé, si hace penitencia y muere en estado de gracia, yo no le echaré en cara sus iniquidades pasadas, y se salvará. ¿Direis despues de esto, dice el Señor, que mis caminos no son justos?

El Evangelio de este dia no es ni ménos consolante ni ménos instructivo. Despues de haber predicado Jesucristo y hecho muchos milagros en las ciudades y en las aldeas, se fué á Jerusalen al tiempo de la fiesta de los judíos. Créese que era la fiesta de las Suertes que se celebraba el 14 del mes Adar; que era el último mes del año judaico. Habia en Jerusalen una piscina, llamada en griego «probática,» esto es piscina para las reses; y en hebreo «bethsaida,» que quiere decir casa de misericordia. Era una fuente grande y anchurosa colocada cerca de una puerta de Jerusalen, por donde entraban los rebaños; y en la que, segun san Gerónimo, se lavaban los intestinos de los animales que se sacrificaban en el templo. Al rededor de esta piscina habia cinco pórticos ó galerías, en los cuales habia en todo tiempo un gran número de enfermos; muchos ciegos, cojos y paralíticos acostados en sus camillas, todos los cuales esperaban que el agua fuese removida por un ángel que en un tiempo determinado no dejaba nunca de bajar á esta fuente y de remover el agua de ella, y entonces el primero de los enfermos que entraba en ella quedaba infaliblemente curado de cualquiera enfermedad que tuviese. Todo el mundo era testigo hacia mucho tiempo de esta maravilla. El Salvador fué á visitar este hospital, y entre una muchedumbre estraordinaria de enfermos percibió un paralítico que hacia treinta años estaba tendido en un lecho sin poderse mover. El Hijo de Dios se acercó á él, y le preguntó si queria curar. Parecia inútil esta pregunta, mas el Salvador queria enseñarnos que quiere ser rogado, y que la curacion del pecador es siempre voluntaria, aun cuando siempre sea efecto de su pura bondad. El enfermo que no conocia la omnipotencia de aquel que le hablaba, respondió que hacia mucho tiempo que deseaba su curacion, pero que no tenia nadie que le echase en la piscina inmediatamente que el agua era movida, y que por mas que él se esforzase para echarse en ella, siempre se le adelantaba otro. Levántate, le dijo Jesus, toma tu lecho, y vete con él. Entonces el paralítico, conociendo que estaba sano, se levantó, cargó su lecho á cuestas, y se fué con él, con grande asombro de todo el pueblo.

Este milagro, que al paso que era una señal sensible de la bondad del Salvador, era tambien una prueba brillante de su poder, fué inmediatamente condenado por los judíos como una profanacion, y una violacion de la ley, porque habia sido hecho en sábado. Con esa falsa apariencia de piedad, con que coloreaban ordinariamente su odio y sus zelos, inquietaron al paralítico sobre su curacion, y le hicieron un crímen de su obediencia. Verdadero carácter del falso zelo. Se apura por las observancias esteriores de la ley, mientras que deja fomentar en el corazon las pasiones mas criminales, y que en él se alimente un odio mortal. El Hijo del hombre, dice san Mateo, es el Señor del sábado; y era muy propio de la sabiduría del Salvador, dice el abad Ruperto, que sus milagros que eran una prueba de su divinidad, fuesen conocidos en Jerusalen de un gran número de personas, y por esto sin duda los obraba ordinariamente el Salvador en sábado. No era convertirse para

lo que deseaban los judíos saber el autor del milagro. Del mismo modo los herejes han rehusado siempre reconocer la verdadera Iglesia, aun cuando no hayan ignorado los grandes milagros que han hecho muchos de sus hijos. Viendo el Salvador el abuso que los judíos hacian de una maravilla tan poderosa para convertirlos, se retiró de la multitud. Esto es lo que Dios hace muchas veces cuando se abusa de sus mayores gracias. ¡Qué castigo, Señor, es este funesto al andono! Jesus que no curó el cuerpo sino para curar el alma, habiendo encontrado despues á este hombre en el templo: Ya estás curado, le dijo, guárdate bien en adelante de pecar, no sea que te suceda otra cosa peor. Este hombre reconoció entonces á su divino bienhechor, y queriendo que fuese conocido y honrado de todo el mundo fué á decir á los judíos que era Jesucristo á quien debia su salud. ¿Mas qué honor podia Jesus esperar de aquellos que formaban ya un poderoso partido para perderle?

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Esto, Domine, propitius plebi tuæ: et quam tibi facis esse devotam, benigno refove, miseratus auxilio. Per Dominum nostrum...

Sed, Señor, favorable á vuestro pueblo, y así como por vuestra gracia haceis que se consagre á vos, fortificadle con el dulce ausilio de vuestra misericordia. Por nuestro Señor, etc.

La Epistola es sacada del cap. 18 del profeta Ezequiel.

Hæc dicit Dominus Deus: Anima, quæ peccaverit, ipsa morietur: filius non portabit iniquitatem patris, et pater non portabit iniquitatem filii: justitia justi super eum erit, et impietas impii erit super eum. Si autem impius gerit pœnitentiam ab omnibus peccatis suis, quæ operatus est, et custodierit omnia præcepta mea, et fecerit judicium et justitiam, vita vivet, et non morietur. Omnium iniquitatum ejus, quas operatus est, non recordabor: in justicia sua, quam operatus est, vivet. Numquid voluntatis meæ est mors impii, dicit Dominus Deus, et non ut convertatur a viis suis, et vivat? Si autem averterit se justus a justitia sua, et fecerit iniquitatem secundùm omnes abominationes, quas operari solet impius, numquid vivet? Omnes justitiæ ejus, quas fecerat, non recordabuntur: in prævaricatione, qua prævaricatus est, et in peccato suo, quod peccavit, in ipsis morietur. Et dixistis: Non est æqua via Domini. Audite ergo, domus Israel. Numquid via mea non est æqua, et non magis viæ vestræ pravæ sunt? Cùm enim averterit se justus a justitia sua, et fecerit iniquitatem, morietur in eis: in injustitia, quam operatus est, morietur. Et cùm averterit se impius ab impietate sua, quam operatus est, et fecerit judicium et justitiam; ipse animam suam vivificabit. Considerans enim, et avertens se ab omnibus iniquitatibus suis, quas operatus est, vivet, et non morietur, ait Dominus omnipotens.

He aquí lo que dice el Señor nuestro Dios: El alma que pecare, ella misma morirá: el hijo no será responsable de la iniquidad del padre, ni el padre responderá de la iniquidad del hijo; la justicia del justo le aprovechará á él, y la impiedad del impío á él le dañará. Mas si el impío hace penitencia de todos sus pecados que habia cometido; si guarda todos mis mandamientos, y obra segun la equidad y la justicia, vivirá una vida verdadera, y no morirá. No me acordaré mas de todas las iniquidades que él habia cometido, y vivirá en las obras justas que hubiere hecho. ¿Quiero yo por ventura la muerte del impío, dice el Señor nuestro Dios, y no mas bien que se convierta de sus caminos malos, y que viva? Mas si el justo retrocediere de su justicia, y se entregare á la iniquidad en todas las abominaciones que suele cometer el impío, ¿vivirá entonces? Quedarán olvidadas todas las obras de justicia que habia hecho; morirá en la perfidia en que ha caido, y en el pecado que ha cometido. Despues de todo esto habeis dicho: El camino del Señor no es equitativo. Escucha, pues, casa de Israel: ¿por ventura mis caminos no son justos, y no son mas bien los vuestros perversos? Porque cuando el justo se hubiere apartado de su justicia, y cometiere la iniquidad, morirá en ella, morirá en la injusticia que él ha cometido. Y cuando el impío se apartase de su impiedad en que ha vivido, y obrase conforme á la equidad y á la justicia, él mismo volverá la vida á su alma. Porque considerando su estado, y apartándose de todas las iniquidades que ha cometido, vivirá una vida cierta, y no morirá, dice el Señor omnipotente.

«El profeta Ezequiel fué llevado cautivo á Babilonia con Jeconías, rey de Judá, y despues trasladado á Mesopotamia, donde Dios le concedió el don de profecía para que consolase á sus hermanos, compañeros de su cautividad.»

REFLEXIONES.

«La justicia del justo le aprovechará á él, y la impiedad del impío á él le dañará. En materia de salvacion cada uno hace para sí. Nuestras obras nos siguen, y no podemos hacer cesion de ellas á otro. Admiremos la sabiduría infinita del Señor y su misericordia sin límites. Con qué paciencia sufre los estravíos de los pecadores, y con qué bondad los recibe luego que vuelven á la casa del padre. Su alegría, sus liberalidades, la fiesta que hace á la vuelta de este hijo pródigo son tan estraordinarias que llegan á causar zelos al hijo mayor. ¿No era justo que yo diese á conocer la alegría que me causa su vuelta, dice este buen padre? Tales son los sentimientos de Dios con respecto á un pecador penitente. La obra de mis manos, mi imágen, mi semejanza, el precio de mi sangre habia perecido, y yo entro hoy en posesion de este bien. «Habia muerto;» era una alma desesperada, abandonada, con la cual yo no contaba ya; solicitada cien veces, instada, buscada, me arrojaba de sí, me despreciaba; inútilmente habia tentado reducirla, todo habia sido perdido; estaba sepultada en el sueño del pecado; hoy contra todo lo que se presentaba, este impío ha prestado el oido á mi voz, se ha rendido á las amorosas solicitaciones de mi gracia, se ha retraido de la impiedad en que habia vivido; avergonzado de sus aficiones criminales, viene á arrojarse á mis piés, y yo le recibo entre mis brazos, y yo entro en este corazon sumiso, enternecido, dócil. Vuelvo á ver á este hijo rebelde, que detesta de todo su corazon su rebeldía, que implora

mi misericordia, que recurre á mi bondad; ¿puedo dejar de regocijarme de una conquista semejante? Yo me veia obligado á perderle, á pesar del amor que le tenia, y ya él quita el obstáculo que me impedia satisfacer al deseo que tengo de hacerle feliz; ¿qué alegría mas sensible puede dar una criatura al Autor de su ser? El justo por el contrario, despues de haber sido colmado de mis beneficios, despues de haber gustado á placer de las dulzuras de mi terneza, despues de haber esperimentado de las dulzuras que se hallan en mi servicio; si llega á disgustarse de los favores y de las caricias del mas amable de todos los señores, del mas tierno de todos los padres, si muere en sus estravíos, si muere en mi desgracia; ¿no debo castigarle como un hijo rebelde, y abandonarle eternamente á la desgraciada suerte de los réprobos? Él ha olvidado mis gracias, mis beneficios, ¿no es justo que yo olvide sus buenas obras? ¿no es justo que yo le trate como á los impíos, puesto que ha muerto en su pecado? La suerte de todos los condenados es deplorable; pero ¡qué dolor, qué desesperacion, qué rabia la de un hombre que ha llevado una parte de su vida en la piedad, y que ha muerto en el pecado! ¡qué desesperacion, qué rabia por toda una eternidad para una persona que habia gustado de Dios, que habia pasado algun tiempo en el servicio de Dios, y que se ve reprobada! ¡qué desesperacion, qué rabia para un sacerdote, para una persona religiosa, que ha meditado cien veces las grandes verdades de la religion, que las ha predicado y esplicado á los demás, que ha contribuido con su zelo á la salvacion de tantas almas, de quien Dios se ha servido para convertir tantos pecadores, que ha contribuido tanto con sus obras de piedad, con sus sabios pareceres, hasta con sus buenos ejemplos, para que tantos impíos se retirasen de los últimos estravíos; si él tiene la desgracia de pervertirse, de morir en pecado, de condenarse! ¡qué desesperacion, qué rabia para aquellos sagrados ministros de los altares, que alimentados con el cuerpo y con la sangre adorables de Jesucristo se han emponzoñado voluntariamente con las amargas delicias del mundo con que han querido apacentarse, y despues de haber retirado á tantas ovejas de estos malos pastos, se han alimentado con ellos, ellos mismos! En fin, ¡qué desesperacion y qué rabia para aquellos médicos saludables que despues de haber curado tantos enfermos desesperados no han querido curarse á sí mismos de la misma enfermedad; para aquellos directores que despues de haber conducido á tantas almas por los caminos de la salud y de la justicia, tuvieren la desgracia de estraviarse ellos mismos, y morir en sus estravíos!

El Evangelio de este dia es tomado del cap. 5 del Evangelio segun san Juan.

In illo tempore: Erat dies festus Judæorum, et ascendit Jerosolymam. Est autem Jerosolymis Probatica piscina, quæ cognominatur hebraicè Bethsaida, quinque porticus habens. In his jacebat multitudo magna languentium, cæcorum, claudorum, aridorum expectantium aquæ motum. Angelus autem Domini descendebat secundum tempus in piscinam, et movebatur aqua. Et qui prior descendisset in piscinam post motionem aquæ, sanus fiebat a quacumque detinebatur infirmitate. Erat autem quidam homo ibi triginta et octo annos habens in infirmitate sua. Hunc cum vidisset Jesus jacentem, et cognovisset quia jam multum tempus haberet, dicit ei: Vis sanus fieri? Respondit ei languidus: Domine, hominem non habeo, ut cum turbata fuerit aqua, mittat me in piscinam: dum venio enim ego, alius ante me descendit. Dicit ei Jesus: Surge: tolle grabatum tuum, et ambula. Et statim sanus factus est homo ille; et sustulit grabatum suum, et ambulabat. Erat autem sabbatum in die illo. Dicebant ergo Judæi illi, qui sanatus fuerat: Sabbatum est, non licet tibi tollere grabatum tuum. Respondit eis: Qui me sanum fecit, illi mihi dixit: Tolle grabatum tuum, et ambula. Interrogaverunt ergo eum: Quis est ille homo, qui dixit tibi: Tolle grabatum tuum, et ambula? Is autem, qui sanus fuerat effectus, nesciebat quis esset. Jesus enim declinavit a turba constituta in loco. Postea invenit eum Jesus in templo, et dixit illi: Ecce sanus factus es; jam noli peccare, ne deterius tibi aliquid contingat. Abiit ille homo, et nuntiavit judæis quia Jesus esset, qui fecit sanum.

En aquel tiempo se celebraba una de las fiestas de los judíos y Jesus subió á Jerusalen. Hay en Jerusalen una piscina llamada «Probática,» que en hebreo se llama «Bethsaida,» rodeada de cinco galerías. En ellas estaban tendidos un gran número de enfermos, ciegos, cojos y perlíticos, que esperaban el movimiento del agua. Pues un ángel del Señor bajaba en cierto tiempo á la piscina y movia el agua; y el primero que bajaba á la piscina despues del movimiento del agua, quedaba sano de cualquiera enfermedad que tuviese. Habia allí cierto hombre que habia ya treinta y ocho años que sufria su enfermedad. Viendo Jesus á este hombre tendido, y sabiendo que habia ya mucho tiempo que padecia, le dijo: ¿Quieres sanar? Respondióle el enfermo: Señor no tengo hombre, que cuando fuere movida el agua, me eche dentro de la piscina: así es, que cuando yo llego, baja otro ántes que yo. Levántate, le dijo entonces Jesus, toma tu lecho, y echa á andar. Inmediatamente quedó el hombre curado, y tomando su camilla á cuestas echó á andar. Era sábado aquel dia. Los judíos, pues, decian á aquel que habia sido curado: Hoy es sábado, y no te es lícito llevar tu lecho. Entonces él le respondió: El que me ha sanado, me ha dicho, toma tu lecho, y marcha. ¿Quién es, le preguntaron, ese hombre que te ha dicho toma tu lecho y marcha? Mas el que habia sido curado, no sabia quien fuese, porque Jesus se habia separado de la multitud que allí habia. Despues le encontró Jesus en el templo, y le dijo: Ya estás sano; no vuelvas á pecar, no sea que te suceda otra cosa peor. Fué inmediatamente aquel hombre á decir á los judíos, que era Jesus el que le habia sanado.

MEDITACION.

Sobre que no se debe contar sino con Dios.

Punto primero.—Considera cuán poco hay que contar con los hombres, apoyo caduco, frágil, flojo, frívolo, vano. Nada es capaz de fijar la ligereza de un corazon veleidoso, estravagante y mudable. Las protestas mas sinceras de amistad, los ofrecimientos mas francos de servir, aun las obligaciones mas formales, todo esto se disipa al me-

nor viento; todo se desvanece á la primera apariencia de un nuevo sistema. ¡Desgraciado el que cuenta con semejantes afectos! No hay cosa mas mudable que el corazon humano; nada, en efecto, cambia con mas frecuencia ni con mas prontitud que este móvil de nuestros sentimientos, de nuestras acciones, y aun de nuestros juicios y de nuestra estima. Como el amor propio y las pasiones son su principal resorte, no debemos estrañar el que la conducta de los hombres siga sus caprichos. Se os estima, se os alaba, se os protege, se os ama; ¿es vuestra virtud, son vuestras bellas cualidades, es vuestro mérito lo que os atraen esos amigos, lo que os procuran la estima y la proteccion de los grandes, los que os distinguen en el mundo? Nada mas justo, nada mejor fundado, nada os asegura mas un crédito, un favor, una fortuna mas durable. Sin embargo no os fieis; basta un espíritu de partido, un mal suceso, un nuevo interés, una enfermedad aun para debilitar todos esos apoyos, para romper todos esos nudos, para que desaparezcan todas esas muestras de benevolencia. Pero ¿vuestra virtud persevera, vuestras bellas cualidades subsisten, vuestro mérito no se ha estinguido? Es verdad, pero los resortes han cambiado, los pasos se han alterado, no es ya la misma mano la que tiene la balanza. Un nuevo sistema de cosas ha mudado las ideas; nuevos motivos han hecho nacer nuevos sentimientos; no se necesita mas que una envidia, un terror pánico, una nueva pasion para dar un nuevo aspecto á las cosas. Se desconfia de vuestra virtud, demasiado austera; se la estima, pero se la teme. Se os cree opuesto á sus intereses particulares, censor demasiado claro de sus defectos; vuestra regularidad demasiado religiosa embaraza; no es menester mas para desacreditaros, para mancillaros. ¿Se os juzga ya inútiles á sus intereses ó á sus designios? Se os olvida. Aquella amistad que parecia tan bien cimentada, se desmiente; ya no hay con vosotros mas que indiferencia, frialdad; ya ni aun se quiere que tengais aquella virtud, aquel mérito, aquellas buenas cualidades que merecian su estima, porque de este modo es muy fácil justificar una mudanza que condena la razon y el buen sentido. ¿Se os ve en la desgracia? Muy pronto caeis en el olvido. Un nuevo objeto ó un nuevo protector entra en lugar vuestro. ¡Buen Dios, digno de lástima es el que cuenta mucho sobre un fondo semejante!

Punto segundo.—Considera que aun cuando los hombres fuesen ó ménos ingratos ó ménos injustos, ó ménos mudables, no se deberia contar con su crédito ni con su benevolencia. Los hombres pueden servirnos para que prosperemos, pero nó para hacernos felices. El mayor favor no puede procurarnos un dia de salud, un cuarto de hora de tranquilidad, una media hora de vida. ¿Qué apoyo puede dulcificar nuestras penas? ¿qué crédito puede contentar un corazon insaciable? Todo el apoyo de los hombres no es mas que una caña débil, que no solo se dobla sino que se rompe. Aun cuando su voluntad no fuese mudable, nada hay mas caduco que su duracion. ¿Son por ventura dueños de sus dias? La persona con quien contais, no puede ella contar con vivir mañana. Desapareciendo una vez este apoyo, ¿en qué vienen á parar todas nuestras esperanzas? Aunque debiésemos sobrevivir á todos nuestros señores, á todos nuestros protectores, ¿qué socorros pueden darnos en la hora de nuestra muerte? ¿qué bienes pueden hacernos para la otra vida? Todo su poder, toda su buena voluntad, se limita á este puñado de dias que tenemos que vivir; ¿y qué servicio pueden hacernos durante la eternidad? No sucede lo mismo con la confianza que tenemos en Dios, ni con los socorros y ventajas que hallamos en su servicio. Inmutable, incapaz de mudanza, exento de pasiones, la sabiduría, la equidad, la bondad misma; solo nuestra pura malicia es la que puede hacerle mudar, por decirlo así, con respecto á nosotros. En todo tiempo hallamos en él un fondo inagotable de bondad y de poder, que no está nunca sujeto al humor ni al capricho. Único dueño de todos los acontecimientos, fuente de todos los bienes, no podemos dejar de ser dichosos, ni de estar contentos mientras que somos agradables á él. Múdense los hombres, Dios no puede mudarse; dejen los hombres de ser, Dios subsiste. En él encontramos siempre un protector omnipotente, un amigo tierno, liberal, magnífico, un Señor indulgente, compasivo, un buen padre. Él conoce todas nuestras necesidades y previene nuestras oraciones para proveer á ellas, basta que nosotros le amemos y estemos seguros de su ternura: ¿y qué no puede el amor que nos tiene? Desencadénense contra nosotros todas las criaturas; declárenos todo el infierno la guerra, nada tenemos que temer mientras estemos bajo de su proteccion. En medio de las mas furiosas tempestades, espuestos á las borrascas mas violentas, agitados por las olas, basta que estemos con él, los vientos y la mar le obedecen. No hay enfermedad alguna que no sea un don de su parte, ninguna adversidad que no sea un presente de su mano, ningun enemigo de nuestra salvacion que no lo sea suyo, ningun acontecimiento en fin, que no lo permita para nuestro bien. No solo durante esta vida podemos contar con su proteccion y su bondad, él solo es nuestro consuelo en la hora de nuestra muerte; nuestra fuerza, nuestro asilo en este último momento, en que todas las criaturas nos abandonan, en que todo el mundo nos es inútil. Dios solo constituye nuestra felicidad y nuestra alegría. ¡Qué placer mas esquisito! ¡qué consuelo mas encantador y mejor fundado que espirar entre sus brazos! Dios solo puede hacer nuestra dicha por toda la eternidad. ¿Qué se pensará entonces de la engañosa confianza que se ha tenido en la proteccion de los hombres?

Nó, Señor, esto es hecho, yo no tendré nunca mas confianza que en vos solo, yo conozco visiblemente la flaqueza y la nada del crédito que puede hallarse en los hombres para no contar mas con otro apoyo que el vuestro.

Jaculatorias.—Yo he puesto toda mi confianza en el Señor, ¿por qué, pues, me decis: vuela con el pájaro á los montes? (Psalm. 10.)

He esperado en vos; no permitais que sufra la confusion de haber esperado en vano. (Psalm. 30.)

PROPÓSITOS.

1 Reconociendo la flaqueza, lo caduco, lo falso de todos los apoyos humanos, concluid que es una estraña locura el contar con el poder y la benevolencia de los hombres, y que toda nuestra confianza debe ponerse en Dios solo. No conteis mas que con él, y reanimad todos los dias vuestra confianza en su bondad y en su omnipotencia. No deben despreciarse los socorros de los amigos y de los grandes; pero no conteis con ellos; porque vuestra esperanza podria ser vana. No os aflijais si los hombres os olvidan ú os desprecian. Acordaos muchas veces de aque-

llas palabras del profeta Rey: Mis mas próximos parientes me han dejado; pero Dios se ha dignado encargarse de mí; ¿qué tengo yo que temer?

2. Poned toda vuestra confianza en Dios, sobre todo en las adversidades. Sed fieles en su servicio, estad con él, y él estará con vosotros: con semejante apoyo no podrán dañaros los vientos mas furiosos. Reanimad vuestra confianza todas las mañanas y muchas veces en el dia; y cuando la prudencia cristiana exigiere que os sirvais del crédito y de la benevolencia de vuestros protectores, decid á Dios, que sin embargo de lo que haceis, solo en él poneis toda vuestra confianza. Tenedla muy singular en la proteccion de la Santísima Vírgen, confiar en ella es confiar en Dios. La confianza en nuestro ángel de la guarda y en los santos es tambien muy útil. Son protectores seguros y amigos con quienes podemos contar seguramente.

SÁBADO PRIMERO DE CUARESMA,

LLAMADO COMUNMENTE DE LAS CUATRO TÉMPORAS.

Todo es misterioso en los oficios de Cuaresma, todo es instructivo en ellos, y todo concurre á inspirarnos el espíritu de penitencia. La misa de este dia comienza por aquellas hermosas palabras del salmo 87: Señor, llegue mi corazon hasta vos, aplicad vuestro oido á los votos que yo os dirijo. Señor, mi Dios, mi libertador, yo no ceso dia y noche de importunaros con mis clamores para que me ayudeis. David, perseguido por Absalon y representando á Dios sus males en la oracion, es una figura sensible de Jesucristo que ruega á su Padre en el tiempo de su pasion. Todo este salmo es una imágen profética, y al mismo tiempo una viva espresion de los sentimientos del corazon de Jesucristo, tan ignominiosamente tratado, tan cruelmente perseguido por un pueblo de quien era el rey y el padre.

En la misa de este dia se leen seis lecciones segun se acostumbra hacer en todos los sábados de las cuatro témporas. Este uso es muy antiguo en la Iglesia. Queda dicho ya en el sábado de las cuatro témporas de diciembre, por que se habia dado al sábado de las cuatro témporas el nombre de «dia de las doce lecciones.» Aunque el ayuno de las cuatro témporas en las cuatro estaciones del año sea de institucion apostólica, sin embargo, hasta el undécimo siglo, en tiempo del papa san Gregorio VII, no se fijaron las cuatro témporas de primavera á la primera semana de Cuaresma, y las de estío á Pentecostés; lo cual fué confirmado por un nuevo decreto de diez años despues, en el concilio de Clermont en Auvergne, dado por el papa Urbano II que presidió en él.

La primera de las seis lecciones destinadas á la misa de este dia es tomada del libro del Deuteronomio, en donde Dios ordena á su pueblo el pago de un diezmo particular, pero trienal, es decir, solo de tres en tres años (Deut. 26.), para el mantenimiento de los levitas ó ministros del templo, y para asistir á los estranjeros, las viudas y los huérfanos. Cumplido este deber, les prescribe Dios una especie de fórmula, por la cual se obligan solemnemente delante de él á no tener jamás otro Dios ni otro Señor; y Dios tambien les protesta haberles elegido para que sean su pueblo particular y la nacion privilegiada.

La segunda está tomada del mismo libro, en la que promete Dios á su pueblo, que si es fiel en observar el precepto que le ha impuesto de amar al Señor su Dios, marchar por todos sus caminos, y de estar inviolablemente adherido á su servicio, esterminará á su vista todas las naciones mas poderosas y mas fuertes que él, y le pondrá en posesion del pais que ellas habitaban; y despues de haberle hecho rico y poderoso, le hará formidable á toda la tierra. (Deuter. 11.) Todas estas recompensas materiales no eran mas que la figura de las recompensas espirituales prometidas al pueblo de la nueva alianza, á esta nacion santa, que son los cristianos.

La tercera leccion está sacada del segundo libro de los Macabeos: contiene la oracion que los sacerdotes despues de la vuelta de la cautividad de Babilonia hicieron á Dios con Nehemías, durante el sacrificio que consumia el fuego sagrado, que se habia ocultado en el hondo de un pozo ántes de la cautividad, y que se habia vuelto una agua lodosa y espesa; la cual, habiendo sido derramada sobre la leña y la víctima que se habia colocado sobre el altar, se convirtió milagrosamente en fuego luego que salió el sol. Mientras el fuego milagroso consumia el sacrificio, Nehemías, Jonatás y los demás sacerdotes hacian la oracion contenida en esta tercera leccion.

La cuarta está tomada del libro del Eclesiástico, en donde el autor de este libro dirige á Dios una fervorosa oracion para suplicarle que se compadezca de su pueblo afligido, disperso, y en todas partes maltratado. Cuando el autor del libro del Eclesiástico escribia, estaba la nacion judía dispersa en Egipto, en la Siria y en todas las provincias de Oriente, y aun los mismos que estaban en Judea y en Jerusalen eran oprimidos por los príncipes vecinos bajo quienes estaban subyugados. Como todas estas adversidades eran la figura de las que debian afligir algun dia á los fieles, la Iglesia renueva á Dios las mismas oraciones por todos sus hijos.

La quinta, que es la última de las que se toman del antiguo Testamento, está sacada del profeta Daniel, y refiere la maravilla de los tres niños hebreos, que arrojados en un horno ardiendo, por haber sido fieles á Dios, hallaron refrigerio en medio de las llamas, y cantaron allí las alabanzas de Dios, que la Iglesia repite aquí en esta leccion.

En fin, la sexta, que es propiamente la Epístola de la misa de este dia, es una instruccion que el apóstol san Pablo da á los cristianos de Tesalónica en la primera carta que les escribe, y con motivo de ellos á todos los fieles. Puede decirse que es un compendio de toda la moral de Jesucristo, y el resúmen mas suave de la doctrina del Evangelio. «Corregid á los chismosos,» les dice: el apóstol habla de aquellos espíritus inquietos, orgullosos, turbulentos, que no pueden vivir en reposo ni dejar vivir en él á los demás; que introducen la disension en las sociedades mas santas, de las cuales son el azote; gentes de partido, susceptibles de todos los errores, y que parecen no haber nacido sino para sembrar en todas partes la zizaña, la division y el cisma. «Sufrid á los flacos» y á los imperfectos; «consolad á aquellos que se desaniman» á vista de las menores dificultades. La caridad que debe caracterizar á todos los cristianos es paciente, compasiva, todo lo sufre, no es aceptadora de personas. No hay ani-

vo idad ni deseo de venganza; no os dejeis vencer por el mal, ántes bien tratad de vencer el mal que se os hace por el bien que hiciereis á los demás. No persigais la injuria sino con beneficios. La alegría espiritual es el fruto del Espíritu Santo. Dios no quiere siervos disgustados y tristes. En cualquiera estado en que os halleis, en la pobreza, en la adversidad, en la miseria, recibidlo todo como venido de su mano, bendecidle por todo. Levantad sin cesar vuestro corazon á Dios; hacedlo todo para gloria suya: adorad su providencia en todo lo que os suceda, dadle gracias tanto en la prosperidad como en la adversidad, puesto que todas las cosas contribuyen al bien para aquellos que le aman. Un gran motivo para regocijarse y para dar gracias á Dios de todo lo que sucede, es que fuera del pecado, todo lo que sucede, sucede por la voluntad de Dios en Jesucristo con cuya imágen debemos conformarnos. No estingais la luz del Espíritu Santo en vosotros por el pecado; no sofoqueis sus inspiraciones resistiendo á la gracia; y bajo el pretesto de que hay entre vosotros falsos profetas, guardaos mucho de rechazar las instrucciones de los que os hablan de parte de Dios. Examinad todas las cosas, y abrazad aquello que es bueno. No os dejeis sorprender por falsas preocupaciones; imitad dice san Cirilo esplicando este pasaje, imitad á los buenos cambistas, no os dejeis deslumbrar por un brillo falso, por un esterior que impone, desechad todo lo que tiene el cuño falso, y no recibais mas que lo que es bueno y de buen peso. No basta ser inocente á los ojos de Dios, es preciso evitar hasta la apariencia, hasta la sombra del mal, para no escandalizar á nadie; á todos les debemos el buen ejemplo, y este deber no es la menor de nuestras obligaciones.

El Evangelio de la misa de este dia está tomado del capítulo 17 de san Mateo, y contiene la historia de la trasfiguracion de nuestro Señor Jesucristo sobre la montaña del Tabor. Hacia algun tiempo que el Salvador, instruyendo á sus discípulos en los principales misterios de la religion, les habia hecho una pintura bastante viva de las humillaciones y de las ignominias de su pasion, y de lo que ellos mismos tendrian que sufrir, duro y humillante de parte de los hombres. Estas imágenes tristes eran muy á propósito para llenar de susto á unos hombres todavía materiales é imperfectos. Para sostener sin duda su fé todavía débil, y reanimar su valor descaecido, les dijo el Salvador que algunos de los que estaban allí presentes no moririan sin que hubiesen visto aparecer el Hijo del hombre en su gloria. En efecto, cerca de seis dias despues, Jesucristo eligió tres de sus apóstoles, Pedro, Santiago y Juan, y los llevó á solas sobre una alta montaña, que se cree fué el Tabor. Como no queria que este misterio fuese conocido, ni se hiciese público ántes de su resurreccion, no llevó consigo mas que un pequeño número de personas; tomó tres de sus apóstoles; era este el número mas completo que pedia la ley para hacer firme un testimonio. Escogió por testigos de su gloria, los que debian serlo bien pronto de su agonía; para enseñarnos, que si queremos tener parte en su gloria, debemos tener parte en sus sufrimientos y en sus humillaciones. Habiendo subido á la cima de la montaña, se retiró un poco aparte y se puso en oracion. Entonces se trasfiguró, esto es, apareció con todo el resplandor de su majestad; nó ya como un simple hombre, sino como un hombre Dios. El resplandor de su divinidad y la gloria de su alma bienaventurada aparecieron visiblemente en su cuerpo, por algunos rayos producidos por aquella luz admirable que hasta entonces habia tenido oculta en su fuente. Su rostro se puso luminoso como el sol, sus vestidos blancos como la nieve; no se mudaron esencialmente, dice san Gerónimo, solo recibieron un brillo deslumbrador, de la luz viva que resaltaba de todo su cuerpo. Puede decirse en cierto sentido, que la vida comun de nuestro Salvador, y su bajeza esterior, era propiamente una verdadera trasfiguracion, puesto que en ella aparecia en un estado estraño á su naturaleza; así que era necesario un milagro continuo para suspender el resplandor de su gloria y de su majestad sobre su rostro, y bastaba solo suspender el milagro para mostrarse tal como apareció entonces. Su cuerpo era propiamente como una nube al rededor del sol. Naturalmente debia estar todo brillante por la luz que tenia como envuelta. En este estado de majestad, Jesus no quiso aparecer solo. Moisés y Elías aparecieron á sus lados conversando con él. Jesucristo quiso que el mismo legislador y uno de los mas ilustres profetas, diesen testimonio á los apóstoles de que él era á quien convenia todo lo que la ley y los profetas habian indicado ó predicho del Mesías. Hé aquí una señal del cielo, dice san Gerónimo, tal como la habian pedido los fariseos algunos dias ántes, pero de la que no merecian ellos ser testigos. Elías, dicen los Padres, estaba todavía vivo, y apareció con su cuerpo natural; Moisés resucitó para esta ceremonia, y en seguida volvió á dormir en el Señor. El asunto de la conversacion de Jesucristo con Moisés y Elías era acerca de los suplicios y de la muerte que debia sufrir en Jerusalen. Los apóstoles quedaron poseidos de un dulce asombro, causado por la admiracion y la alegría que les inspiraba la vista de esta maravilla. Entonces san Pedro trasportado todo de amor, abandonándose al regocijo que le absorvia en una especie de éxtasis: Ah, Señor, esclama, que bien se está aquí; ¿quereis que establezcamos aquí nuestra morada? en ninguna parte podemos estar mejor; permitid que no salgamos de aquí, nosotros formaremos aquí tres tiendas; una para vos, otra para Moisés, y otra para Elías. San Pedro no consulta aquí mas que su buen corazon, y se deja trasportar de su vivacidad ordinaria y del ardor de su devocion. Todavía estaba hablando, cuando una nube luminosa les envolvió, y al mismo tiempo salió de la nube una voz que decia: Este es mi Hijo muy amado, en quien yo he encontrado todas mis delicias; escuchadle como á vuestro maestro; obedecedle como á vuestro rey. Esta voz no se oyó hasta que Moisés y Elías hubieron desaparecido, á fin de que estando solo Jesus, dice san Gerónimo, no quedase duda de que se dirigia á él. El esplendor de esta nube, y el sonido de esta voz, trastornaron de tal modo á los apóstoles, que poseidos del miedo, cayeron pegado el rostro contra el suelo, y en el mismo instante toda aquella gloria desapareció. Acercándose entonces Jesus á ellos les dijo: Levantaos y no tengais miedo. Inmediatamente levantaron los ojos, y viendo á él solo, se serenaron. Ya se les hacia tarde para ir á contar á los demás apóstoles lo que acababa de suceder; pero Jesus cuando bajaban de la montaña les mandó que no hablasen de ello con nadie hasta despues de su resurreccion.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Populum tuum, quæsumus, Domine, propitius respice, atque ab eo flagella tuæ iracundiæ clementer averte. Per dominum...

Mirad, Señor, propicio á vuestro pueblo, y apartad de él, por vuestra bondad, los azotes de vuestro enojo. Por nuestro Señor, etc.

La Epístola es sacada de la primera carta del apóstol san Pablo á los de Tesalónica, cap. 5.

Fratres: rogamus vos, corripite inquietos, consolamini pusillanimes, suscipite infirmos, patientes estote ad omnes. Videte ne quis malum pro malo alicui reddat; sed semper quod bonum est sectamini in invicem, et in omnes. Semper gaudete. Sine intermissione orate. In omnibus gratias agite; hæc est enim voluntas Dei in Christo Jesu in omnibus vobis. Spiritum nolite extinguere. Prophetias nolite spernere. Omnia autem probate: quod bonum est tenete. Ab omni specie mala abstinete vos. Ipse autem Deus pacis sanctificet vos per omnia; ut integer spiritus vester, et anima, et corpus sine querela in adventu Domini nostri Jesu Christi servetur.

Hermanos mios: os rogamos que corrijais á los inquietos, que consoleis á los pusilánimes, que sostengais á los flacos, tened paciencia con todos. Cuidad de que ninguno vuelva á otro mal por mal, ántes bien tratad de haceros bien los unos á los otros, y á toda suerte de personas. Estad siempre alegres; no ceseis de orar; dad gracias á Dios en todo acontecimiento; porque esto es lo que Dios quiere de todos vosotros en Jesucristo. Guardaos de estinguir el espíritu. No desprecieis las profecías. Examinad todas las cosas, y abrazad aquello que es bueno. Absteneos de todo lo que tiene apariencia de mal. El mismo Dios de la paz se digne santificaros en todas las cosas, á fin de que todo vuestro espíritu, vuestra alma y vuestro cuerpo se mantengan sin ninguna tacha para el dia en que vendrá Jesucristo nuestro Señor.

«Esta primera carta á los tesalonicenses fué escrita desde Corinto por el apóstol san Pablo hácia el año 52 de Jesucristo. Es la primera de todas las cartas que el Apóstol escribió á las Iglesias.»

REFLEXIONES.

«Guardaos de estinguir el espíritu.» El Espíritu Santo es, por decirlo así, el fuego divino que el Salvador ha venido á traer á la tierra para que todos los corazones se abrasasen en él. Este fuego es el que ilustra el entendimiento, y nos hace ver todas las cosas como son en sí; y al mismo tiempo el que acalora los corazones mas frios, los abrasa en el amor de Dios, y les hace sobrepujar sin trabajo los mayores obstáculos. Todo es fácil á quien está abrasado con este fuego ardiente. En tal caso la virtud tiene atractivos que encantan; el Evangelio tiene máximas y consejos que agradan; nada hay mas lijero, nada hay mas dulce que el yugo del Señor. Este fuego divino es el que consume el orin, por decirlo así, de nuestras imperfecciones; el que quema los lazos del amor propio; el que dulcifica la amargura de las adversidades; el que modera las pasiones; el que purifica el alma. «Guardaos de estinguir el espíritu.» Porque este espíritu se estingue en el alma por el pecado; se estingue por la continuacion en la tibieza; por la infidelidad reiterada; por una tenaz resistencia á la gracia que concluye por sofocarla. ¡Qué desgracia entonces para el alma entregada á sí misma y á sus pasiones, privada de un ausilio tan poderoso, de una luz tan necesaria! La fé se debilita siempre, cuando este espíritu se debilita, y la corrupcion del corazon estingue en él muy pronto hasta la menor chispa de devocion. ¿Se busca la causa funesta de aquella pesantez, de aquella inaccion, de aquella flojedad, que se esperimenta en el servicio de Dios? Es muy temible que el orígen sea la estincion de este espíritu. ¿De dónde procede aquella diferencia de gusto, de sentimientos, de conducta, de cristiano á cristiano? ¡Con qué fervor, con qué facilidad, con qué alegría sirven los unos á Dios; con qué indiferencia, con qué frialdad, con qué tristeza y con qué disgusto desfallecen tantos otros en su servicio! ¡Qué diversidad de conducta entre las gentes de una misma familia, de una misma comunidad religiosa, de una misma sociedad! Una jóven es idólatra del mundo, no gusta mas que de sus máximas, no estima mas que sus leyes, no atiende mas que á sus placeres; mientras que su hermana encuentra estas mismas máximas y estos placeres enfadosos, insípidos, vacíos, y aun amargos é indignos de un corazon y de un espíritu cristiano; esta diferencia de sentimientos viene necesariamente de la oposicion de los espíritus que las animan. El espíritu del mundo es el que reina en aquella persona mundana, en tanto que la otra no está animada mas que del espíritu de Dios. ¿Cuál será, pues, la suerte y la eternidad destinada á estas dos personas?

El Evangelio de la misa está tomado del capítulo 17 de san Mateo.

In illo tempore: Assumpsit Jesus Petrum, et Jacobum, et Joannem fratrem ejus, et duxit illos in montem excelsum seorsùm: et transfiguratus est ante eos. Et resplenduit facies ejus sicut sol: vestimenta autem ejus facta sunt alba sicut nix. Et ecce apparuerunt illis Moyses et Elias cum eo loquentes. Respondens autem Petrus, dixit ad Jesum: Domine, bonum est nos hìc esse: si vis, faciamus hìc tria tabernacula, tibi unum, Moysi unum, et Eliæ unum. Adhuc eo loquente, ecce nubes lucida obumbravit eos. Et ecce vox de nube, dicens: Hìc est Filius meus dilectus, in quo mihi benè complacui: ipsum audite. Et audientes discipuli, ceciderunt in faciem suam, et timuerunt valdè. Et accessit Jesus, et tetigit eos, dixitque eis: Sur-

En aquel tiempo: Tomó Jesus en su compañía á Pedro, á Santiago y á Juan su hermano, y los llevó á la cima de un monte muy encumbrado, y se trasfiguró delante de ellos. Su rostro apareció resplandeciente como el sol; y sus vestidos se pusieron blancos como la nieve. Inmediatamente se les aparecieron Moisés y Elías hablando con él. Tomando Pedro la palabra, dijo á Jesus: Señor, bueno es que nos quedemos aquí; si quereis, hagamos aquí tres tiendas, una para vos, otra para Moisés, y otra para Elías. Aun estaba hablando, cuando una nube luminosa los envolvió, y luego salió de la nube una voz que decia: Este es mi Hijo muy amado, en quien yo he encontrado todas mis delicias; oidle á él. Al oir

gite, et nolite timere. Levantes autem oculos suos, neminem viderunt, nisi solum Jesum. Et descendentibus illis de monte, præcepit eis Jesus, dicens: Nemini dixeritis visionem, donec Filius hominis à mortuis resurgat.

estas palabras, los discípulos llenos de espanto cayeron con el rostro contra el suelo. Llegándose á ellos: Jesus, les tocó y les dijo: Levantaos, y no tengais miedo. Entonces levantando los ojos vieron que Jesus estaba solo. Y cuando bajaban del monte les intimó Jesus este precepto, y les dijo: A nadie digais lo que habeis visto, hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos.

MEDITACION.

Sobre que no podemos ser felices ni aun en esta vida, sino estando con Jesucristo.

Punto primero.—Considera que hace ya mucho tiempo que se busca inútilmente el ser felices sobre lá tierra, porque la felicidad, aun la de esta vida, no es fruto de la tierra en que habitamos. Desde la maldicion que trajo sobre ella el pecado del primer hombre, no lleva mas que abrojos ni produce mas que espinas. La amargura está esparcida en todos sus frutos. En efecto, el mundo, aunque magnífico en sus promesas, no ha podido hacer hasta aquí mas que desgraciados. Los mejor librados, los que han sacado mas parte de los bienes de esta vida, son aquellos que conocen mas el vacío de todos los bienes criados; Salomon, el mas rico, el mas dichoso, el mas poderoso de todos los príncipes, confiesa ingenuamente su indigencia. En medio de la abundancia misma, y de la mas floreciente y mas continuada prosperidad, no puede ménos de confesar que todo ello no es mas que ilusion y vanidad. Para ser feliz es preciso que el corazon esté tranquilo, que esté contento, que todo en él esté en calma; y esta paz del corazon no puede ser un presente del mundo: en medio de los bienes, de los honores y de los placeres, es donde se goza ménos quietud: solo Jesucristo es el que puede mandar á las olas y á los vientos. Las pasiones son los tiranos del corazon del hombre, la prosperidad las hace fieras, se fortifican con la edad, y nunca son tan violentas como cuando la edad nos debilita y han decaido nuestras fuerzas. La abundancia de los bienes criados es una fuente fecunda de cuidados y de inquietudes; la multiplicidad de los placeres es necesariamente una necesidad siempre progresiva de disgustos y de pesadumbres; no hay ninguno, cualquiera que sea, que no esté empapado en amargura. Los hombres lisonjean, pero no deslumbran mas que á aquellos que los ven en otro. Qué de nieblas, qué de tiempos sombríos, qué de tempestades aun hasta sobre el trono; en una palabra, las cruces nacen en todas partes; ningun estado, ninguna condicion hay en el mundo, ningun particular, ninguna familia que estén exentos de ellas; tal vez son mas abundantes en donde hay mas comodidades. Si se las quiere arrancar se pica uno con sus espinas, y como todo está sembrado de ellas, si se arranca una, se ven muy pronto nacer otras muchas. ¿Queremos ser felices? Es preciso apartarse del tumulto; no basta, es preciso subirse á la cima de una alta montaña; y porque á todas partes nos llevamos á nosotros, y con nosotros llevamos á todas partes la fuente y la causa de todas nuestras penas, esto es, nuestro natural, nuestro humor, nuestras pasiones, nuestras disposiciones, nuestro amor propio, si Jesucristo no está con nosotros para apaciguar los vientos, para sosegar la mar, para producir la calma, en todas partes somos desgraciados.

Punto segundo.—Considera que solo allí en donde se halla Jesucristo es en donde reina la calma, la paz y la abundancia. Si se halla en la barca agitada de los vientos y de las olas, no hay nada que temer; la calma viene desde el momento en que él se muestra. Si se halla en un desierto estéril, acompañado de una multitud innumerable de pueblos, sin otra provision que cinco panes, no tiene mas que bendecirlos y los multiplica hasta quedar muchas canastas de sobra, despues de satisfecha la multitud. Si los discípulos se ven oprimidos de temor y de perplejidades, no es necesario mas que el que se les aparezca anunciándoles la paz, y se la da y les tranquiliza. En fin, si sube sobre la cima de una alta montaña, aunque no hable mas que de su pasion y de las humillaciones de su muerte, aunque los Apóstoles estén abrumados de tristeza y de pesar, no necesita mas que hacer que aparezca un débil rayo de su gloria para hacer de aquel lugar escarpado, solitario y espantoso, un paraiso en la tierra, y para colmar á todos los que están con él de tantas dulzuras, que esclamen: que ya no hay que pensar en ir á buscar la dicha y la felicidad á otra parte, y que se tendrian por dichosos en permanecer eternamente allí donde están, con tal que Jesucristo permaneciese tambien allí. Por mas que se acumulen tesoros sobre tesoros, se reunan todos los placeres, y se multipliquen los honores todos del mundo, todos estos encantos son esteriores; el corazon no está ménos sujeto á sus pesadumbres, ni ménos entregado á sus inquietudes mortales; á lo mas no es otra cosa que una víctima cubierta de flores en la víspera de ser inmolada. Solo el pensamiento de la muerte turba todas las fiestas, y empapa de una amargura cruel todos los placeres. Solo pertenece al servicio de Dios el hacer que desaparezcan todas estas nieblas; no hay mas que el amor que se tiene á Jesucristo, y que Jesucristo nos tiene á nosotros, que produzca las dulzuras de la paz que el hombre carnal no puede comprender. Esta paz dulce de que goza el alma, es un gusto anticipado de los regocijos del cielo; comparad la modestia, la dulzura inalterable de las gentes buenas, con el humor siempre fastidioso, arrebatado y sombrío de los mas dichosos del siglo. Se derraman lágrimas á los piés de un Crucifijo; pero ¡qué alegría, qué dulzura encierran estas lágrimas! Se derraman en el mundo, son inagotables las fuentes de donde nacen entre los mundanos; y ¡qué amargura, qué angustia, inseparable de todos estos llantos, tanto mas amargos, cuanto mas secretos y mas estériles! Búsquese, estúdiese, consúmanse los hombres por hallar ni aun una sombra de felicidad sobre la tierra; no puede decirse, yo soy feliz, sino en tanto que estoy con Jesucristo.

Hacedme, Señor, sensible esta verdad por mi esperiencia. Yo veo todo mi bien, ó Dios mio, en unirme á vos.

Jaculatorias.—Mi alma se une á vos, Señor, y vuestra diestra me protege. (Psalm. 62.)

Sí, Dios mio, yo reconozco que toda mi felicidad con-

siste en unirme á vos, y en poner en vos mi esperanza. (Psalm. 72.)

PROPÓSITOS.

1 Es estraño que despues que se confiesa, y que se conoce que los bienes criados, los honores y los placeres no pueden hacer á un hombre dichoso sobre la tierra, no se busque en otra cosa que en ellos la felicidad; ó que habiéndola encontrado no se fije allí la ambicion, los deseos y la fortuna. Este estado tan dichoso, y único á propósito para hacer dichosos á los hombres, es el estado de un verdadero cristiano que guarda los mandamientos de Dios, que es verdadero discípulo de Jesucristo, y que regla su conducta sobre las máximas del Evangelio. No tengais otro deseo, otra ambicion que fijaros en este estado. Nuestra felicidad, por decirlo así, depende de nosotros, puesto que en nosotros consiste ser tales como debemos ser. Persuadidos que solo en la escuela de Jesucristo es en donde se aprende la ciencia de los santos, estudiad con aplicacion y con constancia en esta escuela. Solo en el servicio de Dios es uno dichoso; no tengais, por decirlo así, otro señor. Imponeos una ley de seguirle, de escucharle, y de obedecerle. Sed fieles discípulos suyos, y no dejareis de ser dichosos.

2 Toda la majestad de Jesucristo se halla en la divina Eucaristía. Allí está como trasfigurado bajo las apariencias de pan, de un modo á la verdad diferente que sobre el Tabor, pero tan realmente como sobre aquella montaña. Allí no se encontraron mas que los tres apóstoles privilegiados; nosotros podemos todos, en alguna manera, tener el mismo privilegio á los piés de los altares. Id con frecuencia á hacer estacion al lugar santo, con una fé viva y una devocion perseverante. Jesus os comunicará allí parte de sus dulzuras, y aun se puede decir, de su gloria, comunicándose á vuestra alma, con tal que halle en vosotros un corazon cristiano. Podeis decirle allí con tantas almas fieles: ¡qué bueno es el estar aquí! No paseis ningun dia sin ir á visitarle por lo ménos media hora. Muy pronto esperimentareis cuán dulce es el estar de continuo á los piés de Jesucristo.

DOMINGO SEGUNDO DE CUARESMA.

Este segundo domingo de Cuaresma ha sido vacante por espacio de muchos siglos en la Iglesia; esto es, ha estado sin oficio particular, porque el del sábado precedente, que era estraordinariamente largo á causa de la ordenacion, ocupaba á los fieles toda la noche; de suerte que muchas veces no se acababa la misa hasta la salida del sol. Esto es lo que ha hecho decir á muchos, que las oraciones y las ceremonias de la ordenacion, la cual no comenzaba hasta despues del oficio de las cuatro témporas, esto es, el sábado por la tarde, y á las que asistian todos los fieles, era el verdadero oficio del segundo domingo de Cuaresma. El ayuno del sábado duraba hasta el domingo por la mañana; y desde la comida del ayuno del viernes, hasta la mañana del domingo, se pasábá sin tomar nada. Habiéndose hecho en lo sucesivo dañoso á la salud de muchos la fatiga de este doble ayuno, junta á la de la vigilia de toda la noche y á la de la ordenacion, la Iglesia, esta buena Madre, siempre atenta á las necesidades aun corporales de sus hijos, redujo las ordenaciones á los sábados de las cuatro témporas, dejando por consiguiente libre todo el oficio del domingo. Esta nueva disposicion dejó al segundo domingo de Cuaresma en un vacío, por decirlo así, que fué necesario llenar con un oficio particular. Por de pronto se contentó con repetir el oficio y la misa del sábado precedente, quitando las lecciones del antiguo Testamento, y así permaneció hasta algunos años ántes de establecer una uniformidad en el oficio. En algunas iglesias se observó todavía algun tiempo el uso que se practicaba en Francia, de leer la parábola del Hijo pródigo para el Evangelio de la misa del dia; en otras partes se adoptó del oficio del jueves precedente el Evangelio de la Cananea; y esto es lo que indica el uso que aun se sigue en algunas iglesias antiguas de predicar hoy el Evangelio de la Cananea con preferencia al Evangelio del dia. Por último, todos se han convenido en la eleccion del Evangelio del sábado precedente, el cual contiene la historia de la trasfiguracion. La Iglesia de Milan guarda todavía su antigua costumbre de leer en la misa de este dia el Evangelio de la Samaritana. Tambien se llamó comunmente este segundo domingo «Reminiscere,» tomado de la primera palabra del introito de la misa.

Este introito está tomado del salmo 24, que como hemos dicho ya, fué compuesto por el santo profeta Rey cuando la rebelion de su hijo Absalon le obligó á salir de Jerusalen y salvarse á pié abandonado casi de todo el mundo. El Espíritu Santo se sirvió de esta afliccion y de esta humillacion para inspirarle los mas devotos y mas interesantes sentimientos de penitencia, y una confianza la mas viva en la misericordia de Dios: tambien hallamos en todo este salmo la oracion mas cristiana que puede hacer un pecador, principalmente cuando se halla mas combatido de los enemigos de la salud.

Acordaos, Señor, de vuestras antiguas misericordias, de aquellas misericordias que tantos siglos hace ejercitais; no permitais que caigamos jamás bajo el poder de los enemigos de nuestra salvacion. Libradnos, Dios mio, de todos los peligros que nos amenazan. San Agustin traduce estas últimas palabras de este modo: Libradme, ó Dios de Israel, de todos los motivos de mis aflicciones. En todo este salmo David pondera y exalta la misericordia del Señor como el motivo principal de su confianza en él, á pesar del número y la gravedad de sus pecados. Considera el Profeta la misma gravedad de su pecado como un motivo particular de su grande confianza: «Me perdonarás mi pecado, porque es muy grande.» Como si dijera: Vuestra misericordia, Señor, es infinita, y me atrevo á decir que no hay nada que os haga tanto honor, y que dé una idea mas alta de vuestra grandeza infinita y de vuestro poder sin límites, como vuestra escesiva bondad. Tampoco hay por lo mismo cosa alguna mas á propósito para que brille esta bondad, que el perdon que me concedereis de todos mis pecados, por grande que sea su número. Es bien claro que lo que ha obligado á todos los profetas, y singularmente á David en los salmos á admirar y exaltar sin cesar con espresiones enfáticas la misericordia de Dios sobre todos sus atributos, es el haberse dignado hacerse hombre para rescatar á los hombres por su muerte de cruz. En efecto, la encarnacion y la redencion son misterios incomprensibles; pero muy á propósito para escitar nuestra confianza y nuestro arrepentimiento.

Con respecto á la Epístola que se ha aplicado al nuevo oficio de este domingo, no se ha creido oportuno el repetir la del oficio del sábado precedente; pero se ha tomado

un asunto semejante entre las instrucciones que san Pablo da á los Tesalonicenses en la misma carta para enseñar á los fieles á vivir santamente en el mundo, y adelantarse en los caminos de la perfeccion. Os suplicamos, dice el Apóstol, y os conjuramos por el amor de Jesucristo, que marcheis sin cesar ni aflojar en lo mas mínimo por los caminos de Dios, y en la exacta observancia de sus mandamientos, para que así le agradeis siempre como os lo hemos enseñado. No basta haber comenzado bien, es preciso perseverar y adelantar mas cada dia. Vosotros sabeis cuáles son los preceptos que os hemos intimado de parte de Dios, y lo que él espera de vuestra fidelidad en su servicio. ¡Qué verdad mas consoladora y mas á propósito para animar vuestro zelo hácia vuestra perfeccion, que saber que nada desea Dios tanto como vuestra santificacion! No hay uno entre vosotros al cual no llame Dios á la santidad. Tal fué su designio cuando os llamó á su servicio; y por esto el divino Salvador exhorta en tantos parajes á todos los cristianos á que vivan de una manera tan pura, tan santa, tan irreprensible, de una manera, en suma, digna de su vocacion. Absteneos de toda impureza: la menor culpa contra esta delicada virtud mancilla el alma y la hace horrible á los ojos de Dios. Acordaos, continúa, que vuestros cuerpos son los templos del Espíritu Santo; no los profaneis con la mas pequeña mancha. Un cristiano debe tener una especie de veneracion y de respeto á su cuerpo como miembro que es de Jesucristo. ¿No sabeis, dice el mismo Apóstol á los de Corinto (1. Cor. 6.), que vuestros cuerpos son miembros de Jesucristo? ¿Ignorais que vosotros mismos sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? (1. Cor. 3.) ¡Qué crímen el arrojarle de él por una profanacion sacrílega! No sigais el ejemplo de los paganos que no tienen mas regla para obrar que sus pasiones, de las cuales son esclavos. Nadie use de violencia ni de superchería con respecto á su hermano, en cualquiera negocio que sea, y cualquiera que sea la razon para ello, porque dice: El Señor es á quien toca la venganza de estas cosas. La rectitud y la buena fé deben formar en parte el carácter de los cristianos. ¿Qué se gana con el disimulo y los artificios? Los hombres que no ven el corazon pueden ser sorprendidos por las apariencias; pero Dios penetra el fondo del corazon (Psalm. 7.), descubre todos nuestros artificios. (1. Reg. 17.) Dios no nos ha llamado para que seamos impúdicos, sino para que lleguemos á ser santos. ¡Qué glorioso es para nosotros este fin!

Como el Evangelio de la misa de este dia es el mismo que el de la del precedente, no se repite aquí la historia de la trasfiguracion del Salvador del mundo, contentándonos con añadir algunas reflexiones sobre este misterio.

Se entiende por la trasfiguracion del Salvador aquella mutacion milagrosa que obró Jesucristo sobre su cuerpo, en presencia de san Pedro, de Santiago y de san Juan sobre la montaña del Tabor, en donde apareció con el esplendor brillante de su gloria, en medio de Moisés y de Elías, con quienes conversó algun tiempo acerca de la ignominia de su muerte. La gloria de que gozaba el alma de Jesucristo desde el primer instante de su encarnacion debia naturalmente pasar á su cuerpo, y solo un milagro continuo tenia suspendida y como retenida esta gloria dentro de su alma, para que no apareciese nada de ella sobre su cuerpo durante todo el curso de su vida mortal. El fin que se habia propuesto en su encarnacion, y la eleccion que desde la eternidad habia hecho de rescatar á los hombres por las humillaciones de su pasion, y por la ignominia de la cruz, exigian este milagro. Si durante su vida hubiese resaltado esta gloria en su cuerpo, ¿se hubiera jamás pensado en maltratarle? ¿se hubieran nunca atrevido á crucificar al Señor de la gloria? Jesucristo sobre la montaña en el dia de su trasfiguracion hizo que cesase por algunos momentos este milagro. Dejó salir sobre su cuerpo algunos rayos de aquella gloria de que su alma gozaba. Su rostro y todo su cuerpo apareció entonces mas resplandeciente que el sol, y sus vestidos mas brillantes y mas blancos que la nieve. El brillo que salia de todo su cuerpo era tan estraordinario que deslumbrados los apóstoles, y no pudiéndolo sufrir con sus ojos, se echaron á tierra con el rostro contra el suelo. Parecia haber caido el sol sobre la cima de aquella montaña, y si esto hubiese sucedido en la noche mas oscura, el esplendor del cuerpo de Jesucristo la hubiera convertido en el dia mas brillante. La trasfiguracion del Salvador fué como un preludio de la gloria con que poco tiempo despues debia ser glorificado, y el testimonio que dió en este dia el Padre Eterno de la divinidad de su Hijo, en quien desde la eternidad tenia sus mas caras delicias, hace este misterio uno de los mas interesantes y de los mas instructivos de la religion cristiana.

Santo Tomás prueba que era conveniente que Jesucristo se transfigurase para hacer así mas incontrastables la fé y la esperanza de los apóstoles. La una y la otra debian verse espuestas á pruebas estrañas á vista de los oprobios, de los sufrimientos y de la muerte ignominiosa del Salvador. Los apóstoles ántes de la venida del Espíritu Santo no tenian mas que una idea grosera de la religion. Su fé era muy imperfecta, y su esperanza muy débil. Los milagros que hacia el Hijo de Dios eran un motivo poderoso de credibilidad; pero al fin, un Moisés, un Elías, y tantos otros profetas sin ser Dios, habian hecho milagros semejantes; era necesario alguna cosa mas estraordinaria que fuese una prueba visible de su divinidad, y que les diese una idea mas justa de la felicidad eterna que debia ser su recompensa; y esto es lo que se halla sensiblemente en la transfiguracion del Salvador.

Jesucristo llevó consigo á san Pedro, dice san Juan Damasceno, porque debia ser el pastor de la Iglesia universal; y porque habia ya confesado la divinidad del Salvador, dócil á las luces que habia recibido del Eterno Padre. Llevó á Santiago, porque debia ser el primero entre los apóstoles que firmaria con su sangre la divinidad de su divino Maestro; en fin, llevó á san Juan como el que entre sus evangelistas debia publicar de una manera mas clara y mas precisa su divinidad. El Verbo, dice al comenzar su Evangelio, era ya en el principio; el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. Mas si Jesucristo les hace testigos de su gloria en el Tabor, quiere que tambien lo sean de su agonía en el huerto de los Olivos. El Salvador no da parte de sus dulzuras sino á aquellos que toman parte en las amarguras de su pasion.

Separadamente, y sobre una montaña muy elevada, hace Jesucristo á los discípulos testigos de su transfiguracion. Así es como se descubre aun todos los dias á las almas fieles que atrae al retiro, y que por medio de la oracion se elevan sobre los objetos criados. Aquellas almas flojas que toda su vida andan arrastrando por la tierra,

son indignas de estos favores celestiales que Dios no hace sino á aquellos que aspiran á la perfeccion de la virtud. El cuerpo desfigurado hoy, abatido, consumido por los rigores de la penitencia, brillará como un sol por toda una eternidad. Este pensamiento es el que sostiene entre los rigores de una vida austera á tantos cristianos fervorosos, á tantos santos religiosos. Las dulzuras espirituales, aun en esta vida, son frutos de la cruz. En medio de aquella gloria que resalta por todas partes, en medio de aquel dia brillante que puede llamarse un dia de triunfo para la sagrada humanidad de Jesucristo, este divino Salvador no habla mas que de las humillaciones de su muerte y de sus tormentos; toda la gloria, pues, de un cristiano sobre la tierra debe consistir en la mortificacion y en las cruces, decia el Apóstol. Jesucristo prohibe á los testigos de su gloriosa transfiguracion, el que hablen de ella hasta despues de su resurreccion: tanto temia el impedir su pasion por la publicacion de esta maravilla. ¡Cosa admirable! Jesucristo para hacer brillar su gloria, escoge una montaña retirada; lleva consigo muy pocos testigos; y todavía les previene que guarden silencio sobre lo que han visto. Mas cuando se trata de sufrir una muerte vergonzosa, elige una montaña espuesta á la vista de toda Jerusalen. Así confundís ¡oh Salvador mio! nuestro orgullo con vuestro ejemplo.

La oracion de la misa de este dia es como sigue;

Deus, qui conspicis omni nos virtute destitui: interius exteriusque custodi: ut ab ominibus adversitatibus muniamur in corpore, et a pravis cogitationibus mundemur in mente. Per Dominum...

O Dios, que veis que no tenemos fuerza alguna de nosotros mismos, guardadnos interiormente, á fin de que seamos preservados de todas las adversidades que puedan afligir el cuerpo, y de todos los malos pensamientos que pueden manchar el alma. Por nuestro Señor, etc.

La Epístola está tomada de la primera carta del apóstol san Pablo á los Tesalonicenses, cap. 4.

Fratres: rogamus vos et obsecramus in Domino Jesu: ut quemadmodum accepistis a nobis, quomodò oporteat vos ambulare, et placere Deo, sic et ambuletis, ut abundetis magis. Scitis enim quæ præcepta dederim vobis per Dominum Jesum. Hæc est enim voluntas Dei, sanctificatio vestra: ut abstineatis vos a fornicatione, ut sciat unusquisque vestrum vas suum possidere in sanctificatione et honore; non in passione desiderii, sicut et Gentes, quæ ignorant Deum: et ne quis supergrediatur, neque circumveniat in negotio fratrem suum: quoniam vindex est Dominus de his omnibus, sicut prædiximus vobis, et testificati sumus. Non enim vocavit nos Deus in inmunditiam, sed in sanctificationem, in Christo Jesu Domino nostro.

Hermanos mios: os rogamos y os conjuramos por el Señor Jesus, que os conduzcais de modo que os hagais agradables á Dios, segun habeis aprendido de nosotros que conviene hacerlo, de suerte que os aprovecheis mas y mas. Sabeis bien cuáles son los preceptos que os he intimado en nombre del Señor Jesus. Porque la voluntad de Dios es que os hagais santos: que os abstengais de la fornicacion: que cada uno sepa usar de su cuerpo santamente y con respeto, no segun el desarreglo de la concupiscencia, como lo hacen los gentiles que no conocen á Dios: que ninguno use de violencia ni de supercheria con su hermano, en cualquiera negocio que sea; porque, como os lo hemos dicho ya, y testificado, el Señor es el vengador de todas estas cosas. Así que Dios no os ha llamado para que seais impúdicos, sino para que llegueis á ser santos en Jesucristo nuestro Señor.

San Pablo continúa en este capítulo 4 de su carta á los tesalonicenses dándoles preceptos de moral, y exhortándoles á que vivan en la piedad como habian comenzado; sobre todo á que vivan castamente, y eviten toda suerte de inmundicias y de impureza.

REFLEXIONES.

«La voluntad de Dios es que os hagais santos.» Dios quiere que nos hagamos santos; ¿en quién consiste que no lo seamos? Dos voluntades es preciso que concurran necesariamente á nuestra santidad; la de Dios, sin cuya gracia y ausilio no podríamos salvarnos; y la nuestra, sin la que no podríamos trabajar en nuestra salvacion. Todos fueron convidados por el padre de familias al banquete que les habia preparado, pero ninguno se halló en él de cuantos se escusaron. Dios no fuerza á nadie, no da su paraiso mas que á aquellos que le quieren, ni quiere en su servicio mas que gentes que le sirvan por amor. Desde que crió Dios las criaturas racionales, las ha dejado libres, sobre todo órden á la salvacion. Habiéndolas dotado de conocimientos, de discernimiento, y de una fuerte é inenajenable inclinacion á ser felices, ha querido que ellas lo fuesen; se ha contentado, dice el Sabio, con presentarlas el agua y el fuego, la vida y la muerte, una felicidad eterna y una eternidad desgraciada, y las ha dejado la eleccion. ¿Podia temer que hallasen dificultad en la eleccion, que estuviesen perplejas para deliberar sobre ella, y que amándonos naturalmente tanto como nos amamos, pudiésemos engañarnos en esto? ¿Podia Dios asegurar mas la salvacion eterna de las personas libres, que haciéndola depender de su eleccion? Hubiera sido arriesgado, lo confieso, hacer depender nuestra salvacion del mejor de nuestros amigos; del mas afecto de nuestros parientes; de un padre, de una madre los mas tiernos; hubiera sido fundado el temor; hay intervalos de frialdad; hay altos y bajos en la mayor cimentada amistad; no podemos contar con nada, no hay sobre qué fijarse cuando depende una cosa de la voluntad, del humor, del capricho de otro. Pero Dios no podia hacernos ménos incierta nuestra salud, que haciendo él mismo todos los gastos para ella, y dejándola dependiente de nuestra propia voluntad: sin embargo este negocio tan importante de nuestra salud se desgracia por la culpa, por la estravagancia, por la malicia de nuestra propia voluntad. Dios quiere verdaderamente, Dios quiere sinceramente que seamos santos; y á todos no nos agrada el serlo: Dios quiere que evitemos el fuego del infierno, que no habia encendido mas que para los ángeles rebeldes; y á nosotros nos agrada ser condenados: Dios quiere que no carezcamos de ninguno de los medios necesarios para lle-

gar á nuestra patria celestial; y nosotros porque se nos antoja, hacemos por ser desterrados de ella: Dios no cesa de ofrecernos su amistad, aun despues de habernos rebelado contra él, y haberle desobedecido; y nosotros no cesamos de incurrir en su desgracia por nuestros pecados. Cuando se reflexiona sobre esta verdad, nuestro espíritu se alarma; parece increible; sin embargo, conoceremos por toda una eternidad que nada ha habido mas cierto.

El Evangelio de la misa es tomado del cap. 17 de san Mateo.

In illo tempore: Assumpsit Jesus Petrum, et Jacobum, et Joannem fratrem ejus, et duxit illos in montem excelsum seorsum: et transfiguratus est ante eos. Et resplenduit facies ejus sicut sol: vestimenta autem ejus facta sunt alba sicut nix. Et ecce apparuerunt illis Moyses et Elias cum eo loquentes. Respondens autem Petrus, dixit ad Jesum: Domine, bonum est nos hìc esse: si vis, faciamus hìc tria tabernacula, tibi unum, Moysi unum, et Eliæ unum. Adhuc eo loquente, ecce nubes lucida obumbravit eos. Et ecce vox de nube, dicens: Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi benè complacui: ipsum audite. Et audientes discipuli, ceciderunt in faciem suam, et timuerunt valdè. Et accessit Jesus, et tetigit eos, dixitque eis: Surgite, et nolite timere. Levantes autem oculos suos, neminem viderunt, nisi solum Jesum. Et descendentibus illis de monte, præcepit eis Jesus, dicens: Nemini dixeritis visionem donec Filius hominis à mortuis resurgat.

En aquel tiempo: Tomó Jesus en su compañía á Pedro, á Santiago, y á Juan su hermano, y los llevó á la cima de un monte muy encumbrado, y se transfiguró delante de ellos. Su rostro apareció resplandeciente como el sol; y sus vestidos se pusieron blancos como la nieve. Inmediatamente se les aparecieron Moisés y Elías hablando con él. Tomando Pedro la palabra, dijo á Jesus: Señor, bueno es que nos quedemos aquí: si quereis, hagamos aquí tres tiendas, una para vos, otra para Moisés, y otra para Elías. Aun estaba hablando, cuando una nube luminosa los envolvió, y luego salió de la nube una voz que decia: Este es mi Hijo muy amado, en quien yo he encontrado todas mis delicias; oidle á él. Al oir estas palabras, los discípulos llenos de espanto, cayeron con el rostro contra el suelo. Llegándose luego á ellos Jesus, les tocó y les dijo: Levantaos, y no tengais miedo. Entonces, levantando los ojos, vieron que Jesus estaba solo. Y cuando bajaban del monte, les intimó Jesus este precepto, y les dijo: A nadie digais lo que habeis visto, hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos.

MEDITACION.

Sobre el misterio de la transfiguracion.

Punto primero.—Considera que el primer designio del Salvador mostrándose á sus apóstoles revestido de gloria, y despidiendo resplandores de luz, fué el hacerles ver un rayo de aquella gloria que tenia oculta bajo el velo de su cuerpo mortal, y de la que preparaba en su reino para los que se dedicaren á su servicio. Queria tambien animarles á llevar la cruz, y enseñarles que Dios alguna vez, aunque de paso, hace gustar á los santos aun en este mundo las dulzuras y alegrías del otro. Así es que la vida de los que siguen á Jesucristo es á la verdad una cruz; pero una cruz que hacen agradable los consuelos celestiales, y las delicias del espíritu, verificándose lo que él mismo dice, que su yugo es suave y su carga lijera. ¿Despues de esto tendremos dificultad de consagrarnos al servicio de un Señor tan liberal, sabiendo que gozaremos un dia de él en su gloria, y que tal vez nos dará desde ahora algun gusto anticipado de la felicidad que nos prepara en el cielo?

Consideremos el modo con que el Salvador se trasfiguró. Fué permitiendo que la gloria de su alma, que habia siempre tenido oculta, brillase y se derramase por todo su cuerpo. No bien hubo aparecido, cuando se puso resplandeciente como el sol. El Evangelista hubiera dicho mas resplandeciente que el sol, si hubiese habido alguna cosa en el mundo mas luminosa á que hubiese podido compararla. Pero demos mil acciones de gracias á este divino Salvador, porque por amor nuestro ha privado hasta aquí á su cuerpo de la gloria que le era debida: hoy le hace justicia, dejándole gozar de su derecho, aunque solo por un poco tiempo, á fin de poder continuar la obra de nuestra salvacion. ¿Podia Jesucristo testificarnos mayor amor que el que nos manifiesta privando á su sagrado cuerpo de una gloria tan justa, tan grande, tan legítima, y esto con la sola mira de sacrificarle por nosotros en la cruz? ¡O mi divino Salvador, que no pueda yo renunciar por amor vuestro á todas las alegrías del mundo! ¡Cuán ventajosamente recompensado seria algun dia en la estancia de los bienaventurados!

Moisés y Elías aparecen á los lados del Salvador, como para dar testimonio de que en él era en quien se habian cumplido la ley y las profecías. La pasion y la muerte de este divino Redentor hicieron todo el asunto de su conversacion, como que era la grande obra y el fin de todas las maravillas que Dios habia de obrar en favor de su pueblo. ¡Buen Dios, qué de prodigios en uno! ¡qué de misterios en un solo misterio!

Punto segundo.—Considera cuál debe ser la gloria y la felicidad de los santos en el cielo, cuando algunos rayos de la de Jesucristo, sensibilizada solo por algunos momentos, colman á los que son testigos de ella, de una alegría tan pura, tan llena, tan inefable. Los tres apóstoles quedan absortos. Bien estamos aquí, esclama san Pedro en nombre de todos. ¿Qué cosa mejor nos podeis dar que esta? ¿Dónde podemos estar mejor? ¿Qué placer mas dulce ni mas esquisito, qué lleno de felicidad hallaremos en ninguna otra parte comparable con el que nos causa el brillo deslumbrador de vuestra gloria? Por mas súbito que fuese su trasporte de admiracion, de amor y de alegría, no por eso era ménos racional ni ménos justo. ¿Puede uno estar con Jesucristo, puede uno ser discípulo suyo, sin ser amado de él? ¿Y puede uno ser amado de Jesucristo sin esperimentar un contento, una alegría sensible? ¿Pero san Pedro piensa bien lo que dice, prevé los inconvenientes y las incomodidades de lo que propone? ¿Quién les pondrá á cubierto del rigor de las estaciones sobre aquella roca? ¿quién les alimentará en aquella espantosa soledad? ¿pero qué hay que temer cuando se está con Jesucristo? ¿qué

bien puede faltarnos cuando se posee la fuente de ellos? Con él es uno perfectamente feliz sobre la montaña, en la llanura, en el desierto: sin él es sobremanera desdichado, aun cuando uno estuviese en los palacios de los grandes, y sobre el trono. Pero no se habla mas que de cruces en su compañía, no se ambiciona otra cosa que las humillaciones, no se alimenta mas que con las adversidades; en ella debe uno mortificarse, huir del mundo, tener horror á sus máximas; pero esto mismo prueba que allí es donde uno es sólidamente dichoso. Porque en un estado tan aislado, en medio de todo lo que es contrario á los sentidos, de todo lo que incomoda tanto á la naturaleza, ¿quién puede causar una alegría tan inalterable, dulzuras tan suaves, ni contento tan colmado? Es preciso que la alegría sea muy sólida, que la dicha sea muy real, cuando es tan sensible y tan permanente en el retiro. ¿Se halla una tranquilidad semejante en el gran mundo? La felicidad es un fruto estraño, desconocido á las gentes del mundo, decimos nosotros mismos. Solo en el servicio de Dios y en seguimiento de Jesucristo, es en donde se le ve nacer, y en donde se gusta de ella á todo placer.

Concededme, Señor, por vuestra gracia, que yo haga constantemente la dulce esperiencia de ello; yo quiero estar inseparablemente con vos todo el tiempo de mi vida; comprendo por el misterio de vuestra gloriosa trasfiguracion, que es preciso estar léjos del tumulto, amar la mortificacion, vivir en el recogimiento y el retiro, para tener parte en vuestra gloria, y este es puntualmente el partido que yo tomo desde ahora.

Jaculatorias.—Sí, Dios mio, yo pongo toda mi felicidad en unirme á vos. (Psalm. 72.)

No hay verdadera desgracia sino al alejarse de vos, Dios mio. (Psalm. 72.)

PROPÓSITOS.

1 La separacion del gran mundo, la mortificacion y el retiro son absolutamente necesarios para gustar las dulzuras de las comunicaciones con Dios, y para sacar mucho fruto de la abstinencia y del ayuno. Si quereis hacerle útil, tomad estos medios. La soledad es amarga, es aun insoportable á los mundanos, porque necesitan del tumulto y de la disipacion para calmar los disgustos y los remordimientos interiores de que son víctimas. Vivid en la inocencia y amarcis el retiro; mortificad vuestros sentidos, y Dios os dará parte de las dulzuras que son el patrimonio de sus siervos. Huid las grandes reuniones y el gran mundo, sobre todo durante el tiempo de cuaresma, y vivid en el recogimiento si quereis gustar el fruto de la penitencia.

2 Una de las principales astucias del enemigo de la salvacion, durante este santo tiempo, es el hacer mas sensible y ménos dulce el fruto del ayuno por el trafago de los negocios temporales: no los descuideis, pero arregladlos de modo que no obsten para el negocio de la salud, ni impidan el recogimiento interior. Allí mismo en donde estais, tened un dia cada semana, por decirlo así, como de retiro. Jesucristo os hará gustar la dulzura que se halla en su servicio si vuestro corazon no está dividido entre él y el mundo su grande enemigo. Pasad hoy una media hora por lo ménos en la tarde delante del Santísimo Sacramento, considerando la dicha de los tres Apóstoles que fueron testigos de su trasfiguracion gloriosa. Observad esta práctica todos los domingos de Cuaresma, haciendo media ó una hora de oracion todas las tardes.

LUNES SEGUNDO DE CUARESMA.

La misa de este dia comienza por estas palabras del salmo 25: Tened misericordia de mí, Señor, y libradme de mis enemigos, porque yo he seguido siempre el camino recto de vuestros mandamientos, y yo espero que no cesaré nunca de alabar vuestras misericordias en las asambleas de los justos. David, perseguido por Saul, se habia refugiado entre los filisteos ó entre los moabitas. Sus enemigos se aprovecharon de esta retirada para publicar mil calumnias contra él. Decian altamente que era rebelde á su príncipe é infiel á su Dios; que habiéndose retirado entre los infieles tomaba parte en sus supersticiones, en sus impiedades y aun en su idolatría, y que por tanto debia ser proscripto para siempre. David vivamente conmovido por una calumnia tan negra, no recurre mas que á Dios poniéndole por testigo de su inocencia, y pidiéndole justicia contra sus enemigos. Los buenos pueden aplicarse este salmo cuando se ven perseguidos por los malos, y servirse de él como de una santa oracion muy á propósito para obtener la paciencia y un nuevo esfuerzo en las adversidades.

La Epístola de la misa de este dia contiene una parte de la fervorosa oracion que el profeta Daniel hizo á Dios ántes que el arcángel Gabriel le descubriese el tiempo preciso de la venida del Mesías y de la entera ruina de Jerusalen, en el fin de las setenta semanas de años. Este Profeta, conmovido de las desgracias de su nacion, se sirve de todos los motivos que cree á propósito para apaciguar el enojo de Dios, y para lograr que concluyese la larga cautividad en que gemia su pobre pueblo habia ya setenta años. La sola lectura de esta Epístola ofrece un modelo perfecto de la oracion mas viva, mas enérgica, mas interesante y mas patética que puede hacerse á Dios en una calamidad pública y en el tiempo de los mayores azotes. Oidnos, Señor: aplacad Señor vuestro enojo: fijad en nosotros vuestros ojos y obrad. No lo dilateis mas, Dios mio, por amor de vos mismo; porque esta ciudad y este pueblo son vuestros, y tienen la gloria y la ventaja de pertenecéros de un modo mas especial que el resto de las naciones de la tierra. No lleven en vano el nombre de pueblo de Dios. Apartad, Dios de misericordia, vuestro enojo y vuestra indignacion de vuestra ciudad de Jerusalen y de vuestra montaña santa. Porque es verdad, yo lo confieso, que Jerusalen y vuestro pueblo son hoy el oprobio de todas las naciones que nos rodean, á causa de nuestros pecados y de las iniquidades de nuestros padres. Pero yo me atrevo á decir lo que es contra vuestro honor y vuestra gloria, el que los enemigos de vuestro santo nombre tengan la maligna satisfaccion y se glorien de haber arruinado para siempre vuestro santo templo; dignaos, Señor, oirnos, y dejaos ablandar por nuestras lágrimas, por nuestros gemidos y por nuestros votos, etc.

El Evangelio requiere una oracion semejante. En él se refieren las terribles imprecaciones que Jesucristo hacia á los judíos por su impenitencia, y la amenaza espantosa de abandonarlos y dejarlos morir en su pecado, porque se obstinaban en no quererle reconocer despues de to-

das las señales que les daba de su mision y de su divinidad.

El Salvador acababa de representar á los judíos el daño que se hacian con su tenaz obstinacion y su endurecimiento en el pecado, y el castigo terrible que iban á atraer sobre sí por su impenitencia: Hace ya cerca de tres años que nada omito para convenceros de la verdad por mis milagros, para convenceros por mis palabras, para convertiros por mis inspiraciones y por las piadosas solicitaciones de la gracia, y nada puede ablandar vuestros corazones y haceros dóciles á mi voz. «Yo me voy;» yo estoy ya al punto de dejaros; el pertinaz abuso que haceis de mi gracia me obliga á abandonaros á vuestra triste suerte y á callar. No me vereis mas entre vosotros; no os solicitaré mas por las vigorosas inspiraciones, por las invitaciones amorosas, por las dulces impresiones de la gracia. Vuestra resistencia á todas mis instrucciones tan saludables y á todas mis solicitaciones interiores han cansado en fin mi paciencia. Yo soy la luz que he venido á ilustraros, y vosotros os obstinais en cerrar los ojos á ella; yo soy el camino que conduce á la vida, y vosotros tercos rehusais el entrar en él; yo mismo soy la verdad; y vosotros no quereis escucharme ni creerme: esta luz se os va á quitar, no hallareis mas este camino, y la verdad que no cesaba de hablaros y de instruiros va á callar. Vosotros conocereis un dia, pero demasiado tarde, el tesoro que poseiais, y de que no os habeis querido servir: dentro de poco caereis en la desesperacion por no haberme querido obedecer ni seguir: me buscareis entonces y morireis en vuestro pecado, en el cual habeis vivido. Los judíos han esperimentado demasiadamente la verdad de este oráculo: pero ¡cuántos cristianos lo esperimentan aun todos los dias! Dios habla interiormente al pecador; no cesa de reprenderle sus desarreglos, su impiedad, su poca fé, su libertinaje. Dios habla por medio de los remordimientos de la conciencia, por el temor del juicio último, por los espantos de la muerte, por accidentes funestos y sorprendentes, por revoluciones que abruman. Dios habla por los oradores sagrados, por los libros de piedad, por ciertos movimientos piadosos, deseos aunque pasajeros de conversion; por aquellas inspiraciones secretas que son el lenguaje de la gracia. En fin, Dios habla por las aflicciones y las enfermedades y tambien por la prosperidad. Y nosotros somos duros, insensibles á todos estos dardos. Dios se retira, calla, todas estas voces enmudecen despues de cierta continuacion de resistencia, despues de cierto abuso reiterado de las inspiraciones y las gracias; y si este Dios habla despues de esta última amenaza es para predecir á los pecadores obstinados que morirán en la impenitencia final, en su pecado. No hay nadie sobre la tierra, añade el Salvador, hablando á los judíos, que sea capaz de sacaros de este infeliz estado, ni de llevaros adonde yo voy. Esta palabra les sorprendió, dice san Juan, de suerte que se preguntaban los unos á los otros: ¿Qué quiere decir cuando dice que no podemos ir donde él vá? El Hijo de Dios, penetrando su pensamiento, les dió á entender que hablaba de la mansion de los bienaventurados en el cielo, del reino de los cielos, de la celestial Jerusalen, en donde está propiamente su reino, y que hubiera sido el de ellos si no se hubiesen desterrado de él voluntariamente, rehusando reconocerle por el Mesías. Pero ¿quién eres tú, le dijeron los judíos? Yo soy, les respondió Jesus, el que es ántes de todas las cosas, y por quien todas las cosas han sido hechas. Yo tengo muchas cosas que decir de vosotros, añade, y sobre qué condenaros; pero cuando hubiereis exaltado al Hijo del hombre, entonces conocereis quién es el que ahora os habla y á quien vosotros no quereis conocer. Vosotros conocereis despues de mi muerte en la cruz, que yo soy Dios: que en todo lo que yo hago, obro de concierto con mi Padre y conforme á su voluntad.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Præsta, quæsumus, omnipotens Deus: ut familia tua, quæ se, affligendo carnem, ab alimentis abstinet, sectando justitiam, à culpa jejunet. Per Dominum...

Haced, ó Dios omnipotente, que así como vuestros fieles para macerar la carne se abstienen de las viandas, se abstengan tambien de pecar, ejercitándose en obras de justicia. Por nuestro Señor, etc.

La Epístola es tomada del capítulo 9 del profeta Daniel.

In diebus illis: Oravit Daniel Dominum, dicens: Domine Deus noster, qui eduxisti populum tuum de terra Ægypti in manu forti, et fecisti tibi nomen secundum diem hanc: peccavimus, iniquitatem fecimus, Domine, in omnem justitiam tuam, avertatur obsecro ira tua, et furor tuus à civitate tua Jerusalem, et a monte sancto tuo. Propter peccata enim nostra, et iniquitates patrum nostrorum, Jerusalem et populus tuus in opprobrium sunt omnibus per circuitum nostrum. Nunc ergo exaudi, Deus noster, orationem servi tui, et preces ejus: et ostende faciem tuam super sanctuarium tuum, quod desertum est, propter temetipsum. Inclina, Deus meus, aurem tuam, et audi: aperi oculos tuos, et vide desolationem nostram, et civitatem, super quam invocatum est nomen tuum: neque enim in justificationibus nostris prosternimus preces ante faciem tuam, sed in miserationibus tuis multis. Exaudi, Domine: placare, Domine: attende et fac: ne moreris propter temetipsum, Deus meus; quia nomen tuum invocatum est super civitatem et super populum tuum, Domine Deus noster.

En aquellos dias hizo Daniel al Señor esta oracion: Señor Dios nuestro, que habeis sacado á vuestro pueblo del Egipto con mano poderosa, y que entonces os adquiristeis un nombre que dura hasta hoy: confieso que hemos pecado, que hemos cometido la iniquidad contra todos vuestros preceptos; pero yo os conjuro conforme á toda vuestra ira y vuestra justicia, que aparteis vuestro furor de vuestra ciudad de Jerusalen, y de vuestro monte santo; porque Jerusalen y vuestro pueblo son hoy el oprobio de todas las naciones que nos rodean, á causa de nuestros pecados y de las iniquidades de nuestros padres. Ahora, pues, escuchad, Señor Dios nuestro, los votos y la oracion de vuestro siervo, y haced que resplandezca vuestro rostro sobre vuestro santuario que está desierto, y hacedlo por vos mismo. Dignaos, ó Dios mio, inclinar vuestros oidos á nosotros, y escucharnos. Abrid vuestros ojos y considerad nuestra desolacion y la ruina de aquella ciudad que ha tenido el honor de llevar vuestro nombre. No os dirigimos nuestras preces, postrados en vuestra

presencia, confiando en nuestra propia justicia, sino en la multitud de vuestras misericordias. Oidnos, Señor, aplacad, Señor, vuestra ira; fijad vuestros ojos en nosotros, y obrad. No tardeis mas, mi Dios, por amor de vos mismo, porque esta ciudad y este pueblo son vuestros, y tienen la gloria de llevar vuestro nombre, Señor Dios nuestro.

Daniel tenia en su cautividad las santas Escrituras, y en particular las profecías de Jeremías; leyó, pues, en ellas una prediccion que decia que todo el pais de Judá seria desolado, y que sus pueblos estarian sujetos por espacio de setenta años al rey de Babilonia. Temia que los pecados del pueblo no obligasen á Dios á prolongar todavía mas allá de este término tan dura cautividad; y esto es lo que da motivo á sus oraciones.

REFLEXIONES.

«A causa de nuestros pecados y de las iniquidades de nuestros padres.» El Profeta reconoce y confiesa de buena fé, que todos los males que afligen á su pueblo son el efecto de sus pecados; la misma causa es la que atrae hoy sobre nosotros todos los azotes que nos hacen gemir; ¿por qué no tenemos los mismos sentimientos? ¿por qué hacemos la misma confesion? ¿por qué, convencidos de ello, no tenemos el mismo arrepentimiento? Se atribuye una desgracia, una enfermedad, un revés de fortuna, la pérdida de un pleito, una desdicha que aflige, una calamidad pública, á la malicia de un enemigo, á la envidia de un concurrente, á una indiscrecion, á la ineptitud, á la imprudencia de un factor, al trastorno de las estaciones, á la intemperie del aire, á causas puramente naturales; ¡que no convengamos desde luego, y pensaríamos con acierto, que son nuestros pecados los que causan todas nuestras aflicciones! ¡que el orígen de todos los males consiste en esos hábitos criminales, esas comuniones sacrílegas, esos desórdenes escandalosos, esos pecados enormes y secretos! ¡que no convengamos, que lo que enciende la ira de Dios, y atrae todos los azotes que hacen lamentar á los pueblos, es esa irreligion, esas profanaciones tan comunes de los dias santos del domingo y de las fiestas, esa falta de respeto en el lugar santo, esas simonías, esas usuras! ¡que no nos persuadamos que esos hijos tan mal criados, tan impíos, tan corrompidos, son la causa de aquel naufragio, de la pérdida de aquel pleito, del mal éxito de aquel negocio, de la quiebra de aquel comercio, de aquel monton de adversidades, de aquellas desgracias que han arruinado aquella familia! en fin, ¡que no nos convengamos que aquel juego, aquel lujo, aquella indevocion, aquella poca fé y religion son la triste causa de aquella muerte precipitada é imprevista que todo lo ha trastornado; la fuente funesta de todos aquellos accidentes pesados que nos hacen derramar tantas lágrimas! No acusemos ya las pasiones de los hombres, las revoluciones frecuentes en la naturaleza, el humor, el capricho, la malignidad de aquellos con quienes vivimos, todos los demás resortes que desarreglan toda la máqnina, y que no son, á lo mas otra cosa que los instrumentos de que Dios se sirve para castigarnos. Reconozcamos lo que es verdad, que nuestras pasiones son nuestros tiranos, que nuestras infidelidades son la fuente fatal de todas nuestras desgracias, y que no tenemos mayores enemigos de nuestra felicidad, de nuestro reposo, de nuestra fortuna misma, que nuestros propios pecados. De nosotros depende el hacer que se seque una fuente tan maligna; concibamos un verdadero arrepentimiento, y no dilatemos nuestra conversion. ¿Qué cortesano desgraciado habria que no hiciese cesar prontamente la causa de su desgracia, si dependiese de él como depende de nosotros el no estar mas en la desgracia del Señor?

La oracion de la misa de este dia es de san Juan, cap. 8.

In illo tempore: Dixit Jesus turbis Judæorum: Ego vado, et quæretis me, et in peccato vestro moriemini. Quò ego vado, vos non potestis venire. Dicebant ergo Judæi: Numquid interficiet semetipsum, quia dicit: Quò ego vado, vos non potestis venire? Et dicebat eis: Vos de deorsum estis, ego de supernis sum. Vos de mundo hoc estis, ego non sum de hoc mundo. Dixi ergo vobis, quia moriemini in peccatis vestris: si enim non credideritis quia ego sum, moriemini in peccato vestro. Dicebant ergo ei: Tu quis es? Dixit eis Jesus: Principium, qui et loquor vobis. Multa habeo de vobis loqui, et judicare. Sed qui me misit, verax est: et ego, quæ audivi ab eo, hæc loquor in mundo. Et non cognoverunt quia Patrem ejus dicebat Deum. Dixit ego eis Jesus: Cum exaltaveritis Filium hominis, tunc cognoscetis quia ego sum, et à meipso facio nihil; sed sicut docuit me Pater, hæc loquor: et qui me misit, mecum est, et non reliquit me solum: quia ego, quæ placita sunt ei, facio semper.

En aquel tiempo dijo Jesus á las turbas de los judíos: Yo me voy, y me buscareis, y morireis en vuestro pecado. Donde yo voy, vosotros no podeis venir. Decian, pues, los judíos: ¿Se matará acaso él mismo, pues que dice: Donde yo voy, vosotros no podeis venir? Y él les decia: Vosotros sois de acá abajo, yo he venido de lo alto: vosotros sois de este mundo, yo no pertenezco á este mundo. Por esto os he dicho que morireis en vuestros pecados; porque si no creyereis que yo soy, morireis en vuestro pecado: Decíanle, pues: ¿Tú quién eres? Jesus les respondió: El que es ántes de todas las cosas y que habla con vosotros. Muchas cosas tengo que decir de vosotros, y sobre qué condenaros; pero el que me ha enviado dice siempre la verdad, y lo que yo publico en el mundo es lo que he aprendido de él. Y no conocieron que era Dios á quien llamaba su Padre. Díjoles, pues, Jesus: Cuando hubiereis exaltado al Hijo del hombre, entonces conocereis que yo soy, y que nada hago por mí mismo, sino que digo las cosas como el Padre me las ha enseñado; y el que me ha enviado está conmigo, y no me ha dejado solo; porque yo hago siempre aquellas cosas que le agradan.

MEDITACION.

Sobre la impenitencia final.

Punto primero.—Considera que el vivir en el pecado es la desgracia mas funesta; pero que el colmo de todas las desgracias es el morir en el pecado.

El pecado sin la muerte es un gran mal, y hablando con propiedad, es el único mal que se debe temer; pero este mal no escluye la esperanza de todo bien; puede aun servir de materia á las virtudes mas escelentes; puede ser, como lo ha sido en muchos grandes santos, el motivo de la penitencia mas asombrosa. Mas el supremo mal es el pecado con la muerte. El pecado imprime á la muerte el carácter de su malicia, la muerte pone el último sello á la impenitencia del pecador. El pecado hace á la muerte para siempre funesta: ¡qué consecuencia tan terrible! La muerte hace al pecado para siempre irremisible: ¿qué suerte mas triste y mas espantosa?

La muerte en el pecado estingue todo rastro de esperanza: ya no hay gracia que pedir, no hay cielo que esperar, no hay Salvador á quien implorar, no hay misericordia en que confiar. La ternura maternal de María con los pecadores, la compasion de la Iglesia con sus hijos, el precio infinito de la sangre de Jesucristo; todo se estingue, todo cesa, todo es perdido para el pecador por la muerte en pecado; la impenitencia final le arroja para siempre de la asamblea del pueblo de Dios, y borra su nombre del libro de la vida. Por la muerte en el pecado la divina justicia imprime en el desgraciado un carácter indeleble de reprobacion, los demonios forman su pueblo, el infierno es su morada eterna, el fuego y todos los tormentos son su herencia, la rabia y la desesperacion su pasion dominante, la condenacion su destino y su suerte. ¡Impenitencia final! Muerte horrorosa en pecado ¡cuán espantosa eres! Hé aquí, sin embargo, la suerte de cuasi todos los que viven en delicias, de esos libertinos aturdidos, de esos grandes del mundo tan poco cristianos, de esas mujeres sin religion, de esos pecadores que trasladan á la muerte su conversion y su penitencia. Morir en desgracia del príncipe en el polvo, en el abandono; morir poseido de la tristeza, en la infamia misma, entre los dolores, es un mal grande; pero no es sin recurso ni sin consuelo, si no se halla unido con el pecado y la muerte; pero la muerte en el pecado, la muerte con el pecado, la muerte, como sucede muchas veces, por el pecado; buscad, imaginad una desolacion, una desgracia mas espantosa. ¿Y se teme hoy, ó mi dulce Jesus, se teme mucho este tremendo mal?

Punto segundo.—Considera que en el momento que se muere en pecado, todo el mal que se ha hecho se hace eterno en sus castigos y en su malicia, y todo el bien que se habia hecho queda perdido y eternamente olvidado.

Acciones de probidad, servicios hechos, limosnas distribuidas, actos de religion, porque al fin no es uno ateo, ayunos, oraciones, buenas obras, rango de calidad, nombre de distincion, talentos, gloria, mérito, todo muere, todo queda aniquilado en el pecador que muere impenitente. El tesoro de las misericordias queda cerrado para él, la fuente de ellas queda seca. Jesucristo olvida, por decirlo así, la cualidad y el nombre de Padre, de Salvador, de Rey, para tomar eternamente la severidad de Juez, de Dios irritado, de Dios de venganza; ¿y quién puede resistir, Señor, contra el justo terror de vuestro enojo encendido y de vuestra venganza infinita? ¿Quién puede? Un número prodigioso de pecadores que viven en el crímen, y morirán en la impenitencia. Yo mismo que hago aquí todas estas pavorosas reflexiones, si soy tan desgraciado que llegue á morir en pecado.

¿Y cómo no morir en pecado, si se deja para la muerte la penitencia? Cuando se vive en pecado, es raro que la muerte no sea semejante á la vida. El pecador espira, pero nó el pecado.

Dios mio, ¡cuántos trabajan en su reprobacion! La muerte en el pecado acaba esta obra funesta. El mundo está lleno de estos desgraciados obreros; no hay estado que no tenga muchos; los grandes del mundo saben demasiado este arte; los dichosos del siglo con dificultad tienen otra suerte; los que llevan una vida blanda y ociosa, difícilmente la llevan inocente; y aun las mismas personas consagradas á Dios que con sus relajaciones deshonran la santidad de su estado, ¿no viven tambien en pecado? Todas estas personas tan familiarizadas con el pecado, que envejecen la mayor parte en el pecado, ¿morirán en estado de gracia? Los remordimientos de la conciencia se embotan; el alma se endurece; Dios se venga. ¡Espantoso, pero justo castigo de Dios!

Pocos son los que mueren de repente; pero pocas muertes hay que no sean súbitas é imprevistas. Y cuando no se hace penitencia mientras dura la vida, ¿se hace, ni aun se está en estado de hacerla en la muerte? Jamás tiene el hombre mas ardor por los objetos que mantienen su codicia, que cuando estos se le escapan, ó cuando una fuerza superior se los arranca, ó le arranca á él de ellos. En la hora de la muerte no hay que esperar mas que una penitencia forzada, penitencia natural, penitencia del todo humana. Despues de esto, contad con la penitencia que se hace en la hora de la muerte.

¿Y se vive tranquilamente en el pecado? ¿y hay quien pase sus dias en la alegría, viviendo en la impenitencia? ¡Qué, Dios mio! ¿hay otro objeto que me interese mas que este? ¿hay otra desgracia que me deba espantar mas? ¿No os pido yo á todas horas la gracia de no morir en pecado? ¡Ah, mi Djos! ¿quién debe temer mas que yo esta impenitencia final? Desde ahora, pues, comienzo ya mi penitencia, mi dulce Jesus, y espero con vuestra gracia tenerla hecha ántes de morir.

Jaculatorias.—Ah, que el tiempo de venganza llega y se apresura, y el dia funesto en que el pecador muera impenitente no está muy léjos: ¿quién nos asegura? (Deut. 32.)

No son, Señor, los que mueren en el pecado los que cantarán vuestras alabanzas, sino los que viven todavía, y que como yo comienzan hoy mismo á glorificaros. (Isai. 38.)

PROPOSITOS.

1 ¿Quereis evitar la desgracia de la impenitencia final? haced penitencia durante la vida, y no la remitais jamás para la muerte. ¿Es acaso tiempo de convertirse ó de reformarse, cuando se va á dejarse de vivir? ¿Es tiempo de pensar en ser hombre de bien, cuando se comienza cuasi á no ser ya hombre? ¿Es tiempo, en fin, de hacer penitencia cuando se va á morir? ¿Es Dios entonces el objeto y el motivo de aquellos temblores, de aquellos sentimien-

tos y de aquellas lágrimas, que el puro temor de los suplicios y la espantosa vista del peligro arrancan de los corazones mas endurecidos y ménos penitentes? ¡Qué desgracia y qué señal mas visible de reprobacion, si despues de haber leido todo esto, dejais para la muerte vuestra conversion y vuestra penitencia! Judas reconocia su crímen á la hora de la muerte: Antíoco lloraba, prometia, se afligia en la última hora, y los dos murieron impenitentes. O teneis necesidad de convertiros ó de reformaros. No os contenteis con determinaros á la conversion ó á la reforma. No seria tal vez la primera vez que lo habeis hecho. Determinaciones ineficaces é ilusorias; en materia de conversion y de reforma, la práctica debe ser la determinacion. Comenzad por arrodillaros á los piés de vuestro crucifijo, y trayendo á la memoria vuestros desórdenes, ó vuestra relajacion, formad un vivo y punzante arrepentimiento de vuestras infidelidades pasadas, y decidle á Dios en la amargura de vuestro corazon:

Señor, que no quereis la muerte del pecador, sino que se convierta y que viva (Ezeq. 3.), haced que este dia sea el de mi perfecta conversion, de la reforma de mis costumbres y de mi penitencia; yo comienzo por vuestra misericordia la una y la otra lleno de confianza en los méritos de Jesucristo, y en la proteccion de la Santísima Vírgen; yo espero que me librareis de la desgracia de morir impenitente.

No basta orar, es preciso obrar. Teneis una confesion estraordinaria que preparar; id en este dia mismo á declarar vuestra necesidad y vuestra resolucion al confesor que hubiereis elegido. Comenzad inmediatamente vuestra reforma cercenando cierta superfluidad de adornos, cierta demasía de delicadeza; comenzad por quemar ciertos libros, quitar ciertas pinturas, volver á tomar ciertos aires de modestia, ciertas prácticas piadosas de que os habiais dispensado. Haced hoy alguna penitencia ó mortificacion corporal; alguna obra de misericordia, ó alguna limosna. Los pobres presos están muy abandonados, y no están en estado de llegar á representaros sus necesidades y miserias. Otro tanto puede decirse de ciertas familias vergonzantes, cuyas miserias son tanto mas sensibles cuanto que son ménos conocidas. Estos preludios de conversion y de reforma son como las arras de una perseverancia cristiana, y alejan de vosotros la muerte en el pecado. Cuando supiereis algun accidente funesto, ó la muerte de alguna persona conocida, tened cuidado de deciros á vosotros mismos: No hay desgracia alguna en la vida sin recurso y sin remedio; ningun mal hay irremediable sino la muerte en el pecado.

MARTES SEGUNDO DE CUARESMA.

La Iglesia comienza la misa de este dia por este versículo del salmo 26: Mi corazon, en defecto de mi voz, os ha espuesto muchas veces sus penas, y por mudo que sea, no dejais, Señor, de entenderle, y de conocer cuáles son sus votos y sus deseos. Por lo que hace á mí, Dios mio, no suspiro mas que por una sola de vuestras miradas; dignaos, Señor, mirarme con ojos favorables; la mayor de todas mis desgracias seria si apartaseis los ojos de mí. El texto hebreo dice: No escondais de mí vuestro rostro. Este salmo 26 es una oracion que hacia á Dios David perseguido por Saul; pero intrépido en medio de los peligros, por su confianza en la bondad del Señor que le sostenia y le protegia. Errante para evitar el furor de aquel príncipe colérico, suspira por la vista del tabernáculo. De este modo suspira por la patria celestial una alma justa, combatida sin cesar por el enemigo de su salvacion. Como el tiempo de la persecucion que sufrió David fué muy largo, no puede fijarse á qué circunstancia en particular debe referirse esta oracion. Teodoreto y Nicéforo quieren que este salmo haya sido compuesto por David cuando fué á Nobé en busca del gran sacerdote Abimelech, y recibió de él los panes de proposicion que habia quitado de delante del Señor; pretenden que el profeta hace alusion á este acontecimiento, cuando dice en los versículos 5, 6 y 9, que aun cuando viese á todos sus enemigos reunidos y prontos á caer sobre él, nada temeria, puesto que el Señor le ha ocultado en su tabernáculo, y le ha tomado bajo su proteccion.

La Epístola de este dia contiene la historia del retiro que el profeta Elías hizo por órden de Dios en casa de una viuda de la ciudad de Sarepta, en Fenicia, en el territorio de los sidonios, durante la sequedad que ocasionaba el hambre que afligia á todo el pais de los israelitas, en tiempo del rey Achab, cuya impiedad atraia estos azotes sobre todo el pueblo. Elías era natural de Thesbos, en la tierra de Galaad; vivia en el reinado de Achab, rey de Israel, y de Josafat, rey de Judá, hácia el año del mundo de 3090, novecientos y catorce años ántes de Jesucristo. Este santo hombre no pudo sufrir las impiedades de Achab y de su mujer Jezabel. Abrasado del zelo ardiente de que estaba animado, predijo al rey una sequedad que debia durar tres años y medio, y que causó una hambre que desoló todo el pais. Este profeta, conforme al órden que habia recibido de Dios, tuvo el cielo cerrado, por decirlo así, durante todo este tiempo, y esto de un modo tan absoluto y con un poder tan entero, que declaró al rey que no caeria una gota de agua, ni de rocío, sin su órden. El suceso verificó la prediccion. Sin embargo, el Señor mandó al profeta que se retirase á un desierto próximo al torrente de Carith, á la parte del Jordan, en donde Dios alimentó por algun tiempo enviándole unos cuervos que le traian todos los dias qué comer. Habiéndose agotado por la sequedad el torrente de donde tomaba el agua para beber, vino de órden de Dios á Sarepta, que es una ciudad entre Tiro y Sidon, en donde reinaba el padre de la reina Jezabel. Habiendo llegado cerca de la puerta de Sarepta, vió una mujer que hacia leña, y acercándose á ella la pidió agua para apagar su sed. Inmediatamente se preparó para irsela á buscar. Una caridad tan pronta para un estranjero, hizo creer á Elías que podria ser muy bien que aquella mujer fuese la viuda que debia mantenerle, segun que el Señor se lo habia indicado. Pidióle, pues, que le trajese un pedacito de pan; mas ella le protestó que solamente tenia en una olla un puñado de harina, y algunas gotas de aceite en un pequeño vaso, y que en esto consistia toda su provision: que habia venido á aquel sitio á fin de juntar unos palos de leña para componer su comida para ella y su hijo, sin que les quedase otro recurso que morir de hambre, despues de haber consumido el resto de harina y de aceite. Hazme, sin embargo, la dijo el profeta, una pequeña torta cocida bajo la ceniza, y no te apures por lo que sucederá. Era, en efecto, esponer la fé y la caridad de aquella mujer á una prueba estraordinaria; no obstante, ella obedeció; mas Dios recompensó superabundantemente esta gran caridad por el milagro que hizo el profeta multipli-

cando tanto aquella harina y aquel poco de aceite, que tuvo suficientemente para alimentarse ella y su hijo hasta el fin del hambre.

En el Evangelio de este dia nos previene Jesucristo que creamos lo que nos dicen los ministros del Señor, y que practiquemos lo que nos enseñan en materia de salvacion, sin detenernos en los malos ejemplos que puedan darnos. Acababa el Salvador de confundir la envidia y la malicia de los escribas y fariseos, y de demostrarles que él no solo era Hijo de David, sino Hijo de Dios; y esto es lo que habia manifestado de un modo tan convincente, que no habian sabido qué responderle; así que no se atrevieron ya desde aquel tiempo á hacerle ninguna pregunta: como lo que acababa de decir podia inspirar al pueblo y á sus discípulos alguna indignacion contra los doctores de la ley, quiso enseñar á todo el mundo una verdad muy importante, esto es, que debia siempre practicarse lo que los ministros del Señor nos predican, sin detenernos en lo que hacen, no confundiendo jamás sus costumbres con su doctrina. Los escribas y los fariseos, les decia, están encargados de enseñar y de esplicar la ley de Dios al pueblo: no atendais mas que á lo que os enseñan. Y supuesto que ocupan este lugar y que de ellos debeis recibir la instruccion, poned en práctica los preceptos que ellos os espliquen, aun cuando ellos mismos no los observen. Su conducta desmiente su moral, nada hacen ménos que lo que ordenan á los otros; pero la ley de Dios no deja de obligar porque la espliquen gentes que no la guardan. Aunque el heraldo que publica la ley del príncipe la viole, la ley no pierde nada de su autoridad. ¡Buen Dios! ¡cuán pronto estaria el mundo convertido si los ministros del Señor predicasen tanto con sus ejemplos como con sus palabras! Inútilmente aconseja un padre de familias la virtud á sus hijos y á sus domésticos, si sus costumbres corresponden mal á su moral. Nada hay mas elocuente ni mas persuasivo que el ejemplo. Las palabras sin el ejemplo hieren los oidos; pero el ejemplo, aun sin las palabras, habla al corazon y le conmueve. La palabra de Dios, lo mismo es palabra de Dios en la boca de un apóstol infiel, que en la boca de un discípulo fervoroso; pero ¿qué no puede esta misma palabra de Dios en la boca de un ministro poderoso en palabras y en obras? Si el pastor quiere perderse, aprovechémonos siempre de sus instrucciones para salvarnos. La corrupcion de sus costumbres no disminuyen en nada la santidad de la ley que predica; así como la santidad de la ley que predica no autoriza nunca la corrupcion de sus costumbres. Ellos imponen cargas pesadas y que no se pueden soportar, añade el Salvador; abruman á los demás, pero ni aun quieren aplicar un dedo. Los mas relajados en su conducta son por lo comun los mas severos en su moral. Es muy fácil aumentar la carga que no se hace ánimo de llevar. Jesucristo refiere en seguida muchos hechos que muestran el orgullo desmesurado de los fariseos y de los escribas; ellos afectan una apariencia religiosa, un aire devoto, un esterior austero, y ocultando bajo de este sepulcro blanqueado un corazon corrompido y una alma la mas negra, no tratan mas que de engañar al público con singularidades estudiadas. Ellos pretenden ocupar los primeros puestos, y ser tratados como maestros, y su orgullo se ostenta en todas partes. Por lo que hace á vosotros, añade el Salvador, tomad en todas partes el último lugar, y poned toda vuestra gloria en pasar por los últimos de mis siervos. Huid todos esos títulos de honor que jamás dan el mérito, no ambicioneis mas que la cualidad de hijos de Dios, y sostenedla con la pureza de vuestras costumbres. Vosotros no teneis mas que un Padre, el cual está en el cielo. Aprenda de aquí el grande á no ensoberbecerse con su estado, y á mirar al pobre como su hermano; y no ménos debe aprender el pobre á no envidiar la suerte del grande, puesto que tiene á Dios por padre, lo mismo que él, y que está destinado á la misma herencia en el cielo; herencia mucho mas segura para los pobres que para los ricos; en donde las primeras plazas no se dan sino á los mas humildes, y donde no se entra sino despues de haberse hecho pequeños como los niños. En fin, el Salvador concluye su instruccion por este oráculo, el cual contiene una verdad práctica que sirve de base á todas las virtudes cristianas, que cualquiera que se ensalzare será humillado, y cualquiera que se humillare será ensalzado. El polvo no se levanta sino para caer, y solo se levanta pisándolo. El orgullo es el mayor enemigo de nuestro reposo y el tirano del corazon humano: no nos solicita á subir muy alto, sino para hacernos dar mayores caidas. No hay verdadero mérito, ni por consiguiente verdadera gloria, sino en la humildad.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Perfice, quæsumus, Domine, benignus in nobis observantiæ sanctæ subsidium: ut quæ te auctore facienda cognovimus, te operante impleamus. Per Dominum...

Continuad, Señor, dándonos por vuestra bondad la asistencia de que necesitamos para observar perfectamente el santo ayuno, á fin de que conociendo cuales son las cosas que exigís de nosotros, las hagamos con el ausilio de vuestra gracia. Por nuestro Señor, etc.

La Epístola está sacada del tercer libro de los Reyes.

In diebus illis: Factus est sermo Domini ad Eliam Thesbiten, dicens: Surge, et vade in Sarephta Sidoniorum, et manebis ibi: præcepi enim ibi mulieri viduæ, ut pascat te. Surrexit, et abiit in Sarephta. Cumque venisset ad portam civitatis, aparuit ei mulier vidua colligens ligna, et vocavit eam, dixitque ei: Da mihi paululum aquæ in vase, ut bibam. Cumque illa pergeret ut afferret, clamavit post tergum ejus, dicens: Affer mihi, obsecro, et buccellam panis in manu tua. Quæ respondit: Vivit Dominus Deus tuus, quia non habeo panem, nisi quantum pugillus capere potest farinæ in hidria, et paululum olei in lecytho: en colligo duo ligna ut ingrediar, et faciam illud mihi et filio meo, ut comeda-

En aquellos dias le dirigió el Señor su palabra á Elías Thesbita y le dijo: Levántate, y vé á Sarepta, ciudad de los sidonios, y estáte allí, porque yo he mandado á una mujer viuda de allí que te alimente. Levantóse inmediatamente Elías, y fué á Sarepta. Cuando llegó á la puerta de la ciudad, apercibió á la mujer viuda que hacia leña; la llamó y la dijo: Dáme un poco de agua en un vaso para beber. Cuando ella hubo vuelto la espalda, encaminándose para traérsela, la llamó y la djio: Tráeme tambien, te ruego, en la mano un pedacito de pan. A lo cual ella respondió: Vive el Señor tu Dios, que no tengo pan, y solo tengo en una olla la harina que cabe en un puñado, y

mus, et moriamur. Ad quam Elias ait: Noli timere, sed vade, et fac sicut dixisti: verumtamen mihi primum fac de ipsa farinula subcinericium panem parvulum, et affer ad me: tibi autem et filio tuo facies postea. Hæc autem dicit Dominus Deus Israel: Hydria farinæ non deficiet, nec lecythus olei minuetur usque ad diem, in qua Dominus daturus est pluviam super faciem terræ. Quæ abiit, et fecit juxta verbum Eliæ, et comedit ipse et illa et domus ejus: et ex illa die hydria farinæ non defecit, et lecythus olei non est imminutus, juxta verbum Domini, quod locutus fuerat in manu Eliæ.

un poco de aceite en una redoma. Ahora vengo á recoger aquí dos palos de leña para componerlo, y que nos lo comamos yo y mi hijo, y despues echarnos á morir. Repuso, pues, Elías á la mujer, diciéndola: No temas, haz lo que has dicho; pero ántes haz para mí de la misma harina un panecito, cocido bajo de la ceniza, y tráemele, y despues harás para tí y para tu hijo. Porque hé aquí lo que dice el Señor Dios de Israel: La harina que está en la olla no faltará, ni se disminuirá el aceite que hay en la ampolla, hasta el dia en que el Señor debe hacer que caiga el agua sobre la tierra. Esta mujer fué, é hizo lo que Elías la habia dicho; y comió él, ella y su familia; y desde aquel dia no faltó la harina de la olla, ni se disminuyó la ampolla del aceite, conforme á lo que el Señor habia predicho por medio de Elías.

Thesbos era una ciudad de la parte allá del Jordan, en la tribu de Gad, y en el pais de Galaad. Elías habia nacido en esta ciudad, y desde allí vino al reino de Israel, adonde estaba circunscrita su mision, puesto que no se ve que se haya presentado mucho en el reino de Judá. Era uno de los que conservaban el culto del Señor en su pureza, en medio de la corrupcion y del cisma de las diez tribus; guardó virginidad perpetua. Era de una alma fuerte y generosa, abrasado de un zelo vivo y ardiente por la gloria del Señor. Este profeta no ha muerto: un turbillon de fuego en forma de carro le arrebató el año del mundo de 3109, ochocientos noventa y cinco años ántes de Jesucristo.

REFLEXIONES.

«Esta mujer fué, é hizo lo que Elías la habia dicho.» Esta fé y esta sumision ciega en una mujer pagana, á la palabra de un estranjero y de un desconocido, confunde la poca fé y la poca docilidad de los cristianos, despues de haber confundido y condenado la incredulidad y la idocilidad de un pueblo, en el cual habia nacido Elías y que era de la misma religion que el profeta. ¿Podia esponerse á una prueba mas fuerte la fé y la caridad de esta viuda con un estranjero? Ella no tiene mas harina que la que basta para no morir con su hijo en uno ó en dos dias; y Elías á quien esta viuda no habia visto jamás, de quien nunca habia oido hablar, exige de ella que le dé por caridad todo lo que ella tiene para vivir; y esto sobre una simple promesa que la hace, de que el verdadero Dios, al que ella no conocia, sabrá indemnizarla cumplidamente. ¡Qué bien prueba esto el poder de la gracia sobre un corazon que no la pone obstáculo! Puede decirse que todo el antiguo Testamento es una figura del nuevo, «porque todas las cosas que han sido escritas, lo han sido para nuestra instruccion.» (Apost. ad Rom. 25.) Pocos hechos hay en la Escritura que no sean una leccion para nosotros; pocos que no encierren algun misterio. La fé que Dios inspira á esta mujer todavía pagana, es la primera y la mas preciosa recompensa que recibe de su hospitalidad: ¡y de cuántos otros milagros no fué seguido este primer don! La harina y el aceite se multiplican en su mano; su hijo muere, y Elías le resucita. ¡Buen Dios! ¡Cuánto poder tienen con vos una fe viva, y una confianza á toda prueba! pero ¡cómo seca esta fuente de gracias la falta de confianza! Por mas que el Hijo de Dios nos haya declarado de la manera mas clara, la mas precisa, la mas marcada, que recompensará multiplicadamente la mas pequeña caridad, los ricos son cada vez mas incrédulos en órden á este artículo. Los ménos acomodados son mas caritativos. Pobres gentes parten de buena gana con Jesucristo lo poco que tienen para subsistir, mientras que otros que abundan en bienes, ó por mejor decir, rebosan de ellos, le niegan la mas pequeña limosna. ¡Cosa estraña! se ven gentes magníficas en los equipajes, espléndidas en las mesas, brillantes en el fausto y en el lujo que prefieren el mantener caballos, que dar á los pobres lo que tal vez impediria que muriesen de hambre. Se ven gentes sin familia, ó cuyos herederos son opulentos, gentes cuyas rentas son superiores á su gasto, y que sin embargo tienen siempre las manos y la bolsa cerradas para los desdichados, que quedarian ricos con una parte de lo superfluo. Se ven ricos beneficiados, gentes ricas con el patrimonio de los pobres, y que segun el espíritu de la Iglesia y de los fieles, no son, propiamente hablando, mas que los ecónomos de sus gruesas rentas, negar á los pobres la porcion mas pequeña de ellas, y consumir en gastos disparatados, no solo su propia hacienda y la de los pobres, sino tambien con mucha frecuencia la de los acreedores. ¿Y se estraña despues de esto, el ver tantos azotes, tan poca religion, tanto desarreglo en este siglo?

El Evangelio de la misa es tomado del cap. 23 de san Mateo.

In illo tempore: Locutus est Jesus ad turbas, et ad discipulos suos, dicens: Super cathedram Moysi sederunt scribæ et pharisæi. Omnia ergo quæcumque dixerint vobis, servate, et facite: secundum opera verò eorum nolite facere: dicunt enim, et non faciunt. Alligant enim onera gravia et importabilia, et imponunt in humeros hominum: digito autem suo nolunt ea movere. Omnia verò opera sua faciunt ut videantur ab hominibus: dilatant enim phylacteria sua, et magnificant fimbrias. Amant autem primos recubitus in cœnis, et primas, cathedras in synagogis, et salutationes in foro, et vocari ab homini-

En aquel tiempo: Habló Jesus á las tropas que le seguian, y á sus discípulos, y les dijo: Los escribas y fariseos están sentados en la cátedra de Moisés: observad, pues, y haced todo lo que os dijeren; pero no hagais como ellos, porque ellos dicen y no hacen. Porque ellos amontonan cargas pesadas y que no se pueden llevar, y las echan sobre las espaldas de los hombres, sin que apliquen ni siquiera un dedo para ayudarles. Por lo demás todas sus obras las hacen para ser vistos de los hombres; ellos llevan muy largas sus cintas, y muy anchas las franjas. Aspiran á los primeros asientos en

bus Rabbi. Vos autem nolite vocari Rabbi: unus est enim Magister vester, omnes autem vos fratres estis. Et patrem nolite vocare vobis super terram: unus est enim Pater vester, qui in cœlis est. Nec vocemini magistri: quia Magister vester unus est, Christus. Qui major est vestrum, erit minister vester. Qui autem se exaltaverit, humiliabitur: et qui se humiliaverit, exaltabitur.

las comidas, y á las primeras sillas en las sinagogas; quieren ser saludados en las plazas públicas, y ser tratados como maestros por los hombres. Mas vosotros sabed, que no hay mas que uno que sea vuestro Maestro, vosotros todos sois hermanos; y no llameis á ninguno sobre la tierra padre vuestro, porque no teneis mas que un Padre que está en el cielo. No sufrais que se os trate como maestros; porque uno solo es vuestro maestro, Jesucristo. El que es mayor entre vosotros será vuestro siervo; mas el que se exaltare será humillado, y el que se humillare será exaltado.

MEDITACION.

Sobre el falso celo.

Punto primero.—Considera que el falso celo tiene toda la malignidad, toda la hiel y todo el veneno de las pasiones mas violentas, y todo esto bajo la máscara de una caridad muy ardiente, y de un amor de Dios apasionado. ¿Qué se debe esperar de un orígen semejante?

El falso celo no es propiamente otra cosa que una pasion violenta que el amor propio disfraza para impedir que uno lo advierta, y ponerle en estado de hacer tantos mas estragos cuanto mas se fie de él. El orgullo es como su primer principio. No hay falso celo que no esté acompañado de un gran fondo de vanidad; de aquí viene el desprecio con que se mira el objeto del pretendido celo. Un odio maligno, una envidia amarga, y hasta un espíritu de venganza agrio y mordaz, son como los resortes que encienden la bilis de los falsos celosos, y que les ponen de tan mal humor contra los defectos imaginarios ó reales de sus hermanos. De aquí es que no hay hereje que no declame contra la relajacion y que no acompañe sus declamaciones con injurias; seria, en efecto, demasiado grosero el error, si no se sirviese del pretesto de la gloria de Dios y de la salvacion de las almas para justificar hasta sus mas furiosos arrebatos. Bajo este motivo especioso y con tan bello nombre, las calumnias mas negras, las mentiras mas atroces, las injusticias mas clásicas, las durezas, las persecuciones, todo pasa, todo es aplaudido, todo se autoriza. No se obra mas que por resentimiento, por pasion, por venganza, y se cree todavía que se hace un servicio á Dios: ¡cuántas pasiones é injusticias alimenta esta imaginacion! ¿pero nos juzgará Dios segun nuestros frívolos pensamientos? ¿no tengo yo nada que reprenderme sobre este artículo? El verdadero celo no fué nunca parcial ni amargo. ¿Hay amargura, hay acritud, hay desprecio, hay dureza? Falso es, pues, este celo. Esos devotos celosos que querrian desde luego hacer que cayese fuego del cielo para esterminar los pecadores, no están animados del espíritu de Jesucristo. ¿Cuál es el principio de donde proceden mis arrebatos y mi cólera? ¿Es un verdadero celo el que produce mis aversiones y mis vivezas?

Profundícese en el corazon, remóntese hasta el orígen de ese celo impetuoso, que no parece sino un pedrisco, y se verá que esa nube cargada de granizo y de rayos no se ha formado mas que de exhalaciones malignas: un mérito regularmente brillante y muy real que nos hace sombra, una razon de familia, de interés ó de partido; un disgusto que se ha recibido, una afrenta, un despique, una envidia secreta, son el verdadero y el primer móvil de todos esos arrebatos que se cubren con el nombre de celo y de caridad. Pero Dios que descubre el fondo de los corazones, que desenvuelve todos sus pliegues, que tiene tan poca consideracion á nuestras sutilezas, ¿qué juicio es el que hace de ellos? ¡Buen Dios! ¡qué de fatigas perdidas! ¡qué de pecados graves disfrazados! ¡qué de talentos mal empleados! ¡Y qué desgraciada es una persona animada de un celo falso! ¡qué digna de lástima! ¡Y cuán raro es que vuelvan en sí de un tan lamentable estravío!

Punto segundo.—Considera que hay todavía un celo falso mas mitigado y mas sutil. Por mas que se haga, se encuentra en todas partes donde uno está; y es muy raro que el celo sea tan puro que no esté acompañado de algun retroceso á nosotros mismos; es raro que la inclinacion, el humor, el natural, el amor propio, no sean como el alma de lo que se llama celo ó fervor.

Se persuade uno á sí mismo, y se quiere persuadir á los demás que no es mas que la gloria de Dios lo que se busca y lo que hace obrar. Pero si no se trata mas que de agradar á Dios en los ejercicios del celo, ¿por qué esas predilecciones por los empleos, esas direcciones espirituales de distincion y de eleccion, por lo comun tan lucrativas? ¿Por qué se limita el fervor y el celo á las buenas obras de esplendor, á la salud del alma de cierta especie de gentes? ¿Por qué no querer dejar aquel empleo y aquel puesto, cuando la voluntad de los superiores no deja duda de que no es ya grato á Dios el que permanezcamos en él? ¿Por qué solicitar el favor y el apoyo para mantenerse en él? ¿Tememos que padezca la gloria de Dios, si cedemos nuestro lugar á otro? Ah, Dios mio, ¡cuántos misterios de iniquidad desenvolverá la muerte á nuestros ojos! ¿pero será tiempo entonces de descubrir con utilidad estos misterios?

Es sin duda tener un gran celo el dedicarse mucho al trabajo; mas si en esa multiplicidad de trabajos no se trabaja mas que por Dios, es estraño que se tenga tanto empeño en dar continuamente á entender al público cuanto se trabaja, y mendigar por una vana ostentacion de sus sudores una indigna é inútil compasion. Se quiere muchas veces hacerlo todo; pero todo solo: ¿y no es tal vez esto porque se teme un concurrente, y se imagina que acaso se dividan los aplausos si otro toma parte con nosotros en las fatigas? ¡Dios mio, cuán sutil es el amor propio, cuán cierto que somos siempre el juguete de él, si no tenemos un corazon muy puro, un espíritu muy recto! Una prueba indudable de un celo falso, es el mirar con disgusto las satisfacciones de los demás. ¿Es mi celo mas puro?

El verdadero celo es el primer fruto de la caridad, y no puede nacer de ninguna otra fuente. Es dulce, compasivo, benéfico, es humilde. El primer objeto de nuestro celo deben ser nuestros propios defectos. La piedad edifi-

cante de un hombre celoso, debe ser el primer artificio de que se ha de servir para mover los corazones. Dios mio, ¡qué sentimiento, qué desesperacion en la hora de la muerte, cuando en toda la vida no ha sido uno otra cosa que un bronce que suena ó una campana que no hace mas que ruido! Pero ¿no hemos profetizado en vuestro nombre? ¿no hemos echado los demonios en vuestro nombre? ¿no hemos hecho muchos milagros en vuestro nombre? Entonces yo les diré abiertamente, dice el Señor: Jamás os he conocido, retiraos de mi presencia. (Math. 7.) ¡Qué decreto, que golpe de rayo para un predicador aplaudido, para un director espiritual de gran reputacion, para un superior rígido, para un señor vigilante, para un gran prelado, que habiendo hecho cumplir con su obligacion á las personas que dependian de ellos, hubieren descuidado su salvacion!

No permitais, mi dulce Jesus, que yo sea nunca de este número. Sea yo mismo el primer objeto de mi celo, y sea siempre conforme á vuestro espíritu el que tuviere con los demás. No tenga mi celo acritud ni amargura sino para mí mismo, tenga la caridad por primer móvil, y por fin vuestra pura gloria.

JACULATORIAS.—Concededme, Señor, aquella pureza de corazon, y aquella rectitud de espíritu, sin la que no es posible agradaros. (Psalm. 50.)

Mi zelo me ha hecho secar de dolor, cuando veo el desprecio que se hace de vuestra ley. (Psalm. 118.)

PROPÓSITOS.

1 Tened zelo, porque es señal de una fé muerta y de una caridad fria el no tenerle; pero que no sea jamás vuestro zelo acre ni indiscreto. El verdadero zelo es siempre sabio, humilde, compasivo y moderado. Si es contra el vicio contra lo que tanto nos indignamos, nuestros propios defectos son objetos dignos de nuestro enojo. Debemos lamentarnos al ver la licencia de las costumbres; pero cuando uno no está instituido para corregir los defectos de otro, ¿por qué reprender con tanta acritud y amargura? Comencemos por reformarnos á nosotros mismos, y tendremos entonces el consuelo de haber trabajado eficazmente en la reforma de las costumbres. El modo de reprender la licencia de las costumbres por medio de una vida arreglada y edificante, es el único que conviene á aquellos que no están encargados de la conducta de ninguno, y el único tambien que no queda jamás sin fruto. Considerad hoy sobre lo que debe estenderse vuestro zelo, y cuáles son sus cualidades. ¿Velais sobre toda vuestra familia, sobre todos vuestros domésticos, y sobre las personas que dependen de vosotros? ¿sois tan atentos, tan vivos para exigir de ellos el que cumplan con puntualidad sus obligaciones de religion, como las que os deben á vosotros? Vosotros no sufririais que se os hablase fuera de tiempo, que se os faltase al respeto; ¿teneis el mismo zelo con respecto á Dios? Vosotros respondereis de la salud de los que están á vuestro cargo; no os fieis demasiado de su buena fé. No digais que tienen bastante edad para conocer sus obligaciones. ¿Razonais del mismo modo cuando se trata de vuestro servicio? Tened zelo, y no sereis tan indolentes; y desde este dia observad las reglas siguientes: 1.° Que el buen ejemplo sea la primera leccion de vuestro zelo; no hay natural, ni hábito, ni humor, ni inclinacion que no se rinda á este género de instruccion. 2.° Descended al pormenor de la conducta de vuestros hijos, y de vuestros domésticos; informaos de tiempo en tiempo si sus conversaciones son alguna vez licenciosas, si el todo de su conducta es cristiano. Sabed si frecuentan los Sacramentos todos los meses; si hacen oracion á Dios regularmente á la mañana y á la noche; si leen libros contrarios á las buenas costumbres; si están á la iglesia con respeto; si frecuentan lugares sospechosos; si se juntan con malas compañías. No perdoneis este género de faltas. No os fieis de la vigilancia de un preceptor ó de un ayo.

2 Sed rígidos sin ser amargos ni austeros; no reprendais jamás con términos injuriosos ni agrios; un poco de vivacidad y mucha firmeza no dice mal al zelo; hacedlo de modo que todos se persuadan que vuestro zelo es cristiano, y por consiguiente inseparable de la caridad.

3 Si estais á la cabeza de un cuerpo ó comunidad, sed zelosos por la regularidad, no sufrais la menor relajacion; pero advertid con dulzura, corregid con moderacion y con decoro, imponed con vuestras palabras, y singularmente con vuestro ejemplo. ¡Cuántos superiores estarán horriblemente castigados en la otra vida, por no haber sido bastante rígidos, ó por no haber sido bastante ejemplares! ¿No teneis nada que reprenderos sobre este punto? Sois un particular; no prediqueis la reforma de la comunidad sino por la vuestra. No os perdoneis nada, sed exactos, no os dispenseis de la menor regla, y entonces habreis ya comenzado la reforma de vuestra comunidad. Todo zelo inquieto, acre ó mordaz, es un falso zelo; sea el vuestro dulce, benéfico y caritativo. Nos engañamos si nos lisonjeamos de tener zelo por la salud de otro, si no lo tenemos por nuestra propia perfeccion; no amamos por cierto al prójimo mas que á nosotros mismos. Lo que se llama entonces zelo, no es propiamente mas que una vivacidad del natural, y un puro efecto del orgullo.

MIÉRCOLES SEGUNDO DE CUARESMA.

El introito de la misa de este dia se compone de los dos últimos versículos del salmo 37, y es una oracion corta que cada uno puede hacer á Dios muchas veces al dia. Debe notarse que los versículos del introito de todas las misas de la Cuaresma pueden servir de oraciones jaculatorias muy devotas para entre el dia. La misa de este comienza por estas palabras: Dios y Señor mio, de quien únicamente debo esperar mi salud, no os alejeis de mí, ni me dejeis sin auxilio á merced de mis enemigos. Este salmo que comienza por estas palabras: «Señor, no me arguyais en vuestra ira,» puede mirarse como un modelo de oraciones en la penitencia, en el tiempo de enfermedad y en todo género de aflicciones; así es que es uno de los que se llaman salmos penitenciales, y era uno de los que se cantaban todos los sábados en la sinagoga. Se cree que David le compuso durante la rebelion de Absalon, reconociendo que sus pecados le habian atraido aquella desgracia. Este religioso príncipe, perseguido por su propio hijo, trata de apaciguar la justicia de Dios, esponiéndole las penas que ha sufrido hasta allí por sus pecados, y la sumision con que los ha recibido. Pide y espera el auxilio del cielo contra sus enemigos, siempre pronto, sin embargo, á aceptar nuevos castigos. Como todos los pecados son una rebelion contra Dios, y el pecador es un hijo rebelado contra su padre, parece que el dárnoslo á conocer es la mira que tiene la Iglesia, no tomando para la misa de estos dias de

penitencia mas que las palabras de los salmos que David compuso en la persecucion que sufria de su hijo Absalon.

La Epístola de este dia se compone de la oracion que hizo á Dios el judío Mardoqueo, tio de Estér, reina de los persas, por la libertad de su nacion, condenada á perecer en virtud de un decreto del rey Asuero, que Amán, su favorito y su primer ministro, habia obtenido para que fuesen muertos todos los judíos esparcidos en todos sus estados. Esta oracion fué oida. No hay una cosa mas á propósito para un tiempo de penitencia, cual es el de la Cuaresma, en que la Iglesia no cesa de pedir á Dios misericordia por todos los hombres condenados á la muerte eterna por el pecado.

Mardoqueo, hijo de Jair, de la tribu de Benjamin, de la estirpe de Saul, siendo niño fué sacado de su pais y trasportado á Babilonia por el rey Nabucodonosor, con el jóven rey Jeconías y toda la nacion judía. En la distribucion que se hizo de todos los cautivos, Mardoqueo fué enviado á Susa, ciudad capital de la Persia, y allí se estableció con toda su familia. Tenia un hermano llamado Abigail, el cual tenia una hija que se llamó Estér; en su mas tierna infancia perdió á su padre y á su madre, lo que obligó á Mardoqueo, su tio, á llevársela á su casa y adoptarla por hija suya. Encargado de su crianza, la educó en el temor del Señor, en el amor de la religion, en la observancia exacta de los mandamientos de Dios, y en una gran delicadeza de conciencia por las prácticas de la ley de Moisés. Habiendo Asuero, que reinaba entonces sobre los persas y los medos, repudiado á la reina su mujer, llamada Vasthi, resolvió con el parecer de sus cortesanos casarse con otra que no le cediese ni en hermosura ni en todas las otras bellas cualidades. Dió órden para que se buscasen en todas las provincias del imperio las doncellas mas cabales que se pudiese hallar. Estér fué llevada entre otras muchas. Agradó al rey, el cual dispuso que inmediatamente se le diesen todos los atavíos necesarios para adornarla, y siete doncellas para que la sirviesen. Mardoqueo, ménos interesado por la fortuna de su sobrina, que por los peligros en que se hallaba en la córte, redoblaba su solicitud. Entre los avisos saludables que la habia dado, la habia recomendado mucho que no dijese que era judía; pero sin desmentir jamás los deberes de su religion. Pasaba cuasi todo el dia delante del vestíbulo del palacio en donde estaba su sobrina para saber lo que la sucedia. Habiéndose presentado Estér delante del rey, aun cuando no habia cuidado mucho de componerse, le agradó tanto, que aquel príncipe la puso la diadema sobre la cabeza y la hizo proclamar reina en lugar de Vasthi. Esta ceremonia se hizo en todo el imperio con gran solemnidad. El rey en el dia de las bodas disminuyó los impuestos, é hizo grandes liberalidades al pueblo y á los grandes de la córte, y por todas partes no se oia mas que publicar las raras cualidades y el mérito estraordinario de la reina Estér.

Su elevacion no mudó sus sentimientos ni en órden á su religion ni respecto de su tio Mardoqueo, el cual continuó aun mas en acudir al vestíbulo del palacio de la reina, para estar mas en proporcion de asistirla con sus consejos. Habiendo en este tiempo Mardoqueo descubierto la conspiracion de dos capitanes de la guardia que habian resuelto asesinar al rey, advirtió de ello á la reina; fueron presos los dos oficiales, los cuales habiéndolo confesado, fueron ahorcados en el mismo dia. En este mismo tiempo comenzó el favor de Amán, á quien el rey habia hecho su primer ministro, elevándole sobre los príncipes y sátrapas del imperio, mandando que á este favorito se le hiciesen los primeros honores de la córte despues de él. En efecto, Amán no se presentaba jamás en público sin que todos doblasen la rodilla delante de él. Mardoqueo solo no lo hacia, creyendo que la ley de Dios, de que era exacto observador, no se lo permitia. Advirtiólo Amán; supo que Mardoqueo le negaba este honor porque era judío, y de tal modo se irritó, que á mas de la resolucion que concibió de hacer que pereciese Mardoqueo, determinó tambien vengarse de este desprecio en toda la nacion judía, esparcida por todas las provincias del imperio, y formó el designio de hacer que en un mismo dia fuesen degollados en todas partes todos los judíos. No le fué difícil arrancar del príncipe una órden tan cruel. Le representó que habia un cierto pueblo aborrecido de todos los demás, dispersado por todo el reino y muy poco sumiso; que interesaba al estado esterminar una nacion enemiga de las leyes y de la religion del pais, y que le suplicaba que mandase por un edicto que todos los judíos que se encontrasen en el imperio fuesen muertos en un mismo dia. El rey sacando de su dedo el anillo de que se servia para señalar sus edictos, lo dió á Amán dejando á su arbitrio todo este negocio. El cruel ministro se aprovechó de todo su crédito. Hizo estender un edicto en nombre del rey para esterminar toda la nacion judía, esparcida por todo el imperio. En él se mandaba á todos los sátrapas ó gobernadores de las provincias, á todos los jueces y magistrados que hiciesen asesinar generalmente á todos los judíos que se hallasen en su distrito, sin distincion de edad ni de sexo, el dia 13 del mes de Adar.

Habiendo sabido Mardoqueo lo que contenia este cruel edicto, desgarró sus vestiduras, se cubrió con un saco, y puso ceniza sobre su cabeza, sin cesar dia y noche de llorar y pedir al Señor que se compadeciese de su pueblo. Informada la reina de la desolacion en que se hallaba su tio, quiso saber el motivo. Mardoqueo se lo escribió, enviándola una copia del edicto; y la dijo que no podia perderse tiempo, que era preciso hablase al rey y que hiciese todos los esfuerzos para salvar al pueblo. Estér le representó que estaba prohibido á toda persona bajo pena de muerte el entrar á la cámara del rey sin ser llamada por una órden espresa. Que, sin embargo, poniendo toda su confianza en Dios, estaba resuelta á esponer su dignidad y su vida para salvar á su pueblo, y que le rogaba que hiciese juntar todos los judíos que estaban en Susa, y les ordenase un ayuno de tres dias y que pidiesen á Dios por ella. Mardoqueo puso en ejecucion esta órden de la reina, y durante estos dias de penitencia y de devocion fué cuando hizo á Dios la oracion que la Iglesia ha escogido en este dia para la Epístola de la misa. Señor Dios, rey omnipotente, todas las cosas están sujetas á vuestro poder, y no hay quien pueda resistir á vuestra voluntad: si habeis resuelto salvar á Israel, á pesar del poder de nuestros enemigos y de todas las medidas que han podido tomar para perdernos, nada tenemos que temer. La reina Estér por su parte se encerró, se puso las vestiduras de luto, se cubrió con ceniza, pasó los tres dias en un ayuno continuo y maceró su cuerpo con el cilicio. Despues de lo cual, habiéndose ataviado con todo esmero, fué á presentarse al rey que estaba en su trono. Debilitada por el ayuno, deslum-

brada con el esplendor de un príncipe, que entonces brillaba por todas partes con el oro y la pedrería, espantada pensando en la libertad que se habia tomado de presentarse delante del rey sin haber sido llamada, no bien lo reflexionó, cuando asombrada por la majestad grave de un príncipe, cuyo aire solo inspiraba espanto, cayó desmayada. Conmovido el rey de este accidente bajó de su trono, la sostuvo hasta que volvió á recobrar su espíritu, la aseguró, y haciéndola tocar el cabo de su cetro, la dijo: ¿Qué temes, mi querida Estér? yo soy tu hermano; la ley que prohibe á todos presentarse delante de mí, sin ser llamados, no se ha hecho para tí. Es bien sabido lo demás de esta historia. Amán fué colgado en la misma horca que habia hecho levantar en el patio de su casa para Mardoqueo; el edicto que proscribia á todos los judíos fué invalidado por un nuevo edicto, que á mas les concedia en todo el imperio grandes privilegios; Mardoqueo fué nombrado gran-maestre del palacio, y despues fué instituido la segunda persona en el imperio.

El Evangelio de la misa del dia contiene la prediccion que el Salvador hizo á sus Apóstoles de su pasion y de su muerte, y de todas las humillantes circunstancias de que debia estar acompañada.

Habiéndose puesto Jesucristo en camino para ir á Jerusalen á celebrar su última pascua, ocho ó diez dias ántes de la fiesta; viéndose rodeado de una multitud del pueblo, tomó parte de sus apóstoles, y entabló con ellos una conversacion particular de todo lo mas ignominioso que debia sufrir en aquella capital dentro de pocos dias. Vosotros veis, les decia, que vamos á Jerusalen; allí es donde el Hijo del hombre será vendido y entregado en manos de los príncipes de los sacerdotes, de los doctores y de los magistrados, quienes con toda justicia le tratan del modo mas infame y le condenarán como culpable del último suplicio; y porque el derecho de vida y muerte se les ha quitado por los romanos, le entregarán para que sea tratado por ellos con irrision, para que sea azotado y crucificado, y todo esto á la vista de todo el pueblo. Pero no temais nada, este Hijo del hombre tan maltratado resucitará al tercer dia con todo el esplendor de su gloria. Era esta la tercera vez que les predecia su muerte, pero nunca lo habia hecho de un modo tan circunstanciado. Por mas aflictiva que fuese esa prediccion, era necesaria para prevenirles contra el escándalo de su pasion; pero los apóstoles estaban tan llenos de las ideas de gloria, de poder y de felicidad, bajo las cuales se representaban los judíos al Mesías, que todo lo que les dijo el Salvador de su pasion y de su muerte fué para ellos como un enigma, y nada comprendieron. Esto lo dieron bien á entender Santiago y Juan, hijos del Zebedeo, en la peticion que inmediatamente hicieron á Jesucristo por medio de su madre Salomé de las dos primeras sillas para ellos. Esta mujer sugerida por sus hijos que tenia al lado, se presentó delante de él, le adoró con respeto y le suplicó que no llevase á mal el que le pidiese una gracia; habiéndoselo permitido Jesucristo: Maestro, le dijo ella con mucha confianza, á lo que parece, muy pronto estareis ya á punto de entrar en vuestra gloria; cuando estuviereis, pues, en ella, yo os pido que concedais á mis dos hijos las dos primeras plazas de vuestro reino, haciendo que sean colocados á vuestros dos lados, dándoles la preferencia sobre todos vuestros discípulos. El Salvador escusó la ternura maternal y la pequeña ambicion que era el efecto de ella, y dirigiéndose á los dos hermanos les hizo entender que las plazas en el cielo no se conceden al simple favor sino al mérito, aunque sea verdad que no haya ningun mérito sin la gracia: vosotros tendreis lo uno y lo otro, añadió el Salvador: vosotros combatireis, conseguireis la victoria y recibireis la corona que mi Padre y yo os tenemos preparada desde la eternidad. La peticion que acababa de hacer la madre de los dos discípulos, causó unos pequeños zelos y aun alguna indignacion en los otros diez que estaban presentes, lo que obligó al Salvador á darles aquella preciosa leccion de humildad tan opuesta al espíritu del mundo, en la que les declara que el medio de obtener el primer lugar en su reino es el de tomar el último en todas las demás partes; y que si uno quiere ser mayor que los otros, es preciso que se constituya su siervo y se haga mas pequeño que ellos. En esto debe estribar toda vuestra ansia: tomad ejemplo de mí, añade, yo debo ser vuestro modelo; yo no he venido aquí abajo para ser servido, sino para servir á los otros y para dar la vida á los mismos que me darán la muerte.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Populum tuum, quæsumus, Domine, propitius respice: et quos ab escis carnalibus præcipis abstinere, à noxiis quoque vitiis cessare concede. Per Dominum...

Señor, mirad á vuestro pueblo con ojos favorables, y haced que aquellos á quienes mandais que se abstengan de las carnes, cesen tambien en los vicios que dañan á sus almas. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es sacada del libro de Estér, cap. 13.

In diebus illis: Oravit Mardochæus ad Dominum, dicens: Domine, Domine Rex omnipotens, in ditione enim tua cuncta sunt posita: et non est qui possit tuæ resistere voluntati, si decreveris salvare Israel. Tu fecisti cœlum et terram, et quidquid cœli ambitu continetur. Dominus omnium es, nec est qui tuæ resistat majestati tuæ. Et nunc, Domine Rex Deus Abraham, miserere populi tui, quia volunt nos inimici nostri perdere, et hereditatem tuam delere. Ne despicias partem tuam, quam redemisti tibi de Ægypto. Exaudi deprecationem meam, et propitius esto sorti et funiculo tuo, et converte luctum nostrum in gaudium, ut viventes laudemus nomen tuum, Domine; et ne claudas ora te canentium, Domine Deus noster.

En aquellos dias hizo Mardoqueo oracion al Señor, diciendo: Señor, Señor y Rey omnipotente, todas las cosas están sujetas á vuestro poder, y no hay quien pueda resistir á vuestra voluntad, si hubiereis resuelto salvar á Israel. Vos habeis hecho el cielo y la tierra, y todas las criaturas que están bajo el cielo. Vos sois el Señor de todas las cosas, y no hay quien resista á vuestra majestad. Ahora, pues, ó Señor y Rey, ó Dios de Abraham, compadeceos de vuestro pueblo; porque nuestros enemigos han resuelto perdernos, y esterminar vuestra heredad. No desprecieis este pueblo que habeis hecho propio, y que habeis rescatado de Egipto para que sea vuestro. Oid mi oracion; mostraos favorable á una nacion que habeis hecho

vuestra heredad. Convertid, Señor, nuestras lágrimas en alegría, á fin de que empleemos la vida que nos conservâreis en alabar vuestro santo nombre, y no cerreis la boca de los que os alaban, Señor Dios nuestro.

El libro de Estér está recibido por los judíos como uno de los mas canónicos. Se asegura que el mismo Mardoqueo fué el que escribió esta historia de su sobrina Estér. Los judíos establecieron una fiesta solemne, que se llama la fiesta de las Suertes. Esta se celebraba el duodécimo mes del año santo, que es el sexto del año civil, que se llamaba Adar, y la vigilia era dia de ayuno. El mismo rey Asuero mandó que esta fiesta fuese en todo su imperio como un dia de regocijo por la pérdida de Amán y por la conservacion de la reina Estér y de toda la nacion judía.

REFLEXIONES.

«A fin de que empleemos la vida que nos conservâreis en alabar vuestro santo nombre.» La vida no se nos concede mas que para emplearla en amar, en servir, en alabar á Dios; no es otro el fin de nuestra creacion, ni tampoco nuestra conservacion tiene otro. Dios podia muy bien no habernos criado, pero no podia criarnos para otro fin. Dios puede enviarnos la muerte en cada momento, pero no puede conservarnos la vida sino para emplearla en su servicio; hacer otro uso de ella es alejarnos de nuestro fin. No hay en esto prescripcion que temer. El desarreglo de nuestras costumbres puede muy bien hacernos olvidar nuestra obligacion, pero no puede mudar nuestro fin último. Por mas desarreglados que seamos, será siempre verdad que no estamos en el mundo para juntar en él grandes bienes, para adquirir honor, para gozar muchos placeres, ni para hacer una gran fortuna; nosotros no estamos en él, Dios no nos deja en él, sino para servirle. Los reyes y los pueblos, los sabios y los ignorantes, los ricos y los pobres, no tienen vida sino con este fin. Es esta una verdad fundamental de nuestra religion, y Dios no podria dispensarnos de esta obligacion ni una sola hora. ¡Buen Dios! ¿á cuántas gentes hará el proceso esta verdad eterna? Dios no nos prolonga nuestros dias, no nos libra de aquel accidente, no nos conserva la vida sino para su gloria. ¿Es este el motivo porque los ordenamos nosotros? ¿No vivimos mas que para la gloria de Dios? ¿Empleamos nuestra vida, pasamos á lo ménos la mayor parte de nuestros dias en su servicio? Si no hubiese habido mas que un solo dia, una sola hora en este dia mal empleada, seremos examinados de ellos, se nos pedirá cuenta de este tiempo perdido: ¿Y de cuántos dias, de cuántos meses, de cuántos años perdidos serán responsables á la justicia divina, esas gentes de placeres, esos ociosos de profesion, esas gentes de negocios? ¿Cuántos al fin de una vida larga se encontrarán en la muerte sin haber dado al servicio de Dios dos dias enteros? ¿Qué espanto, qué sentimiento no esperimenta en una enfermedad peligrosa aquella persona, cuyos primeros años se han consumido en los desórnes y en los placeres, cuya edad mas avanzada no ha sido tampoco mas cristiana, cuya salud se ha gastado por una multiplicidad disipadora de negocios? ¡Qué tristeza, digamos mejor, qué tribulacion, qué desesperacion la de aquella mujer del gran mundo, la de aquel jóven libertino, abrasados por el ardor de una calentura, á punto de concluir una vida que Dios no les habia concedido sino para él, y que ellos no han empleado y consumido sino para sí; al fin de una carrera que no ha sido mas que un continuo estravío; en la víspera de ir á presentarse delante de un Dios á quien se ha ofendido, y á quien se ha despreciado toda su vida; á la puerta de una eternidad ó feliz ó desdichada, segun el buen ó el mal uso que se ha hecho del tiempo! ¿Quién puede entonces aquietar una conciencia justamente alarmada? ¿qué pena no se siente, y qué propósitos no se hacen? El decreto está ya á punto de pronunciarse, una alma va á ser precipitada á las llamas eternas. Pero Dios se deja ablandar de las lágrimas de este moribundo, de las oraciones de las gentes buenas, Dios le conserva todavía la vida, vuelve á la salud; ¿y vuelve á obrar mejor? ¿Esa sanidad recobrada cuasi por milagro, es siempre seguida de una verdadera conversion? ¿Es uno mas cristiano despues de haber estado largo tiempo enfermo? ¿De cuántos se puede decir despues de su convalecencia, la última condicion de este hombre es peor que la primera? ¡Dios mio! ¡cuán temible es la corrupcion del corazon humano! ¡A qué pocos convierte la enfermedad!

El Evangelio de la misa es tomado del cap. 20 de san Mateo.

In illo tempore: Ascendens Jesus Jerosolymam, assumpsit duodecim discipulos secreto, et ait illis: Ecce ascendimus Jerosolymam, et Filius hominis tradetur principibus sacerdotum et scribis, et condemnabunt eum morte, et tradent eum gentibus ad illudendum, et flagellandum, et crucifigendum, et tertia die resurget. Tunc accessit ad eum mater filiorum Zebedæi cum filiis suis, adorans et petens aliquid ab eo. Qui dixit ei: Quid vis? Ait illi: Dic, ut sedeant hi duo filii mei, unus ad dexteram tuam, et unus ad sinistram in regno tuo. Respondens autem Jesus, dixit: Nescitis quid petatis. Potestis bibere calicem, quem ego bibiturus sum? Dicunt ei: Calicem quidem meum bibetis: sedere autem ad dexteram meam vel sinistram, non est meum dare vobis, sed quibus paratum est à Patre meo. Et audientes decem, indignati sunt de duobus fratribus. Jesus autem vocavit eos ad se, et ait: Scitis quia principes gentium dominantur eorum: et qui majores sunt, potestatem exercent in eos. Non ita erit

En aquel tiempo: Caminando Jesus á Jerusalen, tomó aparte los doce discípulos, y les dijo: Hé aquí que vamos á Jerusalen, y el Hijo del hombre va á ser entregado á los príncipes de los sacerdotes y á los escribas, quienes le condenarán á muerte, y le entregarán á los gentiles, para que sea tratado con irrision, azotado y crucificado, y al tercer dia resucitará. Entonces se acercó á él la madre de los hijos del Zebedeo, acompañada de ellos, adorándole, y haciéndole cierta peticion. ¿Qué quieres, la dijo él? A lo que ella respondió: Ordenad que estos dos hijos mios se sienten, uno á vuestra derecha, y otro á la siniestra, en vuestro reino. Mas Jesus dijo en contestacion. No sabeis lo que pedís. ¿Podeis beber el cáliz que yo he de beber? Dijeron, pues, ellos: Podemos. Entonces repuso: En verdad, vosotros bebereis el cáliz que yo debo beber; pero el estar sentados á mi derecha ó á mi izquierda, no me toca á mí el concederoslo; esto es para aquellos á quie-

inter vos: sed quicumque voluerit inter vos major fieri, sit vester] minister: et qui voluerit inter vos primus esse, erit vester servus. Sicut Filius hominis non venit ministrari, sed ministrare, et dare animam suam redemptionem pro multis.

nes mi Padre lo ha destinado. Oyendo esto los otros diez, se indignaron contra los dos hermanos: mas Jesus los hizo venir, y les dijo: Vosotros sabeis que los príncipes de las naciones tienen en ellas el primer lugar, y los que son mayores ejercen su poder sobre ellas. No ha de ser así entre vosotros; ántes bien, cualquiera que entre vosotros quisiere hacerse el mayor, dediquese á serviros; y cualquiera que quisiese tener la primacía, constitúyase como esclavo vuestro. A la manera que el Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir, y dar su vida por la redencion de muchos.

MEDITACION.

Sobre la estimacion que debemos hacer de las adversidades.

Punto primero.—Considera que los cristianos no deberian hallar placer sino en las aflicciones. Ningun otro fruto deberia ser de su gusto mas que el de la cruz; la sangre de Jesucristo la ha quitado toda la amargura. La cruz se ha convertido en el árbol de la vida; el que un fruto tan escelente no agrade, es señal de una mala disposicion.

Si no se escucha mas que á los sentidos, si no se consulta mas que á los ojos, á la razon humana y al amor propio, las adversidades son un objeto de horror; pero ¿es buen juez en esta materia el hombre animal? ¿Qué nos enseña la fé? ¿Qué nos dice el Evangelio? Ha sido necesario que Jesucristo padeciese para entrar en su propia gloria. Desgraciados de vosotros, ricos, que teneis vuestro consuelo (Luc. 6.) en las riquezas; desgraciados de vosotros, dichosos del siglo, que vivís alegres, y entre la abundancia; de vosotros, grandes del mundo, á quienes todo sonrie. ¿Quereis, por el contrario, tener una justa idea de la felicidad; quereis hallar un hombre feliz, dice el Salvador del mundo? Buscadlo en las adversidades. Toda la religion, por decirlo así, se resiente, cuando se llaman desgracias á las cruces, y sin embargo ¿bajo qué otro aspecto se las mira hoy en el mundo? Que un pagano mire una quiebra en sus bienes, un pleito perdido, un revés de la fortuna, como un mal, no es estraño, él raciocina conforme á sus principios; pero un cristiano ilustrado con las luces de la fé, educado en la escuela de Jesucristo, instruido en su doctrina, ¿puede ignorar que las adversidades de esta vida son como las arras de la eternidad bienaventurada; que las cruces son el contrapeso de las pasiones, el remedio eficaz contra las hinchazones del corazon y las enfermedades del espíritu; que todas tienen su precio, y que las aflicciones presentes, como dice san Pablo, que no duran mas que un momento, y que son tan lijeras, nos producen un peso eterno de gloria, en un alto grado de escelencia, y mas allá de toda medida? Hé aquí lo que el Salvador del mundo nos propone como un objeto digno de nuestra estima y de nuestro amor; hé aquí lo que todo cuanto ha habido de sabio y de virtuoso entre los fieles ha buscado con empeño; hé aquí lo que toda la Iglesia, lo que Dios mismo estima, honra y recompensa tan liberalmente en los fieles. ¿Son ménos preciosas las cruces, porque sean desagradables á los sentidos? ¡Ah! se desea un remedio, por mas amargo que sea, y se compra muy caro cuando nos persuadimos que él debe prolongarnos algunos dias esta vida; la esperanza de ganar alguna cosa, el deseo de tener un empleo, inducen á aceptar, á hacer que se deseen hasta los peligros de los viajes por el mar, hasta los penosos trabajos de la guerra. El cielo es siempre el premio seguro de las aflicciones sufridas con un corazon cristiano; el mismo Dios quiere ser la recompensa. No hay otro camino para ir al cielo, ellas son el patrimonio de los elegidos de Dios; en las enfermedades y en las adversidades es propiamente en donde un Amadeo y todos los santos han fabricado sus coronas. ¿Y no tendrán jamás las cruces un atractivo para mí? ¿Las he de mirar siempre con disgusto? ¿Y por qué título esperaré entonces una recompensa eterna?

Punto segundo.—Considera que en las cruces sucede como en los árboles, cuyos frutos son de un gusto esquisito, aunque la corteza del árbol sea áspera y escabrosa. No es cierto que solo se encuentre amargura en el llanto; no todas las lágrimas son amargas. Si los dichosos del siglo tienen cruces invisibles, ¿por qué no habrá alegrías interiores mucho mas dulces que las que hacen tanto ruido? Las dulzuras espirituales no son las ménos esquisitas. El corazon solo es el asiento del regocijo. Es preciso que la serenidad y la calma reinen en el alma para hacerla dichosa; las acusaciones ó las alarmas de la conciencia turban siempre las fiestas de los dichosos del siglo: su felicidad, hablando con propiedad, no consiste mas que en aturdirse, y de aquí procede que en las prosperidades de esta vida no se halla mas que una falsa alegría. Las almas verdaderamente cristianas gustan de regocijo lleno y tranquilo, de una dulzura pura y deliciosa en sus cruces. ¡Cuan dúlce es el estar seguros de que se marcha por el camino del cielo! ¡Cuán dulce el encontrar en su suerte y en su estado lo que hace el carácter de los predestinados, lo que ha sido y es todavía el objeto de las ansias de los mayores santos! ¡Cuan dulce el no gloriarse sino en la cruz de Jesucristo; dulzura que se hace sentir en el fondo del corazon mientras dura la vida, que se aumenta siempre en la muerte, y que se estiende aun hasta la eternidad! Imaginad un motivo de consuelo mas real, ni mas sólido.

Las aflicciones son amargas es verdad, y las aguas de Marà lo eran tambien, ántes que Moisés arrojase en ellas el madero que Dios le mostró (Exod. 15.); pero por la virtud de aquel madero misterioso, aquellas aguas amargas se convirtieron en deliciosas para beber. Sabe Dios muy bien el secreto de endulzar las cruces. Antes de la muerte de Jesucristo se decia: Maldito todo hombre que es clavado en una cruz; pero despues que Jesucristo ha querido ser clavado en ella, nos ha librado de la maldicion, y ha dado á este tronco una virtud maravillosa.

De este principio han nacido los ardientes deseos de sufrir que se admiran en todos los santos. De esta fuente proceden los torrentes de delicias interiores, superiores á todo sentido, y que inundan todas las almas purificadas por los sufrimientos. ¡Ah, Dios mio! ¡cuán poco estimado

es este secreto! ¡cuán escondido está este tesoro á los sabios del siglo! Pero se conocerá en la muerte, se sabrá por toda la eternidad, cuán precioso era este tesoro, cuán estimable era este secreto. Dadme una alma ilustrada con las luces de la fé, dadme un corazon que ame á Dios, decia san Agustin, y él entenderá lo que yo digo, conocerá esta verdad y gustará maravillosamente esta doctrina.

¡Ah Señor, y cuándo seré yo de este número! ¿Me contentaré no mas que con confesar estas verdades, aplaudir estas reflexiones, no estimar las adversidades mas que en los otros? ¿Acaso no quiero yo ser del número de vuestros discípulos? ¿Y cómo ser discípulo vuestro si no se lleva la cruz, si no se ama la cruz, si no está uno unido toda su vida á la cruz? Concedédme, Señor, este amor de la cruz, y hacedme fastidioso, insípido cualquiera otro gusto que el de la cruz. Dadme vuestro amor, y yo amaré la cruz.

JACULATORIAS.—Sí, Salvador mio Jesucristo; yo me complazco en mis enfermedades, en las adversidades, en las persecuciones, en los estremos disgustos que sufro por vos. (2. Cor. 12.)

Esté yo de continuo cerca de vos y en vuestra presencia, y despues de esto que cualquiera se arme contra mí. (Job. 17.)

PROPÓSITOS.

1 No hay nadie que no tenga su cruz. Las espinas nacen en todas partes, son de todas las estaciones y crecen en todos los terrenos; nacen aun hasta sobre el trono mismo. No hay condicion, no hay estado que no tenga sus cruces; los grandes tienen las suyas, y no son siempre las ménos pesadas aunque sean ménos visibles. Es una locura el buscar un abrigo contra todos los vientos y las borrascas; ¿qué edad no tiene sus disgustos? ¿Qué fortuna no tiene sus reveses? ¿Qué condicion no tiene sus desazones? ¿Qué empleo no tiene sus cargas? Hay cruces domésticas, y las hay estrañas; y en defecto de las unas y de las otras, nuestro humor, nuestro natural, nuestro entendimiento, nuestro corazon, son fondos inagotables de muchas cruces. Considerad la que mas os inquieta en el dia, y haceos de ella un motivo de mérito. ¿Quereis hacerla lijera? Amadla. Cuantos mas esfuerzos hiciereis para sacudirla, mas pesada se os hará. Aun cuando encontraseis el secreto de descargaros de ella, entrará en su lugar otra que os inquiete mas. ¿Quereis hacerla dulce? Observad los avisos siguientes: 1.° Aceptad de buena gana todas las cruces que Dios fuere servido daros, y jamás dejeis de decirle todos los dias en la oracion de la mañana: Divino Salvador mio, puesto que para ser discípulo vuestro es preciso llevar cada uno su cruz, yo acepto con todo mi corazon la que vos quereis que yo lleve; yo os pido la gracia necesaria, á fin de que yo haga un buen uso de ella para gloria vuestra y salvacion mia. 2.° Cuando nuestro amor propio se rebele, y la amargura se derrame en el corazon, decid con el Salvador: ¿Qué, no beberé yo el cáliz que mi Padre me ha dado? (Joan. 18.) 3.° Cuando tengais alguna afliccion, alguna pérdida, algun motivo de desazon, cuando supiereis alguna mala noticia, decid aquellas hermosas palabras de Job: ¿Si hemos recibido los bienes de mano del Señor, por qué no recibiremos tambien los males? (Job 2.)

2 Es una práctica de piedad muy útil y muy santa, no solo el aceptar todas nuestras aflicciones en satisfaccion de la pena debida por nuestros pecados, sino tambien el pedirle al confesor que nos dé nuestras propias cruces por penitencia; hechas entónces parte del sacramento, son de un precio mas elevado y reciben un nuevo mérito. Nada hay mas á propósito para desempeñarnos de nuestras deudas con Dios que este género de satisfaccion; ella es siempre de su gusto, puesto que es de su eleccion. Está uno seguro de que esta es la moneda, por decirlo así, con que quiere ser pagado en esta vida. Nos serviria estraordinariamente un poco de paciencia, de sumision y aun de alegría, en las adversidades inevitables de esta vida; no se sufriria por eso mas, se sufriria aun ménos, puesto que se sufriria con ménos disgusto, y el provecho nos indemnizaria bien de la pena. Cosa estraña; se siente todo el peso de la cruz, se siente toda su amargura, y por falta de un poco de buena voluntad y de industria se pierde todo el fruto.

JUEVES SEGUNDO DE CUARESMA.

La Iglesia ha escogido el principio del salmo 69 para el introito de la misa de este dia. Es aquella oracion tan interesante que la Iglesia pone al principio de todos sus oficios, y por la que pide á Dios su asistencia y su auxilio particular en todas las oraciones que hace, para que comprendamos la necesidad estrema que tenemos de la gracia, sin la que ninguna accion por laudable que fuese podria ser meritoria para el cielo. Aplicaos, Dios mio, á socorrerme; daos prisa, Señor, á asistirme. Cubrid de confusion y de vergüenza á los enemigos de mi salvacion que quieren quitarme la vida del alma. Tambien era durante la persecucion de su hijo Absalon, cuando David dirigia á Dios esta oracion. Hemos dicho que la Iglesia, conducida en todo por el Espíritu Santo, ha cuidado de elegir para la misa de cuasi todos los dias de Cuaresma, algunos versículos de los salmos que David habia compuesto durante la insurreccion de aquel hijo rebelde que causó á su tierno padre una afliccion de las mas sensibles y de las mas amargas que tuvo jamás. Sin duda lo ha hecho así para inspirarnos nuevos sentimientos y un arrepentimiento mas grande, acordándonos que jamás hemos pecado que no nos hayamos rebelado contra Dios, nuestro Criador, nuestro Redentor, nuestro amable y buen Padre.

La Epístola asignada á la misa de este dia está tomada de la profecía de Jeremías al cap. 17, en donde amenaza á los judíos con la pérdida de sus bienes y la ruina de su país, porque olvidaban y abandonaban á Dios por recurrir á los hombres. Pronuncia en ella una maldicion contra el hombre que pone su confianza en el hombre. Aun cuando el Profeta hubiese podido hacer relacion á la confianza que los judíos tenian en el auxilio de los egipcios, cuya proteccion habian implorado en vano, en las desgracias de que estaban amenazados de parte de los príncipes de Babilonia; el sentido espiritual y moral mira á la confianza que nosotros tenemos en los socorros humanos, en los diversos accidentes de esta vida, en perjuicio de la que debemos tener en Dios.

Jeremías acababa de reprender á los judíos su impiedad y su irreligion, que llegaba hasta hacer alarde de sus mayores crímenes. El pecado de Judá está escrito, les decia, con un buril de hierro y una punta de diamante; está grabado sobre la tabla de su corazon y sobre los estremos de sus altares. Lo mismo que si dijera, que para hacer como un trofeo de sus desórdenes, léjos de avergonzarse

de ellos, los grababan sobre los estremos de sus altares profanos, á ejemplo de los paganos, á fin de que nadie pudiese ignorarlos. Ni aun trataban de disimular su idolatría con el temor, ni encubrirla con la vergüenza: se gloriaban de ella; era pública y declarada; procuraban en algun modo que su maldad pasase á la posteridad por medio de inscripciones: sus hijos, dice el Profeta, han impreso en su memoria sus altares, sus grandes bosques consagrados á las divinidades paganas. Esto es lo que irritó tanto la ira de Dios contra ellos. Hé aquí lo que dice el Señor, esclama: Maldito es el hombre que pone su confianza en el hombre. Esas medidas tan bien tomadas, esos resortes tan bien montados, esos apoyos manejados con tanto artificio, son fundamentos sobre arena. En vano tomais esas precauciones, dice el Profeta, que os sugiere la prudencia de la carne; á Dios es á quien se ha de recurrir: en su auxilio es en el que habeis de poner vuestra confianza. Mudad de conducta, apaciguad su ira, y no temais, si lo haceis así, á vuestros enemigos. Todo hombre, añade, que se apoya en un brazo de carne, y cuyo corazon se retira del Señor, será semejante al tamariz que está en el desierto; y permanecerá en el desierto, en la sequedad, en un terreno lleno de sal y donde no se puede habitar. El tamariz salvaje, de que habla aquí Jeremías, tiene siempre un verde pálido, y por mucha agua que le caiga está siempre seco. Leño inútil, fruto que no es bueno para nada; tal es la prudencia de la carne, tales son los frutos de la industria humana sola. Mucha sal en esas obras del talento, en esas medidas tomadas con tanto arte, en esas precauciones, en esas protecciones tan bien manejadas: tamariz salvaje, arbusto desnudo, leño inútil, tierra llena de nitro, de una esterilidad eterna; al paso que aquel que pone toda su confianza en Dios es dichoso. Este se parece á un árbol fructuoso, plantado en un terreno escelente, regado continuamente con aguas vivas; que no teme ni la sequedad ni la escarcha, cuyas hojas no pierden jamás el verde de primavera, y cuyos frutos son de una dulzura esquisita. Pocos corazones hay que no estén corrompidos, aun cuando el disimulo los encubra; pero yo, dice el Señor, soy el que profundiza los corazones, el que desenvuelve todos sus pliegues, el que corre el velo á todos sus misterios. Yo no me dejo deslumbrar por las esterioridades engañosas é imponentes; conozco todos los rodeos y todos los artificios de una política refinada: así que, no recompensaré mas que la verdadera virtud y el verdadero mérito; y en las obras mas plausibles no atenderé mas que al motivo que las produce.

Desde el octavo siglo ha sido el Evangelio de este jueves la historia del mal rico y del pobre Lázaro. Habia un hombre rico, decia el Salvador á sus discípulos, que vestia de escarlata y de finísimo lienzo, que nada negaba á sus sentidos, que tenia todos los dias una mesa espléndida, sin perdonar cosa alguna para sus placeres, y pasando una vida deliciosamente. Habia al mismo tiempo un pobre llamado Lázaro, cubierto por todas partes de úlceras, que estaba tendido á la puerta del rico pidiendo las migajas que caian de su mesa, creyéndose dichoso si hubiese podido obtener este socorro tan débil para apaciguar su hambre, y mas bien para retardar su muerte que para sostener su vida; pero no habia ninguno que quisiese hacerle este pequeño servicio, mientras que los perros estaban abundantemente mantenidos en una casa en donde reinaban la suntuosidad y la abundancia. El único consuelo que recibia este pobre en su estrema miseria, era de aquellos viles animales que se acercaban alguna vez á él y le lamian sus llagas. Es chocante el contraste que hacen estas dos condiciones tan opuestas: ¡qué diferencia entre estas dos vidas! mas al fin, la muerte vino muy pronto á terminar las delicias de la una y las miserias de la otra; pero ¡qué diferencia de suerte! Lázaro muere en su pobreza; pero su muerte es preciosa á los ojos de Dios, y los ángeles llevan su alma á aquel lugar de paz y de alegría, adonde las almas santas, libres de las ataduras del cuerpo y exentas de toda miseria, reposan con Abraham, como los hijos entre los brazos y en el seno de su padre. ¿Y no se creeria Lázaro entre las manos de los ángeles, y seguro de su felicidad eterna, bien pagado de todo lo que habia sufrido? ¿Hubiese él entonces querido haber sido dichoso en la tierra, y ser condenado? El rico no le sobrevivió mucho tiempo. La muerte vino en medio de sus dias mas floridos á concluir aquella vida tan deliciosa. Muere el rico. Aquel cuerpo tan acostumbrado á los placeres, alimentado en el lujo y en la molicie, es dado como presa á la podredumbre y á los gusanos, al mismo tiempo que el alma, hasta entonces esclava de los sentidos y del cuerpo, es precipitada en el infierno ¡para ser eternamente presa de las llamas. ¡Qué sorpresa! pero ¡qué rabia y qué desesperacion, pasar en un momento de la prosperidad mas brillante, del estado mas floreciente, de la region de las delicias á la region de las tinieblas y del llanto, al centro de la desolacion, á los fuegos eternos, á la estancia de todos los suplicios! Desde lo profundo de los infiernos, aquel desgraciado vió en espíritu al patriarca Abraham, y á Lázaro que brillaba como el sol, al lado de este patriarca. Este espectáculo redobló sus penas y su desesperacion. En medio de la fuerza de sus tormentos se dirigió á Abraham, y con gritos lamentables, hijos del dolor mas vivo y de la desolacion mas cruel, le hizo esta súplica: Padre Abraham, que me veis en este lastimoso estado, tened compasion de mí, y enviadme á Lázaro, á fin de que mojando la punta de su dedo en agua, me deje caer una gota en la lengua que tengo penetrada toda de fuego. No negueis este pequeño consuelo á un desgraciado que en medio de estas llamas crueles sufre dolores inconcebibles. Se desprecian los pobres en este mundo; apenas hay quien se digne fijar en ellos la vista; un rico creeria deshonrarse si se detuviese á conversacion con un pobre; en la otra vida los que fueron mas dichosos en el siglo mendigan sus sufragios, piden sus ruegos, envidian su fortuna, y querrian estar en lugar de aquellos á quienes han despreciado tanto. Hijo mio, le dijo Abraham, acuérdate que mientras has vivido has disfrutado del placer, y que por el contrario Lázaro ha estado siempre sufriendo. Ahora se ha cambiado esta escena: una alegría que nada puede alterar, una felicidad llena, pura y satisfactoria, es el patrimonio de este pobre que has despreciado con tanta dureza; y el tuyo es la reunion de todos los tormentos imaginables, sin que tengas que esperar jamás de él el menor consuelo. No hay comercio alguno de caridad entre los elegidos y los réprobos; toda comunicacion les está entredicha. Vosotros ardeis y ardereis para siempre, sin que nunca recibais el menor refrigerio. A lo ménos, replicó el rico desgraciado, os suplico que le envieis á la casa de mi padre para que avise á mis cinco hermanos del deplorable

estado en que me hallo, á fin de impedir que vengan á arder conmigo en este lugar de tormentos, donde sus suplicios aumentarian los mios, pues que su triste suerte seria el fruto de mis malos ejemplos. Tienen, dijo Abraham, los libros de Moisés y de los Profetas, y esto les basta; no tienen que hacer mas que lo que estos maestros les enseñan; que los escuchen y se salvarán. Nó, repuso el desgraciado, con ese solo socorro no se harán mas sabios; mas si va á visitarlos algun muerto y les representa lo que se sufre en este lugar de suplicios, se espantarán y se convertirán. Te engañas, respondió Abraham. ¿Si no quieren oir la voz de Dios, creerán mas la voz de un fantasma? Y si los hombres han llegado hasta despreciar las divinas Escrituras, ¿deferirán mejor al testimonio de los muertos?

Si esta relacion no contiene una historia verdadera, como lo cree san Ireneo, san Ambrosio, Tertuliano y san Gregorio el Grande, no se puede negar al ménos que el discurso del mal rico con Abraham, no sea una parábola por la cual el Salvador ha querido hacernos una pintura sensible de los crueles pero inútiles sentimientos, que tienen los condenados en la otra vida, y al mismo tiempo enseñarnos que no debemos esperar instrucciones de nuestros deberes por caminos estraordinarios, sino por la revelacion de las verdades que él nos ha hecho conocer en sus Escrituras. En efecto, ¿qué podrian decirnos los muertos vueltos del otro mundo, que no hallemos en el Evangelio? No busquemos fuera de nosotros mismos el orígen de nuestra impenitencia. Sabemos bien lo que debemos hacer y lo que debemos temer; no hay, pues, que instruir al entendimiento; lo que se necesita es domar un corazon rebelde.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Præsta nobis, quæsumus, Domine, auxilium gratiæ tuæ: ut jejuniis et orationibus convenienter intenti, liberemur ab hostibus mentis et corporis. Per Dominum...

Concedednos, Señor, los auxilios de vuestra gracia, para que aplicándonos, como debemos, á los ayunos y á la oracion, seamos libres de los enemigos de nuestra alma y de nuestro cuerpo. Por nuestro Señor, etc.

La Epístola es tomada del cap. 17 de la profecía de Jeremías.

Hæc dicit Dominus Deus: Maledictus homo, qui confidit in homine, et ponit carnem brachium suum, et a Domino recedit cor ejus. Erit enim quasi myricæ in deserto, et non videbit cum venerit bonum; sed habitabit in siccitate in deserto, in terra salsuginis et inhabitabili. Benedictus vir, qui confidit in Domino, et erit Dominus fiducia ejus. Et erit quasi lignum quod transplantatur super aquas, quod ad humorem mittit radices suas, et non timebit cum venerit æstus. Erit folium ejus viride, et in tempore siccitatis non erit sollicitum, nec aliquando desinet facere fructum. Pravum est cor omnium, et inscrutabile: quis cognoscet illud? Ego Dominus scrutans cor, et probans renes: qui do unicuique juxta viam suam, et juxta fructum adinventionum suarum: dicit Dominus omnipotens.

Esto es lo que ha dicho el Señor: Maldito el hombre que pone su confianza en el hombre, que se apoya en un brazo de carne, y cuyo corazon se retira del Señor. Será semejante al tamariz que está en el desierto; no esperimentará nunca el bien, sino que habitará en el desierto, en la sequedad, en un terreno lleno de sal é inhabitable. Dichoso el hombre que pone su confianza en el Señor, y de quien el Señor hace la esperanza. Será semejante á un árbol trasplantado á la orilla de las aguas, que estiende sus raices á favor de su humedad, y que no teme cuando llegare el calor del estío. Su hoja estará siempre verde, y ningun incomodo sentirá en el tiempo de la sequedad, ni dejará nunca de dar fruto. El corazon de todos los hombres está corrompido; es impenetrable; ¿y quién es capaz de conocerle? Yo, que soy el Señor, que sondeo los corazones y que distingo los afectos; que doy á cada uno segun su conducta, y conforme al fruto de sus pensamientos y de sus obras, dice el Señor omnipotente.

El profeta Jeremías era hijo del sacerdote Helcías, de la aldea de Anathoth, en la tribu de Benjamin. Comenzó á profetizar el año décimotercio del reinado de Josías, esto es, el año 3375 del mundo, y el 629 ántes de Jesucristo.

REFLEXIONES.

«Maldito el hombre que pone su confianza en el hombre.» No es estraño que haya tantos desgraciados en el mundo: no lo es tampoco el ver aun todos los dias esas revoluciones tan súbitas de familias que veia ya el profeta en su tiempo. Yo he visto, decia, un hombre muy desreglado en sus costumbres, muy irregular en su conducta; un hombre que teniendo poca religion, apoyándose en un brazo de carne y retirando su corazon del Señor, que no se apoyaba mas que en la proteccion de los grandes, en el número de sus amigos, en su habilidad, en sus talentos, en su industria, é importándole poco el ausilio del cielo, ponia toda su confianza en el hombre; yo he visto á este hombre brillando en la prosperidad, elevado como los cedros del Líbano, colocado en el mas alto grado de fortuna. Todo se le reia, todo le prosperaba, todo le prometia una continuacion de dichas sin medida: pero ¡ah! no hice mas que pasar, y ya no existia. Aquel grande y soberbio coloso habia caido en un instante, y aquella preciosa masa, aquel ídolo de la felicidad humana trabajado con tanto arte, elevado con tantos resortes y tanto trabajo, sostenido con tantos apoyos, afirmado, al parecer, contra la violencia de todas las tempestades, se ha desmoronado, se ha hecho pedazos, ha sido reducido á polvo en un abrir y cerrar de ojos, y aquel dichoso del siglo ha desaparecido con tanta precipitacion, que no he podido ni aun encontrar el lugar que ocupaba. Tal es la suerte de esos dichosos mundanos, de esos artífices de su fortuna. Hé aquí el hombre que no ha tenido necesidad del auxilio del cielo: él ha confiado en el favor de los grandes, en la multiplicidad de sus recursos, en la grandeza de sus riquezas, débiles apoyos, brazos de carne, fundamentos caducos. ¿Quién no hubiese creido que aquella familia estaba al abrigo de todas las borrascas, que era superior á todas las revoluciones de los tiempos? Las herencias se apoyaban sobre la vida de un tan gran número de herederos;

las sustituciones iban, por decirlo así, mas allá de los siglos; los tesoros se acumulaban diariamente; las nuevas posesiones que se adquirian todos los dias, aseguraban una fortuna que no debia jamás envejecer, y aumentaban los títulos. Los piés de barro de una estatua compuesta de tantos metales (bella figura de la confianza que se pone en el hombre) han faltado; no ha sido necesario mas que una pequeña piedra para trastornarle, para reducir á polvo aquel coloso. Aquella fortuna estraordinaria, tan prontamente hecha, no ha pasado á la segunda generacion; se han visto caer aquellos cedros al primer golpe de viento; se han visto pobres los hijos de un padre tan rico. Todo brazo de carne se enflaquece; todo edificio sobre arena tarde ó temprano se conmueve, se desmorona. En vano se toman las medidas mas justas; se cimenta el edificio por todo género de medios; se multiplican los lazos que estrechan y que unen; solo Dios es superior á todas las revoluciones; solo Dios es el que eterniza y asegura la prosperidad. Dichoso el que ha puesto en Dios toda su confianza. (Psalm. 39.) Los que ponen su confianza en el Señor, son incontestables como la montaña de Sion. (Psalm. 124.) Sabed, dice el Sabio, que ninguno de los que han esperado en el Señor, ha sido confundido en su esperanza. (Eccl. 2.) Cualquiera que pone su confianza en el hombre, dice Isaías, la pone en la nada. Por mas que se lisonjee, y se prometa una continuacion de prosperidades; error, vanidad, mentira. Desgraciado del que se apoya en un brazo de carne.

El Evangelio de la misa es tomado de san Lucas, del cap. 16.

In illo tempore: Dixit Jesus Pharisæis: Homo quidam erat dives, qui induebatur purpura et bysso: et epulabatur quotidie splendide. Et erat quidam mendicus, nomine Lazarus, qui jacebat ad januam ejus, ulceribus plenus, cupiens saturari de micis, quæ cadebant de mensa divitis, et nemo illi dabat; sed et canes veniebant, et lingebant ulcera ejus. Factum est autem ut moreretur mendicus, et portaretur ab Angelis in sinum Abrahæ. Mortuus est autem et dives, et sepultus est in inferno. Elevans autem oculos suos, cum esset in tormentis, vidit Abraham a longe, et Lazarum in sinu ejus: et ipse clamans, dixit: Pater Abraham, miserere mei, et mitte Lazarum, ut intingat extremum digiti sui in aquam, ut refrigeret linguam meam, quia crucior in hac flamma. Et dixit illi Abraham: Fili, recordare quia recepisti bona in vita tua, et Lazarus similiter mala: nunc autem hic consolatur, tu vero cruciaris. Et in his omnibus, inter nos et vos chaos magnum firmatum est: ut hi, qui volunt hinc transire ad vos, non possint, neque inde huc transmeare. Et ait: Rogo ergo te, Pater, ut mittas eum in domum patris mei. Habeo enim quinque fratres, ut testetur illis, ne et ipsi veniant in hunc locum tormentorum. Et ait illi Abraham: Habent Moysen, et Prophetas, audiant illos. At ille dixit: Non, Pater Abraham; sed si quis ex mortuis ierit ad eos, pœnitentiam agent. Ait autem illi: Si Moysen et Prophetas non audiunt; neque si quis ex mortuis resurrexerit, credent.

En aquel tiempo dijo Jesus á los fariseos: Habia un hombre rico que se vestia de escarlata y de finísimo lienzo, y diariamente tenia magnífica mesa. Habia tambien un pobre llamado Lázaro, que estaba tendido á su puerta cubierto de llagas, el cual se hubiera contentado para saciar su hambre con las migajas que caian de la mesa del rico, y ninguno se las daba; y solo los perros se le acercaban y lamian sus úlceras. Sucedió, pues, que murió el mendigo, y fué llevado por los ángeles al seno de Abraham. Murió tambien el rico, y fué sepultado en el infierno. Levantando, pues, sus ojos cuando estaba en los tormentos, vió de léjos á Abraham, y á Lázaro en su seno, y esclamó: Padre Abraham, compadeceos de mí, y enviad á Lázaro, para que metiendo la punta de su dedo en agua, refrigere mi lengua, porque estoy cruelmente atormentado en este fuego. Hijo mio, le dijo Abraham, acuérdate que has sido colmado de bienes en vida, y del mismo modo Lázaro ha sufrido muchos males; ahora, pues, él está lleno de regocijo, y tú sufres. Además de todo esto, hay entre vosotros y nosotros un espacio muy vasto, de suerte que no es posible ni el ir ninguno desde aquí á vosotros, ni de vosotros aquí. Padre, dijo entonces el rico, yo te ruego que le envies á casa de mi padre; porque tengo cinco hermanos y quiero les avise á fin de que no vengan á este lugar de tormentos. Tienen á Moisés y los Profetas, le dijo Abraham; óiganlos. Nó, padre mio Abraham, repuso el rico; porque si volviese á ellos alguno de los muertos harán penitencia. Contestóle por último Abraham: Si no oyen á Moisés y los Profetas, tampoco crerán aun cuando cualquiera de los muertos resucitare.

MEDITACION.

Del infierno.

Punto primero.—Considera que á fuerza de oir hablar del infierno, nos acostumbramos insensiblemente á esta palabra y á lo que significa, y de aquí es, que no nos conmueve ni aun nos espanta. Hay un infierno; y algunos de mis parientes, algunos de mis amigos, muchos conocidos mios están ahora sumidos en aquellos estanques de fuego, en aquel centro de todos los suplicios, donde están condenados y saben que lo están por toda la eternidad. Seria necesario poder comprender lo que es Dios, poder concebir qué tormento es el perderle sin esperanza de volverle á poseer. Esta pérdida nos interesa poco al presente, pero se juzga de ella muy de otra manera cuando efectivamente se ha verificado. Pensar eternamente que ha habido un Redentor, y que yo no he querido aprovecharme del precio de la redencion; pensar hasta qué punto me ha amado Jesucristo, y pensar que no puedo amar ya á Jesucristo, ni ser ya jamás amado de él. ¡O cruel memoria! ¡O suerte, ó desgracia incomprensible!

Yo estoy condenado, dice un réprobo; yo que tenia tantas razones y tantos medios para ser del número de los elegidos. ¡Yo estoy condenado, yo que he sido tan distinguido sobre la tierra por mi nacimiento, por mis empleos, por mis riquezas, por mis talentos, y me veo confundido con todos los malvados, y la mas vil y mas infame canalla del universo! Yo que he sido alimentado en las delicias

y que no amaba mas que el placer, me veo condenado á un fuego eterno; todos los tormentos son mi herencia, y el infierno mi habitacion por toda la eternidad. ¡O Dios! y no nos sobrecogemos sobre el porvenir! ¡y nos dejamos fascinar por lo presente! ¡y no pensamos cuál será nuestra suerte en la otra vida!

Pensar eternamente en el bien infinito que se ha perdido, en los males innumerables en que uno se ha precipitado, en los medios fáciles y frecuentes que uno tenia para evitarlos. Tener sin cesar delante de los ojos la vanidad y la poca duracion de todo lo que nos ha separado de Dios; las dulzuras inefables que hubiéramos hallado en su servicio; las penas reales que se han sufrido, aun para condenarse; la diferencia infinita de las que nos habrán retraido de la virtud, y las penas que se sufren en medio de aquellas llamas; la diferencia entre la duracion imperceptible de algunos insípidos placeres criminales, y la duracion eterna de las penas que les siguen; tener eternamente en el entendimiento el pensamiento de la espantosa eternidad, sin poder jamás apartarle ni un solo momento: ¡qué suplicio, buen Dios! ¡qué rabia! ¡qué desesperacion! ¿Comprendo yo bien todo esto? y si lo comprendo, ¿cómo puedo yo hallar gusto en los placeres? ¿cómo puedo vivir en el pecado y dilatar el hacer penitencia?

Punto segundo.—Considera que despues de haber sufrido un condenado en aquellas prisiones de fuego un trascurso incomprensible de tiempo, todo ello no será, por decirlo así, ni un instante de la eternidad. El tiempo habrá arruinado las casas que hubiereis edificado, habrá destruido las ciudades que os habrán visto nacer, trastornado los estados en que hubiereis vivido, el fin de los siglos habrá sepultado el universo en sus propias cenizas; habrán aun pasado despues del fin del mundo tantos millones de siglos como momentos habrá durado el mundo, y todavía no habrá pasado nada de esta eternidad espantosa. Despues de todas las revoluciones de los siglos y de millones de siglos despues de esta duracion inmensa, inimaginable de tiempo en la cual se pierde el entendimiento, si habeis sido condenados, tendreis tanto que sufrir como teniais en el primer momento que habeis sido hundidos en aquellas llamas. ¡Eternidad, eternidad! ¡Incomprensible eternidad! ¿Quién puede creerte y vivir un solo momento en el pecado? ¿y diferir un medio dia, un solo instante su penitencia? ¿Y se mira despues de esto como un acto muy heroico cuando un príncipe desciende de su trono para irse á sepultar en un desierto, ó deja su palacio para pasar sus dias en el claustro? Es sin duda un acto muy generoso, es una accion grande, es un acto de virtud de un gran mérito; pero si concebimos lo que es la eternidad desgraciada, lo que es un infierno, no hallaremos de admirable en este hecho sino lo raras que son estas virtudes en el cristianismo. Desgraciadas víctimas de la cólera del Omnipotente, vosotras no solo hareis estas tristes y aterradoras reflexiones, sino que las esperimentareis todos los momentos, y en cada momento durante esta eternidad inconmensurable. Abismos de fuego inestinguible, encendidos por la omnipotencia de Dios para castigar al pecador; infierno; caos infinito de tormentos eternos, ¿puede concebirse que seas tú objeto de nuestra fé y que vivamos en la impenitencia? Hé aquí lo que no creen esas personas que viven tranquilamente en la molicie y en el pecado. ¿Esa mujer mundana, para quien el mundo es un ídolo, cree los espantosos suplicios del infierno? ¿Esos libertinos, cuya vida es un encadenamiento de pecados, que se mofan de las prácticas mas santas de la piedad, que se burlan del infierno mismo y de los que le temen, esos libertinos creen el infierno? ¿Esas gentes de placeres, que pasan su vida en un continuo olvido de Dios, que no tienen mas que una ligera superficie de religion, todas esas gentes creen el infierno y la eternidad de sus penas.

¡Ah, Señor! imprimidme una idea tan viva de esta tan terrible verdad, que jamás mientras me dure la vida pierda de vista el infierno, para no conocerle despues de mi muerte, mediante vuestra santa gracia.

Jaculatorias.—Penetrad mi carne de vuestro temor, ó Dios mio, á fin de que esté mas en estado de evitar vuestros terribles juicios. (Psalm. 118.)

¿Quién de vosotros podrá habitar con el fuego devorante? ¿Quién podrá subsistir entre las llamas eternas? (Isai. 33.)

PROPÓSITOS.

1 Hay un infierno, esto es, un lugar destinado por la omnipotencia de Dios para atormentar eternamente con el fuego y con todos los suplicios posibles á los ángeles rebeldes y á todos los que mueren en desgracia de Dios, es decir, en pecado mortal. Estos suplicios no deben nunca tener fin, ni los condenados tener jamás ningun alivio. Muchos conocidos mios con quienes he vivido están al presente en el infierno. Muchos de los que ahora viven conmigo tendrán la desgracia de ser condenados, y yo seré de este número si muero en pecado. Hé aquí lo que muchos grandes santos se decian á sí mismos cuasi todas las horas del dia. Tened tambien vosotros la misma práctica.

2 Hay un infierno: no hagais nada, no digais nada, no emprendais nada que no lo ajusteis, por decirlo así, á este pensamiento. Decios á vosotros mismos en estas ocasiones: ¿No hay nada en este proyecto, en este designio, en este negocio, en esta diversion, en este comercio, que deba costarme el infierno? ¿y qué me servirá el haber salido bien en todas mis empresas si soy condenado? Luego que sepais la muerte de alguno, pensad inmediatamente que el mundo ha concluido para él: que ha entrado en la eternidad: yo quiero creer que Dios le haya tratado con misericordia y que se ha salvado; pero ¿y si se ha condenado? Haced muchas veces estas reflexiones, porque son muy útiles.

VIERNES SEGUNDO DE CUARESMA.

El introito de la misa de este dia está tomado del último versículo del salmo 16: Por lo que á mí toca, me presentaré siempre puro delante de vos, y no estaré plenamente contento hasta que os viere perfectamente glorificado: ó segun otra version, hasta que me colocáreis en vuestra gloria. De este modo concluye David este salmo, que compuso durante la cruel persecucion de Saul; y al cual se ha dado por título «Oracion de David,» porque este profeta pide en él á Dios con una confianza y con un fervor particular, y es un modelo de una perfecta oracion. David se queja en él vivamente de la injusticia de sus perseguidores y de las calumnias de que se le carga. Seguro de su inocencia apela al soberano Juez, y le toma por tes-

tigo de la rectitud de su corazon y de sus intenciones. Esta oracion conviene perfectamente á Jesucristo, calumniado y perseguido cruelmente por los judíos, á pesar de la multitud de sus beneficios y de la evidencia de su inocencia. Sobre todo conviene al oficio de este dia, que nos representa, si bien bajo de dos figuras distintas, al Hijo de Dios maltratado y rechazado por los hombres á quienes habia sido enviado por el Eterno Padre. La una de estas figuras está tomada en el Génesis de la persona de José, hijo muy querido del patriarca Jacob, enviado á sus hermanos y vendido por ellos á los egipcios: la otra en el Evangelio, en donde se refiere la parábola del hijo de un padre de familias, que habiendo enviado á su propio hijo, el heredero del reino, á unos vasallos rebeldes, le vió todavía mas maltratado que todos sus favoritos á quienes les habia enviado ántes para traerlos á su deber. La historia de José, figura de Jesucristo, es el asunto de la Epístola.

José, el mas jóven de los hijos de Jacob y de Raquel, fué entre todos sus hermanos el que su padre amó mas, no solo porque le habia tenido en su vejez, y era el mas bien formado de todos sus hijos, sino principalmente á causa de su modestia, de su dulzura y de su sabiduría, que era muy superior á su edad. Esta predileccion escitó contra él la envidia y el odio de sus hermanos, que se aumentó por algunos sueños que José les contó en presencia de su padre, y con motivo de una vestidura que el santo viejo le habia hecho de lino fino y de varios colores, lo cual no habia hecho jamás con ninguno de sus hermanos. José habia soñado que atando con ellos las gavillas en tiempo de la cosecha, su gavilla estaba derecha, y las de ellos se inclinaban delante de ella como para adorarla: en otra ocasion creyó ver en sueño el sol, la luna y once estrellas que bajaban del cielo á la tierra y se postraban delante de él, como para rendirle homenaje. En toda la narracion que hizo de estas visiones, se echa de ver el candor y la inocente simplicidad de José, que sin recelarse de la mala voluntad de sus hermanos, les cuenta sencillamente unos sueños, cuyo sentido comprendieron demasiado, y que no podian ménos de agriarlos mas cada dia contra él. Aunque Jacob reconoció en estos sueños alguna cosa misteriosa y sobrenatural, previendo sin embargo el mal efecto que esta narracion podia producir en unos corazones envidiosos y ya ulcerados, de los que no solian en todas las ocasiones que se ofrecian mas que palabras duras, le reprendió, censurando su pequeña presuncion, si tal vez llegaba á creer que su madre, sus hermanos y él debiesen honrarle algun dia como á su señor y su dueño. Como la madre de José murió ántes de su elevacion, san Agustin hace ver que estos sueños, tomados en el rigor de la letra, no se cumplieron perfectamente en José, sino solo en la persona de Jesucristo de quien José era la figura. Sus hermanos llevaron mas léjos su odio; resolvieron, pues, deshacerse de él para librarse de un censor enfadoso, que segun parece, alguna vez les habia desacreditado contándole á su padre sus malas costumbres. Bien pronto se les presentó la ocasion. Un dia en que Jacob le habia enviado para que le trajese noticias de ellos, no bien advirtieron que venia, cuando despertándose su envidia y ojeriza se propusieron matarle: se cree que Simeon fué el primero de este parecer; así fué tambien él castigado despues en su familia y en su persona. Ellos hubieran ejecutado su pernicioso designio, si Ruben no les hubiese apartado de él por sus ruegos y sus amonestaciones. No pudiendo quitársele de entre las manos, les aconsejó que le echasen en una cisterna vieja; era una especie de pozo, abierto en medio de la campaña, que estaba entonces seco, y en donde reuniéndose las aguas de las lluvias y de las nieves derretidas, servian durante los grandes calores para dar de beber al ganado y apagar la sed á los pastores: el designio de Ruben era dejar pasar el primer fuego de la cólera de sus hermanos, concediendo alguna cosa á sus arrebatos, y despues sacar á José de la cisterna y volverle á su padre. Siguieron, en efecto, su parecer; el jóven José fué echado en el pozo sin que les enterneciesen ni sus gemidos ni sus lágrimas. A muy poco le sacaron de allí para venderle á unos mercaderes ismaelitas ó árabes, segun el texto hebreo, que venian de Galaad con sus camellos cargados de resina, de mirra, de bálsamo y de todo género de aromas que llevaban á Egipto, y recibieron por él veinte siclos, esto es, cerca de treinta libras de nuestra moneda, ó segun algunos ejemplares antiguos, treinta piezas de plata: «triginta argenteis;» que es el precio en que debia ser vendido Jesucristo, del que José era figura. Estos mercaderes le vendieron en Egipto á Putifar, gefe de la milicia ó capitan de los guardias de Faraon, el cual viendo que su esclavo nada tenia de servil en sus costumbres, y descubriendo en él cierto aire de nobleza y mucho fondo de sabiduría y de probidad en sus palabras, en sus maneras y en toda su conducta, descargó en él el cuidado de su casa, de la cual le dió la superintendencia. Nadie ignora los acontecimientos de José, la calumnia con que fué ennegrecido, su prision, de donde no salió sino para llegar á ser el señor de todo Egipto. ¿Qué figura mas semejante de los malos tratamientos que el Salvador ha recibido de los judíos que los que recibió José de sus hermanos, y qué figura tampoco mejor marcada del triunfo de Jesucristo que el de José? La malignidad del corazon humano y la envidia de un espíritu de partido parece durante algun tiempo que triunfan por algunos sucesos engañosos, y como que se turba toda la economía de la Providencia, y esta misma divina Providencia se sirve de sus pretendidos triunfos para llegar á sus fines. La inhumanidad, la barbarie de los hermanos de José son los caminos de que Dios se sirve para hacerle subir al trono, así como el horrible deicidio de los judíos ha sido el medio de que Jesucristo se ha servido para manifestar á toda la tierra su divinidad.

El Evangelio de la misa de este dia tiene una relacion perfecta con la Epístola. Acababa el Hijo de Dios de echar en cara á los judíos los malos tratamientos que habian hecho á todos aquellos que Dios les habia enviado para convertirles y para instruirles, cuando les contó una parábola que era la verdadera imágen del indigno comportamiento que debian tener con él mismo, con el cual iban á poner el sello á su reprobacion.

Habiendo un padre de familias, les dijo, plantado una viña, la circundó con un seto, hizo en ella un lagar, y edificó una torre, despues arrendó su viña á unos viñadores, y emprendió un viaje á un pais muy remoto, en donde permaneció mucho tiempo. Esta viña que el padre de familias habia puesto en estado de recibir el cultivo, y de dar mucho fruto, es la sinagoga ó la nacion judía, que Dios habia elegido para que fuese su pueblo favorito,

á quien habia dado su ley y provisto de todas las cosas necesarias para que diese frutos de justicia en abundancia. Los judíos eran los viñadores por quienes debia ser cultivada, ó mas bien los que debian cultivarse á sí mismos por la observancia de la ley y la práctica de las virtudes que esta misma ley les prescribia. El padre de familias se habia alejado despues de haber alquilado su viña, esto es, que Dios habia dado á su pueblo todo el tiempo necesario para hacer valer este fondo, y juntar los frutos que debia exigirles de su cultura. La cerca que debia defenderla de los animales y de los pasajeros, eran sus mandamientos que bien observados la defendian del contagio del mal ejemplo de las naciones estranjeras. Habia edificado un lagar y una torre, esto es, su templo y su altar, que debian ponerla á cubierta de todo insulto. Nada le faltaba á esta viña para llegar á ser muy fértil. ¿ Qué he debido hacer por mi viña, dice el Señor, que no haya hecho? y esto por espacio de muchos siglos. Llegado el tiempo de recoger los frutos de la viña, envió el padre de familias sus criados á los viñadores para que se los pagasen; mas los viñadores en lugar de recibirlos con honor, como enviados de su señor, se apoderaron de ellos, les trataron con la mayor infamia, hiriendo á unos, matando á otros, aporreando á muchos. El padre de familias envió todavía otros criados en mayor número que los primeros, y tampoco fueron mejor tratados. Estos siervos del propietario que han ¡venido á exigir los frutos son los profetas que Dios ha enviado en diversos tiempos á los judíos, y que ellos han maltratado y muerto, como Isaías, Jeremías, Zacarías y otros en mayor número que se llaman profetas menores, y que han sucedido á los mayores. En fin, el padre de familias, continúa el Salvador, sabiendo con qué desprecio y crueldad habian tratado los viñadores á sus criados, resolvió enviarles la persona mas amada que tenia, esto es, su hijo único, esperando que tendrian á lo ménos respeto al heredero, que por lo mismo era su señor, pero se engañó en su esperanza. Aquellos desdichados, viendo venir al hijo único de su señor, sin que les quedase duda de que era él, resolvieron matarle con la idea de hacerse dueños de sus bienes, y mantenerse en posesion de su viña. En efecto, habiéndole aprehendido, le echaron fuera de la viña, y le asesinaron. Cuando viniere, pues, el dueño para castigar aquellos rebeldes y asesinos, les dice el Salvador, ¿con qué pena pensais que los castigará? Entonces esclamaron todos que no habia bastantes suplicios para castigar unos atentados tan horribles, y que no dejaria de hacer en ellos un castigo ejemplar; que era muy claro que alquilaria su viña á otros viñadores que observasen una conducta muy diferente, y que le pagasen sus frutos á su debido tiempo. Se cree que fueron los sacerdotes los que dieron esta respuesta, y Jesucristo confirmándola les dió bastante á entender que habian pronunciado esta sentencia contra sí mismos. Era difícil no reconocerse en este retrato. Porque ¿quién no ve que los judíos estaban visiblemente designados por los viñadores, y Jesucristo por la persona del hijo único? El sentido de esta parábola fué muy pronto aclarado y probado, cuando á pesar de las pruebas que los sacerdotes y fariseos tenian de la divinidad del Hijo de Dios y de su cualidad de Mesías, le condenaron á muerte, á fin de permanecer como señores entre el pueblo, y de conservar su crédito en la sinagoga. Jesucristo fué arrojado de su viña cuando fué conducido fuera de Jerusalen para ser crucificado; la analogía es del todo exacta. En fin la sentencia fulminada por los mismos judíos contra los viñadores se ha verificado por la reprobacion de los judíos y por la vocacion de los gentiles. ¡Qué equitativo es Dios en sus juicios, pues ¡que fuerza á sus enemigos á que se hagan justicia, y que ellos mismos pronuncien el decreto de su condenacion! Ellos conocian bien dentro de su conciencia que toda esta parábola hacia relacion á ellos; así que añadieron, dice San Lúcas, esta súplica: *Absit*; no permita Dios que nos suceda tal cosa; Dios nos guarda de una desgracia semejante. Sin embargo, el Salvador que echándoles en cara su crímen, estaba siempre animado del deseo de su salvacion, les trajo á la memoria un pasaje de la Escritura que venia admirablemente á su asunto. Era este aquel en que el profeta, presentándonos la Iglesia bajo la figura de un gran palacio que Dios ha construido con sus propias manos, dice que la piedra que ha sido desechada por los que edificaban, es con la que se ha formado la punta del ángulo que reune todo el edificio. Como si dijese el Salvador: vosotros me habeis rechazado como inútil, habeis despreciado mi persona y mi doctrina, pero el Señor se burlará de vuestra mala eleccion: él sabrá colocarme en el ángulo del edificio; yo llegaré á ser la piedra de enlace que reunirá entre sí los dos muros: esto es, el judío y el gentil en una misma ley, como dice san Pablo, la sinagoga y la Iglesia. Esta piedra del ángulo es Jesucristo, fundamento incontrastable de la Iglesia. Los arquitectos que la han rechazado son los escribas y fariseos que han impedido que los judíos estableciesen su fé y su confianza en el Mesías.

Era fácil la aplicacion de este discurso; pero los doctores de la ley eran demasiado orgullosos para que se condenasen á sí mismos, y por tanto se vió Jesus obligado á decirles abiertamente: A vosotros es á quien se dirige todo este discurso; y os aseguro que en castigo del desprecio que haceis de las gracias del cielo, el reino de Dios que hasta aquí ha estado entre vosotros, no lo estará ya mas, y se os quitará, tanto porque vuestra ley y vuestro sacerdocio serán abolidos, como porque vosotros no tendreis parte en los bienes de la ley de gracia (era principalmente á los fariseos y á los sacerdotes á quienes Jesus hablaba): vosotros sereis privados de la luz del Evangelio; esta será llevada á los gentiles, y la sinagoga quedará enteramente destruida. Los bienes espirituales que yo pensaba derramar sobre vosotros, serán trasportados á otros mas reconocidos y mas fieles. Por fin el Salvador, concluyendo este importante discurso, sabed, les dijo con un tono de maestro, sabed que el que cayere sobre esta piedra se hará pedazos, esto es, aquellos que continuaren en despreciarme, y que rehusaren reconocerme; esos espíritus incrédulos, orgullosos, para quienes mi cruz será un escándalo, mi doctrina una locura; esos hombres que no tendrán otro espíritu que el del mundo, y que chocarán contra mí en su ceguera, serán hechos pedazos, perdidos, reprobados: y esta misma piedra aplastará á aquellos sobre quienes cayere, esto es, en el juicio último en el que mi brazo omnipotente se agravará sobre todos los pecadores, y les hará sentir todo el peso de mi indignacion y de mi cólera. Esta parábola no solo mira á los judíos: ninguno de nosotros hay que no pueda hallar en ella un fondo de instrucciones saludables y un motivo de confusion. Todos tenemos una viña, por decirlo así, que cultivar, esta es

nuestra alma. Dios por el bautismo la ha puesto en estado de rendir en lo sucesivo mucho fruto: ¡qué de socorros para ello en los sacramentos, en los ejercicios de piedad, en la oracion! las instrucciones no nos han faltado. Dios no ha dejado de enviarnos sus siervos; ¡qué zelosos predicadores! ¡qué sabios y santos directores! ¡qué inspiraciones tan fuertes! ¡qué lecciones tan saludables en los libros de piedad y en los buenos ejemplos! todo esto lo ha despreciado y hecho inútil nuestra malicia. Jesucristo mismo ha venido realmente á nosotros en la Eucaristía; pero ¿ha sido mejor recibido? ¿por cuántas comuniones sacrílegas no ha visto renovar en este adorable Sacramento los oprobios de su pasion y de su muerte ignominiosa? Temamos que Dios cansado por nuestras infidelidades, y justamente irritado, nos repruebe, y dé á otros mas reconocidos y mas fieles la recompensa y los bienes espirituales que nos habia destinado.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Da, quæsumus, omnipotens Deus, ut sacro nos purificante jejunio, sinceris mentibus ad sancta ventura facias pervenire. Per Dominum...

Haced, os rogamos, ó Dios omnipotente, que purificados por el sagrado ayuno, podamos celebrar las próximas fiestas con la fidelidad de un corazon sincero. Por nuestro Señor, etc.

La Epístola es tomada del cap. 37 del libro del Génesis.

In diebus illis: Dixit Joseph fratribus suis: Audite somnium meum, quod vidi: putabam nos ligare manipulos in agro: et quasi consurgere manipulum meum, et stare, vestrosque manipulos circumstantes adorare manipulum meum. Responderunt fratres ejus: Numquid rex noster eris? aut subjiciemur ditioni tuæ? Hæc ergo causa somniorum atque sermonum invidiæ et odii fomitem ministravit. Aliud quoque vidit somnium, quod narrans fratribus, ait: Vidi per somnium, quasi solem, et lunam, et stellas undecim adorare me. Quod cum patri suo, et fratribus retulisset, increpavit eum pater suus, et dixit: Quid sibi vult hoc somnium quod vidisti? num ego, et mater tua, et fratres tui adorabimus te super terram? Invidebant ei igitur fratres sui: pater vero rem tacitus considerabat. Cumque fratres illius in pascendis gregibus patris morarentur in Sichem, dixit ad eum Israel: Fratres tui pascunt oves in Sichimis: veni, mittam te ad eos. Quo respondente: Præsto sum, ait ei: Vade, et vide si cuncta prospera sint erga fratres tuos, et pecora, et renuntia mihi quid agatur. Missus de valle Hebron, venit in Sichem: invenitque eum vir errantem in agro, et interrogavit quid quæreret. At illi respondit: Fratres meos quæro: indica mihi ubi pascant greges. Dixitque ei vir: Recesserunt de loco isto: audivi autem eos dicens: Eamus in Dothain. Perrexit ergo Joseph post fratres suos, et invenit eos in Dothain. Qui cum vidissent eum procul, antequam accederet ad eos, cogitaverunt illum occidere: et mutuo loquebantur: Ecce somniator venit: venite, occidamus eum, et mittamus in cisternam veterem, dicemusque: Fera pessima devoravit eum: et tunc apparebit quid illi prosint somnia sua. Audiens autem hoc Ruben, nitebatur liberare eum de manibus eorum, et dicebat: Non interficiatis animam ejus, nec effundatis sanguinem; sed projicite eum in cisternam hanc, quæ est in solitudine, manusque vestras servate innoxias: hoc autem dicebat, volens eripere eum de manibus eorum, et reddere patri suo.

En aquellos dias, dijo José á sus hermanos: Escuchad el sueño que he tenido: pareciame que estábamos todos atando gavillas en el campo, y que mi gavilla como que se elevaba y estaba derecha, mientras que las vuestras rodeándola la adoraban. Dijéronle sus hermanos: ¿Que acaso serás tú nuestro rey, ó es que hemos de estar sujetos á tu imperio? Estos sueños y estos discursos dieron pábulo á la envidia y al odio de sus hermanos. Otro sueño tuvo todavía, el cual contó tambien á sus hermanos: Ví, les dijo, entre el sueño, el sol, la luna y once estrellas que se postraban delante de mí. Y habiendo referido este sueño á sus hermanos y á su padre, este le reprendió y le dijo: ¿Que quiere decir ese sueño que has tenido? ¿acaso yo, tu madre y tus hermanos te hemos de adorar sobre la tierra? Así es, que sus hermanos habian concebido una violenta envidia contra él, mas su padre consideraba todo esto en silencio. Un dia que los hermanos de José estaban en Sichem, donde guardaban los rebaños de su padre, Israel dijo á José: Tus hermanos están en Sichem con nuestros rebaños; ven y te enviaré á ellos. Pronto estoy, dijo José. Vé, y mira si tus hermanos se portan bien, y si los ganados están en buen estado, y vuelve á decirme lo que hay. Partió, pues, José del valle de Hebron á Sichem. Habiéndose estraviado en la campiña, le encontró un hombre y le preguntó qué era lo que buscaba. Busco á mis hermanos, respondió; díme, te ruego, donde apacientan los rebaños. Díjole, pues, aquel hombre: Se han ido de este sitio; mas les oí decir: Vamos á Dothain. Fuése luego José en busca de sus hermanos, y los halló en Dothain. Apenas percibieron que venia á lo léjos, ántes que llegase formaron el designio de matarle, y se dijeron los unos á los otros: Ya viene el soñador; venid, matémosle, y echémosle en esa cisterna vieja, y diremos que una fiera pésima le ha devorado, y entonces veremos de qué le han servido sus sueños. Mas habiendo oido esto Ruben, buscaba el medio de librarle de sus manos, y al efecto les decia: No le quiteis la vida ni derrameis su sangre: echadle en esa cisterna que está en el desierto, y conservad vuestras manos puras: esto lo decia con el objeto de librarle de sus manos y volverlo á su padre.

El Génesis es el primer libro de la Biblia, llamado así porque comienza por la historia de la creacion del mundo. Su autor es Moisés. Contiene en cincuenta capítulos la historia de la creacion del mundo, la genealogía de los Patriarcas, la narracion del diluvio, el catálogo de los descendientes de Noé hasta Abraham, la vida de Abraham, de Isaac, de Jacob y de José, la historia de los descendientes de Jacob hasta la muerte de José, de modo que comprende la historia de cerca de dos mil trescientos sesenta y nueve años desde la creacion del mundo.

REFLEXIONES.

«Estos discursos dieron pábulo al odio y á la envidia que ya le tenian sus hermanos.» Apenas se encuentran la una sin la otra estas dos malignas y bajas pasiones; las dos nacen de un mismo principio, el odio sigue á la envidia; y como tienen el mismo principio, tienen tambien el mismo motivo, el mismo objeto y el mismo fin. La envidia es la pasion de las almas bajas, de los genios mezquinos y de los malos corazones. Es necesario tener todo esto para afligirse de la felicidad de los demás; el gozar de prosperidad hasta para ofender á un envidioso. ¡Pudo darse jamás una pasion mas irracional! las buenas cualidades de otro le irritan; su malignidad no se estrella de ordinario mas que en la virtud. Es un odio sombrío y enfadoso del mérito de los demás; no habria envidiosos si el envidioso no hallase persona que tuviese mas mérito y mas virtud que él. Son semejantes á los animales nocturnos, los cuales no pueden sufrir la luz porque descubre lo disformes que son, y hé aquí lo que irrita su hiel y su cólera; el canto mas melodioso de los otros pájaros, la variedad y el brillo encantador de su plumaje les avinagra. El envidioso estaria contento si no viese ninguno que no fuese mas malo y mas despreciable que él. ¡Qué pasion, buen Dios, tan odiosa! Se engañará cualquiera que pretenda apaciguarla ó endulzarla á fuerza de hacerla bien; al contrario, no hay cosa que mas la exaspere. La moderacion misma en la prosperidad, la hace mas mordaz y mas fiera. Lo que gana el corazon de las gentes la indigna; la buena fortuna la desagrada; la modestia misma la hiere; la reputacion de otro forma su suplicio; basta que cualquiera no sea desgraciado ó que tenga mérito para que sea culpado en su tribunal. Sospechas injuriosas, interpretaciones malignas, burlas picantes, murmuraciones, negras calumnias, supercherías, afrentas, todo lo que puede deslucir, todo cuanto puede dañar, de todo se sirve: la injusticia mas atroz es uno de los artificios que pone en movimiento, cuando no le salen bien los demás resortes de que se vale. La envidia es tan antigua como el mundo: Abel ha sido su primera víctima: José ha esperimentado toda su malignidad. Por mas que se haga, mientras que haya virtud, habrá envidia: jamás se reconciliará con la gente honrada; pero la gente honrada debe temer mucho una pasion tan despreciable y tan injusta, sobre todo despues que no ha respetado ni tenido atencion al Salvador del mundo. (Matth. 27.) La virtud es su enemigo irreconciliable, y la virtud es tambien siempre su escollo. De la hinchazon de un corazon ulcerado es de donde se forma siempre el veneno con que trata de emponzoñar las mejores acciones. Nunca hubo envidia sin orgullo, pero un orgullo vil, maligno, enemigo, que no tiende tanto á ensalzarse como á ennegrecer, á desacreditar, á abatir el mérito. No es un amor de la gloria el que la anima, sino el despecho de hallarle en otro. Alabar á alguno en presencia de un envidioso es encender su bilis: ¡qué rodeos malignos para que no se perciba sino á media luz la virtud de los demás! ¡qué de artificios para rebajar el mérito! Su indignacion pasa hasta aquellos que piensan con mas justicia, ó al ménos mas caritativamente que él. Jamás mira con buenos ojos todo lo que brilla. La demasiada luz hiere los ojos enfermos. Óbrese enhorabuena por los motivos mas puros; un envidioso escudriña el corazon y quiere siempre hallar en él intenciones defectuosas; no puede persuadirse que los demás sean mejores que él. Y no creamos que la amistad mas natural y mejor cimentada sea un baluarte contra sus tiros. ¡Qué estragos no hace en las sociedades y en las familias mas religiosas! Su veneno se esparce por todas partes. ¡Qué horror no se debe concebir contra una pasion tan opuesta al espíritu de la religion, y á la tranquilidad de la vida civil!

El Evangelio de la misa es del cap. 21 de san Mateo.

In illo tempore: Dixit Jesus turbis Judæorum, et principibus sacerdotum parabolam hanc: Homo erat pater familias, qui plantavit vineam, et sepem circumdedit ei: et fodit in ea torcular, et ædificavit turrim, et locavit eam agricolis, et peregrè profectus est. Cum autem tempus fructuum appropinquasset, misit servos suos ad agricolas, ut acciperent fructus ejus. Et agricolæ, apprehensis servis ejus, alium cæciderunt, alium occiderunt, alium verò lapidaverunt. Iterum misit alios servos plures prioribus, et fecerunt illis similiter. Novissime autem misit ad eos filium suum, dicens: Verebuntur filium meum. Agricolæ autem videntes filium, dixerunt intra sè: Hic est heres, venite, occidamus eum, et habebimus hereditatem ejus. Et apprehensum eum, ejecerunt extra vineam, et occiderunt. Cum ergo venerit dominus vinæ, quid faciet agricolis illis? Ajunt illi: Malos male perdet: et vineam suam locabit aliis agricolis, qui reddant ei fructum temporibus suis. Dixit illis Jesus: Numquam legistis in Scripturis: Lapidem, quem reprobaverunt ædificantes, hic factus est in caput anguli? A Domino factum est istud, et est mirabile in oculis nostris. Ideò dico vobis, quia auferetur à vobis regnum Dei, et dabitur genti facienti fructus ejus. Et qui ceciderit super lapidem istum, confringetur: super quem verò ceciderit, conteret eum. Et cum audissent principes sacerdotum et pharisæi parabolas ejus, cognoverunt quod de ipsis diceret. Et quærentes

En aquel tiempo dijo Jesus á la muchedumbre de los judíos y á los príncipes de los sacerdotes esta parábola: Habia un hombre, padre de familias, que plantó una viña, la circundó con un seto, abrió en ella un lagar, edificó una torre, la arrendó á unos viñadores, y se marchó á un pais lejano. Habiendo llegado el tiempo de recoger los frutos, envió sus criados á los viñadores para que les entregasen el fruto, mas habiendo los labradores hecho presos á estos criados, á uno hirieron, á otro mataron, á otro apedrearon. Envióles segunda vez otros criados en mayor número que los primeros, y los trataron del mismo modo. Últimamente les envió á su hijo, diciendo dentro de sí: Respetarán al ménos á mi hijo. Mas los colonos viendo al hijo, dijeron para sí: Este es el heredero; venid, matémosle, y nos haremos con su heredad. Y habiéndole aprehendido le arrojaron fuera de la viña y le mataron. Cuando viniere, pues, el señor de la viña, ¿qué hará con aquellos viñadores? A esos miserables, le dijeron, les hará perecer miserablemente, y alquilará su viña á otros viñadores, que le paguen su fruto en su debido tiempo. Díjoles entonces Jesus: ¿No habeis leido nunca en las Escrituras: La piedra que han reprobado los que edificaban, esta es la que se ha puesto en la punta del ángulo? El Señor es el que ha hecho esto, y no puede ménos de ser admirable á nuestros ojos. Por tanto

tes eum tenere, timuerunt turbas; quoniam sicut Prophetam eum habebant.

yo os digo, que se os quitará el reino de Dios, y se dará á otro pueblo que produzca sus frutos; y el que cayere sobre esta piedra, se hará pedazos; y aplastará á aquel sobre quien cayere. Habiendo pues los príncipes de los sacerdotes y los fariseos oido esta parábola, reconocieron que hablaba de ellos; y tratando de prenderle, no se atrevieron, porque temieron al pueblo, el cual miraba á Jesucristo como un profeta.

MEDITACION.

Sobre el precio de la salvacion.

Punto primero.—Considera cuál es el precio de la sangre adorable de Jesucristo: esto es justamente lo que vale mi salvacion; tal es el precio de la salvacion de mi alma. Pero ¿es esta la idea que tenemos de nuestra salvacion?

Es un tesoro puesto que encierra todos los bienes, y la fuente misma de todos los bienes en la posesion de Dios mismo; pero que puede muy bien llamarse tesoro escondido, en razon de que son muy pocos los que reconocen su precio; oculto, puesto que no se quiere dar nada, no se quiere hacer casi nada para comprarlo; oculto, puesto que se pierde sin pena, sin embargo de que todo el mundo conviene que somos desgraciados desde que lo hemos perdido. ¡Qué lamentable es nuestra conducta! ¿Hemos obrado nuestra salvacion? ¿Nada tenemos ya que sentir? ¿ya somos soberanamente dichosos? ¿no hay nada que temer? ¿Nos hemos condenado? Aun cuando durante nuestra vida hubiésemos salido bien en todo lo que hubiéramos emprendido; aun cuando hubiéremos sido los mas dichosos, los únicos dichosos de todos los mortales, todo se ha perdido, nada se ha hecho: nuestro patrimonio el supremo mal, el conjunto de todos los males y de todos los males eternos. ¿Que os parece? ¿Es de algun precio la salvacion? ¿merece nuestras solicitudes? ¿será mucho sacrificar alguna cosa para conseguir nuestra salvacion?

¡Dios mio! ¿en qué consiste nuestra sabiduría? ¿qué se ha hecho nuestra razon? ¿dónde está el buen sentido? ¿y á qué se reduce nuestra creencia? Se hacen gastos inmensos, se agota, se desparrama aun mas de lo que se tiene para comprar un cargo, para tener una tierra, para adquirir muchas veces un nuevo fondo de inquietud, de penas y de disgustos; y por el cielo, para adquirir este fondo inagotable de felicidad, esta fuente perenne de bienes eternos, se rehusa con frecuencia el dar aun lo superfluo; no se querria dar á los pobres lo que se pierde al juego; una abstinencia, un ayuno de cuaresma parecen preceptos muy pesados. ¡A cuántos les parece que la salud eterna es demasiado costosa! y sin embargo ¡qué proporcion hay, buen Dios, entre la bienaventuranza, la felicidad eterna y todo lo que podemos hacer y sufrir en esta vida!

¡Dios mio, qué caro nos cuestan nuestros errores, y cuán lastimosamente desmiente nuestra conducta á nuestra creencia! Saber lo que es la salud eterna, creer lo que ha costado mi salvacion, y decir que es demasiado lo que se pide para salvarse: ¡qué estravagancia mas impía ni mas execrable!

Punto segundo.—Considera lo que los santos han hecho y lo que han sufrido para salvarse. Los unos desesperando de obrar su salvacion en el mundo, se han ido á buscar en los desiertos mas espantosos un asilo á su inocencia; los otros precisados por su estado á permanecer en él, han envidiado la suerte de los solitarios, han vivido en una vigilancia continua, se han considerado como gentes combatidas por la borrasca, y siempre en peligro de perderse. Hé aquí unas personas sabias que han tenido una idea justa del precio y de la importancia de la salvacion: ¿somos nosotros tan ilustrados, ó mas ilustrados que estas grandes almas? Una santa Perpetua, una santa Felícitas, tantos millones de mártires, han estado persuadidos que se les daba el cielo por nada, aun cuando les costase toda su sangre. Nosotros rehusamos una ligera mortificacion, ni aun queremos verter una lágrima por él. ¿De cuando acá ha valido tan poco el cielo?

Dios no nos ha impuesto un precepto de que lo demos todo para obtener el cielo; pero ¿no hay uno que nos manda preferir á todo nuestra salvacion? ¿y el mismo Dios podria dispensarnos de este precepto? ¿De qué sirve al hombre ganar todo el universo, si llega á perderse; ó qué daria en cambio por sí mismo, si se pierde?

Estas grandes verdades han hecho esos escelentes modelos de santidad, esos grandes ejemplos de mortificacion, de desprendimiento, de penitencia. ¿Pero qué impresion hacen hoy sobre mi corazon y sobre mi espíritu? Ellas hacen aun todos los dias conversiones, ¿y por qué no seré yo del número de los que se convierten? ¿Creo yo haber hecho bastante para salvarme? Y si yo me veo obligado á confesar que no he hecho casi nada todavía para ello, ¿por qué no empezaré desde ahora? ¿Creo yo que me salvaré á menor precio, ó que lo que yo he hecho sea de gran mérito?

Pero Dios es bueno: Jesucristo ha merecido el cielo para nosotros; su muerte por todos los hombres les da á todos un derecho á su gloria. ¡Qué bello es este principio, y qué saludable nos seria si supiésemos sacar de él consecuencias mas justas! Dios es bueno: ¿y por qué somos nosotros tan malos? Dios es bueno; ¿y porqué le ofendemos? Jesucristo ha muerto para salvarnos; ¿y por qué rehusamos trabajar en nuestra salvacion? Bella correspondencia seria por cierto decir al Hijo de Dios: ¿Señor, no habeis trabajado bastante? ¿y era razon que yo tambien trabajase? Vos habeis muerto por mí, ¿para qué era necesario que yo viviese por vos? ¿Se atreveria nadie á prevalerse de su pasion, mientras fuese así enemigo de la cruz? Apliquémonos el mérito de ella como el Apóstol. ¿Cuándo dirémos como él: Yo lleno en mi carne lo que falta á los tormentos de Jesucristo?

Desde este momento, mi dulce Jesus, desde ahora ya no lo difiero. Lo que habeis hecho para salvarme me da una justa idea del precio de mi salvacion, y me enseña perfectamente lo que yo debo hacer. Concededme vuestra gracia, Señor, para que no sean inútiles nuestras resoluciones. Desde este momento todo va á ceder á mi salvacion.

JACULATORIAS.—Hacedme entender dentro de mí que vos mismo sois mi salud. (Psalm. 34.)

¡Qué alegría, Dios mio, cuando pienso que nuestras aflicciones presentes, que no duran mas que un momento y que son tan lijeras, nos producen un peso eterno de gloria! (2. Cor. 4.)

PROPÓSITOS.

1 Puesto que no hay verdadera gloria ni bien real sin la salvacion, y que la salvacion es la posesion de Dios mismo; ¿ podrá creerse escesivo qualquier precio que se la dé? ¿Qué idea no debemos formar de ella? ¿Qué caso no debemos hacer de ella? ¿ Es mucho vender todos sus bienes para comprar este tesoro? ¿Es mucho sacrificarlo todo para obtener esta perla? (Matth. 13.) ¿Qué bien no tendremos cuando poseyéremos á Dios? ¿Qué faltará á nuestra dicha si nos salvamos? ¿Qué objeto mas digno de nuestra ambicion? ¿Qué gloria mas brillante? No se puede atinar si es falta de fé ó de buen sentido el no comprender esta verdad; ciertamente es lo uno y lo otro. Cesad desde este momento de ser tan poco cristianos y tan poco sabios. Concebid una idea justa de vuestra salvacion, y obrad conforme á esta idea. No emprendais nada sin haber consultado este plan. Pesadlo todo en el peso de su salvacion; medidlo todo por esta regla. Asuntos, empresas, comercio, viajes, establecimiento, condicion, fortuna, cargos, empleo; refiérese todo á Dios, ordénese todo á la salvacion: no hagais nada, siguiendo el consejo del Apóstol, que no os sirva para la otra vida. Decid á vuestra concupiscencia, ó mas bien al tentador: Este placer ilícito, este empleo adquirido por tan malos medios, esta hacienda mal habida; todo esto ¿ vale mi salvacion? Y la posesion de todo esto, que durará hasta la muerte, ¿ me indemnizará de la pérdida de mi alma? ¡Qué pocas faltas se cometerian; qué poco habria de qué arrepentirse, si se raciocinase siempre así! Se os ha dado ya una regla semejante, ¿ la habeis seguido? ¿os aprovechareis mas de esta?

2 Tened presente el aprecio que han hecho los santos de su salvacion, y de todo lo que podia contribuir á merecerles una eternidad bienaventurada. ¿Por qué otra fortuna han suspirado? Y para hacerse acreedores á esta felicidad verdadera, ¡qué de sacrificios, qué de combates, qué de victorias! Recorred todas las edades y todos los estados, por todas partes ¡qué ejemplos tan grandes de virtud, de modestia, de mortificacion! ¡qué escelentes modelos de todas las condiciones! Todos estos grandes santos á quienes nos parecemos tan poco, han sido sabios en no haber sido tan cobardes y tan imperfectos como nosotros. ¿Somos nosotros igualmente sabios en no ser tan devotos, tan humildes, tan mortificados como ellos? ¿Nos atreveríamos á decir que han hecho demasiado para ser santos? ¿Nos atreveríamos á pensar que hacemos bastante para merecer la misma recompensa? Es visible que nosotros llevamos un camino muy diferente que el de ellos; ¿llegaremos al mismo término? y si nuestro destino es tan diferente del suyo, cuanto nuestra vida es desemejante á la de estos grandes modelos, ¿en qué vendremos á parar? Pasad á lo ménos un cuarto de hora hoy ó mañana en meditar sobre estas verdades del todo prácticas, masticad despacio todas estas importantes reflexiones. No os contenteis con confesar friamente, como hacen tantos, que no hacemos nada por nuestra salvacion; que los negocios temporales nos absorven todo el tiempo y todo el cuidado, y que no nos ocupan mas que los entretenimientos de esta vida. Todo esto es verdad, esta confesion está fundada en razon; pero ¿de qué serviria si no va seguida de una mudanza de conducta? Reformad vuestras costumbres, domad vuestras pasiones, poned en práctica estas instrucciones y comenzad desde hoy á llevar una vida cristiana.

SÁBADO SEGUNDO DE CUARESMA.

Es tanta la relacion que tienen entre sí la parábola del Evangelio de este dia, y la historia que se refiere en la Epístola, que no es posible dejar de ver que la intencion de la Iglesia en esta eleccion es, que no solo celebremos hoy la vocacion de los gentiles á la fé, sino tambien su preferencia sobre los judíos, despues que este pueblo colmado de bienes se ha hecho indigno, por decirlo así, de su derecho de primogenitura: este es el sentido alegórico, tanto de la parábola del hijo pródigo, como de la historia de Jacob y Esaú. En la una y en la otra se ve la misericordia de Dios bien marcada en la predileccion del hijo segundo con preferencia al primogénito. Y como nuestra salvacion la hemos de obrar por la observancia de la ley divina, por tanto la Iglesia en el introito de la misa de este dia presenta el carácter y el elogio de esta misma divina ley.

La ley del Señor es pura, brillante, irreprensible, convierte al alma reformando las costumbres, y arrebata á todos los que la contemplan. Ella es fiel en sus promesas; muda el corazon y da la sabiduría á los mas simples. El salmo 18 de donde está tomado este introito, es una escelente pieza de moral. David confiesa desde luego que los cielos y todos los cuerpos celestes publican altamente la grandeza y la omnipotencia de Dios que los ha criado; y toda la idea que da en seguida de la santidad de su ley, es la mas á propósito para hacer santos é irreprensibles á los siervos de Dios. Los apóstoles y los padres han aplicado este salmo parte á Jesucristo, parte á los predicadores del Evangelio. Teodoreto reconoce en él tres especies de leyes ó de declaraciones de la voluntad de Dios á los hombres. Son, dice, tres veces que nos enseñan cada una en su lengua particular á conocer, amar y servir á Dios. La primera es la de la naturaleza que nos habla en las obras del Criador; la segunda es la de la ley escrita que nos esplica mas por menor su voluntad y nuestros deberes; la tercera es la ley de gracia dada por Jesucristo, y grabada en nuestros corazones por el Espíritu Santo, mucho mas perfecta y mas eficaz que todas las otras.

La Epístola que leemos en la misa de este sábado nos representa la historia de Jacob, cuyo nombre se interpreta: «el que suplanta.» Era hijo de Isaac y de Rebeca: vino al mundo con su hermano Esaú el año 2168, y ántes de Jesucristo 1838 ó 40. Aun cuando eran gemelos, habiendo nacido Esaú el primero tenia el derecho de primogenitura; pero muy poco despues vendió ó cedió esta prerogativa á Jacob por una escudilla de lentejas; este derecho, tan precioso en el antiguo Testamento, dicen los padres, consistia en el sacerdocio que estaba anejo á la persona de los primogénitos; en una doble porcion en la sucesion de los bienes paternos, y en una superioridad sobre todos sus hermanos. Habiéndose casado Esaú con

una jóven cananea, llamada Judith, contra la voluntad de sus padres, perdió mucho de la gracia del padre y de la madre. Sin embargo habiendo llegado Isaac á ser muy viejo y ciego, le hizo venir para darle su bendicion, mirándole siempre como el primogénito; por esta ceremonia entraban los primogénitos en posesion de sus prerogativas. Mas como Esaú era gran cazador, le dijo el santo viejo, que no le daria esta solemne bendicion hasta que le hubiese traido alguna cosa de su caza, y se la hubiese compuesto á su gusto. Oido esto por Rebeca, dejó que partiese Esaú, y habiendo llamado á Jacob, le declaró el designio que tenia de procurarle esta solemne bendicion de su padre. Para conseguirlo era necesario adelantarse á la vuelta del cazador, y presentarse como si fuera él. Rebeca dijo á Jacob, que fuése y tomase prontamente dos de los mejores cabritillos del rebaño, á fin de que ella los preparase para comerlos su padre, del modo que ella sabia que le gustaba: esta propuesta era demasiado ventajosa al segundo para que dejase de agradarle; pero Jacob temia que si se descubria el artificio le dañase: Vos sabeis, dijo á su madre, que mi hermano tiene el cuerpo velludo, y que yo soy lampiño. Si mi padre llega á tocarme, y cae en ello, no dejará de creer que yo he querido engañarle, y tengo miedo de atraer sobre mí por esto su maldicion en lugar de su bendicion, y de este modo me arriesgo á incurrir en su desgracia. No temas nada, hijo mio, replicó su madre, yo misma me cargo con esta maldicion; haz pues lo que te he dicho; tú ignoras el misterio. Es visible que ella no lo ignoraba, y que lo que la hacia obrar y hablar de este modo era la confianza que tenia de ver cumplido lo que el Señor la habia dicho en el tiempo de su preñez, que el mayor estaria sujeto al menor.

Jacob obedeció, y habiendo traido los dos cabritillos los dió á su madre, la cual los aderezó á su padre conforme ella sabia que le gustaban: en seguida hizo poner á Jacob los mas preciosos vestidos de Esaú, que ella guardaba, le puso al rededor del cuello y cubrió sus manos con la piel de los cabritillos. Así disfrazado, entró en la cámara llevando lo que su madre habia guisado. Isaac preguntó quién era: yo soy Esaú vuestro hijo primogénito, respondió Jacob; he cumplido lo que me habeis ordenado; comed de mi caza como lo deseais, á fin de que me deis en seguida vuestra bendicion. Él podia sin mentira llamarse el primogénito, despues que Esaú le habia vendido ó donado su derecho de primogenitura. Lo demás, dicen los intérpretes, con respecto á las promesas de Dios, no consistia mas que en circunstancias figuradas que eran necesarias para acompañar y sostener la verdad principal. Convenimos en el misterio; pero es difícil justificar de mentira á Jacob, cuando asegura que es Esaú. Todo lo que se puede decir con san Gerónimo, san Agustin y otros muchos sabios intérpretes, es que Dios permite alguna vez faltas en los santos, de las cuales no deja de sacar su gloria, y aun servirse de ellas para la ejecucion de los designios de su providencia, singularmente en el antiguo Testamento en que la virtud era ménos acendrada. Era aquel un estado de servidumbre, un estado imperfecto, y no es estraño que lo que no era mas que la simple figura de la ley pura, inmaculada, irreprensible de Jesucristo, se hallase alguna vez acompañado de circunstancias defectuosas. Solo la ley de gracia es la que escluye todo pecado en sus misterios sagrados. Volvamos á tomar la historia de nuestra Epístola.

Sorprendido Isaac al oir á su hijo, le preguntó cómo habia podido hallar tan pronto la caza que habia ido á buscar. Dios ha querido, respondió Jacob, que se me presentase inmediatamente lo que deseaba. Era muy ordinario en el antiguo Testamento el referir á Dios todo lo que sucedia ventajoso durante la vida. Acércate, hijo mio, le dijo su padre, á fin de que yo te toque y reconozca si eres mi hijo Esaú; acercóse Jacob, y habiéndole palpado Isaac, dijo: Por lo que hace á la voz, es la voz de Jacob; pero las manos, son las manos de Esaú. Es muy verosímil que Isaac reconociese entonces el misterio, y que aun cuando hubiese caido en el error á favor del segundo, quiso bendecirle, y por su bendicion establecerle superior sobre su hermano, y trasferir á su persona todas las ventajas que pertenecian al primogénito; como la Iglesia de Jesucristo, aunque segunda, por decirlo así, con respecto á la sinagoga, debia obtener toda la herencia y todas las bendiciones del cielo, que parecian pertenecer á esta hija primogénita, y los gentiles, aunque los últimos que han venido, entrar en lugar de los judíos en el reino de Dios. Esta es la realidad cuya figura era la historia de Jacob.

No bien habia salido Jacob de la habitacion de su padre, cuando entró Esaú, presentándole lo que acababa de prepararle de su caza, y pidiéndole su bendicion. Isaac le respondió que su hijo segundo se le habia adelantado, y que su bendicion con todas las ventajas y prerogativas anejas á ella estaba ya dada. Esaú desolado, empezó á dar grandes gritos, lloró, se quejó, se enfureció. Isaac, que ilustrado con la luz del Espíritu Santo descubria en todo esto la conducta de la divina Providencia, ni se conmovió, ni ménos se indignó. Trató solamente de consolarle, y no pudiendo revocar lo que habia hecho, se contentó con desearle alguna prosperidad temporal. Tu bendicion, le dijo, consistirá en lo pingüe de la tierra y en el rocío del cielo. Tales son de ordinario las prosperidades y las bendiciones de los impíos. Dios les concede prosperidades temporales en esta vida, que son seguidas en la otra de la desgracia eterna. Así se ponen á engordar, dice san Gregorio, los bueyes que deben llevarse dentro de pocos dias á la carnicería.

La parábola del hijo pródigo que hace el asunto del Evangelio de este dia, tiene mucha relacion con la historia contenida en la Epístola. El Salvador, que habia venido especialmente por los pecadores, acababa de animarles y convidarles á que se convirtiesen, declarando á todos los que le escuchaban la alegría que causa en el cielo la conversion de una alma pecadora. Y para interesarles mas añadió la parábola que sigue.

Cierto hombre, les dijo, tenia dos hijos. La mayor parte de los padres antiguos creen que estos dos hijos representan los judíos y los gentiles, mas esto no impide que esta parábola pueda tambien aplicarse á los justos y á los pecadores; en efecto, todos los pasos del pecador aparecen perfectamente marcados en toda la conducta del hijo desordenado. El mas jóven de estos dos hijos le dijo á su padre que le diese su porcion, ó su legítima, esto es, dicen los padres, la libertad de vivir al antojo de sus pasiones. La libertad por que suspiran los hijos, no es, propiamente hablando, otra cosa que el libertinaje. Por mas que se

doliese el padre, viendo el mal partido que tomaba su hijo, tuvo la condescendencia de concederle lo que pedia. Dios no deja nunca de hacer sentir al pecador, por medio de inspiraciones secretas, la desgracia en que va á precipitarse, alejándose de la casa de su padre; pero Dios no quiere nunca forzar nuestra voluntad. El jóven libertino dejó sin sentimiento alguno á su padre, y habiendo salido de su casa, se fué muy léjos á una tierra estranjera. Cuando uno ha vivido por algun tiempo en la inocencia y deja á Dios, no se aleja nunca á medias. Se alejó lo mas que pudo de la vista de aquel buen padre, y un jóven libertino evita con todo esmero todo cuanto podria traerle á Dios á la memoria. Ya no hay frecuencia de sacramentos, ya no hay ejercicios de piedad, el trato con personas virtuosas se le hace odioso y pesado. No bien se habia introducido con otros libertinos como él, cuando soltando libremente la brida á sus pasiones, no tardó mucho en disipar todos los bienes que le quedaban; perdió todos los frutos de una educacion la mas bella; todas las inclinaciones laudables del mejor natural; perdió hasta la memoria de las obligaciones mas comunes de la religion, y se entregó á los mayores escesos, y á los mas espantosos desórdenes. El libertinaje no es propio para poder sustentarse mucho tiempo. Despues que el pródigo lo hubo comido todo, sobrevino una grande hambre en aquel país, y él se encontró en una indigencia horrible. El pródigo no hubiera jamás conocido la indigencia, si hubiera permanecido en la casa de su padre. El pecador deja á Dios porque cree que va á ser dichoso, y no hay estado ni condicion mas desgraciada; en un solo dia tiene mas desazones que devorar, y mas sinsabores que aguantar, que todo lo que ha tenido que sufrir en el servicio de Dios por espacio de muchos años. El pródigo engañado por el mundo, abandonado de todos sus compañeros en el vicio, que no son amigos mas que de la bolsa de los jóvenes locos, no sabiendo ya qué hacerse, se puso á servir á uno de los habitantes del pais, que le envió á su alquería á que guardase los puercos. Le habia parecido demasiado duro al pródigo el vivir bajo de las leyes del mejor de los padres; y por haberle abandonado se ve reducido á la mas vergonzosa esclavitud: tal es la rigorosa esclavitud en que gime el pecador por haber sacudido el yugo de la divina ley; él tiene tantos señores, como pasiones le dominan. Pero ¡ah! qué señores! Señores duros, implacables, que exigen de él las acciones mas bajas, que no le dejan reposo alguno, que le reducen hasta desear el mas despreciable alimento. ¡Un jóven acostumbrado al regalo de su casa, reducido á mantenerse con las sobras de la comida de los puercos! Pecadores, impíos, libertinos, disimulad cuanto quisiereis vuestro lastimoso estado: vuestra condicion no es mejor. El se hubiera dado por contento, si hubiera podido satisfacer su hambre con lo que comian los cerdos, pero no habia quien se lo diese. *Ex siliquis.* Algunos esplican este alimento de los puercos, diciendo que eran vainas de habas, ó garrofas, que es lo que suelen comer estos viles animales. La estrema miseria á que se ve reducido le hace entrar dentro de sí mismo, ó digámoslo mejor, la misericordia de Dios que le sigue en todos sus estravíos, tiene cuidado de derramar tanta amargura en todos sus placeres, que le obliga por fin á entrar en sí mismo: feliz todavía por no haber sofocado esta luz de la gracia, ni haberse endurecido contra estos piadosos movimientos. Comparando entonces lo que ha perdido con lo que ha encontrado; comparando la paz, la dulzura y todas las ventajas que gustaba en la casa de su padre, en aquella vida cristiana, vida igual, vida devota, con el estado horrible de su humillante servidumbre, encuentra la suerte del menor de los criados de su padre infinitamente preferible á la suya, y lleno de aquella confianza que la gracia inspira, se determina, en fin, á irse á arrojar entre sus brazos. Hé aquí el primer paso que debe dar el pecador que piensa en convertirse. Un rayo de esperanza que resplandece al través de las tinieblas de sus estravíos, acaba, por decirlo así, la obra de su conversion. Representándose en su imaginacion los rasgos de bondad que ha visto en su padre, se apodera de él un afecto de confianza, y aunque á su padre es á quien únicamente ha ofendido, únicamente en su padre es en quien espera. ¿Y no piensa en buscar algun asilo entre los amigos que habia podido adquirir durante el curso de sus devaneos? Falsos amigos, amigos infieles, que despues de haberse aprovechado de sus desórdenes, hubieran sido los primeros que habrian censurado su vuelta. Sí, yo quiero ir á mi padre, yo conozco su corazon, tan pronto como me vea entrar en mi deber, lo olvidará todo. Si yo no tuviese mas recurso que en los hombres me desesperaria; envanecidos con su imaginaria virtud, insultarian mi miseria; mas yo encontraré en el corazon de mi Padre celestial un fondo de bondad, que no han enervado ni ménos agotado mis ofensas contra él. Me amenaza, es verdad, con el fuego eterno; pero teme él mas que caiga en él, que yo mismo. Hé aquí los verdaderos sentimientos de una alma penitente, y si los estravíos del hijo pródigo son el verdadero retrato de los estravíos del pecador, su vuelta y todos sus pasos son la verdadera imágen de una alma de verdad penitente.

La vuelta del hijo pródigo sigue inmediatamente á su resolucion. Voy á partir, dice, y parte; iré á ver á mi padre, y hélo ya á los piés de su padre. Toda dilacion en materia de conversion es perniciosa: no se convierte el que difiere convertirse. Estaba todavía léjos cuando le apercibió su padre, y movido de compasion, corrió á él, le abrazó, y le besó. Dios hace aquí su retrato despues de haber hecho el del hijo pródigo. Por grande que hubiese sido la alegría de este padre por la vuelta de su hijo, ¿no debia disimularla? ¿no debia, á lo ménos, reprender á este jóven libertino su alejamiento y sus desórdenes? Así es como piensan y obran los hombres mas dulces y mas compasivos; pero Dios obra de otro modo: apenas da tiempo al pecador convertido para decirle: Padre mio, yo he pecado contra el cielo y delante de vos; yo no merezco que se me llame ya hijo vuestro; tratadme como uno de vuestros criados. Prontamente, dice el padre, tráigasele su primera vestidura; póngasele luego un anillo en el dedo; désele el calzado mas primoroso. ¡Buen Dios! ¡qué misterioso es este pormenor! ¡qué consolador! ¡qué de cosas dice! ¿Podrá el demonio servirse del número y de la enormidad de nuestros pecados, de la severidad misma de la justicia de Dios, para precipitarnos en la desesperacion, y para estinguir nuestra confianza? ¡Ah! la liberalidad sucede á la ternura; en la hora misma que entra en su deber, se le restablece en sus derechos, se le viste tan suntuosamente como si no hubiese disipado su legítima; si el hijo vuelve pronto de su rebelion y de sus desórdenes, el padre es todavía mas pronto para volverle á su

amistad. Aun quiere que su alegría se dé á conocer por una fiesta. Traed el becerro mas gordo, comamos y regalémonos; porque mi hijo que estaba muerto, ha resucitado; estaba perdido, y se ha vuelto á encontrar. ¡Qué ventajosas son para mí, Señor, estas figuras! Os habeis complacido en pintaros en ellas á vos mismo; en daros á conocer por estos rasgos de bondad que os son tan propios y que forman vuestro carácter. Vuestras caricias, vuestras liberalidades en favor de un pecador convertido son tan escesivas, que llegan, por decirlo así, á dar zelo á los justos.

Estaban á la mesa, y la música acompañaba la espléndida comida, cuando volviendo el hijo mayor del campo, oyó el sonido de los instrumentos y se impuso del motivo de la fiesta. Entró en zelos, manifestó su estrañeza y aun dió algunas quejas á su padre, que lo era igualmente del uno que del otro, despues de haber indicado al primero la consideracion que le tenia, comenzó á abogar por el segundo: ¿Podia yo ménos, le dijo, de regalar á tu hermano en una coyuntura como la presente? ¿No era preciso darle á entender la alegría que tengo por su vuelta? Pero ¿qué necesidad, dices, de hacer una fiesta por un sujeto tan indigno? Tú hablas como estraño; no adviertes que yo soy su padre, que él es mi hijo: él estaba perdido para mí, yo no le contaba ya en el número de los mios, y recibo este hijo que habia llorado tanto, cuya pérdida la creia segura, y le veo revivir contra toda esperanza. ¿Podia el Salvador animar, solicitar, urgir de un modo mas amoroso y mas eficaz al pecador á que se convierta? ¿podia descubrirnos los sentimientos de su corazon para con los pecadores de un modo mas atractivo? ¡Oh! que esto prueba evidentemente lo que este amable Salvador nos habia dicho en otra parte: que hay mas regocijo en el cielo por un solo pecador que hace penitencia, que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de ella. Pero y viendo como es recibido de su padre el pródigo, y con qué prontitud es revestido de su primera ropa en el instante mismo de su vuelta, ¿se hallarán ministros de Jesucristo que despidan con dureza al pecador; que le rehusen por un tiempo infinito su reconciliacion con Dios, y que hagan que se frustre su conversion por durezas y dificultades que Dios condena? No deben sin embargo censurarse las dilaciones sabias con que los ministros de la Iglesia difieren tambien alguna vez la reconciliacion del pecador. Ellos no ven como el Señor el fondo del corazon, y hay circunstancias en que deben asegurarse por las obras.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Da, quæsumus, Domine, nostris effectum jejuniis salutarem: ut castigatio carnis assumpta ad nostrarum vegetationem transeat animarum. Per Dominum...

Concedednos, Señor, os rogamos, un efecto saludable á nuestros ayunos, para que la mortificacion á que hemos sujetado nuestro cuerpo sirva para mantener el vigor y la salud de nuestras almas. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 27 del libro del Génesis.

In diebus illis: Dixit Rebecca filio suo Jacob: Audivi patrem tuum loquentem cum Esau fratre tuo, et dicentem ei: Affer mihi de venatione tua, et fac cibos ut comedam et benedicam tibi coram Domino antequam moriar. Nunc ergo, fili mi, acquiesce consiliis meis: et pergens ad gregem, affer mihi duos hædos optimos, ut faciam ex eis escas patri tuo, quibus libenter vescitur: quas cum intuleris, et comederit, benedicat tibi priusquam moriatur. Cui ille respondit: Nosti quod Esau frater meus homo pilosus sit, et ego lenis: si attrectaverit me pater meus, et senserit, timeo ne putet me sibi voluisse illudere, et inducam super me maledictionem pro benedictione. Ad quem mater: In me sit, ait, ista maledictio, fili mi: tantum audi vocem meam, et pergens, affer quæ dixi. Abiit et attulit, deditque matri. Paravit illa cibos, sicut velle noverat patrem illius. Et vestibus Esau valde bonis, quas apud se habebat domi, induit eum; pelliculasque hædorum circumdedit manibus, et colli nuda protexit. Deditque pulmentum, et panes, quos coxerat, tradidit. Quibus illatis, dixit: Pater mi? At ille respondit: Audio. Quis es tu, fili mi? Dixitque Jacob: Ego sum primogenitus tuus Esau: feci sicut præcepisti mihi: surge, sede, et comede de venatione mea, ut benedicat mihi anima tua. Rursumque Isaac ad filium suum: Quomodo, inquit, tam cito invenire potuisti, fili mi? Qui respondit: Voluntas Dei fuit ut cito ocurreret mihi quod volebam. Dixitque Isaac: Accede huc, ut tangam te, fili mi, et probem utrum tu sis filius meus Esau, an non. Accessit ille ad patrem, et palpato eo, dixit Isaac: Vox quidem, vox Jacob est; sed manus, manus sunt Esau. Et non cognovit eum, quia pilosæ manus similitudinem majoris expresserant. Benedicens ergo illi ait: Tu es filius meus Esau? Respondit: Ego sum. At ille: Affer mihi

En aquellos dias dijo Rebeca á su hijo Jacob: He oido á tu padre que hablaba con tu hermano Esaú, y le decia: Tráeme alguna cosa de tu caza y compónmela para que yo la coma, y te bendiga en la presencia del Señor ántes de morir. Ahora, pues, hijo mio, sigue mi consejo, y yéndote al rebaño, tráeme dos cabritos de los mejores, para componerlos yo á tu padre, y que los coma con gusto; á fin de que cuando se los hubieres llevado, y comiere de ellos, te bendiga ántes que muera. Respondió, pues, Jacob á su madre: Esaú es hombre velludo, y yo lampiño; si mi padre me tocare y me conociere, temo no crea que le he querido engañar, y atraiga sobre mí su maldicion en lugar de la bendicion. Repúsole Rebeca: Caiga sobre mí esta maldicion, hijo mio; segunda ahora mi consejo, y marchando luego, trae lo que te he dicho. Fué, pues, y trajo los cabritos, y los dió á su madre, la cual los preparó, como sabia, que le gustaban á su padre; le vistió con los vestidos preciosos de Esaú, que ella guardaba en su casa; envolvió las manos de Jacob con las pieles de los cabritos, y con las mismas cubrió su cuello; despues le dió lo que habia compuesto para comer, y los panes que ella habia cocido; todo lo cual lo presentó Jacob á su padre, y le dijo: ¿Padre mio? Qué hay respondió Isaac; ¿quién eres tú, hijo mio? Yo soy, dijo Jacob, tu hijo primogénito Esaú; hice conforme me mandaste; levántate, siéntate, y come de mi caza, para que tu amor me bendiga. Volvióle, pues, Isaac á preguntar á su hijo: ¿Cómo, hijo mio, pudiste encontrar tan pronto que cazar? A lo que él respondió: Dios ha querido que se me presentase inmediatamente lo que buscaba. Entonces le dijo Isaac: Llégate acá para que yo te toque, hijo mio, y pruebe si eres

hi, inquit, cibos de venatione tua, fili mi, ut benedicat tibi anima mea. Quos cum oblatos comedisset, obtulit ei etiam vinum. Quo hausto, dixit ad eum: Accede ad me, et da mihi osculum, fili mi. Accessit, et osculatus est eum. Statimque ut sensit vestimentorum illius fragrantiam, benedicens illi, ait: Ecce odor filii mei, sicut odor agri pleni, cui benedixit Dominus. Det tibi Deus de rore cœli, et de pinguedine terræ abundantiam frumenti et vini. Et serviant tibi populi, et adorent te tribus: esto dominus fratrum tuorum, et incurventur ante te filii matris tuæ: qui maledixerit tibi, sit ille maledictus: et qui benedixerit tibi, benedictionibus repleatur. Vix Isaac sermonem impleverat: et egresso Jacob foras, venit Esau, coctosque de venatione cibos intulit patri, dicens: Surge, pater mi, et comede de venatione filii tui, ut benedicat mihi anima tua. Dixitque illi Isaac: Quis enim es tu? Qui respondit: Ego sum filius tuus primogenitus Esau. Expavit Isaac stupore vehementi, et ultra quam credi potest, admirans, ait: Quis igitur ille est, qui dudum captam venationem attulit mihi, et comedi ex omnibus priusquam tu venires? benedixique ei, et erit benedictus. Auditis Esau sermonibus patris, irrugiit clamore magno: et consternatus, ait: Benedic etiam et mihi, pater mi. Qui ait: Venit germanus tuus fraudulenter, et accepit benedictionem tuam. At ille subjunxit: Juste vocatum est nomen ejus Jacob: supplantavit enim me in altera vice: primogenita mea ante tulit, et nunc secundo surripuit benedictionem meam. Rursumque ad patrem: Numquid non reservasti, ait, et mihi benedictionem? Respondit Isaac: Dominum tuum illum constitui, et omnes fratres ejus servituti illius subjugavi: frumento et vino stabilivi eum, et tibi post hæc, fili mi, ultra quid faciam? Cui Esau: Num unam, inquit, tantum benedictionem habes, pater? mihi quoque obsecro ut benedicas. Cumque ejulatu magno fleret, motus Isaac, dixit ad eum: In pinguedine terræ, et in rore cœli desuper erit benedictio tua.

tú mi hijo Esaú, ó nó. Llegóse en efecto al padre, y habiéndole palpado, dijo Isaac: La voz en verdad es la voz de Jacob, pero las manos son las manos de Esaú. Y no le conoció, porque como tenia sus manos cubiertas con la piel, se semejaban á las del mayor. Habiendo, pues, Isaac de bendecirle, le dijo: ¿Eres tú mi hijo Esaú? Respondió él: Sí, yo soy. Entonces volvió Isaac á decirle: Tráeme, hijo mio, la comida de tu caza, á fin de que mi alma te bendiga. Jacob le presentó la comida, y despues que la hubo comido, le presentó tambien vino para que bebiese, y habiéndolo bebido le dijo: Acércate á mí, hijo mio, y dáme un ósculo; Jacob se llegó y le besó, é inmediatamente que Isaac percibió el buen olor de sus vestidos, dijo al bendecirle: Hé aquí el olor de mi hijo, que es semejante al olor de un campo fértil y colmado de la bendicion del Señor. Derrame Dios sobre tus campos el rocío del cielo, y dé la fertilidad á tus tierras, para que produzcan abundancia de trigo y de vino. Sírvante los pueblos, y adórente las tribus: seas el señor de tus hermanos, é inclínense delante de tí los hijos de tu madre. El que te maldijere, sea él maldito; y el que te bendijere, sea colmado de bendiciones. Apenas Isaac habia acabado de hablar, y Jacob se habia salido fuera, vino Esaú, y trajo á su padre manjares compuestos de lo que habia cazado: Levántate, dijo, padre mio, y come de lo que ha cazado tu hijo para que me bendiga tu alma. Díjole Isaac: Pues ¿quién eres tú? Yo soy, le respondió, tu hijo primogénito Esaú. Sorprendido Isaac de un asombro vehemente, mayor de lo que puede creerse; admirando todo esto le dijo: ¿Quién es, pues, aquel que hace poco me trajo de la caza que habia cogido, y comí de todo lo que me presentó ántes que tú vinieses? Le bendije, y será bendito. Oidas por Esaú estas palabras de boca de su padre, empezó á rugir y dar grandes alaridos, y lleno de consternacion dijo á su padre: Bendíceme tambien á mí, padre mio. A lo que Isaac le respondió: Vino tu hermano con engaño, y recibió tu bendicion. Entonces dijo Esaú: Con razon se ha llamado Jacob, porque ya me ha suplantado en otra ocasion; ántes de ahora se llevó mi primogenitura, y ahora por segunda vez me ha arrebatado mi bendicion. Dirigiéndose, pues, de nuevo á su padre: ¿No me habeis, le dijo, reservado á mí alguna bendicion? Respondióle Isaac: Le he constituido tu señor, y he sujetado bajo de su dominio á sus hermanos; le he dado la abundancia del trigo y del vino; despues de esto, hijo mio, ¿qué puedo yo hacer por tí? A lo cual replicó Esaú: ¿Qué, padre mio, no tienes mas que una bendicion? Yo te ruego tambien que me bendigas. Y como llorase dando grandes gritos, movido Isaac de compasion le dijo: Tu bendicion consistirá en la fertilidad de la tierra, y en el rocío del cielo que viene de lo alto.

El libro del Génesis es el primero del Pentateuco, que significa cinco volúmenes; este es el nombre que han dado los griegos á los cinco libros escritos por Moisés. Estos cinco libros son el Génesis, el Exodo, el Levítico, los Números y el Deuteronomio. El Génesis contiene la historia de cerca de dos mil trescientos sesenta y nueve años desde la creacion del mundo.

REFLEXIONES.

«Díjole Rebeca á su hijo Jacob.» En el antiguo Testamento todo es un misterio, todo es una figura del nuevo. Esaú y Jacob, hermanos mellizos, llevados á un tiempo en el mismo seno, nacidos en una misma hora, ¿qué suerte tan diversa no le ha cabido á cada uno? El primogénito se ve privado del derecho de primogenitura y de todas las prerogativas y bendiciones que podia esperar legítimamente, y de que su padre queria colmarle, y el

menor entra en todos los derechos del mayor, y ocupa su lugar. ¿Quién no ve claramente representados en esta figura al pueblo judío y los gentiles? Dios en toda la eternidad ha sido padre comun de todos los hombres; pero la predileccion la habia siempre obtenido el pueblo judío. Era este el hijo primogénito en la casa del padre de familias: todos los favores, todos los privilegios eran para él. Él solo estaba ilustrado con el conocimiento del verdadero Dios; él solo era el depositario de sus secretos y de sus ministerios; él solo estaba consagrado á su verdadero culto; ¡qué de maravillas obrara el cielo en su favor! ¡qué bondad la de Dios con esta nacion privilegiada! todo esto no obstante la grosería de su parte, la perversidad de su natural, la indocilidad de su espíritu, la ingratitud de su corazon, la estravagancia de toda su conducta. Mas al fin, habiendo puesto el colmo á su iniquidad por el deicidio cometido en la persona adorable del Mesías, se ha visto suplantada, por decirlo así, por los gentiles, á los cuales se puede decir que habia como vendido su derecho de primogenitura por su idolatría, dando tantas veces un culto sacrílego á sus falsos dioses. Los gentiles convertidos á la fé han podido decirle á Dios como Jacob: Nosotros somos vuestro hijo mayor; esto es, nosotros hemos entrado en posesion de todos los favores que le habiais designado, si hubiese guardado vuestros mandamientos, si hubiese querido reconocer al Mesías. Habiéndose él hecho indigno de vuestros beneficios, hemos entrado nosotros en su lugar. A la verdad, nosotros hemos venido á la última hora; pero prontos á obedeceros, hemos sometido nuestro espíritu á la fé desde que hemos visto aparecer su luz, y hemos ido al trabajo desde el punto en que nos habeis llamado. Revestidos con los mas preciosos vestidos de Esaú, pero que él no llevaba ya, esto es, apoderados de los libros santos, de que los judíos no hacian ya mas que un mal uso, hemos reconocido en ellos el carácter del Espíritu Santo, de que los judíos no estaban ya animados. Aprovechándonos, pues, de lo mas precioso que tenian los judíos, y de que ellos ya no se servian, no hemos podido dejar, Señor, de agradaros, y hechos los queridos de vuestra Iglesia, figurada por decirlo así, en Rebeca, os hemos presentado los manjares que ella misma habia preparado segun vuestro gusto: estos manjares os han agradado lo mismo que nuestra prontitud en obedeceros, nuestro empeño por agradaros, y nos habeis bendecido. « La voz en verdad es la voz de Jacob; pero las manos son las manos de Esaú. » No son las palabras agradables las que atraen las bendiciones; á las manos es á lo que se atiende, por las obras se conoce el hijo bien quisto. No será nadie justificado porque discurra bien de las cosas buenas, sino porque las practique. En materia de salvacion las manos son mas elocuentes y mas persuasivas que la lengua. La voz engaña; por los frutos se conoce el árbol. Solo aquel es sincero que pone en práctica las verdades; á este es, dice Santiago, al que hará feliz su conducta.

El Evangelio de la misa es tomado de san Lucas, cap. 15.

In illo tempore: Dixit Jesus pharisæis et scribis parabolam istam: Homo quidam habuit duos filios: et dixit adolescentior ex illis patri: Pater, da mihi portionem substantiæ, quæ me contingit. Et divisit illis substantiam. Et non post multos dies congregatis omnibus, adolescentior filius peregrè profectus est in regionem longinquam, et ibi dissipavit substantiam suam vivendo luxuriosè. Et postquam omnia consummasset, facta est fames valida in regione illa, et ipse cœpit egere. Et abiit, et adhæsit uni civium regionis illus. Et misit illum in villam suam ut pasceret porcos. Et cupiebat implere ventrem suum de siliquis, quas porci manducabant: et nemo illi dabat. In se autem reversus, dixit: Quanti mercenarii in domo patris mei abundant panibus, ego autem hic fame pereo! Surgam, et ibo ad patrem meum, et dicam ei: Pater, peccavi in cœlum, et coram te: jam non sum dignus vocari filius tuus: fac me sicut unum de mercenariis tuis. Et surgens, venit ad patrem suum. Cum autem adhuc longè esset, vidit illum pater ipsius, et misericordia motus est; et accurrens, cecidit super collum ejus, et osculatus est eum. Dixitque ei filius: Pater, peccavi in cœlum, et coram te, jam non sum dignus vocari filius tuus. Dixit autem pater ad servos suos: Cito proferte stolam primam, et induite illum, et date annulum in manum ejus, et calceamenta in pedes ejus: et adducite vitulum saginatum, et occidite, et manducemus, et epulemur: quia hic filius meus mortuus erat, et revixit: perierat, et inventus est. Et cœperunt epulari. Erat autem filius ejus senior in agro: et cum veniret et appropinquaret domui, audivit symphoniam et chorum; et vocavit unum de servis, et interrogavit, quid hæc essent. Isque dixit illi: Frater tuus venit, et occidit pater tuus vitulum saginatum, quia salvum illum recepit. Indignatus est autem, et

En aquel tiempo dijo Jesus á los fariseos y á los escribas esta parábola: Cierto hombre tenia dos hijos; el mas jóven de ellos dijo á su padre: Padre mio, dadme la parte de herencia que me pertenece; y en efecto el padre le dividió la herencia. No mucho tiempo despues el jóven hijo, reunidas todas sus riquezas, se partió á un pais muy distante, y allí disipó todo su caudal, viviendo en los desórdenes. Despues que todo lo hubo consumido, sobrevino una grande hambre en aquella region, y él se vió reducido á la miseria, de modo que tuvo que acomodarse á servir á uno de los habitantes de aquel pais; el cual le envió á una heredad suya, para que guardase los puercos: en donde hubiera deseado satisfacer su hambre con los hollejos que comian los puercos, pero ni aun esto le daba nadie. Entrado, pues, en sí mismo, dijo: ¡Cuántos criados en la casa de mi padre tienen pan en abundancia, mientras yo aquí perezco de hambre! Voy, pues, á marcharme; iré á mi padre, y le diré: Padre, pequé contra el cielo y delante de tí, ya no soy digno de llamarme hijo tuyo; tratadme como uno de vuestros jornaleros; y partiendo luego, fué á buscar á su padre. Cuando todavía estaba léjos, le vió su padre, y movido de compasion, corrió á él, le echó sus brazos al cuello, y le besó. Padre mio, esclamó el hijo, he pecado contra el cielo y delante de tí, no merezco ya que se me llame hijo tuyo. Entonces dijo el padre á sus criados: Traed pronto su primera vestidura, y vestidle con ella; ponedle un anillo en su mano, dadle el calzado para sus piés, y luego traed el becerro mas grueso, y comamos y regalémonos, porque este hijo mio habia muerto, y ha resucitado; se habia perdido, y lo he vuelto á encontrar. Y empezaron á regalarse. Estaba, pues, el hijo mayor

nolebat introire. Pater ergo illius egressus, cœpit rogare illum. At illi respondens, dixit patri suo: Ecce tot annis servio tibi, et numquam mandatum tuum præterivi, et numquam dedisti mihi hœdum ut cum amicis meis epularer: sed postquam filius tuus hic, qui devoravit substantiam suam cum meretricibus, venit, occidisti illi vitulum saginatum. At ipse dixit illi: Fili, tu semper mecum est, et omnia mea tua sunt: epulari autem, et gaudere oportebat, quia frater tuus hic mortuus erat, et revixit; perierat, et inventus est.

en el campo, y al volver, cuando se acercaba á su casa, oyó tocar la música y cantar, y llamando á uno de los criados, le preguntó qué era aquello; y él le respondió: Vino tu hermano, y tu padre hizo matar el becerro mas gordo, porque le ha recobrado sano y salvo. Al oir esto se llenó de indignacion, y no queria entrar. Salió luego su padre al encuentro, y comenzó á rogarle que entrase; mas él contestando dijo á su padre: Tantos años hace que te sirvo; nunca he traspasado tus preceptos, y jamás me diste un cabrito para que me regalase con mis amigos; y apenas vino este hijo tuyo, que ha disipado su herencia con las prostitutas, hiciste matar para él el becerro mas gordo. Hijo mio, le dijo el padre, tú siempre estás conmigo, y todo lo que yo tengo es tuyo; era preciso, pues, regalarse y alegrarse, porque este hermano tuyo habia muerto, y ha resucitado; estaba perdido, y se ha encontrado.

MEDITACION.

Sobre la parábola del hijo pródigo.

Punto primero.—Considera en cuántos errores y en qué desgracias se precipita todo el que, disgustado del servicio de Dios, sacude el yugo dulce y lijero del mejor de todos los padres, para no seguir mas que su propio capricho, su propension y la inclinacion viciosa de su propia libertad, que muy pronto degenera en libertinaje. Jesucristo nos ha descrito con la mayor exactitud todos los pasos del pecador en la parábola del hijo pródigo; el mas jóven dijo á su padre: «Padre mio, dadme mi herencia,» y el padre consintió en ello. Siempre fué la juventud la edad mas funesta para la inocencia. La poca madurez, la falta de esperiencia, la vivacidad y el ardor de las pasiones, la lijereza, el mal ejemplo, todo concurre en una persona jóven para hacerla sacudir el yugo de la dependencia y desarriarla. ¿Qué motivo tenia aquel jóven para dejar á su padre? Mantenido deliciosamente, servido por un gran número de criados, querido, respetado, vivia en la abundancia y sin cuidado. Se prevenian hasta sus mas pequeñas necesidades; todo concurria á hacerle dichoso y tranquilo, y la esperanza de una rica herencia ponia el colmo á su felicidad; cuando por un capricho insensato renuncia á todas estas ventajas, y cansado de una dependencia que constituia todo su bien, deja la casa de su padre, y quiere ser solo, por decirlo así, el artífice de su fortuna y de su suerte. De este modo obra todos los dias el pecador; cansado de ser dichoso en el servicio de Dios, se fastidia de llevar una vida arreglada. Una tranquilidad muy duradera le disgusta, y cree hallar en los devaneos un placer de un gusto nuevo. Deja la fuente de agua viva, para ir á escavar cisternas llenas de cieno. ¡Qué tranquilidad mas dulce, qué suerte mas dichosa que la de un hombre de bien! No bien hubo perdido de vista el hijo pródigo á su padre, cuando olvidó sus beneficios. En poco tiempo anduvo mucho camino, y luego se halló en una tierra estranjera, en donde no reteniéndole ya ningun resto de religion, de decencia, ni de honor, se abandonó á sus pasiones, y vino á parar en ser triste víctima de ellas. Ninguno se aleja nunca de Dios, que no se estravie muy léjos. El primer paso es siempre una caida funesta. Desde que el hombre no se afianza ya en esta piedra inmoble, es luego arrastrado por el torrente. El descenso es rápido, la declinacion violenta; luego que se ha dado el primer paso, ya no se camina, se corre, se precipita al abismo. Las personas que han sido mas piadosas, si llegan á pervertirse, dan en los mayores escesos. Se olvida uno de Dios, se olvida de sí mismo. La fé se estingue, la razon se debilita, la pasion sola es la que reina; ¿y qué desórdenes no causa en una alma cuando llega á ser esclava de la pasion? Se disgusta una persona religiosa de su estado; se desvia de su profesion; se aleja de Dios por una vida poco regular; ¡qué estravíos, Señor, en pocos dias! la ceguera, la insensibilidad, el abandono de Dios siguen de cerca á los primeros desórdenes. Se ve uno muy pronto reducido á la última miseria. La necesidad y la pobreza tan poco conocida en la casa de su padre, obligó al pródigo á ponerse á servir para no morir de hambre. Tal es la suerte de los que dejan á Dios; se mira su servicio como demasiado incómodo: ¡ah, Señor! ¡qué esclavo vil hay mas incomodado ni mas atormentado que un libertino! ¡Feliz, si á lo ménos la vista de su miseria le inspirase un sincero retroceso!

Punto segundo.—Considera con qué bondad, con qué sabiduría ordena Dios todas las cosas para la conversion de un pecador. El hijo pródigo empieza á entrar en sí mismo: este es el primer paso del pecador, que tocado de la gracia, piensa seriamente en convertirse. Nada temen tanto los mundanos y los libertinos como el entrar dentro de sí mismos; ellos ven entonces tantos desbarros que les espantan, oyen tantos remordimientos que les alarman, y por esto se vive en el mundo en un bullicio continuo: diversiones, reuniones, paseos, espectáculos profanos, juego. ¿Con qué ojos mirará una mujer mundana algunos dias de retiro? ¡Oh Dios mio! ¡qué amable es vuestra misericordia! Al tiempo que mas os olvida el pecador, y se aleja mas de vos, vos os acercais mas á él; las reflexiones saludables que hace el pródigo sobre el lastimoso estado á que se ve reducido, la patética comparacion de lo que es léjos de su casa, y de lo que era en la casa de su padre, le hacen conocer su locura y su miserable estravío. ¡Dichoso momento el en que el pecador á favor de esta luz sobrenatural descubre sus errores, y considera despacio la indignidad de su esclavitud! Representaos un enfermo que ha estado algun tiempo delirante, despues que sosegada ya su sangre, y calmados los espíritus, descubre ó se le dicen sus estravagancias. Suponed que uno de los puntos de su locu-

ra consistia en imaginarse que era rey; él afectaba el aire de soberano, hablaba y mandaba como príncipe, mientras que estaba encadenado como un esclavo, y todos los hombres de juicio y sus verdaderos y sabios amigos se lamentaban de oir sus estravagancias, y deploraban su desgracia. Cuando la razon no está cautivada por la pasion, por poco juicio que se tenga se condenan los desórdenes de una vida desarreglada; ¿un buen talento puede encontrar gusto en lo que debe causarle horror, y hacerle gemir por toda la eternidad? ¡Ah, Señor! ¡que un poco de reflexion sobre las desgracias inevitables que acompañan al estado de pecador, aun en esta vida, reduciria á muchas almas de sus estravíos! ¿y por qué no he de hacer estas reflexiones en el tiempo que puedo aprovecharme de ellas? ¿espero á hacerlas á la hora de la muerte, ó durante la eternidad, cuando me serán inútiles, cuando no servirán mas que para aumentar mis tormentos, mi rabia y mi desesperacion? ¡Pero qué eficaces son las que hace el pródigo! Esto es hecho, no hay mas dilacion, no hay mañana. Se determina á partir para volverse á su padre, y parte. Proyectos de reforma, conversiones determinadas para mas adelante, flores sin fruto, engaño que adormece al pecador, y le pierde. «Iré á mi padre.» Una verdadera contricion inspira siempre la confianza. Yo soy pecador, es verdad, Dios mio, pero vos sois mi padre; merezco que me castigueis, y tendreis sobrada razon para perderme; pero ¿dejareis por esto de salvarme? ¿podriais olvidar lo que os he costado? mirad que es un hijo el que reclama vuestra misericordia; y si á pesar de todos mis desórdenes no habeis dejado de ser mi padre, por criminal que yo sea, os acordareis tambien de que yo soy vuestro hijo. El Salvador, despues de habernos hecho el retrato del pecador en la persona del hijo pródigo, nos hace el suyo en la del padre de este hijo convertido. Apenas el padre del pródigo percibe á lo léjos á su hijo que vuelve, corre á abrazarle, y léjos de echarle en cara su ingratitud y sus devaneos, se regocija tanto con su vuelta, que no puede contener su alegria. Diversion, banquete, festejos, á esto se reduce todo el enojo, por decirlo así, de un padre tan justamente irritado. La liberalidad acompaña á la ternura. Se le restablece en todos sus derechos al momento que vuelve á entrar en su deber. ¡Oh Dios mio! ¡y despues de esto hay pecadores que rehusen volverse á vos por falta de confianza!

No seré yo, Señor, puesto que sin demora, y sin temor, vuelvo á vos, para no separarme jamás de vos con el ausilio de vuestra gracia.

JACULATORIAS.—¡Oh el mejor de todos los padres! Yo no quiero permanecer ya mas tiempo en mi alucinamiento, y me vuelvo á vos para siempre. (Luc. 15).

Dichosos, ó Dios mio, los que no se alejan nunca de vos. (Psalm. 83).

PROPÓSITOS.

1 Reconozcamos en esta parábola del hijo pródigo la locura y los desbarros del pecador, y la bondad infinita del Padre de las misericordias. Pero detestando los unos, y admirando la otra, comprendamos el sentido que en sí encierran. No diferais vuestra conversion, y volveos inmediatamente á Dios, quien siempre recibe bien, cuando uno se vuelve á él de buena fé. Repetid muchas veces esta meditacion, leedla de tiempo en tiempo; nada hay mas á propósito para reanimar nuestra confianza, y escitarnos á una verdadera contricion. Decios muchas veces á vosotros mismos: yo tengo necesidad de convertirme, ciertamente que no querria morir en mi error, y en desgracia de mi Dios, de mi Padre; yo quiero volverme á él, y si he de hacerlo algun dia, ¿por qué no hoy? ¿temo acaso que sea demasiado pronto, si lo hiciese en este mismo dia? ¿temo volver demasiado presto á su gracia, si entro en ella ménos tarde? ¿temo que me perdone muy pronto mis estravíos, si me los perdona sobre la marcha? Estas reflexiones son concluyentes, son sólidas. Hacedlas muchas veces.

2 No permanezcais jamás en pecado ni un momento. Si habeis tenido la desgracia de haber caido en él, pedid perdon de todo vuestro corazon en el momento mismo, y no paseis el dia, si puede ser, sin confesaros. ¡Qué error, y al mismo tiempo qué peligroso es el dilatar su conversion á un domingo ó á un dia de fiesta! ¡Cuántos se han condenado, solo por haber diferido su conversion no mas que un dia! Guardaos bien de contar demasiado sobre la bondad de Dios, esperando encontrarla siempre pronta para recibiros á penitencia. Esta no es una confianza, es sí una presuncion criminal, que de ordinario es seguida de la impenitencia final. Observad una conducta mas cristiana. Contad con la misericordia del Señor, pero no abuseis de ella.

DOMINGO TERCERO DE CUARESMA.

Comunmente se ha llamado este domingo tercero de Cuaresma el domingo *del demonio mudo*, cuya historia contiene el Evangelio de la misa de este dia. Se le llama tambien el domingo *Oculi*, de la primera palabra del introito, como se ha llamado *Reminiscere* por la misma razon al domingo precedente, y *Lætare* al cuarto domingo. Antiguamente se llamaba el domingo de los *Escrutinios*, del exámen de los catecúmenos, que se disponian para recibir el bautismo al fin de la Cuaresma, porque en este dia se hacia el primero de estos escrutinios. Los griegos le han llamado el domingo del *madero precioso y vivificante*, esto es, *de la cruz*, á la cual nombran ellos con la sola palabra *stauroproscinese*. Como aquí comienza la semana que media la Cuaresma, los fieles han redoblado siempre su devocion y su fervor, á medida que se acercaban aquellos dias sagrados en que la Iglesia celebra los grandes misterios de nuestra redencion, celebrando los misterios de la pasion, de la muerte y de la resurreccion del Salvador del mundo.

El introito de la misa está tomado del verso diez y seis del salmo 24. Este salmo, como ya se ha dicho, es una oracion afectuosa de un hombre estraordinariamente afligido, que perseguido por aquellos mismos á quienes mas ha colmado de bienes, no halla consuelo en la amargura de su corazon, sino solo en Dios en quien pone toda su confianza. David vivamente perseguido por su hijo Absalon, implora el auxilio de Dios en su afliccion, y considerando sus males como unas penas justas por sus pecados, entra en grandes sentimientos de penitencia. No hay persona afligida, pero especialmente en tiempo de tentaciones violentas, á quien no convenga este salmo. Que se encienda mas y mas cada dia el fuego de la persecucion, que mis enemigos lo pongan todo por obra para perderme; yo tendré siempre los ojos fijos en el Señor, persuadido que

me librará de los lazos de mis enemigos, y que con tal que yo no pierda nunca de vista el punto fijo del cielo, de este astro benéfico que regla todo el universo, no tengo que temer ningun naufragio. Pero en vano volveria yo á vos, Dios mio, mis ojos y mi corazon, sino echaseis sobre mí una mirada favorable. No os enojen, ó Dios de misericordia, mis pecados; dignaos volver á mí vuestros ojos; destituido de todo socorro, sea yo objeto de vuestra compasion. Yo no encuentro mas que infidelidad en mis mejores amigos, ingratitud en los que mas he colmado de beneficios, disimulo y mala fé entre los hombres. Mientras que la fortuna se me ha reido, mientras he estado en la prosperidad, me he visto rodeado de lisonjeros y cortesanos; pero me he visto aislado y abandonado luego que he caido en la desgracia. Vos solo, Dios mio, sois todo mi consuelo, mi apoyo y mi fortaleza. Nada me sostiene mas que vuestra bondad y la vista de vuestra misericordia. Yo no ceso, Señor, de levantar mi corazon á vos; en vos solo pongo toda mi confianza, ó Dios mio; no esperimente yo, Señor, la confusion de verme abandonado de vos.

La Epístola de este dia es una exhortacion que san Pablo dirige á los efesinos, invitándoles á que sean imitadores de Dios y de Jesucristo, amando al prójimo como Dios nos ha amado á nosotros; les amonesta para que arreglen sus palabras, para que sean reconocidos á las gracias de Dios, y para que vivan como hijos de luz.

«Sed imitadores de Dios, les dice, como hijos muy queridos.» El modelo es bien perfecto, es grande; pero el consejo, por no decir el precepto, no tiene réplica. Jesucristo no nos propone tampoco otro ménos sublime, ni ménos noble. «Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial. (Matth. 5.) ¿Cuál debe ser la inocencia, la santidad, la perfeccion de un cristiano, teniendo un modelo semejante? Vosotros habeis recibido la gracia de la adopcion, les dice san Pablo; Dios quiere que le llameis vuestro Padre; tened, pues, la ternura, la confianza, el reconocimiento, que deben tener los hijos bien nacidos para con un Padre tan bueno; imitad su dulzura y su clemencia; y como él os ha perdonado, añade san Gerónimo, perdonad tambien á vuestros hermanos; tratadlos de la misma manera que Dios os ha tratado á vosotros. San Pablo no exhorta á los Efesinos á que imiten las perfecciones de Dios que son inimitables, como su sabiduría infinita, su omnipotencia etc., sino su dulzura, su bondad, su paciencia para sufrir á los que le ofenden, su misericordia sin límites, y su inclinacion á perdonar y hacer bien á los que mas le han ofendido. ¿Podremos dejar de rendirnos á un motivo como este? ¿podremos negarnos á seguir un ejemplo semejante? «Caminad en un espíritu de amor, del mismo modo que Jesucristo, el cual nos ha amado, y se ha entregado á sí mismo por nosotros en cualidad de ofrenda y de víctima de un olor agradable á Dios.» Prueben vuestras costumbres, vuestras obras y toda vuestra conducta que amais á Jesucristo, así como toda la vida y la muerte de Jesucristo prueba cuánto nos ha amado. Dios quiere ser servido por amor. Nosotros no somos los hijos de la esclava para que sirvamos á Dios con violencia; somos los hijos de la que es libre; por consiguiente debemos amar á Dios como los hijos aman á su padre, temiendo mas desagradarle, que los castigos que merecemos por haberle desagradado. «No se oiga entre vosotros ni aun el nombre de fornicacion, ni de cualquiera otra impureza, ó de avaricia, como conviene á los santos.» El Apóstol quiere que los fieles vivan tan alejados de estos vicios, que ignoren hasta el nombre. San Gerónimo quiere que la palabra avaricia en este pasaje signifique todo género de pasiones vergonzosas. Aun cuando el corazon del hombre esté corrompido, y la corrupcion sea general; la pureza será siempre la virtud favorita de los santos, y el rasgo mas brillante y mejor marcado de los fieles. ¿Podrán reconocerse por él en el dia muchos cristianos? No se oiga nada entre vosotros que ofenda al pudor, ó que pueda conducir á discursos impertinentes y chocarreros. ¿Qué hubiera dicho el santo Apóstol, si se hubiese hallado en las reuniones mundanas de nuestro siglo? La inutilidad es lo ménos reprensible que hoy se encuentra en las conversaciones de las gentes del mundo? ¡qué licencia tan escandalosa en lo que sirve de asunto á la conversacion! ¡qué imágenes tan sucias en las alusiones! ¡qué deshonestidad en los términos! no se avergüenzan ya de lo que en otro tiempo hacia avergonzar á los paganos. Sin esta sal cansa la conversacion; intrigas de amor; historietas, obras de talentos depravados por la corrupcion del corazon, poesías galantes, hé aquí lo que divierte, lo que entretiene hoy. ¡Pero qué de almas pierden esas palabras obscenas, esos discursos sobradamente libres, esos equívocos emponzoñados, esos chistes, esas chanzas lascivas, esos libros escritos con tanta cultura que abundan en sales é ingenio, pero de donde está enteramente desterrado el espíritu del cristianismo! Porque vivid persuadidos, continua el Apóstol, que todo fornicador, todo impúdico y todo avaro, cuyo vicio es una idolatría, no tiene derecho alguno á la herencia en el reino de Jesucristo y de Dios. ¡Ah Señor, cuántas gentes renuncian hoy á esta herencia! la impureza es llamada avaricia, porque por este vicio rehusa el hombre dar su corazon á Dios para darle solo á su placer. En el Exodo, en el Levítico, en el Deuteronomio y en muchos parajes de la Escritura, la fornicacion es llamada idolatría; porque en la una y en la otra el hombre hace su Dios de la criatura y todo se lo sacrifica. No tengais, pues, comunicacion con ellos. No hay devocion que no se corrompa por la conversacion con los libertinos. Nada hay tan contagioso como su trato. San Pablo llama á los impúdicos hijos de tinieblas. En efecto, nada ofusca tanto el entendimiento, nada oscurece tanto la razon, ninguna cosa estingue mas la fé que este malhadado vicio. Talento natural, educacion, hasta el sentido comun, todo se oscurece, toda luz se apaga en un hombre impuro. Caminad como hijos de la luz. La fé es una luz; nuestras costumbres, nuestros sentimientos, nuestras acciones, toda nuestra conducta es la prueba mas sensible y la ménos equívoca de nuestra fé. ¡Buen Dios! ¡cuántos cristianos serán tratados algun dia como infieles! La impureza estingue la fé.

El Evangelio de la misa de este dia contiene grandes lecciones y grandes misterios. Acababa Jesucristo de convertir en casa de Simon el fariseo á la célebre pecadora pública. La conversion milagrosa de aquella alma tan encenagada en el vicio, hizo que muchos se adhiriesen á él y resolviesen seguirle; presentáronle en seguida un pobre oprimido con tres grandes enfermedades para cuya curacion no eran bastantes todos los remedios naturales. Estaba poseido del demonio, era mudo y ciego. El demonio causa siempre en las almas que posee la ceguera y la sordera. El hombre poseido no era mudo ni ciego por natu-

raleza, era el demonio que le quitaba el uso de la palabra y de los ojos. Sabe bien el demonio la ventaja y el consuelo que se halla en descubrir uno sus penas y sus flaquezas á un director ilustrado; por esto pone todo su estudio en fomentar una falsa vergüenza que cierra la boca: mas este mismo es el que debe inspirarnos ánimo para abrir todo nuestro corazon á aquellos que Dios nos ha puesto para que sean nuestra guia en los caminos de la salvacion. Se puede tambien decir que todo pecador está ciego. ¡Qué ceguedad mas lastimosa que la de preferir un placer corto y amargo á la posesion del mismo Dios, fuente inagotable de todos los bienes, y por un placer de un momento precipitarse en una eternidad de suplicios! Jesus arrojó al demonio, é inmediatamente habló el mudo y recobró la vista. Este milagro le vemos aun repetirse todos los dias en la conversion del pecador. Tan pronto como se perdona el pecado, se ve, se piensa y se habla de otra manera que se hacia cuando se vivia en el desórden. Toda la multitud que allí habia quedó admirada; pero la envidia convierte en mal hasta los mayores milagros. El entendimiento se resiente siempre de la corrupcion del corazon. Hallàronse entre aquella muchedumbre que habia sido testigo del milagro que Jesucristo acababa de obrar, algunos que dijeron, que aquel demonio habia sido arrojado en virtud de Belzebub, príncipe de los demonios. El fariseo y los doctores ciegos por la envidia, no creen ver mas que las obras del demonio en aquello mismo en que el pueblo sencillo reconoce claramente los rasgos del poder divino. Hé aquí lo que debe consolar á los siervos de Dios cuando no pudiéndose condenar sus acciones esteriores, se atribuye el bien que hacen á otro principio que al espíritu de Dios que les anima. Otros le pedian algun prodigio celestial, dice san Lucas: el incrédulo busca nuevas pruebas de religion, á las cuales tampoco se rendiria, así como el pecador querria para convertirse nuevas gracias á las que resistiria no ménos que á las que tiene y que desprecia. Viendo Jesus lo que pensaban, sufrió sin quejarse una calumnia tan negra y tan grosera; y se contentó solamente con decirles con su dulzura acostumbrada: Yo trabajo en destruir el reino de Satanás arrojándole de los cuerpos y quitándole las almas por la santidad de la moral que predico y que yo practico; ¿cómo, pues, puede él hacer que su poder concurra á mis designios, contradiciéndose en tal manera á sí mismo? El reino de los demonios es el imperio que ejercen sobre los hombres. Si pues unos contribuyen para que sean arrojados otros de los cuerpos humanos, ellos se destruyen á sí mismos, y su imperio no puede subsistir. Entre vosotros teneis exorcistas que arrojan alguna vez los demonios invocando el Dios de Abraham: muchos aun de vuestros hijos los arrojan en mi nombre, y vosotros sois testigos que mis discípulos han recibido de mí la misma virtud: ¿direis que todos estos los arrojan en nombre de Belzebub? Y si yo arrojo los demonios en virtud del Omnipotente, reconoced por este solo rasgo á vuestro Mesías. Este raciocinio no tenia réplica. Mas cuando la ceguera es voluntaria, esclarecen muy poco todas las luces juntas. El Salvador confunde tambien la obstinacion y la malignidad de los judíos, por medio de una comparacion muy concluyente. Cuando un hombre valiente y bien armado, les dice, guarda la entrada de su casa, solo otro que sea mas fuerte que él puede arrojarle y hacerse dueño de ella. Reconoced, pues, por esto mismo mi poder soberano sobre todas las potestades de las tinieblas, y confesad que solo Dios puede arrojar al demonio. No teniendo nada que responder los enemigos del Salvador; estoy tan léjos, les dijo, de tener la menor alianza con el demonio, que por el contrario miro como enemigo mio al que no lo es suyo. No hay neutralidad entre Jesucristo y el príncipe de las tinieblas: ó todo del uno, ó todo del otro. Toda contemporizacion en materia de religion y de moral es una ilusion. ¿Se rehusa creer un solo punto de la fé? Esto basta para ser infiel. Aun cuando se guardase la ley entera, si se falta á un solo precepto de ella, basta, dice Santiago, para hacerse reo sobre todo lo demás. Somos castos, pero tenemos orgullo; somos moderados, austeros, devotos, pero hablamos mal de nuestros hermanos; hacemos limosnas, pero rehusamos perdonar; ya no somos del todo de Jesucristo, y por consiguiente nos abandona enteramente al demonio. No hay con Dios neutralidad, no hay division. Somos del mundo, no nos lisonjeemos de pertenecer á Jesucristo. Somos de Jesucristo, luego debemos ser enteramente opuestos al espíritu del mundo. ¡Buen Dios! ¡cuántos quedarán atónitos en la hora de la muerte, que creyendo ser de Jesucristo porque han llevado su librea, oirán decir á este soberano Juez: «No os conozco!» por fin, indignado el Hijo de Dios, cansado de la obstinacion y de la indocilidad de aquella nacion ingrata, la predice de un modo muy marcado su fatal reprobacion presentándoles la parábola siguiente: «Cuando el espíritu inmundo ha salido del cuerpo de un hombre va por los lugares áridos, y no hallando donde hacer asiento, volveré, dice, á mi casa de donde he salido: y encontrándola barrida, parte inmediatamente, y toma consigo otros siete espíritus mas malos que él: entran de nuevo, se hacen fuertes allí y se establecen en ella; y la última condicion de este hombre es peor que la primera: lo mismo sucederá á esta nacion perversa.» Jesucristo quiere darles á entender, que hace muchos siglos que el demonio hace todos sus esfuerzos para hacerse dueño de un pueblo que es el único que vive en la religion verdadera; el único que no está sometido á sus leyes, el único que no está sepultado en las tinieblas de la idolatría. Que hasta entonces siempre lo encontró bien adornado; pero que en castigo del desprecio que hacen de su Salvador, van á ser abandonados á las potestades del infierno, las que habiéndose hecho dueñas de él con nuevas fuerzas, van á hacer este pueblo tanto mas desdichado, cuanto mas querido y mas favorecido de Dios habia sido hasta entonces. ¿Y quién no ve tambien en la misma parábola el verdadero retrato de esos reinos desgraciados, de esos pueblos que el cisma y la herejía han separado de la Iglesia? Sepultados en otro tiempo en las tinieblas del paganismo, los habia ilustrado la fé cristiana; y habiendo roto por la gracia los lazos que los retenian, habian entrado en el seno de la Iglesia. En vano se habia esforzado el demonio por entrar en ellos; él no habia visto en ellos mas que inocencia, pureza de costumbres, devocion, fervor, penitencia. ¡Qué grandes santos en Inglaterra! ¡qué inocencia y qué devocion en todos los paises del Norte! ¡qué zelo, qué piedad, qué adhesion á la Iglesia de Jesucristo en toda la Alemania! El espíritu de tinieblas ha ido á tomar otros siete espíritus peores que él; el espíritu de error, el espíritu de libertinaje, el espíritu de independencia, el espíritu de orgullo,

el espíritu de indocilidad, el espíritu particular, el espíritu de division y de cisma; y habiendo entrado en aquellas comarcas, hasta entonces tan fértiles en virtudes y en santidad, lo han arrasado todo, todo lo han desolado, y se han establecido allí á mano armada; y la herejía ha hecho la última condicion de aquellos pueblos desafortunados peor que la primera.

Los fariseos y los doctores de la ley escuchaban á Jesucristo sin decir palabra, porque no sabian qué responder; pero nada rebajaban de su orgullo, ni de su tenacidad; cuando una mujer sencilla, mas ilustrada que ellos, levantó su voz en medio de la asamblea, y arrebatada de la doctrina del Salvador esclamó: «Dichosas las entrañas que te han llevado, y felices los pechos que has mamado.» «Antes bien, repuso Jesus, bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios, y la ponen en práctica.» El Salvador dió esta respuesta para instruccion de todos los que escuchaban, y que escuchándole no se hacian ni ménos malos, ni ménos dóciles. Estas palabras *ántes bien*, léjos de servir aquí de correctivo, son mas bien una confirmacion de lo que aquella piadosa mujer acababa de sostener. Sin embargo, el Salvador sin insistir mas sobre la dicha singular de su Santísima Madre, toma de ella ocasion para hacer conocer á sus oyentes cuál es la felicidad que les es propia, y á que todos pueden aspirar. Como si les hubiese dicho: verdad es que el privilegio y la fortuna de mi madre es grande, y mayor que lo que pueden comprender los hombres y aun los ángeles. Su eminente santidad su crédito casi omnipotente cerca de mi Padre y de mí, su augusta y sublime dignidad de verdadera Madre de Dios, deben captar la admiracion de todos los espíritus, ganarle todos los corazones, merecerle todos los homenajes; pero sabed, que si la eleccion que Dios habia hecho de ella para una dignidad tan alta, no hubiese sido acompañada por su parte de una perfecta docilidad, de una profunda humildad, de una fé, de una pureza, de una santidad sin ejemplo, de nada la hubiera servido toda la predileccion que mi Padre y yo habiamos tenido por ella. El Salvador queria dar á entender á los judíos que la prediliccion que Dios habia tenido por el pueblo judío, escogiéndole por su pueblo, no le serviria sino para hacerle mas desgraciado, haciéndole mas criminal, sino ponian en práctica lo que él les enseñaba, si no creian su palabra.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Quæsumus, omnipotens Deus, vota humilium respice: atque ad defensionem nostram dexteram tuæ majestatis extende. Per Dominum...

Te rogamos, Dios omnipotente, que mires favorablemente los deseos y oraciones de los humildes, y te dignes estender, para protegernos, el brazo invencible de tu Majestad. Por nuestro Señor, etc.

La Epístola es del cap. 5 de la carta de san Pablo apóstol á los Efesinos.

Fratres: estote imitatores Dei sicut filii charissimi: et ambulate in dilectione, sicut et Christus dilexit nos, et tradidit semetipsum pro nobis oblationem et hostiam Deo in odorem suavitatis. Fornicatio autem, et omnis immunditia, aut avaritia nec nominetur in vobis, sicut decet sanctos: aut turpitudo, aut stultiloquium, aut scurrilitas, quæ ad rem non pertinet; sed magis gratiarum actio. Hoc enim scitote, intelligentes quod omnis fornicator, aut immundus, aut avarus quod est idolorum servitus, non habet hereditatem in regno Christi et Dei. Nemo vos seducat inanibus verbis: propter hæc enim venit ira Dei in filios diffidentiæ. Nolite ergo effici participes eorum. Eratis enim aliquando tenebræ: nunc autem lux in Domino. Ut filii lucis ambulate: fructus enim lucis est in omni bonitate, et justitia, et veritate.

Hermanos: sed imitadores de Dios como hijos amadísimos, y caminad en espíritu de amor como Jesucristo, que nos ha amado y se ha entregado á sí mismo por nosotros en cualidad de ofrenda y de víctima de olor agradable á Dios. No se oiga entre vosotros ni aun el nombre de fornicacion, ó de cualquiera otra impureza, ó de avaricia, como conviene á los santos; tampoco lo que ofende al pudor, los discursos necios, ni las bufonadas, que no vienen al caso, sino mas bien las acciones de gracias. Estad, pues, bien persuadidos que todo fornicador, todo impúdico, y todo avaro, que se hace esclavo de estos ídolos, no tendrá la herencia en el reino de Jesucristo y de Dios. No os seduzca ninguno con frívolos discursos, porque estas cosas atraen la ira de Dios sobre las personas incrédulas. No tengais ninguna comunicacion con ellos. En otro tiempo vivíais tambien vosotros en las tinieblas, mas ahora vivís en la luz en el Señor. Caminad como hijos de luz; el fruto de la luz es obrar en todo género de bondad, de justicia y de verdad.

La ciudad de Efeso, metrópoli del Asia menor, era muy dada á la idolatría, y sobre todo al culto de Diana; reinaba mucho en ella el vicio de la impureza; eran muy aficionados los efesinos á la magia, y san Pablo hizo quemar en un solo dia por valor de cincuenta mil denarios de libros mágicos. El santo apóstol vino allí por primera vez á predicar hácia el año 54 de Jesucristo.

REFLEXIONES.

«No se oiga entre vosotros ni aun el nombre de fornicacion ó de cualquiera otra impureza; tampoco lo que ofende al pudor, ó los discursos necios, ni las bufonadas.» ¡Qué importante esta leccion, que necesaria, pero qué mal observada en el dia! Ninguna cosa prueba mejor la espantosa corrupcion de este siglo, que esa licencia desenfrenada con que se dice todo cuanto ofende al pudor; no hay edad, no hay sexo que no manche su lengua con lo que mancilla la imaginacion y ensucia el corazon. Aquel pudor que hasta ahora nacia con los cristianos, parece que hoy se ha desterrado del mundo. Los jóvenes, en quienes parecia como propio patrimonio, ya no lo conocen. Con tal que los términos no sean groseros, no se avergüenzan ya del mal sentido, ni de las sucias imágenes que despiertan. En esto brilla el talento, se rien de esto, y los hay tan poco cristianos, tan desvergonzados que aplauden todo lo que hace reir. ¿Qué se ha hecho aquella vergüenza sabia y honesta que sienta tan bien á los jóvenes; aquella modestia cristiana que servia de ornamento á la virtud; aquella delicadeza de conciencia, que hacia el elogio del

cristianismo? «¿Cómo se ha empañado el oro, y mudado su precioso color?» (Jerem. 4.) Las palabras se resienten de la licencia de las costumbres. Cuando la corrupcion ha ganado el corazon, se muda muy pronto de lenguaje. Su lengua manifiesta lo que son. (Matth. 26.) La simulacion reina demasiado en el mundo; pero la corrupcion del corazon se manifiesta demasiado en las reuniones mundanas. El alma produce en ellas su retrato. El Apóstol coloca los discursos impertinentes y chocarreros en el mismo órden que lo que ofende los oidos castos. No son, en efecto, ménos perniciosos, sobre todo cuando hieren á la religion. Se chancea neciamente, se hace burla del modo mas sacrílego de lo que hay mas santo y mas respetable. Un jóven libertino cree dar muestras de talento, zumbándose con impiedad de la religion, y no lo tiene para ver que por esto mismo da una prueba pública de la mas insigne locura; y en verdad, ¿hubo alguna jamás mejor marcada? Pero ¿qué indignacion no causa el oir á esas gentes ociosas, la mayor parte sin religion, cuyos escesos han embrutecido su espíritu, enflaquecido su razon, y depravado el sentido comun, chancearse con desprecio de las verdades mas terribles, y hablar como paganos de los misterios mas tremendos? ¿qué enojo no escita oir á algunas mujercillas cuyo talento es tan limitado, y que nada tienen de grande mas que un fondo inagotable de presuncion y de desvergüenza, disputar sobre la gracia, decidir atrevidamente puntos de religion, y rechazar con insolencia las mas santas decisiones de la Iglesia? ¿Qué hubiera dicho el santo Apóstol de esta imbecilidad estravagante, de esta especie de fanatismo, si hubiese visto entre los fieles de su tiempo la misma licencia, la misma irreligion en las palabras, que se ve en los cristianos de nuestro siglo? Discursos impertinentes, fastidiosas y miserables pláticas, conversaciones ridículas, en las que todo presenta un carácter de irreligion y de locura. En efecto, ¿qué cosa mas estravagante que el someter á unas luces tan limitadas y tan escasas como las del espíritu humano, que no puede comprender la estructura de una hormiga, ni de la hoja de un árbol, los abismos impenetrables de la divinidad, los misterios mas recónditos de nuestra religion, los secretos adorables de la gracia, de la predestinacion, y todo lo que las inteligencias celestiales se contentan con adorar sin comprenderlo? Esta licencia desenfrenada de los particulares, aun legos, en querer constituirse jueces en los puntos de fé, y doctores supremos en materia de religion, es la que ha dado orígen á todas las herejías y lo que las ha alimentado. El espíritu particular ha caracterizado siempre á todos los herejes; él lisonjea demasiado el orgullo de las personas del otro sexo, y de los talentos ordinarios y groseros, para no apegarlos con terquedad á un partido que les constituye jueces en materia de religion, y les hace superiores á los mas grandes doctores de la Iglesia; y hé aquí lo que engruesa todas las sectas, y lo que hace irreducibles á las mujeres y á las gentes ordinarias, cuando han tenido la desgracia de dejarse pervertir por el error.

El Evangelio de la misa es del cap. 11 de san Lucas.

In illo tempore: Erat Jesus ejiciens dæmonium, et illud erat mutum. Et cum ejecisset dæmonium, locutus est mutus, et admiratæ sunt turbæ. Quidam autem ex eis dixerunt: In Beelzebub principe dæmoniorum ejicit dæmonia. Et alii tentantes, signum de cælo quærebant ab eo. Ipse autem ut vidit cogitationes eorum, dixit eis: Omne regnum in seipsum divisum desolabitur, et domus supra domum cadet. Si autem et Satanas in seipsum divisus est, quomodo stabit regnum ejus? quia dicitis in Beelzebub me ejicere dæmonia. Si autem ego in Beelzebub ejicio dæmonia: filii vestri in quo ejiciunt? Ideo ipsi judices vestri erunt. Porrò si in digito Dei ejicio dæmonia, profecto pervenit in vos regnum Dei. Cùm fortis armatus custodit atrium suum, in pace sunt ea, quæ possidet. Si autem fortior eo superveniens vicerit eum, universa arma ejus auferet, in quibus confidebat, et spolia ejus distribuet. Qui non est mecum, contra me est: et qui non colligit mecum, dispergit. Cùm immundus spiritus exierit de homine, ambulat per loca inaquosa, quærens requiem: et non inveniens, dicit: Revertar in domum meam undè exivi. Et cùm venerit, invenit eam scopis mundatam et ornatam. Tunc vadit et assumit septem alios spiritus secum nequiores se; et ingressi habitant ibi. Et fiunt novissima hominis illius pejora prioribus. Factum est autem, cum hæc diceret, extollens vocem quædam mulier de turba, dixit illi: Beatus venter qui te portavit, et ubera, quæ suxisti. At ille dixit: Quinimmo beati, qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud.

En aquel tiempo estaba Jesus echando un demonio, y este demonio era mudo. Y habiendo arrojado al demonio, habló el mudo, y la muchedumbre quedó admirada. Sin embargo, algunos de los que allí estaban dijeron: Este arroja los demonios en virtud de Beelzebub, príncipe de todos ellos; otros para tentarle le pedian algun prodigio del cielo. Mas viendo Jesucristo lo que pensaban, les dijo: Todo reino dividido entre sí, será arruinado, y sus edificios caerán unos sobre otros. Si, pues, Satanás está dividido en sí mismo, ¿cómo permanecerá su reino? Porque vosotros decís, que yo arrojo los demonios en virtud de Beelzebub. Ahora bien. Si yo arrojo los demonios en virtud de Beelzebub, ¿vuestros hijos en virtud de quién los arrojan? Por tanto ellos serán vuestros jueces. Mas si yo arrojo los demonios por la virtud de Dios, no queda duda que ha venido á vosotros el reino de Dios. Cuando un hombre valiente bien armado guarda la entrada de su casa, está seguro de todo lo que posee; pero si viene otro mas fuerte que él, y le vence, le despojará de todas las armas en que confiaba, y distribuirá sus despojos. El que no es conmigo, es contra mí; y el que no coge conmigo, disipa. Cuando el espíritu inmundo ha salido del hombre, anda por lugares áridos buscando reposo, y no hallándole, dice: Volveré á mi casa de donde he salido; y á su vuelta la halla barrida y adornada. Entonces va y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrando, hacen asiento en ella, y la última condicion de aquel hombre es peor que la primera. Sucedió, pues, que cuando hablaba de este modo, levantando cierta mujer la voz de en medio de la multitud, le dijo: Dichosas las entrañas que te llevaron, y y felices los pechos que te dieron de mamar. Antes bien, repuso Jesus, bienа-

venturados los que oyen la palabra de Dios y la ponen en práctica.

MEDITACION.

De las grandezas y prerogativas de la Santísima Vírgen.

Punto primero.—Considera que, como dice san Buenaventura, Dios puede hacer una infinidad de mundos mas hermosos, mas amplios, mas admirables que el que ha criado, y en que vivimos; puede hacer astros mas brillantes, cielos mas resplandecientes, una tierra mas rica en producciones y en maravillas, puede hacer de ellas sin número; pero por mas que sea omnipotente, no puede hacer una madre mas noble, mas escelente, mas digna de nuestra veneracion, de nuestra devocion, de nuestros respetos, de nuestro culto, que la Madre de Dios. Así es que el Evangelio para formar todo su elogio, se contenta con decir, que María es la madre de Jesucristo. ¿Qué puedo yo decir, ó bienaventurada Vírgen, de vuestra persona y de vuestras grandezas, esclama san Agustin, en vista de que todo lo que podria decir, es inferior á las alabanzas que merece vuestra dignidad? ¿Quereis saber cuál es la escelencia, el mérito, la sublime dignidad de la Madre? dice San Euquerio; concebid, si es posible, el mérito y la escelencia del Hijo. Concebid lo que es el Hijo de Dios, dice san Gregorio, y concebireis lo que es su Madre. Con solo decir que la bienaventurada Vírgen es Madre de Dios, dice san Anselmo, basta para elevarla sobre todas las grandezas que pueden decirse ó imaginarse despues de Dios. En fin, solo el artífice es superior á su obra, dice el sabio Pedro Damiano; todo cuanto podeis imaginar de grande, de sublime, de escelente, es inferior á la Santísima Vírgen. De aquí todos los títulos pomposos que la da la Iglesia, de Reina de los hombres y de los ángeles; de medianera cerca de su Hijo; de abogada omnipotente de los pecadores para con el Eterno Padre; de estrella de la mañana, puerta del cielo, arca de la alianza. Juzguemos de su gloria por su dignidad; juzguemos de su mérito por la escelencia y la sublimidad de su gloria. Cuando Dios escogió á María para elevarla á la divina maternidad, no consideró en ella ni la grandeza de su nacimiento, ni los talentos de su espíritu, ni las perfecciones de su persona. Es verdad que María, aun segun el mundo, era la mas cumplida de todas las criaturas; descendiente de David, y de tantos otros reyes que contaba entre sus antepasados, ella habia heredado toda su gloria; dotada de las cualidades naturales que habia recibido de Dios, era ella, en el lenguaje de san Bernardo, la obra maestra de todos los siglos; pero nada de todo esto obligó á Dios á la eleccion que hizo de ella para que fuese madre del Mesías, y para que diese al mundo el Redentor. Lo que decidió, pues, en favor de María fué su santidad, y las eminentes virtudes que poseia sobre todas las demás. Aquella pureza sin ejemplo, aquella bondad sin tacha, aquella humildad sin límites, aquella caridad, aquel amor puro de Dios, que sobrepujaba al de los serafines. ¿No tiene razon para esclamar la mujer de nuestro Evangelio: Dichosas las entrañas que te han llevado, y felices los pechos que te han dado de mamar? Despues de Dios ¿hay un objeto mas digno de nuestra admiracion, de nuestros profundos respetos, de nuestra ternura? Y despues del culto debido á Dios ¿qué veneracion, qué culto no debemos á la Madre de Dios?

Punto segundo.—Considera que la respuesta que dió Jesus á estas palabras: «Dichosas las entrañas que te han llevado,» nos insinúaa la eminente santidad de María, dándonos á entender que es mas distinguida todavía por su fidelidad á todos los deberes de la religion, que por la prerogativa de madre de Dios: «Antes bien, repuso Jesus, bienaventurados aquellos que escuchan la palabra de Dios, y la ponen en práctica;» y esto nos enseña tambien que el verdadero medio de honrar dignamente á la Santísima Vírgen, es el imitar sus virtudes; el culto que la tributaremos entonces será sincero, siendo tan religioso, y nuestra confianza le será muy agradable, y para nosotros no será ilusoria. A la verdad, la veneracion, la confianza, la devocion á la Santísima Vírgen, han nacido con la Iglesia. No hay ningun verdadero fiel que no tenga un amor filial á esta Madre amorosa de los elegidos. Puede decirse que así como la devocion á la Santísima Vírgen crece con la fé, así se ve que esta fé, de que el justo vive, no se debilita jamás, sin que se debilite la devocion á la Santísima Vírgen. Ninguno puede ser afecto á la Madre, cuando es enemigo del Hijo. Las grandezas y las prerogativas de la Santísima Vírgen, su poder, su crédito, deben fundar nuestro consuelo y nuestra confianza. ¡Qué dulce es y qué consolatorio el tener por madre á la Madre de Dios, y estar seguros de que la sirve, por decirlo así, de placer el ser nuestra madre! Se sabe bien que Jesucristo solo ha rescatado al mundo con su sangre; pero no puede ignorarse que la sangre que ha derramado ha sido formada de la misma sustancia de María, y por consiguiente que María ha suministrado, ha ofrecido, ha entregado para nosotros la sangre que nos ha servido de redencion; y esto es sobre lo que se funda la Iglesia para atribuirla la cualidad de medianera, y todos los demás títulos que la da. María toma mucha parte, tiene un gran interés en nuestra salvacion para mirar con sangre fria nuestra perdicion. Sabe además que si no hubiese habido pecadores que salvar, no hubiese tampoco habido madre del Salvador; todo esto mantiene su ternura para con nosotros, y debe autorizar nuestra confianza en ella. ¡Qué ventajas no se sacan de esta tierna devocion! ¡Qué gracias, que socorros no esperimentan de ella durante la vida todos los siervos de María! ¡Y qué confianza, qué consuelo no sienten en la hora de la muerte! ¡Qué dulce es vivir bajo del amparo de una protectora semejante! Pero ¡qué dulzura al morir, cuando se ha merecido por la fidelidad en su servicio su proteccion! Nada hay que pueda asegurarnos tanto contra el justísimo temor de los juicios de Dios, y contra los espantos de la muerte, como la confianza en la Santísima Vírgen, fundada en su bondad, y en una perseverante devocion á ella. ¿Qué tenemos que temer, si la Madre de Dios se interesa por nosotros? Ármese todo el infierno contra mí; la proteccion de la Santísima Vírgen es un fuerte inaccesible á todos los enemigos de la salud; es aquella misteriosa torre de David, pertrechada con todo género de armas; María es la estrella del mar, que arregla la navegacion; no hay mas que mirarla á menudo para evitar los escollos y el naufragio. Desgraciado el que mira con indiferencia una Madre tan amable; ¡qué digno de lástima es el que no siente ni devocion ni zelo

por la Madre de Dios! pocas señales hay ménos equivocas de reprobacion.

Señor, que tan interesado estais en la gloria y en el culto de vuestra digna Madre; aumentad en mí, por vuestra bondad, mi ternura y mi zelo por aquella en quien he puesto toda mi confianza despues de vos. Yo me dedico para siempre á su servicio, seguro de que no podré dejar de agradaros, mientras tenga la dicha de ser del número de sus hijos.

JACULATORIAS. — Vírgen Santa, mostrad que sois mi Madre.

María, madre de gracia, madre de misericordia, defendednos de continuo contra nuestros enemigos, y recibidnos bajo de vuestra proteccion en la hora de nuestra muerte.

PROPÓSITOS.

1 Mirad con qué zelo, con qué afecto de devocion, dice san Bernardo, ha querido Dios que honrásemos á la Santísima Vírgen, en quien ha colocado la plenitud del bien como en un gran depósito, desde donde derivasen sobre todos sus siervos las mayores gracias. Así es que no hay santo alguno en la Iglesia que no haya tenido esta tierna devocion á la Madre de Dios. Diríase con razon que esta devocion caracteriza á los elegidos: tan ordinaria es en las almas justas; y se ha notado tambien haber habido pecadores que habiendo conservado una regular veneracion á la Santísima Vírgen, en medio mismo de sus desórdenes, su conversion ha hecho ver tarde ó temprano que la devocion á la Madre de Dios jamás es infructuosa. Sed, pues, uno de sus mas zelosos y afectuosos siervos. Haced altamente profesion de ser del número de sus hijos. No paseis ningun dia sin darla pruebas de ello. Imponeos la ley de rezar todos los dias el rosario en su honor; esta oracion la es estraordinariamente agradable; pero procurad rezarle cada dia con nueva atencion y con nuevo gusto.

2 La Iglesia comienza todas las horas de su oficio con el Padre nuestro y el Ave María, y las concluye todas con esta bella alabanza: «Dichosas las entrañas que han llevado al Hijo único del Padre Eterno, y bienaventurados los pechos que han lactado á Jesucristo nuestro Señor.» Haceos familiar este corto encomio; conservad la imágen de la Santísima Vírgen no solo en vuestro oratorio, sino tambien en las principales habitaciones de vuestra casa; tened cuidado de celebrar con singular devocion todas sus fiestas. Haced siempre en estos dias alguna limosna, ó alguna otra buena obra con el mismo objeto, y no omitais nada para inspirar á todos los que dependen de vosotros, y á todos vuestros amigos, la devocion á la Santísima Vírgen. Tal ha sido siempre la práctica de todas las personas buenas.

LUNES TERCERO DE CUARESMA.

Como la pasion y la muerte del Salvador son el principal objeto que se propone la Iglesia en todos sus oficios de Cuaresma; no hay dia alguno en toda ella, cuyo oficio divino no haga relacion en alguna parte á alguna circunstancia de la vida laboriosa y paciente del Salvador, ó á algun rasgo particular que designe la malignidad de los judíos, su persecucion y su negra ingratitud. El oficio de este dia es una prueba de lo que dice san Juan del Hijo de Dios, esto es, que ha venido á su propia heredad y no ha sido recibido por los suyos. Esto es lo que nos refiere el Evangelio de la misa del dia, y la Epístola nos enseña que los estraños se aprovechan de los socorros que rechazan los hijos del reino.

El introito de la misa es una continuacion de la plegaria que David, libre de las manos de sus enemigos, y perseguido todavía por sus allegados, hace á Dios.

Habiendo sabido David, por su amigo Jonatás, que Saul estaba resuelto á hacerle perecer y perderle, se retiró al palacio de Achis, rey de Geth. No estuvo mucho tiempo en la córte de este príncipe sin que fuese conocido. Resolvieron apoderarse de él; pero habiendo hallado David el medio de salvarse, se retiró á la caverna de Odollam, donde se dice que compuso este salmo, que comienza por estas palabras: Compadeceos de mí, ó Dios mio, ya que veis con qué indignidad me tratan los hombres, y que no descansan en la guerra y en la persecucion que me han declarado; mis enemigos me hacen sentir sin cesar los efectos de su ódio; y el número de estos enemigos se aumenta todos los dias. Yo alabaré algun dia, añade, y por este versículo comienza hoy la misa; yo alabaré algun dia, con la gracia del Señor, yo alabaré su fidelidad en cumplir la palabra que me ha dado, asegurándome una entera libertad: yo espero en él y no temo de modo alguno los esfuerzos de los hombres. Esto es lo que con mucha razon podia decir el Salvador, cuando se vió obligado á hacer un milagro para librarse de las manos de sus parientes en Nazareth, como se verá en el Evangelio.

La Epístola contiene la historia de Naamán, general del ejército del rey de Siria. Este oficial pasaba por uno de los mas valientes de su tiempo; habia conseguido muchas victorias sobre los enemigos de su nacion, y habia señalado su valor en mil encuentros; gozaba de gran favor cerca del rey, y era mirado como la segunda persona del reino. En medio de toda esta gloria y de todas estas prosperidades, se veia afligido con una lepra que le hacia horrible, y le impedia disfrutar los efectos de su alta reputacion y de sus cuantiosas riquezas. A la verdad, la lepra de Naamán no le impedia presentarse en la córte, ni el servir al rey de Siria, porque los demás pueblos no tenian el mismo horror á los leprosos, que el que tenian los israelitas. Era tenida entre ellos la lepra mas bien como una deformidad, que por una enfermedad; y la misma Escritura se sirve con mas frecuencia de la palabra «limpio» con respecto á los leprosos, que de la palabra «curado.» (Luc. 4.)

«Habiendo salido de Siria algunos ladrones, habian llevado cautiva una muchacha del pais de Israel, la cual fué destinada al servicio de la mujer de Naamán.» La Siria ha sido siempre fecunda en ladrones, lo mismo que la Arabia y todos los demás pueblos del Oriente. Era muy ordinario entre ellos el agavillarse, y hacer escursiones sobre los paises enemigos, robando todo lo que encontraban, y llevándose siempre muchas esclavas. Del número de estas fué una muchacha judía, la cual fué entregada á la mujer de Naamán para que la sirviese en las cosas domésticas. Viendo esta jóven el motivo de la afliccion de su señor, y sus suspiros: Ojalá, la dijo un dia á su señora, que vuestro esposo hubiese ido á ver al profeta que está en Samaria; me atrevo á asegurar que hubiera sido infaliblemente curado. Naamán llamó á la jóven, la preguntó; y habiéndose enterado por ella de la virtud que Dios habia concedido á Eliseo, y todas las maravillas

que habia obrado, fué á ver al rey, y le contó lo que habia sabido de aquella jóven. El rey de Siria, que amaba tiernamente á su ministro, le ordenó que partiese inmediatamente, y le dió una carta de recomendacion para el rey de Israel, concebida en estos términos: «Luego que hubiereis recibido esta carta sabreis que os he enviado á Naamán mi siervo, á fin de que le cureis de su lepra.» Habiendo tomado Naamán diez talentos de plata, que hacen, segun se cree, cerca de cuarenta y ocho mil seiscientas libras de nuestra moneda, seis mil piezas de oro y diez mudas de ropa, partió con un gran tren para Samaria. Luego que llegó presentó la carta del rey de Siria á Joram, rey de Israel, quien, habiéndola leido, se imaginó que el rey de Siria buscaba solo un pretesto para declararle guerra, y que este era el objeto con que le escribia pidiéndole que curase á su favorito. Traspasado de dolor, desgarró sus vestidos á vista de toda su córte, diciendo: «¿Soy yo acaso Dios para que pueda quitar y dar la vida? ¿A qué enviarme así un hombre, á fin de que le cure de la lepra? Vosotros veis que este príncipe no busca mas que una ocasion para romper conmigo.» ¿No es buscar contienda á toda costa, el exigir de mí que haga un milagro?

Habiendo sabido el profeta Eliseo la desolacion en que se hallaba el rey, le envió á decir que por qué habia desgarrado sus vestidos, que no tenia mas que enviarle aquel estranjero, y que él le haria ver muy pronto que aun habia en Israel un profeta. Asegurado Joram por este mensaje, suplicó á Naamán que fuése á ver á Eliseo. Fué, en efecto, aquel oficial á la casa del profeta con todo su equipaje; pero quedó sorprendido cuando Eliseo le envió á decir que fuése á lavarse siete veces en el Jordan. Creyóse ofendido, y comenzaba á retirarse, diciendo en tono de enfado: Creia yo que este profeta vendria á lo ménos á verme; me parece que soy persona bastante respetable para que se tomase esta pena; pensaba yo que habria invocado sobre mí el nombre del Señor, su Dios, y que tocándome con su mano curaria mi lepra. ¿No tenemos nosotros aguas en Damasco mejores que todas las del reino de Israel? ¿era necesario andar cerca de cien leguas para decirme que fuése á tomar los baños del Jordan, y que quedaria libre de mi lepra? Manifestando de este modo su indignacion, ordenó que se volviese á tomar el camino de Siria. Entonces sus criados, que raciocinaban con mas sangre fria que él, le dijeron: Señor, si el profeta os hubiese mandado alguna cosa difícil, hubierais, sin embargo, debido hacerla, y sin duda la hubierais hecho; ¿por qué os habeis de negar á obedecerle, cuando os manda solo este baño para quedar curado de vuestra lepra? Rindióse Naamán á esta sabia reconvencion. Bajó al Jordan, se lavó en él siete veces, é inmediatamente quedó tan bien curado que no le quedó en su carne ni una sola señal de lepra. La Escritura dice que su curacion fué tan perfecta que su carne se puso tan tersa, blanca y encarnada como la de un niño, de modo que todos reconocieron el milagro. Los afectos de alegría, de admiracion y de reconocimiento sucedieron á los de indignacion. Naamán volvió á la casa del hombre de Dios; y apenas le percibió todavía léjos: «Yo sé ciertamente, esclamó, que no hay otro Dios en toda la tierra, que el que hay en Israel.» La epístola de la misa de este dia concluye aquí por la confesion y la conversion sincera de este señor pagano. Es bien notorio con qué empeño rogó al profeta que aceptase los ricos presentes que le hacia. Mas el desinterés fué siempre la virtud comun de todos los verdaderos siervos de Dios, y sobre todo de los hombres apostólicos. Eliseo rehusó constantemente todo lo que Naamán se empeñaba en que aceptase, y tuvo que ceder al perfecto desinterés del profeta. Pero ántes de retirarse le dijo aquel señor convertido: «Yo os ruego que me permitais llevar dos mulos cargados de tierra de este pais, porque en adelante vuestro siervo no ofrecerá ya holocaustos ó víctimas á los dioses estranjeros, y solo sacrificará al Señor.» Creia Naamán que el culto del verdadero Dios estaba de tal modo vinculado al pais de los hebreos, que en ninguna otra parte podian ofrecerse sacrificios agradables. Y como no se sentia con bastante ánimo y resolucion para dejar su patria, sus empleos y sus bienes, se imaginó que podria igualmente servir á Dios en Siria, con tal que hiciese llevar allí tierra de Israel. Eliseo animado y conducido por el espíritu de Dios admiró y alabó su fé y su zelo, y le hizo conocer que el culto del verdadero Dios no estaba ligado á un pais, ni á una tierra particular, y que se puede amar y servir á Dios en todas partes. La Escritura añade que Giezi, criado del profeta, que no era tan desinteresado como su señor, fué corriendo tras de Naamán para pedirle un talento de plata y dos vestidos, suponiendo que era de órden del profeta. Naamán quiso que tomase dos talentos, y vino á traérselos. Habiéndose presentado Giezi por la tarde delante de Eliseo, le preguntó el profeta de dónde venia: Vuestro siervo no ha estado en ninguna parte, respondió Giezi; pero Eliseo le dijo: Pues qué, ¿no estaba mi espíritu presente, cuando aquel hombre ha bajado de su carro para venir adonde tu estabas? tú has recibido dinero y vestidos para comprar olivares, viñas, bueyes, ovejas, siervos y siervas, y yo, sí, yo te aseguro que la lepra de Naamán no te se quitará á tí ni á toda tu raza para siempre. Giezi se separó de su señor todo cubierto de lepra.

Los santos Padres reconocen en la curacion de Naamán la figura del sacramento del bautismo, que purifica al alma de la lepra del pecado. Naamán, gentil, estranjero, enviado á Eliseo por su sierva cautiva, es tambien la figura de la gentilidad llamada al Evangelio, y á Jesucristo por la sinagoga, que es esclava con sus hijos, como se esplica el Apóstol. Naamán se baña siete veces, y queda curado enteramente, como para significar los siete pecados capitales, dice Tertuliano, cuya remision se nos concede por el bautismo. En fin, Naamán restablecido á la pureza de un niño, sin apariencia alguna de lepra, representa el efecto del sacramento, por el cual quedan perdonados todos los pecados; sin que quede mancha alguna, dice san Ambrosio. En la resolucion de Naamán se vé tambien el modelo de una conversion perfecta por una mudanza entera de conducta y de costumbres.

Se ha elegido para este dia la Epístola que se acaba de referir, porque el Evangelio de este mismo dia habla de la curacion milagrosa de Naamán, favorito del rey de Siria.

Acababa el Salvador de hacer muchos milagros en el territorio de Cafarnaum, cuando vino á Nazareth, en donde habia pasado la mayor parte de su infancia y de su juventud. Habiendo ido el sábado á la sinagoga, segun su costumbre, se levantó para leer. Los judíos se juntaban todos los sábados en la sinagoga para orar y oir la lectu-

ra y la esplicacion de la santa Escritura. El que debia leer se ponia en pié, y por donde abria el libro leia algunos versículos del texto sagrado, los cuales parafraseaba en seguida. Levantóse, pues, Jesucristo para leer, sea que se hubiese presentado por sí mismo, sea que hubiese sido invitado á ello por los ancianos. Al abrir, «ut revolvit.» El texto griego y latino significan propiamente desenrollando y desenvolviendo, porque los libros de los judíos, como la mayor parte de los de los antiguos, se componian de muchas fojas escritas solo de un lado, y cosidas por las estremidades. Desenvueltas estas grandes fojas formaban como una larga banda que se arrollaba, y de aquí ha venido la palabra volúmen. Así, en lugar de que nosotros abrimos un libro para leerle, los antiguos le desenrollaban. El órden que se guardaba en aquella especie de asambleas era que tres personas de diverso rango leian delante de todos algunos capítulos de la Escritura. El primero que leia era un sacerdote, el segundo un simple levita y el tercero un lego. En este último concepto fué en el que se levantó Jesucristo, y se ofreció á leer.

El libro que se le presentó fué, segun el uso del tiempo, una especie de rollo en que estaba la profecía de Isaías, que se leia entonces. Como nada le sucedia fortuitamente al abrir el libro cayó sobre un pasaje del profeta, que le miraba á él personalmente, y que decia así: «El espíritu del Señor está sobre mí, por esto he recibido la uncion de aquel que me ha enviado para evangelizar á los pobres; para curar á los que tienen el corazon oprimido de la tristeza; para anunciar la libertad á los cautivos y el recobro de la vista á los ciegos; para librar á los que están en la opresion; para publicar la llegada venturosa del Señor, y el dia que hará justicia.» Todos le miraban y escuchaban con admiracion. Viendo que todos tenian puestos en él los ojos, tomó la palabra, y habiendo vuelto el libro les hizo ver claramente que habia llegado el tiempo en que se cumpliese en su persona esta profecía. Les habló con tanta gracia; tanta dulzura y tanta fuerza, que estaban todos como estasiados; y confesando que nadie jamás habia hablado como él, preguntábanse los unos á los otros: ¿No es este el hijo de José? Quedáron aun mas sorprendidos cuando tomando ocasion de lo que acababa de decirles, comenzó á descender á un pormenor que les desagradaba, y á exhortarles á la práctica de ciertas virtudes que les eran como desconocidas. Vosotros sin duda, añadió, vais á argüirme con este proverbio: Médico, cúrate á tí mismo; tú que das á otro la salud, no te dejes morir. Nosotros hemos oido que has hecho grandes maravillas en Cafarnaum, que no has obrado aquí: ¿te merecen acaso mas consideracion los estranjeros que los de tu pais; mas Cafarnaum que Nazareth, que lo debes mirar como tu patria? Nadie se habia atrevido á hacer estas reconvenciones al Salvador; pero él que penetraba el fondo de los corazones, les previno, haciéndoles ver que conocia perfectamente sus mas ocultos sentimientos y sus pensamientos mas secretos. Él hubiera obrado en Nazareth milagros tan grandes como los que habia hecho en Cafarnaum, si hubiese hallado en los habitantes las mismas disposiciones y la misma docilidad que en aquel pueblo estranjero. A causa de su incredulidad, dice san Mateo, no hizo allí milagros. Como los habitantes de Nazareth le habian visto entre ellos desde su infancia, no le miraban mas que como el hijo de un pobre artesano, y no daban mucha importancia á sus palabras ni á sus milagros. Así tambien sucede con frecuencia, que los sacerdotes, las personas religiosas, y dedicadas á la Iglesia son escuchadas con ménos interés, miradas con ménos veneracion y respeto en los pueblos en donde las han visto nacer y educarse, que en otras partes en donde desde luego las han visto en el ejercicio de su ministerio; así igualmente el Señor hace ménos milagros en favor de aquellos que carecen de disposiciones.

Al proverbio: Médico, cúrate á tí mismo, en el cual pensaban todos los de la asamblea, respondió Jesus por otro que era comun entre el pueblo: En ninguna parte tiene ménos estimacion un profeta, que en su pais y en su casa. Vuestras historias, añade el Salvador, os ofrecen bastantes pruebas de ello; porque decidme ¿cuántas viudas habia en Israel en tiempo de Elías? y sin embargo, cuando el cielo estaba cerrado, como lo estuvo tres años y medio, sin que cayese sobre la tierra ni lluvia ni rocío, y el hambre mas horrible desolaba el pais, ¿á quién envió Dios á su profeta? ¿no fué á una viuda estranjera del pais de Sidon? ¿Cuántos leprosos habia en Israél en tiempo de Eliseo? y no obstante aquel hombre de Dios no curó de una enfermedad tan incurable á otro que á Naamán, gentil, favorito del rey de Siria.

Todo este discurso del Salvador que debia escucharse como una advertencia saludable, fué muy mal recibido en una sinagoga en donde habia muchos preocupados de la pasion; comprendia bien que Jesucristo queria dejarles, y hacer partícipes á otros de sus beneficios, de los cuales juzgaba indignos á ellos; y que por el ejemplo de Naamán les daba á entender que tenia designio de ir á predicar á los gentiles, en gran desprecio de la sinagoga. Esto les irritó tan fuertemente contra él, que habiéndose levantado bruscamente, le tomaron con violencia, le condujeron fuera de la ciudad, que estaba edificada sobre la pendiente de una montaña, y le llevaron hasta la altura de la roca, resueltos á deshacerse de él, arrojándole en aquel precipicio; tan furibunda es la cólera y el odio de los allegados. Este género de ejecuciones populares estaban toleradas, y bajo pretesto de zelo por la ley se quitaba la vida á un hombre sin forma de justicia. Pero Jesucristo que tuvo á bien dejarse conducir hasta lo alto de la montaña, no les permitió que ejecutasen su malvado designio; se desprendió sin dificultad de sus manos, y ya que los dejase como ciegos con respecto á él, ya que les quitase repentinamente y por milagro las fuerzas y el movimiento, pasó tranquilamente por medio de ellos, y se retiró sin obstáculo. Estos discípulos del demonio, dice san Ambrosio, son mas perversos que su maestro; porque aquél se habia contentado con persuadir al Salvador, que se precipitase, y estos tratan de precipitarle ellos mismos. Aquellos hombres que un momento ántes aplaudian los discursos del Salvador, quieren darle la muerte inmediatamente que les descubre la corrupcion de su corazon. Jesucristo ha recorrido muchos parajes en la Judea; ha predicado en muchas ciudades, jamás ha perdonado al vicio, en todas partes ha reprendido la corrupcion de costumbres, y en ninguna parte se han atrevido á emprender, durante el curso de su predicacion, el quitarle la vida, mas que en Nazareth, que era como su patria. Jesucristo no es de ninguno mas maltratado que de aquellos á quienes mas ha favorecido, cuando llegan á pervertirse. Un mal sacer-

dote, un religioso pervertido, una persona que ha sido devota y que da en el libertinaje, caen siempre en los últimos escesos, ya se entreguen á la licencia de las costumbres, ya abracen el error. Los habitantes de Nazareth quieren ver al Salvador obrar entre ellos los mismos milagros que habia obrado en Cafarnaum; ¿pero no tenian por ciertos los milagros hechos en Cafarnaum? ¿qué necesidad tenian de verlos para creer en Jesucristo? Comencemos por aprovecharnos de las gracias que se nos han concedido, si queremos obtener otras mas eficaces. Nosotros no satisfaremos en el juicio de Dios, diciendo que otros han tenido socorros mas poderosos que nosotros para obrar bien. La poca estimacion y aun el desprecio que han hecho de Jesucristo sus concindadanos debe consolar á los siervos de Dios, al verse alguna vez despreciados por aquellos con quienes viven. Los estraños admiran muchas veces la virtud y el mérito de una persona, que por lo comun es poco estimada y aun despreciada por los suyos.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Cordibus nostris, quæsumus, Domine, gratiam tuam benignus infunde: ut sicut ab escis carnalibus abstinemus, ita sensus quoque nostros à noxiis retrahamus excessibus. Per Dominum...

Os suplicamos, Señor, que derrameis benigno vuestra gracia en nuestros corazones, á fin de que así como nos abstenemos de los manjares carnales, apartemos tambien nuestros sentidos de los escesos que pueden dañar á nuestra alma. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es tomada del libro cuarto de los Reyes, cap. 5.

In diebus illis: Naaman princeps militiæ regis Syriæ erat vir magnus apud dominum suum, et honoratus: per illum enim dedit Dominus salutem Syriæ: erat autem vir fortis et dives, sed leprosus. Porrò de Syria egressi fuerant latrunculi, et captivam duxerant de terra Israel puellam parvulam, quæ erat in obsequio uxoris Naaman, quæ ait ad dominam suam: Utinam fuisset dominus meus ad prophetam, qui est in Samaria, profecto curasset eum à lepra, quam habet. Ingressus est itaque Naaman ad dominum suum et nuntiavit ei, dicens: Sic et sic locuta est puella de terra Israel. Dixitque ei rex Syriæ: Vade, et mittam literas ad regem Israel. Qui cum profectus esset, et tulisset secum decem talenta argenti, et sex millia aureos, et decem mutatoria vestimentorum, detulit litteras ad regem Israel, in hæc verba: Cum acceperis epistolam hanc, scito quod miserim ad te Naaman servum meum, ut cures eum a lepra sua. Cumque legisset rex Israel litteras, scidit vestimenta sua, et ait: Numquid Deus ego sum, ut occidere possim et vivificare, quia iste misit ad me, ut curem hominem a lepra sua? animadvertite, et videte quod occasiones quærat adversum me. Quod cum audisset Eliseus vir Dei, scidisse videlicet regem Israel vestimenta sua, misit ad eum, dicens: Quare scidisti vestimenta tua? veniat ad me, et sciat esse prophetam in Israel. Venit ergo Naaman cum equis et curribus, et stetit ad ostium domus Elisei: misitque ad eum Eliseus nuntium dicens: Vade, et lavare septies in Jordane, et recipiet sanitatem caro tua, atque mundaberis. Iratus Naaman recedebat dicens: Putabam quod egrederetur ad me, et stans invocaret nomen Domini Dei sui, et tangeret manu sua locum lepræ, et curaret me. Numquid non meliores sunt Abana et Pharphar fluvii Damasci omnibus aquis Israel, ut laver in eis, et munder? Cum ergo vertisset se, et abiret indignans, accesserunt ad eum servi sui, et locuti sunt ei: Pater, etsi rem grandem dixisset tibi propheta, certe facere debueras: quanto magis quia nunc dixit tibi: Lavare, et mundaberis? Discendit, et lavit in Jordane septies juxta sermonem viri Dei, et restituta est caro ejus, sicut caro pueri parvuli, et mundatus est. Reversusque ad virum Dei cum universo comitatu suo, venit, et stetit coram eo, et ait: Vere scio, quod non sit alius Deus in universa terra, nisi tantum in Israel.

En aquellos dias Naamán, general del ejército del rey de Siria, era un hombre favorito y honrado de su señor; porque por él habia el Señor salvado la Siria: era valiente y rico, pero leproso. Sucedió, pues, que habiendo salido de Siria algunos ladrones, habian traido cautiva una doncellita niña de Israel, la cual estaba al servicio de la mujer de Naamán. Esta jóven dijo á su señora: Ojalá que mi señor fuése á ver á un profeta que hay en Samaria, sin duda quedaria curado de la lepra que padece. Fué pues Naamán á ver sobre esto á su señor, y le dijo: Una jóven de Israel me ha dicho esto y esto. Respondióle el rey de Siria: Vé, y yo te daré cartas para el rey de Israel. Partió, pues, Naamán de Siria, tomó consigo diez talentos de plata, seis mil piezas de oro, y diez vestidos nuevos, y llevó al rey de Israel las cartas del de Siria concebidas en estos términos: Cuando hubiereis recibido esta carta, sabreis que os envio á Naamán, mi siervo, para que le cureis de la lepra. Habiendo recibido el rey de Israel esta carta, rasgó sus vestiduras y dijo: ¿Soy yo por ventura Dios para poder quitar y dar la vida? ¿á qué, pues, enviarme este hombre para que le cure de la lepra? Observad y ved que este príncipe no busca mas que ocasion para romper conmigo. Habiendo sabido Eliseo, hombre de Dios, que el rey de Israel habia desgarrado así sus vestidos, le envió á decir: ¿Por qué has desgarrado tus vestidos? Venga ese hombre á mí, y sepa que hay un profeta en Israel. Vino, pues, Naamán con sus caballos y sus carros, y se paró á la puerta de la casa de Eliseo. Enviéle Eliseo una persona que le dijese: Vé, y lávate siete veces en el Jordan, y tu carne quedará curada y limpia. Naamán incomodado se marchaba diciendo: Creia yo que saldria á recibirme, y que puesto en pié invocaria el nombre del Señor, su Dios, que tocaria con su mano mi lepra, y así me curaria. ¿No tenemos en Damasco los rios de Abana y de Farfar, que son mejores que todos los de Israel, para lavarme en ellos, y que quede limpio mi cuerpo? Cuando se volvia ya lleno de indignacion, se le acercaron sus criados, y le dijeron: Padre, si el profeta te hubiese ordenado una cosa difícil, deberias ciertamente hacerla; ¿cuánto mas habiéndote solo mandado que te laves, y quedarás limpio? Fué y se lavó siete veces en el Jordán conforme se lo habia dicho el varon de Dios, y su carne quedó como la carne de un ni-

ño, quedando enteramente limpio. Despues de esto volvió con toda su comitiva para ver al hombre de Dios, y presentándose á él le dijo: Estoy cierto que no hay otro Dios en toda la tierra mas que el que hay en Israel.

El cuarto libro de los Reyes contiene la historia de trescientos y ocho años despues de la muerte de Josafat acaecida el año del mundo de 3115, hasta la ruina del reino de Judá en 3416. Los profetas Elías y Eliseo sostuvieron con fortaleza y con todo el zelo posible la religion alterada y vacilante en los reinos de Israél y de Judá por la impiedad de muchos reyes, y por la licencia de los pueblos. »

REFLEXIONES.

Aun cuando el profeta te hubiese ordenado una cosa difícil, deberias ciertamente hacerla, ¿cuánto mas habiéndote mandado solo que te laves, y quedarás limpio? » ¿A cuántos se les podrá hacer esta reconvencion á la hora de la muerte? ¿A cuántos se les puede hacer durante la vida? Aun cuando Dios hubiera exigido de todos los fieles que se hubiesen sepultado en el desierto; aun cuando hubiese pedido á todos la mortificacion mas austera, la mas severa penitencia para salvarse; aun cuando la salvacion hubiera debido ser el fruto de un ayuno continuo; aunque hubiera sido aun necesario para evitar el infierno dar su vida en el suplicio mas horrible, y aunque no hubiesen podido entrar en el cielo mas que los mártires, ni hubiesen podido evitar la eternidad desgraciada sino los penitentes austeros, ¿habria habido dificultad en deliberar entre unos fuegos eternos, ó un puñado de dias consagrado á los rigores de la penitencia? ¿entre privarse durante una vida tan corta de todos los placeres, ó quedar privados por toda una eternidad de las delicias celestiales? ¿Qué hombre, por poco racional que fuese, hubiera debido dudar un momento en la eleccion? ¿Con cuánta mayor razon debemos odedecer á Dios, cuando no exige de nosotros para salvarnos mas que el amarle con todo nuestro corazon, servirle y agradarle? En verdad, ¿qué es lo que el Señor reclama de nosotros que no sea muy dulce y sobradamente fácil? ¿Cuesta algun trabajo el amar á un Dios infinitamente amable, y que nos ama infinitamente? Pide que guardemos sus mandamientos; ¿hay uno solo que no sea en ventaja nuestra? Jesucristo mismo nos asegura que no hubo jamás un yugo mas dulce que el suyo, ni una carga mas lijera que llevar. Comparemos lo que Dios pide de sus fieles siervos, con lo que el mundo, este señor imaginario, exige de sus esclavos. Comparemos lo que estamos obligados á hacer por una familia, para llenar las obligaciones de un empleo, para hacer una fortuna caduca; en el ejército, en el comercio, en el servicio de un señor, molesto, difícil, caprichoso; para complacer á un amigo; para obligar á un ingrato; para adquirir reputacion y nombre en el mundo. ¡Qué trabajos que sufrir! ¡Qué sinsabores que aguantar! ¡Qué disgustos que devorar! ¡Qué sudores, qué vigilias! Se aniquila uno con gastos estraordinarios, se consume la salud, se abrevia la vida, y todo esto sin fruto. ¿A qué precio tan alto no se compraria la salud, segun la opinion misma de los mundanos, si para conseguirla fuese necesario hacerse tantas violencias y sufrir tantas incomodidades? Despues de esto se mira una Cuaresma como demasiado larga, algunos dias de abstinencia y de ayuno como muy duros, la menor mortificacion por Dios como impracticable. Estamos cubiertos de lepra, cargados de pecados, la iniquidad nos hace deformes; se nos dice: «Lavaos y quedareis limpios,» Jesucristo nos prepara un baño saludable de su sangre, se nos exhorta que recurramos al sacramento de la penitencia, por cuya virtud podemos recobrar la inocencia, y ¡rehusamos servirnos de estos medios! ¿Pero qué reconvencion mas cruel y mas justa que la que se puede hacer á muchas personas religiosas, que obligadas por su estado á aspirar á la perfeccion despues de haber hecho lo mas, se deprimen indignamente en el polvo de una vida tibia, lánguida, imperfecta, peligrosa para la salud eterna, y esto por descuidar las observancias mas lijeras? Nada mas se pide á aquella persona que todo lo ha dejado solemnemente por Dios, sino un poco mas de recogimiento interior, un poco mas de puntualidad, la observancia de las reglas mas pequeñas, para gustar de la dulzura de su estado, para gozar de la paz mas dulce, para asegurarse la muerte mas preciosa, para sacar todo el fruto de su grande sacrificio, y la mayor parte quieren mas gemir toda su vida en la humillante amargura de su relajacion, que procurarse todas estas ventajas, observando lo que ellos mismos llaman minuciosidades. « Aun cuando el profeta te hubiese ordenado una cosa difícil, deberias ciertamente hacerla; ¿cuánto mas habiéndote mandato solo que te laves, y quedarás limpio? »

El Evangelio de la misa es de san Lucas, cap. 4.

In illo tempore: Dixit Jesus pharisæis: Utique dicetis mihi hanc similitudinem: Medice, cura teipsum: quanta audivimus facta in Capharnaum, fac et hic in patria tua. Ait autem: Amen dico vobis, quia nemo propheta acceptus est in patria sua. In veritate dico vobis, multæ viduæ erant in diebus Eliæ in Israel, cuando clausum est cœlum annis tribus, et mensibus sex, cum facta esset fames magna in omni terra: et ad nullam illarum missus est Elias, nisi in Sarephta Sidonæ ad mulierem viduam. Et multi leprosi erant in Israel sub Eliseo propheta: et nemo eorum mundatus est nisi Naaman Syrus. Et repleti sunt omnes in synagoga ira, hæc audientes. Et surrexerunt, et ejecerunt illum extra civitatem, et duxerunt illum usque ad supercilium montis, super quem civitas illorum erat ædificata, ut præcipitarent

En aquel tiempo dijo Jesus á los fariseos: Tal vez me argüireis con este proverbio: Médico, cúrate á tí mismo; hemos oido cuántos prodigios has hecho en Cafarnaum, hazlos tambien aquí en tu patria. En verdad os digo, añadió, que ningun profeta es bien recibido en su patria. Os digo, pues, en verdad, que en los dias de Elías, cuando el cielo se cerró por tres años y seis meses, de modo que se esperimentó una grande hambre en todo el pais, habia muchas viudas en Israel, y á ninguna de ellas fué enviado Elías, sino á una viuda de Sarepta en el pais de Sidon. Muchos leprosos habia en Israel en tiempo de Eliseo profeta, y ninguno de ellos fué limpio, mas que Naamán que era sirio. Este discurso llenó de indignacion á todos los que estaban en la sinagoga, de suerte, que habiéndose le-

eum. Ipse autem transiens per medium illorum, ibat.

vantado, le arrojaron fuera de la ciudad, y le llevaron á la cima de un monte, sobre el cual estaba edificada su ciudad, con el designio de precipitarle de él; pero él, pasando por medio de ellos, se fué.

MEDITACION.

Sobre las contradicciones que deben esperar las personas buenas.

Punto primero.— Considera que por amargos que sean los sinsabores que se esperimentan desde que uno se dedica á una vida sólidamente devota, nada hay mas ventajoso á los buenos que esta multitud de contradicciones; nada hay mas saludable. Ellas sirven de contraposicion al veneno del amor propio. Ninguna cosa debilita ni amortigua mas las pasiones.

El remedio es amargo, es cierto, pero es eficaz. Es duro el verse uno hecho el blanco de la malignidad y de las zumbas de los hombres indevotos. Si la virtud fuese el mas malo de los partidos que pudiera uno tomar, ¿encontraria mas contradicciones, ni mas obstáculos? Para un número pequeño de gentes racionales que alaban nuestra resolucion, y aplauden secretamente nuestra eleccion, ¿cuántos censores injustos, cuántos críticos malignos hay que interpretan siniestramente nuestras mejores acciones, y que pretenden que el principal motivo de nuestra reforma sea siempre la lijereza, el despecho, un revés de fortuna, la vanidad, ó la desesperacion? Lo que es mas estraño, es que falta poco para que no se atribuyan á la devocion todos los males de la vida. Así los amigos y la mujer de Job atribuian á la piedad de aquel santo hombre una parte de las desgracias que le habian sucedido. A esta vida uniforme, á esta probidad exacta, á la aplicacion continua en la oracion, se atribuyen todas las enfermedades, mientras que los mundanos destruyen y arruinan su salud por una continuacion gravosa de trabajos, de fatigas, y por todo género de escesos, sin que nadie lo ponderе. No hay que sorprendernos: el mundo no ama mas que lo que le pertenece; aborrece á todos los que no son del mundo. Las contradicciones hacen el elogio de las personas virtuosas. El siervo no es mas que su señor. Si Jesucristo ha sido el blanco de la contradiccion, ¿qué siervo de Dios estará exento de ella? ¡Mi Dios! ¡cuán poco comprendo este misterio, y cuánto ménos gusto de él!

Punto segundo.—Considera que no solo la licencia de los libertinos es lo que tiene que sufrir la piedad de las personas buenas; Dios permite para purificar la virtud de sus siervos, que sea ejercitada por aquellos mismos que deberian ser sus admiradores, sus protectores y sus modelos. Los privilegios apenas llegan á los mas fervorosos; las exenciones, las predilecciones recaen de ordinario en favor de los imperfectos. Cosa estraña: cualquiera cree tener derecho para ejercitar la virtud de un hombre de bien; hasta el mas vil de esos censores libertinos se atreve á tomarse la libertad de poner la virtud á prueba.

Se pesan todas las palabras, se critican todas las acciones, se interpretan las intenciones, se juzga hasta de los pensamientos, y mientras que todo se les pasa á los imperfectos, todo se pondera y nada se le perdona á una persona devota. Esta dureza se resiste; pero consideremos que nada contribuye tanto á la perfeccion de una alma piadosa, como la solicitud viva y maligna que tantos se toman de no dejarla pasar nada. No deben mirarse las persecuciones domésticas, las contradicciones, como obstáculos penosos que hacen mas difícil el camino de la virtud; son espinas, es verdad, pero que sirven de vallados, y que apartan todo lo que le es contrario y que puede dañarla.

José no hubiera llegado á ser la segunda persona de Egipto, si sus propios hermanos no le hubiesen perseguido. Las virtudes brillantes y aplaudidas son de ordinario muy superficiales y poco sólidas: los climas en donde reina una primavera eterna, no son fecundos mas que en flores y en hojas; los inviernos mas largos son ordinariamente seguidos de frutos abundantes.

Si queremos comprender el precio y el mérito de estas pequeñas cruces, no perdamos de vista nuestros modelos. ¿Qué santo hubo sin persecuciones? ¿Qué alma fervorosa sin contradicciones? Los héroes cristianos, de que el mundo no era digno, han sido todos maltratados: regocijaos, dice el Salvador, cuando os cupiere una suerte semejante; las pruebas y las cruces aseguran la recompensa.

¡Dios mio! ¡qué poco he comprendido este misterio consolador! ¡qué digno de lástima es aquel que merece el precio de agradar á los mundanos! Nó, Señor, yo no miraré ya las contrariedades, ni estas pequeñas cruces, como desgracias. Haced por vuestra gracia, que en adelante haga de ellas un santo uso.

Jaculatorias.—Sí, Señor, léjos de quejarme nunca de las contradicciones que se hallan en vuestro servicio, harán de aquí adelante todo mi placer. (2 Cor. 12.)

Con tal que esté yo junto á vos, Salvador mio, me importa poco que cualquiera se arme contra mí. (Job. 17.)

PROPÓSITOS.

Hijo mio, dice el Espíritu Santo (Eccli. 2.), cuando entrares en el servicio de Dios mantente firme en la justicia y en el temor, y prepárate para muchas pruebas y no pequeñas contradicciones. Despues de haberos consagrado á la devocion, no os quejeis si se os trata con desprecio ó con dureza. Toda virtud lisonjeada bastardea. Las escarchas en los caminos de Dios son mas útiles de lo que se piensa. El frio y los vientos purifican el aire, y matan los insectos, que en una estacion mas blanda lo arruinan todo. No deis motivo á los imperfectos, con vuestros caprichos, vuestra inmortificacion y vuestra grosería, para que puedan desacreditar la devocion y ponerla á prueba; pero cuando se os tachare de incómodos, porque guardais regularidad; cuando se os murmure, porque cumplís con vuestra obligacion, porque sois muy reservados, muy religiosos, porque arreglais vuestras costumbres por el Evangelio; bendecid al Señor, y guardaos de afligiros. Si fuese del gusto de los imperfectos, decia san Pablo, no mereceria el aprecio de mi divino Maestro. Animaos en vuestras sensibilidades, y en vuestra delicadeza, y en lo sucesivo mirad estas pequeñas amarguras como un favor insigne; ellas son un veneno escelente contra el veneno de las pasiones. Tomad desde hoy la resolucion de ser fieles en esta práctica. Tened sin cesar presentes á vuestro espíritu

aquellas palabras del apóstol san Pedro (1 Petr.): Dichosos vosotros, si padeceis alguna cosa por la justicia.

2 La persecucion es ventajosa para la virtud; pero los perseguidores son dignos de lástima. Guardaos bien de aumentar su número por los chistes poco cristianos, ó por vuestra dureza con las personas piadosas. Mostrad siempre vuestra predileccion y vuestra estima por la virtud. ¿Teneis domésticos, teneis hijos, súbditos, estais al frente? Sepan vuestros inferiores, que no estimais ni el valor, ni los talentos, ni las bellas cualidades, si la piedad no es como la base de ellas. Si teneis alguna gracia que conceder, alguna dispensa que hacer, alguna gratificacion que dar, sea siempre en favor de los mas virtuosos, la piedad debe ser siempre el primer título; si se cuidase de hacerla valer, sobre todo con respecto á los niños y á los domésticos, no harian tanto progreso la indevocion y la licencia. Hablad muchas veces con elogio, en presencia de vuestros inferiores, del mérito de la virtud; probad con vuestra conducta lo que la estimais. Aplaudid la exacta regularidad, y la piedad edificante de los que dan tan bellos ejemplos. Alabad en presencia de vuestros hijos la modestia, la piedad, la regularidad de los que son de su misma edad. Ninguna cosa daña tanto á la perfeccion religiosa como las consideraciones que los superiores tienen con los mas imperfectos, al paso que no tienen las mayores con los mas fervorosos.

MARTES TERCERO DE CUARESMA.

El introito de la misa de este dia comienza tambien por la oracion que David, perseguido por Saul, hace á Dios, la cual conviene tambien á Jesucristo, y puede muy bien aplicarse al justo perseguido. Como siempre me habeis oido, Dios mio, os llamo todavía en mi auxilio; escuchadme, y oid mi oracion; guardadme como la niña del ojo, cubridme con vuestras alas á la vista de los impíos que me persiguen sin cesar. Si Dios le ha oido, ¿por qué clama á él? Precisamente porque le ha oido, es por lo que se dirige de nuevo á Dios con mas fervor todavía y con nueva confianza. Como si dijera, dicen los Padres: Señor, yo os dirijo de nuevo mis votos y mis súplicas, con tanta mayor confianza, cuanto que hasta aquí en todas las ocasiones que os pedí, he esperimentado los efectos de vuestra misericordia; vuestras bondades precedentes son para mí como una prenda y una seguridad de las venideras. A medida que Dios nos oye, dice san Agustin, aumenta en nosotros el amor de la oracion; nunca se pide con mas confianza que despues de haber sido ya oidos. Ponedme á cubierto de la malicia y de los tiros penetrantes de mis enemigos, como la gallina cubre con sus alas sus pollue-los cuando se presenta alguna ave de rapiña, y defendedme de su persecucion, como habeis defendido contra mil accidentes que podrian dañarla la pupila del ojo, la cual habeis cubierto con tantas defensas, circundándola con los párpados y las cejas que son como otros tantos antemurales. Dejaos, Señor, ablandar de mi inocencia, y escuchad mi oracion. David no niega que sea pecador; solamente representa á Dios, que sabe todas las cosas, cuán inocente está de los crímenes de que se le acusa, y por los cuales se le hace proceso. Yo vengo á vos, ó Dios mio, en la inocencia, y en la rectitud de mi corazon, á representaros la justicia de mi proceder, y la calumnia con que se me difama. Yo no he hecho agravio á nadie. Léjos de ser rebelde á mi príncipe, vos sabeis, Señor, lo que yo he hecho, y lo que estoy pronto á hacer contra los enemigos del estado. Sin embargo, se me trata como un malvado, como un pérfido; hacedme justicia, soberano Juez, y no me abandoneis.

La Epístola de la misa de este dia está tomada de la historia del profeta Eliseo. Se lee en ella el milagro de la multiplicacion prodigiosa que hizo de un poco de aceite en favor de una viuda abrumada de deudas, con el que tuvo bastante para pagar á todos sus acreedores, y para mantenerse en lo sucesivo con sus hijos. Estando Eliseo en Samaria, una viuda que habia sido mujer de uno de los profetas, vino un dia á esponerle la desgracia á que estaba reducida despues de la muerte de su marido, el cual le habia dejado pocos bienes y muchas deudas. Esta pobre mujer afligida le representó, que no teniendo con que satisfacer á los acreedores de su marido, debian venir y apoderarse de sus dos hijos llevándoselos como esclavos. Tenia derecho el acreedor entre los hebreos, como en la mayor parte de los otros pueblos, de tomar los hijos de un padre que no tenia con qué pagar, y hacerlos esclavos, como se vé por el capítulo 50 de Isaías y el 18 de san Mateo. Eliseo, movido de compasion, le preguntó qué era lo que tenia en su casa; ella le respondió que todos sus bienes se reducian á un poco de aceite. Vé, la dijo el profeta, busca inmediatamente prestadas entre tus vecinos cuantas vasijas vacías pudieres encontrar; y cerrándote en tu casa con tus hijos, vierte en ellas el aceite que tienes, hasta que todas las vasijas queden llenas, y con esto tendrás para pagar tus deudas. Llena aquella mujer de confianza, hizo puntualmente todo lo que la habia prescrito el profeta. Tomó prestadas cuantas vasijas le fué posible, y habiéndose encerrado silenciosamente en su casa con sus dos hijos, hizo que le trajesen todas las vasijas. Sus hijos se las presentaban, y ella derramaba en ellas del aceite, el cual no cesó de multiplicarse hasta que todas las vasijas quedaron llenas. Fué inmediatamente á ver á Eliseo para darle cuenta de lo que habia hecho y contarle la maravilla. Vé, la dijo el profeta, vende ese aceite, paga con él á todos tus acreedores, y con lo demás mantente tú y tus hijos. No tengo otros bienes mas que un poco de aceite para ungirme, esto es, para alimentarme. La espresion es un poco fuerte y figurada; pero este género de alegorías es comun entre los orientales: la uncion en aquellos pueblos se llama una especie de alimento, y se ve que Moisés y Miqueas amenazan á los judíos, como una gran desgracia, que no tendrán aceite para ungirse. Como la Iglesia ha escogido la multiplicacion milagrosa que hizo Jesucristo de los cinco panes, con que alimentó cinco mil personas, para el Evangelio del domingo siguiente, ha creido á propósito referir en esta semana el milagro que hizo Eliseo de la multiplicacion del aceite.

El Evangelio de la misa del dia contiene una instruccion muy importante en órden á la correccion fraterna, y al modo de hacerla provechosamente. Habiendo vuelto Jesucristo á Cafarnaum poco tiempo despues de su trasfiguracion, empleó cuasi todo el que permaneció allí en dar diferentes instrucciones á sus apóstoles para arreglar su conducta y darles á entender lo que debian á su prójimo. Sobre todo les enseñó el modo con que podian reprender á los que caian en faltas y cuyas ofensas debian siempre

perdonar, teniendo para con ellos un fondo inagotable de caridad. Les habia traido la parábola del buen Pastor, y la del padre del hijo pródigo, cuando les dijo, que si el ejemplo de un padre tan bueno y de un pastor tan amante les inspiraba el celo por la salvacion de las almas, queria que este celo fuese sabio, benéfico y lleno de dulzura. Vosotros debeis portaros con los pecadores, les decia, como médicos caritativos: debeis curar las llagas que se han hecho, nó renovarlas. Mirad, pues, las faltas de otro, nó con enfado, sino con compasion, sin que esceptueis ni aun las que cometieren contra vosotros; al contrario, mas por estas que por las demás, quiero yo que os acostumbreis á arrojar de vuestro corazon toda aspereza, todo resentimiento, toda amargura. Si vuestro hermano os ofende, si os escandaliza, id y hacedle ver á solas su falta; como no debeis tener en esto otro fin que el de ganarle, habladle con bondad y con dulzura, tomad tiempo; procurad que se persuada de que no tratais ni de desazonarle, ni de vengaros, ni de confundirle, sino de curarle, y que os mueve mas el mal que se hace á sí mismo, que el que os ha hecho á vosotros. No se inspiran sentimientos de caridad si no estamos nosotros mismos llenos de ella. Una correccion dulce, caritativa, hecha á su debido tiempo es siempre saludable, al paso que la que se hace con aspereza, con enojo, fuera de tiempo, choca al entendimiento é irrita el corazon. Se reconoce el yerro, se condena la falta; pero el modo altanero y duro con que es reprendida, hace que se trate de defenderse y aun de justificarse. Pocos hay que no recibiesen bien la correccion, si se hiciese siempre con dulzura y con caridad. Jesucristo nos ha dado grandes ejemplos acerca de esto. Quiere sobre todo que la correccion se haga en secreto; toda correccion hecha en público altera; la publicidad abre tantas llagas en el corazon del que ha faltado, cuantos son los testigos que hay; parece que se trata mas entonces de confundirle que de darle un remedio; no se cura la llaga descubriéndola. Si recibe bien vuestra amonestacion, añade el Salvador, no habreis ganado poco, puesto que habreis contribuido á salvar el alma de vuestro hermano. No solo os habreis reconciliado con él, le habreis tambien ganado para Dios, le habreis impedido que se pierda él mismo. Mas si no os escucha, tomad una ó dos personas que os acompañen, sabias, discretas, que sean amigas y tengan ascendiente sobre él. La caridad es paciente, y la inutilidad de vuestros primeros esfuerzos para traer á la razon á vuestro hermano, no os da derecho, ni para prorumpir en invectivas contra él, ni para abandonarle. Es un enfermo que no habeis podido curar solo, valeos de auxilio para acabar su curacion; pero tratando de cerrar la llaga de su corazon, cuidad de no hacerle otra nueva haciendo pública su tenacidad. El cuidado que pusiereis en sobrellevarle en este punto, podrá conmoverle; en vez de que haciéndolo con estrépito, le hareis tal vez incurable. Es preciso que él vea que este nuevo paso es solo efecto de un nuevo celo y de una caridad mas señalada; puesto que no admitís estos testigos, dice san Crisóstomo, sino á fin de que uniendo sus ruegos á los vuestros, tengan mas efecto sobre su corazon y su espíritu. Lo que el Hijo de Dios ha dicho hasta aquí de la correccion fraterna, puede entenderse con respecto á las injurias particulares que se nos hacen, y tambien al escándalo que se nos da. Lo que sigue parece que no debe entenderse mas que de los pecados graves, de los sentimientos erróneos y de lo que escandaliza á los fieles; la caridad que debemos tener con nuestros hermanos, debe inspirarnos este celo por su salud.

Si todo lo que habeis hecho privadamente para reducir á vuestro hermano, continúa el Salvador, es inútil, dad cuenta á la Iglesia, delatadlo á los prelados: si no se corrige, si persevera en su estravío, si no oye á esta buena madre, miradle como un publicano y un pagano. ¡Cuántos pasos está obligado á dar un cristiano ántes de creerse autorizado para romper enteramente con su hermano ó para abandonarle, dice un sabio intérprete! Debe primero buscarle en particular; en seguida es preciso que le busque en presencia de algunas personas sabias, que le ayuden á ganarle, y sean testigos de que nada ha omitido para conseguirlo. En fin, debe interesar á la Iglesia en la reconciliacion y en la conversion que desea. ¿Y qué uso se hace hoy de estas sabias y santas máximas entre los cristianos? En verdad os digo, continúa el Salvador, todo lo que hubiereis atado sobre la tierra será atado en el cielo; y todo lo que hubiereis desatado sobre la tierra, será desatado en el cielo; es Jesucristo el que lo dice: ¿habrá quien se atreva á mofarse de este oráculo? ¡Qué estado tan terrible el de un cristiano que por su indocilidad diere lugar á ser atado por los pastores de la Iglesia! sobre todo si fuese tan ciego que no conociese su mal, ó se lisonjease de que el cielo, contra la palabra espresa de Jesucristo, no ratificaria el juicio de los legítimos pastores. ¡Qué locura y qué desgracia el mofarse de las censuras tan formidables de los obispos y aun del vicario de Jesucristo! ¿Nuestras pasiones, nuestras preocupaciones frívolas, nuestras opiniones, nuestras locas ideas prevaldrán sobre los oráculos divinos en el tribunal formidable del Juez soberano? ¡Ah! ¡qué de otro modo se pensará sobre este punto á la hora de la muerte, que como se ha pensado durante la vida! ¡qué triste y qué espantoso será cuando desaparezcan los prestigios, el conocer que se ha vivido y que se muere en el error!

Yo amo tanto el espíritu de paz y de caridad, añade el Hijo de Dios, que en cualquiera parte que veo dos ó tres, así unidos y juntos en mi nombre, no dejo nunca de hallarme en medio de ellos para instruirles, para consolarles y para oir sus súplicas. San Pedro habia oido todo este discurso del Salvador con su aplicacion y fervor ordinarios; y como queria guardar exactamente los preceptos de su Maestro, en especial el del perdon de las injurias, que era el que le parecia mas difícil, interrumpió al Salvador para preguntarle cuántas veces estaba obligado á perdonar á su hermano que le hubiese ofendido: ¿no será bastante, le dijo, que le perdone siete veces, esto es, muchas veces? porque esto significa ordinariamente el número de siete veces en la Escritura. San Lúcas nos indica que fué lo que dió motivo á esta pregunta de san Pedro; habia dicho Jesus: «Si tu hermano te ofende siete veces al dia, perdónale otras tantas.» Pero la espresion de siete veces no marca un número determinado. San Pedro pregunta si se hace por fin indigno del perdon un hombre á quien se ha perdonado muchas veces. Jesucristo le respondió: «No solo te digo que debes perdonarle hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete.» Como si dijera: Perdona tantas veces y tanto tiempo como te ofendiere; aun cuando te se ofendiese un millon de veces y mas, perdona siempre. Aquí se ve que la caridad infinita de Dios con nosotros es

la regla de la que debemos tener unos con otros. La caridad de Dios con nosotros es sin límites, quiere que la nuestra sea sin medida. Dios nos enseña con su ejemplo á sufrirlo todo de nuestros hermanos, y á perdonárselo todo. Acordémonos que nosotros le pedimos todos los dias que nos trate del mismo modo que nosotros tratamos á nuestros hermanos, diciéndole: Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores. (Matth. 6.)

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Exaudi nos, omnipotens et misericors Deus: et continentiæ salutaris propitius nobis dona concede. Per Dominum...

Oidnos, ó Dios omnipotente y misericordioso, y concedednos benigno los dones de una continencia saludable. Por nuestro Señor, etc.

La Epistola es tomada del cuarto libro de los Reyes, cap. 4.

In diebus illis: Mulier quædam clamabat ad Eliseum prophetam dicens: Servus tuus vir meus mortuus est, et tu nosti quia servus tuus fuit timens Dominum: et ecce creditor venit ut tollat duos filios meos ad serviendum sibi. Cui dixit Eliseus: Quid vis ut faciam tibi? Dic mihi, quid habes in domo tua? At illa respondit: Non habeo ancilla tua quidquam in domo mea, nisi parum olei, quo ungar. Cui ait: Vada, pete mutua ab omnibus vicinis tuis vasa vacua non pauca. Et ingredere, et claude ostium tuum, cum intrinsecus fueris tu, et filii tui: et mitte indè in omnia vasa hæc: et cum plena fuerint, tolles. Ivit itaque mulier, et clausit ostium super se, et super filios suos: illi offerebant vasa, et illa infundebat. Cumque plena fuissent vasa, dixit ad filium suum. Affer mihi adhuc vas. Et ille respondit: Non habeo. Stetitque oleum. Venit autem illa, et indicavit homini Dei. Et ille: Vade, inquit, vende oleum, et redde creditori tuo: tu autem et filii tui vivite de reliquo.

En aquellos dias cierta mujer se dirigia al profeta Eliseo, diciéndole: Mi marido, tu siervo, ha muerto, y tú sabes que tu siervo fué temeroso de Dios: ahora, pues, su acreedor viene para llevarse por esclavos á mis dos hijos. Eliseo la dijo: ¿Y qué quieres que yo haga por ti? dime, ¿qué es lo que tienes en tu casa? Ella respondió: Nada mas tiene tu sierva en su casa, sino un poco de aceite para ungirse. Dijola, pues, Eliseo: Vé, pide prestadas entre todos tus vecinos gran número de vasijas vacías. Éntrate en tu casa y cierra la puerta, y despues que estuvieres dentro tú y tus hijos vierte de ese aceite en todas las vasijas, y cuando estuvieren llenas, las levantarás. Fué, pues, la mujer, y cerró la puerta de su casa, despues de haber entrado ella y sus hijos; estos la presentaban vasijas, y ella echaba aceite en ellas. Cuando estuvieron llenas, dijo á su hijo: Tráeme mas vasijas. Y él la respondió: No tengo mas. Y paró el aceite. Vino, pues, ella, y dió cuenta de todo al hombre de Dios, el cual la dijo: Anda, vende el aceite, y paga á tu acreedor; y con lo que te quedare, mantente tú y tus hijos.

Se cree que el autor del tercero y del cuarto libro de los Reyes sea Esdras, gran sacerdote en el tiempo de la cautividad; era hijo de Saraías, soberano pontífice, á quien Nabucodonosor quitó la vida. Habiendo merecido el aprecio de Artajerjes Longimano, fué enviado á Judea con ricos presentes y reedificó el templo, restableció el culto del verdadero Dios y las ceremonias de la religion; reunió todos los libros canónicos, y escribió los dos últimos libros de los Reyes por inspiracion del Espíritu Santo, cerca de cuatrocientos sesenta y siete años ántes de Jesucristo.

REFLEXIONES.

«Siempre es útil el conocimiento y la benevolencia de los siervos de Dios; apenas se frecuenta su trato sin fruto.» La sabiduría que se halla siempre en sus palabras, la dulzura y la modestia que brilla en toda su conducta, su rectitud, sus buenos ejemplos y su crédito con el Señor, son siempre de un gran socorro. En su trato se aprenden los deberes de la religion y aun el decoro de la vida civil. Todo es leccion, todo es instruccion, todo es ejemplo en las personas verdaderamente santas; hasta en sus defectos naturales, en sus imperfecciones involuntarias nos enseñan á sacar provecho de ellas. Dios permite alguna vez en sus mayores siervos ciertas imperfecciones que sirven para mantenerlos continuamente en la humillacion, que haciéndoles ejercitar grandes virtudes, son para ellos ocasion de muchos méritos; y por poco que se les mire de cerca, por poco que se les observe, se descubre al través de estas débiles sombras grandes actos de virtud que brillan con todo su esplendor. La conversacion de las verdaderas gentes de bien no solo es edificante, es tambien agradable; la virtud tiene sus encantos, es dulce, honesta y aun culta; y no son propios de ella los defectos que se la echan en cara. Ignora toda doblez, aborrece todo disimulo, y nada es capaz de hacerla desmentir de su exacta probidad. Es una calumnia el acusarla de que es tenazmente apegada á sus propios sentimientos, esclava de su propia voluntad, únicamente atenta á sus intereses, á sus pequeñas comodidades, que está dominada de la ambicion, del orgullo, que ama la distincion y aspira á los primeros puestos. Estos defectos tan groseros pueden si hallarse en personas que se lisonjean de ser virtuosas; pero la virtud verdadera está exenta de ellos, la descortesía no entra jamás en el verdadero retrato de la devocion. El mismo espíritu que conduce á todos los siervos de Dios á desempeñar con tanta puntualidad los menores deberes de la religion, les enseña al mismo tiempo los deberes de la urbanidad. ¿Está uno lleno de espíritu de Dios? ¿hay alguno que posea una virtud eminente? aun cuando sea de un nacimiento oscuro, y si se quiere vil; aun cuando no hubiese tenido educacion, es humilde, dócil, atento, indulgente, dulce y político, al paso que muchos de una calidad distinguida, de una educacion esquisita, se hacen arrebatados, fastidiosos, duros, desatentos, desde el momento en que se entregan al desarreglo. El espíritu se embrutece con las malas costumbres, y la corrupcion del corazon corrompe los mas bellos modales. Y si el trato con los grandes siervos de Dios es tan ventajoso con respecto á los bienes de la vida civil, lo es mucho mas todavía con respecto á los ausilios sobrenaturales en las necesidades mas urgentes. En qué estremo tan apurado no se

hallaba aquella pobre viuda, viéndose á punto de perder sus dos hijos y verlos en una triste esclavitud; ella conocia á Eliseo, recurrió al siervo de Dios que era todo su recurso. El profeta se movió á compasion. Los santos son siempre sensibles á nuestros males y su caridad es siempre eficaz. Ellos tienen crédito con su Señor, á quien nada cuestan los milagros, y nunca rehusan emplear su crédito en favor de los que les piden. Amigos seguros, protectores poderosos, abogados desinteresados, guias fieles, tales son los siervos de Dios; ¿y no merece esto que se ambicione su proteccion y su benevolencia?

El Evangelio de este dia es del cap. 18 de san Mateo.

In illo tempore: Dixit Jesus discipulis suis: Si peccaverit in te frater tuus, vade, et corripe eum inter te et ipsum solum. Si te audierit, lucratus eris fratrem tuum. Si autem te non audierit, adhibe tecum adhuc unum vel duos, ut in ore duorum vel trium testium stet omne verbum. Quod si non audierit eos, dic Ecclesiæ. Si autem Ecclesiam non audierit, sit tibi sicut ethnicus et publicanus. Amen dico vobis, quæcumque alligaveritis super terram, erunt ligata et in cœlo; et quæcumque solveritis super terram, erunt soluta et in cœlo. Iterum dico vobis, quia si duo ex vobis consenserint super terram, de omni re quamcumque petierint, fiet illis a Patre meo, qui in cœlis est. Ubi enim sunt duo vel tres congregati in nomine meo, ibi sum in medio eorum. Tunc accedens Petrus ad eum, dixit: Domine, quoties peccabit in me frater meus, et dimittam ei? usque septies? Dixit illi Jesus: Non dico tibi usque septies; sed usque septuagies septies.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Si tu hermano te ofendiere, vé y corrígele á solas; si te oyere, habrás ganado á tu hermano. Mas si no te oyere, toma contigo una ó dos personas, á fin de que en el testimonio de dos ó tres testigos se apoye todo lo que le has dicho. Mas si tampoco te oyere, díselo á la Iglesia. Si ni aun á la Iglesia oyere, mírale como un pagano y un publicano. En verdad os digo, que cualesquiera cosas que atáreis sobre la tierra, serán atadas en el cielo; y las que desatáreis sobre la tierra, serán desatadas en el cielo. Tambien os digo, que si dos de vosotros se convinieren entre sí sobre la tierra, cualquiera que sea la cosa que pidieren, se les concederá por mi Padre, que está en el cielo; porque donde están dos ó tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos. Acercándose entonces Pedro al Señor, le dijo: ¿Señor, cuántas veces perdonaré á mi hermano que me hubiere ofendido; hasta siete? Díjole Jesus: No solo te digo hasta siete, sino hasta setenta veces siete.

MEDITACION.

Sobre la caridad cristiana.

Punto primero.—Considera de cuánta importancia es el primer mandamiento de la ley; amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazon y con toda tu alma: el segundo que manda amar á su prójimo como á sí mismo, es semejante al primero. Son dos mandamientos, pero casi no es mas, por decirlo así, que una sola cosa la que se manda, puesto que se puede decir que el amor con que los cristianos se aman entre sí no es mas que una misma virtud y un mismo amor, que el amor con que Dios mismo quiere ser amado. Es una misma cosa la que amamos, ya que amemos á Dios, ya que amemos á nuestros hermanos con toda caridad cristiana; porque no amamos mas que á Dios en nuestros hermanos, y porque no amamos á nuestros hermanos sino por Dios. ¡Qué bueno es el Señor por haber unido tan estrechamente estos dos mandamientos!

Este es mi precepto, dice el Salvador (Joan 25.): que os ameis mutuamente como yo os he amado. Este es el mandato de nuestro buen Maestro, dice san Juan (Joan. 3), y si le cumplimos, todo está hecho. La señal, dice el Hijo de Dios, por la que todos conocerán que sois mis discípulos, es si os amais mutuamente. (Joan. 23.) ¡Oh qué razon tan escelente para inclinarnos á amar á nuestros hermanos! ¿Es necesario que se nos proponga otro motivo? Es el precepto singular y favorito de Jesucristo; es la señal por la que se conocen sus discípulos; es lo que podemos hacer mas agradable á Jesucristo.

¡Qué error el pensar que se ama á Dios, si no se ama al prójimo! Aun cuando no hubiera mas que una sola persona en el mundo á quien no amásemos como á nosotros mismos, nos lisonjearíamos en vano de que amábamos á Dios. Devocion falsa, amor de Dios imaginario, desde que hay en él la menor envidia, la menor aspereza, la mas lijera aversion en el corazon: ¿cuál será, pues, la suerte de aquellos que retienen la hacienda ajena, ó que se complacen en denigrar la reputacion de sus hermanos? ¿Qué deben esperar aquellos corazones malignos, aquellos espíritus acres, que para cohonestar su venganza, ó al ménos su envidia, ó alguna otra pasion, pretenden no aborrecer mas que los defectos del otro, y quieren hacer un mérito de la malignidad de su falso zelo?

La caridad cristiana ignora estos caprichosos rodeos. Es propio de los insectos venenosos el apegarse á las llagas; la caridad no percibe mas que las virtudes de sus hermanos; escusa, interpreta en buena parte hasta sus defectos.

¡Ah, Señor! ¡qué poco me caracteriza á mí la señal que caracteriza á vuestros hijos! ¡y cuán sensiblemente prueba lo poco que os he amado, la poca caridad que he tenido hasta aquí con mi prójimo!

Punto segundo.—Considera que el amor de Dios está tan ligado con el amor del prójimo, que no puede subsistir sin esta caridad fraterna. «Si alguno dice que ama á Dios,» dice el discípulo amado, «y no ama á su hermano, miente.» Pero ¿cuál debe ser la medida, y por decirlo así, el modelo de esta caridad? es el amor que nos tenemos á nosotros mismos. ¡Ah, Señor, qué pocos hay en el mundo que tengan caridad!

Consideremos todas las cualidades de nuestro amor propio: qué atencion para buscar uno sus comodidades, para apartar todo lo que pueda entristecer, todo lo que pueda dañar; qué ingenioso para ocultar, para disimular sus defectos; qué pronto para defender sus intereses; qué ardor para procurarse todas las ventajas: el amor propio es el mayor de todos los lisonjeros; escusa hasta las imperfecciones mas groseras, aprueba todo lo que lisonjea. ¿Conocemos por estas señas el amor que tenemos á nues-

tros hermanos? ¿tenemos con respecto á ellos la misma voluntad, la misma sensibilidad, la misma dulzura, la misma indulgencia? esas negras envidias, esas frialdades desdeñosas, esas malignas interpretaciones, esos juicios implacables, esas censuras mordaces, esas durezas ¿prueban que amamos á nuestro prójimo como á nosotros mismos? Sin embargo, es este uno de los puntos esenciales de la religion; es esta como la base de toda la moral cristiana. «En esto os conocerán todos.» (Joan 13.) Esta es la señal por la que se conocen los discípulos; este es el mandamiento especial y distintivo del Salvador. No guardarle, es estar en desgracia suya (Joan. 3.); y no obstante ¿hay alguno ménos observado, mas universalmente, mas tranquilamente violado?

Admiramos la caridad cristiana de un san Juan de Dios; convenimos en que esta virtud ha brillado, ha sobresalido en todos los santos; que ella es la virtud favorita de todos los predestinados; que sin ella no hay ningun derecho al gozo del Señor; que ella sola entra en el decreto que hace los bienaventurados; pero ¿es ella hoy la virtud general de todos los fieles? ¡Oh Dios mio! ¡qué fondo de reflexiones, qué temores tan justos, qué crueles sentimientos!

En qué error he vivido hasta aquí, Señor, lisonjeándome de que os amaba, mientras amaba tan poco á mis hermanos. Mi conducta con el auxilio de vuestra gracia va á probar de aquí adelante cuánto detesto mi estravío.

JACULATORIAS.—Sí, Señor, permitidme que diga que vos me sois testigo de cuán tiernamente amo á todos mis hermanos en las entrañas de Jesucristo. (Ad Philip. 1.)

Si nos amamos mutuamente, Dios está en nosotros. (1. Joan. 4.)

PROPÓSITOS.

1 Qué temible es que la falta de caridad no haga inútiles y aun execrables á los ojos de Dios muchos ayunos, muchas oraciones, muchas mortificaciones y trabajos sufridos al parecer por Jesucristo, pero sin fruto por falta de caridad cristiana. ¡Cuántas personas, al parecer, muy devotas, despues de mil y mil ejercicios de piedad, despues de haber pasado su vida en la soledad, ó consumido sus bienes y sus vidas en servicio del prójimo, se hallarán con las manos vacías en la hora de la muerte por haber descuidado el perfeccionarse en la caridad cristiana! ¿De qué servirá el haber destrozado su cuerpo á fuerza de penitencias, el haber ejercido sobre sí mismo tantas crueldades, como los tiranos han ejercitado en los mártires, si no se pueden sufrir las imperfecciones y las perfecciones de sus hermanos? Yo llevo todas mis cruces con una fortaleza invencible, ninguna persecucion me inmuta, hasta me regocijo en medio de las adversidades; pero me aflijo por la prosperidad de otro, su fortuna me causa pena. Toda mi pretendida virtud, toda mi paciencia es como si no fuera nada. Yo tengo un placer en servir á los pobres hasta en los ministerios mas viles; me humillo y no me cuesta trabajo el despreciarme; pero tengo una complacencia secreta en ver á otros humillados: «Nada me aprovecha.» Esterioridades engañosas, falsa apariencia de piedad, hipocresía. No midamos nuestra devocion sino por la caridad. Tomemos desde ahora una resolucion decidida de sobresalir con el auxilio de la gracia en la caridad cristiana, esto es, no solo de visitar, asistir y honrar á los pobres como hermanos, sino de tener de aquí adelante modos dulces y agradables con todo el mundo. Dejemos los ademanes altaneros, los términos injuriosos, los tonos eternamente encolerizados, las maneras duras y picantes: acordémonos que nuestros criados y todos nuestros domésticos son hermanos nuestros; tengamos una delicadeza estremada por los intereses de los demás y por su reputacion; escusemos siempre á nuestro prójimo, conmuévannos sus desgracias, regocijémonos por sus prosperidades, tengamos con todos una caridad benéfica, constante, universal; sea nuestro amor propio, por decirlo así, la regla de nuestra caridad.

2 Si la caridad cristiana pide un amor, una compasion, una benevolencia sincera con todos los hombres, es fácil comprender cuánto escluye y condena hasta la mas lijera frialdad, hasta la menor indiferencia. No escucheis jamás vuestra pasion ni vuestro amor propio para formar concepto del prójimo. No mantengais nunca con él, por ningun pretesto, el menor resentimiento. ¿Le habeis perdonado siete veces? Si continúa en disgustaros, en ofenderos, en dañaros, no dejeis de hacerle bien; cuanto mas mal os hace, mas se acrecienta vuestra virtud perdonándole. Yo no os digo, dice el Salvador, que perdoneis las injurias hasta siete veces, esto es, muchas veces, sino hasta setenta veces siete, es decir, tantas veces cuantas vuestro hermano os hubiere desobligado; aun cuando fuese á todas las horas del dia y todos los dias de la vida, debeis perdonarle si quereis que el Señor os perdone.

MIERCOLES TERCERO DE CUARESMA.

Llamábase antiguamente este dia el miércoles de las Tradiciones, á causa de las tradiciones recibidas entre los judíos, de las cuales se habla en el Evangelio, del mismo modo que se llamaba el dia precedente el martes de la Correccion fraterna por la misma razon.

El introito de la misa está tomado del salmo 30, por el cual David arrojado de Jerusalen por Absalon ó precisado á retirarse de la córte y de su propia casa, durante la cruel é injusta persecucion de Saul, implora en su huida el auxilio del cielo. Habiéndose aplicado Jesucristo el sexto versículo de este salmo, cuando esclamó espirando en la cruz: « Padre mio, en tus manos pongo mi alma, » ha dado bien á conocer que las persecuciones de David eran la figura de las suyas. La misa de este dia comienza por el versículo octavo: « Por lo que hace á mí, Señor, yo no espero mas que en vos, » y por tanto « tendré tambien el gozo de esperimentar los efectos de vuestra misericordia. Vos habeis, en efecto, fijado vuestros ojos en mis aflicciones, » y la humillacion en que me veis escita todavía mas vuestra compasion y mi confianza. « Yo he esperado siempre en vos, Señor, no permitais que tenga nunca el rubor de haber esperado en vano; muévaos vuestra justicia para libertarme. »

La Epístola está tomada del libro del Exodo; contiene la segunda tabla del Decálogo, esto es, los mandamientos que pertenecen al prójimo. El mandamiento de honrar al padre y madre, que el Salvador cita en el Evangelio de este dia, parece haber dado motivo para la eleccion de esta Epístola.

Habiendo subido Moisés de órden de Dios, en el sexto dia del tercer mes del año santo, que era el quincuagésimo despues de la Pascua ó de la salida de Egipto, á la

montaña de Sinaí, la cual aparecia cubierta de fuego, y de donde salian continuamente relámpagos y truenos que llenaban de espanto á todo el pueblo, queriendo Dios por este espectáculo inspirar su temor á un pueblo grosero y terreno, que jamás se elevaba sobre los sentidos; le declaró el Señor sus mandamientos, reducidos á diez puntos, que por esto llamamos la ley del Decálogo. Los tres primeros miran á Dios, y los otros siete conciernen al prójimo; conteniéndose toda la ley, como dice el Salvador, en estos dos preceptos: Amarás á tu Dios con todo tu corazon, y á tu prójimo como á tí mismo.

El amor y el respeto que se debe á los padres, son lo principal de esta segunda parte del Decálogo. Despues de los preceptos que tocan á Dios, propone inmediatamente la Escritura el que mira á los padres, porque despues de Dios son ellos los que merecen con mas justicia nuestro amor, nuestros respetos y nuestra obediencia. « Honra á tu padre y á tu madre. » Este término honrar se toma ordinariamente en la Escritura no solo por respetar, sino tambien por hacer bien, servir, proveer de las cosas necesarias á la vida, cumplimentar. Ofreced presentes al Señor de vuestros bienes, dadle las primicias de todos vuestros frutos, y reconoced de este modo su soberano dominio. « Honra á las viudas; » ten cuidado de ellas, asístelas, dice san Pablo escribiendo á Timoteo. Con este término «honra á tu padre y á tu madre», prescribe aquí la ley todos los deberes que la naturaleza y la humanidad exigen de los hijos para con sus padres, como son la obediencia, la reverencia, el amor, el reconocimiento, los socorros en sus necesidades temporales y espirituales, y no hay nada mas espresamente recomendado en la Escritura que estas indispensables obligaciones. Dios manda que sean castigados con pena de muerte los que maltrataren ó profirieren maldiciones contra sus padres ó sus madres. No habla solo de la muerte del alma que lleva consigo un pecado tan grave, sino de la muerte corporal que merece un crímen tan atroz. El Señor para dar una idea mas sensible del mérito de este deber y de la escelencia de este precepto, le asigna el mayor de los bienes temporales, que es una larga vida, la cual promete á los hijos que tributaren á los padres el respeto que les es debido. « No matarás. » Los mejores intérpretes creen que debiéndose tomar los preceptos del Decálogo en toda su estension, no solo se prohibe por este el homicidio efectivo, sino tambien las heridas y todo género de violencia; el odio, los zelos, las querellas, las enemistades, la venganza están tambien comprendidas en la prohibicion de matar; y que no solo el asesino, sino tambien los que le aconsejan y auxilian, y los que se hacen cómplices de su crímen, de cualquiera manera que sea, son culpables de homicidio. Con la misma estension y en el mismo sentido debe entenderse la prohibicion del adulterio. Todo pecado de impureza está prohibido por este precepto, dice san Agustin. « No robarás. » Este precepto prohibe todo género de hurtos; la usurpacion, la detencion de la hacienda ajena, sea por fraude, por artificio, por violencia ó por seduccion. Así, el robo, la rapiña, el peculado, la usura, los fraudes, las supercherías, las malversaciones, la mala fé en el comercio, en el pago de los que trabajan y de los acreedores, todas estas injusticias están prohibidas espresamente por este precepto. « No pronunciarás falso testimonio contra tu prójimo. » Tampoco se ha de restringir este precepto solo al falso testimonio producido en juicio. Esta ley mira á todos los crímenes de falsedad, todas las mentiras, las maledicencias, las calumnias, la corrupcion de los jueces, de los abogados, de los testigos, de los delatores, de los despachos; en una palabra, todo lo que hiere la buena fé y la justicia. « No desearás la casa de tu prójimo, ni su mujer, ni su esclavo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni ninguna otra cosa que le pertenezca. » Es claro que por estos preceptos prohibe Dios todos los deseos injustos de los bienes ajenos. Estos últimos mandamientos, dicen los intérpretes, contienen una especie de suplemento á algunas de las ordenanzas precedentes, en las cuales nos prohibe Dios hacer el mal. Tal vez hubiera podido creerse que con tal que nos abstuviésemos de las acciones malas, no nos hacíamos culpables por los malos deseos. Dios nos enseña aquí, que no basta no cometer el adulterio, no matar, no robar, sino que quiere que nos abstengamos de los malos deseos que nos hacen tambien criminales. « Cualquiera que mira una mujer con ojos de concupiscencia, » dice el Salvador, «ha cometido ya el adulterio en su corazon. »

Mientras que Dios dictaba su ley á Moisés sobre la cima del monte Sinaí, en medio de la nube de fuego que cubria lo alto de la montaña, todo el pueblo que estaba en la llanura se hallaba en una consternacion profunda, espantado por los relámpagos y por el ruido de los truenos. Oian el sonido de la trompeta, y veian los relámpagos y toda la montaña cubierta de humo; poseidos del temor y del espanto, se alejaron de la falda de la montaña. Cuando advirtieron que bajaba Moisés de ella, esclamaron: Moisés, háblanos tú; nosotros te escucharemos de aquí adelante con docilidad, pero que no nos hable el Señor, no sea que todos muramos en el momento. Moisés viéndoles espantados, les sosegó: No temais, les dijo, el Señor ha venido para infundir en vosotros su temor, á fin de que no pequeis. Habiéndoles así asegurado Moisés, volvió á subir á lo alto de la montaña, hasta dentro de la nube espesa é inflamada en donde Dios le hablaba. Entonces le dijo el Señor: Hé aquí lo que dirás á mi pueblo: vosotros habeis visto con qué majestad os ha hecho Dios oir su voz; hé aquí lo que os manda so pena de incurrir en su desgracia: no hareis ídolos de oro ni de plata; pero me erigireis un altar de tierra, esto es, formado de céspedes, sobre el cual me ofrecereis vuestros holocaustos, vuestras hostias pacíficas, vuestras ovejas y vuestros bueyes, en todos los lugares consagrados á la memoria de mi nombre, es decir, que fueron destinados y consagrados á mi gloria. Antes de la ereccion del tabernáculo, y de la fábrica del templo, queria Dios que se le ofreciesen sacrificios; pero siempre en lugares y sobre altares consagrados á este solo uso de religion, y de ningun modo en lugares profanos.

El Evangelio que se lee en la misa de este dia, y que ha dado sin duda motivo á la eleccion que la Iglesia ha hecho de esta Epístola, está tomado del capítulo 15 de san Mateo.

Habiendo jurado los escribas y fariseos la muerte del Salvador, le observaban malignamente para tratar de descubrir en él ó en sus discípulos alguna cosa de que acriminarle. En cerca de tres años que le seguian á todas partes no habian podido descubrir cosa alguna reprensible ni en su doctrina, ni en sus costumbres. Habiendo ve-

nido algunos en su seguimiento á Galilea, donde se habia retirado al salir de Jerusalen, tuvieron el atrevimiento de preguntarle por qué sus discípulos no se lavaban las manos ántes de ponerse á la mesa. Se habian introducido entre los judíos, de padres á hijos, ciertas observancias supersticiosas de que eran mas religiosos observadores que de la ley: como por ejemplo, el no atreverse á sentarse á la mesa sin haberse lavado las manos muchas veces y aun los brazos hasta el codo; meter muchas veces en el agua las copas en que debian beber, los jarros de cobre y los demás vasos; lavaban hasta los lechos en que estaban recostados durante la comida. Los fariseos hacian consentir la pureza y la santidad en estas lociones esteriores, mientras que su alma estaba manchada con los crímenes mas negros. Distinguian dos géneros de leyes: la ley escrita, que les importaba muy poco el violar, y la tradicion, que llamaban ley de boca, porque no se habia dado por escrito, y era un monton de supersticiones de que los fariseos hacian ostentacion, y que consistian en las glosas ó interpretaciones que los doctores daban al texto de la ley escrita, y que eran por lo comun puras invenciones de su genio y de la corrupcion de su corazon. Dios dice que es preciso honrar y asistir á su padre y á su madre; la glosa ó interpretacion decia: Ofreced á Dios lo que vuestro padre necesitado podria esperar de vosotros, y con esto quedais dispensados de asistirle. Por este medio los fariseos interesados y avaros se aplicaban á sí mismos estas ofrendas hechas á Dios. Así es como los santos Padres entienden este lugar del Evangelio. Queriendo el Hijo de Dios hacer patente la hipocresía y la malignidad de una censura tan mal fundada, en unas gentes que violaban sin escrúpulo las leyes mas santas: ¿Por qué, les responde, traspasais vosotros los mandamientos de Dios, en favor de vuestra tradicion tan mal concebida? Así tambien se ven diariamente muchos escrupulosamente apegados á ciertas prácticas esteriores de la religion, mientras que se descuidan los deberes mas esenciales y mas indispensables de ella. La ley dice espresamente: Honra á tu padre y tu madre; esto es, asisteles con tus bienes en sus necesidades; añade tambien, que el que ultraje á su padre y á su madre sea castigado con la muerte. Vosotros por el contrario, cuando vuestro padre y vuestra madre llegan á pediros algun socorro en sus necesidades, os contentais con decirles: He consagrado al Señor todos mis bienes, no son ya mios, todo lo que puedo hacer es admitiros á la participacion del mérito de mi ofrenda; todo lo que he votado y ofrecido os aprovechará como á mí; y por esta escusa especiosa que ha introducido una avaricia cruel, y que autoriza una tradicion reciente, dejais morir de hambre y de miseria á vuestros padres. Los fariseos por un espíritu de interés persuadian á los hijos que consagrasen á Dios y al servicio del templo lo que hubieran debido emplear para proveer á la subsistencia de sus padres, sosteniendo que con este don y este pretendido sacrificio de sus bienes, de los cuales conservaban no obstante el uso, estaban dispensados de una obligacion tan esencial, y que tocaba entonces á Dios el proveer á la subsistencia de sus padres. No hay cosa mas positiva, les decia el Salvador, nada mas claro que el mandamiento de Dios, que os obliga indispensablemente á asistir con vuestros bienes á vuestro padre y vuestra madre pobres, y sin embargo no pensais mas que en que se llene el cepo con las limosnas, de que sabeis tan diestramente aprovecharos contra todas las leyes de la justicia y de la caridad. Vosotros ensalzais de tal modo el mérito de las ofrendas que se llevan allí, que á creeros hoy, es no solo una escusa legítima para un hijo, sino un acto de virtud el decir á su padre ó á su madre: todo lo que podriais esperar de mi para vuestro alivio y vuestra subsistencia, está ya consagrado á Dios; son unos bienes de que ya no puedo disponer; he prometido ofrecerlos al templo; seria, pues, un sacrilegio en mí el dároslos, y en vosotros el recibirlos.

Hipócritas, continúa el Salvador, ¿os cae bien el ponderar una falta, á lo mas contra la urbanidad y la cortesía, mientras que violais uno de los mayores preceptos de Dios? Ciertamente ha hablado de vosotros Isaías con espíritu profético, cuando ha dicho: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazon está muy léjos de mí. Vosotros hablais sin cesar de la ley con énfasis, y sin cesar la violais con impiedad. Sois exactos observadores hasta el escrúpulo de no sé qué costumbres que nada significan, y que la relajacion ha introducido, al paso que violais desvergonzadamente los estatutos mas esenciales y los mandamientos de Dios, sustituyéndoles vuestras vanas tradiciones. ¿Pensais que á Dios se le engaña? Dirigiéndose en seguida el Salvador á todo el pueblo que le escuchaba: No es, les dice, lo que entra por la boca lo que mancha al hombre, sino lo que nace de un corazon corrompido. Lo que mancha al hombre es lo que dice, lo que desea, y nó lo que come. Las viandas no son malas sino en cuanto están prohibidas; en sí mismas son indiferentes, y no manchan el alma sino por el mal uso que se hace de ellas. Entonces sus discípulos acercándose á él: ¿Sabeis, Señor, le dijeron, que lo que acabais de decir ha chocado furiosamente á los fariseos, y que ha sido para ellos un motivo de escándalo? Toda falsa doctrina como que no viene de Dios, les respondió Jesus, debe ser combatida y esterminada. No todo género de plantas prevalece en la tierra que yo he venido á cultivar, que es mi Iglesia; solo aquellas que mi Padre celestial ha plantado en ella, son las que medran: las otras que crecen por sí mismas, y que carecen de mi cultura y de mis cuidados, mueren y deben ser arrancadas. Dejad esas almas ingratas que no pueden arraigar en ella; son ciegos que conducen á otros ciegos, y que van con ellos á arrojarse en el precipicio. El escándalo de los flacos es un gran mal, se debe cuanto sea posible prevenirlo ó quitarlo. Pero cuando por pura malignidad, ó por una mala delicadeza, ó por otras razones todavía mas frívolas ó mas injustas hay quien se escandaliza de lo que no podria callarse sin herir la verdad, se debe pasar por cima de esta consideracion, dice san Bernardo, con san Gregorio, san Crisóstomo y san Agustin.

Habiendo el Salvador despedido al pueblo, san Pedro con su acostumbrada ingenuidad se tomó la libertad de pedirle, en nombre de todos los discípulos, una esplicacion todavía mas clara de lo que habia dicho, que la vianda no manchaba. Jesus le respondió: ¿Despues de tanto tiempo como hace que os instruyo, estais tan poco capaces de entenderme como los demás? ¿ignorais que el alimento que se toma no sirve mas que para mantener el cuerpo, sin pasar al alma, y que solo lo que nace de un corazon corrompido es lo que puede mancharla? Del corazon es de donde proceden los pensamientos ruines, los malos de-

seos, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los homicidios, los falsos testimonios, las blasfemias; hé aquí lo que produce un corazon vicioso, y esto es lo que mancha el alma; pero el comer sin haberse lavado las manos es á lo mas un desaseo esterior, pero nó un pecado. No hay verdadera mancha en el hombre sino la del pecado, sin embargo esta es de la que se tiene ménos horror. ¡Qué estraña contradiccion el tener un cuidado desmedido y escrupuloso de la limpieza del cuerpo, mientras el corazon está todo corrompido! se huye de un hombre cuyo esterior descuidado choca, y no da en cara una lengua impura, unas manos sacrílegas, unas costumbres corrompidas.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Præsta nobis, quæsumus, Domine: ut salutaribus jejuniis eruditi à noxiis quoque vitiis abstinentes, propitiationem tuam facilius impetremus per Dominum...

Te suplicamos, Señor, nos concedas la gracia de que instruidos por los ayunos saludables, y absteniéndonos tambien de los vicios perniciosos, obtengamos mas fácilmente tu misericordia. Por nuestro Señor, etc.

La Epistola es tomada del libro del Exodo, cap. 20.

Hæc dicit Dominus Deus: Honora patrem tuum et matrem tuam, ut sis longævus super terram, quam Dominus Deus tuus dabit tibi. Non occides. Non mœchaberis. Non furtum facies. Non loqueris contra proximum tuum falsum testimonium. Non concupisces domum proximi tui, nec desiderabis uxorem ejus, non servum, non ancillam, non bovem, non asinum, nec omnia quæ illius sunt. Cunctus autem populus videbat voces et lampades, et sonitum buccinæ, montemque fumantem: et perterriti ac pavore concussi, steterunt procul, dicentes Moysi: Loquere tu nobis, et audiemus: non loquatur nobis Dominus, ne forte moriamur. Et ait Moyses ad populum. Nolite timere: ut enim probaret vos venit Deus, et ut terror illius esset in vobis, et non peccaretis. Stetitque populus de longe. Moyses autem accessit ad caliginem in qua erat Deus. Dixit præterea Dominus ad Moysen: Hæc dices filiis Israel: Vos vidistis quod de cœlo locutus sim vobis. Non facietis deos argenteos, nec deos aureos facietis vobis. Altare de terra facietis mihi, et offeretis super eo holocausta et pacifica vestra, oves vestras et boves in omni loco, in quo memoria fuerit nominis mei.

He aquí lo que dice el Señor Dios: Honra á tu padre y á tu madre, para que goces largo tiempo sobre la tierra de la vida que te dará el Señor tu Dios. No matarás. No cometerás adulterio. No hurtarás. No dirás falso testimonio contra tu prójimo. No codiciarás la casa de tu prójimo; ni desearás su mujer, ni su esclavo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de las que le pertenecen. Y todo el pueblo oia las voces y los relámpagos, y el sonido de la trompeta, y veia el monte cubierto de humo: y aterrado y poseido del miedo se escaparon léjos de la montaña, y dijeron á Moisés: Háblanos tú, y te oiremos; no nos hable el Señor, no sea que muramos. Díjole, pues, Moisés al pueblo: No temais, porque el Señor ha venido para probaros, é infundiros su temor á fin de que no pequeis. El pueblo permaneció alejado; pero Moisés avanzó hasta la niebla en que Dios estaba. El Señor le dijo además á Moisés: He aquí lo que dirás á los hijos de Israel: Vosotros habeis visto que os he hablado desde el cielo. No hareis dioses de plata, ni dioses de oro. Me erigireis un altar de tierra, y ofrecereis sobre él vuestros holocaustos y vuestras hostias pacíficas, vuestras ovejas y vuestros bueyes en todo lugar consagrado á la memoria de mi nombre.

Pentateuco, que significa cinco volúmenes, es el nombre que los griegos han dado á los cinco libros escritos por Moisés. Estos cinco libros son el Génesis, el Exodo, el Levítico, los Números y el Deuteronomio. El Exodo significa la salida, porque contiene la narracion de la salida de los israelitas del Egipto. Abraza la historia de ciento cuarenta y cinco años despues de la muerte de José hasta la ereccion del tabernáculo al pié del monte Sinaí.

REFLEXIONES.

«Honra á tu padre y á tu madre, para que goces largo tiempo sobre la tierra de la vida que te dará el Señor tu Dios.» Este mandamiento de Dios es tan conforme á los sentimientos que inspira la razon, y que produce la naturaleza, que parece no haber habido necesidad de asignarle hasta una recompensa temporal para hacerle dulce y fácil. ¿Qué cosa mas natural, qué cosa mas justa que amar y honrar á aquellos á quienes despues de Dios debemos la vida? ¿Qué cosa mas racional que asistir con nuestros bienes en la necesidad á aquellos que nos los han dado, ó por lo ménos nos han puesto en estado de adquirirlos? ¿Qué cuidados no cuesta á los padres el alimentar y educar á sus hijos, en una edad incapaz de pasarse sin el auxilio de otro? y ¿qué gastos y solicitudes, qué penas y desasosiegos durante muchos años para sostenerlos, para proveer á todas sus necesidades, para darles una educacion á propósito para que sean felices? ¿qué no se debe al amor de un padre que consume su salud, que abrevia aun sus dias para establecer ventajosamente á unos hijos que deben sobrevivirle? ¿y qué no se debe á la ternura de una madre que no suspira mas que por hacer dichosos á sus hijos? ¡Qué espanto á la sola idea del peligro! ¡qué lágrimas con solo pensar en el riesgo que pueden correr! ¡qué llantos con que aparezca no mas que una enfermedad lijera! Cuando se ama como padre y como madre, se sienten con mas intension los males de los hijos que los suyos propios. ¡Qué cosa mas abominable, qué ingratitud mas monstruosa que la de un hijo desnaturalizado que falta al reconocimiento! La dureza con los padres se ha mirado siempre entre todos los pueblos como un monstruo de impiedad; pero ¿qué paises son los que producen hoy tales monstruos? ¿No se vieron jamás entre vosotros esos corazones inhumanos, esos hombres brutales, esas almas feroces, esos hijos desnaturalizados, que olvidando los deberes mas indispensables, sofocan el amor mas natural y los sentimientos mas racionales; desconocen á sus propios padres, desprecian á aquellos por quienes la naturaleza les ha inspirado el mayor respeto, y dejan morir de hambre á los que les han dado la vida? Nó; no es entre los bárbaros, es entre los pueblos mas civilizados, es entre los cristianos en donde se hallan hijos de este ca-

ráctер. Y despues de esto hay padres y madres tan imbéciles que se despojan de todos sus bienes, y se abandonan á la discrecion siempre arriesgada de sus hijos que tarde ó temprano no dejan de hacerles arrepentir de su tontería. A esto les espone la ambicion desmesurada de contraer alianzas en que solo se consulta al orgullo y levantar una casa mas alta que la de sus padres. Si el amor desordenado de los padres es castigado tan severamente en esta vida, ¿á qué horribles castigos no debe atenerse la inhumanidad espantosa de los hijos que enriquecidos con la sustancia de los padres, les niegan despues aun lo necesario? Pocos pecados hay que sean castigados con tanto rigor. Se ven muy pocos de estos hijos desnaturalizados que no vengan á parar en la miseria. Se ve claramente que tarde ó temprano estos ingratos esperimentan sobre sí la mano pesada de Dios. El menor castigo es el verlos mas maltratados de sus hijos, que lo que ellos han maltratado á sus padres. La indignacion de Dios estalla ordinariamente sobre esas casas cimentadas, por decirlo así, sobre la sangre de sus padres. Los azotes del cielo se descargan sobre esos corazones impíos. Pero ¡á qué suplicios tan horribles no tiene reservados la justicia divina en la otra vida á esos hijos desnaturalizados!

El Evangelio de este dia es del capítulo 4 de san Mateo.

In illo tempore: Accesserunt ad Jesum ab Jerosolymis scribæ et pharisæi, dicentes: Quare discipuli tui transgrediuntur traditionem seniorum? Non enim lavant manus suas, cum panem manducant. Ipse autem respondens, ait illis: Quare et vos transgredimini mandatum Dei propter traditionem vestram? Nam Deus dixit: Honora patrem et matrem. Et: Qui maledixerit patri vel matri, morte moriatur. Vos autem dicitis: Quicumque dixerit patri vel matri: Munus, quodcumque est ex me, tibi proderit: et non honorificabit patrem suum, aut matrem suam: et irritum fecistis mandatum Dei propter traditionem vestram. Hypocritæ, bene prophetavit de vobis Isaias, dicens: Populus hic labiis me honorat; cor autem eorum longe est a me. Sine causa autem colunt me, docentes doctrinas, et mandata hominum. Et convocatis ad se turbis, dixit eis: Audite, et intelligite. Non quod intrat in os, coinquinat hominem; sed quod procedit ex ore, hoc coinquinat hominem. Tunc accedentes discipuli ejus, dixerunt ei: Scis quia pharisæi, audito verbo hoc, scandalizati sunt? At ille respondens, ait: Omnis plantatio, quam non plantavit Pater meus cœlestis, eradicabitur. Sinite illos: cæci sunt et duces cæcorum. Cæcus autem si cæco ducatum præstet, ambo in foveam cadunt. Respondens autem Petrus dixit ei: Edissere nobis parabolam istam. At ille dixit: Adhuc et vos sine intellectu estis? Non intelligitis quia omne quod in os intrat, in ventrem vadit, et in secessum emittitur? Quæ autem procedunt de ore, de corde exeunt, et ea coinquinant hominem: de corde enim exeunt cogitationes malæ, homicidia, adulteria, fornicationes, furta, falsa testimonia, blasphemiæ. Hæc sunt, quæ coinquinant hominem. Non lotis autem manibus manducare, non coinquinat hominem.

En aquel tiempo se llegaron á Jesus ciertos escribas y fariseos que habian venido de Jerusalen, diciéndole: ¿Por qué tus discípulos quebrantan la tradicion de los ancianos? ¿por qué no se lavan las manos cuando se ponen á comer? Mas el Salvador les respondió, y les dijo: Y ¿por qué vosotros quebrantais el precepto de Dios en favor de vuestra tradicion? Porque Dios ha dicho: Honra á tu padre y á tu madre. Y el que maldijere á su padre y á su madre, sea castigado con la muerte. Mas vosotros decís: Cualquiera que dijere á su padre ó á su madre: Todo lo que yo he ofrecido á Dios de mis bienes, será en provecho vuestro, no tiene ya que pensar en honrar á su padre y á su madre, y de este modo aniquilais el mandato de Dios, por sostener vuestra tradicion. Hipócritas, ciertamente ha hablado de vosotros Isías con espíritu profético, dijo: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazon está léjos de mí. Ellos me ofrecen un culto vano enseñando las doctrinas y los preceptos de los hombres. En seguida, haciendo que se le acercase la multitud que le escuchaba, les dijo: Oid, y haceos cargo de esto. No es lo que entra por la boca lo que mancha al hombre, sino lo que sale de la boca, esto es lo que le mancha. Llegándose entonces á él sus discípulos, le dijeron: ¿Sabes que los fariseos se han escandalizado, cuando han oido lo que has dicho? Pero él les respondió: Todo lo que mi Padre celestial no ha plantado, será desarraigado. Dejadlos; son ciegos, y guias de otros ciegos; si un ciego, pues, sirve de guia á otro ciego, los dos caerán en el precipicio. Inmediatamente Pedro le interpeló diciendo: Acláranos mas esta parábola. Y Jesus le dijo: ¿Tambien vosotros estais torpes para entender lo que digo? ¿no concebís que todo lo que entra por la boca, pasa al vientre, y se arroja despues en sitios secretos? mas lo que sale de la boca procede del corazon, y esto es lo que mancha al hombre, porque del corazon salen los pensamientos malos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias. Estas cosas son las que manchan al hombre; mas el comer sin lavarse las manos, no mancha al hombre.

MEDITACION.

Del buen uso del tiempo.

Punto primero.— Considera que esta vida es propiamente el dia en que debemos trabajar para el cielo; despues del cual llega la noche en que nada puede hacerse. ¡Qué desgracia para el que no ha empleado bien este dia!

Nada hay tan precioso como el tiempo de esta vida; no hay un momento que no valga una eternidad, puesto que la eternidad bienaventurada no es otra cosa que el fruto de las gracias que solo se conceden en el tiempo. La dicha infinita, la gloria inefable de que gozan los bienaventurados, el precio de la sangre del Redentor, todo esto no es mas que la recompensa, por decirlo así, del buen uso que se hace del tiempo.

El tiempo es una cosa tan preciosa, que todos los hono-

res, todos los bienes del mundo no valen lo que vale un momento, y aun cuando no se hubiese empleado mas que un momento para adquirir los tesoros del mundo, si no se ha ganado mas que esto, se puede decir que delante de Dios, que juzga discretamente de todas las cosas, es haber perdido su tiempo.

No hay condenado que no estuviese pronto á dar todos los reinos y todos los bienes del mundo, si estuviesen en su poder, por tener un momento de aquel tiempo que ha perdido en vanas diversiones, y del que no hacemos nosotros mejor uso. Sin embargo, se puede decir con verdad, que cada momento que no hemos empleado por Dios hemos hecho una pérdida mayor que si hubiésemos perdido todo el universo.

Lo que los santos no podrán hacer en el cielo durante la eternidad, por todos los actos mas perfectos de todas las virtudes, que es merecer un nuevo grado de gloria, yo lo puedo hacer por un solo acto de amor de Dios en cada instante.

Lo que los réprobos no podrán hacer en toda la eternidad, con sus llantos, sus sentimientos, sufriendo todos los tormentos mas espantosos, que es ablandar la cólera de Dios, y obtener el perdon del menor de sus crímenes; yo lo puedo hacer en cada momento con un suspiro, con una lágrima; yo puedo en todo momento con un solo acto de contricion perfecta, obtener el perdon de todos mis pecados.

¡Qué! mi Dios, ¿del buen ó mal uso del tiempo, depende la eternidad feliz ó desgraciada! Nuestra salvacion no puede obrarse mas que en el tiempo. El número de estos dias está determinado, y nada pasa tan de prisa como el tiempo; ¿y se hallan gentes que no emplean este tiempo mas que en inutilidades? ¿que no saben que hacer? ¿gentes que no tratan mas que de pasar, de gastar, de perder el tiempo? ¿y no soy yo de este número?

¡Ah, Señor! ¿que uso he hecho yo del tiempo? ¡Ah! mis dias mas bellos han pasado, y se han perdido; el dia está en su declinacion, la noche se acerca; ¡qué fondo de reflexiones, buen Dios! ¡qué fondo de penas, de espantos, de arrepentimiento!

Punto segundo.—Considera que nuestra salvacion no puede hacerse mas que en el tiempo, y que todo el tiempo de la vida no se nos ha dado mas que para trabajar en este gran negocio; ¡con qué cuidado debemos aprovechar este tiempo cuyos momentos son tan preciosos, y cuya pérdida es irreparable!

Sin embargo, ¿tomamos mucho interés por esta pérdida? ¿la miramos siquiera como una pérdida? ¡Ah! ¡los dias de campo, los grandes negocios y cuanto contribuye mas á hacernos perder el tiempo, se llama hoy diversion! examinemos qué uso hacemos nosotros mismos del tiempo; ¿le hemos empleado, le empleamos todo entero en nuestro gran negocio?

Llegará un tiempo en que todo lo daríamos por tener todavía algunos de los momentos preciosos que perdemos, y que perdemos porque se nos antoja; ¡que pesar, buen Dios! ¡que desesperacion ver que todo el tiempo ha pasado, y que todo se ha perdido!

¡Ah! si yo estuviese ahora, diremos en la hora de la muerte, como estaba tal y tal dia de mi vida, cuando meditaba sobre el buen uso del tiempo, si yo tuviese ahora la misma salud, la misma edad, mi Dios, ¿que no haria yo? pero ¡desgraciado de mí! ¿por qué pensando entonces en el sentimiento que debia tener algun dia por no haber aprovechado el tiempo, no me aprovecharia entonces de aquel pensamiento, de aquella gracia y de aquel tiempo? ¿la juventud, la cualidad, el rango, la dignidad, las grandes rentas, la abundancia eran títulos para llevar una vida ociosa, inútil, para perder el tiempo?

¡Qué sábias han sido las almas fieles, cuyos dias han sido todos llenos; aquellos grandes siervos de Dios; que han empleado tan santamente su vida! Considerad al bienaventurado Nicolás en su propia casa, en el seno de su familia, en el ejército y en el desierto; ¡que aplicacion al cumplimiento de todas sus obligaciones! ¡que horror por toda bagatela y ociosidad! ¡que uso tan santo del tiempo! ¡qué regularidad y que penitencia!

Señor, yo mismo me hago todas las reconvenciones que me harán los fieles siervos, y que vos mismo me hareis por el mal uso que hubiera hecho de un tiempo tan precioso; haced por vuestra gracia que me sean útiles estos sentimientos, haciéndolos eficaces; y pues que os dignais darme todavía tiempo, voy á aprovecharme de hoy en adelante con el auxilio de vuestra gracia de todos los momentos.

Jaculatorias.—Hagamos el bien, mientras tenemos tiempo. (Ad Galat. 6.)

Hagamos un buen uso de estos dias tan preciosos; y no perdamos un momento de un tiempo que Dios no nos concede sino para nuestra salvacion.

PROPÓSITOS.

1 Al ver la vida ociosa, muelle, inútil de las gentes del mundo, y aun de algunos eclesiásticos, ¿no se diria que este decreto irrevocable: «Comerás tu pan con el sudor de tu rostro, hasta que vuelvas á la tierra de donde has sido sacado» no mira á todo el mundo, y que hay gentes privilegiadas? sin embargo, el decreto no esceptua á nadie. No todos están obligados á llevar una vida laboriosa: pero ninguno hay que tenga derecho para llevar una vida blanda é inútil, la ociosidad y la mólicie están tan prohibidas al príncipe como al vasallo. Se diria hoy que basta ser rico, pertenecer á cierta clase, ser de cualidad, tener un empleo para tener derecho á perder el tiempo; la inquietud misma que se tiene por saber en qué se perderá el tiempo, es por lo comun el único cuidado que ocupa. Se hace una ley, y muchas veces un mérito de no saber nada. Una mujer á quien la fortuna de su marido acaba de sacar del polvo, creeria dar pruebas de mujer ordinaria si trabajaba. Evitad un vicio que es el orígen de muchos otros; pero acordaos que se puede perder el tiempo sin estar ocioso. La inutilidad de todo lo que no se hace por la salvacion, es una ociosidad criminal. Sean siempre vuestra principal ocupacion los deberes de vuestro estado; teneis algun tiempo desocupado, no le dejeis vicio. Las obras de caridad, el trabajo de manos, la oracion, la lectura son ocupaciones dignas de una persona cristiana. Huid la ociosidad hasta en vuestras recreaciones, en vuestros descansos, en vuestras visitas. Una labor sienta siempre bien en las manos de una señora cristiana. La rueca y el huso, segun el lenguaje de la Escritura, hacen parte del elogio que el Espíritu Santo hace de la mujer fuerte. Y no se diga que la cortesía prohibe esta especie de usos;

las leyes del siglo no podrán nunca abrogar las máximas de la piedad cristiana. Se ven mujeres de la primera calidad, princesas aun de un mérito distinguido que jamás están sin trabajar en alguna pequeña labor, en tiempos y circunstancias en que personas de condicion ordinaria creerian deshonrarse.

2 Pero cuando uno es de cierta cualidad, cuando está en cierto rango, cuando ha llegado á cierta edad, no se sabe qué hacer; y qué ¿no teneis ninguna obligacion que cumplir? ¿ninguna buena obra que practicar? ¿ninguna oracion que hacer? ¿es posible que haya pobres enfermos en los hospitales, pobres vergonzantes en las casas, desdichados en los calabozos; es posible que Jesucristo esté dia y noche sobre nuestros altares, y que haya fieles que no sepan que hacer? y notad que no es sino cuando tenemos mas lugar para amar á Dios y para honrarle, cuando no sabemos qué hacer: porque cuando uno está abrumado con negocios temporales, cuando se pasa el dia entero en vanas diversiones, cuando se trata de ofender á Dios y de perder su alma, jamás nos cansamos y aun no tenemos bastante tiempo. Huid, pues, con horror de la ociosidad. Procurad que todos vuestros dias sean llenos. Cuidad de que ni aun vuestras recreaciones sean vacías; acompañadlas siempre de algunas prácticas de piedad. ¿Vais á hacer visitas? comenzad por hacer una á Jesucristo en el Santísimo Sacramento; una lectura edificante alimenta el alma; la visita de los pobres en las prisiones y en los hospitales mantiene la caridad. Es una ocupacion muy digna de una señora cristiana el ocupar sus ocios y sus manos en trabajar para los pobres. Jamás está uno ocioso cuando se conoce el precio del tiempo, cuando uno es verdaderamente cristiano.

JUEVES TERCERO DE CUARESMA,

QUE SE LLAMA MITAD DE CUARESMA.

Siempre se ha mirado este dia entre los griegos y los latinos como el centro ó el medio de la Cuaresma; por este motivo le llamamos la mitad de la Cuaresma, como que es el vigésimo de los cuarenta ayunos desde el miércoles de Ceniza, y el último de la primera mitad. Los griegos le llaman «mesonestimos», esto es, el medio de los ayunos, porque entre ellos es el primero de la segunda mitad. Se ignora cual ha sido el misterio y el motivo por qué han erigido su «mesonestimos» en fiesta solemne. Los latinos no han pensado, á la verdad, en hacer dia festivo el jueves de la media Cuaresma; pero se hallan indicios de que han tratado de hacerle por lo ménos un dia privilegiado con la dispensa del ayuno; pero la Iglesia ha condenado siempre esta licencia, y ha reformado este abuso. Parece que esta buena Madre, siempre atenta á las necesidades espirituales y aun temporales de sus hijos, viéndolos llegar hoy al medio de la penosa carrera del ayuno, trata por su oficio de obtenerles del cielo nuevos socorros y una nueva proteccion con el Señor para la conservacion de su salud hasta el fin del ayuno. El introito de la misa, la oracion del dia, la estacion, el Evangelio, todo parece dirigido por esta intencion, y la memoria singular que se hace de san Cosme y san Damian en la oracion del dia es una prueba de ello.

La misa comienza por estas consoladoras palabras: «Yo soy la salud del pueblo, dice el Señor; en cualquiera aflicion yo le oiré cuando me invocare, y yo seré eternamente su Señor». Dios es nuestra salud, y en vano la buscaremos en otra parte. La vida, la salud y todos los bienes que podemos desear, se hallan solamente en Dios; él es la fuente de ellos: ¡que locura el esperarlos de otra mano! no tenemos mas que acudir á él con confianza, en cualquiera afliccion que sea, nos promete su asistencia. Dios es fiel en sus promesas. ¿A qué, pues, debe atribuirse el que carezcamos de socorro en nuestras necesidades? No se recurre á Dios, sino despues de haber probado todos los demás remedios. Nuestra falta de fé hace nuestras oraciones ineficaces. Nuestra confianza vacilante es el efecto de nuestras infidelidades. ¿Queremos ser oidos en la afliccion? Guardemos su ley, escuchemos con docilidad sus palabras. Nuestra disipacion de espíritu nos impide comprender el sentido de sus oráculos, y la corrupcion de nuestro corazon estorba sus mas saludables efectos.

La Epístola de este dia contiene una reconvencion que Dios hace á su pueblo por boca de Jeremías, por la vana confianza que tenia en el culto esterior que le rendia, sin cuidar de agradarle por la pureza de sus costumbres y por la exacta observancia de sus divinos preceptos. Contaban tanto los judíos con la ventaja singular de que gozaban por tener en su seno, con preferencia á todas las demás naciones, el único templo verdadero consagrado al culto del verdadero Dios, que creian que esta preferencia les respondia de la proteccion de Dios, y que podia suplir á la inobservancia de la ley, de que no dejaban de reconocerse culpables. El Señor les declara por su profeta la iniquidad de esta vana presuncion, y el error de su loca confianza.

Ordena Dios á Jeremías que vaya y se ponga á la puerta del templo de Jerusalen, y que anuncie al pueblo estas verdades eternas: Escuchad la palabra del Señor, habitantes de Judá, todos los que entrais por estas puertas para adorar al Señor: ¿quereis que yo habite con vosotros en este lugar santo; quereis que escuche vuestros ruegos y que atienda á vuestos votos; quereis que derrame mis bendiciones en abundancia? enderezad vuestros caminos, reformad vuestras costumbres, corregid vuestra conducta: no vengais aquí sino con un corazon puro, no os presenteis sino con disposiciones religiosas, y sean vuestro respeto y vuestra modestia una prueba de vuestra fé. Pero no pongais vuestra confianza en palabras de mentira diciendo: Este es el templo del Señor, esta es la casa del Señor, aquí está su único templo. No era una mentira ni un error el creer ni el decir que el templo de Jerusalen era el templo del Señor; pero en la boca de los judíos, y en los sentimientos que concebian gloriándose de que tenian este templo, era un error, una ilusion, una mentira. Ellos creian que por mas escandalosas que fuesen las abominaciones que se cometieran en el lugar santo, por mas irritado que pudiese estar el Señor por sus crímenes, era tal el deseo que tenia de su gloria, que no permitiria jamás que su templo fuese profanado por estranjeros, y mucho ménos que su pueblo favorito fuese arrojado del pais que Dios le habia dado, y que los judíos estuviesen algun dia sin templo, sin altar y sin sacrificios. Estamos conxados, decian, contra las amenazas de Jeremías: tenemos el templo del Señor, este templo solo es para nosotros un antemural contra todo género de desgracias, y aun contra los tiros de su indignacion. Eran muy ciegos, pues

que no veian que ellos deshonraban mas el templo sagrado del Señor con su idolatría y sus impiedades, que hubieran podido hacerlo los infieles quemándole y destruyéndole enteramente. ¿Quereis que este templo sea mi casa? no hagais de él una caverna de ladrones y de impíos. Yo permaneceré con vosotros, como lo he prometido; yo habitaré en este templo de un modo particular; escucharé en él vuestros ruegos; recibiré vuestras ofrendas; veré con complacencia vuestros sacrificios; me mostraré favorable á vuestros votos, si teneis cuidado de marchar por los caminos de mis mandamientos; si no derramais en este lugar la sangre inocente; si no adorais los dioses estraños; si no profanais este templo con vuestros malos deseos, con vuestras impiedades, con vuestras costumbres del todo paganas. Lo que me arroja de este templo sagrado, lo que me obliga á mudar este trono de mi misericordia en un tribunal de mi mas severa justicia son los crímenes que cometeis en él; las usuras, las violencias que ejerceis en él; lo que me obliga á salir de él, es el incienso sacrílego que en él ofreceis á los ídolos. Vivid como pueblo mio, y yo reinaré en él como vuestro Dios; sean puras vuestras costumbres, y mi presencia en él será benéfica. No os fieis de las falsas seguridades que os dan los falsos profetas de mi proteccion. ¿Quereis que yo permanezca en medio de vosotros, y que esté con vosotros en este lugar por todos los siglos? Sed religiosos, guardad mi ley, no hagais agravio á nadie, y entonces mi templo será para vosotros un gaje eterno de mi bondad y de mi benevolencia.

El Evangelio de la misa de este dia contiene la historia de muchas curaciones, y en particular del milagro que el Salvador hizo en favor de la suegra de san Pedro, que se hallaba en cama con una fuerte calentura.

Habiendo salido Jesus un sábado de la sinagoga de Cafarnaum, entró en casa de Simon, esto es, en la casa de san Pedro, ya que esta casa fuese propia de este apóstol, ya que fuese de su suegra, y que san Pedro, que vivia en Bethsaida, se hospedase en ella cuando estaba en Cafarnaum. Esto pasó ántes de la tercera vocacion de los apóstoles, y ántes de su entera renuncia á todo lo que poseian; aun no tenia el Salvador mas que cinco discípulos. Luego que entró allí le dijeron que la suegra de Simon, su discípulo, estaba peligrosamente enferma con unas grandes calenturas, y todos le pidieron encarecidamente que le volviese la salud. No fué necesario estrecharle mucho, porque mas ansia tenia él de concederles lo que le pedian, que la que cualquiera de ellos tenia de obtenerlo. Este divino Médico fué inmediatamente á ver la enferma, se acercó al lecho, y con un tono que solo es propio de aquel que es el Señor de la muerte y de la vida, mandó á la calentura que la dejase, y en el instante la dejó la calentura. Sintiéndose la enferma no solo sin calentura, sino tambien perfectamente buena, se levantó, hizo disponer la comida, y segun la costumbre del pais sirvió á la mesa al Maestro y á los discípulos. La alegría fué tan grande como la admiracion. Se conoció entonces bien que el Salvador no podia ver sufrir á los que le aman, sin ser sensible á ello y sin aliviarlos. El ve todas nuestras necesidades, y quiere que nosotros se las descubramos. El seno de la divina misericordia está siempre pronto á abrirse, pero la oracion es como la clave. Aquella mujer no bien ha recobrado la salud por la omnipotencia de Jesucristo, cuando el primer uso que hace de ella es servir al mismo Jesucristo. ¿Despues de nuestras enfermedades hacemos nosotros el mismo uso de nuestra salud?

Este milagro hizo gran ruido. Así fué que no bien hubo pasado la fiesta del sábado, que concluia al ponerse el sol, cuando todo el pueblo acudió en tropa al alojamiento donde estaba Jesus. Todos los que tenian enfermos rompian por medio de la multitud para traerlos delante de él, persuadidos que con tal que los tocase, era segura su curacion. No fué vana su fé. Aunque el número de los que se presentaron fué prodigioso, los tocó á todos, y todos quedaron curados en el momento. Nosotros no tenemos otros verdaderos males en la vida, que las enfermedades del alma; ¿cómo es que el mismo cuerpo y la sangre de Jesucristo que recibimos en la Eucaristía como un soberano remedio, no obra estas maravillosas curaciones? Fecundo motivo de reflexiones sobre las disposiciones de los que comulgan sin fruto, y que recibiendo con tanta frecuencia á Jesucristo, permanecen siempre enfermos.

Llevaron tambien á Jesucristo un gran número de poseidos: á la primera palabra pronunciada por el Salvador con imperio, se veian salir los demonios de los cuerpos llenos de furia, sin dejar de publicar altamente la gloria del que les arrojaba. No era su fin el procurarle honor alguno, sino que temiendo aquellos espíritus orgullosos aparecer vencidos por un hombre cualquiera, gritaban saliendo de los cuerpos: Tú eres el Hijo de Dios; no obstante que aun no tenian de esto mas que un conocimiento imperfecto y fundado en conjeturas. Jesus que no queria tener tales panegiristas, ni que á ellos se les debiese la verdad, les amenazaba y les imponia silencio. Entre las muchas razones que se dan de la prohibicion que aquí hace el Salvador, es acaso la natural, que los pueblos no estaban todavía bastante dispuestos para oir hablar de su divinidad. Era necesario contemplar su flaqueza, y prepararles poco á poco por una larga sucesion de milagros y de instrucciones. La leccion moral que nos da en esto el Salvador es el no admitir las alabanzas, y evitarlas por mas bien fundadas que sean, y aun mirar siempre con rezelo el mismo motivo que pudiera autorizarlas, esto es, lo que pudieran contribuir á la gloria de Dios.

El Salvador pasó cuasi toda la noche en librar los poseídos y curar todo género de enfermos. Luego que amaneció, salió secretamente, y se fué á un desierto, enseñándonos con esto, que por santas que sean las funciones de los operarios evangélicos, siempre tienen necesidad de aprovecharse de las horas de retiro para volver á entrar en sí mismos: para tomar nuevas fuerzas en la oracion; para purificarse de la imperfeccion que hayan podido contraer en el comercio con los hombres; para tratar allí con Dios, y aprender de él en la oracion lo que ellos deben enseñar despues. No estuvo mucho tiempo solo Jesucristo en el desierto; el pueblo salió en busca suya, procurando detenerle, temiendo que les dejase. Cuando se ha llegado á conocer á Jesucristo, y se le ama, no se separa uno de él con facilidad. Luego que llegó todo el pueblo, le rodearon por todas partes rogándole con instancia que no dejase aquella ciudad, y nada omitieron para obligarle á que se quedase con ellos. Mas su zelo, para el cual era el mundo demasiado pequeño, no se limitaba á una provincia ó á una ciudad. Por esto les respondió: Hay en las inmediaciones una infinidad de aldeas y de pueblos que tienen como ca-

farnum a necesidad de mis instrucciones; no es justo que deje perecer á tantos pueblos por no distribuirles el alimento espiritual que vosotros habeis recibido los primeros. Si el Evangelio que os he anunciado os da una seguridad cierta del reino de Dios que he venido á establecer, no debe ser de tal manera propio de vosotros este reino, que no se estienda tambien á todas las naciones del mundo, las cuales se unirán de aquí adelante para no formar mas que una sola Iglesia. Con el designio de reunirlas me ha enviado mi Padre, y para esto he bajado del cielo. De este modo lleno de ardor por la conversion de todo el mundo, iba de un lugar á otro predicando en todas las sinagogas de la Galilea, y obrando una infinidad de milagros; haciendo bien por donde quiera que pasaba, y curando los poseidos y los enfermos. (Act. 10.)

Si la oracion de la misa de este dia hace memoria de san Cosme y san Damian, es porque la estacion de los fieles ha sido indicada en Roma en la iglesia de estos dos santos, médicos de profesion, á quienes se invoca para obtener la continuacion de la salud, para la mitad que resta de Cuaresma.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Magnificet te, Domine sanctorum tuorum Cosmæ et Damiani beata solemnitas: qua et illis gloriam sempiternam et nobis ineffabili providentia contulisti. Per Dominum nostrum...

Seais, Señor, glorificado en la bienaventurada solemnidad de vuestros santos Cosme y Damian, en la cual les habeis coronado de gloria eterna, y nos habeis socorrido con vuestra inefable providencia. Por nuestro Señor, etc.

La Epístola es tomada del cap. 7 del profeta Jeremías.

In diebus illis: Factum est verbum Domini ad me, dicens: Sta in porta domus Domini, et prædica ibi verbum istud, et dic: Audite verbum Domini, omnis Juda, qui ingredimini per portas has, ut adoretis Dominum. Hæc dicit Dominus exercituum Deus Israel: Bonas facite vias vestras, et studia vestra: et habitabo vobiscum in loco isto. Nolite confidere in verbis mendacii, dicentes: Templum Domini, templum Domini, templum Domini est. Quoniam si bene direxeritis vias vestras, et studia vestra: si feceritis judicium inter virum et proximum ejus; advenæ, et pupillo, et viduæ non feceritis calumniam; nec sanguinem innocentem effuderitis in loco hoc: et post deos alienos non ambulaveritis in malum vobismetipsis: habitabo vobiscum in loco isto, in terra quam dedi patribus vestris, à seculo, et usque in seculum: ait Dominus omnipotens.

En aquellos dias dirigiéndome el Señor su palabra me dijo: Ponte en pié á la puerta de la casa del Señor, y predica allí estas palabras, y diles: Escuchad la palabra del Señor, todos los habitantes de Judá, que entrais por estas puertas para adorar al Señor. He aquí lo que dice el Señor de los ejércitos, el Dios de Israel: Enderezad vuestros caminos, y corregid vuestra conducta; y habitaré con vosotros en este lugar. No confieis en palabras de mentira, diciendo: Este es el templo del Señor, este es el templo del Señor, este es el templo del Señor. Porque si cuidaseis de rectificar vuestros caminos, y corregir vuestra conducta; si hiciereis justicia entre el varon y su prójimo, si no hiciereis violencia al estranjero, al huérfano, y á la viuda, ni derramáreis en este lugar la sangre inocente: si no fuéseis por vuestra desgracia en pos de los dioses ajenos; habitaré con vosotros por siglos de siglos en este lugar y en esta tierra que he dado á vuestros padres: esto dice el Señor omnipotente.

Jeremías tiene el segundo lugar entre los profetas: él mismo dice que ha sido santificado ántes de su nacimiento en el seno de su madre. Muchos intérpretes entienden esta anticipada santificacion del destino, de la eleccion á que Dios hizo de él ántes de su nacimiento para el empleo de Profeta; y el Eclesiástico hablando de él, dice que los judíos han maltratado al que ha sido consagrado Profeta desde el seno de su madre.

REFLEXIONES.

«No confieis en palabras de mentira, diciendo: este es el templo del Señor.» ¡Qué grosera ilusion! sin embargo es muy comun el creer que porque se tiene la ventaja y la dicha de pertenecer á una sociedad augusta por su antigüedad, estimable por la perfeccion de su instituto, célebre por el número de sus santos, respetable por la dignidad de sus funciones, santa por la escelencia de sus deberes, por la abundancia de sus socorros espirituales, y por la multitud de sus buenos ejemplos, se puede contar seguramente con su salvacion; y como si la perfeccion del estado nos pusiese al abrigo de los peligros, se puede vivir en la tibieza y aun alguna vez en la relajacion sin temer nada. Desengañémonos, la virtud de nuestros hermanos no suplirá jamás á nuestras imperfecciones; podrá muy bien merecernos gracias de predileccion, sernos de un socorro especial, pero servirá tambien para hacer nuestra flojedad mas criminal haciéndola ménos escusable. ¿Qué, se nos dirá un dia, esos grandes ejemplos que teniais sin cesar á vuestra vista, no debian haberos enseñado los verdaderos caminos de la salud? ¿esas virtudes domésticas no os echaban en cara con bastante viveza vuestras irregularidades? eran lecciones mudas, pero fuertes; ¿cómo habeis sido tan indóciles á tan concluyentes instrucciones, á solicitaciones tan elocuentes? ¿qué escusa dareis á vuestra cobardía? ¿á vista de tantos buenos ejemplos puede justificaros vuestra pusilanimidad? ¿cómo, se nos dirá algun dia, no habeis podido lo que tantos otros han hecho? educados en la misma escuela, trasplantados al mismo campo, cultivados por la misma mano, regados con la misma fuente, tantos otros mas jóvenes, mas delicados que vosotros, de un temperamento mas delicado, de un natural ménos feliz, con pasiones mas vivas, han podido con el auxilio de las mismas gracias, que os eran comunes con ellos, guardar los mismos votos, las mismas reglas, las mismas observancias á que estabais igualmente obligados y que vosotros habeis violado con tanta frecuencia, habeis creido que eran un yugo muy duro, una carga demasiado pesada, una sujecion demasiado austera. ¿Qué confianza mas frívola ni mas vana que el contar con la santidad de un estado cuyas obligaciones no se cumplen? Habiéndose visto á Saul desechado por el Señor, despues de una vocacion tan marcada; habiéndonos Salomon deja-

do en la espantosa incertidumbre de su salvacion, despues de haber recibido un don tan escelente de sabiduría; habiéndose un Judas perdido á la vista del Salvador y en la compañía de los apóstoles, ¿quién puede contar con la bondad de su vocacion, con sus raros talentos, con la santidad de su estado, con la proximidad de los socorros, con la ventaja de vivir en la casa del Señor y llevar su librea? No pongamos nuestra confianza en supersticiosas predicciones, en preocupaciones falsas, en una seguridad presuntuosa. No seremos santos en un estado santo, sino cuando viviéremos en él santamente. No será la inocencia de nuestros hermanos la que nos hará agradables al Señor, será la nuestra. Las santificaciones pueden venir de una causa estraña, el mérito es personal.

El Evangelio de la misa es de san Lúcas, cap. 4.

In illo tempore: Surgens Jesus de synagoga, introivit in domum Simonis. Socrus autem Simonis tenebatur magnis febribus, et rogaverunt illum pro ea. Et stans super illam, imperavit febri; et dimisit illam. Et continuo surgens, ministrabat illis. Cum autem sol occidisset, omnes, qui habebant infirmos variis languoribus, ducebant illos ad eum. At ille singulis manus imponens, curabat eos. Exibant autem dæmonia a multis, clamantia, et dicentia: Quia tu es Filius Dei: et increpans non sinebat ea loqui, quia sciebant ipsum esse Christum. Facta autem die, egressus ibat in desertum locum, et turbæ requirebant eum, et venerunt usque ad ipsum: et detinebant illum ne discederet ab eis. Quibus ille ait: Quia et aliis civitatibus oportet me evangelizare regnum Dei: quia ideo missus sum. Et erat prædicans in synagogis Galilææ.

En aquel tiempo habiendo Jesus salido de la sinagoga entró en casa de Simon. La suegra de Simon estaba con una fuerte calentura, y le pidieron que la favoreciese. Acercándose á ella mandó á la calentura, y la calentura la dejó. Y levantándose inmediatamente la enferma se puso á servirles. Habiéndose puesto el sol, todos los que tenian enfermos, fuese cual fuese su enfermedad, se los presentaban, y él los curaba imponiendo á cada uno sus manos. Salian los demonios de los cuerpos de muchas personas, clamando y diciendo: Tú eres el Hijo de Dios; pero amenazándoles les hacia callar, porque sabian que él era el Cristo. Luego que amaneció, salió de la ciudad y se fué á un desierto. Multitud de gentes salieron á buscarle, y llegaron en efecto adonde estaba; y procuraban detenerle á fin de que no se fuése de su compañía; mas él les dijo: Es necesario que anuncie á otros pueblos el reino de Dios, porque para esto he sido enviado. Y predicaba en las sinagogas de Galilea.

MEDITACION.

Sobre la desgracia que es el salir de este mundo sin estar preparado.

Punto primero.—Considera cuál debe ser el espanto, la perturbacion y la desesperacion de un alma en el momento en que se ve citada para comparecer delante de Dios, cuando no esperaba que llegase tan pronto el soberano juez. Llega el Señor sin haberse anunciado; hay que dar cuenta sin estar preparado; es preciso entrar en juicio sin estar prevenido. Pasado, presente, porvenir, todo espanta. ¡Oh, qué horrible es el encontrarse en el momento decisivo de su suerte eterna con tantos motivos para temer!

Todavía la edad nos prometia por lo ménos un año para prepararnos. Una juventud floreciente, una salud robusta eran como otros tantos garantes de este tiempo; se nos daban seguridades las mas positivas de que convaleceriamos muy pronto de aquella enfermedad; pero Dios no nos pide nuestro parecer sobre el número de nuestros dias. Basta que nos haya advertido que vendrá para exigirnos la cuenta de nuestra administracion á la hora que ménos lo esperemos: ¡qué imprudencia el esperar á esta hora crítica para prepararse! pero ¡qué desgracia el no estar preparado para esta hora! Nuestra causa no se remite ya á otra audiencia: no hay ya misericordia, no hay indulgencia, no hay dilacion.

Aquellos pecados graves aun no espiados; aquellas reconciliaciones, aquellas restituciones diferidas, todos aquellos proyectos de conversion, aquellos planes de vida siempre remitidos á otro tiempo, tantos piadosos sentimientos sufocados; tantas urgentes solicitaciones de la gracia no escuchadas, todo esto se presenta en tropel para oprimir, para despedazar, para desesperar con mil penas á una pobre alma.

¿Nos atreveremos á decir entonces que no hemos tenido tiempo? ¿y este número de dias que se han perdido, y la sucesion de tantos años que se han gastado en formar quimeras, no era un tiempo que Dios nos habia dado para esperarle y para prepararnos á recibirle? hemos tenido este tiempo y le hemos empleado en mil otras cosas: hemos tenido este tiempo y le hemos perdido: ¿quién es el que tiene la culpa? Dios me pide cuenta de tantos talentos enterrados, de tantos preceptos violados, de tantos consejos despreciados; yo me hallo en una horrible confusion; nada está preparado; no tengo ni razon que alegar, ni satisfacciones que producir: ¿y seré bien recibido con decir, no he tenido tiempo de pensar en ello?

Punto segundo.—Considera con qué inquietud se vive cuando hay un pleito de alguna consecuencia. El deseo de ganarle, el temor de perderle ocupan enteramente la atencion. Se consulta, se escribe, se solicita, se toman precauciones infinitas, se observan todos los pasos de la parte contraria; se prepara para responder á todas sus razones; se previenen todas sus preguntas; se medita todo lo que se ha de decir; y ¡oh buen Dios! ¿en qué inquietudes tan amargas se pasan los dias y las noches si el juicio se difiere?

Tenemos un gran negocio que evacuar, jamás hubo uno ni mas importante ni mas delicado: nuestra suerte eterna depende de él. El dia del juicio, que debe decidir de todo, nos es desconocido; solo se nos advierte que tengamos preparados todos los cargos, gracias, recaudos, talentos, empleos, años, dias, horas de estos dias, momentos de estas horas, todo debe ser examinado, todo debe ser juzgado en él con una severidad estrema y no se piensa en ello, y sin haberlo pensado jamás sabemos que viene el Señor; nos encontramos al pié del tribunal y cuando llega el soberano Juez es cuando advertimos su llegada. ¡Qué turba-

cion, buen Dios! ¡qué espanto! ¡qué dolor! ¡qué rabia! Qué: ¿presentarse delante de Dios para darle cuenta sin estar preparadas estas cuentas? ¿Ser citados al tribunal de Dios sin tener nada para justificarnos de tantas faltas, de que nos acusa nuestra propia conciencia? ¿sin haber hecho nada para ganar á nuestro Juez? Nuestra fé, nuestra razon misma nos hacen el proceso; todo nos asegura y nosotros lo vemos, que debemos perderle; y se trata de nuestra suerte eterna.

Comprendamos, si es posible, las alarmas, los sentimientos, la desolacion, que debe causar en este momento tan fatal sorpresa. ¡Ah! ¡si á lo ménos no hubiésemos tenido tiempo! pero lo hemos tenido. ¡Si hubiésemos ignorado el peligro de ser sorprendidos! pero lo hemos sabido. ¡Si no hubiésemos pensado nunca en las funestas consecuencias de la falta de atencion y de prevision! pero las hemos previsto y todo sin fruto.

Dios mio, qué sabios han sido los santos por haber tenido siempre las lámparas encendidas en la mano. Qué dichoso ha sido un san Abraham por haber pasado cincuenta años solo en el desierto sin pensar mas que en este momento decisivo, á fin de no ser sorprendido por la llegada del soberano Señor. ¿Seria posible, Señor, que despues de todas las reflexiones que acabo de hacer, tuviese todavía la desgracia de ser sorprendido? No permitais, Señor, que la resolucion que yo tome en este momento sea ineficaz. De aquí adelante no habrá dia ni hora en toda mi vida en que no piense en este último momento.

Jaculatorias.—No me llameis, Señor, en medio de mi carrera, no sea que me encuentre sorprendido. (Psalm. 101.)

Séquese mi mano derecha y quédeseme inútil, si pierdo jamás de vista la celestial Jerusalen. (Psalm. 136.)

PROPÓSITOS.

1 ¿Qué se diria de una persona que teniendo un pleito de una consecuencia infinita, pronto ya para fallarse, pensase en cosas diferentes, y que en lugar de instruir á sus jueces, de solicitarles, de prepararse á responder, pasase los dias en divertirse y no se emplease mas que en inutilidades? ¿Nos portamos nosotros mas sabiamente? ¿la analogía nos conviene enteramente? ¡Qué horrible es el ser sorprendidos en la muerte despues de haber sido advertidos cien veces de que lo seríamos! No difirais el tenerlo todo pronto. Ciertamente no querriais comparecer delante de Dios tal como estais; y ¿serán mejores las disposiciones con que comparecereis? ¿Y viviendo como vivís, teneis motivo para creer que morireis tranquilamente? No escucheis al espíritu que os inclina á trasladar para otro tiempo una conversion, una reforma que deberia estar hecha hace ya muchos años. Teneis alguna reconciliacion que concluir, ciertas cuentas que arreglar, algun salario que pagar, alguna restitucion que hacer; ya se os ha advertido que no dejeis para otro tiempo lo que no se difiere jamás sin riesgo. Todo debia estar resuelto, y aun está todo por hacer. Así es como uno se engaña á sí mismo toda su vida. No seais por mas tiempo el juguete de vuestras irresoluciones; el negocio es de la mayor consecuencia. Consultad hoy mismo con un sabio y celoso director, y determinad con él lo que habeis de hacer para estar pronto para prepararnos á comparecer delante de Dios en este mismo dia.

2 Considerad cada dia como si fuese el último de vuestra vida, y no comenceis ninguno sin pensar que puede ser que no le concluyais. Es una práctica muy santa el terminar siempre la oracion de la mañana y de la noche por un acto de contricion y por el «De profundis.» Es esta una oracion que debeis hacer por vosotros, como por los demás. San Pablo se consideraba como si á todas horas estuviese moribundo: «Quotidie morior.» (1. Cor. 15.) Santa Teresa no oia jamás sonar el reloj, sin que se dijese á sí misma: Ya estoy una hora mas cerca del soberano Señor.

En fin, procurad desde este momento poner en buen estado los negocios de vuestra conciencia; cuidad de que estén bien ajustadas todas vuestras cuentas; que despues del Ave María, que debeis rezar todas las veces que oyereis tocar la hora, podais añadir estas bellas palabras del Profeta (Psalm. 56): Mi corazon está, Señor, preparado, yo os espero en toda hora. Dichoso el siervo al que cuando llegue su Señor le encontrase en el ejercicio de esta práctica de piedad. (Matt. 24.)

Tomad hoy la resolucion de ser este siervo vigilante y fiel. Por adelantado que uno esté en los caminos del Señor, siempre se necesitan estas pequeñas prácticas de piedad para prevenir la flojedad, y para despertar el fervor. La inconstancia en servirse de estas piadosas industrias ó el olvido de ellas debilitan la mejor voluntad, y producen el disgusto. No os desanimeis; el enemigo de la salud se aprovecha muchas veces de nuestro enfado. Descuidamos ú olvidamos la mayor parte de estas pequeñas prácticas, no nos impacientemos; renovemos diariamente nuestra resolucion; pidamos á Dios nuevos socorros; digamos cada dia, y en todas las horas del dia: «desde este momento empiezo.» Esta perseverancia en querer no deja nunca de producir fruto.

VIERNES TERCERO DE CUARESMA,

QUE TAMBIEN SE LLAMA DE LA SAMARITANA.

Puede decirse que la misa de este dia está llena de misterios, y que contiene en compendio toda la economía de la salvacion. El deseo sincero de un pecador que quiere convertirse, y que es como la primera disposicion de su conversion, se ve en la plegaria con que empieza la misa, la Epístola es una figura de lo que pasa en la conversion del pecador, y el Evangelio es el cuadro que la representa.

Dad, Señor, decimos en el introito de la misa, una señal brillante de vuestra bondad conmigo; vean mis enemigos que me socorreis y me consolais, y queden por esto cubiertos ellos de confusion, Señor, atended á mi oracion, y oidme, porque me hallo en el desamparo y la indigencia. Esta es la oracion que hace á Dios en el salmo 85 David perseguido por Saul, ó por Absalon, cuando andaba errante y espuesto á las mayores desdichas durante su desgracia. Si el estado lamentable en que se hallaba entonces el real Profeta es la figura del pecador, la oracion que hace á Dios puede servir de modelo de la que debe hacer al Señor el que está en desgracia suya. San Agustin espone todo este salmo, aplicándolo á Jesucristo cargado con nuestras iniquidades, el cual caminando á padecer, pide á Dios su Padre que le asista, y predice su resurreccion, y la vocacion de los gentiles á la fé y á la Iglesia.

La Epístola contiene la historia del milagro que obró Moisés haciendo que saliese de una roca una fuente viva en favor de los israelitas, que hallándose en un desierto seco y estéril morian de sed. Esta agua milagrosa dice relacion á aquella agua viva que el Salvador ofrecia á la Samaritana en el Evangelio de este dia, lo cual ha hecho elegir esta Epístola. Está tomada del capítulo 20 del libro de los Números.

Habiendo pasado los israelitas cerca de dos años despues de su salida de Egipto por el desierto de Sin, se acamparon en Cades-Barné. La escasez de agua hizo que el pueblo murmurase contra Moisés y Aaron. ¿Por qué no nos habeis dejado morir en Egipto, les decian? no faltaban allí sepulcros para enterrarnos. ¿Era preciso obligarnos á hacer un viaje tan largo para que viniésemos á morir de sed en este miserable pais, donde no se puede sembrar, que no produce ni higueras, ni viñas, ni granados, y en donde no se halla ni aun agua para beber? ¿Por que habeis traido el pueblo del Señor á este desierto para que muramos en él de sed nosotros y nuestras bestias? Habiéndose hecho general la murmuracion, iba á estallar la rebelion de todo el pueblo contra Moisés, cuando el hombre de Dios y su hermano Aaron entraron en el tabernáculo que habian erigido en medio del campo, y allí postrados con el rostro pegado á la tierra: Señor, esclamaron, oid los clamores de este pueblo, y abridle el tesoro de vuestra misericordia, compadeciéndoos de ellos; haced por vuestra omnipotencia que nazca una fuente de agua viva, á fin de que refrigerados cesen de murmurar contra mí y contra vos. Su oracion fué oida. La gloria del eñor apareció sobre ellos; vióse al parecer una nube luminosa, de en medio de la cual se hizo oir la voz del Señor. Toma en tu mano la vara, dijo Dios á Moisés, y habiendo reunido el pueblo junto á la roca de Horeb, habla á la piedra en su presencia, y ella os dará una fuente copiosa que no se agotará, y proveerá agua con abundancia para el pueblo y para el ganado, y tambien para las bestias de carga. Era esta vara el baston milagroso de que Dios se habia servido tantas veces para obrar tantos prodigios por el ministerio de Moisés. El legislador no la llevaba siempre, sino que la dejaba en el tabernáculo, como una cosa sagrada. Tomó Moisés la vara, y habiendo reunido el pueblo delante de la roca, levantó la voz para que pudiese oirle la multitud: Escucha, pueblo ingrato, les dijo, gente de poca fé, pueblo rebelde, ¿piensas que no podemos sacar agua de esta roca y hacer que nazca una fuente de agua viva de esta piedra? Entonces Moisés levantando la mano, hirió dos veces la piedra con su vara, y al segundo golpe brotó una fuente abundante que surtió largamente de agua á todo el pueblo y á las bestias.

San Agustin y muchos otros Padres encuentran en estas palabras de Moisés no sé qué perplejidad que les hace creer que Moisés temia que la promesa del Señor no tuviese efecto, y creen que su confianza era vacilante; nó porque dudase del poder absoluto de Dios, sino que dudaba, al parecer, si en esta circunstancia, atendida la murmuracion del pueblo y su espíritu de sedicion, querria Dios darles señales de su bondad y de su poder, y por lo mismo parece prevenirle, echándole en cara su credulidad y su rebelion. Indispuesto y perturbado el espíritu del legislador á vista de la ingratitud del pueblo, dice el Salmista (Psalm. 150.), desconfió de la promesa del Señor y dudó si cumpliria su palabra. Por esto, dicen los Padres, que Dios irritado de su desconfianza no concedió el milagro al primer golpe, y fué necesario herir dos veces la roca. esta suspension del efecto fué el castigo de su duda.

Moisés y Aaron cometieron otra falta en esta ocasion: Dios les habia mandado que hablasen simplemente á la roca: «Hablad á la piedra delante de ellos.» Sin duda se lo habia mandado así para que el milagro fuese mas patente á los ojos del pueblo. Moisés siguiendo mas bien su espíritu que el órden de Dios, no habló, solo golpeó la piedra; el Señor enojado tambien por esta inobediencia les castigó severamente por ella. Yo os habia escogido, dice Dios, para que condujeseis mi pueblo á la tierra de promision; pero porque no habeis tenido confianza, porque vuestra fé se ha presentado vacilante á vista de todo el pueblo, al cual por este motivo habeis dado una idea poco ventajosa de mi poder, y con vuestro ejemplo le habeis confirmado en su incredulidad y hecho mas ingrato á la memoria de mis beneficios y de mis maravillas, no introducireis este pueblo en el pais que yo le daré, ni vosotros mismos entrareis en él. Ejemplo formidable que enseña á todos los fieles, pero singularmente á los ministros de Jesucristo, y á todos los que Dios ha encargado de la salvacion de los demás, cuánto importa el ser obedientes á sus órdenes. ¡Cuán temible es que muchos despues de haber conducido á otros por el camino del cielo no entren ellos en él, y sean escluidos para siempre! «Esta es el agua,» llamada «de contradiccion,» en donde los hijos de Israel se amotinaron contra el Señor, y que les fué concedida para apaciguar su sedicion y sus murmuraciones. El Señor no dejó de sacar de esto su gloria, haciendo brillar en ello su poder.

El Evangelio contiene la historia de la conversion de la Samaritana. Celebrada por Jesucristo la primera Pascua en Jerusalen, despues de su predicacion, viendo que los fariseos comenzaban á tener zelos por las maravillas que obraba, y por el gran número de sus discípulos, dejó la Judea por algun tiempo, y tomó el camino de Galilea. Como era preciso que pasase por la provincia de Samaria, llegó á una de las ciudades del pais, llamada Sichar, antiguamente Sichem, cerca de dos leguas distante de la ciudad de Samaria, muy próxima á la tierra que Jacob habia dado en herencia á José, su hijo. A doscientos pasos de la ciudad estaba el célebre pozo de Jacob, que servia de fuente comun. Fatigado el Salvador del camino y del calor se sentó junto á este pozo para descansar, en tanto que sus discípulos habian ido á la ciudad para comprar que comer. Era cerca de la hora de sexta del dia, esto es, al medio dia, cuando una mujer, samaritana de nacimiento y de religion, vino para sacar agua. La aversion que tenian los judíos á los samaritanos, y los samaritanos á los judíos era mutua; divididos en religion como en costumbres, no podian sufrirse, y no tenian comercio alguno entre sí. Los judíos podian sí comprar los víveres de los samaritanos, pero de ningun modo recibirlos graciosamente, porque el don es una señal de amistad que les estaba proscrita. El Salvador que tenia ya formado su designio, la dijo si queria darle de beber. Jesucristo pide á la Samaritana un poco de agua, para producir en ella el deseo de una agua mucho mas escelente, que él solo podía darla. Del mismo modo el Señor nos pide muy poco en los principios para tener motivo de colmarnos de sus mayores dones; y concedién-

dole esto poco, nos ponemos en estado de recibir la plenitud de los dones celestiales que nos prepara. Aquella mujer, que por su vestido y por su lenguaje conoció que era judía, quedó al parecer admirada de su peticion. ¿Cómo, le respondió, siendo tú judío, me pides á mí de beber? ¿ignoras que no hay comunicacion alguna entre las dos naciones? No lo ignoro, repuso el Hijo de Dios, tú eres la que ignoras quién es el que te habla. Si tú conocieses al que te pide del agua de este pozo, le habrias tú ya rogado que te diese de otra agua viva de que él mismo es la fuente. Esta respuesta la sorprendió. ¿Qué es lo que quereis decir, Señor, replicó ella; qué agua viva es esa que me prometeis, y en dónde está la fuente? esta es escelente, y no hay otra tan buena en todos estos contornos; ¿sereis acaso mas poderoso que Jacob, nuestro padre, de quien somos nosotros los herederos? él es el que hizo abrir este pozo para él, para sus hijos y para sus rebaños, y nosotros sabemos que él apreciaba esta agua, y que no bebia de otra. Los samaritanos eran como estraños á la raza de Israel, como que era un pueblo reunido de diversos paises que Salmanasar trasportó á la provincia. Se lisonjeaban, sin embargo, de que descendian de Jacob; pero los judíos los miraban como gentiles, porque habian juntado las supersticiones paganas con las ceremonias judaicas. Viendo Jesus que estaba dispuesta á escucharle, comenzó con su dulzura ordinaria á instruirla. Cualquiera que bebiere del agua de este pozo, respondió el Salvador, no apagará su sed sino temporalmente; pero los que bebieren del agua que yo les diere, no tendrán nunca sed, y esta agua llegará á ser en ellos una fuente de agua viva que saltará hasta la vida eterna. De este modo el Salvador, siempre admirable en la conversion de los pecadores, se acomoda al espíritu y hasta á las mismas ideas groseras de aquella mujer. Espera junto al pozo adonde sabia bien que vendria á sacar agua; no la pide de beber sino para trabar conversacion con ella; se sirve de lo que ella le dice para desenvolverla poco á poco los mas grandes misterios, y la obliga insensiblemente á que le pida la esplicacion de ellos inspirándola el deseo de saberlos.

Señor, responde la Samaritana, yo confieso que el agua de que me hablais vale mas sin comparacion que todas las nuestras; dadme, de ella, y así quedaré libre para siempre de la incomodidad de la sed y de la fatiga de venir á sacar agua á este pozo con tanto trabajo. El Salvador queria que ella desease la gracia que tenia ánimo de concederla, y que ella misma la pidiese. Dios jamás nos convierte contra nuestra voluntad. La verdadera voluntad de convertirse es siempre una disposicion necesaria para una conversion eficaz. Jesus deseaba conceder á la Samaritana la fuente de agua viva que la ofrecia; pero queria disponerla para que se hiciese digna de ella por la confesion y el dolor de sus pecados, y por el conocimiento del Mesías. Estoy pronto á concederte lo que me pides, le dijo el Salvador; pero vé, y haz venir á tu marido, á fin de que participe de la gracia que yo quiero hacerte. No tengo marido, respondió la mujer. Muy bien has dicho, repuso el Salvador, porque el hombre con quien vives al presente, no es tu marido, lo mismo que los otros cinco con quienes has vivido, como si hubieses estado legítimamente casada con ellos. De este modo lo esplica san Crisóstomo.

Quedó cortada con estas palabras la Samaritana; pero la vergüenza de ver descubiertos sus desórdenes, y de sufrir la represion de ellos, la hizo echar diestramente á un lado el discurso. Señor, dijo ella, conozco que sois profeta, y por lo mismo ninguno como vos puede ilustrarme sobre una cuestion que hace muchísimo tiempo tiene divididos en la creencia á los judíos y á los samaritanos. Es cierto que nuestros padres han adorado siempre á Dios en el templo, que está edificado aquí sobre la montaña de Garizim, sobre la cual se dice que Abraham quiso sacrificar á su hijo, y en la que Jacob erigió un altar á la vuelta de su viaje de Mesopotamia; y vosotros los judíos decís que no se le debe adorar sino en el templo de Jerusalen; ¿quién se engaña? El Salvador, que conocia bien que aquella mujer con sus cuestiones fuera de propósito, no trataba mas que de alucinarle (pintura fiel de una alma pecadora á quien la gracia persigue, y que trata de sustraerse á la gracia) no se incomoda. Respondió aun con dulzura y con una condescendencia amable á sus preguntas artificiosas; pero respondió instruyéndola, sin perder de vista su fin, que era la conversion y la salud de aquella pecadora. Créeme, la dijo, ha llegado el tiempo en que las prácticas supersticiosas de vuestra falsa religion y las ceremonias judaicas, aunque santas, deben cesar, para dar lugar al solo culto verdadero. El error va á dejar el lugar á la verdad, y las sombras á la luz. Las observancias esteriores del judaismo van á convertirse en un culto interior y espiritual, que no estará ceñido ni al lugar ni á los templos. Se podrá adorar á Dios en todas partes, con tal que en todas partes se le adore en espíritu y en verdad; esto es, que no se haga consistir todo el culto que se rinde á Dios, y todo el espíritu de la religion en puras ceremonias esteriores: ellas son santas, son aun necesarias; pero el mérito del culto se toma del espíritu y del corazon con que se rinde: y este culto no está ceñido á un lugar, ni envuelto en figuras, debe ser puro, afectuoso, desinteresado, religioso, sincero, y como Dios es espíritu, pide un culto verdadero y espiritual.

Mientras que el Salvador desenvolvia tan grandes misterios á la Samaritana, su gracia adelantaba mucho en su corazon el milagro de su conversion; ella estaba encantada y aun conmovida del discurso del Salvador; pero rehusaba todavía rendirse á las urgentes solicitaciones de la gracia, y no sabiendo qué responder, apela al Mesías el cual enseñará á qué es á lo que se debe deferir, y dirá lo que se debe hacer. Viéndola entonces el Salvador con tan santa disposicion: Hé aquí, pues, el Mesías que esperas, la dijo, yo que hablo contigo, soy ese mismo.

Apenas acabó de decir esto llegaron sus discípulos. Quedaron sorprendidos viéndole conversar con una mujer; sin embargo no se atrevieron á preguntarle el motivo de esta conversacion. No obstante, no bien el Hijo de Dios hubo dicho con claridad á la Samaritana quien era, cuando difundiendo la fé su luz en su entendimiento, y triunfando la gracia de su corazon, dejó allí su cántaro, fué corriendo á la ciudad, y empezó á gritar por todas las calles: Venid á ver un hombre, que me ha adivinado toda mi vida; este el Cristo, este es el Mesías que esperamos, él mismo es; lo que me ha dicho me hace conocer que es él; tanto dijo que entró en gana á muchos de ir á ver aquel hombre estraordinario. Entretanto los discípulos que sabian que su Maestro estaba fatigado y estenuado, le roga-

ban que comiese; mas él les respondió, que tenia un alimento que era mucho mas de su gusto, y le sostenia mas que el que ellos le presentaban; cuya respuesta hizo decir á sus discípulos: ¿Le habrá traido alguno que comer? ¿Quereis saber, les añadió entonces, cuál es este alimento con que yo me sustento? es hacer la voluntad de aquel que me ha enviado, y cumplir su grande obra que es la salvacion de los hombres; yo quiero que vosotros trabajeis conmigo en ella; hay una gran cosecha en la que he resuelto ocuparos, y en que hay mucho que hacer. Tal vez me direis que quedan todavía cuatro meses hasta el tiempo de la cosecha, y yo os digo que está ya muy próxima. No teneis mas que considerar todos los pueblos de la tierra, he aquí el campo que os está destinado; vosotros los vereis tan prontos para la cosecha espiritual de que yo os hablo, como están las campiñas para la cosecha ordinaria, cuando los trigos están amarillos y del todo maduros. En esta especie de cosecha todos los que trabajan tienen su recompensa; el que siembra como el que recoge, cada uno tiene de qué congratularse. Yo os envio á hacer la recoleccion á unas tierras que vosotros no habeis labrado ni sembrado. Los que han precedido, quiero decir, los patriarcas, los profetas, los doctores que Dios ha dado á su pueblo para instruirles, le han dispuesto para que se aproveche de vuestros trabajos.

Mientras que el Salvador instruia así á sus discípulos, los habitantes de Sichar, á quienes la Samaritana les habia anunciado, y de quien les habia contado tantas maravillas, vinieron á verle en tropas: su aire, su modestia, su dulzura, sus palabras, todo les confirmó en lo que aquella mujer les habia dicho. Habiéndole rogado, y habiendo conseguido que se detuviese dos dias en su ciudad, apenas le oyeron cuando toda la ciudad creyó en él. No es ya, decian á la Samaritana, lo que tú has dicho lo que nos obliga á creer que él es el Mesías; lo que nosotros mismos hemos oido de su propia boca, no nos permite ya dudar que el es el Salvador del mundo, que los judíos y nosotros esperamos.

No es estraño, dice san Agustin, que la Samaritana no haya comprendido cuál era el agua de que Jesucristo hablaba, puesto que los mismos discípulos no comprenden cuál era el alimento de que les hablaba á ellos; pero ¿no es todavía mas sorprendente que el Salvador mire el cuidado de trabajar en nuestra salvacion como la mas urgente necesidad de su vida, y que nosotros miremos este mismo cuidado de nuestra propia salvacion como un negocio que apenas nos interesa? Si la Samaritana no hubiese creido, no hubiera anunciado á Jesucristo á sus conciudadanos, y estos no hubiesen atraido el Salvador á su ciudad. Así por un secreto impenetrable de los juicios de Dios la salvacion de una ciudad, de un reino entero depende algunas veces de la salvacion de uno solo. Si aquella mujer mundana, si aquel libertino se convertiesen á Dios, moverian tal vez con sus ejemplos á muchísimos otros que perecerán con ellos. Pero ¡qué docilidad en un pueblo medio infiel, al paso que el verdadero pueblo de Dios tiene tan poca! El samaritano cree en Jesucristo con solo escuchar sus discursos, y el judío no cree en él, aun viéndole obrar los mayores milagros. Dos dias solos predicó en Sichar, y se convierten los samaritanos: predica, y obra las maravillas mas asombrosas por espacio de tres años en la Judea, y los judíos le quitan la vida. Así tambien se ve algunas veces que el cristiano vacila en la fé, que pierde la fé en medio de los mayores auxilios espirituales, y á pesar de las luces mas vivas, mientras que el bárbaro, dócil á la voz de un hombre apostólico, cree y vive conforme á la fé.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Jejunia nostra, quæsumus, Domine, benigno favore prosequere: ut sicut ab alimentis abstinemus in corpore, ita a vitiis jejunemus in mente. Per Dominum...

Os suplicamos, Señor, que recibais favorablemente nuestros ayunos, á fin de que así como nuestros cuerpos observan abstinencia de los manjares, nuestras almas tambien se abstengan de los vicios. Por nuestro Señor, etc.

La Epístola es tomada del libro de los Números, cap. 20.

In diebus illis: Convenerunt filii Israel adversum Moyses et Aaron: et versi in seditionem, dixerunt: Date nobis aquam, ut bibamus. Ingressusque Moyses et Aaron dimissa multitudine, tabernaculum fœderis corruerunt proni in terram, clamaverntque ad Dominum, atque dixerunt: Domine Deus, audi clamorem hujus populi, et aperi eis thesaurum tuum fontem aquæ vivæ, ut satiati, cesset murmuratio eorum. Et apparuit gloria Domini super eos. Locutusque est Dominus ad Moysen, dicens: Tolle virgam, et congrega populum, tu et Aaron frater tuus, et loquimini ad petram coram eis, et illa dabit aquas. Cumque eduxeris aquam de petra, bibet omnis multitudo, et jumenta ejus. Tulit igitur Moyses virgam, quæ erat in conspectu Domini, sicut præceperat ei, congregata multitudine ante petram: dixitque eis: Audite, rebelles et incredúli: num de petra hac vobis aquam poterimus ejicere? Cumque elevasset Moyses manum, percutiens virga bis silicem, egressa sunt aquæ larguissima, ita ut populus biberet et jumenta. Dixitque Dominus ad Moysen et Aaron: Quia non credidistis mihi, ut sanctificaretis me coram filiis Israel, non introducetis hos populos in terram, quam dabo eis. Hæc est aqua contradictio-

En aquellos dias se reunieron los hijos de Israel contra Moisés y Aaron, y habiendo formado una sedicion dijeron: Dadnos agua para que bebamos. Habiendo despedido la multitud, Moisés y Aaron entraron en el tabernáculo de la alianza, se postraron pegado el rostro con la tierra, y clamaron al Señor, diciéndole: Señor Dios, oid el clamor de este pueblo, abridles vuestros tesoros, y dadles una fuente de agua viva, para que saciados cese su murmuracion. Entonces apareció la gloria del Señor sobre ellos; y el Señor habló á Moisés, y le dijo: Toma la vara y congrega al pueblo, tú y Aaron tu hermano; y habla á la roca delante de ellos, y ella dará aguas. Cuando hubieren salido las aguas de la roca, beberá todo el pueblo y sus bestias. Tomó, pues, Moisés la vara que estaba delante del Señor, conforme se lo habia mandado, y congregada la multitud delante de la roca les dijo: Oid, rebeldes é incrédulos, ¿podremos hacer que salgan aguas de esta piedra? Entonces levantando Moisés la mano, y habiendo herido dos veces la roca con la vara, salieron aguas en abundancia, de suerte que todo el pueblo bebió y todas las bestias. Entonces el Señor dijo á

nis, ubi jurgati sunt filii Israel contra Dominum, et sanctificatus est in eis.

Moisés y Aaron: Porque no me habeis creído como debiais hacerlo para santificarme en presencia de los hijos de Israel, no sereis vosotros los que introducireis este pueblo en la tierra que yo le daré. Esta es el agua de contradiccion, en donde murmuraron los hijos de Israel contra el Señor, y él fué santificado en medio de ellos.

El libro de donde está sacada esta Epístola es el cuarto del Pentateuco. Los griegos y los latinos le han intitulado los Números, porque los tres primeros capítulos contienen el empadronamiento del pueblo y de los Levitas. »

REFLEXIONES.

«Porque no habeis creido como debiais hacerlo para santificarme en presencia de los hijos de Israel, no sereis vosotros los que introducireis este pueblo en la tierra que yo le daré.» ¿Qué crímen han cometido Moisés y Aaron para ser tan severamente castigados? Dios habia dicho á Moisés: Habla á la roca, y te dará agua. Moisés creyó que bastaba herirla con la vara, con la cual habia hecho ya tantas maravillas, y que este modo de sacar agua de una piedra era mas conveniente que el hablarla. Dios nada tiene que ver con nuestros razonamientos; quiere una obediencia simple y ciega: no consulta ni proporcion ni conveniencia cuando quiere hacer un milagro; su voluntad omnipotente no tiene necesidad de socorros. Él dijo: Hágase la luz; y fué hecha. La pura nada ha sido el único fondo de donde ha sacado todas las cosas; y tan poco le cuesta sacar el agua de una roca, diciendo una palabra, como golpeándola con una vara. Pero ¡qué caro le costó á Moisés esta lijera desobediencia! Un favorito de Dios tan distinguido, tan amado, á quien Dios habia dotado con el don de milagros tan estupendos, con quien Dios conversaba tan familiarmente, á quien habia elegido para legislador de su pueblo, de quien Dios se habia servido para sacar este mismo pueblo de la servidumbre de Egipto, y para conducirle á la tierra deliciosa que le habia prometido; este hombre estraordinario, este gran siervo de Dios, este obrador de maravillas, ¿no introducirá á este pueblo en el país prometido, él mismo no entrará en él en castigo de su ligera desobediencia? ¡Buen Dios! ¡cuántas faltas ligeras llevan por consecuencias males muy graves! Saul contra el órden de Dios reserva algunas ovejas para ofrecerlas despues en sacrificio, y él es desechado por el Señor, y aun pierde el reino. Una lijera complacencia del rey Ezequías en mostrar á los estranjeros sus tesoros, se los hizo perder. Si en lugar de tres veces hubiere herido cinco ó seis veces Joas la tierra, hubiera esterminado la Siria enteramente. ¡Qué castigo se sigue á unas omisiones y á unas faltas, al parecer tan lijeras! Siervos de Dios, ministros del Señor, almas prevenidas de bendiciones, personas religiosas, vosotros descuidais ciertos deberes pequeños, ciertos preceptos lijeros; vosotros mirais como minuciosidades ciertos puntos de la ley, cuya omision no llegará á constituir un pecado grave; vosotros conceptuais un escrúpulo la puntualidad en obedecer á Dios en las cosas menores; vosotros esperimentareis algun dia la consecuencia funesta de vuestra poca fidelidad. Y ¡quiera Dios que la esclusion de la tierra prometida del legislador y conductor del pueblo de Israel, no sea una figura de la reprobacion de muchas almas prevenidas con muchas gracias cuasi desde la cuna, colmadas en lo sucesivo de muchísimos dones, privilegiadas para los empleos, y escogidas para convertir á los demás! Moisés golpea la piedra y sale el agua. Por imperfecto que uno sea, Dios no deja de servirse de nuestro ministerio para hacer maravillas. Un director flojo, poco regular, y que no practica él mismo lo que ordena á los que dirige, no deja de conducir á la perfeccion aquellos que Dios ha puesto su cuidado. Un predicador poco devoto puede mover hasta hacer derramar lágrimas; golpea, saca agua de una roca, aun cuando él se mueva tal vez muy poco de las grandes verdades que predica. Un padre de familia, un maestro puede corregir el vicio en los que están sujetos á él, aunque él sea un malísimo modelo; de este modo saca Dios su gloria de la misma nada; pero no se hallan ya de estos hombres autorizados para convertir á los demás á quienes Dios diga: «Porque no me habeis santificado en su presencia, no sereis vosotros los que introducireis este pueblo en la tierra que yo le daré.»

El Evangelio de este dia está tomado del cap. 4 de san Juan.

In illo tempore: Venit Jesus in civitatem Samariæ, quæ dicitur Sichar: juxta prædium, quod dedit Jacob Joseph filio suo. Erat autem ibi fons Jacob. Jesus ergo fatigatus ex itinere sedebat sic supra fontem. Hora erat quasi sexta. Venit mulier de Samaria haurire aquam. Dicit ei Jesus: Da mihi bibere. (Discipuli enim ejus abierant in civitatem, ut cibos emerent.) Dicit ergo ei mulier illa Samaritana: Quomodo tu, Judæus cum sis, bibere a me poscis, quæ sum mulier Samaritana? non enim contuntur Judæi Samaritanis. Respondit Jesus et dixit ei: Si scires donum Dei, et quis est, qui dicit tibi, Da mihi bibere, tu forsitan petisses ab eo, et dedisset tibi aquam vivam. Dicit ei mulier: Domine, neque in quo haurias habes, et puteus altus est: unde ergo habes aquam vivam? Numquid tu major es patre nostro Jacob, qui dedit nobis puteum, et ipse ex eo bibit, et filii ejus, et pecora ejus? Respondit Jesus, et dixit ei: Omnis, qui bibit ex aqua hac, sitiet iterum: qui autem biberit ex aqua, quam

En aquel tiempo llegó Jesus á una ciudad de Samaria, que se llama Sichar, cerca de la heredad que dió Jacob á su hijo José. Estaba allí la fuente de Jacob. Jesus fatigado del camino estaba sentado á la orilla de la fuente. Era cerca de la hora de sexta. Vino pues allí una mujer de Samaria á sacar agua, y Jesus la dijo: Dáme de beber (porque sus discípulos habian ido á la ciudad á comprar que comer). Díjole, pues la mujer samaritana: ¿Cómo siendo tú judío me pides de beber á mí que soy samaritana? porque los judíos no tienen comunicacion con los samaritanos. Respondióla Jesus, diciéndola: Si tú conocieses el don de Dios, y quién es el que te dice: Dáme de beber, puede ser que tú se lo hubieses pedido á él, y te hubiera dado una fuente de agua viva. Señor, le dijo la mujer, no teneis con que sacarla, y el pozo es alto: ¿dónde, pues, teneis esta agua viva? ¿por ventura sois mayor que nuestro padre Jacob, que nos dió este pozo, del cual

ego dabo ei, non sitiet in æternum; sed aqua, quam ego dabo ei, fiet in eo fons aquæ salientis in vitam æternam. Dicit ad eum mulier: Domine, da mihi hanc aquam ut non sitiam, neque veniam huc haurire. Dicit ei Jesus: Vade, voca virum tuum, et vine huc. Respondit mulier, et dixit: Non habeo virum. Dicit ei Jesus: Bene dixisti, quia non habeo virum: quinque enim viros habuisti, et nunc, quem habes, non est tuus vir: hoc vere dixisti. Dicit ei mulier: Domine, video quia propheta es tu. Patres nostri in monte hoc adoraverunt, et vos dicitis quia Jerosolymis est locus, ubi adorare oportet. Dicit ei Jesus: Mulier, crede mihi, quia venit hora, quando neque in monte hoc, neque in Jerosolymis adorabitis Patrem. Vos adoratis quod nescitis: nos adoramus quod scimus, quia salus ex Judæis est. Sed venit hora, et nunc est, quando veri adoratores adorabunt Patrem in spiritu et veritate. Nam et Pater tales quærit, qui adorent eum. Spiritus est Deus: et eos, qui adorant eum, in spiritu et veritate oportet adorare. Dicit ei mulier: Scio quia Messias venit (qui dicitur Christus). Cum ergo venerit, ille nobis annuntiabit omnia. Dicit ei Jesus: Ego sum, qui loquor tecum. Et continuo venerunt discipuli ejus, et mirabantur quia cum muliere loquebatur. Nemo tamen dixit: Quid quæris, aut quid loqueris cum ea? Reliquit ergo hydriam suam mulier, et abiit in civitatem, et dicit illis hominibus: Venite, et videte hominem, qui dixit mihi omnia quæcumque feci: numquid ipse est Christus? Exierunt ergo de civitate, et veniebant ad eum. Interea rogabant eum discipuli, dicentes: Rabbi, manduca. Ille autem dicit eis: Ego cibum habeo manducare, quem vos nescitis. Dicebant ergo discipuli ad invicem: Numquid aliquis attulit ei manducare? Dicit eis Jesus: Meus cibus est, ut faciam voluntatem ejus, qui misit me, ut perficiam opus ejus. Nonne vos dicitis, quod adhuc quatuor menses sunt, et messis venit? Ecce dico vobis: Levate oculos vestros, et videte regiones quia albæ sunt jam ad messem. Et qui metit, mercedem accipit, et congregat fructum in vitam æternam: ut et qui seminat simul gaudeat, et qui metit. In hoc enim est verbum verum: quia alius est qui seminat, et alius est qui metit. Ego misi vos metere, quod vos non laborastis: alii laboraverunt, et vos in labores eorum introistis. Ex civitate autem illa multi crediderunt in eum Samaritanorum, propter verbum mulieris testimonium perhibentis: Quia dixit mihi omnia quæcumque feci. Cum venissent ergo ad illum Samaritani, rogaverunt eum ut ibi maneret. Et mansit ibi duos dies. Et multo plures crediderunt in eum propter sermonem ejus. Et mulieri dicebant: Quia jam non propter tuam loquelam credimus: ipsi enim audivimus, scimus quia hic est vere Salvator mundi.

bebió él, y sus hijos y sus ganados? Respondióla Jesus, y la dijo: Todo el que bebe de esta agua, tendrá sed otra vez; pero el que bebiere del agua que daré, no volverá jamás á tener sed, sino que el agua que yo le daré, llegará á formar en él un manantial de agua que saltará hasta la vida eterna. Díjole la mujer: Señor, dadme de esta agua para que ya no tenga mas sed, ni tenga que venir aquí á sacarla. Vé, la dijo Jesus, y llama á tu marido, y vuelve aquí. No tengo marido, respondió la mujer. Has dicho bien, la dijo Jesus, que no tienes marido; cinco hombres has tenido, y ahora el que tienes no es tu marido. En esto has dicho verdad. Díjole la mujer: Señor, á lo que veo, vos sois profeta. Nuestros padres han adorado sobre esta montaña, y vosotros decís que el lugar donde debe adorarse es Jerusalen. Créeme, mujer, la dijo Jesus, que ha llegado la hora en que ni en esta montaña ni en Jerusalen adorareis al Padre. Vosotros adorais lo que no conoceis, nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salud viene de los judíos. Pero llegará el tiempo, y es este en que estamos ya, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Porque tales son los adoradores que el Padre busca. Dios es espíritu, y los que le adoren es preciso que le adoren en espíritu y en verdad. Respondióle la mujer: Yo sé que el Mesías (que significa el Cristo) está á punto de venir: cuando hubiere, pues, venido, nos instruirá en todas estas cosas. Díjola Jesus: Pues yo lo soy que hablo contigo. En aquel momento llegaron sus discípulos y se admiraron de que hablase con una mujer; pero ninguno le dijo qué es lo que le preguntabais, ó de qué hablabais con ella. Entonces la mujer, dejando su cántaro, se fué á la ciudad, y dijo á sus habitantes: Venid á ver á un hombre que me ha revelado todas las cosas que he hecho. ¿Será por ventura este el Cristo? Salieron, pues, de la ciudad, y fuéron á verle. En tanto le rogaban sus discípulos, diciéndole: Comed, Maestro; mas él les dijo: Tengo yo un alimento que comer que vosotros no conoceis; y los discípulos decian entre sí: ¿Le habrá traido alguno que comer? Díjoles Jesus: Mi alimento es hacer la voluntad de aquél que me ha enviado para consumar su obra. ¿No decís vosotros que aun faltan cuatro meses para la cosecha? Pues hé aquí que yo os digo: Levantad vuestros ojos, y ved las campiñas, las cuales están ya blancas, y en disposicion de segarse. Y el que siega recibe su recompensa, y recoge fruto para la vida eterna: á fin de que el que siembra se regocije tambien, como el que coge. Porque en esta ocasion es verdadero el proverbio que dice: uno es el que siembra y otro el que coge. Yo os he enviado á coger lo que vosotros no habeis labrado; otros han trabajado, y vosotros os habeis aprovechado de su trabajo. Muchos samaritanos de la ciudad creyeron en él por el testimonio que la mujer daba cuando decia: Él me ha revelado todas las cosas que he hecho. Habiendo, pues, venido á verle los samaritanos, le rogaron que se quedase allí, y se estuvo dos dias. Y muchos mas creyeron en él por los discursos que le oian; y decian á la mujer: No creemos ya en él por lo que tú nos has dicho; porque nosotros mismos le hemos oido, y no podemos dudar que este es verdaderamente el Salvador del mundo.

MEDITACION.

De la gracia.

Punto primero.—Considera que la gracia, es aquella agua viva que salta hasta la vida eterna; la única que puede apagar nuestra sed en esta. ¡Dichoso el que conoce su mérito y su precio! ¡Feliz el que sabe hacer buen uso de ella! La gracia es el don de Dios por escelencia; ella sobrepuja infinitamente á todos los dones de la naturaleza; sin ella nada podemos, y con ella lo podemos todo. Esta gracia es la que nos ilustra, nos atrae, nos persuade, nos convierte. Este es el don perfecto que nos viene de lo alto, y que desciende del Padre de las luces, que es don sobre todos los demás, don de los dones, que solo Jesucristo ha podido merecernos, y que recibimos de la misericordia infinita de Dios; don de Dios, que muy pocos conocen: por este don somos todo lo que somos, como dice el apóstol, si somos acaso alguna cosa delante de Dios. Esta gracia es el precio de la sangre de un Hombre-Dios. ¡Comprendamos, si es posible, lo que vale esta gracia! y sin embargo, ¡cosa estraña! este mismo don, por una ignorancia grosera, no le conocemos, y por una ingratitud todavía mas criminal, no hacemos diligencias para conocerlo. De aquí es, que con tanta frecuencia le recibimos en vano, y que léjos de servirnos de él para glorificar á Dios, y para santificarnos á nosotros mismos, abusamos de él hasta pervertirnos á nosotros mismos, y despreciar á Dios. Por esto nos dice Jesucristo como á la Samaritana: ¡Si conoceis el don de Dios! ¡O si conociésemos este don tan escelente, tan precioso, tan saludable! ¿lo despreciariamos hasta el punto que lo hacemos? Por mas precioso, por mas inestimable que sea este don, Dios lo da, Dios lo derrama con una liberalidad asombrosa. Dios no solo nos hace partícipes de este tesoro á los piés de los altares, en los dias de fiesta ó en el ejercicio de las buenas obras; en medio del mundo mismo, en medio de nuestros estravíos, hasta este pais lejano, va la gracia á buscar al hijo pródigo, para volverle á traer á su padre. Aun cuando la gracia sea de un gran precio, Dios la derrama con abundancia, y no la niega á nadie. Parece increible, pero es sin embargo verdad; no solamente nos hacemos indignos de este precioso don por nuestras infidelidades, sino que le rehusamos tenazmente cuando Dios nos lo da. Nos endurecemos contra sus mas fuertes impresiones, sufocamos sus piadosos movimientos, cerramos voluntariamente los ojos á su luz. Traigamos á la memoria aquel número prodigioso de gracias que hemos recibido, y cuyo efecto hemos estorbado. ¡Cuántas inspiraciones santas, cuántos buenos deseos, cuántos pensamientos saludables! A la vista de aquella muerte imprevista, á la noticia de aquel accidente pesado, leyendo aquel libro de piedad; en aquel sermon, en aquella enfermedad; todas estas santas inspiraciones, todos estos piadosos movimientos interiores que hemos tenido, pero que no hemos escuchado, que no hemos seguido, son otras tantas gracias que hemos perdido. ¡Qué pérdida, buen Dios! ¿y quién es el que se resiente de ella?

Punto segundo.—Considera qué desgracia hubiera sido para la Samaritana y para todos los de la ciudad que creyeron en Jesucristo, si no hubiese ido á buscar agua á la hora en que el Salvador habia concebido el designio de ilustrarla, convertirla é instruirla; ó si habiendo ido, no hubiese querido escuchar á el que no la hablaba, sino para convertirla. Si habiéndole escuchado, le hubiese dejado bruscamente sin haber querido rendirse á las solicitaciones interiores de la gracia. Qué desgracia para tantos grandes santos, si no se hubiesen rendido dóciles á la voz interior que les llamaba, los unos á la soledad, los otros al claustro; estos á romper aquel comercio, aquellos á vencer tal pasion; todos á trabajar sin dilacion en el negocio de su salvacion: ¿Que hubiera sido de estos héroes cristianos, de estos grandes modelos? Recordemos de nuevo aquellos favores singulares de que Dios nos ha colmado, y que nosotros hemos mirado con tanta indiferencia. ¡Qué de santas lecturas, hechas al parecer por casualidad, y sin embargo tan á propósito! ¡qué de encuentros felices, imprevistos á la verdad, pero muy proporcionados al designio que Dios tenia de convertirnos! ¡qué de pequeños milagros, por decirlo así, hechos en nuestro favor! una inspiracion que uno ha tenido, una reflexion que ha hecho, una palabra que ha oido, han sido muchas veces la causa de una conversion perfecta. Si hemos tenido la felicidad de haber sido consagrados al servicio de Dios, examinemos todo lo que ha pasado en nuestra vocacion; consideremos todas las circunstancias de ella, y admiremos con qué bondad, con qué sabiduría ha manejado Dios todas las cosas para nuestra salud. Convino mucho que nos hallásemos en tal tiempo con tales personas, y en tal ocasion; que los placeres del mundo no hayan tenido ningun atractivo para nosotros en el tiempo en que naturalmente debian hallarse en ellos mas embelesos; que no nos hayamos dejado deslumbrar con cien oropeles que llaman la atencion de tantos jóvenes; que el amor mismo de los parientes no hayan sido un lazo bastante fuerte para retenernos; que el torrente del mal ejemplo no nos haya arrastrado; que la austeridad de una vida que nada tenia que no fuese chocante, no haya sido capaz de desanimarnos; que hayamos tenido bastante generosidad para sobrepujar los mayores obstáculos; todo esto son otros tantos efectos milagrosos de la gracia. ¡O Dios mio, qué importante es el ser dócil á la gracia y estar prontos para seguir vuestras inspiraciones! ¡á cuántos llamais que no oyen vuestra voz! ¡cuántas gentes son poco exactas en obedeceros y seguiros! El tumulto aturde, el mal ejemplo seduce, la vida blanda enerva. Los pretestos especiosos de los negocios, de las dificultades, de la edad, del estado, de la cualidad, hacen diferir la conversion, y esta dilacion, hace que se desvanezcan los mejores deseos. ¡Oh, y cuánto importa el estar atentos para escuchar la voz del cielo! Pero ¿de qué sirve oirla, si no somos dóciles á ella?

Haced, Señor, que yo comprenda tan bien el precio y el mérito de este don inestimable de la gracia, que no pierda jamás ninguna por mi indocilidad.

Jaculatorias.—Señor, dadme de esta agua viva que salta hasta la vida eterna. (Joan. 4.)

Sí, Dios mio, yo reconozco que por vuestra gracia soy lo que soy, y espero de vuestra misericordia que podré decir que no se me ha dado en vano. (1. Cor. 15.)

PROPÓSITOS.

1 Haceos cargo en este dia de cuánto precio es la gracia; puede decirse que la menor no tiene precio; estimadla como es debido; pedidla todos los dias al Señor con fervor; recibidla con reconocimiento, y no temais nada tanto como el dejar de ser fieles á las que recibís. Aunque las

santas inspiraciones sean siempre saludables, no hagais nada estraordinario, por perfecto que os parezca, sin el consejo de vuestro director. Dios pide siempre esta sabia dependencia. Nada hay mas dañoso á nuestra perfeccion, y á la verdadera piedad, que el propio espíritu tan susceptible de ilusion.

2 Aunque nuestras infidelidades nos priven de muchas gracias, y por mas que seamos infieles á la gracia, tenemos siempre la de rogar y pedir nuevas gracias, que nos indemnicen en parte de las que habemos perdido por nuestra culpa. Haced diariamente la oracion siguiente: «Concedednos, Señor, que vuestra gracia nos prevenga, que siempre nos acompañe y que nos haga pasar nuestros dias en un continuo ejercicio de piedad y de buenas obras. Por nuestro Señor, etc.» Pocos hay que piensen en pedir á Dios perdon de haber resistido tantas veces á la gracia, y de haber sufrido por esto una pérdida irreparable. Estad pesarosos de ello, tened un vivo dolor y una contricion sincera, y pedid á Dios que os perdone tantas infidelidades y tantas omisiones.

SÁBADO TERCERO DE CUARESMA.

Llámase este dia el sábado de la mujer adúltera, porque el Evangelio contiene esta historia, y porque la Epístola refiere la de la casta Susana, acusada de adulterio por dos infames viejos, cuya calumnia descubrió el jóven Daniel.

El introito de la misa tiene una relacion perfecta con estas dos historias; está tomado del salmo 5, el cual le compuso David cuando se hallaba vivamente perseguido por Saul y por sus cortesanos, y en el que pide el profeta á Dios justicia de los enemigos que le calumnian.

Señor, prestad vuestros oidos á mis palabras; atended á los clamores que dirijo á vos; inclinaos á mi oracion, vos que sois mi Rey y mi Dios: siempre recurriré á vos en mis necesidades, y vos estaréis tambien pronto á escucharme. El título de este salmo dice: «salmo de David para el fin, en favor de la que obtiene la heredad.» Es decir, segun la esplicacion de los santos Padres, por la heredera de las promesas de Jesucristo, que es la Iglesia, la cual debe suceder á la sinagoga y durar hasta el fin de los tiempos. Puede tambien considerarse este salmo como una oracion escelente para la mañana y un modelo de los sentimientos piadosos que debe tener una alma que vive en medio de un mundo corrompido, contra cuyos lazos y calumnias se debe pedir á Dios socorro continuamente, pero sobre todo al principio del dia.

La epístola está tomada del capítulo 13 del profeta Daniel, y contiene la negra calumnia de dos infames viejos, que no habiendo podido seducir á una jóven de rara belleza y de una virtud todavía mas rara resolvieron acusarla y perderla.

Susana era hija de Helcias, de una familia honesta y distinguida en la Judea. Habia sido educada en el temor de Dios por un padre y una madre cuya probidad era universalmente reconocida. Perfectamente instruida en la ley de Moisés, de la cual eran religiosos observadores, cumplia todas sus obligaciones y pasaba por la doncella mas cumplida de la Judea. La casaron todavía muy jóven con un hombre muy rico, llamado Joaquin. Habiéndose hecho dueño de Jerusalen, Nabucodonosor, fueron llevados cautivos á Babilonia Joaquin y Susana con el jóven Daniel, y los demás judíos de consideracion. Nabucodonosor no les despojó de sus bienes y aun les permitió que hiciesen adquisiciones en Babilonia, dejándoles vivir segun sus leyes y sus costumbres. Joaquin que era uno de los mas visibles entre los judíos cautivos, hizo desde luego un domicilio considerable en la ciudad. Tenia un jardin delicioso cerca de su casa, los judíos le visitaban con frecuencia, y les habia permitido que tuviesen en su casa el lugar de su consejo público y de sus asambleas.

Habia poco tiempo que los judíos habian formado su comunidad y su policía en el pais de su cautividad, cuando permitió Dios que la castidad de Susana, que era tenida por la mas hermosa de las mujeres, y que tenia todavía mas virtud que hermosura, fuese espuesta á una de las pruebas mas duras. Habian sido nombrados jueces aquel año dos viejos de quienes el Señor habia querido hablar cuando dijo: «Que la iniquidad habia salido de Babilonia por unos viejos que eran jueces, y que al parecer conducian al pueblo. Estos viejos iban de ordinario á la casa de Joaquin, donde iban á buscarles todos los que tenian asuntos que presentar en juicio. Hácia el medio dia, cuando ya el pueblo se habia ido, Susana tenia costumbre de ir á pasearse al jardin de su marido. Los dos viejos que la veian entrar en él todos los dias, quedaron heridos por el brillo de su belleza, y concibieron una ardiente pasion por ella, la cual llegó á ser tan violenta que les turbó su razon, sufocó en ellos el temor de Dios, y les entregó á los deseos mas criminales y á los últimos escesos de una pasion infame. Los dos estaban igualmente heridos del amor de Susana, sin atreverse á manifestárselo, y sin embargo los dos meditaban el medio y el tiempo para encontrarla sola. Un dia, habiéndose paseado algun tiempo, dijo el uno al otro con el designio de que se separase: Vámonos á casa, porque ya es hora de comer; mas no bien se hubieron separado para irse cada uno á su casa, cuando se volvieron atrás, y no dejaron de sorprenderse encontrándose los dos en la puerta. Entonces se confesaron el uno al otro el amor criminal de que estaban poseidos, y tomaron entre sí medidas para satisfacer su pasion brutal inmediatamente que pudiesen hallarla sola.

Bien pronto se presentó una ocasion tal como ellos la deseaban. Susana no faltó al jardin segun su costumbre, acompañada solamente de dos criadas que la servian. Como hacia calor en aquel dia, creyendo que estaba sola determinó bañarse, y mandó á sus criadas que la trajesen el aceite y los perfumes, y se saliesen cerrándose la puerta. Apenas ellas salieron del jardin, cuando los dos infames viejos que estaban ocultos, corrieron adonde estaba Susana, la cual quedó estraordinariamente sorprendida. Ellos la descubrieron su pasion, y la solicitaron fuertemente para que se rindiese á sus infames deseos. No habiendo podido hacerla consentir, la amenazaron que la perderian. Susana lanzó un suspiro profundo, y entre lamentos y gemidos esclamó: Por todas partes no veo mas que peligros y precipicios, porque si condesciendo á vuestros deseos, doy la muerte á mi alma por el pecado, y si no condesciendo, no pudiendo escapar de vuestras manos, estoy segura de que seré apedreada por adúltera. Pero al fin, mas vale morir inocente, que vivir criminal; mejor es que yo caiga en vuestras manos sin haber pecado, que pecar en presencia de un Dios á quien sirvo y á quien amo. Dicho esto, dió un gran grito, y los viejos despechados gritaron

mas fuerte que ella. Una de ellos fué corriendo á la puerta del jardin, y abriéndola llamó gente que sirviese de testigo. Los criados de la casa, oyendo gritar en el jardin, corrieron allá; pero quedaron absortos cuando oyeron decir desvergonzadamente á los dos viejos, que acababan de sorprender á su señora en adulterio con un jóven, que habiéndoles apercibido se habia escapado. Pasmó tanto mas esta aventura á los domésticos, cuanto que miraban á su señora como un modelo de virtud, cuya conducta habia sido hasta entonces irreprensible.

Muy pronto se supo en toda la familia lo que acababa de suceder. El marido, el padre, la madre y todos los parientes quedaron sin sentido, y Susana no se justificó sino por las lágrimas. Los acusadores eran dos magistrados respetables por su edad, por su reputacion de probidad y por su cargo. El adulterio era entre los judíos un crímen capital, castigado siempre con la muerte, sin que fuese permitido interceder por el culpable. Como los dos jueces se presentaban como denunciadores y como testigos, inmediatamente se instruyó el proceso, y se pronunció el decreto de muerte contra Susana. Habiéndose juntado al otro dia el pueblo en casa de Joaquin fuéron tambien allá los dos viejos: desde luego declararon ante la asamblea, con las formalidades ordinarias de justicia segun la ley, que tenian que hacer una delacion contra Susana. Hágase venir á Susana. El modo de proceder en justicia que entonces estaba en uso, era este: se citaba al culpable, se oian los testigos, se pronunciaba la sentencia y se ejecutaba sin dilacion, y todo esto en una mañana. La casta Susana, acompañada de su padre, de su madre, de sus hijos y toda su parentela, ménos su marido, que por ser causa de adulterio no se presentó. Traia el rostro cubierto con un velo como culpable, y cubierta de confusion á causa del crimen de que era acusada. Los dos malvados que á un tiempo eran sus acusadores y sus jueces mandaron que se le quitase el velo para satisfacer de este modo su infame pasion, dice la Escritura, mirando á placer una mujer tan hermosa. Como Susana tenia una delicadeza de tez estraordinaria y una belleza que llamaba la atencion, no bien hubo fijado en ella la vista toda la asamblea, cuando conmovida tanto de su modestia como de su hermosura, todos se deshicieron en lágrimas. Entonces los dos infames viejos dejando la persona de jueces para tomar la de acusadores y testigos, la pusieron sus manos sobre la cabeza. Se usaba de esta formalidad entre los judíos, cuando se acusaba á alguno, sobre todo en caso de muerte: los testigos poniendo sus manos sobre la cabeza del culpable decian: la malicia es la que te ha atraido este castigo, y nó nosotros; significando por esto que se descargaban sobre su cabeza de toda la pena de su muerte; en este mismo sentido se ponia la mano ántes del sacrificio sobre la cabeza de la víctima, trasportando en alguna manera sobre ella la iniquidad y la pena que se confesaba haber merecido por su pecado; y con el mismo espíritu todavía en la ley nueva estiende el sacerdote sus manos sobre el pan y el vino, bajo cuyas apariencias se inmola Jesucristo por nosotros á su Padre en el divino sacrificio, como víctima cargada con nuestras iniquidades.

Teniendo, pues, los dos viejos las manos sobre la cabeza de Susana, tomando á Dios por testigo de la verdad de lo que decian, refirieron públicamente lo que aseguraban haber pasado en el jardin en su presencia. Toda la asamblea les creyó, y sobre la fé de esta deposicion la casta Susana fué condenada á ser apedreada en el momento. Apenas oyó la sentencia, levantando los ojos al cielo, esclamó: ¡O Dios eterno! que penetrais hasta lo mas oculto y á quien nada se le esconde: vos sabeis que se ha dicho un falso testimonio contra mí, y sin embargo yo muero, por mas que estoy inocente. No se la permitió ya decir mas, y fué necesario marchar para irse al lugar de la ejecucion, pero el Señor oyó su oracion, y cuando la conducian al suplicio, suscitó Dios el espíritu de un jóven llamado Daniel, que apenas tenia doce años, queriendo Dios confundir por el juicio de un niño la malicia y la inveterada iniquidad de aquellos falsos jueces. Este jóven que se hallaba en medio de la multitud, esclamó en alta voz: Soy inocente de la sangre de esta mujer. Todo el pueblo se volvió á él, para saber lo que queria decir esplicándose de este modo. Él se adelantó, y estando todos en silencio, ¿tan insensatos sois, ó hijos de Israel, les dijo, que así con tanta precipitacion, y sin haber examinado la verdad, habeis condenado á esta mujer inocente? volved para juzgarla de nuevo, porque se ha dicho un falso testimonio contra ella. El pueblo admirado de una resolucion semejante en un niño volvió inmediatamente, y á Susana se la condujo de nuevo á la audiencia. Los ancianos que entraban siempre en el consejo, y que hacian las funciones de jueces, admirados del jóven Daniel, cuya sabiduría conocian ya, y del que tampoco ignoraban el esplendor de su nacimiento, pues era de la sangre de su rey, le hicieron venir con ellos, y que se sentase en medio de los jueces. Cuando estuvo todo el pueblo reunido, le dijeron, que pues el espíritu de Dios le iluminaba, le rogaban que les hiciese partícipes de sus luces sobre la causa de Susana. Entonces Daniel sentado en medio de los jueces pidió que se separasen los dos acusadores. Despues habiendo hecho llamar al uno de ellos, le dijo como hombre inspirado: Viejo malvado, tú acabas de poner el colmo á tus crímenes. Juez inícuo, que hasta aquí has oprimido á tantos inocentes, y corrompido por el dinero has declarado inocente al culpable; si es verdad que has sorprendido á esta mujer en culpa, dime: ¿bajo de qué árbol la has encontrado con su mancebo? Bajo de un lentisco, respondió el viejo. Has mentido abiertamente, repuso Daniel; pero tu impudencia va á caer sobre tí. Habiendo hecho retirar á este, mandó que se le trajese el otro. Luego que compareció: Raza de Canaan y no de Judá, le dijo Daniel, la belleza de esta mujer es la que te ha seducido, y tu pasion brutal la que ha pervertido tu corazon y te ha hecho olvidar que eras juez: no es este tu primer crímen, pero será el último. Tú no has hallado en esta verdadera hija de Judá la misma facilidad que encontrabas en las jóvenes de Israel, á quienes has pervertido. Puesto que con tanto desahogo aseguras que la has encontrado con un jóven, dinos: ¿bajo de qué árbol les has sorprendido? Bajo de una carrasca, respondió éste. ¡Qué embustero que eres! dijo Daniel. ¿Con tanta desvergüenza calumniais á los inocentes? Id, vosotros sufriréis muy pronto la pena de vuestra mentira. Viendo todo el pueblo tan claramente confundidos los dos viejos por su contradiccion, prorumpió á voz en grito, bendiciendo cien veces al Señor, porque se habia servido de un niño para confundir la iniquidad de los viejos, y hacer triunfar la inocencia de la casta Susana. No hubo necesidad de otras formalidades. Los dos viejos malvados fueron

al momento llevados al suplicio y apedreados, segun que lo ordenaba la ley de Moisés, establecida contra los calumniadores y los testigos falsos, los cuales eran condenados á la misma pena que merecia el crímen de que falsamente acusaban á los otros. Helcías y su mujer fuéron á dar gracias á Dios por su hija, con Joaquin su marido y sus parientes, porque al fin habia sido reconocida su inocencia.

Susana y José, el patriarca, son los dos ejemplares mas grandes de la castidad para el uno y el otro sexo, que ha señalado la Escritura en el antiguo Testamento. Susana es tambien en particular el modelo de la fé conyugal que las mujeres deben á sus maridos. Esto es sin duda lo que la Iglesia ha querido proponernos, principalmente en el culto que ha permitido que se le rinda. Su fiesta está señalada para el 26 de enero; y se celebra, sobre todo en Tolosa, bajo el título de santa Susana de Babilonia.

El Evangelio de este dia refiere la bondad infinita que el Salvador tiene con los pecadores, en la conversion de la mujer adúltera.

Habia venido el Salvador á Jerusalen cerca de seis meses ántes de su muerte, para asistir á la fiesta de los tabernáculos. Los milagros que obró y las instrucciones que dió hicieron gran ruido; movióse con este motivo entre los judíos una gran division; los unos decian que era un profeta, y aun el Cristo; otros prevenidos por los fariseos le miraban como un seductor, y hasta intentaron prenderle. Nicodemus, que se hallaba en aquella asamblea, paró el golpe, y el Salvador deseando que cesase esta especie de emocion popular escitada con pretesto suyo, salió de Jerusalen, y se fué á su retiro ordinario sobre la montaña de los olivos, á un cuarto de legua de la ciudad. Al otro dia al amanecer volvió al templo, é inmediatamente corrió el pueblo en busca suya. Los escribas y los fariseos que no trataban mas que de disminuir la veneracion que el pueblo le tenia, creyeron haber encontrado una ocasion para desacreditarle, y atraerle el odio del pueblo: trajéronle una mujer que habia sido sorprendida en adulterio, y habiéndola colocado delante de él, en medio de la asamblea: Maestro, dijeron aquellos hipócritas al Salvador, acaba de ser sorprendida esta mujer en adulterio: Moisés nos manda apedrear todas las mujeres convencidas de este crímen; vos que nada ignorais, y que aun corregís y esplicais las leyes, decidnos cuál es sobre esto vuestro parecer, y qué es lo que debemos hacer? Hé aquí cabalmente el carácter de la hipocresía; gritar contra los desórdenes de los demás; instar por su castigo; querer reformar todo, sin trabajar nunca en su propia reforma. Los fariseos creyeron embarazar al Salvador, porque si decia que era necesario perdonar á aquella mujer, habia derecho para hacerle un crímen porque destruia la ley; y si la condenaba se atraia la indignacion del pueblo. ¿Pero, qué es lo que puede toda la sabiduría humana contra la sabiduría divina? Era este un lazo que le tendian, seguros de que su respuesta les proporcionaria alguna materia para calumniarle; pero aquellos taimados se las habian con un hombre-Dios, que penetrando el fondo de los corazones, sabia bien el medio de confundirlos. Jesus se bajó, y como si no escuchase su acusacion, se aplicó á escribir con el dedo sobre la tierra. San Ambrosio parece se inclina á creer que escribia alguna sentencia de la Escritura, capaz de cubrir de confusion á sus acusadores. San Gerónimo y muchos intérpretes creen que lo que el Salvador escribia insinuaba á los delatores los pecados de que ellos mismos eran culpables. Mas al fin, persistiendo ellos en pedirle una respuesta, se levantó, se volvió á ellos, y cerró á todos la boca con estas palabras: Aquel de vosotros que está sin pecado, tire la primera piedra contra ella. No quiere decir Jesucristo que sea necesario estar uno mismo exento de pecado para castigar legítimamente el crímen de otro; lo que pretende únicamente por esta admirable respuesta, es poner á los fariseos en la necesidad ó de declararse inocentes y fuera de toda nota, contra el testimonio de su conciencia, ó de usar con aquella mujer de la misma clemencia de que trataban de hacer un crímen al Salvador. Tal vez eran ellos mismos culpables del propio crímen cuyo castigo pedian, y que el Hijo de Dios á quien estaba patente el fondo de su conciencia, les echaba tácitamente en cara con lo que escribia sobre la tierra. En efecto, se bajó otra vez para continuar escribiendo lo que habia comenzado; pero aquellos capciosos acusadores no pudieron sostener mas tiempo su presencia, se retiraron uno detrás de otro sin decir palabra, los primeros los mas ancianos como los mas abochornados, y en un momento desaparecieron todos, temiendo sin duda que Jesucristo revelase su torpeza, y les hiciese ver que eran ellos mas criminales que la mujer á quien acusaban. Levantándose entonces el Salvador: Mujer, la dijo con aquel aire de dulzura que le acompañaba en todas partes, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te ha condenado? Ninguno, Señor, respondió ella. Ni yo tampoco te condenaré, repuso el Salvador; vete, y no peques mas en adelante.

¡Qué admirable es esta conducta del Salvador; pero qué encantadora y llena de instrucciones! Él habia dicho que no habia venido á condenar, sino á convertir y salvar á los pecadores. Conociendo, pues, la disposicion del corazon de aquella pecadora, su arrepentimiento, su contricion, se contenta con mandarla que no peque mas. Si aquella mujer no hubiese detestado su pecado, y si no hubiese estado perfectamente convertida, es verosímil que viendo que sus acusadores se habian retirado, no hubiera permanecido ella delante de su juez; nadie la retenia, y la confusion que tenia hubiera debido hacerla huir. Pero no hay gana de dejar á Jesucristo cuando uno está verdaderamente convertido. ¡Cuánto confunde la dulzura de este divino Salvador con una pecadora, el zelo duro y amargo de los fariseos con respecto á los pecadores! Todos los santos, á ejemplo de Jesucristo, han tenido un zelo ardiente por la salud de las almas; pero un zelo dulce, pacífico, compasivo; no escusaban el pecado, pero estaban llenos de compasion y ternura para con el pecador. ¿De dónde nace que los que ciertamente no son santos, tienen por lo comun una severidad siempre desmedida? No parece sino que pretenden tranquilizar los remordimientos de su propia conciencia, imponiendo á los otros las penitencias que conocen bien que deberian hacer ellos mismos. Se debe, sí, destruir el pecado, pero salvar al pecador.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Præsta, quæsumus, omnipotens Deus: ut qui se afflictione proprii peccatoris agnoscit, per indulgentiam tuæ pietatis relevetur.

Haced, os rogamos, ó Dios omnipotente, que aquel

gendo carnem ab alimentis abstinent, sectando justitiam a culpa jejunent. Per Dominum nostrum...

llos que se abstienen de las viandas para mortificar sus cuerpos, se abstengan tambien de los pecados haciendo buenas obras. Por nuestro Señor, etc.

La Epistola es tomada del profeta Daniel, cap. 13.

In diebus illis: Erat vir habitans in Babylone, et nomen ejus Joakim: et accepit uxorem nomine Susannam, filiam Helciæ, pulchram nimis, et timentem Deum: parentes enim illius, cum essent justi, erudierunt filiam suam secundum legem Moysi. Erat autem Joakim dives valde, et erat ei pomarium vicinum domui suæ, et ad ipsum confluebant Judæi, eo quod esset honorabilior omnium. Et constituti sunt de populo duo senes judices in illo anno: de quibus locutus est Dominus. Quia egressa est iniquitas de Babylone a senioribus judicibus, qui videbantur regere populum. Isti frequentabant domum Joakim, et venichant ad eos omnes qui habebant judicia. Cum autem populus revertisset per meridiem, ingrediebatur Susanna, et ambulabat in pomario viri sui. Et videbant eam senes quotidie ingredientem, et deambulantem: et exarserunt in concupiscentiam ejus: et everterunt sensum suum, et declinaverunt oculos suos ut non viderent cœlum, neque recordarentur judiciorum justorum. Factum est autem, cum observarent diem aptum, ingressa est aliquando sicut heri et nudiustertius, cum duabus solis puellis, voluitque lavari in pomario: æstus quippe erat: et non erat ibi quisquam, præter duos senes absconditos, et contemplantes eam. Dixit ergo puellis: Afferte mihi oleum, et smigmata, et ostia pomarii claudite, ut laver. Cum autem egressæ essent puellæ, surrexerunt duo senes, et accurrerunt ad eam, et dixerunt: Ecce ostia pomarii clausa sunt, et nemo nos videt, et nos in concupiscentia tui sumus: quam ob rem assentire nobis, et commiscere nobiscum. Quod si nolueris, dicemus contra te testimonium, quod fuerit tecum juvenis, et ob hanc causam amiseris puellas a te. Ingemuit Susanna, et ait: Angustiæ sunt mihi undique: si enim hoc egero, mors mihi est: si autem non egero, non effugiam manus vestras. Sed melius est mihi absque opere incidere in manus vestras, quam peccare in conspectu Domini. Et exclamavit voce magna Susanna: exclamaverunt autem et senes adversus eam. Et cucurrit unus ad ostia pomarii, et aperuit. Cum ergo audissent clamorem famuli domus in pomario, irruerunt per posticum ut viderent quidnam esset. Postquam autem senes locuti sunt erubuerunt servi vehementer: quia numquam dictus fuerat sermo hujuscemodi de Susanna. Et facta est dies crastina. Cumque venisset populus ad Joakim virum ejus, venerunt et duo seniores pleni iniqua cogitatione adversus Susannam, ut interficerent eam. Et dixerunt coram populo: Mittite ad Susannam filiam Helciæ uxorem Joakim. Et statim miserunt. Et venit cum parentibus, et filiis, et universis cognatis suis. Flebant igitur sui, et omnes qui noverant eam. Consurgentes autem duo seniores in medio populi, posuerunt manus suas super caput ejus. Quæ flens suspexit ad cœlum: erat enim cor ejus fiduciam habens in Domino. Et dixerunt seniores: Cum deambularemus in pomario soli, ingressa est hæc cum duabus puellis: et clausit ostia pomarii, et dimisit a se puellas. Venitque ad eam adolescens, qui erat absconditus, et concubuit cum ea. Porro nos cum essemus in angulo pomarii, videntes iniquitatem, cucurrimus ad eos, et vidimus eos pariter commisceri. Et illum quidem non quivimus comprehende-

En aquellos dias habitaba en Babilonia un hombre llamado Joaquin. Casó con una mujer llamada Susana, hija de Helcías, estraordinariamente hermosa y temerosa de Dios; porque como sus padres eran justos, habian educado á su hija segun la ley de Moisés. Era Joaquin muy rico, y tenia un jardin lleno de frutales, contiguo á su casa. Los judíos se reunian en su casa porque era el mas visible de todos. Habian sido elegidos por jueces del pueblo en aquel año dos viejos, de los que habló el Señor cuando dijo: Ha salido la iniquidad de Babilonia por los viejos que eran jueces, los cuales parecia que conducian al pueblo. Estos viejos frecuentaban la casa de Joaquin, y allí venian á buscarlos todos los que tenian algun litigio. Hácia el mediodía, luego que se habia ido el pueblo, entraba Susana, y se paseaba en el jardin de su marido. Veíanla todos los dias los viejos que entraba y se paseaba, y concibieron una ardiente pasion por ella; su razon se pervirtió, y apartaron sus ojos para no ver el cielo, ni tuvieron presentes los justos juicios de Dios. Como ellos observaban cuidadosamente el tiempo para poder encontrar sola á Susana, sucedió un dia que ella entró en el jardin como los dias precedentes sin mas compañía que dos criadas, y que determinó bañarse en el jardin; era tiempo de gran calor. Nadie habia entonces mas que los dos viejos que estaban ocultos acechándola. Dijo, pues, Susana á sus dos criadas: Traedme el aceite y los perfumes, y cerrad las puertas del jardin, porque voy á bañarme. Apenas habian salido las dos criadas, salieron los dos viejos, se fuéron corriendo adonde estaba, y la dijeron: Las puertas del jardin están cerradas, nadie nos ve, y nosotros ardemos apasionados por tí; por tanto condesciende con nosotros y rindete á nuestros deseos. Porque si no quieres, nosotros levantaremos un falso testimonio contra tí, y diremos que hallamos un jóven contigo, y que por esto habiais despedido las criadas. Susana entonces arrojó un profundo suspiró y dijo: Me hallo estrechada por todas partes; porque si hago lo que quereis, caigo en la muerte, y si no lo hago, no puedo huir de vuestras manos; pero es mejor para mi caer en vuestras manos sin haber pecado, que pecar en presencia del Señor; y Susana empezó á clamar á grandes voces; los viejos tambien gritaban contra ella; y uno de ellos corrió á la puerta del jardin y abrió. Habiendo oido los criados de la casa las voces que sonaban en el jardin, fuéron corriendo por el postigo á ver lo que era. Luego que hablaron los viejos, quedaron asombrados los criados, porque jamás se habia dicho cosa semejante de Susana. Llegado el dia siguiente, habiendo venido el pueblo á casa de Joaquin, su marido, vinieron los dos viejos con la perversa resolucion que habian formado contra Susana de hacerla perder la vida. Dijeron, pues, en presencia del pueblo: Haced venir á Susana, hija de Helcías, mujer de Joaquin; é inmediatamente la hicieron venir, y vino allí acompañada de sus padres, de sus hijos, y de toda su familia. Todos sus parientes y todos los que la conocian, se deshacian en lágrimas.

re, quia fortior nobis erat, et apertis ostiis, exilivit: hunc autem cum apprehendissemus, interrogavimus, quisnam esset adolescens, et noluit indicare nobis: hujus rei testes sumus. Credidit eis multitudo quasi senibus et judicibus populi, et condemnaverunt eam ad mortem. Exclamavit autem voce magna Susanna, et dixit: Deus æterne, qui absconditorum escognitor, qui nosti omnia antequam fiant, tu scis quoniam falsum testimonium tulerunt contra me: et ecce morior, cum nihil horum fecerim, quæ isti malitiose composuerunt adversum me. Exaudivit autem Dominus vocem ejus. Cumque duceretur ad mortem, suscitavit Dominus spiritum sanctum pueri junioris, cujus nomen Daniel: et exclamavit voce magna: Mundus ego sum a sanguine hujus. Et conversus omnis populus ad eum, dixit: Quis est iste sermo, quem tu locutus es? Qui cum staret in medio eorum, ait: Sic fatui filii Israel, non judicantes, neque quod verum est cognoscentes, condemnastis filiam Israel? Revertimini ad judicium, quia falsum testimonium locuti sunt adversus eam. Reversus est ergo populus cum festinatione. Et dixit ad eos Daniel: Separate illos ab invicem procul, et judicabo eos. Cum ergo divisi essent alter ab altero, vocavit unum de eis, et dixit ad eum: Inveterate dierum malorum, nunc venerunt peccata tua, quæ operabaris prius, judicans judicia injusta, innocentes opprimens, et dimittens noxios, dicente Domino: Innocentem et justum non interficies. Nunc ergo si vidisti eam, dic sub qua arbore videris eos colloquentes sibi. Qui ait: Sub schino. Dixit autem Daniel: Recte mentitus es in caput tuum. Ecce enim Angelus Dei, accepta sententia ab eo, scindet te medium. Et, amoto eo, jussit venire alium, et dixit ei: Semen Chanaan, et non Juda, species decepit te, et concupiscentia subvertit cor tuum: sic faciebatis filiabus Israel, et illæ timentes loquebantur vobis; sed filia Juda non sustinuit iniquitatem vestram. Nunc ergo dic mihi, sub qua arbore comprehenderis eos loquentes sibi? Qui ait: Sub prino. Dixit autem et Daniel: Recte mentitus es et tu in caput tuum: manet enim Angelus Domini, gladium habens, ut secet te medium, et interficiat vos. Exclamavit itaque omnis cœtus voce magna, et benedixerunt Deum, qui salvat sperantes in se. Et consurrexerunt adversus duos seniores (convicerat enim eos Daniel ex ore suo falsum dixisse testimonium) feceruntque eis sicut male egerant adversus proximum: et interfecerunt eos, et salvatus est sanguis innoxius in die illa.

Levantándose los dos viejos en medio del pueblo, pusieron sus manos sobre la cabeza de Susana, la cual, llorando, levantó sus ojos al cielo, porque su corazon estaba lleno de confianza en el Señor. Entonces dijeron los viejos: Cuando nos paseábamos solos en el jardin, entró esta mujer sola con dos criadas, y habiendo hecho cerrar las puertas del jardin las despidió, y un jóven que estaba oculto, vino adonde estaba, y cohabitó con ella. Nosotros que estábamos entonces en un ángulo del jardin, viendo una accion tan inicua, nos fuimos corriendo á ellos, y les sorprendimos en el crímen. No pudimos prender al jóven, porque tenia mas fuerza que nosotros, y habiendo abierto la puerta, se marchó; mas habiendo cogido á esta, la preguntamos quién era aquel jóven, y ella no nos lo ha querido decir; de todo lo cual somos nosotros testigos. Todo el pueblo les creyó, como que eran ya ancianos y jueces del pueblo, y condenaron á muerte á Susana. Entonces Susana, dando un gran grito esclamó, y dijo: Dios eterno, tú que penetras lo que hay mas escondido, y conoces todas las cosas aun ántes que sucedan; tú sabes que han levantado un falso testimonio contra mí; y sin embargo yo muero sin haber cometido nada de lo que maliciosamente han fraguado contra mí. Oyó el eñor sus plegarias, y cuando se la conducia á la muerte, suscitó el espíritu santo de un niño llamado Daniel, el cual á grandes voces esclamó: Yo soy inocente de la sangre de esta mujer. Todo el pueblo se volvió á él, y le dijo: ¿Qué quiere decir lo que acabas de pronunciar? Estando en pié Daniel en medio de ellos, les dijo: ¿Insensatos hijos de Israel, así sin examinar la verdad, ni conocerla, habeis juzgado y condenado á esta hija de Israel? Volved á juzgarla de nuevo, porque se ha dicho un falso testimonio contra ella. El pueblo volvió inmediatamente, y Daniel les dijo: Separad léjos al uno del otro, y yo les preguntaré. Habiéndolos, pues, separado, llamó á uno de ellos y le dijo: Viejo cargado de iniquidades, los pecados que has cometido en otro tiempo van á caer sobre tí, tú que hacias juicios injustos, que oprimias á los inocentes, que absolvias los culpables, no obstante que haya dicho el Señor: No harás morir al inocente y al justo. Ahora, pues, si has sorprendido á esta mujer, dime: ¿bajo de qué árbol les viste hablando entre sí? Y él le respondió: Bajo de un lentisco. Díjole Daniel: Justamente va á caer tu mentira sobre tu cabeza; porque hé aquí el ángel del Señor, que será el ejecutor del decreto que el Señor ha pronunciado contra tí. Separado aquél, mandó venir al otro, y le dijo: Raza de Canaan y no de Judá, la hermosura te ha seducido, y la pasion te ha pervertido el corazon; así os conduciais con las jóvenes de Israel, y ellas temiéndoos se entregaban á vosotros; pero esta hija de Judá no ha podido sufrir vuestra malicia; ahora, pues, dime: ¿bajo de qué árbol les habeis sorprendido cuando se hablaban? Y él le respondió: Bajo de una carrasca. Díjole Daniel: Justamente va tambien á caer tu mentira sobre tu cabeza; porque el ángel del Señor está pronto, y tiene la espada para hendiros por medio y haceros morir. Inmediatamente toda la asamblea prorumpió en grandes voces, bendiciendo á Dios que salva á los que esperan en él; y se sublevaron contra los dos viejos (les habia

convencido Daniel por su propia boca de que habian producido un falso testimonio), y les hicieron sufrir la misma pena que habian intentado contra su prójimo quitándoles la vida: y la sangre inocente quedó salva en aquel dia.

Daniel es el cuarto entre los profetas mayores. Era descendiente de la estirpe de David y de los reyes de Judá. Fué llevado cautivo á Babilonia siendo todavía muy jóven, el cuarto año de Joaquin, rey de Judá, el año de 606 ántes de Jesucristo. Fué educado en la córte de Nabucodonosor, sin perder nada de su religion; murió á la edad de ochenta y ocho años.

REFLEXIONES.

Por lo que se acaba de leer en esta Epístola se ve que la vejez debilita las fuerzas del espíritu y del cuerpo, pero nó las de las pasiones. Se engaña el que crea que el tiempo las consume; por el contrario se hacen mas imperiosas, mas absolutas, y la edad que hace el entendimiento mas maduro, hace las pasiones mas violentas, mas destempladas. La larga posesion les sirve de nuevo título; un hábito inveterado es para ellas una prescripcion. Se envejece en el crímen, cuando uno se ha familiarizado con el pecado, y como la última edad estingue de ordinario la vivacidad del espíritu, y entorpece la razon, de aquí es que las pasiones están siempre ariscas; pierden en ella todo lo que tenian de vivo y de brillante, y solo retienen lo que hay en ellas de mas seco y de mas negro. ¡Cuántos disgustos se ahorrarian, cuántos malos pasos se evitarian, qué vejez tan dulce nos proporcionaríamos, si desde luego nos aplicásemos á domar estos enemigos irreconciliables de nuestro reposo y de nuestra salvacion! Las pasiones en los viejos son como el fuego en la leña seca, que prende fácilmente y al momento se incendia todo; al paso que en una leña verde chicharrea mas, pero se apaga tambien mas pronto. Con la edad se disgusta uno de todo; solo las pasiones son las que están siempre alteradas; la decrepitud enerva el espíritu y los sentidos, sin amortiguar el fuego de las pasiones. Nunca es la avaricia tan ávida, ni está tan alarmada como en un viejo; por mas rico que sea, teme siempre morir de hambre, aunque no tenga mas que dos dias que vivir. Un espíritu suspicaz nunca es mas desconfiado que cuando es viejo, la voluptuosidad jamás domina en un viejo sin que sea con imperio. La fuerza del espíritu y de la razon puede servirles de freno en cualquira otra edad; habiendo debilitado la vejez y como gastado estos dias, deja á esta pasion toda la impetuosidad del torrente: cuanto mas anciana es esta infame pasion mas domina, y la edad que sirve de escusa ó de pretesto, para alejarse de las maceraciones del cuerpo y de la penitencia, nutre y fortifica un enemigo que se ve poco incomodado. La cólera se enciende siempre con facilidad en los viejos, siempre es en ellos acre, incómoda, ruidosa, se achacan los efectos de las pasiones á la flaqueza de la edad; ¿por qué no achacarlos á la mala voluntad, á la indevocion, á la corrupcion de las costumbres, al desarreglo de una vida pasada en la irreligion? Hé aquí lo que hace insolentes las pasiones en la última edad; hé aquí lo que forma y cimenta los malos hábitos, que tiranizan desde que prescriben; y hé aquí lo que demuestra la indispensable necesidad de mortificar y de domar las pasiones desde muy temprano. Por poco que envejezcan se enseñorean; si se las nutre algun tiempo, se llegan á hacer domésticas; y muy pronto de domésticas vienen á parar en tiranas.

El Evangelio de la misa de este dia es tomado de san Juan, capítulo 8.

In illo tempore: Perrexit Jesus in montem Oliveti: et diluculo iterum venit in templum, et omnis populus venit ad eum, et sedens docebat eos. Adducunt autem scribæ et pharisæi mulierem in adulterio deprehensam: et statuerunt eam in medio, et dixerunt ei: Magister, hæc mulier modo deprehensa est in adulterio. In lege autem Moyses mandavit nobis hujusmodi lapidare. Tu ergo quid dicis? Hoc autem dicebant tentantes eum, ut possent accusare eum. Jesus autem inclinans se deorsum, digito scribebat in terra. Cum ergo perseverarent interrogantes eum, erexit se, et dixit eis: Qui sine peccato est vestrum, primus in illam lapidem mittat. Et iterum se inclinans, scribebat in terra. Audientes autem, unus post unum exibant incipientes a senioribus: et remansit solus Jesus, et mulier in medio stans. Erigens autem se Jesus, dixit ei: Mulier, ubi sunt, qui te accusabant? nemo te condemnavit? Quæ dixit: Nemo, Domine. Dixit autem Jesus: Nec ego te condemnabo. Vade, et jam amplius noli peccare.

En aquel tiempo se fué Jesus al monte Olivete, y al amanecer volvió al templo, en donde todo el pueblo vino á él; y habiéndose sentado les enseñaba. Los escribas y fariseos le trajeron una mujer que habia sido sorprendida en adulterio, y la pusieron en medio de la asamblea. Maestro, dijeron á Jesus, acaba de ser sorprendida esta mujer en adulterio. En la ley de Moisés se nos ha mandado que estas mujeres sean apedreadas. ¿Qué es lo que tú dices? Decian esto para sondearle, y con el fin de poderle acusar. Inclinándose Jesus hácia la tierra, escribia en ella con el dedo; y como ellos insistiesen preguntándole, se enderezó y les dijo: El que de vosotros esté sin pecado, sea el primero que la tire la piedra; y encorvándose otra vez seguia escribiendo en la tierra. Mas habiendo oido esto, se marcharon uno despues de otro, los ancianos los primeros, y quedó Jesus solo, y la mujer que estaba de pié en medio. Enderezándose, pues, Jesus, la dijo: ¿Mujer, dónde están los que te acusaban? ¿ninguno te ha condenado? Ninguno, Señor, dijo ella. Díjola entonces Jesus: Ni yo tampoco te condenaré. Véte, y no peques ya mas en adelante.

MEDITACION.

Sobre la dulzura de Jesucristo.

Punto primero.—Considera que la dulzura ha sido siempre uno de los rasgos mas señalados del retrato del Salvador; ella es la que forma perfectamente su carácter. Decid á la hija de Sion: hé aquí vuestro Rey que viene á

vosotros lleno de un espíritu de dulzura. No temais, dice Isaías, que el Salvador se presente nunca airado; su dulzura será inalterable, y no levantará jamás el tono de la voz: no se oirá su voz en las calles; no acabará de romper la caña medio cascada, ni aun apagará del todo la mecha que humea todavía. Será llevado á la muerte como una oveja que es llevada al matadero, y ni aun abrirá la boca para quejarse, dice el mismo profeta. Hablando de sí mismo por boca del profeta Jeremías, dice: Yo soy como un cordero lleno de dulzura. Yo os pido por la dulzura y la humildad de Jesucristo, dice san Pablo, en la segunda Epístola á los corintios. Hé aquí el retrato que hace de él el Espíritu Santo; pero nada nos da una idea mas justa de la dulzura del Salvador, que el Salvador mismo: ¿qué compasion mas tierna que la suya con los desgraciados? ¡qué ternura, qué bondad con todo el mundo! Mas de cinco mil personas le siguen al desierto, sin pensar en su alimento; el Salvador se conmueve á su vista, y no quiere que tantas gentes se vuelvan en ayunas, y las provee, y hace para esto el mas brillante de los milagros. La afliccion de una madre desolada, de dos hermanas afligidas le enternece hasta hacerle derramar lágrimas. Jamás hubo un corazon mas compasivo. Y no creamos que su dulzura solo resplandezca con los buenos; ántes bien brilla singularmente con los pecadores. Contemplemos los retratos que Jesucristo hace de sí mismo, bajo la figura de un buen pastor; ¡con qué dulzura va á buscar la oveja estraviada, con qué bondad la carga sobre sus espaldas para ahorrarla hasta la fatiga del camino! ¡Qué idea no nos da de su dulzura en la figura del padre del hijo pródigo! ¡Con qué regocijo, con qué alegría le recibe! En lugar de aquellos aspectos frios, de aquellas repulsas amargas, todo es convites, regocijos, fiestas. Dos de sus apóstoles animados de un zelo un poco duro quieren que haga descender fuego del cielo, para castigar una ciudad ingrata que no ha querido recibirle, ¡con qué bondad les reprende su zelo demasiado ardiente y acerbo! Una mujer desacreditada por su mala conducta viene á arrojarse á sus piés; el fariseo murmura de la condescendencia, de la indulgencia del Salvador, y el Salvador mismo toma la defensa de la pecadora. En fin, consideremos no mas lo que se ha referido en el Evangelio de este dia con respecto á la mujer adúltera; ella está convencida del crímen de que es acusada; sus acusadores piden su muerte: ¡con qué dulzura trata el Salvador á aquella pecadora contrita! ¿Mujer, dónde están los que te acusaban? ¿ninguno te ha condenado? Ninguno, Señor, responde ella. Ni yo tampoco, repone el Salvador; nó, yo no te condenaré: vête, y no peques mas en adelante. ¿Puede llevarse mas léjos la dulzura? y despues de esto ¿deberán entrar en nuestro zelo la amargura y la dureza?

Punto segundo.—Considera que el ejemplo de Jesucristo es una leccion muy importante, la cual nos enseña que una virtud áspera, enfadosa é incómoda, que un zelo duro y amargo, una caridad acre y poco compasiva son falsas virtudes. El amor propio, el humor, el natural se cubren con frecuencia con la máscara de una virtud puramente superficial, y todos los que hacen profesion de piedad, de caridad, de zelo y son tumultuosos, de mal humor, duros é incómodos, viven en un error muy grosero, si se persuaden tener un verdadero zelo, una verdadera virtud. La primera leccion que nos da el Salvador desde que entramos en su servicio, es que aprendamos de él á ser verdaderamente humildes y tener dulzura. Puede decirse que esta dulzura ha sobresalido en todos los santos; la paciencia y la humildad, frutos necesarios de la santidad, son inseparables de aquella modestia y de aquella dulzura que ha hecho en todos tiempos la virtud tan amable. Carecer de esta dulzura, de esta caridad compasiva, es carecer de virtud. ¡Qué ilusion el creer que es la pura caridad la que nos hace obrar, que es el amor de Dios y del prójimo el que anima nuestro zelo, cuando el tal pretendido zelo estalla en invectivas, en términos destemplados y mordaces, en injurias y calumnias! ¡Qué error el imaginar que es el espíritu de Dios y el motivo de la salud de las almas el que nos anima, cuando se quiere esterminar al pecador! Se debe, á la verdad, aborrecer el pecado, no contemplar el pecado, no lisonjear el pecado; pero es preciso tener entrañas de padre con el pecador. Es un enfermo cuya curacion es lo que se pretende, nó su muerte. No se trata de lisonjear al enfermo; pero la caridad cristiana pide que se usen todos los atemperantes que puedan contribuir á curarle. Es preciso, sí, algunas veces usar de remedios amargos y repugnantes; pero ¿qué artificios no emplea un médico caritativo para endulzarlos? ¡Cuántas gentes ricas al parecer en buenas obras se encontrarán con las manos vacías en la hora de la muerte! El natural, el humor, la pasion misma poco mortificada han sido el gran móvil y el principal resorte de todas esas acciones especiosas, á que se daba el nombre de buenas obras; es indudable, pues, que solo la dulzura cristiana, la dulzura de Jesucristo, es la que caracteriza todas las virtudes.

Concededme, Señor, esta dulzura de que vos nos habeis dado tan bellas lecciones. No basta que nos la enseñeis, es preciso que vuestra gracia nos la dé: esto es lo que yo os pido, y lo que espero con confianza de vuestra bondad.

Jaculatorias.—¡Cuán grande es la bondad del Dios de Israel, con los que le sirven con un corazon recto! (Psalm. 72.)

Haced, Señor, por vuestra gracia que la dulzura y la paz reinen en mi corazon. (Psalm. 121.)

PROPÓSITOS.

1 Ninguna cosa indica mas una alma inmortificada que la falta de dulzura. Haced un estudio por adquirir esta amable virtud que sustenta y embellece todas las demás. Nada hay que tanto desacredite la devocion, como el mal humor y la dureza de las personas que hacen profesion de piedad. Tened una dulzura inalterable con todo género de personas. ¿Teneis hijos díscolos, domésticos groseros, indóciles, indevotos; vivís con esposo poco cristiano, de humor colérico? acordaos que todo se amansa con la dulzura.

2 Estudiad vuestro natural, vuestro humor, vuestra pasion dominante, y por grandes que sean los obstáculos, llegareis á domarlo todo con el socorro del cielo. No hableis nunca sino con un tono moderado. Evitad todo lo que se resienta de acritud y de cólera. ¿Teneis zelo, trabajais en la salvacion de las almas? Tened dulzura, sin la que trabajareis sin fruto. Un zelo amargo choca; un zelo ardiente con dulzura tarde ó temprano es eficaz. No hay persona que no se indigne contra la cólera, nadie que no

se rinda á la dulzura cristiana, á la cual acompaña la sabiduría que está animada del espíritu de Dios.

DOMINGO CUARTO DE CUARESMA.

Siempre ha tenido en la Iglesia el cuarto domingo de Cuaresma una solemnidad mas distinguida que los tres precedentes. Era uno de los cinco domingos del año que se llamaban principales, porque el oficio estaba inmutablemente anejo á ellos, sin que cediese nunca al de cualquiera fiesta que fuese. La razon de esta solemnidad especial es que en este dia celebra la Iglesia la fiesta del milagro de la multiplicacion de los cinco panes, el cual ha sido siempre mirado como uno de los efectos mas brillantes del poder de Jesucristo, tanto que movió al pueblo á que intentase hacerle rey, y ponerle sobre el trono. Antes de fijarse á este domingo la fiesta de este milagro, se unia con la del primer milagro de Jesucristo, y se celebraba su memoria el dia mismo de la Epifanía, porque se creia por una antigua tradicion que la multiplicacion milagrosa de los cinco panes en el desierto, habia sucedido en este mismo dia.

Además del nombre de «domingo de los cinco panes,» se le llama tambien mas comunmente el domingo Lætare, de la primera palabra del introito de la misa. «Regocíjate, Jerusalen, y todos los que la amais. Reunios para juntar vuestro regocijo con el suyo; dad saltos de alegría los que habeis gemido en el dolor, á fin de que seais colmados de las delicias, y satisfechos con los consuelos que fluyen de su seno.» Estas espresiones de alegría están sacadas del capítulo 66 de Isaías. Despues de haber predicho el profeta de un modo claro y preciso la conversion de los gentiles á la fé de Jesucristo, bajo la figura de los judíos, libres por fin de la cautividad, y restituidos á su pais, convida á todo el pueblo escogido á que haga brillar su alegría en la placentera nueva de la conversion de los gentiles con los que debe formar una sola Iglesia. ¿Quién ha oido jamás una cosa semejante? dice el profeta: ¿y quién ha visto nunca una cosa como esta? ¿Quién hubiera creido, añade, que Sion en tan poco tiempo hubiese podido producir un tan gran pueblo? En efecto, ¿qué cosa hay mas sorprendente, ni mas admirable, que la prodigiosa conversion de los gentiles á la fé de Jesucristo? ¿Quién hubiera podido nunca creer que doce pobres pescadores, gentes groseras, sin letras, sin fuerzas, sin crédito, hayan emprendido el reformar toda la tierra, y persuadir á hombres nacidos en la disolucion, criados en la licencia de las costumbres, entregados al libertinaje de los sentidos, que creyesen los misterios mas impenetrables al entendimiento humano, y los mas inaccesibles á las luces de la razon, y se sometiesen al yugo de una moral la mas austera? ¡Qué maravilla, que una religion semejante en ménos de un siglo se haya estendido á cuasi todas las partes del mundo; y que á pesar de las oposiciones continuas de la carne y del espíritu, sin embargo de las mas horribles persecuciones persevere esta religion, sin la menor alteracion en su moral, ni en su fé, no solo despues de mas de diez y ocho siglos sino hasta el fin de los siglos! Hé aquí lo que el profeta predecia á la hija de Sion, y lo que le hacia decir: «Regocijaos con Jerusalen, y alegraos en ella todos los que le amais; llenos de complacencia gozaos con ella todos los que llorais sobre ella. Para que mameis, y os lleneis de los consuelos que fluyen de sus pechos; para que participeis y abundeis de todo el esplendor de su gloria.» Parece que la Iglesia en el resto del oficio ha querido elegir los pasajes de la Escritura mas á propósito para escitar en sus hijos una alegría espiritual. La misa se compone toda de cánticos de alegría. Me he llenado de gozo al saber que iremos á la casa del Señor; así comienza el salmo 121, el cual contiene los sentimientos de alegría del pueblo judío, cerca ya de salir de la cautividad de Babilonia, enseñándonos el Espíritu Santo por estas figuras cuáles deben ser nuestros sentimientos por el cielo nuestra verdadera patria; preparándonos la Iglesia por estos afectos de alegría para la tristeza de la pasion del Salvador que se comienza á celebrar el domingo siguiente, y al regocijo de la resurreccion, figurada por el fin de la cautividad de Babilonia, igualmente que por la salida de Egipto. La Iglesia con el objeto tambien de inspirar en este dia sentimientos de júbilo á sus hijos adorna con flores sus altares, y se sirve del órgano para la celebridad de la fiesta. Es esta una especie de alivio, dicen los autores mas críticos, que la Iglesia parece quiere procurar á los que han pasado felizmente la mitad de la carrera de los ayunos de Cuaresma. Se ha elegido tambien algunas veces este domingo en Roma para hacer la ceremonia de la coronacion de los emperadores cristianos. El papa Inocencio IV en su sermon sobre este cuarto domingo, dice que el oficio de este dia está todo lleno de efectos de regocijo. Los cardenales dejan este dia el color morado; pero la mas notable de las señales del domingo Lætare es la ceremonia de la rosa de oro, que se hace en Roma en este dia, y que la ha dado tambien el nombre del domingo de la Rosa. Esta ceremonia consiste en la bendicion solemne que el papa hace de esta rosa de oro en la iglesia de Santa Cruz de Jerusalen. Despues de la misa el papa, acompañado de los cardenales con hábitos encarnados, vuelve procesionalmente llevando la rosa de oro en la mano, y la envia en seguida á algun príncipe.

La Epístola de la misa de este dia está tomada de las instrucciones de san Pablo á los fieles de Galacia, en donde opone la libertad de la ley nueva á la servidumbre de la ley antigua, bajo de la figura de los hijos de Abraham, Ismael nacido de Agar é Isaac nacido de Sara. El primero que era hijo de la sierva, nació segun la carne, sin que Dios le hubiese prometido; el otro que era hijo de la mujer libre, nació en virtud de la promesa de Dios. Todo esto, dice el Apóstol, no es mas que una alegoría, que en estas dos mujeres nos representa las dos alianzas, de las cuales la una es la de los esclavos, y la otra la de las personas libres. A la mujer libre, figura de la Iglesia nuestra madre, es á la que se ha dicho por el profeta Isaías; regocíjate, estéril, que no pares; prorumpe en gritos de alegría, tú que has estado tanto tiempo sin llegar á ser madre, porque la que estaba abandonada, tiene mas hijos que la que tiene un marido. Por lo que hace á nosotros, hermanos mios, continúa el Apóstol, somos los hijos de la promesa como Isaac; no somos, pues, los hijos de la mujer esclava, esto es, de la sinagoga, sino de la mujer libre, es decir, de la Iglesia, de la esposa de Jesucristo, y este divino Salvador es el que nos ha adquirido esta libertad con su muerte.

Ismael nada tiene que le distingue. Es á la verdad un hijo de Abraham, que ha nacido segun el órden natural, y de una mujer esclava, la cual fué en seguida arrojada

con su hijo; este fué despues padre de doce hijos de los cuales son descendientes los ismaelitas, los árabes, los sarracenos y los demás pueblos que no han tenido parte en las promesas. Pero Isaac habia sido prometido á Abraham, y Dios le habia dicho que seria su verdadero heredero, en cuyo favor se verificarian las promesas que él le habia hecho. Se ve bien claro que en la historia de estos dos hijos hay una alegoría misteriosa, un sentido místico y figurado. Los mismos judíos han reconocido no solo á Ismael é Isaac, sino tambien en Agar y Sara, la figura de los dos testamentos ó alianzas. Agar, esclava, no ha podido ser madre del heredero, no ha podido dar á luz mas que esclavos. Ella es tambien la figura de la sinagoga, cuyos hijos, es decir, los judíos, han estado sujetos servilmente á la ley y á todas las ceremonias legales; así es que esta ley ha sido dada y como nacida entre el fuego, los truenos y los relámpagos, símbolos naturales del temor. El Apóstol continúa la alegoría hasta el fin, siempre con la mira de persuadir á los gálatas, que la nueva alianza, esto es, la Iglesia de Jesucristo representada por Sara, madre de Isaac, no tiene mas que hijos libres de la servidumbre de la ley, á la cual la sinagoga representada por Agar, madre de Ismael, habia sujetado sus hijos hasta la venida del Mesías.

Sina, continúa el Apostol, es una montaña en la Arabia, que tiene afinidad con la Jerusalen de ahora, la cual está esclava con sus hijos. Todos saben que el monte Sina ó Sinaí está en la Arabia Petrea. Esta montaña lo mismo que Agar, madre de los árabes ó de los ismaelitas, es la figura de los judíos carnales, sometidos servilmente á la ley. La relacion y la amistad entre la Jerusalen terrestre y Agar consiste en que Agar era una esclava, y los judíos representados por la Jerusalen lo son tambien; siendo estos tan esclavos en sus observancias de la ley y en su culto, como Agar é Ismael lo eran con respecto á Abraham. Por lo que hace á la Jerusalen de lo alto es libre, y es nuestra madre. El Apóstol entiende por estas dos Jerusalen, la en que habitaban los judíos á su tiempo; esto es, una ciudad material, terrena, representada por la sierva Agar; y la Jerusalen de lo alto, es decir, la Iglesia de Jesucristo y esposa suya, figurada por Sara, que los profetas nombran la nueva Jerusalen, y que llaman libre, celestial, siempre brillante, siempre adornada como la esposa del Cordero y eterna. Esta Jerusalen venida de lo alto es la esposa de Jesucristo y la madre de todos los fieles. La Iglesia no tiene mas que hijos libres, herederos de las divinas promesas hechas á Abraham en favor de su hijo Isaac. Solo este hijo Abraham es la figura de Jesucristo, que era el hijo segun el espíritu en quien todas las naciones debian ser benditas. Agar, figura de la sinagoga, no ha tenido mas que hijos esclavos, tales son los judíos sujetos servilmente á la ley; puede decirse que sus miras, su culto, su religion misma, todo era material, todo era natural, todo era servil; solo los hijos de la Iglesia son verdaderamente libres; el privilegio de un culto espiritual y sobrenatural, la adoracion en espíritu y en verdad era propia de la nueva alianza, y si esto se ha hallado en los santos y en los justos del antiguo Testamento, es porque por la fé en Jesucristo que habia de venir y por la gracia pertenecian al nuevo. Puede asegurarse que solo en la religion cristiana es en la que Dios es adorado en espíritu y en verdad, en la que es servido por amor, en donde solo se halla el temor filial. Entre los verdaderos hijos de la Iglesia no hay verdadera servidumbre mas que la del pecado.

Tambien está escrito, continúa el Apóstol, regocíjate, tú estéril, que no pares. San Pablo toma estas palabras del profeta Isaías. Este profeta, á cuya vista se habian desenvuelto todos los misterios del Mesías y de la redencion, y que tenia presente el retrato de la Iglesia, la felicita por su dichosa fecundidad, cuya posteridad ha sido mas numerosa, mas estendida, mas permanente cien veces que la de la sinagoga, su primogénita, que se vanagloriaba del número de sus hijos, y que en los principios parecia insultar á la oscuridad y á la esterilidad de la Iglesia. En cuanto á nosotros, hermanos mios, somos hijos de la promesa, figurados por Isaac; no seais, pues, tan cobardes, tan insensatos, que renunciéis á esta gloriosa prerogativa para haceros voluntariamente hijos de Ismael volviéndoos á entrar en la servidumbre de que Jesucristo os ha librado, y sujetándoos por un error imperdonable á las ceremonias legales.

Pero como entonces el que habia nacido segun la carne perseguia al que era segun el espíritu, así tambien sucede ahora. Como Ismael perseguia al jóven Isaac; así en el dia los judíos carnales é incrédulos persiguen á los cristianos. Habiendo sido el Salvador tan maltratado; no era de esperar que los discípulos encontrasen un tratamiento mas favorable. Sin embargo, ¿qué dice la Escritura? añade San Pablo: arrojad la esclava y á su hijo, puesto que no debe tener parte en la herencia. Seguid el sentido literal y alegórico, el Apóstol da bastante á entender á los gálatas que los que les persiguen son los falsos ismaelas, los falsos apóstoles los que les seducen, á los cuales deben arrojar de en medio de ellos. Segun el sentido moral, que todo lo que es enemigo de nuestra salvacion debe proscribirse, en cuyo concepto deben quitarse inmediatamente las ocasiones próximas de pecado; todo lo que puede ser motivo de caida, debe cortarse, debe evitarse, se debe alejar sin reserva; se debe coartar el amor propio y domar las pasiones.

El Evangelio de la misa de este dia, como se ha dicho ya, contiene la historia de la multiplicacion de los cinco panes con que el Salvador alimentó en el desierto cerca de cinco mil hombres.

Acababa Jesucristo de curar milagrosamente al hombre baldado de todos sus miembros, que padecia treinta y ocho años habia cerca de la piscina. Este milagro que habia hecho gran ruido en Jerusalen y en las cercanías, habia dado motivo al Salvador para probar muy á la larga y de un modo demostrativo y sin réplica la autenticidad de su doctrina. Los fariseos, léjos de rendirse á una verdad tan patente, no trataban mas que de apoderarse de él, resueltos á quitarle la vida; pero como no habia llegado aun el tiempo determinado para este gran sacrificio, el Salvador, que sabia todo lo que se tramaba contra él, juzgó oportuno el retirarse. Comenzaba el tercer año de su predicacion. Habiéndose reunido con él sus Apóstoles, á quienes habia enviado á predicar, á la vuelta de su mision se fué con ellos hácia la orilla del mar de Tiberíades, así llamado por la ciudad de este nombre, edificada poco habia sobre este gran lago en honor del emperador Tiberio. Habiéndose embarcado en él, pasó el lago y se retiró al desierto llamado de Bethsaida, porque estaba enfrente de la villa

de este nombre, con el fin de que descansasen allí sus apóstoles de las fatigas de su última mision. Sin embargo no pudo ser la partida tan secreta que no se advirtiese, y sin que muchos que les habian visto embarcarse dejasen de publicarlo. Inmediatamente corrieron allá de todas partes, y no quedó ciudad ni villa en las cercanías de donde no saliese un gran número de habitantes, á quienes el deseo de ver á Jesus, de oirle y de hablarle hacia al parecer olvidar lo largo y la fatiga del camino.

Habia subido el Salvador á una colina, adonde habia hecho sentar á sus discípulos en rededor suyo. Mirando desde allí la gran multitud que venia á él de todas partes, se conmovió á su vista, y para ahorrarle el trabajo de subir, les salió al encuentro en la llanura con un aspecto que daba bien á conocer el tierno afecto que les tenia. Lo primero que hizo fué darles el alimento espiritual, enseñándoles las máximas de la mas alta perfeccion, y echando en sus corazones las primeras semillas del cristianismo, que ordinariamente llamaba el reino de Dios, disponiéndoles así para la gran fiesta de la Pascua que estaba cerca. Estaba ya el dia en su declinacion, y el sol comenzaba á bajar, por esto los Apóstoles le rogaron que despidiese á toda aquella muchedumbre. Acababa de curar todos los enfermos que se habian presentado, y aun habia tiempo para que aquella gente se retirase á las aldeas vecinas para alojarse en ellas y tomar algun alimento, porque la mayor parte estaba todavía en ayunas; pero el Salvador pensaba aun mas que ellos mismos en sus necesidades. Por esto dirigiéndose á uno de los doce llamado Felipe, ¿con qué compraremos pan, le dijo, para dar de comer á toda esta multitud? Decia esto para probarle, dice el Evangelista; porque él sabia bien lo que debia hacer. Felipe le respondió que aun cuando tuviesen doscientos denarios (1) de pan, apenas abria para dar á cada uno un pedazo. Otro de los Apóstoles, Andrés, hermano de Simon, le dijo en órden á esto: Señor, hay aquí un mozo que tiene cinco panes de cebada y dos peces; pero ¿qué vale esto, añadió para tanta gente? En efecto, habia allí cerca de cinco mil hombres sin contar las mujeres y los niños. Pero ¿carece uno jamás de algo, cuando está al cuidado de la divina Providencia? Habiendo hecho sentar aquel pueblo en la pradera, dijo Jesus á sus discípulos: No os dé cuidado de nada. Despues tomando aquellos pocos panes y los peces habiendo levantado los ojos al cielo, y dado gracias á su Padre, porque le habia comunicado el poder de obrar todo género de milagros, los bendijo, y habiendo en seguida partido los panes y dividido los dos peces, se multiplicaron de tal modo los pedazos en sus manos, que los discípulos á quienes él los distribuia, tuvieron para dar abundantemente á todo el pueblo. Todos quedaron satisfechos, y aun sobró despues de la comida con que llenar doce grandes canastas. Los discípulos juntaron estos preciosos restos de órden de Jesucristo; que no queria que se perdiese nada, y que deseaba se conservase cuidadosamente la memoria de tan gran milagro; enseñándonos con esto que todo lo que viene de Dios es precioso, y que la memoria de los favores del cielo es de la mayor consecuencia. En este como en muchos otros pasajes del Evangelio, se ve el cuidado del Salvador para persuadir á sus apóstoles de la verdad de los milagros que obraba, y tambien el de los evangelistas en notar todas las circunstancias de ellos.

Absorto el pueblo y arrebatado de admiracion á vista de una maravilla tan singular, decia en alta voz: Este es el Profeta que se nos ha prometido, y por el que suspiramos tantos siglos hace. ¡Pobres que gemís en la indigencia! buscad á Jesucristo, adheríos á él como este pueblo, poned vuestra confianza en él y él os aliviará; si no juzga que os es conveniente el sacaros de la necesidad, estad seguros que os la hará soportar con aquella especie de alegría que no se conoce bien hasta que se esperimenta. Como este milagro sensible arrebató mas y mas la admiracion de aquel pueblo, formaron entre sí la resolucion de llevarse al Salvador para hacerle rey; pero conociendo su designio, mandó á sus apóstoles que se reembarcasen cuanto ántes y pasasen la mar, y habiendo despedido al pueblo, se retiró solo y se fué á esconder en el desierto de Bethsaida.

Preguntaré ¿en qué consiste que habiendo hecho el Salvador tantos otros milagros, no pensaron los judíos en hacerle rey y reconocerle por el Mesías hasta despues de la milagrosa multiplicacion de los panes? Esto consiste, dice san Crisóstomo, que siendo aquel pueblo todo carnal y acostumbrado á no representarse el Mesías sino bajo la idea de un príncipe temporal; y la felicidad que habia de ser el patrimonio de sus siervos, sino con relacion á los placeres de los sentidos y á los bienes de la tierra, creyeron que el milagro que acababa de hacer, era como una muestra y como el preludio de los grandes bienes de que habia determinado colmarlos; y de lo que podian esperar de un Profeta que tenia tanta bondad y poder cuando tuviese la autoridad soberana. Ellos esperaban un Mesías que debia reinar sobre todo Israel y ponerles en una libertad perfecta; y viéndose reunidos en muchos millares de personas creyeron tal vez, dice san Leon, que Jesucristo estaria pronto á ponerse á su cabeza tan luego como supiese su resolucion, y á poner en práctica los grandes designios de monarquía y de conquista. Esta era la idea de toda la nacion, y los apóstoles mismos permanecieron en estas preocupaciones hasta despues de la bajada del Espíritu Santo; entonces empezaron á comprender que el reino de Jesucristo no era de este mundo. Dios en la eternidad habia resuelto salvar los hombres por la muerte del Mesías; establecer la Iglesia por la paciencia y los trabajos; fundar el edificio espiritual de la santidad sobre la humildad, y sembrar el camino del cielo de cruces y espinas. El esplendor de las grandezas humanas y del trono no convenia al Mesías. ¡Qué dulzura para el cristiano que vive de la fé tener en vos, Señor, un rey que sabrá contentar sus deseos por toda una eternidad!

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Concede quæsumus, omnipotens Deus: ut qui ex merito nostræ actionis affligimur, tuæ gratiæ consolatione respiremus. Per Dominum...

Concedednos, os rogamos, ó Dios omnipotente, que así como justamente somos afligidos por nuestros pecados, respiremos con la

(1) El P. Croisset dice que los doscientos denarios equivalen á veinte escudos de la moneda francesa, que son doscientos cuarenta reales de la nuestra; sin embargo son tan varios los pareceres de los espositores sobre el verdadero valor del denario hebreo, que apenas puede fijarse; mas como por otra parte no es interesanta aquí esta averiguacion, no creemos debernos detener en ello.

dulce consolacion de vuestra gracia. Por nuestro Señor, etc.

La Epistola es sacada de la carta del apóstol san Pablo á los Gálatas, cap. 4.

Fratres, Scriptum est: Quoniam Abraham duos filios habuit: unum de ancilla, et unum de libera. Sed qui de ancilla, secundum carnem natus est: qui autem de libera, per repromissionem: quæ sunt per allegoriam dicta. Hæc enim sunt duo testamenta. Unum quidem in monte Sina in servitutem generans: quæ est Agar: Sina enim mons est in Arabia, qui conjunctus est ei, quæ nunc est Jerusalem, et servit cum filiis suis. Illa autem, quæ sursum est Jerusalem, libera est: quæ est mater nostra. Scriptum est enim: Lætare, sterilis, quæ non paris: erumpe, et clama, quæ non parturis: quia multi filii desertæ, magis quam ejus, quæ habet virum. Nos autem, fratres, secundum Isaac promissionis filii sumus. Sed quomodo tunc is, qui secundum carnem natus fuerat, persequebatur eum, qui secundum spiritum: ita et nunc. Sed quid dicit Scriptura? Ejice ancillam, et filium ejus: non enim heres erit filius ancillæ cum filio liberæ. Itaque, fratres, non sumus ancillæ filii, sed liberæ: qua libertate Christus nos liberavit.

Hermanos mios: Está escrito que Abraham tuvo dos hijos, uno de la esclava, y otro de la que era libre; pero el que tuvo de la esclava, nació segun la carne; y el que nació de la que era libre, fué en virtud de la promesa; y estas cosas se han dicho por alegoría. Porque en esto están figurados los dos testamentos. El uno celebrado en el monte Sinaí, que engendra esclavos, el cual le representa Agár. En efecto, Sina es una montaña en la Arabia, que tiene afinidad con la Jerusalen que es al presente, la cual es esclava con sus hijos. Mas aquella Jerusalen de lo alto es libre, y esta es nuestra madre. Porque está escrito: Alégrate, estéril, que no pares; prorumpe en gritos de alegría, tú que no sientes los dolores del parto, porque la que ha sido abandonada tiene muchos mas hijos que la que ha tenido marido. En cuanto á nosotros, hermanos mios, somos los hijos de la promesa figurados por Isaac. Pero como entonces el que habia nacido segun la carne, perseguia al que habia nacido segun el espíritu, así tambien ahora. Sin embargo, ¿qué es lo que dice la Escritura? Arroja á la esclava y su hijo, porque el hijo de la que es esclava no será heredero con el hijo de la que es libre. Así que, hermanos mios, nosotros no somos hijos de la que es esclava sino de la que es libre, y esta libertad es la que Jesucristo nos ha dado.

Los falsos doctores que sembraban la zizaña en la Iglesia de Galacia, llevaban la idea de sujetar los fieles, no solo á la ley de la circuncision, sino tambien á todas las observancias legales. Esto es lo que obligó á san Pablo á probarles por la autoridad y por la razon que Jesucristo nos habia librado de la servidumbre de la ley en la nueva alianza.

REFLEXIONES.

«Nosotros no somos hijos de la que es esclava,» es verdad; pero ¡cuán pocos son los cristianos que gozan hoy de la libertad de los hijos de Dios! Jesucristo rescatándonos nos ha dado esta preciosa libertad; pero ¿qué caso se hace de ello cuando se la pierde voluntariamente y sin pena? Esta dulce libertad que nos libra de la tiranía de las pasiones, de la servidumbre del pecado, de la maligna sugestion de los sentidos, del capricho estravagante, molesto é imperioso del mundo, ¿es muy estimada, muy buscada, muy amada de la mayor parte de las gentes? ¿se conocen sus frutos? ¿se reconocen todas sus ventajas? El empeño que hay por dedicarse, por decirlo así, al servicio de tantos señores tan duros, de volverse á aprisionar en los hierros, de vivir en la servidumbre, hace ver cuán irracionales somos, cuán insensatos aun en materia de salud; se vive en el pecado sin sentimiento alguno, ¿y hay sin embargo una servidumbre mas funesta? nos entregamos, hasta nos consagramos como víctimas desgraciadas al furor de las pasiones y á los caprichos imperiosos del mundo; ¿y hubo jamás una cautividad mas dura? Tristes esclavos de tantos tiranos diferentes, vosotros gemís en secreto y no apareceis felices, sino mientras que podeis ocultarnos la amargura de vuestros disgustos, el aguijon punzante de vuestros remordimientos y la abundancia de vuestras lágrimas; pero no podreis siempre ocultarnos la vista del estado lastimoso en que gemís. Despues de haber sido el juguete de las pasiones, somos en fin su víctima. ¿Vívese en el pecado? ya es uno el blanco de todos los disgustos. ¿Se vive en desgracia del Señor? ¿Quién puede calmar tantos y tan justos temores? ¿quién puede rechazar tantos accidentes funestos? ¿quién puede endulzar el rigor de tan crueles alarmas? ¿qué dia hay sereno en el servicio del mundo? ¿qué reposo se halla bajo el yugo de un tirano semejante? ¿Hubo jamás una cautividad mas insoportable que la del que pasa su vida en servicio del mundo? ¿qué dependencia mas universal? ¿qué sujecion mas penosa? ¿qué violencia mas servil? es preciso sufrir á unos, contemplar á otros, depender de todos. Son tantos los señores como los compañeros, y en los compañeros de la misma suerte y de la misma condicion ¡qué de humores estravagantes, caprichosos, insoportables, qué sufrimientos, qué sinsabores que devorar, qué disgustos que disimular y qué desconfianza tan justa es preciso tener! Por mas que se encubran las gentes del mundo, por mas que los libertinos se disfracen, es muy grosero el artificio para que deje de descubrirse. Los disgustos se manifiestan al través de la máscara; sus cadenas hacen demasiado ruido para negarnos que son esclavos. Comparemos su condicion baja y servil con la dulce libertad, la inocencia, la calma y la alegría pura, llena, inalterable de los verdaderos hijos de Dios. ¡Buen Dios! ¿no conoceremos jamás las dulzuras puras, la paz inalterable, el placer esquisito, que se gusta en vuestro servicio y que no es posible gustar en otra parte? La muerte misma, cuya sola idea es capaz de empapar de la amargura mas viva los mas dulces placeres de la vida, esta muerte no puede alterar la paz, la dulce libertad, la felicidad anticipada de las verdaderas gentes

de bien. No hay nadie dichoso sino mientras que es santo, cualquiera otra idea de felicidad es quimérica.

El Evangelio de este dia es tomado del capítulo 6 de san Juan.

In illo tempore: Abiit Jesus trans mare Galilææ, quod est Tiberiadis: et sequebatur eum multitudo magna, quia videbant signa, quæ faciebat super his, qui infirmabantur. Subiit ergo in montem Jesus, et ibi sedebat cum discipulis suis. Erat autem proximum Pascha, dies festus Judæorum. Cum sublevasset ergo oculos Jesus, et vidisset quia multitudo maxima venit ad eum, dixit ad Philippum: Unde ememus panes, ut manducent hi? Hoc autem dicebat tentans eum: ipse enim sciebat quid esset facturus. Respondit ei Philippus: Ducentorum denariorum panes non sufficiunt eis, ut unusquisque modicum quid accipiat. Dicit ei unus ex discipulis ejus, Andreas frater Simonis Petri: Est puer unus hic, qui habet quinque panes hordeaceos, et duos pisces; sed hæc quid sunt inter tantos? Dicit ergo Jesus: Facite homines discumbere. Erat autem fœnum multum in loco. Discubuerunt ergo viri, numero quasi quinque millia. Accepit ergo Jesus panes: et cum gratias egisset, distribuit discumbentibus: similiter et ex piscibus, quantum volebant. Ut autem impleti sunt, dixit discipulis suis: Colligite quæ superaverunt fragmenta, ne pereant. Collegerunt ergo, et impleverunt duodecim cophinos fragmentorum ex quinque panibus hordeaceis, quæ superfuerunt his, qui manducaverant. Illi ergo homines, cum vidissent quod Jesus fecerat signum, dicebant: Quia hic est vere Propheta, qui venturus est in mundum. Jesus ergo cum cognovisset, quia venturi essent ut raperent eum, et facerent eum regem, fugit iterum in montem ipse solus.

En aquel tiempo pasó Jesus al otro lado del mar de Galilea, que es el de Tiberiades, y una gran multitud le seguia, porque veian los milagros que hacia en favor de los que estaban enfermos. Subió, pues, Jesus á una montaña, y se sentó allí con sus discípulos. Estaba próxima la Pascua, dia festivo para los judíos. Habiendo, pues, levantado Jesus los ojos, y visto la gran muchedumbre que venia á él, dijo á Felipe: ¿Con qué compraremos pan para que estos coman? Esto lo decia para probarle, porque él sabia bien lo que habia de hacer. Felipe le respondió: El pan que puede comprarse, con doscientos denarios no bastaria para dar un pedazo á cada uno. Andrés, hermano de Simon Pedro, uno de los discípulos de Jesus, le dijo: Hay aquí un mozuelo que tiene cinco panes de cebada y dos peces; pero ¿qué vale esto para tanta gente? Haced que todos se sienten, dijo Jesus. Habia mucho heno en aquel sitio. Sentáronse, pues, en número de cerca de cinco mil varones. Tomó luego Jesus el pan, y habiendo dado gracias, lo distribuyó entre los que estaban sentados, y lo mismo de los peces cuanto quisieron. Luego que se hubieron satisfecho, dijo á sus discípulos: Recoged los pedazos que han quedado para que no se desperdicien. Recogiéronles, en efecto, y de los pedazos que quedaron de los cinco panes de cebada á los que habian comido, llenaron doce canastas. Al ver aquellas gentes el milagro que Jesucristo habia obrado, decian: Este es sin duda el profeta que debe venir al mundo. Mas sabiendo Jesus que iban á venir para llevarle y hacerle rey, se fué segunda vez solo á la montaña.

MEDITACION.

De los medios que todos tenemos para obrar nuestra salvacion.

Punto primero.—Considera que uno de los mas crueles y mas desesperantes suplicios de los réprobos es la memoria viva y eterna, la representacion clara y detallada de los medios seguros y fáciles que han tenido para obrar su salvacion. Yo he podido hacerme santo; Dios así lo queria y yo he querido llegar á serlo: comprendemos toda la fuerza de esta conviccion; pero ¿concebimos toda su amargura?

No hay una sola criatura que considerada en sí misma no nos ofrezca un medio para conocer y para amar á Dios, y si alguna se convierte en un obstáculo, es solo por el abuso que hacemos de ellas. Los bienes y los males de esta vida, los mismos castigos de que Dios se sirve para castigar nuestras infidelidades, todo puede servir para nuestra salvacion.

Las riquezas son como la moneda con que se puede comprar el cielo por medio de las limosnas; la pobreza es un título para salvarse; los hombres y la prosperidad pueden presentar ocasiones escelentes para grandes sacrificios; las desgracias y las adversidades abren un camino espacioso para la gloria. Si la salud es un don de Dios, no lo es menos la enfermedad: sufrir mucho por Dios, es mayor mérito todavía que el hacer mucho por él. En fin, el entendimiento es un talento, la simplicidad es una virtud, Dios se complace en comunicarse á las almas sencillas. En una palabra, puede decirse que todo se puede considerar como talentos. Hasta nuestros defectos pueden sernos útiles; no tenemos un enemigo mas furioso de nuestra salvacion que el demonio; sin embargo, sus mismas astucias y sus tentaciones queden servir para nuestra salvacion. ¡Qué abundancia de medios! ¡qué multitud de santas industrias! todas las cosas, dice el Apóstol, contribuyen al bien de los que aman á Dios. (Rom. 8.)

Es necesaria indispensablemente la gracia para hacernos santos, sin ella todos nuestros esfuerzos serán inútiles; estamos tambien seguros de que nosotros podemos faltar á la gracia; pero que la gracia nó nos faltará, y que no hay un solo condenado que no lo haya sido por culpa suya, que no se haya condenado porque no ha querido servirse de los medios que tenia para lograr su salvacion; ¡qué sentimiento!

Somos flacos, es verdad, los peligros son frecuentes, las tentaciones son violentas; pero tenemos una fortaleza, una virtud singular en los sacramentos: sacramentos en los que se nos aplican los méritos de Jesucristo: sacramentos que nos presentan, por decirlo así, un baño de su sangre, y por medio de los cuales encuentra el alma tan grandes socorros en todas sus necesidades: sacramentos que son unos remedios saludables para todo género de males, fuentes inagotables de tantas gracias.

Seais enteramente bendito, glorificado, alabado ¡ó Salvador mio! por haberme dado medios tan poderosos para

obrar mi salvacion; pero ¡cuánto siento el habérmelos yo mismo hecho inútiles! No permitais, mi dulce Jesus, que esta confesion sea para mí un nuevo motivo de dolor.

Punto segundo.—Considera que además de los medios comunes á todos los fieles, encuentra cada uno en su condicion y en su estado medios particulares para hacerse santo. La divina Providencia ha dispuesto de tal modo todas las cosas y arreglado tan bien todas las condiciones, que todos son caminos para llegar seguramente á nuestro último fin. No envidiemos el retiro de los unos ni la tranquilidad de los otros; nosotros podemos, cada uno en su propio fondo, hallar los mismos frutos ó á lo ménos equivalentes. No seamos siervos ociosos ni obreros inútiles, pocas tierras hay que no pudiesen dar el centuplo, pocos talentos que no se multiplicasen al duplo si se tuviese cuidado de hacerlos valer.

No hay estado, no hay condicion sobre la tierra, no hay edad en la vida que no haya tenido grandes santos, y estos santos de la misma edad y en el mismo estado que nosotros, no han ido á buscar en otra parte otros medios para hacerse santos que los que nuestra edad y nuestra condicion nos proporcionan; aun tenemos nosotros mas que ellos, pues tenemos el auxilio de sus buenos ejemplos. ¡Dios mio, será así que todo me predique, que todo me facilite mi salvacion, y que todo me eche en cara mi flojedad y mi indolencia! Y qué, divino Salvador mio, ¿será posible que solo yo sea el que descuide, el que no quiera mi salvacion? ¿que solo yo sea el que ponga á ella los mayores obstáculos? ¿He aprovechado los medios que he tenido para hacerme santo? ¿Qué es lo que he hecho para no serlo? ¡Dios mio, quién podrá resistir en la hora de la muerte contra estas reconvenciones, sobre todo cuando se pensare en lo que tantos hombres ilustres han hecho para ser santos!

¡Con qué fervor han trabajado tantos santos en su propia perfeccion, y con que zelo se han aplicado á la salud de los otros! ¡Qué vida mas laboriosa, mas austera, ni mas inocente! ¡Y á cuántos confundirán estos ejemplos!

Qué poco me he aprovechado, mi dulce Jesus, de los medios que tengo para hacerme santo; y qué mal he correspondido á todas vuestras gracias! Yo admiro todos los dias lo que los santos han hecho para hacerse santos y no me aprovecho de sus ejemplos. Continuadme, Señor, los auxilios de vuestra gracia, y desde este momento voy á poner fin á mis infidelidades.

Jaculatorias.—Yo no viviré ya, Señor, sino para cantar vuestras alabanzas; porque en todo lo que habeis hecho, encuentro incentivos para ello. (Psalm. 118.)

Vos, Señor, me asistís sin cesar, y en todos los estados de la vida encuentro caminos que me conducen con seguridad á vos. (Ibid.)

PROPÓSITOS.

1 Todos los estados de la vida son otros tantos caminos diferentes, que segun el órden de la divina Providencia, conducen todos á nuestro último fin. Es una tentacion el imaginarse que seria uno mejor en otra parte que en el estado que se ha abrazado. ¡Qué horror el no ocupar el entendimiento mas que pensando lo que uno seria si estuviese colocado en otro destino, y descuidar las obligaciones de aquel en que está! Apenas hay artificio que le salga mejor al enemigo de la salvacion que esta inquietud: Dios no os quiere ahora mas que en el estado en que estais; no os apliqueis tampoco mas que á cumplir todas sus obligaciones. Considerad como una ilusion perniciosa todas esas inconstancias del corazon y del espíritu que consumen al alma en vanos sentimientos y en frívolos deseos, despues de haber hecho ya la eleccion de un estado de vida. No penseis mas que en cumplir con puntualidad todos los deberes del estado que habeis abrazado. Considerad hoy en particular lo que mas habeis descuidado. ¿Os servís de todos los medios que teneis en vuestro estado para santificaros? No hay estado alguno en la vida sin cruces, no hay rosa que no tenga espinas. Las dulzuras de una fortuna floreciente, las amarguras de una familia atrasada, los enredos de una condicion tumultuosa, los cuidados de un doméstico, las alegrías y los llantos de esta vida, todo puede servir para la salvacion. Examinad qué uso habeis hecho de ello hasta aquí. Igualmente se pierde un bien por falta de atencion que de industria; examinaos sobre lo uno y lo otro.

2 Es una práctica santa y muy útil el hacer todas las mañanas una oracion para pedir á Dios la gracia de cumplir con fidelidad las obligaciones de su estado. No puede adoptarse ninguna mas bella que la que sigue, la cual es de santo Tomás.

O Dios, lleno de bondad y de misericordia, concededme la gracia de que conozca verdaderamente, desee con ardor y trate con un sabio empeño de cumplir perfectamente todo lo que os agrada, y siempre para vuestra mayor gloria. Reglad vos mismo todas las cosas en el estado á que me habeis llamado, y dadme á conocer lo que quereis que haga. Haced que yo conozca todas mis obligaciones, y que las cumpla con puntualidad y con fruto. Concededme, Señor y Dios mio, que no os desagrade en los diferentes accidentes de la vida. Que sea humilde en la prosperidad, y que las adversidades no debiliten jamás mi confianza. Que no sienta pena ni alegría sino en lo que me aleje de vos, ó me acerque á vos. Que no desee agradar mas que á vos, y nada tema tanto como desagradaros. Que me interese poco todo lo que pasa, y no quiera mas que lo que viene de vos por amor vuestro, y á vos mas que á todas las cosas. Que toda alegría en que vos no teneis ninguna parte me sea amarga, y no encuentre placer sino en lo que os agrada. En fin, concededme, Señor, por vuestra misericordia la gracia de que haga tal uso de vuestros beneficios en esta vida, que tenga la dicha de poseeros, y gozar de la eterna felicidad en la patria celestial. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

LUNES CUARTO DE CUARESMA.

Cuanto mas se acerca el santo tiempo de la Pasion, mas escogidas y mas interesantes son las oraciones de la Iglesia. La misa de este dia comienza por el salmo 53. «Dios mio, salvadme por la gloria de vuestro nombre del peligro en que me hallo, y desplegando vuestro poder en favor mio, dad á conocer el juicio que haceis de mi inocencia. Escuchad, Señor, la súplica que os dirijo, prestad el oido á lo que me atrevo á representaros. Aquellos en quienes yo he creido que podia confiar, me han sido contrarios y se han declarado contra mí: yo me veo rodeado por todas partes de las fuerzas tremendas de mis enemigos, los cuales tratan de quitarme la vida.» Jamás se habia visto Da-

vid en un peligro tan evidente, y nunca por tanto se habia dirigido á Dios con mas fervor y confianza. Perseguido con furor por Saul, se habia refugiado á las montañas y á los bosques de las cercanías de Zif. Los zifeños dieron aviso á Saul, quien vino corriendo allí con su ejército. David estaba acampado de un lado de la montaña, y Saul con sus tropas lo estaba en el lado opuesto. El peligro no podia ser mas grande, y David no esperaba ya salvarse de las manos de su enemigo, cuando recurrió á Dios en quien únicamente ponia toda su confianza. No le salió vana, porque en el momento en que iba á ser envuelto, avisaron á Saul que los filisteos habian hecho una irrupcion en el pais, y que iban á hacerse dueños de la capital. Inmediatamente dejó su empresa y se volvió para rechazar á los filisteos. David espresa en este salmo el embarazo en que por de pronto se habia encontrado, despues testifica su gran confianza en el auxilio de Dios, y en seguida le rinde gracias por haberle librado contra toda apariencia de un peligro tan grande. Pongamos tambien nosotros toda nuestra confianza en Dios, él sabrá ponernos al abrigo de la malignidad de los hombres. Los zifeños eran sus hermanos; pero le ven desgraciado, basta para que se hagan enemigos suyos y le entreguen. Nó, la buena fé no reinará jamás en el mundo; solo con Dios es con quien puede contarse sobre seguro.

La Epístola de la misa de este dia refiere la historia del juicio que Salomon hizo entre dos mujeres que disputaban sobre un niño, del cual pretendian ser madre una y otra: nada hay que dé una idea mas justa de la sabiduría de Salomon, que este hecho.

Dos mujeres que habitaban en una misma casa, y que la Escritura calificaba de mujeres de mala vida (algunos intérpretes creen que no se les ha dado este nombre sino porque hospedaban estranjeros), llegaron á echarse á los piés del rey pidiéndole justicia. La una acusaba á la otra de que habiendo acostado su hijo junto á ella en su cama, le habia ahogado durmiendo, y secretamente durante la noche le habia quitado el suyo que estaba vivo, y puesto el muerto en su lugar. Esta sostenia que el niño que vivia era de ella, y que todo lo que esponia su compañera era falso. Los niños no tenian mas que algunos meses y eran poco mas ó ménos de una misma edad. Cada una sostenia su causa con calor; no faltaban razones las mas plausibles de una y otra parte, y cada una autorizaba su dicho con las lágrimas. El rey todavía muy jóven, pero que acababa de recibir de Dios el don de la sabiduría que le habia pedido, comprendió bien que para descubrir la verdad no se habia de atener á los llantos ni á las palabras de las dos madres, no habiendo nada mas equívoco ni ménos significativo que las palabras y las lágrimas de una mujer irritada, y que los sentimientos maternales, que no era fácil ni sufocar, ni contrahacer, eran los únicos que podian declarar este hecho. Habiendo oido los clamores y las razones de una parte y de otra, sin poder determinar sobre la verdadera madre del niño que se disputaba, hizo traer una espada, y habiendo llamado á uno de sus oficiales le mandó que dividiese en dos partes el niño que estaba vivo, y que se diese la mitad á cada una de las dos mujeres que le disputaban, llamándose cada una madre. Al oir esta proposicion la que verdaderamente era madre del niño, se estremeció de horror, y conmovidas sus entrañas de ternura por su hijo: ¡Ah, señor! esclamó por uno de aquellos movimientos y trasportes que no sabe imitar el disimulo, y que la naturaleza no puede omitir: ¡Ah, señor, yo os suplico que no mateis á este niño; yo consiento desde luego en que se le dé vivo á mi rival! La otra, por el contrario, movida por una maligna envidia y de una ansia secreta de que su compañera perdiese su hijo, como ella habia perdido el suyo; nada hay mas justo, clamaba, que el juicio del rey, puesto que no se sabe á cuál de nosotras dos pertenece este niño; que no sea ni tuyo ni mio, sino que se parta como lo ha mandado el rey. Reconociendo Salomon por esta diferencia de sentimientos cuál era la verdadera madre, pronunció inmediatamente la sentencia en favor de la primera, y la volvió su hijo. Todo Israel admiró el discernimiento del príncipe y la equidad de un juicio semejante; todos concibieron una grande estimacion y respeto hácia él; y bendijeron á Dios, porque les habia dado un rey en quien habia depositado tanta sabiduría para hacer justicia. Por mas artificioso que sea el disimulo, por mas imponente que sea la falsa piedad, nunca podrá contrahacer por mucho tiempo la verdadera virtud, sin que se descubran muy pronto el artificio y la máscara. La verdadera piedad, lo mismo que la naturaleza, tienen rasgos y caractéres que solo imperfectamente se copian. La falsa virtud se acomoda con la division; no sirve á Dios, sino con miramientos y reserva. Se quiere servir á Dios, pero no se quiere desagradar al mundo: son dos señores muy opuestos; no importa, el falso devoto quiere servir á los dos. La verdadera virtud aborrece toda division; sabe que no es posible servir al mismo tiempo estos dos señores, y nunca olvida este oráculo, á saber: «ó aborrecerá al uno y amará al otro, ó si respeta á este, despreciará á aquel.»

El Evangelio de la misa de este dia refiere el zelo con que el Hijo de Dios reprendió á los que profanaban el templo con su tráfico, y arrojó de él á los que le hacian un sitio de mercado y de cambios.

Cerca de seis semanas hacia no mas que el Salvador habia comenzado á darse á conocer en público por sus predicaciones y por sus milagros, cuando acercándose la fiesta de Páscua, que era la mas solemne del año, dejó la ciudad de Cafarnaum, en donde estaba hacia algunos dias, para irse á Jerusalen y celebrar allí esta fiesta. Jesus, como supremo legislador, podia dispensarse de esta ley: pero queriendo instruirnos todavía mas por su ejemplo que por sus palabras, fué de los primeros á la solemnidad, enseñándonos con esto lo que nosotros debemos hacer. Como el templo era siempre la primera de sus estaciones, se fué allá, y al entrar en él vió que en el lugar mismo donde el pueblo acostumbraba orar y pedir al Señor, estaban colocadas mesas para los cambistas y mercaderes que vendian allí los bueyes, los carneros y los pichones que servian de víctimas para los sacrificios. De este tráfico sacaban provecho los sacerdotes, y por un vil y sórdido interés toleraban que se celebrase aquella feria en un lugar tan santo, esto es, en el atrio esterior del templo, en donde ordinariamente se hacian las oraciones por el pueblo. A vista de una profanacion tan escandalosa de la casa de Dios se llenó el Salvador de un santo zelo, y olvidando, si es permitido decirlo así, en este lance su dulzura y su paciencia, dió á conocer su indignacion contra aquella multitud sacrílega que deshonraba el templo mas augusto y mas santo que habia en el mundo. Tan impor-

tante era que se supiese con qué severidad castigará la justicia divina á los que tratan con desprecio las cosas santas. Juntó algunos cordeles, que halló por tierra, é hizo de ellos un azote, que puesto en aquella mano capaz de hacer temblar el cielo y la tierra, pareció tan terrible que llenó de espanto á los que profanaban la casa de Dios. Arrojó de aquel lugar sagrado en primer lugar los mercaderes de bueyes y de carneros, y despues los que cambiaban, echando por tierra el dinero y derribándoles los escritorios. A los que vendian las palomas les trató con mas dulzura. No los echó á latigazos; solo empleó la palabra para obligarles á que se retirasen, contentándose con decirles: Quitad esto de aquí, y no hagais de la casa de mi Padre una casa de tráfico. El profeta Zacarías habia predicho mucho tiempo ántes, que en los dias del Mesías no habria mercader en la casa del Señor. (Zach. 14.) Sus discípulos que conocian su estrema dulzura, quedaron sorprendidos al ver una severidad tan grande, la atribuyeron al fervor de su zelo, y se acordaron de las palabras de David que decia hablando en persona del Mesías: El zelo que tengo por el honor de vuestra casa, es como un fuego devorante que me consume. ¿Qué hubiera hecho el Señor que arrojó á los que compraban lo necesario para los sacrificios, dice el venerable Beda sobre este pasaje, si hubiese visto contender en el templo, abandonarse en él á risas descompasadas, mantener en él discursos frívolos? ¿Y qué hubiera hecho, si hubiese visto lo que nosotros vemos el dia de hoy en nuestras iglesias, mucho mas santas que lo era el templo de Jerusalen; esas inmodestias escandalosas, esas citas criminales, esos aires tan distraidos, esas posturas tan indecentes? Jesucristo ve todas esas sacrílegas profanaciones hasta el pié de los altares donde reposa, las ve en el tiempo mismo que se inmola de nuevo por nosotros, y las disimula, pero su paciencia es mas temible que lo seria su azote.

Sin embargo, los judíos que no le habian visto aun hacer algun milagro, le preguntaron por qué obraba con tanta autoridad en la casa de Dios y con qué milagro les probaba que era el enviado de Dios en cualidad de profeta. El Salvador, que no hacia milagros para satisfacer la curiosidad de los que dudaban de su poder y de su mision, no quiso hacer otro á la presencia de aquellos espíritus curiosos y malignos que el que acababan de ver; porque, como dice san Gerónimo, era un milagro bastante considerable el que un hombre solo, que no aparecia revestido de autoridad alguna, hubiese hecho sin la menor resistencia lo que Jesucristo acababa de hacer. Es necesario, añade este Padre, que un fuego celestial hubiese entonces brillado en sus ojos, y que la Majestad divina se la hubiese visto resplandecer en su rostro. No obstante, se dignó responder á su pregunta tan poco respetuosa con una prediccion que debia demostrar su divinidad, y que ella sola valia por todos los milagros mas portentosos. Destruid este templo, les dijo (esto es, luego que lo hubiereis destruido; porque es un modo de hablar comun en la Escritura el servirse del imperativo para espresar lo que debe suceder), vosotros le destruireis, y yo lo reedificaré en tres dias. Hablaba Jesus del templo de su cuerpo, de aquel templo tan sagrado que debian arruinar los judíos, quitando la vida al Mesías, y que el Mesías, resucitando tres dias despues por su propia virtud, debia volver á levantar. A este milagro de su resurreccion, que era el único que mas que todos los otros demostraba el soberano poder y la divinidad de Jesucristo, era al que ordinariamente remitia á todos los que le pedian milagros. Ninguno de los que allí estaban comprendió entonces este misterio; los mismos discípulos no lo entendieron hasta que ya estuvo cumplido. Los judíos creyeron que hablaba del templo de Jerusalen, reedificado por Zorobabel, y que tardó en cumplirse hasta su última perfeccion cuarenta y seis años, y esto es lo que les hizo decir: Cuarenta y seis años se han empleado en edificar este templo, ¿y en tres dias lo reedificarás?

Habiendo permanecido el Salvador en Jerusalen toda la octava de Pascua hizo muchos milagros, los cuales fueron causa de que muchos creyesen en él; entre otros Nicodemus, que era un senador de la ciudad, y uno de los que componian el gran Sanhedrin, esto es, el gran consejo de los judíos. Se asegura que era sobrino de Gamaliel con quien san Pablo, ántes de su conversion, habia hecho sus primeros estudios. Las instrucciones del Hijo de Dios y sus milagros le hicieron muy célebre en Jerusalen, no se hablaba de él sino con admiracion, todos le miraban como un gran profeta, este era el parecer del público; pero el Salvador, que conocia á fondo el corazon de los hombres y su inconstancia, hacia poco caso de todos estos testimonios de estima y de veneracion, sabiendo bien que la mayor parte de los que entonces le miraban y exaltaban mas, pedirian su muerte dentro de pocos años. Tal es todavía el carácter de aquellos cristianos viles é ingratos, que despues de haber sido devotos, se hacen libertinos é impíos. ¿Cuál será su suerte?

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Præsta, quæsumus, omnipotens Deus: ut observationes sacras annua devotione recolentes, et corpore ibi placeamus et mente. Per Dominum...

Concedednos, os rogamos, Dios omnipotente, que celebrando religiosamente las observancias sagradas, que anualmente son el objeto de nuestra devocion, os agrademos por la pureza de nuestra alma y de nuestro cuerpo. Por nuestro Señor, etc.

La Epístola es tomada del libro 3 de los Reyes, cap. 3.

In diebus illis: Venerunt duæ mulieres meretrices ad regem Salomonem, steteruntque coram eo, quarum una ait: Obsecro, mi domine: ego et mulier hæc habitabamus in domo una, et peperi apud eam in cubiculo: Tertia autem die postquam ego peperi, peperit et hæc: et eramus simul, nullusque alius nobiscum in domo, exceptis nobis duabus. Mortuus est autem filius mulieris hujus nocte: dormiens quippe oppressit eum. Et consurgens intempestæ noctis silentio, tulit filium meum de latere

En aquellos dias se presentaron dos mujeres de mala vida al rey Salomon, y estando delante de él, dijo una de ellas: Os suplico, señor, que os digneis oirme. Habitábamos esta mujer y yo en una misma casa, y yo he parido en el mismo aposento donde ella estaba. Tres dias despues que yo, ha parido tambien ella. Estábamos, pues, juntas en la casa, y nadie habia en ella mas que nosotras dos. El hijo de esta mujer ha muerto durante la noche, porque estando

meo ancillæ tuæ dormientis, et collocavit in sinu suo: suum autem filium, qui erat mortuus, posuit in sinu meo. Cumque surrexissem mane, ut darem lac filio meo, apparuit mortuus: quem diligentius intuens clara luce, deprehendi non esse meum quem genueram. Responditque altera mulier: Non est ita ut dicis, sed filius tuus mortuus est: meus autem vivit. E contrario illa dicebat: Mentiris: filius quippe meus vivit, et filius tuus mortuus est. Atque in hunc modum contendebant coram rege. Tunc rex ait: Hæc dicit: Filius meus vivit, et filius tuus mortuus est. Et ista respondit: Non, sed filius tuus mortuus est, meus autem vivit. Dixit ergo rex: Afferte mihi gladium. Cumque attulissent gladium coram rege: Dividite, inquit, infantem vivum in duas partes, et date dimidiam partem uni, et dimidiam partem alteri. Dixit autem mulier, cujus filius erat vivus, ad regem (commota sunt quippe viscera ejus super filio suo): Obsecro, domine, date illi infantem vivum, et nolite interficere eum. E contrario illa dicebat: Nec mihi, nec tibi sit, sed dividatur. Respondit rex, et ait: Date huic infantem vivum, et non occidatur: hæc est enim mater ejus. Audivit itaque omnis Israel judicium quod judicasset rex, et timuerunt regem, videntes sapientiam Dei esse in eo ad faciendum judicium.

ella durmiendo le ha ahogado, y levantándose en el silencio de la noche, mientras yo dormia, ha quitado mi hijo del lado de tu sierva, y le ha puesto junto á ella, y su hijo muerto lo ha puesto á mi lado. Habiéndome levantado por la mañana para dar de mamar á mi hijo, le he encontrado muerto; y habiéndole mirado con mas atencion cuando fué ya mas de dia, he echado de ver que no era el niño que yo habia engendrado. Respondióle la otra mujer: No es así lo que dices: tu hijo es el que ha muerto, y el que vive es el mio. La primera por el contrario replicaba: Tú eres la que miente, porque mi hijo vive, y el tuyo es el que ha muerto; y de este modo disputaban delante del rey. Entonces dijo el rey: Esta dice: Mi hijo vive, y el tuyo ha muerto; y la otra responde: Nó, sino que es tu hijo el que ha muerto, y y el mio vive: Tráigase, pues, una espada, dijo el rey; la cual habiéndola traido á su presencia: Dividid, dijo, en dos partes, el niño que está vivo, y dad la mitad á una, y la otra mitad á la otra. Entonces la mujer, cuyo hijo estaba vivo, dijo al rey (porque sus entrañas se conmovieron de ternura por su hijo): Ruégoos, señor, que se le dé el niño vivo, y que no se le mate. La otra por el contrario decia: No sea mio ni tuyo; divídase entre las dos. Entonces el rey pronunció esta sentencia: Désela á aquella el niño vivo, y no se le mate; porque esa es su madre. Habiendo sabido todo Israel el modo con que habia el rey decidido esta contienda, le miraron todos con temor y con respeto, viendo que la sabiduría de Dios estaba en él para hacer justicia.

El tercer libro de los Reyes de donde está sacada esta Epístola, contiene la historia de 119 años, desde el año del mundo 2989, hasta el 3108. Se refiere en él la muerte de David, el reinado de Salomon, la construccion del famoso templo, los palacios que este príncipe hizo edificar, su sabiduría, su magnificencia y su caida.

REFLEXIONES.

«No sea mio ni tuyo; divídase.» Este es el lenguaje del espíritu del mundo y del enemigo de la salud: así es como habla el amor propio y el espíritu de la carne; esta es la jerigonza de las pasiones ménos violentas. Convenimos en que Dios tiene derecho sobre nuestro corazon, que debe ser amado y servido; pero la naturaleza pretende hacer valer sus derechos; el amor propio no renuncia á sus pretensiones, y la pasion dominante quiere que una larga posesion sea un gran título. Los sentidos se inclinan siempre hácia la propension natural, y el amor propio está siempre por la division. Se quiere ser de Dios sin dejar de ser del mundo, de sí mismo y de sus placeres. Por la mañana á la misa, y por la noche al juego; ciertos dias al sermon, pero muchos mas á los espectáculos. Se da á Dios y á la religion una parte de los dias de fiesta; pero con un culto muy superficial: la atencion, la aficion, la aplicacion son todas para los negocios temporales. La enfermedad hace pensar en la salvacion: pero la salud hace perder su memoria, y hasta aleja el pensamiento de ella. Toda la vida es un conjunto de alternativas y contradicciones. Dios pide todo el corazon: queremos sí que tenga su parte; pero no nos atrevemos á negar al mundo la suya. La fé, la conciencia, la razon alegan, por decirlo así, por la causa de Dios, y piden que el corazon sea todo de Dios: el amor propio, el hábito, la pasion alegan aun con mas calor por su propia causa. ¿En favor de quién recaerá la sentencia? Dios no puede sufrir la division, ¿y es el corazon todo para él? Así como hay pocos cristianos que aspiren á una santidad perfecta, así tambien no hay muchos tampoco que estén determinados á pasar su vida en los últimos desarreglos; el gran número le componen los que buscan un temperamento entre estos dos estremos. Tal es la disposicion en que viven la mayor parte de las gentes en el mundo; ¿y está ménos dividido el corazon en el estado religioso? Se quiere dar algo al espíritu, y algo á la carne; se quiere vivir cristianamente, pero con blandura, con delicia. Se quiere ser cristiano, pero sin preciarse de ser devoto; se quiere ser religioso, sin ser ni regular ni fervoroso; se pretende edificar entre Babilonia y Jesusalen una nueva ciudad, en donde sean reverenciados igualmente la caridad y el amor propio. Se quiere, en fin servir á dos señores; se pretende contentar á Dios y al mundo, dividiéndose, por decirlo así, entre el uno y el otro; pero en vano se pretende: porque esta division no puede contentar ni al uno ni al otro. Para Dios es nada la mitad, y no se contentará tampoco el mundo con ella. Dios lo quiere todo, y el mundo querrá mas. No se agrada al mundo, y se desagrada siempre á Dios. Division criminal en las gentes del mundo; division horrorosa en los que viven en la religion. Tal es el trato de todos los que viven en la tibieza. ¡Buen Dios, cuán lamentable es este estado!

El Evangelio de la misa de este dia está tomado del de san Juan, capítulo 2.

In illo tempore: Prope erat Pascha Judæorum, et ascen- En aquel tiempo, como estaba próxima la Pascua de

dit Jesus Jerosolymam : et invenit in templo vendentes boves, et oves, et columbas, et numularios sedentes. Et cum fecisset quasi flagellum de funiculis, omnes ejecit de templo, oves quoque, et boves, et numulariorum effudit æs, et mensas subvertit. Et his, qui columbas vendebant, dixit: Auferte ista hinc, et nolite facere domum Patris mei, domum negotiationis. Recordati sunt vero discipuli ejus quia scriptum est: Zelus domus tuæ comedit me. Responderunt ergo Judæi, et dixerunt ei: Quod signum ostendis nobis quia hæc facis? Respondit Jesus, et dixit eis: Solvite templum hoc, et in tribus diebus excitabo illud. Dixerunt ergo Judæi: Quadraginta et sex annis ædificatum est templum hoc, et tu in tribus diebus excitabis illud? Ille autem dicebat de templo corporis sui. Cum ergo resurrexisset à mortuis, recordati sunt discipuli ejus, quia hoc dicebat, et credideruut Scripturæ, et sermoni, quem dixit Jesus. Cum autem esset Jerosolymis in Pascha in die festo, multi crediderunt in nomine ejus, videntes signa ejus, quæ faciebat. Ipse autem Jesus non credebat semetipsum eis, eo quod ipse nosset omnes, et quia opus ei non erat ut quis testimonium perhiberet de homine: ipse enim sciebat quid esset in homine.

los judíos, fué Jesus á Jerusalen, y halló en el templo vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y cambiantes que estaban sentados. Habiendo hecho una especie de azote de cuerdas, los arrojó á todos del templo con las ovejas y los bueyes, echó por tierra el dinero de los cambiantes, y derribó sus mesas. A los que vendian las palomas, les dijo: Quitad esto de aquí, y no hagais de la casa de mi Padre, casa de tráfico. Acordáronse entonces los discípulos de lo que está escrito, esto es: El zelo de tu casa me ha consumido. Tomando los judíos la palabra, le dijeron: ¿Por qué milagro nos manifiestas la autoridad con que haces estas cosas? Díjoles Jesus: Destruid este templo, y yo lo reedificaré en tres dias. Los judíos le replicaron: Cuarenta y seis años se tardó en edificar este templo, ¿y tú lo has de reedificar en tres dias? Era, pues, del templo de su cuerpo del que hablaba. Luego que hubo resucitado, hicieron reflexion sus discípulos sobre lo que les habia dicho, y creyeron la Escritura y lo que Jesus les habia dicho. En aquel tiempo que Jesus estuvo en Jerusalen durante la Pascua, muchos creyeron en su nombre, viendo los milagros que hacia. Mas Jesus no se fiaba de ellos, porque los conocia á todos; y porque no tenia necesidad de que nadie le diese testimonio de los hombres, él sabia bien lo que habia en los hombres.

MEDITACION.

Sobre la irreverencia en las iglesias.

Punto primero.—Considera que tal vez no hay cosa que irrite mas al Señor, ni que atraiga mas infaliblemente los tristes efectos de su justa indignacion, que las irreverencias que se cometen todos los dias en las iglesias. No hay irreverencia que no sea un manifiesto atentado contra nuestro Dios, ninguna que no sea una impiedad, ninguna que no sea un escándalo. ¿Será posible que se haya siempre de recurrir á las religiones supersticiosas de los paganos para inspirarnos el respeto á nuestros santos templos? Vergonzoso es que los cristianos tengan necesidad del ejemplo de los infieles para aprender á ser ménos irreligiosos. ¿Por qué, en efecto, representarnos sin cesar al turco en su mezquita, ó al chino en su pagoda, para hacernos conocer la modestia con que debemos estar en el lugar santo? Sin embargo, «los de Ninive se levantarán en el juicio contra esta generacion,» podemos decir, «y la condenarán.» Sí, los paganos mismos, los turcos, los herejes de todos los siglos se levantarán en el dia del juicio contra tantos fieles, y los condenarán. Modestos hasta el esceso, circunspectos hasta la supersticion en unos templos profanos en donde no podian ofrecer votos ni incienso mas que al demonio, y esto solamente porque aquellos templos eran lugares que su supersticion dedicaba á sus ídolos; la sola nocion de templo, la sola idea de religion ha inspirado á las naciones, aun las mas bárbaras, esta religiosa modestia. Solo los cristianos, solos los fieles son los que faltan á un deber tan justo y tan necesario. El cuerpo y la sangre de Jesucristo que está en nuestros altares, y toda la majestad del Dios vivo que venimos á adorar en nuestros templos, ¿no bastará nunca para inspirarnos un culto respetuoso? ¿tenemos necesidad de otra religion que la nuestra para considerarnos obligados á rendir á Dios los honores que merece? ¿y la fé cristiana no nos instruye bastante sobre este punto capital de la religion? Es mucho lo que sufre nuestra razon, cuando quiere ajustar sobre este artículo nuestra conducta con nuestra creencia, y nada choca tanto al entendimiento de los infieles, como el comprender lo que creen los cristianos acerca de nuestros divinos misterios, y ver la indevocion, la indecencia, la inmodestia, ó por mejor decir, la irreligion con que los cristianos asisten á ellos. Nuestras iglesias son la casa del Señor; tan augusta por la majestad de Dios que en ella se adora, tan santa por la víctima adorable que allí se inmola todos los dias, tan venerable por los votos que en ella se hacen al Dios vivo, tan respetable que los mismos ángeles no se presentan allí sino con el mas profundo respeto, los demonios no se atreven á acercarse á ella, los paganos mismos no entran en ella, sino con pavor y con aquella modestia que la razon sola inspira. Los cristianos de nuestros dias son los únicos que tienen la desvergüenza de llevar su impiedad hasta el santuario, y de no presentarse muchas veces en nuestras iglesias, sino para profanarlas y para insultar, por decirlo así, al Dios que adoramos en ellas. ¿Consistirá esto en que ya no les queda á tantos libertinos, á tantas mujeres mundanas, tintura alguna de religion que les haga reservar siquiera el lugar santo, ó á lo ménos el tiempo sagrado del sacrificio? ¡Ah! le queda un espacio tan vasto á su licencia desenfrenada; todo es para ellos lugar de disolucion; dejen, pues, á lo ménos sus templos á Jesucristo.

Punto segundo.—Considera que por poca fé que se tenga, no puede verse sin estremecimiento la irreligion con que se presentan los hombres en nuestros templos. ¿Es acaso para dar un culto religioso al Dios que está sobre nuestros altares, para lo que se cometen tan escandalosas irreverencias en su presencia? ¿En el ánimo de tantos libertinos, es tenido Jesucristo por el Redentor y el soberano Juez de los mortales? ¿no se diria mas bien que le consideran sobre nuestros altares no mas que como un fantasma de divinidad, y como un rey de teatro, los que

no se presentan á los piés de los altares, sino con aires burlones, por decirlo así, é insultantes; los que están con tan poca moderacion y respeto; los que no se atreverian á estar delante de un hombre honrado, delante de un magistrado con la misma indecencia, con la misma negligencia, la misma disipacion de espíritu, y la misma libertad con que asisten al oficio divino, y al santo y tremendo misterio? Jesucristo sobre nuestros altares, rodeado con mucha frecuencia de una multitud de jóvenes libertinos y de una reunion de mujeres mundanas, ¿sufre el dia de hoy ménos oprobios, que en los que en otro tiempo cuando lo estaba de una tropa insolente que le cargaba de injurias y de salivas? Una mujer se adorna para ir á la iglesia, como para ir al teatro: asiste á los divinos misterios muchas veces con el mismo espíritu, y siempre con los mismos aires mundanos, con que asiste pocas horas despues á los espectáculos ó á las tertulias. Mas ricamente adornada que el altar ¿no podria considerársela como un ídolo animado, espuesto á los ojos del público, en medio del templo de los cristianos? á lo ménos es cierto que ella recibe allí mas honor de los libertinos, que el Dios á quien se adora. ¿Es un motivo de religion, el que reune en nuestros templos á tantos jóvenes libertinos á ciertas horas de escándalo y de profanacion, para estar presentes á lo que se llama «la bella misa,» como si dijéramos la misa de doce, de una ó de dos? ¡qué aires mas disolutos ni mas inmodestos tendrian en cualquiera asamblea profana? ¿qué discursos tan vanos y escandalosos no les ocupan en el tiempo mismo en que se ofrece al Señor la víctima divina, ó se cantan las divinas alabanzas? ¿y qué deseos tan sacrílegos no se mezclan, por decirlo así, con el incienso que se ofrece al Dios vivo? ¿es preciso esperar al fin de los siglos para ver en el lugar santo la abominacion de la desolacion? ¿qué otro nombre se debe dar á las irreverencias que se cometen todos los dias en nuestras iglesias? ¿qué padre tan poco zeloso de su autoridad sufriria que su hijo estuviese en su presencia con tan poco respeto, como lo ve á sangre fria en la presencia de Jesucristo? ¿Qué señor sufriria de un criado lo que Jesucristo sufre de los fieles? Se diria que para acostumbrar los niños á estas inmodestias se les permite estar y juguetear en la iglesia, como no se les aguantaria ni aun en el aposento. ¿Y se estraña despues de esto que haya tan poca religion en la juventud? Dignaos, Señor, concederme la gracia de reparar de hoy en adelante con mi respeto y mi devocion las irreverencias que se cometen en nuestras iglesias, y que mi ejemplo abrase con el mismo zelo, y anime del mismo espíritu á todos vuestros fieles siervos.

JACULATORIAS.—Yo comprendo, Señor, con qué profundo respeto debemos presentarnos en vuestro santo templo. (Psalm. 92.).

Conozco, ó Dios mio, cuán terrible es este lugar. Aquí es la casa de Dios y la puerta del cielo. (Genes. 28.)

PROPÓSITOS.

1 La severidad con que Dios castigaba la menor irreverencia en la antigua ley, debe servirnos de regla para pensar cuál será el rigor con que castigará la menor inmodestia en nuestras iglesias. ¿Cuál sería el asombro de un iroqués que, medianamente instruido de las verdades de nuestra religion, entrase por primera vez en nuestras iglesias, llenas de gentes sin respeto, sin piedad? ¿Qué pensaria un turco si fuese testigo de nuestras irreverencias? Concebid desde hoy sentimientos cristianos sobre un punto tan importante. Comenzad en este mismo dia á poner en práctica lo que acabais de prometer al Señor. Id á la iglesia, aunque no sea mas que para dar á Dios, á vosotros mismos y al público, una prueba de que reconoceis vuestra obligacion sobre este artículo: entrad en ella, salid de ella como un hombre que está penetrado de la majestad y de la santidad del lugar santo.

2 Imponeos una ley inviolable: 1.° de no hablar jamás en la iglesia: 2.° de no estar en ella sino en una postura religiosa y cristiana: 3.° de no presentaros en ella sino con toda la decencia que pide la grandeza de Dios que hace allí su asiento: no os presenteis allí jamás con esos vestidos escotados, oprobio de nuestro siglo, y moda propia del libertinaje mas desvergonzado: 4.° no permitais nunca que vuestros hijos, aunque sean muy jóvenes, estén en ella sin moderacion y sin respeto.

MARTES CUARTO DE CUARESMA.

Obligado David por la rebelion de su hijo Absalon á salir de Jerusalen, abandonado de cuasi todos sus domésticos y de sus cortesanos, desamparado de todo el mundo, representa á Dios el estado lastimoso á que se ve reducido, y le pide su auxilio contra unos enemigos tan injustos. «¡O Dios mio!» esclama en su estrema afliccion, «oidme y no despreciels mi oracion; dignaos considerar el estado en que estoy, y no me negueis la asistencia que imploro. Mi espíritu,» continúa el profeta, «no me representa mas que objetos que me oprimen de tristeza: los gritos de mis enemigos, la vista de los pecadores unidos para perseguirme, me sumerge en una estrema tribulacion.» Este salmo en el sentido figurado, conviene perfectamente á Jesucristo. David destronado y arrojado de Jerusalen, representa al Salvador, rechazado y entregado á la muerte por los judíos. Absalon á la cabeza de los revoltosos representa á los sacerdotes sublevando el pueblo contra el Salvador; la traicion, en fin, de Aquitofel, que el profeta no pierde de vista en todo este salmo, representa la de Judas. Por estos dos primeros versículos de este salmo 54 empieza tambien la Iglesia la misa de este dia. A medida que se acerca el tiempo de la pasion, la Iglesia elige en la Escritura lo que hay allí que dice mas relacion con este grande acontecimiento; y este salmo es una espresion tan viva y tan semejante á él, que san Atanasio y Eusebio creen que David en el triste estado en que se hallaba, tuvo un claro conocimiento de la pasion de Jesucristo, y que los términos tan vivos y tan lastimeros de que aquí se sirve, eran efecto del dolor estraordinario que sentia, considerando los tormentos que el Hijo de Dios debia sufrir algun dia de parte de los judíos en la misma Jerusalen.

Como en el Evangelio de la misa de este dia echa Jesucristo en cara á los judíos el desprecio que hacian de la ley que se vanagloriaban haber recibido de Moisés, la Iglesia ha escogido para la Epístola el pasaje del Exodo en que Dios hace conocer á Moisés que aquel pueblo á quien habia colmado de beneficios, y en favor del que acababa de hacer tantas maravillas, le habia olvidado y despreciado, hasta sustituirle un becerro de oro en el tiempo mismo en que estaba dándole su ley sobre la montaña.

Habiendo vuelto á subir Moisés hasta lo mas alto de la montaña, de donde habia tenido que bajar para hacer sa-

ber al pueblo la voluntad de Dios, y asegurarle; le declaró el Señor sus mandamientos; le dió diversos estatutos de justicia, para el castigo de los crímenes, para el arreglo de las costumbres, y para las prácticas de religion y de policía. Sin embargo, viendo que el pueblo de Moisés tardaba mucho tiempo en bajar de la montaña, creyó que habia perecido entre los fuegos y los truenos; y acostumbrado á las supersticiones paganas de que habia sido testigo en Egipto, lleno su espíritu del culto de los ídolos que los egipcios adoraban, y dañado tambien el corazon por el comercio que habia tenido en aquella nacion idólatra, forzó á Aaron á que le diese dioses, y le hiciese un becerro de oro que le sirviese de ídolo. Aaron viendo todo el pueblo amotinado y pronto á estallar en una rebelion general, tuvo la flaqueza de ceder á sus sacrílegos deseos. Les dijo que quitasen los zarcillos de las orejas de sus mujeres y de sus hijos, y que se los trajesen, creyendo acaso que la repugnancia que tendrian en privarse de estos adornos, les haria mudar de pensamiento. Pero ¿qué no puede la corrupcion del corazon cuando ha pasado hasta el entendimiento? aquel pueblo irreligioso le llevó sin dificultad aquellos ricos despojos. Se fundió todo este oro, se formó de él un becerro que se colocó sobre un altar, poco mas ó ménos como ellos habian visto en Egipto el dios Apis ú Osiris, al cual adoraban los egipcios bajo la forma de un buey; y el pueblo insensato, habiéndosele inmolado víctimas y holocaustos como á una divinidad, celebró una gran fiesta en honor del becerro de oro con cánticos, festines y danzas. Entre los escesos de una idolatría tan vergonzosa se decian á sí mismos los israelitas: «Hé aquí tus dioses, ó Israel; hé aquí los que te han sacado de Egipto.» Tanta verdad es que se pierde hasta la razon cuando se pierde de vista á Dios, y cuando uno se entrega al desórden y á los placeres del mundo.

Viendo el Señor esta abominacion, dijo á Moisés: Baja, porque el pueblo que has sacado de Egipto ha pecado gravemente. Se han separado muy pronto del camino que les habias mostrado. Se han hecho un becerro vaciado, le han adorado, le han inmolado víctimas y han dicho: «Estos son tus dioses que te han sacado de Egipto.» Veo, añadió el Señor, que este pueblo es poco tratable y poco dócil: déjame seguir los movimientos de mi indignacion, yo les esterminaré, y te constituiré gefe de otro pueblo mas numeroso y ménos difícil de gobernar. Entonces postrándose Moisés en la presencia del Señor, le rogó que perdonase á su pueblo, á quien habia librado tan poderosamente y de un modo tan maravilloso de la cautividad de Egipto, y que no diese lugar con este castigo á que los egipcios y todos los enemigos de su santo nombre triunfasen en perjuicio de la verdadera religion, y los insultasen diciendo que no los habia sacado de la cautividad sino para hacerles perecer en las montañas; le suplicó que se acordase de las promesas que habia hecho á Abraham, á Isaac y á Israel en favor de su posteridad, y que se dignase detener los funestos efectos de su justa cólera.

¡Qué de instrucciones y misterios saludables contiene este hecho histórico! Un pueblo nacido en el seno de la verdadera religion, amado de Dios, colmado de sus beneficios, testigo de tantos prodigios, obrados en su favor y á sus ojos, no bien ha perdido de vista á su conductor, cuando olvida á Dios y cae en la mas grosera de las idolatrías. ¿De qué no es capaz el hombre cuando se abandona á su propio espíritu? ¿y qué funestos efectos no produce tarde ó temprano un largo comercio con los infieles? La corrupcion del entendimiento pasa muy pronto al corazon, y dañados los dos, el temor de Dios se pierde, la memoria de sus beneficios se estingue, y se da por último en las abominaciones mas espantosas. Se pregunta por qué Dios dijo á Moisés: Déjame seguir los movimientos de mi indignacion, esterminaré estos malvados, este pueblo ingrato é infiel. Esto no quiere decir otra cosa sino que la misericordia de Dios alegaba, por decirlo así, en favor de aquellos pecadores contra su justicia. Dios quiere perdonarles; pero quiere que se le ruegue. Dios dice á Moisés: Déjame hacer, lo cual es, dice Teodoreto, como si tácitamente le dijese en otro sentido: deten mi cólera con tus ruegos. No diria, déjame obrar, sino que obraria, si no hubiese querido perdonar. Diciendo Dios á Moisés, déjame obrar, yo voy á esterminarlos, le da ocasion y le inspira el deseo de suplicarle, y le hace comprender el poder que tendrian las oraciones que él haria por ellos. (Lib. 9. Mor.) Reconozcamos aquí el poder y la eficacia, añadamos aun, la necesidad que tenemos de las oraciones de los santos y de las gentes de bien, y deploremos la funesta ceguera de los herejes, que negando la intercesion y la comunion de los santos se privan desgraciadamente de uno de los mayores y de los mas importantes socorros de esta vida.

Dios se dejó ablandar de las fervientes plegarias de su siervo, el cual bajó en seguida con las dos tablas de la ley, y habiendo echado de ver el becerro de oro y las danzas, entró en una ira tal que las arrojó, y las hizo pedazos al pié de la montaña, como queriendo indicar con esto que la alianza que los hebreos habian hecho con Dios estaba rota. Esta accion de Moisés, dice San Agustin, era un símbolo y una especie de profecía de la supresion ó de la cesacion de la antigua alianza, para dar lugar á otra nueva que el Mesías habia de hacer algun dia. Moisés arruinó el altar, echó al fuego el becerro de oro, é hizo mezclar los polvos con agua, la cual hizo tragar á los hijos de Israel; es decir, que habiendo reducido á polvo el becerro de oro, echó aquel polvo en el agua de donde bebia el pueblo, como para hacerles conocer la vanidad de aquella pretendida divinidad que no habia podido librarse de ser reducida á polvo, y por este medio inspirarles un soberano desprecio de ella.

El Evangelio de este dia está tomado del capítulo 7 de san Juan. Hácia la mitad de la fiesta de los Tabernáculos, instituida en memoria de las tiendas, bajo de las que se habian acampado los judíos en el desierto por espacio de cuarenta años, y que se celebraba por ocho dias, en el séptimo mes del año judío, que correspondia á nuestro mes de setiembre; hácia la mitad de esta fiesta, esto es, el dia festivo en medio de la octava, que á lo que parece era el sábado, subió el Salvador al templo seis meses ántes de su muerte, y se puso á enseñar: lo hizo con tanta elocuencia y erudicion, que se atrajo la admiracion de todo el mundo. Aquellos mismos judíos que estaban mas enconados contra él, se decian entre sí: ¿Cómo se ha hecho tan sabio sin haber tenido nunca maestro? Los judíos estaban tanto mas sorprendidos de la ciencia profunda del Salvador, cuanto que sabian bien que jamás habia frecuentado sus escuelas, ni tenido maestro alguno de entre ellos. La respuesta que les dió no era ménos espiritual que sólida: La doctrina que os predico, les dijo, no deja de ser

mi doctrina, aunque sea la doctrina de mi Padre que me ha enviado para enseñárosla: no os hablo solamente como hombre, sino como Hijo de Dios. Los que renuncian á su propia voluntad para hacer la suya, conocerán bien pronto si yo hablo de mí mismo, ó si es él el que me hace hablar, y si mi doctrina es la palabra del hombre ó la palabra de Dios. Vosotros me confesareis que un enviado que habla de sí mismo, y nó segun las instrucciones que se le han dado, busca su propia gloria; y que por el contrario, el que trabaja por el honor del Señor á quien representa, no dice nada que no sea verdad, ni quiere nada que no sea justo.

Acusaban los judíos al Salvador de que habia violado la ley, y aun querian quitarle la vida por haber curado en un sábado al paralítico. Jesucristo les hacia ver no solo que conocia sus mas secretos pensamientos y su mala voluntad, sino tambien la injusticia y la inconsecuencia de su conducta; les muestra que si él ha violado la ley curando un paralítico en un sábado, ellos mismos la violan mucho mas, puesto que no tienen facultad en circuncidar un niño el sábado, cuando cae en este dia el octavo despues de su nacimiento. ¿Por qué, pues, añadió el Salvador, tratais de quitarme la vida? El pueblo sencillo que creyó que esta palabra se dirigia á él se ofendió de ella, porque amaba á Jesus, y no tenia parte en todo lo que los sacerdotes y los fariseos tramaban contra él. No dejó de haber entre la multitud gentes bastante insolentes que le dijesen: El demonio tienes en el cuerpo, y este espíritu de mentira es el que te hace hablar. ¿Quién piensa en quitarte la vida? El Salvador que no les habia dirigido á ellos esta acusacion, no se detuvo en rechazar su calumnia y falta de respeto. Continuó confundiendo á sus enemigos, diciéndoles: Vosotros me haceis un crímen de un milagro que os ha sorprendido á todos. Yo curé un paralítico, le mandé que echase á andar, que tomase su cama y la llevase á su casa, lo que hacia el milagro todavía mas visible; y como la envidia lo emponzoña todo, me acusais de que he violado la ley, porque he curado á este enfermo en un sábado. No juzgueis por lo esterior; entrad en el espíritu de la ley, y no reprendais en mí lo que no creeis que se pueda condenar en vosotros. Si no se viola la ley del sábado haciendo en él la circuncision, ¿porqué se la ha de violar haciendo caminar á un hombre baldado de todos sus miembros?

Entre los que oian al Salvador, habia muchos de Jerusalen, que mejor instruidos que el simple pueblo, sabian ciertamente que se conspiraba contra él. Estos se decian los unos á los otros: ¿No es este aquel hombre estraordinario, á quien por todas partes se busca para quitarle la vida? pues él habla atrevidamente en presencia de los que le buscan, y él mismo publica sus malos designios sin que se atrevan á decirle una sola palabra; ¿si será porque hayan vuelto sobre sí, y hayan reconocido que es verdaderamente el Mesías? Sin embargo este es un hombre á quien nosotros conocemos todos; sabemos de dónde es; por el contrario, cuando hubiere venido el Cristo, nádie sabrá de dónde es. Era la plebe la que hablaba así. Aquellos judíos que sabian la Escritura, no ignoraban que el Cristo debia ser de la raza de David, y del pueblo de Belen, en donde habia nacido David. Los judíos de Jerusalen parece haber ignorado que Jesucristo hubiese nacido en Belen, ó por lo ménos no sabian que sus parientes que habitaban todos en Galilea, pudiesen ser descendientes de David, y que Belen fuese el lugar de su orígen. Estaba el Salvador entonces en aquella parte del templo, donde los doctores acostumbraban esplicar la ley. Conociendo lo que el pueblo pensaba de él, alzó la voz, y enardeciéndose su zelo, les habló con un tono mas firme, y les dijo: Vosotros sabeis quién soy yo, y de dónde soy, segun el hombre, que es lo único que aparece á vuestra vista; pero no sabeis quién soy yo, ni de dónde soy segun la naturaleza divina. Vosotros ignorais que soy yo el Mesías que Dios ha enviado como lo habia prometido. Vosotros no me mirais mas que como un hombre, ó á lo mas como un profeta; y todavía por una malicia detestable no me considerais sino como un seductor, no obstante que no podeis ignorar el testimonio que Juan Bautista ha dado de mí, ni los milagros que me habeis visto obrar. Todo esto debia daros bastante á conocer que no vengo yo de parte de ningun hombre á enseñaros el camino de la salud: que no hay hombre sobre la tierra que haya podido darme esta mision: que no he venido tampoco por mí mismo, sino que en cualidad de Mesías he debido ser enviado por el Señor soberano del mundo á quien vosotros no conoceis, el cual siendo la verdad misma no puede ni faltar á sus promesas, ni engañar con sus palabras, ni engañarse en la eleccion que ha hecho del que ha enviado; y que no os enseña mas que lo que ha aprendido de él. Por lo que hace á mí, si yo dijese que no le conocia, seria un mentiroso como lo sois vosotros. Como si dijese, dice san Agustin: Yo soy de la misma naturaleza que él, porque el Hijo es de la misma naturaleza que el Padre; y todo lo que el Hijo es, lo tiene de aquel de quien es Hijo. Yo he nacido del Padre como Dios, he sido enviado de él en cuanto hombre. Cuando le oís decir, continúa el mismo Santo, él me ha enviado, no creais que indica una diferencia de naturaleza, sino solo la autoridad del que envia en cualidad de Padre.

Las palabras del Salvador que debian satisfacer enteramente á sus enemigos y hacerles ver cuán dichosos eran porque tenian un Maestro semejante, no hicieron mas que irritarlos. No buscaban mas que una ocasion para prenderle y perderle. Mas como no habia llegado el tiempo que él habia determinado para inmolarse por la salud de los hombres, ninguno se atrevia á poner la mano en él, y por tanto no tomaba ninguna precaucion para defenderse. El odio y la rabia de los principales de los judíos no fueron obstáculos para que muchos del pueblo creyesen en él, y le reconociesen por el Mesías. Dios encuentra siempre almas dóciles que le indemnicen, por decirlo así, de la pérdida de las almas orgullosas, de los mundanos voluptuosos, de los espíritus altaneros é incrédulos, que se rebelan contra la moral y la doctrina de Jesucristo. ¡Espíritus inquietos y fluctuantes en punto de religion, hé aquí lo que debe fijaros! Sujetad vuestro corazon á las verdaderas prácticas que ella enseña; hacedle triunfar en vuestras costumbres; ella cautivará bien pronto vuestro entendimiento, y os convencerá que no puede venir mas que de Dios.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Sacræ nobis, quæsumus, Domine, observationis jejunia, et piæ conversationis augmentum, et tuæ, propitiationis continuum præstent

Haced, Señor, que los ayunos que observamos en este sagrado tiempo de Cuaresma, sirvan para hacernos adelantar mas y mas en la

auxilium. Per Dominum nostrum...

piedad, y que nos procuren de continuo la asistencia de vuestra misericordia. Por nuestro Señor, etc.

La Epistola es tomada del libro del Exodo, cap. 32.

In diebus illis: Locutus est Dominus ad Moysen, dicens: Descende de monte: peccavit populus tuus, quem eduxisti de terra Ægypti. Recesserunt cito de via, quam ostendisti eis: feceruntque sibi vitulum conflatilem, et adoraverunt, atque immolantes ei hostias, dixerunt: Isti sunt dii tui, Israel, qui te eduxerunt de terra Ægipti. Rursumque ait Dominus ad Moysen: Cerno quod populus iste duræ cervicis sit; dimitte me, ut irascatur furor meus contra eos, et deleam eos, faciamque te in gentem magnam. Moyses autem orabat Dominum Deum suum, dicens: Cur, Domine, irascitur furor tuus contra populum tuum, quem eduxisti de terra Ægypi in fortitudine magna, et in manu robusta? Ne, quæso, dicant ægyptii: Callide eduxit eos, ut interficeret in montibus, et deleret e terra: quiescat ira tua, et esto placabilis super nequitia populi tui. Recordare Abraham, Isaac, et Israel servorum tuorum, quibus jurasti per temetipsum, dicens: Multiplicabo semen vestrum sicut stellas cœli: et universam terram hanc, de qua locutus sum, dabo semini vestro, et possidebitis eam semper. Placatusque est Dominus ne faceret malum, quod locutus fuerat adversus populum suum.

En aquellos dias habló el Señor á Moisés, y le dijo: Baja de la montaña, porque tu pueblo, al que has sacado de Egipto, ha pecado. Han dejado muy pronto el camino que les habias mostrado. Han hecho un becerro vaciado, y le han adorado, y habiéndole inmolado hostias, han dicho: ¡Oh Israel! hé aquí tus dioses, que te sacaron de Egipto. Dijo tambien el Señor á Moisés: Veo que este pueblo es de cabeza dura: déjame obrar á fin de que mi cólera se encienda contra ellos y los estermine, y yo te haré á tí gefe de una gran nacion. Pero Moisés rogaba al Señor su Dios, y le decia: ¿Por qué, Señor, se enciende vuestra indignacion contra vuestro pueblo, al cual habeis sacado de Egipto con gran fortaleza y con mano poderosa? No deis, Señor, lugar, os ruego, á que digan los egipcios: Los ha sacado mañosamente de Egipto para hacerlos perecer en las montañas y esterminarlos en la tierra. Apacigüese vuestra ira, y dejaos ablandar para perdonar la malicia de vuestro pueblo. Acordaos de Abraham, de Isaac y de Israel vuestros siervos, á los cuales habeis dicho jurando por vos mismo: Yo multiplicaré vuestra descendencia como las estrellas del cielo, yo daré á vuestra posteridad toda la tierra que os he prometido, la cual poseereis para siempre. Entonces el Señor se aplacó, y el pueblo no esperimentó el mal con que le habia amenazado, y el Señor tuvo compasion de su pueblo.

Este libro llamado Exodo de una palabra griega que significa la salida, porque refiere la salida de los israelitas de Egipto, es el segundo del Pentateuco. Contiene la historia de la persecucion suscitada por el rey de Egipto contra los hebreos. La historia de la vida de Moisés. Todos los campamentos de los israelitas en el desierto. Y la alianza que Dios hizo con este pueblo, del cual se declaró su Dios, su Rey, su Protector, su Legislador y su Padre.

REFLEXIONES.

«Déjame obrar á fin de que mi cólera se encienda contra ellos.» ¡Qué idea tan alta y tan consoladora nos dan estas palabras de la bondad infinita de nuestro Dios! Un pueblo que Dios por un puro efecto de su misericordia habia elegido con preferencia á todas las naciones de la tierra, para que fuese su pueblo muy amado y favorito, en favor del que acababa de obrar tan grandes maravillas; un pueblo colmado, repleto de milagros y de beneficios; azotes multiplicados sobre los egipcios hasta que hubieron dejado en libertad este pueblo; paso del mar Rojo á pié enjuto; nube espesa durante el dia para defenderle de los ardores del sol abrasador; nube luminosa que le alumbra durante la noche en medio de las mas espesas tinieblas. Comida esquisita que les cae ya preparada en las manos, maná milagroso, pan celestial que satisface sus gustos diferentes; alianza preciosa con Dios mismo, por la cual se constituye su Dios, su Protector especial, su Legislador y Padre: en medio de todas estas maravillas y tantas otras que de continuo se obraban en favor suyo y á su vista, este pueblo ingrato é impío olvida en un momento todos los insignes beneficios, olvida su autor, se rebela abiertamente contra su bienhechor, contra su Dios, contra su Padre, y llevando su impiedad hasta los últimos escesos, se hace un becerro de oro, le adora como su Dios, y le ofrece sacrificios. ¿De qué rayos y de qué dardos no debe servirse la cólera de Dios tan justamente irritada para esterminar una nacion tan abominable? Jamás hubo un pueblo que mereciese mas los mas horribles castigos; nunca hubo pecadores mas indignos de la divina venganza. Dios está irritado, es verdad; su indignacion, su ira se enciende contra este pueblo infiel; pero su misericordia, su bondad brilla todavía mas que su enojo. «Déjame obrar,» dice á Moisés, «á fin de que mi cólera se encienda contra ellos.» Si hubiera querido tomar venganza, no diria á Moisés que le dejase hacer; hubiera hecho, hubiera castigado, hubiera esterminado. ¿Para qué, pues, prevenir á su siervo sino para advertirle que le desarme por la oracion? «Déjame obrar.» Moisés no se oponia; pero Dios desea que se oponga: Moisés no le rogaba todavía que le perdonase; pero Dios teme que Moisés indignado de la atrocidad del crímen, no se atreva á suplicar, y le deje obrar. Dios obra como un buen padre, que está afligido de verse precisado á castigar á un hijo criminal, y que en el mayor ardor de su ira desea que alguno se interponga entre su hijo y él, que le quiten de la mano las varas que ha tomado para castigarle, y que alguna persona de autoridad interceda por el hijo criminal, y le sirva de pretesto para perdonar al culpable. De este modo es como Dios obra con respecto al pecador. Quiere que las oraciones de Moisés sean como un brazo poderoso que detenga la mano de Dios, pronta ya para herir á su pueblo; ó mas bien inspira, forma en el corazon de Moisés los ruegos con que queria dejarse ablandar. La misericordia de Dios combate contra su justicia, y detiene los efectos de esta. En este sentido dicen los Padres, que Dios grita tan alto y hace tanto ruido cuando amenaza; al hacer anun-

ciar por un profeta que arma su arco, que aguza sus flechas, que su cólera se enciende; que va á estallar: no se quiere hacer gran mal, cuando se hace tanto ruido. Dejadme obrar. A la Santísima Vírgen, protectora y refugio de los pecadores; á los santos Angeles de Guarda, que tanto se interesan por la salvacion de los que están confiados á su custodia; á los santos Patronos, que pueden interceder tan poderosamente por los pecadores, es á quienes parece que Dios dice: Dejadme obrar para tener una razon de perdonar. ¡Buen Dios, qué gran motivo de confianza para el pecador es vuestra bondad! ¡qué consoladora es vuestra misericordia!

El Evangelio es del cap. 7, segun san Juan.

In illo tempore: Jam die festo mediante, ascendit Jesus in templum, et docebat. Et mirabantur Judæi, dicentes: Quomodo hic litteras scit cum non didicerit? Respondit ei Jesus, et dixit: Mea doctrina non est mea, sed ejus qui misit me. Si quid voluerit voluntatem ejus facere, cognoscet de doctrina, utrum ex Deo sit, an ego à meipso loquar. Qui a semetipso loquitur, gloriam propriam quærit: qui autem quærit gloriam ejus, qui misit eum, hic verax est, et injustitia in illo non est. Nonne Moyses dedit vobis legem: et nemo ex vobis facit legem? Quid me quæritis interficere? Respondit turba, et dixit: Dæmonium habes: quis te quærit interficere? Respondit Jesus, et dixit eis: Unum opus feci, et omnes miramini: propterea Moyses dedit vobis circumcisionem (non quia ex Moyse est, sed ex patribus): et in sabbato circumciditis hominem. Si circumcisionem accipit homo in sabbato, ut non solvatur lex Moysi, mihi indignamini quia totum hominem sanum feci in sabbato? Nolite judicare secundum faciem, sed justum judicium judicate. Dicebant ergo quidam ex Jerosolymis: Nonne hic est, quem quærunt interficere? Et ecce palam loquitur, et nihil ei dicunt. Numquid vere cognoverunt principes quia hic est Christus? Sed hunc scimus unde sit: Christus autem cum venerit, nemo scit unde sit. Clamabat ergo Jesus in templo docens, et dicens: Et me scitis, et unde sim scitis: et a meipso non veni; sed est verus, qui misit me, quem vos nescitis. Ego scio eum: quia ab ipso sum, et ipse me misit. Quærebant ergo eum apprehendere, et nemo misit in illum manus, quia nondum venerat hora ejus. De turba autem multi crediderunt in eum.

En aquel tiempo estando ya hácia el medio de la fiesta subió Jesus al templo, y allí enseñaba. Los judíos estaban admirados y decian: ¿Cómo ha podido éste saber no habiendo estudiado? Dirigiéndose Jesus á ellos, les dijo: Mi doctrina no procede de mí, sino de aquel que me ha enviado. Los que quisieren hacer su voluntad conocerán si esta doctrina es de Dios, ó si yo hablo de mi propia autoridad; el que habla de su propia autoridad, busca su propia gloria. El que procura, pues, la gloria de aquel que le ha enviado, dice siempre la verdad y no hay en él injusticia. ¿No os ha dado Moisés la ley, y sin embargo ninguno de vosotros pone en práctica la ley? ¿Por qué me buscais para quitarme la vida? Tomando entonces la palabra la multitud, le dijo: ¿Estás endemoniado? ¿quién te busca para matarte? Respondióles Jesus, y les dijo: Una sola cosa he hecho, y todos os habeis admirado. Así tambien porque Moisés os ha ordenado la circuncision, la haceis aunque sea en sábado, no obstante que no venga de Moisés sino de los padres. Y si por no violar la ley de Moisés, se circuncida un hombre en sábado, ¿por qué llevais tan á mal el que yo haya curado todo un hombre en sábado? No juzgueis por lo que se presenta por lo esterior, sino juzgad segun la justicia. Algunos de Jerusalen decian: ¿No es este el que buscan para matarle? pues él habla delante de todo el pueblo y nada le dicen. ¿Habrán acaso reconocido los gefes de la nacion que este es el Cristo? Pero nosotros sabemos de dónde es este hombre: mas cuando viniere el Cristo, nadie sabrá de dónde es. Clamaba, pues, Jesus enseñando en el templo, y decia en alta voz: Vosotros sabeis quién soy yo, y de dónde soy; yo no he venido de mí mismo; pero aquél que me ha enviado es verdadero, y vosotros no le conoceis. Yo le conozco porque procedo de él, y él es el que me ha enviado. Buscaban, pues, ocasion de prenderle, mas ninguno puso en él la mano, porque aun no habia llegado su hora. De la multitud creyeron muchos en él.

MEDITACION.

Sobre el pecado mortal.

Punto primero.—Considera que el pecado mortal es el mayor de todos los males, y propiamente hablando, el único mal que temer. Pérdida de bienes, de honor, de salud, desgracias, accidentes fatales, vosotros costais muchos suspiros y lágrimas, causais muchos malos ratos y disgustos; sin embargo, si con todas estas desgracias es uno hombre de bien; si está en estado de gracia, es digno del respeto de los ángeles mismos, es dichoso. Por el contrario, aun cuando uno tuviese todo lo que desea; aun cuando fuese el hombre mas dichoso del mundo, si está en estado de pecado mortal, ¿que viene á ser á los ojos de Dios, que es el único que conoce perfectamente el mérito de todas las cosas? un objeto de horror, objeto de indignacion y de su ira. ¿Comprendemos por esto cuál es la malicia del pecado mortal? Apenas un hombre muere pobre, despreciado, desgraciado, es dichoso si muere en pecado mortal, pero ¿en qué viene á parar en la hora de la muerte el mas grande monarca del universo, el hombre mas dichoso del siglo, si muere en pecado?

Considera que todas las desgracias que han sucedido desde el principio del mundo, el diluvio de males que inunda toda la tierra, las guerras, la peste, los incendios, las enfermedades y otros cien azotes; la condenacion eterna de las almas; el infierno mismo, ese centro donde se hallan reunidos todos los males, todo esto es efecto no mas que de una culpa mortal; juzgad de aquí qué mal es el pecado mortal.

No pueden concebirse criaturas mas nobles y mas perfectas que los ángeles, y sin embargo un solo pecado mortal, que no habia pasado de un consentimiento dado á un pensamiento de orgullo, y que no duró mas que un

momento, precipitó en los infiernos, y condenó al suplicio eterno un gran número de criaturas tan escelentes que podian dar á Dios tanta gloria por toda la eternidad, y que Dios habia criado singularmente para su gloria. Concibamos despues de esto, si es posible, lo que es un pecado mortal. Este pecado que se comete tan fácilmente y cuasi sin remordimientos; este pecado tan universal en todas las edades de la vida; este pecado que se comete hasta riéndose y sin sentirlo.

Dios mio, ¿conocemos esta religion? ¿tenemos siquiera una tintura de ella? Nos familiarizamos con el pecado, y el menor pecado mortal es el mayor mal, el único mal que hay en el mundo; ¿y se vive un momento en pecado?

Punto segundo.—Considera que por mas terrible que sea la pena con que Dios castiga el pecado, nunca iguala á toda su malicia.

Un solo pecado de desobediencia privó al primer hombre de la justicia original, le despojó de todos los dones sobrenaturales, le atrajo á él y á toda su posteridad la multitud cuasi infinita de todo género de males que nos harán gemir hasta el fin de los siglos. Seis mil años hace ya que Dios se venga; su venganza no está todavía satisfecha; ella durará tanto como el mundo; el fuego del infierno que este enojo ha encendido durará una eternidad; concibamos, repito, si es posible, por unos efectos tan terribles, la malicia de la causa que los produce.

¡Cuántas personas de una virtud distinguida, ricas en méritos, que habian llegado á un grado sublime, por un solo pecado mortal se han condenado desgraciadamente!

Aun cuando se haya vivido sesenta y ochenta años en el ejercicio de la penitencia; aun cuando se hayan practicado los actos de las virtudes mas heroicas; aun cuando se haya convertido todo el universo, y aun cuando se haya hecho hasta milagros; un solo pecado mortal destruye, aniquila, por decirlo así, todo esto en un momento; en un momento se cae en desgracia de Dios; en un momento se hace uno horrible á sus ojos; y si se muere en el pecado, se hace eternamente objeto fatal de su cólera y de sus venganzas.

Es, pues, innegable que el pecado, propiamente hablando, no solamente es el único mal, sino que no puede haber otro mal que él; ¿y se le mira como tal? ¡Ah! el pecado agrada, el pecado tiene atractivos, y podria decirse que muchos no hallan gusto en los placeres sino cuando están, por decirlo así, sazonados por algun pecado. ¿No soy yo de este número? ¿Qué horror he tenido yo hasta aquí del pecado? ¡Ah Señor! si consulto mi facilidad en cometerle, y el poco dolor que he tenido de haberle cometido, ¿qué es lo que debo pensar? ¿qué puedo yo decir?

¡Yo detesto, ó Dios mio, mi ceguera! ¡yo admiro, yo adoro vuestra bondad y vuestra paciencia! Perdonadme mis desórdenes pasados; mi dolor lo va á dar á conocer mi penitencia. El pecado es el único mal que yo tengo que temer; ¿será en efecto el único que temeré?

Jaculatorias.—Borrad, Señor, mi iniquidad, y si soy tan dichoso que ya esté purificado, lavadme todavía mas y mas, purificadme aun mas. (Psalm. 50.)

¿Seria posible, ó Dios mio, que yo pudiese jamás cometer un mal tan grande, y resolverme á ofenderos? (Genes. 39.)

PROPÓSITOS.

1 «Huid del pecado como de una serpiente,» dice el Sabio, «á la cual si os acercais os picará.» No tengais horror de hoy mas sino al pecado. Las enfermedades, la pérdida de los bienes, las adversidades y los accidentes mas molestos de la vida merecen poco el nombre de mal, puesto que todo esto puede ser útil. No deseis nada, no emprendais nada á que no acompañe este temor saludable, y haced muchas veces al dia, ó por lo ménos todas las mañanas esta bella oracion de la Iglesia: «Señor Dios omnipotente, sostenedme con vuestra divina gracia en este dia para que no cometa ningun pecado, sino que todos mis pensamientos, mis palabras y mis acciones no se dirijan mas que á cumplir vuestra santa voluntad, y que todas sean segun las reglas de vuestra justicia: por nuestro Señor Jesucristo. Amen.»

2 No basta tener horror al pecado, es preciso tambien tener cuidado de inspirar este horror á todos los que están bajo de nuestro mando. La mayor parte de los hijos serian tan santos como un san Luis, si todos los padres fuesen tan religiosos como la reina Blanca. No pasaba dia en que esta piadosa princesa no dijese muchas veces al jóven rey: Hijo mio, por grande que sea la ternura con que te amo, querria mas, sin embargo, verte muerto, que el saber que hubieses de cometer un solo pecado mortal durante tu vida. Aprovechaos de esta instruccion; imitad este ejemplo. No paseis dia alguno sin que deis una leccion semejante á vuestros hijos; anticipaos aunque tengan uso de razon, para inspirarles este horror al pecado y este temor saludable. ¡Cuántos vivirian en la inocencia, cuántas familias serian felices, si se mirase como una obligacion el inspirar desde muy temprano á los niños este horror al pecado!

MIÉRCOLES CUARTO DE CUARESMA.

Llámase este dia el miércoles del ciego de nacimiento, á causa del Evangelio que se lee en la misa: se llamaba tambien el dia del grande Escrutinio, porque en este dia se hacia solemnemente el exámen de los catecúmenos que debian admitirse al bautismo diez y ocho dias despues. Se llama este exámen el grande Escrutinio, porque era precedido y seguido de algunos otros ménos considerables. Habia ordinariamente siete escrutinios; es decir, siete dias de Cuaresma, destinados para examinar é instruir á los que pedian el bautismo; pero el que se hacia en este dia era el principal y el mas solemne, lo que ha dado motivo para que se dé á este dia el nombre de «feria de los Escrutinios» con preferencia á los otros seis. Toda la misa hace relacion al bautismo. El introito: «Yo derramaré sobre vosotros una agua pura y saludable.» La Epístola de donde está tomado este introito, es un compendio de los efectos del bautismo; y el Evangelio del ciego de nacimiento á quien el Salvador no quiso dar la vista sino con la precision de que fuése á lavarse en la piscina, representa la ceguera espiritual del alma ántes de ser reengendrada por este admirable sacramento.

A la hora de tercia se hacian venir á la iglesia á todos los que debian ser bautizados; se escribian sus nombres y

los de las personas que debian tenerlos en la fuente bautismal. Se hacian exorcismos sobre ellos, y la uncion de la saliva. Se leia la leccion del profeta Ezequiel, que es la primera Epístola de la misa, y despues la de Isaías que es la segunda, con sus graduales. Despues se hacia la ceremonia de la abertura de las orejas, como para poner los catecúmenos en estado de escuchar el Evangelio y el símbolo de la fé que se les iba á esponer, y esto ha hecho que se llamase tambien este dia el miércoles de la abertura de los oidos. La esposicion del Evangelio era seguida de la noticia del símbolo, en la cual se proponia á los catecúmenos idóneos, y destinados al bautismo próximo, el símbolo de la fé, y esta doble ceremonia era precedida de las renuncias á las vanidades y pompas del mundo, y á las sugestiones del demonio y de la carne que se les hacia hacer. Se pasaba del símbolo á la oracion dominical, y estas santas y sagradas ceremonias del grande escrutinio duraban una gran parte del dia. Como no debian bautizar mas que los adultos, se empleaban muchos dias en las ceremonias del bautismo. Despues que la Iglesia ha creido á propósito y aun necesario el conferir el bautismo á los niños, se han reducido todas estas solemnidades, sin omitir ninguna de las principales ceremonias.

«Cuando hubiere sido santificado en medio de vosotros, os congregaré de todas las partes de la tierra, y derramaré sobre vosotros una agua pura, y vosotros sereis purificados de todas vuestras manchas, y os daré un espíritu nuevo. Por esta profecía de Ezequiel comienza la misa de este dia. Se ve bastante la relacion que estas palabras tienen con el bautismo, cuyas principales ceremonias se hacian en este dia como se ha dicho.

La primera Epístola es una figura emblemática de él. Está tomada del capítulo 36 del profeta Ezequiel, en donde Dios promete á su pueblo sacarle de la triste cautividad en que gemia, derramar sobre él una agua pura, y purificarle de todo lo que le manchaba; lo cual es una prediccion muy clara del bautismo de Jesucristo, cuya sangre comunica al agua la virtud de borrar el pecado de los que creen en él. Dios dice tambien por boca del mismo profeta, que les dará un corazon nuevo y un nuevo espíritu, arrancando al mismo tiempo de ellos el corazon duro y terreno de que estaban animados, y el entendimiento grosero y craso que les hacia indóciles. Yo estableceré mi espíritu en medio de vosotros, el cual os ilustrará, os descubrirá el vacío y la nada de los bienes criados, y el falso brillo de todo lo que deslumbra los sentidos, de todo lo que agrada, y haciéndoos conocer el precio de los bienes espirituales, os dará el gusto de ellos, dándoos la inteligencia de los mas altos misterios. La gracia que yo derramaré en vosotros con mi espíritu, os hará guardar mis mandamientos con alegría, os hará marchar por mis caminos con fervor, añade el Señor: vosotros sereis mi pueblo, y yo seré vuestro Dios, y os miraré como el objeto de mi ternura.

A la verdad, despues de la vuelta de la cautividad los judíos dieron ménos motivo de queja y de nota, especialmente con respecto á la idolatría y á los demás desórdenes que con tanta frecuencia se les habian echado en cara por los profetas, ántes de la cautividad; pero está muy léjos de que hayan llenado en rigor toda la idea de perfeccion que aquí y en otros parajes de la Escritura se les traza. ¿Qué desarreglos no habia en el pueblo en tiempo de Nehemías? ¿y hasta qué punto no llevaron los mismos sacerdotes la idolatría en los dias de los Macabeos, en medio de Jerusalen y á la vista del templo? ¿qué impiedades, qué abominaciones en tiempo de Jason, usurpador del nombre y de la dignidad de gran sacerdote? Solo en la Iglesia es en donde debia cumplirse esta profecía. Solo Jesucristo ha sido el que propiamente ha obrado en sus fieles las mutaciones maravillosas que señala aquí. Él es el que quita con su gracia el corazon de piedra, aquel corazon duro y terreno, aquel corazon todo material y sensual que formaba el carácter de los judíos; él es el que dá un corazon de carne, esto es, un corazon tierno, un corazon dócil y reconocido; él es, en fin, el que derrama un espíritu nuevo, y arroja el espíritu antiguo; él nos purifica de nuestras manchas, y por medio de su gracia nos da fuerzas para perseverar libremente en el bien.

Con el mismo espíritu y en el mismo sentido ha elegido la Iglesia para la segunda Epístola de la misa de este dia, aquel pasaje del profeta Isaías en que descubriéndonos Dios los tesoros infinitos de su misericordia, y las riquezas de su bondad, nos manda que nos purifiquemos de nuestras iniquidades, y nos lavemos de nuestras manchas. Lavaos, purificaos. No pide un lavatorio, ni una purificacion esterior, como parecia que lo entendian los judíos: quiere una pureza interior, una purificacion del alma que no se hace sino por la conversion del corazon, por la penitencia, por la caridad; lo que sigue manifiesta bastante que Dios no habla mas que de la inocencia; quitad de delante de mis ojos la malignidad de vuestros deseos y de vuestros pensamientos, y cesad de obrar el mal. No basta, continúa, cesar de obrar el mal; aprended á hacer el bien, á huir el mal, porque en hacer el bien es en lo que consiste la justicia. Amad la rectitud, guardad buena fé, y no hagais agravio á nadie. Asistid al pobre, haced justicia al huérfano, defended la viuda, ejercitaos en las obras de misericordia, haced bien á todos; y despues de esto, yo os permito que os quejeis de mi severidad, y me acuseis de que soy un señor duro y austero, si os miro con malos ojos, si os despido cuando viniereis á mí, si cierro mis oidos á vuestros votos y á vuestras peticiones. En verdad os digo que aun cuando vuestros pecados fuesen tan visibles como la escarlata, y vuestra alma estuviese tan teñida como el paño teñido de un rojo vivo, se pondrá blanca como la nieve. Sí, aun cuando fuesen tan rojos vuestros pecados como la grana, se blanquearán como la lana mas blanca. No es esto decir que el pecado deje nunca de ser pecado; lo que Dios quiere darnos á entender es que por mas enormes que sean nuestros pecados, por grande que sea su número, luego que el pecador se convierte de buena fé, Dios le perdona todos sus pecados, y en virtud de este perdon, el alma recobra la inocencia. ¡Qué misericordioso y qué bueno es nuestro Dios! ¡Qué motivo tan poderoso de confianza ofrecen estas espresiones! Nada espresa mejor los efectos maravillosos del bautismo y de la penitencia que estas comparaciones.

No tiene ménos relacion con el efecto de estos sacramentos el Evangelio de la misa de este dia; en él se contiene la curacion del ciego de nacimiento. Nada hay tan admirable como este milagro.

Pasando el Salvador un sábado por una calle de Jerusalen vió un hombre ciego de nacimiento; se compadeció de él, y resolvió curarle. Pero ántes de obrar este gran mi-

lagro, quiso responder á una pregunta que le hicieron sus discípulos. Maestro, le dijeron, ¿cuál ha podido ser la causa de que este hombre haya nacido ciego? ¿es acaso por culpas suyas ó por culpas de sus padres? Creian ellos como todo lo demás del pueblo que no habia adversidades ni males que no fuesen penas de algun pecado. Queriendo, pues, Jesus desengañarles é instruirles les declaró que aunque las aflicciones sean muchas veces la pena de nuestros pecados ó de los de nuestros padres, tambien sucede con frecuencia que Dios no las envia sino para probar y purificar á los elegidos, ó por otras razones que sirven á los designios de su providencia. Tal es la incomodidad que sufre este hombre desde su nacimiento. Dios ha permitido que este hombre naciese ciego para tomar de aquí ocasion de manifestar su poder y su mision. Es preciso, añadió, que mientras es de dia, haga yo las obras del que me ha enviado. Tómase aquí el dia por el tiempo que el Salvador debia vivir aun sobre la tierra. Este tiempo debia ser para los judíos un tiempo de luz si ellos hubiesen sabido aprovecharse de él. Viene la noche, prosiguió, en que no se puede hacer nada: Jesucristo por esta noche indicaba su muerte, despues de la cual iban á ser abandonados á las tinieblas de su ignorancia, y de su ceguera voluntaria, segun la amenaza que les habia hecho en otra parte. Caminad mientras teneis luz. Yo soy la luz del mundo. Desgraciado el que no trabaja mientras es de dia. Como aquel dia era sábado, parece que el Salvador quiso preparar el espíritu de los Apóstoles con este preámbulo para el milagro que queria hacer; como si hubiese dicho: no obstante que sea hoy sábado, y que prevea que mis enemigos tomarán un motivo de escándalo de lo que yo voy á hacer, no debo diferir el dar la vista á este ciego, porque mi Padre será glorificado en ello, y esto adelantará mi obra. Luego que dijo esto, escupió en tierra, y habiendo hecho lodo con su saliva, frotó con ella los ojos del ciego, remedio naturalmente mas á propósito para hacer que para curar ciegos, dicen los padres. Solo aquel que ha podido formar el hombre de un poco de barro, es el que pudo hacer servir el lodo para la curacion de un ciego de nacimiento. En seguida le dijo el Salvador que se fuése á lavar á los baños de Siloé. Formaban este baño las aguas de una fuente que corria por las faldas de la colina de Sion al pié de los muros de Jerusalen. Como el nombre de Siloé significa enviado, que es uno de los nombres que la Escritura da al Mesías, no fué sin misterio el que el Salvador enviase al ciego á aquella fuente. Queria enseñarnos que él es el que nos reengendra en las aguas saludables del bautismo, y el que con su gracia cura nuestra ceguera espiritual. No tenia necesidad el Salvador, ni del lodo, ni de las aguas de la fuente de Siloé para dar la vista á aquel ciego; sin embargo, se sirvió de aquellos signos sensibles, de aquellas ceremonias esteriores para preparar los ánimos para la institucion de los sacramentos, de los cuales eran figura estas cosas sensibles. La fuente de Siloé, dicen san Ireneo y san Crisóstomo, era un símbolo del bautismo. Los turcos tienen todavía hoy en veneracion la fuente de Siloé; creen ellos que sus aguas tienen la virtud de curar, ó á lo ménos de aliviar los males de los ojos. El ciego obedeció, se lavó y volvió con la vista. El pueblo quedó admirado del milagro, sin penetrar el misterio. Los que desde luego parecieron mas asombrados fueron los vecinos y los padres del ciego de nacimiento. Por mas visible que se presentase el prodigio, todavía les parecia increible. La maravilla era tan estraordinaria, que muchos cuasi se inclinaban á dudar de que fuese él; sin embargo, habia ya mucho tiempo que era conocido para poder ni aun imaginar que fuese otro. Él mismo no se ocultaba: Sí, les decia, yo soy el que mendigaba el pan, y á quien vosotros habeis dado limosna muchas veces. En fin, fué necesario creerle. Este milagro hizo gran ruido; todos querian ver y preguntar á un hombre que habiendo nacido ciego veia ya claro. De continuo le hacian referir, cómo se habia hecho esto: Aquel hombre, les decia, que se llama Jesus, me ha puesto lodo en los ojos, y me ha mandado que fuése á lavarme á la piscina de Siloé. Yo he hecho lo que me ha dicho; he ido, me he lavado, y veo.

Un milagro tan grande, tan incontestable y tan público, léjos de convertir los enemigos del Salvador, les enfureció tanto que cuasi habian resuelto deshacerse del ciego que era una prueba tan brillante de él. Le preguntan en dónde estaba Jesus: No lo sé, les respondió. Le llevan á los fariseos, los cuales le preguntan cómo habia visto: él les repite lo que habia dicho ya á los otros: Me ha puesto lodo en los ojos, me he lavado, y veo. ¿Pero no era sábado cuando te ha curado? añaden. Sin duda, respondió el que habia sido ciego, pero me ha curado. No es, pues, este un hombre de Dios, dijeron entonces algunos de la asamblea, puesto que no observa el sábado. ¿Y cómo un hombre pecador, decian otros, puede hacer un milagro tan grande? Hallándose tan divididos los ánimos, y acalorándose la disputa, se determinó preguntar al que habia sido curado, lo que él mismo pensaba de aquel que le habia dado la vista. Por lo que hace á mí, respondió con resolucion, no dudo que este sea un hombre enviado de Dios, un gran profeta. Esta respuesta les irritó, se encolerizaron contra él, le trataron de bribon y de impostor, y no quisieron creer que le hubiese estado ciego. Cuando por envidia ó por odio no se quiere reconocer el mérito, se niegan los hechos. Los fariseos acababan de acriminar á Jesucristo por haber curado un ciego en sábado, y ahora contradicen la verdad de esta curacion milagrosa. ¡Cómo descubren claramente estas variaciones el espíritu del error, y la malignidad de la pasion que domina! Sin embargo de que habia pocos hechos ni tan notorios, ni que tuviesen mas testigos, fué necesario aclararlo. Se hizo venir al padre y la madre, se les preguntó si aquel era su hijo, si era verdad que hubiese nacido ciego, y quién pudo haberle abierto los ojos.

A los dos primeros artículos respondieron sin dudar, que aquel era su hijo, y que era sumamente cierto que habia nacido ciego; en cuanto á lo tercero (porque decir que era Jesus el que le habia curado, era lo mismo que confesarle por el Mesías), callaron este hecho temiendo ser maltratados. ¡Qué raro es amar la verdad de modo que jamás se la haga ceder al temor! Nosotros no sabemos, dicen, quién es el que le ha abierto sus ojos: preguntádselo, ya tiene edad para poder dar por sí mismo cuenta de lo que á él le toca. Admiremos aquí la conducta de la Providencia; Dios hace servir á su gloria la malicia mas abominable de sus enemigos. No se han creido de lijero los milagros de Jesucristo, puesto que no lo han sido sino despues que han sido examinados con todas las precauciones que la envidia mas maligna ha podido sugerir, y

puede decirse que la incredulidad de los fariseos nos ha quitado todo pretesto de ser incrédulos.

Los enemigos del Salvador creyeron que habiendo intimidado al padre y á la madre podrian alterar al hijo, y sacar de él un testimonio que pudiese al ménos debilitar los sentimientos de estima, de veneracion y de admiracion que habia producido en el público este milagro. Llámanle, pues, segunda vez, y le dicen con un tono dulce y lisonjero: Tú no puedes dar á Dios mayor honor que confesando la verdad: dínos, pues, ingenuamente todo lo que ha hecho contigo aquel de quien tú hablas, como del autor de tu curacion. Tú no le conoces; nosotros le conocemos y sabemos que es un malvado. Si es bueno, ó si es malvado, respondió, yo no entro á examinarlo; vosotros juzgareis como os agradare. Vosotros sois sabios, y yo no lo soy; todo lo que yo sé, y lo que no puedo ocultar, es que yo era ciego, y que ahora veo.

Pero bien, prosiguieron ellos, ¿qué es lo que ha hecho contigo? ¿cómo te ha abierto los ojos? Confesemos que cuesta mucho al incrédulo, para justificarse consigo mismo, su incredulidad. No se trata de ilustrarse con la verdad, sino de tranquilizarse en su error. El pobre hombre fatigado con tantas preguntas y repreguntas, les respondió con un tono resuelto é indignado: Os he dicho y vuelvo á decir de qué manera me ha dado la vista: os lo he dicho, vosotros lo habeis oido, ¿para qué quereis que lo repita? ¿acaso entrariais en gana de ser discípulos suyos? Esta palabra dicha con un aire natural é ingenuo, y sin designio de ofenderles, les chocó; no le respondieron mas que con injurias; séaslo tú, si quieres, su discípulo; nosotros no queremos otro maestro que á Moisés, á quien sabemos que Dios habló. Este no sabemos quién es, ni de dónde viene. Esto es lo maravilloso, repuso el hombre que habia sido curado, que vosotros no sabeis de dónde procede este hombre, ni quién es, y él me ha abierto los ojos á mí que he nacido ciego. Vosotros mismos nos enseñais, que Dios no oye á los pecadores; que no hace milagros para autorizar la falsa piedad de los hipócritas, sino que escucha benignamente á los que le sirven con fidelidad. ¿Por ventura se ha oido jamás decir, desde el principio de los siglos, que nadie haya abierto los ojos de un ciego de nacimiento? Este lo ha hecho; ¿y vosotros quereis que sea un malvado?.

Una reflexion tan juiciosa y tan sabia no les pareció suportable á aquellos pretendidos doctores. Qué, le dijeron, ¿tú que no eres mas que pecador; tú que no fuiste nunca mas que pecador; tú eras indigno de ver la luz, y tú te ingieres á hacer el doctor en esta asamblea? en verdad te cae bien, miserable, el darnos lecciones. Sal de aquí, y que jamás te se vea ya en esta asamblea. El Salvador, que no tarda mucho en consolar á los que sufren por él, habiendo sabido que se le habia echado y escomulgado, le salió al encuentro, y habiéndole preguntado si creia en el Hijo de Dios: ¿Quién es, respondió el ciego curado? dádmele á conocer para que yo crea en él. Le has visto, le dijo Jesus: el que habla contigo, ese mismo es. Al oir estas palabras aquel pobre hombre trasportado de alegría: Yo creo, Señor, esclamó, sí, yo creo; y arrojándose á sus piés, le adoró como á su Dios, su bienhechor y su soberano dueño. La fé viva de aquel nuevo discípulo consoló al Salvador del endurecimiento de los fariseos. El milagro del ciego curado los hizo á ellos todavía mas ciegos, la ceguera voluntaria es incurable. Dios previene, Dios solicita, Dios mueve, pero no nos convierte nunca si nosotros no queremos.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Deus, qui et justis præmia meritorum, et peccatoribus per jejunium veniam præbes: miserere supplicibus tuis, ut reatus nostri confessio indulgentiam valeat percipere delictorum. Per Dominum...

O Dios, que das á los justos el premio de sus méritos, y á los pecadores por virtud del ayuno el perdon, compadeceos de los que os suplican, á fin de que por la confesion de nuestros pecados podamos obtener el perdon de ellos. Por nuestro Señor, etc.

La primera Epístola es tomada del profeta Ezequiel, c. 36.

Hæc dicit Dominus Deus: Sanctificabo nomen meum magnum, quod pollutum est inter gentes, quod polluistis in medio earum: ut sciant gentes quia ego Dominus, cum sanctificatus fuero in vobis coram eis. Tollam quippe vos de gentibus, et congregabo vos de universis terris, et adducam vos in terram vestram. Et effundam super vos aquam mundam, et mundabimini ab omnibus inquinamentis vestris, et ab universis idolis vestris mundabo vos. Et dabo vobis cor novum, et spiritum novum ponam in medio vestri: et auferam cor lapideum de carne vestra, et dabo vobis cor carneum. Et spiritum meum ponam in medio vestri: et faciam ut in præceptis meis ambuletis, et judicia mea custodiatis, et operemini. Et habitabitis in terra, quam dedi patribus vestris: et eritis mihi populum, et ego ero vobis in Deum: dicit Dominus omnipotens.

Hé aquí lo que dice el Señor Dios: Yo santificaré mi nombre grande que ha sido profanado entre los gentiles, y que vosotros habeis deshonrado en medio de ellos, para que las naciones idólatras sepan que yo soy el Señor, cuando hubiere sido santificado delante de ellas en medio de vosotros. Yo os sacaré de entre los gentiles, os reuniré de todos los paises, y os llevaré á vuestra tierra. Yo derramaré sobre vosotros una agua pura, y quedareis limpios de vuestras manchas, y os purificaré de las inmundicias de todos vuestros ídolos. Yo os daré un corazon nuevo, y suscitaré un espíritu nuevo en medio de vosotros; quitaré de vuestra carne el corazon de piedra, y os daré un corazon de carne. Yo colocaré mi espíritu en medio de vosotros, y haré que marcheis por el camino de mis preceptos, y que guardeis mis mandamientos, y los pongais en práctica. Habitareis en la tierra que he dado á vuestros padres, sereis mi pueblo, y yo seré vuestro Dios, dice el Señor omnipotente.

Ezequiel no cesa de echar en cara á los judíos sus abominaciones y su idolatría. Él predice un pueblo escogido y fiel á quien Dios dará un corazon y un espíritu nuevo. Este Profeta fué muerto por un príncipe de su nacion, á quien habia reprendido porque adoraba los ídolos. El Martirologio romano hace mencion de él en el dia 10 de abril.

La segunda Epístola es tomada del profeta Isaías, cap. 1.

Hæc dicit Dominus Deus: Lavamini, mundi estote, auferte malum cogitationum vestrarum ab oculis meis: quiescite agere perverse, discite benefacere: quærite judicium, subvenite oppresso, judicate pupillo, defendite viduam. Et venite, et arguite me, dicit Dominus: si fuerint peccata vestra ut coccinum, quasi nix dealbabuntur: et si fuerint rubra quasi vermiculus, velut lana alba erunt. Si volueritis, et audieritis me, bona terræ comedetis: dicit Dominus omnipotens.

Esto es lo que dice el Señor Dios: Lavaos, purificaos, quitad de delante de mis ojos la malignidad de vuestros pensamientos: cesad de obrar el mal, aprended á hacer el bien. Amad la equidad, socorred al que es oprimido, haced justicia al pupilo, y defended á la viuda; y despues que hicereis esto, venid y argüidme, dice el Señor. Aun cuando vuestros pecados fuesen como la escarlata, se volverán blancos como la nieve; y aunque fueren encarnados como el bermellon, se quedarán blancos como la lana mas blanca. Si vosotros quisieseis y me oyeseis, seriais satisfechos de los bienes de la tierra, dice el Señor omnipotente.

Isaías dice él mismo que ha sido enviado de Dios, no solo para anunciar á Jacob, esto es, á los israelitas su vuelta y su libertad del cautiverio, sino tambien para predicar la salud y la conversion de los gentiles. Habla tan claramente de Jesucristo, que ha sido siempre mirado mas bien como un evangelista, que como un profeta. El Martirologio romano hace mencion de él el 6 de julio.

REFLEXIONES.

«Despues que hicereis esto, venid y argüidme.» ¿Podia servirse el Señor de una espresion mas amable, mas obligante, y que mejor signifique la ternura de su corazon? Estad verdaderamente pesarosos de haberme ofendido, detestad vuestras culpas pasadas, tomad una resolucion firme de no volverme á desagradar, sea verdadera vuestra contricion, eficaz vuestro propósito, y dadme señales de vuestro perfecto dolor, y despues de esto yo os permito que me acuseis de que falto á mis promesas; que desconfieis de mis palabras, y dudeis de mi bondad, si no os perdono vuestros pecados, si no os vuelvo á mi gracia. Aun cuando vuestros crímenes fuesen en mayor número que vuestros cabellos, aun cuando su enormidad hubiese puesto vuestra alma mas negra que la carne de un etíope, mas odiosa que la de un leproso, mas distante de la blancura que el rojo del bermellon y de la escarlata; ella se pondrá tan limpia como la de una niña, tan blanca como la nieve mas relumbrante. Mi gracia os volverá á dar la inocencia, y sereis del número de mis mas queridos favoritos. ¿Qué padre tan afectuoso, qué madre tan tierna, qué esposo tan apasionado podrian espresar mas eficazmente su indulgencia y su amor? pero ¿qué hijo tan desnaturalizado, qué esposa tan irracional podria no rendirse á una ternura tan marcada, y á un motivo de confianza tan ejecutivo? Es un Dios el que habla así, y son hombres pecadores á quienes esto Dios dirige unos testimonios tan consolantes, unas ofertas tan ventajosas y una indulgencia tan atractiva. ¡Ah, Señor! ¡qué horrible monstruo será el corazon de los hombres, si resiste á una ternura tan incomprensible, si rehusa convertirse, si os niega su amor!

El Evangelio de este dia es tomado del capítulo 9 del de san Juan.

In illo tempore: Prætereuns Jesus, vidit hominem cæcum a nativitate: et interrogaverunt eum discipuli ejus: Rabbi, quis peccavit, hic, aut parentes ejus, ut cæcus nasceretur? Respondit Jesus: Neque hic peccavit, neque parentes ejus: sed ut manifestentur opera Dei in illo. Me oportet operari opera ejus, qui misit me, donec dies est: venit nox, quando nemo potest operari. Quandiu sum in mundo, lux sum mundi. Hæc cum dixisset, expuit in terram, et fecit lutum ex sputo, et linivit lutum super oculos ejus, et dixit ei: Vade, lava in natatoria Siloe (quod interpretatur Missus). Abiit ergo, et lavit, et venit videns. Itaque vicini, et qui viderant eum prius, quia mendicus erat, dicebant: Nonne hic est, qui sedebat, et mendicabat? Alii dicebant: Quia hic est. Alii autem: Nequaquam, sed similis est ei. Ille vero dicebat: Quia ego sum. Dicebant ergo ei. Quomodo aperti sunt tibi oculi? Respondit: Ille homo, qui dicitur Jesus, lutum fecit, et unxit oculos meos, et dixit mihi: Vade ad natatoria Siloe, et lava. Et abii, et lavi, et video. Et dixerunt ei: Ubi est ille? Ait: Nescio. Adducunt eum ad pharisæos, qui cæcus fuerat. Erat autem sabbatum quando lutum fecit Jesus, et aperuit oculos ejus. Iterum ergo interrogabant eum pharisæi quomodo vidisset. Ille autem dixit eis: Lutum mihi posuit super oculos, et lavi et video. Dicebant ergo ex pharisæis quidam: Non est hic homo à Deo, qui sabbatum non custodit. Alii autem dicebant: Quomodo potest homo peccator hæc signa facere? Et schisma erat inter eos. Dicunt ergo cæco iterum: Tu

En aquel tiempo, pasando Jesus, vió á un hombre que era ciego de nacimiento, y sus discípulos le hicieron esta pregunta: Maestro, ¿en qué ha pecado este ó sus padres, para que naciese ciego? Ni este ha pecado, respondió Jesus, ni sus padres tampoco; ha nacido así para que en él se manifiesten las obras de Dios. Es necesario que durante el dia haga yo las obras de aquél que me ha enviado, porque viene la noche, en la cual ninguno puede hacer nada. Mientras que estoy en el mundo, soy la luz del mundo. Despues de haber dicho esto, escupió en tierra, é hizo lodo con la saliva, y frotando con el lodo los ojos del ciego, le dijo: Vé y lávate en el baño de Siloé (que significa enviado). Fué, pues, el ciego, se lavó, y volvió con vista. Así fué que sus vecinos y los que ántes le habian visto pedir limosna, decian: ¿No es este el que estaba sentado, y pedia limosna? Los unos decian, él es; mas otros, nó, de ninguna manera, es uno semejante á él. Mas él afirmaba, yo soy. Preguntábanle, ¿cómo te han sido abiertos los ojos? Aquel hombre, les respondió, que se llama Jesus, hizo lodo, me frotó con él los ojos, y me dijo: Vé al baño de Siloé, y lávate. Fuí, me lavé, y veo. ¿Y dónde está ese hombre, le dijeron? Él respondió: No sé. En seguida llevaron á los fariseos el que habia sido ciego. Era sábado cuando Jesus hizo el lodo y le abrió los ojos. Preguntáronle, pues, los fariseos, cómo habia visto; á los cuales respondió del mismo modo; puso lodo sobre mis ojos, me lavé, y

quid dicis de illo, qui aperuit oculos tuos? Ille autem dixit: Quia propheta est. Non crediderunt ergo Judæi de illo, quia cæcus fuisset, et vidisset, donec vocaverunt parentes ejus, qui viderat: et interrogaverunt eos, dicentes: Hic est filius vester, quem vos dicitis quia cæcus natus est? Quomodo ergo nunc videt? Responderunt eis parentes ejus, et dixerunt: Scimus quia hic est filius noster, et quia cæcus natus est: quomodo autem nunc videat, nescimus: aut quis ejus aperuit oculos, nos nescimus: ipsum interrogate: ætatem habet, ipse de se loquatur. Hæc dixerunt parentes ejus, quoniam timebant Judæos: jam enim conspiraverant Judæi, ut si quis eum confiteretur esse Christum, extra synagogam fieret. Propterea parentes ejus dixerunt: Quia ætatem habet, ipsum interrogate. Vocaverunt ergo rursum hominem, qui fuerat cæcus, et dixerunt ei: Da gloriam Deo. Nos scimus quia hic homo peccator est. Dixit ergo eis ille: Si peccator est, nescio: unum scio, quia cæcus cum essem, modo video. Dixerunt ergo illi: Quid fecit tibi? Quomodo aperuit tibi oculos? Respondit eis: Dixi vobis jam, et audistis: quid iterum vultis audire? Numquid et vos vultis discipuli ejus fieri? Maledixerunt ergo ei, et dixerunt: Tu discipulus illius sis: nos autem Moysi discipuli sumus. Nos scimus quia Moysi locutus est Deus: hunc autem nescimus unde sit. Respondit ille homo, et dixit eis: In hoc enim mirabile est, quia vos nescitis unde sit, et aperuit meos oculos: scimus autem quia peccatores Deus non audit; sed si quis Dei cultor est, et voluntatem ejus, facit hunc exaudit. A seculo non est auditum, quia quis aperuit oculos cæci nati. Nisi esset hic a Deo, non poterat facere quidquam. Responderunt, et dixerunt ei: In peccatis natus es totus, et tu doces nos? Et ejecerunt eum foras. Audivit Jesus quia ejecerunt eum foras: et cum invenisset eum, dixit ei: Tu credis in Filium Dei? Respondit ille, et dixit: Quis es, Domine, ut credam in eum? Et dixit ei Jesus: Et vidisti eum, et qui loquitur tecum, ipse est. At ille ait: Credo, Domine. Et procidens, adoravit eum.

veo. Algunos de los fariseos decian: Un hombre que no observa el sábado no puede venir de Dios; mas otros decian: ¿Cómo puede un hombre pecador hacer estos milagros? y estaban divididos entre sí. Entonces preguntaron de nuevo al ciego: ¿Y tú que dices del que te ha abierto los ojos? Él respondió: que es un profeta. No quisieron creer los judíos que hubiese sido ciego, y hubiese recobrado la vista, hasta que llamaron á los padres del que veia, y les preguntaron: ¿Es este, les dijeron, vuestro hijo, el cual decís vosotros que ha nacido ciego? ¿cómo es que ahora ve? Respondiéronles sus padres diciendo: Nosotros sabemos que este es nuestro hijo, y que ha nacido ciego; cómo ahora ve, ó quién le ha abierto los ojos, no lo sabemos; preguntádselo á él mismo, edad tiene suficiente para dar razon de sí. Esta respuesta la dieron así sus padres, porque temian á los judíos; porque ya estos estaban convenidos entre sí, que si alguno reconocia á Jesus por el Cristo, se le echaria fuera de la sinagoga; por esto sus padres dijeron: edad tiene bastante, preguntadle á él. Hicieron, pues, venir por segunda vez los judíos al que habia sido ciego, y le dijeron: Dá gloria á Dios. Nosotros sabemos que este hombre es un pecador. Yo no sé, les respondió, si es pecador: lo que yo sé únicamente es que yo era ciego, y ahora veo. Volviéronle, pues, á preguntar: ¿Qué es lo que hizo contigo? ¿Cómo te ha abierto los ojos? Respondióles él entonces: Os lo he dicho ya, y vosotros lo habeis oido; ¿para qué quereis oirlo otra vez? ¿quereis acaso vosotros haceros discípulos suyos? Cargáronle entonces de injurias, y le dijeron: Séaslo tú discípulo suyo: nosotros somos discípulos de Moisés. Nosotros sabemos que Dios habló á Moisés; mas este no sabemos de dónde procede. Respondióles el hombre y les dijo: Pues alguna cosa maravillosa hay en esto, que vosotros no sabeis de dónde procede, y él ha abierto mis ojos. Sabemos que Dios no oye á los pecadores, mas si alguno sirve á Dios y le obedece, á este sí le oye. Desde el principio de los siglos no se ha oido decir que nadie haya abierto los ojos á un hombre ciego de nacimiento. Si este no viniese de Dios, no podria hacer nada. Oyendo esto le respondieron: ¿Tú has nacido todo en pecado, y nos das lecciones? Y le arrojaron fuera. Oyó Jesus decir que le habian echado fuera, y habiéndole salido al encuentro, le dijo: ¿Crees en el Hijo de Dios? ¿Quién es, Señor, respondió, á fin de que yo crea en él? Le has visto, le dijo Jesus, y es el mismo que te habla. Yo creo, Señor, esclamó él entonces; y echándose á sus piés le adoró.

MEDITACION.

Sobre la ceguera espiritual.

Punto primero.—Considera que entre todas las enfermedades del alma no hay ninguna mas mortífera, ni que se pueda curar ménos que la ceguera. Como no ve el peligro, no busca el remedio. ¿Y á cuántas caidas no está espuesto un ciego? ¿á cuántos pasos en falso, andando durante esta vida por un camino pedregoso y lleno de precipicios? ¿Se puede caminar mucho tiempo sin caer en alguno de ellos? La ceguera espiritual abraza la ceguera del corazon y la del entendimiento. El desarreglo del corazon es el que principia esta enfermedad, que se comunica muy pronto al entendimiento. Debe juzgarse de la ceguera del alma, del mismo modo que de la ceguera del cuerpo: la causa es semejante, deben ser semejantes los síntomas, iguales los efectos. Una abundancia de humores acres y malignos debilitan el órgano de la vista, y concluyen por estinguirla. Los dolores cesan con la vista. No se siente nada, pero tampoco se ve ya. La corrupcion del corazon causa muy pronto nieblas espesas y malignas que debilitan y oscurecen los ojos del alma. Al principio molestan los remordimientos vivos de una conciencia justamente alarmada; pero al fin su estímulo se embota por la conti-

nuacion del desarreglo Entonces la razon se ofusca, y el alma no siente ya dolores; la fé no obra, sus ojos se estinguen, y llega á quedarse ciega, ó á lo ménos las tinieblas espesas que causan las pasiones la impiden ver la luz, y en medio de estas densas tinieblas el alma se amodorra, se duerme. Por mas que se advierta, que se clame, que se haga un gran ruido, el alma está en una especie de letargo espiritual. La sordera acompaña á la ceguera; aunque los truenos crujan, aunque caiga el rayo á los piés, como no percibe los relámpagos, aun cuando oiga algun tanto el ruido, siempre cree que el trueno suena distante de ella. De aquí procede una insensibilidad funesta, que se convierte muy pronto en un terrible endurecimiento. Entonces las verdades mas espantosas de la religion, las amenazas mas terribles, los mas horribles accidentes no mueven. ¡Qué estado, buen Dios, mas funesto! ¿y qué esperanza queda de conversion?

PUNTO SEGUNDO.—Considera que hay dos géneros de ceguera espiritual: la una que es pecado, y la otra que es el efecto y el castigo del pecado. La primera es una rebelion, una resistencia actual á las ilustraciones saludables y á las piadosas mociones de la gracia, cuando el pecador cierra voluntariamente los ojos á esta luz viva, y endurece su corazon contra sus mas fuertes impresiones. La segunda es el hábito contraido por esta resistencia frecuente y este es propiamente un estado de ceguera á que el pecador se ha reducido por su obstinacion criminal. A fuerza de cerrar los ojos á las luces de la gracia permite Dios que queden, por decirlo así cerrados. ¿Qué estado, Señor, ni mas desgraciado, ni mas espantoso? Se desespera de un enfermo cuando se le ve caido en un letargo que le priva de todos los sentidos; ¿quedará mucha esperanza de salud en un pecador sepultado en una ceguera que le hace insensible? Todo pecador es ciego, porque al fin si viese la justicia y la santidad del mandamiento que se viola, la majestad, la bondad del Dios á quien se ofende, el rigor del castigo que se merece, la desgracia en que se precipita y la enormidad del crímen que se comete, ciertamente no habria pecador alguno; pero la pasion ciega, y se sacrifica su deber, su reposo, sus propios intereses, su salud misma, la pasion. Pero á lo ménos esta ceguera comun á todos los pecadores no es mas que accidental, pasa; pero cuando uno es ciego por eleccion, y de propósito deliberado; cuando se cierran los ojos á la luz de la gracia, y por fin, cuando en castigo de una malicia tan marcada deja Dios al alma en esta horrorosa ceguedad que ella misma se ha atraido, ¿quién la impedirá que caiga en el precipicio? ¿Estrañarémos despues de esto que aquellas terribles verdades que han hecho tantos penitentes ilustres en todos los estados, aquellas verdades que han convertido los mas insignes pecadores y las naciones mas bárbaras, que aquellas gracias tan poderosas, que han hecho tantos millones de mártires, no muevan ya al pecador, que ha caido en una ceguera tan profunda? ¡A cuántos de estos ciegos desgraciados se les ha visto morir en una insensibilidad asombrosa!

¡Ah, Señor! que vengan sobre mí todas las desdichas de la vida ántes que esta ceguera. Castigadme de todos modos, con tal de que no tenga la desgracia de vivir y de morir ciego. Nada os ha costado el dar la vista á aquel que habia nacido ciego. Curad por vuestra misericordia mi ceguera.

JACULATORIAS.—Señor, no permitais que yo cierre jamás los ojos á las luces de la gracia. (Luc. 18.)

Iluminad, Señor, mis ojos, y libradme para siempre de esta ceguera mortal. (Psalm. 12.)

PROPÓSITOS.

1 Puesto que no hay mayor desgracia en esta vida que la ceguera espiritual, no temamos nada tanto como esta desgracia. Por mas incurable que sea en sí, no lo es con respecto al Médico divino de nuestra alma; pero es preciso que el alma quiera curar. El Salvador no ignoraba que el ciego que clamaba con tanta vehemencia, á su paso por el camino de Jericó, pedia que le volviese la vista; sin embargo no quiso dársela hasta despues que le hubo dicho: «Señor, que vea.» Hacedle todos los dias esta misma y tan corta oracion. Meditad diariamente alguna de las grandes verdades de nuestra religion; y cuando advirtiereis que os mueven poco, temed no sea principio de una ceguera de vuestra alma, que importa prevenir desde el principio.

2 Considerad cuál es el caso que haceis de las prácticas mas ordinarias de la piedad. La ceguera espiritual nace muchas veces de los descuidos lijeros sobre los mas pequeños deberes. Todo se debe temer en materia de salvacion, cuando se hace poco caso de las cosas pequeñas. Un mal de ojos parece ordinariamente que no es gran cosa; mas si continúa á pesar de los remedios, corre muchoriesgo el perder la vista. La negligencia de los deberes pequeños parece de muy poca consideracion: pero si despues de tantos medios saludables sin fruto alguno; si continúa la negligencia y la tibieza; si violais vuestras reglas, vuestras prácticas de piedad sin remordimiento; si no reparais las consecuencias que pueden seguirse de esas frecuentes infidelidades en el servicio de Dios; si no os sentís movidos de las pequeñas faltas que son ordinarias en vosotros; si despues de tantas confesiones, comuniones y meditaciones sin enmienda y sin fruto estais tranquilos, temed caer en esta ceguera.

JUEVES CUARTO DE CUARESMA.

La intencion de la Iglesia en todos estos dias ha sido el ocuparnos en la consideracion de una nueva vida, que Jesucristo puede procurarnos por su muerte. Esto es lo que la ha hecho elegir para las Epístolas y Evangelios de la misa de estos dos dias, asuntos propios para hacernos ver que él solo es el que vivifica y el que resucita.

El introito de la misa de este dia está tomado del salmo 104, que es un cántico de accion de gracias por todos los beneficios de que el Señor habia colmado á la nacion judía, y de los que hace aquí el Profeta un compendio. Fué compuesto por David con motivo de la traslacion del arca, desde la casa de Obededon al tabernáculo ú oratorio que se le habia preparado en Sion. Este salmo tiene por título esta palabra «Alleluya,» que significa «alabad al Señor. Hallelu,» significa en hebreo «alabad;» y «ia,» el Señor. La misa comienza por estas palabras: «Regocíjese el corazon de los que buscan al Señor. Buscad al Señor, y tened ánimo contra todos los accidentes de la vida; aplicaos constantemente á merecer sus miradas. Cantad sin cesar las alabanzas del Señor; invocad su nombre; haced conocer la grandeza y la escelencia de sus obras á

todos los pueblos de la tierra,» y decidles que su misericordia prevalece sobre todo.

La Epístola refiere el milagro que hizo el profeta Eliseo resucitando el hijo de una mujer de Sunam, en cuya casa acostumbraba á hospedarse.

Pasando un dia Eliseo por la ciudad de Sunam, que no estaba léjos de la montaña del Carmelo, fué convidado á comer por una mujer que gozaba en aquella poblacion de una consideracion distinguida. Le habia instado con tanto agasajo, que todas las veces que pasaba por allí iba á hospedarse á su casa. Un dia le dijo ella á su marido: Me parece que este hombre que pasa tantas veces por aquí, es un hombre de Dios y un santo; amueblémosle un aposento, á fin de que esté cómodamente en él cuando viniere á visitarnos. Pongámosle en él una cama, una mesa, una silla y un candelero. Cierto dia que Eliseo estaba allí hospedado, dijo á Giezi, su siervo, que supiese de su hospedera lo que podria hacer por ella, en reconocimiento de todos los servicios que ella le hacia. Giezi le dijo que ella no tenia necesidad de nada, porque no tenia hijos ni cuasi esperanza de tenerlos. Habiéndola hecho llamar Eliseo, la predijo que tendria un hijo ántes del fin del año. El suceso verificó la prediccion. El hijo creció hasta la edad de tres años, y habiendo ido un dia á ver á su padre en tiempo de la cosecha, tomó una insolacion de la cual murió. Su madre, llena de confianza en las oraciones del profeta, le puso sobre su lecho, y sabiendo que Eliseo estaba entonces en la montaña del Carmelo, disimulando su aflicion, se fué allá. Habiéndola descubierto desde léjos el profeta, hizo á Giezi, su siervo, que la saliese al encuentro y supiese de ella si toda su familia lo pasaba bien. Ella, que no queria descubrir la muerte de su hijo mas que al profeta, respondió que toda estaba buena. Habiendo ella llegado, se echó á los piés de Eliseo, sin hablar mas que con sus lágrimas. Quiso Giezi retirarla, pero el profeta se lo impidió diciéndole que estaba afligida, no obstante que el Señor nada le hubiese dado á conocer. Luego que ella le dió noticia de la muerte de su hijo, dijo á Giezi que tomase su báculo, y que se fuése allá, con prohibicion de saludar á nadie en el camino: es este un modo de hablar figurado é hiperbólico, para indicar la diligencia con que debia hacerse el viaje. El Salvador del mundo, al enviar á sus Apóstoles á predicar el Evangelio, les hace la misma prohibicion en el mismo sentido. El hijo de Dios, dice san Ambrosio, no prohibe el cumplir los deberes de urbanidad, saludando á los que nos saludan: quiere solo hacernos comprender con qué diligencia debemos ejecutar lo que Dios pide de nosotros. Giezi partió; pero la madre afligida no quedó contenta, viendo que no partia tambien Eliseo. Volviendo Giezi, le dijo que habia puesto su báculo sobre la cabeza del niño, como se lo habia mandado; pero que el muerto no habia dado señal de vida. Habiendo entrado Eliseo en su aposento, encontró el cuerpo del niño tendido en su lecho, cerró inmediatamente la puerta, y oró al Señor; concluida su oracion subió á la cama y se acostó sobre el niño, y aplicó sus ojos sobre los ojos del niño, su boca sobre su boca, y sus manos á sus manos, y le calentó, dice la sagrada Escritura, con su propio calor; despues habiendo bajado del lecho, dió dos vueltas sobre el aposento: volvió á subir al lecho; se encorvó sobre el niño, el cual bostezó siete veces y abrió los ojos. Bien se ve que todo es aquí misterioso. La figura y el misterio se dejan ver en todas las circunstancias de este milagro. Resucitado ya el niño, el Profeta le volvió enteramente sano á su madre, la cual trasportada de alegría y de admiracion se echó á sus piés, acompañando con abundantes lágrimas sus humildes acciones de gracias.

La divina Providencia, dicen los santos Padres, quiso darnos en esta relacion tan especificada de circunstancias y de acciones, una figura del gran misterio de la inutilidad de la ley sola y de la necesidad de la Encarnacion del Verbo. El báculo de Eliseo, puesto por su siervo sobre del niño, dice san Agustin y despues de él san Gregorio y san Bernardo, señalaba la ley de Moisés, que no podia por sí misma dar ni la vida ni la justicia á nadie. Era necesario que el mismo Eliseo, figura de Jesucristo, Señor de todos los que habian sido enviados para predicar esta ley, viniese por sí mismo y se encogiese, por decirlo así, en su Encarnacion, para ajustarse y proporcionarse al cuerpo niño; esto es, de todo el género humano, que san Pablo dice haber estado en la infancia bajo de la ley (ad Galat. 4.): «Cuando éramos niños,» son sus palabras, «vivíamos como esclavos bajo de los primeros elementos que han sido enseñados al mundo. Pero cuando se han cumplido los tiempos, Dios ha enviado á su Hijo:» Hasta dicho tiempo estaba el género humano sin vida, sin fuerza, sin luz. El niño «bostezó siete veces:» algunos intérpretes traducen el hebreo, diciendo: «estornudó siete veces.» Algunos ven en estos siete signos de vida una figura de los sacramentos de la nueva ley, ó de los siete dones del Espíritu Santo en la ley de gracia.

El Evangelio contiene la historia de la resurreccion del hijo único de una viuda de Naim, ciudad de Galilea, poco distante del monte Thabor.

El dia despues que Jesucristo curó al siervo del centurion, se fué á la pequeña ciudad de Naim, situada en un estremo de la baja Galilea. Seguíanle sus discípulos, y mucho pueblo atraido de sus instrucciones y de sus milagros; la Providencia proporcionaba todo esto, á fin de que hubiese un número mayor de testigos de la maravilla que debia hacer. A pocos pasos de la ciudad encontró un entierro; era de un jóven, hijo único de una viuda, que habia muerto el dia precedente, y que llevaban á enterrar. Los llantos de una madre estraordinariamente afligida por la pérdida de su hijo que era todo su consuelo y toda su esperanza, movieron el corazon del Salvador; no pudo verla deshacerse en lágrimas y prorumpir en suspiros, sin que se moviese á compasion. No espera el Salvador que se le ruegue siempre le enternecen nuestros males; ¡cuántas veces previene nuestras necesidades y se adelanta á nuestros deseos y á nuestras peticiones! Acercándose Jesus á aquella madre desconsolada, la dice que no llore. Despues llegándose al féretro y tocándole con la mano, ordena á los que le llevaban que se detengan, y dijo al muerto como Señor de la muerte y de la vida: Jóven, levántate, yo soy el que te lo mando. ¡Cosa admirable! el muerto oye aquella voz omnipotente y obedece á ella. Resucita, se levanta, se incorpora, recobra la palabra, sale del féretro, y despues de haber dado gracias á su bienhechor, corre á abrazar á su madre. De este modo convirtió el Salvador en lágrimas de alegría las lágrimas que el dolor hacia correr de los ojos de la madre, y por un milagro inesperado, con una sola palabra la vuelve á su hijo vivo. Todos los que fueron testigos de esta maravilla, quedaron poseidos

de asombro y de su santo pavor, que les obligaba á esclamar con profundos sentimientos de admiracion y del reconocimiento mas vivo: En verdad tenemos entre nosotros el mayor profeta que se ha suscitado jamás. El Señor se ha dignado visitar su pueblo, enviándonos el gran Profeta que nos habia prometido, y hacer brillar á nuestra vista su omnipotencia.

Estos son los pasos que Dios da para mover, para convertir y para resucitar al pecador. Se acerca á él, aunque está muerto, y se conmueve; le hace oir su voz, ya por los remordimientos de la conciencia, ya por otras inspiraciones secretas; pasos sin embargo inútiles, si el pecador no responde á estas preparaciones, si los que le llevan, que le lisonejan, le seducen, no se detienen, esto es, si las pasiones no callan, para dejarle oir la voz interior del Salvador.

Los judíos enterraban sus muertos fuera de las ciudades, y los sepultaban en cavernas abiertas en las rocas. Miraban los sepulcros como lugares manchados y como una tierra profana. Los cristianos por el contrario, seguros de la resurreccion, y presumiendo que muchos de aquellos cuyos cuerpos están enterrados en los cementerios gozan de la bienaventuranza en el cielo, miran estos lugares con respeto y veneracion. Por esto se ponian los cementerios cerca de las iglesias, y se enterraban los muertos en los templos, lo que procede al parecer de que en otros tiempos se edificaban las iglesias sobre los sepulcros de los mártires.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Præsta, quæsumus, omnipotens Deus: ut quos jejunia votiva castigant, ipsa quoque devotio sancta lætificet: ut terrenis affectibus mitigatis, facilius celestia capiamus. Per Dominum...

Concedednos, ó Dios omnipotente, que mortificando nuestros cuerpos con estos ayunos solemnes, esperimentemos al mismo tiempo la alegría santa que inspira la piedad, á fin de que disminuyéndose el ardor de los afectos de la tierra, seamos mas capaces de gustar las cosas celestiales; por nuestro Señor, etc.

La Epistola está tomada del capítulo 4 del cuarto libro de los Reyes.

In diebus illis: Venit mulier Sunamitis ad Elisæum in montem Carmeli: cumque vidisset eam vir Dei e contra, ait ad Giezi puerum suum: Ecce Sunamitis illa. Vade ergo in occursum ejus, et dic ei: Rectene agitur circa te, et circa virum tuum, et circa filium tuum? Quæ respondit: Recte. Cumque venisset ad virum Dei in montem, apprehendit pedes ejus: et accessit Giezi ut amoveret eam. Et ait homo Dei: Dimitte illam: anima enim ejus in amaritudine est, et Dominus celavit a me, et non indicavit mihi. Quæ dixit illi: Numquid petivi filium a Domino meo? numquid non dixi tibi: Ne illudas me? Et ille ait ad Giezi: Accinge lumbos tuos, et tolle baculum meum in manu tua, et vade. Si occurrerit tibi homo, non salutes eum: et si salutaverit te quispiam, non respondeas illi: et pones baculum meum super faciem pueri. Porro mater pueri ait: Vivit Dominus, et vivit anima tua, non dimittam te. Surrexit ergo, et secutus est eam. Giezi autem præcesserat ante eos, et posuerat baculum super faciem pueri, et non erat vox, neque sensus: reversusque est in occursum ejus, et nuntiavit ei, dicens: Non surrexit puer. Ingressus est ergo Eliseus domum, et ecce puer mortuus jacebat in lectulo ejus: ingressusque clausit ostium super se, et super puerum, et oravit ad Dominum. Et ascendit, et incubuit super puerum, posuitque os suum super os ejus, et oculos suos super oculos ejus, et manus suas super manus ejus: et incurvavit se super eum, et calefacta est caro pueri. At ille reversus deambulavit in domo, semel huc atque illuc: et ascendit, et incubuit super eum: et oscitavit puer septies, aperuitque oculos. At ille vocavit Giezi, et dixit ei: Voca Sunamitidem hanc. Quæ vocata ingressa est ad eum. Qui ait: Tolle filium tuum. Venit illa, et corruit ad pedes ejus, et adoravit super terram: tulitque filium suum, et egressa est, et Eliseus reversus est in Galgala.

En aquellos dias, vino una mujer de Sunam á ver á Eliseo á la montaña del Carmelo, y habiéndola visto el hombre de Dios, que venia á él, dijo á Giezi, su criado: Ves allí aquella Sunamitis, sadla al encuentro, y díla: ¿Va todo bien en tu casa, tú, tu marido y tu hijo, lo pasais bien? A lo que ella respondió: Todo va bien. Habiendo llegado adonde estaba el hombre de Dios en la montaña, se abrazó á sus piés, y acercándose Giezi quiso retirarla. Mas el hombre de Dios le dijo: Déjala: su alma está llena de amargura, y el Señor me la ha ocultado y no me la ha dado á conocer. Entonces la mujer le dijo: ¿Os he pedido yo un hijo, Señor? ¿no os dije ántes bien, no me engañeis? Eliseo dijo á Giezi: Cíñete, toma mi báculo en la mano y marcha. Si encontrares alguno en el camino, no le saludes, y si alguno te saluda no le respondas, y pon mi báculo sobre el rostro del niño. Mas la madre del niño dijo á Eliseo: Por el Señor y por tu vida, que no te dejaré hasta que vengas conmigo. Púsose, pues, en camino, y la siguió Giezi; sin embargo habia ido delante de ellos, y habia puesto el báculo sobre el rostro del niño, pero no le habia vuelto ni el sentido, ni la palabra. Habiendo, pues, salido al encuentro de su maestro, le dijo: El niño no ha resucitado. En seguida entró Eliseo en la casa y halló el niño muerto echado en su lecho; cerró inmediatamente la puerta, quedándose dentro él y el niño, y oró al Señor. Despues subió al lecho y se acostó sobre el niño; puso su boca sobre la boca del niño, sus ojos sobre sus ojos y sus manos sobre sus manos, se encorvó sobre él, y se calentó la carne del niño. Habiendo luego Eliseo bajado del lecho, se paseó y dió dos vueltas por el aposento, y volviendo á subir sobre el lecho, se acostó de nuevo sobre el niño. Entonces el niño bostezó siete veces y abrió los ojos. Eliseo inmediatamente llamó á Giezi, y le dijo: Haz venir á esa Sunamitis. Ella vino luego y entró en el aposento, y Eliseo le dijo: Llévate á tu hijo. Aquella mujer se acercó á él, se echó á sus piés, postrándose profundamente hasta la tierra,

y habiendo tomado á su hijo se salió, y Eliseo se volvió á Galgala.

Eliseo, profeta célebre, era hijo de Saphat, de la ciudad de Abel; era el discípulo y compañero inseparable de Elías, quien habiéndole encontrado labrando la tierra, le echó su capa sobre las espaldas, conforme la órden que habia recibido de Dios, y en el instante mismo profetizó Eliseo. Al desaparecer Elías le dejó el doble espíritu profético que él habia recibido de Dios, cerca de 895 años ántes de Jesucristo.

REFLEXIONES.

«Déjala. Su alma está llena de amargura.» Las aflicciones mudas son siempre las mas amargas; un dolor ruidoso se alivia con las lágrimas y con los gritos. Se sufre sin consuelo cuando se sufre en silencio, ó cuando se disimula el dolor. Entonces se sienten todas las punzadas de un espíritu afligido y de un corazon desabrido. ¡Qué tormento cuando es preciso devorar uno todos sus disgustos sin que la compasion los endulce! La parte que los parientes y los amigos toman en nuestras adversidades, las divide; pero cuando se disimulan estos sentimientos, se sufre toda su aspereza, el espíritu se abruma con ellos y el corazon nada en la amargura y se anega en ella, y ¡ó buen Dios! ¿qué estado mas infeliz, qué tormento? Tal es el triste estado de los mundanos. Poco es el gozo que hay en el mundo que no sea artificial, ninguno que no sea amargo y que no esté seguido de sentimientos y de arrepentimientos crueles: el dolor sucede siempre á la alegría. La alegría es un contento, una emocion del alma causada por un placer real y puro, ó por una posesion de un bien sólido que se goza. Si este placer es imaginario ó superficial, si este bien es falso ó vacío, la alegría es vana; á lo mas es un sueño agradable que regocija; pero por mas alegría que cause, el resultado no es mas que un sueño, y tan pronto como uno se encuentra despierto, se indigna contra sí mismo por haber reido durmiendo. Gentes del mundo, no son mas sólidos vuestros regocijos; pero los disgustos que les acompañan y la amargura en que están empapados no son superficiales. Vosotros los sabeis disimular, es verdad, y en este disimulo estriba vuestra felicidad presente; ¿pero tan poco cuesta el disfrazarse sin cesar? Se llora bajo de una máscara la mas risueña, y la tristeza concentrada deseca los huesos. Si á lo ménos los dolores mudos, las amarguras interiores, las cruces invisibles, los disgustos secretos, pudiesen servir de alguna utilidad para la otra vida, ya se consolaria uno de la violencia que es preciso hacerse mientras dura esta; pero las cruces invisibles de los mundanos son como la semilla de los suplicios y de los arrepentimientos infructuosos y eternos de la otra vida, gemir en el tiempo y todavía mas desdicha durante la eternidad. Confesamos que solo los que se dedican al servicio de Dios, solo las gentes de bien son las que pueden gustar de una alegría pura, de un contento lleno y sólido, de una verdadera felicidad aun en esta vida, gustando á los piés del Crucifijo un preludio de los gozos del cielo. Puede decirse en algun sentido que los unos y los otros están enmascarados; las gentes del mundo bajo de un esterior risueño, jovial, florido, ocultan pesares devoradores y una tristeza mortal; y las gentes de bien, los verdaderos siervos de Dios bajo de un aire recogido, de un esterior mortificado, de una modestia cristiana é inalterable, gozan de una paz dulce y deliciosa, gustan de dulzuras interiores que son inefables, y su alma está inundada de un torrente de alegría desconocido, incomprensible á los mundanos. Llegará un dia que todo el mundo comprenda este misterio.

El Evangelio de la misa es de san Lucas en el cap. 7.

In illo tempore: Ibat Jesus in civitatem, quæ vocatur Naim: et ibant cum eo discipuli ejus, et turba copiosa. Cum autem appropinquaret portæ civitatis, ecce defunctus efferebatur filius unicus matris suæ: et hæc vidua erat: et turba civitatis multa cum illa. Quam cum vidisset Dominus, misericordia motus super eam, dixit illi: Noli flere. Et accessit, et tetigit loculum. Hi autem, qui portabant, steterunt. Et ait: Adolescens, tibi dico, surge. Et resedit qui erat mortuus, et cœpit loqui. Et dedit illum matri suæ. Accepit autem omnes timor, et magnificabant Deum, dicentes: Quia Propheta magnus surrexit in nobis: et quia Deus visitavit plebem suam.

En aquel tiempo, caminaba Jesus á la ciudad de Naim, é iban con él sus discípulos y mucha gente. Cuando llegaba cerca de la puerta de la ciudad, llevaban á enterrar un difunto, hijo único, cuya madre era viuda, á la cual acompañaba una numerosa multitud de la ciudad. Luego que la vió el Señor, movido de compasion hácia ella: No llores, la dijo; y habiéndose acercado tocó el féretro. Los que le llevaban se detuvieron. Y dijo: Jóven, levántate, yo te lo mando. El muerto se incorporó inmediatamente, y comenzó á hablar, y Jesus se lo entregó á su madre. Todos quedaron poseidos de admiracion, y publicaban las grandezas de Dios diciendo: Ha aparecido un gran Profeta entre nosotros, y Dios ha visitado á su pueblo.

MEDITACION.

De la necesidad de prepararse para la muerte.

Punto primero. — Considera que la necesidad de prepararse para hacer una muerte santa, es indispensable: ninguna cosa hay que sea de tanta consecuencia como la muerte; ninguna que sea tan difícil como una buena muerte; sobre todo para quien no se ha preparado á ella durante su vida. ¿Hay alguna cosa que sea tan irreparable como una muerte desgraciada? ¿y hay sin embargo alguna para que ménos se preparen que para hacer una buena muerte?

Si se muriese dos veces, seria menor la imprudencia en arriesgarse á morir mal una vez; podríamos reparar la falta, quedaríamos todavía en estado al mismo tiempo de hacer penitencia de una mala vida y de una mala muerte. Pero no se muere mas de una vez, y la eternidad bienaventurada ó desgraciada depende absolutamente de esta muerte.

Cuanto mas hayamos trabajado para el cielo, cuanto mas santa haya sido nuestra vida, mas interés tenemos en acabarla santamente, para no perder el fruto de nuestros trabajos. Es verdad que una buena muerte es ordinariamen-

te el fruto de una vida santa; pero no es ménos cierto que una muerte en pecado aniquila todos los méritos de la vida mas santa, y que todos los méritos de la vida mas santa no pueden responder nos de una buena muerte. Y no obstante esto ¿pensamos mucho en la muerte? ¿nos preparamos mucho para esta muerte? ¿y al ver nuestra indolencia sobre este artículo, no se diria que no hay cosa mas fácil ni mas ordinaria que el hacer una santa muerte?

Si no se necesitase para morir bien mas que recibir los últimos sacramentos, besar el Crucifijo, derramar aun algunas lágrimas, nuestra imprudencia seria tal vez ménos intolerable; no es siempre difícil hallar un confesor celoso y hábil que nos asista en aquel último peligro; ¡pero cuántos que no han carecido de ninguno de estos auxilios han muerto en el pecado! Morir sobre la ceniza y bajo del cilicio, morir rodeado de sacerdotes y de santos religiosos es hacer una muerte edificante; pero no es precisamente en esto en lo que consiste una muerte santa. Hacer una buena muerte es morir despues de haber borrado todos los desarreglos de su vida; es morir en estado de gracia; es morir lleno de una fé viva, de una esperanza firme, de una caridad ardiente; es morir lleno de horror á todo lo que el mundo ama; es morir con un amor de Dios que sobrepuje á todo otro amor; ¿y es todo esto tan fácil á quien tan poco ha amado á Dios durante su vida? ¿á quién ha pasado toda su vida sin pensar en morir bien?

¡Cosa estraña! Debe uno presentarse en un teatro ó en un púlpito, debe uno dar alguna prueba de su habilidad y de su ciencia, y se pasan los meses, se emplean los años enteros en prepararse para ello, aun cuando la cosa sea de tan poca consecuencia; ¿y qué tiempo, buen Dios, se emplea mientras nos dura la vida para prepararse á la muerte, siendo así que esta preparacion pide todo el tiempo de la vida?

Punto segundo.—Considera que nunca podrá uno prepararse demasiado para hacer bien lo que no puede hacerse mas de una vez, cuando de esta sola vez depende nuestro destino eterno.

Si fuese tan poco difícil el hacer una buena muerte despues de haberse preparado tan poco para morir bien, los santos hubieran hecho mal en haber hecho tantas diligencias y en haber empleado en esta preparacion toda su vida. ¿Para qué tanto ayunar, tanto orar y derramar tantas lágrimas? ¿Para qué privarse de todo comercio con el mundo para tener la ventaja de hacer una muerte santa, si sin todas estas precauciones, sin ningun preparativo se puede morir santamente?

Aquel jóven què en lo mas florido de sus dias renuncia á todo lo que mas le lisonjea, y va á sepultarse en el claustro, ¿qué es lo que pretende sino disponerse á hacer una muerte santa? ¿Nos atreveríamos á negarle la alabanza, á no admirar su sabiduría y su resolucion? Y qué, mientras que nuestros hermanos, que nuestras hermanas, que nuestros amigos pasan sus dias en el retiro y en los rigores de la penitencia para prepararse á una muerte santa, para obtener la gracia final; ¡nosotros en medio del tumulto del mundo y de sus placeres, en un olvido eterno de esta muerte, en una ignorancia crasa de la preparacion para la muerte, esperamos tranquilamente una muerte cristiana, esperamos estar preparados á la muerte y morir bien!

¿Hay alguna cosa á que el Hijo de Dios, que preveia nuestra negligencia, nos haya exhortado tanto como á esta preparacion?

Velad, nos dice (Mat. 25.), porque no sabeis á qué hora debe venir vuestro Señor. Estad prontos, dice en otra parte, y velad en toda hora; porque en aquella que ménos pensareis, vendrá el Hijo del hombre. Por lo demás lo que os digo á vosotros, añade el divino Salvador, lo digo á todos. (Marc. 3.) Es preciso estar prontos á abrir en el momento que llame el Señor. (Mat. 25.)

Nadie hay que no convenga fácilmente en que hay necesidad de preparacion para morir bien; por esto se teme tanto una muerte repentina; pero al fin, ¿qué es lo que produce este temor, y á qué preparacion nos ha obligado hasta el presente? Sin embargo, yo puedo morir dentro de pocas horas. Tan poco seguro estoy de que viviré mañana, como de que viviré diez años. ¿Si estuviese hoy en el último dia de mi vida, estaria preparado para morir en este dia? ¿Si muriese esta tarde, estaria preparado para ello? ¿no tendria nada que temer? me estremece este pensamiento; ¿pero quien me ha asegurado hasta aquí? y si no comienzo desde este momento á prepararme, ¡qué sentimiento! ¡qué desesperacion en aquella última hora!

No lo permitais, Señor, y pues que me dais á lo ménos esta hora, desde esta hora, Dios mio, voy á comenzar á prepararme para morir bien y á pediros todos los dias la gracia para ello.

Jaculatorias.—Hacedme comprender bien los pocos dias que tengo que vivir, para que no difiera ni un momento el prepararme para la muerte. (Psalm. 101.)

Solo los que temen á Dios mientras les dura la vida, son los que deben esperar el hacer una muerte santa. (Eccl. 1.)

PROPÓSITOS.

1 No es estraño que tantos mueran mal, siendo tan pocos los que aprenden á morir bien. La buena muerte es una ciencia práctica que no se aprende sino durante la vida; es necesario estudiar mucho tiempo para hacerse hábil; un estudio precipitado no sirve muchas veces mas que para hacer conocer mas cuánto se ignora. La mejor preparacion para la muerte es una vida santa. Nuestra vida debe ser una continua preparacion para la muerte. Cada dia debe ser para vosotros una nueva leccion y un nuevo ejercicio; preguntaos, pues, todas las noches qué progresos habeis hecho. Es una práctica de piedad muy útil el hacer uno todas sus acciones, como si fuesen otras tantas preparaciones para la muerte. Misas, oraciones, limosnas, obligaciones de su estado, las diversiones mismas, todo nos puede servir para hacer una muerte santa, cuando todo se hace con este espíritu. Nos importa mucho saber el arte de morir bien; aun cuando seamos hábiles en todo lo demás, es como si nada supiésemos si ignoramos este arte.

2 Además de esta preparacion general hay otras particulares que no se deben nunca descuidar. Primera elegid un dia todos los años, el cual consagrareis todo entero á este gran negocio. Os representareis al despertar al soberano Juez que os dice estas terribles palabras: Dáme cuenta de lo que te he encargado; y examinareis en una

meditacion por lo ménos de media hora, si vuestras cuentas están prontas. No salgais del aposento sin que hayais calculado y arreglado todo lo que os queda que hacer. No descuideis nada, mucho ménos escuseis nada; teneis que haberlas con un Juez infinitamente ilustrado y que nada pasa, pero que se digna remitirse á vosotros mismos sobre todos los artículos. Haced una confesion que prevenga su juicio. Reglados los negocios de la conciencia, arreglad los de la familia. Qué imprudencia esperar á la última enfermedad para hacer la disposicion de vuestros bienes. Haz tu testamento, dice san Agustin, mientras que tienes salud; mientras que sabes lo que haces; mientras que estás en tí y en libertad de disponer. Recibid la sagrada Comunion como si debiese ser la última de vuestra vida, y si puede ser, ejecutad vosotros mismos los legados piadosos. Id por la tarde á hacer oracion sobre vuestro sepulcro, ó al ménos en la iglesia en que debeis ser enterrados, y donde estareis espuestos algun dia á la vista del pueblo. Empleaos en lecturas propias del objeto de esta piadosa práctica, y no os ocupeis en todo este dia mas que en el negocio de vuestra salvacion. No es mucho un dia todos los años; el retiro de un dia cada mes es tambien una práctica escelente para prepararse á la muerte. Cada semana debe tener el suyo, y no paseis dia alguno sin hacer algun ejercicio piadoso, que sea una preparacion mas marcada para morir bien. Tened algun libro que enseñe á prepararse para la muerte. Al fin del segundo tomo del Retiro de un dia en cada mes, encontrareis muchas prácticar al intento.

VIERNES CUARTO DE CUARESMA.

En este dia, como en el precedente, quiere la Iglesia trazarnos una imágen de la vida nueva ó resurreccion de nuestra alma, muerta por el pecado y resucitada por la gracia de Jesucristo. Con esta mira, sin duda, ha elegido para la Epístola de la misa la historia de la resurreccion corporal del hijo de la viuda de Sarepta, y para el Evangelio la historia de la resurreccion de Lázaro. El introito de la misa hace relacion á los dos: está tomado del salmo 18. «En vuestra presencia, Señor, es en donde mi corazon medita sin cesar vuestra ley; y vos sereis siempre mi auxilio y mi apoyo, como sois mi Redentor. Los fieles publican la gloria de Dios, y esponiendo á vuestra vista las maravillas que contienen, nos dan la idea de aquel que las ha formado.» La espresion del profeta es singular, pero no por eso es ménos instructiva. No es el corazon el que reflexiona ni el que medita, es el entendimiento. El profeta dice que su corazon medita la ley de Dios, para darnos á entender que su meditacion no es puramente especulativa, sino tambien práctica, sin lo cual nada mas inútil que esas estériles meditaciones. Es preciso meditar la ley de Dios para amarla, para observarla con puntualidad despues de haber reconocido en la meditacion su santidad, su utilidad, su escelencia. Esta observancia exacta es la que hace nuestra felicidad perfecta.

La Epístola está tomada del capítulo 17 del tercer libro de los Reyes. Habiendo ido Elías á Sarepta, ciudad de los sidonios en Fenicia, de órden de Dios, y cuando el hambre desolaba todo el pais, multiplicó milagrosamente un puñado de harina y un poco de aceite, de modo que una buena mujer que le hospedó en su casa tuvo suficientemente para alimentarse ella y sus hijos, y para mantener tambien al profeta todo el tiempo que duró la sequedad. Tenia aquella mujer un hijo; el cual cayó enfermo, y fué tan violento el mal que murió de él. La madre desconsolada se echó á los piés del profeta que afortunadamente se hallaba en su casa, y penetrada del mas vivo dolor: Hombre de Dios, le dijo, ¿no me habeis conservado la vida sino para darme el disgusto de ver morir á mi hijo que era todo mi consuelo y toda la esperanza de mi familia? ¿no habeis venido á mi casa sino para descubrir mis iniquidades y para castigarme de ellas? El esceso de su dolor no la permitió decir mas, y prorumpio en gemidos y en llantos. Conmovióse Elías y la pidió el cuerpo de su hijo. Le tomó, le llevó al aposento donde él se retiraba, le puso sobre su lecho, y levantando su voz al Señor, le hizo esta corta pero fervorosa oracion: Señor Dios mio, ¿es posible, que esta buena viuda que tiene la caridad de alimentarme lo mejor que puede, tenga el disgusto de ver morir á su hijo? Luego que dijo esto, se puso sobre el niño por tres veces ajustándose á su pequeño cuerpo, sin cesar de suplicar al Señor que le volviese la vida, haciendo que su alma volviese á su cuerpo. El Señor oyó inmediatamente la oracion de su profeta, y volvió la vida al niño. Elías le tomó en sus brazos, y habiendo bajado de su aposento le puso vivo en las manos de su madre. Arrebatada de alegría aquella pobre mujer, le dijo: Ahora reconozco por esta accion que sois verdaderamente un hombre de Dios, y que el espíritu del Señor es el que os hace hablar. La proteccion de las gentes de bien es siempre un gran recurso en los accidentes mas pesados de la vida. Pero si Dios tiene tanta consideracion á las súplicas de los santos, cuando están todavia en la tierra, que por sus oraciones llega hasta obrar los mayores milagros, dicen los padres; cuando están en el cielo, en donde su caridad les hace mas sensibles á nuestras necesidades, ¿qué crédito no tendrán cerca de Dios, y qué socorros, qué ventajas no se sacarán de su intercesion y de sus ruegos?

Dios, para hacer mas respetables á su siervos fieles, les favorece con el don de los milagros, á fin de que su zelo sea mas eficaz, y que se les oiga con mas docilidad. Elías se puso tres veces sobre el cuerpo del niño muerto. Eliseo hizo lo mismo cuando quiso resucitar al hijo de la Sunamitis; san Pablo lo hizo tambien cuando resucitó á un jóven llamado Eutyches, que habiendo caido de una ventana muy alta se habia muerto; san Gregorio refiere lo mismo de san Benito cuando resucitó á un niño. El misterio de esta accion nos representa la Encarnacion del Verbo, el cual, dicen los Padres, como que se ha restringido, se ha humillado, se ha ajustado en alguna manera á nuestra naturaleza revistiéndose de nuestra carne y tomando nuestras enfermedades para volvernos la vida. Hay pocos tipos y figuras en el antiguo Testamento que indiquen de un modo mas espreso la union del Verbo á la naturaleza humana en el misterio de la Encarnacion. Jesucristo no observó esta ceremonia; era la realidad de lo que los santos del antiguo Testamento no eran mas que la figura. Quiere resucitar un muerto, no tiene mas que mandarle que viva: «yo te lo mando, levántate; Lázaro, sal fuera.» Los profetas piden á Dios que dé la vida al muerto; Jesucristo habla como Señor, habla y obra como Dios.

El Evangelio refiere la historia de la maravillosa resurreccion de Lázaro el amigo de Jesucristo.

No habia salido aun el Salvador de Galilea, cuando tuvo noticia de la enfermedad de un hombre á quien amaba mucho; era éste el hermano de Marta y de María, llamado Lázaro, que habitaba con ellas en el pueblo de Bethania, en cuya casa se habia hospedado algunas veces el Salvador. Luego que la enfermedad se presentó peligrosa, enviaron las dos hermanas un propio á Jesus, con estas dos palabras: «Señor, el que amais está enfermo.» Nada mas sencillo ni mas modesto que esta esposicion. Dios no pide ni sutileza, ni elocuencia, ni cumplimiento; bástale una manifestacion humilde de nuestras necesidades, un sentimiento de amor vivo y ardiente, una confianza plena en él. Como si le hubiesen dicho, dice san Agustin: basta, Señor, que sepais que nuestro hermano está enfermo, porque amándole como le amais no le abandonareis. El Salvador se hallaba entonces en Bethabara, al otro lado del Jordan, cerca de dos ó tres jornadas del pueblo de Bethania. Habiendo leido el billete, les respondió, que aquella enfermedad no les llevaria á su hermano, y que ántes bien serviria para gloria de Dios, puesto que daria ocasion al Mesías de probar su divinidad por medio de un milagro pasmoso. El Evangelista añade que Marta y su hermana María y Lázaro su hermano eran amados de Jesus; el historiador sagrado no deja nunca de indicar en particular esta augusta prerogativa de todos los que el Salvador honraba con una amistad especial; no hay nada, en efecto, que honre tanto; ninguna cualidad, ningun título es tan glorioso ni tan honorable como el ser singularmente amado de Jesucristo. Habiendo, pues, sabido el Salvador que Lázaro estaba enfermo, permaneció aun dos dias en el mismo lugar. Sabe Jesus á qué estremo estaba Lázaro reducido, le ama, y sin embargo difiere dos dias enteros el ir á socorrerle. Parece que Dios está algunas veces sordo á nuestros votos, que se olvida al parecer de los males que sufrimos, pero no por esto desconfiemos de su amor. Él sabe el tiempo en que conviene socorrernos, y si difiere el hacerlo es para darnos señales mas sensibles de su bondad. Deja morir á Lázaro, dice san Crisóstomo, y no llega á Bethania hasta cuatro dias despues que fué enterrado, á fin de que el milagro fuese mas incontestable.

Habiendo pasado los dos dias, dijo á sus discípulos: volvamos á Judea. Esta resolucion les sorprendió, y aunque era el Maestro, le dijeron: ¿no hace mas que un mes que los de Judea querian apedrearos en el templo de Jerusalen el dia de la Dedicacion y quereis volver allá? El dia no tiene mas que doce horas, les respondió el Salvador, ¿qué hay que temer cuando se camina mientras dura el dia? ¿debe esperarse á la noche para trabajar ó para caminar? Los judíos contaban el dia desde la salida hasta la puesta del sol, y le dividian siempre como los demás pueblos orientales en doce horas iguales, pero que debian ser mas cortas ó mas largas, segun la diversidad de las estaciones. El Salvador compara aquí la vida al dia y la muerte á la noche, y como el dia debe tener doce horas completas, sin que se le pueda quitar nada de su duracion; del mismo modo, dice Jesucristo, estando ya designado el tiempo que tengo que vivir, nada puede adelantar el momento de mi muerte. Como si hubiese dicho que en tanto que viviese en este mundo no faltaria la luz; así que no temia la malicia de sus enemigos, los cuales podrian tenderle inútilmente lazos para sorprenderle; pero no podrian quitarle la vida hasta que hubiese llegado el tiempo determinado para ello; y que entonces se entregaria él mismo en sus manos. Además, añade, Lázaro nuestro amigo duerme y yo quiero irle á despertar. Era bien claro que el Salvador hablaba de un modo figurado, entendiendo lo que decia por el sueño de la muerte; porque ¿quién podia figurarse que Jesucristo tratase de emprender un viaje de dos ó tres jornadas para ir á despertar un hombre que dormia? Sin embargo, los apóstoles fueron tan simples que creyeron que su divino Maestro hablaba solamente del sueño ordinario. Esto obligó al Salvador á decirles abiertamente que Lázaro habia muerto, y yo me alegro, añadió, de no haberme hallado allí, porque el milagro que voy á hacer resucitándole, va á hacer la fé que teneis en mí mas pura y mas incontrastable, pero vamos á verle. Al oir estas palabras, se apoderó de los apóstoles el temor y quedaron en silencio. Solo Tomás, viendo al Salvador determinado á partir y á llevar consigo los que tuviesen valor para seguirle, dijo á sus compañeros: Vamos, sigamos á nuestro Maestro y si es necesario muramos con él. Es estraño que á una resolucion tan generosa haya sucedido una fé tan débil y tan vacilante en este Apóstol. No son unos trasportes pasajeros los que nos hacen dignos discípulos de Jesucristo, sino solo una caridad sostenida. Estos ímpetus de fervor son llamaradas que se estinguen, si el corazon no está abrasado con el fuego del amor divino.

Habiendo llegado á Bethania el Hijo de Dios, halló que Lázaro estaba enterrado habia ya cuatro dias. Muchas personas de las cercanías habian ido á ver á Marta y María para consolarlas; pero á pesar de esta multitud de consoladores, no lloraban por eso ménos las dos hermanas. Solo Jesus es el que puede enjugar las lágrimas; él solo es el que sabe el secreto de consolar en la afliccion. Así es que Marta y María, apenas supieron su llegada, dejaron al instante á aquellos con quienes estaban. «Señor,» le dijo Marta apenas se presentó á él, «si hubieseis estado aquí mi hermano no hubiera muerto.» parece, dice san Juan Crisóstomo, que su fé era todavía un poco débil, pues que creia que la presencia del Salvador era necesaria para impedir que su hermano muriese. Sin embargo, ella no deja de tener una gran confianza en su bondad y en su poder. Yo sé, le dice ella, que aun ahora todo lo que pidiereis á Dios os lo concederá, aunque fuese la resurreccion de mi hermano. No se atreve á pedirle directamente un favor tan grande; únicamente le recuerda que puede hacerlo; y conociendo la bondad del Salvador, no tiene necesidad de decirle mas. Está segura, repuso Jesus, que tu hermano resucitará. No dudo yo, replicó Marta, que en el último dia cuando se verifique la resurreccion general, resucite tambien con todos los demás. Pero ¿por quién resucitará sino por mí, le dijo Jesus, que soy la resurreccion y la vida? ¿y por qué no podria yo resucitarle hoy como le resucitaré entonces? Este es el sentido que da san Agustin á la respuesta que el Salvador dió á Marta. De este modo instruye Jesucristo y afirma la fé de Marta, y la conduce como por grados á confesar como lo hizo, «que él era el Cristo, el Hijo de Dios vivo que habia venido á este mundo.»

Viendo Marta que no parecia su hermana María, no dudó de que ella ignoraba la llegada del Salvador; por esto

fue corriendo á su aposento y le dijo en voz baja que Jesus habia llegado. Inmediatamente vino María, se arrojó á sus piés y deshaciéndose en lágrimas: ¡Ah, Señor, le dijo, si hubierais estado aquí mi hermano no hubiera muerto! Su llanto y el de toda la multitud que habia ido con ella, enterneció el corazon compasivo del Salvador, el cual se mostró alterado y conmovido, haciéndonos ver con esto la parte que toma en las aflicciones de los que ama. Preguntó en seguida: ¿Dónde se le ha enterrado? Venid, Señor, le dijeron, y ved el lugar de su sepultura. Habiendo llegado á él, no pudo contener sus lágrimas, lo que hizo decir á los judíos: ¿Veis hasta qué punto le amaba? Pero ¿si le amaba tan tiernamente, decian algunos de ellos, por qué no ha impedido que muriese, si es verdad que ha abierto los ojos á un hombre ciego de nacimiento? los judíos miraban las lágrimas de Jesucristo, dice san Juan Crisóstomo, como una prueba de su flaqueza. Si le amaba tanto, decian ellos, y si es verdad que ha curado al ciego, ¿por qué no curaba á su amigo? el espíritu de envidia piensa siempre malignamente, y su habla es siempre en el mismo sentido; se aprovecha de las menores apariencias para autorizar su malignidad.

Fué Jesus al sepulcro acompañado de una multitud de gente. Los sepulcros de los judíos eran ordinariamente una especie de grutas abiertas en las rocas, ó hechas de fábrica, cuya entrada se cerraba con una piedra labrada y proporcionada á la abertura: habia en estas grutas muchas pequeñas celdillas ó nichos capaces para recibir cada uno un cuerpo. El modo de sepultar entre los judíos era cubrir la cabeza y el rostro con un lienzo que se llamaba sudario: el resto del cuerpo se envolvia en una sábana, que se ajustaba en seguida con muchas vendas desde las espaldas hasta los piés. Habiendo llegado el Salvador al sepulcro no pudo ménos de exhalar todavía algunos suspiros y aun estremecerse, nó por la muerte de Lázaro, sino mas bien al parecer por la muerte eterna de tantos pecadores, de los cuales era Lázaro la figura, y singularmente por la malicia insigne y por el endurecimiento de los judíos, que habian de servirse del milagro que iba á hacer para resolver su muerte. El Salvador ordenó que se quitase la piedra que cerraba el sepulcro; y habiéndole Marta dicho al oir esto, que habiendo sido enterrado el cuerpo hacia ya cuatro dias, era imposible que no arrojase mal olor, la repuso el Salvador: No témais nada. ¿No te he dicho que si creyeses, verias á Dios glorificado por el mas brillante de todos los milagros? Luego que quitaron la piedra, levantó los ojos al cielo, y dirigiéndose á su Padre, le habló, dice san Crisóstomo, nó como quien le rogaba, sino como quien le rendia acciones de gracias, para mostrar que no era él como los demás santos y los profetas, que tienen necesidad de valerse de las súplicas para hacer obras milagrosas, sino que él las hace por su propio poder. No lo hace, añade el mismo santo, sino á fin de que el mundo sepa que obra en nombre y por virtud de su Padre, y por consiguiente, que él es el Mesías y el Enviado de Dios; por esto prueba tambien su unidad de voluntad y de poder con Dios su Padre; y si en cualidad de hombre habla como inferior á su Padre, mezcla siempre algunos rasgos que muestran su igualdad.

Despues de todo esto, esclamó Jesus en alta voz: Lázaro, sal del sepulcro: á estas palabras el muerto resucita, y lleno de vida se levanta, y ligado como estaba sale del sepulcro, lo que no pudo hacer, dice san Juan Crisóstomo, sin un nuevo milagro diferente del primero. Tantas maravillas á la vez causaron una admiracion general. Volvió Jesus á mandar que desatasen al muerto resucitado y le dejasen andar. A vista de estos prodigios, los judíos presentes no pudieron ménos de reconocer el poder del Señor. Ellos habian visto á Lázaro muerto, le habian visto enterrado ya de cuatro dias, y que sus carnes estaban ya fétidas y corrompidas. Ellos mismos habian quitado la piedra que cerraba el sepulcro; habian visto que á solo el precepto de Jesucristo habia salido Lázaro de él, envuelto todavía en sus paños mortuorios, y estrechamente ligado y ajustado con las vendas, como un niño en la envoltura. Se le desata, ve, habla, anda, come y sobrevive muchos años á su entierro y á sus primeros funerales. ¿Le queda algun atrincheramiento á la incredulidad mas porfiada? Este milagro convirtió, es verdad, á muchos judíos; pero apenas hubo uno entre los sacerdotes, los escribas y los fariseos que no se encarnizase mas contra el Salvador del mundo. Cuando el entendimiento y el corazon están corrompidos, cuando el error es voluntario, los milagros sorprenden pero no convierten.

Si Lázaro muerto y enterrado es la figura del pecador muerto por el pecado, la resurreccion de Lázaro y la salida del sepulcro es la figura del pecador convertido por la gracia. Un cristiano convertido y resucitado á la gracia, debe dar pruebas públicas de ello á Dios y al mundo, al justo y al libertino. El pecador penitente debe glorificar á Dios que es el autor de su nueva vida; edificar al mundo que ha sido testigo de sus escándalos; consolar al justo que ha gemido por sus desórdenes, y confundir con una vida ejemplar al libertino que queria hacer sospechosa su conversion.

Honrábanse hoy con una fiesta particular en muchas iglesias de Francia, las lágrimas que la ternura y la compasion hicieron derramar á Jesucristo por la muerte de Lázaro; y se llamaba comunmente esta devocion la fiesta «de las santas Lágrimas.» Se celebraba con mucha piedad en Vendome, en la Abadía de la Trinidad, que era de padres benedictinos; en Selincour, en Picardía; y en la Abadía de San Pedro, llamada de la Santa Lágrima. En Orleans en la iglesia de San Pedro el Plantador «(le pueiller)»; en Chemillé en Anjou, en la iglesia de San Leonardo; en Thiers, en Auvernia, en San Máximo, en Provenza y en otras partes.

Todavía hoy se celebra con solemnidad la resurreccion milagrosa de san Lázaro en la Iglesia catedral de Marsella, que le reconoce por su primer obispo, su apóstol y su patron.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Deus, qui ineffabilibus mundum renovas Sacramentis: præsta, quæsumus, ut Ecclesia tua, et æternis proficiat institutis, et temporalibus non destituatur auxiliis. Per Dominum...

O Dios, que renovais el mundo por medio de sacramentos inefables, haced que prospere vuestra Iglesia con vuestras eternas instituciones, y que nunca la falten vuestros auxilios en sus necesidades temporales. Por nuestro Señor, etc.

La Epistola está tomada del tercer libro de los Reyes, cap. 17.

In diebus illis: Ægrotavit filius mulieris matrisfamilias, et erat languor fortissimus, ita ut non remaneret in eo halitus. Dixit ergo ad Eliam: Quid mihi et tibi, vir Dei? Ingressus es ad me, ut rememorarentur iniquitates meæ, et interficeres filium meum? Et ait ad eam Elias: Da mihi filium tuum. Tulitque eum de sinu ejus, et portavit in cœnaculum, ubi ipse manebat, et posuit super lectulum suum. Et clamavit ad Dominum, et dixit: Domine Deus meus, etiamne viduam, apud quam ego utcumque sustentor, afflixisti, ut interficeres filium ejus? Et expandit se, atque mensus est super puerum tribus vicibus, et clamavit ad Dominum, et ait: Domine Deus meus, revertatur, obsecro, anima pueri hujus in viscera ejus. Et exaudivit Dominus vocem Eliæ: et reversa est anima pueri intra eum, et revixit. Tulitque Elias puerum, et deposuit eum de cœnaculo in inferiorem domum, et tradidit matri suæ, et ait illi: En vivit filius tuus. Dixitque mulier ad Eliam: Nunc in isto cognovi, quoniam vir Dei es tu, et verbum Domini in ore tuo verum est.

En aquellos dias enfermó un hijo de una madre de familias, y su enfermedad se hizo tan violenta, que murió de ella. Díjole, pues, aquella mujer á Elías: ¿Qué es lo que hay en tí y mí, hombre de Dios? ¿has venido á mi casa para renovar la memoria de mis pecados, y para quitar la vida á mi hijo? Elías la dijo: Dáme á tu hijo; y habiéndole tomado de entre sus brazos, le llevó al aposento donde habitaba, le puso sobre su lecho, y clamó al Señor diciéndole: Señor Dios mio, ¿es posible que hayas afligido á esta buena viuda que cuida de alimentarme lo mejor que puede, basta quitarle la vida á su hijo? Despues de dicho esto, se echó sobre el niño por tres veces, acomodándose á su cuerpo muerto; y esclamó al Señor, diciendo: Señor Dios mio, haced que el alma de este niño vuelva á su cuerpo. El Señor oyó la voz de Elías, el alma del niño volvió á entrar en su cuerpo, y resucitó. Habiendo tomado Elías el niño, descendió de su aposento á lo bajo de la casa, y le puso en manos de su madre, diciéndola: Hé aquí tu hijo, que ya vive. La mujer respondió á Elías: Por esta accion reconozco yo ahora que eres un hombre de Dios, y que la palabra del Señor es verdadera en tu boca.

Se cree que Esdras es el autor de los dos últimos libros de los Reyes. Se lee en el tercero la muerte de David, el reinado de Salomon, la construccion del templo y el reino separado en tiempo de Roboam. El reinado de Joroboam sobre las diez tribus. Achab casa con la impía Jezabel, y persigue á los profetas. Elías se presenta en su reinado y hace un gran número de milagros en Israel.

REFLEXIONES.

«Por esta accion reconozco yo ahora que eres un hombre de Dios, y que la palabra del Señor es verdadera en tu boca.» Nada prueba mejor la verdad de lo que se enseña que la conformidad de la conducta con la doctrina del predicador. Prueben sus acciones que es un hombre de Dios, y no se dudará que es del Señor la palabra que se oye de su boca. Se mueve, se persuade, se convierte cuando se predica tanto con los ejemplos como con las palabras; un zelo que se exhala todo en palabras, hace pocos frutos. Jesucristo comenzó por hacer ántes que enseñar. ¿Se sigue con grande empeño este ejemplo? El Salvador echaba en cara á los fariseos, que ataban cargas pesadas y que apenas podian llevarse, y las ponian sobre las espaldas de los demás, mientras que ellos ni aun les aplicaban un dedo. Si esos inmortificados doctores de la ley, si esos delicados directores empezasen por practicar ellos mismos la moral severa que esparcen, hay motivo para creer que serian ménos estremados. ¡Qué miseria! ¿Se pretende acaso adquirir fama por una ridícula reputacion de severidad y de reforma que no se comienza por sí mismo? Reformese ese orgullo secreto que es el gran móvil y el principal resorte de la mayor parte de las acciones; ese esmero de sensualidad en la afectacion estudiada de todas las comodidades de la vida. Reformese esa malignidad de pensamientos que hace que se juzgue tan mal del prójimo. Reformese ese fondo inagotable de envidia que se derrama tantas veces en injurias y en maledicencias. El zelo encuentra un gran campo que brozar en nosotros mismos, ¿por qué prestarse á otros, cuando se carece de obreros para la cultura de su propio campo? La caridad ciertamente no daña nunca á aquel que la ejerce, pero seamos santos; muestren nuestras acciones que somos siervos de Dios; juzgue el pueblo por nuestra conducta, que somos hombres de Dios, entonces serán eficaces nuestras lecciones y nuestras instrucciones. Cuesta trabajo el creer que la palabra del Señor se halla verdaderamente en la boca de un hombre que la desmiente por su conducta; se observa siempre ántes de escuchar. ¡Qué fruto no haria un padre ó una madre de familia, cuyos ejemplos todos fuesen otras tantas lecciones! Hay indocilidad en los hijos, se lamenta el descuido y la poca fidelidad en los domésticos, se grita, se reprende, pero se corrige poco porque se edifica mal. Los domésticos y los hijos estudian mas las acciones que las palabras de los que les gobiernan; creen siempre que aquellas deben ser los intérpretes de estas. Si las instrucciones espantan, las acciones aseguran; comprendamos cuánto importa practicar lo que se enseña á los otros y no caer en los defectos que se reprenden.

El Evangelio de la misa de este dia está tomado del cap. 4 del de san Juan.

In illo tempore: Erat quidam languens Lazarus a Bethania, de castello Mariæ, et Marthæ sororis ejus. (Maria autem erat, quæ unxit Dominum unguento, et extersit pedes ejus capillis suis: cujus frater Lazarus infirmabatur). Miserunt ergo sorores ejus ad eum, dicentes: Domine, ecce quem amas infirmatur. Audiens autem Jesus,

En aquel tiempo habia un hombre enfermo llamado Lázaro, en Bethania, pueblo de María y de Marta su hermana. (María era aquella que derramó sobre el Señor un licor odorífero, y le enjugó los piés con sus cabellos; y Lázaro su hermano, el que estaba enfermo.) Enviaron sus hermanas á decir á Jesus: Señor,

dixit eis: Infirmitas hæc non est ad mortem, sed pro gloria Dei, ut glorificetur Filius Dei per eam. Diligebat autem Jesus Martham, et sororem ejus Mariam, et Lazarum. Ut ergo audivit, quia infirmabatur, tunc quidem mansit in eodem loco duobus diebus. Deinde post hæc dixit discipulis suis: Eamus in Judæam iterum. Dicunt ei discipuli: Rabbi, nunc quærebant te Judæi lapidare, et iterum vadis illuc? Respondit Jesus: Nonne duodecim sunt horæ diei? Si quis ambulaverit in die, non offendit, quia lucem hujus mundi videt: si autem ambulaverit in nocte offendit, quia lux non est in eo. Hæc ait, et post hæc dixit eis: Lazarus amicus noster dormit: sed vado ut a somno excitem eum. Dixerunt ergo discipuli ejus: Domine, si dormit, salvus erit. Dixerat autem Jesus de morte ejus: illi autem putaverunt quia de dormitione somni diceret. Tunc ergo Jesus dixit eis manifeste: Lazarus mortuus est: et gaudeo propter vos, ut credatis, quoniam non eram ibi. Sed eamus ad eum. Dixit ergo Thomas, qui dicitur Didymus, ad condiscipulos: Eamus et nos, ut moriamur cum eo. Venit itaque Jesus, et invenit eum quatuor dies jam in monumento habentem. (Erat autem Bethania juxta Jerosolymam quasi stadiis quindecim). Multi autem ex Judæis venerant ad Martham et Mariam ut consolarentur eas de fratre suo. Martha ergo ut audivit quia Jesus venit, occurrit illi: Maria autem domi sedebat. Dixit ergo Martha ad Jesum: Domine, si fuisses hic, frater meus non fuisset mortuus: sed et nunc scio, quia quæcumque poposceris a Deo, dabit tibi Deus. Dicit illi Jesus: Resurget frater tuus. Dicit ei Martha: Scio quia resurget in resurrectione in novissimo die. Dixit ei Jesus: Ego sum resurrectio, et vita: qui credit in me, etiam si mortuus fuerit, vivet: et omnis, qui vivit, et credit in me, non morietur in æternum. Credis hoc? Ait illi: Utique, Domine, ego credidi, quia tu es Christus Filius Dei vivi, qui in hunc mundum venisti. Et cum hæc dixisset, abiit et vocavit Mariam sororem suam silentio, dicens: Magister adest, et vocat te. Illa ut audivit surgit cito, et venit ad eum, nondum enim venerat Jesus in castellum, sed erat adhuc in illo loco, ubi occurrerat ei Martha. Judæi ergo qui erant cum ea in domo, et consolabantur eam, cum vidissent Mariam, quia cito surrexit, et exiit, secuti sunt eam, dicentes: Quia vadit ad monumentum, ut ploret ibi. Maria ergo, cum venisset ubi erat Jesus, videns eum, cecidit ad pedes ejus, et dicit ei: Domine, si fuisses hic, non esset mortuus frater meus. Jesus ergo, ut vidit eam plorantem, et Judæos, qui venerant cum ea, plorantes, infremuit spiritu, et turbavit seipsum, et dixit: Ubi posuistis eum? Dicunt ei: Domine, veni, et vide. Et lacrymatus est Jesus. Dixerunt ergo Judæi: Ecce quomodo amabat eum. Quidam autem ex ipsis dixerunt: Non poterat hic, qui aperuit oculos cæci nati, facere ut hic non moreretur? Jesus ergo rursum fremens in semetipso venit ad monumentum. Erat autem spelunca: et lapis superpositus erat ei. Ait Jesus: Tollite lapidem. Dicit ei Martha, soror ejus qui mortuus fuerat: Domine, jam fœtet, quatriduanus est enim. Dicit ei Jesus: Nonne dixi tibi, quoniam si credideris, videbis gloriam Dei? Tulerunt ergo lapidem: Jesus autem, elevatis sursum oculis, dixit: Pater, gratias ago tibi quoniam audisti me. Ego autem sciebam quia semper me audis, sed propter populum, qui circumstat, dixi: ut credant quia tu me misisti. Hæc cum dixisset, voce magna

el que amas está enfermo. Oido esto por Jesus, les respondió: Esta enfermedad no es para que muera, es sí para gloria de Dios, y á fin de que sea glorificado el Hijo de Dios. Amaba Jesus á Marta, á su hermana María y á Lázaro. Despues de haber sabido que Lázaro estaba enfermo, permaneció todavía dos dias en el mismo lugar; y despues dijo á sus discípulos: Volvamos otra vez á Judea. Dijéronle entonces los discípulos: Maestro, hace poco que los judíos querian apedrearte, ¿y otra vez vuelves allá? Respondióles Jesus: ¿Por ventura no tiene el dia doce horas? Si alguno camina de dia no tropieza porque ve la luz del mundo; mas si camina por la noche, tropieza porque le falta la luz. Así habló, y despues les dijo: Nuestro amigo Lázaro duerme, pero yo voy para despertarle del sueño. Dijéronle, pues, sus discípulos: Señor, si duerme, él saldrá de la enfermedad. Queria decir Jesus de su muerte, aunque ellos juzgaron que hablaba de un simple sueño. Entonces Jesus les dijo ciertamente: Lázaro ha muerto, y me alegro no haber estado allí por vosotros, para que creais: pero vamos allá. Al oir esto Tomás (llamado tambien Didimo) dijo á los otros discípulos: Vamos tambien nosotros para morir con él. Llegó, pues, Jesus, y halló que habia ya cuatro dias que Lázaro estaba enterrado. (Distaba Bethania cerca de quince estadios, como media legua poco mas de Jerusalen.) Muchos de los judíos habian ido á ver á Marta y á María, y consolarlas por la muerte de su hermano. Inmediatamente que Marta oyó que Jesus habia llegado, le salieron al encuentro. María permaneció quieta en la casa. Dijo, pues, Marta á Jesus: Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no hubiese muerto; pero yo sé que aun ahora todo lo que pidiereis á Dios os lo concederá. Tu hermano resucitará, la dijo Jesus, y Marta le respondió: Yo sé que resucitará en el último dia al tiempo de la resurreccion. Entonces la dijo Jesus: Yo soy la resurreccion y la vida: el que cree en mí vivirá, aun cuando hubiere muerto, y todo el que vive y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto? Sí Señor, le dijo ella; yo he creido que vos sois el Cristo, hijo de Dios vivo, que ha venido á este mundo. Y habiendo dicho esto, se fué y silenciosamente llamó á María su hermana. El Maestro, la dijo, está ahí, y te llama. Ella apenas lo oyó, se levantó inmediatamente y le salió al encuentro: aun no habia llegado Jesus al castillo, sino que permanecia en el sitio en donde Marta habia salido á encontrarle. Los judíos que estaban en la casa con María consolándola, habiendo advertido que se habia levantado con tanta prisa y que habia salido, la siguieron diciendo: Esta va al lugar de la sepultura para llorar allí. Habiendo, pues, María llegado adonde estaba Jesus, apenas le vió se echó á sus piés, y le dijo: Señor, si hubieseis estado aquí, mi hermano no hubiese muerto. Viéndola Jesus llorar, y que los judíos que venian con ella tambien lloraban, se estremeció su espíritu y se conmovió dentro de sí, y en seguida dijo: ¿Dónde le habeis puesto? Dijéronle: Señor, venid y vedlo. Entonces Jesus derramó lágrimas. A vista de lo que dijeron los judíos: Hé aquí hasta dónde le amaba. Pero algunos de ellos dijeron: ¿El que ha abierto los ojos á un hombre ciego de nacimiento, no podia haber impedido que este

clamavit: Lazare, veni foras. Et statim prodiit qui fuerat mortuus, ligatus pedes, et manus institis, et facies illius sudario erat ligata. Dixit eis Jesus: Solvite eum, et sinite abire. Multi ergo ex Judæis, qui venerant ad Mariam et Martham, et viderant quæ fecit Jesus, crediderunt in eum.

muriese? Jesus, pues, estremeciéndose de nuevo dentro de sí mismo, fué al lugar de la sepultura. Era, pues, una cueva abierta en la peña, y la habian cerrado con una piedra. Quitad la piedra, dijo Jesus. Señor, le dijo Marta, hermana del muerto, comienza ya á arrojar fetor, porque hace cuatro dias que está enterrado. Jesus la repuso: ¿No te he dicho, que si creyeres verias á Dios glorificado? Quitaron, pues, la piedra, y levantando Jesus los ojos, dijo: Padre mio, yo os doy gracias porque me habeis oido. Bien sabia yo que siempre me oís; pero lo que he dicho, ha sido en consideracion á la multitud que están en rededor de mí, á fin de que crean que vos me habeis enviado. Despues de haber proferido estas palabras, clamó con un tono de voz muy alto: Lázaro, sal fuera. El que estaba muerto, salió inmediatamente con las vendas que le ligaban los piés y las manos, y con el lienzo que le cubria el rostro. Desatadle, les dijo Jesus, y dejadle andar. Gran número de los judíos que habian venido á ver á Marta y á María, y que eran testigos de lo que Jesus habia hecho, creyeron en él.

MEDITACION.

Sobre los sentimientos de un pecador moribundo.

Punto primero.—Considera que por mas crueles que sean los sobresaltos que acometen en la muerte, y los dolores que se sienten en aquella última hora, nada hay mas duro, nada atormenta tanto á un pecador moribundo, que los vivos y amargos sentimientos que esperimenta poco ántes de espirar.

Durante la vida, la fé de la mayor parte de los cristianos, y sobre todo de los libertinos, está medio estinguida. Creen, es decir, no caen en los errores hasta el punto de ser infieles; pero creen tan débilmente, que apenas pueden llamarse cristianos.

En la muerte desaparecen todas las preocupaciones; las pasiones mas fuertes se estinguen; la fé se despierta, y hace ver las verdades mas terribles, con tal claridad, que no es posible dudar ya de ellas. Pero ¡oh Dios! ¡qué sentimientos y qué temores nacen de estas luces!

Se conoce entonces sensiblemente para qué fin vivíamos sobre la tierra. Dios solo, sí, Dios solo debia ser el objeto de mi culto. ¡Qué sentimiento haber servido á otro señor, haber amado á otro objeto, haber seguido á otra guia que á él!

Me sobraban motivos para no haberme engañado; mi razon me hacia ver bastante lo que debia hacer; mi reposo estribaba en mi regularidad, y mi interés en el cumplimiento de mis deberes. ¡Qué consolatorio seria para mí si hubiese pasado mis dias en el servicio de un Señor tan bueno! ¡Ah! ¡qué de poderosas solicitaciones! ¡qué de gracias! y no me he decidido á servirle; he mirado á sangre fria á mi Dios, espirando por mí en la cruz; todos sus beneficios no han podido vencer mi indiferencia; no he querido amarle, y yo muero.

¿Habia alguna cosa capaz de entrar en concurrencia con un Dios? ¿Tenia yo dos señores á quien servir? Y ¿aun cuando hubiera tenido dos, á quién debia la preferencia? Muy desgraciado es aquel á quien no le basta un Dios. Yo soy este desgraciado, porque me ha dado gana de serlo, y yo muero.

Pero ¿en servicio de quién he pasado yo mis dias? ¿y qué ventaja he sacado de haber servido al mundo? Disgustos infinitos, penas continuas, sudores infructuosos, servidumbre cruel, yugo abrumador, vida consumida y perdida en la amargura; y de todo esto, ¿cuál ha sido la recompensa? Sentimientos desesperantes, una muerte espantosa, una desgraciada eternidad. ¡Ah, Dios mio! ¿es todo esto verdad, y hay pecadores en el mundo?

Punto segundo.—Considera qué pesar será para nosotros el percibir que todo lo que nos ha espantado, lo que nos ha disgustado del servicio de Dios no era mas que una pura fantasma. Era el respeto humano, y entonces se verá cuán vano era, y cuán ridículo era el trabajo: ¡Ah! ¿podia yo ignorar que Jesucristo asegura que su yugo es suave y su carga lijera? Yo veo ahora, dirá el moribundo, que he tenido mas que sufrir viviendo licenciosamente, que cuanto hubiera sufrido llevando una vida cristiana; yo veo ahora mi tontería; me carcome el pesar, pero ya no hay tiempo de reparár mi falta, y yo muero.

He descuidado enteramente mi salvacion: los negocios temporales, las partidas de placer, el juego, los espectáculos han absorvido todo mi tiempo. Yo he juntado grandes bienes: ¿y para quién? Yo me he divertido, yo he pecado; y yo muero sin haber hecho penitencia: muero, y voy á ser condenado al fuego eterno, condenado á sufrir por toda la eternidad el rigor reunido de todos los suplicios. ¡Oh qué desesperacion! ¡qué sentimiento!

Movido por la lectura de aquel libro de piedad, sobresaltado por aquel accidente, convencido, desengañado por aquellas reflexiones tan concluyentes, tan verdaderas, ejecutado todavía mas por la gracia, yo habia formado el designio de mi conversion, habia hecho el plan de ella: ¿quién me ha impedido su ejecucion? Aquel amigo, aquellos compañeros libertinos, el temor de pasar por devoto, el mal ejemplo: ¿y por amor de un amigo, de un libertino, de un atolondrado, me he condenado? ¡Quién puede comprender el rigor de este despecho, de esta rabia!

Honores que me habeis deslumbrado, adornos que me habeis costado tanto; placeres que me habeis hecho gemir tantas veces; alegrías mundanas seguidas de tantas lágri-

mas; ¡cuántas veces os he condenado! Y ¿por qué no he obrado conforme á mis propios sentimientos?

¡Oh! si yo hubiese seguido el ejemplo de aquella persona tan virtuosa, que mas sabia que yo, no ha esperado á la muerte para arrepentirse. Si, á lo ménos, me hubiese convertido un año hace, seis meses ha, cuando yo estaba espantado leyendo estas verdades terribles; yo podia haberlo hecho entonces, nada me hubiera sido mas fácil de hacer; pero no quise, y muero con este sentimiento.

¡Qué sentimiento tan inútil y tan desesperante, Dios mio! ¡Horrible suplicio, el verse cargado de crímenes en el momento en que se va á comparecer delante de vos! Si á lo ménos pudiese uno atribuir su desgracia y sus estravíos á una causa estraña, pero no puede ménos de verse que es uno mismo solo el artífice de su pérdida; se ve y se verá eternamente que se ha condenado uno por haber preferido un miserable libertinaje de algunos dias, á una felicidad llena, satisfactoria y eterna.

Mi dulce Jesus, que me concedeis la gracia de que haga aquí todas estas reflexiones, no permitais que algun dia me sirvan de motivo para un nuevo sentimiento. Pero ya sé el medio de agotar la fuente de ellos, que es convirtiéndome inmediatamente. Dadme, Señor, la gracia para hacerlo, y que no lo difiera un solo momento.

JACULATORIAS.— Conservad, Señor, mi corazon en la inocencia por medio de una fidelidad inviolable en guardar vuestra santa ley, para que así no me vea yo entregado á tan crueles desesperaciones en el fin de mi vida. (Psalm. 118.)

Señor, ved aquí que aquel que amais con tanta ternura, hasta haber dado vuestra sangre por él, está peligrosamente enfermo. (Joan. 11.)

PROPOSITOS.

1 Lázaro atacado de una enfermedad mortal; Lázaro muerto y enterrado de cuatro dias, de modo que ya apestaba; Marta y María que ruegan al Salvador, y le representan el triste estado á que se ve reducido aquel á quien amaba; las lágrimas de Jesucristo sobre el sepulcro del muerto, señales de su compasion y de su ternura, su resurreccion, en fin, precedida no solo de emocion, sino tambien de suspiros y de estremecimientos interiores; todas estas circunstancias tan detalladas, que con tanta minuciosidad ha procurado indicar el Evangelista, son otros tantos rasgos bien marcados del cuadro de un pecador que envejece en el pecado de hábito. Dios no deja de amar á este pecador, dicen los Padres, puesto que se ha encarnado y ha muerto por él; tambien representan el amor de la Santísima Vírgen y de los santos, que se interesan por su salvacion, y ruegan por él; pero ¡qué no es necesario para convertirle! ¡qué de milagros! Jesucristo llora, Jesucristo se estremece, son precisos muchos esfuerzos para quitar la piedra, y un mandamiento espreso del Salvador para hacerle salir del sepulcro. Reflexionad seriamente sobre este retrato. ¡Mirad no sea tal vez el vuestro! Concebid, por lo ménos, una justa idea del estremo peligro en que está un pecador que vive en el hábito del pecado. Es muy difícil la conversion, cuando se necesita uno de los mayores milagros para convertirse.

2 Prevenid los crueles sentimientos que tendrá el pecador en la hora de la muerte, haciendo una vida santa. Vivid en la inocencia, si no quereis morir en el pecado. Pensad muchas veces mientras os dura la vida en estos sentimientos horribles. Considerad esta Cuaresma como si fuese la última que vivís. Empleadla en todos los ejercicios de la santa penitencia. Ayunadla exactamente; acompañad esta maceracion de la carne de una penitencia interior; haced limosnas para redimir vuestros pecados. ¡Cuántos de los que leerán esto no verán el fin de año!

SÁBADO CUARTO DE CUARESMA.

Considerando la Iglesia los quince dias que quedan hasta la Pascua como una fiesta continuada de la Pasion del Salvador, se ha mirado siempre este sábado como la vigilia de esta fiesta. El introito, la Epístola, el Evangelio, todo el oficio de la misa de este dia, es una alegoría continua de este gran misterio, y una especie de preparacion que contiene al mismo tiempo los motivos consolantes de esta augusta solemnidad.

La misa comienza por aquellas tiernas palabras del profeta Isaías: «Todos los que teneis sed, venid á la fuente de aquella agua viva,» que salta hasta la vida eterna, dice el Señor. El profeta convida á todos los pueblos de la tierra para que abracen la fé de Jesucristo, el cual solamente es la fuente de agua viva. Esta divina fuente es la mina que puede apagar, todo lo demás solo sirve para aumentar nuestra sed. Propiamente hablando, la Pasion de Jesucristo es esta fuente, que ha corrido, por decirlo así, por tantos canales como llagas ha tenido su divino cuerpo; fuente que jamás se agota. Aunque preciosa esta agua se nos da gratis. «Los que no teneis dinero, hasta que tengais sed: venid, y refrigeraos, bebed con alegría. Todo esto hace alusion á la Pasion de nuestro Salvador que ha derramado su sangre por la salud de todos los hombres, y que por un beneficio tan insigne no exige mas de nosotros que nuestro amor.

La Epístola está tomada de aquel lugar de la profecía de Isaías, en que Dios llama á su Hijo su enviado sobre la tierra para salvar al género humano, á quien ha oido concediéndole la salvacion de los hombres, y á quien ha asistido en el tiempo que él mismo habia destinado para esta grande obra. En donde dice que le ha establecido para ser el reconciliador del pueblo, para reparar la tierra, romper las cadenas de los prisioneros, comunicar la luz á los que estaban en las tinieblas. «Yo te he enviado para que hagas una nueva alianza con mi pueblo,» de la cual la primera no era mas que una débil figura, «y por medio de esta alianza vas á hacer que mude de faz toda la tierra, vas á formar un pueblo enteramente nuevo. Las heredades disipadas de que habla el Profeta, son no solamente el pueblo judío, sino tambien todas las naciones del mundo que Jesucristo ha rescatado con su sangre, las cuales todas componen su heredad. Esta heredad se la habia usurpado el demonio. La corrupcion de las costumbres y la idolatría habian disipado la heredad del Señor. El Salvador ha venido para juntarla, reuniéndolas todas en su Iglesia. «Yo te he enviado para decir á los que gemian entre las cadenas, y en los lazos del pecado (puede esto entenderse del pueblo judío, que vivia en el desórden y bajo la servidumbre de la ley):» salid de esa dura servidumbre, y entrad en la dulce libertad de los hijos de Dios. «Dí á todos los que estaban en la ignoran-

cia del verdadero Dios entre las negras tinieblas de la idolatría: abrid, por fin, los ojos, y ved la luz.» El Salvador solo es la verdadera luz, que ilumina á todo el que viene á este mundo. «Se apacentarán en los caminos, y todas las llanuras les servirán de pastos.» No hay cosa que mejor represente la dichosa condicion de la nueva alianza, de este pueblo nuevo, del pueblo cristiano, de la Iglesia, que el retrato que Dios hace aquí de él por su Profeta. Libres de la cautividad del demonio por la muerte del Salvador; ilustrados con las luces de la fé, no temamos morir de hambre en el desierto y penoso camino de esta vida; en la llanura como entre las rocas, y sobre la montaña, en todas partes hallaremos un abundante pasto. La doctrina de Jesucristo, sus sacramentos, su Evangelio, su asistencia y su gracia, harán que de nada carezcamos. Esta vida es un viaje; la tierra es un destierro; el cielo es nuestra amable patria: es indispensable caminar por medio de un destierro espantoso, ántes de llegar á la tierra prometida; hay mucho camino que andar desde Babilonia hasta la celestial Jerusalen; sin embargo, no temamos nada, el Salvador ha provisto á todo, él conoce nuestras necesidades, no ignora los peligros, y sabe lo que es necesario para conservar la vida. «No tendrán hambre ni sed, no les quemará el calor ni aun el del sol, porque aquel que está lleno de misericordia hácia ellos les conducirá, y les llevará á beber á los manantiales de las aguas.» ¿Quién no ve en esta alegórica y profética pintura la imágen del cristianismo? ¿qué multiplicidad de auxilios espirituales; qué abundancia mas consolante de bienes que los que hay en la Iglesia? Encuéntrese uno sediento por la fatiga del camino, por el ardor de las pasiones, por los combates que es preciso dar, y los asaltos que es fuerza sostener; á todas horas encontraremos esta fuente de agua viva que no se agota jamás, y que se saca sin trabajo. «Vosotros,» dice en otra parte el mismo Profeta, «vosotros sacareis con alegría aguas de las fuentes del Salvador.» En lugar de las aguas que vuestros padres han sacado en el desierto, cuando Moisés hirió la roca y sacó de ella una fuente, vosotros bebereis de las fuentes del Salvador. Este Salvador es Jesucristo; las fuentes que nos abre son su doctrina santa, dicen los Padres, sus sacramentos, de donde derivan las gracias sobre aquellos que se acercan dignamente á ellos, y alejan de sí las malas disposiciones que pueden detener su curso. El mismo Jesucristo nos dice: Si alguno tiene sed, venga á mí, y beba. Aquel que bebiere del agua que yo le daré, nunca tendrá sed. «Mis montañas se convertirán en caminos llanos, y yo replenaré los valles para hacerlo todo un camino. No os espanten esas máximas de la mas alta perfeccion, esos consejos tan puros del Evangelio, y tan contrarios á los sentidos y al amor propio; todo lo vereis allanado, desde luego que os pongais en camino; todo lo hallareis dulce, todo fácil, desde el momento en que lo pusiereis en práctica. No temais estraviaros; yo, yo mismo seré vuestra guia, yo enderezaré todos los caminos; solo fuera de la Iglesia es en donde se estravia; las sendas que se siguen entonces son las que llevan á la perdicion. «Verânse venir á la Iglesia del Salvador los pueblos mas lejanos, unos del Septentrion, otros del Poniente, y otros del Mediodía. ¿Quién no ve en todas estas espresiones bien significadas la conversion de los gentiles á la fé de Jesucristo? «Cielos, alabad al Señor,» esclama aquí el Profeta, «salte de alegría toda la tierra, y resuenen entre las montañas sus alabanzas; porque el Señor, prosigue, se ha compadecido en fin, de tantos pueblos miserables que se perdian.» Él mismo quiere ser su consuelo, su salud, su Salvador y su Padre. «No obstante, Sion ha dicho: el Señor me ha olvidado.» Esta era la queja amorosa que dirigian al cielo los judíos en su cautividad, y es la que hacen todavía alguna vez los cristianos en sus aflicciones y sus trabajos. Pero ¿hay cosa mas consolatoria que la respuesta que Dios les da? «¿Puede una madre olvidar á su hijo? ¿Puede ménos de tener compasion del hijo que ha llevado en sus entrañas? Pero aun cuando se hallase una madre tan dura y tan bárbara que olvidase su propio hijo, yo nunca podria olvidaros.» El Señor es el que habla. ¡Buen Dios! ¡qué impresiones tan fuertes deben hacer estas palabras sobre el corazon! ¡qué amor no deben inspirar á un Dios tan bueno! ¡qué retorno! ¡qué confianza!

El Evangelio de este dia es una instruccion dogmática que hace el Salvador al pueblo y á los fariseos acerca de su divinidad, y una prueba muy sensible del endurecimiento de los fariseos y del pueblo. Su mal corazon no le retrae: les muestra mas bondad todavía, que el odio y la envidia que ellos tenian contra él. Les descubre los grandes bienes que estaban encerrados en él, y que venia á traer al mundo. «Yo soy la luz del mundo, les decia, el que me sigue no camina en las tinieblas» de la ignorancia, del error, de la infidelidad ni del pecado. No hay otro que yo que ilumine, y que guie en el camino del cielo. ¿Sereis siempre tan insensatos que cerrareis los ojos á la luz de la vida bienaventurada á la cual os conduce? Los fariseos escuchaban atentamente lo que el Salvador les decia; pero dijérales lo que les dijese, nada era capaz de hacerles gustar las verdades eternas, porque mas bien trataban de criticar su doctrina que de aprovecharse de ella.

Tú das testimonio de tí mismo, le dijeron. ¿Se te deberá creer sobre tu palabra? Aunque yo doy testimonio de mí, respondió Jesus, mi testimonio es legítimo y debe ser admitido. Yo me conozco, y no puedo ménos de conocerme; yo sé de dónde he venido, y adónde voy; pero vosotros no sabeis de dónde vengo, ni adónde voy. No es posible, ni yo debo esperar de vosotros un testimonio legítimo de lo que yo soy; vosotros no me conoceis, ni aun quereis conocerme. Solo yo, y mi Padre que me ha enviado, podemos dar este testimonio seguro é infalible. Yo os pruebo mi mision por mis obras, por mi doctrina y por mis milagros, y vosotros os negais á creerme; mi Padre la prueba por las profecías, y por las sagradas letras que teneis en las manos, y vosotros no quereis hacer la aplicacion de ellas. Vosotros no juzgais de mí sino segun el hombre esterior, no podeis imaginaros que yo sea de una condicion superior á lo que aparezco. Como si dijese, dicen los Padres: La falsa idea que habeis formado del Mesías que debe libraros, hace que la oscuridad de mi nacimiento, y la humildad de mi vida, sean para vosotros un motivo de escándalo. Si os digo que soy Dios, é Hijo de Dios, recibís esta verdad como una blasfemia; si confirmo la verdad de mis palabras con los prodigios, decís que los hago en nombre de Beelzebub: vuestra pasion os ciega; vuestras preocupaciones os impiden el ver la

luz, y rendiros á la verdad. Sea que yo juzgue de los demás, ó que dé testimonio de mí mismo, no pueden ménos de ser justos mis juicios, como que proceden de una sabiduría, y de un conocimiento que no pueden engañarse: además de que yo jamás juzgo solo, sino que siempre lo hago con mi Padre que me ha enviado aquí para vivir con vosotros, para instruiros y para salvaros. En verdad que mi palabra apoyada sobre su autoridad merece con razon el ser creida, puesto que, segun vuestra ley, el testimonio de dos personas debe ser creido.

Aquí fué donde los fariseos no pudieron ménos de dar á conocer su espíritu pérfido y disimulado. Sabian ellos bien que el Padre de que Jesucristo hablaba, era su Padre eterno, su Dios y su Criador. Jesucristo se lo habia dicho muchas veces y con bastante claridad, porque no hacia de ello ningun misterio. Sin embargo, fingen que lo ignoran, y le dicen que les enseñase en dónde estaba su Padre. Querian arrancar de su boca, dice san Juan Crisóstomo, alguna cosa que pudiesen hacer pasar en el ánimo del pueblo por una blasfemia á fin de desacreditarle y de perderle. Como el Salvador conocia el fondo de su corazon, y toda su malignidad: «vosotros estais ciegos, les respondió, para no conocer ni á mi Padre, ni á mí. Si hubiereis querido ser dóciles á mis instrucciones, hubierais sabido quién soy yo, y sabriais al mismo tiempo quién es mi Padre; si quisierais rendiros á las pruebas que os doy de mi divinidad, no buscariais á mi Padre sobre la tierra, porque sabriais que está en el cielo.» Así habló Jesus en el tesoro cuando enseñaba en el templo. Llamábase tesoro ó gazofilacio una parte del templo muy frecuentada, en donde estaban colocados diferentes cepos para recibir las ofrendas del pueblo. No obstante que el Salvador veia bien el peligro que corria su vida, habló en esta ocasion con mucha firmeza, y de un modo muy claro y muy preciso de su divinidad, y de su igualdad de naturaleza con el Padre. Estaba rodeado de una multitud de oyentes, la mayor parte enemigos suyos; les reprende con una libertad que no le convenia mas que á él; habla siempre como Maestro, aunque tuviese que habérselas con gentes feroces y vengativas, de cuya malignidad podia temerse todo. Pero no habiendo llegado todavía su hora, nadie se atrevió á echarle mano. No teniendo criatura alguna autoridad sobre él, y debiendo entregarse él mismo voluntariamente á la muerte por la salud de los hombres, no podia ser preso hasta tanto que él quisiese. Como no ha llegado todavía la hora que Dios ha señalado para los tormentos de su Hijo, los proyectos que sus enemigos forman contra él son vanos. Prosigamos la obra de Dios, sin que nos inquiete nada de lo que pueda sucedernos por parte de los hombres: ellos no tendrán otro tiempo, ni mas poder para dañarnos que el que Dios tuviese á bien concederles; y si es su voluntad abandonarnos por último á su violencia, no podria olvidar entonces ni su bondad, ni nuestra flaqueza. La hora del justo es el tiempo de prueba; pero no es mas que una hora, no es mas que un tiempo muy corto con respecto al tiempo de la recompensa.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Fiat, Domine, quæsumus, per gratiam tuam fructuosus nostræ devotionis affectus: quia tunc nobis proderunt suscepta jejunia, si tuæ sint placita pietati. Per Dominum...

Haced, Señor, por vuestra gracia, que el ardor de nuestra devocion no quede sin efecto; para que los ayunos que observamos, nos sean útiles, siendo agradables á vuestra divina voluntad. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es tomada del profeta Isaías, cap. 49.

Hæc dicit Dominus: In tempore placito exaudivi te, et in die salutis auxiliatus sum tui: et servavi te, et dedi te in fœdus populi, ut suscitares terram; et possideres hereditates dissipatas: ut diceres his, qui vincti sunt: Exite: et his, qui in tenebris: Revelamini. Super vias pascentur, et in omnibus planis pascua eorum. Non esurient, neque sitient, et non percutiet eos æstus et sol: quia miserator eorum reget eos, et ad fontes aquarum potabit eos. Et ponam omnes montes meos in viam, et semitæ meæ exaltabuntur. Ecce isti de longe venient, et ecce illi ab Aquilone, et mari, et isti de terra Australi. Laudate, cœli, et exulta, terra; jubilate, montes, laudem: quia consolatus est Dominus populum suum, et pauperum suorum miserebitur: Et dixit Sion: Dereliquit me Dominus, et Dominus oblitus est mei. Numquid oblivisci potest mulier infantem suum, ut non misereatur filio uteri sui? et si illa oblita fuerit, ego tamen non obliviscar tui, dicit Dominus omnipotens.

Hé aquí lo que dice el Señor: Yo te he oido en el tiempo favorable, y te he asistido en el dia de salud. Yo te he conservado y te he establecido para hacer alianza con mi pueblo; para reparar la tierra; para poseer las heredades disipadas; para decir á los que estaban en cadenas, salid de la prision; y á los que estaban en tinieblas, ved la luz. Se apacentarán á lo largo de los caminos, y todas las llanuras les servirán de pastos. No tendrán hambre ni sed, y el calor ni el sol no los abrasarán, porque aquel que está lleno de misericordia con ellos, les conducirá y les llevará á beber á los manantiales de las aguas. Entonces convertiré todas mis montañas en un camino llano, y serán rellenos todos mis senderos. Yo veo á estos que vienen de muy léjos, los unos del Septentrion y del mar de Poniente, y los otros de las tierras del Mediodía. Cielos, alabad al Señor, y tú, tierra, llénate de alegría. Montes, haced resonar sus alabanzas, porque el Señor ha consolado á su pueblo, y se compadecerá de sus pobres. Mas con todo eso, ha dicho Sion: El Señor me ha abandonado, el Señor me ha olvidado. ¿Puede acaso una madre olvidar á su hijo, ó dejar de tener compasion del hijo que ha llevado en sus entrañas? Mas aun cuando ella le olvidare, yo no me olvidaré nunca de tí, dice el Señor omnipotente.

Isaías, como figura del Mesías, declara que el Señor le ha enviado, no solo para anunciar á Jacob su vuelta del cautiverio y su libertad, sino tambien para predicar la sa-

lud y la conversion de los gentiles. Describe la felicidad de Jerusalen despues de la cautividad. Dice que los pecados de Judá son los que le han atraido todos los males que ha sufrido. Consuela en seguida á Sion, y le predice una dicha permanente.

REFLEXIONES.

«¿Puede acaso una madre olvidar á su hijo? pues aun cuando ella le olvide, «yo, dice el Señor, no te olvidaré jamás.» ¿Podia darnos el Señor una idea mas alta de ternura, que la que nos da por esta espresion, y por esta comparacion? El amor naturalmente que tiene una madre ásu hijo, es grande, es ardiente, es compasivo, es tierno; el que Dios nos tiene á nosotros, es todavía mas vivo y mas perseverante. Una madre puede olvidar á su hijo, pero Dios no puede olvidar mi alma. Qué consuelo, pensar que Dios está interesado en mis males, que es sensible á mis necesidades, que le merezco mas cariño que el que una madre la mas tierna tiene á un hijo único, hermoso, y bien nacido, sin que mis defectos, mis estravíos, mis flaquezas puedan jamás sofocar ni estinguir el fondo inagotable de bondad con que me mira. Es un Dios el que me ama, y me ama como Dios. Esta bondad es incomprensible. Pero ¿es mas fácil comprender el poco amor, el poco reconocimiento que tenemos á Dios? Dios declara que no nos olvidará jamás. ¿Nosotros no olvidamos nunca á Dios? ¿Pensamos nosotros en Dios, con esos proyectos orgullosos, con esos ambiciosos designios, con esas ideas de grandeza y de fortuna, de que se alimenta la mayor parte de la vida? ¿Se piensa en Dios, en esas asambleas mundanas en las que la religion aparece con trabajo; en donde la piedad es un término desconocido, ó á lo ménos fuera de uso? ¿de las que el espíritu de Jesucristo está desterrado, y donde las máximas del Evangelio están proscritas? Olvidado así Dios en el mundo, ¿es á lo ménos mas honrado en el lugar santo por los que están en él con ménos modestia, respeto y decencia, que se presentan en los espectáculos profanos? ¿Tiene mucha parte el corazon en esos actos esteriores de religion? ¿El espíritu tan santo de esta religion reina en todos los estados, en todas las edades, en todas las condiciones de la vida? La fé se estingue por la corrupcion de las costumbres, y cuando esta corrupcion se derrama como torrente; cuando el contagio penetra cuasi á todas partes, cuando el vicio rompe cuasi todos los diques; ¿florece mucho la religion? ¿la fé no pierde nada de su vigor? ¿no queda su luz oscurecida? Dios nos ama sin otra razon que su pura bondad; ¿pero qué razon tenemos nosotros para no amar á Dios? Nos olvidamos de Dios; pero ¿podemos olvidar los beneficios de que nos colma? ¿podemos ni aun podremos pasarnos sin su auxilio y su gracia? ¿que dia, qué hora, qué momento de la vida hay que no esté marcado con alguno de sus beneficios? ¿Y nosotros ni aun nos dignamos pensar en ellos? ¿Comprendemos bien la iniquidad de esta monstruosa indiferencia?

El Evangelio de la misa de este dia está tomado del capítulo 8 de san Juan.

In illo tempore: Locutus est Jesus turbis Judæorum, dicens: Ego sum lux mundi: qui sequitur me, non ambulat in tenebris, sed habebit lumen vitæ. Dixerunt ergo ei pharisæi: Tu de teipso testimonium perhibes: testimonium tuum non est verum. Respondit Jesus, et dixit eis: Et si ego testimonium perhibeo de meipso, verum est testimonium meum: quia scio unde veni, et quo vado: vos autem nescitis unde venio, aut quo vado. Vos secundum carnem judicatis: ego non judico quemquam: et si judico ego, judicium meum verum est: quia solus non sum, sed ego, et qui misit me, Pater. Et in lege vestra scriptum est, quia duorum hominum testimonium verum est. Ego sum, qui testimonium perhibeo de meipso, et testimonium perhibet de me, qui misit me, Pater. Dicebant ergo ei: Ubi est Pater tuus? Respondit Jesus: Neque me scitis, neque Patrem meum: si me sciretis, forsitan et Patrem meum sciretis. Hæc verba locutus est Jesus in gazophylacio, docens in templo; et nemo apprehendit eum, quia necdum venerat hora ejus.

En aquel tiempo dijo Jesus á las turbas de los judíos: Yo soy la luz del mundo: el que me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida. Dijéronle, pues, los fariseos: Tú das testimonio de ti mismo, y por tanto tu testimonio no es legítimo. Respondióles Jesus y les dijo: Aun cuando yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio es verdadero, porque sé de donde he venido, y adonde voy; pero vosotros no sabeis ni de dónde vengo, ni adónde voy. Vosotros juzgais segun la carne, yo no juzgo de ninguno, y aun cuando yo juzgue, mi juicio es legítimo, porque no soy solo, sino yo y mi Padre, que me ha enviado. Y en vuestra ley está escrito, que el testimonio de dos personas es legítimo. Yo soy el que doy testimonio de mí mismo, y mi Padre que me ha enviado, da tambien testimonio de mí. ¿En dónde está tu Padre? le dijeron ellos entonces. Respondióles Jesus: Ni sabeis quién yo soy, ni quien es mi Padre; si supieseis quién soy yo, sabriais tambien quien es mi Padre. Así habló Jesus en el tesoro cuando enseñaba en el templo, y nadie puso la mano en él, porque aun no habia llegado su hora.

MEDITACION.

De lo poco conocido que es Jesucristo, y lo poco amado que es de los mismos que le conocen.

Punto primero.—Considera que la mayor dicha del hombre, y en alguna manera su única dicha sobre la tierra; es conocer á Jesucristo y amarle. Cualquiera otro conocimiento sin este, es vano é inútil. La vida eterna, decia el Salvador hablando á su Padre, es conoceros por el único verdadero Dios, á vos y á Jesucristo á quien habeis enviado. El Hijo de Dios es la fuente de nuestra felicidad. Desde que uno se aparta de esta fuente, ya no halla mas que miseria y desgracia. Jesucristo es el único camino que conduce al cielo; él es el principio de la vida que no debe jamás acabarse; él es la verdad, y fuera de él no hay mas que error, ilusion y mentira. Comprendamos ahora cuánto nos importa conocer bien este camino, fuera del que no hay mas que estravíos y senderos perdidos que conducen todos al precipicio. Cuánto nos importa vivir la vida de Jesucristo; el que no tiene este principio de vida,

el que no le conoce está muerto, y no es mas que un fantasma que no tiene mas que una vida aparente y superficial. ¡O Dios mio! ¿qué estado mas lamentable que el de un hombre que no conoce esta verdad suprema, infalible, permanente, eterna? ¡En qué ceguera vive tan triste y espantosa! Y ¿cuál será su destino eterno? Sin embargo, ¿este Salvador, es conocido de muchos? Sin hablar de los pueblos bárbaros sumidos á las tinieblas del paganismo; de los pueblos civilizados, y aun cultos, que están infatuados con las tinieblas del error, ¡cuán poco conocido es en el dia de hoy Jesucristo, aun de los mismos fieles! Porque ¿puede uno persuadirse que se conoce verdaderamente á Jesucristo, cuando se violan con tanta seguridad sus mandamientos? ¿Cuándo se mira con todo desprecio sus consejos y sus máximas mas santas? ¿Las gentes del mundo, esas personas mundanas entregadas á sus deseos, esclavas á sus pasiones, animadas de todo el espíritu del mundo; esas personas tan poco cristianas, cuyas costumbres corrompidas son el oprobio de la religion, y cuya conducta y perniciosos sentimientos son el escándalo de la Iglesia; esas personas que parece se avergüenzan del Evangelio, conocen á Jesucristo? ¿Aquellos mismos que hacen profesion de piedad, honran la religion que profesan? ¿Aquellos mismos, en fin, que están consagrados á él de un modo mas particular conocen verdaderamente á Jesucristo, y serán todos reconocidos por verdaderos discípulos suyos? Se conoce á Jesucristo, como los judíos, por decirlo así, le conocian: admiraban sus milagros, alababan su doctrina, pero no la seguian. El conocimiento que debe tenerse de este divino Salvador, debe ser siempre un conocimiento prático. Se tiene fé; pero ¿es viva esta fé? Juzguemos por las obras, y midamos siempre el conocimiento que nos lisonjeamos tener de Jesucristo por nuestra fé.

PUNTO SEGUNDO.—Considera que si Jesucristo es poco conocido con este conocimiento práctico, tan necesario para la salud, puede tambien decirse con sentimiento, que no es apenas mas amado este divino Salvador por aquellos mismos que hacen profesion de conocerle. Juzguemos por la poca devocion sólida, afectuosa y ejemplar de la mayor parte de las gentes. Convenimos que hay almas santas, que le sirven en espíritu y en verdad, y que perpetuarán en la Iglesia hasta el fin de los siglos, aquellos grandes ejemplos de virtud que forman uno de sus mas bellos ornamentos. Pero, ¿es muy grande el número de estos discípulos fieles? ¿Se hallan muchas de estas almas puras que atadas á este divino Maestro por el lazo mas sagrado, arden sin cesar en aquel divino fuego que él mismo ha venido á encender sobre la tierra? Conocer quien es Jesucristo; hasta qué esceso nos ha amado; lo que ha hecho y sufrido para darnos pruebas sensibles de su amor; lo que hace aun todavía para ganar nuestro corazon en el adorable misterio de la Eucaristía; conocer todas estas grandes verdades, y no tenerle á Jesucristo mas que un amor á medias; mirar á Jesucristo con indiferencia, ó tal vez con frialdad, ¿no es esta una paradoja incomprensible? Si el mérito, si la dignidad de la persona, son títulos y motivos para amar á aquellos que reconocemos que lo merecen tan justamente; si los beneficios recibidos son unos derechos evidentes é incontestables para pagar el tributo de nuestro corazon y de nuestro reconocimiento; si la esperanza de los beneficios futuros, obligan á todo hombre racional á amar á aquellos de quienes depende nuestra fortuna y nuestra dicha; ¿hubo jamás, puede haber jamás un objeto mas digno de nuestro amor y que con mas justicia posea todos estos títulos? Este Redentor, este Salvador, este Maestro, es nuestro Dios, en todo perfectamente á su Padre. Creemos que este divino Salvador no haya hecho bastante para testificarnos su amor? Quejémonos si nos atrevemos ni aun á imaginar que no ha hecho bastante. ¡Ah! Jesucristo ha hecho mucho mas que lo que nosotros nos hubiéramos atrevido nunca á pedirle, mas que lo que podíamos creer: ¿qué razon pues puede asistirnos para amarle tan poco? Él es no solamente nuestro Rey, nuestro Salvador, nuestro Dios, es tambien nuestro soberano Juez. De él depende nuestra suerte eterna; todos los bienes que tenemos, y todos los que podemos esperar y desear, de nadie debemos esperarles mas que de él. ¿De dónde pues procede que Jesucristo es tan poco amado? Hombres ingratos, vosotros dais, vosotros abandonais vuestro corazon á los objetos mas indignos; el menor beneficio, una palabra obsequiosa, unos modales atentos y graciosos, estimulan vuestro reconocimiento. Solo este divino objeto no ha de poder ganar nuestro corazon? Por inútil, por mas indigno que sea de él este corazon, sin embargo se digna pedírnoslo, le desea apasionadamente, le ambiciona, por decirlo así. «Dáme, hijo mio, tu corazon;» ¿ Y nosotros se lo negamos? ¿Y nosotros preferimos á él el menor objeto criado? ¿Y nosotros somos insensibles, duros aun á todos sus amorosos pasos? ¡O injusticia! ¡O ingratitud! ¡O impiedad!

Esto es hecho, Señor, no me hareis ya mas estas crueles reconvenciones. El dolor y la confusion que tengo de haberos amado tan poco hasta aquí, es de los mas vivos, vos lo veis, y yo espero, mediante vuestra gracia, que mi vida no será ya mas que un ejercicio del mas puro amor.

JACULATORIAS.—Ámeos yo á vos, Señor, que sois toda mi fortaleza. (Psalm. 17.)

Iluminad, Señor, nuestros entendimientos con vuestras luces: abrasad nuestros corazones con vuestro amor.

PROPÓSITOS.

1 Conocer á Jesucristo sin amarle, sin arreglar nuestra conducta y nuestras costumbres segun las máximas del Evangelio, no es conocerle. El verdadero conocimiento de Jesucristo, el que se adquiere por los ojos de una fé viva, es inseparable del amor. No nos contentemos con este conocimiento estéril. Animemos nuestra fé, y probemos con nuestras obras que le amamos. Pidámosle sin cesar este divino amor, y digámosle muchas veces al dia, con san Ignacio, esta bella oracion: «Dadme, Señor vuestro amor con vuestra gracia y no necesito mas.»

2 El mismo Jesucristo en el Santísimo Sacramento es este fuego sagrado que abrasa con su amor todas las almas puras. Hacedle frecuentes visitas, y en cada visita pedidle su amor. No os presenteis jamás delante de él, sino con el respeto y la devocion que exige un Dios realmente presente en la adorable Eucaristía. Rogad á la Santísima Virgen que pida para vosotros á su querido Hijo este ardiente amor.

DOMINGO DE PASION.

Siempre se ha contado el domingo de Pasion, con respecto al oficio, en el número de los mas solemnes, y no cede á ninguna otra solemnidad en la Iglesia. Como no hay misterio en nuestra religion que nos toque mas de cerca y en que el amor que Jesucristo nos tiene aparezca con mas viveza que el de la redencion; no hay tampoco otro que mas nos interese ni que exija de nosotros un reconocimiento mas vivo y un tributo mas justo de compasion, de imitacion, de ternura y de amor.

La Iglesia comienza hoy á llamar nuestra atencion á los preparativos de la muerte de Jesucristo, por la consideracion particular del misterio de su Pasion, que no pierde de vista en toda la Cuaresma, pero singularmente en estos últimos quince dias; de suerte que puede decirse que las cuatro primeras semanas de Cuaresma están particularmente destinadas á conducir al pecador á que haga penitencia por sus pecados, y las dos últimas á hacerle honrar el misterio de la Pasion del Salvador, por la participacion, por decirlo así, de sus tormentos. Como fué este el tiempo poco mas ó ménos en que los sacerdotes, los doctores de la ley llamados escribas y fariseos (confundidos y desconcertados por la resurreccion de Lázaro, la cual habia atraido un gran número de nuevos discípulos á Jesucristo, á quien no se apellidaba ya cuasi por todas partes mas que por el Mesías) comenzaron á tramar su muerte, y como se cree que en este dia fué cuando quedó determinada; la Iglesia, para manifestar su tristeza, se viste en él de luto; quita de sus oficios todo cántico de alegría, cubre sus altares, y en todas sus oraciones da á entender su dolor y su afliccion. Con la propia mira emplea en los oficios nocturnos la profecía de Jeremías, quien parece haber figurado á la vez los dolores de Jesucristo en su Pasion, y las desgracias ocasionadas por los pecados de aquellos que este divino Salvador habia venido á rescatar con su muerte. En algunos lugares la Iglesia toma hasta ornamentos negros, para hacer su luto todavía mas sensible á la vista de los pueblos, é inspirarles por medio de este lúgubre aparato, los sentimientos de compuncion y de tristeza que convienen á los misterios que celebra en este santo tiempo. Y si la Iglesia, dicen los Padres, está sumergida en la tristeza y cubierta de luto en estos dias de llanto, ¿será razon que sus hijos animen los sentimientos de una alegría profana? ¡Qué estravagancia tan escandalosa, qué impiedad seria si se viesen los hijos presentarse en público con un brillante equipaje, divertirse con algazara mientras que su Madre gime en la afliccion y tiene su corazon anegado en la amargura! Seguramente se hubiera mirado antiguamente como un apóstata, un cristiano que en tiempo de Pasion se hubiera presentado en público con trajes ostentosos, ó se hubiera atrevido á tomar parte en las fiestas mundanas.

Llamábanse estas dos semanas de Cuaresma las dos semanas de «Xerophagias» esto es, en las que no solo estaba prohibido el uso de los lacticinios, sino tambien el del pescado, y solo se alimentaban los fieles con legumbres secas. El ayuno era tambien mas riguroso y todo respiraba en ellas la penitencia. Hay algunos autores que llaman á este dia el domingo de la «Neomenia,» esto es, de la «Nueva Luna Pascual,» porque en efecto, no deja nunca de acaecer despues de la nueva luna de marzo, así como el domingo de Pascua despues de la luna llena. Estos dos últimos domingos de Cuaresma, se han distinguido siempre de los cuatro primeros: aquellos se llaman domingo de Pasion y de Ramos, y estos simplemente domingos de Cuaresma.

Los santos Padres distinguen estas dos últimas semanas de las cuatro precedentes: aquellas se llaman las semanas de Pasion, porque la Iglesia en todo este tiempo está en mayor duelo, y los fieles dedicados á ejercicios de una devocion mas tierna y de una penitencia mas austera; estas se llaman simplemente semanas de Cuaresma, durante las que la penitencia y el ayuno se observaban con un poco ménos de rigor. Esta distincion se ve manifiesta en los sermones de san Leon, de los cuales unos se intitulan «para las cuatro semanas de Cuaresma» y los otros para el tiempo de Pasion: Hay doce para la Cuaresma y diez y nueve para el tiempo de la Pasion. Aquí se vé tambien que se predicaba mas á menudo los catorce últimos dias de Cuaresma; que eran mas continuos y mas ordinarios los ejercicios de piedad y las buenas obras, y que se ayunaba con mas austeridad. Eran mas frecuentes las instrucciones que se hacian á los competentes, esto es, á los catecúmenos, que en el último exámen se habian juzgado suficientemente instruidos para recibir el bautismo la víspera de Pascua, y nada se omitia para disponerlos á recibir dignamente este grande sacramento.

El introito de la misa de este dia está tomado del salmo 42, en el que David, desterrado y perseguido por Saul, suspira por su vuelta y por la vista del tabernáculo. Él pide esta gracia al Señor y se consuela con la esperanza de obtenerla; pero al mismo tiempo ruega al Señor que haga patente su inocencia. Compuso David este salmo al tiempo que Jonatás le declaró que Saul estaba por último resuelto á quitarle la vida. Esto es, sin duda, lo que ha obligado á la Iglesia á elegirle para el tiempo en que la muerte del Salvador quedó decidida por los escribas, los fariseos y los sacerdotes.

La misa de este dia comienza por el primer versículo del salmo: «Juzgadme, Dios mio, y por en medio de lo que una liga criminal publica para difamarme, haced que aparezca á vista de todo el mundo mi inocencia; sustraedme al odio de un perseguidor tan injusto como artificioso, puesto que vos sois todo mi apoyo y toda mi fortaleza.» Se vé bien la relacion que tiene este texto con el misterio del dia. «Haced que brille á mis ojos vuestra fidelidad en vuestras promesas; ella me hará caminar sin temor en medio de los mas evidentes peligros, y me conducirá hasta la montaña santa y á vuestros tabernáculos. Los Padres entienden por «la luz y la verdad» á Jesucristo. San Cirilo por «la luz» entiende al Hijo, y por «la verdad» al Espíritu Santo. Los mismos rabinos esplican lo uno y lo otro del Mesías; y es claro que la montaña santa, en el sentido místico, es la Iglesia de Jesucristo.

Pocos santos hay á quienes la meditacion de la Pasion de Jesucristo no haya sido familiar, y que no hayan encontrado en este gran misterio un fondo inagotable de fortaleza, de confianza y aun de alegría en las adversidades. Se consuela uno facilmente en sus aflicciones y en sus molestias, cuando mira con los ojos de la fé y con un corazon cristiano, á un Dios espirando por nosotros en la cruz. Si Jesucristo ha sufrido, dice el apóstol san Pedro, ha sido

para darnos ejemplo; y por el ejemplo mismo que nos ha dado, nos ha suministrado un motivo poderoso para animarnos á sufrir y nos ha merecido la gracia para ello. El Padre Eterno dice á cada uno de los cristianos mostrándole á su Hijo sobre el Calvario, lo que habia dicho en otro tiempo á Moisés: «Mira este modelo que se te propone sobre esta montaña y aplícate á imitarlo.» No podrias ser predestinado si no fueses la copia de este divino original, y si no te hicieses semejante á Jesucristo crucificado; porque tu predestinacion la ha merecido él principalmente sobre la cruz. Falta, dice san Pablo, alguna cosa á la Pasion de Jesucristo con respecto á nosotros; es preciso que se le agregue por nosotros lo que le falta, y es la aplicacion; ella no puede sernos útil si no puede aplicársenos; es preciso, pues, estar clavado en la cruz con Jesucristo, como el Apóstol; es indispensable estar unido á Jesucristo paciente.

Que un Dios, como Dios, obre como señor y como soberano, dice uno de los mas célebres oradores cristianos; que haya criado con una sola palabra el cielo y la tierra; que haga prodigios en el universo y que nada resista á su poder, es una cosa tan natural para él, que no debe ser cuasi motivo de admiracion para nosotros. Pero que un Dios sufra, que un Dios espire entre tormentos, que un Dios, como habla la Escritura, guste la muerte, siendo él solo quien posee la inmortalidad, esto es lo que ni los ángeles ni los hombres comprenderán jamás. Este es el misterio de la Pasion de Jesucristo: el cual obligó al profeta á esclamar: «Llenaos, cielos, de asombro;» porque hé aquí lo que sobrepuja todos nuestros conocimientos y lo que exige toda la sumision y obediencia de nuestra fé; pero tambien en este gran misterio ha triunfado nuestra fé del mundo: ¿y cuándo triunfará de nosotros mismos? Ella ha triunfado de nuestro entendimiento: ¿y cuándo triunfará de nuestro corazon y de nuestras pasiones? Es muy estraño que en el tiempo mismo en que todo nos predica la Pasion del Salvador, en un tiempo singularmente consagrado á honrar sus humillaciones y sus tormentos, apetezca un cristiano el fausto, alimente un fondo de orgullo y de ambicion y viva entre los placeres. La Iglesia nada omite para inspirarnos el espíritu de humildad, de compuncion, de mortificacion y de tristeza santa en estas dos últimas semanas de Cuaresma: sus oficios, su gran luto, sus oraciones, todo tiende á hacernos sensibles á los tormentos y á la muerte de Jesucristo.

La Epístola de la misa de este dia está tomada del capítulo 9 de la admirable carta de san Pablo á los hebreos, en la que el santo Apóstol demuestra con tanto vigor como elocuencia, la superioridad y la escelencia infinita de la nueva ley sobre la antigua; y hace ver por los mismos términos de la ley, la infinita desproporcion del sacerdocio de Aaron y de las ceremonias legales, con el sacerdocio eterno y el sacrificio de precio infinito de Jesucristo. Como el santo Apóstol escribia á los judíos instruidos en su ley, y encaprichados con sus ritos y sus ceremonias, no se sirve mas que de su misma ley, para demostrar que ella no era mas que la sombra de la ley nueva; que todos sus sacrificios de espiacion, de acciones de gracias, de propiciacion, no eran mas que una débil figura del sacrificio y de la muerte de Jesucristo en la cruz, el cual ha sido la única víctima capaz de borrar y de quitar el pecado del mundo. Todo su razonamiento se funda en la Escritura misma: su estilo es ajustado, alegórico y todo figurado, conforme al genio y á la costumbre de los orientales.

Despues de haber demostrado san Pablo por medio de un razonamiento sin réplica, la indigencia, la impotencia, el vacío de todo lo mas respetable, mas religioso y mas sagrado que tenia la antigua ley; despues de haber manifestado que todo en ella no era santo, mas que con una santidad puramente legal, puesto que nada era capaz de santificar al alma, borrar el pecado, ni abrir el cielo, cerrado á todo el género humano desde el pecado del primer hombre, hacer ver cuán inferior era el sacerdocio levítico al de Jesucristo. Toda la virtud de aquel se reducia á algunas purificaciones legales, á procurar algunos bienes temporales; el gran sacerdote no entraba mas que una vez al año en el «Santo de los Santos,» que era la parte mas sagrada de un tabernáculo material hecho por mano de los hombres; y la entrada de este tabernáculo estaba cerrada á todos. Hé aquí el compendio de la virtud y de las prerogativas del antiguo sacerdocio. Jesucristo, dice el Apóstol, habiéndose presentado como el pontífice de los bienes futuros, esto es, de los bienes eternos, de los bienes espirituales y celestes, de los bienes sobrenaturales, ha entrado una vez en el santuario, es decir, en el cielo, y por la triunfante ascension de su humanidad nos ha abierto á todos la entrada. Tambien se vió que el velo que cerraba la entrada del santuario en el templo se desgarró en la muerte del Salvador. El tabernáculo por el cual, ó con el cual, segun el Apóstol, ha entrado Jesucristo en el celeste santuario, es la naturaleza humana de que se ha revestido, y con la que ha subido al cielo, para prepararnos allí un lugar, y para tomar posesion de él, dice san Juan Crisóstomo, en nombre de todos. «Por un tabernáculo, mucho mas escelente, mas perfecto y mas santo,» dice el Apóstol. En efecto, la carne, la humanidad del Salvador es el verdadero tabernáculo del Verbo encarnado: este hombre es en quien reside corporalmente toda la plenitud de la divinidad, el que no ha nacido ni sido concebido de la manera que los demás; «nó hecho con la mano del hombre.» El Espíritu santo le ha formado de un modo sobrenatural en el seno de la Santísima Vírgen; «nó de esta creacion»: no es el hombre el que le ha formado sino la operacion del Espíritu Santo. El gran sacerdote no entraba en el Santo de los Santos sino el dia de la espiacion, llevando allí la sangre de las víctimas, esto es, de los machos cabríos y de los novillos que habia inmolado por sus pecados y por los del pueblo. Jesucristo, único Pontífice eterno, no ha entrado en la estancia de los bienaventurados con la sangre de los animales inmolados, sino con su propia sangre derramada voluntariamente, nó por él, que era la inocencia misma, sino generalmente por la remision de los pecados de todos los hombres; y por este divino sacrificio, por esta sangre adorable derramada sobre el altar de la cruz, sangre de la nueva alianza, ha entrado, no una vez cada año como el gran sacerdote de los judíos, sino una vez para siempre. El efecto de este sacrificio no es, como los sacrificios de la antigua ley, el purificarnos de algunas manchas legales y pasajeras; la espiacion que nos aplica, habiéndonos abierto el cielo para siempre, produce su efecto en la misma eternidad; nos purifica de todas nuestras manchas interiores, nos da la gracia, la justicia, la inocencia, nos libra de la muerte eterna, y nos

hace hijos de Dios. Se llamaba el santuario del tabernáculo «el Santo de los santos», esto es, el lugar santo, la estancia santa de los santos, lo cual no conviene propiamente mas que al cielo, asiento de los bienaventurados, solo verdadero lugar santo de los santos, cuya entrada nos ha abierto á todos Jesucristo habiendo entrado en él, y del que el santuario del tabernáculo y del templo de Jerusalen era solo la figura.

Y si la sangre de los machos cabríos y de los toros, si la aspersion hecha con la ceniza de una novilla santifica á los que están manchados, purificándolos segun la carne; ¿cuánto mas la sangre de Jesucristo, la cual por el mismo que no tenia mancha se ha ofrecido á Dios por el Espíritu Santo, limpiará nuestra conciencia de la impureza de las obras muertas?

Leemos en el libro de los Números que una de las ceremonias legales era inmolar solemnemente una novilla roja. Despues de haberla degollado en presencia del pueblo, se la quemaba; tomaba el sacerdote las cenizas, las cuales distribuia al pueblo, para que con ellas hiciese una agua de aspersion, esto es, que esta ceniza puesta en el agua servia para purificar de las manchas contraidas en los funerales, y por el contacto de un cuerpo muerto. Todo esto era misterioso. Los israelitas, nacidos y criados en medio de las supersticiones paganas de los egipcios, tenian necesidad de esta especie de ceremonias materiales y sensibles, capaces de borrar en ellos las ideas de las supersticiones á que estaban acostumbrados. Una de las mas religiosas entre los egipcios era el no matar jamás vacas; este animal era sagrado entre ellos, en consideracion de Isis, á quien adoraban en este vil animal. Para inspirar, sin duda, á los israelitas horror á las ceremonias y supersticiones egipcias, les ordenó el Señor que ofreciesen en sacrificio esta novilla, diosa de los egipcios, cuyas cenizas mezcladas con el agua debian servir para la espiacion de las manchas legales. Ahora bien, dice san Pablo: si la aspersion de los toros y de los machos cabríos; si la aspersion hecha con la ceniza de una novilla, santifica á los que están manchados, purificándoles segun la carne, esto es, los hace capaces de acercarse á las cosas santas, y participar del culto del Señor, ¿cuánto mas la sangre de Jesucristo, Dios y hombre, derramada por un efecto de su eleccion, de su amor, de su voluntad de redimirnos, nos limpiará de nuestras manchas interiores y de nuestros pecados, que el Apóstol llama aquí obras muertas? La razon de esta consecuencia es que los animales no se ofrecian á sí mismos: el Espíritu Santo no era el motor interior de esta oblacion, y no servian mas que para un culto figurado, al paso que Jesucristo se ofrece á sí mismo, por el movimiento del Espíritu Santo, como una víctima sin mancha, y nos hace dar al Dios vivo un verdadero culto. Es decir, que la oblacion de Jesucristo era voluntaria, santa, espiritual y de un precio infinito: cualidades que faltaban á los sacrificios de los animales, y á todas las ceremonias legales; y por esto él es el mediador del nuevo Testamento. Moisés ha sido como el mediador y el ministro de la antigua alianza entre el Señor y los israelitas, la cual fué confirmada con la sangre de las víctimas inmoladas al pié del monte Sinaí: Jesucristo es el mediador de la nueva, sellada con su propia sangre, que él ha derramado para espiar nuestros pecados, para reconciliarnos con su Padre, y merecernos la cualidad de hijos suyos.

Despues de la lectura de todos los preceptos de la ley, y de las promesas hechas á los que los observasen, empapó Moisés en la sangre de las víctimas inmoladas una rama de hisopo y roció con ella el libro, el pueblo, el tabernáculo y todos los vasos que servian para el culto de Dios, pronunciando estas palabras: Hé aquí la sangre del Testamento y de la alianza que Dios ha hecho hoy con vosotros. La verdad debe responder á la figura; era necesario, pues, que el pueblo cristiano figurado por el pueblo judío fuese rociado interiormente con la sangre de Jesucristo, de la cual era figura la de los animales, y por consiguiente que Jesucristo derramase su sangre. Ningun heredero entra en posesion de la herencia sino despues de la muerte del testador: era preciso, pues, que Jesucristo muriese, á fin de que pudiésemos entrar en la herencia que nos habia prometido.

El Evangelio de la misa de este dia no tiene ménos relacion que la Epístola con el gran misterio de la Pasion, cuya solemnidad, que continúa hasta la Pascua, comienza este domingo.

Hallándose el Salvador en el templo, cinco ó seis meses ántes de su muerte, hizo un largo y admirable discurso á una multitud de gentes que le escuchaban, en el cual les esplicó su union con el Padre; el carácter y la potestad que habia recibido de él; la autoridad y autenticidad de su divina mision; la deplorable ceguedad de los que rehusaban reconocerle y recibirle; la escelencia, en fin, y la verdad de su doctrina. Habia estrechado mucho á los judíos con vivas amonestaciones, y les habia hecho conocer el agravio que le hacian en no creer en él, y un razonamiento tan justo y tan concluyente les hacia inescusables; porque al fin, les decia, no puede haber mas que dos pretestos para justificar vuestra obstinada incredulidad: ó los defectos que advertís en mi conducta, ó los errores que descubrís en mi doctrina. Ahora bien, yo os desafio si podeis reprenderme en alguna cosa, sea en mi doctrina, sea en mi vida, no obstante que hace ya tanto tiempo que me observais con tanta malignidad: porque ¿quién de vosotros podrá convencerme de la menor culpa? Si, pues, no podeis acusarme de nada; si mis obras y mis leyes son igualmente irreprensibles; si no os predico mas que la pura verdad; si autorizo aun todo lo que digo por la pureza de mis costumbres y con el esplendor de los mayores milagros; ¿por qué no creeis lo que os digo? Considerad aquí, hermanos mios, esclama san Gregorio, la estrema dulzura de un Dios que se abate hasta mostrar que no es un pecador, aquel que por su poder divino puede justificar á todos los pecadores.

No os diré yo aquí, continúa el Salvador, cuál es la causa de vuestra incredulidad: solo os diré que «todo aquel que está animado del espíritu de Dios, oye de buena gana su palabra; la razon porque vosotros no oís de buena gana la palabra de Dios, es porque no sois hijos de Dios.» Esta reprension tan bien fundada y tan caritativa, ofendió á los judíos, y no le respondieron mas que con injurias y blasfemias, tratando al Salvador de blasfemo y endemoniado. Tal es aun todos los dias el reconocimiento de los libertinos; advertidles sus estravíos; ellos no responden mas que con injurias. Miraban los judíos con un odio y un desprecio estremo á los samaritanos, á los que consideraban como enemigos de su religion y de la ley de Moisés. Dan, pues, el nombre de samaritano al Salvador, porque no se

estrañaba como los judíos de aquel pueblo. Habia permanecido algunos dias en Sichem, les habia predicado la palabra de Dios, no les escluia de la salvacion, teniendo tanto interés por su conversion como por la de los demás. Tampoco responde el Salvador á la primera injuria, y se contenta con decirles con su ordinaria dulzura que no estaba poseido del demonio; que si les decia las verdades con mas fuerza que lo que ellos quisieran, no debian tomar por furor lo que no era otra cosa que un zelo caritativo; que nada le movia mas que la gloria de su Padre, y su salvacion; que bien podian cargarle de injurias, pero que no por eso despertarian en él el resentimiento; que en cuanto hombre no buscaba su propia gloria; que dejaba todo el cuidado de esto á aquel sobre quien recaian los ultrajes que á él se le hacian, y que siendo el soberano Juez no dejaria de vengarle de sus calumniadores. Queriendo templar, por decirlo así, el Salvador esta terrible amenaza por una promesa agradable: «Yo os aseguro, les añade, que cualquiera que observare mis preceptos, no morirá jamás.»

Los judíos que despreciaban igualmente sus promesas que sus amenazas, le respondieron con indignacion: Nunca mejor que ahora conocemos que es el demonio el que te hace hablar. Abraham ha muerto, los profetas han muerto tambien, y ¡te atreves á decir que los que guardaren tus preceptos no morirán! ¿Eres tú mayor que nuestro padre Abraham? ¿eres mejor que todos los profetas á quienes no ha perdonado la muerte? ¿quién piensas tú que eres? Todo este razonamiento rueda sobre un falso principio; ellos suponen que Jesucristo habla de una vida temporal, y de lo que habla el Salvador es de la vida del alma, de la vida eterna.

Vosotros pensais, continúa, que lo que yo digo es una vanagloria que me atribuyo. No tengo yo que glorificarme, bastante me glorifica mi Padre delante de vosotros por tan repetidos prodigios; él es el que hace brillar en mí su poder por las maravillas que obro á vuestra vista, y por la verdad que os anuncio. Y no digais que este Padre os es desconocido, y que yo os hablo enigmáticamente: este Padre es el Dios que vosotros adorais y cuyo testimonio os negais á recibir: puede aun decirse que para vosotros es un Dios desconocido, puesto que no reconoceis las obras que ejecuta por mí. Si le conocieseis, descubririais en mi persona todos los caractéres del Mesías, y me reconoceriais por hijo suyo: para mí, yo le conozco perfectamente, y haria traicion á la verdad, si fuese capaz de decir lo contrario. Pueblo ingrato, vosotros no conoceis á vuestro Dios, ni á aquel que él os ha enviado para dárosle á conocer: yo sí, yo conozco á Dios mi Padre, y si dijese que no le conocia, seria tan mentiroso como vosotros diciendo que le conoceis. Si le conocieseis, guardariais fielmente sus preceptos: yo los guardo con estrema fidelidad porque le conozco claramente. Se ve que Jesucristo habla aquí como hombre. ¡De qué honor no blasonais, añade, porque teneis á Abraham por padre! Sabed, pues, que este gran patriarca, ilustrado con luz divina conoció el dia feliz en que yo debia venir al mundo; le vió como lo habia deseado ardientemente, y dió saltos de alegría. Los judíos, que no habian comprendido el pensamiento del Salvador, le dijeron con un tono despreciante: No tienes todavía cincuenta años y quieres hacernos creer que eres del tiempo de Abraham. Tomando entonces el Hijo de Dios un tono de maestro, y queriendo darles á entender sin alegoría y sin figura que él era en toda la eternidad como Dios: En verdad os digo, les respondió, sí, yo os lo digo, y es verdad, yo soy ántes que Abraham estuviese en el mundo. Los judíos comprendieron muy bien que el Salvador decia que era tan eterno como su Padre; juzgaron esto como una blasfemia, y tomaron piedras para apedrearle como blasfemo; pero Jesus que queria morir en la cruz y nó apedreado, desapareció de sus ojos haciéndose invisible, y salió del templo, reservando el sacrificio de su vida para el tiempo que su Padre le habia señalado.

HIMNO.

Vexilla Regis prodeunt:	Ya tremolan del Rey los estandartes;
Fulget Crucis mysterium,	De la cruz el misterio resplandece,
Qua vita mortem pertulit,	En la cual padeció muerte la vida,
Et mortem vitam protulit.	Y dió al hombre vida con su muerte.
Quæ vulnerata lanceæ	Herida con lanza, cuya punta
Mucrone diro criminum,	Las culpas son, que nuestro error comete,
Ut nos lavaret sordibus,	Para lavar nuestras inmundas manchas,
Manavit unda et sanguine.	Manó agua y sangre portentosamente.
Impleta sunt quæ concinit	Ya está cumplido lo que
David fideli carmine,	David predijo,
Dicendo nationibus:	Cuando profetizó á todas las gentes,
Regnavit a ligno Deus.	Que habia de reinar Dios verdadero
	(Llegado el tiempo) de un leño pendiente.
Arbor decora et fulgida,	Arbol el mas brillante y
Ornata Regis purpura,	mas hermoso,
Electa digno stipite	Por la púrpura real que te ennoblece,
Tam sancta membra tangere.	Y el contacto de aquellos miembros santos:
	Dichoso el tronco que logró tal suerte.
Beata, cujus brachiis	Mil veces feliz tú, de cuyos brazos
Pretium pependit sæculi,	El que en precio se dió del mundo, pende:
Statera facta corporis,	Que hecho peso de aquel sagrado cuerpo,
Tulitque prædam tartari.	Quitas la presa á las tartáreas huestes.
O Crux ave, spes unica,	Cruz, única esperanza,
Hoc Passionis tempore,	Dios te salve:
Piis adauge gratiam,	En este tiempo en que Jesus padece,
Reisque dele crimina.	A los malvados el perdon alcanza,
	A los piadosos las gracias acrece.

Te, fons salutis, Trinitas,
Collaudet omnis spiritus:
Quibus Crucis victoriam
Largiris, adde præmium.
Amen.

Vos, fuente de salud, Trinidad santa,
Alábente las almas reverentes:
A los que de la Cruz das la victoria,
Dáles eterno premio juntamente. Amen.

HIMNO DE SAN AMBROSIO.

Lustra sex qui jam peregit,
Tempus implens corporis,
Sponte libera Redemptor
Passioni deditus,
Agnus in Crucis levatur
Immolandus stipe.

El Redentor del mundo, enamorado,
Los seis lustros habia ya cumplido,
Cuando para pagar nuestro pecado,
Quiso ser á las penas ofrecido,
Siendo sacrificado, cual Cordero,
De la Cruz sacrosanta en el madero.

Felle potus ecce languet,
Spina, clavi, lancea
Mite corpus perforarunt:
Unda manat et cruor:
Terra, pontus, astra, mundus,
Quo lavantur flumine!

Mira al mas inocente maltratado,
Gustando amargas hieles en bebida,
Con lanza, espinas, clavos traspasado,
Manando sangre y agua por la herida.
En este mar de gracias tan profundo
Se lava de sus manchas todo el mundo.

Crux fidelis, inter omnes
Arbor una nobilis;
Silva talem nulla profert
Fronde, flore, germine:
Dulce ferrum, dulce lignum,
Dulce pondus sustinent.

Cruz, árbol el mas noble y señalado
Entre cuantos la selva ha producido,
En hoja, flor y fruto sazonado,
Y en su bello matiz y colorido:
Dulce hierro sostiene, dulce leño,
El dulce peso de mi dulce dueño.

Flecte ramos, arbor alta,
Tensa laxa viscera,
Et rigor lentescat ille
Quem dedit nativitas;
Et superni membra Regis
Tende miti stipite.

Dobla tus ramas, árbol elevado,
Tus entrañas ablanden su dureza,
Sea el rigor nativo mitigado,
Que próvida te dió naturaleza,
Y los miembros del Rey mas escelente
Trátalos muy benigna y santamente.

Sola digna tu fuisti
Ferre mundi victimam,
Atque portum præparare
Arca mundo naufrago,
Quam sacer cruor perunxit,
Fusus Agni corpore.

Tú sola fuiste digna y mereciste
El que en tí se ofreciese el sacrificio,
Ser Arca y preparar al mundo triste
El puerto, en que evitase el precipicio;
La sangre del Cordero mas sagrada
Te roció de su cuerpo destilada.

Sempiterna sit beatæ
Trinitati gloria,
Æqua Patri, Filioque,
Par decus Paraclito:
Unius Trinique nomen
Laudet universitas. Amen.

Sea á la Trinidad suprema dado
Honor, gloria y aplauso sempiterno;
Igual al Padre é Hijo mas amado,
Igual al Paraclelo coeterno:
Al nombre del que es Uno, siendo Trino,
Rinda el orbe loor el mas divino. Amen.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Quæsumus, omnipotens Deus, familiam tuam propitius respice: ut te largiente, regatur in corpore, et te servante, custodiatur in mente. Per Dominum...

Suplicámoste, omnipotente Dios, que os digneis echar una mirada favorable sobre vuestros siervos, y al paso que liberalmente proveeis á las necesidades de su cuerpo con la asistencia de vuestra gracia, conserveis la inocencia de su alma. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capitulo 9 de la carta de san Pablo á los Hebreos.

Fratres, Christus assistens Pontifex futurorum bonorum, per amplius et perfectius tabernaculum non manufactum, id est, non hujus creationis; neque per sanguinem hircorum, aut vitulorum, sed per proprium sanguinem introivit semel in Sancta, æterna redemptione inventa. Si enim sanguis hircorum, et taurorum, et cinis vitulæ aspersus inquinatos sanctificat ad emundationem carnis, quanto magis sanguis Christi, qui per Spiritum Sanctum semetipsum obtulit immaculatum Deo, emundabit conscientiam nostram ab operibus mortuis, ad serviendum Deo viventi? Et ideo novi Testamenti mediator est: ut morte intercedente, in redemptionem earum prævaricationum, quæ

Hermanos mios: Habiendo aparecido Jesucristo, como el pontífice de los bienes futuros, ha entrado por un tabernáculo mas grande y mas perfecto, el cual no ha sido labrado por mano de hombres, esto es, su estructura no es de aquí abajo; ha entrado, digo, una vez en el santuario, nó con la sangre de los machos cabríos ó de los becerros, sino con su propia sangre, habiendo con ella obtenido una redencion eterna. Porque si la sangre de los machos y de los toros, si la aspersion hecha con la ceniza de una novilla santifica á los que están manchados, purificándolos segun la carne: ¿cuánto mas la sangre de Jesucristo, el cual no teniendo mancha, se

erant sub priori Testamento, repromissionem accipiant, qui vocati sunt, æternæ hereditatis: in Christo Jesu Domino nostro.

ha ofrecido á sí mismo á Dios por el Espíritu Santo, limpiará nuestra conciencia de la impureza de las obras muertas, para que sirvamos al Dios vivo? Y por lo mismo él es el mediador del nuevo Testamento, á fin de que habiendo muerto por la espiacion de los pecados cometidos en el Testamento precedente, los que son llamados reciban la herencia eterna, cuya promesa se les ha hecho en Jesucristo nuestro Señor.

La epístola á los hebreos, como se ha dicho en otra parte, es uno de los mas bellos y de los mas preciosos monumentos que posee la Iglesia; la grandeza de las cosas y la importancia de la materia que contiene, están en toda ella sostenidas por la nobleza de las espresiones, y por la elevacion del estilo. En el capítulo 9 demuestra san Pablo, por lo que se observaba en la antigua alianza, y por las víctimas imperfectas que en ella se ofrecian, la perfeccion de la nueva, en la que Jesucristo nuestro pontífice, el cual se ha ofrecido una vez en sacrificio por nosotros, purifica nuestras almas del pecado, y que ha sido necesario que muriese para confirmar su testamento ó alianza.

REFLEXIONES.

«Jesucristo ha entrado en el santuario, nó con la sangre de los machos cabríos y de los toros, sino con su propia sangre, habiendo con ella obtenido una redencion eterna.» ¿Comprendemos todo lo que esto significa? y si lo comprendemos, ¿lo creemos? Que un Dios se haya hecho hombre por el amor que tiene á los hombres, y que este Dios hombre, para sacar á los hombres de la servidumbre del pecado y de la esclavitud del demonio, para reconciliarles con su Padre, y hacerles capaces de la herencia eterna, se haya inmolado por ellos en la cruz, no pudiendo ninguna otra víctima espiar sus pecados, ni merecerles la vida eterna. Era este el único sacrificio capaz de apaciguar la cólera de Dios, y de satisfacer á su justicia; único capaz de hacer que perdiésemos la cualidad de esclavos, y que llegásemos á ser hijos de Dios. Este sacrificio se ha ofrecido, el mismo Jesucristo ha sido la víctima sangrienta; él ha cimentado sobre su sangre la alianza que ha hecho entre Dios y los hombres, y habiéndonos hecho los herederos de los bienes celestiales por su testamento, ha querido que adquiriésemos el derecho por su muerte. Hé aquí el compendio de nuestra creencia sobre este gran misterio que nosotros confesamos que es incomprensible; ni esta incomprensibilidad recae sobre los efectos admirables de esta muerte: se comprende fácilmente que esta espiacion, esta reconciliacion, esta santificacion y todos los efectos de esta nueva alianza, eran debidos á las grandes espensas hechas de parte de un hombre-Dios: lo que hay de incomprensible, es el amor que ha obligado al Salvador á que hiciese y sufriese todo lo que ha hecho y sufrido por los hombres, cuya pérdida salvacion nada añadian á su felicidad y á su gloria; y que á pesar de nuestra indignidad, nuestra nada y nuestra indigencia, Dios nos haya amado hasta querer que su Hijo único y eterno, igual en todo á su Padre, se hiciese hombre, viniese á ser nuestra víctima, y espirase en la cruz por nuestros pecados; he aquí lo que verdaderamente es incomprensible. Pero ¿y comprendemos mas el misterio de iniquidad, es decir, nuestra ingratitud á un beneficio tan insigne y nuestra incomprensible malicia? Un Dios se hace hombre por amor de los hombres, y estos hombres corresponden con el desprecio y el aborrecimiento á este hombre-Dios. Jesucristo se inmola por nosotros en la cruz; ¿y con qué ojos miramos nosotros este sacrificio? ¡Qué indiferencia por este Redentor! ¡qué ingratitud para con este Salvador! ¿qué caso hacemos de sus beneficios? ¿qué deferencia tenemos á su voluntad? ¡con qué irreligion no nos ponemos en su presencia! ¿son las reglas de nuestras costumbres, sus máximas, sus mandamientos, su Evangelio? ¿cuál es nuestro ardor por Jesucristo? ¿cuál es nuestra decision? ¿cuál nuestra ternura? Cuando uno piensa el modo indigno con que los judíos le han tratado, con qué malicia le han odiado, con qué crueldad le han perseguido, se ve uno obligado á decir que no le han conocido. ¿Podrá fundarse en la misma razon nuestra ingratitud? ¿y tenemos derecho para decir que Jesucristo seria mas amado, mas respetado de los cristianos, si fuese conocido de ellos? ¿Penetramos bien las horribles consecuencias de este principio?

El Evangelio de la misa de este dia es del capítulo 8, segun san Juan.

In illo tempore: Diceba Jesus turbis Judæorum: Quis ex vobis arguet me de peccato? Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi? Qui ex Deo est, verba Dei audit. Propterea vos non auditis, quia ex Deo non estis. Responderunt ergo Judæi, et dixerunt ei: Nonne bene dicimus nos, quia samaritanus es tu, et dæmonium habes? Respondit Jesus: Ego dæmonium non habeo; sed honorifico Patrem meum, et vos inhonorastis me. Ego autem non quæro gloriam meam: est qui quærat, et judicet. Amen, amen dico vobis: si quis sermonem meum servaverit, mortem non videbit in æternum. Dixerunt ergo Judæi: Nunc cognovimus quia dæmonium habes. Abraham mortuus est, et prophetæ, et tu dicis: Si quis sermonem meum servaverit, non gustabit mortem in æternum. Numquid tu major es patre nostro Abraham, qui mortuus est? et prophetæ mortui sunt.

En aquel tiempo decia Jesus á los judíos: ¿Quién de vosotros me argüirá de pecado? Si os digo la verdad, ¿por qué no me creeis? El que vive segun el espíritu de Dios, oye la palabra de Dios; por esto vosotros no la oís, porque no estais animados del espíritu de Dios. Respondiéronle entonces los judíos: ¿No decimos nosotros bien, que eres un samaritano y un endemoniado? Repúsoles Jesus: Yo no tengo demonio, yo honro á mi Padre, y vosotros me habeis deshonrado. Por lo que hace á mí no busco mi propia gloria; hay otro que tiene este cuidado, y que hará justicia. En verdad, en verdad os digo, si alguno obedece á mi palabra, no morirá jamás. Ahora vemos bien, dijeron los judíos, que estás endemoniado. Abraham ha muerto; los profetas han muerto tambien; y tú dices: Si alguno obedece mi palabra, no morirá ja-

Quem teipsum facis? Respondit Jesus: Si ego glorifico meipsum, gloria mea nihil est: est Pater meus, qui glorificat me, quem vos dicitis quia Deus vester est, et non cognovistis eum: ego autem novi eum: et si dixero quia non scio eum, ero similis vobis mendax. Sed scio eum, et sermonem ejus servo. Abraham pater vester exultavit ut videret diem meum: vidit et gavisus est. Dixerunt ergo Judæi ad eum: Quinquaginta annos nondum habes, et Abraham vidisti? Dixit eis Jesus: Amen, amen dico vobis, antequam Abraham fieret, ego sum. Tulerunt ergo lapides, ut jacerent in eum: Jesus autem abscondit se, et exivit de templo.

más. ¿Eres tú mayor que Abraham nuestro padre, el cual ha muerto? los profetas han muerto tambien; ¿por quién pretendes que te tengamos? Si yo me glorifico á mí mismo, respondió Jesus, mi gloria nada vale, pero quien me glorifica es mi Padre, de quien vosotros decís que es vuestro Dios, y no obstante no le habeis conocido: yo sí que le he conocido, y si dijere que no le he conocido, seria mentiroso como vosotros; pero yo le conozco y obedezco á su palabra. Vuestro padre Abraham tuvo un gran deseo de ver el dia de mi venida: lo vió y se llenó de alegría: Dijéronle, pues, los judíos: ¿Apenas tienes cincuenta años, y has visto á Abraham? Díjoles Jesus: En verdad, en verdad os digo, yo soy ántes que fuese Abraham. Al oir esto tomaron piedras para tirarle. Pero Jesus se ocultó y se salió del templo.

MEDITACION.

Sobre la desgracia que es el que Jesucristo se retire de nosotros.

Punto primero.—Considera que la mayor de todas las desgracias para nosotros es cuando Jesucristo, cansado por nuestras infidelidades, disgustado por nuestra obstinacion, indignado por nuestra malicia, se retira por fin, y nos abandona á nuestro destino funesto. ¡Qué felices somos cuando Jesus está con nosotros! que la tempestad sea de las mas violentas, que los vientos sean furiosos, que las olas amenacen en cada momento sumergir la barca; luego que se presenta Jesucristo, luego que se deja ver, todo queda tranquilo, todo se apacigua. Que por falta de todo alimento se vean cerca de cinco mil personas en peligro de desfallecer en el desierto, ¿se halla allí Jesucristo? nada falta, y con cinco panes de cebada todo el mundo quedó satisfecho. Muere Lázaro en ausencia de Jesus; pero no bien ha llegado este divino Salvador, la muerte vuelve su presa, y Lázaro resucita. Nó, Señor, nada puede dañarnos, nada hay que temer, cuando vos estais presente: pero de aquí mismo inferimos cuánta desgracia es la de perderos; ¡qué males deben caer sobre nosotros, y qué no tenemos que temer si vos salís, si vos os retirais de nosotros! Jesus sale del templo de Jerusalen, y ¿á qué funestas revoluciones, á qué desolaciones tan horribles no quedó espuesto desde entonces aquel templo? La ciudad se ve asediada, tomada, saqueada, y aquel grande, aquel magnífico templo, la maravilla del mundo, queda destruido. ¿De dónde ha venido ese azote, esa desolacion universal que se ha estendido á toda la nacion judía? Jesucristo se ha ocultado, ellos le han obligado á salir del templo y abandonarles, y hé aquí la causa de la espantosa desolacion que hace ya mas de mil y ochocientos años, hace de los judíos el mas desgraciado de todos los pueblos y la execracion de todas las naciones. Apliquemos este horrendo castigo á un alma de la cual se aleja Jesucristo, á un alma que por sus crímenes y por su obstinacion en el pecado obliga á este divino Salvador á que se retire, y que la abandone á su desgraciado destino. Ya no hay rocío del cielo que caiga en abundancia sobre esta tierra ingrata: no alumbrando ya casi el divino sol sobre su horizonte, ¿qué luz puede recibir, qué benignas influencias? No hay ya mas que sequedad, espinas, tinieblas horribles que impiden á esos pueblos desdichados percibir la causa de tantas desgracias, que tantos siglos hace les hacen gemir. Echemos la vista sobre estos vastos paises, en otro tiempo tan afortunados, hoy tierra de maldicion; pais de Oriente, tierra de promision; pais de abundancia y de delicias, mientras Dios ha sido conocido en él, amado y servido con tanta fidelidad. Palestina, morada de santos, tierra, en fin, privilegiada en que Jesucristo ha nacido, y que ha regado con sus sudores, sus lágrimas y su sangre; ¿en qué ha venido á parar todo ese pais despues que los judíos han arrojado, por decirlo así, de él al Salvador, haciéndole morir, y le han obligado á elegirse otro pueblo? ¡O Dios mio! ¡en qué se viene á parar cuando nos dejais!

Punto segundo.—Considera tambien lo que ha sido de esas regiones felices de África y del Norte, esas islas verdaderamente afortunadas por el gran número de santos que han criado, y por tantos santos reyes como han brillado sobre su trono, despues que la fé se ha estinguido en ellas, despues que la herejía ha arrojado de allí á Jesucristo, y con Jesucristo la pureza de las costumbres y la inocencia: ¡qué caos espantoso de toda especie de sectas y de irreligion! ¡qué funestas revoluciones! pero ¡qué tinieblas tan espesas oscurecen los entendimientos mas brillantes, hacen inútiles hasta las luces de la razon para todo lo que mira á la salud, é impiden que se perciban los mas horribles y mas profundos precipicios! No hay mal que sea semejante al de la separacion de Dios. A la verdad, este buen Pastor, este Padre amable no se retira jamás, por decirlo así, sin que se le obligue á retirarse y ocultarse; pero ¡Dios mio! ¿qué castigo hay mas horrible que vuestra ausencia? Yo sé que vos estais siempre presente por mas crímenes que cometa el pecador, porque estais esencialmente en todas partes, pero no estais entonces como Esposo, como Padre: cerca de un alma á la cual os ocultais, cerca de aquel de quien os retirais en castigo de los crímenes, no estais sino como un Juez severo. Dios, en verdad, calla entonces, porque obra como si estuviese léjos; calla á la vista aun de sus mayores desórdenes: ya no hay temor saludable; ya no hay remordimientos; pero ¿puede haber un castigo de Dios en esta vida mas terrible que este silencio? ¿qué juicio se hace de un enfermo, cuando el médico se retira sin mandarle nada, cuando un médico hábil y caritativo le abandona? Cuando Dios se retira de un pecador, cuando este divino Salvador no le deja oir su voz, cuando parece haber perdido de vista á esta pobre alma; ¿en qué debe venir á parar? el demonio habla entonces, las pasiones hablan, el amor propio habla;

todas las malas inclinaciones hablan y gritan en alto: el mundo, el espíritu del mundo habla: hé aquí los únicos cuya voz se oye, en tanto que la conciencia, la religion y la fé callan.

¡O Dios mio! ¡castigadme en esta vida con los castigos mas rigurosos, yo adoraré la mano que me azota, y que no me afligirá sino para curarme; pero no me castigueis jamás con vuestro silencio, ni os retireis nunca de mí por pecador que yo sea!

JACULATORIAS.—Dios y Señor mio, no os alejeis jamás de mí. (Psalm. 21.)

Señor, no aparteis los ojos de mí; si fuese yo tan desdichado que llegue á desagradaros, no lleveis vuestro enojo hasta el punto de alejaros de vuestro siervo. (Psalm. 16.)

PROPÓSITOS.

1 Dios se oculta alguna vez á sus mas fieles y á sus mas queridos siervos; pero nunca está mas cerca de ellos que entonces. Les oculta su presencia sensible, pero solo para probar, para aguzar, por decirlo así, la punta de su amor á él, y para atizar mas el fuego divino que les abrasa. A la manera que una madre se oculta alguna vez por ternura á su hijo, para obligarle á que le manifieste mas su amor con sus lágrimas y con sus gritos. Cuando Dios os pone en estas amorosas pruebas, guardaos de espantaros demasiado, sufrid con resignacion y con paciencia estas sequedades, esta especie de desamparo, y amad entonces á vuestro Dios todavía con mas fervor y con mas fidelidad. Nunca está Dios mas cerca de vosotros.

2 Pero nada temais tanto como el obligar á Dios por vuestras infidelidades á que se aleje de vosotros, y á que calle; este es el mayor de todos los males, y el mas horrible de todos los castigos. Por esto temed las recaidas frecuentes, las infidelidades habituales; ninguna cosa temais tanto como la tibieza, la cual ordinariamente es castigada con este alejamiento de Dios y su silencio. Esas confesiones frecuentes en que se acusan siempre las mismas faltas lijeras ó graves, hacen muy temible el abuso de los sacramentos, y este abuso es siempre severamente castigado. Poned atencion en esta falta, y no os hagais culpables de ella.

LUNES DE PASION.

Como es esta la semana que la Iglesia llama de Pasion, todo concurre tambien en ella á ofrecernos reflexiones sobre este doloroso misterio, y todo el oficio de la misa tiene alguna relacion con él. El introito de la de este dia está tomado del salmo 55, que es una fervorosa súplica de un hombre lleno de afliccion, que se ve en medio de sus enemigos, los cuales tratan por todos los medios de perderle.

Habiendo sabido David que Saul con sus cortesanos habian jurado su muerte, se refugió al palacio de Achis, rey de Geth. Allí fué reconocido por el mayor enemigo de los filisteos; de suerte que su asilo vino á ser para él el mayor peligro que corrió en su vida. Retiróse entonces á la cueva de Odolam, donde se cree que compuso este salmo.

«¡Compadeceos de mí, ó Dios mio! Vos que veis la indignidad con que me tratan los hombres, y que me hacen la guerra y me persiguen sin descanso. Incesantemente me hacen probar mis enemigos los efectos de su odio y sus desprecios, y todos los dias crece el número de estos enemigos.» Fácil es ver la relacion que hay entre estas palabras, con las cuales empieza la misa de este dia, con los dias en que los fariseos, los escribas y los sacerdotes judíos, encarnizados contra Jesucristo, no trataban en sus asambleas de otra cosa que de buscar pretestos y medios para quitarle la vida.

La Iglesia ha elegido para la Epístola de la misa de este dia la historia de la predicacion de Jonás á los habitantes de Nínive y su conversion.

Nínive era una de las mas antiguas y mas grandes ciudades del mundo. Fué edificada por Asur, hijo de Sem y nieto de Noé, sobre el rio Tigris, poco despues del diluvio; pero ella debia su principal acrecentamiento á Nino, uno de sus reyes, quien la dió su nombre; tenia mas de veinte leguas de circuito, y cerca de siete leguas de largo y un poco ménos de ancho, porque era oblonga. La Escritura dice que habia mas de ciento veinte mil niños de pechos, y por consiguiente debia tener mas de ochenta mil personas. A esta prodigiosa ciudad fué enviado Jonás por órden de Dios para anunciar en ella lo que Dios le habia mandado decirles. Además de que esta gran ciudad estaba en una profunda ignorancia del verdadero Dios, estaba horriblemente sumergida en todo género de abominaciones y de crímenes. Su pronta conversion y su penitencia llenarán de confusion algun dia á los judíos, y á un gran número de cristianos.

Sorprendido y espantado Jonás de un precepto semejante, sea que quedase apesadumbrado al ver que Dios quisiese transportar sus misericordias de su pueblo á los estranjeros y á los gentiles, ó que considerase las dificultades y los peligros que habia en ejecutar una comision tan nueva, resuelto á no hacer nada, se embarcó para irse á Tarsis, es decir, muy léjos, y pasar mas allá del Mediterráneo, hasta España ó Mauritania. Habiéndose embarcado en Joppe y pagado su pasaje, sin otro designio que alejarse de su pais, se puso entre la gente de la tripulacion. Pero el Señor, de quien huia, supo tambien perseguirle. Inmediatamente envió un viento impetuoso, que escitó una horrible tempestad; el buque á cada instante corria riesgo de ser hecho pedazos ó sumergido por las olas, y todo anunciaba un triste naufragio. A vista del peligro cada uno invocó á su Dios, porque habia de tantas religiones diferentes, cuantas eran diversas las naciones de que se componia la tripulacion. Entretanto Jonás habia bajado á lo mas hondo de la nave, y allí dormia profundamente. Habiéndolo advertido el piloto, le dispertó, y le dijo que rogase tambien á su Dios que se compadeciese de ellos. Viendo los marineros que la tempestad se aumentaba, creyeron nacia de una causa estraordinaria, y que podria muy bien suceder que en la tripulacion hubiese alguno que la hubiese atraido por algun crímen secreto: resolvieron reducir la aclaracion de su rezelo á la suerte, y la suerte cayó sobre Jonás; quedóse sorprendido: preguntósele de dónde era, adónde tenia ánimos de ir, y qué era lo que habria podido hacer para atraerles una tempestad tan furiosa. Jonás les dijo que era hebreo, que servia al Señor Dios, criador del cielo y de la tierra y de la mar, y Señor soberano de todas las cosas; les declaró ingenuamente el motivo de su embarque, y les dijo que no dudaba que esta tempestad fuese un efecto de la cólera de su Dios, que queria castigar su desobediencia y su fuga. Toda la

tripulacion, poseida de espanto, le preguntó que podrian hacer para apaciguar un Dios tan poderoso y tan irritado. Puesto que soy yo solo, respondió Jonás, la causa de esta tempestad, echadme en el mar, y ella se apaciguará. Los marineros movidos de compasion tuvieron mucha dificultad en resolverse á ello; pero á la vista del peligro que crecia y protestando que eran inocentes de su muerte, le arrojaron, aunque á pesar suyo, al mar, y al mismo momento cesó el viento, y la mar quedó tranquila. Pero el Señor, que queria reportar su gloria del castigo de Jonás, y hacer de él la figura mas semejante de la muerte y de la resurreccion del Salvador del mundo, hizo que en el mismo momento en que Jonás fué arrojado al mar, se hallase allí un pez de una grosura enorme (créese que fuese una ballena, ó una lámia) que le tragase. En el vientre de este monstruoso animal se mantuvo tres dias con tres noches sin sofocarse. Al cabo de los tres dias; mandó el Señor al pez que vomitase á Jonás, y por un prodigio bien marcado, le arrojó sano y salvo sobre la ribera, en lo cual fué Jonás la figura de la sepultura y de la resurreccion de Jesucristo salido del sepulcro al tercer dia despues de su muerte, segun que el mismo Divino Salvador nos lo ha querido dar á entender.

Despues de esta maravilla, mandó el Señor segunda vez á Jonás que fuése á Nínive, y predicase allí lo que él le inspiraria que dijese á sus habitantes. Jonás no trató ya de resistir la órden de Dios, habia aprendido á ser obediente y dócil, partió inmediatamente, y sin detenerse un solo momento se fué á aquella gran ciudad adonde el Señor le enviaba. Nínive habia sido hasta entonces la mansion de la primera monarquía del mundo, y la capital del imperio de los asirios. Habiendo entrado Jonás en la ciudad, anduvo por ella todo el dia, clamando por las calles: Dentro de cuarenta dias Nínive será destruida enteramente. Una prediccion tan positiva, hecha con un tono de profeta, por un estranjero, que se decia enviado de Dios, causó una conmocion general en el ánimo y en el corazon de aquellos habitantes. Introdújose la turbacion en la ciudad, y el espanto se comunicó por todos sus cuarteles desde el primer dia, y aun ántes que el profeta hubiese recorrido la tercera parte de ella. Asustáronse todos al oir las amenazas del predicador estranjero. El rumor se esparció desde aquel mismo dia en la córte; llevaron la noticia al rey, haciéndole presente que las desgracias que aquel desconocido acababa de anunciar á la ciudad, podrian ser muy bien un castigo por la corrupcion general que reinaba tanto en la córte como entre el pueblo. El rey, que se cree fuese Phul, padre de Sardanápalo, conmovido al oir una prediccion tan amenazadora, descendió del trono como fuera de sí, dejó la púrpura y la diadema, cubrióse con un saco, y se tendió sobre la ceniza, clamando por misericordia al Señor. Como los crímenes eran universales quiso que la penitencia fuese general. Hizo publicar un edicto por toda la ciudad, imponiendo un ayuno universal sin escepcion de personas. Decia el edicto que se hiciese ayunar á los hombres, los caballos, los bueyes y las ovejas, sin que comiesen ni bebiesen por espacio de tres dias seguidos, y que todos los racionales sin escepcion de sexo ni edad, clamasen al Señor con toda su fuerza, implorando su misericordia. Que cada uno se convirtiese, que todos se apartasen del mal camino, y que se renunciase á la iniquidad que habia inundado toda la ciudad: ¿Quién sabe, decia este príncipe, si Dios se volverá á nosotros para perdonarnos, si tal vez aplacará su ira y su furor, y revocará el decreto de nuestra pérdida que ha pronunciado contra nosotros? Aseguran los santos Padres que se hizo ayunar hasta á los niños de pecho, y se separaron las crias de sus madres, para impedirles que mamasen durante los tres dias. Este ejemplo confundirá á muchos judíos y cristianos, que criados en el conocimiento del verdadero Dios, advertidos los unos por tantos profetas, los otros por tantos zelosos predicadores, todos amenazados tantas veces con la cólera de un Dios irritado por tantos crímenes, se han hecho sordos á la voz del Señor, han perseverado en el pecado, y han muerto en la impenitencia. «Los ninivitas, decia el Salvador, comparecerán en el juicio con esta nacion y la condenarán, porque luego que Jonás predicó, hicieron penitencia; y he aquí uno que es mas que Jonás.» ¡Qué de zelosos predicadores durante la Cuaresma! Dios es el que habla por su boca; hace ya cerca de cuarenta dias que predican, que anuncian la palabra de Dios, que amenazan de su órden, ¿y cuántas conversiones se han hecho?

Una penitencia tan pronta, tan general y tan rigurosa, de la cual dieron los primeros ejemplos el rey y los príncipes, aplacó la cólera del Señor, y detuvo los rayos de su justicia. «Vió Dios sus obras, y que se habian convertido, dejando su mala vida; y tuvo compasion de ellos, y les perdonó.» Notemos aquí que la Escritura no dice simplemente que vió Dios las señales de su penitencia, porque podian ser equívocas, sino que añade que Dios vió y consideró que se habian convertido de sus estravíos; que habian no solo detestado sus pecados, sino que habian mudado de conducta. Hace Dios muy poco caso de todos esos propósitos, de todas esas confesiones de pecados, ni aun de esas lágrimas de penitencia, por edificantes que ellas aparezcan; ayunos, austeridades, todo no es mas que penitencia falsa, si no se muda de vida, si se permanece en el vicio, si no se deja el mal camino. El Señor perdonó á la verdad entonces á aquel pueblo; pero á este mismo pueblo algunos años despues habiendo recaido en sus primeros desórdenes, en el reinado de Sardanápalo hijo de Phul, ya no le envió Dios profeta, sino que hizo estallar su cólera sobre él de una manera muy terrible. Toda la ciudad fué destruida; el infame rey fué quemado dentro de su palacio, con toda su familia y sus riquezas; siempre son funestas las recaidas. Cuando se abusa de la misericordia de Dios, se sienten muy pronto los terribles efectos de su justicia. Una conversion sin perseverancia es siempre seguida de la última desgracia.

El Evangelio está tomado del capítulo séptimo de San Juan, en el cual se vé que cuanto mas probaba el Salvador á los judíos con sus palabras y con sus milagros que él era el Mesías, mas se aumentaba el odio y la malicia de los gefes del pueblo contra el Salvador. Alarmados los fariseos por haber oido decir públicamente á muchos, que creian que el Cristo, esto es, el Mesías, no podia hacer mas milagros que los que hacia Jesucristo, se apresuraron á buscar á los príncipes de los sacerdotes, les dieron cuenta de lo que pasaba, y les dijeron que si no se deshacian cuanto ántes de aquel obrador de milagros, toda la nacion iba á creer en él. ¡Buen Dios, y que irracional es la pasion! Si se hubiese acusado al Salvador de que era un hombre de

malas costumbres, un sedicioso, un homicida fiero, diestro y atrevido, hubieran obrado consiguientes en quererle prender para impedir el que hiciese mas daño. ¿Pero de que se acusa á Jesucristo? de que hace tan grandes milagros y en tan gran número, que no se cree que el Mesías pueda hacerlos mayores; y á consecuencia de esta queja y por esta deposicion, se envian soldados para que le sorprendan y le traigan preso. No bien hubieron recibido los soldados una órden tan violenta y tan injusta, trataron luego de ponerla en ejecucion; mas á la primera vista del hombre Dios, quedaron poseidos de un asombro respetuoso. Su aire majestuoso, su dulzura, su modestia, en una palabra, solo su presencia les contuvo y les desarmó. Encantados de oirle olvidaron el designio con que habian ido.

El Salvador que nada ignoraba de todo esto, y que conocia todo lo que pasaba en el ánimo y en el corazon de sus enemigos: Esperad todavía un poco, les decia; poco es ya el tiempo que debo permanecer con vosotros; mi vida temporal de hoy mas no debe ser muy larga; el tiempo de mi mision va á concluir, y yo me vuelvo á mi Padre que me ha enviado. Inútiles pues son todos vuestros perniciosos designios ántes que llegue este tiempo, porque no los podreis verificar. Vosotros me persiguís sin razon, no podeis sufrirme á pesar de que no ceso de haceros bien; mi presencia enciende vuestro odio contra mí, é irrita vuestros zelos; vendrá tiempo en que me echareis ménos y me buscareis, pero no me hallareis. Y donde yo estaré, vosotros no podreis venir.

Sorprendiéronse al oir estas palabras, las cuales fueron para ellos un enigma. ¿Adónde irá, se decian entre sí, que nosotros no podremos ir? Qué ¿habrá tomado la resolucion de ir á predicar á los judíos dispersos entre los gentiles ó acaso á los mismos gentiles? ¿Qué quiere decir, cuando nos amenaza, que por mas que le busquemos, no le hallarémos, porque estará en un lugar adonde nosotros no podrémos acercarnos? ¿qué lugar será este tan inaccesible? Véase aquí, dicen los Padres, lo que produce la ceguera espiritual, y como impide que haga impresion una verdad terrible. La amenaza del Salvador asombra á los judíos; pero en lugar de entenderla á la letra, la buscan un sentido que no tiene; en vez de hacerse una aplicacion sabia de ella, encuentran hasta en sus dudas con qué tranquilizarse. ¿No es esto mismo lo que hacen aun hoy todos los herejes?

En las grandes fiestas que los judíos celebraban con octava, el primero y el último dia eran mas solemnes, y ordinariamente en ellos se hacian ceremonias particulares y sacrificios estraordinarios. En la fiesta de los Tabernáculos, en la cual sucedió todo esto, habia sido costumbre el llevar al templo con gran solemnidad y al son de instrumentos músicos, dos vasos ó urnas de plata, la una llena de agua y otra de vino. El agua era de la fuente de Siloe, y esta se derramaba sobre el altar pidiendo á Dios la fecundidad y la abundancia de los frutos de la tierra. Aludia, sin duda el Salvador á esta ceremonia, cuando decia, en alta voz, en este último dia de la octava: Si alguno tiene sed, que venga á mí y que beba. Porque yo os aseguro que todo el que crea en mí, tendrá dentro de sí, como dice la Escritura, una fuente de agua viva, que saldrá de su seno y jamás se agotará. Hablaba el Salvador del Espíritu Santo, fuente inagotable de gracia, de luz y de bienes espirituales. Compara aquí Jesus una alma llena de los dones del Espíritu Santo, al depósito de una fuente, cuya capacidad, espresada en este lugar por la palabra «seno,» derrama el agua en abundancia á todas partes sin agotarse jamás, y esto es lo que significa esta espresion, dicen los intérpretes. «Del seno del que cree en mí, dice el Salvador, correrán rios de agua viva, como dice la Escritura.» Las palabras del Salvador no se hallan materialmente en la Escritura, pero el sentido se encuentra en muchos parajes de ella, sobre todo en los profetas. «Derramaré, dice Dios por Isaías, aguas sobre la tierra seca, y rios sobre la que está árida; derramaré mi espíritu sobre vuestra posteridad.»

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Sanctifica, quæsumus, Domine, nostra jejunia: et cunctarum nobis indulgentiam propitius largire culparum. Per Dominum...

Dignaos, Señor, santificar nuestros ayunos, y concedednos por vuestra bondad el perdon de todos nuestros pecados. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola de este dia es del profeta Jonás, capítulo 3.

In diebus illis: Factum est verbum Domini ad Jonam prophetam secundo, dicens: Surge, et vade in Niniven civitatem magnam: et prædica in ea prædicationem, quam ego loquor ad te. Et surrexit Jonas, et abiit in Ninivem juxta verbum Domini. Et Ninive erat civitas magna itinere trium dierum. Et cœpit Jonas introire in civitatem itinere dei unius: et clamavit, et dixit: Adhuc quadraginta dies, et Ninive subvertetur. Et crediderunt viri ninivitæ in Deum: et prædicaverunt jejunium, et vestiti sunt saccis a majore usque ad minorem. Et pervenit verbum ad regem Ninive: et surrexit de solio suo, et abjecit vestimentum suum a se, et indutus est sacco, et sedit in cinere. Et clamavit, et dixit in Ninive ex ore regis et principum ejus, dicens: Homines, et jumenta, et boves, et pecora non gustent quidquam, nec pascantur, et aquam non bibant. Et operiantur saccis homines et jumenta, et clament ad Dominum in fortitudine, et convertatur vir a via sua mala, et ab iniquitate, quæ est in manibus eorum. Quis scit, si

En aquellos dias, habló segunda vez el Señor al profeta Jonás, y le dijo: Levántate y vé á la gran ciudad de Nínive, y predica allí lo que yo te ordene que la digas. Levantóse Jonás y se fué á Nínive en cumplimiento del órden del Señor. Era Nínive una gran ciudad que tenia tres dias de camino. Habiendo entrado en ella Jonás, anduvo todo un dia clamando y diciendo: Dentro de cuarenta dias será Nínive destruida. Creyeron los ninivitas á la palabra de Dios. Ordenaron un ayuno público, y se cubrieron de sacos desde el mas grande hasta el mas pequeño. Habiendo llegado la cosa á oidos del rey de Nínive, se levantó de su trono, se desnudó de sus vestiduras reales, se cubrió con un saco y se sentó sobre la ceniza. Al mismo tiempo hizo anunciar por todas partes y que se publicase en Nínive de órden del rey y de sus magnates, que así los hombres, como los caballos, los bueyes y las ovejas no comiesen nada, ni se los llevase á pastar, ni bebiesen agua; que los hombres y los animales se

convertatur et ignoscat Deus, et revertatur a furore iræ suæ, et non peribimus? Et vidit Deus opera eorum, quia conversi sunt de via sua mala: et misertus est populo suo Dominus Deus noster.

cubriesen con sacos, y que clamasen al Señor con todas sus fuerzas; que cada uno se convirtiese y dejase su mal camino, y la iniquidad con que estaban manchadas sus manos: ¿quién sabe si Dios se volverá á nosotros para perdonarnos, y cederá en el furor de su cólera, á fin de que no perezcamos? Vió Dios sus obras y que se habian convertido y dejado su mal camino. Y el Señor nuestro Dios se compadeció de su pueblo.

Jonás, uno de los doce profetas menores, era hijo de Amathi, de la ciudad de Geth en Ophes, de la tribu de Zabulon. Comenzó á profetizar en el reinado de Jeroboam, segundo rey de Israel, cerca de 830 años ántes de Jesucristo, y hasta mas de cincuenta años despues no le mandó Dios ir á Nínive.

REFLEXIONES.

«Creyeron los ninivitas á la palabra de Dios.» Nada hay mas admirable ni mas interesante en materia de conversion que la penitencia de los ninivitas. Un estranjero, un desconocido, un sugeto sin nombre, sin reputacion, sin elocuencia, dice simplemente á un pueblo inmenso, criado en los placeres, en la glotonería, en el desórden y sumergido en los mas escandalosos desarreglos, le dice que viene á anunciarle de parte de Dios que no tenian mas que cuarenta dias para hacer penitencia, despues de los cuales Nínive iba á ser destruida; y desde el primer dia de la predicacion todo aquel gran pueblo, tan disoluto, tan perdido, tan corrompido, se cubre de sacos y de ceniza, ayuna, llora, gime. El mismo rey y toda su primorosa córte dan los primeros el ejemplo. Espárcese por todas partes el llanto de la penitencia; toda la ciudad resuena con los sollozos que produce el dolor y el sentimiento; la contricion es general; los niños pendientes del pecho de sus madres participan tambien de la severidad de la penitencia; y ni aun los animales quedan exentos de ella. He aquí lo que produce la palabra de Dios sin arte, sin galanura, en la boca de un profeta. ¿Ha perdido por ventura esta divina palabra su fuerza y su virtud? ¿qué se ha hecho, pues, de su eficacia? Despues de tanto tiempo, que tantos profetas enviados de Dios predican, claman, amenazan con los terribles efectos de la cólera de Dios, ¿dónde están los pecadores convertidos? ¿Es acaso difícil encontrar pecadores? Pluguiese á Dios que su número fuese tan raro y tan oculto, como es raro hallar almas inocentes. Jamás el vicio se mostró con ménos vergüenza ni con tanta impudencia; nunca tal vez se vió tan estendida la corrupcion de las costumbres. Aquella horrible recriminacion: «de que toda la carne habia corrompido sus caminos sobre la tierra,» ¿es solo aplicable al tiempo de Noé? Las amenazas de aquel santo patriarca, no fueron recibidas con tanta docilidad como las de Jonás. Nuestro siglo no es tampoco mucho mas dócil. Dios tiene compasion de los ninivitas; su penitencia desarma su ira: mas la impenitencia de los contemporáneos de Noé es horriblemente castigada por el diluvio. Nosotros no somos tampoco mas penitentes; ¿á cuál de los dos pueblos debemos temer que se parezca nuestra suerte? Jamás hubo tantos pecados, nunca tantos pecadores, en ningun tiempo ménos penitencia. Se escucha friamente á un predicador, conviénese en todo lo que dice, alábase su zelo, y se sale del sermon tan impenitente como se ha ido á él. Familiarízase con las terribles verdades, endurécese al tono de las mas espantosas amenazas. Todo enfermo se considera desesperado cuando ya no tiene sensacion. ¡A cuántos confundirá el ejemplo de los ninivitas, y qué crueles sentimientos causará la misericordia de que usó Dios con aquel pueblo convertido, á los que habrán muerto en la impenitencia!

El Evangelio de la misa es tomado del capítulo 7 de san Juan.

In illo tempore: Miserunt principes et pharisæi ministros, ut apprehenderent Jesum. Dixit ergo eis Jesus: Adhuc modicum tempus vobiscum sum: et vado ad eum, qui me misit. Quæretis me, et non invenietis: et ubi ego sum, vos non potestis venire. Dixerunt ergo Judæi ad semetipsos: Quo hic iturus est, quia non inveniemus eum? numquid in dispersionem gentium iturus est, et docturus gentes? Quis est hic sermo, quem dixit: Quæretis me, et non invenietis: et ubi sum ego, vos non potestis venire? In novissimo autem die magno festivitatis stabat Jesus, et clamabat dicens: Si quis sitit, veniat ad me, et bibat. Qui credit in me, sicut dicit Scriptura, flumina de ventre ejus fluent aquæ vivæ. Hoc autem dixit de Spiritu, quem accepturi erant credentes in eum.

En aquel tiempo enviaron los príncipes de los sacerdotes y los fariseos, oficiales para prender á Jesus; pero Jesus les dijo: Aun estoy con vosotros por un poco de tiempo, y luego voy á aquel que me ha enviado. Vosotros me buscareis, y no me hallareis, y adonde yo estoy, vosotros no podeis venir. Dijéronse, pues, al oir esto los judíos los unos á los otros: ¿Adónde irá este hombre que no le hallaremos? ¿irá tal vez á los que están esparcidos entre los gentiles, y habrá de enseñar á los mismos gentiles? ¿qué quiere decir lo que acaba de pronunciar: Vosotros me buscareis y no me hallareis, y adonde yo estoy, vosotros no podeis venir? El último dia de la fiesta, que era el dia grande de ella, se presentó allí Jesus, y dijo en alta voz: Si alguno tiene sed, que venga á mí, y beba. Del seno del que cree en mí, saldrán rios de agua viva, conforme á lo que dice la Escritura. Hablaba aquí del Espíritu que habian de recibir los que creyesen en él.

MEDITACION.

Del juicio particular.

Punto primero.—Considera que en el momento que uno espira es juzgado, y que este juicio decide irrevocablemente de nuestro destino. Representémonos un moribundo á quien acaban de administrarle los últimos sacramentos, y á quien no resta ya mas que un soplo de vida; es

un criminal que va á comparecer ante el soberano Juez para dar cuenta del bueno ó del mal uso que ha hecho de todos los momentos de su vida. Pensamientos lijeros, palabras inconsideradas, sentimientos apasionados, deseos desreglados, acciones poco cristianas, miras humanas, motivos ménos puros, todo será examinado, todo será juzgado, y es un Dios el que examina y el que lo juzga todo con el último rigor de su justicia.

Concibamos, si es posible, cuáles serán entonces los espantos horribles de su alma que conoce que no está unida al cuerpo mas que por un soplo, y que dentro de dos ó tres instantes va á comparecer en el tremendo tribunal de Dios. Ella no tiene entonces peor enemigo que su conciencia; ella es la que la representa, aun ántes que espire, todos sus hechos; ella previene, por decirlo así, el juicio y el decreto.

Buen Dios, qué terror, qué espanto, ver que renacen del fondo de la conciencia una multitud innumerable de faltas que hasta entonces habian estado sepultadas en el olvido. ¡Ah, qué de pecados de la juventud, que se habian escapado á nuestras investigaciones! ¡qué de pecados graves que nos habian parecido acciones indiferentes! y ¡cuántos de los mismos de que nos hemos acusado, que por falta de contricion no se nos han perdonado! Todo esto se presenta al espíritu en aquellos últimos momentos, y ¡qué turbacion, qué susto, á vista de tantos monstruos de iniquidad!

¡Qué de omisiones en los deberes de nuestro estado! ¡qué de acciones hasta de piedad que tienen necesidad de penitencia! ¡qué de Sacramentos profanados, y qué de talentos sepultados! ¡qué de gracias, precio de la sangre de Jesucristo, despreciadas ó perdidas! Importunos remordimientos, conciencia molesta, ¿qué pesares y qué espanto no causais? Si por lo ménos quedase todavía algun rayo de esperanza de tener un año, una semana, algunos dias para arreglar estas cuentas, para reparar estas faltas, para ganar al Juez por la penitencia y por todo género de satisfacciones; pero está uno seguro, se ve, se conoce que el tiempo espira, que no hay mas tiempo. ¡Oh Dios mio! ¿y no se previenen estos sentimientos? ¿y no se piensa de continuo en este juicio terrible mientras dura la vida?

Punto segundo.—Considera cuán difícil es el no sucumbir á los pesares, al dolor, al miedo, en este estremo tan desesperado. Conócese que el tiempo va á concluir, y se ve uno á la entrada de la espantosa eternidad. La incertidumbre de su suerte, el temor de una eterna desdicha, las razones que hay para temerla, reducen al alma á un estado que puede llamarse un anticipado infierno.

Preséntasele toda la ley de Dios, y lo que es todavía mas triste, ve su importancia y su justicia, y concibe su dulzura y su facilidad. Vuelta en sí de todas sus preocupaciones, libre de los ataques impetuosos de tantas pasiones, reconoce y se persuade de lo mal que ha hecho en no haber vivido segun las máximas del Evangelio.

Costumbres perniciosas, condescendencias escesivas, ideas frívolas, leyes imaginarias del mundo, abusos autorizados, placeres, diversiones vanas y engañosas, alegrías superficiales, ¡vosotras habeis desaparecido, no subsistís mas que en un amargo arrepentimiento! ¡O penas! ¡O desesperacion! ¡O suplicio!

Conócese entonces todo el peso de los deberes de su estado, de sus obligaciones; compáranse con aquellos vanos, aquellos indignos pasatiempos, con aquellos pretendidos derechos de la ambicion, con aquellas especiosas inutilidades que han absorvido la mayor parte del tiempo de la vida. Mortificantes, desesperantes comparaciones que no sirven mas que para hacernos presentir el rigor particular, desenvolviendo á nuestra vista toda la iniquidad de nuestra conducta.

Si por lo ménos en tal horrible estremo supiesen aprovecharse estos últimos momentos para recurrir á la sangre y á los méritos del Redentor, para implorar con confianza la proteccion de la santísima Vírgen; pero hablando de buena fé, ¿es aquel estado muy á propósito para servirse de estos últimos socorros? ¡Ah! un accidente de apoplejía, un mal de corazon ocasionan trastornos y espantos mortales que privan de su accion al alma y la dejan incapaz de todo. Y en estos últimos momentos en que el alma no sabe si está todavía en el camino ó si ha llegado al término; en estos tristes momentos en que se agolpan cien objetos funestos, todos á cual mas espantosos; en estos momentos críticos en que el alma se halla entregada á los dolores, á las penas de la vida y á los espantosos horrores de la muerte, ¿estará bastante tranquila, tendrá toda la confianza necesaria para procurar la salvacion? ¿podrá encontrar los caminos secretos de la penitencia? ¿Y yo dilato para esos críticos, para esos peligrosos momentos mi conversion, el negocio tan delicado de mi salvacion, el desembrollo del caos, la esplicacion de los misterios de iniquidad de mi conciencia?

¡O divino Salvador mio! si despues de todas estas reflexiones no prevengo por una pronta penitencia el rigor terrible de este juicio, ¿á qué debo yo atenerme? No permitais, pues, mi dulce Jesus, que la gracia que me haceis hoy me sea inútil; yo conozco su importancia; haced que esperimente inmediatamente sus efectos.

Jaculatorias.—Acúsome, Señor, y desde este instante comienzo á hacer penitencia en el polvo y en la ceniza. (Job. 44.)

No entreis, Señor, en juicio con vuestro siervo, porque no hay un solo hombre sobre la tierra que pueda lisonjearse de aparecer inocente á vuestros ojos. (Psalm. 142.)

PROPÓSITOS.

1 ¿Quereis prevenir el juicio de Dios? juzgaos á vosotros mismos, dice el Apóstol; ¿quereis tener favorable al Juez y ventajoso el juicio? examinad sin cesar vuestra conciencia. Yo he pasado por el campo del perezoso y por la viña del insensato, dice el Sabio (Prov. 24), y todo estaba lleno de ortigas; todo estaba cubierto de espinas, y la cerca estaba arruinada. La conciencia de los que no se examinan, es una viña erial, que se llena de espinas y de abrojos por falta de cultivo; es preciso tener continuamente la podadera en la mano, aplicarse sin descanso á cortar, ó arrancar, y esto es lo que se hace por medio del exámen de conciencia. Este exámen es el que, por decirlo así, corta el vicio por el pié, el que arranca las inclinaciones perversas luego que empiezan á brotar, y el que impide que echen raices los malos hábitos. El uso del exámen de conciencia es el medio mas á próposito para prevenir y para calmar los espantos que preceden ó que acompañan al juicio particular. Con facilidad se limpia un campo,

cuando todos los dias se arrancan los abrojos, y se instruye bien un proceso, cuando por muchos dias se ha examinado cada pieza en particular. Además de vuestro exámen general, haced regularmente todos los dias vuestro exámen particular sobre uno de vuestros defectos mas dominantes. Escoged la pasion que mas os domina, el vicio capital, que puede llamarse original, porque es como el origen de otros muchos; haced de él el asunto de vuestro exámen particular. Vuestro natural, vuestras imperfecciones habituales, vuestras ocupaciones, os darán materia bien amplia. Un general hábil se dirige siempre al paraje mas débil de la plaza que ataca; lo mismo hace el demonio con respecto al alma. El exámen particular previene sus astucias, fortificando aquello que puede ser invadido primero por el enemigo.

2 Para asegurar mas el provecho de una práctica de piedad tan importante, aprovechaos de los avisos siguientes: 1.° Si teneis defectos groseros, ó esteriores, que ofendan ó escandalicen al prójimo, como arrebatos, inmortificaciones visibles etc., comenzad cercenándolos por medio de este exámen. Cuando estos se hubieren corregido, no durarán estos mucho tiempo. 2.° Fijad á ocho, á quince dias, á lo mas á tres semanas, el tiempo del exámen particular. Un tiempo mas largo entibia el fervor, y hace degenerar muchas veces el ejercicio en costumbre. 3.° ¿Quereis corregir un vicio, un defecto? tomad por asunto de vuestro exámen particular la práctica de la virtud opuesta al tal defecto ó vicio. ¿Sois coléricos, duros, demasiado austeros? haced vuestro exámen particular sobre la dulzura. 4.° Pedid todos los dias á Dios en la oracion de la mañana, en la misa, y en la visita del Santísimo Sacramento, la gracia particular de corregir el defecto, ó de practicar la virtud que constituye el asunto de vuestro exámen. 5.° Haced regularmente este exámen siempre á la misma hora. 6.° Señalad cada vez el número de las faltas que habeis hecho, para ver el fruto que sacais de este ejercicio. 7.° No os propongais mas que un defecto, ó una virtud despues de la otra. El Señor vuestro Dios, dice la Escritura, acabará con esas naciones delante de vosotros, poco á poco, y separadamente, porque todas juntas no podreis esterminarlas. (Deuteron. 7.) Todos los tiempos son á propósito para desempeñar los ejercicios de piedad; pero es muy cierto que Dios aprecia con estremo la puntualidad con que se desempeñan estos piadosos ejercicios. La regla en todas las cosas, es siempre segun el espíritu de Dios.

MARTES DE PASION.

«Esperad al Señor, obrad con ánimo, sostenecos en vuestras penas, y esperad con confianza el auxilio del Señor. El Señor me instruyó con sus consejos, él vela en mi conservacion; ¿qué tengo yo que temer?» Así habla David perseguido, y perseguido tan injustamente por Saul, y por los mas calificados de la córte; pero intrépido en medio de los peligros por su grande confianza en Dios, figura que representa al Salvador perseguido y acosado por los gefes del pueblo. David habia hecho á Saul y á toda la nacion servicios especiales, y la persecucion que sufre no tiene otra causa que una maligna envidia. El Salvador ha colmado de bienes á todo el pueblo judío. Pocos hay que no hayan tenido parte en sus beneficios, todavía menos que no hayan sido testigos de sus milagros. ¿De dónde viene el encarnizamiento de los sacerdotes, de los escribas, de los fariseos contra este amable Salvador, que por donde quiera que ha pasado ha hecho tanto bien? La envidia es, los zelos son los que habian producido aquel odio mortal que no ha podido satisfacerse sino con su muerte. La Iglesia toda ocupada en estos dias de la Pasion del Salvador, ha elegido por lo mismo este primero y último versículo del salmo 26 para el introito de la misa de este dia.

La Epístola refiere la historia de la venganza de los babilonios sobre el profeta Daniel, á quien hicieron arrojar entre los leones, por haber destruido los objetos de su idolatría; en lo cual notan los Padres una de las figuras de Jesucristo perseguido por los judíos.

Habia cerca de cuarenta años que el profeta Daniel gozaba de gran favor cerca del rey de Babilonia, del cual era el primer ministro y el favorito. Tenian los babilonios un ídolo famoso llamado Bel, al cual se sacrificaban diariamente doce medidas de harina del trigo mas puro, cuarenta ovejas, y seis grandes medidas de un vino esquisito. Era el rey muy devoto de este ídolo, al cual iba á adorar regularmente todos los dias, y se hubiese holgado mucho que Daniel su primer ministro hubiese tenido la misma devocion; pero Daniel era muy ilustrado, y siervo muy religioso del único verdadero Dios, para no tener horror á un culto tan vano. Preguntóle un dia el rey, por qué no adoraba al dios Bel. Yo no adoro, le respondió Daniel, á los ídolos que no son mas que obras de los hombres; yo no adoro mas que al Dios vivo, Señor soberano de todo el universo, criador del cielo y de la tierra. Pues si el Dios que adoras, replicó el rey, es el Dios vivo, ciertamente no hubo jamás otro mas vivo que Bel, puesto que él solo come y bebe mas que todos los otros juntos. Tú sabes, añadió, lo que se le da todos los dias á comer, y sabes tambien que no deja ni lo mas mínimo. Daniel le respondió sonriéndose, que estrañaba que su majestad no viese el fraude de los sacerdotes, que comian regaladamente, á nombre del pretendido dios Bel, el cual no era mas que una estatua de bronce en lo esterior, y de ladrillo en lo interior.

Incomodóse el rey, á quien no le gustaba que le engañasen. Inmediatamente llamó á los sacerdotes de Bel, y les dijo: Si no me declarais quién es el que come todo lo que se emplea para Bel, os hago quitar á todos la vida en el instante; mas si me demostrais que es el mismo Bel el que come todo lo que se le provee para su alimento, le costará la cabeza á Daniel, que es quien ha blasfemado contra este dios. Daniel, que estaba presente, dijo que consentia de todo su corazon en que se llevase á efecto la propuesta del rey; los sacerdotes de Bel, que eran en número de setenta, se vieron tambien obligados á decir otro tanto. Habiendo ido el rey, sin perder tiempo, al templo con Daniel, fuéron tambien allá los setenta sacerdotes, y despues de haber asegurado de nuevo al rey con juramento, que era el ídolo el que lo comia todo, le dijeron: Señor, queremos que quedeis convencido por vos mismo. Nosotros vamos todos á salir; haga vuestra majestad poner las viandas y servir el vino delante de Bel; cierre en seguida la puerta del templo, y séllela con sello real. Si mañana por la mañana, abriendo vuestra majestad mismo el templo, encuentra que el dios Bel no se lo ha comido todo, consentimos todos en morir, conforme lo habeis dicho.

Hablaban con tanta seguridad, porque tenian un subterráneo por el cual venian estos trapaceros todas las noches á quitar lo que se habia servido para Bel. Habiendo salido todos los sacerdotes, puso por sí mismo el rey las viandas delante del ídolo. Daniel empero, que tenia un conocimiento sobrenatural de todo lo que pasaba, habia tenido la precaucion de hacer que sus criados trajesen secretamente ceniza cernida, la cual hizo esparcir por todo el templo en presencia del rey; y habiéndose todos salido, quedó la puerta cerrada y sellada. Los sacerdotes, como tenian de costumbre, no dejaron de entrar durante la noche con sus mujeres y sus hijos, y despues de haber comido y bebido, y llevádose todo lo que se habia ofrecido al ídolo, se retiraron.

Al otro dia al amanecer vino el rey al templo: hallóse íntegro el sello, el cual fué levantado, y habiendo entrado el rey, vió vacía la mesa del altar. Volviéndose entonces á Daniel, le dijo con un tono severo é indignado: ¿Soy yo engañado? ¿adónde está el fraude? Yo os ruego, príncipe mio, le dijo Daniel sonriéndose, que no adelanteis el juicio. Mirad el pavimento, y considerad de quién son estas huellas. Son, dijo el rey, huellas de piés de hombres, de mujeres y de niños. Descubierta la trampa, fué fácil descubrir los subterráneos por donde venian todas las noches. Estalló entonces la cólera del rey contra todos aquellos embusteros, los cuales fueron muertos en el mismo dia, con sus mujeres y sus hijos; el templo fué demolido, y el ídolo reducido á polvo.

En la misma ciudad habia otra divinidad ridícula, cuyo ídolo era animado. Era esta un dragon monstruoso, al que adoraban los babilonios. Yo confieso, le dijo el rey á Daniel, que Bel era un dios muerto; pero tú no me puedes negar que el dragon que nosotros tenemos en singular veneracion, no sea un dios vivo: ¿por qué, pues, no le adoras? Amaba el rey á Daniel, pero como este fiel ministro miraba con desprecio todos los dioses de los babilonios, hubiera el príncipe deseado que hubiese profesado su misma religion, para que no fuese odioso al pueblo. Señor, respondió Daniel, el dragon que adorais como Dios, por la mas lamentable de todas las supersticiones, no es mas que un vil animal, que si vuestra majestad me lo permite, me ofrezco yo á hacerle morir sin palo ni espada. Habiendo, en efecto, consentido el rey en ello, tomó Daniel pez, sebo y pelo, y habiendo hecho cocer todo esto junto, hizo una masa que introdujo en la boca del dragon, y el dragon reventó al momento. Viéndole Daniel ya muerto: Hé aquí, ó príncipe, le dijo al rey, hé aquí el objeto de vuestro culto.

Los babilonios habian llevado muy á mal la demolicion del templo de Bel, y la destruccion del ídolo; pero cuando supieron la muerte del dragon, se exaltó su odio contra Daniel, se rebelaron contra el rey, y no guardaron ya consideraciones. El rey, decian, se ha hecho judío, y este judío, hablando de Daniel, se ha hecho rey: él ha derribado á Bel; ha muerto el dragon, y ha hecho morir á los sacerdotes. Habiéndose, pues, amotinado el pueblo, embistió al palacio, gritando insolentemente al rey: Entréganos á Daniel, ó de nó, vamos á poner fuego al palacio, y que perezcas tú y toda la familia real. Estrechado el rey por la violencia de un pueblo furioso, é intimidado por las amenazas, se vió obligado, á pesar suyo, á entregarles á su primer ministro, á quien amaba por los importantes servicios que habia hecho al estado por su exacta probidad, y por el don de profecía de que Dios le habia dotado. Luego que aquellos furiosos se apoderaron de Daniel, resolvieron arrojarle en el lago de los leones. Habia siete, á los cuales se daban diariamente dos cuerpos y dos ovejas, y este era el suplicio ordinario de los condenados á muerte. En aquel dia no se les habia dado nada, á fin de irritar mas su hambre, y que Daniel fuese devorado con mas voracidad. Fué, en efecto, arrojado el santo hombre en el lago; pero léjos de ser hecho pedazos por la caida, ó devorado por los leones hambrientos, Daniel se halló mas tranquilo en medio de los leones, que en medio de aquel pueblo bárbaro: estuvo allí seis dias, en cuyo tiempo no habian querido los babilonios dar de comer á los leones, á fin de que en caso que al principio hubiesen perdonado á este hombre tan célebre por tantas maravillas, irritados al fin por una hambre tan larga, hiciesen presa de él.

En este mismo tiempo sucedió, que el profeta Habacuc, que iba á llevar la comida á sus segadores, vió un ángel, que le mandó de parte del Señor que fuése á llevar aquella comida á Babilonia, y se la diese á Daniel que estaba en el lago de los leones: asombrado algun tanto el buen viejo con esta órden: ¡Ah! esclamó, yo no he estado jamás en Babilonia, ni sé dónde está el lago de que me hablais: el ángel sin volverle respuesta, le tomó por los cabellos, y le llevó con la presteza y actividad de un espíritu á Babilonia, en donde le puso sobre el lago de los leones. Gritóle entonces Habacuc, diciéndole: Daniel, siervo de Dios, recibe la comida que Dios te envia. ¡Qué es esto; el Señor se ha dignado acordarse de mí, esclamó Daniel! ¡Buen Dios! ¡qué cuidado teneis de los que os aman! seais eternamente bendito. Tomó incontinenti el ángel á Habacuc, y le trasladó al lugar en donde le habia cogido.

El séptimo dia, segun la costumbre de aquellos pueblos, vino el rey á llorar á su querido favorito sobre su sepulcro que era el lago, en el cual pensaba, como todo el mundo, que habia sido devorado desde el primer dia; pero quedó agradablemente sorprendido, cuando mirando por curiosidad á lo interior del lago, vió á Daniel sentado en medio de los leones. Dando inmediatamente un grito: ¡Qué grande sois, esclamó, y qué poderoso, Señor Dios de Daniel! ¡cuán visiblemente manifiesta vuestro poder esta maravilla! Habiendo luego al momento hecho sacar á Daniel del lago, mandó traer los mas sediciosos de los que habian pedido la muerte de Daniel, y los hizo arrojar en él, en donde fueron devorados al momento y á su vista. Este milagroso acontecimiento interesó tanto al rey, que mandó que en todo su imperio se reverenciase el Dios de Daniel, porque él es, el que es el Salvador que hace prodigios en toda la tierra, y el que acababa de librar á su siervo Daniel del lago de los leones, en el que la malignidad mas negra le habia hecho arrojar.

El Evangelio de la misa del dia está formado del capítulo séptimo de san Juan, en el que se dice que Jesucristo poco tiempo ántes de su muerte, viendo con que encarnizamiento los judíos, esto es, los sacerdotes, los fariseos y los escribas de Jerusalen, habian tramado su muerte, se habia retirado á Galilea, nó porque rehusase derramar su sangre; pero no queria prevenir el tiempo determinado por su Padre, para la consumacion de su sacrificio, y para el cumplimiento de la grande obra de su redencion. Fácil hubiera sido al Salvador sustraerse

por un milagro á la persecucion de los judíos; pero cabeza de una religion que habia de ser siempre perseguida, no quiso hacer nada que no fuese posible á sus miembros el imitarlo. En la escuela del mundo es una bajeza el ceder uno á sus enemigos: en la escuela de Jesucristo, es una virtud, es grandeza de alma sufrir su violencia con resignacion. Sin embargo, estando próxima la fiesta de los Tabernáculos, una de las mas célebres entre los judíos, la cual ocurria siempre en el mes de setiembre, le dijeron sus parientes (ya que lo fuesen en efecto por la santísima Vírgen, ya que pasasen solamente por tales por las relaciones con san José) que haria mucho mejor en ir á Judea y sobre todo á Jerusalen, que en permanecer por mas tiempo en una provincia tan pequeña como la Galilea. Que si era enviado de Dios, como lo decia, si sus milagros eran obras de Dios, y pruebas ciertas de la verdad de su doctrina y de la divinidad de su persona, no debia sepultar en la oscuridad estos dones de Dios, y que debia presentarse en público: que habiendo muchos discípulos en Judea y principalmente en Jerusalen, era preciso que los hiciese testigos de las maravillas que obraba, para que de este modo se le aficionasen mas; y por fin, que en aquella capital era precisamente en donde debia dar señales brillantes de lo que él era, y darse á conocer en el gran mundo. El desprecio y la mofa tenian mas parte en este consejo, que la estimacion y la buena fé; porque los que ménos creian en Jesucristo, dice el Evangelio, eran sus mas próximos parientes; acostumbrados á mirarle como uno de ellos, de la misma condicion, de la misma familia que ellos, no habian formado sobre él mas que ideas comunes, y no podian imaginarse que aquel que siempre habia pasado por el hijo de un artesano, pudiese ser el Mesías. El Salvador les dió una respuesta misteriosa, que pocos comprendieron. Todavía no ha llegado el tiempo para mí de ir al gran mundo; soy demasiadamente enemigo suyo, y mi espíritu es muy opuesto al suyo para que yo sea en él bien recibido; por lo que hace á vosotros que teneis su espíritu, y vivis segun sus máximas, nada teneis que temer; el mundo recibe siempre bien á sus partidarios. Id vosotros á Jerusalen, para asistir allí el primer dia de la fiesta. Yo no estaré allí en ese dia. En efecto, el Salvador no fué hasta la mitad de la octava. En las grandes solemnidades de los judíos, como era la de los tabernáculos, habia dos dias muy solemnes, el primero y el octavo, que era el dia de la octava, tan célebre como el primero. Jesucristo no fué á Jerusalen el primer dia de la fiesta: por lo que hace á mí, no me hallaré en ese dia; y da la razon de ello, porque sabia que los sacerdotes y los fariseos habian resuelto prenderle el dia de la fiesta, bien persuadidos de que vendria á ella en el primer dia, y como no habia llegado aun el tiempo determinado para su gran sacrificio, no quisó entregarse al furor de sus enemigos ántes de tiempo. Mi tiempo, les dice, aun no ha llegado; para vosotros que no teneis nada que temer, es tiempo de que vayais allá. Cuando se hubiere cumplido el tiempo de mi mision, yo mismo iré á entregarme á la muerte para cumplir mi sacrificio. Permaneció el Salvador todavía algunos dias en la Galilea; sin embargo, fué á Jerusalen ántes del fin de la octava; mas la razon misma que le habia obligado á no ir allá el primer dia, le obligó á no presentarse en público los últimos. Su falta dió que hablar á la muchedumbre: los unos sostenian que era un santo; otros que participaban de los sentimientos y de la pasion de los fariseos, hablaban de él de un modo poco ventajoso. Hé aquí lo que sucede en todos tiempos. Cada uno piensa, cada uno habla segun el espíritu de que está animado: si el espíritu es de Dios, nada mas moderado, nada mas caritativo que sus juicios; mas si uno está animado de un espíritu de partido, todo se interpreta á mala parte. No obstante, nadie se atrevia á tomar abiertamente su partido, porque se temia á los judíos. El respeto humano ha ejercido en todo tiempo su tiranía, y cuando uno le sacrifica sus deberes y su conciencia, bien pronto le sacrifica su religion.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Nostra tibi, Domine, quæsumus, sint accepta jejunia; quæ nos et expiando gratia tua dignos efficiant; et ad remedia perducant æterna. Per Dominum...

Haced, Señor, que os sean agradables nuestros ayunos, á fin de que espiando nuestros pecados, nos hagan dignos de vuestra gracia, y nos sirvan de remedios para la vida eterna. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola está tomada del capítulo 14 de la profecía de Daniel.

In diebus illis: Congregati sunt Babylonii ad regem, et dixerunt ei: Trade nobis Danielem, qui Bel destruxit, et draconem interfecit: alioquin interficiemus te, et domum tuam. Vidit ergo rex quod irruerent in eum vehementer: et necessitate compulsus tradidit eis Danielem. Qui miserunt eum in lacum leonum, et erat ibi diebus sex. Porro in lacu erant leones septem, et dabantur eis duo corpora quotidie, et duæ oves: et tunc non data sunt eis, ut devorarent Danielem. Erat autem Habacuc propheta in Judæa, et ipse coxerat pulmentum, et intriverat panes in alveolo, et ibat in campum ut ferret messoribus. Dixitque angelus Domini ad Habacuc: Fer prandium, quod habes, in Babylonem Danieli, qui est in lacu leonum. Et dixit Habacuc: Domine, Babylonem non vidi, et lacum nescio. Et apprehendit eum angelus Domini in vertice ejus, et portavit eum capillo capitis sui, posuitque eum in Babylone supra lacum in impetu spiritus sui. Et clamavit Haba-

En aquellos dias, habiéndose congregado los babilonios, se presentaron al rey, y le dijeron: Entréganos á Daniel que ha destruido á Bel, y muerto al dragon; de no hacerlo te quitamos á tí la vida, y á toda tu casa. Viendo el rey que le estrechaban con tanta violencia, y obligado por la necesidad, les entregó á Daniel, al cual le arrojaron inmediatamente en el lago de los leones, en el que permaneció seis dias. Habia en el lago siete leones, á los que se les daban diariamente dos cuerpos y dos ovejas, que en aquellos dias no se les habian dado, para que devorasen á Daniel. Estaba en en aquel tiempo en Judea el profeta Habacuc; este habia preparado que comer, y puesta la sopa de pan empapada en una vasija, é iba al campo á llevarlo á los segadores. Aparecióle el ángel del Señor, y le dijo: Eso que llevas, llévalo á Babilonia, para darlo á Daniel que está en el lago de los leones. Respondióle Habacuc: Señor, jamás he estado en Ba-

cue dicens: Daniel serve Dei, tolle prandium, quod misit tibi Deus. Et ait Daniel: Recordatus es mei, Deus, et non dereliquisti diligentes te. Surgensque Daniel, comedit. Porro angelus Domini restituit Habacuc confestim in loco suo. Venit ergo rex die septimo, ut lugeret Danielem: et venit ad lacum, et introspexit, et ecce Daniel sedens in medio leonum. Et exclamavit voce magna rex, dicens: Magnus es, Domine Deus Danielis. Et extraxit eum de lacu eorum. Porro illos, qui perditionis ejus causa fuerant, intromisit in lacum, et devorati sunt in momento coram eo. Tunc rex ait: Paveant omnes habitantes in universa terra Deum Danielis: quia ipse est Salvator, faciens signa, et mirabilia in terra, qui liberavit Danielem de lacu leonum.

bilonia, y no sé dónde está el lago. Entonces el ángel del Señor le tomó por lo alto de la cabeza, y asiéndole de los cabellos, le llevó con la presteza de un espíritu celestial á Babilonia, en donde le puso sobre la abertura del lago. Dió voces Habacuc, diciendo: Daniel, siervo de Dios, toma la comida que Dios te envia. Entonces Daniel esclamó: ¡O Dios! vos os habeis acordado de mí, y no habeis abandonado á los que os aman. Y levantándose, comió; y el ángel del Señor volvió inmediatamente á Habacuc al punto de donde le habia tomado. El séptimo dia fué el rey á llorar á Daniel, y habiéndose acercado al lago, miró á lo interior de él, y vió á Daniel que estaba sentado en medio de los leones. Al momento dió el rey un gran grito diciendo: ¡Qué grande sois, Señor Dios de Daniel! É hizo sacar á éste del lago de los leones. Al mismo tiempo hizo arrojar en él á los que habian tratado de perder á Daniel, y á su vista los devoraron los leones en el momento. Entonces dijo el rey: Reverencien con temor todos los habitadores de toda la tierra al Dios de Daniel, porque él es el Salvador que obra prodigios y maravillas en la tierra, y ha librado á Daniel del lago de los leones.

Daniel, descendiente de la raza de los reyes de Judea, fué llevado cautivo á Babilonia en la edad de diez años: fué escogido con tres de sus compatriotas, para que sirviesen de pajes del rey Nabucodonosor. A los doce años libró á Susana de la calumnia de los viejos. Habiendo despues esplicado á Nabucodonosor el sueño que habia tenido, fué hecho prefecto de la provincia de Babilonia, y de tal modo ganó por su sabiduría la gracia del rey, que aquel príncipe le hizo su primer ministro.

REFLEXIONES.

«¡O Dios! vos os habeis acordado de mí, y no habeis abandonado á los que os aman.» Dios parece alguna vez que olvida á sus mas fieles siervos, y que abandona á la malicia, á la envidia y al odio de sus enemigos á los que le aman. Pero, despues de todo lo que ha dicho, y de todo lo que ha hecho para convencernos de la solicitud paternal, y de la estrema ternura que tiene por todos los que le sirven, ¿se puede, sin impiedad, formar una idea tan indigna de Dios? Pensad del Señor con sentimientos dignos de su bondad. Yo sé, ó Dios mio, decia el profeta, yo sé, á no poderlo dudar, que no abandonareis jamás á los que os buscan; pero á los que os buscan, añade el Sabio, con la sencillez de un corazon recto. Cosa estraña, nuestro propio corazon nos burla, precisamente cuando creemos haberlo fijado en Dios. La inclinacion natural que tiene á las criaturas le arrastra; el amor propio favorece siempre su retirada, y disfraza diestramente su rebelion bajo de los mas especiosos pretestos. Motivos de zelo, de devocion, de caridad, de todos estos grandes nombres nos agarramos para entretener los remordimientos bajo de tan bellos títulos. El entendimiento, ordinariamente juguete del corazon, se sirve de su razon y de sus luces para tranquilizar la conciencia. Créese buscar á Dios, amar á Dios, trabajar únicamente por Dios, no tener otra mira que la gloria de Dios, y no se busca mas que la propia gloria, los intereses propios, por un refinamiento sútil del amor propio. Una apariencia, un esterior de virtud tan bien contrahecho, tan parecido, hace que se engañen sus mismos autores, y de aquí viene aquella seguridad profunda en que se vive. Pero de aquí viene tambien que esos pretendidos siervos de Dios, esos devotos en su opinion, esas personas engañadas por su propio corazon, y por su espíritu particular de materia, de devocion y de celo; de aquí viene, digo, que esos pretendidos siervos de Dios, no esperimentan los cuidados particulares de la Providencia, que esperimentan sin cesar los que buscan á Dios con rectitud y con sencillez de corazon. Procedeis sin razon, almas santas, almas fervorosas, decia el profeta, en pensar solamente que Dios os haya olvidado en vuestras aflicciones, en vuestras persecuciones. Si permite que seais condenados á echaros en un horno ardiendo, ó en un lago de leones, él os proporcionará refrigerio en medio de los fuegos, y los leones se convertirán en corderos de vuestra presencia. La casta Susana es calumniada, es juzgada, es condenada, está á punto de ser apedreada: parece hasta allí, que Dios mira con indiferencia la injusticia que se le hace: no hay que temer: un niño de doce años desenvuelve todo el misterio de iniquidad, y la libra. Daniel está en el lago en medio de leones hambrientos, y ni uno solo se atreve á dañarle. Un ángel, desde muy léjos, trasporta al profeta Habacuc, para dar al siervo de Dios una comida que aquel profeta habia preparado para sus segadores. ¿Por qué tantos prodigios á la vez, sino para enseñar á toda la posteridad la atencion, el cuidado que Dios tiene de los que le aman, y que solo padecen por su amor? «Siempre he tenido al Señor delante de mis ojos, dice David, persuadido de que estaba de continuo á mi derecha para sostenerme. El Señor se digna tener cuidado de mí, yo no careceré jamás de nada.» Con esta dulce confianza habla un siervo de Dios, que le dice á Dios: Vos sabeis, Señor, que nada hay en el cielo ni en la tierra, que yo ame, que desee, que me agrade, sino vos, ó Dios mio. Vos sois el Dios de mi corazon, el único objeto de todos mis deseos y de todas mis esperanzas. Sirvamos á Dios con esta pureza de amor, amemos á Dios con esta sencillez de corazon, busquemos á Dios con esta espiritualidad de motivo, y esperimentaremos la bondad infinita de Dios con los que le aman.

El Evangelio es de san Juan en el capítulo 7.

In illo tempore: Ambulabat Jesus in Galilæam: non enim volebat in Judæam ambulare, quia quærebant eum Judæi interficere. Erat autem in proximo dies festus Judæorum, Scenopegia. Dixerunt autem ad eum fratres ejus: Transi hinc, et vade in Judæam, ut et discipuli tui videant opera tua, quæ facis. Nemo quippe in occulto quid facit, et quærit ipse in palam esse: si hæc facis, manifesta teipsum mundo. Neque enim fratres ejus credebant in eum. Dicit ergo eis Jesus: Tempus meum nondum advenit: tempus autem vestrum semper est paratum. Non potest mundus odisse vos: me autem odit quia ego testimonium perhibeo de illo, quod opera ejus mala sunt. Vos ascendite ad diem festum hunc, ego autem non ascendo ad diem festum istum: quia meum tempus nondum impletum est. Hæc cum dixisset, ipse mansit in Galilæa. Ut autem ascenderunt fratres ejus, tunc et ipse ascendit ad diem festum non manifeste, sed quasi in occulto. Judæi ergo quærebant eum in die festo, et dicebant: Ubi est ille? Et murmur multum erat in turba de eo. Quidam enim dicebant: Quia bonus est. Alii autem dicebant: Non sed seducit turbas. Nemo tamen palam loquebatur de illo propter metum Judæorum.

En aquel tiempo andaba Jesus por la Galilea, porque no queria caminar por la Judea á causa de que los judíos le buscaban para quitarle la vida. Aproximábase, pues, la fiesta de los tabernáculos, una de las que celebraban los judíos. Dijéronle sus hermanos: Deja este pais, y vete á Judea para que tus discípulos sean testigos de las obras que haces. Porque ninguno que trata de darse á conocer, hace nada ocultamente; y pues haces tantas maravillas, muéstrate al mundo. Ni sus hermanos creian en él. Díjoles entonces Jesus: Mi tiempo no ha llegado todavía, mas para vosotros siempre es tiempo á propósito. El mundo no puede aborreceros á vosotros; por lo que hace á mí, soy aborrecido de él, porque doy testimonio de que sus obras son malas. Id vosotros á esta fiesta, yo no voy á ella, porque mi tiempo no se ha cumplido todavía. Habiéndoles hablado de este modo, se quedó en Galilea. Sin embargo, despues de la partida de sus hermanos, fué él tambien á la fiesta, nó á la vista del pueblo, sino como en oculto. Buscábanle los judíos durante la fiesta, y decian: ¿Dónde está aquél? Y entre la muchedumbre se hablaba mucho de él. Los unos decian, es hombre de bien, otros decian, no lo es, ántes engaña al pueblo. No obstante nadie hablaba de él en público porque se temia á los judíos.

MEDITACION.

Del buen uso de las cruces.

Punto primero.—Considera que es inútil cuanto se haga para huir de las cruces; se hallan en todas partes. No hay condicion, no hay estado que no las produzca. Cada uno lleva la suya; crecen hasta en el trono; y no son las mas invisibles las que pesan ménos. Todo nuestro estudio debe cifrarse en hacer buen uso de ellas.

No es cierto que las cruces sean desgracias ni adversidades; ellas pueden sernos muy ventajosas si queremos hacer buen uso de ellas, ellas son un escelente remedio, pero se le puede convertir en veneno.

Nosotros sufrimos cuasi todas las penas que han sufrido los santos; pero ellos han arribado á una santidad eminente por el buen uso que han hecho de ellas: muchos réprobos han sufrido en este mundo tanto como los mayores santos; las mismas adversidades, las mismas calumnias, las mismas durezas, las mismas persecuciones; pero no han tenido los mismos motivos, ni la misma paciencia; ¿qué fruto, qué ventaja hemos sacado de nuestras cruces? Nada mas saludable para las enfermedades del alma que su amargura; pero es preciso recibirlas con resignacion. Los verdaderos israelitas sacaban siempre puras las aguas de los rios del Egipto: los egipcios no hallaban en ellas mas que sangre; eran los mismos rios, pero no era el mismo el espíritu, ni la misma la conducta de los que tomaban aguas.

¿Con qué disposiciones de corazon y de espíritu recibimos nosotros las cruces que Dios nos envia? Miranse por lo comun como señales de su indiferencia, ó de su cólera; y ellas son siempre y en toda ocasion pruebas sensibles de su bondad. El mismo fuego que reduce la paja á cenizas, purifica el oro y le hace mas brillante. No se nos piden nuevas cruces, nuevas austeridades, mayores penitencias; conténtase Dios con que recibamos de su mano con espíritu de penitencia, todo lo que sufrimos en nuestra familia, en nuestro empleo, en nuestro estado. No nos pide que hagamos nuevos gastos, desea solamente hagamos útiles los que hacemos, sufriendo con paciencia y con un espíritu cristiano todo lo que sufrimos. ¡Qué pesar, buen Dios, para el que hubiere hecho sus cruces infructuosas!

Punto segundo.—Considera cuánta desdicha es el estar sufriendo continuamente, y perder todo el fruto de las penas que se sufren. Esta es justamente la suerte de aquellos que no saben usar de las cruces, ni aceptarlas con el espíritu que Dios las envia. No solo pierden su fruto, sino que aumentan su peso; siéntese toda la amargura de los sufrimientos cuando se toleran con impaciencia y con disgusto.

Si las adversidades fuesen verdaderos males, Jesucristo, este soberano médico, este maestro benéfico, este buen padre, no las hubiera esparcido tan abundantemente en todos los caminos; no hay otro mal en todo esto, que la mala disposicion, con que las aceptamos. Quitemos esta mala disposicion y cesa toda la amargura. La destemplanza de los humores es la que hace que se encuentren amargos los manjares mas dulces.

Las cruces de que nosotros nos quejamos han sido el objeto de la complacencia de los mayores santos. Ninguno hay que no haya mirado las enfermedades, las pérdidas de la hacienda, las desgracias y todas las adversidades de esta vida como señales de predestinacion; y lo han sido en efecto en todos los que han sabido hacer uso de ellas. No consiste mas que en nosotros mismos que sean tales para nosotros; al mismo tiempo son un manantial abundante de méritos; hácese uno muy pronto rico para el cielo, cuando se sabe sacar provecho de todo.

Las cruces son el veneno del amor propio. Pocas almas hay en mejor disposicion para vencer los enemigos de la

salvacion que las atribuladas. La fuerza se aumenta en la flaqueza, dice san Pablo; por esto, añade el mismo, me complazco en los oprobios, en las miserias, en las persecuciones, en los disgustos estremos que sufro por Jesucristo; porque cuando soy flaco, entonces es cuando soy fuerte. San Pablo no era ménos sensible naturalmente á los tormentos que lo somos nosotros, y sus cruces no eran ni ménos amargas, ni ménos pesadas que las nuestras; pero él las recibia con otro espíritu y con otras disposiciones que nosotros. La mayor ventaja de esta vida no es el no tener cruces, sino el usar bien de las que se tienen.

Buen Dios, ¿qué uso es el que yo he hecho hasta aquí de las que me habeis enviado? Yo he olvidado igualmente el precepto que me habeis impuesto sobre el uso que debo hacer de las penalidades, y el ejemplo que vos mismo me habeis dado. Yo veo, yo conozco todo el valor de esta pérdida. Pero al fin lo que me consuela es que no se ha agotado todavía el cáliz; todavía tengo que sufrir, puesto que por vuestra misericordia tengo todavía que vivir. Yo voy, con el auxilio de vuestra gracia, á mirar desde ahora las adversidades bajo de otro aspecto, resuelto á recibirlas como señales de vuestro amor, y á servirme de ellas como de medios de mi salvacion.

JACULATORIAS.—Si he recibido tantos bienes de la mano de mi Dios, ¿por qué no recibiré con el mismo espíritu los males que no me envia sino para mi bien? (Job. 2.)

Vos, Señor, me habeis castigado por mis pecados; seais bendito por ello, y haced que yo aprenda á hacer buen uso de mis sufrimientos. (Jerem. 31.)

PROPÓSITOS.

1 Puesto que no hay cosa mas comun en todos los estados y en todas las condiciones de la vida que las cruces, importa mucho el saber hacer buen uso de ellas. Son frutos que se dan en todos los climas y en todas las tierras, pero cuyo mérito y su precio le conocen pocos. Los enfermos los encuentran amargos y los desacreditan, el mal uso que hacen los que no conocen su virtud autoriza la falsa idea que se tiene de ellos. Cada uno trata de desembarazarse de ellos, mas por esto mismo se le multiplican. Son espinas que en picando se ceban mas. El gran secreto es endurecerse contra sus puntas, robustecerse para no sentir su peso. Todo el mundo puede poseer este secreto, el cual no consiste mas que en mirar todas las adversidades de la vida como castigos ó remedios, y muchas veces tambien como caricias de un Dios, que nos trata como ha tratado á sus mayores favoritos y á su Hijo muy amado. A un ojo cristiano no le cuesta trabajo penetrar este misterio. Ve mas allá de la corteza, y no juzga de la virtud del fruto por su belleza. Comenzad desde hoy á adiestraros en esta ciencia que debe seros tan útil. De hoy en adelante no mireis ya todo lo que se llama desgracias, miserias, dolores, disgustos, adversidades, sino como dones del cielo: á favor de las luces de la fé no los descubrireis bajo de otro nombre. O sois pecadores, y teneis un juez; ó sois enfermos, y teneis un médico hábil; ó sois siervos fieles, y teneis un Señor que recompensa con liberalidad. Imponeos una ley desde este dia de recibir todo lo que os sucediere molesto, ó como una penitencia de vuestros pecados, ó como un remedio de vuestros males espirituales, ó como gracias muy á propósito para elevaros á una virtud eminente, y tan luego como os suceda alguna cosa desagradable postraos luego en tierra, para dar gracias á Dios por este beneficio; besad vuestro crucifijo para testificar á Dios que recibis de buena gana esta cruz, dad una limosna al primer pobre que encontreis, en prueba de vuestro reconocimiento.

2 No basta recibir las cruces con un espíritu y un corazon cristiano, es preciso que el esterior corresponda á la resignacion interior, y para esto practicad los consejos siguientes: 1.º Esforzaos á tener un aire mas sereno, un rostro mas risueño y modales mas graciosos, el dia que hubiereis recibido algun disgusto. 2.º En aquel dia no reprendais ni corrijais á nadie; la amargura del corazon se comunica fácilmente á las palabras. 3.º Si tratais de consolaros, que sea á los piés de Jesucristo crucificado, ó en la Eucaristía, repitiendo á menudo estas palabras: «Nada me es mas ventajoso que esta humillacion. Bendito seais eternamente, ó Dios mio, porque no me castigais sino para salvarme. Vos, Señor, sois todo mi consuelo y mi refugio en todas mis adversidades.» 4.º En aquel dia haced una visita á los pobres de los hospitales, ó á alguna persona afligida, y consoladlos por motivos de religion, haciéndoles conocer el precio y el mérito de los sufrimientos. Esta pequeña industria espiritual sirve mucho para fortificar y tranquilizar un corazon afligido.

MIÉRCOLES DE PASION.

El introito de la misa de este dia está tomado del salmo 17, uno de los mas afectuosos y mas patéticos cuyo estilo es sublime, y todo él de una admirable belleza. David en medio de la prosperidad de su reinado, y tranquilo en sus estados, describe en él todos los peligros que ha corrido; hace de ellos un vivo retrato; cuenta en seguida en términos pomposos el modo con que Dios le ha auxiliado en medio de tantos peligros, y reconoce que no ha triunfado de tantos enemigos sino por una proteccion muy marcada del Señor. Además del sentido histórico que mira á la persona de David, y su confianza en Dios en medio de tantas persecuciones, se descubren en él manifiestas profecías del reino del Mesías, de la vocacion de los gentiles á la fé y del triunfo de la Iglesia. San Gerónimo y san Agustin dicen que describiendo el profeta en este salmo sus combates contra sus enemigos, describe al mismo tiempo las victorias de Jesucristo sobre los judíos, y las de la Iglesia sobre sus perseguidores y sobre los herejes.

«Señor, que me habeis arrancado al furor de mis mayores enemigos, vos me habeis puesto á cubierto de los ataques de los que se levantaban contra mí, y habeis hecho inútiles su malicia y sus malos designios.» ¿Cómo podria ménos de amaros? «Sí, yo os amaré, Señor, á vos que sois toda mi fortaleza. Sí, el Señor es mi apoyo, mi refugio, mi libertador.» Déjase ver muy bien la relacion que tienen todas estas palabras con Jesucristo, como hombre, principalmente en el tiempo de su Pasion, que ha sido el objeto mas interesante de su triunfo.

La Epístola de la misa contiene los preceptos mas detallados que Dios dió á Moisés para el arreglo de las costumbres. Es una esposicion muy estensa de los principales preceptos del decálogo, singularmente de los que miran al prójimo; y lo que hay aun de mas particular es que aun-

que la ley natural autoriza ya bastante todos estos preceptos, añade Dios cuasi á cada artículo una consideracion particular, que es, que el que intima estos preceptos, y prescribe su observancia, es el Señor y el Dios de aquellos á quienes los impone: soy yo el que os lo mando: «Yo que soy vuestro Señor y vuestro Dios.»

No hay una cosa mas instructiva que el pormenor de los preceptos que Dios da á su pueblo en este décimonono capítulo del Levítico, el cual comienza por esta primera leccion, que comprende todas las demás: «Sed santos, porque yo soy santo; yo que soy el Señor vuestro Dios.» En seguida dice, que cada uno obedezca á su padre y á su madre, y les rinda el respeto que les es debido. Que observe con religion el sábado. Cuando bicieréis la siega en vuestros campos, continúa, no recogereis las espigas que se hubieren caido, no cogereis tampoco en vuestra viña los racimos que se han quedado á los vendimiadores, todo esto debe dejarse á los pobres que van á espigar, esto es, á recoger las espigas y los racimos perdidos y descuidados despues de la siega y la vendimia, porque yo soy el Señor vuestro Dios que os lo mando así.

Ninguno asechará á su prójimo ni por robo, ni por falso testimonio, ni por supercheria. Por este precepto comienza la Epístola del dia. No mentireis. El texto hebreo dice: Nada negareis, no rehusareis volver el depósito que se os hubiere confiado. Algunos intérpretes lo esplican por la obligacion de dar limosna. No os hareis mas pobres de lo que sois negándoos bajo de un pretesto falso de indigencia, á ejercitar la caridad. Nada hay mas injurioso á Dios que tomarle por testigo de una falsedad; él mismo declara en muchos parajes cuánto horror tiene al perjurio. No calumniareis á vuestro prójimo. La calumnia es un crímen tanto mas detestable, cuanto que jamás puede repararse el mal que hace. Por mas que se desdigan, la persona á quien se ha ennegrecido no vuelve jamás completamente á su primera blancura. Puede restituirse la hacienda que se ha robado, aun cuando fuese preciso reducirse á pedir limona, no es imposible la restitucion; pero no puede volverse una reputacion ajada, destruida tal vez en el concepto de seiscientas ó mas personas. ¿Y se salvarán muchos calumniadores? ¡Qué admirable es Dios en este pormenor interesante! No diferireis, dice el Señor, hasta el otro dia la paga del mercenario que os sirve, de los obreros que han trabajado para vosotros, de los domésticos que teneis á sueldo. Ya que os han dado el fruto de su trabajo, no les negueis el de sus penas: su salario no es vuestro, es de ellos; ¡qué injusticia retener el haber de otro! y mas si es un rico que por ahorrar sus propios bienes se sirve de el de un pobre. No hablareis mal de un sordo: no hay cosa mas infame ni mas injusta que atacar á los que no pueden ni defenderse ni resistir; tal es el vicio de la murmuracion. No se murmura sino de los ausentes: porque no están en estado de justificarse ni de cubrir de confusion á un murmurador, que con la vileza mas maligna no habla mas que de aquellos que no pueden oirle y confundirle. No pondrás ningun obstáculo delante de un ciego, que pueda hacerle caer. Nada hay, en efecto, mas inhumano que insultar á un desgraciado, y añadir con toda intencion un nuevo azote á su miseria. ¡Qué bien marcadas están la sabiduría y la bondad de un Dios en estas santas leyes! ¡qué bien se deja conocer su santidad en el menor de sus preceptos! «No consideres la persona del pobre.» Dios no es aceptador de personas; igualmente ama al rico que al pobre: así es que quiere tambien que nosotros tengámos una caridad general. Siendo Dios el Criador y el Padre de todos los hombres, todos son hermanos y quiere Dios que todos nos miremos como tales. ¡Qué indignidad el no dignarse mirar á un hombre porque está mal vestido, ni tener consideraciones sino con los ricos! «No consideres la persona del pobre, dice el Señor, ni honres la presencia del poderoso; juzga con justicia á tu prójimo.» Estás en alto puesto: juzga á tu prójimo con justicia y con la integridad mas exacta, sin tener consideracion á la cualidad de las personas y sin dejarte imponer por la presencia de los mas poderosos. No tengas la baja, la maligna, la perniciosa inclinacion de murmurar de otro ni en público, ni en secreto. Dios ha tenido siempre horror á estas pestes de la sociedad civil, execracion de los hombres de bien, y enemigos de la union de los corazones y de la paz. «Yo soy vuestro Señor y vuestro Dios, que os impongo este precepto: No aborrecerás á tu hermano dentro de tu corazon.» Todo está lleno de ficciones y añagazas en el mundo. ¡Qué de malignidad bajo de unos esteriores risueños, bajo de apariencias imponentes! Alábase, lisonjéase, hácense protestas de la mas sincera amistad, mientras que se alimenta un odio mortal en el corazon. Esta maligna simulacion es la que Dios condena. Tienes algun motivo de queja contra tu hermano, dice Dios, franquéate amistosamente con él, sin que tu corazon esté jamás ulcerado ni irritado. En fin, si alguno te ofende, deja al Señor el cuidado de vengarte. No le son indiferentes tus intereses, para que deje impune la injuria que te se ha hecho. Olvida aun las injurias recibidas; ama á tu prójimo como á tí mismo: Dios pretende, por decirlo así, que los nombres de prójimo y de amigo sean sinónimos. De este modo, con una bondad asombrosa, instruia Dios á aquel pueblo grosero, material, á aquel pueblo enteramente carnal é indócil, á la manera que un buen padre instruye á un hijo en su infancia; no le da mas que lecciones proporcionadas á su pequeña edad, reservando dárselas mas espirituales y mas perfectas cuando llegare á una edad madura. Esta edad madura era el tiempo de la venida del Mesías. Por esto vemos cuanto mas espirituales y mas perfectos son los preceptos de Jesucristo que los de la ley antigua. Esta no manda mas que olvidar la injuria recibida; la ley nueva ordena que tambien se ame al que nos la ha hecho. Aquella no contiene mas que preceptos conformes á la razon natural; los preceptos y las máximas de la ley de gracia son aun sobre la naturaleza y la razon.

El Evangelio de la misa de este dia refiere lo que pasó en Jerusalen durante la fiesta de la dedicacion del templo, cerca de tres meses y medio ántes de la muerte del Salvador.

Esta fiesta instituida solo ciento sesenta y cuatro años ántes de Jesucristo, era muy célebre entre los judíos, y duraba ocho dias como las demás fiestas de primera clase. Celebrábase en memoria de la purificacion del templo y su dedicacion, hechas en tiempo de Judas Macabeo, gloria de su nacion, y restaurador de su religion y de su patria. Habiéndose hecho dueño de la Judea, y en particular de Jerusalen el impío Antíoco Epiphanes, rey de Siria, profanó con todo género de abominaciones el santo templo. Muchos de los judíos cediendo á la persecucion,

apostataban todos los dias, y ofrecian incienso á los ídolos. Judas Macabeo, asombro de su siglo por su zelo por la religion, y por su valentía, habiendo deshecho con un puñado de gente los ejércitos numerosos de Antíoco, y conseguido siete grandes victorias sobre Apolonio, Seron, Gorgias, Nicanor, Timotheo, Bacchides y Lysias, volvió á tomar á Jerusalen, é hizo publicar el designio que tenia de restablecer la religion, y reparar el culto del Señor en su templo. Reunióse el pueblo fiel en el dia señalado; mas apenas vieron hasta qué punto habia sido profanado el lugar santo, y que cuanto habia de mas respetable en la casa del Señor habia sido ó destruido ó manchado por los gentiles, fué general la desolacion. El religioso héroe hizo que inmediatamente fuese todo restablecido, reparóse el santuario que habia sido cuasi enteramente destruido; edificóse un altar nuevo; santificóse el templo y el atrio; hiciéronse nuevos vasos sagrados, y se restableció el santo templo á su primer esplendor y antigua magnificencia. Acabado felizmente todo, se celebró la dedicacion, ó renovacion solemne, el dia 25 del mes Casleu, esto es, el noveno mes judaico, que muchas veces caia al principio de diciembre. Celebróse la fiesta de esta dedicacion por espacio de ocho dias con gran solemnidad, y quedó establecido que todos los años en igual dia se renovase su memoria con octava. Durante esta solemnidad fué cuando el Salvador vino al templo. Como era invierno y la estacion cruda, no quiso Jesus detenerse en los atrios que estaban descubiertos y espuestos á la lluvia, y se mantuvo en una galería que se llamaba la galería de Salomon porque se habia edificado en lugar ó sobre el modelo del antiguo pórtico de Salomon á la entrada del templo. Inmediatamente se reunieron los judíos al rededor de él, y le dijeron: ¿Hasta cuándo nos tendrás en ansiedad? Si tú eres el Mesías dínoslo claramente. ¿Será acaso un deseo sincero de saber la verdad lo que mueve los labios de los que hacen esta pregunta? Los judíos comprenden siempre muy bien que Jesucristo se llama el Mesías, cuando se trata de hacerle un crímen y perseguirle por este motivo; mas cuando se trata de creerle sobre su palabra, autorizada con los milagros que obra, pretenden que no haya hablado nunca con bastante claridad. Del mismo modo los herejes no buscan en las disputas, en las conferencias, en la Escritura misma, en los escritos de los santos Padres, la verdad, sino autorizar su pasion y su rebelion contra la Iglesia. Búsquese la verdad sin pasion, con sencillez y de buena fé, y se encontrará. El Salvador, que conocia el verdadero motivo y los verdaderos sentimientos de aquellos espíritus malignos y disimulados, les respondió: Os lo he dicho ya bastante, pero vosotros no quereis creerme; y aun cuando no os lo hubiera dicho, los milagros que hago en nombre y por la virtud de mi Padre, demuestran bien claro quién soy yo. ¿No os he dicho que yo era la luz del mundo, el Hijo de Dios, el buen pastor, que he venido para salvar, para dar la vida, para dar la libertad, para rescatar; que debo morir y resucitar; que soy el dueño de mi vida y de mi muerte; no habeis notado que veo hasta lo mas secreto que pasa en vuestro corazon, y en vuestro espíritu? Os he dicho que mi Padre era Dios, y que yo era uno con mi Padre. ¿Puede Dios hacer milagros para autorizar la mentira y la impiedad? Dios, sin embargo, ha autorizado todo cuanto he dicho con milagros; vosotros pues no creeis, porque no quereis creer, y por lo mismo no sois de mi rebaño. Mis ovejas oyen mi voz, yo las conozco, ellas me conocen; tambien me siguen con una docilidad perfecta; yo les doy la vida eterna, y no perecerán jamás, á ménos que ellas mismas quieran perderse. Ellas creen en mí, y por medio de las gracias que les dispenso las pongo en estado de hacer su salud. Yo velo continuamente sobre ellas, de suerte que todos los esfuerzos del infierno no son capaces de arrancármelas, mientras permanezcan en mi redil; en él no hay poder en el mundo que pueda arrancarlas de mis manos. ¿Quién es capaz de sostenerse contra el Omnipotente, contra mi Padre? Lo que mi Padre me ha dado, es superior á todas las cosas; esto es, el poder y la naturaleza divina que yo recibo de mi Padre, y que es la misma que la de mi Padre: es por consiguiente tan imposible el arrancarme nada de las manos, como el arrancarlo de las manos de mi Padre. Vosotros quereis que yo os hable sin figuras, sin metáfora, y que os diga quién soy; os lo diré, mas no por eso me creereis. Mi Padre y yo no somos mas que uno.» ¿Podia esplicarse Jesucristo mas claramente? Estas palabras contienen una declaracion tan espresa de la consustancialidad del Verbo, y de la divinidad de Jesucristo, que los mismos judíos no pudieron darlas otro sentido. «Mi Padre y yo somos una misma cosa.» Hé aquí la distincion de las personas, y la unidad de naturaleza, entre Jesucristo y Dios su Padre. Por esto, porque decia que era una misma cosa con Dios su Padre, tomaron piedras los judíos para apedrearle como blasfemo. Qué bien prueba esto la mala intencion de los judíos en la pregunta que le habian hecho. Preguntan al Salvador que les diga si es el Mesías, se lo dice, y quieren apedrearle. El Hijo de Dios, sin alterarse, les dice: Muchas obras buenas he hecho á vuestra vista por la virtud de mi Padre, ¿por cuál de estas obras maravillosas me apedreais? Como si les dijese: Yo he curado vuestros enfermos, he arrojado los demonios de los cuerpos de los poseidos, he resucitado los muertos; con cinco panes he alimentado cerca de cinco mil personas; todas estas maravillas son testimonios convincentes de quién yo soy, y pruebas concluyentes de la verdad de mi doctrina, y de la santidad de mi moral: ¿por cuál de estos milagros me quereis apedrear? Nó, no es por esto, respondieron, es porque acabas de pronunciar una blasfemia, porque siendo un hombre, quieres hacerte pasar por Dios. Es pues el nombre de Dios que yo me atribuyo lo que os escandaliza, y en verdad que no hay razon para ello. ¿No está escrito en términos espresos en los santos libros que contienen vuestra ley: «Yo he dicho, vosotros sois dioses?» Si pues la Escritura que es incapaz de contradiccion y de falsedad da á los jueces y á los magistrados, que no son mas que puros hombres, el título de Dios, porque tienen su cargo y su poder del verdadero Dios de quien son ministros, ¿qué razon teneis para juzgar por blasfemo al que ha sido santificado y enviado al mundo por el Padre, y acriminarme por lo que he dicho? Yo soy el Hijo de Dios; yo á quien mi Padre ha engendrado desde la eternidad, á quien ha comunicado su santidad, y á quien ha enviado para ser el Mesías, el Profeta esperado tanto tiempo, el Salvador de los hombres. Jesucristo no refiere las palabras del salmo 81 sino para confundir á los judíos, y nó para esplicar en qué sentido ha tomado la cualidad de Dios. Si yo no hago obras propias de un Hijo de Dios, de Mesías, de un hombre Dios,

no me creais, yo consiento en ello, decid que blasfemo; pero si las hago, dad á las obras el crédito que negais á las palabras; reconoced que puesto que yo hago las mismas obras que mi Padre, es claro que tengo el mismo poder, y por consiguiente la misma naturaleza, reconoced, pues, que mi Padre está en mí, y recíprocamente yo estoy en mi Padre, y que mi Padre y yo somos una misma cosa. Yo apelo á mis obras, puesto que en todas resplandece visiblemente el carácter, por decirlo así, de la divinidad. ¡ O Salvador mio ! Los judíos mismos que os acusan de blasfemia, son los reos de la mas horrible de las blasfemias, puesto que no pueden contestaros la cualidad de Hijo de Dios que os dais á vos mismo, sin pretender que Dios puede autorizar con los milagros mas evidentes la mentira y la impiedad. Admiremos aquí la sabiduría y la dulce providencia de nuestro Dios que no ha querido obligarnos á creer misterios superiores á la razon, sin haber hecho él mismo para confirmarnos las obras superiores á la naturaleza. ¡ Qué no deben temer, despues de esto, aquellos espíritus indóciles, que no son incrédulos sino porque la corrupcion de su corazon ha cegado y embrutecido su entendimiento !

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Sanctificato hoc jejunio, Deus, tuorum corda fidelium miserator illustra: et quibus devotionis præstas affectum, præbe supplicantibus pium benignus auditum. Per Dominum...

O Dios, lleno de misericordia, ilustrad los corazones de vuestros fieles por medio de este santo ayuno; y escuchad favorablemente las oraciones de aquellos á quienes habeis dado el ardor y el deseo de una verdadera piedad. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola está tomada del libro del Levítico, cap. 19.

In diebus illis: Locutus est Dominus ad Moysen, dicens: Loquere ad omnem cœtum filiorum Israel, et dices ad eos: Ego Dominus Deus vester. Non facietis furtum. Non mentiemini nec decipiet unusquisque proximum suum. Non perjurabis in nomine meo, nec pollues nomen Dei tui. Ego Dominus. Non facies calumniam proximo tuo, nec vi opprimes eum. Non morabitur opus mercenarii tui apud te usque ad mane. Non maledices surdo, nec coram cæco pones offendiculum: sed timebis Dominum Deum tuum, quia ego sum Dominus. Non facies quod iniquum est, nec injuste judicabis. Non consideres personam pauperis, nec honores vultum potentis. Juste judica proximo tuo. Non eris criminator, nec susurro in populo. Non stabis contra sanguinem proximi tui. Ego Dominus. Non oderis fratrem tuum in corde tuo, sed publice argue eum, ne habeas super illo peccatum. Non quæras ultionem, nec memoreris injuriæ civium tuorum. Diliges amicum tuum sicut te ipsum. Ego Dominus. Leges meas custodite. Ego enim sum Dominus Deus vester.

En aquellos dias habló el Señor á Moisés, y le dijo: Habla á toda la congregacion de los hijos de Israel, y dles: Yo soy el Señor vuestro Dios. No robareis, no mentireis, y ninguno engañará á su prójimo. No os servireis de mi nombre para perjurar, no profanareis el nombre de vuestro Dios. Yo soy el Señor. No calumniareis á vuestro prójimo, ni le oprimireis con violencia. No diferireis hasta el otro dia la paga de los operarios que trabajan para vosotros, ni de los mercenarios que os sirven. No hablareis mal del sordo, no pondreis delante del ciego obstáculos que puedan hacerle caer, ántes bien temereis al Señor vuestro Dios; porque yo soy el Señor. No hareis nada contra la equidad, ni juzgareis con injusticia. No pareis la atencion en la persona del pobre, ni temais la presencia del rico. Juzgad á vuestro prójimo segun la justicia. No levanteis falsos testimonios en el pueblo, ni en público, ni en secreto, y no deseeis la muerte de vuestro prójimo. Yo soy el Señor. No abrigueis dentro de vuestro corazon el odio contra el hermano, sino reprendedle públicamente, no sea que se convierta para vosotros en una ocasion de pecado. No trateis de vengaros, ni conserveis el rencor con vuestros hermanos. Amareis á vuestro amigo como á vosotros mismos. Yo soy el Señor. Guardad mis leyes, porque yo soy el Señor vuestro Dios.

El Levítico es el tercero de los cinco libros de Moisés ó delPentateuco. Llámase Levítico porque contiene principalmente las leyes que miran á las obligaciones de los levitas, y de todos los que debian servir al altar y á los sacrificios; la consagracion de Aaron y de sus hijos, y las demás ceremonias sagradas. Despues de lo que hace Dios en él un compendio de los preceptos generales que habia dado ántes.

REFLEXIONES.

«No diferireis hasta el otro dia la paga de los obreros que trabajan para vosotros, ni de los mercenarios que os sirven.» Es un pecado que clama venganza á Dios el retener el salario de los pobres obreros y de los mercenarios. ¡Qué inhumanidad y qué barbarie, recibir el fruto del trabajo de los que nos sirven, y retener el precio de sus sudores! Los tiranos obligan á los cristianos á trabajar en las minas ó en las obras públicas sin salario. ¿Qué no exigen todavía los turcos de sus esclavos? pero ni los otros han negado jamás el alimento por lo ménos á aquellos á quienes hacian trabajar. ¡ Qué injusticia el agotar las fuerzas, y aun el poco fondo de los artesanos, por los adelantos que se les obliga á hacer, y despues retener su paga! ¿No es esto un doble latrocinio? ¡Qué crueldad, hacer trabajar á los obreros que no viven mas que de su trabajo, y negarles lo que han ganado con el sudor de su frente para vivir! Un jornalero pasa su juventud, gasta sus fuerzas y su salud, consume los mas hermosos años de su vida en el servicio de un señor delicado, estravagante, duro, y algunas veces para ue se le paguen sus estipendios necesita seguir un pleito. Exígense de los domésticos servicios escesivos; apena se les deja lugar para parecer cristianos. ¡Con qué atencion y puntualidad se quiere ser servido, pero con qué dificultad se paga! ¡con qué rigor se indemniza sobre el salario hasta de los menores descuidos! Cuanto mas se distinguen por su clase,

por su autoridad, por su nacimiento, mas duros son por lo comun por el jornalero y el artesano. Han puesto los infelices su dinero y su trabajo, y ¡y cuántos viajes, buen Dios, cuántas visitas tienen que hacer! ¡cuántos sinsabores que sufrir! ¡cuántas sequedades que oir para hacerse otra vez con ello! Despues de muchos meses, de años enteros de dilaciones, de negativas, apenas se atreven á presentarse. No se les pregunta lo que se les debe, y se les recibe como si fuesen á pedir una limosna. Hay quien no tiene mas esplendor que el vestido, el cual lo debe aun al mercader, y se arrebata y carga de injurias al que viene á pedir que le pague. ¡Qué de gentes arruinadas, qué de familias empeñadas, que de pobres artesanos pidiendo limosna por esta especie de robos públicos! Un gran señor cree que un trabajador le falta al respeto cuando le pide su salario: por mas que se presente suplicando, jamás es bien recibido cuando pide. Conócese bien que nada hay mas justo que esto; pero se creeria al parecer deshonrado presentándose como deudor. Así un hombre envanecido con su clase, con su crédito, con su nombre, una mujer mundana, despues de haber perdido al juego hasta el salario de los trabajadores y de los domésticos, pagan solo con injurias á sus acreedores. No quede en vuestro poder hasta el dia siguiente la paga de los trabajadores, de los mercaderes y de los jornaleros. El Señor vuestro Dios es el que impone este mandamiento. ¿Y se observa como es debido este precepto? No solamente permanece en poder del deudor la paga de los jornaleros hasta el dia siguiente; ¿cuántos meses, y á veces cuántos años se está reclamando, sin que se logre cobrarlo? Ese dinero, ese salario que negais, cuyo pago dilatais, es precio del trabajo, del sudor del artesano: la sangre de Abel clamaba al cielo pidiendo justicia contra el asesino; temed que el sudor del jornalero no clame á Dios pidiendo justicia del robo. ¡Qué injusticia! Quiérese ser servido en el dia determinado, quiérese la obra, aunque sea necesario trabajar toda la noche, y despues se hace esperar meses enteros por la paga.

El Evangelio de la misa es tomado del de san Juan, c. 10.

In illo tempore: Facta sunt Encænia in Jerosolymis, et hiems erat. Et ambulabat Jesus in templo, in porticu Salomonis. Circumdederunt ergo eum Judæi, et dicebant ei: Quousque animam nostram tollis? Si tu es Christus, dic nobis palam. Respondit eis Jesus: Loquor vobis, et non creditis: opera, quæ ego facio in nomine Patris mei, hæc testimonium perhibent de me. Sed vos non creditis, quia non estis ex ovibus meis. Oves meæ vocem meam audiunt, et ego cognosco eas, et sequuntur me: et ego vitam æternam do eis, et non peribunt in æternum, et non rapiet eas quisquam de manu mea. Pater meus quod dedit mihi, majus omnibus est: et nemo potest rapere de manu Patris mei. Ego et Pater unum sumus. Sustulerunt ergo lapides Judæi, ut lapidarent eum. Respondit eis Jesus: Multa bona opera ostendi vobis ex Patre meo; propter quod eorum opus me lapidatis? Responderunt ei Judæi: De bono opere non lapidamus te, sed de blasphemia: et quia tu homo cum sis, facis teipsum Deum. Respondit eis Jesus: Nonne scriptum est in lege vestra: Quia ego dixi, dii estis? Si illos dixit deos, ad quos sermo Dei factus est, et non potest solvi Scriptura: quem Pater sanctificavit, et misit in mundum, vos dicitis: Quia blasphemas: quia dixi, Filius Dei sum? Si non facio opera Patris mei, nolite credere mihi. Si autem facio: et si mihi non vultis credere, operibus credite, ut cognoscatis, et credatis quia Pater in me est, et ego in Patre.

En aquel tiempo se solemnizaba en Jerusalen la fiesta de la renovacion del templo, y era invierno. Paseábase Jesus en el templo, en el pórtico de Salomon, y poniéndose los judíos en rededor de él, le decian: ¿Hasta cuándo nos has de tener en ansiedad? Si tú eres el Cristo, dínoslo claramente. Respondióles, pues, Jesus: Os hablo, y no me creeis. Las obras que yo hago en nombre de mi Padre, dan testimonio de mí; pero vosotros no creeis, porque no sois de mis ovejas: mis ovejas oyen mi voz, yo las conozco, y ellas me siguen. Yo les doy la vida eterna, y no se perderán eternamente, y ninguno hay que las arranque de mis manos. Lo que mi Padre me ha dado, es sobre todas las cosas, y nadie puede arrebatarlo de la mano de mi Padre. Mi Padre y yo somos una misma cosa. Al oir esto los judíos, tomaron piedras para apedrearle. Díjoles entonces Jesus: Yo he hecho á vuestra vista muchas obras buenas por la virtud de mi Padre; ¿por cuál de estas obras me apedreais? Respondiéronle los judíos: No es por las buenas obras por lo que te apedreamos, sino porque blasfemas, porque siendo hombre te haces á ti mismo Dios. Díjoles entonces Jesus: ¿No está escrito en vuestra ley: Yo he dicho, vosotros sois dioses? ¿Qué? ¿habiendo llamado la ley dioses á aquellos á quienes hablaba, y no pudiendo ser desmentida la Escritura, me decís á mí, que he sido santificado y enviado al mundo por el Padre, que blasfemo, porque he dicho: Yo soy el Hijo de Dios? Si no hago las obras de mi Padre no me creais; pero si las hago, y no quereis creerme á mí, creed á las obras, á fin de que conozcais y creais que el Padre está en mí y que yo estoy en él.

MEDITACION.

Sobre el camino de la perdicion.

Punto primero.—Considera que hay un camino que lleva á la perdicion; el número de los que van por él es grande: ¿no somos nosotros de este número? No es difícil conocer cuál es este pernicioso camino; despues de lo que Jesucristo nos ha dicho de él, es muy difícil engañarnos. Camino ancho, camino trillado, moral cómodo y complaciente; nó, vosotros no fuisteis jamás el camino de la salvacion. No hay uno entre los santos que no haya tomado otro camino. Esas avenidas tan floridas y tan llanas atraen la multitud; pero ¿á dónde conducen? Las flores trastornan la cabeza, el ruido aturde, caminase sin desconfianza cuando se camina con mucha compañía, y por camino llano; pero ¿es allí el aire puro? ¿puede uno defenderse del contagio que allí reina? ¿y puede ser el cielo el término de un camino que aleja siempre mas de él?

Es ancha la puerta, y espacioso el camino que lleva á la perdicion. Formemos el sistema de conciencia que nos agradare; formemos la moral que se nos antoje; hé aquí el

oráculo. Indulgencia universal en favor de las pasiones; interpretaciones benignas de la ley; libertinaje del corazon y del espíritu, que tanto debilita la religion, hasta cuasi apagar la fe; licencia de las costumbres; perniciosas máximas del mundo, que proscriben todo lo que alarma los sentidos, todo lo que incomoda; imperio del amor propio, en donde el espíritu del Evangelio está cautivo, y en donde el lujo, las pasiones y el placer triunfan ¿tendreis por término la felicidad eterna?

¡Dios mio! ¡qué estravagancia el marchar desahogadamente por un camino que conduce infaliblemente al precipicio! ¡qué locura el seguir una moral que Jesucristo ha reprobado! ¡qué error el abrazar unas máximas tan opuestas á la religion! Tal es la conducta de aquellos que esclavos de sus apetitos, no viven mas que segun sus deseos. Este camino ancho y llano que lleva á la perdicion, es esa vida blanda y ociosa, es esa vida mundana y entregada al placer. Este camino ancho, es esa moral relajada que pretende ensanchar los caminos del cielo, que autoriza todo lo que lisonjea la codicia; es esa moral hipócrita que presentando unas entradas muy estrechas, abre un camino muy espacioso, que á favor de esterioridades austeras y reformadas, alejando de los sacramentos, conduce insensiblemente al libertinaje.

¡Ah Señor! ¿por qué camino voy yo, cuando vivo tan apegado á mis deseos, y tan poco conforme á vuestra moral?

Punto segundo.—Considera, que en materia de salvacion, no es el camino mas seguro el mas trillado: síguense malos guias cuando se sigue á la multitud; no se raciocina cuando uno se deja arrastrar; ¿y es otra cosa lo que hacen los que quieren vivir como los demás?

¿Qué regla de conducta mas perniciosa, mas falsa, que la que ha introducido el desarreglo, y que autoriza la licencia de costumbres? Un estilo contra toda regla, una moda estravagante, el ejemplo de algunas mujeres mundanas y de un monton de libertinos; el arte de hacerse ricos por medio de usuras reales, que se enmascaran bajo el especioso título de comercio industrioso; un lujo escesivo que confunde todas las condiciones, y que reina cuasi en todas partes, bajo del nombre de moda ó de costumbre; ¿son estos los modelos que debe proponerse un cristiano? ¿Se obra como hombre sabio, camínase con seguridad, cuando sin raciocinar mucho sobre el camino que se toma, sin saber aun á dónde se va, se descansa sobre la multitud que corre al mismo riesgo? Hé aquí lo que significa esa desgraciada máxima, que se ha hecho cuasi la regla de las costumbres de muchas gentes: «es preciso hacer como los demás.» Hé aquí la puerta ancha y el camino espacioso que conduce á la perdicion; hé aquí la moral emponzoñada que pierde á tantas almas.

Encuéntrase muy estrecha la moral de Jesucristo; pero ¿no nos ha dicho Jesucristo espresamente que el camino espacioso lleva á la perdicion? Predica el mundo una moral mas cómoda; pero es conforme al Evangelio? ¿puédese temer el infierno y caminar tranquilamente por el camino ancho? ¿puédese llevar una vida blanda, una vida mundana, y estar seguros sin fascinacion?

¿Hallaremos uno solo entre los santos que haya llevado este camino? No hay condicion en el mundo que no haya tenido santos, y ningun santo ha habido que no se haya alejado de este camino espacioso, ninguno que no haya mirado con horror esa moral cómoda.

Yo mismo, Señor, desde este momento detesto el camino ancho; demasiado tiempo he ido por él, corriendo á mi perdicion, pero puesto, Dios mio, que vuestra pura misericordia es la que me ha hecho advertir que me estraviaba, dignaos conducirme de hoy mas por el camino de la salvacion.

Jaculatorias.—Haced, Señor, que conozca siempre bien el camino que lleva á vos, y enseñadme á seguir los senderos de la justicia. (Psalm. 24.)

Alejadme, Señor, del camino de perdicion. (Psalm. 118.)

PROPÓSITOS.

1 ¿Es proceder como sabios el elegir un camino porque es fácil, y está mas trillado, aun cuando se sepa que nos aleja del término á donde se quiere ir? Tal es la conducta de aquellos que no quieren mas que directores flojos y complacientes, y no gustan de otra moral que la mas cómoda. Las gentes de cualidad, las gentes ricas, los que pertenecen á clases distinguidas, son por lo comun de este gusto; quieren ser contemplados hasta en la práctica de los mandamientos, hasta en el tribunal y en el ejercicio de la penitencia. Espónense sin disfraz y sin consideracion las órdenes del Señor al artesano; pero se necesita del arte de la elocuencia para no ofender la delicadeza de los grandes cuando se les esponen las verdades de la religion y las máximas del Evangelio. Diríase que se hace odiosa una moral cuando es muy cristiana, es preciso saber razonar con cien géneros de correctivos las máximas de Jesucristo para que agraden: ¿no se diria que es á los paganos á quienes se predica? Examinemos si tal vez somos nosotros cristianos de este carácter. ¿Acaso no hemos escogido un confesor flojo, ignorante, complaciente, poco celoso? ¿no seguimos una moral demasiado indulgente? Un médico poco hábil, ó que lisonjease nuestro mal, le despediríamos; ¿y piden por ventura ménos resolucion ó ménos zelo las enfermedades del alma y su salud eterna? El amor propio ciega, el interés aturde; no consultemos ni al uno, ni al otro. No hay mas que una fé en nuestra religion, no puede haber mas que una moral. Dios no difiere á nuestros errores, cuando el corazon tiene tanta parte en ellos como el entendimiento. No nos lisonjeemos sobre un punto de esta importancia.

2 El camino que lleva á la perdicion es espacioso, y el número de los que van por él es grande. ¿No nos formamos un sistema de conciencia á nuestro gusto? Rígidos, austeros para los demás, ¿no nos aplicamos toda la indulgencia? Esa vivacidad, ese ardor cuando se trata de nuestros intereses, esa tendencia á sostener nuestros derechos, ¿no hacen sospechosa nuestra moral? Esas dispensas del ayuno, acaso tambien de la abstinencia y de las demás austeridades necesarias; esas sumas considerables, con crecido interés; esa suntuosidad ó delicadeza de mesa; esas diversiones tan multiplicadas; esa continuacion en el juego, esos refinamientos en los placeres; ese estudio enfadoso por las comodidades; esas interpretaciones demasiado indulgentes de la ley; esas frialdades para observarla; ese gran tren, ese lujo, ¿prueba todo esto que se va por el camino estrecho? ¿No demuestra mas bien que se sigue el camino de los réprobos, siguiendo á la multitud? He aquí

un gran motivo de exámen y de reflexiones; pero no paseis el dia sin ver en vosotros mismos el fruto por una mutacion de conducta.

JUEVES DE PASION.

La proximidad del gran dia de las misericordias del Salvador, y del sacrificio de su vida que debia hacer á Dios su Padre por la remision de nuestros pecados, obliga á la Iglesia á acompañar su luto con los sentimientos mas interesantes de la contricion mas viva. Ella comienza la misa de este dia por un reconocimiento sincero de nuestra iniquidad, confesando que nuestros pecados merecen los mayores castigos; pero la vista de la infinita misericordia del Señor la asegura. «Señor, todo lo que habeis hecho, lo habeis hecho por un juicio muy equitativo. Nosotros hemos merecido todos los castigos, porque hemos pecado contra vos y no hemos guardado vuestros mandamientos. Pero dad gloria á vuestro nombre, y tratadnos segun la grandeza de vuestra misericordia.» Estas palabras están tomadas de la oracion que hizo á Dios Azarías, uno de los tres jóvenes hebreos de Babilonia, en el horno encendido adonde habia sido arrojado con sus dos compañeros de órden de Nabucodonosor.

La Epístola de la misa es una parte de esta misma oracion, referida en el tercer capítulo del profeta Daniel, en donde se halla toda esta historia.

Entre los cautivos que fueron llevados de Jerusalen á Babilonia por el rey Nabucodonosor, habia muchos niños de la primera calidad, entre los cuales hizo escoger este príncipe cuatro de los de mejor presencia, y que descubriesen mas talento, para que sirviesen en palacio entre los oficiales de su cámara. El primero de los cuatro era Daniel, el cual por su sabiduría y su talento llegó muy pronto á ser el favorito del príncipe: los otros tres fueron Ananías, Misael y Azarías, todos cuatro de la sangre de los reyes de Judá. Habiéndose prendado de ellos Nabucodonosor mandó que por espacio de tres años fuesen amaestrados en los ejercicios convenientes á su calidad, y á los empleos á que estaban destinados por el príncipe, que quiso tambien que se les enseñase la lengua y los estilos del pais, y que se alimentasen de las viandas y del vino de su mesa; pero exactos observadores de la ley del Señor, no quisieron jamás tocar á las viandas caldeas, y obtuvieron del oficial encargado de su educacion el que les dejase comer solo legumbres y beber solo agua. Habiendo sido Daniel elevado á las primeras dignidades del reino, despues de haber interpretado el famoso sueño que había tenido el rey, no olvidó á sus amados compañeros, y todos tres fueron nombrados intendentes de las obras de la provincia de Babilonia. Su fortuna no alteró su piedad, ni su zelo por su religion; pero les atrajo envidiosos que resolvieron perderles. No tardó en presentárseles ocasion para ello.

Embriagado Nabucodonosor con la altura de su poder, con sus conquistas y todas sus prosperidades, quiso que se le rindiesen los mismos honores que se rendian á los dioses del imperio. Para esto hizo labrar su estatua de oro fino, de sesenta codos de altura y seis de ancho, y la hizo colocar en el campo de Dura, con órden á los príncipes de su córte, á los magistrados de las ciudades, á los gobernadores de las provincias y á todos los empleados, de que se hallasen en la dedicacion de la estatua. Hallóse una multitud increible en el dia señalado, á la cual se le intimó de parte del rey, que en el momento que se oyese el sonido de las trompetas y de los demás instrumentos, adorasen todos la estatua, so pena á los que se negasen á obedecer de ser arrojados en el instante en un horno de fuego. Postráronse todos á la señal; solo los intendentes de la provincia de Babilonia, Sidrac, Misac y Abdenago (estos eran los tres nombres caldeos que se habian dado á los tres jóvenes hebreos, Ananías, Misael y Azarías) no creyeron que debian obrar como los demás. Fueron notados, y denunciados al rey como infractores de sus órdenes; llamados á su presencia confesaron el hecho, y dijeron resueltamente al rey, que ellos no adorarian jamás sino al verdadero Dios, único soberano Señor del universo, y que aun cuando les debiese costar la vida, nunca adorarian ni sus dioses, ni su estatua. Esta respuesta irritó de tal modo á Nabucodonosor, que arrebatado del furor, mandó que el fuego del horno se encendiese siete veces mas activo, que era costumbre encenderlo; y habiendo hecho atar en su presencia á los tres oficiales hebreos, los mandó arrojar con sus vestidos en el horno. Los encargados de esta ejecucion eran soldados de su guardia, escogidos de entre los mas robustos. Apenas los hubieron arrojado en el horno, cuando saliendo la llama como un torbellino, envolvió á los soldados y á los caldeos que se hallaron mas cerca del fuego, y en el mismo punto los consumió. Sin embargo los tres hebreos se mantuvieron en el horno encendido como si estuvieran en un lugar de refrigerio, sin que el fuego hubiese quemado mas que sus ataduras; veíaseles pasear tranquilamente en medio de las llamas alabando á Dios, y bendiciendo al Señor, que obraba en su favor uno de los mayores prodigios. Entonces Azarías, á quien los babilonios llamaban Abdenago, manteniéndose en pié en medio del fuego, dirigió en alta voz, en nombre de todos, á Dios la oracion que constituye el asunto de la Epístola de la misa de este dia. Despues de haber bendecido al Señor, y espresado el deseo de que fuese glorificado en todos los siglos; despues de haber confesado cuán justos son sus juicios ordenando los males que habian descargado sobre todo su pueblo y sobre Jerusalen; despues de haber reconocido que todos aquellos azotes eran castigos de sus pecados; implora al fin su misericordia infinita, y suplica en medio de aquel gran teatro de su bondad, en medio de aquellas llamas que no han podido dañarles, que no abandone á su pueblo, y le conjura por su nombre y por su gloria que no anule su alianza. «Castigadnos, Señor, dice, lo merecemos; pero de un modo que no padezca vuestra gloria: no aparteis vuestra misericordia de nosotros;» admiremos aquí el motivo que presenta para ello, «en consideracion, dice, de Abraham vuestro muy amado, de Isaac vuestro siervo y de Israel vuestro santo.» Tanta verdad es que en todos tiempos se ha vivido en la persuasion de que el crédito de los santos para con Dios era poderoso, y que en consideracion á ellos otorgaba Dios muchas gracias. Acordaos, Señor, continúa, que vos les habeis prometido multiplicar su posteridad como las estrellas del cielo, y estamos reducidos á un número mas pequeño que el de cualquiera de las naciones de la tierra; vivimos en la oscuridad; no se ven ya entre nosotros ni reyes sobre el trono, ni profetas con autoridad, ni forma alguna de república arreglada. Jerusalen está arruinada, vuestro santo templo profanado, no tenemos ni sacrificios ni oblaciones; porque el estado á que nos vemos reducidos, no nos permite apa-

ciguar vuestra cólera, ni recurrir á vuestra clemencia, ofreciéndoos en vuestro templo sacrificios sangrientos: recibid, al ménos, con bondad el único sacrificio que podemos ofreceros, que es un corazon contrito y humillado, que implora vuestra misericordia. Dignaos, Señor, mirar con ojos favorables á vuestro pueblo afligido, y dejaos ablandar por nuestros gemidos y por nuestras lágrimas como en otro tiempo por los holocaustos de los carneros y de los toros que se os ofrecian en el templo. «Haced, Dios y Señor, que de tal modo se presente hoy delante de vos el sacrificio que os ofrecemos, que os sea agradable.» Estas palabras las ha ingerido la Iglesia en el cánon de la misa. Por fin, Azarías, animado del Espíritu Santo, no olvida en esta admirable oracion ningun motivo que sea á propósito para interesar el corazon de Dios y desarmar su cólera: confesion sincera de sus desbarros, dolor de haber pecado, propósito de conversion, confianza en su misericordia, de todo se vale en medio de aquel horno, para apaciguar la indignacion de Dios sobre todo el pueblo.

El Evangelio refiere la conversion de la célebre pecadora, que se hizo un modelo de devocion, de fervor y de penitencia desde el principio de su conversion.

Un fariseo, esto es, uno de los judíos que hacian profesion de observar con mas religiosidad los mandamientos de la ley, y de hacer una vida mas santa á los ojos de los hombres, rogó al Salvador que fuése á comer á su casa. Aceptó el Salvador con el designio que tenia de atraer por su dulzura y por su complacencia á unas gentes que no le amaban, y sobre todo el de acabar la conversion de un alma que habia vivido hasta entonces en el desórden, y á la que habia ya tocado su gracia. Mientras que estaban en la mesa, recostado cada uno sobre uno de aquellos lechos que se ponian al rededor, segun la costumbre de los judíos y aun de los romanos, apoyada la cabeza sobre la mano izquierda, y el codo izquierdo sobre un almohadon, estendido el cuerpo á lo largo, y los piés vueltos sobre atrás, una mujer muy desacreditada en la ciudad por su licencia y su mundanidad, habiéndose informado en dónde estaba el Salvador, vino, durante la comida, á casa del fariseo, adonde habia concurrido una gran multitud de gentes; atravesó por entre la muchedumbre, y sin hablar mas que con su llanto, se echó llena de confianza á los piés del Salvador, los regó con sus lágrimas, los enjugó con sus cabellos, los besó con respeto, y derramó sobre ellos un perfume de gran precio, en un licor precioso.

Viendo esto el fariseo, y no sabiendo el motivo, formó mal concepto de un hombre que permitia á una mujer tan desacreditada que se acercase tanto á él. Si este hombre, decia él entre sí, fuese profeta, como se dice, sabria cuál es la mujer que le besa los piés.

Jesus, que leia en el alma del fariseo todo lo que pensaba, no quiso confundirle, echándole en cara públicamente un juicio tan falso y tan poco caritativo, y se sirvió de una parábola para corregirle. Débese siempre, al reprender el vicio, tener consideracion con el honor de la persona: ninguna cosa hay mas cortés, mas atenta, mas circunspecta que la caridad. Admiremos aquí la bondad del Salvador, que dando caritativamente la leccion al fariseo, sin desacreditarle, hace al mismo tiempo la apología de aquella penitente. Dos personas, le dice el Salvador, eran deudoras de cierto hombre; la una le debia quinientos denarios de plata y la otra cincuenta; mas como las dos eran pobres y no tenian con qué pagar, perdonó á entrambas la deuda. «¿Cuál de las dos en tu juicio le ama mas?» esto es, ¿cuál de las dos ha debido amar mas á su bienhechor para inclinarle á que la perdonase una deuda tan considerable, y cuál de las dos le deberá estar mas reconocida por el beneficio recibido? La pregunta del Salvador encierra dos sentidos segun el parecer de los mejores intérpretes. Es claro, responde Simon, que aquel á quien ha perdonado mayor suma. Has juzgado bien, replica el Salvador, y volviéndose hácia la pecadora penitente: ¿Ves esta mujer? le dice, pues juzga de su amor á su bienhechor por lo que ella hace y por la gracia que yo voy á hacerla: cuando he entrado en tu casa, no me has dado agua para lavarme los piés, segun nuestro estilo ordinario: ella no cesa de regármelos con sus lágrimas y enjugármelos con sus cabellos: no me has dado el ósculo de paz, si bien apenas hay quien falta á esta cortesía; y ella desde que ha entrado no ha dejado de besar mis piés: no has acompañado esta comida de perfumes conforme á la costumbre; y ella ha derramado sobre mis piés un licor oloroso: ¿no son todas estas señales visibles de su contricion y de su amor? Por tanto «os digo, que se le perdonan muchos pecados porque amó mucho;» ó como dice el texto griego, le han sido ya remitidos. El dolor y la contricion sobrenatural que acompañaban, ó mejor que habian prevenido las señales esteriores de penitencia, habian procurado ya á aquella mujer el perdon del que le da aquí el Salvador una entera seguridad. «Aquel á quien se le perdona ménos,» añadió Jesucristo, «ama ménos.» Estas palabras miran á Simon el fariseo, quien léjos de haber tenido á Jesucristo aquel amor que obtiene el perdon de los pecados, ni aun le habia hecho aquellos obsequios de amistad que podian exigirse de un amigo. Veia tambien el Salvador las verdaderas disposiciones interiores del corazon de Simon, y lo que aquí le dice, es propiamente una leccion que le da y que él podia fácilmente comprender. Por fin, no contento con haber justificado á aquella mujer en público, quiso tambien este amable Salvador darle á ella misma una seguridad positiva del perdon de sus faltas pasadas, diciéndola: «Vé, tus pecados te son perdonados.» Este decreto consolatorio de justificacion suscitó la murmuracion entre los que estaban á la mesa; dijéronse en voz baja los unos á los otros: «¿Quién es este hombre que tambien perdona los pecados?» porque en fin á solo Dios pertenece el perdonar los pecados, ni es este un poder que pueda conferirse á ningun hombre. Algunos interpretan esto en buena parte y pretenden con bastante probabilidad, que las palabras de los convidados eran mas bien efecto de su admiracion que de su censura. Como todos ellos estaban instruidos del milagro que habia hecho resucitando el hijo de la viuda de Naim, admiraron aquí el poder de Jesucristo. Preciso es, decian, que este hombre sea mas que un simple profeta, puesto que no solo resucita los muertos, sino que tambien perdona los pecados. Sea lo que se quiera de esto, el Salvador no respondió nada, mas dirigiéndose á aquella dichosa penitente: «Tu fé te ha salvado,» la dijo, «vé en paz.» Tú has creido en mí; te habias persuadido que yo podia concederte el perdon de tus pecados; has acudido á mí con esta esperanza. Tú has concebido horror á tus desórdenes pasados; has formado una verdadera contricion de ellos: sabe, pues,

que tu fé, tu confianza y tu amor, son la causa de tu salvacion. Jesucristo, dicen los Padres, opone aquí la fé de esta mujer á la incredulidad de los fariseos y de todos los que estaban presentes y no quieren creer que Jesucristo fuese el Mesías.

Piensan muy mal los herejes creyendo apoyar en estas palabras del Salvador su sistema de la fé justificante, porque si la fé condujo á aquella mujer á los piés de Jesucristo, para encontrar en ellos su salud, fué empero la caridad la que la justificó, como espresamente lo declara el Salvador: «se le perdonan su pecados, porque ha amado.»

Con motivo de este Evangelio, se celebra hoy en algunas partes la fiesta de la conversion de la Magdalena ó de santa María Magdalena penitente, que la mayor parte de las casas de recogidas y de penitentes han tomado por titular de sus iglesias y por patrona especial de sus comunidades.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Præsta, quæsumus, omnipotens Deus: ut dignitas conditionis humanæ per immoderantiam sauciata, medicinalis parsimoniæ studio reformetur. Per Dominum...

Haced, ó Dios omnipotente, que la naturaleza humana, herida por la intemperancia, se restablezca á su dignidad por una abstinencia saludable. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola está tomada del profeta Daniel, capítulo 3.

In diebus illis: Oravit Azarias Dominum, dicens: Domine Deus noster: ne quæsumus, tradas nos in perpetuum propter nomen tuum, et ne dissipes testamentum tuum: neque auferas misericordiam tuam à nobis propter Abraham dilectum tuum, et Isaac servum tuum, et Israel sanctum tuum: quibus locutus es, pollicens quod multiplicares semen eorum sicut stellas cœli, et sicut arenam, quæ est in littore maris: quia, Domine, imminuti sumus plus quam omnes gentes, sumusque humiles in universa terra hodie propter peccata nostra. Et non est in tempore hoc princeps, et dux, et propheta, neque holocaustum, neque sacrificium, neque oblatio, neque incensum, neque locus primitiarum coram te, ut possimus invenire misericordiam tuam: sed in animo contrito, et spiritu humilitatis suscipiamur. Sicut in holocausto arietum, et taurorum, et sicut in millibus agnorum pinguium, sic fiat sacrificium nostrum in conspectu tuo hodie, ut placeat tibi: quoniam non est confusio confidentibus in te. Et nunc sequimur te in toto corde, et timemus te, et quærimus faciem tuam. Ne confundas nos: sed fac nobiscum juxta mansuetudinem tuam, et secundum multitudinem misericordiæ tuæ. Et erue nos in mirabilibus tuis, et da gloriam nomini tuo, Domine: et confundantur omnes, qui ostendunt servis tuis mala, confundantur in omnipotentia tua, et robur eorum conteratur: et sciant, quia tu es Dominus Deus solus et gloriosus super orbem terrarum, Domine Deus noster.

En aquellos dias, hizo oracion al Señor Azarías, diciendo: Os pedimos, Señor, encarecidamente, por la gloria de vuestro nombre, que no nos abandoneis para siempre. No rompais vuestra alianza, ni retireis de nosotros vuestra misericordia, en consideracion de Abraham vuestro muy amado, de Isaac vuestro siervo, y de Israel vuestro santo, á los cuales habeis prometido que multiplicareis su descendencia como las estrellas del cielo, y como la arena que está en la ribera del mar: porque estamos, Señor, reducidos á un número mas pequeño que todas las demás naciones, y nos vemos hoy humillados por toda la tierra, á causa de nuestros pecados. Nosotros no tenemos ya en la actualidad, ni príncipe, ni gefe, ni profeta, ni holocaustos, ni sacrificios, ni oblaciones, ni incensaciones, ni lugar en que podamos ofreceros nuestras primicias para atraer vuestra misericordia sobre nosotros. Muévaos á recibirnos benigno el corazon contrito y el espíritu humillado con que nos ponemos en vuestra presencia. Séaos el sacrificio que os ofrecemos hoy tan agradable, como si os ofreciésemos los holocaustos de los carneros y de los toros, y de mil corderos gordos, porque los que ponen su confianza en vos, no caen en la confusion. Nosotros vamos ahora á vos de todo corazon, os tememos, y buscamos vuestro rostro. No nos arrojeis de vuestra presencia, ántes bien tratadnos conforme á vuestra bondad, y segun la multitud de vuestras misericordias. Haced brillar vuestras maravillas para librarnos, y dad gloria á vuestro nombre. Sean confundidos todos los que hacen padecer á vuestros siervos, y sean confundidos por vuestra omnipotencia. Sea abatida su fortaleza; y sepan que vos solo, Señor y Dios nuestro, sois el Señor, el Dios, y el Rey de la gloria en toda la tierra.

Daniel disfrutó de un gran favor en tiempo de Nabucodonosor, de Evilmerodach su hijo, de Baltasar, de Darío el Medo, que le sucedió, y de Ciro. La reputacion de Daniel era tan grande, aun cuando vivia, que era como un proverbio: «eres mas sabio que un Daniel.» Puede decirse que Dios mismo ha hecho su elogio, diciendo en Ezequiel: «Si se hallasen en una ciudad tres hombres del mérito de Noé, de Daniel y de Job, garantizarian á sus habitantes del peligro.»

REFLEXIONES.

«Nos vemos hoy humillados por toda la tierra, á causa de nuestros pecados; justo es y religioso este sentimiento, pero ¿es tan comun como es verdadero? Reconócese la humillacion, gímese bajo de los azotes con que Dios nos castiga, rindese bajo el peso de las adversidades; pero ¿se reconoce la verdadera causa de esto? Una pérdida, una desgracia, una muerte precipitada, un accidente molesto, trastornan el sistema mejor fundado, hacen que se frustren todos los proyectos, arruinan, pulverizan una familia floreciente: esos cedros que se elevan hasta las nubes, tenian raices proporcionadas á su altura; un golpe de viento ha hecho pedazos su cabeza, y el ardor del sol en ménos de nada ha calcinado el tronco. Atúrdenos el golpe, pregúntase quién ha podido en tan poco tiempo trastornar este prodigioso coloso. No falta quien desde luego atribuya

ya estos reveses de la fortuna á la envidia de los concurrentes, á la malicia de un enemigo, á los artificios de la mala fé, á la flaqueza de los apoyos, á su inhabilidad, á su imprudencia. Quiérese siempre que haya habido subterráneos que se ignoraban, causas naturales y ocultas de nuestras desgracias: una enfermedad penosa, la muerte de un padre, de un hijo único, de un esposo, atribúyense siempre á un sinsabor, á un esceso de disgusto, á la intemperie del aire, al desórden de las estaciones, á una indiscrecion poco sensata: ¿quién es el que se reconoce y dice, somos humillados y afligidos á causa de nuestros pecados? Sin embargo, esta es la causa, y muchas veces aun la única de nuestras desgracias. ¿Quién piensa en reconocer que la piedra que ha trastornado aquella alta estatua, que el gusano que ha hecho secar aquella encina tan verde, que el fuego que ha derretido y consumido todos aquellos ricos metales, aquella casa tan opulenta, aquella fortuna tan brillante, es ese contrato usurario, esa hacienda mal adquirida, esa dureza con los pobres y los desgraciados, ese corazon irritado y ulcerado contra un enemigo; es esa impiedad desvergonzada que se lleva hasta los piés de los altares, esa poca religion, esas impurezas y esos crímenes enormes de que ya no se avergüenzan; son esos hijos tan mal educados cuyos desórdenes se toleran; es la mundanidad, el lujo escesivo y las intrigas de esa mujer jóven mundana; esos desarreglos de ese marido tan poco cristiano; que es todo esto, ó al ménos algunos de estos escesos los que han escitado las tempestades, han causado los naufragios, han arruinado las familias, han hecho desaparecer la prosperidad que parecia haberse hecho hereditaria en aquella casa? No se quiere reconocer la mano que hiere, y de aquí es que se sienten los golpes sin fruto alguno. No busquemos, pues, en otra parte que en los desórdenes de nuestro corazon el orígen de todas nuestras desgracias; agotemos este manantial por medio de una verdadera conversion á Dios y veremos agotarse nuestras desgracias, ó á lo ménos vendrán á ser para nosotros todavía mas útiles que la prosperidad, por el buen uso que haremos de ellas.

El Evangelio de la misa es tomado del capítulo 7 de san Lucas.

In illo tempore: Rogabat Jesum quidam de pharisæis, ut manducaret cum illo. Et ingressus domum pharisæi, discubuit. Et ecce mulier, quæ erat in civitate peccatrix, ut cognovit quod accubuisset in domo pharisæi, attulit alabastrum unguenti: et stans retro secus pedes ejus, lacrymis cœpit rigare pedes ejus, et capillis capitis sui tergebat, et osculabatur pedes ejus, et unguento ungebat. Videns autem pharisæus, qui vocaverat eum, ait intra se, dicens: Hic, si esset propheta, sciret, utique, quæ et qualis est mulier, quæ tangit eum: quia peccatrix est. Et respondens Jesus, dixit ad illum: Simon, habeo tibi aliquid dicere. At ille ait: Magister, dic. Duo debitores erant cuidam fœneratori: unus debebat denarios quingentos, et alius quinquaginta. Non habentibus illis unde redderent, donavit utrisque. Quis ergo eum plus diligit? Respondens Simon, dixit: Æstimo quia is, cui plus donavit. At ille dixit ei: Recte judicasti. Et conversus ad mulierem, dixit Simoni: Vides hanc mulierem? Intravi in domum tuam, aquam pedibus meis non dedisti: hæc autem lacrymis rigavit pedes meos, et capillis suis tersit. Osculum mihi non dedisti: hæc autem, ex quo intravit, non cessavit osculari pedes meos. Oleo caput meum non unxisti: hæc autem unguento unxit pedes meos. Propter quod dico tibi: Remittuntur ei peccata multa, quoniam dilexit multum. Cui autem minus dimittitur, minus diligit. Dixit autem ad illam: Remittuntur tibi peccata. Et cœperunt qui simul accumbebant, dicere intra se: Quis est hic qui etiam peccata dimittit? Dixit autem ad mulierem: Fides tua te salvam fecit: vade in pace.

En aquel tiempo, rogó á Jesus un fariseo que comiese con él, y habiendo aceptado Jesus, se sentó á la mesa en casa del fariseo. Inmediatamente una mujer que vivia mal en la ciudad, sabiendo que él (Jesus) estaba á la mesa en casa del fariseo, tomó un vaso de alabastro lleno de un licor oloroso, y estando detrás junto á los piés de Jesus, comenzó por regárselos con sus lágrimas, los enjugaba con sus cabellos, los besaba, y los frotaba con el licor. Viendo esto el fariseo que le habia convidado, decia dentro de sí mismo: Si este fuera un profeta sabria sin duda quién es la mujer que le toca, y cuál es su conducta, puesto que vive mal. Tomando entonces Jesus la palabra, le dijo: Simon, tenia que decirte una cosa. Hablad, Maestro, respondió él. Cierto acreedor tenia dos deudores; uno le debia quinientos denarios de plata y otro cincuenta. No teniendo ninguno de los dos de qué pagar, perdonó á uno y otro la suma que le debian. ¿Cuál, pues, de ellos te parece que le ama mas? Yo juzgo, respondió Simon, que aquel á quien ha perdonado mayor suma. Has juzgado bien, le dijo Jesus. Y volviéndose hácia la mujer, le dijo á Simon. ¿Ves esta mujer? Yo he entrado en tu casa, y no me has dado agua para lavarme los piés, ella me los ha regado con sus lágrimas, y enjugado con sus cabellos; tú no me has dado el beso, ella desde que ha entrado no ha cesado de besar mis piés; tú no has ungido mi cabeza con el aceite oloroso, ella me ha frotado los piés con un licor fragante: por todo esto te digo que se le perdonan muchos pecados, porque ha amado mucho. A aquel, pues, á quien se le perdonan ménos, ama ménos. Despues de esto, le dijo á la mujer: Tus pecados te se han perdonado. Los que estaban á la mesa con él, comenzaron á decir entre sí mismos: ¿Quién es este hombre que tambien perdona los pecados? Por fin Jesus le dijo á la mujer: Tu fé te ha salvado, vete en paz.

MEDITACION.

Sobre el modelo de la verdadera penitencia.

Punto primero.—Considera en esta mujer pecadora el modelo de una verdadera conversion. Movida del estado infeliz en que vivia, se rinde en fin á las ejecutivas solicitaciones de la gracia. No piensa en dilatar su conversion para otro dia. Al momento que Dios la hizo conocer sus

desórdenes y las enfermedades de su alma, toma la resolucion de acudir al divino Médico. ¡Cuántos que arden en los infiernos estarian ahora en el cielo, si habiendo tenido el mismo conocimiento por las luces de la gracia, la misma inspiracion, el mismo pensamiento de convertirse, no hubiesen diferido para otro dia de fiesta, para otro tiempo, para otra ocasion su conversion! ¡Desdichada dilacion que condena á tantas almas! Magdalena tenia no obstante grandes razones para diferir su conversion; era todavía jóven, gozaba de una salud robusta; una edad mas madura, una disposicion ménos risueña, parecian un tiempo mas á propósito para una mutacion que podia desmentirse; por lo ménos la circunstancia presentaba un grande obstáculo. Jesucristo habia sido convidado á comer en casa de un fariseo, la reunion era grande, todas gentes malignas y desapiadados censores, de los cuales era ella demasiado conocida. Si era necesario convertirse, ¿para qué con tanto ruido? parece que lo que quiere es mas bien hacer ostentacion de su reforma. Parece que dictaba la prudencia esperar á que el Salvador estuviese en su casa, la dilacion no parecia muy larga; un convite, un festin, parecia poco conveniente para dar al público una escena semejante. Debe tambien atenderse á la propia reputacion. Un estrépito semejante era una conversion muy pública y una publicacion muy ruidosa en sus desórdenes. Así raciocina el espíritu del mundo y de la carne; mas el espíritu de Dios raciocina muy de otra manera. No bien ha concebido Magdalena en donde podrá encontrar á su Salvador, cuando corre allá; entra en la sala del festin, penetra por entre la multitud, y sin hablar mas que con sus llantos y con sus sollozos, se postra á los piés de Jesucristo y los riega con sus lágrimas. No hay cosa mas resuelta, no la hay mas generosa que una alma verdaderamente convertida. El crímen es desvergonzado, el vicio desprecia todo respeto humano; pero puede decirse que la verdadera conversion inspira todavía mas ánimo. Juzguemos del mérito y de la sinceridad de esas conversiones aparentes, de esas cobardes, tímidas y siempre perniciosas semi-conversiones, que temen hasta que se las tenga por una vuelta del alma á Dios y por un á Dios al mundo. Ninguna consideracion detiene á Magdalena: zumbas de los libertinos, censura picante de los mundanos, interpretaciones malignas, nada es capaz de aterrarla. Ella se mantiene á los piés del Salvador, sus lágrimas son el lenguaje de su contricion, su sentimiento aboga por ella. Despues de un arrojo semejante, despues de un paso como este, poco hay que sea capaz de hacerla volver atrás; nada responde mejor de su perseverancia que una declaracion tan pública. Y hé aquí lo que el demonio teme; él no impide que uno se convierta, pero no quiere que se haga con estrépito; esas consideraciones, ese respeto humano, esa vergüenza de parecer convertido, es siempre un recurso para él; y hé aquí en que consisten tantas conversiones falsas, ó al ménos esta es la causa de que haya tan pocas que perseveren.

Punto segundo.— Considera que no se redujo toda la conversion de Magdalena á detestar sus pecados pasados y obtener el perdon de ellos, siguióse á ella una vida fervorosa, penitente y ejemplar. ¿Qué reforma de costumbres mas notable, qué devocion mas afectuosa, qué fervor mas perseverante, qué penitencia mas larga y mas austera, qué amor de Dios mas perfecto y mas generoso? ¿Hubo alguna ocasion de dar pruebas de su ardiente amor á su buen Maestro, que ella no la aprovechase? Si le queda algun resto de su lujo y de su vanidad, solo se sirve de él para hacerle públicamente sacrificios. Elige siempre el tiempo en que la reunion es mas numerosa para derramar á los piés del Salvador sus mas preciosos perfumes. Los discípulos mas adheridos al Hijo de Dios se retiran luego que le ven amarrado y preso, solo san Juan, el discípulo amado, es el que le sigue hasta la cruz, y Magdalena. ¡Oh, cuánta verdad es que ella ha amado á Jesucristo, y que es uno generoso cuando ama! No es fácil que se debilite su apego al Salvador; ella le ama en la cruz, le ama hasta el sepulcro, y hasta allí corre para rendirle los últimos obsequios; ni los soldados armados, ni una piedra de un peso enorme que cierra la entrada del sepulcro, ni el sello público, son obstáculos capaces de detener su zelo. Nada cree imposible, todo lo cree fácil á su amor. En fin la mas cruel persecucion, el peligro visible de un triste naufragio, no alteran ni su fé ni su constancia en el servicio de su Dios. En la mar como en la tierra, en su patria como en un pais estranjero, en todas partes se declara por el Dios á quien adora y á quien ama. Ninguno jamás tuvo una seguridad ménos dudosa y mas positiva del perdon de todos sus pecados que Magdalena; ¿pero se contenta con la seguridad que tiene de su perdon? Bien lo sabemos, jamás se vió una penitencia mas larga ni mas austera. Diez y siete años en el hueco de una espantosa roca, sin otro alimento que algunas raices insípidas y amargas; hé aquí cuál fué la vida de una mujer delicada, criada en los placeres, educada, por decirlo así, en la mundanidad, pero verdaderamente convertida. ¡O qué bello y escelente modelo de penitencia! ¿pero se encuentran en el dia de hoy muchas copias de un modelo tan perfecto? Encuéntranse innumerables que imitan á Magdalena pecadora; pero muy pocos que imiten á Magdalena penitente. Una confesion muy superficial, una contricion muy dudosa, una penitencia muy lijera, seguida de una vida toda mundana, alguna vez mas deliciosa, siempre muy devota; hé aquí á que se reduce la pretendida conversion de la mayor parte de los pecadores de nuestros dias. ¿Y despues de esto se muere tranquilo?

Ea, Señor, no permitais que este gran modelo de conversion, no sirva mas que para hacerme mas culpable. Concededme la gracia de que no solo deteste verdaderamente mis pecados, sino tambien la de que mi penitencia sea una prueba de mi sincera conversion, y una señal del perdon de mis pecados.

Jaculatorias.— Renovad, Señor en mí aquella pureza de corazon, y aquella rectitud de espíritu, que son las señales de una verdadera penitencia. (Psalm. 50.)

Vuestra indignacion, Señor, no seria posible que se ensangrentase contra un corazon contrito y humillado. Dadme, pues, esta contricion verdadera y este espíritu de penitencia. (Psalm. 50.)

PROPÓSITOS.

1 No os contenteis con admirar en la Magdalena un modelo perfecto de una verdadera conversion; imitad un tan grande ejemplo. No basta haber detestado verdaderamente todos vuestros pecados, haber hecho una buena confesion, haber aun reformado vuestras costum-

bres y mudado de vida; es preciso añadir la mortificacion y la penitencia, si quereis perseverar. «No dejeis de temer, aun por el pecado que está perdonado» dice el Espíritu Santo. Aun cuando estuviereis tan seguro como la Magdalena, de que Dios os ha perdonado vuestros pecados, no dejeis de temer con un temor acompañado de confianza en Dios, al mismo tiempo que de una santa severidad en vuestras costumbres.

2 No paseis dia alguno de vuestra vida sin hacer actos de contricion por vuestros pecados, y sin practicar tambien algun ejercicio de penitencia. Estableced mortificaciones para todos los años, algunas para todos los meses, otras para todas las semanas, y usad alguna todos los dias.

VIERNES DE PASION.

La Iglesia en el oficio de la misa de este dia nos anuncia ya de un modo mas espresivo la pasion y la muerte del Salvador, para cuya celebracion quiere que nos preparemos durante los ocho dias que la preceden.

El introito de la misa está tomado del salmo 30, que es una oracion humilde, afectuosa, llena de confianza, que David hace á Dios en medio de sus mayores aflicciones, y cuando se veia en el mas inminente peligro de su vida. Viéndose David en medio de sus enemigos, sin esperanza de evitar la muerte que Saul habia decidido darle; abandonado de sus deudos y de sus amigos, que no se atrevian á declarse por él; habiéndole proscrito Saul, ya sus enemigos no le guardaron mas consideraciones, y los grandes entraron en la pasion del príncipe. ¿Qué figura mas marcada, dicen los Padres, de Jesucristo en su pasion?

«Compadeceos, Señor, de la estrema afliccion en que me veis sumergido. Libradme, Señor, y sacadme de entre las manos de mis enemigos, que encarnizadamente me persiguen con el designio de perderme; no pase yo por el rubor de verme abandonado de vos, despues de haber invocado vuestro nombre. Yo he esperado siempre en vos. Señor, no tenga jamás la confusion de haber esperado en vano, ántes bien ármeos en mi favor vuestra justicia.» Se ha observado ya en otra parte, que habiéndose aplicado Jesucristo el sexto versículo de este salmo, nos ha significado con esto bastante que las persecuciones de David eran la figura de las suyas.

La Epístola corresponde perfectamente al salmo: está formada de las palabras del profeta Jeremías, quien representando tambien la figura de Jesucristo, pide ser libertado de sus enemigos. Predice que los que abandonan á Dios serán confundidos, y los que se retiran de él serán escritos en la arena, para ser inmediatamente borrados.

El profeta Jeremías recibió órden de Dios para que anunciase al pueblo judío, al rey, á los grandes de la córte y á los sacerdotes, las desgracias que dentro de poco tiempo debian afligir á la ciudad de Jerusalen y á toda la nacion; dándoles así el Señor este aviso por medio de su Profeta, para moverles á que aplacasen por la penitencia á la justicia divina, justamente irritada por la corrupcion general de las costumbres. Mofáronse empero de la profecía y del Profeta. Despues de haber amenazado al pueblo de su ruina próxima y de su cautividad, y siempre inútilmente, atacó á los grandes del pais, á los mismos sacerdotes, á los doctores ó intérpretes de la ley. Todos vivian entregados á una corrupcion tan general, y de tal modo endurecidos en la impiedad, en la idolatría, en la avaricia, en la disipacion y en todo género de disoluciones, que de nadie fué bien recibida la verdad, é irritándose todos contra el que se la anunciaba, y que trataba de inclinarlos á la penitencia para apartar los males de que estaban amenazados, dieron en perseguirle de la manera mas cruel, y desde entonces formaron el designio de perderle. No se desanimó por esto el Profeta. Viendo que no se le queria escuchar dictó á Baruch, su principal discípulo, todo lo que habia predicho contra Jerusalen y contra toda la nacion. Cuando se le manifestó la profecía al rey Joaquin, este príncipe, incomodado por las desgracias que se le anunciaban, desgarró el escrito con un cortaplumas, y lo arrojó al fuego; pero Dios mandó al Profeta que volviese á escribir las mismas amenazas en otro volúmen, y que añadiese aun otras muchas. Esta santa libertad á que le animaba el espíritu de Dios, le espuso, no obstante, á las persecuciones de los judíos. Fué puesto en prision dos ó tres veces; y no pudiendo sufrir los cortesanos de Sedecías que, á pesar de su prision, echase continuamente en cara á los judíos sus desórdenes, y les anunciase las desgracias que les amenazaban, le arrojaron en una mazmorra llena de lodo. Hubiera perecido en ella, si un etíope llamado Abdemelech, á quien su mérito habia dado un lugar distinguido cerca del rey, no hubiese obtenido de aquel príncipe el permiso para sacarle de ella. Los de la ciudad de Anathot, pueblo de su nacimiento, fueron, al parecer, los mas empeñados en perseguirle. Sus conciudadanos le amenazaron que le quitarian la vida si persistia en profetizar en nombre del Señor, mas no por eso perdió el ánimo, para anunciarles los terribles efectos de la cólera divina, de modo que fué como un milagro el que saliese de sus manos.

Habiendo ido á Jerusalen continuó sus funestas predicciones con el mismo zelo que ántes, diciendo á voz en grito, que el templo no garantizaria á la ciudad de la indignacion del Señor, que la trataria como habia tratado á Silo; añadiendo que la reduciria á ser la execracion de todos los pueblos de la tierra. Habiéndole oido los sacerdotes, el pueblo y los profetas, que eran entonces lo que fueron despues de la vuelta de la cautividad los escribas y los doctores, se arrojaron sobre él, clamando que era preciso quitarle la vida en el instante, para impedir así que profetizase mas en nombre del Señor. Asieron luego de él, le llevaron á la presencia del rey, y pidieron su muerte, alegando que la habia merecido por haber profetizado contra la ciudad. Reuniéronse para deliberar; y habiendo reconocido los senadores que todo su crímen era, nó el haber atraido desgracias á la ciudad, sino haber predicho de parte del Señor las que la amenazaban, y haber tratado de inclinar el pueblo á la penitencia para evitarlas, le libraron. Jeremías fué despachado absuelto, á pesar del furor del pueblo y del odio de los sacerdotes.

Léjos de amilanarse por tan injustas persecuciones, y á la vista de unos peligros tan frecuentes, se enardeció mas su zelo, y sus predicciones fueron ménos vagas y ménos oscuras. Predijo que la cólera de Dios iba á estallar inmediatamente sobre Jerusalen, y que el instrumento de que Dios se serviria para castigarla seria Nabucodonosor, rey de Babilonia. Estas últimas amenazas ya tan precisas, no

fueron todavía poderosas para ablandar aquellos corazones endurecidos. Aun podia haber sido tiempo de apaciguar al cielo irritado, si aquel pueblo infeliz hubiese implorado la clemencia de Dios, y recurrido á la penitencia. El suceso verificó muy pronto todas aquellas funestas predicciones. Nabucodonosor hizo adelantar su ejército hácia el Jordan para entrar en Judea.

Habia al otro lado de este rio ciertos solitarios, llamados Recabitas del nombre de Recab, uno de los descendientes de Jethro, suegro de Moisés. Eran gentes dedicadas á una vida muy austera, que no poseian nada, y que en todo tiempo moraban bajo de tiendas. Su abstinencia era asombrosa. Pasaban su vida cantando alabanzas á Dios, acompañando siempre su canto con la sinfonía. Estando ya Nabucodonosor á punto de entrar en su pais con su ejército, se marcharon de allí para ponerse á cubierto de los insultos de los soldados paganos, y habiendo pasado el Jordan, vinieron á refugiarse á Jerusalen como á un asilo. Apenas estuvieron en la ciudad, queriendo Dios confundir á los judíos rebeldes á su voluntad y á su ley, con el ejemplo de unas gentes tan exactas y tan religiosamente sometidas al instituto que su padre les habia prescrito, dió órden á Jeremías para que los tentase y probase su fidelidad, presentándoles vino para que bebiesen. Llevólos el profeta á todos al templo, y habiéndoles hecho entrar en la cámara del tesoro, hizo que pusiesen delante de ellos tazas llenas de vino, y les dijo que bebiesen. Escusáronse todos diciendo que habiéndoles su padre Jonadab, hijo de Recab, mandado que jamás bebiesen vino, ni ellos, ni sus hijos, ni toda su posteridad, nada seria capaz de hacerles violar este precepto. Sirviéndose entonces Jeremías de este ejemplo de los Recabitas, hizo ver á los habitantes de Jerusalen que ellos eran inescusables violando tan insolentemente los mandamientos de su Dios, y con cuánto derecho los Recabitas se levantarian contra ellos, y les acusarian en el gran dia de las divinas venganzas. Así tambien debia servirse Jesucristo algun dia, con el mismo fin, del ejemplo de los Ninivitas. Todas estas sabias amonestaciones del profeta, no produjeron otro efecto que el irritar mas aquel pueblo endurecido. Aproximándose, pues, Nabucodonosor, fué encerrado Jeremías en una prision, para impedirle que fuése á predicar al templo como lo tenia de costumbre. En fin, despues de la toma y del saqueo de Jerusalen, y cumplidos ya todos los males que el profeta les habia anunciado, léjos de reconocerse aquel desventurado pueblo, y convertirse de sus estravíos, la tomó con el santo profeta, que no cesaba de echarle en cara sus disoluciones y su idolatría, por manera que no pudiendo ya sufrir sus justas y saludables reprensiones, le apedrearon en Taphné. Durante el mayor fuego de las persecuciones fué cuando Jeremías hizo á Dios la admirable oracion que constituye el asunto de la Epístola de la misa de este dia. Es demasiadamente visible la analogía que se encuentra entre las persecuciones de Jeremías y las de Jesucristo; la causa del odio y los motivos de los perseguidores son semejantes; por esto se ha mirado siempre este profeta en todo lo que ha sufrido de parte de los judíos por la justicia, como la figura de Jesucristo en su pasion.

El Evangelio del dia contiene el decreto de muerte, por decirlo así, dado en la asamblea de los judíos contra el Salvador del mundo.

Era demasiado brillante el milagro de la resurreccion de Lázaro, para no haber hecho grande impresion en los ánimos. Un gran número de los que habian sido testigos de él, habian creido en Jesucristo, al paso que otros en lugar de rendirse á un milagro tan visible, se endurecieron mas en su incredulidad. Del mismo modo se ven aun todos los dias gentes que se endurecen en el crímen y en el error, escuchando ó leyendo lo que convierte á aquellos que tienen un corazon recto, y cuyo entendimiento no está fascinado por alguna pasion dominante. Los judíos obstinados habiendo venido de Bethania á Jerusalen, contaron á los fariseos lo que Jesus acababa de hacer, y les confesaron que este milagro habia hecho una grande impresion en los ánimos, y engrosaba cada dia mas el número de sus discípulos. Este maravilloso acontecimiento alarmó mucho la envidia y el odio de los enemigos del Salvador; creyeron que era indispensable juntarse, sin perder tiempo, para deliberar. Verificóse, en efecto, la reunion, compuesta de los pontífices que presidian en ella, de los fariseos, y de los escribas. No se pensó mas que en buscar algun camino para oprimir al Salvador, como si el bien que hacia por todas partes hubiese sido un mal público al cual debiera ponerse un remedio pronto. Vese aquí la relacion que hay entre la Epístola y el Evangelio del dia. ¿Qué hacemos, decian, en qué pensamos? Este hombre hace muchos milagros, los cuales le dan un crédito estraordinario, y hacen creer al pueblo que es el Mesías. Si le dejamos obrar, todo el mundo creerá en él, y muy pronto va á ser reconocido por toda la nacion como rey de los judíos, y el Salvador prometido á nuestros padres, y los romanos, que no pueden reconocer otra dominacion que la suya, vendrán á atacarnos como rebeldes, y destruirán nuestra ciudad, nuestro templo y nuestra nacion. ¡Qué mal se raciocina, ó Dios mio, cuando es la pasion ó el espíritu de partido el que raciocina! Mientras que los fariseos han creido que podian desacreditar los milagros del Salvador, le han atacado como á un enemigo del verdadero Dios. Hoy que se ven forzados á reconocer su poder, tratan de perseguirle como á un enemigo del estado. De esta manera el espíritu del error lo hace servir todo á sus designios para perder á un adversario temible. Pero ¿en qué ha venido á parar toda esta prevision de la sinagoga? En el mal mismo que ella creia evitar. Parece que los judíos tienen miedo de que el pueblo elija á Jesucristo por rey, y que los romanos en tal caso traten á su nacion como rebelde y la destruyan; pero el crímen á que los conduce este temor imaginario, atrae muy pronto sobre toda la nacion la desgracia que aparentaban querer evitar.

Despues que se hubo discutido el asunto, Caifás, que presidia la asamblea en calidad de gran sacerdote, cuyas principales funciones ejercia en aquel año, tomando la palabra: Vosotros no lo entendeis, les dijo, no advertís que es interés nuestro que muera un hombre solo por todos los demás, y que á ménos que todos queramos perecer, es indispensable sacrificar un hombre para salvar á toda la nacion. El Evangelio añade que no habló así de su cabeza, sino que como era gran sacerdote, dijo guiado de un espíritu profético, que Jesucristo debia morir por la salud de la nacion. ¡Qué admirable es Dios en los medios que emplea para ejecutar sus designios! la pasion, el error mismo, sirven aquí, segun sus miras, de órgano á la verdad. Caifás animado del odio contra Jesucristo concluye que se le debe quitar la vida para salvar al pueblo, y sus palabras to-

madas en el sentido que él las da, son absolutamente falsas, puesto que á la muerte de Jesucristo debe seguirse la destruccion de la nacion judaica. Pero Caifás es el soberano pontífice, y sus palabras entendidas en el sentido del Espíritu Santo, que habla en esta ocasion por su boca, son el decreto de muerte fulminado contra Jesucristo por su Padre para la salud de los judíos y de los gentiles. Quedó, pues, resuelta la muerte de Jesucristo en esta asamblea: ya no se pensó mas en deliberar sobre esto, sino solamente de tomar los medios seguros de ejecutar la resolucion que habian tomado.

Por secreta que fuese la deliberacion, no lo era ciertamente para aquel á quien nada se puede ocultar. Pero como aun no habia llegado el dia señalado por su Padre, no quiso el Salvador presentarse ya en los parajes públicos, y se retiró al pais vecino del desierto á una ciudad llamada Ephrem, y allí se mantuvo con sus discípulos; ¡cosa estraña! lo que determina á los judíos para hacer morir á Jesucristo, es el haber resucitado á un muerto despues de cuatro dias de enterrado; esto es, porque ha hecho el mas grande y el mas sorprendente de todos los milagros, y que únicamente podia obrar la omnipotencia de Dios. Es preciso quitarle la vida porque prueba invenciblemente que él es el Mesías prometido, y lo demuestra de un modo positivo con el mas admirable de todos los milagros. ¿Podian darse mas á conocer la pasion mas furiosa, la impiedad, la irreligion?

LA FESTIVIDAD DE LA COMPASION DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN, Ó LOS DOLORES DE NUESTRA SEÑORA.

En muchas iglesias se celebra en este dia la fiesta de la compasion de la santísima Vírgen, ó de nuestra Señora de los Dolores, que en algunas otras se celebra bajo el título de la fiesta de las Angustias de la santísima Vírgen, y en otras bajo el de la fiesta de nuestra Señora de la Piedad. La parte que la santísima Vírgen ha tenido en la pasion y en la muerte de su divino Hijo, en la que ha sentido de la manera mas viva todos los dolores que él ha sufrido, todos los oprobios de que él ha sido harto, todas las amarguras que han inundado su alma, todo esto ha dado ocasion á esta piadosa é interesante solemnidad. Celebrábase esta fiesta con mucha devocion en toda España, y es fiesta de obligacion desde que fué aprobada por el papa Clemente X: es muy célebre en la iglesia de París, y su oficio es muy selecto y muy propio de esta fiesta. El modo afectuoso y tierno con que los Santos Padres hablan de lo que interiormente padeció la santísima Vírgen en todo el curso de la pasion de Jesucristo, que ellos llaman la pasion y martirio de la santísima Vírgen, hace ver bastante la veneracion y la devocion singular que los fieles han profesado en todos tiempos á las amarguras de esta Madre afligida, las cuales han movido á la Iglesia á darle el glorioso título de Reina de los Mártires. La fiesta de la compasion de la santísima Vírgen ó de nuestra Señora de la Piedad, fué instituida ó prescrita el año 1423, en el concilio de Colonia, para reparar en alguna manera lo que los husitas habian hecho contra el honor y culto de esta bienaventurada Madre, contra la que, á ejemplo de los herejes de todos tiempos, habian vomitado mil blasfemias, condenando sobre todo las imágenes que representaban á la santísima Vírgen con su Hijo muerto en los brazos despues de haberle desclavado de la Cruz. Hásele dado á esta fiesta el nombre de compasion de la santísima Vírgen, esto es, de la santísima Vírgen compaciente, y como participante de todas las humillaciones y de todas las penas de su amantísimo Hijo, siendo, dice san Bernardo, la pasion del Hijo al mismo tiempo la pasion dolorosa de la Madre. En algunas partes se le ha asignado á esta fiesta un dia fijo en el calendario, con el fin de hacer de ella una preparacion para celebrar la pasion de Jesucristo; se la ha colocado el 18 de marzo, ocho dias ántes del 25, que es el dia en que se cree que el Salvador ha muerto. En otras partes se ha creido mas apropósito hacerla movible, y para darle tambien mas proporcion con la de su Hijo se la ha asignado el viernes que precede al Viernes santo. Tambien se ve en algunos lugares celebrarse la fiesta de las angustias de la santísima Vírgen, ó de nuestra Señora de los siete Dolores, el sábado, víspera del domingo de Ramos, como dia de la semana singularmente consagrado á la devocion de la santísima Vírgen.

Puédese tambien referir á este dia otra fiesta llamada de la pasion de la santísima Vírgen, que era muy antigua en Oriente, y que se llamaba en Francia «Notre Dame de Pamoison», esto es, nuestra Señora del Desmayo, que es poco mas ó ménos la misma que la de nuestra Señora de la Piedad. El cardenal Cayetano testifica que en su tiempo se celebraba esta fiesta con mucha solemnidad, y aun con octava desde el domingo de Pasion hasta el domingo de Ramos. Todo esto hace ver los sentimientos de ternura, de reconocimiento y de veneracion que han dominado siempre en la Iglesia hácia las penas interiores de la santísima Vírgen, inseparables de las del Salvador. En efecto, ella las ha padecido por causa nuestra, así como el mismo Salvador las habia aceptado por nuestro amor.

No puede dudarse de que la santísima Vírgen estuviese perfectamente instruida acerca del misterio de nuestra redencion desde que fué constituida Madre del Salvador, y de que conociese todas sus circunstancias. Habiéndola elegido el Eterno Padre para Madre de su Hijo, le habia dado sobre este Hijo todos los derechos que una madre puede tener sobre su hijo. Era, pues, necesario que ella consintiese en su muerte y en su sacrificio por la salud de los hombres; este es el sacrificio que ella hizo de este Hijo amado, cuando fué por sí misma á ofrecerle al templo, en donde el profeta Simeon la predijo que la pasion del Hijo, seria al mismo tiempo la pasion de la Madre: este niño, la dice, está en el mundo para ser el blanco á la contradiccion; como si dijese, que los judíos disputarian, en cierto modo, entre sí, por quién haria sufrir al Mesías mas afrentas y malos tratamientos, y que vendria á ser el objeto de su odio y de su crueldad; y tú misma verás traspasada tu alma con una espada, esto es, sentirás dentro de tí el dolor mas vivo; los ultrajes que se harán á tu Hijo, serán para tí como otras tantas cuchilladas que se clavarán en tu pecho. El dolor que sentirás será mas cruel que la muerte misma, y si no mueres con tu Hijo, será para morir tantas veces cuantas le vieres sufrir. Por nuestro amor consiente María en la muerte de su Hijo, y acepta todo lo que debe costarle la pasion y la muerte de este Hijo querido por la salud de los hombres; era, pues, muy justo que celebrando por espacio de quince dias la pasion y la muerte del Salvador de los hombres, hubiese á lo ménos un dia consagrado para celebrar la pasion de la santísima Vírgen, y todo lo que ha sufrido por nuestro amor,

y hé aquí el principal motivo y el objeto de esta fiesta.

No es posible comprender lo que la santísima Vírgen ha sufrido durante la pasion y la muerte del Salvador, y todo por la salud de los hombres. «Era un mismo holocausto el de Jesus y el de María, dice Arnaldo de Chartres (De laudib. Virgin.), los dos se ofrecian á un mismo tiempo; María en la sangre, por decirlo así, que corria de su corazon, y Jesus en la sangre que corria de todas las venas de su cuerpo. El amor compasivo hacia en el alma de la Madre, lo que los clavos, los azotes y la lanza hacian en el cuerpo adorable del Hijo. La Vírgen ha sufrido, añade, mas allá de lo que la flaqueza de su sexo y las fuerzas de la naturaleza humana pueden sufrir; porque estaba mas atormentada con los tormentos de su Hijo, que si ella misma los hubiese sufrido, en razon de que amaba mas que á sí misma, lo que era la causa de sus dolores. Los demás han sido mártires, dice san Gerónimo, porque han muerto por Jesucristo; pero María lo ha sido mas que todos los demás muriendo con Jesucristo. María ha sufrido el martirio en su corazon, dice Ricardo de San Víctor (lib. 3. de laud. Virg.), y esta espada de dolor que ha traspasado su alma en la pasion de su amado Hijo, se le computa en lugar del mas riguroso martirio. En los otros mártires, dice san Bernardo, el grande amor que tenian á Dios endulzaba el dolor que causaban sus tormentos; pero en la Vírgen, al paso que ha amado mas, mas ha sufrido; su amor aumentaba sus dolores.»

«Fué tan grande el dolor que sintió la santísima Vírgen, dice san Bernardino de Sena, que si se hubiese repartido entre todas las criaturas capaces de sentimiento, les hubiese causado la muerte á todas. Vuestro Hijo, Vírgen santa, esclama san Buenaventura, ha sufrido en su cuerpo, y vos en vuestra alma; pero todas sus llagas divididas en cada miembro de su cuerpo, se encuentran todas reunidas en vuestro corazon.» ¡O dulcísimo corazon de María! ¿por qué te has convertido en un abismo de dolores? ¿Cuáles deben ser mis sentimientos de amor, de veneracion, de sensibilidad y de reconocimiento, considerando este santo corazon convertido en un mar de amargura y de ajenjo? Con estos religiosos sentimientos de ternura, de admiracion y de reconocimiento han honrado los santos las penas y la pasion de la Madre de Dios, y con los mismos debemos nosotros honrarlas á ejemplo suyo.

La Santísima Vírgen ha parido á su divino Hijo sin dolor; pero no ha sido constituida Madre nuestra, sino, por decirlo así, en medio de los mas vivos dolores de la pasion y de la muerte de este mismo Hijo. En el Calvario, al pié de la cruz, entre los estragos, por decirlo así, del dolor mas vivo que hubo jamás, fué cuando el Salvador, espirando sobre la cruz, pronunció estas palabras: «Hé ahí tu hijo; hé ahí tu Madre;» y como san Juan, dicen los Padres, representaba allí á todos los hombres, el Salvador declaró á todos en la persona de su discípulo, que María era su Madre, y nos mandó á todos mirarla como tal, honrarla, amarla y servirla con toda la ternura, la confianza y el respeto que deben profesar á semejante Madre los que tienen la fortuna de ser del número de sus hijos.

«Dirijámonos al Salvador, dice el sabio y piadoso cardenal Belarmino (De septem verbis Domini), y llenos de confianza pidámosle encarecidamente con las lágrimas en los ojos que nos presente á su santa Madre, y que mostrándola á cada uno de nosotros la diga: «Hé aquí tu hijo;» que nos diga en seguida á nosotros mostrándonos á la Señora: «Hé aquí tu Madre.» ¡Qué dicha para nosotros el estar bajo de la proteccion de una Madre tan poderosa! ¿quién será capaz de arrancarnos de sus brazos? ¿qué tentacion, qué adversidad podrá abatirnos mientras la Madre de Dios tuviere la bondad de sostenernos? No seremos los primeros á quienes ha favorecido con su asistencia en las necesidades mas urgentes. De cuantos la han invocado ántes de nosotros ¿se ha encontrado uno solo que tuviese motivo de quejarse porque le haya despachado sin alivio? Todos han esperimentado cuán dulce y ventajoso es el tenerla por Madre. «Ella ha quebrantado la cabeza de la serpiente antigua, y los que confian en ella caminan con seguridad sobre el áspid, sobre el basilisco, sobre el leon y sobre el dragon.»

Veamos lo que dicen los santos, los cuales pueden justamente contarse entre aquellos á quienes el Salvador ha dicho, como á san Juan, «hé ahí tu Madre.» Comencemos por san Ephren, diácono de Siria, padre muy antiguo y tan célebre, que, como escribe san Gerónimo, despues de haberse leido los libros sagrados, se leian los suyos públicamente en la asamblea de los fieles. Este santo hombre, este gran siervo de María, Madre de Dios, en un escelente elogio que hace de ella, dice que no hay mancha en ella y es del todo pura, que es Reina del universo, y que los que se ven tentados de la desesperacion pongan en ella su esperanza: despues dirigiéndose á la misma Señora: «Vos sois, dice, un puerto seguro para los que se hallan combatidos de las borrascas; vos consolais á todos; los prisioneros, y los cautivos os deben su libertad; vos protegeis á los huérfanos, alegrais á los enfermos, y puede decirse que ninguno se ha salvado sin vos. Cubridme con vuestras alas, añade, tomadme bajo de vuestra proteccion y tened compasion de mí, que no soy mas que lodo y basura. Y concluye en fin con estas palabras: Hé aquí lo que constituye todo el motivo de mi esperanza, ó Vírgen purísima: yo os saludo, paz, alegría y salud de todo el universo. O Reina del mundo, dice san Juan Damasceno, admitid la súplica de un pecador, que por mas pecador que sea, no deja de amaros tiernamente, y de honraros como aquella de quien espera su consuelo, á quien espone toda la conducta de su vida, por quien espera entrar en la gracia de vuestro Hijo, y cuyo favor mira como una prenda de su salud.»

«Añadamos á estos dos padres griegos dos padres latinos, continúa el mismo sabio cardenal, san Anselmo en un libro compuesto ex profeso, sobre las grandezas de la Vírgen, dice estas palabras: Aquellos á quienes Dios ha hecho la gracia de que piensen con frecuencia en ella y la amen tiernamente, tienen, á mi parecer, una gran señal de su predestinacion y de su salvacion. San Bernardo no cede á nadie en amor y devocion á la santísima Vírgen; veamos cómo habla: Considerad bien, dice, qué amor, qué devocion á María quiere inspirarnos aquel que ha puesto en ella la plenitud de todo bien. Su intencion es que reconozcamos que en ella tenemos nuestra esperanza, nuestra santificacion, y por decirlo así, nuestra salvacion. Empleémonos, pues, añade, con todo el afecto y con todos los deseos de nuestro corazon, en honrar á la incomparable María, porque así es la voluntad de aquel que ha querido que todos los bienes que gocemos los obtengamos por ella. Queridos hijos mios: esta es la escala por donde

los pecadores suben al cielo, este es el grande apoyo que yo tengo (despues de Jesucristo), este es todo el sosten de mi esperanza. Las dos mayores lumbreras de la escuela, santo Tomás y san Buenaventura, animados de un mismo espíritu, no tienen otros sentimientos. María, dice el primero, es bendita entre todas las mujeres, porque ella sola ha alejado la maldicion, ha traido la bendicion y ha abierto la puerta del cielo. (Opusc. 1. de Salutat. Angelica.) Así como todos aquellos ¡ó bienaventurada Madre de Dios! esclama san Buenaventura, así como todos los que se alejan de vos, ó á quienes mirais con ojos desdeñosos, no pueden dejar de perecer; así todos los que se acercan á vos, y á quienes mirais con ojos favorables, no es posible que perezcan. (In Pharetr. lib. 1. cap. 5.) De todo lo que queda dicho, concluye el sabio cardenal, puede concluirse que la devocion á la Santísima Vírgen no es de las menores señales de predestinacion, porque es imposible que perezca un hombre de quien el Salvador ha dicho á su Madre: «hé ahí tu hijo,» y que ha recibido con grande afecto de gratitud y de amor esta otra palabra: «hé ahí tu Madre.»

(Véase la Dominica 14 despues de Pentecostés, y la historia de los siete Siervos de María, dia 11 de febrero.)

En toda España, en la iglesia de París, de Colonia y en otras partes, en donde se celebra en este dia con mas solemnidad la fiesta de la compasion ó de los dolores de la santísima Vírgen, la Epístola de la misa está tomada de las Lamentaciones de Jeremías, en aquel pasaje en que la ciudad de Jerusalen representa al Señor su estremada afliccion, y la amargura en que está sumergida, sin que nadie esté en estado de consolarla, ni aun se digne únicamente tener compasion de ella.

El Evangelio que se lee en la misa de esta festividad contiene la historia de lo que pasó en el Calvario al tiempo de la muerte de Jesucristo, cuando este divino Salvador recomendó su discípulo amado á su Madre que estaba al pié de la cruz, y su Madre al discípulo amado, segun lo refiere el mismo san Juan al cap. 19 de su Evangelio.

HIMNO.

Stabat Mater dolorosa
Juxta Crucem lacrymosa,
Dum pendebat Filius.
Cujus animam gementem,
Contristatam et dolentem
Pertransivit gladius.

O quam tristis et afflicta
Fuit illa benedicta
Mater Unigeniti!

Quæ mœrebat, et dolebat,
Et tremebat, cum videbat
Nati pœnas inclyti.

Quis est homo, qui non fleret,
Christi Matrem si videret
In tanto supplicio?

Quis posset non contristari,
Piam Matrem contemplari
Dolentem cum Filio?

La Madre estaba llorosa
Junto á la Cruz dolorosa,
De donde su Hijo colgaba.
A cuya alma en tan gran pena
De tristeza y dolor llena
Dura espada atravesaba.
¡Oh Dios! ¡cuán entristecida
Se encontraba esta afligida
Madre del Hijo mejor!
¡Y con qué melancolía
Las penas de su Hijo vía!
¡Cuántas ansias! ¡qué dolor!
¿Quién el llanto contuviera
Si á la Madre de Dios viera
Puesta en tal desolacion?
Y ¿quién no se contristara,
Si á la Madre contemplara
Con su Hijo en tanta afliccion?

Pro peccatis suæ gentis
Vidit Jesum in tormentis,
Et flagellis subditum.
Vidit suum dulcem Natum
Morientem, desolatum,
Dum emisit spiritum.

Eia Mater, fons amoris,
Me sentire vim doloris
Fac, ut tecum lugeam.

Fac, ut ardeat cor meum
In amando Christum Deum,
Ut sibi complaceam.

Sancta Mater, istud agas,
Crucifixi fige plagas
Cordi meo valide.

Tui Nati vulnerati,
Tam dignati pro me pati,
Pœnas mecum divide.

Fac me vere tecum flere,
Crucifixo condolere,
Donec ego vixero.
Juxta Crucem tecum stare,
Et me tibi sociare
In planctu desidero.
Virgo virginum præclara,
Mihi jam non sis amara,
Fac me tecum plangere.

Fac, ut portem Christi mortem,
Passionis ejus sortem,
Et plagas recolere.
Fac me plagis vulnerari,
Cruce hac inebriari,
Ob amorem Filii.

Inflammatus, et accensus,
Per te, Virgo, sim defensus
In die Judicii.

Fac me Cruce custodiri,
Morte Christi præmuniri,
Confoveri gratia.

Quando corpus morietur,
Fac, ut animæ donetur
Paradisi gloria. Amen.

Por pagar nuestro pecado
Vió á Jesus atormentado,
Lleno de azotes sin cuento.
Morir vió á su Hijo querido,
De consuelos destituido,
Hasta dar su último aliento.
Ea, Madre, de amor fuente,
Pon á mi alma tan doliente
Que te acompañe en tu llanto.
Haz que arda mi corazon
De amor de Dios, que es razon,
Pues eso le agrada tanto.
Haz que en mi alma esten de fijo
Las llagas del Crucifijo,
Porque nunca las olvide.
Las penas que en tí ha causado
Ver á tu Hijo tan llagado
Por mí, conmigo divide.
Haz que yo contigo llore,
Que en mí la pasion more
De Cristo mientras yo viva.
Junto á la Cruz consolarte
Y en tu llanto acompañarte
Quiero, Madre compasiva.
Vírgen que á todas escedes
Pues concedérmelo puedes,
Haz que llore cual tú lloras.
Haz que la pasion y muerte
De Cristo sienta de suerte
Que logre mi alma mejoras.
Haz que yo me mortifique,
Por amor de Dios lo aplique,
Siendo su Cruz mi ejercicio.
Que inflamado y encendido,
Por tí, ó Vírgen, defendido,
Me halle en el dia del Juicio.
Haz que muerte y Cruz de Cristo
Me ampare en aquel conflicto,
Y él me asista con su gracia.
Porque cuando el cuerpo muera
En la celestial esfera
Goce el alma de la gloria.
Amen.

La oracion de la misa de la fiesta de los Dolores es como sigue:

Deus in cujus passione, secundum Simeonis prophetiam, dulcissimam animam gloriosæ Virginis et Matris

O Dios, en cuya pasion, segun la profecía del venerable Simeon, fué traspasada el alma ternísima de la

Mariæ doloris gladius pertransivit: concede propitius; ut qui transfixionem ejus et passionem venerando recolimus, gloriosis meritis et precibus omnium Sanctorum cruci fideliter astantium intercedentibus, passionis tuæ effectum felicem consequamur. Qui vivis...

gloriosa Vírgen María vuestra Madre con una espada de dolor; concedednos benigno, que ya que celebramos con veneracion la memoria de su compasion y de sus dolores, nos aprovechemos de ella, y por los méritos é intercesion de todos los santos que fielmente han permanecido junto á la cruz consigamos los dichosos frutos de vuestra pasion. Vos que vivís y reinais, etc.

La oracion de la misa de este dia es la siguiente:

Cordibus nostris, quæsumus, Domine, gratiam tuam benignus infunde: ut peccata nostra castigatione voluntaria cohibentes, temporaliter potius maceremur, quam suppliciis deputemur æternis. Per Dominum...

Derramad, Señor, benignamente vuestra gracia en nuestros corazones, á fin de que castigando nuestros pecados con un castigo voluntario, evitemos por las penas temporales que sufrimos aquí, el caer en los suplicios eternos. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola de la misa está tomada del profeta Jeremías, capítulo 17.

In diebus illis: Dixit Jeremias: Domine, omnes qui te derelinquunt, confundentur: recedentes a te in terra scribentur: quoniam dereliquerunt venam aquarum viventium Dominum. Sana me, Domine, et sanabor: salvum me fac, et salvus ero: quoniam laus mea tu es. Ecce ipsi dicunt ad me: Ubi est verbum Domini? Veniat. Et ego non sum turbatus, te pastorem sequens: et diem hominis non desideravi, tu scis. Quod egressum est de labiis meis, rectum in conspectu tuo fuit. Non sis tu mihi formidini, spes mea tu in die afflictionis. Confundantur qui me persequuntur, et non confundar ego: paveant illi, et non paveam ego: induc super eos diem afflictionis, et duplici contritione contere eos, Domine Deus noster.

En aquellos dias dijo Jeremías: Señor, todos los que os abandonan serán confundidos, los que se alejan de vos serán escritos en la tierra, porque han abandonado al Señor que es el manantial de las aguas vivas. Curadme, Señor, y quedaré sano, salvadme y seré salvo, porque tú eres mi gloria. Yo los veo que me dicen: ¿Dónde está la palabra del Señor? cúmplase. Mas por lo que hace á mí, no me he perturbado cuando os sigo como á mi pastor, ni he deseado el dia del hombre, vos lo sabeis. Lo que ha salido de mis labios, ha sido recto ante vuestros ojos. No seais para mí un motivo de temor, puesto que sois vos mí esperanza en el dia de la aflicion. Sean confundidos los que me persiguen, y no sea confundido yo: espántense ellos, y no me espante yo: haced que venga sobre ellos un dia de desgracias, y hacedlos pedazos abrumándolos con duplicados males, ó Señor Dios nuestro.

La oracion que hace aquí Jeremías está llena de alegorías, y de grandes sentimientos de religion y de confianza en medio de sus persecuciones. Representa á Dios los mofadores discursos que hacian los judíos; los cuales insultaban en cierto modo la paciencia del Señor, y se burlaban de sus amenazas, diciendo: «Veniat;» estalle su cólera, mucho tarda en hacernos sentir sus efectos. «Yo no he deseado el dia del hombre,» dice, como si dijera, yo no deseo que los males que les he predicho de vuestra parte, les sucedan, no permita Dios que yo tenga el menor deseo de venganza. Yo no he deseado jamás ni la pérdida, ni el castigo, ni la desgracia de mi pueblo, y si os pido que hagais venir sobre ellos un dia de desdichas, esto es, que les hagais sentir el efecto de vuestras terribles amenazas, es á fin de que multiplicando sus aflicciones, se conviertan y se vuelvan á vos.

REFLEXIONES.

«Todos los que os abandonan serán confundidos.» Habla el Profeta del Señor, y nada puede aplicarse mejor á la Santísima Vírgen, de quien los Santos Padres han dicho tantas veces que así como los que la aman con ternura, los que la honran con perseverancia y la sirven con fidelidad, no pueden perderse; así los que se alejan de ella, los que abandonan su culto, los que no tienen confianza en ella, ni la profesan aquella devocion religiosa que reina en todos los elegidos, no pueden ménos de perecer. (Bonav. in Phar.) El que sirviere dignamente á la Santísima Vírgen, dice san Buenaventura, será justificado y salvo; mas el que dejare su servicio, morirá en sus pecados. (In Psalter. Mariæ.) Jesucristo mismo, el Espíritu Santo es el que ha inspirado á todas estas insignes lumbreras de la Iglesia, tan grandes afectos de devocion, de confianza, de veneracion y de amor á la Madre de Dios; el Espíritu Santo es el que les ha movido á formar tan magníficos elogios. De aquí aquellas espresiones tan nobles, tan patéticas, aquellos términos tan enérgicos, tan espresivos: «Tú eres, Vírgen Santa,» dice san Agustin, «despues de Jesucristo, la única esperanza de los pecadores.» Estamos poseidos del respeto y de la veneracion, dice san Gerónimo, hácia aquella á quien en algun sentido debemos nuestra salud. «Algunas veces somos mas prontamente oidos,» dice san Anselmo, «invocando el nombre de María, que invocando el de Jesus;» á manera que con frecuencia se obtienen mas bien las gracias del rey por la intercesion de la reina, que dirigiéndose inmediatamente al rey. De aquí todos los títulos pomposos y verdaderos de Mediadora, Abogada, Madre de gracia y de misericordia, asilo y refugio de los pecadores; de aquí el cantar muchas veces al dia la Iglesia aquellas bellas y afectuosas palabras: «Yo os saludo, Reina, Madre de misericordia; yo os saludo, vida nuestra, consuelo nuestro, esperanza nuestra.» Espresiones que jamás han agradado á los herejes; su aversion á la Madre es tan antigua como su odio al Hijo; no hay uno que no se haya alejado de María, al paso que lo ha hecho de la verdadera Iglesia. No tiene la santísima Vírgen otros enemigos de su culto, que los enemigos de Jesucristo. Hablando de María decia un Padre griego, que no se alejará jamás de la verdad aquel que dijere todo lo que puede decirse de grande, de sublime, de magnífico; ántes bien, por mas que pueda decir, nunca podrá su discurso corresponder á la grandeza de su mérito, ni de su dignidad. ¿Puédese

temer el esceso en este punto, decia el sabio canciller de la universidad de París, mientras que hablemos de ella como inferior á Dios, y en el rango de las criaturas? no temais llevar muy léjos vuestras alabanzas y vuestros pensamientos; sabed sí, únicamente, lo que nadie ignora, que todos los bienes que ella tiene vienen de Dios, y que ella no es rica sino por los bienes de su Hijo. Supuesta esta verdad, no temais nada mas, hablando de María, continúa el mismo Doctor, que el decir muy poco, por grande, por estraordinario que parezca lo que se diga, teniendo presente que de quien se habla es de la Madre de Dios. El evangelista únicamente dice de María que es Madre de Jesus; pero diciendo esto, lo ha dicho todo. ¿Débese temer, en efecto, decir mucho, ó escederse en el culto que se la rinda? ¿Quién no sabe que es honrar al Hijo, el honrar á la Madre? La devocion que se tiene á María no divide el corazon; por el contrario, le une mas estrechamente á Jesucristo. La confianza que tenemos en la proteccion de la Santísima Vírgen, no disminuye la confianza que debemos tener en su Hijo, ántes bien la aumenta. Nuestro culto, nuestra devocion, nuestra confianza y nuestro amor á la Santísima Vírgen, es una prueba sensible de nuestra fé en Jesucristo. Guiada de este espíritu, la Iglesia no pierde ocasion alguna de honrar á la Madre de Dios, autoriza con placer todo lo que tiende á aumentar la devocion de los fieles hácia este refugio de los pecadores y multiplica tanto sus fiestas. La que se celebra en este dia bajo el título de nuestra Señora de la Piedad, ó de los Dolores, y de la pasion de la Santísima Vírgen, debe sernos tanto mas interesante, cuanto que nosotros somos la causa de que su alma haya sido traspasada de dolor.

El Evangelio de la misa es tomado del de san Juan, capítulo 11.

In illo tempore: Collegerunt pontifices et pharisæi concilium adversus Jesum, et dicebant: Quid facimus, quia hic homo multa signa facit? Si dimittimus eum sic, omnes credent in eum: et venient Romani, et tollent nostrum locum et gentem. Unus autem ex ipsis, Caiphas nomine, cum esset pontifex anni illius, dixit eis: Vos nescitis quidquam, nec cogitatis quia expedit vobis ut unus moriatur homo pro populo, et non tota gens pereat. Hoc autem a semetipso non dixit: sed, cum esset pontifex anni illius, prophetavit quod Jesus moriturus erat pro gente, et non tantum pro gente, sed ut filios Dei, qui erant dispersi, congregaret in unum. Ab illo ergo die cogitaverunt ut interficerent eum. Jesus ergo jam non in palam ambulabat apud Judæos, sed abiit in regionem juxta desertum, in civitatem, quæ dicitur Ephrem, et ibi morabatur cum discipulis suis.

En aquel tiempo los sacerdotes y los fariseos juntaron consejo contra Jesus: ¿Qué hacemos, decian, porque este hombre hace muchos milagros? Si le dejamos seguir obrando así, todo el mundo creerá en él, y vendrán los romanos y destruirán nuestro pais y nuestra nacion. Mas uno de ellos llamado Caifás, siendo gran sacerdote en aquel año, les dijo: Vosotros no lo entendeis y no haceis reflexion que es interés vuestro que un hombre muera por la nacion, y nó que toda ella perezca. No decia esto de sí mismo, sino que como era gran sacerdote en aquel año, dijo con espíritu profético, que Jesus debia morir por la nacion, y no solo por la nacion, sino tambien para reunir en un solo cuerpo los hijos de Dios que estaban dispersos. Así que, desde este dia ya no pensaron mas que en quitarle la vida. Por tanto Jesus ya no se presentaba públicamente entre los judíos, y se fué al pais vecino del desierto, á una ciudad llamada Ephren, y allí moraba con sus discípulos.

MEDITACION.

De los Dolores de la Santísima Vírgen.

Punto primero.—Considera que no sin razon la Iglesia llama á la Santísima Vírgen reina de los mártires. No hay ninguno entre aquellos héroes cristianos que haya sufrido un martirio mas doloroso que esta Madre afligida. ¿Queremos tener una idea justa de las penas de la Santísima Vírgen? Comprendamos, si es posible, cuál ha sido la ternura, la grandeza, el ardor y la pureza de su amor á su querido Hijo. Los tormentos que obran sobre el cuerpo, pueden endulzarse y aun hacerse deleitables por las dulzuras interiores que Dios derrama en una alma, y se han visto mártires que hallaron refrigerio en medio de los braseros, como sucedió á los tres niños hebreos; pero ¿qué es lo que puede suspender ó dulcificar los dolores del alma? El martirio del alma es un suplicio sin alivio. Cuando la misma alma es la que se siente traspasada, debe ser muy dolorosa la llaga, y tal ha sido el martirio de la Santísima Vírgen. Sentirás el dolor mas vivo, le habia dicho Simeon, cuando llevó su Hijo amado al templo; los ultrajes que se harán á tu Hijo, serán para tí como otros tantos cuchillos que se clavarán en tu pecho. Jamás madre alguna amó á su hijo como la Santísima Vírgen amó al Salvador; sabemos lo que ha sufrido el Salvador durante su vida mortal; ¡qué humillaciones, qué pobreza, qué persecuciones! y durante su pasion ¡qué dolores, qué oprobios! Concibamos por aquí lo que ha sufrido la Santísima Vírgen que ha sido testigo de todo lo que ha sufrido su querido Hijo. Nunca hubo martirio mas largo; la vida de treinta y tres años del Salvador, ha sido la medida de la duracion del martirio de su divina Madre. Sus penas escedieron aun á la vida del Salvador. ¿Qué no debió sufrir la Santísima Vírgen, viéndose en Belen cercana al parto, y rechazada de todo el mundo, reducida á retirarse á un establo, sin socorro, sin otro alivio para un Hijo que es Dios, que el aliento de dos viles animales y un puñado de paja? hagámonos cargo cuánto debió sufrir en aquella ocasion, la mas tierna, la mas apasionada de las madres, en su persona y en la de su querido Hijo. Traigamos á la memoria sus temores, pensando el cruel é impío designio de Herodes de quitarle la vida; ¿qué no tuvo que padecer en su viaje y en su estancia en Egipto? Pero ¿estuvo mas tranquila, ó al ménos fué mas feliz á lo del mundo en Nazareth? ¡Qué santas inquietudes por la falta de todo lo necesario á que frecuentemente la reducia su estado pobre y oscuro! ¡Qué agonía no padeció en los tres dias que Jesucristo se quedó en Jerusalen! Pero, y ¡qué no tuvo que sufrir viendo la ingratitud con que se pagaban los beneficios de su querido Hijo, y sabiendo hasta dónde llevaban su odio y su envidia los escribas y los fariseos! Seria necesario

conocer la ternura, el ardor, la perfeccion del corazon de María, para comprender lo que ella ha sufrido á causa de los malos tratamientos que se han hecho á su querido Hijo.

PUNTO SEGUNDO.—Considera lo que la Santísima Vírgen ha sufrido principalmente en la pasion y en la muerte del Salvador. Se ha mirado siempre como el colmo de la inhumanidad, y el mas cruel de todos los suplicios, el obligar á los hijos á ser testigos de los tormentos que se hacian sufrir á su padre, y estar presentes á su muerte. Meditemos, pues, ahora, qué esceso de angustia, y qué afliccion tan mortal seria para la Santísima Vírgen el saber con qué indignidad, con qué ultraje y crueldad era llevado el Salvador por la ciudad de Jerusalen, con qué sacrílego desprecio era tratado en casa de los sacerdotes, en la de Pilatos, en la de Herodes y en todos aquellos impíos tribunales. No sufre simplemente como la mas tierna de las madres, sufre tambien como una Madre tierna que sabe que aquel Hijo tan querido, á quien se trata con tanta infamia, es verdadero Dios. Presente á la flagelacion, ¿qué golpe de azote descarga sobre el Hijo, que no descargue sobre el corazon y el alma de la Madre? Jesus, cuasi sin figura de hombre, es mostrado á aquel pueblo bárbaro para ver si se le mueve á alguna compasion; y aquel pueblo, horror y execracion del género humano, cual bestia feroz, se pone mas sediento de su sangre, y grita que se le crucifique. ¿Qué impresion haria sobre el corazon de esta Madre desolada un objeto tan triste? ¿y qué cuchillos no clavarian en su corazon aquellos gritos bárbaros? Sin embargo, las miras del Eterno Padre no se limitan á que la Santísima Vírgen consienta en el sangriento sacrificio de su querido Hijo, es preciso además que ella lo presencie; que le vea con sus propios ojos, exhausto de fuerzas y de sangre, sucumbir bajo el peso de su cruz; es preciso que oiga todos los golpes del martillo que se dan sobre los clavos que traspasan sus piés y sus manos; es preciso, en fin, que le vea levantado en la cruz, ultrajado en la cruz, espirar, en fin, en la cruz, en medio de los dolores mas crueles y mas agudos. ¿Qué llaga, qué tormento, qué dolor hay en Jesucristo, que María no haya sufrido en su alma? y á no ser por uno de los mayores milagros, ¿no debia espirar la Madre de dolor ántes que el Hijo? ¿podia por lo ménos sobrevivirle? ¿Hubo, pues, jamás martirio mas cruel que el que ha sufrido por amor de nosotros la Santísima Vírgen? ¿Y qué título mas justo, ni mejor adquirido, que el de Reina de los mártires? Pero tengamos presente que ha sufrido con tanta resignacion, en silencio y sin quejarse por amor de nuestra salud. ¡Qué sentimiento de amor, de ternura, de veneracion y de reconocimiento no debemos tener para con esta Madre de Dios, que ha tenido como un honor, por decirlo así, el serlo tambien nuestra!

Yo os pido, Señor, por la intercesion de la Santísima Vírgen, estos piadosos y religiosos sentimientos; dignaos recibir y confirmar para siempre el sacrificio que hago totalmente de mí mismo, en obsequio de vuestra Santísima Madre.

JACULATORIAS.—O Madre llena de amor, haced que yo sienta los golpes de dolor que traspasan vuestra alma, á fin de que una mis lágrimas á las vuestras. (La Iglesia en el himno *Stabat Mater*.)

Haced, mi querida Madre, que yo mezcle mis llantos con los vuestros, y que el resto de mi vida participe con vos de los dolores que habeis sentido al pié de la cruz de mi Salvador. (Id.)

PROPÓSITOS.

1 Una compasion seca y puramente especulativa es poco interesante. Participar de los dolores de una persona afligida, es sentirlos verdaderamente. Si el Salvador sufre y muere por nuestra salud, tambien por amor nuestro sufre la Santísima Vírgen un martirio tan largo y tan cruel. ¡Qué dureza, qué ingratitud mas negra, el tomar poco interés por lo que la Santísima Vírgen ha sufrido por causa nuestra! Vituperaos el haber sido hasta aquí tan poco sensibles. ¡Ah! ¿quién es el que piensa en honrar, en reconocer la pasion de la Santísima Vírgen? ¡cuántos mueren sin haber pensado jamás en ella! Reparad este irreligioso olvido, por el zelo que debeis tener de aquí adelante en honrar particularmente, con todo género de prácticas de piedad, esta fiesta; celebradla con devocion, comulgad con este fin, tened una devocion particular á la Santísima Vírgen bajo de este título de nuestra Señora de la Compasion.

2 Es una práctica de devocion muy religiosa el rezar todos los viernes del año, y todos los dias de esta Octava, esto es, hasta el Viernes santo, la prosa que comienza por estas palabras: «Stabat Mater dolorosa.» Imponeos una ley de guardar de hoy en adelante esta santa práctica. Honrad singularmente los misterios que se llaman dolorosos de esta Santísima Reina de los mártires: contemplad estos misterios todos los viernes en el rosario. Estos misterios dolorosos son: la agonía de nuestro Señor en el huerto de las Olivas; su flagelacion; su coronacion de espinas; su postracion bajo del peso de la cruz; su crucifixion. Se medita cada uno de estos misterios en cada decena del rosario. Alistaos en la cofradía de la Santísima Vírgen, bajo del título de nuestra Señora de los Dolores. La Iglesia autoriza estas devociones, y nunca serán demasiadas las prácticas de piedad en que nos ejercitemos para honrar á la Santísima Vírgen, y para merecer su proteccion.

SABADO DE PASION.

El sábado despues de la dominica de Pasion se ha llamado vacante en el órden del rezo romano; esto es, que no tenia oficio particular ni estacion pública, á causa de que el papa estaba en este dia ocupado en repartir la limosna á los pobres, con que les proporcionaba el medio de que pasasen mas cómodamente la Semana Santa y fiestas de Pascua en los ejercicios de religion y de piedad. Estas limosnas se hacian en la iglesia de San Pedro en el Vaticano, no solo á los pobres de la ciudad, sino tambien á los estranjeros, y á los pobres enfermos de los diferentes cuarteles que no podian venir, ó que tenian vergüenza de presentarse allí. Hacíase tambien la ceremonia de lavar los piés á los pobres, anticipando estas dos acciones que ahora se hacen el Jueves santo, para que en este dia quedase mas tiempo para vacar á los oficios y á las ceremonias de la Iglesia que son muy largos.

El introito de la misa es el mismo que el de la misa del dia precedente: Interesaos, Señor, en mi afliccion, ella no puede ser mas grande. Toda mi confianza la tengo en vos;

y aunque parézca que sucumba al número y á la malicia de mis enemigos, y de todos los que se han unido á ellos para perderme; vos podeis fácilmente sacarme de sus manos, y toda su malicia y su crueldad no servirán mas que para hacer mi victoria mas gloriosa y mas completa con vuestra asistencia.

La Epístola contiene una especie de conspiracion que los judíos habian formado contra Jeremías, la cual consideramos como una figura de la que con el tiempo formaron contra Jesucristo, cuya historia refiere el Evangelio de ayer.

Hase dicho ya en el dia precedente, cuál era el orígen emponzoñado del odio mortal que los judíos habian concebido contra este santo Profeta. Anunciábales de órden de Dios las desgracias que debian sucederles en castigo de sus horribles desórdenes. ¿Qué agravio les hacia en esto? ¿ni qué razon tenian por cierto para quererle quitar la vida? Por lo ménos hubieran debido aguardar el cumplimiento. Su prediccion no era ciertamente la causa de todos los males con que les amenazaba; por el contrario, era un medio que Dios les proporcionaba para prevenirlos: no ignoraban ellos sus crímenes, ¿qué hubiesen, pues, arriesgado en corregirse y hacer penitencia? El suceso mismo no tardó en verificar la funesta prediccion; pero ¿se aminoró su odio? léjos de eso, se hicieron mas furiosos y mas encarnizados en conspirar contra él. «Venid,» decian, «formemos nuevos planes contra Jeremías:» por mas irreprensible que sea en su conducta y en sus costumbres, él nos ha predicho todas nuestras desgracias, y es necesario perderle. Así raciocina la pasion; jamás se discurre mejor cuando es la pasion la que domina. Nosotros, añadian, no dejaremos de hallar sin él sacerdotes que nos instruirán en la ley; sabios que nos comunicarán sus consejos, y profetas. Algunos intérpretes dan á estas palabras otro sentido que no presenta ménos miserable el raciocinio de los judíos: Venid: hagamos que perezca Jeremías; porque mientras él viva, no olvidará jamás la ley; no cesará de echarnos en cara que nosotros la violamos; y nos fatigará eternamente con los importunos consejos de su pretendida sabiduría, y con sus molestas predicciones. Venid, traspasémosle con los agudos dardos de nuestras lenguas; desgarremos su reputacion con todo género de calumnias. Jeremías en todas estas persecuciones era una figura muy espresa de Jesucristo. Cuasi nada se ha dicho de este santo Profeta, que no convenga todavía mejor al Salvador perseguido por los judíos. Vosotros decís: ¿y cómo es que nosotros hemos hecho morir á Jesucristo, siendo así que Pilatos es el que le condenó á muerte, y sus soldados los que han ejecutado la sentencia? «Y vosotros tambien, ó judíos, vosotros le habeis muerto, dice san Agustin; ¿y cómo le habeis muerto? Con la espada de la lengua, responde, vosotros habeis aguzado vuestras lenguas; y ¿cuándo os habeis servido de esta espada para darle muerte, sino cuando gritasteis: crucificarle, crucificarle?»

Señor, inclinad hácia mí vuestros ojos, dice Jeremías, y atended á las palabras de mis enemigos. «¿Así se vuelve bien por mal?» ¿Quién pudo nunca quejarse así con mas razon que Jesucristo? «Yo no os he hecho mas que bien,» les dice; ¡cuántos muertos resucitados! ¡cuántas gentes estrechadas por el hambre, satisfechas! «¿por cuál de estos beneficios, de estos milagros, quereis quitarme la vida?» ¿Debe ser todo el fruto de vuestro reconocimiento mi muerte en la cruz, que pedís con tanto encarnizamiento? «Acordaos, Señor, continúa el Profeta, que yo me he presentado delante de vos, para implorar vuestra misericordia en favor de ellos, y apartar vuestra indignacion de sobre este pueblo ingrato.» ¿No se diria que Jesucristo mismo es el que habla?

El Profeta pide á Dios que castigue á este pueblo: «Entregad, dice, sus hijos al hambre.» No habla así Jeremías, dicen los santos Padres, llevado de un espíritu de acritud y de venganza, sino movido de un espíritu de zelo por la gloria de Dios, y de caridad por aquel desgraciado pueblo que no habiéndose hecho mejor por las exhortaciones y las amenazas, pide el Profeta que se conviertan á lo ménos por el castigo y las aflicciones. Pide que sea castigado el pecado, «no fuese que la impunidad sirviese á sus descendientes de un motivo de escándalo,» dice aquí san Gerónimo. «Vos conoceis, Señor, todas sus malignas intenciones; y su conspiracion contra mí; tratadlos, pues, segun vuestra severidad, en el tiempo de vuestro furor.» No se espresa aquí, dicen los Padres, el deseo de un zelo amargo; es solo una simple profecía, por la cual predice el Profeta en su oracion lo que les debia suceder muy pronto.

El Evangelio de la misa de esta dia está tomado del capítulo duodécimo de san Juan, donde se refiere lo que sucedió á Jesucristo el dia despues de haber cenado en casa de Simon el leproso en Bethania, en donde se hallaba Lázaro acabado de resucitar, y en donde María su hermana habia derramado sus aromas sobre Jesucristo. Esta historia comienza por la relacion del disgusto que tuvieron los príncipes de los sacerdotes, al ver que muchos de los judíos los abandonaban despues de esta resurreccion milagrosa, y creian en Jesucristo. Como Lázaro, este hombre resucitado, era un monumento vivo é incontestable del poder divino de Jesucristo; y como su nueva vida era una prueba visible y permanente de la verdad del Mesías, los príncipes de los sacerdotes, y los mas calificados de la nacion, resolvieron quitarle la vida. «Pensamiento tan estravagante como cruel,» dice san Agustin; «¿el golpe que quitaria la vida á Lázaro, le quitaria á su bienhechor el poder de volvérsela á dar? Como si el que habia podido resucitar á Lázaro muerto de muerte natural, no hubiese podido resucitarle de muerte violenta.» Todo el crímen de Lázaro para con los gefes de la Sinagoga consiste en que es amigo de Jesucristo; este milagro vivo, este predicador mudo, pero persuasivo de la santidad y de la omnipotencia del Salvador, irritaba la envidia y el odio de los sacerdotes porque aumentaba el número de sus discípulos y la veneracion del público.

Al otro dia que era lunes, cinco dias ántes de su pasion, el Salvador que habia dormido en Bethania, se puso en camino con sus discípulos para ir á Jerusalen, adonde se concurria de todas partes para solemnizar la fiesta de la Pascua. Apenas estaba á la mitad del camino, cuando viendo delante de sí la poblacion de Bethphagé, que está al pié del monte de los Olivos, envió dos de sus apóstoles para que le trajesen un borriquillo, y habiendo montado en él, para que se cumpliese hasta en las menores circunstancias la profecía de Zacarías en órden á la entrada que debia hacer el Mesías en Jerusalen, se adelantó hácia esta capital. Habiendo corrido la voz en el pueblo y entre los estranjeros que venia el que habia resucitado á Lázaro, le salieron en tropas al encuentro, llevando ramas de

palmas en las manos, y clamando: «Hosanna;» bendito sea el Rey de Israel, que viene en nombre del Señor. Esta especie de triunfo convirtió en furor la envidia de los fariseos: ¿No veis, se decian los unos á los otros, que todos nuestros miramientos no sirven mas que para darle valor; todo el mundo corre en pos de él, y por poco que difiramos la ejecucion de lo que se ha resuelto en el último consejo, todo el pueblo va á declararse por él, y nosotros dejamos de ser ya los señores?

Como no era justo, empero, que solos los judíos conociesen al que habia venido para salvar á todo el mundo, inspiró Dios á los gentiles un gran deseo de verle. Es creible que estos gentiles eran por la mayor parte prosélitos, y que trataban de abrazar el judaismo, ó por lo ménos, que creian y adoraban al Dios de los judíos, único verdadero Dios; y que por un sentimiento natural de religion, habian venido á Jerusalen para adorarle en aquella fiesta la mas solemne del año. Dirigiéronse estos estranjeros á Felipe, uno de los doce apóstoles, á quien conocian, y le dijeron que deseaban mucho ver á Jesus; habiendo conferenciado Felipe con Andrés, se fuéron los dos á su buen Maestro y se lo dijeron. Entonces el Salvador tomando ocasion de este deseo que los gentiles tenian de verle, declaró á sus discípulos grandes misterios. Ha llegado el tiempo, les dice, que el que hasta ahora no se ha llamado mas que el Hijo del hombre, será adorado de todos los pueblos como Hijo de Dios; de aquí en adelante, en toda la tierra se le rendirán los honores divinos que le son debidos; atraerá á sí naciones enteras con mas facilidad que atrae hoy este pueblo y este pequeño número de gentiles quele han reconocido. Pero debiendo ser la conversion de tantos pueblos el fruto de los oprobios de su pasion y de su muerte, añadió, que seria semejante al grano de trigo, que no brota ni produce nada, si no muere en la tierra donde se ha sembrado. Yo soy este grano, dice, que no debo morir sino para resucitar; y por mi muerte y mi resurreccion debo reunir todos los pueblos en mi Iglesia. Añadióles tambien que ellos mismos debian tambien morir como él, á fin de revivir gloriosamente como él; que los que en este mundo aman demasiado su vida, los que procuran mucho los gozos y las comodidades, los que no viven sino para los placeres de la vida, se hacen desgraciados para toda la eternidad, y se procuran la muerte eterna; que aquellos que por el contrario tienen una santa aversion á su propia carne, que por amor del Señor tratan con dureza su cuerpo, que le niegan todas las dulzuras de la vida, estos la conservan para la eternidad, y se aseguran una felicidad perdurable. Esta máxima es austera, añadió, ella rebela los sentidos y alarma al amor propio: pero ¿debe quejarse el siervo de que se le trate como á su propio señor? y cuando el señor no exige de su siervo mas que lo que ve hacer á su propio señor, ¿puede decir que se le exige demasiado? En el mundo, el señor manda lo que él no hace; yo hago siempre el primero lo que mando. En el mundo el siervo no habita nunca en la habitacion del señor; en mi servicio, en cualquiera lugar que estoy, allí está tambien el siervo que me sirve. Viviendo bajo de mis estandartes hay que combatir, es verdad; pero la victoria indemniza bien del combate, y mi Padre que corona todos sus trabajos, colma de gloria á todos los que están en mi servicio. Todo esto será el fruto de mi muerte; y no penseis, continuó, que aunque la muerte dolorosa é ignominiosa que debo sufrir, sea voluntaria y elegida por mí, dejaré por eso de sentir todos los temores, y toda la amargura que le son naturales. La muerte, los dolores y los oprobios de mi muerte, serán mucho mas sensibles y mas crueles para mí que podrian serlo para cualquiera otro que no sea mas que un puro hombre. La sola imagen de ella que se representa, la sola idea que yo me formo, sumergen ahora mismo mi espíritu en la turbacion. La perfecta conformidad que se hallaba entre la voluntad humana y la voluntad divina de Jesucristo, no disminuia la vivacidad del sentimiento que debia producir en la parte inferior la idea de una muerte cruel, y este sentimiento tampoco se oponia á la perfecta sumision que tenia á las órdenes de su Padre, á las que él mismo habia suscrito libremente. Éranle enteramente libres al Salvador este pavor, esta turbacion que aquí manifiesta á la vista de su pasion, del mismo modo que el que pocos dias despues manifestó en el huerto de los Olivos; pero quiso sentir toda su acritud y toda su amargura, como cabeza nuestra, dice san Agustin, para servir de ejemplo á sus apóstoles y á tantos millones de mártires. Muéstrales en esto, que teme la muerte como cualquiera otro hombre, dice san Crisóstomo; pero que para obedecer á su Padre, se hace superior á su pena y á su repugnancia por nuestro amor.

Dirigiéndose entonces el Salvador á su Padre, en medio de sus discípulos y del pueblo que le escuchaba: Padre mio, esclamó, el horror natural que tengo á la muerte en la cruz, me inclinaria á pediros que me dispensaseis de una muerte tan ignominiosa y tan cruel; pero como yo he venido al mundo para morir en la cruz, y por esta muerte salvar á los hombres, satisfaciendo de este modo á vuestra justicia; yo la acepto con todo mi corazon. Acércase, pues, ya el tiempo de mi sacrificio, para el cual he venido; y puesto que vos quereis que mi muerte sirva para vuestra gloria, yo no pido mas sino que se cumpla vuestra santísima voluntad. Haced pues, Señor, que os conozcan vuestras criaturas: manifestad á todos los pueblos de la tierra la grandeza de vuestro nombre, y pues que deseais hacer servir á vuestra gloria la ignominia de mi muerte, lo mismo que los trabajos de mi vida, disponed, Señor, segun vuestro beneplácito.

Esta oracion de un Dios que se ofrecia tan generosamente á la muerte por la salvacion de todos los hombres, no podia ménos de ser oida en el cielo. Respondió en efecto á ella sensiblemente el Padre Eterno, por medio de una voz venida del cielo, que decia: Yo he glorificado ya mi nombre en tí, enviándote al mundo, y dando á conocer por la santidad de tu vida y por el resplandor de tus milagros que eres mi Hijo; y te glorificaré todavía mas por los prodigios que acompañarán á tu muerte, á tu resurreccion, á tu gloriosa ascension, y al establecimiento maravilloso de tu Iglesia. Oyeron esta voz celestial de una manera bastante inteligible todos los que estaban presentes; pero hirió tan vivamente todos los ánimos, que algunos la tomaron por una especie de trueno, y otros creyeron que era la voz de un ángel que habia hablado. El Salvador, que no queria mas que instruirles sin satisfacer su curiosidad, les dijo que aquella voz no se habia dirigido precisamente á él, sino mas bien á ellos, á fin de que no pudiesen ignorar que él era el hijo del Altísimo y el Mesías, y que no habia venido al mundo sino para santificarle. Esta es la hora,

añadió, en que va á hacerse justicia al mundo, y el príncipe de este mundo va á ser arrojado fuera. Quiere dar á entender Jesucristo por estas palabras, que muy pronto iban á ser condenados el espíritu y las máximas del mundo, y destruido el imperio que hasta allí habia ejercido el demonio en el mundo, por la predicacion del Evangelio. Antes de la muerte de Jesucristo, habia obtenido tal imperio sobre los hombres el demonio, que habia establecido su culto por todo el universo. El verdadero Dios no era conocido mas que entre los judíos, y aun allí muy imperfectamente. La idolatría, y con ella todo género de abominaciones, habia inundado toda la tierra; ¡y cuántas gentes estaban por todas partes poseidas de ella! Mas la muerte de Jesucristo ha destruido el imperio del demonio sobre la tierra. El paganismo sostenido de todas las potestades del mundo ha caido; la cruz de Jesucristo ha aniquilado todos los ídolos; el único verdadero Dios ha sido reconocido, adorado y servido por todo el universo. Esto es lo que hizo decir al mismo tiempo al Salvador, que cuando fuese levantado de la tierra, todo lo atraería á sí; judíos, gentiles, griegos, romanos, escitas y bárbaros: el tiempo, intérprete seguro de las profecías, ha hecho ver claramente la verdad de todo esto. Jamás la fuerza de las armas dió tantos esclavos á los conquistadores profanos, como adoradores han adquirido á Jesucristo las flaquezas de la cruz, y esta es la maravilla que siguió tan de cerca á su muerte. El Evangelio dice que el Salvador decia esto para dar á entender el género de muerte de que habia de morir. Comprendiósele bien, y las gentes de la muchedumbre le dijeron: Nosotros sabemos por la ley que el Cristo existirá siempre; ¿cómo pues dices que Cristo, á quien frecuentemente llamas el Hijo del hombre, será levantado de la tierra, y concluirá su vida en una cruz? ¿quién es este Hijo del hombre? Aquellas gentes solo consideraban materialmente lo que enseña la Escritura, esto es, que el reino del Mesías debe ser eterno; pero les hubiera sido fácil saber tambien lo que tan claramente han predicho la Escritura y los profetas de las circunstancias de la muerte del Mesías. Por tanto el Salvador que, en los que le hacian esta réplica, veia mas ignorancia que malicia, que sin embargo no les consideraba capaces de concebir el misterio de su pasion y de su muerte, se contentó con darles esta respuesta tan saludable: «Vosotros teneis todavía la luz por un poco de tiempo; caminad mientras teneis la luz.» Como si les dijese; de aquí adelante es ya poco el tiempo que tengo de vivir con vosotros; aprovechaos de esta ventaja, y de la facilidad que mi presencia visible os da para salvaros. Próximo está ya el momento en que los que no hubieren creido en mí, serán abandonados á sus tinieblas, y á su voluntaria ceguera. Mientras que la luz os alumbra, abridle vuestro espíritu y vuestro corazon; creed las grandes verdades que ella os descubre, seguid el camino que ella os muestra, no sea que sorprendidos de la noche, seais como ciegos que caminan sin saber dónde van. La fé simple, humilde y sumisa será para vosotros una luz que os iluminará y os hará hijos de la luz. Viendo el Salvador la mala disposicion de la mayor parte de la asamblea, y el designio que tenian de prenderle para complacer á los fariseos, y no habiendo llegado todavía la hora de su muerte, se retiró y se sustrajo de ellos. ¡Qué desgracia, cuando Jesus cansado, por decirlo así, incomodado con nuestro endurecimiento, se retira!

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Proficiat, quæsumus, Domine, plebs tibi dicata piæ devotionis affectu: ut sacris actionibus erudita, quanto majestati tuæ fit gratior, tanto donis potioribus augeatur. Per Dominum.

Haced, Señor, que el pueblo que os está dedicado, adelante en el fervor de la piedad; á fin de que cuanto mas agradable se haga á vuestra majestad por los sagrados ejercicios de la religion, merezca recibir mayores dones de vuestra bondad. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es tomada del profeta Jeremías, cap. 18.

In diebus illis: Dixerunt impii Judæi ad invicem: Venite, et cogitemus contra justum cogitationes: non enim peribit lex a sacerdote, neque consilium a sapiente, nec sermo a propheta: venite, et percutiamus eum lingua, et non attendamus ad universos sermones ejus. Attende, Domine, ad me, et audi vocem adversariorum meorum. Numquid redditur pro bono malum, quia foderunt foveam animæ meæ? Recordare quod steterim in conspectu tuo, ut loquerer pro eis bonum, et averterem indignationem tuam ab eis. Propterea da filios eorum in famem, et deduc eos in manus gladii: fiant uxores eorum absque liberis, et viduæ: et viri earum interficiantur morte: juvenes eorum confodiantur gladio in prælio. Audiatur clamor de domibus eorum: adduces enim super eos latronem repente: quia foderunt foveam, ut caperent me, et laqueos absconderunt pedibus meis. Tu autem, Domine, scis omne consilium eorum adversum me in mortem: ne propitieris iniquitati eorum, et peccatum eorum a facie tua non deleatur: fiant corruentes in conspectu tuo, in tempore furoris tui abutere eis, Domine Deus noster.

En aquellos dias, los judíos impíos, se dijeron mutuamente: Venid, formemos planes contra el justo; no por esto careceremos de sacerdotes que nos enseñen la ley, ni de sabios que nos aconsejen, ni de profetas que nos anuncien la palabra del Señor. Venid, maltratémosle con los tiros de nuestras lenguas, y no hagamos caso de todos sus discursos. Señor, fijad vuestra vista sobre mí, y atended á las palabras de mis enemigos. ¿Acaso se vuelve mal por bien, pues que han cavado una hoya para hacerme caer en ella? Acordaos que me he presentado delante de vos para suplicaros que tuvieseis misericordia con ellos, y que apartaseis de ellos vuestra indignacion. Por esto abandonad sus hijos al hambre, y hacedlos pasar al filo de la espada; pierdan sus mujeres sus hijos, y ellas mismas queden viudas; sean entregados á la muerte sus maridos, y sus jóvenes sean pasados á cuchillo en el combate; resuenen sus casas con los gritos y los lamentos; porque vos hareis caer sobre ellos repentinamente el ladron, porque han cavado una hoya para hacerme caer en ella, y han tendido y escondido lazos bajo de mis piés. Mas vos, Señor, conoceis todos los designios de muerte que han formado contra mí. No les perdoneis su iniquidad, ni se borre

jamás su pecado delante de vuestros ojos: sean arruinados en vuestra presencia, y tratadlos segun vuestra severidad en el tiempo de vuestro furor, Señor Dios nuestro.

Lo que dice aquí el Profeta á manera de imprecacion, y al parecer como por un deseo de venganza, es una simple prediccion, cuya verdad y efecto conocia el Profeta. Dice que les suceda esto, en lugar de decir, esto les sucederá. Este modo de hablar es familiar á los profetas. Por la espresion de ladron, entiende Jeremías á Nabucodonosor, que muy pronto despues conquistó y se apoderó sin ningun derecho de toda la Judea. Todas estas desgracias que predice el Profeta, y que él mismo vió suceder, eran la figura de las desgracias infinitas que debian suceder á los judíos en castigo del horrible deicidio cometido en la persona del Mesías.

REFLEXIONES.

«Venid, maltratémosle con los tiros de nuestras lenguas, y no hagamos caso alguno de todos sus discursos.» Hé aquí lo que se reduce todo el odio, toda la rabia de los enemigos de la virtud contra los buenos. Un desprecio insolente de sus sábios consejos y de sus buenos ejemplos; zumbas picantes, empalagosos chistes, discursos estravagantes, negras calumnias, hé aquí las armas, hé aquí los medios miserables, de que el mundo, el libertinaje y la herejía se sirven para vengarse del agravio que les hace la verdadera virtud con su exacta probidad, y del disgusto que les causan las gentes de bien con la pureza de sus costumbres, con el resplandor de sus grandes ejemplos. «No hagamos caso alguno de todos sus discursos.» Una vida inocente, una conducta irreprensible y religiosa, una sólida devocion, son lecciones mudas, pero elocuentes y patéticas, de que los mundanos y los libertinos no pueden gustar, y que les incomodan por la continua censura que hacen de sus estravíos y de su insigne locura. Pregúntase ¿de donde nace que los impíos hayan estado siempre de tan mal humor contra las personas piadosas, no obstante que la modestia y la moderacion de estas, igualmente que su espíritu de retiro y de soledad debiesen ponerlas al abrigo del encono de los libertinos? Pero ¿quién no ve que esto mismo es, quiero decir, esta regularidad de costumbres, esta conducta tan edificante, la que enciende su bilis? Este contraste pone enteramente de manifiesto lo que hay de mas irreligioso, de mas defectuoso y de mas indigno en la desarreglada conducta de las personas mundanas, y el brillo inamisible de la virtud penetra hasta el fondo de su conciencia, ¡y causa, á pesar suyo, en ella crueles remordimientos. Irritados furiosamente contra los que vienen á turbar así su funesto reposo, se arrebatan, se alteran, conspiran contra el justo, y querrian esterminarle de sobre la faz de la tierra, para no verse turbados en su falsa seguridad. En defecto de otras armas, emplean los tiros de sus lenguas para herirles. No hay accion limpia que ellos no ennegrezcan; no hay obra buena que no desacrediten; no hay práctica de piedad de que no se mofen néciamente. Si su negra malicia no puede oscurecer una conducta y una probidad que aplaude todo hombre racional, se agarran á la intencion y á los motivos; y viéndose tan horrorosos y tan disformes á los ojos cristianos, querrian por lo ménos persuadir á los simples què no hay verdadera virtud sobre la tierra. De aquí aquellas murmuraciones, aquellos discursos irreligiosos, aquellas calumnias horribles. Pero ¿qué puede toda su malignidad contra la verdadera virtud? Ella no puede oscurecerse sino á los espíritus ciegos. Lo que hace la virtud en el corazon corrompido de los libertinos, lo hace la verdad en el espíritu dañado de los herejes; es el espíritu del error el que les anima contra los católicos; sus eternas calumnias prueban sus estravíos y sus errores.

El Evangelio de la misa es tomado del de san Juan, capítulo 12.

In illo tempore: Cogitaverunt principes sacerdotum ut et Lazarum interficerent: quia multi propter illum abibant ex Judæis, et credebant in Jesum. In crastinum autem turba multa, quæ venerant ad diem festum, cum audissent quia venit Jesus Jerosolymam: acceperunt ramos palmarum, et processerunt obviam ei, et clamabant: Hosanna, benedictus qui venit in nomine Domini, Rex Israel. Et invenit Jesus asellum, et sedit super eum, sicut scriptum est: Noli timere, filia Sion: ecce Rex tuus venit sedens super pullum asinæ. Hæc non cognoverunt discipuli ejus primum, sed quando glorificatus est Jesus, tunc recordati sunt, quia hæc erant scripta de eo, et hæc fecerunt ei. Testimonium ergo perhibebat turba, quæ erat cum eo, quando Lazarum vocavit de monumento, et suscitavit eum a mortuis. Propterea et obviam venit ei turba, quia audierunt eum fecisse hoc signum. Pharisæi ergo dixerunt ad semetipsos: Videtis quia nihil proficimus? Ecce mundus totus post eum abiit. Erant autem quidam gentiles ex his, qui ascenderant ut adorarent in die festo. Hi ergo accesserunt ad Philippum, qui erat a Bethsaida Galilææ, et rogabant eum, dicentes: Domine, volumus Jesum videre. Venit Philippus, et dicit Andreæ: Andreas rursum et Philippus dixerunt Jesu. Jesus autem respondit eis, dicens: Venit hora, ut

En aquel tiempo, pensaron los príncipes de los sacerdotes dar la muerte á Lázaro; porque á causa de él, muchos judíos les dejaban y creian en Jesus. Al otro dia una turba numerosa que habia venido para la fiesta, habiendo oido decir que Jesus venia á Jerusalen, tomó ramas de palmas, y le salieron al encuentro clamando: «Hosanna,» bendito sea el rey de Israel que viene en el nombre del Señor. Y Jesus encontró un borriquito y se montó en él, segun lo que está escrito: No temas, hija de Sion, hé aquí tu Rey que viene montado en un asnillo. Los discípulos no entendieron esto al pronto, sino cuando Jesus fué glorificado; entonces se acordaron que estas cosas habian sido escritas de él, y que todas le habian así sucedido. Las gentes que le acompañaban cuando mandó á Lázaro que saliese del sepulcro, y le resucitó de entre los muertos, daban testimonio de él. Por esto, porque el pueblo habia oido que habia obrado este portento, salieron á encontrarle. Dijéronse, pues, los fariseos recíprocamente: ¿No veis que nada hacemos, ni aprovechamos cosa alguna? Ved, pues, cómo todo el mundo le sigue. Algunos de los gentiles que habian venido para adorar en el dia de la fiesta, se acercaron á Felipe que era de Bethsaida en Galilea, y le rogaron, diciéndole: Señor, nosotros

clarificetur Filius hominis. Amen, amen dico vobis, nisi granum frumenti cadens in terram mortuum fuerit, ipsum solum manet. Si autem mortuum fuerit, multum fructum affert. Qui amat animam suam, perdet eam: et qui odit animam suam, in hoc mundo, in vitam æternam custodit eam. Si quis mihi ministrat, me sequatur: et ubi sum ego, illic et minister meus erit. Si quis mihi ministraverit, honorificabit eum Pater meus. Nunc anima mea turbata est. Et quid dicam? Pater, salvifica me ex hac hora. Sed propterea veni in horam hanc. Pater, clarifica nomen tuum. Venit ergo vox de cœlo: Et clarificavi, et iterum clarificabo. Turba ergo quæ stabat, et audierat, dicebat tonitruum esse factum. Alii dicebant: Angelus ei locutus est. Respondit Jesus, et dixit: Non propter me hæc vox venit, sed propter vos. Nunc judicium est mundi, nunc princeps hujus mundi ejicietur foras. Et ego si exaltatus fuero à terra, omnia traham ad meipsum (hoc autem dicebat, significans qua morte esset moriturus). Respondit ei turba: Nos audivimus ex lege, quia Christus manet in æternum: et quomodo tu dicis: Oportet exaltari Filium hominis? Quis est iste Filius hominis? Dixit ergo eis Jesus: Adhuc modicum lumen in vobis est. Ambulate dum lucem habetis, ut non vos tenebræ comprehendant: et qui ambulat in tenebris, nescit quo vadat. Dum lucem habetis, credite in lucem, ut filii lucis sitis. Hæc locutus est Jesus: et abiit, et abscondit se ab eis.

descarlamos ver á Jesus. Felipe fué, y se lo dijo á Andrés, y Andrés y Felipe se lo dijeron á Jesus. Jesus, pues, les dió esta respuesta: Ha llegado el tiempo en que el Hijo del Hombre va á ser glorificado. En verdad os digo, que si el grano de trigo sembrado en la tierra no muere, se quedará solo; pero si muere, llevará mucho fruto. El que ama su vida, la perderá; mas el que en este mundo aborrece su vida, la asegura para la vida eterna. Si hay alguno que pertenezca á mis siervos, que me siga; y en cualquiera parte que yo estoy, allí estará tambien mi siervo. Si alguno se dedica á mi servicio, mi Padre le ensalzará con honor. Ahora mi espíritu está turbado, ¿y qué diré yo? Padre salvadme de esta hora; pero precisamente por esta hora he venido. Padre mio, glorificad vuestro nombre. Al instante vino una voz del cielo (que dijo): Yo le he glorificado, y le glorificaré todavía. La turba que estaba allí, y que habia oido el ruido, decia que habia sido un trueno: otros decian: es un ángel que le ha hablado. Entonces respondió Jesus: No ha sido por mí por quien se ha hecho oir esta voz, sino por vosotros. Ahora se va á hacer el juicio del mundo, ahora va á ser arrojado fuera el príncipe de este mundo, y cuando yo fuere elevado de la tierra, todo lo atraeré á mí (decia esto para significar qué género de muerte habia de sufrir). Dijéronle algunos de la muchedumbre: Nosotros hemos oido segun la ley que el Cristo permanece eternamente; ¿cómo pues dices tú que conviene que sea exaltado el Hijo del hombre? ¿quién es este Hijo del hombre? A esto les dijo Jesus: Todavía teneis entre vosotros la luz por un poco de tiempo. Caminad mientras teneis luz, no sea que la noche os sorprenda; el que camina en las tinieblas no sabe por dónde va: mientras teneis luz, creed en la luz, á fin de que seais hijos de la luz. Esto es lo que dijo Jesus; en seguida se retiró y se escondió de ellos.

MEDITACION.

De la mortificacion del cuerpo.

Punto primero.—Considera que la maceracion de la carne no es únicamente la virtud de los desiertos y de los claustros; fruto es de la penitencia que crece en todas las tierras y se da en todas las estaciones. Llevamos con nosotros un cuerpo de pecado que es preciso destruir crucificándole con Jesucristo. Nuestros sentidos están de inteligencia con el enemigo de nuestra salvacion; no hay uno que no sea, por decirlo así, para nosotros una ocasion de pecado, ninguno que no nos tienda lazos. La muerte ha entrado en nuestras casas, dice el Profeta, porque ha subido nuestras ventanas. Desengañémonos, no es posible conservarse en la inocencia sin la mortificacion de los sentidos. Es necesario macerar la carne con los ayunos y las austeridades, es indispensable que el recato y la modestia sean como un freno que contengan la licencia de los ojos, por donde se desliza el veneno mas sutil hasta el alma. El contagio apoderado ya de los sentidos gana muy pronto el corazon.

Son en verdad temibles nuestras pasiones; sin embargo, apenas deben su fuerza á otra cosa que á nuestra inmortificacion. Nuestra sensualidad es la que las nutre; se rebelan contra nosotros luego que nosotros les damos las armas. Detestemos sus perniciosos designios todo lo que gustáremos; hagamos resoluciones cuanto quisiéremos; el medio de enflaquecer este enemigo interior es macerar la carne, mortificar los sentidos, llevar una vida penitente. ¿Quítase esta cerca? Qué estraño es que la viña quede espuesta al robo, que los pasajeros la pisen, que todo género de animales pasen por ella. El que mantiene delicadamente á su esclavo, dice el Sabio, le verá muy pronto rebelarse contra él. El alma se resiente siempre de la disposicion del cuerpo; búscanse en todo sus comodidades; llévase una vida blanda y sensual; pásanse los mas bellos dias en las delicias y la ociosidad; nada se niega á los sentidos; refínase todavía sobre la misma delicadeza, ¿y se quiere que la concupiscencia no diga una palabra, que las pasiones estén sometidas á la razon, que al tiempo mismo que por todas partes se enciende el fuego, pueda uno pasearse sin sentir ni aun el calor, como en medio del horno de Babilonia? contar con semejantes milagros, ¿no es quererse aturdir para perderse con ménos remordimientos? ¡Y me quejo yo, Señor, me admiro despues de esto de mis enfermedades y de mis caidas!

Punto segundo.—Considera si hay uno solo entre los grandes santos que forman el objeto de nuestra veneracion, y que la Iglesia nos propone todos los dias por modelos, que no haya mortificado sus sentidos, macerado su carne y llevado una vida austera. Los que no habian jamás perdido su inocencia como los que habian pecado,

los que vivian en el mundo como los que estaban en los desiertos, el pastor y el artesano como los que habian nacido entre el esplendor y el trono; todos han crucificado su cuerpo y no hay uno que no haya practicado la penitencia. Nosotros nos espantamos al solo nombre de mortificacion; la abstinencia y el ayuno de Cuaresma se nos resisten; ¿y pretendemos salvarnos? ¿esperamos todos ser santos? ¡Puede darse confianza mas presuntuosa!

San Eduardo es jóven, es rey, su vida ha sido siempre pura é inocente; y san Eduardo ayuna, macera su carne, vive entregado á una austera penitencia, y en el dia de hoy son pocas las gentes del mundo que no tengan horror á las austeridades. Edad, condicion, motivo de salud, negocios, empleos, delicadeza de temperamento, todo clama por dispensa. La religion no ha envejecido, la moral de Jesucristo no se ha mudado, los sentidos no se han hecho ménos enemigos, el tentador no se ha cansado, las pasiones no están estinguidas. ¿Somos nosotros mas privilegiados? ¿Se ha ensanchado el camino del cielo? Digámoslo mejor, ¿habrá muchos que se salven?

¡Cosa estraña! Una jóven va á sepultarse en un claustro con toda su inocencia, y se consume á fuerza de austeridades para merecer el cielo; y su hermana entregada á todos los pasatiempos del mundo, pasa sus dias entre la molicie y los placeres, y no puede oir hablar de ayuno, de mortificacion de los sentidos, de Cuaresma; ciertamente una de las dos va mal: consultemos el Evangelio y sabremos cuál de las dos es la que está en el camino de la perdicion.

Al abrigo de las borrascas, léjos de los escollos, con las pasiones cuasi estinguidas en el estado religioso, estas almas puras no creen todavía poder labrar su salvacion sin el ausilio de la penitencia; y almas llenas de pecados, esclavas de las pasiones mas peligrosas, en medio de los mayores peligros, creen poderse pasar sin esta sal que impide la corrupcion, sin estos remedios tan saludables contra el contagio, sin estas armas tan necesarias contra el enemigo de la salvacion, sin estos frutos dignos de penitencia. ¡Qué ilusion! ¡qué estravagancia!

Conozco, Señor, la necesidad de estos poderosos ausilios y mi pasada delicadeza, cubriéndome de confusion, me hace todavía conocer mas la indispensable necesidad que tengo de hacer penitencia: desde este momento declaro la guerra á mi amor propio y mis sentidos, y lleno de confianza en vuestra misericordia, espero que una completa victoria será muy pronto el fruto de las resoluciones que hago ahora.

Jaculatorias.—Sí, mi dulce Jesus, clavado estoy en la cruz con vos, y no me separaré ya jamás de ella. (Galat. 2.)

Yo lo veo, Salvador mio Jesucristo y no puedo dudarlo, que no hay ninguno de los que son verdaderamente vuestros, que no haya crucificado su carne con sus vicios y concupiscencias. (Galat 2.)

PROPÓSITOS.

1 De todo lo que habeis leido, y de todas las reflexiones que acabais de hacer, concluid, que la mortificacion del cuerpo os es absolutamente necesaria, y haceos cargo cuál es el error y el peligro en que están todos los que pasan su vida en el regalo, que refinan hasta la delicadeza, y á quiénes la abstinencia, el ayuno, y las demás austeridades corporales asustan. No olvideis nunca aquellas hermosas palabras de san Pablo, el oráculo que acabais de leer: «Los que pertenecen á Jesucristo, han crucificado su carne; luego» ¿á quién pertenecerán los que la tratan tan delicadamente? ¿de quién son discípulos? Desengañémonos, puesto que esas mujeres mundanas, esos grandes del siglo, esas personas de calidad, esas gentes del mundo, son de la misma religion de los santos, preciso es que como los santos lleven una vida crucificada. Considerad hoy cuales son vuestras prácticas sobre este punto. Reglad con el parecer de vuestro director las penitencias esteriores que hubiereis de hacer, y no paseis dia alguno sin hacer alguna mortificacion corporal.

2 Los ayunos de la Iglesia y las abstinencias de precepto deben ocupar el primer lugar. ¡Qué irreligion el dispensarse de ellos, porque uno es jóven, porque tiene un temperamento delicado, porque es de calidad, porque goza de una salud débil; mientras que estas saludes tan flacas, estas delicadezas de temperamento tienen bastante fuerza para pasar las tres y las seis horas al juego, con una intensa aplicacion de cuerpo y de espíritu que gastaria la salud mas robusta! El ayuno incomoda, se dice, la Cuaresma enflaquece; miserable razon, ridícula aun, en quien es cristiano. ¿Es acaso la penitencia una sensualidad? ¿Pretendes acaso lisonjear el gusto y alimentar el amor del placer cuando se hace penitencia? No os dispenseis jamás de las abstinencias y de los ayunos de precepto sin una estrema necesidad, y aun entonces tratad de reemplazar por alguna buena obra trabajosa el ayuno y la abstinencia de que os habeis dispensado. No os contenteis con las penitencias de obligacion; informaos de vuestro director cuáles podeis hacer de eleccion y de supererogacion, todos los años, todos los meses, todas las semanas; si considerais á vuestro amor propio, no hay mortificacion alguna que os convenga, porque ninguna hay que no le sea contraria. Incomódase tanto por el mundo y por la diversion, ¿y no se ha de hacer nada, nada se ha de sufrir por salvarse?

SEMANA SANTA.

La semana que precede inmediatamente al dia de Pascua ha sido mirada desde el principio de la Iglesia entre los fieles como el tiempo mas santo del año, y que exige de nosotros mas devocion y santidad, á causa de los grandes misterios cuya memoria celebra la Iglesia, en atencion á los que se ha llamado en todo tiempo Semana Santa por escelencia. Hánsele dado tambien otros muchos nombres. Eusebio habla de ella bajo el nombre de semana de las Vigilias, porque se pasaban cuasi todas las noches enteras en ejercicios de piedad para honrar la pasion del Salvador, y particularmente aquella noche cruel en la que se hicieron sufrir á Jesucristo tantos tormentos, y se le

hartó de oprobios. En aquella noche fué cuando se entregó á aquella mortal tristeza que le hizo sudar hasta sangre: en aquella noche fué cuando fué vendido por el apóstol apóstata; preso y atado como un malvado; arrastrado por las calles de Jerusalen; llevado de tribunal en tribunal; abofeteado; cubierto de llagas y de salivas; abandonado, en fin, á la insolente barbarie de los soldados, los cuales ejercieron toda la noche sobre su sagrada persona, cuanto la impiedad mas desenfrenada, la insolencia mas desmedida, la crueldad mas desencadenada pudo hacerle sufrir de doloroso y de infame. Para honrar estos tormentos nocturnos del Salvador, por espacio de muchos siglos pasaban los fieles todas las noches de la Semana Santa en oraciones, en penitencia y en ejercicios de piedad, y este fué el motivo para dar á esta semana el nombre de «semana de las Vigilias.» Hállase tambien apellidada con el nombre de «Penal,» ó segun el vulgo de Francia la semana «Pensa,» á causa de las penas y de los dolores de Jesucristo, y en este sentido los griegos la han llamado, «dias de dolores, dias de cruces, dias de suplicios,» y los latinos «semana laboriosa y dias de trabajos.» Llamóse tambien «semana de indulgencia,» en razon de que estos son los dias de las grandes misericordias del Salvador, y en que se recibian los penitentes á la absolucion, y en seguida á la comunion de los fieles.

Pero el nombre de «Semana Santa» y «Semana mayor» es el que se ha hecho universal en toda la Iglesia. Si se llama «Semana mayor,» no es, dice san Crisóstomo, porque tenga mas dias que las otras ni porque sus dias sean mas largos, sino porque Jesucristo ha obrado en ella los mas grandes misterios. Ha librado á los hombres de la tiranía del demonio; ha satisfecho plenamente á la justicia divina por nuestros pecados; ha instituido el divino sacrificio; nos ha vuelto la vida, como lo hizo consigo mismo, en la espresion de san Pablo, remitiéndonos todos nuestros pecados; ha borrado el acta que estaba escrita contra nosotros, el decreto que nos condenaba, y le ha anulado clavándole en la cruz; ha conseguido los despojos de los principados y de las potestades, triunfando de ellas en su persona. Esto es lo que ha hecho que se llame á esta semana la «Semana mayor;» y esta es la razon, añade san Crisóstomo, porque muchos fieles aumentan en estos dias sus piadosos ejercicios. «Algunos hacen ayunos austeros, dice, otros la pasan en vigilias continuas y otros hacen grandes limosnas. Los emperadores mismos honran esta semana y conceden vacaciones á todos los magistrados, á fin de que libres de los cuidados del mundo pasen estos dias dedicados al culto de Dios. Honran tambien estos dias, enviando á todas partes despachos por los cuales ordenan que se abran las puertas de las prisiones. Honremos, sigue siempre hablando san Crisóstomo, honremos, pues, estos dias, concluye, y en lugar de ramos y de palmas, ofrezcamos nuestro corazon á Jesucristo.»

La Semana Santa se ha considerado siempre como una semana de mortificacion y de penitencia. Desde los primeros siglos, los ayunos eran mas largos y las abstinencias mas rigurosas. Ningun cristiano, por poco zeloso que fuese, se dispensaba de este rigor saludable. Algunos pasaban mas de un dia sin comer; apenas habia alguno que no añadiese algunas otras austeridades á su ayuno. San Dionisio, obispo de Alejandría, testifica que le era muy estraño que se hallasen gentes que el viernes y sábado santo se contentasen con el ayuno ordinario de los demás dias. San Epifanio llama á la Semana Santa, la semana de las xerophagias ó de los ayunos rigurosos; esto es, en la que los ayunos estaban reducidos á pan y agua, ó á lo mas á frutas secas sin condimento ni delicadeza. Las constituciones apostólicas dicen, que por espacio de seis dias no se comia mas que pan, agua, sal y hortalizas; en las mismas es llamada la Semana Santa, semana de Pascua; esto es, la semana que servia de preparacion á esta gran solemnidad. A la verdad, la observancia de esta xerophagia ó abstinencia de legumbres, de lacticinios y de pescado, no era de precepto, como pretendian los monasterios; pero era tan generalmente practicada, que era vergonzoso el dispensarse de ella. En la sucesion de los tiempos quedó reducida á los dos dias que preceden á la víspera de Pascua, despues únicamente al Viernes santo, y aun esto el dia de hoy no se observa muy escrupulosamente (1).

Las vigilias acompañaban á los grandes ayunos de la Semana Santa; la mas considerable era la del Jueves al Viernes santo. Esta se observa todavía por un gran número de personas religiosas que pasan toda la noche en oracion delante del Santísimo Sacramento, para honrar allí con sus oraciones y con los ejercicios de su piedad las humillaciones del Salvador, y todo lo que toleró de mas ignominioso y mas aflictivo en toda la noche que precedió á su muerte, y que siguió á la institucion de la adorable Eucaristía.

En los primeros siglos de la Iglesia toda la Semana Santa era festiva, lo mismo que la que la sigue, á causa de la muerte y de la resurreccion de Jesucristo, que se celebraba en estas dos semanas. Así se lee en las constituciones apostólicas. Phocio, en el compendio de las leyes imperiales y de los cánones, dice que la quincena de Pascua era festiva, y el papa Gregorio IX en su decretal de las fiestas cuenta tambien estos quince dias como festivos de obligacion. San Crisóstomo dice, que no solamente los pastores de la Iglesia mandaban á los fieles honrar y santificar la Semana Santa, sino tambien los emperadores lo ordenaban en toda la tierra, haciendo suspender las causas y los procedimientos criminales, y vacar á todos los negocios civiles y seculares, á fin de que estos santos dias quedasen libres de la confusion, de las disputas y de los embarazos de los procesos, y de todo otro bullicio que hubiera podido impedir el que se empleasen con sosiego y tranquilidad en la piedad, en el culto de la religion, en los ejercicios de la penitencia y en las buenas obras. No solo entre los griegos fueron entredichas toda obra servil y toda abogacía, durante la quincena de Pascua; tambien los latinos observaban religiosísimamente la fiesta de la Semana Santa y de la siguiente con obligacion de guardarla, y así se hacia en Italia, en Francia y en España. Mas adelante se permitió al pueblo el trabajo de manos, contentándose con prohibir todo ejercicio forense en toda esta semana.

La Semana Santa se ha considerado siempre como un tiempo de indulgencia y de perdon. Los príncipes y los magistrados cristianos, teniendo presente el perdon y las gracias que Dios concede á los hombres por los méritos de la muerte de Jesucristo, hacian abrir las prisiones du-

(1) En el dia solo se observa en algunas comunidades religiosas.

rante estos dias de las misericordias divinas, y conformando, por decirlo así, su policía con la de la Iglesia que en estos dias reconciliaba los penitentes en el altar, ellos perdonaban á los criminales y les absolvian. San Crisóstomo nos refiere que el emperador Teodosio enviaba despachos de remision á todas las ciudades para que se pusiese en libertad á los presos, y se concediese la vida á los reos, en los dias que preceden á la gran fiesta de Pascua. Tambien era costumbre en Francia desde el siglo VII conceder semejantes gracias á los criminales en la Semana Santa. Habiendo resuelto el rey Cárlos VI castigar algunos rebeldes, que se custodiaban estrechamente en las prisiones, mandó sin embargo que se les diese libertad porque ocurrió la Semana Santa. Esta costumbre no está del todo abolida. El Martes santo, que es el último dia de audiencia, se trasfiere el parlamento á las prisiones del palacio; allí se hace un interrogatorio á los presos y se da libertad á una gran parte de aquellos cuyas causas son mas favorables. Lo mismo se hace todavía en Francia el dia que precede á la vigilia de Natividad y á la de Pentecostés (1). De todo lo que acaba de decirse, se puede venir en conocimiento de la veneracion singular que los fieles han profesado siempre á esta semana privilegiada, en la cual se han obrado los mas grandes misterios de nuestra religion, y en la que tambien el Señor derrama tan abundantemente los tesoros de sus grandes misericordias sobre todos los fieles. Todo nos inclina á pasarla con aquel espíritu de religion que debe animar todos los actos de ella. La eleccion y la celebridad de los oficios; la majestad misteriosa de las ceremonias; el luto universal de la Iglesia; todo nos predica la compuncion, la contricion, la penitencia, todo nos instruye. Son estos dias santos por los grandes misterios que en ellos se celebran; pero cada uno debe santificarlos por medio de ejercicios santos. Son dias de indulgencia, dice san Crisóstomo; ¿y se negará un cristiano á perdonar? Los emperadores romanos, por un efecto de su piedad y por una observancia ya antigua, dice el grande san Leon, abaten y suspenden todo su poder en honor de la pasion y de la resurreccion de Jesucristo; endulzan la severidad de sus leyes, y hacen gracia á aquellos que son reos de diversos crímines. Justo es, continúa el mismo Padre, que los pueblos cristianos imiten tambien á sus príncipes, y que estos grandes ejemplos de clemencia les estimulen á usar entre sí de indulgencia en la coyuntura favorable de un tiempo tan santo, puesto que las leyes domésticas no deben ser mas inhumanas que las leyes públicas. Preciso es, pues, perdonarse recíprocamente, remitirse las ofensas y las deudas, reconciliarse y renunciar á todo resentimiento, si se quiere tener parte en las gracias que Jesucristo nos ha merecido con su pasion; y si queremos que nos perdone nuestras deudas, perdonemos nosotros á nuestros deudores, y perdonemos de lo íntimo de nuestro corazon todas las injurias.

(1) Esto mismo se practica en España en todas las audiencias, y á mas se conserva la piadosa costumbre de preservar al rey el Viernes santo tres causas de reos de pena capital, y sobre la que S. M. pone la mano al tiempo de la adoracion de la cruz, queda el reo contenido en ella absuelto de esta pena.

DOMINGO DE RAMOS.

Pocos domingos hay en todo el año mas solemnes en la Iglesia que el domingo de Ramos, y ninguno tal vez en que la religion se presente con mas brillo, y en que la fé y la piedad de los fieles se haga mas sensible. La Iglesia ha creido que debia honrar con un culto particular la entrada triunfante que Jesucristo hizo en la ciudad de Jerusalen cinco dias ántes de su muerte, porque está persuadida que no carece de misterio. Así es que desde que la Iglesia se vió en libertad por la conversion de los emperadores á la fé de Jesucristo, instituyó esta festividad. La ceremonia de las palmas, ó de los ramos benditos, de que la acompañó, no fué mas que el símbolo de las disposiciones interiores con que los fieles deben celebrarla, y una justa representacion de la entrada triunfante que hizo el Salvador en Jerusalen, y que los santos Padres miran como una figura de su entrada triunfante en la Jerusalen celestial.

La bendicion de las palmas y de los ramos, la procesion pública en que se llevan las palmas, han sido siempre tan solemnes en la Iglesia, que los solitarios y los monges que se retiraban á lo interior de los desiertos despues de la Epifanía, para prepararse á la gran fiesta de Pascua léjos de todo comercio humano, no dejaban de volver á su monasterio, para celebrar la de Ramos con sus hermanos; y despues de haber asistido á la procesion con su palma, se volvian á su soledad, para pasar allí toda la Semana Santa, entregados á la penitencia y á la contemplacion de los misterios de la pasion.

Puédese fácilmente concebir cuál ha sido el motivo que ha tenido la Iglesia en la institucion de esta fiesta, y lo que se ha propuesto en la ceremonia de los ramos. Quiere en primer lugar honrar la brillante entrada de Jesucristo en Jerusalen entre los gritos de alegría, los aplausos y las aclamaciones del pueblo; quiere por un culto verdaderamente religioso, y por un homenaje sincero de todos los corazones cristianos, suplir, por decirlo así, lo que faltaba á un triunfo puramente esterior, seguido pocos dias despues de la mas negra y de la mas infame perfidia. Con este espíritu de religion deben recibirse y llevarse los ramos, y asistirse á todas las ceremonias de estos dias, conformándose así con las intenciones de la Iglesia. Las mismas bocas que en este dia clamaban: Salud, gloria y bendicion al Hijo de David, que viene en el nombre del Señor, al Rey de Israel, al Mesías, gritaban cinco dias despues: «Quítalo, quítalo de delante de nosotros; sea crucificado cual lo merece un malvado; sea clavado en una cruz, como si hubiese sido el mas perverso de todos los hombres.» Para reparar esta cruel impiedad quiere la Iglesia que todos sus hijos reciban en triunfo á su divino Salvador, y resarzan en alguna manera la superficial y falsa recepcion de los pérfidos judíos.

Pero ninguna cosa ofrece una idea mas justa de esta fiesta, y de la santidad de esta religiosa ceremonia de los ramos, que las oraciones de que se sirve la Iglesia para bendecirlos. Comienza por aquel grito de alegría, y aquella aclamacion del pueblo que, llevando palmas en las manos, y ramas de olivo, habia salido de Jerusalen al encuentro del Salvador para honrar su entrada en aquella

capital, clamando: «Viva el Hijo de David, salud y gloria al Rey de Israel, bendito sea el que viene en el nombre del Señor, hosanna en lo mas alto de los cielos.» Léese en seguida aquel pasaje del Exodo, capítulo 15, en el que refiere Moisés el segundo campamento que hicieron los israelitas, despues de su paso del mar Rojo, en Elim, en donde habia doce fuentes y setenta palmas: «Llegaron, dice, los hijos de Israel á Elim, en donde habia doce fuentes y setenta palmas, y acamparon junto á las aguas.» Todos los santos Padres dicen que las doce fuentes de agua viva significaban los doce apóstoles, y que los setenta discípulos estaban significados por las setenta palmas. Pocos de estos pasajes tan marcados hay en el antiguo Testamento, que no sean una figura de algunos hechos del nuevo. Continúa despues la bendicion de los ramos con la oracion siguiente:

«Aumentad, ó Dios, la fé de los que ponen en vos toda su confianza, y dignaos escuchar favorablemente á los que imploran con humildad vuestra clemencia. Multiplicad sobre nosotros los efectos de vuestra misericordia. Bendecid estas ramas de palmas y de olivos; y así como para darnos una figura escelente de las gracias que derramais sobre vuestra Iglesia, habeis bendecido y enriquecido á Noé al salir del arca, y á Moisés al salir de Egipto con los hijos de Israel; haced tambien que cuando llevamos estas palmas y estos ramos de olivos, salgamos al encuentro de Jesucristo enriquecidos de buenas obras, y por él entremos en el regocijo eterno.

»Os suplicamos, Señor, Padre Santo, Dios omnipotente y eterno, que bendigais y santifiqueis estos ramos de olivo, que habeis hecho nacer del tronco del árbol, y de los que en otro tiempo llevó la paloma un ramo en su pico cuando volvia al arca, á fin de que todos aquellos entre quienes se distribuyeren estos ramos, al tiempo que los llevan reciban de vos una proteccion especial para el alma y para el cuerpo; y que lo que es símbolo de vuestra gracia, venga á ser para nosotros un remedio eficaz de salud.

»O Dios, que reunís lo que está disperso, y que despues de reunido lo conservais, continúa el sacerdote, así como habeis bendecido al pueblo que llevaba los ramos delante de Jesus, bendecid tambien estos ramos de palma y de olivo que vuestros fieles siervos llevan en honor de vuestro nombre, á fin de que los que habiten en cualquiera lugar en que fueren guardados, participen de vuestra bendicion, y que vuestra mano proteja y libre de todos los males á los que han sido rescatados por vuestro Hijo, Señor Jesucristo, que siendo Dios vive y reina con vos, en unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos.

» O Dios, que por un órden maravilloso de vuestra providencia, habeis querido serviros de las mismas cosas insensibles, para hacernos comprender la economía admirable de nuestra salvacion; dignaos iluminar el espíritu y el corazon de vuestros siervos, y dadles un conocimiento útil y saludable de los misterios que nos habeis querido representar en la accion de aquel pueblo que conducido por una inspiracion del cielo, en tal dia como hoy salió al encuentro del Redentor, y echó ramas de palmas y de olivos en el camino por donde transitaba. Las palmas indicaban la victoria que habia de conseguir sobre el príncipe de la muerte; y los ramos de olivo publicaban en alguna manera la uncion espiritual de vuestra gracia que habiais derramado sobre la tierra. Porque aquel dichoso pueblo comprendió entonces que esta ceremonia era una figura del combate que nuestro Salvador, conmovido de las miserias del hombre, debia dar al príncipe de la muerte para dar la vida á todo el mundo, y de la victoria que debia conseguir muriendo. Con este espíritu llevó á su encuentro ramos de árboles que representaban su triunfo glorioso, y la efusion abundante de su misericordia. Tambien nosotros teniendo presente esta accion y los misterios que la fé nos descubre en ella, nos dirigimos á vos, Señor, Padre Santo, Dios omnipotente y eterno, y os suplicamos humildemente por el mismo Jesucristo, nuestro Señor, que así como os habeis dignado por vuestra gracia hacernos miembros suyos, nos hagais tambien triunfar en él y por él del imperio de la muerte, á fin de que merezcamos tener parte en la gloria de su resurreccion.

» O Dios, que habeis querido que una paloma anunciase en otro tiempo la paz á la tierra por medio de una rama de olivo, dignaos concederme la gracia de santificar con vuestra bendicion celestial estos ramos de olivos y de otros árboles, á fin de que sirvan á todo vuestro pueblo para su salud; por los méritos de nuestro Señor Jesucristo.

» Suplicámoos, Señor, continúa el sacerdote, que bendigais estos ramos de palma y de olivo, y que hagais que vuestro pueblo, triunfando del enemigo de su salvacion, y aplicándose con todas las veras de su corazon á las obras de misericordia, haga espiritualmente en su interior, por una piedad sincera y fervorosa, lo que esteriormente hace hoy en vuestro honor.

« O Dios, que habeis enviado por nuestra salud á este mundo á vuestro Hijo Jesucristo nuestro Señor, á fin de que abatiéndose hasta nosotros, nos atrajese á vos, y que dispusisteis que á su entrada en Jerusalen, para que se cumpliesen las Escrituras, una muchedumbre de pueblo fiel, conducido por una sincera piedad, estendiese sus vestidos y echase ramas de palmas en el camino por donde pasaba; dignaos concedernos vuestra gracia para prepararle el camino con la fé, y quitar de él toda piedra de tropiezo y de escándalo, á fin de que llevando delante de vos los ramos espirituales de las buenas obras, podamos seguir los pasos de aquel que vive y reina con vos.»

Concluye el sacerdote la ceremonia de la bendicion de los ramos con esta oracion: « Dios omnipotente y eterno, que quisisteis que nuestro Señor Jesucristo entrase montado sobre un asnillo, y que inspirasteis á un pueblo innumerable que estendiese sus vestidos y echase ramos de árboles por donde pasaba, cantando en loor suyo: «Hosanna», esto es, salud y gloria: concedednos, si es de vuestro agrado, vuestra gracia para que imitemos su inocencia, y merezcamos tener parte en su mérito, por el del mismo Señor nuestro Jesucristo.»

Vese en todas estas oraciones el motivo y el fin de esta fiesta, y con qué espíritu y con qué disposiciones debe asistirse á la ceremonia de los ramos, los cuales han tenido en todo tiempo los fieles la devocion de conservarlos en sus casas con respeto, persuadidos que por la bendicion que tienen, no pueden dejar de ser saludables. Las alabanzas que tributa la Iglesia en las oraciones de la bendicion al pueblo judío que salió al encuentro del Salvador, hacen relacion á las santas disposiciones y á los sentimientos verdaderos de respeto y veneracion de que estaba

verdaderamente poseido aquel pueblo, que miraba entonces al Salvador como el Mesías. Y si algunos dias despues su estima y veneracion se cambió en un sumo desprecio y en furor, debe atribuirse esto á la impiedad y á los artificios malignos de los sacerdotes y de los fariseos, que hicieron creer que habian ellos por fin descubierto que aquel á quien habian recibido de buena fé, como el Mesías prometido, era un insigne impostor, que les habia engañado con milagros falsos.

Por célebre que haya sido la fiesta de las palmas ó de los ramos, desde los primeros siglos de la Iglesia, se ha creido á propósito reducir toda la ceremonia de ella á la bendicion y á una procesion solemne que representa la entrada triunfante de Jesucristo en Jerusalen, igualmente que su entrada triunfante en la mansion de su gloria. Por esto la procesion se hace fuera de la iglesia, la cual está cerrada nó sin misterio, y no se abre hasta la vuelta de la procesion, cuando el subdiácono ha golpeado á la puerta con el cabo de la cruz. Esto nos recuerda que el cielo estaba cerrado á los hombres, y que Jesucristo es el que nos ha abierto la puerta, y merecido la entrada por su muerte en la cruz. En muchos parajes se hace la bendicion y distribucion de los ramos fuera del pueblo, y por esto se ven cruces próximas á las aldeas y los lugares, y junto á ellas mesas de piedra que es en donde se bendicen los ramos, y desde allí se va procesionalmente á la iglesia (1).

Antiguamente, hecha ya la distribucion de los ramos al pueblo, y pronta ya á partir la procesion, tomaban dos diáconos de encima de la credencia el libro de los Evangelios puesto sobre una rica almohada, y lo llevaban como se hace con las urnas de las reliquias sobre sus espaldas, rodeados de una multitud de cirios, entre continuas incensaciones, precedidos de todo el clero, y seguidos de todo el pueblo que llevaba las palmas y los ramos en la mano. Todo esto iba acompañado de la cruz, de banderas, de banderolas, y de cuanto podia aumentar aun la pompa de esta representacion del triunfo de Jesucristo. En algunas partes en lugar del libro de los Evangelios se llevaba el Santísimo Sacramento de la Eucaristía en triunfo, bajo la idea de que la presencia real de Jesucristo bajo los símbolos de pan, representaria mucho mejor lo que pasó en su entrada en Jerusalen, y haria mucha mas impresion en el pueblo, que la representacion de su espíritu bajo la letra del Evangelio. Lanfranco, arzobispo de Cantorberi en el undécimo siglo, dice que se llevaba el Santísimo Sacramento en triunfo en esta procesion, cerrado en una caja en forma de túmulo. Esta costumbre ha cesado en todas partes, fuera de Rouen en donde todavía se lleva el copon en una urna, sobre las espaldas de los sacerdotes, en la procesion de Ramos. El famoso himno: « Gloria, alabanza y honor á vos, Rey, Cristo Redentor, » que se canta en ella, ha sido compuesto por Theodulfo, obispo de Orleans, en su prision de Angers, donde le habia hecho poner Luis el Piadoso, por haber tenido parte en la conspiracion de Bernardo, rey de Italia. Asistiendo el emperador á la procesion del domingo de Ramos en Angers lo oyó cantar á dos niños en la puerta de la prision; y fué tanto lo que le movió, que dió libertad á su autor, y le restableció en su silla.

(1) En España ya no se hace esto en ninguna parte, aunque en lo antiguo se hizo en muchas.

Este domingo se ha llamado con diferentes nombres en la Iglesia. En el tiempo que se observaban en él los usos de la antigua disciplina, en órden á la reconciliacion solemne de los penitentes públicos, y al bautismo de los catecúmenos, se llamaba el domingo de Indulgencia. El domingo, ó pascua de los « Competentes ó postulantes, » que eran los que mejor instruidos ya, eran admitidos al bautismo. Se llamaba tambien el dia de « Lavacabeza, » en latin *capitilavium*, porque en este dia se hacia la ceremonia de lavar la parte superior de la cabeza á los que debian ser bautizados, especialmente á los niños, para que recibiesen en ella con mas decencia la uncion santa. Pero entre todos los nombres que se han dado á este domingo, los mas comunes, y los que se le dan todavía universalmente el dia de hoy, son el de domingo de Ramos y el de Pascua florida, á causa de las flores de que se hacian ramilletes, que se llevaban en varas altas en la procesion, y que se habian bendecido con los ramos de árboles, de donde los españoles han dado el nombre de Florida á una gran parte de la América, por haberla descubierto el dia de Pascua florida del año de 1513.

Toda la misa de este dia es de la pasion del Salvador. El introito está tomado del salmo 21, el cual debe entenderse á la letra de Jesucristo. Vese en él la oracion del Salvador en la cruz, el retrato de su pasion y de sus dolores. Su resurreccion está allí pintada, del mismo modo que su reino y la vocacion de los gentiles á la fé. Todos los antiguos judíos han convenido en que este salmo hacia relacion al Mesías; y solo despues de establecido el cristianismo, es cuando los judíos modernos han tratado de estraviar el sentido. Todas las circunstancias de la pasion y de la muerte de Jesucristo se hallan espresadas claramente en él. « Señor, no dilateis mas el venir en mi auxilio, cuidad de defenderme; arrancadme cuanto ántes de entre estas bestias feroces y crueles; » y en lugar de esta vida temporal que voy á perder, porque así lo ordenais, haced que inmediatamente resucite á otra nueva. « Dios mio, Dios mio, mirad el estado en que me hallo; ¿por qué me habeis abandonado á la rabia de mis enemigos? » Los pecados de los hombres con que he querido cargarme os piden justicia, y yo voy á satisfacerla abundantemente con mi muerte.

La Epístola está tomada de la carta de san Pablo á los filipenses, en la que el santo Apóstol exhorta á los fieles á que entren en los verdaderos sentimientos de humildad á ejemplo de Jesucristo, que siendo la imágen esencial y consustancial de Dios, y por consiguiente el Dios mismo, se ha anonadado por nuestro amor, hasta tomar la figura de esclavo, habiéndose hecho semejante á los hombres, y constituídose en la condicion del hombre á escepcion del pecado. ¿Qué motivo mas poderoso para inspirarnos el amor á la humildad, y qué impresion no debe hacer en nuestro corazon y en nuestro espíritu un ejemplo semejante? «Se ha anonadado á sí mismo, tomando la figura de siervo» y de esclavo. En efecto, ¡qué abatimiento mas profundo! ¿No es una especie de anonadamiento el estado en que Dios se ha puesto haciéndose hombre, queriendo ser tratado como el último de los hombres, y espirando en una cruz? El nombre ó figura de que aquí se sirve san Pablo, no significa una simple apariencia esterior sin realidad; del mismo modo que el nombre de imágen de Dios, de que se sirve mas arriba, no significa una representa-

cion vacía, una simple semejanza. Por estos dos términos entiende el Apóstol la naturaleza divina y la naturaleza humana, hipostáticamente unidas bajo una sola persona en Jesucristo. Por la imágen de Dios entiende san Pablo que Jesucristo es verdadero Dios en todo igual á su Padre; y por la figura del esclavo, que es verdadero hombre como nosotros á escepcion del pecado. El mismo Apóstol lo esplica cuando dice, que siendo el Salvador la imágen de Dios, no ha creido que el ser igual á Dios, y llamarse tal, haya sido para él una usurpacion, puesto que por su naturaleza divina era igual á Dios su Padre, así como por su naturaleza humana era igual á nosotros.

El Evangelio de la fiesta de este dia, esto es, de la entrada triunfante de Jesucristo en Jerusalen, es del capítulo 21 del Evangelio segun san Mateo. Habiendo cenado Jesucristo en Bethania, seis dias ántes de Pascua, en casa de Simon el leproso, en donde se habia hallado Lázaro resucitado, y en donde su hermana María habia derramado sobre su cabeza un esquisito perfume, salió al otro dia para ir á Jerusalen á consumar su sacrificio. Habiendo llegado cerca de Betphagé, que estaba al pié del monte de los Olivos, á una media legua corta de la ciudad, mandó á dos de sus discípulos que fuésen al lugar, y le trajesen una pollina que encontrarian atada á una puerta, y su buchecito con ella; y que si alguno les decia alguna cosa, le dijesen que el Señor los necesitaba, y que inmediatamente les dejaria. Este acontecimiento verificó la prediccion, cumpliéndose entonces la del profeta Zacarías que representa al Mesías haciendo su entrada en la capital de su reino, entre las aclamaciones y los aplausos de los habitantes de Jerusalen: «Decid á la hija de Sion,» esto es, á la ciudad de Jerusalen, de la que hacia parte la montaña de Sion (los hebreos dan muchas veces á las ciudades el nombre de hija), decidle: «Mira á tu Rey, que viene á tí con un espíritu de dulzura, montado sobre una pollina, y sobre su buchecito que lleva el yugo,» ó lo que es lo mismo, sobre el buchecito que es la cria de la pollina, como dice el Profeta. Apenas hubo profecía alguna que se cumpliese mas visible y literalmente que esta en la entrada triunfante de Jesucristo en Jerusalen. El Profeta promete la venida del Rey Salvador, del Mesías que era la esperanza y el consuelo de los judíos. Los caractéres con que le designa, y que son los mismos con que le pinta el profeta Isaías, no convienen mas que al Mesías, y se encuentran tan perfectamente en Jesucristo, que jamás hubieran podido desconocerle los judíos si su endurecimiento y su obstinada malicia no les hubieran hecho indignos de las luces del cielo y de las gracias necesarias para conocer y para amar á este Dios libertador. Pero no hay ceguera mas incurable que la que es voluntaria. Pocos sacerdotes, pocos doctores de la ley hubo que no reconociesen siempre en Jesucristo las señales características del Mesías; pero su orgullo, su insaciable codicia, la disolucion de sus costumbres, sufocaban todos estos buenos sentimientos, y estinguian todas estas luces saludables; y si resolvieron deshacerse de él, fué solo por librarse de sus remordimientos demasiado importunos. No bien habian ejecutado los dos apóstoles el órden de su divino Maestro, cuando todos se apresuraron á cuál mas contribuiria á la pompa y á la alegría de su entrada en Jerusalen. Los discípulos dieron el ejemplo á los demás; trajeron la pollina con el borriquillo, y habiéndolos cubierto con sus capas, en forma de mantilla, le hicieron subir encima. Una multitud prodigiosa de pueblo, á quien el rumor de su venida habia hecho salir de la ciudad para venir á su encuentro, le acompañaba, y daba tantas pruebas de afecto á su Rey y á su Salvador, que la mayor parte estendian sus vestidos á lo largo del camino para que pasase; muchos cortaban ramas á los árboles, y las esparcian por el mismo camino; otros venian de todas partes con palmas y ramos de olivo en las manos, y todos generalmente clamaban: Hosanna al Hijo de David; ¡bendito sea el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en lo mas alto de los cielos! Hosanna significa gloria, salud, bendicion. Era un grito de alegría, y una aclamacion del pueblo, que deseaba al Mesías todo género de prosperidades. Segun el hebreo la palabra Hosanna significa salvadnos ó salvadle; pero además de esta significacion literal, tiene un énfasis particular en las aclamaciones y en los gritos de alegría, como la de viva el Rey, salud al Hijo de David, larga vida y toda especie de bien al Mesías que viene en el nombre del Señor para libertar á su pueblo. Hosanna en lo mas alto de los cielos, esto es, espíritus celestiales, unid vuestras aclamaciones y vuestros deseos á los nuestros, para atraer todo género de felicidad y de gloria al Hijo de David, al Rey de Israel, al Mesías, al soberano Libertador. Este grito de regocijo está tomado del salmo 117, que se cantaba en el dia de la fiesta de los tabernáculos. Colmad, Señor de vuestras bendiciones, dice David, al que Dios omnipotente ha enviado para reinar sobre nosotros.

La Iglesia comienza en este dia á hacernos leer en la misa la historia de la pasion del Salvador, conforme á la descripcion de san Mateo. Dejamos para los dias siguientes, y sobre todo para el Viernes santo las reflexiones que pueden hacerse sobre esta historia.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Omnipotens sempiterne Deus, qui humano generi ad imitandum humilitatis exemplum, Salvatorem nostrum carnem sumere, et crucem subire fecisti: concede propitius, ut et patientiæ ipsius habere documenta, et resurrectionis consortia mereamur. Per eumdem Dominum....

Dios omnipotente y eterno, que quisisteis que nuestro Salvador se revistiese de nuestra carne, y sufriese el suplicio de la cruz, á fin de que los hombres no rehusasen imitar al ménos la humanidad del mismo Dios; concedednos vuestra gracia para seguirle en sus tormentos, á fin de que tengamos parte en su gloriosa resurreccion. Por el mismo Jesucristo, etc.

La Epístola es una leccion sacada de la carta del apóstol san Pablo á los de Filipos.

Fratres: Hoc enim sentite in vobis quod et in Christo Jesu: qui cum in forma Dei esset, non rapinam arbitratus est esse se æqualem Deo: sed semet ipsum exinanivit, formam servi accipiens, in similitudinem hominum factus, et habitu inventus ut homo. Humiliavit semetip-

Hermanos mios: entrad en los mismos sentimientos que ha tenido Jesucristo, que siendo la imágen de Dios, y no habiendo creido arrogarse cosa que no le perteneciese al considerarse igual á Dios, se ha anonadado sin embargo á sí mismo, tomando la figura

sum, factus obediens usque ad mortem mortem autem crucis. Propter quod et Deus exaltavit illum, et donavit illi nomen, quod est super omne nomen: ut in nomine Jesu omne genuflectatur cœlestium, terrestrium, et infernorum; et omnis lingua confiteatur, quia Dominus Jesus Christus in gloria est Dei Patris.

de esclavo, habiéndose hecho semejante á los hombres, y hallándose en la condicion de hombre. Se ha abatido á sí mismo, habiéndose hecho obediente hasta morir, y morir en una cruz. Por lo que Dios le ha exaltado, y le ha dado un nombre que es sobre todo nombre, á fin de que al nombre de Jesus doble la rodilla todo cuanto hay en el cielo, en la tierra y en los abismos, y confiese toda lengua que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre.

Declara san Pablo que de todos aquellos á quienes habia predicado la palabra de salud, y á quienes habia convertido, no habia habido ningunos que le testificasen mas reconocimiento y generosidad que los filipenses. Ellos fueron los únicos que le enviaron socorros de dinero á los parajes en que predicaba; ellos le sostuvieron por dos veces en Tesalónica, y ellos enviaron á Epaphrodita á Roma para socorrerle en las prisiones.

REFLEXIONES.

«Entrad en los mismos sentimientos que ha tenido Jesucristo.» No habla solamente san Pablo á los fieles de Filipos; habla á todos los cristianos. Los miembros no deben tener otros sentimientos que los de su cabeza. Jesucristo es nuestra cabeza; ¿deberemos pensar nosotros de otra manera que él? ¿no deben ser sus sentimientos la regla de los nuestros? y siendo él el camino, la verdad y la vida, ¿deberemos nosotros estar animados de otro espíritu que el suyo? El que no sigue mi camino, se estravía; el que piensa de otro modo que la verdad, vive en el error y se engaña; el que no vive de esta vida, está en estado de muerte. Jesucristo es la verdadera sabiduría; todo lo que se le opone no es mas que locura, y nuestras luces no son puras sino en tanto que participan de su espíritu. De aquí es que ningunas ideas son rectas, sino aquellas de las cuales es Jesucristo el motivo; ningunas máximas verdaderas, sino las que Jesucristo nos enseña; ningun plan, ningun sistema sólido, sino el de la religion de Jesucristo. De estos grandes principios saquemos las consecuencias. ¿Entra el mundo en los sentimientos de Jesucristo? ¿piensa, raciocina, obra como él? ¿no sigue otras máximas que las suyas? ¿aun las personas consagradas á Dios, y las que hacen profesion de discípulos de Jesucristo, las que están dedicadas á la piedad, entran siempre en los sentimientos de este divino Maestro? ¿Tenemos la misma idea de los bienes de esta vida que la que tiene el Salvador? ¿pensamos como él de todo lo que lisonjea las pasiones, de todo lo que impone á los sentidos, de todo lo que deslumbra por su falso brillo y por sus encantos? ¿nuestros juicios sobre los males y los bienes de esta vida, son conformes con los suyos? ¿pensamos aun de los mismos deberes de la religion y del negocio de la salvacion como él piensa? ¿acomodamos nuestra conducta con la de los santos, ajustamos nuestras máximas á las del Evangelio? ¡Buen Dios! ¡qué horrible desproporcion! ¡qué oposicion! ¡qué infinita diferencia! ¡Ah! ¡se busca el dia de hoy el cristianismo en medio de los cristianos! apenas hay mas que un esterior muy superficial, una sombra, por decirlo así, de religion en la mayor parte de los fieles. ¿Con qué ojos se miran, con qué docilidad se escuchan las importantes lecciones que tantas veces nos dió el Salvador; aquellas lecciones de humildad, de dulzura, de mortificacion, de rectitud, de abnegacion, y todo lo que nos ha dicho acerca el perdon de las injurias? Tales son los sentimientos de Jesucristo, sus consejos, sus preceptos: ¿y son ellos la regla de nuestros sentimientos y de nuestra conducta? En el dia de hoy se piensa, se juzga como el mundo, como el amor propio; se habla el idioma de la codicia, de las pasiones: nadie se avergüenza de un desórden tan voluntario, de un estravío tan universal; pero ¿cuál será el término? «Entrad en los mismos sentimientos que ha tenido Jesucristo,» si quereis ser verdaderamente discípulos suyos. ¿Nos honraremos de tenerle por Maestro si pensamos de otra manera que él, ó si pensando como él vivimos segun el espíritu y las máximas del mundo, tan contrarias al espíritu de Jesucristo y á las máximas del Evangelio?

El Evangelio de la misa de este dia, es la Pasion de nuestro Señor Jesucristo, segun san Mateo, cap. 26 y 27.

In illo tempore: Dixit Jesus discipulis suis: ✠ Scitis, quia post biduum Pascha fiet, et Filius hominis tradetur ut crucifigatur. C. *Tunc congregati sunt principes sacerdotum, et senioris populi in atrium principes sacerdotum, qui dicebatur Caiphas, et consilium fecerunt ut Jesum dolo tenerent, et occiderent. Dicebant autem:* S. *Non in die festo, ne forte tumultus fieret in populo.* C. *Cum autem Jesus esset in Bethania in domo Simonis leprosi, accessit ad eum mulier habens alabastrum unguenti pretiosi, et effudit super caput ipsius recumbentis. Videntes autem discipuli, indignati sunt, dicentes:* S. *Ut quid perditio hæc? potuit enim istud venumdari multo, et dari pauperibus.* C. *Sciens autem Jesus, ait illis: ✠ Quid molesti estis huic mulieri? opus enim bonum operata est in me. Nam semper pauperes habetis vobiscum: me autem non semper habetis. Mittens enim hæc unguentum hoc in corpus meum, ad sepeliendum me fecit. Amen dico vobis, ubicumque prædicatum fuerit hoc Evangelium in toto mundo, dicetur et quod hæc*

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Vosotros sabeis que de aquí á dos dias se ha de celebrar la Pascua, y que el Hijo del hombre será entregado para ser crucificado. Entretanto los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo se juntaron en la sala del gran sacerdote llamado Caifás, y deliberaron prender á Jesus por sorpresa y quitarle la vida. Decian empero: No lo hagamos durante la fiesta, no sea que se suscite una conmocion popular. Estando, pues, Jesus en Bethania en casa de Simon el leproso, se llegó á él una mujer con un vaso lleno de un licor odorífero de gran precio, el cual le derramó sobre su cabeza cuando estaba á la mesa. Visto esto por algunos discípulos, se incomodaron y dijeron: ¿Por qué se ha despreciado esto? pues podia haberse sacado mucho dinero de ello, y haberle dado á los pobres. Penetrando Jesus lo que murmuraban, les dijo: ¿Por qué dais esta pesadumbre á esta mujer? lo que acaba de hacer conmigo es una accion buena. Siempre ten-

fecit in memoriam ejus. C. *Tunc abiit unus de duodecim, qui dicebatur Judas Iscariotes, ad principes sacerdotum, et ait illis:* S. *Quid vultis mihi dare, et ego vobis eum tradam?* C. *At illi constituerunt ei triginta argenteos. Et exinde quærebat opportunitatem ut eum traderet. Prima autem die azymorum accesserunt discipuli ad Jesum, dicentes:* S. *Ubi vis paremus tibi comedere Pascha?* C. *At Jesus dixit:* ✠ *Ite in civitatem ad quemdam, et dicite ei: Magister dicit: Tempus meum prope est, apud te facio Pascha cum discipulis meis.* C. *Et fecerunt discipuli sicut constituit illis Jesus, et paraverunt Pascha. Vespere autem facto, discumbebat cum duodecim discipulis suis. Et edentibus illis, dixit:* ✠ *Amen dico vobis, quia unus vestrum me traditurus est.* C. *Et contristati valde, cœperunt singuli dicere:* S. *Numquid ego sum, Domine?* C. *At ipse respondens, ait:* ✠ *Qui intingit mecum manum in paropside, hic me tradet. Filius quidem hominis vadit, sicut scriptum est de illo: væ autem homini illi, per quem Filius hominis tradetur! bonum erat ei, si natus non fuisset homo ille.* C. *Respondens autem Judas, qui tradidit eum, dixit:* S. *Numquid ego sum, Rabbi?* C. *Ait illi:* ✠ *Tu dixisti.* C. *Cœnantibus autem eis, accepit Jesus panem, et benedixit ac fregit, deditque discipulis suis, et ait:* ✠ *Accipite, et comedite: Hoc est corpus meum.* C. *Et accipiens calicem, gratias egit, et dedit illis, dicens:* ✠ *Bibite ex hoc omnes. Hic est enim sanguis meus novi Testamenti, qui pro multis effundetur in remissionem peccatorum. Dico autem vobis: non bibam amodo de hoc genimine vitis, usque in diem illum, cum illud bibam vobiscum novum in regno Patris mei.* C. *Et hymno dicto, exierunt in*

dreis pobres entre vosotros, pero á mí no siempre me tendreis. Derramando este licor sobre mi cuerpo, me ha preparado para la sepultura. En verdad os digo: que en todo el mundo y en cualquiera parte de él adonde se predicare este Evangelio, esto que ella ha hecho se publicará para memoria suya. Entonces uno de los doce, llamado Judas Iscariotes, se fué á ver á los príncipes de los sacerdotes y les dijo: ¿Qué quereis darme y yo os lo entregaré? Obligáronse ellos á darle treinta piezas de plata, y desde aquel momento andaba procurando una ocasion oportuna para entregarle. El primer dia de los ázimos se llegaron los discípulos á Jesus y le dijeron: ¿Dónde quieres que dispongamos para comer la Páscua? Respondióles Jesos: Id á la ciudad á un tal y decidle: Esto es lo que dice el Maestro; mi tiempo se acerca, yo hago en tu casa la Pascua con mis discípulos. Hicieron los discípulos lo que Jesus les habia mandado, y prepararon la Pascua. Llegada la prima noche se puso á la mesa con sus discípulos; y estando comiendo, les habló así: En verdad os digo que uno de vosotros me ha de entregar. Ellos muy afligidos empezaron cada uno á preguntarle: ¿Por ventura soy yo, Señor? Mas él les respondió: El que me ha de entregar mete la mano en el plato conmigo. En verdad el Hijo del hombre va (á morir) segun está escrito de él; pero ay de aquel hombre por quien el Hijo del hombre será entregado: muy ventajoso hubiera sido para él, si no hubiese nacido. Entonces Judas, que era el que le entregaba, respondiendo dijo: Maestro, ¿soy yo acaso? Tú lo has dicho, le respondió Jesus. Estando, pues, cenando,

montem Oliveti. Tunc dicit illis Jesus: ✠ *Omnes vos scandalum patiemini in me in ista nocte. Scriptum est enim: Percutiam pastorem, et dispergentur oves gregis. Postquam autem resurrexero, præcedam vos in Galilæam.* C. *Respondens autem Petrus, ait illi:* S. *Et si omnes scandalizati fuerint in te, ego numquam scandalizabor.* C. *Ait illi Jesus:* ✠ *Amen dico tibi quia in hac nocte, antequam gallus cantet, ter me negabis.* C. *Ait illi Petrus:* S. *Etiam si oportuerit me mori tecum, non te negabo.* C. *Similiter et omnes discipuli dixerunt. Tunc venit Jesus cum illis in villam, quæ dicitur Gethsemani, et dixit discipulis suis:* ✠ *Sedete hic, donec vadam illuc, et orem.* C. *Et assumpto Petro, et duobus filiis Zebedæi, cœpit contristari, et mœstus esse. Tunc ait illis:* ✠ *Tristis est anima mea usque ad mortem: sustinete hic, et vigilate mecum.* C. *Et progressus pusillum, procidit in faciem suam orans, et dicens:* ✠ *Pater mi, si possibile est, transeat à me calix iste: verumtamen non sicut ego volo, sed sicut tu.* C. *Et venit ad discipulos suos, et invenit eos dormientes, et dicit Petro:* ✠ *Sic non potuistis una hora vigilare mecum? Vigilate, et orate, ut non intretis in tentationem. Spiritus quidem promptus est, caro autem infirma.* C. *Iterum secundo abiit, et oravit; dicens:* ✠ *Pater mi, si non potest hic calix transire, nisi bibam illum, fiat voluntas tua.* C. *Et venit iterum, et invenit eos dormientes: erant enim oculi eorum gravati. Et relictis illis, iterum abiit, et oravit tertio, eumdem sermonem dicens. Tunc venit ad discipulos suos, et dicit illis:* ✠ *Dormite jam et requiescite: ecce appropinquavit hora, et Filius hominis tradetur in manus peccatorum. Surgite, eamus; ecce appro-*

tomó Jesus el pan, lo bendijo, lo partió, y lo dió á sus discípulos, diciéndoles: Tomad y comed, esto es mi cuerpo. Tomando en seguida la copa, rindió acciones de gracias, y se la dió diciendo: Bebed todos de esto, porque esta es mi sangre que constituye el nuevo Testamento, y que será derramada por muchos á fin de que sean les pecados perdonados. Ahora bien, yo os aseguro que en adelante no beberé ya de este vino, hasta el dia en que lo beberé nuevo con vosotros en el reino de mi Padre. Y despues de haber dicho el himno, fuéronse hácia el monte Olivete. Díjoles entonces Jesus: Todos vais á escandalizaros en mí esta noche, porque está escrito: Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas del rebaño: pero cuando yo hubiere resucitado iré delante de vosotros á Galilea. Tomando entonces Pedro la palabra, le dijo: Aun cuando todos se escandalizasen en vos, por lo que hace á mí, yo nunca me escandalizaré. Repúsole Jesus: En verdad te digo que esta misma noche ántes que el gallo cante, me negarás tres veces. Aun cuando fuese necesario morir contigo, le dijo Pedro, no te negaré. Y todos los discípulos dijeron lo mismo. Poco despues se fué Jesus con ellos á un huerto llamado Gethsemaní, y les dijo: Permaneced aquí, mientras que voy allá á hacer oracion; y tomando consigo á Pedro, y á los dos hijos del Zebedeo, comenzó á entristecerse y afligirse. Díjoles entonces: Mi alma está poseida de una tristeza mortal, esperad aquí y velad conmigo. Y habiéndose adelantado un poco, se postró pegado el rostro contra el suelo, orando y diciendo: Padre mio, si es posible pase este cáliz sin que lo beba: sin embar-

pinquavit qui me tradet. C. *Adhuc eo loquente, ecce Judas, unus de duodecim, venit, et cum eo turba multa cum gladiis et fustibus, missi à principibus sacerdotum et senioribus populi. Qui autem tradidit eum, dedit illis signum, dicens:* S. *Quemcumque osculatus fuero, ipse est, tenete eum.* C. *Et confestim accedens ad Jesum, dixit:* S. *Ave, Rabbi.* C. *Et osculatus est eum. Dixitque illi Jesus:* ✠ *Amice, ad quid venisti?* C. *Tunc accesserunt, et manus injecerunt in Jesum, et tenuerunt eum. Et ecce unus ex his, qui erant cum Jesu, extendens manum, exemit gladium suum, et percutiens servum principis sacerdotum, amputavit auriculam ejus. Tunc ait illi Jesus:* ✠ *Converte gladium tuum in locum suum. Omnes enim, qui acceperint gladium, gladio peribunt. An putas, quia non possum rogare Patrem meum, et exhibebit mihi modo plus quam duodecim legiones angelorum? Quomodo ergo implebuntur Scripturæ; quia sic oportet fieri?* C. *In illa hora dixit Jesus turbis:* ✠ *Tamquam ad latronem existis cum gladiis et fustibus comprehendere me: quotidie apud vos sedebam docens in templo, et non me tenuistis.* C. *Hoc autem totum factum est, ut adimplerentur Scripturæ Prophetarum. Tunc discipuli omnes, relicto eo, fugerunt. At illi tenentes Jesum, duxerunt ad Caipham principem sacerdotum, ubi scribæ et seniores convenerant. Petrus autem sequebatur eum a longe usque in atrium principis sacerdotum. Et ingressus intro, sedebat cum ministris, ut videret finem. Principes autem sacerdotum, et omne concilium quærebant falsum testimonium contra Jesum, ut eum morti traderent: et non invenerunt, cum multi falsi testes accessissent. Novissime autem venerunt duo falsi*

go no sea como yo quiero sino como tú. Volviendo donde estaban sus discípulos los encontró durmiendo, y dijo entonces á Pedro: ¿No habeis podido velar una hora conmigo. ¿Velad y orad para que no caigais en la tentacion. Verdaderamente el espíritu es fuerte, pero la carne está floja. Habiéndose retirado segunda vez, oró y dijo: Padre, si no es posible evitar el que yo beba este cáliz, hágase tu voluntad. Volvió en seguida (adonde estaban sus discípulos) y los encontró durmiendo, porque sus ojos estaban cargados (de sueño); y habiéndoles dejado se fué, y por tercera vez repitió la misma oracion. Entonces volvió á sus discípulos, y les dijo: Dormid ya, y descansad. Ved aquí que ha llegado la hora, y el Hijo del hombre va á ser entregado en manos de los pecadores: levantaos y vamos; mirad que ya se acerca el que me ha de entregar. Estando todavía hablando, llegó Judas, uno de los doce, seguido de un gran número de gente armada con espadas y palos, enviada por los príncipes de los sacerdotes y por los ancianos del pueblo. El que le entregaba les habia dado por señal (para que conociesen cuál era): Aquel á quien yo besare, ese es, prendedle. Y acercándose inmediatamente á Jesus, le dijo: Dios te salve, Maestro. Y le besó. Díjole Jesus: Amigo ¿con qué intencion has venido? Mientras tanto ellos se adelantaron, y apoderándose de Jesus le prendieron. Al mismo tiempo uno de los que allí estaban echando mano á su espada, la sacó, é hiriendo con ella á un criado del gran sacerdote le cortó una oreja. Entonces le dijo Jesus: Vuelve tu espada á la vaina, porque todos aquellos que (de este modo) hicieren uso de la espa-

testes, et dixerunt: S. *Hic dixit: Possum destruere templum Dei, et post triduum reædificare illud.* C. *Et surgens princeps sacerdotum, ait illi:* S. *Nihil respondes ad ea, quæ isti adversum te testificantur?* C. *Jesus autem tacebat. Et princeps sacerdotum ait illi:* S. *Adjuro te per Deum vivum, ut dicas nobis si tu es Christus Filius Dei.* C. *Dixit illi Jesus:* ✠ *Tu dixisti. Verumtamen dico vobis, amodo videbitis Filium hominis sedentem a dextris virtutis Dei, et venientem in nubibus cæli.* C. *Tunc princeps sacerdotum scidit vestimenta sua, dicens:* S. *Blasphemavit: quid adhuc egemus testibus? ecce nunc audistis blasphemiam: quid vobis videtur?* C. *At illi respondentes, dixerunt:* S. *Reus est mortis.* C. *Tunc expuerunt in faciem ejus, et colaphis eum cæciderunt: alii autem palmas in faciem ejus dederunt, dicentes:* S. *Prophetiza nobis, Christe, quis est qui te percussit?* C. *Petrus vero sedebat foris in atrio: et accessit ad eum una ancilla, dicens:* S. *Et tu cum Jesu Galilæo eras.* C. *At ille negavit coram omnibus, dicens:* S. *Nescio quid dicis.* C. *Exeunte autem illo januam, vidit eum alia ancilla, et ait his, qui erant ibi:* S. *Et hic erat cum Jesu Nazareno.* C. *Et iterum negavit cum juramento: Quia non novi hominem. Et post pusillum accesserunt qui stabant, et dixerunt Petro:* S. *Vere et tu ex illis es, nam et loquela tua manifestum te facit.* C. *Tunc cœpit detestari, et jurare, quia non novisset hominem. Et continuo gallus cantavit. Et recordatus est Petrus verbi Jesu, quod dixerat: Prius quam gallus cantet, ter me negabis. Et egressus foras, flevit amare. Mane autem facto, consilium inierunt omnes principes sacerdotum et seniores populi adversus Je-*

da, perecerán por la espada. ¿Piensas tú que no puedo yo rogar á mi Padre, y que él no me enviaria inmediatamente mas de doce legiones de ángeles? ¿Cómo pues se cumpliria entonces lo que dicen las Escrituras, segun las que todo esto debe suceder así? Volviéndose en aquel momento Jesus á aquella tropa, les dijo: Vosotros habeis venido á mí como si hubieseis venido contra un ladron, armados de espadas y de palos para prenderme. Todos los dias estaba sentado entre vosotros, enseñando en el templo, y no me habeis preso. Pero todo esto se ha hecho así, á fin de que se cumpliese todo lo que estaba escrito por los profetas. Entonces todos los discípulos le abandonaron y huyeron. Los que tenian preso á Jesus, le condujeron á casa de Caifás, gran sacerdote, en donde se habian juntado los escribas y los fariseos. Pedro le seguia á lo léjos hasta el atrio del príncipe de los sacerdotes; y habiendo entrado en él, se sentó con los oficiales para ver en qué paraba esto. Entretanto los príncipes de los sacerdotes, y toda la asamblea, buscaban algun falso testimonio contra Jesus para condenarle á muerte; pero no lo encontraban, á pesar de haberse presentado muchos testigos falsos. Vinieron, por fin, dos, que dijeron: Este ha dicho: Yo puedo destruir el templo de Dios, y en tres dias volverle á edificar. A consecuencia de esto, levantándose el gran sacerdote le dijo: ¿Nada respondes á lo que estas gentes deponen contra tí? Mas Jesus no decia palabra. Entonces el gran sacerdote le dijo: Yo te conjuro de parte de Dios vivo, que nos digas si tú eres el Cristo, Hijo de Dios. Tú lo has dicho, le respondió Jesus. Y yo os

sum, ut eum morti traderent. Et vinctum adduxerunt eum, et tradiderunt Pontio Pilato præsidi. Tunc videns Judas qui eum tradidit, quod damnatus esset, pœnitentia ductus, retulit triginta argenteos principibus sacerdotum et senioribus, dicens: S. *Peccavi, tradens sanguinem justum.* C. *At illi dixerunt:* S. *Quid ad nos? tu videris.* C. *Et projectis argenteis in templo, recessit; et abiens, laqueo se suspendit. Principes autem sacerdotum, acceptis argenteis, dixerunt:* S. *Non licet eos mittere in corbonam, quia pretium sanguinis est.* C. *Consilio autem inito, emerunt ex illis agrum figuli, in sepulturam peregrinorum. Propter hoc vocatus est ager ille, Haceldama, hoc est ager Sanguinis, usque in hodiernum diem. Tunc impletum est quod dictum est per Jeremiam prophetam, dicentem: Et acceperunt triginta argenteos, pretium appretiati, quem apprætiaverunt à filiis Israel: et dederunt eos in agrum figuli, sicut constituit mihi Dominus. Jesus autem stetit ante præsidem, et interrogavit eum præses, dicens:* S. *Tu es Rex Judæorum?* C. *Dicit illi Jesus:* ✠ *Tu dicis.* C. *Et cum accusaretur a principibus sacerdotum et senioribus, nihil respondit. Tunc dicit illi Pilatus:* S. *Non audis quanta adversum te dicunt testimonia?* C. *Et non respondit ei ad ullum verbum, ita ut miraretur præses vehementer. Per diem autem solemnem consueverat præses populo dimittere unum vinctum, quem voluissent: habebat autem tunc vinctum insignem, qui dicebatur Barabbas. Congregatis ergo illis, dixit Pilatus:* S. *Quem vultis dimittam vobis, Barabbam, an Jesum, qui dicitur Christus? C. Sciebat enim quod per invidiam tradidissent eum. Sedente autem illo pro tribunali, misit ad eum uxor ejus, dicens:* S. *Nihil tibi, et justo illi: multa enim passa sum hodie per visum propter eum.* C. *Principes autem sacerdotum et seniores persuaserunt populis ut peterent Barabbam, Jesum vero perderent. Respondens autem præses, ait illis:* S. *Quem vultis vobis de duobus dimitti?* S. *At illi dixerunt:* S. *Barabbam.* C. *Dicit Pilatus illis:* S. *Quid igitur faciam de Jesu, qui dicitur Christus?* C. *Dicunt omnes:* S. *Crucifigatur.* C. *Ait illis præses:* S. *Quid enim mali fecit?* C. *At illi magis clamabant, dicentes:* S. *Crucifigatur.* C. *Videns autem Pilatus quia nihil proficeret, sed magis tumultus fieret, accepta aqua, lavit manus coram populo, dicens:* S. *Innocens ego sum a sanguine justi hujus: vos videritis.* C. *Et respondens universus populus, dixit:* S. *Sanguis ejus super nos, et super filios nostros.* C. *Tunc dimisit illis Barabbam: Jesum autem flagellatum tradidit eis, ut crucifigeretur. Tunc milites præsidis suscipientes Jesum in prætorium, congregaverunt ad eum universam cohortem; et exuentes eum, chlamydem coccineam circumdederunt ei; et plectentes coronam de spinis, posuerunt super caput ejus, et arundinem in dextera ejus. Et genu flexo ante eum, illudebant ei, dicentes:* S. *Ave, Rex Judæorum.* C. *Et exuentes in eum, acceperunt arundinem, et percutiebant caput ejus. Et postquam illuserunt ei, exuerunt eum chlamyde, et induerunt eum vestimentis ejus, et eduxerunt eum ut crucifigerent. Exeuntes autem, invenerunt hominem Cy-*

digo tambien, que vereis muy pronto al Hijo del hombre, sentado á la diestra de Dios omnipotente, venir sobre las nubes del cielo. En aquel punto desgarró el gran sacerdote sus vestidos, diciendo: Ha blasfemado; ¿qué necesidad tenemos ya de testigos? Vosotros acabais de oir la blasfemia; ¿qué os parece? Merece la muerte, dijeron ellos. Escupiéronle entonces en el rostro, diéronle de puñadas, y hubo quienes le abofetearon, diciéndole: Cristo, muéstranos que eres profeta; ¿quién es el que te ha herido? En este tiempo estaba Pedro sentado en el atrio, y llegándose á él una criada, le dijo: Tú tambien estabas con Jesus de Galilea. Mas él lo negó delante de todos, diciendo: No sé lo que me dices. Al salir él de la puerta, le apercibió otra criada, y dijo á los que estaban presentes: Tambien este estaba con Jesus de Nazareth. Nególo él segunda vez, diciendo con juramento que no habia conocido á aquel hombre. Poco despues los que estaban se acercaron, y dijeron á Pedro: Seguramente tú tambien eres de ellos, porque tu mismo idioma manifiesta quién eres: entonces comenzó á hacer imprecaciones, y á jurar que no conocia aquel hombre. Inmediatamente cantó el gallo, y Pedro se acordó de lo que Jesus le habia dicho: Antes que cante el gallo me negarás tres veces; y habiendo salido fuera, lloró amargamente. Luego que amaneció, hicieron consejo los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo para entregarle á la muerte. En seguida le trajeron atado, y le remitieron al gobernador Poncio Pilato. Viendo entonces Judas, que le habia entregado, que le habian condenado, movido de arrepentimiento, volvió las treinta piezas de plata á los príncipes de los sacerdotes y á los ancianos. He pecado, les dijo, entregando la sangre del justo. Mas ellos le dijeron: ¿Qué nos importa á nosotros? A tí te toca el verlo. Arrojando el dinero en el templo, se salió fuera, y se ahorcó. Recogido aquel dinero por los príncipes de los sacerdotes, dijeron (entre sí): No es permitido ponerle en el tesoro, porque es precio de sangre; y despues de haber conferenciado entre sí, compraron el campo de un alfarero para enterrar á los estranjeros; por lo cual hasta hoy se llama aquel campo Hacéldama, esto es, campo de sangre. Cumplióse entonces lo que habia dicho el profeta Jeremías: Recibieron treinta piezas de plata, precio en que ha sido apreciado aquel á quien los hijos de Israel han puesto en precio, y los han dado por el campo de un alfarero, como el Señor me lo ha prescrito. Jesus compareció ante el gobernador, y el gobernador le preguntó: ¿Eres tú, le dijo, el rey de los judíos? Tú lo dices, respondió Jesus. Despues de esto, acusado por los príncipes de los sacerdotes y por los ancianos, no habló una palabra. Díjole entonces Pilato: ¿No oyes cuántas cosas dicen contra tí? Y no respondió una palabra á ninguna de ellas, de suerte que el gobernador quedó estraordinariamente admirado. Acostumbraba el gobernador en el dia solemne de la Pascua remitir un preso al pueblo, el que el mismo pueblo queria. Habia en aquel entonces uno famoso llamado Barrabás. Estando, pues, todos juntos, les dijo Pilato: ¿Cuál quereis que os suelte, Barrabás ó Jesus que se llama Cristo? Sabia bien que solo por envidia se lo habian entregado. Cuando estaba ya sentado en su tribunal, le envió su mujer á decir: No te mezcles en nada de lo que pertenece á este hombre santo, porque hoy he sufrido mucho por su causa en un sueño que he tenido. Entretanto los príncipes de los sacerdotes y los ancianos persuadieron al pueblo que pidiese á Barrabás, y que clamase por la muerte de Jesus. Dirigiéndose, pues, á ellos el go-

renæum, nomine Simonem: hunc angariaverunt, ut tolleret crucem ejus. Et venerunt in locum, qui dicitur Golgotha, quod est Calvariæ locus. Et dederunt ei vinum bibere cum felle mixtum. Et cum gustasset, noluit bibere. Postquam autem crucifigerunt eum, diviserunt vestimenta ejus, sortem mittentes: ut impleretur quod dictum est per Prophetam dicentem: Diviserunt sibi vestimenta mea, et super vestem meam miserunt sortem. Et sedentes, servabant eum. Et imposuerunt super caput ejus causam ipsius scriptam: Hic est Jesus Rex Judæorum. *Tunc crucifixi sunt cum eo duo latrones; unus a dextris, et unus a sinistris. Prætereuntes autem, blasphemabant eum moventes capita sua, et dicentes: S. Vah! qui destruis templum Dei, et in triduo illud reædificas: salva temetipsum: si Filius Dei es, descende de cruce.* C. *Similiter et principes sacerdotum illudentes cum scribis et senioribus, dicebant:* S. *Alios salvos fecit, seipsum non potest salvum facere: si Rex Israel est, descendat nunc de cruce, et credimus ei: confidit in Deo: liberet nunc, si vult eum: dixit enim: Quia Filius Dei sum.* C. *Idipsum autem et latrones, qui crucifixi erant cum eo, improperabant ei. A sexta autem hora tenebræ factæ sunt super universam terram usque ad horam nonam. Et circa horam nonam clamavit Jesus voce magna, dicens:* ✠ *Eli, Eli, lamma sabactani?* C. *Hoc est:* ✠ *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?* C. *Quidam autem illic stantes et audientes, dicebant:* S. *Eliam vocat iste.* C. *Et continuo currens unus ex eis, acceptam spongiam implevit aceto, et imposuit arundini, et dabat ei bibere. Ceteri vero dicebant:* S. *Sine, videamus an veniat Elias liberans eum.* C. *Jesus autem iterum clamans voce magna, emisit spiritum.* (*Hic genuflectitur, et pausatur aliquantulum.*) *Et ecce velum templi scissum est in duas partes a summo usque deorsum: et terræmota est, et petræ scissæ sunt, et monumenta aperta sunt: et multa corpora sanctorum qui dormierant, surrexerunt. Et exeuntes de monumentis post resurrectionem ejus, venerunt in sanctam civitatem, et apparuerunt multis. Centurio autem, et qui cum eo erant custodientes Jesum, viso terræmotu et his, quæ fiebant, timuerunt valde, dicentes:* S. *Vere Filius Dei erat iste.* C. *Erant autem ibi mulieres multæ a longe, quæ secutæ erant Jesum a Galilæa, ministrantes ei: inter quas erat Maria Magdalene, et Maria Jacobi et Joseph mater, et mater filiorum Zebedæi. Cum autem sero factum esset, venit quidam homo dives ab Arimathæa, nomine Joseph, qui et ipse discipulus erat Jesu. Hic accessit ad Pilatum, et petiit corpus Jesu. Tunc Pilatus jussit reddi corpus. Et accepto corpore, Joseph involvit illud in sindone munda. Et posuit illud in monumento suo novo, quod exciderat in petra. Et advolvit saxum magnum ad ostium monumenti, et abiit. Erat autem ibi Maria Magdalene, et altera Maria, sedentes contra sepulchrum.*

bernador, les dijo: ¿Cuál de los dos quereis que os suelte? A Barrabás, dijeron ellos. Repúsoles Pilato: ¿Qué haré luego de Jesus que se llama Cristo? Sea crucificado, respondieron todos. Díjoles el gobernador: Pues qué mal ha hecho? Pero ellos clamaban mas y mas: Sea crucificado. Viendo Pilato que todo era inútil, y que cada vez se hacia mayor el tumulto, hizo traer agua, y se lavó las manos á la vista del pueblo, diciendo: Soy inocente de la sangre de este hombre justo; vosotros lo vereis. A lo cual respondió todo el pueblo, diciendo: Venga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos. Entonces les dió libre á Barrabás, y á Jesus que habia sido azotado, se le entregó para que fuese crucificado. En aquel tiempo tambien los soldados del gobernador, habiendo llevado á Jesus al pretorio, juntaron en rededor de él la córte entera, y despues de haberle despojado, le cubrieron con un manto de púrpura; y habiendo tejido una corona de espinas, se la clavaron en la cabeza; pusiéronle tambien una caña en la mano derecha, y doblando la rodilla delante de él, le decian por burla: Salve, rey de los judíos. Y escupiéndole, tomaban la caña y le herian con ella en la cabeza. Despues de haberse mofado así de él, le desnudaron del manto de púrpura, le volvieron á poner sus vestidos, y le llevaron para crucificarle. Al salir encontraron un hombre de Cirene, llamado Simon, y le obligaron á que llevase la cruz de Jesus, y así llegaron al sitio que se llama Gólgota, esto es, Calvario. Allí le dieron á beber vino mezclado con hiel, mas luego que lo hubo gustado, no lo quiso beber. Despues que le hubieron crucificado, dividieron sus vestidos entre sí, echando suertes, para que se cumpliese lo que se habia anunciado por el Profeta, cuando dijo: Dividieron entre sí mis vestidos, y mi túnica la han echado á la suerte. Y habiéndose sentado le guardaban. Pusiéronle sobre la cabeza (estas palabras que indicaban) la causa de su muerte: *Este es Jesus, rey de los judios.* Crucificaron al mismo tiempo con él dos ladrones, el uno á su diestra, y el otro á su siniestra. Y los que pasaban por allí le cargaban de maldiciones, moviendo sus cabezas, y diciéndole: Ea bien, tú que destruyes el templo de Dios, y le vuelves á edificar en tres dias, sálvate á tí mismo. Si tú eres el Hijo de Dios, baja ahora de la cruz. Los príncipes de los sacerdotes, mofándose tambien de él, con los escribas y los ancianos, decian: Él ha salvado á otros, y no puede salvarse á sí mismo: si es el rey de Israel, que baje ahora de la cruz, y entonces creeremos en él. Él ha esperado en el auxilio de Dios, líbrele ahora, si es que le quiere; porque él mismo ha dicho: Yo soy el Hijo de Dios. Los ladrones que estaban crucificados con él, le echaban tambien en cara las mismas cosas. Desde la hora de sexta hasta la de nona, se estendieron espesas tinieblas por toda la tierra, y hácia la nona esclamó Jesus con una voz fuerte diciendo: Eli, Eli, lamma sabacthani; esto es: ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿por qué me habeis desamparado? Algunos de los que estaban allí, y le oyeron, decian: A Elías llama. E inmediatamente uno de ellos echó á correr, y tomando una esponja, la llenó de vinagre, y poniéndola en el cabo de una caña, se la aplicaba para que bebiera; los demás decian: Dejad, veamos si viene Elías á librarle. Entonces Jesus dando un gran grito, espiró. (*Aquí todos se arrodillan.*) Al mismo tiempo, el velo del templo se desgarró en dos partes de alto abajo, la tierra tembló, las piedras se hicieron pedazos, los sepulcros se abrieron, y los cuerpos de muchos santos que habian muerto resucitaron; saliendo de sus sepulcros despues de su resurreccion, vinieron á la santa ciudad, y aparecieron á muchos. El centurion y los que estaban allí guardando á Jesus, viendo el terremoto, y las cosas que pasaban, quedaron muy

espantados, y dijeron: Este hombre era verdaderamente Hijo de Dios. Habia allí muchas mujeres que habian seguido á Jesus desde Galilea, cuidando de él, entre las cuales estaba María Magdalena, María, madre de Santiago y de José, y la madre de los hijos del Zebedeo. Cerca ya de la noche vino un hombre rico llamado José, que era de la ciudad de Arimathea, y él mismo discípulo de Jesus. Este fué á ver á Pilato y le pidió el cuerpo de Jesus. Pilato mandó que se le diese inmediatamente; y habiéndole tomado, le envolvió en una sábana muy limpia, le puso en un sepulcro suyo nuevo, que habia hecho cavar en una roca, y habiendo llevado rodando una gran piedra, la puso á la entrada del monumento; se fué, pero María Magdalena y la otra María estaban allí sentadas delante del monumento.

Altera autem die, quæ est post Parascevem, convenerunt principes sacerdotum et pharisæi ad Pilatum, dicentes: Domine, recordati sumus, quia seductor ille dixit adhuc vivens: Post tres dies resurgam. Jube ergo custodiri sepulchrum usque in diem tertium: ne forte veniant discipuli ejus, et furentur eum, et dicant plebi: Surrexit a mortuis: et erit novissimus error pejor priore. Ait illis Pilatus: Habetis custodiam, ite, custodite sicut scitis. Illi autem abeuntes, munierunt sepulchrum, signantes lapidem, cum custodibus.

Al dia siguiente, que era sábado, se reunieron los príncipes de los sacerdotes y los fariseos en casa de Pilato, y le dijeron: Señor, nos acordamos que aquel seductor dijo cuando aun vivia: Resucitaré al cabo de tres dias. Manda, pues, que se guarde el sepulcro hasta el tercer dia, no sea que acaso vengan los discípulos, lo roben, y digan al pueblo: Ha resucitado de entre los muertos. Y este error seria peor que el primero. Respondióles entonces Pilato: Teneis guardia, id, guardadle como sabeis. Fuéronse inmediatamente al sepulcro, cerráronle bien, pusieron el sello sobre la piedra, y dejaron la guardia.

El Evangelio de la misa de la fiesta de Ramos, es tomado del de san Mateo, cap. 21.

In illo tempore: Cum appropinquasset Jesus Jerosolymis, et venisset Bethphage ad montem Oliveti, tunc misit duos discipulos suos, dicens eis: Ite in castellum, quod contra vos est, et statim invenietis asinam alligatam, et pullum cum ea: solvite, et adducite mihi: et si quis vobis aliquid dixerit, dicite, quia Dominus his opus habet, et confestim dimittet eos. Hoc autem totum factum est, ut adimpleretur quod dictum est per Prophetam dicentem: Dicite filiæ Sion: Ecce Rex tuus venit tibi mansuetus, sedens super asinam, et pullum filium subjugalis. Euntes autem discipuli, fecerunt sicut præcepit illis Jesus. Et adduxerunt asinam, et pullum: et imposuerunt super eos vestimenta sua, et eum desuper sedere fecerunt. Plurima autem turba straverunt vestimenta sua in via: alii autem cædebant ramos de arboribus, et sternebant in via: turbæ autem, quæ præcedebant, et quæ sequebantur, clamabant, dicentes: Hosanna Filio David: Benedictus, qui venit in nomine Domini.

En aquel tiempo: Acercándose Jesus á Jerusalen y habiendo llegado á Betphagé al pié del monte Olivete, envió dos de sus discípulos, diciéndoles: Id á esa aldea que está enfrente de vosotros, é inmediatamente hallareis una pollina atada, y con ella su buchecillo. Desatadlos y traédmelos, y si alguno os dijere algo, del cidle que el Señor los necesita, y al instante los dejará traer. Todo esto sucedió así, para que se cumpliese lo que estaba anunciado por el Profeta, cuando dijo: Decid á la hija de Sion: Mira á tu Rey que viene á tí, en espíritu de dulzura, montado sobre una pollina, y sobre el buchecillo de la que lleva el yugo. Fueron los discípulos é hicieron lo que Jesus les habia mandado. Trajeron la pollina y el borriquillo, y habiéndoles cubierto con sus vestidos, le hicieron subir encima. Al mismo tiempo innumerables gentes estendieron sus vestidos por donde habia de pasar, otros cortaban ramas á los árboles, y con ellas sembraban el camino. Las tropas que iban delante y las que seguian, clamaban: ¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito sea el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en lo mas alto de los cielos!

MEDITACION.

Sobre el misterio de este dia.

Punto primero.—Considera que jamás hubo demostracion de regocijo mas justa, mejor fundada, y aun se puede añadir, mas afectuosa ni mas sincera, que la que el pueblo que habia salido de Jerusalen manifestó en este dia á la llegada del Salvador. Movidos de las maravillas asombrosas que Jesucristo obraba, hacia ya tres años, en toda la Judea, y de las que la mayor parte de aquellos que contribuian al triunfo, habian sido testigos, no podian dudar que aquel que venia á Jerusalen no fuese su Salvador, su Redentor y su Mesías. Animados de aquel zelo que inspira la veneracion y que el amor hace tan generoso, salen al encuentro de aquel á quien esperaban hacia tantos siglos; acompañan con deseos piadosos y gritos de viva el Mesías, de Hosannas, de bendito sea el que viene en el nombre del Señor, al triunfo del Salvador del mundo; todo resuena con las aclamaciones de aquel piadoso pueblo. La multitud, los caminos sembrados de ramas de árboles y de flores, los ramos de palmas y de olivos en sus manos, la admiracion, la veneracion, la alegría derramada en todos los corazones, pintada en todos los rostros; todo concurria para hacer esta entrada del Salvador la mas augusta, la mas religiosa, la mas santa que hubo jamás. Fué propiamente la entrada triunfante del Mesías en Jerusalen, á pesar de la envidia, del odio y de la maligna obstinacion de los sacerdotes y de los fariseos en no querer reconocerle. Entretanto el Salvador entra allí en cualidad de Mesías montado sobre una pollina, como lo habia predicho el profeta Zacarías; toda la ciudad está en movimiento, todo anuncia su triunfo. Todo esto era necesario para que se cumpliesen las profecías. Bastantes veces habia venido el Salvador á Jerusalen, y siempre sin esplendor, sin ruido, sin distincion que honrase su persona adorable. Hoy observa otra conducta, porque viene para ser inmolado en ella, para acabar la obra de nuestra redencion, para consumar allí su sacrificio, y esta es la causa porque entra con tanta solemnidad. Llevábase como en triunfo la víctima que se debia inmolar, y hé aquí uno de los motivos de esta entrada triunfante. Pero ¿qué frutos tan lisonjeros no debian esperarse de una demostracion de respeto y de alegría tan general? Sin embargo ¡cuán tristes fueron los efec-

tos de esta fiesta! Los sacerdotes, los doctores de la ley, el pueblo mismo de Jerusalen, tomaron como un motivo de alarma, en lo que hacia la alegría, el consuelo, la confianza de los estranjeros; porque solos los estranjeros que habian venido á Jerusalen para la fiesta de la Pascua, fueron los que salieron al encuentro del Salvador y le recibieron con tantas aclamaciones; los habitantes de Jerusalen que habian sido con mas frecuencia testigos de su santidad y de sus milagros, ya por temor, ya por orgullo ó ya por respeto humano, no quisieron tener parte en este triunfo; presagio evidente de la vocacion de los estranjeros y de los gentiles á la fé, y de la funesta reprobacion de los judíos. Así tambien fueron solo los habitantes de Jerusalen los que aclamaron seis dias despues: «Quítanoslo (de delante), quítanoslo, crucificalo.» ¡O Dios mio, y qué importantes, qué saludables instrucciones nos dais en todo este misterio!

Punto segundo.—Considera que lo que pasó en la entrada triunfante de Jesucristo en Jerusalen, se renueva todos los dias en la entrada que Jesucristo hace por medio del sacramento de la Eucaristía en el alma de los fieles. Este divino Salvador viene á nosotros en la comunion como un rey lleno de mansedumbre. ¡Cuántos le salen al encuentro en esta quincena de la Pascua! ¡Qué de apariencias de religion! ¡qué de demostraciones de respeto! ¡qué de señales hasta de devocion! ¿y qué no deberia esperarse con razon de todo este aparato religioso? ¡qué reforma de costumbres, qué piedad, qué reforma de conducta! ¡Ah! ¿sucederá acaso entre los fieles lo que en este dia sucedió entre los judíos? Jesucristo es recibido como Mesías y en el mismo dia es olvidado; todavía mas, es cuasi desconocido. Nota el Evangelio que despues de haber entrado en Jerusalen como en triunfo, el mismo dia le abandonaron hasta tal punto que se vió obligado á salir de allí á la caida de la tarde para ir á buscar habitacion en Bethania. ¿No sucede algo de esto aun en el mismo dia de la comunion? ¡Cuántos terminan, por decirlo así, con la comunion toda su devocion, y cuasi toda su religion y su reconocimiento! ¡Con qué desprecio fué tratado el Salvador divino seis dias despues de aquella entrada religiosa en Jerusalen! ¡Con qué crueldad, con qué ignominia! ¿Se deja pasar siempre tanto tiempo despues de la comunion pascual para maltratar al Salvador? Esas reuniones mundanas, en las que se avergüenzan tanto de profesar el Evangelio; esas partidas de placer tan poco inocentes; esos espectáculos tan poco cristianos, digámoslo mejor, tan paganos, tan profanos; todos esos lugares en donde el mundo y el demonio se indemnizan tan bien de unos tan cortos ejercicios de devocion, ¿están mucho tiempo desiertos? ¿Se esperan siempre seis dias sin gritar, por decirlo así, contra Jesucristo: Quita, quítalo de delante, crucificalo? Consultemos el número de los que perseveran en la inocencia, consultemos el número de las conversiones ruidosas, consultémonos á nosotros mismos, nuestra propia esperiencia puede instruirnos perfectamente sobre todos estos hechos.

¡Ah, Señor! ¿será posible que despues de estas reflexiones me encuentre yo todavía en el caso, y que yo mismo sea una nueva prueba de esta impía, de esta monstruosa ingratitud? No lo permitais, Señor, y haced que yo pierda la vida ántes que perder vuestra gracia y vuestro amor.

Jaculatorias.—Hosanna al Hijo de David; bendito sea el que viene en el nombre del Señor; Hosanna en lo mas alto de los cielos. (Matth. 21.)

Sí, Señor, aun cuando fuese necesario morir con vos, no os negaré jamás. (Matth. 26.)

PROPÓSITOS.

1 Puede decirse que todas las fiestas solemnes, y sobre todo, los dias de comunion, son una especie de triunfo de Jesucristo. El concurso edificante de los fieles al templo, la majestuosa solemnidad del oficio divino, la magnificencia de la Iglesia en la celebracion de las grandes festividades, todo esto es un tributo de respeto de honor, de religion, de reconocimiento, que tributamos al Señor; no omitais nada para contribuir cuanto esté de vuestra parte á él, con vuestro empeño, con vuestra devocion, con vuestro fervor, y singularmente con el ejercicio de los actos de religion y de las buenas obras. La modestia, la reverencia, la devocion, el respeto de cada uno en particular contribuye mucho á estas santas solemnidades; haced un estudio en que nadie os esceda en esto, y sobre todo no paseis ningun dia de la Semana Santa sin santificarle con nuevas obras buenas y nuevos ejercicios de piedad.

2 Jesucristo hace su entrada en vosotros por la comunion; debe, pues, ser triunfante. No cedais en amor, en culto y en adoracion al pueblo judío. Pero no permita Dios que esta entrada de Jesucristo en vosotros sea un preludio de su pasion y de su muerte, como lo fué la que hizo el Salvador en Jerusalen entre las aclamaciones del pueblo. No obligueis al Hijo de Dios á que se salga de vuestra casa para irse á aposentar en otra parte. Retenedle despues de la comunion por vuestra devocion y por vuestro fervor. Alejaos de hoy mas de las ocasiones de negarle; desterraos para siempre de esas reuniones en que se hace profesion de no reconocerle, y hacedle su estancia en vuestra alma dulce y agradable por vuestro amor, por vuestra inocencia y por la reforma de vuestras costumbres.

LUNES SANTO.

Como la Iglesia en toda esta semana no se emplea mas que en la contemplacion y muerte de Jesucristo, el oficio de la misa de este dia es un vivo é interesante compendio de las principales circunstancias de este triste misterio. El introito de la misa está tomado del salmo 34, en el que David, aborrecido, calumniado, perseguido, maltratado, pide á Dios justicia contra los que todo lo ponen en movimiento para perderle. No hay cosa que mejor convenga á Jesucristo pronto ya á ser inmolado.

«A vos, Señor, dice el Profeta, es á quien yo pido justicia contra mis perseguidores; y puesto que mis enemigos son los vuestros, tomad vuestras armas y vuestro escudo para combatirlos, y levantaos para venir en mi ayuda; vos, Señor, que sois la fortaleza de mi salud, sacad vuestra espada, y poneos entre mí y los que me persiguen. Oiga yo en el fondo de mi corazon que vos sois mi salud.» Que David compusiese este salmo con motivo de la persecucion de Saul, ó con el de la conspiracion de Absalon, lo cierto es, que el Espíritu Santo tenia presente en él al Salvador en su pasion, perseguido, acusado, calumniado y

acosado con tanta crueldad como injusticia. Conviene sin embargo este salmo tambien á los justos tentados por los demonios y perseguidos de los hombres. Conviene tambien á la Iglesia, que jamás está sin persecucion.

La Epístola de la misa de este dia está tomada de aquel pasaje en que el profeta Isaías habla en persona de Jesucristo ultrajado, abofeteado, cubierto el rostro de salivas y harto de oprobios en el dia de su pasion. No se dió jamás figura mas semejante á la realidad que la que nos hace el Profeta de Jesucristo paciente en este capítulo cincuentésimo, en el que despues de haber declarado con un estilo vivo y preciso la reprobacion de la sinagoga y de los judíos á causa de sus iniquidades: Yo os declaro, dice el Señor por boca de su Profeta; yo os declaro, que si habeis sido vendidos, culpa es de vuestros pecados, y vuestros crímenes son los que me han hecho repudiar á vuestra madre. Hablando Isaías en persona de Jesucristo, cuenta en seguida los ultrajes impíos que le han hecho y las crueldades inauditas que han ejercido sobre él hasta el último término de la barbarie. Este pormenor profético cuyo cumplimiento en la persona del Salvador se ha visto tan claramente en el dia de su pasion, este pormenor, repito, tan marcado no carece de misterio. El Profeta, ó mas bien, Dios por su Profeta, ha querido dar á entender que lo que ha determinado, por fin, al Señor á romper su alianza con el pueblo judío, á no mirarle mas como su pueblo, á rechazarle, á reprobarle y á repudiar la sinagoga, es el modo indigno, infame, cruel, con que han tratado al Mesías, á quien no han querido escuchar ni recibir, á quien han ultrajado hasta el estremo, y á quien han hecho morir en una cruz.

«El Señor mi Dios me ha abierto el oido;» como si dijera, me ha revelado un gran misterio, y por mas increible, por mas incomprensible que me haya parecido, yo me he rendido, «y no le he contradicho.» Este misterio tan poco verisímil, que escandaliza hasta al Profeta, eran los ultrajes sangrientos que debian hacer un dia los judíos al Mesías, pedido con tanto ardor y esperado con tanto tiempo. Isaías no podia comprender como lo que Dios le revelaba acerca de los dolores y de la pasion del Salvador pudiese jamás suceder; tan opuesto le parecia esto á la razon, á la religion, á los verdaderos intereses de los mismos judíos. ¡Quél despues de haber suspirado tantos siglos por la venida del Mesías; despues de haberle tan ardiente y afectuosamente pedido, esperado, deseado, cuando este Rey de Israel, cuando este soberano libertador, este divino Salvador hubiere ya venido, ¿debe ser odiado, perseguido, ultrajado, abofeteado, cubierto de salivas, entregado á la muerte por este mismo pueblo? Hé aquí lo que le era tan duro creer al Profeta. Lo creyó sin embargo apenas Dios se lo hubo revelado, y luego hizo el pormenor de la mayor parte de las circunstancias de la pasion, tan dolorosa como ignominiosa para el Salvador del mundo, el Mesías.

«He entregado mi cuerpo á los que me herian, y mis mejillas á los que, por último de los desprecios, me arrancaban el pelo de la barba. No he desviado mi rostro de los que me cubrian de injurias y de salivas.» El Hijo de Dios, hablando por boca de David, habia dicho: Señor, bien veo que todos los sacrificios que se os ofrecen no pueden seros muy agradables: holocaustos, hostias por los pecados, sangre de las víctimas, nada de todo esto es capaz de satisfacer á vuestra justicia ofendida ni apaciguar vuestra cólera irritada por el pecado. Vos no habeis querido víctimas ni oblaciones; solo por pura condescendencia, y en atencion á la flaqueza de vuestro pueblo la habeis tolerado. Por este medio habeis querido poner un freno á la propension que este pueblo grosero y material tenia á la idolatría, y fijar sus espíritus con las ceremonias esteriores, no fuese que se dejasen arrastrar al culto de los ídolos por el comercio que tenian con los paganos. Viendo, pues, yo que todas estas oblaciones, estos sacrificios de toros y de cabritos os desagradaban, me he ofrecido á ser yo mismo esta víctima que debia seros infinitamente agradable, y que era la única que podia ser capaz de satisfacer abundantemente á vuestra justicia, aplacar vuestra ira y borrar el pecado. Vos me habeis formado un cuerpo para esto, y sabiendo, Señor, que deseais que os le ofrezca en sacrificio, he entregado este cuerpo á todos los ultrajes, á todos los tormentos, á las salivas, á la muerte misma. Esto es puntualmente lo que se ha cumplido en la pasion del Salvador; él se ha entregado á los verdugos como una víctima inocente, como un cordero que no se queja cuando se le lleva al matadero.

Yendo Jesucristo por última vez á Jerusalen con sus discípulos, les previno de todo lo que debia sucederle, y les predijo hasta las menores circunstancias de ello. «Veis aquí, les dijo (Luc. 18.), que vamos á Jerusalen, y se cumplirán todas las cosas que han escrito los profetas de el Hijo del hombre, porque será entregado á los gentiles, tratado con irrision, azotado, y cubierto de salivas.» Desde el momento de su encarnacion habia aceptado el Salvador todo esto, y ahora dice: «Hé aquí, Dios mio, que vengo para hacer vuestra voluntad. (Is. 53.)» El Señor, añade el Profeta, es mi protector; ¿qué tengo yo que temer? yo no puedo ser confundido. Yo he presentado mi rostro como una piedra durísima, y yo sé que no seré trastornado; el que me justifica está cerca de mí, y yo soy inseparable de él; acúseseme, calúmnieseme, condéneseme, mi juez conoce mi inocencia y está de mi parte. Yo seré oprimido á la vista de mis enemigos; pero con la proteccion del Altísimo, esta opresion esterior será el motivo de mi gloria. El mismo Profeta esplica todavía mas esto, cuando en seguida dice hablando del Mesías: «Ofreciendo, sacrificando su vida por el pecado, verá su generacion durar hasta mas allá de los siglos. (Hebr. 10.)» Como si dijera: puesto que se ha dignado entregarse y sufrir la muerte por la salud de los hombres, todos los hombres han venido á ser siervos é hijos suyos. Él les comunica su cualidad de Hijo de Dios por la gracia de adopcion; y por un pequeño pueblo sumamente reducido que se ha negado á reconocerle por su Salvador, por su Rey, por el Mesías, será reconocido por todos los pueblos de la tierra, y se verá constituido cabeza de la Iglesia cristiana que debe subsistir hasta mas allá de los tiempos.

Únanse entre sí todos mis enemigos para perderme; sacerdotes, doctores de la ley, fariseos, pueblos á quienes el demonio concite contra mí, juntaos tambien con todas las potestades de las tinieblas, moved todos los resortes, emplead hasta la autoridad romana; el Señor mi Dios está de mi parte, yo no temo ni los juicios ni la malicia de los hombres; toda su malignidad no puede manchar mi inocencia,

yo triunfaré del mundo y del infierno. Toda esta nube de enemigos encarnizados para perderme, se desvanecerán, se consumirán, caerán hechos pedazos, corrompidos, y serán comidos de gusanos, al paso que yo hallaré en la ignominia de mi muerte, una vida gloriosa, impasible y eterna. «¿Quién de vosotros teme á Dios y oye la voz de su siervo?» Jesucristo es el que habla por boca de su Profeta, á sus fieles discípulos: Vosotros que temeis al Señor y que escuchais mi voz, no os espanteis de las amenazas de los malos; meten mucho ruido, pero hacen poco mal. Esperad en el Señor, y nada será capaz de dañaros. Dios os conservará en medio de los mayores peligros; en medio de las oscuridades mas espesas él mismo os servirá de guia. Mas con respecto á los que no quieren seguirme, que son indóciles á mi voz y que no quieren creerme, yo compadezco su suerte. Por mas pecadores que hayais sido, por mas pobres, por mas abandonados, aborrecidos, perseguidos, por mas oprimidos que podais veros, poned toda vuestra confianza en Dios, contad con su bondad, apoyaos en su misericordia infinita, y nada temais, porque sereis auxiliados.

El Evangelio de este dia refiere lo que pasó la víspera de la entrada solemne que hizo el Salvador en Jerusalen, cuando á su vuelta de Ephrem se detuvo en Bethania, en donde estaba Lázaro, á quien habia resucitado de entre los muertos. La veneracion con que miraban á Jesus en aquella villa, sobre todo despues del milagro de la resurreccion de Lázaro, hizo que cada uno se apresurase á recibirle creyéndose muy dichosa en tener tal huésped. Mas el Salvador se fué á casa de Lázaro y de sus hermanas, en donde se le habia preparado la cena, y adonde habian acudido muchas gentes, para ver al que todos miraban ya como al Mesías. Lázaro era uno de los que comian con él á la mesa, y Marta como la mayor de las dos hermanas le servia. Apenas se habia acabado de servir la mesa, cuando María, que escedia á todos los demás en amor á Jesucristo, quiso servirle un plato tanto mas esquisito cuanto que era mas precioso, y al mismo tiempo encerraba mayores misterios. Era un vaso lleno de un licor sacado de la espiga del nardo, esto es, de un licor odorífero muy esquisito y de gran precio. El nardo es una planta cuya caña termina en espiga; el aceite, ó el licor estraido de la espiga, era mas estimado que el que se sacaba de las hojas. El vaso, pues, que llevaba Magdalena estaba lleno y contenia una libra de este aceite estraido de la espiga del nardo pistico, esto es, del nardo puro, que no estaba falsificado, y como el Salvador estaba tendido sobre uno de aquellos canapés que se ponian al rededor de la mesa, segun la costumbre de los judíos y de todos los orientales, se llegó á ungir los piés de Jesucristo con el precioso licor, con el que se embalsamó toda la casa, y despues los enjugó con sus cabellos. Esta profusion no fué del gusto de todos. Judas, aquel indigno discípulo que debia muy pronto entregar á su buen Maestro, fué el primero que murmuró de ello, y su mal ejemplo, como sucede de ordinario, le siguieron algunos otros; y como á la murmuracion se la colora siempre con algun motivo especioso en la apariencia: ¿A qué viene, esclamó, el perder un licor de tan gran precio? ¿no valia mas haberle vendido, se hubieran sacado trescientos denarios de plata (esta suma corresponde á ciento cincuenta libras de nuestra moneda) que podrian haberse repartido á los pobres? Las pasiones, especialmente en los que hacen profesion de piedad, hablan siempre un lenguaje devoto, y por lo comun pretestan motivos religiosos y plausibles. No era por caridad con los pobres por lo que aquel traidor decia esto, le daba muy poca pena su miseria; por otra parte, tampoco estaba encargado de hacer las limosnas; era el Salvador mismo el que las hacia; pero como Judas era el depositario de la bolsa, y como Jesucristo, en señal de una benevolencia particular, le habia confiado el cuidado de la pequeña despensa, y de recibir como ecónomo las caridades que le hacian para sus necesidades y las de sus discípulos, robaba secretamente, y separaba lo mas que podia en provecho suyo, meditando sin duda mucho tiempo habia dejar la compañía de los apóstoles. Y siendo la suma de que trataba de consideracion, sentia haber perdido la ocasion de hacer un latrocinio tan fuerte.

Como todas estas quejas, ya que se hiciesen interiormente y en secreto, ya que hubiesen sido á las claras, no se ocultaban al Salvador del mundo, tomó tambien abiertamente la defensa de su piadosa sierva, y justificó su accion. «¿Por qué censurais, les dice, una accion que será alabada hasta el fin de los siglos? Dejadla aprovechar este precioso licor para el dia de mi sepultura.» Con estas palabras quiso dar á entender Jesucristo que estaba próximo el tiempo de su muerte, y que María, derramando sobre él este perfume, desempeñaba con antelacion un deber que la piedad y la costumbre exigian que se tributase á los muertos ántes de sepultarlos. El Salvador predice aquí bien positivamente su muerte próxima, y para hacer ver que su pensamiento está todo ocupado en ella, quiere que se considere la accion de María como el embalsamamiento de su cuerpo, cuya muerte y sepultura presiente ella para dentro de pocos dias; es como si dijese: Aquí hay un presagio de mi próxima muerte; ella me trata como un hombre á quien se le tributan los últimos servicios; ella comienza á embalsamarme como á un hombre que va á ser colocado en el sepulcro. Ha querido con anticipacion hacer el gasto de mi sepultura, y si ha prevenido el dia de ella, es porque tiene motivo para temer que los autores de mi muerte la impedirán entonces el tributarme este último obsequio. Por lo demás, añadió, os he dado bastante á conocer cuánto estimo la limosna que se da á aquellos á quienes una dura necesidad les obliga á pedirla; pero tened presente que jamás os faltarán este género de pobres, al paso que debiendo yo permanecer ya poco tiempo visible sobre la tierra, no debeis llevar á mal el que se apresure á ofrecerme esta clase de homenajes. Entretanto, habiendo corrido la noticia de su llegada á Bethania en todo el pais comarcano, acudieron muchos judíos, no solo por tener la satisfaccion de ver á Jesus á quien se esperaba con impaciencia, sino tambien por ver con sus ojos á Lázaro, á aquel hombre de milagro á quien el Salvador habia resucitado cuatro dias despues de haber sido puesto en el sepulcro. Jesus merece, sin duda, por sí solo que se le vaya á ver, y la perfecta pureza de intencion no se conviene bien ni aun con una especie de curiosidad piadosa. ¿Qué será, pues, de las miras bajas é interesadas que con tanta frecuencia se mezclan en nuestras buenas obras, y aun en la misma profesion que se hace de la piedad? Sabemos que el Salvador está realmente en nuestros altares para recibir allí nuestros votos y nuestros homenajes; que está en los hospitales, en las cárceles, en las casas de los pobres, para recibir allí el consuelo y el socorro; pero

¿nos apresuramos mucho para ir á visitarle? ¿Es grande la muchedumbre que va á los hospitales y á las prisiones, para asistir y consolar, por decirlo así, á Jesucristo en la persona de los pobres? Y si alguna vez corremos á nuestros templos, ¿es siempre solo por ver á Jesucristo y rendirle nuestros homenajes por lo que corremos?

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Da, quæsumus, omnipotens Deus: ut, qui in tot adversis ex nostra infirmitate deficimus, intercedente unigeniti Filii tui passione, respiremus. Qui tecum vivit...

O Dios omnipotente, que sabeis que nuestra flaqueza es la causa de que sucumbamos á tantos males como por todas partes nos oprimen, dignaos concedernos que respiremos animosos por los méritos de la pasion de vuestro Hijo único, el cual siendo Dios vive y reina, etc.

La Epístola es del cap. 50 del profeta Isaías.

In diebus illis: Dixit Isaias: Dominus Deus aperuit mihi aurem, ego autem non contradico, retrorsum non abii. Corpus meum dedi percutientibus, et genas meas vellentibus: faciem meam non averti ab increpantibus, et conspuentibus in me. Dominus Deus auxiliator meus, ideo non sum confusus: ideo posui faciem meam ut petram durissimam, et scio quoniam non confundar. Juxta est qui justificat me, quis contradicet mihi? Stemus simul, quis est adversarius meus? accedat ad me. Ecce Dominus Deus auxiliator meus: quis est qui condemnet me? Ecce omnes quasi vestimentum conterentur, tinea comedet eos. Quis ex vobis timens Dominum, audiens vocem servi sui? Qui ambulavit in tenebris, et non est lumen ei, speret in nomine Domini, et innitatur super Deum suum.

En aquellos dias, dijo Isaías: El Señor mi Dios me ha abierto el oido, y yo no le contradigo, ni me he retirado atrás. Yo he entregado mi cuerpo á los que me herian, y mis mejillas á los que las mesaban: no he apartado mi rostro de los que me cubrian de injurias y de salivas. El Señor mi Dios es mi protector; y por esto no he sido confundido. Yo he endurecido mi rostro como una piedra durísima, y yo sé que no caeré en la confusion. El que me justifica está junto á mí: ¿quién es el que se declara contra mí? Presentémonos juntos delante del juez: ¿quién es mi adversario? Lléguese á mí. Hé aquí el Señor mi Dios que viene en mi auxilio: ¿quién me condenará? Todos ellos se gastarán como un vestido, y la polilla los consumirá. ¿Quién de vosotros teme á Dios, y quién oye la voz de su siervo? El que camina entre tinieblas, y no tiene luz, espere en el nombre del Señor, y apóyese en el Señor su Dios.

Refiriendo el profeta Isaías todo lo que ha sufrido de los judíos, sus insultos y sus ultrajes, y todos sus males tratamientos, no tanto habla de sí mismo, como de Jesucristo, de quien él era la figura, y cuya persona, acciones y tormentos representaba.

REFLEXIONES.

«Yo he entregado mi cuerpo á los que me herian.» ¿No se ha entregado el Señor mas que á los insultos de los judíos? ¿Son solos los judíos los que le han faltado al respeto, le han ultrajado, han rehusado conocerle? las sacrílegas profanaciones, las irrisiones impías, los insultantes desprecios al Santo de los santos, ¿han sido escesos cometidos solo por los habitantes de Jerusalen? ¿estas impiedades han pasado ya? ¡Ah! Jesucristo por un esceso de amor y de bondad, nos ha dado su cuerpo en la adorable Eucaristía: «Veisme aquí que estoy con vosotros hasta todos los tiempos, hasta la consumacion de los siglos.» (Matth. 28.) Él mismo nos declara que lo que nos da es su propio cuerpo; pero añade, este es mi cuerpo «que será entregado.» (1. Cor. 11.) ¿No ha sido entregado este cuerpo adorable mas que á los insultos de los judíos? Este cuerpo precioso en quien habita corporalmente toda la divinidad, ¿no ha sido el blanco mas que de los ultrajes de los gentiles? El cuerpo de Jesucristo está realmente sobre nuestros altares; está allí para ser adorado de todos los cristianos; está para ser allí indemnizado de los ultrajes que ha recibido de los judíos, por la fé, por la piedad, por el respeto y las adoraciones de los fieles. Pero ¡Dios mío! ¿no sois todavía allí ultrajado por estos mismos fieles? ¿no se renuevan allí todos los dias los malos tratamientos que recibisteis de los judíos en el tiempo de vuestra pasion? y lo que debe, por decirlo así, seros todavía mas sensible, es que los que así obran no son judíos ciegos y obstinados, son cristianos que hacen profesion de conoceros, son vuestros propios hijos. Recordemos en nuestro ánimo todas las indecencias, todas las irreverencias, todos los actos de irreligion de que hemos sido testigos en nuestros templos, y quién sabe si tambien actores. Representémonos aquellos aires orgullosos, y me atrevo á decir insultantes, con que se entra en nuestras iglesias; las posturas tan irreligiosas, las inmodestias, las irreverencias con que parece burlarse de la paciencia de un Dios que calla. ¿No se diria que se trata á Jesucristo sobre nuestros altares, con tanto desprecio como se haria á un rey de teatro, cuando se habla, cuando se rie, cuando se le insulta inclinándose delante de él á media rodilla? Pero ¡y cuántos insultos secretos! ¡cuántas profanaciones invisibles! ¡cuántos besos traidores en tantas comuniones sacrílegas! ¿No se hallan sacerdotes en la nueva ley que le traten todavía con mas indignidad que lo hicieron los de la antigua? ¿No tiene razon el Salvador para decir, á vista de la ingratitud, de la indevocion, de la irreligion de tantos fieles indignos, yo he entregado, yo he abandonado mi cuerpo á los que me herian? Y ¡cuántas quejas no tiene derecho para producir este divino Salvador, este Dios oculto, de tantos herejes sacrílegos, que imitando á los judíos, por su falta de fé, y por su furor y su rabia, sobrepujan, por decirlo así, á las blasfemias y á las injurias de que este divino Salvador ha sido cargado y como harto durante su pasion! ¿Qué no deben hacer las almas piadosas, los siervos fieles, para reparar con su fervor y con su religion tantos ultrajes? Demos nosotros pruebas de nuestra fé, por nuestra devocion y por nuestros respetos.

El Evangelio de la misa de este dia es de san Juan, capítulo 12.

Ante sex dies Paschæ venit Jesus Bethaniam, ubi Lazarus fuerat mortuus, quem suscitavit Jesus. Fecerunt autem ei cœnam ibi: et Martha ministrabat: Lazarus vero unus erat ex

Seis dias ántes de la pasion fué Jesus á Bethania, en donde habia muerto Lázaro, el cual habia resucitado. Dispusiéronle allí de cenar: Marta servia, y Lázaro era uno de los que ce-

nistrabat, Lazarus vero unus erat ex discumbentibus cum eo. Maria ergo accepit libram unguenti nardi pistici pretiosi, et unxit pedes Jesu, et extersit pedes ejus capillis suis: et domus impleta est ex odore unguenti. Dixit ergo unus ex discipulis ejus, Judas Iscariotes, qui erat eum traditurus: Quare hoc unguentum non veniit trecentis denariis, et datum est egenis? Dixit autem hoc non quia de egenis pertinebat ad eum; sed quia fur erat, et loculos habens, ea quæ mittebantur, portabat. Dixit ergo Jesus: Sinite illam, in diem sepulturæ meæ servet illud. Pauperes enim semper habetis vobiscum: me autem non semper habetis. Cognovit ergo turba multa ex Judæis quia illic est: et venerunt non propter Jesum tantum, sed ut Lazarum viderent, quem suscitavit a mortuis.

naban con él. María tomó una libra de aceite de olor de un nardo puro y de gran precio, y con él ungió los piés de Jesus y se los enjugó con sus cabellos; y toda la casa quedó embalsamada con este licor. Entonces Judas Iscariote, uno de sus discípulos, el que debia entregarle, dijo: ¿Por qué no se vendió este licor en trescientos denarios de plata y se ha dado á los pobres? No dijo él esto porque se interesase por los pobres, sino porque era ladron, y estando encargado de la bolsa, tenia á su disposicion lo que en ella entraba. Díjoles, pues, Jesus: Dejadla aprovechar este licor para el dia de mi sepultura; siempre teneis pobres con vosotros, pero á mí no me teneis siempre. Habiendo sabido un gran número de judíos que estaba allí, fuéron allá, no tan solo por Jesus, sino por ver á Lázaro, á quien habia resucitado de entre los muertos.

MEDITACION.

De la falsa delicadeza de conciencia.

Punto primero.—Considera que la falsa conciencia tiene sus delicadezas como la buena; muchas veces afecta ser aun escrupulosa; pero en lo que lisonjea la pasion dominante, de la cual es la protectora y el apoyo, ella no deja de colorar siempre sus ilusiones con motivos deslumbradores y especiosos. Unas veces es zelo por el bien público, otras es amor de la verdad, otras es delicadeza por la justicia. Compélese á un pobre deudor sin misericordia, quiérese quedar pagado hasta el último dinero, sea cualquiera la indigencia en que se encontrase el deudor, no se escuchan ni razones, ni escusas, ni ruegos; ciérranse los ojos al estado miserable á que se le reduce; muéstrase duro, insensible á la ruina de toda una familia, ¿qué motivo puede tener un hombre racional para una dureza tan bárbara? ¿pero le faltará jamás pretesto á la avaricia, á la codicia, á la pasion del interés? Creeríase hacer agravio á sus hijos, á sus herederos, á su propia familia, á sus deberes, si se disminuyese algo de la deuda. Rehúsase el perdonar una injuria atroz, ó si se afecta perdonarla, no se quiere ver al que nos ha ofendido; pero ¿qué es lo que puede justificar una conducta tan opuesta al precepto de Jesucristo, una severidad tan poco cristiana? La delicadeza de una falsa conciencia. Es una persona de malas costumbres, se dice, de un natural maligno y peligroso, con quien la pretendida prudencia corta todo comercio; por delicadeza de conciencia se juzga mal del prójimo; por delicadeza de conciencia se viola uno de los mas esenciales mandamientos de Dios. ¡Hubo jamás una ilusion mas criminal! Por mas obligado que uno esté á romper un comercio poco inocente, á alejarse de una ocasion próxima de pecado, á no ver mas una persona cuya conversacion es peligrosa á la inocencia y funesta á la salud, una falsa delicadeza de conciencia, fecunda en espedientes, da confianza: la reputacion de la persona peligrosa y la nuestra propia, deben hacer pasar por encima de todos los peligros; seria desacreditar á una persona romper del todo con ella. Por fin, se halla uno desgraciadamente empeñado en un partido; el orgullo, el interés, el libertinaje, la pasion, nos han estraviado del camino de la verdad; pues por delicadeza de conciencia se pretende perseverar hasta la muerte en su estravío: quiérese morir en la heregía por amor á la verdad. No hay luterano, no hay calvinista que no sacuda hasta la mas mínima duda sobre la rebelion contra la Iglesia, y esto por motivo de conciencia; es decir, que por una pretendida delicadeza de conciencia se vive y se muere en el error. ¡Buen Dios! ¡hubo jamás ilusion mas grosera, mas perniciosa, mas horrible! Pero cuando se llega á caer en la ilusion, ya no se conoce mas ni grosería, ni estravío, ni malicia. Judas nos ofrece un grande ejemplo de esta verdad.

Punto segundo.—Considera en este desgraciado Apóstol bien marcados todos los rasgos de la falsa delicadeza de conciencia, de la ilusion y del error. Magdalena, abrasada del amor mas generoso á su Salvador, no deja pasar ninguna ocasion de darle públicamente señales de él: Seis dias ántes de la muerte de Jesucristo, cenando en Bethania, derrama sobre los piés del divino Salvador esencias de gran precio, y lavándolos tanto con sus lágrimas, como con este precioso licor, los enjuga con sus cabellos; todos quedan edificados, y toda la casa embalsamada con este licor odorífero. Judas es el único que desaprueba una accion tan santa y se escandaliza; el motivo que tiene para ello es la caridad, y la causa de su murmuracion es la pretendida delicadeza de su conciencia. Oyéndole hablar, la pura caridad por los pobres es la que mueve su queja; una economía sabia y religiosa es la que le estimula; el amor de la pobreza evangélica es la que le anima. ¿Por qué se ha de perder esto, puesto que se podia sacar mucho dinero de ello y darlo á los pobres? ¿No se diria que es la pura caridad la que le hace hablar, y que este discípulo no piensa mas que en aliviar la indigencia de los pobres? No obstante, lo que le hace murmurar es la avaricia, y el ansia de robar este dinero es lo que le obliga á hacer esta advertencia. Le importaban muy poco los pobres; pero habiendo ya resuelto hacer traicion á su buen Maestro, y entregarle á sus enemigos por el dinero, hubiera deseado que se hubiese vendido aquel licor precioso, con la esperanza de que estando encargado de la pequeña despensa, se le habria confiado á él, y hubiera tenido ocasion de robar tambien esta suma. El vicio y la virtud tienen muchas veces el mismo lenguaje, y nosotros nos engañamos hasta en nosotros mismos. Nada contrahace mejor la buena conciencia que la falsa; motivos de religion, razones de piedad, pretestos de caridad y de zelo, todo se pone por obra para dar confianza, para tranquilizar, para engañar, para seducir. ¡Cuántos hay que no obran mas que por pasion, mientras se lisonjean de obrar por virtud! ¡cuántos son el juguete de su mal corazon y de su falsa conciencia! Cuando la corrupcion del corazon ha ganado el

entendimiento, la conciencia se pervierte muy pronto. Cuanto mas talento hay, es mas incurable la ilusion: jamás es el error tan pernicioso como cuando es efecto de la malignidad del corazon, y de la perversidad del entendimiento. ¿Y por qué seremos tan ingeniosos y tan industriosos para perdernos? ¿por qué no obraremos con sencillez, con rectitud, sobre todo en materia de salvacion? ¿Creemos que la pasion, por mas disfrazada, por mas enmascarada que esté, puede engañar á Dios? Engañémonos á nosotros mismos cuanto queramos, Dios no puede ser engañado. Contemplemos esa multitud de herejes y lloremos su suerte; pero no dejemos de temer por la nuestra. ¡Cuántos sugetos hay por otra parte hábiles, y de un carácter escelente para el comercio y el trato del mundo, que sin embargo en materia de religion desbarran toda su vida! pues pocos de ellos son los que no obstante no se forman una falsa conciencia, á cuyo abrigo viven y mueren tranquilamente al parecer en el estravío y en el error.

No permitais, Señor, que yo caiga jamás en tan lamentable ceguera, ya en cuanto al dogma, ya en cuanto á la regla de las costumbres. Concededme vuestra gracia para que os sirva con simplicidad y con rectitud, y no permitais que caiga jamás en la ilusion.

Jaculatorias.—Renovad, Señor, en mí aquella pureza de corazon, y aquella rectitud de espíritu, sin la que no es posible dejar de estraviarse del verdadero camino. (Ps. 50.)

No me arrojeis de vuestra presencia, y haced siempre me iluminen las luces de vuestro santo espíritu. (Idem.)

PROPÓSITOS.

1 La falsa conciencia tiene sus delicadezas como la buena, y esto es lo que á muchos les engaña. Puédese aun asegurar que las delicadezas de la falsa son mas tenaces, y de aquí nace la dificultad de convertir á los que han caido en esta ilusion. Temed un mal tan pernicioso, y de ordinario tan incurable. Haced un estudio en servir á Dios con rectitud y simplicidad. El orgullo es por lo comun el orígen funesto de las ilusiones del entendimiento y de las del corazon. Tened, pues, un corazon y un entendimiento dóciles. No hagais nada sin el consejo de un sabio y santo director; desconfiad siempre de vuestras propias luces; y decid muchas veces á Dios, tomando aquellas hermosas palabras del Profeta: «Criad, ó Dios, en mí un corazon puro, y renovad en mi interior el espíritu de rectitud.»

2 Uno de los medios para no dejarse sorprender de esta delicadeza de conciencia, es buscar á Dios con sinceridad. Desconfiad continuamente de vuestro propio espíritu; no leais jamás ningun libro sospechoso. Tened horror á todo espíritu de partido y de cábala. Haced Profesion de una simplicidad verdaderamente cristiana; tened siempre una caridad universal; no juzgueis á nadie; juzgaos severamente á vosotros mismos, y aplicaos á la reforma de vuestras costumbres. Ved aquí cuál debe ser el continuo objeto de vuestro zelo.

MARTES SANTO.

Al paso en que se acerca el gran dia en que se completó la grande obra de nuestra redencion con la muerte en la cruz del Salvador del mundo, exhorta la Iglesia á todos los fieles á que no se glorien mas que en la cruz, instrumento glorioso de nuestra salud, y á que cumplan en su carne, á ejemplo del Apóstol, lo que falta á los dolores de Jesucristo, principalmente en estos dias de llanto, de luto y de penitencia.

El introito de la misa de este dia está tomado de la epístola de san Pablo á los gálatas, en la que el santo Apóstol despues de haberles dado un gran número de preceptos morales, que son un compendio de toda la moral cristiana; despues de haberles descubierto el verdadero motivo porque todos los falsos apóstoles querian obligarles á que se sometieran todavía á las ceremonias legales: No son tan eficaces, les dice, para estrecharos á tomar la circuncision, sino para evitar la persecucion que los judíos han declarado á los que, como nosotros, creen que las ceremonias legales están abrogadas. Aquellos falsos apóstoles creian en Jesucristo, pero no creian que la ley de la circuncision quedó abolida por el bautismo: No creais, añade el santo Apóstol, que sea zelo de vuestra salud, ó amor de la verdad, ó la gloria de Jesucristo lo que les anima; es la vanidad, el respeto humano, el amor propio. «Quieren gloriarse en vuestra carne,» esto es, quieren tener la necia gloria de haberos sometido á la ley de la circuncision; un temor cobarde, servil, interesado, les impide predicar como nosotros la cruz de Jesucristo y la eficacia de la fé, para de este modo no verse perseguidos de los judíos por la cruz de Jesucristo. Los cristianos estaban espuestos á las persecuciones de los judíos y de los paganos. Los judíos les perseguian porque abrogaban las ceremonias legales, y reconocian por Mesías al que sus padres habian crucificado: los paganos porque introducian una religion nueva, que condenaba todas las demás. Los falsos doctores de que habla aquí san Pablo, no eran ni judíos, ni cristianos, ni paganos, puesto que reconocian á Jesucristo por el Mesías, se sometian á la ley de la circuncision, y no adoraban los ídolos. Habiendo instruido san Pablo á los fieles de Galilea sobre este punto de fé tan importante, declara altamente que por lo que hace á él hace consistir toda su gloria en predicar á Jesucristo, y Jesucristo crucificado, el cual es para los judíos un escándalo, y una locura para los gentiles; pero que es la fortaleza y la sabiduría de Dios para todos los verdaderos fieles. «Con respecto á mí, dice, no permita Dios que me glorie en otra cosa que en la cruz de nuestro Señor Jesucristo.» Del sentido de estas palabras del Apóstol ha formado la Iglesia el introito de la misa de este dia.

«Nada nos conviene mas que poner nuestra gloria en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, en la cual está nuestra vida, nuestra resurreccion, y por la que hemos sido salvos y libertados. ¿Hay muchos cristianos el dia de hoy que pongan su gloria en la cruz del Salvador? esto es ¿qué no tengan otra ambicion que hacerse semejantes á este divino modelo? Por el contrario huyese de la cruz, tiénese horror á la cruz, y se está muy léjos de poner en ella su gloria; sin embargo en la cruz es en donde se halla la salud y la vida, mientras que en los honores y en los placeres de esta vida no se encuentra sino la muerte.

«Dios tenga misericordia de nosotros, y derrame sobre nosotros sus bendiciones en abundancia. Difunda sobre nosotros la luz de su rostro. «Esta espresion es bastante comun en la Escritura para indicar la bondad y la benevolencia, y para decir que se digne mirarnos con ojos favorables, y nos haga sentir los efectos de su misericordia y de su estraordinaria bondad con nosotros. El salmo 66 es

una viva y devota oracion que David hace á Dios en favor de su pueblo, y por la cual pide el Profeta que todas las naciones conozcan y alaben al Señor.

La epístola de la misa de este dia nos representa una figura de Cristo paciente, y condenado á muerte en el árbol de la cruz, por los mismos de su pueblo, en la persona del profeta Jeremías.

Este santo hombre, que era sacerdote, habia reprendido muchas veces á los judíos por su infidelidad con Dios, y les habia amenazado con las penas con que debian ser castigados por sus desórdenes y por su rebelion; pero ellos en lugar de aprovecharse de sus caritativas amonestaciones, se habian irritado contra él, y habian jurado su pérdida. La analogía es bastante justa entre la figura y la realidad. Lo que el Profeta dice despues á Dios con este motivo, y la Iglesia aplica en este dia á Jesucristo, hace la analogía todavía mas perfecta.

Señor, dice Jeremías, vos me habeis hecho ver cuáles son los pensamientos de mis contrarios, y cuáles son sus perniciosos designios contra mí. Todas las iglesias convienen, dice san Gerónimo, que estas palabras y las siguientes miran á Jesucristo y á su pasion. Contra él es contra quien se forman designios de muerte; este divino Salvador es el que como cordero manso, conducido para ser víctima, va á la muerte sin resistencia, sin quejarse, sin proferir una palabra. No hay duda, dice el mismo Padre, que Jeremías es visiblemente aquí la figura de este divino Salvador. Aquí comienza á sufrir de parte de sus hermanos, y á representar en su persona aquel divino original que se ha calificado como hombre de dolores. «Yo soy como un cordero manso,» sin hiel, sin aspereza, sin malicia, «conducido para ser víctima» por los pecados. Yo ignoraba entonces todo lo que se tramaba contra mí, y no sabia lo que querian decir cuando decian: «Pongamos leño en su pan, esterminémosle de la tierra de los vivientes, y sea borrado su nombre de la memoria de los hombres.» Poco despues que «os habeis dignado, Señor, darme la inteligencia» de una espresion tan figurada, «comprendo» que ellos han resuelto quitarme la vida en un leño. Tertuliano, san Cipriano, Lactancio, san Gregorio, san Gerónimo, y los demás santos padres entienden todos este lugar del Profeta, de la muerte de Jesucristo en la cruz. Los propios términos de pan y de leño desenvuelven por sí mismos el misterio, y su esplicacion gira sobre la verdad del misterio de la Eucaristía. Jesucristo ha declarado en términos espresos, claros y preciosos que él era «el pan vivo, que era el pan de vida que habia bajado del cielo: el pan que yo daré, añade, es mi propia carne;» y esta misma carne que será inmolada sobre la cruz por la salud y por la vida del mundo. Cuando los judíos han dicho por Jeremías: «pongamos leño en su pan, esterminémosle de la tierra,» han dicho de Jesucristo: preciso es deshacernos de él, y para esto clavemos su cuerpo, que él dice que es el pan vivo bajado del cielo, clavémosle en el leño de la cruz, y por este medio lo esterminarémos de este mundo. «Pero tú, ó Dios de los ejércitos, esto es, Dios justo, Dios soberano, juez vengador de los crímenes, que castigas la iniquidad; tú que juzgas con todo el rigor de la justicia; tú que no te dejas deslumbrar por esterioridades imponentes, ni por apariencias engañosas, sino que penetras al interior del alma, y ves el fondo del corazon; tú, en fin, que sabes bien desenvolver los motivos mas especiosos, y que descubres toda su malignidad, á pesar de todos los pretestos mas plausibles con que se cubren y se disfrazan, tú conoces la malicia de mis enemigos, que bajo de su vana y frívola apariencia de religion, tratan de impostor y de malvado al que tú has enviado, á aquel cuya inocencia conoces; déjame ver la venganza que debes tomar de ellos. Vea yo la iniquidad de los judíos, su endurecimiento, su impenitencia castigada, sus designios confundidos y tu justicia vengada. Vea yo al justo, á quien ellos pretendian esterminar de la tierra de los vivientes, triunfar de su crueldad y de su furor, triunfar de la muerte misma. Vea yo á todos los que han conspirado para perderle, humillados, anonadados, y á él exaltado por aquellos mismos que no le han maltratado, sino porque se han obstinado maliciosamente en desconocerle. El Profeta, dice san Gerónimo, solo habla contra los que debian permanecer en su endurecimiento. No desea él la desgracia de sus hermanos; está por el contrario apesadumbrado, su pérdida le hiere mucho mas que los malos tratamientos que ha sufrido de ellos. Querria que Dios les castigase para obligarles á convertirse; pero previendo su tenaz obstinacion, anuncia las desgracias que deben sucederles en castigo de su endurecimiento y de su impenitencia. Como el Salvador predice la destruccion entera de Jerusalen y la del templo en castigo de la ceguera voluntaria de los judíos: ¡O si á lo ménos, esclama despues de tantas infidelidades pasadas, hubieses sabido conocer en este dia, lo que únicamente era capaz de darte la paz; si tú hubieses sabido conocer que estaba en medio de tí la verdadera fuente de tu felicidad! Pero estas verdades no están ahora á tu alcance; tú no las ves, nacion desdichada, porque has querido ser ciega, y no has querido ver la luz que te iluminaba.»

La Iglesia ocupada toda en esta santa Semana de la pasion de Jesucristo, su mayor cuidado es de llenar en ella el entendimiento y el corazon de todos los fieles; y como entre todos los misterios de nuestra religion no lo hay mas interesante que este, desea que sus hijos no ignoren la mas mínima circunstancia de él. Con este mismo fin los cuatro historiadores sagrados, que nos han dado la historia de la vida de Jesucristo en el Evangelio, se han como repartido entre sí el pormenor de los principales hechos de ella, habiendo querido en esto el Espíritu Santo que les dirigia, formar de todos cuatro una historia completa; pero en cuanto á la pasion del Salvador, cada uno en particular se ha aplicado á hacer una narracion detallada y entera, y solo algunas menudas circunstancias, cual rasgos particulares, distinguen cada cuadro. No queriendo, pues, la Iglesia que ignorásemos nada de este gran misterio, por el cual se ha obrado la grande obra de nuestra salud, nos hace leer en estos santos dias la historia de la pasion de Jesucristo, segun los cuatro evangelistas, que ha distribuido segun el órden del tiempo que han escrito. Así el domingo de Ramos nos hace leer la historia de la pasion del Salvador, segun san Mateo; el martes la misma historia, segun san Marcos; el miércoles, segun san Lucas, y el viernes santo, segun san Juan, que es el que ha escrito despues de los demás evangelistas. Ninguna cosa y nada tan útil para la salud, dice san Agustin, como el pensar todos los dias en lo que ha padecido un Dios hombre por nuestra salvacion. Nada mas á propósito para

obligarnos á sufrir con paciencia y aun con alegría cuanto hay de mas crudo y de mas sensible en esta vida, que el acordar de continuo á nuestro espíritu la memoria de la pasion del Salvador, dice san Isidoro. Seguro es, decia Orígenes, que no podrá reinar el pecado en un corazon que piensa frecuentemente en la pasion del Salvador.

Todos los Padres de la Iglesia y los doctores convienen que los tormentos que el Salvador se ha dignado sufrir por nuestro amor, son incomprensibles al entendimiento humano; y que su pasion es un misterio de humillaciones y de dolores que sobrepuja á toda inteligencia criada. Seria necesario comprender lo que es el Hijo de Dios, igual en todo á su Padre, y hecho semejante á nosotros por su encarnacion, para tener una justa idea de lo que este Dios-hombre ha sufrido por rescatar á los hombres. Seria preciso penetrar la profundidad de sus humillaciones, la vivacidad y el número de sus dolores, la delicadeza de su carne, la estension y la penetracion de su espíritu, y al mismo tiempo la desproporcion infinita de la reunion de todos sus tormentos, con la dignidad infinita de su adorable persona. Todo es esceso en la pasion de Jesucristo, dice santo Tomás; esceso de malicia en los judíos, á quienes habia colmado de todo género de bienes; esceso de crueldad en sus verdugos, que le hacen sufrir tormentos inauditos, y que no dejan espacio alguno sin llaga ni sin suplicio en su delicado cuerpo; esceso de ignominia en los ultrajes que se le hacen, en las irrisiones y aprobios de que se le carga; esceso de tristeza y de amargura, á que él mismo se entrega, y que le causan un sudor de sangre; esceso, en fin, de dolores, los cuales no hubiera podido jamás sufrir sin milagro. Sabed, dice santo Tomás, que la grandeza de sus dolores fué proporcionada á la pena que merecian los pecados de todos los hombres; y esto, porque no solamente quiso el Señor destruir el pecado por la fuerza de su poder, sino tambien por las reglas de su justicia: así es que quiso que hubiese una igualdad perfecta entre la deuda y la paga, entre el pecado y su pena; esto es lo que ha hecho creer á muchos sabios intérpretes, que el Salvador ha sufrido él solo tantas penas temporales, cuantas merecian sufrir en esta vida todos los hombres juntos por cada uno de sus pecados: de suerte que sus dolores fueron tan grandes que aun cuando no hubiera sido mas que simplemente hombre, igualarian y aun sobrepujarian todas las penas que la justicia divina hubiera tenido derecho para exigir de todos los pecadores despues de la remision de sus pecados. Así es, que en la pasion del Salvador declara el Padre Eterno que ha gravado su brazo sobre su propio Hijo, á causa de los crímenes de su pueblo.

Pero nada nos descubre mejor los tesoros que están encerrados en la pasion del Salvador, que la historia sencilla de la misma pasion. No hay mas que seguir el pormenor que hace de ella el Evangelio, y ver con ojos cristianos todo lo que Jesucristo ha sufrido en los tres principales teatros de su pasion, esto es, el huerto de los Olivos, la ciudad de Jerusalen y el Calvario.

Habiendo salido el Salvador de Jerusalen, despues de haber celebrado la última Pascua con sus apóstoles, se retiró á la montaña de los Olivos, en donde tenia de costumbre orar durante la noche, y no permitió que le acompañasen mas que san Pedro, san Juan y Santiago, dejando á los demás en la aldea de Gethsemaní que estaba al pié de la montaña. Entróse en el huerto de la granja de Gethsemaní, que era el lugar adonde iba muchas veces con sus discípulos, el cual conocia Judas muy bien, de suerte que no dudaba que le encontraria en él. No lo ignoraba Jesus: le hubiera sido muy fácil retirarse á otra parte; pero habiendo llegado ya la hora marcada de su sacrificio, se detuvo allí, para inmolarse él mismo á su Padre sobre el altar de su corazon, siendo á un tiempo el sacerdote, el ministro y la víctima de su sacrificio. En todas las demás partes puede decirse que sus enemigos tuvieron parte en la inmolacion; aquí es el Salvador sólo el que voluntariamente reune en su alma y sobre su cuerpo todo lo que los tormentos tienen de mas cruel, todo lo que la muerte tiene de mas doloroso, todo lo mas horroroso, lo mas opresivo, lo mas sensible que un hombre puede sufrir. Entrégase á un sobrecogimiento de temor y de espanto capaz de quitarle la vida; y reuniendo su imaginacion á la vez todos los objetos aflictivos, la traicion de un apóstol pérfido, la fuga de los apóstoles fieles, las rechifias, los ultrajes, las imprecaciones de un pueblo furioso, los insultos ignominiosos del mas injusto de los tribunales, del mas indigno de los magistrados, las irrisiones insolentes, los oprobios, la barbarie, la impiedad de parte de los soldados, las calumnias escandalosas, las injusticias horribles, una monstruosa preferencia, los azotes, las espinas, los clavos, la cruz, todo se presenta, todo se hace sentir, todo abruma al mejor de los corazones, y á la mas tierna de las almas. Jesus parece como que sucumbe bajo de un peso tan enorme; ni aun puede, al parecer, disimular el esceso de sus penas: «Me cubre, dice, una tristeza mortal.» Esta tristeza mortal á que el Salvador se abandona, es mas el efecto de nuestra ingratitud y del poco fruto que tantos malos cristianos reportarian de su muerte, que del cáliz amargo que iba á beber. Si pide á su Padre que le libre de lo que él mismo habia aceptado tan voluntariamente, es para que comprendamos que siente toda su amargura. Y á la verdad, lo que irrita su dolor, es ver el abuso sacrílego que harán tantos pecadores de las gracias que va á merecerles con su sangre. Él quiere salvar á todos los hombres, y la mayor parte de los hombres se perderán; acepta todos los tormentos, y hasta la muerte mas ignominiosa, para la espiacion de nuestros pecados, y la tierra estará cubierta de pecadores; muere por su pueblo, y este desdichado pueblo no se aprovechará de su muerte.

El temor y la estrema tristeza á que se ha entregado el Salvador, habia por un efecto natural recogido la sangre al rededor del corazon; pero habiéndola rechazado, y derramado con violencia por todo el cuerpo, el amor y el deseo ardiente que tenia de nuestra salud, se dilató en un sudor tan abundante que quedó la tierra regada con ella. ¡Y qué! ¿tanta sangre derramada á consecuencia del escesivo amor que Jesucristo nos tiene, no arrancará jamás una lágrima de nuestros ojos?

La llegada del pérfido Judas á la cabeza de una compañía de soldados y de galopos, armados con espadas y con palos, oprimió el corazon del buen Maestro, y el beso traidor que aquel infame apóstata le dió en señal de su traicion, hizo una llaga en su corazon divino, que le lastimó hasta el último suspiro de su vida. Abrazando entonces por última vez el Salvador á aquel infeliz, y hablándole todavía con un tono de padre: Amigo mio, le dice,

¿con un beso te atreves á entregarme? ¡Qué! Judas, mi amado discípulo, á quien he distinguido con tantas señales de amistad; Judas, tú que has sido testigo de tantos milagros como yo he obrado; Judas, uno de mis mas queridos apóstoles, ¿con un beso me entregas á mis mas mortales enemigos? ¿Qué corazon hubiera sido tan bárbaro que no se hubiera conmovido y enternecido con una queja tan amorosa? Pero Judas es insensible á una reconvencion tan afectuosa. ¡O Dios mio! ¡de qué no es uno capaz cuando os abandona despues de haberos conocido! ¡Oh, y qué cierto es que la insensibilidad sigue muy de cerca á una comunion sacrílega! Facilísimo hubiera sido á Jesucristo sustraerse de las manos de aquella tropa de malvados, como tantas veces lo habia hecho de las de los que tenian órden de prenderle cuando aun no habia llegado su hora. Pero hoy que ha llegado ya el tiempo que él habia determinado para su sacrificio, sale él mismo al encuentro de los que le buscan, y no bien les ha dicho que es él mismo á quien tienen órden de prender, cuando su voz, á manera de un rayo, los arroja á tierra; tanta verdad es, que si él mismo no se hubiese entregado á la muerte por la salvacion de los hombres, jamás hubieran podido prenderle las potestades de las tinieblas: «Se ofreció porque quiso,» dice Isaías.

¿Qué estado mas santo ni mas perfecto que el del apostolado? ¿qué vocacion mas cierta ni mas milagrosa que la de Judas? ¿En dónde podia estarse mas al abrigo de las borrascas de las pasiones, de las astucias del enemigo, y del contagio del mal ejemplo, que á la vista misma de Jesucristo y en compañía de los apóstoles? Sin embargo, Judas tan bien llamado, en un estado tan santo, instruido por el mismo Jesucristo en la escuela de los santos, colmado de sus beneficios, testigo de sus milagros; Judas se pervierte; Judas comete el crímen mas horrible que se ha imaginado jamás; Judas se condena. Despues de esto, ¿quién no trabajará con temor y con temblor en el negocio de su salvacion? Judas se digna llamar todavía á aquel traidor con el nombre de amigo, aun cuando le entrega. ¡O Dios mio! ¡qué violento es para vos el dejar que nos perdamos; cuánto sentís el vernos perecer! Habiendo el Salvador permitido que se levantasen aquellos á quienes solo su presencia y su sola voz habia echado por tierra, se entrega á ellos, y permite que se le ate como un malhechor, y se le lleve ante los tribunales, en medio de la gritería del pueblo. ¡Cuán lamentable seria nuestra suerte, mi amable Salvador, si pudiésemos consideraros á sangre fria en el lastimoso estado á que os ha reducido la ternura con que nos amais! ¡Ah! este amor es el que os ata mucho mas estrechamente, que las cuerdas con que os vemos ligado. ¿Y este mismo amor no nos atraerá á vos?

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Omnipotens sempiterne Deus, da nobis ita Dominicæ Passionis Sacramenta peragere: ut indulgentiam percipere mereamur. Per eumdem Dominum nostrum...

Dios omnipotente y eterno: concedednos vuestra gracia para celebrar los misterios de la pasion de nuestro Señor, de modo que merezcamos obtener el perdon de nuestros pecados por el mismo Jesucristo nuestro Señor, etc.

La Epistola es del profeta Jeremias, cap. 11.

In diebus illis: Dixit Jeremias: Domine, demonstrasti mihi, et cognovi; tunc ostendisti mihi studia eorum. Et ego quasi agnus mansuetus, qui portatur ad victimam: et non cognovi quia cogitaverunt super me consilia, dicentes: Mittamus lignum in panem ejus, et eradamus eum de terra viventium, et nomen ejus non memoretur amplius. Tu autem, Domine Sabaoth, qui judicas juste, et probas renes et corda, videam ultionem tuam ex eis: tibi enim revelari causam meam, Domine Deus meus.

En aquellos dias dijo Jeremías: Señor; vos me habeis revelado y dado á conocer sus designios, y yo los he conocido; y yo me he conducido como un cordero manso que llevan para que sea víctima, cual si hubiese ignorado la conspiracion que habian formado contra mí, diciendo: Pongamos leño en su pan: esterminémosle de la tierra de los vivientes, y bórrese su nombre de la memoria de los hombres. Mas vos, ó Dios de los ejércitos, que juzgais segun la justicia, y que sondeais los riñones y los corazones, haced que yo vea el castigo que debeis ejercer sobre ellos; porque yo he puesto en vuestras manos la justicia de mi causa, Señor Dios mio.

El estilo de Jeremías, dice san Gerónimo, no es elevado como el de Isaías y de Oseas, y algunos otros profetas; pero la simplicidad del estilo queda bien recompensada por la sublimidad de los sentidos que encierra. El Espíritu Santo se ha servido con especialidad de este profeta para darnos un retrato el mas semejante de la pasion de Jesucristo.

REFLEXIONES.

«Yo me he conducido como un cordero manso que llevan para que sea víctima.» Siempre fué la mansedumbre uno de los rasgos mas marcados del carácter de Jesucristo; pero jamás apareció en él esta virtud con mas esplendor que en todo el curso de su pasion, y singularmente sobre el Calvario. Ni fué tampoco una mansedumbre de flaqueza y de inanicion, que produce la estenuacion, ó que la necesidad adopta. La impotencia hace algunas veces dulce y tratable hasta el despecho mas irritado, y á los hombres mas coléricos los amansa. Pero esta mansedumbre aparente no fué jamás una virtud. No es de esta naturaleza la de que Jesucristo nos da un ejemplo tan singular en medio de sus humillaciones y de sus dolores. Los cordeles que le atan á la columna, y los clavos que le fijan en la cruz, no habian ligado su poder. El Salvador bajo de aquel granizo de azotes, en medio del torrente de injurias, de ultrajes y de oprobios de que se ve como inundado, puede muy bien decirse que nunca apareció mas grande, nunca mas poderoso; nunca pareció mas Dios, por decirlo así, que en el profundo abismo de sus humillaciones y sobre el Calvario: «Verdaderamente este hombre era hijo de Dios.» (Marc. 15.) esclama allí admirado el Centurion. Por esta paciencia divina, y por esta dulzura inefable, se ha mostrado tal como era este divino Salvador. David habia tenido mansedumbre durante su vida; pero en su muerte ordenó á su hijo que tratase con rigor á los que él habia perdonado. Isaías, Ezequiel y Jeremías habian sido moderados y aun pacientes, pero su mansedum-

bre se presentaba muy rígida, hasta forzada parecia algunas veces; y los deseos que al parecer tenian de ver á sus enemigos humillados, afligidos, anonadados, por mas que sean misteriosos, alteran su dulzura, y su paciencia la dejan ver como al vislumbre. Solo la mansedumbre de este divino Cordero, es la que nunca se desmiente. Hasta en la cruz, un momento ántes de espirar pide á su Padre que perdone su muerte á los que hasta entonces han estado tan sedientos de su sangre, escusando su crueldad con su ignorancia. En esta escuela es en la que tantos millones de mártires han aprendido á ser pacientes, y todos los santos á conservar toda su vida una mansedumbre inalterable. La leccion es universal, sin embargo son muchos los que la ignoran. Esos humores acres y molestos; esos aires altaneros é imperiosos; esos tonos eternamente secos é impacientes; esos modales orgullosos y austeros, no caracterizan jamás la verdadera virtud. En vano se trata de autorizar el mal humor con el nombre de zelo; si es el espíritu de Jesucristo el que le anima, debe ser dulce. Nunca fué incómoda y mucho ménos colérica la piedad cristiana. Cuando hay en ella algo de hiel ó de amargura, ya es pasion. ¡Qué error! pretender escusar uno su mal humor con la indocilidad de un niño, ó con la tontería de un doméstico; estos frutos salvajes nacen en nuestro propio terreno. No hay cosa que demuestre mejor un espíritu grosero y un corazon inmortificado, que la impaciencia. La mansedumbre no solo hace el elogio de la virtud, la demuestra. No hay virtud cristiana sin mansedumbre.

El Evangelio de la misa es la Pasion de nuestro Señor Jesucristo segun san Marcos, cap. 14.

In illo tempore: Erat Pascha et Azyma post biduum: et quærebant summi sacerdotes et scribæ quomodo Jesum dolo tenerent, et occiderent. Dicebant autem: S. *Non in die festo, ne forte tumultus fieret in populo.* C. *Et cum esset Jesus Bethaniæ in domo Simonis leprosi, et recumberet: venit mulier habens alabastrum unguenti nardi spicati pretiosi, et fracto alabastro, effudit super caput ejus. Erant autem quidam indigne ferentes intra semetipsos, et dicentes:* S. *Ut quid perditio ista unguenti facta est? Poterat enim unguentum istud venumdari plus quam trecentis denariis, et dari pauperibus.* C. *Et fremebant in eam. Jesus autem dixit:* ✠ *Sinite eam: quid illi molesti estis? Bonum opus operata est in me. Semper enim pauperes habetis vobiscum; et cum volueritis, potestis illis benefacere: me autem non semper habetis. Quod habuit hæc, fecit: prævenit ungere corpus meum in sepulturam. Amen dico vobis: Ubicumque prædicatum fuerit Evangelium istud in universo mundo, et quod fecit hæc, narrabitur in memoriam ejus.* C. *Et Judas Iscariotes, unus de duodecim, abiit ad summos sacerdotes, ut proderet eum illis. Qui audientes, gavisi sunt; et promiserunt ei pecuniam se daturos. Et quærebat quomodo illum opportune traderet. Et primo die Azymorum quando Pascha immolabant, dicunt et discipuli:* S. *Quo vis eamus, et paremus tibi ut manduces Pascha?* C. *Et mittit duos ex discipulis suis, et dicit eis:* ✠ *Ite in civitatem, et occurret vobis homo lagenam aquæ bajulans, sequimini eum: et quocumque introiret, dicite domino domus, quia Magister dicit: Ubi est refectio mea ubi Pascha cum discipulis meis manducem? Et ipse vobis demonstrabit cœnaculum grande stratum, et illic parate nobis.* C. *Et abierunt discipuli ejus, et venerunt in civitatem; et invenerunt sicut dixerat illis, et paraverunt Pascha. Vespere autem facto, venit cum duodecim. Et discumbentibus eis, et manducantibus, ait Jesus:* ✠ *Amen dico vobis, quia unus ex vobis tradet me, qui manducat mecum.* C. *At illi cœperunt contristari, et dicere ei singulatim:* S. *Numquid ego?* C. *Qui ait illis:* ✠ *Unus ex duodecim, qui intingit mecum manum in catino. Et Filius quidem hominis vadit, sicut scriptum est de eo: væ autem homini illi, per quem Filius hominis tradetur! Bonum erat ei, si non esset natus homo ille.* C. *Et manducantibus illis,*

En aquel tiempo: Debia celebrarse la Pascua y los Azimos de allí á dos dias; y los príncipes de los sacerdotes con los escribas, buscaban como prender á Jesus por sorpresa, y quitarle la vida. Pero decian: No se haga esto durante la fiesta, no sea que acaso suceda alguna conmocion popular. Estando pues, Jesus en Bethania en casa de Simon el leproso, sentado á la mesa, vino una mujer con un vaso lleno de un licor oloroso compuesto de la espiga del nardo, y de un subido precio, y rompiendo el vaso lo derramó sobre su cabeza. Algunos indignados de esto, dijeron dentro de sí mismos: ¿A qué viene el perder este licor, puesto que podian haberse sacado de él mas de trescientos denarios de plata, y haberlo dado á los pobres? Y murmuraban altamente contra ella. Mas Jesus les dijo: Dejadla quieta, ¿por qué la incomodais? Lo que acaba de hacer es una buena obra, por lo que toca á mí. Siempre tendreis pobres con vosotros, y podreis hacerles bien cuando quisiereis; pero á mí no siempre me tendreis. Ella ha hecho lo que podia, ha embalsamado mi cuerpo con anticipacion para la sepultura. En verdad os digo, que en cualquiera lugar, en todo el universo que se predicare este Evangelio, se contará tambien lo que ha hecho en memoria de ella. Entonces Judas Iscariote, uno de los doce, se fué á buscar á los príncipes de los sacerdotes para entregarles á Jesus. Alegráronse mucho oyendo esto, y le prometieron que le darian dinero; y ya en lo sucesivo no buscaba mas que una ocasion oportuna para entregarle. En el primer dia de los Azimos, en que se sacrificaba el cordero Pascual, le dijeron sus discípulos: ¿Adónde quieres que vayamos á preparar lo necesario para que comas la Pascua? Y envió dos de sus discípulos, y les dijo: Id á la ciudad, y se os presentará un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidle, y en cualquiera parte que entre, decid al dueño de la casa: El maestro dice: ¿En donde está el lugar en donde he de comer la Pascua con mis discípulos? Y él os mostrará una gran sala bien amueblada; haced allí los preparativos. Fueron á la ciudad sus discípulos, y habiendo llegado á ella, todo lo encontraron segun se les habia dicho, y prepararon lo necesario para la Pascua. Hácia la caida de la tarde vino allí con los doce; y estando á la mesa mientras que comian, habló Jesus de este modo: En verdad os digo, que uno de los que comen conmigo me entregará. Quedaron todos contristados (al oir esto) y cada uno de ellos le dijo: ¿Por ventura soy yo? Respondióles Jesus: Uno de los doce que mete conmigo la mano en el plato. A la verdad, el Hijo del hombre va (á consumar su carrera) segun está escrito de él; mas ay de aquel hombre por quien

accepit Jesus panem, et benedicens fregit, et dedit eis, et ait : ✠ *Sumite, hoc est corpus meum.* C. *Et accepto calice, gratias agens dedit eis : et biberunt ex illo omnes. Et ait illis :* ✠ *Hic est sanguis meus novi testamenti, qui pro multis effundetur. Amen dico vobis, quia jam non bibam de hoc genimine vitis, usque in diem illum, cum illud bibam novum in regno Dei.* C. *Et hymno dicto, exierunt in montem Olivarum. Et ait eis Jesus :* ✠ *Omnes scandalizabimini in me in nocte ista; quia scriptum est: Percutiam pastorem, et dispergentur oves. Sed postquam resurrexero, præcedam vos in Galilæam.* C. *Petrus autem ait illi : S. Et si omnes scandalizati fuerint in te, sed non ego.* C. *Et ait illi Jesus :* ✠ *Amen dico tibi, quia tu hodie in nocte hac, priusquam gallus vocem bis dederit, ter me es negaturus.* C. *At ille amplius loquebatur : S. Et si oportuerit me simul commori tibi, non te negabo.* C. *Similiter autem et omnes dicebant. Et venerunt in prædium cui nomen Gethsemani. Et ait discipulis suis :* ✠ *Sedete hic donec orem.* C. *Et assumit Petrum, et Jacobum, et Joannem secum : et cœpit pavere, et tædere. Et ait illis:* ✠ *Tristis est anima mea usque ad mortem : sustinete hic, et vigilate.* C. *Et cum processisset paululum, procidit super terram ; et orabat, ut si fieri posset, transiret ab eo hora, et dixit :* ✠ *Abba, Pater, omnia tibi possibilia sunt : transfer calicem hunc à me, sed non quod ego volo, sed quod tu.* C. *Et venit, et invenit eos dormientes. Et ait Petro :* ✠ *Simon, dormis? non potuisti una hora vigilare? Vigilate, et orate, ut non intretis in tentationem. Spiritus quidem promptus est, caro vero infirma.* C. *Et iterum abiens oravit, eumdem sermonem dicens. Et reversus, denuo invenit eos dormientes (erant enim oculi eorum gravati) et ignorabant quid responderent ei. Et venit tertio, et ait illis :* ✠ *Dormite jam, et requiescite. Sufficit : venit hora : ecce Filius hominis tradetur in manus peccatorum. Surgite, eamus. Ecce, qui me tradet, prope est.* C. *Et, adhuc eo loquente, venit Judas Iscariotes, unus de duodecim, et cum eo turba multa cum gladiis et lignis, à summis sacerdotibus, et scribis, et senioribus. Dederat autem traditor ejus signum eis, dicens: S. Quemcumque osculatus fuero, ipse est, tenete eum, et ducite caute.* C. *Et cum venisset, statim accedens ad eum, ait : S. Ave Rabbi.* C. *Et osculatus est eum. At illi manus injecerunt in eum, et tenuerunt eum. Unus autem quidam de circumstantibus educens gladium, percussit servum summi sacerdotis, et amputavit illi auriculam. Et respondens Jesus, ait illis:* ✠ *Tamquam ad latronem existis cum gladiis et lignis comprehendere me? Quotidie eram apud vos templo docens, et non me tenuistis. Sed ut impleantur Scripturæ.* C. *Tunc discipuli ejus relinquentes eum, omnes fugerunt. Adolescens autem quidam sequebatur eum amictus sindone super nudo : et tenuerunt eum. At ille, rejecta sindona, nudus profugit ab eis. Et adduxerunt Jesum ad summum sacerdotem, et scribæ, et seniores. Petrus autem á longe secutus est eum usque intro in atrium summi sacerdotis, et sedebat cum ministris ad ignem, et ca-*

el Hijo del hombre será entregado; seria muy ventajoso para el tal hombre no haber nacido. Mientras que comian, tomó Jesus el pan, y despues de haberlo bendecido lo partió, y se lo dió diciendo : Tomad, esto es mi cuerpo. Tomó en seguida el Cáliz, y dando gracias, se lo dió; todos bebieron de él, y les dijo : Esta es mi sangre, la cual constituye el nuevo Testamento, y será derramada por muchos. En verdad os digo, que no beberé ya mas en adelante de este vino, hasta el dia en que lo beberé nuevo en el reino de Dios. Y dicho el cántico se fuéron á la montaña de los Olivos. Díjoles Jesus : Todos os escandalizareis por causa mia en esta noche, porque está escrito : Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas; pero cuando hubiere resucitado, iré delante de vosotros á Galilea. Aun cuando todos, le dijo Pedro, se escandalizasen por causa vuestra, yo no me escandalizaré. En verdad te digo, le replicó Jesus, que tú mismo, hoy en esta noche, ántes que el gallo haya cantado dos veces, tres veces me negarás. Mas Pedro insistió diciendo : Aun cuando fuese necesario morir contigo, no te negaré. Y todos los demás dijeron lo mismo. En seguida fuéron á una heredad llamada Gethsemani, y dijo á sus discípulos : Permaneced aquí mientras yo voy á orar. Tomó consigo á Pedro, Santiago y Juan, y comenzó á temer y verse abrumado del tedio. Mi alma, les dijo está poseida de una tristeza mortal ; manteneos aquí, y velad. Y habiéndose adelantado un poco se postró en tierra, y rogaba (al Padre) que si podia ser, no viniese sobre él aquella hora. Padre mio, Padre mio, decia, todo es posible para tí : apartad de mí este cáliz; pero sin embargo, no sea lo que yo quiero, sino lo que tú quieres. Habiendo venido adonde estaban los discípulos, los halló durmiendo, y dijo á Pedro : Simon, ¿duermes? ¿no has podido velar siquiera una hora? Velad y orad, á fin de que no os veais envueltos en la tentacion. Verdaderamente el espíritu está fuerte, pero la carne está flaca. Retiróse segunda vez, y repitió la misma oracion; y habiendo vuelto, los encontró de nuevo durmiendo (tenian sus ojos cargados de sueño) y no sabian qué responderle ; volvió pues por tercera vez, y les dijo : Dormid ya, y reposad. Basta; ha llegado la hora; el Hijo del hombre va á ser entregado en manos de los pecadores; levantaos, vamos; ved aquí ya cerca el que me ha de entregar. Aun estaba hablando cuando llegó Judas Iscariote, uno de los doce, seguido de un gran número de gentes, armadas de espadas y de palos, enviadas por los príncipes de los sacerdotes y de los ancianos. El que entregaba á Jesus, les habia dado una señal, diciendo : Aquel á quien yo besáre, ese es; prendedle y traedle con precaucion. Luego, pues, que llegó adelantándose hácia Jesus : Salve, Maestro, le dijo; y le besó. Inmediatamente se echaron sobre él, y le prendieron. Uno de los que estaban allí tirando la espada, dió con ella á un criado del gran sacerdote y le cortó una oreja. Dirigiéndose entonces Jesus á la multitud, les dijo : Vosotros habeis venido á prenderme como á un ladron, con espadas y palos. Todos los dias estaba entre vosotros, enseñando en el templo, y no me habeis preso, pero ha sucedido así á fin de que se cumpliesen las Escrituras. Entonces sus discípulos le abandonaron y huyeron todos. Cierto jóven que le seguia, cubierto solo con una sábana, fué tambien preso; pero soltando la sábana escapó desnudo de sus manos. Condujeron inmediatamente á Jesus á casa del sumo sacerdote, donde se juntaron los sacerdotes, los escribas y los ancianos. Pedro le siguió de léjos hasta el atrio del gran sacerdote; sentóse allí cerca

lefaciebat se. Summi vero sacerdotes, et omne concilium quærebant adversus Jesum testimonium, ut eum morti traderent, nec inveniebant. Multi enim testimonium falsum dicebant adversus eum : et convenientia testimonia non erant. Et quidam surgentes, falsum testimonium ferebant adversus eum, dicentes : S. Quoniam nos audivimus eum dicentem : Ego dissolvam templum hoc manu factum, et per triduum aliud non manu factum ædificabo. C. Et non erat conveniens testimonium illorum. Et exurgens summus sacerdos in medium, interrogavit Jesum, dicens : S. Non respondens quidquam ad ea, quæ tibi objiciuntur ab his? C. Ille autem tacebat, et nihil respondit. Rursum summus sacerdos interrogabat eum, et dixit ei : S. Tu es Christus Filius Dei benedicti? C. Jesus autem dixit illi : ✠ Ego sum et videbitis Filium hominis sedentem à dextris virtutis Dei, et venientem cum nubibus cæli. C. Summus autem sacerdos, scindens vestimenta sua, ait : S. Quid adhuc desideramus testes? Audistis blasphemiam : quid vobis videtur? C. Qui omnes condemnaverunt eum esse reum mortis. Et cœperunt quidam conspuere eum, et velare faciem ejus, et colaphis eum cædere, et dicere ei : S. Prophetiza. C. Et ministri alapis eum cædebant. Et cum esset Petrus in atrio deorsum, venit una ex ancillis summi sacerdotis : et cum vidisset Petrum calefacientem se, aspiciens illum, ait : S. Et tu cum Jesu Nazareno eras. C. At ille negavit, dicens : S. Neque scio, neque novi quid dicas. C. Et exiit foras ante atrium, et gallus cantavit. Rursus autem cum vidis-

del fuego con los oficiales para calentarse. Entre tanto los príncipes de los sacerdotes, y todo el consejo, procuraban testimonios contra Jesus para condenarle á muerte, y no los encontraban; porque aunque muchos hacian falsas deposiciones contra él, no concordaban sus testimonios. Presentáronse entonces algunos que traian contra él un falso testimonio, diciendo : Nosotros mismos le hemos oido decir : Yo destruiré este templo, fabricado por manos de hombres, y en tres dias volveré á edificar otro que no será obra de las manos de los hombres. Pero tampoco habia concordancia en este testimonio. En tal estado, levantándose el gran sacerdote en medio de la asamblea, preguntó á Jesus, y le dijo : ¿Nada respondes á lo que estos deponen contra tí? Pero Jesus guardaba silencio, y nada respondió. Preguntóle de nuevo el gran sacerdote, y le dijo : ¿Eres tú el Cristo, Hijo de Dios bendito? Yo soy, le dijo Jesus, y vosotros vereis al Hijo del hombre sentado á la diestra de Dios omnipotente, venir sobre las nubes del cielo. Entonces desgarrando el gran sacerdote sus vestiduras, dijo : ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Vosotros habeis oido la blasfemia; ¿qué os parece? Todos al punto pronunciaron que era reo de muerte. Al mismo tiempo algunos comenzaron á escupirle, á cubrirle el rostro, y á darle de puñadas, diciéndole : Muéstranos quo eres profeta. Y los soldados le abofeteaban. Entre tanto, estando Pedro abajo en el atrio, vino allí una criada del gran sacerdote, y viendo á Pedro que se calentaba, despues de haberle mirado bien, dijo : Tú tambien estabas con Jesus Nazareno. Pero él lo negó, diciendo : Ni sé, ni entiendo lo que quieres decir. En seguida se retiró al vestíbulo, y cantó el gallo. Habiéndole divisado tambien otra criada, dijo inmediatamente á los que esta-

set ittum ancilla, cœpit dicere circumstantibus : Quia hic ex illis est. At ille iterum negavit. Et post pusillum rursus qui stabant, dicebant Petro : S. Vere ex illis es : nam et Galilæus es. C. Ille autem cœpit anathematizare et jurare. Quia nescio hominem istum, quem dicitis. Et statim gallus iterum cantavit. Et recordatus est Petrus verbi, quod dixerat ei Jesus : Priusquam gallus cantet bis, ter me negabis. Et cœpit flere. Et confestim, mane consilium facientes summi sacerdotes cum senioribus, et scribis, et universo concilio, vinientes Jesum, duxerunt, et tradiderunt Pilato. Et interrogavit eum Pilatus : S. Tu es Rex Judæorum? C. At ille respondens, ait illi : ✠ Tu dicis. C. Et accusabant eum summi sacerdotes in multis. Pilatus autem rursum interrogavit eum, dicens : S. Non respondes quidquam? Vide in quantis te accusant. C. Jesus autem amplius nihil respondit, ita ut miraretur Pilatus. Per diem autem festum solebat dimittere illis unum ex vinctis, quemcumque petissent. Erat autem qui dicebatur Barabbas, qui cum seditiosis erat vinctus, qui in seditione fecerat homicidium. Et cum ascendisset turba, cœpit rogare, sicut semper faciebat illis. Pilatus autem respondit eis, et dixit : S. Vultis dimittam vobis Regem Judæorum? C. Sciebat enim quod per invidiam tradidissent eum summi sacerdotes. Pontifices autem concitaverunt turbam, ut magis Barabbam dimittere eis. Pilatus autem iterum respondens, ait illis : S. Quid ergo vultis faciam Regi Judæorum? C. At illi iterum clamaverunt : S. Crucifige eum. C. Pilatus vero dice-

ban presentes : Tambien es este de ellos. Mas él lo negó segunda vez, y poco tiempo despues los que allí se hallaban dijeron á Pedro : Seguramente eres tú de esta gente, porque eres tambien galileo. Pero él empezó á hacer imprecaciones, y á decir con juramento : No conozco á ese hombre de quien hablais. É inmediatamente cantó otra vez el gallo y Pedro se acordó de la palabra que Jesus le habia dicho : Antes que el gallo cante dos veces, me negarás tú tres veces; y comenzó á llorar. Luego que amaneció, los príncipes de los sacerdotes tuvieron consejo con los ancianos y los escribas, y con todo el concilio; y despues de haber hecho atar á Jesucristo, le llevaron y le entregaron á Pilato. Pilato le preguntó desde luego : ¿Eres tú el rey de los judíos? Tú lo dices, le respondió Jesus. Mientras tanto los príncipes de los sacerdotes le acusaban de muchas cosas; y Pilato le preguntó de nuevo: ¿Nada respondes? le dice. Mira de cuantas cosas te acusan. Mas Jesus no dió respuesta alguna, de suerte que Pilato estaba admirado. Tenia, pues, de costumbre en el dia de la fiesta, el soltarles el preso que ellos le pedian, fuese el que fuese. Habia uno llamado Barrabás, que estaba en prision con otros sediciosos, y que habia hecho un asesinato en una sedicion. Habiendo subido la multitud, comenzó á pedir lo que siempre se les concedia. Dirigiéndose entonces Pilato á ellos, les dijo : ¿Quereis que os suelte al Rey de los Judíos? Porque sabia que solo por envidia se le habian entregado los príncipes de los sacerdotes. Mas estos conmovieron al populacho á fin de que solicitase mas bien la libertad de Barrabás. Volviendo á tomar Pilato la palabra, les dijo : ¿Qué quereis que haga con el Rey de los Judíos? Ellos de nuevo gritaron : Crucifícale. ¿Pues qué mal ha hecho? les decia Pilato; pero

bat illis : S. *Quid enim mali fecit?* C. *At illi magis clamabant* : S. *Crucifige eum.* C. *Pilatus autem volens populo satisfacere, dimisit illis Barabbam, et tradidit Jesum flagellis cæsum, ut crucifigeretur. Milites autem duxerunt eum in atrium prætorii, et convocant totam cohortem, et induunt eum purpura, et imponunt ei plectentes spineam coronam. Et cœperunt salutare eum: Ave, Rex Judæorum. Et percutiebant caput ejus arundine : et conspuebant eum, et ponentes genua, adorabant eum. Et postquam illuserunt ei, exuerunt illum purpura, et induerunt eum vestimentis suis : et educunt illum ut crucifigerent eum. Et angariaverunt prætereuntem quempiam Simonem Cyrenæum, venientem de villa, patrem Alexandri, et Rufi, ut tolleret crucem ejus. Et perducunt illum in Golgotha locum : quod est interpretatum Calvariæ locus. Et dabant ei bibere myrrhatum vinum : et non accepit. Et crucifigentes eum, diviserunt vestimenta ejus, mittentes sortem super eis, quis quid tolleret. Erat autem hora tertia, et crucifixerunt eum. Et erat titulus causæ ejus inscriptus* : Rex Judæorum. *Et cum eo crucifigunt duos latrones : unum à dextris, et alium à sinistris ejus. Et impleta est Scriptura, quæ dicit : Et cum iniquis reputatus est. Et prætereuntes blasphemabant eum, moventes capita sua, et dicentes :* S. *Vah! qui destruis templum Dei, et in tribus diebus reædificas : salvum fac temetipsum descendens de cruce.* C. *Similiter et summi sacerdotes illudentes, ad alterutrum cum scribis dicebant : S. Alios salvos fecit, seipsum non potest salvum facere. Christus rex Israel descendat nunc de cruce, ut videamus, et credamus. C. Et qui cum eo crucifixi erant, convitiabantur ei. Et facta hora sexta, tenebræ factæ sunt per totam terram usque in horam nonam. Et hora nona exclamavit Jesus voce magna, dicens:* ✠ Eloi, Eloi, lamma sabacthani? C. *Quod est interpretatum* : ✠ *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?* C. *Et quidam de circumstantibus audientes, dicebant* : S. *Ecce Eliam vocat.* C. *Currens autem unus, et implens spongiam aceto, circumponensque calamo, potum dabat ei, dicens :* S. *Sinite, videamus si veniat Elias ad deponendum eum.* C. *Jesus autem emissa voce magna expiravit.* (Hic genuflectitur, et pausatur aliquantulum.) *Et velum templi scissum est in duo, a summo usque deorsum. Videns autem Centurio, qui ex adverso stabat, quia sic clamans expirasset, ait* : S. *Vere hic homo Filius Dei erat.* C. *Erant autem et mulieres de longe aspicientes : inter quas erat Maria Magdalene, et Maria Jacobi minoris et Joseph mater, et Salome : et cum esset in Galilæa, sequebantur eum, et ministrabant ei, et aliæ multæ, quæ simul cum eo ascenderant Jerosolymam.*

Et cum jam sero esset factum (quia erat Parasceve, quod est ante sabbatum) venit Joseph ab Arimathæa nobilis decurio, qui et ipse erat expectans regnum Dei : et audacter introivit ad Pilatum, et petiit corpus Jesu. Pilatus autem mirabatur si jam obiisset. Et accersito Centurione, interrogavit eum si jam mortuus esset. Et cum cognovisset a Centurione, donavit corpus Joseph. Joseph autem mer-

ellos clamaban con mas fuerza : Crucifícale. Entonces Pilato, deseoso de dar gusto al pueblo, puso en libertad á Barrabás, y despues de haber sido azotado Jesus, se le entregó para que fuese crucificado. En el momento le llevaron al atrio del pretorio, y reuniendo toda la cohorte, le vistieron con una capa de púrpura ; le pusieron una corona que ellos mismos tejieron de espinas, y comenzaron á saludarle de este modo : Salve, rey de los judíos ; y al mismo tiempo le herian en la cabeza con una caña, escupianle, y arrodillándose le adoraban. Despues de haberse así mofado de él, le quitaron el manto de púrpura, le volvieron á poner sus vestidos, y le sacaron fuera para crucificarle. Acertando á pasar por allí un hombre de Cirene, llamado Simon, padre de Alejandro y de Rufo, que volvia de su casa de campo, le obligaron por fuerza á que llevase la cruz de Jesus. Por fin, condujéronle hasta el lugar que se llama Gólgota, que significa Calvario; allí le ofrecieron vino mirrado, mas no le bebió. Despues de haberle crucificado dividieron sus vestidos, echándoles á la suerte para ver lo que cada uno tomaria. Era la hora de tercia del dia, cuando clavaron á Jesus en la cruz, y la causa de su muerte estaba escrita en estos términos : *Rey de los judíos.* Crucificaron tambien con él dos ladrones, uno á su derecha y otro á su izquierda, cumpliéndose así la Escritura que decia : Ha sido puesto en el número de los malvados. Los que pasaban por allí, le cargaban de maldiciones, moviendo la cabeza, y diciéndole : ¡Vaya! tú que destruyes el templo de Dios, y en tres dias lo vuelves á edificar, sálvate á tí mismo, bajando de la cruz. Mofábanse tambien los príncipes de los sacerdotes, diciéndose mutuamente con los escribas : Ha salvado á otros, y no puede salvarse á sí mismo. Descienda ahora de la cruz el Cristo, el rey de Israel, para que nosotros lo veamos y creamos. Y los que estaban crucificados con él, le cargaban igualmente de injurias. Llegada la hora de sexta, se estendieron por toda la tierra (espesas) tinieblas, hasta la hora de nona, y á la hora de nona esclamó Jesus en alta voz : *Eloi, Eloi, lamma sabacthani?* lo cual significa : ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿por qué me habeis desamparado? Algunos de los que allí estaban y lo oyeron, decian : Mirad como llama á Elías. Al mismo tiempo uno de aquellos satélites echó á correr ; empapó una esponja en vinagre, la puso al cabo de una caña, y se la daba á beber, diciendo : Esperemos, y veamos si viene Elías á quitarle de la cruz. Mas Jesus, despues de haber dado un gran grito, espiró (*Aquí todos se arrodillan*). En el mismo momento el velo del templo se desgarró en dos partes de alto abajo, y el centurion que estaba al frente de él, viendo que habia espirado, dando un gran grito, esclamó: Ciertamente este hombre era Hijo de Dios. Habia allí tambien algunas mujeres que lo miraban de léjos, entre las cuales estaban María Magdalena, María, madre de Santiago el menor y de José, que le seguian cuando estuvo en Galilea, y cuidaban de él. Habia tambien otras muchas que habian subido con él á Jerusalen.

Y cuando ya la tarde declinaba (porque era el dia de los preparativos, que es la vigilia del sábado). José de Arimatea, noble decurion, y que esperaba tambien el reino de Dios, fué sin ningun temor á casa de Pilato, y le pidió el cuerpo de Jesus. Estrañaba Pilato que hubiese muerto ya, y habiendo hecho venir al centurion, le preguntó si efectivamente habia ya muerto ; y cerciorado por el centurion, dió á José el cuerpo de Jesus. José compró una sábana, en la que en-

catus sindonem, et deponens eum, involvit sindone, et posuit eum in monumento, quod erat excisum de petra, et advolvit lapidem ad ostium monumenti.

volvió á Jesus despues de haberle quitado de la cruz. Despues le puso en un sepulcro, abierto en la roca, y trajo rodando una piedra hasta colocarla en la entrada del sepulcro.

MEDITACION.

De la pasion de Jesucristo en el huerto de los Olivos.

Punto primero.—Considera lo que pasa en el primer teatro de la pasion del Salvador.

Aunque jamás sintió en su alma otras pasiones que las que él escitaba en ella, quiso entonces por nuestro amor entregarse á las mas crueles y á las mas violentas. Él comienza su pasion por los dolores interiores y por el suplicio del corazon.

Una multitud de objetos á cual mas tristes y mas espantosos se presenta á su imaginacion, y le hace sentir anticipadamente toda su pasion.

Se representa del modo mas vivo, con qué ignominia va á ser arrastrado por las calles de Jerusalen cual si fuese un malvado, cubierto de salivas, desgarrado con los azotes, y coronado de espinas como un impostor; clavado en fin en una cruz, como el oprobio del género humano, y la execracion de su pueblo. ¿Qué impresion no debió hacer en el espíritu y en el corazon del hombre-Dios una imágen tan espantosa? ¿Y qué impresion hace en el mio?

¡Qué tristeza y qué dolor cuando se representaba la negra traicion de su discípulo, la horrible ingratitud de un pueblo colmado de sus beneficios, y el cobarde abandono de sus apóstoles! Seria necesario poder comprender la bondad, la ternura, la sensibilidad del mejor de los corazones que jamás hubo, para concebir lo que debió sufrir Jesucristo por la viva y sensible representacion de este esceso de ingratitud.

En efecto, es tan estremado el esceso de sus penas interiores, que no pudo disimularle, y lo declara él mismo á sus apóstoles. Yo sufro, les dice, y mi tristeza es tan estraordinaria y tan sensible, que es capaz de causarme la muerte. Los apóstoles son testigos de ella, y léjos de consolarle se duermen. ¡O mi dulce Jesus! ¡esta indiferencia es para vos un tormento cruel, y para mí una cruel infamia!

El Salvador vuelve al lugar de su oracion, y redoblando su fervor, redobla sus penas; nada se esconde ni á su imaginacion, ni á su corazon; reune en su idea todos los tormentos, todas las circunstancias de su pasion; penetra todo su rigor, percibe muy despacio toda su amargura. El espanto se apodera de él, y le reduce á una postracion que le lleva hasta el deliquio. ¡O mi dulce Jesus! ¡cuánto os cuesta el amarme con tanto esceso! ¡cuándo os amaré yo con ménos indiferencia!

Pero lo que acibara su dolor, es el ver por un conocimiento anticipado, el estraño abuso que harán tantos pecadores de las gracias que él les va á merecer con su sangre. Nuestros pecados, nuestra insensibilidad, nuestra ingratitud son las que en parte constituyen la causa de su dolor, esto la traicion de Judas, esto el endurecimiento de su propio pueblo.

¡Ah, mi dulce Jesus! ¡qué trastorno es este! ¿Vos oprimido de tristeza, á vista de lo que debeis sufrir por mis pecados; y yo que he pecado, pretendo pasar mis dias en la alegría? ¿Vos arrastrado con infamia sin decir una palabra; y yo reviento en quejas, y me resiento con los mas vivos deseos de venganza, con solo imaginarme que no se me ha honrado tanto como deseo? ¿Creeré yo lo que acabo de meditar, sin que me enternezca una verdad tan interesante? ¿Qué presagia entonces mi insensibilidad?

Punto segundo.—Considera que es preciso que hayan sido escesivos los dolores de Jesucristo en el huerto de los Olivos, puesto que de todas las penas que el Salvador ha sufrido en su pasion, puede decirse que esta es la única de que se ha quejado.

No espera á que sus verdugos vengan á derramar su sangre; quiere convencernos que él mismo es el que con plena voluntad se entrega y se inmola por la salud de los hombres; y de esto estamos bien convencidos. Del lugar de su oracion hace un altar que riega con su sangre; el amor solo hace aquí propiamente el oficio de sacrificador; este amable Salvador postrado sobre su altar es la víctima de este doloroso sacrificio, y el ardor en que arde su corazon es el fuego; y todo esto se hace por nosotros; por nuestro amor va á consumarse este sangriento sacrificio.

Descúbrese bien, mi divino Salvador, que vuestra pasion es el efecto de vuestro amor, y lo único que encontramos en ella que no es de vuestro agrado son nuestras infidelidades y nuestra ingratitud, y esto es tambien otro de los motivos de vuestra mortal tristeza.

No es el cáliz, aunque demasiado amargo, el que Jesus rehusa beber. Por lo que hace á los azotes, los oprobios, la corona de espinas, los clavos y la cruz, habia ya mucho tiempo que todo esto era el objeto de sus mas fervientes deseos, para que ahora lo mirase como un objeto de horror, y le causase una repugnancia tan horrible. Solo, pues, la perfidia de Judas, la reprobacion del pueblo judío, la pérdida de tantos réprobos, nuestros propios pecados, nuestros desórdenes, son la causa de su tristeza y de su disgusto.

Sí, Señor, nuestros desórdenes, presentes entonces á vuestro espíritu, era lo que os afligia; pero ¿y no os consolaré yo nunca con mi conversion y con mi penitencia? ¿Se reducirá toda mi religion á algunos sentimientos pasajeros de compasion, al paso que con mis pecados contribuyo tan poderosamente á aumentar vuestra tristeza? y estas reflexiones que yo hago ahora, y que debo á los méritos de esa sangre preciosa de que os veo empapado, ¿no vendrán á ser para mí algun dia un nuevo motivo de condenacion, si no me aprovecho de ellas? Un apóstol pervertido es el que entrega á Jesucristo, y le entrega con un beso. ¡Ah, Señor! ¿en qué lugar, en qué estado en la tierra estaremos en perfecta seguridad, y qué pretesto puede jamás sufragarnos para no temer? ¡Oh! ¡qué difícil es, qué rara la conversion de un discípulo, de un apóstol pervertido! Así un alma que ha servido á Dios, que ha gustado de Dios, y que se estravía, cae en los mas profundos precipicios, y con dificultad vuelve de sus estravíos.

No permitais, mi divino Salvador, que me suceda semejante desgracia. Movido del estado sangriento á que os han reducido mis pecados, recurriré todavía á esta sangre; mi confianza estriba en esta preciosa sangre, y á ella es-

pero deber mi salvacion y todas las gracias que os pidiere, y que yo espero de vuestra misericordia para ser del número de los elegidos.

JACULATORIAS.—Sí, Señor, vos os habeis constituido el Salvador y el esposo de nuestras almas, á costa de vuestra sangre. (Exodo 4.)

¿Por qué, Señor, teneis vuestra vestidura roja con vuestra sangre? (Isaías 63.)

PROPÓSITOS.

1 La vista sola de nuestros pecados causa á Jesucristo una tristeza mortal, y anega su corazon en la amargura, y estos mismos pecados apenas pueden arrancarnos una lágrima. Estamos cargados de pecados, ¿pero estamos muy inconsolables? ¡Cosa estraña! pécase, y se queda uno tranquilo; ¿y qué tristeza, qué vivo dolor sigue á nuestros pecados? ¿Hállanse muchos pecadores que puedan decir como David: Vos sabeis, Señor, cuánto llanto me han costado ya mis pecados; yo los lloraré todo el resto de mi vida, y emplearé en llorarlos hasta el tiempo destinado para mi reposo? ¡Qué gran motivo de asombro y de embarazo es esta rareza de contricion! Examinad cuál ha sido hasta aquí la vuestra. ¿Ha sido verdadera? Muy difícil es que se haya detestado sinceramente una falta que se comete á sangre fria poco despues de esta pretendida detestacion. La contricion para ser verdadera debe ser interior, soberana y universal; esto es, que es preciso que el dolor esté en el corazon, que sea escitado por la fé y por un movimiento del Espíritu Santo, y nó por un puro motivo natural; que sea mayor que cualquiera otro dolor que podamos sentir, aun cuando no sea tan sensible. Tiénese un dolor soberano cuando le es á uno mas doloroso el haber ofendido á Dios, que el haber perdido lo que tenia mas amado en el mundo, y se prefiere Dios á todas las cosas: tiénese un dolor universal, cuando se detestan universalmente todos los pecados mortales que se han cometido sin esceptuar uno solo. ¿Ha tenido siempre vuestra contricion estas condiciones? ¡Cuántos se imaginan haber tenido contricion, porque han recitado de labios afuera un acto de contricion que han aprendido de memoria, ó que han encontrado en su devocionario! Nada prueba mejor el vacío y la falsa apariencia de nuestras contriciones que nuestra poca enmienda; desengañémonos, es una señal de no haber formado verdadera contricion, cuando no hay verdadera conversion. ¿Quereis conocer si detestais verdaderamente el pecado? mirad si detestais verdaderamente todas las ocasiones; si las huís; si os valeis de todos los preservativos para no caer; si recurrís á la oracion. ¡Cuántas malas confesiones por la falta de verdadera contricion! ¡cuántas confesiones nulas! Examinad hoy con cuidado, si todas las que habeis hecho están exentas de este defecto; señalad los puntos que es necesario inmediatamente remediar, y tomad todas las medidas para que de hoy en adelante no necesite vuestra contricion de penitencia.

2 Ordinariamente se cae en el error de emplear todo el tiempo en pensar en los pecados, sin escitarse á la contricion que debe tenerse de ellos. Es necesario, pues, emplear á lo ménos tanto tiempo en escitarse á la contricion, como en hacer el exámen. Aplicaos á hacer frecuentemente, durante el dia, actos de contricion; hacéoslos familiares para que no os coja de nuevo el hacerlos en las cercanías de la muerte. No espereis á estar al pié del tribunal de la penitencia para detestar vuestros pecados; repasad todos los años de vuestra vida en la amargura de vuestro corazon, cuantas veces hicisteis oracion á Dios ó asistiereis á la misa. Muchas personas lo hacen á todas las horas; la práctica es fácil; una ojeada sobre todas las iniquidades pasadas, con vivo sentimiento de haber desagrado á Dios solo por su bondad infinita, apenas pide mas que un momento, y esta santa práctica trae una utilidad muy grande: comenzad desde hoy á hacérosla familiar.

MIERCOLES SANTO.

En este dia propiamente comienza el gran luto de la Iglesia; porque en él fué cuando se reunieron los príncipes de los sacerdotes, los escribas ó doctores de la ley, y los ancianos ó magistrados, para deliberar sobre los medios de verificar, por fin, la prision de Jesucristo, y en él quedó resuelta su muerte. Por esto, despues del Viernes santo, no hay otro que esté mas particularmente consagrado á la pasion de Jesucristo. El Miercoles santo fué cuando se dictó el decreto de muerte contra este divino Salvador, y el Viernes santo cuando se ejecutó esta cruel é injusta sentencia. Esto es lo que ha movido á la Iglesia (segun san Agustin y los demás santos Padres) á establecer la estacion, ó sean ciertas oraciones, y el ayuno de los miércoles como de los viernes del año, cuyos dias han sido siempre mirados por los fieles como dias singularmente consagrados á los ejercicios de la penitencia.

Dos dias ántes de la Pascua fué cuando los judíos tuvieron este consejo de iniquidad. Convínose en él en que se tomarian medidas á propósito para apoderarse con seguridad y con maña de Jesucristo; que era preciso que esto se hiciese durante la noche, para que los que le seguian por el dia no estuviesen en disposicion de defenderle; y que no se haria durante la fiesta, no fuese que se suscitase alguna conmocion popular por este motivo. Pero sabiendo el Salvador que su hora habia llegado, hizo ver que él mismo era el que disponia, así del tiempo como de la manera de su muerte; porque habiéndose presentado el infeliz apóstata Judas para tratar con ellos sobre la entrega de su Maestro, les hizo mudar y adelantar sus resoluciones.

El introito de la misa de este dia está tomado del segundo capítulo de la carta de san Pablo á los filipenses, en la que el santo Apóstol, despues de haberles desenvuelto el gran misterio de las profundas humillaciones de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, les hace ver la gloria inmensa que ha seguido á estas asombrosas humillaciones; y que si este divino Salvador se ha humillado sin medida, ha sido á proporcion exaltado y glorificado. «Que á la invocacion del nombre de Jesus dobla la rodilla todo lo que hay en el cielo, en la tierra, y en los infiernos, porque el Señor ha sido obediente hasta morir, y morir en la cruz; y que por esto, nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre,» esto es, que Jesucristo, Dios y hombre, está verdaderamente en el cielo, á la diestra de su Padre celestial, gozando de la gloria que le es debida como Dios, y de la que justamente se ha adquirido por sus tormentos como Dios y hombre. «Escuchad, Señor, mi oracion, y lleguen hasta vos mis clamores:» estas palabras están tomadas del profeta David sumergido en

la afliccion mas viva, y en este concepto figura de Jesucristo.

Como el sábado siguiente es dia de órdenes, la Iglesia, como se ha dicho en otra parte, lee siempre el miércoles que las precede dos Epístolas en la misa. Las dos que ha elegido para este dia están tomadas del profeta Isaías. La primera anuncia la llegada del Salvador, pedido y esperado tanto tiempo habia, que viene en fin á salvar á su pueblo, sacándole de una cautividad tan larga y tan dura, de la cual era no mas que figura la de Babilonia.

«Decid de parte del Señor á la hija de Sion, esto es, decid á Jerusalen,» que tomándose aquí por el pueblo que el Salvador venia á rescatar, significa por consiguiente á todos los hombres, « decidle, que por fin se han concluido todos sus males, puesto que ha venido su Redentor, su Libertador y su Salvador, y va á concluir su grande obra, que es la redencion del género humano, cuyo cumplimiento y perfeccion es la recompensa de sus trabajos y de sus tormentos. En el nacimiento de Jesucristo, los ángeles enviados del cielo se contentaron con decir á los pastores, que les habia nacido un Salvador: mas aquí el Profeta mirando á este Salvador, nó ya naciendo, sino muriendo; nó comenzando á trabajar en la obra de nuestra redencion, sino consumando esta grande obra, nos le anuncia y nos le representa cargado con el fruto de sus trabajos, y llevando consigo la recompensa de sus penas y de sus tormentos, que es nuestra Redencion. ¿ Quién es el que viene de Edom, esclama por el Profeta ; quién es este conquistador que viene de Bosra, con su ropa teñida en sangre, que encanta y que deslumbra con la belleza y el resplandor de sus vestidos, y que marcha con tanta majestad, intrepidez y fortaleza ? Edom, esto es, la Idumea, está situada entre la Arabia Petrea y la Judea, de la que la ciudad de Bosra era antiguamente la capital. Los idumeos descendian de Esaú, eran enemigos de los israelitas, y habiéndose juntado á los caldeos en tiempo de Nabucodonosor, contribuyeron no poco á la toma de Jerusalen, y á la cautividad de los judíos en Babilonia. El Profeta nos representa al Salvador bajo de la persona de un conquistador que vuelve de la Idumea, cubierto todo de sangre despues de haber triunfado de los enemigos de su pueblo. Quién es, pues, este héroe, dice, todo cubierto de sangre, y cuya sangre da un esplendor tan grande á su triunfo? Soy yo, responde el mismo Salvador ; soy yo, que he satisfecho plenamente á la justicia divina con mi sangre, y que he empleado todo mi poder y todas mis fuerzas para salvar á los hombres. ¿ Y por qué está roja toda vuestra túnica ? y por qué vuestros vestidos se parecen á los de los que pisan la vendimia en el lagar ? Esto consiste en que he sido solo para pisar la uva, sin que ninguno de todas las naciones del mundo me haya ayudado. El Profeta hace siempre hablar al Salvador de los hombres en sentido alegórico y figurado. No ha habido patriarca, ni hombre tan santo y querido de Dios, que haya podido jamás quebrantar la cabeza de la serpiente infernal, ni pisar como se pisa la uva al enemigo de la salud á quien el pecado habia hecho tan poderoso en el mundo. No ha habido mas que yo, ni podia haber otro que yo que pudiese destruirla. Yo solo he triunfado de todo el infierno con la fortaleza de mi brazo : no estrañeis, por tanto, si aun llevo sobre mis vestidos las señales de una victoria tan sangrienta. Hace mucho tiempo ya que yo meditaba su derrota; pero por fin ha llegado el tiempo de rescatar á mi pueblo. El combate ha sido violento, la victoria ha sido sangrienta, yo me he encontrado solo con un enemigo tan formidable, y no he esperado socorro de nadie. La fuerza sola de mi brazo es la que me ha salvado. A mi valor solo, á mi sangre, es á lo que yo debo mi victoria.

Parece que el Profeta pasa en seguida de la victoria del Salvador sobre todo el infierno, á las gloriosas consecuencias y á los frutos maravillosos de esta señalada victoria. El demonio habia subyugado casi toda la tierra. ¡ Qué de templos sacrílegos levantados en su honor por los paganos, y qué número de ídolos infames en los mismos templos! La idolatría estendida por toda la tierra, reinaba con imperio en todas partes : los reyes, los emperadores eran los mas zelosos defensores del paganismo. El Salvador despues de haber vencido y desarmado el infierno, ha triunfado de todos sus partidarios; sus discípulos sin armas, sin fuerzas, sin auxilios humanos, por sola la virtud de su nombre, han purgado toda la tierra de los ministros de la impiedad; su cruz ha triunfado de todos los pueblos idólatras. ¿ Puédense olvidar, despues de esto, las misericordias infinitas de nuestro Dios? ¿ y qué alabanzas, qué acciones de gracias no deben tributarse al Señor por tantas maravillas?

La segunda Epístola de la misa de este dia, tomada del capítulo 53 del profeta Isaías, mas parece una historia que una prediccion de la pasion de Jesucristo, y al leerla se creeria oir mas bien un historiador sagrado que cuenta lo que ha sucedido, que un profeta que predice lo que debe suceder al Salvador del mundo. Comienza Isaías quejándose de la estraña incredulidad de los judíos y de su ceguera, no habiendo querido creer ni á su palabra ni á sus milagros. «¿ Quién es, dice, el que ha dado fé á lo que se nos ha oido decir? ¿y á quién se ha dado á conocer el brazo del Señor? El brazo del Señor indica aquí el poder divino que brillaba en los milagros de Jesucristo. El es la palabra y el brazo del Señor, porque en él reside la sabiduría y la fortaleza; sin embargo, apenas ha encontrado en su propio pueblo, mas que oidos sordos á su voz, y corazones endurecidos. Esto es lo que obligó al evangelista san Juan á decir, que despues de tantos milagros como el Salvador habia hecho á su vista, « no creian en él, á fin, añade, de que se cumpliese lo que habia dicho el profeta Isaías.» No eran infieles los judíos en consecuencia de la prediccion de Isaías; su infidelidad voluntaria y obstinada estaba ya presente al Espíritu Santo que se la habia hecho predecir. Despues de este preludio que tan exactamente conviene al retrato tan semejante que va á hacer de Jesucristo en su pasion, toca como de paso la verdadera causa del error de los judíos, que habiéndose figurado siempre un Mesías rodeado del esplendor, de la grandeza y del poder de la tierra, han desconocido á Jesucristo en su abatimiento. Os engañais, les dice, representándoos al Salvador como un grande de la tierra, criado entre los honores del mundo, en la abundancia y en la brillantez; os engañais representándooslo como un alto cedro; « él se elevará delante del Señor como un arbolillo, y como un renuevo que sale de una tierra seca. Aparecerá á los ojos de los hombres sin belleza y sin lucimiento. «Nosotros le hemos visto» en el lastimoso estado en que vosotros le habeis puesto, « y nos ha costado

trabajo reconocerle, tan desfigurado estaba. » Este divino Salvador, el mas hermoso de los hijos de los hombres, « nos ha parecido un objeto espantoso, un hombre de dolores que sabe bien lo que es sufrir, en fin, el último de los hombres. Cuanto mas lo hemos considerado, ménos lo hemos conocido. « Su rostro estaba como escondido bajo de un monton de sangre, de cardenales, de salivas ; causaba horror el verle, y apenas hemos podido persuadirnos que fuese él mismo. » En medio del asombro profundo que nos ha causado un objeto tan sorprendente, hemos considerado de dónde podia venir esta deformidad y esta reunion de males sobre su persona adorable, y hemos reconocido que esto ha sido porque efectivamente « ha tomado sobre sí nuestras flaquezas, y se ha cargado voluntariamente » por nuestro amor con la pena debida á nuestros pecados, « con nuestros dolores, » y con todo lo que nosotros debíamos sufrir de la justa cólera de Dios su Padre. Él es en efecto, dice el apóstol san Pedro (1. Petr. 2.), « el que sobre el leño de la cruz ha llevado nuestros pecados. Le hemos tenido, continúa el Profeta, por un leproso, y como un hombre herido de la mano de Dios, y reducido á la humillacion mas profunda. » Hombres ingratos, reconoced aquí las obligaciones infinitas que habeis contraido con este divino Salvador, pues si ha sido traspasado de llagas, lo ha sido únicamente por nuestras iniquidades; si ha sido despedazado á golpes, ha sido porque se ha dignado tomar sobre sí la pena de nuestros pecados : él ha querido que el castigo que debíamos sufrir ántes de ser reconciliados con su Padre, para despues obtener la paz, recayese sobre él. Así que, por sus heridas y por la sangre que ha derramado, hemos sido nosotros curados de las llagas que el pecado habia abierto en nuestra alma. Comprended, hombres sujetos á tantas miserias, comprended á este Redentor de todos los mortales; nosotros despues del pecado de nuestro primer padre, andábamos todos errantes como ovejas descarriadas, arrojados del paraiso terrestre; estábamos espuestos á todo género de penosos accidentes; léjos del redil, cada uno se habia desviado por seguir su propio camino, y cada uno hallaba en su camino mil peligros, y cuasi á cada paso un precipicio, efecto todo necesario de la ceguedad causada por el pecado. Este buen Pastor ha resuelto dar la vida por todo el rebaño. El Señor le ha cargado, queriéndolo así él mismo, con la iniquidad de todos nosotros. Si ha sido ofrecido é inmolado á la justicia de su Padre, es porque él mismo lo ha llevado á bien; tampoco ha salido, por tanto, de su boca, ni justificacion contra los falsos testimonios de que se le ha cargado, ni murmuracion, ni queja. Será llevado á la muerte cual oveja que es llevada á degollar sin que dé un balido; y cual un cordero que está mudo delante del que le trasquila, así tambien este Cordero divino que quita los pecados del mundo será inmolado sin abrir la boca. En fin, él ha muerto en medio de los dolores ; y á pesar de habérsele reconocido inocente, no ha dejado de ser condenado á muerte contra toda justicia. No obstante todo esto, este hombre de dolores, y tratado como el último de los hombres, es nuestro Dios, porque ¿ quién es el que podrá contar su generacion eterna ? ¿ quién es capaz de comprender el misterio inefable de su encarnacion ? No os escandalicéis por los oprobios de que ha sido harto, ni aun por la ignominia de su muerte. Yo le he herido, dice el Señor, á causa de los pecados de su pueblo. Era necesario para satisfacer plenamente á la justicia divina ofendida por el pecado, era necesario una víctima inocente y de un precio infinito ; era preciso que un hombre que jamás hubiese podido pecar, sufriese en su persona la pena debida al pecado para restablecer los hombres en la gracia, y esto es lo que ha hecho este divino Salvador. Así es, que por su muerte mereció la conversion de los impíos y de los ricos, esto es, de los mismos judíos que han cometido la impiedad de quitarle la vida, y de los gentiles que parecian los señores de la tierra. Por mas que fuese la inocencia misma, Dios ha querido oprimirle con los males. Comprended, pecadores, el mal tan grande que es el pecado, al ver con qué rigor trata Dios á su propio Hijo, solo por haberse cargado con la apariencia del pecado, sin tener consideracion á su inocencia. Por lo demás, su gloria corresponderá á sus humillaciones, y su triunfo al esceso de sus dolores. Y pues ha tenido á bien dar su vida por el pecado de los hombres, ¿ qué dichosa y qué larga posteridad no verá ? ¿ qué de millones de mártires no darán su vida por la gloria de su nombre ? No solamente subsistirá su Iglesia hasta el fin de los siglos, á pesar de todos los esfuerzos del infierno; él verá en el cielo por toda la eternidad en el número infinito de elegidos el fruto de lo que ha padecido ; ¿ cuántas gentes se justificarán por su doctrina ? La multitud innumerable de santos que han triunfado bajo de sus órdenes y por su gracia de todas las potestades del infierno, compondrán su córte en el cielo. A la invocacion sola de su nombre doblará la rodilla todo cuanto hay en el cielo, en la tierra y en los infiernos. Y no habrá uno solo de sus siervos que no entre en su reino, cargado con los despojos de la muerte misma, á la cual ha vencido con la suya, y todo esto porque se ha entregado él mismo á la muerte y ha sido puesto en la clase de los malvados; hé aquí el fruto de su muerte. Por fin, concluye el Profeta, no contento con haber tomado nuestros pecados sobre sí, ha llegado su bondad hasta el estremo de rogar por los violadores de su ley, los cuales hallan siempre en él un fondo de misericordias infinitas, y pasando todavía su bondad mas allá de todos los límites, ha pedido tambien por los que le han quitado la vida. Mas de setecientos años ántes de Jesucristo era cuando Isaías hacia su retrato con unos colores tan vivos. Un Evangelista no hubiera hablado con mas claridad.

La historia de la pasion que se lee en la misa de este dia, ha sido escrita por san Lúcas. No se dará aquí mas que un compendio de ella con las reflexiones que sugiere el asunto. Comienza por estas palabras: Acercábase la fiesta de los Ázimos; esto es, de los panes sin levadura, llamada Pascua. El miércoles, víspera del dia en que el Salvador celebró la Pascua por última vez, convino Judas con los judíos en entregarles á Jesucristo. Hase visto el modo con que aquel impío apóstata ejecutó su infame designio. Habiéndose los soldados apoderado de Jesus en el huerto de los Olivos, le ataron, y tratándole con la mayor ignominia, le condujeron en la misma noche á Jerusalen, con linternas y hachas encendidas, entre un ruido tumultuoso, que indicaba á todo el mundo que llevaban algun preso famoso. ¡Cuál fué la sorpresa, y cuáles los sentimientos de desprecio de todo el pueblo, cuando se vió que era Jesus aquel gran Profeta, á quien se habia recibido, tres dias habia, en aquella misma ciudad como el Mesías,

el que acababa de ser preso de órden de los sacerdotes y del magistrado, como un insigne impostor! Esta ocurrencia impuso tanto en el momento los ánimos, que toda la veneracion se convirtió en indignacion, y en el instante vino á ser el divino Salvador el objeto de la execracion pública. Llevósele desde luego á casa de Anás, que era gran sacerdote; llamábase tambien Anano, y tenia el primer rango entre los judíos; pero como Caifás, su yerno, era el que en aquel año desempeñaba las funciones del gran sacrificador, Anás le envió al Salvador para que le formase el proceso, y le condenase. Prevenido Caifás de que se le llevaba al que él aborrecia, y contra quien habia ya pronunciado el decreto de muerte en el concilio que se habia tenido algunos dias ántes para proporcionar los medios de deshacerse de él, habia reunido en su casa los sacerdotes, los escribas y los ancianos que se consumian por verle á sus piés, y poder satisfacer sobre él sus zelos y su rabia. Entre tanto Pedro avergonzado de haber abandonado tan cobardemente á su buen Maestro, le seguia á lo léjos. El temor le habia hecho huir, y el amor le habia hecho volver; pero este amor era todavía muy débil para hacerle declararse por discípulo suyo. ¡Dios mio! ¡qué funestas consecuencias traen los miramientos mundanos á la piedad y á la religion; y cuánta verdad es que un temor irracional de pasar por discípulo de Jesucristo, tarde ó temprano hace infieles y algunas veces tambien apóstatas!

Caifás para salvar las apariencias preguntó á Jesucristo acerca de su doctrina: respondióle el Salvador con su acostumbrada dulzura, que él habia predicado siempre en público, y que si queria quedar perfectamente instruido de su doctrina, no tenia mas que preguntar á todos los que le habian oido. Una respuesta tan sabia y tan modesta merecia un aplauso universal, mas sin embargo le atrajo una insigne afrenta. Uno de los oficiales de justicia le descargó una gran bofetada: era esto tratar como vil esclavo al Rey de los reyes; no obstante un tratamiento tan injusto, se aprobó hasta el término de aplaudirse en toda la sala. Este ultraje fué uno de los mas sensibles que se hicieron á Jesucristo. Por esto el divino Salvador, que nada ansiaba mas que sufrir, no pudo sin embargo en esta ocasion dejar de dar á conocer lo sensible que le era. Temió no se creyese que habia faltado al respeto debido al pontífice del Señor, y esto fué lo que le movió á decir: Si he hablado mal, muéstrame en qué; pero si nada he dicho que sea contra el respeto, ¿por qué me hieres de este modo? Algunos de la hez del pueblo, sobornados por los enemigos del Salvador, depusieron contra él; pero por mas que se valieron de todos los artificios para calumniarle, se contradecian tan visiblemente todos los falsos testimonios que producian, que jamás pudo hallarse cosa alguna que diese algun aire de verosimilitud, ó algun colorido á la calumnia. Solo la pasion, el furor y la injusticia eran las que podian condenar á Jesucristo.

Resolvió entonces el gran sacerdote preguntarle sobre un punto muy delicado, y al que se persuadió con fundamento que Jesus no podia dejar de responderle. Yo te conjuro, le dijo, por el Dios vivo, que nos digas si eres tú el Hijo único de Dios, el Mesías? Sí, respondió el Salvador sin detenerse; yo soy el que tú dices. No necesitaba de pruebas esta respuesta; su vida, su doctrina y sus milagros la probaban suficientemente. Este oráculo tantas veces confirmado por el Eterno Padre, fué un decreto de muerte contra él en el ánimo del juez: «réo es de muerte.» Hé aquí, pues, al Santo de los santos, la inocencia misma, el Criador del Universo y el Salvador de todos los hombres condenado á muerte por medio del mas enorme de todos los atentados, por el mas impío de todos los tribunales y contra toda especie de derecho y de justicia. ¡Ay, Señor; nosotros clamamos injusticia, venganza, al menor agravio que se nos hace, y el Hijo de Dios no dice palabra viéndose condenado á muerte por malvados é impíos!

Determinada ya la muerte, retiróse cada uno, y el Salvador quedó todo el resto de la noche abandonado á la crueldad de los soldados y á la insolencia de los sirvientes, que no solamente hicieron de él objeto de su diversion, sino que mirándole como una víctima vil, destinada ya á la muerte, le trataron del modo mas bárbaro del mundo; los unos le escupian en el rostro, los otros le acosaban á puntapiés; estos le vendaban los ojos, y añadiendo la burla mas impía y mas injuriosa : Falso Mesías, le decian abofeteándole, adivina quién te hiere: en fin, todos iban á porfía á quién le cargaba mas de injurias, y le maltrataba mas con golpes.

¡O sabiduría eterna! ¡O poder sin límites! ¡O soberano Señor del Universo, ante quien deben doblar la rodilla todas las potestades del cielo, de la tierra y de los infiernos! ¡Vos hecho el objeto de la insolencia de un monton de malvados, y el juguete de una canalla desenfrenada! Concibamos, si es posible, las injurias é ignominias que recayeron sobre Jesus, y lo que debió sufrir este Cordero divino el resto de la noche en medio de aquellas bestias feroces. Habiéndose juntado al amanecer los enemigos del Salvador, de quienes se componia el consejo de los judíos, se determinó que para hacer á Jesus mas odioso aun á todo el pueblo era preciso hacer que fuese juzgado y condenado á muerte por Pilato, que mandaba por los romanos en Judea. Condújose al Salvador á aquel tribunal profano, las manos atadas á la espalda, cual si fuese un perverso, atravesando por Jerusalen cuyas calles estaban llenas de gente.

¡Qué espectáculo! Jesus con la cabeza desnuda, el rostro magullado con los golpes, las manos atadas á través de una multitud de pueblo que le cargaba de imprecaciones; conducido al gobernador pagano, para recibir de él su último decreto de muerte; ante un juez estranjero que no conocia mas que de los delitos mas enormes. Pesemos todas estas circunstancias. ¡Ah, mi Dios! ¿cuándo curarán nuestro orgullo vuestras humillaciones, y servirán de freno á nuestra ambicion? Muy justo seria que ellas nos hiciesen ménos delicados en punto de honor, y mas humildes.

El juez pagano descubrió muy pronto la inocencia del pretendido criminal, y la verdadera causa del odio de los judíos y de su escandalosa injusticia. No habiendo podido la calumnia presentarle criminal en materia de religion, pretenden los judíos hacerle pasar en este tribunal por criminal de estado; pero caducan luego todas sus acusaciones. Pilato reconoció y declaró públicamente su inocencia, y esto lo hizo sin duda para no verse obligado á juzgarle; y para ganarse un amigo á espensas del inocente, le envió á Herodes, tetrarca ó gobernador de Galilea. Herodes deseaba ya mucho tiempo habia ver á Jesus, pero solo por un motivo de curiosidad; así es que el Salvador no se dignó responder una sola palabra á todas sus vanas

cuestiones, y todo concluyó por injurias y burlas mordaces, y el que era la sabiduría eterna fué tratado de loco por Herodes y por toda su córte. ¿Preciso era, Señor, que no hubiese ningun tribunal, ningun estado en el mundo en donde no fueseis maltratado, odiado de los sacerdotes, maldecido del pueblo, despreciado de los grandes y perseguido de todos? Por mas que se le declara inocente, se insiste en que muera. Pilato queria librarle; pero el respeto humano se lo impide. Era costumbre conceder la vida á un criminal, á eleccion del pueblo, la víspera de la Pascua. Pilato les propone á Jesus y á Barrabás. ¿Habia mucho que deliberar para la preferencia? Jesus, el Santo de los santos, que habia dado la vida á tantos muertos, y la salud á tantos enfermos; y Barrabás, malvado de profesion, ladron público, gefe de faccion, y que habia sido preso por haber poco tiempo habia muerto á un hombre; tal es el concurrente de Jesus: ¿y sobre quién recaerá la eleccion? Si es el mundo el que debe hacerla, ciertamente Jesus será olvidado, despreciado, pospuesto, condenado. En efecto, dános á Barrabás, se oye clamar por todas partes, y crucifica á Jesus. Juicio del mundo, eleccion de la pasion, gritos de la irreligion y de la injusticia. Pero ¿qué mal ha hecho? replica el gobernador; y ¿es acaso la religion ni la razon á quienes se consulta, cuando no se obra mas que por pasion? Insístese en pedir su muerte. Entonces el juez pagano creyó que el medio de apaciguar su rabia, ó á lo ménos de endulzarla, era poner al Cordero inocente en un estado que causase lástima al mas bárbaro, y mandó que Jesus fuese desgarrado á azotes. Ejecutóse la órden con tanta crueldad, que al mismo Pilato le causó horror, y pensó que bastaria mostrarle para estinguir todo furor y toda rabia. Habiéndose, pues, presentado al pueblo sobre un balcon, hizo adelantar al Salvador, y mostrándosele en un estado tan lastimoso, les dijo: Hé aquí el hombre que me habeis entregado para quitarle la vida; juzgad si puede restarle mucho tiempo que vivir. Miradlo, ¿podeis reconocerle? ¿temereis todavía que en adelante quiera hacerse vuestro rey? ¿Le creeis en estado de dogmatizar? Dejadle concluir á fuerza de sus dolores y de su estenuacion un resto miserable de vida. Un espectáculo tan lúgubre y tan patético solo sirvió para irritar mas á aquellos leones furiosos; la sangre del Salvador les puso todavía mas encarnizados en quitarle aquel resto de vida. Oyóse por todas partes gritar: Que sea crucificado, que muera; y Pilato despues de haber protestado públicamente que no tenia parte en aquella escandalosa injusticia, entrega en fin aquel Cordero sin mancha para que sea inmolado. ¡Oh, y qué bien se ve que el pecado de todos los hombres de que se ha cargado este divino Salvador, es el que con tanto encarnizamiento solicita su muerte, y que la satisfaccion de este pecado es lo que le inmola; de consiguiente la pasion, la injusticia, la iniquidad pública es lo que le condena á muerte, y lo que sofoca todos los sentimientos de humanidad en el pueblo.

Aun cuando una falsa prevencion nos hiciese ver no mas que una ficcion en lo que se lee en esta historia, no podria ménos de enternecernos. Estamos, empero, seguros de la realidad. Este tejido de injusticias, de oprobios, de suplicios y de crueldades hasta entonces inauditas, es cierto; la persona adorable que sufre tantas crueldades y tantas infamias no nos es desconocida. ¿Debe, pues, sernos indiferente? Sabemos que lo que sufre es por nuestro amor. ¿La veremos sufrir á sangre fria?

Esta noche comienza el oficio de las tinieblas. Celebra la Iglesia en estos tres últimos dias las exequias del Salvador. Llámase oficio de tinieblas á los maitines que comienzan en el oficio de las ferias mayores de la Semana Santa, esto es, del jueves, viernes y sábado santo. La solemnidad de las preces cantadas despues del cántico *Benedictus* en la oscuridad de la noche, estando apagadas todas las lámparas y los cirios, ha dado márgen á que se dé á todo el oficio el nombre de tinieblas.

La palabra maitines, propiamente hablando, no conviene sino al oficio de laudes, que segun su antigua institucion debe cantarse por la mañana al amanecer, y que por lo mismo se llaman laudes, ó alabanzas matutinales. De aquí es de donde ha venido la palabra maitines, la cual no se ha atribuido al oficio de la noche, que ántes de esto se llamaba oficio nocturno, hasta despues que el uso de cantar por la mañana el oficio de la noche se ha introducido en la mayor parte de las iglesias catedrales.

Pónese durante el oficio de tinieblas un candelero triangular en el que se colocan quince cirios, los cuales se apagan sucesivamente al fin de cada salmo. Es esto todavía un resto de la antigua costumbre de la Iglesia, que ella renueva en estos tres dias. Antiguamente no se ponian candeleros sobre los altares. Sin embargo, el uso de las luces, de los cirios y de las lámparas, es de la primera antigüedad para todas las iglesias del mundo. Ponianse estas luces en gran número, sobre arañas suspendidas, ó sobre maderos elevados, que iluminaban todo el coro y aun toda la Iglesia, ó en grandes candeleros fijos cerca del altar, sin hablar de los candeleros que llevaban los acólitos. Los candeleros fijos eran de diversas figuras; los unos en forma de cruz, otros eran triangulares, otros tenian muchas ramas; vense todavía de esta última figura en la iglesia de Leon y en otras partes. La costumbre de apagar los cirios al fin de cada salmo, en los oficios de tinieblas de la Semana Santa, es muy antigua. Muchos dan un sentido espiritual á esta ceremonia, y dicen que estos cirios que se apagan sucesivamente representa los apóstoles y los discípulos de Jesucristo, que el Salvador llama la luz del mundo, y que desaparecieron y huyeron sucesivamente al tiempo de la pasion de nuestro Señor. El cirio que se conserva encendido, y que se oculta durante las preces que se dicen de rodillas despues del *Benedictus*, y que se vuelve á sacar concluidas las preces, sirve para encender la lámpara que debe arder delante del altar, para no dejar sin luz al Santísimo Sacramento. El sentido espiritual de este cirio escondido, y vuelto á sacar encendido despues del oficio de tinieblas, es, segun muchos intérpretes, para significar la muerte de Jesucristo y su resurreccion, el cual, aunque muerto y sepultado durante los tres dias, fué siempre la verdadera luz que no podia estinguirse; y que por esto se toma el cirio que está á la cabeza del candelero triangular que representa á Jesucristo. El ruido que se hace al fin del oficio, no era antiguamente mas que la señal que el oficiante, golpeando sobre su libro, ó sobre su asiento, daba al clero y al pueblo para que se fuésen. Otros pretenden que se hace así, no solo para significar la confusion que hubo en toda la tierra en la muerte del Salvador del mundo, sino tambien para dar á entender con este palmoteo un aplauso universal en

la resurreccion de Jesucristo, que fué su triunfo glorioso sobre la muerte y sobre el infierno, y que por esto el cirio encendido y oculto aparece al tiempo que se dan los golpes.

Dicense en la misa de este dia dos oraciones principales; la que se dice ántes de la primera Epístola es como sigue:

Presta, quæsumus, omnipotens Deus: ut qui nostris excessibus incessanter affligimur, per unigeniti Filii tui passionem liberemur. Qui tecum vivit...

O Dios omnipotente, rogámoste nos concedas que seamos libres de los males que incesantemente nos afligen por nuestros pecados, mediante la pasion de tu único Hijo, que siendo Dios, vive y reina, etc.

La primera Epístola está tomada del profeta Isaías, cap. 62.

Hæc dicit Dominus Deus: Dicite filiæ Sion: Ecce Salvator tuus venit: ecce merces ejus cum eo. Quis est iste, qui venit de Edom, tinctis vestibus de Bosra? Iste formosus in stola sua, gradiens in multitudine fortitudinis suæ. Ego, qui loquor justitiam, et propugnator sum ad salvandum. Quare ergo rubrum est indumentum tuum, et vestimenta tua sicut calcantium in torculari? Torcular calcavi solus, et de gentibus non est vir mecum: calcavi eos in furore meo, et conculcavi eos in ira mea: et aspersus est sanguis eorum super vestimenta mea, et omnia indumenta mea inquinavi. Dies enim ultionis in corde meo, annus redemptionis meæ venit. Circumspexi, et non erat auxiliator: quæsivi, et non fuit qui adjuvaret: et salvavit mihi brachium meum, et indignatio mea ipsa auxiliata est mihi. Et conculcavi populos in furore meo, et inebriavi eos in indignatione mea, et detraxi in terram virtutem eorum. Miserationum Domini recordabor, laudem Domini super omnibus, quæ reddidit nobis Dominus Deus noster.

Hé aquí lo que dice el Señor: Decid á la hija de Sion: Mira á tu Salvador que viene, y que trae consigo su recompensa. ¿Quién es este que viene de Edom, y que sale de Bosra con sus vestidos teñidos en sangre? Hermoso es (sin embargo) bajo de este hábito, y hace aparecer en su marcha la grandeza de su fortaleza. Yo soy el que anuncio la justicia, y el que tengo el poder para salvar al mundo. ¿En qué consiste que está roja tu vestidura, y que tus vestidos parecen á los de los que pisan la uva en el lagar? Yo he estado solo en el lagar, sin que ni uno solo de todas las naciones me haya acompañado. Yo los he pisoteado en mi cólera; su sangre ha salpicado mis vestidos, y han quedado manchados con ella. Porque hé aquí que ha llegado ya el dia en que he resuelto ejercer mi venganza, y el tiempo de rescatar á mi pueblo. Yo he mirado por todas partes si alguno vendria para ayudarme, y no he visto á nadie. Yo he buscado auxilio, y no le he encontrado; así es que solo mi brazo me ha salvado, y mi indignacion me ha provisto de armas. Yo he aterrado los pueblos en mi furor, los he embriagado en mi cólera. Yo he anonadado su poder. Yo no olvidaré jamás las misericordias del Señor. Yo alabaré al Señor nuestro Dios por todos los beneficios que hemos recibido de él.

La oracion que se dice ántes de la segunda Epístola es como sigue:

Deus, qui pro nobis Filium tuum crucis patibulum subire voluisti, ut inimici à nobis expelleres potestatem: concede nobis famulis tuis, ut resurrectionis gratiam consequamur. Per eumdem Dominum...

O Dios, que has querido que tu Hijo sufriese por nosotros el suplicio de la cruz para librarnos del poder de nuestro enemigo, concédenos á nosotros, siervos tuyos, la gracia de que participemos de su resurreccion. Por el mismo nuestro Señor Jesucristo, etc.

La segunda Epístola está tomada del profeta Isaías, del cap. 53.

In diebus illis: Dixit Isaias: Domine, quis credidit auditui nostro? et brachium Domini cui revelatum est? Et ascendit sicut virgultum coram eo, et sicut radix de terra sitienti: non est species ei, neque decor: et vidimus eum, et non erat aspectus, et desideravimus eum. Despectum, et novissimum virorum, virum dolorum, et scientem infirmitatem: et quasi absconditus vultus ejus et despectus, unde nec reputavimus eum. Vere languores nostros ipse tulit, et dolores nostros ipse portavit: et nos putavimus eum quasi leprosum, et percussum à Deo et humiliatum. Ipse autem vulneratus est propter iniquitates nostras, attritus est propter scelera nostra: disciplina pacis nostræ super eum, et livore ejus sanati sumus. Omnes nos quasi oves erravimus, unusquisque in viam suam declinavit: et posuit Dominus in eo iniquitatem omnium nostrum. Oblatus est quia ipse voluit, et non aperuit os suum: sicut ovis ad occisionem ducetur, et quasi agnus coram tondente se obmutescet, et non aperiet os suum. De angustia, et de judicio sublatus est: generationem ejus quis enarrabit? quia abscissus est de terra viventium: propter scelus populi mei percussi eum. Et dabit impios pro sepul-

En aquellos dias dijo Isaías: Señor, ¿quién es el que ha creido lo que nosotros hemos oido? ¿y á quién se ha dado á conocer el brazo del Señor? Él se elevará delante del Señor como un arbolillo, y como un vástago que sale de una tierra seca. No hay en él hermosura ni esplendor. Nosotros le hemos visto, y nada habia en él que llevase en pos de sí nuestras atenciones; hemos llegado hasta desconocerle. Le hemos visto despreciado y tratado como el último de los hombres. Un hombre de dolores que ha pasado por todo género de miserias. Su rostro estaba desfigurado, de modo que no le hemos conocido. Verdaderamente ha llevado nuestras flaquezas, y ha cargado sobre sí nuestros dolores. Le hemos tenido por un leproso, y como un hombre castigado por Dios y humillado; (sin embargo) ha sido cubierto de llagas por nuestras iniquidades, ha sido maltratado por nuestros crímenes. El castigo que debia darnos la paz ha recaido sobre él, y hemos sido curados por sus cardenales: todos estábamos como ovejas descarriadas; cada uno se habia estraviado por seguir su propio camino, y el Señor le ha cargado á él con la iniquidad de todos nosotros. Él se ha ofrecido porque él mismo ha querido, y no ha abierto su boca: será llevado como una oveja á la muerte, y no dirá una palabra, como un cordero mudo delante del que le trasquila. Ha muerto en medio de los do-

tura, et divitem pro morte sua : eo quod iniquitatem non fecerit, neque dolus fuerit in ore ejus. Et Dominus voluit conterere eum in infirmitate : si posuerit pro peccato animam suam, videbit semen longævum, et voluntas Domini in manu ejus dirigetur. Pro eo quod laboravit anima ejus, videbit, et saturabitur : in scientia sua justificabit ipse justus servus meus multos, et iniquitates eorum ipse portabit. Ideo dispertiam ei plurimos : et fortium dividet spolia, pro eo quod tradidit in mortem animam suam, et cum sceleratis reputatus est : et ipse peccata multorum tulit, et pro transgressoribus rogavit.

lores, despues de haber sido injustamente condenado. ¿Quién contará su generacion? Porque ha sido cortado de la tierra de los vivientes. Yo le he herido (dice Dios) á causa de los pecados de mi pueblo. Él dará los impíos por precio de su sepultura, y al rico por recompensa de su muerte; porque no ha cometido pecado, y la mentira no se ha hallado jamás en su boca. Pero el Señor le ha querido destrozar en su flaqueza. Si él da la vida por el pecado, verá una larga y dichosa posteridad, y la voluntad del Señor será cumplida felizmente para él : verá el fruto de las penas que su alma habrá sufrido, y quedará lleno de satisfaccion. Él es mi siervo fiel y justo, que justificará por su doctrina á innumerables, y llevará sobre sí sus iniquidades. Por esto le daré en herencia gentes innumerables, y él distribuirá los despojos de los fuertes, porque se ha entregado á la muerte, y porque ha sido puesto en la clase de los malvados; ha llevado el pecado de muchos, y ha rogado por los violadores de la ley.

Isaías ha tenido siempre en todas sus profecías por primero y principal objeto la venida del Mesías, su pasion y la redencion del género humano. Jesucristo, su pasion, su muerte, sus victorias, su Iglesia, aquí es en donde se verifican todas las grandes y nobles espresiones de este Profeta. Si Isaías hubiese escrito despues de la muerte de Jesucristo, no hubiera podido hacer una pintura mas justa, mas parecida, ni un retrato mas verdadero de sus tormentos, de su causa y de sus frutos, que el que ha resumido en las dos Epístolas de la misa de este dia.

REFLEXIONES.

«Un hombre de dolores, y tratado como el último de todos los hombres.» Hé aquí todo lo mas fuerte, lo mas admirable, lo mas enérgico que puede decirse, para espresar el dolor mas vivo, la pena mas estraordinaria, el suplicio mas cruel que puede sufrir un hombre. Un hombre de dolores es un hombre cuyo corazon está anegado en la amargura, y el espíritu oprimido de aflicciones; es un hombre amasado, por decirlo así, en dolores y trabajos. Pero lo que pone el colmo á la miseria, es cuando el oprobio y el desprecio acompañan á las penas. Es por lo ménos una especie de alivio en los males, cuando uno se ve compadecido, cuando se ve honrado en medio de los dolores; pero es el colmo de la afliccion y de la desolacion, cuando los mayores dolores están acompañados de injurias, de desprecios, de insultos y de ultrajes todavía mayores. Tal es la suerte de nuestro divino Salvador. Es el hombre de dolores, todos los sufre, y en medio de estos dolores es tratado como el último y el mas despreciable de todos los hombres. Nos compadecemos de un vil esclavo á quien vemos padecer; el mas malo de todos los criminales nos mueve á lástima cuando le vemos espirar en el suplicio. Este instinto tan natural á todos los hombres, solo ha faltado en favor del Salvador. Diríase que durante su pasion se han trastornado todas las leyes de la naturaleza y de la razon. ¡Buen Dios! ¿y por qué no nos acordamos de este punto de nuestra creencia en tantas ocasiones en que nuestro orgullo nos hace obrar tan poco cristianamente? ¿qué no puede la envidia sobre aquellos corazones que ha infestado con su veneno? ¿y están mas exentas que las demás las almas mas religiosas al parecer? Hubiera estado el Hijo de Dios ménos espuesto á la persecucion de los sacerdotes y á los tiros calumniosos de los escribas y de los doctores de la ley, si hubiese profesado ménos santidad, si hubiese obrado ménos prodigios. Siempre será la virtud el blanco de la envidia. Las gentes de bien deben esperar, á ejemplo de Jesucristo, ser perseguidas de mil maneras; pero ay de aquellos que ejercitan la paciencia de los buenos. ¡Qué brillante aparece la paciencia del Salvador en medio de tantas crueldades! Durante su pasion, se encuentra en todas las circunstancias en que es mas difícil callar. Hácensele injurias tan visibles; dírigense contra él tan negras y tan falsas acusaciones; hácensele sufrir indignidades tan brutales y tan inhumanas, que no es el menor de sus prodigios el que haya podido tolerar todo esto sin decir una palabra. ¿Qué bellos pretestos no habia, al parecer, para que hubiera confundido la malicia de sus enemigos con sus palabras? el procurar la gloria de su Padre, el sostener la santidad de su doctrina, el evitar el escándalo. Estréchasele, se le pregunta; y Jesus no dice una palabra. ¡Oh, y qué cosas tan grandes dice este silencio; y qué bellas lecciones nos ofrece! Pilato reconoció la inocencia de Jesucristo, quiso salvarle, y con todo le condenó. ¡Oh Dios mio, qué distancia hay entre conocer el bien y practicarle! ¡entre conoceros y amaros! ¡Ah! todo el mundo cristiano os conoce; ¿y hay muchos que os amen? Pilato queria salvar á Jesucristo cuya inocencia conocia; pero no queria desagradar á los judíos, cuyas amenazas y cuyo furor temia. Desdichada política, falsa prudencia de los hombres, por la cual siempre es sacrificada la religion á la ambicion y al interés.

El Evangelio de la misa es la Pasion de nuestro Señor Jesucristo, segun san Lucas, cap. 22.

In illo tempore : Appropinquabat dies festus Azymorum, qui dicitur Pascha : et quærebant principes sacerdotum et scribæ, quomodo Jesum interficerent : timebant vero plebem. Intravit autem Satanas in Judam, qui cognominabatur Iscariotes, unum de duodecim. Et abiit, et locutus est cum principibus sacerdotum et magistratibus,

En aquel tiempo se acercaba la fiesta de los Azimos, llamada Pascua, y los príncipes de los sacerdotes en union con los escribas buscaban cómo quitar la vida á Jesus; pero temian al pueblo. En este tiempo entró Satanás en Judas, apellidado Iscariotes, uno de los doce, el que inmediatamente se fué á tratar con los príncipes de los sacerdotes y con los magistrados acerca de los medios de entregarle. Ale-

quemadmodum illum traderet eis. Et gavisi sunt, et pacti sunt pecuniam illi dare. Et spopondit. Et quærebat opportunitatem ut traderet illum sine turbis. Venit autem dies Azymorum, in qua necesse erat occidi Pascha. Et misit Petrum, et Joannem, dicens: ✠ *Euntes parate nobis Pascha, ut manducemus.* C. *At illi dixerunt:* S. *Ubi vis paremus?* C. *Et dixit ad eos:* ✠ *Ecce introeuntibus vobis in civitatem, occurret vobis homo quidam amphoram aquæ portans: sequimini eum in domum, in quam intrat: et dicetis patrifamilias domus: Dicit tibi Magister: Ubi est diversorium, ubi Pascha cum discipulis meis manducem? Et ipse ostendet vobis cœnaculum magnum stratum, et ibi parate.* C. *Euntes autem, invenerunt sicut dixit illis, et paraverunt Pascha. Et cum facta esset hora, discubuit, et duodecim apostoli cum eo. Et ait illis:* ✠ *Desiderio desideravi hoc Pascha manducare vobiscum, antequam patiar. Dico enim vobis, quia ex hoc non manducabo illud, donec impleatur in regno Dei.* C. *Et accepto calice, gratias egit, et dixit:* ✠ *Accipite, et dividite inter vos: dico enim vobis quod non bibam de generatione vitis, donec regnum Dei veniat.* C. *Et accepto pane gratias egit, et fregit, et dedit eis, dicens:* ✠ *Hoc est corpus meum, quod pro vobis datur: hoc facite in meam commemorationem.* C. *Similiter et calicem, postquam cœnavit, dicens:* ✠ *Hic est calix novum Testamentum in sanguine meo, qui pro vobis fundetur. Verumtamen ecce manus tradentis me, mecum est in mensa. Et quidem Filius hominis, secundum quod definitum est, vadit: verumtamen væ homini illi, per quem tradetur!* C. *Et ipsi cœperunt quærere inter se, quis esset ex eis, qui hoc facturus esset. Facta est autem et contentio inter eos, quis eorum videretur esse major. Dixit autem eis:* ✠ *Reges gentium dominantur eorum: et qui potestatem habent super eos, benefici vocantur. Vos autem non sic: sed qui major est in vobis, fiat sicut minor; et qui præcessor est, sicut ministrator. Nam quis major est, qui recumbit, an qui ministrat? nonne qui recumbit? Ego autem in medio vestrum sum, sicut qui ministrat: vos autem estis, qui permansistis mecum in tentationibus meis: et ego dispono vobis sicut disposuit mihi Pater meus regnum, ut edatis et bibatis super mensam meam in regno meo, et sedeatis super thronos judicantes duodecim tribus Israel.* C. *Ait autem Dominus:* ✠ *Simon, Simon, ecce Satanas expetivit vos ut cribraret sicut triticum: ego autem rogavi pro te, ut non deficiat fides tua: et tu aliquando conversus, confirma fratres tuos.* C. *Qui dixit ei:* S. *Domine, tecum paratus sum et in carcerem, et in mortem ire.* C. *At ille dixit:* ✠ *Dico tibi, Petre, non cantabit hodie gallus, donec ter abneges nosse me.* C. *Et dixit eis:* ✠ *Quando misi vos sine sacculo, et pera, et calceamentis, numquid aliquid defuit vobis?* C. *At illi dixerunt:* S. *Nihil.* C. *Dixit ergo eis:* ✠ *Sed nunc qui habet sacculum, tollat similiter et peram; et qui non habet, vendat tunicam suam, et emat gladium. Dico enim vobis, quoniam adhuc hoc, quod scriptum est, oportet impleri in me: Et cum iniquis deputatus est. Etc.*

gráronse mucho, y se obligaron á darle dinero, y él por su parte quedó tambien obligado; y desde entonces andaba buscando ocasion oportuna para entregarle á escusas del pueblo. Habiendo, pues, llegado el dia de los Azimos, en el cual era preciso inmolar la Pascua, envió Jesus á Pedro y á Juan: Id, les dijo, preparadnos la Pascua para que la comamos. Dijeron ellos: ¿Y dónde quieres que la preparemos? Al entrar en la ciudad, les respondió, encontrareis un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidle á la casa donde entrare, y allí direis al dueño de la casa: Esto es lo que te dice el Maestro: ¿Dónde está el aposento en que he de comer la Pascua con mis discípulos? Y él os mostrará un gran comedor bien amueblado, haced allí los preparativos. Habiendo, pues, ellos ido, todo lo encontraron segun se les habia dicho, y prepararon la Pascua. Cuando llegó la hora se puso á la mesa, y con él los doce apóstoles, y les dijo: Tenia yo un deseo estremo de comer esta Pascua con vosotros ántes de padecer; porque os aseguro que ya no la comeré mas, hasta que ella tenga su cumplimiento en el reino de Dios. En seguida tomando el cáliz, dió gracias y dijo: Tomad, repartidlo entre vosotros; porque os aseguro que ya no beberé de este vino hasta que llegue el reino de Dios. Tomando despues el pan, dió gracias, lo partió, y se lo dió, diciendo: Esto es mi cuerpo, que se ha entregado por vosotros. Haced esto en memoria de mí. Igualmente tomó el cáliz, despues de haber cenado, y dijo: Esto es el cáliz del nuevo Testamento en mi sangre, que va á ser derramada por vosotros. En tanto, la mano del que me entrega está conmigo en la mesa. Por lo que hace al Hijo del hombre, se va segun está decretado; pero desgraciado el hombre por quien será entregado. Inmediatamente comenzaron á preguntarse unos á otros quién de ellos debia hacer una accion semejante. Suscitóse al mismo tiempo entre ellos una disputa sobre quién de ellos debia pasar por el mayor; mas el Señor les dijo: Los reyes de las naciones mandan en ellas como señores, y los que tienen potestad en ellas se llaman benéficos. Vosotros no habeis de hacer así, sino que el que es mayor entre vosotros, hágase como si fuese el menor, y el que obtiene el primer lugar pórtese como el que sirve. Porque ¿quién es el mayor, el que está á la mesa, ó el que la sirve? ¿acaso no es el que está á la mesa? Sin embargo, yo estoy entre vosotros como el que sirve; pero vosotros sois los que habeis permanecido constantemente conmigo en las pruebas que he tenido. Por tanto, yo os preparo el reino como mi Padre me lo ha preparado, á fin de que comais y bebais en mi mesa en mi reino, y os senteis en tronos como jueces de las doce tribus de Israel. En seguida dijo el Señor: Simon, Simon, Satanás os ha acometido para acribaros como se acriba el trigo; pero yo he rogado por tí, á fin de que tu fé no decaiga: y tú tambien, cuando hubieres vuelto sobre tí, confirma á tus hermanos. Señor, le dijo Pedro, pronto estoy á ir contigo á la prision y á la muerte. Mas Jesus le respondió: Yo te aseguro, Pedro, que no cantará hoy el gallo sin que hayas negado tres veces que me conoces. Entonces volviéndose á sus discípulos, les dijo: Cuando os envié sin saco y sin alforja, ¿os faltó alguna cosa? Nada, dijeron ellos. Díjoles entonces: Pues ahora el que tenga un saco, tome tambien la alforja; y el que no lo tiene, venda su capa y compre una espada; porque en verdad os digo, que es preciso que se cumpla todavía lo que está escrito en mi persona; esto es: Ha sido contado en el número de los mal-

nim ea, quæ sunt de me, finem habent. C. *At illi dixerunt:* S. *Domine, ecce duo gladii hic.* C. *At ille dixit eis:* ✠ *Satis est.* C. *Et egressus ibat secundum consuetudinem in montem Olivarum. Secuti sunt autem illum et discipuli. Et cum pervenisset ad locum, dixit illis:* ✠ *Orate, ne intretis in tentationem.* C. *Et ipse avulsus est ab eis quantum jactus est lapidis: et positis genibus orabat, dicens:* ✠ *Pater, si vis, transfer calicem istum à me: verumtamen non mea voluntas, sed tua fiat.* C. *Apparuit autem illi angelus de cœlo, confortans eum. Et factus in agonia, prolixius orabat. Et factus est sudor ejus, sicut guttæ sanguinis decurrentis in terram. Et cum surrexisset ab oratione, et venisset ad discipulos suos, invenit eos dormientes præ tristitia. Et ait illis:* ✠ *Quid dormitis? Surgite, orate, ne intretis in tentationem.* C. *Adhuc eo loquente, ecce turba: et qui vocabatur Judas, unus de duodecim, antecedebat eos: et appropinquavit Jesu ut osculaveret eum. Jesus autem dixit illi:* ✠ *Juda, osculo Filium hominis tradis?* C. *Videntes autem hi, qui circa ipsum erant, quod futurum erat, dixerunt ei:* S. *Domine, si percutimus in gladio?* C. *Et percussit unus ex illis servum principis sacerdotum et amputavit auriculam ejus dexteram. Respondens autem Jesus, ait:* ✠ *Sinite usque huc.* C. *Et cum tetigisset auriculam ejus, sanavit eum. Dixit autem Jesus ad eos, qui venerant ad se, principes sacerdotum, et magistratus templi, et seniores:* ✠ *Quasi ad latronem existis cum gladiis et fustibus? Cum quotidie vobiscum fuerim in templo, non extendistis manus in me: sed hæc est hora vestra, et potestas tenebrarum.* C. *Comprehendentes autem eum, duxerunt ad domum principis sacerdotum. Petrus vero sequebatur à longe. Accenso autem igne in medio atrii, et circumsedentibus illis, erat Petrus in medio eorum. Quem cum vidisset ancilla quædam sedentem ad lumen, et cum fuisset intuita, dixit:* S. *Et hic cum illo erat.* C. *At ille negavit eum, dicens:* S. *Mulier, non novi illum.* C. *Et post pusillum alius videns eum, dixit:* S. *Et tu de illis es.* C. *Petrus vero ait:* S. *O homo, non sum.* C. *Et intervallo facto quasi horæ unius, alius quidam affirmabat, dicens:* S. *Vere et hic cum illo erat: nam et Galilæus est.* C. *Et ait Petrus:* S. *Homo, nescio quid dicis.* C. *Et continuo, adhuc illo loquente, cantavit gallus. Et conversus Dominus, respexit Petrum. Et recordatus est Petrus verbi Domini, sicut dixerat: Quia priusquam gallus cantet, ter me negabis. Et egressus foras Petrus, flevit amare. Et viri, qui tenebant illum, illudebant ei, cædentes. Et velaverunt eum, et percutiebant faciem ejus: et interrogabant eum, dicentes:* S. *Prophetiza, quis est qui te percussit?* C. *Et alia multa blasphemantes dicebant in eum. Et ut factus est dies, convenerunt seniores plebis, et principes sacerdotum, et scribæ, et duxerunt illum in concilium suum, dicentes:* S. *Si tu es Christus, dic nobis.* C. *Et ait illis:* ✠ *Si vobis dixero, non credetis mihi; si autem et interrogavero, non respondebitis mihi, neque dimittetis. Ex hoc autem erit Filius hominis sedens à dextris virtutis Dei.* C. *Dixerunt autem omnes:* S. *Tu ergo*

vados: y todas las cosas que se han anunciado de mí van á cumplirse. Señor, dijeron los discípulos, aquí hay dos espadas. Y él les respondió: Basta. Habiendo salido despues se encaminó segun su costumbre al monte de los Olivos, y sus discípulos fuéron tambien con él. Luego que llegó á aquel sitio, les dijo: Orad, para que no os arrastre la tentacion. Y en seguida se apartó de ellos á distancia de un tiro de piedra, y habiéndose puesto de rodillas hizo esta oracion: Padre mio, si quereis, apartad de mí este cáliz; sin embargo, no se haga mi voluntad sino la vuestra. Apareciósele entonces un ángel venido del cielo que le fortificó. Viéndose reducido á un estado como de agonía, continuaba mas y mas en la oracion, y al mismo tiempo le sobrevino un sudor como de sangre que corria hasta la tierra. Habiendose levantado despues de la oracion, volvió adonde estaban sus discípulos, á los cuales encontró que se habian dormido, oprimidos de la tristeza. ¿Por qué dormís? les dijo: levantaos y orad para que no os veais sorprendidos de la tentacion. Hablando estaba todavía, cuando hé aquí una muchedumbre, á cuya cabeza iba uno de los doce llamado Judas, el cual se acercó á Jesus para besarle. Jesus entonces le dijo: Qué es esto, Judas; ¿con un beso entregas al Hijo del hombre? Entretanto los que estaban en rededor de él, viendo lo que debia suceder, le dijeron: Señor, ¿herimos con la espada? Y al mismo tiempo uno de ellos hiriendo á uno de los criados del príncipe de los sacerdotes, le cortó la oreja derecha. Díjole Jesus: Tente allá. Y habiendo tocado la oreja le sanó. Entonces Jesus dirigiéndose á los príncipes de los sacerdotes, á los oficiales del templo y á los ancianos que habian venido á prenderle, les dijo: Habeis venido á buscarme como si fuera un ladron, con espadas y con palos: todos los dias estaba con vosotros en el templo, y no me echasteis mano; pero esta es vuestra hora y el imperio de las tinieblas. Habiéndole luego preso, le llevaron á casa del príncipe de los sacerdotes, y Pedro le seguia á lo léjos. Encendido fuego en medio del atrio, y sentados que fueron en rededor de él, Pedro se puso tambien entre ellos. Viéndole una sirviente delante del fuego, despues de haberle reparado bien, dijo: Este hombre estaba tambien con él. Pero él negó á Jesus, diciendo: Mujer, no le he conocido. Habiéndole visto poco tiempo despues otro, le dijo: ¿Tú tambien eres de aquella gente? Hombre, no lo soy, respondió Pedro. Cerca de una hora despues decia otro afirmativamente: Este sin duda estaba tambien con él, porque es galileo. Hombre, dijo Pedro, no sé lo que quieres decir. É inmediatamente, y hablando él todavía, cantó el gallo; y volviéndose el Señor, miró á Pedro. Acordóse entonces Pedro de lo que el Señor le habia dicho: Antes que el gallo cante me negarás tres veces. Y habiéndose salido fuera lloró amargamente. Entretanto los que tenian preso á Jesus le trataban con la mayor irrision y le herian. Vendáronle los ojos, y dándole golpes en el rostro, le decian: Muestra que eres profeta, ¿quién es el que te ha herido? diciendo blasfemamente otras muchas cosas contra él. Luego que amaneció se congregaron los ancianos del pueblo, los príncipes de los sacerdotes y los escribas, y habiéndole hecho traer á su concilio, le dijeron: Si tú eres el Cristo, dínoslo. Y él entonces les respondió: Si os lo digo, no me creereis: si os pregunto á mi vez no me respondereis, ni me dejareis ir libre. Por lo demás el Hijo del hombre estará muy en breve sentado á la diestra de Dios omnipotente. Díjéronle, pues, todos entonces: ¿Luego tú eres el Hijo de Dios? A lo cual

es Filius Dei? C. Qui ait: ✠ Vos dicitis, quia ego sum. C. At illi dixerunt: S. Quid adhuc desideramus testimonium? ipsi enim audivimus de ore ejus. C. Et surgens omnis multitudo eorum, duxerunt illum ad Pilatum. Cœperunt autem illum accusare, dicentes: S. Hunc invenimus subvertentem gentem nostram, et prohibentem tributa dari Cæsari, et dicentem se Christum Regem esse. C. Pilatus autem interrogavit eum, dicens: S. Tu es Rex Judæorum? C. At ille respondens, ait: ✠ Tu dicis. C. Ait autem Pilatus ad principes sacerdotum, et turbas: S. Nihil invenio causæ in hoc homine. C. At illi invalescebant, dicentes: S. Commovet populum, docens per universam Judæam, incipiens à Galilæa usque huc. C. Pilatus autem audiens Galilæam, interrogavit si homo Galilæus esset. Et ut cognovit quod de Herodis potestate esset, remisit eum ad Herodem, qui et ipse Jerosolymis erat illis diebus. Herodes autem, viso Jesu, gavisus est valde. Erat enim cupiens ex multo tempore videre eum, eo quod audierat multa de eo, et sperabat signum aliquod videre ab eo fieri. Interrogabat autem eum multis sermonibus. At ipse nihil illi respondebat. Stabant autem principes sacerdotum, et scribæ constanter accusantes eum. Sprevit autem illum Herodes cum exercitu suo: et illusit indutum veste alba, et remisit ad Pilatum. Et facti sunt amici Herodes et Pilatus in ipsa die: nam antea inimici erant ad invicem. Pilatus autem convocatis principibus sacerdotum, et magistratibus, et plebe, dixit ad illos: S. Obtulistis mihi hunc hominem, quasi avertentem

respondió: Así es, como vosotros lo decis, que yo soy. A consecuencia de esto dijeron: ¿Qué necesidad tenemos de otros testimonios, puesto que nosotros mismos acabamos de oírselo decir de su propia boca? Toda la muchedumbre que allí estaba reunida se levantó, y lo llevaron á Pilato, ante quien empezaron á acusarle, diciendo: Hemos encontrado á este hombre que alborotaba nuestra nacion, prohibia pagar el tributo al César y se daba á sí mismo el nombre de Cristo y de Rey. Preguntóle, pues, Pilato: ¿Eres tú, le dijo, el Rey de los judíos? Tú lo has dicho, le respondió. En seguida dijo Pilato á los príncipes de los sacerdotes y á la multitud que allí se habia agolpado: Yo no encuentro en este hombre motivo alguno para condenarle. Mas ellos instaban con mayor fuerza, diciendo: Escita al pueblo á la rebelion, sembrando su doctrina por toda la Judea, desde Galilea hasta aquí. Oyendo Pilato nombrar á Galilea, preguntó si aquel hombre era galileo, y cuando entendió que Jesus era de la jurisdiccion de Herodes, le remitió al mismo Herodes que por aquellos dias se hallaba en Jerusalen. Viendo Herodes á Jesus se alegró mucho, porque habia mucho tiempo que deseaba verle, en razon de que habia oido hablar muchas cosas de él, y esperaba verle hacer algun milagro. Hízole muchas preguntas, pero Jesus no le dió ninguna respuesta. Mientras tanto los príncipes de los sacerdotes y los escribas persistian tenazmente acusándole. Mas Herodes, con la gente de su guardia, le despreció; y habiéndole hecho poner una túnica blanca, se burló de él y le volvió á Pilato. Desde aquel mismo dia quedaron reconciliados Herodes y Pilato, que ántes eran mutuamente enemigos. Habiendo Pilato llamado inmediatamente á los príncipes de los sacerdotes, los magistrados y el pueblo, les

populum: et ecce ego coram vobis interrogans, nullam causam inveni in homine isto ex his, in quibus eum accusatis. Sed neque Herodes, nam remisi vos ad illum, et ecce nihil dignum morte actum est ei. Emendatum ergo illum dimittam. C. Necesse autem habebat dimittere eis per diem festum, unum. Exclamavit autem simul universa turba, dicens: S. Tolle hunc, et dimitte nobis Barabbam. C. Qui erat propter seditionem quamdam factam in civitate et homicidium, missus in carcerem. Iterum autem Pilatus locutus est ad eos, volens dimittere Jesum. At illi succlamabant, dicentes: S. Crucifige, crucifige eum. C. Ille autem tertio dixit ad illos: S. Quid enim mali fecit iste? nullam causam mortis invenio in eo: corripiam ergo illum, et dimittam. C. At illi instabant vocibus magnis postulantes ut crucifigeretur: et invalescebant voces eorum. Et Pilatus adjudicavit fieri petitionem eorum. Dimisit autem illis eum, qui propter homicidium et seditionem missus fuerat in carcerem, quem petebant: Jesum vero tradidit voluntati eorum. Et cum ducerent eum, apprehenderunt Simonem quemdam Cyrenensem, venientem de villa: et imposuerunt illi crucem portare post Jesum. Sequebatur autem illum multa turba populi, et mulierum, quæ plangebant, et lamentabantur eum. Conversus autem ad illas Jesus, dixit: ✠ Filiæ Jerusalem, nolite flere super me, sed super vos ipsas flete, et super filios vestros. Quoniam ecce venient dies in quibus dicent: Beatæ steriles, et ventres, qui non genuerunt, et ubera, quæ non lactaverunt! Tunc in-

dijo: Vosotros me habeis presentado este hombre como un revoltoso que conmovia al pueblo, y vosotros mismos veis que le he preguntado en presencia vuestra, sin que haya encontrado en él motivo alguno para condenarle por los puntos de que le acusais. Ni tampoco Herodes ha encontrado cosa ninguna, puesto que habiéndoos enviado á él, veis vosotros mismos que no le ha tratado como un reo de muerte. Le aplicaré, pues, algun castigo, y le dejaré en libertad. Debia el gobernador por la Pascua darles libre un reo: mas toda la muchedumbre esclamó á una voz, diciendo: Quítanos de en medio á este, y dános libre á Barrabás. Era éste un hombre que habia sido preso por haber escitado una sedicion en la ciudad, y haber hecho en ella un homicidio. Pilato, que queria salvar á Jesus, les habló por segunda vez: pero ellos gritaban con mas esfuerzo: Crucifícalo, crucifícalo. Por tercera vez se dirigió á ellos, y les dijo: ¿Qué mal es el que ha hecho este hombre? Yo no hallo en él ningun crímen digno de muerte: así que, le castigaré y le dejaré libre. Mas ellos multiplicaban las instancias, pidiendo á grandes voces que fuese crucificado. Y prevaleciendo sus gritos, dispuso Pilato el acceder á su peticion. Dióles libre al que ellos querian y que habia sido preso por una muerte y por una sedicion, y les entregó á Jesus para que hiciesen de él lo que quisiesen. Cuando le llevaban, aprehendieron cierto hombre de Cirene, llamado Simon, que venia de su casa de campo, para que llevase la cruz detrás de Jesus. Seguia, pues, á Jesus una gran muchedumbre del pueblo, y mujeres que lloraban y se lamentaban de él. Volviéndose entonces á ellas: Hijas de Jerusalen, las dijo, no lloreis por mí, llorad sí por vosotras mismas y por vuestros hijos; porque hé aquí que viene el tiempo en que se

cipient dicere montibus : Cadite super nos ; et collibus : Operite nos. Quia si in viridi ligno hæc faciunt, in arido quid fiet? C. *Ducebantur autem et alii duo nequam cum eo, ut interficerentur. Et postquam venerunt in locum, qui vocatur Calvariæ, ibi crucifixerunt eum ; et latrones, unum a dextris, et alterum a sinistris. Jesus autem dicebat :* ✠ *Pater, dimitte illis : non enim sciunt quid faciunt.* C. *Dividentes vero vestimenta ejus, miserunt sortes. Et stabat populus spectans, et deridebant eum principes cum eis, dicentes : S. Alios salvos fecit : se salvum fiat, si hic est Christus Dei electus.* C. *Illudebant autem et milites accedentes, et acetum offerentes ei, et dicentes : S. Si tu es Rex Judæorum, salvum te fac.* C. *Erat autem et superscriptio scripta super eum litteris græcis, et latinis, et hebraicis :* Hic est Rex Judæorum. *Unus autem de his, qui pendebant, latronibus, blasphemabat eum, dicens : S. Si tu es Christus, salvum fac temetipsum, et nos.* C. *Respondens autem alter, increpabat eum, dicens : S. Neque tu times Deum, quod in eadem damnatione es. Et nos quidem juste, nam digna factis recipimus : hic vero nihil mali gessit.* C. *Et dicebat ad Jesum : S. Domine, memento mei, cum veneris in regnum tuum.* C. *Et dixit illi Jesus :* ✠ *Amen dico tibi : Hodie mecum eris in paradiso.* C. *Erat autem fere hora sexta, et tenebræ factæ sunt in universam terram usque in horam nonam. Et obscuratus est sol : et velum templi scissum est medium. Et clamans voce magna Jesus, ait :* ✠ *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum.* C. *Et hæc dicens, expiravit.* (Hic genuflectitur, et pausatur aliquantulum.) *Videns autem Centurio quod factum fuerat, glorificavit Deum, dicens : S. Vere hic homo justus erat.* C. *Et omnis turba eorum, qui simul aderant ad spectaculum istud, et videbant quæ fiebant, percutientes pectora sua revertebantur. Stabant autem omnes noti ejus a longe, et mulieres, quæ secutæ eum erant à Galilæa, hæc videntes.*

Et ecce vir nomine Joseph, qui erat decurio, vir bonus et justus : hic non consenserat consilio, et actibus eorum, ab Arimathæa civitate Judææ, qui expectabat et ipse regnum Dei. Hic accessit ad Pilatum, et petiit corpus Jesu : et depositum involvit sindone, et posuit eum in monumento excisso, in quo nondum quisquam positus fuerat.

dirá : Dichosas las estériles y las entrañas que no han llevado hijos, y los pechos que no han lactado. Entonces comenzarán á decir á los montes : caed sobre nosotros, y á los collados, cubridnos : porque si esto se hace en el leño verde, en el seco ¿qué se hará? Conducíanle, pues, y con él otros dos criminales para quitarles la vida; y cuando ya hubieron llegado al sitio llamado Calvario, crucificaron allí á Jesus y con él á los dos ladrones, uno á su derecha y otro á su izquierda. En este tiempo decia Jesus : Padre mio, perdonadles, porque no saben lo que hacen. Dividieron los soldados sus vestidos, sacándolos á la suerte. El pueblo, que presenciaba el espectáculo, y los principales de la nacion con él, se mofaban, diciendo : A otros ha salvado; sálvese, pues, á sí mismo, si es el Cristo elegido de Dios. Burlábanse tambien de él los soldados, y acercándose le presentaban vinagre, y le decian : Si tú eres el Rey de los judíos, sálvate la vida. Veíase escrito sobre su cabeza en griego, en latin y en hebreo : *Este es el Rey de los judíos.* Uno de los ladrones que estaban crucificados blasfemaba contra él, diciendo : Si tú eres el Cristo, sálvate á tí y á nosotros. Mas el otro, tomando la palabra, le reprendia : Qué, le decia, ¿tú tampoco temes á Dios, no obstante que estás condenado al mismo suplicio? Y por lo que hace á nosotros, no es sin causa, porque recibimos la pena que merecemos por nuestros crímenes; pero él no ha hecho ningun mal. Y volviéndose á Jesus, le dijo : Señor, acordaos de mí cuando hubiereis entrado en vuestro reino. En verdad te digo, le respondió Jesus, que hoy mismo estarás conmigo en el paraiso. Era cerca de la hora de sexta, y las tinieblas se estendieron por toda la tierra hasta la hora de nona; el sol se oscureció, y el velo del templo se desgarró por medio. A este tiempo esclamó Jesus con una gran voz : Padre mio, en vuestras manos encomiendo mi alma. Y diciendo estas palabras, espiró. *(Aquí todos se arrodillan.)* Entonces el centurion, que habia visto todo lo que habia pasado, dió gloria á Dios, y dijo : Verdaderamente este era un hombre santo. Todos los que habian estado presentes á este espectáculo, y que consideraban lo que acababa de suceder, se volvian dándose golpes en el pecho. Todas las personas conocidas suyas, y las mujeres que le habian seguido de Galilea, estaban en pié á un lado viendo lo que pasaba.

Y hé aquí que un oficial llamado José, hombre de probidad y muy virtuoso, que no habia tomado parte en el designio ni en los escesos de los judíos, natural de Arimathea, ciudad de la Judea, y que esperaba tambien el reino de Dios, fué á verse con Pilato y le pidió el cuerpo de Jesus, y habiéndole bajado, le envolvió en una sábana y le puso en un sepulcro, abierto en una roca, en el cual ninguno habia sido puesto todavía.

MEDITACION.

De la pasion de nuestro Señor Jesucristo en la ciudad de Jerusalen.

Punto primero.—Considera cuál debió ser la confusion del Salvador del mundo cuando se vió atado como un criminal, llevado con infamia por las calles de Jerusalen como un malvado, cargado de oprobios y de maldiciones por todo aquel pueblo que ya no le miraba sino como un impostor, un falso profeta, un encantador. ¡Buen Dios! ¡qué ignominiosa es esta primera escena! ¡qué suplicio puede darse mas amargo, ni mas humillante! Sin embargo, esto no es todavía mas que el preludio.

Nosotros no ignoramos la multitud espantosa de tormentos, á cual mas crueles, que se hicieron sufrir á Jesucristo; nos lo representamos hasta en su pormenor; sabemos todas sus circunstancias; pero al través de esta barbarie inimaginable de malos tratamientos, en medio de aquella granizada de azotes; por mas desfigurado que esté Jesucristo, no le confundamos con el resto de los hombres: reconozcamos por en medio de las llagas, bajo la corona de espinas, sobre la cruz, á nuestro Criador, nuestro Salvador, nuestro Dios y nuestro Padre.

¡Jesucristo, el soberano Juez de todos los mortales, la inocencia y la santidad misma á los piés de un juez impío, que le condena á muerte como al mas infame de todos los

criminales! ¡Jesucristo, el Rey de la gloria á quien adoran todos los ángeles desde el primer instante de su vida mortal, y á cuyo nombre dobla la rodilla cuanto hay en el cielo, en la tierra y en los infiernos, entregado á la insolencia de un monton de canalla por espacio de una noche entera, abofeteado, injuriado, escarnecido por malvados que hacen de él un juguete y le tratan como rey de farsa!

¡Jesucristo, el Señor soberano del universo, el Salvador del género humano atado á una columna y desgarrado á azotes como el mas vil, el mas infame de todos los esclavos!

¡Jesucristo, objeto de las complacencias del eterno Padre; la alegría y la felicidad de todo el cielo; el paraiso de las almas santas, clavado en una cruz, espirando en el mas doloroso y el mas ignominioso de todos los suplicios! y hé aquí, dulce Jesus mio, lo que habeis sufrido por mí; hé aquí lo que yo creo; hé aquí lo que yo os cuesto; ¿y qué impresion hace en mi corazon lo que yo medito, lo que yo creo?

Una gota de su sangre podia rescatarnos; una lágrima de Jesucristo podia lavar todas nuestras faltas. ¿Por qué, pues, tanta sangre? ¿No era esto mas que suficiente, adorable Salvador mio? Sí, nos responderá, éralo para aplacar á mi Padre; éralo para estinguir el odio de mis enemigos; éralo para borrar todos los pecados de la tierra; éralo para apagar todo el fuego del infierno; éralo para mereceros mi gloria; pero ¿es bastante para mover vuestro corazon y para inspiraros el menor sentimiento de gratitud? Esta reconvencion ¿no está bien fundada? ¿Y quién podrá en la hora de la muerte y por toda una eternidad desdichada resistir á esta reconvencion? ¡Ah Señor! quitadme este corazon de bronce, y dadme un corazon de carne.

Punto segundo.—Considera si te ha movido mucho lo que acabas de leer; y si permaneces insensible, examina si es verdad; mas aun, si es posible que lo creas.

Enterneceríase cualquiera leyendo una historia semejante, aun cuando estuviese prevenido de que lo que leia era una fábula: aquí estamos seguros de la realidad; este tejido de injusticias, de oprobios, de suplicios, de crueldades, es cierto; la persona adorable que sufre tantos rigores no nos es desconocida; ¿deberá sernos indiferente? Y sabiendo que si padece es solo por nuestro amor, ¿podremos verla sufrir á sangre fria? ¿Pienso yo en el Dios que adoro y en el Señor á quien sirvo, cuando soy tan delicado sobre el punto de honor, cuando huyo tanto de la cruz, cuando paso los dias en los placeres y en la molicie?

Jesucristo es el hombre de dolores, el hombre de las humillaciones, está harto de oprobios, y ¿yo quiero ser su discípulo y vivir entre contentos? Jesucristo todo lo sufre sin decir palabra; ¡qué no nos acordemos nosotros, en tantas ocasiones, de este punto de nuestra creencia!

Pilato conoció la inocencia de Jesucristo, quiso salvarle y no obstante le condenó. ¡O Dios mio, qué distancia hay entre conoceros y amaros! ¡Ah! todo cristiano os conoce. ¿Y hay muchos que os amen? Pilato queria salvar á Jesus, cuya inocencia conocia; pero no queria desagradar á los judíos, cuyas amenazas y furor temia. ¡Desgraciada política, ciega prudencia del siglo, por la cual la religion siempre es sacrificada á la ambicion y al interés!

¡Dios mio! ¡qué gran remedio deben ser la paciencia de Jesus que sufre, la dulzura inalterable de su rostro en medio de todas sus crueldades, la tranquilidad de su corazon y su misma ternura con sus enemigos, á pesar de tanta dignidad y ultrajes; qué gran remedio debe ser todo esto contra los arrebatos de nuestras pasiones, contra los sentimientos de la venganza y de la ira! Amor propio, delicadeza humana, orgullo de la vida, ¿subsistireis aun á vista de este objeto?

¡O amable Jesus! ¿era necesario sufrir tanto para persuadirme que me amais? ¿Concibo yo bien cuánto me amais? y si lo concibo, ¿cómo yo os amo tan poco? ¿Puedo asegurar yo, Señor, que os amo? ¡Ah, Señor! ¿de qué me sirve la justicia que yo me hago, si mi corazon no muda? pero esta mudanza debe ser obra vuestra: sea, pues, hoy el fruto de vuestros tormentos y de vuestra sangre.

Jaculatorias.—¡Cuánta verdad es, Señor, que os habeis cargado con nuestras iniquidades, y que habeis querido sufrir toda la pena que merecian! (Isai. 53.)

¿Qué daré yo á este Dios de bondad por todos los beneficios que he recibido de él, y por todo lo que se ha dignado sufrir por mí? Yo aceptaré con toda voluntad el beber su cáliz. (Psalm. 115.)

PROPÓSITOS.

1 Las gentes del mundo miran las maceraciones de la carne como frutos de paises estranjeros que no pueden darse mas que en los desiertos ó en los claustros: si los ven entre las personas del siglo, los consideran como frutos raros que no crecen sino muy resguardados y á fuerza de cultura: se admiran, se alaban, y á todo esto se reduce todo. ¿Desde cuándo las austeridades corporales no son mas que para los religiosos y los devotos, y de ningun modo para las gentes del mundo? ¿Son ménos violentas las pasiones, ménos temibles en el corazon de los mundanos, que en las almas puras y mortificadas? ¿Hay dos Evangelios? San Pablo castiga su cuerpo con duras austeridades, y le reduce á servidumbre, no sea que, dice, despues de haber predicado á los otros, venga él mismo á hacerse réprobo; y personas cargadas de pecados alimentan sus pasiones entre los placeres, lisonjean sus cuerpos, se estremecen al solo nombre de mortificacion, se desmayan á la vista de un instrumento de penitencia: ¡mi Dios! ¡qué bien prueba esta conducta lo pequeño del número de los elegidos! Si en esas reuniones mundanas en donde todo brilla, en donde no se habla mas que de placeres, se pensase en hablar de cilicios ó de semejantes austeridades, se haria reir; pero en la muerte, ¿no hará llorar y gemir el haber tenido horror á estas penitencias? En cualquier estado en que os halleis, teneis necesidad de macerar vuestra carne con las austeridades. Informaos de un director sabio y zeloso cuáles son las que os convienen: no escucheis á una seductora delicadeza que persuadiéndonos que las penitencias no son á propósito para nosotros, probaria por lo mismo que nosotros no somos á propósito para el cielo. No practiqueis, sin embargo, ningunas por lijeras que sean sin consejo y sin permiso; la indiscrecion en el fervor puede ser tan nociva como la cobardía en una vida tibia. Cuando se sigue á una buena guia, no es tan fácil estraviarse.

2 Si vuestra delicadeza se alarma por esta práctica, animaos con la reflexion que hacia san Agustin para vencer su cobardía: «¿y tú no podrás lo que estos y estas?»

Por qué con el auxilio de la gracia no podré yo hacer lo que han hecho y hacen aun todos los dias tantas personas de mi edad, de mi sexo y de mi condicion? ¿lo que hace mi hermano en el estado religioso? ¿lo que practica mi hermana en el monasterio? ¿En virtud de qué título, de qué privilegio estaré yo exento de ello? ¿Es porque ellos son mas inocentes, mas santos que lo que lo soy yo? Por esto mismo debo dispensarme ménos de estas penitencias. Comenzad siempre por observar con mas regularidad los ayunos de la Iglesia y las abstinencias que prescribe; pero no pareis en esto; añadid tambien ciertas pequeñas austeridades. Nada contribuye tanto para debilitar y domar las pasiones, y no hay cosa que así consuele en el fin de la vida.

JUEVES SANTO.

En todos tiempos ha sido el Jueves santo uno de los dias mas solemnes de la Iglesia, á causa de los grandes misterios que en él se han obrado. Los griegos y los demás pueblos del Oriente le han llamado por escelencia «el dia de los misterios.» Celébrase en él el misterio de la humildad y del abatimiento de Jesucristo en el lavatorio de los piés; el de su amor incomprensible á todo entendimiento criado en la institucion de la divina Eucaristía, y del sacerdocio sagrado de la nueva ley. Su oracion misteriosa, que fué como su primera oblacion; su agonía sangrienta en el huerto de los Olivos, la cual fué como el preludio de su pasion; y su prision voluntaria que fué la primera escena. Pero el objeto principal de la fiesta del Jueves santo, es la institucion del misterio de la Eucaristía. Esta fiesta ha comenzado con la institucion de este augusto sacramento, y puede decirse que su celebracion es tan antigua como la Iglesia. El luto mismo y la tristeza en que está la Iglesia durante estos dias consagrados á la pasion del Salvador, cedió, por decirlo así, desde entonces al regocijo espiritual, en que parece que consiste la verdadera nocion de esta fiesta. La Iglesia tambien suspende hoy su luto en la celebracion de la misa, por el color y la magnificencia de los ornamentos, cantando el cántico «Gloria in excelsis.....» El mismo rigor del ayuno de la Semana Santa fué mitigado desde los primeros siglos, á causa de la solemnidad de este dia, permitiendo tomar la comida ántes de nona como en los ayunos ordinarios. La fiesta del Jueves santo por mucho tiempo fué obligatoria de precepto, y hubiera continuado esta obligacion si la Iglesia no hubiera trasladado la fiesta del Santísimo Sacramento, del Jueves santo al jueves despues de la santísima Trinidad, para hacerla así todavía mas solemne. El concilio de Tréveris, celebrado el año de 1343, redujo la fiesta del Jueves santo á la clase de las medias fiestas, en las que la mañana está destinada al servicio divino y á los demás ejercicios de piedad, y desde medio dia al trabajo para el pueblo. El uso mas comunmente recibido hoy, es dejar la fiesta á la devocion de los particulares, recomendándoles la asistencia al oficio divino, y que visiten despues de medio dia las estaciones con aquel espíritu de religion y con aquella devocion que pide una práctica de piedad tan santa y tan útil.

Por solemne que fuese la fiesta de la institucion de la adorable Eucaristía, que forma lo principal de la celebridad del Jueves santo, ha creido la Iglesia en lo sucesivo, que esta gran fiesta estaba demasiado comprimida en un dia en que la memoria de la pasion del Salvador participa de la solemnidad, y mezcla su luto con la alegría espiritual de la fiesta. Por esto, hácia la mitad del siglo XIII, le pareció mas á propósito transferir la fiesta particular del santísimo Sacramento del Jueves santo al jueves despues de la octava de Pentecostés, para celebrarla con toda la magnificencia y la solemnidad que pide un misterio que hace nuestra felicidad, que contiene la fuente de todas las gracias, y que puede llamarse el tesoro de nuestra religion. Reservamos para aquel dia el hablar mas á la larga de este adorable misterio.

El lavatorio de los piés es una de las principales ceremonias del Jueves santo. Habiendo dicho Jesucristo á sus discípulos que si él les lavaba los piés, siendo su Señor y su Maestro, tambien ellos debian lavarse los piés los unos á los otros; se ha considerado siempre este órden como un precepto de humildad, y como una leccion que era muy oportuno el observar á la letra. Los primeros cristianos se la impusieron como una ley de caridad con respecto á los huéspedes que recibian, á los cuales nunca dejaban de lavar los piés inmediatamente despues de su llegada. La misma práctica se conservó mas religiosamente todavía en los monasterios. No queriendo la Iglesia dejar que se perdiese esta costumbre, creyó deberla establecer como una práctica sagrada, que redujo á sus principales ministros, como quienes ocupan mas particularmente el lugar de Jesucristo, por su clase de superioridad. Estableciόse, pues, la costumbre de que así como el abad ó el prior lavaba los piés el Jueves santo á todos sus religiosos á ejemplo de Jesucristo, el obispo ó la cabeza del cabildo los lavase á todo el clero; como se aumentase todos los dias el número de éste, se redujo á doce, que era el número de las personas á quienes el Salvador habia lavado los piés. El soberano pontífice como vicario de Jesucristo, ha mirado siempre esta santa ceremonia como un deber de religion de que no podía dispensarse. El mismo lava los piés á doce sacerdotes pobres, á cada uno de los cuales les da en seguida una buena limosna, y los despide tan enternecidos por un ejemplo tan edificante, como gratos por su caridad. En Narbona cada canónigo lava los piés á doce pobres; lo que multiplica el número alguna vez hasta doscientos. Como la accion de Jesucristo no era un acto de sacerdocio, los legos se han creido con tanto derecho para imitar el ejemplo de humildad que les ha dado este divino Salvador, como los papas, los obispos y los religiosos. Las personas mas calificadas, los reyes y los emperadores se han impuesto un deber, y mirado como un honor, el lavar en este dia los piés á doce pobres, y servirlos por sí mismos á la mesa, despues de esta santa ceremonia, acompañando siempre este acto de humildad con una rica limosna. Las mas grandes princesas no ceden en piedad y en liberalidad á los mayores príncipes en esta práctica de religion tan edificante. Vense en este dia las reinas y las emperatrices lavar los piés á doce mujeres pobres, por el mismo motivo de religion y de piedad.

Es tambien una costumbre, universalmente establecida en toda la Iglesia, elegir el Jueves santo, esto es, el dia de la institucion de la adorable Eucaristía, y del sacrificio augusto de nuestra religion, para consagrar los santos óleos, que deben servir para las unciones santas. Esta consagracion, una de las mas augustas ceremonias de la Iglesia, consiste en las solemnidades de las tres bendicio-

nes que hace el obispo, de las cuales la primera es la del «óleo de los enfermos» para el sacramento de la Estremauncion. La segunda es la del «santo crisma» para el sacramento del Bautismo, cuya uncion se hace en la parte superior de la cabeza; de la Confirmacion, que se hace en la frente; y de la Ordenacion, que se hace en las manos; y para otras consagraciones, cuales son las de los altares, de las iglesias, de los reyes, y de otras personas que se consagran. La tercera bendicion es la del «óleo de los catecúmenos,» del cual se sirve tambien para los sacramentos del Bautismo y del Orden, para la consagracion de los reyes, y para otros usos santos.

Los santos Padres mas próximos al tiempo de los Apóstoles, prueban bastantemente que estas bendiciones de los santos óleos y del santo crisma, son de tradicion apostólica. «Hay alguno enfermo entre vosotros, dice Santiago, haga venir á los presbíteros de la Iglesia, y que oren sobre él, ungiéndole con el aceite en el nombre del Señor.» La uncion del óleo que, viviendo nuestro Señor, empleaban los Apóstoles para curar los enfermos, y de que se ha hablado en san Marcos, se ha mirado siempre en la Iglesia como un preludio, y como la figura y la representacion del sacramento de la Estremauncion. «Ungian con el aceite á muchos enfermos, y sanaban.» Estas tres bendiciones se hacian en la misa que se llamaba crismal. El óleo de los enfermos no tiene ninguna mezcla. El santo crisma se compone de aceite y bálsamo: los griegos modernos despues de su crisma mezclan en él muchas esencias y perfumes. Por lo que hace á las sagradas ceremonias que acompañan á la bendicion ó consagracion particular del santo crisma, puede decirse que apenas hay en la Iglesia ningunas que se les haya dado mas aparato, tanto en la Iglesia latina como en la griega. El concilio de Meaux dió un decreto en el año de 845, prohibiendo á todo obispo el que hiciese el santo crisma en ningun otro dia mas que en la feria quinta de la semana mayor, que lleva el título especial de la cena del Señor y de Jueves santo.

Llámase tambien el Jueves santo dia de «Indulgencia ó Jueves santo,» porque en los primeros siglos se reconciliaban en él los pecadores públicos, dándoles la absolucion de sus pecados, de donde ha venido nuestra palabra vulgar de «absolucion general;» en seguida se les admitia en la Iglesia que se les habia entredicho desde el dia de la Ceniza despues de haberles impuesto una penitencia por sus pecados. Como en la Iglesia se reconciliaban en este dia los penitentes, así tambien los príncipes y los reyes, dice san Eloy, daban libertad á los presos, y concedian gracias. Las demás ceremonias de la Iglesia en este dia se reducen al silencio de las campanas, á la visita de las iglesias, y á reservar el santísimo Sacramento para el dia de mañana. Así como la ceremonia de tocar todas las campanas cuando se dice: «Gloria in excelsis Deo...» es para hacer esta misa mas solemne, así tambien la cesacion del sonido de las campanas debe mirarse como una señal de la profunda tristeza y del gran luto de la Iglesia en estos tres dias.

La visita de las iglesias que tan religiosamente se hace en todas partes el Jueves santo, es una especie de satisfaccion pública que dan los fieles á Jesucristo, no solo por lo que ha sufrido de ignominioso y doloroso, durante su pasion en el huerto de los Olivos, en las calles de Jerusalen, en las casas de Caifás, Pilato y Herodes, y sobre el Calvario, sino tambien por todas las irreverencias y los sacrilegios cometidos en las iglesias desde la institucion del Santísimo Sacramento. Puede fácilmente deducirse de aquí con qué espíritu deben hacerse estas visitas. Resérvase una hostia consagrada para el dia siguiente, porque el Viernes santo no ofrece la Iglesia el santo sacrificio de la Misa, y para representar la muerte de Jesucristo de una manera mas sensible en el oficio, consume el sacerdote por la comunion el Santísimo Sacramento del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, que ha estado espuesto veinte y cuatro horas á la adoracion de los fieles: habiéndonos dejado este divino Salvador la Eucaristía como un memorial de su pasion.

El oficio de la misa de este dia comprende la memoria de todos estos grandes misterios. El introito está tomado del capítulo 6 de la Epístola de san Pablo á los gálatas: «Nosotros debemos colocar toda nuestra gloria en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, en la cual está nuestra salud, nuestra vida, nuestra resurreccion, por la cual hemos sido salvos y rescatados. Compadézcase Dios de nuestras miserias, y derrame sus bendiciones sobre nosotros. Vuelva sus ojos compasivos sobre tantos miserables mortales, y hâganos sentir los efectos de su misericordia.» Como hemos sido rescatados por la cruz, solo en la cruz de Jesucristo es en donde tenemos la gloria verdadera, mediante la conformidad que ella nos da con este divino Salvador.

La Epístola de la misa es del capítulo 11 de la primera carta que san Pablo escribió á los fieles de Corinto, en la cual refiere la institucion del sacramento de la Eucaristía por Jesucristo en la última cena, y el crímen y el castigo de los que se acercan á él indignamente. Además de lo que han dicho los evangelistas de la consagracion que nuestro Señor hizo entonces de su cuerpo y de su sangre con el pan y el vino para hacerse él mismo alimento de nuestras almas, san Pablo escribiendo á los corintios, ha hecho la historia de todo lo que pasó en este gran misterio, segun que él testifica haberlo aprendido del mismo Jesucristo. Hé aquí lo que dió ocasion á las reprensiones que les da.

En los primeros tiempos de la Iglesia, los fieles, ya fuese para representar la última cena que Jesucristo celebró con sus apóstoles, al fin de la cual instituyó la Eucaristía, ya para mantener la union entre sí y tener ocasion de practicar la caridad con los pobres, hacian unos pequeños festines, á los cuales daban el nombre de «Agapes,» palabra griega que quiere decir caridad mutua, y los hacian en los lugares mismos donde se juntaban para la celebracion de los santos misterios y para comulgar. Abusaban los corintios de esta costumbre en mas de una manera. En primer lugar, no siempre guardaban en estas comidas religiosas la debida templanza ni el recato conveniente; en segundo lugar, en vez de esperarse los unos á los otros, y poner en comun lo que cada uno habia traido, los que llegaban primero comenzaban desde luego á comer, y los ricos se separaban de los pobres; lo cual era contrario al espíritu y al fin de estas comidas, que era la caridad fraterna, la cual, segun Jesucristo, debia animar y caracterizar á sus discípulos, y nivelar, en cierto modo, todas las condiciones. Esta conducta irregular de los corintios no podia dejar de ocasionar incomodidades, y de escitar murmuraciones; pero el mayor mal era, que acercándose á la

santa mesa con semejantes disposiciones, muchos se hacian reos de un horrible sacrilegio.

Tertuliano en su apologético esplica el orígen de estos religiosos festines. El nombre de nuestras cenas, dice, manifiesta la razon de su establecimiento. Dáseles un nombre que en griego significa caridad. Cualquiera que sea el gasto que se haga en ellas, se mira como una ganancia, como un gasto en favor de la piedad. Es un refrigerio con que se alivia á los pobres; todos comen con modestia en ellas, y la comida termina con la oracion. Como estos agapes ó festines de caridad se hacian por la noche para honrar la cena que hizo Jesucristo con sus apóstoles cuando instituyó la Eucaristía, la cual se verificó la tarde en que principiaba el dia de la Pascua, conforme á la costumbre recibida entre los judíos, y entre todos los pueblos del Oriente, de comenzar el dia al ponerse el sol; esta circunstancia de la noche, junta al aparato suntuoso con que los judíos nuevamente convertidos celebraban el festin, para representar mejor el de la Pascua legal; todo esto dió motivo á los paganos para acusar á los cristianos de que cometian impurezas en estas reuniones nocturnas. Esta palabra agape, que significa amor y caridad, fortificaba la sospecha y la calumnia, y esto fué lo que obligó á la Iglesia á abolir enteramente los agapes, á causa de los abusos que se cometian en ellos. El concilio de Cartago celebrado el año de 397 los condenó, y la Iglesia se ha visto obligada en la sucesion de los tiempos á prohibir todas las reuniones nocturnas por mas piadosas que hayan sido.

De la manera con que se hacen los agapes en vuestras reuniones, decia el Apóstol escribiendo á los corintios, sin union y sin caridad, no es imitar aquella cena del Señor, al fin de la que instituyó el sacramento de la Eucaristía. «Comer la cena del Señor,» no significa aquí recibir el cuerpo y la sangre de Jesucristo, sino hacer una comida en memoria y á imitacion de la cena que hizo Jesucristo ántes de la institucion del Sacramento. San Crisóstomo cree que la comunion precedia á los agapes; pero segun san Agustin los agapes precedian á la comunion; y este último parecer, á lo ménos con respecto á los corintios, parece mas conforme al texto del Apóstol. Ciertamente, el abuso que la Iglesia particular de Corinto hacia de esta práctica en el tiempo mismo de los apóstoles, demuestra bastante la razon con que la ha variado la Iglesia universal. San Agustin testifica que el uso de comulgar el Jueves santo despues de haber comido, era comun en África y en Egipto, á ejemplo de Jesucristo que instituyó este sacramento despues de la cena de la Pascua. Con todo eso nota el mismo Padre que el uso universal de toda la Iglesia en su tiempo era el comulgar en ayunas. Es evidente, dice el santo Doctor, que la primera de todas las comuniones del cuerpo y de la sangre de Jesucristo no se hizo en ayunas por los apóstoles. No por esto empero debe criticarse la práctica santa de la Iglesia, que quiere y ordena que no se comulgue sino en ayunas. Es el Espíritu Santo el que quiere que por respeto á un tan grande y augusto Sacramento, los que comulgan no hayan tomado nada todavía cuando comulgan; tal es el uso de la Iglesia en todas partes.

San Pablo reprende, pues, á los corintios por el modo tan poco religioso y aun escandaloso con que ejercitaban una práctica tan santa de piedad. Deja ya de ser una comida de caridad, les dice el Apóstol, cuando cada uno come lo que ha traido, sin dar parte á los demás; y de aquí procede que los mas ricos comen opíparamente, mientras que los pobres en cuyo favor se habian establecido estos agapes se mueren de hambre. ¿No teneis casas para comer y beber? ¿Es acaso para que ostenteis la glotonería, ó para que insulteis á los que no tienen que comer, para lo que se os permite venir á tomar esta comida en la Iglesia? ¿Qué desprecio no hariais de esta Iglesia, de esta reunion de los fieles, de la que los pobres son miembros como vosotros, si no vinieseis á ella mas que para insultar su indigencia con vuestros escesos? Siempre se ha dado el nombre de iglesia al lugar en que los fieles se reunian, ya que fuese una simple sala, ó una casa particular, ó un templo consagrado al verdadero Dios. La Iglesia en este pasaje puede tambien indicar la reunion de los fieles.

¿Qué quereis que os diga? ¿que os alabe? continúa el Apóstol; nó ciertamente, en esto no os alabo. El uso de estas comidas de caridad es laudable; pero el abuso que haceis de ellas es criminal. No pretende san Pablo reprobar ó prohibir absolutamente los agapes, únicamente quiere enseñar á los fieles á distinguirlas de las comidas ordinarias, y á que no las miren sino como un medio establecido para mantener la caridad mutua, que Jesucristo quiso inspirarnos sobre todo, al instituir el sacramento de la Eucaristía, que es por escelencia un sacramento de amor.

Queriendo el santo Apóstol corregir los abusos que reinaban en estas juntas, en las que se comulgaba, refiere la institucion de la adorable Eucaristía, á fin de que esto les mueva á acercarse á ella con respeto y con las disposiciones que pide el mas augusto de todos los sacramentos, y el mas tremendo de todos los misterios. Del Señor mismo, dice, he aprendido lo que os he enseñado yo tambien, y que os vuelvo á decir aquí, para que no lo perdais nunca de la memoria. Las palabras «de lo que os he enseñado yo tambien,» demuestran claramente que los apóstoles enseñaban muchas cosas en particular á los fieles sobre la religion, que no todas han sido escritas, y que las sabemos de ellos solo por tradicion. No es, pues, de los hombres, añade, ni aun de los otros apóstoles, de quienes sé yo lo que os he enseñado tocante á este artículo importante de nuestra fé. El mismo Jesucristo es el que me ha revelado, que la misma noche en que debia ser entregado á la muerte, despues de haber lavado los piés á sus apóstoles, para que entendiésemos con qué pureza y con qué inocencia debemos acercarnos á la santa mesa, tomó el pan, y dando gracias á Dios su Padre por el milagro permanente que iba á obrar, á la manera que lo habia hecho cuando quiso resucitar á Lázaro, partió el pan y dijo: «Tomad y comed; esto es mi cuerpo, que será entregado por vosotros:» como si dijera, esto es realmente el mismo cuerpo que va á ser entregado por vosotros á la muerte, y que debe espirar en la cruz de aquí á algunas horas. Tomando en seguida el vino en un cáliz, dijo: «Este cáliz es el Testamento nuevo por mi sangre; esto es, por esta sangre por la cual establezco la nueva alianza con los hombres. Del mismo modo que la antigua alianza fué confirmada por la sangre de los becerros y de los toros, así la nueva ha sido sellada por la sangre del Salvador. Ninguna alianza solemne se hacia en el antiguo Testamento sin efusion de sangre y sin sacrificio; así Jesucristo quiere que la alianza que hace con el pueblo nuevo, esté cimen-

tada en su propia sangre. Cuantas veces hiciereis esto, añade el Salvador, hacedlo en memoria de mí. Como si nos dijera, haced esto, y acordaos que todas las veces que lo hiciereis, hareis realmente lo mismo que yo acabo de hacer; las mismas maravillas, los mismos milagros, la misma víctima; puesto que la sustancia del pan y del vino se destruirá, y nada quedará de ella, sino la apariencia del uno y del otro, y bajo de esta apariencia subsistirá este mismo cuerpo que va á ser inmolado, y esta misma sangre que va á ser derramada por la remision de los pecados. Despues de haber referido san Pablo la institucion de este adorable misterio escita en los corintios reflexiones saludables, y al mismo tiempo les da lecciones importantes. Tened presente, les dice, que cuantas veces comiereis de este pan, y bebiereis de este cáliz, anunciareis la muerte del Señor, hasta que él venga. No diferenciándose el sacrificio incruento de Jesucristo sobre nuestros altares, del sacrificio sangriento del mismo Salvador sobre el Calvario, mas que en la manera, debe despertar en el espíritu de los que participan de él la memoria de la muerte de Jesucristo. Por estas palabras, « hasta que él venga » nos quiere decir san Pablo que el sacramento del altar durará hasta el fin del mundo. Nótese tambien que el Apóstol dice: « Cuantas veces comiereis este pan; » pero no dice, y que bebiereis de este vino, sino «que bebiereis de este cáliz; » porque en efecto despues de la consagracion no hay ya vino en el cáliz, sino sangre, y si llama siempre al cuerpo de Jesucristo pan, es porque el Salvador se ha llamado á sí mismo pan vivo, y pan de vida: «Yo soy el pan vivo.» (Joan. 6.) El que come este pan, dice en otra parte, vivirá eternamente.

De todo lo que acabo de decir, continúa el santo Apóstol, es fácil comprender, qué crímen es, y qué horrible sacrilegio el recibir en pecado la Eucaristía. ¿Quién no ve que cualquiera que come de este pan, ó bebe de este cáliz indignamente, es tan criminal como si hubiese muerto á Jesucristo, y hubiese derramado su sangre? No dice san Pablo, el que comiere de este pan, y bebiere de este cáliz, sino el que comiere de este pan, ó bebiere de este cáliz, para dar á entender que es permitido comulgar bajo de una sola especie, como despues lo ha declarado la Iglesia. Examínese, pues, á fondo el hombre á sí mismo ántes de acercarse á la sagrada mesa, y si se encuentra reo de algun pecado mortal, por mas contricion que presuma tener, recurra al sacramento de la Penitencia ántes de comulgar. Esto es lo que el santo concilio de Trento ha definido, fundado en la práctica antigua de la Iglesia desde su establecimiento, y en el testimonio constante de los santos Padres en todos los siglos. Añade san Pablo, que no estraña que haya entre ellos tantas enfermedades y tantas muertes repentinas, las cuales son muchas veces el castigo de las comuniones sacrílegas. Si nosotros nos juzgamos á nosotros mismos sin misericordia, no seremos juzgados; esto es, no seremos castigados de este modo, como profanadores de la sangre de Jesucristo.

El Evangelio de la misa de este dia no contiene mas que la ceremonia del lavatorio de los piés, que segun los intérpretes fué una preparacion para la comunion.

El primer dia de los Azimos, esto es, de los panes sin levadura, en el cual debia inmolarse el Cordero Pascual (este dia comenzaba al ponerse el sol), habiendo venido Jesucristo, dice san Juan, hácia la tarde á Jerusalen, celebró la cena con sus apóstoles, segun la ley lo prescribia. Distínguense como dos cenas en esta ceremonia legal: la primera, en la que no se servia mas que el cordero pascual, el que debia comerse con las ceremonias prescritas por la ley; y la segunda, que era una cena ordinaria, en la cual en razon de no ser suficiente por lo comun un cordero pascual para satisfacer una familia entera, era permitido servir y comer lo que se queria. Fué, pues, acabada la cena legal, cuando sabiendo Jesucristo que habia llegado su tiempo de pasar de este mundo á su Padre, quiso darnos al fin de su vida temporal una señal de su amor que sobrepujó á todas las que nos habia dado hasta entonces. En efecto, despues de haber celebrado la cena legal, se levantó Jesucristo solo de la mesa, y habiéndose quitado el manto, tomó un lienzo con el que se ciñó: echó en seguida agua en una palancana, y comenzó á lavar los piés á sus discípulos y enjugárselos con el lienzo con que estaba ceñido, despues de lo cual se volvió á poner á la mesa para la cena ordinaria; al fin de la que fué tambien cuando instituyó el Sacramento de la Eucaristía y el sacerdocio de la nueva ley. Dice el Evangelista que cuando el Salvador llegó á san Pedro para lavarle los piés, absorto el Apóstol al ver á sus piés á su divino Maestro, le dijo con su acostumbrada ingenuidad: ¡Qué es esto, Señor! ¿vos me habeis de lavar los piés á mí que soy un hombre miserable, indigno de estar en el número de vuestros discípulos?

Nó, divino Maestro mio, no lo consentiré jamás. No desagradó al Salvador el ver en él estos sentimientos de humildad; mas le dijo que esta ceremonia era un misterio que él no comprendia entonces, si bien en adelante lo comprenderia; y que si no se dejaba lavar los piés no tendria parte en su reino. Espantóle esta amenaza, y le obligó á esclamar: Si no basta lavarme los piés, estoy pronto á dejarme lavar las manos y la cabeza. Jesucristo, dicen los Padres, queria dar á entender á san Pedro y á todos sus discípulos con qué pureza se debe llegar al misterio de la Eucaristía, lo cual comprendió bien el Apóstol cuando Jesucristo instituyó el Sacramento. Muchos creen que el lavatorio de los piés era la figura del sacramento de la Penitencia, y esto era lo que san Pedro no comprendia entonces. Respondiendo el Hijo de Dios á lo que el Apóstol le habia dicho, esto es, que estaba pronto á dejarse lavar las manos y la cabeza: El que sale del baño, le dijo, no tiene necesidad de lavarse mas que los piés, para limpiar el polvo que haya podido tomar caminando; por esto vosotros estais limpios, aunque nó todos: indicando por esta espresion que todos los apóstoles, á escepcion de Judas, estaban libres de todo pecado grave, y que solo tenian necesidad de ser purificados de sus imperfecciones y de algunos pecados lijeros. Es á la verdad un espectáculo muy tierno, y un acto de humildad que admira, el ver á Jesucristo á los piés de Judas; pero Judas insensible viendo á Jesucristo á sus piés, es un ejemplo que debe hacer temblar. Despues que el Salvador hubo lavado los piés y vuelto á tomar su manto, se puso á la mesa, y les dijo: ¿Comprendeis bien lo que acabo de hacer con vosotros? Vosotros me llamais Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy. Si pues yo, siendo Señor y Maestro, os he lavado los piés, ¿os costará á vosotros trabajo el humillaros mutuamente, y ambicionareis, como lo haceis, los primeros

puestos? No haya, pues, ya entre vosotros disputas por el primer lugar; sírvaos de leccion eficaz el ejemplo que acabo de daros, y acordaos de lo que tantas veces os he dicho, que cualquiera que se humilla será exaltado.

La Iglesia para honrar hoy la institucion de la Eucaristía y la del Sacerdocio, quiere que, á ejemplo de Jesucristo, soberano Pastor, comulguen todos los sacerdotes en la misa, de mano de su prelado ó de su cura, y los superiores de mano de su superior. Esta comunion siempre es solemne. No se da paz en la misa de este dia, á causa de que en él fué en el que Judas entregó á Jesucristo por un beso sacrílego.

HIMNO DE SANTO TOMÁS DE AQUINO.

Pange lingua gloriosi
Corporis mysterium,
Sanguinisque pretiosi,
Quem in mundi pretium,
Fructus ventris generosi,
Rex effudit gentium.

Cante la voz del cuerpo glorioso
El misterio sublime y elevado
Y de la sangre escelsa que, amoroso,
En rescate del mundo ha derramado,
Siendo fruto de un vientre generoso
El Rey de todo el orbe, mas sagrado.

Nobis datus, nobis natus
Ex intacta Virgine,
Et in mundo conversatus,
Sparso verbi semine,
Sui moras incolatus
Miro clausit ordine.

Dado para nosotros y naciendo
De una Vírgen intacta y recatada,
Conversando en el mundo y esparciendo
La semilla verbal mas acendrada,
Con órden admirable y estupendo
El tiempo concluyó de su morada.

In supremæ nocte cœnæ
Recumbens cum fratribus,
Observata lege plene
Cibis in legalibus,
Cibum turbæ duodenæ
Se dat suis manibus.

En la noche sagrada de la Cena,
Sentándose á cenar con sus hermanos,
Observada la ley en que se ordena
La comida legal á los Ancianos,
A sí mismo en manjar á la docena
De Apóstoles se entrega con sus manos.

Verbum Caro, panem verum,
Verbo carnem efficit;
Fitque Sanguis Christi, merum,
Et si sensus deficit
Ad firmandum cor sincerum,
Sola fides sufficit.

De nuestra carne el Verbo revestido
Hace con solo haberlo pronunciado,
Que el pan sea en su carne convertido,
Y el vino en su propia sangre trasformado;
Y si á desfallecer llega el sentido,
Con la fé el corazon es confirmado.

TANTUM ERGO SACRAMENTUM

Veneremur cernui:
Et antiquum documentum
Novo cedat ritui:
Præstet fides supplementum
Sensuum defectui.

Demos pues á TAN ALTO SACRAMENTO
Culto y adoracion todos rendidos,
Y ceda ya el antiguo documento
A los ritos de nuevo instituidos:
Constante nuestra fé dé suplemento
Al defecto de luz de los sentidos.

Genitori Genitoque
Laus et jubilatio;
Salus, honor, virtus quoque,
Sit et benedictio:
Procedenti ab utroque
Compar sit laudatio. Amen.

Al Padre con el Hijo sea dado
Júbilo, aplauso y gloria eternamente;
Salud, virtud y honor interminado;
Bendicion y alabanza reverente:
Y al Espíritu, de ambos aspirado,
Sea gloria y loor no diferente. Amen.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Deus, a quo et Judas reatus sui pœnam, et confessionis suæ latro præmium sumpsit: concede nobis tuæ propitiationis effectum: ut sicut in passione sua Jesus Christus Dominus noster diversa utriusque intulit stipendia meritorum; ita nobis, ablato vetustatis errore, resurrectionis suæ gratiam largiatur. Qui tecum vivit...

¡Oh Dios! de quien Judas ha recibido el castigo de su pecado, y el ladron el premio de su confesion, haced que nosotros esperimentemos el efecto de vuestra misericordia; para que así como nuestro Señor Jesucristo ha tratado en su pasion al uno y al otro segun su mérito, así tambien destruido lo que hay en nosotros del hombre viejo, nos dé parte en su resurreccion gloriosa, el que siendo Dios vive y reina, etc.

La Epístola está tomada de la primera carta del apóstol san Pablo á los cristianos de Corinto, cap. 11.

Fratres: Convenientibus vobis in unum, jam non est Dominicam cœnam manducare. Unusquisque enim suam cœnam præsumit ad manducandum. Et alius quidem esurit, alius autem ebrius est. Numquid domos non habetis ad manducandum et bibendum? Aut Ecclesiam Dei contemnitis, et confunditis eos qui non habent? Quid dicam vobis? Laudo vos? In hoc non laudo. Ego enim accepi a Domino, quod et tradidi vobis,

Hermanos mios: Del modo que se verifican vuestras juntas, no es ya comer la cena del Señor. Porque cada uno se pone desde luego á comer lo que tiene para cenar, de tal manera que mientras uno se muere de hambre, otro se entrega á la glotonería. ¿Acaso para hacer esto, no teneis casas donde comer y beber, ó despreciais la Iglesia de Dios, y pretendeis avergonzar en ella á los que nada tienen? ¿Que quereis que os diga? ¿Qué os alabe? Nó por cierto, en esto no os alabo. Porque yo

quoniam Dominus Jesus, in qua nocte tradebatur, accepit panem, et gratias agens fregit, et dixit : Accipite, et manducate : hoc est corpus meum, quod pro vobis tradetur : hoc facite in meam commemorationem. Similiter et calicem, postquam cœnavit, dicens : Hic calix novum testamentum est in meo sanguine. Hoc facite, quotiescumque bibetis, in meam commemorationem. Quotiescumque enim manducabitis panem hunc, et calicem bibetis, mortem Domini annuntiabitis donec veniat. Itaque quicumque manducaverit panem hunc, vel biberit calicem Domini indigne, reus erit corporis et sanguinis Domini. Probet autem seipsum homo : et sic de pane illo edat, et de calice bibat. Qui enim manducat et bibit indigne, judicium sibi manducat et bibit non dijudicans corpus Domini. Ideo inter vos multi infirmi, et imbecilles, et dormiunt multi. Quod si nosmetipsos dijudicaremus, non utique judicaremur. Dum judicamur autem, à Domino corripimur, ut non cum hoc mundo damnemur.

he aprendido del Señor lo que tambien os he enseñado, esto es, que el Señor Jesus en la misma noche en que fué entregado, tomó el pan, y dando gracias lo partió y dijo : Tomad y comed, esto es mi cuerpo, que será entregado por vosotros : haced esto en memoria de mí. Del mismo modo, despues de cenar, tomó el cáliz y dijo : Este cáliz es el Testamento nuevo por mi sangre; cuantas veces bebiereis de él, hacedlo en memoria de mí. Porque cuantas veces comiereis de este pan y bebiereis de este cáliz, anunciareis la muerte del Señor, hasta que él venga; y así cualquiera que comiere de este pan ó bebiere de este cáliz indignamente, será reo del cuerpo y la sangre de Jesucristo. Examínese, pues, á fondo el hombre á sí mismo, y despues de hacerlo así coma de este pan, y beba de este cáliz; porque el que come y bebe indignamente, come y bebe su propia condenacion, por no distinguir el cuerpo del Señor : por eso hay muchos débiles y enfermos entre vosotros, y mueren muchos. Si nosotros nos juzgamos á nosotros mismos, sin duda no seremos juzgados; pues al mismo tiempo que de este modo nos juzgamos, nos corrige el Señor para que no seamos condenados con el mundo.

En las juntas de los primeros cristianos, despues de la lectura de los libros santos y de la oracion, se ofrecia el divino sacrificio y todo el mundo comulgaba : en seguida se hacia en comun la comida de caridad que los griegos llamaban «Agapes.» San Agustin ha creido que «Cena del Señor» en este pasaje, significa la cena Eucarística tomada en rigor.

REFLEXIONES.

«Por esto hay muchos débiles y enfermos, y mueren muchos.» No hay, en efecto, cosa mas admirable que el ver tantos enfermos espirituales, y aun muertos, entre los que tienen la dicha de comulgar á menudo. ¡Qué de gentes se alimentan del cuerpo y la sangre de Jesucristo! ¿Hubo jamás un alimento mas saludable, ni un remedio mas eficaz para todo género de males? ¿dónde están las curaciones? Aquí está el pan de los fuertes : ¿dónde están las almas generosas, terror de los enemigos de su salud; aquellas almas que cuentan el número de sus victorias por el de sus combates? ¿Dónde están las almas abrasadas en los ardores divinos que debe producir necesariamente la vianda celestial con que se alimentan? ¡Qué paradoja tan estraña! Llévase el fuego en el seno, y no se sienten los ardores; y alimentándose con este fuego divino, aun se permanece todo hielo. Toca solamente con su mano Jesucristo á un enfermo y le cura; la mujer que habia tocado la fimbria de su vestidura recobra inmediatamente la salud; no me sorprende; me sorprenderia mucho mas si este solo contacto no hubiese obrado al punto el milagro. En efecto, ¿qué asombro, qué sorpresa no hubiera causado si cuando el Hijo de Dios tocó solamente el féretro donde estaba el jóven muerto que llevaban á enterrar, no hubiese resucitado el muerto, y si la mujer que habia tocado la fimbria de su vestido no hubiese sido curada? y ¿hay ménos motivo para admirarnos al ver que la mayor parte de los que se acercan con frecuencia á nuestros sagrados misterios, que tantos sacerdotes que todos los dias tienen esta divina víctima en sus manos, y que se alimentan con ella, sean siempre los mismos, esto es, siempre imperfectos, siempre tan enfermos espiritualmente, siempre tan indevotos, tan groseramente imperfectos, puede ser tambien tan viciosos, y no pocas veces aun mas indignos cada dia de acercarse al altar y á la sagrada mesa? No es la fimbria del vestido del Salvador lo que ahora tenemos la dicha de tocar, es el cuerpo y la sangre de Jesucristo lo que tenemos entre las manos, lo que se recibe, lo que se come; ¿y permanecemos tan lánguidos, tan enfermos, cada dia mas indevotos, mas irreligiosos, como si jamás le hubiésemos tocado? ¿Comprendemos esta paradoja? ¿qué pasion hemos vencido despues de tantas comuniones? ¿qué vicio hemos corregido? ¿qué virtud hemos adquirido? Una sola comunion puede ser bastante para hacer un santo; nosotros podemos contar un número considerable de ellas, y somos tan coléricos, tan ambiciosos, tan avaros, tan murmuradores, tan indevotos; acaso mas perversos que lo que éramos ántes que hubiésemos tenido la fortuna de recibir este divino alimento. Esta reflexion debe espantar á todo aquel que tenga religion; y por desgracia hay demasiado fundamento para hacerla. En efecto, ¿qué puede sernos saludable si el cuerpo y la sangre preciosa de Jesucristo no nos sirven ya de nada? ¿qué otro remedio podrá sernos eficaz, si este es inútil? ¡Buen Dios! ¡qué pasmo para un sacerdote poco devoto, para una persona religiosa poco regular, cuando llegue un dia en que manifestándose esta terrible verdad á través de todas sus imperfecciones, se mostrare con todas sus consecuencias! No se piensa en una verdad tan espantosa; ¿y en qué es en lo que se piensa? la inapetencia que tenemos de este divino alimento ¿indica mucha salud? y la languidez, la flaqueza y las enfermedades acompañadas de tantas recaidas, despues de tantas comuniones, ¿no nos presagian una muerte próxima? ¿y estamos tranquilos? ¿y no pensamos en ello? ¿quién nos asegura? valdria, pues, mas alejarse del altar y de la comunion si ella debe sernos tan dañosa. Miserable raciocinio, error grosero. Se trata de dejar, ó los vicios, los hábitos criminales, los defectos, las imperfecciones, ó el cuerpo y la sangre del mismo Jesucristo, y se concluye que vale mas alejarse de Jesucristo, que dejar los malos hábitos y la indevocion. Meditemos bien no solo la impiedad, sino tambien el ridículo de tan sacrílega preferencia.

El Evangelio de la misa es tomado del de san Juan, en el cap. 13.

Ante diem festum Paschæ, sciens Jesus quia venit hora ejus, ut transeat ex hoc mundo ad Patrem; cum dilexisset suos, qui erant in mundo, in finem dilexit eos. Et cœna facta, cum diabolus jam misisset in cor, ut traderet eum Judas Simonis Iscariotæ: sciens quia omnia dedit ei Pater in manus, et quia à Deo exivit, et ad Deum vadit: surgit a cœna, et ponit vestimenta sua: et cum accepisset linteum, præcinxit se. Deinde mittit aquam in pelvim, et cœpit lavare pedes discipulorum, et extergere linteo, quo erat præcinctus. Venit ergo ad Simonem Petrum. Et dicit ei Petrus: Domine, tu mihi lavas pedes? Respondit Jesus, et dixit ei: Quod ego facio, tu nescis modo, scies autem postea. Dicit ei Petrus: Non lavabis mihi pedes in æternum. Respondit ei Jesus: Si non lavero te, non habebis partem mecum. Dicit ei Simon Petrus: Domine, non tantum pedes meos, sed et manus, et caput. Dicit ei Jesus: Qui lotus est, non indiget nisi ut pedes lavet, sed est mundus totus. Et vos mundi estis, sed non omnes. Sciebat enim quisnam esset qui traderet eum: propterea dixit: Non estis mundi omnes. Postquam ergo lavit pedes eorum, et accepit vestimenta sua; cum recubuisset iterum, dixit eis: Scitis quid fecerim vobis? Vos vocatis me, Magister et Domine: et bene dicitis: sum etenim. Si ergo ego lavi pedes vestros, Dominus et Magister, et vos debetis alter alterius lavare pedes. Exemplum enim dedi vobis, ut quemadmodum ego feci vobis, ita et vos faciatis.

Antes de la fiesta de Pascua, sabiendo Jesus que habia llegado su tiempo para pasar de este mundo al Padre, como hubiese amado á los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin, y despues de la cena, habiendo el demonio inspirado á Judas, hijo de Simon Iscariote, que le entregase, sabiendo que su Padre lo habia puesto todo en sus manos, que habia venido de Dios, y que volvia á Dios, se levantó de la mesa, dejó sus vestidos, y tomó un lienzo con que se ciñó. Despues puso agua en una palancana, y comenzó á lavar los piés de sus discípulos, y limpiarlos con el lienzo con que estaba ceñido. Llegó, pues, á Simon Pedro, pero Pedro le dijo: ¿Tú, Señor, me lavas á mí los piés? Respondióle Jesus, y le dijo: Lo que yo hago no lo comprendes tú ahora; pero lo comprenderás despues. No permitiré, Señor, jamás le dijo Pedro, que me laveis los piés. Si no te lavo, le repuso Jesus, no tendrás parte conmigo. Entonces Simon Pedro le dijo: Señor, lavadme, no solo los piés, sino tambien las manos y la cabeza. Díjole Jesus: El que sale del baño no tiene necesidad de lavarse mas que los piés, porque con esto queda enteramente limpio; así que vosotros estais limpios, aunque no todos. Sabia bien quién era el que debia entregarle, y por esto dijo: No todos estais limpios. Luego, pues, que les hubo lavado los piés, y volvió á tomar sus vestidos, se puso otra vez á la mesa, y les dijo: ¿Comprendeis lo que he hecho con vosotros? (Cuando me hablais) me llamais Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy. Si, pues, yo siendo Señor y Maestro, os he lavado los piés, tambien vosotros debeis lavaros los piés los unos á los otros. Porque os he dado ejemplo, á fin de que vosotros hagais lo mismo que yo he hecho con vosotros.

MEDITACION.

Sobre la institucion del Santísimo Sacramento.

Punto primero. — Considera que en todos los misterios aparece el amor inmenso que Dios nos ha tenido; pero puede decirse que la institucion del Santísimo Sacramento es el milagro y la obra maestra de su amor, y como el compendio de todos los demás misterios; sea que se considere el motivo que Jesucristo ha tenido para instituir el Santísimo Sacramento, sea que se atienda á todas las circunstancias que concurren en esta institucion, todo nos manifiesta un amor incomprensible, todo nos da á conocer el esceso increible de su amor. Este amor apareció escesivo en el misterio de la Encarnacion, en el cual el Verbo se unió hipostáticamente á la naturaleza humana; en la Eucaristía el mismo Verbo que se ha unido á la humanidad santa, se une verdadera y realmente á cada hombre en particular. Apareció inefable este amor en su nacimiento en un establo: ¡qué cuna para un niño que es Dios! en la Eucaristía este hombre-Dios se abate, se anonada bajo las especies de pan y de vino, en un espacio cuasi indivisible, y todo esto para satisfacer el amor inmenso que nos tiene. Su vida pobre, humillada, oscura por espacio de treinta años, es un misterio admirable; pero ¿qué misterio mas admirable que Jesucristo sobre nuestros altares, hasta el fin de los siglos, en el estado mas humillado, el mas oscuro que pudo imaginar jamás hombre alguno? Piérdese y se confunde el entendimiento en la escena trágica de la pasion del Salvador; su muerte es un misterio verdaderamente incomprensible; ¿puede un Dios omnipotente dar una señal mas maravillosa de su amor á nosotros? Pues porque no puede al parecer dar una señal mas grande de su amor á nosotros, quiere que este prodigio que no se ha obrado mas que una vez sobre el Calvario, se perpetúe sobre nuestros altares en la adorable Eucaristía, y todo esto por satisfacer el amor estremo que nos tiene. Pero ¿cuál es el motivo, y cuál el fin de la institucion de este misterio? El motivo es satisfacer el deseo inmenso é incomprensible que tiene de darse á sí mismo todo á nosotros, y de la manera mas íntima. Diriase que tiene en nada todos los bienes que nos ha dado, todos los beneficios de que nos ha colmado, si no se diese todavía á sí mismo; y lo hace haciéndose nuestro alimento: y nos hacemos en verdad muy ricos, puesto que, como dice san Agustin, Dios se hace una posesion nuestra. Verdad es que el fiel posee á Jesucristo por la fé, en el idioma de san Pablo; pero esta no es mas que una posesion de conocimiento, y de un conocimiento muy oscuro. El justo le posee por la caridad; pero es una posesion que se hace por la conformidad de las voluntades, y nó por la union de las sustancias. Mas en la comunion poseemos á Jesucristo por una posesion muy íntima, muy verdadera, muy real; le poseemos con un dominio tan absoluto, que no podríamos poseerle mas absolutamente. Jesucristo en la Eucaristía es nuestro propio haber; es al mismo tiempo nuestro alimento, nuestro médico y nuestro remedio, nuestra guia, nuestro viático, nuestro Redentor, y el precio de nuestro rescate. El fin que se propone es que seamos todos suyos,

que no amemos mas que á él, que en él hallemos nuestro consuelo en las adversidades, nuestra fortaleza en las mayores tentaciones, nuestro valor en los combates con el enemigo de nuestra salud, nuestra patria en este lugar de destierro, nuestro camino en el viaje que hacemos, y la verdad que debemos escuchar y que debemos seguir. David llama á este divino alimento, el compendio de las maravillas del Señor; san Agustin, el término de la omnipotencia de Dios; santo Tomás, el mayor de todos los milagros, y la reunion de todas las maravillas. Dios solo que las hace, puede comprenderlas, nosotros no podemos mas que admirarlas, y amar al que las hace.

PUNTO SEGUNDO.— Considera que no hay cosa que así ofrezca una alta idea del esceso del amor que hace obrar á Jesucristo todos estos milagros en la institucion de la Eucaristía, que la circunstancia en que los hace la víspera de su pasion y de su muerte. Hace propiamente aquí su testamento, por el cual nos deja en herencia su cuerpo, su sangre, su alma, su divinidad, se deja todo á sí mismo; si hubiese tenido alguna cosa mejor y mas preciosa, tambien nos la hubiera dado. Nos da este don inestimable algunas horas ántes de su muerte, esto es, teniendo presentes en su imaginacion todos los tormentos que los hombres le preparaban; todos los oprobios con que habian de hartarle dentro de pocas horas; todos los instrumentos de su pasion, azotes, espinas, cruz, ignominias, dolores, sufrimientos, la muerte, en fin, en una cruz. Y á la vista de todos estos tormentos instituye Jesucristo el sacramento de la Eucaristía; es decir, el milagro mas incomprensible de su omnipotencia, de su bondad y de su amor. ¿Puede concebir el entendimiento humano este prodigio? pero ¿y no seria otro aun mas incomprensible, si el corazon del hombre por quien se ha obrado este prodigio, negase á Jesucristo su reconocimiento y su amor? Pero ¿podria suceder que el Salvador ignorase el poco reconocimiento con que los hombres corresponderian á un beneficio tan insigne? De ningun modo. Todo le era conocido: entonces mismo estaban presentes á su espíritu todos los desprecios, todos los sacrilegios, todas las irreverencias, todas las profanaciones horribles que se cometerian contra su sagrado cuerpo. Tenia delante de sus ojos los horribles escesos á que se arrojaria contra este divino Sacramento la malignidad diabólica de los herejes; todas las comuniones indignas de tantos malos cristianos; todas las sacrílegas irreverencias que se cometerian en nuestras iglesias. A pesar de esta multitud espantosa de ultrajes, de impiedad, de irreligion, Jesucristo instituye este misterio de amor que debia ser la memoria continua de su pasion, y que por la malicia de los hombres debia renovar, por decirlo así, todas las ignominias de ella. ¿Comprendemos bien el esceso del amor infinito que el Salvador nos testifica en la Eucaristía? Pero ¿podemos tampoco comprender el esceso de nuestra ingratitud hácia este amable Salvador? Jesucristo no tiene necesidad de los hombres, y sin embargo es tanto lo que los ama, que le parece nada el quedarse encerrado por ellos en una hostia hasta el fin de los siglos: tanto aprecia el placer que tiene de estar con ellos. Los hombres por el contrario no pueden pasarse sin Jesucristo, y sin embargo le aman tan poco, que tienen por nada esta maravilla; tan poco caso hacen de la dicha que tienen de tener continuamente á Jesucristo en su compañía. Jesucristo habita corporalmente con nosotros, ¿y nosotros no nos apresuramos á hacerle la córte, á indemnizarle en alguna manera con nuestras adoraciones, con nuestro respeto, con nuestra devocion, de todas las ignominias que ha sufrido durante su pasion, y desde la institucion de este adorable misterio?

Hé aquí, Señor, lo que de hoy en adelante será el motivo de mi confusion, de mi sentimiento y de mis lágrimas; y yo espero con el auxilio de vuestra gracia reparar con mi amor y con mi culto mis irreverencias pasadas y mi olvido.

JACULATORIAS.—Yo os tengo realmente presente en la Eucaristía, ¡ó Dios de mi corazon! Nada tengo ya que desear ni en el cielo ni en la tierra. (Ps. 72.)

Vos habeis cuidado de prepararme un alimento contra todos los esfuerzos de mis enemigos. (Ps. 32.)

PROPÓSITOS.

1 Puede decirse que la Iglesia no nos propone hoy otra cosa que el amor estraordinario que Jesucristo nos testifica en la Eucaristía, y las ignominias que ha sufrido desde la institucion maravillosa de este adorable sacramento; ya de parte de los judíos en todo el curso de su pasion que comenzó inmediatamente despues; ya de parte de los malos cristianos por sus irreverencias y sus comuniones sacrílegas. La solemnidad y la celebridad pomposa de la festividad de este gran misterio está reservada á otro tiempo. Entrad, pues, en el espíritu de la Iglesia, no omitiendo nada para reconocer este amor, y para reparar, cuanto os sea posible, con vuestra devocion todos estos sacrilegios y todas estas profanaciones. Comulgad hoy con nuevo fervor en accion de gracias por la institucion de este adorable misterio, y por la concesion de un beneficio tan insigne.

2 La visita de las iglesias, además de este primer motivo, debe dirigirse á reparar tantas indignidades y tantas irreverencias cometidas. Propiamente estas visitas son una pública satisfaccion que damos á Jesucristo en el Santísimo Sacramento. Evitad un defecto que es muy comun en un acto de religion tan importante: guardaos bien de hacer estas visitas con un espíritu disipado y del todo mundano, que nada tiene de religioso mas que la costumbre. Visitad las iglesias en silencio; sea vuestra modestia una prueba de vuestra piedad, y vuestra devocion la de vuestra fé. Entrad en las iglesias con los ojos bajos, como un vasallo que habiendo faltado al respeto á su príncipe, va á pedirle perdon, y reparar su falta con su humillacion y su respeto. Deteneos algun tiempo en cada iglesia considerando lo que Jesucristo ha padecido durante su pasion, y lo que padece todavía de parte de los herejes y de los malos cristianos en la Eucaristía. Pensad cuántas irreverencias, profanaciones y sacrilegios se han cometido en la iglesia en donde os hallais: esta misma consideracion debe obligaros á permanecer mas tiempo en aquella iglesia en que vosotros mismos habeis faltado mas veces al respeto, y en vuestra parroquia. Acompañad estas reflexiones con un verdadero sentimiento y un arrepentimiento vivo; ¡con cuánta razon podria regarse con lágrimas el pavimento de las iglesias! En el camino empleaos en meditar los ultrajes que sufrió el Salvador, cuando fué llevado por las calles de Jerusalen en medio de la gritería del pueblo. Despues de haber visitado todas las iglesias que pudiereis, pasad cuanto mas os sea posible de la noche

en la iglesia en donde debeis ser enterrados, y allí dilatad vuestro corazon en la presencia de Jesucristo, detestando vuestras indevociones y todas vuestras irreverencias en el lugar santo. Dispensa Dios en este dia grandes favores á todos los que desempeñan con fidelidad y con fervor todas estas prácticas de piedad tan interesantes.

VIERNES SANTO.

El Viernes santo, llamado tambien por escelencia el gran Viernes á causa del gran misterio de nuestra redencion consumado en este dia y cuya memoria celebra hoy la Iglesia, se ha mirado en todos tiempos como el mas santo, el mas augusto y el mas venerable de todos los dias, y el que los cristianos han celebrado siempre con mas religiosidad y con una devocion mas sensible. Este es el gran dia de las misericordias del Señor, puesto que es el dia en que este divino Salvador quiso, por un esceso de amor incomprensible á todo entendimiento criado, sufrir los mas crueles suplicios, y espirar ignominiosamente en la cruz, á fin, dice el texto sagrado, de que fuésemos curados por sus llagas, lavados con su sangre, justificados por el decreto de su misma condenacion, y que hallásemos en su muerte el principio de nuestra vida. Este es el gran dia de las espiaciones; en el cual ha espiado Jesucristo con su sangre todos los pecados de los hombres. Todo el que no fuere afligido en este dia de espiacion, decia el Señor, perecerá en medio de su pueblo. Queria Dios que en el dia solemne destinado para las espiaciones de su pueblo, se entregasen todos á los sentimientos de dolor, y si habia alguna alma tan endurecida que no entrase en la afliccion comun, ordenaba que fuese esterminada, y que no se la contase mas entre su pueblo. Este es el gran dia de las espiaciones: ¿no es este el dia en que Dios tiene derecho para decir, todo el que no fuere afligido en este dia perecerá? y mientras que el amor de un Dios le hace tan sensible á nuestros intereses, ¿qué seria si nosotros nos hiciésemos insensibles á sus tormentos? Semejante insensibilidad ¿no constituiria un carácter de reprobacion?

No hay dia alguno en el año mas respetable, ninguno, por decirlo así, mas cristiano, ni mas distinguido que el Viernes santo. Su celebridad ha nacido con la Iglesia. Todos convienen en que los apóstoles instituyeron las fiestas de aquellos misterios que se habian verificado á su vista; ¿quién pues no ve, dice san Agustin, que la fiesta del Viernes santo ha precedido á todas las demás? Se puede decir que la Iglesia ha consagrado, en cierto modo, todos los viernes del año, para que sean como una octava perpetua de la fiesta y del misterio del Viernes santo; á la manera que todos los domingos son la octava del misterio de la Resurreccion y del santo dia de Pascua; y conducidos de este espíritu los príncipes cristianos prohibieron el ejercicio del foro y los juicios el Viernes santo, por respeto á la pasion del Salvador, y aun quisieron que esta observancia se comunicase del Viernes santo á todos los viernes del año.

Este dia constituye una doble época; esto es, el fin de la antigua alianza, y el principio de la nueva. La muerte de Jesucristo ha sido el nacimiento de la Iglesia, y la sepultura, por decirlo así, de la Sinagoga; y su sangre, como un diluvio de bendiciones celestiales, ha renovado toda la tierra, suscitando un nuevo pueblo de Dios, y reprobando el antiguo. Llámase este dia *Parasceve*, palabra griega que significa preparacion, en razon de que en este dia preparaban los judíos todo lo necesario para celebrar el sábado. Entre los griegos, se llamaba el Viernes santo la Pascua «Staurossima,» esto es, de Jesus crucificado, y el domingo siguiente Pascua «Anastassima,» es decir, de Jesus resucitado. La festividad de este dia ha sido siempre como una solemnidad de llanto, de luto y de penitencia en la Iglesia, y en medio de la mitigacion, por no decir relajacion, que con el trascurso del tiempo se ha introducido en el ayuno de Cuaresma, puede decirse que en nada se ha alterado el rigor del ayuno del Viernes santo: propiamente hablando, este es el único dia en que se observa, especialmente en las casas religiosas, y aun en algunas casas de seglares, la «xerophagia,» esto es, el ayuno reducido á viandas secas, ó á las raices, y muchos tambien ayunan á pan y agua.

Desde el tiempo de los apóstoles no hay misa en este dia. El gran luto de la Iglesia, y la muerte del Salvador, son la causa de que no se ofrezca el divino sacrificio. Antes que se adelantase el oficio de la noche de Pascua al sábado, tampoco habia misa en este dia: «En estos dos dias, dice el papa Inocencio I, no se celebran Sacramentos.» El cuarto concilio de Toledo celebrado en el año de 633, dice que el Viernes santo se cerraban en España todas las puertas de las iglesias para indicar la profunda tristeza y la afliccion en que estaba sumergida la Iglesia; sin embargo manda que se celebre el oficio, y se predique en él la pasion. Antiguamente el clero y el pueblo comulgaban el Viernes santo, cuyo uso ya no se observa el dia de hoy mas que en algunas antiguas abadías.

El oficio de este dia, y que se ha sustituido en lugar de la misa, es uno de los mas augustos y de los mas patéticos: todo él inspira compuncion, devocion, y una religiosa tristeza. En todas sus ceremonias y oraciones se deja sentir el espíritu del misterio y de la religion: todo se resiente de la triste solemnidad del dia, que es el de la muerte del Salvador, cuyas exequias celebra la Iglesia.

Estiéndese sobre el altar una simple sabanilla, que es la imágen del sudario en que fué envuelto el cuerpo del Salvador despues de haberle bajado de la cruz. Postrado el sacerdote y pegado su rostro con la tierra, da á entender con esta postura la amargura en que está sumergido su corazon, la cual debe ser comun en este dia á todos los fieles. Comienza por leer dos Epístolas: la una es del profeta Oseas, y la otra está tomada del pasaje del Exodo en que Moisés describe la ceremonia del cordero pascual, figura de Jesucristo inmolado en este dia por todos los hombres; porque así como al cordero pascual se siguió el fin de la servidumbre en que los israelitas vivian en Egipto; así la muerte de Jesucristo verificada en este dia nos ha librado de la servidumbre del pecado.

No hubo jamás una profecía mas clara, mas precisa ni mas acabada de la muerte, de la resurreccion del Salvador y del establecimiento de la Iglesia, que la del profeta Oseas, que es el asunto de la primera Epístola de este dia, y por donde comienza el oficio que hace veces de misa. «Hé aquí lo que dice el Señor: En el esceso de su afliccion se apresurarán á recurrir á mí: venid, dirán, volvámonos al Señor. Él nos ha castigado por nuestros

pecados, esperemos que nos mirará con misericordia : su justicia es la que nos ha herido, su misericordia nos curará. Conforme al sentido alegórico es el género humano el que se ha atraido por el pecado el diluvio de males que ha inundado toda la tierra por espacio de cuatro mil años, y el que no podia quedar libre de la servidumbre en que estaba, sino por aquel que le habia condenado. Era á la verdad necesaria la sangre de un hombre-Dios, para curar todas las llagas del hombre, y esto es lo que el Profeta nos predice, y lo que se ha verificado en el misterio que celebramos. Este divino Salvador, dice, « nos dará la vida en dos dias, y el tercero nos resucitará,» y en adelante viviremos á su vista, y no nos mirará ya sino con ojos de piedad, y será nuestro Dios, y nosotros seremos su pueblo. Entonces, mediante una fé viva, sabremos quién es, y le seguiremos con empeño y con fidelidad, y le reconoceremos mas y mas cada dia. Él se comunicará á nosotros, nó en medio de relámpagos y truenos, como en el monte Sinaí, sino como un rocío suave de la primavera, ó como una lluvia fecunda del otoño que cae sobre la tierra para hacerla fértil en flores y frutos : su aparicion será semejante á la de la aurora que inspira la alegría. Esta profecía, tomada en su sentido propio y literal, jamás se ha verificado en todo rigor en los pueblos hebreos, dicen los intérpretes. En vano se buscaria en la historia el número de dos dias despues de los cuales debia recibir la nueva vida, y el tercero en el que debia resucitar. Oseas insinuaba en esto la resurreccion de los fieles rescatados por la sangre de Jesucristo : designaba en este pasaje del modo mas espreso la resurreccion del mismo Salvador, quien, como dice san Pablo, nos ha dado la vida cuando estábamos muertos por nuestros pecados, nos ha resucitado tambien con Jesucristo (Ephes. 21.), y en su persona nos ha dado un lugar en el cielo. (1. Cor. 15.) A este pasaje del Profeta alude el Apóstol cuando dice : Que el Salvador ha resucitado al tercer dia segun las Escrituras. Aparecerá el Salvador como la aurora, continúa el Profeta: Jesucristo en su resurreccion ha sido el sol naciente que ha disipado todas las tinieblas del error y de la idolatría : vendrá á nosotros como una lluvia que cae oportunamente sobre una tierra seca, la cual sin ella jamás hubiera llevado fruto alguno. « ¿ Qué haré por tí, Efraim ? ¿ Qué haré por tí, Judá ? » La Judea estaba dividida desde la muerte de Salomon en dos reinos, el de Judá, que no comprendia mas que dos tribus, y el reino de Israel que comprendia las otras diez; y porque Jeroboam, primer rey de las diez tribus, era de la tribu de Efraim, se entiende que Dios se dirige á todos los judíos, cuando les dice por su Profeta : ¿ Qué mas podeis pedirme que lo que acabo de hacer ? Como si dijese : la muerte del Mesías debe poner fin á vuestra cautividad, y su resurreccion debe daros una nueva vida; ¿ qué mayor maravilla podeis esperar de mi bondad ? Si yo no hubiese tenido consideracion mas que á vuestras oraciones, á vuestras obras de caridad tan poco constantes, ó á vuestra penitencia tan lijera, jamás hubiera llevado tan léjos mi compasion y mi misericordia con vosotros; á mi bondad sola es á quien debeis una maravilla tan grande. Por mas que os he amenazado por mis profetas y os he predicho todos los males con que habia resuelto castigar vuestras impiedades, no por eso habeis sido ménos indóciles. Sabe, pueblo ingrato, que yo prefiero el sacrificio del corazon y la caridad á todos vuestros sacrificios, y que la ciencia de Dios, el conocimiento de Dios que se adquiere por la fé, me es mas agradable que todos los holocaustos que pudierais ofrecerme.

La segunda Epístola está tomada del libro del Exodo. Habia mucho tiempo que los israelitas gemian bajo de la opresion de los egipcios, cuando Dios movido de los clamores de su pueblo oprimido, envió á Moisés á Egipto para que intimase de su parte al rey Faraon que dejase en libertad á su pueblo. Acompañado Moisés de su hermano Aaron se presentó delante del rey, le declaró el órden de Dios; y habiéndose negado á obedecerle, le hirió á él y á su reino con muchos azotes conforme al poder y al órden que habia recibido del Señor. Endurecido Faraon, se obstinó en no dejar ir á los israelitas. Mas Dios, ántes de dar el último golpe, el cual debia romper sus cadenas y sacarlos de su larga cautividad, hizo que Moisés les dijese de su parte que se dispusiesen para celebrar la Pascua, esto es, el tránsito del Señor. Contiene esta Epístola lo que Dios le ordenó tocante á esta célebre ceremonia.

El mes en que estais, les dice, será de aquí adelante para vosotros el primer mes del año. Era esto hácia el equinoccio de la primavera, y en él se fijó para lo sucesivo el principio del año santo de los israelitas; porque el año civil comenzaba siempre hácia el equinoccio del otoño, como entre los egipcios. En el décimo dia de este mes, dice el Señor, tomará cada uno un cordero para su familia, y si la familia no es tan numerosa que pueda comer un cordero, reúnase ó de la parentela ó del vecindario el número de personas que sea suficiente para verificar esta ceremonia. Este número fué determinado por lo ménos á diez. El cordero pascual no debia tener mas que un año; debia ser sin defecto, y sin mancha. El término hebreo significa perfecto. Los apóstoles y los Padres de la Iglesia nos hacen notar la semejanza del cordero pascual con Jesucristo, que es el único Cordero sin mancha, inmolado por nosotros en la cruz, el cual con su sangre nos ha librado de la servidumbre del pecado, nos ha puesto á cubierto del ángel esterminador, y sirve aun todos los dias de alimento á todos los fieles en el sacramento de la Eucaristía. Le guardareis, dice Dios, hasta el dia 14 de este mes; era el mes llamado Nisan, que corresponde á nuestro mes de marzo; y toda la multitud de los hijos de Israel lo inmolará por la tarde. Esta inmolacion del cordero pascual era la figura mas marcada del sacrificio sangriento del Salvador del mundo. Tomarán su sangre, añade el Señor, y se pondrá en el uno y otro poste, esto es, á los dos lados, y en lo alto de las puertas de las casas en que le comieren, á fin de que el ángel que debia quitar la vida á los primogénitos de los egipcios, no entrase en las casas que tuvieren esta señal. No era esto, dicen los Padres, porque los ángeles tuviesen necesidad de esta señal para distinguir las casas de los hebreos de las de los egipcios; pero era necesario hacer comprender por medio de alguna cosa sensible á aquel pueblo grosero, la proteccion especial que Dios concedia á sus familias. San Gerónimo parece indicar que con esta sangre se marcaba una señal de cruz : lo que sí es cierto es que la sangre del cordero pascual era la figura y el símbolo de la sangre de Jesucristo, que nos libra mucho mas eficazmente del poder del ángel esterminador, y poniéndonos á cubierto de la cólera de

Dios, nos hace dignos de su misericordia. Hareis asar este cordero, continúa el Señor, nada comereis de él crudo, ni cocido en agua, sino solamente asado al fuego; comereis la cabeza, los piés y los intestinos; todo debe consumirse en aquella noche, sin reservar cosa alguna para el otro dia, y si quedare algo se quemará y se reducirá á cenizas para evitar que sea profanado. Le comereis con panes sin levadura, y con lechugas silvestres. Cuando le comais tendreis ceñidos los riñones, calzados los piés, el báculo en la mano, á la manera de unos viajeros prontos á partir, y le comereis de prisa, porque esta es la Pascua, esto es, el tránsito del Señor. Todo es misterioso, todo figurado en esta célebre ceremonia tan detallada, y jamás hubo una figura de Jesucristo inmolado por nosotros en la cruz, mas espresa, mas significativa ni mejor simbolizada que esta inmolacion del cordero pascual á la salida de Egipto con todas sus circunstancias. Es el tránsito que el Señor ha hecho hacer á su pueblo de la cautividad en que vivia, á un estado libre, del Egipto á la tierra de promision; y por Jesucristo inmolado, del estado servil del pecado al dichoso estado de la gracia. Es claro que la libertad milagrosa de los judíos que se hizo en esta primera Pascua, no era mas que la figura de la libertad del género humano de la servidumbre del pecado por la muerte de Jesucristo, cuya memoria celebramos en este dia. La sangre del cordero pascual preservó á los hebreos de la carnicería que en aquella misma noche se hizo en las casas de los egipcios; y la sangre de Jesucristo, dice san Pablo, nos ha librado á nosotros de la cólera de su Padre. Él es, segun san Pedro, el Cordero sin mancha y sin lunar, cuya sangre nos ha salvado. Él mismo para cumplir en su persona lo que habia sido predicho de él, bajo la figura del cordero pascual, fué á Jerusalen para ponerse en las manos de los que debian inmolarle el décimo dia de la luna, esto es, el mismo dia en que segun la ley debian proveerse del cordero. Fué inmolado el dia 14, y espiró en la cruz á la misma hora en que se comenzaba en aquel dia la inmolacion del cordero pascual. No se le rompieron las piernas como se acostumbraba á hacer con todos los que eran crucificados, lo cual sucedió, dice san Juan, á fin de que se cumpliese la Escritura que prohibia quebrantar ningun hueso del cordero pascual. Comíase el cordero pascual para acordarse, dice la Escritura, del tránsito del Señor. Nosotros comemos á Jesucristo, despues de haberle ofrecido á su Padre en el sacrificio de la misa, que es la continuacion real del sacrificio de Jesucristo en la cruz. El pan sin levadura, esto es, insípido, y las lechugas silvestres y amargas con que se comia el cordero pascual, dan á entender con bastante espresion que la mortificacion debe siempre acompañar á la sagrada Comunion y á la celebracion del divino sacrificio; es este uno de los frutos de la memoria y de la celebracion del misterio doloroso de su pasion.

Despues de estas dos Epístolas se lee inmediatamente la historia de la pasion segun san Juan, quien habiendo sido testigo de todo lo que ha pasado en ella, asegura que dice la verdad, y que se debe creer su testimonio.

Todo es admirable, pero todo es incomprensible en la pasion de Jesucristo, tanto la rabia y la inhumanidad de los judíos, como el amor y la paciencia del Salvador. En medio de la multitud de crueldades y de oprobios, ¿quién no hubiese creido que solo la vista de este hombre-Dios, en el estado espantoso á que le habia reducido la mas bárbara de las flagelaciones, la cual habia hecho una sola llaga de todo su cuerpo, hubiese debido dejar satisfecha la rabia y el furor que aquel pueblo cruel tenia contra un hombre divino que no les habia hecho mas que bien, y que habia obrado tantas maravillas en su favor? Sin embargo, un objeto tan lamentable no hizo mas que irritar su crueldad: la sangre que corria por todas partes encendia todavía mas su furor. No bien habia sido condenado á muerte el Salvador, contra toda justicia, cuando cada uno queria tener parte en la ejecucion de tan injusto decreto. ¡Con qué barbarie se arrojan aquellos furiosos sobre el divino Cordero! Despójasele de sus vestiduras, y como la sangre tenia pegada á su cuerpo la púrpura con que le habian revestido por mofa, arráncase esta ropa con violencia, y con ella se arrancan tambien los pedazos de su carne; vuélvensele á poner sus vestidos á fin de que fuese mas conocido, y aunque estaba ya sin vigor y exhausto de fuerzas, se le cargó con su cruz bajo cuyo peso sucumbe.

Todo aparece estraordinario en la pasion de Jesucristo. ¿A quién jamás le hubiera ocurrido un hecho tan bárbaro como el de hacer llevar á un criminal su madero? ¿pero quién se hubiera nunca atrevido á cargar con una carga tan pesada, especialmente á un hombre agotado de fuerzas por tantos tormentos, de los que muchos eran mas que suficientes para quitarle la vida? Pero por mas flaco, por mas apurado que estuviese el Salvador, queria él mismo llevar su cruz, para hacernos ver la necesidad indispensable que todos tenemos de llevar la nuestra: pero ¿no eran todas nuestras cruces la que llevaba él solo? Sale Jesus de Jerusalen con aquella pesada carga sobre la espalda: rindese; cae arrodillado á cada paso; es necesario un nuevo milagro para no espirar bajo de tal peso. Hubiérase tenido compasion de una bestia de carga, viéndola abrumada con la que llevaba; pero para Jesucristo no hay ninguna compasion, ningun sentimiento de humanidad. Cuanto mas se le ve sufrir, mas encarnizados están para procurarle nuevos tormentos. Llega por fin Jesus al lugar destinado para servir de altar al mas santo de todos los sacrificios. Desnúdasele segunda vez, y sacándole con violencia sus vestidos se abren de nuevo todas sus llagas: se le estiende sobre la cruz, y por un esceso de crueldad, cuasi desconocido hasta entonces á los mas fieros tiranos, se le traspasan los piés y las manos con gruesos clavos, que se hacen entrar en la cruz que le sostiene á golpe de martillo. ¡O Dios! basta picar un nervio para causar horribles convulsiones: ¿quién, pues, no ve el concurso de los mas vivos dolores que es capaz un cuerpo de sufrir, cuando contempla rotos, desgarrados, traspasados con gruesos clavos las manos y los piés que no son mas que un tejido de nervios, de músculos, de venas y de arterias? Concibamos, si es posible, lo que padece Jesucristo. Pero ¡qué tormento, ó Dios mio! ¡qué esceso de dolores cuando levantan la cruz y la dejan caer en el agujero abierto en la peña! ¡qué dolorosa sacudida la de un cuerpo empujado por su propio peso, y que entre tanto permanece suspendido por tres clavos! ¡Cuánta verdad es que el morir en la cruz es morir tantas veces cuantos son los momentos que se vive en ella! Triste y cruel estado en que Jesus se mantuvo por tres horas. Entonces fué, como dice san Pablo, cuando el Salvador de los hombres; estando clavado

en la cruz, clavó consigo en ella la cédula de nuestra condenacion, para borrarla con su sangre, y al mismo tiempo desarmó las potestades y los principados, llevándose sus despojos, triunfando de ellas en su persona á la vista de todo el mundo.

Pero por lo ménos entonces ¿fué compadecido de la multitud que habia concurrido al espectáculo? De ninguna manera. Apenas es levantado el Salvador á la vista de todo el pueblo, cuando se le insulta, se le carga de oprobios, de ultrajes y de mil maldiciones, sin que se ahorren contra él imprecaciones ni blasfemias. ¿Qué paciente se ha visto jamás cargado de imprecaciones y de injurias sobre el suplicio en el cual se le veia espirar? Todo es singular, inaudito, increible en la muerte del Salvador. Pero su dulzura, su paciencia y su caridad son todavía mas admirables. El ruega á su Padre por los que le quitan la vida, muere por ellos, y para ellos pide misericordia. Es un Dios el que sufre y muere; pero que sufre y muere como Dios. Una paciencia tan maravillosa, una dulzura tan estraordinaria conmueve á uno de los criminales que morian á sus lados. ¡Feliz conversion, pero conversion espantosa! Y qué, Señor, ¿en el dia de vuestras grandes misericordias, en el momento mismo en que morís para la espiacion de todos los pecados, y por la salud de todos los hombres, de dos pecadores que habian diferido hasta la muerte el convertirse, los dos á vuestros lados, los dos teñidos con vuestra sangre que corria de vuestras llagas, no hay mas que uno que se convierta, no hay mas que uno que se salve, y el otro se condena! ¿Quién puede diferir su penitencia hasta la muerte, y lisonjearse de morir penitente?

La santísima Virgen tenia mucha parte en este gran sacrificio, y amaba á su Hijo con estraordinaria ternura para que le abandonase en aquel apuro. ¿Quién es capaz de concebir cuál seria el dolor del Hijo y de la Madre en aquella cruel circunstancia? Allí puntualmente fué en donde se verificó la prediccion de Simeon, y en donde fué traspasada su alma con una espada que le causó un dolor mas amargo que la muerte. En fin, en medio de los dolores, de las humillaciones, de los oprobios de que estaba harto, viendo el Salvador ejecutados ya los decretos del cielo, plenamente satisfecha la justicia divina, verificados todos los oráculos de los profetas, cumplida la grande obra de la redencion, pagadas todas las deudas de los hombres responsables á la justicia divina, y su amor estremo á estos mismos hombres satisfecho; dijo con una voz moribunda: Todo está consumado; y bajando al mismo tiempo la cabeza, para consumar su sacrificio, puso su alma, como en depósito, en las manos de su Padre, diciéndole: Padre mio, en tus manos entrego mi alma; y en el momento espiró. Acaeció entonces un temblor de tierra universal; el velo que separaba las dos partes del templo se desgarró por medio: este rompimiento indica con bastante evidencia el entero cumplimiento de lo que significaban las figuras de la antigua ley; que el cielo se nos abriria por la muerte de Jesucristo; que se disiparian las sombras de la ley; que la antigua alianza con el pueblo judío quedaria rota por este deicidio; que se daria al pueblo cristiano por las luces de la fé, la inteligencia de los mas grandes misterios de la religion. Dice san Efren que al mismo tiempo de rasgarse el velo se vió salir una paloma del fondo del santuario, como para significar que el Espíritu Santo abandonaba un templo en donde Dios no debia ya ser adorado en espíritu y en verdad. En medio del terremoto acaecido al tiempo de morir el Salvador se abrieron muchos sepulcros, pero no resucitaron los cuerpos hasta despues de la resurreccion de Jesucristo que debia ser el primogénito de los muertos, y se cree que subieron al cielo con él en cuerpo y alma. A vista de tantas maravillas se dieron por entendidos los corazones mas duros, y se ablandaron. Los judíos se retiraron dándose golpes de pecho, y detestando su endurecimiento y su error; y el centurion, esto es, el oficial que habia quedado con algunos soldados para impedir que robasen el cuerpo de Jesus, conforme al órden que se le habia dado, admirado de este maravilloso espectáculo, esclamó: « Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios. »

¡Ah, Señor! ¡qué caro que os cuesto! ¡A qué precio habeis rescatado mi alma! ¡O divino Salvador mio! ¿puedo veros en esa cruz, y no mezclar mis lágrimas, á lo ménos, con vuestra sangre? ¿puedo acordarme que mis pecados son los que os han clavado en ella, y contentarme con un dolor imperfecto de mis faltas? Los corazones mas duros se ablandaron por fin en vuestra muerte; ¿y solo el mio permanecerá insensible? Nó, mi Jesus, yo siento ya los efectos de vuestra gracia, tiempo es ya que mi corazon se rinda á un objeto tan tierno. Acordaos que habeis prometido que cuando fueseis levantado en la cruz todo lo atraeriais á vos; vedme aquí, Señor, pronto á seguiros; cumplid en mí vuestro oráculo; no os resistirá ya mi corazon; vos habeis muerto por mí; justo es que, por lo ménos, yo no viva mas que para vos.

Todo es misterioso en la historia de la pasion, pocas circunstancias hay que no encierren algun misterio, muchas ménos que no sean alguna instruccion. Trátase, pues, de dar aquí el sentido moral ó alegórico de ciertos pasajes de esta historia sagrada, segun la esplicacion de los santos Padres y de los mas sabios intérpretes. Estas cortas interpretaciones se han reservado hasta aquí para no interrumpir el hilo de la historia.

Aunque el alma de Jesucristo goza continuamente de la bienaventuranza, y vió á Dios intuitivamente, esta vision beatífica no impidió el que sintiese verdaderamente aquella tristeza escesiva, aquel temor, aquel tedio mortal de que hablan los evangelistas. Todos estos movimientos le eran libres, y él mismo los hacia nacer; pero quiso sentir toda su amargura, reservando todo el alivio para aquellos que en lo sucesivo debian padecer por su amor.

Cuando el Salvador dijo á su Padre que si era posible pasase léjos de él aquel cáliz, no ignoraba que su muerte estaba resuelta en los decretos eternos de Dios, y él mismo habia suscrito voluntariamente á ella; ni es esto arrepentirse: la voluntad humana no está aquí opuesta á la voluntad divina. El Salvador solo deja aparecer la repugnancia que todo hombre tiene naturalmente á los tormentos, y que Jesucristo sintió con mas viveza que todo hombre; prueba es de esto su sudor como de gotas de sangre que corre hasta la tierra. Todo esto ha sido para prevenir la duda que pudiera suscitarse sobre si la naturaleza divina en Jesucristo abstrajo todo sentimiento de dolor á la naturaleza humana: el Salvador demuestra perfectamente, en todo lo que pasa en el huerto de los Olivos, que ha sentido todo el rigor, toda la amargura de los dolores con mas vivacidad que hubiera podido jamás sentirla ningun

hombre. La repugnancia natural de la parte inferior hace nacer el deseo natural de no padecer; pero la sumision perfecta de la parte superior á las órdenes de Dios, dice san Leon, le sobrepone al deseo de la parte inferior.

Viendo san Pedro que se apoderaban de su divino Maestro y que se le ataba, dejándose llevar de su natural fogoso y del ardor de su zelo, echó mano de una espada para defenderle, y arremetió á uno de los criados del gran sacerdote, llamado Malco, el cual, queriendo esquivar el golpe, se halló con una oreja cortada; pero fué curado sobre la marcha por el Salvador, que reprendió severamente á san Pedro por su zelo mal entendido. No habia Jesucristo enseñado á sus apóstoles á servirse de las armas, ántes les habia prohibido hasta el que llevasen varas. Este acontecimiento sucedió por haber interpretado mal unas palabras del Salvador, y no haberse penetrado de su verdadero sentido.

Despues de haber recordado Jesucristo á sus apóstoles que mientras habia estado con ellos nada les habia faltado, que habian sido bien recibidos en todas partes y que habian tenido muy poco que sufrir, les habia advertido que era llegado el tiempo en que carecerian de todo, y serian perseguidos de todo el mundo. Para hacerles comprender este estado de persecucion en que debian encontrarse, se sirve, segun su costumbre, de un modo de hablar alegórico y figurado, y les representa lo que sucede en un tiempo de miseria y de guerra. Hácese entonces provision de víveres y de dinero, y nadie va sin armas. «Cuando os he enviado, les dice, sin dinero, sin alforja y sin calzado, ¿os ha faltado alguna cosa?» Nada, le respondieron ellos; pues ved aquí el tiempo en que va á llegar para vosotros lo que sucede en un tiempo de miseria y de guerra, en el que cada uno llena su bolsa de dinero para hacer provisiones de boca; y si faltan sacos, se buscan para llenarlos de grano; y del mismo modo, en este tiempo de guerra se vende hasta la capa para comprar una espada para tener con qué defenderse. Vosotros vais á veros muy pronto en tiempos tan penosos; tendriais por tanto necesidad de las mismas precauciones y de los mismos auxilios, si vuestro recurso estuviese ceñido á los recursos humanos; pero es en mí en quien estribará todo vuestro apoyo y vuestro único recurso; y así no teneis necesidad de hacer los mismos preparativos para el tiempo de la persecucion. No impone aquí Jesucristo un precepto á sus discípulos de proveerse de armas y de dinero, solo les advierte de las miserias y de los peligros á que estarán espuestos en lo sucesivo. No habiendo penetrado los apóstoles el pensamiento del Salvador, tomaron demasiadamente á la letra lo que les acababa de decir, y esto fué lo que les hizo decir que habian preparado dos espadas. Conociendo el Hijo de Dios que no comprenderian lo que habia querido decirles hasta despues de su resurreccion, no juzgó á propósito el darles mayor esplicacion, de la cual no eran todavía capaces; por esto interrumpió el discurso, diciéndoles: «Basta. Vosotros comprendereis en algun tiempo que las únicas armas de que debereis serviros en las persecuciones son la dulzura, la confianza en mí y la paciencia.»

Despues de todas las humillaciones á que se ha sujetado voluntariamente el Salvador, no debe parecer estraño que haya querido recibir, por decirlo así, el consuelo de un ángel, queriendo enseñar á todos los fieles, con su ejemplo, á vencer nuestras repugnancias y á esperar de Dios el socorro en nuestras penas. No las ignora, y está pronto para socorrernos, haciendo invisiblemente con nosotros, nuestros ángeles de guarda, el mismo oficio que hizo visiblemente aquel ángel que vino á consolar al Salvador, durante su tristeza mortal.

Queriendo el Salvador que nos penetrásemos bien de cuánta era la amargura y cuel el esceso de los dolores en que espiraba, un momento ántes de morir, esclamó: ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿por qué me habeis desemparado? Esta queja no es ni efecto de la desconfianza, ni una reconvencion que el Salvador hizo á su Padre, ni una queja de la injusticia de su castigo: seria una blasfemia decir que el Salvador se ha quejado á su eterno Padre por haberle tratado tan cruelmente, siendo como era la inocencia misma. Nada ha padecido Jesucristo que no lo haya padecido voluntariamente. Él se habia cargado libremente de nuestros pecados, él ha querido libremente sufrir toda la pena: por su propia eleccion ha preferido la muerte mas dolorosa y la mas ignominiosa, á una vida dulce y á una deliciosa prosperidad. Estas palabras son un testimonio de los escesivos dolores entre que espiraba en satisfaccion de nuestros pecados. Queria el Salvador declarar por sí mismo el esceso de los tormentos que padecia, y cuyo rigor no lo endulzaba ningun milagro que embotase su punta, para hacernos comprender mejor el rigor de los juicios de Dios y lo que le costaba la obra de nuestra redencion. Puede tambien decirse que es mas bien una súplica que una queja lo que dirige aquí Jesucristo á su Padre. Padre mio, Dios mio, haced conocer á todos los hombres por qué me habeis entregado y abandonado á unos tormentos tan horribles, á una muerte tan dolorosa como ignominiosa. Haced conocer á todos los hombres la causa porque me tratais con tanto rigor, que no es otra que sus pecados que yo he cargado voluntariamente sobre mí; y si la sola apariencia de pecado, el solo título de caucion os obliga á exigir de mí, que soy vuestro Hijo muy amado en quien teneis todas vuestras complacencias, una satisfaccion tan rigurosa, ¿qué será de ellos? Si así se trata el leño verde, lleno de jugo y sin tacha, ¿qué se hará con el leño seco? Esta espresion, «ut quid,» parece que autoriza esta última interpretacion, que es una de la mas literales y que se acerca mucho al sentido que san Cipriano da á estas palabras.

Algunos santos Padres han creido que el Hijo de Dios ántes de espirar, quizo autorizar y cumplir la profecía de David, sirviéndose de las primeras palabras del salmo 21, todo el que se refiere á Jesucristo moribundo, en las que el Profeta hace decir al Salvador en la cruz: «Dios mio, Dios mio, considerad el estado en que estoy: por qué me habeis abandonado á la rabia de mis enemigos? Los pecados con que yo he querido cargarme son los que os obligan á tratarme con tanto rigor.»

La Iglesia en este dia, á ejemplo de Jesucristo, ruega solemnemente por todo género de estados y condiciones; por sus hijos fieles, como por sus mayores enemigos; estas oraciones se llaman solemnes ó sacerdotales; todas están precedidas de una genuflexion (escepto cuando se pide por los judíos), para hacerlas mas eficaces por este acto de profunda humildad. La primera de estas oraciones es por la Iglesia en general; la segunda por el Papa,

que es su cabeza visible; la tercera por los obispos, los sacerdotes, los diáconos, los subdiáconos y todos los demás órdenes clericales inferiores; por los confesores de la fé, por las vírgenes, las viudas y por todo el pueblo de Dios; la cuarta por el rey ó el soberano del pais donde se halla; la quinta por los catecúmenos, esto es, por los que se disponen para el bautismo; la sexta es para pedir á Dios que purgue al mundo de todos los errores, que preserve á su pueblo de las enfermedades, del hambre y de todos los demás azotes; que dé la libertad á los esclavos y á los prisioneros, que asista á los viajeros, que dé la salud á los enfermos y haga que lleguen felizmente á puerto de salvamento todos los que están en el mar; nada demuestra mejor las entrañas de ternura y de caridad de la Iglesia nuestra buena madre: la séptima es por los herejes y los cismáticos, á fin de que Dios se digne disipar las tinieblas de su entendimiento y de su corazon, y abrirles los ojos para que vuelvan al seno de la Iglesia; la octava es por los pérfidos judíos, pidiendo á Dios que les quite el espeso velo que les tiene ciegos y obstinados, y les haga en fin reconocer por su divino Salvador á Jesucristo, á quien siempre han rehusado reconocer. Esta oracion es la única en que no se doblan las rodillas á causa de la impiedad de este pueblo, que se arrodillaba por irrision delante de Jesucristo, ultrajándole y tratándole con sus zumbonas genuflexiones como rey de teatro; la novena y última es por los paganos, rogando al Señor que destruya en todo el universo el resto del paganismo que condena todavía á tantos desgraciados pueblos, á quienes el demonio tiene aun en sus cadenas.

Despues de la lectura de las dos profecías y de la historia de la pasion del Salvador, que es en lo que consiste la primera parte del oficio, acabadas las oraciones solemnes que constituyen la segunda, sigue la adoracion de la cruz, que es la tercera parte del oficio de este dia. Teniendo el sacerdote la cruz, cubierta con un velo en sus manos, descubre una parte en un estremo del altar, otra un poco mas adelante; y habiendo llegado por fin al medio del altar la descubre enteramente, diciendo cada vez que la descubre: «He aquí el leño de la cruz, en el cual está clavado el que es la salud del mundo:» á lo cual se responde: «venid, adorémosle.» Esta santa ceremonia de descubrir la cruz en tres parajes diferentes, dice el abad Ruperto, significa que el misterio de la cruz que ha sido un escándalo para los judíos, una locura para los gentiles, pero que es la fortaleza y la sabiduría de Dios para los cristianos, nos ha sido revelado despues de haber estado oculto por tantos siglos; y que este adorable misterio no ha sido predicado al principio mas que en un rincon de la Judea, despues públicamente en todo el pais, y por último en toda la tierra. En la adoracion solemne de la cruz se hacen tres genuflexiones como para reparar por tres actos de religion los tres insignes desprecios, y por decirlo así, las tres solemnes irrisiones, las tres afrentas que se hicieron á Jesucristo: en casa de Caifás, en donde fué tratado como un falso profeta y un insigne seductor; en el pretorio y en la corte de Herodes, en donde fué mirado como un rey imaginario y tratado de loco; en el Calvario, en fin, en donde fué mirado como el mas perverso de todos los impostores, pues que habia llegado su temeridad hasta el esceso de atribuirse la augusta cualidad de Mesías, de Hijo de Dios y de Salvador.

El término de adoracion de la cruz es comun á los griegos y á los latinos desde los primeros siglos de la Iglesia, y solo desde el nacimiento de las nuevas herejías es cuando los enemigos de la Iglesia han afectado escandalizarse de él. No hay cosa mas comun entre los fieles que el saber y estar bien persuadidos que el culto supremo no es debido sino á Dios solo, y que siempre es á Jesucristo á quien se adora cuando nos postramos delante de la cruz, en la cual ha estado clavado Jesucristo. Aquel cuerpo adorable, unido hipostáticamente á la divinidad; aquella sangre preciosa con que la cruz ha sido teñida; esto es lo que constituye el objeto principal de nuestro culto. Seria una idolatría el referir la adoracion al leño en sí mismo, y separado de Jesucristo; porque el leño no es Dios, y solo Dios debe ser el objeto de nuestro culto supremo. Cuando la Iglesia dice hoy mostrando la cruz á todo el pueblo: «Venid, adorémosla;» cuando canta: «Nosotros adoramos, Señor, tu cruz,» no pretende por estas palabras adorar con el culto de latría mas que á Jesucristo clavado en la cruz. En otras ocasiones se ha esplicado bastante sobre esto, y el atribuirle otra doctrina en esta materia, es ó ignorancia ó malignidad, y siempre una calumnia atroz. Estas palabras: «Hé aquí el leño de la cruz, en el cual está clavado el que es la salud del mundo; venid, adorémosle:» no tienen otra significacion que esta: Postrémonos delante de la cruz para adorar á Jesucristo, que ha sido clavado en ella por nuestra salud. A la verdad el término adorar en nuestra lengua parece consagrado para significar comunmente el honor y culto soberanos que solo á Dios se le deben; pero en latin, como en hebreo y en griego, tiene una significacion mas estensa. Significa en general postrarse é indicar su respeto, lo cual conviene á otros que á Dios, y todos los dias nos postramos delante de los hombres sin adorarlos; la Escritura Santa nos ofrece muchos ejemplos. No se ha de juzgar, pues, de la fé de la Iglesia por la palabra adorar que puede tener muchos sentidos, cuando se encuentra usada en las oraciones públicas, sino por el sentido que la Iglesia la da, y por la declaracion solemne que hace de su creencia. Ahora bien, la Iglesia ha protestado siempre que no adoraba mas que á Dios solo.

Nadie duda que la adoracion de la cruz en el Viernes santo es de tradicion apostólica. Los padres de la mas remota antigüedad y los concilios mas antiguos hablan de ella como de una ceremonia piadosa establecida en toda la Iglesia. Es una práctica, dice el diácono rústico, establecida y recibida en toda la Iglesia, el adorar la cruz del Salvador. Era esta una de las reconvenciones que Juliano apóstata hacia á los cristianos. Tertuliano, Minucio Félix, san Cirilo de Alejandría, dicen que los paganos acusaban á los cristianos porque adoraban la cruz; y en san Crisóstomo, san Gerónimo, san Leon, san Gregorio, Teodoreto, y en multitud de otros Padres, se hallan pruebas ciertas de la tradicion de la Iglesia en este punto. Pero ¿con qué sentimientos de religion, con qué respeto, y con qué afectos de amor, de contricion y de una devocion la mas tierna, debemos hoy hacer esta adoracion de la cruz, y besar las sagradas llagas de nuestro Señor, puesto que somos nosotros los que las habemos abierto, y él no las conserva mas que como señales eternas del esceso de su amor á nosotros!

En muchas iglesias, durante el oficio del Viernes santo,

están todos descalzos: no solo los sacerdotes, los monges y todo el clero, sino tambien el pueblo, dice Lanfranco en sus estatutos. El santo abad de Claraval (Cave) jamás oficiaba el Viernes santo sino con los piés desnudos; y la misma práctica se observa todavía con grande edificacion por los señores condes de Leon, y aun por el arzobispo cuando oficia, y no hay ninguno que no tenga los piés desnudos en el altar durante el oficio del Viernes santo.

HIMNO.

Pange lingua gloriosi
Lauream certaminis,
Et super Crucis trophæo
Dic triumphum nobilem:
Qualiter Redemptor orbis
Immolatus vicerit.

Cante la voz y aplauda la gloriosa
Victoria del certámen mas sagrado:
Digna de la Cruz santa y misteriosa
El trofeo mas noble y señalado:
Y como el Redentor del mundo entero
Venció, sacrificado en un madero.

De parentis protoplasti
Fraude factus condolens,
Quando pomi noxialis
In necem morsu ruit:
Ipse lignum tunc notavit,
Damna ligni ut solveret.

El supremo Hacedor compadecido
Del engaño de Adan, que desdichado
En la muerte incurrió (porque atrevido
Del fruto mas fatal comió un bocado),
Un árbol señaló, que el desempeño
Fuese del grave daño de otro leño.

Hoc opus nostræ salutis
Ordo depopescerat,
Multiformis proditoris
Ars ut artem falleret,
Et medelam ferret inde,
Hostis unde læserat.

De la salud el órden requeria
Esta obra de piedad tan escelente,
Para que el arte al arte y osadía
Burlase del traidor mas insolente,
Y allí se remediase nuestro daño,
Donde hirió el enemigo con su engaño.

Quando venit ergo sacri
Plenitudo temporis,
Missus est ab arce Patris
Natus, orbis Conditor;
Atque ventre virginali
Carne amictus prodiit.

Cuando el tiempo sagrado y misterioso
Se cumplió, como estaba prefinido,
Fué enviado del alcázar majestuoso
Del Padre celestial su Hijo querido:
Y nació, por los hombres hecho humano,
Del vientre de la Vírgen soberano.

Vagit Infans inter arcta
Conditus præsepia:
Membra pannis involuta
Virgo mater alligat:
Et Dei manes pedesque
Stricta cingit fascia.

Llora, gime y solloza el tierno Infante
En un duro pesebre reclinado:
La Vírgen pura, y Madre mas amante,
Envuelve el cuerpo mas hermoso y agraciado,
Fajando con amor y con cariño
Los bellos piés y manos del Dios Niño.

Sempiterna sit beatæ
Trinitati gloria;
Æqua Patri, Filioque;
Par Deus Paraclito:
Unius Trinique nomen
Laudet universitas. Amen.

Sea á la Trinidad suprema dado
Honor, gloria y aplauso sempiterno;
Igual al Padre, é Hijo mas amado,
Igual al Paracleto coeterno:
Al nombre del que es Uno, siendo Trino,
Rinda el orbe loor el mas divino. Amen.

Primera Epístola.

Hæc dicit Dominus: In tribulatione sua mane consurgent ad me: Venite, et revertamur ad Dominum, quia ipse cæpit, et sanabit nos: Vivificabit nos post duos dies: in die tertia suscitabit nos, et vivemus in conspectu ejus. Sciemus, sequemurque, ut cognoscamus Dominum: quasi diluculum præparatus est egressus ejus, et veniet quasi imber nobis temporaneus, et serotinus terræ. Quid faciam tibi, Ephraim? Quid faciam tibi, Juda? Misericordia vestra quasi nubes matutina, et quasi ros mane pertransiens. Propter hoc dolavi in prophetis, et occidi eos in verbis oris mei: et judicia tua quasi lux egredietur. Quia misericordiam volui, et non sacrificium; et scientiam Dei, plus quam holocausta.

Esto es lo que dice el Señor: En el esceso de su afliccion se darán priesa para recurrir á mí: Venid, dirán, volvámonos al Señor, porque él nos ha tomado (bajo de su proteccion) y nos salvará; nos ha herido y nos curará. Nos volverá la vida dentro de dos dias, y el tercero dia resucitará y viviremos en su presencia. Tendremos la ciencia del Señor, y le seguiremos para conocerle. Se levantará como la aurora, y vendrá á nosotros como un rocío de le tarde, que cae á su tiempo sobre la tierra. ¿Qué puedo yo hacer contigo, Efraim? ¿Qué puedo yo hacer contigo, ó Judá? Vuestra misericordia es como una nube de la mañana, y como el rocío que desaparece luego que nace el sol. Por esto he espuesto los profetas á los tormentos y á la muerte, para anunciaros mi palabra, á fin de que vuestra justicia brille como la luz. Porque yo quiero mas la misericordia que el sacrificio, y la ciencia de Dios (me es mas agradable) que los holocaustos.

Créese que Oseas es el mas antiguo de todos los profetas, cuyas profecías tenemos escritas. Profetizó en tiempo de Jeroboam, segundo de este nombre, cerca de ochocientos años ántes del nacimiento de Jesucristo, y continuó hasta el tiempo de Ezechías rey de Judá, y por consiguiente ha desempeñado las funciones de profeta cerca de un siglo.

La oracion que se dice despues de esta primera Epístola, es como sigue :

Deus , a quo et Judas reatus sui pœnam, et confessionis suæ latro præmium sumpsit : concede nobis tuæ propitiationis effectum : ut sicut in passione sua Jesus Christus Dominus noster diversa utrisque intulit stipendia meritorum ; ita nobis, ablato vetustatis errore, resurrectionis suæ gratiam largiatur. Qui tecum vivit...

¡Oh Dios! de quien Judas ha recibido el castigo de su pecado, y el ladron el premio de su confesion, haced que nosotros esperimentemos el efecto de vuestra misericordia, para que así como nuestro Señor Jesucristo ha tratado en su pasion al uno y al otro segun su mérito, así tambien, destruido lo que hay en nosotros del hombre viejo, nos dé parte en su resurreccion gloriosa, el que siendo Dios vive y reina, etc.

Segunda Epistola.

In diebus illis : Dixit Dominus ad Moysen et Aaron in terra Ægypti : Mensis iste vobis principium mensium , primus erit in mensibus anni. Loquimini ad universum cœtum filiorum Israel, et dicite eis : Decima die mensis hujus tollat unusquisque agnum per familias et domos suas. Sin autem minor est numerus ut sufficere possit ad vescendum agnum, assumet vicinum suum, qui junctus est domui suæ, juxta numerum animarum quæ sufficere possunt ad esum agni. Erit autem agnus absque macula, masculus, anniculus, juxta quem ritum tolletis et hædum. Et servabitis eum usque ad quartamdecimam diem mensis hujus : immolabitque eum universa multitudo filiorum Israel ad vesperam. Et sument de sanguine ejus, ac ponent super utrumque postem, et in superliminaribus domorum, in quibus comedent illum. Et edent carnes nocte illa assas igni , et azymos panes cum lactucis agrestibus. Non comedetis ex eo crudum quid, nec coctum aqua, sed tantum assum igni : caput cum pedibus ejus et intestinis vorabitis. Nec remanebit quidquam ex eo usque mane. Si quid residuum fuerit, igne comburetis. Sic autem comedetis illum : Renes vestros accingetis , et calceamenta habebitis in pedibus, tenentes baculos in manibus, et comedetis festinanter : est enim Phase (id est, transitus) Domini.

En aquellos dias dijo el Señor á Moisés y Aaron en la tierra de Egipto : Este mes será el principio de vuestros meses, y el primero de los meses del año. Hablad á toda la reunion de los hijos de Israel y decidles : En el décimo dia de este mes tome cada uno de vosotros un cordero por familia y por casa; mas si el número de la familia es demasiado corto para poder comer un cordero, llamará á su mas próximo vecino, hasta el número de personas que sean suficientes para comer el cordero. Este cordero debe ser sin mancha, macho, y que no tenga mas que un año. Lo mismo observareis si es un cabrito, y le guardareis hasta el dia catorce de este mismo mes. Entonces todo el pueblo de Israel le inmolará por la tarde; y tomando de su sangre, la pondrán á los dos lados, y en lo alto de las puertas de las casas en donde lo comieren; y en la misma noche comerán la carne asada al fuego con panes sin levadura, y lechugas silvestres. No comereis cosa alguna de él crudo, ni cocido en agua, sino solo asado al fuego; comereis la cabeza con los piés y las entrañas, y no rompereis ninguno de sus huesos; nada conservareis de él para el dia siguiente, y si alguna cosa quedare la quemareis al fuego. Para comerlo lo hareis de esta manera : Ceñireis vuestros lomos, tendreis calzados vuestros piés, tendreis los báculos en las manos, y le comereis de priesa, porque es la Pascua (esto es, el tránsito) del Señor.

Los judíos comenzaban el mes con la nueva luna. El mes de que aquí se habla es el que ellos llaman Nisan, el cual comienza con la luna de marzo. Dios quiso que fuese en adelante para los israelitas el primer mes del año, en memoria de su libertad milagrosa que sucedió el 14 de la luna, por supuesto del mes de marzo.

REFLEXIONES.

Además del sentido literal y alegórico contenido en esta Epístola, tiene tambien un sentido moral; todo es misterioso en el pormenor de ceremonias para comer el cordero pascual. Si Dios quiere que esta víctima, figura del divino Cordero, sea sin mancha, no exige ménos pureza é inocencia en una alma que come realmente el cuerpo y la sangre de Jesucristo en la comunion. Esta sangre adorable tiene mucha mas virtud que la sangre del cordero pascual, que no era mas que la simple figura; pero es necesario que las señales de esta preciosísima sangre no sean borradas por el pecado que ennegreciendo al alma hace que desaparezca de ella todo lo que impedia el que pudiese recibir daño : el pan sin levadura, y las lechugas amargas con que se obligaba á comer el cordero pascual, demuestran muy bien que sin la mortificacion no es posible conservarse en la inocencia con que debe uno acercarse á los santos altares y á la sagrada mesa. Una alma sensual no permanece mucho tiempo sin pecado. La Pascua de los cristianos es infinitamente mas santa que la de los israelitas; debe tambien celebrarse con disposiciones mucho mas santas. Dios les prohibia comer el cordero crudo, ó cocido en agua. Esta crudeza y esta carne cocida, indican bastante el carácter de las pasiones, y el de un corazon muelle, de una alma floja, que comulgan con disgusto. Todo debia estar asado al fuego. Solo el amor es el que puede dar á una alma aquel gusto, aquel fervor que son las disposiciones necesarias para acercarse con fruto á la adorable Eucaristía. Debia quemarse todo lo que sobraba de él; esto es, que el fuego divino de que el alma debe estar abrasada al salir de la comunion, todo lo debe consumir. Debia comerse el cordero pascual con prontitud y de priesa, lo cual puede significarnos con qué fervor, con qué empeño, con qué hambre debe comulgarse. La indiferencia, el poco ardor por comulgar, indica siempre un disgusto espiritual, señal cierta de que uno está enfermo. Cada comunion debia aumentar nuestra hambre. En fin, debia comerse el cordero, á guisa de viajero pronto ya para partir. En efecto, ellos salieron inmediatamente de Egipto, y hé aquí lo que da á entender bastante con qué disposicion debe comulgarse, es decir, prontos y del todo resueltos á salir del Egipto, á mudar de conducta, á reformar la vida y las costumbres, á dejar los hábitos pecaminosos. Si no es este el fruto de nuestra comunion

pascual, si despues de la comunion permanecemos aun en el Egipto, ¿qué debe pensarse de semejante comunion?

El Evangelio es la Pasion de nuestro Señor Jesucristo, segun san Juan, cap. 22.

In illo tempore: Egressus est Jesus cum discipulis suis trans torrentem Cedron, ubi erat hortus, in quem introivit ipse, et discipuli ejus. Sciebat autem et Judas, qui tradebat eum, locum; quia frequenter Jesus convenerat illuc cum discipulis suis. Judas ergo cum accepisset cohortem, et à pontificibus et pharisæis ministros, venit illuc cum laternis, et fascibus, et armis. Jesus itaque sciens omnia, quæ ventura erant super eum, processit, et dixit eis: ✠ *Quem quæritis?* C. *Responderunt ei:* S. *Jesum Nazarenum.* C. *Dicit eis Jesus:* ✠ *Ego sum.* C. *Stabat autem et Judas, qui tradebat eum, cum ipsis. Ut ergo dixit eis, Ego sum, abierunt retrorsum, et ceciderunt in terram. Iterum ergo interrogavit eos:* ✠ *Quem quæritis?* C. *Illi autem dixerunt:* S. *Jesum Nazarenum.* C. *Respondit Jesus:* ✠ *Dixi vobis, quia ego sum: si ergo me quæritis, sinite hos abire.* C. *Ut impleretur sermo, quem dixit: Quia quos dedisti mihi, non perdidi ex eis quemquam. Simon ergo Petrus habens gladium eduxit eum: et percussit pontificis servum, et abscidit auriculam ejus dexteram. Erat autem nomen servo Malchus. Dixit ergo Jesus Petro:* ✠ *Mitte gladium tuum in vaginam. Calicem, quem dedit mihi Pater, non bibam illum?* C. *Cohors ergo, et tribunus, et ministri Judæorum comprehenderunt Jesum, et ligaverunt eum, et adduxerunt eum ad Annam primum: erat enim socer Caiphæ, qui erat pontifex anni illius. Erat autem Caiphas, qui consilium dederat Judæis: Quia expedit unum hominem mori pro populo. Sequebatur autem Jesum Simon Petrus, et alius discipulus. Discipulus autem ille erat notus pontifici, et introivit cum Jesu in atrium pontificis. Petrus autem stabat ad ostium foris. Exivit ergo discipulus alius, qui erat notus pontifici, et dixit ostiariæ, et introduxit Petrum. Dicit ergo Petro ancilla ostiaria:* S. *Numquid et tu ex discipulis es hominis istius?* C. *Dicit ille:* S. *Non sum.* C. *Stabant autem servi et ministri ad prunas, quia frigus erat, et calefaciebant se: erat autem cum eis et Petrus stans, et calefaciens se. Pontifex ergo interrogavit Jesum de discipulis suis, et de doctrina ejus. Respondit ei Jesus:* ✠ *Ego palam locutus sum mundo: ego semper docui in synagoga, et in templo, quo omnes Judæi conveniunt: et in occulto locutus sum nihil. Quid me interrogas? interroga eos, qui audierunt quid locutus sim ipsis: ecce hi sciunt, quæ dixerim ego.* C. *Hæc autem cum dixisset, unus assistens ministrorum dedit alapam Jesu, dicens:* S. *Sic respondes pontifici?* C. *Respondit ei Jesus:* ✠ *Si male locutus sum, testimonium perhibe de malo: si autem bene, quid me cædis?* C. *Et misit eum Annas ligatum ad Caipham pontificem. Erat autem Simon Petrus stans, et calefaciens se. Dixerunt ergo ei:* S. *Numquid et tu ex discipulis ejus es?* C. *Negavit ille, et dixit:* S. *Non sum.* C. *Dicit ei unus ex servis pontificis, cognatus ejus, cujus abscidit Petrus auriculam:* S. *Nonne ego te vidi in horto cum illo?* C. *Iterum ergo negavit Petrus; et statim*

En aquel tiempo salió Jesus con sus discípulos para ir al otro lado del torrente de Cedron, en donde habia un huerto en el cual entró él y sus discípulos. Judas que le entregaba, sabia tambien el lugar, porque frecuentemente se juntaban en él Jesus y sus discípulos. Habiendo, pues, Judas tomado una cohorte, y gentes enviadas por los pontífices y los fariseos, vino allí con linternas, hachas y armas. Entre tanto sabiendo Jesus todo lo que debia sucederle, se adelantó y les dijo: ¿A quién buscais? A Jesus de Nazareth, le respondieron ellos. Yo soy, les dijo Jesus. Judas que le entregaba estaba tambien con ellos. Apenas Jesus les hubo dicho: Yo soy, retrocediendo cayeron en tierra. Por segunda vez les preguntó Jesus: ¿A quién buscais? A Jesus de Nazareth, le volvieron á responder. Os he dicho ya, les dijo Jesus, que soy yo, y pues que es á mí á quien buscais, dejad ir á estos: para que se cumpliese la palabra que habia dicho: No he perdido ninguno de los que me diste. En esto Simon Pedro que tenia una espada, la sacó, y dando con ella á un criado del gran sacerdote, le cortó la oreja derecha; llamábase Malco el criado. Jesus, empero, le dijo á Pedro: Vuelve tu espada á la vaina; qué, ¿no he de beber el cáliz que mi Padre me ha dado? Inmediatamente la cohorte y su comandante y los oficiales de los judíos, se apoderaron de Jesus y le ataron. Lleváronle primero á casa de Anás, porque era suegro de Caifás, gran sacerdote en aquel año. Este mismo Caifás era el que habia dado á entender á los judíos, que convenia que muriese un hombre por la nacion. Seguia á Jesus Simon Pedro con otro discípulo, y este discípulo que era conocido del gran sacerdote, entró en el atrio de su casa con Jesus; mas habiéndose quedado Pedro fuera de la puerta, el otro discípulo que era conocido del sumo sacerdote, salió, y habiendo hablado á la portera, hizo entrar á Pedro: díjole entonces la portera á Pedro: ¿No eres tú tambien de los discípulos de este hombre? Nó, la dijo él. Los domésticos y los oficiales estaban calentándose al fuego, porque hacia frio; y Pedro tambien estaba con ellos calentándose. Entonces el gran sacerdote preguntó á Jesus acerca de sus discípulos y de su doctrina; y Jesus le respondió: Yo he hablado abiertamente á todos: siempre he enseñado en la sinagoga y en el templo en donde todos los judíos se juntan, y nada he dicho ocultamente. ¿Por qué, pues, me preguntas? Pregunta á los que me han oido, sobre lo que les he dicho: ellos saben lo que yo les he enseñado. Dichas estas palabras, uno de los oficiales que estaban al lado de Jesus le dió una bofetada, diciendo: ¿De este modo respondes al gran sacerdote? Repúsole Jesus, y le dijo: Si he hablado fuera de propósito, muéstrame en qué está el mal; pero si he hablado al caso, ¿por qué motivo me hieres? Envióle Anás atado á casa de Caifás, gran sacerdote. Como estuviese Simon Pedro todavía calentándose, le dijeron algunos: ¿No eres tú tambien de sus discípulos? Él lo negó, diciéndoles: No lo soy. Uno de los domésticos del gran sacerdote, pariente de aquel á quien Pedro habia cortado la oreja, le dijo: ¿Pues qué? ¿no te he visto yo con él en el huerto? Pedro lo negó tercera vez, é inmediatamente cantó el gallo. Llevaron, pues, á Jesus de casa de Caifás al pretorio; era esto por la mañana, y ellos no entraron en el pretorio, para no mancharse y á fin de comer la Pascua. Salió, pues, Pilato afuera adonde ellos estaban, y les dijo: ¿Cuál

gallus cantavit. Adducunt ergo Jesum à Caipha in prætorium. Erat autem mane : et ipsi non introierunt in prætorium , ut non contaminarentur, sed ut manducarent Pascha. Exivit ergo Pilatus ad eos foras , et dixit : S. *Quam accusationem affertis adversus hominem hunc? C. Responderunt, et dixerunt ei* : S. *Si non esset hic malefactor, non tibi tradidissemus eum. C. Dixit ergo eis Pilatus* : S. *Accipite eum vos, et secundum legem vestram judicate eum. C. Dixerunt ergo ei Judæi* : S. *Nobis non licet interficere quemquam. C. Ut sermo Jesu impleretur, quem dixit, significans qua morte esset moriturus. Introivit ergo iterum in prætorium Pilatus ; et vocavit Jesum, et dixit ei* : S. *Tu es Rex Judæorum? C. Respondit Jesus* : ✠ *A temetipso hoc dicis, an alii dixerunt tibi de me? C. Respondit Pilatus* : S. *Numquid ego Judæus sum? Gens tua, et pontifices tradiderunt te mihi : quid fecisti? C. Respondit Jesus : Regnum meum non est de hoc mundo. Si ex hoc mundo esset regnum meum ministri mei utique decertarent ut non traderer Judæis ; nunc autem regnum meum non est hinc. C. Dixit itaque ei Pilatus* : S. *Ergo Rex es tu? C. Respondit Jesus* : ✠ *Tu dicis quia Rex sum ego. Ego in hoc natus sum, et ad hoc veni in mundum , ut testimonium perhibeam veritati : omnis, qui est ex veritate, audit vocem meam. C. Dicit ei Pilatus*: S. *Quid est veritas? C. Et cum hoc dixisset, iterum exivit ad Judæos, et dicit eis*: S. *Ego nullam invenio in eo causam. Est autem consuetudo vobis ut unum dimittam vobis in Pascha vultis ergo dimittam vobis Regem Judæorum ? C.* es el crímen de que acusais á este hombre? Si este hombre no fuese un malhechor , le respondieron, no te le hubiéramos entregado. A lo que Pilato les repuso : Tomadle, pues, vosotros mismos y juzgadle segun vuestra ley. Mas los judíos le dijeron : Nosotros no tenemos potestad para quitar la vida á nadie. Todo esto sucedió así á fin de que se cumpliesen las palabras que Jesucristo habia dicho para significar de qué muerte habia de morir. Entrándose en seguida Pilato en el pretorio, hizo que fuése allí Jesus , al cual le dijo : ¿ Eres tú el rey de los judíos ? Respondióle Jesus : ¿ Dices tú esto como salido de tí, ó te lo han dicho algunos otros de mí? ¿Por ventura soy yo judío? replicó Pilato. Tu nacion y los grandes sacerdotes te han puesto en mis manos : ¿ qué has hecho? Mi reino , le respondió Jesus, no es de este mundo. Si mi reino fuese de este mundo, mis soldados no dejarian de combatir para que yo no fuese entregado á los judíos ; pero mi reino no es de aquí. Entonces le dijo Pilato : Luego ¿tú eres rey ? Respondióle Jesus : Tú mismo lo dices que yo soy rey , y yo he nacido y venido al mundo para dar testimonio de la verdad. Cualquiera que es partidario de la verdad oye mi voz. ¿ Qué cosa es la verdad ? le dijo Pilato. Y dicho esto volvió á los judíos, y les dijo : Yo no encuentro en él ningun motivo para condenarle. Hay , empero , un uso establecido entre vosotros , que os dé libre un reo en la solemnidad de la Pascua : ¿quereis , pues , que os suelte al Rey de los judíos? Entonces todos esclamaron de nuevo : Nó á este , sino á Barrabás. Era Barrabás un ladron. Entonces Pilato tomó á Jesus , y le hizo azotar. Los soldados en seguida formando una corona de espinas se la pusieron en la cabeza ; cubriéronle con una capa de púrpura , y acercándose despues á él, le decian : *Clamaverunt ergo rursum omnes, dicentes* : S. *Non hunc, sed Barabbam. C. Erat autem Barabbas latro. Tunc ergo apprehendit Pilatus Jesum, et flagellavit. Et milites plectentes coronam de spinis, imposuerunt capiti ejus : et veste purpurea circumdederunt eum. Et veniebant ad eum, et dicebant* : S. *Ave, Rex Judæorum. C. Et dabant ei alapas. Exivit ergo iterum Pilatus foras, et dicit eis* : S. *Ecce adduco vobis eum foras, ut cognoscatis quia nullam invenio in eo causam. C. (Exivit ergo Jesus portans coronam spineam, et purpureum vestimentum :) Et dicit eis* : S. *Ecce homo. C. Cum ergo vidissent eum pontifices et ministri, clamabant, dicentes* : S. *Crucifige , crucifige eum. C. Dicit eis Pilatus* : S. *Accipite eum vos, et crucifigite : ego enim non invenio in eo causam. C. Responderunt ei Judæi* : S. *Nos legem habemus , et secundum legem debet mori, quia Filium Dei se fecit. C. Cum ergo audisset Pilatus hunc sermonem, magis timuit. Et ingressus est prætorium iterum ; et dixit ad Jesum* : S. *Unde es tu? C. Jesus autem responsum non dedit ei. Dicit ergo ei Pilatus* : S. *Mihi non loqueris? nescis quia potestatem habeo crucifigere te , et potestatem habeo dimittere te? C. Respondit Jesus* : ✠ *Non haberes potestatem adversum me ullam, nisi tibi datum esset desuper. Propterea qui me tradidit tibi, majus peccatum habet. C. Et exinde quærebat Pilatus dimittere eum. Judæi autem clamabant, dicentes* : S. *Si hunc dimittis , non es amicus Cæsaris. Omnis enim qui se Regem facit, contradicit Cæsari. C. Pilatus autem cum audisset hos sermones, adduSalve , rey de los judíos ; y le daban de bofetadas. Saliendo otra vez Pilato fuera adonde estaban los judíos , les dijo : Veis aquí que os lo traigo fuera para haceros ver que no encuentro en él motivo alguno para condenarle. Salió , pues, Jesus con la corona de espinas y con el manto de púrpura , y Pilato les dijo : Hé aquí el hombre. Luego que le vieron los pontífices y los ministros, clamaban y decian : Crucifícale , crucifícale. Díjoles Pilato: Tomadle vosotros y crucificadle , porque yo no hallo en él por qué condenarle. Respondiéronle los judíos : Nosotros tenemos una ley , y segun esta ley merece la muerte , porque se ha hecho pasar por el Hijo de Dios. Oyendo Pilato estas palabras temió mas todavía , y entrando en el pretorio, dijo á Jesus : ¿De dónde eres tú? Mas Jesus no le dió respuesta. Díjole Pilato : ¿ A mí no me hablas? ¿no sabes que tengo poder para hacerte crucificar, así como tambien le tengo para dejarte libre? Nada podrias contra mí, le repuso entonces Jesus, si no te se hubiese dado de lo alto el poder : por esto el que me ha entregado á tí, es mas criminal. Desde aquel momento buscaba Pilato un medio para ponerle en libertad ; pero los judíos gritaban, diciendo : Si perdonas á este hombre no eres amigo del César ; puesto que cualquiera que pretende hacerse rey, se declara contra el César. Al oir Pilato que se espresaban en estos términos, llevó fuera á Jesus, y se sentó en su tribunal en el lugar que en griego se llama Lithostrotos, y en hebreo Gabbatha. Era la víspera del sábado de Pascua, cuasi la hora de sesta, y les dijo á los judíos : Hé aquí á vuestro rey. Mas ellos esclamaron : Quitanoslo de delante, crucifícalo. ¿Crucificaré, pues, á vuestro Rey? les dijo Pilato. Nosotros no tenemos otro rey que al César, respondieron los grandes sacerdotes. Entonces se le en-

xit foras Jesum, et sedit pro tribunali, in loco qui dicitur Lithostrotos, hebraice autem Gabbatha. Erat autem Parasceve Paschæ, hora quasi sexta, et dicit Judæis : S. *Ecce Rex vester. C. Illi autem clamabant* : S. *Tolle, tolle, crucifige eum. C. Dicit eis Pilatus* : S. *Regem vestrum crucifigam? C. Responderunt pontifices* : S. *Non habemus Regem, nisi Cæsarem. C. Tunc ergo tradidit eis illum ut crucifigeretur. Susceperunt autem Jesum, et eduxerunt. Et bajulans sibi crucem, exivit in eum, qui dicitur Calvariæ, locum, hebraice autem Golgotha : ubi crucifixerunt eum, et cum eo alios duos, hinc et hinc, medium autem Jesum. Scripsit autem et titulum Pilatus, et posuit super crucem. Erat autem scriptum* : Jesus Nazarenus, Rex Judæorum. *Hunc ergo titulum multi Judæorum legerunt: quia prope civitatem erat locus, ubi crucifixus est Jesus : et erat scriptum hebraice, græce, et latine. Dicebant ergo Pilato pontifices Judæorum* : *C. Noli scribere, Rex Judæorum; sed quia ipse dixit : Rex sum Judæorum. C. Respondit Pilatus* : S. *Quod scripsi, scripsi. C. Milites ergo cum crucifixissent eum, acceperunt vestimenta ejus (et fecerunt quatuor partes : unicuique militi partem) et tunicam. Erat autem tunica inconsutilis, desuper contexta per totum. Dixerunt ergo ad invicem.* S. *Non scindamus eam, sed sortiamur de illa cujus sit. C. Ut Scriptura impleretur, dicens : Partiti sunt vestimenta mea sibi : et in vestem meam miserunt sortem. Et milites quidem hæc fecerunt. Stabant autem juxta crucem Jesu mater ejus, et soror matris ejus, Maria Cleophæ, et Maria Magdalene. Cum vidisset ergo Jesus matrem, et discipulum stantem, quem diligebat, dicit matri suæ* : ✠ *Mulier, ecce filius tuus. C. Deinde dicit discipulo* : ✠ *Ecce mater tua. C. Et ex illa hora accepit eam discipulus in sua. Postea sciens Jesus quia omnia consummata sunt, ut consummaretur Scriptura, dixit* : ✠ *Sitio. C. Vas ergo erat positum aceto plenum. Illi autem spongiam plenam aceto, hyssopo circumponentes, obtulerunt ori ejus. Cum ergo accepisset Jesus acetum, dixit* : ✠ *Consummatum est. C. Et inclinato capite tradidit spiritum.* (Hic genuflectitur et pausatur aliquantulum.) *Judæi ergo (quoniam Parasceve erat), ut non remanerent in cruce corpora sabbato (erat enim magnus dies illi sabbati) rogaverunt Pilatum ut frangerentur eorum crura, et tollerentur. Venerunt ergo milites : et primi quidem fregerunt crura, et alterius, qui crucifixus est cum eo. Ad Jesum autem cum venissent, ut viderunt eum jam mortuum, non fregerunt ejus crura; sed unus militum lancea latus ejus aperuit, et continuo exivit sanguis et aqua. Et qui vidit, testimonium perhibuit : et verum est testimonium ejus. Et ille scit quia vera dicit : ut et vos credatis. Facta sunt enim hæc ut Scriptura impleretur* : *Os non comminuetis ex eo. Et iterum alia Scriptura dicit : Videbunt in quem transfixerunt.*

Post hæc autem rogavit Pilatum Joseph ab Arimathæa (eo quod esset discipulus Jesu, occultus autem propter metum Judæorum) ut tolleret corpus Jesu. Et permisit Pilatus. Venit ergo, et tulit corpus

tregó para que fuese crucificado. Inmediatamente se apoderaron de Jesus, y le llevaron, y cargado con la cruz que debia servir para crucificarle se encaminó al lugar llamado Calvario, y en hebreo Golgotha, en donde le crucificaron, con él otros dos, uno á cada lado, y Jesus en medio. Escribió Pilato un rótulo y le hizo poner sobre la cruz. Hé aquí lo que estaba escrito en él : *Jesus de Nazareth, rey de los judios.* Leyeron muchos judíos este rótulo, porque el lugar en donde Jesus fué crucificado estaba cerca de la ciudad : estaba escrito en hebreo, en griego y en latin. Decíanle á Pilato los grandes sacerdotes de los judíos : No escribas rey de los judios : sino que él ha dicho : Yo soy el rey de los judíos. Respondióles Pilato : Lo escrito, escrito. Despues de haber crucificado á Jesus, tomaron los soldados sus vestidos, de los cuales hicieron cuatro partes, para cada soldado la suya : tomaron tambien su túnica ; era esta sin costura, y tejida de una pieza de alto abajo ; dijeron, pues, ellos entre sí : No la hagamos pedazos, sino echemos suertes y veamos á quién le toca ; á fin de que se cumpliese lo que dice la Escritura : Partieron entre sí mis vestidos y sobre mi túnica han echado suertes; esto es puntualmente lo que hicieron los soldados. Entretanto la madre de Jesus, la hermana de su madre y María, mujer de Cleofas, estaban cerca de la cruz con María Magdalena. Habiendo apercibido Jesus á la Madre y al discípulo que amaba, que estaba allí, dijo á su Madre. Mujer, ves ahí á tu hijo. Despues dijo al Discípulo: Mira ahí á tu madre; y desde aquella hora él la tuvo por tal. Despues de esto, sabiendo Jesus que todo estaba cumplido, para que tuviese perfecto cumplimiento la Escritura, dijo: Tengo sed. Habia allí un vaso lleno de vinagre, y habiendo los soldados empapado en él una esponja, la envolvieron en una rama de hisopo y se la acercaron á la boca. Habiendo Jesus tocado el vinagre, dijo: Todo está cumplido; y bajando la cabeza entregó su espíritu. (*Aquí todos se arrodillan.*) Como era la víspera del sábado, á fin de que los cuerpos no quedasen en la cruz el dia del sábado (era este sábado un dia muy solemne) pidieron los judíos á Pilato que les mandase quebrar las piernas, y los quitasen de la cruz. Vinieron, pues, los soldados, quienes quebraron las piernas al primero, y al otro que estaba crucificado con él. Llegando despues á Jesus y viendo que estaba ya muerto, no le quebraron las piernas; pero uno de los soldados le abrió el costado con un golpe de lanza, é inmediatamente salió de la herida sangre y agua. Y el que lo ha visto, ha dado testimonio de ello: y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice la verdad, á fin de que creais tambien vosotros. Porque todo esto ha sucedido así, para que se cumpliese la Escritura: No rompereis ni uno de sus huesos; y además otra Escritura que dice: Vieron al que han traspasado.

Despues de todas estas cosas, José de Arimathea (que era discípulo de Jesus, aunque oculto por temor de los judíos) pidió á Pilato que le permitiese quitar de la cruz el cuerpo de Jesus. Pilato se lo permitió. Por tanto vino á quitar el cuer-

Jesu. Venit autem et Nicodemus, qui venerat ad Jesum nocte primum, ferens mixturam myrrhæ, et aloes, quasi libras centum. Acceperunt ergo corpus Jesu, et ligaverunt illud linteis cum aromatibus, sicut mos erat Judæis sepelire. Erat autem in loco, ubi crucifixus est, hortus: et in horto monumentum novum, in quo nondum quisquam positus erat. Ibi ergo propter Parascevem Judæorum, quia juxta erat monumentum, posuerunt Jesum.

po de Jesus. Nicodemus, que la primera vez habia ido de noche á ver á Jesus, vino tambien allí, llevando consigo cerca de cien libras de una composicion de mirra y aloes. Tomaron, pues, el cuerpo de Jesus, y le envolvieron en lienzos con drogas aromáticas segun acostumbraban á sepultar los judíos. Habia, pues, un huerto en el lugar en donde habia sido crucificado, y en este huerto un sepulcro nuevamente abierto, en donde ninguno habia sido colocado. Allí pusieron á Jesus, á causa de que era la víspera del sábado de los judíos, y el sepulcro estaba cerca.

MEDITACION.

De la pasion de nuestro Señor Jesucristo en el Calvario.

Punto primero. — Considera el espectáculo que aquí se nos presenta: Jesucristo abrumado bajo de una pesada cruz que lleva sobre sus hombros: Jesucristo espirando sobre la cruz. Hé aquí la prueba de su amor, el objeto de nuestra fé, el precio de nuestra redencion; pero ¿y no es al mismo tiempo la prueba de nuestra infidelidad, el motivo de nuestra reprobacion, y la medida de nuestra ingratitud?

¡Qué prodigioso concurso de dolores, de amarguras, de ignominias y de tormentos para Jesucristo moribundo en el Calvario! Si se le desnuda ántes de estenderle sobre la cruz, es para renovar en aquel momento todos los dolores de su pasion, renovando todas sus llagas. Habia ya perdido el sagrado cuerpo toda su sangre, pero aun conservaba todos sus nervios, instrumentos del sentimiento y del dolor: para desgarrar pues á la vez todos los nervios, se le traspasan los piés y las manos con gruesos clavos, y se le clava sobre aquel lecho de dolor. Concibamos toda la estension y la dureza de estos dolores: comprendamos, si es posible, toda la crueldad de este suplicio.

Parece que el divino Salvador quiere sufrir á cada momento todos los dolores juntos; una cruz levantada con frecuentes sacudidas; un cuerpo que pesa, por decirlo así, sobre sus llagas, y que no está suspendido mas que por unos clavos; esta sola idea hace estremecer; y tal es el estado en que Jesus pasa las tres últimas horas de su vida.

Los oprobios de que se le carga, las injurias que se le hacen, igualan al esceso de los dolores que sufre; así es que no muere hasta haber sido harto de ellos. Pero ¿por qué, adorable Salvador mio, una muerte tan dolorosa y tan humillante? Vuestro Padre no pide estos escesos, nuestra redencion puede hacerse á ménos precio; ¿tanto era necesario para confundir nuestro orgullo, para condenar nuestra sensualidad, para hacernos amar la cruz, para ablandar la dureza del corazon mas bárbaro? pero todo esto ¿ha disminuido nuestra ambicion y nuestra vanidad? ¿amamos mas la cruz? ¿estamos mas conmovidos? ¿hemos derramado muchas lágrimas?

Que la pasion, que la muerte ignominiosa y amarga de un hombre-Dios, asombre á los pueblos bárbaros; que parezca increible á los paganos; que no puedan ellos comprender que un Dios pudiese amar hasta este esceso á los hombres, nada de esto nos debe parecer estraño; pero que un cristiano mire con ojos enjutos é indiferentes á Jesucristo en el Calvario; que la imágen de Jesucristo en la cruz se encuentre en todas partes, ménos en el corazon de la mayor parte de los cristianos; que todos los años se asista á sangre fria á la celebridad de este gran misterio; ¿se asombrarian ménos los paganos á vista de nuestra insensibilidad y de nuestra ingratitud, que á la vista del precio de nuestra redencion? ¡Dios mio! ¡qué impresion no deberia hacer esta reflexion bien meditada!

Punto segundo. — Considera que el Salvador ha hecho de su cruz una cátedra: no es menester, por decirlo así, mas que ojos para aprender las lecciones que nos da en ella; son sus llagas las que allí nos dan estas lecciones: allí confunde nuestra necia vanidad, nuestro orgullo; allí condena altamente nuestra molicie y nuestra sensualidad; allí nos echa en cara de una manera viva y urgente nuestra dureza y nuestro amor propio. El Crucifijo debe ser el símbolo de la vida cristiana, y el espejo mas fiel de todos los cristianos: viéndonos en él tal como somos, veámonos cuales deberíamos ser. ¡Dios mio, qué elocuente es vuestro silencio en la cruz!

«Cuando yo fuere levantado de la tierra,» decia el Salvador, «todo lo atraeré á mí. (Joan. 12.)» Es necesario estar muy apegado á la tierra para no ver en nosotros el efecto de este oráculo. Él se ha verificado en tantos pueblos bárbaros; en tantos príncipes infieles; en tantos pecadores endurecidos despues de su conversion: ¿y qué impresion hace el dia de hoy este divino objeto en la mayor parte de los cristianos? ¿despierta nuestra fé la vista de un Crucifijo? ¿amortigua nuestras pasiones? ¿es para nosotros un remedio eficaz contra ellas?

Jesucristo crucificado es un escándalo para los judíos, una locura para los gentiles (1. Cor. 1.); pero ¿le miran todos los cristianos como la fortaleza de Dios, y su sabiduría? ¿Podemos decir como san Pablo: Por lo que á mí toca, guárdeme Dios de gloriarme de otra cosa que de la cruz de Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí, y yo lo estoy para el mundo? ¿Seria mirado un Crucifijo con alegría y con respeto en esas reuniones mundanas; en esas academias de juego y de ociosidad; por esas personas que constituyen una especie de honor en ser poco cristianas? Sin embargo este será el último objeto que se les presentará, el único en el que buscarán el consuelo contra los espantos de la muerte, en aquel momento en el que deberán comparecer ante el soberano Juez. Aquella mujer mundana, aquel hombre vano y poco religioso, aquel libertino, se tendrán por muy dichosos en espirar teniendo y aun besando el Crucifijo. Dulce consuelo para aquel para quien Jesucristo crucificado no ha sido una locura ni un escándalo.

Presentarásenos al fin de nuestra vida este Jesus moribundo por nuestro amor; ¡qué consuelo! pero se nos presentará muriendo en una cruz, esto es, diciéndonos por tantas bocas como llagas, lo que él ha hecho y sufrido por nuestro amor, y lo que nosotros debemos hacer por

amor de él. ¡Ah! dulce Jesus mio, decidme hoy con eficacia, lo que vuestras sagradas llagas me echarán en cara entonces sin fruto. Mi conciencia me hace ya estas reconvenciones, y todo mi recurso está ya en vuestras llagas. «Mirad á la figura de vuestro Cristo:» esto es todo lo que tengo que representaros. Padre eterno; mirad si los rayos que yo merezco pueden pasar al través de este mediador; mirad si puede subsistir vuestro enojo presentándoos esta víctima; al abrigo de esta cruz, en esta cruz es donde yo quiero vivir; y yo espero que me concedereis la gracia de que muera amando, abrazando y besando con confianza esta cruz.

JACULATORIAS. — Comprendo, Señor, lo que significan esas llagas en medio de vuestras manos. (Zachar. 13.)

No permita Dios que yo me glorie en adelante de otra cosa, que de la cruz de Jesucristo. (Gal. 6.)

PROPÓSITOS.

1 No perdais jamás de vista este divino objeto, «y obrad conformes al modelo que se os ha presentado en la montaña. (Exodo 25.)» Aun cuando Dios exigiese de nosotros el sacrificio de nuestra vida, ¿exigiria demasiado despues de lo que ha hecho por nosotros? Nuestra salvacion cuesta bien cara; la sangre de Jesucristo es el precio de ella; ¿nos parecerá pues muy costoso, si para salvarnos, tenemos que privarnos de alguna lijera satisfaccion, si es necesario derramar algunas lágrimas? «Mirad, y obrad.» Cuando de aquí en adelante esperimentaseis alguna dificultad en obedecer la voz del Señor, mirad á Jesucristo en la cruz, y ved si os atrevereis á negarle lo poco que os pide. Esta práctica es escelente para vencer nuestra repugnancia, y confundir nuestra cobardía. No os contenteis con los pequeños sacrificios indispensables de la ley. Determinad todos los años el Viernes santo algun pequeño sacrificio que ofrecer á Dios durante el año (ó aun cuando no sea mas que en este dia); por ejemplo privaros de tal diversion, de tal juego, de tal fruta, de tal adorno. De no hablar á nadie de los agravios que os hubiere hecho, de los disgustos que os hubiere causado, del motivo que os hubiere dado para quejaros de él. Puédese tambien entender por esta palabra sacrificio ciertas prácticas de piedad algun tanto penosas, como el ir á pié todos los sábados á visitar alguna capilla distante en la cual sea honrada la santísima Vírgen de un modo particular, ayunar un dia en la semana, visitar los pobres enfermos en los hospitales, hacer una limosna, visitar cada semana los pobres encarcelados, etc. Y tened presente que en la hora de vuestra muerte nada os consolará tanto como el sacrificio que hubiereis hecho regularmente en aquel último año.

2 Es una devocion muy laudable el llevar siempre consigo la imágen del Crucifijo, no movidos de una vanidad indigna que se atreva á hacer de la cruz de Jesucristo un dije, ó un adorno de lujo, sino por motivo de religion, y para tener en este piadoso y consolante objeto un remedio contra todas nuestras pasiones, y señaladamente contra nuestro amor propio y nuestro orgullo, un memorial que escite nuestro fervor, y un modelo que arregle nuestra conducta. Muchos santos lo llevan sobre el corazon, y pocos hay que no lo hayan tenido con frecuencia á la vista, sobre todo cuando han hecho sus oraciones.

SÁBADO SANTO.

El Sábado santo, que tambien se llama el Sábado mayor, se ha mirado siempre en la Iglesia como uno de los dias mas solemnes aun ántes de haberse adelantado los oficios de la noche del domingo de Pascua al dia que los precede. Propiamente el oficio del Sábado santo es la continuacion de las exequias del Salvador, y en particular de su sepultura. La Iglesia aun está de gran luto. Su profundo silencio, y la cesacion del divino sacrificio que como en el Viernes santo tampoco se ofrece en este dia, todo esto indica su afliccion. Está únicamente ocupada en llorar la muerte del divino Esposo, en honrar el misterioso descanso que Jesucristo guardó en este dia en el sepulcro, y al mismo tiempo su descension á los infiernos, esto es, como dice san Pablo, á los lugares mas bajos de la tierra. El alma santísima de Jesucristo, de la cual jamás se separó la divinidad, del mismo modo que de su cuerpo adorable, que fué puesto en el sepulcro; esta alma santísima, repito, inmediatamente despues de su muerte, descendió efectivamente á los lugares mas subterráneos; allí triunfó de los demonios á quienes acababa de vencer enteramente por su muerte, y les hizo sentir las tristes consecuencias de su derrota. Allí consoló á las almas del purgatorio, dándoles esperanzas de que pronto se verian libres de sus dolorosos calabozos; y allí, en fin, sacó de entre aquellas tinieblas las almas de los santos patriarcas y de los demás justos, esto es, de todos aquellos á quienes Dios con anticipacion habia hecho misericordia, y concedido la remision de sus pecados en virtud de los méritos de Jesucristo; pero que no podian gozar plenamente del efecto de esta misericordia hasta que Jesucristo hubiese satisfecho á Dios su Padre, con la efusion de su sangre, por los pecados de todos los hombres. De estos dichosos predestinados se formó inmediatamente el alma del Salvador como una córte que llevó en seguida con él en triunfo al cielo, cuya entrada estaba cerrada á los hombres hasta que Jesucristo la hubiera abierto por su muerte. La parte de lugares subterráneos en donde estaban los que habian muerto en gracia de Dios ántes de la muerte de Jesucristo, es lo que la Escritura llama el Seno de Abraham y nosotros decimos Limbo. Nota Durando que la razon porque la Iglesia ha consagrado todos los sábados del año al culto singular y á la devocion especial de la santísima Vírgen, es porque estando muerto Jesucristo, y dudando todos los discípulos de su resurreccion, se halló toda la fé en sola la santísima Vírgen; ella sola fué la que durante el sábado conservó cuidadosamente el precioso depósito de la fé; ella sola fué fiel.

Todo el oficio del Sábado santo, segun el espíritu de la Iglesia, no se dirige mas que á honrar el doble misterio de la bajada del alma de Jesucristo á los infiernos, y del descanso de su cuerpo adorable en el sepulcro. Este oficio no se terminaba hasta despues de la hora de nona, la cual se estendia hasta el poner del sol, y entonces comenzaba con el nuevo dia el oficio solemne de la gran vigilia de Pascua. Era esta la primera de todas las vigilias del año en dignidad, y es tambien la primera por su antigüedad con respecto al establecimiento de la Iglesia: ella ha pasado siempre por la mas célebre y la mas indispensable de todas, era tambien la mas larga, porque juntaba inmediatamente el oficio de la gran fiesta de Pascua al

suyo. Como el dia civil entre los judíos empezaba siempre al poner del sol, por esto esta célebre vigilia comenzaba la tarde del Sábado santo á la puesta del sol. Íbase entonces á la iglesia; y habia pocos fieles que no pasasen en ella toda la noche en ejercicios de piedad. El oficio que era muy largo, la lectura de las lecciones tomadas del antiguo Testamento, las instrucciones, las ceremonias, las oraciones, ocupaban hasta el amanecer en que comenzaba el oficio de Pascua, al que seguia la misa en la que los fieles que estaban todos en ayunas, los unos desde la austera y módica comida del Viernes santo, y muchos aun desde el Jueves, comulgaban. Despues de lo cual se retiraba cada uno á su casa para descansar un poco y volver en seguida á la iglesia. Esta religiosa costumbre subsiste aun entre los herejes. Pero desde que la Iglesia latina, conducida siempre por el Espíritu Santo, ha creido conveniente por muchas razones el prohibir las reuniones nocturnas, el oficio del Sábado santo se ha adelantado como el de las demás ferias mayores á la tarde del dia precedente; y todo el oficio del Sábado santo, que hasta la misa está dedicado á la memoria de la sepultura del Salvador, se termina por la mañana en el oficio de nona. Entonces comienza el oficio de la gran vigilia de Pascua; mas la Iglesia al mudar el tiempo de celebrarla, no ha mudado las ceremonias ni las oraciones.

Comienza, pues, este oficio por la bendicion solemne del nuevo fuego, despues de apagado el antiguo. Todo es misterioso en estas santas ceremonias. Apagado el fuego antiguo, parece quererse representar la ley antigua estinguida y abolida en la muerte del Salvador, y en el fuego nuevo la ardiente caridad que debe ser como el alma de la nueva ley. Habiendo muerto Jesucristo, luz del mundo, estuvo, por decirlo así, esta divina luz como estinguida por espacio de tres dias. En el momento, pues, en que el Salvador resucitó á una nueva vida, volvió á aparecer el nuevo fuego del que es como el símbolo y la figura el que hoy se saca del pedernal. Las oraciones de que la Iglesia se sirve para bendecir solemnemente el nuevo fuego, desenvuelven por sí solas todo el misterio, igualmente que el sentido místico y moral.

¡Oh Dios, dice, que por medio de vuestro Hijo, el cual es la piedra angular de vuestra Iglesia, habeis derramado en los corazones de vuestros fieles el luminoso fuego de vuestra caridad! santificad este nuevo fuego que para nuestro uso hemos sacado del pedernal, y concedednos la gracia de que durante estas fiestas de Pascua, estemos de tal modo abrasados en deseos del todo celestiales, que con corazones puros podamos llegar á la solemnidad de las fiestas de la eterna gloria. Por el mismo Jesucristo nuestro Señor.

Señor Dios, Padre omnipotente, luz eterna, criador de toda luz: bendecid esta como la habeis bendecido y santificado iluminando á todo el mundo, á fin de que hagais nacer un fuego divino que nos abrase y nos ilumine; y así como iluminasteis á Moisés al salir de Egipto con una luz milagrosa, dignaos tambien iluminar nuestros corazones y nuestros sentidos, para que algun dia podamos llegar á la luz eterna. Por Jesucristo nuestro Señor.

Señor, Padre Santo, Dios omnipotente y eterno, nosotros bendecimos este fuego en vuestro nombre, en nombre de vuestro Hijo único Jesucristo, nuestro Dios y nuestro Señor, y en nombre del Espíritu Santo; dignaos cooperar con nosotros, y asistidnos con vuestro auxilio contra los tiros inflamados del enemigo, y derramad sobre nosotros la luz de vuestra gracia celestial. Vos que siendo Dios vivís y reinais con el mismo Jesucristo vuestro Hijo único, y con el Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos.

La bendicion de los cinco granos de incienso destinados para colocarse en el cirio pascual, no es ménos significativa del sentido y del misterio, y del espíritu de todo el misterio. Os suplicamos, ó Dios omnipotente, continúa el sacerdote, que este incienso reciba una efusion abundante de vuestra bendicion. Encended vos mismo el fuego que debe iluminarnos en esta noche, vos que renovais el mundo por las operaciones invisibles de vuestro poder, á fin de que no solo el sacrificio que se os ofrece en esta noche reciba las impresiones secretas de vuestra luz, sino que tambien sean arrojados todos los artificios y toda la malicia del demonio de cualquiera lugar adonde se llevase cualquiera de las cosas que aquí santificamos, y que por una asistencia particular se haga sentir allí la virtud de vuestra divina Majestad. Por Jesucristo nuestro Señor.

Todas estas ceremonias demuestran bastantemente cuál es el espíritu de la Iglesia en todas estas misteriosas ceremonias, y con qué espíritu de religion se debe asistir á ellas. Asegúrase que durante mucho tiempo se vió todos los años en Jerusalen en la Iglesia del santo Sepulcro un milagro el Sábado santo con motivo de este nuevo fuego. Este prodigio consistia, en que estando apagadas todas las lámparas, en el momento en que se cree que Jesucristo resucitó, se encendia milagrosamente una de ellas, á vista de una multitud innumerable de testigos, que la devocion y la maravilla atraian de todas partes. Odolrico, obispo de Orleans, á su vuelta de una peregrinacion que habia hecho á Jerusalen en 1033, testifica haber traido la lámpara que el fuego del cielo habia encendido el año que él estaba allí, y haberla comprado al patriarca Jordan para hacer con ella un presente á su iglesia.

En honor de la santísima Trinidad, de la que es Jesucristo la luz, inmediatamente despues de la bendicion del nuevo fuego, se enciende un cirio que se divide en tres, y se convida en alto al pueblo á que dé gracias á Dios por el conocimiento que nos ha dado Jesucristo de este adorable misterio. «Esta es la luz de Cristo:» nuestra fé es propiamente la luz de Jesucristo. «Demos gracias á Dios,» se responde. ¿Qué acciones de gracias tan infinitas no le debemos por un beneficio tan insigne? El cántico de alegría que comunmente se llama el *Exultet*... (1) porque comienza por esta palabra, es como un grito de alegría de toda la Iglesia por la nueva agradable de la resurreccion del Salvador. Por esto se cantaba en el momento en que el dia comenzaba á apuntar, y á la manera que los ángeles anunciaron á los hombres el nacimiento dichoso del Salvador por un cántico celestial, «Gloria á Dios en lo mas alto de los cielos,» hoy la Iglesia anuncia su triunfante resurreccion, convidando á toda la córte celestial á que celebre con ella este glorioso triunfo. Dé ya saltos de alegría toda la tropa celestial de los ángeles, y celebre con un santo regocijo nuestros divinos misterios. Resuene por todo el universo la trompeta sagrada que nos anuncia nuestra salud, y publique la insigne victoria de un monarca tan

(1) En España la *Angélica*.

grande. Regocíjese tambien la tierra, viendo lucir sobre ella una luz tan brillante; y los rayos brillantes de gloria que por todas partes esparce el Rey eterno, háganle sentir la dicha que tiene de haber sido por fin libertada de las espesas tinieblas que estaban esparcidas por todo el mundo. Salte de júbilo la Iglesia nuestra madre, viéndose adornada con el brillo resplandeciente de una luz tan grande. Resuene este templo con las voces de alegría de todo el pueblo, reunido en él para la celebracion de una fiesta tan magnífica. Todo este cántico de alegría no es mas que un continuo entusiasmo: por esto, hermanos mios muy amados, continúa el diácono, vosotros que estais aquí presentes, y que acabais de ser iluminados con la admirable claridad de esta santa luz, unid vuestras plegarias á las mias, á fin de que así unidos, obtengamos que derrame sobre nosotros los rayos de su divina luz, y que sin atender á mi indignidad, me conceda la gracia de publicar todas las alabanzas de este cirio misterioso consagrado á su honor y á su nombre. Levantemos nuestros corazones á Dios, y démosle eternas acciones de gracias: es muy justo el juntar el sonido de la voz con los afectos del corazon para alabar al Dios invisible, Padre omnipotente, y á su Hijo único nuestro Señor Jesucristo, el cual ha pagado por nosotros al Padre eterno la deuda de Adan, y ha borrado con su misma sangre el acta que estaba escrita contra nosotros, y el decreto que nos condena como culpables á consecuencia del pecado del primer hombre. Hé aquí, pues, las fiestas de la Pascua, en las cuales es inmolado el verdadero Cordero, cuya sangre consagra y santifica las puertas de las casas de los fieles. Esta es la noche, ó Dios mio, en la cual sacasteis en otro tiempo del Egipto á nuestros padres los hijos de Israel, y les hicisteis pasar el mar Rojo á pié enjuto. Esta es la noche que ha disipado las tinieblas de los pecados con el resplandor de una columna luminosa. Esta es la noche que separando hoy por todo el mundo á los que creen en Jesucristo, de los vicios del siglo y de las tinieblas del pecado, los restablece á la gracia, y los hace entrar en la sociedad de los santos. Esta es la noche en la que Jesucristo, rotos ya los lazos de la muerte, se ha levantado victorioso del sepulcro. Nada hubiese, en verdad, servido para nosotros el que hubiese nacido, si no hubiésemos tenido la dicha de que nos hubiese rescatado. ¡O efusion admirable de vuestra bondad sobre nosotros! ¡O esceso incomprensible de vuestra caridad inefable! Para rescatar al esclavo habeis entregado á vuestro Hijo. ¡O pecado de Adan, detestable á la verdad por su malicia; pero que ha sido ciertamente la ocasion del mas grande de todos los bienes, puesto que ha sido borrado por la muerte del Salvador! ¡O culpa á la verdad desgraciada por sus tristes efectos; pero en algun sentido feliz, puesto que nos ha procurado un Redentor tan magnífico! ¡O noche verdaderamente dichosa, que sola ha podido saber el tiempo y el momento en que Jesucristo ha resucitado! Esta noche es de la que está escrito: La noche será para mí tan clara como el dia, y esta noche luminosa con su resplandor no contribuirá poco al esplendor de mi triunfo. La santidad de esta dichosa noche destruye los crímenes, lava las ofensas, restablece á la inocencia á los que la habian perdido, vuelve la alegría á los que estaban en la afliccion, disipa los odios y las enemistades, restablece la paz y la union en los corazones, y somete á Dios los imperios del mundo. Recibid, pues, ó Padre eterno, en consideracion de esta noche sagrada, el sacrificio de este incienso que vuestra santa Iglesia os ofrece en esta misma noche por las manos de sus ministros, en la oblacion solemne de este cirio, cuya materia han proporcionado las abejas. Aquí el diácono coloca los cinco granos de incienso en el cirio pascual en forma de cruz; despues continuando bajo de la misma alegoría de la columna de fuego milagrosa que alumbraba á los israelitas durante la noche, y que por el dia ponia á todo el pueblo á cubierto de los ardores del sol: ahora es, continúa, cuando reconocemos las singulares ventajas de esta columna de cera, que un fuego brillante y sagrado va á encender en honor de la divina Majestad; y aunque este fuego bendito se divida despues en tantas partes, cuantos son los sugetos á quienes va á comunicar su ardor y su luz, nada pierde por esta comunicacion, alimentándose de la cera derretida que ha producido la abeja para componer la sustancia de esta misteriosa llama. Y aquí es cuando se encienden las lámparas.

¡O noche verdaderamente dichosa, prosigue el diácono, que despojando á los egipcios, ha enriquecido á los hebreos! El sentido literal cae sobre lo que pasó en la partida de los israelitas de todo el Egipto; pero el sentido alegórico nos representa á los cristianos enriquecidos, por decirlo así, con los despojos de los judíos, que negándose á reconocer al Mesías, y quitándole la vida, han perdido para siempre la cualidad de pueblo escogido, y todas las bendiciones que abandonando a la sinagoga, han pasado á la Iglesia. Noche en la cual el cielo se une á la tierra, y Dios á los hombres. Os suplicamos, pues, Señor, que este cirio consagrado en honor de vuestro nombre arda toda esta noche, para que se disipen sus tinieblas; y que elevándose su luz como un perfume agradable se mezcle con la de las antorchas celestiales: encuéntrele todavía encendido el astro de la mañana; aquel astro, digo, que no tiene ocaso, el cual habiendo resucitado, y volviendo victorioso de los infiernos, ha hecho que luzca sobre todo el género humano una luz tan brillante en perfecta serenidad. Os suplicamos, Señor, que concediendo á nuestros dias la tranquilidad de una paz dichosa, os digneis entre el regocijo de estas fiestas pascuales, conservar por una proteccion especial á todos vuestros fieles siervos, á todo el clero y á todo este devoto pueblo, con nuestro santísimo padre el papa, y nuestro prelado. Echad tambien una mirada favorable sobre nuestro piadosísimo monarca; y conociendo los votos y los deseos de su corazon, haced, ó Dios, por una gracia especial de vuestra bondad y de vuestra misericordia, que goce de la tranquilidad de una paz inalterable, y que con todo su pueblo consiga una victoria celestial sobre todos los enemigos de la salvacion. Esta gracia os pedimos todos por el mismo Jesucristo nuestro Señor, vuestro Hijo, que siendo Dios vive y reina con vos en unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos. Así sea.

Descúbrese demasiado el influjo del Espíritu Santo en la santidad de esta bendicion solemne del cirio pascual y en la celebridad de esta augusta y misteriosa ceremonia, para no creer que sea ella obra suya. No es posible dudar que no sea de tradicion apostólica, aun cuando no se hiciese con esta majestuosa publicidad en los tiempos de persecucion, en los que los emperadores paganos tenian como cautiva á toda la Iglesia. Pero luego que pasaron

aquellos tiempos sombríos, y se dió la paz á la Iglesia, se vieron desenvolverse sus sagradas ceremonias, y celebrarse sus oficios con aquel órden, aquella religion y aquella majestad, que indican la alta sabiduría y la sublime santidad del Espíritu divino que las dirige. Créese que fué el papa Zozimas el que ordenó la solemnidad de la ceremonia del cirio pascual, y se atribuye á san Ambrosio la bendicion tal como la tenemos. Este cirio misterioso no solo representa la nube y la columna de fuego de que ya se ha hablado en la bendicion, sino tambien la luz de la fé que nos ilumina, y el fuego divino de la caridad que Jesucristo ha venido á encender en la tierra y en el cual quiere que se abrasen todos los hombres. En su resurreccion fué propiamente cuando se encendió este fuego divino, y comenzó á esparcirse por el mundo esta luz sobrenatural, y esto es lo que parece que significan aquellas palabras de la bendicion: «Alégrese la tierra iluminada con tantos resplandores. Alégrese tambien la santa madre Iglesia adornada con los brillos de tanta luz». El sabio Durando, obispo de Menda, en su Racional de los oficios divinos, dice que los cinco granos de incienso que se ponen en el cirio pascual en forma de cruz, significan las cinco llagas, cuyas cicatrices ha querido el Salvador conservar en su cuerpo glorioso; y que dan bastante á entender que la mortificacion es una especie de sacrificio ofrecido á Dios en olor de suavidad, en el que el fuego del amor divino es el que consume la víctima.

A la bendicion del cirio pascual se siguen doce lecciones de la santa Escritura que ordinariamente se llaman profecías, cuya lectura es interpolada de cánticos y de oraciones. Las relaciones espirituales, místicas y morales que tienen con la solemnidad del dia, y sobre todo con la ceremonia del bautismo, del que puede decirse que el Sábado santo es la gran fiesta, dan una idea bastante justa del gran misterio de nuestra regeneracion, la cual se llama la Pascua, esto es, el pasaje del Egipto, por decirlo así, á la tierra de promision; del estado de esclavos á la cualidad de hijos de Dios; del estado del pecado al estado de la gracia. Léense sin título, porque como era principalmente á los catecúmenos á los que se les leian, no se les leian mas que bajo del título de palabra de Dios, sin nombrarles los escritores sagrados cuyos nombres, cualidad y mérito ignoraban.

La primera de estas lecciones, tomada del Génesis, es de la creacion del mundo, y principalmente de la formacion del hombre á imágen de Dios, la cual habia sido borrada por el pecado, y se repara en el bautismo de la regeneracion en Jesucristo por el mérito de su muerte y de su resurreccion gloriosa, que ha disipado las tinieblas que estaban esparcidas por toda la tierra. Esta leccion es una viva representacion alegórica de la redencion, bajo del nombre histórico de la creacion.

La segunda leccion contiene la historia del diluvio. Habiendo llegado la malicia de los hombres hasta el último esceso, y corrompido toda carne su camino sobre la tierra, resolvió Dios anegar, por decirlo así, la iniquidad en las aguas del diluvio, no conservando en el arca mas que un pequeño número de almas justas, las cuales debian en lo sucesivo repoblar todo el universo. Hablando con propiedad, solo en la sangre de Jesucristo es en donde la iniquidad ha sido verdaderamente anegada, y destruido el pecado, segun la profecía de Daniel. El arca es la figura de la Iglesia, fuera de la cual no hay salud.

La tercera leccion refiere la historia del sacrificio de Isáac, esto es, la historia de un padre como sacrificador, y de un hijo como víctima: jamás hubo figura mas significativa del sacrificio de Jesucristo.

La cuarta leccion es la historia del paso milagroso de los israelitas por el mar Rojo al salir de la servidumbre de Egipto para ir á la feliz tierra prometida, en la que corrian como rios de leche y miel. Lo que allí sirvió para la salvacion del pueblo de Dios, sirvió para la pérdida de los enemigos de este pueblo. ¿Quién no ve en esta figura la imágen del triunfo de la Iglesia sobre todos los enemigos de Jesucristo?

La quinta leccion está tomada del profeta Isaías, por cuya boca el Señor, despues de haber denotado en qué consiste la herencia que promete á los que debe adoptar por Jesucristo resucitado, convida á todo el mundo á abrazar la fé, á fin de que puedan recoger el fruto de sus promesas, y participar de esta herencia como coherederos con Jesucristo en el lenguaje de san Pablo.

La sexta leccion contiene la profecía de Baruch. Este discípulo del profeta Jeremías declara á los hijos de Israel, que entonces gemian en la cautividad de Babilonia, que la causa de todas sus desgracias procede de que han dejado al Señor su Dios, alejándose de sus caminos. En seguida, prediciéndoles la venida de Jesucristo: «Él es,» les dice, «el que es nuestro Dios: ningun otro que él, por quien todo ha sido hecho, ha sabido hallar el camino de la verdadera sabiduría; él es el que ha encontrado todos los caminos de la verdadera sabiduría. Él la ha dado á Jacob, su siervo, y á Israel su pueblo muy amado. Despues de esto, este Dios hecho hombre se ha dejado ver sobre la tierra y ha conversado con los hombres.»

La séptima leccion, tomada del profeta Ezequiel, nos representa el misterio de la redencion de los hombres, bajo de la imágen alegórica del estado lamentable en que se hallaba el género humano á la venida del Salvador. Un vasto campo lleno de huesos secos se presenta á la vista del Profeta, el cual oye una voz que le dice: «Hijo del hombre, ¿piensas tú que estos huesos podrán volver á vivir?» El milagro no parecia muy posible; sin embargo, el milagro se hizo. Dios mismo descubrió al Profeta el misterio. «Todos estos huesos,» dice el Señor, «representan la casa de Israel.» Los israelitas dicen: Nuestros huesos están desecados, no nos resta esperanza alguna, somos perdidos sin remedio. Oye sin embargo lo que yo te mando que les anuncies: Confía, pueblo mio: «Yo abriré tus sepulcros, y te haré salir de tus sepulcros;» y te llevaré á la tierra de bendicion que te he prometido, y sabrás por propia esperiencia que yo soy el Señor. Esta profecía no se ha cumplido propiamente hasta la muerte y la resurreccion del Salvador.

La octava leccion está tomada del pasaje de Isaías, en que se dice que siete mujeres asirán á un hombre, á quien no pedirán otra cosa sino que puedan llevar su nombre, y ser así libres del oprobio. Habiendo predicho el Profeta la ruina entera de la sinagoga y de Jerusalen, nos da aquí la verdadera imágen de la Iglesia, cuya cabeza y esposo es Jesucristo: el número siete significa en la Escritura un número indefinido; y estas almas significan aquí las almas rescatadas por Jesucristo y purificadas con su sangre, las cuales constituyen toda su gloria y su felicidad en ser por

toda la eternidad las esposas del Cordero sin mancha.

La novena leccion es del Exodo, en la que se nos representa el sacrificio de Jesucristo inmolado en la cruz, bajo de la figura del cordero pascual, cuya sangre, estampada en la puerta de las casas, preservó á los israelitas de la mano del ángel esterminador, y cuya carne sirvió de alimento á todos los que salieron de Egipto pasando por entre las aguas del mar Rojo. Esta es la figura mas espresiva de la Pascua de los cristianos y de los efectos maravillosos del Cordero de Dios, inmolado por nosotros en la cruz, y hecho el alimento del verdadero pueblo de Dios en la adorable Eucaristía. Este mundo es un mar borrascoso y lleno de escollos; y los enemigos de la salvacion que hay que combatir durante el viaje de esta vida, no exigen un socorro menor ni un alimento ménos prodigioso.

La décima leccion es la del profeta Jonás, en la que él mismo está representado como una figura de Jesucristo, tanto ménos equivoca, cuanto que el mismo Jesucristo nos le ofrece como figura suya. En efecto, la muerte, la sepultura y la resurreccion del Salvador al tercer dia, se indican con bastante claridad por el modo con que el Profeta, que se habia como cargado él solo con la iniquidad de toda la tripulacion, fué arrojado al mar, tragado por el pez y arrojado tres dias despues vivo en la ribera; á lo cual se siguió inmediatamente la conversion de los ninivitas á la sola predicacion de Jonás.

La undécima leccion está sacada de aquel pasaje del Deuteronomio en que se nota que Moisés escribió su segundo cántico, y lo enseñó á los israelitas poco ántes de su muerte; y como en él describia muy á la larga todos los favores que habian recibido de Dios desde su salida de Egipto, espresando al mismo tiempo su estrema ingratitud y las penas con que Dios les habia castigado, quiso que este compendio histórico se guardase al lado del arca de la alianza para que sirviese de testigo contra ellos. La Iglesia nos refiere hoy este hecho para darnos la misma leccion, y advertirnos con cuánta severidad merecemos ser castigados si hacemos inútil el bien infinito de la redencion por la mas negra y la mas escandalosa de las ingratitudes.

La duodécima y última leccion está tomada del libro de Daniel, en la que se refiere la historia de la injusta persecucion escitada contra los tres jóvenes hebreos, su condenacion á ser quemados en un horno por no haber querido adorar la estatua del rey de Babilonia, y el milagro que Dios hizo en su favor, habiéndoles servido el fuego de refrigerio léjos de abrasarlos, y convertídoseles el horno en oratorio, en donde alababan á Dios y cantaban sus alabanzas. Como este milagro puede decirse que era un tipo del gran número de maravillas semejantes que debian suceder en la Iglesia, en la que habian de verse tantos millones de generosos mártires de Jesucristo predicar su divinidad y cantar sus alabanzas en medio de los fuegos de tan crueles persecuciones, la Iglesia termina las lecciones del oficio de este dia por esta profética historia; y tal vez por la misma razon la lee en el trascurso del año todos los sábados de las cuatro témporas.

Todas estas lecciones se terminan con la oracion siguiente:

Omnipotens sempiterne Deus, spes unica mundi, qui prophetarum tuorum praeconio praesentium temporum declarasti mysteria: auge populi tui vota placatus: quia in nullo fidelium, nisi ex tua inspiratione, proveniunt quarumlibet incrementa virtutum. Per Dominum...

Dios omnipotente y eterno, única esperanza del mundo, que por las predicciones de vuestros profetas habeis manifestado los misterios de estos tiempos; aumentad por vuestra bondad el ardor de los votos y de las oraciones, porque ninguno de vuestros fieles puede adelantar en la virtud, sino por la inspiracion y el auxilio de vuestra gracia. Por nuestro Señor Jesucristo.

La misa de este dia no se celébraba hasta la noche hácia la hora de la resurreccion del Salvador, esto es, al amanecer, y se llamaba la misa pascual de la vigilia. En esta fiesta anticipada, la Iglesia deja sus vestiduras de luto y denota bastante por sus cánticos de alegria, por el brillo y la magnificencia de sus ornamentos y por el sonido de las campanas, la alegria que tiene de ver á su Esposo salir del sepulcro, y triunfante de la muerte volver á tomar una nueva vida, eterna, gloriosa, brillante é impasible. Omítese el introito de la misa, porque todo el pueblo estaba ya rennido, y porque las letanías mayores que se acaban de cantar para invitar á todos los santos á que unan sus cánticos de alegría á los nuestros, sirven de introito. Esta misa no es la misa del sábado, sino de la noche del sábado al domingo, en la cual resucitó el Salvador. Por esto en la oracion y en el prefacio no se hace mencion mas que de esta noche sagrada, como si esta misa se dijese todavía al fin de la noche. No se daba la paz, porque el Salvador no la habia aun anunciado á sus discípulos, y por la misma razon tambien se omite el Agnus Dei, porque á aquella hora no se le creia aun resucitado.

La Epístola está tomada de aquel pasaje de san Pablo, en donde dice á los colosenses que si por el bautismo están muertos y resucitados en Jesucristo, deben llevar una vida del todo nueva y en alguna manera toda celestial; que no deben ya tener aficion sino por el cielo; deseos ni aun pasiones mas que para las cosas del cielo, considerándose en adelante como ciudadanos de esta patria celestial que viajan por la tierra, la cual debe ser para ellos un lugar de destierro. Vosotros estais muertos al mundo y al pecado por el bautismo, y no debeis ya vivir mas que en Jesucristo, y en él es en el que vuestra vida debe estar como escondida; como si se dijera, que la vida de los cristianos debe ser una vida pura, una vida mortificada que anime la fé y que alimente la caridad; de suerte que todos los cristianos resucitados con la cabeza de que son miembros, deben poder decir como san Pablo: Yo vivo; pero no soy yo el que vivo, es Jesucristo el que vive en mí.

Despues de esta Epístola, que es como una leccion que la Iglesia da á todos los que han recibido una nueva vida por el bautismo, comienza propiamente la solemnidad pascual por la Alleluya, cuyo canto estaba interrumpido desde la víspera de septuagésima en que la Iglesia habia entrado en la aficcion y en el luto de la penitencia. Es este un cántico de alabanza, de accion de gracias y de regocijo, el mas corto de los cánticos, compuesto de dos palabras hebreas, lo que significa y espresa con mas energía que nosotros podríamos hacerlo en nuestra lengua: es como si dijera: «Alabemos á Dios; démosle gracias, hagamos brillar nuestra alegria. Alleluya.» Este cántico de alegría se ha tomado del Apocalipsis. Era tan familiar á

los fieles durante el tiempo pascual, que era el saludo ordinario que se hacian mutuamente los unos á los otros. Conformábanse en esto con el espíritu de la Iglesia, que en todo este santo tiempo lo repite con mucha frecuencia en sus oficios. Este uso en la Iglesia romana data desde el tiempo del papa san Dámaso: créese que san Gerónimo, que lo habia visto establecido desde mucho tiempo en la iglesia de Jerusalen, lo trajo á Roma. Como antiguamente no se cantaba la Alleluya, mas que en el tiempo pascual, Sozomeno dice que era una especie de juramento entre el pueblo, en todo lo restante del año, por el cual se protestaba la verdad de la cosa de que se trataba, así como deseaban poder oir y cantar Alleluya en la fiesta de Pascua. El Evangelio de la misa refiere el santo empeño con que al fin de la noche del sábado, esto es, al amanecer del domingo, que era el primer dia de la semana y el tercero despues de la muerte del Salvador, las santas mujeres que habian profesado una devocion mas tierna, mas ardiente y mas generosa á Jesucristo durante su vida, se apresuraron por ir al lugar de su sepultura para rendirle los últimos obsequios despues de su muerte. La fiesta del sábado concluia siempre despues de las seis de la tarde. Hácia el fin, pues, de la noche, María Magdalena y María madre de Santiago y de José, con Salomé madre de los hijos del Zebedeo Juan y Santiago, tomaron las drogas aromáticas, el bálsamo y aceite olorosos que habian comprado desde las seis de la tarde, esto es, desde que terminó la fiesta del sábado, á cuyo tiempo se abrian las tiendas, las cuales estaban cerradas todo el sábado. Luego que tuvieron con que embalsamar el cuerpo de Jesus, se pusieron en camino ántes del dia, y á favor de la claridad de la luna que estaba en su lleno, para ir á ofrecer los últimos obsequios á su buen Maestro, sin pararse en la promesa que les habia hecho de resucitar al tercer dia; no habiéndoles permitido ser mas diligentes la fiesta del sábado que comenzó á las seis de la tarde del viernes. Ellas no llegaron al sepulcro hasta cerca de salir el sol. Antes que hubiesen llegado hubo un gran temblor de tierra, y en aquel momento resucitó Jesus. El terremoto y el trastorno de la piedra que cerraba la entrada del sepulcro, sucedieron mientras que las santas mujeres estaban todavía en el camino. Oyeron el ruido que espantó á los guardias, y sintieron bien el terremoto que obligó á huir á los soldados. Habiendo llegado allá, quedaron muy sorprendidas de no encontrar ni los guardias ni la piedra enorme que cerraba la entrada de la primera gruta que servia como de vestíbulo á la segunda en donde estaba el sepulcro. La primera gruta tenia nueve piés y medio de largo, y un poco ménos de ancho. En esta primera gruta fué en donde estaba la guardia en la que apareció el ángel á los soldados en el momento del temblor de tierra que les obligó á huir. Esta primera gruta daba paso á otra ménos vasta, abierta en la roca; tenia esta seis piés de largo y cinco de ancho; su altura era de cerca de ocho piés. La entrada era bastante estrecha, como que no tenia mas que tres piés y algunas pulgadas de altura y cerca de dos piés de ancho. Estaba cerrada con una piedra de un peso enorme, en la cual los sacerdotes habian puesto el sello. En esta segunda gruta era en donde se habia colocado el cuerpo sagrado de Jesucristo. Habiendo, pues, llegado las piadosas mujeres y no habiendo encontrado soldados, entraron desde luego en la primera gruta. Allí advirtieron un ángel bajo de la figura de un jóven vestido con una ropa blanca, su rostro brillaba como un relámpago y su ropa resplandecia mas que la blancura de la nieve: estaba sentado sobre la piedra que habia sido puesta por tapa á la entrada del sepulcro, la cual habia él derribado al lado derecho. Al principio quedaron poseidas de espanto; pero calmándolas el ángel: No temais, las dijo; no teneis motivo para temer, vosotras que abrasadas de amor á vuestro Salvador solo veniais á rendirle los últimos honores. Aquellos que habiéndole perseguido hasta el fin no le guardaban aquí en el sepulcro sino para hacer inútil, si hubiesen podido, la prediccion que habia hecho de darse á sí mismo una nueva vida despues de su muerte; esos son los que tienen que temer: por lo que hace á vosotras, sé yo bien cuál es el religioso motivo con que buscais á Jesus Nazareno, que ha sido crucificado, el cual no está aquí. Vosotras pensabais encontrarle todavía en el sepulcro; ha salido de él glorioso y triunfante, y despues de haber resucitado á tantos muertos, se ha resucitado á sí mismo. Si dudais de ello, no temais, pasad mas adelante; venid, mirad el lugar en donde se le habia puesto, á fin de que convencidas de la verdad de su resurreccion, vayais á llevar esta agradable noticia á sus discípulos, y señaladamente á Pedro. Decidles tambien que ántes que ellos puedan ir á Galilea, estará él allí para dejarse ver de ellos como se lo habia prometido.

El amor diligente de aquellas santas mujeres las condujo desde ántes del dia al sepulcro de su querido Maestro, y el Señor envió allí un ángel para que las instruyese de su resurreccion. El fervor y la solicitud con Dios no están mucho tiempo sin recompensa: solo las devociones frias, las almas cobardes y perezosas son escluidas de la sala de las bodas, porque llegan siempre tarde. La resurreccion de Jesucristo inspira á las almas fieles una alegría espiritual y muy dulce, al paso que llena de espanto á sus enemigos. Cuando uno es verdaderamente de Dios, una verdadera piedad, una conciencia pura dan á las fiestas de Pascua y á los demás misterios de todo el año, aquella dulce alegría que es un gusto anticipado de los regocijos del cielo; mientras que una falsa piedad, una devocion aparente jamás es mas triste ni siente nunca ménos uncion ni fervor que en estas grandes solemnidades.

Como en esta noche se daba solemnemente el bautismo á los niños y á los adultos, estos comulgaban todos al fin de la misa, y despues de la comunion se les daba leche y miel, que se habian bendecido ántes, para significar que se les miraba todavía como niños tiernos, incapaces de otro alimento que leche y miel. Hacíase tambien esto para darles á entender que por el bautismo y la comunion habian adquirido el derecho de entrar en la tierra de los vivos, esto es, en la Jerusalen celestial que Dios habia prometido á sus elegidos bajo el nombre de una tierra que manaba leche y miel. Tambien en este dia bendice el papa los Agnus Dei, que son unas medallas de cera nueva bendita ó de la cera del cirio pascual del año precedente, amasada con el óleo santo, á las cuales la bendicion del Santo Padre da virtud singular contra las borrascas, las tempestades y los artificios dañinos de los espíritus malignos.

La oracion que se dice despues de esta primera Epístola es como sigue :

Deus, qui hanc sacratissimam noctem gloria Dominicæ resurrectionis illustras : conserva in nova familiæ tuæ progenie adoptionis spiritum, quem dedisti : ut corpore et mente renovati, puram tibi exhibeant servitutem. Per eumdem Dominum...

O Dios, que ilustras y solemnizas esta sagrada noche por la gloria de la resurreccion de nuestro Señor, conserva en los nuevos hijos de tu Iglesia el espíritu de adopcion que les hemos conferido, á fin de que renovados en el cuerpo y en el espíritu, te sirvan con pureza de corazon; por el mismo Jesucristo nuestro Señor, etc.

La Epístola está tomada de la carta del apóstol san Pablo á los colosenses, cap. 3.

Fratres : Si consurrexistis cum Christo, quæ sursum sunt quærite, ubi Christus est in dextera Dei sedens : quæ sursum sunt sapite, non quæ super terram. Mortui enim estis, et vita vestra est abscondita cum Christo in Deo. Cum Christus apparuerit, vita vestra, tunc et vos apparebitis cum ipso in gloria.

Hermanos mios : Si habeis resucitado con Jesucristo, buscad las cosas del cielo, en donde Jesucristo está sentado á la diestra de Dios. Gustad de las cosas del cielo, y nó de las de la tierra; porque estais muertos, y vuestra vida está escondida en Dios con Jesucristo. Cuando Jesucristo, que es vuestra vida, apareciere, tambien apareceréis con él en la gloria.

Los falsos apóstoles querian persuadir á los fieles de Colosos, que estaban obligados á guardar las ceremonias legales, y sobre todo la circuncision. San Pablo les demuestra aquí que estando muertos y resucitados en Jesucristo y con Jesucristo por el Bautismo, no estaban ya sujetos á las prácticas de la ley judaica. Que si habian resucitado con Jesucristo, debian llevar una vida toda nueva y toda espiritual por la fé.

REFLEXIONES.

«Si habeis resucitado con Jesucristo, buscad las cosas del cielo, gustad las cosas del cielo.» Cuando uno ha resucitado con Jesucristo, gusta poco lo que es de la tierra; apenas puede tener otros deseos ni otra solicitud que por las cosas del cielo. La resurreccion espiritual produce en el alma cuasi los mismos efectos que la resurreccion corporal produce en el cuerpo. Es una nueva vida, es un hombre nuevo que nada retiene de las imperfecciones del antiguo. ¡Qué brillante luz en su entendimiento! ¡qué pureza de deseos en el corazon! ¡qué regularidad de costumbres y de conducta durante la vida! Los deseos terrenos no nacen sino de un fondo corrompido. Un corazon agitado por las pasiones produce todas esas nieblas espesas que oscurecen el entendimiento. Todo es terreno en un hombre poco cristiano. Verdades sublimes, santas, moral, espiritualidad práctica, es un lenguaje que no entiende una alma terrena. De aquí aquellos corazones duros, aquellos entendimientos cerrados, aquellas tenacidades en el mal, aquellas cegueras espirituales, aquellas impenitencias finales. La nocion mas justa de una persona mundana, es decir que vive segun el espíritu del mundo; esto lo dice todo. Cuando uno no es de las ovejas de Dios, está sordo á su voz; ni aun se conoce esta voz cuando uno no está en el redil. De aquí nacen aquellas grandes dificultades para convertir á un mundano, á una mujer que no está animada mas que del espíritu del mundo. De aquí es que son tan pocos los herejes que se convierten. Pero hase resucitado con Jesucristo, ya se hace uno todo espiritual. Las pasiones estinguidas, ó á lo ménos mortificadas, no tienen fuerza para escitar rebeliones en el hombre interior. Un corazon purificado por la gracia, no es ya un fondo fecundo en malignas exhalaciones. El aire es muy puro para que pueda formar nubes; la fé es muy viva para que sufra nieblas; el cielo bajo del cual se vive entonces es muy sereno, y la mar en que se ha embarcado goza de mucha calma, para que pueda privar al alma de toda la libertad de pensar, y de obrar como cristiano. Ella descubre entonces el vacío y la nada de los bienes criados, el falso brillo de los honores mundanos, el veneno de los placeres que encantan. Ciudadanos de la patria celestial, no puede mirarse la tierra sino como un lugar de destierro. No se suspira mas que por el cielo, no se hallan otros bienes sólidos que los del cielo, no hay gusto mas que por las cosas del cielo, todo otro gusto es un gusto estraño, es un gusto depravado que siempre es señal segura de una alma enferma. El espíritu y las máximas del mundo causan lástima á los que verdaderamente han resucitado. Este puñado de dias en que consiste la vida mas larga, deja de tener atractivo luego que se le compara con la eternidad. Todo es prestigio para el que no ha resucitado con el Salvador. Dignidades brillantes, empleos grandiosos, tesoros inmensos, todo deslumbra, todo encanta á un corazon carnal, á un espíritu terreno. Por la resurreccion espiritual se desvanece el prestigio, cae el encanto, y desmascarado el fantasma, no es ya mas que un fantasma, y como tal aparece. ¡Qué desgracia para aquellos que en estas fiestas de Pascua no esperimentan los efectos saludables de la resurreccion! ¡Desgraciado el que persevera en sus tinieblas! Dios no hace maravillas sino en favor de los que han salido de Egipto. El maná no es mas que para los que han pasado el mar Rojo, y han sido purificados con la sangre del cordero.

El Evangelio de la misa es de san Mateo, cap. 28.

Vespere autem sabbati, quæ lucescit in prima sabbati, venit Maria Magdalene, et altera Maria videre sepulchrum. Et ecce terræmotus factus est magnus. Angelus enim Domini descendit de cælo : et accedens revolvit lapidem, et sedebat super eum: erat autem aspectus ejus sicut fulgur, et vestimentum ejus sicut nix. Præ timore autem ejus exterriti sunt custodes, et facti sunt velut mortui. Respondens autem angelus, dixit mulieribus : Nolite timere vos: scio enim quod

Al fin de la noche del sábado, en el primer dia de la semana, María Magdalena, y la otra María, fuéron para ver el sepulcro, y de repente se sintió un gran terremoto, porque un ángel del Señor bajó del cielo y acercándose (al sepulcro) trastornó la piedra, y se sentó sobre ella. Su rostro era semejante á un relámpago, y su vestido á la nieve. El espanto que causó á los guardias los aturdió, y quedaron como muertos. Mas dirigiéndose el ángel á las mujeres, les dijo : No temais; yo sé que buscais á Jesus que ha sido crucificado; no está aquí, porque ha

Jesum, qui crucifixus est, quæritis: non est hic: surrexit enim, sicut dixit. Venite, et videte locum, ubi positus erat Dominus. Et cito euntes, dicite discipulis ejus quia surrexit: et ecce præcedit vos in Galilæam: ibi eum videbitis. Ecce prædixi vobis.

resucitado, segun que lo habia prometido. Venid, y ved el paraje en donde se habia colocado al Señor. Ahora, id corriendo á decir á sus discípulos y á Pedro que ha resucitado, y que va á Galilea delante de ellos. Allí, pues, le vereis. Yo os lo profetizo.

MEDITACION.

Sobre el misterio de este dia.

Punto primero.—Considera la profunda tristeza y afliccion de que estaban poseidos todos los discípulos del Salvador desde el dia de su muerte. Su fé sepultada, por decirlo así, con él, apenas sostenia su esperanza; su amor á la verdad, á su divino Maestro, no estaba estinguido, pero no podia mas que dar lágrimas. Toda la fe se encontraba solo en la santísima Vírgen; ningun otro habia que no dudase de su resurreccion. Magdalena y las otras mujeres piadosas se apresuran para ir á rendirle los últimos obsequios; pero notemos que no son mas que las que le habian seguido hasta el Calvario, y cuya fidelidad habia estado espuesta á la prueba de las ignominias de la cruz. ¡Qué ánimo inspira el amor de Dios, cuando es sincero y ardiente! ¿y qué le puede detener para ser fiel en las adversidades? ¡Dios mio! que liberal sois, qué pronto estais á recompensar á los que os aman con ternura! En la Magdalena y en las otras mujeres vemos la verdadera imágen de un alma verdaderamente convertida, de un alma generosa y ferviente, de un corazon abrasado en amor de Dios. ¿Qué santa impaciencia no les inspira el deseo de volver á ver á Jesucristo, y de rendirle todavía los últimos obsequios? ¿Deliberan mucho tiempo si se pondrán en camino para buscarle? ¿Creen ellas, como la mayor parte de las almas cobardes, que siempre le hallarán pronto? Era necesario toda la autoridad de la ley para templar su ardor; el respeto que tuvieron al sábado, suspendió sus conatos y su zelo; pero solo sirvió para acrecentar sus santos deseos. ¡Dios mio! ¡qué poco se teme, qué poco se delibera, cuando se ama mucho! Apenas espira el sábado van á proveerse de perfumes; no esperan al dia para ponerse en camino; previenen la salida del sol; su amor les sirve de guia al través de las tinieblas. ¿Consultan acaso su delicadeza? ¿escuchan la timidez natural á su sexo, ni otras cien razones falsas que se presentan á su idea, para disuadirlas de su designio? Una piedad ménos sólida, un amor de Dios ménos puro, hubiera sido ménos generoso, y se habria dejado persuadir; pero se difiere poco á los sentimientos humanos, cuando se siguen los atractivos de la gracia. Dios no quiere esos espíritus muertos é irresolutos que vacilan siempre sobre su conversion. Dios rechaza esas almas tibias, esos corazones tímidos, que parece que no cuentan más que sobre sus propias fuerzas; esas semivoluntades que no sirven mas que para adormecer y para entretenernos. Pero, ¿acaso aquellas siervas generosas de Dios no han previsto las dificultades, é ignoran los obstáculos? De ningun modo. Apenas se han puesto en camino cuando les ocurre la dificultad que tendrian en remover y quitar la piedra que cerraba la entrada del sepulcro. Este solo obstáculo debia, al parecer, hacerlas volver atrás; un cuerpo de guardia, una piedra de un peso enorme, el sello del magistrado, eran razones poderosas para no pasar adelante. Sin duda lo hubieran sido para quien no hubiera tenido mas que un amor de Dios lánguido y flaco; pero para el que ama á Dios sin reserva, y que no busca mas que á Dios, la confianza le inspira un ánimo maravilloso, y le sirve para acometerlo todo.

Punto segundo. — Considera cuán poco tarda Dios en recompensar á una alma que no le busca mas que á él, y que no está animada mas que de su espíritu. No hay cosa que así obligue al Señor á hacer milagros, que un amor generoso y una viva fé. No detiene á aquellas santas mujeres ni el temor de hallar soldados que las impidiesen el acercarse al sepulcro, ni la imposibilidad de quitar ellas solas una piedra, que muchos hombres juntos no hubieran podido remover; pero apenas se han determinado á pasar adelante, los soldados son puestos en fuga, y el sepulcro se abre. De este modo se allanan en el servicio de Dios los mayores obstáculos, y desaparecen las dificultades mas repugnantes, luego que se forma la resolucion de vencerlas; apenas Dios ve que se le busca con rectitud, con ardor, con ánimo y buena fé. Dios deja que sean probados por algun tiempo sus mas fieles siervos. Tinieblas, arideces, obstáculos, tentaciones, todo pone á prueba nuestra fé y nuestra virtud; dichoso el que persevera en amar á Dios y en buscarle; feliz el que lleno de confianza no se desanima. El Señor, apenas tarda en recompensar á estas almas generosas. Ellas tienen el consuelo de saber las primeras que su buen Maestro ha resucitado, y son elegidas para que sean los primeros heraldos de su gloriosa y triunfante resurreccion. Ningun soldado parece por allí, ningun obstáculo, ninguna dificultad se presenta. La piedra de un peso enorme que cerraba la entrada del sepulcro, está quitada; en lugar de un cuerpo de guardia terrible, encuentran ángeles que las aseguran, que las consuelan, que las instruyen de que Jesucristo ha resucitado, y las convidan á que por sí mismas lleguen á cerciorarse entrando en el sepulcro. ¡O qué liberal y qué prontamente es recompensada la perseverancia en el servicio de Dios! Las solicitudes, el zelo, el fervor, y las lágrimas de aquellas siervas fieles de Dios, obligan al Señor á que haga muchas maravillas en su favor. No esperimentamos nosotros lo mismo, porque somos flojos en el servicio de Dios, porque le amamos poco, porque no nos atreveríamos ni aun á asegurar que le amamos. Querriase ser todo de Dios, esto es, no se quiere, sino que se querria, si Dios quisiera contentarse con un corazon dividido, si Dios quisiera ser servido á nuestro antojo, y nó segun que él lo pide; querríase llegar á la perfeccion, pero por el camino que nos agrade. Quiérese que la prudencia humana sirva de guia, y como si no hubiese que contar mas que con las propias fuerzas, se pierde el ánimo á la menor dificultad. Desconfíase, por decirlo así, de la bondad de Dios y de sus promesas, y se querria que Dios comenzase por allanarlo todo ántes de ponerse en camino; querríase que se levantasen los obstáculos, que la piedra se quitase ántes de emprender el viaje. Fiémonos en la palabra del Señor. Él podia aplacar la tempestad, y calmar las olas antes que san Pedro se

hubiese puesto sobre las aguas para ir adonde él estaba; sin embargo quiso ejercitar su fé y su confianza.

Concededme, Señor, la una y la otra. Cien veces he querido ponerme en camino para buscaros, y cien veces he vuelto atrás, espantado por dificultades por la mayor parte imaginarias. Mi cobardía y mi poca fé han aumentado mi flaqueza. Un poco mas de confianza en vuestra bondad me hubiera inspirado mas fortaleza; dadme esta fe y esta confianza, y yo espero que bien pronto sentiré los efectos de vuestro auxilio.

JACULATORIAS. —Esto es hecho, Señor, yo me levantaré, yo daré vuelta á la ciudad sin temor alguno, y buscaré por las calles y por las plazas públicas al que amo con todo mi corazon. (Cantic. 3.)

Nó, Señor, y tengo gran confianza en vos, de que aun cuando viese todo el infierno formado en batalla contra mí, no temeria. (Psalm. 26.)

PROPÓSITOS.

1. La Iglesia no renueva todos los años la memoria de los misterios mas augustos de nuestra religion, sino para renovar la piedad y el fervor en los fieles. Entremos, pues, en el espíritu de la Iglesia en estas grandes solemnidades. No os contenteis con tomar parte en la alegría de la Iglesia, en este dia de regocijo espiritual; procurad con vuestra piedad que esta alegría no sea para vosotros una alegría superficial é indiferente: solo la pureza de conciencia es la que produce la alegría interior, se necesita un corazon puro para sentir el gozo que inspira la solemnidad de nuestros misterios, una conciencia ulcerada turba todas las fiestas con sus remordimientos. ¿Quereis gozar la alegría pura de la fiesta de Pascua? purificad con esmero vuestro corazon por la penitencia, y celebrad esta gran fiesta con suma devocion. Consagrad la mayor parte del Sábado santo á la oracion y á las buenas obras; y despues de medio dia pasad tambien la mayor parte en la Iglesia; asistid al oficio de completas, y á la salutacion.

2 Es una práctica muy santa el levantarse por la mañana ántes de salir el sol. La opinion universal es que el Salvador resucitó al amanecer. No puede dudarse que este es un tiempo sagrado, y por decirlo así, privilegiado, en el que Dios derrama abundantemente sus gracias sobre las almas fieles que pasan en oracion estos dichosos momentos. Muchas personas emplean la media noche en ejercicios de piedad. Procurad, pues, levantaros mañana por la mañana, cerca de las tres, para honrar el momento afortunado en que resucitó Jesucristo. Meditad algun tiempo sobre la resurreccion. Rezad el oficio parvo de la santísima Vírgen, para felicitar á esta bienaventurada Madre por el triunfo glorioso de su amado Hijo nuestro Salvador. Es muy probable que en el momento de su resurreccion apareciese el Salvador á su querida Madre; testificadla la parte que tomais en su alegría: ella ha tomado mucha en vuestra redencion y en vuestra salvacion. No os contenteis con regocijaros vosotros con una santa alegría en este dia de triunfo y de solemnidad, procurad que se regocijen muchos mas con toda la Iglesia. Podeis hacer esto con vuestras limosnas; hacedlas hoy liberalmente, sobre todo á pobres familias vergonzantes. ¡Qué consuelo os dará, y cuánto mereceréis delante del Señor, si con vuestras piadosas larguezas procurais á tantos pobres vergonzantes los medios de pasar las fiestas de Pascua en una santa alegría! Encuéntranse familias honradas que algunas veces por su pobreza no tienen que comer el dia de Pascua, y aun algunas que por falta de ropas no pueden presentarse en la Iglesia. ¿Qué bien no hareis si con vuestra liberalidad cristiana proveeis á unas necesidades tan urgentes? Una rica limosna hecha con este espíritu, es un manantial de bienes para la otra vida y para esta.

DOMINGO DE PASCUA.

Este es el dia feliz, dice el Profeta, que ha hecho el Señor: celebremos este dia con todo el gozo y alegría que nos sea posible. ¿Hubo nunca un motivo mas justo de regocijo que la resurreccion del Salvador? Este misterio es la prueba invencible de todos los demás; es el fundamento de nuestra religion, el gaje seguro de nuestra felicidad, la base de nuestra fé y de nuestra esperanza. Jesucristo resucitado, dice San Atanasio, ha hecho una fiesta continua de la vida de los hombres: ya no debe turbar nuestro reposo ninguna pena, ningun temor; nuestra esperanza ya no es vacilante ni incierta; y pues que nuestro Señor vuelve á vivir para no morir mas, nosotros no podemos morir sino para volver á vivir. Hemos llorado á Jesucristo; justo es que habiendo sentido los dolores y las ignominias de su muerte, tengamos parte en la gloria y en la alegría de su triunfo. Manifieste su alegría todo el universo, dicen los profetas; resuene todo el mundo en este dia dichoso con voces y cánticos de alegría para celebrar un triunfo que debe hacernos á todos felices. (Joel, 2.) La muerte está vencida, el infierno deja libres sus mas ilustres cautivos; la tierra, ántes del tiempo de la restitucion general, se ve forzada á volver á muchos santos los despojos de sus cuerpos para honrar la pompa de su victoria; el cielo envia sus ángeles para anunciar á todos los fieles la gloriosa y triunfante resurreccion de su Redentor; los apóstoles salen por fin de las tinieblas de su ignorancia y de su incredulidad para reconocer y adorar la divinidad de su Salvador, á quien ven en este dia victorioso de la misma muerte.

Todo el cristianismo está fundado en la creencia de este misterio; todo gira sobre esta verdad fundamental. «Si Jesucristo no ha resucitado, dice san Pablo, en vano predicamos, en vano creemos.» Si Jesucristo no ha resucitado, dicen los Padres, todas sus promesas son vanas, toda nuestra esperanza viene á tierra, nuestra fé se desvanece, se estingue. Por mas que la divinidad de Jesucristo hubiese sido comprobada suficientemente, ya por las obras sobrenaturales que habia hecho durante el curso de su vida mortal, ya por los oráculos de los profetas que tan exactamente se referian todos á las diversas circunstancias de su vida, de su pasion y de su muerte; los demonios arrojados de los cuerpos, los ciegos curados, los muertos de cuatro dias resucitados; aunque tantas maravillas le autorizaban al parecer bastantemente en la cualidad de Hijo de Dios que tomó, con todo eso era necesario que resucitase, para que una verdad tan importante quedase fuera de todo ataque á todos los tiros de la calumnia. Puede, pues, asegurarse que la revelacion de la divinidad de Jesucristo estaba aneja principalmente á su resurreccion. Esta es la prueba que él mismo daba. El Evangelio está lleno de las espresas declaraciones que tan frecuentemente hacia á sus discípulos, no solo de los

oprobios de su muerte, sino de sus gloriosas consecuencias, y singularmente de la resurreccion de su cuerpo al tercer dia. No bastaba habérselo confiado á sus discípulos, si lo hubiera reservado de sus enemigos; por tanto tambien se lo manifestaba á estos cuando se presentaba la coyuntura. Unas veces se servia de espresiones misteriosas y figuradas para despertar su atencion y su curiosidad. Vosotros me preguntais, les decia, con qué autoridad arrojo á latigazos á los que por un tráfico indigno profanan el templo; destruid, pues, este templo, y yo le volveré á edificar en tres dias. Y el templo de que hablaba era, dice san Juan, su propio cuerpo. Despues que hubiéreis destruido por una muerte cruel é ignominiosa este templo visible, que es mi cuerpo, yo mismo lo restableceré al tercer dia en el mismo estado, y en un estado todavía mas perfecto. Vosotros me pedis, les decia en otra parte, un nuevo milagro para convencer vuestra incredulidad; los que he hecho, y de cuya mayor parte habeis sido testigos, podrian bastaros; pero yo haré uno que pondrá el sello á todos los demás, y que ningun hombre puede hacer sino Dios. Este será el que representó en figura el profeta Jonás, arrojado con vida del vientre de la ballena. No obstante que eran figuradas, los judíos comprendieron bien estas espresiones, tanto se penetraron de su verdadero sentido, que apenas murió fuéron incontinenti á Pilato y le dijeron: «Nos acordamos que aquel seductor ha dicho muchas veces durante su vida que resucitaria al tercer dia;» preciso es por consiguiente prevenir el error y cerrar todos los caminos á la impostura, tomando todas las precauciones posibles para impedir que sea robado del sepulcro. En efecto, tomáronse estas precauciones; la autoridad del príncipe, la desconfianza de los sacerdotes, los artificios de los fariseos, la vigilancia de los guardas, el sello de los magistrados, todo se puso por obra para impedir cualquiera sorpresa; y todo sirvió á despecho de ellos para hacer mas incontestable y mas sensible la verdad de la resurreccion. Si Pilato se hubiese contentado con enviar simplemente su guardia y dar las órdenes para que se velase en derredor del sepulcro, los judíos, dice san Crisóstomo, hubieran podido desconfiar de la fidelidad de unos soldados estranjeros que no les reconocian como señores; y para quitar este pretesto á su incredulidad, Dios quiere que Pilato lo deje todo á la disposicion de los judíos, tan encaprichados en la idea de abolir la memoria del Salvador, y tan interesados en falsificar la prediccion de su resurreccion. Así es que para ello nada omiten; la piedra sola con que cuidan de cerrar la entrada del sepulcro, hubiera bastado por su peso enorme para asegurarles. No contentos con haber establecido una guardia de soldados aguerridos y de confianza al rededor del sepulcro, ponen el sello sobre la piedra. Hé aquí el sepulcro cerrado, sellado, y por decirlo así, sitiado. ¡Qué aparato mas glorioso para la majestad del Salvador! dice un santo Padre; ¿pero hay alguna cosa mas brillante para la gloria de la sabiduría y del poder de Jesucristo? porque en este mismo cuidado tan perspicaz y tan vivo de los judíos para procurar cuanto pudiese ser obstáculo á su designio, dice uno de los mas célebres oradores cristianos, encuentra con que confundirlos. Quiere que aquellos furiosos nada tengan que acusarse respecto de la vigilancia, á fin de que en nada tengan que recusarle respecto de la verdad. Los guardias establecidos para quitar á la resurreccion los medios de difundirse por el mundo, quitan á sus enemigos el medio de contestarla. Segun sus miras, lo hecho eran otros tantos obstáculos á la impostura; segun las miras de Dios, eran otros tantos apoyos á la verdad. Sin los soldados, hubiera sido necesario que los apóstoles hubiesen sido los primeros denunciadores de este prodigio; gentes sospechosas é interesadas en publicar este hecho; en lugar de que los mismos soldados son los que, testigos oculares de la resurreccion, la denuncian á los pontífices y confunden de este modo su malignidad. Porque acusar, como ellos lo hicieron, la negligencia y el sueño de los soldados, es un efugio ridículo, dice san Agustin, que hace todavía mas incontestable la milagrosa resurreccion del Salvador. Porque si los soldados velaban, ¿cómo han podido dejar á sangre fria romper el sello, trastornar la piedra y robar el cuerpo? Si dormian, ¿son admisibles para negar el prodigio? La ficcion es muy grosera para que tenga ni el menor vislumbre de probabilidad. ¿Es verosímil que todo un cuerpo de guardia se haya dormido? ¿que ni uno solo de tantos soldados se haya despertado al ruido que necesariamente ha debido hacer un gran número de gentes para remover la piedra, para sacar el cuerpo del sepulcro y hacerle pasar por una abertura tan estrecha á fuerza de brazos? ¡qué letargo á prueba de tanto ruido y tanto tumulto! Pero, y ¿quién ha podido inspirar un ánimo tan repentino, un atrevimiento tan peligroso á un puñado de pobres pescadores que habian huido apenas supieron la prision del Salvador, y de los que el mas determinado habia jurado que no era su discípulo, cuando una criada le acusaba de ello? Mas aun; si los discípulos se ven reducidos á robar el cuerpo de su Maestro, era preciso que estuviesen convencidos de que no podia resucitarse, despues de tantas seguridades como les habia dado, y viesen claramente que no era mas que un insigne impostor. Si es un impostor sobre este artículo esencial, ¿qué quieren hacer de su cuerpo? ¿qué pueden esperar del resto de sus promesas? ¿qué interés tenian en engañar á toda una nacion por sostener un impostor que les habia engañado á ellos? ¿Cuánto mayor por el contrario les resultaba de ganar las potestades, y aun ser recompensados de los escribas y de los fariseos, descubriendo ellos mismos la impostura? No teniendo ya nada que esperar de un hombre muerto que les ha engañado, ¿se hubieran espuesto sin provecho alguno á los mas horrorosos tormentos? «Decid que vinieron sus discípulos de noche y lo han robado estando vosotros durmiendo.» ¿Podian servirse los judíos de un artificio mas grosero, ni de una trapacería mas marcada? A fuerza de quererla disfrazar, manifiestan mas su negra malicia. Porque al fin si los soldados se han dormido, ¿quién no ve que deben ser castigados por un descuido tan criminal? y si los discípulos, esto es, aquellos pobres, aquellos tímidos pescadores han sido tan atrevidos que han forzado el cuerpo de guardia; si han osado arrebatar un cuerpo puesto en depósito bajo del sello público, ¿qué investigaciones se han hecho? ¿qué castigo se ha exigido de un crímen tan enorme? Se recompensa largamente la pretendida negligencia de los soldados, y no se dice una palabra á los que se les acusa de un crímen tan atroz. ¡Qué pruebas tan brillantes, dicen los Padres, son de la verdad de este misterio, la irregularidad de esta conducta, estas contradicciones, estos artificios, estas su-

posiciones é inútiles sutilezas! ¡Qué prueba tan incontestable de la divinidad de Jesucristo es la verdad de este gran misterio, y por consiguiente de la verdad, de la santidad, de la infalibilidad de nuestra religion que él ha establecido! Así es que en virtud de la seguridad y de la fé de esta resurreccion tan milagrosa del Salvador, el cristianismo se ha multiplicado, el Evangelio ha hecho en el mundo progresos infinitos, y la divinidad del Salvador, á pesar del infierno y de todas sus potestades, ha sido creida hasta los últimos confines del mundo. Jamás predicaban los apóstoles á Jesucristo sin que produjesen su resurreccion como una prueba sin réplica. En el primer sermon que hizo san Pedro en medio de Jerusalen cincuenta dias despues que Jesucristo habia resucitado, y por medio del que convirtió á tres mil judíos; en este sermon, repito, no habló de otra cosa que de este misterio, sin que ni un escriba, ni fariseo, ni sacerdote se atreviese á desmentirle. El que os predicamos, decian altamente los apóstoles, es el que vosotros habeis crucificado, el que ha espirado en la cruz, y el que se ha resucitado á sí mismo despues de tres dias. La evidencia de esta resurreccion es la prueba evidente de todas las verdades de fé y la demostracion de todos los demás misterios. Puede decirse que en el nacimiento de la Iglesia toda la fuerza del zelo de los apóstoles se reducia á dar testimonio al público de la resurreccion del Salvador. Ellos no se califican al parecer mas que de testigos de la resurreccion del Señor. ¿Es necesario asociarse un nuevo discípulo en lugar del pérfido Judas? no se procura otra cosa sino que haya sido como ellos testigo de la resurreccion de Jesucristo. Y en efecto, añade san Lucas, todo el mundo se rendia á la fuerza de este testimonio. Toda la religion, todo el Evangelio están contenidos, por decirlo así, en este solo artículo de nuestra fé. ¿Jesucristo ha resucitado? Luego es el Hijo de Dios; luego es Dios, como él mismo nos lo ha asegurado; sus palabras son oráculos de verdad; su Evangelio es la única regla de las costumbres; su Iglesia el único camino de la salud; su religion la única religion verdadera que puede haber en el mundo.

Por la escelencia de este misterio juzguemos de la solemnidad de la fiesta de este dia. La fiesta de Pascua es la primera y la mas augusta de todas las fiestas de la religion cristiana. La Iglesia la ha mirado siempre en particular como el dia del Señor por escelencia, y la ha consignado el nombre augusto de Domingo, despues de haber trasferido á ella todos los honores y los deberes del sábado que hasta entonces habia sido el dia singularmente consagrado al Señor. No se ha contentado con circunscribir la solemnidad al dia de la Resurreccion ni á los términos de una octava ordinaria; ha querido que los regocijos espirituales de la fiesta continuasen los cincuenta dias, que es lo que se llama tiempo pascual, y que durante el año, el primer dia de la semana, que por esto ha ocupado el lugar del sábado, nos renovase la memoria del misterio de la Resurreccion, celebrase en algun modo la solemnidad, y cada domingo fuese como la octava perpetua de la fiesta de Pascua.

San Basilio dice que la fiesta de Pascua es como el principio de la fiesta de la eternidad, ó á lo ménos como la representacion de la fiesta de la eternidad bienaventurada. Otros santos Padres la llaman la fiesta de las fiestas. La fiesta de Pascua, dice san Gregorio Nacianceno, es tan superior á todas las demás fiestas del Señor, como estas son superiores á las fiestas de los santos; y el papa san Leon queriéndonos dar una justa idea de esta gran solemnidad, dice, que entre todos los dias que se honran con un culto particular en la religion cristiana, no hay ninguno mas augusto ni mas escelente que el de la fiesta de Pascua, de la cual reciben su dignidad, y por decirlo así su consagracion todas las demás solemnidades de la Iglesia. Conforme á este espíritu, en los ocho ó nueve primeros siglos la semana entera de Pascua se componia de tantas fiestas como dias; y propiamente no era mas que una sola fiesta solemne y festejada que duraba ocho dias. El concilio segundo de Macon celebrado en el año 585 renueva espresamente, y recomienda de un modo singular la cesacion del trabajo y de toda obra servil durante los seis dias que siguen al domingo de Pascua, no debiendo emplearse este por los fieles mas que en celebrar con devocion y con una santa alegría el triunfo de nuestro Redentor, y darle gracias por el beneficio de la redencion. «Ninguno, durante estos seis dias tan santos,» dice el Concilio, «se atreva á hacer obra alguna servil, sino ántes bien, reunidos todos juntos en la iglesia, no cesen de celebrar con alegría por medio de himnos y cánticos la fiesta de Pascua, y asistiendo todos los dias al divino sacrificio no cesemos de alabar y dar gracias á nuestro Salvador, singularmente por la mañana, á mediodía y la noche.» (Can. 2.) Teodulfo, obispo de Orleans en el siglo IX, despues de haber ordenado en su Capitular que se comulgase el Jueves santo, quiere que se comulgue tambien todos los dias de la semana de Pascua. El concilio de Maguncia, año de 813, ordena cuasi lo mismo. (Can. 41.) El de Meaux en 845 amenaza hasta con escomunion á los que violasen la santidad y la solemnidad de estos ocho dias. (Can. 77.) En fin, el concilio de Engelheim en Alemania renovó en el siglo siguiente el mismo decreto en órden á la celebracion de estos ocho dias de solemnidad (Can. 97), y hasta el principio del siglo XI no se redujeron estos ocho dias de fiesta á solos tres.

Siendo la fiesta de Pascua no solo la mas solemne de las fiestas de la Iglesia, sino tambien la época célebre que fija el tiempo de todas las demás, era necesario que se celebrase el mismo dia en todo el mundo cristiano. Los judíos han celebrado siempre su Pascua el 14 de la luna de marzo en memoria de su libertad de la cautividad de Egipto. La Iglesia celebra la Pascua en memoria de la resurreccion del Salvador el domingo despues del plenilunio de marzo, el cual cae inmediatamente despues del equinoccio, de la primavera, conformándose con el concilio de Nicea, á fin de no encontrarse con los judíos.

Antes del concilio de Nicea celebrado el año de 325, los cristianos del Asia celebraban la Pascua el dia 14 de la luna, en cuyo dia habia sido Cristo crucificado, mientras que en el Occidente no se celebraba sino el domingo. Esta diferencia de usos escitó á mediados del siglo II grandes cuestiones entre los occidentales y los asiáticos; pretendiendo estos que debia celebrarse la Pascua el dia 14 de la luna de marzo como los judíos, lo cual hizo que se les llamase cuarto-decimanos; y sosteniendo aquellos que no debia celebrarse sino en el domingo. El papa Victor amenazó separar de su comunion á las iglesias de Asia que se obstinaban en conformarse con los judíos. Terminóse en fin este debate por el célebre concilio ecuménico de Nicea que declaró que la Pascua debia celebrarse en toda la Iglesia el domingo despues del 14 de la luna de marzo,

esto es, el domingo despues de la luna llena, que concurre precisamente en el equinoccio de la primavera, ó inmediatamente despues de este equinoccio, el cual se fijó desde entonces invariablemente al 21 de mazo, y de aquí viene la variacion del dia de Pascua, porque la luna cuyo dia 14 cae en el equinoccio pertenece al mes precedente, y el 14 de la luna de marzo es siempre el que se halla en el equinoccio, ó inmediatamente despues del equinoccio; de consiguiente como el primer dia de esta luna se encuentra constantemente entre el 8 de marzo y el 5 de abril, la Pascua nunca puede subir mas arriba del 22 de marzo, ni retrasarse mas allá del 25 de abril; en este intervalo es en el que rueda necesariamente.

Es sabido que el nombre de Pascua viene de la palabra hebrea *Pesach*, que significa pasaje, y que entre los judíos significaba el paso del mar Rojo á la salida de Egipto, y el paso del ángel esterminador, el cual viendo la sangre del cordero pascual sobre las puertas de los israelitas pasaba sin hacerles ningun mal, al mismo tiempo que entraba en las casas de los egipcios para quitar la vida á todos los primogénitos de los hombres y de las bestias. Entre los cristianos la palabra Pascua tiene la misma significacion; pero en un sentido mucho mas espiritual y con relacion al misterio, del cual no era mas que la figura el paso del ángel y de los hebreos. Propiamente significa el paso de la muerte á la vida en la resurreccion de Jesucristo; de la servidumbre del pecado á la dichosa libertad de hijos de Dios en los cristianos; de la ley antigua á la ley nueva, y del desierto de esta vida, dicen los Padres, á la verdadera tierra prometida que es el cielo, á la cual nos dan derecho la muerte y la resurreccion del Salvador.

En muchas iglesias, y especialmente en muchas comunidades religiosas, se trata de honrar hoy el momento glorioso en que Jesucristo resucitó, con procesiones que se hacen al amanecer al rededor de las iglesias, ó en los baptisterios, y con la misa de resurreccion que se celebra en un altar levantado fuera de la iglesia, para honrar la santa solicitud de las tres Marías que ántes del dia fuéron al sepulcro del Salvador. Los griegos y los orientales hacen una especie de fiesta particular, que llaman la fiesta del triunfo de Jesucristo que sale glorioso del sepulcro. Al amanecer, ya que la aurora comienza á esclarecer, se van á la iglesia, y despues de algunas oraciones y lecturas se canta un cántico de la resurreccion, durante el cual el sacerdote oficiante besa la imágen de Jesucristo resucitado; la da en seguida á besar al mas respetable del concurso, el cual la comunica al siguiente, y así de uno en otro. Las mujeres hacen lo mismo en su estrado, y esta santa ceremonia pasa hasta los niños. El que la da á besar dice: «Jesucristo ha resucitado;» el que la recibe responde: «Verdaderamente ha resucitado.» No solamente en la Iglesia era en donde se daba esta señal de alegría cristiana; en todos estos tres dias no se saludaba de otro modo en las calles y en las casas. En Occidente se observaba la misma ceremonia. Para saludarse, se decia: «El Señor ha resucitado verdaderamente;» y se respondia: «Rindamos á Dios eternas acciones de gracias.» Serviánse de esta ocasion para reconciliarse por el beso de paz, que estaba muy en uso. En lo sucesivo no se dió este beso mas que en la misa, hasta que por último se ha reducido á solos los ministros del altar y á los clérigos. El himno ó cántico de regocij mas comun que se cantaba en las procesiones que se hacian al amanecer, comenzaba por estas palabras: «Salve dia festivo...» cuyo primer distico era intercalar, con el «Gloria, alabanza...» del domingo de Ramos, y el «Cruz fiel...» del Viernes santo. En fin todo está lleno de una santa alegría, todo inspira en el oficio pascual aquel santo regocijo de que la Iglesia está penetrada. Salmos, himnos, cánticos, antífonas, versículos, todo concurre á celebrar con solemnidad el triunfo del Salvador en este dia, y el mas interesante y el mas consolador de los misterios. Esto es lo que ha hecho decir á san Gregorio que la fiesta de Pascua es no solo la primera y la mas interesante de todas, sino que es tambien la solemnidad de las solemnidades, porque abriéndonos el cielo nos hace gozar anticipadamente, por la fé, por la esperanza y por la caridad, de los regocijos celestiales. Nada estraño debe sernos que la Iglesia celebre con tanta solemnidad un misterio que mira no solo como el fundamento de nuestra fé, sino tambien como la causa y el símbolo de la vida eterna y bienaventurada que es el objeto de nuestra esperanza. La Cuaresma que ha servido de preparacion á esta fiesta, era la figura de la vida penitente y laboriosa que debemos llevar en este lugar de destierro; la fiesta de Pascua representa la vida gloriosa que debe ser la recompensa de la vida presente. Por esto la Iglesia en todo el oficio de esta semana entra ya en espíritu en la patria celestial. No quiere alabar á su Dios con los himnos ordinarios; en lugar del himno repite sin cesar la «Alleluya» que cantan eternamente los bienaventurados en la gloria, dice san Juan. «Yo oí,» añade, «como la voz de muchas turbas en el cielo, que decian ALLELUYA. A nuestro Dios es á quien pertenece la cualidad de Salvador, la gloria y el poder. Así sea, ALLELUYA. Cantad incesantemente alabanzas á nuestro Dios, vosotros que sois sus siervos, ALLELUYA,» y repetian: «ALLELUYA; porque el Señor nuestro Dios omnipotente ha tomado posesion de su reino.» Regocijémonos, hagamos resaltar nuestra alegría, y rindámosle la gloria. Hé aquí, segun san Juan, lo que pasa en el cielo, y esto es lo que la Iglesia trata de imitar en la tierra con esta frecuente repeticion de la palabra ALLELUYA durante el tiempo pascual.

El introito de la misa de este dia está tomado del salmo 138. Habla Jesucristo á su Padre en el dia de su triunfo: «Yo he resucitado,» le dice, «sin haber jamás dejado de estar contigo: alabanza á nuestro Dios. Has estendido tu mano sobre mí, jamás se ha ostentado tu poder infinito en mí con mas brillantez que en el triunfo de mi resurreccion. Gloria eterna te sea dada; tu ciencia se ha hecho admirar; alabad á Dios, sí, no ceseis de cantar en su honor cánticos de alabanza.» Como no hay otro que tú, Señor, que me conozca perfectamente dice el Salvador; como no hay ninguno sino yo que conozca perfectamente lo que tú eres, tu poder infinito, tus divinas perfecciones y tu esencia; tú has hecho conocer en este dia lo que yo soy: tú has conocido mi muerte y mi resurreccion. Tú has conocido el fin, la causa y el mérito de mi muerte, por la cual he satisfecho plenamente á tu justicia; y no ignoras que en virtud del mismo divino poder que me es comun contigo, he resucitado glorioso y triunfante de la muerte y del sepulcro.

La Epístola de la misa de este dia se ha tomado de la primera carta que san Pablo escribió á los corintios. Hermanos mios, les dice, desprendeos de la antigua levadura

para que llegueis á ser una pasta nueva. Acababa el santo Apóstol de reprender á los fieles de Corinto, porque toleraban entre ellos á un incestuoso público, que él mismo entregó á Satanás y escomulgó, á fin de que en adelante, estando separado del cuerpo de la Iglesia, como un miembro dañado, no tuviesen ningun comercio con él. ¿Ignorais, les dice, que un poco de levadura echa á perder la masa entera? y tomando de aquí ocasion para hacerles comprender cuál es la pureza y la inocencia que Dios exige de todos los cristianos, cortando del cuerpo de la Iglesia el miembro podrido, les dice: Sabed que debeis alejar toda inmundicia de vuestro corazon, para que así esteis puros y sin tacha, tales como deben ser los cristianos purificados y reengendrados por el bautismo, que tiene la dicha de celebrar una Pascua continua, en la que el mismo Jesucristo es la víctima. Pongámonos, pues, en estado de participar de este celestial banquete por medio de una vida pura é inocente, y enteramente diversa de la que llevábamos ántes de nuestra regeneracion. El Apóstol, dice un sabio intérprete, hace aquí una alusion continua á lo que practicaban los judíos ántes de comer el cordero pascual. Con el cuidado mas escrupuloso purgaban su casa de toda levadura y de todo lo que estaba fermentado. Por la levadura debe entenderse aquí el pecado y todo lo que mancha el alma. Los judíos tenian por manchada toda una masa de pasta por poca levadura que se le mezclase durante los siete dias de Pascua. Habia pasado esto como proverbio para significar que las compañías mas santas perdian su reputacion, y se ponian á riesgo de ver introducirse muy pronto en ellas el desórden, luego que sufrian impunemente consigo gentes de malas costumbres y de una vida escandalosa. Esta espresion, «Epulemur,» celebremos nuestro banquete, no significa un banquete ó una accion particular, para la cual exija san Pablo de los cristianos esta virtud y esta pureza tan exacta; significa todo el tiempo de la vida, el cual todo debe pasarse en la inocencia y la santidad. Entiéndese tambien de la comunion pascual. «Epulemur:» Hagamos la Pascua cristiana comiendo la divina Eucaristía, que es el verdadero cordero Pascual, nó con la vieja levadura, con las disposiciones viciosas con que estabais ántes de haber abrazado la fé, y haber sido despojados del hombre viejo, para revestiros del nuevo. Acercaos sí á la sagrada mesa, comed el Cordero divino que se ha inmolado por nosotros; pero comedle con las disposiciones que pide un alimento tan santo, con un corazon puro, una fé viva, una conciencia limpia, y con la ropa nupcial que es la que indica una pureza tan grande.

El Evangelio de la misa de este dia contiene en compendio toda la historia del misterio.

Pasado el sábado que habia comenzado el Viernes santo á las seis de la tarde, y habia durado hasta el sábado á la misma hora, María Magdalena, María, madre de Santiago el menor, y Salomé, madre de los hijos del Zebedeo, no habiendo podido acabar de preparar el Viernes por la tarde todas las drogas aromáticas de que necesitaban para embalsamar el cuerpo del Salvador, segun la costumbre de los judíos, no bien hubo concluido el sábado, cuando por la tarde fuéron á acabar de proveerse de lo que les era necesario para ir al otro dia por la mañana al sepulcro. Impacientes de rendir este último obsequio al Salvador, parten de Jerusalen al amanecer, y cerca de la salida del sol llegan al sepulcro. Cuando se acercaban á él, se dijeron unas á otras: ¿Y quién nos quitará la piedra que está delante de la entrada del sepulcro? ellas habian sido testigos del trabajo que les habia costado á muchos hombres el removerla y traerla rodando para cerrar la entrada del sepulcro. Si estas santas mujeres hubiesen tenido menos amor á Jesucristo, la dificultad que se les ofrecia las hubiera detenido en su casa; pero cuando se ama verdaderamente al Señor, nada se halla imposible en su servicio. Sábese que la Providencia tiene recursos infinitos, y que nuestra confianza la obliga á que los emplee. A una alma cobarde la detienen en el camino de la virtud las menores dificultades; una alma fervorosa nada encuentra que no sobrepuje fácilmente con el auxilio de la gracia. ¿De cuánto consuelo, de cuántos bienes se hubieran privado, si escuchando la razon natural se hubiesen desanimado á vista de una dificultad tan razonable? No se necesita mas que una resolucion generosa en el servicio de Dios para allanar y aun hacer desaparecer todos los obstáculos. En un momento sucede un gran terremoto, y un ángel bajado del cielo, presentándose en la primera gruta en donde estaban los soldados de la guardia, les inspira tal espanto que todos huyen, y trastornando el ángel al mismo tiempo la piedra, se sienta sobre ella. Poco despues llegaron las santas mujeres, las cuales quedaron agradablemente sorprendidas de no encontrar allí soldados; pero lo quedaron mucho mas cuando presentándose á la puerta de la primera gruta, apercibieron abierta la entrada de la segunda en donde se habia puesto el cuerpo del Salvador, y un ángel sentado sobre la piedra que se habia puesto para cerrarla. El brillo resplandeciente del espíritu celestial bajo la forma de un jóven las detuvo, y aun les inspiró algun susto; estaba su rostro tan brillante que despedia de sí rayos semejantes á los relámpagos, y sus vestidos aparecian blancos como la nieve. Advirtiendo el ángel la admiracion de las mujeres que se acercaba al espanto: Tranquilizaos, les dice, nada teneis que temer; vosotras venís á buscar el cuerpo del Salvador para embalsamarle; ¿y por qué venís á buscar entre los muertos al que está vivo, y aun es el autor de la vida? «No está aquí, ha resucitado.» Acordaos que os dijo un dia, estando con vosotras en Galilea, que era necesario que el Hijo del hombre fuese entregado en manos de los pecadores, que fuese crucificado, y que resucitaria tres dias despues de su muerte. Todo esto ha sucedido como él lo habia predicho; podeis convenceros por vuestros propios ojos; hé aquí el lugar en donde se le habia puesto; entrad sin miedo, y no hallareis mas en él que el sudario en que habia sido envuelto. Y así convencidas por vosotras mismas de su gloriosa resurreccion, volveos, buscad á sus discípulos que están reunidos, y dadles esta dichosa nueva, sobre todo á Pedro á quien ha elegido cabeza de su Iglesia, y que está impaciente por verle resucitado. El ángel, dicen los intérpretes, nombra á Pedro en particular, tanto porque estaba reconocido como el primero de los doce, cuanto porque habiendo tenido la desgracia de negar á su buen Maestro, hubieran podido imaginarse los demás discípulos que habia caido de su primacía, ó él mismo hubiera podido creer que Jesucristo no le miraba ya sino como un apóstata. Para asegurarle, para consolarle y para hacerle comprender, dicen san Juan Crisóstomo y san Gregorio, que su dolor y sus lágrimas no

habian sido vanas, quiso el Hijo de Dios que fuese avisado en particular.

Quedaron las santas mujeres de tal modo sorprendidas de lo que veian y de lo que oian, que aparecieron todas cortadas. Vueltas en sí de su asombro, entraron en el sepulcro y le hallaron vacío. Mientras ellas estaban consternadas se les presentaron dos ángeles. Este objeto renovó su espanto; salen entonces del sepulcro y van á decir á los discípulos lo que han visto. Pedro y Juan corren al sepulcro para ver con sus ojos lo que las mujeres les decian; síguenles ellas; entran en él los dos discípulos y no encuentran allí mas que los lienzos. Todos asombrados; agitado su corazon con diversos sentimientos, y como suspendido entre el dolor y la alegría, la admiracion y el temor, se vuelven. Magdalena fué la única que quedó cerca del sepulcro, no pudiendo resolverse á volver sin saber lo que habia sido del cuerpo de su divino Maestro: su zelo, su solicitud, su ardiente amor á Jesucristo la ocupaban de tal modo que no pensaba ya en lo que las habia dicho el ángel; está toda embebida en el objeto de su amor, que ella cree que lo han robado, y que quiere hallar á toda costa. Su empeño mismo la hace desconfiar de sus propios ojos: cree que la primera vez no ha mirado bien; vuelve á entrar, deshaciéndose siempre en lágrimas, y habiéndose bajado para ver de nuevo el sepulcro, ve dos ángeles vestidos de blanco que estaban sentados en el sitio en donde habia sido colocado el cuerpo de Jesus, el uno á la cabeza y el otro á los piés. La vista de los ángeles no la indemnizó de la pérdida que creia haber hecho en aquel á quien buscaba. Mujer, la dicen, ¿por qué lloras? Porque han robado, les responde, á mi Señor, y no sé donde le han puesto. San Crisóstomo cree que Magdalena notó entonces en los ángeles una veneracion súbita como si adorasen á alguno. Volvióse para ver quién era, y vió á Jesus que estaba allí; pero todavía no creyó que fuese él. «Mujer, la dijo el Salvador, ¿qué tienes que llorar? ¿á quién buscas?» No lo ignoraba; pero le gusta que le abra uno su corazon, que se le diga que se le ama; quiere que se multipliquen, que se renueven las pruebas y los testimonios de nuestro amor. Magdalena al pronto creyó que era el hombre que cuidaba del huerto en que estaba el sepulcro. Señor, le dijo, si eres tú el que le ha quitado, dime donde lo has puesto, y yo iré á tomarlo. Cuando uno está verdaderamente tocado de una cosa, se imagina que todos saben el motivo que nos hace llorar. Este conato, este amor, esta perseverancia hechizaron al Salvador, y no pudo diferir por mas tiempo el manifestarse á Magdalena. María, la dice; á esta sola palabra Magdalena reconoce al Salvador, y trasportada por la alegría mas viva de que es capaz el corazon: ¡Ah divino Maestro mio! esclama, y arrojándose á sus piés los tenia abrazados. Entonces Jesus la dijo: «No pienses en tocarme:» que es como si la hubiese dicho, dicen los Padres, no te detengas en tocarme así, como si no debieses verme ya mas sobre la tierra; sosiégate; tendrás tiempo de verme y de hablarme despacio, puesto que aun no estoy á punto de dejaros para subir al cielo: todavía estaré por algun tiempo visiblemente con vosotros para consolaros, para animaros y para instruiros. Y aunque me ves con el mismo cuerpo que me has visto ántes de mi resurreccion, no me mires ya con los mismos sentimientos naturales, elévate por la fé á otros sentimientos mas espirituales, y á un conocimiento sobrenatural: de hoy mas debes ya pensar y obrar de un modo mucho mas perfecto, y no imaginarte que yo deba vivir entre vosotros como viven los que he resucitado. Yo apareceré corporalmente muchas veces entre vosotros; me manifestaré á vosotros; pero de una manera siempre milagrosa, hasta que habiéndoos instruido suficientemente, y enseñádoos á no mirarme ya con los ojos corporales, sino con ojos de la fé, suba al cielo para sentarme á la diestra de mi Padre, y prepararos allí el lugar que os he merecido por mi muerte; esto es lo que te mando que vayas á decir á mis discípulos. Nótese que en todas las apariciones del Salvador nada ha hablado de la santísima Vírgen, porque Jesucristo en el momento de su resurreccion se la habia aparecido, siendo muy justo que fuese la primera que tuviese parte en el gozo y en la gloria de su triunfo, y estando por otra parte perfectamente instruida en estos misterios, no tenia necesidad de estas lecciones. «No pienses en tocarme, dice san Leon, de una manera puramente temporal, y con el mismo afecto material que lo hacias ántes; de hoy mas debes ya obrar de una manera mucho mas perfecta. Cuando yo hubiere subido á mi Padre, pensarás de mí de un modo mucho mas justo. Entonces me reconocerás verdadero hombre, y me creerás verdadero Dios.» Inmediatamente aquella santa enamorada fué corriendo á contar á los discípulos lo que la habia sucedido. En seguida se presentó Jesucristo á las otras santas mujeres en el camino. En el mismo dia apareció el Salvador á los dos discípulos que iban á Emaús, y á san Pedro ántes de dejarse ver de los demás apóstoles; quiso darle esta señal de distincion, como cabeza de los apóstoles y de toda la Iglesia. En fin, la tarde del mismo dia de su resurreccion se dejó ver de todos los discípulos reunidos.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Deus, qui hodierna die per Unigenitum tuum æternitatis nobis aditum, devicta morte, reserasti: vota nostra, quæ prævéniendo aspiras, etiam adjuvando prosequere. Per eumdem Dominum...

O Dios, que en el dia de hoy nos habeis abierto la entrada de la eternidad por la victoria que vuestro Hijo único ha conseguido sobre la muerte: favoreced con vuestro divino auxilio las oraciones y los votos que vos mismo nos habeis inspirado, previniéndonos por vuestra gracia. Por el mismo Jesucristo nuestro Señor, etc.

La Epistola es de la primera carta del apóstol san Pablo á los coriatios, cap. 5.

Fratres: Expurgate vetus fermentum, ut sitis nova conspersio, sicut estis azymi. Etenim Pascha nostrum immolatus est Christus. Itaque epulemur non in fermento veteri, neque in fermento malitiæ et nequitiæ, sed in azymis sinceritatis et veritatis.

Hermanos mios: Desembarazaos de la antigua levadura, para que seais una pasta nueva, segun conviene que seais (esto es) sin levadura. Porque nuestra Pascua es Jesucristo, el cual ha sido inmolado. Por esto celebremos nuestro banquete no con la antigua levadura de la malicia y de la iniquidad, sino con los ázimos de la sinceridad y de la verdad.

Habiendo sabido san Pablo que habia entre los fieles de Corinto un incestuoso público que se toleraba, les escribió que él escomulgaba á aquel desdichado, y le entregaba á Satanás; de consiguiente, que no tuviesen ningun comercio con él en adelante. Y toman lo ocasion de la Pascua que debian celebrar muy pronto, les exhorta que no se contenten con haber cortado este miembro podrido, sino que se purifiquen de la levadura de sus vicios para celebrar la Pascua con toda la pureza y devocion que debian.

REFLEXIONES.

«Desembarazaos de la antigua levadura.» ¿En qué consiste que haya tan pocas conversiones verdaderas, habiendo tantos que se quieren convertir? Esto consiste en que hay pocos que celebren el divino banquete con los ázimos de la sinceridad y de la verdad de una nueva vida; pocos que cuiden de desprenderse de la antigua levadura. Por poca razon y reflexion que haya, conoce uno sus desarreglos, siéntese la corrupcion del propio corazon, horrorízase uno de sus desórdenes. Hay pocos hijos pródigos que no lamenten por fin su infelicidad, que no echen ménos la casa de su padre. El tiempo de Cuaresma en el que todo concurre á espantar al pecador y á moverle, en el que todo convida á sola penitencia; el tiempo de Pasion y el de Semana Santa trastornan los pecadores mas endurecidos. Estos dias de misericordia son demasiado claros para que no se advierta en ellos el peligro; son muy tranquilos para que no se haga oir en ellos la voz de una conciencia justamente alarmada. La santidad, la celebridad de nuestros mayores misterios, el ejemplo edificante de tantas gentes buenas, las amorosas solicitaciones de la gracia que Dios derrama con mayor abundancia en estos santos dias: todo concurre á inspirar en el alma el deseo de convertirse; todo contribuye á proporcionarle los medios; todo tiende á hacer eficaz este deseo. Resuélvese en fin uno á morir al pecado para resucitar con Jesucristo; detéstanse, confiésanse las iniquidades, rómpense los lazos, empréndese una vida nueva. Hé aquí al parecer una perfecta conversion, cimentada por el cuerpo y la sangre de Jesucristo en la comunion pascual; hé aquí una verdadera resurreccion, segun todas las apariencias; ¿en qué consiste, sin embargo, que haya tan pocas conversiones que perseveren? Las mejores resoluciones se desvanecen, los antiguos lazos se anudan de nuevo, los hábitos vuelven, todo aquel nuevo edificio que parecia iba á ser eterno viene á tierra, y las recaidas hacen que se dude muy pronto si la resurreccion ha sido verdadera. ¿De donde nacen estas tristes revoluciones despues de unos pasos al parecer sinceros? No se ha cuidado de desprenderse de la antigua levadura. No ha faltado precaucion para no ponerla nueva en la masa; pero se ha descuidado el registrar y el quitar toda la antigua, y esta poca levadura que ha quedado, que se ha escapado de la investigacion, ha corrompido la masa entera. Hase uno resuelto á convertirse: la confesion ha sido entera, la contricion sincera, nada mas decidido que los propósitos: hase uno desterrado de los lugares vedados y aun de los sospechosos; se ha entredicho todo comercio contagioso, toda conversacion demasiado libre; pero se ha dejado en el corazon un fondo de inclinacion, que se mira solamente como natural, ó un resto de aversion hácia aquellas personas con quienes se habia uno reconciliado sinceramente: hanse proscrito las ocasiones próximas; pero no se cree hacer mal en concurrir á ciertas reuniones mundanas. Condénase el vicio, pero se contempla el respeto humano: dómanse las pasiones violentas, pero se halaga la pasion favorita; se esceptúa siempre alguna pasion; y hé aquí la levadura antigua que corrompe toda la masa. ¿Queremos que nuestra conversion persevere? «Desprendámonos de la antigua levadura para llegar á ser una masa nueva, segun conviene á nuestro estado, que consiste en estar sin levadura.» Errores, ilusiones, flaquezas, pasiones, inclinaciones, amor propio, todo desaparece, todo lo estingue una verdadera resurreccion.

SECUENCIA (*)

Victimæ Paschali laudes	A la Víctima Pascual
Inmolent christiani.	Rindan todos los cristianos
	Homenajes sempiternos,
	Pues Cristo ha resucitado.
Agnus redemit oves:	El Cordero á sus ovejas
Christus innocens Patri	Redimió ya, restaurando
reconciliavit peccatores.	A la amistad de su Padre,
	El Inocente al culpado.
Mors et vita duello confixere mirando: dux	Con admirable valor
vitæ mortuus, regnat vivus.	Vida y muerte batallaron;
	Murió el Autor de la vida,
	Y salió vivo y triunfando.
Dic nobis, Maria, quid vidisti in via?	María, ¿dinos qué viste
	En el camino? Vi vacuo
Sepulchrum Christi viventis, et gloriam	De Cristo vivo el sepulcro,
vidi resurgentis.	Y la gloria de mi amado.
Angelicos testes sudarium et vestes.	Y ví celestes testigos,
	Los vestidos y el sudario:
	Ya Cristo resucitó,
	Mi esperanza y mi regalo.
Surrexit Christus, spes mea: præcedet vos	Antes que llegueis vosotros
in Galilæam.	A Galilea, llegado
	Habrá ya mi dulce Dueño;
	Allí le vereis bien claro.
Scimus Christum surrexisse a mortuis vere: tu nobis, victor	Que Cristo de entre los muertos
	Resucitó confesamos:
Rex, miserere.	Rey vencedor, por quien sois,
Amen. Alleluia.	Perdonad nuestros pecados.

El Evangelio de la misa de este dia es tomado del capítulo 16 de san Marcos.

In illo tempore: Maria Magdalene, et Maria Jacobi, et Salome emerunt aromata, ut venientes ungerent Jesum. Et valde mane una sabbatorum veniunt ad monumentum, orto jam sole. Et dicebant ad invicem: Quis revolvet nobis lapidem ab ostio mo-	En aquel tiempo: María Magdalena, María madre de Santiago, y Salomé, compraron drogas aromáticas para ir á embalsamar á Jesus. Salieron muy de mañana el primer dia de la semana, y llegaron al sepulcro salido ya el sol. Decíanse entretanto la una á la otra: ¿Quién nos quitará la

(*) Esta SECUENCIA se dice todos los dias hasta el Domingo siguiente esclusive.

numenti? Et respicientes, viderunt revolutum lapidem. Erat quippe magnus valde. Et introeuntes in monumentum, viderunt juvenem sedentem in dextris, coopertum stola candida, et obstupuerunt. Qui dicit illis: Nolite expavescere. Jesum quæritis Nazarénum, crucifixum: surrexit: non est hic: ecce locus ubi posuerunt eum. Sed ite, dicite discipulis ejus, et Petro, quia præcedit vos in Galilæam: ibi eum videbitis, sicut dixit vobis.

piedra que está delante de la entrada del sepulcro? Pero mirando hácia él, vieron que estaba quitada: era en efecto la piedra demasiado grande; y entrando en el sepulcro vieron un jóven sentado á la parte derecha, vestido con una ropa blanca, y se espantaron. No temais, les dijo; vosotras buscais á Jesus Nazareno, el cual ha sido crucificado; resucitó, no está aquí: este es el lugar en que lo pusieron; id, pues, ahora, y decid á sus discípulos y á Pedro, que estará ántes que vosotros en Galilea; allí es donde le vereis, conforme él os lo ha dicho.

MEDITACION.

Sobre el misterio de la Resurreccion.

Punto primero.—Considera cuál fué la gloria de Jesucristo en el momento de su triunfante resurreccion. Seria necesario que fuésemos capaces de comprender el esceso de sus dolores y la profundidad inmensurable de sus humillaciones, para concebir la gloria de su triunfo. Tres dias habia que el Salvador estaba muerto, y que su sagrado cuerpo estaba en el sepulcro (habiendo querido que permaneciese todo este tiempo en el sepulcro, para que no se pudiese dudar de la verdad de su muerte), cuando al amanecer del otro dia siguiente al sábado, que con motivo de este misterio llamamos nosotros al santo dia del domingo, dia del Señor por escelencia, volviendo la alma de este divino Salvador del limbo, gloriosa y triunfante de todo el infierno, se reunió á su santísimo cuerpo, del cual jamás se habia separado la divinidad; y comunicándole todas las cualidades de un cuerpo glorioso y resucitado; esto es, la impasibilidad, la inmortalidad, la agilidad, la penetrabilidad, etc., salió este divino cuerpo lleno de vida del sepulcro, sin necesidad de que se le quitase la piedra. En aquel momento vinieron todos los ángeles á adorar á su divino Señor y á su Rey, y celebrar su triunfo. Es muy probable que en aquel mismo momento apareciese á su santísima Madre, que habiendo tenido mas parte que nadie en sus humillaciones, debia tener tambien mas parte que ninguno en su gloria. Concibamos, si es posible, cuál seria el gozo inefable de esta divina Madre, volviendo á ver en estado de gloria á su divino Hijo: de qué torrente de dulzura, de consuelo y de alegría quedaria entonces inundada su santísima alma. Entretanto, habiendo un ángel escitado un gran terremoto, quitó la piedra del sepulcro, á fin de que las santas mujeres y los apóstoles que debian llegar muy pronto para ofrecer sus últimos obsequios á su buen Maestro, viesen que habia resucitado, mientras que huian los guardas espantados. ¡Buen Dios! ¡quién pudiera comprender la gloria y todas las maravillas de esta triunfante resurreccion, fundamento incontrastable de nuestra religion, basa sólida de nuestra fé y de nuestra esperanza! Hé aquí al Salvador bien indemnizado de todas sus humillaciones y de sus tormentos. Nada es ya capaz de atormentarle. Jesucristo ha resucitado; la muerte ya no tiene potestad sobre él, porque si ha muerto para espiar nuestros pecados, no ha muerto mas que una vez; pero cuando vive ya, vive para Dios, esto es, vive con una vida divina, gloriosa, inmortal, y se ha resucitado á sí mismo para no morir ya mas. Por una cruz en la cual ha sido inmolado este divino Cordero, ¡en cuántos altares se ofrecerá á sí mismo por su gloria! por un pueblo miserable y tan poco numeroso sepultado en un rincon del mundo, que se ha negado á reconocerle por su Mesías y por su Rey, ¡con qué fé y con qué piedad será reconocido y adorado como único verdadero Dios por todas las naciones del mundo! Veráse todo el poder de la orgullosa Roma doblar sus rodillas al nombre de aquel Hombre Dios á quien Jerusalen ha quitado la vida en una cruz. Veráse toda la sabiduría de la Grecia reconocer su locura, y que no hay verdadera sabiduría sino en la doctrina del Salvador. En fin, por un apóstol que ha apostatado, ¡qué innumerable multitud de santos anacoretas y de santos religiosos, qué prodigioso número de hombres apostólicos! Judas ha hecho traicion á Jesucristo, una turba de malos sacerdotes, de escribas y de fariseos le han hecho morir como un impostor; y mas de diez y siete millones de mártires han dado su sangre y su vida por la gloria de su nombre, y han confirmado la fé de su divinidad tanto con su muerte como con sus milagros. Seais, Señor, eternamente bendito, y todas las inteligencias celestiales unan sus cánticos de alegría á los nuestros para celebrar la gloria y el triunfo de vuestra portentosa resurreccion.

Punto segundo.—Considera que jamás hubo regocijo mas justo que el que hoy se ostenta en el semblante de todos los fieles. La simple memoria de la resurreccion del Salvador del mundo debe ser para ellos motivo de una eterna alegría. Este dia no solamente es la mas grande de todas las fiestas, es el principio de una fiesta que nunca debe concluirse. Jesucristo resucitado, dicen los santos Padres, ha hecho de la vida de los hombres una fiesta continua. En efecto, bien comprendido este misterio, ya no debe turbar nuestro reposo ningun dolor, ningun temor, ninguna desgracia; nuestra fé es incontrastable, apoyada sobre un fundamento semejante; nuestro amor á este divino Redentor halla en este misterio con que hacerse todos los dias mas puro y mas ardiente, y nuestra esperanza nada tiene ya de vacilante ni de incierta, puesto que si nuestro Maestro resucita para no morir mas, nosotros no podemos ya morir sino para resucitar: y pues él triunfa del pecado y del infierno, nosotros no podemos ya resucitar sino para ser eternamente bienaventurados, si queremos. ¡Qué motivo de consuelo, qué alegría para todos aquellos fieles discípulos, cuando vieron al Salvador resucitado! Nosotros no nos hemos engañado, cuando nos hemos juntado con él, podian decir; ántes bien hemos obrado con prudencia cuando lo hemos dejado todo por seguirle. Por mas superiores que sean al entendimiento humano los dogmas de la religion que nos ha enseñado; por mas contraria que sea á los sentidos y al amor propio su moral; ¡cuán desgraciados hubiéramos sido, si no lo hubiéramos creido! Nosotros no tenemos ménos motivo que ellos para alegrarnos; el beneficio es comun; la fiesta debe ser general. Jesucristo ha muerto por nosotros, motivo poderoso para que amemos la cruz y los do-

lores; pero Jesucristo ha resucitado, soberano motivo de esperanza, de confianza y de regocijo, puesto que su resurreccion asegura nuestra recompensa.

¡O divino Salvador mio! inspiradme esta alegría, y haced que vuestra resurreccion sea el modelo de la mia; que yo haya muerto al pecado, y que no viva ya mas que para vos. Sí, Dios mio, yo creo que habeis resucitado, y espero que me resucitareis tambien, y que me hareis esta gracia para vivir con vos en el cielo.

JACULATORIAS.—Yo sé que mi Redentor vive, y que yo resucitaré de la tierra en el último dia, y que veré á mi Dios con esta misma carne. (Job, 19.)

Hé aquí el dia venturoso que ha hecho el Señor, celebrémosle con júbilo y alegría cristiana. (Psalm. 117.)

PROPÓSITOS.

1 ¿No sabeis, dice san Pablo, que hemos sido bautizados en la muerte de Jesucristo, esto es, que este divino Salvador nos ha lavado y purificado del pecado con su sangre? Debemos, pues, estar verdaderamente muertos al pecado, para no vivir mas que una vida nueva á ejemplo de Jesucristo resucitado. Porque si hemos sido engertados en la semejanza de su muerte, continúa el apóstol, lo seremos tambien en la de su resurreccion; esto es, que así como un engerto muere, ó vive dependientemente del árbol en donde se ha engertado, del cual saca todo su jugo; así tambien, estando unidos á Jesucristo por el bautismo, como miembros de un mismo cuerpo, es preciso que por su resurreccion sea el principio y el modelo de nuestra resurreccion espiritual á la vida de la gracia, como ha sido por su muerte el principio y el modelo de nuestra muerte espiritual al pecado. Y puesto que el que está muerto está libre del pecado, esto es, así como la muerte natural nos descarga de toda servidumbre, del mismo modo la muerte espiritual debe librarnos de toda sujecion y servidumbre con respecto al pecado. Y como Jesucristo que ha resucitado no muere mas, del mismo modo habiendo vosotros muerto al pecado en estos santos dias, no debeis vivir ya sino para Dios en Jesucristo, y no morir mas por el pecado. Meditad bien hoy esta importante leccion de san Pablo, y tomad todos los medios, hasta sacrificarlo todo para no perder mas la vida de la gracia.

2 Si hay algun dia en el año que deba consagrarse todo entero al Señor, es ciertamente el santo dia de Pascua que por escelencia se llama el dia del Señor: empleadle todo, sin dar nada al mundo, á vuestros placeres, ni á vuestros negocios; echad fuera hasta el menor pensamiento de todo esto. Un padre, una madre de familia deben tener mucho cuidado de que sus hijos y sus domésticos empleen tambien todo este dia en el servicio de Dios: no exijais de ellos hoy mas que los servicios indispensables. Oraciones, lecturas piadosas, uso de los sacramentos, oficios divinos, visitas de las iglesias y de los pobres: hé aquí lo que debe ocupar hoy á todo cristiano. Aun cuando hayais verificado ya tal vez vuestra comunion pascual, no dejeis de comulgar tambien en este santo dia. No falteis á la misa parroquial, y si puede ser, asistid tambien á las vísperas y al sermon á la parroquia; al menos pasad allí una hora ó media por la tarde, y no os dispenseis de asistir á la salutacion.

LUNES DE PASCUA.

Hase dicho ya que la octava entera de Pascua era una sola fiesta compuesta de ocho dias; y que el segundo concilio de Macon, el de Meaux y el concilio de Constantinopla, llamado *in Trullo*, porque se celebró en una sala del palacio imperial llamado *Trullum* á causa de su embovedado en forma de copa, todos estos concilios y muchos otros prohiben bajo de graves penas toda obra servil durante estos ocho dias, y mandan que esta fiesta de ocho dias se celebre con una piedad ejemplar. La reduccion de los siete dias de fiesta á los tres que hoy se guardan, no se hizo hasta el fin del siglo XI ó principios del XII. No por esto deja de ser toda la semana solemne y privilegiada en sus oficios; y como la Iglesia celebrando la triunfante resurreccion del Salvador, nos hace celebrar al mismo tiempo nuestra resurreccion, es decir, nuestra regeneracion por el bautismo, toda esta semana no es otra cosa que la continuacion de esta doble fiesta: por esto entre los griegos se llama *Diacenesima*, esto es, renovacion ó estado de nueva vida en la resurreccion, y no pasa mas que por un dia que dura toda la octava. Nosotros la llamamos tambien semana *Pascual*, ó las ferias *in albis*, esto es, de los vestidos blancos, á causa de la ropa blanca que llevaban toda la semana de Pascua los neófitos bautizados el Sábado santo.

Todos los dias de esta semana se han celebrado siempre en la Iglesia con una solemnidad muy distinguida, aun despues que ya no son festivos. Cada dia tiene su misa particular: siempre es la historia y una nueva prueba de la resurreccion del Salvador, y no hay ninguna que en alguna de sus partes no haga mencion de la regeneracion del nuevo hombre. La solemnidad del lunes y la del martes de Pascua, es igual á la del domingo de Resurreccion. Como el Señor propiamente por su resurreccion es por la que nos ha introducido en aquella dichosa region en la que corren rios de leche y miel, y de la que la tierra prometida no era mas que la figura; el introito de la misa de este dia está tomado del capítulo 13 del Exodo y del salmo 102, y refiriéndonos lo que Dios ha hecho en nuestro favor, nos enseña lo que nosotros debemos hacer para reconocer un beneficio tan grande, y para agradecerle.

«El Señor os ha hecho entrar en una tierra abundante en leche y miel:» ¡qué alabanzas y qué acciones de gracias no debeis rendirle! claro es que por esta abundancia de leche y miel, de que está inundada aquella tierra, nos quiere representar el Espíritu Santo las dulzuras celestiales y las delicias espirituales, de las que en el idioma del Profeta están hartos los bienaventurados en el cielo, y las que, segun san Pablo, son superiores á toda idea y á todo cuanto puede imaginarse. De esta region afortunada, de esta mansion de los bienaventurados, de esta celestial Jerusalen, de esta tierra prometida es de la que Jesucristo nos ha abierto la entrada por su resurreccion: nosotros adquirimos el derecho de entrar en ella por el bautismo, que es nuestra regeneracion espiritual, con tal que guardemos la ley nueva que Jesucristo nos ha dado, y que en el dia de su resurreccion ha sustituido en lugar de la antigua. «No cesemos de alabar al Señor» y de tributarle gracias por un beneficio tan señalado. «Cantemos las alabanzas del Señor, é invoquemos su nombre; demos á co-

nocer la grandeza de sus obras á todos los pueblos de la tierra. » David exhorta aquí á todos á alabar y dar gracias á Dios por todos los beneficios de que nos ha colmado. Este salmo es un cántico de accion de gracias, tiene por título «Alleluya,» alabanza, alabanza al Señor. Créese que este salmo es uno de los que se llaman proféticos, y se aplica á la libertad de la cautividad de Babilonia; y en efecto, le cantaron los judíos á su vuelta de esta cautividad. En este sentido le toma la Iglesia, y le emplea en el introito de la misa.

La Epístola está tomada de los Hechos de los Apóstoles, y contiene un compendio del gran misterio de la resurreccion, y de la vocacion de los gentiles á la fé, en la persona de Cornelio, centurion, y de un gran número de sus domésticos y de sus parientes que creyeron en Jesucristo, y fueron instruidos y bautizados por san Pedro.

Habia en Cesarea un oficial romano que mandaba una parte de una legion romana llamada Itálica. Era hombre de una probidad universalmente reconocida, y no obstante estar educado en las supersticiones paganas, las miraba con sumo desprecio y no adoraba mas que al único verdadero Dios. La Escritura dice que era hombre religioso, esto es, temeroso de Dios, que hacia grandes limosnas al pueblo, y que practicaba una vida tan ejemplar que se le habria tenido por un fervoroso cristiano, aun ántes que hubiese tenido conocimiento de la religion cristiana. Santo Tomás cree que Cornelio cuando se le apareció el ángel tenia ya la fe sobrenatural del verdadero Dios con la fé implícita en Jesucristo. Sea lo que quiera, una virtud tan rara en un militar, fué sin duda una bella disposicion para la gracia singular que recibió.

Estando un dia este oficial en oracion, hácia las tres de la tarde (era esta hora el tiempo de la oracion y del sacrificio de la tarde para los judíos, y es probable que Cornelio á ejemplo suyo consagraba tambien aquel tiempo á la oracion), tuvo en ella una vision en la cual vió claramente un ángel de Dios, que llamándole por su nombre: Cornelio, le dijo, tus oraciones y tus limosnas, como otros tantos sacrificios de escelente olor, han subido hasta Dios, él los ha recibido y quiere recompensarlos liberalmente. El ángel no tuvo reparo en hablar así á un hombre todavía pagano é idólatra. Cornelio despues de haber leido los libros sagrados que sin duda habia podido obtener de los judíos, se habia ya hecho fiel. Él creia en un Dios y en un Mesías, y que este Mesías seria el Salvador de los hombres, y haria el oficio de mediador entre Dios y ellos; pero no sabia aun nada mas. No tenia todavía ningun conocimiento distinto de Jesucristo Redentor del mundo, y necesitaba un maestro que le instruyese sobre este punto de fé tan necesario para la salvacion. Bien pudiera el ángel haberle hecho este servicio tan importante; pero el Señor, que acostumbra enseñar á los hombres por medio de los mismos hombres, hizo que el ángel solo le intimase el que inmediatamente enviase á Joppe á suplicar á cierto Simon, apellidado Pedro, que viniese á su casa; que le hallaria en casa de un tal Simon, curtidor de profesion, cuya casa estaba próxima al mar, y que de él sabria lo que debia hacer. Habiendo desaparecido el ángel, Cornelio no difirió un momento la ejecucion de las órdenes que habia recibido del cielo. En la misma hora envió dos de sus domésticos y un soldado, hombre temeroso de Dios, y despues de haberles contado lo que acababa de suceder, los envió á Joppe. Entre tanto Dios instruyó á san Pedro de lo que debia hacer por medio de aquella maravillosa vision que fué como el grito de vocacion de los gentiles á la fé. Habiéndose retirado el Apóstol á medio dia á la azotea, que formaba el techo de la casa en donde estaba alojado (eran llanos los techos en aquel pais, y se retiraban á ellos para lograr mas reposo, y estar mas apartados del ruido), fué en un momento arrebatado en espíritu; vió el cielo abierto, y que de él bajaba una cosa en forma de un mantel suspendido por las cuatro puntas, y que descendia desde el cielo hasta la tierra; habia en aquel mantel de todo género de animales cuadrúpedos, reptiles de la tierra y pájaros del cielo. Al mismo tiempo una voz le decia: Levántate, Pedro, mata, y come. Segun los intérpretes esta especie de mantel representaba la Iglesia, y las cuatro puntas del mantel figuraban las cuatro partes del mundo, y las diferentes naciones que habian de abrazar el cristianismo y componer la Iglesia sin distincion del judío y del gentil. La respuesta de san Pedro manifiesta bien que todos aquellos animales eran inmundos, esto es, de los que prohibia comer la ley de Moisés. La comparacion que Dios queria que Pedro comprendiese entre aquellos animales y los infieles, que eran tenidos por impuros y por inmundos, confirma esta aplicacion. No haré tal, Señor, respondió el santo Apóstol, no comeré lo que es inmundo é impuro. No llames impuro ni inmundo, repuso la voz, lo que Dios ha purificado. Hasta tres veces se repitió la vision, despues de lo que habiéndose recogido al cielo el mantel, desapareció. Vuelto en sí san Pedro de su éstasis, no sabia aun lo que queria decir lo que habia visto, cuando llegaron los enviados de Cornelio. Entonces el Espíritu Santo le dijo interiormente: Baja; ahí hay tres hombres que te buscan, y no obstante que sean estranjeros, vé con ellos sin titubear; porque soy yo el que te los he enviado; júntate sin temor con ellos. Habiendo sabido por ellos lo que habia sucedido á Cornelio, comprendió fácilmente lo que significaba su vision; y al otro dia por la mañana partieron para Cesarea. Entretanto Cornelio, que los esperaba, habia reunido en su casa á sus parientes y amigos, deseando, movido por su zelo ya cristiano, que tuviesen parte en la gracia que el Señor queria hacerle. Cuando Pedro entraba le salió Cornelio al encuentro, se echó á sus piés, y le adoró: la palabra «adorar» no se toma aquí, lo mismo que en otros pasajes de la Escritura, mas que para indicar la postura humillada del centurion, y su profundo respeto á san Pedro. La asamblea era numerosa; y despues de los saludos ordinarios: Vosotros sabeis, les dijo el Apóstol, que es cosa abominable para un judío el formar sociedad con un estranjero, ni tener con él comercio alguno; pero Dios me ha hecho ver en una vision que á ningun hombre debe tratarse como profano y estranjero para el cielo. Por esto luego que se me ha llamado he venido sin titubear: decidme, pues, os ruego, ¿cuál es el motivo por que me habeis hecho venir? Hace cuatro dias, le dijo entonces Cornelio, que á esta misma hora estando en mi casa en oracion se presentó de improviso delante de mí una persona, cuyo vestido era de una blancura resplandeciente, y me dijo: Que mis oraciones habian sido oidas, y que mis limosnas no se habian despreciado delante de Dios, y que te enviase á buscar para que me instruyeses. Ahora, pues, á todos nos tienes aquí delante de tí, prontos á oir lo que el Señor te manda

que nos digas. Segun el texto griego parece que Cornelio habia ayunado y orado por espacio de cuatro dias, cuando Dios le hizo esta gracia. Entonces tomando Pedro la palabra: En verdad, les dijo, estoy convencido que Dios no hace escepcion de personas, sino que se agrada de todo el que le teme y hace obras de justicia, de cualquiera nacion que sea.

Dios ha enviado á predicar su palabra, continuó, á los hijos de Israel, anunciando la reconciliacion y la paz por Jesucristo, el cual es el Señor de todos. San Pedro comienza á anunciar á Jesucristo á Cornelio, y desde luego se le anuncia como Dios, al paso que en sus discursos á los judíos le habia anunciado solamente como el Mesías y el libertador de Israel. La paz de que habla san Pedro es aquella abundancia de bendiciones, aquella dichosa felicidad, que es el fruto de la muerte y de la resurreccion de Jesucristo, y que los ángeles habian anunciado en su nacimiento. Vosotros sabeis, hermanos mios, añadió, que esta palabra ha sido publicada por toda la Judea, comenzando por la Galilea despues del bautismo que Juan ha predicado. San Pedro quiere indicar aquí únicamente, que san Juan se habia presentado en cualidad de precursor, y habia anunciado á Jesucristo, segun la prediccion de los profetas, ántes que el Salvador mismo se presentase. Sabeis como Dios ha dado la uncion del Espíritu Santo y de su virtud á Jesus de Nazareth, el cual por todas partes por donde ha pasado ha hecho bien, y ha curado á todos los que estaban bajo de la opresion del demonio, porque Dios estaba con él. Nótase que entre tantos milagros como el Salvador ha obrado durante su vida mortal, no leemos que los haya hecho jamás para castigar á sus enemigos, ni para hacerse temer; era siempre su bondad la que ponia en movimiento su poder para el alivio de los desdichados; la compasion y la bondad han sido siempre su carácter. Un sabio del paganismo esceptuaba para hacerles bien á los jóvenes y á los viejos, á aquellos porque no pueden todavía dar pruebas de su reconocimiento, á estos porque á poco tiempo los han olvidado ya. ¡Qué diferente es el espíritu de Jesucristo de esta moral interesada! Dábase en la antigua ley la uncion del óleo á los reyes, á los sacerdotes y á los profetas. Jesucristo habia recibido la uncion de la misma divinidad, que habitaba en él en toda su plenitud, y que estando unida personalmente con su humanidad le consagraba de una manera divina. Esta union era la que distinguia de un modo particular la monarquía, el sacerdocio y la mision de Jesucristo; es la que hace que Jesucristo sea verdaderamente Dios, Hijo de Dios, Mesías, Salvador y Redentor del género humano. La uncion del Espíritu Santo de que habla aquí san Pedro, indica principalmente la cualidad de Mesías ó de Rey del cielo y de la tierra, que el Padre ha comunicado al Hijo.

Vosotros habreis sin duda oido hablar de las grandes maravillas que Jesucristo ha obrado en toda la Judea; tan revestido estaba de la fortaleza y de la omnipotencia de Dios. Como Rey del cielo y de la tierra, y como Mesías, habia recibido la uncion divina del Espíritu Santo. Su ocupacion por espacio de tres años ha sido el recorrer las villas, los lugares y las ciudades para anunciarles el reino de Dios, haciendo bien á todos, dejando por donde quiera que pasaba señales de su bondad y de su poder. Nosotros hemos visto con nuestros ojos las brillantes maravillas que ha obrado en todos los paises de los judíos, y singularmente en Jerusalen; y no obstante por la ingratitud mas negra y mas escandalosa, contra toda justicia y contra todos los sentimientos de la religion, le han quitado la vida en una cruz como á un malvado, siendo la inocencia misma; pero Dios le ha resucitado tres dias despues, y ha querido que saliendo del sepulcro vivo y glorioso, se dejase ver, nó de todo el pueblo, porque quiere salvar á los hombres por la fé, sino de nosotros á quienes ha escogido y destinado ántes de todos los siglos para publicar como fieles testigos lo que ha hecho por la salud de todo el género humano; á nosotros, digo, que hemos bebido y comido con él despues de su resurreccion; á nosotros á quienes ha mandado que prediquemos al pueblo, y hagamos saber á toda la tierra que él es á quien Dios ha establecido juez supremo de los vivos y de los muertos, y esto es, hermanos mios, lo que hacemos. Nosotros lo declaramos altamente con los profetas que han hablado de ello ántes que nosotros, y que todos á una voz testifican que en su nombre y por sus méritos, todos los que creen en él obtendrán la remision de sus culpas. Todavía hablaba san Pedro, cuando descendió visiblemente el Espíritu Santo sobre todos los que le escuchaban, probablemente en forma de lenguas de fuego, poco mas ó ménos como lo habia hecho sobre los apóstoles el dia de Pentecostés. Esta maravilla sorprendió á los judíos que habian acompañado al santo Apóstol; no podian ellos concebir cómo se habia derramado tambien la gracia del Espíritu Santo sobre los gentiles, y lo que aumentaba su asombro era el oirles bendecir al Señor en diversas lenguas. Pero el hombre de Dios que tenia un corazon de padre para todos los pueblos de quienes debia ser el Pastor universal, les dijo: ¿Y qué es lo que nos detiene para no dar el bautismo á estas gentes que han recibido el Espíritu Santo lo mismo que nosotros? y en aquella misma hora fueron todos bautizados. Ni aun los judíos convertidos podian persuadirse que la gracia del Evangelio debiese comunicarse á los gentiles. Fué necesario un milagro tan grande, dice san Crisóstomo, para convertirles sobre este artículo. Por él hizo Dios ver que es el dueño de sus dones, y haciendo que bajase de este modo el Espíritu Santo sobre los gentiles, aun ántes de que hubiesen sido bautizados, enseñaba á san Pedro y á los otros judíos, que no podia ya escluirse á nadie de la gracia del bautismo. Comprendió perfectamente esto el Apóstol, cuando dijo: ¿Puede negarse el agua del bautismo á los que han recibido el Espíritu Santo como nosotros?

El Evangelio refiere la aparicion del Salvador á los dos discípulos que iban á la aldea de Emaús en el mismo dia de la resurreccion.

No obstante que era incontestable y evidente el testimonio de los apóstoles y de las santas mujeres á quienes Jesucristo resucitado se habia aparecido, aquellos discípulos, empero, de quienes todavía no se habia dejado ver el Salvador, no podian creer que hubiese resucitado, y trataban de visionarias á aquellas santas mujeres. De este número eran los dos discípulos que en aquella misma tarde iban hácia la aldea de Emaús, distante cerca de tres leguas de Jerusalen; llamábase el uno Cleofas, y del otro se ignora el nombre. Por el camino iban hablando de lo que acababa de suceder en la persona de su buen Maestro. No podian dudar que no fuese enviado de Dios, habiendo sido ellos mismos testigos de la santidad de su vi-

da y de sus milagros; pero la ignominia de su muerte era para ellos un misterio que no comprendian, y no daban fé á todo lo que se decia de su resurreccion, teniendo por sueños y vanas imaginaciones las apariciones publicadas. Mientras conversaban entre sí de un asunto tan triste, vieron venir detrás de ellos un hombre que luego se juntó con ellos: era el mismo Jesucristo; pero ellos no le conocieron porque «tenian los ojos como vendados,» dice el Evangelio; esto es, porque el Salvador impedia que su cuerpo hiciese en los ojos de los discípulos la impresion que hubiese debido hacer naturalmente, ya que Jesucristo apareciese en efecto bajo de una figura estraña, ya que hubiese impreso alteracion en la vista de los viajeros. Despues de haberse saludado segun costumbre, les preguntó Jesus cuál era el asunto de su conversacion, y de qué provenia la tristeza que se dejaba ver en su semblante. ¿Pues qué, le respondió Cleofas, serias tú el único estranjero entre todos los que han concurrido á Jerusalen para la fiesta de la Pascua, que no supiese lo que ha pasado allí en estos dias? ¿Pues qué es lo que ha sucedido de estraordinario, repuso el Salvador? Estraño es, replicó Cleofas, que ignores lo que ha sucedido á aquel grande hombre, Jesus Nazareno, de quien jamás hubo semejante; aquel Profeta tan poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de todo el pueblo. Nosotros hablábamos de la manera indigna y atrozmente injusta con que ha sido tratado por nuestros sacerdotes, por nuestros pontífices y por nuestros primeros magistrados, los cuales por una envidia sin ejemplar, habiéndole entregado á Pilato, le han hecho condenar injustamente á morir en una cruz, habiendo el mismo Pilato reconocido y publicado su inocencia. Lo que pone el colmo á nuestra afliccion es que nosotros le mirábamos como el Redentor de nuestro pueblo, y esperábamos que nos restableceria á nuestra primera libertad, y ahora nos encontramos frustrados en nuestras esperanzas; porque ha muerto, y no nos queda ya otra sino que debe resucitar. A la verdad, él nos habia predicho su muerte y todo lo que ha sucedido; pero nos habia tambien asegurado que tres dias despues de su muerte saldria vivo del sepulcro, y hoy es el tercer dia, cuasi pasado ya, sin que hayamos visto el cumplimiento de su promesa. Sin embargo de que, añadieron, ha habido algunas buenas mujeres del número de las que le seguian y creian en él como nosotros, que nos han atolondrado mucho, porque habiendo partido muy de mañana para ir á su sepulcro, no han encontrado en él el cuerpo, y ellas tambien nos han referido que se les habian allí aparecido ángeles que las aseguraban que habia resucitado, y que le veriamos vivo en Galilea. Tambien algunos de los nuestros han ido al sepulcro y han hallado que las mujeres habian dicho la verdad, y que el cuerpo no estaba allí. Pero ¿quién ha de creer una maravilla tan grande sobre unos testimonios tan débiles?

Cuando no hay mas que una fé flaca, no puede haber una esperanza viva; la esperanza vacila siempre con la fé. «Nosotros esperábamos,» dicen, como si dijeran que ya apenas esperan. Estas palabras demuestran bien cuál era la idea y la disposicion del espíritu de aquellos discípulos: ellos no tomaban la redencion de Israel mas que como una libertad de la servidumbre corporal; esperaban que el Mesías debia libertarles del yugo de los romanos, y restablecer su antiguo gobierno. En materia de religion las luces solas del entendimiento humano, sin las de la fé, estravian.

El Salvador se compadeció de la fé moribunda de aquellos dos discípulos vacilantes. ¡Qué ciegos sois! hombres poco sensatos en materia de religion, les dijo; ¡qué poco comprendeis lo que los profetas han dicho del Mesías! ¿No era necesario, añadió, que el Cristo, esto es, el Mesías, padeciese de este modo, y que por este camino de los sufrimientos y de las humillaciones entrase en su gloria?

Costábales mucho trabajo á los discípulos conciliar el oprobio y la infamia de la cruz en donde habian visto espirar á Jesucristo, con la resurreccion y el reinado glorioso del Mesías. El Salvador les hace ver que puesto que su muerte no habia sido predicha por los profetas con ménos claridad que su resurreccion gloriosa, habiendo visto el cumplimiento de las profecías de su muerte, no debian dudar que lo que se habia predicho de su resurreccion dejase tambien de cumplirse; y para convencerles, tuvo el Salvador la bondad de referirles por sí mismo todo lo que habian predicho del Mesías los patriarcas de la antigua ley, todo lo que habian dicho Moisés y los profetas; esplicándoles y haciéndoles ver que todo esto se habia cumplido en la vida, en la pasion, en la muerte y en la resurreccion de aquel Jesus Nazareno que era el asunto de su conversacion.

Entretanto se hallaron cerca de la aldea adonde iban. Entonces el Salvador hizo ademan de querer pasar mas adelante; pero los dos discípulos le detuvieron como por fuerza, rogándole que tuviese á bien quedarse con ellos en la aldea, porque se hacia tarde. Puntualmente era esto lo que el Salvador deseaba; porque aunque Dios tenga algunas veces el designio de hacernos las mayores gracias, quiere, sin embargo, que se le ruegue; la oracion entra ordinariamente como condicion para sus beneficios. No se hizo mucho de rogar el Salvador; entró con ellos en la casa, que se cree haber sido la de Cleofas, y habiéndose puesto á la mesa con ellos, tomó desde luego uno de sus panes sin levadura, pues que no era permitido á los judíos el comer otros en los siete dias que duraba la fiesta de Pascua, y habiéndole bendecido, esto es, dicen los Padres y los intérpretes, habiéndole consagrado en su cuerpo, del mismo modo que lo habia hecho en la institucion de la Eucaristía en la última cena, lo partió y se lo presentó.

Abriéronse en aquel momento sus ojos, esto es, conocieron entonces en el aire, en las formas del rostro y en su voz, que el que les hablaba era verdaderamente el mismo Jesucristo; pero desapareció inmediatamente de su vista, haciéndose repentinamente invisible. Si su alegría fué sensible, no fué ménos vivo su sentimiento. Echábanse en cara su ceguera: ¿Es posible, se decian entre sí, que hayamos conversado tanto tiempo con él, sin conocerle? Las luces con que iluminaba nuestro entendimiento, esplicándonos el verdadero sentido de la Escritura, y aquel fuego estraordinario que abrasaba nuestro corazon mientras que nos hablaba, ¿no nos decian que era él? La ansia y el conato de dar parte á los hermanos de lo que les acababa de suceder, les hizo partir al instante para volverse á Jerusalen. Allí encontraron á los apóstoles y á los discípulos reunidos, los cuales, apenas les vieron, les dijeron que el Señor habia resucitado verdaderamente, y que habia aparecido á Pedro. Ellos por su parte les contaron lo que les habia pasado en su viaje, y como habian reconocido á su divino Maestro en la fraccion del pan, esto es, al darles la Eucaristía. Este divino Sacramento es siem-

pre una fuente de luces para quien le recibe dignamente.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Deus, qui solemnitate Paschali mundo remedia contulisti: populum tuum, quæsumus, cœlesti dono prosequere; ut et perfectam libertatem consequi mereatur, et ad vitam proficiat sempiternam. Per Dominum nostrum...

O Dios, que por medio de la solemnidad de la Pascua habeis dado al mundo el remedio soberano de todos los males, dignaos derramar sobre vuestro pueblo vuestros celestiales dones; á fin de que recibiendo de vos la perfecta libertad, se adelante siempre mas y mas en la vida del cielo que no debe nunca acabar. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola está tomada de los Hechos Apostólicos, capítulo 10.

In diebus illis: Stans Petrus in medio plebis, dixit: Viri fratres, vos scitis quod factum est verbum per universam Judæam: incipiens enim à Galilæa post baptismum, quod prædicavit Joannes, Jesum à Nazareth: quomodo unxit eum Deus Spiritu Sancto, et virtute, qui pertransiit benefaciendo, et sanando omnes oppressos à diabolo, quoniam Deus erat cum illo. Et nos testes sumus omnium, quæ fecit in regione Judæorum et Jerusalem, quem occiderunt suspendentes in ligno. Hunc Deus suscitavit tertia die, et dedit eum manifestum fieri non omni populo, sed testibus prædestinatis a Deo: nobis, qui manducavimus et bibimus cum illo, postquam resurrexit a mortuis. Et præcepit nobis prædicare populo, et testificari, quia ipse est, qui constitutus est a Deo judex vivorum et mortuorum. Huic omnes prophetæ testimonium perhibent, remissionem peccatorum accipere per nomen ejus, omnes qui credunt in eum.

En aquellos dias estando Pedro en pié en medio de la reunion, dijo: Hermanos mios, vosotros habeis oido hablar de lo que ha sucedido en toda la Judea, y que ha comenzado por la Galilea despues del bautismo que Juan ha predicado. Como Dios ha dado la uncion del Espíritu Santo y de su virtud á Jesus Nazareno, el cual por donde quiera que ha pasado ha hecho bien, y ha curado á todos los que estaban bajo la opresion del demonio, porque Dios estaba con él. Y nosotros somos testigos de todas las cosas que ha hecho en la Judea y en Jerusalen, y de que los judíos le han quitado la vida clavándole en la cruz. Dios le ha resucitado al tercero dia, y ha querido que se dejase ver, nó de todo el pueblo, sino de los hombres destinados para ser testigos de ello; á nosotros que hemos bebido y comido con él despues de su resurreccion. Él mismo nos ha mandado que prediquemos al pueblo, y testifiquemos que él es á quien Dios ha establecido juez de los vivos y de los muertos. Todos los profetas dan testimonio de que todos los que creen en él, reciben por su nombre la remision de los pecados.

Despues de haber escrito san Lucas en el Evangelio la vida de Jesucristo y de su santísima Madre, de la que puede decirse ha sido el confidente, ha querido darnos en los Hechos de los Apóstoles el Evangelio de la Resurreccion del Salvador, segun el pensamiento de san Crisóstomo, con la historia de la Iglesia naciente.

REFLEXIONES.

«Él mismo nos ha mandado que prediquemos al pueblo, etc.» Que doce pescadores pobres, groseros, que casi habian envejecido en la mas espesa ignorancia, gentes de un genio, de un corazon encogido, de una alma naturalmente baja y tímida, sin educacion, sin recursos, sin otro arte que el de la pesca y de las redes; que estos doce pescadores hayan podido convencer al universo, que Jesus Nazareno, el cual habia espirado en la cruz, habia resucitado, es un prodigio que á primera vista parece tan sorprendente como el de la resurreccion. Pero cuando se para la reflexion en que unos hombres que no tenian un interés en fingir, no han podido querernos engañar con peligro cierto de su vida; que unos hombres tan incrédulos durante la vida de su Maestro, no han podido ser engañados despues de su muerte y creerle resucitado sin tener para ello las pruebas mas manifiestas; en fin, que unos hombres tales como estos, que obraban los mayores milagros para establecer la fé de la resurreccion, no han podido en efecto engañarnos; ¿no tenemos motivo para estrañar que haya habido incrédulos, que hayan podido resistir á su testimonio? Y bien ¿nuestra creencia es mas cristiana? ¿y creyendo á Jesucristo verdaderamente resucitado, somos nosotros mas cristianos? Como el misterio de la resurreccion encierra, por decirlo así, ó á lo ménos confirma todos los misterios; la creencia de este misterio ha convertido á todo el universo. Nosotros lo creemos, ¿pero qué efecto produce hoy en el espíritu y en el corazon de los cristianos la fé de este misterio? La resurreccion del Salvador es la prenda segura, y debe ser al mismo tiempo el modelo de la nuestra. Ella es el fundamento de nuestra fé, debe serlo tambien de nuestra esperanza, y la una y la otra deben reglar nuestras costumbres. ¿Y en dónde se halla el dia de hoy esta reforma? Muertos al pecado por la penitencia que debe ser el fruto del grande ayuno que acabamos de hacer, una nueva vida debe ser el efecto ordinario de la fiesta de Pascua; ¿pero hay muchos que hayan resucitado? Es necesario saber primeramente si hay muchos que hayan muerto al pecado, á los hábitos criminales del pecado, á las ocasiones peligrosas y voluntarias del pecado; si hay muchos que hayan resucitado á la gracia: la mudanza, la reforma es visible despues de una verdadera resurreccion. ¿Reconócese mucho en los fieles despues de esta fiesta? ¿Y los que se han dispensado de los saludables rigores de la penitencia, gustarán en la Pascua dulzuras espirituales de una santa resurreccion?

El Evangelio de la misa es del cap. 24 segun san Lucas.

In illo tempore: Duo ex discipulis Jesu ibant ipsa die in castellum, quod erat in spatio stadiorum sexaginta ab Jerusalem, nomine Emmaüs. Et ipsi loquebantur ad invicem de his omnibus, quæ acciderant. Et factum est, dum fabularentur, et secum

En aquel tiempo, dos de los discípulos de Jesus iban á un caserío llamado Emaús, distante de Jerusalen como sesenta estadios. Iban hablando de todo lo que acababa de suceder. Mientras que ellos hablaban y razonaban entre sí, se les juntó el mismo Jesucristo y caminaba con ellos; pero

quærerent : et ipse Jesus appropinquans ibat cum illis : oculi autem illorum tenebantur, ne eum agnoscerent. Et ait ad illos : Qui sunt hi sermones, quos confertis ad invicem ambulantes, et estis tristes? Et respondens unus, cui nomen Cleophas, dixit ei : Tu solus peregrinus es in Jerusalem, et non cognovisti quæ facta sunt in illa his diebus? Quibus ille dixit : Quæ? Et dixerunt : De Jesu Nazareno, qui fuit vir propheta, potens in opere et sermone coram Deo et omni populo : et quomodo eum tradiderunt summi sacerdotes et principes nostri in damnationem mortis, et crucifixerunt eum. Nos autem sperabamus quia ipse esset redempturus Israel : et nunc super hæc omnia, tertia dies est hodie quod hæc facta sunt. Sed et mulieres quædam ex nostris terruerunt nos, quæ ante lucem fuerunt ad monumentum, et non invento corpore ejus, venerunt, dicentes se etiam visionem angelorum vidisse, qui dicunt eum vivere. Et abierunt quidam ex nostris ad monumentum : et ita invenerunt sicut mulieres dixerunt : ipsum vero non invenerunt. Et ipse dixit ad eos : O stulti, et tardi corde ad credendum in omnibus, quæ locuti sunt prophetæ! Nonne hæc oportuit pati Christum, et ita intrare in gloriam suam? Et incipiens à Moyse, et omnibus prophetis, interpretabatur illis in omnibus Scripturis, quæ de ipso erant. Et appropinquaverunt castello quo ibant : et ipse se finxit longius ire. Et coegerunt illum, dicentes : Mane nobiscum, quoniam advesperascit, et inclinata est jam dies. Et intravit cum illis. Et factum est, dum recumberet cum eis, accepit panem, et ellos tenian los ojos como vendados de modo que no le conocian. Díjoles pues : ¿Qué viene á ser de lo que hablais, y por qué estais tristes? Respondióle uno de ellos que se llamaba Cleofas: Qué, ¿eres tú acaso el único estranjero en Jerusalen, que no sabes lo que allí ha pasado en estos dias? ¿Qué es ello? les dijo; y ellos le respondieron : En órden á Jesus Nazareno, que era un profeta poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de todo el pueblo, y como los príncipes de los sacerdotes y nuestros magistrados le han entregado para que fuese condenado á muerte, y le han crucificado. Nosotros esperábamos que seria el libertador de Israel, y ahora cumplen tres dias que estas cosas han sucedido. Por otra parte, algunas mujeres de las que estaban con nosotros nos han sorprendido; porque habiendo ido ántes del dia al sepulcro, y no habiendo hallado en él su cuerpo, han venido á decir que ellas han visto ángeles que dicen que está vivo. Algunos de nosotros han ido al sepulcro y han hallado lo que han dicho las mujeres; pero á él no le encontraron. Hablóles entonces Jesus de este modo : Gentes sin razon, y duros para creer lo que han dicho los profetas : ¿no era necesario que el Cristo padeciese de este modo, y así entrase en su gloria? En seguida, tomando la palabra, comenzando desde Moisés y todos los profetas, les esplicó las cosas que miraban á él en todas las Escrituras. Entretanto se hallaron en las inmediaciones de la casa de campo, y el Salvador hizo demostracion de pasar adelante. Detuviéronle ellos como por fuerza, diciendo : Quédate con nosotros, porque se hace tarde, y el dia declina; de modo que Jesus entró con ellos. Estando con ellos á la mesa, tomó el pan, lo bendijo, y habiéndole partido se lo presentó. Abriéronse entonces sus ojos, y le conocieron; pero él *benedixit, ac fregit, et porrigebat illis. Et aperti sunt oculi eorum, et cognoverunt eum : Et dixerunt ad invicem : Nonne cor nostrum ardens erat in nobis, dum loqueretur in via, et aperiret nobis Scripturas? Et surgentes eadem hora, regressi sunt in Jerusalem : et invenerunt congregatos undecim, et eos qui cum illis erant, dicentes : Quod surrexit Dominus vere, et apparuit Simoni. Et ipsi narrabant quæ gesta erant in via : et quomodo cognoverunt eum in fractione panis.* desapareció de su vista: sobre lo cual se dijeron el uno al otro : ¿No sentíamos nuestro corazon inflamado cuando nos hablaba por el camino y nos esplicaba las Escrituras? Y partiendo en la hora volvieron á Jerusalen, y hallaron á los once apóstoles, y á los que estaban reunidos con ellos, que les decian : El Señor ha resucitado verdaderamente, y ha aparecido á Simon. Ellos por su parte les refirieron lo que les habia pasado en su viaje, y como le habian conocido en la fraccion del pan.

MEDITACION.

Sobre la resurreccion espiritual.

Punto primero.—Considera que la resurreccion corporal de Jesucristo debe ser el modelo de la resurreccion espiritual de todos los fieles. Consideremos las principales circunstancias de la resurreccion del Salvador, y confrontémoslas con las que deben acompañar á nuestra resurreccion espiritual. 1.° Jesucristo habia muerto verdaderamente en la cruz, y á fin de que la verdad de esta muerte fuese mas visible é incontestable, habia querido que su cuerpo adorable, siempre unido á la divinidad, permaneciese tres dias sepultado en el sepulcro, ántes de darle por su resurreccion una nueva vida. Tal debe ser nuestra muerte espiritual, ántes de nuestra resurreccion á la gracia. Es preciso estar verdaderamente muertos al pecado, y muertos en la cruz, esto es, por una verdadera y sincera penitencia. Hay muchos que parece haber muerto al pecado en estas fiestas; pero no es mas que una muerte aparente, puesto que el afecto y el apego secreto al pecado subsiste siempre, aunque imperceptiblemente, en el fondo del corazon; por esto la resurreccion de estos pecadores no es mas que una resurreccion aparente. La verdad de la resurreccion depende de la verdad de la muerte, y de aquí nace que hay tan pocas conversiones verdaderas, aunque haya tantas conversiones aparentes: ¿y cómo puede uno resucitar si no ha muerto? Y de aquí tan pocas conversiones verdaderas y tan poca reforma de costumbres, á pesar de ser tantas las confesiones y las comuniones que se hacen en la quincena de Pascua. Pocos hay, por poca religion que tengan, que no tengan deseo de resucitar en este santo tiempo con Jesucristo; confiésase, comúlgase, lisonjéase de haber resucitado; la alegría pintada en el rostro de estos cristianos parece que anuncia su resurreccion á la gracia; pero si ha faltado la verdadera contricion en las confesiones; si el hábito del pecado no ha sido mas que suspendido; si solo se han aflojado, sin haberlos roto, los lazos desgraciados que atan al pecador, á lo mas no se ha hecho otra cosa que mortificar al hombre viejo sin haberle muerto; lisonjearse de muerto, sin haber sido crucificado: falsa resurreccion, pues, á causa de la falsa penitencia. La alegría que la mayor

parte de los pecadores esperimentan en estas santas festividades, no es una alegría espiritual, regocíjanse á lo mas de que ha pasado la Cuaresma. ¡Dios mio! ¡qué de ilusiones, aun en nuestras pretendidas devociones, y en nuestra penitencia! ¿Queremos resucitar verdaderamente á la gracia? muramos ántes verdaderamente al pecado.

Punto segundo.—Considera que resucitando Jesucristo vuelve á tomar en verdad el mismo cuerpo que tenia cuando murió; pero ¿qué gloriosas cualidades no le comunica dándole una nueva vida? Segunda circunstancia de la resurreccion del Salvador, y esto mismo es lo que debe suceder en nuestra resurreccion espiritual. No se pide que mudemos de condicion ni de estado al convertirnos, y entrar en una vida totalmente nueva, si el estado y la condicion en que nos hallamos nada tiene de incompatible con la salvacion; porque si lo son es indispensable la mutacion de estado: lo que exige la verdadera resurreccion espiritual es que el estado, la condicion en que Dios nos ha puesto sean santificados por las cualidades cuyo modelo presenta la resurreccion del Salvador. Agilidad, claridad, impasibilidad, inmortalidad, tales fueron las cualidades gloriosas que Jesucristo comunicó á su santo cuerpo en su resurreccion. La pesadez que se siente, las dificultades que se encuentran, la tibieza, la languidez, aquella devocion ceñuda, inquieta, enfadosa, que se esperimenta despues de la pretendida conversion, todo esto prueba bien que no hay mas que una conversion, una resurreccion falsa. Una alma verdaderamente resucitada esperimenta todo lo contrario. Esperiméntanse, á la verdad, las dificultades que se encuentran al principio en el nuevo camino de la virtud, pero se esperimenta al mismo tiempo un nuevo valor, una nueva resolucion que está pronta á emprenderlo todo en los caminos de Dios y en el curso de una vida verdaderamente cristiana. Hállanse algunas dificultades que sobrepujar, pero solo son en órden á los sentidos y al amor propio; y al mismo tiempo se siente un valor que inspira la gracia y que hace que en las mismas dificultades se encuentre dulzura. La alegría, lo mismo que la resurreccion, es toda espiritual. Encuéntrase un nuevo gusto en todo lo que Dios pide de nosotros, y un verdadero disgusto en todo lo que agrada al espíritu del mundo. Se piensa, se juzga muy de otra manera que ántes de los regocijos y de las máximas mundanas. Hállase una dulzura, un placer en cumplir con los deberes de cristianos, y una satisfaccion, una paz superior á todo lo que puede pensarse en los ejercicios de piedad y de religion. 3.ª Habiendo resucitado Jesucristo, ya no se encontró su cuerpo adorable en el sepulcro. ¿En qué pensais cuando venís á buscar á vuestro Maestro en el sepulcro? dicen los ángeles. «Resucitó, ya no está aquí.» Hé aquí lo que debe decirse, despues de estas fiestas, de una persona espiritualmente resucitada. ¿En qué pensais cuando venís á buscar á ese hombre en las concurrencias mundanas; á esa mujer en las academias de placer y de juego; á esos amigos en los espectáculos profanos, en los lugares de la disolucion, que deben mirarse como los sepulcros de tantas gentes? Ha resucitado verdaderamente; no puede ya estar aquí. 4.ª En fin, Jesucristo ha resucitado, y ya no muere mas; la muerte no tiene ya poder sobre él. Este es el efecto de una verdadera resurreccion espiritual, y la señal mas segura de una verdadera conversion. Perseverar en la gracia y en la práctica de la piedad; vivir en adelante con una vida verdaderamente cristiana, efecto y prueba cierta de una verdadera resurreccion.

Haced, Señor, por vuestra misericordia que yo esperimente esto mismo, y que todas estas circunstancias consoladoras acompañen de hoy mas mi resurreccion; esto es lo que, lleno de confianza, espero de vuestra bondad infinita y de vuestra gracia omnipotente.

Jaculatorias.—He hallado, en fin, al que mi alma ama con ternura; le poseo, y no le perderé ya. (Cant. 3.)

¿Quién nos separará jamás del amor de Jesucristo? (Rom. 8.)

PROPOSITOS.

1 La alegría es inseparable de la resurreccion espiritual. La paz del corazon, la alegría de una buena conciencia, el amor que tiene á Jesucristo una alma espiritualmente resucitada, la dulce confianza que tiene en su misericordia, todo esto hace que se goce desde esta vida un preludio de las alegrías celestiales; no omitais nada para hacer de ello una dichosa esperiencia. Y para esto procurad que todas las circunstancias de la verdadera resurreccion que acabais de meditar, acompañen vuestra resurreccion espiritual. No os contenteis con haber muerto al pecado por medio de vuestra sincera penitencia; morid de nuevo á él todos los dias por una nueva y cada vez mas sincera contricion.

2 La resurreccion da una vida totalmente nueva; procurad en toda vuestra conducta que parezca que habeis olvidado la antigua. No concurrais ya á esos lugares profanos y mundanos, que por lo comun son el sepulcro de la inocencia. El lugar santo, las iglesias, las casas de los pobres, prisiones, hospitales, los lugares donde se ejercita la caridad, sean en donde sea preciso ir á buscaros y donde se os encuentre. En fin, sea uno de los rasgos mas marcados de vuestro verdadero retrato la alegría espiritual, madre de la dulzura, de la afabilidad, de la compasion.

MARTES DE PASCUA.

La solemnidad de este tercer dia no es mas que la continuacion de la del primero, puesto que no es mas que la misma celebridad, el mismo misterio, la misma fiesta. El introito de la fiesta de ayer nos anunciaba el derecho que nos habia adquirido el Salvador por su resurreccion á la tierra prometida, inundada de leche y de miel; esto es, á la celestial Jerusalen, dulce mansion de los bienaventurados, y ahora nuestra patria celestial. El introito de la misa de hoy nos descubre las principales ventajas de esta rica herencia que nos ha merecido Jesucristo. «El Señor les ha dado á beber la agua de la sabiduría,» aquella agua viva que salta hasta la vida eterna. Hechos hijos adoptivos del Padre celestial, no se verán ya forzados como esclavos á abrirse cisternas en donde no encontraban mas que una agua cenagosa, incapaz de apagarles la sed; en adelante encontrarán en la casa del padre de familias, esto es, en la Iglesia, una fuente de agua viva que iluminará su entendimiento, y les dará la inteligencia de las verdades mas sublimes, y el don de la sabiduría que les enseñará el camino del cielo y evitará el que se estravien. Bendigamos al Señor por una misericordia tan grande. Este don de la sabiduría no será pasajero, ántes bien

«permanecerá en los hijos de Dios:» esta fuente no se agotará en la Iglesia. Las mas crueles persecuciones, los escombros, por decirlo así, de tantos millones de cuerpos de mártires, no han podido hacerle tomar otro curso; la fuente de agua viva, esta agua saludable de la sabiduría no podia encontrarse en las sectas; no se halla ni puede hallarse mas que en la verdadera Iglesia; solo los hijos de la Iglesia son los que se sacian con ella. Bendigámos eternamente al Señor. El mundo, cuya pretendida sabiduría no es mas que locura, despreciará altamente á los hijos de Dios, que son verdaderamente los hijos de la la luz; pero la sabiduría pura, santa y verdadera, cuya fuente han encontrado, les colmará de gloria eternamente; no cesemos de tributar acciones de gracias á Dios por un beneficio tan singular, y cantemos sus alabanzas con una santa alegría. «Cantad las alabanzas del Señor, invocad su nombre, dad á conocer la grandeza de sus obras á todos los pueblos de la tierra.» La Iglesia no puede contener su alegría en todo el tiempo pascual; así es que continuamente tiene en la boca cánticos de alegría y de acciones de gracias, y su reconocimiento por el beneficio de la redencion la lleva hasta querer inspirar sus mismos sentimientos á todos los pueblos de la tierra.

En la Epístola de la misa de este dia se ve á san Pablo predicando á los judíos de Antioquía de Pisidia, achacar el crímen cometido en la persona de Jesucristo á los judíos de Jerusalen, los cuales no conociendo á Jesus ni queriendo conocerle como quien era, ni entendiendo las palabras de los profetas que se leian todos los sábados, las habian dado cumplimiento persiguiéndole hasta hacerle morir en la cruz; pero que al tercer dia aquel Jesus crucificado por los judíos habia resucitado y se habia presentado á un gran número de hermanos que estaban vivos y daban testimonio de esta verdad.

Habiendo recibido la fé de Jesucristo por la predicacion de los apóstoles, la ciudad de Antioquía, capital de la Siria, veia crecer todos los dias el número de fieles; y en esta iglesia tan floreciente fué en donde estos tomaron por primera vez, hácia el año 43 de Jesucristo, el nombre de «cristianos.» Habia en esta iglesia muchos profetas y doctores, entre los cuales estaban Saulo, que muy luego tomó el nombre de Pablo, y Bernabé. Habiendo escogido el Espíritu Santo á san Pablo y san Bernabé para que fuésen á predicar á los gentiles, partieron sin dilacion los dos apóstoles, y la primera poblacion en donde se detuvieron fué en Seleucia, ciudad marítima de Siria, poco distante de Antioquía; de allí pasaron á la isla de Chipre, predicando en todas partes con mucho fruto, y haciendo muchos milagros. Habiendo partido de Pafos san Pablo y san Bernabé, se embarcaron con muchos fieles que se habian agregado á ellos. Llegaron á Pergo, ciudad de Panfilia, y pasando adelante fueron á Antioquía de Pisidia, en donde habia un gran número de judíos establecidos que hacian allí un gran comercio. Habia en el Asia muchas ciudades que se denominaban Antioquía: contábanse hasta doce; esta estaba en Pisidia, provincia del Asia menor, con la Frigia al norte y la Panfilia al mediodía. Habia en la ciudad una sinagoga célebre. No dejaron los dos apóstoles de ir á ella el sábado, y habiendo entrado en ella tomaron lugar, sentáronse, y oyeron la lectura. Acostumbraban los judíos leer todos los sábados en sus sinagogas un capítulo de la ley, y añadir á él algun pasaje de los profetas. En seguida el que presidia la asamblea convidaba á alguno, y en especial á los estranjeros, á que hiciesen alguna instruccion al pueblo sobre lo que se acababa de leer. Despues de la lectura ordinaria el que presidia envió á decir á los dos apóstoles que si tenian alguna palabra de consuelo que decir al pueblo, se les oiria con placer. Levantóse entonces san Pablo, y haciendo señal con la mano que se guardase silencio, les hizo el discurso que se contiene en esta Epístola.

A vosotros, hermanos mios, hijos de la estirpe de Abraham, y á vosotros los que temeis á Dios (estas palabras se dirigian á los prosélitos y á los gentiles que creian en el verdadero Dios, y que concurrían el sábado á las sinagogas para instruirse y para oir hablar de la ley) á vosotros es á quien yo dirijo mi palabra. Vosotros sabeis que Dios ha sido siempre el protector particular de nuestra nacion; que ha escogido y amado á nuestros padres, hasta darles la preferencia sobre todos los pueblos del mundo. Vosotros no ignorais todas las maravillas que ha obrado en favor de este pueblo escogido. ¡Qué de prodigios para sacarle de la servidumbre de Egipto; con qué bondad sufrió su mala conducta en el desierto por espacio de cuarenta años; qué de victorias conseguidas; cuántos enemigos vencidos para ponerles en posesion de la tierra prometida! ¿Qué proteccion mas señalada que la que les franqueó bajo del gobierno de los jueces por espacio de cerca de cuatrocientos cincuenta años? Y ¡qué bondad la que les dispensó bajo del dominio de los reyes, y sobre todo en el de David, de este rey segun su corazon! De su estirpe ha hecho Dios, consiguiente á su promesa, que naciese para Israel un Salvador, el cual es Jesus, cuya venida ha anunciado Juan Bautista: ese admirable precursor del Mesías, prometido tantos siglos hace, nada ha omitido para dar á conocer el divino Salvador á quien anunciaba. Vosotros no me conoceis, decia á los judíos que iban en tropas al desierto para oirle; vosotros me teneis por el Mesías; no lo soy; es el que va á presentarse despues de mí, del cual no soy digno ni aun de desatarle sus zapatos. Hablaba no solo á sus oyentes, sino tambien á vosotros, mis amados hermanos, dignos hijos de Abraham; á vosotros lo mismo que á ellos dirigia esta palabra de salud. Tambien ha sido enviado á vosotros la palabra eterna, el Verbo divino. Ya se habia manifestado bastante por sus profetas, cuyas predicciones leeis todos los sábados en vuestras sinagogas. En fin, se le ha visto, se le ha oido á él mismo, y los brillantes milagros que ha hecho, demuestran sobradamente quién era; mas no obstante que ha venido á su propia heredad, no ha sido recibido por los suyos. El pueblo de Jerusalen, y no ménos sus cabezas, no han querido reconocerle por el Mesías, y ellos han realizado, condenándole, las palabras de los profetas que se leen todos los sábados; y por una impiedad, una injusticia que jamás ha tenido semejante, sin hallar nada en él que mereciese la muerte, pidieron á Pilato que le quitase la vida. Por este medio han ejecutado enteramente, sin saberlo, todo lo que habia sido dicho de él en los libros de los profetas; y hartándole de oprobios y haciéndole espirar en la cruz, han servido tambien en alguna manera sin saberlo á su gloria; porque habiendo sido puesto en el sepulcro, Dios le ha resucitado al tercero dia, y su muerte ha sido nuestra salud y su triunfo. Esta noticia es incontestable, tiene tantos testigos como discípulos tenia. Todos los que habian venido con él de Galilea á Je-

rusalen, le han visto muchas veces despues de su resurreccion; y ahora todavía dan un testimonio público é irrecusable de ello. Este misterio há sido la consumacion de la grande obra de la redencion de los hombres, la cual fué ántes prometida á nuestros padres, y nosotros os anunciamos hoy. La promesa está cumplida por la resurreccion de Jesucristo, la cual es una prenda y una seguridad de la nuestra. La resurreccion es el cumplimiento y como el compendio de las promesas. Es en efecto la prueba de los demás misterios, el fundamento de las verdades que creemos, la prenda y como las arras de los bienes que debemos esperar.

El Evangelio del dia es la relacion que hace san Lucas de la aparicion de Jesus resucitado á todos sus apóstoles y á los demás discípulos reunidos hácia el principio de la noche, despues que los viajeros de Emaús habian vuelto á Jerusalen, y hubieron contado lo que les habia sucedido en su viaje. Era esta la quinta aparicion en el primer dia de su resurreccion.

Habia aparecido el Salvador en este dia á Magdalena, á sus compañeras cuando volvian del sepulcro, á san Pedro y á los discípulos que habian ido á Emaús; mas no quiso dejar pasar el dia sin conceder á todos los apóstoles y á los discípulos reunidos la misma gracia. Los de Emaús no hacian mas que llegar, y apenas habian contado á toda la asamblea su dichosa aventura, cuando Jesucristo se presentó en medio de ellos. Habia entrado en la sala estando cerradas todas las puertas: esto era la tarde del domingo mismo de la resurreccion; era de noche, y estaban ya á punto de ponerse á la mesa; pero ántes habian cuidado de cerrar bien todas las puertas para no ser sorprendidos y maltratados de los judíos. A este tiempo, pues, fué cuando el Salvador se presentó repentinamente en medio de ellos, les saludó, segun su costumbre, diciéndoles: La paz sea con vosotros: yo soy; no temais. Tenian en verdad necesidad de ser asegurados, porque bien que esta visita tan inesperada les regocijase y reanimase su esperanza; sin embargo, una aparicion tan súbita les habia asustado, y el miedo se habia de tal modo apoderado de ellos, que creian no ver mas que un fantasma ó un espíritu revestido, como los ángeles, de un cuerpo aparente ó supuesto. No lo ignoraba el Salvador; por tanto les aseguró con bondad y una afabilidad amable: No temais, hijos mios, les dijo, no os entregueis á las ideas que os atribulan y que aumentan vuestro espanto. Vosotros no podeis comprender cómo un cuerpo pueda entrar estando cerradas las puertas, y pensando que en mí no veis mas que un espíritu, temeis el ser engañados; nó, hijos mios, tranquilizaos: yo soy vuestro Salvador, vuestro Maestro, vuestro Padre: este cuerpo que veis, no es un cuerpo fantástico ó estraño, es el mismo cuerpo que ha sido clavado en la cruz; mirad todavía las cicatrices en mis manos y en mis piés: no os fieis de vuestros ojos, aplicad la mano, tocad este cuerpo, y convenceos que aquí no hay fascinacion en vuestros ojos, ni el aire configurado en un cuerpo, sino que lo que hay aquí es un cuerpo palpable, un cuerpo real, que es mi propio cuerpo, compuesto de carne y de huesos, lo cual no puede tener ni contrahacer un espíritu. Despues de lo cual levantando la fimbria de su vestidura les mostró sus piés y sus manos. Hay motivo para creer que los apóstoles y discípulos tocaron efectivamente y manosearon el cuerpo de Jesucristo. El pecado de Santo Tomás, dice un sabio intérprete, no consistió en haber creido despues de haber visto, sino en haber rehusado el creer si no veia, y no haberse rendido al testimonio de todos los discípulos. Tanta era la alegría que tenian, dice el Evangelio, que todavía no creian, y estaban todos asombrados. Una alegría estraordinaria de improviso suspende el ánimo y el raciocinio, y aun inspira una especie de desconfianza. No puede uno persuadirse que se posea realmente lo que se desea demasiado: la posesion súbita de un bien que se deseaba ardientemente, y que apenas se atrevia uno ya á esperar, ordinariamente hace que se fie uno con dificultad hasta de sus propios ojos: tal era la disposicion de los apóstoles. «No creian por el gran gozo» que les poseia. Estas palabras indican mas gozo y emocion en el corazon, que desconfianza é incredulidad en su entendimiento. La dificultad que tienen los apóstoles y discípulos en rendirse á las pruebas tan visibles de la resurreccion del Salvador, ha contribuido para hacer incontestable la verdad de este misterio, mucho mas que hubiera podido hacerlo una precipitada credulidad; pero queriendo el Salvador acabar de convencerles, les preguntó si tenian alguna cosa que comer. Inmediatamente le presentaron un pez asado y un panal de miel. Aunque en el estado glorioso en que estaba el Salvador no tenia necesidad de alimento, comió verdaderamente para convencer á sus apóstoles de la realidad de su cuerpo. «El que comiese, dice san Agustin, prueba fué de su poder, nó de su necesidad.» ¿Quién no admirará aquí la bondad y la complacencia infinita del Salvador con todos sus discípulos? No contento con haberse manifestado á algunos en particular, se deja ver de todos, se presta y se acomoda á su flaqueza; les convence de la verdad de su resurreccion por todos los caminos que pueden exigir. Se muestra, les habla, les asegura, responde á sus dificultades, resuelve sus dudas, quiere que se cercioren por sus ojos y por sus manos de la realidad de su cuerpo; come y bebe con ellos sin embargo de que no tenia necesidad ni de lo uno ni de lo otro. ¿Tenemos nosotros la misma condescendencia, la misma complacencia con los flacos? ¡Dios mio! ¡cuándo aprenderemos del Salvador á ser dulces y humildes de corazon como él!

Lo que cuenta san Lucas de Jesucristo en la continuacion del Evangelio de este dia, puede mirarse como el compendio de las instrucciones que el Salvador dió á sus apóstoles, en las conversaciones que tuvo con ellos en lo sucesivo. Es probable sin embargo que en esta aparicion les dijese alguna cosa en general. Viendo, pues, Jesucristo á los apóstoles y á los discípulos vueltos ya en sí de su asombro y tranquilos en su presencia: Si renovais en vuestro ánimo, les dijo, lo que me habeis oido decir cuando estaba con vosotros ántes de mi muerte, os acordareis que he predicho todo lo que ha sucedido, que era necesario que todo lo que ha sido escrito de mí en la ley de Moisés, en las profecías y en los salmos se cumpliese. Abrióles entonces el entendimiento para que comprendiesen las Escrituras. En efecto, no basta que Dios nos hable de las Escrituras, es preciso que nos dé tambien la inteligencia de ellas; esto es lo que hizo entonces el Salvador en favor de sus apóstoles y de sus discípulos: hablando á sus oidos, iluminaba su entendimiento, y les hacia comprender lo que nunca habian podido creer, ni aun pensar, esto es, que era necesario que el Cristo, el Mesías sufriese todo lo que habian visto sufrir al Salvador, afrentas, calumnias,

oprobios, irrisiones, flagelacion cruel, crucifixion tan ignominiosa como dolorosa; que era necesario, en fin, que muriese en la cruz, que fuese encerrado en el sepulcro, y que al tercer dia resucitase. Hé aquí, les dijo, las condiciones con que Dios mi Padre queria que yo entrase en mi propia gloria: no debia yo ser el Salvador de los hombres, sino mediante mis tormentos y mi muerte; y por mi gloriosa resurreccion he triunfado de todo el infierno y de la muerte misma, y he abierto el cielo á los mismos hombres para quienes estaba cerrado por el pecado que yo he espiado. Esto es lo que yo quiero que vayais á predicar á todas las naciones del mundo, exhortándolas á la penitencia, y prometiéndolas de mi parte y en mi nombre la remision de sus pecados. Quiere el Salvador que sus apóstoles prediquen á todos los hombres la remision de los pecados; pero al mismo tiempo la penitencia, porque no hay pecado que se perdone sin una penitencia sincera; sin penitencia no hay remision de los pecados.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Deus, qui Ecclesiam tuam novo semper fœtu multiplicas: concede famulis tuis, ut sacramentum vivendo teneant, quod fide preceperunt. Per Dominum...

O Dios, que renovais sin cesar vuestra Iglesia por los nuevos hijos que le dais: dignaos hacer que vuestros siervos conserven mediante una vida verdaderamente cristiana la gracia del bautismo que han recibido por la fé. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola de este dia es tomada del libro de los Hechos de los Apóstoles, cap. 13.

In diebus illis: Surgens Paulus, et manu silentium indicens, ait: Viri fratres, filii generis Abraham, et qui in vobis timent Deum, vobis verbum salutis hujus missum est. Qui enim habitabant Jerusalem, et principes ejus ignorantes Jesum, et voces prophetarum, quæ per omne sabbatum leguntur, judicantes impleverunt: et nullam causam mortis invenientes in eo, petierunt à Pilato, ut interficerent eum. Cumque consummassent omnia, quæ de eo scripta erant, deponentes eum de ligno, posuerunt eum in monumento. Deus vero suscitavit eum a mortuis tertia die: qui visus est per dies multos his, qui simul ascenderant cum eo de Galilæa in Jerusalem: qui usque nunc sunt testes ejus ad plebem. Et nos vobis annuntiamus eum, quæ ad patres nostros repromissio facta est: quoniam hanc Deus adimplevit filiis nostris, resuscitans Jesum Christum Dominum nostrum.

En aquellos dias, levantándose Pablo é indicando con la mano que guardasen silencio, dijo: Hermanos mios, hijos de la estirpe de Abraham, á vosotros y á los que temen á Dios entre vosotros es á quienes se dirige esta palabra de salud. Porque los que habitaban en Jerusalen y sus principales cabezas no reconociendo á Jesus han dado cumplimiento, condenándole, á los vaticinios de los profetas, que se leen todos los sábados, y sin hallar en él cosa alguna que mereciese la muerte, pidieron á Pilato que le quitase la vida; y despues que hubieron ejecutado enteramente todo lo que habia sido escrito de él, fué quitado de la cruz y puesto en el sepulcro. Pero Dios le resucitó al tercero dia, y apareció por espacio de muchos dias á los que le habian seguido de Galilea á Jerusalen, los cuales hasta ahora dan testimonio de él al pueblo. Os anunciamos, pues, que la promesa hecha á nuestros padres, nos la ha cumplido Dios á nosotros que somos sus hijos, resucitando á Jesucristo nuestro Señor.

San Lucas nos representa en los Hechos de los Apóstoles el cumplimiento de muchas cosas que habia predicho el Hijo de Dios, la descension del Espíritu Santo, la mutacion prodigiosa que ha obrado en el entendimiento y en el corazon de los apóstoles, y en particular el testimonio que ellos han dado de su resurreccion.

REFLEXIONES.

«Los que habitaban en Jerusalen, y sus principales cabezas, no reconociendo á Jesus han dado cumplimiento, condenándole, á los vaticinios de los profetas.» Los judíos entregan á Jesus á la muerte á fin de hacerle pasar por un seductor; han recurrido á los gentiles para hacer su muerte mas ignominiosa, y á él mas criminal á los ojos de los pueblos; toman las precauciones mas seguras y las mas estudiadas para impedir que sus discípulos pudiesen robarle del sepulcro; cierran la entrada con una piedra suficiente por sí sola para hacer casi imposible este robo; ponen en ella el sello público, y colocan al rededor del sepulcro un cuerpo de guardia. No era necesario tanto para alejar de él á un puñado de pescadores, que muy léjos de pensar no solamente en acercarse al sepulcro, ni aun se atrevian á comparecer en público. Y el mismo suplicio que es el cumplimiento de las profecías, le da á conocer por el Mesías; y todas estas medidas tomadas con la precaucion mas sutil vienen á servir de prueba la mas convincente de su resurreccion, y los soldados tan vigilantes son los primeros predicadores y los heraldos de su triunfo. ¡Vanos proyectos de los hombres, ellos no son otra cosa que locura y flaqueza cuando se forman contra vos, ó Dios mio! Los príncipes de los sacerdotes, los doctores de la ley, los oráculos del concilio, los gefes del pueblo, ¿podian tomar medidas mas propias para impedir, para prevenir todo lo que podia favorecer la creencia de la resurreccion del Salvador? ¿Qué prevision mas sabia, qué precauciones mas eficaces contra la artimaña, contra la astucia, contra los artificios? pero ¿qué puede toda la prudencia mundana contra los designios de la Providencia y de la sabiduría de Dios? Todo esto sirve maravillosamente para probar invenciblemente y para publicar universalmente la verdad de este misterio. Sabiduría humana, ¿cuándo dejarás de engañar? y nosotros ¿cuándo dejarémos de ser los juguetes de las ilusiones de nuestro entendimiento y de nuestras escasas luces? ¿Sobre qué giran todos esos ambiciosos designios, todos esos vastos y pomposos planes de fortuna? consultemos esos sueños profundos, esas meditaciones estenuantes, ese estudio continuo y sombrío de un hombre que quiere adelantarse, de una persona que quiere hacer fortuna. Recorramos todos los estados, en el campo como en la córte, entre los grandes como entre el pueblo: sabiduría humana, propia industria, apoyo de los hombres, favor, habilidad, estos son los ídolos á quienes se consulta, y en quien se pone toda su confianza; pero con el Señor no se cuenta para nada. Esas gentes de negocios embarcadas en un mar lleno de escollos y célebre en naufragios, ¿consultan mucho al Señor ántes de entrarse á alta mar? todas esas personas que se forjan tantos siste-

mas de engrandecimiento y de fortuna, ¿se dirigen á Dios en todas sus ambiciosas empresas? ¡Ah! no se piensa en esto, porque se cuenta poco con sus auxilios y con su proteccion. Pónense en movimiento todos los medios humanos, y se deja á los devotos el procurar los divinos, con los cuales cuentan. Que los paganos se apoyen no mas que en su prudencia, no es de estrañar, ellos tienen por divinidad á la fortuna; pero que los cristianos observen la misma conducta ¿no es preciso clamar impiedad, irreligion? Y despues de esto ¿se estrañan tan estraordinarias revoluciones como suceden? Estrañemos todavía mas las que no suceden; en la otra vida es en donde Dios se reserva el castigo.

El Evangelio es del de san Lucas del cap. 24.

In illo tempore : Stetit Jesus in medio discipulorum suorum, et dicit eis : Pax vobis : ego sum, nolite timere. Conturbati vero, et conterriti, existimabant se spiritum videre. Et dixit eis : Quid turbati estis, et cogitationes ascendunt in corda vestra? Videte manus meas et pedes, quia ego ipse sum : palpate, et videte : quia spiritus carnem, et ossa non habet, sicut me videtis habere. Et cum hoc dixisset, ostendit eis manus et pedes. Adhuc autem illis non credentibus, et mirantibus præ gaudio, dixit : Habetis hic aliquid, quod manducetur? At illi obtulerunt ei partem piscis assi, et favum mellis. Et cum manducasset coram eis, sumens reliquias, dedit eis. Et dixit ad eos : Hæc sunt verba, quæ locutus sum ad vos, cum adhuc essem vobiscum, quoniam necesse est impleri omnia, quæ scripta sunt in lege Moysi, et Prophetis, et Psalmis de me. Tunc aperuit illis sensum, ut intelligerent Scripturas. Et dixit eis : Quoniam sic scriptum est, et sic oportebat Christum pati, et resurgere à mortuis tertia die, et prædicari in nomine ejus pœnitentiam, et remissionem peccatorum in omnes gentes.

En aquel tiempo apareció Jesus en medio de sus discípulos, y les dijo : La paz sea con vosotros : yo soy : no temais. Pero en medio de la turbacion y del espanto en que estaban, creian ellos que no veian mas que un espíritu. Díjoles : ¿Qué motivo teneis para estar tan atribulados? ¿y por qué os apurais con esos pensamientos que teneis? Mirad mis manos y mis piés; yo soy, tocad y ved. Un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo; y habiendo dicho esto, les mostró sus manos y sus piés. Tan grande era el gozo que tenian que todavía no se determinaban á creer, y estaban todos como asombrados. Díjoles, pues : ¿ Teneis alguna cosa que comer? Presentáronle parte de un pez asado y un panal de miel, y habiendo comido delante de ellos, tomó lo que quedaba, y se lo dió; despues les dijo : Esto es lo que yo os decia cuando estaba aun con vosotros, que era necesario que se cumpliese todo lo que ha sido escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos. Abriólos entonces el entendimiento para que comprendiesen las Escrituras, y les dijo : Así está escrito, que era necesario que el Cristo padeciese de este modo, que resucitase al tercero dia, y que se predicase en su nombre la penitencia y la remision de los pecados á todos los pueblos.

MEDITACION.

De las señales de la verdadera resurreccion espiritual.

Punto primero.—Considera que las señales seguras de la verdadera resurreccion espiritual son, por decirlo así, los efectos de la resurreccion. La resurreccion de Jesucristo á la vida gloriosa es el modelo de nuestra resurreccion á la nueva vida de la gracia. La resurreccion de Jesucristo comprende dos cosas: una mutacion de estado, y la constancia en este estado. Nuestra resurreccion á la nueva vida debe tambien incluir particularmente una mutacion de estado; por esto nos dice san Pablo que para participar de la resurreccion de Jesucristo, es preciso, como él, caminar en una nueva vida, revistiéndonos del hombre nuevo. ¿De qué sirve llorar, gemir, acusar los pecados, humillarse por la penitencia, si no se muda de vida? Llantos inútiles, vanos gemidos, confesion infructuosa, sacrílega, si no se sale del estado de pecado. Ni aun basta el mudar de estado; la resurreccion á la nueva vida debe incluir la constancia en este estado, la perseverancia. Habiendo resucitado Jesucristo ya no muere. Del mismo modo, si hemos resucitado verdaderamente á la gracia, no debemos ya morir por el pecado, sino que á ejemplo de la resurreccion del Salvador, la nuestra debe ser acompañada de la vida en la gracia. Si hemos resucitado verdaderamente á la nueva vida, no debemos ya vivir sino para Dios y en la gracia y amistad de Dios. La Escritura hace mencion de tres géneros de resurrecciones: la primera es la de Samuel, el cual por un encantamiento pareció presentarse resucitado á Saul. Era fácil engañarse, y efectivamente se engañó; y el que veia y creia que era Samuel, halló poco despues que no era en la realidad mas que un fantasma. Tal es la pretendida resurreccion de un gran número de pecadores que al parecer han resucitado en estas fiestas, porque parece que han detestado sus pecados; pero esta aparente resurreccion desaparece con las ceremonias de la fiesta. La segunda fué la resurreccion de Lázaro. Era, en efecto, verdadera; pero era imperfecta puesto que Lázaro no habia resucitado verdaderamente sino para morir, y tal es la resurreccion de innumerables gentes, que habiendo resucitado verdaderamente á la gracia en estas fiestas de Pascua por una sincera penitencia, no perseveran y recaen en el pecado, al cual habian renunciado. En fin, la tercera especie de resurreccion es la de Jesucristo, única verdadera y perfecta, y que únicamente debe ser el modelo de la nuestra, si queremos que lo sea, puesto que Jesucristo es el único que ha resucitado verdaderamente para no volver á morir. ¡Cuán lamentable es el hacer grandes gastos, y no sacar de ellos utilidad alguna! Consideremos á cuál de estos tres géneros de resurrecciones es semejante la nuestra. Muchas confesiones en la Pascua; pero ¿hay muchas conversiones? ¡Buen Dios! ¡qué de resurrecciones aparentes! ¡qué de resurrecciones imperfectas! ¡Cuán pocas verdaderas y perfectas resurrecciones! Juzguemos por los efectos, que son la prueba de ellas.

Punto segundo.—Considera que no basta haber resucitado verdaderamente á una nueva vida por la gracia; es preciso valerse de todos los medios para conservar esta nueva vida, y precaver y evitar todo lo que pueda hacer que se pierda ó se debilite. Una de las causas ordinarias

de nuestras recaidas es que contamos demasiado con nuestras resoluciones, con nuestro fervor, con nuestra disposicion presente. Semejantes en esto á los que han estado peligrosamente enfermos, y habiendo recobrado las primeras fuerzas, y con ellas un nuevo vigor, cuentan tanto con su salud, que se esponen sin temor á los mas grandes peligros de perderla: no tienen reserva alguna, ningun régimen de vida tan necesario para conservar su robustez. Síguese su apetito, cométense muchos escesos, espónese sin precaucion á un aire frio, muchas veces hasta contagioso; diríase que ya no se debe morir, porque se ha estado mas peligrosamente enfermo; nada se rehusa, desafíase todo, y se muere á la primera recaida, la cual se ha acelerado por las indiscreciones y la imprudencia. Hagamos la aplicacion; la analogía es perfecta. ¿De dónde vienen tantas recaidas funestas despues de las santas solemnidades de la Pascua? de nuestra falsa seguridad, de nuestras indiscreciones, de la facilidad, de la imprudencia, de la temeridad con que sin preservativo nos esponemos al peligro. Hase resucitado á la gracia por una penitencia saludable, hase recobrado una nueva vida, siéntese un nuevo fervor, gústase de Dios, tiénese devocion; son poco equívocas estas señales de salud y de una renovacion espiritual. Duermen las pasiones y el enemigo de la salvacion no se atreve á removerlas; sin embargo no por eso está ménos atento á nuestra pérdida. En esta seguridad y con tan buenas disposiciones de nada se desconfia. Vuélvese al gran mundo, espónese al aire corrompido, mezclase indiferentemente con todo género de compañías. No permita Dios que en todo esto intervengan malos fines; hácese siempre con la resolucion especiosa de ser de Dios, y de sacrificarlo todo por conservarse en la inocencia. A la verdad el pecado grave causa horror, pero no asustan ya las faltas lijeras. Entrase, por decirlo así, en el mundo y en sus partidas de placer, familiarízase uno con los objetos, cométense indiscreciones en materia de diversiones, no es ya uno tan rígido observador de su arreglo de vida. Dispénsase de muchas prácticas de devocion, no se acerca con tanta frecuencia á los sacramentos, ni se guardan ya los sentidos con tanta vigilancia. La conciencia á la verdad da sus latidos, pero la voluntad que se tiene de perseverar asegura. En fin, nuestro propio corazon nos hace traicion. Muérese uno cuasi sin percibir que está enfermo, y en un momento se pierden todas las ventajas de la resurreccion.

No permitais, Señor, que me suceda esta última desgracia. Haced por vuestra misericordia que yo viva continuamente en el temblor y en el temor de perder la gracia. Yo os prometo mediante los auxilios de esta gracia tener tanto horror á las ocasiones del pecado, como al pecado mismo.

JACULATORIAS.—Traspasad mi alma y mi carne con vuestro santo temor, á fin de que yo evite vuestros terribles juicios. (Psalm. 118.)

Yo vivo, pero no soy ya yo el que vivo, es Jesucristo el que vive en mí. (Ad. Galat. 1.)

PROPÓSITOS.

1 Cuanto mas consolatorias son las señales de nuestra resurreccion, tanto mas nos interesa el hacer sus frutos eternos. Estais ya libres del demonio, estais curados, decia el Salvador, á aquellos en cuyo favor acababa de hacer estos milagros. No volvais á caer ya en el pecado, no sea que os suceda otra cosa peor. Esto es tambien lo que os dice el Salvador, y lo que debeis deciros sin cesar á vosotros mismos. Para evitar esta desgracia tomad todas las medidas necesarias para conservaros en esta nueva vida que habeis recibido por vuestra resurreccion. Estad continuamente alerta, acordaos que estais en pais enemigo y sobre un mar célebre por los naufragios. No perdais jamás de vista el cielo: huid hasta de las menores ocasiones de pecado, y desconfiad de vosotros mismos.

Además de la fuga de todo lo que puede serviros de ocasion de pecado, además de una fidelidad constante en todos vuestros ejercicios de piedad, y una delicadeza esquisita de conciencia, acercaos con frecuencia á los sacramentos; tened una devocion diaria y tierna á la santísima Vírgen y á vuestro ángel de guarda: esta constante devocion es un poderoso medio para obtener de Dios la gracia tan necesaria de la perseverancia. Pensad frecuentemente en lo que vale la gracia, que es el precio de toda la sangre de Jesucristo. ¡Qué desdicha perderla! Es un tesoro, guardaos bien de esponerle, conservadle con cuidado, y sacrificadlo todo, bienes, honor, salud, la vida misma ántes que perder la gracia. Pedid todos los dias la perseverancia y la gracia final; es este un puro don de Dios que es necesario pedirle todos los dias.

DOMINGO DE CUASIMODO.

Este Domingo tan privilegiado en la Iglesia es propiamente el fin de la célebre octava de Pascua, la cual no era mas que una fiesta que duraba ocho dias. Observábanse estos siete dias de fiesta principalmente por los neófitos ó recien bautizados, á fin de fortificarles con auxilios espirituales, dice san Juan Crisóstomo, contra todos los combates que tendrian que sostener despues del bautismo; puesto que el demonio jamás nos hace una guerra mas cruda, que cuando nos ve enriquecidos con mayores dones del cielo. En esto consiste que cada uno de los siete dias tiene todavía Evangelios y misas propias, á fin de que pueda predicarse en todos ellos. San Agustin dice que esta octava de fiesta se habia establecido no solo para la solemnidad de la fiesta de la resurreccion, sino tambien para que contribuyese á fortificar el nuevo nacimiento de los que habian sido reengendrados, y su infancia espiritual; por esto se les obligaba á comulgar todos estos ocho dias, y en cada uno de ellos se les hacia una nueva instruccion. Habiendo cesado hácia el siglo XIII el uso de no conferir el bautismo mas que en la Pascua y Pentecostés, se redujo á tres el número de siete dias de fiesta.

Los griegos llaman á este domingo el Domingo nuevo, en atencion á todos los que han sido reengendrados, porque es la primera vez que los neófitos, dejando ya el hábito blanco, comparecen en la iglesia con el hábito ordinario como el comun de los fieles. Danle tambien el nombre de Anti-Pascual, esto es, el domingo que está en oposicion al domingo de Pascua, cuya octava y solemnidad termina.

Entre los latinos se califica este domingo con diversos nombres. En los mas antiguos sacramentarios se llama la Octava de Pascua, y está considerado como el término no solo de esta célebre octava, la mas solemne de todas las octavas de la Iglesia, sino tambien de la quincena pascual de la cual hacia la abertura el domingo de Ramos, y á la

que este domingo ponia el sello; de aquí ha venido el nombre de Pascua cerrada, que es el que se le da todavía en Francia. El nombre de domingo de Cuasimodo es en el dia de hoy el mas comun y el mas usado: está tomado de la primera palabra del introito de la misa de este dia. Por fin, entre los eclesiásticos se llama el domingo «in Albis», esto es, el domingo que sigue á la semana en que los neófitos llevan el hábito blanco en señal de la inocencia que habian recibido en el bautismo. «Hoy, dice el padre san Agustin, queda terminada la solemnidad de la Pascua, y por esto los neófitos mudan de hábito; bien entendido, que no porque muden el hábito blanco, deben abandonar jamás la blancura de su alma», que consiste en la inocencia. No por esto deja de ser aun la solemnidad de este dia la fiesta, por decirlo así, de los nuevamente bautizados; á ellos principalmente hace relacion el introito y la Epístola de este dia.

Tambien en este dia, especialmente en Roma, distribuian los diáconos á los fieles despues de la comunion, los «Agnus Dei» de pasta de cera que el papa habia bendecido solemnemente, como se ha dicho en otra parte, y que habia comenzado él mismo á repartir la víspera entre el Agnus Dei y la comunion. En todos tiempos ha dado Dios á estas medallas de cera una virtud singular sobre los espíritus malignos, contra las injurias del aire, y contra las enfermedades contagiosas: la bendicion especial del soberano pontífice les imprime esta eficacia, y esta es la causa porque en todas las naciones se conservan con tanta veneracion entre los fieles.

El introito de la misa está tomado de la primera Epístola del apóstol san Pedro. «Como niños que acaban de nacer», sean vuestros primeros acentos «alabanzas al Señor», y acciones de gracias á este Padre de las misericordias por los señalados beneficios de que os ha colmado. Dirígese propiamente la Iglesia á los neófitos, y es esta una especie de exhortacion que les hace. «Desead con ardor la leche pura de la sabiduría», y no ceseis de prorumpir en cánticos de alabanzas y en bendiciones á un Dios que del fondo de las tinieblas os ha llamado á su admirable luz, á vosotros que ántes no erais pueblo de Dios, y ahora lo sois. «Desead sinceramente la leche.» Sigue siempre la misma alegoría á la infancia espiritual de los neófitos, que no habiendo mas que ocho dias que habian nacido por el bautismo, tenian necesidad de ser alimentados con leche, pero con una leche pura y sin mezcla. Tened ansia por la doctrina santa y pura del Evangelio. Algunos santos Padres entienden por esta leche pura la Eucaristía, la cual, en efecto, es la leche de los flacos y el alimento sólido de los que son fuertes; por esto se les daba todos los dias de la octava á los recien bautizados. Tened hambre de este divino alimento, á fin de que por medio de esta leche, dice el santo Apóstol, crezcais hasta llegar á la robustez.

La Epístola de la misa de este dia está tomada de aquel pasaje de la primera carta de san Juan, en que este apóstol sienta que los que han nacido de Dios quedan victoriosos del mundo, y que esta victoria es el efecto de la fé que tenemos en Jesucristo; esto es, que todos los hijos de Dios, los verdaderos cristianos constituidos verdaderos hijos de Dios por el bautismo, quedan victoriosos del mundo, victoriosos del imperio que el demonio habia establecido en el mundo, y en donde no deja, aunque vencido, de tener partidarios que sostienen lo que sus leyes, sus costumbres, sus máximas han prescrito en él. Hasta la muerte de Jesucristo, el demonio ufano por la desgracia en que el hombre habia incurrido por el pecado, á nada tenia consideracion en el mundo, habia erigido un imperio cuasi absoluto sobre este hombre en desgracia de Dios, hasta hacer que se le erigiesen altares, se le diesen inciensos, se le hiciesen votos, y en todas partes reinasen sus tiránicas leyes y sus perniciosas máximas. De aquí los templos, los ídolos, los sacrificios: de aquí el torrente de la idolatría que habia inundado el universo. Habiendo quedado exenta del contagio general por una singular predileccion de Dios sola la nacion judía, aun esta en casi todos los siglos habia tambien sido tocada de él. Jesucristo por su muerte habia ciertamente vencido á este fuerte armado, y triunfado de todas las potestades, de todos los señores de este mundo, de este lugar de tinieblas; pero el mundo, acostumbrado á vivir bajo de este tirano, habia retenido sus máximas y su espíritu. Por esto aunque la religion cristiana haya purgado el mundo del paganismo, los cristianos han tenido siempre que combatir el espíritu y las máximas del mundo que se han atrincherado entre los mundanos. Pero los verdaderos hijos de Dios han conseguido y consiguen aun todos los dias la victoria sobre este mundo perverso: y esta victoria que hace victoriosos del mundo, de las máximas perniciosas del mundo, del espíritu contagioso del mundo, es nuestra fé. El mundo inspira el amor del placer, de las riquezas, de los falsos honores, de las comodidades de la vida; la fé de los cristianos les inspira sentimientos del todo contrarios, y esta moral, aunque opuesta á los sentidos, á las inclinaciones de la carne, al amor propio y á las máximas del mundo, ha triunfado de todas las preocupaciones á pesar de su prescripcion. Los hombres mas orgullosos y mas sensuales han abrazado la doctrina del Evangelio en el claustro y en los desiertos, en medio del mundo mas brillante y hasta en el trono mismo: sabios del mundo, grandes del mundo, partidarios del mundo, todo ha cedido, todo se ha rendido, todo se ha sometido al yugo de Jesucristo; á la fé, animada por la caridad, es á quien se debe esta victoria. ¿Quién es el que consigue la victoria sobre el mundo, continúa el santo apóstol, sino el que cree que Jesus es Hijo de Dios? Ciertos pretendidos sabios paganos, ciertos pretendidos espíritus fuertes se han jactado, hasta han hecho ostentacion de despreciar el mundo, y al mismo tiempo han sido esclavos suyos; solo la fé de los cristianos ha podido subyugarle. Hanse visto gentes fuera de la Iglesia que han podido despreciar los honores y las riquezas; pero ¿se han hallado quienes hayan resistido á los atractivos del deleite, quienes hayan tenido ánimo para perdonar las injurias, quienes hayan llevado la caridad hasta amar con ternura á sus mas mortales enemigos? Nótese que el Apóstol no dice simplemente que la fé es la que ha conseguido esta victoria; en este caso el hereje podria lisonjearse de poder tener parte en esta victoria; sino que dice «nuestra fé,» la fé que tenian los apóstoles y los primeros fieles y que no se encuentra mas que en la Iglesia romana; solo la fé de los católicos es la fé de los apóstoles y de los primeros cristianos. El mismo Jesucristo, añade el Apóstol, es el que ha venido en el agua y en la sangre, lo que prueba que es tan verdadero hombre como verdadero Dios: Juan Bautista no ha venido mas que

en el agua, esto es, con solo el bautismo del agua; así es que su bautismo no quitaba el pecado del mundo; Jesucristo no ha venido en el agua sola, sino con el agua de su bautismo y con la sangre de su pasion, la cual ha dado á su bautismo de agua toda su eficacia para la remision de los pecados. El designio del Apóstol en esta Epístola es demostrar que Jesucristo nuestro Salvador es juntamente verdadero Dios y verdadero hombre; y que como el Padre, el Verbo y el Espíritu santo, que no son entre sí mas que una misma cosa, dan testimonio en el cielo de la divinidad del Salvador del mundo; tres cosas tambien en la tierra, á saber, el espíritu, el agua y la sangre, dan testimonio igualmente de que Jesucristo es tan verdadero hombre como verdadero Dios. El espíritu de Jesucristo es el que nos vivifica; el agua del bautismo es la que nos purifica; la sangre del Redentor es la que espia nuestros pecados y nos reconcilia con Dios; y estas tres cosas no son mas que una, esto es, la misma persona, el mismo hombre que es Jesucristo nuestro Señor. El testimonio de un Dios es mucho mas grande y mas auténtico que el de los hombres. Ahora bien, si no deja de creerse el de los hombres, con mucha mayor razon debe creerse el que Dios mismo ha dado públicamente de su propio Hijo, ya en el Jordan al tiempo de su bautismo, ya en el monte Tabor en su trasfiguracion, y ya en el templo despues de su entrada solemne en la ciudad de Jerusalen. Jesucristo ha dado de sí mismo este glorioso testimonio en muchas ocasiones, y sobre todo delante de Caifás y delante de Pilato; en fin, el Espíritu santo le ha dado visiblemente, apareciendo sobre él en forma de una paloma y descendiendo sensiblemente en forma de lenguas de fuego sobre los apóstoles, haciéndoles publicar en diversas lenguas y probar con milagros la divinidad de Jesucristo. De todo lo que concluye el Apóstol, que el que cree en el Hijo de Dios, el que cree que Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre no puede errar, puesto que él lleva en sí mismo el testimonio de Dios. Todo esto puede referirse al estado de los recien bautizados, en razon de que habiendo recibido el bautismo del agua, de la sangre y del Espíritu santo, han nacido de Dios por esta regeneracion y han quedado victoriosos del mundo, que es con Satanás el enemigo que han tenido que combatir y del que han triunfado por la fé.

El Evangelio de la misa de este dia contiene la historia de una aparicion de Jesucristo resucitado, acaecida precisamente ocho dias despues de su resurreccion. Al parecer la hizo principalmente en favor de santo Tomás, único de los apóstoles que por no haberse hallado con los demás, no le habia visto todavía resucitado.

San Crisóstomo cree que habiendo huido los apóstoles cuando el Salvador fué preso en el huerto, se reunieron unos despues de otros á medida que se repararon de su espanto. Tomás no habia vuelto aun la tarde del dia de su resurreccion cuando se apareció el Salvador á toda la reunion, estando cerradas las puertas. A su vuelta por mas que le contaron todo lo que habia pasado en su ausencia, las circunstancias de la resurreccion de Jesucristo, su aparicion á Magdalena, á las otras mujeres, á Pedro, á los discípulos que iban á Emaús, en fin, á todos los hermanos juntos en la misma tarde; Tomás no pudo rendirse á tantos testimonios, tan poco sospechosos: declaró que no deferiria mas que á su propia esperiencia; y que á ménos que no viese con sus ojos y tocase con sus manos el cuerpo de su divino Maestro no creeria que habia resucitado: añadiendo aun que no se contentaria con ver en sus manos las señales de los clavos que las habian traspasado, sino que queria tambien meter el dedo en la abertura que estos clavos habian hecho, y la mano en la llaga de su costado. Permitió Dios esta criminal obstinacion en un Apóstol adherido por otra parte á la persona del Salvador, y que hasta habia asegurado que estaba pronto á dar su vida por la gloria de su buen Maestro, para que fuese una nueva prueba de la verdad de su resurreccion. La incredulidad de Tomás, dicen los Padres, no ha servido poco á la fé de los fieles. Un hombre de este carácter no estaba ciertamente dispuesto á creer ligeramente. La infidelidad de santo Tomás nos ha sido mas ventajosa que la fé sencilla de los demás apóstoles, dice san Gregorio, porque no habiendo querido creer sino despues de haber visto y tocado, ha afirmado nuestra fé, y ha desvanecido de nuestro entendimiento hasta las menores dudas.

Dignóse Jesus tener esta condescendencia con un discípulo á quien trataba de curar de su incredulidad. Le concedió lo que cuasi siempre habia negado á los fariseos y á los demás judíos cuando le pedian ciertas pruebas de su mision que no juzgó á propósito el concederles. Puédese atribuir esta diferencia de conducta á la diferente disposicion de sus corazones. Los fariseos aborrecian á Jesucristo, y no querian que fuese lo que ya tantas veces y tan evidentemente les habia probado que era, y de lo que no pedian nuevas pruebas sino para combatirlas; al paso que santo Tomás en una situacion absolutamente contraria de entendimiento y de corazon, amaba en el fondo á su Salvador, deseaba ardientemente su resurreccion y su gloria, y el mismo deseo tan grande que tenia le impedia el creerla sin tener con que asegurarse sensiblemente: un deseo demasiado grande de ver llegar una cosa que se ansia con ardor, hace que se resista uno á creer aun á aquellos que nos dicen que ha sucedido. Por el ansia con que se desea que ella sea, no se quiere creer que haya sido, hasta cerciorarse por sus propios sentidos; tal era acaso la incredulidad de este Apóstol: sin embargo esto no podia justificarla, y Jesucristo le reprende de ella, aunque en términos llenos de mansedumbre y de ternura despues de haberle concedido todas las pruebas que pedia de su resurreccion.

Ocho dias despues, esto es, el domingo siguiente que era el primer dia de la semana, estando juntos los discípulos y habiendo cerrado las puertas de miedo de que los judíos no viniesen á insultarles, estando tambien Tomás con ellos, se apareció Jesus repentinamente en medio de ellos, y les dijo: La paz sea con vosotros: esta era la manera con que ordinariamente saludaba; la alegría fué general; pero Tomás quedó muy sorprendido cuando este divino Salvador, que venia principalmente para reducir la oveja descarriada, dirigiéndose á él: Tú no quieres creer, le dijo, que yo he resucitado, si no metes tu mano en mis cicatrices: yo quiero que te convenzas de la verdad de mi resurreccion por el testimonio de tus ojos y de tus manos, y que dejes de ser incrédulo. Mira en mis piés y en mis manos las aberturas que han hecho los clavos: no te fies de tus ojos, mete en ellos tu dedo, adelanta tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino fiel. No hay motivo para dudar que Tomás no haya metido las manos en las llagas del Salvador. Jesucristo quiso

que tocase su cuerpo este discípulo incrédulo, á fin de convencerle á él de una manera sensible, y dar á todos los fieles una prueba incontestable de su resurreccion. Santo Tomás confuso por su terquedad, y penetrado del dolor mas vivo y de la contricion mas perfecta de su falta, se arrojó á los piés del Salvador, y animado de una fé viva, esclamó: Yo conozco, divino Maestro mio, que sois verdaderamente mi Señor y mi Dios. Contento el Salvador con la vuelta de esta oveja descarriada, le reprende á la verdad, pero como buen pastor y como padre: Porque me has visto, le dice con un aire sereno y con un tono de voz lleno de dulzura y que reanimaba su confianza, porque me has visto has creido; pero sabe que serán bienaventurados los que no habiéndome visto no se negaron á creer. Santo Tomás creyó con una fé divina: él creyó aun mas de lo que veia, puesto que creyó la divinidad de Jesucristo, que no caia bajo de los sentidos; y aun aquí se ve la confesion mas espresa de la divinidad de Jesucristo, que aparece en el Evangelio. Pero quiso el Salvador darle á entender que su fé hubiera sido mas perfecta, si sin esperar prueba sensible se hubiera atenido desde luego á la palabra de Jesucristo, y á lo que le habia dicho tantas veces de su resurreccion y de su divinidad, durante su vida mortal. «Dichosos los que no vieron y creyeron.» ¡Qué consolatorio es este oráculo para todos los fieles! Aquí estamos señalados, particularmente nosotros, por el Salvador, dice san Gregorio, nosotros que no habiéndole visto en su carne mortal, le contemplamos solamente con los ojos del entendimiento, y le conservamos invisiblemente en nuestro corazon, con tal que nuestras obras correspondan á nuestra fé. Porque hacer profesion de conocer á Dios y negarle con las obras, es ser fiel no mas que de nombre.

Concluye san Juan la historia de esta aparicion, diciendo que el Salvador ha hecho todavía en presencia de sus discípulos muchos otros milagros que no están escritos en este libro, y que estos se han escrito á fin de que creamos que Jesus es el Cristo Hijo de Dios, y que creyéndole tal tengamos la vida en su nombre. En efecto, en ningun otro hay salvacion; porque bajo del cielo no hay otro nombre dado á los hombres en virtud del que debemos ser salvos. Es como si dijera que de todas las apariciones, por medio de las cuales quiso Jesucristo asegurar á sus discípulos de la verdad de su resurreccion, no ha creido necesario el santo Evangelista referir mas que estas, las que le han parecido suficientes para convencer á los fieles de que Jesucristo es el Hijo de Dios y el Salvador de los hombres. Las demás apariciones que ha hecho con bastante frecuencia hasta el dia de su gloriosa ascension todas se han ordenado á otro objeto que el de probar su triunfante resurreccion; ya para establecer á san Pedro por vicario suyo y cabeza de su Iglesia, y ya para instruirles sobre los misterios y otros puntos de la religion.

HIMNO.

Ad regias Agni dapes	Al manjar del Cordero inmaculado
Stolis amicti candidis	Lleguémonos con blancas vestiduras,
Post transitum maris Rubri	Cantemos el mar Rojo ya pasado (1).
Christo canamus Principi.	A Cristo sumo Rey de las alturas
Divina cujus Charitas	Su ardiente Caridad tanto se esplica,
Sacrum propinat Sanguinem,	Que nos brinda su Sangre generosa,
Almique membra Corporis	Y el Amor en ofrenda misteriosa
Amor Sacerdos immolat.	Los miembros de su Cuerpo sacrifica.
Sparsum cruorem postibus	Las puertas que con sangre son rociadas (2)
Vastator horret Angelus:	El ángel exonera del castigo:
Fugitque divisum mare:	Abrese el mar, é incauto el enemigo
Merguntur hostes fluctibus.	Se anega entre sus olas encrespadas.
Jam Pascha nostrum Christus est,	Ya Cristo es nuestra Pascua verdadera
Paschalis idem Victima,	Es Víctima Pascual la mas preciosa,
Et pura puris mentibus	Es ázimo sin mezcla de otra cosa
Sinceritatis azyma.	Para el alma devota, fiel, sincera.
O vera cœli Victima,	¡O Víctima del cielo esclarecida,
Subjecta cui sunt tartara,	Que al abismo sujetas de tal suerte,
Soluta mortis vincula,	Que rompes las prisiones de la muerte
Recepta vitæ præmia!	Y nos logras los premios de la vida!
Victor subactis inferis	Ya Cristo del infierno victorioso
Trophæa Christus explicat,	Ostenta sus trofeos, ya las puertas
Cœloque aperto, subditum	Del cielo están al hombre abiertas,
Regem tenebrarum trahit.	Y avasallado el rey mas tenebroso.
Ut sis perenne mentibus	Para que al alma seas fiel consuelo,
Paschale Jesu gaudium:	Y alegria pascual, Jesus amado,
A morte dira criminum	De la muerte terrible del pecado
Vitæ renatos libera.	Libra á los renacidos para el cielo.

(1) Esto alude á cuando Dios ordenó (en el Exodo) al ángel que rociase con sangre las puertas de los hebreos, para que sus primogénitos fuesen exentos de la muerte que debian sufrir los de los egipcios. Esta sangre es figura de la que derramó el Cordero inmaculado de Dios, con la cual rociado el género humano, está libre de la muerte eterna, si se aprovecha de ella.

(2) Esto es: Cantemos las glorias de su resurreccion pasada ya la tormenta de sus penas. O bien, Cantémosle por habernos sacado del cautiverio del demonio, significado en Faraon, y franqueándonos el paso á la tierra de promision, en que está simbolizada la gloria, despues de haber pasado el mar Bermejo en el que se simbolizaban la Pasion del Salvador, la Penitencia, y el Bautismo.

Deo Patri sit gloria,
Et Filio qui a mortuis
Surrexit, ac Paraclito
In sempiterna sæcula.
Amen.

Sea gloria á Dios Padre omnipotente,
Al Hijo Soberano, que glorioso Resucitó triunfante y victorioso,
Y al Espíritu Santo eternamente. Amen.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Præsta, quæsumus, omnipotens Deus: ut qui Paschalia festa peregimus; hæc, te largiente, moribus et vita teneamus. Per Dominum...

Dignaos, ó Dios omnipotente, concedernos que habiendo concluido estos dias consagrados á la solemnidad de la Pascua, conservemos siempre su espíritu en nuestras acciones y en toda la conducta de nuestra vida. Por nuestro Señor, etc.

La Epistola es tomada de la primera carta de san Juan, cap. 5.

Charissimi: Omne, quod ortum est ex Deo, vincit mundum: et hæc est victoria, quæ vincit mundum, fides nostra. Quis est, qui vincit mundum, nisi qui credit quoniam Jesus est Filius Dei? Hic est, qui venit per aquam et sanguinem, Jesus Christus: non in aqua solum, sed in aqua et sanguine. Et Spiritus est, qui testificatur, quoniam Christus est veritas. Quoniam tres sunt, qui testimonium dant in cælo: Pater, Verbum, et Spiritus Sanctus: et hi tres unum sunt. Et tres sunt, qui testimonium dant in terra: Spiritus, et aqua, et sanguis, et hi tres unum sunt. Si testimonium hominum accipimus, testimonium Dei majus est, quoniam testificatus est de Filio suo. Qui credit in Filium Dei, habet testimonium Dei in se.

Amadísimos mios: Todo lo que trae su orígen de Dios, vence al mundo; y esta victoria que hace victoriosos del mundo, es nuestra fé. ¿Quién es el que consigue la victoria sobre el mundo, sino el que cree que Jesus es el Hijo de Dios? Este es el mismo Jesucristo que ha venido por el agua y por la sangre, nó con el agua sola, sino con el agua y con la sangre. El Espíritu da testimonio de que el Cristo es la verdad. Porque hay tres que dan testimonio en el cielo; el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, y estos tres son uno. Hay tambien tres que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, el agua y la sangre, y estas tres cosas no son mas que una. Si aceptamos el testimonio de los hombres, mayor peso tiene el testimonio de Dios. Porque este es el testimonio de Dios, el cual tiene tanto mayor peso, cuanto que se dirige á testificar de su propio Hijo; que el que cree en el Hijo de Dios, tiene en sí mismo el testimonio de Dios.

Créese que san Juan escribió esta carta desde la ciudad de Efeso. Está dirigida á todos los fieles para instruirles contra los artificios de los herejes, que negaban la necesidad de las buenas obras; que igualmente negaban la divinidad de Jesucristo, ó creian que Jesucristo no habia venido mas que en apariencia. Levántase contra los falsos doctores, y demuestra que el carácter de los verdaderos fieles es la fé, la inocencia y la caridad.

REFLEXIONES.

«Esta victoria que hace victoriosos del mundo es la fé.» Preciso es que haya el dia de hoy muy poca fé entre los fieles, puesto que es tan rara esta victoria, y que léjos de estar vencido el mundo, reina con imperio cuasi en todas partes. Jamás hizo tantos progresos el espíritu del mundo; nunca fueron sus leyes mas universalmente aplaudidas: ¿en qué siglo se vieron nunca mas que en este tan generalmente establecidas sus perniciosas máximas? No solo sobre el trono encuentra vasallos el espíritu del mundo; no es ya la córte la única region donde nace. Pocas condiciones hay; ningun estado, sin esceptuar los mas santos, en donde este enemigo de Jesucristo y de su Evangelio no tenga inteligencia. Déjase ver, por decirlo así, su ídolo hasta en el lugar santo: ingenioso para disfrazarse, disimular, doblegarse, se desliza por todas partes, y en todas es escuchado, aplaudido, aprobado, y autorizadas sus falsas máximas. Por mas que Jesucristo ha declarado que el mundo es su mayor enemigo y que nada hay mas contagioso que el espíritu del mundo; por mas que ha condenado sus máximas, proscrito sus contemplaciones, descubierto la malignidad de su espíritu, anatematizado sus partidarios, el espíritu del mundo subsiste en todas partes, y por todas prevalece sobre el espíritu y las máximas del Evangelio. ¿Adónde no ceden á este tirano la conciencia y aun la religion misma? ¿adónde no se encuentra la fé débil y aun reducida á una especie de servidumbre por esto que se llama mundo? Se trata de emprender un comercio, de abrazar un estado, hay que formar un establecimiento; ¿es el espíritu de Dios, son miras ó motivos de religion los que se consultan? ¡Ah! No hay otro oráculo en verdad. Sin embargo, ¿sabemos si es siempre este oráculo el único á quien se consulta? El mundo es el que regula las condiciones; á su tribunal es al que se llevan todas las causas; apenas se mira mas que al mundo en la eleccion que se hace, no se ambicionan otros sufragios. ¿Qué dirá el mundo? ¿qué pensará el mundo? No es del gusto del mundo; es preciso seguir al mundo; es necesario acomodarse al mundo; este es el mundo; así se vive en el mundo; vivir de otro modo es pasar por salvaje, es hacerse el objeto y la fábula del mundo; ó es necesario desterrarse para siempre del mundo, ó es indispensable seguir sus máximas, sus modas y su espíritu, y hé aquí como se raciocina el dia de hoy en el mundo. ¿Pero no hay motivo para preguntar si los que así raciocinan son paganos? Porque ¿quién no ve que jamás se raciocinó así en el cristianismo? ¿Quiénes son los verdaderos fieles? ¿Adónde está hoy la fé que hace victoriosos del mundo? Y si nuestra fé está tan debilitada, ¿cuál será nuestra suerte?

El Evangelio de la misa es lo que sigue del de san Juan, cap. 12.

In illo tempore: Cum sero esset die illo una sabbatorum, et fores essent clausæ, ubi erant discipuli congregati propter metum judæorum, venit Jesus, et stetit in medio, et dixit eis: Pax vobis. Et

En aquel tiempo, á la caida de la tarde del primer dia de la semana, estando cerradas las puertas de la casa en donde estaban reunidos los discípulos, porque tenian miedo de los judíos, se presentó Jesus en medio de ellos, y les dijo: La paz

cum hoc dixisset, ostendit eis manus, et latus. Gavisi sunt ergo discipuli, viso Domino. Dixit ergo eis iterum : Pax vobis. Sicut misit me Pater, et ego mitto vos. Hæc cum dixisset, insufflavit, et dixit : Accipite Spiritum sanctum : quorum remiseritis peccata, remittuntur eis : et quorum retinueritis, retenta sunt. Thomas autem, unus ex duodecim, qui dicitur Didymus, non erat cum eis quando venit Jesus. Dixerunt ergo ei alii discipuli : Vidimus Dominum. Ille autem dixit eis : Nisi videro in manibus ejus fixuram clavorum, et mittam digitum meum in locum clavorum, et mittam manum meam in latus ejus, non credam. Et post dies octo, iterum erant discipuli ejus intus, et Thomas cum eis. Venit Jesus januis clausis, et stetit in medio, et dixit : Pax vobis. Deinde dicit Thomæ : Infer digitum tuum huc, et vide manus meas, et affer manum tuam, et mitte in latus meum : et noli esse incredulus, sed fidelis. Respondit Thomas, et dixit ei : Dominus meus, et Deus meus. Dixit ei Jesus : Quia vidisti me, Thoma, credidisti : beati qui non viderunt, et crediderunt. Multa quidem, et alia signa fecit Jesus in conspectu discipulorum suorum, quæ non sunt scripta in libro hoc. Hæc autem scripta sunt, ut credatis, quia Jesus est Christus Filius Dei : et ut credentes, vitam habeatis in nomine ejus.

sea con vosotros. Y habiéndoles dicho esto, les mostró sus manos y su costado. Al ver los discípulos al Señor se llenaron de gozo, y por segunda vez les dijo : La paz sea con vosotros. Yo os envio, como mi Padre me ha enviado; y dichas estas palabras, sopló sobre ellos, y les dijo : Recibid el Espíritu Santo: aquellos á quienes perdonáreis los pecados, les serán perdonados; y aquellos á quienes los retuviereis, les serán retenidos. Uno de los doce llamado Tomás, esto es, Dídimo, no estaba con ellos cuando vino Jesus. Dijéronle, pues los otros discípulos : Hemos visto al Señor. Mas él les respondió: Si yo no veo en sus manos las aberturas que han hecho en ellas los clavos, si no meto mi dedo en el lugar de los clavos, y mi mano en su costado, no lo creeré. Ocho dias despues, estando todavía los discípulos retirados en la casa y estando Tomás con ellos, vino Jesus estando las puertas cerradas, y poniéndose en medio de ellos les dijo : La paz sea con vosotros; y en seguida dijo á Tomás : Introduce aquí tu dedo y mira mis manos; alarga tu mano y métela en mi costado, y no seas ya incrédulo, sino fiel. Inmediatamente esclamó Tomás : Señor mio y Dios mio. Díjole entonces Jesus : Tomás, porque me has visto has creido : bienaventurados los que no han visto y han creido. Muchos otros milagros hizo todavía Jesus en presencia de sus discípulos, que no están escritos en este libro. Mas estos se han escrito á fin de que creais que Jesus es el Cristo Hijo de Dios, y para que creyendo tengais la vida en su nombre.

MEDITACION.

De la Fé.

Punto primero.—Considera que el justo vive de la fe; sin la fé no hay verdadera justicia ; por la fé vive el justo en esta vida, y merecerá vivir eternamente en la otra. La ley es santa, la observancia de la ley es indispensable; pero no hay virtud, no hay mérito sin la fé. Abraham creyó á la palabra de Dios, dice san Pablo, y su fé le fué reputada á justicia. Creyó que tendria un hijo; aunque su edad avanzada y la de Sara, su mujer, le representase esta promesa naturalmente imposible. Creyó que este hijo tendria una larga posteridad: aun cuando se prestó prontamente á inmolar este hijo en cumplimiento del órden que Dios le dió para que se le ofreciese en sacrificio, esperó contra toda esperanza. De este modo ha querido Dios que la fé fuese como el alma del justo, y que no se le pudiese agradar sin la fé. La fé es la base de las cosas que tenemos que esperar, y la conviccion de las que no vemos. La fé humilla el entendimiento del hombre; en el sacrificio de la razon humillada y como anonadada es en lo que consiste la esencia y el mérito de la fé. Si este sacrificio nos parece difícil, pensemos que sin la fé ya no tiene la razon guia segura, ni las pasiones freno bastante fuerte que las contenga. No solo nos es necesaria la fé para humillar nuestro entendimiento : ninguna otra luz puede descubrirnos las verdades sobrenaturales que únicamente pueden hacernos felices. Podemos por las luces de la razon conocer la existencia de un primero y soberano Ser, la existencia de un Dios; pero solo por la fé podemos tener una idea ménos imperfecta de este Ser infinito, y oir sus divinas órdenes. Puede decirse que la verdadera religion no ha podido ni ha debido fundarse mas que sobre la fé. Por la fé ofreció Abel á Dios mas víctimas que Cain, y por ella ha merecido ser llamado el Justo. Por la fé ha sido Enoc sacado de este mundo sin gustar la muerte, habiendo querido Dios desde entonces darnos en su persona una prueba de la inmortalidad y de la felicidad eterna. Si Noé no hubiese creido, no se hubiera salvado del diluvio. San Pablo demuestra en su carta á los hebreos que no ha habido un santo en el antiguo Testamento que no haya sobresalido en la fé, y que por la fé han sido amados de Dios, y han tenido la dicha de agradarle. Tanta verdad es que sin la fé es imposible agradar á Dios. Pero esta fé divina ha triunfado mucho mas en la Iglesia; ella es la que ha sometido y subyugado el universo: y ¡cuántas maravillas han acompañado este triunfo! ella es la que ha poblado los desiertos y los claustros de una infinidad de santos; ella la que ha anegado, por decirlo así, la idolatría en la sangre de mas de diez y siete millones de mártires; ella es, en fin, la que con la gracia de Jesucristo llenó el mundo de héroes cristianos; y el cielo de predestinados de todas condiciones, de todos sexos y de toda edad. Admiremos la virtud de la fé divina ; comprendamos bien cuán necesaria es para la salud, y examinemos si esta divina virtud que caracteriza á todos los elegidos, es la que forma nuestro carácter.

Punto segundo.—Considera que aun cuando la fé sea una virtud del entendimiento, la poca fé es un vicio de la voluntad. No todas las infidelidades están únicamente en el entendimiento, las hay tambien en el corazon. La razon porque no se cree, es porque no se quiere creer. Es cierto que es necesario creer para amar á Dios ; pero no lo es ménos que es preciso amar á Dios para creer bien. No es la razon la causa de la incredulidad de los hombres, puesto que nunca se ha visto un hombre de razon dudar de las cosas de la religion, si ántes no estaba corrompido en sus costumbres. De aquí nace que ninguno de los herejes se convirtió de buena fé, si no se ha preparado para esta gracia con una vida arreglada é inocente, y que ja-

más se haya visto católico apóstata, que por otra parte no fuese muy mal cristiano. De aquí es tambien que jamás se ha visto abandonada la Iglesia, sino por los hijos que la deshonran, y que ella misma hubiera debido separar de su cuerpo místico á causa de la corrupcion de sus costumbres. En esto consiste aquella aversion, aquel odio que han tenido siempre todos los herejes al soberano pontífice; lo que atacan en él, no es propiamente ni su rango, ni su superioridad; lo que no pueden sufrir es el derecho, la obligacion que tiene de velar tanto sobre las costumbres como sobre la doctrina. Sea enhorabuena tan ensalzado como se quiera, con tal que los pierda de vista; pero lo que disgusta á un corazon corrompido, lo que incomoda á un hombre libertino, lo que pone de mal humor á una alma poco cristiana, es la cualidad importuna de censor universal y de juez de las costumbres de los cristianos, y sobre todo de los ministros de la Iglesia, que reside en el vicario de Jesucristo, como reside en los obispos respecto de sus ovejas particulares, y esto es lo que en todos tiempos ha engrosado todos los cismas. Tengamos costumbres puras, é infaliblemente tendremos una fé viva. ¿Corrómpese el corazon? Inmediatamente comienza á dudar el entendimiento. Declámese cuanto se quiera contra esta verdad, pocos hay que no la esperimenten: bambolea la fé luego que la virtud se desmiente. Creamos con simplicidad, puesto que nuestra fé se apoya en la infalibilidad de la palabra de Dios. Piérdese nuestro limitado entendimiento luego que sale de su esfera. ¡Ah, y qué limitada es esta esfera! ¿y cómo se atreverá á sublevarse contra la ciencia de Dios? La demasiada crítica siempre ha debilitado la fé. Creamos con docilidad, esclavizando nuestro entendimiento bajo de la obediencia de Jesucristo. Santo Tomás no se ha llamado dichoso porque ha visto las cicatrices de Jesucristo resucitado, sino porque ha creido lo que no veia. Bienaventurados los que creen con la simplicidad cristiana que caracteriza á todos los santos.

Concededme, Señor, esta fé viva, esta fé simple, esta fé exenta de todas las perplejidades, de todas las dudas, puesto que el dudar ya no es creer.

JACULATORIAS.— Sí, divino Salvador mio, yo creo firmemente que vos sois mi Señor y mi Dios. (Joan. 20.)

Yo creo, Señor; fortaleced mi poca fé. (Marc. 9.)

PROPÓSITOS.

1 De todos los estados el mas miserable es el de un cristiano que cree poco: valdria mas, por decirlo así, no creer nada; es mas fácil convertir un infiel que un medio cristiano. ¿En qué consiste que se cree á la hora de la muerte? No es otra la causa sino que se ha perdido entonces la esperanza de todas las cosas del mundo; que el velo se ha roto; que las pasiones están apagadas; vense sí entonces desesperados, pero pocos ateos. Una pasion en un corazon al cual ha enervado ya la relajacion, es como un fuego que se aplica á una materia húmeda; escita un humo espeso que ciega la razon y la impide el ver las cosas sobrenaturales. ¡Cosa estraña! nos ciega la pasion aun con respecto á los objetos sensibles, ¿será estraño que nos absorva el conocimiento de las cosas espirituales y divinas? Hácese uno fiel, desde que se hace hombre de bien. Comenzad por purificar el corazon, y prontamente será ilustrado el entendimiento con las luces de la fé. Domad vuestras pasiones, y ya no tendreis dificultad en creer, y no olvideis que la moral del Evangelio es tan de fé como el dogma. Si es preciso creer un Dios en tres personas, no lo es ménos el creer firmemente que es necesario mortificarse, perdonar de buena voluntad las injurias, hacer limosna, aborrecer la carne y domar las pasiones. Haced á menudo estas reflexiones prácticas.

2 La fé se ha dado como un suplemento, por decirlo así, á la razon, para elevarnos sobre la razon. De aquí es que mas bien ayuda ella á la razon, que esta la ayuda á ella. Haced un estudio en tener una fé pura, humilde, sencilla: ¿le está bien á un entendimiento tan limitado como el nuestro, que no puede comprender una hormiga, pretender adquirir razones sensibles de los mas sublimes misterios? Guardaos bien de querer fortalecer vuestra razon criticando las verdades de la religion. No leais jamás ningun libro sospechoso, ó que proceda de una fuente emponzoñada. Huid las críticas desmedidas que no sirven mas que para hacer dudar de todo. Nada debilita tanto la fé como esta pretendida ciencia, cuando quiere ella medirlo todo con sus sombrías luces, y pesarlo todo en la balanza de su flaca razon. Someteos con una sumision humilde, entera, universal, ciega aun á todas las decisiones de la Iglesia; y á cualquiera que no escuche á la Iglesia, miradle como un pagano y un publicano.

DOMINGO SEGUNDO DESPUES DE PASCUA.

Llámase comunmente este domingo el domingo del Buen Pastor, en razon del asunto del Evangelio que se lee en la misa. Parece que la Iglesia en la misa de este dia se ha propuesto celebrar, por decirlo así, ó á lo ménos honrar particularmente la mansedumbre del Salvador del mundo. El introito, la Epístola, el Evangelio, todo nos predica la bondad de este Padre de las misericordias, el ejemplo de mansedumbre de este divino Redentor, la caridad estrema que este buen Pastor tiene por sus ovejas, por las cuales ha venido, no solo para conducirlas al redil, sino tambien para dar su vida por ellas. Aunque la mansedumbre sea uno de los rasgos mas bien marcados del verdadero retrato del Salvador, y aunque haya hecho de ella como su virtud favorita durante su vida mortal, puede decirse que jamás se ha ostentado mas sensiblemente que despues de su resurreccion. No hay que traer á la mente sus diversas apariciones, sus instrucciones, sus reprensiones mismas y todas sus palabras.

No obstante que la solemnidad particular de la gran fiesta de Pascua se termina en su octava, esto es, en el domingo de Cuasimodo, sigue del mismo modo llamándose tiempo Pascual, el cual dura hasta el sábado de la octava de Pentecostés. Tiene de peculiar suyo el tiempo Pascual el que se le considere por los cristianos como una especie de fiesta; «festividad perpetua y continuada,» dijo el autor del sermon atribuido á san Agustin: nó porque los cristianos cesasen en sus trabajos naturales y ordinarios durante estos cincuenta dias, sino que esta fiesta consistia en hallarse con mas frecuencia en la iglesia, en asistir todos los dias al divino sacrificio, y en comulgar á lo ménos todos los domingos. Con el mismo espíritu observa la Iglesia en todo este tiempo Pascual en sus oficios de feria el mismo rito que en el de los dias de las fiestas, y cuasi son las mismas solemnidades. En todo este tiempo el oficio es mas alegre, cargado por todas partes de Alleluya, no se arrodilla cuando se reza el oficio divino, y todo esto en memo-

ria de la resurreccion; no se ayuna segun los cánones, y en muchas iglesias no se dice mas que un nocturno de tres salmos y de tres lecciones como la semana de Pascua. San Ambrosio llama á todo el tiempo Pascual una octava de semanas: porque las siete semanas hacen cuarenta y nueve dias, y la octava semana es la de Pentecostés. Estos cincuenta dias se celebran lo mismo que el domingo, y por tanto, dice este Padre, el oficio es todo semejante al de los domingos. Y como en el domingo no se ayuna y se ora á Dios en pié, dice Tertuliano, la Iglesia en todo el tiempo Pascual guarda tambien la misma costumbre. Desde el siglo II de la Iglesia se ha mirado como una falta grave, como una especie de irreligion el ayunar el santo dia del domingo, el cual se ha considerado siempre como la octava perpetua de la fiesta de la Resurreccion. ¿De quién han aprendido los herejes de estos últimos tiempos á no ordenar los ayunos públicos mas que en el santo dia del domingo? «Todo el tiempo que el esposo está con ellos, decia el Salvador (Marc. 2.), no pueden ayunar.» Por esto no se ayuna en la Iglesia hasta despues de la Ascension. Los convidados al festejo y á la ceremonia de las bodas entre los judíos, pasaban los primeros dias del matrimonio entre el regocijo y los festines; eran llamados los amigos del esposo: «¿Por ventura pueden entregarse al llanto los amigos del esposo, cuando este está con ellos? (Matth. 9.)» Jesucristo es el verdadero esposo de la Iglesia con la cual ha contraido la alianza mas estrecha. Así es que mientras sus discípulos tenian la dicha de poseerle, no era justo que estuviesen afligidos. Luego que le perdieron de vista por su gloriosa ascension al cielo, su vida no fué ya mas que una sucesion de penas, de trabajos, de persecuciones y de penitencia. Todo el tiempo Pascual es propiamente el tiempo que los amigos de este divino Esposo han estado visiblemente con él; y por esto la Iglesia pasa todo este tiempo en un santo regocijo y en una alegría espiritual.

El introito de la misa de este dia comienza por estas consoladoras palabras del salmo 32: «Toda la tierra está llena de los efectos de la misericordia del Señor, bendigámosle porque con tanta abundancia derrama sobre nosotros los tesoros de su misericordia. Con una sola palabra ha producido los cielos, y esta maravilla tan brillante la ha obrado en nuestro favor, y estos cielos mismos anuncian altamente su poder y su bondad para con nosotros: no cesemos, pues, de bendecirle y de cantar sin cesar sus alabanzas.» Despues de haber ensalzado David en el salmo 31 la dicha de los que viven en la inocencia, exhorta en este á los justos á que alaben al Señor, y les ofrece los motivos en el poder y en la sabiduría de Dios omnipotente, y sobre todo en su misericordia que se hace admirar en todas sus obras.

El asunto de la Epístola que se lee en la misa de este dia, está tomado de la primera carta de san Pedro, en la que nos propone la paciencia y la mansedumbre de Jesucristo como el modelo de la que debemos tener en todos los accidentes molestos de esta vida. Ninguna cosa mas propia ni mas eficaz para inspirarnos esta paciencia y esta mansedumbre que el ejemplo del mismo Jesucristo. «Jesucristo, dice el Apóstol, ha padecido por nosotros, dejándoos un ejemplo, á fin de que sigais sus huellas.» ¿Puede darnos una leccion de paciencia mas eficaz que el ejemplo del mismo Jesucristo? Quéjanse en el mundo de esa inundacion de adversidades, de esas cruces tan abundantes que nacen en todos los estados, de esas aflicciones que derraman tanta amargura en todas las edades y en todas las condiciones de la vida. Si tuviésemos un gefe, criado en las prosperidades mundanas y en las delicias, harto de honores y de gloria, segun el espíritu y el gusto del mundo, podríamos tal vez quejarnos de la dureza de nuestra condicion; pero cuando se ve á nuestro soberano Maestro, nuestro Rey, nuestro Dios, nuestro modelo, nacido en una condicion oscura, en la mas estrema pobreza, criado en las humillaciones, harto de penas y de oprobios, ¿tendremos motivos para quejarnos? Si ha sido necesario que el Maestro, el Hijo único, el heredero de la gloria padeciese para tomar posesion y entrar en ella; ¿nos atreveremos nosotros, miserables esclavos, á mirar con estrañeza que se nos la haga merecer, que se nos la dé al mismo precio y sobre el mismo título? Pero al fin, se dice, que los impíos sean tratados con dureza, que vivan en la afliccion, pase, nadie tiene derecho para sindicarlo; pero que los justos, que las almas inocentes pasen su vida entre el llanto y las humillaciones, repugna altamente. ¿Y habrá algo que replicar cuando se considere que este Hombre de dolores, tratado toda su vida como el último de los hombres, es la inocencia misma, el que jamás ha cometido ni podido cometer pecado alguno? ¿Se ha quejado de los malos tratamientos que se le hacian? ¿ha declamado contra la injusticia? ¡Con qué paciencia se entregaba al que le condenaba injustamente! Jesucristo, aunque inocente, ha querido padecer por los pecadores; ¿qué no debemos, pues, hacer nosotros para espiar nuestros propios pecados, y para completar en nuestra carne, á ejemplo de san Pablo, lo que falta á los tormentos de Jesucristo? ¿qué no debemos hacer para hacernos semejantes á él, á aquel que sobre el madero de la cruz ha llevado nuestros pecados en su cuerpo, á fin de que muriendo á los pecados, vivamos á la justicia, esto es, á aquel que ha muerto en la cruz para espiar nuestros pecados, que ha llevado en su cuerpo la pena de nuestros pecados, á fin de reconciliarnos con su Padre? La sangre que ha corrido de las llagas de Jesucristo ha sido como un bálsamo sagrado que ha curado todas las llagas de nuestra alma. Desterrados de la casa de nuestro Padre y fuera del redil, despues de la desobediencia del primer hombre, éramos como ovejas errantes; este divino Pastor ha venido á reunirnos en el redil; éramos ovejas descarriadas, porque cada uno seguia las ilusiones de su entendimiento, y las pasiones predominantes de su corazon. Por el mérito de su muerte hemos vuelto felizmente al pastor y al obispo de nuestras almas. La palábra obispo dice algo mas que la de pastor; significa originariamente celador é inspector, y espresa mejor el soberano dominio de Jesucristo que la de pastor, que es un término de bondad y de ternura. A vista de un ejemplo tan escelente, no hay nadie que no tenga por que confundirse, midiendo nuestra inocencia, nuestras adversidades y nuestras penas con la inocencia, la cruz y los dolores de Jesucristo.

Fácilmente se advierte la relacion que tiene el Evangelio de la misa de este dia con la Epístola. Despues de haber hecho el Salvador el verdadero retrato de los sacerdotes, de los doctores de la ley y de los fariseos, haciendo el de los mercenarios y de los malos pastores que huyen viendo venir el lobo, y que en lugar de apacentar las ovejas las degüellan para mantenerse ellos mismos, hace

aquí el suyo con los colores mas vivos. «Yo soy el buen pastor,» dice, y lo prueba de una manera que no admite réplica: el buen pastor ama tanto á sus ovejas, que no solo las lleva á apacentar á pastos escogidos y abundantes; no solo vela incesantemente sobre el rebaño, temiendo que alguna oveja no salga de ellos, ó que entre algun lobo; no solo evita que se estravien cuando van al campo, sino que, si una sola se estravia, deja el rebaño para ir á buscar á la que se ha perdido, y habiéndola encontrado, la carga sobre sus espaldas y la vuelve á traer al aprisco. Estiéndese todavía á mas, dice, la solicitud y la ternura del buen Pastor, porque da su vida por sus ovejas: juzguemos si escaseará sus cuidados y sus penas; mientras que el mercenario, el que no es el pastor, al que no pertenecen las ovejas, viendo venir el lobo huye y abandona á la rabia del lobo las ovejas que debia defender: huye, añade el Señor, porque es mercenario, y no mira mas que su persona y su propio interés, y de ningun modo el de sus ovejas.

¡Qué lecciones tan importantes en esta sencilla alegoría! Jesucristo se pinta en ella á sí mismo; pero no nos da un retrato ménos semejante de los falsos doctores y de los malos pastores. El buen pastor da su vida por sus ovejas, se espone á todos los peligros por salvar á su rebaño, sufre las incomodidades de las estaciones, nada le importa el hambre y la sed con tal que paste su rebaño. Jesucristo ha llevado mas léjos su solicitud: no contento con sacrificar su reposo, su gloria misma, se ha ofrecido en la cruz como una víctima á su Padre, para rescatar con su sangre y con el sacrificio de su vida unas ovejas que habiéndose estraviado estaban á merced del lobo, bajo del poder del demonio. Este divino Pastor, dice san Gregorio, nada satisfecho con haber dado su vida por su rebaño, quiere todavía alimentar y saciar con su propia carne las ovejas que ha rescatado, y nada omite para su salvacion. Tal es el retrato y el modelo del verdadero pastor, muy diferente de el del mercenario y del ladron. Este, dice Jesucristo, no salta el vallado sino para robar, degollar y hacer estrago; el mercenario no usa de maneras tan violentas, pero no daña ménos al ganado. Como no busca mas que su propio interés, como no escucha mas que su pasion, ni lleva otra mira que lo que le acomoda, le da muy poco cuidado del rebaño. ¿Quién no ve en el retrato que hace el Salvador del ladron que entra con destreza en el coto, y el mercenario que sacrifica su rebaño á sus propios intereses, el carácter bien marcado del hereje, de los falsos doctores y de los directores mercenarios? Acaso tienen bastantes luces para ver de tiempo en tiempo que el camino por donde conducen las ovejas no es seguro, y que los pastos en donde las apacientan están emponzoñados. Nada les importa con tal que allí satisfagan sus intereses; les mueve muy poco la pérdida de las almas. En la calma de la Iglesia, continúa san Gregorio, algunas veces parece que vela el pastor mercenario en guarda de las ovejas, lo mismo que el verdadero pastor; pero si se presenta el lobo, luego se conoce el espíritu con que el uno y el otro guardaba su ganado. Cuando el lobo arrebata y dispersa las ovejas, esto es, cuando las almas perecen por haberse salido del redil, ¿se ve en el pastor mercenario un gran zelo para hacerlas entrar otra vez? Siendo tal vez él el primer estraviado, y no buscando otra cosa que las ventajas esteriores, mira con indiferencia los males interiores que padece el rebaño. «Yo, añade el Salvador, yo soy el buen pastor, yo conozco mis ovejas, y mis ovejas me conocen.» Despues de haber sabido, hermanos mios muy amados, continúa el mismo san Gregorio, el peligro que corremos nosotros los pastores, reconoced tambien por las mismas palabras de Jesucristo, cuál es al que vosotros estais espuestos. Mirad si sois verdaderamente del número de sus ovejas; mirad si os habeis salido de su redil; mirad si le conoceis bien con un conocimiento práctico; quiero decir, por el amor y por la práctica de las buenas obras y nó por una simple y estéril creencia.

Tengo todavía otras ovejas, dice el Salvador, que no son de este redil, al cual es preciso que yo las traiga; ellas oirán mi voz, y no habrá mas que un aprisco y un pastor. Todo el universo ha visto el cumplimiento de esta profecía. Las otras ovejas son los gentiles, las cuales no eran del aprisco de los judíos, que eran á quienes hablaba Jesucristo. Los gentiles convertidos á la fé no han formado mas que un mismo rebaño con los judíos que han reconocido á su Mesías. Obra solo de una religion toda divina era el romper el muro de division que separaba á estos dos pueblos. Jesucristo, soberano pastor de las almas, no tiene mas que un solo rebaño, un solo aprisco, y no puede tener dos. Desgraciadas las ovejas que se separen de este rebaño, que dejen este aprisco; siempre son presa ó de algun mercenario ó del lobo.

Con ocasion de este Evangelio los obispos que son los verdaderos pastores de sus diocesanos, establecidos por Jesucristo sobre su rebaño, esto es, sobre los fieles, convocan su sínodo en cada un año en esta semana, que se llama la semana del Buen Pastor. Este sínodo es una convocatoria que hace el obispo de todos los curas de su diócesis, para formar algunos reglamentos, hacer algunas correcciones, y para conservar la pureza de las costumbres en su diócesis. Hacianse en otros tiempos dos veces al año; á saber, esta semana y en las calendas de noviembre, esto es, cerca de seis en seis meses.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Deus, qui in Filii tui humilitate jacentem mundum erexisti: fidelibus tuis perpetuam concede lætitiam; ut, quos perpetuæ mortis eripuisti casibus, gaudiis facias perfrui sempiternis. Per eumdem Dominum nostrum...

O Dios, que por la prodigiosa humildad de vuestro Hijo habeis levantado al mundo caido, derramad en el alma de vuestros fieles una alegría pura, constante y perpetua, á fin de que aquellos á quienes habeis librado de caer en la desgracia eterna, gocen mediante vuestra gracia de la felicidad perdurable. Por el mismo Jesucristo Señor nuestro, etc.

La Epístola está tomada del capítulo 1 de la primera carta del apóstol san Pedro.

Charissimi: Christus passus est pro nobis, vobis relinquens exemplum, ut sequamini vestigia ejus. Qui peccatum non fecit, nec inventus est dolus in ore ejus: qui cum malediceretur, non maledicebat:

Hermanos mios muy amados: Cristo ha padecido por nosotros, dejándoos ejemplo para que sigais sus huellas. El que no ha cometido pecado, y en cuya boca no se ha encontrado nada falso; que cuando se le maldecia, no corres-

cum pateretur, non comminabatur : tradebat autem judicanti se injuste : qui peccata nostra ipse pertulit in corpore suo super lignum : ut peccatis mortui, justitiæ vivamus : cujus livore sanati estis. Eratis enim sicut oves errantes, sed conversi estis nunc ad pastorem et episcopum animarum vestrarum.

pondia del mismo modo; que en sus padecimientos no amenazaba al que le condenaba injustamente; que en el madero de la cruz ha llevado en su cuerpo nuestros pecados, á fin de que quedando muertos al pecado vivamos á la justicia; aquel, en fin, en cuyas llagas hemos sido curados. Porque erais como ovejas errantes, mas ahora habeis vuelto al que es el pastor y el obispo de vuestras almas.

El fin principal del apóstol san Pedro en esta carta es el confirmar en la fé á los fieles á quienes escribia. Exhórtales á que sufran con paciencia los males que les sucedan, á ejemplo de Jesucristo.

REFLEXIONES.

«Jesucristo ha padecido por nosotros, dejándoos ejemplo para que vosotros sigais sus huellas.» ¿Síguese mucho este ejemplo? y Jesucristo despues de haber hecho todos los gastos de nuestra redencion, despues de haberse puesto al frente de todos los elegidos en cualidad de cabeza nuestra, ¿encuentra muchos que sigan sus huellas? En medio de esto él mismo es el camino, y cualquiera que no le sigue se estravia. Este camino es estrecho, es escabroso, está sembrado de cruces, es verdad; pero es el camino que nos ha enseñado Jesucristo, y que él mismo ha llevado; es la ley evangélica, penosa á los sentidos y al amor propio. El Salvador no nos ha enseñado otro camino; por el contrario nos dice positivamente que cualquiera otro aleja de la salud, y conduce á una eternidad desgraciada. Hállanse ciertamente muchos otros caminos, todos muy espaciosos, llanos, floridos, pero ninguno de ellos, aunque tan risueños y tan anchos, conduce sino á la perdicion; el número de los que entran por estos es muy grande, nos dice él mismo. Apoyámonos algunas veces, con respecto á la salvacion, en que seguimos la costumbre, y que hacemos lo que hacen los demás; esta es la jerigonza ordinaria de los mundanos, la máxima dogmática del mundo; vívese, óbrase, piénsase, háblase como los demás; pero el obrar como los demás es obrar como el mayor número; y el mayor número segun la sentencia de Jesucristo toma el camino de la perdicion. No hay camino mas fácil de andar que el de la perdicion: es ancho, es espacioso, todo en él es cómodo, todo rie, todo agrada, todo lisonjea. De aquí es que nada hay mas fácil que el perderse en el mundo; vívese en él como si fuera imposible condenarse. Hasta en el estado religioso hay caminos anchos. No es Jesucristo quien los ha enseñado; no son los santos fundadores los que los han hallado ni trazado; no es el instituto ni las reglas los que los han dictado; este descubrimiento funesto se debe solo á la relajacion. Desgraciados los que la siguen; ¡y quiera Dios que no sea el mayor número! ¡Qué error! digámoslo mejor: ¡qué barbarie! el imaginarse que porque se camina en numerosa compañía, nada hay que temer: como si no fuese una verdad de fé que el número de los que caminan á la perdicion es el mayor. ¿Queremos labrar nuestra salvacion? caminemos por el camino estrecho, sigamos las huellas de Jesucristo: él ha padecido por nosotros, dejándonos un grande ejemplo á fin de que sigamos sus vestigios. Estravíase, piérdese uno siguiendo cualquiera otro sendero.

El Evangelio de la misa es lo que sigue tomado del de san Juan, cap. 10.

In illo tempore : Dixit Jesus pharisæis : Ego sum pastor bonus. Bonus pastor animam suam dat pro ovibus suis. Mercenarius autem, et qui non est pastor, cujus non sunt oves propriæ, videt lupum venientem, et dimittit oves, et fugit; et lupus rapit, et dispergit oves, mercenarius autem fugit, quia mercenarius est, et non pertinet ad eum de ovibus. Ego sum pastor bonus; et cognosco meas, et cognoscunt me meæ. Sicut novit me Pater, et ego agnosco Patrem, et animam meam pono pro ovibus meis. Et alias oves habeo, quæ non sunt ex hoc ovili : et alias oportet me adducere, et vocem meam audient, et fiet unum ovile, et unus pastor.

En aquel tiempo dijo Jesus á los fariseos: Yo soy el buen pastor. El buen pastor da la vida por sus ovejas. Pero el mercenario, el que no es pastor y á quien no pertenecen las ovejas, ve venir el lobo, abandona las ovejas, y huye; entretanto el lobo las arrebata, y las dispersa. El mercenario huye porque es mercenario, y no tiene interés por lo que mira á las ovejas. Yo soy el que es buen pastor; yo conozco mis ovejas, y mis ovejas me conocen. Como mi Padre me conoce, así yo conozco á mi Padre, y doy mi vida por mis ovejas. Otras ovejas tengo, aunque no son de este aprisco, y es necesario que yo las traiga á él; ellas oirán mi voz, y no habrá mas que una cabaña y un pastor.

MEDITACION.

De la misericordia de Dios con los pecadores.

Punto primero.—Considera que nada hay, al parecer, que el Salvador nos haya querido persuadir tanto como la misericordia y la bondad que tiene con los pecadores. Su encarnacion y los misterios de su pasion y de su muerte, sus discursos, sus espresiones, las parábolas de que se ha servido, sus ejemplos, todo nos predica, todo nos demuestra esta misericordia y esta predileccion, por decirlo así, hácia los pecadores. Su misericordia es el mas glorioso de sus atributos, y aun puede decirse que es su atributo favorito. En efecto, ¡un Dios haberse dignado hacerse hombre por salvar á los hombres que se habian perdido por el pecado! Comprended, si es posible, el misterio inefable de la Encarnacion, y comprendereis entonces la grandeza inmensa y la incomprensibilidad de su infinita misericordia; pero puede decirse que nunca se descubren mas los tesoros de la misericordia de nuestro Dios que en las parábolas de que se ha servido el Salvador para pintárnosla, y la manera dulce y obligante con que ha obrado. Si ha hecho el retrato del pecador en la persona del hijo pródigo, se ha pintado á sí mismo en la manera solícita, amable, preveniente, con que el padre de este hijo perdido le recibe. No espera que llegue á la casa; apenas le percibe á lo léjos, corre á él, le abraza, y ni aun le echa en cara sus estravíos; la alegría que le causa el ver que vuelve á él, le hace olvidar sus desór-

denes. Su conducta corresponde á sus palabras. ¿En dónde se ha ostentado con mas brillo la mansedumbre y la misericordia del Salvador con los pecadores que en la mujer adúltera? Satisfecho con la humillacion y la contricion de aquella pecadora, ¡con qué bondad la absuelve! ¿Mujer, la dice, nadie te ha condenado? Nadie, Señor. Ni yo tampoco te condenaré; véte, y no peques mas en adelante. Pero sin salir de nuestro Evangelio, ¿qué prueba mas brillante ni mas señalada de la misericordia de Dios con el pecador, que el símbolo del buen pastor que es su verdadera imágen? Yo soy el buen pastor. Este pastor que movido de la pérdida de una sola oveja que habiéndose estraviado se ha puesto en peligro de ser devorada, deja noventa y nueve para ir á buscar la que se ha perdido. Habiéndola encontrado la carga sobre sus espaldas para ahorrarla el trabajo de andar, lleno de contento por haberla vuelto á encontrar. ¿Pero á qué título quiere ser reconocido por el buen pastor? no lo ignoramos; dando su vida por sus ovejas, alimentándolas con su propia carne. ¿Puede darnos el Salvador una idea mas justa de su bondad, de su mansedumbre y de su misericordia?

Punto segundo.—Considera que si la gran misericordia de Dios con los pecadores es para estos un gran motivo de confianza, no por esto debe servirles de ocasion para perseverar en sus pecados. Nada hay mas pernicioso ni mas criminal que la falsa confianza. No salva la misericordia á aquellos para quienes es ella misma un motivo de que se condenen. ¿Para qué se ostenta la misericordia de Dios? Para inspirar al pecador el deseo sincero de volverse á él; porque este es uno de los efectos de la misericordia de Dios, y por tanto no hay señal mas fija de que no hay ya misericordia para un hombre, que cuando se prevale de ella como de una razon para no convertirse. La misericordia debe inspirar la confianza, pero una confianza inseparable del arrepentimiento. Apenas puede ir mas léjos la malicia que hasta abusar de la bondad de Dios, de la paciencia y de la misericordia de Dios para perseverar en el crímen. ¿Qué, porque Dios es bueno, puedo yo tranquilamente ser malo? ¿porque Dios es misericordioso, quiero yo ofenderle impunemente? Dios es paciente, y por eso no debo yo temer en apurar su paciencia; Dios es misericordioso, y por lo mismo nada arriesgo en ultrajarle; cuando me hubiere cansado de ofenderle, entonces recurriré á su misericordia. Si Dios fuese mas severo y ménos bondadoso, yo seria ménos malo, yo le tendria mas consideracion. ¡Hombre impío! ¡comprendes bien la malicia y la impiedad que encierra esa falsa confianza! ¡concibes ya si la justicia, digo mas, si el honor de Dios no está interesado en castigar con el último rigor un crímen tan horrible que incluye en su obstinacion la malignidad, por decirlo así, de todos los demás! Dios es infinitamente misericordioso, es verdad; y esta infinita misericordia se demuestra bien en la bondad con que recibe á los mayores pecadores, luego que arrepentidos se vuelven á él con sincera contricion y confianza. Nó, Dios no se retrae ni por el número de los pecados, ni por la enormidad de los mayores crímenes, con tal que encuentre en el pecador el sentimiento sincero y sobrenatural de haber pecado, y en esto es en lo que resplandece su grande misericordia. Pero cuando ve que la idea misma de esta infinita misericordia alimenta en el pecador la inclinacion y el apego al pecado, parece como que no sufre ya la justicia de Dios el que se trate con misericordia á un pecador tan monstruoso. «Vendrá tiempo en que invocarán mi misericordia, y yo no los escucharé. Se levantarán de mañana, y no me encontrarán. (Prov. 1.)»

Mucho espero, Señor, en vuestra misericordia, y yo he formado la idea mas justa de ella para que jamás me suceda semejante desgracia. Sí, Dios mio: vos sois misericordioso, y por lo mismo vengo á vos desde este mismo momento; y como el deseo que tengo de convertirme es un efecto de esta misericordia, me guardaré bien de abusar de ella difiriendo mi conversion un solo momento.

Jaculatorias.—Yo cantaré para siempre las misericordias del Señor. (Psalm. 88.)

Haced, Señor, que yo sienta los efectos de vuestra misericordia, y viviré. (Psalm. 118.)

PROPOSITOS.

1 La misericordia de Dios debe preservaros de caer en la desesperacion; pero yo os tengo por desesperado, decia un gran siervo de Dios, si os sirve de ocasion para caer en la impenitencia. La misericordia de Dios nos salvará, inclinándonos á amar á Dios y á detestar de lo íntimo de nuestro corazon todo lo que le desagrada; nos salvará inspirándonos un horror y un dolor estremo de nuestros pecados, y una confianza en la bondad de Dios que nos escite á la penitencia. Tal debe ser el efecto de la confianza que debeis tener en la misericordia de Dios. Esperadlo todo de su bondad; pero no difirais un solo dia vuestra penitencia. Detestad diariamente vuestros pecados, y de dia en dia reanimad vuestra confianza en su misericordia; pero guardaos bien de cometer jamás una falta, por lijera que parezca á la vista, con la esperanza de obtener el perdon por la misericordia de Dios; no hay cosa que así irrite su justicia.

2 La gran misericordia de que Dios usa con nosotros debe ser el motivo, y como la medida de la que nosotros debemos tener con nuestros hermanos. Sed indulgentes con todo el mundo, y cuando la pasion, el interés, la razon misma os inclinen á castigar, no dejeis de pensar en la bondad de Dios con vosotros por mas pecadores que seais, y en la misericordia con que os perdona. Nunca reprendais sino con dulzura; corregid las faltas; pero jamás con palabras desabridas, ni con términos de desprecio. Es necesario que la indulgencia sea prudente y siempre cristiana; un señor, un superior deben siempre ser un padre; es preciso velar sobre todo, informarse de todo; pero corregir con discrecion, con moderacion, y disimular muchas cosas, corrigiéndolas por otra parte.

DOMINGO TERCERO DESPUES DE PASCUA.

Todo el tiempo Pascual es, por decirlo así, una fiesta continua que inspira á los verdaderos fieles un regocijo espiritual, tal como el que sienten los esclavos cuando acaban de ser rescatados despues de una larga cautividad. Hemos salido de la esclavitud mediante la muerte y la resurreccion del Salvador, justo es que disfrutemos la alegría pura y perfecta que debe inspirarnos nuestra dichosa libertad en todos los dias que se llaman tiempo Pascual, y puntualmente es esto mismo lo que nos inspira la Iglesia en sus oficios.

La misa de este dia comienza por las palabras del sal-

mo 65, el cual puede llamarse un cántico de alegría, que los judíos no cesaban de cantar despues de su cautividad. «Pueblos de toda la tierra, demostrad al Señor vuestra alegría, celebrad su nombre con vuestros himnos, dadle la gloria que le es debida,» no ceseis de bendecirle y de darle gracias, de cantar sus alabanzas, de amarle y de glorificarle. «Decid á Dios: Qué terror inspiran, Señor, vuestras obras: cuando os place desplegar vuestro poder, haceis ver demasiado á nuestros enemigos que en vano se lisonjean de resistiros.» Nada conviene mejor que estas espresiones á un tiempo en que la Iglesia celebra el triunfo de la resurreccion del Salvador, la gloriosa victoria que ha conseguido sobre todos sus enemigos; el terror y el espanto que ha causado á los soldados que guardaban su cuerpo en el sepulcro, y á todos los que habian contribuido á su muerte, y habian tomado tantas medidas para impedir, ó á lo ménos para hacer inútil su resurreccion gloriosa.

Este salmo de donde está sacado el introito de la misa tiene por título: «Cántico ó salmo de la Resurreccion.» En efecto, todo él puede perfectamente aplicarse á la resurreccion de Jesucristo, segun el parecer de san Agustin y de otros santos Padres. Aquí da gracias á Dios todo el pueblo judío por su libertad. Los judíos libres de su cautividad son la figura de los gentiles en particular, y de todos los hombres libres de la esclavitud del demonio por el bautismo.

La Epístola de la misa contiene una exhortacion patética que san Pedro hace á los fieles para moverles á que se consideren como estranjeros y viajeros en este mundo. Habiéndonos Jesucristo por su muerte y su resurreccion hecho hijos adoptivos de Dios y coherederos de la gloria que nos ha merecido, nos ha hecho al mismo tiempo ciudadanos de la patria celestial: «Vosotros no sois ya estranjeros ni advenedizos,» dice el Apóstol, «sois de la ciudad de los santos y de la casa de Dios.» Debemos, pues, mirar el cielo como nuestra verdadera patria; somos ciudadanos de él; esta vida no es mas que un viaje que hacemos por un pais estranjero; la tierra es para nosotros un lugar de destierro, y el mundo es para todos los cristianos una tierra estraña. La vida es muy corta para creer que el viaje debe ser largo; con frecuencia se toca su término cuando apenas se ha comenzado. En este concepto, dice el apóstol san Pedro, yo os conjuro como estranjeros y viajantes, que os abstengais de los deseos de la carne que hacen la guerra al espíritu. Llama aquí san Pedro deseos de la carne que hacen la guerra al espíritu, aquellos movimientos involuntarios de la concupiscencia, aquella propension, aquella inclinacion al mal de que son esclavos los pecadores, y que se convierte en ocasion de mérito para los justos por la violencia que se hace para resistir á ella. En este mismo sentido dice san Pablo en su Epístola á los romanos, que ve en los miembros de su cuerpo una ley que se opone á la ley de su espíritu. (Rom. 7.) Esta ley del espíritu es la ley de Dios, la voz de la conciencia, los piadosos movimientos de la gracia, las inspiraciones santas que nos mueven á la justicia y á la virtud. Dentro de nosotros tenemos este enemigo doméstico, esta concupiscencia, esta inclinacion al mal, contra la cual es preciso estar continuamente sobre aviso. La guerra es continua; no hay paz, no hay treguas; es preciso siempre combatir para no ser nunca vencido.

Los cristianos, dice san Justino mártir, escribiendo á Diognetes, están en el mundo como en un destierro: considéranse como ciudadanos de la Jerusalen celestial. Están en medio de las ciudades, pero como viajeros; toman parte en las cosas de esta vida, pero como gentes que esperan otra; viven en una tierra estranjera como en su casa, y en su casa como en una tierra estranjera. Viven en la carne, pero no viven segun la carne; moran sobre la tierra, y su comercio es en el cielo. Tal es la pintura que hace san Justino de los cristianos: ¿es esta la nuestra?

«Guardad entre los gentiles,» continúa el Apóstol, «una conducta regular,» á fin de que al mismo tiempo que ellos no omiten nada para desacreditaros en el mundo hablando mucho mal de vosotros, se llenen de confusion al verse desmentir ante todo el mundo por el bien que haceis. Cárguesenos enhorabuena de injurias, ennegrézcasenos con las calumnias mas horribles, impónganseños crímenes enormes como lo hacian los paganos con los primeros cristianos; suframos nosotros con paciencia y en silencio como lo ha hecho Jesucristo; una conducta sabia, irreprensible, cristiana, aunque muda, es la mas elocuente y la mas concluyente de todas las apologías. La maledicencia, el odio, la pasion pueden maltratar y aun despedazar á las gentes de bien; pero la malicia mas negra no será capaz de oscurecer ó debilitar la inocencia; ella se deja ver á través del humo negro y espeso que levantan las pasiones, y tarde ó temprano se le hace justicia. Observemos con todo el mundo una conducta regular; no respondamos á la malignidad de nuestros adversarios, mas que por la pureza de nuestras costumbres, y por la regularidad de una conducta edificante que jamás se desmienta. Sea en todas partes pura, santa y ejemplar la conducta de los cristianos, y muy pronto será todo el mundo cristiano. Siempre que se nos acuse de otra cosa que de ser cristianos, de ser mas modestos, mas reservados, mas devotos que los demás, tales acusaciones deben honrarnos. Al fin, nuestros enemigos harán justicia á nuestra virtud delante de Dios, á lo ménos en el dia de su visita, esto es, en el gran dia del juicio.

«Someteos á todo género de personas» mirando á Dios; sea al rey, como soberano de todos, sea á los magistrados, como á quienes han recibido la autoridad del príncipe, y son sus enviados para administrar justicia. Era una acusacion muy comun en los primeros siglos contra los cristianos el decir que inspiraban á los pueblos el espíritu de rebelion contra las potestades legítimas y el desprecio de los dioses. Por lo que hace á este último capítulo era evidente; los cristianos no adoraban mas que al único Dios verdadero, y miraban con horror á los ídolos; pero solo calumniosamente podia acusárseles de que eran rebeldes á los príncipes, aun á los paganos. La religion cristiana no inspira mas que sumision, fidelidad y dependencia; se ve bien la solicitud y el zelo con que los apóstoles san Pedro y san Pablo se han aplicado á inspirar á todos los fieles este espíritu de obediencia y de sumision. No hay pretesto, no hay razon que autorice jamás la rebelion contra su príncipe. Su potestad es la del mismo Dios. Si abusan de su poder, si su vida es poco cristiana, si tienen la desgracia de profesar una religion falsa, no es esto una razon, dice Tertuliano, para negarles la obediencia que les es debida. Ellos han recibido de Dios el derecho que tienen para mandarnos. No basta tampoco obedecerles, es pre-

ciso amarles, honrarles, desearles todo género de prosperidades y de bendiciones en esta vida, y la salvacion en la otra. No se contenta san Pedro con una simple obediencia: quiere que esta proceda de un motivo de amor de Dios, ó como habla san Pablo, por conciencia. Los motivos de temor, de interés ó de necesidad, pueden contener á los súbditos por algun tiempo; la religion cristiana les propone motivos mas nobles, mas sublimes, mas interesantes, que obligan siempre y en todas circunstancias. El temor, el interés, hasta el mismo amor al príncipe pueden entibiarse y desaparecer; pero el órden de Dios, el motivo de religion, la ley de la conciencia jamás pueden faltar. «Porque la voluntad de Dios es que obrando bien, hagais callar la ignorancia de los que juzgan sin conocimiento y sin razon,» y que solo forman sus juicios por pasion y por capricho. Quiere Dios que por una vida pura, santa y ejemplar cerremos la boca á los que murmuran de nosotros. ¿Trátase de hacer sospechosa nuestra fidelidad? rindamos una obediencia pronta y perfecta á todas las personas constituidas en dignidad. ¿Se nos acusa de crímenes monstruosos? seamos irreprensibles en nuestras costumbres, llevemos una vida pura é inocente, esta es la mejor de todas las apologías. Obrando como personas libres, no usemos de nuestra libertad como de un pretesto para hacer el mal. Dios nos ha dado la libertad; no abusemos de ella para perdernos, ántes bien hagamos un buen uso de ella. ¡Qué sentimiento por toda la eternidad haber podido ser eternamente dichosos con el auxilio de la gracia, y haberse atraido por haberla despreciado una desgracia eterna! Honrad á todo género de personas. El honor y el respeto se deben á nuestros superiores á causa de su dignidad. Nuestros iguales y nuestros inferiores son nuestros hermanos, todos son hijos del Padre celestial, todos son herederos de Dios y coherederos de Jesucristo. No debemos nunca despreciar á nadie; el desprecio es siempre una injuria; no hay hombre por vil y abyecto que pueda ser á los ojos de los hombres, cuya alma no haya costado tanto á Jesucristo como la del mayor príncipe; aquel que nos parece despreciable, es muchas veces un objeto querido y agradable á los ojos de Dios. Amad á vuestros hermanos. De cualquiera nacion, de cualquiera condicion, de cualquier humor que sean son nuestros hermanos. La diversidad del pais, de la condicion, del natural, del genio, no puede debilitar la obligacion del precepto; todos somos, por decirlo así, de una misma familia con respecto á Dios, todos tenemos derecho á la misma herencia, todos pertenecemos á la misma patria que es el cielo. «Temed á Dios;» el temor de Dios es el principio de la verdadera sabiduría. Respetad al rey, él es como la imágen de Dios; nosotros le debemos el honor, el respeto, la sumision, la fidelidad, la obediencia: el Apóstol coloca este deber inmediatamente despues del que debemos á Dios. En fin, «siervos, estad sumisos á vuestros señores con toda especie de respeto: no solo á los que son buenos y moderados, sino tambien á los que son de un humor díscolo.» Por mas duro, molesto y arrebatado que sea el señor, basta que sea el señor para que tenga derecho á ser servido con fidelidad, y ser obedecido en todo lo que manda, y que visiblemente no sea contrario á la ley divina; cuanto mas duro es el servicio, es mas meritorio, obrando en él por un motivo santo. Puede decirse que esta Epístola es un compendio de los mas instructivos y mas minuciosos que tenemos de la moral cristiana.

El Evangelio de la misa de este dia contiene una parte de aquel admirable discurso que el Salvador hizo á sus apóstoles despues de su última cena la noche misma de su pasion, en el que despues de haberles dicho que habia llegado su hora, esto es, el tiempo de consumar su grande obra, que era la de la redencion y de su ascension al cielo, les consuela sobre su partida, con la seguridad que les da de enviarles en su lugar al Espíritu Santo, y les anima á sufrir valerosamente las persecuciones que el mundo suscitará contra ellos. Despues de haberles declarado que muy pronto subirá al cielo, y que no le verán ya de una manera sensible, les promete que volverá á ellos y que los visitará, nó por sí mismo, sino por el Espíritu consolador, que les consolará de su ausencia, y les sostendrá en sus aflicciones.

Dentro de poco tiempo, les dice, no me vereis ya, y poco tiempo despues me volvereis á ver, porque me voy á mi Padre. Como era en la misma noche de su pasion en la que Jesucristo decia esto á sus apóstoles, muchos han creido que el Salvador hablaba de su ausencia durante los tres dias que debia estar en el sepulcro, y que le volverian á ver inmediatamente despues de su resurreccion, lo cual les causaria una alegría que les indemnizaria bien de la tristeza que les habria causado su ausencia. Sin embargo, lo que sigue hace ver que Jesucristo entendia tambien de la privacion de su presencia visible sobre la tierra despues de su ascension, y de las persecuciones que tendrian que sufrir sus discípulos en el mundo. Los apóstoles no comprendieron desde luego el misterio. ¿Qué es lo que quiere decir por esta alternativa de presencia y ausencia que nos predice? se decian en secreto unos á otros, no entendemos lo que dice. El Salvador les previno: nuestras necesidades y nuestros deseos, si son justos, equivalen para con él á unas verdaderas súplicas. Querer pedirle, es ya haber pedido; muchas veces es hasta haber obtenido lo que se desea. Vosotros discurrireis, les dice, sobre lo que yo acabo de deciros; dentro de poco tiempo no me vereis ya, y poco tiempo despues me volvereis á ver. Esto es todavía para vosotros un enigma, muy pronto sabreis el verdadero sentido de ello. Mi muerte, mi resurreccion, mis frecuentes apariciones, mi ascension al cielo, la descension del Espíritu Santo sobre vosotros os desenvolverán todo este misterio; y ninguna cosa os lo hará entender mas que lo que tendreis que sufrir por la gloria de mi nombre. Todas las potestades del infierno y de la tierra se sublevarán contra vosotros, os perseguirán á todo trance; parientes, amigos, compatriotas, domésticos, estranjeros, todo se desencadenará contra vosotros; sereis mirados como la cosa mas vil del mundo, como la escoria de todos los hombres; mientras que el mundo se alegrará, vivireis vosotros sumergidos en la tristeza. Nó, mis queridos hijos, yo no os disimulo cuál ha de ser vuestro patrimonio sobre la tierra; vosotros no sois de mejor condicion que yo que soy vuestro Padre, por eso no sereis tampoco mejor tratados del mundo que yo lo he sido. Vosotros pasareis vuestra vida en la afliccion, vuestra alma estará llena de amargura, mientras que el mundo se regocijará, y todos los dias serán dias de fiesta para las gentes del mundo; pero consolaos, la escena no será muy larga, vuestra tristeza se convertirá muy pronto en alegría,

así como por el contrario su alegría se cambiará muy pronto en tristeza; con esta diferencia, que vosotros por algunos dias de llanto endulzados con tantos consuelos interiores, obtendreis una alegría que nadie podrá quitaros, gozareis de una felicidad eterna que os hará pronto olvidar todo lo que hubiereis sufrido por mi amor en esta vida; y al contrario, por algunas horas de placeres acompañados, ó mejor dicho, empapados en tanta amargura, que los mundanos no han gustado mas que como de paso, ¡qué duracion infinita de sentimientos, de llantos, de amargos arrepentimientos, de desolacion, de suplicios, de rabia! Consolaos, vuestra tristeza apenas durará, y será muy pronto seguida de un contentamiento perfecto. Cuando una mujer está de parto gime, padece, porque aquella es la hora de su trabajo; pero luego que ha pasado, ya no hay mas que alegría; olvida sus dolores, porque ha dado un hijo al mundo. Del mismo modo á vosotros ahora os afecta la tristeza á causa de mi muerte y de todo lo que debe afligiros en vuestra vida y acabo de predeciros; pero me volvereis á ver muy pronto, no solo resucitado, sino tambien en el cielo, donde habré ido ya para prepararos un lugar en él. Así como habreis tenido parte en mis trabajos, en mis dolores y en mis ignominias, así tambien la tendreis en mi gozo y en mi gloria, y este gozo puro, lleno, satisfactorio, jamás se alterará, ni esta gloria se oscurecerá por ningun accidente.

¿Qué se han hecho los perseguidores de los apóstoles, dice un sabio intérprete? El tiempo de su poder y de sus gozes ha pasado, y el de sus suplicios no pasará jamás. Hace diez y ocho siglos que los apóstoles despues de algunos años de una vida trabajosa gozan en el cielo de la felicidad mas perfecta; y de aquí á cien mil millones de años esta felicidad será todavía nueva para ellos, nuevo gusto, nueva dicha, nuevo encanto. Entretanto, esos fieros y crueles perseguidores de los apóstoles y de los discípulos de Jesucristo, hechos el oprobio y la execracion de los ángeles y de los hombres, rabian entre los mas horribles suplicios, y arden en las llamas sin esperar jamás el menor alivio.

Ve un cristiano una concurrencia profana, en donde el siglo reune lo que hay en él de mas brillante, y se dice á sí mismo: de todos estos hombres tan dichosos en la apariencia que adornan hoy la escena del mundo, ¿cuántos quedarán de aquí á cincuenta años, y dónde estarán entonces los que hubiesen desaparecido de ella?

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Deus, qui errantibus, ut in viam possint redire justitiæ, veritatis tuæ lumen ostendis: da cunctis, qui christiana professione censentur, et illa respuere, quæ huic inimica sunt nomini, et ea, quæ sunt apta, sectari. Per Dominum...

O Dios, que descubrís la luz de vuestra verdad á los que están estraviados, á fin de que puedan volver al camino de la justicia, conceded vuestra gracia á todos los que llevan la cualidad de cristianos, para que rechacen de sí todo lo que es contrario á un nombre tan santo, y abracen todo lo que exige de ellos una profesion tan digna. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola está sacada de la primera del apóstol san Pedro, cap. 2.

Charissimi: Obsecro vos, tamquam advenas et peregrinos abstinere vos a carnalibus desideriis, quæ militant adversus animam, conversationem vestram inter gentes habentes bonam: ut in eo, quod detrectant de vobis tamquam de malefactoribus, ex bonis operibus vos considerantes, glorificent Deum in die visitationis. Subjecti igitur estote omni humanæ creaturæ propter Deum: sive regi quasi præcellenti; sive ducibus tamquam ab eo missis ad vindictam malefactorum, laudem vero bonorum; quia sic est voluntas Dei, ut benefacientes obmutescere faciatis imprudentium hominum ignorantiam: quasi liberi, et non quasi velamen habentes malitiæ, libertatem, sed sicut servi Dei. Omnes honorate; fraternitatem diligite: Deum timete: regem honorificate. Servi, subditi estote in omni timore dominis, non tantum bonis et modestis, sed etiam discolis. Hæc est enim gratia: in Christo Jesu Domino nostro.

Amadísimos mios: Yo os ruego que como advenedizos y viajeros os abstengais de los deseos de la carne que hacen la guerra al espíritu, guardando entre los gentiles una conducta arreglada; de suerte que al tiempo mismo que detestan de vosotros como de unos malhechores, llegando á consideraros de parte de vuestras buenas obras, glorifiquen á Dios en el dia de su visita. Someteos, pues, por Dios á todo género de personas, sea al rey, como al que es superior á todo; sea á los magistrados, como á enviados del príncipe para hacer justicia de los malos y para honrar á los buenos. Porque esta es la voluntad de Dios, que portándoos bien, hagais callar la ignorancia de los imprudentes; obrando como personas libres, pero sin hacer uso de vuestra libertad como de un pretesto para hacer el mal, sino conduciéndoos como siervos de Dios. Honrad á todo género de personas; amad á vuestros hermanos, temed á Dios, respetad al rey. Siervos, estad sumisos á vuestros señores con todo género de respeto, no solo á los que son buenos y moderados, sino tambien á los que son de un humor acre; porque todas estas cosas son agradables á Dios en Jesucristo nuestro Señor.

Algunos historiadores han creido que esta primera Epístola habia sido escrita en hebreo por san Pedro y traducida en griego por san Marcos; pero la opinion mas comun es que se escribió en griego, aunque dirigida á los hebreos convertidos, en razon de que en todas las provincias en que estaban dispersos se hablaba el griego.

REFLEXIONES.

«Yo os ruego que como advenedizos y viajeros os abstengais de los deseos de la carne.» El raciocinio del apóstol es concluyente. La carne no desea mas que bienes terrenos y perecederos, falsos bienes. Todas sus inclinaciones se reducen á la tierra de donde ha salido; el fiel, pues, no debe mirar esta tierra sino como un pais estranjero para él y como un lugar de destierro. ¡Buen Dios, qué poco apreciada es esta verdad! Nosotros estamos en la tierra como viajeros, y el viaje no debe ser muy largo; cada dia andamos una jornada de camino hácia nuestro término.

Los unos tienen un poco mas de camino que andar, los otros están ménos alejados; pero todos al terminar su peregrinacion llegan á la muerte. Amontonemos títulos sobre títulos; seamos poderosos en dominios y en tesoros; todo esto á lo mas son títulos que estamos precisados á dejar para que los disfruten los que nos sobrevivan, porque nada podemos llevar cón nosotros del pais que dejamos. ¿Qué se pensaria de un estranjero que viajando con ánimo de volver á su casa, se detuviese en todos los lugares que le agradasen? ¿Que encantado en uno de la dulzura del clima, hiciese edificar en él una casa magnífica; hechizado en el otro de la fertilidad de su territorio comprase allí campos, jardines y praderas? ¿Sin duda se diria, que estranjero no piensa ya tornar á su pais, ni volver á ver su patria? De ningun modo: tiene precision de dejar al otro dia esta region tan deliciosa, no ignora que su estancia en ella no debe ser larga, sabe ciertamente que no hace mas que pasar por ella, y que no debe volver ya nunca á ver un pais en donde hace tan grandes gastos para alojarse con mas comodidad. Duda aun con razon, si tendrá tiempo ántes de su partida para ver acabar el magnífico edificio que hiciera edificar, si permanecerá lo necesario para recoger la primera cosecha de las tierras nuevamente compradas. Esta comparacion hace eco; se conoce, aunque no se quiera, el ridículo de los irracionales empeños de este estranjero, que se apura por edificar y por hacer adquisiciones de que tal vez no debe gozar, ó á lo ménos de que no debe gozar sino muy pocos dias durante su viaje. Si tiene hacienda, ¿por qué no se da prisa para volver á su casa? ¿por qué no guarda sus tesoros para el lugar en que debe hacer su morada? ¿Puédese ménos de censurar una conducta tan poco sabia, y de mirarla como una imbecilidad de espíritu? ¿A cuántos puede decírseles con razon como el profeta decia á David: *tú eres este*, tú te portas tan neciamente como este viajero: el mundo no es nuestro verdadero pais; el cielo es nuestra verdadera patria; todos somos estranjeros en este mundo, y no obstante se obra como si él debiera ser nuestra mansion eterna. ¡Qué locura no pensar que nuestra vida no es mas que un viaje que hacemos por la tierra, y que todos somos en ella estranjeros y caminantes! ¿Considéranse como tales esas gentes del mundo, esas personas del todo terrenas, esas almas ambiciosas, esos cristianos absolutamente mundanos? Pero entonces ¿habríase de vivir en la ociosidad, no emprender nada, abandonarlo todo durante esta vida? falsa consecuencia: lo que debe concluirse es, que mientras dura esta vida es menester aprovechar el tiempo y cumplir las obligaciones de su estado para procurarse la bienaventuranza en el cielo; que es preciso negociar con los bienes ó los males de la region en que vivimos, y con todo lo que puede sernos de alguna utilidad en la otra vida.

El Evangelio de la misa es tomado del de san Lucas, capitulo 16.

In illo tempore: Dixit Jesus discipulis suis: Modicum, et jam non videbitis me: et iterum modicum, et videbitis me: quia vado ad Patrem. Dixerunt ergo ex discipulis ejus ad invicem: Quid est hoc, quod dicit nobis, Modicum, et non videbitis me; et iterum modicum, et videbitis me, et quia vado ad Patrem? Dicebant ergo: Quid est hoc, quod dicit, Modicum? nescimus quid loquitur. Cognovit autem Jesus, quia volebant eum interrogare, et dixit eis: De hoc quæritis inter vos quia dixi, Modicum, et non videbitis me; et iterum modicum, et videbitis me. Amen, amen dico vobis: quia plorabitis, et flebitis vos, mundus autem gaudebit: vos vero contristabimini, sed tristitia vestra vertetur in gaudium. Mulier cum parit, tristitiam habet, quia venit hora ejus: cum autem peperit puerum, jam non meminit pressuræ propter gaudium, quia natus est homo in mundum. Et vos igitur nunc quidem tristitiam habetis, iterum autem videbo vos, et gaudebit cor vestrum; et gaudium vestrum nemo tollet a vobis.

En aquellos dias dijo Jesus á sus discípulos: Dentro de poco tiempo no me vereis ya, y poco tiempo despues me volvereis á ver; porque me voy á mi Padre. Dijéronse inmediatamente unos á otros sus discípulos: ¿Qué quiere decirnos con esto. Dentro de poco tiempo no me vereis ya, y poco tiempo despues me volvereis á ver, y yo me voy á mi Padre? Decian, pues, ellos: ¿Qué es lo que quiere decir esto, dentro de pòco tiempo? Nosotros no entendemos lo que quiere decir. Conoció muy bien Jesus que ellos deseaban preguntarle, y les dijo: Vosotros cuestionais sobre lo que yo acabo de deciros; dentro de poco tiempo no me vereis ya, y poco tiempo despues volvereis á verme. En verdad, en verdad os digo, vosotros sereis afligidos y llorareis, pero el mundo se regocijará; vosotros estareis sumergidos en la tristeza, pero vuestra tristeza se cambiará en alegría. Cuando una mujer está de parto padece, porque ha llegado su tiempo; mas luego que ha dado á luz á su hijo, olvida todo lo que ha pasado por la alegría que le causa el que ha nacido un hombre al mundo. Del mismo modo, pues, vosotros ahora estais poseidos de la tristeza; pero yo volveré á veros, y se alegrará vuestro corazon y nadie os quitará vuestra alegría.

MEDITACION.

Que en este mundo no hay ni puede haber verdadera alegría sino en el corazon de los buenos.

Punto primero.—Considera que no hay cosa mas universal ni mas comun en el mundo que la alegría, y sin embargo nada es mas raro que la verdadera alegría. Todo respira alegría, todo tiende á la alegría, todo el mundo ama la alegría, y nada hay mas universalmente aborrecido que la tristeza: estrecha demasiado el corazon para que no sea odiosa; quiérese alguna cosa que le dilate; el alma busca naturalmente lo que la regocija, todo lo que la contenta, todo lo que embelesa, todo lo que agrada. El placer dejaria de ser tal si no causase regocijo. Todo lo que es triste incomoda, aflige y desagrada. Puede decirse que esta satisfaccion, este contento, esta agradable emocion del alma, causada por la posesion de algun bien que esperimenta, es el gran resorte que de ordinario la hace obrar. El mundo es la region en donde la alegría parece que reina con mas soltura y libertad. Todo rie en él, ó á lo ménos todo parece que rie: todo aire sombrío, todo lo que se resiente de la tristeza está desterrado de él. La alegría hace, por decirlo así, la felicidad del mundo; mírase con lástima á todos los que no participan de ella. Está tan autorizada en el mundo que induce cierto género de descre-

dito el no presentarse con ella, y de aquí nacen tantas alegrías simuladas. Todo lo que alimenta el comercio en el mundo, ocupaciones, diversiones, reuniones, todo es en en él ó el efecto, ó la fuente de esta satisfaccion que se busca.

Juegos, espectáculos, paseos, convites, fiestas, todo tiende á inspirar esta alegría. El fausto, la suntuosidad, el lujo, cuasi no tienen otro objeto ni otro fin: al ver todo lo que pasa en el mundo, ¿quién no diria que la alegría es el patrimonio de los mundanos? Sin embargo; á pesar de toda su farsa y de todos sus artificios, el fondo de tristeza que les roe se deja ver al través de la máscara y del artificio. El mundo es la region del llanto; puede decirse que las lágrimas son el único rocío que cae sobre esta tierra estéril, así es que no crecen en ella mas que abrojos, espinas y cruces. Todo lo que se llama diversiones no son mas que invenciones, y como artes establecidos para poner, por decirlo así, la alegría en comercio; es una especie de tráfico de juego en que cada uno espera ganar la alegría, pero en el que cada uno pierde su reposo, su libertad, su tranquilidad, la paz de su conciencia, y en donde se gana en cada partida mucha inquietud y disgusto. Un aire sombrío, triste y melancólico no fué jamás bien recibido en el mundo; hay alegría en el mundo, es verdad; pero por mas que se diga, por mas que se haga, no es mas que una alegría artificial que se consume, y que desaparece con el disfraz. Ni aun el disfraz basta ya el dia de hoy en el mundo para presentarse en él con un aspecto alegre, es preciso pintarse tambien el rostro para agradar; pero por mas que se haga, ni artificio, ni arrebol, ni añagazas podrán suavizar los disgustos. Hay alegría en el mundo, ó á lo ménos, el estudio ordinario de los mundanos es el hacer creer á los simples que es una alegría dulce, una alegría satisfactoria y tranquila; pero se distingue lo fingido del aire natural; si hay alegría, es una alegría inquieta, tumultuosa, una alegría amarga, y como dice la Escritura una alegría de ajenjo y de hiel. De aquí nace aquel mal humor que acompaña esas partidas de placer, esas diversiones, esas fiestas mundanas; demasiado esperimentan los domésticos y los hijos la amargura y los disgustos de esta especie de regocijos. Engáñese en hora buena cuanto se quiera con tan brillantes esterioridades, solo podrá hacerse con los que sean tan simples que quieran engañarse con ellas. Ríese en el mundo, cuando hay acaso mas gana de llorar; ríese y no se piensa mas que en divertirse, mientras el alma puede estar sumergida en una tristeza mortal. Todo el arte consiste en tener una alegría tumultuosa y multiplicada que estorbe el que se sientan por algunos momentos los disgustos y la amargura del corazon, y vé aquí porque no hay alegría en el mundo que no sea alborotada y quisquillosa, no hay pura y verdadera alegría.

Punto segundo.—Considera que no hay ni puede haber verdadera alegría mas que en el corazon de los buenos; ella es el fruto de la buena conciencia, una alegría pura, llena, satisfactoria, sólida, no puede nacer de otro fondo. Una persona verdaderamente cristiana, un corazon puro, un hombre de bien que pone toda su ambicion en agradar á Dios, y su gloria en cumplir con sus obligaciones, y que ocupado enteramente en el negocio de su salvacion, no estudia mas que en sobresalir en la ciencia de los santos, esperimenta una alegría muy diferente de esa alegría de embriaguez y de pasion, de esa alegría muelle y juguetona con que están emponzoñados los sentidos de los mundanos. La alegría que goza es una alegría racional, siempre pura, siempre igual, y que arrebata al alma sin turbarla; es una alegría que viene de una region enteramente espiritual, y por consiguiente conforme á la naturaleza del alma, y única capaz de satisfacerla, de contentarla y de hartarla. Libre de la tiranía de las pasiones por la victoria que se ha conseguido sobre los enemigos de nuestro reposo; penetrado de las grandes verdades de la fé, que hacen tan fácil y tan dulce todo lo que se presenta crudo en el servicio de Dios; ayudado de las gracias del Redentor que hace el yugo tan lijero, y que proporciona el goce de las dulzuras que los mundanos no pueden ni imaginarse, ni comprender, ¿qué alegría no gusta en el servicio de un Señor que no quiere ser servido sino por amor, que él mismo allana lo escabroso del camino por donde nos conduce, y que siendo omnipotente, se apura, por decirlo así, para recompensar nuestros débiles servicios? ¿qué estado mas dulce, qué condicion mas dichosa que la de una persona que es toda de Dios, y cuyos intereses toma Dios de su cuenta, á quien Dios favorece, y á quien ama? La alegría mas pura y la mas perfecta solo es patrimonio de las gentes de bien. Alegría dulce, alegría tranquila, alegría abundante, que nada puede turbar, y que es necesario gustar para tener una justa idea de ella. Nada digo de la uncion secreta con la que Dios endulza el yugo de su ley; de aquellos momentos dichosos en que se comunica á las almas justas; de aquella esperanza tan dulce que les inspira como preludio de las alegrías del cielo; de aquellos rayos de luz que les descubren con toda claridad la vanidad del mundo y sus falsas alegrías; de aquellas lágrimas tan consoladoras que derraman alguna vez á los piés del Crucifijo, en las que encuentran un placer mas puro y mas esquisito que en las mas agradables fiestas del mundo. Esto es lo que no pueden comprender los mundanos; y esto es, sin embargo, lo que hace gustar á las almas santas una alegría tan pura y tan dulce, que el pensamiento de la muerte hace todavía mas deliciosa, mientras que este pensamiento solo es capaz de empapar en la mayor amargura la alegría mas triunfante de los libertinos.

Haced, Señor, que yo guste de esta santa alegría, puesto que ya no quiero buscar otras. Yo detesto toda alegría mundana, y solo trato de hallar toda mi alegría en vuestro servicio.

Jaculatorias.—Yo lo sé, y lo veo, Señor, que no se halla sino desgracia y amargura en alejándose uno de vos. (Jerem. 2.)

Por lo que á mí toca, toda mi alegría y mi bien consiste en estar unido á mi Dios. (Psalm. 72.)

PROPOSITOS.

1 He considerado la risa como una locura, dice el Sabio, y he dicho á la alegría: ¿por qué tratas de engañarnos? Es como si dijera: yo no he encontrado mas que error, locura, vanidad en las risas y regocijos de este mundo. Salomon despues de haber concedido á su corazon todo cuanto podia deleitarle, y de haber sido el mas feliz del mundo, concluye que la alegría es la herencia única del hombre de bien, y la afliccion la del pecador. No olvideis nunca esta verdad, meditadla con frecuencia,

aleccionad con ella á vuestros hijos, y acostumbraos á mirar con lástima las alegrías del mundo. Huid de los festejos mundanos: es una práctica de piedad muy útil el emplear entonces mas tiempo en el servicio de Dios.

2 Estudiad cada dia mas en servir á Dios. Es un artificio del demonio el inclinar los cristianos á que se diviertan mas en el tiempo pascual, y al mundo á que multiplique en este tiempo sus fiestas. Por vuestra parte, guardaos bien de caer en este lazo. Sed mas fiel que nunca en vuestros ejercicios de piedad, y sobre todo en los dias santos del domingo. Empleadlos en buenas obras; asistid perennemente al servicio divino y á la oracion; poned toda vuestra atencion y vuestra aplicacion en agradar á Dios, y no constituyais vuestra alegría sino en llenar con fidelidad los deberes de cristiano.

EL PATROCINIO DE SAN JOSÉ,

CUYA FESTIVIDAD SE CELEBRA EN LA DOMINICA III DESPUES DE PASCUA.

En los primeros siglos de la Iglesia, sin embargo de que por institucion de los sagrados apóstoles y de los prelados que les sucedieron, se celebraba la memoria de la Vírgen María, y la de los mártires que derramaron su sangre por la confesion de Jesucristo, no encontramos que se tributase veneracion alguna en las liturgias al glorioso san José. Sin duda las mismas causas que movieron á nuestro Dios para llevarse de este mundo al santo patriarca ántes de que el Hijo de Dios manifestase al mundo su doctrina, y obrase nuestra salud en mèdio de la tierra, le movieron tambien para que su Padre putativo estuviese sin el culto de los fieles por muchos centenares de años. La causa de la Divinidad de Jesucristo, que impugnaron tantos herejes, y la de la virginidad perpetua de su sacratísima Madre, pedian que no se espusiese por entonces á los ojos de los fieles, todavía rudos y tiernos en la fé, la festividad de un justo con el nombre de Esposo de la Vírgen y de Padre de Jesus. Fortalecidos los cristianos en la doctrina del Evangelio, y bien instruidos en sus dogmas, les proveyó la Iglesia de todas las ayudas que podia suministrarles la religion en sus trabajos, y les señaló las fuentes donde podian beber dulcísimos consuelos en sus tribulaciones. Enseñóles que los bienaventurados son en el cielo unos poderosos intercesores para con el Padre de misericordias, por cuyos méritos é influjo les concede liberalísimamente el tesoro de sus gracias.

Aunque el nombre de san José se halla en algunas liturgias griegas y latinas de tiempos muy remotos, es constante que su festividad no fué ordenada en la Iglesia latina hasta que el papa Gregorio XV lo mandó, arreglándose sin duda al espíritu de la misma Iglesia, que celebraba ya á este gran santo de tiempo inmemorial, como se deduce de los breviarios Muzárabe, el de Milan y otros muchos. Y es digno de notarse, que el fervor y cuidado de su culto se ha debido siempre con especialidad al sagrado órden mendicante de Carmelitas, quienes tanto en el Oriente, cuando florecia allí la cristiandad, como en Occidente, cuando en el siglo XI decayó notablemente, conservaron siempre una particular devocion á san José, celebrando su festividad con sumo esmero. La esperiencia hizo conocer á los fieles cuán provechosa les era la intercesion del Esposo de María; y así para desahogar sus corazones clamaron á fin de que tuviese una festividad propia y peculiar su Patrocinio. Los intérpretes de sus votos fueron los carmelitas descalzos de la congregacion de España, que siguiendo fielmente el espíritu de su santa madre Sta. Teresa de Jesus, dirigieron á la silla de san Pedro sus humildes ruegos, para que concediese celebrar la fiesta del Patrocinio de san José. En efecto, el dia 6 de abril del año de 1682 concedió benignamente el papa Inocencio XI que en la Dominica tercera despues de la Pascua de Resurreccion pudiesen celebrar esta festividad, dando á todos los cristianos el consuelo espiritual de enviar al cielo sus votos, alegrándose del poderoso patrocinio que disfrutan en el santísimo y virginal Esposo de la Madre de Dios y Madre de los pecadores.

«Que los santos que reinan con Cristo ofrecen á Dios sus oraciones por los hombres, que es bueno y útil invocarlos humildemente, y acogerse á sus ruegos, á su favor y auxilio para alcanzar beneficios de Dios por los méritos de su hijo Jesucristo nuestro Señor, que es nuestro solo Redentor y Salvador,» es un dogma de fé conocido siempre en la Iglesia, establecido en los concilios, y singularmente en el de Trento, cuyas son estas palabras. (Sess. 25.) Ignoramos el grado de gloria y valimiento para con Dios que tiene cada uno de los bienaventurados; pero conjeturando prudentemente de sus virtudes y dignidad que nos son notorias, es preciso afirmar, que el Patrocinio de san José es de los mas poderosos que tenemos en el cielo. De dos principios podemos deducir esta verdad, que son el poder y la voluntad de favorecernos, y ambos están afianzados en la gran santidad de nuestro santo patriarca, y en la dignidad de Padre putativo del Hijo de Dios, á que le destinó la eterna Sabiduría, y de Esposo de la Reina de los ángeles. Porque, ¿qué dignidad no contiene en sí ser esposo de María? Si el Discípulo amado del Señor es elogiado sin término solo por haber tenido la dicha de recibirla á su cuidado, ¡cuál será la dignidad de aquel que fué verdadero marido suyo; que tuvo en ella legítimo dominio y potestad, que fué su señor y cabeza; que la cuidó, la alimentó, y tuvo en su compañía hasta su dichosa muerte! Si el Bautista fué santificado en el vientre de santa Isabel luego que María la saludó, ¡cuánta gracia, cuántos dones, cuánta santificacion causaria en nuestro Santo la conversacion continua de su Esposa! Si es imponderable la venturosa dignidad del santo Discípulo porque la llamó madre, ¡cuánto será la de san José, á quien la Vírgen llamaria señor y esposo! ¡O sumamente admirable sublimidad de José! ¡ó dignidad incomparable, que la misma Madre de Dios, Reina del cielo y Señora del mundo no se desdeñase de llamarte señor! Así esclama el devotísimo Juan Gerson. Esta dignidad se percibe todavía con nuevos brillos de grandeza y de poder, atendiendo á que Dios mismo con una particular providencia le destinó para esposo de María, como sienten uniformemente todos los Padres. El mismo Dios dijo que la mujer habia de ser una ayuda del varon hecha á su semejanza; de lo cual se forma esta reflexion, que es muy obvia: Si María es semejante á José, y es al mismo tiempo la mas pura criatura, ¡qué mas gracia, qué mas dignidad y poder tuvo ni tendrá hasta la consumacion de los siglos! ¡cuánta será la dignidad, cuánta la gracia y cuánto el poder de este Santo para decir con verdad que es semejante á su Esposa! Y si la semejanza es causa de amor, ¡cuánto seria amado de la Señora quien tanto se la parecia en las virtudes y en la gracia!

Sabia María, dice san Bernardino de Sena, cuánta era la unidad matrimonial en el amor espiritual: sabia que san José le habia sido dado por el Espíritu Santo por esposo suyo, por fiel custodio de su virginidad, y para ser participante en el amor de caridad y obsequiosa solicitud de la prole divina que habia de nacer de su seno: y por tanto, le amaba sencillísimamente con todo el ahinco de su virginal corazon. Mas siendo del varon ó del marido lo que es de la mujer, creo que la bienaventurada Vírgen comunicaba á su esposo todo el rico tesoro de su corazon, estendiéndose su liberalidad á donde llegaba la capacidad de nuestro Santo. Hasta aquí son palabras de san Bernardino: de donde puede inferirse la dignidad, la grandeza y esclarecidos merecimientos del bienaventurado Esposo. Porque si la mujer prudente es un don de Dios, como se dice en los Proverbios (cap. 19.): si es bienaventurado el varon fiel que logra una mujer honesta y virtuosa, y es esta el premio que le concede el Señor en remuneracion de sus buenas obras, como dice el Eclesiástico (cap. 26.); ¡cuánta sera la ventura, el mérito y la dignidad de quien mereció la mas prudente, la mas santa de todas las mujeres, de quien mereció á la misma Made de Dios! ¡cuánto será su poder, su virtud y su valimiento! Mídalo aquel Dios de bondad, que supo y quiso darle tanta gracia; que á nosotros los mortales solo nos es permitido admirarlo sin llegar á comprenderlo: y el mejor modo de conocer la dignidad de san José, es el sencillo con que dijo san Gregorio Nacianceno las virtudes del marido de su hermana Gorgonia: ¿Quereis saber, dice este Santo, quién fué este grande varon? Yo os lo diré en pocas palabras. Fué un digno marido de Gorgonia. De la misma manera podemos decir, y con infinita mas razon: ¿Quereis saber quien es José? Es un digno esposo de María; y con esto parece que está dicho cuanto se puede desear para formar concepto de la alteza de su dignidad y de la grandeza de su patrocinio.

Esta consideracion cobra nueva fuerza atendiendo al título de Padre de Cristo. Prescindamos de la gloria y dignidad que le podria resultar, de que este título de Padre le convenga propiamente sin el adito de putativo ó existimado. El sabio varon Cornelio à Lapide prueba con mucha erudicion y solidez que á san José le conviene propiamente el título de Padre de Cristo, y cita en prueba de su modo de pensar á muchos teólogos de reputacion, y al gran padre san Agustin. Las razones que para ello propone, ya de la familia y genealogía de Cristo; ya del derecho legítimo con que el Santo poseia el cuerpo santísimo de la Vírgen, y de consiguiente aquella purísima sangre de que fué formado el que unió y llevó á sí el divino Verbo; ya del derecho de posesion comun al esposo y á la esposa acerca de los bienes legítimamente adquiridos durante el matrimonio; ya porque Jesus tenia el derecho filial respecto de san José, por el cual le pertenecia el reino de Judá, y de consiguiente san José tambien habia de tener el derecho paterno, y otras semejantes, son razones bastante bien fundadas y que ningun teólogo cuerdo podria tachar de frívolas. Pero sin recurrir á ellas, y quedando el título de san José en el de Padre putativo de Cristo, es suficiente para argüir de él una dignidad y un poder casi inmenso que hacen admirable su patrocinio.

De luego á luego basta para llamarle de algun modo padre del Salvador del mundo; y si este título en María arguye una dignidad sobre todos los ángeles y serafines, ¿cuál será la que se suponga en el santo Patriarca? Por este título «estaba sujeto Cristo á san José,» como dice san Lucas (cap. 2.): y así como en el Señor arguye esta sujecion una humildad infinita, dice Gerson, así en el santo José denota una dignidad incomparable. Con razon esclama el gran padre san Agustin (Serm. 21 de Nativ. Dom.): «Gózate, José santo, gózate y complácete en la virginidad de María, pues mereciste tú solo poseer, juntamente con los honores y privilegios del matrimonio, la gloria de un virginal afecto; pues por amor á esta angelical virtud, de tal modo te separaste de los derechos que tenias sobre tu santísima Esposa, que en premio eres llamado Padre del Salvador.» ¡Cuántos favores podemos pensar que haria Jesus á su Padre putativo! ¡qué don, qué privilegio le reservaria! Si al Discípulo amado le llenó de gracias con solo reclinarle una vez sobre su amoroso pecho, y llamarle hijo de su Madre santísima; José que continuamente le hablaba, le tenia en sus brazos, le estrechaba á su pecho, y gustaba sus dulcísimos ósculos, ¡qué privilegios, qué dones no recibiria! Por eso dice Juan Gerson en la oracion de la Natividad de la Vírgen que predicó en el concilio Constanciense, que se puede creer piadosamente, que este santo fué santificado en el vientre de su madre: y afirma que se contiene así en el oficio jerosolimitano de este santo; y que no solo este beneficio, sino el de haber subido en cuerpo y alma glorioso al cielo juntamente con Jesucristo. Y á la verdad, prosigue este piadoso varon, si el mismo Cristo afirmó, que en donde él estuviese, allí habia de estar su servidor y ministro, sin duda que san José está en cuerpo y alma en el cielo, y tanto mas inmediato al trono de la Majestad, cuanto fué mas cercano y esmerado en el ministerio con que le sirvió en la tierra despues de María.

De todo lo dicho se infiere cuánto es el poder de san José para favorecernos, y se puede formar el siguiente raciocinio: Si justamente tiene el padre dominio en los bienes del hijo, luego se puede decir de este santo Patriarca, que tiene en cierto modo á su arbitrio y en sus manos toda la potestad de Jesus para favorecer á sus devotos: luego tiene un poder, á cuya estension no puede poner límites la necesidad mas estrema; un poder tan vigoroso que no se le puede representar necesidad ó calamidad que no sea inferior á su beneficencia; un poder en fin, que junto con una voluntad finísima, con que siempre está pronto á oir nuestras miserias, forma un patrocinio completo y perfectísimo: un patrocinio con tanta confianza, seguridad y poderío como que sus súplicas á Jesus y á María se pueden reputar por preceptos de un marido á su mujer, y de un padre á su hijo. Así lo dice su enamorado devoto Juan Gerson en la admirable obra que compuso de san José, titulada la *Josefina*, obra dulcísima, poema precioso en verso latino, que dedicó á su héroe, y de que no tenemos que tener envidia los españoles, teniendo en nuestra lengua otro poema de no inferior mérito, y dirigido igualmente á celebrar las glorias de san José, compuesto por el sabio maestro Valdivieso, que con tanta aceptacion anda, no solo en las manos de los eruditos, sino tambien en las de los verdaderos devotos.

No basta que un sugeto pueda favorecernos y librarnos enteramente de calamidad y de miseria, si su voluntad no se inclina á tan piadosa ejecucion: así como no basta tam-

poco querer proteger á uno, y darle auxilio en sus fatigas, si falta poder y fuerzas para poner por obra lo que se quiere. Por tanto, habiendo ya declarado algun tanto cuán grande es el poder y valimiento del patriarca san José, resta decir algo de la prontitud y fineza de su voluntad, para que así se pueda formar concepto de la grandeza de su patrocinio, y con cuánta razon le propone con festividad especial la santa madre Iglesia á los fieles sus hijos para su consolacion y provecho. Muchas razones se pudieran traer para ver que nuestro Santo tiene una voluntad sencilla y verdadera de favorecer á sus devotos; pero sin mas que considerar la piedad del santo Patriarca y nuestras propias miserias, hallaremos suficiente fundamento para deducir lo que deseamos. No tiene duda, que cuanto mayores son las aflicciones de un desdichado, otro tanto más mueven los corazones humanos á la compasion. Nunca esperimentó el pueblo de Dios mas pronta la proteccion divina, que cuando el cautiverio de Egipto llegó á lo sumo de la opresion: cuando se vió perseguido de un rey pérfido y soberbio: cuando en el desierto llegó á secarse de sed: cuando en Babilonia gemia entre la dureza de las cadenas y grillos: cuando Betulia estaba cercada de la sed, de la hambre y de la fiereza de los asirios, y cuando por todas partes le oprimian las desgracias; entonces las mismas miserias arrancaban del corazon del Todopoderoso la misericordia, aunque por otra parte tuviesen sus ingratitudes irritada su justicia.

Aunque el hombre quiera cerrar los ojos de la razon para no conocer cuánto distamos en este valle de lágrimas de la verdadera felicidad y ventura, se la harán percibir y confesar sus mismas pasiones, y la inquietud perpetua con que vive. ¡Cuántas miserias nos afligen! ¡cuántos peligros nos cercan! ¡cuántas penas nos ahogan! ¿Adónde volvemos los ojos que no nos sorprenda el temor? ¿qué paso fijamos que no nos haga estremecer el precipicio? Nuestros tratos, nuestras ocupaciones, nuestros ejercicios, las mismas personas con quienes comunicamos, ¿son otra cosa que una contínua cadena de tropiezos, y una serie de desconfianzas, de sustos y de peligros? Vemos á Saul que corre riesgo de perecer estando durmiendo; y lo mismo le sucede á David, cuando por el contrario, estaba sujeto á un continuo cuidado y vigilancia; la comida es un peligro para el aborrecido Esaú; y no comiendo, encuentra Jonatás el mismo peligro: Noé pierde el juicio y la razon bebiendo; y el no beber lleva á Ismael á la muerte; en la mar es sepultado Jonás en el vientre de una ballena; y corriendo por la tierra, queda Absalon colgado de una encina pasado el corazon á lanzadas. En todas partes, en todo tiempo, en todas circunstancias es nuestra suerte infeliz; necesitamos de patrocinio y ayuda, y es tal nuestra infelicidad, que aun cuando el hombre se apartase del ruido y comercio de los demás hombres, y habitase en un yermo, donde ni fieras ni serpientes hubiese que le persiguieran, allí mismo tendria que guardarse de sus pasiones, se veria acosado de toda suerte de desventura, y tendria consigo todas las lástimas solo con tenerse á sí mismo. Siendo, pues, tanta nuestra desventura; si cuando clamamos, clamamos con una voz flaca, formada entre las angustias de nuestro corazon; ¿cómo es posible que deje de moverse á piedad el que es digno esposo de la Madre de misericordia? ¿cómo será posible que no se conmuevan sus entrañas piadosas, teniendo una alma formada de la misma piedad y ternura? ¿cómo es posible que no sea pronto y seguro el patrocinio de quien nos ama como á hijos, y no desea otra cosa que libertarnos de la opresion y de la miseria?

Ni esto quiere decir que sea precisamente necesario ser desdichados para hallar pronto el patrocinio de san José; porque su generoso espíritu se rige por mas favorables motivos. El asemejarse á su sacratísima Esposa, el seguir las huellas y el ejemplo de aquel que no se desdeñó ser reputado por hijo suyo y colocó en el nombre de Jesus ó Salvador todo el timbre de su gloria: el concurrir por su parte, como tan interesado en ello, á que logre toda la eficacia la sangre que vertió Jesucristo por nosotros, y que no nos sea su pasion estéril por nuestra flaqueza: su alma misma ricamente abastecida de todas las virtudes y dones del Espíritu Santo, son el motivo mas poderoso de la fuerza de su voluntad. Verá á su dulcísima esposa María tan pródiga de piedades y misericordias, que á semejanza de la granada, como se dice en los Cantares, abre su seno para derramar el fruto de su proteccion, aun en los mas perezosos en solitarla: ¿y estará el santo Esposo mirando tanta piedad con rostro sereno y con entrañas de dureza? Verá á su santísimo hijo Jesus ofrecerse en víctima por el hombre: tomarle como solícito pastor sobre sus hombros para librarle de la perdicion; saltar los montes y los collados para socorrerle, y darle su sangre echando á las espaldas y al olvido sus ingratitudes y sus yerros, ¿y no abrirá san José el seno de su piedad? ¿y tendrá cerrada su boca el silencio para que no pronuncie súplicas por nosotros? Mirará nuestra perdicion, verá desperdiciada en nosotros la sangre preciosa que él alimentó con su trabajo, que cuidó con tanto esmero, y que del cielo le fué singularísimamente encargada como de un valor infinito, ¿y se estará ocioso, sin precaver, en cuanto le sea posible, nuestros precipicios, sin socorrer nuestras miserias, y sin esplicar con nosotros la poderosa virtud de su patrocinio? Es tan al contrario, que, segun san Bernardo, él mismo abre su pecho para que de sus piedades se surtan y provean todos largamente.

Es dificultoso apurar del todo esta materia, y por otra parte es ello de suyo tan clara, y está tan apoyada con la esperiencia, que aun cuando faltaran razones en su abono, ó no fueran bastantes las dichas, suplirian por todo las mismas obras. Hombres, mujeres, ancianos, jóvenes, ¿quién podrá negar que apenas ha abierto la boca para implorar el patrocinio de san José, cuando ya ha visto con alegría que le enjuga las lágrimas con beneficios? Cualquiera que sea verdadero devoto del Santo, y quiera repasar su memoria, hallará que muchas veces le sacó del ahogo, que le libró del apuro, que templó sus miserias, que remedió sus desgracias, y que previno su total ruina. Esto mismo han atestiguado muchos devotos de san José; pero los acaecimientos de santa Teresa de Jesus, y sus recomendaciones sobre este punto son de tanto peso, que bastará citar á esta gran santa, y al mismo tiempo gran maestra de espíritu, para que quede suficientemente comprobado con la autoridad y con ejemplos, cuanto se ha dicho de lo poderoso que es el patrocinio de san José, de la fina voluntad con que favorece á

los que se le encomiendan; y últimamente de lo provechosa que es esta devocion, tanto para los males del cuerpo como para los del alma.

En el capítulo sexto de la vida de la santa Madre, escrita por ella misma, despues de haber dicho la necesidad en que se hallaba, sigue de esta manera, y con estas elocuentísimas palabras: «Tomé por abogado y señor al glorioso san José, y encomendéme mucho á él: vi claro que ansí de esta necesidad, como de otras mayores de honra y pérdida de alma, este Padre y Señor mio me sacó con mas bien que yo le sabia pedir. Ni me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer; es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado Santo, de los peligros que me ha librado, ansí de cuerpo como de alma. Que á otros santos parece les dió el Señor gracia para socorrer en una necesidad; á este glorioso Santo tengo esperiencia que socorre en todas, y que quiere el Señor darnos á entender, que ansí como le fué sujeto en la tierra (que como tenia nombre de Padre siendo ayo le podia mandar), ansí en el cielo hace cuanto le pide.... Querria yo persuadir á todos fuesen devotos de este glorioso Santo por la grande esperiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios. No he conocido persona que de veras le sea devota, y haga particulares servicios, que no la vea mas aprovechada en la virtud; porque aprovecha en gran manera á las almas que á él se encomiendan. Paréceme ha algunos años, que cada año, en su dia, le pido una cosa, y siempre la veo cumplida: si va algo torcida la peticion, él la endereza para mayor bien mio.... Solo pido por amor de Dios que lo pruebe quien no me creyere, y verá por la esperiencia el gran bien que es encomendarse á este glorioso Patriarca, y tenerle devocion. En especial personas de oracion siempre le habian de ser aficionadas.... Quien no hallare maestro que le enseñe la oracion, tome este glorioso Santo por maestro, y no errará el camino.»

Todas las sabias, altísimas y elocuentes obras de esta gran Santa están recomendando la misma devocion con palabras semejantes á las que quedan referidas, que no pueden ser ni mas sólidas, ni mas sencillas, ni mas vivas y afectuosas para recomendar el patrocinio de san José. La misma Santa refiere en diversos lugares de sus obras los particulares beneficios que consiguió de Dios por la mediacion de este gran Santo; pero entre todos merece una particularísima atencion el que la misma Santa refiere en una carta que escribió á un hermano suyo desde la cárcel de Toledo, en donde se hallaba presa de órden del nuncio, que la juzgaba una mujer hechicera, bruja, engañadora y andariega, como se esplica la misma Santa. Allí esperimentó toda la fineza con que este santo Patriarca socorre á sus aficionados y devotos; allí entre los horrores de la cárcel vió la Santa que se rompian los cielos, y que bajaba san José cercado de resplandores y de gloria á consolarla, y darla cuenta del dia en que habian de tener fin sus trabajos, y comenzarian sus prosperidades, como efectivamente se cumplió: y en agradecimiento á tamaño beneficio dedicó la Santa el convento de monjas Carmelitas de Toledo al glorioso patriarca san José. De todo se infiere, que bien se atienda á las razones, bien se consulte la autoridad, ó bien se quieran examinar los ejemplos y la esperiencia, siempre resulta para consuelo de los cristianos que san José es su protector, su amparo, su sombra y su refugio: que su patrocinio no solamente es seguro, sino tambien poderosísimo: que la representacion de nuestras miserias, su piedad y ternura, el ejemplo de su misericordiosísima Esposa y de su Hijo, los intereses de la sangre del Unigénito de Dios vertida por nostros; y últimamente, la esperiencia testificada por los santos, todo está acreditando una voluntad finísima, un patrocinio seguro, tan lleno de firmeza como ajeno de todo recelo. Demos, pues, infinitas gracias á Dios, que quiso prepararnos en su Padre putativo un protector en nuestras miserias y trabajos. Demos gracias á nuestra madre la Iglesia, que solícita y amorosa nos propone esta festividad para que de ella saquemos copiosos frutos, no solamente para el cuerpo, sino tambien para el espíritu. Y últimamente, procuremos aprovecharnos de las larguezas con que el cielo manifiesta su misericordia y beneficencia hácia nosotros: bien seguros, de que si no recibiésemos en vano la gracia de Dios, como nos amonesta el apóstol san Pablo, serán tan opimos y copiosos los frutos que sacaremos del patrocinio de san José, que ni las asechanzas del enemigo comun podrán enredarnos en sus lazos; ni los pasatiempos y falsedades del mundo aficionarán nuestros corazones; ni el fuego de la concupiscencia ennegrecerá con su humo pestífero nuestras almas; ni nos abatirán los trabajos, miserias y desventuras; ni las prosperidades y fortuna henchirán nuestros pechos de vanidad y de soberbia; en una palabra, seremos con el «Patrocinio de san José» verdaderamente venturosos, verdaderamente felices y verdaderamente cristianos.

La misa es del Patrocinio de san José y en honor de este santo, y la oracion la siguiente:

Deus, qui ineffabili providentia beatum Joseph sanctissimæ Genitricis tuæ sponsum eligere dignatus es; præsta, quæsumus, ut quem protectorem veneramur in terris, intercessorem habere mereamur in cœlis: Qui vivis et regnas cum Deo Patre in unitate Spiritus Sancti, Deus, per omnia sæcula sæculorum. Amen.

O Dios, que por una providencia inefable te dignaste elegir al bienaventurado José para esposo de tu santísima Madre; concédenos, que ya que en la tierra le veneramos por nuestro protector, merezcamos que interceda por nosotros en los cielos: Tú que vives y reinas con Dios Padre en unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amen.

La Epístola es del cap. 49 del Génesis.

Filius accrescens Joseph, filius accrescens et decorus aspectu. Filiæ discurrerunt super murum; sed exasperaverunt eum, et jurgati sunt, invideruntque illi habentes jacula. Sedit in forti arcus ejus, et dissoluta sunt vincula brachiorum et manuum illius per manus potentis Jacob: inde pastor egressus est lapis Israel. Deus patris tui erit

Hijo que vas creciendo, José, hijo que estás creciendo y hermoso de semblante. Las doncellas corrieron sobre el muro; pero le exasperaron, y riñeron con él, y le tuvieron envidia los flecheros. Su arco se apoyó sobre el (Dios) fuerte, y las ligaduras de sus brazos y de sus manos fueron desatadas por las manos del poderoso (Dios) de Jacob: de allí salió el pastor y la piedra de Israel. El Dios de tu padre

adjutor tuus, et Omnipotens benedicet tibi benedictionibus cœli desuper, benedictionibus abyssi jacentis deorsum, benedictionibus uberum et vulvæ. Benedictiones patris tui confortatæ sunt benedictionibus patrum ejus: donec veniret desiderium collium æternorum; fiant in capite Joseph, et in vertice Nazaræi inter fratres suos.

será tu ayudador, y el Omnipotente te bendecirá con las bendiciones de lo alto del cielo, con las bendiciones del abismo que yace abajo, con las bendiciones de los pechos y del vientre. Las bendiciones de tu padre sobrepujan á las de sus padres; hasta que venga aquel que es el deseo de los collados eternos: caigan sobre la cabeza de José, y sobre la corona del Nazareno entre sus hermanos.

REFLEXIONES

Los patriarcas antiguos tenian la loable costumbre de llamar á todos sus hijos al tiempo de morir, y á cada uno le daban su bendicion. Como hablaban por la mayor parte inspirados de Dios, cada bendicion era una profecía del bien ó del mal que habian de esperimentar en el resto de su vida, y á las veces en estas bendiciones se contenian altísimos misterios, que figuraban en sombra las verdades que cumplió despues Jesucristo, ya en su misma persona, y ya en la doctrina de su ley, de que hizo promulgadores á los santos apóstoles. En la Epístola que propone hoy la Iglesia nuestra madre se contiene la bendicion que dió Jacob al menor de sus hijos José, y en ella además de enseñarle las divinas cualidades que habia de tener el prometido, del cual fué figura José, le da á entender implícitamente en dónde habia de colocar su confianza para hallar un patrocinio seguro contra las adversidades de esta vida. Por eso le dice: «El Dios de tu padre será tu ayudador, y el Omnipotente te bendecirá con las bendiciones de lo alto del cielo y con las bendiciones del abismo.» Toda la confianza deben constituirla los hombres en Dios, si quieren que sus deseos logren el fin á que anhelan: porque solo Dios es el que sabe lo que les es conveniente, y solo él tiene poder para dispensarles beneficios. El mismo Dios quiso misericordiosamente ensanchar nuestros corazones y ampliar mas nuestras esperanzas, haciendo que los justos sus amigos y amados suyos fuesen tambien para nosotros unos poderosos intercesores, que le hiciesen presente nuestras miserias, y que en atencion á sus merecimientos lograsen mas fácilmente el remedio de nuestras penas y fatigas. Estas nos rodean y nos afligen continuamente mientras vivimos esta vida mortal y trabajosa. Como no tenemos en este mundo cosa alguna que sea capaz de saciar un corazon que fué hecho para amar á Dios, vivimos despedazados por nuestros mismos deseos, que siempre que no se terminen al fin debido, causan en nuestra alma una inquietud miserable, y la disipan en trabajosas é infelices pretensiones.

El hombre por sí mismo no es capaz de darse paz en sus pensamientos; sino que continuamente lucha con un tropel de vanidades que le quitan el sosiego, deseando honras, riquezas, puestos, dignidades, y subir siquiera un escalon sobre el sitio en que se halla. Conoce fácilmente que en el mundo no hay un protector ó medianero que pueda darle la mano con la felicidad de discernir si le será ó nó conveniente el logro de lo que pretende, y con la voluntad y poder necesarios para satisfacer sus deseos cuando son justos y razonables. Se ciega miserablemente para no advertir en aquellos protectores que le destinó la divina misericordia, que pueden favorecerle con todas estas ventajas. Deseamos un patrocinio para precaver nuestras desdichas y ruinas, y alcanzar beneficios y venturas; pero apelamos por él á los hombres, que ó no pueden protegernos, siendo ellos por sí miserables y flacos, ó caso que nos favorezcan, suele ser para nuestro daño, y nunca pudieran ser para nosotros mas crueles, que cuando al parecer quieren hacernos dichosos. Está bien que se desee con ansia un favorecedor en las desventuras, un medianero en las pretensiones, un protector en la fortuna, y uno como columna y estribo donde se puedan colocar con seguridad las esperanzas; ¿pero en dónde se hallarán tantos bienes?

Yerra enormemente quien consiente encontrarle en el mundo, y siempre será una verdad eterna la bendicion de Jacob á su hijo: «El Dios de tu padre será tu ayudador.» En Dios enjugará sus lágrimas el afligido, templará sus miserias el menesteroso, encontrará el triste la risa y el gusto, poder el flaco, certeza el mal seguro, estimacion el despreciado, grandeza el abatido, el pecador misericordia, el justo gracia, y todos amparo seguro y ventura completa sin rezelos. ¡O Dios, y cuán errados han sido mis pasos cuando los he dirigido á las criaturas, para obtener de ellas los bienes que no podia encontrar sino en tí solo! Aunque esta luz y este convencimiento hayan venido tarde á mi alma, yo haré que de aquí adelante se regulen por ellos todos mis deseos, y que no se estravie mi corazon.

El Evangelio es del cap. 3 de san Lucas.

In illo tempore: Factum est autem cum baptizaretur omnis populus, et Jesu baptizato, et orante, apertum est cœlum: et descendit Spiritus Sanctus corporali specie sicut columba in ipsum; et vox de cœlo facta est: Tu es Filius meus dilectus; in te complacui mihi. Et ipse Jesus erat incipiens quasi annorum triginta, ut putabatur, filius Joseph.

En aquel tiempo sucedió, que bautizándose todo el pueblo, y habiéndose bautizado Jesus, y estando éste orando, se abrió el cielo: y bajó el Espíritu Santo sobre él en forma corporal como una paloma; y se oyó del cielo esta voz: Tú eres el Hijo mio amado, en tí me complací. Y el mismo Jesus comenzaba ya á tener cerca de treinta años, hijo, segun se creia, de José.

MEDITACION.

Sobre la vanidad del favor humano.

PUNTO PRIMERO.—Considera cuánta es la debilidad de los hombres para darte ayuda y favor en tus necesidades, y por cuántas bajezas tienes que pasar para haber de conseguirle. El hombre, débil, flaco y miserable por su naturaleza, no muda de constitucion aunque se siente en un dorado trono; aunque adorne sus miembros con oro, púrpura y piedras preciosas; aunque le cerquen muchos criados pendientes de sus labios para ejecutar sus órdenes ó sus caprichos; aunque por su voluntad, finalmente, se regulen y distribuyan las fortunas de los otros hombres, y se repartan las dignidades. Tu corazon, tus pasiones, tus deseos, tu tristeza, tus remordimientos, la inquietud de tu conciencia, la poca seguridad de la justicia de tu alma, no

están en la mano de ningun hombre, ni caen bajo del poder de ninguna jurisdiccion criada. Si estos afectos te hacen infeliz y miserable, en vano procurarás el favor humano, pensando que este puede hacerte venturoso. Lo que no tiene para sí, mal podrá darlo á sus favorecidos. En medio de aquellos resplandores con que brilla la grandeza, hay unas tinieblas densísimas en que están envueltas las almas de los que la disfrutan; en medio de aquella gran copia de oro y abundancia de todas las cosas, apenas encuentran una que les cause un pequeño gusto, y con que den una satisfaccion á su alma. Esta misma abundancia les aumenta los deseos, y estos les multiplican las necesidades, que por su multitud son tan insaciables como una sola en la baja fortuna. Si te fuera posible ver claramente el corazon de un poderoso, de quien tal vez esperas favor, auxilio y consuelo, quedarias lastimado viendo las feas pasiones que le despedazan, los cuidados que le carcomen, las necias esperanzas que le entretienen, los deseos que le atormentan, los disgustos que le martirizan, y el lleno de miseria y de desventura en que vive sumergido. Si duerme, es con un sueño interrumpido, que jamás pueden tranquilizar la holanda y los brocados: si vela, una multitud de negocios enfadosos le disipan, y hacen que descuide de sí mismo por atender á los intereses ajenos: si se sienta á la mesa, la salud débil y los humores enfermizos le hacen insípidas las mas esquisitas viandas: si va en fin al espectáculo, al festin, al pasatiempo, la misma costumbre de disfrutarlo se lo hacen zonzo, fastidioso, cansado y aun molesto. ¿Y es posible que has de poner en este hombre tu esperanza para que te dé consuelo, para que te libre de miserias, para que te haga venturoso?

¿Y esto á cuánta costa? A costa de humillaciones, de bajezas, de mil sufrimientos vergonzosos, que comparados con el bien que pretendes, son realmente un mal mucho mayor que el que estás padeciendo. Unas veces te finges humilde, otras te aparentas modesto, otras afectas una afabilidad risueña, otras te ves precisado á simular con el semblante benigno y amoroso un secreto despecho que está royéndote el corazon. Tienes que frecuentar los palacios, esperar por mucho tiempo en las antesalas, confundido con una multitud de truhanes, que como te ven humillado, se atreven á tratarte con la altanería de sus señores: ¿qué mas? Te constituyes en una necesidad de hacer traicion á tu alma, á tus ideas, á tus conocimientos, para lisonjear á aquel personaje de quien esperas la dignidad, el puesto, ó acaso mucho ménos. Porque ¿cómo es posible que tú te atrevas á llamar blanco á lo blanco, ni á decir bueno á lo bueno, si oyes que lo llama ó reputa por negro y por malo? ¿cómo osarás manifestar la verdad, aunque te la hagan conocer con evidencia tus estudios, delante de aquel que deseas tener benévolo, y ves que se declara partidario de la mentira? Pero aun esto es poco: ese hombre cuyo favor pretendes, te desprecia, y llevas con paciencia sus desprecios. Ese hombre te insulta, y lleno de rubor bajas los ojos haciendo el sacrificio mas humillante y vergonzoso que puede hacerse á la ambicion ó al capricho. Y este hombre exige de tí una gratitud anticipada, que apenas puedes verificar con tantas bajezas, con tantos sinsabores, con tantos sufrimientos, cuantos bastarian para hacerte su esclavo. ¿Y un favor de tan poca utilidad, un favor tan inútil y tan vano le has de comprar á tanta costa? ¿merece tanto aprecio tu misma inquietud, tu mismo abatimiento, tu deshonor mismo? ¿Serás todavía tan necio que conociendo todo esto quieras seguir con esa pretension caprichosa que te ha costado ya tantos trabajos, y que será acaso la ruina de tu familia?

Punto segundo. — Considera que aun cuando el favor humano sea para tí tan eficaz y efectivo, que contra su costumbre verifique con los efectos las esperanzas que tienes concebidas, en esto nada mas ha hecho que doblarte un peso que te oprime, agravarte mas el yugo, y hacerte responsable de mil maneras delante de Dios y delante de los hombres. Al mismo tiempo que te veas favorecido, te verás nuevamente ligado con unas fuertes cadenas que se llaman gratitud; pero que en realidad no son otra cosa que unos lazos que atan mas fuertemente á tu alma la miseria y la desventura. El que hizo un favor, te mira como un esclavo de sus caprichos, y ó los has de seguir ciegamente, ó has de quedar con el remordimiento de haberle sido ingrato. Pero supongamos por un momento que tengas valor para resistir á sus injustas pretensiones; supongamos que aquel que te favoreció es tan comedido y ajustado que deja en tu mano la responsabilidad del cargo que lograste; ¿evitarás por eso los peligros que traen consigo los puestos y dignidades? ¿no es cierto que en los lugares encumbrados hieren los rayos mas frecuentemente y con mas violencia? ¿no ves como los huracanes arrancan los altos y robustos pinos que están en las cimas de las montañas, cuando en los valles se burlan los humildes juncos de su bravura? Trae á la memoria aquel árbol frondosísimo de estraña grandeza y hermosura que vió en sueños el rey de Babilonia, y de que habla Daniel en el cap. 4; verás que su misma grandeza fué la causa de su ruina. Esto enseña que los puestos y altas dignidades no son otra cosa que un recinto de peligros, y un iman que atrae hácia sí las desgracias.

Pero considera esto mismo con una razon superior á la humana filosofía; mira la superioridad, la dignidad, el cargo con los ojos sobrenaturales de la fé; precisamente te estremecerás cuando consideres que ha de llegar un dia en que te pida cuenta estrecha de todo un Juez recto, infinitamente sabio, y delante de quien nada podrán ni la adulacion, ni la mentira, ni el artificio, ni el soborno. Esta consideracion hacia á los Crisóstomos, á los Ambrosios, á los Agustinos huir las dignidades con mas empeño que el que ponen muchos mortales en conseguirlas. Esta misma consideracion hizo que san Bernardo escribiese al papa Eugenio, admirándose de que hubiese aceptado la tiara, diciéndole (Epist. 237.): «Considero la altura del puesto, y temo la caida: miro la cumbre de la dignidad en que estás, y veo á su lado un profundo despeñadero que acaba en el abismo.» Lograste tu pretension; el favor te ensalzó; ¿pero te dió talento y fuerzas para cumplir exactamente tus obligaciones? te eximió de la responsabilidad de las cargas? ¿no se puede decir con verdad que pretendiste tu misma inquietud, tu opresion, tu peligro y tu ruina?»

Jaculatorias. — Los que tuvieron la dicha de conocer tu sacrosanto nombre, deben, Señor, poner en tí toda su confianza; bien satisfechos de que jamás desamparas á aquellos que te buscan como á protector y padre. (Psalm. 9.)

Mi Dios es mi ayudador, mi protector y mi patrono, y en él solo esperaré. (Psalm. 17.)

PROPÓSITOS.

Todas las cosas de este mundo dice el Espíritu Santo que son vanidad de vanidades; pero entre todas ellas apenas hay una á que con mas razon le convenga que al favor que con tanta ansia solicitan los hombres de sus semejantes. Cuando me vea oprimido, cuando las tribulaciones aneguen mi corazon, me servirán estas reflexiones y conocimientos para buscar alivio en donde pueda seguramente encontrarle. La razon y la esperiencia me han enseñado que fuera de Dios y de sus santos no se encuentra consuelo verdadero; que las pretensiones humanas, además de los trabajos, sinsabores y bajezas que traen consigo, no producen mas frutos que nuevas fatigas, nuevos cuidados, y la responsabilidad tremenda delante del Juez de vivos y muertos, que se verificará sin remedio en el dia terrible de la muerte. Ya es tiempo de conocer al mundo y de detestar sus engaños; ya es tiempo de entrar en cordura, y de decir á mi corazon: Dios solo es tu tesoro y tu riqueza. La mayor dignidad es contentarte con aquella suerte en que te ha puesto su adorable Providencia. Harto tiempo has perdido corriendo neciamente tras de una sombra que siempre huye de tí. Favor especial del cielo ha sido el que hayas conocido tu locura ántes de que te la hiciese conocer un precipicio. Si hubieras logrado lo que pretendias, acaso te sucederia lo que á la ignorante mariposa, que deslumbrada con los resplandores de la llama, ella misma hace diligencias para convertirse en cenizas. De hoy mas Dios es mi ayudador, mi protector y patrono, y en él solo esperaré.

DOMINGO CUARTO DESPUES DE PASCUA.

Nada particular ofrece este domingo, sino lo que es comun á todo el tiempo pascual; esto es, la renovacion de la alegría espiritual, que es el efecto de la resurreccion del Salvador, y una continuacion del fervor que debe ser el fruto en el corazon de los fieles. Los griegos le llaman el domingo de «Semi-Pentecostés; esto es, de la semana que divide los cincuenta dias que hay desde Pascua hasta Pentecostés, pues que el miércoles siguiente es el dia vigésimoquinto desde el domingo de Resurreccion. Aunque la Iglesia convida á todos sus hijos á las demostraciones de una alegría santa que la gracia produce en una conciencia tranquila y en un corazon puro, convida principalmente á los gentiles á que celebren con cánticos de alegría su vocacion á la fé, y á que reconozcan con himnos de accion de gracias el beneficio singular que el Señor les ha hecho sacándolos de las espesas tinieblas del paganismo. No formando ya los judíos y los gentiles sino un solo pueblo en la Iglesia por la vocacion á la fé del Salvador, deben tener los mismos sentimientos y el mismo idioma; á esta union de los dos pueblos hace alusion la Iglesia en la oracion de la misa de este dia, que es una de las mas bellas oraciones que pueden dirigirse á Dios, y que deberia estar continuamente en la boca y en el corazon de los fieles.

El introito de la misa está tomado del salmo 97, que es una accion de gracias por la libertad del pueblo judío de la cautividad de Egipto ó de la cautividad de Babilonia, ó tal vez de alguna otra calamidad. El real Profeta, con bastante verosimilitud, designa bajo de esta figura la redencion de los hombres por Jesucristo, cuya venida predice. «Cantad, dice, hijos de los hombres, un cántico nuevo á la gloria del Señor, que ha obrado tantos prodigios en nuestro favor;» y no ceseis de multiplicar vuestras alabanzas en su honor, de bendecirle, de glorificarle y darle gracias. «El Señor ha hecho brillar á vista de las naciones su fidelidad,» su omnipotencia en sus maravillas, su misericordia en sus beneficios, librando á su pueblo de una esclavitud tan peligrosa. Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho nuevos prodigios en vuestro favor, librándoos de la cautividad y de la servidumbre por caminos inesperados, y por una misericordia de que no os hubierais atrevido á lisonjearos: tantas maravillas de su parte, con razon merecen vuestras acciones de gracias. Como la servidumbre de Egipto y la cautividad de Babilonia no eran otra cosa que la figura de la servidumbre fatal del pecado bajo de la cual vivíamos, la libertad y manumision de estas esclavitudes eran la figura de la dichosa libertad que felizmente nos ha adquirido Jesucristo con su muerte y con su gloriosa resurreccion. ¡Qué motivo, pues, mas justo de alegría, de acciones de gracias y de amorosos trasportes! Dios, dice el texto sagrado, «ha manifestado al mundo á su Salvador, la Sabiduría eterna, su Hijo único, su Verbo, la fuente de todo bien y de toda justicia, nuestro Redentor, y nos le ha manifestado singularmente en el dia de su resurreccion á todas las naciones. Ha difundido la luz del Evangelio por todo el mundo. Los pueblos que vivian en las tinieblas han percibido, en fin, esta gran luz, y la luz se ha descubierto á los que habitaban en la region de la sombra y de la muerte.» (Isaías 9.)

El Señor ha empleado la virtud de su diestra y toda la fortaleza de su brazo para conservar su pueblo y para salvarnos. Quiere decir, que el Señor para sacarnos de la cautividad, para salvarnos no ha empleado una fuerza estraña, ha venido él mismo en nuestro auxilio: con su propia muerte y con su triunfante resurreccion, es con lo que ha vencido al infierno, destruido el imperio del demonio y del pecado, y nos ha librado de la mas dura de todas las servidumbres.

La Epístola de la misa de este dia está tomada de la Epístola católica del apóstol Santiago, obispo de Jerusalen, que se apellida hermano, esto es, primo de Jesucristo, cuyo designio principal es hacer ver que la fé no puede salvarnos sin las obras, aun cuando seamos justificados por la fé. Lo que constituye el asunto de la Epístola de la misa de este domingo, es el pasaje en que este Apóstol declara á todos los fieles que toda gracia y todo don viene de lo alto, y desciende del Padre de las luces, que es la fuente de todo bien. Este Apóstol es llamado el Menor para distinguirle de Santiago hermano de san Juan, el cual es mayor que él, por decirlo así, en el apostolado, y que por la misma razon se llama el Mayor en los fastos de la Iglesia. Llámase católica su Epístola porque no se dirige á ninguna iglesia particular, sino que es comun á todas las que profesan la fé de Jesucristo, ó á lo ménos á las que se componian de judíos convertidos al cristianismo, y esparcidas entonces en casi todas las partes del mundo, á lo cual alude el nombre de «católica,» que significa propiamente universal.

«Todo favor insigne,» dice el santo Apóstol, «y todo don perfecto viene de lo alto.» Era un error muy comun entre los judíos el creer que muchas bellas cualidades, y aun muchas virtudes, crecian dentro de nosotros como de

nuestra propia cosecha, y que eran frutos de nuestro libre albedrío. Los fariseos sobre todo creian poder por sí mismos resistir á la concupiscencia, y practicar la ley sin necesidad de la oracion ni de la gracia. Santiago previene á los fieles contra esta perniciosa presuncion; y como aquellos á quienes se dirige principalmente su carta se habian criado en el judaismo, temiendo no estuviesen imbuidos en este error, les enseña desde luego que todo el bien que hay en nosotros viene de Dios, y que no hay verdadera virtud que no sea un don de su misericordia. No nos atribuyamos el mérito de nuestras buenas obras, ni pensemos que con solo nuestras fuerzas podemos resistir á los halagos de la concupiscencia; para esto necesitamos del auxilio sobrenatural de Dios, y de aquella gracia que no niega á nadie. Es menester esta gracia para querer el bien, para hacer el bien, para perseverar en el bien; sin este auxilio no hay bien alguno que sea meritorio de la vida eterna. Luego toda gracia, todo don escelente viene del Padre de las luces. Llama á Dios Padre de las luces, porque él es, dice san Agustin, el que ilumina á todo el que viene al mundo, y el que imprime en nuestras almas las verdades de salud, el que nos inspira el amor, y el que nos le hace poner en práctica con el auxilio de su gracia.

Despues de haber indicado Santiago en los versículos precedentes el orígen del mal, dice un sabio intérprete, indica el del bien, y enseña que todos los bienes de la naturaleza y de la gracia, por escelentes que sean, nos vienen de lo alto y descienden del Padre de las luces. Esta proposicion asegura dos verdades importantes: la una, que todo lo que viene de Dios es bueno y escelente; lo cual destruye la impiedad de Manés que hace á Dios autor del pecado: la otra, que todo lo que nosotros tenemos bueno, piadosos deseos, buenos pensamientos, obras de justicia y de caridad, todo esto viene de Dios como de su orígen; lo cual refuta el error de Pelagio, que hacia al hombre autor de todo el bien sobrenatural que hace.

Todo don perfecto, continúa el Apóstol, desciende del Padre de las luces, el cual no se muda, y en quien no hay ni aun sombra de alteracion. ¡Qué dulce es depender en todo de un Señor semejante! ¡qué consolatorio el que nuestra fortuna y nuestra suerte dependan de él! Con ninguna criatura se puede contar seriamente; todo se doblega al menor viento, todo falla, todo cambia sobre la tierra; solo Dios no está sujeto á la vicisitud ni á la mutacion. Siempre amará la inocencia, siempre recompensará la virtud, siempre tendrá horror al vicio, y siempre castigará el pecado. El humor, la aversion, el capricho son los grandes resortes que mueven á obrar á los hombres, y son el principio de sus variaciones y de sus mudanzas. Dios está exento de todos estos defectos. Siempre es la sabiduría misma, siempre la justicia, la misericordia, la bondad. Porque «por sola su voluntad,» añade el Apóstol, «nos ha engendrado por la palabra de la verdad, á fin de que en alguna manera tengamos el primer rango entre lo que él ha creado.» Para inclinar á los fieles á que se dirijan á Dios, á que pongan toda su confianza en Dios, Santiago les hace notar que Dios Padre no ha enviado por necesidad á su Hijo único, su Verbo, para reengendrarnos, y para enseñarnos el camino de la salud. Siendo el Verbo hecho carne la verdad por esencia, no ha podido ménos de enseñarnos la verdad en todos los misterios sagrados que nos ha esplicado, y en la doctrina que nos ha dictado, y todo esto lo ha hecho por un puro efecto de su bondad. Podia Dios dejarnos en las tinieblas de la muerte en que habíamos nacido: mas este Padre de las luces se ha dignado libremente reengendrarnos por el bautismo é iluminarnos. ¡Qué confianza no debe inspirarnos esta pura misericordia! ¿y viniendo de él todos los bienes, y no pudiendo derivarse de otro que de él, debemos temer que nos los niegue, despues de habérnoslo dado todo, dándonos su Hijo que es la fuente de todos los dones? ¿Cómo no nos habrá dado todas las cosas con él? Nuestra dependencia de él constituye nuestra abundancia y nuestra dicha. Los hebreos, á quienes escribia Santiago, habian recibido mas abundantemente que los otros el espíritu de Dios y sus dones. Eran los primeros de la Iglesia cristiana, y los primeros llamados á la fé. La salud habia salido de Sion, y la palabra del Señor de Jerusalen. Eran como los primogénitos y los primeros herederos de la familia de Jesucristo. Todas estas prerogativas, esta predileccion debian inspirarles una nueva confianza en el Padre de las misericordias, y una fidelidad mas exacta.

Despues de haber enseñado Santiago á los fieles que todos los bienes y todas las gracias vienen del Señor, se aplica en esta Epístola á reglar sus costumbres y su conducta, para que por la práctica de las virtudes cristianas pudiesen merecer estos dones. «Que todo hombre, les dice, esté pronto para oir; que no hable fácilmente, y que no sea propenso á encolerizarse. Son muy importantes estos tres puntos de moral. Oir mucho y hablar poco, es siempre señal de sabiduría; y la modestia y la reserva son inseparables de la verdadera virtud. Esos grandes habladores, esas gentes que dogmatizan tanto, no suelen ser siempre los mas poderosos en obras; nó los que predican ó escuchan la ley, sino los que la practican, son justificados delante de Dios. En consecuencia de esta verdad recomienda Santiago la mansedumbre y la paciencia á todos los fieles. La cólera es una pasion, luego es contraria á la virtud. Lisonjéase uno á las veces de que no obra sino por zelo, y no es mas que el movimiento de su pasion el que se sigue. Dios no ha elegido nuestros arrebatos para ejercer su venganza, para esto ha establecido jueces y potestades. El zelo ardiente, el zelo amargo en los particulares que no están deputados para la reforma de los otros, no es propiamente otra cosa que una ira disfrazada: cuando se limita á reformarse á sí mismos, entonces podrá pasar por zelo; pero luego que el zelo sale de su esfera y se derrama como torrente por la tierra del vecino, ya es estrago, ya es pasion. «Por esto, concluye el mismo Apóstol, renunciando á todo lo que es impuro, y á todos los escesos de la iniquidad, recibid con un espíritu de mansedumbre la palabra que se ha plantado en vosotros, y que tiene la virtud de salvar vuestras almas;» que es como si dijera: puesto que deseais la sabiduría, y que quereis llegar al puerto de la salud, alejad de vosotros todo lo que puede impediros el llegar á este fin, todo lo que puede suscitar nieblas y borrascas en vuestro corazon. ¿Quereis vivir en la calma y gozar de un cielo sereno? vivid en la inocencia; dominad las pasiones tan enemigas de vuestro reposo, y tan opuestas al espíritu de Jesucristo; ignorad hasta el nombre mismo de la impureza; vivid en una grande inocencia; arrojad de vuestro corazon la codicia, la avaricia, el demasiado amor de vosotros mismos. ¿Quereis que las verdades que se os han enseñado, que la divina palabra

que se os ha predicado, que el espíritu de Jesucristo que ha sido como ingerido en el vuestro, produzcan mucho fruto? tened aquella dulzura cristiana que, en alguna manera, caracteriza las almas puras. El fruto de esta divina palabra es la salud.

El Evangelio de la misa de este dia está tomado de aquel pasaje de san Juan, en que viendo el Salvador que se acercaba su ascension al cielo, prepara sus apóstoles para esta separacion sensible que debia privarles de su presencia corporal y por consiguiente debia afligirles. Les hace ver que es necesario que los deje, y que el don que les hará les indemnizará bien de esta satisfaccion puramente natural de que gozaban viéndole corporalmente con ellos.

Todo el tiempo que Jesucristo estuvo visiblemente con sus apóstoles desde su resurreccion hasta su ascension, lo empleó en instruirles en los grandes misterios de la religion, de los cuales se habian hecho ya mas capaces desde que en su primera aparicion les hubo dado el Espíritu Santo. Esta comunicacion, esta infusion del Espíritu Santo era necesaria para espiritualizar, por decirlo así, gentes tan materiales, y hacerles capaces de las verdades que hasta entonces les habian sido tan incomprensibles.

El Salvador en este admirable discurso, tan instructivo y tan lleno, que hizo á sus apóstoles despues de la última cena, habiéndoles hecho un compendio de cuanto aflictivo y horroroso debia sucederles en el establecimiento maravilloso de su Iglesia, les añade: No me habia aun franqueado ántes con vosotros, porque mientras que yo estaba en vuestra compañía nada teniais que temer; pero ya no es tiempo de ocultaros nada. Ha llegado mi hora, y yo estoy en vísperas de dejaros, por esto os he manifestado sin embozo, y aun sin figura, todo lo que tendreis que sufrir en el mundo; pero no temais nada, aunque vais á perder mi presencia corporal, yo estaré siempre invisiblemente con vosotros. Acércase el tiempo en que debo volver al cielo, de donde he venido. Yo me voy á aquel que me ha enviado, y ninguno de vosotros me pregunta ¿adónde vas? Esta pequeña reconvencion que Jesucristo hace aquí á sus apóstoles, es una leccion importante que les da el Salvador, lo mismo que á nosotros. «Porque os he dicho que me voy, estais afligidos, la tristeza se ha apoderado de vuestro corazon,» os habeis todos consternado; pero lo que así os afecta no es mas que la pérdida de mi presencia sensible, sin que tengais presente en ninguna manera la gloria que voy á recibir subiendo al cielo en donde debo estar sentado á la diestra de mi Padre, ni las grandes ventajas que debeis reportar de mi gloriosa ascension. Vosotros estais apegados á los sentidos, y no os mueve mas que lo sensible; por esto ninguno de vosotros piensa en preguntarme sobre la escelencia, sobre la felicidad de aquella dulce mansion de los bienaventurados, en donde Dios hace ostentacion de su majestad, en donde mi sagrada humanidad va á recibir toda la gloria que le es debida, de donde he de enviaros el Espíritu Santo, el cual debe dar la última perfeccion á mi grande obra, y derramar sobre vosotros todos mis dones. Yo os digo que me voy á aquel que me ha enviado, que vuelvo al cielo de donde he venido; y en lugar de regocijaros conmigo, tanto á causa de la felicidad que debo recibir allí, cuanto á causa de la ventaja que os resultará de mi exaltacion, os afligis, no decis palabra, os veo pensativos y en profundo silencio. El pensamiento solo de mi partida os ha llenado de tal modo el corazon de tristeza, que os ha sobrecogido á todos. ¿De este modo debeis mirar lo mas ventajoso que hay para vosotros? Os digo la verdad: os interesa que yo me vaya, y que os prive de esta presencia corporal que hace que el amor que me teneis sea ménos espiritual y ménos perfecto. Por otra parte, si yo no me fuése, el Espíritu Santo, que es el consolador, y el maestro que os he prometido, no vendria, y yéndome yo, os le enviaré. Ahora bien, vosotros no ignorais cuánto importa que venga; porque él es el que ha de convencer al mundo sobre el pecado, sobre la justicia y sobre el juicio. El Espíritu Santo por la predicacion de los apóstoles y por los milagros que obrarán, convencerá al mundo de pecado; esto es, hará conocer cuál ha sido la corrupcion de costumbres, y el lamentable error en que han vivido los hombres hasta aquí, sumergidos en la ignorancia del verdadero Dios, en los desarreglos mas horribles y en una corrupcion de costumbres universal; hará conocer cuán criminales son los hombres, en particular los judíos, por no haber creido en Jesucristo despues de tantas maravillas. Estos espíritus orgullosos y esos corazones indóciles, que habrán resistido tanto tiempo á las luces de la fé; conociendo al fin la virtud del espíritu de Dios por los brillantes prodigios que obrará, y por la admirable santidad que comunicará á los fieles, confesarán para confusion suya, que se han engañado cuando no han querido creerle. El mismo Espíritu Santo les convencerá tambien de la justicia y de la inocencia del Hijo de Dios, haciendo ver que aquel á quien han condenado tan injustamente á muerte ha resucitado y ha subido al cielo para reinar allí eternamente con su Padre. En fin, convencerá al mundo y á todos sus partidarios de la equidad del juicio hecho contra el demonio que se habia como atribuido el imperio del mundo, en donde reinaba con tanta tiranía y se habia hecho erigir tantos altares; conocerán la justicia con que ha sido destruido el reino de este tirano, abolido sus leyes perniciosas é injustas, condenado sus falsas máximas y estinguido su poder, no solo por la destruccion de la idolatría, sino tambien por el establecimiento de una religion tan santa, la cual será la obra y la obra maestra del Espíritu Santo, y el fruto de la predicacion del Evangelio. Estos son los tres efectos principales de la venida del Espíritu Santo que yo os enviaré. El convencerá al mundo del pecado de los judíos y de todos los que han rehusado creer en mí, despues de las brillantes é incontestables pruebas de mi divinidad; convencerá al mundo de la justicia, haciendo ver á los judíos y á los paganos que no habrá justicia ni verdadera virtud mas que en la religion cristiana; convencerá en fin al mundo del juicio, destruyendo el imperio que tenia el demonio en el mundo sobre el espíritu y el corazon de todos los pueblos, por las falsas y perniciosas máximas que habian tenido fuerza de ley hasta la venida de Jesucristo.

Despues de una instruccion tan importante y que viene á ser el compendio, por decirlo así, de nuestra religion, añade Jesucristo que aun tenia muchas cosas que decirles; pero que no estaban todavía en disposicion de comprenderlas, y que no queria cargar su entendimiento de lo que no podia aun digerir: que les reservaba el conocimiento de ellas hasta la venida del Espíritu de verdad, el cual les enseñaria todas las verdades necesarias para su perfeccion, para su salvacion y para la de los demás. Habia dicho el Salvador á sus apóstoles, que les habia descubierto todo

lo que eran capaces de comprender ántes de haber recibido la plenitud del Espíritu Santo, y aquella inteligencia sobrenatural que era uno de sus principales dones; pero habia aun muchas mas cosas misteriosas, cuyo verdadero sentido no eran todavía capaces de comprender. Estos grandes misterios, estas verdades superiores al alcance del entendimiento humano eran: la union sustancial de la divinidad y de la humanidad en la persona adorable de Jesucristo; la espiritualidad de su reino eterno y temporal; su estado de humillacion y de gloria, de poder y de flaqueza, de víctima por los pecados del mundo, y de hombre sin pecado. Era necesario que viniese el Espíritu Santo para que les diese el don de inteligencia; para que disipase todas sus oscuridades, y para que conciliase todas estas contradicciones aparentes; y esto es lo que ha hecho el Espíritu Santo, esta es su obra.

«Cuando venga aquel Espíritu de verdad,» continúa el Salvador, « os enseñará todas estas verdades,» y os comunicará una inteligencia clara de todos estos misterios. «No hablará de sí mismo, es decir, así como el Hijo nada dice de sí mismo, esto es, así como lo que este dice no lo dice solo, sino que su Padre lo dice con él; del mismo modo el Espíritu Santo nada dice de su propia autoridad, esto es, absolutamente solo, porque procediendo del Hijo lo mismo que del Padre, y recibiendo de ellos la misma naturaleza y la misma ciencia, nada dice, nada puede decir, sino lo que el Hijo dice con su Padre, no siendo las tres divinas personas mas que un solo Dios: así que no penseis que el Espíritu Santo deba enseñaros una doctrina diferente de la mia; es la misma doctrina, de la cual os dará un conocimiento mas perfecto y os desenvolverá el verdadero sentido. El Salvador se habia esplicado en otra parte poco mas ó ménos en el mismo sentido, cuando decia á los judíos: Mi doctrina no es mia, sino de aquel que me ha enviado. Todas estas maneras de hablar nos dan una idea muy clara del misterio adorable de la Trinidad, probándonos un solo Dios en tres personas.

Por fin, «el Espíritu Santo os dará á conocer claramente el porvenir,» añade el Salvador, llenándoos del espíritu de profecía, necesaria en el nacimiento de la Iglesia que vosotros debeis establecer. «Todo lo que hará este Espíritu Santo será para mi gloria, porque es mi Espíritu,» como es Espíritu de mi Padre; porque tendrá parte en lo que á mí pertenece, y os lo dará á conocer. Casi todos los intérpretes, despues de los santos Padres, no dudan que Jesucristo por estas palabras, «tendrá parte en lo que á mí pertenece,» haya querido indicar que el Espíritu Santo procede del Hijo como del Padre, y que los dos le comunican la naturaleza y las perfecciones divinas que el Hijo mismo recibe del Padre por su generacion eterna, y que el Espíritu Santo tiene por su eterna procesion de los dos. Es como si dijese el Hijo de Dios: El Espíritu Santo vendrá como un enviado, que no habla en su nombre y solo por sí. Como procede de mi Padre y de mí, y nosotros somos los que le enviamos, así como todos tres tenemos la misma naturaleza divina, así tambien tenemos una misma voluntad, y por tanto todo lo que os enseñará es mi doctrina, y no os dirá nada que mi Padre y yo no os dijésemos; él es el que me glorificará, haciendo conocer á los hombres mi divinidad, que es la misma que la suya y la de mi Padre, porque estas tres personas, el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo no son mas que un solo Dios. Hará conocer esta divinidad por medio del don de inteligencia que comunicará á los fieles, y por las maravillas que les hará obrar en mi nombre.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Deus, qui fidelium mentes unius efficis voluntatis: da populis tuis id amare quod præcipis, id desiderare, quod promittis: ut inter mundanas varietates ibi nostra fixa sint corda, ubi vera sunt gaudia. Per Dominum nostrum...

O Dios, que unis todos los fieles en un mismo espíritu y en una misma voluntad; haced por vuestra infinita misericordia que amemos lo que nos mandais, y deseemos lo que nos prometeis, á fin de que entre la inconstancia y la instabilidad de las cosas de este mundo, permanezcan siempre fijos nuestros corazones allí donde se encuentra la verdadera alegría. Por nuestro Señor, etc.

La Epístola de la misa está tomada de la de Santiago, capítulo 1.

Charissimi: Omne datum optimum, et omne donum perfectum desursum est, et descendens a Patre luminum, apud quem non est transmutatio, nec vicissitudinis obumbratio. Voluntarie enim genuit nos verbo veritatis, ut simus initium aliquod creaturæ ejus. Scitis, fratres mei dilectissimi. Sit autem omnis homo velox ad audiendum, tardus autem ad loquendum, et tardus ad iram. Ira enim viri justitiam Dei non operatur. Propter quod abjicientes omnem immunditiam et abundantiam malitiæ, in mansuetudine suscipite insitum verbum, quod potest salvare animas vestras.

Amadísimos mios: Todo favor insigne y todo don perfecto viene de lo alto, y desciende del Padre de las luces, el cual no se muda, y en quien no hay ni aun sombra de alteracion. Porque de su plena voluntad nos ha engendrado por la palabra de la verdad, á fin de que tuviésemos en alguna manera el primer lugar entre lo que ha criado. Vosotros lo sabeis, hermanos mios muy amados, que todo hombre esté siempre pronto á escuchar, que no sea fácil para hablar, y que no sea propenso á la cólera. Porque la justicia de Dios no es la obra de la cólera del hombre. Por esto renunciando á todo lo que es impuro, y á todos los escesos de la iniquidad, recibid con un espíritu de mansedumbre la palabra que se ha plantado en vosotros, y que tiene la virtud de salvar vuestras almas.

Santiago, llamado el Menor, era hermano del apóstol san Judas, hijo de Alfeo y de María, prima de la santísima Vírgen, y á causa de este parentesco, segun la costumbre de los judíos, es llamado algunas veces hermano, esto es, primo de nuestro Señor. Apellídase tambien el Justo: fué escogido por los demás apóstoles para gobernar la iglesia de Jerusalen. San Pablo le llama una de las columnas de la Iglesia. Fué martirizado el año 62 de Jesucristo despues de haber gobernado su iglesia veinte y nueve años.

REFLEXIONES.

«El cual no se muda, y en quien no hay ni aun sombra

de aberracion.» ¡Qué bueno es servir á un Señor que no está sujeto á mudanza, al humor veleidoso, al capricho; qué bueno hacer una fortuna que no está sujeta á la revolucion! Todos esos altos y bajos de que están llenos los caminos del mundo, cansan, fatigan, apuran. Es muy triste el tener siempre que combatir contra la inconstancia y contra la instabilidad. Hoy se priva, se domina, se ve uno colocado en el primer rango; mañana se encuentra al nivel del pueblo. Por mas precioso que sea el metal de que está hecha la estatua, sus piés en todas partes son de barro. Los árboles que están en alto no solo tienen que temer las tempestades, un pequeño gusano basta para que se sequen. No hay condicion en el mundo á cubierto de las borrascas, ni aun la hay que no envejezca en su primer lustre; la continuacion de las prosperidades se mira como una maravilla siempre rara, y ninguno hay completamente dichoso en el mundo. ¡Qué variacion en los dias y en las estaciones! las nieblas suceden á la serenidad, y las borrascas á la calma; no es menor la inconstancia que se esperimenta en el corazon y en el espíritu. Hoy goza uno de favor, se le agrada, se aplaude, triunfa; un dia despues no es ya del gusto del señor, se le desprecia. ¿Perdió acaso sus buenas cualidades y su mérito? De ninguna manera, el mismo hombre sigue el curso de la rueda sobre que se apoya. ¡Qué de revoluciones en las condiciones, en los estados, en las familias! Pocos favoritos hay que no tengan dias críticos; ninguno que no esté amenazado de la desgracia; ¿y cuántos hay que mueren en la gracia del príncipe? se pierde muchas veces, cuando se ponia mas ahinco para conseguirla. La mutacion caracteriza todo lo que se llama mundo; por mas que se trabaje, por mas que se haga, nadie puede fijar su fortuna ni su felicidad en el servicio del mundo. Este secreto no se encuentra mas que en la escuela de Jesucristo, está reservado á la ciencia de los santos el enseñarlo. Dios es el único Señor «que no se muda, y en quien no hay ni aun sombra de alteracion.» ¡Qué ventaja, qué dulzura el servir á un Señor semejante! En su servicio se agrada siempre, á no ser que se quiera desagradar. Jamás tienen parte en su favor el humor ni el capricho, la virtud conserva siempre su mérito, y este mérito es siempre reconocido y liberalmente recompensado. Ninguna de las revoluciones de estado, de condicion, ni de familia pueden influir sobre el justo; se sobrepone á las nubes que forman el rayo, y los vapores malignos que forman las nieblas no pueden llegar á él. En el servicio de Dios nada cambia; subsiste siempre la misma moral, las mismas máximas, el mismo espíritu. ¡Qué dichoso es el que está en el servicio de un Señor tal, que no está sujeto á ninguna mudanza!

El Evangelio de la misa es tomado del de san Juan, capítulo 16.

In illo tempore: Dixit Jesus discipulis suis: Vado ad eum, qui misit me; et nemo ex vobis interrogat me: Quo vadis? Sed quia hæc locutus sum vobis, tristitia implevit cor vestrum. Sed ego veritatem dico vobis: expedit vobis ut ego vadam: si enim non abiero, Paraclitus non veniet ad vos: si autem abiero, mittam eum ad vos. Et cum venerit ille, arguet mundum de peccato, et de justitia, et de judicio. De peccato quidem, quia non crediderunt in me: de justitia vero, quia ad Patrem vado, et jam non videbitis me: de judicio autem, quia princeps hujus mundi jam judicatus est. Adhuc multa habeo vobis dicere: sed non potestis portare modo. Cum autem venerit ille Spiritus veritatis, docebit vos omnem veritatem: non enim loquetur a semetipso, sed quæcumque audiet, loquetur, et quæ ventura sunt, annuntiabit vobis. Ille me clarificabit: quia de meo accipiet, et annuntiabit vobis.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Yo me voy á aquel que me ha enviado, y ninguno de vosotros me pregunta: ¿Adónde vas? Mas porque os he hablado de este modo, se ha llenado de tristeza vuestro corazon. Por tanto os digo la verdad, os interesa que yo me vaya, porque si yo no me voy, el Consolador no vendrá á vosotros; mas si me voy, os le enviaré. Y cuando hubiere venido argüirá al mundo de pecado, de justicia y de juicio: de pecado, porque no han creido en mí; de justicia, porque me voy á mi Padre y no me vereis mas; y de juicio, porque el príncipe de este mundo está ya juzgado. Todavía tengo muchas cosas que deciros, pero no estais ahora en estado de comprenderlas. Cuando venga el Espíritu de verdad os enseñará todas las verdades. Porque no hablará de su propia autoridad, sino que dirá todo lo que habrá oido, y os hará conocer las cosas venideras. Él es el que me glorificará, porque tendrá parte en lo que á mí me pertenece, y os lo anunciará.

MEDITACION.

Del mundo.

Punto primero. — Considera qué cosa es el mundo á quien se ama hasta la locura, á quien se teme hasta el esceso, á quien se sirve con infinita solicitud, á quien se contempla hasta el escrúpulo; el mundo, de quien todos se quejan y que no hace justicia á nadie; que no tiene ninguna consideracion al mérito, que llena el universo de descontentos y de desgraciados, y que no tiene servidor que no sea su esclavo; el mundo cuyas estravagantes máximas son otras tantas leyes muchas veces contrarias al buen sentido, y siempre opuestas á las máximas del Evangelio. Si el mundo es un fantasma que no subsiste mas que en la imaginacion, ¿no somos unos insensatos en formarnos un señor tan incómodo de las fantasías de otros y un ídolo formidable de nuestras propias ideas? Si el mundo es una cosa real, ¿qué derecho tiene para imponernos leyes tan duras? ¿de quién le viene la autoridad? ¿por qué fatalidad hemos nacido esclavos suyos? Ciertamente cuando se raciocina sin preocupacion, cuando se mira de cerca lo que es el mundo, se llena uno de indignacion contra sí mismo por haber deferido tanto á él y haber sido su juguete tanto tiempo. El mundo, que tiene tanto imperio sobre los espíritus y sobre los corazones, no es otra cosa, propiamente hablando, que esa multitud tumultuosa de gentes de diferentes caractéres y de diferentes gustos que no se acomodan á las máximas de Jesucristo: no tienen otras miras que sus intereses, no conocen otra regla que sus pasiones, ni otro objeto de sus solicitudes que los bienes, los honores y los placeres de esta vida; gentes por lo comun de un espíritu vano y turbulento, de un corazon falso, maligno y corrompido, y de una ambicion desmesurada; que no se apacientan

mas que de quimeras, que no siguen mas que á sus pasiones, y que solo se ocupan de cien pasatiempos á cual mas frívolos; gentes que por lo comun no tienen otro mérito que el de saber engañar, entre las que los mas hábiles son los que mejor saben aprovecharse de las desgracias de otro, y los mas dichosos los que mejor saben disimular las suyas. Es una especie de secta casi universal de gentes, que por la mayor parte no se conocen los unos á los otros, y se desprecian todavía mas cuando se conocen; que convienen solamente en que todos hacen profesion de no ser devotos, y á favor de esta ignominiosa confesion creen tener derecho para zumbarse neciamente de la virtud mas ejemplar, mofarse irreligiosamente de las prácticas mas respetables de piedad, honrarse de sus desarreglos, dudar cuasi de todo, desacreditar y aun perseguir las personas mas arregladas, y para no tener religion sino por costumbre ó por bien parecer. Reina entre estas gentes el disimulo hereditario, base sobre la cual giran todas sus engañadoras y artificiosas esterioridades. Prodigan mil alabanzas, en tanto que con una risa burlona y desdeñosa se burlan de la sencillez y de la bobería de los que las creen. Hacen mil ofertas de servicio, y muchas veces aquel que las hace, es el peor enemigo. Miran la rectitud y la buena fé como la virtud de los imbéciles; la modestia, la docilidad y la piedad cristiana como señales de un genio escogido, y todas las máximas que reinan entre ellas todas son opuestas á la verdadera sabiduría, todas perniciosas á la salud. Hé aquí el retrato mas parecido del mundo, de este mundo por el cual no ha rogado Jesucristo, de este mundo al cual ha convencido el Espíritu Santo de iniquidad y de injusticia, de este mundo, en fin, cuyos juicios tememos tanto, de este mundo á quien tanto contemplamos, y puede ser sirvamos como esclavos.

Punto segundo. — Considera con qué aprecio, ó por mejor decir, con qué desprecio debe mirarse un mundo enemigo declarado de Jesucristo, perseguidor implacable de su espíritu, un mundo tan opuesto á las máximas del Evangelio. Sin embargo, este es el ídolo á quien se aprende á ofrecerle votos casi desde la cuna; este es el fantasma tan espantoso, cuya indignacion tanto se procura evitar; este es el mundo, cuyos sufragios y aplausos se buscan con tanto afan; el mundo, cuyos juicios y censura tanto se teme. ¿Es posible, Dios mio, que unos hombres que aman tanto la independencia reciban voluntariamente la ley de tantos géneros de gentes? Pero ¿es posible que cristianos instruidos en la escuela de Jesucristo no arreglen cuasi toda su conducta sino conforme á las máximas de este mundo estravagante? Las personas virtuosas que viven en este pais enemigo son no pocas veces tan cobardes que llegan á avergonzarse del Evangelio; como si en medio de una multitud de enfermos ó de insensatos debiese avergonzarse un hombre sabio de tener salud ó de tener juicio. No se atreven á aparecer devotos en la compañía de aquellos que hacen ostentacion de no serlo. Temense las fastidiosas burlas, las mordaces chuladas de estos miserables censores. ¿Es posible que los cristianos teman los juicios inicuos ó las injurias de los libertinos? No se necesita mucho mas para conocer qué es lo que pone de tan mal humor contra los buenos á esos críticos despreciables. Una mujer que se reforma es una censura insoportable á otras ciento que saben bien que tienen mas necesidad que ella de reformarse, y que no tienen ni bastante fortaleza de espíritu, ni bastante juicio para hacerlo. Un jóven, un militar que arregla sus costumbres, da una leccion picante de reforma á todos sus compañeros de desórden, á quienes su ejemplo hace sentir vivamente la indispensable necesidad que tienen de convertirse. Concíbese un secreto disgusto de ver que los que no eran mejores que nosotros, se hayan hecho mas sabios. Crece el despecho con los remordimientos, y este es el verdadero orígen de las censuras y de las zumbas que se hacen de la virtud en el mundo; y esto es lo que debe esperarse mientras haya libertinos en el mundo. Pero ¿debe temerse, debe deferirse mucho á este fantasma? ¿Qué vergüenza no debe tener una persona cristiana de su cobardía en el servicio de Dios? Respetemos enhorabuena á todas las personas que obtienen un rango, que ocupan un lugar distinguido en el mundo; pero miremos como un soberano desprecio el espíritu y las máximas del mundo, tan contrarias al espíritu y á las máximas de Jesucristo.

Tal es, Señor, la resolucion que hago, y la gracia que os pido y espero obtener de vuestra infinita bondad.

Jaculatorias. — Apartad mis ojos de la vanidad que reina en el mundo, y haced que camine con valor por el camino que conduce á vos. (Psalm. 118.)

En el mundo no hay otra cosa que vanidad y nada. (Eccl. 1.)

PROPÓSITOS.

1 Míranse los buenos en el mundo como gentes simples, groseras, inútiles, porque no se hallan en todas las diversiones; desterrados en el mundo del comercio de aquellos que en él se llaman gentes de suposicion, como indignos de presentarse en sus brillantes reuniones, son, segun ellos, gentes que no saben vivir y á quienes miran con lástima. Pero esperad un poco; esos dias placenteros se oscurecerán; ese brillo que encanta y ese tumulto que aturde, caerá. Llantos y amargos arrepentimientos sucederán á todos esos falsos placeres, á todos esos festines tan poco cristianos; la muerte pondrá en claro quién ha sido el sabio, y quién es el que se ha engañado. Si quereis ser verdaderos discípulos de Jesucristo, declaraos altamente contra el espíritu y las máximas del mundo; guardaos de avergonzaros jamás del Evangelio; no hagais ostentacion, pero sí profesion de piedad.

2 Tened horror á ese respeto humano, tan indigno de un cristiano, que impide muchas veces que se haga todo lo bueno que puede hacerse para dar buen ejemplo. Decid con frecuencia á vuestros hijos, á vuestros amigos y en ciertas ocasiones: ¿qué viene á ser este mundo? ¿por qué hemos de seguir los estilos y las máximas del mundo? ¿por qué nos hemos de sujetar á sus indignas leyes? Sea pues el Evangelio vuestra regla de costumbres. Prohibios cuanto pudiereis todas esas fiestas puramente mundanas; emplead ese tiempo en hacer la córte á Jesucristo.

DOMINGO QUINTO DESPUES DE PASCUA.

Parece que la Iglesia ha querido aprovecharse de la reprension que Jesucristo daba á sus apóstoles, cuando habiéndoles declarado que habia llegado el tiempo en que era necesario que les dejase para volver á su Padre, en lugar de regocijarse de su triunfo y de la gloria de que iba á tomar posesion en el cielo, se habian abandonado á la

tristeza mas amarga. La Iglesia entrando en el sentido del Hijo de Dios como gobernada por su espíritu, parece que redobla su alegría é inspira á sus hijos los sentimientos de un gozo cada vez mas sensible, á medida que se acerca mas al dia de la ascension gloriosa del Salvador.

«Publicad las voces de la alegría, las cuales deben resonar por todas partes; publicadlas hasta los estremos de la tierra. El Señor ha librado á su pueblo;» le ha sacado de la cautividad; le ha vuelto á su dulce patria: tributémosle por siempre alabanzas, gloria, bendicion y acciones de gracias á aquel por quien hemos recobrado por fin la libertad, y que nos ha abierto la celestial Jerusalen. «Pueblos de toda la tierra, testificad vuestra alegría al Señor: celebrad su nombre con vuestros himnos; dadle la gloria» que le es debida, «y no ceseis de alabarle.» Por este desahogo de alegría y con este cántico de gozo comienza hoy la Iglesia la misa. Este introito está tomado de Isaías. Describiendo este Profeta el misterio de nuestra redencion, en la narracion que hace de la libertad del pueblo judío de la cautividad de Babilonia, la cual era la figura, convida á todas las naciones del mundo á que se derramen en regocijo, y que por todas partes se oigan sus voces de gozo y sus cánticos de alegría. (Isai. 48.) «Anunciad esta nueva, y publicadla hasta los confines del mundo. Decid en todas partes. El Señor ha rescatado á Jacob su siervo.» A esta prediccion de Isaías es á la que alude la Iglesia en las palabras del introito. Mas espiritual que lo eran entonces los apóstoles (inconsolables por la pérdida que iban á hacer de la presencia corporal del Salvador) en la víspera de celebrar su gloriosa ascension al cielo, exhorta á sus hijos á que se regocijen por una separacion corporal que debia serles tan ventajosa, puesto que debia perfeccionar su fé, y abrirles la entrada de la patria celestial. Porque, como dice el gran pontífice san Leon, la ascension triunfante de Jesucristo es una prenda segura de la nuestra. Tomando la cabeza posesion de su gloria, asegura el derecho y la esperanza que á ella tiene todo el cuerpo. ¿No es justo que ostentemos nuestra alegría con acciones continuas de gracias?

Llámase este domingo el domingo de las rogaciones, porque los tres dias que siguen están consagrados para dirigir súplicas solemnes al Señor, las cuales se llaman tambien letanías mayores; y tambien porque el Evangelio de este dia es una invitacion ejecutiva que nos hace el Señor á que le espongamos todas nuestras necesidades y le pidamos con confianza. Como el dia de mañana está singularmente dedicado á la fiesta de las rogaciones, se traslada á él su historia.

La Epístola de la misa de este dia está tomada de la católica de Santiago, la cual fué tambien el asunto de la Epístola del domingo precedente. Despues de haber exhortado el santo Apóstol á los fieles á que se instruyan con cuidado en las verdades de nuestra religion, les declara aquí que no basta escuchar y aprender todas las verdades del Evangelio, si no se ponen en práctica. «Poned en práctica,» hermanos mios, les dice, «la palabra, y no la escucheis solamente, engañándoos á vosotros mismos.»

Hacian entonces mucho ruido entre los fieles las Epístolas de san Pablo. Muchos habian creido que las buenas obras no eran necesarias para la salud, y que bastaba la fé sin las buenas obras. De suerte que tomando mal el pensamiento de san Pablo abusaban de su doctrina. Entre los judíos convertidos los unos estaban escandalizados de una doctrina semejante, y miraban á san Pablo como enemigo de la ley, sin hacerse cargo de que el santo Apóstol no habla mas que de las ceremonias legales de la antigua ley, y de ningun modo de la observancia de la ley evangélica; otros arrastrados del mismo error, miraban la nueva ley como inútil, y se figuraban que para salvarse bastaba tener fé. Para curar Santiago aquellos espíritus, esplica á los fieles los verdaderos sentimientos del apóstol san Pablo, y demuestra aquí que la fé sin las buenas obras es inútil, conforme á lo que escribe san Pablo á los romanos: «No ya aquellos que oyen la ley son justos delante de Dios, solo serán justificados los que practican la ley (Rom. 2);» esto es, los que practiquen la ley, sean judíos, sean gentiles, ya que hayan recibido la ley de Moisés, ya que no la hayan recibido, serán justificados, nó por las obras solas, sino por sus obras hechas por la fé, y con la gracia que Dios les hubiere otorgado. (Galat. 3.) «La fé que obra por la caridad,» porque sin esta caridad viva y activa todo lo demás de nada sirve, como se esplica el mismo Apóstol. (1. Cor. 13.)

Porque si alguno oye la palabra sin ponerla en práctica, se le comparará á uno que ve su rostro natural en un espejo, y que luego que se ha visto se retira y se olvida de su figura. El Evangelio, dice san Bernardo, es un espejo fiel, á nadie engaña, cada uno se ve en él tal como es: por mas que uno quiera ocultar sus defectos, la divina palabra nos los demuestra: secreta vanidad, amor propio sutil, pasion disimulada, esterior engañoso, todo disfraz aparece en este espejo, la menor arruga se descubre, en nada engaña. Pero ¿de qué sirve mirar al espejo si no se hace mas que como de paso, y un momento despues de haberse visto se olvida uno de las manchas que tiene en el rostro? Sin embargo ¿queremos ser dichosos? tengamos sin cesar delante de los ojos la ley del Evangelio, que nos libra de la servidumbre de las ceremonias legales y nos hace hijos de Dios. Nó, ella no nos ocultará ningun defecto, ella nos descubrirá lo que nuestro amor propio nos oculta. No la miremos como de paso, ántes sí escuchémosla con el designio de practicar lo que ella nos dice, y de quitar los defectos que ella nos descubre; este es el medio de asegurar nuestra salud. En esta comparacion de que se sirve el Apóstol, el espejo es la palabra de Dios que nos representa lo que somos y lo que debemos ser: el rostro del hombre es el estado interior de su conciencia: los lunares del rostro son los pecados de que está manchada la pureza del alma: mirarse en el espejo es oir la palabra de Dios, y notar en ella la diferencia de lo que somos, y de lo que debemos ser segun el Evangelio: olvidar el estado en que uno se ha visto, es poner en olvido las verdades que se nos han predicado: en fin, no lavarse es descuidar el corregirse y borrar con las lágrimas de la penitencia la inmundicia de nuestros pecados.

Tambien advierte Santiago á los fieles que si alguno piensa que tiene religion, no refrenando su lengua, sino engañándose á sí mismo, su religion en este caso es una religion frívola. Los judíos convertidos á la fé, á quienes está escrita esta carta, estaban todavía tan encaprichados en la observancia de sus ceremonias legales, que no cesaban de prorumpir en quejas, y aun algunas veces en injurias contra los que no las observaban. Desplegaban sus zelos y su pasion en agrias invectivas, y todo bajo del pre-

testo de zelo por la religion, y esto fué lo que obligó al Apóstol á decirles, que su pretendido zelo era una ilusion; que la verdadera piedad consiste en pensar siempre bien de su prójimo, y no juzgar nunca ni hablar mal de nadie; y que el verdadero zelo es inseparable de la circunspeccion, de la modestia y de la caridad. Por fin, concluye con una leccion que encierra otras muchas mas: la religion pura y sin mancha delante de Dios, les dice, la sólida piedad, el zelo verdaderamente cristiano, no consiste en disputas ni en vanas especulaciones, sino en la práctica constante de una ardiente caridad. Visitar los huérfanos y las pobres viudas en sus aflicciones, ejercitarse continuamente en las obras de misericordia, y preservarse de la inmundicia de este mundo corrompido en que vivimos; hé aquí lo que prueba visiblemente que somos cristianos, esto es lo que honra la religion que profesamos, y lo que constituye una prueba de ella.

El Evangelio de la misa de este dia es una parte de aquel admirable discurso que hizo Jesucristo á sus discípulos despues de la cena la víspera de su muerte, en el que este divino Salvador, despues de haberles dicho que iba á dejarles para acabar la grande obra de su salvacion con el sacrificio de su vida, les predice que su ausencia no seria larga, porque dentro de tres dias le volverian á ver en un estado muy diferente del en que le habian visto. Que por lo que miraba á ellos se verian en verdad en la desolacion y en la tristeza; pero que su tristeza se convertiria en una alegría que nadie seria capaz de quitarles. Esto bastará, les decia, para enjugar todas vuestras lágrimas, para calmar todas vuestras inquietudes, y para indemnizaros con muchas ventajas de todo lo que hubiereis padecido por mi amor. Entonces mas que nunca comenzareis á gozar del favor de mi Padre. El Espíritu Santo os colmará de sus dones, y os instruirá tan perfectamente en todas las cosas, que no tendreis ya necesidad de tenerme visiblemente cerca de vosotros para consultarme en vuestras dudas. Por lo que hace á mi Padre, él os ama, porque vosotros me amais, y os aseguro en verdad que no os negará nada de lo que le pidiereis en mi nombre y por mis méritos. Ved aquí, os enseño un nuevo modo de orar muy fácil y muy eficaz, el cual no se hará comun hasta que mi reino se hubiese establecido en el cielo, en donde yo seré vuestro mediador, siempre pronto á apoyar vuestras peticiones. Mi Padre no podrá negarme nada, ni tampoco á vosotros siempre que lo pidiereis en mi nombre. Hasta aquí nada habeis pedido en mi nombre. Pedir en nombre del Salvador, dice san Gregorio, es pedir lo que es verdaderamente útil para la salvacion. Los apóstoles habian pedido al Salvador muchas cosas: san Juan y Santiago le habian pedido los dos primeros puestos en su reino; san Pedro le habia pedido la curacion de su suegra; pocos de sus apóstoles habian dejado de pedirle algun favor, ó para sí mismos, ó para sus amigos; pero el Hijo de Dios cuenta por nada todo lo que no se dirige á la salvacion ó á la perfeccion. ¡Bienes temporales, vanos honores, salud corporal, vosotros no sois objetos dignos de la atencion de Dios! ¿A cuántos cristianos podria hacerse el dia de hoy la misma reconvencion que Jesucristo hizo á sus discípulos? ¿Cuántos no han pedido aun nada en nombre del Salvador? «Pedid y recibireis;» la promesa que os hago, dice el Salvador, debe inspirar á vuestra alma un gozo lleno y perfecto. En efecto, ¿qué cosa de mas consuelo que el estar seguros de que todas vuestras peticiones serán eficaces? Vosotros poseeis el secreto para ser siempre oidos. Pedid en mi nombre; vuestra oracion será siempre oida. ¿Qué es, pues, lo que podrá turbar jamás vuestra alegría, si estais seguros de obtener infaliblemente todo lo que pidiereis?

Hasta aquí, continúa el Salvador, os he hablado en parábolas, esto es, de una manera figurada y enigmática, porque no erais todavía capaces de comprender los grandes misterios de la religion. Esta es la última conversacion que tendré con vosotros ántes de mi muerte. Os he hablado en términos figurados y oscuros, me he servido de ciertas parábolas cuyo sentido no habeis podido penetrar. De aquí adelante me esplicaré con vosotros sin figuras; os hablaré claramente de mi Padre despues de mi resurreccion; os descubriré sin enigmas y sin parábolas el misterio inefable de la Trinidad, el de mi Encarnacion, el de mi pasion, el de mi muerte, todo lo que concierne á la economía de la salvacion y al establecimiento de mi Iglesia, y vosotros comprendereis todo lo que yo os diré, en virtud de la inteligencia que os dará el Espíritu Santo. Entonces vosotros mismos tendreis un acceso inmediato á este Padre infinitamente bueno, é infinitamente liberal; no tendreis que pedirle en mi nombre para ser oidos. No tengo necesidad de deciros que yo rogaré á mi Padre por vosotros y que uniré mis ruegos á los vuestros; vosotros debeis estar seguros que os amo mucho para que jamás os olvide, pero aun cuando yo no concurriese para que obtengais lo que pidiereis, basta que me hayais amado y que hayais creido en mí para obligar á mi Padre á que os acuerde el efecto de vuestras peticiones. ¡Oh, y cuánta verdad es que no hay verdadera probidad, verdadera sabiduría ni verdadera justicia sino la que está fundada en el conocimiento y en el amor de Jesucristo! El Padre no ama sino á los que conocen y aman á su Hijo; á nadie oye sino en virtud de los méritos de su Hijo. Vana sabiduría, probidad simulada, fantasma de hombre de bien, cuando el conocimiento y el amor de Jesucristo no son el alma de esta pretendida sabiduría, de esta aparente probidad; ninguno es hombre de bien si no es verdaderamente cristiano.

Viendo el Salvador á sus apóstoles movidos y penetrados de las verdades que acababa de enseñarles, les hizo en dos palabras un compendio, por decirlo así, de los mas grandes misterios de nuestra religion. «Yo he salido de mi Padre,» les dice, «y he venido al mundo; así tambien dejo el mundo, y me vuelvo á mi Padre.» Estas pocas palabras encierran los principales artículos de nuestra fé en órden á la persona del Hijo de Dios. Su generacion eterna: «Yo he salido de mi Padre:» su encarnacion, «he venido al mundo:» su resurreccion y su gloriosa ascension, «me vuelvo á mi Padre.» Hé aquí en pocas palabras toda la economía de la redencion del género humano, y el compendio de nuestra creencia. No habiendo comprendido los apóstoles el sentido de de las palabras de Jesucristo: «Dentro de poco tiempo no me vereis ya, y poco tiempo despues me volvereis á ver, porque me voy á mi Padre; querian preguntárselo, pero conociendo el Salvador su pensamiento habia prevenido su deseo, y se habia esplicado mas claramente. Esto fué lo que obligó á los apóstoles á decir: «Ahora estamos convencidos de que sabes todas las cosas, y no tienes necesidad de que nadie te pregunte» para aclararle sus dudas, porque tú las sabes aun

ántes que te se propongan; tú descubres lo mas secreto del corazon, «y esto es lo que nos hace creer que has salido de Dios.» Solo Dios es el que puede penetrar el fondo del corazon, y descubrir los mas secretos pensamientos; así es, que nada nos confirma mas en la fé en que estamos de que tú eres el verdadero Mesías, y el verdadero Hijo de Dios.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Deus, a quo bona cuncta procedunt, largire supplicibus tuis: ut cogitemus, te inspirante, quæ recta sunt, et te gubernante, eadem faciamus. Per Dominum...

O Dios, que sois el autor y la fuente de todo bien, supliquémoos con el mayor encarecimiento que os digneis concedernos la gracia de que conozcamos lo que debemos hacer, y la de hacer lo que debemos. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola está tomada de la del apóstol Santiago, capítulo 1.

Charissimi: Estote factores verbi, et non auditores tantum, fallentes vosmetipsos. Quia si quis auditor est verbi, et non factor, hic comparabitur viro consideranti vultum nativitatis suæ in speculo: consideravit enim se, et statim oblitus est qualis fuerit: qui autem perspexerit in legem perfectam libertatis, et permanserit in ea, non auditor obliviosus factus, sed factor operis, hic beatus in facto suo erit. Si quis autem putat se religiosum esse, non refrenans linguam suam, sed seducens cor suum, hujus vana est religio. Religio munda, et immaculata apud Deum et Patrem, hæc est: Visitare pupillos et viduas in tribulatione eorum, et immaculatum se custodire ab hoc sæculo.

Amadísimos hermanos: Practicad la palabra, y no os contenteis solo con oirla, engañándoos á vosotros mismos: porque si hay alguno que no haga mas que escuchar la palabra, sin ponerla en ejecucion, á este tal se le comparará á un hombre que mira su rostro natural en un espejo, que luego que se ha visto se retira, y se olvida inmediatamente lo que era. Mas el que considera con atencion la ley perfecta, que verdaderamente libra, y se apegare á ella, nó como un hombre que escucha y que olvida, sino como un hombre que pone por obra lo que contiene, este será bienaventurado en su conducta. Si alguno piensa que tiene religion, no poniendo freno á su lengua, sino engañándose á sí mismo, su religion es bien frívola. La religion pura y sin mancha delante de Dios nuestro Padre, es esta: visitar los huérfanos y las viudas en su afliccion, y preservarse de la inmundicia de este siglo.

Era tan universalmente estimada la virtud de Santiago que ella le adquirió el nombre de Justo. El sumo pontífice Anano, hijo del célebre Anano ó Anás, fué el que le hizo quitar la vida. Hízosele subir á un paraje muy elevado del templo; preguntósele allí lo que se debia creer de Jesucristo; y él respondió en alta voz: Que era el Hijo de Dios, sentado á la diestra del Padre, de donde debia venir á juzgar á los vivos y á los muertos. A estas palabras muchos creyeron en Jesucristo; pero los doctores y los fariseos le precipitaron ellos mismos desde lo alto del templo. La Epístola habia sido escrita poco tiempo ántes de su muerte, hácia el año 62 de Jesucristo.

REFLEXIONES.

«Si hay alguno que no haga mas que escuchar la palabra, sin ponerla en ejecucion, á este tal se le comparará á un hombre que mira su rostro natural en un espejo, que luego que se ha visto se retira, y se olvida inmediatamente lo que era. «Pocos libros espirituales hay, pocos discursos cristianos que no sean espejos fieles, en donde cada uno puede verse tal como es. En efecto, por poco talento que uno tenga, se reconoce fácilmente en el retrato que hace un predicador cristiano y hábil; hállase uno pintado al natural en la lectura que hace de un libro de piedad. Están tan marcados sus rasgos, sus defectos, sus desarreglos, sus pasiones, su humor estravagante, su natural inmortificado, la irregularidad de su conducta, todo se ve allí tan semejante que no puede uno ménos de reconocerse en ello. Nuestra conciencia nos dice en cada página y en cada carácter: «tú mismo eres» de quien aquí se hace el retrato; tu mal humor, tu ira, tus arrebatos, tu avaricia, tu dureza con tus hermanos, tu mundanidad, tu molicie, esto es lo que aquí se pinta. Yo me leo en este retrato, yo me veo en este espejo; contra mis hábitos viciosos, contra mis intrigas criminales, declama tambien el predicador, él habla de la inutilidad, del poco fruto de mis confesiones y de mis comuniones; ese pecador endurecido y eternamente rebelde á la gracia; esa mujer mundana tan escandalosa; ese hombre embriagado en el cuidado de los negocios temporales, y que ni piensa en el de su salvacion; esa persona devota en apariencia, y en el fondo tan inmortificada, tan imperfecta; ese jóven aturdido; ese libertino mas pagano que cristiano; ese soy yo. Por mas que se quiera aplicar lo que se lee ó se oye á cualquiera otro, la conciencia no cesa de clamar: tú mismo eres. El retrato es muy semejante para que no hiera; el espejo es muy fiel para que en él se vea otra imágen. Se ve uno allí, reconócense allí las manchas, la deformidad, las irregularidades de los rasgos nos chocan; vemos en ellas toda su fealdad, y la gracia interior nos inspira el horror. ¿Quién no diria que despues de haberse uno visto en este espejo, tal como es; que al salir del sermon que tanto nos ha movido; despues de haber hecho aquella lectura tan patética que nos ha horrorizado, íbamos al momento á trabajar, á reformar las costumbres, á reparar las malas confesiones, á restituir la hacienda tan mal adquirida, á romper aquel hábito, aquella intriga criminal; quién no diria que despues de haberse uno visto tan feo, tan irregular, tan horrible en este espejo fiel, iba sin demora á lavar estas manchas, á reformar todos estos rasgos irregulares, que iba en fin á convertirse y á reformarse? pues nada ménos que esto. Todo esto nos ha hecho eco, nos ha movido hasta arrancarnos lágrimas, nos ha espantado; pero apenas nos hemos visto y retirado, cuando nos hemos olvidado de lo que somos. Un negocio á que volvemos á aplicarnos en cuanto salimos de allí, una diversion que se renueva, una conversacion que se tiene, una noticia que se oye, una persona que se ve, un libro profano que se lee, nos hace olvidar el retrato horrible que acabamos de ver de nuestro interior, de nuestra alma; aquel proyecto, aquel aparato de conversion se estingue en su nacimiento, y

pasada la Pascua, acabado el retiro espiritual, despues de todas estas bellas esperanzas, nos quedamos tales, y puede ser que peores que éramos ántes. ¡Dios mio! ¡qué funesto es este olvido! El retrato que se ha olvidado volverá á parecer, el espejo se presentará otra vez á nuestra vista en la hora de la muerte; cerrados nuestros ojos á todos los objetos esteriores, no se abrirán entonces más que para vernos tales como hemos sido, y tales como somos. Pero ¡Dios mio! ¡qué triste, qué espantoso, qué desesperante será el verse con tantas irregularidades y tantas manchas sin tener tiempo de lavarlas y de repararlas!

El Evangelio de la misa es tomado del capítulo 16 del de san Juan.

In illo tempore: Dixit Jesus discipulis suis: Amen, amen dico vobis: si quid petieritis Patrem in nomine meo, dabit vos. Usque modo non petistis quidquam in nomine meo. Petite, et accipietis, ut gaudium vestrum sit plenum. Hæc in proverbiis locutus sum vobis. Venit hora, cum jam non in proverbiis loquar vobis, sed palam de Patre annuntiabo vobis. In illo die in nomine meo petetis: et non dico vobis quia ego rogabo Patrem de vobis: ipse enim Pater amat vos, quia vos me amastis, et credidistis, quia ego a Deo exivi. Exivi a Patre, et veni in mundum: iterum relinquo mundum, et vado ad Patrem. Dicunt ei discipuli ejus: Ecce nunc palam loqueris, et proverbium nullum dicis: nunc scimus quia scis omnia, et non opus est tibi ut quis te interroget: in hoc credimus, quia a Deo existi.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: En verdad, en verdad os digo, que si pidiereis alguna cosa á mi Padre en mi nombre, os la concederá. Hasta aquí no habeis pedido nada en mi nombre: pedid, y recibireis, para que vuestro gozo sea completo. Os he dicho todas estas cosas en parábolas; es llegado el tiempo en que no os hablaré mas en parábolas, sino que os diré con claridad todo lo que tiene relacion con mi Padre. Vosotros pedireis entonces en mi nombre, y no os digo que rogaré á mi Padre en favor vuestro; pues que mi Padre mismo os ama, porque vosotros me habeis amado, y habeis creido que he salido de Dios. Yo he salido de mi Padre, y he venido al mundo; otra vez dejo al mundo, y me voy á mi Padre. Dijéronle entonces sus discípulos: Ahora hablas claramente y no te sirves de parábolas. Ahora estamos convencidos de que sabes todas las cosas, y que no necesitas que nadie te pregunte, y esto es lo que nos hace creer que has salido de Dios.

MEDITACION.

De la confianza en Dios.

Punto primero.—Considera cuán poderosos son los motivos que tenemos para tener una entera confianza en Dios, y cuán eficaces deben ser para un espíritu y para un corazon cristiano. Nada hay, al parecer, á que Jesucristo se haya obligado mas frecuentemente ni con mas solemnidad que á oir nuestras oraciones, y cuanto pidiéramos á su Padre en su nombre; y sin embargo apenas tenemos confianza en Dios, ó á lo ménos nuestra confianza en Dios es siempre vacilante. ¡Cosa estraña! Parece que solo en Dios es en quien no tenemos confianza, al paso que cualquiera otro apoyo, por débil que sea, nos parece incontrastable. Los sabios del mundo se apoyan en su prudencia, como si fuese infalible. Los ricos cuentan con su oro, los jóvenes con su edad, las personas robustas con su salud; como si fuesen todas estas cosas fundamentos muy sólidos. Confíase tanto en el favor, en la autoridad, en los amigos, que no se duda emprenderlo todo con tales apoyos. Todos los dias esperimentamos la impotencia y la infidelidad de las criaturas, sin que esto pueda rebajar nada la confianza que tenemos en ellas: no dejamos de volver á confiar en esas cañas que tantas veces se han doblado, que tantas veces se han hecho pedazos en nuestras manos. ¿En qué consiste, pues, que esperamos tan poco en el Señor, en este Señor cuyo poder es inmenso, y su fidelidad tan probada? ¿En qué consiste que á pesar de todo lo que creemos acerca de la bondad y de la ternura de este Salvador para nosotros, tenemos tanta dificultad en poner nuestra confianza en él? Esto consiste en que no cuidamos de traer á la memoria, de meditar los motivos y las razones que tenemos para colocar en él toda nuestra confianza. Acordémonos de lo que Dios ha hecho en su favor, y de lo que ha dicho. Misterio incomprensible de la Encarnacion, nacimiento oscuro, vida pobre y laboriosa, tormentos escesivos, muerte ignominiosa, y para hacer este sacrificio perpetuo, compendio milagroso de todas las pruebas, de todos los milagros de su amor en el adorable sacramento de la Eucaristía. ¿Qué nos parece? ¿nos ama este Dios? este Dios, este Salvador, ¿merece nuestra confianza? Tan justo como quisiéremos este juez, es nuestro Salvador, nuestro Redentor, nuestro Padre: quiere que su misericordia sea el mas brillante y el principal de sus divinos atributos; esto es lo que obligaba á decir al santo Job: «Si, aun cuando Dios me matase, yo no dejaria de esperar en él.» Despues de todo lo que Dios ha hecho por nuestra salud, ¿podriamos con razon no esperar en su misericordia? Por grandes pecadores que seamos, la vista de su cruz y de su sangre derramada por nosotros ¿no debe calmar todos nuestros temores, y reanimar toda nuestra confianza? Pero si á lo que este Dios Salvador ha hecho, añadimos lo que ha dicho para hacernos esperar en él, ¿qué es lo que puede trastornar nuestra fé y nuestra confianza? Yo os lo digo en verdad: si pidiereis alguna cosa á mi Padre en mi nombre, os la concederá. Parece como que temeis, ó agotar mis tesoros, ó cansar mi paciencia; hasta aquí nada habeis pedido en mi nombre. Pedid y recibireis: yo no os digo que rogaré á mi Padre en favor vuestro; mi mismo Padre os ama, y no podrá negaros nada. Busquemos, imaginemos términos mas afectuosos, espresiones mas tiernas, mas eficaces, para escitar nuestra confianza.

Punto segundo.—Considera que Dios se ha obligado á asistirnos en todas nuestras necesidades, á protegernos en todos nuestros peligros, á concedernos todo lo que esperásemos de su bondad, y se ha obligado á ello en todas maneras. Nos ha dado su palabra, y la ha dado en términos tan claros y tan enérgicos, que no puede dudarse ni de su bondad, ni de su voluntad, sin acusar á Dios de doblez y de engaño. Sabemos que Dios no puede mentir. Creemos el misterio de la Trinidad, porque el Señor ha dicho que en la naturaleza divina hay una trinidad de personas que no destruye la unidad. El mismo Dios ha dicho

en términos todavía mas claros que nos concederá todo lo que le pidiésemos; que aun sin esperar que se le pida, vela sobre todas nuestras necesidades para proveer á ellas; declara que cualquiera que espera en él, no será defraudado en su esperanza; declara que no hay peligro tan grande, necesidad tan ejecutiva de que no saque á los que recurrieren á su bondad. Toda la santa Escritura está llena de estas promesas. ¿Tememos que Dios falte á su palabra? ¿Dudamos de su sinceridad? ¿Quién ha esperado en él, dice el Profeta, que haya sido engañado? Dios promete á Abraham que poblará la tierra de sus descendientes; su hijo Isaac, segun la promesa del Señor, debe ser el padre de todo este pueblo. Sin embargo, Abraham recibe órden de Dios para que degüelle á este hijo único, sobre el cual estribaban todas las promesas del Señor, y este patriarca mira como un deber la obediencia. Pero ¿y en qué vendrán á parar las promesas de Dios? Esto no le embaraza. Dios le ha prometido una larga posteridad, y en verdad que un hijo muerto no parece que pueda ser padre de una nacion entera. ¿Pero es posible que Dios haya engañado á su siervo, ó que haya de hacer traicion á su palabra? Aun cuando fuera necesario trastornar todo el universo y crear un nuevo mundo, el Señor no se desmentirá jamás: puede hacerlo todo, y lo hará todo, ántes que dejar de hacer lo que ha prometido. Estaba bien persuadido de esta verdad la mujer cananea; así por mas que el Hijo de Dios la rechace, como indigna de la gracia que le pedia, y aunque se sirva de términos duros, nada la desanima, su confianza persevera á pesar de la repulsa; por mas que la despida, persiste en pedir, y ella obtiene y es atendida con elogio. ¿En qué consiste que teniendo tantas razones para tener una entera confianza en Dios, tenemos tan poca? ¿qué es lo que nos la estingue? ¿qué es lo que la sofoca? no otra cosa sino nuestra cobardía, nuestra infidelidad en el servicio de Dios. Nosotros se lo negamos todo á Dios; no podemos persuadirnos que quiera oir nuestras súplicas y concedernos nuestras peticiones: nuestras infidelidades son las que estinguen toda nuestra confianza.

Comenzad, Señor, por concederme la gracia que os pido con confianza á pesar de mis infidelidades pasadas, la cual consiste en serviros de aquí en adelante sin reserva. Nó, Dios mio, yo no quiero negaros nada, y espero que me concedereis todo lo que os pidiere para mi salvacion.

JACULATORIAS.—En solo Dios está toda mi gloria, mi salud, mi apoyo y mi esperanza. (Psalm. 61.)

Mi mismo Dios se ha constituido el apoyo de mi confianza, mi refugio y todo mi consuelo. (Psalm. 93.)

PROPÓSITOS.

1 No hay que buscar otra causa de nuestra falta de confianza en Dios, que nuestra ingratitud y nuestra poca devocion. Cuando no cesa de desobligar á alguno, no es posible creer que la persona desobligada, por mas llena de bondad que se la suponga, quiera complacernos. Propiamente el testimonio de nuestra conciencia es el que debilita nuestra confianza en Dios y la hace tan vacilante. ¿En qué consiste que las almas fieles, que los santos tienen todos tanta confianza en Dios? Esto consiste en que su conciencia no les arguye de ninguna desobediencia considerable. ¿Quereis tener esta fuerte, esta entera confianza en Dios? No le negueis nada de cuanto os pidiere, y entonces pedidle sin desconfianza, y esperareis en él sin dudar.

2 Ninguna cosa nos hace tanto daño como esta falta de confianza en Dios; este defecto hace todas nuestras oraciones infructuosas; seríamos omnipotentes para con el Señor, si no careciésemos de fé y de confianza en él. No dejeis de escitar diariamente vuestra confianza, y especialmente en vuestra oracion de la mañana. En el discurso del dia repetid muchas veces esta corta oracion del Profeta: «En vos, Señor, he puesto toda mi esperanza; no seré yo confundido.» Antes de pedir nada al Señor, reanimad vuestra confianza con esta oracion. Sea vuestra devocion favorita; y vuestra principal virtud, vuestra entera confianza en Dios.

LAS ROGACIONES.

Los tres dias que siguen al quinto domingo despues de Pascua, y preceden inmediatamente á la fiesta de la Ascension, están consagrados por la Iglesia á rogativas públicas y solemnes, acompañadas de ayunos ó de abstinencias, y de procesiones para pedir á Dios que se digne bendecir los bienes de la tierra, y proveer á todas nuestras necesidades.

San Mamerto, obispo de Viena en el Delfinado, estableció las rogativas públicas en su diócesis el año de 407, con el motivo siguiente.

Desde que los borgoñones se habian hecho dueños de esta parte de la Galia Vienesa, que hoy se llama el Delfinado y la Saboya, no se habia pasado año, ni estacion en el año, en que el pais no se hubiese visto afligido con algun nuevo azote, y la desolacion era general. Eran muy frecuentes allí los terremotos, y los edificios mas sólidos no podian resistir á tan crueles sacudidas. Las bestias salvajes desolaban toda la campiña; una infinidad de lobos rabiosos entraban hasta las ciudades y en las casas en medio del dia, y devoraban á todos los que encontraban: cada dia, dicen los historiadores, parecia producir algun nuevo indicio de la indignacion divina. Los incendios eran muy frecuentes; pocas semanas habia en que no fuese alguna casa en Viena reducida á cenizas. La noche de Pascua del año de 470, mientras que todo el pueblo estaba reunido en la iglesia mayor con su obispo san Mamerto para la celebracion de los sagrados misterios, prendió el fuego en la casa del ayuntamiento, que era un edificio magnífico muy elevado, sobre una eminencia que dominaba toda la ciudad. Cada cual temia por su casa, y el sobresalto fué universal. Todo el mundo salió de la iglesia y se interrumpió el oficio divino. El santo obispo permaneció solo delante del altar, en donde postrado y deshecho en lágrimas, rogó fervorosamente al Señor que librase á su pueblo de tantos azotes, y para aplacar la cólera de Dios hizo voto de establecer todos los años las rogativas, ú oraciones públicas, y las procesiones en su diócesi. Sobre la marcha cesó repentinamente el fuego, cuando parecia que iba á consumir toda la ciudad. La alegría que este acontecimiento maravilloso causó en los ánimos, hizo volver á todo el mundo á la iglesia. San Mamerto despues de haber concluido los santos misterios, y dado públicamente humildes gracias á Dios por un favor tan visible, declaró á su pueblo el voto que habia hecho, y les exhortó á que uniesen la penitencia á la oracion. Todo el mundo aplaudió los medios que habia tomado el santo obispo para aplacar

la cólera de Dios, y no quedó duda á nadie que la estincion súbita y milagrosa del incendio se debia á las oraciones y al voto del santo prelado. Habiendo pues conferenciado sobre ello el santo obispo con el clero, se fijaron estas rogaciones á los tres dias que preceden á la fiesta de la Ascension, y ordenó que todos tres dias fuesen dias de ayuno. Por la primera vez se celebró esta funcion de penitencia con mucho aparato, y todavía mas devocion. Queriendo san Mamerto contemporizar con la flaqueza de los que no hubieran podido sufrir la fatiga de una marcha demasiado larga en ayunas, se contentó con señalar para la estacion, ó término de la primera procesion, una iglesia de fuera que no estaba muy léjos de las murallas de la ciudad. Todo el mundo se halló en ella, y la multitud ostentó una devocion tan edificante, un corazon tan contrito y tan humillado, y un fervor tan general, que habiendo parecido muy corto el término de la primera procesion, se pidió que el término de las procesiones que debian hacerse en los dias siguientes fuese mas léjos.

Conocióse bien desde la primera vez cuánto habia agradado á Dios la devocion y la penitencia del pueblo de Viena. No volvieron mas á sentirse temblores de tierra, no parecieron mas lobos, la campiña no fué ya nunca asolada, y no hubo ya en adelante que quejarse de la intemperie del aire, ni del desarreglo de las estaciones.

Era muy interesante esta piadosa institucion para que quedase reducida á la ciudad, ó á la sola diócesis de Viena: la mayor parte de las iglesias de las Galias se decidieron á imitar un ejemplo tan santo. Las rogaciones vinieron á ser una fiesta de obligacion en cuasi todas las diócesis, á fin de que lo que habia servido de remedio, fuese en lo venidero un preservativo. Considerando los obispos la sabiduría de la institucion de las rogaciones, hecha por san Mamerto, creyeron que no podian hacer cosa mejor que conformarse con ella por el tiempo, por las oraciones, y por todo lo demás. El concilio de Orleans celebrado el año de 511 ordenó que las rogaciones se hiciesen en toda la Francia en el mismo tiempo y de la misma manera que se hacian en Viena. Esta costumbre pasó á España hácia el principio del siglo VII, pero no se hizo obligatoria ni de oficio para toda la Iglesia latina hasta que el papa hizo de ella una ley de disciplina eclesiástica que está hoy en uso en todas partes. El papa Leon III fué el que estableció en Roma y por todas partes las rogaciones hácia el fin del siglo VIII, sin obligar á los fieles al ayuno en razon de hacerse dentro del tiempo Pascual. Carlo Magno y Cárlos el Calvo han promulgado leyes para la observancia de las rogaciones, prohibiendo trabajar en estos dias, lo cual se ha observado mucho tiempo en la Iglesia galicana. El ayuno que se observaba al principio con mucha regularidad, se ha convertido despues en simple abstinencia por consideracion al tiempo Pascual que es un tiempo de regocijo; pero la práctica constante en toda la Iglesia católica para la observancia de las rogaciones, ha sido siempre el acompañar estas preces públicas con espíritu de penitencia y de compuncion, y servirse de las letanías para pedir á Dios, por la invocacion de los santos y su intercesion, la remision de los pecados, los socorros necesarios tanto espirituales como corporales, la paz de la Iglesia y del Estado, la conservacion de los bienes de la tierra y la separacion de todo lo que puede dañarnos ó turbarnos. Este es el fin que la Iglesia se propone en estas rogativas públicas.

Sidonio Apolinar dice que ántes de san Mamerto se celebraban ya una especie de rogaciones ó preces públicas y procesiones, las cuales se hacian con poco órden, y con ménos devocion todavía; pero que san Mamerto habia instituido otras mucho mas fervorosas, con mas órden y disciplina, y en un tiempo determinado. Se ve en la historia de la vida de san German, obispo de París, escrita por Fortunato, que estas rogativas ú oraciones públicas se llamaban las letanías, es decir, que en el siglo VI se celebraban las rogaciones como en el dia de hoy. Decíase la misa que se llamaba de las rogaciones, haciase la procesion, y en ella se cantaban las letanías. Esta palabra « letanías » es un nombre que viene del griego, y significa oracion pública. Es una forma de oracion lacónica y concisa que se canta en honor de los santos, de los que contiene ciertos elogios ó atributos, al fin de cada uno de los cuales se les hace una invocacion en los mismos términos, la cual sirve de estribillo (1). Las letanías de los santos ó de la santísima Vírgen que se cantan en las procesiones, tienen por respuesta esta corta oracion: « Ruega por nosotros; » y cuando se invocan las personas de la santísima Trinidad, se dice: « Ten misericordia de nosotros. » Todas comienzan por estas dos palabras griegas: « Kyrie eleïson: » Señor, ten misericordia de nosotros. Hállase tambien en un antiguo Ritual romano que alguna vez se cantaban letanías en las que no se decia mas que: Kyrie eleïson: » lo cual se repetia hasta cien veces, y otras tantas « Christe eleïson. Llámanse « Letanías mayores » las de la fiesta de san Marcos, instituidas por el papa san Gregorio el año de 590, en las que despues de la invocacion de la divina misericordia se invocan los santos, y se les pide su intercesion y sus oraciones para con Dios. De suerte que desde el siglo V, y aun ántes, se ha dado el nombre de letanías á las oraciones que ya se rezaban en las procesiones, en las que se dirigian los fieles á Dios para esponerle sus necesidades, y á los santos para suplicarles que intercediesen por nosotros para con el Padre de las misericordias.

La procesion de una iglesia á otra cantando las letanías es una de las circunstancias de las rogaciones. En esta ceremonia eclesiástica, siguiendo al clero el pueblo, une sus oraciones á las de los ministros del Señor para implorar su misericordia. El orígen de las procesiones es muy antiguo. Ellas han estado en uso en la Iglesia desde luego que pasaron las persecuciones, y nada ha podido despues interrumpir esta piadosa práctica. San Juan Crisóstomo, que vivia en el siglo IV, hacia á su pueblo de Constantinopla que hiciese procesiones en las que se llevaba la cruz con hachas encendidas, y se cantaban preces para pedir á Dios la conversion de los herejes y los socorros del cielo en las necesidades públicas. Léese poco mas ó ménos lo mismo en la vida de san Porfirio, obispo de Gaza en Palestina, que murió hácia el año de 425. Precedia la cruz al clero que iba de dos en dos, al cual seguia el pueblo cantando salmos. San Ambrosio habla de las procesiones que se

(1) La Iglesia de España no admite para las preces públicas las letanías de que habla aquí el P. Croisset; así que en la de los santos y en la de la recomendacion del alma se hace simplemente la invocacion de los santos sin elogios ni atributos, y con sola la respuesta á cada uno de la oracion: *Ruega, ó rogad por nosotros.*

acostumbraban hacer en Milan para implorar la misericordia de Dios. La que se hizo en Milan en tiempo de este santo prelado para trasportar las reliquias de san Gervasio y san Protasio, es una de las mas célebres. San Ambrosio y san Agustin refieren el insigne milagro de que fueron testigos en la persona de un ciego que recobró la vista durante la procesion por el contacto de las reliquias. Y el venerable Beda en la vida de san Curberto, hablando de la procesion de las rogaciones, hace mencion de las reliquias que se llevaban en ella, como de una costumbre establecida en toda la Iglesia. Lanfranco habla de las letanías, de la cruz, del agua bendita, del libro de los Evangelios, y de las reliquias que se llevaban en las procesiones de las rogaciones, y en las que se hacian en tiempo de calamidades públicas. Las procesiones mas solemnes son las del Santísimo Sacramento, las de las Rogaciones, de la Purificacion y de los Ramos, y las que se hacen en Francia el dia de la Asuncion de la santísima Virgen por voto del rey; las que se hacen estraordinariamente por el jubileo, y las que se hacen para aplacar la cólera de Dios en las calamidades públicas. Las procesiones son mas frecuentes en el tiempo pascual, porque es menester pedir á Dios su bendicion sobre los frutos de la tierra, que corren entonces mayores riesgos. De aquí ha venido la religiosa práctica de las gentes de la campiña de hacer en esta estacion tan frecuentes procesiones.

De todo lo que acaba de decirse con respecto á las rogaciones, á las plegarias públicas, á las santas reliquias que se llevan en las procesiones y á todas las demás prácticas de religion, cuasi tan antiguas como la Iglesia, ¿qué de reflexiones nacen contra los herejes, cuyas sectas tan contrarias á este primitivo espíritu del cristianismo, se atreven todavía á condenar unos usos nacidos, por decirlo así, con la Iglesia, y autorizados por la práctica de todos los santos en todos los tiempos?

Aunque los tres dias que preceden á la fiesta de la Ascension sean todos tres de rogaciones, la Iglesia, sin embargo, no ha asignado oficio particular mas que á esta segunda feria. El introito de la misa de este dia está tomado del salmo 17. Como es este un dia de rogaciones, esto es, de súplicas solemnes para obtener del Señor todos los auxilios espirituales y temporales que necesitamos, la Iglesia comienza la misa por un verso del salmo mas á propósito para inspirarnos la confianza que debe acompañar á todas nuestras peticiones para que sean eficaces, y sin la cual no seremos jamás oidos. Este salmo es un cántico de accion de gracias de David á Dios, en el que despues de haber referido todos los peligros á que ha estado espuesto y las victorias que ha conseguido sobre todos sus enemigos por una proteccion especial, protesta que nada será jamás capaz de alterar su confianza ni debilitar su amor á Dios. «Mi voz,» dice el Profeta, «ha podido penetrar hasta lo mas alto del cielo, que es su templo y su mansion ordinaria; mis clamores han llegado á él: los ha oido y me ha escuchado:» ¡qué confianza no debo tener en él, y qué acciones de gracias no debo rendirle! «Yo os amaré, Señor, á vos que sois toda mi fortaleza: el Señor es mi apoyo, mi refugio, mi libertador.» Con tales sentimientos no podrá Dios ménos de oir nuestras peticiones. Todo este salmo es de los mas nobles y mas cristianos afectos, y su estilo es bello y admirablemente elevado. Comienza por las alabanzas magníficas del Señor, y por la mas humilde accion de gracias. En seguida espone David los peligros en que se ha visto; despues describe en términos pomposos el modo con que Dios le ha socorrido y libertado de ellos; en fin, despues de haber ensalzado las gracias que ha recibido, concluye con las alabanzas y acciones de gracias. San Gerónimo dice que este salmo, describiendo los combates de David contra sus enemigos, figura las victorias de Jesucristo sobre los judíos, enemigos mortales del Mesías, y las de la Iglesia sobre todos sus perseguidores.

La Epístola de la misa de este dia está sacada del capítulo quinto de la Epístola del apóstol Santiago; es una instruccion abreviada de las disposiciones con que se debe orar, y del fruto que debe sacarse de la oracion.

Confesad vuestros pecados el uno al otro, y rogad los unos por los otros para que os salveis. No basta detestar vuestros pecados en el fondo del corazon, dice el santo Apóstol: este dolor interior y sobrenatural, esta verdadera contricion es sin duda necesaria, pero no basta para obtener el perdon de los pecados mortales; es preciso declararlos, confesarlos con humildad al sacerdote, que es el único que tiene poder para absolvernos: es un juez y es necesario instruirle del proceso; es un médico y es preciso declararle nuestras llagas y nuestras enfermedades, á fin de que nos aplique los aparatos y los remedios necesarios. «Confesaos uno á otro vuestros pecados.» Por estas palabras, dicen los intérpretes y santos Padres, declara visiblemente el santo Apóstol el precepto divino de la confesion sacramental. (Cornel. à Lapide.) Uno de los mas sabios intérpretes dice que Santiago no se ha servido de esta espresion «uno á otro,» sino para hacer la práctica de la confesion mas fácil y el precepto mas suave. No obstante que solo al sacerdote sea á quien debemos confesar nuestros pecados, se sirve el santo Apóstol del término «uno á otro» para hacernos comprender mejor que aquel á quien declaramos en secreto todas nuestras miserias, está tambien sujeto á las mismas flaquezas y á las mismas tentaciones que nosotros, y es capaz de caer en los mismos desórdenes. «Uno á otro,» porque aunque el carácter sacerdotal eleva al sacerdote sobre el lego y le da el poder de absolver al pecador, no le saca de la clase de los hombres; y por mas sublime que sea la dignidad del sacerdote, siempre se verifica que la confesion se hace de hombre á hombre, «el uno al otro,» lo que demuestra á los mismos sacerdotes la obligacion que tienen tambien ellos de confesarse. Si se han visto pecadores que han declarado sus culpas á simples legos, son estos actos de humildad muy laudables y que pueden obtenerles del Señor la gracia para formar una contricion perfecta; pero este acto de humildad, por laudable que sea, jamás podrá equivaler á una confesion sacramental.

«Orad los unos por los otros para que os salveis.» El Apóstol recomienda aquí la oracion mutua para con Dios, la cual, teniendo por motivo la caridad, le es siempre agradable, y el mismo motivo la hace tambien eficaz. Dios escucha de buena gana las súplicas que hacemos por nuestros hermanos; y lo que no obtendríamos para nosotros mismos, lo alcanzamos muchas veces cuando es la caridad la que nos mueve á pedirlo para ellos. «La oracion constante del justo,» añade, «puede mucho para con Dios.» Habla de los justos que viven aun en la tierrra; ¿cuál, pues, debe ser la

eficacia de las oraciones de los santos en el cielo, y sobre todo de la Reina de los santos, en favor de aquellos por quienes se interesan? Ninguna cosa autoriza mejor que este pasaje la invocacion de los santos.

«Elías era, como nosotros, un hombre sujeto á las flaquezas.» Santiago, para probar la fuerza y la eficacia de la oracion, trae el ejemplo de Elías, el cual por su oracion tuvo cerrado el cielo por espacio de tres años y medio sin que cayese una gota de agua, y por su oracion le abrió en el momento que creyó que era necesario para manifestar la gloria y el poder de Dios, y para tratar de convertir al impío Achab, que no se aprovechó de esta doble maravilla. Por fin, el santo apóstol concluye esta admirable Epístola, exhortando á todos los fieles á que tengan una caridad cristiana con sus hermanos y un verdadero zelo por su salvacion. Hermanos mios, les dice, si alguno de vosotros llega á estraviarse del verdadero camino y otro le vuelve á entrar en él, sepa el que redujere á un pecador de su descarrío, que salvará su alma de la muerte eterna y cubrirá un gran número de pecados; esto es, que volviendo á traer al pecador al camino de la salvacion, tendrá el mérito de haber salvado un alma y alcanzará fácilmente de la misericordia de Dios el perdon de sus propios pecados. Esto es lo que escribia san Pablo á Timoteo: Atiende á tí mismo, y trabaja en la salvacion de los demás; porque conduciéndote así, tú te salvarás á tí mismo, y salvarás á los que te escuchan. Esto es lo que inspira aun todos los dias tanto zelo á los hombres apostólicos, que sin que les detengan los mas fuertes y mas dulces vínculos de la carne y de la sangre; sin que les conmuevan los amigos que hay que abandonar para siempre, ni los encantos de la patria; sin que les asusten los peligros espantosos, ni les desanime la crueldad de tantos pueblos inhumanos, hacen esos grandes sacrificios de sus comodidades, de sus talentos, de su vida, y pasan los mares para ir á llevar la luz de la fé á las naciones mas bárbaras. Solo el amor de Jesucristo, solo el Espíritu Santo, solo el zelo ardiente de la mas pura caridad que inspira la única verdadera religion, es lo que puede obrar estos milagros de la caridad cristiana. ¿Cuántos ministros, cuántos doctores de las nuevas sectas se han visto entre los cafres ó entre los iroqueses, al paso que todos los dias se ven tantos nuevos mártires en estos paises? Solo la verdadera Iglesia es la que puede inspirar este zelo magnánimo.

Como es este un dia de rogaciones, el asunto del Evangelio de la misa es lo que Jesucristo dijo á sus discípulos acerca de la eficacia de la oracion.

Instruyendo el Salvador á sus discípulos sobre muchos puntos de perfeccion, les aseguraba que para ser santos y perfectos era menester pedir á Dios con fervor la gracia para llegar á serlo. Pedid esta gracia, les decia, y se os concederá; buscad y hallareis; llamad á la puerta y se os abrirá. A nadie esceptúo; yo os digo que generalmente serán oidos todos los que pidieren. Pero una de las condiciones para ser oidos es la perseverancia en la oracion, y para hacernos ver el mérito y la eficacia de esta perseverancia, considerad lo que pasa todos los dias entre vosotros. Habia un hombre que teniendo un buen amigo, rico por otra parte y liberal, no creia poder obtener de él, en una ocasion urgente, todo lo que le pedia, cuando á media noche iba á llamar á su puerta para que le diese tres panes que necesitaba, porque tenia que dar de cenar á una persona conocida que acababa de llegar de la campiña; yo os aseguro que si con todas las escusas que aquel hombre pudiese alegar, por mas que le dijese: vienes muy tarde, mi puerta está cerrada, todos mis criados están recogidos, yo no puedo levantarme, vuelve mañana á cualquiera otra hora; yo os digo que si á pesar de todo esto su amigo continúa llamando y no se desanima por la negativa, su amigo concederá á su importunidad lo que le costaba trabajo conceder á la sola amistad. Se levantará, le abrirá la puerta y le dará no solo los tres panes que le pide, sino todo lo que puede necesitar para regalar á su huésped. En este ejemplo se presenta una importante leccion. Tiene Dios mas deseo de darnos lo que necesitamos, que nosotros mismos tenemos de obtenerlo: quiere únicamente que nosotros le pidamos y que perseveremos en pedir. Jesucristo queria conceder al ciego de Jericó la gracia que le pedia, y á la cananea la curacion de su hija; pero queria para esto que el uno y la otra se lo pidiesen con importunidad. Todo lo concede Dios á la perseverancia, porque ella es una prueba visible de nuestra fé y de la confianza que tenemos en su poder y en su bondad. La falta de perseverancia es una especie de despecho que indica nuestra poca confianza y la flaqueza de nuestra fé.

«No nos exhortaria tanto el Salvador á que le pidiésemos, dice san Agustin, si él mismo no desease conceder lo que se le pide. Avergoncémonos de nuestra inconstancia y de nuestra cobardía» continúa este Padre, «Dios tiene mas gana de darnos, que nosotros de recibir.» En efecto, el Salvador despues de haber traido este ejemplo familiar que tan bien espresa el deseo que tiene de concedernos lo que le pedimos, y que nos hace ver tan sensiblemente que el medio de obtener es pedir con perseverancia, añade: «Y yo os digo tambien: pedid y se os dará: buscad y encontrareis: llamad y se os abrirá.» No dice el Salvador que muchos serán oidos: «todos;» no esceptúa á nadie, con tal que, como dice en otra parte, se pida en su nombre lo que conviene á la salvacion; porque todo lo que es contrario á la salvacion es un gran mal para pretender que Dios, que es la fuente de todo bien, nos lo conceda.

«Si alguno de vosotros pide un pan á su padre,» añade el Salvador, «¿le dará por ventura su padre una piedra?» si le pide un pez, ¿le dará una serpiente? ó si le pide un huevo, ¿recibirá acaso un escorpion de manos de su padre? Si pues vosotros, que sois tan inclinados á hacer mal y tan poco propensos á hacer bien, os sentís naturalmente incitados á dar á vuestros hijos lo mejor que teneis, ¡con qué caridad, con qué liberalidad pensais que vuestro Padre celestial derramará sobre vosotros las mayores misericordias, y singularmente su santo Espíritu que es la fuente de todos los bienes!

No hay cosa mas espresa en el Evangelio, ninguna mas sólidamente establecida en la religion que la infalibilidad de la oracion: ¿en qué consiste, pues, que Dios se muestre todos los dias tan poco favorable á nuestros deseos, dice el mas célebre de todos los oradores cristianos? ¿cuál es la causa de que rogamos y no nos oye? ¿de dónde viene que pedimos y nada alcanzamos? Esto consiste en que no pedimos lo que debemos pedir; en que no pedimos como debemos pedir. Nosotros pedimos ó cosas perjudiciales á la salvacion, ó bienes puramente temporales é inútiles

para la salvacion, ó aunque sean gracias, las pedimos de tal modo que léjos de santificarnos, servirian mas bien para apartarnos del camino de la salvacion. ¿Queremos que nuestras oraciones sean eficaces? No pidamos mas que lo que puede servir para nuestra salvacion, y pidámoslo con las condiciones y con las disposiciones que convienen á la oracion. Oremos con humildad, oremos con atencion del espíritu y afecto del corazon; oremos con confianza y con una fé viva; oremos en fin, con perseverancia. «Dios resiste á los orgullosos, dice Santiago, y da gracia á los humildes.» La atencion del espíritu y el afecto del corazon, dice santo Tomás, son como el alma de la oracion. «Pidamos con fé, dice Santiago, y no vacilemos. Espera, dice Isaías, espera todavía.» Dios concede muchas veces á la perseverancia lo que parece negar al principio al fervor de la oracion. Sábese vivir bien, segun san Agustin, cuando se sabe orar bien.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Præsta, quæsumus, omnipotens Deus: ut qui in afflictione nostra de tua pietate confidimus, contra adversa omnia tua semper protectione muniamur. Per Dominum...

Haced, ó Dios omnipotente, que los que en nuestras aflicciones ponemos nuestra confianza en vuestra bondad, seamos siempre fortalecidos por vuestra divina proteccion contra todas las adversidades de esta vida. Por nuestro Señor, etc.

La Epístola está tomada de la del apóstol Santiago, capítulo 5.

Charissimi: Confitemini alterutrum peccata vestra, et orate pro invicem ut salvemini: multum enim valet deprecatio justi assidua. Elias homo erat similis nobis passibilis: et oratione oravit ut non plueret super terram, et non pluit annos tres, et menses sex. Et rursum oravit, et cœlum dedit pluviam, et terra dedit fructum suum. Fratres mei, si quis ex vobis erraverit a veritate, et converterit quis eum, scire debet quoniam qui convertì fecerit peccatorem ab errore viæ suæ, salvabit animam ejus a morte, et operiet multitudinem peccatorum.

Amadísimos hermanos: Confesad vuestros pecados el uno al otro, y orad los unos por los otros para que os salveis, porque la oracion constante del justo puede mucho. Elías era hombre como nosotros, sujeto á las enfermedades; sin embargo, oró para que no lloviese sobre la tierra, y no llovió en tres años y seis meses. Rogó segunda vez, y el cielo dió la lluvia, y la tierra llevó su fruto. Hermanos mios, si alguno de vosotros llega á estraviarse del verdadero camino y algun otro le volviese á atraer á él, sepa éste que el hombre que redujere un pecador de su estravío, salvará su alma de la muerte y cubrirá un gran número de pecados.

La Epístola de Santiago es un admirable compendio de los principales puntos de la moral cristiana, y de muchos dogmas. Habla en ella de la necesidad de las buenas obras, de la confesion de los pecados, de la Estremauncion. Exhorta á los fieles á la paciencia y á la oracion, cuya eficacia ensalza. Su estilo es ajustado y sentencioso. Créese que escribió esta carta en griego; en ella cita la santa Escritura segun la version de los Setenta.

REFLEXIONES.

«La oracion constante del justo puede mucho.» En nosotros consiste, con el auxilio de la gracia, el ser tan poderosos con el Señor. Seamos buenos, seamos justos, y fácilmente seremos oidos de nuestro Dios, ya que pidamos por nosotros, ya que pidamos por los demás: Dios se ha obligado á no negar nada á sus siervos. Pero si la oracion continua y perseverante del justo tiene gran poder para con Dios, ¿qué no podrá para con él la oracion de los santos que están en el cielo, y singularmente la intercesion de la santísima Vírgen, la cual todo lo puede con su querido Hijo? El crédito del justo es grande: en consideracion á él, detiene Dios los mayores azotes y obra las mas estupendas maravillas. Señor, le dice Abraham, ¿si halláreis por lo ménos diez justos en Sodoma, no perdonareis á esta infame ciudad? Si yo encontrase en ella, responde el Señor, diez hombres de bien, diez justos, por mas irritada que esté mi justicia, por mas horribles que sean los crímenes de sus habitantes, no la destruiré, yo la perdonaré en consideracion á estas almas inocentes. ¿Cuántas veces desarmó Moisés la cólera de Dios, pronta ya á estallar sobre su pueblo? El mismo Dios dice que perdona á este pueblo ingrato y rebelde á sus órdenes, en consideracion á Abraham, á Isaac y á Jacob, sus fieles siervos. ¡Y de cuántas desgracias no preservan aun todos los dias los buenos, los pueblos manchados con los crímenes enormes que cometen tantos impíos y tantos pecadores! No se necesitan mas que diez justos, por decirlo así, para detener la indignacion divina. ¿Qué no debe el público á las fervorosas oraciones de tantos santos religiosos cuya inocencia se mantiene á favor de los rigores de la mas austera penitencia, y que hacen revivir en el claustro, en medio de las mas grandes ciudades, aquellos milagros de santidad que apenas se creian posibles en otro tiempo sino en los desiertos? ¿qué no debe el público á las santas oraciones de tantas esposas de Jesucristo, que encerradas en el estrecho recinto de un monasterio no conversan cuasi mas que con Dios, pasan sus dias en los dos ejercicios de la santidad y de la justicia, y haciendo en la tierra el oficio de las celestiales inteligencias desarman con sus vótos y sus oraciones la ira del Señor y atraen mil bendiciones sobre los grandes y sobre los pueblos? en fin, ¿qué no debe el público á esas personas devotas, á esas almas escogidas, cuya vida inocente, aun en medio de un mundo corrompido, encanta el cielo y atrae las mas dulces influencias sobre la tierra? ¿á esas almas escondidas en la soledad de una vida oscura, pobre, humillada, cuyas oraciones ponetran los cielos y van á patrocinar, por decirlo así, la causa de los pecadores á los piés del trono del Padre de las misericordias? Algun dia se sabrá cuánto fué el influjo de la oracion constante y fervorosa de estas almas santas, y qué tesoro, qué felicidad es para una ciudad, para un reino el poseer estos fieles siervos de Dios, que el mundo por lo comun desprecia, y de que él no es digno.

El Evangelio de la misa es de san Lucas, cap. 11.

In illo tempore: Dixit Jesus discipulis suis: Quis vestrum habebit amicum, et ibit ad illum media noc-

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Si alguno de vosotros tuviese un amigo, y fuése á buscarle á media no-

te, et dicet illi . Amice, commoda mihi tres panes, quoniam amicus meus venit de via ad me, et non habeo quod ponam ante illum, et ille deintus respondens, dicat : Noli mihi molestus esse, jam ostium clausum est, et pueri mei mecum sunt in cubili : non possum surgere, et dare tibi. Et si ille perseveraverit pulsans : dico vobis, et si non dabit illi surgens, eo quod amicus ejus sit, propter improbitatem tamen ejus surget, et dabit illi quotquot habet necessarios. Et ego dico vobis : Petite, et dabitur vobis : quærite, et invenietis : pulsate, et aperietur vobis. Omnis enim, qui petit, accipit : et qui quærit, invenit : et pulsanti aperietur. Quis autem ex vobis patrem petit panem : numquid lapidem dabit illi? Aut piscem : numquid pro pisce serpentem dabit illi? Aut si petierit ovum; numquid porriget illi scorpionem? Si ergo vos, cum sitis mali, nostis bona data dare filiis vestris : quanto magis Pater vester de cœlo dabit spiritum bonum petentibus se?

che, y le dijese : Amigo mio, préstame tres panes, porque uno de mis amigos que va de camino, ha llegado á mi casa, y no tengo con que obsequiarle; y este amigo respondiéndole desde adentro de su casa, le dijese : No me importunes, mi puerta está cerrada, y mis criados y yo estamos ya acostados; yo no puedo levantarme á dártelos; si, no obstante esto, el otro se empeñase en llamar, aun cuando este no se levantase para dárselos en fuerza de la amistad, yo os aseguro que para evitar la importunidad se levantaria y le daria todo lo que necesitase. Y yo os digo tambien : pedid y se os dará; buscad y encontrareis; llamad y se os abrirá; porque cualquiera que pide recibe; el que busca halla; y se le abre á aquel que llama. Si alguno de vosotros pide á su padre un pan, ¿le dará por ventura una piedra? O si le pide un pez, ¿le dará su padre una serpiente en lugar de un pez? ó si le pide un huevo, ¿le dará acaso un escorpion? Si pues vosotros, aunque sois tan malos, sabeis dar buenas cosas á vuestros hijos, ¿con cuánta mas razon vuestro Padre celestial dará el buen espíritu á los que se lo piden?

MEDITACION.

De la oracion.

Punto primero. — Considera que la oracion es una conversacion con Dios, en la que admitida el alma, por decirlo así, é introducida en el santuario, adora la suprema majestad de su Dios, se humilla delante de este soberano Señor del universo, le espone con confianza sus necesidades, le descubre sus tentaciones y sus flaquezas, y penetrada de los mas vivos sentimientos de respeto, de amor y de reconocimiento, trata de honrarle, tanto por su profunda sumision á sus órdenes, como por su confianza y por sus votos. ¿Qué otro acto de la religion pide mayor atencion y mas confianza? Nada ha omitido el Salvador para inspirárnosla. Estad seguros, nos dice, que «cualquiera cosa que quisiereis pedir en mi nombre, lo recibireis infaliblemente. (Matth. 11.)» El oráculo es muy espreso, y la proposicion no puede ser mas universal. No hay mas que pedir; Jesucristo lo promete todo, y á todo género de personas: «Todo el que pide recibe. (Matth. 7.)» ¿En qué consiste, pues, que son desechadas tantas peticiones? «Pedis y no recibis,» dice el apóstol Santiago, «porque pedis mal.» Estráñase que despues de todo lo que ha dicho el Salvador acerca de la infalibilidad de la oracion sean tan pocos oidos, y deberia parecernos mas estraño, si pidiendo tan mal como lo hacemos, fuesen mas eficaces nuestras oraciones; no acusemos al Señor de que restringe sus promesas y encarece sus gracias; nuestros frívolos motivos, nuestras malas disposiciones y aun nuestra poca religion en nuestras peticiones, le fuerzan, por decirlo así, á no escucharnos. Nosotros sabemos que los pecadores no merecen que Dios atienda á sus peticiones, y perseveramos voluntariamente en el pecado; y esta perversa voluntad es la que impide que sean oidas nuestras peticiones. Pero, amadísimos hermanos, decia san Juan, si nuestro corazon no nos arguye, tenemos un acceso libre para con Dios, y todo lo que pidiéramos lo alcanzaremos de él, porque guardamos sus mandamientos y hacemos continuamente lo que le agrada, y tal es la condicion para que todas nuestras oraciones sean eficaces. La oracion pide un espíritu humilde. ¿Se le ocurre á nadie el faltar al respeto al mismo tiempo que se presenta una súplica al príncipe? ¿Qué suplicante omite los menores deberes del decoro? Naturalmente es uno atento, respetuoso y aun culto cuando se pide á los hombres. ¡Cosa estraña! solo cuando se pide á Dios nos dispensamos de estos deberes esenciales. Y, hablemos de buena fé, esas posturas lánguidas y descuidadas, esos aires de inquietud y de disipacion, ese disgusto, ese tedio que acompañan á nuestras oraciones, ¿son señales de un corazon humilde, religioso y cristiano? ¡Ah! ¿No parece muchas veces que mas que pedir á Dios es insultarle? Queremos que Dios nos oiga, y nosotros no nos oimos á nosotros mismos cuando pedimos; queremos que Dios se ocupe de nuestras oraciones, al paso que nosotros ni aun pensamos en ellas cuando las hacemos; ordinariamente no son mas que nuestros labios los que honran á Dios; pero ¿qué parte tiene el corazon en unas oraciones que solo se recitan por rutina? Muévese pero el Señor de las alabanzas que se le dan, de las necesidades que se le esponen, y de los votos que se le hacen con un corazon ocupado de cualquiera otra cosa, y un espíritu distraido. No echemos la culpa á nadie mas que á nosotros si nuestras peticiones son tan poco eficaces.

Punto segundo. — Considera que la perseverancia es absolutamente necesaria en la oracion, porque ella indica la confianza que se tiene en Dios, tan necesaria para orar bien. Es menester perseverar en la oracion, pero nó en el hábito de orar mal. Dios quiere ser importunado, pero quiere serlo por quienes lo hagan con las disposiciones convenientes. Pocos milagros hay que Jesucristo no se haya dignado atribuir á la fé y á la confianza de los suplicantes. Dios nada niega á una confiaza perseverante y á una piedad humilde. Creed que será oida vuestra oracion, dice el Salvador, y recibireis infaliblemente lo que pidiereis.

Los que no carecen ni de respeto ni de atencion en sus peticiones, pecan muchas veces en los motivos. Pocos hay que no sean interesados, ménos todavía que sean conformes con la voluntad de Dios. No sabes lo que pides, decia el Hijo de Dios á la madre de los hijos del Zebedeo. Nuestras miras, nuestras intenciones ¿son rectas? ¿son puros nuestros deseos? ¿son cristianas todas nuestras peticiones? Yo te concedo de buena gana la sabiduría, dijo Dios

á Salomon, «porque me la has pedido;» y porque no me has pedido mas que la sabiduría, al dártela, te daré tambien con ella una vida larga y feliz, te colmaré de bienes y de todo género de prosperidades. Dios proveeria abundantemente á todas nuestras necesidades, si nuestras oraciones fuesen siempre cristianas. Queremos tener demasiada parte en nuestros proyectos; nuestras pasiones trastornan con mucha frecuencia las disposiciones de la Providencia; un corazon cristiano no pide jamás inútilmente. Pida un pecador á Dios con un corazon sincero su conversion; pida á Dios un padre ó una madre de familias la conversion y la salvacion de sus hijos y la suya propia; pida cada uno á Dios con perseverancia una fé viva, una caridad ardiente, la victoria de sus pasiones, la gracia final, y serán todos infaliblemente atendidos. La oracion es escelente con la penitencia, decia Tobías. La penitencia da valor á la oracion; el espíritu de mortificacion la hace siempre eficaz; pierde toda su virtud y su fuerza en el regalo, en la inmortificacion, en los placeres. ¿Qué pueden pedir á Dios esas personas mundanas que miran con tanto disgusto las máximas del Evangelio? ¿Pueden ser muy sinceros los votos que se hacen al Señor, mientras el corazon está en el mundo? Los términos mas respetuosos y mas devotos son injurias, especialmente en órden á Dios, cuando se piensa de otro modo que se pide; y ¡qué oracion viene á ser, buen Dios, la de aquellos cuyas costumbres y conducta desmienten todo lo que sus labios dicen á Dios! ¡Qué fondo de reflexiones salen de todas estas verdades para aquellas personas consagradas á Dios, cuyo principal empleo en toda su vida es, por decirlo así, el pedir á Dios; si despues de tantas oraciones son tan imperfectas y tan poco regulares; siempre tan indevotas; siempre tan esclavas de sus pasiones; siempre tan inmortificadas; siempre tan frias, tan insensibles en la celebracion de los divinos misterios! ¿qué fruto sacan de sus oraciones? y tantas oraciones, todas infructuosas é ineficaces, ¿indican un gran mérito en los que las hacen?

Enseñadme, Señor, á orar, y comenzad á darme la gracia, con que corrija mis malas disposiciones y quite los obstáculos que impiden el fruto de tantas oraciones, á fin de que no haga inútil para mí un auxilio tan poderoso.

JACULATORIAS.—Haced, Señor, que mi corazon se abrase en vuestro amor, y que este divino fuego inflame mi oracion. (Psalm. 38.)

Elévese hasta vos, Señor, mi oracion, á la manera que el humo del incienso que se quema sobre vuestros altares. (Psalm. 140.)

PROPOSITOS.

1 Oran muchos todos los dias sin orar. Dios no oye ni atiende mas que el idioma del corazon. Muchas palabras sin atencion, sin afecto, sin devocion, significan muy poco para aquel que cuenta por nada todo culto puramente esterior. El Salvador no atiende mas que á la fé y á la devocion interior de aquella pobre mujer enferma que toca la orilla de su vestido. ¿Estais viendo la multitud que os oprime, le dicen sus discípulos, y preguntais quien me ha tocado? Aquella multitud tumultuosa hace poca impresion en él; es menester que hable el corazon y que la fé obre, si queremos que Dios nos oiga. Cuidemos mucho de pedir con atencion, con confianza, con humildad, con devocion: acordémonos siempre cuando oramos, que es un Dios á quien pedimos y á quien hablamos. Es una práctica muy santa el recogerse algunos momentos ántes de la oracion, y reflexionar sobre el acto de religion que se va á hacer, y la Majestad formidable ante quien vamos á presentarnos.

2 No hay acto mas comun ni mas ordinario que la oracion, y tal vez no hay ninguno con que Dios sea ménos honrado. En todas partes resuenan las alabanzas del Señor, y los votos que se le hacen; pero el corazon y el espíritu ¿piden de concierto con los labios? ¿y no puede acaso decirse, que á la verdad se rezan muchas oraciones, pero que se hacen muy pocas? Evitad de hoy mas este efecto tan pernicioso. Haced todas vuestrás oraciones con mucha atencion y respeto. Orad siempre en una postura humilde y religiosa. No os cargueis de muchas oraciones vocales; pero las que hicíereis hacedlas con mucha devocion. Pedid con confianza y con perseverancia. No nos concede Dios alguna vez lo que le pedimos, para darnos alguna cosa mejor. Haced, cuanto os sea posible, todas vuestras oraciones á una hora arreglada.

LA ASCENSION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

La fiesta de la triunfante ascension del Salvador al cielo, es la celebracion del misterio mas glorioso y mas consolatorio de nuestra religion, y como el que pone el sello á todos los demás. El Hijo de Dios en su Encarnacion habia declarado la guerra á todas las potestades del infierno, comenzando desde entonces la grande obra de nuestra redencion: su vida ha sido un continuo combate que no se ha terminado hasta su muerte; y su gloriosa resurreccion ha sido el dia célebre de su victoria: á la manera que los conquistadores difieren algunos dias su entrada triunfante en la capital para tener tiempo de hacer los preparativos, así el Salvador no quiso hacer su entrada triunfante en el cielo, que era la mansion de su gloria, hasta cuarenta dias despues de su victoriosa resurreccion.

En estos cuarenta dias fué cuando el Salvador convenció á sus discípulos de la verdad de su resurreccion por medio de muchas señales sensibles; les hizo ver que estaba vivo en frecuentes apariciones; comió muchas veces con ellos, y les habló del reino de los cielos, esto es, de todos los misterios de la religion, de que se habian hecho ya mas capaces desde que habiéndoseles aparecido el mismo dia de su resurreccion, sopló sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo. Y aunque sea cierto que hasta el dia de Pentecostés no recibieron los discípulos la plenitud de los dones del Espíritu Santo, y que estas palabras no deben entenderse propiamente mas que con respecto á la potestad de las llaves, y al poder de absolver en el sacramento de la penitencia; puede sin embargo decirse que su entendimiento quedó desde entonces mas ilustrado, que fueron ya ménos groseros, y que se hicieron mas capaces de entender las grandes verdades de que el Salvador no les habia hablado hasta entonces sino de una manera figurada y misteriosa. En estos cuarenta dias fué, pues, cuando Jesucristo instruyó á sus apóstoles de todo lo que debian saber, principalmente para el establecimiento y gobierno de la Iglesia; y les prescribió muchas cosas que no están

espresas en la Escritura, y que no han llegado á nosotros sino por tradicion.

Acercándose el término de su mansion visible sobre la tierra, hizo venir el Salvador los once apóstoles desde Galilea á Judea, y habiendo llegado el dia en que debia subir al cielo, que era el cuadragésimo despues de su resurreccion, estando todos juntos en Jerusalen, se les apareció cuando estaba á la mesa, y se sentó á ella con ellos. Comió, como tenia de costumbre hacerlo cuando se les aparecia, nó porque tuviese necesidad de alimento, sino solo para darles esta prueba sensible de que habia verdaderamente resucitado, y para mostrar su poder, dice san Agustin, y la realidad de su presencia. Despues de la comida les hizo un largo discurso, que era como el compendio de las lecciones que les habia dado, y un epítome de lo que debian hacer, de las maravillas que debian ver, de todo lo cual dentro de pocos dias debia darles el Espíritu Santo una inteligencia mas circunstanciada y mas perfecta.

Vosotros sabeis, les dijo, que se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Jesucristo habla principalmente del poder que tenia en cualidad de Mesías, para el gobierno de su reino espiritual y de la Iglesia. Vosotros, pues, ireis, como ya os he dicho otra vez, por todo el mundo á predicar el Evangelio á todas las naciones: no está limitada vuestra mision á un solo pueblo; instruid indiferentemente á todos, y bautizadlos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; enseñadles á observar todas las cosas que yo os he mandado. El que creyere y fuere bautizado, se salvará; el que, por el contrario, no creyere, se condenará. Y á fin de que los que creyeren puedan trabajar con mas utilidad en la conversion de los infieles, yo les daré el poder de hacer milagros. Arrojarán los demonios en mi nombre; hablarán lenguas que jamás han aprendido; matarán las serpientes y los insectos mas venenosos; aunque les den á beber los venenos mas mortíferos, no les harán ningun efecto; curarán todo género de enfermos con solo el contacto de sus manos. Algunos intérpretes creen que el Salvador hizo estas predicciones á sus apóstoles algunos dias ántes de su ascension. Sea como quiera, todo esto se ha cumplido, y estas predicciones se verificarán aun todos los dias en la Iglesia hasta el fin de los siglos. Esta promesa del don de los milagros, se ha hecho á la Iglesia en general y para ciertas ocasiones. Así es que en todos tiempos se ha visto cumplida, cuando esto ha podido ser necesario para el bien de la Iglesia y para el adelantamiento de la religion. En todos tiempos ha habido, y habrá hasta el fin de los siglos en la Iglesia, obradores de milagros; pero adviértase que estos taumaturgos no se hallan mas que en la Iglesia católica, apostólica, romana: ninguna secta herética ó cismática hay desde el nacimiento de la Iglesia en donde se haya hecho jamás un milagro; Dios no puede autorizar con prodigios el cisma y el error.

En esta última aparicion, que sucedió el dia mismo de la ascension, fué cuando el Salvador reprendió á sus apóstoles de su poca fé, y les echó en cara de una manera dulce y llena de bondad el trabajo que habia costado á muchos el rendirse al testimonio de los que le habian visto despues de resucitado. Les hizo memoria de todo lo que les habia dicho cuando todavía estaba con ellos acerca de su muerte y de su resurreccion, cuyo cumplimiento habian ya visto. Que era menester que todo lo que habia sido escrito de él, ya en la ley de Moisés, ya en los Profetas, en los Salmos y en los demás libros sagrados, se cumpliese exactamente. Les citó pasajes de ellos, y habiéndoles esclarecido el entendimiento para que comprendiesen el sentido, les mostró que segun las Escrituras el Mesías debia sufrir una muerte vergonzosa y cruel, y resucitar tres dias despues. Les presentó en seguida un plan en general de su Iglesia, y les dijo que debia tener predicadores para instruir á todas las naciones, comenzando por los habitantes de Jerusalen para exhortarles á la penitencia, y para prometerles de su parte y en su nombre la remision de todos sus pecados. A vosotros es, añadió, á quienes yo he elegido para este grande misterio. Id á anunciar por toda la tierra el misterio de mi resurreccion, y todas las maravillas de que habeis sido testigos oculares. Id á predicar á todos los pueblos las grandes verdades que yo os he enseñado. Yo pondré palabras en vuestra boca, y una sabiduría á la que todos los pueblos ligados contra vosotros no podrán resistir ni oponer cosa alguna. Nada temais: yo estaré con vosotros hasta el fin de los siglos, y á pesar del furor y de la rabia de todos vuestros enemigos, en medio del fuego de las persecuciones, no se perderá un solo cabello de vuestra cabeza. Es verdad que muy pronto estareis revestidos de la fortaleza de lo alto, porque voy á enviar sobre vosotros el don de mi Padre que se os ha prometido; hasta entonces permaneced retirados en Jerusalen, para prepararos á recibir este insigne favor. Porque á la verdad, Juan ha dado un bautismo de agua; pero vosotros recibireis el bautismo del Espíritu Santo dentro de pocos dias. No habla aquí el Salvador del sacramento del bautismo de la ley de gracia. Créese comunmente que los apóstoles le habian ya recibido del mismo Jesucristo. Débense, pues, entender estas palabras de la efusion estraordinaria de gracias y de dones espirituales de que fueron como inundados los apóstoles en el dia de Pentecostés, y por medio de esta espiritual inundacion lavados y purificados de las menores manchas, ilustrados y abrasados por aquel torrente de fuego divino, y dotados de todos los dones celestiales. Este Espíritu consolador descenderá sobre vosotros como un rio de fuego y de luz que os inundará en alguna manera; quedareis como sumergidos en este torrente, en estas aguas vivas de la gracia, en este fuego vivificante. El agua en el bautismo de san Juan significa la gracia, sin que la obre; pero en el bautismo de Jesucristo la significa y la obra; para el bautismo del Espíritu Santo es menester un símbolo mas perfecto. Es este un bautismo de fuego que obra la gracia de una manera tanto mas abundante, cuanto que el fuego tiene mas virtud para purificar, para ilustrar y para inflamar.

Todos los discípulos del Salvador, que eran en número de ciento y veinte, comprendieron bien, por todo lo que acababan de oir, que su divino Maestro estaba ya á punto de dejarles para volverse á su reino. Lo que el Salvador acababa de decir con respecto á «la promesa del Padre,» que él mismo les habia anunciado, trajo á la memoria de los apóstoles un nuevo reino, y el restablecimiento de la nacion tantas veces reiterado por los profetas. Mas como todas sus ideas se limitaban á un reino temporal, semejante á los de aquí abajo, y no concebian otra cosa mas grande que el mandar y reinar sobre la tierra, fué tambien la única cosa que pidieron al Salvador para su nacion, que

tanto tiempo habia gemia bajo de un poder estranjero. Señor, le dijeron, ¿es ahora cuando debeis restablecer el pueblo de Israel en su primitivo esplendor, y ha llegado ya el tiempo de volverle á dar reyes, que vuelvan á sentarse en el trono los hijos de Abraham, herederos de David? Despues de heber triunfado tan gloriosamente de vuestros enemigos, ¿podriais dejar por mas tiempo á este pueblo en la servidumbre?

El Salvador les respondió con su ordinaria mansedumbre, escusando su grosería, porque no habiendo aun descendido sobre ellos el Espíritu Santo, tenian muy poca inteligencia para penetrar bien las cosas espirituales y divinas. Contentóse con insinuarles dos verdades importantes que no debian ignorar. La una era que el reino de Israel, de que hablaban los profetas, y que él habia venido á establecer, y en el cual queria darles los primeros cargos, no consistia en un poder soberano que hubiesen de tener los judíos sobre los demás pueblos, sino en un imperio absoluto de Dios sobre ellos, y sobre todos los pueblos que llamaria á su Iglesia. En esta nueva Iglesia que acababa de suceder á la sinagoga, y que él llamaba su reino, era en donde debia cumplise todo lo que habia prometido en otro tiempo por sus profetas. En esta Iglesia era en donde debia reinar en efecto mas absoluta y mas universalmente que nunca, tanto sobre los entendimientos por la fé, como sobre los corazones por la caridad, hasta que en los últimos tiempos reuniese el pueblo judío y el pueblo cristiano bajo de la misma ley, en la misma Iglesia.

La otra verdad era que en este reino, todo espiritual, debian suceder grandes cosas que resplandecerian en lo sucesivo, pero que era inútil querer saber cuándo sucederian; que habia acontecimientos cuyo conocimiento se reservaba su Padre, esto es, que Dios no queria revelar á los hombres; y que eran secretos en que no les convenia el quererse ingerir. Que si los habia elegido por un favor especial para que fuesen sus principales ministros, no lo habia hecho por su habilidad, ni en virtud de sus grandes talentos; que no exigia de ellos mas que una entera sumision á su voluntad, y una obediencia perfecta. Que debian estar seguros que servian á un buen Señor, igualmente bueno y poderoso, que no les empeñaria en ningun empleo sin darles los medios y los talentos necesarios para cumplir dignamente con él; que como él ya sabia que ellos mismos no tenian mas que flaqueza, por eso les preparaba un grande auxilio; que dentro de pocos dias descenderia del cielo sobre ellos el Espíritu Santo, el cual les inspiraria un ánimo y un don de fortaleza y de sabiduría que nada seria capaz de resistir. Adquirireis entonces una perfecta inteligencia de las verdades sublimes y de los grandes misterios que tanto trabajo os costaba comprender; entonces se desvanecerán todos vuestros temores, y tendreis ánimo para predicar mi divinidad y mi Evangelio en medio de Jerusalen y en el templo. Vosotros le predicareis con intrepidez á presencia de mis mas mortales enemigos; en todos los pueblos de la Judea, en la Samaria, donde reinan tantos siglos hace la supersticion y la impiedad, y no limitareis á esto solo vuestro zelo; con el tiempo llevareis mi nombre mas allá de los mares, é ireis á anunciar mi Evangelio hasta los últimos estremos del mundo: y si despues de vuestros dias quedan todavía pueblos que instruir, vuestros sucesores animados del mismo zelo y del mismo espíritu, continuarán vuestros trabajos, y llevarán las luces de este Evangelio hasta los climas mas remotos de la tierra.

Habiendo concluido el Salvador esta última conversacion, llevó á aquella bienaventurada grey fuera de la ciudad, á la parte de Bethania, y les hizo subir la montaña de los Olivos, distante cerca de dos mil pasos de Jerusalen. Habiendo llegado á lo alto de la montaña, levantó Jesus los ojos y las manos al cielo, despues fijándolos en sus amados discípulos, que estaban todos reunidos en rededor de él, les bendijo; y en aquel momento, mientras que sus corazones ardian en un nuevo fuego divino, todos enternecidos hasta derramar lágrimas, fijos amorosamente en él sus ojos, le vieron todos elevarse poco á poco al cielo. Entonces redoblando con sus lágrimas sus votos, su ternura, sus trasportes de amor, le adoraron con el mas profundo respeto, y le siguieron con los ojos, sin dejarle de mirar hasta que le perdieron de vista, y una brillante nube que le envolvió le sustrajo á sus miradas. Era esta nube como un velo muy trasparente que no se les ocultaba enteramente de la vista; y sin embargo, era suficiente espeso para impedir que el estraordinario resplandor de su cuerpo glorioso les deslumbrase. Veíanle subir poco á poco, hasta que por fin habiéndose recogido la nube bajo de sus piés, y ocultándole del todo, le perdieron de vista. Desapareció, pues, en un instante; mas aunque ya no le veian, continuaban fijos sus ojos en la nube sobre la cual era llevado, y que le servia de carro de triunfo. Hubieran permanecido así mucho tiempo arrebatados de la admiracion, y como estasiados, si dos ángeles vestidos de blanco, semejantes á los que se habian aparecido cerca del sepulcro al tiempo de su resurreccion en forma humana, no les hubiesen hecho volver en sí de un asombro tan profundo. Queriendo consolar estos enviados del Altísimo á aquellos discípulos del Salvador, afligidos por una separacion que tanto les costaba: Hombres de Galilea, les dijeron, ¿por qué permaneceis ahí con los ojos fijos en el cielo? Jesus, vuestro divino Maestro, á quien habeis tenido la dicha de poseer tanto tiempo visiblemente sobre la tierra, la ha dejado, por fin, para ir á tomar posesion de su reino en el cielo. No creais que por esto os deja; él estará siempre con vosotros hasta el fin de los siglos, como os lo ha prometido; aunque de una manera invisible, no por eso os asistirá ménos eficazmente. En el gran dia del juicio volverá visiblemente del mismo modo que le habeis visto hoy subir á su gloria. En aquel último dia del mundo descenderá desde lo mas alto de los cielos con una pompa y una gloria semejante á la de su ascension que vosotros habeis visto con vuestros ojos: entonces hará justicia á todos los hombres, y se la hará á sí mismo, y hara sentir igualmente su dulzura á los buenos, y el rigor de la justicia á los malos.

Los discípulos escucharon atentamente y con sumision lo que los ángeles les dijeron. Costábales, á la verdad, mucho trabajo el retirar sus ojos de un lugar en donde estaba el objeto de su amor y su soberano bien. Sin embargo, obedecieron y se retiraron á Jerusalen, segun que el Salvador se lo habia ordenado, para esperar allí el don del cielo, y aun la fuente de todos los dones, pasando los dias y las noches en la oracion y en el retiro; teniendo á su cabeza á la santísima Vigen, que habia asistido con todos sus apóstoles á la gloriosa y triunfante ascension de su querido Hijo, y era todo el consuelo de aquella naciente

Iglesia. ¡Qué vil y qué despreciable parece ya de hoy mas la tierra á los discípulos! esclama un sabio y piadoso intérprete; ¡qué disgusto debe causar en aquellos que en el triunfo de su buen Maestro han visto brillar algunos rayos de su gloria! Preciso es enviarles ángeles para advertirles que desprendan sus ojos del cielo. ¿A cuántos cristianos cobardes no seria menester echarles en cara otra cosa muy diferente? Siempre encorvados hácia la tierra, no dirigen jamás una sola mirada hácia su patria celestial.

Jesucristo no desapareció en un instante, ni se sustrajo furtivamente de la vista de sus discípulos, que eran en número de ciento y veinte, sino que se elevó por sí mismo poco á poco, por sus propias fuerzas, sin necesidad para ello de auxilios estraños. Quiso que cada uno le viese subir al cielo para hacer incontestable esta maravilla; y así como habian quedado todos plenamente convencidos de la verdad de su resurreccion por sus frecuentes apariciones y por sus conversaciones familiares por espacio de cuarenta dias, quiso tambien que todos fuesen testigos oculares de su gloriosa ascension y del entero cumplimiento de lo que se les habia predicho, y de lo que él les recordaba tantas veces, á saber: que habiendo, venido del cielo á la tierra, debia por fin dejar la tierra para volver al cielo. «Yo he salido de mi Padre,» les decia, «y he venido al mundo; ahora dejo el mundo, y me voy á mi Padre.» Estas pocas palabras, como se ha dicho en otra parte, contienen los principales artículos de nuestra fé, tocantes á la persona del Hijo de Dios. Su generacion eterna «yo he salido de mi Padre:» su encarnacion «he venido al mundo:» su resurreccion triunfante y su gloriosa ascension, «me voy á mi Padre.» En efecto, no habiendo ya nada que retuviese al Salvador en la tierra, penetró en un momento todos los cielos, y fué á sentarse como Hijo único de Dios á la diestra de su Padre, en el mismo trono en el que comunica á su santa humanidad toda la plenitud de su gloria.

El Padre Eterno, dicen los intérpretes, no ocupa en el cielo un sitio particular, no está sentado en un trono material en el que pueda asignarse derecha ni izquierda, en que haya silla ni escabelo. Si la Escritura en algunas ocasiones se sirve de semejantes modos de hablar, es para acomodarse á nuestro modo de concebir, y al alcance del pueblo acostumbrado á considerar á Dios como un monarca sentado en un trono en medio de una córte numerosa. Sírvese de estos términos «sentado y derecha» para significar y dar á entender el poder soberano de Jesucristo, y su igualdad perfecta con su Padre. «Está sentado á la diestra de Dios (Matth. 16.);» esto es, goza de una gloria igual á la de su Padre, y ejerce sobre todas las criaturas un poder absoluto.

Al subir al cielo el Salvador, se dignó dejar las huellas de sus piés impresas en la roca, ó la tierra sobre que se hallaba cuando se elevó al cielo. Estas sagradas huellas siempre se han conservado allí, no obstante que los fieles van allí todos los dias á tomar tierra de aquel sitio para llevarla por devocion á su casa. Esto lo asegura positivamente san Gerónimo, que vivia en el cuarto siglo, y habitaba en aquellos lugares. San Sulpicio Severo y san Paulino de Nola, que vivian el uno y el otro al mismo tiempo que san Gerónimo, nos aseguran tambien lo mismo, y se pretende que san Agustin estaba persuadido de la misma maravilla cuando decia que se iba á Judea á adorar las huellas de Jesucristo, que se veian en el lugar desde donde subió al cielo. Adamnan, apellidado Celudio, abad un monasterio de Irlanda que vivia al fin del siglo VII, y que hizo el viaje de la Tierra Santa cuya descripcion ha hecho el venerable Beda, que vivia en el propio siglo, testifican lo mismo. San Guillebaldo, obispo de Aychstet, que hizo el mismo viaje el año 724, asegura haber visto él mismo estas sagradas huellas; esta maravilla subsiste todavía en nuestros dias segun el testimonio de todos los peregrinos que han hecho el viaje de Tierra Santa; y lo que ensalza aun mas el milagro es, que cuando la ciudad de Jerusalen fué tomada por Tito, el año 70 de Jesucristo, habiendo acampado mucho tiempo el ejército romano en la montaña de los Olivos, ni los movimientos de los soldados, ni los piés de los caballos, ni los trabajos del campo pudieron borrar ni romper estas sagradas huellas, lo cual se ha mirado siempre como un segundo milagro.

Hizo Dios otro brillantísimo con motivo de estas mismas sagradas huellas. Habiendo santa Elena, madre del gran Constantino, hecho edificar la célebre basílica de la Ascension sobre la parte del monte de los Olivos, desde donde se sabia que el Salvador habia subido al cielo, ordenó que el pavimento de esta magnífica iglesia fuese muy rico, y sobre todo el paraje en donde subsistian las huellas del Salvador; mas cuando se trató de cubrirlo de mármol no se pudo conseguir; todo lo que allí se ponia era arrojado fuera, y rechazado muy léjos por una virtud invisible que parecia salir de la tierra, y no podia sufrir nada sobre ella despues de haber sustentado los sagrados piés del Salvador. Añade san Gerónimo que cuando quiso acabarse la bóveda de esta magnífica basílica, no fué posible tampoco cerrar el paraje que correspondia perpendicularmente á las huellas del Salvador; de suerte que se vieron obligados á dejar libre y al descubierto el espacio por el cual el divino Salvador se habia elevado de la tierra, y habia sido recibido en la nube, lo cual proporcionaba á la piedad de los fieles que venian allí en tropas de todas partes el contemplar el camino que habia llevado para subir al cielo. El milagro del techo y de la bóveda no concluyó sino con el edificio de esta antigua iglesia cuando fué arruinada por los sarracenos; mas el de la impresion de las sagradas huellas subsiste todavía hoy, y es el objeto de la veneracion y de la devocion de los fieles.

No se duda que la gloriosa ascension de Jesucristo seria acompañada de aquella bienaventurada tropa de predestinados que el divino Salvador habia libertado del limbo en donde esperaban la redencion de Israel tantos santos patriarcas, tantos zelosos profetas, tantas personas amadas de Dios y muertas en su gracia, las cuales seguirian á este divino conquistador, victorioso del infierno y de la muerte, y habiéndose unido á toda la córte celestial que le habia salido al encuentro, servirian como de cortejo á la pompa del mas augusto de todos los triunfos. «Si nosotros queremos celebrar dignamente y con devocion la ascension gloriosa del Salvador,» dice san Agustin, «subamos con él, sigámosle con el corazon á fin de que en llegando el dia de sus promesas le sigamos con el cuerpo. Vosotros, que sois miembros de Jesucristo,» añade el mismo Padre, «esperad que lo que veis verificado en vuestra cabeza, se cumplirá tambien en vosotros. La ascension de Jesucristo es nuestra propia elevacion,» dice san Leon, «porque el cuerpo tiene derecho para esperar la misma

gloria que ha recibido ya su cabeza. «Pero ¿qué motivo mas justo de alegría que el triunfo de Jesucristo en el cielo, puesto que su gloria es en alguna manera la nuestra? «Nuestra naturaleza, aunque humilde por sí,» añade este santo papa, «se halla elevada en Jesucristo sobre toda la milicia celestial, sobre todos los órdenes de los ángeles y de los arcángeles, y mas elevado aun que todas las potestades y las sublimes inteligencias de la celestial Jerusalen; se halla, en fin, colocada en el trono mismo del Padre celestial.»

Admiremos en este glorioso misterio el cumplimiento y la perfeccion de toda la economía de nuestra salud. Los hombres debian ser rescatados por la sangre de un Dios; el Hijo de Dios se ha hecho hombre; ha nacido á fin de tener con que rescatar á los hombres; ha muerto para pagar á precio de su sangre la redencion de los mismos hombres; ha resucitado para probarles que es un Dios el que ha muerto por ellos, y para enseñarles que deben resucitar tambien como él, y que el fruto de su redencion debe ser la gloria eterna de su cuerpo y de su alma; ha subido, en fin, al cielo para gozar allí de la gloria que ha merecido, y para preparar á los elegidos la que merecerán por el fruto de su muerte, y con los auxilios de su gracia.

No solo por vos, Señor, entrais en vuestro reino, tambien por nosotros entrais, esclama un gran siervo de Dios. Vos subís allá como nuestra cabeza, y vais allá, segun la promesa que nos habeis hecho, á preparar á vuestros elegidos los asientos que les están destinados. Vos subís allá como nuestro mediador, y vais á presentar por nosotros á vuestro Padre los frutos de aquella redencion sobreabundante que ha reconciliado al cielo con la tierra. Vos subís como nuestra guia, y mostrándonos el término á que debemos aspirar, nos trazais el camino por donde debemos marchar. Gefe adorable de esta Iglesia militante que habeis formado en la tierra á costa de los trabajos de vuestra vida mortal, nos dais parte en la gloria de la Iglesia triunfante que pensais reunir en el cielo, y cuya felicidad eterna debeis hacer vos mismo. Nosotros somos miembros vuestros, y donde quiera que está la cabeza deben tambien estar con ella los miembros. Mediador omnipotente, nada podemos sin vos. Si debemos dirigirnos á vos sin cesar, es porque solo por vos podemos llegar á conseguirlo. Vos nos habeis prometido que no nos dejariais huérfanos en la tierra; acordaos que os habeis obligado á pedir á vuestro Padre por nosotros; acordaos que delante de él nos habeis reconocido por hijos vuestros, por vuestro rebaño, por vuestra heredad, por vuestra conquista: conservad esta conquista que tanto os ha costado; cultivad esta heredad que habeis adquirido con vuestra sangre; conducid este rebaño que habeis reunido con tantos cuidados, y no permitais que ninguna oveja de él se estravie del redil: proteged, en fin, estos hijos que tanto amais todavía.

Algunos autores han creido que la fiesta de la Ascension habia sido la primera de las que se presume haber sido instituidas inmediatamente por los apóstoles, porque propiamente desde este dia fué cuando comenzaron á dar alguna forma á la Iglesia en sus reuniones, y á reglar los actos esteriores de la religion; y porque siendo la gloriosa ascension del Salvador al cielo la cosa que mas impresion debia hacerles, parece que debia ser la primera que debia presentarse á su idea como un objeto de regocijo y de fiesta. Lo que hay de cierto es que esta fiesta es una de las cuatro mas antiguas de la Iglesia, y san Agustin no dudaba de manera alguna que procediese de los mismos apóstoles, en razon de que ya en su tiempo, en todos los paises que habian abrazado la fé de Jesucristo, se celebraban generalmente las fiestas de la Pasion, la Pascua, la Ascension y la de Pentecostés. Habiendo subido el divino Salvador al cielo el cuadragésimo dia despues de su resurreccion, no podia ménos de ser en jueves, puesto que la resurreccion fué en domingo.

El introito de la misa de este dia, que está tomado del principio del libro de los Hechos de los Apóstoles, lo mismo que la Epístola; y el Evangelio que es el final del de san Marcos, contienen toda la historia del gran misterio de la Ascension, del modo que la hemos referido.

«Galileos, ¿por qué permaneceis como estáticos con los ojos fijos en el cielo? Jesus que de entre vosotros ha subido al cielo, vendrá del mismo modo que le habeis visto subir.» No cesemos de bendecir al Señor Dios nuestro por una maravilla tan grande y tan consoladora; acompañemos su triunfo con cánticos de alegría, y convidemos á todas las naciones para que celebren su nombre y publiquen sus victorias.

«Pueblos esparcidos por el universo, palmotead, manifestad con millares de gritos de alegría la parte que tomais en la gloria de vuestro Dios en el dia de su triunfo.» Por aquí comienza la misa. Acaso no tenemos cosa mejor marcada en la Escritura, en el salmo 46, que la ascension gloriosa de Jesucristo. Segun el parecer de muchos intérpretes, este salmo se compuso para la ceremonia de la traslacion del arca, desde Cariathiarin á Jerusalen, ó de la casa de Obededon al tabernáculo, ó del tabernáculo erigido por David al templo edificado por Salomon. Parece empero mas probable que este salmo se hizo para la vuelta del arca á la montaña santa, despues de alguna célebre victoria. Sea lo que quiera lo que diese motivo para componer este cántico, el arca conducida en triunfo á la montaña santa es una figura muy espresiva de Jesucristo subiendo al cielo; y los pueblos vencidos nos representan perfectamente á los gentiles sometidos á la Iglesia: concluye este salmo por una profecía clara del reino de Jesucristo. Descúbrese visiblemente en todo este salmo que el Espíritu Santo tenia por objeto la ascension del Salvador del mundo. Mirad á este Dios victorioso de todos sus enemigos, miradle como sube en triunfo al cielo al sonido de las trompetas y al ruido de las aclamaciones: pueblos de toda la tierra, unios al triunfo de vuestro Dios: cantad, cantad sus alabanzas; celebrad la gloria de nuestro Rey; pero celebradla con respeto y la atencion que merece un Dios, soberano Rey de toda la tierra. El Dios omnipotente sentado ahora en su trono reinará en adelante sobre todas las naciones, y recibirá sus homenajes. Yo veo ya en espíritu que por la fuerza que ha comunicado á los que le representarán en el mundo, sujetará hasta á los príncipes de los pueblos, y no será solamente el Dios de Abraham, sino que será el Dios de todos los reyes de la tierra.

La esplicacion de la Epístola y del Evangelio de la misa de este dia está ya suficientemente hecha en la historia que se ha dado del misterio.

Está acompañado el oficio de este dia de una procesion

solemne (1), cuya institucion parece nada tiene de comun con las de las rogaciones, no obstante que tambien pide la Iglesia á Dios en esta la bendicion de los nuevos frutos del año. La procesion del dia de la Acension se estableció principalmente con el designio de representar y de honrar al mismo tiempo la marcha de los apóstoles con Jesucristo desde Jerusalen hasta el monte de los Olivos para ver allí subir á nuestro Señor al cielo, igualmente que la vuelta de todos los discípulos desde aquel monte hasta Jerusalen para prepararse por el retiro y la oracion á recibir al Espíritu Santo.

HIMNO.

Salutis humanæ Sator,	Autor de la salud el mas amante,
Jesu, voluptas cordium,	Jesus, del corazon placer fecundo,
Orbis redempti Conditor,	Criador y Redentor de todo el mundo,
Et casta lux amantium:	Y del alma amorosa luz brillante:
Qua victus es clementia,	¿Qué clemencia, Señor, pudo vencerte
Ut nostra ferres crimina?	A tomar nuestras culpas á tu cargo?
Mortem subires innocens,	¿A sufrir de la muerte el trance amargo
A morte nos ut tolleres?	Por librarnos, piadoso, de la muerte?
Perrumpis infernum chaos;	Desciendes al infierno apresurado;
Vinctis catenas detrahis;	A los presos desatas las prisiones:
Victor triumpho nobili	Cual vencedor con triunfos y blasones
Ad dexteram Patris sedes	A la diestra del Padre estás sentado.
Te cogat indulgentia,	Muévanse tus piedades amorosas
Ut damna nostra sarcias,	A resarcir los daños padecidos,
Tuique vultus compotes	Para que con tu rostro enriquecidos
Dites beato lumine.	Gocemos de las luces mas dichosas.
Tu dux ad astra et semita,	Sed á los cielos guia y fiel sendero,
Sis meta nostris cordibus,	Sed para nuestras almas norte fijo,
Sis lacrymarum gaudium	Sed de nuestra tristeza regocijo,
Sis dulce vitæ præmium.	Sed de la vida el premio verdadero.
Amen.	Amen.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Concede, quæsumus,	Concedednos, ó Dios omnipotente, que así como creemos
omnipotens Deus: ut qui hodierna die Unigenitum tuum Redemptorem nostrum ad cœlos ascendisse credimus; ipsi quoque mente in cœlestibus habitemus. Per eumdem Dominum...	por la fé que vuestro Hijo único nuestro Salvador ha subido hoy al cielo, así tambien nosotros habitemos allí en espíritu por el ardor de nuestros deseos. Por el mismo Jesucristo Señor nuestro, etc.

La Epístola de este dia es tomada del libro de los Hechos de los Apóstoles, cap. 1.

Primum quidem sermonem feci de omnibus, ó Theophile, quæ cœpit Jesus facere, et docere usque in diem, qua præcipiens Apostolis per Spiritum Sanctum, quos elegit, assumptus est: quibus et præbuit seipsum vivum post passionem suam in multis argumentis, per dies quadraginta apparens eis, et loquens de regno Dei. Et convescens præcepit eis, ab Jerosolymis ne discederent, sed expectarent promissionem Patris, quam audistis (inquit) per os meum: quia Joannes quidem baptizavit aqua, vos autem baptizabimini Spiritu Sancto non post multos hos dies. Igitur qui convenerant, interrogabant eum, dicentes: Domine, si in tempore hoc restitues regnum Israel? Dixit autem eis: Non est vestrum nosse tempora vel momenta, quæ Pater posuit in sua potestate: sed accipietis virtutem supervenientis Spiritus Sancti in vos, et eritis mihi testes in Jerusalem, et in omni Judæa et Samaria, et usque ad ultimum terræ. Et cum hæc dixisset, videntibus illis, elevatus est: et nubes suscepit eum ab oculis eorum. Cumque intuerentur in cœlum euntem illum, ecce duo viri astiterunt juxta illos in vestibus albis, qui et dixerunt: Viri Galilæi: quid statis aspicientes in cœlum? Hic Jesus, qui assumptus est a vobis in cœlum, sic veniet quemadmodum	Teófilo, en mi primera obra he referido todo lo que hizo y enseñó Jesus hasta el dia en que dando por el Espíritu Santo sus órdenes á los apóstoles que habia elegido, ascendió al cielo. Mostróse él mismo á ellos despues de su pasion, y les convenció con muchas pruebas que estaba vivo, apareciéndoseles por espacio de cuarenta dias, y hablándoles del reino de Dios. En seguida comiendo con ellos les mandó que no saliesen de Jerusalen, sino que esperasen la promesa del Padre, la cual, dice, habeis oido de mi propia boca; porque, á la verdad, Juan ha administrado el bautismo del agua; pero vosotros recibireis el bautismo del Espíritu Santo dentro de pocos dias. Dicho esto, los que se habian reunido le hicieron esta pregunta: Señor, ¿es ahora cuando habeis de restablecer el reino de Israel? No os toca á vosotros, les dijo, el saber lo que sucederá en los tiempos y momentos de que es el Padre absoluto señor; pero vosotros recibireis la virtud del Espíritu Santo, el cual descenderá sobre vosotros, y vosotros dareis testimonio de mí en Jerusalen, en la Samaria y hasta los confines de la tierra. Luego que les dijo esto, le vieron levantar del suelo, y una nube le ocultó á su vista. Estando ellos mirando como subia al cielo, hé aquí que dos varones vestidos de blanco aparecieron cerca de ellos, los cuales dijeron, Galileos, ¿qué haceis así, fijos en el cielo

(1) En España no hay la costumbre de hacer procesion en este dia, sino la de cantar solemnemente la parte del oficio divino llamada *Nona*, concurriendo á esta los fieles para hacer oracion; porque se cree piadosamente que á esta hora se subió Jesucristo á los cielos.

modum vidistis eum euntem in cœlum.

vuestros ojos? Jesus que de entre vosotros ha ascendido al cielo, vendrá del mismo modo que le habeis visto subir.

Despues de haber dado san Lucas, en el Evangelio que escribió, la historia de la vida de Jesucristo, en este libro intitulado Hechos de los Apóstoles nos presenta la historia de la fundacion y del establecimiento de la Iglesia. Es este libro una relacion fiel y compendiada de los progresos que hizo el cristianismo en los veinte y nueve ó treinta años primeros inmediatos á la ascension del Salvador. San Agustin y san Crisóstomo creen que Teófilo, á quien dirige el Evangelio y los Hechos, era un sujeto de calidad, ó un gobernador de provincia convertido al cristianismo. Otros creen que Teófilo es un nombre general que significa todo hombre que ama á Dios.

REFLEXIONES.

«Viéronle subir al cielo, y una nube le ocultó á su vista.» ¿Qué es lo que buscaríamos, y qué podríamos amar sobre la tierra? Jesucristo ha subido al cielo, debe haber llevado consigo todos nuestros deseos. ¿Qué podemos encontrar en la tierra que merezca ocupar nuestro corazon? Formados para el cielo, no debemos suspirar ya mas que por aquel lugar de reposo y de eterna felicidad, por aquella patria celestial. La tierra se presenta como una mansion muy triste, y lo es en efecto para cualquiera que conoce la felicidad de la otra vida, para cualquiera que ama verdaderamente á Jesucristo. Para mí el vivir es estar en Jesucristo, decia san Pablo, y el morir es para mí una ganancia. Todo cristiano debia pensar y debia hablar del mismo modo. ¡Cosa estraña! La tierra en que vivimos no está sembrada mas que de cruces, ni produce otra cosa que abrojos y espinas. Si nace alguna rosa no se puede coger sin picarse, y apenas se goza de ella cuando se marchita. ¿Qué dia hay sereno? ¿qué dia de calma? A las borrascas suceden las nieblas. No hay estacion sin dias nublados, ni clima sin vientos impetuosos, sin tempestades. Si al ménos el comercio del mundo nos indemnizase con su dulzura de la amargura esparcida universalmente en todos sus frutos; pero ¿quién no sabe que el mayor enemigo de nuestro reposo y de nuestra felicidad es el comercio de la vida civil? ¿reinan acaso en ella la rectitud, la sinceridad, la buena fé? Puédese muy bien decirse que en el dia de hoy la vida civil en el mundo es un comercio de interés, de supercheria, de artificios y de pasiones; cada uno estudia no mas que en sus propios intereses, cada uno trata solo de elevar su fortuna sobre las ruinas de la de otro, y enriquecerse con sus descalabros. Estamos en este mundo como en pais enemigo, donde todo hay que temerlo. La tierra propiamente es la region del llanto. ¡Qué de inquietudes mudas! ¡qué de gemidos secretos! ¡qué de cruces invisibles! Las que mas se muestran no son ni las mas amargas ni las mas pesadas; nada hay mas amargo, nada hay mas punzante que un disgusto que se sufoca dentro del corazon; así que ninguno parece mas dichoso en este mundo que el que mejor sabe contrahacerse, y mas conoce el arte de disimular sus disgustos. Tal es la region en que habitamos, tal es nuestra mansion: afortunadamente no es de larga duracion. ¡Ah! apenas estamos en el camino y ya vemos el término, y muchas veces la carrera concluye en el principio. Mis dias, decia el santo Job, se han cortado con mas presteza que corta el tejedor el hilo de la tela; mi vida no es mas que un soplo: tal es la triste mansion de los mortales; y sin embargo todavía los hombres tan apasionados por su bienestar gustan tanto de la tierra con todos los sinsabores que ella proporciona, que miran el cielo con indiferencia. Es cierto que hay gentes en el mundo que se afanarian poco por ver á Dios; gentes para quienes el paraiso no tendria muy grandes atractivos, si pudieran ser eternamente lo que son. Esto es muy estraño; pero hay todavía otra cosa mucho mas estraña. No solo se preferiria el vivir eternamente en la tierra, á la ventaja de vivir para siempre en el cielo, sino que esta poca vida que tenemos aquí abajo, aunque corta, aunque penosa, aunque frágil, no dejamos de preferirla á la eterna felicidad de la otra vida. Dos dias de pasatiempos nos hacen olvidar este cúmulo de bienes infinitos; algunos placeres fastidiosos nos quitan el gusto de estas delicias inefables; prefiérese á la posesion de un Dios el menor objeto criado. Jesucristo ha ido á prepararnos un lugar en el cielo: ¿trabajamos mucho para llenarle? ¿Suspírase mucho por la celestial Jerusalen? Menester es tener una alma muy baja; digamos mejor, preciso es que nuestra fé sea muy lánguida para estar tan contentos en el lugar de nuestro destierro.

El Evangelio de la misa de este dia está tomado del que escribió san Marcos en su cap. 16.

In illo tempore: Recumbentibus undecim discipulis apparuit illis Jesus: et exprobravit incredulitatem eorum, et duritiam cordis; quia iis, qui viderant eum resurrexisse, non crediderunt. Et dixit eis: Euntes in mundum universum, prædicate Evangelium omni creaturæ. Qui crediderit, et baptizatus fuerit, salvus erit: qui vero non crediderit, condemnabitur. Signa autem eos, qui crediderint, hæc sequentur: In nomine meo dæmonia ejicient: linguis loquentur novis: serpentes tollent: et si mortiferum quid biberint, non eis nocebit: super ægros manus imponent, et bene habebunt. Et Dominus quidem Jesus, postquam locutus est eis, assumptus est in cœlum, et sedet a dextris Dei. Illi autem profecti prædicaverunt ubique, Domino cooperante, et sermonem confirmante sequentibus signis.

En aquel tiempo, estando los once discípulos á la mesa, se les apareció Jesus, y les echó en cara su incredulidad y la dureza de su corazon, porque no habian creido á los que le habian visto resucitado. Despues de esto les dijo: Id por todo el mundo, predicad el Evangelio á todos los hombres, el que creyere y recibiere el bautismo se salvará; mas el que no creyere se condenará. Los que creyeren se darán á conocer por los milagros siguientes: arrojarán los demonios (de los cuerpos) en mi nombre; hablarán nuevas lenguas; manejarán las serpientes; y si bebieren alguna cosa capaz de quitarles la vida, no les dañará: pondrán las manos sobre los enfermos, y estos recobrarán la salud. Y despues de haberles hablado así, el Señor Jesus fué arrebatado al cielo, y allí está sentado á la diestra de Dios. Ellos pues partieron á predicar por todas partes cooperando con ellos la gracia del Señor, y confirmando lo que decian con los milagros que seguian á sus palabras.

MEDITACION.

Sobre el misterio del dia.

Punto primero. — Considera que jamás hubo triunfo, ni tampoco puede haberlo mas pomposo, mas glorioso, mas magnífico ni mas augusto que el del Salvador del mundo en su ascension al cielo. Entiéndese por esta palabra «triunfo» una ceremonia ó solemnidad decretada para honrar á un general victorioso, disponiéndole una entrada magnífica en la capital. El triunfador era conducido en un carro coronado de laurel, precedido del senado, entre las aclamaciones de la multitud de ciudadanos, que iban delante del triunfador publicando sus victorias. En esto consistia aquella fiesta célebre que se hacia en honor del conquistador, la cual deslucian siempre las lágrimas de los reyes cautivos que marchaban cargados de cadenas detrás del carro, y que interrumpian con sus gemidos los gritos de alegría y las aclamaciones del pueblo. Imágen muy imperfecta; idea indigna aun del triunfo de Jesucristo y de la que debemos tener de su gloria. Si el mérito y la gloria de la victoria depende de la cualidad y de las fuerzas de las potestades vencidas, ¿qué victoria mas gloriosa que la que Jesucristo ha conseguido de todas las potestades del infierno y de la muerte misma, á las cuales estaban sujetos todos los hombres, y de las que eran esclavos todos de cualquiera condicion que fuesen, príncipes, reyes, emperadores y conquistadores? El vencedor del infierno y de la muerte hace hoy su entrada triunfante, nó en una capital de provincia ó de un reino particular, sino en el cielo hasta el trono de Dios mismo. Nó en un carro de madera ó de metal, tirado por hombres ó por animales, sino que se eleva de la tierra por su propia virtud, y lo que le sirve de carro y de trono es una nube luminosa, milagrosa, brillantísima. Pero ¡qué acompañamiento, buen Dios! Todos los santos patriarcas, tantos reyes piadosos, y aquella multitud de elegidos que desde la creacion del mundo no esperaban en el limbo mas que la victoria de su libertador y la venida del Mesías, su muerte y su resurreccion para salir de su prision, para ser puestos en libertad y para acompañarle en su gloria. ¡Qué alegría tan pura y satisfactoria en toda aquella gloriosa tropa que le sirve de comitiva, y que rodea su carro luminoso! ¡qué cánticos de regocijo mas universales ni mas armoniosos! ¡qué himnos de gozo, qué bendiciones, qué alabanzas, que afectos de gratitud, todos á cual mas afectuosos, á cual mas sinceros, no acompañan á este divino triunfador! Pero ¿quién puede espresar, quién puede ni aun comprender todo el resplandor de su triunfo? Todo el cielo sale á su encuentro, todos los espíritus bienaventurados, todas las inteligencias celestiales, ángeles, arcángeles, tronos, potestades, querubines, serafines, todo lo que compone la córte del mismo Dios, sale á recibirle, á adorarle, á reconocerle por su rey y su soberano, y no cesan de esclamar: Señor, que habeis rescatado con vuestra sangre á todos los hombres, « vos sois digno de tomar el libro y de abrir sus sellos; digno es el Cordero, que ha sido muerto, de recibir la potestad, la divinidad, la sabiduría, la fortaleza, el honor, la gloria y la bendicion. Al que está sentado en el trono y al Cordero pertenece la bendicion, el honor, la gloria y el poder en los siglos de los siglos. » Concibamos, si es posible, toda la magnificencia, la pompa y la majestad del triunfo de Jesucristo en todo el misterio de este dia: confesemos que la propiedad mas esencial de la gloria del Salvador es la de ser incomprensible. ¡Qué santa alegría no debe producir este misterio en el corazon de un verdadero cristiano!

Punto segundo. — Considera que la ascension gloriosa del Salvador al cielo no es solamente un misterio de admiracion, es tambien un misterio de accion y de práctica. Jesucristo deja la tierra, y por esto nos indica que el cielo es nuestra única patria, y que no estamos en la tierra mas que como en un lugar de destierro. Nosotros debemos considerarnos aquí como viajeros, como estranjeros. Puesto que habiendo subido al cielo Jesucristo, está allí sentado á la diestra de su Padre, decia san Pablo á los colosenses, debemos desprendernos de la tierra para no suspirar mas que por el cielo, ni apegarnos sino al cielo. De allí debe nacer el disgusto á todas las cosas terrenas; de allí el desprecio de todo lo que lisonjea, de todo lo que brilla en el mundo, de todo lo que deslumbra. Bienes, honores, dignidades, empleos de distincion, grandes herencias, ¿qué es lo que teneis que sea sólido, que pueda satisfacer un corazon que solo Dios puede llenar? Vanidad de vanidades, esto es, cuasi nada en el mundo. Solo en el cielo es en donde podemos hallar la verdadera gloria, nuestra única felicidad. El misterio de la Ascension es un misterio de deseos: subiendo Jesucristo al cielo, nos invita á que le sigamos; donde está nuestro tesoro, allí debe estar nuestro corazon. Jesucristo es nuestra cabeza, nosotros somos sus miembros: debemos, pues, mirar el estado de separacion de él como un estado violento para nosotros. Un verdadero siervo de Dios, un verdadero fiel vive con paciencia, y muere con alegría. Jesucristo es nuestra guia, él marcha el primero, y nos manda que le sigamos; tomar otro camino es descarriarse. Este divino Salvador ha hecho todos los gastos del viaje; la gloria de que toma posesion es nuestra herencia; pero para llegar á la misma gloria que Jesucristo, es menester merecerla como Jesucristo, es necesario padecer como Jesucristo. Esto es lo que ha hecho decir á san Pablo: « Yo cumplo en mi carne lo que falta á los tormentos de Jesucristo; » esto es, lo que él quiere que yo sufra por su amor, y en satisfaccion de mis pecados, á fin de que pueda llegar á la gloria que me ha merecido con sus padecimientos, con la condicion de que yo llenaria la porcion de trabajos que me ha destinado; porque si ha sido necesario que Jesucristo padeciese para entrar en su gloria, ¿quién se atreverá á pretender la misma gloria sin padecer? no se alcanza esta gloria sino mereciéndola; pero tambien estamos seguros de que no la mereceremos sin obtenerla. Pero no toda suerte de trabajos conducen á la gloria del cielo; es preciso que sean trabajos por la justicia y por Dios; trabajos santificados por nuestra sumision á la voluntad de Dios. Todos los dias se padece por el mundo; cuesta mucho el distinguirse, el adquirir fama en el mundo; ¿y qué recompensa se recibe? ¿y nos negamos á sufrir por el cielo, no obstante que el premio de nuestros sufrimientos será la posesion de Dios mismo?

Haced, Señor, que tomando parte hoy en la gloria y en el regocijo de vuestro triunfo, participe tambien de vuestros dolores para tener algun dia parte en vuestra gloria, que ha sido el premio de ellos.

JACULATORIAS.—Atraedme, Señor, á vos por vuestra gracia, y correré á vos sin dilacion. (Cant. 1.)

Como un ciervo sediento busca la fuente en que puede satisfacer su sed; así mi alma, disgustada de esta region de lágrimas, suspira por vos, ó mi divino Salvador, que tan graciosamente me invitais á seguiros. (Psalm. 41.)

PROPÓSITOS.

1 El misterio de la Ascension es para nosotros un misterio de esperanza y de confianza. Si Jesucristo ha subido al cielo, es para trazarnos el camino, y abrirnos la entrada en él. «Yo voy,» dice, «á preparar vuestros sitios, y deseo que donde yo he de estar, esteis tambien vosotros conmigo.» El Salvador ha subido al cielo, nos ha preparado allí un lugar, desea ciertamente que le llenemos, y que estemos allí con él eternamente. ¡Qué desgracia para nosotros; pero al mismo tiempo qué malicia mas criminal, ni qué locura mas insigne que el rehusar este lugar y esta mansion dichosa! Hé aquí el sentimiento mortal y desesperante que tendríamos por toda la eternidad, si tuviésemos la desgracia de no seguirle. Tomad, pues, hoy la resolucion eficaz de seguir á Jesucristo sin apartaros jamás de él. No mireis ya la tierra sino como un lugar de vuestro destierro. Suspirad sin cesar por el cielo, y en todos los acontecimientos molestos de esta vida dirigid frecuentes miradas hácia aquella patria celestial, y consolaos pensando que nada tendreis que sufrir ni que temer en el cielo en donde se os espera.

2 Nada omitais en este dia para contribuir, por decirlo así, cuanto pudiereis al triunfo de Jesucristo, no solo con la alegría espiritual que debeis tener de verle entrar en triunfo en la mansion de su gloria, sino tambien con los actos de virtud y de misericordia que debeis ejercitar en este dia y durante la octava. Dad limosna para honrar el triunfo del Salvador. Pero imitad á los apóstoles y á los discípulos, tratando de prepararos como ellos con el retiro para recibir el Espíritu Santo. Tratad de hacerle en este tiempo. Si se da algun retiro público no falteis á él, y hacedle con cuidado; si no, hacedle vosotros mismos cada uno en particular. No hay tiempo alguno en el año que pida mas retiro ni mas recogimiento que este, ninguno que sea mas á propósito para ello. Redoblad vuestras adoraciones, y haced cuanto os sea posible para poneros en estado de recibir el Espíritu Santo que el Salvador ha prometido enviaros.

DOMINGO DESPUES DE LA ASCENSION.

El domingo comprendido dentro de la octava de la Ascension es una continuacion de la solemnidad y de la celebridad de este glorioso misterio; todo lo que se dice en el oficio y en la misa tiene relacion con él.

«Escuchad, ó Dios mio, los clamores que os dirijo» en este lugar de destierro, en donde no puedo hacer otra cosa que gemir despues que os habeis ausentado. Perdiéndoos de vista, he perdido todo mi consuelo; pero sabiendo que estais en el cielo, siento que se aumenta mi confianza. Vos sabeis la ternura de mi corazon para con un esposo tal como vos; los suspiros de una esposa tal como yo, no pueden dejar de moveros y de enterneceros. En medio de una tierra estranjera, espuesta á todos los tiros de mis enemigos, agitada sin cesar por mil borrascas, hecha presa de las mas violentas tempestades, entre el fuego de las mas furiosas persecuciones, nada temo porque vos sois todo mi auxilio, mi apoyo y mi fortaleza; vos no abandonareis jamás á vuestra amada esposa, y nunca os hareis sordo á sus ruegos y á sus votos. Mi corazon en defecto de mi voz os ha espuesto muchas veces mis peticiones: mis ojos que os buscan, como naturalmente, en mis necesidades, se han fijado en vos; yo no cesaré, Señor, de implorar vuestra asistencia. Yo no puedo contemplaros, divino Esposo mio, sino en el cielo: allí tambien es adonde se dirigen todos mis deseos; allí es donde se dirigen todas mis miradas; no aparteis de mí vuestros ojos, ni rechaceis mi corazon.

Este salmo lo compuso David en medio del mayor fuego de la persecucion. Perseguido aquel religioso príncipe acérrimamente por Saul, se mantuvo siempre intrépido en medio de los mayores peligros, apoyado en su confianza en Dios y en la seguridad que tenia de que el Señor no podia faltar á sus promesas. El Señor me instruye con sus consejos, dice, él vela en mi conservacion, ¿qué es lo que yo tengo que temer? ¿qué es lo que puede dañarme? Ninguna cosa conviene mejor á la Iglesia, que estando todavía, inmediatamente despues de la ascension del Salvador, como en la cuna, parecia tenerlo todo que temer de la nube de enemigos que la rodeaban, y que como otras tantas bestias feroces parecia que la debian tragar en su nacimiento; pero habiéndole prometido el Señor que en todos tiempos velaria por su conservacion, nada tiene que temer.

La Epístola de la misa de este dia está tomada de la primera de san Pedro, en la que este santo apóstol hace un admirable compendio de las principales virtudes cristianas. Es esta una leccion práctica á todos los fieles en que les da reglas de conducta, enseñándoles á vivir segun el espíritu de Jesucristo y las máximas del Evangelio. Esta instruccion es muy á propósito para la circunstancia del tiempo. No teniendo ya visiblemente consigo los fieles á su buen Maestro, y no habiendo descendido todavía sobre ellos el Espíritu Santo, la Iglesia suplia á los dos con los avisos espirituales que les da por medio de esta Epístola, en la cual el apóstol san Pedro exhorta á los fieles á que usen de precaucion, de sabiduría y moderacion en todas las cosas: á que insten en la oracion; que se amen entre sí; que mutuamente se correspondan con todo género de deberes de caridad y de atencion; en fin, á que cuanto les sea posible, no hablen ni obren sino por el espíritu de Dios.

Conducios prudentemente en todo, dice el santo Apóstol, y no os contenteis con orar durante el dia, pasad tambien en oracion una parte de la noche. Acababa san Pedro de decirles que la muerte, que es el fin de todas las cosas con respecto á cada uno en particular, estaba próxima. Que siendo la vida tan corta y tan incierta como es, debíamos considerar cada uno de nuestros dias como el último, y vivir en cada uno como querriamos haber vivido en aquella última hora; observad, pues, les dice, una conducta prudente y verdaderamente cristiana; sed sobrios, templados, irreprensibles y mortificados. No os adormezcais jamás en el negocio de vuestra salvacion, es demasiado importante y de muy grande consecuencia para descuidarlo, y pues que no sabeis qué dia ni á qué hora debe venir el Señor, velad sin cesar á fin de que es-

eis prontos para abrirle en el momento que llame. No ceseis de orar, y á ejemplo de nuestro Señor Jesucristo pasad tambien una parte de la noche en oracion. Este es el tiempo mas á propósito para recibir los mas grandes favores del Padre de las misericordias. Pero sobre todo, añade, tened entre vosotros una caridad mutua que nunca se resfrie, porque la caridad cubre innumerables pecados. Este fuego sagrado consume, por decirlo así, la herrumbre de nuestra alma, y sirve en gran manera para purificarla de sus manchas, alcanzándola del Señor el perdon de sus pecados. Vosotros sabeis que el precepto favorito del Salvador, y el que debe, por decirlo así, caracterizar á sus discípulos, es la caridad mutua. «Este es mi precepto, que os ameis mutuamente como yo os he amado.» Poseyendo esta virtud, puede decirse que poseeis ó que muy pronto poseereis todas las demás, porque la caridad es paciente, bondadosa, dulce, indulgente; léjos de echar en cara á su prójimo sus defectos, ni de hacer de ellos un motivo de queja ó de murmuracion, los sufre y los escusa; en lugar de publicarlos, los encubre, y querria con todo su corazon sustraerlos al conocimiento del público. La caridad no es envidiosa, no piensa mal de nadie, y hace bien á todos. Uno de los principales efectos de la caridad, continúa san Pedro, es la hospitalidad con los hermanos y con los estraños. Como todos los primeros cristianos estaban abrasados de una caridad muy pura y muy ardiente, se distinguian tanto por la hospitalidad con todo el mundo, que en los primeros siglos los mismos paganos no los designaban sino diciendo de ellos que eran gentes que recibian del modo mas caritativo y mas gracioso á todos los estranjeros. Este mismo espíritu es el que conduce á los órdenes religiosos mas antiguos que reciben aun á los pasajeros con una cordialidad tan caritativa. Añade todavía san Pedro: Sin dar muestra alguna de disgusto; para prevenir á aquellas almas naturalmente avaras é interesadas, que cuando se ofrece la ocasion ejercitan la caridad, reciben tambien á los estranjeros, hacen limosna; pero con un aire tan poco grato, con palabras tan poco obligantes, con rostro tan adusto, que se nota bien que su caridad es imperfecta y mezquina. No solo debe aparecer vuestra caridad en la parte que debeis dar á los demás en vuestros bienes temporales, sino que como buenos ecónomos de los diversos bienes espirituales con que Dios os ha favorecido, debeis comunicarlos con tanta mayor facilidad y zelo, cuanto que los bienes espirituales son mucho mas provechosos. En los primeros tiempos de la Iglesia comunicaba el Espíritu Santo sus dones sobrenaturales á cada uno de los fieles segun su voluntad; á los unos el espíritu de profecía; á otros el don de lenguas; á este el don de curar las enfermedades; á aquel el discernimiento de los espíritus; á otros, en fin, el don de consejo. Estos dones del Espíritu Santo, que se llaman gracias gratuitas, se conceden principalmente en utilidad del prójimo, y seria obrar contra la intencion del que es el autor de ellas el sepultarlas en algun modo dentro de sí mismo, y hacer inútiles unos dones que deben los hombres derramar con la misma liberalidad con que Dios se los ha comunicado; y no siendo los dueños de ellos, sino los simples dispensadores, deben emplearlos segun la voluntad de aquel de quien los han recibido.

Reduce el Apóstol todos estos dones del Espíritu Santo al ministerio de la palabra y de la accion: si alguno habla, dice, ya para esplicar los misterios divinos y las verdades del cristianismo en la predicacion, ya para instruir los neófitos ó los catecúmenos en la doctrina cristiana y en las máximas del Evangelio, ya para consolar á los hermanos en sus aflicciones, ya para hablar las lenguas ó para interpretarlas, haga todo esto como si Dios hablase por su boca. Acuérdese que no es palabra suya la que predica, sino la de Dios. Nosotros, decia san Pablo, no somos como muchos que corrompen la palabra de Dios; nosotros hablamos de parte de Dios, delante de Dios, en Jesucristo. Esta misma instruccion da aquí san Pedro á los fieles, singularmente á los que se han encargado del ministerio de la palabra de Dios. Bella leccion para los predicadores que se predican á sí mismos, y que no tienen otras miras que agradar y ser aplaudidos. Que deslumbrados con el falso brillo, con una vana elocuencia, no estudian mas que en cómo han de deslumbrar á los que deberian mover y convertir. De aquí tantos discursos floridos y tan pocas predicaciones cristianas: de aquí aquella elocuencia estudiada sin uncion y sin fruto. Si alguno está encargado de algun misterio, ejérzalo como por la virtud que Dios comunica; de suerte que Dios sea honrado en todas las cosas por Jesucristo nuestro Señor. Habla el Apóstol de los ministerios eclesiásticos en general, y aun de las obras de caridad y de los servicios que los legos pueden hacer á los pobres. Cada uno ha recibido de Dios su propio don; empléelo, pues, cada uno conforme á su vocacion y segun el órden de sus superiores. Desempeñe su ministerio con un zelo puro, ardiente y desinteresado; llene todos los deberes de él con puntualidad y con un espíritu de religion; no busque mas que la gloria de Dios sin ningun retorno sobre sí mismo; en fin, concluye el santo Apóstol, comportaos de una manera tan prudente, tan caritativa, tan irreprensible y tan cristiana, que todos los que os vieren queden edificados y alaben al Señor. La vida de un cristiano debe hacer el elogio del cristianismo; y la santidad, sobre todo de los ministros de Jesucristo, debe ser una de las pruebas mas brillantes y mas sensibles de la verdad de nuestra religion.

El Evangelio de este dia no tiene ménos relacion que la Epístola con las circunstancias del tiempo y de la festividad. Su asunto es el fin del admirable discurso que hizo el Salvador á sus apóstoles despues de la última cena.

Acababa el Hijo de Dios de hacer una descripcion razonada y circunstanciada de todo lo que habia hecho en favor de los judíos para probarles que era su Salvador y su Dios, su Rey y su Mesías; acababa de decir que les habia demostrado invenciblemente por la santidad de su vida, por la autenticidad de sus milagros, por la pureza de su doctrina y por los oráculos de los profetas, que él era el que les habia sido prometido, y que no debian esperar otro que á él; que tantas maravillas tan estraordinarias que, segun el testimonio de los profetas, estaban reservadas solo al Mesías, condenaban su ceguera, que sin esto hubiera sido perdonable: ellos me han visto, añade el Salvador, ellos me han oido en cien ocasiones, y lejos de creer en mí, y de seguirme, se han coligado contra mí y contra mi Padre; pero era necesario que cumpliesen lo que dice uno de los libros de su ley: «ellos me han aborrecido sin motivo», me han perseguido por pura malicia. Si ellos, pues, me han tratado así á mí, no debeis esperar que os traten de otra manera; pero nada temais, del cielo

os vendrá un auxilio poderoso. Yo os enviaré el Espíritu Santo para que os consuele en todas vuestras aflicciones, os fortifique en todos los combates á que os espusieren, y os defienda de las persecuciones mas violentas. Yo os enviaré este Espíritu consolador; porque él procede igualmente del Padre y de mí, y recibe de los dos, por su procesion, la divinidad, la cual no se divide en las tres personas. Cuando hubiere venido este Consolador que yo os enviaré del seno del Padre, Espíritu de verdad que procede del Padre. No añade el Salvador que procede del Padre y de mí, no obstante que sea verdad que procede igualmente del Hijo que del Padre, porque se acomoda á la manera de concebir tan grosera todavía de sus apóstoles; no hubiera hecho mas que confundir sus ideas, si en este pasaje les hubiese dicho que el Espíritu Santo procedia de él como del Padre. Habia probado bastante esta verdad en todo lo que habia dicho para establecer su divinidad, y singularmente diciéndoles que él mismo les enviaba este Espíritu consolador, daba bastante á entender en esto que, guardada la debida proporcion, el Espíritu Santo era con respecto á él, y con respecto á su Padre, lo que un hijo en órden al que lo engendró; esto es, que emanaba del uno y del otro en su manera del todo inefable, y que no es posible conocer sino con las luces del mismo Espíritu Santo. «Cuando viniere, pues, este Espíritu, dará testimonio de mí,» tanto por los prodigios que obrará, como por las luces que comunicará á los fieles sobre las verdades que os he anunciado. Convencerá á los judíos de injusticia, de infidelidad y de pecado, y á todos los hombres de mi divinidad y de mi soberano poder. Vosotros que sereis instruidos por ese divino Maestro, y que desde que yo he comenzado á darme á conocer á los hombres, habeis estado conmigo, publicareis como fieles testigos mi doctrina y mis obras por toda la tierra.

Os he prevenido todas estas cosas como necesarias para precaveros contra las persecuciones, no sea que cuando llegaren os inmuteis, y sean para vosotros ocasiones de escándalo. Os he hablado del odio que os tendrá el mundo, os he predicho todo lo que debe sucederos molesto, á fin de que esteis preparados para sostener los malos tratamientos que tendreis que sufrir. Mis enemigos, que por lo mismo lo serán vuestros, no se contentarán con arrojaros de sus sinagogas, y trataros como escomulgados, como impíos y hombres sin religion; les cegará la pasion hasta tal punto, que los que empaparen sus manos sacrílegas en vuestra sangre, creerán hacer un sacrificio agradable á Dios. Como por una obstinacion nacida de un error voluntario, y por una pura malicia que los tiene furiosos, no quieren conocer ni á mi Padre ni á mí; por esto ultrajarán cruelmente á los que como vosotros harán profesion de ser siervos fieles del Hijo y del Padre. Pero cuando los viereis mas desencadenados contra vosotros, y mas encarnizados para perderos, os bastará para no temerles el acordaros que el Maestro á quien servís os ha predicho todas estas cosas, que nada le es desconocido, y que no os ha empeñado en su servicio sin representaros todos los peligros que estaban anejos á él, y todo lo que tendriais que padecer en él. Yo he previsto todo el mal que os sucederá, y os he dicho ya que cuidaré de enviaros el Espíritu consolador que no solo os dará el ánimo y la fortaleza necesarios para sufrir todos los tormentos, sino que os hará sentir una dulce alegría en medio de todas vuestras penas. Por lo demás, os he hablado de este modo á fin de que cuando hubiere llegado el tiempo os acordeis que os he dicho todo lo que debia sucederos.

Jesucristo anuncia á sus discípulos todos los males que deben sufrir por haberse unido á él, y de este modo sabe hacérseles fieles. ¡Buen Dios! si el mundo pudiera ser tan sincero, si fuese capaz de presentar de antemano todo lo que hay que sufrir en su servicio, ¡cuán pocos sectarios tendria! Predicando así el Salvador tantas cruces á los que le sirven, daba bien á entender que en él solo consistia el hacerlos dichosos segun el siglo; preciso es, pues, que sea gloria suya y ventaja nuestra que llevemos una vida paciente, una vida crucificada: las cruces, en verdad, son amargas; pero su fruto es muy dulce.

Los griegos llaman á este dia el domingo de los trescientos diez y ocho Padres del santo concilio de Nicea, porque han elegido este dia móvil para honrar su memoria, á mas de la fiesta que hacen tambien en un dia fijo del año, que es el décimo del mes de julio.

Llámase tambien este domingo entre los latinos, y principalmente en Roma, el domingo de las Rosas, porque ordinariamente se empieza entonces á ver florecer las rosas, que se echaban en la iglesia en donde estaba la estacion de los fieles en este dia, sobre todo cuando el papa oficiaba en ella. Esta denominacion puede haber tenido tambien un motivo y un sentido mas espiritual y alegórico; tal vez se le llamaba el domingo de las Rosas, á causa de que el Evangelio promete las flores, por decirlo así, de los consuelos mas dulces, en medio de las espinas mas punzantes y mas espesas. Las rosas nacen y se dilatan en medio de las espinas; así los discípulos de Jesucristo entre las adversidades y las cruces gozan de la alegría mas pura y del placer mas esquisito.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Omnipotens sempiterne Deus, fac nos tibi semper et devotam gerere voluntatem, et Majestati tuæ sincero corde servire. Per Dominum...

O Dios omnipotente y eterno, haced por vuestra gracia que nuestro afecto y nuestra voluntad no se consagre sino á vos solo, y que sirvamos á vuestra Majestad divina con la fidelidad de un corazon sincero. Por nuestro Señor, etc.

La Epístola está tomada de la primera del apóstol san Pedro, cap. 4.

Charissimi: Estote prudentes, et vigilate in orationibus. Ante omnia autem mutuam in vobismetipsis charitatem continuam habentes: quia charitas operit multitudinem peccatorum. Hospitales invicem sine murmuratione: unusquisque, sicut accepit gratiam, in alterutrum illam administrantes, sicut boni dispensatores multiformis gratiæ Dei. Si quis loquitur, quasi sermones Dei: si quis minis-

Amadísimos hermanos, observad una conducta prudente, y velad en las oraciones. Pero sobre todo tened entre vosotros una caridad mutua, que nunca se resfrie, porque la caridad cubre un gran número de pecados. Practicad con gusto la hospitalidad los unos con los otros, sin dar muestras de que os incomodais. Pórtese cada uno con respecto á los demás, segun el don que ha recibido, como buenos ecónomos de los diversos dones de Dios. Si alguno

trat, tamquam ex virtute, quam administrat Deus, ut in omnibus honorificetur Deus per Jesum Christum Dominum nostrum.

habla, hágalo como un hombre que anuncia la palabra de Dios; si alguno está encargado de algun ministerio, ejérzalo como por la virtud que Dios comunica, de suerte que Dios sea honrado en todas las cosas por nuestro Señor Jesucristo.

Dirige san Pedro su Epístola á las iglesias de Asia, del Ponto, de Galacia, de Bitinia, que eran muy numerosas, pero que sufrian mucho de parte de los judíos incrédulos y de los gentiles; les consuela, les instruye y les anima. Cuando dice que está cerca el dia del Señor, indica con esto la próxima ruina de Jerusalen; lo que hace creer que esta Epístola se escribió en Roma entre el año 43 y 50 de Jesucristo.

REFLEXIONES.

«Si alguno habla hágalo como un hombre que anuncia la palabra de Dios.» No pretende el Apóstol que todos los fieles sean predicadores, sino que quiere que todos los predicadores sean ministros fieles de la palabra que anuncian. Pretende que todas nuestras conversaciones, todos nuestros entrenimientos, todos nuestros discursos sean cristianos. Nada mas justo, nada deberia ser mas comun: ¿qué cosa mas racional que el que un cristiano no hable como pagano, sino como cristiano? Sin embargo, ¿son edificantes todos nuestros discursos? ¿En qué se entretienen en esas frecuentes conversaciones, en esas asambleas mundanas? Si alguno habla, ¿lo hace como un hombre que anuncia la palabra de Dios? esto es, ¿tiene Dios mucha parte en todas esas conversaciones? Se pasan las horas enteras en conversar; pero ¿de qué? de mil bagatelas, y muchas veces tambien de asuntos que á muy poco tiempo se reducen á nada. Un cuento, una historia, un sueño, hé aquí lo que ocupa el descanso, por no decir la ociosidad de ciertas personas que creen tener talento, porque saben fiablar mucho sin decir nada. Qué cosa mas lamentable que las conversaciones de esas tertulias brillantes, de esas mujeres mundanas, cuyo talento se agota en los discursos mas pequeños y mas vanos. Una moda, un tocador, un adorno, una joya ocupan todos esos grandes genios. Apenas pasarian entre niños entretenimientos tan frívolos y tan vacíos. Examínese de cerca, pésese lo que forma el fondo de esas conversaciones mundanas que absorven una gran parte de la vida; ¿qué es lo que se hallará en ellas de sólido, de cristiano ni aun de racional? Si se le quita la murmuracion que es la sal de todos los miserables pasatiempos, todo lo que en ellos se dice es tan fastidioso, tan lánguido, tan pueril, que costaria trabajo creer, si no se viera, que gentes de razon fueran capaces de ocuparse de tantas inutilidades. Ah Señor, si se ha de dar cuenta de la menor palabra ociosa que se hubiera dicho, ¿qué cuenta habrá que dar de tantos discursos y entretenimientos tan poco cristianos? «De lo que abunda el corazon habla la boca. (Matth. 12.)» Seria, pues, muy estraño que se hablase bien cuando se vive mal. La lengua no solo da á conocer el país de donde uno es, sino tambien el vicio que tiene. ¿No senos oye jamás hablar de otra cosa que de bagatelas, de placeres, de adornos, de negocios del mundo? señal que nuestro corazon está lleno del amor del siglo. Llenémosle del amor de Dios, hagamosle por este medio el mas rico en verdaderos tesoros. No cuesta trabajo hablar de Dios, entretenerse con Dios, cuando se le ama. Un corazon lleno del mundo, y ocupado de los deseos terrenos, se seca muy pronto luego que se habla de Dios.

El Evangelio de la misa está tomado del de san Juan, capítulos 15 y 16.

In illo tempore: Dixit Jesus discipulis suis: Cum venerit Paraclitus, quem ego mittam vobis a Patre, Spiritum veritatis, qui a Patre procedit, ille testimonium perhibebit de me: et vos testimonium perhibebitis, quia ab initio mecum estis. Hæc locutus sum vobis, ut non scandalizemini. Absque synagogis facient vos: sed venit hora, ut omnis, qui interfecit vos, arbitretur obsequium se præstare Deo. Et hæc facient vobis, quia non noverunt Patrem, neque me. Sed hæc locutus sum vobis, ut cum venerit hora eorum, reminiscamini, quia ego dixi vobis.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Cuando viniere el Consolador que yo os enviaré del seno del Padre, el que es el Espíritu de verdad, que procede del Padre, dará testimonio de mí, y vosotros tambien dareis testimonio porque habeis estado conmigo desde el principio. Os he hablado de este modo, á fin de que no os escandalicéis. Os pondrán fuera de las sinagogas; y se acerca tambien el tiempo en que cualquiera que os hiciere perecer, se imaginará que hace un servicio á Dios. Y obrarán asi con vosotros, porque no conocen ni á mi Padre ni á mí: mas yo os he hablado de este modo para que cuando llegare el tiempo os acordeis que os he dicho estas cosas.

MEDITACION.

De las contradicciones y pruebas á que están espuestos los buenos.

Punto primero. — Considera que es necesario que nos persuadamos que no puede dejar de cumplirse la palabra de Jesucristo: Discípulos mios, vosotros sereis maltratados, y aun se creerá que maltratándoos se hará un servicio á Dios. Aunque esta verdad se verifica todos los dias, no deja, sin embargo, de sorprender. Que el desarreglo de las costumbres escite la indignacion y la persecucion contra los libertinos; que una devocion fingida devuelva todos los humores, y encienda la bilis de todo el mundo; nada hay que sea mas justo. Los impios y los hipócritas son objetos del odio de Dios y de la aversion de los hombres de bien; pero que se rebelen tambien contra la verdadera piedad, y que la piedad cristiana sufra una especie de persecucion en medio mismo del cristianismo, son estos unos hechos que solo la esperiencia hace creibles, y que parecen opuestos á la religion, igualmente que á la razon y al buen sentido. Sin embargo, nada hay mas comun ni mas ordinario. Parece que desde que uno hace profesion de piedad, desde que se declara por la devocion, desde que se muestra siervo fiel del Señor, se hace el blanco de la malignidad del corazon humano, de las zumbas de los indevotos, de la envidia misma de los ménos desarreglados, de la persecucion de los mundanos, y muchas veces hasta de la calumnia. Pondéranse los mas pe-

queños defectos; interprétanse en mala parte las mejores acciones; se nos acusa de orgullo y de singularidad, inmediatamente que se advierte que somos mas regulares, mas reservados, mas virtuosos que los demás. ¿Es uno observador fervoroso de la ley, tiene un fondo sólido de piedad, es verdaderamente declarado siervo de Dios? Todos le huyen, mírasele como un censor incómodo de las irregularidades de otro. Por mas aislado que esté, por mas caritativo, modesto, humilde y piadoso que aparezca; la misma virtud que se reconoce en él, enardece á los mas tímidos para que digan mal de él. Cada cual conspira á mortificarle; imagínase que se hace un servicio á Dios, hartándole de sinsabores. ¿Murmúrase de una persona devota? Todos lo aplauden. ¿Preséntase en una sociedad de donde no le permite ausentarse el deber de la buena crianza? Escandalízanse de él. ¿Destiérrase de las partidas de diversion que el Evangelio proscribe, y en donde reina el espíritu del mundo? gradúasele de salvaje y enemigo de toda sociedad. ¡Cosa estraña! Hasta el aprecio que se hace de los buenos, es muchas veces una ocasion para ellos de nuevas pruebas. ¿Reconócese en una comunidad una persona de una piedad singular, esto es, mas humilde, mas mortificada que las otras, pronta á someterse á todo sin réplica? ya puede atenerse á todos los desahogos del desprecio. Si hay algo penoso y desagradable, si los imperfectos rehusan algun empleo, cargará sobre él. La idea que se tiene de su mortificacion hace que se considere poco su virtud. Tiénense consideraciones infinitas con los imperfectos y los indevotos, y Dios permite que apenas las haya para los mas virtuosos. A un hombre de buena voluntad se le sobrecarga con frecuencia, mientras que los que no quieren hacer mas de lo que se les antoja están ociosos, y en su ociosidad critican á su placer todo lo que hacen los que trabajan. El amor propio padece en una suerte tan desigual; pero la virtud saca en ello su partido, y por mas incómoda que sea esta distincion, hace, no obstante, honor á la piedad. No hay razon para declarar contra esta injusticia aparente. ¿Puede hacérsenos mas honor en el mundo que ponernos al nivel, por decirlo así, con Jesucristo? Si el Señor ha sido tratado de este modo, ¿tiene derecho el siervo para quejarse de que se le trate como á su Señor? Toda virtud aplaudida es muy sospechosa. «Los que quisieren vivir piadosamente en Jesucristo serán perseguidos.» Es menester que se verifique este oráculo. Deberíamos mas bien quejarnos cuando no tuviéramos parte en él.

Punto segundo.—Considera que si las persecuciones son amargas, el fruto de ellas es muy dulce. Es un fuego que purifica, y que consumiendo las horruras del oro le pone mas brillante. A la verdad, cuesta vencerse en estas ocasiones y callar. Cien razones, todas á cual mas plausibles, se agolpan en apoyo del amor propio, y la vivacidad de nuestro espíritu fatiga mas que la malicia del espíritu de otro. Verdad es que muchas veces la moderacion de las personas virtuosas hace á los libertinos mas atrevidos para criticar y morder. Estas almas cobardes abusan de la mansedumbre y de la paciencia de las personas virtuosas para satisfacer los deseos de sus corazones malvados; con facilidad se echa de ver alguna vez que una respuesta viva, acompañada de un poco de hiel, libraria para siempre de la persecucion; una palabra á punto aterraria á los imperfectos; pero esto seria herir la virtud, maltratando á su adversario. El silencio mismo parece que agravia á la virtud, puesto que la hace presa de la murmuracion. Todas estas razones son plausibles; sin embargo, Dios quiere que se haga el sacrificio; cuesta mucho el callar, y no es pequeña victoria el no deferir á todas estas razones. Pero ¡qué de desgracias, buen Dios, son siempre el fruto de esta victoria! Un silencio exacto, una paciencia manejada entonces con prudencia sirven maravillosamente á la piedad. Dejemos á Dios la justificacion de sus siervos; no se perderá uno solo de sus cabellos, Dios se encarga de defenderlos. ¿Quién tenia mas razon y mas interés en justificarse que Jesucristo? Sin embargo, no dijo una palabra para ello. ¡Buen Dios! qué bella leccion es para mí, y para todos los que sufren en vuestro servicio, vuestro silencio en medio del fuego de la mas violenta y la mas injusta de las persecuciones! Nos seria fácil confundir á todos nuestros enemigos; parece aun que seria gloria nuestra el hacer brillar nuestra inocencia, y aniquilar á todos los que con las mas negras calumnias se esfuerzan en desacreditarnos. Pero el Hijo único de Dios, el Redentor del género humano, el autor de una nueva religion tan pura, tan divina, tan santa, el Rey del universo, el Mesías, Jesucristo calla, Jesucristo sufre sin decir una palabra; y despues de esto, ¿clamaremos contra la justicia de los que nos maltratan? Este silencio tan instructivo, esta paciencia tan heroica es la que ha enseñado á callar á tantos santos; ella es la que ha movido á pedir á Dios tan de corazon por sus perseguidores, como por los que les hacian los servicios mas importantes. ¿Y cuándo harán impresion en nosotros estos ejemplos.

Desde ahora, Señor, estoy ya resuelto á mirar todas estas pequeñas contradicciones como otros tantos favores de un precio inestimable. Haced, ó Dios mio, que mis resoluciones sean eficaces, y que me crea dichoso por ser tratado como vos lo habeis sido.

Jaculatorias.—Levantaos, Señor, y no dejeis que tome cuerpo la insolencia de vuestros enemigos. (Psalm. 9.)

El pobre desahuciado de todo el mundo pone en vos, ó Dios mio, toda su confianza, y halla en vos una proteccion que le indemniza bien de todo lo que ha sufrido de los hombres. (Psalm. 9.)

PROPÓSITOS.

1 ¿Habeis tomado el partido de servir á Dios sin consideracion y sin reserva? dice el Eclesiástico, esperad muchas y crudas pruebas: porque no se espera segun se debia, por eso se sienten algo mas. Es un error el mirar las contradicciones, los amargos sinsabores que se hallan en el camino de la perfeccion como obstáculos pesados que hacen el camino mas malo, ó á lo menos mas difícil. Son espinas que sirven de vallado, y que rechazan todo lo que es enemigo y que puede dañar. Guardaos bien de temer lo que puede la virtud, lo que la alimenta, y lo que hace honor. Mirad esos sinsabores, esas zumbas, esos desprecios que hacen de vosotros los que odian mas vuestra virtud que vuestra persona; mirad, repito, las pequeñas mortificaciones que os procuran como un beneficio insigne que os hacen, é imponeos una ley de no quejaros nunca de él.

2 Es una cobardía criminal y aun indigna de un hombre de bien el omitir el bien y la práctica de la virtud, temiendo las burlas de los libertinos y de los mundanos. Guardaos bien de justificaros ó de quejaros. Esto seria lo

mismo que si alguno se acalorase mucho para mostrar que no es un defecto reprensible el tener una nariz y dos ojos. En estos lances guardad un profundo silencio; perseverad en vuestros ejercicios de piedad sin decir una palabra; conducios siempre en ella por un motivo puro, y practicadla del modo mas perfecto. No despreciéis las burlas de los mundanos por orgullo, pero no hagais caso de ellas sino por virtud. Tener demasiada sensibilidad en esto es señal de una virtud muy débil, y muchas veces aun de una virtud falsa.

DOMINGO DE PENTECOSTES.

La fiesta de Pentecostés cristiana fué figurada por la de Pentecostés judaica. Es la única, con la de la Pascua, cuyo verdadero orígen encontramos en el antiguo testamento, y cuya institucion inmediata, por consiguiente, podemos atribuir al mismo Dios que mandó celebrar la Pascua y la de Pentecostés á su pueblo, como las dos principales solemnidades del culto religioso que debia tributarle.

La fiesta de Pentecostés, dice Eusebio, es la mas grande de todas las del año. En efecto, ella es la perfeccion de la grande obra de la redencion, la consumacion de todos los misterios de la religion, la publicacion solemne de la nueva ley, y como el último sello de la nueva alianza. El Espíritu Santo ha sido enviado, dice san Agustin, á fin de que la virtud de este mismo Espíritu consumase la obra que el Salvador habia comenzado, para que conservase lo que el Salvador habia adquirido, y para que acabase de santificar lo que el Salvador habia rescatado.

Entre todas las criaturas no hay ninguna, dicen los Padres, que haya llamado mas la atencion de Dios, por decirlo así, ni que le haya costado tanto como el hombre. Diríase que todas las tres Personas divinas se han complacido en perfeccionarle y hacerle admirable, y hacerse admirar ellas mismas en esta obra maestra. El Padre le bosquejó, si podemos esplicarnos de este modo, criándole; el Hijo le perfeccionó rescatándole; y el Espíritu Santo le ha concluido santificándole. El Padre formando al hombre, dice un piadoso orador cristiano, le dió la razon para conocer, el apetito para amar, la libertad para obrar con mérito; el Hijo reformando á este mismo hombre, le ha dado la fé para conducir su razon, la caridad para rectificar su apetito, la gracia para fortificar su libertad; y el Espíritu Santo para dar las últimas pinceladas á esta obra, añade la inteligencia á la fé, el ardor y el zelo á la caridad, y la fortaleza y la magnanimidad á la gracia: de suerte que puede decirse que el Padre nos ha hecho hombres; que por Jesucristo hemos llegado á ser cristianos; y que el Espíritu Santo es el que nos hace santos, y en esto es, en algun modo, en lo que estriba todo el fondo de este gran misterio.

La descension del Espíritu Santo sobre los apóstoles, que es el motivo de la solemnidad de este dia, es propiamente la fiesta de la consumacion de todos los misterios de la religion; la época célebre de la publicacion de la ley y del establecimiento de la Iglesia. Esta Iglesia habia sido formada por Jesucristo ántes de su ascension al cielo; pero estaba todavía, por decirlo así, en la cuna durante los diez dias, en los que los apostoles y los discípulos estaban encerrados en el cenáculo; hasta el dia de Pentecostés no se mostró por primera vez al público esta esposa de Jesucristo; en aquel dia tomó como posesion de la herencia prometida á los descendientes de Abraham, y entró en todos los derechos que habia perdido la sinagoga, y en todas las prerogativas que el Salvador la habia concedido. Justo, pues, era que fuese una de las mas solemnes. No se duda, segun se ha dicho, que los mismos apóstoles la hayan instituido por sí mismos entre los primeros fieles, por el interés que tenian de no dejar en el olvido un acontecimiento tan glorioso para ellos y tan ventajoso para la Iglesia: san Lucas refiere la ansia que tenia san Pablo de hallarse en Jerusalen para celebrar la fiesta de Pentecostés; es muy probable que seria la Pentecostés cristiana, puesto que no se ve que los apóstoles hayan celebrado las fiestas de los judíos.

Nunca hubo una analogía mas perfecta entre la figura y la realidad que la que se halla entre la fiesta de Pentecostés de los judíos y la de los cristianos. La primera fué prescrita para el dia quincuagésimo despues de la ceremonia de la Pascua ó del cordero pascual; y la segunda se celebra el dia quincuagésimo despues de Pascua. Aquella fué, segun los Padres, la publicacion de la ley de Dios, hecha sobre la montaña del Sinaí, el dia quincuagésimo, entre el ruido de los truenos, de los relámpagos y de las trompetas, que fué el motivo principal de la Pentecostés judaica: esta es la publicacion de la ley nueva, dada á los apóstoles por el Espíritu de verdad al cabo del mismo número de dias, entre el ruido de un viento impetuoso y entre el brillo relumbrante de una exhalacion inflamada, que es lo que hace el principal objeto de la fiesta de Pentecostés de los cristianos. San Agustin prueba por la misma Escritura, que el dia de Pentecostés, esto es, el quincuagésimo despues de Pascua, fué el en que se dió á Moisés la ley de Dios sobre la montaña del Sinaí. En el dia de Pentecostés fué cuando se cumplió la promesa que Dios habia hecho en otro tiempo por el profeta Jeremías, cuando dijo que nos daria una nueva ley mucho mas perfecta que la primera, que tantas veces habia sido violada. Pero hé aquí la nueva alianza que, cuando llegare el tiempo, haré yo con la casa de Israel. No la escribiré en tablas de piedra; la imprimiré, la escribiré yo mismo en el corazon. No se me servirá ya con un temor servil, sino por amor: yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. El profeta Ezequiel anuncia tambien, y espresa este gran misterio en términos todavía mas claros y mas precisos: Derramaré, dice el Señor, sobre vosotros una agua pura, y quedareis purificados de todas vuestras inmundicias: alude á las diferentes aspersiones usadas entre los judíos, las cuales purificaban de las inmundicias legales, y eran figuras del bautismo y de la penitencia, que nos lavan de nuestras iniquidades en virtud del mérito de la sangre de Jesucristo, y por la aspersion invisible del Espíritu Santo y de su gracia. Entonces os daré un corazon nuevo y pondré un espíritu nuevo en medio de vosotros; os quitaré ese corazon de piedra, ese corazon duro, ingrato, indócil; os daré un corazon flexible, dócil, reconocido; os daré, en fin, mi espíritu, y entonces os agradará mi ley, y marchareis con alegría por el camino de mis preceptos: nada se os hará difícil en mi servicio, y guardareis mis mandamientos con fidelidad y con alegría. Todas estas predicciones se han verificado exactamente, y se han cumplido tan visiblemente estas promesas en el dia de Pentecostés por la venida del Espíritu Santo, que no se nece-

sitan, al parecer, mas que las luces de la razon para quedar convencidos de la publicidad y de la verdad de este gran misterio, el cual se ha cumplido de la manera siguiente.

Habiendo llevado el Salvador á sus apóstoles y discípulos al monte de los Olivos el dia de su gloriosa ascension para que fuesen testigos de su triunfo, les prometió que les enviaria el Espíritu consolador, el cual derramaria sobre ellos todos sus dones, que quedarian llenos de ellos, y entonces comprenderian todas las verdades que les habia enseñado. Que abrasados entonces con este fuego divino, iluminados con las luces mas puras de la gracia, se verian animados de un valor que no conocian, de una fortaleza que les haria sobrepujar sin trabajo todos los obstáculos. Que predicarian con una santa libertad y un resultado maravilloso su nombre y su Evangelio en medio de Jerusalen, en toda la Judea, la Samaria y en toda la tierra. Pero que para prepararse á recibir un don tan grande del cielo, les mandaba que fuésen á encerrarse en Jerusalen, y que pasasen allí los diez dias que restaban en retiro y en oracion. Ejecutóse esta órden religiosamente y con puntualidad. Habiendo subido Jesucristo al cielo del modo que hemos dicho en el dia de la Ascension, se retiraron á Jerusalen, y se encerraron en una gran casa que habian elegido para lugar de su retiro todos los once apóstoles y los demás discípulos en número de ciento y veinte en que consistia entonces toda la Iglesia, teniendo á su cabeza á la santísima Vírgen, la cual constituia entonces todo su consuelo. El paraje mas santo de aquella casa era el cenáculo, que era una gran sala en un lugar retirado en lo mas alto de la casa, léjos del tumulto y á propósito para hacer oracion. Esta sala fué la primera iglesia de los cristianos en donde celebraban sus asambleas, en una de las cuales se resolvió llenar en el colegio apostólico la plaza vacante por la apostasía y por la muerte del traidor Judas, habiendo quedado elegido san Matías para llenarla.

«Habiendo llegado el dia de Pentecostés.» Era esta una de las tres principales fiestas de los judíos. En aquel dia ofrecian á Dios panes hechos con los primeros frutos de la nueva cosecha. Llamábase esta fiesta «Pentecostés ó quincuagésimo dia,» porque se celebraba el dia quincuagésimo despues de la fiesta de Pascua, como ya se ha dicho, en memoria de haber dado Dios su ley sobre el monte Sinaí, cincuenta dias despues de la primera Pascua y la salida de Egipto. Hallábanse reunidos todos los discípulos con la Madre de Dios en el sitio en donde acostumbraban á hacer su oracion, á las nueve de la mañana. En medio de su oracion se oyó repentinamente un gran ruido, como de un viento impetuoso, que hizo temblar toda la casa, el cual se oyó en toda la poblacion. Este ruido, este viento, esta impresion sensible eran símbolos de la presencia de la divinidad, como en otro tiempo en el Sinaí los truenos, los relámpagos y la montaña que humeaba manifestaban la majestad de Dios que en cierto modo se sensibilizaba á todo el pueblo. Mas prodigioso aun fué lo que sucedió al mismo tiempo. El viento ó turbillon que venia del cielo fué acompañado de una especie de globo de fuego, cuyas llamas separándose repentinamente en forma de lenguas de fuego se esparcieron sobre toda aquella santa congregacion, y se fijaron sobre la cabeza de cada uno de ellos. No era un fuego real y material, solo eran signos esteriores y apariencias sensibles de los efectos que el Espíritu Santo producia interiormente en cada uno de los discípulos, y que debia producir en el corazon de los primeros fieles llenándolos de sus dones. En efecto, todos los apóstoles y discípulos llenos del Espíritu Santo se sintieron en el mismo instante abrasados todos de aquel fuego divino, ilustrados con luces sobrenaturales que les daban una inteligencia perfecta de los misterios mas altos y de las verdades mas sublimes, animados de un valor y de un santo atrevimiento desconocido para ellos; en fin, como mudados de pronto en otros hombres.

Jerusalen estaba entonces llena de un gran número de judíos, que de todas partes habian concurrido allí para solemnizar las fiestas de Pentecostés; pues aunque la distancia de los lugares pudiera dispensarles de hallarse en Jerusalen, aun en los dias de las grandes festividades, habia, sin embargo, muchos á quienes traia á ellas su piedad y devocion, y aun por esto les llama la Escritura « viri religiosi : » hombres afectos á la religion. Estos judíos forasteros se unieron á los de la ciudad, y acudieron al ruido que habian oido, de modo que el cenáculo ó la casa se vió muy pronto rodeada de una multitud cuasi infinita de gentes de toda suerte de naciones. Los apóstoles, que no deseaban mas que comunicar el fuego divino de que estaba su corazon abrasado, no esperaron á que les sacasen de su retiro, ellos mismos se presentaron delante de todo aquel pueblo allí reunido, el cual quedó estraordinariamente sorprendido al ver á aquellos pobres pescadores, que apenas sabian la lengua del pais, gentes idiotas, estúpidas y groseras, predicar públicamente á Jesucristo con un valor, una elocuencia y una uncion, que movia á todo el mundo; creció mucho mas el asombro, cuando todos aquellos diferentes pueblos, de un idioma tan diverso cada uno, advirtieron que cada uno les entendia, no obstante que no hablaban mas que una sola lengua, que era la siríaca. El don de lenguas que entonces recibieron todos los que habian recibido el Espíritu Santo, consistia en que podian entender y hablar las diferentes de los pueblos con quienes debian tratar; y lo que hay aun mas portentoso es que hablando ellos una sola lengua les entendian todos los diferentes pueblos que les escuchaban, de modo que cada uno creia que hablaban la lengua de su pais, sin que hablasen mas que la suya que era la siríaca. Verificáronse, pues, entonces dos milagros en los apóstoles, el uno que hablasen en griego, en persa y en romano, cuando hablaban á un griego, á un persa ó á un romano en particular : el otro, que hablando á todos estos diferentes pueblos en general, cada uno de ellos les oia hablar su lengua, no obstante que en realidad no hablaban entonces mas que la nativa suya. Esto fué lo que asombró á aquella multitud, y lo que les obligó á esclamar en medio de su asombro : ¿ Qué es esto? ¡ Jamás se ha visto cosa semejante! « ¿Estas gentes no son todos galileos? ¿Cómo, pues, les oimos hablar la lengua de nuestro pais? » Nosotros, á la verdad, todos somos judíos, si no de nacimiento, al ménos de religion; pero de pais y de idioma somos muy diversos : los unos son partos, los otros medos, muchos son persas, los hay de Mesopotamia, de Judea, de Capadocia, de la provincia del Ponto, de la Asia menor, de Frigia, de Panfilia, de Egipto y de la Libia que está próxima á Cirene; muchos han venido hasta de Roma; algunos de la isla de Creta ó de la Arabia; pero todos cuantos estamos aquí, ya judíos naturales, ya prosélitos, esto

es, gentiles que han abrazado el judaismo, les hemos oido, cada uno en nuestra lengua, exaltar y publicar las maravillas incomprensibles que Dios ha hecho, y de que no habíamos oido nunca hablar. Tan grande fué su sorpresa, que se miraban unos á otros, y poseidos de una admiracion que les embargaba, se preguntaban: ¿Qué quiere decir todo esto?

Habiendo advertido san Pedro la estrañeza que esta maravilla causaba en todos los ánimos, levantó la voz para que todos le oyesen; y como vicario de Jesucristo y cabeza visible de la Iglesia comenzó á desenvolver el misterio que se cumplia: Vosotros todos, les dice, que os gloriais de haber nacido judíos ó que habeis abrazado el judaismo, y que estais hoy reunidos en Jerusalen, escuchadme. La causa de estas maravillas de que sois testigos, y que os causan tanta admiracion, no es lo que algunos de vosotros piensan; lo que tanto admirais en nosotros, todo lo que acabais de oir no es un efecto de embriaguez; vosotros sabeis que en los dias festivos, como es el que celebramos, no nos es permitido beber ni comer ántes del medio dia, y todavía no son mas que las nueve. Sabed, pues, que aquí se cumple la promesa que el Señor habia hecho á su pueblo por su profeta Joel, de què en los últimos tiempos haria que descendiese su Espíritu sobre toda carne, sobre sus siervos y siervas; que les daria el don de profecía, el de milagros, y que les colmaria de sus dones (los términos profecía, sueño, vision, significan aquí en general todo género de revelaciones y de dones particulares del Espíritu Santo): todo esto acaba de cumplirse en la persona de aquellos en quienes acabais de admirar tantas maravillas. En seguida, aprovechándose el santo Apóstol de la disposicion en que se hallaba el pueblo, y de la atencion con que se le escuchaba, les hizo un discurso tan sólido, tan enérgico, tan patético, que no se sabia si el que hablaba era un hombre, ó era un ángel. Prueba en él sobre todo la divinidad de Jesucristo de la manera mas eficaz del mundo; les dice todo cuanto es capaz de persuadirla á los mas incrédulos, recorre todas las pruebas, la establece sobre el testimonio de los profetas, y su raciocinio no admite réplica. No disimula su felonía y su deicidio en la persona de su Salvador, del verdadero Mesías á quien han crucificado; demuestra su gloriosa y triunfante resurreccion; en la Escritura santa encuentra toda la historia evangélica hasta la descension del Espíritu Santo: en ella halla todas las circunstancias de que está acompañado este último misterio, hace valer los textos que cita, desenvuelve el verdadero sentido de las figuras que refiere, descubre el sentido que encierran oculto, apoya su esplicacion con raciocinios tan fuertes, tan concluyentes y tan justos que se diria que habia envejecido en el estudio de los libros santos, y que se habia formado por un largo uso en el ejercicio de hablar y de discurrir, segun todas las reglas de la elocuencia. Aun cuando no hubiera habido otra maravilla que esta en el misterio de este dia, hubiera sido suficientemente para convencer á los espíritus mas incrédulos.

Pedro, aquel pobre pescador, aquel hombre tan ignorante y tan grosero, que jamás supo otra cosa que manejar unas redes, que casi ha envejecido en una barca y en la pesca; aquel apóstol tímido y cobarde hasta negar á su buen Maestro á la sola reconvencion de una criada ó de un criado: Juan, Santiago, Bartolomé, Tomás, Andrés y todos los demás apóstoles de una condicion tan vil, de un talento tan craso, de una ignorancia todavía mas crasa, convertirse en el momento que han recibido el Espíritu Santo en los doctores mas profundos y mas ilustrados, en los predicadores mas persuasivos y mas elocuentes, en los héroes mas magnánimos de toda la antigüedad, en los oráculos del mundo; tan penetrados de las luces de Dios, y tan consumados en la ciencia del reino de Dios, como habian sido hasta entonces ignorantes, llenos de errores é incrédulos. ¿No fué en verdad una mutacion de la mano del Altísimo, el verlos en Jerusalen predicando verdades que habian hecho profesion no solo de no creer, sino de contradecir, mientras que no hubieron recibido el Espíritu Santo? ¿Qué trabajo no le costó al divino Maestro para hacerles entender la doctrina celestial que habia venido á establecer sobre la tierra, á pesar del cuidado que puso para darles una inteligencia perfecta de ella? todo lo que miraba á su divina persona era aun oscuro para ellos; su humildad les chocaba, su cruz era para ellos un escándalo, no concebian nada de sus promesas; en lugar de la verdadera redencion que debian esperar de él, se figuraban una quimérica, esto es, una redencion temporal, cuya vana esperanza les seducia. Hé aquí quiénes eran estos hombres groseros, ignorantes y carnales ántes de haber recibido el Espíritu Santo. Sí, dice san Juan Crisóstomo, estos son los sugetos que elige el Espíritu Santo para hacer de ellos los doctores de la religion y los oráculos del mundo; de este carácter era menester que fuesen. Si hubieran sido ménos idiotas y ménos groseros, no hubieran ofrecido una prueba tan brillante y tan convincente de la divinidad de Jesucristo, de la virtud omnipotente del Espíritu Santo, de la verdad y de la autenticidad de nuestra religion, y de la santidad y de la veracidad de su doctrina.

Así es que esta maravilla hizo desde luego tanta impresion en los ánimos, que el fruto de esta primera predicacion de san Pedro fué la conversion de tres mil personas. Nadie ignora los prodigios admirables que siguieron á este. ¡Qué de milagros y qué de conversiones milagrosas en medio mismo de Jerusalen! ¡Qué de portentos en toda la Judea, la Samaria y en todo el mundo consiguientes á la palabra de Jesucristo! Eran menester milagros para establecer la Iglesia de Jesucristo: no faltarán tampoco milagros en todos tiempos en esta Iglesia; pero ¿no puede decirse que el establecimiento y duracion de esta misma Iglesia es un milagro subsistente, el mas grande, el mas patente y el mas convincente de todos los milagros?

Doce pobres pescadores, tales como acaban de pintarse, sin armas, sin dinero, sin apoyo, forman el designio de establecer en todo el mundo una nueva religion, y comenzar destruyendo y proscribiendo todas las demás religiones de todo el mundo. Propónense el hacer adorar en toda la tierra no mas que á un solo Dios en tres personas, esto es, tres personas realmente distintas, cada una Dios como la otra, sin que haya ni pueda haber mas que un solo Dios: hacer creer que este Dios se habia hecho hombre, que habia muerto en una cruz para rescatar á los hombres, que habiendo resucitado al tercero dia, cuarenta dias despues habia subido al cielo, de donde debia volver aun al fin de los siglos para juzgar á todos los hombres, recompensando con una felicidad eterna á los que habiendo creido todas estas verdades y observado sus mandamien-

tos hubiesen muerto en su gracia, y para castigar con el mas horrible y el mas inimaginable de todos los suplicios por toda la eternidad á los que hubieren muerto en estado de pecado mortal. Si á lo ménos á esta incomprensibilidad de los dogmas se hubiesen propuesto agregar una moral dulce, sensual, voluptuosa, acomodada á los sentidos, y tan carnal como la que reinaba tantos siglos habia en todo el universo, hubiera podido creerse que se hallarian gentes que hubieran dicho: Déjesenos vivir como queramos, y nosotros creeremos todo lo que se quisiere. Pero la moral que han resuelto hacer abrazar es, á la verdad, la mas santa que puede imaginarse, la mas pura, la mas racional; pero al mismo tiempo la mas austera, la mas contraria al amor propio, la mas enemiga de la sensualidad y de los sentidos. Los hombres son naturalmente soberbios, y esta nueva religion quiere que el fundamento del edificio espiritual en todos los que la sigan, sea la humildad mas profunda. Los hombres son carnales, naturalmente entregados á sus pasiones, esclavos de su amor propio, y todos nacen con la inclinacion al pecado; son naturalmente afeminados, voluptuosos, interesados, vengativos, coléricos; la nueva moral exige una mortificacion continua, una pureza sin mancha, un desinterés perfecto, una caridad universal, compasiva, benéfica, una dulzura y una paciencia que se estienda hasta perdonar de todo corazon las injurias mas atroces; exige, en fin, esta moral una vida en todo santa, siempre crucificada, jamás indulgente con los sentidos, con el amor propio, ni con la menor de las pasiones. Decir, pues, que doce pobres pescadores, los mas ignorantes, los mas desnudos de todos los talentos, los mas viles, los mas despreciables de todos los hombres se proponen hacer creer todo esto, hacer abrazar todo esto; y ¿á quiénes? á los romanos, á los griegos, á los escitas, á los persas, á los indios, á los egipcios, á los africanos, á los galos, en una palabra, á todos los pueblos de la tierra habitable; esta sola proposicion hace reir, y parece á la razon sola una estravagancia lastimosa, una locura que da compasion. Sin embargo, este designio que formaron los apóstoles desde el dia mismo de Pentecostés, por mas estravagante, por mas imposible que entonces pareciera, se ha ejecutado, y nosotros vemos el milagro. Todos estos pueblos han creido, han abrazado esta ley santa, se han sometido á esta moral austera, á pesar de la corrupcion del corazon humano, sin embargo del orgullo del espíritu, no obstante todas las preocupaciones del interés y del nacimiento. La religion cristiana ha visto espirar el paganismo en medio de los fuegos que por todas partes se encendian para esterminar á los cristianos. La sangre de mas de diez y seis millones de mártires ha sido como la semilla de los fieles. No solo han abrazado la fé las ciudades, hasta los mas vastos desiertos se han poblado de santos anacoretas. La cruz se ha plantado hasta sobre la corona de los emperadores, y ha hecho su mas bello ornamento. Despues de esto ¿se buscará ó se pedirá un milagro mayor? Este milagro es permanente, él subsistirá hasta la consumacion de los siglos, y este milagro es el efecto maravilloso de la descension del Espíritu Santo en este dia. Tal ha sido la virtud del misterio que celebramos, tal el fruto de la fiesta de Pentecostés. ¿Estrañaremos que la Iglesia la celebre con tanta solemnidad, y que con Eusebio la haya llamado con razon la mas grande de todas las festividades del año?

El introito de la misa de este dia es como el compendio de todo este gran misterio. Está tomado del primer capítulo del libro de la Sabiduría, y no hay cosa mas clara ni mas espresiva. «El Espíritu Santo del Señor,» dice, «ha llenado todo el universo: y como él contiene en sí todas las cosas, tiene la inteligencia de todas ellas, y sobre todo de todas las lenguas;» y este don milagroso es el que ha comunicado á todos aquellos sobre quienes descendió, y á quienes llenó en este dia de sus dones. Bendigamos sin cesar á la Trinidad adorable, y démosla eternas gracias por un beneficio tan grande; bendigamos al Padre de quien procede este Espíritu Santo, al Hijo que nos le ha enviado, al mismo Espíritu Santo que se ha dignado llenar hoy á todos los apóstoles y á todos los discípulos, y que anima todavía á toda la Iglesia y la animará en todos tiempos. «Levántese Dios,» prosigue, «y disipense sus enemigos;» muéstrese este Dios omnipotente, «y huyan delante de él los que rehusan obedecerle, y sacuden el yugo de sus leyes.» Es este el principio del salmo 27, el cual debe entenderse de la venida de Jesucristo ó del Espíritu Santo, de sus victorias, de los misterios cumplidos en la persona del Salvador y del establecimiento de la Iglesia por sus apóstoles. Hace relacion en él el profeta de diversos prodigios del antiguo Testamento, que fueron la figura de lo que debia suceder en el nuevo. Ninguna cosa podia convenir mejor á la festividad.

La Epístola del dia contiene la historia del misterio, segun que acabamos de contarla; y el Evangelio está tomado del discurso que Jesucristo hizo á sus apóstoles la víspera de su muerte despues de la última cena, como lo refiere san Juan. «Si alguno me ama, dice el Salvador, pondrá en práctica mi palabra: mi Padre le amará, le visitaremos y estableceremos en él nuestra morada.» Acababa de hacer el Salvador un admirable discurso á sus apóstoles para prevenirles en órden á la ignominia de su muerte, y para consolarles de su ausencia les habia prometido que obtendrian todo lo que pidieran en su nombre, y que él les enviaria del seno de su Padre otro consolador que era el Espíritu Santo. Acababa tambien de decirles que el que le amase seria amado de su Padre, que él mismo le amaria tiernamente y se daria á conocer de él. Dicho esto, san Judas se tomó la libertad de decirle: ¿En qué consiste, Señor, que os ocultais á las gentes del mundo, y os dignais manifestaros á nosotros? Esto lo hago, respondió el Salvador, porque los que me aman guardan mis preceptos, y se conducen segun mis máximas. Por esto ganarán de tal modo el corazon de mi Padre y el mio, que no solo vendremos á ellos, sino que estableceremos en ellos nuestra morada por la gracia de la perseverancia que les concederemos. De aquí razon Jesucristo por qué no se da á conocer al mundo, esto es, á los mundanos, á las gentes que no viven mas que segun el espíritu del mundo, de la manera con que promete darse á conocer á sus apóstoles. Esto es, porque el mundo no le ama, y la señal de que el mundo no le ama es que no guarda sus mandamientos. Esta doctrina celestial que yo he venido á enseñar á la tierra, les dice, no es, sin embargo, mia solamente, es tambien la palabra y la doctrina de mi Padre; ella nos es comun á los dos. Esto, añade el Salvador, es todo lo que tenia que deciros ántes de dejaros; pero el Espíritu Santo, este divino Consolador que mi Padre debe enviaros en mi nombre y á peticion mia; el Espíritu Santo, digo, que os ser-

virá de maestro en mi lugar, os recordará oportunamente y os dará la inteligencia perfecta de las verdades que os he enseñado, y que no habeis podido comprender. Él os desenvolverá todos estos grandes misterios tan superiores al entendimiento humano; os hará comprender las grandes verdades de la religon, que ahora os parecen paradojas; os dará la inteligencia y el verdadero sentido de todas las figuras de la Escritura, y de todas las alegorías y parábolas de que yo mismo me he servido para acomodarme al alcance tan limitado de vuestro entendimiento naturalmente craso y grosero. Estas luces sobrenaturales, esta perfecta inteligencia será uno de los principales dones del Espíritu Santo, al cual mi Padre y yo hemos como dejado la última perfeccion de la obra de la redencion, que es propiamente mi obra. «Yo os dejo la paz:» Dejar ó dar la paz en el estilo de los hebreos es saludarse y desear todo género de prosperidades. Jesucristo al dejar á sus apóstoles les da, nó una paz como la que el mundo da, que no consiste mas que en vanos deseos de bienes frívolos y pasajeros; la paz que yo os doy, les dijo, es una paz sólida y eficaz que lleva consigo la seguridad de recibir todos los bienes que podeis desear. Gozad tranquilamente de esta dulce paz, y guardaos de dar entrada á vuestro corazon á la inquietud y al temor por mi salida de este mundo. Si mirais á vuestro propio interés, acordaos que yo os he dicho que no os dejo sino para volver muy pronto á vosotros; y si el amor que me teneis os hace desear lo que me es mas ventajoso, teneis motivo para regocijaros, puesto que no os dejo sino para ir á mi Padre, al cual en cuanto hombre soy inferior en dignidad, en poder y en perfeccion; pero que quiere darme en su reino tanto mas honor, cuanto ménos he recibido en el mundo. Es claro que en todo lo que dice el Salvador, no habla de sí mismo mas que en cuanto hombre: habia hablado bastante de su divinidad, por la que es todo igual á su Padre, puesto que el Padre y él no son mas que uno. Y cuando dice aquí, «el Padre es mayor que yo,» no habla de sí mas que como hombre, ni tampoco estaban afligidos los apóstoles sino de su separacion como hombre. «Os he dicho esto ahora,» prosigue, y he creido deberos advertir con tiempo de mi vuelta á Dios mi Padre, nó para afligiros, ni para endulzar mis penas, escitándoos á que tomeis parte en ellas, sino «á fin de afirmaros en la fé sobre lo que mira á mi persona y á mi doctrina.» Nada prueba mejor que el que habla es Dios, que el cumplimiento con todas sus circunstancias de lo que ha predicho. Por lo demás estad bien persuadidos que haga lo que hiciere el demonio, este pretendido príncipe de este mundo; haga lo que hiciere contra mí y vosotros por el ministerio de los que se han hecho esclavos suyos; él no tiene poder alguno con respecto á mí, y que aun el que ejerce su malicia sobre mis siervos, es solo porque yo se lo permito para procurarles mayor mérito. Por tanto, quiero permitirle que se encarnice contra mí, á fin de que el mundo vea hasta qué punto amo yo á mi Padre, que deseando que yo satisfaga plenamente á su justicia por los pecados de los hombres con la efusion de mi sangre, y que los rescate con mi muerte en la cruz, yo no padezco ni muero sino por hacer su voluntad y agradarle. Si muero no moriré sino porque quiero, y á fin de conformarme en esto con la voluntad de mi Padre, y para que el mundo sepa que amo á mi Padre, y que ejecuto puntualmente las órdenes que me ha dado. Ni vosotros debeis olvidar jamás lo que os he dicho en el principio; esto es, que por la observancia exacta de los preceptos se prueba el amor.

La fiesta de Pentecostés no se termina con este solo dia, continúa toda la octava, lo que dió motivo á que estos siete dias se llamasen una semana de fiestas, del mismo modo que sucedia antiguamente con la semana de Pascua. El mismo tiempo Pascual debia al parecer concluir en la vigilia de Pentecostés en la que se comienza ya á ayunar; pero como la vigilia de Pentecostés era el dia solemne en que la Iglesia conferia el bautismo, del mismo modo y con la misma solemnidad que el sábado santo, se continuó en favor de los neófitos la solemnidad de la Pascua toda la semana de Pentecostés. Haciaseles venir al oficio todos los dias; cantábase un cántico de alegría por su nacimiento espiritual; decíase la «Alleluya» todo este tiempo, y para no fatigarles se abreviaba el oficio, y de aquí es que el oficio de la semana de Pentecostés no tiene mas que un nocturno, esto es, tres salmos y tres lecciones, y en la nona del sábado siguiente es cuando concluye el tiempo Pascual.

Asegúrase que desde el principio inmediatamente despues de la descension del Espíritu Santo sobre los apóstoles, la casa en donde habia acaecido esta maravilla se convirtió en iglesia, la cual propiamente es la primera iglesia de los cristianos; confírmalo san Cirilo, obispo de Jerusalen, que vivia en el siglo IV, y la llama la iglesia de los apóstoles; y san Epifanio testifica que fué exenta como milagrosamente en el saqueo de la ciudad en tiempo de Tito. Y era comun opinion que san Estéban y los otros diáconos habian sido ordenados en esta iglesia, en la que los apóstoles congregaban todos los primeros fieles.

HIMNO DE SAN AMBROSIO.

Veni, Creator Spiritus,	Ven, Espíritu Santo enamorado,
Mentes tuorum visita,	Visita de tus siervos las potencias,
Imple superna gratia,	Llena de tus divinas influencias
Quæ tu creasti, pectora.	Y de gracia las almas que has criado.
Qui diceris Paraclitus,	Tú eres Abogado y fiel consuelo,
Altissimi donum Dei,	Don de Dios soberano y escelente,
Fons vivus, ignis, Charitas,	Caridad, fuego hermoso, viva fuente
Et spiritualis unctio.	Y espiritual uncion toda del cielo.
Tu septiformis munere,	Tú, que con siete dones resplandeces,
Digitus Paternæ dexteræ,	De la diestra del Padre poderoso
Tu rite promissum Patris,	Eres dedo, promesa, don gracioso,
Sermone ditans guttura.	Que las lenguas de voces enriqueces.
Accende lumen sensibus,	Enciende tu luz bella en los sentidos,
Infunde amorem cordibus,	Infunde al corazon tu amor ardiente,
Infirma nostri corporis	Con virtud roborando permanente
Virtute firmans perpeti.	

Los desmayos del cuerpo padecidos.
Hostem repellas longius,
Ahuyenta al enemigo mas perverso,
Pacemque dones protinus:
Dános pronto la paz firme y constante:
Ductore sic te prævio
Siendo nuestro Adalid, yendo adelante,
Vitemus omne noxium.
Evitemos así todo lo adverso.

Per te sciamus da Patrem,
Concédenos que al Padre conozcamos
Noscamus atque Filium,
Por tí, y al Hijo amado confesemos,
Teque utriusque Spiritum
Y á tí, Espíritu de ambos, veneremos,
Credamus omni tempore.
Y en todo tiempo firmes te creamos.

Deo Patri sit gloria,
Sea gloria á Dios Padre omnipotente,
Et Filio, qui a mortuis
Al Hijo soberano, que glorioso,
Surrexit, ac Paraclito,
Resucitó triunfante y victorioso,
In sæculorum sæcula.
Y al Espíritu Santo eternamente. Amen.
Amen.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Deus, qui hodierna die corda fidelium Sancti Spiritus illustratione docuisti da nobis in eodem Spiritu recta sapere, et de ejus semper consolatione gaudere. Per Dominum... in unitate ejusdem Spiritus Sancti Deus...

O Dios, que habeis instruido é iluminado en este dia los corazones de los fieles, derramando en ellos la luz del Espíritu Santo; haced que el mismo Espíritu ilustre nuestras almas por la impresion de su verdad, y que las consuele sin cesar por una santa y celestial alegría. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola está tomada de los Hechos de los Apóstoles capitulo 2.

Cum complerentur dies Pentecostes, erant omnes discipuli pariter in eodem loco: et factus est repente de cœlo sonus, tamquam advenientis spiritus vehementis, et replevit totam domum, ubi erant sedentes. Et apparuerunt illis dispertitæ linguæ tamquam ignis, seditque supra singulos eorum: et repleti sunt omnes Spiritu Sancto, et cœperunt loqui variis linguis, prout Spiritus Sanctus dabat eloqui illis. Erant autem in Jerusalem habitantes Judæi, viri religiosi ex omni natione, quæ sub cœlo est. Facta autem hac voce, convenit multitudo, et mente confusa est, quoniam audiebat unusquisque lingua sua illos loquentes. Stupebant autem omnes, et mirabantur, dicentes: Nonne ecce omnes isti, qui loquuntur, Galilæi sunt, et quomodo nos audivimus unusquisque linguam nostram, in qua nati sumus? Parthi, et Medi, et Elamithæ, et qui habitant Mesopotamiam, Judæam, et Cappadociam, Pontum, et Asiam, Phrygiam, et Pamphyliam, Ægyptum, et partes Lybiæ, quæ est circa Cyrenen, et advenæ Romani, Judæi quoque, et Proselyti, Cretes, et Arabes: audivimus eos loquentes nostris linguis magnalia Dei.

Completos ya los dias de Pentecostés, estando todos los discípulos congregados en un mismo lugar, se oyó repentinamente venir del cielo como el ruido de un viento impetuoso, que resonó en toda la casa en que habitaban. En el mismo momento aparecieron como lenguas de fuego dispersas que se fijaron sobre cada uno de ellos. Quedaron entonces todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron á hablar en diferentes lenguas, segun les hacia hablar el Espíritu Santo. Hallábanse en Jerusalen judíos de todas las naciones que están debajo del cielo, gentes afectas á la religion. Al ruido que se habia hecho, se juntó una multitud innumerable, la cual quedó admirada al oir que cada uno de los discípulos hablaba á cada uno en su lengua. Todos pasmados y llenos de asombro decian: ¿Por ventura estas gentes que hablan, no son todos galileos? ¿Cómo es que cada uno de nosotros les hemos oido hablar la lengua de nuestro país nativo? Partos, medos, elamitas, los que habitan la Mesopotamia, la Judea, la Capadocia, el Ponto, el Asia, la Frigia, la Panfilia, el Egipto y los cuarteles de la Libia en las cercanías de Cirene, y los que han venido de Roma; los judíos como los prosélitos, los de Creta y los de Arabia, todos acabamos de oirles referir en nuestras lenguas las cosas maravillosas que Dios ha hecho.

El libro de los Hechos de los Apóstoles contiene la historia de la Iglesia desde el dia de la ascencion del Salvador hasta la libertad de san Pablo, dos años despues de su llegada á Roma; esto es, un espacio de treinta años, desde el 33 hasta el 64 de Jesucristo, ó sea desde el año 20 de Tiberio hasta el 9 de Neron.

REFLEXIONES.

«Quedaron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron á hablar en diferentes lenguas.» Háblase siempre una habla nueva cuando se ha recibido el Espíritu Santo. Produce este Espíritu en el alma una luz tan viva, una inteligencia tan pura de las cosas sobrenaturales, luce en ella una claridad tan resplandeciente, que pensando absolutamente de otro modo que habia pensado hasta entonces, no es estraño que hable una lengua diferente. ¡Qué acontecimiento mas singular! pero ¿qué mutacion mas admirable! Un puñado de gentes de un nacimiento oscuro, de una educacion todavía mas baja, de un genio aun mas duro y mas grosero, sin conocimiento de las letras, sin ninguna tintura de los misterios de la Escritura, criados en una ignorancia crasa de la ley, á quienes Jesucristo mismo apenas habia desbastado en tres años de instrucciones, de lecciones, de cultura; una mano tan buena podia sin duda formarlos, ilustrarlos, pulirlos, pero era necesario un milagro para mudarlos y para hacerlos siquiera hombres un poco ménos groseros, y discípulos un poco mas racionales y un poco mas dóciles. Jesucristo no juzgó á propósito hacer este milagro; dejó al Espíritu Santo que lo hiciese, y que por medio de él diese la última mano á la obra de nuestra santificacion y al establecimiento de la Iglesia que era como su obra maestra. En efecto, no bien habia aparecido el Espíritu Santo, tan pronto como los apóstoles y los discípulos quedaron llenos de él, inmediatamente brilló en ellos, estalló, resplandeció de todas maneras el fuego sagrado de que habian sido abrasados. Aquellos ignorantes se trasforman en el momento en doctores profundos, profetas iluminados, maestros célebres de la vida es-

piritual, y en oráculos de todo el universo. ¿Qué ánimo, qué intrepidez, qué magnanimidad mas heroica? No temen ya las acusaciones ni las reconvenciones de una criada, arrostran los peligros mas espantosos, desprecian los tormentos mas terribles, se presentan sin temor delante de los tribunales mas pavorosos, y en ellos predican animosamente la divinidad de Jesucristo, la gloria de sus humillaciones y de su muerte en la cruz, y todo lo que hay de mas opuesto á las pasiones y á los sentidos en la moral cristiana. Menester era un milagro semejante para establecer en el mundo una religion toda divina; pero todos estos milagros eran frutos necesarios del Espíritu Santo. ¿Reconocemos en nosotros iguales frutos? Ellos, pues, han de ser los que nos indiquen si hemos recibido el Espíritu Santo. ¿Qué se hubiera pensado de los apóstoles si despues de la descension del Espíritu Santo en este dia no hubiesen hablado mas que su lengua natural, y hubiesen permanecido tan cobardes y tan imperfectos como ántes? ¿Qué debemos pensar de nosotros mismos, si en esta fiesta no nos hacemos ni mas espirituales, ni mas devotos, ni mas fervorosos?

SECUENCIA. (1)

Veni, Sancte Spiritus,	Venid, oh Santo Espíritu,
Et emitte cœlitus	Y enviad desde el cielo
Lucis tuæ radium.	De tu luz sacrosanta
	Un puro rayo que penetre el pecho.
Veni, pater pauperum,	Venid, padre de pobres,
Veni, dator munerum,	Venid liberal dueño
Veni, lumen cordium.	De celestiales dones,
	Venid, del corazon amante fuego.
Consolator optime,	Del pecho atribulado
Dulcis hospes animæ,	Consolador escelso,
Dulce refrigerium.	Y del alma afligida
	Refugio suave, dulce refrigerio.
In labore requies,	Descanso en los trabajos,
In æstu temperies,	En el bochorno intenso
In fletu solatium.	De la afliccion alivio,
	Y del llanto dulcísimo consuelo
O lux beatissima,	¡O bienaventurada
Reple cordis intima	Luz de esplendor eterno!
Tuorum fidelium.	Llenad á vuestros fieles
	Del corazon los mas profundos senos.
Sine tuo numine	Sin Vos, solo es el hombre
Nihil est in homine,	La nada, de que fué hecho:
Nihil est innoxium.	Todo sin Vos es nada.
	Pues sin Vos nada hay santo, nada recto.
Lava quod est sordidum,	Lavad lo que está inmundo,
Riga quod est aridum,	Regad lo que está seco;
Sana quod est saucium.	Y, médico divino,
	Sanad en mí lo mucho que hay enfermo.
Flecte quod est rigidum,	Doblegad lo inflexible,
	Y fomentad lo yerto
Fove quod est frigidum,	De mi amor; á Vos vuelva
Rege quod est devium.	Lo que en mí se desvía de su centro.
Da tuis fidelibus,	Dad al que en Vos confía,
In te confidentibus,	Dad á vuestro fiel siervo
Sacrum septenarium.	De celestiales dones
	El septenario número de efectos.
Da virtutis meritum,	Dadnos de las virtudes
Da salutis exitum,	El mérito y el premio;
Da perenne gaudium.	Dad salud á nuestra alma,
	Y dadnos finalmente gozo eterno.
Amen. Alelluia.	Amen. Aleluya.

(1) Esta SECUENCIA se dice todos los dias hasta el sábado siguiente inclusive.

El Evangelio de la misa de este dia es de S. Juan, cap. 14.

In illo tempore: Dixit Jesus discipulis suis: Si quis diligit me, sermonem meum servabit, et Pater meus diliget eum, et ad eum veniemus, et mansionem apud eum faciemus: qui non diligit me, sermones meos non servat. Et sermonem, quem audistis, non est meus, sed ejus, qui misit me, Patris. Hæc locutus sum vobis, apud vos manens. Paraclitus autem Spiritus Sanctus, quem mittet Pater in nomine meo, ille vos docebit omnia, et suggeret vobis omnia, quæcumque dixero vobis. Pacem relinquo vobis, pacem meam do vobis: non quomodo, mundus dat, ego do vobis. Non turbetur cor vestrum, neque formidet. Audistis quia ego dixi vobis: Vado, et venio ad vos. Si diligeretis me, gauderetis utique, quia vado ad Patrem: quia Pater major me est. Et nunc dixi vobis priusquam fiat: ut cum factum fuerit, credatis. Jam non multa loquar vobiscum: venit enim princeps mundi hujus, et in me non habet quidquam. Sed ut cognoscat mundus quia diligo Patrem, et sicut mandatum dedit mihi Pater, sic facio.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Si alguno me ama guardará mi palabra, mi Padre le amará, le visitaremos, y estableceremos en él nuestra morada: el que no me ama no pondrá en práctica mis palabras. Por lo demás, la palabra que habeis oido no es mia, sino del Padre que me envió. Os he dicho estas cosas mientras he estado con vosotros. Mas el Consolador, el Espíritu Santo que el Padre enviará en mi nombre, él es el que os instruirá en todas las cosas, y os hará pensar en todo lo que yo os hubiere dicho. Yo os dejo la paz, os doy mi paz: no os la doy como la da el mundo: no os turbeis. Habeis acabado de oirme decir: yo me voy y vuelvo á vosotros. Si me amais, os alegrareis porque me voy al Padre, porque mi Padre es mayor que yo. Ahora os lo digo ántes que las cosas sucedan, á fin de que creais cuando todo esto sucediere. Ya no me queda apenas tiempo para hablar con vosotros. He aquí que viene el príncipe de este mundo, y ningun poder tiene sobre mí; pero para que el mundo sepa que yo amo á mi Padre, y que ejecuto las órdenes que mi Padre me ha dado.

MEDITACION.

Sobre el misterio del dia.

PUNTO PRIMERO. — Considera cuántas maravillas se ad-

miran en el misterio de este dia. El Espíritu Santo, el divino Consolador, la tercera persona de la adorable Trinidad desciende milagrosamente sobre los apóstoles y sobre todos los discípulos reunidos, y de unos hombres groseros é ignorantes, hace en un momento los doctores mas ilustrados y mas hábiles en todo género de conocimientos. Infúndeseles en un momento la ciencia de la religion, la inteligencia perfecta de los misterios mas sublimes y mas profundos; poseen toda la ciencia de la ley; penetran el verdadero sentido de toda la Escritura. Aquellos hombres tan despreciables hasta entonces por la oscuridad de su nacimiento, por la bajeza de su condicion, por la torpeza de su talento, por la rusticidad de sus costumbres, se encuentran repentinamente dotados de un don de sabiduría tan perfecto y tan eminente, que toda la sabiduría humana se ve precisada á callar delante de ellos, á rendirse y reconocer que ella no habia sido mas que una locura. Aquellos hombres tan tímidos, tan cobardes, se hallan en un instante animados de un esfuerzo heroico, y de una intrepidez que eclipsa cuanto hay de grande y de magnánimo en la historia. Jamás hubo un milagro en que resplandeciese mas la omnipotencia de Dios; nunca hubo prodigio en que se ostentase mas visiblemente el carácter de la virtud del Altísimo. Vemos á Pedro, pescador de profesion, que apenas sabia leer, comparecer en presencia de todos los doctores de Jerusalen, demostrarles que aquel Jesus á á quien ellos han quitado la vida cincuenta y tres dias hacia en una cuz, era el Hijo de Dios, su Señor soberano, el verdadero Mesías. Todos los demás apóstoles, tan naturalmente tímidos y cobardes como este, no temen ni amenazas, ni tormentos, anuncian con una valentía de héroes la divinidad de Jesucristo, predican su religion, y en pocos dias hacen que triunfe la fé en toda la Judea, y poco tiempo despues en todo el mundo. ¡Buen Dios, qué admirable sois en vuestras obras! ¿y buscamos milagros? gentes de poca fé, pedimos prodigios; ¿hubo jamás uno mas visible, mas admirable, mas concluyente que este? ¿puede haber nunca uno que mas interese? No se trata aquí de uno de aquellos milagros secretos, particulares, oscuros; es un milagro público, universal, hecho en favor de todos los discípulos de Jesucristo á quienes el temor tenia encerrados, y que hasta aquel momento no se hallaban capaces de percibir el menor misterio de la religion, que ignoraban la ley, que jamás habian comprendido nada en el idioma figurado y misterioso de los profetas. No se obra en secreto este prodigio; verificase en medio del dia, en la solemnidad de una fiesta que habia reunido en Jerusalen muchos millares de personas, de toda especie de naciones, y todas de diferente idioma, para que fuesen otros tantos testigos de esta maravilla. El ruido estraordinario de un viento impetuoso que se oye en toda la ciudad, pero que no se hace sentir mas que en la casa en que están reunidos los discípulos de Jesucristo, atrae á ella todos los estranjeros y los habitantes para ser testigos del milagro. Presentándose los apóstoles y los discípulos, descubren la maravilla, desenvuelven el misterio, esplican su sentido, y publican las grandezas de Jesucristo en todo género de lenguas. ¡Buen Dios, qué prueba mas clara, mas fuerte, mas sensible, mas incontestable de la verdad de nuestra religion y de la Iglesia!

Punto segundo.—Considera que lo que se ha cumplido por primera vez en los apóstoles, debe cumplirse en nosotros, si estamos dispuestos como ellos lo estaban para recibir este don celestial del Espíritu de Dios, puesto que Jesucristo con su muerte lo ha merecido para nosotros lo mismo que para los apóstoles. Sea puro nuestro corazon, esté vacío del amor de las criaturas, y muy pronto se llenará de este divino Espíritu. Siendo el Espíritu Santo siempre el mismo, deben tambien sentir los que le reciben sus mismos efectos. Es el Espíritu Santo un espíritu de verdad que nos ilustra, un espíritu de santidad que nos purifica, un espíritu de fortaleza que nos anima y nos hace sobrepujar todos los obstáculos y todos las dificultades. Como espíritu de verdad, nos desengaña de nuestros errores; como espíritu de santidad nos desprende de nuestros empeños criminales; y como espíritu de fortaleza, nos hace triunfar de nuestras flaquezas. No se limita el Espíritu Santo á enseñarnos algunas verdades en particular, como pueden hacerlo los hombres; este Espíritu divino enseña y persuade al mismo tiempo sin escepcion toda verdad, enseña sin distincion á toda clase de personas, lo cual solo pertenece á Dios. Este divino Espíritu no solo es esencialmente santo, es tambien Espíritu santificador, esto es, fuente y principio de santidad en todos aquellos á quienes se comunica, y esto es lo que significa la espresion misteriosa de que se sirvió el Salvador el dia de su ascension, cuando dijo á sus discípulos que dentro de pocos dias serian bautizados en el Espíritu Santo. Purificar y santificar es el efecto propio del bautismo. En fin, el Espíritu Santo es en nosotros el principio inmediato y sustancial de todas las operaciones de la gracia; por él somos reengendrados en el bautismo; por él somos reconciliados en la penitencia; por el Espíritu Santo se ha dilatado la caridad en nuestros corazones. De aquí la clara inteligencia y persuasion de las verdades de la fé en todos los que reciben el Espíritu Santo. De aquí la pureza y el fervor de la devocion. De aquí la caridad y el zelo que inspira tanta generosidad en la práctica de la virtud, y que obtiene la perseverancia. Por estos efectos consolatorios podremos nosotros venir en conocimiento si hemos recibido el Espíritu Santo. ¿Es nuestra fé universal? ¿es nuestra devocion fervorosa? ¿sentimos nuevo aliento en los caminos de Jesucristo? Si nuestra fé es todavía limitada y lánguida; si nuestra devocion permanece flaca; si no tenemos mas zelo que ántes por la salvacion de los demás y por nuestra propia salvacion, tenemos gran motivo para temer que no hayamos recibido este don celestial.

Haced ó Dios mio, por vuestra gracia y por vuestra misericordia que no encontremos en nosotros esta triste prueba; suplid vos, como os lo pedimos, el defecto de nuestras disposiciones. Concedednos vuestro Santo Espíritu y pronto quedaremos renovados y aun mudados en otros hombres.

Jaculatorias.— Concedednos, Señor, vuestro Santo Espíritu, y todo quedará renovado. (Psalm. 103.)

No permitais, Señor, que se aparte jamás de mí vuestro Espíritu Santo. (Psalm. 50.)

PROPÓSITOS.

1 Es el Santo Espíritu el Espíritu de santidad que anima la Iglesia de Jesucristo y la conduce; y el Santo Espíritu es el que debe animar y dirigir á todos los fieles. Él es el que debe ilustrarnos, vivificarnos, conducirnos, fortificarnos, abrasarnos con el fuego divino de que él es

la fuente. ¡Qué dichosos son los que reciben el Espíritu Santo! Veamos lo que pasa hoy en los apóstoles. En nadie consiste mas que en nosotros el lograr la misma dicha. Jesucristo nos ha prometido este don precioso que es el orígen de todos los dones, y si no le recibimos atribuyámoslo á nosotros mismos. Procuremos que nuestra devocion nuestro amor á Jesucristo, nuestro fervor, nuestro nuevo deseo de llegar á la perfeccion de nuestro estado y toda nuestra conducta nos pruebe que hemos recibido el Espíritu Santo, y que nuestros sentimientos, nuestros deseos y nuestras palabras digan que hemos quedado llenos de él.

2 Es una práctica de piedad muy saludable y comun entre las personas virtuosas el renovar hoy despues de la comunion los votos y los empeños del bautismo. Esta ceremonia cristiana debe hacerse con mucho fervor. Debe comenzarse por dar gracias á Dios por el bien que nos ha hecho reengendrándonos por este sacramento, haciéndonos hijos de la Iglesia, hijos adoptivos de Dios, sus herederos y discípulos amados. En seguida se renueva todo lo que se ha prometido en el bautismo; dícese el *Credo*, que contiene todos los principales artículos de la fé; protéstase á Dios que se cree firmemente todo lo que la Iglesia cree, y en particular la presencia real de Jesucristo en la adorable Eucaristía; renúnciase al espíritu del mundo, á sus pompas y á todas sus máximas. Declárase á Dios que no se quiere vivir sino segun las máximas del Evangelio, el cual será en lo sucesivo la regla de nuestras costumbres y de toda nuestra conducta. Renovad tambien nuestra consagracion y nuestra dedicacion á la santísima Vírgen, haciendo una nueva profesion y protesta de ser siervos suyos, poniéndoos de nuevo bajo su proteccion especial, tomándola de hoy mas por madre querida nuestra, sin omitir nada para hacernos dignos de ser del número de sus hijos. Si os hallais en el estado religioso, renovad los votos de religion; si estais adscriptos á alguna sociedad, como la del Rosario, la del Escapulario, etc., renovad tambien el voto y las obligaciones que habeis contraido en ella. Renovad igualmente vuestra devocion á vuestro ángel de guarda y sedle fiel.

DIA SEGUNDO DE PENTECOSTES.

La semana de Pentecostés que comprende todo el espacio de su octava, se termina en el sábado siguiente; sin embargo, no deja por eso de contener ocho dias enteros, porque se la hace comenzar en la Iglesia por el sábado precedente, segun se acostumbra con la de la Pascua, y esto en consideracion á los nuevos bautizados, á quienes, por decirlo así, se les hacian los principales honores de la fiesta. El abad Ruperto ha hecho la aplicacion de los siete oficios de Pentecostés, á los siete dones del Espíritu Santo. Los seis dias que siguen al domingo de la fiesta eran en otro tiempo cuasi tan solemnes en la Iglesia como el primero. Aparece por el concilio de Maguncia celebrado el año de 813, que estos seis dias eran fiestas de obligacion, hasta que la fiesta de siete dias quedó reducida á tres, hácia mediados del siglo x, á lo cual no contribuyó poco el haberse fijado á esta semana el ayuno de las cuatro témporas, y la necesidad que el pueblo tenia de trabajar.

El introito de la misa de este dia está tomado del salmo 80, en el cual exhorta el Profeta á los judíos á que celebren dignamente las fiestas ordenadas por el Señor en memoria de sus beneficios; hace hablar en él al mismo Dios que por la relacion de sus gracias pretende obligar al pueblo á que le sirva, y que al mismo tiempo se queja de la ingratitud de este pueblo. Nada conviene mejor á la solemnidad de este dia. El versículo mismo del salmo que sirve de introito, significa que la nueva ley no se ha dado solo á los judíos, sino tambien á los gentiles y á todos los pueblos de la tierra. «El Señor les ha alimentado, dice, con la harina mas pura del trigo, y les ha saciado con miel que ha salido de la piedra. Pueblos, cantad regocijados las alabanzas del Señor, que os ha protegido, y en quien mas que nunca debeis poner toda vuestra confianza. Celebrad alegres la gloria del Dios de Jacob, que lo es tambien vuestro, y que ha hecho ver bien claramente en la maravilla que acaba de obrar cuánto ama á los hombres, en cuya salvacion ha tomado tanto interés. Bendecid sin cesar al Dios de las misericordias, y no dejeis de alabarle.» El Señor ha alimentado á su pueblo con la harina mas pura del trigo, y le ha saciado con miel que ha salido de la piedra. Todo esto debe entenderse alegóricamente de los dones y gracias espirituales que Dios derrama sobre sus siervos; y de la santa Eucaristía, que es el verdadero pan vivo y la miel de la piedra, la cual no es otra que Jesucristo, dice san Pablo. Jesucristo no solo es el pan de vida, sino tambien una fuente inagotable de dulzura para todos sus siervos fieles. «¡Qué multitud de dulzura, ó Dios mio, esclama el Profeta, reservais para los que os aman, que os temen y que os sirven con fidelidad!»

La Epístola de la misa es sacada del capítulo 10 de los Hechos de los Apóstoles, en donde san Pedro, despues de haber hecho un compendio de la vida, de la muerte y de la resurreccion de Jesucristo, en casa del centurion Cornelio en Cesarea, tuvo el consuelo de ver bajar al Espíritu Santo sobre aquel oficial y sobre los demás gentiles que componian aquella piadosa reunion, aun ántes de que hubiesen recibido el bautismo, lo cual pasmó á los fieles que eran judíos de orígen y se hallaban presentes. Esta maravilla les convenció que Dios habia resuelto comunicar tambien á los gentiles la gracia del Espíritu Santo, y la salud que habia traido Jesucristo en favor de todos los hombres, sin distincion ó aceptacion de personas.

Despues de la vision misteriosa que tuvo san Pedro estando en Joppe, habiendo recibido el espreso que el centurion Cornelio le habia enviado, vino á Cesarea, en donde halló en casa de este oficial una reunion numerosa que le esperaba, y que estaba dispuesta á oir de su boca lo que el Señor queria enseñarles en órden á su salud. Habiéndoles prevenido desde luego el santo Apóstol lo estraño que podria parecer el verle entre ellos, siendo bien sabido cuán distantes estaban los judíos de mantener comercio alguno con los estranjeros, estándoles absolutamente prohibida esta especie de comunicacion, añadió: Pero Dios me ha dado á conocer que ya no hay pueblo sobre la tierra que deba pasar por inmundo, lo cual me ha determinado á venir aquí, tan pronto como he sabido que lo deseabais y que el Señor lo queria. Pero bien, añadió, ¿qué servicio es el que yo puedo haceros? ¿cuál es el motivo por qué me habeis llamado? Tomando Cornelio la palabra, le refirió sencillamente lo que le habia sucedido; como se le habia parecido el ángel, la órden que le habia dado de parte de Dios para que le enviase á buscar á Joppe á casa

de un curtidor llamado Simon, á fin de que le enseñase el camino del cielo. Para esto, pues, nos ves aquí reunidos, le dijo, y prontos á escucharte, y para saber de tu boca todo lo que el Señor te ha mandado que nos digas. Absorto san Pedro al ver una conducta tan admirable de la Providencia con un estranjero y con un gentil, esclamó lleno de alegría y de admiracion: Hasta ahora no se habia Dios manifestado liberal mas que con los judíos, y parecia que sus gracias estaban reservadas solo para ellos; pero ya estoy convencido que en cualquiera nacion, sea la que quiera, el que le teme y hace obras de justicia le es agradable. Habiéndoles hecho en seguida el santo Apóstol un compendio bastante circunstanciado de la vida de Jesucristo, de su predicacion y de sus milagros, y habiéndoles probado invenciblemente que era el Mesías por tanto tiempo esperado, verdadero Hijo de Dios y el Salvador del mundo, les contó como los sacerdotes, los doctores de la ley y los fariseos, llevados de una envidia maligna habian tramado su muerte, y que por mas que Pilato, ante quien le habian acusado, reconoció su inocencia, no pararon hasta hacerle morir en la cruz con la injusticia mas atroz; pero que al tercer dia habia resucitado como él mismo lo habia predicho; que ellos eran todos testigos, como que habian bebido y comido muchas veces con él, hasta su ascension al cielo, en donde tiene el asiento de su gloria. Por lo demás, añadió, nosotros hemos recibido de este gran Dios la órden de predicar al pueblo que Jesus es el juez soberano de los vivos y de los muertos. Así lo declaramos altamente con los profetas que han hablado de él ántes que nosotros, y que todos á una voz testifican que en su nombre y por sus méritos obtendrán el perdon de sus pecados todos los que creen en él.

Aun no habia concluido san Pedro de hablar cuando el Espíritu Santo, bajo la forma de una nube luminosa, descendió visiblemente sobre todos los que le escuchaban, y en el instante se les oyó á todos bendecir al Señor y glorificarle en todas lenguas. Admiró estraordinariamente esta maravilla á algunos fieles que el Apóstol habia traido consigo de Joppe, porque eran judíos de origen, y como hacian todavía grande asunto de la circuncision, no podian concebir cómo se habia difundido la gracia del Espíritu Santo sobre gentes incircuncisas hasta comunicarles el don de lenguas. Queria Dios manifestar en esto que él es el dueño de todos los dones, y que si ha querido que en el órden comun y ordinario dependiesen de la accion de sus ministros, puede cuando le agrade comunicarlos de un modo estraordinario, haciendo descender así al Espíritu Santo sobre los gentiles, aun ántes de haber sido bautizados, y de que se les hubiesen impuesto las manos. De este modo enseñaba á Pedro y á los otros judíos que no podia escluirse de la gracia del bautismo á los que creyendo en Jesucristo, como estos creian, habian sido santificados tambien por el Espíritu Santo. Comprendiólo perfectamente el Príncipe de los apóstoles, y por esto decia algunos dias despues á los discípulos en Jerusalen: «Si Dios les ha hecho la misma gracia que á nosotros, que hemos creido en el Señor Jesucristo, ¿quién soy yo para oponerme á Dios?» Así que el santo Apóstol, que tenia un corazon de padre para todos los pueblos, de quienes debia ser el pastor universal, esclamó: «¿Qué obstáculo hay para que no se confiera el bautismo del agua á los que han recibido el Espíritu Santo del mismo modo que nosotros?» y en el momento les bautizó á todos en el nombre y en la virtud de Jesucristo nuestro Señor. No basta, dice san Cipriano, haber recibido el Espíritu Santo, es necesario tambien el bautismo, y san Pedro quiso que los que estaban ya llenos del Espíritu Santo fuesen tambien bautizados, á fin de observar en todo el mandamiento de Dios y la ley evangélica. Y hé aquí la primera época y el principio de la Iglesia cristiana compuesta de los gentiles convertidos á la fé de Jesucristo. Pregúntase ¿si Cornelio y los de su familia, bautizados por san Pedro, fueron los primeros de los gentiles convertidos á la fé? La opinion comun es que ántes de Cornelio ningun gentil habia recibido el Espíritu Santo, ni el bautismo, ni habia creido en Jesucristo. Toda esta historia, como se refiere en los Hechos de los Apostoles, prueba bastante que no se abrió la puerta del Evangelio á los gentiles hasta la conversion de Cornelio, y que este oficial ha sido el primero de los gentiles convertidos á la fé de Jesucristo. La casa de Cornelio, en la cual se habia obrado esta maravilla, se convirtió en una iglesia que santa Paula visitó por devocion el año 385.

El Evangelio de la misa de este dia contiene lo que Jesucristo dijo á Nicodemus, á saber: que Dios ha amado al mundo hasta el punto de dar á su Hijo único por la salud de los hombres, á fin de que los que crean en él sean salvos.

Era Nicodemus un célebre fariseo muy distinguido por su buen talento y por su sabiduría, y uno de los que componian el sanedrin, esto es, el supremo consejo de los judíos. Habia oido predicar al Salvador, aprobaba mucho su doctrina, y no admiraba ménos sus milagros. Ansiaba mucho por tener una conversacion particular con Jesucristo, pero no tenia la suficiente resolucion para ir á visitarle en medio del dia. Fuéle, pues, á ver de noche para que le ilustrase en sus dudas, recibir sus instrucciones, y declararse del número de sus discípulos. Díjole, pues, Jesus que para entrar en el reino de Dios, esto es, para hacer profesion del cristianismo era menester ser reengendrado, y vivir con una vida del todo nueva. Al principio entendió Nicodemus estas palabras en un sentido grosero y material; pero esplicándole el Salvador el verdadero sentido de ellas, le enseñó que esta regeneracion era espiritual, y que se hacia en el bautismo por la infusion del Espíritu Santo que hace del hombre carnal por su primer nacimiento un hombre espiritual. Que nada debe parecer imposible en esta renovacion espiritual, como que es el Espíritu Santo el que la comunica á quien le place, y que aunque esto se hace de un modo invisible, sin que se sepa por qué camino entra en un corazon, con todo sabe bien darse á entender y hacerse sentir, y que así es como se hace esta regeneracion espiritual por medio de la cual el hombre carnal queda cambiado en un hombre espiritual, y en alguna manera un nuevo hombre. Como Nicodemus no comprendia aun bien todo esto, le hizo entender el Salvador que era vergonzoso que un doctor de la ley ignorase unas cosas tan claramente marcadas en la Escritura. A mas de que, añade el Salvador, vosotros los fariseos sois inescusables, si por lo ménos no os rendis á mi testimonio, puesto que nada os digo de que no esté perfectamente instruido. Pero no es estraño que rehuseis el creerme cuando me esplico en el idioma del cielo, cuando os negais á creerme sobre las cosas mas palpa-

bles, y que están al alcance de todo el mundo. Jesucristo continúa en seguida hablando de su divinidad, de su encarnacion, y de la necesidad de su muerte para la salvacion de los hombres, y esto es lo que constituye el asunto del Evangelio de la misa de este dia. «Dios ha amado al mundo,» dice el Señor, «hasta dar á su Hijo único, á fin de que todo el que crea en él, y que viva conforme á sus máximas, no perezca, sino que obtenga la vida eterna. Porque no es de presumir que el Padre, que es infinitamente bueno, haya enviado á su Hijo único con el carácter principalmente de juez rigoroso para castigar á los hombres; por el contrario, le ha enviado como un mediador poderoso para obtenerles sus gracias. Dios podia condenar á los hombres á las justas penas que merecen sus pecados; sin embargo, ha enviado á su Hijo solo para ponerlos á todos en estado de salvarse; por manera que si algunos se pierden, se pierden únicamente por su culpa, y contra la voluntad sincera que Dios tiene de procurarles su salud. Este es propiamente el motivo y el fin que Dios se ha propuesto en el misterio de la encarnacion del Verbo; pero como el hombre es una criatura racional y libre, no ha querido Dios forzar su voluntad, y se ha contentado con satisfacer plenamente á la justicia divina, á la cual no podia satisfacer ningun puro hombre; y habiendo ya este divino Salvador puesto por este medio al hombre en estado de salvarse, con tal que corresponda á las gracias que Jesucristo le ha merecido con su muerte, no trata de hacer ninguna violencia á su libertad. Se contenta con dar generalmente á todos las gracias necesarias para procurar su salvacion, cuyas gracias no niega jamás á nadie. Esta es la reflexion que hace san Agustin sobre este lugar de nuestro Evangelio. «Nada le queda que hacer á este divino Médico,» dice este Padre, «para que el enfermo sea curado; él mismo se procura la muerte no queriendo seguir el parecer del médico, ni observar sus preceptos. Ha venido el Salvador al mundo, ¿y por qué se ha llamado Salvador del mundo, sino para salvar al mundo, y nó para juzgarle? ¿No quieres que Jesucristo te salve? Tú mismo eres entonces el que te juzgas,» y el que te condenas al fuego eterno.

Por lo demás, cuando el Salvador dice que no ha venido para condenar al mundo, debe entenderse esto de su primera venida y del motivo de su encarnacion, lo cual no obsta para que un dia pronuncie el decreto de condenacion contra los que hubieren hecho inútiles los designios de misericordia que habia formado sobre ellos: «El que crea, pues, en él y guarde sus mandamientos no será condenado: por el contrario, el que no quiere ni creer en él ni obedecerle, lleva ya en sí mismo su condenacion;» él mismo se hace su proceso, su conciencia le sirve de acusador, su incredulidad y su ceguera voluntaria son las que le condenan.

Aparece tan justa su condenacion que no puede quejarse de ella, porque esta luz divina que ilumina á las almas mucho mejor que la del sol á los cuerpos, esta luz increada se ha manifestado á los ojos de los hombres; pero los hombres ciegos por sus pasiones han cerrado los ojos para no verla. Jesucristo ha venido al mundo como una luz viva. Su doctrina toda divina, su vida toda santa, sus milagros los mas brillantes que jamás se han obrado, ofrecian un testimonio indudable en su favor. Con todo eso los judíos han preferido las tinieblas á la luz. Tenazmente apegados á sus falsas tradiciones y á sus preocupaciones absolutamente terrenas, han cerrado los ojos á la luz de este divino sol que tenian delante. Han querido mas atribuir al demonio los milagros del Salvador, que reconocerle por el Hijo de Dios y por el Mesías. El desarreglo de sus costumbres es lo que les ha impedido el que abriesen los ojos á esta luz divina, «porque todo el que obra mal, aborrece la luz.» Ellos no han querido abrir los ojos á ella, temiendo que les descubriese su deformidad y la corrupcion de su corazon. Los fariseos se han desencadenado contra Jesucristo; los sacerdotes han concebido contra él un odio implacable, porque descubria los errores de su doctrina y la corrupcion de sus costumbres. Todo predicaba la santidad y la divinidad de Jesucristo en Jesucristo mismo. Ellos han cerrado los ojos, dice el Evangelio, y tapado sus oidos para no ver ni oir la verdad, «porque sus acciones eran malas.» Al contrario, añade el Salvador, aquellos que sirven á Dios, que cumplen sus deberes, que tienen probidad y rectitud, no temen ser iluminados, porque siendo sus obras segun Dios, no les sirven nunca de motivos de confusion. Por esto los buenos serán siempre aborrecidos de los libertinos y de los que viven segun el espíritu del mundo; por esto los imperfectos tendrán siempre una secreta antipatía contra las almas fervorosas; por el mismo principio los herejes estarán siempre de mal humor contra los católicos. La verdadera religion, la sólida piedad, la virtud cristiana son una luz pura, brillante, que deslumbra y hiere los ojos enfermos. Aléjase de sí la luz, cuando se considera uno deforme y horrible; y siempre serán del gusto de los pecadores la oscuridad y las tinieblas.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Deus, qui apostolis tuis Sanctum dedisti Spiritum: concede plebi tuæ piæ petitionis effectum; ut quibus dedisti fidem, largiaris et pacem. Per Dominum... in unitate ejusdem Spiritus Sancti Deus...

O Dios, que habeis difundido el Espíritu Santo sobre vuestros apóstoles, conceded á vuestro pueblo lo que con humildes ruegos os pide, á fin de que aquellos á quienes llamasteis á la fé, gocen de una paz inalterable. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola está tomada de los Hechos de los Apóstoles, cap. 10.

In diebus illis: Aperiens Petrus os suum, dixit: Viri fratres, nobis præcepit Dominus prædicare populo, et testificari quia ipse est, qui constitutus est a Deo judex vivorum et mortuorum. Huic omnes prophetæ testimonium perhibent, remissionem peccatorum accipere per nomen ejus omnes, qui credunt in eum. Adhuc loquente Petro verba hæc, cecidit Spiritus Sanctus super omnes, qui audiebant verbum. Et ob-

En aquellos dias, habiendo Pedro tomado la palabra, dijo: Hermanos mios, el Señor mismo es el que nos ha mandado que predicásemos al pueblo, y dicsemos testimonio de que él es á quien Dios ha establecido juez de vivos y de muertos. De él testifican todos los profetas, que todos los que creen en él reciben por su nombre el perdon de los pecados. Aun hablaba Pedro, y el Espíritu Santo descendió sobre todos los que oian el discurso, y los judíos fieles que habian venido con Pedro quedaron asombra-

stupuerunt ex circumcisione fideles, qui venerant cum Petro: quia et in nationes gratia Spiritus Sancti effusa est. Audiebant enim illos loquentes linguis, et magnificantes Deum. Tunc respondit Petrus: Numquid aquam quis prohibere potest, ut non baptizentur hi, qui Spiritum Sanctum acceperunt sicut et nos? Et jussit eos baptizari in nomine Domini Jesu Christi.

dos al ver que la gracia del Espíritu Santo se habia difundido tambien sobre los gentiles; porque les oian hablar muchas lenguas y publicar las grandezas de Dios: entonces Pedro dijo: ¿Qué obstáculo puede haber para que no se administre el bautismo de agua á los que han recibido el Espíritu Santo como nosotros? Y los hizo bautizar en el nombre del Señor Jesucristo.

Sin embargo de que todos los apóstoles estaban destinados á anunciar el Evangelio y la fé de Jesucristo, tanto á los judíos como á los gentiles, habiendo muerto el Salvador por la salud de todos los hombres, quiso no obstante Dios que fuese san Pedro el que como cabeza de la Iglesia recibiese los primeros gentiles á la fé, y les abriese la puerta del Evangelio.»

REFLEXIONES.

«Aun hablaba Pedro, y el Espíritu Santo descendió sobre todos los que oian el discurso.» ¡Con qué solicitud se apresura Dios á derramar sus gracias y sus favores mas singulares sobre los que le aman, luego que les ve adornados de santas disposiciones! Tiene Dios mas deseo de hacernos santos, que nosotros de llegarlo á ser. Él hace, por decirlo así, todos los gastos, y solo espera que nosotros queramos sacar toda la ventaja que podemos de ellos. El festin está pronto, todo el gasto está hecho, todo está preparado; pero ellos no han hecho caso; se marcharon, el uno á su quintería, el otro á su tráfico. El apego á los bienes de la tierra hace que los judíos miren con indiferencia el tomar parte en las bodas del Salvador; desprecian la divina alianza que se les ofrece con Jesucristo, y los bienes infinitos que deben seguir á ella. Fidelísimos imitadores de los judíos, queremos mas entregarnos á los vanos placeres del siglo y á nuestros negocios temporales, que el hallarnos en el banquete delicioso á que Jesucristo nos convida. No es esto decir que estén entredichos los negocios temporales á los cristianos; pero el ocuparse de estos cuidados cuando se trata de participar de los sacramentos, que son el alimento de nuestras almas, es despreciar á Jesucristo que en aquellos momentos felices nos llama á su mesa para formar, ó para estrechar los nudos que nos unen á él. No atribuyamos á otros que á nosotros mismos, si no esperimentamos los mismos efectos del Espíritu Santo que se hicieron tan sensibles y tan visibles en los que escuchaban con tan santas disposiciones el discurso del apóstol san Pedro. Estaban ya convertidos á la fé, aun ántes que estuviesen bautizados. Su fé viva y pura los hacia fieles. No habian recibido aun el bautismo de agua, pero habian ya recibido los dulces efectos del bautismo de amor y de deseo por la santa disposicion en que se hallaba su corazon en aquella reunion bienaventurada. Nosotros hemos recibido el bautismo de agua, y tenemos la dicha de ser hijos de la Iglesia. Pero si nuestro corazon está frio, si está helado con respecto á Dios, si nuestra fé solo es una fé lánguida y medio apagada, si nos hallamos todavía animados y llenos del espíritu del mundo, ¿debemos estrañar que el Espíritu Santo no descienda sobre nosotros? Ciertamente no tiene lugar en que colocarse. Vaciemos nuestro corazon del espíritu del mundo, que le llena de deseos terrenos que le ocupan, y entonces no dejará de descender el Espíritu Santo sobre nosotros como sobre aquellos. Yo veo bien, decia san Pedro, que Dios no hace escepcion de personas; quiere sinceramente la salvacion de todos los hombres, pero es menester que los hombres no se hagan indignos de la salvacion por los obstáculos que ponen á la gracia y á los dones del Espíritu Santo. Uno de los mayores obstáculos á las operaciones saludables de este divino Espíritu, es el espíritu del mundo. Donde reina este espíritu mundano, no es posible que se halle el Espíritu Santo. ¿Queremos estar llenos del Espíritu Santo? seamos su templo; sea puro el corazon, vacío de las criaturas, vacío de sí mismo, y muy pronto estará lleno y abrasado de este fuego divino.

El Evangelio de este dia es del cap. 3 de san Juan.

In illo tempore: Dixit Jesus Nicodemo: Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret: ut omnis, qui credit in eum, non pereat, sed habeat vitam æternam. Non enim misit Deus Filium suum in mundum, ut judicet mundum, sed ut salvetur mundus per ipsum. Qui credit in eum, non judicatur: qui autem non credit, jam judicatus est: quia non credit in nomine unigeniti Filii Dei. Hoc est autem judicium: quia lux venit in mundum, et dilexerunt homines magis tenebras quam lucem: erant enim eorum mala opera. Omnis enim qui male agit, odit lucem, et non venit ad lucem, ut non arguantur opera ejus: qui autem facit veritatem, venit ad lucem, ut manifestentur opera ejus, quia in Deo sunt facta.

En aquel tiempo dijo Jesus á Nicodemus: Dios ha amado al mundo hasta dar á su Hijo único, á fin de que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga la vida eterna. Porque Dios no ha enviado su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. El que cree en él, no es condenado; pero el que no cree ya es condenado, porque no cree en el nombre del Hijo único de Dios. La causa, pues, de la condenacion es que la luz ha venido al mundo, y los hombres han amado mas las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que obra mal, aborrece la luz temiendo que se descubra lo que hace; mas el que se conduce por la verdad, viene á la luz, á fin de que sus obras, ordenadas segun el espíritu de Dios, se manifiesten.

MEDITACION.

Cuánto nos ha amado Dios, y cuán poco le amamos nosotros.

Punto primero. — Considera que Dios ha amado al mundo hasta darle á su único Hijo, á fin de que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga la vida eterna. Comprendamos, si es posible, todo lo que dicen estas palabras, y veamos si puede decirse ni concebirse cosa alguna que nos dé una idea mas alta del amor inmenso que Dios nos tiene. Manifiéstase este amor por los bienes que se nos hacen, y por los que se nos quieren hacer; pruébase

por los beneficios. La creacion es uno de los mas señalados, pero la redencion es mucho mas insigne. Que un Dios nos haya dado su propio Hijo para rescatarnos, y que este Hijo, Dios como su Padre, sea nuestro rescate y el precio de nuestra redencion: comprendamos el sentido de todos estos términos; comprendamos el mérito de este incomprensible misterio. Confesemos por lo ménos que el amor que Dios nos ha tenido es superior á todo lo que se puede pensar, á todo lo que puede decirse mas justo, esto es, que Dios nos ha amado como Dios. Pero el fin de este incomprensible beneficio es tan admirable como el beneficio mismo. Dios nos ha dado á su propio Hijo, para que no nos perdiésemos y para hacernos eternamente dichosos. ¡Dios mio! ¡cuáles serian nuestros sentimientos de admiracion, de amor y de reconocimiento si nos penetrásemos como se debe de lo que meditamos! Consideremos la vida y la muerte del Redentor: recorramos todos los misterios de nuestra religion, la Eucaristía, los demás sacramentos, y el fin de todos estos medios que es la eternidad bienaventurada; hé aquí lo que Dios ha hecho para probarnos el esceso de su amor. ¿Qué nos parece? ¿ha hecho bastante? ¿podia hacer mas? ¿creemos, Señor, todas estas maravillas? ¿y no tiene nuestra fé de que reconvenirnos sobre esto? diríase que todo esto no es aun bastante para nuestro Dios. El Hijo, despues de habernos dado todo lo que tiene, todo lo que es, su cuerpo, su sangre, su vida, quiere todavía subir él mismo al cielo para enviarnos del seno de su Padre el Espíritu Santo, como si el amor que nos tiene no hubiese quedado satisfecho, si la tercera Persona de la adorable Trinidad no nos hubiera dado en particular una nueva prueba. El Padre da á su único Hijo; el Hijo habiéndose encarnado da su sangre y su vida; y el Espíritu Santo desciende visiblemente sobre los hombres para colmarlos de sus dones. Hé aquí á Dios todo ocupado, por decirlo así, para probarnos hasta qué esceso nos ama. Hombres insensibles á unos beneficios tan insignes, á un amor tan incomprensible, ¿qué os parece? ¿Nos ha amado Dios bastante? Quejémonos si ha podido hacer mas de lo que ha hecho. ¡Ah! Dios ha hecho mas de lo que nosotros mismos nos hubiéramos atrevido á desear, mas de lo que podiamos creer. Y este Dios que es infinitamente amable, y que nos ama infinitamente, ¿es amado de nosotros?

Punto segundo. — Considera que no es un motivo pequeño para amar á Dios el ver cuán poco es amado. Parece increible: un Dios infinitamente amable nos permite que le amemos: ¡qué honor para una vil criatura! ¿Debe nuestro corazon, puede no estar continuamente abrasado de este divino amor? ¿qué otro objeto puede moverle ú ocuparle un momento? De este modo piensa todo espíritu racional. ¡Ah! Dios nos permite amarle; ¿y quién es el que se apresura á darle su corazon? Dios nos manda que le amemos, ¿y es obedecido exactamente? El amor se produce de mil maneras; el entendimiento no se ocupa mas que del objeto amado; jamás se cansa de hablar de él; no encuentra gusto mas que en lo que á él le agrada; todo lo que es contrario á sus sentimientos nos choca; ¿de todo esto puede concluirse que amamos á Dios? ¿Con qué cuidado, con qué solicitud nos aplicamos á todo lo que le complace? ¿con qué calor tomamos sobre nosotros sus intereses? ¿qué inquietud sentimos á la menor sospecha de haberle desagradado? ¿qué aprehension nos causa el incurrir en su desgracia? ¿Se reconocerá por estos indicantes que amamos á Dios? Sin hablar de ese gran número de infieles que no aman á Dios, ¿cuántos hay entre los mismos fieles que le amen? Esos libertinos que apenas tienen religion, y que viven en la licencia mas desenfrenada, ¿aman á Dios? Esas personas mundanas ó esclavas de sus pasiones, ó idólatras de sí mismas, ¿aman á Dios? ¿Es amado Dios de tantas gentes que diariamente le sacrifican á un vil interés, á un placer; que viven en un desprecio habitual de su ley y de sus máximas; que hacen tan poco caso de su amistad, y que temen aun ménos su desgracia? Esas personas que Dios como que se ha reservado por una predileccion particular, que ha llamado al estado eclesiástico y religioso y que le están singularmente consagradas; esas personas colmadas de beneficios, obligadas por profesion á amarle, á alabarle, á servirle, ¿le aman mucho? Si la mortificacion, si la exacta observancia de las reglas, si la devocion, si el desprendimiento de todas las cosas, si el olvido del mundo, si el fervor, son las señales y la medida del amor á Dios, ¿es Dios amado ardientemente de todas las personas religiosas? ¡Qué ingratos somos! ¿No ha hecho Dios bastante para merecer nuestro corazon, decia Moisés á todo el pueblo? ¿Son menester nuevos beneficios, nuevos milagros?

Nó, Dios mio, no se necesita mas; habeis hecho bastante para probarnos vuestro amor; pero necesito nuevas gracias para que yo dé pruebas del mio.

Jaculatorias. — Yo os amaré, Señor, á vos que sois mi fortaleza; esto es hecho; yo os amaré porque cuento con vuestra gracia y con vuestro auxilio. (Psalm. 17.)

Abrasadme con el divino fuego, de que el Espíritu Santo es la fuente: haced que mi corazon sea todo inflamado con él. (Psalm. 25.)

PROPÓSITOS.

1 Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon, con toda tu alma, con todo tu espíritu, con todas tus fuerzas; esto es el primer mandamiento y la base de todos los demás; no cumplirle es violar toda la ley; no hay salvacion para quien no guarda este precepto: sin que nos detengamos ahora en averiguar si hay muchos aun entre los mismos que hacen profesion de llevar una vida mas regular que le guarden, ¿podemos decir como el jóven del Evangelio: «Yo he guardado todo esto desde mi juventud,» ó como san Pedro: Vos sabeis, Señor, que os amo? Preguntémonos á nosotros mismos, examinémonos, y si no podemos darnos con verdad una respuesta semejante, veamos delante de Dios si debemos estar tranquilos sobre el negocio de la salvacion.

2 Dios nos demuestra su amor por sus beneficios; probémosle el nuestro con nuestras buenas obras, y por decirlo así, con nuestro servicio. Si hemos recibido el Espíritu Santo estaremos abrasados con el fuego del divino amor, y nuestro amor se manifestará por nuestras obras; tengamos el consuelo de ver que amamos á Dios, amando á los pobres. Visitemos durante estas fiestas á los pobres en los hospitales y en las cárceles: Dios nos ha colmado de sus dones, dándonos su Espíritu Santo; seamos pues nosotros generosos con los pobres. Guardémonos mucho de pasar estas fiestas en partidas de placer ó en el campo. El espíritu del mundo, el demonio es el que ha introducido los abusos irreligiosos y chocantes de ir á pasar en el cam-

po las fiestas de Pentecostés para hacer inútiles, para sofocar los dones del Espíritu Santo, que pudiéramos haber recibido en esta gran solemnidad. Pasemos estos tres dias en el pueblo, empleados en la oracion y en los ejercicios de las buenas obras. Asistamos á los oficios de la Iglesia, y sea nuestra devocion una prueba de que hemos recibido el Espíritu Santo.

DIA TERCERO DE PENTECOSTES.

Como las tres fiestas de Pentecostés no son mas que una misma solemnidad y una misma fiesta, el oficio de la Iglesia en estos tres dias se dirige siempre á un mismo fin, que es el conducir los fieles á que bendigan al Señor, y á que le den gracias por el don insigne que nos ha hecho enviándonos el Espíritu Santo, este poderoso consolador de las almas fieles, y á despertar nuestra alegría espiritual á vista de las maravillas que han acompañado este don tan señalado.

«Recibid la alegría de vuestra gloria.» Estas son las consoladoras palabras de que se compone el introito de la misa de este dia, por las cuales la Iglesia da una idea abreviada de todo el misterio de esta gran fiesta. «Recibid la alegría de vuestra gloria,» esto es, gustad de aquella alegría pura, aquella alegría espiritual que el Espíritu Santo ha venido á derramar en vuestro corazon, haciéndoos verdaderos discípulos de Jesucristo é hijos adoptivos del Padre celestial. Bendecid sin cesar al Padre de las misericordias, á este Dios de todo consuelo; no pareis de darle gracias, porque os ha dado al fin el Espíritu consolador, este don celestial, fuente de todos los dones; este Espíritu de sabiduría, de consejo, de luz y de fortaleza, que glorificando al Señor, os colma de una gloria que ninguna cosa puede oscurecer, y que borra toda la falsa gloria de la tierra. «No dejeis de dar gracias á Dios, que os ha llamado al reino de los cielos:» alabad á este Padre celestial que ha amado al mundo hasta el estremo de darle á su propio Hijo; alabad á este Hijo único del Altísimo, vuestro divino Salvador; alabad al Espíritu Santo, principio del divino amor, luz de los corazones, consumador de tantas maravillas, y no ceseis de bendecir á este Dios Criador, á este Dios Salvador, á este Dios Consolador, «alleluya, alleluya, alleluya.»

«Pueblo mio, escucha las instrucciones que voy á darte, presta tus oidos á mis palabras.» Échase bien de ver la relacion que tiene el primer versículo del salmo 77 con la festividad de este dia, y todo este introito con el misterio. Uno de los primeros efectos de la descension del Espíritu Santo ha sido la publicacion de la nueva ley, y el fruto la observancia de esta misma ley. La ley es santa, y solo observándola se hace uno santo. Este salmo es como el compendio de la historia de los judíos desde Moisés hasta David. El Profeta hace en él una contraposicion continua de la bondad de Dios con su pueblo, y de la ingratitud del mismo pueblo con Dios. Entre muchas cosas que se encubren bajo del sentido literal de este salmo, está figurado en él el reino de Jesucristo, bajo del de David; y la tribu de Judá preferida á la de Efraim, nos representa el fin del antiguo Testamento y el principio de la nueva alianza.

La Epístola de la misa de este dia hace la relacion del viaje que san Pedro y san Juan, enviados por los demás apóstoles, hicieron á Samaria para conferir el Espíritu Santo á los que habian recibido la palabra de Dios, y habian sido convertidos á la fé de Jesucristo por la predicacion del diácono san Felipe.

Despues de la muerte de san Estéban, el primero de los mártires, se levantó una furiosa persecucion contra los apóstoles y los discípulos de Jesucristo y contra toda la Iglesia. Permitió Dios esta primera tempestad para llevar la luz de la fé á los pueblos vecinos, porque hasta entonces no se habia predicado aun á Jesucristo mas que en Jerusalen, y toda la Iglesia habia estado encerrrada en el lugar de su nacimiento. Creyóse, pues, que era menester dejar pasar el primer fuego de la persecucion; y disponiendo la divina Providencia todas las cosas para la gloria de Dios, inspiró á los apóstoles que permaneciesen solos en Jerusalen, y que enviasen los discípulos á la Judea y á Samaria. Fué esta la primera mision fuera de la capital, y se supo muy pronto la abundante cosecha que se recogia de esta primera semilla del Evangelio.

Habiendo bajado á Samaria Felipe, uno de los siete diáconos, comenzó á predicar allí á Jesucristo crucificado, con tan buen éxito, que el pueblo, no menos hechizado de sus discursos que sorprendido de sus milagros, le seguia en tropas y le escuchaba con placer. Muchos endemoniados quedaron libres, y los demonios forzados á salir de los cuerpos testificaban con alaridos espantosos la virtud divina de aquel en cuyo nombre eran arrojados, y su propia flaqueza é impotencia. Veianse en toda la ciudad paralíticos curados; veianse cojos enderezados, y que caminaban sin apoyo, y ciegos que recobraban milagrosamente la vista. Disputábase sobre quién bendeciria mas alto al Señor, y quién daria mayores señales de una alegría estraordinaria. Los mas malos se veian como forzados á tomar parte en el regocijo público. De este número fué un mágico célebre é insigne impostor, llamado Simon, que habiendo morado largo tiempo en Samaria, habia hecho creer al pueblo que él era la gran virtud de Dios; y los samaritanos infatuados y hechizados con sus sortilegios lo escuchaban como un oráculo. Mas el santo diácono triunfó del ministro de Satanás. Supo tan bien desengañar á los que el encantador habia embaucado, que todos creyeron en Jesucristo, y todos recibieron el bautismo. No hubo uno, hasta el mismo mágico, que no se convirtiese; creyó y se hizo bautizar con los demás. Habiendo llegado á Jerusalen la fama de la conversion de los samaritanos, resolvieron los apóstoles que se habian quedado allí, y que querian sostener la obra del Señor, enviarles á Pedro y á Juan para afirmarles en la fé, y para arreglar todas las cosas en esta nueva Iglesia.

El principal motivo del viaje de los dos apóstoles á Samaria fué á fin de dar el Espíritu Santo, por la imposicion de las manos, á los que acababan de ser bautizados, administrándoles el sacramento de la Confirmacion, lo cual san Felipe, que no era mas que diácono, no podia hacer en razon de que este privilegio no se habia concedido mas que á los apóstoles y á sus sucesores que son los obispos. Cuando se dice que san Pedro fué enviado por los otros apóstoles, no se ha de pensar que san Pedro haya estado sometido á ellos, ni que ellos hayan ejercido nunca sobre él una autoridad despótica. Habiendo Jesucristo establecido á san Pedro cabeza de la Iglesia, siempre ha sido reconocido gefe del colegio apostólico y vicario de Jesucristo; así es que siempre se le ha visto en cualidad de gefe y de príncipe de los apóstoles llevar en todo la palabra como

tal. Él es el primero que en el dia de Pentecostés al salir del cenáculo anuncia públicamente á Jesucristo, y convierte á mas de tres mil personas. Él es el primero que predica la fé á los gentiles, y bautiza al centurion Cornelio y á los que estaban con él, que fueron las primicias del gentilismo admitido al Evangelio. Por esto la espresion «fué enviado,» es lo mismo que decir, le rogaron que fuése él mismo á Samaria para dar allí el Espíritu Santo por la imposicion de las manos; como si en una poblacion ó en una comunidad se deputase al gefe para un negocio importante y honroso: no leemos que todavía hubiese ejercido esta funcion augusta ninguno de los apóstoles; porque se queria que la cabeza, el príncipe de los apóstoles fuese el primero que ejercitase este sagrado ministerio. Se le suplica, dice el sabio Belarmino, que se digne prestarse á aquellos que le consideran como su maestro. En esta misma manera envió la Iglesia de Antioquía á san Pablo y san Bernabé á Jerusalen, para que consultasen con los demás apóstoles sobre negocios importantes.

Habiendo llegado los dos santos apóstoles á Samaria se pusieron en oracion para que los samaritanos convertidos recibiesen el Espíritu Santo, porque no habia aun descendido sobre ninguno de ellos, sino que solo habian sido bautizados en el nombre del Señor Jesus. Cuando se dice que los samaritanos habian sido solo bautizados en nombre de nuestro Señor Jesucristo, no es decir que se les hubiese conferido el bautismo en el solo nombre del Salvador: los apóstoles no se servian de otra fórmula que la que Jesucristo les habia enseñado, que era en nombre de las tres Personas divinas. Es este un modo de hablar compendiado que significa que los samaritanos no habian aun recibido el sacramento de la confirmacion, y que solo habian recibido el bautismo instituido por nuestro Señor Jesucristo. Entonces les impusieron las manos, y Dios, que en aquellos primeros tiempos queria dar á conocer con señales esteriores y sensibles los misterios de la gracia, les envió bajo de una forma visible su santo Espíritu sobre todos los que habian recibido el sacramento de la confirmacion. Créese que esta forma visible bajo de la cual el Espíritu Santo descendió sobre los que acababan de ser confirmados era una especie de lenguas de fuego, semejantes á las en que descendió sobre los apóstoles y los discípulos en el dia de Pentecostés, si bien tal vez esto sucedió aquí con ménos ruido.

La imposicion de las manos de que aquí se habla, por la cual se recibe el Espíritu Santo, no siendo otra cosa que el sacramento de la confirmacion, y siendo los obispos los únicos ministros ordinarios de este sacramento, pertenecia á los apóstoles, que eran obispos, y nó á Felipe que no era mas que diácono, el imponerlas. La imposicion de las manos es una ceremonia simbólica de que usa la Iglesia para conferir el sacramento de la confirmacion y para administrar el del órden. Por el primero se recibe espíritu de fortaleza para confesar con confianza y con generosidad el nombre de Jesucristo y todas aquellas gracias sobrenaturales que, segun la espresion de san Cipriano, perfeccionan y concluyen, por decirlo así, al cristiano en su fé. En los primeros dias de la Iglesia, Dios con la infusion del Espíritu Santo comunicaba las gracias milagrosas que son frutos suyos; ninguno recibia visiblemente el Espíritu Santo que no recibiese el don de lenguas, el don de profecía y el don de milagros. En la sucesion de los tiempos, no siendo ya necesarios los milagros, los dones han sido invisibles é interiores, siempre proporcionados á la disposicion del sugeto. Por lo demás, cuando se dice que ninguno de los samaritanos bautizados habia recibido todavía el Espíritu Santo, no debe esto entenderse de la gracia santificante, la cual habian recibido ya en el bautismo, sino de aquella plenitud de gracias que se comunicaban entonces visiblemente en el sacramento de la confirmacion.

El Evangelio de la misa de este dia refiere lo que Jesucristo ha dicho del pastor y del ladron de las ovejas, el cual se reconoce en que este no entra por la puerta en el redil, manifestando que él mismo es la puerta por donde deben entrar el pastor legítimo y las ovejas.

Habiendo dado vista el Salvador al ciego de nacimiento, acababa de demostrar á los escribas y á los fariseos que ellos estaban tambien ciegos, y que su ceguera era tanto mas triste, cuanto que era mas criminal, puesto que era voluntaria. Esa ceguera voluntaria, les decia, es la que os impide el reconocerme por el Mesías, por mas que mis palabras, mis obras, mi doctrina y mis milagros os digan tan claro que lo soy. Pero no hay peor ciego que el que está bien hallado con serlo. De este modo vosotros mismos verificais cada dia mas lo que me habeis oido decir, esto es, que yo habia venido para hacer manifiestos los designios de la Providencia en el discernimiento de los buenos y de los malos, de los fieles y de los incrédulos, el cual debia hacerse á la venida del Mesías, á fin de que los que son ciegos vean, y los que ven se vuelvan viegos; esto es, que los gentiles, que siempre han vivido en tinieblas, abrirán los ojos, y recibirán la luz que les iluminará, mientras que los judíos, que viven en la luz, cerrando los ojos al astro que les ilumina, caerán en las tinieblas, y no verán mas la luz. ¿Qué sirve tener la luz de las santas Escrituras, si no se quiere hacer la aplicacion de ellas y se rehusa el entenderlas? Vosotros os creeis hábiles, pero ¿de qué os sirve vuestra pretendida habilidad? ¿de qué os servirán tampoco todas vuestras luces? para haceros ménos escusables y mas criminales. No basta estar en el redil, es menester haber entrado en él por la puerta; cualquiera que entra en él por otro sitio, ó que fuerza la entrada, es un ladron disfrazado ó un salteador declarado. Jesucristo es la luz del mundo, el buen pastor, la puerta por donde se entra en el redil; todos los que eran enemigos de Jesucristo, como los escribas, los malos sacerdotes, los fariseos, eran otros tantos ciegos voluntarios, malos guias, falsos pastores, mercenarios, que no se habian interesado en el redil mas que para robar, para enriquecerse y para degollar. El Salvador nos representa aquí la Iglesia como redil, en el cual no se puede entrar sino por él, y los fieles como ovejas, de las cuales es él el verdadero y buen pastor. Jesucristo queria dar á entender á los judíos que la sinagoga iba á ser reprobada, y que la Iglesia, de la que él mismo es la puerta, la luz y el pastor, contendria el único pueblo escogido y amado, y que así solo los que creian en él entrarian por él en este misterioso redil; y por consiguiente los fariseos (porque á ellos era á quienes hablaba el Hijo de Dios) no eran mas que intrusos, falsos pastores, ladrones y mercenarios, puesto que rehusaban creer en él. Jesucristo hace aquí el retrato, y pinta el carácter de todos los falsos doctores, que no teniendo vocacion entran furtivamente y sin mision en el redil, y no son

mas que intrusos que todo lo corrompen y todo lo pierden, como les sucedia á los fariseos.

«El que entra por la puerta, continúa el Salvador, es el verdadero pastor. Luego que llama le abre el portero, las ovejas oyen su voz, se reunen en rededor de él, las acaricia, las mira con placer, y cuando es tiempo las lleva á pastar. Las llama por su nombre, las hace salir despacio para que la confusion ó la priesa no las hiera; va delante de ellas, y anda poco á poco, no sea que se cansen, ó se constipen; si alguna se descarria por poco que sea del rebaño, la llama, y ellas le siguen porque conocen su voz. El verdadero pastor dirige su voz á las ovejas, esto es, en el sentido moral, las instruye en público y en particular; las ilustra en sus dudas; las consuela en sus penas, las conduce con seguridad; y por sus cuidados y vigilancia impide que las devoren los lobos. El verdadero pastor llama á sus ovejas por sus nombres, esto es, las conoce á todas, conoce sus males, sus flaquezas, sus necesidades y á todo provee. El verdadero pastor marcha al frente del rebaño, esto es, le da ejemplo, le hace ver en sus costumbres la práctica de las verdades que predica. El Salvador ha hecho aquí el retrato de todos los verdaderos pastores, haciendo el suyo.

Pero si un estraño, prosigue, se presenta para conducirlas, léjos de seguirle, huyen de él, porque no estando acostumbradas á la voz de los estraños les temen y desconfian de ellos. Un pastor que se alejase demasiado de su rebaño, ó que descargase sobre otro el cuidado que deberia tomar por sí, seria mirado como un pastor estraño. ¿Podrian sus ovejas poco acostumbradas á oirle conocer su voz? viéndole sin celo para socorrerlas, no se unirian á él, no se curarian de seguirle, se alejarian, se estraviarian. Un padre, una madre de familia son los pastores de sus hijos; ¿qué cuenta no tendrán que dar á Dios, si los abandonasen á estraños?

Esta parábola debia haber servido de grande instruccion para los fariseos á quienes se dirigia; pero ellos no comprendian su sentido. Cuando el corazon está corrompido, el entendimiento tiene poca penetracion y poca luz. El Salvador tuvo, empero, la bondad de descubrirles y de esplicarles este enigma.

«En verdad os digo, que yo soy la puerta del redil» en donde está encerrado el rebaño del Señor. Por mí van las ovejas á su pastor. Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie va al Padre sino por mí. ¿Qué es entrar por la puerta, dice san Agustin, sino entrar por Jesucristo, que ha dicho: Yo soy la puerta; y qué es entrar por Jesucristo, sino caminar sobre sus huellas, imitar su conducta, seguir sus máximas, y estar animado de su espíritu? El nombre de ovejas que conviene á los fieles, dice un sabio intérprete, les advierte que la inocencia y la docilidad deben formar su verdadero carácter, como el nombre de pastor dice á los que están honrados con él, que la vigilancia y la bondad debe constituir tambien el suyo.

«Todos los que han venido ántes que yo,» que se han ingerido á conducirlas sin mision, y que han querido pasar por el Mesías prometido de Dios, «no han sido mas que salteadores y ladrones:» así es que las verdaderas ovejas no les han escuchado. No quiere decir por esto Jesucristo que no hayan tenido ántes de él los judíos hombres enviados de Dios que eran sus pastores legítimos. ¡Cuántos santos patriarcas, en efecto, cuántos profetas iluminados de Dios hubo á quienes él mismo autoriza en muchos lugares! Declara solamente que los que se han atribuido la autoridad y el nombre de Mesías, como Teodas y Judas el Galileo, de quienes hace mencion Gamaliel, como se dice en los Hechos de los Apóstoles, no lo eran en efecto, puesto que no tenian ninguna de las cualidades de este buen pastor, de este pastor por escelencia, bajo de cuya idea ha sido predicho el Mesías por los profetas, y del que dice el Salvador, veis la realidad en mi persona. No busqueis, pues, otro camino ni otra puerta que yo. Los que entraren por mí, que creyeren en mí, que siguieren mis pasos, hallarán en este camino su seguridad y su salud. «Yo soy la puerta.» La espresion es figurada, pero contiene un gran sentido; es como si dijera: Seguid enhorabuena vuestras sectas, guardad cuanto querais vuestras tradiciones farisaicas; falsos senderos, caminos engañosos que estravian á las guias y á las que andan por ellos. La ley misma de Moisés, santa á la verdad, pues que procedia de Dios, pero pasajera é impotente, cesa hoy para dar lugar á la que yo vengo á publicar, y que es la única que conduce al término de la salvacion eterna y de la gloria. Yo soy, pues, el camino que conduce á la vida, cualquiera otro estravia y conduce á la perdicion.

«Si alguno entra por mí,» si cree en mí, si pone su confianza en mí, «será salvo. Que entre ó que salga, nada le faltará jamás.» El Salvador sostiene siempre la misma alegoría. Las ovejas no salen del redil sino para ir á los pastos; y cuando los pastores las vuelven á traer encuentran durante el invierno en el redil con que alimentarse. Del mismo modo que el pastor lleva sus ovejas á pastar y las vuelve al redil, así Jesucristo vela sobre la conducta de los fieles, y provee á todas sus necesidades. Entrar y salir en el estilo de la Escritura indica tambien todas las acciones de la vida: cuando uno está al servicio de un Señor tan bueno, nada hay que temer: el Salvador es un buen Padre y provee á todo. «El ladron no viene mas que para robar, para degollar y para causar estragos. Pinta Jesucristo aquí á los falsos profetas y falsos pastores, y en persona de estos á todos los heresiarcas, cuya doctrina está siempre emponzoñada, y que jamás han entrado en el redil por la puerta: así es que no han entrado mas que para robar, para degollar y para causar estragos. Por lo que hace á mí «yo he venido, concluye el Salvador, á fin de que las ovejas que mi Padre me ha dado tengan la vida, y una vida abundante en todo género de bienes. Yo las guardaré dia y noche; yo las defenderé contra los lobos; las escogeré buenos pastos; las pondré al abrigo, y durante el calor las llevaré á las fuentes de las aguas mas puras, y nada podrá dañarlas estando continuamente á mi vista.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Adsit nobis, quæsumus, Domine, virtus Spiritus Sancti: quæ et corda nostra clementer expurget, et ab omnibus tueatur adversis. Per Dominum nostrum... in unitate ejusdem Spiritus Sancti Deus..

Os suplicamos, Señor, que continuamente nos asistais con la virtud del Espíritu Santo, para que purificadas por su misericordia las manchas invisibles de nuestros corazones quedemos tambien libres de todos los males de esta vida. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola está tomada del libro de los Hechos de los Apóstoles, cap. 8.

In diebus illis : Cum audissent apostoli, qui erant Jerosolymis, quod recepissent Samaria verbum Dei, miserunt ad eos Petrum et Joannem. Qui cum venissent, oraverunt pro ipsis, ut acciperent Spiritum Sanctum : nondum enim in quemquam illorum venerat, sed baptizati tantum erant in nomine Domini Jesu. Tunc imponebant manus super illos, et accipiebant Spiritum Sanctum.

En aquellos dias : Habiendo sabido los apóstoles que estaban en Jerusalen, que Samaria habia recibido la palabra de Dios, les enviaron á Pedro y á Juan; los que habiendo llegado allá oraron por los samaritanos, á fin de que recibiesen el Espíritu Santo, porque aun no habia descendido sobre ninguno de ellos, sino que solamente habian sido bautizados en el nombre del Señor Jesus. Entonces imponian las manos sobre ellos, y recibian el Espíritu Santo.

Cuando san Felipe fué á predicar á Jesucristo á Samaria, no habia sido aun anunciado el Evangelio á los gentiles. El primero que les predicó la fé en Cesarea fué san Pedro. Y san Lucas asegura que los que fueron dispersos predicaron, sí, la fé en todas partes, pero solo á los judíos: «Nisi solis judæis.» Mas los samaritanos aunque separados de los judíos en hábitos y en religion no eran mirados como gentiles. Esperaban el Mesías, se tenian por descendientes de Abraham y de Jacob, admitian la circuncision, y leian las Escrituras, y por todo esto no eran considerados como gentiles.»

REFLEXIONES.

«Les imponian las manos, y recibian el Espíritu Santo.» Ninguna cosa demuestra mejor la necesidad del sacramento de la confirmacion ni su escelencia que este hecho. ¿Qué debe, pues, pensarse de aquellos que descuidan el recibir este sacramento? ¿y será perdonable la negligencia de los padres en este punto? Se estraña el desarreglo de las costumbres, la licencia de los jóvenes, la flojedad que se nota en el servicio de Dios; admírase el ver tan poca fé en la tierra, el ver que esta luz pura se estingue en la mayor parte de los cristianos. ¿Se ha recibido el Espíritu Santo? ¿Cuántas gentes mueren sin haber recibido el sacramento de la confirmacion? ¿y cuántas mas todavía de las que le han recibido tienen cuidado de conservar sus frutos, que son los dones del Espíritu Santo, y una abundancia de gracias que se hace sentir siempre en aquellos que no ponen obstáculo á ellas, y que renuevan su memoria de tiempo en tiempo? Todo cristiano debe crecer espiritualmente, debe aspirar á la perfeccion de la religion cristiana; luego está obligado á ser confirmado con el santo crisma, que es el que da este acrecentamiento y esta perfeccion. Luego no hay nadie que pueda dispensarse de esta primera obligacion. Porque así como uno de los fines de la naturaleza es que todos los niños que nacen, crezcan y lleguen á una edad perfecta, no obstante que no todos llegnen siempre á ella; del mismo modo, dice el Catecismo del concilio de Trento, el designio de la Iglesia nuestra comun madre es que la gracia que hace al hombre cristiano, se perfeccione en los que ha reengendrado por el bautismo. Como, pues, esto no se hace sino por el sacramento de la confirmacion, es evidente que todos los fieles están igualmente obligados á recibirle. Y bien ¿reconocen todos esta obligacion? Muchos la ignoran porque ignoran los efectos de este sacramento. La confirmacion tiene de comun con todos los demás sacramentos, que si no encuentra algun impedimento en el que le recibe, le comunica una nueva gracia; y tiene de particular, lo que le distingue de los demás, el perfeccionar, por decirlo así, la gracia del bautismo. Siendo, pues, todos los que han sido hechos cristianos por el bautismo todavía flacos como niños recien nacidos, reciben por el sacramento de la confirmacion la fortaleza para resistir á todos los ataques del mundo y el diablo, y quedan tan plenamente confirmados en la fé, que son capaces de confesar y de glorificar altamente el nombre de nuestro Señor Jesucristo, y de aquí es sin duda el habérsele dado el nombre de confirmacion. Este sacramento es el que confiere aquella fortaleza que viene de lo alto, que el Salvador prometió á sus discípulos, y de la que fueron revestidos los apóstoles el dia de la descension del Espíritu Santo. La mudanza maravillosa que se hizo en ellos, se renueva en todos los que reciben el mismo don del cielo. La Iglesia ve en ella la continuacion de los verdaderos fieles. ¿Somos nosotros de este número? Consultemos nuestra generosidad, nuestra fidelidad en materia de religion: consultemos nuestra fé, nuestra devocion, nuestro zelo; ¡de cuántos se puede decir «han sido solo bautizados, pero no ha descendido todavía sobre ellos el Espíritu Santo!»

El Evangelio de la misa es tomado del de san Juan, capítulo 10.

In illo tempore : Dixit Jesus pharisæis : Amen, amen dico vobis : qui non intrat per ostium in ovile ovium, sed ascendit aliunde, ille fur est et latro. Qui autem intrat per ostium, pastor est ovium. Huic ostiarius aperit, et oves vocem ejus audiunt, et proprias oves vocat nominatim, et educit eas. Et cum proprias oves emiserit, ante eas vadit : et oves illum sequuntur, quia sciunt vocem ejus. Alienum autem non sequuntur, sed fugiunt ab eo : quia non noverunt vocem alienorum. Hoc proverbium dixit eis Jesus. Illi autem non cognoverunt quid loqueretur eis. Dixit ergo eis iterum Jesus : Amen, amen dico vobis : quia ego sum ostium ovium. Omnes quotquot venerunt, fures sunt et latrones : et non audierunt eos oves. Ego sum ostium. Per me si quis introierit, salvabitur : et in-

En aquel tiempo dijo Jesus á los fariseos : En verdad, en verdad os digo : el que no entra por la puerta en el redil, sino que sube por otro paraje, es un salteador y un ladron; mas el que entra por la puerta, ese es el pastor de las ovejas. A este es á quien el portero le abre, y las ovejas oyen su voz. Llama á sus propias ovejas cada una por su nombre, y las hace salir. Y cuando ha hecho salir á sus propias ovejas marcha delante de ellas, y las ovejas le siguen, porque conocen su voz. Pero al pastor que no es propio no le siguen, sino que huyen, porque no conocen la voz de los que no son sus pastores. Díjoles Jesus esta parábola, pero ellos no comprendieron lo que les decia. Por esto volvió á decirles : En verdad, en verdad os digo, que yo soy la puerta del redil: todos los que han venido son salteadores y ladrones, y las ovejas no les han escuchado. Yo soy la puerta; si alguno entra por mí, se salvará; en-

gredietur, et egredietur, et pascua inveniet. Fur non venit nisi ut furetur, et mactet et perdat. Ego veni ut vitam habeant, et abundantius habeant.

trará, saldrá y hallará los pastos. El ladron no viene sino para robar, para degollar y para hacer estragos. Yo he venido á fin de que tengan la vida, y de que la tengan abundantemente.

MEDITACION.

Sobre los dones y los frutos del Espíritu Santo.

Punto primero.—Considera que el Espíritu Santo es la fuente de todos los dones celestiales; no hay pues que admirarse si los que le reciben están llenos de ellos. No es posible que descienda á una alma, sin que la enriquezca con sus dones mas preciosos. Acompáñanle sus tesoros, y así como el fuego no puede separarse de su luz y de su calor, así tampoco el Espíritu Santo puede venir á un corazon, sin que el alma quede toda iluminada y abrasada. De aquí aquella claridad, aquella luz pura, aquella inteligencia tan viva, tan estensa de que fueron dotados todos los discípulos el dia de Pentecostés. Aquellos hombres tan groseros, aquellos genios tan materiales y tan limitados, aquellos espíritus tan duros y tan indóciles, se convierten en un instante en oráculos de todo el universo, doctores de las naciones y la luz del mundo. Nada se resiste á su penetracion: oscuridad de las profecías, sutilezas de la sabiduría humana, sofismas de las escuelas, la impenetrabilidad misma del corazon humano; todo se desenvuelve á su espíritu, todo cede á la vivacidad, á la estension de sus conocimientos. Su sabiduría corresponde á sus luces; no hubo puede ser nunca gentes mas sabias ni mas eruditas. Su valor no cede ni á su penetracion ni á su ciencia. Aquellos hombres tan tímidos, aquellos corazones naturalmente cobardes y embrutecidos, no bien han recibido el Espíritu Santo, cuando se encuentran revestidos de la fortaleza de lo alto y animados de una magnanimidad desconocida á todos los pretendidos héroes de la historia. Intrépidos delante de los tribunales y en medio de los mas grandes peligros, los suplicios mas crueles, el fuego, el hierro, las torturas y los potros, ninguna cosa puede inmutar su ánimo. Su fé es superior á todos los artificios del infierno, y su amor á Jesucristo es inalterable é invencible. Los frutos corresponden á estos dones maravillosos; véase la conversion de todo el universo: ¡qué de pueblos convertidos á la fé, qué de naciones bárbaras conquistadas para Jesucristo, qué inmenso país sometido al Evangelio! todo esto pueden unos pescadores, unos hombres simples, llenos del Espíritu Santo; tales son los frutos de todos sus dones, y lo mismo deberian ser todos los fieles; ¿y qué es lo que impide que no lo seamos?

Punto segundo.—Considera en qué consiste que nosotros no esperimentemos los mismos efectos y que no recibamos los mismos dones, sobre todo en los dias privilegiados en que el Espíritu Santo desciende sobre los fieles. Él no es ménos rico ni ménos liberal; ¿en qué consiste que nosotros somos siempre pobres? ¿Qué se hubiese pensado y qué se hubiese dicho, si habiendo descendido el Espíritu Santo sobre los fieles que estaban reunidos en el cenáculo, hubiese habido algunos escluidos de sus dones? ¿Qué se hubiera pensado de aquellos pobres discípulos, si mientras que los otros tenian el don de lenguas y estendian á todos los pueblos de las diferentes naciones que allí habia, y eran igualmente entendidos de ellos, hubiesen permanecido mudos y no hubieran podido hacerse entender? ¿Si cuando los apóstoles mudados, por decirlo así, en otros hombres, predicaban á Jesucristo con tanta intrepidez, ellos hubieran tenido miedo de manifestarse y no hubiesen tenido un valor semejante? en fin, ¿si tan cobardes y tan imperfectos como ántes se hubiesen ocultado y no hubiesen llevado despues una vida mas regular ni mas fervorosa que la que habian tenido ántes de Pentecostés? ¡Buen Dios! ¡cuánto debe estremecernos esta reflexion á vista de nuestra poca devocion! Si despues de estas grandes solemnidades; si despues de todas estas grandes fiestas nos hallamos tan indevotos; si las pasiones no han perdido nada de su vivacidad; si el espíritu del mundo ejerce siempre sobre nosotros el mismo imperio; ¿podemos creer que hemos recibido el Espíritu Santo? ¿Es el legítimo Pastor el que ha entrado en el redil? ¿oimos su voz? ¿la seguimos? ¿le tenemos por conductor y guia? ¿Qué se puede pensar de esas personas tan flojas en el servicio de Dios, tan inclinadas y como arrastradas al placer, tan poco movidas de las verdades de nuestra religion, tan débiles en las ocasiones mas insignificantes, tan sujetas siempre á los mismos vicios? Sordos á la voz de Dios y sordos tambien á la de la conciencia, ¿dónde están en ellas los frutos del Espíritu Santo? y si este divino Espíritu no ha venido á nuestro corazon en estas fiestas, ¿cuándo le recibiremos? ¿Es posible que no nos asuste un estado tan peligroso, y que se pase toda la vida en una seguridad tan lastimosa?

No permitais, Salvador divino, que yo permanezca mucho tiempo en este miserable estado. Dadme á conocer todo su peligro con tal viveza que no pasen estas fiestas sin que esperimente los dulces efectos de vuestra gracia, y que no esté mucho tiempo privado de vuestros dones.

Jaculatorias.—Concedednos, Señor, vuestro Espíritu Santo, y muy pronto quedaré convertido en otro hombre. (Psalm. 103.)

Dadme, Dios mio, la pureza de corazon tan necesaria para recibir vuestro Espíritu Santo y para esperimentar todos sus dones. (Psalm. 50.)

PROPÓSITOS.

1 Imagínanse muchos que todo está hecho con abstenerse de toda obra servil durante las fiestas. Esto no es mas que la menor de nuestras obligaciones en ellas. Hemos faltado al principal de nuestros deberes, cuando estas grandes solemnidades no producen en nosotros mas que una cesacion del trabajo. No pasemos pues la de Pentecostés sin tener parte en los dones del Espíritu Santo, sobre todo en el don de consejo, de fervor, de ánimo y de fortaleza. Pertrechémonos contra los artificios del demonio en estos tiempos de relajacion: cuidemos mucho de que en lugar de ver acabar con las fiestas nuestra devocion, se haga cada dia mas generosa y mas ferviente, y estemos alerta mas que nunca contra las tentaciones.

2 El demonio nada omite despues de las mas grandes solemnidades de la Iglesia para hacernos perder todo el fruto de ellas. Tomemos hoy una resolucion decidida de ser mas religiosos y mas devotos que lo hemos sido ántes de las fiestas. Las primeras ocasiones son siempre críticas.

Declarémonos desde luego por la virtud. Toda condescendencia con el espíritu del mundo es perniciosa al alma. Toda esta octava es una fiesta continuada; arreglemos desde este dia todos nuestros ejercicios de religion y seamos muy exactos en ellos. No dejemos de visitar todos los dias por la tarde al Santísimo Sacramento, y decir allí las letanías de la santísima Vírgen y el «Veni, Creator.»

LA FIESTA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD.

La fiesta de la santísima y adorable Trinidad es el fin y la consumacion de todas las fiestas. Como el objeto principal y primitivo de todo el culto que tributamos á Dios es la adorable Trinidad, un solo Dios en tres personas, es evidente que no hay fiestas en la religion cristiana que no sean verdaderamente fiestas de la santísima Trinidad, puesto que todo lo que se honra en ella, sea en los santos, sea en Jesucristo mismo en su humanidad, no debe servir mas que de medios para honrar á la santísima Trinidad, y elevarnos á ella como al verdadero y al único término de nuestro culto.

Un solo Dios en tres personas realmente distintas entre sí, que no teniendo mas que una misma naturaleza, no tienen tampoco mas que la misma divinidad; cada una es Dios, y no hay mas que un solo Dios en estas tres personas divinas. El Hijo no es el Padre, no obstante que sea una misma cosa con el Padre. El Espíritu Santo no es ni el Padre ni el Hijo, aunque no sean los tres mas que un mismo Espíritu Santo, indivisible y simplicísimo. Aunque el Hijo sea tan poderoso como el Padre, y el Espíritu Santo tan poderoso y tan sabio como el Padre y el Hijo, todos tres juntos no tienen ni mas poder ni mas sabiduría que tiene uno solo en esta Trinidad adorable: la misma duracion, el mismo poder, la misma inmensidad. La primera persona engendra la segunda, sin que por esto tenga sobre ella ninguna ventaja, ni rango, ni antigüedad; la tercera procede de las otras dos, y sin embargo no es de menor edad que ellas. En el Padre es una perfeccion el engendrar; lo es en el Hijo el conspirar con el Padre á la procesion del Espíritu Santo que procede del Padre y del Hijo: estas dos perfecciones no se hallan en la tercera persona, y sin embargo no es ménos perfecta que las otras dos; todo es igual aquí en perfecciones, en poder, en dignidad, en escelencia; todo aquí es incomprensible, y por lo mismo todo es indudable, puesto que si este Ser soberano y supremo, si este Ser increado, infinito, pudiese ser comprendido por un espíritu tan pequeño, tan limitado como el nuestro, no seria Dios. ¡Qué! este entendimiento tan pequeño, cuyos alcances son tan cortos que ignora las cosas mas comunes, y que no puede comprenderse ni á sí mismo ni la menor de las obras del Criador, ¿podrá comprender el modo de ser de este Ser infinito, que se apura, por decirlo así, en conocerse á sí mismo? Este misterio es tanto mas creible, cuanto es mas incomprensible. Nosotros comenzamos verdaderamente á conocer alguna cosa de la grandeza de Dios, dice san Agustin, cuando reconocemos que nos es imposible el comprender lo que es, y su manera de ser. Dios, dice en otra parte, me ha mandado creer este misterio incomprensible, pero no me ha permitido profundizarle; y esta verdad muestra la necesidad de la fé en la religion.

Un solo Dios en tres personas: tal es el sumario de nuestra fe, dice el mas célebre de los oradores cristianos; este es el fundamento de nuestra religion, el carácter de nuestra profesion, el mas augusto de nuestros misterios. En estas tres palabras, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, consiste todo el fondo y el tesoro de nuestra creencia. El Salvador del mundo ha constituido en ellas una parte esencial del primero de todos los sacramentos, y ha querido que entrasen en la composicion de cuasi todos los demás. La primitiva Iglesia se servia de ellas como de un sello público y universal para distinguir á los fieles; y para conformarnos con sus sentimientos las colocamos nosotros al principio de todas nuestras acciones, para que de este modo sean como otros tantos testimonios del culto que rendimos á la adorable y santísima Trinidad. Así es que en esta fé, dice san Agustin, consideramos como el mas precioso tesoro de la Iglesia; esta fé es la que justifica los pecadores, santifica los justos, bautiza los catecúmenos, corona los mártires, consagra los sacerdotes y salva á todo el mundo. Creer un solo Dios en tres personas, sin que la multiplicidad de las personas multiplique la naturaleza divina, la cual es indivisiblemente la misma en las tres, y sin que la distincion diga ninguna desigualdad en las perfecciones, las cuales son las mismas en las tres personas divinas; esto es lo que creemos, y esta fé es el fundamento de toda nuestra esperanza, dicen los Padres, el principio de toda la santidad, y segun la espresion del concilio de Trento, el principio y la raiz de nuestra justificacion. Este es el misterio tan sublime y tan impenetrable á todo entendimiento criado, que no debia revelarse sino á los hijos de la nueva alianza. Dios, es verdad, se habia dado á conocer á los israelitas, pero puede decirse que no les habia enseñado mas que su nombre; les habia revelado que era, y que era todopoderoso, inmenso, eterno; pero no habia una sola criatura que no les pudiese enseñar esta verdad, la cual, por otra parte, estaba como grabada en el alma de todos los hombres. Mas el conocimiento de lo que Dios es, esta Trinidad de personas sustancialmente unida á la unidad de naturaleza; la generacion eterna del Verbo, la eterna procesion del Espíritu Santo, y la identidad de naturaleza en el Espíritu Santo, en el Hijo y en el Padre; era un secreto reservado para un pueblo mas querido todavía; para los discípulos, para los alumnos del Salvador del mundo. Era necesario tambien que hubiese venido el Espíritu Santo á iluminar con su luz divina unos entendimientos naturalmente incapaces de llevar su vista á tanta altura, y que el nombre sobrenatural de la fé hubiese sometido y reducido á esclavitud el entendimiento bajo la obediencia de Jesucristo y de su religion.

Este misterio inefable, este misterio adorable ha sido revelado, y todo el universo lo ha creido. Por mas incomprensible que sea á todo entendimiento criado, los judíos, los romanos y los griegos, el Asia, la Europa, la América y el África, han abrazado esta fé; todo el universo ha confesado que no hay mas que un solo Dios, aunque haya tres personas divinas: que el Padre se distingue del Hijo, que el Padre y el Hijo se distinguen del Espíritu Santo, aunque todos tres tengan la misma divinidad, la misma naturaleza divina. Que todos tres son sabios, todos tres inmensos, todos tres eternos, y que no obstante no tienen mas que una misma eternidad, una misma inmensidad, una misma sabiduría: que no solo son igualmente poderosos é igualmente buenos, sino tambien que no tienen mas que una misma bondad y un mismo poder: que á

todos tres les debemos igual obediencia, y que sin embargo no tenemos mas que un Señor y un dueño. Que el Padre no tiene principio; que el Hijo es engendrado del Padre; que el Padre y el Hijo no engendran al Espíritu Santo, sino que le producen; pero que no obstante este órden de produccion no hay ni primacia, ni preeminencia entre las divinas personas; que la una no depende de la otra, aun cuando haya una manera diferente de proceder la una de la otra. La unidad de Dios demuestra la unidad del objeto de nuestro culto. Adorando al Hijo, adoramos al Espíritu Santo y al Padre. Este es el principal artículo de nuestra creencia, el compendio del mas sublime y del mas grande de todos nuestros misterios, y el objeto particular de la solemne fiesta de este dia.

Esta fiesta es la mas antigua de todas, aun cuando su celebridad particular sea bastante reciente; en todos los siglos ha sido una fiesta de religion, aunque no haya tenido una solemnidad determinada, ni oficio particular hasta el siglo XIV en tiempo del papa Juan XXII. Desde que hubo mundo y criaturas racionales é intelectuales, dice el autor del tratado de las fiestas de la Iglesia, el mundo ha sido un templo consagrado á la adorable Trinidad; toda la duracion de los tiempos ha sido su fiesta. No hay dias en el año ni hora en el dia en que la Iglesia no haya hecho dar testimonio y gloria en todas sus oraciones á la unidad de Dios y á la Trinidad de las personas. Ha ordenado aun una fórmula de glorificacion que se llama de Oxologia, esto es, el Gloria Patri, para honrar en todos momentos y celebrar distintamente las personas del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y por esta profesion de fé, en forma de glorificacion, termina todos sus salmos, sus responsorios y sus himnos. Jamás ha tolerado que ninguno de sus hijos ignorase que el misterio de la Trinidad comienza y termina todas sus ceremonias de religion y todas sus oraciones. El divino sacrificio comienza por esta religiosa invocacion, y en el nombre de la adorable Trinidad bendice y despide al pueblo el sacerdote. Ninguna bendicion se da en la Iglesia que no sea por la invocacion y en nombre de la santísima Trinidad; ninguna ceremonia sagrada se hace que no sea en honor de estas tres adorables personas: ninguna accion cristiana hay que no deba comenzar y concluir por estos actos de religion, ni tampoco acto alguno de religion que no sea como consagrado por la memoria y por la atribucion á este adorable misterio. Y si es verdad que adoramos á todos los santos con relacion á Jesucristo como miembros suyos, tambien lo es que adoramos á esta Trinidad divina en el mismo Jesucristo unido sustancialmente, ó mas bien uno en sustancia con su Padre y el Espíritu Santo. Las personas divinas son inseparables las unas de las otras aun en nuestras devociones y en nuestro culto. Estas verdades bastan para hacernos comprender que no hay fiestas en la religion cristiana que no sean verdaderamente fiestas de la santísima Trinidad, puesto que todas las solemnidades en la Iglesia, la celebracion de los misterios, las de las fiestas en honor de los santos y de la misma Reina de los santos, todo no es, segun el espíritu de nuestra religion, otra cosa que medios para honrar á la santísima Trinidad, y elevarnos á ella como al verdadero término de todo nuestro culto. Así es, que puede decirse, que dirigiéndose todas las fiestas del año principalmente á honrar á la santísima Trinidad, venian á ser como la fiesta general y perpetua de ella, y es lo que por espacio de tantos siglos ha hecho que no se haya celebrado en la Iglesia una fiesta particular de la santísima Trinidad, no fuese que esta especial solemnizacion pareciese una limitacion de la fiesta universal, y se creyese que la celebracion continua de la fiesta de la adorable Trinidad estaba sujeta á la revolucion anual de las demás fijándola á un dia determinado.

En efecto, siendo todas las fiestas del año como otras tantas festividades de la divina Trinidad, puesto que, hablando con propiedad, Dios solo es el fin principal y el objeto primario de nuestro culto, parecia poco necesario establecer una fiesta particular, como si se hubiese querido reducir al mismo Dios á la condicion de sus santos. Esta consideracion sin duda ha sido la causa de haberse diferido tanto tiempo la institucion de esta fiesta particular en la Iglesia universal. A la verdad, se la veia establecida en muchas iglesias particulares sin que la Iglesia romana la celebrase. El papa Alejandro III da la razon de esto cuando dice, que la fiesta de la Trinidad se celebraba con diversidad en muchas iglesias particulares, celebrándola las unas el dia de la octava de Pentecostés, y las otras el domingo que precede inmediatamente al primer domingo de adviento. Pero que la Iglesia romana, que no censuraba por cierto esta piadosa institucion, no tenia dia particular para celebrar la fiesta de la Trinidad, porque la celebraba todos los dias del año, no siendo todo el oficio divino otra cosa que un tributo de alabanza y de accion de gracias que pagamos diariamente á la Trinidad divina, terminándose todos los salmos, todos los cánticos, todos los himnos por esta devota fórmula de oxologia: Gloria sea dada al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo.

Vese en el concilio de Salgunstadt, cerca de Maguncia, celebrado el año de 1022, que habia ya entonces una misa particular en honor de la santísima Trinidad: Estéban, obispo de Lieja, que vivia en el mismo siglo, compuso un oficio en honor de este misterio, y habiendo sido consultado sobre este punto el papa Alejandro II, contestó que segun el ordinario del rito romano no habia dia alguno destinado en particular para celebrar la fiesta de la Trinidad, como ni tampoco la unidad de Dios; pòrque todos los domingos, todas las fiestas y todos los dias del año están principalmente consagrados al culto de un solo Dios en tres personas. No desaprueba el papa esta fiesta particular, solo trata de formar un decreto universal. El autor del Micrologio, que vivia en el mismo siglo, dice que el célebre Alcuino, que florecia en el siglo VIII, compuso en el reinado de Carlo Magno una misa de la Trinidad para el domingo; una bajo el título de la divina Sabiduría, esto es, del Verbo, para el lúnes, del Espíritu Santo para el martes, de la caridad para el miércoles, de los ángeles para el jueves, de la cruz para el viernes, y de la santísima Virgen para el sábado; lo cual hizo á ruego de san Bonifacio, arzobispo de Maguncia, á fin de que los sacerdotes de los pueblos nuevamente convertidos, poco instruidos en los oficios de la Iglesia, pudiesen mas fácilmente decir misa todos los dias.

Aunque la fiesta particular de la santísima Trinidad no estuviese todavía establecida en todas partes por la autoridad de la santa Sede, lo estaba ya sin embargo en muchas iglesias particulares de Francia y otras partes. El abad Ruperto, que vivia á principios del siglo XII, habla ya de ella como de una fiesta establecida en su tiempo: dice tambien que se celebra inmediatamente despues de

la fiesta de Pentecostés, porque los apóstoles comenzaron á predicar este divino misterio por todo el mundo desde luego que hubieron recibido el Espíritu Santo. Mas hasta el pontificado de Juan XXII, á principios del siglo XIV, la fiesta particular de la santísima Trinidad, establecida ya en la mayor parte de las iglesias particulares, no se hizo una fiesta solemne en toda la Iglesia universal, ni se fijó por el soberano pontífice al domingo que sigue inmediatamente á la fiesta de Pentecostés, siendo como el fin y la consumacion de todas las fiestas, y como la celebracion de todos los misterios.

« Bendita sea la Trinidad santa y la indivisible Unidad: cantaremos sus alabanzas, porque nos ha mirado con misericordia. » Por estas piadosas aclamaciones y con este corto cántico de alabanzas comienza la misa de este dia. Como nunca debemos cesar en todos los dias de la vida de bendecir, alabar y dar gracias á la santísima Trinidad por todos los beneficios que de ella recibimos en todos los momentos, la Iglesia nos da una fórmula para ello en este introito. Este cántico, en algun modo, está sacado del capítulo 12 del libro de Tobías. « Bendecid al Dios del cielo, y glorificadle delante de los hombres, » dice el ángel Rafael á aquel santo hombre, despues de haberle vuelto á su hijo; « bendecid al Dios del cielo, porque ha hecho brillar con vosotros su misericordia. »

« ¡Señor, soberano dueño nuestro, qué grande sois, qué inmenso y superior á todos nuestros pensamientos! ¡qué admirable aparece en toda la tierra la gloria de vuestro nombre! » Por este entusiasmo y este trasporte de admiracion comienza y concluye David el salmo 8, en el cual alaba la grandeza de Dios, su poder, su misericordia y su bondad con nosotros, lo cual conviene perfectamente á la celebridad de esta fiesta.

Por Epístola se lee hoy el lugar en que san Pablo escribiendo á los romanos, esclama, á vista del abismo y de la profundidad de los tesoros de la sabiduría, de la ciencia y de las perfecciones infinitas de Dios: ¡Gran Dios, « qué incomprensibles son vuestros juicios, y qué superiores á cuanto puede penetrarse son vuestros caminos! » El motivo de la admiracion que manifiesta aquí el Apóstol, dice un sabio intérprete, es la conducta impenetrable de misericordia y de justicia que Dios ha observado con respecto á los judíos y á los gentiles, haciendo servir la incredulidad de los unos á la vocacion de los otros, y la vocacion de estos al arrepentimiento y la conversion de aquellos; no llamando ni salvando á nadie sino por misericordia, ni desechando ni condenando á ninguno sino con justicia; disponiendo de tal modo las cosas que todo se ve concurrir al cumplimiento de sus designios y á la manifestacion de sus atributos. Los tesoros de la sabiduría y de la ciencia indican el conocimiento perfecto é infinito que Dios tiene de todo lo que sucede á los elegidos, á los réprobos, y la sabiduría con que dispone, conduce y gobierna todas las cosas para bien de sus elegidos y para gloria suya. El entendimiento humano se pierde en esta admirable economía de la sabiduría y de la providencia divina. Dios nos oculta los secretos resortes de su conducta en todo admirable; pero seguros de que está llena de misericordia y que la proporciona á nuestras necesidades, ¿querríamos que la proporcionase á la flaqueza de nuestras ideas? « Porque ¿quién ha penetrado los pensamientos del Señor? ¿ó quién ha sido consejero suyo? ¿ó quién es el que le ha dado primero para que se le retribuya? Entendimiento humano, que no te comprendes á tí mismo, y que te pierdes cuando intentas comprender la menor, la mas pequeña de las obras del Señor, ¿cómo te atreves á llamar á tu tribunal á la sabiduría misma de la divina Providencia? Y lo que es una insolencia digna del último castigo, ¿cómo te atreves á criticar la conducta impenetrable de su infinita sabiduría? Humillémonos á vista de la profundidad insondable de los decretos divinos. Contentémonos con saber que todo es infinito en Dios, que todo en él es infinitamente sabio, infinitamente justo, y que si Dios es infinitamente amable, tambien nos ama infinitamente: si su sabiduría y su ciencia es infinita, lo son tambien su bondad y su misericordia. Nosotros merecemos, á la verdad, las recompensas del Señor; pero es él el que nos las hace merecer por la gracia con que nos previene y con que nos ayuda. Solo á favor de sus dones podemos enriquecernos con sus recompensas. Corona sus propios dones, cuando corona nuestros méritos. Si nos recompensa por justicia, es despues de habernos prevenido por pura misericordia; y á lo único á que deben limitarse nuestras curiosas y pobres investigaciones en órden á los secretos impenetrables de la Providencia, es á vivir persuadidos que si no hay un santo en el cielo que no reconozca por toda la eternidad que debe su salvacion á la misericordia divina, no habrá tampoco un réprobo en el infierno que no confiese eternamente que él mismo ha sido el artífice de su reprobacion. Concluyamos con el Apóstol que solo Dios es el omnipotente y el principio y fin de todas las cosas; que solo él es infinitamente bueno, infinitamente justo, infinitamente ilustrado, infinitamente sabio. Que nosotros no somos por nosotros mismos mas que flaqueza, tinieblas, nada. « Sea, pues, á Dios la gloria en todos los siglos. » ¡Qué pobreza, qué imbecilidad querer, por decirlo así, que Dios nos dé razon de sus secretos, de sus misterios, y, si se permite decirlo así, de su divinidad!

El asunto del Evangelio de este dia está tomado del último discurso que Jesucristo hizo á sus apóstoles, ántes de dejarlos para subir al cielo, y por el cual concluye san Mateo su sagrada historia.

Estando ya el Salvador á punto de subir al cielo, reunió á sus apóstoles y discípulos sobre el monte Olivete para que fuesen testigos de su gloriosa ascension, y comunicarles la mision. «Se me ha dado, les dice, todo poder en el cielo y en la tierra.» Habla aquí Jesucristo principalmente del poder que tenia en cualidad de Mesías para el gobierno de su reino espiritual y de la Iglesia, cuyo poder en toda su estension no lo ejerció propiamente hasta despues de su resurreccion. En virtud de este poder soberano, continúa el Salvador, «os envio como mi Padre me ha enviado. Id, pues, por todo el mundo; andad y predicad mi Evangelio á todos los pueblos de la tierra,» sin escepcion de nacion alguna. Ninguno debe ya mirarse como estranjero, á ninguno escluyo de mi redil. Habiendo dado mi sangre y habiendo muerto por todos los hombres, todos deben tener parte en el beneficio de la redencion. «Andad, predicad mi Evangelio por todo el universo; vuestra mision se estiende á toda la tierra. Instruid á todos los pueblos en todo lo que no pueden ignorar sin ser escluidos para siempre de la bienaventuranza eterna: luego que los hayais instruido, «bautizadlos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.» Vosotros sabeis lo que yo

os he enseñado: esto mismo es lo que debeis enseñarles, y lo que ellos deben practicar para ser eternamente dichosos. «Contad con que yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos.» La mision de los apóstoles, limitada hasta entonces al pueblo judío, está aquí estendida á todas las naciones. Nótase que no obstante que los apóstoles recibieron entonces la órden de ir á predicar el Evangelio á todos los pueblos del mundo, á los paganos como á los judios, creyeron sin embargo, que aun por algun tiempo no debian predicar mas que en la Judea. El Espíritu Santo, que les conducia, era el que les inspiraba esta deferencia. Esperaron á que Dios les determinase por alguna señal estraordinaria, que efectivamente se verificó descendiendo visiblemente el Espíritu Santo sobre el centurion Cornelio. «Contad con que yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos.» Estas palabras son una promesa bien espresada de la perpetuidad de la Iglesia. Jesucristo por ella se obliga á ser siempre su cabeza invisible, y á dar á los apóstoles y á sus sucesores todos los auxilios necesarios para el cumplimiento de su ministerio. Todas las sectas heréticas se han estinguido las unas despues de las otras, y la Iglesia católica ha hecho frente á todas; ella las ha visto nacer, y las ha visto morir á todas. Ninguna ha sobrevivido, en ninguna manera, á su autor; ninguna hay que no haya sido alterada en la mayor parte de sus puntos esenciales, que no haya variado despues de la muerte del heresiarca. Les costaria mucho trabajo á Wiclef, á Lutero y Calvino el reconocer hoy su obra. Uno ó dos años despues de la muerte de Lutero se contaban ya mas de ciento y diez variaciones hechas en su secta. Solo la Iglesia católica apostólica romana, la Iglesia de Jesucristo, fundada sobre la piedra angular, esto es, sobre Jesucristo, es incontrastable ó invariable. Este el efecto de la promesa que su Esposo la habia hecho de estar con ella hasta el fin de los siglos, y sin la que no hubiera podido ménos de sucumbir.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Omnipotens sempiterne Deus, qui dedisti famulis tuis in confessione veræ fidei, æternæ Trinitatis gloriam agnoscere, et in potentia majestatis adorare unitatem: quæsumus, ut ejusdem fidei firmitate, ab omnibus semper muniamur adversis. Per Dominum nostrum...

O Dios omnipotente y eterno, que disteis á conocer á vuestros siervos por medio de la luz de vuestra fé la gloria de la eterna Trinidad, y que adorasen en ella la unidad de vuestra naturaleza soberana; hacednos firmes en esta misma fé, á fin de que permanezcamos incontrastables en todos los males y accidentes de la vida. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola está sacada de la que escribió san Pablo á los romanos, cap. 11.

O altitudo divitiarum sapientiæ et scientiæ Dei! quam incomprehensibilia sunt judicia ejus, et investigabiles viæ ejus! Quis enim cognovit sensum Domini? Aut quis consiliarius ejus fuit? Aut quis prior dedit illi, et retribuetur ei? Quoniam ex ipso, et per ipsum, et in ipso sunt omnia: ipsi honor et gloria in secula. Amen.

¡O profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡cuán incomprensibles son sus juicios, y cuán investigables sus caminos! Porque ¿quién ha penetrado los pensamientos del Señor? ¿ó quién ha sido su consejero? ¿ó quién es el que le ha dado á él primero para que se le retribuya? Porque todas las cosas son de él, y por él, y en él; á él sea el honor y la gloria en todos los siglos. Amen.

Habiendo referido san Pablo como Dios por una eleccion gratuita ha reservado algunos de los judios para salvarlos por la fé en Jesucristo, dejando á los demás, segun la prediccion de los profetas, en la ceguera á causa de su incredulidad, y poniendo en su lugar á los gentiles por una bondad gratuita, esclama: ¡O qué incomprensibles son los secretos de la divina sabiduría!

REFLEXIONES.

«¡O profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios!» Todo es profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios, á todo entendimiento humano, en los misterios de nuestra religion. La Iglesia nos obliga á creer que hay tres personas en solo un Dios. Es esta una verdad incomprensible, yo convengo en ello, dice un gran siervo de Dios; pero porque sea incomprensible, ¿es por eso ménos creible, deja por eso de ser una verdad? ¿No es por el contrario visible que Dios tiene una manera de ser del todo diferente que la de las criaturas, é infinitamente elevada sobre todas nuestras concepciones? ¿Qué Dios seria el nuestro, si no fuese, ó no tuviese mas que lo que nosotros pudiésemos comprender? ¿y si su esencia infinita y su modo de ser fuesen tan limitados como nuestro entendimiento? Los misterios de la Trinidad, de la Encarnacion del Verbo, de la Redencion son incomprensibles al entendimiento humano, y por esto mismo son mas creibles. La sola razon humana me dice que debe haber tanta distancia entre el modo de ser de un Dios y nuestro genio, cuanta es la que hay entre la criatura y el Criador. ¿Y hay alguna cosa en Dios que no sea superior á nuestro alcance? ¿Podemos comprender cómo llena todos los lugares, siendo indivisible? ¿de qué modo son presentes para él el tiempo pasado y el futuro? ¿y cómo ha hecho todas las cosas de la nada? Él da todo el movimiento á todo lo que se mueve, y sin embargo es inmutable; él abraza en sí una justicia infinita con una infinita misericordia. Sufre mil desórdenes en el mundo, que en nadie mas que en él consiste el impedirlos, y con todo eso no puede gobernarse con mayor sabiduría. ¿Estrañaremos si el Ser de Dios encierra cosas que á nuestro pequeño talento le parecen tan opuestas, puesto que sus mismos juicios son tan impenetrables y tan profundos que el genio mas privilegiado del mundo se pierde en ellos? ¿Hemos comprendido jamás cómo siendo omnipotente, y teniendo una voluntad sincera de salvar á todos los hombres, y habiendo muerto generalmente por todos, se condenan sin embargo tantos? ¿Hemos comprendido nunca por qué Dios permite que un santo caiga y se condene, al mismo tiempo que levanta á un pecador y le salva? ¿por qué ántes de todos los siglos ha resuelto iluminar á ciertos pueblos, y dejar á otros en las tinieblas? ¿ por qué convierte naciones bárbaras que estaban sepultadas en el paganismo, mientras que permite que pueblos enteros, que estaban en el seno de la Iglesia, salgan de ella y se entreguen á todo gé-

nero de errores? ¿Ha habido jamás entendimiento tan sutil, tan penetrante, que no se haya perdido en la consideracion de todos estos misterios, si ha sido tan temerario que haya querido profundizarlos? ¿No nos vemos, pues, ya precisados á vista de una conducta tan misteriosa á cerrar los ojos, renunciar á todas nuestras débiles luces, confesar nuestra ignorancia y esclamar con san Pablo: «¡O profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡cuán incomprensibles son sus juicios, y cuán investigables sus caminos!» Dudar de la verdad de uno solo de nuestros misterios porque es incomprensible, es dudar de todos los demás, puesto que ninguno hay que nuestro entendimiento pueda comprender. ¡Buen Dios, y cómo prueba evidentemente la necesidad de la fé, la misma incomprensibilidad de todos nuestros misterios!

El Evangelio de la misa de este dia es tomado del que escribió san Mateo, cap. 28.

In illo tempore : Dixit Jesus discipulis suis : Data est mihi omnis potestas in cœlo et in terra. Euntes ergo, docete omnes gentes, baptizantes eos in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti : docentes eos servare omnia quæcumque mandavi vobis. Et ecce ego vobiscum sum omnibus diebus, usque ad consummationem seculi.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos : Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Andad, pues, enseñad á todas las naciones. Bautizadlas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñadles á observar todas las cosas que os he prescrito. Y contad con que yo estoy con vosotros en todos tiempos hasta la consumacion de los siglos.

MEDITACION.

Sobre el misterio del dia.

Punto primero.—Considera que cuanto mas incomprensible es á nuestro entendimiento el misterio de la Trinidad, tanto mas indudable es. Un solo Dios en tres personas, realmente distintas, y tres personas en un solo Dios. Unidad de naturaleza, Trinidad de personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo. El Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios, y no hay mas que un solo Dios, una misma divinidad, una misma majestad, una misma inmensidad, una misma eternidad, un mismo poder, una misma esencia. De tal modo, no obstante, que el Padre no es el Hijo, el Hijo no es el Padre, y el Espíritu Santo no es el Padre ni el Hijo. Hé aquí el objeto de nuestra fé. De todos los misterios de nuestra fé, ninguno hay que sea mas incomprensible al hombre que el misterio de la Trinidad; ninguno que mas sobrepuje á nuestra razon, y ninguno sin embargo que contente mas nuestra razon, la cual me dice que la esencia de Dios debe ser incomprensible, y que es cierto que nosotros no formamos jamás idea mas alta ni mas digna de la grandeza de Dios, que cuando confesamos que es incomprensible á todo entendimiento criado. Nó, Dios mio, yo no os comprendo ni soy capaz de comprenderos. Aun cuando yo agotara todas las fuerzas y todas las potencias de mi alma; aun cuando empleara todas las de los ángeles y de todos los espíritus mas perfectos que podeis criar; aun cuando yo os viese tan perfectamente como los bienaventurados y como la misma humanidad de Jesucristo; nó, Señor, yo no os comprenderia jamás. Si yo os comprendiese, Dios mio, no seriais ya lo que sois, ó no seria yo ya lo que soy. Pero no comprendiéndoos reconozco que sois mi Dios y que yo soy vuestra criatura. En efecto, todo es y todo debe ser incomprensible en Dios. Y para hablar con propiedad, como dice san Agustin, lo único que podemos conocer de Dios es esta cualidad de incomprensible. Ahora bien, ningun misterio hay de la religion cristiana en que se deje ver mejor esta incomprensibilidad que en el de la Trinidad, y por esto los profetas que han tenido las primeras revelaciones acerca de él le han dado siempre este carácter, representándonosle unas veces como una luz inaccesible, otras como una oscuridad impenetrable, y otros como un abismo sin fondo, para significarnos que la unidad de Dios en la Trinidad de las personas divinas, es el gran misterio de la incomprensibilidad de Dios; y por consiguiente puede decirse que el misterio de la Trinidad es el mas fácil de concebir y de creer, y que es tambien en el que nuestra fé rinde mas honor á Dios por el sacrificio que le hace de toda nuestra razon, y aun nuestra razon misma nos conduce á hacerle este sacrificio. Nó, Dios mio, no son velos sombríos los que os ocultan á mis ojos, es vuestra luz brillantísima; y como la misma luz del sol es la que me deslumbra cuando quiero mirarle de hito en hito, así como quiero considerar vuestra divina esencia, no es menester para que os oculteis á mí mas que vos mismo. Yo os creo, ó inefable Trinidad; yo os adoro; yo os amo. Este misterio es el motivo de la admiracion, de la alegría y de la felicidad de todos los bienaventurados en la patria celestial; él será tambien el objeto de mi culto y de mi amor en este lugar de destierro.

Punto segundo.—Considera que es muy singular en nuestra religion el que cuando se nos instruye en el cristianismo y se nos dan los primeros elementos de la fé, se comienza por lo mas elevado de ella y mas difícil de creer, que es el misterio inefable de la Trinidad. En las ciencias humanas al principio se enseñan las cosas mas comunes y mas fáciles de comprender; pero cuando se trata de la ciencia de un cristiano, la primera leccion es el compendio de todas las oscuridades que se encuentran en ella; es menester, por decirlo así, que la fé haga su ensayo por su obra maestra, esto es, por saber y confesar el adorable misterio de la Trinidad. Hay un solo Dios en tres personas; esta es la primera verdad que se enseña en la escuela cristiana, porque la fé de las tres personas divinas es el fundamento de toda nuestra esperanza, la fuente de todos nuestros méritos, el principio de toda nuestra santidad, y como se esplica el concilio de Trento, el principio y la raiz de toda la justificacion de los hombres. Por esto la fórmula de la fé que pronunciamos confesando la Trinidad y que está concebida en estos términos: en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, es tan santa, tan augusta y tan venerable en nuestra religion. Hé aquí por qué, segun la institucion de Jesucristo, entra en cuasi todos los sacramentos de la ley de gracia; en el nombre de las tres divinas personas recibimos la bendicion de los sacerdotes, de los pastores, de los prelados, y en el mismo debemos comenzar y concluir todas nuestras obras y nuestras oraciones, para enseñarnos que no hay gracia, no hay salud, no hay justificacion sino por la fé de este inefable misterio. Por esto el sacerdote, en los últimos momentos de nuestra vida, viene á sostener el alma cristiana en el nombre de la santísima Trinidad; y tratando de

animarla para que vaya á comparecer delante de Dios, la dice: Parte, alma cristiana, en el nombre del Padre que te ha criado, en el nombre del Hijo que te ha rescatado, en el nombre del Espíritu Santo que te ha santificado. Nombres omnipotentes para poner en fuga á las legiones infernales, para hacer inútiles todos sus esfuerzos, y para atraer sobre nosotros en aquel tránsito tan peligroso las gracias y auxilios del cielo que tanto necesitamos. ¡Qué piedad no debemos tener con la adorable Trinidad! ¡con cuánta frecuencia debemos invocarla! ¡y cuál debe ser el culto que la demos! ¡Ah Señor, esclama el sacerdote pidiendo por un moribundo, Dios vivo! Verdad es que imploro vuestra clemencia en favor de un pecador; pero vos sabeis, Dios de misericordia, que por mas pecador que sea, ha confesado vuestra augusta Trinidad; ha reconocido el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo, y se ha interesado en la gloria de estas tres divinas personas. ¡Qué consuelo entonces para un moribundo el haber confesado, adorado, amado esta Trinidad adorable!

Yo tengo, Señor un verdadero sentimiento de haber tenido hasta aquí tan poca devocion, tan poco zelo por este gran misterio: mi culto, mi confianza y mi amor, con el auxilio de vuestra gracia, van á ser de hoy mas la prueba de mi fé.

JACULATORIAS.—Gloria al Padre, al Hijo, y al Espíritu Santo. (La Iglesia.)

Bendigamos sin cesar al Padre, al Hijo, y al Espíritu Santo. (Ibid.)

PROPÓSITO.

1 No hay costumbre mas santa ni mas religiosa que la de poner al frente de todas nuestras obras esta augusta profesion de fé: en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo, haciendo sobre nosotros la señal de la cruz, para no emprender ni ejecutar nada que no sea en virtud de estos dos grandes misterios sobre los cuales gira toda nuestra religion, la santísima Trinidad y en seguida la Redencion, por la Encarnacion del Verbo; práctica que se nos ha trasmitido de los apóstoles cuya tradicion es constante, de la que ninguno de los fieles se ha dispensado jamás. ¡Con qué espíritu de religion, con qué devocion y qué respeto debe guardarse esta santa práctica! ¡qué falta es el no observarla sino con indiferencia y aun el descuidarla! No hay acto de religion que sea mas ordinario; pero tampoco ninguno ordinariamente mas irreligiosamente observado. Diríase muchas veces que se hace la señal de la cruz por irrision. Un gesto irregular de la mano, puramente de monada, es en lo que ha degenarado el dia de hoy una práctica tan santa y tan religiosa. Llorad en la presencia de Dios si sois culpables de esta irreligion, y resolveos á no hacer jamás la señal de la cruz sino con respeto, ni pronunciar jamás los nombres sagrados de las tres divinas personas sino con una devocion respetuosa que sea una prueba de vuestra religion y de vuestra fé.

Tened una tierna y constante devocion á la santísima Trinidad. No ceseis, á ejemplo de la Iglesia, de repetir este sagrado versículo: Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo: porque no podemos decir cosa alguna que le sea mas agradable á Dios, ni otra que sea mas á propósito para ganarle el corazon, que esta afectuosa plegaria que tiene mas virtud y fortaleza, por decirlo así, para santificarnos que todas las demás. San Simeon Stylita en su columna no tenia otro ejercicio mas continuo que este. Si todas las veces que hemos pronunciado estas venerables palabras: Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, lo hubiésemos hecho con el mismo respeto y la misma devocion que aquel santo anacoreta, ¡cuántos méritos hubiéramos adquirido delante de Dios! No descuideis, pues, esta santa práctica. No pronuncieis jamás los nombres de estas adorables personas sino con un religioso respeto, y cuantas veces hiciereis la señal de la cruz hacedla con atencion. Y puesto que este acto de religion es nuestra profesion de fé, ¿deberá hacerse sin reverencia?

LA FESTIVIDAD DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO,

COMUNMENTE LLAMADA

LA FIESTA DE DIOS;

Ó SOLEMNISIMA FESTIVIDAD DEL CORPUS CHRISTI.

La festividad del Santísimo Sacramento del altar ó de la Eucaristía, no solo es la mas brillante, la mas pomposa y una de las mas célebres entre todas las solemnidades, sino que tambien es la mas antigua y la primera de todas las fiestas de la Iglesia. Todas las demás, al ménos las mas solemnes, son de institucion apostólica; mas esta ha sido instituida por el mismo Jesucristo en la última cena la víspera de su pasion. Su institucion es la misma que la del divino sacrificio, y puede decirse que el precepto que intimó el Salvador á sus apóstoles y en su persona á toda la Iglesia de que hiciesen en memoria suya lo que él acababa de hacer, ha hecho la fiesta de la cena del Señor y del Santísimo Sacramento tan antigua como la misma Iglesia. Por ella ha comenzado la Iglesia; su nacimiento data en la institucion y la celebracion de este divino sacrificio, de donde ha seguido la comunion de los fieles, reunidos para la fraccion del pan ó la suncion del cuerpo de Jesucristo y para la oracion. Sin sacrificio no hay religion, no hay Iglesia. Puede tambien decirse que la fiesta de la Eucaristía ha sido perpetua en la Iglesia, lo mismo que la de la santísima Trinidad, y que no ha habido dia en que no se la haya celebrado. Porque así como la santísima Trinidad es el objeto esencial y primitivo de nuestro culto en todas las solemnidades de nuestra religion, así tambien la Eucaristía es el sacrificio perpetuo y el culto mas santo que se da á Dios en todas las fiestas. Y esta es la razon por que se ha tardado tanto tiempo en establecer en la Iglesia una fiesta particular para celebrar estos dos grandes misterios, habiendo sido todos los dias del año la fiesta de la santísima Trinidad que se adoraba, y la de la divina Eucaristía por la cual se la adora.

De aquí es que en los primeros dias de la Iglesia, todos los dias del año, dicen los Padres, eran considerados por los fieles como dias de fiesta, pues que todos comulgaban en ellos; y por tanto, segun Tertuliano, san Crisóstomo y san Isidoro, todos los dias se han llamado ferias en la Iglesia. San Justino dice que en todas las fiestas de los primeros cristianos cuasi toda la solemnidad consistia en la celebracion de la misa y en la comunion; cada dia era una fiesta, y no habia fiesta, por decirlo así, que no fuese la fiesta del Santísimo Sacramento. El divino sacrificio

que se ofrecia hácia entonces, como lo hace todavía hoy, el fondo y como la principal celebridad de todas las fiestas. Celébrese la fiesta de los mártires ó de los otros santos, dice san Crisóstomo, celébrese cualquiera otra fiesta, el viernes, el sábado ó el domingo, siempre es el mismo sacrificio el que se ofrece; siempre es la misma víctima sagrada la que se inmola, siempre es el divino sacrificio el que hace la principal solemnidad del dia. Distínguense á la verdad, añade este Padre, las grandes fiestas por la magnificencia y la riqueza de los ornamentos con que en ellos están decoradas nuestras iglesias, y por la multitud estraordinaria del pueblo que se reune en ellas con regocijo; pero en el fondo lo que hace toda su celebridad, su dignidad, su regocijo, es el divino sacrificio que se ofrece en ellas. El Santísimo Sacramento del altar es el tesoro que se llamaba en la primitiva Iglesia el soberano bien de la vida presente, en quien encontramos todos los bienes; y como la posesion del soberano bien es lo que hace en el cielo una fiesta eterna, así tambien la posesion de la adorable Eucaristía hace en la tierra una fiesta continua de todos los dias.

«Haced esto en memoria de mí,» dice Jesucristo. Este sacramento no solo debe recordarnos la memoria de la muerte del Salvador, sino tambien de todos los demás misterios de su vida. Con este espíritu la Iglesia despues de estas palabras del cánon de la misa: «Cuantas veces hiciereis esto, lo hareis en memoria de mí;» añade: «Por lo que acordándonos, Señor, de vuestra pasion, de vuestra resurreccion, igualmente que de vuestra gloriosa ascension. etc.»

No hay misterio alguno de Jesucristo de que no sea representacion y memoria el Santísimo Sacramento, ni tampoco hay alguno que no se celebre dignamente por la divina Eucaristía en el sacrificio de la misa. ¿Qué solemnidad hay en la Iglesia que no sea, por decirlo así, la fiesta del Santísimo Sacramento? y ciertamente puede decirse que ofrecer el divino sacrificio es celebrar su fiesta, puesto que es celebrar solemnemente la memoria de su institucion, y hacer en memoria de Jesucristo lo que él mismo hizo en su última cena. El divino sacrificio es lo mas respetable, lo mas santo, lo mas solemne de todas las fiestas. Todas ellas, dice san Juan Crisóstomo, son la fiesta de este divino sacrificio. De suerte que la misma razon que por tanto tiempo habia impedido que se celebrase en la Iglesia una fiesta particular en honor de la santísima Trinidad, habia impedido tambien, como ya se ha dicho, que se celebrase una en particular en honor de la adorable Eucaristía; hasta que por fin la divina Providencia, previendo sin duda que en los últimos tiempos se levantarian sectas impías que combatirian y aun profanarian con todo género de impiedades este divino misterio, inspiró á la Iglesia que aumentase su solemnidad por medio de una fiesta particular, y por una octava de las mas solemnes. Véase la historia de su institucion.

La bienaventurada Juliana, priora de Monte-Cornillon, cerca de Lieja, fué el instrumento de que Dios se sirvió para suscitar las primeras ideas de esta nueva solemnidad. Esta santa religiosa habia nacido el año de 1193 en la aldea de Retines, en el distrito de la ciudad de Lieja, de padres muy ricos, á quienes perdió á la edad de cinco años. Habiéndosela llevado desde entonces su tutor á Monte-Cornillon, la puso á pension con ciertas religiosas que cuidaban del hospital que acababa de edificarse al pié de la montaña. Esta alma inocente, prevenida casi desde la cuna por las mas dulces bendiciones del Señor, hizo en poco tiempo tan grandes progresos en la virtud, que llegó á ser la admiracion de su siglo. Era difícil encontrar una humildad mas profunda con un mérito tan raro; ni una inocencia mas perfecta con las austeridades mas rigurosas. El amor del retiro y de la vida oscura fué siempre su pasion dominante, y las comunicaciones íntimas que tenia con Dios en la oracion, la proporcionaban todos los dias los mayores contentos: parecia haber nacido con ella la ternura hácia la santísima Vírgen; pero su virtud favorita, y que formó siempre su carácter distintivo, fué una devocion estraordinaria al Santísimo Sacramento. El sacrificio de la misa abrasaba de tal modo su corazon en el fuego del divino amor, y hacia una impresion tan viva en su espíritu, que jamás asistia á él que no permaneciese todo el tiempo que duraba en una especie de éstasis. Cada comunion era para ella un nuevo banquete del divino Esposo, y las lágrimas que allí derramaba manifestaban bien que gustaba una fruicion anticipada de los gozos celestiales. Meditaba incesantemente sobre esta prenda inestimable que Jesucristo ha dejado en la tierra por el amor inmenso que nos tiene, y no podia comprender cómo los cristianos, poseyendo este tesoro, pudiesen amar alguna otra cosa. Hubiera ella querido que todas las riquezas del mundo se hubiesen empleado para adornar nuestras iglesias y para enriquecer el altar santo, cuya magnificencia debia oscurecer los tronos mas preciosos de los mayores príncipes. Estaba ella ocupada en unos sentimientos tan justos y tan religiosos, cuando tuvo una vision que no comprendia, y que no dejó de inquietarla. Vió la luna en su lleno, en la cual se advertia una brecha. La Escritura santa tanto en el viejo como en el nuevo Testamento nos ofrece muchos ejemplos de estas imágenes enigmáticas, en las que, acomodándose Dios á nuestro modo de pensar, nos descubre un sentido especial y misterioso bajo de alguna cosa material y sensible. No comprendiendo la piadosa Juliana lo que significaba esta vision, creyó que era una ilusion del demonio que queria distraerla de la oracion. Nada omitió para librarse de ella; oracion, lágrimas, austeridades, ninguna cosa pudo hacer que esta imágen desapareciese de su vista. Nunca se ponia en oracion que no volviese á presentarse la vision. Ninguno de sus directores hubo que acertase á interpretársela. Todo su recurso fué la oracion. En ella, por fin, la dió Dios á entender que la luna significaba la Iglesia, y que la brecha indicaba la falta de una fiesta particular del Santísimo Sacramento que en el tiempo presente necesitaba para la perfeccion de la disciplina, y para el buen órden, por decirlo así, de la misma Iglesia. Revelóla Dios al mismo tiempo que la habia escogido para que solicitase con los ministros de la Iglesia la institucion de esta fiesta particular y solemne del Santísimo Sacramento, cuyo fin era honrar la divina Eucaristía con un culto mas solemne, y reparar en alguna manera por medio de esta pública celebridad las irreverencias y la falta de respeto á este adorable misterio. Asustóla esta comision, y aunque no podia dudar que la revelacion venia de Dios, su profunda humildad la hacia sin embargo rezelar. Permaneció todavía cerca de veinte años en silencio, tratando de suplir con el aumento de su devocion á la adorable Eucaristía, lo que la Iglesia no habia aun establecido.

Habiendo, pues, sido elegida en el año de 1230 priora de la casa de Monte-Cornillon, se sintió interiormente escitada con mas viveza á declararse sobre este asunto; y temiendo resistir á la voluntad de Dios que tan claramente se la habia manifestado, se franqueó en fin particularmente á un canónigo de San Martin de Lieja, el cual estaba tenido en gran reputacion de santidad, y en quien ella tenia mucha confianza. Despues de haberle declarado lo que ella creia que Dios le habia dado á conocer en órden á la institucion de una fiesta particular en honor de la adorable Eucaristía, le rogó que trabajase con todo zelo de acuerdo con las autoridades eclesiásticas, religiosos y teólogos, acerca de un establecimiento que debia ser tan glorioso á Jesucristo y tan ventajoso á la Iglesia. Encargóse con gusto de la comision el santo canónigo, y la ejecutó con un éxito maravilloso. Uno por uno aprobaron todos y aplaudieron un designio tan conforme al espíritu de la Iglesia. Los que se mostraron mas zelosos en favor de esta institucion fueron los frailes predicadores de Lieja, y su prior Fr. Hegu, llamado de Santo-Amor, que fué despues cardenal; Guido de Leon, obispo de Cambray, y el arcediano de la iglesia de Lieja Santiago Pantaleon de Troyes, que fué despues obispo de Verdun, patriarca de Jerusalen, y en fin papa con el nombre de Urbano IV. La bienaventurada Juliana tuvo muy pronto el consuelo de ver establecida esta fiesta en toda la diócesis de Lieja en virtud de un mandamiento ó decreto del obispo Roberto dado el año de 1246, y celebrada con una solemnidad y devocion estraordinaria. No obstante hasta el año de 1262 no llegó á ser esta gran festividad una de las primeras solemnidades de toda la Iglesia.

El papa Urbano IV que siendo todavía arcediano de la iglesia de Lieja habia aprobado mucho la institucion de esta fiesta, como hemos dicho, no bien se vió elevado al soberano pontificado, cuando pensó en hacerla una fiesta de precepto. Las solicitaciones de muchos grandes prelados y las súplicas urgentes de una santa reclusa llamada Eva, que habia sobrevivido á la bienaventurada Juliana, su amiga, y que no era ménos favorecida que ella de los dones del cielo, inclinaron al papa á que hiciese este establecimiento; pero las turbulencias de la Italia, y las necesidades tadavía mas urgentes de la Iglesia, retardaban de dia en dia la ejecucion, cuando un prodigio, dice san Antonio, acaecido en Bolsena en la diócesis de Orbieto, determinó al papa á espedir la bula. El prodigio consistió en un corporal que quedó todo ensangrentado con la sangre de Jesucristo por algunas gotas que habian caido en él de un cáliz, por descuido de un sacerdote que decia misa en la iglesia de Santa Cristina. La bula fué espedida el año de 1262, y comienza por estas palabras: «Transiturus de hoc mundo ad Patrem Salvator noster Dominus Jesus Christus.» Desde el principio da en ella el papa una idea sublime del amor inmenso que el Salvador nos testifica en este divino Sacamento, y de los bienes infinitos que están encerrados en la sagrada Eucaristía. Despues de habérnoslo dado todo Jesucristo, dice, se da á sí mismo. «¡O inimaginable liberalidad, esclama, en la que el don que se nos da, es la persona misma del que nos lo da! ¿Puede ir mas allá la liberalidad, cuando despues de habernos dado lo qué tiene, se da á sí mismo? Jesucristo se hace nuestro alimento, á fin de que así como el hombre se habia procurado la muerte comiendo del fruto prohibido, el mismo hombre se procurase la bienaventurada inmortalidad comiendo este pan de vida. Aunque se celebre todos los dias la fiesta del Santísimo Sacramento, dice este gran papa, ofreciendo el divino sacrificio, nos parece muy á propósito el asignar un dia cada año, consagrado muy particularmente por una de las fiestas mas solemnes, aun cuando no fuese mas que para confundir la abominable impiedad y la estrema locura de los herejes de estos últimos tiempos. A la verdad, continúa el mismo papa, la Iglesia celebra esta fiesta con solemnidad en el Jueves santo, que es el dia en que Jesucristo instituyó este divino Sacramento; pero está entonces tan ocupada en llorar la muerte del Salvador, y en tantas otras ceremonias sagradas, que no puede atender con la intension debida á la solemnidad de este divino misterio, la cual debe celebrarse con una alegría santa, y una pompa del todo estraordinaria, para de este modo hacer sentir mas la gloria y la dicha que tenemos de poseer el cuerpo vivo de Jesucristo, nuestro Salvador y nuestro Dios. Y si la conmemoracion que hacemos todos los dias de muchos santos, ya en la misa, ya en las letanías, no impide que la Iglesia les asigne un dia en el año para celebrar su fiesta particular con mas solemnidad, con mayor razon debe hacerse esto con el misterio mas augusto y mas grande de nuestra religion que es la adorable Eucaristía: «á fin,» añade, «de que todos los fieles traten en esta fiesta particular, en esta solemnidad estraordinaria, de reparar con su devocion y con su culto su negligencia, su falta de reconocimiento y de respeto, y sus irreverencias á este divino misterio. Nos no podemos dejar de tener presente lo que el Señor ha revelado á personas de virtud eminente, esto es, cuánto interés tiene en que esta fiesta se celebre universalmente en toda la Iglesia, de lo cual hemos sido instruidos ántes que fuésemos elevado á la suprema dignidad en que la misericordia de Dios nos ha colocado. Así que para avivar mas la fé de los fieles y hacerla mas brillante acerca de este augusto Sacramento, además del honor que todos los dias se le tributa, mandamos que todos los años se celebre una fiesta particular con toda la celebridad posible, y con toda la pompa y magnificencia que es debida al sagrado cuerpo de Jesucristo, en quien reside sustancialmente toda la divinidad; designando para ésta augusta solemnidad el jueves despues de la octava de Pentecostés, á fin de que en aquel dia se apresuren á porfía el clero y el pueblo á dar muestras nada equívocas de su fé viva y de su tierna devocion al Santísimo Sacramento, por medio de un culto público mas religioso, y de cánticos de alabanzas;» exhortando en seguida á todos los prelados y al clero, á quienes se dirige la bula, á que celebren todos los años esta fiesta con toda magnificencia y dignidad: recomiéndales este gran pontífice, que exhorten á los fieles desde el domingo precedente á que se preparen con todo género de buenas obras para esta insigne solemnidad; y sobre todo, á que se pongan en estado de comulgar dignamente el dia de la fiesta. «Por lo que hace á Nos,» añade, «no queriendo omitir nada para escitar á todos los fieles con dones espirituales á que celebren esta gran fiesta con todo el celo y fervor que pide este Dios oculto, concedemos á todos los que verdaderamente contritos y confesados asistieren á las primeras vísperas de la fiesta, á maitines, á misa y á las segundas vísperas, cien años de indulgencia por cada vez, y cuarenta años

por cada una de las horas menores; y cien dias de indulgencia á todos los que asistieren á vísperas, á maitines, y á la misa y á las horas menores del oficio divino durante la octava.»

El papa Clemente V confirmó solemnemente en el concilio de Viena, celebrado el año de 1311, la bula de institucion que el papa Urbano IV habia espedido; el papa Juan XXII hizo lo mismo cinco años despues, y desde entonces esta fiesta se celebró con mas solemnidad aun en toda la Iglesia universal. Santo Tomás de Aquino, admiracion de todo el mundo cristiano, y una de las mas brillantes lumbreras de la Iglesia, fué quien compuso el oficio, el cual está mirado como uno de los mas devotos, de los mas concluidos y de los mas bellos que tenemos, tanto por la energía de las espresiones, como por la doctrina de todo el misterio eucarístico.

Lo qué da todavía mayor brillantez á esta fiesta, y lo que la distingue aun de todas las demás, es la procesion solemne en la que el cuerpo de Jesucristo es conducido en triunfo por las calles con grande aparato y con una magnífica y religiosa pompa. Muchos atribuyen esta institucion al papa Juan XXII, nó porque no se llevase ya en procesion el Santísimo Sacramento desde el siglo XI; pero apenas se hacia esto mas que el domingo de Ramos para honrar el humilde triunfo de la entrada de Jesucristo en Jerusalen, y aun entonces se llevaba encerrado en una caja ó especie de sepulcro. La procesion que se hace en este dia con tanta pompa y solemnidad es una parte principal de esta gran festividad. Llévase en ella en triunfo á Jesucristo, realmente presente en la adorable Eucaristía, pretendiendo la Iglesia por este grandioso triunfo celebrar el que Jesucristo ha hecho conseguir á su Iglesia sobre los enemigos de este misterio, y reparar en alguna manera los ultrajes ignominiosos que se le hicieron en las calles de Jerusalen, y los que recibe aun todos los dias de parte de los malos cristianos en las iglesias. Los errores impíos de Berengario, arcediano de Angers, acerca de la realidad del cuerpo de Jesucristo en el Santísimo Sacramento, fueron sin duda uno de los motivos de esta institucion; y por esto se hace esta procesion con tanta magnificencia y solemnidad en Angers, en donde Berengario, primer autor de esta herejía, habia enseñado sus errores á principios del siglo XI. La traslacion del Arca desde Cariathiarim á la casa de Obededon, y desde allí luego á Jerusalen, hecha con tanta pompa y solemnidad, á la cual asistió el rey David, seguido de un numeroso pueblo, era la figura de la procesion solemne que la Iglesia hace en este dia llevando el Santísimo Sacramento, y de la alegría cristiana que acompaña esta fiesta. Ninguna, en efecto, hay en todo el año que se celebre con tanta pompa y solemnidad; ninguna tampoco en que la fé y la piedad de los cristianos deban brillar mas. Es esta el triunfo de Jesucristo y el de la religion, es el triunfo de la Iglesia. El Santísimo Sacramento del altar es el fin de todos los demás; el medio mas seguro y mas eficaz para llegar á la perfeccion; una fuente fecunda de los dones del cielo; el gaje y como un gusto anticipado de la felicidad de los bienaventurados; el gérmen de la inmortalidad; el mas ilustre testimonio del amor de Jesucristo; el compendio, por decirlo así, de toda la religion, y el tesoro de la Iglesia.

Nuestra religion no tiene cosa mas santa ni mas divina, el mismo Dios no podria hacer nada mas grande ni mas respetable que este augusto Sacramento, que el sacrificio de la misa. Institucion divina, oblacion santa, víctima de un precio infinito, inmolacion del cuerpo y de la sangre adorable del hombre Dios, pontífice igual en todo á Dios mismo. ¿Puede imaginarse alguna cosa mas divina, mas digna de nuestro zelo, de nuestros respetos y de todo nuestro culto? Aquí se ve la obra maestra de la sabiduría, de la omnipotencia y de la bondad de Dios, y este es el objeto principal de toda festividad. No se debe, pues, estrañar que la Iglesia se deshaga, por decirlo así, en cánticos de alabanzas, de gratitud y de alegría, ni que los fieles participando del mismo espíritu nada omitan para contribuir en todo el mundo cristiano con su zelo y con su piedad á la magnificencia y á la solemnidad de esta fiesta. Todo el oficio de este dia tiene una relacion maravillosa con esta religiosa celebridad.

El introito de la misa tomado del salmo 80 desenvuelve desde luego todo este misterio. «Les ha alimentado,» dice, «con la flor del trigo, y les ha hartado con la miel de la piedra.» ¡Qué alabanzas, qué acciones de gracias, y qué bendiciones no debemos al Señor por un beneficio tan señalado, por un favor tan insigne! El mismo Jesucristo dice que él es este pan esquisito, este pan de vida que da la inmortalidad. «El que come de este pan,» añade, «no morirá.» ¡Qué virtud! pero ¡qué dulzura en este pan celestial! Ciertamente es alimentarnos con miel en abundancia el darnos á comer su propia carne: ella es verdaderamente la miel que sale de la piedra misteriosa, que no es otra que Jesucristo, como dice san Pablo. Notemos que el Profeta en este salmo exhorta á los judíos á que celebren debidamente las fiestas ordenadas por el Señor en memoria de sus beneficios. Hace tambien hablar al mismo Dios que por la relacion de sus gracias trata de obligar á su pueblo á que le sirva con fidelidad, y que se queja al mismo tiempo de la ingratitud de este pueblo. Pero despues de haber hecho un compendio de todas las maravillas que Dios ha hecho en su favor, concluye David el salmo por la que sola vale y pesa aun sobre todas las demás: «Les ha alimentado con la flor del trigo, y les ha hartado con la miel de la piedra.» Como si dijese, gobernado por el espíritu profético de que estaba animado: Despues de tantos prodigios hechos en favor de su pueblo, el Señor ha hecho una maravilla que pone el colmo á todos sus beneficios: esta consiste en que les ha como embriagado de dulzuras alimentándoles con el pan celestial que es el pan de vida. «Cantad con regocijo las alabanzas del Señor, que nos ha protegido siempre; celebrad con alegría la gloria del Dios de Jacob. Entonad cánticos en su honor: tomad vuestras panderetas, vuestras arpas y vuestros laúdes. Nada hay que mejor convenga á la celebridad de esta fiesta.

La Epístola de la misa de este dia está tomada del capítulo 11 de la primera carta del apóstol san Pablo á los de Corinto, en la que refiere el Apóstol la institucion del sacramento de la Eucaristía hecha por Jesucristo, y como la ha sabido de Jesucristo mismo. «Yo he sabido, dice, del mismo Señor lo que os he enseñado á vosotros:» Que el Señor Jesus en la noche misma en que fué entregado, tomó el pan, y dando gracias lo partió y dijo: Tomad y comed: esto es mi cuerpo, que será entregado por vosotros. No son los hombres ni aun los apóstoles, dice san Pablo, por quienes yo he sabido lo que he enseñado en órden

á la Eucaristía; el mismo Jesucristo es el que me lo ha revelado. No omite la circunstancia del tiempo; la misma noche, dice, en que el Salvador fué entregado por uno de sus apóstoles, abandonado á sus enemigos, y tratado con la última crueldad, entonces fué cuando instituyó el divino Sacramento, la prenda mas preciosa de su amor y el testimonio mas brillante de su ternura. Este Sacramento, propiamente hablando, ha sido el testamento de este amable Padre, por el cual se da todo él mismo á sus hijos pocas horas ántes de su muerte, cuando sus hijos le tratan con mas ignominia; san Pablo desciende en seguida á un pormenor muy prolijo de todo lo que pasó en la institucion de esta maravilla. Nótese que tanto este Apóstol como todos los evangelistas han cuidado de referir hasta las menores circunstancias de esta institucion. El Salvador tomó el pan. Jesucristo no pudo tomar otro pan que el sin levadura, que era el único de que era lícito usar cuando se celebraba la Pascua: con razon, pues, en la Iglesia romana se consagra con pan sin levadura. Da gracias á su Padre por el poder que le ha comunicado: era esta la práctica ordinaria de Jesucristo ántes de obrar ciertas maravillas estraordinarias, de las que estas acciones de gracias eran siempre como el preludio. Despues, habiendo partido el pan que tenia en sus manos: Tomad, les dice, y comed, esto es mi cuerpo, que será entregado por vosotros. No dice: Tomad y comed este pan, sino tomad y comed, esto es mi cuerpo; como si dijera, la sustancia que yo os presento bajo de estas especies, es mi cuerpo, no es ya pan. «Puesto que el Verbo eterno, la verdad misma dice: Esto es mi cuerpo. Convenzámonos de ello, dice san Juan Crisóstomo; creámoslo sin que nos quede duda; mirémoslo con los ojos de una fé viva.» Esto es mi cuerpo; tal es la virtud y la fuerza de las palabras de la consagracion, el producir en cualidad de causa eficiente lo que espresan. Para que este género de proposiciones se verifiquen, basta solamente que la cosa que designan exista cerca de donde se pronuncian. Lo que Jesucristo tomó en sus manos no era mas que pan; pero no bien hubo pronunciado estas palabras: Esto es mi cuerpo, cuando toda la sustancia del pan quedó aniquilada, y no quedó otra sustancia en lo que Jesucristo daba á comer á sus apóstoles que su propio cuerpo, el mismo que dentro de algunas horas debia ser entregado á sus enemigos, harto de oprobios, azotado y crucificado. No quedaba del pan otra cosa que las apariencias, el sabor, el color, la figura, el peso, el gusto, lo que comunmente se llaman especies. Nada tenemos en el nuevo Testamento mas formal, preciso, ni mas marcado que la realidad del cuerpo y sangre de Jesucristo en la adorable Eucaristía. Cuantas veces se habla de este divino misterio, ya en el capítulo 6 de san Juan, ya en todos los demás evangelistas igualmente que en san Pablo, siempre se habla de una presencia y de una suncion real y corporal del cuerpo y de la sangre de Jesucristo. El sentido de figura no se espresa en ninguna parte; por el contrario se escluye positivamente, puesto que el cuerpo que Jesucristo da á comer á sus apóstoles era el mismo, segun su palabra, que el que entregó á las ignominias de su pasion y suplicio de la cruz para rescatarnos. «Esto es mi cuerpo, el cual será entregado por vosotros.» Ahora bien, nadie, á no ser maniqueo, se atreveria á decir que el cuerpo del Hijo de Dios solo haya sido entregado á la muerte en figura. Desde los apóstoles hasta nuestros dias siempre ha creido toda la Iglesia que el cuerpo de Jesucristo se ha ofrecido en sacrificio real y verdaderamente, se ha distribuido á los fieles en la comunion, y está realmente presente en la Eucaristía; y nosotros no podemos hablar sobre la presencia real de Jesucristo en el Santísimo Sacramento de un modo mas claro mas formal y mas exacto, que lo han hecho los Padres de los primeros siglos.

«Diráseme tal vez, dice san Ambrosio: este pan que se nos da á comer en la comunion es del pan usual y ordinario. Verdad es que ántes de las palabras sacramentales este pan era pan; pero despues de la consagracion, en lugar del pan se contiene el cuerpo de Jesucristo. De esto no debe haber duda entre nosotros. ¿Pero cómo puede suceder, continúa el mismo Padre, que lo que es pan sea el cuerpo de Jesucristo? y responde: Por la consagracion, que no contiene mas que las propias palabras de Jesucristo nuestro Señor; porque, añade, en todo lo que precede á la consagracion, cuando el sacerdote alaba y bendice al Señor ó cuando por el rey y por el pueblo, habla en su nombre; pero cuando llega á la consagracion, el sacerdote no habla ya en su nombre, sino que es el mismo Jesucristo el que habla por boca del sacerdote: lo que obra pues, este sacramento, es propiamente hablando, la palabra del mismo Jesucristo: aquella palabra, digo, que ha hecho todas las cosas de nada. Ha hablado, continúa el mismo Padre, y todas las cosas han sido hechas; ha mandado, y todas han salido de la nada. Para responder ahora á la pregunta, digo, que ántes de la consagracion no habia el cuerpo de Jesucristo, no habia mas que pan ordinario; pero despues de la consagracion, lo repito, no hay ya pan, sino que es el cuerpo de Jesucristo.» Si san Ambrosio hubiese tenido que responder á los protestantes de nuestros dias, ¿hubiera podido hablar de un modo mas claro y mas espreso?

San Cirilo, patriarca de Jerusalen, que vivia en el siglo IV, esplicando á su pueblo las principales verdades de la religion: «La doctrina de san Pablo, dice, sobre el divino misterio de la Eucaristía, debe bastar para afirmar vuestra creencia en órden á este augusto Sacramento.» Este grande Apóstol nos decia en la lectura que acabais de oir, que la noche misma en que el divino Salvador debia ser entregado, tomó el pan, y dándole las gracias, lo partió y dijo: «Tomad y comed, esto es mi cuerpo.» Y del mismo modo, tomando el cáliz, dijo: «Bebed, esto es mi sangre.» Habiendo, pues, dicho Jesucristo del pan que habia tomado, ESTO ES MI CUERPO, ¿quién despues de esto se atreverá á concebir la menor duda? Y pues que el mismo Jesucristo ha dicho tan afirmativamente, ESTO ES MI SANGRE, ¿á quién le pasará jamás por el pensamiento el dudar de una verdad tan clara, y decir que no es realmente su sangre? Y, qué, dice, ¿aquél que ha convertido el agua en vino en las bodas de Caná, no merecerá que creamos que convierte el vino en su preciosa sangre? Bajo de las especies, pues, de pan y vino, continúa el mismo Padre, nos da el Salvador su cuerpo y su sangre. De modo que nosotros llevamos verdaderamente á Jesucristo en nuestro propio cuerpo cuando recibimos el suyo.» Se han abolido los panes de proposicion del antiguo Testamento. «Nosotros en el nuevo no tenemos mas que este pan celestial y este cáliz de salud, que santifican el alma y el cuerpo. Por tanto, concluye, guardaos bien de pensar

que lo que veis no es mas que pan y vino. Son realmente el cuerpo y la sangre de Jesucristo. Necesario, pues, es que la fé corrija la idea que os ofrecen los sentidos. Guardaos, pues, de juzgar por la vista ni por el gusto; la fé es la que os ha de hacer mirar como segura é indudable la verdad que afirma que el cuerpo y la sangre de Jesucristo es lo que recibís.» Hasta aquí son palabras de san Cirilo. Esta ha sido la fé de los primeros fieles en órden á la Eucaristía. ¿De qué espíritu, pues, ha nacido la creencia de los herejes de estos últimos tiempos? Siempre se ha creido en la Iglesia, desde los primeros dias de su nacimiento hasta nosotros, que la sustancia del pan y del vino se convierte en la sustancia del cuerpo y de la sangre de Jesucristo; y esto es lo que la Iglesia llama transustanciacion, esto es, mudanza de sustancia; cuya maravilla se verifica por la virtud omnipotente de las palabras de Jesucristo, que pronuncia el sacerdote en nombre del Salvador. Si Dios ha podido convertir la mujer de Lot en estatua de sal, la vara de Aaron en serpiente, y el agua en vino en las bodas de Caná, decian los Padres de la Iglesia cuando instruian á los nuevos bautizados para su primera comunion, ¿por qué no podrá este mismo Dios convertir el pan y el vino en su sagrado cuerpo y en su sangre preciosa en el Sacramento de la Eucaristía?

«Haced esto en memoria de mí.» Pronunciando estas palabras, dicen los Padres, ordenó el Salvador de sacerdotes á sus apóstoles. Cuantas veces comiereis de este pan, dice Jesucristo, y bebiereis de este cáliz, esto es, de lo que se contiene en este cáliz, anunciareis la muerte del Señor hasta que él venga. No diferenciándose el sacrificio incruento de Jesucristo mas que en cuanto á la manera del sacrificio sangriento del mismo Salvador, debe recordar muy particularmente en el espíritu de los que participan de él la memoria de la muerte de Jesucristo. Por estas palabras: «hasta que venga,» nos indica san Pablo que el sacramento de la Eucaristía durará hasta el fin del mundo.

«Cualquiera, pues, que comiere de este pan, ó bebiere de este cáliz indignamente,» dice el santo Apóstol, «se hará reo de crímen contra el cuerpo y la sangre de Jesucristo;» esto es, el que hiciere una comunion sacrílega no será ménos criminal que si hubiese quitado la vida á Jesucristo, y hubiese derramado su sangre. Nada prueba mas demostrativamente la presencia real del cuerpo y de la sangre de Jesucristo que esta espresion del Apóstol, así como tambien por ella se manifiesta que, segun el mismo san Pablo, es permitido el comulgar bajo de una sola especie. Si el crímen de los judíos que derramaron la sangre de Jesucristo nos causa horror, el de los cristianos que la profanan con sus comuniones sacrílegas no debe causarnos ménos. No es un sacrificio lo que ellos ofrecen, dice san Juan Crisóstomo, cometen un asesinato; no toman un aliento, sino un veneno. «Porque aquel que come y que bebe indignamente, come y bebe su condenacion por no discernir el cuerpo del Señor:» quiere decir que tiene en sí mismo la prueba visible de su crímen; su proceso, por decirlo así, está ya todo instruido. Este divino Salvador es su juez, este pan de vida es el decreto de su muerte. Sacrilegio, traicion, negra ingratitud, hipocresía que clama al cielo; ¡qué de crímenes, buen Dios, en una sola comunion hecha indignamente! ¿Y qué efectos puede producir? El endurecimiento, sin duda, y ordinariamente la impenitencia final.

Como el Evangelio de la misa de este dia es el mismo que el dia de la octava, para no hacer demasiado larga la historia de esta festividad, se traslada su esplicacion á este último dia.

HIMNO PANGE LINGUA GLORIOSI, etc.

Véase el Jueves Santo, pág. 322.

Sacris solemniis
Juncta sint gaudia,
Et ex præcordiis
Sonent preconia;
Recedant vetera,
Nova sint omnia;
Corda, voces et opera.
Noctis recolitur
Cœna novissima,
Qua Christus creditur
Agnum et azyma
Dedisse fratribus,
Juxta legitima
Priscis indulta patribus.
Post Agnum typicum,
Explotis epulis,
Corpus Dominicum
Datum discipulis,
Sic totum omnibus
Quod totum singulis
Ejus fatemur manibus.
Dedit fragilibus
Corporis ferculum;
Dedit et tristibus
Sanguinis poculum,
Dicens: Accipite
Quod trado vasculum,
Omnes ex eo bibite.
Sic sacrificium
Istud instituit,
Cujus officium
Committi voluit
Solis presbyteris,
Quibus sic congruit
Ut sumant et dent cæteris.
Panis angelicus
Fit panis hominum;
Dat Panis cœlicus
Figuris terminum:
O res mirabilis,
Manducat Dominum
Pauper, servus et humilis.
Te, Trina Deitas
Unaque, poscimus,
Sic nos tu visita,
Sicut te colimus:
Per tuas semitas
Duc nos quo tendimus,
Ad lucem quam inhabitas.
Amen.

HIMNO.—SANTO TOMÁS DE AQUINO.

A estas solemnidades tan sagradas
Corresponda el placer y la alegría:
Suenen las alabanzas publicadas,
Que á la voz generoso el pecho envía:
Huyan las cosas viejas ya veloces,
Sea nuevo ya todo en este dia,
El corazon, las obras y las voces.
Hoy hacemos recuerdo y fiel memoria
De aquella Cena mística, ó figura,
En que Cristo, Rey sumo de la gloria,
El cordero y el pan sin levadura
Dió conforme á la ley, á sus hermanos (1);
Pues así lo ordenaba la Escritura
Revelada por Dios á los ancianos.
Despues de este Cordero misterioso
El banquete legal ya concluido,
Su Cuerpo á los discípulos piadoso
Dió en sagrado manjar, bien entendido,
Que, dando todo á todos con sus manos,
Todo de cada cual fué recibido:
Así lo confesamos los cristianos.
Como á frágiles, flacos, desvalidos
Su Cuerpo, liberal, les dió en comida;
Y como á tristes, pobres y afligidos
Su Sangre sacrosanta dió en bebida,
Diciendo: Recibid la mas preciosa
Prenda del Cáliz santo de la vida;
Bebed todos mi Sangre generosa.
Así fué el Sacrificio celebrado,
Y por el mismo Cristo instituido,
Cuyo oficio tan alto y elevado
Es á los sacerdotes cometido,
A quienes pertenece solamente
Sumirle con respeto el mas rendido,
Y repartirle al pueblo dignamente.
El que es Pan de los Angeles hermoso
Se hace ya de los hombres alimento;
Este Pan celestial y prodigioso
Da á la sombra y figura cumplimiento.
¡O admirable piedad! ¡oh maravilla!
Pues recibe tan alto Sacramento
El pobrecillo, el siervo, el que se humilla.
A tí, Dios Trino y Uno, reverentes
Con afectos humildes te rogamos,
Ilustres con tus luces refulgentes
A los que tan rendidos te adoramos:
Y por tus sendas rectas y caminos
Guíanos á la luz, adonde vamos,
Pues habitas sus rayos tan divinos.
Amen.

HIMNO.—SANTO TOMÁS DE AQUINO.

Verbum supernum prodiens,
Nec Patris linquens dexteram,
Ad opus suum exiens,
Venit ad vitæ vesperam.
In mortem a discipulo
Suis tradendus æmulis,
Prius in vitæ ferculo
Se tradidit discipulis.
Quibus sub bina specie
Carnem dedit et Sanguinem;
Ut duplicis substantiæ
Totum cibaret hominem.
Se nascens dedit socium,
Convescens in edulium;
Se moriens in pretium,
Se regnans dat in præmium.
O salutaris Hostia,
Quæ cœli pandis ostium:
Bella premunt hostilia,
Da robur, fer auxilium.
Uno Trinoque Domino
Sit sempiterna gloria,
Qui vitam sine termino
Nobis donet in patria.
Amen.

Saliendo el Verbo eterno y no dejando
La diestra de su Padre, tan divino
A su obra presuroso caminando,
Al término llegó de su destino (1).
Antes que el vil discípulo alevoso (2)
Le entregase á la muerte deicida,
A sus propios discípulos piadoso,
En sustento se dió de eterna vida.
Dióles su Carne y Sangre verdadera
Bajo de dos especies; porque todo
El hombre en cuerpo y alma recibiera
Un total alimento de este modo.
Naciendo se nos dió por compañero,
En la mesa, en manjar el mas precioso,
En rescate, muriendo en un madero,
Y en galardon, reinando majestuoso.
O sacrificio y Hostia saludable,
Que las puertas del cielo nos franqueas;
La guerra nos oprime formidable:
Todo nuestro favor y esfuerzo seas.
Al Señor Trino y Uno sea dada
Alabanza sin fin la mas gloriosa:
Quien la vida perenne ilimitada
Nos conceda en la patria deliciosa.
Amen.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Deus, qui nobis sub Sacramento mirabili Passionis tuæ memoriam reliquisti: tribue, quæsumus, ita nos Corporis et Sanguinis tui sacra mysteria venerari, ut redemptionis tuæ fructum in nobis jugiter sentiamus. Qui vivis et regnas...

O Dios, que habeis dejado la memoria de vuestra Pasion en un misterio tan admirable: concedednos la gracia de que de tal modo reverenciemos los sagrados misterios de vuestro Cuerpo y de vuestra Sangre, que sintamos continuamente en nuestras almas el fruto de la redencion que nos habeis merecido. Vos que vivís y reinais, etc.

(1) A los Apóstoles, á quienes (y á nosotros en ellos) hizo sus hermanos el misericordioso Dios y Redentor Jesus.

(1) A su Pasion sacrosanta.
(2) Judas, el traidor.

La Epistola está tomada de la primera de san Pablo á los Corintios, cap. 11.

Fratres : Ego enim accepi a Domino, quod et tradidi vobis, quoniam Dominus Jesus in qua nocte tradebatur, accepit panem, et gratias agens, fregit, et dixit : Accipite, et manducate : hoc est corpus meum, quod pro vobis tradetur : hoc facite in meam commemorationem. Similiter et calicem, postquam cœnavit, dicens : Hic calix novum testamentum est in meo sanguine : hoc facite, quotiescumque bibetis, in meam commemorationem. Quotiescumque enim manducabitis panem hunc, et calicem bibetis, mortem Domini annuntiabitis donec veniat. Itaque quicumque manducaverit panem hunc, vel biberit calicem Domini indigne, reus erit corporis et sanguinis Domini. Probet autem seipsum homo : et sic de pane illo edat, et de calice bibat. Qui enim manducat, et bibit indigne, judicium sibi manducat, et bibit, non dijudicans corpus Domini.

Hermanos mios : Yo he aprendido del Señor lo que os he enseñado : que el Señor Jesus en la misma noche en que iba á ser entregado, tomó el pan, y dando gracias, lo partió y dijo : Tomad y comed, esto es mi cuerpo, el cual será entregado por vosotros ; haced esto en memoria de mí. Del mismo modo, despues de haber cenado, tomó el cáliz y dijo : Este cáliz es el Testamento nuevo por mi sangre. Haced esto en memoria de mí todas las veces que bebiereis de él. Porque todas las veces que comiereis de este pan, y bebiereis de este cáliz, anunciareis la muerte del Señor, hasta que él venga. Cualquiera, pues, que comiere de este pan, ó bebiere de este cáliz indignamente, será reo de crímen contra el cuerpo y la sangre de Jesucristo. Así que, examínese el hombre á fondo á sí mismo, y hecho esto coma de este pan, y beba de este cáliz ; porque el que come y bebe indignamente de él, come y bebe su condenacion por no discernir el cuerpo del Señor.

Queriendo san Pablo corregir los abusos que se habian insensiblemente introducido entre los fieles de Corinto en las reuniones que se hacian para celebrar la cena del Señor y la institucion ó fiesta de la divina Eucaristía, les refiere exactamente de qué modo instituyó el Salvador este divino Sacramento, lo que contiene, y el crímen y el castigo de los que se acercan indignamente á él.

REFLEXIONES.

«Tomad y comed, esto es mi cuerpo, el cual será entregado por vosotros.» Sí, de Jesucristo mismo es de quien hemos recibido la fé de la realidad de su cuerpo y de su sangre en la Eucaristía. Una tradicion constante la ha trasmitido hasta nosotros, todos los evangelistas y san Pablo nos la han manifestado. A nadie le ha pasado por el pensamiento el dudar de ella en los once primeros siglos de la Iglesia. Habiendo agotado inútilmente el demonio todos sus artificios para destruir la fé sobre los principales misterios de la religion, sobre la divinidad de Jesucristo, sobre la unidad de su persona, sobre la multiplicidad de su naturaleza, sobre la necesidad de su gracia, sobre la augusta cualidad de la Madre de Dios ; viendo en fin la malignidad del infierno apurados todos sus tiros, y arruinadas todas sus baterías, vomitó sus blasfemias contra la divina Eucaristía y la realidad del cuerpo de Jesucristo, única verdad cristiana que no habia sido atacada todavía. Menester es estar muy ciego, ser muy ingrato, y todavía mas impío, para negarse á creer este misterio del amor inmenso de un Dios, tan bien marcado, tan clara y tan invenciblemente establecido. Pero las herejías nunca se han levantado mas que contra las verdades mas señaladas de la fé. La Eucaristía es la prenda mas brillante del amor de Dios á los hombres, y una fuente de salud, y por tanto no hay que admirar que el demonio haga tantos esfuerzos para debilitarla y combatirla. «Esto es mi cuerpo, el cual será entregado,» no solo á la muerte, sino tambien á las sacrílegas persecuciones de los herejes. «Tomad y comed : no os contentais, pues, ó Salvador mio, con nuestras adoraciones en este divino Sacramento ; quereis tambien que hagamos de él nuestro alimento ; quereis que el conocimiento de nuestras necesidades se sobreponga al de nuestra indignidad y de nuestra miseria, y el amor al temor que nos retenga. Si es un error imperdonable del entendimiento el negarse á creer la realidad del cuerpo y de la sangre de Jesucristo en la Eucaristía, es otro tan criminal y tan grosero de la voluntad, por decirlo así, el alejarse de esta sagrada mesa, y el escusarse con pretestos frívolos de asistir á este divino festin. No se diga que el respeto es el que aleja ; escusa artificiosa que no puede engañar mas que á los simples ; ni se diga como los convidados al festin del Padre de familias : «compré una heredad ; me he casado :» mejor diria, mi corazon está disgustado de este divino alimento, yo no encuentro gusto mas que en los manjares que el mundo me prepara, sus salsas estimulan demasiado mi apetito para que no los prefiera á este pan vivo ; pero yo soy indigno, dice otro, de esta comida celestial, la cual pide una pureza que yo no tengo, y una devocion que me es desconocida. Este defecto le encuentra el entendimiento para favorecer las inclinaciones malignas del corazon. Por libertino que sea cualquiera no ignora que habiendo de asistir á este festin sagrado debe llevarse la ropa nupcial ; pero precisamente el revestirse de esta ropa de inocencia es lo que no se quiere hacer. Seria menester dejar ese hábito criminal, hacer aquella restitucion, perdonar aquella injuria, seria necesario, en fin, vivir en la inocencia ; pero es mas cómodo el vivir en el pecado, y esta es la verdadera razon por que se desaprueba y acaso se condena la comunion frecuente. Pero ¿y comulgando raras veces se hace con mas inocencia? Muy enferma está el alma cuando está desganada del cuerpo y de la sangre de Jesucristo. No se debe jamás comulgar indignamente, esto seria comer su condenacion ; pero es menester quitar, debe alejarse cuanto sea obstáculo para una santa comunion.

SECUENCIA.—SANTO TOMÁS DE AQUINO.

Lauda, Sion, Salvatorem :
Lauda Ducem et Pastorem
In hymnis et canticis.
Quantum potes, tantum aude ;
Quia major omni laude,
Nec laudare sufficis.
Laudis thema specialis,
Panis vivus et vitalis
Hodie proponitur.
Quem in sacræ mensa Cœnæ,
Tur bæ fratrum duodenæ

Datum non ambigitur.
Sit laus plena, sit sonora,
Sit jucunda, sit decora
Mentis jubilatio.
Dies enim solemnis agitur,
In qua mensæ prima recolitur
Hujus institutio.
In hac mensa novi Regis,
Novum Pascha novæ legis,
Phase vetus terminat.
Vetustatem novitas,
Umbram fugat veritas,
Noctem lux eliminat.
Quod in cœna Christus gessit,
Faciendum hoc expressit
In sui memoriam.
Doctis sacris institutis,
Panem, vinum, in salutis
Consecramus Hostiam.
Dogma datur christianis,
Quod in Carnem transit panis,
Et vinum in Sanguinem.
Quod non capis, quod non vides,
Animosa firmat fides,
Præter rerum ordinem.
Sub diversis speciebus,
Signis tantum et non rebus,
Latent res eximiæ.
Caro cibus; Sanguis, potus :
Manet tamen Christus totus
Sub utraque specie.
A sumente non concisus,
Non confractus, non divisus;
Integer accipitur.
Sumit unus, sumunt mille :
Quantum isti, tantum ille :
Nec sumptus consumitur.
Sumunt boni, sumunt mali;
Sorte tamen inæquali,
Vitæ, vel interitus.
Mors est malis, vita bonis :
Vide paris sumptionis
Quam sit dispar exitus!
Fracto demum Sacramento,
Ne vacilles, sed memento
Tantum esse sub fragmento,
Quantum toto tegitur.
Nulla rei fit scissura;
Signi tantum fit fractura,
Qua nec status, nec statura
Signati minuitur.
Ecce Panis Angelorum
Factus cibus viatorum :
Vere Panis filiorum
Non mittendus canibus.
In figuris præsignatur,
Cum Isaac immolatur :
Agnus Paschæ deputatur :
Datur Manna patribus.
Bone Pastor, Panis vere,
Jesu nostri, miserere :
Tu nos pasce, nos tuere :
Tu, nos bona fac videre
In terra viventium.
Tu, qui cuncta scis et vales,
Qui nos pascis hic mortales,
Tuos ibi commensales
Coheredes et sodales,
Fac sanctorum civium.
Amen, Alleluia.

Alma, en himnos y cantares
Alaba á tu Salvador,
Alaba á tu Capitan
Y á tu divino Pastor.
Cuanto alabarle pudieres,
Tanto alejes el temor;
Que escede á toda alabanza,
Y no es bastante tu voz.
Como un asunto especial
De alabanza y santo amor
Se propone en este dia
El Pan vivificador.
El cual de la mesa sacra
De la Cena que hizo Dios,
A la fraternal docena
No hay duda que se le dió.
Sea plena la alabanza
De apacible y claro son,
Y respondan castos ecos
Al gozo del corazon :
Hoy es el dia solemne
Cuyo feliz resplandor
De aquella primera Mesa
Recuerda la institucion.
En esta Mesa de Ley
Nueva, y de Nuevo Señor,
Con la nueva Pascua, ya
La Pascua vieja acabó.
Da la novedad de mano
A la antigua tradicion,
Huye á la Verdad la sombra,
Destierra á la noche el Sol.
Lo que hizo Cristo en la Cena,
Eso mismo hacer mandó
Con ceremonias espresas
En memoria de su amor.
Enseñados por el órden
Sagrado que nos dejó,
Consagramos pan y vino
En Hostia de salvacion.
Dase á los cristianos dogma,
Que, pasa del pan la flor
A ser carne; y Sangre el vino
En la transustanciacion.
Lo que no miran los ojos,
Ni lo alcanza la razon,
Animosa lo asegura
La fé, en órden superior.
Debajo de diferentes
Especies (de cosas nó,
Sino de señales solas),
¡Grande cosa se escondió!
Bebida solo y vianda

La Sangre y la Carne son;
Pero Cristo todo queda
En una y otra oblacion.
No le parte el que le come;
Sin quiebra ni division
Entero á Cristo se lleva
Aquel que le recibió.
Uno le recibe, y mil;
Cuanto llevan de valor
Los mil, tanto lleva el uno;
¡Ni comido se gastó!
Los buenos, como los malos,
Reciben la Comunion,
Pero con desigual suerte
De vida, ó mortal horror.
Es muerte para los malos,
Quien vida á los buenos dió;
¡Advierte en una comida
El fin desigual de dos!
Y en fin, al partir la Hostia
No vaciles de temor;
Que tanto encierra el pedazo,
Cuanto el todo en sí encerró.
No hay quiebra de cosa allí,
Que fué sola la fraccion
De la señal: lo encerrado
Nada se disminuyó.
¡Mira de Angeles el Pan
Ya manjar al viador!
Sin duda Pan de los hijos;
Nó para los perros, nó.
Señalóse en la figura,
Cuando ensayó Isaac la accion:
Comióse el Pascual Cordero:
Maná á los Padres llovió.
Buen Pastor, Pan verdadero,
Tennos, Jesus, compasion;
Tú nos acude y sustenta,
Señor, y defiéndenos.
Tú, en la tierra de los vivos,
Libres de humana pasion,
Haznos ver aquellos bienes,
Que ellos solos bienes son.
Tú, que todo cuanto hay sabes,
Omnipotente Señor,
Y nos sustentas acá
En la mortal condicion.
Ponnos á tu mesa, y haz
Que heredando igual favor,
De tus conciudadanos santos
Gocemos la comunion.
Amen. Aleluya.

El Evangelio de la misa es tomado del cap. 6 del que escribió san Juan.

In illo tempore: Dixit Jesus turbis Judæorum: mea vere est cibus: et sanguis meus vere est potus. Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, in me manet, et ego in illo. Sicut misit me vivens Pater, et ego vivo propter Patrem: et qui manducat me, et ipse vivet propter me. Hic est panis, qui de cœlo descendit. Non sicut manducaverunt patres vestri manna, et mortui sunt. Qui manducat hunc panem, vivet in æternum.

En aquel tiempo dijo Jesus á las turbas de los judíos: Mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre es verdaderamente bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él. Como el Padre que vive me ha enviado, y como yo vivo por el Padre del mismo modo el que me come vive tambien por mí. Este es el pan que ha venido del cielo. Nó como el maná que han comido vuestros padres, y han muerto. El que come de este pan vivirá eternamente.

MEDITACION.

Del Santísimo Sacramento de la Eucaristía.

Punto primero.—Considera que entre todo lo magnífico, lo maravilloso y lo estraordinario que Dios ha hecho para testificarnos el esceso de su amor, el adorable Sacramento de la Eucaristía es el compendio de estas maravillas, y un testimonio perpetuo de un amor todavía mayor. Que Dios se haya dignado tomar un cuidado singular sobre su pueblo; que haya hecho tantos prodigios en favor suyo; que haya suspendido las olas para abrirle un camino por medio de las aguas; que le haya alimentado en el desierto con un maná celestial; que se haya dignado ser su defensor y su guia; que haya querido sensibilizar su majestad divina por medio de los truenos y de los relámpagos, y su presencia por una nube en el templo; todas estas son otras tantas pueba de una bondad muy amable; pero que Jesucristo, sin tener consideracion á lo que somos nosotros y á lo que es él, haga para testificarnos su amor todos los milagros que hace en la adorable Eucaristía; que se digne encerrarse, reducirse á un espacio cuasi indivisible y reproducirse al mismo tiempo hasta lo infinito; despojarse de su majestad, y no despojarse ni ocultarse tan enteramente, bajo de las apariencias de pan y vino, sino para servirnos de alimento; permanecer dia y noche encerrado sobre el altar en un copon, y todo esto para estar real é incesantemente presente con nosotros; ¿qué os parece? ¿es esto amarnos con ternura? ¿no es esta una prueba harto brillante de un amor grande? y este esceso de amor á unas criaturas tan viles ¿no es una maravilla todavía mas incomprensible que la misma Eucaristía? Por mas ternura que tenga un soberano á un favorito suyo, no olvida nunca que él es el señor; siempre tiene consideraciones que guardar en los mayores testimonios de amistad en órden á sus vasallos. Hay ciertos aires, cierto rango, cierto decoro de que no se despoja jamás el príncipe, aun en medio de la familiaridad mas tierna. Solo el amor estremo que Jesucristo nos ha testificado en la Eucaristía es el que no guarda medidas. Este divino Salvador, este Señor infinitamente grande, se entrega, se prodiga sin distincion á sus vasallos, á quienes mira como hijos suyos. Diríase que se olvida de sí mismo en este adorable misterio, y que no se acuerda mas que de nosotros. ¡Qué prodigio, buen Dios! pero ¡qué de milagros en esta sola maravilla! La sustancia del pan y del vino aniquilada sin destruir los accidentes; el cuerpo de Jesucristo reproducido á un mismo tiempo en mil parajes diferentes, y siempre todo entero en una especie cuasi indivisible; un Dios sometido á la palabra de un simple sacerdote, el cuerpo y la sangre de Jesucristo realmente

presente sobre nuestros altares, espuesto á todas las irreverencias, á los insultos y á las profanaciones sacrílegas de los impíos y de los libertinos, distribuido, en fin, indiferentemente á todos los fieles. Hé aquí lo que Jesucristo hace para testificarnos su amor; hé aquí el objeto de nuestra creencia; el entendimiento se confunde y se pierde en esta multiplicidad de maravillas, todas á cual mas incomprensibles. ¿No era bastante que un Dios se hubiese hecho hombre para rescatar á los hombres? ¿No era bastante que este Dios hombre hubiese dado su sangre y su vida por la salud de los hombres? ¡Ah! es esto mucho mas de lo que nosotros nos hubiéramos atrevido á pedir, mas de lo que hubiéramos podido creer. Pero que este divino Salvador despues de habérnoslo dado todo, se dé tambien á sí mismo; que quiera ser aun nuestra comida sagrada; que un Dios hombre despues de habernos rescatado por su muerte, quiera todavía alimentarnos con su carne; hombres ingratos, ¿comprendeis bien esta maravilla?

Punto segundo.—Considera que por mas admirable, por mas incomprensible que sea el amor inmenso que Jesucristo nos testifica en el Santísimo Sacramento, hay todavía otra cosa al parecer mas estraordinaria y mas incomprensible, y esta es la indiferencia, la frialdad, la ingratitud de los fieles para con Jesucristo en este augusto Sacramento. Es, en verdad, maravilloso é inconcebible que un Dios nos ame hasta este punto; pero al fin, es un Dios el que nos ama, y nos ama como Dios: pero que en nosotros no se vea mas que fastidio, y aun desprecio de este Dios en el misterio mismo en que nos prueba tan eficazmente hasta qué esceso nos ama, ¿es fácil de comprender este misterio de iniquidad? ¿Qué turco, qué pagano, qué bárbaro, instruido de lo que creemos en este adorable misterio, podria imaginarse jamás que amásemos tan poco á Jesucristo? Este divino Salvador para nada necesita á los hombres; sin embargo, cuenta por nada el estar encerrado en una hostia consagrada hasta el fin de los siglos; tanto es lo que ama á los hombres, tan grande es el placer que esperimenta en estar con ellos. Los hombres por el contrario no pueden pasarse sin él; sin embargo, cuentan por nada la gracia que les hace en estar con ellos, tan poco la aprecian, tan poco caso hacen de la dicha que es el estar con él. Esas personas ociosas, fastidiadas aun de su ociosidad, que tan raras veces y con tanto disgusto se presentan en nuestros templos; esas gentes del mundo que dan las tres y las cuatro horas á los espectáculos profanos, y la mayor parte de su vida al juego, á las diversiones, á las reuniones mundanas, y que no parecen mas que una vez á la semana á los piés de los altares, y esa con tedio y con trabajo, ¿aprecian mucho la ventaja y el honor que nos cabe en poder rendir nuestros homenajes á Jesucristo, realmente presente en esos mismos altares todos los dias y á todas las horas del dia? ¿Concuerda en este punto nuestra creencia? No hay necesidad de recordar aquí la triste memoria de los ultrajes que ha sufrido este divino Salvador en su pasion, ni de lo que ha tolerado de ignominioso en este Sacramento de parte de los herejes; nadie ignora hasta qué escesos de impiedad y de infamia ha llegado su rabia diabólica contra el cuerpo de Jesucristo en nuestros altares. ¿Y qué hemos hecho nosotros para reparar estas impiedades injuriosas, estos horribles sacrilegios? pero ¿qué no ha sufrido y qué no sufre aun todos los dias este divino Salvador de tantos fieles indignos que tan vilmente le tratan? ¡Qué profanaciones en el lugar santo! ¡qué falta de respeto! ¡qué comuniones sacrílegas! ¡qué irreverencias mas monstruosas! A la verdad la Iglesia trata en este dia y por toda la octava de darle una pública satisfaccion, y reparar con su culto público tantas impías profanaciones; pero ¡cuán pocos son los cristianos que entran en el espíritu de la Iglesia! ¡cuán pocos contribuyen á la pompa de su triunfo! ¡cuán pocos piensan en indemnizarle de los desprecios y de los insultos que ha recibido!

¡Buen Dios, que no pueda yo reparar hoy y durante esta octava todas las ignominias que habeis sufrido en este adorable Sacramento de vuestro amor! ¡que no tenga yo tantos corazones como estrellas hay en el cielo, y hombres en la tierra; y en cada uno de estos corazones tanto amor á vos, como el que tienen todos los ángeles y todos los santos! Aun seria poco en comparacion del que mereceis; aun seria poco en comparacion del que yo deseo. Celestiales inteligencias, ángeles bienaventurados, que rodeais estos altares, yo os conjuro que adoreis y ameis por mí á este Dios de amor, y le digais que yo pongo de sentimiento de amarle tan poco, y de deseo de amarle cada dia mas. Yo mismo, Señor, vengo á testificárosle delante de vuestro santuario, y aquí es donde quiero venir de continuo á esplayar mi corazon, y abrasarme de nuevo con el fuego de vuestro divino amor.

Jaculatorias.—He hallado al que ama mi alma, yo le poseo en la Eucaristía, no me separaré ya de él. (Cant. 2).

Mi amado es todo para mí, y yo soy todo para él. (Cant. 3.)

PROPÓSITOS.

1 Hemos visto cuál es el motivo de esta solemne fiesta, y el fin que la Iglesia se propone en esta augusta solemnidad: unámonos, pues, á su espíritu, y contribuyamos cuanto nos sea posible á la solemnidad de esta fiesta. Comulgad hoy, y las mas veces que os fuere posible en la octava, y siempre con una devocion mas tierna y con nuevo fervor. Asistid á la procesion para contribuir al triunfo de Jesucristo, y con la idea de reparar, cuanto esté de vuestra parte, con vuestra modestia y con vuestra piedad, los ultrajes que Jesucristo ha sufrido en este adorable misterio. Asistid todos los dias á la reserva, y sed solícitos por recibir muchas veces cada dia la bendicion del Santísimo Sacramento. Jamás se recibe con las disposiciones que se debe recibir, sin que se reciban grandes tesoros de gracias. Asistid todos los dias á la misa con aquel espíritu de religion que pide este gran sacrificio. Muchos se imponen una obligacion de asistir diariamente en la octava al oficio divino.

2 Es una práctica de piedad muy útil el hacer en cada un dia de la octava muchas visitas á Jesucristo en el Santísimo Sacramento, por lo ménos dos cada dia. Muchos hacen mas, y lo ménos que deben hacer las personas religiosas son cinco cada dia; pero cuidad de hacerlas de modo que sirvan para reparar las que en otro tiempo habeis hecho con poco respeto y con tanta indevocion. No hay cosa mas edificante, no la hay mas cristiana que acompañar al Santísimo Sacramento cuando se le lleva á los enfermos. Los príncipes no salen jamás de sus palacios sin que lleven una comitiva y una córte numerosa. ¡Ah!

Jesucristo sale de su templo para ir á casa de los enfermos; ¿quién es el que se apresura para acompañarle? ¿qué córte se hace á Jesucristo y á nuestras iglesias? Reglad de hoy mas la conducta que querais conservar sobre este punto. Si estais en el mundo, decid todos los dias de la octava el oficio pequeño del Santísimo Sacramento, y decidle de hoy en adelante el jueves de cada semana.

LETRILLAS

EN HONRA DEL SANTISIMO SACRAMENTO.

Al fin de cada una puede decirse Padre nuestro *y* Gloria Patri *para mayor devocion.*

Altísimo Señor,
Que supisteis juntar,
A un tiempo en el Altar
Ser Cordero y Pastor:
Confieso con dolor
Que hice mal en huir
De quien por mí quiso morir.
Cordero celestial,
Pan nacido en Belen,
Si no te como bien
Me sucederá mal:
Sois todo piedra iman,
Que arrastra el corazon
De quien os rinde adoracion.
El manjar que se da
En el sacro Viril
Me sabe á gustos mil,
Mas bien que no el maná:
Si el alma limpia está
Al comer de este pan,
La gloria eterna le darán.
Recibe el Redentor
En un manjar sutil
El pobre, el siervo, el vil,
El esclavo y señor:
Perciben su sabor
Si con fé viva van;
Si no, veneno es este pan.
Venid, hijos de Adan,
A un convite de amor
Que hoy nos da el Señor,
De solo vino y pan:
De tan dulce sabor,
De tal gracia y virtud,
Que sabe, harta y da salud.
El pan que hoy se nos da
Del cielo descendió;
Es pan que vivo está,
Es manjar celestial
Que Dios nos regaló,
Y él mismo preparó
Dentro de un vientre virginal.
Los Angeles al ver
Tal gloria y majestad
Con profunda humildad
Adoran su poder:
Sin poder merecer
La dicha de gozar
De tan rico y divino manjar.
Sois muerte al pecador
Que os llega á recibir;
Dais al justo el vivir
Con fino y tierno amor:
¡O inefable Señor,
Que en un mismo manjar
Sabeis la vida y muerte dar!
Sois fuego abrasador,
Pastor, Cordero y Pan,
Esposo, Rey, Galan,
Dios, Hombre y Redentor:
Prodigio tal mayor
En Dios no pudo hallar
Que mas al hombre pueda dar.
Precioso candeal,
Que al alma justa y fiel
Sois mas dulce que miel,
Mas bello que el panal:
La gloria celestial
Espero en Vos, mi Dios,
Para reinar sin fin con Vos.

DOMINGO INFRAOCTAVO DEL SS. SACRAMENTO, Y SEGUNDO DESPUES DE PENTECOSTÉS.

Este domingo es propiamente la continuacion de la fiesta solemne del Santísimo Sacramento y de la celebridad del triunfo de Jesucristo en la Eucaristía. Toda la octava no es mas que la fiesta, esto es, una sola fiesta solemne que dura ocho dias. Siendo por otra parte siempre solemne el domingo, aumenta tambien la devocion y la celebridad de la fiesta.

El introito de la misa del dia está tomado del salmo 17, que es un cántico de accion de gracias que David da á Dios por haberle sacado de tantos peligros y haberle puesto generosamente bajo de su proteccion, con la que no teme ya á sus enemigos, y á la cual reconoce que debe todas las victorias que ha conseguido. Nosotros podemos decir que toda nuestra fortaleza está en Jesucristo en el Santísimo Sacramento. Tenemos en la Eucaristía un antemural que no es capaz de forzar nunca todo el infierno. ¿Qué proteccion mas ilustre ni mas segura que este divino Salvador en nuestros altares? La Eucaristía es nuestro apoyo, nuestro consuelo, nuestro refugio, todo nuestro recurso en todos los peligros de esta vida. Movida la Iglesia de este espíritu, comienza la misa de este dia por el versillo de este salmo que tan bien espresa los vivos y afectuosos sentimientos de reconocimiento y de amor de que deben estar poseidos todos los fieles al acordarse de los grandes auxilios y de los bienes infinitos que hallamos en el Santísimo Sacramento. «El Señor se ha hecho mi protector» de una manera muy singular, haciéndose mi alimento: ya no me veré estrechado por mis enemigos, porque «el Señor me ha puesto en franquía.» Yo reconozco sin que me quede duda que «el esceso de su amor inmenso es lo que me ha salvado.» El testimonio mas brillante de su ternura es la prenda de mi salud. Tambien yo amaré á mi Salvador con todo mi corazon, con toda mi alma, con todas mis fuerzas. ¿Y cómo podria yo, ó Dios mio, despues de haberme dado una señal tan prodigiosa de vuestro amor, no amaros con todo mi corazon, ó amaros solo á medias ó con reserva? «Yo os amaré, Señor, á vos que

sois mi fortaleza. El Señor es mi apoyo, mi refugio y mi libertador.

La Eucaristía es el pan de los fuertes; es el pan celestial, el pan divino, el pan de vida, del que no era mas que la figura el que el ángel trajo á Elías, y le dió tanto vigor para continuar su camino. «A los que escitamos y exhortamos al combate por la fé, decia san Cipriano escribiendo al papa Cornelio, no dejamos que entren en el campo de batalla sin que estén ántes fortalecidos, y como armados con el cuerpo y con la sangre de Jesucristo por la comunion. Nosotros debemos salir de la santa mesa como leones, dicen los Padres, respirando el fuego divino que enciende en las almas el cuerpo y sangre de Jesucristo; ¿y qué ánimo, qué fortaleza no debe escitar?

La Epístola de la misa de este dia está tomada del capítulo 3 de la primera Epístola canónica de san Juan. Acababa de referir el Apóstol el ejemplo de Cain, que arrastrado de la envidia mas maligna que hubo jamás, mató á su hermano Abel, no pudiendo sufrir que Dios diese á Abel señales de preferencia, aceptando sus ofrendas que eran santas, al paso que reprobaba las suyas, porque eran malas é indignas de la majestad de Dios. No habia cosa mas injusta que los zelos que habia concebido Cain contra su hermano.

«No estrañeis, hermanos mios, continúa el santo Apóstol, que el mundo os aborrezca:» si vosotros fueseis tan malvados como él, el mundo no os aborreceria. Siempre han sido los buenos el objeto del odio y del desprecio de los malos. La vida pura, inocente, religiosa de aquellos, es una censura incómoda de los desórdenes de estos; hé aquí lo que les pone de tan mal humor contra aquellos cuya virtud condena tácitamente el desarreglo de sus costumbres y de su conducta. Siempre habrá Caines en el mundo, mientras que en el hubiere Abeles. No son los defectos que se les escapan á los buenos lo que altera la bilis de los perversos, son muy comunes y muy ordinarias las irregularidades en los mundanos y en los libertinos para que se ofenda su pretendida delicadeza; «todo el mundo está sumergido en la iniquidad y en la malicia,» y sobre este artículo los mundanos son muy inclinados y están muy acostumbrados á perdonárselo todo. Lo que les irrita contra las gentes virtuosas es la probidad, la inocencia de los que no son de otra condicion, ni profesan otra religion que los libertinos. La demasiada luz hiere los ojos enfermos, y esto es lo que atrae á los buenos el odio y las persecuciones de los malos. No debeis, pues, admiraros si el mundo os aborrece; vosotros no sois del mundo. El mundo mira como enemigo todo lo que no es como él.

«Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte á la vida, porque amamos á nuestros hermanos.» La caridad caracteriza á todos los discípulos de Jesucristo, y jamás fué el carácter de los partidarios y esclavos del mundo. Nosotros sabemos, dice el santo Apóstol, que hemos pasado de la muerte á la vida, esto es, que por la misericordia de Dios hemos llegado á ser hijos suyos, y por esta cualidad tenemos derecho á la vida eterna, somos herederos de Dios y coherederos de Jesucristo. El inocente Abel debe servirnos de modelo. A la verdad, la predestinacion de cada uno en particular es un secreto que Dios se ha reservado, y á no ser por una revelacion, nadie puede penetrar este misterio. Sin embargo, dice el Apóstol, yo quiero dar una señal poco dudosa de vuestra predestinacion; esta señal es el amor y la perfecta caridad que tenemos á nuestros hermanos. Por esta señal es por lo que el Salvador quiere que se conozcan sus verdaderos discípulos: este es su precepto favorito: mi precepto especial, dice él mismo, es que os ameis unos á otros, como yo os he amado. San Juan acababa de decir que por el beneficio inestimable de la redencion hemos pasado de la muerte á la vida; con esto declara que en vano nos lisonjeariamos de esta ventaja si no amásemos á nuestro prójimo como á nosotros mismos; sin esta caridad cristiana se vive en un estado de reprobacion, porque «el que no ama está en un estado de muerte.» En efecto, no es amar á Dios el aborrecer á sus hermanos. ¡Qué ilusion, qué error, buen Dios, lisonjearse de que se os ama, de seros agradable, alimentando en el corazon un odio secreto contra su prójimo!

«Cualquiera que aborrece á su hermano es un homicida, y vosotros sabeis,» añade, «que ningun homicida tiene en sí la vida eterna.» El odio es un veneno que da la muerte al alma desde el momento que se ha apoderado del corazon. Cualquiera que aborrece á su hermano se da á sí mismo la muerte; es tambien el odio por sí mismo asesino de inclinacion de aquel á quien aborrece. Es una pasion que de su naturaleza tiende á la destruccion de su objeto. Por reservados, por disimulados que sean sus deseos, siempre le agrada la muerte de un enemigo, y sin buscarla la desea. Esto es lo que ha hecho decir á san Gerónimo que cualquiera que aborrece no deja de ser homicida, aunque no se sirva de espada ni de veneno para dar la muerte; y vosotros sabeis, añade san Juan, que ningun homicida tiene en sí la vida eterna, esto es, la vida de la gracia, que es como la semilla de la bienaventurada eternidad.

¿Quereis conocer si verdaderamente amais á vuestros hermanos, prosigue, y si les profesais la caridad cristiana que tanto se nos recomienda? Mirad si estais en disposicion de dar vuestra vida por su salvacion, como Jesucristo ha dado la suya por salvarnos; porque tambien nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos. Esto es lo que hacen aun todos los dias los que pasan los mares, y van á esponerse á los mayores peligros de la vida para convertir á los infieles y á los herejes, renovando en estos últimos tiempos aquella caridad cristiana de los primeros siglos que hacia decir á los paganos, hablando de los primeros cristianos, segun lo refiere Tertuliano: «Mirad cómo se aman, y hasta dónde llega su caridad, que están prontos á dar su vida los unos por los otros.» Esto es lo que tambien hemos visto nosotros en nuestros dias en la persona de esos héroes cristianos, á quienes los horrores de la muerte no han sido capaces de detener para que hayan espuesto su vida por la salud de sus hermanos, á quienes el riesgo del contagio mas horrible ponia en peligro de morir sin auxilios espirituales. ¡Cuán léjos están de esta caridad cristiana los que niegan á las necesidades estremas de sus hermanos hasta lo que tienen superfluo! Todo el que teniendo bienes de este mundo y viendo á su hermano necesitado cerrase su corazon para con él, ¿cómo puede abrigar en sí el amor de Dios? Ricos del mundo que sois duros para con los pobres; grandes del mundo que consumis en el lujo, en banquetes espléndidos, en caballos y en soberbios equipajes lo que seria suficiente para que no muriesen de pura miseria un número infinito de infelices, y para hacer dichosa una prodigiosa multitud

de familias pobres que perecen por falta de socorro; ¿podeis lisonjearos de que teneis la caridad cristiana? ¿y se podrá racionalmente esperar sin ella conseguir la salvacion? Es una falta grave, dice san Ambrosio, el no asistir á uno de nuestros hermanos que sabemos que está en la última miseria y en una pobreza estrema.

«Mis queridos hijos,» concluye el santo apóstol, que conocia mejor que nadie la necesidad indispensable de esta virtud, «no se reduzca vuestra caridad solo á las palabras, ni esté solo en la lengua, sea sí efectiva y verdadera.» Obsérvanse en el mundo muchas demostraciones de amistad, muchos cumplimientos, grandes ofertas de servicios, y en medio de todas estas hazañeras protestas, y de bellos sentimientos de compasion, de solicitud y aun de ternura, ¡cuán poca caridad cristiana se encuentra! Muchas palabras oficiosas, cortesanas, y en esto para todo. Cuando no se ama al prójimo mas que de palabra, ¿se ama á Dios de todo corazon? El amor que Jesucristo nos testifica en el misterio de la Eucaristía, en el que nos da no solo todo lo que tiene, sino tambien todo lo que es, y en donde renueva continuamente el sacrificio de su vida que ha hecho á su Padre por nosotros, es ciertamente un gran modelo, y al mismo tiempo un gran motivo de la caridad cristiana que debemos tener con nuestro prójimo.

El Evangelio de la misa de este dia no tiene ménos relacion con el gran misterio cuya fiesta se continúa. Contiene la parábola de los convidados que se escusan de asistir al festin, y cuyo lugar se llena por otros que no habian sido llamados al principio.

Comiendo Jesucristo un sábado en casa de uno de los principales fariseos, tomó ocasion de una palabra que dijo uno de los convidados, sobre la felicidad de los que estarán en el festin en el reino de los cielos, para hacer la parábola siguiente:

Figuraos, les dice, un hombre rico que hace preparar una gran cena á la cual convida mucha gente. Habiendo llegado la hora, envia uno de sus domésticos á decir á los convidados que todo está pronto, y que se les espera. Mas en lugar de darse ellos priesa, y de agradecer por lo ménos el favor que les hace, contestan solo con escusas tan vanas como frívolas. Dice uno que ha comprado una heredad, y que tiene precision de ir á verla; otro que ha comprado cinco pares de bueyes, y que va á probarlos; el tercero da por escusa de su negativa que se ha casado, y que no le es dado dejar aquel dia á su nueva esposa: todos, en fin, se escusan, y le envian á decir que no los espere. ¿Qué pensais que hace el señor cuando se le dice lo que ha pasado? En prueba de su resentimiento, y ofendido de un desaire semejante y de una ingratitud tan indigna: Anda, le dice al criado, vé inmediatamente á las calles, á las plazas públicas de la ciudad y á las encrucijadas, y tráeme todo lo que encontrares de pobres, baldados, ciegos y cojos; ejecutóse sobre la marcha el órden. Viéronse entrar en la sala del festin multitud de pobres que daban saltos de alegría al verse llamados á una mesa tan buena. Aunque fué grande el número, quedaron, sin embargo, muchos sitios vacíos. Sabido esto por el señor: Vuélvase inmediatamente, dice, sálgase á los caminos reales, y á lo largo de los vallados, recójase todo mendigo y estranjero que se encuentre, para que no quede ni un solo puesto vacío; ruegueseles que vengan, obligueseles, fuérceseles aun en alguna manera á que entren hasta que se llene mi casa; no quiero ver puestos vacíos á mi mesa. En cuanto á los que yo habia tenido la bondad de convidar desde el principio á mi festin, se han hecho indignos, y yo aseguro que ni uno de ellos gustará de él.

Es evidente que esta parábola en el sentido literal mira á los judíos y á los gentiles, y su objeto es demostrar la economía de la conducta amable y del todo misericordiosa del Salvador en el establecimiento de su Iglesia. Los judíos habian sido los primeros convidados á este banquete misterioso que significaba el reino de Dios, que es la Iglesia. Eran, por decirlo así, los amigos del Padre de familia. Pero habiendo rehusado los principales de la nacion recibir la gracia del Evangelio, se han escluido á sí mismos de la bienaventuranza eterna. Solo algunos pobres pescadores, publicanos, mujeres pecadoras, algunos de la ínfima plebe han aceptado el convite que se les habia hecho. Tales han sido los primeros discípulos de Jesucristo y las primicias del cristianismo. Esto es lo que quiere dar á entender Jesucristo, asignando como uno de los caractéres de su venida en cualidad de Salvador y Mesías, que el Evangelio se ha anunciado á los pobres. En fin, no habiéndose aun llenado la sala del banquete con los judíos convertidos á la fé, Dios ha enviado á todas partes predicadores para que anunciasen el Evangelio á los gentiles y los pusiesen en el camino de la salud. Hallábanse los judíos en la ciudad en donde habian sido reunidos por los patriarcas y los profetas del antiguo Testamento, y por la ley que Dios les habia dado; hallábanse á la verdad por las calles, por las encrucijadas y las plazas públicas, esto es, muy desordenados por la corrupcion de las costumbres y por la inobservancia de los mandamientos de Dios; pero sin embargo permanecian en la ciudad; esto es, en la sola, entonces, religion verdadera; continuaban siendo aun hasta entonces el pueblo privilegiado; así es que por un efecto de esta predileccion son los primeros convidados, y se les ha predicado ántes que á los demás pueblos el Evangelio. Los sacerdotes, los fariseos, los doctores no han querido hallarse en el festin, y han sido escluidos de él para siempre; solo un puñado de gentes pobres de su nacion han sido introducidos en la sala. ¡Qué de reflexiones se agolpan sobre su desgracia!

A la repulsa de los judíos, por decirlo así, deben los gentiles el haber sido convidados: á vosotros era, se ha dicho á los judíos, á quienes debia anunciarse primeramente la palabra de Dios; pero puesto que la rechazais, y vosotros mismos os juzgais indignos de la vida eterna, hé aquí que vamos á volvernos de parte de los gentiles. «Precisadles,» esto es, en el sentido literal, hacedles una dulce violencia, no forzando su voluntad; Dios no quiere siervos que solo por fuerza y á pesar suyo estén en su servicio, sino solo aquellos que lo estén á fuerza de ruegos y de invitaciones. En el sentido figurado esta espresion significa la fuerza de la gracia que jamás destruye la libertad, y la fuerza de la predicacion del Evangelio que persuade. De este modo obligaron al Salvador los discípulos que iban á Emaús á que se detuviese en el castillo: «le detuvieron como por fuerza.» De este modo habia obligado Lot á los tres ángeles á que fuésen á alojarse en su casa. De este modo fué como san Pablo quiso que su discípulo Timoteo predicase el Evangelio: «Predica la palabra, ejecuta en la ocasion y fuera de ocasion; emplea las reprensiones, los ruegos, las amenazas; siempre con mucha dul-

zura y paciencia: y no ceses de instruir y convencer el entendimiento para ganar el corazon.» En este mismo sentido debe entenderse esta oracion de la Iglesia: «Dignaos, Señor, por la fuerza de vuestra gracia convertir nuestros corazones por mas que estén endurecidos.» Sálese á buscar á los estranjeros á los caminos reales y á lo largo de los vallados. Estaban los gentiles fuera del recinto de la ciudad, hallábanse en el camino ancho que conduce á la perdicion, y los vallados de que se guarecian no podian defenderles de las borrascas y de las tempestades. Tertuliano no exigia de los paganos otra cosa mas que el que se presentasen á escuchar las verdades del Evangelio, persuadido de que por rebelde que fuese su voluntad, se veria obligada á rendirse á la fuerza de la verdad. Esta es la dulce violencia á que alude Jesucristo por estas palabras: «Precísalos á entrar.» Fuerza, violencia, que no hiere jamás la libertad.

El sentido moral de toda esta parábola es el hacernos comprender que no consiste en el Señor el que no nos salvemos; él ha hecho todos los gastos, da su gracia á todos; pero no todos corresponden á la gracia. La ambicion, el interés, el amor del placer hacen inútiles muchas solicitudes. Dios llama, Dios convida, hasta solicita para que se venga á esta misteriosa cena, y á todo nos escusamos. La concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y el orgullo de la vida reinan con demasiado despotismo en el mundo, para que encuentren ningun obstáculo en él. Se conoce la obligacion que nos liga al Salvador, no dejamos de ser sensibles á su invitacion; pero yo no puedo, ruégote que me escuses. Yo tendria gusto en hallarme en él, pero los negocios del comercio, los embarazos y las circunstancias del tiempo, una familia, un viaje, un prado, aun una partida de diversion me impiden cumplir con este deber de religion. Mi propension, mi inclinacion, un largo hábito, el respeto humano, el mundo, el ejemplo, todo arrastra, y el mandamiento de Dios y la salvacion tienen que ceder á todo. ¿Qué debe esperarse de una conducta tan irreligiosa? Ninguno de los que estaban convidados gustará de mi cena.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Sancti nominis tui, Domine, timorem pariter et amorem fac nos habere perpetuum: quia numquam tua gubernatione destituis, quos in soliditate tuæ dilectionis instituis. Per Dominum nostrum Jesum Christum Filium tuum...

Haced, Señor, que tengamos de continuo un temor respetuoso y un amor ardiente á vuestro santo nombre, puesto que no abandonais jamás á los que habeis establecido en la solidez de vuestro amor. Por nuestro Señor, etc.

La Epistola está sacada de la primera carta del apóstol san Juan, cap. 3.

Charissimi: Nolite mirari, si odit vos mundus. Nos scimus quoniam translati sumus de morte ad vitam, quoniam diligimus fratres. Qui non diligit, manet in morte: omnis qui odit fratrem suum, homicida est. Et scitis quoniam omnis homicida non habet vitam æternam in semetipso manentem. In hoc cognovimus charitatem Dei, quoniam ille animam suam pro nobis posuit: et nos debemus pro fratribus animas ponere. Qui habuerit substantiam hujus mundi, et viderit fratrem suum necessitatem habere, et clauserit viscera sua ab eo: quomodo charitas Dei manet in eo? Filioli mei, non diligamus verbo, neque lingua, sed opere et veritate.

Mis muy amados: No estrañeis que el mundo os aborrezca; nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte á la vida, porque amamos á nuestros hermanos; el que no ama está en un estado de muerte. Cualquiera que aborrece á su hermano es un homicida, y vosotros sabeis que ningun homicida posee en sí la vida eterna. Lo que nos da á conocer cuál es la caridad de Dios, es que ha dado su vida por nosotros; y nosotros debemos tambien dar nuestra vida por nuestros hermanos. Todo el que teniendo bienes de este mundo, y viendo á su hermano en la necesidad, cerrare su corazon para con él, ¿cómo puede abrigar en sí el amor de Dios? Hijitos mios, no esté nuestro amor tan solo en las palabras, ni en la lengua, sea sí efectivo y verdadero.

Los que creen que esta Epístola de san Juan ha sido escrita contra los discípulos de Simon y de Cerinto, la miran como una especie de prefacio y de preludio de su Evangelio. Deja ver el santo Apóstol en cuasi todas sus líneas la ardiente caridad de que él estaba todo abrasado. Clama fuertemente contra los falsos doctores, y demuestra que el carácter de los verdaderos fieles es la fé, la caridad y la inocencia.

REFLEXIONES.

«No esté nuestro amor solo en las palabras.» No amar á Dios y á nuestro prójimo mas que con las palabras, es disimulo, hipocresía, desprecio, puede tambien añadirse impiedad. ¿Ignórase que Dios conoce perfectamente los verdaderos sentimientos del corazon, y que sin el culto interior cuenta por nada la articulacion de la voz y el movimiento esterior de los labios? Decir á Dios que se le ama mientras que el corazon desmiente nuestras palabras, es creer que el Señor es tan limitado como el hombre en sus conocimientos, tan poco penetrante en sus luces, tan fácil de ser engañado como nosotros; juzguemos qué impiedad seria esta. Vivir persuadidos de que Dios ve nuestro corazon, y que conoce perfectamente todo lo que pasa en él, y tener la vergüenza de decirle que se le ama, ¿no es esto un insulto y un sacrílego desprecio? ¿Nos atreveríamos á decirle á un hombre que le amábamos, si supiésemos que conocia nuestra frialdad en órden á él, nuestra aversion, la poca estimacion que de él hacíamos? Se harian muchos ménos cumplimientos, si mutuamente conociésemos nuestros pensamientos. Si somos tan poco sinceros con respecto á Dios, no hay mucho que estrañar el que lo seamos con respecto á los hombres. Verdad es que el disimulo y la mala fé es el dia de hoy una de las mas ordinarias, de las mas comunes cualidades de las gentes del mundo. ¿Y hay acaso mas sinceridad en las protestaciones graciosas, en los testimonios de amistad, aun entre los que hacen profesion de piedad? Jamás se ha visto mas atencion, mas civilidad, mas cortesía que en el dia de hoy: pero nunca ménos amistad sincera. El interés es el gran móvil que da impulso á toda la máquina. La mas fuerte pasion es el resorte que obra con mas fuerza. ¡Buen Dios, cuán cierto es que la caridad cristiana de la cual habeis hecho vuestro precepto especial, vuestro mandamiento favorito, del que habeis declarado que debia ser semejante al mandamiento

de amar á Dios, sobre el que gira toda la ley; cuán cierto es que esta caridad indispensable está cuasi proscrita en el mundo, y como desterrada del comercio de la vida civil! La jerigonza del disimulo y de un bien parecer oficioso, pero vacío y estéril, ha tomado su lugar. No bien se ha enseñoreado del corazon del hombre, cuando se rinde voluntariamente esclavo de su amor propio y de sus pasiones: «No sea, pues, nuestro amor de palabra:» digan nuestros sentimientos y nuestras obras mejor que nuestras palabras si amamos á Dios, y si amamos á nuestros hermanos. Decir que se ama á Dios, y no guardar sus mandamientos, es mentira. Decir que se ama á sus hermanos, y no tener para con ellos mas que dureza ó indiferencia, es mojiganga: las obras son un testimonio poco sospechoso de nuestros verdaderos sentimientos.

El Evangelio de la misa está tomado del de san Lucas, cap. 14.

In illo tempore: Dixit Jesus pharisæis parabolam hanc: Homo quidam fecit cœnam magnam, et vocavit multos. Et misit servum suum hora cœnæ dicere invitatis ut venirent, quia jam parata sunt omnia. Et cœperunt simul omnes excusare. Primus dixit ei: Villam emi, et necesse habeo exire, et videre illam: rogo te habe me excusatum. Et alter dixit: Juga boum emi quinque, et eo probare illa: rogo te habe me excusatum. Et alius dixit: Uxorem duxi, et ideo non possum venire. Et reversus servus, nuntiavit hæc domino suo. Tunc iratus pater familias, dixit servo suo: Exi cito in plateas et vicos civitatis: et pauperes ac debiles, et cæcos et claudos introduc huc. Et ait servus: Domine, factum est ut imperasti, et adhuc locus est. Et ait dominus servo: Exi in vias et sepes: et compelle intrare, ut impleatur domus mea. Dico autem vobis, quod nemo virorum illorum qui vocati sunt, gustabit cœnam meam.

En aquel tiempo dijo Jesus á los fariseos esta parábola: Cierto hombre dió una gran cena, y convidó á muchos. Cuando fué tiempo de cenar envió á su criado, que dijese á los convidados que viniesen, porque todo estaba pronto. Empezaron entonces todos á escusarse. Díjole el primero: He comprado una casa de campo, y me es preciso ir á verla; ruégote que me escuses. El otro dijo: He comprado cinco pares de bueyes, y voy á probarlos: ruégote que me escuses. Yo me he casado, dijo otro, y por esto no puedo ir allá. Volviéndose el criado, dió cuenta de todo á su señor. Entonces airado el padre de familias dijo á su siervo: Inmediatamente sal á las plazas y calles de la ciudad, y tráete acá los pobres, los paralíticos, los ciegos y los cojos. Señor, dijo el criado, está ejecutado lo que ordenasteis, y todavía queda lugar. Díjole el señor de nuevo á su siervo: Vé á los caminos y por los vallados, y á los que encuentres precísalos á entrar á fin de que se llene mi casa; porque yo os aseguro que ninguno de los que habian sido convidados gustará de mi banquete.

MEDITACION.

Sobre las escusas que alejan á muchos de la comunion.

Punto primero.—Considera que el verdadero banquete celestial al cual están convidados todos los fieles, y de el que la cena de que habla el Evangelio no era mas que la figura, es la comunion. Este es el banquete divino en el que sirven de manjar y de bebida el cuerpo y la sangre de Jesucristo; el Salvador es el que lo ha preparado y convida á todo el mundo. Pero ¿cuántos se escusan y se niegan á concurrir á él? Yo he comprado una casa de campo, dice el uno, y no puedo ménos de ir á verla. Yo me he casado, dice otro, y es bien claro que mi escusa es legítima. Otro dice: Yo he comprado cinco pares de bueyes, preciso es que vaya á probarlos. De aquí, dice san Gregorio, los tres grandes principios de nuestra indevocion, de nuestro alejamiento de la comunion y de nuestra repugnancia. El apego á los bienes de la tierra, el interés y el amor del placer son los aciagos lazos que nos encadenan y nos detienen. Por mas que Jesucristo nos envia sus domésticos y sus siervos que nos digan que todo está pronto, y que nos espera á comer en su mesa donde él mismo quiere servirnos su precioso cuerpo, no se hace caso de un pan divino y de un maná enteramente celestial; nos gustan mas las cebollas de Egipto. Estamos pegados á la tierra por muchas partes: el corazon es demasiado terreno, y el entendimiento apenas es tampoco mas espiritual. Nos decidimos al servicio del mundo, y este señor, enemigo declarado de Jesucristo y de nuestra salvacion, no se conviene á permitir á sus esclavos el que se hallen en esta divina mesa. Los negocios temporales, el comercio, absorven todo el tiempo, y sufocan poco á poco todo espíritu de religion. Los dias de trabajo no bastan; un insaciable interés, una codicia dominante quiere tambien aprovecharse de los dias de fiesta. El dia santo del domingo apenas es para la mayor parte de los hombres el dia santo del Señor; las fiestas campestres y lo mas espinoso de los negocios se deja para los domingos y dias festivos. La comunion no es cosa que interesa á la mayor parte de las gentes; pide demasiada preparacion y cuidado, y hay otras cosas que hacer. En fin, aun cuando no tuviésemos mas que la funesta pasion del placer, es innegable que los lazos que produce son muy fuertes y muy multiplicados; el obstáculo es muy grande para ir á participar de los divinos misterios. Cuando agradan los placeres carnales ó impuros, la comunion causa tedio. Por mas que el espíritu mundano aduzca cien pretestos plausibles, son vanas y frívolas escusas, siempre nacen de uno de estos fondos. Siempre hay tiempo para hallarse en todas las partidas y reuniones á que el mundo nos convida; pero si se trata del banquete sagrado, al cual nos convida el Salvador, jamás hay lugar. Por mas que se nos represente que este es el festin de Jesucristo, que es el pan de vida el que allí se nos dá, y una vida celestial y eterna, cede siempre al pan terrestre de un puñado de dias. Ni la dignidad, ni la majestad del que nos convida, ni el precio infinito del alimento divino que allí se nos da, ni los auxilios y la fortaleza que allí se encuentra, ni los medios de salud que se hallan allí, ni las dulzuras puras y esquisitas que gustan en él las almas santas, nada basta para vencer la repugnancia, señal visible de reprobacion. ¡Cuántas gentes no comulgarian jamás, si bajo pena de pecado y de escomunion no se les forzase á comulgar al ménos por la Pascua! y una comunion hecha por fuerza ¿es una prenda de salud?

Punto segundo.—Considera que no es ménos frívola la escusa de aquellos que se alejan de la comunion por un pretesto de respeto y de humildad, respeto simulado, humildad imaginaria y engañosa; puesto que una humildad

sincera y religiosa seria una verdadera y santa disposicion del alma para comulgar. Nosotros no somos dignos de comulgar con frecuencia; ¿pero el retiro de la comunion nos hace mas dignos? No se siente uno bien dispuesto; ¿y qué se hace para tener las disposiciones necesarias? Cuanto mas uno se aleja de la sagrada mesa, ménos dignamente se acerca. Pocos hay de los que solo comulgan una vez al año, que no hagan una comunion indigna. Os absteneis de la comunion, dice san Francisco de Sales, no moris, es verdad, de veneno, pero moris de hambre y de inanicion. Por mas que se haga un mérito de los motivos especiosos que alejan de la comunion, la verdadera razon para ello es el que no se quieren corregir los defectos, ni romper los lazos que son el verdadero obstáculo que lo impide. Conócese bien que comulgando mas á menudo seria necesario reformar las costumbres, romper ciertas aficiones poco inocentes, vivir con mas regularidad, corregir ciertos defectos, reformar el lujo, domar las pasiones, mortificar el natural, ser mas religiosos y mas devotos, en fin, llevar una vida ménos mundana y mas cristiana, y esto es lo que no se quiere hacer y lo que tambien da márgen á todos esos vanos pretestos que tanto alejan de la comunion, y de que se vale el amor propio para tranquilizar y para enervar los remordimientos de una conciencia todavía cristiana. Conoce muy bien el demonio de cuán grande auxilio es para el alma este divino Sacramento, para que no se valga de todo género de medios á fin de alejar á los fieles de la sagrada mesa; así es que todos sus artificios tienden ó á impedir que se comulgue, ó á hacer que se comulgue indignamente. Comúlgase rara vez por el temor de comulgar mal; pero ¿este largo intervalo de una comunion á otra sirve de disposicion para hacer una comunion mas santa y mas fervorosa? ¿Hácese uno mas fuerte contra las tentaciones porque se abstenga del pan de los fuertes? Privándose de este alimento divino que mantiene las vírgenes, ¿se hace mas religioso, mas mortificado, mas puro? Despues de haber pasado los tres, los seis meses sin comulgar, ¿se siente uno mas abrasado en el fuego del amor divino? ¿mas corregido de sus defectos? ¿hállase en mayor inocencia? ¡Qué ilusion, buen Dios! ¡qué error imaginarse que estará uno en mejor disposicion para resistir al enemigo, rehusando lo que nos sirve de escudo contra sus tiros! ¡Creer que siempre se encontrará lugar en el banquete celestial, despues de haberse privado de él por tan vanas escusas! La comunion frecuente pide una vida pura, santa, fervorosa; pero la privacion de la comunion ¿nos dispensa de este fervor y de esta santidad? Se trata de dejar los vicios ó la comunion, y se determina dejar mas bien la comunion que los vicios. ¡Buen Dios, qué inicua preferencia! ¡qué impiedad!

¡Ah, Señor! ¡no permitais jamás que yo observe una conducta tan monstruosa y tan chocante! Haced, ó Dios mio, por vuestra gracia que yo viva en adelante de un modo tan cristiano que esté en estado de comulgar con la mayor frecuencia.

JACULATORIAS.—Jamás nos alejamos, Señor, de vuestra mesa sin que nos pongamos en peligro de perecer. (Psalm. 71.)

Cuanto mas nos acercamos á este divino Sacramento, mas fortaleza y mas luz recibimos. (Psalm. 33.)

PROPÓSITOS.

1 Es mal modo de raciocinar el decir: yo no quiero comulgar, porque me reputo indigno de ello; debe, por el contrario, decirse: quiero trabajar cuanto me sea posible, con el auxilio de la gracia, para hacerme ménos indigno de comulgar, por la inocencia de mi vida y por mi devocion. El creerme indigno y por tanto hacer lo posible para no serlo, es en alguna manera acercarse dignamente. «Si » los mundanos os preguntan por qué comulgais con frecuencia, dice san Francisco de Sales en su admirable libro de la introduccion á la vida devota, decidles que es » para aprender á amar á Dios, para purificaros de vuestras imperfecciones, para libraros de vuestras miserias, » para consolaros en vuestras aflicciones, para adquirir » fuerzas contra vuestras flaquezas. Decidles que dos especies de gentes deben comulgar á menudo: los perfectos, porque estando bien dispuestos harian un gran » mal en no acercarse á la fuente de la perfeccion y de » la santidad; y los imperfectos, á fin de corregirse para llegar á ser perfectos. Los fuertes para no enflaquecerse, y los flacos para llegar á ser fuertes. Los enfermos para curarse, y los sanos para no caer enfermos; y » que por lo que hace á vosotros, como os considerais imperfectos, flacos y enfermos, necesitais comunicar á menudo con aquel que es vuestra perfeccion, vuestra fortaleza y vuestro médico. Decidles que las gentes del » mundo, que no tienen muchos negocios, deben comulgar » con frecuencia porque tienen comodidad para ello; y los » que están cargados de negocios no deben hacerlo con » ménos frecuencia, tienen necesidad de mayores auxilios, y que el que trabaja mucho y se fatiga mucho, » debe tambien comer viandas sólidas y comer á menudo. Decidles que comulgais muchas veces para aprender á comulgar bien, porque apenas se hace bien lo que » se hace pocas veces.» Seguid este sabio consejo. Comulgad con frecuencia siguiendo el parecer de vuestro director, y procurad que cada comunion sea una preparacion para la comunion siguiente.

2 No es posible, dice el Sabio, llevar fuego en el seno y no abrasarse. El amor divino ha encendido, por decirlo así, sobre nuestros altares un gran brasero en la adorable Eucaristía, y acercándose á este fuego sagrado es como los santos se han abrasado en un amor ardentísimo y ternísimo á Jesucristo. Acercaos, pues, á él cuantas veces os lo aconsejare vuestro director, y vivid tan santamente que podais acercaros con frecuencia. No dejeis nunca de prepararos para la comunion desde la víspera. Todos los libros de piedad están llenos de prácticas santas para la comunion; adoptad una constante. Pero siempre es la mas útil la que sugiere el corazon, y en la que él tiene mas parte. Emplead todo el dia de la comunion ó en prepararos para ella, ó en dar gracias. No dejeis de asistir, si es posible, á los divinos oficios, y pasad una media hora á la tarde delante del Santísimo Sacramento.

DIA DE LA OCTAVA
DE LA FESTIVIDAD
DEL SANTISIMO SACRAMENTO,
Ó DEL CORPUS.

Las fiestas solemnes de la Iglesia tienen su octava, esto

es, su solemnidad dura ocho dias, en cada uno de los cuales se celebra siempre la misma fiesta. El dia octavo es tan célebre como el primero. La Iglesia ha tomado esta regla del antiguo testamento. Mandando el Señor á Moisés que haga celebrar la fiesta llamada de los Tabernáculos ó de las Tiendas con mucho aparato y solemnidad, le dice: El primer dia será celeberrimo y santísimo, y el octavo no cederá al primero en celebridad, en devocion y en culto; y san Juan llama á este último dia el gran dia de la fiesta. (Joan. 7.) Este es el espíritu de la Iglesia celebrando la festividad de este dia, que es el último de la octava de la fiesta de Dios; renovando en algun modo en él la solemnidad del primer dia de la fiesta. Llámase vulgarmente este dia el de la fiesta menor de Dios, porque se deja en libertad al pueblo de que trabaje no obstante que en algunos parajes se guarda. Como en este último dia termina toda la solemnidad del triunfo de Jesucristo en el Santísimo Sacramento, la Iglesia exhorta á todos sus hijos á que redoblen su fervor, su culto y su devocion haciendo llevar en triunfo á Jesucristo en las procesiones particulares que hoy se hacen en los pueblos.

Ninguna fiesta, en verdad, deben celebrar los fieles con mas empeño, mas zelo y mas devocion que esta. Su objeto es Jesucristo en la adorable Eucaristía; el motivo de reconocimiento es el amor inmenso que en ella nos testifica; el motivo de justicia son los ultrajes sacrílegos que le hacen los herejes en este estado humilde en que su amor le ha puesto, y las frecuentes profanaciones de los malos cristianos; los bienes infinitos que hallamos en este tesoro inagotable de las gracias y de las misericordias del Señor deben escitar nuestro zelo, reanimar nuestra fé y abrasar nuestro corazon con el fuego del divino amor. ¿Ignoramos todo lo que contiene, todo lo que nos dice, todo lo que nos arguye este divino misterio? ¿Podia darnos Jesucristo una prueba mas sensible ni una prenda mas brillante del esceso de su amor? ¿Hubiésemos exigido jamás de su amor escesivo á nosotros una maravilla tan incomprensible? pero ¿hemos olvidado todo lo que ha sufrido de los malos cristianos y del furor impío de los herejes en este misterio de amor?

Este es el mas grande de todos los milagros de Jesucristo, dice santo Tomás: el milagro de su amor á nosotros, dice san Cirilo. Si alguna cosa pudiera alterar mi fé sobre este misterio, dice un gran siervo de Dios, no seria ciertamente del poder infinito que Dios ostenta en él de lo que yo dudaria, mas bien seria del amor estremo que en él nos testifica. ¿Cómo lo que es pan se convierte en carne sin dejar de aparecer pan? ¿cómo el cuerpo de un hombre se halla á un mismo tiempo en muchos lugares? ¿cómo puede estar encerrado en un espacio cuasi indivisible? á todo esto no tengo mas que responder que Dios todo lo puede. Pero si se me pregunta cómo puede componerse que Dios ame á una criatura tan flaca, tan imperfecta, tan ingrata, tan miserable como el hombre, confieso que no tengo respuesta alguna que dar, y que es una verdad que sobrepuja á todo entendimiento criado. Esto es lo que ha hecho decir á san Bernardo que el sacramento del Altar es el amor de los amores, esto es, el efecto del mas grande de todos los amores. ¿Quién no quedará trasportado de admiracion, esclama san Cirilo, considerando que este pan mudado nó en apariencia sino realmente, nó en figura sino en su naturaleza, se hace por la omnipotencia de Dios la propia carne de Jesucristo? El que come esta carne, dice san Cirilo, y bebe esta sangre, se hace un mismo cuerpo y una misma sangre con Jesucristo. ¡Qué gloria para los cristianos y qué amor de Dios! continúa este Padre; por la participacion de los divinos misterios venís á ser una misma carne, por decirlo así, y una misma sangre con Jesucristo. Me atrevo á decir, dice san Agustin, que aunque el poder de Dios es infinito, no ha podido darnos nada mas grande; aunque su sabiduría es ilustradísima, no ha sabido hallar un medio mas escelente de hacernos bien; y aunque sus riquezas son inmensas, no ha tenido con que hacernos un presente mas magnífico. ¿Seria esto así, si como se atreven á sostener los protestantes, la Eucaristía no fuese mas que la figura del cuerpo y de la sangre de Jesucristo y nó la realidad? Esta es la reflexion que hace el santo Doctor: Diciendo Jesucristo, dice él, el que come mi carne y bebe mi sangre está en mí y yo en él, demuestra con toda claridad que no habla de comer su cuerpo y beber su sangre en signo ó en figura, sino verdadera y realmente. Así es, dice en otra parte el mismo santo doctor, que nadie come esta carne sin que ántes la haya adorado, y no solamente no se peca adorándola, sino que seria un pecado el no adorarla. Porque al fin, la carne que el Salvador nos da á comer en la Eucaristía, es la misma que tenia viviendo visiblemente entre nosotros. ¿En qué consistió, pues, prosigue aun hablando el mismo Padre, en qué consistió que habiendo dicho Jesucristo que su carne es verdaderamente un alimento, y que si no se come su carne, si no se bebe su sangre no se obtendrá la vida, se escandalizaron muchos de sus discípulos y dijeron: «Duro es este discurso; quién es el que puede oirlo con serenidad?» Esto consistió, dice san Agustin, en que ellos entendieron lo que el Salvador les decia de un modo enteramente carnal y en mal sentido. Creyeron ellos que trataba de darles su carne á pedazos, y que queria que la comiesen como se comeria un cadáver. Desde entonces muchos de sus discípulos se retiraron y no le siguieron mas. Si Jesucristo no hubiese querido hablar mas que de la figura de su cuerpo y de su sangre en la Eucaristía, ¿hubiera dejado de esplicar su pensamiento á aquella multitud de discípulos á quienes la suncion de su carne habia chocado tanto? ¿Hubiera dejado perder tantas gentes que le habian seguido hasta entonces; por no decirles que esta suncion de su carne no era mas que en figura; que lo que les escandalizaba no era mas que una manera de hablar alegórica; que este pan vivo de que les acababa de hablar no era, en su modo de sentir, mas que la figura de su cuerpo vivo; y que así como no se habian escandalizado cuando le habian oido decir que él era la verdadera vid, tampoco debian ofenderse cuando decia que su carne era verdaderamente un alimento que les habia de dar á comer? El Salvador, que tanto interés tenia por la salud de aquellos que le seguian, no les desengaña acerca de la realidad y de la verdad que les escandaliza. Se contenta con reprender su modo de concebir grosero y carnal, diciéndoles: Vosotros creeis que yo os hablo de comer mi carne como se comen las demás viandas; nó, mi carne debe ser alimento de vuestras almas y nó de vuestros cuerpos. Aun cuando deba darseos verdaderamente, será sin embargo de un modo enteramente milagroso, y no aprovechará sino á aquellos que tuvieren una fé viva y un corazon puro. Este milagro solo mi omnipo-

tencia puede obrarlo. Para creer esta maravilla es menester la fé; «y hay entre vosotros,» dice á sus discípulos, «quienes no creen. Muchos de sus discípulos se retiraron.» Esta desercion hasta de los discípulos, despues de la esplicacion que Jesucristo acababa de darles, es ciertamente, como ya se ha dicho, una prueba evidente de que ellos siempre tomaron sus palabras por una promesa de darles realmente su cuerpo á comer y su sangre á beber. Si todas estas cosas, en órden á este misterio, no hubieran debido suceder mas que en figura, la bondad y aun la justicia del Salvador, dicen los Padres, exigian que les desengañase, puesto que su error y su crímen solo hubiera estado en tomar las palabras de su Maestro en el sentido que naturalmente debian tener. Por lo demás, los discípulos de que aquí se habla no eran del número de los setenta y dos. Aun no los habia escogido Jesucristo.

La participacion del cuerpo y de la sangre de Jesucristo en la Eucaristía, dice san Basilio, es necesaria para alcanzar la vida eterna. No hay verdad de fé mejor establecida, ninguna mas claramente esplicada por la fé unánime de todos los siglos, que la de la realidad del cuerpo y de la sangre de Jesucristo en el santísimo Sacramento.

«Los herejes,» dice san Ignacio mártir, que vivia en el siglo I, y que ha sido uno de los principales discípulos de los apóstoles, y particularmente de san Juan; «los herejes,» dice «se abstienen de la Eucaristía, porque no quieren confesar que sea la propia carne de nuestro Salvador Jesucristo la misma que ha padecido por nuestros pecados, y que Dios ha resucitado; y negando este don de Dios, tienen la desgracia de morir en su obstinacion.» Exhortando en seguida á los fieles á que no falten nunca á la asamblea, esto es, á la iglesia los dias de comunion: Acordaos, les dice, que el pan divino que comeis es el remedio eficaz para conseguir la inmortalidad, y el soberano antídoto que preservando al alma de todo lo que puede darla muerte la conserva la vida.

San Justino, uno de los mártires mas ilustres del siglo II, en su célebre apología en favor de los cristianos, refiere todo lo que se practicaba en la celebracion de nuestros sagrados misterios y en la comunion: Por lo demás, dice, este divino alimento, que nosotros llamamos Eucaristía, no se da sino á aquellos que creen verdaderamente que está aquí el cuerpo y la sangre de Jesucristo, y que se han preparado para ella lavándose en el baño de la penitencia: porque solo á los que viven la vida de la gracia, es á quienes Jesucristo se da á comer; por esto no le recibimos como un pan ordinario, sino que, así como por la omnipotencia de Dios el Hijo de Dios se ha hecho hombre, y ha tomado un cuerpo como el nuestro por nuestro amor, así tambien sabemos que por la misma omnipotencia de Dios, este cuerpo y esta sangre del Hijo de Dios hecho hombre se hace nuestro sagrado alimento. Sabemos por los mismos apóstoles que habiendo dicho Jesucristo: Esto es mi cuerpo, esto es mi sangre, y habiéndoselo dado á comer y á beber, les mandó que hiciesen lo mismo en memoria de él.

San Ireneo, obispo de Leon, tan célebre en el siglo III, escribiendo contra las herejías: Despues que Jesucristo, dice, habiendo tomado el pan comun, y habiéndole consagrado, ha asegurado que era su verdadero cuerpo, como la Iglesia lo ha recibido de los mismos apóstoles; ¿cómo los herejes, que niegan la divinidad del Verbo, podrán creer la realidad de la Eucaristía, esto es, que ha sido consagrada? Por lo que hace á nosotros que creemos firmemente la divinidad de Jesucristo, creemos tambien firmemente el misterio adorable de la Eucaristía; lo que vale tanto como si este gran santo dijese: No puede creerse la divinidad de Jesucristo, sin que se crea la realidad del cuerpo y de la sangre de Jesucristo en el sacramento de la Eucaristía: y negar la realidad del cuerpo y de la sangre de Jesucristo en la adorable Eucaristía, es negar la divinidad de Jesucristo.

Y pues que el Verbo dice: Esto es mi cuerpo, persuadámonos de la verdad de estas palabras, dice san Juan Crisóstomo que florecia en el siglo IV de la Iglesia, y á quien los papas llaman el Agustin de los griegos. Creamos y miremos á Jesucristo con los ojos de la fé en este sacramento. Jesucristo está realmente en este adorable misterio; pero invisiblemente bajo de las especies visibles. Este divino Salvador se acomoda á nuestra naturaleza. Si no tuviésemos cuerpo, nada habria corporal en los dones que Dios nos hace; mas porque nuestra alma está unida á un cuerpo, Jesucristo se nos ha dado invisiblemente, pero bajo de apariencias visibles y sensibles. Cuántos hay que dicen: Yo quisiera ver á nuestro Señor revestido con el mismo cuerpo en que vivió sobre la tierra; quedaria yo encantado al ver su rostro, sus vestidos y hasta su calzado: Y yo os digo, responde este gran santo, que él mismo realmente es el que tocais y poseeis: desearíais ver sus vestidos, y es á él mismo á quien teneis: no solo os permite que le toqueis, sino tambien que le recibais dentro de vosotros, que le comais.

San Ambrosio, san Agustin, san Gerónimo, que en el siglo V eran las luces y los oráculos del mundo cristiano, hablan del santísimo Sacramento del altar, como lo habia hecho siempre la Iglesia en los siglos precedentes, y como lo hace todavía en el presente; y seria nunca acabar si hubiera de referirse todo lo que confunde, y hace tan lastimosa la impiedad y la ceguera de los herejes de estos últimos tiempos. ¿Qué sentimientos de lástima y de compasion no deben causarnos aquellos que imitando á los falsos discípulos de Jesucristo que se retiraron, dicen como ellos: Duro es este modo de hablar; quién hay que pueda tolerarlo? Por lo que hace á nosotros, fieles verdaderos, dice san Juan Crisóstomo, responded como san Pedro: ¿A quién iremos? Vos teneis palabras de vida eterna. Creed la palabra de Jesucristo; considerad cuánto os honra el ser admitidos á la mesa del Hijo de Dios. No hay para nosotros otro sentimiento en esta vida, dice el mismo santo, que el estar privados de este divino alimento, de estos manjares deliciosos.

La misa de este dia es la misma que la del primer dia de la fiesta. «Les ha alimentado con la flor del trigo, y les ha hartado con la miel de la piedra.» ¡Qué pastor, esclaman aquí los Padres, ha mantenido jamás á sus ovejas con su propia carne! Esta es la flor del trigo, pero del trigo de los elegidos. ¡Qué dulzuras no gustan en este banquete las almas puras! Jamás fué tan dulce la miel en la boca, como lo es Jesucristo para un corazon puro. Al salir de esta divina mesa, seamos, dice san Juan Crisóstomo, como leones que no respiran mas que fuego y llamas; hagámonos terribles á los demonios, y no pensemos ya en otra cosa que en el amor inmenso que nos testifica Jesucristo en la divina Eucaristía. Nadie, pues, se acerque á esta mesa sa-

grada con disgusto, con negligencia, con frialdad. Vaya léjos de este banquete sagrado todo falso discípulo, todo profanador, todo el que no esté revestido de la ropa nupcial. La mesa sacrosanta no admite tan indignos convidados: este divino alimento es solo para los discípulos; el mismo Jesucristo, continúa el mismo santo, es el que lo ha dicho: «Yo celebro la Pascua con mis discípulos.» Estos son los que deben alimentarse con la flor del trigo puro y de la miel que se gusta en esta divina mesa. Aquí se da, añade san Juan Crisóstomo, aquí se da la misma cena que Jesucristo hizo con sus apóstoles la víspera de su pasion; no hay ninguna diferencia, es el mismo Salvador, los mismos manjares, el mismo milagro. Porque no debemos pensar que aquella la haya hecho Jesucristo, y que esta la haga un puro hombre; el mismo Jesucristo es el que hace las dos.

Como se ha dado ya la esplicacion de la Epístola en el dia de la fiesta, bastará dar en este dia la del Evangelio.

Este no es otra cosa que una esposicion del gran misterio de la Eucaristía. Queriendo Jesucristo disponer los ánimos, á fin de que concibiesen el milagro que queria hacer ántes de su muerte de la real transustancion del pan y del vino en su carne y en su sangre para que sirviese de alimento y de bebida á nuestras almas, habló muchas veces á sus discípulos de un alimento enteramente divino que queria darles; el cual alimentando el alma y comunicándola la vida de la gracia, la procuraria tambien la vida bienaventurada por toda la eternidad. Para una maravilla tan estupenda era necesaria esta preparacion de los ánimos; así que el Salvador hizo un discurso bastante largo para disponer aquellos entendimientos todavía tan groseros á creer una verdad tan admirable y tan importante. Ni comenzó á hablarles del misterio de la Eucaristía hasta despues de haber hecho el milagro de la multiplicacion de los cinco panes, con lo cual parece que el Salvador quiso convencerles de su omnipotencia, ántes de hablarles de un misterio en el que era absolutamente necesaria esta omnipotencia, y en el que aparecia de un modo tan claro.

Viendo Jesucristo el ansia con que le seguian, dijo á los que estaban junto á él; Vosotros no me buscais atraidos tanto de los milagros que me habeis visto hacer, sino mas bien por los panes que habeis comido. Los panes que yo os he dado os han satisfecho, y los habeis encontrado de un gusto delicioso. Esto es lo que os atrae, esto es todo lo que buscais. Elevad, pues, mas vuestros pensamientos y vuestras esperanzas; desead un alimento mucho mejor, un alimento que hace vivir eternamente. El que lo da, y á quien se lo debeis pedir, es el mismo que os habla; es á un mismo tiempo Hijo de Dios, é Hijo del hombre, el cual hasta ahora nada os ha dicho que su Padre no haya aprobado y como sellado con su sello; de este mismo Padre ha recibido el poder para hacer todos los milagros que habeis visto, y que son señales sensibles de la divinidad, cuya plenitud reside corporalmente en él, y obra todas las maravillas que hace.

Este discurso les dió bien á entender que el pan de que Jesus hablaba no era de la misma especie que el pan comun; y despertó en ellos una ansia tal de comerle, que inmediatamente preguntaron qué era preciso hacer para hacerse dignos de ello. Lo que debeis hacer, respondió entonces el Salvador, es tener una fé viva y entera, y creer en el que el Padre ha enviado. Déjase entender muy bien en estas palabras que el Salvador queria significarles que para llegarse al gran misterio de la Eucaristía de que les hablaba era necesario una fé perfecta, y su respuesta manifestó bastantemente que la mayor parte de los que le oian no tenian una fé bastante pura, ni una idea adecuada al gran don que queria hacerles; así que inmediatamente replicaron: ¿Qué milagros haces para mostrar tu poder, y obligarnos á creer tu palabra? Si hubiésemos visto alguno que durase largo tiempo, y que hubiera sido útil generalmente á todo el pueblo, tal como fué el del maná del desierto, inmediatamente te hubieras hecho dueño de la adhesion de nuestros ánimos; pero ¿qué tienen de ordinario unos milagros que se obran en un momento, y que á tan pocos aprovechan? Es muy probable que los que hablaban así, no se habian tal vez hallado en el desierto cuando con cinco panes satisfizo á cinco mil personas; y es visible que fueron de los que habiéndole oido hablar en seguida mas positivamente sobre el misterio de la Eucaristía, se retiraron y no volvieron á ser discípulos suyos.

El maná, le dijeron, que nuestros padres han comido, era, segun la relacion de nuestras antiguas Escrituras, un pan que diariamente venia del cielo, el cual fué el alimento ordinario del pueblo en los cuarenta años que permaneció en el desierto, y por el que hemos venido en conocimiento de la santidad y del poder de nuestro ilustre legislador Moisés, y en que además se funda la deferencia que damos á su testimonio, como de un hombre manifiestamente enviado de Dios. Este mal razonamiento de los judíos causó al Salvador mas bien compasion por su ignorancia, que indignacion por su incredulidad. Díjoles con mucha dulzura, pero con un tono afirmativo y como maestro, que el maná que Moisés habia dado á sus padres no era propiamente el pan del cielo, sino solo su figura; que el verdadero pan del cielo era el que les daba Dios su padre, y que no habia otro que este que hubiese descendido del cielo para dar la vida al mundo. Si así es, le dijeron, si Dios se digna darnos á comer este pan celestial, haz de modo que no carezcamos jamás de él. No esperaba Jesucristo, por decirlo así, mas que esta ocasion para descubrirles el misterio de los misterios. Habláles de él tan claramente, que es necesario cegarse á sí mismo y llevar hasta el esceso la tenacidad para no creerlo. No tenemos en nuestra religion una verdad de fé que Jesucristo haya esplicado con tanta claridad, ni de un modo mas sensible.

«Yo soy, les dice, el verdadero y el solo pan de vida:» el que viene á mí no tendrá mas hambre, y el que cree en mí no tendrá mas sed. Pero yo soy el que os lo he dicho, vosotros me habeis visto, y sin embargo no creeis. ¡Qué bien cuadra esta espresion del Salvador á los herejes! Viendo el Hijo de Dios que muchos murmuraban de él, porque habia dicho: Yo soy el pan vivo que he bajado del cielo, tuvo á bien el esplicarles la verdad de este misterio, confirmando en los mismos términos mas claros lo que les habia dicho: «Yo soy el pan de vida.» Sí, y un pan muy diferente que el maná, el cual no ha podido jamás librar de la muerte á vuestros padres que comian de él en el desierto, ni ha podido ser para ellos una prenda de la vida eterna. Solo el pan vivo que ha bajado del cielo es el que da la vida; yo soy este pan vivo, y os

prometo que los que se hicieren dignos de este pan, vivirán para siempre.

Comienza aquí Jesucristo á hablar positivamente de la suncion real y verdadera de su cuerpo. Son tan espresas las palabras de que se sirve, que los judíos, aunque acostumbrados á un estilo figurado y metafóric o, no pudieron ménos de tomarlas en el sentido propio y literal; y el Salvador, lejos de dulcificar ó de modificar lo que acababa de decir, continúa esplicándose en términos todavía mas formales y mas manifiestos. Sí, les dice, «el pan que yo os daré es mi propia carne.» Estas palabras tan espresas, tan claras hicieron toda la impresion que debian hacer naturalmente. ¿ Cómo puede ser, se decian unos á otros, que este hombre nos dé á comer su carne? En verdad, si este divino Maestro, cuyas palabras son otros tantos oráculos, no hubiese querido dejar á los fieles mas que una figura de su cuerpo, y no darles mas que el pan comun, ¿hubiera podido ver y oir á sangre fria y sin esplicarse la disputa que se suscitó entre sus oyentes y sus discípulos? ¿No era fácil y necesario para sosegar los ánimos conmovidos, decirles que este pan misterioso de que hablaba no debia ser mas que una figura de su propia carne? Mas como aquí se trataba de uno de los puntos principales de la fé y de una verdad importante contra la que debian suscitarse y vomitarse tantos errores en los siglos sucesivos, Jesucristo confirma con términos todavía mas espresivos y mas fuertes lo que habia sentido en órden á este divino misterio. Sí, dice el Salvador, disputad cuanto quisiereis, y mirad mi proposicion como una verdad incomprensible: en verdad, en verdad, os lo repito, si no comeis la carne del Hijo del hombre, y no bebeis su sangre, no tendreis la vida en vosotros; y vivid persuadidos que el que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna. ¡Qué prueba tan concluyente de la realidad del cuerpo de Jesucristo en el Santísimo Sacramento es esta verdad, tantas veces repetida y espresada en términos tan claros á unas gentes á quienes se les hacia tan dura! Y como si el Salvador no se hubiese aun esplicado bastante, añade: «Porque mi carne es,» nó en figura, sino «verdaderamente una comida, y mi sangre es verdaderamente una bebida.» Al oiros hablar así, ó Salvador mio, esclama el sábio intérprete que queda ya citado, no temo pronunciar que si yo estoy engañado, sois vos el que me engañais; el hereje rehusa adoraros bajo de las especies de pan, porque no comprende cómo podeis estar allí; y ¿comprende mejor cómo sois uno en tres personas? ¿os habeis esplicado con mas claridad acerca del misterio de la Trinidad, que lo habeis hecho sobre el de la Eucaristía? ¿y queriendo enseñarnos que estais realmente presente bajo las apariencias de pan y de vino en la Eucaristía, podiais hacerlo de un modo mas preciso, mas espreso, ni en términos mas claros?

Diríase que como si Jesucristo rezelase no haberse esplicado bien todavía sobre la realidad de este misterio, á la manera que cuando tememos no haber sido bien entendidos en lo que hemos querido decir, repetimos muchas veces la misma cosa y con espresiones diferentes para hacer comprender mejor el verdadero sentido, así Jesucristo hace lo mismo tocante á la Eucaristía. Yo soy el pan de vida, el pan vivo que ha descendido del cielo. ¿Murmuran los judíos contra él, porque ha dicho que él es el pan vivo? Jesus les responde: No murmureis entre vosotros. Sí, yo soy el pan de vida; vuestros padres han comido el maná, y han muerto. Aquí está el pan bajado del cielo, á fin de que si alguno come de él, no muera. Yo soy el pan vivo que he bajado del cielo; si alguno come de este pan vivirá eternamente. Me espliqué, ¿y vosotros comprendeis mi pensamiento? Este pan celestial de que os hablo, y que yo os daré, es mi carne. Dice el pan celestial que yo os daré, porque no habia instituido todavía el sacramento de la Eucaristía; y aquí esplicaba este misterio que no debia instituir hasta la víspera de su muerte. Disputais entre vosotros, les dice el Salvador, cómo puede ser que yo os dé á comer mi carne. Ciertamente que si Jesucristo no hubiese querido hablar mas que de la figura de su carne, este era el lugar en que debia esplicar su pensamiento; lo esplica en efecto, y del modo mas claro, pero es para no dejar duda alguna sobre la realidad. En verdad, en verdad, responde Jesus (notemos que cuando Jesucristo queria decir alguna cosa que mereciese una atencion particular, ordinariamente lo hacia con estas espresiones: «en verdad, en verdad os digo):» en verdad, en verdad os digo, responde Jesus, si no comeis la carne del Hijo del hombre, ni bebeis su sangre, no tendreis la vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, añade, tiene la vida eterna. « Porque mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre es verdaderamente bebida.» Y como entre todas las maneras de union no conocemos otra mas íntima que la que se hace por el alimento, añade Jesucristo: «El que come mi carne y bebe mi sangre está en mí, y yo en él: y como yo vivo por mi Padre, del mismo modo el que me come vivirá tambien por mí; esto es, que así como Jesucristo es uno con su Padre por razon de la naturaleza divina, y por su Padre le ha sido comunicada esta vida divina, así tambien, guardando la debida proporcion, él se hace el principio de una vida espiritual y divina en aquellos que se unen á él por la participacion de su cuerpo y de su sangre: «Este es el pan que ha venido del cielo: el que come de este pan vivirá eternamente.»

Enseñaba Jesucristo este misterio en la sinagoga de Cafarnaum. Muchos de sus discípulos, bien penetrados del sentido de esta verdad, no pudieron resolverse á creerla: tanto les chocaba la realidad del cuerpo de Jesucristo en la Eucaristía, que dejaron al Salvador. Este no les llamó, les dejó que se fuésen, contentándose con decir, que sabia bien que entre los que le seguian habia quienes no tenian fé. «Hay algunos de vosotros que no creen,» dijo á sus verdaderos discípulos: «porque,» añade el Evangelista, «siempre habia conocido á los que no creian.» Y dirigiéndose á los apóstoles les dijo: ¿Quereis tambien vosotros marcharos? lo cual hizo decir á san Pedro en nombre de todos: «Señor, ¿y á quién iremos? Vos teneis palabras de vida eterna: como si dijese: no es posible ser salvo ninguno, sino se creen vuestras palabras. Por incomprensible que sea al entendimiento humano el misterio que acabais de enseñarnos, nosotros creemos que nada hay tan cierto como él, puesto que estamos persuadidos que sois el Mesías, el Hijo único de Dios vivo, y que nada os es imposible porque sois omnipotente.

La fiesta que celebramos durante esta octava ha sido instituida en honor del cuerpo de Jesucristo. Era justo que este cuerpo adorable, unido sustancialmente á la divinidad, que habia sido tan maltratado en la tierra, recibie-

se, en fin, el honor y el culto que le era debido. Esta es sin duda una de las razones que movieron al Hijo de Dios á instituir este adorable misterio. El honor que el Verbo habia hecho á la carne contrayendo con ella una alianza tan estrecha en su encarnacion, por la cual el Verbo se ha hecho carne, pedia que esta carne unida al Verbo fuese honrada y adorada sobre la tierra; y las humillaciones estremas á que habia sido reducido en su pasion y durante su vida mortal exigian que fuese el objeto del culto religioso mas perfecto en el mundo cristiano; y para satisfacer á este doble deber, se hace hoy la ceremonia de llevar con pompa el cuerpo del Hijo de Dios: 1.° En memoria de haberse llevado el Señor á sí mismo, cuando distribuyó á sus apóstoles su carne y su sangre en su última cena, dice uno de los mas célebres oradores cristianos. 2.° En accion de gracias por haber ido él mismo en otro tiempo recorriendo las ciudades y las aldeas. 3.° Para ofrecerle una reparacion auténtica por los oprobios que sufrió en las calles de Jerusalen cuando fué conducido de tribunal en tribunal. 4.° Para tributarle el honor que le es debido por las victorias que ha conseguido sobre la herejía en el Sacramento adorable de su cuerpo. Para darle, en fin, como una pública satisfaccion por tantas sacrílegas profanaciones, tantas irreverencias y faltas de respeto, tantos ultrajes como ha recibido y recibe aun todos los dias en la Eucaristía. ¿Cuál, pues, debe haber sido en esta octava, y sobre todo en este último dia, la ocupacion de un alma fiel, conformándose, como debe hacerlo, con el espíritu y los sentimientos de la Iglesia, á fin de honrar con ella la carne adorable del Redentor?

La oracion de la misa de este dia es como sigue :

Deus, qui nobis sub Sacramento mirabili Passionis tuæ memoriam reliquisti : tribue, quæsumus, ita nos Corporis et Sanguinis tui sacra mysteria venerari, ut redemptionis tuæ fructum in nobis jugiter sentiamus. Qui vivis et regnas...

O Dios, que habeis dejado la memoria de vuestra Pasion en un misterio tan admirable: concedednos la gracia de que de tal modo reverenciemos los sagrados misterios de vuestro Cuerpo y de vuestra Sangre, que sintamos continuamente en nuestras almas el fruto de la redencion que nos habeis merecido. Vos que vivís y reinais, etc.

La Epístola está tomada de la primera de san Pablo á los Corintios, cap. 11.

Fratres : Ego enim accepi a Domino, quod et tradidi vobis, quoniam Dominus Jesus in qua nocte tradebatur, accepit panem, et gratias agens, fregit, et dixit : Accipite, et manducate : hoc est corpus meum, quod pro vobis tradetur : hoc facite in meam commemorationem. Similiter et calicem, postquam cænavit, dicens : Hic calix novum testamentum est in meo sanguine : hoc facite, quotiescumque bibetis, in meam commemorationem. Quotiescumque enim manducabitis panem hunc, et calicem bibetis, mortem Domini annuntiabitis donec veniat. Itaque quicumque manducaverit panem hunc, vel biberit calicem Domini indigne, reus erit corporis et sanguinis Domini. Probet autem seipsum homo : et sic de pane illo edat, et de calice bibat. Qui enim manducat, et bibit indigne, judicium sibi manducat, et bibit : non dijudicans corpus Domini.

Hermanos mios : Yo he aprendido del Señor lo que os he enseñado : que el Señor Jesus en la misma noche en que iba á ser entregado, tomó el pan, y dando gracias, lo partió y dijo: Tomad y comed, esto es mi cuerpo, el cual será entregado por vosotros ; haced esto en memoria de mí. Del mismo modo, despues de haber cenado, tomó el cáliz y dijo: Este cáliz es el Testamento nuevo por mi sangre. Haced esto en memoria de mí todas las veces que bebiereis de él. Porque todas las veces que comiereis de este pan, y bebiereis de este cáliz, anunciareis la muerte del Señor, hasta que él venga. Cualquiera, pues, que comiere de este pan, ó bebiere de este cáliz indignamente, será reo de crímen contra el cuerpo y la sangre de Jesucristo. Así que, examínese el hombre á fondo á sí mismo, y hecho esto coma de este pan, y beba de este cáliz; porque el que come y bebe indignamente de él, come y bebe su condenacion por no discernir el cuerpo del Señor.

Refiere san Pablo en este undécimo capítulo de su primera carta á los corintios la institucion que Jesucristo hizo del sacramento de la Eucaristía, y el crímen y el castigo de los que se acercan indignamente á ella. El pormenor á que, á ejemplo de los evangelistas, desciende en todas las circunstancias, basta para confundir la impiedad de los herejes que se han rebelado contra una de las verdades de fé mejor establecida, mas claramente esplicada y la mas notable de todas las verdades de nuestra religion.

REFLEXIONES.

«Haced esto en memoria de mí.» Si ántes de la venida del Salvador del mundo, cuando el Señor no se presentaba sino entre el fuego y los relámpagos, ni hablaba sino con la voz del trueno; en aquellos dias de rigor en que Dios exigia un culto tan respetuoso, y en que castigaba con tanta severidad las pequeñas faltas que se cometian contra el respeto que se le debia; si en aquel tiempo, repito, se hubiese previsto por un espíritu profético lo que nosotros hemos visto despues; si los israelitas, dice un gran siervo de Dios, hubiesen comprendido bien el sentido de tantas figuras, como el sacrificio de Melquisedec, el maná, los panes de la proposicion, el pan de Gedeon, el de Elías; si se les hubiese dicho que este Dios tan terrible entonces, se abatiria hasta venir á nuestros altares, que su amor le llevaria hasta darse á comer todo entero bajo de las apariencias de pan, haciéndose nuestro sustento; si se les hubiese dicho que se dejaria encerrar dia y noche en nuestros tabernáculos, y esponer á las irreverencias y á los ultrajes de sus siervos, ¿lo hubieran creido? sin embargo, ha llegado á verificarse lo que les hubiera parecido aun mas increible, y que lo es en efecto á la razon natural: ¿hubieran podido jamás creer que abatiéndose de este modo, dándose, prodigándose así un Dios á los hombres, no hubiese reportado de ellos otra cosa que la indiferencia? ¿que estos hombres no se dignarian hacerle la córte; que hasta llegarian á olvidarle y maltratarle, y que un Dios convertido en su alimento seria recibido con disgusto? Confesemos que esta indiferencia, este disgusto en los cristianos es tan incomprensible como el mismo misterio de la Eucaristía. Apenas puede darse otra razon de un hecho tan poco verosímil y tan verdadero sin embargo, que atribuyéndolo á falta de fé, y que la fé de este misterio está

cuasi estinguida en la mayor parte de los fieles. Pero ¿comprendense las consecuencias de esta verdad? No creer la presencia real de Jesucristo en el Santísimo Sacramento es ser hereje; creerla, y mirar á Jesucristo en este divino Sacramento con indiferencia, con tedio, con poco respeto, y alejarse de él es impiedad, es irreligion. No hay temperamento, no hay medio entre estas dos verdades. Creer que Jesucristo está realmente presente en nuestros altares, y no pensar en él ni dignarse visitarle, no tener ningun conato, ninguna hambre de un alimento tan esquisito, de este pan vivo que es la fuente de la vida eterna, ¿no es irreligion? No choca tanto este desórden porque se ha hecho comun, pero nó por eso es ménos criminal; y esta irreligion de que apenas hay ya quien se avergüence ¿no es la causa de todos los azotes que la cólera de un Dios justamente irritado descarga sobre todo su pueblo? Que los paganos hayan profanado nuestros templos y despreciado los mas sagrados misterios, deben sí hacernos gemir los ultrajes que en esto se han hecho al Señor; pero aquí no es tan estraña la abominacion de la desolacion: que los herejes, estos discípulos traidores y apóstatas, esta raza de víboras vomiten las mas horribles blasfemias contra Jesucristo, y que no cesen de gritar: «quítalo, quítalo, crucifícalo,» su rabia y su furor diabólico deben sí escitar nuestras lágrimas y nuestra indignacion; pero ¿qué puede esperarse de unos enemigos los mas furiosos del Salvador, y de quienes se sirve el infierno para ultrajar á Jesucristo en la Eucaristía? Mas lo que es tan estraño como impio, es la manera indigna con que es tratado Jesucristo en nuestros altares por sus propios hijos, por los que se llaman fieles. Yo no sé si tenemos algo en la Iglesia mas admirable ni mas chocante.

El Evangelio de la misa es tomado del cap. 6 del que escribió san Juan.

In illo tempore: Dixit Jesus turbis Judæorum: Caro mea vere est cibus: et sanguis meus vere est potus. Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, in me manet, et ego in illo. Sicut misit me vivens Pater, et ego vivo propter Patrem: et qui manducat me, et ipse vivet propter me. Hic est panis, qui de cœlo descendit. Non sicut manducaverunt patres vestri manna, et mortui sunt. Qui manducat hunc panem, vivet in æternum.

En aquel tiempo dijo Jesus á las turbas de los judíos: Mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre es verdaderamente bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí, y yo en él. Como el Padre que vive me ha enviado, y como yo vivo por el Padre, del mismo modo el que me come vive tambien por mí. Este es el pan que ha venido del cielo. Nó como el maná que han comido vuestros padres, y han muerto. El que come de este pan vivirá eternamente.

MEDITACION.

De nuestra ingratitud con Jesucristo en el Santísimo Sacramento.

Punto primero.—Considera cuán imposible es al entendimiento humano el comprender el esceso del amor inmenso, infinito, incomprensible que Jesucristo nos testifica en la divina Eucaristía. Es este un misterio, y un misterio en que un Dios se agota, por decirlo así, para probarnos su amor por sus liberalidades. Yo lo confieso, ó Dios mio, yo me pasmo, me sobrecojo cuando pienso en esta maravilla; yo no puedo volver en mí de mi asombro cuando considero todo lo que haceis aquí por nuestro amor. Pero ¿no tengo motivo para asombrarme, y para sobrecogerme mas, cuando considero que todo esto no es capaz de hacer que amemos ardientemente á Jesucristo? ¿Qué amor tan singular no nos testifica en el momento de su encarnacion? ¡qué ternura en el dia de su nacimiento! ¡qué bondad en todo el curso de su vida mortal! ¡y qué esceso de amor inmolándose por nosotros en la cruz! pero todas estas pruebas admirables de su amor, ¿no se encuentran renovadas y como reunidas en la Eucaristía? Jesucristo se disfraza en ella bajo de las apariencias de pan; allí renace, por decirlo así, en la oscuridad; allí es inmolado y ofrecido muchas veces al dia en sacrificio. Todo esto no es ya para rescatar á los hombres; está ya plenamente cumplido el misterio de la redencion; el Redentor posee una gloria llena é incapaz de acrecentamiento; no vive, pues en la Eucaristía de un modo tan inefable, sino para satisfacer el amor inmenso que nos tiene; ¿y qué otro fruto puede sacar de esta muerte sacramental, que el placer de inmolarse él mismo sin cesar á su Padre por nuestro amor? Si á lo ménos hubiese comparecido en nuestros altares con aquel aire de majestad y con aquel esplendor tan conveniente á su adorable persona, si se hubiese disfrazado ménos, seria mas respetado, es verdad, pero seria tambien mas temido, y su amor no se acomoda con un temor que espanta. Todo lo que puede disminuir ó debilitar la solicitud y la confianza es contrario á un amor grande. El Salvador divino tiene sus delicias en estar con los hombres; oculta todo lo que puede servirles de razon ó de pretesto para alejarse de él. Los príncipes de la tierra no derraman sus liberalidades mas que en ciertos tiempos y sobre ciertas personas; Jesucristo en el Santísimo Sacramento lo da todo, en todo tiempo y á todos. Venid todos á mí los que estais trabajados y sobrecargados, y yo os aliviaré. ¿Podia presentarnos un motivo que mas nos interesase? basta ser pobre, estar afligido, para tener derecho de beber en esta fuente de todo bien. La miseria y la adversidad son para nosotros un nuevo motivo de confianza, y con tal que no opongamos obstáculo á ella podemos estar seguros de ser bien recibidos. En fin, despues de habernos dado todos los bienes de que él es la fuente, este divino Salvador dándose á sí mismo en el Sacramento para nuestra comida, nos da en ella el manantial de todos los bienes. Hé aquí uno de los principales artículos de nuestra fé; esto es lo que creemos: ¿quién no diria despues de esto que nuestro respeto, nuestras ansias, nuestra hambre, nuestro amor á este divino Salvador iban á ser sin medida, sin límites? ¡Ah! sucede todo lo contrario: parece que hubiéramos amado mas á Jesucristo, si él nos hubiera amado ménos. Hé aquí un misterio tan incomprensible como la misma Eucaristía.

Punto segundo.—Considera si es posible amar ménos á Jesucristo y respetarle ménos que lo que hacen la mayor parte de los cristianos con este augusto Sacramento. Sin traer aquí á la memoria todas las profanaciones, todos los malos tratamientos, todas las impiedades, todos los desacatos de un furor diabólico y sacrílego que ha sufrido de los herejes, cuya idea solo causa horror; ¿de qué modo tan indigno no es tratado aun todos los dias por la ma-

yor parte de los que se llaman fieles? ¡Qué indiferencia, qué olvido del divino Salvador! Todas las reuniones, todas las plazas del pueblo, todos los juegos públicos y los sitios de los espectáculos no se vacian: y Jesucristo ¿tiene mucha concurrencia todos los dias y á todas las horas del dia en nuestras iglesias donde reside noche y dia? ¡Qué soledad, buen Dios, en vuestro palacio cuasi todo el dia! y si se concurre allí en ciertos dias, ¡qué falta de respeto! ¡qué irreverencias! Estáse allí sin atencion, sin modestia, sin devocion, y podria decirse aun de muchos sin religion. Esos ademanes mundanos, esas posturas afeminadas y muchas veces indecentes, esas conversaciones profanas, y acaso hasta escandalosas, ¿indican una gran fé, un amor grande? Al ver en nuestras iglesias esos jóvenes libertinos y esas mujeres mundanas, ¿se dirá que creen que Jesucristo está allí presente; que vienen allí para pedir á su Dios, y para implorar su misericordia? ¿no se dirá mas que su presencia escandalosa en aquel lugar es solo para insultar á su Dios? A la verdad, por poca fé que uno tenga, ¿puede mirar sin estremecerse la irreligion con que se presentan en nuestros templos? ¿se trata de rendir un culto respetuoso al Dios que está en nuestros altares con un comportamiento tan irreligioso en su presencia? En el concepto de tantos libertinos ¿pasa Jesucristo por su Redentor, por el supremo Señor del universo, por su soberano Juez? ¿no se creerá mas bien que ellos no le miran sobre nuestros altares sino como un fantasma de divinidad y como un rey de teatro? Jesucristo en nuestros altares, rodeado con mucha frecuencia de un monton de jóvenes indevotos y de mujeres poco cristianas, como en otro tiempo lo estaba de una tropa insolente de judíos, que le cargaban de injurias y salivas; ¿sufre el dia de hoy ménos oprobios que entonces? ¿es preciso esperar al fin de los siglos para ver en el lugar santo la abominacion de la desolacion? ¿qué otro nombre debe darse á las irreverencias que en él se cometen? ¿qué padre por poco zeloso que fuese de su autoridad sufriria que su hijo estuviese en su presencia con tan poco respeto, como se ve á sangre fria que se hace á la presencia de Jesucristo? ¿qué amo sufriria de un criado lo que Jesucristo sufre de la mayor parte de los fieles? Hácese callar á un niño cuando grita ó llora en la casa de una persona decente á quien se hace visita; y en el dia de hoy, desde sus primeros años se les acostumbra, por decirlo así, por una indulgencia criminal á estar con inmodestia en las iglesias desde luego que pueden ir á ellas. ¡Cosa estraña! la presencia de un ídolo inspiraba á los paganos un respeto y un recato que llegaba á ser supersticion. Cualquiera postura ménos decente, una palabra dicha por lijereza, una risa involuntaria era un crímen imperdonable: no les era permitido sentarse; todo escitaba al respeto. ¿Será posible, buen Dios, que los paganos nos den lecciones en materia de religion, y que su moderacion supersticiosa enseñe su obligacion á los fieles? ¿puede ir mas léjos la ingratitud á un beneficio tan grande? ¿será creible semejante ingratitud en un cristiano?

Yo me lamento, Señor, con tanto mas dolor, cuanto que yo mismo me reconozco sobradamente culpable de esta impiedad. Mas yo espero con el auxilio de vuestra gracia reparar en lo que me queda de vida mi conducta pasada, y que mi reconocimiento, mi amor y mi respeto serán en lo sucesivo una prueba visible de mi fé.

JACULATORIAS.—¿Hasta cuándo, Dios mio, sufrireis que vuestros hijos os ultrajen, aun mas que vuestros enemigos? (Psalm. 73.)

¡Qué culto tan santo y tan respetuoso no se os debe, Señor, en vuestra propia casa y en vuestra presencia! (Psalm. 92.)

PROPOSITOS.

1 Créese que Jesucristo está realmente presente en la Eucaristía; créese que nuestras iglesias son el santuario de la divinidad; miranse nuestros altares como el trono del Dios vivo; y ¿solo se ve un tedio criminal por este pan divino? ¿y se falta al respeto en el lugar santo? ¿y todos los dias se cometen cien irreverencias en nuestras iglesias, y todo esto se hace por cristianos que están prontos, dicen ellos, á derramar su sangre por la fé de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía? Hé aquí lo que no se puede comprender; hé aquí lo que nos daria vergüenza de imaginar y creer, si nuestra propia esperiencia, si nuestros ojos no nos presentasen todos los dias tales monstruos de irreligion. Penetrados de un vivo dolor por la memoria de vuestra indevocion y de vuestras irreverencias, igualmente que de las de los demás, no concluyais esta octava sin ofrecer á Jesucristo una reparacion por tantas indignidades. Comulgad hoy para reparar por medio de una piedad eterna y de un nuevo favor tantas comuniones frias, sin fruto y sacrílegas. Pasad ante el Santísimo Sacramento todo el tiempo que pudiereis. Asistid á la procesion con espíritu de penitencia, y con el fin de dar una pública satisfaccion á Jesucristo por tantas profanaciones como se hacen de la adorable Eucaristía; este es uno de los principales motivos que ha tenido la Iglesia para instituir esta célebre y augusta solemnidad.

2 Haced hoy la reparacion pública siguiente delante del Santísimo Sacramento, y cuando la reciteis procurad que el corazon tenga mas parte en ella que la lengua.

O Jesus, mi Dios y mi Salvador, que por un esceso del mas ardiente y del mas prodigioso de todos los amores os habeis constituido en estado de víctima en la adorable Eucaristía, en donde os ofreceis por nosotros en sacrificio á vuestro Padre un millon de veces cada dia; ¿cuáles deben ser vuestros sentimientos en este estado, no encontrando por tanta fineza en el corazon de la mayor parte de los hombres mas que dureza, frialdad, olvido, ingratitud y desprecio? ¿No era bastante, Salvador mio, haber emprendido un camino tan duro para salvarnos, aun cuando hubierais podido testificarnos á mucho ménos costa un amor escesivo? ¿No bastaba haberos abandonado una vez á la insolencia desenfrenada, á la bárbara impiedad, á la crueldad inaudita de los judíos? ¿Por qué esponeros aun todos los dias en el sacramento de la Eucaristía á todos los improperios, á todos los ultrajes, á todas las sacrílegas profanaciones de que podia ser capaz la malicia de los hombres y de los demonios? ¡Ah, mi amable Salvador! ¡De qué sentimientos debe estar poseido vuestro divino corazon á vista de tantos sacrílegios, de tantos ultrajes y profanaciones!

Penetrado de un vivo dolor y de un estremo sentimiento por todos estos vilipendios, vedme aquí postrado y anonadado delante de vos para daros una pública satisfaccion á la vista del cielo y de la tierra por todas las irreverencias, desprecios y ultrajes que habeis recibido sobre nuestros

altares desde la institucion de este adorable Sacramento. Con un corazon humillado y despedazado de dolor os pido mil y mil veces perdon de todas estas injurias. ¡Que no pueda yo, ó Dios mio, regar con mis lágrimas y lavar con mi sangre todos los lugares en que vuestro sagrado cuerpo ha sido tan horriblemente ultrajado, y recibidas con un desprecio tan estraño las señales de nuestro amor! ¡que no pueda yo con algun nuevo género de homenaje, de humillacion y de anonadamiento reparar tantas sacrílegas profanaciones! ¡que no pueda por algunos momentos ser dueño del corazon de todos los hombres para reparar en alguna manera con el sacrificio que os haria de ellos el olvido y la insensibilidad de todos los que no han querido conoceros, ó que habiéndoos conocido os han amado tan poco, y con tanto ultraje os han despreciado!

Pero ¡ó divino Salvador mio! lo que me cubre todavía mas de confusion, lo que mas debe hacerme gemir es que yo mismo he sido del número de estos ingratos. Dios mio: vos que veis el fondo de mi corazon, sabeis el arrepentimiento que tengo de mis ingratitudes, y el sentimiento que me aflige por haberos tratado tan indignamente. Vos sabeis la disposicion en que estoy de sufrirlo todo, y de hacer cuanto esté de mi parte para repararlas. Vedme aquí, Señor, con el corazon contrito y humillado, postrado á vuestros piés, pronto á recibir de vuestra mano cuanto os agradare exigir de mí para la reparacion de tantos ultrajes. Castigadme, Señor, castigadme, yo bendeciré cien veces, yo besaré la mano que ejerciere tan justo castigo sobre mí. ¡Que no sea yo una víctima á propósito para reparar tantas injurias, y para indemnizaros en algun modo de tantos sacrílegos desprecios! Por lo ménos ¡ó Dios mio! dignaos recibir esta reparacion pública que yo hago en union de la que vos hicisteis á vuestro Padre sobre el Calvario, y de la que vuestra divina Madre os hizo al pié de vuestra cruz. Perdonadme tantos vilipendios, tantas irreverencias cometidas en vuestra presencia en el sacramento de la Eucaristía; y haced eficaz por vuestra gracia el vivo y ardiente deseo que tengo y la resolucion en que estoy de no omitir nada en el resto de mis dias para amaros con todo mi corazon, con toda mi alma y con todas mis fuerzas, y de ofreceros todo el respeto y todo el culto que os es debido en el Santísimo Sacramento. Amen.

Es una práctica piadosa, muy santa y muy útil, el hacer esta reparacion todos los jueves ó todos los viernes del año delante del Santísimo Sacramento.

DOMINGO TERCERO DESPUES DE PENTECOSTES.

Como el primer domingo despues de Pentecostés está consagrado á la solemnidad de la fiesta de la santísima Trinidad, y el segundo concurre siempre en la octava del Santísimo Sacramento, el primero que sigue inmediatamente á la celebracion de todas estas fiestas es siempre el tercero; y por consiguiente por el domingo tercero despues de Pentecostés es por donde empiezan nuestros ejercicios de piedad para todos los domingos que quedan hasta el Adviento.

Los griegos llaman á este domingo el segundo de la doctrina ó predicacion de Jesucristo, ó en otros términos, el de «Cristo docente;» por los latinos es llamado el domingo de los Publicanos y de los Pecadores, y comunmente el «de la oveja descarriada,» con motivo de leerse este dia en la misa el Evangelio en que se refiere la solicitud con que los publicanos y los pecadores públicos procuraban oir á Jesucristo. Habiendo murmurado de esto los fariseos, dieron ocasion al Salvador para proponerles la parábola consoladora de la oveja estraviada, que con tanto zelo va el pastor á buscar, dejándose las noventa y nueve en el redil. Toda la historia del oficio de este domingo está llena de los rasgos de la bondad de Dios con el pecador, y de la confianza que debe inspirarnos una misericordia tan oficiosa.

La misa de este dia comienza por este versillo del salmo 24: «Volved, ó Dios mio, vuestros ojos hácia mí: dignaos favorecerme con una de vuestras miradas; destituido de todo socorro, miradme como objeto de vuestra compasion. Considerad mi abatimiento y los males que yo padezco, y sírvanme al ménos estos para espiar todos los pecados que he cometido.

Es verisímil que este salmo fué compuesto durante la rebelion de Absalon. Arrojado David de Jerusalen, y perseguido á todo trance por aquel hijo rebelde, abandonado de todos sus cortesanos, insultado por Semei, y obligado á salvarse á pié como el mas vil de los esclavos, reconoce que todos estos males son penas justas por su pecado, y señaladamente por su adulterio. Confiesa que su pecado es grande; pero reconoce que es mas grande todavía la misericordia de Dios, y penetrado de los mas vivos sentimientos de confianza en esta infinita misericordia, tanto por lo ménos como de amargo dolor de su pecado, toma ocasion de la enormidad de este mismo pecado para tener mas confianza en esta divina misericordia: «Aplacaos sobre mi pecado, porque es muy grave.» Como si dijera: Yo estoy persuadido, Señor, que esta rebelion de mi hijo y todos los males que yo padezco son justos efectos de mi pecado. Grande es, en verdad, este pecado, yo conozco toda su enormidad; pero cuanto mas grande es, es mas á propósito para hacer brillar vuestra bondad, que siempre predomina en todas vuestras obras. Perdonando, pues, á un pecador tan grande como yo, es como se ostenta vuestra misericordia. Todo este salmo está lleno de admirables sentimientos de contricion, de humildad y de penitencia, y en todo él brilla la confianza de este ilustre penitente. «Yo levanto mi corazon á vos, Señor: en vos solo, Dios mio, pongo toda mi confianza; no pase yo, Señor, por la confusion de verme abandonado de vos.» Levantar el alma hácia algun objeto, es una manera de hablar bastante ordinaria en la Escritura; y significa el deseo ardiente que uno tiene, la viva confianza que le anima en la bondad de aquel que puede conceder lo que se le pide. En este sentido hablando Jeremías de los israelitas cautivos en Babilonia, los cuales suspiraban por la vuelta á su amada patria, á la que no debian volver, dice que aquel pueblo no volverá á la tierra, hácia la cual eleva su alma. «Elevemos nuestros corazones y nuestras manos al cielo hácia el Señor,» dice en otra parte. Fácil es ver la relacion que tiene el principio de la misa de este dia con todo el resto del oficio, el cual gira todo sobre la bondad de Dios con el pecador, y sobre la confianza del pecador en este Padre de las misericordias, en este Dios de toda consolacion.

La Epístola que se ha elegido para la misa de este dia, está tomada de la exhortacion que hace san Pedro á los fieles para inclinarles á que se humillen delante de Dios, á que reposen en él y velen sobre sí, á fin de no dar mo-

tivo al enemigo de nuestra salvacion, que nos observa y da vueltas continuamente alrededor de nosotros, para aprovecharse de todas las ocasiones de dañarnos.

«Humillaos,» pues, dice el santo Apóstol, «bajo de la mano poderosa de Dios, á fin de que os exalte en el tiempo de su visitacion.» Formando aquí san Pedro un compendio de la vida cristiana, comienza exhortando á los fieles á que tengan humildad, la cual debe ser la virtud fundamental de los cristianos, puesto que ella es la base y el sólido fundamento de todas las virtudes cristianas. Sin ella se edifica sobre arena movediza. Por mas que el edificio de la perfeccion esté apuntalado con cien prácticas de piedad, todas á cual mas especiosas, sin una humildad sincera y profunda todo bambolea, todo se hunde, el edificio y los puntales. Humillaos, pues, bajo de la mano del Omnipotente, adorad sus órdenes, obedeced su voluntad, someteos á las leyes de su providencia. Reconoced en su presencia que nada podeis sin su auxilio, que vuestra salud está en sus manos, que no teneis bien alguno que no hayais recibido de su pura liberalidad; espíritu, talento, bellas cualidades, penetracion, ciencia, genio: todas estas ventajas son puros dones, son bienes de los cuales le debeis el capital y los réditos. «Dios resiste á los orgullosos, y da su gracia á los humildes.» ¡Cosa estraña! estamos convencidos de nuestra pobreza; nuestra ignorancia, nuestros defectos, nuestras flaquezas, todo nos predica, todo nos da á conocer nuestra nada; nada hay, hasta nuestro mismo orgullo, que no nos humille; mas en tanto, aunque nos vemos así humillados, no somos por eso mas humildes: sin embargo, es menester ser humildes para ser exaltados en el tiempo de la visitacion, esto es, en el dia decisivo de nuestra suerte eterna, en el que por mas virtud que hayamos tenido, nos hallaremos todavía cargados de deudas. Sola la humildad puede enternecer á nuestro soberano Juez: ella es la que le desarma. Un corazon generoso, un corazon noble fácilmente perdona á un criminal que ve á sus piés.

Teneis un Dios que es tambien vuestro Padre, descargad en él todo lo que puede inquietaros. Dios ha tenido cuidado de vosotros ántes que fueseis, dice san Agustin; ¿os olvidará por ventura ahora que os ha criado? Procurad servir á Dios con fidelidad, y no tengais cuidado por lo venidero. ¡Cuántas inquietudes, temores y disgustos nos ahorraríamos, si tuviésemos una verdadera confianza en Dios, y contásemos firmemente con su providencia! Dios quiere, sí, que seamos solícitos en proveer á nuestras necesidades, y no condena una sabia prevision. Las vírgenes necias son repudiadas por no haber tenido cuidado de hacer en tiempo su provision de aceite. Es menester obrar, dice un gran santo, como si el éxito dependiese solo de nuestra industria; y sin embargo es preciso contar con la divina providencia, como si para nada sirviesen todos nuestros cuidados y toda nuestra industria. Sirvamos á Dios con fervor, y estemos tranquilos en órden á todos los acontecimientos de la vida, porque él mismo tiene cuidado de nosotros. Dios todo lo ve, lo futuro como lo presente; Dios es omnipotente, y nos ama; tomando pues á su cargo el cuidado de nosotros, nada tenemos que temer mas que nuestra desconfianza; ella es la que detiene muchas veces el curso de los beneficios y de las gracias de Dios sobre nosotros.

«Sed sobrios,» vivid con modestia y con templanza; pero con todas estas virtudes no dejeis de velar siempre. No conteis ni con vuestra piedad, ni con la seguridad del estado que habeis abrazado, ni con los auxilios que teneis, ni con la buena voluntad de que estais animados, ni con vuestra inocencia: velad incesantemente, estad siempre sobre las armas, porque vuestro enemigo el demonio, semejante á un leon que ruge, da vueltas por todos lados buscando á quien devorar. Estais, es verdad, como en un coto y en el aprisco á la vista de Jesucristo vuestro divino pastor; pero este mismo buen Pastor os exhorta á que oreis y veleis para que no seais sorprendidos por el leon rugiente que no duerme, y que da vueltas de continuo para devorar á cualquiera que sale del redil, y aun para entrar en él apenas encuentre la mas pequeña brecha; y si entra, ¡qué estrago que hace! Manteneos, pues, en el aprisco, esto es, en la Iglesia católica, apostólica y romana; luego que se sale uno de ella, ó por la apostasía, ó por el cisma, ya está devorado. No es bastante permanecer en el aprisco, es menester una vigilancia eterna, y estar dia y noche alerta contra un enemigo que está al pié del muro buscando algun subterráneo por donde introducirse en la plaza, ó para volar alguna mina, y dar en seguida el asalto. El demonio no se cansa, y jamás duerme. Sutil, hábil y astuto observa los parajes débiles, y contra ellos dirige siempre todos sus esfuerzos. Por poco que descuidemos el reparar las brechas ó el fortificar los puestos mas descubiertos, la plaza es tomada. Resistidle, constituyendo vuestra fuerza en la fé. Las almas que así lo hacen son las que vencen al demonio y al mundo. Tomando en todo encuentro el escudo de la fé, es el medio por el cual se estinguen todos los tiros encendidos del espíritu maligno. La fé es la que nos descubre los bienes infinitos y eternos que debemos esperar, los males que debemos evitar, y los medios de que debemos servirnos para ello. Ella es la que nos inspira la confianza en Dios, el espíritu de oracion, la vigilancia y el temor saludable de los enemigos de nuestra salud. Sin la fé no hay mas que flaqueza, tinieblas, ilusion y error. Por esto el demonio deja muy tranquilos á los que han perdido la fé, ó que no están ya en la Iglesia. Siendo la fé el fundamento de la salvacion, no tiene mucho empeño en arruinar un edificio que flaquea por el fundamento. Los cristianos perseguidos á quienes iba dirigida esta Epístola podian creer que no sucedia lo mismo en las demás iglesias, sino que gozaban en todas partes de la paz de que estaban ellos privados, lo que hubiera sido para ellos el colmo del desconsuelo. Desengáñales, pues, el Apóstol de esta falsa idea, y les manifiesta que la persecucion que suscitan contra ellos el mundo y el infierno es comun á todos los fieles derramados sobre la tierra. Sabed, les dice, que todos vuestros hermanos esparcidos por el mundo tienen que sufrir lo mismo. No os desanimeis, cual si estuvieseis solos en el combate. Jesucristo está á vuestra cabeza, y todos vuestros hermanos repartidos por todo el universo combaten con vosotros, y tienen los mismos enemigos que vencer. ¿Seria justo que vosotros permaneciesen en inaccion, mientras que toda la Iglesia de Jesucristo está á las manos, por decirlo así, con el enemigo, con todas las potestades de las tinieblas? El cristianismo no quiere almas cobardes. Toda la vida, dice Job, es una guerra continua sobre la tierra. No hay paz, no hay tregua con unos enemigos que no la quieren sino

á riesgo de nuestra salud. Vivimos en medio de peligros, hasta la muerte habitamos en pais enemigo; es necesario tener de continuo las armas en la mano para combatir y para defendernos, y el cielo no se da por recompensa sino á los victoriosos. La carne, las pasiones, las tentaciones que nacen en nuestro propio terreno son enemigos tanto mas peligrosos, cuanto que son enemigos domésticos que nosotros mismos alimentamos. Nuestro propio corazon nos hace traicion: nuestros sentidos están de acuerdo con nuestras pasiones; tenemos que combatir contra nosotros mismos. (2. ad Tim. 3.) Pero Dios, autor de toda gracia, que nos ha llamado en Jesucristo á su eterna gloria, nos hará perfectos, firmes é incontrastables, luego que hubiéremos sufrido un poco. Llama el Apóstol á Dios autor de toda gracia, esto es, de todo don perfecto, de todas las gracias que ha derramado sobre su Iglesia dándola el Espíritu Santo; desea que este Dios de bondad y de misericordia acabe en los fieles lo que su gracia ha comenzado en ellos, que los sostenga en sus aflicciones, que los asista en las pruebas, que los afirme en el bien, que les conceda, en fin, el don de la perseverancia, á fin de que lleguen á la gloria, y merezcan las coronas que solo serán concedidas á aquellos que hubieren combatido hasta el fin. Como si les dijese: por la gracia de Jesucristo habeis sido llamados á la fé, y habeis entrado en el seno de la Iglesia; pero no basta esto, es preciso sostener esta dichosa vocacion con la práctica de todas las virtudes, y sobre todo con una generosa paciencia en medio de las adversidades y de las persecuciones, que, como el fuego que purifica el oro, léjos de abatiros ó de consumiros deben hacer mas pura y mas brillante vuestra virtud. No basta tampoco el haber sido llamados á un estado tan santo, ni aun el haber brillado en él con el resplandor de vuestras virtudes; es menester perseverar hasta el fin, puesto que la gloria no se da como recompensa sino á la perseverancia final. Yo espero en la misericordia de nuestro Dios, que él acabará su obra; la afirmará contra los vientos y las borrascas de la persecucion, y la hará eterna por la gracia de la perseverancia. A él es á quien pertenece la gloria y el soberano poder en los siglos de los siglos. Teniendo Dios el supremo poder y no pudiendo resistirle cosa alguna, no debeis temer la malicia de los hombres: ellos no dejarán piedra por mover para espantaros, para trastornaros y perderos; pero tened una confianza firme en su bondad, y todos los hombres juntos no son capaces de arrancaros uno solo de vuestros cabellos sin su permiso, ni toda su malicia producirá otro efecto que aumentar vuestro mérito, y hacer mas brillante y de mayor precio vuestra virtud. Pero no dejeis de dar á Dios toda la gloria que le es debida; y por mas virtud que tengais, por mas obras buenas que hicie-reis, reconoced que todo bien procede de él.

El Evangelio refiere la solicitud con que los publicanos y los pecadores públicos venian á oir á Jesucristo, hechizados de la dulzura y la bondad con que este divino Salvador les recibia, y del zelo sobre todo que les manifestaba por su salvacion, mientras que los orgullosos é hipócritas fariseos no se dignaban ni aun consentirlos un momento en su presencia.

Jamás proponia el Salvador cosas difíciles y de una alta perfeccion, sin que tratase de suavizar las dificultades por algun temperamento, y ordinariamente por medio de alguna parábola cuyo sentido alegórico animase á los pecadores y escitase su confianza. Sabia mezclar el amor con el temor, y si de una parte imponia á sus oyentes, por otra les movia, les consolaba y les ganaba de tal modo por su dulzura que jamás dejaban de oirle. No habia nadie, hasta los publicanos, gentes desacreditadas entre los judíos y miradas como pecadores públicos y escandalosos, que no procurasen su conversacion, y que no lo escuchasen con placer. Por esto eran siempre recibidos con dulzura y con cariño. Los escribas y fariseos murmuraban de esto, y decian altamente que un hombre como Jesucristo, que hacia una vida tan santa y tan perfecta, no debia sufrir que se le acercasen los pecadores, ni debia tener con ellos comercio alguno. La indignacion y las murmuraciones de los fariseos, dice san Gregorio, nos hacen ver que así como la verdadera justicia está llena de compasion, así la falsa no tiene mas que dureza y acritud. No hubo hipócrita que no quisiese esterminar á todos los pecadores, y cuyo zelo no respirase muertes y rayos. No es esto decir, añade este Padre, que á los justos no se les vea tambien algunas veces indignados contra los pecadores; pero hay mucha diferencia entre la indignacion que procede del orgullo, y la que nace del zelo puro de la gloria de Dios y de la salvacion de las almas. Cuando los justos reprenden llevados de su zelo, conservan en el corazon la dulzura inseparable de la caridad; aborrecen el pecado, aman al pecador y aprecian á aquellos á quienes corrigen, al paso que aquellos á quienes una falsa opinion de su mérito hincha de orgullo, desprecian á todo el mundo, y no tienen compasion de los flacos, y tal es el carácter de todo espíritu de partido. Los fariseos eran de este número, dice este santo doctor, y por tanto el Salvador les propone de continuo, y ordinariamente bajo de alguna parábola, el maravilloso ejemplo de su dulzura.

«Este hombre,» decian, «recibe los pecadores, y come con ellos.» Esto es todo lo que aquellos hipócritas echaban en cara al Salvador. Jesucristo para confundirles les responde con una parábola fundada, á la cual no saben qué replicar: compárase á un pastor que corre tras de una oveja descarriada; á una mujer que busca con anhelo una dracma que ha perdido; á un padre que lamenta los desórdenes de un hijo libertino. Los pecadores comparados á la oveja descarriada, detrás de la cual se corre, á la dracma perdida que busca con tanta diligencia, todo esto justificaba admirablemente su conducta, y cubria de confusion la falsa delicadeza de los fariseos.

El raciocinio del Salvador es del todo concluyente y sin réplica. «¿Quién de vosotros,» les dice, «que tiene cien ovejas, si pierde una, no deja las noventa y nueve en la pradera, y va á buscar la que ha perdido hasta que la encuentra?» Esta oveja, dice san Agustin, se habia perdido ella misma saliéndose de la manada, y siguiendo sus caprichos, y no podia reducirse otra vez si la misericordia del pastor no la hubiera buscado. No hay pecador que allá en el fondo de su corazon no perciba la voz del Dios de bondad que le busca, que le llama, que le invita, y le solicita para que se vuelva á él, pero cuando uno se halla bien en sus estravíos, cuando deja gritar al pastor que llama, y se complace en estraviarse cada dia mas, ¿es acaso dócil á esta voz? ¿piensa volver á su deber? ¡Qué alegría, dice el Salvador, para el pastor cuando encuentra su oveja estraviada! Guárdase bien de maltratarla, ni aun la lleva por delante hácia el ganado, quiere ahorrarla todo

el trabajo de la vuelta, y contando por nada la fatiga que ha tenido para buscarla, la carga él mismo sobre sus espaldas. ¡Qué bien se pinta el Salvador en esta figura, y qué bien hace en ella su retrato! «Y luego que llega á su casa, reune á sus amigos y á sus vecinos, y les dice: Regocijaos conmigo, porque he encontrado mi oveja que habia perdido.» Qué os parece, ¿es perdonable esta alegria en un pastor que ama su rebaño? El mercenario, un hombre asalariado, ama demasiado su reposo, y muy poco á sus ovejas para que corra en seguimiento de ellas cuando se estravian; solo el espíritu de Jesucristo, solo la caridad cristiana inspiran un verdadero zelo, así como á él es dado el sentir la dulce alegria que causa la conversion del pecador.

«Sabed, pues,» continúa el Salvador, «que la conversion de un pecador es un motivo de alegria para toda la córte celestial. Sí, la perseverancia de noventa y nueve justos en su inocencia» por agradable que ella sea, no causa tanto placer, por decirlo así, «á todo el cielo como la conversion sincera del pecador.» La vuelta de un alma á Dios es una fiesta muy dulce para todos los espíritus celestiales: como conocen lo que vale, no pueden ver que se pierda sin lamentarse de ello. Si pensásemos que el alma del mas vil de los hombres ha sido rescatada al precio de la sangre de Jesucristo, ¿podríamos permanecer insensibles á su pérdida? ¿Y se puede conocer á Jesucristo y creer en él, sin ver con dolor el abuso indigno que se hace de su sangre? Por estas palabras, «que no tiene necesidad de penitencia,» debe entenderse que no están en pecado mortal, y no tienen necesidad de mudar enteramente de costumbres, ni de voluntad para entrar en la amistad y en la gracia de Dios, puesto que siendo justos no la han perdido. No quiere esto decir que los justos estén esceptuados de toda penitencia: no debiéndose considerar, ni aun las almas mas santas, absolutamente exentas de todo pecado, deben pedir perdon al Señor todos los dias.

No habia cosa mas á propósito para justificar la conducta de Jesucristo con los pecadores, y para condenar las injustas murmuraciones de los fariseos, que una comparacion tan concluyente. Refiere además otra segunda el Salvador, que no podia dejar de hacer impresion en los ánimos mas groseros.

Cuando de diez piezas de plata se pierde una, se consuela uno fácilmente con las nueve que le quedan; del mismo modo parece que podria muy bien dejarse perder un alma, cuando se salvan noventa y nueve: sin embargo, se piensa y se dice constantemente lo contrario: porque, si á una mujer que tiene diez dracmas llega á perdérsele una, ¿se consuela acaso fácilmente? Nada de eso. Enciende inmediatamente una luz para buscarla, barre todos los rincones y escondrijos del aposento, todo lo remueve hasta que la encuentra. Las nueve que la quedan no la causan tanto gusto como sentimiento la produce la pérdida de una sola. Pero ¿ha vuelto á encontrarla? ¡Qué gozo no esperimenta! Lo comunica á todas sus amigas y á sus vecinas; cuéntales la pena que ha sufrido, la inquietud que tenia, la solicitud y la ansiedad con que la ha buscado, pero que al fin ha sido tambien grande el regocijo que ha tenido cuando la ha encontrado; las invita á que la feliciten por ello, y á que tomen parte en su alegria. ¿Podia Jesucristo, dice un sabio y piadoso intérprete, podia Jesucristo manifestarnos bajo de figuras mas sensibles ni mas espresivas el empeño que tiene en volver á traer á sí al pecador, los pasos que da para ello, y la alegría que esperimenta cuando ha triunfado de él por su gracia? Yo no se, ó Dios mio, lo que es mas incomprensible, ó vuestra bondad para con los hombres, ó la insensibilidad de los hombres para con vos. Vos no teneis necesidad alguna de mí, y me buscais infatigablemente, á pesar de haberos yo despreciado, y aun cuando me he declarado enemigo vuestro. Todo mi bien, toda mi felicidad depende de estar unido á vos; y al tiempo que vos me prevenís, me buscais, me solicitais de la manera mas viva, mas dulce, mas amable para que vuelva á vuestra amistad, yo no puedo resolverme á ello, os resisto, huyo de vos. ¿Qué ventaja encontrais, ó Dios mio, en la conversion de un pecador, para que ella sea para vos un motivo tan grande de regocijo? ¿cómo podeis ser tan sensible á la adhesion de una criatura vil, que pretendais, por decirlo así que los ángeles y almas bienaturadas os feliciten por ella? Así es, y «yo os lo digo,» añade el Salvador, «que entre los ángeles de Dios habrá un regocijo grande por la conversion de un solo pecador.» ¿Podia Jesucristo darle al pecador motivos de confianza en su misericordia mas obligantes? ¿y qué pecador, por poca razon y poca religion que tenga podrá desesperar del perdon, aun á la vista de la enormidad de sus crímenes? Aquí, dice san Gregorio, nos asegura el Salvador que «habrá una grande alegría en el cielo por la conversion de un solo pecador que hace penitencia,» y en otra parte asegura el Señor por su profeta, «que desde el dia que pecare el justo, no se acordará mas de su justicia.»

¿Concebimos, hermanos mios, añade el santo doctor, la conducta admirable de la bondad divina? A fin de contener á los que están en pié, les amenaza con el castigo si llegan á caer; y para estimular á los que han caido á que hagan esfuerzos para volverse á levantar, les promete, si lo hacen, su divina misericordia: amedrenta á los primeros para que su virtud no les inspire presuncion; lisonjea á los otros para que sus crímenes no les sumerjan en la desesperacion. Si somos justos, temamos la cólera de Dios para no caer; si somos pecadores, tengamos confianza en Dios para volvernos á levantar.

Nota.—La dracma era una pieza de plata que pesaba una dracma, esto es, una ochava ó una octava parte de una onza, y que podia valer cerca de diez sueldos de nuestra moneda (1). Esta suma, aunque pequeña en sí misma, es sin embargo de consideracion para una persona que por todo caudal no tiene mas que diez piezas de plata.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Protector in te sperantium Deus, sine quo nihil est validum, nihil sanctum: multiplica super nos misericordiam tuam; ut, te rectore, te duce, sic transeamus per bona temporalia, ut non amitta-

O Dios, protector de los que en vos esperan, y sin cuyo influjo nada hay firme ni santo en ningun hombre; haced que sintamos mas y mas los efectos de vuestra misericordia, á fin de que siendo nuestro conductor y nuestra guia, pase-

(1) Equivale entre nosotros á poco mas de dos reales vellon.

mus æterna. Per Dominum nostrum...

mos de tal modo por los bienes temporales y perecederos, que no perdamos los eternos. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola está tomada de la primera carta del apóstol san Pedro, cap. 5.

Charissimi : Humiliamini sub potenti manu Dei, ut vos exaltet in tempore visitationis : omnem solicitudinem vestram projicientes in eum, quoniam ipsi cura est de vobis. Sobrii estote, et vigilate : quia adversarius vester diabolus tamquam leo rugiens circuit, quærens quem devoret : cui resistite fortes in fide : scientes eamdem passionem ei, quæ in mundo est, vestræ fraternitati fieri. Deus autem omnis gratiæ, qui vocavit nos in æternam suam gloriam in Christo Jesu, modicum passos ipse perficiet, confirmabit, solidabitque. Ipsi gloria, et imperium in secula seculorum. Amen.

Mis amadísimos hermanos: Humillaos bajo de la mano poderosa de Dios á fin de que os exalte en el tiempo de su visitacion, descargando en él todo lo que puede inquietaros porque él mismo cuida de vosotros. Sed sobrios, y velad; porque vuestro enemigo, el demonio, semejante á un leon que ruge, da vueltas por todos lados buscando á quien devorar. Resistidle afianzándoos en la fé, estando persuadidos que todos los demás hermanos esparcidos por el mundo tienen que sufrir lo mismo que vosotros. Mas Dios, autor de toda gracia, que nos ha llamado en Jesucristo á su eterna gloria, él mismo nos hará perfectos, nos confirmará, y nos hará incontrastables, despues que hubiéremos sufrido un poco. A él sea dada la gloria y el soberano poder en los siglos de los siglos. Amen.

Estando el príncipe de los apóstoles san Pedro en Roma, en donde habia establecido su silla como centro de la religion, escribió en cualidad de cabeza de la Iglesia esta primera carta á las iglesias de Asia, del Ponto, de Galacia y de Bitinia, que tenian mucho que sufrir de parte de los judíos obstinados y de los gentiles; anúnciales que está próximo el dia del Señor, lo cual debe entenderse de la ruina próxima de Jerusalen, que Jesucristo habia predicho tan claramente en castigo de la ceguera y de la obstinacion de los judíos por el deicidio que habian cometido.

REFLEXIONES.

«Humillaos bajo de la mano poderosa de Dios.» Propiamente hablando jamás podrá el hombre humillarse, en razon de que por bajo que esté, está siempre en su lugar; y no siendo por sí mismo otra cosa que nada, para humillarse como debe seria necesario que se pusiese bajo de la nada. Nuestra humildad se mide con relacion á nuestro orgullo. Queremos subir mas alto de lo que debemos; no podemos sufrir el vernos al nivel de los demás, y sin consultar ni la equidad, ni la razon, ni aun el buen sentido, aspiramos siempre á salirnos de nuestra esfera imaginándonos que estaremos mejor en otro grado. Nos hallamos naturalmente inquietos en el que hemos nacido, mientras sabemos que hay uno superior. Hácense toda la vida esfuerzos para elevarse; caminase, trépase, fatígase para llegar adonde se ve que han llegado ya otros, sin advertir que los puestos mas elevados no son los mas tranquilos; las borrascas y las tempestades estallan por lo comun en las alturas. Si tal vez se goza en ellas de alguna calma, apenas se mira desde tan alto sin que la cabeza se desvanezca. De aquí tan frecuentes caidas y tan tristes revoluciones. Lo que en el mundo se llaman grandes fortunas, son no mas que grandes palabras que significan muy poco. Una tierra que se ha comprado; algunos derechos de preeminencia que se han adquirido; títulos antiguos que se han trasladado á una nueva familia; un cargo de magistratura; un empleo en el ejército; una rica herencia que saca á uno del polvo de su condicion; un genio superior é industrioso; la amistad de los grandes; el favor del príncipe; todo esto da un nuevo lustre que lisonjea, que brilla, que deslumbra; pero en resúmen, no es todo ello á lo mas otra cosa que un barniz sobre un vaso de tierra. Por mas que haya nacido grande, no por eso se deja de ser hombre, y por consiguiente flaco, enfermo, mortal, y toda la grandeza humana viene á parar en un puñado de ceniza. Puédese nacer sobre el trono; pero no hay monarca alguno que desde el trono no descienda al sepulcro. La mas elevada superioridad, la nobleza mas esclarecida, no esceptúan de las enfermedades. Nunca son las pasiones mas fieras ni mas imperiosas que en la prosperidad y en la abundancia. La enfermedad y la muerte no respetaron jamás á los grandes. La autoridad mejor establecida, y el poder mas estenso, no estuvieron nunca al abrigo de las adversidades y de las humillaciones: todo nos humilla; hasta la misma grandeza. Nuestro propio corazon, nuestra imaginacion, nuestro espíritu, son nuestros tiranos en defecto de otros. Un avaro es pobre en medio de sus tesoros. ¿Hubo jamás algun ambicioso contento en su elevacion? la soberanía tiene sus altos y sus bajos, y la corona sus cruces y sus espinas. No hay dia sin niebla sobre la tierra; aun los mas serenos se ven con frecuencia turbados con tempestades inesperadas. La calma no es fruto natural de esta vida; por esto, en todos los sexos, en todas las edades y en todas las condiciones encontramos un fondo de inquietud, de flaqueza, de pena y de disgusto que nos humilla. Son estas las pruebas indelebles y los efectos propios de nuestra nada. Y despues de esto ¿puede sernos penoso el humillarnos bajo de la mano poderosa de nuestro Dios? ¡Ah! que en efecto nos cuesta demasiado, y esto es lo que debe humillarnos mas. Nuestro orgullo natural es una de nuestras mas sensibles humillaciones. Ninguna cosa prueba mejor nuestra pobreza, nuestra imbecilidad y nuestra flaqueza. Riese uno cuando ve un mono vestido de héroe; laméntase cuando se encuentra con un moribundo que no cesa de decir que va bien; le da lástima de un hombre de nada, que se imagina que es un gran príncipe. Solo pues en la verdadera humildad es en donde se cifra propiamente toda la sabiduría.

El Evangelio de la misa de este dia está tomado del de san Lucas, cap. 15.

In illo tempore : Erant appropinquantes ad Jesum publicani et peccatores, ut audirent illum. Et murmurabant pharisæi et scribæ, dicentes : Quia hic peccatores recipit, et manducat cum illis. Et ait ad

En aquel tiempo, como los publicanos y los pecadores se acercasen á Jesus para oirle, murmuraban los fariseos y los escribas: Este hombre, decian, recibe á los pecadores, y come con ellos. Inmediatamente el Salvador les dijo esta pa-

illos parabolam istam, dicens: Quis ex vobis homo, qui habet centum oves, et si perdiderit unam ex illis, nonne dimittet nonaginta novem in deserto, et vadit ad illam, quæ perierat, donec inveniat eam? Et cum invenerit eam, imponit in humeros suos gaudens: et veniens domum, convocat amicos et vicinos, dicens illis: Congratulamini mihi, quia inveni ovem meam, quæ perierat? Dico vobis quod ita gaudium erit in cœlo super uno peccatore pœnitentiam agente, quam super nonaginta novem justis, qui non indigent pœnitentia. Aut quæ mulier habens drachmas decem, si perdiderit drachmam unam, nonne accendit lucernam, et everrit domum, et quærit diligenter, donec inveniat? Et cum invenerit, convocat amicas et vicinas, dicens: Congratulamini mihi, quia inveni drachmam, quam perdideram? Ita dico vobis: gaudium erit coram Angelis Dei super uno peccatore pœnitentiam agente.

rábola: ¿Quién hay entre vosotros, dueño de cien ovejas, que si se le pierde una, no deja las noventa y nueve en la pradera, y va á buscar la que se le ha perdido hasta que la encuentra? Habiéndola encontrado, la carga lleno de gozo sobre sus espaldas, y apenas llega á su casa convoca á sus amigos y á sus vecinos, y les dice: Regocijaos conmigo, porque he hallado mi oveja que habia perdido. Dígoos, pues, que habrá aun mas gozo en el cielo por un solo pecador que hace penitencia, que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de penitencia. ¿O qué mujer hay que teniendo diez monedas, si pierde una, no enciende la antorcha, barre la casa, y la busca con toda diligencia hasta haberla encontrado? Y cuando ya la halló, convoca á sus amigas y vecinas, y les dice: Congratulaos conmigo porque encontré la moneda que habia perdido. De este mismo modo yo os lo aseguro, habrá un gran regocijo entre los ángeles de Dios, por la conversion de un solo pecador que hace penitencia.

MEDITACION.

De la alegría que causa en el cielo la conversion de un pecador.

Punto primero.—Considera que nada hay mas consolatorio para los pecadores, nada mas interesante, ni que mas deba escitar su confianza y acelerar su conversion, que la parábola del Evangelio de este dia. Habia ya dado á conocer el Salvador en muchas ocasiones su bondad singular para con los pecadores, el deseo que tenia de su salvacion, y aun el empeño con que ansiaba el verlos convertidos; sus palabras, sus obras, sus parábolas, todo demostraba las entrañas de misericordia que abrigaba este divino Salvador. Yo no he venido, decia, á llamar á los justos, sino á los pecadores; los que están sanos no tienen necesidad de médico; los remedios son para los enfermos. Si hace el retrato del pecador en los estravíos del hijo pródigo, hace tambien el suyo en el del padre de aquel hijo perdido, que le recibe con una alegría, un ansia, una fiesta, que causa zelos aun á su hermano. En fin, el misterio de la Encarnacion del Verbo, del nacimiento del Salvador, su vida mortal y su muerte, son pruebas muy clásicas del amor que Dios tiene á los hombres, y del deseo activo que tiene de la salvacion de los pecadores; pero la doble parábola que propone en este Evangelio sobrepuja, al parecer, á todos los demás rasgos, aunque tan notables, de su tierna misericordia con los pecadores. Compárase aquí á un padre de familias que teniendo cien ovejas las conserva con cuidado y las ama á todas con ternura: provee á todas sus necesidades, vela continuamente sobre su querido rebaño, y nada omite para que ninguna se le descarrie; él mismo las lleva á pastar á los mejores pastos; impide que el lobo se acerque al rebaño. Pero si al fin, á pesar de toda su vigilancia y sus cuidados, llega una sola á descarriarse: ¡buen Dios! ¡qué inquietud la de este caritativo pastor! y ¿qué no hace, qué trabajo no se toma para encontrar y volver á traer á la oveja descarriada? Diríase que la conservacion de las noventa y nueve que quedan en el redil no le da tanto contento como sentimiento le causa la pérdida de una sola: á todas las deja para correr tras de esta sola; pero por fin la ha encontrado: ¡buen Dios, qué gozo, qué placer! Léjos de incomodarse y de echarla delante de él para volverla, él mismo la carga sobre sus espaldas para ahorrarla todavía la fatiga del camino. Cargado con tan dulce peso, entra como en triunfo en la majada; y no contento con no haberla perdido, quiere que todos sus amigos tomen parte en su alegría. Bajo de esta imágen se pinta á sí mismo este amable Salvador: ¿podemos hallar ni imaginar un tipo, unos rasgos, una espresion, una figura mas propia para inspirarnos la mas dulce confianza? Pues hé aquí aun otra que no debe inspirar ménos reconocimiento y deseo de convertirse al pecador. Una madre de familias pierde una moneda, y por esto se halla inconsolable. ¡Qué fatigas no se toma para volverla á encontrar! Enciende la luz, busca, vuelve á buscar, remueve todos los muebles de la casa, no deja rincon ni escondrijo que no escudriñe: llega por último á encontrarla: ¡qué demostraciones hace de regocijo, qué gritos da de alegría! Dirian que habia perdido toda su hacienda y la ha recobrado: pues de este modo, añade el Señor, se regocijan en el cielo por la vuelta y la conversion de un pecador que despues de haberse abandonado y perdido por el pecado, se rinde en fin á la gracia. Y despues de esto, ¿se quieren otros motivos para convertirse?

Punto segundo.—Considera cuán inescusable es un pecador, que despues de unas solicitaciones tan ejecutivas, y de una bondad tan señalada de parte de Dios, no se convierte, aun difiere el convertirse. ¿Qué es lo que puede servir de pretesto y de escusa á su obstinacion, por poca religion que tenga? ¿puede ignorar el peligro en que está de ser eternamente infeliz si vive en el pecado? y si no lo ignora, ¿qué es lo que puede retener á una persona á quien resta aun un vislumbre de buen sentido, una tintura de religion; qué es lo que puede retenerla en el precipicio, cuando se le presenta la mano que puede sacarla de él? ¿qué puede moverla á perseverar en el estado de pecado, cuando Dios la ofrece su gracia? ¿Qué es lo que puede retener al pecador? ¿Es la severidad de un Dios, justamente irritado por sus desarreglos y sus desórdenes? mas despues de la parábola de nuestro Evangelio, ¿puede dejar de ver anticipadamente la alegría que tendrá todo el cielo por su conversion y su vuelta? ¿Podia ofrecer el Salvador ninguna cosa mas á propósito para calmar nuestros temores, animar nuestra timidez, serenar aun nuestra confusion, é inspirarnos una dulce confianza en su misericordia, que esta parábola? Todo el cielo debe concebir mas alegría por nuestra conversion, que la que tiene por la perseverancia de los justos; el mismo Dios celebra, por

decirlo así, una fiesta por nuestra vuelta á él. Tan terrible como es para el pecador cuando muere en el pecado, tan dulce, compasivo, misericordioso, amable é indulgente es cuando el pecador detesta sus pecados mientras le dura la vida. La muerte en el pecado enciende los fuegos eternos é irrita la cólera de Dios, y arma su venganza por toda la eternidad contra el pecador muerto en su desgracia; al paso que la conversion del pecador, su dolor sincero, su arrepentimiento, desarma su cólera, reanima, por decirlo así, toda su bondad para con el pecador, y le hace olvidar todos sus crímenes. Y á vista de todo esto, ¿se difiere la conversion, se vive y se muere en el pecado?

¡Ah Señor! emplead toda vuestra misericordia para impedir que me suceda semejante desgracia. Desde este mismo dia quiero, mediante vuestra gracia, regocijar al cielo con mi perfecta conversion y mi vuelta á vos.

JACULATORIAS. — He andado errante como una oveja descarriada; buscad, ó Dios mio, á vuestro siervo. (Psalm. 118.)

Señor, salvad á una oveja estraviada, á un siervo que pone en vos toda su esperanza. (Psalm. 85.)

PROPOSITOS.

1 Cuanto mas bueno es el Señor para el pecador, mas criminal es el pecador si persiste en su rebelion contra un Padre tan bueno: ninguna cosa demuestra mejor la justicia del castigo riguroso con que Dios castiga una malicia tan obstinada, como la obstinacion impía del pecador en su pecado. Penetrad bien todo el sentido de una parábola tan consoladora. Vosotros habeis entristecido, por decirlo así, largo tiempo á todo el cielo con vuestra vida licenciosa; podeis, pues, hoy regocijarle con vuestra sincera conversion á Dios; no difirais ni medio dia, ni un momento, el proporcionar á los santos ángeles un gozo que os es tan ventajoso. Si todavía no os habeis convertido, convertios en este momento, haciendo un acto de contricion perfecta y una buena confesion. Si os habeis ya convertido, ratificad vuestra conversion por la renovacion de la penitencia interior, y por nuevos actos de contricion que debeis repetir muchas veces en este dia.

2 No os contenteis con una conversion afectuosa, dad pruebas de ella por los efectos; ofrecedlas hoy mismo, ya haciendo una confesion mas amplia, ya haciendo una visita de cortesía á aquellos con quienes os habeis reconciliado, ya ejercitándoos en obras de misericordia. Haced una profesion mas declarada de piedad y de regularidad. Practicad algunas visitas al Santísimo Sacramento en las iglesias, sobre todo en aquellas donde mas habeis concurrido en otro tiempo durante vuestros desarreglos, y estado con mas irreverencias. Dad alguna limosna estraordinaria con el fin de reparar las injusticias que hubiereis podido cometer, y que no podeis absolutamente conocer; y pensad muchas veces, durante este dia, qué es lo que significan las dos parábolas que se refieren en el Evangelio de la misma.

CUARTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

Si el domingo precedente se llama con razon en los leccionarios antiguos el domingo de la misericordia y de la bondad de Dios con los pecadores, porque todo el oficio de la misa, esto es, el introito, la Epístola y el Evangelio no predican mas que esta gran misericordia; por la misma razon puede llamarse este cuarto domingo el domingo de la confianza en Dios, pues que todo el oficio de este dia nos ofrece grandes motivos para ello, ya en el introito de la misa, ya en la Epístola y el Evangelio, en donde todo inspira esta dulce confianza.

La misma comienza por este versículo del salmo 26: El Señor me instruye en sus consejos; él vela en mi conservacion; «el Señor es mi luz, mi guia, mi apoyo, mi salud;» toda mi confianza la tengo puesta en él; «¿á quién, pues, temeré?» ¿Qué enemigo puede espantarme, ni qué peligro puede hacerme temblar? Bajo de una proteccion semejante no podré perecer. Imagina alguno que sea mas poderoso que nuestro Dios, dice san Agustin, y entonces tendrá fundamento tu temor y tu desconfianza. «El Señor es el defensor de mi vida,» y como dice el texto hebreo, el Señor es la fortaleza de mi vida; ¿podrán estremecerme ya los mayores peligros?» Liguense contra mí todos mis enemigos, véame yo en medio de las olas, agitado por los vientos mas furiosos, y amenazado á cada momento de un triste naufragio; siendo el Señor el defensor y la fortaleza de mi vida, nada hay que pueda espantarme. Agraviaria, ciertamente, á la omnipotencia, á la sabiduría infinita y á la bondad incomprensible de mi divino Protector si yo temiese. Mi temor seria una insigne desconfianza; ¿y puedo yo ser capaz de esto despues de haber visto tantas veces que los mayores esfuerzos de mis enemigos han sido inútiles contra esta omnipotente proteccion? ¿Qué no han tentado los enemigos de mi salvacion para perderme, ó al ménos para turbarme y amedrentarme? ¡cuántas veces arrebatados del deseo de perderme, se han precipitado sobre mí como otras tantas bestias feroces, prontas para devorarme! vanos proyectos, inútiles esfuerzos, frívolas tentativas: ellos han pasado por la confusion de ver frustrados sus perversos designios, y se han visto obligados á reconocer su debilidad. Toda esta nube fecunda en granizo y en piedras se ha desvanecido cuando estaba para aniquilarme. ¡Oh, qué dichoso es el que pone toda su confianza en Dios! Si, aun cuando yo viera todas las fuerzas, todas las potestades de la tierra y del infierno reunidas delante de mí como un cuerpo de ejército, yo me mantendria intrépido: la proteccion del Señor es una muralla que no pueden forzar todas las potestades juntas. David tenia una larga esperiencia de esto, y por lo mismo jamás podia tener una confianza incierta en la proteccion de Dios. Un Goliath ufano por su monstruosa talla, y por la fuerza enorme de su brazo, vencido, aterrado, muerto por un niño, sin otras armas que una honda. Un ejército formidable de filisteos, hasta entonces siempre victorioso de las tropas de Israel, batido, deshecho, disipado por este ungido del Señor; toda la malignidad de la envidia de Saul eludida; en fin, David victorioso de todos sus enemigos, pacífico ya en su trono despues de tantos peligros, tantas persecuciones y contratiempos, ¿podia tener ménos confianza en la bondad y en la proteccion de su Dios?

La Epístola de la misa de este dia está tomada de aquel pasaje de la carta de san Pablo á los romanos, en que el santo Apóstol dice que aquellos que han recibido por el bautismo el espíritu de adopcion, que nos hace hijos de Dios y herederos con Jesucristo de la gloria futura por lo cual suspira todo fiel, cuentan por nada todo lo que hay que sufrir sobre la tierra para merecer la recompensa que nos está preparada en el cielo, adonde deben dirigirse to-

dos nuestros deseos. Ordénase toda esta Epístola á inspirarnos un gran fondo de confianza y de ánimo en las mayores adversidades.

«Estoy persuadido, dice el santo Apóstol, que las aflicciones del tiempo presente no tienen proporcion alguna con la gloria futura que resplandecerá en nosotros.» Seria necesario comprender en esta vida lo que es esta gloria; seria necesario gustar sus dulzuras inefables, dulzuras castas, llenas, satisfactorias, que sobrepujan todo cuanto puede pensar ó conocer el entendimiento humano; seria necesario, en fin, estar como sumergido en el torrente de delicias con que Dios embriaga á sus elegidos, para ver la infinita desproporcion que hay entre lo que sufrimos en este lugar de destierro, y la recompensa que nos está preparada en la patria celestial. Por algunas sombras de humillacion, ¡qué honor, qué gloria, buen Dios, en el cielo en donde el menor de los santos es objeto de la admiracion, del respeto, de la mas profunda veneracion de los mas grandes monarcas del mundo: por algunos amagos de dolor, ¡qué torrente, que abundancia de dulzuras la que Dios reserva para los que le sirven! En fin, por algunos momentos de dolores y aflicciones que huyen, una felicidad pura y perfecta que jamás debe acabarse. Nuestras aflicciones presentes, dice san Pablo, que no duran mas que un momento, y que son tan lijeras, nos producen un peso eterno de gloria en un alto grado de escelencia superior á todo encarecimiento. (2. Cor. 4.) Y ciertamente la vida comparada con la eternidad no es mas que un instante indivisible é imperceptible. La misma proporcion que hay entre un punto de tiempo imperceptible y toda la eternidad incomprensible, esa misma es la que hay entre las aflicciones de esta vida y la gloria de la otra. Esto es el dichoso hechizo que cambia en lágrimas de alegría las que hace derramar el dolor durante esta vida; yo peso lo que padezco con lo que espero, dice san Agustin, y encuentro el peso de mis padecimientos infinitamente mas lijero que el peso de gloria que producen. Todavía queda un momento de tribulacion; pero el reposo que sucederá á nuestras penas, será eterno. Aquí abajo no se bebe mas que gota á gota el agua amarga de la tribulacion; en el cielo seremos inundados en un torrente de delicias que no se agotará jamás. Aunque la gloria de la otra vida no tenga proporcion alguna con nuestros trabajos considerados en sí mismo; sin embargo, Dios ha querido que esta gloria inmensa fuese adquirida con ellos á título de recompensa y de justicia. Pero para hacérnosla merecer nos hace entrar en la participacion de los méritos de Jesucristo, y realza por su gracia el mérito de nuestros trabajos.

Por esto lo que mas esperan las criaturas, continúa san Pablo, es que brille esta gloria de los hijos de Dios. San Agustin cree que por las criaturas deben entenderse aquí todos los fieles que suspiran por el fin de las miserias de esta vida, y que descubriendo á favor de las luces de la fé la felicidad que les está preparada en el cielo, y que es el objeto de su esperanza, desean con ansia, esperan con una santa impaciencia, piden con fervor el dichoso momento que debe ponerlos en posesion de esta bienaventurada herencia. Otros muchos santos Padres sienten que las criaturas significan aquí todos los hombres, y singularmente los gentiles, cuya vocacion á la fé, que debe ser el principio de su libertad, comienza ya á anunciarla el Apóstol. Llámase el Mesías en la Escritura, el deseado de las naciones. Habia largo tiempo, dice el sabio intérprete que hemos citado repetidas veces, habia mucho tiempo que los gentiles sentian el peso de sus miserias; gemian y se hallaban tanto mas oprimidos, cuanto que tenian ménos auxilios que los judíos para salir de ellas. Habíalo Dios permitido así, para manifestar á su tiempo los tesoros de sus misericordias sobre ellos. Llegó por fin el dichoso momento en que debian ser reconciliados con su Dios. Las gracias que se les habian comunicado hacian sus miserias mas pesadas y mas sensibles, y les obligaban á dar en cierto modo los gritos que anunciaban su nacimiento espiritual al Evangelio. «Porque sabemos, dice, que hasta ahora todas las criaturas gimen y sufren los dolores del parto.»

El hombre no ha sido criado mas que para Dios, este es nuestro fin; Dios no ha podido criarnos para otro que para sí, y cualquiera otro fin que no sea este, es incapaz de satisfacernos. No tenemos mas que consultar sobre esto á nuestro corazon. Dios solo es el centro de nuestro descanso, fuera de él está nuestro corazon en una agitacion continua. La propension natural á todo hombre; la estrema pasion que tenemos á ser dichosos, no puede satisfacerse aquí abajo. Despues de mas de seis mil años que hace que los hombres trabajan para ser felices, ninguno ha podido hallar todavía un reposo lleno y perfecto que haya fijado todos sus deseos: siempre queda un vacío infinito que no son capaces de llenar todos los objetos criados; no ha sido el hombre hecho para ello: menester es que se eleve hasta Dios, y desde el momento que toma este partido, encuentra una paz, una dulzura que no ha encontrado en otra parte; señal evidente de que Dios es su fin, y el centro de su reposo; «Hicístenos, Señor, para tí, dice san Agustin, y nuestro corazon está inquieto hasta que repose en tí.» Solo, pues, en el cielo se encuentra el perfecto descanso, la felicidad plena y perfecta; por ella suspira naturalmente todo hombre, aun cuando la mayor parte no conozca en donde está el centro de su reposo y de su felicidad. Los judíos eran los únicos que poseian este conocimiento. De los demás pueblos puede decirse que lo deseaban sin saber en donde se hallaba. Jesucristo ha venido á mostrarle á todas las naciones de la tierra, y el cristianismo las enseña donde está, y donde se encuentra esta felicidad inseparable del soberano bien, por la cual suspira naturalmente todo hombre, y que no es posible encontrar aquí abajo. Esta dicha, esta felicidad de la otra vida es la que hacia gemir todavía mas á los apóstoles y á todos los primeros fieles por el ardiente deseo que tenian de que se les llamase de este lugar de destierro para ir á gozar de aquella gloria celestial, de la cual tenian tan alta idea. Cuanto mas ilustrado está uno con las luces de la fé, con mas ardor ama á Jesucristo, y mas suspira por la mansion de la celestial Jerusalen. «Yo deseo con ardor, decia san Pablo, no vivir mas, ni estar mas que con Jesucristo.» (Philip. 1.) En el mismo sentido dice aquí el santo Apóstol, que no son solo los gentiles los que suspiran por su libertad: «Nosotros mismos que hemos recibido las primicias del Evangelio; nosotros que hemos sido santificados por el Espíritu Santo, esperamos tambien el entero cumplimiento de nuestra adopcion,» esto es, la gloria, que es la perfeccion y el efecto de la adopcion. Nosotros suspiramos sin cesar por la patria celestial, y nos lamentamos viendo-

nos todavía detenidos en este lugar de nuestro destierro.

La pesca milagrosa que Jesucristo concedió á san Pedro en en el mar de Tiberíades es el asunto del Evangelio de este dia.

Habiendo recurrido el Salvador la Judea, la Galilea, la comarca llamada «Decápolis,» porque comprendia diez ciudades, y el pais del otro lado del Jordan, haciendo por todas partes mucho bien, y obrando en todas un gran número de milagros, se vió muy pronto seguido de una multitud que no le dejaba descansar. Estando un dia en la orilla del lago de Genesareth, que tambien se llamaba mar de Tiberíades, viendo que la multitud que le sofocaba crecia por momentos, advirtió cerca de él dos barcas atadas á la orilla, mientras los pescadores habian saltado en tierra para lavar sus redes. Habiendo entrado en una de las dos, que era la de Simon, pidió á este que la alejase un poco de la ribera, y sentado en ella desde allí instruia al pueblo. No sin misterio, entre las dos barcas, eligió Jesucristo la de Simon. «Porque ¿qué otra cosa,» dice san Gregorio, «nos indica la barca de Pedro, á la cual sube Jesucristo para instruir al pueblo, sino la Iglesia que debe ser confiada al cuidado de Pedro?» Solo, pues, en esta Iglesia confiada á Pedro y á sus sucesores, dicen los intérpretes, es en donde Jesucristo nos instruye: ella es la fuente pura en donde bebemos la verdad sin mezcla; fuera de esta barca no hay mas que peligros y naufragio; fuera de esta sola Iglesia no hay salvacion.

Despues que el Salvador hubo instruido á aquel pueblo, ansioso de la palabra de Dios, hizo un magnífico milagro, cuyas circunstancias todas son otros tantos misterios. Díjole á Pedro que se engolfase y avanzase á alta mar y le mandó que echase las redes para pescar. No era en la Judea, significada por la orilla, en donde el Evangelio debia hacer las mayores conquistas: era sí en alta mar en donde debia hacerse la abundante y maravillosa pesca; esto es, en medio de las naciones, y hasta en el centro del paganismo era en donde Jesucristo debia triunfar por la conversion de los gentiles. «A vosotros era,» decian san Pablo y san Bernabé hablando á los judíos, «á vosotros era á quienes debia anunciarse primeramente la palabra de Dios; pero pues la rechazais, y vosotros mismos os juzgais indignos de la vida eterna, por esto nos convertimos á los gentiles.»

«Señor,» le respondió san Pedro, «hemos trabajado toda la noche» que era el tiempo mas á propósito para la pesca, «y no hemos cogido nada;» sin embargo, aunque naturalmente no debiésemos esperar de dia suerte mas ventajosa, voy á echar la red en virtud de vuestra palabra. Echóla, en efecto, inmediatamente; su fé, aunque débil todavía y naciente, le elevó sobre su razon y su esperiencia; y no dejó por tanto de ser recompensada liberalmente. No bien hubo arrojado la red, cuando se llenó de peces en tan prodigiosa cantidad que la red se rompia, y los mismos pescadores no tenian fuerza para sacarla, de modo que fué necesario que hiciesen señas á sus compañeros, que estaban en la otra barca, para que viniesen á ayudarles. Vinieron, pues, y encontraron una pesca tan abundante que las dos barcas se llenaron, y de tal modo las cargaron que faltó poco para que no se fuésen á fondo. Todo es misterioso, y todo está lleno de instruccion en esta milagrosa pesca. Pedro y sus compañeros habian de su motu propio pescado toda la noche, se habian fatigado y sudado mucho, sin haber cogido nada; una vez sola echan la red por mandato de Jesucristo, y sin trabajar mucho sacan bastante cantidad de peces para llenar dos barcas. La pesca es aquí la figura del ministerio evangélico: para ejercerle con fruto es preciso ser llamado á él por Jesucristo, estar animado de su espíritu, y no trabajar en él sino por mandato. Trabájase, tómanse grandes fatigas, pero todas inútiles cuando es el hombre solo el que trabaja. Jamás se gana cosa alguna, ántes se pierde todo, trabajo, estudio, sudores, cuando en el trabajo se busca uno á sí mismo. ¡Cuántos harán algun dia esta triste confesion! Intrusos en el sagrado ministeria, ¡qué de trabajos sin frutos! animados de un espíritu de vanidad y conducidos por miras poco puras, movidos por una vivacidad enteramente natural, ¡qué de zelos infructuosos, ó al ménos sin mérito! Cuando no se obra mas que por el natural, cuando no se hace mas que la propia voluntad, cuando no se sigue otra cosa que el humor y el capricho, se trabaja, se fatiga uno mucho; pero siempre se fatiga de noche y sin fruto. Hay cierta clase de personas que al parecer debian estar muy ricas en buenas obras y en méritos, «varones de riquezas,» como habla el Profeta; pero que no habiendo trabajado mas que por la noche, no han sido ricos ni poderosos mas que como un sueño, y no habiéndose dispertado hasta la muerte se han encontrado con las manos vacías, y todos sus trabajos perdidos. San Pedro y san Andrés llaman á los de la otra barca para que vengan á participar con ellos de la pesca que habian hecho: ¡desgraciados los ministros de Jesucristo que llevados de unos zelos criminales querrian mas ver perecer una parte del rebaño que partir sus solicitudes con otros, con solo el objeto de llevarse ellos solos el honor!

«Asombrado Simon Pedro de este milagro se arroja á los piés de Jesus, y todo fuera de sí esclama: Alejaos de mí, Señor, porque soy un pecador» indigno de ponerme en vuestra presencia. Estas palabras no significan otra cosa que un respeto profundo del santo Apóstol al Salvador, y un temblor santo producido por un milagro tan insigne. En este mismo sentido hablaba el Centurion cuando no se creia digno de recibir en su casa á Jesucristo. Siempre son agradables al Señor estos humildes sentimientos. Nada hay que nos haga ménos indignos de estar con Jesucristo que la conviccion en que estamos, y la confesion sincera que hacemos de nuestra indignidad; esta es la disposicion que debemos tener cuando recibimos á Jesucristo en la sagrada comunion. Ninguna cosa gana tanto el corazon de Dios, como una humildad pura y sincera. Esta virtud apenas se encuentra separada de las demás, y sobre todo de la verdadera contricion. Santiago y Juan y todos los demás que estaban con Simon Pedro no quedaron ménos pasmados de la maravilla de que habian sido testigos; su admiracion llegó hasta una especie de pavor lleno de respeto que ordinariamente causa la vista de una cosa maravillosa é inesperada; pero el Salvador les aseguró, y dirigiéndose á Pedro le dijo: No temais, yo os he escogido para otra especie de pesca; no serán ya peces los que cogereis sino hombres. La pesca material y sensible que hizo aquí san Pedro fué como el símbolo del ministerio apostólico y espiritual á que el Hijo de Dios los elevaba por su eleccion, á la manera poco mas ó ménos que en los sacramentos se sirve Jesucristo de los signos sensibles

para significar la gracia espiritual que obran. La gracia acompañó á esta divina vocacion, y desde este momento habiendo san Pedro, san Andrés, Santiago y san Juan dejádolo todo para siempre, no dejaron ya mas á su buen Maestro. Hasta aquí, aunque los apóstoles habian abrazado ya la doctrina de Jesucristo y se habian declarado discípulos suyos, no habia aun renunciado á todo lo que poseian, conservaban todavía su casa, su barca y sus redes, y se ejercitaban en su tráfico ordinario. Esta fué la tercera y última vocacion en la que lo abandonaron todo para adherirse únicamente á Jesucristo.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Da nobis, quæsumus, Domine; ut et mundi cursus pacifice nobis tuo ordine dirigatur: et Ecclesia tua tranquilla devotione lætetur. Per Dominum.

Concedednos, Señor, por vuestra bondad que el curso de este mundo, que está sometido á las reglas y á las órdenes de vuestra divina Providencia, sea quieto y tranquilo, á fin de que gozando vuestra Iglesia de reposo y de sosiego os testifique con su alegría el ardor de su piedad. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola que hoy se lee en la misa es del cap. 8 de la carta del apóstol san Pablo á los Romanos.

Fratres: Existimo quod non sunt condignæ passiones hujus temporis ad futuram gloriam, quæ revelabitur in nobis. Nam expectatio creaturæ revelationem filiorum Dei expectat. Vanitati enim creatura subjecta est non volens, sed propter eum, qui subjecit eam in spe: quia et ipsa creatura liberabitur a servitute corruptionis in libertatem gloriæ filiorum Dei. Scimus enim quod omnis creatura ingemiscit, et parturit usque adhuc. Non solum autem illa, sed et nos ipsi primitias spiritus habentes, et ipsi intra nos gemimus, adoptionem filiorum Dei expectantes, redemptionem corporis nostri: in Christo Jesu Domino nostro.

Hermanos mios: Estoy persuadido que las aflicciones del tiempo presente no tienen proporcion alguna con la gloria futura que resplandecerá en nosotros. Así es que lo que esperan mas las criaturas es que brille la gloria de los hijos de Dios, porque ellas están sujetas á la vanidad, nó de su grado, sino por disposicion de aquel que las ha sujetado á ella en la esperanza de que serán libres algun dia de la corrupcion á que estaban sujetas, para pasar á la libertad que hace la gloria de los hijos de Dios. Porque sabemos que hasta ahora todas las criaturas gimen y sufren los dolores del parto. Y no solamente ellas, sino tambien nosotros mismos que tenemos las primicias del espíritu. Sí, nosotros mismos gemimos dentro de nosotros, esperando la adopcion de los hijos de Dios, y la libertad de nuestro cuerpo en Jesucristo nuestro Señor.

La Epístola de san Pablo á los romanos pasa por la mas sublime y mas sabia de todas las que ha escrito el santo Apóstol. La doctrina de la gracia, de la predestinacion, de la reprobacion, y todo lo mas elevado del dogma, está esplicado en ella con una precision y una limpieza que manifiesta bien que es el Espíritu Santo el que la ha dictado.

REFLEXIONES.

«Estoy persuadido que las aflicciones del tiempo presente no tienen proporcion alguna con la gloria futura que resplandecerá en nosotros.» Ninguna con respecto á la duracion; porque ¿qué es un puñado de dias que dura la vida mas larga, comparada con la duracion eterna que debe ser la medida de la gloria futura? Ninguna con respecto al número y á la cualidad de las aflicciones que pueden padecerse en esta vida. El Apóstol no habla simplemente de las aflicciones de un estado ó de una condicion particular: habla de las aflicciones del tiempo presente, de las aflicciones que nacen con nosotros, cuyos principios al ménos traemos dentro de nosotros mismos al nacer. El cuerpo tiene sus aflicciones, dolores, alteracion en la sangre, desarreglo en los humores: ¡ah, Dios mio! ¡á qué infinito número de enfermedades no está sujeto el hombre durante su vida! enfermedades hereditarias; enfermedades crónicas, accidentales, incurables; predominacion de algun humor, flaqueza de los resortes; no hay sentido alguno que no esté sujeto á algun trastorno en sus órganos. Lo mismo que alimenta el cuerpo le consume, hasta el sueño le fatiga, muchas veces le daña el mismo descanso. El espíritu tiene sus aflicciones, y no son estas las menores: dudas sospechosas, temores, espantos, perplejidades, todo es suplicio, tanto mas insoportable, cuanto que no tiene remedio. ¡Cuánto no nos hace sufrir nuestra imaginacion! ingeniosa para atormentarnos á falta de motivos reales, ¿cuántas fantasmas no nos presenta con que nos hace padecer? ella tiene el secreto de inquietarnos solo con sus imágenes. Puede decirse que la imaginacion es el tirano de todos los hombres, ninguno hay que no sea su esclavo, ninguno que no le deba la mayor parte de sus inquietudes y de sus disgustos. Las aflicciones, en fin, del tiempo presente son universales. El corazon siente vivamente todas las del cuerpo y del espíritu, y él tiene tambien las suyas particulares, las cuales son tanto mas amargas, cuanto que estinguen todo vislumbre de consuelo y de gozo. Siendo las aflicciones de por vida, son frutos de todas las estaciones y de todas las tierras. Los dias mas bellos suelen oscurecerlos las nieblas mas densas, y ¿qué edad, qué condicion es la que goza de una calma duradera? Los grandes viven entre el esplendor y la abundancia; pero ¿son por esto sus dias mas serenos? sujetos á las mismas enfermedades que el mas vil de sus súbditos, ¿está su corazon ménos destrozado por sus pasiones? ¿su espíritu está siempre tranquilo? Las inquietudes, los temores, los disgustos y las enfermedades no respetan ni los grandes nombres, ni la púrpura ni el trono; y si las aflicciones interiores no fuesen invisibles, lo que nos parece un objeto de envidia lo veríamos con frecuencia como un motivo de compasion. En cualquiera estado, pues, que nos encontremos, no pensemos en ponernos al abrigo de las aflicciones; tratemos sí de hacer que nos sean fructuosas. El buen uso que hiciéremos de ellas para el cielo es el único secreto para que no sean ménos amargas; sobre todo si tenemos presente la gloria que debe ser el fruto y la recompensa de este buen uso. No hay proporcion entre las humillaciones, las penas, las adversidades, las cruces de esta vida y la eternidad bienaventurada, la corona de gloria, la felicidad plena, satisfactoria, inalterable, que

está prometida á los que sufren con corazon y espíritu cristiano. En este mundo no sentimos las aflicciones mas que gota á gota, mientras que por toda la eternidad estaremos como sumergidos, por decirlo así, y como anegados en un torrente de delicias puras. Aquí cada dia abrevia la duracion de nuestras aflicciones; en el cielo en cada momento se goza toda la eternidad de una dicha llena, que es y será siempre de un nuevo gusto, sin que pueda nunca acabarse. Aquí, en fin, endulza Dios con la uncion de su gracia las mas duras penas; en el cielo se complace Dios en embriagarnos, por decirlo así, en cada momento con su propia felicidad, segun la espresion del Profeta.

El Evangelio de la misa de este dia es segun san Lucas, capitulo 5.

In illo tempore: Cum turbæ irruerent in Jesum, ut audirent verbum Dei, et ipse stabat secus stagnum Genesareth. Et vidit duas naves stantes secus stagnum: piscatores autem descenderant, et lavabant retia. Ascendens autem in unam navim, quæ erat Simonis, rogavit eum a terra reducere pusillum. Et sedens, docebat de navicula turbas. Ut cessavit autem loqui, dixit ad Simonem: Duc in altum, et laxate retia vestra in capturam. Et respondens Simon, dixit illi: Præceptor, per totam noctem laborantes, nihil cepimus: in verbo autem tuo laxabo rete. Et cum hoc fecissent, concluserunt piscium multitudinem copiosam: rumpebatur autem rete eorum. Et annuerunt sociis, qui erant in alia navi, ut venirent, et adjuvarent eos. Et venerunt, et impleverunt ambas naviculas, ita ut pene mergerentur. Quod cum videret Simon Petrus, procidit ad genua Jesu, dicens: Exi a me, quia homo peccator sum, Domine. Stupor enim circumdederat eum, et omnes qui cum illo erant, in captura piscium, quam ceperant. Similiter autem Jacobum et Joannem, filios Zebedæi, qui erant socii Simonis. Et ait ad Simonem Jesus: Noli timere: ex hoc jam homines eris capiens. Et subductis ad terram navibus, relictis omnibus secuti sunt eum.

En aquel tiempo: Agolpándose el pueblo en tropas para oir la palabra de Dios, oprimia á Jesus que estaba á la orilla del lago de Genesareth. Vió, pues, allí dos barcas paradas; habian salido de ellas los pescadores y estaban lavando sus redes. Habiendo entrado en una de las barcas, que era la de Simon, le rogó que se alejase un poco de la ribera; y habiéndose sentado, instruia al pueblo desde dentro de la barca. Luego que hubo acabado su discurso, dijo á Simon: Llévanos á alta mar, y echa tus redes para pescar. Señor, le respondió Simon, toda la noche nos hemos fatigado y nada hemos cogido; pero pues vos me lo mandais echaré la red. Y habiéndolo hecho así, cogieron tan gran cantidad de peces, que se les rompia la red. Entonces hicieron señas á sus compañeros, que estaban en la otra barca, para que viniesen á ayudarles. Vinieron en efecto, y se llenaron las dos barcas de suerte que cuasi se iban á fondo. Viendo esto Simon Pedro dijo á Jesus: Apartaos de mí, Señor, porque soy un pecador: á vista de la pesca que acababan de hacer, tanto él como los que estaban con él se habian asombrado estraordinariamente, igualmente que Santiago y Juan, hijos del Zebedeo, que eran compañeros de Simon. Jesus entonces dijo á Simon: No temas, de hoy en adelante la pesca que harás será de hombres. Y habiendo echado las barcas á tierra lo dejaron todo, y le siguieron.

MEDITACION.

De la renuncia que debemos hacer de todo lo que mas amamos por amor de Jesucristo.

Punto primero. — Considera que el Evangelio no anuncia mas que la humildad, la mortificacion y la penitencia, ni predica en todas partes otra cosa que la renuncia á las mas dulces aficiones del mundo, hasta decirnos que si no nos aborrecemos á nosotros mismos, no seremos jamás discípulos de Jesucristo. ¿Qué nos parece? conforme á este plan ¿tiene Jesucristo el dia de hoy muchos discípulos?

¿Qué cosa mas loable, ni mas justa, que el amar á sus prójimos? Dios hasta nos ha impuesto un precepto de ello; sin embargo, cuando se trata de los intereses de Dios, es renunciar á él el no renunciar al amor de la carne y de la sangre, el no aborrecerse á sí mismo. Si alguno viene á mí (esta espresion comprende todos los estados y todas las condiciones de las personas cristianas), si alguno viene á mí sin aborrecer á su padre, á su madre, etc., sin aborrecer á su propia persona, no puede ser mi discípulo. No hay nada mas positivo, nada mas claro. Este oráculo no tiene necesidad de esplicacion; ¿pero es muy de nuestro gusto esta moral? ¿está muy en uso en el dia de hoy?

¿Ceden siempre los intereses de familia á los deberes de la religion? ¿No se escucha jamás la carne y la sangre en perjuicio de la conciencia? En los negocios, en los placeres, en los proyectos de establecimiento y de fortuna, ¿es Dios solo á quien se consulta, es él solo á quien se escucha? ¿ninguna otra cosa entra en concurrencia con él? Ciertamente que Dios merece bien poco, si no merece todo nuestro corazon. ¿Y qué impiedad no es colocar el arca con el ídolo de Dagon en el mismo templo? ¡Dios mio! ¡qué mal concuerdan nuestras costumbres con nuestra creencia! Nosotros creemos á vuestras palabras, y nada hacemos de lo que ellas significan. Nuestras obras desmienten visiblemente nuestra fé.

No permitais, Salvador mio, que esta confesion solo sirva para hacerme todavía mas criminal. Vos me asegurais que debo aborrecerme si quiero ser discípulo vuestro. Sí, quiero serlo, y quiero que mi conducta de hoy en adelante sea una prueba de mi sincera voluntad.

Punto segundo. — Considera cuán grosero y pernicioso seria el error de aquella persona, que oyendo estas palabras de Jesucristo: «Si alguno viene á mí, y no aborrece á su padre y á su madre, etc., y aun á su propia persona, no puede ser mi discípulo,» se persuadiese que seria verdadero discípulo de Jesucristo, sin tener ese odio evangélico, amándose únicamente á sí mismo, y no pensando mas que en su ambicion, su placer y sus propios intereses. Prescindamos por un momento de nuestras antiguas preocupaciones. No hagamos caso de la autoridad de nuestro amor propio: ¿hacemos por ventura otra cosa? ¿Queremos acaso otra cosa que lo mismo que condenamos?

¡Ah! estamos de tal modo llenos de nosotros mismos, tan esclavos de nosotros mismos, que somos, por decirlo así, nuestro ídolo, á quien ofrecemos sin cesar algun sacrificio, á quien hacemos votos, á quien sacrificamos nuestra propia salud, sacrificando hasta los intereses de Dios.

Comparando nuestra conducta con la de los mártires, ¿no se diria que aquellos tenian otro Evangelio? Digámoslo mejor: nosotros no tenemos otro Evangelio; pero ¿no es la mas ridícula de las estravagancias, tener valor para lisonjearnos de ser discípulos del mismo maestro, y de seguir la misma doctrina que los mártires? Si yo paso mi vida entre la alegría y los placeres; si no busco mas que lo que halaga mis sentidos y mi codicia; si alimento y sigo mis pasiones; si no me ocupo mas que de satisfacer mi amor propio, ¿sirvo yo al mismo dueño que los mártires? ¿sigo la misma ley? ¿Qué razon tengo yo, pues, para esperar la misma recompensa? Una mujer que vive en la molicie, ¿tendrá la misma bienaventuranza que una santa Inés? Un hombre que no ansia mas que por los placeres, ¿será tan dichoso como un san Timoteo?

Vos me mandais, Señor, que me aborrezca. ¿Y tengo yo acaso un enemigo mayor de mi verdadero bien que yo mismo? ¿Qué odio, pues, mas racional? ¿No es en verdad amarnos el aborrecernos de este modo?

Concededme, Señor, este odio santo de la carne y de la sangre, este odio saludable de mí mismo, y que no olvide jamás que quien ama alguna cosa tanto como á vos, no es digno de vos.

JACULATORIAS.—Yo no puedo serviros ni amaros, Señor, si no me desposo con vuestra cruz, y si no me aborrezco para no amar mas que á vos. (Exodo 4.)

¿Deseo yo, ni apetezco otra cosa que á vos, Dios mio, en la tierra ni en el cielo? (Psalm. 72.)

PROPÓSITOS.

1 Comenzad desde este dia á amar á Dios con aquel amor de preferencia, que le asegure de tal modo el primer lugar en vuestro corazon, que para conservarle esteis en disposicion de sacrificarle bienes, placeres, amigos, parientes, la vida misma; y para esto tomad una resolucion firme de no querer ni emprender cosa alguna, sin que ántes lo consulteis con Dios, siguiendo siempre su voluntad. No os fieis de vuestras luces; el amor propio ciega. No hagais nada de consideracion, sin que primero tomeis parecer de un sabio y celoso director.

2 Examinad si estais demasiadamente apegados á vuestra familia, ó á vuestros intereses temporales. Tiénese algunas veces ciertas predilecciones por los hijos, las cuales introducen la disension y los zelos en las familias. Las amistades particulares no son ménos odiosas, ni ménos perniciosas en las comunidades; todas estas distinciones, todas estas preferencias, son efectos de nuestro amor propio. Tengamos un amor reglado á nuestros parientes y á nosotros mismos, no se esclavice nuestro corazon á la pasion, y entonces no cometeremos ya injurias. Dios debe preceder á todo, este es su propio lugar. Sufocad al mismo tiempo ciertas sensibilidades, corregid cierto refinamiento de delicadeza y de blandura, que prueban que os amais demasiado. El amor propio es un enemigo astuto y doméstico, tanto mas temible, cuanto ménos se desconfia de él. Cuando mas lisonjea, entonces nos vende. Siempre de inteligencia con nuestras pasiones, turba sin cesar nuestro reposo, y pone en gran peligro nuestra salvacion. Tomad hoy la resolucion de no contemplarle mas, de combatirle sin descanso hasta vencerle. Él se desliza en todas partes; no le perdoneis en ninguna: se nutre de nuestras conveniencias y comodidades; cercenad todo lo que no es absolutamente necesario. La mortificacion de los sentidos es el suplicio del amor propio; privaos de todas las satisfacciones que no tienden mas que á hacerle mas fiero. Por mas contrario que sea á la devocion, suele avenirse con muchos de los que hacen profesion de devotos. Hacedle una perpetua guerra.

DOMINGO QUINTO DESPUES DE PENTECOSTES.

Como la denominacion del oficio de la misa de los domingos despues de Pentecostés se les ha dado del asunto del Evangelio que se lee en ella, este quinto domingo se llamaba antiguamente el domingo de la pesca, porque se leia en él la historia que el Evangelio refiere de la pesca prodigiosa que hizo san Pedro en virtud de la palabra de Jesucristo, y que hace ya muchos siglos es el asunto del Evangelio del domingo cuarto. Llámasele hoy el domingo de la perfeccion de la ley de Jesucristo, sobre la ley antigua que se habia dado á los judíos por el ministerio de Moisés; porque el Evangelio que la Iglesia ha fijado á este dia, declara que la mayor perfeccion de la antigua ley no basta para la salvacion de los fieles; que Dios exige de ellos una justicia mas exacta, una fé mas pura, una piedad mas espiritual, una caridad mas generosa y mas universal, una santidad, en fin, mas perfecta que la que pedia á los judíos. La Epístola tiene una perfecta relacion con esta obligacion, en razon de que es un compendio muy instructivo de la perfeccion cristiana y de las mas esenciales obligaciones del cristiano.

El introito de la misa está tomado del salmo 26, que tiene por título Salmo de David ántes que fuese ungido. David recibió la uncion real hasta tres veces. La primera por mano de Samuel en Belen, en casa de su padre Jesé; la segunda en Hebron despues de la muerte de Isboset, cuando fué reconocido por rey de todo Israel. Este salmo, en el que el santo rey reconoce una proteccion de Dios tan visible y tan marcada contra sus enemigos, no podia haber sido compuesto en su primera uncion, cuando David, todavía jóven, no tenia otros enemigos mas que las bestias feroces que perseguian á los rebaños que guardaba, y en el dia de esta uncion real fué cuando el Espíritu de Dios se difundió sobre él, como dice la Escritura. No pudo, pues, este piadoso príncipe haber compuesto este salmo sino en la ceremonia de la segunda uncion, ó tal vez en la tercera, cuando victorioso de todos los peligros que habia corrido tanto por parte de Saul, como por parte de los partidarios de Isboset, hijo de Saul, se vió por fin pacífico poseedor de todo el reino de Judá y de Israel, y en estado de ir á rendir á Dios en el tabernáculo humildes acciones de gracias. Como la confianza que tenia en Dios era la que le habia mantenido siempre intrépido en medio de los peligros, esta misma confianza es la que le estimula á implorar la misma proteccion y el mismo auxilio para todos los accidentes de la vida.

«Oid, ó Dios mio, los clamores que dirijo hácia vos: continuad socorriéndome; sed siempre mi protector omnipotente, mi apoyo, mi refugio. ¿Podreis, Señor, rechazarme, cuando pongo en vos solo la esperanza de mi salvacion? Si Dios ha protegido de un modo tan particular á este santo rey, tambien es verdad que este santo rey ha tenido toda su vida la mas perfecta confianza en Dios. Puede asegurarse que era esta su virtud favorita, y son muy pocos los salmos que tenemos de él en

que no resplandezca su confianza en Dios. «El Señor es mi luz y mi salud;» él me ilustra, me defiende, me sustrae á los lazos de mis enemigos, vela en mi conservacion; ¿á quién pues, temeré? Por estos dos versículos de este salmo comienza la misa de este dia: cuanto mas obligacion tenemos de aspirar á la perfeccion, tanto mas debemos orar con confianza; y cuanto mas difícil es el levantar el edificio de la perfeccion cristiana, tanto mas debemos contar con la gracia de Dios y sus auxilios.

La Epístola de la misa está tomada de la primera de san Pedro, en la cual el santo Apóstol exhorta á los fieles á que presenten entre sí una perfecta union, una bondad compasiva, una caridad universal, un afecto lleno de ternura, y una dulzura propia para ganar los corazones; á que no vuelvan mal por mal, sino que deseen todo género de bienes á aquellos mismos que los maldicen, teniendo presente que todos hemos sido llamados á esta perfeccion, á fin de recibir de Dios la bendicion que nos pone en posesion de la herencia. Exhórtales tambien á que eviten la murmuracion y la mentira; á sufrir por la justicia; á no temer los males de que puedan verse amenazados; en fin, á que por nada se turben, sino que en todo lance den gloria y testimonio á la santidad del Señor, por una vida inocente y una conducta irreprensible.

Despues de haber dado el santo Apóstol saludables avisos, en particular á personas de ciertos estados, desciende aquí á las obligaciones comunes á todas las condiciones; y el pormenor tan preciso que hace de ellas, es una corta leccion que encierra toda la perfeccion cristiana. Comienza por la oracion, cuyo ejercicio recomienda á todos los fieles como un medio seguro y eficaz para obtener los socorros del cielo en todas sus necesidades: «Tened todos, dice, un mismo espíritu,» así como todos debeis tener el mismo fin y el mismo principio: como la caridad es el vínculo de la perfeccion, profesaos unos á otros una bondad y un amor que se interese en las diferentes disposiciones de gozo ó de tristeza en que se encuentren los demás; y puesto que debeis amar á vuestro prójimo como á vosotros mismos, doleos de todas sus aflicciones como os doleis de las propias vuestras, y compadeceos de todos sus males. Tened misericordia; pero tened presente que la misericordia no consiste solamente en una ternura del alma sobre las miserias de otro, sino que se estiende á un deseo verdadero de remediarlas; en este concepto, no os contenteis con ser sensibles, ni aun con gemir sobre los males; aliviadlos con vuestros consejos, con vuestro crédito, con vuestras limosnas; la misericordia dice algo mas que la simple compasion. Sed modestos y humildes, jamás hubo verdadera humildad sin modestia: es muy natural el dar el primer lugar á los que se estiman mas que á sí mismos. Es uno contenido, circunspecto, discreto en sus palabras, en sus juicios, en sus acciones, cuando es modesto; todo lo es cuando es humilde; la humildad y la modestia forman en parte el carácter de los verdaderos cristianos. «No volviendo mal por mal, ni maldicion por maldicion.» La ley cristiana que ordena que amemos á nuestros enemigos, y que hagamos bien á los que nos hacen mal, está muy léjos de permitir que volvamos mal por mal, y que nos venguemos. Por el contrario, añade san Pedro, bendecid á los que os maldicen, porque haciendo esto, segun la espresion de san Pablo, amontonareis carbones ardiendo sobre su cabeza. Porque si vuestros beneficios les ganan, quedan bastante castigados de su odio por la vergüenza y la confusion que conciben; si continúan aborreciéndoos á pesar de vuestros beneficios, quedais bien vengados por la confesion que se ven precisados á hacer de vuestra virtud y de su miseria. «Tú eres mas justo que yo,» decia en semejante caso Saul á David. Y no penseis que se trate aquí solo de un deber de consejo y de perfeccion, es un precepto; «puesto que habeis sido llamados para llegar á ser herederos de la bendicion.» Esta es la vocacion de todos los cristianos, y la señal por la cual se conocen los discípulos de Jesucristo, los verdaderos fieles. Su carácter consiste en ser humildes, modestos, caritativos, benéficos, en colmar de bienes á los que mas les injurian. Tal ha sido la vida de los primeros cristianos; tal es todavía el dia de hoy el espíritu del cristianismo.

«El que desee gozar de la vida, y ver dias felices, refrene su lengua para que no diga nada malo, y sus labios para que no profieran nada falso.» Estas palabras del santo Apóstol están tomadas del salmo 33: «¿Quiere el hombre, dice David, vivir dichoso, y ver pasar sus dias con regocijo? prohiba á su lengua la murmuracion, y no profieran nunca sus labios mas que la verdad. Como es el mismo Espíritu Santo el que animaba á los profetas y á los apóstoles, no es estraño que tengan los mismos sentimientos, y que digan muchas veces lo mismo. El freno de la lengua, la reserva, la circunspeccion, la moderacion en hablar, la caridad, la sabiduría en las palabras, todo esto ha sido siempre recomendado como absolutamente necesario para la piedad y para la felicidad de la vida. Si hay alguno que no peque en la palabra, este, dice el apóstol Santiago, es un hombre perfecto. El freno de la lengua hace al hombre dócil; y como el timon aunque pequeño arregla el derrotero de los mayores navíos, á pesar de la violencia de los vientos y de las olas, así tambien, añade el Apóstol, la lengua es á la verdad un miembro muy pequeño, mas ella hace cosas estrepitosas. Ved como un poco de fuego es bastante para abrasar un gran bosque; pues de otro modo la lengua es tambien un fuego, es una reunion de todo género de iniquidades. No hay bestias salvajes, ni clase alguna de animales, á quienes el hombre no reduzca, y que no haya reducido; pero la lengua ninguno puede reducirla sin la gracia. Es un mal incapaz de reposo, está llena de un veneno mortal: es el mismo Apóstol el que sigue hablando. Nada turba tanto nuestro reposo, nada causa tantas divisiones y enemistades como la lengua; nada descubre tampoco mejor el interior de un hombre por mas que disimule; la lengua tarde ó temprano quita el velo á la hipocresía, ella habla igualmente el idioma de todas las pasiones, y el de la virtud.

«Evite el fiel el mal,» continúa san Pedro, y «haga el bien.» No basta el no ser malo, es menester ser virtuoso. El siervo de que habla el Evangelio no habia malversado, ni habia hecho mal uso del talento que habia recibido; le habia conservado cuidadosamente; sin embargo, es reprobado por no haberle hecho producir. ¡Qué error imaginarse que con tal que no se haga mal, ya puede uno vivir seguro en conciencia! En el cristianismo es un mal el no hacer bien. «Busque la paz y sígala.» Cuando no se goza de paz consigo mismo, apenas puede conservarse con los demás. La paz es un bien tan grande, que para conservarla con aquellos con quienes vivimos debe uno sacrificar sus propios intereses

temporales, su placer y hasta sus resentimientos. «Porque el señor,» prosigue el Apóstol, «tiene puestos los ojos en los justos, y abiertos sus oidos para escuchar sus ruegos.» El Señor, que es el Dios de la paz, y enemigo de la disension, de las enemistades y del desórden, mira siempre con ojos favorables á los hombres de bien, al paso que mira con indignacion á los que obran mal. En todo este razonamiento demuestra muy bien san Pedro, que el espíritu de paz y de mansedumbre debe, por decirlo así, caracterizar á los buenos, á los fieles verdaderos, y que los espíritus turbulentos, los corazones llenos siempre de hiel, las almas inquietas que no pueden ni vivir en paz, ni dejar vivir á los demás, son objeto de la indignacion de Dios, y deshonran la augusta y santa cualidad de fieles que les distingue.

Tened zelo por el bien, servid á Dios con fidelidad, cumplid vuestros deberes de cristianos con puntualidad, haced el bien con la mira de agradar á Dios, vivid piadosa é inocentemente, y nada temais. Toda la malicia de los hombres y de los demonios no pueden dañarnos. Todos los que quieren vivir piadosamente en Jesucristo, padecerán persecucion; pero bienaventurados los que padecen por la justicia. Si hubieras obrado bien, dijo Dios á Cain, ¿no hubieras recibido la recompensa? No tenemos que temer otra cosa que el pecado, este es el único mal que puede dañarnos. No temamos ni lo que la malicia tiene de mas espantoso, ni lo que la crueldad tiene de mas terrible. Conservemos la tranquilidad, mantengamos una paz inalterable en medio de las mas violentas tempestades. Todo el que, lleno de confianza en la bondad del Altísimo, buscase en él un asilo, bajo la proteccion divina estará á cubierto de todos los males. Santifiquemos en nuestros corazones al Señor Jesucristo, esto es, vivamos con tal inocencia, procuremos que nuestro corazon sea tan puro, nuestra conducta tan edificante y tan santa, que no solo habite el Señor en nuestros corazones como en su templo santo y sagrado, sino que los mismos infieles reconozcan que el Dios de los cristianos es muy santo, puesto que sus discípulos llevan una vida tan pura, tan santa y tan perfecta; y que él es único Dios verdadero, puesto que la probidad, la buena fé, la inocencia y todas las virtudes no se encuentran mas que en sus siervos. Nuestras costumbres deben glorificar al Señor, y toda nuestra conducta debe hacer el elogio de nuestra religion. Santificaremos á Jesucristo en nuestros corazones, si somos santos como nuestro Padre celestial es santo; nosótros pedimos á Dios todos los dias que su nombre sea santificado, esto es, que Dios sea reconocido, adorado y glorificado en toda la tierra; nada, pues, contribuye mas para hacerle conocer, amar y servir en todas partes, que la verdadera piedad de los cristianos. «Así como,» dice el Eclesiástico, «habeis sido santificado en vuestros siervos por la virtud y la santidad, que ha brillado en ellos, á vista de todos los pueblos: así tambien admiramos la fuerza omnipotente de vuestra gracia en su conversion.»

El Evangelio está tomado del capítulo 5 de san Mateo, el cual es como un compendio de toda la perfeccion del santo Evangelio.

Acababa el Salvador de pronunciar aquel admirable discurso que habia hecho á sus discípulos de las ocho bienaventuranzas, en el cual les habia dado la idea mas alta de la perfeccion cristiana y del ministerio evangélico á que les habia llamado; cuando tomándolos aparte, como si no se hubiese esplicado con bastante claridad en público, les repitió lo que acababa de decirles, pero en términos todavía mas fuertes y mas espresivos. Yo os digo, pues, añadió, que si vuestra virtud no es muy superior á la de los escribas y fariseos, no entrareis en el reino de los cielos. La virtud aparente de los hipócritas tiene mucho brillo y poco fondo; toda ella consiste en esterioridades, sin que haya nada en el corazon; enseñan, predican, dicen mucho, pero nada hacen.

Los escribas entre los judíos eran los doctores de la ley, cuyo oficio era escribirla, leerla y esplicarla al pueblo; sus decisiones eran recibidas con el mismo respeto que la ley de Dios. Eran muy distinguidos, ocupaban un lugar superior aun á los sacrificadores, y estaban tenidos en gran veneracion entre el pueblo, que no podia imaginar que los que poseian tan bien toda la ciencia de la ley de Dios, y que la esplicaban á los demás, no la guardasen, ni fuesen tan santos como parecian. Como no se habla de los «escribas» ántes de Esdras, se cree que este nombre no se les dió hasta despues de la vuelta de la cautividad de Babilonia.

Los «fariseos» formaban una secta particular entre los judíos. Llamábanse así porque estaban separados de todos los demás por su género de vida; hacian una profesion ostentosa de una observancia mas rígida de la ley, y de una santidad afectada de que hacian alarde. La palabra «fariseo» se deriva de la voz «faris», que en lengua caldaica significa separado. Créese que esta secta comenzó hácia el tiempo de Esdras, porque entonces comenzaron los judíos á tener intérpretes de sus tradiciones. Otros creen que no se estableció hasta el tiempo de los Macabeos. Sea como quiera, el «fariseismo» es aun en el dia de hoy, como lo era en tiempo de Jesucristo, la secta dominante en la religion de los judíos, porque todo el gran número de tradiciones que están en su «Talmud» viene de los fariseos. Los que pertenecian á esta secta ayunaban el segundo y el quinto dia de la semana, practicaban á lo esterior grandes austeridades, con lo cual imponian al pueblo; añadian nuevas cargas á la ley, y sostenian tenazmente la autoridad de las pretendidas tradiciones, cuya mayor parte habian forjado ellos mismos. Eran muy exactos en pagar los diezmos como les mandaba la ley, y por una afectada supererogacion daban tambien la trigésima y la quincuagésima parte de sus frutos, añadiendo muchos sacrificios voluntarios. Pero el orgullo y la hipocresía corrompian todas las acciones de los fariseos, que no pensaban mas que en hacerse dueños del espíritu de los pueblos, y ganar la estima y la benevolencia de los grandes. Por esto tenian tal crédito en la nacion, que ellos eran sus oráculos y sus maestros. Querian ocupar los primeros puestos en las asambleas y en los festines, y miraban como un crímen el que no se les saludase en las plazas públicas. Jesucristo describe el carácter y el verdadero retrato de ellos: Ellos ligan, dice, cargas pesadas y que no pueden llevar, y las ponen á cuestas á los demás; sin embargo ellos no quieren aplicar ni un dedo para ayudar á sostenerlas. Hacen todas sus obras, añade, para ser vistos de los hombres; usan de vendas muy anchas, y llevan sus franjas muy largas. Estas vendas eran unas tiras de pergamino, sobre las cuales escribian los judíos algunas sentencias ó preceptos de la ley, á fin de

conservarlos así mejor en su memoria; ataban una en la frente, y otra al pliegue del brazo izquierdo. Los fariseos afectaban llevar estas vendas muy anchas, y mayores que los demás judíos. Por las franjas que llevaban muy largas se entienden ciertos cordones en forma de borlas ó bellotas de color violado, de los cuales se hace mencion en la ley. La vestidura de los judíos tenía cuatro faldones de cuyos cabos pendian estos cordones, y servian para distinguir el pueblo judío de las demás naciones; como los fariseos afectaban en todas las cosas una vana singularidad, hasta en la longitud de estas franjas la procuraban. Ellos son los que han corrompido toda la ley por un monton de ridículas tradiciones imaginarias. Es verdad que ellos reconocian la inmortalidad del alma, y otra vida despues de esta; pero admitian al mismo tiempo una especie de metempsicosis, ó trasmigracion de las almas, y toda su doctrina correspondia á la corrupcion de sus costumbres. Tales eran los escribas y fariseos, cuya falsa piedad y orgullosas austeridades reprueba el Salvador.

«Habeis oido,» prosigue Jesucristo, «que se dijo á vuestros antepasados no matarás; y el que matare merecerá ser condenado por el tribunal del juicio.» Este tribunal establecido en las ciudades considerables, se componia de veinte y tres jueces. Juzgaba las causas criminales, y podia condenar á muerte. La ley, pues, impuesta á vuestros padres, que prohibe el homicidio, condena la accion, dice el Salvador, sin hablar de la voluntad de ejecutarla; y vuestros doctores, los escribas y fariseos, limitan este precepto á la sola prohibicion del homicidio; «pero yo os declaro, que el odio, las injurias, las calumnias, pueden hacer á un hombre homicida delante de Dios, y digno del último castigo. Moisés no os ha hablado materialmente mas que del homicidio efectivo, mas yo que soy vuestro soberano y primer legislador, vuestro supremo Juez, os declaro que la cólera y el odio que concebís, ó que manteneis en vuestra alma, es un crímen grave, puesto que ofende á una persona á quien debeis amar como á vosotros mismos; una persona que estais obligados á querer como hermano, que tiene el mismo Padre que teneis vosotros en el cielo.

«Pero yo os digo que cualquiera que monta en cólera contra su hermano, merecerá ser condenado por el tribunal del juicio: el que dijere á su hermano hombre de poco juicio (*raca*), merecerá ser condenado por el tribunal del consejo; y el que le llamare hombre insensato, merecerá el suplicio del fuego.»

Para penetrar bien el sentido de las palabras del Salvador, es menester saber que habia tres tribunales ó grados de jurisdiccion entre los judíos, á los cuales se llevaban todas las causas. El primero era el del juzgado inferior compuesto de tres jueces solamente, en el cual solo se juzgaban las faltas poco considerables y se castigaban con penas ligeras. El segundo era el tribunal que se llamaba del juicio, establecido en todas las ciudades considerables, compuesto de veinte y tres jueces, el cual juzgaba de las causas criminales y podia condenar á muerte. El tercero era el tribunal del consejo ó simplemente el gran consejo llamado Sanhedrin, establecido solamente en Jerusalen, compuesto de setenta y dos personas de las mas distinguidas de la nacion. Llamábase tambien el tribunal soberano adonde se llevaban las causas mayores y juzgaba en último recurso, condenando á los criminales á las penas mas rigorosas. Queriendo, pues, Jesucristo dar á entender á aquel pueblo grosero, cuán gran pecado es el odio contra el prójimo y cuán severamente se castiga en el tribunal de la justicia divina segun sus diferentes grados de malicia, se sirve de la diferencia sensible de la jurisdiccion de estos tribunales para dar una justa idea de la gravedad del pecado, por el rigor de los diferentes suplicios á que estos diferentes tribunales condenaban los mayores crímenes. Aunque interior, aunque mudo el odio, no es por eso ménos grave delante de Dios, ni dejará de recibir el mismo castigo á proporcion que sufrirá un criminal en el tribunal del juicio, en el cual se condena á muerte á los homicidas. Porque si el odio se manifiesta á lo esterior en arrebatos y palabras ofensivas é injuriosas, hasta tratar á un hombre de mentecato, fatuo, hombre de poco talento, en este caso será castigado de Dios tan severamente como lo eran los criminales acusados al tribunal del consejo adonde se llevaban los crímenes de primer órden y todas las causas mayores. Y si el despreciar solamente á uno y tratarle de hombre de poco juicio es tan gran pecado en el juicio de Dios, ¿qué pecado será el arrebatarse hasta llamarle loco, insensato? Merecerá ciertamente á los ojos de Dios, á proporcion lo que merece delante de los hombres un crímen que hace al que le comete digno de ser condenado á que se le queme vivo. El Salvador da á entender por esta gradacion de diferentes pecados, pero todos inferiores al homicidio, cuán distantes estaban los escribas del verdadero sentido de la ley, puesto que el menor de estos pecados merecia una pena igual á la que aplicaban al homicidio, y que una injuria atroz merecia hasta el fuego del infierno. «Gehennæ ignis.»

San Gerónimo nos instruye sobre el verdadero orígen de este nombre Gehenna, y su significacion. Dice que habia un ídolo de Baal ó de Moloch, próximo á Jerusalen, en un valle que se llamaba Gehennon, esto es, el valle de los hijos de Ennon, en el cual iban á sacrificar y quemar los hijos en honor del diablo. El ídolo de Moloch era un busto de bronce monstruoso cuya cabeza era de vaca, y sobre su medio cuerpo tenia siete grandes aberturas, por donde se introducian las víctimas en otros tantos hornos, en los cuales se cuidaba de mantener un gran fuego dia y noche; y de aquí es que el infierno, ó el lugar de las llamas eternas, se ha llamado «Gehenna;» y de aquí tambien nace que esta misma palabra se ha aplicado á todo género de tormentos, fatigas y dolores. Dice san Gerónimo que Jesucristo es el primero que se ha servido de ella para espresar metafóricamente el fuego del infierno y los tormentos de los condenados, en lo que él llama gehenna de fuego. ¿Despues de esto debe mirarse como un pecado leve una aversion, un odio en el corazon que estrella en injurias?

Inferid de aquí, continúa el Salvador, cuánto importa el sofocar desde luego que nace, toda idea de odio y todo resentimiento de venganza. Sea cualquiera la injuria que se nos haya hecho, debemos perdonarla y reconciliarnos con nuestros enemigos. Ninguna cosa hay mas agradable á Dios que el sacrificio; pero le agrada mucho mas, que si hemos ocasionado algun disgusto á uno de nuestros hermanos le demos prontamente una justa satisfaccion; porque nuestra reconciliacion le complace mucho mas que nuestro sacrificio. Si estando ya al pié del altar, prontos á ofrecer nuestro presente al Señor, nos acordamos de algu-

na falta cometida contra la caridad del prójimo, ó de alguna accion, aunque sea inocente, que haya lastimado á nuestro hermano, «dejemos allí nuestra ofrenda,» y marchemos á reconciliarnos con él, despues de lo cual podremos volver con confianza á hacer nuestra ofrenda, y Dios la recibirá con agrado. Aun cuando ofreciésemos al Señor la mitad de nuestros bienes como Zaqueo, si no le sacrificamos al mismo tiempo nuestros resentimientos contra nuestro hermano, no puede moverle nuestra ofrenda. La caridad pura y cristiana es la que valora las mejores acciones. Sin la caridad no hay virtud, ni aun acto alguno de religion que sea meritorio y que agrade. Si yo tuviese el don de profecía, dice san Pablo, si tuviese la inteligencia de los misterios y una ciencia universal; si tuviese la fé mas cabal y mas perfecta que puede darse; si distribuyese todos mis bienes en la subsistencia de los pobres; si entregase mi cuerpo hasta para ser quemado y me faltase la caridad; todo esto no me serviria de nada, seria reprobada toda mi pretendida virtud. Hanse visto héroes cristianos cargados de palmas y de laureles dispuestos ya para ser inmolados, y sin embargo rechazados de Dios por no haber querido reconciliarse con sus hermanos. No hay sacrificio agradable al Señor si falta en él el fuego de la caridad. ¿Qué deben, pues, pensar esos pretendidos devotos que conservan en el corazon un desabrimiento tenaz, en medio de una brillantez falsa de buenas obras? ¿Y qué debe pensarse de aquellos ministros del Señor que se atreven á ofrecer el divino sacrificio con un corazon ulcerado?

Notemos que Jesucristo no dice, si os acordais que teneis alguna incomodidad contra vuestro hermano; sino, si os acordais que vuestro hermano tiene algun sentimiento contra vosotros; es decir, que aunque no hayamos tenido intencion de ofender á nadie, si no obstante, sin quererlo nosotros, hemos dado motivo á alguno para que se ofenda, consultemos mas bien á su corazon que á su entendimiento; basta que esté incomodado con nosotros, aunque sea sin razon, Dios quiere que nada omitamos para endulzarle, y para curar la llaga que le ha abierto su delicadeza por causa nuestra; ¿qué no debemos, pues, hacer con mas razon, cuando la ofensa ha sido maliciosa y voluntaria? ¡Buen Dios! ¡á cuántos perderán la envidia, los resentimientos, el odio y la cólera!

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Deus, qui diligentibus te bona invisibilia præparasti, infunde cordibus nostris tui amoris affectum: ut te in omnibus et super omnia diligentes, promissiones tuas, quæ omne desiderium superant, consequamur. Per Dominum...

O Dios, que habeis preparado los bienes celestiales é invisibles para aquellos que os aman; derramad en nuestros corazones el movimiento y la impresion de vuestro amor, á fin de que amándoos en todas las cosas y mas que todas las cosas, podamos gozar algun dia de la felicidad que nos habeis prometido, la cual sobrepuja todos nuestros anhelos y deseos. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola de la misa está tomada de la primera carta del apóstol san Pedro, cap. 3.

Charissimi: Omnes unanimes in oratione estote, compatientes, fraternitatis amatores, misericordes, modesti, humiles, non reddentes malum pro malo, nec maledictum pro maledicto, sed e contrario benedicentes: quia in hoc estis, ut benedictionem hereditate possideatis. Qui enim vult vitam diligere, et dies videre bonos, coerceat linguam suam a malo, et labia ejus ne loquantur dolum. Declinet a malo, et faciat bonum: inquirat pacem et sequatur eam. Quia oculi Domini super justos, et aures ejus in preces eorum: vultus autem Domini super facientes mala. Et quis est qui vobis noceat, si boni æmulatores fueritis? Sed et si quid patimini propter justitiam, beati. Timorem autem eorum ne timueritis, et non conturbemini. Dominum autem Christum sanctificate in cordibus vestris.

Mis muy amados hermanos: Permaneced todos unánimes en la oracion; sed compasivos, amadores de la caridad fraterna, misericordiosos, modestos, humildes, no volviendo mal por mal, ni maldicion por maldicion, sino por el contrario bendiciendo á todos, puesto que hemos sido llamados para llegar á ser herederos de la bendicion. Porque el que desea gozar de la vida, y ver dias felices, refrene su lengua para que no diga nada malo, y sus labios para que no profieran la mentira. Evite el mal y haga el bien; busque la paz y sígala; porque el Señor tiene los ojos fijos sobre los justos, y los oidos abiertos á sus oraciones; mas el rostro del Señor se ostenta indignado sobre los que obran mal. ¿Y quién es el que os puede dañar si sois zelosos del bien? pero aun cuando padecieseis alguna cosa por la justicia, dichosos vosotros. Por lo demás no temais la fiereza de los malos, ni os dejeis poseer de la turbacion; santificad ántes bien al Señor Jesucristo en vuestros corazones.

Aunque san Pedro dirige su Epístola á todos los judíos que habian abrazado la fé de Jesucristo, no por esto ha dejado de tener presentes á los gentiles convertidos; y el fin que se ha propuesto, que es el confirmar en la fé á los fieles, consolarlos en sus aflicciones, é inclinarlos á que lleven una vida santa y perfecta, conviene á todos.

REFLEXIONES.

«Evite el mal, y obre el bien.» Contentarse con evitar el mal sin hacer el bien, no fué jamás una vida cristiana. ¿Qué señor se acomodaria con un siervo que se contentase con no injuriarle, ni hacer pedazos sus muebles, sin quererle prestar ningun servicio, ni serle bueno para nada? En nuestra religion no basta no ser malo, es menester ser bueno. Siempre es un gran mal el no hacer el bien que debe hacerse. El siervo haragan de quien se ha hablado en el Evangelio, no fué condenado por haber hecho mal uso de su talento, sino solo por no haberle hecho producir poniéndolo en el banco; y las vírgenes necias permaneciendo vírgenes no fueron rechazadas por el divino esposo de la sala del festin, sino por haberse dormido cuando debieron hacer sus provisiones. ¡Qué de cristianos tendrán la misma suerte, por no haber sido mas laboriosos, por no haber sido mas sabios! El vicio inunda, es verdad; el libertinaje cunde en todas las edades, en todos

los sexos y en todos los estados; pero al fin la disolucion no es universal; hay verdaderos israelitas, aun en medio de Babilonia: pero entre los fieles, es pequeño el número de vírgenes necias, y de siervos haraganes? Evítase el mal, tiene uno un testimonio secreto de que no ha hecho agravio á nadie. No remuerde la conciencia ni de injusticias ni de impurezas, ni de calumnias; pero ¿esta conciencia tan tranquila sobre el mal que no ha hecho, está muy consolada sobre el bien que debia hacer? Asegúrase uno porque no es tan perverso como otros muchos; pero ¿tendrá motivo para estar seguro por el número y el mérito de las buenas obras que no se han hecho? El pecado causa remordimientos y merece castigos; pero ¿es ménos pecado la falta de virtud en aquel que está obligado á cumplir todos los deberes de la justicia? Un hereje, un pagano puede evitar el mal; pero un cristiano ¿puede salvarse sin buenas obras? El siervo fiel es recompensado con la bienaventuranza eterna, porque ha llenado con puntualidad hasta las mas pequeñas obligaciones, y el título que da derecho á todos los elegidos á la herencia del Padre celestial es el haber visitado á los pobres enfermos y á los encarcelados, y haber santificado sus dias con el ejercicio de las obras de misericordia. ¡Buen Dios! ¡qué error el imaginarse que basta evitar el mal, sin obrar el bien! ¡Y cuántas personas seculares, acaso tambien eclesiásticas y religiosas, serán escluidas de la mansion de los bienaventurados, por no haber hecho el bien que Dios exigia de ellas! ¡Qué de acciones de piedad omitidas! ¡Cuántas buenas obras descuidadas! ¡cuántos actos de virtud, cuántas obligaciones del estado olvidadas! El padre de familias no quiere siervos desidiosos; recompensa á la verdad á los últimos que han llegado, tan liberalmente alguvez como á los que han trabajado desde la primera hora; pero todos han trabajado, todos se han hecho dignos del salario por su fervor y por su piedad. «La recompensa que yo tengo de dar, dice el Señor, está conmigo, para dar á cada uno segun sus obras.» (Apoc. 22.) «No se lleva la corona sino el que ha combatido segun las reglas» con que debe hacerlo. (2 Timoth.)

El Evangelio de la misa de este dia es tomado del cap. 5 de san Mateo.

In illo tempore : Dixit Jesus discipulis suis : Nisi abundaverit justitia vestra plus quam scribarum et pharisæorum, non intrabitis in regnum cælorum. Audistis, quia dictum est antiquis : Non occides : qui autem occiderit, reus erit judicio. Ego autem dico vobis : quia omnis, qui irascitur fratri suo, reus erit judicio. Qui autem dixerit fratri suo, raca : reus erit concilio. Qui autem dixerit fatue : reus erit gehennæ ignis. Si ergo offers munus tuum ad altare, et ibi recordatus fueris, quia frater tuus habet aliquid adversum te, relinque ibi munus tuum ante altare, et vade prius reconciliari fratri tuo : et tunc veniens offeres munus tuum.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Si vuestra virtud no es superior á la de los escribas y fariseos, no entrareis en el reino de los cielos. Habeis oido que se ha dicho á vuestros antepasados: No matarás; mas el que matare (á su prójimo) merecerá ser condenado en el tribunal del juicio. Yo empero os digo, que cualquiera que se encoleriza contra su hermano, merecerá ser condenado por el tribunal del juicio. El que dijere á su hermano (para injuriarle) necio, merecerá ser condenado por el tribunal del consejo; y el que le llamare insensato, merecerá el suplicio del fuego. Así que, si presentando vuestra ofrenda al altar os acordáreis que vuestro hermano tiene algun motivo de queja contra vosotros, dejad allí vuestra ofrenda delante del altar, é id ántes á reconciliaros con vuestro hermano, y entonces volved en seguida á presentar vuestra ofrenda.

MEDITACION.

De la caridad que debe tenerse con el prójimo.

Punto primero.—Considera que no hay cosa que Jesucristo haya recomendado tanto, despues del mandamiento de amar á Dios, como el de amar á nuestro prójimo, llegando hasta cuasi equiparar estos dos preceptos. «Amarás á tu prójimo como á tí mismo.» Sin embargo, acaso no hay precepto mas mal observado que este. ¿Ámase al prójimo como se ama uno á sí mismo? Consideremos el amor que nos tenemos á nosotros mismos, y podremos fácilmente comprender cuál es la caridad que tenemos con nuestro prójimo. ¡Qué atencion, buen Dios, para conservar y para aumentar nuestra hacienda! ¡Qué solicitud para procurarnos el placer, y todo cuanto gusta al amor propio! ¡Qué indulgencia para con nosotros mismos! ¡Qué delicadeza sobre el punto de honor! ¡Con qué rigor sostiene uno sus derechos y sus intereses! ¡Con qué estima miramos nuestra reputacion! Siempre alerta contra todo lo que puede dañarnos; siempre industriosos para buscar todo lo que nos puede acomodar, y para echar fuera todo lo que puede inquietarnos y darnos pena. Jamás se halla satisfecho nuestro amor propio, así es que siempre está trabajando por satisfacerse. Nuestros deseos crecen con los años, y puede decirse que nuestro amor propio no envejece nunca. Este amor, pues, tan ardiente de nosotros mismos debe ser, segun el mandamiento del Señor, la medida, y como el modelo del amor que debemos tener al prójimo: juzguemos, pues, por nuestra conducta y nuestros sentimientos del amor que tenemos á nuestros hermanos. ¿Hubo jamás una indiferencia mas comun? ¿una frialdad mas constante? ¿una insensibilidad mas dura? ¿un olvido mas universal y mas marcado? ¡Qué sensibilidad en nuestros mas pequeños males! ¿es igual la que tenemos en los males del prójimo? ¿nos conmovemos mucho á la vista de sus miserias? ¿qué parte tomamos en sus adversidades? ¿qué regocijo en su prosperidad? Digamos mas bien lo que con no poca frecuencia esperimentamos, ¿qué disgustos, qué despecho, qué envidia no nos causa! ¿y no es efecto de una secreta antipatía? lo que inspira todos estos sentimientos tan poco cristianos es la pasion, es la disposicion de un corazon maligno lo que los produce. No se ama al prójimo, si no se le ama como á sí mismo; no se le ama, digámoslo mas exactamente, se le aborrece. De aquí la indiferencia, la insensibilidad, el disgusto, la dureza que llega alguna vez á producir un gozo maligno en sus desgracias. De aquí las palabras duras, los términos ofensivos, las injurias que el Señor condena á suplicios tan crueles. Qué os parece, ¿este segundo mandamiento, semejante al primero, ama-

rás á tu prójimo como á tí mismo, se guarda como se debe? ¡Buen Dios! si cualquiera que se encoleriza contra su hermano merece ser condenado por el tribunal de juicio, esto es, á una pena muy rigorosa; si cualquiera que dice á su hermano, necio, merece ser condenado por el tribunal del consejo, es decir á uno de los castigos mas crueles; si el que le llamare insensato merece el suplicio del fuego, ¿qué deben esperar los maldicientes, los calumniadores, los que desgarran la reputacion del prójimo y ennegrecen á sus hermanos? ¡Ah Señor! ¡á cuántos condenará la falta de caridad!

PUNTO SEGUNDO.—Considera lo que dice san Juan: El que no ama á su hermano, esto es, á su prójimo, está en estado de muerte. ¡Cuántos viven en el pecado! Sin duda este estado de pecado es el que ha hecho decir á Jesucristo, que si al presentar vuestra ofrenda al altar os acordais que vuestro hermano tiene alguna cosa contra vosotros, esto es, que le hubierais dado motivo para incomodarse, le hubiereis causado algun disgusto ó algun sinsabor, ya con vuestras palabras, ya con vuestra conducta, debeis dejar vuestra ofrenda delante del altar, ir ántes á reconciliaros con vuestro hermano y venir en seguida á presentar vuestra ofrenda; sin esto aun cuando ofrecieseis toda vuestra hacienda al Señor, seria rechazado vuestro presente, vuestra ofrenda seria reprobada. ¿Qué deben pensar, segun esto, aquellos cristianos duros, vengativos, llenos de hiel contra su prójimo, qué deben pensar de sus pretendidas buenas obras? ¿Y con qué cara, con qué imprudencia se atreven á acercarse al altar, ó á la sagrada mesa, teniendo un corazon helado para con sus hermanos y hasta lleno de ira contra el prójimo? ¡Qué error el creerse en buena conciencia, y que se vive con unas disposiciones cristianas, porque no se aborrece al prójimo, porque no se le hace ningun agravio, sino que solo se le mira con la mayor indiferencia! «El que no ama, está en un estado de muerte.» No basta, pues, el no quererles mal, es menester tambien quererles bien y hacerles bien. No basta el no estar irritados con ellos, es necesario tener con ellos una caridad ardiente y benéfica; es preciso, en fin, que el amor que nos tenemos á nosotros mismos, sea la medida y el modelo de la caridad que debemos tener á nuestro prójimo. ¡En qué lamentable estado se hallan, pues, todos los que conservan una frialdad habitual con el prójimo! ¡Buen Dios! ¡á cuántos condenará la falta de esta caridad cristiana!

No quiero yo, Señor, ser de este número, y yó espero, mediante el auxilio de vuestra gracia, amar de hoy en adelante á mi prójimo como me amo á mí mismo, y mi conciencia no será ya engañada por mi propio corazon.

JACULATORIAS.—Sí, Señor, yo estoy persuadido que el que no ama á su prójimo, se halla en un estado de muerte. (Juan. 3.)

Si nos amamos mutuamente, yo sé, ó Dios mio, que vos habitais en nosotros. (1. Joan. 4.)

PROPÓSITOS.

1 No solo está resfriada el dia de hoy la caridad, puede tambien decirse que está estinguida; aun entre los que componen una misma familia es muy rara. ¿Vióse nunca mas indiferencia, mas antipatía, ménos caridad? Si esta virtud consistiese en cumplimientos y en vanos ofrecimientos, no seria muy rara; jamás hubo siglo mas culto, mas cortesano, ni mas fecundo en ostentosas hazañerías de amistad, pero conócese hoy esta jerga; ella no es otra cosa que un comercio de ficcion y de monada, y cada cual se paga en la misma moneda. En el fondo no hay mas que disimulo, hipocresía. Mirad con horror este vicio tan general y tan contrario al espíritu del cristianismo. Acostumbraos á tener una verdadera caridad con vuestros hermanos, no esceptueis á ninguno, y en toda ocasion que se ofrezca dadles pruebas de ella. La verdadera caridad es siempre efectiva. Una caridad estéril no fué nunca verdadera caridad.

2 Tened un corazon tierno y sensible á las miserias de otro; regocijaos en su prosperidad, tomad parte en todas sus aflicciones y complaceos en consolarle en su miseria. No hableis nunca mal de nadie, imponeos una ley de escusar hasta sus mayores defectos. Un corazon verdaderamente cristiano fija poco su atencion en la diferencia de condiciones cuando se trata de hacer un servicio. ¡Cosa estraña! vense gentes que van á servir á los pobres en los hospitales, y se creerian deshonradas si fuesen á visitar á un pariente pobre; desde luego que se tiene aceptacion de personas, no hay ya caridad. Tened una caridad tierna y compasiva á vuestros domésticos; son tambien hermanos vuestros. Estended este amor benéfico á todas las personas afligidas, y en particular á los parientes pobres, á los pobres vergonzantes, y á los pobres presos.

DOMINGO SEXTO DESPUES DE PENTECOSTES.

Contiene tantos misterios el oficio de este domingo, que su historia no puede ménos de ser muy interesante, y llena de saludables instrucciones. El segundo milagro de la multiplicacion de los panes, cuando con siete solamente y unos pocos peces satisfizo Jesucristo á mas de cuatro mil personas, es el asunto del Evangelio de este dia, y en cuya consideracion se llama este domingo el de la multiplicacion milagrosa de los siete panes, diferente de la que refiere san Juan cuando el Salvador con solo cinco panes y dos peces satisfizo á mas de cinco mil personas. La Epístola nos enseña cuál es la virtud del bautismo, y sus maravillosos efectos; y cuán inocente y edificante debe ser la vida de los que han sido bautizados. Esto nos dará ocasion para esplicar las ceremonias del bautismo, todas á cual mas misteriosas y mas santas, y cuyo sentido ignoran un gran número entre los fieles.

Está tomado el introito de la misa del salmo 27, que es una oracion afectuosa del justo en la afliccion, el cual pone toda su confianza en Dios, bajo de cuya proteccion nada tiene que temer. Puede aplicarse este salmo á los justos perseguidos por los impíos, á Jesucristo tan maltratado por los judíos, y á la Iglesia perseguida por los paganos y por los herejes. David, inspirado por un espíritu profético, parece haber tenido presentes estos tres objetos manifestando sus sentimientos durante la persecucion injusta que sufria de parte de Saul, ó de su hijo Absalon, ó previendo lo que sufriria su pueblo algun dia durante su cautividad en Babilonia.

«El Señor es la fortaleza de su pueblo, y á su proteccion especial es á la que el pueblo y el rey deben su salud. Salvad, Señor, á vuestro pueblo: vos que le habeis elegido por vuestra heredad, derramad sobre él vuestras bendiciones; cuidad de conducirle, y haced que siempre triunfe de sus enemigos. Yo no cesaré de dirigiros, Señor,

mis clamores; respondedme, Dios mio, porque si permaneceis silencioso, me consideraré como aquellos á quienes encierra el sepulcro, que ya no pueden hacerse oir, ni pedir socorro.» La ingenuidad con que el profeta representa á Dios sus necesidades, su confianza en su misericordia y en su auxilio, tan marcada en todos sus salmos, que la Iglesia elige cuasi siempre para el introito de la misa de la mayor parte de los domingos del año; todo esto nos demuestra con qué simplicidad debemos esponer á Dios nuestras necesidades, y cuál es la confianza de que deben estar animadas nuestras oraciones.

La Epístola contiene lo que san Pablo escribe á los romanos en órden á la vida nueva de los que han sido bautizados, los cuales habiendo muerto al pecado por el bautismo deben tener gran cuidado de no dejarle revivir jamás.

«Todos cuantos, dice, hemos sido bautizados en Jesucristo, todos hemos sido bautizados en su muerte:» como si dijera, que solo por la sangre de Jesucristo, y por los méritos de su muerte, hemos sido lavados y limpios de la mancha del pecado, y que el bautismo no solo adquiere toda su eficacia de la muerte de Jesucristo, sino que él es el símbolo y la figura de ella. Por el bautismo representamos la muerte y la sepultura de Jesucristo, y por consiguiente debemos estar verdaderamente muertos al pecado, para vivir una vida nueva enteramente á ejemplo de Jesucristo resucitado. «Como por el bautismo, continúa el santo Apóstol, hemos sido sepultados con él para morir, del mismo modo resucitemos y salgamos con él de esta especie de sepulcro para glorificar á Dios el resto de nuestros dias por la santidad de una nueva vida.» Alude san Pablo á la inmersion en las aguas del bautismo, que es la figura de la muerte y de la sepultura del Salvador.

El bautismo que hoy se administra por la aspersion, se administraba en la primitiva Iglesia sumergiendo enteramente en el agua todo el cuerpo, de suerte que venia á quedar como sepultado en las aguas, como Jesucristo lo fué despues de su muerte en el sepulcro. Esta inmersion de todo el cuerpo representa de un modo mas sensible la sepultura del cuerpo del Salvador. Ahora bien, así como el Salvador no salió glorioso del sepulcro sino para no vivir ya mas que una vida del todo espiritual, impasible, inmortal, gloriosa; del mismo modo no debe el cristiano salir de este baño saludable, de esta especie de sepulcro en el que ha sido sepultado sumergiéndole en él; no debe, repito, salir de este baño, sino para llevar una vida pura, inocente, resplandeciente en virtud, una vida enteramente contraria al espíritu y á las máximas del mundo, una vida, en fin, cristiana, animada del espíritu de Jesucristo.

Otra comparacion hace todavía san Pablo, que esplica aun mas el sentido de la primera. «No solamente, dice, hemos sido sepultados como Jesucristo; hemos sido tambien engertados en la semejanza de su muerte, y por consiguiente debemos ser tambien como engertados en la semejanza de su resurreccion.» Admiremos la fuerza, la energía y el sentido maravilloso de este término: engertados: «complantati.» Así como una pua vive dependientemente del árbol en que está engertada y de donde saca toda su savia y su jugo, así tambien estando unidos á Jesucristo por el bautismo, como miembros del mismo cuerpo, es menester que él sea por su resurreccion el principio y el modelo de nuestra resurreccion espiritual á la vida de la gracia, como ha sido por su muerte el principio y el modelo de nuestra muerte espiritual al pecado. La pua muere, por decirlo así, separada del árbol del cual habia nacido, y resucita unida al tronco del cual saca todo su alimento y su jugo. Preciso es, pues, que el bautismo produzca en nosotros lo mismo que representa por su ceremonia; esto es, que así como la ceremonia del bautismo representa la muerte, la sepultura y la resurreccion gloriosa de Jesucristo, lo que se ve admirablemente bien en un engerto, puesto que la pua muere separada de su tronco primitivo, es sepultada ingeriéndola en el nuevo, y resucita cuando arroja hojas, flores y frutos unida al nuevo árbol, del mismo modo es menester que por el bautismo participemos de estos tres estados. Que sea por inmersion, ó por aspersion, es preciso que no solo estemos muertos á la vida del pecado que habíamos recibido de Adan, la cual ha destruido Jesucristo con su muerte en la cruz, sino que es necesario que seamos tambien sepultados como lo fué Jesucristo despues de su muerte; esto es, que seamos tan insensibles á todos los atractivos del pecado, como lo es un cuerpo en el sepulcro á todos los incentivos de los placeres de la vida: y como por la resurreccion tomó Jesucristo una vida nueva, impasible, gloriosa, inmortal, del mismo modo la nueva vida de la gracia que recibimos por el bautismo, debe estar exenta de la flaqueza de la recaida y de la muerte espiritual del alma que causa el pecado. Esto es lo que el santo Apóstol prueba siempre alegóricamente en todo el resto de la Epístola.

El hombre viejo, dice, ha sido crucificado con Jesucristo. El hombre viejo es el hombre tal como nace de Adan, con el pecado y los hábitos viciosos que le inclinan al pecado. Este hombre viejo es el que ha sido crucificado con Jesucristo, esto es, que habiendo Jesucristo satisfecho plenamente á la justicia de su Padre por su muerte en la cruz, ha destruido y como dado muerte al pecado; de modo que el pecador, por la aplicacion que se le hace en el bautismo de los méritos de la muerte del Salvador, obtiene la remision de sus pecados y es como mudado en un hombre nuevo por la infusion de la gracia santificante, mediante la cual deja de ser esclavo del demonio y se hace hijo de Dios; de pecador se hace justo; de hijo de ira, hijo amado con derecho á la herencia, heredero de Dios, coheredero del mismo Jesucristo, y hé aquí lo que san Pablo entiende cuando dice que por el bautismo, esto es, por la aplicacion que se nos hace en este sacramento de los méritos de la muerte de Jesucristo, queda destruido el cuerpo del pecado, lo que debe entenderse principalmente del pecado de orígen, que es como el tronco y la raiz de todos los demás, y que el santo Apóstol llama cuerpo de pecado. Como la muerte natural nos descarga de toda servidumbre y de todo empeño civil, porque un muerto no es mas esclavo; del mismo modo, dice san Pablo, la muerte espiritual debe librarnos de toda sujecion y de toda servidumbre con respecto al pecado. Estamos muertos al pecado por el bautismo, luego no debemos ya ser esclavos del pecado.

Continuando san Pablo la misma comparacion de nuestra muerte espiritual al pecado, con la muerte y la sepultura de Jesucristo; y de nuestra resurreccion á la vida de la gracia, con la resurreccion gloriosa del Salvador del mundo, exhorta patéticamente á todos los fieles á que no pierdan esta nueva vida. «No ignorais, les dice, que Jesu-

cristo, que ha resucitado, no muere ya, y que la muerte no tendrá ya dominio sobre él.» Tal es el modelo de nuestra resurreccion y de nuestra perseverancia en la vida de la gracia; y como Jesucristo por su resurreccion no vive ya mas que una vida divina, gloriosa, inmortal, así tambien los que han resucitado por el bautismo á la vida de la gracia no deben ya perderla; no deben vivir ya mas que para Dios; para amar y servir á Dios; su vida espiritual debe ser una vida pura, una vida cristiana; «porque, como el mismo Apóstol escribia á los colosenses, habeis sido muertos, y vuestra vida está escondida en Dios con Jesucristo.» Como si les dijera: vuestra vida está escondida en Dios: el mundo ve en vosotros una vida ordinaria y comun, no es esta de la que yo hablo; hablo de una vida enteramente espiritual y divina, escondida á los ojos de los hombres y únicamente conocida de Dios; esta es la vida de la fé y de la caridad que anima todas vuestras acciones y las hace agradables á Dios. En fin, Jesucristo no vive ya mas que una vida gloriosa. «Así tambien vosotros consideraos en verdad muertos por el pecado, pero que vivís por Dios en Jesucristo nuestro Señor.» Muriendo al pecado por el bautismo y la penitencia, espresamos en nosotros los tormentos y la muerte de Jesucristo; perseverando constantemente en la vida de la gracia, imitamos el ejemplo de la resurreccion de Jesucristo. Hermanos mios, concluye san Pablo, resucitados por el bautismo á la vida de la gracia, guardaos bien de perder nunca esta nueva vida por el pecado.

En toda esta Epístola trata san Pablo de inspirar á todos los fieles un deseo ardiente y eficaz de conservar la gracia del bautismo como el mas precioso de todos los tesoros, y de darles una idea justa de los efectos maravillosos del bautismo, cuyo mérito y precio ignoran la mayor parte de los mismos cristianos. No contribuye poco esta ignorancia tan universal en el dia de hoy, al desarreglo de las costumbres que tanto reina en el mundo. ¡Cuántos hay que no tienen mas que una nocion vaga é imperfecta de este sacramento, basa y principio de la religion cristiana! Basta solo penetrarse bien del sentido misterioso y moral de todas las santas ceremonias que le acompañan, para formar de él una alta idea; es vergonzoso que los fieles ignoren lo que les hace cristianos; y para remediar esta criminal ignorancia he creido á propósito esplicar aquí estas sagradas ceremonias, y desenvolver el misterio y el sentido de ellas.

Esplicacion de las ceremonias del bautismo.

Llévase á la iglesia una vela apagada delante del niño que debe ser bautizado, para indicar que siendo todavía aquel niño esclavo del demonio por el pecado original en que ha sido concebido y en que ha nacido, está aun en las tinieblas. El bautismo únicamente es el que las disipa, y por esto se ha llamado el bautismo «iluminacion,» y el dia en que se bautizaban solemnemente todos los catecúmenos en la iglesia, se llamaba la fiesta de las santas luces: en el mismo sentido la fé se llama un don y una iluminacion del Espíritu Santo, y por la misma razon tambien en la mayor parte de las diócesis, la vela que precede al niño que va á ser bautizado, se lleva apagada cuando se va á la iglesia, y encendida cuando se vuelve de ella.

San Cárlos en su admirable instruccion sobre el bautismo dice, que la razon porque el sacerdote detiene á la puerta de la iglesia á los que se presentan para recibir el bautismo, es porque son indignos de entrar en ella á causa del pecado original, que los hace hijos y esclavos del demonio. El lugar santo no admite mas que á los fieles; la casa de Dios no está abierta mas que para sus hijos. Dáseles á los bautizados un padrino y una madrina, para que estos presenten á la iglesia á aquel que debe ser bautizado, le impongan el nombre, y sean testigos del bautismo; para responder en su nombre á la Iglesia, dicen los Padres, y ser como su caucion de que cumplirá las promesas que hacen por él; en fin, para encargarse, en defecto de sus padres, de su instruccion en los puntos necesarios de la religion, y velar sobre su conducta. Por esto los concilios, y singularmente el primero de Milan, ordenan que los padrinos y las madrinas sean gentes de bien y buenos católicos, y prohiben al padre y á la madre que sean padrinos ó madrinas del que es bautizado, no solo á causa de la alianza espiritual que contraen los padrinos y las madrinas con la persona que tienen en las fuentes bautismales, y con su padre y su madre, sino tambien porque siendo el bautismo un nacimiento espiritual para la persona que es reengendrada, la Iglesia quiere que tenga, por decirlo así, una madre y un padre espiritual á quien el niño deba el respeto y la obediencia. Es muy estraño que teniendo los padrinos y las madrinas obligaciones tan importantes, las descuiden el dia de hoy hasta el punto de ignorarlas. ¡Qué cuenta tendrán que dar á Dios de una negligencia tan irreligiosa! En Francia se designaban antiguamente dos padrinos y una madrina para un niño, y dos madrinas y un padrino para una niña; mas en el dia el uso universal en la Iglesia es el de designar solo una madrina y un padrino.

Instruido ya el sacerdote por el padrino ó la madrina del nombre que se le quiere poner al niño que debe ser bautizado: ¿Qué pides, le dice, á la Iglesia? — La fé, responde el padrino por el niño. No quiere Dios en su servicio gentes que le sirvan por fuerza; quiere que los que adopta por hijos suyos, le quieran de buena voluntad tener por padre; quiere, sí, que se exhorte, que se solicite, hasta que se apremie, en cierto modo; pero no quiere abrir su casa sino á aquellos que desean y piden voluntariamente entrar en ella: dirígese siempre el sacerdote en esta ceremonia al que debe ser bautizado; él mismo es el que debe responder siendo adulto, y si es niño responden por él y en su nombre el padrino ó la madrina. «¿Y para qué debe servirte la fé que pides?» continúa el sacerdote. «Para merecer la vida eterna,» responde el padrino ó la madrina. «La vida eterna,» repone el sacerdote, «es esta: amarás al Señor tu Dios de todo tu corazon y de toda tu alma, y á tu prójimo como á tí mismo; este es el primero y el mayor de los mandamientos.» Como si dijera, no basta simplemente tener fé para merecer la vida eterna. En nuestra religion es necesario creer, y es necesario al mismo tiempo obrar conforme á lo que se cree. La fé de un cristiano no debe ser puramente especulativa, debe ser práctica. Para merecer la vida eterna es preciso creer sus misterios, seguir su moral, y guardar sus mandamientos. Ahora bien, toda la moral cristiana se contiene en este precepto, que es la base y el compendio de todos los demás: amarás al Señor tu Dios; nó á medias y con reserva: Dios no quiere un corazon dividido, sino que quiere que le amemos con

todo nuestro corazon; esto es, sin division: que le amemos con toda nuestra alma; esto es, que le amemos solo á él con un amor de preferencia, que no amemos á ninguna criatura como á él, ni con él; que amemos á nuestro prójimo como á nosotros mismos, pero por amor de él. El amor que nos tenemos á nosotros mismos debe ser la medida del que debemos tener á nuestro prójimo, y de la observancia de este doble mandamiento depende la observancia de todos los demás, así que es el primero y el mas grande de todos; y para dar á entender el valor de esta primera leccion, el sacerdote repite tres veces estas importantes palabras: «La vida eterna es esta: amarás al Señor tu Dios de todo tu corazon y de toda tu alma, y á tu prójimo como á tí mismo; este es el primero y el mayor de los mandamientos.»

En seguida el sacerdote sopla tres veces sobre el niño que debe ser bautizado, diciendo en cada una de ellas: «Sal de esta alma, espíritu inmundo, y cede el lugar al Espíritu Santo, nuestro consolador,» nuestro abogado, nuestro maestro. Esta ceremonia de soplar tres veces sobre el niño en honor de la santísima Trinidad, se hace, dice san Agustin, para arrojar al demonio por la virtud del Espíritu Santo, que se llama soplo de Dios; sopla en forma de cruz, para denotar que debe ser arrojado el demonio por los méritos de Jesucristo crucificado.

No es ménos misteriosa la ceremonia que sigue á esta. Hace el sacerdote la señal de la cruz sobre la frente y sobre el pecho del niño, nombrándole por su nombre, diciendo estas palabras: «Recibe el sello de Dios Padre omnipotente, sobre la frente y sobre el corazon, á fin de que cumplas todos sus mandamientos, y guardes todos sus preceptos.» Despues soplando tres veces sobre el rostro del niño, le dice: «Otra vez soplo sobre tí, catecúmeno, en virtud del Espíritu Santo, á fin de que todo lo que hay en tí de vicioso y corrompido, por la invasion de los espíritus malignos, quede enteramente purgado por la virtud y la gracia de este divino Espíritu, y por el misterio de este exorcismo.»

«Dignaos, Señor, por vuestra bondad,» continúa el sacerdote, «oir benignamente nuestras oraciones, y tomar bajo de vuestra proteccion al que habeis elegido por uno de vuestros hijos; conservadle por la virtud de la cruz del Señor, cuya señal acabamos de imprimirle, para que al paso que crezca en edad, conservando siempre cuidadosamente estas primeras prendas que le dais de vuestra gloria, merezca llegar á la gloria de la espiritual regeneracion por la exacta observancia de nuestros mandamientos. Por Jesucristo nuestro Señor.»

Déjase ver fácilmente que la cruz que se hace en la frente del que debe ser bautizado significa que un cristiano léjos de avergonzarse de la cruz de Jesucristo, debe por el contrario preciarse de ella, poner su gloria en las humillaciones y en los sufrimientos, para asemejarse mas á este divino modelo; avergonzarse de la cruz, es avergonzarse de ser cristiano. Hácese tambien la señal de la cruz sobre el corazon por dar á entender que un cristiano debe amar la cruz, debe poner toda su confianza en Jesucristo crucificado y que no le basta llevar la cruz en la frente, sino que es menester que ella sirva de freno á todas sus pasiones, que sazone tambien sus placeres, y que el amor de la cruz sea el contraveneno del amor propio. Todas las demás señales de la cruz que el sacerdote hace sobre la persona del que se quiere bautizar, significan que el bautismo adquiere toda su virtud y toda su fuerza de la cruz de Jesucristo, y de los méritos de su pasion. Se le da el nombre de un santo, el cual por este hecho se le constituye su protector particular despues de Jesucristo, y que al mismo tiempo debe ser su modelo. Hácense sobre los que deben ser bautizados muchos exorcismos para arrojar al demonio, bajo de cuya potestad se hallan por el pecado original, dicen san Cipriano, san Agustin y san Gregorio de Nacianzo; y si se hacen estos mismos exorcismos sobre aquellos á los cuales no hay mas que suplir las ceremonias del bautismo, no obstante que ya no están bajo la postestad del demonio, puesto que han sido bautizados, es para impedir que se acerque á ellos y les dañe; lo cual hace ver de cuánta consecuencia son estas santas ceremonias.

Como en los primeros siglos de la Iglesia casi no se bautizaban mas que adultos, se tenia gran cuidado de preparar para el bautismo, por medio de repetidas instrucciones, las personas racionales que pedian este sacramento. Llamábaseles los catequizados ó catecúmenos á causa de estas instrucciones: la palabra catecúmeno es una voz griega que significa una persona que se instruye, se catequiza. Habia propiamente dos especies de catecúmenos, á saber, los que eran solamente «oyentes,» que era el nombre que se les daba; y los que estaban suficientemente instruidos, á los cuales se les llamaba «competentes.» No solamente se distinguian los catecúmenos por el nombre sino tambien por el lugar: colocábanse con los penitententes en el pórtico que estaba al estremo opuesto del coro ó del santuario. No se les permitia tampoco asistir á la celebracion de la Eucaristía. Despues de las oraciones y el sermon, les intimaba un diácono que se retirasen, diciéndoles: «Idos, catecúmenos, concluyóse para vosotros.» No se queria que fuesen testigos de los sagrados misterios, porque no estando bautizados ni habiendo recibido el Espíritu Santo, no eran capaces de comprenderlos, y porque se les queria conducir á esta comprension por grados. Dábase parte del pan bendito á los catecúmenos, para que así tuviesen una especie de comunion con los fieles. La Iglesia en el dia dirige esta palabra á los niños que son presentados al bautismo, lo mismo que á los adultos que le piden: á escepcion de la instruccion, de que los niños son incapaces, las mismas ceremonias se practican con los adultos que con los niños. Volvamos, pues, á las ceremonias del bautismo.

Despues de los exorcismos sobre el que debe ser bautizado, le pone el sacerdote sal en la boca, diciendo estas palabras: «N. (aquí el nombre del que se bautiza) recibe la sal de la sabiduría que te sirva para llegar á la vida eterna. Amen.» Jesucristo ha querido que todos los sacramentos fuesen signos sensibles de la gracia interior é invisible que producen en el alma del que los recibe; y la Iglesia, animada del espíritu de Jesucristo, ha cuidado de que todas las sagradas ceremonias que acompañan á los sacramentos fuesen tambien símbolos sensibles. Es el símbolo un signo y una especie de emblema ó representacion de una cosa moral, indicada por las imágenes ó propiedades de las cosas naturales. La propiedad de la sal es que no teme corrupcion alguna, y aun preserva de ella las viandas que con ella se sazonan; y sirve maravillosamente para darles gusto, por lo cual es el símbolo de la sabiduría. Pone, pues, el sacerdote sal en la boca del que va á bautizar, para significar la verdade-

ra sabiduría, que es la ciencia de la salud, el gusto de las cosas del cielo, la incorruptibilidad de las costumbres que la Iglesia pide por ellos, y que deben ser inseparables de la vida cristiana, y por esto, dice san Agustin, emplea la Iglesia sal en esta ceremonia.

«Dios de nuestros padres, Dios autor y origen de toda verdad, os suplicamos humildemente, dice el sacerdote, que os digneis mirar con ojos favorables á vuestro siervo, á fin de que, habiendo gustado por la primera vez este misterioso alimento de sal, no permitais que sufra largo tiempo la hambre del alimento celestial. Haced, Señor, que toda su vida sea su espíritu fervoroso, que se alegre con la esperanza, y que jamás se desmienta á sí mismo en vuestro servicio; y dispensadle la gracia de que llegue á las sagradas fuentes de la regeneracion, á fin de que con todo el resto de los fieles merezca recibir la eterna recompensa que nos habeis prometido. Por Jesucristo nuestro Señor. Amen.»

Habiendo en seguida recitado el sacerdote aquel pasaje del Evangelio, segun san Mateo, donde se dice, que habiendo sido presentados al Salvador unos niños para que sobre ellos impusiese sus manos y orase, los echaban fuera los discípulos, pero Jesus les dijo: Dejad esos niños, y no les impidais que vengan á mí, porque el reino de los cielos pertenece á los que se parecen á ellos; y despues de haber puesto las manos sobre ellos se salió de aquel lugar: habiendo, pues, recitado el sacerdote este pasaje del Evangelio, introduce al catecúmeno ó al niño en la iglesia, diciendo: (aquí el nombre del que se bautiza) « entra en la casa del Señor; su ministro es el que te lleva á su presencia, para que tengas la vida eterna. Amen. »

Dice luego el sacerdote la oracion Dominical, y recita el Símbolo, que rezan con él el padrino y la madrina en nombre del niño: el Símbolo, porque la Iglesia no recibe al bautismo sino aquellos que hacen profesion de creer en Jesucristo, y de vivir en la fé de la Iglesia; la oracion Dominical, porque la Iglesia quiere asegurarse de que aquellos que recibe en el número de sus hijos, se servirán toda su vida de esta fórmula de oracion que Jesucristo mismo nos ha enseñado. Adviértase que al tiempo mismo que se introduce al catecúmeno en la iglesia es cuando se va rezando el Símbolo, para denotar que solo la profesion de la verdadera fé es la que puede merecernos la entrada en la Iglesia, la gracia del bautismo, y por fin la eternidad bienaventurada. Aquí el sacerdote tomando con el dedo pulgar un poco de saliva, toca con ella las orejas y las narices del niño, diciendo aquella palabra siriaca ó caldaica, de que se sirvió Jesucristo para curar á un hombre sordo y mudo: « Ephpheta: sean abiertas tus orejas » á la doctrina de Jesucristo, « y tus narices para que sientas el buen olor. » La Iglesia, dice san Cárlos, pide que aquel que va á ser bautizado oiga la voz de Dios y sus mandamientos, « á fin de que esta divina doctrina que el Señor nos ha enseñado, entrando por sus oidos, pase á su corazon, y sienta en él su dulzura. » Pide tambien « que sepa discernir el buen olor del malo, » esto es, « la sana doctrina de la que está corrompida;» la una y la otra entra por los oidos, y es muy interesante tener este discernimiento. Para significar esta doble gracia, se hace esta santa ceremonia sobre el órgano del oido y el del olfato.

Como por la gracia del bautismo nos admite Dios en su servicio, nos adopta por hijos suyos, y nos da derecho á su herencia, no quiere dispensar esta gracia tan singular sino con ciertas condiciones, las cuales son: el renunciar á Satanás, á su espíritu, á sus pompas y á sus obras; creer el misterio adorable de la Trinidad, el de la Encarnacion, de la Pasion de Jesucristo, de su Resurreccion y de la Eucaristía; en una palabra, todo lo que cree la Iglesia católica, apostólica, romana. El bautismo, dicen los Padres, es un empeño recíproco en que se obligan Dios y el hombre. « ¿Renuncias á Satanás? » dice el sacerdote al niño, nombrándole por su nombre, y él responde, « renuncio; » esto es, yo declaro que desde ahora y para siempre abandono el partido del demonio, y no quiero ya nunca pertenecer á su servicio. « ¿Renuncias á sus obras, es decir, á todos los pecados?»— « Renuncio.— ¿Renuncias á las pompas del demonio, » esto es, á las vanidades, al espíritu y á las máximas del mundo?— Sí, « renuncio » de todo mi corazon, y este empeño solemne, estas promesas las hago á la faz de la Iglesia; como si dijera: Pongo por testigo al cielo y á la tierra de que no quiero servir toda mi vida mas que á Jesucristo. Quiero guardar sus mandamientos; no trato de seguir mas que sus máximas; prometo que su Evangelio será la regla de mi conducta; miraré con horror, mientras me dure la vida, el espíritu y las máximas del mundo; me someto á creer todos los misterios que Jesucristo ha revelado; quiero seguir sus máximas y sus ejemplos; me coloco en el número de sus discípulos, á él es á quien tomo por maestro, y no quiero en adelante amar ni servir mas que á él. Esto es lo que todos los cristianos han prometido y jurado solemnemente á la faz de los altares y de toda la Iglesia, y sobre esto serán juzgados. Todos los cristianos están ligados á una promesa tan solemne. ¡Y cuántos mueren sin haber pensado en ello, y sin haberlo jamás ratificado! sin embargo, esta obligacion y estas promesas deben decidir de nuestra suerte eterna.

Hechas todas estas promesas, unge el sacerdote con el óleo sagrado de los catecúmenos el pecho y las espaldas del que va á bautizar, diciendo: « Yo te unjo con el óleo de salud en Jesucristo nuestro Señor, para que tengas la vida eterna. » Esta uncion se hace en forma de cruz, y significa la gracia que fortifica al cristiano en los trabajos y los combates de la vida espiritual; y que le endulzan, dice san Cirilo, el yugo de Jesucristo á que se somete. Esta uncion sagrada, dice san Ambrosio, indica que por el bautismo empezamos á ser como atletas de Cristo. Ungíanse los atletas con aceite para combatir en los juegos públicos, y esta uncion les servia para la victoria. Por esto, dice san Cárlos, nos enseña la Iglesia que no obtenemos la gracia del bautismo por nuestros méritos, sino por un puro beneficio de la misericordia de Jesucristo. Son bien sabidas las propiedades del aceite; sirve de remedio para las llagas, suaviza é ilumina; todo esto nos da á entender el misterio de esta uncion. En fin, despues de haber preguntado al que va á ser bautizado si cree en Dios Padre todopoderoso, criador del cielo y de la tierra; en Jesucristo su único Hijo nuestro Señor, que ha nacido y padecido por nuestra salud; en el Espíritu Santo, en la santa Iglesia católica, la comunion de los santos, la remision de los pecados, la resurreccion de la carne y la vida eterna; y despues de haber respondido á todos estos artículos, « Creo; » se le pregunta si quiere ser bautizado, pues que la Iglesia no concede el bautismo sino á los que le desean

y le piden : habiendo respondido el catecúmeno, ó el padrino ó la madrina en nombre del niño, « quiero, » el sacerdote le bautiza en la forma ordinaria, diciendo : « Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. » Despues haciendo la uncion del santo crisma en forma de cruz con el dedo pulgar sobre la cabeza del que acaba de ser bautizado, hace esta oracion : « Dígnese el Dios omnipotente, padre de nuestro Señor Jesucristo, que te ha reengendrado por el agua y el Espíritu Santo, y que te ha perdonado y remitido todos tus pecados, concederte la uncion del santo crisma y del óleo de salud para que consigas la vida eterna. Amen. » Hácese esta uncion en la cabeza del nuevo bautizado, para significar que el bautismo le hace en alguna manera, segun la espresion del Apóstol, miembro de una nacion escogida, de un pueblo santo, y del real sacerdocio ; como si le dijese : Tienes derecho para ofrecer á Dios hostias puras y santas; tus votos, tus oraciones, tus obras de misericordia y de penitencia son otros tantos sacrificios de alabanza y de acciones de gracias que ofreces al Señor, segun la espresion del profeta. Tú eres de una estirpe real, puesto que, en calidad de cristiano, participas del reinado de Jesucristo, y debes reinar con él en su reino en la mansion de la gloria. San Cárlos alega tambien otra razon de esta uncion que se hace en la cabeza del nuevo bautizado, á fin, dice, que sepa que desde aquel dia ha sido unido por el bautismo á Jesucristo su cabeza, en cualidad de miembro de su cuerpo místico; y que así como la palabra Cristo significa el ungido del Señor, que procede tambien de la palabra crisma, del mismo modo la palabra cristiano se deriva de la de Cristo.

La antigüedad de estas unciones aparece por toda la tradicion. Todo lo que la Iglesia consagra á Dios de un modo particular, lo consagra por la uncion de los santos óleos y del santo crisma. Los cristianos, pues, están enteramente consagrados á Dios, dicen los padres, por estas unciones. Son templos de Dios, y por consiguiente deben corresponder por la santidad de su vida á la santidad de esta consagracion. Pónese un lienzo blanco sobre la cabeza del nuevo bautizado, diciendo : « Recibe este vestido blanco, esta ropa santa y sin mancha, para que la lleves delante de nuestro Señor Jesucristo, á fin de que, conservando hasta el fin la inocencia de que ella es el símbolo, obtengas la vida eterna. Amen. »

Dábanse en otro tiempo vestiduras blancas á los nuevos bautizados, lo cual se hace todavía hoy cuando se bautizan adultos, para denotar la inocencia que se habia recibido en el bautismo; y los llevaban por espacio de siete dias, para significar que un cristiano debe conservar esta inocencia toda su vida y no perderla jamás por el pecado. El lienzo blanco que en el dia se pone sobre la cabeza del niño que se ha bautizado, dice san Ambrosio, equivale á aquellas vestiduras. En fin, dásele un cirio encendido al nuevo bautizado, para enseñarle que habiendo recibido la luz de la fé, debe cuidar mucho que no se estinga, y que él mismo debe ser, por decirlo así, una luz que arda y que luzca por el resplandor de sus virtudes y por el ardor de su caridad. « En otro tiempo erais las tinieblas mismas, » decia san Pablo á los fieles de Efeso; « ahora sois la luz en nuestro Señor. Caminad como hijos de la luz. »

Puede venirse en conocimiento de la antigüedad de las ceremonias que preceden, que acompañan y que siguen al bautismo, por la autoridad de Tertuliano, de san Basilio, de san Ambrosio, de san Agustin y de todos los Padres de la primera edad de la Iglesia, que las refieren todas como un ejemplo de las cosas que hemos recibido por tradicion de los mismos apóstoles. ¿Será, pues, escusable la ignorancia de los fieles sobre unos puntos tan interesantes, que pueden llamarse los rudimentos de nuestra religion? Las personas verdaderamente cristianas no dejan de celebrar todos los años el aniversario del dia de su bautismo, y de renovar con nueva devocion los votos y las promesas que hicieron en él.

Como el Evangelio de la misa de este dia refiere el segundo milagro de la multiplicacion de siete panes y unos pocos peces, semejante poco mas ó ménos al primero de la multiplicacion de cinco panes de cebada, referido en el cuarto domingo de cuaresma, nos remitimos á la esplicacion del Evangelio de aquel dia, para no hacer demasiado larga la historia de este.

La oracion de la misa de este dia es como sigue :

Deus virtutum, cujus est totum quod est optimum : insere pectoribus nostris amorem tui nominis, et præsta in nobis religionis augmentum : ut quæ sunt bona, nutrias; ac pietatis studio, quæ sunt nutrita, custodias. Per Dominum...

Dios de las virtudes, de quien únicamente depende todo verdadero bien; imprimid en nuestras almas el amor de vuestro santo nombre, y haced que crezca en nosotros el amor y el zelo de la religion, para que cultivando vos mismo las semillas de la virtud que habeis plantado en nosotros, las conserveis despues de haberlas cultivado, inspirándonos el estudio y el amor de la piedad. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

El Evangelio de la misa está tomado de la del apóstol san Pablo á los Romanos, cap. 6.

Fratres : Quicumque baptizati sumus in Christo Jesu, in morte ipsius baptizati sumus. Consepulti enim sumus cum illo per baptismum in mortem : ut quomodo Christus surrexit a mortuis per gloriam Patris, ita et nos in novitate vitæ ambulemus. Si enim complantati facti sumus similitudini mortis ejus : simul et resurrectionis erimus. Hoc scientes, quia vetus homo noster simul crucifixus est, ut destruatur corpus peccati, et ultra non serviamus peccato. Qui enim mortuus est, justificatus est a peccato. Si autem mortui sumus cum Christo, credimus quia simul etiam vivemus cum Chris-

Hermanos mios : Todos y cualquiera de los que hemos sido bautizados en Cristo Jesus, hemos sido bautizados en su muerte. En efecto, por el bautismo hemos sido sepultados con él para morir, á fin de que como Cristo ha resucitado por la gloria del Padre, del mismo modo tambien caminemos todos en una vida nueva. Porque si hemos sido ingeridos en la semejanza de su muerte, lo seremos igualmente en la de su resurreccion : sabiendo que nuestro hombre viejo ha sido crucificado con él, á fin de que sea destruido el cuerpo del pecado, y que nosotros de hoy mas no seamos ya esclavos del pecado; puesto que el que ha muerto, está libre del pecado. Y si nosotros estamos muertos con Jesucris-

to: scientes quod Christus resurgens ex mortuis, jam non moritur, mors illi ultra non dominabitur. Quod enim mortuus est peccato, mortuus est semel: quod autem vivit, vivit Deo. Ita et vos existimate, vos mortuos quidem esse peccato, viventes autem Deo, in Christo Jesu Domino nostro.

to, tambien creemos que viviremos con él: sabiendo que Jesucristo que ha resucitado, no muere ya, y que la muerte no tendrá ya mas poder sobre él. Porque aunque ha muerto por el pecado, ha muerto solo una vez, mas cuando vive ya, no vive sino para Dios; así tambien vosotros haced cuenta que estais muertos para el pecado, pero que vivis para Dios en Jesucristo nuestro Señor.

San Pablo en este capítulo comprende en pocas palabras una leccion interesante sobre el bautismo, la cual es un compendio instructivo de toda la moral cristiana. Esta sola Epístola de la misa de este dia, bien meditada, puede servir de asunto de meditacion para todos los dias del año.

REFLEXIONES.

«Porque aunque ha muerto por el pecado, ha muerto solo una vez; mas cuando vive ya, no vive sino para Dios.» Jesucristo es el divino modelo que todos debemos copiar. Las copias pueden ser á la verdad mas ó ménos perfectas, pero todas deben ser semejantes: la salvacion, la predestinacion gira sobre esta semejanza: «los ha predestinado tambien, para que sean conformes á la imágen de su Hijo. (Rom. 8.)» Esto es, para que espresen en sí mismos la imágen de Jesucristo por su paciencia en las aflicciones, por la perseverancia en la inocencia, y por la práctica de todas las demás virtudes de que el Salvador les ha dado el modelo; á fin de que Jesucristo, que es el Hijo único por naturaleza, tenga muchos hermanos por adopcion, á los cuales comunique el derecho de entrar en la herencia de los hijos. Ahora bien, uno de los rasgos mas marcados de este divino modelo es, que habiendo muerto una sola vez por nuestros pecados, vive por siempre para Dios. Nosotros hemos muerto al pecado por el bautismo, el cual no se reitera; no debemos pues morir ya por el pecado: hemos resucitado á la vida de la gracia por la virtud de este sacramento; no debemos ya perderla por la recaida en el pecado. La pérdida de la inocencia bautismal borra toda esta semejanza preciosa con el divino modelo. ¡Buen Dios! ¡qué pocos retratos se encuentran en el dia de hoy entre los cristianos que se os parezcan! Hay muchas copias, pero pocas que sean semejantes; el pecado borra los principales trazos. ¿Se hallan en el dia muchos que conserven hasta la muerte su inocencia bautismal? ¿Está nuestra resurreccion tan segura contra la muerte, como la de Jesucristo? Parece, por el contrario, que en estos tiempos el pecado previene en los niños al uso de la razon. Deben, sin duda, esta prematura malicia á los malos ejemplos que les dan los domésticos y los padres. En otros tiempos habia al parecer una edad privilegiada; mas hoy puede decirse que el pecado es de todas las edades. No se espera á que la razon se desenvuelva; previénenla las pasiones, las cuales restablecen muy pronto al demonio en todos sus antiguos derechos: tal es el fruto de una mala educacion y de los malos ejemplos. Pero en esta corrupcion general de las costumbres, en este triste naufragio de la primera inocencia, ¿qué remedio queda, qué recurso hay? El único recurso es la penitencia; así es; pero segun san Ambrosio, ¿no es en la actualidad la verdadera penitencia tan rara como la inocencia bautismal? La penitencia sola puede reparar los rasgos borrados por el pecado. Pero ¿de qué edad es fruto la penitencia? Muérese á la gracia todos los dias; con frecuencia aun muchas veces al dia, por un monton de recaidas, y la resurreccion espiritual del alma se difiere hasta la muerte. ¿Y es esto á lo que nos exhorta el santo Apóstol? ¿En cuántos se encuentra lleno de vida en la hora de la muerte el hombre viejo destruido en el bautismo? ¿Vívese hoy en el mundo para Dios? ¿Hállanse muchos fieles que no vivan mas que para Dios? ¿y despues de esto se estraña que sea tan pequeño el número de los elegidos?

El Evangelio de la misa de este dia está tomado del de san Marcos, cap. 8.

In illo tempore: Cum turba multa esset cum Jesu, nec haberent quod manducarent, convocatis discipulis, ait illis: Misereor super turbam, quia ecce jam triduo sustinent me, nec habent quod manducent: et si dimisero eos jejunos in domum suam, deficient in via: quidam enim ex eis de longe venerunt. Et responderunt ei discipuli sui: Unde illos quis poterit hic saturare panibus in solitudine? Et interrogavit eos: Quot panes habetis? Qui dixerunt: Septem. Et præcepit turbæ discumbere super terram. Et accipiens septem panes, gratias agens, fregit, et dabat discipulis suis, ut apponerent: et apposuerunt turbæ. Et habebant pisciculos paucos: et ipsos benedixit, et jussit apponi. Et manducaverunt, et saturati sunt, et sustulerunt quod superaverat de fragmentis, septem sportas. Erant autem qui manducaverant, quasi quatuor millia: et dimisit eos.

En aquel tiempo: Como se hallase con Jesus una gran muchedumbre que no tenia nada que comer, llamó á sus discípulos y les dijo: Me compadezco de esa multitud, porque hace tres dias que no me dejan y nada tienen que comer, y si les despido á sus casas en ayunas, les faltarán las fuerzas en el camino, porque algunos han venido de léjos. Respondiéronle sus discípulos: En un lugar desierto como es este, ¿de dónde podremos hacer pan para satisfacerlos? Y en seguida les preguntó: ¿Cuántos panes teneis? Siete, le dijeron. Oido esto, ordenó que aquella multitud se sentase en tierra. Inmediatamente tomó los siete panes, y dando gracias los partió y los dió á sus discípulos para que los sirviesen á las tropas, y así lo hicieron. Tenian tambien unos pocos peces, los cuales bendijo y mandó que se les sirviesen. Toda la multitud comió y quedó satisfecha, y de los pedazos que quedaron se llenaron siete espuertas. Y el número de los que habian comido, era de cerca de cuatro mil personas; y los despidió.

MEDITACION.

Del cuidado que Dios tiene con los que se dedican á su servicio y le siguen.

Punto primero.—Considera que no puede uno ser dichoso en la tierra, sino en el servicio de Dios. ¿Qué tenemos que temer con un Señor semejante? Él ama tiernamente á todos sus siervos; ¿qué puede faltar bajo la pro-

teccion de un Señor omnipotente á quien todo obedece, todo cede? Dichosos los que se han consagrado á vos, Señor, esclama el Profeta; vos les servís de asilo contra todos los accidentes de la vida, y bajo la proteccion divina están á cubierto de todos los males. El Señor se digna tomarme bajo su tutela, yo no careceré jamás de nada en los escelentes pastos adonde me ha conducido. Seamos fieles en servirle y en seguirle. ¿El que mantiene á los pájaros del cielo, dejará morir de hambre á los que están en su servicio? aunque fuera necesario obrar los mayores milagros, no dejará que jamás falte nada á sus siervos. Basta para prueba reflexionar con atencion sobre lo que refiere nuestro Evangelio. Una multitud de cerca de cuatro mil personas siguen al Salvador al desierto, y ocupados únicamente con el placer de verle y de oirle, se olvidan hasta de su alimento y no piensan en buscar que comer; mas este amable Salvador no los olvida. Él solo piensa en su subsistencia. Me compadezco de esta muchedumbre, dice á sus discípulos, porque hace tres dias que no me dejan, y no tienen nada que comer; si los despido á sus casas sin tomar alimento, les faltarán las fuerzas en el camino, porque algunos han venido de léjos. Pensemos, meditemos, consideremos todas estas palabras: no hay una que no indique el fondo de bondad inagotable de que está lleno su corazon en favor de los que no le dejan. Ninguno de los apóstoles piensa en las necesidades de aquellas gentes, solo piensan en sí mismos; pero Jesucristo las ama con mucho estremo para que deje de pensar en ellas. Siéntese movido de compasion de todo aquel pueblo, ve sus necesidades, no oye que nadie se las represente, y él por sí las previene. Fija su consideracion en lo largo del camino y en la fatiga para andarlo, piensa en los accidentes que podrian sucederles, y medita al mismo tiempo en los medios de prevenirlos. Y á vista de esto, ¿podremos dejar de tener confianza en su bondad, teniendo la dicha de estar en su servicio? Su conocimiento no es un conocimiento seco y estéril; conoce sus necesidades y provee á ellas. ¿Es necesario hacer un milagro para satisfacer su ternura? nada le cuesta el hacerlo. Con siete pequeños panes y unos pececillos satisface á aquella muchedumbre hambrienta. ¡Buen Dios! ¡qué cuidado teneis de los que os sirven, y qué liberal sois para con vuestros siervos!

Punto segundo.—Considera que todas las maravillas mas patentes que Jesucristo ha obrado durante su vida mortal, son pruebas y símbolos de los milagros, por decirlo así, espirituales é invisibles que hace todos los dias en favor de sus siervos desde que ha subido al cielo. Su ternura para con nosotros no se ha debilitado por su triunfo. Además de que está continuamente con nosotros, vela desde el cielo sobre todas nuestras necesidades, las conoce perfectamente, y provee á ellas con el mismo cuidado, la misma bondad y la misma benevolencia. Amadísimos hermanos mios, decia san Pedro, poned toda vuestra confianza en Dios, servidle con buen ánimo, con ternura, con fidelidad, y no temais que os olvide en vuestras necesidades, ni que permita que os falte todo lo que necesitareis; «descargad en él todo lo que puede inquietaros, porque él tiene cuidado de vosotros. (1. Petr. 5.)» Ahora bien, si el Señor tiene cuidado de nosotros, si quiere que confiemos en él, ¿temeremos ó que carezca de poder, ó que falte á su palabra? y si tal vez no esperimentamos los dulces efectos de su providencia tan benéfica, culpémonos á nosotros mismos, á nuestra poca fé, á nuestras continuas desconfianzas, á nuestras infidelidades, á nuestra flojedad en el servicio de Dios, á nuestro poco fervor y devocion, á nuestra poca confianza. Nosotros le damos muy poco al Señor; aun cuando no nos pide sino lo mas fácil y lo mas justo, se lo negamos casi todo; y lo poco que le damos se lo damos con tanto disgusto, que no parece dárselo sino por fuerza y de mala gana. Esto es lo que debilita, lo que apaga nuestra confianza. Aquel pueblo corre en pos de Jesucristo; el deseo de oirle, y el placer de seguirle, hace que se olvide hasta de las necesidades de la vida. Léjos de quejarse ni de murmurar, en lugar de desanimarse por lo largo del camino, ó por la falta de todas las cosas en el desierto, no piensa ni en la fatiga ni en su debilidad, no piensa ni aun en volverse; pero tambien esperimenta inmediatamente los dulces efectos de la divina providencia. Bella leccion; pero censura muda y muy elocuente para tantos cristianos que no siguen á Jesucristo mas que de léjos, poco tiempo, y quejándose eternamente del trabajo que su imaginacion les abulta, y que su poco amor á Jesucristo les hace demasiado duro. Sirvamos á Dios con fidelidad, y le serviremos con confianza; sirvámosle con confianza, y él sabrá proveernos en todas nuestras necesidades. Esta es, Señor, la doble gracia que os pido: el que os ame sin division, que os sirva sin relajacion, y que os siga sin interrupcion; y yo espero en vos que me dispensareis el favor de velar sobre mi salvacion.

Jaculatorias. —El Señor se digna cuidar de mí, y nada me faltará. (Psalm. 22.)

Ninguno de cuantos han puesto su confianza en Dios ha sido confundido. (Eccles. 2.)

PROPÓSITOS.

1 ¿Podia Dios exigir de nosotros una condicion mas fácil ni mas suave para colmarnos de sus bienes, que el que pongamos en él toda nuestra confianza? Sin embargo, muchos no la llenan. No seamos nosotros de este número. Determinémonos á seguir á Jesucristo con confianza, y estemos persuadidos que nada nos faltará; pero sigámosle con el mismo zelo, con el mismo conato y la misma generosidad que el pueblo del Evangelio, y contemos seguramente con su proteccion. No nos desanimemos por dificultades pequeñas, ni por lo largo del camino; el amor de Jesucristo sostiene con facilidad y da fuerzas; consagrémonos á Jesucristo sin reserva, y él proveerá á todas nuestras necesidades.

2 Un medio para que Jesucristo provea á todas nuestras necesidades espirituales y corporales, es que nosotros mismos proveamos á las de los pobres. Seamos generosos en dar limosnas; nada obliga tanto al Salvador á que nos dispense grandes bienes como la caridad. Visitemos los pobres en los hospitales y en las cárceles, y hagamos cuantos servicios estén en nuestra mano á aquellos á quienes podamos ser útiles. Permanezcamos lo mas que pudiéremos con Jesucristo en el santísimo Sacramento, y tendremos parte en sus liberalidades.

DOMINGO SEPTIMO DESPUES DE PENTECOSTES.

«Pueblos esparcidos por el universo, dad palmadas, espresad con repetidas voces de alegría la parte que tomais en la gloria de vuestro Dios; porque él es el Señor,

él es el Altísimo. Rey grande y terrible, cuyo imperio se estiende sobre toda la tierra.» Estas son las palabras de entusiasmo, los clamores de alegría, las aclamaciones que la Iglesia ha elegido para el introito de la misa de este dia, y que son tan propias de un dia de triunfo. Este salmo, que se cree haber sido hecho por la vuelta del Arca despues de alguna célebre victoria, es una profecía clara del triunfo de Jesucristo sobre todo el infierno, y de la Iglesia sobre los gentiles y sobre las herejías todas. La Arca llevada en triunfo sobre la montaña santa, es una figura muy espresiva de Jesucristo subiendo al cielo; y los pueblos vencidos entonces por los judíos, nos representan perfectamente á los gentiles y á todas las naciones del mundo sometidas á la Iglesia. En efecto, ¿qué triunfo mas brillante, qué victoria mas completa que la de la fé? Subyugar pueblos enteros por la fuerza de las armas no es una gran maravilla: un torrente impetuoso inunda fácilmente todo un pais. Lo que sujeta los pueblos enteros es la multitud y la valentía de los soldados; no siempre son los conquistadores los que tienen la mayor parte en la victoria. Despues de todo, las cadenas no sujetan mas que á los cuerpos: ¿qué victorioso, qué conquistador ha podido sujetar jamás el corazon y el espíritu de sus esclavos? Así es que tampoco hay victoria de los héroes que sea entera y completa. La parte mas noble del hombre, que es el alma, queda siempre rebelada despues que el general de un ejército lo ha subyugado y lo ha vencido todo; en medio de los hierros ella es libre y siempre enemiga. Solo Jesucristo, solo Dios es el que ha podido subyugar todos los pueblos, someterlos á su imperio, reducir, por decirlo así, á servidumbre el espíritu y el corazon, y hacer publicar y recibir por todas partes sus divinas leyes, sin el auxilio de la multitud ni de las armas. Por severas que hayan sido estas leyes, por incomprensibles que hayan sido los dogmas de la religion, por opuesto que haya sido el Evangelio al corazon humano, todo se ha sometido; griegos y romanos, escitas y gaulas, pueblos bárbaros, pueblos civilizados y cultos, todo ha cedido, todo se ha humillado, todo se ha sometido voluntariamente al imperio de Jesucristo, y el corazon y el espíritu han sido su gloriosa conquista. Esta es la que debe llamarse victoria insigne, victoria completa, triunfo milagroso, el único que demuestra visiblemente la divinidad del conquistador, la santidad omnipotente de la ley, la verdad incontestable de nuestra religion, la autenticidad del Evangelio de Jesucristo y la suprema autoridad de la Iglesia. ¿Y el profeta que tenia presente esta maravilla no tenia motivo para esclamar: Palmotead, pueblos de la tierra, por vuestra dichosa suerte? saltad de alegría acordándoos de vuestra felicidad, y con vuestras aclamaciones celebrad una victoria tan admirable. Este parece que es el intento de la Iglesia en el curso del año, despertando de tiempo en tiempo nuestra fé con estos rasgos escogidos de los libros santos, y recordando al espíritu, en el oficio de los domingos, estos milagros permanentes.

La Epístola de este dia está tomada de la instruccion que san Pablo da á los fieles de Roma, para que en la vida nueva de la gracia observen una conducta diferente de la que llevaban cuando estaban en la servidumbre del pecado. Despues de haber hecho el santo apóstol un resúmen compendiado, pero patético, de las grandes ventajas de la ley de gracia sobre la ley antigua; despues de haber esplicado á los nuevos fieles sus deberes y sus obligaciones, y haberles hecho conocer la diferencia del estado funesto del pecado en que habian entrado por el bautismo, significándoles esto en la comparacion del estado de servidumbre con el de la mas dulce libertad; les exhorta á que nada omitan para llevar una vida pura, fervorosa, ejemplar, que corresponda á la santidad del Evangelio, de que hacen profesion, y á que sean tanto mas santos, cuanto que tienen mas medios de llegar á serlo. Para obligarles á la práctica de las buenas obras, san Pablo les representa que en la ley de gracia encontrarán una abundancia de auxilios, que la ley de Moisés por sí misma no proporcionaba, y que no pueden hallarse mas que en la ley de Jesucristo. Por lo demás, añade, la libertad que este divino Salvador ha venido á procuraros, no consiste en vivir en la independencia, sino solo en cambiar de señor. Como habeis hecho obras de muerte y de condenacion, mientras que habeis estado bajo de la esclavitud del demonio y del pecado, hoy que estais bajo de la ley de gracia debeis hacer obras de justicia; y puesto que os habeis sometido al yugo del Evangelio, en este mismo hecho estais obligados á hacer todo lo que él prescribe.

«Hablo como hombre, dice, á causa de la flaqueza de vuestra carne;» como si dijera: conociendo vuestra flaqueza, no os pido nada sublime, ni que pueda pareceros demasiado difícil; os pido solamente que hagais para agradar á Dios lo que tantas veces habeis hecho para agradar al mundo, para satisfacer á vuestras pasiones, para llegar al cabo de vuestros frívolos y quiméricos designios. Renovad en vuestro ánimo la memoria de todo lo que habeis tenido que sufrir en el servicio del mundo: ¡qué sujecion á sus duras y estravagantes leyes! ¡qué violencia, qué incomodidad mas universal! Hállanse en él tantos señores como concurrentes, á quienes es menester contemplar, y á quienes es preciso no desagradar. ¿Qué mas dura servidumbre que la del pecado? ¿Qué tiranía mas cruel que la de las pasiones? Cuesta mucho satisfacerlas. No hay estado alguno que no nos constituya en mayor esclavitud que el estado de pecado; ninguno en que haya mas que sufrir, y mas violencia que hacerse; y de todos estos trabajos, de todas estas sujeciones, de todas estas penas ¿qué frutos, qué ventajas se reportan? turbaciones, temores, inquietudes de espíritu, amargura, disgustos mortales, tristeza en el corazon, suplicios eternos desde esta vida. Dios nos promete una eternidad bienaventurada, una vida llena de dulzuras espirituales, una libertad aun en su servicio, acompañada de una dulce paz; y esto que no exige de nosotros todos los trabajos, toda la incomodidad, todos los sinsabores amargos que se hallan en el servicio del mundo: y despues de todo esto, ¿rehusaremos servir á Dios, guardar sus mandamientos, vivir segun las máximas del Evangelio? «Hablo como hombre.» Me avergüenzo de proponeros estos motivos naturales é interesados: ¿debe ser Dios amado y servido por otro motivo que por el honor y el placer de agradarle? ¿El mismo Dios no es un motivo suficiente para obligarnos á amarle? pero yo me acomodo á vuestra flaqueza, y las consideraciones caritativas y de compasion que guardo con vosotros deben inclinaros á obrar por motivos mucho mas perfectos; «porque así como habeis hecho servir los miembros de vuestro cuerpo á la impureza y á la injusticia para cometer el crímen, así tambien hacedlos servir ahora á la jus-

ticia para llegar á ser santos. Dios os ha perdonado vuestros pecados, pero no os ha dispensado de la obligacion de hacer penitencia. Vosotros por el bautismo habeis llegado á ser templos de Dios, menester es purificar este templo que habia sido manchado con tantas abominaciones é inmundicias: la gracia del bautismo le ha blanqueado, preciso es que la penitencia le adorne. La impureza, el orgullo, la intemperancia, y todos los demás vicios, habian hecho de él un objeto de horror á los ojos de Dios: es necesario que por la humildad, la pureza, el ayuno, y por la práctica de todas las virtudes cristianas, llegueis á ser un objeto de complacencia á sus ojos. Háceles entrar luego el santo Apóstol en una reflexion muy á propósito para desengañar á todo hombre de buen sentido, en órden á los placeres y vanos honores de esta vida: Vosotros os habeis entregado á todos los deseos criminales de vuestro corazon; os habeis constituido víctimas de vuestras pasiones: ¿qué no habeis hecho y sufrido para agradar á un mundo, á un tirano de quien voluntariamente os habeis hecho esclavos? «¿y qué ventaja habeis encontrado en estas cosas de que ahora os avergonzais? Porque en lo que ellas vienen á parar es la muerte.» El desarreglo de las costumbres, los placeres criminales cuestan mucho, y no dejan mas que arrepentimientos y disgustos. ¿Qué ventajas sacan los pecadores mas afortunados de sus pecados? El placer que ha sido como la flor de ellos, ha pasado en un instante; los remordimientos, la confusion, la vergüenza, frutos amargos de la iniquidad, permanecen. ¿Qué les queda á todas estas víctimas desgraciadas del infierno de todas sus injusticias, de su licencia desenfrenada, de todos sus pecados? Una desesperacion eterna, mas sensible que las mismas llamas que las devoran: hé aquí los frutos de sus crímenes. Y aun cuando el pecado hiciese al hombre feliz sobre la tierra, ¿qué puede ganar uno en esto, cuando se pierde por toda una eternidad?

«Por lo que hace al presente, estando como estáis libres del pecado, y sujetos á Dios, la ventaja que en ello teneis os conduce á vuestra santificacion, y termina en la vida eterna. Esto es lo que se gana en el servicio de Dios: una paz del corazon inalterable, una conciencia tranquila, una alegría interior sin mezcla, una vida llena de las satisfacciones mas puras, ¡y qué consuelo en la muerte y por toda una eternidad! una felicidad sin medida, sin intervalo, sin límite. «Porque el estipendio del pecado, continúa el santo Apóstol, es la muerte: mas la gracia que se recibe de Dios, es la vida eterna en Jesucristo nuestro Señor. ¡Qué dueño tan magnífico y liberal es el Señor, esclama un sabio y devoto intérprete! Recompensa con la vida eterna una fidelidad de pocos años, y alguna vez de pocos dias; y aun esta fidelidad es siempre debida á la gracia. Son sus propios dones, dice san Agustin, lo que recompensa cuando recompensa nuestra fidelidad. Justa idea, continúa, la que san Pablo nos da aquí del pecado: es un tirano que tiene á su sueldo míseros esclavos; les promete las mayores ventajas, y despues de haberlos arrebatado la libertad, y hecho esperimentar mil penas, el estipendio que les paga es la muerte.

El Evangelio de la misa de este dia nos enseña á conocer los falsos profetas, y nos exhorta á que estemos alerta contra sus seductores artificios. La voz profeta entre los hebreos no solo significa unos hombres inspirados de Dios para predecir lo futuro, sino tambien unos doctores esclarecidos é inspirados de Dios para enseñar al pueblo, y en este sentido deben tomarse los de que habla el Evangelio de este dia.

Jesucristo despues de aquel admirable discurso que hizo á sus discípulos y á una muchedumbre que habia concurrido con él á un valle, situado al pié de una montaña, en donde habia pasado toda la noche en oracion; despues de haberles enseñado las bienaventuranzas; esto es, las fuentes de la verdadera felicidad, y de haberles impuesto muchos preceptos y muchas máximas espirituales que comprenden cuasi toda la moral cristiana, quiso prevenirles contra los lazos y los artificios de los herejes, y de todos aquellos de quienes se serviria el demonio para perderlos, por medio de sus esterioridades hipócritas é imponentes. No hay en verdad cosa mas fácil que el imponer á las almas sencillas con un esterior devoto, estudiado y edificante. Como la caridad forma siempre una parte del carácter de las almas buenas, no pueden creer que los que no manifiestan mas que bondad sean malos. Un aire modesto y mortificado, una afectacion devota y austera, deslumbran; y como no se desconfia de ello, fácilmente es uno engañado. Conociendo el Salvador cuán peligroso era este artificio, y previendo los grandes males que hacian en todos tiempos estos hipócritas artificiosos, quiso prevenir á sus discípulos, y enseñarles á conocer los lobos disfrazados bajo de la piel de ovejas. Esto nos demuestra cuánto importa el no dejarse engañar de ellos, y qué desgracia es para una alma el caer en semejante lazo.

Guardaos, dice el Salvador, de los falsos profetas que vienen á vosotros disfrazados en ovejas, mas en lo interior son lobos rapaces. No hay cosa que mas seduzca que el artificio de que se sirven; un esterior que nada presenta que no sea laudable, engaña. Un aire de piedad, de mortificacion, de dulzura y de modestia, no es algunas veces otra cosa que una esterioridad de oveja de que se vale un falso doctor, para engañar con mas seguridad bajo de esta máscara.

Ya desde el tiempo de Jesucristo eran en gran número estos falsos doctores, y causaban un mal infinito en el pueblo, imitando, en todo lo que imponia, á los verdaderos profetas. Los antiguos y verdaderos profetas vestian muy sencillamente, y hacian una vida muy austera: llevaban vestidos de pieles, ayunaban rigorosamente, y se cubrian con sacos y cilicios. Tales eran Jeremías, Isaías y Juan Bautista. Los falsos profetas se vestian del mismo modo, presentábanse á la vista del pueblo grandes ayunadores, predicaban con énfasis la penitencia; nada habia mas fácil que el ser engañados por ellos. El Salvador, pues, nos enseña aquí á conocerlos y á desenmascararlos.

Los conoceréis, dice, por sus frutos. Jamás fué equivoca esta prueba. ¿Cógense racimos de las espinas, ni higos de los cardos? Júzgase de la naturaleza del árbol por los frutos que produce; como es el fruto, así es el árbol, y tal como es el árbol, tal es tambien el fruto; la prueba es recíproca: y como no es posible que un buen fruto venga de un árbol malo, tampoco es posible que un árbol bueno produzca un fruto malo. No os fieis de esterioridades deslumbradoras, dice san Gregorio, porque los lobos pueden cubrirse con la piel de las ovejas. Verdad es que por poco que se les observe de cerca se descubre muy

pronto la artimaña. Una piel sobrepuesta no da ni la voz, ni las inclinaciones del animal á que pertenece por naturaleza. Una humildad sincera, una caridad universal, una piedad sin artificio, una dulzura sin añagaza, una austeridad de vida sin ostentacion, un celo que nada tiene de escesivo, nada de amargo, distinguen al verdadero pastor á quien se debe seguir, del lobo de quien se debe huir. Desconfiemos de un zelo que no pierde nunca de vista sus propios intereses; de un zelo que impone cargas pesadas, á que no querria él aplicar un dedo; de una piedad sin caridad, de una caridad acompañada de aceptacion de personas. Los cardos no pueden llevar higos, ni los espinos racimos. Pero ¿qué se hace de un árbol que no da buen fruto, dice el Salvador? «Se corta y se arroja al fuego.» No habla aquí el Salvador de un árbol estéril; habla de un árbol que lleva frutos, pero malos frutos. Terrible leccion para aquellas personas que hacen muchas obras buenas en la apariencia, pero que no producen mas que frutos ásperos, de mal gusto, frutos podridos por la falta de pureza de intencion, por sus malos motivos. Gentes ricas en apariencia, pero que nada encuentran sus manos á la hora de la muerte. Personas zelosas que pueden decir: «Señor, Señor, ¿no hemos profetizado en vuestro nombre? ¿no hemos hecho muchos milagros en vuestra virtud?» Y á quienes se responderá: Retiraos de mí, porque jamás os he conocido. Vuestras pretendidas buenas obras han sido frutos de un corazon dañado por las pasiones y por vuestro amor propio. Un árbol malo lleva frutos; pero no puede llevarlos buenos.

«No todos los que me dicen, Señor, Señor, entrarán en el reino de los cielos;» quiere decir, que los que hacen profesion de cristianos y creen en Jesucristo no se salvarán, si no añaden á su creencia la observancia de los mandamientos: no basta creer el Evangelio es preciso seguir sus máximas; y hablar de Dios con uncion, hablar á Dios con confianza, sin hacer lo que manda, es un error que condena á muchas gentes. Vosotros decis á Dios, Señor, Señor, dice el nuevo autor de las Reflexiones morales, pero si vosotros le reconoceis por vuestro dueño, y no le obedeceis, es lo mismo que pronunciar vosotros mismos el decreto de vuestra condenacion. ¡Cuántos hay que creen haber hecho todo lo que deben para su santificacion, porque han estado mucho tiempo al pié de los altares, ó dentro de su oratorio! Menester es el orar; necesario es el orar mucho; preciso aun, en cuanto sea posible, el orar siempre; pero la oracion que no nos hace mas fieles á nuestros deberes, mas sumisos á la voluntad de Dios, mas dulces, mas caritativos, mas humildes, mas mortificados, mas ejemplares, seria una pura ilusion, y no nos abriria el cielo. «El que hace la voluntad de mi Padre celestial,» dice el Salvador, «ese es el que entrará en el reino de los cielos.» Esto es lo que caracteriza el valor y el mérito de las mejores acciones. Lo que parece mas laudable á los ojos de los hombres, suele ser algunas veces reprobado por el Señor. El justo vive de la fe, pero la fé sin la caridad es muerta, sin las buenas obras es inútil para la eternidad. Es menester que el corazon y la conducta correspondan á la fé y á las palabras. Las manos, y nó la voz de Jacob, son las que atraen la bendicion.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Deus, cujus providentia — O Dios, cuya providencia *in sui dispositione non fallitur: te supplices exoramus; ut noxia cuncta submoveas, et omnia nobis profutura concedas. Per Dominum...* — no se engaña en su conducta; humildemente os suplicamos que aparteis de nosotros todo lo que puede dañar á nuestras almas, y nos concedais todo lo que puede servirlas para la eternidad. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola está tomada del cap. 6 de la del apóstol san Pablo á los Romanos.

Fratres: Humanum dico, propter infirmitatem carnis vestræ, sicut enim exhibuistis membra vestra servire immunditiæ, et iniquitati ad iniquitatem, ita nunc exhibete membra vestra servire justitiæ in sanctificationem. Cum enim servi essetis peccati, liberi fuistis justitiæ. Quem ergo fructum habuistis tunc in illis, in quibus nunc erubescitis? Nam finis illorum mors est. Nunc vero liberati a peccato, servi autem facti Deo, habetis fructum vestrum in sanctificationem, finem vero vitam æternam. Stipendia enim peccati, mors. Gratia autem Dei, vita æterna: in Christo Jesu Domino nostro.

Hermanos mios: Hablo como hombre á causa de la flaqueza de vuestra carne. Porque así como habeis hecho servir los miembros de vuestro cuerpo á la impureza y á la injusticia para cometer el crimen, así tambien ahora hacedlos servir á la justicia para que llegueis á ser santos. En efecto, cuando eráis esclavos del pecado, habiais sacudido el yugo de la justicia. ¿Y qué ventajas habeis encontrado entonces en las cosas de que ahora os avergonzais? porque todas ellas no van á parar sino á la muerte. Ahora, pues, ya libres del pecado y sujetos á Dios, reportais de ello el fruto de vuestra santificacion, que lleva por fin á la vida eterna: porque el estipendio del pecado es la muerte; mas la gracia que se recibe de Dios, da la vida eterna en Jesucristo nuestro Señor.

Esta Epístola es continuacion de la del domingo precedente. Libres por la gracia del bautismo de la servidumbre del pecado, exhorta el santo Apóstol á los fieles á que lleven una vida cristiana, propia del estado de gracia en que han entrado.

REFLEXIONES.

«¿Y qué ventajas habeis encontrado entonces en las cosas de que ahora os avergonzais? La vergüenza, el pesar y el arrepentimiento son los únicos frutos del pecado; no se debe esperar de él otra cosa. Es una serpiente, dice el Sabio, que lisonjea, pero que pica; es un veneno preparado que se traga con placer, pero que tarde ó temprano causa crueles dolores; si se previesen bien todas las consecuencias funestas del pecado, habria pocos pecadores. ¿Qué ventajas se sacan de vivir enemigo de Dios, esclavo del demonio, víctima de mil remordimientos, destinado á las llamas eternas? El estipendio del pecado es la muerte; solicitándonos el demonio al pecado no nos promete otra recompensa. Satisfácese uno cuando peca, pero ¡qué cara cuesta esta criminal satisfaccion! Impureza, injusticia, venganza, ¿de qué sinsabores no vais seguidas; y de qué vergüenza, de qué amargo pesar, de qué espantosa desesperacion, de qué rabia por toda la eternidad? El peca-

do es una injuria insigne hecha á Dios, y al mismo tiempo el tirano mas cruel del hombre pecador. Puede decirse que el pecado mismo es la pena y el castigo del pecador. Embruteciendo el entendimiento, atormenta horriblemente el corazon; arma, por decirlo así, todas las furias contra el hombre pecador. Adormécese, atúrdese con el tumulto y el desarreglo; mas esto no es otra cosa que una pócima que suspende por algunas horas, por algunos dias, nó el sentimiento, sino la razon y el buen sentido; no se raciocina ya cuando se peca; pero al fin el adormecimiento no dura siempre: vuélvese de él, despiértase, y ¿qué vergüenza, qué indignacion, qué despecho no se concibe contra su propia tontería? ¡Buen Dios! ¡qué terribles tormentos causa la sola memoria de una vida pasada en el desarreglo y en el vicio! No hay crímen que no lleve consigo su suplicio. Salud arruinada, bienes disipados, familia atrasada, reputacion mancillada, nombre desacreditado, vosotros no sois el único gaje, por decirlo así, el único estipendio del pecado. ¡Qué confusion mas horrorosa, qué sentimiento mas amargo, cuando se ve, cuando se siente la pérdida que se ha hecho de un Dios, fuente de todos los bienes, cuando se compara la duracion eterna de la pena con la brevedad del placer; la sabiduría de los hombres de bien con la estravagancia de los libertinos; la felicidad incomprensible de los santos con la desgracia infinita de una alma condenada! No hay pecador alguno que tarde ó temprano no se avergüence de su pecado; no hay réprobo que por toda la eternidad no se llene de rabia al acordarse de su vida criminal. ¿Qué se han hecho al presente todos aquellos insignes pecadores, aquellos mundanos altaneros, aquellos libertinos insolentes que hacian alarde de sus desórdenes? ¿De qué les ha servido aquella licencia desenfrenada, aquel libertinaje triunfante, aquel desprecio orgulloso de las leyes mas santas, aquella ostentacion de sus propios crímenes? ¡Con qué arrogancia se mofaban de las mas terribles amenazas de un Dios omnipotente! ¡Con qué impiedad hacian burla de las mas espantosas verdades de la religion! ¡Con qué irreligion se vanagloriaban de sus delitos! Estos arrebatos de impiedad se han calmado en el lecho de la muerte; estos escesos violentos de un libertinaje desmedido se han estinguido en el sepulcro; los fuegos del infierno han hecho recordar á la razon, han restablecido el buen sentido, han hecho, por decirlo así, revivir aquella fé casi estinguida por el libertinaje; y entonces ¿de qué nos ha servido, esclaman con el Sabio, «de qué nos ha servido aquel orgullo,» aquella jactancia impía, que nos ha conducido á despreciar los buenos ejemplos, los avisos saludables, los remordimientos importunos de una conciencia justamente alarmada? ¿Qué fruto hemos sacado de aquellos tristes placeres, de aquella rebelion criminal de las pasiones, de aquellas satisfacciones odiosas? El placer ha pasado, la vergüenza y el arrepentimiento estéril no pasará. ¡Buen Dios! ¡qué amargo es un arrepentimiento; qué cruel cuando no debe acabarse jamás, y cuando siempre es sin fruto y sin remedio!

El Evangelio es de san Mateo, cap. 7.

In illo tempore: Dixit Jesus discipulis suis: Attendite a falsis prophetis, qui veniunt ad vos in vestimentis ovium, intrinsecus autem sunt lupi rapaces. A fructibus eorum cognoscetis eos. Numquid colligunt de spinis uvas, aut de tribulis ficus? Sic omnis arbor bona fructus bonos facit: mala autem arbor malos fructus facit. Non potest arbor bona malos fructus facere: neque arbor mala bonos fructus facere. Omnis arbor, quæ non facit fructum bonum, excidetur et in ignem mittetur. Igitur ex fructibus eorum cognoscetis eos. Non omnis, qui dicit mihi Domine, Domine, intrabit in regnum cœlorum: sed qui facit voluntatem Patris mei, qui in cœlis est, ipse intrabit in regnum cœlorum.

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos: Guardaos de los falsos profetas que vienen á vosotros disfrazados con las esterioridades de ovejas; mas en su interior son lobos rapaces. Por sus frutos los conocereis. ¿Cógense por ventura racimos de los espinos, ni tampoco higos de los cardos? Así es, que todo árbol bueno da buenos frutos, y todo árbol malo los da malos; un árbol bueno no puede dar malos frutos, ni uno malo llevarlos buenos. Todo árbol que no da buenos frutos, será cortado y arrojado al fuego; por los frutos, pues, los habeis de conocer. No todos los que me dicen Señor, Señor, entrarán en el reino de los cielos, sino aquel que hace la voluntad de mi Padre celestial; este es el que entrará en el reino de los cielos.

MEDITACION.

De la verdadera devocion.

Punto primero.—Considera que el desencadenarse tanto el dia de hoy contra la verdadera devocion, consiste en que no se la conoce, y se la confunde con cierta hipocresía esterior que agravia sobremanera á la verdadera piedad. Hay falsos devotos que se cubren con la máscara de la verdadera devocion; pero esta máscara no engaña mucho tiempo; por poco que se les considere de cerca, luego se descubre su falsedad. Los lobos cubiertos con la piel de oveja no tienen mas que la piel, y al través de esta piel dejan siempre entrever su humor feroz y carnicero. Su voz, su alimento, su marcha, todo los descubre. Los cardos no llevarán nunca higos; el fruto no desmiente jamás la naturaleza del árbol; los espinos no dejan nunca sus puntas, y por mas verdes que sean sus hojas, la aspereza de su fruto es insoportable. Por mas que la falsa devocion contrahaga la verdadera, sus frutos son muy contrarios para que pueda uno engañarse luego que de cerca uno observe su color, y haga la prueba por el gusto. No hay cosa mas amable, mas dulce, mas respetable que la verdadera piedad, su aire no es ni austero ni desagradable; no consiste en escesos de un zelo desmedido; aborrece la ostentacion y el fausto; es humilde, modesta, benigna, decorosa, sencilla, sin afectacion, sin gazmoñería, sin doblez. Enemiga de todo disfraz, gana el ánimo por su rectitud, y el corazon por su dulzura. Majestuosa por su simplicidad, cuanto mas humilde es, es tanto mas respetable: su mérito no depende del capricho ó de las ideas estravagantes de los hombres; su principio es la virtud sólida; la gracia es el alma; y Dios solo el objeto, el motivo y el fin. Sin razon se piensa que la rusticidad es natural á la devocion, porque alguna vez se encuentra en los que hacen profesion de devotos. La descortesía es un defecto que condena la verdadera piedad. La devocion no afecta, es verdad, un aire de escesiva cortesía, pero no olvida las menores atenciones, ni el mas pequeño de los deberes. Animada del

espíritu de Jesucristo, mira con horror el espíritu del mundo; hace una guerra irreconciliable al amor propio, y su ejercicio ordinario es la mortificacion de los sentidos y de las pasiones. La voluntad de Dios es el gran móvil que la hace obrar; Jesucristo en la cruz el gran modelo que se propone; el Evangelio su ley; la vida de los santos su escuela; y su aplicacion y estudio consiste en la práctica de las virtudes cristianas. El pensamiento de la muerte la consuela, el de la eternidad la ocupa, y el único objeto de sus votos es el cielo. Una piedad estudiada y artificial apenas va mas que por caminos estraviados y estravagantes. La verdadera piedad no sale nunca de su estado. La humildad, la modestia, la mansedumbre, una mortificacion continua, una caridad sin límites, un deseo puro de agradar á Dios, una puntualidad en cumplir con sus obligaciones, una fé generosa y universal, una confianza en Dios sin reserva, una perseverancia inalterable y superior á todos los acontecimientos, tales son los rasgos mas señalados de la verdadera devocion: consideremos si es este el carácter de la nuestra.

Punto segundo.—Considera que para agradar á Dios es necesario querer las cosas en el mismo órden que Dios las quiere, porque su voluntad debe ser regla de la nuestra, como que ella es el principio de todo bien. De aquí es, que el hombre justo no medirá jamás su condicion por su devocion, sino que siempre reglará su devocion por la condicion á que Dios le llama, y la hará consistir sobre todo en cumplir perfectamente todas las obligaciones de su estado. No tanta ostentacion de piedad, no tanta reforma esterior, no tantos lamentos por la relajacion de los demás, sino mas caridad, mas desinterés, mas buena fé, mas mortificacion, mas sentimientos bajos de sí mismo, ménos vivacidad sobre el punto de honor, ménos dureza sobre las miserias de otro, ménos delicadeza para su persona, estos son los puntos capitales y como el fundamento de la verdadera devocion. ¡Qué error el buscar uno su perfeccion fuera de su estado! Las condiciones son diferentes; pero la obligacion de cumplir en ellas todas sus obligaciones es la misma; no toda devocion es á propósito para todo género de condiciones. Lo que serviria para la santidad de los unos, seria un obstáculo para la salud de los otros. Son las diferentes condiciones, segun el Evangelio, como otros tantos árboles que deben todos llevar fruto, pero cada uno el fruto de su especie; y esto es puntualmente lo que hace nuestra cobardía y nuestras infidelidades mas inescusables. Si fuese necesario adquirir la perfeccion propia de un estado diferente de aquel á que Dios nos ha llamado, costaria esto mucho y la virtud seria penosa; pero ¿qué escusa le queda á ninguno sabiendo que la verdadera devocion consiste en el cumplimiento de las obligaciones de su estado? Una persona religiosa no está obligada para santificarse, mas que á observar exactamente sus votos; desempeñar con puntualidad todos sus deberes, y guardar sus reglas; su perfeccion, por decirlo con precision, consiste en la perfecta observancia de todas sus reglas. Un padre, una madre de familia halla, por decirlo así, reducida su perfeccion á la práctica de las obligaciones de su casa; omitirlas para ejercitarse en otras buenas obras, aunque sean de mayor perfeccion, es una ilusion. Correr á las iglesias y á los hospitales, mientras que el cuidado de la educacion de los hijos queda abandonada á discrecion de los domésticos, es una ilusion lamentable. Omitir los deberes de su estado, no guardar las reglas en el estado religioso que se ha abrazado, para hacer otras buenas obras, es, sí, trabajar mucho, pero todo en balde. Por mas santo que sea el zelo, deja de ser meritorio luego que es incompatible con los deberes que prescribe nuestro estado. Dios quiere ser servido conforme á su voluntad, y nó conforme á nuestra inclinacion y capricho; solamente ejecutando con puntualidad las órdenes de su Señor, es como agrada el siervo.

De este modo y con esta condicion quiero yo tambien, Señor, agradaros. Las obligaciones de mi estado serán de hoy mas las primeras que, mediante vuestra santa gracia, me propongo cumplir, y mi mayor devocion consistirá en hacer vuestra voluntad.

Jaculatorias.—Enseñadme, Señor, á que en todo haga vuestra voluntad, puesto que vos sois mi Dios. (Psalm. 142).

Renovad en mí, Señor, la pureza del corazon y la rectitud del espíritu, sin las que es imposible que yo os agrade. (Psalm. 50.)

PROPÓSITOS.

1 Una persona sólidamente virtuosa, es una persona sin amor propio, sin doblez, sin ambicion. Es una persona severa siempre consigo misma, y que no se perdona cosa alguna, al mismo tiempo que es indulgente con los demás, en cuyo favor todo lo escusa. Atenta sin afectacion, complaciente sin bajeza, oficiosa sin interés, exacta observadora de la ley sin escrúpulo, unida á Dios sin violencia. Un hombre verdaderamente devoto, es un hombre que siente bajamente de sí mismo, que estima á todos los demás, porque no ve en ellos mas que las virtudes que tienen, y no considera en sí mas que los defectos á que está sujeto. Como no se gobierna sino por las máximas sobrenaturales, nunca cree que los que le desprecian le hacen agravio, porque no cree se le deba el honor que le rehusan. Instruido en la escuela de los santos, prefiere las mas pequeñas obligaciones de su estado, á las acciones mas brillantes por su eleccion y por su gusto. En fin, es un hombre que nutre su inocencia con los ejercicios de la penitencia. Siempre contento, siempre afable, siempre en paz, siempre con una igualdad de humor inalterable, á quien no engrien los mas faustos sucesos, ni abaten los accidentes mas funestos; porque sabe que los bienes y los males de esta vida vienen siempre de una misma mano, y como la única regla de su conducta es la voluntad de Dios, hace siempre todo lo que Dios quiere, y quiere siempre todo lo que Dios hace. Tengamos continuamente este retrato y este espejo á la vista, y consideremos de tiempo en tiempo si nuestra devocion se parece á este modelo.

2 Confrontemos frecuentemente nuestra devocion con este retrato, y corrijamos los defectos que notáremos en nuestra conducta. Apreciemos como se debe las obligaciones mas pequeñas de nuestro estado, y consideremos qué reglas de nuestro instituto son las que guardamos con flojedad. No hay cosa pequeña en el servicio de Dios; sirvámosle con fervor; no sea nuestra devocion, ni enfadosa, ni floja, ni variable. Nada hay que así agravie á la verdadera devocion como el mal humor y los defectos groseros de los que pasan por devotos.

DOMINGO OCTAVO DESPUES DE PENTECOSTES.

Como la Iglesia nuestra buena madre en nada tiene tanto empeño como en la salvacion de sus hijos, reune todos los domingos á los fieles para darles lecciones importantes de salud, para reanimar mas su fé, renovar su fervor, prevenirles contra los peligros, animarles contra los esfuerzos y las astucias del tentador, consolarles en sus males, y sostenerles en todos los accidentes molestos de la vida. Ella les alimenta con el pan de la palabra de Dios, les fortifica con el uso de los sacramentos, y recordándoles cada domingo la memoria de las grandes verdades de la religion, procura siempre, por medio de aquellos rasgos mas señalados de la bondad y de la misericordia de Dios con nosotros, escitar nuestro amor y nuestro reconocimiento hácia él, é inclinarnos á que pongamos en él toda nuestra confianza. A esto precisamente se dirige todo el oficio de la misa de este dia. El introito nos trae á la memoria los mas señalados beneficios del Señor; la Epístola en pocas palabras nos presenta el retrato de un hombre espiritual, tal como debe serlo todo verdadero fiel; el Evangelio nos enseña el buen uso que debemos hacer para el cielo de los bienes terrenos, y en el ejemplo de un recaudador, infiel, pero ingenioso y previsor, quiere el Salvador darnos á entender la industria piadosa por medio de la cual debemos hacer servir á nuestra salvacion los falsos bienes de este mundo, de los que no tenemos, por decirlo así, mas que la administracion, y con los que, sin embargo, podemos ganarnos amigos y poderosos protectores en la otra vida. Esta industriosa sabiduría, este buen espíritu, junto con un corazon acomodado á él, es lo que pedimos á Dios en la oracion de la misa de este dia, la cual debe ser una oracion diaria para todos los fieles.

Nosotros, Señor, nos acordamos de todos los beneficios de que habeis colmado á vuestros siervos; «hemos recibido vuestra misericordia en medio de vuestro templo;» en medio de vuestro pueblo, como traducen los Setenta, san Crisóstomo, Teodoreto y san Agustin. ¡Qué de maravillas, ó Dios mio, no habeis obrado á favor nuestro! ¡qué solicitud, qué bondad, qué providencia paternal! ¿Podríamos, ó Dios, olvidar nunca á un Señor tan benéfico, ó dejar de confiar en un Salvador, en un Padre semejante? Vuestra gloria ha penetrado, ó Dios mio, hasta las estremidades de la tierra; en todas partes se os alaba de un modo proporcionado á la grandeza de vuestro nombre; exáltase, sobre todo, ese brazo justiciero que se ha armado para nuestra defensa. Es bien patente que el salmo 47, que en sentido literal puede entenderse de la proteccion de Dios sobre Jerusalen y sobre el pueblo judío, no debe entenderse en el sentido figurado sino de la proteccion singular de Dios sobre la Iglesia. Solo en el cristianismo donde puede decirse que la gloria de Dios ha penetrado hasta los confines de la tierra, y que el Señor es alabado en todos los pueblos de un modo proporcionado á la grandeza de su santo nombre. Antes de Jesucristo no era Dios conocido mas que en la Judea, y solo despues de la venida de este divino Salvador ha sido llevado y predicado á todas las naciones del mundo el conocimiento del verdadero Dios, y los predicadores evangélicos han anunciado á Jesucristo por todo el universo. La memoria de esta maravilla, de esta gran misericordia es lo que nos recuerda el introito de la misa de este domingo, para despertar nuestra fé y nuestro amor á Dios, y obligarnos á ocuparnos en continuas acciones de gracias.

La Epístola está tomada del capítulo octavo de la de san Pablo á los romanos. Habiendo hecho ver el Apóstol cuán diferente debe ser la vida de un cristiano de la de un hombre carnal, nos advierte que aunque la concupiscencia y las pasiones no quedan enteramente estinguidas por la gracia del bautismo, quedan no obtante muy derribadas, y no tienen mas imperio sobre nuestro corazon que el que nosotros les damos voluntariamente. Cita en seguida las razones que tenemos para contenerlas sujetas, y demuestra que debiendo ser un fiel un hombre enteramente espiritual, no debe vivir segun las inclinaciones de la carne.

«No somos deudores á la carne,» dice, «para que vivamos segun la carne.» No debemos nuestra vida á la carne. Nacemos hijos de ira, puesto que nacemos esclavos del pecado; solo á Jesucristo debemos nuestra libertad; somos reengendrados por el bautismo; debemos, pues, vivir para Jesucristo, segun su espíritu y sus máximas. En virtud de este nuevo nacimiento del agua y del espíritu, no estamos ya sujetos á la carne, al pecado, á la concupiscencia; no tiene ya esta imperio alguno sobre nosotros, y únicamente Jesucristo es el que debe reinar en nuestros corazones. Desgraciados de nosotros, si renunciando á la dichosa libertad de hijos de Dios, nos sometemos de nuevo al imperio del pecado. Jesucristo por los méritos de su sangre y de su muerte ha hecho pedazos nuestras cadenas, y ha destruido el imperio del demonio. Este enemigo mantiene, á la verdad, todavía alguna inteligencia en la plaza; nuestro amor propio, nuestros sentidos, nuestro mismo corazon pueden hacernos traicion, y nosotros debemos continuamente desconfiar de ellos; pero á menos que nosotros no queramos introducirle en el fuerte, serán inútiles todos sus esfuerzos; es un perro rabioso, dice san Agustin, que está encadenado; puede ladrar, puede chillar, pero no puede morder sino á los que se le acercan demasiado. «El que ha nacido de la carne,» decia el Salvador á Nicodemus, «es carne; pero el que ha nacido del espíritu es espíritu. A este oráculo alude aquí el santo Apóstol. Solo en el cristianismo es en donde Dios tiene adoradores que le adoren en espíritu y en verdad; solo en la religion cristiana es en donde se hallan hombres espirituales. Por esto el pueblo judío, aunque pueblo escogido y privilegiado, no obstante que él solo fué el que tuvo el conocimiento del verdadero Dios, y al que Dios eligió por su pueblo, era todavía un pueblo enteramente carnal. Esta maravillosa mutacion del hombre en hombre espiritual, debia ser la obra del Salvador; era necesario un Redentor que fuese hombre y Dios á un mismo tiempo para obrar esta insigne maravilla; la ha obrado, en efecto, y el hombre cristiano es la obra maestra de este hombre Dios.

«Porque si vivís,» continúa el Apóstol, «segun la carne, morireis:» esto es, si seguís los deseos de la carne y los movimientos de la concupiscencia, si haceis las obras de la carne que significan todo pecado grave, perdereis la vida de la gracia; morireis con una muerte espiritual desde esta vida, que será seguida en la otra de la muerte eterna; de la eterna condenacion. Por el contrario, si mortificais las obras de la carne, esto es, si os mortificais, si reprimís las malas inclinaciones de vuestro corazon, si

las haceis morir en vosotros, y no cometeis el pecado á que os solicita la concupiscencia, si domais vuestras pasiones, en una palabra, si mortificais por el espíritu las obras de la carne, vivireis una vida enteramente espiritual, vida sobrenatural, vida cristiana sobre la tierra, la cual será seguida de la bienaventuranza en el cielo. Vívese segun la carne, cuando se hacen las obras de ella, cuando se vive segun el espíritu y las máximas del mundo; y esta vida no tiene otro término que el infierno. Vívese segun el espíritu de Jesucristo, cuando se vive conforme al espíritu y las máximas del Evangelio. La vida del espíritu es la vida de la gracia, y ayudados de esta gracia nos mortificamos, domamos las pasiones, reprimimos las malignas impresiones de la concupiscencia, y dejamos de obrar las obras de la carne.

«Porque todos los que obran por el espíritu de Dios, son hijos de Dios;» y puede añadirse que no hay propiamente otros hijos de Dios que los que están animados del espíritu de Dios, que obran por la dulce impresion de este divino espíritu, que siguen sus luces y sus movimientos. Si nuestras obras, por mas laudables que sean, por mas buenas que parezcan, tienen otro motivo, nacen de otro principio, son obras vacías, obras defectuosas, obras muertas, por las cuales nos dice Dios: «No os conozco.» No así las de aquellos á quienes el espíritu de Dios hace obrar, dice san Agustin, nó por fuerza ni con violencia, sino exhortando por medio de sus dulces inspiraciones, ilustrando con sus vivas luces, ayudando con los auxilios de su gracia. «Sabemos,» continúa el Apóstol, «que todas las cosas concurren al bien de los que aman á Dios.» Si no obraseis nada, «si nada hicieseis,» añade el santo Doctor (serm. 13. de verb. Apost.) «no podria decirse que cooperabais con el Espíritu Santo.» El hombre coopera á su conversion con el Espíritu Santo; mas no coopera sino con el auxilio de la gracia.

Por lo demás, «vosotros no habeis recibido el espíritu de servidumbre de modo que vivais de nuevo en el temor.» Nó, no es ya un espíritu de temor el que debe haceros obrar como si continuaseis esclavos; el motivo que debe conduciros, y debe ser como el alma de todas vuestras obras, despues que habeis llegado á ser hijos adoptivos del Padre celestial, es el espíritu de amor. El espíritu de la ley de Moisés era un espíritu de temor; el espíritu del Evangelio de Jesucristo es un espíritu de amor. La antigua ley habia sido promulgada entre truenos y relámpagos que siempre inspiran terror; la ley nueva nació sobre el Calvario, sufriendo el Salvador la muerte por efecto de su grande amor: era raro en el antiguo Testamento el que se sirviese á Dios por puro amor; el temor de los castigos era el principal motivo que animaba á aquel pueblo carnal, á aquellos siervos medio esclavos; en el nuevo quiere Dios ser servido por amor. El espíritu propio de la ley de Moisés era un espíritu de terror y de amenaza, y bajo de esta idea es como la representa el Apóstol. La ley nueva por el contrario, siendo una ley de gracia, que nos comunica por sí misma el Espíritu Santo, y nos eleva á la dignidad de hijos de Dios, nos hace encontrar en la caridad un motivo mas eficaz y mas noble para obedecer. No es esto decir que no sea el mismo Espíritu Santo el autor del temor saludable, y del amor puro y sobrenatural; así lo ha definido la Iglesia, enseñándonos que en la ley nueva, que es una ley de amor, no debe escluirse el temor de las penas y de la justicia divina, con tal que comprenda las disposiciones señaladas por el santo concilio de Trento. El temor saludable es un don de Dios, lo mismo que el amor; mas estos dones no son iguales aunque vengan de la misma mano. El temor, dice san Agustin, comienza, por decirlo así, la conversion, y la caridad la acaba. Muchos profetas y patriarcas de la antigua ley han servido á Dios por amor: habíaseles ya desde entonces comunicado por anticipacion el espíritu del Evangelio, mirando á los méritos de Jesucristo; mas hoy debe reinar universalmente este espíritu en todos los fieles, puesto que en virtud de la gracia de adopcion que hemos adquirido por Jesucristo, no solo debemos llamar á Dios nuestro Señor, sino Padre nuestro. «Habeis recibido,» dice el Apóstol, «el espíritu de adopcion de los hijos de Dios en virtud del que clamamos Abba, Padre.» Como si dijese el Apóstol: Nosotros hebreos llamamos al Señor en nuestra lengua siriaca «abba,» que en vuestra lengua significa «padre.» Porque este mismo espíritu, añade, da testimonio al nuestro de que somos hijos de Dios, sobre todo despues que ha derramado en nuestros corazones su santo espíritu. La nueva alianza que Dios ha hecho con nosotros por medio de Jesucristo, es lo que nos da este derecho. No es esto decir que el dulce testimonio de una buena conciencia deba darnos una entera y absoluta certidumbre de nuestra justicia, dice el sabio intérprete que hemos citado repetidas veces, como falsamente piensan los herejes: lo que únicamente quiere decir el Apóstol es, que la confianza que los verdaderos fieles tienen de ser del número de los hijos de Dios no es ni vana ni presuntuosa, puesto que está fundada en la inspiracion y en el testimonio del Espíritu Santo. Todos aquellos á quienes el Espíritu Santo da interiormente este testimonio, son verdaderamente hijos de Dios; pero nadie sabe con una entera certeza si efectivamente el Espíritu Santo les da este testimonio. «No sabe el hombre,» dice el Sabio (Eccl. 9.), «si es digno de amor ó de odio:» y tiene mucha razon, por tanto, el Apóstol para exhortar á los fieles á que trabajen en su salvacion con temor y con temblor. (Philip. 2.) «Y si somos hijos,» concluye san Pablo, «somos tambien herederos; herederos, digo, de Dios, y coherederos de Jesucristo.» Esta augusta cualidad de hijos de Dios es la que nos da derecho á la herencia de nuestro Padre. Pero es menester que seamos hijos sumisos y respetuosos si queremos conservar este derecho. Un padre tiene derecho para desheredar á los hijos rebeldes. Nosotros no seremos reconocidos por verdaderos hijos de Dios, sino en tanto que fuéremos conformes á la imágen de Jesucristo paciente.

El Evangelio de la misa de este dia contiene la parábola del administrador, infiel en verdad, pero ingenioso para procurarse amigos que puedan servirle de escudo en su desgracia. El fin de esta parábola es inclinarnos á hacer amigos para el cielo por medio de las limosnas.

Habia un mayordomo de la casa de un hombre de cualidad, decia un dia el Salvador á sus discípulos, el cual habiendo disipado el caudal de su señor, fué acusado de malversacion en su encargo. Informado el señor de ello, le hizo presentar, y le dijo: ¿qué es lo que oigo decir de tí? asegúraseme que has disipado mi caudal, que has hecho mal uso del dinero que te he confiado, y que no tienes cuidado alguno de mis negocios; no puedo por tanto servirme de un hombre de quien todos se quejan. Pre-

párate, pues, para darme cuenta de tu administracion; porque no puedo continuarte ya la confianza de cuidar mis bienes. Fácil es comprender el sentido moral de esta parábola. ¿Quién no sabe que todos somos responsables al Señor; todos somos sus arrendadores y sus ecónomos? Todos los bienes que poseemos son de él, nosotros mismos somos suyos, y debemos un dia darle cuenta, no solo de los bienes esteriores que tenemos á nuestra disposicion, ricas herencias, terrenos dilatados, cuantiosas rentas, sino tambien de nuestro tiempo, de nuestra salud, de nuestros talentos, de las facultades de nuestro cuerpo y de nuestra alma; en fin de todo lo que tenemos, y de todo lo que somos; todo esto son bienes, son fondos que debemos beneficiar, y de que hemos de darle cuenta. Administradores infieles, apenas hay uno de nosotros que no sea acusado delante de él de haber disipado los bienes que nos habia confiado, y de haber hecho mal uso de ellos, y nuestro acusador es nuestra propia conciencia. «Dáme cuenta de tu administracion.» En la hora de la muerte, en el momento de nuestro juicio particular es cuando cada uno de nosotros recibirá esta órden. ¡Gentes mundanas, dad cuenta del uso que habeis hecho de vuestra salud, de vuestro tiempo, de vuestros talentos! ¡Grandes del mundo, dad cuenta de esos grandes bienes, de esos empleos brillantes, de esa autoridad, de esa magnificencia! ¡Ministros de la Iglesia, dad cuenta de esas pingües rentas, patrimonio de los pobres, de que no erais mas que unos administradores, de esos talentos que debisteis hacer fructificar! ¡Personas religiosas, dad cuenta de todas las ventajas temporales y espirituales que habeis recibido de mi bondad en vuestro estado! Todos hemos recibido; todos, pues, debemos un dia dar cuenta de nuestra administracion. ¡Buen Dios, y cuántos desgraciados!

Viéndose perdido y sin recurso el recaudador de nuestra parábola, ¿qué haré yo ahora, dice, porque mi señor me va á quitar el manejo de su hacienda? ¿qué partido tomaré? ¿Ponerme á cavador? no tengo fuerzas para azadonar la tierra; ¿pedir limosna? debe serme muy vergonzoso; mi edad no me permite tampoco aprender un oficio; en tal estremo le ocurre un espediente, ingenioso á la verdad, aunque injusto. Resuelve ganarse amigos á espensas del mismo caudal de su amo, á fin de encontrar por lo ménos una acogida en su casa cuando hubiere perdido su empleo. Habiendo, pues, hecho venir uno á uno á los deudores de su señor, les preguntó en particular á cada uno cuánto era lo que debian: uno respondió que debia cien barriles de aceite; y el otro cien medidas de trigo. Volvióles al uno y al otro sus obligaciones, haciéndoles formar otras nuevas en las cuales redujo los cien barriles de aceite del primer deudor á cincuenta, y las cien medidas de trigo del segundo á ochenta. Por este medio, aunque injusto, se aseguró un recurso en caso de necesidad en casa de aquellos á quienes acababa de agraciar; lo cual sabido por el señor, no pudo ménos de admirar la agudeza de su mayordomo que tan bien habia sabido proveer á su seguridad á costa de su amo, y hasta le alabó por haberse conducido con tanta habilidad y obrado con tanta advertencia en órden á su interés particular. Todo esto, concluye el Salvador hablando á sus discípulos, y en su persona á nosotros, todo esto os demuestra que las gentes del mundo, los hijos del siglo corrompido son mas hábiles, mas industriosos, mas vigilantes, mas ardientes, mas atentos para llegar al cabo de sus designios, para enriquecerse, para elevarse, para prevenir una desgracia, que los hijos de la luz para asegurar una felicidad eterna. ¡Qué vergüenza el vernos obligados á servirnos de esta comparacion, de este contraste de conducta para escitar nuestro zelo, y precisados á decirnos á nosotros mismos: hagamos por los bienes eternos, lo que hacen los mundanos por los bienes perecederos; y lo que ellos hacen todos los dias para perderse, hagámoslo al ménos para salvarnos! «Y yo os digo,» concluye el Salvador, «tratad de ganaros amigos en el cielo por el buen uso de vuestras riquezas, las cuales no son otra cosa que bienes falsos y muchas veces frutos de vuestras injusticias; emplead en buenas obras los bienes que Dios os ha confiado; y de que debeis darle cuenta. El administrador no pudo sin faltar á la justicia emplear, como aquel lo hizo, los bienes de su señor en procurarse amigos para el tiempo de su desgracia; pero Dios nos permite, nos manda aun que empleemos los bienes cuyo uso nos ha concedido en procurarnos amigos en el cielo. Dios, dice san Agustin, no autoriza aquí la injusticia; no aconseja que se empleen en buenas obras los bienes mal adquiridos. Jamás fué permitido hacer limosnas con el caudal de otro. Lo que se posee injustamente no debe darse á los pobres, sino que debe volverse á aquel á quien se le ha quitado: lo que el Salvador quiere darnos á entender en este pasaje es, que en lugar de emplear las riquezas en procurarnos la falsa amistad de los grandes, en tener muebles preciosos, una mesa delicada y espléndida y equipajes suntuosos; en lugar de emplear los bienes en gastos desatinados, en el juego, en el lujo y en diversiones que tarde ó temprano obligan al soberano Señor á arrojarnos de su servicio, y á reprobarnos como administradores infieles; pongamos en manos de los pobres los bienes que no pasan en la otra vida sino por el comercio de la caridad. Por medio de este cambio aseguramos su justo valor en el cielo; sin él todos los bienes terrenos perecen entre nuestras manos. Son de ningun valor por el cielo los bienes de la tierra, y solo por el comercio de la limosna logramos que nos sean útiles en la otra vida. Esto es lo que el Salvador ha querido enseñarnos en esta parábola. Es esta una leccion importante para todos; pero leccion, sin embargo, de que muy pocos quieren aprovecharse. «Mammon» es una palabra siríaca que significa riquezas, tesoros. La palabra «iniquidad» que se añade aquí á la de riquezas, no solo significa los bienes mal adquiridos, sino principalmente los bienes falsos, las riquezas engañosas, fuente ordinaria de iniquidad. El sabio Maldonado cree que para hacer una aplicacion justa de esta parábola es menester que estas palabras, «cuando llegareis á faltar, *cum defeceritis*, «se entiendan nó de la muerte, sino del estado del hombre pecador sobre la tierra, cuando desprovisto de mérito y privado de la gracia, se halla como sin funciones y degradado de sus antiguos privilegios. Entonces la limosna y las oraciones de los pobres son el medio mas eficaz para que obtenga la gracia y vuelva á entrar en el camino de la salvacion.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Largire nobis, quæsumus, Domine, semper spiritum cogitandi quæ recta Haced, Señor, por vuestra misericordia, que vuestro espíritu nos inspire siempre san-

sunt, propitius et agendi: ut qui sine te esse non possumus, secundum te vivere valeamus. Per Dominum nostrum...

los pensamientos, y nos haga obrar constantemente acciones santas, á fin de que los que no podemos nada sin vuestra gracia, vivamos siempre conforme á vuestro espíritu. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es de la que escribió el apóstol san Pablo á los Romanos, capítulo 8.

Fratres: Debitores sumus non carni, ut secundum carnem vivamus. Si enim secundum carnem vixeritis, moriemini: si autem spiritu facta carnis mortificaveritis, vivetis. Quicumque enim spiritu Dei aguntur, ii sunt filii Dei. Non enim accepistis spiritum servitutis iterum in timore, sed accepistis spiritum adoptionis filiorum, in quo clamamus: Abba (Pater). Ipse enim spiritus testimonium reddit spiritui nostro quod sumus filii Dei. Si autem filii, et heredes: heredes quidem Dei, coheredes autem Christi.

Hermanos mios: No somos deudores á la carne, para que vivamos segun la carne. Porque si vivieréis segun la carne, moriréis; mas si conducidos por el espíritu mortificáreis las obras de la carne, viviréis; puesto que todos los que obran conforme al espíritu de Dios, son hijos de Dios. No habeis tampoco recibido el espíritu de servidumbre de modo que deba ocuparos de nuevo el temor, sino que habeis recibido el espíritu de adopcion de los hijos, en virtud del que clamamos, *Abba*, Padre; porque este mismo espíritu da testimonio á nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Y si somos hijos, luego somos tambien herederos; herederos digo de Dios, y coherederos con Jesucristo.

Esta Epístola es todavía continuacion de la del domingo precedente. Declara san Pablo á los fieles que habiendo sido reengendrados por el bautismo, por esta regeneracion han nacido á la vida de la gracia, hijos adoptivos de Dios; y por consiguiente, como hijos de Dios, tienen derecho á su herencia; bien entendido que deben vivir nó segun la carne, sino conforme al espíritu de Dios, del cual deben estar animados.

REFLEXIONES.

«Si vivieréis segun la carne, moriréis.» Vivir segun la carne, propiamente hablando, es vivir segun el espíritu del mundo, seguir sus máximas, ser partidarios de todos sus caprichos, obedecer á todas sus estravagantes leyes. Vivir segun la carne, es ser uno esclavo de sus pasiones, prestarse, abandonarse aun á las inclinaciones de la concupiscencia, dar toda la libertad á sus sentidos. Vivir segun la carne, es seguir los deseos de la carne. La vida de la carne es la vida del pecado, y esta vida es la muerte espiritual del alma. Vivir segun la carne, es emplearse uno en las obras de ella, y las obras de la carne son el pecado. ¡Cuántos, buen Dios, viven hoy segun la carne! acaso no reinó nunca mas despóticamente el espíritu del mundo. Sus leyes prevalecen sobre las de la religion, y sus máximas sobre las del Evangelio. Apenas la razon se ha desenvuelto en un niño, cuando el espíritu del mundo se apodera de él; cuasi no se le dan otras lecciones; al lado de sus padres no encuentra acaso sino una perniciosa escuela de ambicion, de lujo y de vanidad: sus discursos enteramente mundanos, sus ejemplos muchas veces pésimos, son los modelos que se le presentan. ¿Y despues de esto estrañaremos que sea tan universal la corrupcion de las costumbres, y que se estinga el espíritu de la religion? «Mi espíritu no permanecerá en el hombre,» decia Dios poco ántes del diluvio, al tiempo que su indignacion justamente irritada iba á estallar de la manera mas terrible sobre todo el universo: mi espíritu no permanecerá mas en el hombre; porque el hombre no es mas que carne, ni vive sino conforme á la carne. ¿Tiene el dia de hoy ménos motivo el Señor para hacernos esta terrible amenaza? ¿y en qué siglo con mas razon que en este ha podido Dios decir que la malicia de los hombres era grande sobre la tierra, y que todos los pensamientos de su corazon se ordenaban á toda hora hácia el mal? ¿En qué siglo ha podido decirse con mas verdad, que toda carne habia corrompido sus caminos sobre la tierra? esto es, ¿que el espíritu de la carne esparcido en casi todos los hombres ha inundado la tierra con todo género de pecados? ¿Qué edad, qué condicion, qué estado hay en que no dominen el amor de los placeres, la codicia, la ambicion, el lujo y el desórden? Cuasi en todas partes no reina mas que el espíritu del mundo; por do quiera triunfa la iniquidad. Mas bien nos avergonzamos en el mundo de parecer cristianos, que de ser pecadores en sus reuniones. Un libertino, una mujer mundana reputan como un mérito el ser poco recatados, tener poca religion, dudar de las verdades mas esenciales, no tener ni remordimientos ni escrúpulos. El vicio parece que ha franqueado todas las barreras; diríase que es un torrente que ha forzado, trasbordado todos los diques de la religion, de la educacion, y hasta del buen sentido. La soledad, el desierto, hasta el lugar santo, este asilo sagrado de la piedad cristiana, se resienten de la inundacion. ¿Qué es lo que en el dia sirve de antemural, de abrigo á la rectitud, á la buena fé, á la modestia? Una sola familia se halló exenta de aquella universal iniquidad, así es que solo aquella familia dichosa fué la que se salvó en el tiempo del diluvio. ¿No es esta una figura bien marcada de la corrupcion tan general de nuestro siglo, y del pequeño número de los elegidos? ¿Y lo es ménos visible de la justa indignacion del Señor y de los terribles azotes de su justa cólera?

El Evangelio de la misa de este dia está tomado del de san Lucas, cap. 16.

In illo tempore: Dixit Jesus discipulis suis parábolam hanc: Homo quidam erat dives, qui habebat villicum: et hic diffamatus est apud illum quasi dissipasset bona ipsius. Et vocavit illum, et ait illi: Quid hoc audio de te? redde rationem villicationis tuæ: jam enim non poteris villicare. Ait autem villicus intra se: Quid faciam, quia dominus meus aufert a me villicationem? fodere non va-

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Un hombre rico tenia un recaudador, el cual fué acusado delante de él como disipador de sus bienes. Hízole comparecer, y le dijo: ¿Qué es lo que oigo decir de tí? Dáme cuenta de tu recaudacion, porque ya no es posible que sigas recaudando. Al oir esto el recaudador, dijo dentro de sí: ¿Qué haré yo, pues mi amo me quita la recaudacion? Cavar la tierra no puedo; pedir limosna me es

leo, mendicare erubesco. Scio quid faciam, ut, cum amotus fuero a villicatione, recipiant me in domos suas. Convocatis itaque singulis debitoribus domini sui, dicebat primo : Quantum debes domino meo? At ille dixit : Centum cados olei. Dixitque illi : Accipe cautionem tuam : et sede cito, scribe quinquaginta. Deinde alii dixit : Tu vero quantum debes? Qui ait : Centum coros tritici. Ait illi : Accipe litteras tuas, et scribe octoginta. Et laudavit dominus villicum iniquitatis quia prudenter fecisset : quia filii hujus seculi prudentiores filiis lucis in generatione sua sunt. Et ego vobis dico, facite vobis amicos de mammona iniquitatis : ut, cum defeceritis, recipiant vos in æterna tabernacula.

bochornoso. Mas ya sé lo que haré, para que cuando estuviere privado del empleo, tenga quienes me reciban en sus casas. Habiendo, pues, hecho venir uno á uno á los deudores de su señor, dijo al primero: ¿Cuánto debes tú á mi amo? Cien barriles de aceite, le respondió. Díjole el recaudador: Toma tu obligacion, rómpela inmediatamente y haz una de cincuenta. En seguida dijo á otro: ¿Y tú qué es lo que debes? el cual respondió que cien medidas de trigo. Toma, pues tu póliza, le dijo el recaudador, y haz otra de ochenta. Alabó, pues, el señor á este recaudador inicuo, porque habia obrado con destreza; porque los hijos del siglo son mas precavidos en sus negocios que los hijos de la luz. Y yo os digo tambien: Emplead en procuraros amigos por medio de las riquezas que hacen injustos, á fin de que cuando llegareis á faltar os reciban en las moradas eternas.

MEDITACION.

De la limosna.

Punto primero.—Considera que la limosna en nuestra religion no es un simple consejo, sino un precepto. ¡Qué grosero error es el creer que la caridad cristiana sea una obra de supererogacion!

Jesucristo nos ha impuesto un precepto espreso de hacer limosna, y es tan rigoso este mandamiento que bastará no haberle cumplido para ser reprobado de Dios, y oir este formidable decreto: Id, malditos, léjos de mí, al fuego eterno.—Y ¿por qué?—Porque tuve hambre, dirá el Señor, y no me habeis dado de comer; porque no tenia vestido, y no me le habeis proporcionado. Un Dios tan bueno y tan justo no reprobará jamás á los hombres por haber omitido simples consejos, sino por haber violado sus preceptos. Despues de esto ¿se dirá que la limosna no es mas que un acto de devocion? En verdad os digo, dice el Salvador del mundo, cuantas veces hiciereis estas cosas con uno de los mas pequeños de mis hermanos, lo habeis hecho conmigo mismo. ¿No hay motivo para estrañar que haya todavía en la Iglesia gentes que carezcan de todo entre los cristianos persuadidos de este artículo, uno de los mas importantes y mejor fundados de nuestra creencia, á saber, que todo el bien que se hace á los demás, se hace á la persona misma del Salvador?

¿Podia Jesucristo hacer un partido mas ventajoso á los pobres que ponerse en su lugar? ¿Podia la Providencia asignarles un fondo mas abundante para su subsistencia; y si hubiese fé entre nosotros, habria gentes mas felices que ellos? No es ya á un pobre al que se le niega el socorro, es al mismo Jesucristo: no es á un hombre vil y abyecto al que yo despido con dureza, es al Señor del universo, es al Redentor y Juez soberano de todos los hombres al que yo desprecio; y no pensemos que el pobre nos pide una pura gracia cuando nos pide la limosna, es un derecho lo que exige, y nosotros debemos pagárselo.

Todos nuestros bienes son de Dios por derecho de soberanía; debémosle pues el tributo y el homenaje. Dios hipoteca este tributo y estos frutos para la subsistencia de los pobres. Dios sustituye los pobres para exigir en su nombre este tributo. Y despues de esto ¿se considera por nada el no asistir á los desgraciados? ¿se mira como indiferente el negar la limosna?

¡Ah! ¡ya comprendo, Dios mio, por qué no echareis otra cosa en cara á los réprobos que el haber negado la limosna, puesto que esta denegacion es una injusticia, una injuria que se hace á vuestra persona; es una impiedad escandalosa de que acaso me hallo demasiadamente culpable!

Punto segundo.—Considera que la limosna es una de las señales mas ciertas de la predestinacion, así como la dureza con los pobres es un signo visible de una reprobacion poco dudosa.

La misericordia de Dios es el fundamento mas sólido de nuestra salvacion; y ¿quién nos asegura mas este fundamento que la misericordia con los pobres? Bienaventurados los que ejercitan la misericordia, dice el Salvador (Matth. 5.), porque ellos alcanzarán misericordia. De la misma medida, dice tambien, de que os hubiereis servido, se servirá él para vosotros. Dad y se os dará (Luc. 6); se derramará en vuestro seno una medida llena, bien repleta, y que despues de agitarla todavía rebosará.

La limosna, decia Tobías, purifica nuestras almas de sus pecados alcanzándonos un verdadero dolor. (Tob. 12.) Despues de todo, haced limosna, decia el Salvador (Luc. 11), y sereis purificados de todos vuestros crímenes, por la gracia de la conversion que ella os obtendrá. Redime tus pecados con tus limosnas, decia Daniel al rey. (Dan. 4.) Y á la verdad, la única ventaja que las riquezas proporcionan á los ricos para su salvacion, entre los muchos obstáculos que á ella les oponen, es la de poder pagar lo que deben á la justicia de Dios, poniendo estas riquezas en manos de los pobres. ¡Cuántos protectores poderosos y amigos sinceros, no pueden ganar por ellas para con Dios!

Dichoso aquel, dice el Profeta (Psalm. 40), á quien la compasion hace atento á las necesidades del pobre; porque no solamente le guardará el Señor en todos los peligros de la vida, no solo le hará feliz en la tierra, sino que en el último dia de su vida, en el momento crítico y decisivo de la eternidad, le asistirá Dios de un modo particular, y le librará de los lazos y de las asechanzas del enemigo. ¿Y qué, Señor, despues de todas estas seguridades de vuestra liberalidad, todavía se niega la limosna?

Se cree empobrecerse aliviando á los pobres. ¡Ah! la limosna únicamente es la que fija las fortunas, la que nutre la abundancia en las familias; ella es la que perpetúa las prosperidades. Menester es tener muy poca religion, preciso es que nuestro corazon sea muy malo, para ser poco caritativos.

¡Dios mio! cuánto sentimiento tengo por haber conocido hasta aquí tan poco la virtud de un medio tan eficaz! Si yo

no estoy en estado de dar mucho, espero que tendreis consideracion á los sentimientos de mi corazon, y al deseo que tengo de serviros y de honraros en la persona de los pobres. ¿Y qué, Señor, puedo yo haciéndoles bien hacéroslo á vos, y dudaré aun si os lo he de hacer?

JACULATORIAS.—Dichoso aquel á quien la compasion hace atento á las necesidades del pobre. (Psalm. 40.).

Nó, mi Dios, jamás nos empobrecerá el daros á vos. (Proverb. 28.)

PROPÓSITOS.

1 ¿Quereis dejar bienes á vuestros hijos, pasar vuestra vida con abundancia, trasmitir aun los frutos de vuestros sudores y de vuestra industria, las prosperidades mismas, hasta una larga y dichosa posteridad? Haced limosna, dad liberalmente á los pobres, abrid vuestra bolsa á los infelices. Pocos preceptos hay mas positivos, pocas recompensas mas seguras. No solamente no empobreció jamás á nadie la limosna, sino que puede decirse que hay pocas fortunas bien cimentadas, pocas prosperidades largas, que no sean la recompensa de la caridad de los hijos, ó de la de sus padres. Tomemos hoy la resolucion de no dejar pasar dia alguno sin santificarle con alguna obra de caridad. Si teneis bienes, pagad el diezmo á vuestro Dios, y mirad los pobres como los recaudadores de lo que á él le pertenece. ¿Estais imposibilitados de hacer limosna? Honrad al ménos á los pobres, y hacedles todo género de servicios; procuradles todos los socorros que pudiereis segun vuestro estado. Si tuviésemos una verdadera fé, una fé viva y activa, pocas personas habria que nos pareciesen mas respetables que los pobres, porque veríamos siempre en su persona á Jesucristo.

2 Arreglad vuestras limosnas con proporcion á vuestros bienes y á vuestras rentas. ¿Qué quedará las mas veces para dar á los pobres, si las limosnas se arreglan con relacion á lo superfluo? Hay pocos que crean que tienen nada superfluo. Los que mas espenden en el juego, en muebles, en equipaje, en banquetes, son, por lo comun, los que ménos limosnas hacen; y despues de esto ¿se estrañan las revoluciones de fortuna que sepultan en el polvo á los que rehusan á su Dios el tributo de sus bienes? Estableced lo que debeis dar todos los años, todos los meses, todos los dias, á aquél de quien todo lo esperais, y á quien debeis vuestros bienes y vuestra vida. No sirvan los reveses de los tiempos sino para haceros mas caritativos, este es el medio de que os sean poco sensibles sus efectos. El número de vuestros hijos, y otras cien razones domésticas, deben ciertamente hacer que reformeis vuestros gastos en el lujo, en las diversiones, en el juego; pero jamás en las limosnas. Teneis ocho hijos: en verdad que no abandonariais el noveno si Dios os lo hubiese dado; poned, pues, en lugar suyo á Jesucristo, y el gasto que os haria el noveno dadlo á los pobres. No jugueis, y lo que creyereis que hubierais perdido aquel dia en el juego, distribuidlo en obras de caridad. Os viene gana de comprar un mueble sin el cual podeis pasaros; dar por gusto una comida; hacer algun gasto de pura vanidad, ó de capricho; privaos de esta vana satisfaccion, y aquella suma dadla en los pobres á aquel que quiere daros por ella el céntuplo. Pocas comunidades, y aun familias, hay que no puedan socorrer á algun pobre con lo que en ellas se desperdicia por negligencia ó por olvido. En fin, tened siempre en vuestra casa el tesoro de los pobres, esto es, una bolsa, en la cual depositeis alguna cosa siempre que cobráreis vuestras rentas, ó hiciereis alguna ganancia en el comercio. Este fondo debe ser independiente de vuestras limosnas ordinarias, y lo llamareis el tesoro de los pobres, porque de él sacareis con que asistirlos estraordinariamente en sus necesidades.

DOMINGO NONO DESPUES DE PENTECOSTES.

Parece que la Iglesia en este noveno domingo despues de Pentecostés se propone persuadir á los fieles que todas las desgracias ruidosas que suceden en el mundo, las estrepitosas revoluciones que hacen á tantos llorar, los azotes terribles de la cólera del Altísimo, las desolaciones, las aflicciones públicas, son todas estas cosas castigos visibles de la corrupcion de las costumbres, del desprecio que se hace de la ley, y de la irreligion de los pueblos. La Epístola nos trae á la memoria las rigorosas penas con que Dios ha castigado la insigne ingratitud y la porfiada indocilidad de un pueblo privilegiado, colmado de bienes, criado en medio de los mayores milagros; pero al que el número de tantos beneficios habia hecho todavía mas ingrato y mas irreligioso, y que con sus crímenes enormes habia obligado á Dios á descargar sobre él todo el rigor de su indignacion: y por este pormenor abreviado, pero vivo, nos advierte el santo Apóstol que esto no era mas que una figura instructiva de lo que debe suceder á los cristianos que imitaren los desórdenes de los judíos; y que cuanto mas favorecidos han sido del Señor, tanto mas deben esperar el ser castigados con mayor severidad, aun desde esta vida, si abandonándose á sus deseos depravados abusan de las misericordias infinitas del Señor, é irritan su justicia con su vida licenciosa. El Evangelio de la misa tiende al mismo fin, y confirma la misma verdad. Hácenos el Salvador en él un retrato vivo é interesante de las desgracias espantosas de Jerusalen y de toda la nacion judía, y esto en castigo de su impía tenacidad en no querer reconocer al Mesías. Las lágrimas del Salvador á vista de aquella ciudad desventurada son una prueba muy sensible de su ternura, y deben convencernos de que nuestros crímenes y nuestra infidelidad son los que nos atraen todas nuestras desgracias. El introito de la misa tiene mucha relacion con la Epístola y el Evangelio, y al mismo tiempo tiende á inspirarnos mucha confianza en la misericordia de Dios, aun á vista de nuestra ingratitud. Casi todos los domingos del año se ve á la Iglesia muy solícita de inspirarnos esta virtud.

«Hé aquí el Dios lleno de bondad que acude á mi socorro, y que toma visiblemente mi defensa contra mis enemigos. Apartad, Señor, y haced que recaiga sobre mis enemigos el mal que ellos me preparan; haced que perezcan, y que de este modo se convenzan de vuestra fidelidad en proteger al inocente. Dios mio, por la gloria de vuestro nombre, salvadme del peligro en que me encuentro, y desplegando vuestro poder en favor mio, dad á conocer el juicio que haceis de mi inocencia.» Vendido David por los zifeos, y cercado por el ejército de Saul que habia resuelto perderle, compuso este salmo, en el cual implora el auxilio del cielo para librarse de un peligro tan inminente; y en efecto fué oido, y como por milagro quedó libre de las manos de Saul. La cosa pasó del modo siguiente.

Habiendo deshecho David el ejército de los filisteos que sitiaban la ciudad de Ceila, y que arrasaban toda la campiña, entró en la ciudad que acababa de librar; pero habiendo sabido que Saul venia con todo su ejército para sorprenderle en la ciudad, se retiró al desierto de Zif con los pocos que le acompañaban. Mas habiendo advertido los zifeos á Saul que David se hallaba en su pais, y que no tenia mas que ir allá con sus tropas, porque sin duda se apoderaria de él; viéndose David vendido y perseguido por todas partes, se retiró al pié de la roca del desierto de Maon. Entró Saul en el desierto con todo su ejército; y habiendo cogido todas las avenidas cercó á David, é iba ya á cogerle, cuando llegó un espreso á decir á Saul, que aprovechándose los filisteos de su ausencia, habian hecho una irrupcion en el pais, y causaban en él un destrozo horrible. Esta triste nueva le obligó á abandonar á David para ir á oponerse á los filisteos; y David reconociendo una proteccion singular de la divina Providencia en este recurso tan inesperado, compuso este salmo en accion de gracias por un beneficio tan grande.

La Epístola de la misa de este dia refiere lo que san Pablo dice á los corintios, esto es, que todo lo que sucedia á los judíos eran figuras de las verdades evangélicas que miran á nosotros.

En este décimo capítulo hace san Pablo un compendio de las maravillas que Dios habia obrado en favor de su pueblo, y al mismo tiempo refiere las terribles penas con que el Señor castigó tan rigorosamente el abuso impío que los judíos habian hecho de tan señalados beneficios.

El designio del Apóstol es advertir á los corintios para que no abusasen de las gracias que Dios les habia hecho; y para esto les propone el ejemplo de los israelitas, los cuales no habiendo hecho el uso que debian de los favores de que Dios les habia colmado en el desierto, perecieron todos en él, y no tuvieron la dicha de entrar en la tierra prometida. A fin de que no presumais de vosotros mismos, les dice el Apóstol, y contando demasiado con las ventajas que os da sobre aquellos la ley de gracia, no temais como se debe el desagradar á Dios; no quiero que ignoreis que nuestros padres han pasado todos el mar Rojo á pié enjuto; que han tenido una nube que durante el dia los ponia á cubierto de los ardores del sol, y durante la noche los iluminaba y les servia de guia. Que queriendo Dios proveer á su subsistencia en aquel vasto desierto, hacia que les lloviese todos los dias un maná de un gusto delicioso, que con razon debia hacerles olvidar los puerros de Egipto. ¿Y qué fuente de agua viva no sacó de una roca para refrigerarles su sed? ¿y qué otras maravillas no obró el Señor en favor de este pueblo? Todos estos asombrosos beneficios no eran mas que la figura de los que Dios os ha hecho en la ley nueva. Era aquel el pueblo escogido, el pueblo privilegiado, el pueblo muy amado: vosotros lo sois mucho mas que él; pero no conteis tanto sobre esta bondad de Dios para con vosotros, que descuideis el agradarle; y guardaos bien de que así como los beneficios de que Dios les habia colmado eran la figura de los que vosotros habeis recibido en la ley de gracia: su infidelidad y sus crímenes sean tambien la figura de los vuestros, y de que los males con que Dios en este caso os castigaria hubiesen estado figurados en los suyos. Para evitar esta desgracia no nos inclinemos como ellos al mal. Tenemos en nosotros mismos la concupiscencia funesta, fuente emponzoñada de nuestras miserias y nuestros pecados. Ella hace al hombre desgraciado por sus propios deseos, y mas desgraciado aun por el goce de los bienes que ella le estimula á procurar; pero ella no le hace culpable, sino por su consentimiento en el mal; y si este enemigo doméstico es poderoso, la gracia de Jesucristo, que jamás nos falta, es todavía mas poderosa para hacernos alcanzar la victoria. «No os hagais idólatras, como lo hicieron algunos de ellos, segun lo que está escrito: Sentóse el pueblo para comer y beber, y se levantó en seguida para jugar.» La libertad que os concede el Evangelio para asistir á los convites de los paganos, léjos de haceros mas disolutos, debe por el contrario haceros mas reservados. Guardaos de que el comercio que se os permite con gentes sujetas á mil vicios no os sea ocasion de pecado. Sírvaos de instruccion el ejemplo de la disolucion y de las impías estravagancias de los hijos de Israel: es muy raro que las comidas muy frecuentes con gentes corrompidas no degeneren en desórdenes; jamás la glotonería mantuvo la inocencia y la virtud.

«Guardémonos tambien, continúa el Apóstol, de ser fornicadores, como lo fueron algunos de los que en un solo dia perecieron en número de veinte y tres mil.» No hay pasion mas tiránica que la de la impureza, no hay vicio al que siga mas de cerca el castigo, no hay cosa que sea castigada tan rigorosa ni tan prontamente como este pecado infame. Habla aquí san Pablo de los crímenes que cometieron los israelitas con las hijas de Moab. Viendo Balac, rey de los moabitas, acampado el ejército de los israelitas en una gran llanura cerca del Jordan, envió á buscar á Balaam, famoso mago, para que maldijese todo aquel ejército. Persuadido Balaam que los hebreos serian invencibles mientras que guardasen la ley del Señor, aconsejó á los moabitas que enviasen á sus hijas al campo para que indujesen al crímen á los soldados y oficiales, y las ordenasen que cuando viesen á los hebreos poseidos de un amor impuro, les obligasen á ofrecer sacrificio á sus ídolos. Este consejo, inspirado por el demonio, fué exactamente ejecutado. Los israelitas pasaron fácilmente de la impureza á la idolatría; dedicáronse, dice la Escritura, al culto de Beelfegor. San Agustin cree que los gefes del pueblo y los oficiales del ejército autorizaron con sus ejemplos tan infames desórdenes, y que por esto mandó Dios á Moisés que les hiciese morir en los patíbulos. Veinte y tres mil hombres perecieron en aquel dia, y solo el zelo de Finees pudo impedir que Dios no esterminase enteramente todo aquel pueblo manchado con la impureza y la idolatría. La impureza, en efecto, casi estingue la fé y la razon, y conduce á todos los vicios y á todos los escesos.

«Guardémonos tambien de tentar á Jesucristo, como le tentaron algunos de aquellos á quienes hicieron perecer las serpientes.» El crímen de los judíos en esta ocasion fué que habiéndose enojado el pueblo por lo dilatado y fatigoso del camino, habló contra Dios de un modo que daba bien á entender que dudaba de su poder y de su providencia; y tambien contra Moisés, diciendo: «¿Por qué nos has sacado de Egipto para que muramos en el desierto por falta de pan y de agua, pues que no tenemos mas que el maná, alimento insípido y ligero?» Segun Moisés, los judíos murmuraron contra Dios; segun san Pablo, fué contra Jesucristo; prueba bien positiva de la divinidad de Jesucristo, puesto que en el sentir del santo apóstol, Jesucris-

to es el Dios, contra el cual hablaron tan indignamente los hebreos, y al que tentaron con sus quejas. Tentar á Jesucristo es quejarse y desconfiar de su providencia; es hablar abiertamente contra Dios, insultándole como si nada tuviésemos que temer; es provocarle á que nos castigue. Así es, que Dios justamente irritado les convenció bien pronto de su poder haciendo que en el momento apareciese un número prodigioso de serpientes que los hicieron perecer; y no permitiendo que ninguno de ellos, á escepcion de dos, entrasen en la tierra prometida á sus padres. «Estos hombres ingratos que me han tentado ya diez veces,» dice Dios. Por aquí se ve que tentar á Dios, y murmurar contra Dios, segun el modo de hablar de la Escritura, es una misma cosa.

«Guardaos, en fin, de murmurar, como murmuraron algunos de los que el esterminador hizo perecer,» continúa el apóstol. No murmureis contra los que el Señor ha establecido para gobernaros, y que para esto están en lugar suyo, porque esto es murmurar contra el mismo Dios. Eran muy frecuentes estas murmuraciones entre los judíos, y por tanto Dios les castigó con mucho rigor y de una manera ruidosa, unas veces encendiendo milagrosamente fuego que les consumiese, como cuando se quejaron contra el Señor por la fatiga del camino, en cuya ocasion un fuego enviado por Dios consumió cerca de quince mil hombres (Núm. 11); otras veces por medio de la peste, como cuando se rebelaron contra Moisés y Aaron; otras haciendo que se abriese la tierra para tragarlos, como á Coré, Dathan y Abiron, en castigo de su rebelion. San Pablo asegura que estos castigos fueron ejecutados por el ángel esterminador, del cual se ha hablado en el libro de Judith y en el de la Sabiduría.

«Todas estas cosas que les sucedian eran figuras,» continúa san Pablo; «pero se han escrito para instruirnos á nosotros que hemos venido en estos últimos tiempos:» como si dijera, que todas las cosas acaecidas á los judíos son otras tantas lecciones para los cristianos, á fin de que nos sirvamos de ellas para arreglar nuestra conducta.

«Guárdese, pues, de caer aquel que cree mantenerse firme.» El temor y la desconfianza de sí mismo, junto con una gran confianza en Dios, son los dos guardianes de la virtud; sirvenla de antemurales y de apoyo, en vez de que la presuncion la socava por sus fundamentos y la arruina. Creerse firme, es no pocas veces hallarse en vísperas de alguna caida. Este aviso saludable lo dirigia san Pablo principalmente á aquellos que pasaban por mas ilustrados entre los corintios, ó á lo ménos que se creian tales. Si los directores, los que sirven de guias á los otros, no son muy humildes, devotos y mortificados, están en mas peligro que aquellos á quienes conducen por los caminos de Dios.

«No se apodere de vosotros ninguna tentacion que no esté al alcance del hombre.» Queriendo siempre san Pablo confirmar mas á los corintios en los piadosos y necesarios sentimientos de humildad y de desconfianza de sí mismos, les dice que no debian contar demasiado sobre su virtud; que aun no habian pasado por pruebas muy crudas, que son las que dan á conocer al hombre el fondo de su flaqueza y lo ridículo de su presuncion. En muchos ejemplares de la Vulgata se lee «apprehendit,» en lugar de «apprehendat. Desea tambien que Dios les libre de aquellas tentaciones violentas y estraordinarias, que esponen la virtud á pruebas estrañas y á terribles peligros: es verdad que al mismo tiempo les inclina á que tengan una confianza en Dios todavía mas grande, asegurándoles que Dios no permitirá que sean nunca tentados mas allá de sus fuerzas: Dios, lleno siempre de bondad, proporciona sus auxilios en razon á los esfuerzos de nuestros enemigos. Jamás lo que nos hace caer es una fuerza superior; por flojedad, y nó por pura flaqueza, es por lo que siempre somos vencidos. La gracia no falta jamás á nadie, siempre es proporcionada á la fuerza del enemigo: ninguno es vencido sino por su culpa, y el Dios siempre fiel á sus promesas, y que jamás podria mandar á nadie ninguna cosa imposible, os proveerá tambien en la tentacion de medios en abundancia para poderla sostener; y con tal que vosotros mismos no os espongais á ella, ni arrostreis el peligro por vuestro gusto, Dios hará que saqueis provecho de vuestras tentaciones, y llegareis á ser fuertes para resistir á ellas en lo sucesivo; porque cuanto mas violentas son las tentaciones, son tambien mas poderosos los auxilios de la gracia.

El Evangelio de la misa de este dia nos demuestra todavía mejor que la Epístola, que todas las desgracias que nos suceden debemos siempre atribuirlas á nuestros pecados, y que la mayor parte de ellas son penas con que Dios nos castiga.

Dirigiéndose Jesucristo á Jerusalen para consumar allí su gran sacrificio, y el gran misterio de nuestra redencion, no bien hubo apercibido la ciudad, cuando movido de un nuevo sentimiento de ternura por la triste suerte de sus habitantes, y por el deicidio que iba á poner el colmo á su reprobacion, no pudo detener sus lágrimas. Estas lágrimas de Jesucristo en medio de su triunfo, y la prediccion que hace de su muerte al tiempo que todo el mundo le colmaba de bendiciones, y le acompañaba con cánticos de alegría, son una prueba incontestable de que conocia el porvenir, y que debia morir por eleccion suya. Estas lágrimas no indicaban en él ninguna flaqueza indigna de su majestad; eran del todo voluntarias, y pruebas sensibles de la ternura de su corazon, y de su compasion por nuestras desgracias. En todo el curso de su pasion no vertió Jesucristo ni una sola lágrima. El Evangelio que no se olvida de decirnos que sudó sangre y agua, al representársele todo lo que debia sufrir, no nos dice que haya llorado; nó, el Salvador no da sus lágrimas sino á nuestros males. La muerte de Lázaro, la ruina de Jerusalen, la reprobacion de los judíos, hé aquí el motivo de sus lágrimas.

«¡Oh si en este dia, que es para tí de bendicion, conocieses al ménos las cosas que eran capaces de darte la paz!» Como si dijera el Salvador: Ciudad desafortunada, si despues de tantas infidelidades pasadas, pudieses al ménos comprender que este dia se cumple la profecía que te se habia anunciado por el profeta Malaquías: «Decid á la hija de Sion: hé aquí tu Rey que viene á tí en espíritu de mansedumbre.» O segun algunos intérpretes: Ciudad desventurada, ¿por qué tanto tiempo hace has cerrado los ojos á la luz? ¡Oh! si al ménos los abrieses hoy que es para tí un dia de gracia y de paz; en este dia en que la voz del pueblo te convida á reconocer y á recibir á tu Salvador; tú podrias por tu penitencia prevenir las desgracias que te amenazan, y que serán la consecuencia de tu endurecimiento. Pero eres ciega, y quieres serlo. Sabe, pues, ciudad desgraciada, que puesto que recibes tan mal la visita del que únicamente puede hacer tu felicidad,

Dios te visitará bien pronto en todo e furor de su ira: el tiempo de tu ruina no está muy léjos. Tú verás dentro de pocos años que te sitiarán los enemigos, circunvalarán tus murallas, te encerrarán, te acosarán, te estrecharán por todas partes, y habiéndote forzado á rendirte, pasarán tus habitantes á cuchillo, arrasarán tus muros y arrancarán por los cimientos tus soberbios edificios: tu magnífico templo será destruido, sin que dejen de él piedra sobre piedra; y todo esto por no haber querido conocer el tiempo de la visita de tu Salvador; este tiempo de bendiciones predicho por todos los profetas, y tan ardientemente deseado por todos los buenos.

No se ha hecho prediccion alguna mas precisa ni mas especificada, ni ha habido alguna que se haya cumplido mas á la letra en todas las circunstancias que el último sitio de Jerusalen, cerca de cuarenta años despues, cuando Tito, hijo del emperador Vespasiano, á la cabeza de mas de cien mil hombres, impelidos mas bien por un poder superior, como él mismo lo dijo, que por un motivo de venganza ni otra cosa ninguna, vino á sitiar aquella capital en el tiempo de la solemnidad de la Pascua, que habia reunido en ella infinidad de pueblos de todas partes. Viendo aquel general la dificultad de envolver toda la ciudad con su ejército á causa de la desigualdad del terreno y la vasta estension de su recinto, y no pudiendo por otra parte levantar terraplenes contra los muros y los fuertes á causa de la escasez de maderas, tomó la resolucion de cercar toda la ciudad de una gruesa muralla, defendida de espacio en espacio con altas torres y reductos, á fin de que viéndose los judíos sin medio ni de salvarse, ni de recibir socorros por fuera, se viesen obligados, ó á rendirse voluntariamente, ó á perecer de hambre dentro la ciudad. Su ejército trabajó allí con tanto ardor que en pocos dias quedó acabada una muralla tan vasta con todos sus fuertes. Mientras que los sitiadores mataban á todo el que se presentaba de los sitiados, una hambre, la mas horrible que jamás se ha conocido, desolaba toda la ciudad. Viéronse madres alimentarse con la carne de sus propios hijos, á quienes ellas mismas habian degollado, y hombres que por espacio de algunos dias se alimentaron tambien de carne humana. En fin, despues de cinco á seis meses de sitio, aquella soberbia ciudad, la maravilla del universo, fué tomada por los romanos un sábado ocho de setiembre; el templo tan famoso fué enteramente destruido, y toda la ciudad robada, saqueada é incendiada cuarenta años despues de la prediccion del Salvador. Josefo, que ha hecho la enumeracion de los que perecieron durante el sitio de Jerusalen, dice que fueron un millon y cien mil personas, y noventa y siete mil fueron hechos prisioneros. Apenas quedaron rastros de aquella opulenta ciudad que habia sido la reina del Oriente y la silla de la religion de los judíos, por espacio de mas de mil y cien años, desde que David la habia hecho capital de la Judea. El mismo Tito confesó que una virtud superior, una mano invisible le empujaba para que arruinase enteramente aquella asesina de los profetas, cumpliéndose á la letra lo que habia sido predicho por el Hijo de Dios, esto es: «Que no quedaria en ella piedra sobre piedra.» Tal ha sido la funesta suerte de aquella infeliz ciudad por no haber querido reconocer al Salvador, y hace mas de mil y setecientos años que permanece sepultada entre sus ruinas. ¡Oh si en este dia dichoso para ti, en el que el Salvador venia á visitarte como rey lleno de dulzura, y como padre lleno de ternura, hubieses sabido conocer al que venia á traerte la paz; esto es, todo género de felicidad! tus enemigos no hubieran circulado tus murallas, no te hubiesen encerrado y estrechado por todos lados, no te hubiesen arruinado á ti y tus habitantes, hasta no dejar piedra sobre piedra en el recinto de tus murallas. «Todo esto sucederá porque no has sabido aprovecharte del tiempo en que has sido visitada.» Jesucristo predice aquí dos cosas; la ruina absoluta de la ciudad y del pueblo judío, y la causa de esta ruina. Y puesto que el suceso ha verificado la primera hasta en la menor de sus circunstancias, ¿quién es capaz de dudar de la verdad de la segunda? tanta verdad es que todas las desgracias de los judíos son el castigo de su obstinacion en no haber querido reconocer al Mesías, como era cierto que su ciudad seria enteramente destruida, segun se lo predecia Jesucristo. Tal fué la suerte funesta de una ciudad, de una nacion por tanto tiempo tan amada de Dios y tan colmada de sus favores, tan enriquecida con sus beneficios, tan distinguida entre los demás pueblos, por no haber sabido conocer ni aprovecharse del tiempo de la visita del Salvador. Símbolo espantoso, cuadro horrible, pero natural, de las desgracias que amenazan á todos los pueblos que abandonan la fé; tristes presagios de los terribles castigos con que tarde ó temprano aflige Dios las almas infieles á la gracia, que no quieren conocer la visita del Salvador, ó que abusan de ella.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Pateant aures misericordiæ tuæ, Domine, precibus supplicantium, et ut petentibus desiderata concedas, fac eos, quæ tibi sunt placita, postulare. Per Dominum...

Estén, Señor, abiertos los oidos de vuestra misericordia á los ruegos de los que la imploran; y á fin de que les concedais lo que os piden, haced que no os pidan sino lo que os agrada. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola está tomada de la primera carta del apóstol san Pablo á los Corintios, cap. 10.

Fratres: Non simus concupiscentes malorum, sicut et illi concupierunt, neque idolatriæ efficiamini, sicut quidam ex ipsis: quemadmodum scriptum est: Sedit populus manducare, et bibere, et surrexerunt ludere. Neque fornicemur, sicut quidam ex ipsis fornicati sunt, et ceciderunt una die viginti tria millia. Neque tentemus Christum, sicut quidam eorum tentaverunt, et a serpentibus perierunt. Neque murmuraveritis, sicut quidam eorum murmuraverunt, et perierunt ab exterminatore. Hæc autem omnia in

Hermanos mios: No nos dejemos arrastrar del mal como lo hicieron los israelitas. No os hagais idólatras como algunos de ellos lo hicieron, segun lo que está escrito: Sentóse el pueblo para comer y beber, y despues se levantó para divertirse. Guardémonos tambien de ser fornicarios, como lo fueron algunos de ellos, de los que perecieron en un solo dia veinte y tres mil. No tentemos tampoco á Jesucristo como lo tentaron algunos de ellos, los cuales perecieron por las serpientes. Cuidemos, en fin, de no murmurar como lo hicieron algunos de ellos, y á quienes el esterminador hizo perecer. Todas estas cosas que les su-

figura contingebant illis: scripta sunt autem ad correptionem nostram, in quos fines seculorum devenerunt. Itaque qui se existimat stare, videat ne cadat. Tentatio vos non apprehendat, nisi humana: fidelis autem Deus est, qui non patietur vos tentari supra id, quod potestis, sed faciet etiam cum tentatione proventum, ut possitis sustinere.

cedian eran solo figuras; pero han sido escritas para instruirnos á nosotros los que hemos venido en el fin de los siglos. Así que, el que se cree estar firme, mire no caiga. No os seduzca tentacion alguna, que no esté al alcance del hombre. Dios que es fiel no permitirá que seais tentados mas de lo que alcanzan vuestras fuerzas, sino que en la tentacion os proveerá de medios en abundancia para poderla sobrepujar.

Como la libertad que la nueva ley daba á los cristianos de conversar y aun de comer con los paganos podia ponerlos en peligro de seguir sus malos ejemplos y aun de caer en la idolatría, les advierte san Pablo que estén muy sobre sí, y no cuenten tanto sobre su conversion á la fé que no teman de continuo el pervertirse, y por esto les cita el ejemplo de los israelitas, y los castigos terribles con que Dios les afligió por sus pecados.

REFLEXIONES.

«El que se cree estar firme, mire no caiga.» La presuncion inseparable del orgullo y de una devocion aparente es el orígen ó al ménos la ocasion de muchas caidas. En materia de moral, nunca está uno mas próximo á caer que cuando no se teme la caida. Una alma santa es siempre timorata. Cuando uno es verdaderamente devoto es humilde, y cuando es humilde siempre desconfia de su propia virtud. Solo las almas llenas de la idea de sí mismas, y de su pretendido mérito, son presuntuosas, y las caidas mas funestas son el efecto ordinario de la presuncion. Pocos siglos hay que no hayan ofrecido tristes ejemplos de nuestra flaqueza. Hanse visto columnas de la Iglesia bambolear en medio de la calma; navíos ricamente cargados, que despues de una larga y feliz navegacion, despues de haber resistido á las tempestades mas furiosas, y á las olas embravecidas que parecian deberlos absorver, despues de haber salvado los bancos de arena, y los sitios mas peligrosos del mar, naufragaron tristemente en medio del puerto, ó en alta mar hallándose en la mayor bonanza. David mismo, aquel hombre segun el corazon de Dios, que habia escapado de tantos peligros, tan fiel en las mas grandes pruebas, da una caida funesta en medio de la abundancia y de la paz. Salomon, aquel rey tan sabio, tan ilustrado, tan religioso, cuya sabiduría y piedad le hacian la admiracion de su siglo; Salomon, el oráculo de su tiempo, cuyos escritos son la obra del Espíritu Santo, y á quien Dios habia dado la sabiduría como patrimonio; Salomon, en fin, de quien Dios, por decirlo así, habia hecho el elogio; Salomon, despues de haber como envejecido en la práctica de la virtud, cae en los escesos mas vergonzosos, y despues de haber edificado un templo tan magnífico al verdadero Dios, consiente que á sus propias espensas se levanten templos á los falsos dioses, y él mismo se hace idólatra. Judas, llamado por el mismo Jesucristo al apostolado, criado en la escuela del divino Salvador, colmado de sus favores y de sus beneficios, educado á su vista, y hasta dotado con el don de los milagros; Judas viene á parar en medio de los apóstoles en un infame apóstata, y entrega á su buen Maestro. Orígenes, conocido en todo el mundo cristiano por sus sabios escritos; Orígenes, abrasado en el deseo del martirio en sus primeros años, por su orgullo viene á dar en los errores mas groseros, y se le mira hoy como uno de los heresiarcas mas odiosos. Tertuliano, en fin, aquel grande hombre, oráculo de su siglo, tan célebre por su apología de los cristianos y por otros sabios escritos, muere montanista. Despues de estos ejemplos tan notables, ¿quién es el que puede vivir tranquilo y en una larga seguridad? ¿qué virtud hay á prueba de todos los peligros? ¿qué inocencia, qué retiro, qué soledad hay que esté al abrigo de la tentacion? ¿Qué devocion exenta de riesgo? ¿Y qué fervor, qué zelo, qué edad tampoco puede contarse segura contra todo género de caidas? Pocos hay que no hayan sido testigos de la caducidad de nuestra virtud, y que no hayan visto ejemplos de nuestra flaqueza. Tiene pues mucha razon el santo Apóstol para decir: Guárdese no caiga, aquel que cree mantenerse firme.

El Evangelio de la misa de este dia está tomado del de san Lucas, cap. 19.

In illo tempore: Cum appropinquaret Jesus Jerusalem, videns civitatem, flevit super illam, dicens: Quia si cognovisses et tu, et quidem in hac die tua, quæ ad pacem tibi: nunc autem abscondita sunt ab oculis tuis. Quia venient dies in te: et circumdabunt te, et coangustabunt te undique: et ad terram prosternent te, et filios tuos, qui in te sunt, et non relinquent in te lapidem super lapidem: eo quod non cognoveris tempus visitationis tuæ. Et ingressus in templum, cæpit ejicere vendentes in illo, et ementes, dicens illis: Scriptum est: Quia domus mea domus orationis est. Vos autem fecistis illam speluncam latronum. Et erat docens quotidie in templo.

En aquel tiempo: Como Jesus se acercase á la ciudad de Jerusalen, fijando en ella la vista, lloró sobre ella, y esclamó: ¡O si al ménos en este dia que te se ha concedido conocieses las cosas que podian traerte la paz! Pero por ahora están escondidas á tus ojos. Porque vendrá un tiempo desgraciado para tí, y tus enemigos circunvalarán tus murallas: te encerrarán, y te estrecharán por todas partes. Te arruinarán á tí y á tus habitantes, y no dejarán piedra sobre piedra en el recinto de tus muros, porque no has sabido aprovecharte del tiempo en que has sido visitada. Y habiendo entrado inmediatamente en el templo, comenzó á echar á los que vendian y compraban en él, diciéndoles: Está escrito: mi casa es casa de oracion, y vosotros habeis hecho de ella una cueva de ladrones. Y todos los dias enseñaba en el templo.

MEDITACION.

Qué desdicha es el no corresponder á la gracia.

Punto primero.—Considera que hay tiempos y circunstancias críticas y delicadas, de las que importa muchísimo aprovecharse para la salvacion. Aunque todos los dias y todas las edades sean propias para trabajar en el grande é importante negocio de nuestra salvacion, es cierto sin embargo que la divina Providencia nos proporciona ciertas

gracias en ciertas circunstancias, de las que depende toda nuestra felicidad, ó toda nuestra desventura eterna. ¡Dichoso el que sabe aprovecharse de estos auxilios particulares; desgraciado el que abusa de ellos! Toda la economía de la salvacion depende de nuestra correspondencia á ciertas gracias que en ocasiones son mas importantes. Resistir en ciertos tiempos á ciertas gracias es arriesgarlo todo, y aun muchas veces es perderlo todo. Si la Samaritana no se hubiera aprovechado del encuentro del Salvador; si se hubiese contentado con verle, con oirle, y haciendo poco caso de los avisos saludables que la daba, hubiese sofocado los llamamientos interiores de aquella gracia preveniente, solicitante, convincente; aquella pecadora endurecida hubiera muerto en su pecado, y hubiera sido reprobada eternamente. Si Zaqueo se hubiese dado por satisfecho con ver pasar al Salvador, ó habiendo tenido la fortuna de recibir á Jesucristo en su casa, no se hubiese aprovechado de tan ventajosa circunstancia para convertirse y para volver sin detenerse la hacienda mal adquirida, ¿de qué le hubiera servido la visita del Salvador? Y ¿cuál hubiera sido su suerte? En fin, si los apóstoles, aquellos pobres pescadores, hubiesen sido sordos á la voz del Hijo de Dios cuando los llamó; si no hubiesen dejado en el momento lo poco que poseian; si hubieran permanecido en su barca con sus redes, ¿qué serian hoy los apóstoles? En fin, sin salir de nuestro Evangelio, ¿qué terribles desgracias no vinieron sobre el pueblo judío por no haber querido reconocer el tiempo de la visita del Salvador, el tiempo de la venida del Mesías? ¿á qué escesos no les ha conducido aquella ceguera voluntaria, aquel obstinado endurecimiento? El pueblo tan amado de Dios, la nacion privilegiada, única que conocia y adoraba al verdadero Dios, á la que todos los profetas habian predicho que este Dios vendria y apareceria visiblemente entre ellos para hacerlos dichosos y sacarlos de la servidumbre, este pueblo, repito, ha sido reprobado; Dios se ha hecho efectivamente hombre, ha nacido y ha vivido entre ellos; los milagros que ha hecho han sido demasiado ruidosos para no convencerles de que él era el Mesías prometido y esperado. Ellos no han querido aprovecharse de un tiempo tan precioso, han resistido á sus solicitaciones, á sus instrucciones y á sus milagros. ¿Pero hasta qué punto ha llegado su impiedad? Han hecho morir en una cruz á este Dios Salvador; y ¿qué desolacion tan terrible no se ha seguido á este deicidio? La ciudad de Jerusalen destruida hasta sus fundamentos; el templo abrasado, demolido, sepultado para siempre entre sus propias ruinas; los pueblos degollados; la nacion dispersa por todo el universo, y por todas partes hecha el horror y la execracion de todos los hombres: hé aquí lo que ha producido el desprecio impío de las bondades del Señor; hé aquí el triste efecto de una obstinada resistencia á la gracia. Comprendamos bien cuál es la desdicha á que conduce el abusar de la misericordia del Salvador.

Punto segundo. — Considera que lo que ha sucedido á aquellos grandes hombres que deben servir de ejemplo de la justa cólera de Dios contra los que abusan de su bondad, las tragedias y los horrores que han afligido á la nacion judía, como consecuencias de su desgracia por no haber sabido reconocer la visita que el Salvador la hacia para colmarla de bienes, y haber despreciado tan tercamente la gracia de esta visita; todo esto, repito, sucede todos los dias en compendio á cada particular. Hay tiempos, y circunstancias de tiempo, de las cuales puede depender toda la economía de la salvacion de cada uno de nosotros en particular. El no saber conocer estas visitas de benevolencia, de misericordia y de favor, es arriesgarlo todo, es esponerse á la última desgracia, es perderlo todo. Penetrémonos de cuánta consecuencia es el aprovechar estas ocasiones favorables, estas circunstancias del tiempo, estas ilustraciones, estas piadosas emociones de la gracia. El sermon que se acaba de oir, la lectura de un libro de piedad, aquel accidente funesto que ha sucedido, aquella inspiracion que se ha tenido, son muchas veces circunstancias muy críticas para la salvacion, son medios saludables de predestinacion, vienen á ser como la visita del Salvador que tanto importa conocer. ¡A cuántos se les presentaba en ella abierto el camino que les debia conducir á la salud! ¡Cuántos tambien se han estraviado por haber cerrado los ojos á esta divina luz! ¡Cuántos se han perdido desgraciadamente por no haber querido aprovecharse de esta desgracia! Podráseles decir á la mayor parte de los que habiéndose condenado serán por toda la eternidad víctimas desdichadas de la indignacion divina: ¡Oh si hubieseis sabido conocer las cosas que eran capaces de daros la paz, de colmaros de todo género de bienes, de procuraros una felicidad eterna! ¡Si hubieseis sabido aprovecharos de aquella fuerte inspiracion, de aquella luz interior tan viva, de aquellas advertencias que Dios os daba en tantos lances! ¡Si hubieseis sabido aprovecharos de aquella enfermedad, de aquella desgracia, de aquella ocasion favorable tan á propósito para convertiros, y por tanto tan eficaz para daros la paz! Vosotros estariais ahora en la mansion de los bienaventurados, colmados de alegría, y á cubierto de todos los temores: al paso que despues de haber llevado una vida tan criminal, y por lo mismo una vida triste, tumultuosa, amarga, gemís entre los fuegos inestinguibles del infierno, presa de todos los suplicios mas rigorosos, víctimas eternas de la cólera terrible de un Dios irritado, y esto porque no habeis sabido conocer el tiempo en que fuisteis visitado amorosamente por el Señor, y en que os ofrecia su gracia.

¡Ah, Señor! ¿no es este el tiempo precioso de vuestra visita, el momento feliz en que me convidais para que me convierta? La meditacion que acabo yo de hacer, ¿no es uno de aquellos puntos críticos, uno de aquellos medios importantes de donde pende tal vez mi salvacion? Haced, Señor, por vuestra gracia que por lo ménos no sea inútil para mí, y que todas estas reflexiones no me ofrezcan jamás un motivo de sentimiento.

Jaculatorias. — No quiero ya, Señor, diferir el convertirme; yo conozco que la voluntad que tengo de ser ya de hoy en adelante todo vuestro, es un efecto de la gracia. (Psalm. 76.)

Si oyereis hoy la voz del Señor, obedecedle fielmente, y no endurezcais vuestro corazon, resistiendo á la gracia. (Psalm. 54.)

PROPÓSITOS.

1 Puesto que todos los acontecimientos de la vida pueden ser medios de salvacion, cuidemos de no inutilizar ninguno. Sobre todo, atendamos á la voz del Señor; Dios habla de muchas maneras. Habla por medio de sentimientos vivos é interesantes; habla por la boca de los superiores y de los directores; habla por los predicadores y los

libros de piedad; por acontecimientos aun imprevistos, y tambien por los movimientos interiores de la gracia. No se trata aquí sino de la conversion y de la perfeccion en materia de moral; por lo que mira al dogma y á la fé, Dios no habla sino por la Iglesia, y de ninguna manera por el espíritu particular. Rindámonos á sus amorosas solicitaciones, tengamos cuidado de conocer siempre sus visitas, de sacar provecho de todo lo que él nos enseña.

2 No nos contentemos con conocer su voz y su visita, es menester poner en práctica sus lecciones. La humildad, la caridad cristiana, la mortificacion, la puntualidad exacta en cumplir todas las obligaciones de nuestro estado, la piedad, el zelo por la salvacion de nuestros hermanos, en una palabra, la victoria sobre nuestras pasiones y sobre nuestro espíritu, y las máximas del mundo, son el asunto ordinario de todas las que nos hace. Veamos cuál es el punto de moral que mas nos toca, y de que mas necesidad tenemos, y apliquémonos la instruccion que nos corresponde. Tenemos á Jesucristo en la adorable Eucaristía, en donde son muchos los que le desconocen: hagamos ver por nuestro deseo de comulgar, por nuestras frecuentes visitas, cada vez mas devotas y mas respetuosas, que le reconocemos allí realmente presente.

DOMINGO DÉCIMO DESPUES DE PENTECOSTES.

ADVERTENCIA. *En la Dominica despues de la Asuncion de nuestra Señora celebra la Iglesia la fiesta del glorioso* SAN JOAQUIN, *padre de nuestra Señora, que comunmente suele concurrir en la Dominica décima despues de Pentecostés.*

Llámase el domingo décimo despues de Pentecostés el domingo de la humildad, ó sea el domingo del fariseo y del publicano, á causa del Evangelio que se lee en la misa, en el cual hace Jesucristo el paralelo entre el orgulloso fariseo y el humilde publicano, por medio de una parábola que propuso á los que erigiéndose en jueces ponian su confianza en sí mismos, despreciando á los demás como imperfectos y pecadores en comparacion de ellos. Déjase conocer bastante que el designio del Salvador es el enseñarnos por medio de esta parábola, que sin la humildad no hay justicia ni virtud cristiana; y que la inocencia debe tener por base la humildad, la cual la sirve tambien de apoyo y de defensa. La Epístola es como el preludio razonado de esta parábola, y confirma la necesidad que tenemos de esta importante virtud, sin la cual todas las demás son defectuosas. San Pablo en esta Epístola trae á la memoria á los fieles de Corinto el lastimoso estado en que estaban ántes de su conversion á la fé. Ninguna cosa humilla tanto al hombre como la vista de su propia miseria; nuestro amor propio que produce nuestro orgullo, lleva tambien en sí el contraveneno. Háceles notar el apóstol, que todos los dones espirituales, todas las diferentes operaciones del Espíritu Santo son puros dones, y por consiguiente que seríamos muy injustos en enorgullecernos. Cuanto mas nos enriquece el Salvador con sus favores, tanto mas humildes debemos ser; los tesoros de la gracia no se conservan mas que por la humildad. No tiene ménos relacion con esta virtud el introito de la misa, inspirándonos siempre una humilde confianza en la bondad de Dios, que es á un tiempo nuestro Criador, nuestro Salvador y nuestro Padre. Como el Evangelio nos representa dos hombres que oran de un modo diferente en el templo, la Iglesia en el introito de la misa nos representa un modelo de oracion muy conforme al que nos ofrece el humilde publicano.

«Cuando he clamado al Señor ha oido mi voz,» esto es, mi oracion, «y me ha librado de los que no se acercan á mí sino para dañarme: él que es ántes de todos los siglos, y será por toda la eternidad, les ha humillado. Poneos enteramente en las manos de Dios, y él os alimentará. Oid, Dios mio, mi oracion, y no desecheis mis ruegos; dignaos considerar el estado en que estoy, y no me negueis la asistencia que imploro.» Estas palabras están tomadas del salmo 54. David, obligado por la rebelion de su hijo Absalon á salir de Jerusalen, representa á Dios el triste é infeliz estado en que se halla, y en este estado humilde le pide su socorro. Este salmo en el sentido figurado conviene perfectamente á Jesucristo. David destronado y arrojado de Jerusalen representa al Salvador rechazado y condenado á muerte por los judíos. Absalon, á la cabeza de los revoltosos, representa á los sacerdotes sublevando al pueblo contra el Salvador; en fin, la traicion de Aquitofel, segun los intérpretes, representa la de Judas. Nótase que David en una y otra fortuna no ha estado nunca sin cruz y sin tribulacion, no obstante que en todo tiempo haya sido un hombre segun el corazon de Dios, y siempre fiel en el cumplimiento de sus deberes. ¿Qué no ha tenido que sufrir contra toda justicia de parte de Saul? Elevado sobre el trono, victorioso de todos sus enemigos, ¿qué no ha tenido que tolerar hasta de su propio hijo? Allá desterrado de la córte, perseguido, errante por los desiertos; aquí obligado á salir de su capital, y huir á pié para no verse entregado á los insultos y á la inhumanidad de un hijo rebelde. De este modo templa Dios las dulzuras de esta vida en sus elegidos. Los mantiene en las humillaciones, á fin de que una sucesion no interrumpida de prosperidades no corrompa su corazon, y el orgullo no les haga indignos de sus gracias. Las adversidades en esta vida son necesarias para purificar el alma en el fuego de las tribulaciones, y para preservarla del contagio por medio de una humildad perseverante.

La Epístola de la misa de este dia está tomada de la primera de san Pablo á los corintios, en la que el santo apóstol declara quiénes son los que tienen el espíritu de Dios, y quiénes los que no le tienen. Hé aquí lo que dió ocasion á san Pablo para escribirles lo que les dice en esta Epístola. En los primeros dias de la Iglesia, el Espíritu Santo derramaba sus dones liberalmente y de un modo sensible sobre la mayor parte de los que eran bautizados: el don de lenguas era muy comun en los nuevos convertidos; el de los milagros no era ménos conocido entre ellos. Veíanse un gran número de fieles que hablaban todo género de lenguas, y otros á quienes el Espíritu Santo daba una ciencia infusa y la gracia de las curaciones. Pero como el hombre abusa frecuentemente de los mayores dones de Dios, muchos no siempre hacian el buen uso que debian de estos dones espirituales, y abusaban de sus ministerios. La mayor parte, en verdad, hacian de ellos un escelente uso para la conversion de los gentiles, y para la edificacion é instruccion de los fieles; mas otros abusaban de ellos para alimentar su vanidad: hacian alarde y no se servian de ellos sino para tomar de aquí motivo para su ostentacion. Los que hablaban diversas lenguas, se inter-

rumpian á cada paso unos á otros en las reuniones, y hablaban algunas veces tres ó cuatro á un tiempo; otras veces hablaban todos diferentes lenguas, sin que nadie interpretase lo que decian, y esta confusion era siempre un motivo de murmuracion y de escándalo: los que habian recibido dones mas escelentes, llevaban su presuncion algunas veces al mas alto grado, y parecia que despreciaban á los demás; aquellos, por el contrario, que los habian recibido menores, se encelaban muchas veces de los que los habian recibido mas brillantes. Es muy natural al hombre el abusar de los mas preciosos dones de la gracia, luego que deja de estar alerta sobre su propio corazon. Los corintios mas sabios y mejor intencionados escribieron en esta ocasion á san Pablo, para preguntarle el uso que debia hacerse de los dones espirituales; por qué señales podia conocerse el espíritu de Dios, y de qué medio podian valerse para corregir estos abusos tan contrarios al verdadero espíritu del Evangelio.

«Vosotros sabeis,» les responde el santo Apóstol, «que mientras estuvisteis envueltos en las tinieblas del paganismo, os dejasteis conducir» como ciegos «por los que os llevaban á adorar los ídolos,» á estas estatuas mudas é incapaces de haceros ningun bien. Yo os aseguro, pues, que entonces no teniais el espíritu de Dios, ni estabais animados sino del espíritu del demonio que se gozaba de vuestra imbecilidad y de vuestra tontería. Los que dicen anatema á Jesucristo, esto es, niegan su divinidad, rehusan reconocerle por el dueño del universo, único Dios verdadero, Salvador y Redentor del género humano, y verdadero Mesías, como hacen los idólatras y los judíos, y como lo hicisteis vosotros mismos en otro tiempo, no tienen este divino espíritu. Aquellos por el contrario, que reconocen al Señor Jesus, que confiesan su nombre, que le adoran como su Dios, que le aman como su Redentor y su Salvador, que le sirven como su soberano Señor, como no pueden hacer todo esto sin ser inspirados de Dios, todos estos tienen el espíritu de Dios; porque nadie puede reconocer á Jesucristo por el Mesías, por el Señor del universo, por el verdadero Hijo de Dios y Salvador de los hombres, adorarle y servirle en esta cualidad sin que sea inspirado por el Espíritu Santo. La fé es un don de Dios, y solo el Espíritu Santo es el que nos hace creer las verdades cristianas, así como el espíritu de tinieblas únicamente es el que nos hace dudar de las verdades de la religion y nos induce al error.

«Por diferentes que sean los dones espirituales, todos se derivan del mismo principio. El Espíritu Santo es el que los comunica como quiere y á quien quiere.» Todos estos dones son igualmente preciosos, aunque los ministerios son diferentes; no hay empleo en la Iglesia que no sea honorífico, y que no deba referirse á la utilidad comun de los fieles y á la gloria del Señor. Da san Pablo aquí esta leccion á los corintios, porque los que tenian empleos superiores despreciaban algunas veces á los que estaban en un rango subalterno. Los ministerios son diferentes; los unos son elevados al obispado, los otros al sacerdocio: estos sirven en un grado inferior, aquellos en funciones ménos brillantes aun: sin embargo todos son ministros de un mismo Señor, todos concurren al mismo fin, todos pertenecen al mismo Señor, y aunque los empleos sean diferentes, y los talentos desiguales, las funciones son igualmente santas por la santidad del ministerio. Tócale al ministro corresponder á la santidad de su ministerio y á la dignidad de su empleo, por la dignidad, por la regularidad, por la santidad de sus costumbres y de su vida.

«Las operaciones son diferentes, pero es el mismo Dios» el que obra todas estas cosas en todos. Aquí parece que distingue el Apóstol los dones espirituales en gracias, en ministerios y en operaciones. Las gracias se atribuyen á la bondad del Espíritu Santo, dice un sabio intérprete; los diferentes ministerios para el gobierno de la Iglesia, á la sabiduría del Hijo; los milagros y las operaciones naturales, al poder del Padre. Mas en estas tres adorables personas, así como es la misma la divinidad, es la misma bondad, la misma sabiduría, el mismo poder. Como los ministerios son diversos, las gracias para cumplirlos son diferentes; pero Dios exige de todos los que las reciben el mismo reconocimiento y la misma fidelidad. «El don visible del Espíritu Santo se concede á cada uno de por sí para bien.» Es un talento que es menester no enterrarlo; es un don espiritual para utilidad pública; ¡qué abuso tan criminal seria el apropiárselo y no hacerlo servir mas que para la ostentacion y la codicia!

Desciende san Pablo en seguida á la relacion individual de las gracias particulares. El Espíritu Santo, dice, concede al uno el hablar el lenguaje de la sabiduría, este es propiamente el don de consejo; á otro el lenguaje de la ciencia, este es el don de inteligencia; á otro este mismo Espíritu Santo da la fé, esto es, aquella viva, aquella firme confianza en Dios, que nos asegura que no nos negará en la necesidad su asistencia para obrar las cosas mas maravillosas, y este es propiamente el don de los milagros; á otro la gracia de las curaciones, y aun el don de resucitar los muertos; á este el don de profecía, de pronosticar lo venidero, y de interpretar las divinas Escrituras; á algunos el discernimiento de los espíritus, tan necesario en el gobierno y en la direccion de las almas; á otros el don de las lenguas, y el de entenderlas aunque no se supiesen hablar. «Todas estas cosas las obra el mismo Espíritu Santo, dividiéndolas á cada uno segun le agrada.» El Espíritu Santo reparte sus dones, dice el mismo intérprete, á fin de que la necesidad mutua una mas estrechamente á los fieles, y los haga mas humildes. Si hubiéremos recibido unos dones tan brillantes, temamos el abuso que pudiéramos hacer, y la cuenta que tendríamos que dar de ellos. Si no los hemos recibido, pensemos que hubieran podido habernos hinchado de orgullo, y que la humildad es mas preciosa que todos estos talentos, los cuales son en provecho de los demás. Estos dones son gracias puramente gratuitas, diferentes de la gracia justificante que nos hace santos y justos delante de Dios. Llámase gracia puramente gratuita, la que no santifica al que la recibe, aunque se le confiera como remuneracion por Dios. Puede sin embargo serle útil al que se le confiere para su salud, pero principalmente mira á la santificacion del prójimo: tales son la gracia de los milagros, el don de la sabiduría, el del discernimiento de espíritus, el de ciencia, el don de lenguas; pueden poseer estos dones, y no ser santos por el mal uso que se hace de ellos. Con todo es raro que el don de lenguas, el de profecía, el de los milagros, no estén acompañados de una santidad eminente. La Iglesia las mira como pruebas de santidad en la canonizacion de los santos, mas esto es despues de haber

tenido pruebas ciertas de la heroicidad de sus virtudes. Estos dones visibles del Espíritu Santo eran muy ordinarios en los primeros siglos de la Iglesia, eran entonces necesarios milagros brillantes para convertir á los judíos y á los paganos. No es esto decir, dice el venerable Beda, que estos dones hayan cesado enteramente en lo sucesivo. No hay siglo alguno de la Iglesia en que no haya habido taumaturgos, sobre todo cuando á Dios le ha agradado enviar hombres apostólicos para convertir á los gentiles. San Francisco Javier, de la Compañía de Jesus, es en los últimos tiempos una prueba muy solemne de esta verdad, y la Francia ha visto en el siglo pasado, y ve todavía en el presente (téngase presente que esto se escribia en el siglo XVIII) un beato Juan Francisco Regis, de la misma Compañía de Jesus, célebre por un número prodigioso de milagros que Dios obra aun todos los dias por su intercesion.

El Evangelio de la misa de este dia es del capítulo 18 de san Lucas, en el que refiere el Salvador una parábola de las mas instructivas, la cual en el contraste del fariseo orgulloso y del humilde publicano nos presenta un verdadero retrato de la humildad cristiana y del vicio contrario, y nos demuestra cuáles son los efectos respectivos.

Instruyendo el Hijo de Dios al pueblo, que se habia reunido alrededor de él, vió algunos de los mas principales, que se lisonjeaban de llevar una vida mas regular, y que le escuchaban con bastante atencion; á estos principalmente les dirigió esta parábola, en donde se ve el precio y la eficacia de la humildad. «Cierto dia,» les dijo, «subieron al templo juntamente dos hombres para orar, el uno era fariseo, y el otro era publicano.» Hase dicho ya en otra parte que los fariseos era una secta célebre que se levantó en Judea hácia el tiempo de los Macabeos, y á cuyos individuos se les dió el nombre de fariseos, que significa gentes separadas de todos los demás por un género de vida que engañaba al pueblo, y de la que hacian alarde sus vanos y orgullosos sectarios: afectaban delante de las gentes una modestia estudiada, una regularidad esterior que imponia, y todo no era mas que como unos sepulcros blanqueados, llenos de basura y podredumbre. El orgullo era el alma y el gran móvil de todas sus acciones. El publicano era entre los romanos un arrendador de los impuestos y de las rentas públicas. Este nombre era muy odioso entre los judíos, con él designaban un gran pecador, un hombre de mala vida, un usurero de profesion; era, en fin, un género de vida propio de gentes muy desacreditadas, por la corrupcion de sus costumbres y por sus violencias. Esto era lo que se entendia por un fariseo y por un publicano. Volvamos, pues, á nuestro Evangelio.

Dos hombres, decia el Señor, subieron juntamente al templo para orar, el uno era fariseo y el otro publicano. El fariseo, en lugar de orar y de humillarse delante de Dios, se puso á ponderarle la justicia de sus obras, porque manteniéndose en pié: Yo os doy gracias, Señor, decia dentro de sí mismo, de que no soy yo como el resto de los hombres, y particularmente como este publicano que está aquí. Él y los otros son ladrones, malvados, adúlteros; por lo que hace á mí, tengo religion, ayuno dos veces en la semana, además de los ayunos prescritos por la ley. Créese que estos dos dias de que habla el fariseo eran el lunes y el jueves, y por esto, y por no parecer que se conformaban con este uso de los fariseos, los antiguos cristianos ayunaban el miércoles y el viernes, lo que practican aun hoy muchas comunidades religiosas, y muchas personas piadosas en el mundo, añadiendo á la abstinencia de carne del viernes y del sábado, la del miércoles. Yo pago el diezmo de todos mis bienes, continuaba, no solo de los frutos mayores de la tierra, como está ordenado por la ley, sino que tambien pago por supererogacion el diezmo de la yerbabuena, del hinojo, del cominо y de las legumbres menores; en fin, yo me distingo del resto de los hombres por mi exacta probidad. ¿Qué es lo que encontramos en esta odiosa ostentacion, dice san Agustin, que tenga ni aun una sombra de oracion? Viene para rogar y se alaba; y esto mismo es lo que hacen todos los herejes: vanas ostentaciones de regularidad y de pretendida reforma; orgullosas declamaciones contra los abusos; eternas lamentaciones por la relajacion; censores implacables del género humano; proclamadores desvergonzados de su pretendida justicia y de su secta. No hay cosa que mas se parezca á un fariseo que un hereje; el mismo orgullo, el mismo odio contra Jesucristo y sus verdaderos discípulos, el mismo espíritu de error, la misma impudencia, la misma inhumanidad.

El publicano del Evangelio es de un carácter muy distinto. Manteníase á la entrada del atrio de los judíos, sin atreverse ni aun á levantar los ojos al cielo, dándose golpes de pecho; su corazon contrito y humillado no cesaba de repetir estas palabras: Señor, sed propicio para con un pecador como yo. Este signo del dolor de los pecados, y esta indicacion de la penitencia golpeándose el pecho, no solo es comun y ordinario en la Iglesia, sino que se usaba ya en la misma sinagoga. Él es un signo esterior de una contricion interior y de un vivo arrepentimiento. Hé aquí dos oraciones bien diferentes; así lo fueron tambien en su efecto. El publicano, dice el Salvador, se fué justificado á su casa: Dios, que oye la súplica de los humildes con tanto mas placer, cuanto es mayor el horror que tiene á los soberbios, tuvo misericordia del humilde publicano; aceptó su arrepentimiento, escuchó sus votos, oyó su oracion y le perdonó en el acto sus pecados, al paso que reprobó al orgulloso fariseo, el cual con aquella imprudente vanidad puso el colmo, por decirlo así, á su iniquidad y á su malicia. Así que al entrar en el templo el publicano era acaso mayor pecador que el fariseo; pero al salir del templo, el publicano se halló justificado, y el fariseo salió mas criminal. Así sucede, concluye el Salvador del mundo; así sucede que cualquiera que se ensalza será humillado, y cualquiera que se humilla será ensalzado. Así el pecado que sirve para humillar al hombre, sirve tambien para sacarle de la humillacion por la confusion saludable que le inspira. Nada debe humillar tanto al hombre como su orgullo, y solo descendiendo á su nada es como encuentra el fundamento de una verdadera grandeza, y el secreto de ensalzar su bajeza. Por poco que se eleve, se le trastorna la cabeza. La opinion escesivamente ventajosa que tiene de sí mismo, de su pretendido mérito, de su propia escelencia, en que consiste el orgullo, es una prueba de pequeñez de espíritu y de locura. Dios se complace tambien en confundir á las almas vanas, y elevar á los que hacen un estudio en abatirse.

La oracion de la misa de este dia es como sigue :

Deus, qui omnipotentiam tuam parcendo maxime et miserando manifestas : multiplica super nos misericordiam tuam, ut ad tua promissa currentes, cœlestium bonorum facias esse consortes. Per Dominum nostrum Jesum Christum Filium tuum...

O Dios, que señalais de un modo especial vuestro poder infinito en los efectos admirables de vuestra bondad; derramad mas y mas sobre nosotros las riquezas de vuestra misericordia, á fin de que habiendo suspirado sin cesar sobre la tierra por los bienes celestiales que nos habeis prometido, nos concedais la gracia de que gocemos de ellos en la gloria por toda la eternidad. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es de la primera que el apóstol san Pablo escribió á los Corintios, cap. 12.

Fratres : Scitis quoniam cum gentes essetis, ad simulacra muta prout ducebamini euntes. Ideo notum vobis facio, quod nemo in Spiritu Dei loquens, dicit anathema Jesu. Et nemo potest dicere, Dominus Jesus, nisi in Spiritu Sancto. Divisiones vero gratiarum sunt, idem autem Spiritus. Et divisiones ministrationum sunt, idem autem Dominus. Et divisiones operationum sunt, idem vero Deus, qui operatur omnia in omnibus. Unicuique autem datur manifestatio Spiritus ad utilitatem. Alii quidem per Spiritum datur sermo sapientiæ : alii autem sermo scientiæ secundum eumdem Spiritum : alteri fides in eodem Spiritu : alii gratia sanitatum in uno Spiritu : alii operatio virtutum, alii prophetia, alii discretio spirituum, alii genera linguarum, alii interpretatio sermonum. Hæc autem omnia operatur unus atque idem Spiritus, dividens singulis prout vult.

Hermanos mios: Vosotros sabeis que cuando erais gentiles, os llevaban á que adoraseis los ídolos mudos. Por tanto os hago saber que ninguno que habla inspirado del espíritu de Dios, dice anatema á Jesus; y ninguno puede tampoco decir Jesus es el Señor, sin que esté inspirado del Espíritu Santo. Son, sí, diversas las gracias, mas el Espíritu es el mismo. Los ministerios son diferentes, mas el Señor es el mismo; las operaciones son distintas, pero es el mismo Dios el que obra en todas las cosas. El don visible del Espíritu Santo no se da á cada uno sino con utilidad. Concédese el Espíritu á unos para que hablen el lenguaje de la sabiduría; y el mismo Espíritu se concede á otros para que hablen el lenguaje de la ciencia. A otros el mismo Espíritu les da fé, y á otros este propio Espíritu da la gracia de las curaciones. A otros el poder de obrar milagros; á otros el don de profecía; á estos el discernimiento de los espíritus; á esotros el don de lenguas; á otros el don de interpretar la divina palabra. Todas estascosaslas obra el mismo Espíritu, repartiéndolas á cada uno segun le agrada.

Habiendo sabido san Pablo que una de las causas de las divisiones que turbaban la Iglesia de Corinto procedia de que se preferian los unos á los otros, en razon de los diferentes dones que habian recibido del Espíritu Santo y que comunmente se llaman gracias gratuitas, las cuales se conceden en favor del prójimo; les manifiesta el santo Apóstol que todos estos dones, aunque diferentes entre sí, todos nacen de un mismo principio, que es el Espíritu Santo; y por consiguiente que todos deben estimarse igualmente.»

REFLEXIONES.

«Las gracias son diversas, mas el Espíritu es el mismo.» No debe haber zelos entre los diferentes ministerios, ni tampoco negligencia ó dejadez en el ejercicio de las sagradas funciones. En el supuesto que los diferentes dones, gracias, talentos y empleos vienen todos de la misma mano y que es el mismo Espíritu el que los distribuye, todos deben tener el mismo fin, todos merecen nuestra estima. Por esto puede decirse con verdad que nada hay pequeño en el servicio de Dios. ¡Qué error el no estimar los empleos en la Iglesia, sino con relacion al esplendor ó á la preeminencia del lugar en que se ejercitan! Su dignidad procede de su principio y de su fin. Los coros de los ángeles en el cielo son diferentes en dignidad, segun la escelencia y la dignidad de su ministerio; pero todos son respetables, como que todos son ministros del Altísimo. Los dones del Espíritu Santo son puras gracias : don de consejo, don de sabiduría, don de lenguas, don de ciencia, hasta el don de los milagros, todo se ha dado por utilidad del prójimo, y de ningun modo para la gloria particular y en provecho solo del sugeto á quien el Espíritu Santo ha enriquecido con estas gracias puramente gratuitas. ¡Cuál, pues, debe ser su reconocimiento! pero ¿de qué crímen no se hace reo el que entierra estos talentos, ó si solo una vana reputacion es todo el fruto que saca de un tesoro de que no es mas que administrador? «La ciencia hincha,» dice el Apóstol; pero toda hinchazon está llena ó de podredumbre ó de viento. No hay cosa mas vana que la gloria que se busca, y de que uno se llena por unos bienes que solo se han recibido en depósito. ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿por qué te glorias de ello, como si no lo hubieses recibido?» Pocos hay de aquellos que tanto se han distinguido por su raro saber, por su alta sabiduría, que tarde ó temprano si viven mucho tiempo, no vengan á parar en otros tantos objetos de lástima, despues de haberlo sido de envidia, por las flaquezas, y muchas veces por las imbecilidades de una vejez prematura. ¡Cuántos de estos grandes hombres se han visto portarse como niños, aun ántes de ser decrépitos, complaciéndose Dios en convencernos por medio de estos ejemplos tan frecuentes, lo mal que hacemos en enorgullecernos por una ciencia que se estingue, se desvanece con el trastorno de una fibra! Pues hé aquí, no obstante, lo que hace tan altaneros á esos grandes genios que jamás aciertan á conocer lo pequeños que son. La emulacion de los talentos es la mas delicada, la mas ciega, y acaso la mas difícil de curar; nada ensoberbece tanto, sin embargo de que nada deberia humillarnos tanto como esta enfermedad cuasi incurable. ¡Ridícula vanidad del hombre! no se humilla, aunque nada es mas que polvo y ceniza, y habiendo sido formado no mas que de un poco de lodo; este lodo que todo lo debe á la mano omnipotente que le ha formado, se gloria de las ventajas que ha recibido de ella, y no pocas veces pretende arrebatarle toda la gloria. Lo que nos da reputacion, lo que

nos distingue de los demás son dones de Dios, y el resplandor de estos dones debe servirnos para descubrir mas nuestras sombras. Es verdad que el orgullo es siempre la señal de un genio pequeño: las almas grandes, los sugetos de un mérito mas distinguido, son ordinariamente mas humildes; solo unos entendimientos superficiales y limitados son los que están llenos de una falsa estima de sí mismos. El orgullo humilla á cualquiera que tiene suficientes luces para conocer su presuncion y su vanidad.

El Evangelio de la misa está tomado del cap. 18 de san Lucas.

In illo tempore: Dixit Jesus ad quosdam, qui in se confidebant tamquam justi, et aspernabantur ceteros, parabolam istam: Duo homines ascenderunt in templum ut orarent: unus pharisæus, et alter publicanus. Pharisæus stans, hæc apud se orabat: Deus, gratias ago tibi, quia non sum sicut ceteri hominum: raptores, injusti, adulteri: velut etiam hic publicanus. Jejuno bis in sabbato: decimas do omnium, quæ possideo. Et publicanus a longe stans, nolebat nec oculos ad cœlum levare: sed percutiebat pectus suum, dicens: Deus, propitius esto mihi peccatori. Dico vobis, descendit hic justificatus in domum suam ab illo: quia omnis, qui se exaltat, humiliabitur: et qui se humiliat, exaltabitur.

En aquel tiempo dirigió Jesus esta parábola á ciertas gentes que presumian de sí mismos como si fuesen santos, y despreciaban á los demás. Subieron dos hombres al templo para orar; el uno era fariseo, y el otro publicano. El fariseo, manteniéndose de pié, hacia para sí esta oracion: Dios mio, yo os doy gracias porque no soy como el resto de los hombres, los cuales son ladrones, injustos, adúlteros; ni tampoco tal como este publicano. Yo ayuno dos veces en la semana y pago el diezmo de todos mis bienes. El publicano por su parte, retirado á lo lejos, ni aun se atrevia á levantar los ojos al cielo, é hiriéndose el pecho decia: Dios mio, sed propicio á un pecador como yo. Este, pues, os aseguro, se volvió á su casa justificado, al contrario que el otro; porque cualquiera que se exalta será humillado, así como el que se humilla será exaltado.

MEDITACION.

De la humildad cristiana.

Punto primero. — Considera que la humildad cristiana es la virtud de las almas grandes, de los genios sublimes ilustrados con las luces mas vivas de la fé. ¡Qué error el confundir esta noble virtud con la pusilanimidad de las almas tímidas! La humildad cristiana no es aquella oscura y floja ociosidad de un corazon fastidioso y de un espíritu medio apagado; es un conocimiento vivo, es una persuasion práctica de su propia indigencia y de su nada que le inspiran a uno sentimientos conformes á sus luces, y le hacen concebir un verdadero desprecio de sí mismo, inspirándole una confianza en Dios tierna y respetuosa.

No hay cosa mas racional ni mas noble que estos sentimientos bajos que uno tiene de sí mismo, porque son verdaderos. Es menester tener talento para conocer que tenemos muchos defectos y poco mérito. Un genio superficial y limitado no admira ni aprecia mas lo que él cree considerable, como aquellas gentes groseras que jamás salen de su aldea; pero cuando la gracia perfecciona el espíritu y el corazon, cuando á favor de unas luces sobrenaturales vemos lo que somos y lo que podemos ser, cuando vemos la multitud de defectos, el fondo de debilidades, la inclinacion natural al mal, la flaqueza para el bien, la indigencia de que estamos cercados, ¿podemos ménos de despreciarnos? ¿podemos sin llenarnos de rubor, sufrir que se nos alabe? ¿No es una imbecilidad de espíritu, no es una especie de locura el llenarnos de satisfaccion cuando se nos tiene por lo que no somos, é incomodarnos cuando se nos reconoce por lo que somos? tal es el carácter del orgullo. La humildad se complace mucho en que nadie se engañe en el concepto en que forma de nosotros; ¿qué cosa mas conforme á la sana razon? Queremos ser estimados, y este mismo deseo tan frívolo prueba cuán poco estimables somos. ¿Qué injusticia mas visible que exigir del público un tributo que no se nos debe?

«¿Qué tienes, dice el Apóstol, que no hayas recibido? y si lo has recibido ¿por qué te glorias de ello como si no lo hubieses recibido? (1. Cor. 4.)» ¿Es necesario acaso atormentar mucho nuestro entendimiento para encontrar en nosotros de qué humillarnos? Error en el entendimiento, pasiones en el corazon, enfermedades en el cuerpo, flaqueza de la imaginacion; todo es pobreza, todo es humillacion en el hombre; hasta sus cualidades mas brillantes dejan entrever las sombras. No es menester mas que bajar á los sepulcros para convencernos que el mayor monarca, como el mas pequeño de sus vasallos, no son mas que polvo y ceniza. ¿Por qué, pues, «se ensoberbecen la tierra y la ceniza?» (Eccles. 10.) Ciertamente no hay nada que tanto deba humillarnos con nuestro propio orgullo; ¿y con todos estos motivos de humildad, Señor, me cuesta todavía trabajo el ser humilde, y serlo teniendo delante de los ojos un Dios humillado para curar mi orgullo?

Punto segundo. — Considera que además de los motivos que tenemos para humillarnos, las ventajas que son inseparables de esta importante virtud deben con mucha razon inclinarnos á ser humildes.

No hay virtud alguna sin humildad; pero ¿qué virtud hay que sea difícil á una alma humilde? La gracia, dice el apóstol Santiago (Jacob. 4.), se le ha dado con profusion. Témese á Dios, dice el Sabio (Prov. 22.), cuando uno es humilde: créese para mérito y para gloria, y el edificio de la perfeccion cristiana sube muy alto, cuando tiene por fundamento una profunda humildad: la humildad cristiana es siempre una prenda de salud. (Ps. 33.) ¿Sobre quién fijaré yo mis miradas favorables, dice Dios por su Profeta (Isai. 66); en favor de quién abriré los tesoros de mis misericordias, sino en favor de un corazon humilde, y de un espíritu humillado?

Puede decirse que la humildad es la que desarma la ira de Dios, la que gana el corazon de Dios, la que obliga, por decirlo así, á Dios á que haga las mayores maravillas. La Santísima Vírgen no atribuye ni á su virginidad, ni á su devocion, ni á tantas otras virtudes que poseia en el mas alto grado, la gracia de haber sido elevada á la dignidad sublime de Madre de Dios, sino á su humildad; «porque atendió á mi humildad.» Seamos humildes, no salgamos nunca de nuestra nada, y aquel Dios que de nada ha he-

cho todo este vasto universo, se servirá de nosotros para hacer maravillas.

Miremos á los apóstoles, atendamos á los mayores santos, y veremos que todos han sido los mas humildes. ¡Qué de maravillas no ha hecho un san Francisco de Paula en los pueblos y en las casas de los grandes; él ha sido el prodigio de su siglo! ¿y hubo jamás un hombre mas humilde? ¡Cuando curarán nuestro orgullo y nos inspirarán gusto á la humildad tan grandes ejemplos, motivos tan poderosos, razones todas á cual mas interesantes!

¡Ah, Señor! ¿puedo yo veros humillado hasta morir en una cruz, y puedo yo verme hinchado de orgullo y no ser humilde? ¡Ah! demasiado que puedo, y mis sentimientos y mi conducta prueban bastante lo que yo soy; pero todo lo espero de vuestra misericordia. Vos quereis que aprenda de vos á ser humilde de corazon; haced que llegue á serlo; ya os lo pido y lo deseo con todo mi corazon.

Jaculatorias. —¿Me atreveré á hablar á mi Señor y mi Dios, yo que no soy mas que polvo y ceniza? (Genes. 18.)

Yo estoy humillado, y paso mis dias en la tristeza. Por esto, Dios mio, tendreis compasion de mí, y me salvareis. (Ps. 68.)

PROPÓSITOS.

1 La humildad sin la humillacion no es por lo comun otra cosa que el conocimiento y la estima que tenemos del mérito y de la importancia de esta virtud; pero no siempre es la virtud misma. No somos humildes porque conozcamos las razones que tenemos para serlo. Las virtudes morales son prácticas. La prueba mas segura y ménos equívoca de la virtud de la humildad, es la alegría en la humillacion. Si esta importante virtud no consistiese mas que en humillarse de palabra, las espresiones ménos sinceras probarian que muchos que se alimentan del orgullo son humildes. Cosa estraña; tenemos defectos crasos que saltan á los ojos, y no podemos sufrir que se nos adviertan; ¡qué despecho si se repara en ellos! Mira uno con desprecio sus propios defectos y los de los otros, y cada uno quiere que de los suyos no se hable. Corregid hoy un vicio tan comun. ¿No teneis tanta virtud que ameis la humillacion? sed al ménos bastante cristianos para recibirla con mansedumbre y con paciencia; no os justifiqueis en aquellas ocasiones de poca importancia, en las que el amor propio es maltratado, y vuestra vanidad se ve ajada. Os alegrareis de haber callado; no perdais por un aire desabrido, por una palabra violenta, por una indignacion demasiado manifiesta, el mérito de una pequeña hullacion, que es un remedio soberano contra la exaltacion del ánimo.

No siempre es el natural ó el mal humor el que hace á los señores tan delicados y poco pacientes; con mas frecuencia el orígen de estos fogosos arrebatos es un orgullo secreto. La humildad del corazon es inseparable de la penitencia y de la mansedumbre. No podemos sufrir una palabra poco respetuosa; nos incomodamos por la poca exactitud de un doméstico; nos choca la cachaza de nuestros dependientes; su poca deferencia á nuestras órdenes nos pone de mal humor. Llamad como quisiereis esas impaciencias, esas asperezas, coloradlas con el pretesto que os dé la gana, vosotros seriais mas pacientes si fueseis ménos orgullosos; comenzad desde este momento á poner en práctica las reglas siguientes: 1.ª Escusad con caridad los defectos de otro, y no consintais jamás que los que dependen de vosotros traben conversacion sobre tales defectos. 2.ª Cuando se os hubiere faltado á alguna cosa tocante á vuestra persona, á ciertos deberes, á no sé qué atenciones; cuando se hubieren olvidado de haceros ciertos servicios de poco momento, no perdais el mérito de estas pequeñas humillaciones: la falta de memoria ó de disposicion de un doméstico; la impolítica de cierta especie de gentes; el mal corazon de tantos amigos falsos os ofrecerán todos los dias muchas ocasiones para ejercitaros en estos pequeños sacrificios: alarmaráse el amor propio, padecerá el orgullo; pero ¡qué tesoro de méritos si sabeis aprovecharos de estas frecuentes pero preciosas humillaciones! 3.ª Decíos á menudo vosotros mismos con san Bernardo: Yo adoro un Dios humillado por mi amor hasta la muerte de la cruz, ¿y yo no soy humilde?

DOMINGO UNDÉCIMO DESPUES DE PENTECOSTES.

Llámase comunmente en la Iglesia Romana este domingo el domingo del «Sordo-Mudo» curado por Jesucristo, porque el Evangelio de este dia refiere la historia de este milagro. Como todas las maravillas de la vida del Salvador eran pruebas visibles de su omnipotencia y de su divinidad, y al mismo tiempo pruebas evidentes de la santidad de la religion que venia á establecer en el mundo; la Iglesia ha escogido para la Epístola á la misa de este dia aquel pasaje de la carta que san Pablo escribió á los corintios, en donde despues de haberles dado cuenta del modo con que les habia anunciado el Evangelio; les declara que no les ha enseñado y como dado en depósito mas que lo que él mismo habia recibido de Jesucristo, y por el compendio que les hace de los principales misterios de nuestra religion les da una idea justa de la escelencia del Redentor, de su divinidad, y de la bondad infinita que ha tenido con los hombres. El Evangelio no es una prueba menor de esto, no pudiendo ser el milagro asombroso que refieren sino el efecto de esta omnipotencia que no puede convenir mas que á Dios solo. El introito de la misa espresa perfectamente los sentimientos de un corazon animado de una fé viva en este divino Salvador, y lleno de una santa confianza en su bondad y en su omnipotencia.

«Yo veo al Señor en la nueva Sion; allí ha remitido á los hombres, y los une por unos mismos sentimientos y por unas mismas leyes: el Dios de Israel inspira valor y fortaleza á su pueblo, y le hace formidable á sus enemigos. Preséntese, nada mas, este Dios, levántese y disperse sus enemigos; muéstrese este Dios omnipotente, y huyan de su presencia los que sacuden el yugo de sus leyes. Todo este salmo, uno de los mas magníficos y mas admirables que David ha compuesto en un estilo sublime y elevado y que es una alegoría continua, todo este salmo, repito, debe entenderse de la vida de Jesucristo, de sus milagros, de sus victorias, de los misterios realizados en su persona, y del establecimiento de la Iglesia por los apóstoles. El Profeta hace en él la relacion de diversos prodigios del antiguo Testamento que fueron figura de lo que debia suceder en el nuevo, y en particular de todas las maravillas que debia obrar el Salvador. El milagro cuya historia re-

fiere el Evangelio de este dia, ha determinado á la Iglesia para hacer la eleccion de este salmo, que propiamente es uno de los mas bellos cánticos que tenemos en honor de las maravillas y de los misterios de Jesucristo. Todos los santos Padres griegos y latinos, que lo esplican segun la alegoría y el sentido místico, lo aplican á la venida, á la resurreccion y á la ascencion del Salvador, á todos los milagros que ha obrado, á la predicacion de los apóstoles, á la conversion milagrosa de los gentiles y á la destruccion victoriosa del paganismo. Si el Profeta habla en él de la salida de Egipto y de la publicacion de la ley, no es sino por alegoría á la libertad del cautiverio del pecado, que ha sido el fruto principal de la venida del Salvador y de la publicacion del Evangelio, cuyos hechos estaban allí figurados. Esto es lo que movió á comenzar este cántico por unos términos entusiasmados y con espresiones enfáticas. «Levántese Dios y disperse sus enemigos: huyan de su presencia todos sus adversarios.» Desaparezcan los impíos delante del Señor, como el humo se desvanece en el aire, ó como la cera que en un momento se derrite al fuego; «mas los justos, por el contrario, alégrense y regocíjense» viendo á su Dios y su libertador. «Pueblos fieles, celebrad su gloria, cantad salmos en su honor.». Todo este salmo es un cántico de regocijo, un cántico de alegría continua para celebrar las maravillas del Salvador y la pompa de su triunfo.

La Epístola de la misa de este dia puede mirarse como un compendio de las pruebas mas brillantes de nuestra religion, y de las verdades fundamentales del cristianismo. Como la verdad de la resurreccion de Jesucristo es el fundamento sólido y la base de nuestra creencia, no es de estrañar que los apóstoles se aplicasen con tánto ahinco á demostrar esta importante verdad, que tanto interés tenia el infierno en debilitar, pero cuya evidencia no habia podido oscurecer todo el infierno: así es que no hay dogma alguno mejor establecido, ninguna verdad mas á menudo ni mas útilmente sostenida. Habia entre los cristianos de Corinto ciertos espíritus dañados, que no abrigaban sentimientos muy ortodoxos en órden á la resurreccion. Como este artículo era, por decirlo así, el fundamento de todo el cristianismo, san Pablo se aplica á establecer esta verdad en el capítulo quince de su carta con todo género de razones, y al mismo tiempo prueba la resurreccion futura de los muertos por la resurreccion de Jesucristo, la cual confirma con muchos testimonios.

Voy á poneros á la vista uno de los puntos capitales y mas importantes del Evangelio que os he predicado, que habeis recibido por una gracia especial de Jesucristo, y en el cual os manteneis con tanta fidelidad á pesar de los artificios seductivos de los falsos doctores, que os deslumbran con sus sofismas. Vosotros sabeis que solo creyendo las verdades que os he anunciado os salvareis; no hay que esperar salud fuera de esta creencia; porque á ménos que no hayais creido en vano, debeis acordaros de qué manera os he predicado. «Mis predicaciones,» dice en otra parte, «nada tenian parecido á los mañosos discursos de la sabiduría humana, «ántes bien, el Espíritu Santo y su virtud eran visibles en ellas,» y esto á fin de que «la sabiduría humana no fuese el fundamento de vuestra fé, sino la virtud divina.» A esto alude san Pablo cuando dice aquí á los fieles de Corinto que se acuerden de qué manera les ha predicado, de las maravillas que han acompañado á su predicacion, y que si han creido las grandes verdades que les ha anunciado, no ha sido lijeramente como gentes que se dejan llevar de la novedad sin exámen, y que son tan fáciles para abandonar la fé, como lo han sido para abrazarla. Por mas incomprensibles que sean nuestros misterios, por mas sublimes que sean las verdades de nuestra religion, por mas austera que sea su moral, nunca me he servido para persuadiros todo esto de términos escogidos, ni de maneras de hablar seductivas y estudiadas; no he empleado para ello los artificios de una elocuencia alucinadora. Yo os he enseñado con toda sencillez lo que á mí mismo se me ha enseñado por el Señor, que siendo la verdad por esencia, no puede ser engañado, ni engañarnos. Os he dicho desde luego que Jesucristo nuestro Salvador ha muerto por nuestros pecados conforme á las Escrituras, esto es, como lo habia predicho por los profetas, y singularmente por Daniel que con tanta precision marca el tiempo de su muerte; y «pasadas setenta y dos semanas de años, será Jesucristo condenado á muerte (Dan. c. 9):» lo cual sucedió precisamente en el tiempo señalado segun los cálculos de la mas exacta cronología; por Isaías que predijo el fin de su muerte, esto es, por los pecados de los hombres (cap. 53); y las circunstancias de su muerte: «será llevado á la muerte como una oveja sin quejarse, y será cubierto de llagas sin decir palabra.»

Os he enseñado, continúa el santo Apóstol, que habiendo muerto este divino Señor, fué sepultado; que ha resucitado al tercero dia, conforme á las Escrituras, como un testimonio de los mas persuasivos y de los mas concluyentes. No hay cosa que persuada mejor al entendimiento en órden á las verdades incomprensibles, que el ver que han sido predichas; porque solo Dios es el que puede conocer y pronosticar lo venidero: la prediccion es un motivo muy poderoso para creer una verdad aunque no se la pueda comprender. La resurreccion de Jesucristo era una verdad demasiadamente esencial en nuestra religion, para que no hubiera sido predicha y figurada en muchos pasajes de la Escritura. David, Isaías, Oseas, y en particular el profeta Jonás, nos la han anunciado en mas de un pasaje. No se contenta san Pablo con esta prueba, sacada de la prediccion; trae tambien el testimonio de los que han sido testigos de ella, y este testimonio no tiene réplica. Os he dicho, añade, que el Salvador resucitado ha aparecido á Cefas, y despues á los once. El santo Apóstol no refiere aquí en particular todas las apariciones de Jesucristo, sino solo aquellas que juzga mas á propósito para hacer impresion en el ánimo de los fieles de Corinto. Despues de haber referido san Lucas la aparicion del Salvador á los dos discípulos que iban al castillo de Emaus y la vuelta de estos á Jerusalen, dice, que habiendo encontrado estos dos discípulos á los once apóstoles, y á los que estaban con ellos, todos juntos, y habiéndoles contado lo que acababa de sucederles, supieron de ellos que el Señor habia resucitado verdaderamente, y que habia aparecido á Simon. (Luc. 24.) Os he dicho tambien, continúa aun el santo Apóstol, que despues apareció á mas de quinientos hermanos al mismo tiempo, de los cuales algunos han muerto, pero todavía están muchos en el mundo. Habla aquí san Pablo de la aparicion que hizo el Salvador á todos los discípulos que se congregaron en la montaña de los olivos, cuando el Salvador subió

al cielo. ¡Qué nube de testigos y de pruebas para establecer el solo milagro de la resurreccion de Jesucristo! Con todo, dice aquí un sabio intérprete, no era necesario ménos para convencer al mundo de una verdad, que por una consecuencia necesaria le obligaba á creer todos los misterios, y á practicar todas las máximas del cristianismo. San Pablo añade que muchos de los que se habian hallado en esta aparicion vivian aun, á fin de que pudiesen, si querian, asegurarse por sí mismos de un hecho tan importante.

«Despues de esto,» continúa san Pablo, «apareció á Santiago; despues á todos los apóstoles.» El Evangelio no habla de esta aparicion; pero los Padres, siguiendo la antigua tradicion, nos refieren que Santiago, dicho el Menor, hijo de Cleofas y de María, primo del Salvador, y por tanto llamado hermano del Señor, segun el uso de los judíos; los Padres, repito, nos refieren que este apóstol, que fué el primer obispo de Jerusalen, y que era tambien apellidado el Justo, habia resuelto despues de la muerte de su divino Maestro no tomar alimento alguno hasta haberle visto resucitado, y que el Salvador por una bondad singular hácia este fervoroso apóstol se le apareció inmediatamente despues de su resurreccion, y habiéndole colmado de alegría con su presencia, le dió por sí mismo pan que habia bendecido, diciéndole que tomase de aquel alimento, pues que ya veia á su Salvador resucitado.

«Por fin,» y en último lugar, prosigue el santo apóstol, «tambien me ha aparecido á mí que no soy mas que un aborto.» Siempre fué la humildad el carácter comun de todos los santos. Los mayores entre ellos han sido siempre los mas humildes. Cuanto mas los ha distinguido el Señor con los favores mas sublimes, tanto mas bajamente han sentido de sí mismos; las gracias mas brillantes descubren siempre la profundidad de nuestra nada. San Pablo se llama á sí mismo un aborto, para significar por esta espresion que no habia nacido al cristianismo ni sido llamado al apostolado sino despues de todos los demás, cuando todavía se hallaba informe, como de ordinario están los niños que vienen al mundo trabajosamente, ó ántes del término, esto es, ántes de haber podido recibir el aumento y la forma conveniente. Los demás apóstoles habian sido alimentados mucho tiempo por el Salvador con sus divinas instrucciones; san Pablo habia sido llamado al apostolado estando todavía por limar, por decirlo así, desfigurado por su tenaz apego al judaismo. A la verdad, el Señor habia suplido en él lo que le faltaba con su gracia y con sus revelaciones, que en ménos de nada le formaron el doctor de las naciones, y una de las lumbreras mas brillantes de la Iglesia; pero san Pablo, como todos los grandes santos, no mira en sí mismo sino lo que tiene de su propia cosecha, y lo que en sí descubria mas defectuoso, reconociendo humildemente que toda la ciencia y la inteligencia que poseia, y cuanto bueno podia adornarle, era un puro don de Dios. Poseido de los sentimientos mas bajos de sí mismo, en medio de todas las maravillas que obraba, este gran santo no pierde nunca de vista lo que ha sido, reconociendo siempre que todo lo que es, lo debe á la gracia. «Porque,» dice, «yo soy el menor de los apóstoles, que no merezco este nombre, habiendo perseguido la Iglesia de Dios.» Tal ha sido siempre el carácter de los mayores santos; no consideran en sí mismos mas que el mal que han hecho, ó que han podido hacer; las maravillas mas grandes que Dios obra por su ministerio, las miran desde el fondo de su nada. La humildad fué siempre la virtud favorita de todos los santos. Cuando el perseguidor de Jesucristo, convertido en apóstol suyo, anuncia á los hombres su resurreccion, ¿qué podia oponer la incredulidad para enervar su testimonio? Su conducta, sus trabajos, la persecucion misma que él habia suscitado contra la Iglesia, son otras tantas pruebas de la sinceridad y de la verdad de su predicacion, dice un sabio intérprete. No se le puede acusar de haber creido con lijereza lo que predica, y se ve bien claro que ha sido necesario un milagro muy marcado para hacer un apóstol del que era el mas violento y el mas pertinaz de los perseguidores de Jesucristo. Reconoced, pues, pueblos incrédulos, la fuerza victoriosa de la gracia del Redentor; porque «lo que yo soy, lo soy por la gracia de Dios,» que se complace muchas veces en elegir lo mas flaco para con el mundo, para confundir lo mas fuerte, á fin de que ninguno tenga de que gloriarse delante de él. Siendo, pues, tan indigno del apostolado, como acabo de decir, solo por un favor enteramente gratuito, y por una bondad del todo particular de Dios, soy yo apóstol. En mi vocacion, no ha sido ciertamente á mis méritos á lo que ha tenido el Señor consideracion, sino solo á su pura misericordia; lo poco que soy, y todo el bien que hago, lo debo á la gracia, sin la que nada soy, ni puedo nada. Por la gracia de Dios soy todo lo que soy, y de mí mismo no puedo gloriarme mas que de mis humillaciones y de mi nada. ¿Qué somos, en efecto, en el órden sobrenatural sin la gracia? Flaqueza, ignorancia, pecado, y todavía entre tantas miserias se desliza el orgullo, para poner el colmo á todas ellas: ninguna cosa, en efecto, prueba tanto nuestra imbecilidad y nuestra nada como nuestro orgullo. Pero ¿qué no somos, y qué no podemos con la gracia? ¡Qué luz, qué sabiduría, qué animo, qué fortaleza! Todo lo puedo, dice en otra parte el mismo apóstol, en aquel que me da la fortaleza; y ciertamente la gracia que me ha dado no ha quedado sin efecto. ¿Qué no ha hecho en mí? ¡qué mutacion tan portentosa! De un perseguidor obstinado de Jesucristo y de sus siervos, ha hecho un apóstol; el amor tierno á este divino Salvador ha sucedido al furor con que le aborrecia; la fé mas animosa, á la incredulidad mas terca; y el celo mas ardiente por estender la fé de Jesucristo, á la pasion mas violenta que jamás hubo y que yo tenia por estinguirla. Dios ha querido hacer ver en la persona de san Pablo lo que puede la gracia de Dios en un corazon que no pone obstáculo á ella, y que dice como este apóstol: Señor, ¿qué quereis qué haga? Rindámonos con docilidad á las dulces impresiones de la gracia, y tendremos el consuelo de poder decir muy pronto como él: «la gracia que Dios me ha concedido no ha quedado sin efecto;» pero para esto, es menester tambien decir sinceramente como él: «Señor, ¿qué quereis que haga?»

El Evangelio de la misa de este dia refiere la curacion milagrosa de un hombre sordo y mudo: todo es misterioso en esta historia.

Habiendo dejado el Salvador por un poco tiempo la Judea, de la cual no estaba muy contento, vino hácia los confines del pais de Tiro y de Sidon, sin ruido, y al parecer como queriendo ocultar su llegada á aquellos estranjeros; pero una luz tan resplandeciente no podia estar escondida mucho tiempo. Los pueblos de aquellos contornos

eran cananeos, descendientes de Canaan, y por consiguiente gentiles, y confinaban con la Judea; habia entre ellos algunos que se llamaban siro-fenicios, á causa de que ocupaban la region de la Fenicia que constituia entonces una parte de la verdadera Siria. Allí fué en donde una mujer siro-fenicia, llamada comunmente la Cananea, mereció por su perseverancia que el Salvador hiciese elogio de su fé, y que librase á su hija de un demonio de que estaba poseida. El Hijo de Dios no se detuvo allí mucho tiempo; solamente queria dar á entender que habia venido principalmente para convertir á los judíos, segun se les habia prometido; pero que igualmente habia venido tambien para los gentiles, aun cuando no debiesen ser llamados á la fé, sino despues que los judíos se hubiesen hecho indignos del Evangelio.

Volviéndose, pues, Jesus del pais de Tiro, se fué por Sidon, esto es, pasó solamente por el territorio de los sidonios; y encaminándose hácia el mar de Galilea, atravesó una parte del pais de la Decápolis. Llamábase así una comarca de la Galilea en Judea. Estendíase desde el monte Líbano hasta cerca del mar de Galilea, y tomaba su nombre de diez ciudades principales que contenia, las cuales son: Dan ó Cesarea de Filipo, Cades, Neftali, Asor, Sefer, Cafarnaum, Corozaim, Bethsaida, Jotapate, Tiberiades y Bethsan ó Scitopolis. Habiendo llegado el pueblo á entender que Jesus habia llegado al pais, le salió al encuentro. Llevâronle un hombre que era sordo y mudo. Este pobre daba grandes gritos, con algunas palabras confusas y poco articuladas, como hacen por lo comun los mudos, arrojando impetuosamente la voz, sin poderse dar á entender. Pidiéronle al Salvador que le tocase con su mano y le curase. Hizo en efecto lo que deseaban; pero con ciertas ceremonias de que no acostumbraba servirse cuando hacia otros milagros. Queria mostrarnos el Salvador en esto que sus menores acciones eran misterios que debemos reverenciar, instrucciones mudas de que nos debemos aprovechar, y ejemplos que debemos seguir. Queria al mismo tiempo con estas ceremonias hacernos comprender que no hay demonio mas peligroso que el que nos cierra la boca, y nos impide descubrir las llagas del alma. No hay tampoco pecador mas difícil de convertir que el que está sordo á la voz de Dios. Estas dos enfermedades del alma son casi incurables; es menester un gran milagro para curar esta sordera espiritual; no hay una señal mas visible de reprobacion que cuando un pecador rehusa oir la voz de Dios que le llama y le ofrece su misericordia; ninguno está en mayor peligro que el que no quiere descubrir las llagas de su alma al médico caritativo que las puede curar.

La primera cosa que hizo el Salvador fué sacar á aquel hombre de entre la multitud. Esta especie de pecadores apenas se convierten, mientras permanecen en medio del tumulto del mundo; necesitan de retiro; él solo puede poner al pecador en estado de oir la voz del Señor. En la soledad es en donde Dios habla al corazon del pecador. Habiendo pues el Hijo de Dios tomado aparte á este hombre sordo y mudo, le mete sus dedos en los oidos, le toca la lengua con su saliva; despues levantando los ojos al cielo suspira por él y por todos los pecadores, figurados en este enfermo, y habiendo pronunciado esta palabra siríaca, que era la lengua del pais, «Ephpheta,» que significa ábrete, el enfermo se halló curado: sus oidos se abren, su lengua se desata; el sordo oye la voz de su médico; el mudo habla con una realidad que asombra y llena de regocijo á todos los que estaban presentes. ¡Qué de misterios á cual mas instructivos en un solo milagro! Notemos aquí que el Salvador se contenta con decir á los oidos «Ephpheta, ábrete; y que no dice á la lengua desátate, porque basta que el pecador oiga la palabra de Dios: inmediatamente habla, desátase la lengua luego que el corazon es movido. Es muy difícil convertir á un pecador cuando no quiere oir hablar de su estado, ni esplicarse él mismo con aquellos que podrian sacarle de él. El Salvador gime, levanta sus ojos al cielo, lo que hacia ordinariamente ántes de obrar los mayores milagros. Todo esto demuestra la dificultad de aquella curacion. El Hijo de Dios no tenia necesidad de hacer todas estas ceremonias para volver la palabra y el oido al sordo mudo, no era menester mas que el que quisiera que hablase y que oyese; pero queria el Salvador instruirnos y enseñarnos al mismo tiempo que es necesario levantar los ojos al cielo, que es preciso gemir, esto es, que es menester orar y hacer penitencia por esta especie de pecadores. Queria tambien el Salvador enseñar á sus discípulos por estas ceremonias las que ellos debian observar en la administracion del sacramento del Bautismo, y en efecto comprendiéronlo perfectamente los apóstoles despues de la venida del Espíritu Santo, y así lo enseñaron luego á la Iglesia. En la esplicacion que se ha dado en la historia del sexto domingo despues de Pentecostés, ha podido verse lo que significan estas misteriosas ceremonias. Todo lo que el Salvador ha hecho y dicho durante su vida pública en la tierra ha sido para nuestra instruccion.

No es ménos saludable la órden que dió el Salvador á todo el pueblo de que no hablasen de la maravilla de que habian sido testigos. La humildad ha sido siempre el rasgo mas brillante y mas señalado de Jesucristo y de todos sus verdaderos discípulos. Sabia bien que se publicaria; pero queria enseñarnos que en el ejercicio de las buenas obras, sobre todo en los actos de esplendor que acompañan algunas veces las funciones del divino ministerio, no se ha de buscar la gloria delante de los hombres, ni hemos de tener otra mira que la gloria de Dios; esto es todo lo que debemos proponernos en los servicios que hacemos al prójimo.

San Juan Crisóstomo, san Gerónimo y los demás santos Padres creen que nuestro Señor no pretendia imponerles una obligacion estrecha de que no hablasen de los milagros, cuando les prohibia publicarlos: era mas bien una leccion de humildad y de modestia que les daba, que un precepto riguroso que les imponia; ni tampoco ellos tomaron la prohibicion que les habia hecho, mas que como la espresion de un simple deseo, tan ordinario en las almas humildes, de evitar el esplendor y la alabanza. Todos los que estaban presentes no podian imaginarse que aquel fuese un mandamiento absoluto que les obligase á callar: por otra parte, su admiracion era demasiado grande y demasiado general para que pudiese contenerse, ni dejar de publicarse; por mas que el Salvador tratase de huir del honor que le reportaba, era imposible que les cerrase la boca. «Cuanto mas se lo prohibia, mas altamente hablaban y mas se maravillaban: honor, gloria, alabanza, esclamaban en un santo trasporte de admiracion, bendicion, salud á este hombre estraordinario que «todo

lo hace con perfeccion:» él ha dado oidos á los sordos, lengua á los mudos, vista á los ciegos. Nuestras acciones son las que deben hacer nuestro elogio. Cualquiera otro título de alabanza es vano.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Omnipotens sempiterne Deus, qui abundantia pietatis tuæ et merita supplicum excedis et vota: effunde super nos misericordiam tuam, ut dimittas quæ conscientia metuit, et adjicias quod oratio non præsumit. Per Dominum..

O Dios omnipotente y eterno, que por un escesode bondad sobrepujas los méritos y los deseos de los que te piden, derrama sobre nosotros los efectos de tu misericordia; y dígnate perdonarnos lo que nuestra conciencia nos hace temer, y concedernos lo que por nuestras oraciones no nos atreveríamos á prometernos. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola está tomada del cap. 15 de la primera carta del apóstol san Pablo á los Corintios.

Fratres: Notum vobis facio Evangelium, quod prædicavi vobis quod et accepistis in quo et statis, per quod et salvamini: qua ratione prædicaverim vobis, si tenetis, nisi frustra credidistis. Tradidi enim vobis in primis quod et accepi: quoniam Christus mortuus est pro peccatis nostris secundum Scripturas: et quia sepultus est, et quia resurrexit tertia die secundum Scripturas: et quia visus est Cephæ, et post hoc undecim: deinde visus est plus quam quingentis fratribus simul: ex quibus multi manent usque adhuc, quidam autem dormierunt: deinde visus est Jacobo, deinde apostolis omnibus: novissime autem omnium tamquam abortivo, visus est et mihi. Ego enim sum minimus apostolorum, qui non sum dignus vocari Apostolus, quoniam persecutus sum Ecclesiam Dei. Gratia autem Dei sum id quod sum; et gratia ejus in me vacua non fuit.

Hermanos mios: Voy á poneros á la vista el Evangelio que os he predicado, que vosotros habeis recibido, en cuya creencia permaneceis, y por el cual os habeis de salvar: voy á deciros, si os acordais, y si no creisteis en vano, de qué manera os he predicado. Antes de todo, os he hecho saber lo que á mí mismo se me ha enseñado, esto es, que Jesucristo ha muerto por nuestros pecados, segun estaba anunciado en las Escrituras: que ha sido sepultado; que ha resucitado el tercer dia, conforme á las Escrituras; que ha aparecido en seguida á Cefas, y despues de él á los once; luego ha aparecido á mas de quinientos hermanos á un tiempo, de los cuales viven todavía muchos, y algunos han muerto; despues de esto ha aparecido á Santiago, y luego á todos los apóstoles por fin, y en último lugar, ha aparecido tambien á mí que no soy mas que un aborto. Porque yo soy el mas pequeño de todos los apóstoles, que no merece el nombre de apóstol, habiendo perseguido la Iglesia de Dios. Así que, lo que yo soy, lo soy por la gracia de Dios, y su gracia que me ha sido dada, no ha quedado en mí sin efecto.

Uno de los puntos capitales del Evangelio ha sido siempre la verdad de la resurreccion. Entre los cristianos de Corinto habia algunos que no abrigaban sentimientos muy ortodoxos en órden á la resurrecion. Siendo, pues, este artículo como el fundamento de toda la religion, se aplica san Pablo á establecer la verdad de él en este capítulo, con pruebas á las cuales nada habia que replicar.

REFLEXIONES.

«Voy á poneros á la vista el Evangelio que os he predicado, que vosotros habeis recibido, en cuya creencia permaneceis, y por el cual os habeis de salvar.» ¿Este Evangelio puesto á la vista será un objeto muy consolante para todos los cristianos? ¿les asegurará contra los espantos de la muerte? y próximos ya á ir á dar cuenta á Dios, ¿hallarán todos en este libro de salud con que justificar su conducta? ¡Ah! poner ante los ojos de un mundano que muere, de un religioso tibio imperfecto que ha recibido los últimos sacramentos, poner á la vista de un libertino que espira este Evangelio, regla suprema de las costumbres; conforme al que hemos de ser juzgados; en cuyos preceptos y máximas se halla todo lo que se necesita para instruir nuestro proceso, del cual depende en algun modo nuestro destino eterno: ¿no es anunciarle su triste suerte, ponerle á la vista el decreto de su condenacion, lanzarle en la desesperacion, adelantar su suplicio? Apártanse los ojos de este Evangelio durante la vida porque no se quieren obedecer sus mandamientos, ni seguir sus consejos, ni arreglar á sus máximas las costumbres; apenas se mira ya el Evangelio en el mundo mas que como unos antiguos derechos de la religion, títulos añejos que ha derogado la costumbre, que no tienen ya fuerza de ley sino entre un pequeño número de elegidos, que apenas tienen vigor mas que en el claustro. El espíritu del mundo ha sustituido en su lugar máximas del todo contrarias, leyes absolutamente opuestas, costumbres perniciosas que tienen lugar de leyes. Diríase en el dia de hoy que la irreligion ha prescrito hasta este punto el desenfreno; y la corrupcion de las costumbres ha prevalecido sobre la santidad del Evangelio. Casi no se avergüenzan ya del vicio, aun en medio del cristianismo: la indevocion, la mala fé, la venganza, la impureza, la ambicion, pasan hoy, por decirlo así, por costumbres del siglo. El vicio lo ha inundado todo: ¿y estrañamos que aguas tan corrompidas infecten el aire, y causen tantas enfermedades contagiosas? Trátase mas bien de entretenernos y adormecernos que de curarnos. De aquí los juegos, los espectáculos profanos, los bailes, las comedias, las diversiones enteramente paganas, que parece han ocupado ya el lugar de los ejercicios de religion. El tiempo que la codicia no absorve, se destina á los placeres. ¿Qué pruebas de religion dan hoy tantos jóvenes libertinos, tantos cristianos ociosos, tantas mujeres mundanas? La modestia, el pudor, la devocion, habian formado siempre el carácter y el adorno de un sexo piadoso; ahora parecen de moda el lujo, la licencia, la indevocion. Compongamos estas máximas tan humildes, tan puras, tan perfectas del Evangelio: abnegacion de sí mismo, humildad de corazon y de espíritu, mortificacion rígida de los sentidos, victoria continua de las pasiones, piedad perseverante sin artificio, vida inocente sin apariencia, amor de las cruces, ejercicios amados de penitencia, horror de las menores faltas, caridad ardiente, fé generosa é inalterable: compongamos este cuadro con el que cada dia trazan nuestras cos-

tumbres y nuestra conducta á los ojos de Dios y aun á los de los hombres; ¡qué oposicion, buen Dios! ¡qué desproporcion, qué contraste! Véase el Evangelio de Jesucristo que hemos recibido, de que hacemos profesion, por el cual nos hemos de salvar; veamos nuestro retrato formado no mas que con los colores de nuestros propios vicios. Santidad del Evangelio; corrupcion de nuestras costumbres; reglas de perfeccion; irregularidad, impiedad aun de nuestra conducta: ¡qué oposicion mas monstruosa ni mas atroz! y con todo esto se vive en una perfecta seguridad. Recordemos muchas veces la memoria del Evangelio que hemos recibido para comparar los deberes que nos impone con nuestra conducta, y los bienes que nos promete con las penas á que nos obliga. No somos tan impíos ni tan ciegos que no las creamos: ¿seremos tan insensatos que creamos en vano, esto es, que no arreglemos nuestras costumbres á nuestra creencia?

El Evangelio de este dia es del cap. 7 de san Marcos.

In illo tempore: Exiens Jesus de finibus Tyri, venit per Sidonem ad mare Galilææ, inter medios fines Decapoleos. Et adducunt ei surdum et mutum, et deprecabantur eum, ut imponat illi manum. Et apprehendens eum de turba seorsum, misit digitos suos in auriculas ejus: et expuens, tetigit linguam ejus: et suspiciens in cœlum, ingemuit, et ait illi: Ephpheta, quod est adaperire. Et statim apertæ sunt aures ejus, et solutum est vinculum linguæ ejus, et loquebatur recte. Et præcepit illis ne cui dicerent. Quanto autem eis præcipiebat, tanto magis plus prædicabant: et eo amplius admirabantur, dicentes: Bene omnia fecit: et surdos fecit audire, et mutos loqui.

En aquel tiempo: Volviendo Jesus del pais de Tiro, fué por Sidon hácia el mar de Galilea, atravesando por los confines de la Decápolis. Presentáronle un hombre sordo y mudo, suplicándole que le impusiese las manos; Jesus sacándole de entre la multitud, tomándole aparte, le metió sus dedos en los oidos, y habiendo escupido con su saliva le tocó la lengua; despues, levantando los ojos al cielo, dió un suspiro, y le dijo: *Ephpheta*, que quiere decir, ábrete; é inmediatamente se abrieron sus oidos, se desató su lengua, y habló libremente. Prohibióles Jesus que esto lo dijesen á nadie; pero cuanto mas les mandaba (que callasen), tanto mas lo predicaban, y tanto mas se maravillaban. Todo, decian, lo ha hecho bien; ha hecho oir á los sordos, y hablar á los mudos.

MEDITACION.

De la verdadera piedad propia de cada estado.

Punto primero.—Considera que cada uno mira la santidad con respecto al estado en que no está, y pocos se aplican á adquirir la virtud propia del estado en que se hallan. El pobre piensa en los grandes medios que tienen los ricos para santificarse; los ricos creen que no es fácil hacerse santos sino en la pobreza; la vejez parece á los jóvenes el único tiempo á propósito para hacer por su salud; llégase á viejos, y se cree que la estacion de la santidad ha pasado ya con la juventud. Las gentes del mundo creen que su estado es poco á propósito para la santidad; las mismas personas religiosas apenas consideran la santidad mas que en lo sublime y lo maravilloso; nada les parece santo si no es estraordinario, si no es milagro. Así es que la santidad, que es un fruto, por decirlo así, que nace en todos los terrenos, no se da ya, si se cree á nuestro amor propio y á nuestra imaginacion, mas que en los lugares inaccesibles.

Pero, ó Dios mio, ¿qué significa ese precepto tan preciso que nos habeis impuesto de que seamos perfectos como nuestro Padre celestial? ¿Qué edad, Señor, ó qué estado habeis dispensado de esta ley? Y si hay un solo cristiano que no pueda ser santo, ¿por qué proponer universalmente á todos un modelo semejante?

Es cierto que Dios quiere verdaderamente que cada uno sea santo; pero no es ménos verdad que nadie llegará jamás á ser santo sino llenando perfectamente los deberes particulares del estado en que Dios le ha puesto. Toda idea de santidad que no es de este carácter, es falsa. Las prácticas de piedad poco proporcionadas y poco convenientes á nuestro estado son puras ilusiones de nuestro orgullo ó del amor propio. El enemigo de la salvacion se burla con estos relumbrones de la credulidad de un alma simple: toda devocion que nos saca de nuestro lugar es un estravío.

¡Dios mio! ¡qué error mas grosero! Pero ¡y qué error mas universal! Quiérese representar cualquiera otro personaje que el que nos conviene; quiérese servir á Dios de todos modos, ménos como él manda. Un doméstico que no sirviese mas que por su capricho, no serviria mucho tiempo. La observancia de los preceptos, la inocencia, la mortificacion y todas las virtudes cristianas convienen á todo género de gentes; pero no todas las prácticas de piedad convienen á todo el mundo. La aplicacion continua á la oracion, la abstraccion de los negocios seculares, el olvido de sus parientes son virtudes propias de personas religiosas; pero un artesano, un magistrado, un padre de familias serian reprensibles si descuidasen los deberes de su condicion. Precisamente en la puntualidad en cumplir estos deberes, en la fidelidad, en hacer lo que Dios manda es en lo que consiste, por decirlo así, la perfecion cristiana; ¡qué error el no colocarla jamás sino en la soledad y en los desiertos, ó sobre la cima de las mas altas montañas! Puede decirse que la santidad está al alcance de todo el mundo; la virtud cristiana nace en todos los terrenos del Padre de familias; el que no lleven todas las tierras este fruto, es falta únicamente de los obreros.

¡Qué consolador es el saber que puede uno hacerse santo en todos los estados; que la santidad propia de cada estado es fácil! pero ¡qué aflictivo es y qué triste el no haberse hecho santo!

Punto segundo.—Considera cuán bueno es Dios por haber ligado la santidad de cada uno á los deberes de su estado respectivo; ¿podia, en efecto, haberla acercado mas á cada condicion, podia tampoco hacerla mas fácil, y á nosotros mas inescusables?

¿Está uno en el estado religioso? La mas alta santidad consiste en la perfecta observancia de su instituto. Está uno elevado á los primeros empleos, ¿qué mérito mejor que cumplir todos los deberes, y qué virtud mas brillante que la que está unida á sus buenos ejemplos? La oscuridad del nacimiento, lo bajo de la condicion, la pobreza, la enfermedad, las desgracias son los medios mas eficaces para llegar á una eminente santidad; ni la prosperidad fué jamás un obstáculo para ella. ¿Es menester ser humilde, manso, paciente, caritativo? Se puede ser en todos los estados. ¿Son necesarias las cruces para entrar en el cie-

lo? Dios por una providencia sapientísima las ha esparcido abundantemente en todas las condiciones: no hay mas que hacer un santo uso de ellas. ¿Se necesitan buenas obras? ¿Cuántas no puede uno hacer sin salir de su casa? Las atenciones de la familia son los principales deberes de la virtud.

Por mas laudables, por mas preciosas que sean todas las prácticas de devocion, jamás estaremos seguros de que hacemos las que Dios quiere de nosotros, sino cuando nos empleamos en las que son propias de nuestro estado. Estas solas son las que nos corresponden. No les toca á los siervos el elegir sus ocupaciones, tócale al Señor el determinar el servicio. Los trabajos mas penosos, las solicitudes ménos interesadas se estiman poco si ellos no las han elegido. ¿Qué sirve el hacer mucho si con ello se desagrada?

Qué ilusion la de aquellas personas que descuiden los deberes ordinarios de su estado por satisfacer á su pretendida devocion, la cual no es propiamente entonces mas que un refinamiento de amor propio disfrazado. Aun cuando hubiésemos omitido todas las obras de supererogacion, visitas de enfermos, ejercicios de caridad, mortificaciones penosas, habremos cumplido todos los deberes cuando hubiéremos desempeñado perfectamente los de nuestro estado. «Ha hecho bien todas las cosas.» Este es el elogio que se hacia de Jesucristo, y este es el que debe hacerse de todos los verdaderos cristianos, de todos los santos: ha llenado perfectamente todos los deberes de su estado, ha cumplido con puntualidad y con fervor hasta los mas pequeños, los menores preceptos. Esta es la prueba mas segura de una verdadera virtud. Cualquiera otra idea de devocion es falsa, aun cuando uno hubiese hecho todas las obras de piedad, aun cuando hubiese puesto en ejercicio el zelo mas ardiente, aun cuando hubiese gastado su vida en la práctica de las obras de misericordia, no es uno un siervo bueno y fiel, si no se han cumplido las obligaciones de su estado. Busquemos en todas las condiciones ningun santo que no haya marchado por este camino; cualquiera otro estravía. Qué consuelo el hallar cada uno en su condicion, en su estado, en su edad, esta abundancia de gracias, esta multiplicidad de auxilios, esta multitud de medios y de ejemplos; pero ¡qué sentimiento, buen Dios, qué desesperacion el no haberlas conocido, ó el no haberse querido servir de ellas!

Yo, Señor, me lo echo ya en cara, y conozco todo el mal que me he hecho por haberme forjado una imaginaria imposibilidad de llegar, sin salir de mi estado, á una virtud eminente. Yo encuentro en mis obligaciones ordinarias con que hacerme santo, mediante el auxilio de vuestra gracia; haced que de hoy mas ella me sirva para que saque provecho de todo.

Jaculatorias.—Sí, Dios mio, yo estoy seguro de hacer siempre lo que os agrada, cumpliendo fielmente todas las obligaciones de mi estado. (Joan. 8.)

¡Qué bondad la del Dios de Israel para con aquellos que le sirven con un corazon recto! (Psalm. 72.)

PROPÓSITOS.

1 Es un artificio ordinario del enemigo de la salud, para darnos la idea de la santidad, el presentarla como un fruto de paises estraños, y que solo crece en la cima de las montañas mas altas. A favor de estas falsas preocupaciones jamás vemos la santidad al alcance de nuestras fuerzas; nuestra imaginacion nunca nos la pinta sino allá como en una lontananza y con colores poco comunes. Estamos en el mundo; no se considera posible la santidad sino atrincherada en el claustro al abrigo de las maceraciones y austeridades del estado religioso. Tenemos la dicha de haber abrazado la vida religiosa; piérdese el ánimo en el camino de la perfeccion, porque se nos representa la santidad ceñida solo á las acciones brillantes, á los milagros de penitencia, á los dones de contemplacion sublime que se admiran en la vida de los mayores santos. Corrijamos hoy esta falsa idea, y depongamos nuestro error; descubramos este tesoro dentro de nosotros mismos. Vivamos persuadidos de que nuestra perfeccion está ligada á las obligaciones de nuestro estado. El Espíritu Santo alaba á la mujer fuerte por haber hilado, porque ha velado de continuo sobre sus criados, ha sido cuidadosa para proveer á las necesidades de su familia, y ha tenido una religiosa sumision á la voluntad de su esposo. Tal debe ser el elogio de una señora cristiana. Dios no aprueba nuestras largas estaciones en la iglesia ó en los hospitales, si nuestra familia padece algun detrimento por nuestra ausencia. No hay virtud sin el órden; nosotros le trastornamos desde que descuidamos las obligaciones de nuestro estado. Hay tiempo para todo; pero hagamos todas las cosas en su tiempo. Seamos celosos de la salvacion de otro; pero no desatendamos la nuestra. No tomemos sino del tiempo que tenemos libre, el que empleemos en las obras de supererogacion. Hagamos limosnas; pero despues de satisfechos los trabajadores, y pagadas nuestras deudas. Esta leccion es de las mas importantes. No hay devocion si se abandonan las obligaciones de su estado.

2 Sea siempre este artículo el primero de nuestro exámen de conciencia; tengan siempre el primer lugar en todas nuestras confesiones las faltas contra las obligaciones de nuestro estado, y no contemos por nada las buenas obras, aun las que mas honran, si faltamos á nuestros primeros deberes, que muchas veces son de ningun esplendor, pero siempre de un gran precio. ¿Somos religiosos? Estudiemos nuestras obligaciones, y seamos exactos observadores hasta de las menores reglas. Un gran zelo es muy loable; los rigores de la penitencia sirven mucho para la perfeccion; pero si haciendo bien las cosas á que no estamos obligados nos dispensamos de las que Dios nos pide; si á vuelta de un zelo tan ardiente, tan vivo y tan laborioso violamos habitualmente las observancias religiosas; si exhortando á los demás con tanta elocuencia á que sean fervorosos, puntuales, mortificados, somos nosotros poco sumisos, poco exactos, poco humildes; ¿no habrá nada que echarnos en cara? Es demasiado interesante este consejo para que no lo pongamos en práctica. Informémonos de un sabio y celoso director lo que tenemos que reformar en este punto.

DOMINGO DUODÉCIMO DESPUES DE PENTECOSTES.

Llámase el domingo duodécimo despues de Pentecostes, el domingo del caritativo Samaritano, ó en otros términos, el domingo del prójimo, á causa de la parábola que constituye el asunto del Evangelio de este dia. La Iglesia que distribuye á sus hijos todo el año el alimento espiritual por medio de sus instrucciones espirituales, por la celebracion de nuestros sagrados misterios, y por los

ejemplos de los santos, que cada dia nos pone á la vista como otros tantos modelos de perfeccion, cuida de darnos cada domingo lecciones mas escogidas y mas importantes para todos los fieles á quienes reune particularmente en este dia, y este es el motivo que ha tenido en la eleccion meditada que ha hecho de los Evangelios para cada domingo. La caridad con el prójimo era una virtud muy esencial al cristianismo para haberla olvidado. Habiendo impuesto Jesucristo un precepto de ella, que puede llamarse su precepto favorito, y queriendo que sea tan ordinaria y tan familiar á sus discípulos que se la intima como un mandamiento de distincion que los caracterice; la Iglesia, conducida siempre por el espíritu de Jesucristo, renueva hoy esta importante leccion, y nos enseña en el oficio de la misa de este dia quién es nuestro prójimo, y cuál debe ser con respecto á él la caridad compasiva, operante y efectiva de todos los fieles. El Evangelio de la misa contiene esta instruccion; la Epístola es como el exordio, en el cual san Pablo, realizando la santidad de su ministerio por Jesucristo, que da á sus ministros los talentos propios para sus funciones, designa bien la caridad infinita que este divino Salvador tiene con todos los hombres, en cuya salud vela continuamente; comparándose él mismo al caritativo Samaritano, que no quiere que el enfermo carezca de nada de cuanto pueda necesitar, y encarga de ello al posadero á quien le confia, como el Salvador confia la salud de nuestras almas á sus ministros. No tiene ménos relacion con esto el introito de la misa. Es una oracion afectuosa y llena de confianza que David hace á Dios, en medio de las desgracias á que se ve reducido, y por la que implora su caridad y su misericordia.

«Aplicaos, Dios mio,» dice, «á socorrerme, daos prisa, Señor, á asistirme: cubrid de confusion y de vergüenza á mis enemigos, que me buscan para quitarme la vida.» Los santos Padres esplican este salmo de Jesucristo, de quien David en muchas cosas es la figura. Viéndose este profeta perseguido y castigado sin cesar por sus enemigos, que habian jurado perderle, pone toda su confianza en Dios, implora su auxilio, pide su asistencia, y le suplica que confunda á los que le persiguen tan injustamente. San Atanasio, san Ambrosio, san Gerónimo y san Agustin no le esplican solamente de Jesucristo, perseguido cruelmente por los judíos, sino tambien de todos sus siervos, cuya pérdida ha jurado el enemigo de la salvacion. Asaltados de mil tentaciones, espuestos á mil peligros, continuamente agitados por las olas, en un mar borrascoso lleno de escollos, espuestos en todo momento á un triste naufragio, ha querido el Espíritu Santo enseñarles la fórmula de una corta, pero eficaz oracion, muy á propósito para atraerles el auxilio celestial, del que tan grande necesidad tienen en medio de tan grandes peligros. La Iglesia gobernada por el mismo Espíritu pone tambien la propia oracion al principio de todas sus horas. Instruida de la necesidad que todos tenemos de la asistencia del Señor para obrar el bien, y para merecer su benevolencia, comienza todas sus oraciones por esta: «Dios mio, venid en mi auxilio; apresuraos, Señor, á socorrerme. Esta es tambien la oracion que todos los fieles deben hacer al principio de todas sus empresas.

La Epístola de la misa del dia está tomada de la segunda carta de san Pablo á los de Corinto. Habiendo sabido el Apóstol que algunos falsos apóstoles, herejes malignos, aprovechándose de su ausencia, dogmatizaban impunemente, y que para introducir mejor sus errores no cesaban en todas las juntas de hablar mal de él, de desacreditarle, y hasta de condenar su doctrina, se vió obligado á hacer su apología refiriendo el modo milagroso con que habia sido convertido y llamado al apostolado, los favores estraordinarios de que le habia colmado el Señor, y cuál era la escelencia de su ministerio, cuyo valor ensalza por la comparacion que hace de la ley antigua con la ley nueva, y por el testimonio brillante de las conversiones milagrosas que ha hecho, y de que los mismos corintios eran una prueba por su piedad. Pero, añade, ¿qué hemos de volver ahora á comenzar nuestro elogio? ¿ó tenemos necesidad, como algunos, de cartas de recomendacion, para vosotros ó de vuestra parte? Tan léjos estoy de tener que mendigar sufragios estraños para justificar mi apostolado, que con solo mostraros á vosotros mismos tengo hecha mi apología y mi elogio. Vosotros sois para mí una carta de recomendacion; pero una carta viva, que yo llevo grabada en mi corazon, y que da fé á todo el mundo de mis trabajos, y de los resultados de mi mision. Basta para gloria mia ver el estado floreciente de esa Iglesia, ser testigo de vuestro fervor, y saber que soy yo el que ha sido vuestro Apóstol.

Ahora bien, si yo cuento con vuestra perseverancia, no es vana mi confianza, pues que estoy asegurado de todo lo que digo «por la confianza que tengo en Dios por Jesucristo.» Porque, á la verdad, yo reconozco que soy indigno del ministerio que ejerzo, y que los efectos de vuestra fé y de mi predicacion, igualmente que la propagacion del Evangelio y el progreso que habeis hecho, son muy superiores á mis fuerzas; por tanto yo refiero toda la gloria á Dios, y reconozco que si vosotros sois como el sello de mi predicacion, mi corona y mi gloria, es todo un puro efecto de la bondad de Jesucristo, y de Dios su Padre. «Nó porque por nosotros mismos seamos capaces de concebir cosa alguna como nosotros mismos; sino que si somos capaces de alguna cosa, esto viene de Dios.» Lo que dice aquí el Apóstol debe entenderse de aquellas cosas que miran á la salud eterna, y que son meritorias, como dice el concilio de Orange; y en este sentido es de fé, no solo que no podemos ejecutar bien alguno, pero que ni aun somos capaces de formar el designio de hacerle sin la divina gracia del Salvador; sin la fé, sin el auxilio sobrenatural de Dios, somos con respecto al bien meritorio, lo que el sarmiento separado de la cepa, esto es, para nada bueno. Pero si nosotros nada podemos de nosotros mismos para el cielo, lo podemos todo, dice el santo concilio de Trento, con el auxilio de la gracia. Pero así como es verdad que nada podemos hacer bueno y meritorio con respecto á la salvacion sin la gracia de Jesucristo, así tambien es falso que no obremos verdaderamente por nuestra libre cooperacion á la gracia, y seria un error no ménos criminal y grosero querer inferir de estas palabras que todas las acciones de los infieles son pecados, cuando se dice aquí que nosotros no podemos de nosotros mismos formar pensamiento alguno bueno, dice un sabio intérprete; es menester que esto se entienda de los pensamientos santos y meritorios que nos conducen á la fé, á la conversion, á la salvacion, y de ningun modo de los pensamientos laudables y de un órden natural, cuyo fin no es otro que un bien y una bondad del mismo órden y de la

misma naturaleza. Tales han sido, segun san Agustin, los buenos pensamientos de los antiguos filósofos, y los de los pueblos que no reconocian á Jesucristo, ni la verdadera religion; como cuando piensan que deben amar y honrar á sus padres, y hacer bien á los miserables. Pero sin los auxilios de la gracia no podemos hacer nada que nos conduzca á la salud eterna.

«Tambien por el auxilio de su gracia nos ha hecho el Señor á propósito para el ministerio de la nueva alianza, continúa el santo Apóstol; nó por la letra,» esto es, por la ley de Moisés escrita sobre la piedra y en los libros de la antigua ley, «sino por el espíritu» de la ley nueva, que nos da el Espíritu Santo, y la gracia para hacer lo que ella manda. La ley de Moisés mandaba el bien y prohibia el mal, pero no daba la fortaleza para practicar el uno y evitar el otro. La ley de Jesucristo enseña con mucha mas perfeccion lo que se debe evitar y lo que se debe hacer, y al mismo tiempo da la gracia y la fortaleza para obrar como es debido; «porque la letra mata, y el espíritu vivifica;» es decir, la ley de Moisés causaba la muerte; ya porque era una ley de rigor que castigaba de muerte las trasgresiones mas lijeras, ya porque siendo estraordinariamente pesado el yugo que imponia, daba por lo mismo ocasion á una infinidad de pecados que causaban la muerte del alma, sin dar socorros poderosos para evitarlos. «El espíritu, al contrario, vivifica;» esto es, que la ley de Jesucristo es una ley de amor y de dulzura, que tiene la fuerza de comunicar por sí misma la gracia del Espíritu Santo en la cual consiste la vida del alma. «La letra mata,» es decir, que la ley escrita no era la causa ciertamente del pecado; no inducia á pecar; solamente daba ocasion para que se hiciesen muchos pecados, por el gran número de ceremonias legales, todas santas á la verdad, á que sujetaba á los judíos, y las cuales hubieran podido omitir impunemente si la ley no se las hubiese prescrito: esto es lo que hacia decir á san Pablo que donde no hay ley, no hay trasgresion; el espíritu vivifica; pero la ley escrita, cargada de tantos preceptos, todos impuestos bajo de penas tan graves, dando las luces para conocer el mal, no da por sí misma las gracias para evitarlo. El espíritu, por el contrario, vivifica, esto es, la ley nueva, la ley de gracia no sujeta á todas estas ceremonias legales, prescribe lo que se debe evitar y lo que se debe hacer, y da al mismo tiempo, por los méritos de la sangre de Jesucristo, los auxilios necesarios para ejecutarlo.

Por todo esto, ensalza infinitamente san Pablo á los ministros de la nueva ley, sobre el ministerio de la ley antigua; «porque si lo que estaba escrito en la piedra, dice, siendo un ministerio de muerte, ha sido no obstante tan colmado de gloria,» que los hijos de Israel no podian fijar sus ojos en el rostro de Moisés á causa del resplandor que despedia de él, y sin embargo de que debia pasar aquella ley; ¿cómo no estará mucho mas colmado de gloria el ministerio del Espíritu? En efecto, si un ministerio que condena es en algun modo glorioso, con mas razon debe estar lleno de gloria el ministerio que justifica. Escribia san Pablo á unos hombres nuevamente convertidos, á quienes unos falsos hermanos encaprichados en el judaismo, querian sujetar á todas las ceremonias legales; por cuya razon ensalzaban infinitamente el ministerio de Moisés, de quien Dios se habia servido para dar la antigua ley, al paso que envilecian el ministerio del santo Apóstol como muy inferior al de aquel primer legislador; y de este modo inspirando el desprecio del ministerio de la nueva ley, lo inspiraban de la ley misma. El santo Apóstol prueba por la escelencia de la ley la dignidad del ministerio, é inspira por la comparacion que hace de la ley nueva con la antigua, la estima, el respeto y la justa idea que debe formarse de los ministros de las dos. Si, pues, la ley de Jesucristo es superior en santidad, en dignidad, en escelencia á la ley antigua, ¿cuánto mas respetables son los ministros de Jesucristo, que los ministros del antiguo Testamento? Porque un ministerio que confiere el Espíritu Santo con la verdadera justicia, y que no debe concluir jamás, tal como el de Jesucristo, es sin duda mucho mas glorioso que un ministerio de servidumbre, de condenacion y de muerte, y cuya duracion era tan limitada como ha sido la de la antigua alianza. Si, no obstante esto, la gloria de este ha sido tan brillante que ha llegado hasta deslumbrar los ojos de los que miraban á Moisés, luego que se presentó en el campo, ¿cuál debe ser á los ojos de los fieles el esplendor del ministerio enteramente divino de la ley nueva?

El Evangelio de la misa de este dia está tomado del capítulo décimo de san Lucas, en el que el Salvador da lecciones importantísimas á todo el pueblo, y en particular á sus discípulos. «Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis,» les decia; creedme, muchos profetas, muchos reyes han deseado con ardor el verme como vosotros me veis, conversar conmigo y oirme como vosotros, y no se le ha concedido esta gracia. ¡Qué desgracia para los que no se aprovecharen de la ventaja que tienen de poseerme! En esto, un doctor de la ley, muy satisfecho de la estima que gozaba y de su suficiencia, se levantó, y creyendo embarazarle: «Maestro, le dijo, ¿qué debe hacerse para merecer la vida eterna?» Su pregunta era capciosa; porque decia él entre sí: Si dice que es preciso observar la ley y las ceremonias legales, es inútil que nos venga á anunciar el reino de Dios como una cosa nueva. Si responde que no debe observarse la ley, se le debe convencer de prevaricacion y mirársele como un falso profeta. Pero el Salvador, á quien nada estaba escondido, confundió con su respuesta la malicia del pretendido doctor, haciéndole ver que no carecia de conocimiento para saber lo que debia hacerse, sino de buena voluntad para hacer lo que debia. ¿Ignoras lo que está escrito en la ley? le responde el Salvador: «¿Qué lees?»—Amarás al Señor tu Dios, repuso el doctor, con todo tu corazon, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con todo tu espíritu; y á tu prójimo como á tí mismo.—«Has respondido bien, le dijo el Salvador. Haz lo que acabas de decir y vivirás.» Guarda bien estos dos principales mandamientos. Ama á tu Dios sin miramiento, sin reserva, ama á tu prójimo como te amas á tí mismo, y alcanzarás la vida bienaventurada que no tendrá fin.

Lleno el doctor de una opinion ventajosa de sí mismo, y temiendo que se conjeturase el maligno motivo que habia inducido á preguntar al Señor sobre una cosa que segun aparecia de su propia respuesta no ignoraba, quiso desvanecer toda sospecha que hubiera podido concebirse de su mala fé, haciendo ver que aun cuando no ignorase lo que estaba escrito en la ley, tenia con todo una dificultad que era la que le habia obligado á hacer su pregunta. Maestro, replicó pues el doctor, ¿quién es mi prójimo?

Este doctor, que era del número de aquellos escriba-

soberbios poco versados en la ley, y que sin embargo pretendian entenderla mejor que nadie, jamás habia comprendido la obligacion del precepto de la caridad con el prójimo. Encaprichado como todos los demás en sus supersticiosas y falsas tradiciones, estaba tan lleno del espíritu del judaismo y tan supersticiosamente apegado á la idea de su nacion, que no reconocia como prójimo á ninguno que no fuese judío, y abrigaba una absoluta aversion á todos los demás pueblos, sobre todo á los pueblos de Samaria. El odio era recíproco entre estas dos naciones; y lo que prueba bien hasta donde llegaba la ceguedad de estos pretendidos doctores es que cubrian con el pretesto de la ley el aborrecimiento que los judíos tenian á todos los demás pueblos, como si Dios, que es el Padre comun de todos los hombres, les hubiese prohibido el ejercitar con los estranjeros los oficios de la caridad y el amarlos á todos como hermanos. Este era el error de un pueblo infatuado con sus falsas tradiciones; lo era principalmente el de este orgulloso doctor, que no habiéndose dirigido al principio á Jesucristo para aprender de él la verdad, sino para tantearle y hallar en qué censurarle su doctrina, viéndose confundido no continuó tampoco en hacerle nuevas preguntas, contentándose con preguntarle quién era el prójimo á quien debia amar como á sí mismo. Aprovechóse de esta coyuntura el Salvador para darnos una idea justa de la palabra prójimo, por medio de una parábola que instruyó á aquel ignorante doctor y le cerró la boca. Hizo entrar en ella de propósito á un samaritano para enseñar á los judíos que bajo el nombre de prójimo debian comprender á todos los estranjeros y aun á sus enemigos, sin esceptuar á los samaritanos, á quienes aborrecian de muerte, y con los que habia mucho tiempo no tenian comercio alguno.

Cierto hombre, le dice, que iba de Jerusalen á Jericó, cayó en manos de unos ladrones, que no contentos con robarle su dinero, le despojaron y dieron tantos golpes que le dejaron por muerto en el sitio. Sucedió por casualidad, que pasando por allí un sacerdote, vió á aquel pobre magullado á golpes, todo ensangrentado; pero no hizo caso, y pasó adelante: poco despues vino un levita, el cual reparó en aquel hombre que moria y pedia socorro; pero léjos de enternecerse, continuó su camino sin prestarle auxilio alguno. Por fin, poco despues pasó un samaritano, que mas caritativo que el sacerdote y el levita no pudo mirar sin compasion el lastimoso estado en que se hallaba aquel judío, y á pesar de ser estranjero, y como samaritano enemigo del herido, se movió á piedad, se acercó á él, y vendó sus llagas despues de haberlas lavado con aceite y vino; no contento con haber hecho con él este oficio de caridad, le puso sobre su caballo, le llevó á la posada mas inmediata y pasó allí todo el dia cuidando de él. Al siguiente sacó de su bolsa dos piezas de plata, las dió al hospedero, le recomendó el enfermo, rogóle que cuidase de él, y le prometió que á su vuelta le pagaria todos los gastos que hubiese hecho para su curacion, y le abonaria lo que le pidiese por su trabajo.

Nada podia decirse mas á propósito para instruir á nuestro doctor. La parábola era sencilla é ingenua; tratábase de hacer la aplicacion de ella, y el Salvador quiso que fuese el mismo doctor el que la hiciese. Preguntóle, pues, lo que pensaba de aquellas tres clases de personas cuyo retrato acababa de hacer, y cuyas disposiciones y conducta le habia pintado: ¿Cuál de ellos te parece á tí, le dijo, es el prójimo de aquel judío tan maltratado por los ladrones? ¿es el sacerdote que le ha visto sin decirle una palabra? ¿es el levita que ha pasado sin compadecerse de él? ¿ó es el samaritano que movido de compasion y lleno de caridad ha hecho en favor suyo servicios tan importantes?—Lo es ciertamente, repuso el doctor, el que le ha tratado con tanta caridad; los otros dos han obrado como verdaderos bárbaros.—Pues hé aquí, concluyó el Salvador, el modelo que debes tú seguir. Reconoce que ni la parentela, ni la alianza, ni el pais ó la condicion constituyen el prójimo; por grande que sea la antipatía entre los dos pueblos, encuentras, no obstante, en el samaritano la cualidad de prójimo con respecto al judío enfermo; no hagas, pues, ya diferencia entre el compatriota y el estranjero; Dios es el Padre comun, y es preciso que todos se amen mutuamente como hermanos. Sabe que el amor del prójimo debe estenderse indiferentemente á todo género de personas. No olvides jamás una leccion tan importante; ponla en práctica y vivirás.

El venerable Beda y muchos intérpretes creen que Jesucristo refiere aquí mas bien una historia, que una simple parábola. El camino de Jerusalen á Jericó estaba muy desacreditado por los robos y los asesinatos que en él se cometian. Estaba situado en el tránsito el valle de Adommin, dice san Gerónimo, llamado de los Sanguinarios á causa de la sangre que allí se derramaba, lo cual hacia aquel camino muy peligroso y casi intransitable. Los levitas propiamente son los descendientes de Leví, y en este sentido los mismos sacerdotes, como pertenecientes todos á esta tribu, podian llamarse levitas; pero como en esta tribu el sacerdocio estaba vinculado á la sola familia de Aaron, quedó el nombre de levitas á los que componian las demás familias, y estos estaban destinados á servir y ayudar á los sacerdotes en sus funciones.

Es evidente que el Salvador en esta narracion ha querido darnos á entender que todo aquel que necesita nuestro auxilio es nuestro prójimo; y que la ley, dice san Agustin, que obliga á amar al prójimo como á sí mismo, es general, y á nadie escluye de los deberes de la caridad.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Omnipotens et misericors Deus, de cujus munere venit, ut tibi a fidelibus tuis digne et laudabiliter serviatur: tribue, quæsumus, nobis, ut ad promissiones tuas sine offensione curramus. Per Dominum.

Dios omnipotente y soberanamente misericordioso, sin cuya gracia no podrian vuestros fieles siervos haceros servicio alguno agradable y digno de vos; dignaos sostenernos de tal manera, que sin caer por nuestra flaqueza, corramos sin cesar en busca de los bienes que nos habeis prometido. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola está tomada de la segunda carta del apóstol san Pablo á los Corintios, cap. 3.

Fratres: Fiduciam talem habemus per Christum ad Deum: non quod sufficientes simus cogitare ali-

Hermanos mios: Por Jesucristo es por quien tenemos tan gran confianza en Dios: nó porque de nosotros mismos

quid à nobis, quasi ex nobis : sed sufficientia nostra ex Deo est : qui et idoneos nos fecit ministros novi testamenti; non littera, sed Spiritu : littera enim occidit, Spiritus autem vivificat. Quod si ministratio mortis litteris deformata in lapidibus, fuit in gloria, ita ut non possent intendere filii Israel in faciem Moysi, propter gloriam vultus ejus, quæ evacuatur, quomodo non magis ministratio spiritus erit in gloria? Nam si ministratio damnationis gloria est: multo magis abundat ministerium justitiæ in gloria.

scamos capaces de concebir cosa alguna como de nosotros mismos; sino que si somos capaces de algo, esto viene de Dios que nos ha hecho á propósito para el ministerio de la nueva alianza, nó por la letra, sino por el espíritu; porque la letra mata y el espíritu vivifica. Porque si lo que estaba escrito en la piedra, siendo un ministerio de muerte, fué tan lleno de gloria que los hijos de Israel no podian fijar su vista en el rostro de Moisés á causa del resplandor que de él despedia, cuya gloria sin embargo debia pasar, ¿cuánto mas lleno de gloria estará el ministerio del espíritu? En efecto, si un ministerio que condena es glorioso, con mas razon debe abundar en gloria el ministerio que justifica.

Habiendo sabido san Pablo que algunos falsos apóstoles, y entre ellos tambien algunos judíos, sembraban en Corinto falsas doctrinas, y pretendian judaizar el cristianismo, escribió esta segunda carta á los fieles de aquella Iglesia hácia el año 57 de Jesucristo.

REFLEXIONES.

«La letra mata, y el espíritu vivifica.» No hay heresiarca, no hay hereje á quien la letra, por decirlo así, no haya muerto por el abuso que han hecho de la Escritura santa. Entregados por un secreto orgullo á su propio espíritu han seguido los errores, y han sido los juguetes de todas las flaquezas. Como Dios en las divinas Escrituras ha hablado á los hombres, les ha hablado, por decirlo así, en el lenguaje de los hombres; pero los términos, las espresiones, el idioma con que los hablaba, encerraba el sentico de Dios. La letra no es mas que la corteza bajo de la cual está oculto un sentido místico y enteramente divino. Ahora bien, solo el Espíritu divino es el que bajo de la letra humana puede descubrir el sentido espiritual, el cual por lo comun es el solo verdadero: el entendimiento del hombre no puede pasar de la corteza sin desbarrar, y no viendo mas que lo que la letra presenta naturalmente á su entendimiento, no concibe sino lo que está á su alcance; si va mas léjos, se estravía; solo, pues, el espíritu de Dios es el que entiende, el que penetra el verdadero sentido de la habla divina. En esto consiste que ántes de la venida del Salvador el pueblo judío nunca tuvo mas que una inteligencia baja, material y grosera de la Escritura; nada concebia que no fuese terreno y natural. Los patriarcas, los profetas y algunos otros santos del antiguo Testamento fueron únicamente los que penetraron el sentido espiritual de los libros santos; pero esto fué una revelacion especial de Dios. Así es que solo Jesucristo es el que ha podido darnos la inteligencia, y dejando su espíritu á su Iglesia, la ha dejado con el depósito de la fé la inteligencia de las santas Escrituras; ella sola tiene el derecho inenajenable de conocer el verdadero sentido de ellas, y descubrirlo á los fieles; á ella sola pertenece el derecho de interpretar y de enseñar; ella sola no puede errar, puesto que el Espíritu Santo es quien la anima, quien la conduce, quien la ilumina; fuera de su escuela no hay mas que ignorancia, ilusion, falsedad, estravagancia; fuera de la Iglesia no hay mas que tinieblas; y si aparece alguna luz, solo pueden ser sombríos vislumbres que producen las malignas exhalaciones, falsos brillos, fuegos fatuos que llevan todos al precipicio, y que no pueden hacer otra cosa que estraviar. Recordemos todos los herejes desde el nacimiento de la Iglesia, no hay uno que no haya seguido su propio espíritu y sus propias luces en perjuicio de la verdad. Obstinados en no querer escuchar á la Iglesia, ¿en qué espantosas estravagancias, en qué lamentables errores no han caido, no siguiendo mas que las débiles luces de su propio espíritu? No hay siglo alguno que no produzca tristes ejemplos de ello. ¡Qué de absurdos en sus sistemas! ¡qué de libertinaje en su moral! ¡qué de variaciones en sus dogmas! ¡qué de irreligion en sus sectas! ¡qué de corrupcion en sus costumbres! en las colonias de la rebelion y del error, la policía civil ha reglado toda la religion, si se puede llamar religion un monton de errores, de contradicciones y de reglamentos arbitrarios; sectas donde no se sabe lo que se cree, y en donde ordinariamente no se cree nada. Tales han sido hasta hoy, y tales serán hasta el fin de los siglos todas las herejías: sin embargo, ninguna hay que no se lisonjee de poseer la Escritura; pero concebida, interpretada segun el espíritu particular de cada uno. Una simple mujer, pobre de talento, de corto alcance, imbécil, imagina que está inspirada y pretende entender la Escritura santa tan bien como un concilio; ella interpreta, enseña, profetiza, y se la escucha; ¿no es esto lo que se ha visto en nuestros dias entre los herejes fanáticos? á la verdad, el fanatismo es inseparable de todas las sectas heréticas; no hay ningun ignorante que no se crea doctor. Tanta verdad es que la letra sin el espíritu de Jesucristo mata: solo el espíritu vivifica; pero solo el espíritu de Jesucristo y de la Iglesia, y de ningun modo el espíritu particular.

El Evangelio de la misa es lo que sigue del cap. 10 del Evangelio segun san Lucas.

In illo tempore : Dixit Jesus discipulis suis : Beati oculi, qui vident quæ vos videtis. Dico enim vobis, quod multi prophetæ et reges voluerunt videre quæ vos videtis, et non viderunt; et audire quæ auditis, et non audierunt. Et ecce, quidam legisperitus surrexit tentans illum, et dicens : Magister, quid faciendo vitam æternam possidebo? At ille dixit ad eum : In lege quid scriptum est? quomodo legis? Ille respondens, dixit : Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et ex to-

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis; porque yo os aseguro que muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros veis, y no lo han visto, y oir lo que vosotros ois, y no lo han oido. En esto un doctor de la ley, se levantó con ánimo de sondearle: Maestro, le dijo, ¿qué haré yo para poseer la vida eterna? Respondióle Jesus: ¿Qué es lo que está escrito en la ley? ¿Cómo lees? Contestó él entonces: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, con todo tu

ta anima tua, et ex omnibus viribus tuis, et ex omni mente tua : et proximum tuum sicut teipsum. Dixitque illi : Recte respondisti : hoc fac, et vives. Ille autem volens justificare seipsum, dixit ad Jesum : Et quis est meus proximus? Suscipiens autem Jesus, dixit : Homo quidam descendebat ab Jerusalem in Jericho, et incidit in latrones, qui etiam despoliaverunt eum : et plagis impositis, abierunt semivivo relicto. Accidit autem ut sacerdos quidam descenderet eadem via : et viso illo, præterivit. Similiter et levita cum esset secus locum, et videret eum, pertransiit. Samaritanus autem quidam iter faciens, venit secus eum : et videns eum, misericordia motus est. Et appropians alligavit vulnera ejus, infundens oleum et vinum : et imponens illum in jumentum suum, duxit in stabulum, et curam ejus egit. Et altera die protulit duos denarios, et dedit stabulario, et ait : Curam illius habe : et quodcumque supererogaveris, ego cum rediero, reddam tibi. Quis horum trium videtur tibi proximus fuisse illi, qui incidit in latrones? At ille dixit : Qui fecit misericordiam in illum. Et ait illi Jesus : Vade, et tu fac similiter.

entendimiento, y á tu prójimo como á tí mismo. Has respondido bien, dijo Jesus; haz esto y vivirás. Mas queriéndose justificar, le dijo á Jesus: ¿Y quién es mi prójimo? Sobre lo cual tomando Jesus la palabra, dijo: Cierto hombre que iba de Jerusalen á Jericó cayó en manos de unos ladrones que le despojaron, y despues de haberle llenado de heridas le dejaron medio muerto. Sucedió que por acaso un sacerdote llevaba el mismo camino, y visto aquel hombre pasó adelante: lo mismo hizo un levita, que estando cerca de aquel sitio, y habiéndole visto, pasó tambien. Mas un samaritano que viajaba, se llegó á él, y viéndole (como estaba) le movió á compasion: acercóse á él, y vendó sus llagas despues de haber derramado sobre ellas aceite y vino. Púsole en seguida sobre su caballo, llevóle á una posada, y cuidó de él. Al dia siguiente sacó de su bolsa dos denarios de plata, los cuales dió al posadero, diciéndole: Cuida de este hombre, y todo lo que adelantares de mas, yo te lo pagaré á mi vuelta. ¿Cuál de estos tres te parece que ha sido el prójimo de aquel hombre que cayó en manos de los ladrones? Aquél, respondió el doctor, que le ha tratado con caridad. A lo cual repuso Jesus al doctor: Vé, y haz tú lo mismo.

MEDITACION.

De las obras de misericordia.

Punto primero.—Considera que la misericordia es un enternecimiento del alma á vista de las miserias de otro, y un deseo vivo y ardiente de remediarlas. El enternecerse únicamente á vista de lo que padecen los demás sin el deseo de aliviarles, no es una virtud cristiana; es solo un movimiento natural, señal de una alma buena, el cual en la mayor parte de los hombres no está mas que en los sentidos, los cuales se conmueven por los objetos, y no pueden negar este homenaje á la naturaleza. Por obras de misericordia se entienden los efectos de esta virtud moral, que segun Jesucristo debe caracterizar á todos los cristianos, y que consiste en amar á su prójimo como se ama uno á sí mismo, y en socorrerle con sus bienes, con sus consejos y con su ayuda en todas sus necesidades; estos son los frutos de una caridad pura, compasiva, eficaz, que no encuentra mayor placer que el de hacer bien á todos los que se hallan en la indigencia, y sobre todo en consolar á las personas afligidas y aliviarlas en sus necesidades. No hay virtud mas ordinaria en todos los santos: ella es como natural á una alma verdaderamente cristiana. Cuando hay una piedad sólida, cuando se ama verdaderamente á Dios, se encuentra un placer tan esquisito en derramar liberalmente las limosnas en el seno de los pobres, en consolar á los desgraciados, en visitar á las personas afligidas, en aliviar á los que padecen, que se diria que las buenas obras llevan consigo su recompensa, y hacen gustar tantas dulzuras interiores á las personas caritativas, como ellos hacen sentir á los que favorecen. Pero y ¡qué consoladoras son las dulzuras que causan las obras de misericordia en la hora de muerte á las personas caritativas! puede asegurarse que no hay cosa que así consuele y asegure á un moribundo, como la memoria dulce de las obras de misericordia que ha practicado. Disípanse los espantos de la muerte á la sola imágen de las grandes limosnas que se han hecho durante la vida. ¿Qué cosa de mas consuelo entonces que el acordarse de aquellos pobres á quienes se ha visitado en los hospitales, de aquellos pobres vergonzantes á quienes se ha consolado, á quienes se ha prolongado la vida con sus limosnas, de aquellos presos de quienes se ha cuidado, y de los cuales se han constituido, por decirlo así, los abogados, los patronos, y como los padres; en fin, de todos aquellos infelices de quienes pueden considerarse como salvadores? Los actos de religion, por mas santos que sean, son á la verdad de un grande auxilio en la hora de la muerte: uso de los sacramentos, ejercicios de piedad, oraciones, todo esto consuela; pero todo esto no asegura. Si alguna cosa puede asegurar entonces, puede decirse que son las obras de misericordia hechas por motivos puros y sobrenaturales. ¡Dios mio, qué poco se conoce el dia de hoy el precio y el mérito de este género de obras buenas!

Punto segundo.—Considera cuán agradables son á Dios y cuán necesarias á todos los fieles las obras de misericordia, puesto que solo sobre ellas se funda, por decirlo así, el derecho que tienen los elegidos para entrar en posesion de la herencia celestial despues de su muerte. «Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que teneis preparado desde la creacion del mundo.» Quiere el Señor que se se sepa á qué título reciben una recompensa tan grande: porque tuve hambre, dice, y me habeis dado de comer; tuve sed, y me disteis de beber; no tenia donde alojarme, y me habeis recibido en vuestra casa; me faltaba el vestido, y me lo habeis dado; estuve enfermo, y me visitasteis; estuve en prisiones, y me habeis ido á ver. Los justos, añade el Salvador, le responderán entonces: Señor, ¿y cuándo os hemos visto con hambre, y os hemos dado de comer, ó que teniais sed, y os hemos dado de beber? ¿cuándo hemos visto que no sabiais en donde alojaros, y os hemos recibido en nuestra casa, ó que careciais de vestido, y os lo hemos dado? ¿cuándo os hemos visto enfermo, ó en prision, y os hemos ido á ver?—Sabed, responderá el Señor, y os lo digo en verdad (continúa hablando Jesucristo), sí, os lo digo en verdad, que cuantas veces habeis hecho estas cosas con uno de los mas pequeños de mis hermanos que están aquí, lo

habeis hecho conmigo mismo. El decreto de condenacion por el que el soberano Juez precipita á los réprobos al fuego eterno, no se funda en otro motivo que en su insensibilidad por los males y las necesidades del prójimo. ¿Y podemos creer esta gran verdad, y permanecer duros en órden á las miserias de otro? ¿ y pasar un dia sin santificarle con algunas obras de misericordia? El Señor en aquel dia tan terrible en que el Juez soberano dará á cada uno segun sus obras, en aquel dia decisivo de nuestra suerte eterna, el Señor no hace mencion alguna de las maceraciones del cuerpo, de las prácticas de devocion, de las oraciones; nó porque no haga caso de ellas, nó porque no le sean muy agradables, y que no sean medios de salud, igualmente que actos de virtud dignos de recompensa, sino que el Salvador ha querido que comprendamos cuál es la necesidad de las obras de misericordia, cuál su mérito, y que sin esta caridad cristiana Dios hace poco caso de todas las demás virtudes. En medio de todo esto, esta caridad se ve el dia de hoy muy debilitada entre los cristianos; míranse las obras de misericordia como unos actos heroicos propios solo de un pequeño número de gentes devotas; pero ¿ podrán considerarse como simples consejos, puesto que ellas constituyen los motivos de una sentencia decisiva? No hay cosa mas abandonada que las obras de misericordia; porque la caridad que debe caracterizar á los cristianos está cuasi estinguida. ¡Cuántos hay que jamás han puesto los piés en un hospital! Esas personas tan opulentas, tan adornadas, tan magníficas en muebles, en vajillas, en caballos, ¿ alivian, visitan á los pobres presos, á los vergonzantes, que quedarian ricos con solo lo superfluo de tantos ricos? ¡Ah Señor! si la caridad cristiana es tan rara en el dia de hoy, si está cuasi estinguida, ¿cuál es nuestra fé?

Comprendo bien, Señor, cuánta razon habeis tenido para decir que es pequeño el número de los elegidos. Pero ¡ó Dios mio! aun cuando fuese mas pequeño que lo que es, yo quiero ser de este número pequeño; os pido vuestra gracia, y con su auxilio espero que la resolucion que hago de pasar el resto de mis dias en el ejercicio de las buenas obras será eficaz, y me hará ménos dudosa mi salvacion.

JACULATORIAS.—Bienaventurados los que hacen obras de misericordia, porque ellos alcanzarán misericordia. (Matth. 5.)

Dichoso aquel que movido de compasion atiende á las necesidades del pobre y del afligido; porque si él se halla en afliccion, acudirá el Señor á su auxilio. (Psalm. 40.)

PROPÓSITOS.

1 No se entienden aquí por buenas obras sino ciertas acciones particulares que miran á la caridad, como aliviar á los desgraciados, consolar á los afligidos, socorrer á los pobres. En este concepto toda buena obra es una accion buena, mas no toda accion buena es una buena obra. Hay siete obras de misericordia espirituales, y otras tantas corporales, por medio de las cuales se socorre al prójimo en sus necesidades del espíritu y del cuerpo. Las corporales son visitar los encarcelados y á los pobres enfermos en los hospitales, dar de beber á los que tienen sed, dar de comer á los que tienen hambre, rescatar los cautivos, vestir á los desnudos, hospedar á los pobres, sepultar los muertos. Las espirituales son dar buen consejo á los que lo han menester, corregir á los que yerran, instruir á los ignorantes, consolar á los afligidos, olvidar las injurias, perdonar las ofensas, rogar por los vivos y por los muertos, y por los que nos persiguen. No hay nadie que no pueda cumplir con alguna de estas obras de misericordia, muchos aun con todas. Determina las que puedes hacer, y cuya omision te hará desesperar á la hora de la muerte, y en adelante sé fiel en ejercitarte cada dia en alguna si es posible.

2 Si tienes parientes pobres ó afligidos, no dejes de verlos y asistirlos con preferencia; son tus parientes y deben ser preferidos en tus buenas obras. Cosa estraña: se ven alguna vez gentes que se avergüenzan de ir á ver á sus parientes pobres, como si su visita debiera deshonrarlos; nada hay mas opuesto al espíritu de Jesucristo, y á la caridad cristiana, que esta mal entendida vergüenza. Iráse mas pronto á visitar á los pobres en el hospital, que á un pariente pobre á su casa; la verdadera causa de esta preferencia no es mas que una secreta vanidad. La visita de los pobres en el hospital hace siempre algun honor; mas un pobre que es pariente nuestro humilla á una alma orgullosa. Guardaos bien de dar oidos á una vanidad tan necia; informaos si teneis algun pariente que padezca, y no paseis el dia sin visitarle y asistirle. Si alguno de los que os han ofendido se halla afligido ó miserable, visitadle, socorredle, preferid esta obra de caridad á todas las demás; este es el espíritu del Evangelio y del cristianismo. En fin, imponeos una ley de no pasar dia alguno, ó á lo ménos ninguna semana, sin practicar alguna obra de misericordia; semejante práctica es acaso la señal mas segura de predestinacion y de salvacion.

DOMINGO DÉCIMOTERCIO DESPUES DE PENTECOSTES.

Como el Evangelio de la misa del dia es siempre el que sirve de título y da el nombre á los domingos despues de Pentecostés, se ha llamado por tanto comunmente á este el de la curacion de los diez leprosos; los griegos y los latinos convienen en esta denominacion del décimotercio domingo. Podria tambien llamarse el domingo de la ingratitud, puesto que de los diez leprosos que fueron milagrosamente curados por el Salvador, no hubo mas que uno solo que viniese á dar gracias á su bienhechor, sin que los otros nueve hubiesen parecido mas. «Solo este estranjero es,» dice el Salvador, «el que ha vuelto y ha dado gloria á Dios.» La atencion que el Salvador hace aquí sobre el reconocimiento de este estranjero, que fué el único de los diez que volvió á darle gracias, es una instruccion misteriosa. Hase dicho ya que la Iglesia reune á los fieles todos los domingos, no solo para orar y asistir al divino sacrificio, sino que tambien para alimentarlos con el pan de la divina palabra, é instruirlos en las grandes verdades de la religion, les da cada domingo una leccion particular sobre algun punto de la moral y del dogma. La leccion de moral se contiene ordinariamente en el Evangelio del dia, y la del dogma se halla en la Epístola. El introito de la misa es por lo comun una oracion que puede servir de modelo para enseñarnos á orar bien.

El introito de la misa de este dia está tomado del salmo 73. Previendo el profeta las desgracias que debian suceder á todo el pueblo, dirige á Dios una piadosa demanda, llena de amor y de confianza; quéjase á Dios en nombre del pueblo de la desolacion de Jerusalen y de

toda la nacion, é implora el auxilio del cielo. Este salmo conviene perfectamente á la Iglesia perseguida no solo por los paganos, sino mucho mas tiempo todavía por los herejes, que no cesan aun de perseguirla. Vense en él rasgos vivos y elocuentes, espresiones fuertes, grandes y patéticas que convienen admirablemente al asunto, y que traen á la memoria los escesos y los sacrilegios de los herejes; hé aquí algunos de ellos: «Levantad cuanto antes, Señor, la mano contra nuestros enemigos, para que su orgullo quede abatido para siempre: ¡ah! ¡cuántas impiedades han cometido en el lugar santo!» ¡en vuestro templo! ¡Con qué insolencia han profanado el lugar santo, en el cual celebrábamos nosotros fiestas en vuestro honor! ellos han enarbolado sus estandartes en el lugar mas alto del templo, igualmente que en las encrucijadas, sin hacer diferencia entre lo sagrado y lo profano. Hanse animado los unos á los otros para echar las puertas abajo á golpes de hachas, como hubieran derribado los árboles en una floresta; han volcado las puertas á hachazos y á golpes. Esta nacion impía, y todas sus sectas, aunque diferentes entre sí en dogmas, en errores, en intereses, han convenido siempre en este artículo; todos han dicho unánimemente: «Abolamos en la tierra todas las fiestas del Señor.» ¿Quién no ve en esta muestra el verdadero retrato de los herejes de los últimos siglos? Tal es el salmo del cual ha tomado la Iglesia las palabras que componen el introito de la misa de este dia: «Acordaos, Señor, de la alianza que hicisteis en otro tiempo con nuestros padres, y no olvideis para siempre á vuestro pobre pueblo.» Acordaos, Señor, de todas las maravillas que obrasteis en nuestro favor; acordaos que sois nuestro Criador, nuestro protector, nuestro libertador; no olvideis que sois nuestro Dios, y nosotros somos vuestro pueblo; vuestro honor está, en cierto modo, interesado en socorrernos, puesto que nuestros enemigos son los vuestros. Levantaos, Señor; vuestra causa igualmente que la nuestra es la que os pedimos encarecidamente que defendais, y que no rechaceis las súplicas humildes de los que os buscan con todo su corazon. ¿Por qué ¡ó Dios mio! nos habeis abandonado, como si nada tuviésemos que esperar de vos? ¿por qué estais tan irritado contra las ovejas de vuestro rebaño? ¿Está por ventura ¡ó Dios mio! encendida para siempre contra nosotros vuestra ira? ¿no acabarán jamás estos males? ¿habeis arrojado para siempre este pueblo, en otro tiempo tan querido, tan privilegiado, que vos mismo habeis conducido por el desierto, y como buen pastor alimentado con el pan de los ángeles? En todo este salmo se ve un modelo perfecto de una oracion afectuosa y llena de confianza, muy á propósito para todas las calamidades públicas, y para pedir al Señor que se digne hacer que cesen los azotes bajo de los cuales gime el pueblo.

La Epístola de la misa de este dia está tomada de la instruccion que san Pablo da á los gálatas para enseñarles que la ley no justifica, y que no puede ninguno justificarse sino por la fé, la cual es como la vida del justo. Para comprender toda esta Epístola, y entrar en el verdadero sentido del apóstol, conviene saber que habiendo predicado san Pablo la fé de Jesucristo en Galacia, que era una provincia del Asia menor, entre la Capadocia y la Frigia, convirtió allí tan gran número de gentiles, que en poco tiempo formó una Iglesia considerable. La primera vez que fué allá fué recibido como un ángel de Dios, y como lo hubiera sido Jesucristo mismo, segun él mismo lo dice: «Sin que mis humillaciones,» añade, «ni mis flaquezas os hayan disgustado.» Pero turbóse muy pronto la tranquilidad y el fervor de aquella Iglesia naciente, por el falso celo y la envidia de los judíos que san Pedro habia convertido allí á la fé, ántes que san Pablo hubiese ido á predicar á los gentiles. Estos falsos hermanos, mas bien judíos que cristianos, encaprichados en su antigua ley, no podian sufrir que san Pablo habiendo convertido á los gentiles á la fé de Jesucristo, no les hubiese obligado á guardar las ceremonias legales. Comenzaron á desacreditar al santo apóstol para desacreditar mejor su doctrina; trataron de hacerle pasar por un intruso en el ministerio del apostolado, y no hallando nada reprensible en su conducta, ni en sus costumbres, se agarraron á lo que parecia defectuoso é irregular en su aire, en su voz y en toda su persona. Despues de haber procurado hacerle á él despreciable, comenzaron á predicar la obligacion de observar en el cristianismo la ley de Moisés. Los gálatas, pueblo simple y grosero, se dejaron persuadir de los halagüeños discursos de aquellos falsos doctores; sin embargo, muchos se opusieron á estas novedades, de lo que resultó muy pronto un cisma en aquella Iglesia. Habiéndolo advertido san Pablo, y queriendo cortar el curso á un mal tan grave, escribió á los gálatas con toda la fuerza y la vehemencia que exigia semejante abuso. Comienza por establecer invenciblemente su apostolado, como que ha sido llamado á él por el mismo Jesucristo. Refiere su conversion milagrosa, y prueba la autenticidad de su mision. Desciende luego al orígen del mal, y á lo que habia dado lugar á aquellas contestaciones y al cisma. Demuestra por un raciocinio, al cual nada hay que replicar, y por diversos pasajes de la Escritura, que ni la circuncision ni la ley de Moisés sirven ya para nada; que las bendiciones prometidas á Abraham son para los fieles que han creido en Jesucristo; que propiamente hablando, solo el Salvador divino y sus discípulos son los verdaderos hijos de Abraham, y los herederos de las bendiciones y de las promesas. Que en la Escritura es preciso distinguir el sentido histórico y carnal, y el sentido alegórico y espiritual, que es al que principalmente ha atendido el Espíritu Santo; que los judíos carnales, esto es, segun la carne, están figurados en Agar é Ismael, y al contrario los cristianos en Sara é Isaac; que por la fé hemos entrado en la dichosa libertad de hijos de Dios, y herederos de las bendiciones y las promesas; que los hebreos bajo de la ley no han sido mas que esclavos; que segun la Escritura el esclavo debe ser arrojado con su hijo, porque el hijo de la que es esclava no será heredero con el hijo de la que es libre. Por lo que hace á nosotros, añade, no somos hijos de la esclava para que estemos sujetos á los preceptos serviles de la antigua ley, sino de la que es libre, esto es, de la ley de gracia, y esta dichosa libertad es la que Jesucristo nos ha dado, y la que vuestros falsos doctores quisieran destruir, ó al ménos inutilizar si pudiesen. Sus perversos designios y sus persecuciones han sido figuradas en la Escritura, y su cumplimiento lo veis bien claro en el dia; porque así como entonces el que habia nacido segun la carne, esto es, Ismael, perseguia al que lo era segun el espíritu, esto es, Isaac, así sucede ahora. Sabed, pues, continúa el santo apóstol, que la ley no se ha dado á vuestros padres sino para detener sus

trasgresiones; igualmente los que vivian bajo de la ley estaban sometidos á la maldicion fulminada tantas veces contra los que no observaban las ceremonias legales. Jesucristo solo es el que nos ha librado de esta maldicion por la muerte que ha querido sufrir en la cruz: Jesucristo, les dice, nos ha eximido de la maldicion de la ley, habiéndose hecho por nuestro amor un objeto de maldicion, segun lo que estaba escrito: maldito el hombre que está clavado en una cruz. En fin, les hace recordar que por la fé, y nó por la ley, han recibido los dones sobrenaturales del Espíritu Santo, lo cual con respecto á ellos era una prueba evidente de que la ley no era de modo alguno necesaria para recibir la gracia de la justificacion. Habla de la ley de Moisés, en cuyo lugar ha sustituido la ley de Jesucristo que es la única que ahora debemos seguir. Hé aquí lo que desenvuelve el verdadero sentido de la Epístola.

«Las promesas se han hecho á Abraham, y al que de él nacerá.» No se ha dicho, advierte san Pablo, y á los que nacerán de él como si fuesen muchos, sino como si solo se tratase de uno, y al que nacerá de él, esto es, á Cristo. Habia Dios hecho dos especies de promesas á Abraham: las unas miraban á su propia persona; las otras á su linaje y á su posteridad. Dios cumplió lo que habia prometido á la persona de Abraham, colmándole de bienes temporales, y concediéndole con una numerosa posteridad una vida tan dichosa como larga; pero su justicia, su obediencia y su fé no debia recompensársele sino en el cielo. Por lo que hace á su posteridad, se la puede considerar, dicen los intérpretes, segun la carne, y segun el espíritu: Isaac es el hijo de Abraham segun la carne, y Jesucristo en cuanto hombre es su hijo segun el espíritu, y á Jesucristo propiamente es á quien se dirigen las promesas hechas á Abraham y á su estirpe, y solo en Jesucristo es en quien se ha cumplido esta promesa: «Todas las naciones de la tierra serán benditas en el que saldrá de tí.» Es evidente que esta promesa no se ha cumplido en Isaac, puesto que los hebreos no tenian comercio alguno con las naciones estranjeras, á las cuales miraban con horror. Estas bendiciones universales y sobreabundantes no se han cumplido sino en Jesucristo, verdadero Isaac inmolado en la cruz por todas las naciones, por todos los hombres, y del que el primer Isaac no era mas que la figura: en Jesucristo únicamente es en quien han sido benditas todas las naciones: no era tampoco la raza de los judíos la que debia multiplicarse como las estrellas del cielo, y como la arena que está en la orilla del mar; nada fué mas limitado que la Judea; debe pues entenderse esta promesa de la generacion espiritual de Jesucristo, que son los cristianos, y se ha cumplido en la Iglesia y de ningun modo en la sinagoga.

No entra aquí san Pablo en el pormenor del cumplimiento de las promesas hechas á la estirpe carnal de Abraham; limítase á la estirpe espiritual, que es Jesucristo, dice san Agustin, en cuanto que ella es la que forma toda la Iglesia de los fieles de todos los siglos, de cualquiera nacion y de cualquiera pais que sean. Si los patriarcas, los profetas, los santos del antiguo Testamento han tenido parte en las bendiciones de la generacion espiritual, no es en cualidad de hijos de Abraham, segun la carne, sino solo como imitadores de su fé, y como pertenecientes ya á la generacion espiritual de Jesucristo y á la nueva alianza; puesto que ninguno, ni en una ni en otra alianza, ha podido salvarse sino en contemplacion y por los méritos de Jesucristo. Esto es lo que hace decir aquí á san Pablo, que la Escritura no dice que las promesas hayan sido hechas á Abraham y á los que nacerán de él, sino á Abraham y al que debia nacer de él, que es Jesucristo. La promesa, dice santo Tomás, es histórica y figurativa: histórica y literal en Isaac y su posteridad segun la carne; figurativa y espiritual en Jesucristo y los fieles. San Pablo tenia toda la autoridad necesaria, dice este gran doctor, para dar al texto figurativo un sentido determinado y cierto, y capaz de fijar nuestra fé.

«Hé aquí, pues, lo que yo digo: habiendo hecho Dios como un contrato y una alianza con Abraham, por la cual promete á su generacion espiritual, esto es, al que debia nacer de él, que es Jesucristo, todo género de bendiciones; la ley que no se ha dado hasta cuatrocientos treinta años despues, no ha podido anular ni desvanecer la promesa hecha á Abraham. Ahora bien, si por la fé, independientemente de la ley, hemos llegado á ser herederos de los bienes celestiales, luego no será ya por la promesa, la cual queda vana y nula por la ley. Sin embargo á Abraham y á su linaje es á quien se han prometido las bendiciones independientemente de la ley; no es, pues, la ley la que justifica y la que da la herencia, sino la fé. «¿De qué sirve, luego, la ley, si sin ella puede uno justificarse y llegar á ser heredero de las bendiciones prometidas? La ley, responde san Pablo, se ha establecido á causa de los crímenes que se cometian.» Aquel pueblo, enteramente carnal y grosero, cometia mil faltas graves todos los dias sin temor y sin remordimiento. Para darles, pues, á conocer estas faltas, é instruirles de ellas, se les ha dado la ley á fin de que reconociesen, violándola, los crímenes de que se hacian culpables, y se contuviesen por lo ménos, por el temor del castigo ordenado por la ley. No se habia dado en efecto la ley para merecer las bendiciones y la herencia prometidas en virtud de la alianza contratada, sino para que sirviese como de luz para reconocer las faltas, y como de freno para evitarlas. Esta ley no se habia dado mas que hasta la venida del que debia nacer, esto es, hasta la venida de Jesucristo, que mediante su espíritu y su gracia nos da bastante á conocer hasta las faltas mas lijeras, y al mismo tiempo nos da la fortaleza para evitarlas; así que, habiendo venido Jesucristo, la ley antigua que los ángeles habian intimado por el ministerio de un mediador que es Moisés, no es ya necesaria para la salvacion en cuanto á sus preceptos y ceremonias legales.

Pero me direis, continúa san Pablo, ¿luego la ley es contra las promesas de Dios? De ningun modo. Las promesas se han hecho independientemente de la ley, y la misma ley es como un efecto de las promesas, puesto que ella es una señal de la proteccion de Dios sobre los hebreos, á quienes se ha dado para que les sirviese de luz, de freno y de guia; mas esta ley no tenia la virtud de justificarlos por sí misma; recordábales las promesas, y les hacia entender que no debian ver los efectos y el cumplimiento de ellas segun su verdadero sentido, sino por la fé de Jesucristo. «Mas la Escritura, añade san Pablo, lo ha sujetado todo al pecado, á fin de que por la fé en Jesucristo se cumpliese la promesa con respecto á los que creyesen.» La ley, dice san Crisóstomo, ha convencido á los que han

vivido ántes de la fé, que vivian en el error, acerca de un gran número de puntos de moral. Ella ha hecho ver á los judíos que vivian bajo de la ley que eran prevaricadores; en fin, ella les ha hecho esperar; pero no les ha dado el remedio eficaz á sus males. Este no le han podido obtener sino por la fé en Jesucristo. La antigua ley no se ha promulgado, concluye el santo Apóstol, para justificar á los hombres, sino para hacerles conocer su flaqueza, y que se penetrasen mejor de la necesidad que tenian de la fé de Jesucristo, su Redentor y Mesías, y que no habia otro medio que esta fé para adquirir la herencia.

El Evangelio de la misa de este dia contiene la curacion milagrosa de diez leprosos cuya historia es como sigue:

El Salvador, que por donde quiera que pasaba iba haciendo bien, y que obraba maravillas por todas partes, yendo á Jerusalen para la fiesta de la Dedicacion, pasó por medio de la Samaria y de la Galilea. Al tiempo de entrar en un pueblecillo vió venir hácia él diez leprosos, que deteniéndose léjos, porque la ley les prohibia comunicar con nadie, inmediatamente que le vieron desde donde estaban, gritaron diciendo: Jesus, Maestro nuestro, compadeceos de nosotros. Luego que el Salvador hizo alto en ellos: Id, les dijo, mostraos á los sacerdotes. La ley establecia jueces de esta enfermedad á los sacerdotes, á los cuales tocaba el declarar si los que se les presentaban estaban atacados de ella, ó si estaban bien curados. Aquellos cuya curacion estaba reconocida ofrecian desde luego dos gorriones, y ocho dias despues ofrecian dos corderos y una oveja, y si eran pobres un cordero y dos tórtolas. Enviando Jesucristo los leprosos á los sacerdotes, les daba á entender que quedarian curados en el camino, puesto que no debian irse á presentar á los sacerdotes sino á fin de que estos pronunciasen sobre su curacion, y que no pudiesen dudar de su mision con un testimonio tan seguro como el del milagro.

Cumplieron con gusto los leprosos lo que el Salvador les mandaba; no dudaron un momento en tomar el camino de Jerusalen como si ya hubiesen quedado enteramente limpios de su lepra. Su fé recibió sobre la marcha su recompensa, y apenas se pusieron en camino cuando todos se hallaron perfectamente sanos. El regocijo que les causó su curacion, hizo que se olvidasen de aquel á quien se la debian; de los diez que eran, no hubo mas que uno á quien ocurriese el pensamiento de volver á dar gracias á su insigne bienhechor, y aun este era samaritano, y por consiguiente mirado como gentil y estranjero; los otros nueve, que eran judíos, no fueron tan reconocidos. El samaritano, pues, volvió al mismo sitio sin dejar de alabar en alta voz la bondad del Salvador, y exaltar su omnipotencia. Luego que llegó á donde estaba Jesucristo, se postró á sus piés, pegado su rostro con la tierra, y le rindió mil acciones de gracias por su curacion.

Recibióle Jesus con su acostumbrada dulzura; pero significó bien lo que le llamaba la atencion el paso que acababa de dar, y la ingratitud de los otros que no estaban ménos obligados que él á hacer lo mismo. Por esto dijo en alta voz: Qué, ¿no han sido diez los curados? ¿dónde están, pues, los otros nueve? ¿Precisamente no hay otro que este estranjero que haya sido agradecido, y que haya dado gloria y gracias á Dios por el beneficio recibido? La sorpresa que demuestra aquí el Salvador, no es efecto de una estrañeza verdadera, ó de una especie de ignorancia: Jesus no podia admirarse de nada, conociendo todo lo que debia suceder aun ántes que sucediese; queria solo abrirnos los ojos para que viésemos nuestra ingratitud para con Dios. Dichoso aquel, dice san Agustin, que á ejemplo de este samaritano, considerándose como estranjero con respecto á Dios, le da muestras del mayor reconocimiento por los beneficios mas pequeños, persuadido que nada es tan gratuito como lo que se hace por un estranjero y un desconocido. Tenia tambien el Salvador la idea de indicar por estas palabras cuán diferente seria con respecto á él la conducta de los gentiles de la del pueblo judío, el cual no debia pagar los favores tan insignes de que habia sido colmado sino con la mas insigne y la mas negra de todas las ingratitudes. « Levántate, » le dice, « vé, tu fé te ha salvado. » Seguramente los otros habian tenido fé, puesto que sin replicar habian obedecido y habian sido curados; pero el reconocimiento de este le atrajo otras nuevas gracias, y es verosímil que el Salvador promete aquí alguna cosa particular á este samaritano, con respecto al bien de su alma y á su conversion. Figura instructiva de lo que sucede todos los dias en el cristianismo. Muchos hay que reciben de la misericordia del Señor curaciones milagrosas, y muchos pecadores convertidos beneficios singulares, gracias particulares; pero pocos se portan con un verdadero reconocimiento, y por esta negra ingratitud se hacen indignos de nuevos favores.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Omnipotens sempiterne Deus, da nobis fidei, spei et charitatis augmentum: et ut mereamur assequi quod promittis, fac nos amare quod præcipis. Per Dominum...

Dios omnipotente y eterno: aumentad en nosotros siempre mas y mas la fé, la esperanza y la caridad; y á fin de que podamos adquirir lo que nos prometeis, haced que amemos lo que nos mandais. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 3 de la carta de san Pablo apóstol á los gálatas.

Fratres: Abrahæ dictæ sunt promissiones, et semini ejus. Non dicit et seminibus, quasi in multis; sed quasi in uno: et semini tuo, qui est Christus. Hoc autem dico, testamentum confirmatum a Deo: quæ post quadringentos et triginta annos facta est lex, non irritum facit ad evacuandam promissionem. Nam si ex lege hereditas, jam non ex promissione. Abrahæ autem per repromissionem donavit Deus. Quid igitur lex? Propter transgressiones posita est, donec veniret semen, cui promiserat, ordinata per angelos in manu mediatoris. Mediator autem unius non est: Deus

Hermanos mios: Las promesas se han hecho á Abraham, y al que nacerá de él. No ha dicho á los que nacerán, como si hubiesen de ser muchos, sino cual si no se tratase mas que de uno, y al que nacera de tí, el cual es Cristo. Hé aquí, pues, lo que yo digo. La alianza que el mismo Dios ha ratificado, no la anula la ley que se ha promulgado cuatrocientos y treinta años despues, de suerte que sea vana su promesa. Porque si el derecho de heredar está fundado en la ley, ya no lo está en la promesa; ahora bien, á Abraham se lo ha dado Dios por la promesa; ¿para qué sirve, pues, entonces la ley? Esta se ha establecido á causa de los crímenes hasta la veni-

autem unus est. Lex ergo adversus promissa Dei? Absit. Si enim data esset lex, quæ posset vivificare, vere ex lege esset justitia. Sed conclusit Scriptura omnia sub peccato, ut promissio ex fide Jesu Christi daretur credentibus.

da del que debia nacer, y en favor de quien se habia hecho la promesa; y los ángeles la han intimado por el ministerio de un mediador. Ahora bien, el mediador no lo es de uno solo, y sin embargo Dios no es mas que uno. ¿Luego la ley es contra las promesas de Dios. Nada ménos. Porque si la ley se hubiese dado de modo que pudiese justificar, la justicia vendria efectivamente de la ley. Pero la Escritura lo ha sujetado todo al pecado, á fin de que por la fé en Jesucristo se cumpliese la promesa en los que creyeren.

Queriendo san Pablo que los gálatas convertidos comprendiesen bien que la ley dada á los hebreos por ministerio de Moisés no les podia justificar, les propone el ejemplo de Abraham, que no pudo haber sido justificado por la ley, la cual no se dió hasta cuatrocientos y treinta años despues; y que así, aquel santo patriarca no fué justificado sino por la fé en Jesucristo: « Abraham creyó á Dios, y esto le fué imputado á justicia. (Ad Rom. 4.) »

REFLEXIONES.

« A fin de que por la fé en Jesucristo se cumpliese la promesa en los que creyeren. » Toda nuestra salud se apoya en la fé en Jesucristo: la fé en Jesucristo es la base de nuestra salvacion; de la fé vive el justo, y por ella hizo todas las obras de la ley: aun cuando hubiese tenido probidad, buena fé, rectitud, aun cuando hubiese sido irreprensible en sus costumbres, aun cuando hubiese tenido caridad con los pobres, sin la fé en Jesucristo hubieran sido virtudes aparentes, bellas cualidades puramente naturales, frutos agrestes y nunca maduros de un árbol silvestre. La promesa de la herencia ha sido hecha á aquel que debia nacer de Abraham, esto es, á Jesucristo; es menester ser miembro de su Iglesia para ser del número de sus hijos. Todo miembro separado del cuerpo se pudre. Puede muy bien embalsamársele, esto es, conservarse artificiosamente su color y su consistencia. La carne se conserva; pero el miembro está muerto desde que no pertenece á la cabeza, y no pertenece á la cabeza desde que está separado del cuerpo. Terrible y espantosa verdad para todos los herejes, para todos los cismáticos, esto es, para todos aquellos á quienes la Iglesia de Jesucristo separa de su cuerpo. Por mas que se lisonjeen de que pertenecen al cuerpo, si el cuerpo no les reconoce por miembros suyos, y si no son ya miembros, ¿cómo pertenecerán á la cabeza? Los apóstoles lamentaban la suerte desgraciada de aquellos que habiendo sido reengendrados por las aguas saludables del bautismo, instruidos por el espíritu de verdad en la escuela de Jesucristo, habian cerrado los ojos á la luz para no caminar mas que en las tinieblas, y abandonándose á su propio espíritu, no tenian ya por guia mas que al espíritu del error: Estaban entre nosotros, decian, sin pertenecer á nosotros; llevaban el nombre de cristianos, sin tener el espíritu de cristianos. Todo género de bendiciones, dice el Apóstol, gozo, confianza, inmortalidad bienaventurada para los verdaderos fieles, para aquellos que incontrastables en la fé no se dejan llevar acá y allá á todo viento en materia de doctrina, ni seducir por la malicia de los hombres, ni por las astucias de que se sirven para empeñarlos en el error; sino que poniendo la verdad en práctica creen de todos modos en aquel que es la cabeza y el Cristo. Pero para los que quieren contradecir, que se aferran á no rendirse á la verdad, que permanecen obstinadamente en el error y en el estravío, no hay mas que ira, indignacion y desventura eterna. Carácter de los herejes, que no rehusan el rendirse á la verdad sino por un espíritu de indocilidad y contradiccion. Ahora bien, si este espíritu de division, de rebelion, de obstinacion, subleva tan justamente contra ellos á las potestades de la tierra, ¿qué deben esperar de la indignacion de Jesucristo cuando vendrá á juzgarlos? Entonces sabrá muy bien humillar á estos corazones rebeldes, á estos espíritus indóciles, y vengar á la Iglesia su esposa del desprecio que habrán hecho de sus juicios: no hay nieblas que oscurezcan la fé, que no nazcan de la corrupcion del corazon, y que no condense el orgullo. De aquí nace la ceguera que impidiendo ver el estravío, causa la tenacidad en el error. Quitad la corrupcion del corazon y el orgullo del espíritu, dicen los Padres, y ya no habrá herejes. Jamás se arraigó el error en un espíritu humilde ni en un corazon puro.

El Evangelio de la misa de este dia está tomado del de san Lucas, capítulo 17.

In illo tempore: Dum iret Jesus in Jerusalem, transibat per mediam Samariam et Galilæam. Et cum ingrederetur quoddam castellum, occurrerunt ei decem viri leprosi, qui steterunt a longe: et levaverunt vocem, dicentes: Jesu præceptor, miserere nostri. Quos ut vidit, dixit: Ite, ostendite vos sacerdotibus. Et factum est, dum irent, mundati sunt. Unus autem ex illis, ut vidit quia mundatus est, regressus est, cum magna voce magnificans Deum, et cecidit in faciem ante pedes ejus, gratias agens: et hic erat samaritanus. Respondens autem Jesus, dixit: Nonne decem mundati sunt? et novem ubi sunt? Non est inventus qui rediret, et daret gloriam Deo, nisi hoc alienigena. Et ait illi: Surge, vade: quia fides tua te salvum fecit.

En aquel tiempo: Yendo Jesus á Jerusalen, por medio de la Samaria y de la Galilea, al entrar en un pueblecillo divisó diez leprosos, que manteniéndose á lo léjos esclamaron, diciendo: Jesus, Maestro nuestro, compadeceos de nosotros. Luego que los apercibió: Id, les dijo, mostraos á los sacerdotes; y cuando iban quedaron curados. Uno de ellos, inmediatamente que se vió curado, volvió adonde habia partido alabando á Dios en alta voz, y se arrojó á los piés de Jesus, pegado su rostro contra el suelo dándole repetidas gracias; era este un samaritano. Dijo entonces Jesus: ¿No eran diez los curados? ¿dónde están los otros nueve? ¿Solo este estranjero es el que ha venido á dar gloria á Dios? Despues le dijo á él: Levántate, vé, tu fé te ha salvado.

MEDITACION.

Que no hay otro mal verdadero en la tierra mas que el pecado.

Punto primero. — Considera que la lepra se ha mirado siempre en el sentido moral como la figura y la imágen del pecado. La analogía es bastante clara: la lepra es una efusion de sangre alterada y corrompida, que corrompe todo lo esterior del cuerpo; es una especie de cáncer universal, que apenas se cura sino por milagro, y que pone enfermo y horrible todo el cuerpo. La lepra hace la voz enronquecida y cascada; el pulso del enfermo es pequeño y pesado, lento y retraído. El rostro del leproso se parece á un carbon medio apagado, grasiento, lustroso é hinchado, sembrado de barros muy duros, y causa horror; sus ojos están encarnados é inflamados; su lengua está seca, negra y ulcerada; toda su piel está cubierta de úlceras ó escamas como el pez; todo su cuerpo exhala una hediondez horrible, y llega á tal grado de insensibilidad que puede atravesársele un brazo y las partes mas sensibles sin que esperimente dolor alguno; en fin, todo su cuerpo se pudre y muere, por decirlo así, ántes que muera el enfermo, el cual siente un calor maligno tan grande que arde en medio del mayor frio. No es posible hacer un retrato mas semejante del pecador que el del leproso, ni se necesita hacer la aplicacion; no hay nada que se eche de ver tanto como esta semejanza; por tanto puede llamarse el pecado la lepra del alma. Comprendamos, pues, de aquí, qué mal es el pecado; no hay verdadero mal sobre la tierra mas que aquel que jamás puede mirarse como un bien, que es el único que nos priva del verdadero bien, y hasta de la fuente de todos los bienes, y tal es el pecado.

De cualquier modo que se mire el pecado, siempre es pecado. Juzguemos de él como juzga Dios: el pecado será eternamente el objeto de su odio y de su indignacion; lo será tambien eternamente de nuestro arrepentimiento, ¿y cómo puede serlo hoy de nuestra solicitud y de nuestra complacencia?

Todo lo que llamamos males en la tierra, no lo son sino en tanto que son consecuencias del pecado. El pecado es el que ha inundado la tierra de tantas desdichas: él es el que ha encendido el fuego del infierno; solo el pecado es el que hace desgraciados, la alegría y la tranquilidad se encuentran donde quiera que reina la inocencia. Siendo Dios un bien infinito, constituyendo él mismo todo bien, nunca podria comunicar otra cosa. Solo el pecado produce todo mal privándonos de este bien. Esta es la verdadera idea del pecado. Pero ¿es menor mal el pecado, es ménos pecado porque tengamos de él otra idea?

Las reuniones divertidas de las que está siempre desterrada la inocencia; los regocijos del carnaval, siempre tan criminales; los espectáculos, los placeres profanos, origen fatal de tantos desórdenes; ¿prueba todo esto que se mira el pecado con horror? y las mismas personas que viven encenagadas en tales desarreglos, ¿viven siempre con mayor inocencia? familiarízanse con el pecado; pero ¿se acostumbrarán tambien á la pena que debe seguirle?

¡Ah Señor, qué mal he conocido hasta aquí el pecado! pero ya le detesto: aumentad mi dolor, y perdonadme mis pecados.

Punto segundo. — Considera que nos engañamos llamando males á lo que puede contribuir á nuestra felicidad. Todo, ménos el pecado, puede ser útil á una alma fervorosa.

Las desgracias, las persecuciones, las enfermedades, la pobreza, la muerte misma, todo puede servir para hacernos felices, puesto que todo esto puede servirnos para hacernos santos.

Pocos santos hay que no deban, por decirlo así, á las persecuciones, á la adversidad, á los padecimientos, algun grado, por lo ménos, de su elevacion en el cielo. ¿Qué no deben los mártires á los suplicios? Vuestros parientes, vuestros amigos os perseguirán, dice el Salvador, pero no por esto sereis desgraciados: toda la malicia, toda la rabia de los mas crueles tiranos no es capaz de arrancaros un solo cabello de vuestra cabeza. Cuando es uno agradable á Dios, cuando Dios le quiere, ¿qué es lo que tiene que temer? ¡Qué error el mirar el aborrecimiento de parte del mundo como un mal! cuando si el mundo nos aborrece es porque amamos á Dios, porque le servimos. ¡Qué favores, qué ventajas no ofreció el mundo á san Vicente para pervertirle! y cuando rechazó todas sus seductoras promesas, ¡con qué suplicios tan crueles no le amenazó! Pero ¡con qué ánimo despreció aquel santo las caricias y los tormentos del tirano! el tormento mas crudo lo encuentra en sus caricias: pierde la vida ántes que perder la amistad de su Dios; ¿cuándo pensaremos nosotros así? ¿cuándo raciocinaremos conforme á estos principios? ¿Pasa el dia de hoy el pecado por el mayor de todos los males? ¿se le mira como un mal por aquellos que se complacen, que tal vez tienen como un honor el cometerle? Llámase un mal la pérdida de la hacienda, una afliccion, una persecucion, una desgracia, que son sin duda unas fuentes de bendiciones segun los designios de la Providencia. Pero ¿se mira el pecado como un gran mal cuando se le considera como un medio de hacer fortuna?

¡En qué ceguedad he vivido hasta aquí, Dios mio! perdonadme mis iniquidades, dignaos escuchar mis votos. Haced, Señor, que ántes sufra todos los tormentos; sujetadme á todos los males de esta vida ántes que yo cometa jamás un solo pecado.

Jaculatorias. — ¡Desgraciados de vosotros, hombres impíos, que habeis abandonado la ley de vuestro Dios! (Eccles. 41.)

¡Qué horrible es caer en las manos del Dios vivo, y llegar á ser el objeto de su ira! (Hebr. 10.)

PROPOSITOS.

1 Concibe tan grande horror al pecado, que estés pronto á perder los bienes, la salud, la vida misma ántes que perder la gracia. Seríamos muy dignos de lástima si estuviésemos en otra disposicion. Pero porque de nada sirven los mejores sentimientos si no se reducen á la práctica, siempre que nos sucediere alguna cosa sensible, ó que aconteciere á los demás alguna desgracia, tomemos la santa costumbre de decirnos á nosotros mismos: no hay mal sino el pecado; consolémonos; esta pérdida de la hacienda ó de la salud puede sernos ventajosa: preservadnos, Señor, de todo pecado; ningun otro mal temamos.

2 Sirvámonos de todos los accidentes molestos que suceden en la vida para decir á nuestros hijos, á nuestros amigos, á nuestros domésticos, que no hay propiamente mas que un solo mal que temer sobre la tierra, y que este es el pecado. Sea este nuestro proverbio favorito. Repitámoslo sin cesar á nuestros hijos; digámonoslo á nosotros mismos cien veces al dia, y no nos pasemos ni aun las mas pequeñas mentiras oficiosas, ni las restricciones mentales, que son verdaderas mentiras disfrazadas, ni las menores impaciencias. Todo lo que pueda alterar, por poco que sea, la caridad, debe sernos entredicho. La demasiada indulgencia con nosotros mismos al tiempo que tenemos tan poca con los demás, es por lo comun el orígen de muchas faltas. Todo lo que puede hacer algun agravio al prójimo, por lijero que sea, y cuanto tenga la sombra solamente de pecado, debe causarnos horror. La imágen sola de un monstruo horrendo espanta. Repitamos muchas veces estas hermosas palabras: «Quiero mejor morir, que manchar jamás mi alma.» No nos contentemos con tener horror al pecado, tengámosle tambien á las ocasiones del pecado; huyamos de ellas tanto como del pecado mismo. No se detesta el pecado, cuando no se tiene horror á la ocasion.

DOMINGO DÉCIMOCUARTO DESPUES DE PENTECOSTES.

Advertencia. *En la Dominica 3.ª del mes de setiembre, que suele concurrir comunmente con la décimacuarta despues de Pentecostés, celebramos la fiesta de los* Dolores de nuestra Señora.

El domingo décimocuarto despues de Pentecostés se ha llamado comunmente en la Iglesia latina el domingo de los dos Amos ó de la Providencia, á causa del Evangelio que se lee en la misa de este dia, y que se leia ya en tiempo de san Gregorio. Está tomado del capítulo 6 de san Mateo, en el que el Salvador declara la imposibilidad de servir al mismo tiempo á dos señores, como son Dios y el mundo; no siendo posible agradar al uno sin desagradar al otro, y que es una quimera el querer contentar á los dos. Jesucristo exhorta en seguida á sus discípulos á que no se afanen tanto por las necesidades de la vida; les dice que teniendo Dios como tiene tanto cuidado de las criaturas inanimadas, no es posible que las racionales queden olvidadas; que conoce todas nuestras necesidades, y que no permitirá que carezcamos de nada de lo preciso con tal que nosotros pongamos en él toda nuestra confianza, y que esta religiosa confianza debe particularmente distinguir á los fieles de los gentiles. No es ménos interesante la instruccion que contiene la Epístola: está tomada de aquel pasaje de san Pablo á los gálatas en que el Apóstol les instruye y les previene en órden á los deseos, á las obras y á los frutos de la carne, la cual combate de continuo contra el espíritu; y sobre la necesidad de crucificar su carne, y no dejarse conducir sino por el espíritu. El introito de la misa tiene una perfecta relacion con los dos asuntos: es una corta oracion á Dios nuestro protector omnipotente, en virtud de los méritos de Jesucristo, la cual concluye por la sincera confesion que hacemos de que no hay honor, gloria, ventaja ni verdadera dicha sino en el servicio de Dios, que es el mejor de todos los padres.

«O Dios, protector nuestro, miradnos, fijad vuestra vista sobre el que habeis ungido rey de vuestro pueblo, y acordaos de él en vuestra morada: uno solo de los dias que yo pasaré en este santo lugar, me será infinitamente mas dulce que otros mil que estuviere en cualquiera otra parte.»

Arrojado David de Jerusalen por Absalon, espone en este salmo el deseo ardiente que tiene de volver á ver el «tabernáculo;» esto es, el lugar santo en que Dios queria que le pidiesen, ántes de haber edificado Salomon el famoso templo de Jerusalen. Filon describe este «tabernáculo» del modo siguiente: Era un edificio compuesto de cuarenta y ocho tableros de cedro revestidos de oro macizo, bajo de cada uno de los cuales habia un basamento de plata, y encima un chapitel de oro. Estaba rodeado con diez piezas de tapicería de diferentes colores preciosos, de jacinto, de púrpura y de escarlata; cada una tenia veinte codos de largo y cuatro de ancho: la longitud del tabernáculo era de treinta codos, y tenia diez de ancho; circundábale un pavimento de cien codos de largo y cincuenta de ancho, cerrado con sesenta pilaritos de cedro revestidos de plata. La arca estaba colocada en medio del tabernáculo en el secreto oratorio, y estaba dorada por dentro y por fuera, sobre la cual habia una como cubierta que se llamaba «propiciatorio,» porque aplacaba la cólera de Dios: rodeábanla muchos velos, colocados con broches y argollas de oro. Llamábase este tabernáculo en la Escritura el «tabernáculo del Señor,» ó «el tabernáculo» por escelencia. David suspira por este lugar santo adonde él iba para dilatar allí su corazon en la presencia de Dios: de este modo nosotros, durante nuestro destierro en esta vida, debemos suspirar por los tabernáculos eternos; esto es, por la mansion de los bienaventurados en el cielo, nuestra amada patria. Busquemos cuanto quisiéremos nuestro reposo, nuestra felicidad durante esta vida; no la encontraremos en ninguna parte. La tierra, maldita por el Señor, no puede producir otra cosa que abrojos. El trono mismo por mas brillante, por mas rico, por mas elevado que sea, no puede hacer á un hombre feliz. La fortuna mas floreciente, la mas larga prosperidad, la gloria mas brillante pueden deslumbrar, pero no pueden satisfacernos plenamente. Despues de mas de seis mil años que hace que los hombres trabajan por ser felices, ninguno ha podido hallar todavía un reposo lleno y perfecto, que haya fijado todos sus deseos; queda siempre un vacío infinito que no pueden llenar todos los objetos criados; no ha sido hecho el hombre para ellos. Es menester que se eleve hasta Dios; y desde el momento en que toma este partido, halla una paz, una dulzura que no ha encontrado en otra parte, señal evidente de que Dios es el fin y el centro de su reposo. Aun cuando uno fuese el mayor favorito del mas grande monarca del mundo, y hallase todas las dulzuras y todas las ventajas en su servicio, todo esto seria una felicidad quimérica, una dicha imaginaria: un solo dia en el pavimento del tabernáculo, un solo dia pasado en el servicio de Dios proporciona mas dulzuras verdaderas, causa mas bienes y procura una tranquilidad, una felicidad mas real que cien años pasados en el servicio del príncipe mas poderoso del universo.

La Epístola que se leia ya en la misa aun ántes del siglo de Carlo Magno es una regla admirable de conducta, no solo para los gálatas á quienes escribe san Pablo, sino todos los fieles. Exhórtales el santo Apóstol á que vivan como hombres espirituales, segun las luces y la direccion

del Espíritu Santo, y de ningun modo segun los deseos de la carne, los que jamás se satisfacen sin dar la muerte al alma.

¿Quereis no realizar los deseos de la carne? les dice: caminad conforme al espíritu, esto es, seguid las impresiones y los piadosos movimientos de la gracia. La concupiscencia es aquel apetito desreglado que ha quedado en el hombre despues y como consecuencia del pecado. Nacemos con este enemigo doméstico. Podemos debilitarle con el auxilio de la gracia, pero no podemos destruirle: es menester que incesantemente tengamos las armas en la mano para combatirle; es menester velar dia y noche para no ser víctimas de sus sorpresas; es un peso que arrastra tras de sí; es una sirena que encanta; es una raiz de pecado. El medio de contener esta inclinacion, de resistir á sus encantos y de impedir que brote esta raiz emponzoñada, dice el Apóstol, es caminar segun el espíritu de Jesucristo, es vivir conforme á las máximas del Evangelio, es mortificar todas las pasiones, las cuales pueden considerarse como hijas de la concupiscencia; porque la carne pelea contra el espíritu, así como el espíritu pelea contra los deseos de la carne. Hácense la guerra el uno al otro, y no hay paz ni aun tregua entre estos dos enemigos. La carne y el espíritu indican aquí los dos principios de todas nuestras acciones morales. La carne ó la concupiscencia, dice Teodoreto, es el principio de las acciones malas; el espíritu ó el movimiento de la gracia es el principio de nuestras buenas obras; son demasiadamente contrarios estos dos principios para que jamás estén de acuerdo. De aquí aquella natural inclinacion al mal que la conciencia condena: de aquí aquella inspiracion, aquel deseo de hacer el bien, que la concupiscencia contraría: de aquí aquella ley en nuestros sentidos y en nuestros miembros, de que habla el Apóstol, que se opone sin cesar á la ley del espíritu. La gracia ilumina, solicita, y aun estrecha para que se haga el bien; la concupiscencia clama todavía mas alto que la voz de la gracia, y emplea los sentidos, las pasiones, el amor propio, y todo lo pone por obra para estinguir esta luz, y para hacer ineficaz é inútil la voluntad de hacer el bien. A la verdad, nuestra libertad queda siempre entera á pesar de las poderosas solicitaciones de la gracia y de la rebelion de la concupiscencia; pero ¿hacemos siempre buen uso de esta libertad? En esta guerra contínua entre el espíritu y la carne, ¿queda siempre la victoria de parte del espíritu? ¿y no estamos nunca de inteligencia con el enemigo de nuestra salud, sofocando nosotros mismos los piadosos movimientos de la gracia? La carne tiene deseos contrarios al espíritu, dice el Apóstol; demasiado que lo esperimentamos: y el espíritu los tiene contrarios á la carne; nuestra conciencia nos lo da bastante á conocer. Hácense la guerra el uno al otro, añade el Apóstol, de suerte que nosotros no hacemos todo lo que quisiéramos hacer; esto es, que la inclinacion al mal, junta á la rebelion de las pasiones, nos conduce con frecuencia á resistir á las luces de la razon y á los movimientos de la gracia, por manera que conociendo el bien, queriendo aun el bien, si bien con una voluntad débil, cedemos á la inclinacion natural que tenemos al mal, pero siempre libremente y por consecuencia por culpa nuestra. «Yo hago el mal que no quiero,» dice san Pablo escribiendo á los romanos. San Agustin entiende por el mal que el hombre hace, á pesar suyo, la rebelion de la concupiscencia y los malos deseos involuntarios; y por el bien que querria hacer y que no hace, aquella prontitud y aquella perfeccion en el cumplimiento de la ley de Dios á la cual se opone la turbacion de las pasiones. Las almas mas santas y mas fervorosas no están exentas de esta contrariedad de deseos. Esto es lo que hace decir al mismo Apóstol, que le es muy molesto el verse sujeto á esta guerra continua; «quién me librará de este cuerpo de muerte? «esto es, de esta sujecion á las concupiscencias de la carne. Es esta, dice un sabio intérprete, una esclamacion que el Apóstol pone en la boca del pecador oprimido bajo el peso de su iniquidad, y de la cual reconoce que ni la ley natural, ni la voz de su conciencia, ni la ley escrita son capaces de librarle. «Porque si es el espíritu el que os conduce,» prosigue el Apóstol, «luego no estais ya bajo la ley.» Como si dijera, que habiendo recibido por el bautismo la gracia y el Espíritu Santo que os conduce, no estais ya sujetos á todas las ceremonias legales, á las cuales quieren sujetaros los falsos doctores, para hacer inútil, si pudiesen, la nueva alianza y la ley de Jesucristo.

Os he dicho, continúa el Apóstol, que la carne tiene sus deseos, que son contrarios al espíritu; y que el espíritu tiene los suyos, contrarios á la carne: fácil es el conocer unos y otros por sus obras; y «¿qué cosa mas visible que las obras de la carne? fornicacion, impureza, impudicicia, lujuria: vicios abominables que matan al alma embruteciéndola; orígen desgraciado de tantos crímenes, todos á cual mas enormes, todos á cual mas horribles, causa detestable de la condenacion de tantas almas. Del mismo fondo nacen el culto de los ídolos, los envenenamientos, las enemistades, las contestaciones, los zelos, los arrebatos de la cólera, las querellas, las disensiones, las cábalas en materia de doctrina; esto es, un espíritu de partido del cual nace el error, el cisma y la herejía, y que alimenta el libertinaje; espíritu de cábala en materia de doctrina, que oscureciendo las luces de la razon misma, estingue la fé, sofoca todo sentimiento de religion, é inspira una rebelion tenaz contra la Iglesia. Todo espíritu de partido y de cábala en materia de doctrina, es un fruto de la carne. Las envidias, los homicidios, los escesos del vino, las disoluciones y cosas semejantes, nacen todas de la misma fuente; la carne es la madre de todas las pasiones, de todos los crímenes; así se ve que todos los que se entregan á estos deseos, vienen á parar en horribles escesos. Luego que domina la concupiscencia, reinan todas las pasiones con imperio; nada hay que las detenga, y todas se derraman como torrentes. «Esto supuesto os digo, como ya os lo he dicho,» añade el santo Apóstol, «que los que hacen tales obras, no poseerán el reino de Dios.» Fórmese el sistema que se quiera, Dios no consulta mas que el suyo. Jamás dejan de tener algun motivo plausible los deseos de la carne; no faltarán nunca en ellos el falso zelo, la emulacion, la cólera. «No hay ninguno que no crea, decia el Salvador, hacer un servicio á Dios sacrificándoos á su pasion.»

Si nosotros estamos animados del Espíritu Santo, caminemos segun el espíritu. Los frutos del espíritu, continúa, son tan opuestos á las obras de la carne, que no es posible engañarse. El fruto del espíritu y de la gracia es la caridad, el gozo, la mansedumbre, la fé, la modestia, la continencia, la castidad. Cuando uno está animado del

espíritu de Dios, tiene una caridad sin límites y sin medida, se compadece de las flaquezas del prójimo, todo lo escusa en los demás, al paso que nada se perdona á sí mismo, y toma parte en todos sus males. El justo vive de la fé, pero de una fé humilde, simple, activa. El gozo y la paz interior, frutos ordinarios de la buena conciencia, no se hallan sino en un corazon puro. Una dulzura superior á todos los acontecimientos de la vida, un fondo de bondad inagotable, una paciencia á toda prueba, una pureza de corazon y de cuerpo, sin tacha, caracterizan á todas las gentes de bien. «Con respecto á los que tienen estas cualidades,» dice el Apóstol, «no hay ley;» como si dijera, que la ley antigua se acabó para los que viven segun las máximas del Evangelio. No habiéndose promulgado la ley antigua sino á causa de las prevaricaciones, ni habiendo sido establecida sino contra los que no guardaban los mandamientos de Dios, es inútil para los que cumplen con fidelidad todos los deberes de la justicia, y caminan sin cesar por los senderos de la santidad. «Los que pertenecen á Jesucristo,» concluye san Pablo, «han crucificado su carne con sus vicios y concupiscencias;» los verdaderos discípulos de Jesucristo, léjos de seguir los deseos de la carne, ni hacer sus obras, la crucifican con una mortificacion continua. Su estudio ordinario es el de reprimir todos los ímpetus de las pasiones, mortificar los sentidos, y sofocar todos los deseos de la concupiscencia. No hay virtud sin mortificacion; ella es el alimento de la inocencia. El amor del placer es el veneno del alma. La vida blanda no fué jamás una vida cristiana. No hay cristiano que no deba decir: «Yo estoy clavado con Jesucristo en la cruz.»

El Evangelio de la misa de este dia está sacado del sexto capítulo del Evangelio segun san Mateo. Es la continuacion de aquella instruccion admirable que hizo el Salvador á sus amados discípulos, en la que, despues de haberles enseñado como debe hacerse la limosna y la oracion, les da un modelo de esta. Despues exhortándolos á que no se consideren sobre la tierra sino como estranjeros, les hace ver que tampoco se debe suspirar mas que por los bienes celestiales y eternos, y que solo en el cielo es, por decirlo así, en donde se debe hacer fortuna. Las riquezas son el ídolo á quien dirige cada uno sus votos; la pasion de juntar tesoros sobre tesoros, es un tirano que hace muchos esclavos: es un señor durísimo que manda con imperio, y al que se le sirve siempre perdiendo; sin embargo, se le sirve. Pero ¿puede servirse á Dios al mismo tiempo que se sirve al mundo, que se sirve á la codicia, que se sirve al dios de las riquezas, ó para hablar con toda precision, al mismo tiempo que se entrega el corazon á la codicia, y que se sacrifica el reposo, la salud, la salvacion misma á la avaricia? Desengañémonos; Dios no sufre division; si el corazon pertenece á otro, ya no es de él. «Ninguno puede servir á dos señores. Si sirve á uno, es menester que abandone al otro.» Son demasiado opuestos entre sí, son de un carácter muy diferente para que puedan tener siervos comunes. Amar al uno es aborrecer al otro, puesto que los servicios que exigen son enteramente opuestos. Dios pide un corazon vacío de todo afecto á los bienes terrenos; y el mundo pide un corazon abandonado á los deseos de los bienes criados. ¿Puede Dios llenar un corazon al que posee el amor de las riquezas? Luego que el demonio de las riquezas es el dueño de un corazon, es arrojado de él el amor de Dios. *Mammon* es una palabra siriaca, que significa dinero, tesoro, ganancia. Tómase aquí como una divinidad, porque en efecto los hombres todo lo sacrifican á las riquezas.

Como la necesidad del dinero para todas las urgencias de la vida sirve ordinariamente de pretesto para justificar la pasion de tenerlo, el Salvador declara aquí que si nosotros sirviésemos á Dios con fidelidad, con fervor y con confianza, nos veríamos libres de muchas inquietudes; y el Dios omnipotente que vela tan eficazmente sobre las necesidades de las criaturas mas viles, proveeria abundantemente á todas las nuestras. Reposad seguramente en todo sobre aquel de quien teneis la vida que es preferible al alimento, y el cuerpo que vale mas que el vestido: no temais que despues de haberos dado la vida, os niegue lo que es necesario par conservarla. De cuántos cuidados y fatigas, muchas veces inútiles, nos ahorrarîamos si fiásemos en nuestras necesidades sobre la Providencia. ¿El que provee á las de los pájaros, olvidará las de los hombres? El Padre celestial que mantiene á aquellos sin que se tomen cuidado alguno para hacer sus provisiones, ¿proveerá menos á la subsistencia de los que le conocen, le aman y le sirven, dice san Juan Crisóstomo? No condena aquí el Salvador los cuidados justos y racionales que deben ponerse para la propia conservacion, seria tentar á Dios el no valernos de los medios que la Providencia nos proporciona para procurarnos las cosas necesarias para la vida: condena solamente la inquietud, la desconfianza, la solicitud escesiva. Es menester obrar como si todo el éxito dependiese de nuestras diligencias, dice un gran santo, y es menester contar con la divina Providencia como si toda nuestra diligencia no sirviese para nada. Cuando hemos hecho prudentemente de nuestra parte lo que depende de nosotros para proveer á nuestras necesidades, nuestras inquietudes en órden á esto son tan vanas como las del que quisiese añadir un codo á su estatura natural. La ansiedad y la estraordinaria inquietud son tan reprensibles como la indolencia y la inaccion. Cuando no se cuenta con el auxilio del cielo y de la Providencia, se trabaja perdiendo mucho; y si nuestras diligencias y nuestras fatigas son muchas veces estériles, no echemos la culpa mas que á nuestra poca confianza y religion. ¿Pensamos acaso que con nuestra actividad podamos tener todo lo que necesitamos sin el concurso y el auxilio de la divina Providencia? Dios se complace en confundir nuestro orgullo y nuestra presuntuosa industria. ¡Qué de resortes no se hacen jugar; qué de máquinas no se ponen en movimiento para llegar á ser poderoso, para hacer una fortuna brillante! vigilias, aplicaciones, intrigas, industrias de nueva invencion, sistemas, compañías, tramas; todo se tienta, de todo se echa mano; no hay cosa que parezca mas seguro, ni que se presente mas plausible que el plan que se ha hecho, que las medidas que se han tomado, cuando todo el edificio viene abajo, todos los grandes preparativos se desconciertan; no es menester mas que una pequeña piedra para trastornar el gran coloso, y despues de tantos cuidados, tantos proyectos, tantas penas, nos encontramos inmediatamente sin nada. Dios se burla así de nuestras orgullosas empresas: queremos subir hasta las nubes por nuestras propias fuerzas: llamamos á gritos la opulencia de las cuatro partes del mundo; la abundancia se muestra y la miseria sigue.

¿Qué gastos no se hacen, qué solicitud no se pone para vestirse con magnificencia, para adornarse con esplendor? Se apura el arte, se agotan tambien los tesoros para brillar, para deslumbrar, para hacerse admirar; y una flor, un lirio que nace en medio de los campos sin cultura, sobrepuja en esplendor, en belleza, en arreglo, en proporcion, en matices del encarnado, del verde, del azul, del blanco, del amarillo, en todo cuanto el arte puede hacer mas relumbrante y mejor proporcionado. El arte mas fino y mas esquisito no puede igualar á la naturaleza; un clavel, un tulipan, la flor mas campestre está mas pomposa, mas espléndidamente vestida, brilla con mas esplendor que el mas grande de los reyes. «Ahora bien, si Dios viste de este modo á una yerba del campo, que hoy es y mañana se echa al horno, ¡cuánto mas lo hará con vosotros, gentes de poca fé! ¡Qué justa que es esta reprension! ¡qué irracional nuestra poca confianza en la Providencia! Nosotros vemos como estiende sus cuidados hasta sobre una flor que nace hoy y que mañana no es mas que una yerba seca que se arroja al fuego; y ¿tememos que nos olvide habiéndonos formado á su imágen, escogido para su servicio, y destinado para una eterna felicidad? Nosotros nos vemos privados de muchos socorros oficiosos, porque carecemos de confianza. Nuestras inquietudes, nuestras solicitudes, nuestra desconfianza, nuestros temores prueban nuestra poca fé. «No os inquieteis, pues, añade el Salvador, ni digais, ¿qué comeremos, qué beberemos, con qué nos vestiremos? Estas ansias tan apuradas son escusables en los paganos,» que no saben lo que es Dios, ó que no lo saben sino confusamente, porque el error y el pecado les perturban la vista; por consiguiente no conocen ni desean mas que los bienes visibles y perecederos, é ignoran los tesoros de su providencia que con tanta bondad se derraman en todo el universo; mas á vosotros que sois los hijos de Dios, los herederos legítimos de su reino eterno, os seria muy vergonzoso el ocuparos de lo que mira al vestido y al alimento, como si este fuese vuestro principal negocio: debe bastaros saber que vuestro Padre celestial no puede ignorar la necesidad que teneis de ello, y que amándoos tanto como os ama, y sabiendo lo que os falta, es imposible que os vea padecer sin asistiros. No desconfieis de su providencia, y él tendrá cuidado de proveer á todas vuestras necesidades. «Sea el primero de vuestros cuidados buscar el reino de Dios y su justicia, y todo esto lo tendreis por añadidura.» Ocupémonos sobre todo del cuidado de merecer el cielo, y de adquirir las virtudes que nos le aseguren. Dios por su parte se encarga de darnos todo lo demás. No nos dispensa Dios por esto de trabajar, y hacer todas las diligencias necesarias para proveer á las necesidades de nuestra familia y de todos aquellos que dependen de nosotros. La negligencia en esto no seria perdonable; pero no debe mirarse como el negocio principal, y frecuentemente el único, la solicitud de los bienes temporales; debemos trabajar, debemos aplicarnos á llenar todos los deberes de nuestro estado; debemos dar su tiempo á los negocios temporales; pero todo esto debe estar subordinado al grande é importante negocio, el cual es propiamente nuestro único negocio, esto es, el de la salvacion.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Custodi, Domine, quæsumus, Ecclesiam tuam propitiatione perpetua: et quia sine te labitur humana mortalitas, tuis semper auxiliis et abstrahatur a noxiis, et ad salutaria dirigatur. Per Dominum...

Conservad, Señor, vuestra Iglesia, por medio de una asistencia continua de vuestra misericordia; y porque siendo el hombre flaco, cae á cada paso si vos no le sosteneis: concedednos vuestro divino auxilio que nos retire sin cesar de todo lo que puede dañarnos, y nos conduzca á todo lo que puede servirnos para nuestra salvacion. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola está tomada de la que escribió el apóstol san Pablo á los gálatas, cap. 5.

Fratres: Spiritu ambulate, et desideria carnis non perficietis. Caro enim concupiscit adversus spiritum; spiritus autem adversus carnem: hæc enim sibi invicem adversantur: ut non quæcumque vultis, illa faciatis. Quod si spiritu ducimini, non estis sub lege. Manifesta sunt autem opera carnis: quæ sunt fornicatio, immunditia, impudicitia, luxuria, idolorum servitus, veneficia, inimicitiæ, contentiones, æmulationes, iræ, rixæ, dissensiones, sectæ, invidiæ, homicidia, ebrietates, comessationes, et his similia, quæ prædico vobis, sicut prædixi; quoniam qui talia agunt, regnum Dei non consequentur. Fructus autem spiritus est: charitas, gaudium, pax, patientia, benignitas, bonitas, longanimitas, mansuetudo, fides, modestia, continentia, castitas. Adversus hujusmodi non est lex. Qui autem sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum vitiis et concupiscentiis.

Hermanos mios: Caminad conforme al espíritu, y no ejecutareis los deseos de la carne. Porque la carne tiene deseos contrarios á los del espíritu, y el espíritu los tiene opuestos á los de la carne. Hácense la guerra el uno al otro, de modo que no haceis en todo lo que quisierais hacer. Si es el espíritu el que os conduce, no estais bajo de la ley. Ahora bien, las obras de la carne son bastante visibles; las cuales son la fornicacion, la impureza, la impudicia, la lujuria, el culto de los ídolos, los envenenamientos, las enemistades, las contestaciones, los zelos, los arrebatos de cólera, las querellas, las disensiones, las cábalas en materia de doctrina, las envidias, los homicidios, los escesos del vino, las disoluciones, y las cosas semejantes á estas. Sobre todo lo cual os digo, como ya os lo he dicho, que los que hacen tales obras no poseerán el reino de Dios. El fruto empero del espíritu es la caridad, el gozo, la paz, la paciencia, la dulzura, la bondad, la longanimidad, la mansedumbre, la fé, la modestia, la continencia, la castidad. Con respecto á los que tienen estas cualidades, no hay ley. Mas los que pertenecen á Jesucristo, han crucificado su carne con sus vicios y sus concupiscencias.

San Pablo habla á los gálatas en algunos pasajes como si hubiesen sido judíos; mas en todo el resto de la carta muestra bastante que habian sido convertidos del paganismo, pues que les dice que en otro tiempo no conocian á Dios, y que adoraban divinidades que no merecen este nombre. San Gregorio cree que esta carta se escribió des-

de Efeso, tres ó cuatro años despues de su conversion.

REFLEXIONES.

«Los arrebatos de la cólera:» Este es uno de los frutos, segun el santo Apóstol, de la concupiscencia y de la carne; de este fondo nacen las espinas, cuya picadura está siempre envenenada, y cuyas puntas no se embotan. «La cólera y el furor, una y otro son execrables,» dice la Escritura. (Ecl. 27.) Y «¿quién puede sostener la violencia de un hombre arrebatado? (Prov. 27.)» Es estraño que los tristes efectos de esta pasion desenfrenada no sirvan mas que para desacreditarla, sin que logren debilitarla. Querellas sangrientas, procesos imprudentemente intentados, enemistades inmortales, pérdida de bienes, accidentes, golpes funestos, desgracias que ni aun la muerte termina: tales son los frutos amargos de la cólera. Duélese uno despues, se contiene, se lamenta; pero ¿de qué sirve sujetar la mano despues que se ha tirado la piedra? El fuego apagado no deja otra cosa que negros carbones y cenizas. Confiesa uno que se ha arrebatado, detesta su violencia; pero ¿de qué sirve esta confesion? la calma no dura mucho tiempo. La acritud, la destemplanza del humor, causa muy pronto nuevos escesos; y las nubes espesadas, nuevas tempestades. La cólera procede de la estrema sensibilidad que nos causa todo lo que nos hiere: el orgullo es el que la escita y la enciende. Por mas que se acuse el natural, la bilis, el temperamento, el hombre humilde jamás montó en cólera. Nunca hay tempestades si no hay recios. La dulzura, que es la contraposicion de ella, es inseparable de la humildad cristiana. La cólera es incompatible con la inocencia; un corazon que se irrita tan fácilmente, es un corazon dañado. (Prov. 27.) ¡Qué pasion mas odiosa ni mas indigna de un hombre de bien, y de un hombre cristiano, que la cólera! Los pueblos un poco civilizados, aunque paganos, la han mirado con horror; los mas bárbaros la han reprobado, luego que han llegado á ser fieles. La cólera es un frenesí, corto á la verdad, pero que no pertenece por eso ménos á la locura; siempre va acompañada de furor, y de una especie de enajenacion de espíritu. No hay pasion mas universalmente condenada, y ninguna reina mas universalmente, porque no la hay que nos domine mas pronto. Cuasi siempre es de la misma edad que nosotros. Se lisonjea en los niños; se sufre en los jóvenes; hasta se escusa con la viveza de la edad. A la verdad, una piedad sincera comienza desde luego por domar este fiero enemigo, y esto mismo prueba cuán rara es la piedad verdadera. Lo mas singular es, que nos servimos de una máscara de piedad para disfrazar esta pasion; y esto es lo que ha hecho decir, que no hay cólera mas maligna que la de un devoto. Agráviase á la religion sirviéndose de un nombre tan santo para designar gentes que lo son tan poco. La virtud no tiene hiel, y un hombre de bien no se encoleriza sino contra sí mismo. Sus defectos son el objeto único de su bilis; la sensibilidad, la acritud, la cólera, no se hallan nunca con la verdadera devocion. Hay tambien cóleras mudas; estas no hacen tanto ruido, pero hacen todavía mayor mal. No nos ha herido el rayo, cuando se ha oido el trueno; lo temible es cuando ni aun se ve el relámpago. Esas cóleras tumultuosas y de ruido son criminales; pero su malignidad cesa con el ruido.

El Evangelio de la misa es de san Mateo, cap. 6.

In illo tempore: Dixit Jesus discipulis suis: Nemo potest duobus dominis servire: aut enim unum odio habebit, et alterum diliget: aut unum sustinebit, et alterum contemnet. Non potestis Deo servire, et mammonæ. Ideo dico vobis, ne solliciti sitis animæ vestræ quid manducetis, neque corpori vestro quid induamini. Nonne anima plus est quam esca: et corpus plus quam vestimentum? Respicite volatilia cœli, quoniam non serunt, neque metunt, neque congregant in horrea: et Pater vester cœlestis pascit illa. Nonne vos magis pluris estis illis? Quis autem vestrum cogitans potest adjicere ad staturam suam cubitum unum? Et de vestimento quid solliciti estis? Considerate lilia agri quomodo crescunt: non laborant, neque nent. Dico autem vobis, quoniam nec Salomon in omni gloria sua coopertus est sicut unum ex istis. Si autem fœnum agri, quod hodie est, et cras in clibanum mittitur, Deus sic vestit; quanto magis vos modicæ fidei? Nolite ergo solliciti esse, dicentes: Quid manducabimus, aut quid bibemus, aut quo operiemur? hæc enim omnia gentes inquirunt. Scit enim Pater vester, quia his omnibus indigetis. Quærite ergo primum regnum Dei, et justitiam ejus: et hæc omnia adjicientur vobis.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Ninguno puede servir á dos señores, porque ó aborrecerá al uno y amará al otro, ó si respeta á aquel, despreciará á este. No podeis servir á Dios y al demonio de las riquezas. Por esta razon yo os digo, no os inquieteis, ni con respeto á vuestra vida sobre lo que habeis de comer, ni en órden á vuestro cuerpo sobre lo que habeis de vestir. ¿Por ventura no es mas la vida que el alimento, y el cuerpo mas que el vestido? Mirad los pájaros del cielo, no siembran, no siegan, ni recogen en los graneros, y vuestro Padre celestial los alimenta. ¿No valeis vosotros mucho mas que ellos? Y ¿quién de vosotros, á fuerza de pensar en ello, puede añadir un codo á su estatura? Y acerca del vestido ¿por qué os inquietais? mirad los lirios del campo como crecen; ellos no trabajan ni hilan, y sin embargo, yo os digo que Salomon aun en medio de toda su gloria, no se ha presentado tan ostentosamente adornado como uno de estos lirios. Ahora bien, si Dios viste de este modo una yerba campestre, que hoy es, y que mañana se arroja al horno, ¿cuánto mejor lo hará con vosotros, gente de poca fé? No os inquieteis, ni digais ¿qué haremos para comer y para beber, y de qué nos vestiremos? Porque los gentiles son los que se inquietan sobre todas estas cosas, y vuestro Padre celestial sabe que teneis necesidad de ellas. Buscad, pues, primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se os darán por añadidura.

MEDITACION.

Que no es posible servir á Dios y al mundo á un mismo tiempo.

Punto primero.—Considera que es muy estraño que amando los hombres la libertad tanto como la aman, quieran sin embargo multiplicar sus bienes, sujetándose á muchos señores, los que naturalmente les cuesta trabajo

el sufrir á uno solo. No obstante que es demasiado cierto que se hace muy pesado el yugo, no habiendo que aguantar mas que á un señor, por la mas estraña de las estravagancias se cree aliviarlo sujetándose al servicio de dos. El yugo del Salvador nos parece molesto cuando es solo, y nosotros creemos endulzarle tomando todavía el del mundo; como si añadiendo á una carga otra nueva, pudiese disminuir el peso. Conócese, convíenese que Dios es nuestro soberano Señor, pertenecemos á él por muchos títulos, él es el que nos ha criado, y no nos ha podido criar sino para él. Pertenecémosle inajenablemente por el derecho de creacion, de conservacion y de redencion. Hechos esclavos despues de haber sido sacados de la nada, Dios á mucha costa nos ha rescatado para tenernos en su servicio; él es el que nos alimenta, el que nos mantiene y nos conserva, y nos ha prometido un rico, un precioso salario despues de haberle servido. ¿Hubo jamás un siervo obligado, empeñado con su señor, con mas títulos que lo que nosotros lo estamos al servicio de Dios? Sin embargo, por una conducta la mas indigna, la mas injusta, la mas estravagante que puede concebirse, no estamos con servir á Dios solo. Convenimos que es el mejor, el mas dulce, el mas grande, el mas poderoso y el mas liberal de todos los señores; que solo él es el que puede hacer nuestra fortuna; nosotros no la esperamos de ningun otro. Convíenese en que el mundo es el mas duro, el mas ingrato, el mas pobre de todos los amos; que nada tiene que dar aun cuando lo prometa; que su servicio es una vergonzosa servidumbre; que no merece por ningun derecho el nombre de señor; que en su servicio no hay mas que esclavos; que es propiamente un tirano, y que no sabe hacer otra cosa que desgraciados. Sin embargo, á pesar de esta conviccion, confirmada todos los dias con centenares de ejemplos, pocos son los que quieran tener á Dios por su único señor. Quiérese servir á Dios; pero se quiere tambien servir al mundo, se quiere partir los servicios. No somos tan impíos ni tan irreligiosos que nos neguemos á servir á Dios; pero ¡cuán pocos son los fieles verdaderos que no quieran servir mas que á Dios solo! Quiérese tambien servir al mundo, sométese á sus duras leyes, tómase su librea con placer, hácese profesion de seguir su espíritu y sus máximas. El nuevo señor es duro, su servicio es amargo é ingrato; no importa, se le sirve con gusto, se ama su yugo por mas gravoso que sea; se quieren hasta sus sinsabores y sus desgracias; no nos quejamos, mucho ménos nos desanimamos, mientras que no cesamos de quejarnos de la pretendida pesadez del yugo de Jesucristo: por mas dulce, por mas lijero que sea, nos cansamos de su servicio. ¡Buen Dios! ¡que locura! ¿Hubo jamás una piedad mas estravagante?

Punto segundo.—Considera qué nadie puede servir á dos señores á un tiempo, sobre todo tan opuestos como son Dios y el mundo; es menester necesariamente dedicarse á uno solo. Es imposible servir á Dios y al mundo al mismo tiempo; y aun cuando esto se pudiera, ¿se deberia esto intentarlo? Consideremos la incompatibilidad de estos dos servicios, por la oposicion de estos dos señores. Sus leyes, sus máximas son tan contrarias, que no es posible dejar de ver que no se puede amar al uno sin aborrecer al otro, y el querer agradar al uno y al otro es desagradar á los dos. Jesucristo pide indispensablemente de todos sus siervos una pureza perfecta, una inocencia sin tacha, un corazon puro, un corazon humilde, y desprendido de todos los bienes criados. La modestia, la dulzura, la mortificacion, y una caridad sin límites y sin medida; una rectitud sin disfraz y sin artificio; la buena fé y la simplicidad, deben caracterizar á todos los discípulos de Jesucristo. No hay virtud alguna de estas que no sea indispensable; ningun siervo de Dios debe mirar el mundo sino como el enemigo irreconciliable de Jesucristo; y por consiguiente, todos ellos deben tenerle horror, odiar su espíritu, sus leyes, sus máximas: ¿qué mayor incompatibilidad que la de estos dos señores? ¿qué nos parece? ¿podemos servir á los dos á un mismo tiempo? ¿al mundo, á sus máximas, su espíritu, y sus leyes enteramente contrarias á las del Evangelio? El orgullo, la ambicion, la vanidad, forman el carácter del espíritu del mundo. Una fortuna mediana no fué jamás del gusto de los mundanos. Preciso es hacer todos los esfuerzos en el mundo para salir del polvo, y elevarse sobre sus iguales. Nó, nunca se está contento mientras que se ve un puesto sobre aquel que se ocupa. El orgullo es la primera cualidad, y la ambicion la leccion primera que se recibe en el servicio y en la escuela de este altísimo señor. Las riquezas son el ídolo universal al cual dirigen los mundanos todos sus votos. El amor del placer es como el alma de todos sus deseos. La molicie, la sensualidad, la impureza misma, no solo están autorizadas en el servicio del mundo, sino que cuasi en ellas consiste todo su salario. La sencillez, la buena fé, la rectitud, están desterradas de él; y la mortificacion, esta virtud tan necesaria y tan recomendada en el cristianismo, causa horror á los mundanos. El lujo y la compostura, la vanidad, son la librea de los siervos, ó por mejor decir, de los esclavos del mundo. A este tirano se sacrifica el reposo, la salud, la salvacion. Despues de esto concordemos el servicio de estos dos señores. ¡Qué impiedad qué locura el imaginarse que se puede agradar á los dos! Busquemos todos los espedientes que nos agradaren, usemos de todas las contemporizaciones posibles, el espíritu del mundo estingue el espíritu del Evangelio: ¿queremos servir al mundo? Dios nos rechaza de su servicio: ¿queremos agradar al mundo? desagradamos necesariamente á Dios. Quimera, locura insigne el querer conceder alguna cosa al espíritu, y otro poco á la carne; vivir cristianamente, pero con blandura y deliciosamente; ganar los bienes del cielo, gozando los de la tierra; agradar á Dios, sin desagradar á los hombres; en una palabra, caminar sobre este método, es llevar un camino que Jesucristo no ha trazado, igualmente alejado del camino estrecho y del camino ancho; y edificar entre Babilonia y Jerusalen una nueva ciudad, en donde la caridad y el amor propio fuesen igualmente reverenciados. De este modo pretenden los mas moderados unir estos dos estremos.

No es esto, Señor, lo que yo pretendo hacer: yo quiero serviros á vos solo, y jamás tendré otro señor soberano sino á vos. Vos solo reinareis de hoy mas en mi corazon.

Jaculatorias.—Sí, Dios mio y mi Señor Jesucristo, yo confieso que vos solo sois Santo, vos solo sois Señor, vos solo sois Altísimo. (Eccles. Hymn. Miss.)

No olvidaré yo jamás este precepto: Temerás al Señor tu Dios, y á él solo servirás. (Deuter. 6.)

PROPÓSITOS.

1 Como hay pocos cristianos que aspiren de veras á una santidad perfecta, así tambien puede asegurarse que tampoco hay muchos que estén determinados á pasar su vida en un desarreglo escandaloso; el gran número es de aquellos que buscan un temperamento entre estos dos estremos, y que querrian, si fuese posible, concordar en sí mismos la conciencia con la concupiscencia, el mundo con Dios. Se querria ser mundano sin dejar de ser cristiano; se quiere servir á Dios, y satisfacer á los deberes esenciales de la religion, sin renunciar al espíritu y á las máximas del mundo: israelita en Jerusalen, medio gentil en Babilonia; así es como se pretende contentar á Dios y al mundo, dividiéndose, por decirlo así, entre el uno y el otro; pero en vano se pretende, porque esta division no puede contentar ni al uno ni al otro. Para Dios nada sirve la mitad, para el mundo tampoco será bastante; pero el mundo se contenta con ménos; por poco que se le dé, es lo mismo que no dar nada á Dios, que negárselo todo. Penetrémonos bien de esta importante verdad, ella es de la mayor consecuencia. Declarémonos por verdaderos siervos de Dios, llenemos todos los deberes de tales, y désenos muy poco de que el mundo chille. Nosotros no tenemos mas que un señor que es el mismo Dios; sirvámosle con fervor, con empeño y con fidelidad.

2 Guardemos, sí, las atenciones del decoro; pero no seamos jamás esclavos de las estravagantes máximas de los mundanos. Acordémonos de continuo que estamos en el servicio de Dios. ¡Qué indignidad! ¡qué bajeza el sujetarnos á las quiméricas leyes de un monton de libertinos, ó de mujeres mundanas, á quienes complace el inventar modas, mudar los estilos, proscribir ó autorizar conforme á su capricho y á su mal gusto! No admitamos nunca como regla de nuestra conducta mas que las máximas del Evangelio, y por modelo la vida de los santos. En todo lo que debemos hacer no consultemos mas que á Dios, á nuestra salvacion, á nuestra conciencia. Desterremos para siempre de nuestro entendimiento y de nuestro corazon aquella máxima indigna de un cristiano: Así se vive en el mundo: así debe obrarse cuando se vive en el mundo. Ignoremos esta jerigonza indigna de una lengua cristiana. En fin, en medio del mundo acordémonos siempre que somos cristianos.

DOMINGO DECIMOQUINTO DESPUES DE PENTECOSTES.

Llámase este domingo en la Iglesia el domingo del hijo de la viuda de Naim, cuya milagrosa resurreccion es el asunto del Evangelio que se lee en la misa del dia, y que está en uso en Roma desde el siglo VII. La Epístola de este dia es continuacion de la que se leyó en la dominica precedente. San Pablo da en ella instrucciones circunstanciadas de la moral cristiana con tal precision, que en pocas palabras dice mucho; esta sola Epístola da las reglas de su conducta á todos los fieles. En toda la Escritura no tenemos cosa mas llena ni mas instructiva que ella. El introito es una corta pero afectuosa oracion que el alma hace á Dios, animada de una viva confianza en su misericordia.

«Escuchad, Señor, mi oracion, y oidme; porque estoy en el desamparo y en la indigencia,» añade David. Una de las mejores disposiciones para la oracion es el conocer uno su pobreza y su necesidad. Cuando todo nos rie, cuando lisonjea todo, estamos contentos. Apenas sale uno de sí mismo cuando reinan la abundancia y la prosperidad; pásase uno fácilmente sin auxilio estraño, cuando todo florece en el propio suelo. Mas cuando todo este esplendor tan satisfactorio se estingue; cuando la pobreza nos asalta; cuando nos vemos abandonados y hasta aborrecidos de las criaturas, recurrimos á Dios con confianza y con fervor. La oracion es siempre viva, cuando es humilde; y siempre eficaz, cuando parte de un corazon humillado y contrito. Los honores, las riquezas tienen encantos que suspenden muchas veces la fé, y que debilitan siempre la devocion; las adversidades la despiertan; ninguna cosa nos hace acudir á Dios mas afectuosamente que la persecucion. David perseguido por Saul ó por Absalon reconoce su nada, la cual perdia de vista en la prosperidad y sobre el trono; durante, pues, esta persecucion, esta afliccion, cuando se vió en este abandono universal de las criaturas, es cuando recorre á Dios. Este rey afligido y perseguido jamás tal vez hubiera pedido á Dios con tanto ardor y confianza, si no se hubiese visto en tan grande afliccion: Conservadme, «ó Dios mio, salvad á vuestro siervo que pone en vos solo toda su esperanza;» movido de mis clamores, Señor, compadeceos de un siervo que no cesa dia y noche de implorar vuestra misericordia: consoladle, puesto que en su afliccion y en sus penas pone en vos solo su confianza, é implora vuestro auxilio. Se ha dicho ya en otra parte, que levantar su alma, que es la espresion de que usa David, *«levavi animam meam,»* hácia alguna cosa, es un modo de hablar muy ordinario en la Escritura para espresar el deseo ardiente que tenemos del objeto de nuestros votos. Pocos salmos hay mas afectuosos que este. Habla en él un siervo de Dios que derrama su corazon delante del Señor con entera confianza. Un cristiano en el tiempo de la tentacion no podria hacer una oracion mas bella; no hay nada mas vivo, mas patético, ni mas tierno, que este salmo 85. Hallándonos en la afliccion ó en la desolacion, él debe ser nuestra oracion ordinaria.

La Epístola, como hemos dicho, es un pormenor instructivo de los puntos mas importantes de la moral cristiana; es una leccion escelente que interesa á todos los fieles, y que mira á todas las edades y á todas las condiciones.

«Si estamos animados del espíritu de Dios,» nos dice el santo Apóstol; si no vivimos segun la carne, ni segun los perniciosos deseos de la concupiscencia; si somos verdaderamente cristianos, vivamos de un modo enteramente cristiano; «si el espíritu de Jesucristo es el que nos anima, caminemos tambien segun este espíritu. No seamos ávidos de vanagloria,» acometiéndonos unos á otros, teniéndonos envidia, llevados de una emulacion secreta tan contraria á la caridad. Si no hubiese orgullo, no habria division, contestacion ni querella. La causa ordinaria de la diversidad de sentimientos es una vanidad secreta. Por mas que se forjen motivos plausibles de nuestra tenacidad, es seguro que estaríamos muy pronto acordes, si el orgullo no patrocinase la causa; la envidia, los zelos son siempre los primeros frutos del orgullo. «Hermanos mios,» añade, «si alguno se ha dejado sorprender hasta cometer alguna falta, vosotros

que sois espirituales dadle buenos consejos, pero con un espíritu de mansedumbre.» Algunos doctores, animados de un falso zelo y de un espíritu de orgullo, habiéndose metido á dogmatizar, habian introducido la turbacion y la division en aquella Iglesia. No hay hereje, no hay cismático sin partidarios. Abusando de la simplicidad de aquellos nuevos fieles, habian arrastrado á muchos al error. San Pablo exhorta á los sacerdotes y á todos los que estaban animados del espíritu de Jesucristo á que vuelvan á traer al redil á aquellos que habian caido en los lazos; que les den la mano, y los retiren de su estravío, no echándoles en cara su falta con acritud, sino representándoles su caida con espíritu de dulzura y de caridad. Guardémonos bien de abrigar un zelo amargo, que léjos de curar las llagas las exacerba y las cancera; y para esto que considere cada uno su propia flaqueza, y reflexione que no por haber sido mas fiel, es por eso ménos capaz de semejantes desacuerdos. La vista de lo que somos, no debe fascinarnos para no ver lo que podemos ser. «No hay pecado, dice san Agustin, de que no sea uno capaz, si Dios no nos tiene de su mano.» El conocimiento de nuestra propia flaqueza inspira siempre mas compasion que aspereza contra los pecadores. Siempre es un orgullo secreto lo que causa la amargura y la dureza en el celo. Cuando uno piensa que ha sido pecador, ó á lo ménos que puede serlo, se compadece de los que lo son. Nada inspira tanto el espíritu de mansedumbre para con los pecadores como el conocimiento esperimental de nuestra propia flaqueza. Jesucristo, dicen los Padres, no quiso dar las llaves del reino de los cielos á san Juan, porque habia vivido siempre en la inocencia; y las dió á san Pedro, que no obstante su fervor habia esperimentado sobradamente su propia flaqueza en su caida; y «tú tambien,» le dijo por tanto el Señor, «cuando una vez hubieres vuelto en tí, confirma á tus hermanos.» Un ministro del Señor probado, instruido por sus propias caidas, tiene mas compasion de las caidas de los otros, y sin contemplar nunca el pecado, contempla siempre al pecador. «Guardándoos cada uno de vosotros,» añade el santo apóstol, «no sea que vosotros mismos seais tambien tentados.» Los que son tan severos con los otros, no siempre lo son consigo mismos. Muchos van por un camino ancho, mientras que á los demás solo les muestran senderos muy estrechos. Para confundir esta hipócrita severidad permite Dios muchas veces que estos implacables médicos espirituales se vean atacados del mal, para el que ellos ordenaban remedios impracticables; y que aprendan por la necesidad que tienen ellos mismos de indulgencia, á tenerla con los demás pecadores.

«Llevad mutuamente la carga,» continúa el santo apóstol, y de este modo cumplireis la ley de Jesucristo. Esta divina ley está fundada sobre la caridad, y esta caridad recíproca entre los cristianos es la que los conduce á aliviarse mutuamente los unos á los otros. Los socorros mutuos alivian las cargas particulares; nada disminuye tanto su peso como la caridad cristiana, y en alguna manera es participar de la afliccion de nuestros hermanos el compadecernos de sus aflicciones. La dureza del alma es una prueba de su orgullo. Esto es lo que hace decir al apóstol, que si alguno se imagina que es algo, no siendo nada, se engaña á sí mismo. El orgullo, la estima ventajosa de sí mismo es una especie de locura. Nos reimos, tenemos lástima de un vil artesano, que se imagina que es un gran príncipe; ¿somos nosotros ménos imbéciles cuando creemos que somos alguna cosa mas que nuestros hermanos? De nuestro propio fondo no tenemos otra cosa mas que la nada, y propiamente hablando de ninguna otra podemos gloriarnos. Una vanidad necia, léjos de elevarnos sobre los demás, nos pone siempre inmediatamente bajo de todos.

Examine bien cada uno lo que ha hecho y lo que hace, y así no se gloriará sino de lo que es en sí mismo, y nó de lo que son los demás; nuestras enfermedades, nuestras flaquezas dicen lo que somos. No descubrimos con tanta perspicacia los defectos de otro, sino para tener el maligno placer de creernos exentos de ellos, y arrogarnos por esta buena opinion de nuestra pretendida virtud un derecho de superioridad sobre los demás. Desengañémonos, nuestras vanas imaginaciones no serán nunca títulos de nobleza. No se funda nuestro mérito ni sobre las virtudes, ni sobre los defectos de otros; «lo que constituye nuestra gloria,» dice san Pablo (2 Cor. 1), «es el testimonio de nuestra conciencia,» fundado sobre la conducta que hubiéremos observado en este mundo, viviendo en él con un corazon simple y sincero delante de Dios, nó segun la prudencia de la carne, sino segun la gracia de Dios, principalmente en lo que á nosotros nos toca. Nuestras obras y nó las de otro son las que nos acompañan y formarán nuestro retrato. Las buenas ó las malas cualidades de los demás no constituirán jamás nuestro carácter; cada uno debe ser juzgado por el bien ó por el mal que hubiese hecho. ¡Qué locura el creerse uno bueno, porque los demás son malos! «cada uno llevará su carga.» No se nos pedirá cuenta de los talentos que los demás han recibido, sino de los que se nos han entregado á cada uno de nosotros; las faltas de otro no nos justificarán á nosotros. «Aquel que se hace instruir, dé parte de todos sus bienes al que le instruye. «Muchos entienden este lugar de la limosna que debe hacerse á los que nos instruyen; pero san Gerónimo y santo Tomás le esplican en un sentido espiritual. Que el que se instruye en la fé, dicen, escuche á su maestro con docilidad, é imite sus buenos ejemplos. No os hagais de tal modo discípulos de los que os instruyen, que os impongais una ley de imitar hasta sus defectos; porque, como dice el Salvador, los escribas y los fariseos están sentados en la cátedra de Moisés: observad, sí, y haced todo lo que os dijeren; pero no obreis como ellos, cuando ellos no hacen lo que dicen.

«No os engañeis, nadie se mofa de Dios impunemente.» Por mas que nos alimentemos de nuestras propias ideas, por mas que nos formemos un sistema de conciencia á nuestro gusto, Dios no juzga sino conforme al suyo. Podemos engañar á los hombres, pero ¿pretendemos engañar á Dios? Enmascárase la hipocresía, pero esta máscara no puede sostenerse delante de los ojos de Dios. Todos esos aires artificiosos de una devocion puramente esterior, todas esas añagazas de devocion no sirven mas que para hacernos mas criminales. Dios desenvuelve todos los pliegues y repliegues del corazon humano; Dios hace un discernimiento justo y preciso de todos los motivos que nos escitan á obrar; Dios penetra el fondo de la conciencia. ¡Qué impiedad! ¡qué estravagancia el quererle alucinar! ¿y el vivir de otro modo que lo que se hace profesion de creer, no es quererse burlar de Dios? «Lo que el hombre hubiere sembrado, eso es lo que cogerá.» No hay cosa mas miserable que la falsa conciencia: ¿qué se gana con

engañar á los demás; con engañarse á sí mismo por un falso brillo de piedad? ¿de qué sirven todos esos forzados raciocinios para colorar el error en que se está, y para justificar la relajacion en que se vive? Porque queramos autorizar nuestra conducta, por mas irregular que sea, ¿será por eso ménos defectuosa? ¿Deferirá Dios mucho á nuestras opiniones cuando sean contrarias á la santidad y á la severidad de su moral? ¿y seremos juzgados dignos del reino celestial, porque nos creamos santos á nuestros ójos? La recoleccion corresponde siempre á la sementera: ¿se ha sembrado grano malo? no se puede coger sino zizaña: ¿no se hacen mas que obras de tinieblas? no se puede coger otra cosa que corrupcion. ¿Se vive en espíritu, esto es, segun el espíritu de Dios? se recogerá la vida eterna. «No nos cansemos de obrar el bien, porque no cansándonos, cogeremos el fruto á su tiempo.» Durante esta vida sembramos para la eternidad; en la muerte es propiamente cuando se coge, y entonces cogeremos lo que hayamos sembrado. ¿Hemos seguido en la vida los deseos de la carne; hemos vivido segun el espíritu del mundo? corrupcion, sentimientos infructuosos, desgracias eternas; hé aquí nuestra cosecha en la muerte. ¿Hemos llevado una vida inocente, pura, mortificada, una vida espiritual y cristiana? la cosecha será la felicidad eterna. « La vida eterna es para aquellos que obrando constantemente el bien, aspiran á la verdadera gloria, al honor sólido y real, y á la inmortalidad: luego mientras tenemos tiempo hagamos bien á todo el mundo,» y principalmente á los que componen la familia de los fieles. Hagamos todo el bien que podamos mientras estamos en esta vida; en la muerte no será ya tiempo de hacerlo. En la muerte solo habrá vanos pesares, estériles deseos, promesas, sentimientos frívolos; el dia va declinando, los nuestros están contados, y se marchan; hagamos el bien mientras que tenemos tiempo. Comencemos por hacer bien á todo el mundo y principalmente á nuestros hermanos, no solo asistiéndoles con nuestros bienes, sino tambien edificándoles con nuestros buenos ejemplos; es esta una especie de limosna de obligacion, de la cual nadie está exento.

El Evangelio de la misa de este dia contiene la historia de la resurreccion del hijo único de la viuda de Naim, con todas las circunstancias de este gran milagro.

Habiendo el Salvador salido de Cafarnaum, en donde habia curado de una manera tan milagrosa al siervo del Centurion, pasó por una ciudad llamada Naim: era esta ciudad pequeña, situada hácia el estremo de la baja Galilea, á dos millas del monte Tabor, entre la Galilea y la Samaria. En el dia está enteramente arruinada, y no queda de ella mas que unas pocas casas, que habitan algunas familias de árabes estraordinariamente salvajes. Cuando se acercaba, pues, el Salvador á esta ciudad, vió innumerable gente reunida para los funerales de un jóven, hijo único de una viuda. Allí fué donde su palabra omnipotente que el dia ántes habia sacado del lecho á un paralítico, hizo salir un muerto del féretro. No es una casualidad la que hizo que el Salvador encontrase á aquel jóven á quien llevaban á enterrar: fué su bondad la que le condujo allí para darle la vida. Así tambien esos accidentes imprevistos que convierten á los pecadores en lo fuerte de sus desórdenes y en el tiempo en que ménos lo pensaban, no son de manera alguna imprevistos de parte de Dios. Su providencia los ha proporcionado segun los designios de su misericordia para nuestra salvacion.

Habiéndose acercado Jesucristo, vió el acompañamiento fúnebre. Los llantos de una madre escesivamente afligida por la pérdida de su hijo, que era todo su consuelo y su esperanza, le conmovieron sensiblemente. No pudo verla derramar lágrimas, ni oir sus gemidos, sin enternecerse y moverse á compasion; y dirigiéndose á aquella madre desconsolada: No llores, la dijo, consuélate, el motivo de tus lágrimas y de tu dolor se acaba, puesto que yo voy á volver la vida á tu hijo. Detiénese todo el acompañamiento á estas palabras, fijan todos la vista en el Salvador, y cada uno espera á ver el efecto de esta promesa. Acércase Jesus al féretro y le toca con la mano; los que le llevan se detienen por respeto, cuidadosos de lo que iba á hacer. La esperanza de una maravilla tan grande suspende todo afecto de dolor; todos callan, cuando el Salvador dirigiéndose al muerto, le dice en tono de señor: «Jóven, levántate, yo te lo mando:» al instante se levanta el muerto, y se sienta: mira todo aquel lúgubre aparato y los que están en rededor de él, y con un tono firme les habla. Pero su mayor solicitud es por dar gracias á su insigne bienhechor. Baja del féretro, y llega á postrarse á los piés de Jesucristo, de cuya omnipotencia acaba de esperimentar una prueba tan brillante. Mas el Salvador, mas solícito todavía, por decirlo así, de acabar de perfeccionar el gozo de aquella madre afligida, él mismo la presenta á su hijo, y se lo vuelve con vida. Puédese imaginar cuáles serian los afectos de alegría de la madre y del hijo, y cuáles tambien los sentimientos de admiracion de toda la reunion que allí estaba; todos llegaron á postrarse á los piés del Salvador llenos de respeto; todo resonó con los gritos de alegría, de alabanzas, de bendiciones; todos se apresuraron á ir á la ciudad para publicar el milagro. Todos los que fueron testigos de esta maravilla quedaron poseidos de asombro y de un santo pavor, que les obligaba á esclamar con los afectos mas profundos de reconocimiento á Dios: En verdad tenemos un gran profeta entre nosotros; el Señor, lleno de misericordia, se ha dignado visitar á su pueblo, y hacer brillar á nuestra vista su omnipotencia en la persona de este hombre enteramente divino.

Todas las circunstancias de esta maravilla demuestran visiblemente la autoridad soberana y absoluta con que el Salvador hacia los mayores milagros. No manda al muerto que resucite y se levante como un simple profeta, como un hombre animado del espíritu de Dios, como puro hombre; no habla como hombre sino como Dios: la ley prohibia mancharse tocando un muerto; pero no prohibia tocar un muerto para volverle la vida; una accion tal purificaba al mismo muerto sacándole del estado de corrupcion. «Un gran profeta ha aparecido entre nosotros.» Los habitantes de Naim reconocen aquí á Jesucristo por el Mesías, por el gran profeta prometido de Dios por Moisés: «El Señor suscitará de en medio de vosotros y de entre vuestros hermanos, esto es, de la misma nacion que vosotros, un profeta como yo, y aun mucho mas grande que yo, á quien escucharéis» y obedeceréis. (Deut. 18.) «Sírvense de los mismos términos y de la misma espresion de que Zacarías, padre de san Juan Bautista, se habia servido para designar al Mesías: Bendito sea el Señor Dios de Israel, porque ha visitado y rescatado á su pueblo. San Lucas añade que lo que los habitantes de Naim decian

del Salvador, y lo que acababa de hacer, «se estendió por toda la Judea y por todo el pais circunvecino.» No es estraño que en toda la Judea resonase la fama de este milagro y de tantos otros; pero que todos estos milagros tan conocidos, tan incontestables, no hubiesen podido evitar á Jesucristo la muerte mas ignominiosa, es un prodigio de ceguera, de ingratitud, de estupidez, de impiedad en el pueblo que fué autor de ella, que no es posible comprender.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Ecclesiam tuam, Domine, miseratio continuata mundet et muniat: et quia sine te non potest salva consistere, tuo semper munere gubernetur. Per Dominum...

Señor, dignaos purificar y fortificar vuestra Iglesia por una continuacion no interrumpida de vuestra misericordia; y porque ella no puede subsistir sin vuestra gracia, conducidla y sostenedla siempre por vuestra bondad. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola está tomada de la del apóstol san Pablo á los gálatas, cap. 5 y 6.

Fratres: Si spiritu vivimus, spiritu et ambulemus. Non efficiamur inanis gloriæ cupidi, invicem provocantes, invicem invidentes. Fratres, et si præoccupatus fuerit homo in aliquo delicto, vos, qui spirituales estis, hujusmodi instruite in spiritu lenitatis, considerans teipsum, ne et tu tenteris. Alter alterius onera portate, et sic adimplebitis legem Christi. Nam si quis existimat se aliquid esse, cum nihil sit, ipse se seducit. Opus autem suum probet unusquisque, et sic in semetipso tantum gloriam habebit, et non in altero. Unusquisque enim onus suum portabit. Communicet autem is, qui catechizatur verbo, et qui se catechizat, in omnibus bonis. Nolite errare: Deus non irridetur. Quæ enim seminaverit homo, hæc et metet. Quoniam qui seminat in carne sua, de carne et metet corruptionem: qui autem seminat in spiritu, de spiritu metet vitam æternam. Bonum autem facientes, non deficiamus: tempore enim suo metemus, non deficientes. Ergo dum tempus habemus, operemur bonum ad omnes, maxime autem ad domesticos fidei.

Hermanos mios: Si estamos animados del espíritu, caminemos tambien segun el espíritu. No seamos ávidos de vanagloria, acometiéndonos unos á otros, y teniéndonos envidia mutuamente. Hermanos mios, si alguno se ha dejado sorprender hasta el punto de cometer algun pecado, vosotros que sois espirituales, dadle buenos dictámenes con un espíritu de dulzura, guardándoos cada uno de vosotros, no sea tambien que vosotros caigais en la misma tentacion. Llevad la carga los unos de otros, y por este medio cumplireis la ley de Jesucristo. Porque si alguno cree que es algo, no siendo nada, se engaña á sí mismo. Ahora bien, examine cada uno bien lo que ha hecho, y así no se gloriará sino sobre lo que son los demás, pues que cada uno llevará su cargo. Mas el que se hace instruir, dé parte en todos sus bienes á aquel que le instruye. No os engañeis, nadie se burla de Dios. Porque lo que el hombre hubiere sembrado, eso recogerá; así, el que siembra en su carne, de la carne cogerá la corrupcion; el que siembra en el espíritu, del espíritu cogerá la vida eterna. Hagamos el bien sin cansarnos, porque no cansándonos haremos la recoleccion á su debido tiempo. Mientras, pues, que tenemos tiempo, hagamos bien á todo el mundo, y principalmente á los que componen la familia de los fieles.

Habiendo introducido entre los fieles de Galacia la moral estremada y severa de los falsos apóstoles, no solo la division y la turbacion, sino tambien la relajacion; san Pablo despues de haberles dado á conocer el veneno esparcido en la doctrina de aquellos falsos doctores, les da estas saludables instrucciones para hacer revivir entre ellos el fervor y la pureza de la moral cristiana.

REFLEXIONES.

«No os engañeis, nadie se burla de Dios.» No hay cosa mas odiosa, y puede aun decirse que no la hay mas impía, que la disimulacion y la mojiganga en materia de religion y de piedad. ¿Qué idea se ha formado de Dios, cuando se pretende engañarle por un esterior hazañero, y por una ostentacion que solo sirve para engañar á los simples? Podemos burlarnos del público fascinándole con un aparato artificial de virtud; podemos sorprenderle y embelesarle con palabrotas y falsos pretestos de reforma; podemos aun, por un artificio secreto del amor propio, alucinarnos á nosotros mismos. No es una cosa estraordinaria que el entendimiento sea el juguete del corazon; las pasiones, y sobre todo la de la sensualidad y la del orgullo, tienen resortes secretos que remueven artificiosamente la máquina. El espíritu de tinieblas sabe el arte de trasformarse en ángel de luz. Los pretestos, los motivos, aun los mas especiosos, hacen impresiones sobre el alma, á las cuales es difícil no ceder, y todavía mas difícil el no ser engañado de ellas. Entrégase uno á ciegas á las mas groseras ilusiones; abraza atolondradamente el error, le sostiene con tenacidad, se rebela contra las potestades legítimas establecidas por Dios, y se imagina todavía que le hace un servicio. En una palabra, es uno esclavo de la concupiscencia y de los deseos de la carne, y se figura que vive conforme el espíritu de Dios y á las máximas mas puras del Evangelio. La pasion es el primer móvil de todo: el espíritu de interés, de ambicion, aun el de venganza, es el alma de todas las acciones, y por una ceguera lamentable, por una contumacia maligna se toma la pasion por virtud, y la acritud, la animosidad, la enemistad, el odio mismo por zelo. En medio de este desórden de corazon y espíritu se vive en una seguridad soporífera, como si Dios debiese estar muy satisfecho de nuestros servicios. Se vive tranquilamente en la molicie y en los placeres; y á favor de algunas apariencias muy superficiales de buenas obras, y de una máscara de piedad, se lleva una vida enteramente mundana. «No os engañeis, nadie se burla de Dios impunemente.» Dios sí que se burlará de nuestras ilusiones y de nuestras añagazas. La máscara no dura mas que hasta la hora de la muerte; el prestigio se desvanece á vista del sepulcro; el disfraz se borra con el sudor frio con que se espira. Dios castiga entonces de un modo muy severo el desprecio que se ha hecho de la santidad y de la religion. El fuego eterno sucede á la comedia que se ha representado. ¿Cómo podemos ignorar que Dios penetra el fondo del corazon, y per-

mite que los hombres se dejen fascinar con engañosas apariencias?

El Evangelio de la misa es segun el de san Lucas, capitulo 7.

In illo tempore: Ibat Jesus in civitatem, quæ vocatur Naïm: et ibant cum eo discipuli ejus, et turba copiosa. Cum autem appropinquaret portæ civitatis, ecce defunctus efferebatur filius unicus matris suæ: et hæc vidua erat: et turba civitatis multa cum illa. Quam cum vidisset Dominus, misericordia motus super eam, dixit illi: Noli flere. Et accessit, et tetigit loculum. (Hi autem, qui portabant, steterunt.) Et ait: Adolescens, tibi dico, surge. Et resedit qui erat mortuus, et cœpit loqui. Et dedit illum matri suæ. Accepit autem omnes timor: et magnificabant Deum, dicentes: Quia Propheta magnus surrexit in nobis, et quia Deus visitavit plebem suam.

En aquel tiempo: Iba Jesus á una ciudad llamada Naim, seguido de sus discípulos y de una multitud copiosa. Cuando se acercaba á la puerta de la ciudad, hé aquí que llevaban á enterrar un muerto, hijo único de una viuda, á la cual acompañaba mucha gente de la ciudad. Luego que el Señor la vió, movido de compasion de ella: No llores, la dijo; y acercándose al féretro le tocó. Detuviéronse los que le llevaban, y él dijo: Jóven, levántate, yo te lo mando. Inmediatamente el muerto se sentó, y comenzó á hablar, y Jesus le entregó á su madre. Todos quedaron poseidos del espanto, y publicaban las grandezas de Dios, diciendo: Un gran Profeta ha aparecido entre nosotros, y Dios ha visitado á su pueblo.

MEDITACION.

La muerte es dulce para los buenos, y terrible para los pecadores.

Punto primero.—Considera que es tan natural el que á una vida buena siga una buena muerte, y á una vida desarreglada una muerte funesta; como es natural el que un árbol bueno produzca buenos frutos, y que uno malo los produzca malos. La muerte es el eco de la vida, esto es, repite fielmente toda la vida, ó digámoslo mejor, tal como uno ha sido durante la vida, tal se encuentra en la muerte.

Estravagancia seria el esperar que un hombre que jamás durante su vida ha sabido hablar otra lengua que la de su pais, en la muerte hablase una lengua estranjera: no seria menor maravilla haber sido uno toda su vida mundano, libertino, irreligioso, y esperar el morir cristiano.

Si sucede alguna vez que algun pecador muere bien, ¿no se mira esto como una especie de milagro? ¿los mismos libertinos lo miran de otro modo? ¡Qué desconsuelo, buen Dios, el no poderse salvar sino por milagro! Los malos deben contar mas para su salvacion sobre estos milagros, que los enfermos desesperados sobre las curaciones milagrosas para el restablecimiento de su salud.

Es preciso morir: ¡qué decreto! está ya dado, y es irrevocable: es preciso morir. ¡O palabra terrible para un hombre que no ha pensado jamás en la muerte, que toda su vida ha mirado con horror el pensamiento de la muerte á quien solo el pensamiento de la muerte ha parecido un suplicio! ¡Qué turbacion, qué desórden no causan en el alma de un pecador los crueles remordimientos que despierta en ella este pensamiento! porque entonces es cuando se siente toda su vehemencia, y cuando se penetra todo su sentido.

Es preciso morir; esto es, es preciso dejar su hacienda, su casa, sus cargos, sus amigos: es preciso decir adios para siempre á todos los placeres de la vida; es preciso comparecer delante de Dios, y darle cuenta de sus deseos y de sus obras para ser juzgado de ellas. ¡Cuántas cosas hay que dejar, cuántas que llorar, cuántas que hacer, cuántas que temer, y para todo esto no hay mas que un momento! El proceso está instruido, las pruebas de todos los hechos van en la propia conciencia. Un Dios irritado está á punto de juzgarle, y de vengarse por sí mismo de tantos insultos. El pecado mismo, sí, el pecado que tenia tantos encantos, no es ya mas que un monstruo, y se levanta contra el pecador. ¡O muerte de los pecadores, qué funesta eres! La memoria de lo pasado espanta; la vista de lo presente abruma; el temor de lo venidero conduce á la desesperacion. ¡O muerte de los pecadores, terrible muerte, muerte cruel que vale ella sola por un infierno!

Punto segundo.—Considera qué consuelo tan dulce, qué sentimientos de alegría causa la noticia de haberse ganado un pleito importante; la de la vuelta de un largo y triste destierro; la noticia, en fin, de una victoria completa que nos asegura una corona; todo esto se halla, se esperimenta, se siente en la muerte de los justos, y cien veces mas que todo esto. Es un triste destierro que concluye, una continuacion de males que cesa, una vicisitud de borrascas, de temores y de peligros que espira; una felicidad pura, llena, satisfactoria, eterna, que comienza; un manantial de inquietudes, de sentimientos, de disgustos, que se agota para siempre.

Las almas de los justos están en la mano de Dios, la muerte no las afligirá. Si Dios nos sostiene, quién nos derriba, qué hay que temer? La vista de un Dios irritado es propiamente la que hace la muerte espantosa; Dios solo es el que puede hacerla dulce. Muérese siempre contento cuando se muere santo.

Cuando no está uno apegado á la vida, se la deja sin pena y sin sentimiento; y cuando uno piensa que no muere sino para vivir para siempre, se muere hasta con placer. ¿Podrá temerse mucho el caer en las manos de Dios, cuando se le ha amado y se le ama? Cuando uno le ama, está siempre seguro de que es amado de él tiernamente. Jesucristo no nos da su precioso cuerpo y su sangre solamente para alimentarnos con él, sino tambien para hacernos vivir por él; y esta vida eterna comienza siempre en el momento de la muerte.

¡Cuánto consuela al justo moribundo la memoria de lo pasado! ¡cuánto le agrada lo presente! ¡de qué alegría no colma á una alma santa la esperanza tan bien fundada en las misericordias de Dios, de una eternidad bienaventurada! La muerte de los justos es como una fruicion anticipada de la bienaventuranza eterna.

A la verdad, la vista de sus pecados puede ser para un hombre de bien un motivo justo de temor; pero la vista del Crucifijo asegura maravillosamente á una alma pura: las oraciones de la Iglesia, el auxilio de los santos, y sobre todo de la Reina de los santos, la presencia de Jesucristo

mismo, todo esto inspira á los justos en el último momento cierta confianza en la misericordia de Dios, que ni la tentacion, ni la tribulacion misma, ni el horror natural de la muerte, son capaces de inmutarlos.

¡Buen Dios! ¡qué diferencia entre la muerte de los justos, y la muerte de los impíos! Pues mientras dura la vida, es cuando se opta á ella.

Cosa estraña. Estimamos tanto á los santos, alabamos tanto á los santos; ¿cuándo pues seguiremos sus ejemplos? ¡Dios mio! ¿podré darme por contento con haber tenido para con ellos sentimientos de estima y de veneracion, sin haberme nunca impuesto la obligacion de imitar su conducta? ¿Hubieran sido ellos tan dichosos, se hubieran hecho santos, si hubiesen vivido como vivo yo?

No permitais, Señor, que estas reflexiones sean para mí un nuevo motivo de sentimiento en la última hora, y que mientras que yo ruego por las almas, que por faltas tan lijeras padecen penas tan horribles, descuide la penitencia saludable que, aunque lijera, puede por vuestra misericordia librarme de tan crueles tormentos.

JACULATORIAS.—Dichosos los muertos que mueren en el Señor. (Apoc. 14.)

Tenga yo la dicha de morir con la muerte de los justos, y sea mi fin semejante al suyo. (Num. 23.)

PROPOSITOS.

1 Examinemos cómo hemos hecho hasta aquí nuestros deberes con respecto á las almas del purgatorio. Tenemos allí amigos, parientes, todos los fieles que están allí encerrados son nuestros hermanos: ¿qué hemos hecho para aliviarlos? No carecemos de medios: el padre que nos ha educado con tanta solicitud; la madre que nos amaba con tanta ternura, y que acaso padecen todavía por habernos amado con esceso, gimen desde su muerte entre aquellos fuegos terribles, é imploran nuestro socorro; los que nos han dejado tan cuantiosos bienes; los amigos que nos han hecho tantos servicios importantes; todas aquellas almas afligidas, pacientes, abandonadas totalmente por muchos años, olvidadas, todas estas claman, levantando sus manos, por decirlo así, y sus ojos hácia nosotros: ¡O vosotros que nos habeis testificado tanta amistad, cuando vivíamos todavía entre vosotros! ¡O vosotros que ahora podeis á poca costa hacernos grandes servicios, tened compasion de nosotros! Examinemos, pues, hoy lo que hemos hecho por ellas: ¿qué oraciones, qué limosnas, qué buenas obras, cuántas misas hemos hecho decir por su descanso? ¿Hemos cumplido con los legados piadosos de que estamos encargados? ¿hemos hecho las restituciones que debia nuestra herencia? ¡Cuántas pobres almas padecen en el purgatorio, hace ya un gran número de años, por la dureza y la avaricia impía de sus herederos y de sus hijos! ¡Qué crueldad! pero ¡qué crímen! No pase el dia sin que nos hayamos desembarazado de unos deberes tan importantes.

2 Impongámonos una ley para que no pase dia alguno sin hacer alguna oracion particular, aunque no sea mas que un «De profundis,» por las almas del purgatorio. Hagamos decir hoy una misa, si podemos, ó á lo ménos oigámosla por ellas. Sean por su alivio todas las buenas obras, todas las limosnas que hiciéremos en este dia. Es una práctica de piedad muy laudable el concluir siempre la oracion de la noche con un responso por los muertos. La caridad que se ejercita con aquellos dichosos cautivos, es un medio poderoso para alcanzar la gracia de morir con la muerte de los justos. Pocas iglesias hay en donde no haya cada mes una indulgencia en favor de los muertos. No omitamos nada para ganarla en alivio suyo. El zelo que tuviéremos por consolar estas almas afligidas no dejará de sernos ventajoso. Nosotros tendremos tambien necesidad de sufragios de los fieles despues de nuestra muerte; tengamos pues mucha caridad con estas almas santas durante nuestra vida, si queremos que Dios nos aplique las oraciones y buenas obras que se hicieren por nosotros despues de nuestra muerte. Pero ¡qué dicha, qué consuelo para nosotros, si hemos tenido la fortuna de librar, ó de aliviar solamente, una sola de aquellas almas santas; qué socorro debemos esperar de ella, desde luego que ya gozare de Dios en el cielo! Hagamos todos los dias, si se puede, una limosna por las almas del purgatorio, y digamos por ellas á lo ménos una vez al mes el oficio de difuntos.

DOMINGO DÉCIMOSEXTO DESPUES DE PENTECOSTÉS.

ADVERTENCIA. *En la Dominica 1.ª de octubre celebra la Iglesia la festividad del Rosario de la Vírgen María.*

Hase podido ver ya bien, por lo que se ha dicho en la historia de los domingos precedentes, que el asunto del Evangelio de la misa del dia da el nombre distintivo á los dominges despues de Pentecostés. El domingo décimosexto se llama en toda la Iglesia latina el domingo del Hidrópico. Proviénele este nombre del asunto del Evangelio que se leia ya en este dia en Roma desde el tiempo del papa san Gregorio, y que se lee en cuasi todas las iglesias de Occidente.

El introito de la misa está tomado del mismo salmo que el del domingo precedente. No hay cosa mas afectuosa ni mas tierna que esta oracion, y debe ser familiar á todas las personas afligidas, y á los que padecen alguna tentacion violenta.

Dejaos mover, Señor, de mis clamores y de mis lágrimas, compadeceos de una alma que no cesa en todo el dia de implorar vuestro auxilio y vuestra misericordia. Confieso que no merezco ser oido, y que la voz de mis iniquidades es mas fuerte que la de mi contricion y de mis lágrimas; pero muévaos á lo ménos mi perseverancia y mi importunidad, é inclíneos á que tengais compasion de mí. Dios quiere que se le ruegue con perseverancia y con cierta especie de importunidad. Hay un género de violencia que es agradable á Dios, dice Tertuliano, y esta es la que se le hace con una oracion perseverante, cual lo hizo David implorando todo el dia la misericordia y el auxilio del Señor. El pensamiento de la bondad y de la infinita misericordia de Dios le sirve tambien de un nuevo motivo para redoblar su confianza. Lo que me obliga, Señor, á pediros con perseverancia, y á creer que me oireis, es que yo sé que sois un Dios lleno de bondad, lleno de mansedumbre, lleno de misericordia con los que os invocan: porque, ¿quién es el que habiendo puesto en vos toda su esperanza, no ha sido oido? Yo espero, Señor, que seré de este número: nó; vos no estableceréis para mí un nuevo sistema; sois incapaz de mudaros, y por consiguiente vuestra misericordia será siempre vuestra cualidad favorita, la que á nuestra vista brillará siempre mas que todas las demás de vuestras maravillas; y yo mismo seré una nueva prueba para toda la tierra del esceso de vuestra bondad con

los pecadores. Esto lo repite muchas veces el santo profeta en todos los salmos, y señaladamente en el salmo 144, cuando dice: «El Señor es bueno, tierno, compasivo, es paciente y lleno de misericordia, es bueno con todas sus criaturas, y su misericordia se estiende sobre todas sus obras:» no hay ninguna que á su manera no publique cuán bueno es Dios. «El Señor está siempre cerca de los que le invocan con una verdadera confianza en su bondad,» y si no concede inmediatamente lo que se le pide, es porque se complace en que se le ruegue. Para ninguna cosa es David mas elocuente que para publicar la bondad y la mansedumbre de nuestro Dios, y para exaltar su misericordia sin límites. El introito de la misa de este dia dice todo esto, en las palabras que quedan dichas al principio. Concluye este introito por donde comienza el salmo 85: «Señor, inclinad vuestros oidos, y escuchad mi oracion, porque estoy en el desamparo y en la indigencia.» Para que la oracion sea eficaz, debe ser humilde, perseverante y llena de una confianza que no se debilite. La Iglesia tiene cuidado de darnos todos los domingos despues de Pentecostés un modelo perfecto de una oracion corta en el introito de la misa; no hay mas que reunirlas todas, y se hallarán en ellas oraciones escelentes para todas las necesidades.

La Epístola de la misa de este dia está tomada de aquel pasaje de san Pablo á los efesinos, en donde el Apóstol, siempre perseguido, siempre entre las cruces y los tormentos, exhorta á los fieles á que no se escandalicen ni se desanimen á vista de los males que le ven sufrir por ellos, en las funciones de su ministerio.

«Ruégoos que no os dejeis abatir, les dice, por las tribulaciones que padezco por vosotros; porque esto es lo que constituye vuestra gloria.» Si san Pablo ha trabajado mucho por la salvacion de las almas, tambien ha sufrido mucho. El mismo hace una relacion de una parte de sus padecimientos, escribiendo á los corintios: He sufrido, les dice, persecuciones de parte de los judíos y de los gentiles, y de parte de los falsos hermanos, prisiones, suplicios, naufragios, peligros de parte de los ladrones, peligros de parte de mi nacion, peligros de parte de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en la soledad, peligros en el mar. He sufrido treinta y nueve azotes de los judíos, he sido apaleado, apedreado una vez, tres veces he naufragado; ¿qué de fatigas, qué de trabajos, qué de miserias no he pasado? en las vigilias sin descanso, en el hambre y en la sed, en los ayunos continuos, en el frio y en la desnudez; además de lo que padezco por parte de fuera, la pesadez de los negocios de cada dia que están á mi cargo, el cuidado de las iglesias. Estas persecuciones tan frecuentes, estas humillaciones tan continuas, estos tormentos, estas cruces podian espantar á los nuevamente convertidos á la fé, como eran los efesinos, y espantándoles, debilitar en ellos la estimacion que habian hecho de san Pablo y de su doctrina. El santo Apóstol previene la tentacion, y les hace ver que cuanto mas atormentado y mas lleno de trabajos le vean, en mas estima y veneracion deben tener su ministerio. Los males que sufrimos, les dice, contribuyen á vuestra gloria, puesto que teneis el consuelo y aun podeis vanagloriaros de que vuestro Apóstol nada os ha predicado, de que no haya estado pronto á dar testimonio á espensas de su vida. Mi constancia en los trabajos y mi perseverancia, mi zelo en medio de los padecimientos son pruebas de la verdad y de la santidad de la religion que predico. ¿Qué interés tendria yo en sufrir tanto, si os anunciase fábulas? Es menester que esté bien convencido de la verdad de mi religion para predicar á tanta costa. Si yo no encontrase mas que honor; si no recibiese mas que aplausos; si mi zelo fuese lucrativo para este mundo; si viviese entre la abundancia y los placeres, tendriais motivo para desconfiar de las máximas duras y de la moral austera que os enseño: el honor y las ventajas temporales que me resultarian, no podrian ménos de debilitar vuestra fé y de haceros sospechosa mi doctrina; pero cuando no se gana sobre la tierra por predicar esta doctrina mas que trabajos y persecuciones, es menester que el predicador esté bien cierto de su infalibilidad y de su certeza. Con esta mira, y para alcanzaros la fortaleza y la perseverancia, á pesar de todos los males que me veis padecer en las funciones de mi ministerio, doblo yo mis rodillas en presencia del Padre de Jesucristo, nuestro Señor y nuestro Dios, á fin de que os ilumine, y que no mireis como un mal los trabajos y las persecuciones que acompañan la predicacion del Evangelio, sino que las considereis mas bien como una dicha en órden á la eternidad. San Gerónimo esplicando este lugar dice, que lo que los infieles miran como una desgracia, nosotros lo recibimos como un favor. Se ve aquí por la postura con que ora san Pablo, que el uso de orar arrodillados viene desde el nacimiento de la Iglesia, y del tiempo de los mismos apóstoles; san Pablo ha orado muchas veces de rodillas; san Estéban oró de rodillas, y queriendo san Pedro resucitar á Thabita, se puso de rodillas y oró. «Yo ruego al Señor, añade san Pablo (Actor. 9.), que segun las riquezas de su gloria, os dé por medio de su espíritu un aumento de fortaleza» para el hombre interior: le pido sin cesar «que Jesucristo habite en vuestros corazones por la fé, á fin de que arraigados y afirmados en la caridad podais comprender con todos los santos cuál es la anchura, la longitud, la altura y la profundidad.» El texto no espresa cuál es la cosa de la cual desea que se conozcan estas dimensiones espirituales. San Crisóstomo dice, que el santo Apóstol pide á Dios que conceda á los efesinos la inteligencia de los grandes misterios de la fé que él les ha predicado, y singularmente del gran misterio de la vocacion de los gentiles del que les ha hablado hasta aquí. Comprendese bien la longitud, si se atiende á que Dios habia resuelto en la eternidad llamar por fin á los gentiles á la fé de Jesucristo, hacerles su pueblo favorecido, y formar y llenar con ellos su Iglesia. Comprendese tambien la anchura, si se considera que esta vocacion mira á todos los pueblos del universo, en vez de que la antigua alianza no mira mas que al pueblo judío. La nueva mira á todas las naciones de la tierra; habiendo Jesucristo derramado su sangre y sido muerto por la salvacion de todos los hombres, no hay ninguno escluido del beneficio de la redencion. Mas habiendo muerto el Salvador por todos los hombres, ¿en qué consiste que no se salvarán todos los hombres, y aun que los elegidos para esto son en número tan pequeño? ¿Por qué los unos se mantienen en las tinieblas del error, y los otros abren los ojos á la luz? aquí es menester esclamar: *O altitudo!* ¡O profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Qué incomprensibles son sus juicios, y qué superiores á toda comprension sus caminos! San Pablo pide al Señor que haga comprender á los efesinos, nó

el fondo de un misterio incomprensible á todo espíritu humano, sino la incomprensibilidad, por decirlo así, de este mismo misterio, reconociendo que Dios no hace nada que no sea con una sabiduría infinita; y que así como no llama ni salva á nadie sino por misericordia, así tampoco rechaza ni condena á nadie sino con justicia; disponiendo las cosas de tal modo que todo viene á concurrir al cumplimiento de sus designios, y á la manifestacion de sus atributos. Por la altura ó sublimidad de este misterio puede entender el Apóstol todas las ventajas espirituales de su vocacion á la fé, infinitamente superiores á todo lo que se llama bienes, honores y fortuna sobre la tierra.

«Que conozcais tambien,» prosigue el Apóstol, «la caridad de Jesucristo, la cual supera á todo lo que alcanzan nuestros conocimientos, para que quedeis llenos de Dios plenamente.» Yo ruego al Señor, dice, que os dé á conocer hasta qué esceso nos ha amado Jesucristo. A la verdad, este amor inmenso del Salvador es superior á todos nuestros conocimientos y á todas nuestras ideas, es incomprensible; pero por poco que conozcamos cuanto nos ha amado Jesucristo, es muy difícil que nosotros no le amemos; y por este amor puro y ardiente con que amaremos á Jesucristo, seremos llenos de Dios plenamente, no solo en esta vida, animados de su espíritu y de su gracia, sino especialísimamente en el cielo, en donde poseeremos á Dios perfectamente. Una prueba de que conocemos poco el amor que Dios nos tiene, es el poco que nosotros le tenemos á él. Si conociésemos hasta qué punto nos ha amado este divino Salvador, y con qué ternura nos ama, ¿cuál seria nuestro fervor y nuestra diligencia en hacerle la córte en el Santísimo Sacramento? ¿cuál nuestra fidelidad en guardar sus preceptos y en seguir sus consejos? ¿cuál nuestra solicitud por agradarle? Por último, concluye el santo Apóstol: «Al que por sola su virtud, esto es, por su espíritu y por su gracia que obra en nosotros, es poderoso en todo mucho mas de lo que nosotros podemos pedir ni pensar, sea dada la gloria por la Iglesia y por Jesucristo en los siglos. Amen.» De este pasaje de san Pablo es de donde la Iglesia ha tomado la conclusion ó fórmula con que termina todas sus oraciones. Como el mismo espíritu de Dios que animaba á san Pablo y á los demás apóstoles es el que anima á la Iglesia, pocas de sus prácticas hay que no haya tomado de estos primeros doctores de la religion que son sus maestros.

El Evangelio de la misa de este dia está lleno de instrucciones y de misterios. Cuanto mas se aumentaba la gloria del Salvador entre el pueblo, crecia tambien mas la envidia y el odio que le tenian los escribas y fariseos. La vida pura, santa y perfecta del Salvador, el conocimiento que tenia del interior de las gentes y de la malignidad del corazon de los fariseos, la pureza de su doctrina, sus milagros, todo irritaba los zelos mortales que habian concebido contra él. Como no habian hallado hasta entonces pretesto mas especioso para calumniarle que el de que, segun ellos, no guardaba escrupulosamente el sábado, porque hasta entonces en aquel dia curaba á los enfermos; se sirvieron tambien de una comida á que habia sido convidado en un sábado por uno de los mas considerables de la secta. Allí encontró cuasi tantos adversarios y censores como convidados. Iban á cuál mas espiaria sus acciones, á quién observaria con mas malignidad sus palabras y sus discursos, y á quién encontraria mas que censurarle: aquellos espíritus negros y artificiosos envenenaban todo lo que decia y todo lo que hacia, sin esceptuar ni aun los actos de caridad mas maravillosos y mas laudables.

Apenas se habian sentado á la mesa, llevaron un hidrópico y lo pusieron delante de él. Es probable que fuese con designio formado el presentar al principio de la comida aquel enfermo. El Salvador no ignoraba su intencion dañada; veia sobradamente el veneno oculto en su alma; pero como siempre, obraba con mucha sabiduría y dulzura; quiso ántes de curar el enfermo ó corregir su iniquidad, ó confundir su malicia. Previnoles, pues, y les preguntó si era permitido curar los enfermos en sábado. Esta pregunta que ellos no esperaban les desconcertó; porque si respondian que esto estaba prohibido, preveian bien que les apuraria vivamente con ventaja, y los haria ridículos, como sabian que lo habia hecho mas de una vez. Confesar que la cosa era permitida, era aprobar públicamente aquello mismo de que pensaban hacerle un crímen. No sabiendo, pues, qué responder, tomaron el partido de callar. Entonces Jesus, que ántes de hacer nada se habia precaucionado sabiamente contra la calumnia, y les habia hecho conocer que no habia olvidado la solemnidad del dia, tomó al enfermo por la mano, le curó y le despidió con admiracion de todos los que habian sido testigos del milagro. No hubo uno de los fariseos que se atreviese á decir una palabra; mas porque su silencio no era efecto de un verdadero arrepentimiento, sino de un bochorno maligno, creyó que era menester obviar todas sus quejas, convenciéndoles por su propia conducta de la justicia de su proceder y de la malignidad de sus murmuraciones.

¿Quién de vosotros, les dijo, si ve caer su buey ó su asno en una hoya en un sábado, no se apresura inmediatamente á sacarle de ella? ¿Hay quien crea que por respeto al dia haya de dejarse el buey ó el asno en la hoya? El Salvador les dejó hacer la aplicacion; era muy fácil y muy justa para no confundirlos. Veian ellos que conocia sus mas secretos pensamientos, y cuanto abrigaban en su corazon, nada tenian que responder á una paridad de razon sin réplica. Así es que quedaron mudos, pero no se hicieron mejores. De este modo se aprovechaba el divino Salvador de todas las ocasiones para corregir ó para instruir, pero siempre con su dulzura y su prudencia ordinaria, contemplando las personas y reprendiendo al mismo tiempo sus defectos.

El mismo espíritu de zelo y de caridad fué el que obligó á darles tambien una leccion tan importante como la pasada, para corregir una vanidad necia que todos los fariseos tenian cuando se ponian á la mesa; apenas habia uno que no se apresurase con descaro para colocarse en el lugar mas distinguido, y esta afectacion ridícula era comun á todos. Habíalo advertido el Hijo de Dios al ponerse á la mesa. Y para rebatir su orgullo y su ambicion de presidir les dió esta leccion de humildad, que el evangelista no llama parábola sino porque tenia un sentido figurado; y porque lo que prescribe aquí el Señor á los que son convidados á un festin, se debe aplicar á las demás coyunturas de la vida.

Cuando seais convidados á las bodas, les dice, no os colocareis en el primer lugar, no sea que otro mas digno

de consideracion que vosotros haya sido tambien convidado; y que el que os ha convidado á los dos, se vea obligado á deciros: Tomaos la pena de bajar mas abajo, y ceded á este vuestro sitio; porque ¿qué confusion os causaria esto en la asamblea? Nada os perjudicaria tanto. Para evitar esta afrenta, escoged siempre el lugar ménos honroso, á fin de que el que os ha convidado, viendo vuestra humildad y prendado de vuestra modestia, os diga: Amigo, no es este vuestro sitio, subid mas arriba; entonces quedareis honrado á la vista de todos los que os acompañaren á la mesa. Nada hay que temer, dice san Bernardo, por abatirse uno cuanto pueda; pero por poco que uno se engria, arriesga siempre el engreirse mas de lo que debe. Pero Jesucristo, dice un sabio intérprete, ¿quiere aquí autorizar á los fariseos para que se abatan precisamente con la mira de procurarse honor, ó de evitar la confusion? Nó, este motivo es muy bajo y aun vicioso para dar mérito, y seria esto humillarse por un motivo de orgullo. Conocia bien el Salvador que los fariseos no eran gentes que se moviesen por razones espirituales; se acomodó, pues, á su flaqueza, y solamente para corregirlos de la ansia vergonzosa que tenian por las presidencias, se aprovecha del vano deseo de ser estimados que nota en ellos. Como si á un hombre intemperante, á quien se trata de hacer sobrio por el amor de la salud, se le dispusiese así por un motivo puramente natural á la templanza cristiana. La humildad esterior es un paso para llegar á la humildad del corazon.

Esta instruccion, que se llama aquí parábola, en el sentido literal mira particularmente á los judíos. Ellos habian sido convidados los primeros al banquete celestial por la predicacion del Evangelio; ellos mismos se han escluido de la felicidad eterna por una orgullosa prevencion en su favor, dicen los Padres. Algunos pobres solamente, los publicanos, las mujeres pecadoras, los gentiles mismos con un corazon contrito y humillado han aceptado el convite que se habia hecho á ellos; y reconociéndose indignos de un favor tan insigne, manteniéndose en el último puesto sin atreverse á levantar los ojos como el publicano, y permaneciendo en lo mas bajo del templo, han merecido que se les haya dicho: Subid mas arriba, ocupad las primeras plazas de que se han hecho indignos los judíos por su orgullosa obstinacion. De todo su discurso concluye el Hijo de Dios: «Porque cualquiera que se eleva será humillado, y cualquiera que se humilla será ensalzado.» Es muy estraño que concurriendo todo á humillarnos, sea tan rara la verdadera humildad. Para ser uno humilde no es menester mas que conocerse: no hay virtud que cueste ménos, y sin embargo no hay ninguna de que mas se carezca. Nada debe humillarnos mas que nuestro orgullo. Cuando lo queremos de veras, dice san Bernardo, no hay cosa tan fácil como el humillarnos. Si aspiro á ensalzarme, inmediatamente encuentro mil obstáculos á mi engrandecimiento; mas si quiero abatirme, nadie se me opone. La humildad cristiana es el origen de nuestro reposo, así como el orgullo lo es de nuestros disgustos.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Tua nos, quæsumus, Domine, gratia semper et præveniat et sequatur: ac bonis operibus jugiter præstet esse intentos. Per Dominum...

Concedednos, Señor, que vuestra gracia nos prevenga y nos acompañe siempre, y que nos tenga incesantemente aplicados á los santos ejercicios de las buenas obras. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es de la de san Pablo apóstol á los Efesinos, cap. 3.

Fratres: Obsecro vos ne deficiatis in tribulationibus meis pro vobis: quæ est gloria vestra. Hujus rei gratia flecto genua mea ad Patrem Domini nostri Jesu Christi, ex quo omnis paternitas in cœlis et in terra nominatur, ut det vobis secundum divitias gloriæ suæ, virtute corroborari per Spiritum ejus in interiorem hominem, Christum habitare per fidem in cordibus vestris: in charitate radicati et fundati, ut possitis comprehendere cum omnibus sanctis, quæ sit latitudo, et longitudo, et sublimitas, et profundum: scire etiam supereminentem scientiæ charitatem Christi, ut impleamini in omnem plenitudinem Dei. Ei autem, qui potens est omnia facere superabundanter quam petimus, aut intelligimus, secundum virtutem, quæ operatur in nobis: ipsi gloria in Ecclesia, et in Christo Jesu, in omnes generationes seculorum. Amen.

Hermanos mios: Os suplico que no os dejeis abatir por las tribulaciones que sufro por vosotros, lo cual constituye vuestra gloria. Con esta mira, yo doblo las rodillas delante del Padre de Jesucristo, nuestro Señor, del cual toma su nombre todo cuanto tiene la cualidad de Padre en el cielo y en la tierra: á fin de que, segun las riquezas de su gloria, os dé por medio de su espíritu un aumento de fortaleza para el hombre interior. Que Jesucristo habite en vuestros corazones por la fé; que estando arraigados y afirmados en la caridad, podais comprender con todos los santos cuál es la anchura, la longitud, la altura y la profundidad; y que conozcais tambien la caridad de Jesucristo, la cual es muy superior á nuestros conocimientos, para que seais llenos de Dios plenamente. Por último, que al que por su virtud que obra en nosotros lo puede todo, mucho mas allá de nuestras peticiones y de nuestros pensamientos, sea dada la gloria por la Iglesia y por Jesucristo en toda la sucesion de los siglos. Amen.

Los Padres y los intérpretes reconocen que la Epístola de san Pablo á los efesinos es una de las mas difíciles y mas espirituales. Espone el Apóstol en ella los principales misterios de nuestra fé, la redencion y la justificacion por Jesucristo, la predestinacion y la vocacion de los gentiles á la fé, y todo el misterio de la nueva alianza.»

REFLEXIONES.

«A fin de que conozcais tambien la caridad de Jesucristo, la cual es muy superior á nuestros conocimientos.» Ámase poco á Jesucristo, porque se conoce poco cuanto nos ama Jesucristo: se le mira con poca ternura, porque se piensa poco en lo que él ha hecho por nosotros. De todas las pruebas del amor, á la que los hombres acostumbran ser mas sensibles, es á los beneficios; ya porque nada indica mas el ardor y la generosidad de la pasion del que ama, ya porque nada agrada tanto á nuestro humor, naturalmente interesado, como un amor que nos es útil; y por tanto Jesucristo tambien ha querido valerse de este medio para obligarnos á amarle. Él nos ha prevenido, nos ha colmado de mil beneficios, de los que el ménos con-

siderable sobrepuja á cuanto nosotros podamos merecer, á cuanto podamos esperar, á cuanto podamos racionalmente desear. ¡Cosa estraña! todo el mundo recibe sin cesar beneficios de Dios, todo el mundo conviene en el esceso incomprensible de su amor, del cual son unas pruebas brillantes sus mismos beneficios; y sin embargo, ¡cuán pocos se dejan ganar por estos beneficios! ¡cuán pocos son agradecidos al esceso de su amor! Nosotros á fuerza de oir hablar de la Creacion, de la Encarnacion, de la Redencion, del sacramento de la Eucaristía, nos acostumbramos á estas palabras y á las cosas que ellas significan; sin embargo, no hay un hombre por poco racional que sea que no se sintiese desde luego trasportado de amor y del mas vivo reconocimiento á otro hombre, de quien supiese haber recibido la centésima parte del menor de estos favores. Aun cuando este Dios hombre no nos hubiese querido rescatar, no hubiera sido ni ménos santo, ni ménos poderoso, ni ménos feliz: no obstante, él ha tomado tan á pechos nuestra salvacion, que al ver solamente lo que ha hecho y el modo con que lo ha hecho, se diria que toda su felicidad dependia de la nuestra. Pudiendo rescatarnos á mucho menor coste, ha querido merecernos la gracia de la salud por la muerte, y por la muerte mas vergonzosa y mas cruel, cual era la muerte de cruz; y pudiendo aplicarnos sus méritos de mil maneras, ha elegido la que mas le costaba, ha elegido la del mas prodigioso de todos los abatimientos, el cual ha causado en el cielo y en toda la naturaleza un asombro que no podremos jamás comprender debidamente. Y todo esto se ha hecho para mover unos corazones naturalmente sensibles al menor beneficio y á la menor señal de amistad. Un nacimiento pobre, una vida laboriosa, oscura, humillaciones llenas de oprobios, una muerte infame y la mas dolorosa, son maravillas en un hombre Dios, que nosotros olvidamos, y estas cosas son justamente los efectos del amor que nos tiene Jesucristo. ¿Conócese en el cristianismo la altura, la anchura, la profundidad incomensurable de la caridad incomprensible de Jesucristo? No podemos ignorarla, seria ignorar nuestra religion el ignorar los principios de ella. Y si la conocemos, ¿cómo puede componerse que amemos tan poco á Jesucristo?

El Evangelio de la misa de este dia está tomado del de san Lucas, cap. 14.

In illo tempore: Cum intraret Jesus in domum cujusdam principis pharisæorum sabbato manducare panem, et ipsi observabant eum. Et ecce homo quidam hydropicus erat ante illum. Et respondens Jesus, dixit ad legisperitos et pharisæos, dicens: Si licet sabbato curare? At illi tacuerunt. Ipse vero apprehensum sanavit eum, ac dimisit. Et respondens ad illos, dixit: Cujus vestrum asinus, aut bos in puteum cadet, et non continuo extrahet illum die sabbati? Et non poterant ad hæc respondere illi. Dicebat autem et ad invitatos parabolam, intendens quomodo primos accubitus eligerent, dicens ad illos: Cum invitatus fueris ad nuptias, non discumbas in primo loco, ne forte honoratior te sit invitatus ab illo: et veniens is, qui te et illum vocavit, dicat tibi: Da huic locum: et tunc incipias cum rubore novissimum locum tenere. Sed cum vocatus fueris, vade, recumbe in novissimo loco: ut, cum venerit qui te invitavit, dicat tibi: Amice, ascende superius. Tunc erit tibi gloria coram simul discumbentibus: quia omnis, qui se exaltat, humiliabitur: et qui se humiliat, exaltabitur.

En aquel tiempo: Entró Jesus en casa de un gefe de los fariseos en la que estaba convidado á comer, y los mismos que allí estaban le observaban. En esto se presentó delante de él un hidrópico. Jesus entonces preguntó á los doctores de la ley y á los fariseos: ¿Es permitido curar en sábado? Mas ellos no respondieron una palabra. Tomando, pues, Jesus al enfermo, le curó y le despidió. Despues de hecho esto se volvió á ellos, y les dijo: ¿Quién de vosotros si su asno ó su buey cae en un pozo, no le saca de él aunque sea el dia del sábado? Y ellos no sabian qué responder á esto. En seguida habiendo advertido que elegian ellos los primeros puestos de la mesa, dirigió á los convidados esta parábola: Cuando fuereis convidados á las bodas, les dijo, no tomeis el primer lugar, no sea que haya sido convidado otro de mayor consideracion, y aquel que os ha convidado á los dos, venga y os diga: Dejad ese lugar para este, y entonces tengais que sufrir la vergüenza de descender hasta el último puesto. Sino cuando fuereis convidados, colocaos en el último lugar, para que cuando el que os ha convidado viniere, os diga: Amigo, venid mas arriba; y entonces recibais un honor á vista de los demás que están con vosotros á la mesa; porque todo el que se exalta será humillado, y cualquiera que se humillare será exaltado.

MEDITACION.

Del orgullo.

Punto primero. — Considera que el orgullo es una opinion escesiva que uno tiene de sí mismo, de su propio mérito, de su propia escelencia; es un deseo ardiente y desarreglado de que todos los demás tengan la misma opinion de nosotros. El orgullo es por lo comun el vicio de un talento limitado, de un genio mezquino; un mérito real, un gran genio está ménos espuesto al orgullo. Un buen entendimiento se paga poco de oropeles, su penetracion va muy léjos para que deje de descubrir la flaqueza y aun la nada sobre que estriban las mas bellas cualidades, y para que no perciba cuantas sombras hay entre estas mismas cualidades. Sus propios defectos le hacen mas impresion que sus virtudes. Un entendimiento menguado, como que nunca sale de su esfera, no está lleno mas que de sí mismo, y no hallando nada que no le parezca comun en todo lo que hacen los demás, solo admira lo que él hace. Pero si el orgullo es el efecto de un genio pobre, no es ménos la prueba del poco mérito del sugeto. Una alma grande tiene una idea demasiado exacta de la perfeccion, para que ignore lo que hay defectuoso en lo que el pueblo admira; una alma ordinaria no se prenda mas que de lo que ella tiene bueno, sin pensar que todo bien procede de Dios: «Desgraciados de vosotros,» dice el Profeta, «que sois sabios á vuestros propios ojos.» Cuando esta pasion ha llegado á dominar en un corazon, produce muy pronto en él todas las demás. Qué de pasiones quedarian, si no estinguidas, al ménos adormecidas, si el orgullo no las despertase; qué de familias vivirian aun en una estrecha union, si el orgullo no hubiese encendido sordamente el fuego de la discordia que

ha consumido en pleitos la hacienda mas saneada, y que inspira á las dos partes un furioso encarnizamiento para perderse mutuamente. Pocas pasiones hay que no deban á este lo que ellas tienen de mas vivo, de mas punzante y de mas amargo: el orgullo es el que comunica á la ira su fiereza, y á la envidia toda su desconfianza y su malignidad; es el viento que enciende el odio, que causa tan funestos incendios. La codicia debe al orgullo todas las inquietudes que produce; ¿y de qué otras fuentes nacen la mayor parte de nuestras tribulaciones, de nuestros disgustos y de nuestras murmuraciones? El orgullo es propiamente el tirano del entendimiento y del corazon humano; ¿estuvo jamás tranquilo un orgulloso? ¿qué calma, qué dia sereno hubo nunca en una alma orgullosa? Esta pasion no se halla bien sino en las alturas, esto es, en la region de los vientos. ¡Buen Dios, qué digno de lástima es un hombre orgulloso! Dios se complace en confundir á los soberbios y en hacerlos desdichados.

Punto segundo.—Considera que así como la humildad es siempre amable, así tampoco hay nada mas odioso que el orgullo. No obstante, por mas odiosa, irracional y perniciosa que sea esta pasion, ninguna hay que sea mas comun y universal; no solo reina sobre el trono, domina tambien frecuentemente con imperio en las condiciones mas viles; penetra hasta las soledades; se desliza hasta en el lugar santo. No es la única obra suya la hipocresía. ¡Qué de motivos tan poco puros no vician las mejores acciones! ¡qué de retrocesos no hace uno de tiempo en tiempo sobre su propia virtud! ¡qué de secretas complacencias en su propio mérito! Así es como esta pasion artificiosa trata de familiarizarse insensiblemente hasta con la devocion. El orgullo mas sutil y mas fino sabe deslizarse diestramente bajo de los viejos harapos, por decirlo así, de la humildad; contrahace el aire y el tono de esta virtud; se prevale y aun se alimenta de sus privilegios; ninguna pasion sabe representar tantos personajes como esta. Hay pocas virtudes que no deban desconfiar de ella; no obstante, de ella al parecer es de la que se desconfia ménos. No hay orgulloso que crea que lo es; no hay falsa piedad, ni falsa devocion, que no sea orgullosa. La virtud aislada es insípida al que no tiene mas que la corteza de ella; el orgullo es como la sal que la da el gusto. Cualquiera es devoto con placer, mientras que lo es con suceso. Por mas que se diga que no se busca otra cosa que la gloria de Dios, apenas perdemos de vista la nuestra; las obras de caridad que nos hacen mas honor, por penosas que sean, son las que nos parecen mas fáciles; nada se nos hace costoso en la práctica de la virtud, en tanto que la virtud es aplaudida. No se siente el peso y la fatiga, sino de lo que es oscuro ó secreto. Se deja el lujo de los vestidos; pero en esta modestia ¿se busca solo la oscuridad y la humillacion? ¿Por qué tanta afectacion y tantas distinciones en la misma devocion? Un corazon humilde nunca desea la singularidad. Nada se quiere por ostentacion; pero no se incomoda uno demasiado cuando ha sido descubierto. Se oculta, decimos, el poco bien que hacemos; pero fácilmente perdonamos á los que lo publican. ¡Cosa estraña! el orgullo nos sigue hasta en las victorias que conseguimos del orgullo mismo; todo le sirve de pábulo y de alimento, hasta la humildad. ¿Qué vicio mas peligroso ni mas temible? El orgullo lo emponzoña todo. Aun cuando tuviésemos una caridad magnífica; aun cuando distribuyésemos en limosnas toda nuestra hacienda; aun cuando destruyésemos nuestro cuerpo y nuestra salud con las maceraciones mas asombrosas, si el orgullo se mezcla en estas buenas obras y en estas penitencias, no son mas que frutos corrompidos. Los fariseos eran liberales en limosnas, y de una austeridad de vida estremada; pero el orgullo y la ostentacion formaban su carácter, y esto era lo que irritaba al Salvador contra ellos.

Yo detesto, Señor, con todo mi corazon un vicio que es el orígen de todos los demás. Hacedme, ó Dios mio, la gracia de inspirarme siempre un nuevo horror contra él.

Jaculatorias.—Alejad de mí, Señor, el espíritu de orgullo que tanto aborreceis. (Eccles. 23.)

No permitais, Señor, que el orgullo se apodere de mi entendimiento ni de mi corazon. (Psalm. 35.)

PROPÓSITOS.

1 Enorgullecerse, mirar á los demás con desprecio, porque está uno magníficamente alojado, ricamente vestido, porque tiene un suntuoso tren, un bisabuelo de gran mérito, ó porque su nombre y sus armas se encuentran en viejos registros; ¿hubo jamás una opinion mas mal fundada de nuestra propia escelencia? Desengañémonos, el mérito debe ser personal, las virtudes no son hereditarias. Un adorno brillante, un vestido bordado de oro, una nobleza antigua, no son incompatibles con un talento menguado, y con un mérito todavía mas menguado. Las estatuas de madera ó de tierra se doran. Colóquese una estatua de madera en los nichos mas altos; en todas partes será de madera. El mérito personal, por real que sea, no da derecho para despreciar á nadie. El mérito mas insigne pierde todo su brillo y queda oscurecido por el orgullo. Concibamos un horror constante á este vicio. No solo no despreciemos jamás á nadie de cualquiera condicion que sea; hagamos ántes bien un estudio en ser corteses, urbanos, afables con todo el mundo, aun con los criados. No les hablemos nunca sino con dulzura. Cuanto mas distinguidos y ensalzados seamos por nuestro nacimiento, por nuestra clase, por nuestra dignidad, por nuestro propio mérito, mas complacientes, mas dulces, mas atentos, mas afables debemos ser. Nunca fué un gran mérito el ser altanero.

2 ¿No hay algun vano, altivo, soberbio, que no se pregunte alguna vez á sí mismo por qué lo es? La mayor parte de las gentes, y sobre todo las mujeres, no encontrarán apenas otro principio de la opinion escesivamente buena que tienen de sí mismos, y del desprecio que hacen de los demás, que razones del todo contrarias, que deberian mas bien servir para humillarnos. Toda persona humilde, modesta, de cualquiera condicion que sea, es siempre respetable; por el contrario, nada inspira ni merece tanto desprecio como el orgulloso. Pidamos á Dios sin cesar que nos conceda una entera victoria sobre un enemigo tan odioso y tan dañino. Para esto tomemos hoy mismo con firmeza esta resolucion. 1.° No hablar jamás de nosotros mismos, ni en bien, ni en mal. (Eccles. 19.) 2.° Alabemos siempre á todo el mundo, ó no digamos palabra, ó hablemos siempre ventajosamente de aquellos de quien hablamos. 3.° Seamos afables con todos, sean inferiores ó iguales. 4.° Tengamos sobre todo una especie de respeto á todos los pobres. 5.° No tuteemos jamás á nadie: nada da á conocer mas el orgullo y la rusticidad

que esta facilidad. 6.º En fin, moderemos siempre el tono de nuestra voz; un tono demasiadamente elevado siempre es indicio de una hinchazon del corazon que choca y desagrada.

DOMINGO DECIMOSÉPTIMO DESPUES DE PENTECOSTÉS.

Este domingo se ha cualificado hace mucho tiempo por el domingo «del amor de Dios,» á causa del asunto que la Iglesia ha elegido para la misa del dia. La Epístola está tomada de la carta que san Pablo escribió á los efesinos; es una exhortacion interesante que les hace, inclinándoles á la dulzura, á la paciencia, á la paz, á la union, á la caridad necesaria para sufrirse los unos á los otros; á la union que debe formar un solo espíritu en aquellos que son todos miembros de un solo cuerpo; que no tienen mas que un Señor, una fé, un bautismo, un Dios que reside en todos por su espíritu y que á todos estiende su providencia. Todos los fieles que habia en los primeros dias de la Iglesia no formaban mas que un corazon y una alma, y á esta paz, á esta conformidad de sentimientos, á esta caridad mutua, carácter distintivo de todos los cristianos, es á lo que exhorta el santo Apóstol á los fieles de Efeso.

El introito de la misa está tomado del salmo 118, en el cual encuentra san Agustin tantas instrucciones como palabras, y al que san Ambrosio llama el alfabeto de los cristianos, porque en él hallamos los elementos y los principios de todos nuestros deberes; y así como á los niños se les hace aprender el alfabeto desde su juventud, así, dice san Hilario, seria bueno con tiempo meditar y estudiar este salmo, y penetrar todo su sentido: todo él es muy á propósito para inspirarnos el amor á la ley de Dios y á todas las observancias religiosas, y esto es sin duda lo que ha movido á la Iglesia á hacer de él su oracion diaria, puesto que este salmo solo compone todas las horas menores.

«Justo sois, ó Dios mio, y vuestros mandamientos están llenos de equidad.» Tratad á vuestro siervo segun vuestra misericordia. Por mas atenciones y por mas fidelidad que tengamos en cumplir nuestros deberes, y en satisfacer con puntualidad á nuestras obligaciones, mientras que vivimos pecamos todos en muchas ocasiones, y por tanto tenemos de continuo necesidad de la misericordia del Señor; y esto es lo que hace decir en otra parte al mismo Profeta: «Señor, no entreis en juicio con vuestro siervo, porque no hay sobre la tierra un solo hombre que se atreva á lisonjearse de comparecer inocente en vuestra presencia. Dichosos los que siempre están en los caminos de la inocencia, y que marchan fielmente en la ley del Señor.» Este salmo no es otra cosa que un tejido de sentimientos de estima y de afecto á la ley Dios. Como esta ley es el camino por donde se va á la bienaventuranza, David comienza este cántico, tan lleno de uncion, anunciándola á los que observen puntualmente esta ley. Todos quieren ser felices; este es el fin que se proponen los buenos y los malos, dice san Agustin. No es estraño que los buenos observen la ley y vivan bien para llegar á la bienaventuranza, dice este Padre; pero si lo es que los malos pretendan la misma felicidad viviendo mal y no guardando la ley, y que tan pocos pongan los medios para alcanzar lo que todos desean. Nadie debe esperar esta bienaventurada felicidad, á que todos aspiramos, sino viviendo en la inocencia, y no hay tal inocencia sin la observancia de los mandamientos. Algunos creen que David compuso este salmo en los desiertos, en donde le obligaba á vivir oculto la persecucion de Saul; lo que sí es cierto es, que ninguna cosa podia sostenerle mejor, ni endulzar sus penas, que los sentimientos de que está lleno este salmo; ni tampoco la hay mas á propósito para consolarnos y sostenernos en este lugar de destierro, que los sentimientos de devocion que por todo él están esparcidos. Contiene ciento setenta y seis versículos, y no hay uno solo en que no se esprese la ley Dios, en diferentes términos, todos en el mismo sentido: ley, testimonio, camino, mandamiento, discursos, preceptos, juicios, ordenanzas, verdad, palabra, justicia; y todos estos diferentes términos no significan mas que la misma ley de Dios, de cuya exacta observancia depende la bienaventurada eternidad, que es el objeto de los deseos de todos los hombres.

La Epístola de la misa de este dia está tomada del capítulo cuarto de la de san Pablo á los efesinos. Exhórtales el santo Apóstol que no tengan todos mas que un mismo espíritu, así como todos no hacen mas que un mismo cuerpo ni tienen mas que un mismo Señor, una misma fé y un solo bautismo.

«Yo os ruego, yo que estoy preso por el Señor, que observeis una conducta digna de vuestra vocacion.» Cualificase san Pablo llamándose prisionero de Jesucristo nuestro Señor, gloriándose de sus prisiones, y mirando el honor que tenia en sufrir y estar en cadenas por amor de Jesucristo, como la época mas gloriosa de su vida. En efecto, nada hay mas honorífico ni mas ventajoso que el padecer por los intereses y por la gloria de Dios. El santo Apóstol se presenta, por decirlo así, cargado de hierro por Jesucristo á los efesinos, para moverlos, para obligarles á que reciban con mas docilidad sus instrucciones, y para animarlos con su ejemplo á la práctica de la virtud y al amor de los sufrimien'os. Nada hay mas elocuente ni mas persuasivo que el ejemplo. San Pablo lodice todo en dos palabras, cuando exhorta á los efesinos á que observen una conducta digna de la escelencia y de la santidad de su vocacion, «á fin,» les dice, «de que camineis dignamente en la vocacion á que sois llamados.» Ser llamado al cristianismo, es ser llamado á una santidad eminente: ¿qué inocencia, qué pureza de costumbres, qué regularidad de conducta no exige de todos los fieles la augusta cualidad de cristianos? Sed santos, como vuestro Padre celestial es santo: la santidad de Dios mismo es el que se nos propone. ¡Qué pureza mas perfecta! ella condena hasta el menor deseo impuro, hasta el menor pensamiento criminal. No quiere ni aun que se sepa el nombre. ¡Qué mortificacion tan constante de todos los sentidos! ¡qué modestia, qué circunspeccion, qué reserva! no hay vicio que no esté proscripto, no hay imperfeccion que no esté condenada. ¡Qué amor de Dios mas perfecto! ¡qué caridad con el prójimo mas universal y mas sincera! ¿Se presentó jamás una idea de perfeccion mas sublime que la que nos da nuestra religion en el Evangelio? No hay cristiano que por su vocacion al cristianismo no esté obligado á caminar incesantemente á esta perfeccion. Hé aquí el espíritu de la ley; hé aquí el espíritu de Jesucristo; ajustemos este espíritu con el del mundo; ajustemos esta obligacion de una vida tan santa, con la vida blanda, con

la vida mundana de la mayor parte de los cristianos.

«Siendo perfectamente humildes, dulces, pacientes, sufriéndoos los unos á los otros con caridad.» San Pablo esplica aquí mas por menor las principales virtudes á que les obliga su vocacion á la fé. Pone con razon la humildad á la cabeza de las virtudes cristianas, como que es el fundamento de todo el edificio espiritual y de la perfeccion cristiana. Esta virtud desconocida á los filósofos, dice san Agustin, poco conocida de los judíos, despreciada de los mundanos, es tan necesaria para la salvacion, que sin ella las virtudes mismas degenerarian en vicios. Sabia bien el Apóstol que cuando uno es humilde, es dulce, afable, paciente, se sufren fácilmente los hombres los unos á los otros con aquella caridad compasiva y preveniente, la cual no podria subsistir con el orgullo. «Cuidando de mantener vuestros ánimos unidos por el vínculo de la paz.» Vivid entre vosotros como si no tuvieseis todos mas que «una alma y un espíritu.» Tal es la union que debe reinar entre los verdaderos fieles. El espíritu de Dios que debe animar á todos los cristianos es el vínculo de la paz. Estemos animados de este espíritu, y no habrá jamás entre nosotros division, no habrá ni mal genio, ni disensiones, ni pleitos, ni querellas. El amor propio, la pasion del interés, el espíritu del mundo y la ambicion, son la madre de todos los cismas. El espíritu de Dios es el alma y el vínculo de la paz. «Sed un mismo cuerpo y un mismo espíritu, así como sois llamados á una misma esperanza siguiendo vuestra vocacion.» Tres grandes motivos de la union indisoluble é inalterable que debe reinar entre todos los cristianos: ellos no componen todos mas que un solo cuerpo del cual es la cabeza Jesucristo: deben estar animados, instruidos é ilustrados por el mismo Espíritu Santo que Dios ha difundido en toda la Iglesia, y por consiguiente en todos los fieles: han sido todos llamados á la posesion de los mismos bienes, todos coherederos de Jesucristo, todos herederos de Dios mismo; vivimos todos con la misma esperanza de la vida eterna; todos siervos del mismo Señor, y con una misma familia; todos alimentados á la misma mesa, y con los mismos manjares; ¿qué vínculos mas estrechos, mas sagrados, mas indisolubles? Solo el demonio es el que puede turbar esta paz. «No hay mas que un Señor, una fé y un bautismo.» Otros motivos, otros empeños de esta union santa é indisoluble que debe reinar entre nosotros. No tenemos mas que un Señor soberano, somos siervos del mismo Señor que es Jesucristo; no tenemos mas que una fé, con relacion á los objetos que ella nos propone para creer; profesamos la misma religion, es una é indivisible, el objeto de la fé es en todos el mismo, la misma doctrina, la misma moral, el mismo Evangelio. Todos hemos sido reengendrados por las aguas del bautismo, que es con respecto á nosotros el seno de la misma Madre, puesto que por el bautismo renacemos todos en Jesucristo, y por esto mismo venimos á ser hijos del mismo Padre, y en este espíritu es en el que decimos todos Padre nuestro, que estás en el cielo. «No hay mas que un Dios y un Padre, que es sobre todo, y está en todas las cosas y en todos nosotros.» No hay mas que un Dios, y este Dios único es nuestro Padre, y el Padre de todos, que para con todos tiene igual providencia, un amor perpetuo igual con todos. Ser de una misma familia, hijos de un mismo Padre, todos de una misma condicion con respecto á la augusta cualidad de hijos de Dios; todos, por decirlo así, de una fortuna igual, todos tiernamente amados del Padre celestial para con quien no hay aceptacion de personas, y que derrama abundantemente sus beneficios sobre todos; en fin, todos ciudadanos de la misma patria, adonde, despues del viaje de esta vida, debemos ir para vivir plenamente dichosos por una eternidad; todas estas razones, ¿no deben formar entre nosotros una union perfecta é íntima? Tal ha sido la que reinaba entre todos los fieles durante los primeros dias de la Iglesia; tal era la que san Pablo exigia de todos los cristianos de Efeso; tal era la que Jesucristo pedia á su Padre para todos sus hijos, cuando le pedia que conservase todos los que le habia dado, y que formase tan gran union entre ellos que no fuesen mas que una misma cosa; «á fin,» dice, «que sean una misma cosa, como nosotros lo somos.» Jesucristo quiere que sus discípulos estén de tal modo unidos entre sí por los vínculos de la caridad, que en algun modo sea esta union imágen de la union sustancial que él tiene con su Padre; así es, que sin exigir de nosotros una santidad igual á la de su Padre, quiere sin embargo que la santidad de su Padre sea modelo de la nuestra, para hacernos comprender á qué grado de perfeccion quiere que aspiremos, y cuán grande, íntima é imperturbable exige que sea la union y la caridad entre los fieles. San Pablo recomienda esta union á los efesinos, prueba con muchas razones su necesidad indispensable, y demuestra invenciblemente su escelencia. La union y la caridad cristiana han caracterizado en todos tiempos á los fieles; ella ha hecho la admiracion de todos los paganos: nosotros hacemos profesion de la misma religion; pero ¿son en el dia de hoy la union y la caridad el carácter distintivo de todos los cristianos? Los cismas, la division, las enemistades que reinan hoy en el cristianismo, ¿prueban que somos verdaderamente cristianos?

El Evangelio de la misa de este dia está tomado del capítulo 22 de san Mateo, en donde se lee que habiendo el Salvador cerrado la boca á los saduceos, confunde á los fariseos que se valian de todo para sorprenderle.

Antes de la cautividad de Babilonia no se sabe que haya habido secta particular entre los judíos. Únicamente ocupados en el estudio de sus leyes y de las ceremonias de su religion, todos tenian los mismos sentimientos, y no pensaban en otra cosa mas que en vivir bien. Hácia el tiempo de los Macabeos fué propiamente cuando por el comercio que tenian con los filósofos paganos, y con los pueblos encenagados en todo género de vicios y de errores, se suscitaron entre ellos tres sectas que pusieron el colmo á las iniquidades de la nacion judía. Estas tres sectas eran la de los fariseos, la de los saduceos y la de los esenos. Los fariseos tomaron su nombre de una palabra hebrea, que significa separacion, como ya se ha dicho, porque por un orgullo odioso se separaban de los demás israelitas. Esta secta se acercaba mucho á la de los estoicos: los fariseos achacaban mucho al destino, casi no dejaban al hombre la libertad de hacer el bien y el mal, y eran muy dados á la astrología; eran austeros en la apariencia, altaneros, arrogantes, y el orgullo parecia característico de su secta. Los esenos eran entre los judíos una especie de filósofos que vivian con ellos en perfecta union; miraban con mucho horror la codicia y la avaricia, todo lo poseian en comun, de modo que entre ellos no habia uno

mas rico que el otro. Vivian como hermanos en una entera igualdad de bienes y de condicion; no vendian ni compraban nada entre sí; todo su comercio se reducia á cambiar las cosas, dando cada uno lo que le era superfluo; recibian en su casa á los de su secta, y les daban parte en todo lo que tenian, como de bienes comunes. Afectaban llevar los vestidos muy blancos; estaban vestidos pobremente; pero cuidaban de estar siempre muy aseados. Eran tan vanos como los fariseos; no se casaban, pero no por esto eran mas castos. En fin, lo achacaban todo al destino y á la influencia de los astros.

Los saduceos eran los mas disolutos de todos estos sectarios; negaban tenazmente la existencia de todas las sustancias espirituales criadas. Negaban la inmortalidad del alma, y por consecuencia la resurreccion de los cuerpos; por lo demás concordaban bastante con los samaritanos, cuyos errores adoptaban, á escepcion de que ellos venian á adorar á Dios en Jerusalen, y tomaban parte en los sacrificios de los judíos, lo cual detestaban los otros. Observaban la ley para gozar de las ventajas temporales que prometia, y para evitar los suplicios con que se castigaban las trasgresiones durante esta vida. Rechazaban todo género de tradiciones, en lo cual eran diametralmente opuestos á los fariseos, que las preferian á la ley misma. Parece que los fariseos han querido imitar á los estoicos, y los saduceos á los epicúreos. Entre estas dos sectas habia una enemistad y una guerra irreconciliable; y si los saduceos eran mas impíos en sus dogmas, al ménos tenian ménos vanidad é hipocresía en sus costumbres. San Gerónimo dice que Hillel fué el gefe del fariseismo. San Epifanio cree que los esenos ó jesenos, como él los llama, era una secta de samaritanos, y que su nombre lo derivaban de Jessé hermano de David, cuyo nombre, segun el santo, significa médico; cualidad que conviene á los esenos, que pretendian pasar por los médicos de las almas. Se ha dado por gefe de los saduceos á Sadok, discípulo de un doctor llamado Antígono. Sea lo que quiera de los autores y del principio de estas sectas, lo que es cierto que por diferentes y opuestos que fuesen entre sí en dogmas, en costumbres y en supersticiones, todos los sectarios pretendian tener á su favor las santas Escrituras. Tanta verdad es que jamás ha habido herejes que no hayan pretendido autorizar los mas groseros errores por el abuso que hacian de la Escritura. Estos son los enemigos que Jesucristo ha tenido que combatir durante el tiempo de su vida pública, y los enemigos tambien á quienes contempló ménos.

Acababa el Salvador de confundir y de hacer callar á los saduceos que habian creido cortarle, preguntándole de cuál de los siete maridos con quienes se habia casado una viuda, seria mujer en la otra vida: cuando uno de los mas célebres entre los fariseos, que pasaba por el mas hábil entre los doctores de la ley, llegó á preguntarle con designio de sorprenderle: «Maestro,» le dijo, «¿cuál es el mayor mandamiento de la ley?» La pregunta que aquí hace este doctor era, al parecer, del número de las cuestiones que entonces dividian los ánimos en todas las sectas. Los unos daban la preferencia en la ley al que mandaba observar el sábado; los otros sostenian que era la ley de la circuncision; y otros querian que fuese la ley que ordenaba ofrecer los sacrificios. El Salvador, que penetraba lo mas secreto del corazon, les respondió por el texto mismo de la ley, que dice que no hay mas que un solo Dios, y que se le debe amar con todo el corazon, con toda el alma y con todo el entendimiento. Este es el primero y el mayor de los preceptos de la ley; pero hay un segundo semejante al primero, el cual manda que se ame al prójimo como á sí mismo. Estos dos preceptos son inseparables; contienen ellos en compendio toda la sustancia y toda la perfeccion de la ley. Cuando la ley dice que debemos amar á Dios con todo nuestro corazon, con toda nuestra alma y con todo nuestro entendimiento, dice san Agustin, comprende todo lo que somos, y no nos deja ni tiempo ni permiso para ocupar nuestro corazon con el amor de ninguna otra cosa. Estas diversas palabras, con todo vuestro corazon, con toda vuestra alma, con todo vuestro entendimiento, sirven para dar á conocer mejor la obligacion que todo hombre tiene de amar á Dios sinceramente, ardientemente y con preferencia á todas las cosas. Amareis á vuestro prójimo, esto es, á todo hombre, como os amais á vosotros mismos, del mismo modo que vosotros os amais, teniendo con él las mismas consideraciones que quereis que se tengan con vosotros, y tratándole en todo como querriais que se os tratase á vosotros. Y así como el amor que os teneis á vosotros mismos no es un amor superficial ni de cumplimiento, sino un amor real y eficaz que os hace sensibles á vuestros males, que os inclina á tomar todos los medios para aliviarlos; así tambien el amor que debeis tener á vuestro prójimo debe haceros sensibles á todos sus males, moveros á procurarle todos los socorros que pudiereis, á asistirle, á consolarle y á tomar parte en todas sus penas. «Todo lo que los libros santos nos mandan ó nos prohiben,» dice san Agustin, «todo se reduce á este doble mandamiento; esto es el compendio y el resúmen de toda la ley.»

El doctor confesó ingenuamente que no se podia decir nada mejor; que no habia efectivamente mas que un solo Dios, y que era verdad que el amar á Dios y al prójimo del modo que habia dicho, era una cosa mas perfecta que el ofrecer holocaustos y sacrificios al Señor; y que cuando se ama á Dios tan perfectamente, no puede ménos de observarse con exactitud toda la ley y todas las ceremonias legales. Mas como el divino Maestro queria acabar de instruir á muchas otras gentes, que convencidos de lo que decia no se atrevian á preguntarle mas, les previno, y él mismo les preguntó, dirigiéndose á una tropa de fariseos que estaban allí reunidos: ¿Qué os parece, les dijo, del Mesías; de quién pensais que debe ser hijo? Respondieronle que debia ser de la estirpe de David. Los judíos no veian cosa mas grande en el Mesías que la cualidad de hijo de David, la cual en efecto le conviene por razon de su humanidad. Esto es lo que dicen vuestros doctores, repuso el Hijo de Dios, y dicen bien; pero no lo dicen todo: porque si el Mesías no es mas que simplemente hijo de David, ¿cómo el mismo David le llama mi Señor? ¿Por qué hablando como profeta, dice en sus salmos: El Señor ha dicho á mi Señor, siéntate á mi derecha hasta que haga á tus enemigos el escabel de tus piés? esto es, siéntate á mi derecha, y allí verás postrados á tus piés todos tus enemigos. Si, pues, David, continúa el Salvador, llama al Mesías su Señor, ¿cómo es hijo de David? Claro es que Jesucristo queria hacerles ver que llamándole David su Señor, habia tambien indicado su naturaleza divina, segun la cual es hijo de Dios y Dios mismo, y que siendo

hijo de David es tambien hijo de Dios. Ninguno pudo responderle, y desde aquel dia nadie se atrevió á preguntarle mas.

La oracion de la misa de este dia es como sigue :

Da, quæsumus, Domine, populo tuo diabolica vitare contagia : et te solum Deum pura mente sectari. Per Dominum...

Conceded, Señor, á vuestro pueblo que evitando el contagio del mundo y del diablo, se una con un corazon puro á vos solo que sois su Dios. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola está tomada de la de san Pablo á los Efesianos, cap. 4.

Fratres : Obsecro vos ego vinctus in Domino, ut digne ambuletis vocatione, qua vocati estis, cum omni humilitate et mansuetudine, cum patientia, supportantes invicem in charitate, solliciti servare unitatem spiritus et vinculo pacis. Unum corpus, et unus spiritus, sicut vocati estis in una spe vocationis vestræ. Unus Dominus, una fides, unum baptisma. Unus Deus et Pater omnium, qui est super omnes, et per omnia, et in omnibus nobis : qui est benedictus in secula seculorum. Amen.

Hermanos mios : Yo os ruego, yo que estoy preso por el Señor, que observeis una conducta digna de vuestra vocacion ; siendo perfectamente humildes, dulces, pacientes ; sufriéndoos los unos á los otros con caridad, cuidando de mantener vuestros ánimos unidos por el vínculo de la paz. Sed un mismo cuerpo y un mismo espíritu, así como habeis sido llamados á una misma esperanza, segun vuestra vocacion. No hay mas que un Dios y un Padre que es sobre todos, y en todas las cosas, y en todos nosotros; el cual es bendito en los siglos de los siglos. Amen.

Los efesinos, ántes de su conversion á la fé de Jesucristo, vivian abandonados á sus pasiones, y divididos entre sí por eternas disensiones. San Pablo les exhorta mucho en esta Epístola á la mortificacion de las pasiones, á la union y á la caridad fraterna.

REFLEXIONES.

«No hay mas que una fé.» Nosotros creemos lo que creian los primeros cristianos ; creemos lo que han creido los santos, y lo que han creido les ha hecho santos. Nuestra religion no se ha alterado ni en el dogma, ni en la doctrina, ni en la moral. La fé es la misma, el mismo el objeto de la fé, las mismas verdades de la fé, los mismos misterios. La fé no envejece, no está sujeta ni á la vicisitud de las cosas humanas, ni á las revoluciones, ni á las mudanzas. Todo se altera en la sucesion de los tiempos, todo se debilita. Las monarquías nacen, tienen su apogeo, y se ve en seguida su declinacion. Todas las cosas tienen sus edades, y todo camina á su fin. Solo la fé de la Iglesia es invariable. Los pueblos pueden perder la fé; pero la fé nunca pierde nada por el desarreglo y la apostasía de los pueblos. Las costumbres pueden corromperse ; pero la fé de la Iglesia es inalterable. Ella ha visto nacer y morir todas las herejías y todas las sectas. Los astros mas brillantes del mundo cristiano pueden eclipsarse; las mayores lumbreras de la Iglesia pueden estinguirse; las luces, empero, de la fé son siempre puras. Las tinieblas del error ofuscan la claridad del entendimiento ; mas con respecto á la fé no son á lo mas sino como las nieblas y las nubes mas espesas con respecto al sol, no pueden empañar su resplandor. La noche no es mas que para aquellos que han perdido de vista este hermoso astro ; y si en él aparecen alguna vez manchas, estas no están mas que en los ojos ; jamás en el sol. La fé es una, y no puede haber nunca mas que una fé, así como no hay mas que un solo Dios, un solo soberano Señor, un bautismo. ¡Qué desgracia para todos los herejes! Solo en la Iglesia católica, apostólica, romana, es en donde reside esta fé. Para perder la fé no es necesario no creer nada; basta errar en un solo punto en materia de fé para no tener esta fé, que no siendo mas que una é indivisible, no puede sufrir ni duda, ni perplejidad, ni escepcion. Esta fé es la que desde el tiempo de los apóstoles ha hecho que se despojen de sus bienes á tantos fieles, y ha prohibido el apego á los bienes de la tierra á todos los cristianos. Esta fé es la que ha declarado una guerra eterna á todos los sentidos, y la que ha vencido al mundo. Ella es la que ha hecho tan generosos á tantos millones de mártires, y la que ha poblado los desiertos y los claustros de tantos penitentes fervorosos. Esta fé es la que aun da todos los dias tantos santos á la Iglesia. La fé no es mas que una, y esta fé invariable ; ¿es acaso esta la fé de las gentes del mundo, de esas personas tan flojas en el servicio de Dios, de esas personas cuyas costumbres, cuyos sentimientos, cuya conducta corresponden tan poco á la santidad y á las máximas del Evangelio? ¿esas gentes tan poco devotas, tan poco fervorosas, tan poco religiosas, que llevan una vida tan poco inocente, tan poco cristiana, tienen esta fé?

El Evangelio de la misa es lo que sigue del de san Mateo, cap. 22.

In illo tempore : Accesserunt ad Jesum pharisæi, et interrogavit eum unus ex eis legis doctor, tentans eum : Magister, quod est mandatum magnum in lege? Ait illi Jesus : Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et in tota anima tua, et in tota mente tua. Hoc est maximum et primum mandatum. Secundum autem simile est huic : Diliges proximum tuum, sicut teipsum. In his duobus mandatis universa lex pendet, et prophetæ. Congregatis autem pharisæis, interrogavit eos Jesus, dicens : Quid vobis videtur de Christo? cujus filius est? Dicunt ei : David. Ait illis : Quomodo ergo David in spiritu vocat eum Dominum, dicens : Dixit Dominus Domino meo : Sede a dextris meis, donec ponam inimicos tuos scabellum pedum tuorum? Si ergo David vocat eum

En aquel tiempo : Se reunieron los fariseos cerca de Jesus ; y uno de ellos, que era doctor de la ley, le preguntó con el designio de sorprenderle : Maestro, le dijo, ¿cuál es el mandamiento grande en la ley? Díjole Jesus : Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon, con toda tu alma, con todo tu entendimiento ; este es el mas grande y el primer mandamiento. Mas hay el segundo semejante á este : Amarás á tu prójimo como á tí mismo. Toda la ley y los profetas se reducen á estos dos mandamientos. Como se hallasen allí reunidos los fariseos, les hizo Jesus esta pregunta : ¿Qué pensais de Cristo? ¿De quién es hijo? De David, le dijeron. ¿En qué consiste, pues, les replicó, que David inspirado le llama su Señor, diciendo : El Señor ha á dicho á mi Señor : Siéntate á mi diestra hasta que yo haga de tus enemigos el escabel de tus piés? ¿Si, pues,

Dominum, quomodo filius ejus est? Et nemo poterat ei respondere verbum: neque ausus fuit quisquam ex illa die eum amplius interrogare.

David le llama su Señor ¿cómo es que es hijo suyo? Y ninguno podia responderle una sola palabra, y desde este dia nadie se atrevió á preguntarle.

MEDITACION.

De los defectos que se hallan en el amor que nos lisonjeamos tener á Dios.

PUNTO PRIMERO.—Considera que la mayor parte de los cristianos solo se aman á sí mismos, cuando mas se lisonjean de que aman á Dios. Nada hay que sea mas ingenioso para disfrazarse que el amor propio; toma toda suerte de nombres y de máscaras; una veces es fervor, caridad, justicia; otras es devocion, zelo, y aun se presenta con frecuencia bajo el título tan respetable de amor de Dios. Nunca está el amor propio mas tranquilo que cuando está vestido con estas máscaras; la virtud le sirve siempre de abrigo.

Pero ¿es fácil el engañarnos con él? El amor de Dios tiene un carácter inimitable: es puro, desinteresado, generoso, constante, enemigo de las pasiones, dulce, paciente, mortificado, humilde. Y cuando uno es orgulloso, inmortificado, impaciente; cuando no tiene mas que relámpagos de fervor, caprichos de devocion; cuando no busca mas que sus propios intereses, su satisfaccion, su propia gloria, ¿se ama á Dios?

Hay personas que hacen profesion de amar á Dios, y que jamás están de mas mal humor que cuando le sirven. Desazonados, inquietos, impacientes, hasta coléricos, cuando se lisonjean de amar mas á Dios; los dias de devocion y de fiesta no son para ellos los mas serenos, ni los mas tranquilos. Diríase que los ejercicios de piedad irritan su mal humor; y personas tan imperfectas ¿pueden lisonjearse de que aman á Dios?

Los efectos mas ordinarios del amor de Dios son una dulzura inalterable, una humildad sincera, una paciencia á prueba de todo; las adversidades le escitan, el fuego de la persecucion le abrasa, la mortificacion le nutre. Es un error el pensar que el amor de Dios ignora los deberes de la civilizacion y del decoro; no hay cosa que inspire tanta atencion, caridad y aun cortesía como la verdadera piedad.

Los enfados nacen de un corazon agitado é inquieto: el amor divino tranquiliza el corazon, y derrama sobre él una uncion interior que le ablanda, le endulza, hasta hacer al espíritu dócil y flexible. Esta resignacion perfecta á la voluntad de Dios, esta alegría espiritual es el fruto necesario del amor divino: la paz del alma que produce la inocencia, es la que causa la igualdad de humor, la dulzura inalterable, la generosidad, la magnanimid de ánimo, la reunion de virtudes en todos los que aman verdaderamente á Dios. Tales son las señales del verdadero amor de Dios. Y ¿reconocemos por ellas el nuestro? ¿amamos á Dios con rectitud, con perseverancia, con fidelidad? ¡Dios mio, qué de ilusiones hay en la devocion!

PUNTO SEGUNDO.—Considera que en materia de devocion y de amor de Dios se toman muchas veces los conocimientos y las luces del entendimiento por los sentimientos y los ardores del corazon. Conócese cuán amable es Dios, estráñase aun cuán poco amado es, y embelesados con tan justos y pios sentimientos nos imaginamos que le amamos. Muchos se engañan, y algun dia se sorprenderán al ver y conocer que su amor de Dios no ha consistido mas que en la idea; el corazon conserva su dominio independiente del entendimiento.

Conócese que Dios merece ser amado; confiésase que es menester ser muy ingrato para no amar á Dios; pero por haber pensado y hablado así ¿se puede decir que se le ama? Nuestro propio corazon nos desmentiria al instante. La caridad es paciente, dice san Pablo (2 Cor. 32.), está llena de bondad. La caridad es zelosa, no hace nada fuera de tiempo, no se hincha; no es ambiciosa, no busca sus propios intereses; no se irrita; no piensa mal de nadie; no se alegra de la injusticia ni del mal de otro; se alegra sí de aquello que es segun la verdad, y de la prosperidad de sus hermanos; es dócil, humilde, graciosa, constante. ¿Reconocemos nuestra devocion y nuestro amor á Dios en este retrato?

Amamos á Dios, decimos, de todo nuestro corazon, porque este es el primero de todos los mandamientos y la base de todos los demás; y no podemos sufrir nada por amor de Dios: amamos á Dios, y no amamos á nuestro prójimo y le tratamos con aspereza, y no podemos reconciliarnos con nuestros hermanos. Amamos á Dios, y en cien ocasiones violamos sin remordimiento las órdenes de Dios; preferimos nuestras inclinaciones á la voluntad de Dios; sacrificamos los intereses de Dios, nuestra conciencia, nuestra religion, á nuestros propios intereses, á nuestras pasiones, á nuestra gloria. Amamos á Dios: ¿sostendremos esta proposicion en el tribunal de Dios? Si fuese amar á Dios, amar los honores, los placeres, amarse á sí mismo, muchos podrian decir que aman á Dios; ¿y no seríamos nosotros de ese número? Consultemos mas bien á nuestras obras que á nuestros sentimientos y á nuestros conocimientos. Es menester poderle decir á Jesucristo como san Pedro: Vos sabeis que os amo; vos que no podeis engañaros, conoceis que mi corazon está abrasado de un vivo y ardiente amor á vos: es menester que nuestra humildad, nuestra paciencia, nuestra dulzura, nuestra mortificacion, nuestra caridad con el prójimo, nuestro fervor, nuestra perseverancia, puedan decirnos á nosotros que amamos á Dios; cualquiera otro testimonio sobre este punto es sospechoso. Dios mismo apenas entiende otro idioma.

¡Ah Señor! ¡cuánto tiempo he vivido en el error, lisonjeándome de que os amaba! mis defectos tan multiplicados y tan groseros, hubieran podido abrirme los ojos y descubrirme la ilusion, si ella hubiese sido ménos voluntaria; pero pues que os dignais concederme la gracia de que conozca cuán poco os he amado hasta aquí, concededme la de que os ame con todo mi corazon desde este momento.

JACULATORIAS.—¿Quién nos separará jamás del amor de Jesucristo? ¿será la tribulacion ó la angustia? (Rom. 8.)

Estoy seguro que ni la muerte, ni la vida, ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios, que está fundado en Jesucristo nuestro Señor. (Ibid.)

PROPÓSITOS.

1 El amor de Dios no estuvo jamás ni ocioso, ni flojo; encuentra ejercicio hasta en el reposo. Este fuego sagrado que el Salvador ha venido á traer á la tierra, se estingue

desde que deja de obrar. Es preciso que caliente, que ilumine, que abrase. Un corazon frio, un entendimiento ciego, una alma sepultada en sus imperfecciones, están poco abrasadas de este divino amor. Magdalena calla postrada á los piés del Salvador; pero los riega con sus lágrimas, los enjuga con sus cabellos, los besa y los frota con el licor oloroso. Es menester que las obras digan que se ama á Dios; cualquiera otra voz se oye poco. El amor divino allana todas las dificultades, ó á lo ménos las sobrepuja. Los que niegan á Dios cien pequeños sacrificios que les pide, ¿pueden decir que le aman? Tengamos hoy mismo el consuelo de probarnos á nosotros mismos que amamos á Dios. Veamos qué es lo que nos pide tanto tiempo hace: nuestro director, nuestro propio corazon, nuestra conciencia nos lo dicen bastante: no nos apuremos por hallar una materia de sacrificio. Dios nos pide que le sacrifiquemos aquel pequeño resentimiento, aquella partida de placer, aquella pasion al juego, aquella visita poco necesaria, aquel refinamiento en la compostura, etc. Postrados en este momento á los piés de nuestro crucifijo, digamos á Dios que por su amor vamos á ver hoy mismo á aquella persona á quien mirábamos con frialdad, que queremos privarnos de aquella visita, de aquella reunion, de aquel juego; que le hacemos el sacrificio de aquel adorno, y que esto lo hacemos para probarle que le amamos; mañana nos será fácil darle alguna otra prueba.

2 Las personas que hacen profesion de piedad no deben omitir esta práctica. Si las víctimas que tienen que inmolar no son de gran valor, no son por eso de menor mérito, y muchas veces cuesta mas el sacrificarlas. No es, por ejemplo, una reunion mundana, una pasion por el juego, un resentimiento, una gala, pero será un apego á un mueblecillo poco conveniente ó superfluo; una pequeña indiferencia ó frialdad, efecto ordinario de una envidia secreta; será una lijera inmortificacion ó defecto de educacion, una grosería del natural, una desigualdad de humor, una falta de mansedumbre, una delicadeza escesiva. Determinemos hoy cuál de estas víctimas queremos degollar, y sea hoy este pequeño sacrificio la prueba de nuestro amor á Dios y zelo. Un espejo, un adorno del aposento ó de la cama, ciertos muebles demasiado curiosos causarán no poca pena en la hora de la muerte á personas religiosas, que hubieran podido á poca costa adquirir un mérito para con Dios privándose de ellos durante su vida.

DOMINGO DÉCIMOCTAVO DESPUES DE PENTECOSTÉS.

Nada tiene de particular este domingo. El asunto del Evangelio que se ha elegido para la misa del dia, y que refiere la historia de la curacion del paralítico, á quien el Salvador mandó que llevase su cama para prueba del milagro, le habia dado el nombre del domingo del paralítico que lleva su lecho. Contiene este Evangelio una de las pruebas mas convincentes de la divinidad de Jesucristo; todo en él es milagroso, todo es instructivo, hasta las menores circunstancias. La Epístola refiriendo las gracias singulares y espléndidas que Dios habia hecho á los corintios por Jesucristo, los tesoros espirituales de que les habia colmado, sobre todo por el don de la palabra y de la ciencia, es al mismo tiempo un elogio de aquella Iglesia floreciente. El introito de la misa es una oracion que la Iglesia hace á Dios para suplicarle que conceda la paz del corazon y de la conciencia á todos los que le sirven con fervor y con fidelidad, á fin de que gusten la dulzura que se halla en su servicio. La Iglesia para formar esta oracion, por la cual comienza la misa de este dia, ha tomado las palabras del capítulo 36 del Eclesiástico.

«Conceded, Señor, la paz á los que esperan en vos, á fin de que vuestros profetas aparezcan verídicos y fieles,» y que no parezca que han predicho en vano. «Oid las plegarias de vuestro siervo y las de todo Israel vuestro pueblo. Me he llenado de regocijo cuando se me ha hecho saber que iremos á la casa del Señor.» Estas últimas palabras están tomadas del salmo 121. Contiene este salmo los sentimientos del pueblo judío, cuando se vió cerca de salir de la cautividad de Babilonia. Los judíos cautivos en una tierra estraña, no cesaban de pedir á Dios que les proporcionase la vuelta á su pais, y suspiraban sin cesar por su libertad. Habiendo sabido que Ciro habia dado un edicto para ponerlos en libertad, y para volverlos á establecer en su querida patria, el primer objeto de su alegría y de sus acciones de gracias es que volverán á ver el templo del Señor. No hay cosa mas bella ni mas laudable que este piadoso sentimiento, el cual demuestra un fondo admirable de religion. Enséñanos el Espíritu Santo por estas figuras cuáles deben ser nuestros afectos por el cielo, nuestra verdadera patria. Compuso David este salmo movido de un espíritu de profecía, previendo la alegría que algun dia tendria el pueblo al volver á ver el templo de Jerusalen despues de una cautividad tan larga. Es una espresion del gozo y del contento, dice san Crisóstomo, que causó á los judíos cautivos la feliz noticia de su libertad y de su vuelta á Jerusalen. San Hilario, san Agustin y san Gerónimo aplican á la dicha de ir á la Jerusalen celestial, lo que el Profeta dice aquí de la terrestre. En efecto, ¿qué alegría no debe causar á un fiel el dulce pensamiento de la eterna bienaventuranza?

«Recompensad, Señor,» dice el texto, «á los que esperan en vos.» Recompensad la paciencia, el ardor y la confianza de un pueblo que á pesar de tantas revoluciones y desgracias os ha sido siempre fiel. El autor habla aquí del pueblo judío, que despues de la cautividad de Babilonia no cayó en la idolatría; y tambien parece insinuar que habla del Mesías, como si dijese: El zelo y la fidelidad, Señor, con que todo el pueblo os sirve, merece que por recompensa le concedais el Mesías, el Salvador tan deseado: enviadle este Redentor, á fin de que tantas profecías como nos le han prometido no sean vanas, y que aparezca que los profetas han dicho la verdad. Esto es lo que le mueve á decir: «Oid las plegarias de vuestros siervos, y las de todo Israel vuestro pueblo,» ó como dice el texto, «oid las súplicas de vuestros siervos.»

La Epístola del dia está tomada del capítulo primero de la primera de san Pablo á los corintios, en la que el santo Apóstol da gracias á Dios por los dones que se le han concedido.

«Yo no ceso de dar gracias á mi Dios por vosotros, de la gracia que os ha hecho por Jesucristo.» La gracia que Dios habia hecho á los corintios, y por la que san Pablo da gracias á Dios, era la gracia de su vocacion á la fé de Jesucristo, al cristianismo. En efecto, esta es la mas insigne de todas las gracias, puesto que sin la fé no hay

salvacion. Los corintios habian estado sepultados en las tinieblas de la idolatría; y como aquella ciudad, capital de la Acaya, y aun de toda la Grecia, era una de las mas opulentas de todo el Oriente, la idolatría, madre de todos los vicios, reinaba en ella con mas imperio. Aun cuando aquella ciudad hubiese caido mucho de su antiguo esplendor, sin embargo estaba todavía entonces bastante floreciente para merecer que Ciceron la llamase luz de toda la Grecia.

El primero que vino á ella á predicar el Evangelio fué san Pablo, hácia el año 52 de Jesucristo, cuando á resultas de haber sido arrojado de Filipos vino á Atenas, y de Atenas á Corinto. Permaneció allí diez y ocho meses, animado y fortificado por la aparicion de Jesucristo, que le aseguró que él se habia elegido un gran pueblo en aquella ciudad. El suceso verificó muy pronto la prediccion. La fé hizo prodigiosos progresos entre los corintios, y la iglesia de Corinto llegó á ser en poco tiempo una de las mas numerosas y de las mas florecientes de la Acaya. San Pablo, que habia hecho allí tan célebres conversiones tanto de judíos como de gentiles, comienza la carta que les escribe dando gracias al Señor por un favor tan señalado. Bella leccion para muchas gentes, que habiendo recibido de Dios una gracia semejante, pasan toda su vida sin haberle jamás dado gracias por ella. ¿Y no somos nosotros de este número? Un cristiano y un católico no debe nunca pasar un solo dia de su vida sin dar gracias á Dios por haberle hecho nacer de padres cristianos, y haberle alimentado en el seno de la Iglesia, mientras que tantos otros viven y mueren en la infidelidad, ó en el cisma y en la herejía.

Yo le doy gracias, continúa el Apóstol, de que por él habeis sido enriquecidos con todo género de bienes, con todos los dones de la palabra y de la ciencia. Estos bienes y estos dones con los cuales, dice san Pablo, habian sido enriquecidos los fieles, son además las gracias actuales, los dones estraordinarios del Espíritu Santo que Dios comunicaba con tanta abundancia á los primeros fieles; los dones de lenguas y de profecía, el de la inteligencia de las santas Escrituras y de los misterios de la religion, el don de la predicacion, y aun el de los milagros. Estas gracias singulares y brillantes no eran tan raras como en el dia, en los primeros dias de la Iglesia; Dios las repartia con mas liberalidad. Y como los corintios tenian naturalmente mas dificultades que vencer para adquirir el reino de Dios que los demás pueblos de Oriente, por su lujo, su molicie y su altivez, eran necesarias para convertirles gracias sobrenaturales mas estraordinarias; por tanto Dios se las habia concedido con mas abundancia. ¿Quién ha pasado por vuestro país, dice san Clemente papa en la carta que les escribe, quién ha pasado por vuestro pais, y no os ha felicitado por los bellos conocimientos, y por la ciencia tan perfecta y tan cierta que Dios os ha comunicado? Déjase ver muy bien, añade, que habeis recibido con plenitud la efusion del Espíritu Santo. Sin embargo, no quiere decir san Pablo que cada fiel de Corinto hubiese recibido todos estos dones, sino solamente que se habian comunicado abundantemente á la iglesia de Corinto. Esta ciudad era la mas rica de la Grecia; pero el Apóstol no felicita á los corintios sino por sus riquezas espirituales, y estas son tambien las únicas que debe estimar un cristiano; la gracia santificante, la humildad, la caridad, la pureza, todas las virtudes cristianas.

«Por donde lo que se ha anunciado de Jesucristo se ha verificado en vuestras personas.» Como si dijera: que por estos dones y por estas gracias, la verdad de la doctrina de Jesucristo que el Apóstol les habia predicado, y de que les habia dado testimonio, se habia confirmado y fortificado visiblemente entre ellos. Los dones sobrenaturales del cielo, el don de lenguas, el don de profecía, el don de ciencia, el don de milagros, han dado testimonio á la verdad de su predicacion, y son pruebas evidentes de la escelencia de su fé, y de la verdad de la religion cristiana. «De suerte que con respecto á los dones de gracias, añade el santo Apóstol, no careceis de ninguno que os afiance en la esperanza que teneis de que aparezca Jesucristo nuestro Señor;» que es como si les dijese: Vosotros habeis sido abundantemente provistos de todos los dones de gracias necesarias para sosteneros contra todas las pruebas, y contra todos los esfuerzos del enemigo de vuestra salud, y para perseverar en la fé y en el servicio de Dios hasta la venida de Jesucristo. Por esta venida del Salvador debe entenderse no solo el juicio último y universal, sino tambien el juicio particular al fin de la vida. Las gracias estraordinarias y magníficas que el Señor os ha hecho desde vuestra conversion, os responden de las que está pronto á haceros si sois fieles en su servicio hasta la muerte. Sin embargo estad continuamente alerta, no os relajeis, corresponded con una fidelidad generosa y constante á todos estos favores, no sea que todos estos dones con que tan liberalmente os ha enriquecido el Señor, sirvan para vuestra condenacion y vuestra pérdida si no perseverais, y si contando demasiado con su bondad llegaseis á desmentiros y relajaros en su servicio: «El es el que os afirmará por su gracia hasta el fin, sin que se os pueda acusar en el dia que viniere Jesucristo nuestro Señor.» Es evidente que estas palabras deben tomarse en un sentido condicional. Ellas significan, dicen los intérpretes, que Dios no dejará de dar á los corintios todos los auxilios necesarios para afirmarse mas y mas en el bien, y en la práctica de todas las virtudes cristianas, hasta la venida de Jesucristo, esto es, hasta el fin de la vida, con tal que por su parte no pongan obstáculo á la gracia por su ingratitud hácia Dios, y por el pecado. Las gracias por las que el Señor nos afirma en la virtud, no deben obstar para que lo temamos todo de nuestra flaqueza. «Trabajad, dice el mismo Apóstol (Philip. 2.), sin cesar en vuestra salvacion con temor y temblor.» La sabiduría de Dios nos deja la libertad de usar ó de no usar de los auxilios que su bondad nos ofrece; «convida á las coronas y á los premios, dice san Crisóstomo, pero no trae á rastra á los que rehusan ir por ellos.» Las gracias estraordinarias y brillantes deben hacernos humildes y reconocidos, mas nó flojos y presuntuosos. Cuantos mas talentos hemos recibido, dice san Gregorio, mas cuenta tenemos que dar á Dios del recaudo; y cuanto mas ricos seamos mas tenemos que perder, y mas interés tenemos en no perder lo que hemos ganado. ¡Cuántas luces brillantes de la Iglesia se ha visto que las apagó el viento, por no haber sabido ponerse al abrigo á favor de una humildad profunda! ¡Cuántas naves ricamente cargadas han perecido contra una roca, ó en un banco de arena! «El que crea, pues, estar firme en pié, dice en otra parte el mismo Apóstol (1. Cor. 10.), guárdese no caiga.» Tal es la importante leccion que da

aquí san Pablo á los corintios, y generalmente á todos los fieles.

El Evangelio de la misa de este dia está tomado del capítulo nueve de san Mateo, en donde se refiere la historia de la curacion milagrosa del paralítico á quien Jesucristo mandó que llevase la cama.

Habiendo dejado el Salvador el territorio de los gerasenos, en donde habia permitido á una legion de demonios arrojada del cuerpo de uno ó dos poseidos que entrase en un rebaño de puercos y que los anegasen, pasó el mar de Galilea y vino á la ciudad de Cafarnaum, pero secretamente y sin ruido. No obstante, no pudo de tal modo ocultar su llegada que no se supiese, y que en un momento no se esparciese la noticia por toda la ciudad. Inmediatamente concurrió á verle una muchedumbre tal, que ni la casa ni el vestíbulo eran capaces para contenerla. Los discípulos que veian tantos oyentes reunidos, y que sabian que Jesus no dejaria de darles instrucciones y distribuirles el pan de la palabra segun tenia de costumbre el hacerlo, le prepararon una silla, y al mismo tiempo ofrecieron asientos á los fariseos y á los doctores de la ley ó escribas que habian venido de muchas poblaciones de Galilea, de Judea, y aun de Jerusalen, y que hallándose en Cafarnaum tuvieron mucha complacencia en oirle. Habiéndose, pues, todos sentado, les hizo el Salvador un discurso muy instructivo y muy patético sobre los principales puntos de la ley, y habló con tal fuerza y tanta uncion, que todos convinieron que él solo poseia la plenitud de la ciencia y de la sabiduría.

Al fin del sermon se le presentó un gran número de enfermos; los curó á todos, siendo testigos de ello todos los que allí se habian reunido, de manera que su poder no apareció, puede ser, jamás con mas esplendor que en aquella coyuntura. Pero en lo que mas principalmente se ostentó su divinidad fué en la curacion milagrosa de un paralítico. Vinieronle á presentar, atravesando la multitud, un pobre hombre baldado de todos sus miembros; de suerte que mas bien parecia un hombre muerto que vivo. Traianle cuatro hombres en un lecho, los cuales viendo que no podian romper por el concurso, y ya desesperando de conseguirlo despues de haber hecho mil esfuerzos en vano, resolvieron bajarlo por el techo á la habitacion donde estaba Jesus. Se ha advertido ya en otra parte que los techos de las casas eran llanos en todo el Oriente, de modo que podia pasearse por ellos. Un antiguo intérprete añade, que en medio del techo de cada casa habia un escotillon que se abria hácia fuera cuando se queria subir al terrado, ó ventilar la habitacion por dentro. No pudiendo, pues, los que llevaban al paralítico entrar en la casa á causa de la multitud, subieron al techo por una escalera esterior que conducia á él, abrieron el escotillon, y con cuerdas bajaron el lecho del enfermo al aposento en donde estaba el Salvador.

Jesucristo que veia su fé tan viva en su corazon, como ardiente se mostraba en lo esterior, y que se complacia mucho en su caridad y en las santas disposiciones del enfermo, no tardó en concederles lo que deseaban; pero para enseñarnos que es menester preferir siempre la salud del alma á la del cuerpo, la primera gracia que hizo al paralítico, aun sin que él la pidiese, fué perdonarle sus pecados, despues de haberle hecho la de que concibiese un vivo arrepentimiento y una contricion verdadera de ellos. «Hijo mio, le dijo, anímate, tus pecados te son perdonados.» ¡Qué de votos no se hacen entre los cristianos por la salud y por los favores temporales! ¡Cuán pocos piden á Dios la gracia de una sincera penitencia! Muchos alcanzarian la salud del cuerpo si fuesen solícitos en recobrar la salud del alma, y si ántes de haber recurrido á los remedios de su enfermedad comenzasen por detestar sus faltas y se confesasen.

Estas palabras «tus pecados te son perdonados,» chocaron á los doctores de la ley y á los fariseos, y tomaron de ellas motivo de escándalo; no se atrevian, empero, á descubrir su pensamiento, y se contentaban con decir para sí mismos: ¿Quién es este hombre? ¿qué es lo que piensa? «él blasfema.» La pretendida blasfemia consistia en que el Salvador se atribuia el poder de perdonar los pecados, lo cual solo pertenece á Dios. ¿Quién puede perdonar los pecados sino solo Dios? Decian verdad, y por tanto el Salvador pretendia darles una prueba evidente de su divinidad, confirmando claramente lo que les decia por un milagro visible, habiéndoles ántes demostrado que conocia el fondo de los corazones y penetraba los pensamientos secretos, lo cual no es propio mas que de Dios.

En efecto, Jesus, que sin señal alguna conocia el interior del hombre, les hizo ver en esta ocasion que nada habia oculto para él. «¿Por qué, les dice, formais malos juicios dentro de vosotros? ¿Qué es mas fácil decir: tus pecados te son perdonados; ó decir, levántate y echa á andar?» Como si les dijera: voso'ros convenís en que nadie puede perdonar los pecados sino solo Dios. Ahora bien, si yo os demuestro visiblemente que tengo poder para perdonar los pecados, ¿me mirarois como un puro hombre? Tengo, pues, este poder, y es tan fácil para mí el perdonar los pecados, como el dar en el instante la salud á este hombre tullido de todos sus miembros, y hacer que ande en la hora. Dios no podria hacer un milagro para autorizar un blasfemo, y confirmar el error y la impiedad. Si, pues, yo curo á vuestra vista este paralítico, pruebo con este milagro que tengo poder para perdonar los pecados, y que no me es mas difícil el perdonarlos que el volver á este infeliz baldado el uso de sus miembros: «A fin, pues, de que quedeis convencidos sensiblemente del poder invisible que tengo de curar todo género de enfermedades, levántate, dijo entonces al paralítico, y para hacer ver que estás perfectamente curado, «toma tú mismo tu cama, y véte con ella á tu casa.» A estas palabras del Omnipotente el paralítico se levantó, cargó sin ningun auxilio su lecho sobre sus espaldas á vista de todo el concurso, y pasando por medio de la multitud se fué saltando de gozo á su casa. Pocas pruebas, parece, que ha dado Jesucristo, en todo el curso de su vida mortal mas brillantes ni mas patentes que esta de su divinidad; menester es ser mas que ciego para no quedar convencidos de ella. Notemos que el milagro visible que hace curando instantáneamente á aquel hombre tullido, no lo hace mas que para probar el poder invisible que tiene de perdonar los pecados en la tierra: *Ut sciatis*. Dios no podria hacer un milagro para probar la mentira y el error, así es que todo el pueblo quedó poseido de una admiracion que llegaba ya á ser una especie de pavor santo. Oiase esclamar á toda la gente allí reunida: «Gloria, alabanza eterna al Dios omnipotente, que ha dado tal poder á los hombres.» Es probable que los judíos, siempre groseros y materiales, no comprendiesen la mayor parte

una verdad tan visible; y que no pudiendo concebir que aquel á quien veian como verdadero hombre, pudiese al mismo tiempo ser verdadero Dios, no considerasen todavía á Jesucristo mas que como un hombre maravilloso y estraordinario, y esto es lo que les hacia alabar á Dios porque habia dado á los hombres, decian, un poder semejante. Jesucristo perdonaba los pecados y hacia milagros, no solo como hombre, sino como Dios en virtud del poder que la naturaleza divina comunicaba á la humanidad con la cual estaba unida sustancialmente, y con la que no hacia mas que una sola persona que era la persona del Verbo. Por consiguiente el Hijo del hombre obraba estas maravillas en su propio nombre y por su propia virtud; á diferencia de los demás hombres que no las obran sino en nombre de Jesucristo y en virtud de un poder estraño.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Dirigat corda nostra, quæsumus, Domine, tuæ miserationis operatio: quia tibi sine te placere non possumus. Per Dominum...

Os suplicamos, Señor, que movais y conduzcais nuestros corazones mediante la divina operacion de vuestra gracia; porque sin vos no podemos agradaros. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola está tomada de la primera de san Pablo á los Corintios, cap. 1.

Fratres: Gratias ago Deo meo semper pro vobis in gratia Dei, quæ data est vobis in Christo Jesu: quod in omnibus divites facti estis in illo, in omni verbo, et in omni scientia. Sicut testimonium Christi confirmatum est in vobis: ita ut nihil vobis desit in ulla gratia expectantibus revelationem Domini nostri Jesu Christi, qui et confirmabit vos usque in finem sine crimine, in die adventus Domini nostri Jesu Christi.

Hermanos mios: Yo no ceso de dar gracias á mi Dios por vosotros, por la gracia que os ha hecho por Jesucristo, pues por él habeis sido enriquecidos con todo género de bienes, con todos los dones de la palabra y de la ciencia, por donde lo que se ha anunciado de Jesucristo se ha verificado en vosotros. De tal modo que con respecto á los bienes de gracia de nada carezcais, mientras que esperais que aparezca Jesucristo nuestro Señor, el cual os confirmará hasta el fin, para que no seais acusados de crímen en el dia en que vendrá Jesucristo nuestro Señor.

Fué escrita esta Epístola desde Efeso, algun tiempo ántes que san Pablo partiese para ir á Macedonia, hácia el año 56 de Jesucristo. Divídese en dos partes: en la primera les da el Apóstol una viva correccion, con motivo de sus divisiones y de un incesto cometido entre ellos; en el resto de la carta responde á diferentes cuestiones que los corintios le habian propuesto.

REFLEXIONES.

«Habeis sido enriquecidos con todo género de bienes.» San Pablo para hacer agradable la caridad y la viva correccion que habia dado á los corintios, comienza su carta recordándoles todos los dones sobrenaturales, y todas las gracias singulares de que Dios les habia colmado abundantemente, y con que les habia enriquecido desde el principio de su conversion. Nada en efecto debe hacer mas impresion, ni mover mas á los que despues de haberse convertido verdaderamente, y despues de haber gustado las dulzuras que se hallan en el servicio de Dios, dejan de ser quienes fueron, y olvidando las gracias de predileccion que han recibido, y los insignes beneficios de que han sido colmados, vuelven á sumergirse en el desórden; nada, repito, es mas á propósito para cubrir de confusion á estas almas ingratas é infieles que la memoria de estos mismos beneficios.

Cuesta trabajo comprender cómo un gran desarreglo de costumbres pueda suceder á una piedad ejemplar, y que despues de haber sido devoto de buena fé, venga á pararse en libertino de profesion; cómo esas luces tan vivas, tan claras, que hacen ver la virtud con un brillo tan hermoso, puedan estinguirse tan absolutamente, sin que se sienta á lo ménos que se ha quedado uno ciego; cómo pueda perderse el gusto á la piedad hasta el estremo de mirarla con horror, sin que el alma advierta que está enferma; y cómo despues de haber servido á Dios muchos años con fervor y con edificacion, pueda uno retirarse de su servicio sin sentimiento y sin inquietud. Todo esto pareceria imposible, si ejemplos frecuentes no probasen demasiado todos los dias que no lo es. La corrupcion del corazon pasa muy pronto hasta el espíritu: déjase de pensar bien luego que se deja de vivir bien. Cuando llega á perderse el gusto á las grandes verdades de la religion, muy pronto se las pierde tambien de vista; nunca es pequeño el estravío, cuando despues de haber conocido el buen camino se aleja de él por disgusto. ¡Qué diferencia de costumbres, de sentimientos y de conducta, buen Dios, entre una persona verdaderamente piadosa, y la misma cuando vive en el desarreglo! Dulce, humilde, atenta, oficiosa, caritativa, porque todo esto es cuando es sinceramente virtuosa. ¡Qué sabiduría, qué prudencia, qué probidad en toda su conducta! Aquella señora penetrada de las grandes verdades de la religion, no encontraba alegría verdadera sino en los ejercicios de una sólida piedad, y vivia en el mundo sin seguir sus máximas. La regularidad de sus costumbres, su modestia, su aplicacion á sus deberes, su afabilidad, daban un nuevo lustre á todas sus bellas cualidades. La envidia respetaba su virtud, se la proponia en el mundo como modelo de una señora cristiana. Aquella persona religiosa al salir de su noviciado se hacia admirar de los mas antiguos por su exacta puntualidad, por su tierna devocion, por su fervor, por su mortificacion, por su modestia. ¿Quién hubiera dicho que una virtud tan sólida deberia perderse algun dia? Pero por haber descuidado el reparar una viga, dice el Santo, repasar el tejado, cerrar una brecha, todo el edificio se ha hundido; una pequeña hendidura en el navío le conduce á un triste naufragio: aquel oro tan puro ha perdido todo su precio, perdiendo su esplendor; aquella virtud tan pura, tan brillante, se ha oscurecido. Aquellos vasos de eleccion y de gloria han tenido la suerte de los vasos de barro, que á la primera caida se hacen pedazos. Salomon pervertido, y un apóstol convertido en apóstata, prueban demasiado, que cuando se ha gustado de Dios, cuando uno ha sido verdaderamente devoto y ha dejado de serlo, no se hace nunca malo á medias. Diríase que la fé, el buen sentido, la educacion, la razon misma se pierden con la devocion. Aquel jóven tan sabio, tan racional,

tan bien educado, no es ya nada de esto desde que no es devoto. Aquella señora cristiana no es ya conocida desde que se ha hecho mundana. Aquella persona religiosa jóven ha llegado á ser un motivo de escándalo desde que ha caido en la relajacion. «Acordaos, dice el Apóstol, de aquellos dias antiguos, en que llenos de las luces de la fé, sostuvisteis el gran combate de las pasiones.» Pero sobre todo, ¡qué sentimientos produce en el fin de la vida la memoria de aquella virtud estinguida, y de aquellas gracias tan preciosas de que se ha hecho un abuso tan pernicioso!

El Evangelio de la misa de este dia es lo que sigue tomado del de san Mateo, capítulo 9.

In illo tempore: Ascendens Jesus in naviculam, transfretavit, et venit in civitatem suam. Et ecce offerebant ei paralyticum jacentem in lecto. Et videns Jesus fidem illorum, dixit paralytico: Confide, fili, remittuntur tibi peccata tua. Et ecce quidam de scribis dixerunt intra se: Hic blasphemat. Et cum vidisset Jesus cogitationes eorum, dixit: Ut quid cogitatis mala in cordibus vestris? Quid est facilius, dicere, Dimittuntur tibi peccata tua; an dicere, Surge, et ambula? Ut autem sciatis, quia Filius hominis habet potestatem in terra dimittendi peccata, tunc ait paralytico: Surge, tolle lectum tuum, et vade in domum tuam. Et surrexit, et abiit in domum suam. Videntes autem turbæ, timuerunt, et glorificaverunt Deum, qui dedit potestatem talem hominibus.

En aquel tiempo: Habiéndose metido Jesus en una barca pasó el lago, y entró en su ciudad: luego que llegó, algunos le presentaron un paralítico tendido en su cama, y viendo Jesus su fé, dijo al paralítico: Hijo mio, anímate, tus pecados te son perdonados. Al mismo tiempo algunos de los escribas dijeron para sí: Este hombre blasfema. Viendo Jesus lo que pensaban: ¿Por qué les dice, haceis malos juicios dentro de vosotros mismos? ¿qué es mas fácil decir, tus pecados te son perdonados, ó decir, levántate y anda? Pues para que sepais que el Hijo del hombre tiene poder para perdonar los pecados sobre la tierra: Levántate, dijo entonces al paralítico, toma tu cama y vete á tu casa. Levantóse, en efecto el paralítico, y se fué á su casa. Viendo esto el pueblo quedó poseido del temor, y en alta voz alabó á Dios que habia dado tal poder á los hombres.

MEDITACION.

Que no hay verdadera felicidad sobre la tierra sino en el servicio de Dios.

Punto primero.—Considera que no hemos sido criados sino para conocer, para amar y para servir á Dios; luego no podemos ser felices sino sirviendo á Dios: cualquiera otra idea de felicidad es quimérica; cualquiera que la busque en otra parte que en Dios, se alimenta de la ilusion y del error.

Jesucristo ha dicho que «su yugo es suave, y su carga lijera.» El mundo piensa y dice lo contrario; ¿quién se engaña? ¿á quién debemos creer? Jesucristo lo ha dicho, luego es verdad; pero ¿nuestros deseos y nuestras solicitudes prueban que creemos este oráculo?

Para ser felices es menester que nuestros deseos queden satisfechos; ningun bien criado hay que los llene completamente; es menester que el corazon quede contento, y fuera de Dios no puede ménos de estar inquieto. Fatigámonos, cansámonos, consumímonos en el servicio del mundo; ¿qué condicion hay sin disgustos? no hay dia sin niebla; no hay empleo que no sea una carga; por mas que se haga, todo disgusta, todo cansa; únicamente es dulce y lijero el yugo de Dios. Mi razon sola no podria decirme lo contrario; y ¿yo dudo, Señor, yo delibero para serviros?

En el servicio del mundo todo es duro, y todo es infructuoso; no hay gozo que no nazca en medio de las espinas, todo pica. ¿Qué dia hay en calma en este mar? todo en él son escollos, y ¡cuántos tristes naufragios suceden! ¿Qué no se sufre en él por las pasiones de los demás, y qué no tenemos que sufrir por nuestras propias pasiones?

En el servicio de Dios, estos tiranos están por lo ménos aherrojados, todo es llano en sus caminos; el cielo está en él siempre sereno; y ciertamente, cuando la conciencia está en paz, ¿qué mas dulce calma? ¡Ah! ¡cuánta verdad es, Señor, que estos misterios están escondidos á los sabios y á los prudentes del siglo, y que solo á los humildes es á quienes se revelan estos secretos! ¿En quién consiste, Señor, que yo no los conozca? Haced que yo lo esperimente, estoy pronto á sacrificarlo todo, á hacer cuanto sea necesario para gustar tan dulces y tan consoladoras verdades.

Punto segundo.—Considera que hay pocas verdades prácticas mejor probadas, ni mejor demostradas que esta.

¿Cuál es el mundano que esté contento con el señor á quien sirve? ¿Cuántas quejas no se oyen todos los dias sobre lo que se ha sufrido en el servicio del mundo? Y al contrario, no hay santo alguno que no esté contento, que no se vea hasta colmado de gozo en el servicio de Dios. ¿Se ha encontrado jamás ni uno solo de todos ellos que se haya quejado de que ha tenido mucho que sufrir en él; de que no ha sido bastante recompensado; de que Dios no ha sido un señor bueno? No hay proporcion alguna entre nuestros trabajos y la recompensa.

La soledad, la penitencia, las cruces son tesoros ocultos á los sabios del mundo; pero ¿qué manantial mas abundante de dulzura, de paz y de consolacion interior para las gentes buenas? Su modestia, su moderacion, su igualdad de humor, son las imágenes de la tranquilidad del alma, y de la alegría del corazon. ¡Cuándo nos conducirá á esta fuente el deseo de la felicidad!

San Pablo, primer ermitaño, pasa noventa años en la mas espantosa soledad, desconocido de los hombres, y únicamente ocupado en Dios: ¿se queja san Pablo del Señor á quien ha servido? ¿se le debe tener á él lástima? Ha ignorado lo que pasaba en el mundo. ¡Cuántos grandes hay en el mundo que querrian haber tenido la misma suerte!

Noventa años pasados en el servicio del mundo, ¿causan tanto consuelo en la hora de la muerte? ¿No llevan tras de sí ningun sentimiento? ¿Son objeto de la admiracion y de la veneracion de todos los fieles en todos los siglos? ¡Cosa estraña! Hace mas de seis mil años que está demostrando esta verdad la fé, la razon y la esperiencia, y no hay forma de creerla. ¿Será estraño que haya tantos desdichados?

No quiero yo, Señor, engrosar el número de ellos; estoy bien convencido de que solo es posible ser felices en vuestro servicio. Tampoco quiero tener ya otro señor, y

toda mi ambicion, todo mi placer de hoy en adelante será el de serviros.

JACULATORIAS.—¡Qué dulzuras, Señor, haceis gustar á los que os temen! (Psalm. 30.)

Un solo dia pasado en el servicio de Dios, es mas satisfactorio que mil otros en cualquiera otra parte. (Ps. 83.)

PROPÓSITOS.

1 Impongámonos una ley de no hablar jamás de la devocion sino con respeto, y en términos que demuestren la estimacion que hacemos de ella; no hablemos de ella sino como del orígen de nuestra verdadera felicidad. El enemigo de Jesucristo y de nuestra salvacion es el que ha introducido la falsa opinion de que cuesta mucho el ser devoto; que el servicio de Dios es muy duro; que hay muchos monstruos que domar; que todo es preciso hacerlo en él á costa de sudor y de violencia. Esta jerigonza, tan comun en el dia de hoy, desanima á muchas almas tímidas, mantiene á los libertinos en sus desórdenes, es injuriosa al Señor á quien servimos, y hace mas mal de lo que se cree. Un san Pablo en el desierto; un san Luis en el trono; tantos millones de santos y santas, de toda condicion y de todo estado, piensan y hablan de otra manera en materia de devocion, que los libertinos y las mujeres mundanas; ¿á quiénes se debe creer? Nosotros, dicen, no hemos jamás esperimentado estas dulzuras, ó al ménos esta felicidad en la práctica de la virtud; pero, y ¿qué han hecho para hacerse dignos de ella? Consérvase aun el depravado gusto por los fastidiosos placeres del mundo, permanécese lánguido, enfermo, y se querria gustar ya la dulzura de los gozos del cielo. Sirvamos á Dios con fervor, y muy pronto le serviremos con placer.

2 Amemos y practiquemos el recogimiento interior. Sin él, la piedad es superficial. Huyamos el tumulto y la disipacion; amemos el retiro; el aire del gran mundo es siempre contagioso para la salud, á ménos que no sea Dios el que nos esponga á él; aun en este caso nos obliga al recogimiento, como preservativo necesario. Comencemos por evitar el demasiado roce con el gran mundo; mortifiquemos nuestra curiosidad con respecto á las noticias y rumores que corren por la poblacion. Esta pequeña mortificacion sirve de grande auxilio para el recogimiento.

DOMINGO DÉCIMONONO DESPUES DE PENTECOSTES.

Habiendo elegido la Iglesia para el Evangelio de la misa de este dia la parábola del rey que hizo el festin para celebrar la boda de su hijo, del cual se hicieron indignos los primeros que habian sido convidados, se ha llamado el domingo de los convidados á la boda; podriase tambien añadir, y de la parábola de la reprobacion de los judíos. No hay ninguno, en efecto, en que esté mejor designada esta reprobacion. Vese tambien en ella la figura de la reprobacion de los malos cristianos, en el que no habiendo rehusado el honor que el rey le hacia, se puso á la mesa sin tener el vestido de boda, y fué severamente castigado, habiendo sido arrojado fuera y condenado á las tinieblas. La Epístola del dia, en sentido figurado, tiene mucha relacion con esta parábola. Es una exhortacion patética que san Pablo hace á los efesinos, á fin de que se despojen del hombre viejo y se revistan del nuevo, esplicándoles las cualidades del uno y del otro, exhortando en su persona á todos los cristianos á que se renueven en espíritu, y á vivir con gran pureza de costumbres, figurada en el vestido de boda de que se ha hablado en el Evangelio. El introito de la misa tiene la misma relacion, y exhortando á los fieles á guardar la ley de Dios con puntualidad, y con fervor, les recuerda que Dios solo es nuestra salud, y que en cualquier afliccion que nos hallemos no tenemos mas que recurrir á él con confianza. El mismo Señor nos declara que nos oirá, y que será para siempre nuestro Señor, nuestro Dios y nuestro Padre.

«Yo soy la salud de mi pueblo, dice el Señor; en cualquiera afliccion en que se halle, yo le oiré cuando me invocare; y seré para siempre su Señor.» Nada hay tan consolante como esta declaracion y esta promesa de parte de nuestro Dios; nada tampoco que mas culpe de su injusticia á los judíos ingratos y á los cristianos infieles, únicos artífices de su reprobacion.

«Oye, pueblo mio, la instruccion que voy á darte, aplica los oidos á mis palabras.» Este salmo es como el compendio de la historia de los judíos desde Moisés hasta David. Hace aquí el Profeta una contraposicion continua de la bondad de Dios con respecto á su pueblo, y de la ingratitud de este mismo pueblo con su Dios. Además de muchas cosas ocultas bajo del sentido literal de este salmo enteramente misterioso, se ve en él el reino de Jesucristo figurado en el de David; y la tribu de Judá preferida á la de Efraim nos representa el fin del antiguo Testamento y el principio del nuevo, en el cual los gentiles han sido llamados al festin de las bodas, y desechados los judíos que se han hecho indignos de él por su impiedad y por la mas negra de las ingratitudes. Esta alegría sin duda es la que ha movido á la Iglesia á elegirle para el introito de la misa de este dia.

La Epístola está tomada del capítulo cuarto de la de san Pablo á los efesinos. Habia tomado el santo Apóstol con estraordinario empeño la salud y la perfeccion de aquella Iglesia naciente. Conociendo las necesidades espirituales de aquellos nuevos fieles, les instruye cuidadosamente en todos los misterios de la fé, y en los puntos mas esenciales de la moral cristiana.

Efeso era una ciudad muy dada á la idolatría, á todo género de supersticiones, y singularmente á la magia. Vemos en los Hechos de los Apóstoles que san Pablo hizo quemar allí en un solo dia libros mágicos por valor de cincuenta mil denarios; los cincuenta mil denarios hacen veinte y cinco mil libras de nuestra moneda, no tomando el denario mas que bajo del pié de diez sueldos de Francia que es el valor ordinario del denario romano (1). El libertinaje correspondia á todas las supersticiones; el vicio, la licencia y la disolucion reinaban allí con mas imperio que en cualquier otra ciudad. Habia sido menester curar el entendimiento de sus errores, y el corazon de la corrupcion. La gracia del Señor habia obrado esta doble maravilla por ministerio de san Pablo. Los efesinos habian abrazado la fé con mucha generosidad; la inocencia y el fervor reinaban en aquella Iglesia á pesar del mal ejemplo de los conciudadanos, y de los artificios de los falsos doctores y de los falsos hermanos. Era preciso nutrir aquella piedad y renovar con frecuencia aquel espíritu de fervor

(1) Entre nosotros equivale el denario á cuarenta mrs., esto es, un real y seis mrs. de vellon.

que es como el alma de la virtud cristiana, y esto es lo que hace aquí el santo Apóstol.

«Renovaos en el espíritu,» y revestíos del hombre nuevo que ha sido criado á semejanza de Dios en la verdadera justicia y en la verdadera santidad. Todos los principios prometen mucho. Los primeros pasos se dan siempre con vigor, pero luego nos entibiamos y nos detenemos: es menester recordar con frecuencia los mismos objetos, los mismos motivos que nos han obligado á entrar en la carrera para continuar su curso. Nada hay tan espuesto al cansancio como el fervor en el camino de la perfeccion. La pesadez del cuerpo, por decirlo así, fatiga al espíritu; la continuacion del trabajo adormece el alma. Combátese con generosidad, pero cuando es menester velar continuamente para no ser sorprendidos por un enemigo que no duerme, hay gran peligro de cansarse; es necesario renovarse sin cesar en espíritu, y decir cuasi en todo momento como el Profeta: *Dixi: nunc cœpi.* Yo renuevo á todas horas mi resolucion de ser de Dios, mis propósitos de servir á Dios, yo comienzo con nuevo fervor. Sin esta renovacion interior, el espíritu de devocion, por decirlo así, se gasta muy pronto, y esto es lo que san Pablo recomienda aquí á los fieles de Efeso: «Vestíos de hombre nuevo.» Este nuevo hombre, del cual les dice el Apóstol que se revistan, es aquel hombre espiritual é interior, aquel hombre inocente, aquel hombre nuevo reengendrado por las aguas del bautismo; es el mismo Jesucristo, á quien debemos retratar en nosotros mismos por la pureza de nuestras costumbres y la inocencia de nuestra vida: de suerte que cada uno de nosotros pueda decir con verdad como el Apóstol: «Vivo yo, no soy ya yo el que vivo, es Jesucristo el que vive en mí.» No hay predestinado que no retrate en su persona este divino prototipo, no le hay que no sea conforme á la imágen del Hijo del Padre Eterno; y como este es la misma justicia y santidad, es menester que el nuevo hombre, del cual debemos revestirnos, no se contente con una justicia y una santidad aparente, sino que tenga una verdadera justicia interior y una verdadera santidad. San Pablo dice que debemos estar revestidos de dos virtudes que encierran todas las demás, las cuales son esenciales á Dios hombre, puesto que Jesucristo es esencialmente santo y justo por su persona divina; por lo que hace á nosotros no podemos mas que estar revestidos de ellas.

«Por lo cual, dejando la mentira, hablad todos con vuestro prójimo el idioma de la verdad, porque somos todos miembros los unos de los otros.» Reina demasiado en el mundo la simulacion, para que en él se vean dominar la rectitud, la buena fé y la sinceridad. Solo en el cristianismo es en donde reina la verdad. Está desterrado de él todo lo que es doblez; no hay hombre de verdad, decian los mismos paganos, sino el cristiano. Esta simplicidad, esta verdad, esta rectitud es la que recomienda aquí el Apóstol á los fieles de Efeso. Cuando uno está revestido del hombre nuevo es verdadero en sus sentimientos, en sus demostraciones de amistad, en sus palabras, y en todo el comercio de la vida civil. La razon que da San Pablo es singular; porque, dice él, somos todos miembros los unos de los otros. Todos los fieles no forman mas que un cuerpo que es la Iglesia, y este cuerpo místico solo tiene á Jesucristo por cabeza. Ahora bien, esta cabeza es la que dirige á todos los miembros; siendo pues esta cabeza la verdad misma, todos sus miembros deben aborrecer lo falso.

«Cuando os enojeis guardaos de escederos de modo que pequeis.» Los efesinos eran naturalmente coléricos. La verdadera piedad no destruye el natural, pero le corrige; no estingue las pasiones, las doma y aun las hace servir á la virtud y á la perfeccion. Sobre este principio san Pablo recomienda á los efesinos, nó el que no se irriten, sino que si su bilis se enciende en medio de tantas contradicciones, en medio de tantas ocasiones como se presentan en el comercio del mundo, cuiden mucho de sofocar los primeros movimientos, y de reprimir todos sus ímpetus, de suerte que jamás lleguen á ofender á Dios. «No se ponga el sol sobre vuestra ira.» Como si les dijera: luego que conozcais que esta pasion toma fuego, sofocadla en su nacimiento, apagad su primera chispa, ella es capaz de causar un grande incendio, y ántes que se concluya el dia estad ya perfectamente reconciliados con aquellos que hubieran podido daros motivo para incomodaros. Débese, sin embargo, reprender cuando está uno obligado á ello por estado, por empleo, y aun por caridad; pero desde que la pasion se mezcla en ello, ya la reprension se hace sin fruto. «No deis entrada al demonio.» El enemigo de la salvacion, siempre atento á aprovecharse de todas las ocasiones, da vueltas de continuo en rededor de la plaza; no necesita mas que el descuido de un cuerpo de guardia, el que se duerma un centinela, una lijera brecha, un subterráneo para introducirse á la fortaleza. Este enemigo formidable, fino y astuto, no ha menester grandes preparativos; penetra fácilmente las verdaderas disposiciones del corazon por las mas lijeras faltas esteriores; el mas pequeño arrebato le da ocasion alguna vez para encender en el corazon un odio criminal; y un poco mas de familiaridad, un amor impuro. Renovaos, pues, en espíritu, esto es, sinceramente y nó en apariencia. Si la renovacion interior es verdadera, todo el esterior quedará muy pronto reformado. Procuraos la dulce consolacion de ver los efectos de esta renovacion en toda vuestra conducta: así que, el que defraudó la hacienda de otro, no solo no la defraude mas, sino que en adelante asista á sus hermanos con sus propios bienes. Desterrad de entre vosotros la ociosidad, orígen fecundo de muchos males. Un hombre ocioso, dice el Sabio, huyendo del trabajo, entrega su corazon á mil deseos injustos. (Prov. 21.) El hombre ha nacido para el trabajo como el pájaro para volar. (Job. 5.) Por esto, el que por una desidiosa pereza vivia de la caridad de los fieles, ó acaso aun con la industria de otro, trabaje con sus manos en alguna ocupacion honesta; á fin de que no solo tenga él con que vivir de su trabajo, sino que tenga tambien con que aliviar á los que carecen aun de lo necesario, y no pueden trabajar. Advirtamos que el Apóstol quiere que se trabaje para vivir, y aun para tener con que hacer limosna; pero que se trabaje en alguna cosa honesta; proscribiendo por esta espresion todo oficio, todo ejercicio indigno del cristiano, tales cuales son ciertas profesiones incompatibles con la salvacion, y contrarias á la santidad del cristianismo.

El Evangelio de este dia contiene una parábola llena de misterios y de lecciones.

Acababa Jesucristo de proponer muchas parábolas al pueblo que le escuchaba: la de la higuera infructuosa,

que habia maldecido; la del hombre que tenia dos hijos, y que dirigiéndose al primero le dijo: Hijo mio, vé á trabajar á mi viña: No quiero, respondió; pero habiéndose luego arrepentido fué; despues habiendo dicho lo mismo al otro, le respondió: Voy allá, señor, y no fué: la tercera parábola era la de un padre de familias, cuyos viñadores despues de haber muerto á muchos siervos suyos, mataron tambien al hijo que debia heredar la viña. Todas estas parábolas eran figuras muy claras de la reprobacion de los judíos y de la vocacion de los gentiles, á los cuales debia trasferirse el reino de Dios, para no ser comprendido de todo el mundo. Ni hubo tampoco entonces ninguno de los príncipes, de los sacerdotes, ni de los fariseos, ni de los escribas, que no viesen claramente que el Salvador hablaba de ellos; ninguno hubo que no se reconociese bajo de la figura de la higuera infructuosa, y en el retrato del hijo inobediente y de los viñadores asesinos é impíos. Como ellos no podian sufrir estos retratos, bastante parecidos y al mismo tiempo odiosos, ni estas reprimendas demasiadamente amargas, aunque justas, hicieron desde entonces todo cuanto pudieron para prenderle; pero no habiéndose atrevido á ponerlo en ejecucion por temor al pueblo que le miraba con veneracion, se retiraron llenos de hiel y de rabia.

Veia bien el Salvador el veneno y la hiel oculta en su alma; pero sin que se alterase en nada su tranquilidad y su dulzura, no dejó de continuar sus instrucciones con su celo ordinario, y propuso á los que habian quedado una nueva parábola, todavía mas clara y mas instructiva que las precedentes.

«El reino de los cielos,» les dijo, «es semejante á un rey que para celebrar la boda de su hijo, envió á sus criados para que hiciesen venir á los que estaban convidados á ella.» Estas bodas son las de Jesucristo con la Iglesia, que es la sociedad de los fieles tantas veces significada en la Escritura bajo del nombre de esposa del divino Salvador. Envió el rey á sus criados para que hiciesen venir á los que habian sido convidados á ellas: los que son convidados saben muy bien que los convites de un rey valen tanto como si fuesen preceptos; no ignoran que es para ellos un honor grande el comer á la mesa del príncipe. Además, el mismo príncipe, no contento con haberles mandado convidar, les envia á decir por sus criados que todo está pronto, y que no tienen mas que venir para asistir á la boda. Los criados enviados á avisarles cumplen su comision; sorprendidos de no hallar en los convidados mas que disgusto é indeferencia, les hacen presente el perjuicio que se hacen, y las tristes consecuencias de su repulsa; les estrechan, les ruegan y nada omiten para obligarles á que vayan; pero inútilmente. Aquellos ingratos desprecian igualmente el obsequioso convite del príncipe, y las ejecutivas solicitaciones de los criados; y para manifestar todavía mas el poco caso que hacen de un convite tan honroso, el uno se va á su casa de campo, el otro á su tráfico, algunos otros mas brutales y mas soberbios no contentos con haber maltratado de palabra á los que el príncipe les habia enviado á convidarles, se arrojan, llenos de furia, sobre ellos y los matan.

Despues que el Salvador demostró de un modo tan sensible hasta qué punto habia llegado la ingratitud y la insolencia de unos vasallos que habian olvidado el respeto debido á su soberano, quiso mostrarles tambien con qué justa severidad castigó el rey semejante insolencia: instruido, pues, el rey de lo que habia pasado, se irritó de tal modo que en la hora envió sus tropas, que habiendo pasado á cuchillo á todos aquellos asesinos, y llevádolo todo á fuego y sangre, redujeron su ciudad á cenizas. El crímen y el castigo de los criminales no fué parte para que el rey omitiese la boda de su hijo: Y puesto que el festin, dijo entonces á sus criados, está ya preparado, y que los que estaban convidados primeramente se han hecho indignos de asistir á él; salid á todas las encrucijadas, y generalmente á todos los que encontrareis en ellas convidadlos á la boda. Ejecutóse inmediatamente la órden. Todo lo que se halló bueno y malo fué convidado, y la sala se llenó muy pronto. Instruidos todos perfectamente de que jamás debe asistirse al festin de las bodas sino con un vestido decente, ninguno dejó de ponerse el vestido de boda. Uno solo, mal aconsejado, vino á ellas con un vestido sucio y andrajoso. Habiendo entrado el rey en la sala para ver los que estaban colocados, vió aquel hombre en un estado tan poco á propósito: Amigo mio, le dice, ¿cómo has entrado aquí sin haberte puesto el vestido de boda? Lleno de confusion no supo qué responder. Inmediatamente mandó el rey á los oficiales de justicia que le prendiesen, y que atado de piés y manos le arrojasen en un horrible calabozo, imágen de aquel lugar de tinieblas donde no se esperan mas que llantos, desesperacion, rechinar de dientes, y en el que se hallan reunidos todos los suplicios. Todo esto es espantoso, concluye el Salvador; pero lo que hay mas deplorable es que de esta multitud infinita de gentes que Dios llama á la bienaventuranza eterna, solo un pequeño número son los elegidos para entrar en ella.

Esta parábola tiene dos relaciones: mira á los judíos, pueblo escogido, pueblo tan amado y tan privilegiado, que ha sido convidado el primero á reconocer al Mesías, á asistir á las bodas del Cordero, y á tener parte en todas las bendiciones prometidas; pero que ha reusado todos estos graciosos convites, ha maltratado á los que habian sido enviados de Dios para convidarles, tales como los profetas, Juan Bautista y los apóstoles, y ha obligado al Señor por su tenaz é impía repulsa á llamar á los gentiles á la fé, y reprobar á este pueblo desdichado, hecho por tanto el oprobio y la execracion de todo el universo y el objeto de la indignacion y de la cólera divina.

Las encrucijadas indican muy bien los pueblos gentiles separados del camino de la salvacion. En el mismo sentido dice san Pablo escribiendo á los romanos, que la caida de los judíos ha dado ocasion á la salud de las naciones: su pérdida ha hecho la riqueza del mundo entero, y su diminucion ha sido la abundancia de los gentiles: «Los que han sido convidados,» dice el Salvador, «se han hecho indignos» ¡Cuántos en el cristianismo se hacen aun todos los dias indignos de su vocacion y de las gracias singulares que Dios tenia designio de concederles, si hubiesen correspondido á las primeras gracias! Salid, pues, á las encrucijadas, y todos los que hallareis en ellas convidadles á la boda. Dios no pierde nada jamás por nuestras indignas repulsas. «De las piedras, decia el Salvador á los judíos, puede Dios hacer nacer hijos de Abraham.» No nos prevalgamos de la santidad de nuestros padres; ella no nos puede servir mas que para condenarnos si no los imitamos, y Dios puede muy bien hallar nuevos sier-

vos mas fieles que los primeros cuando estos dejan su servicio. A los judíos desechados de Dios por sus crímenes ha sucedido otro pueblo, que por su fidelidad á la gracia ha llegado á ser la estirpe de Abraham y el pueblo de la nueva alianza. Dios manda á los apóstoles que conviden á le boda á todos los que encontraren. Dios no hace esceпcion de personas; quiere que todos los hombres sean convidados á la salud, á la gracia del Evangelio. Los apóstoles despues de haber protestado contra la incredulidad de los judíos se vuelven hácia los gentiles, y llevan la salud con las luces de la fé hasta las estremidades de la tierra. Cuando la Inglaterra y los paises del Norte se hicieron indignos del reino de Dios, rebelándose contra la Iglesia, el Evangelio fué anunciado á los pueblos del Oriente, y la Iglesia de Jesucristo vió estenderse sus conquistas á las Indias, al Canadá, al Japon y á la China.

La segunda parte de la parábola mira á los cristianos que no deben de tal modo contar sobre la predileccion y sobre la bondad del Señor, que descuiden sus deberes y la inocencia de su vida. No es uno mas dichoso por haber sido admitido en la sala del festin, si se presenta en ella sin vestido de boda. El terrible castigo de uno de los convidados es una gran leccion para todos los fieles. Ni la santidad del lugar y de la profesion, ni la abundancia de auxilios espirituales, ni los de los buenos ejemplos nos asegurarán un lugar en la mansion de los bienaventurados. En vano pretenderemos que las virtudes de otro sean méritos nuestros: la santidad es personal, y si no estamos vestidos con la ropa de la boda, si no vivimos y morimos en la inocencia, seremos sacados de la sala y de la mesa de la boda para ser precipitados en el infierno.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Omnipotens et misericors Deus, universa nobis adversantia propitiatus exclude: ut mente et corpore pariter expediti, quæ tua sunt, liberis mentibus exequamur. Per Dominum nostrum...

Dios omnipotente y lleno de misericordia, separad de nosotros todo lo que puede contrariar á nuestro verdadero bien, á fin de que no teniendo nada ni en el cuerpo ni en el alma que nos impida ir á vos, cumplamos sin obstáculo todo lo que mira á vuestro servicio. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 4 de la carta de san Pablo apóstol á los Efesinos.

Fratres: Renovamini spiritu mentis vestræ, et induite novum hominem, qui secundum Deum creatus est in justitia et sanctitate veritatis. Propter quod deponentes mendacium, loquimini veritatem unusquisque cum proximo suo: quoniam sumus invicem membra. Irascimini, et nolite peccare: sol non occidat super iracundiam vestram. Nolite locum dare diabolo: qui furabatur, jam non furetur: magis autem laboret, operando manibus suis, quod bonum est, ut habeat unde tribuat necessitatem patienti.

Hermanos mios: Renovaos en espíritu, y revestios del hombre nuevo, que ha sido criado á la semejanza de Dios, en la verdadera justicia y en la verdadera santidad. Para lo cual, dejando la mentira, hablad todos con vuestro prójimo el idioma de la verdad, porque somos miembros los unos de los otros. Cuando os irritareis, guardaos de llevar vuestra ira hasta peçar por su esceso. No se ponga el sol sobre vuestra ira. No deis entrada al demonio. El que usurpaba la hacienda de otro, que no la usurpe ya, ántes bien trabaje con sus manos en alguna ocupacion honesta para tener con que socorrer al que tiene necesidad.

Creen los intérpretes que san Pablo ha tratado en esta Epístola de combatir no solo á los cristianos que judaizaban, sino tambien á los que habiéndose convertido del paganismo conservaban cierta secreta inclinacion á la idolatría, á la magia y al libertinaje.

REFLEXIONES.

«No se ponga el sol sobre vuestra ira.» Pocas pasiones hay mas odiosas ni mas indignas de un hombre de bien y y de un cristiano que la ira. Los pueblos mas bárbaros la han reprobado luego que se han hecho fieles; la dulzura, la afabilidad y la moderacion son inseparables de la virtud. La cólera es un frenesí contra la verdad, que constituye una verdadera locura: va siempre acompañada de furor y de una especie de enajenacion del ánimo. En efecto, ¿qué significan esas emociones imprevistas del alma, que no la dejan tiempo de deliberar; todos esos arrebatos impetuosos, tan semejantes á los accesos de una fiebre ardiente, y á los encendimientos que se dejan ver en el rostro alterado; esas miradas furiosas, esas palabras ofensivas, esas furias violentas, siempre prontas á deshacerse en tormentas? ¿son estas señales de un hombre sabio? Todo el mundo conviene en que nada debe esperarse de la razon de un hombre colérico; la agitacion de la sangre no es el único efecto de su bilis; no hay pasion que muestre ni que pruebe tanta flaqueza de ánimo como esta (Eccles. 25.); pero ¡qué estragos, qué resultados tan funestos se siguen de estos arrebatos! ¡si á lo ménos esta pasion violenta no tomase las armas mas que para defender la justicia y la razon! por el contrario es siempre su enemiga. Una palabra fuera de propósito, escapada sin designio; una necedad de un criado, sin malicia, ordinariamente una nada es lo que ocasiona tanto estrépito. Hé aquí frecuentemente la chispa que causa un grande incendio. Una pequeña nube en medio de un tiempo sosegado estalla en truenos y en rayos. ¿Qué virtud puede crecer en un suelo sujeto á tantas borrascas? No hay cosa mas estéril que las montañas que de tiempo en tiempo vomitan turbillones de fuego. ¡Buen Dios! ¡cuándo se conocerá la sinrazon de una pasion tan irracional! ¿qué estima, qué autoridad aun puede conservar en su familia ó con sus domésticos una persona que no puede dominar su mal humor, ni prevenir ó á lo ménos reglar sus primeros movimientos? Esos aires siempre duros, esos tonos eternamente amenazadores, esos torrentes de injurias, ¿endulzan mucho los ánimos? ¿ganan los corazones? ¿Hácese ninguno mas respetable á fuerza de estar colérico y siempre pronto á prender fuego con la menor chispa? ¿es uno mas amado? ¿está mejor servido? ¿es menester cometer una falta para reprender otra? olvídase alguna cosa á un criado, á un hijo, á un doméstico; ¿y no se les puede advertir su obligacion sino poniéndose furioso? el mal humor desagrada é irrita, la cólera espanta, aturde, pero no corrige. ¿Habrá de ser siempre la pasion la que pueda corregir el vicio? ¿Por

qué no se han de reparar las faltas con dulzura? Un señor debe reprender como padre que corrige, y nó como enemigo que se venga; si es el amor de la virtud el que nos hace tan zelosos de la perfeccion de los demás, es preciso que nuestro zelo comience por nosotros: el medio de tener una ira justa é inocente, dice el Profeta, es no encolerizarse sino contra sí mismo, contra sus propios defectos. ¡Qué ilusion la de pretender lisonjearnos que tenemos piedad, mientras que se alimenta la pasion que viola las leyes mas santas, y destruye las máximas mas puras! Cualquiera que se irrita contra su hermano, dice el Salvador del mundo, merece ser condenado. La dulzura, la afabilidad, la paciencia son virtudes ordinarias en las gentes de bien. Es menester siempre mezclar el aceite con el vino para curar las llagas.

El Evangelio de la misa de este dia está tomado del de san Mateo, cap. 22.

In illo tempore: Loquebatur Jesus principibus sacerdotum et pharisæis in parabolis, dicens: Simile factum est regnum cœlorum homini regi, qui fecit nuptias filio suo. Et misit servos suos vocare invitatos ad nuptias, et nolebant venire. Iterum misit alios servos, dicens: Dicite invitatis: Ecce prandium meum paravi, tauri mei, et altilia occisa sunt, et omnia parata: venite ad nuptias. Illi autem neglexerunt: et abierunt, alius in villam suam, alius vero ad negotiationem suam: reliqui vero tenuerunt servos ejus, et contumeliis affectos occiderunt. Rex autem cum audisset, iratus est: et missis exercitibus suis, perdidit homicidas illos, et civitatem illorum succendit. Tunc ait servis suis: Nuptiæ quidem paratæ sunt, sed qui invitati erant, non fuerunt digni: ite ergo ad exitus viarum: et quoscumque inveneritis, vocate ad nuptias. Et egressi servi ejus in vias, congregaverunt omnes, quos invenerunt, malos et bonos: et impletæ sunt nuptiæ discumbentium. Intravit autem rex ut videret discumbentes, et vidit ibi hominem non vestitum veste nuptiali. Et ait illi: Amice, quomodo huc intrasti, non habens vestem nuptialem? At ille obmutuit. Tunc dixit rex ministris: Ligatis manibus, et pedibus ejus, mittite eum in tenebras exteriores: ibi erit fletus et stridor dentium. Multi enim sunt vocati, pauci vero electi.

En aquel tiempo: Hablando Jesus á los príncipes de los sacerdotes y á los fariseos en parábolas, les dijo: El reino de los cielos es semejante á un rey que celebraba las bodas de su hijo, el cual envió á sus criados para que hiciesen venir á los que estaban convidados á ellas; mas estos no quisieron ir. Envió de nuevo otros criados, y les dijo: Decid á los que están convidados: Hé aquí que está ya preparado mi festin; mis bueyes y las aves que he cebado están muertos; todo está pronto; venid, pues, á la boda. Mas estos no hicieron aprecio, y se marcharon, el uno á su quintería, el otro á su tráfico. Los otros se apoderaron de los siervos, y despues de haberles hecho mil ultrajes les mataron. Cuando el rey supo esto se irritó, y enviando sus tropas hizo perecer á los asesinos, y quemó su ciudad. Entonces dijo á sus siervos: Todo está preparado para la boda; mas los que estaban convidados no fueron dignos. Id, pues, á las encrucijadas de los caminos, y á todos los que encontrareis en ellas convidadlos para la boda. Salieron en efecto los criados á los caminos, y reunieron todos los que encontraron, buenos y malos, de suerte que los asientos del festin quedaron llenos. Habiendo el rey entrado para ver los que estaban colocados, advirtió en uno que no estaba vestido con la ropa de boda, al cual le dijo: Amigo mio, ¿cómo has entrado aquí sin tener puesto el vestido de boda? Y el hombre quedó mudo. Entonces el rey dijo á sus oficiales: atadlo de piés y manos, echadlo fuera en las tinieblas; allí no habrá mas que llantos y crujir de dientes; porque son muchos los llamados, pero pocos los elegidos.

MEDITACION.

Sobre el pequeño número de los que se salvan.

Punto primero.—Considera que no solo es pequeño el número de los que se salvarán con respecto á la multitud casi innumerable de infieles, de herejes y de cismáticos, sino tambien con respecto á la muchedumbre asombrosa de fieles que se pierden en el seno mismo de la Iglesia. Pocas verdades hay mas terribles, y ninguna acaso mas clara ni mas sólidamente establecida que esta.

Entrad por la puerta estrecha, nos dice el Hijo de Dios, porque es ancha la puerta y espacioso el camino que lleva á la perdicion, y grande el número de los que entran por ella. ¡Qué angosta es la puerta, qué estrecho el camino que conduce á la vida, y qué pocos son los que dan con la entrada!

Muchos son los llamados, dice en otra parte (Matth. 20); pero de estos mismos llamados son pocos los elegidos. Habiendo esta terrible verdad, que el Salvador repetia con tanta frecuencia á sus discípulos, movido á alguno de ellos á hacerle esta pregunta: Señor, ¿tan pequeño es el número de los que se salvan? (Luc. 13.) El Hijo de Dios para no espantar á los que le escuchaban, pareció como que queria eludir la cuestion, contentándose con decirles por toda respuesta: Hijos mios, la puerta del cielo es estrecha (ibid.); haced todos los esfuerzos que pudiereis para entrar por ella.

El apóstol, lleno del espíritu de su divino Maestro (1. Cor. 10), compara indiferentemente á todos los cristianos á los que corren en la lid: todos corren, dice, pero solo uno es el que lleva el premio de la carrera; y para darnos bien á entender que hablaba de los fieles, trae el ejemplo de los israelitas, en cuyo favor habia hecho Dios un número prodigioso de maravillas. Todos habian sido bautizados, dice, por ministerio de Moisés en la nube y en el mar, y de mas de seiscientos mil hombres capaces de tomar las armas, sin contar las mujeres y los viejos, que habian salido de Egipto para ir á la tierra de promision, solamente dos, Caleb y Josué, entraron en ella. ¡Espantosa figura! ¿y son ménos espantosos los ejemplos?

De todos los habitantes del universo una sola familia se libró de las aguas del diluvio. De cinco grandes ciudades que fueron consumidas por el fuego del cielo, solas cuatro personas se salvaron del incendio. De tantos paralíticos que esperaban al rededor de la piscina, no era mas que uno el que se curaba cada vez. Isaías compara el número de los elegidos al pequeño número de aceitunas que quedan en los olivos despues de la recoleccion, y á los pocos racimos que se escapan á la vigilancia de los vendimiadores. ¡Buen Dios! aun cuando fuese verdad que de diez mil

personas solo una debiera condenarse, yo deberia aun temblar y temer no fuese yo este desgraciado. ¡Ah! tal vez de diez mil apenas se salve una; ¿y yo vivo tranquilo! ¡y yo nada temo!

¡Ah, dulce Jesus mio! ¡qué temible es esta letárgica seguridad! Yo marcho por el camino espacioso con la multitud: ¿y espero llegar al término del camino estrecho? ¡Qué confianza tan irracional!

PUNTO SEGUNDO.—Considera que aun cuando la fé no nos enseñase esta terrible verdad, supuestos ciertos principios del Evangelio en que convienen todos los cristianos, bastaria la sola razon para convencernos que el número de los que se salvan debe ser pequeño.

Instruidos de las verdades de nuestra religion, informados de los deberes del cristiano, convencidos de nuestra inclinacion al mal y de la licencia de las costumbres de las gentes del siglo, ¿puede concluirse que habrá muchos que se salven?

Para salvarse es preciso necesariamente vivir segun las máximas del Evangelio: y ¿el número de los que en el dia de hoy viven segun estas máximas es muy grande?

Para salvarse es menester declararse altamente discípulo de Jesucristo. ¡Ah! ¡cuántos hay en el dia de hoy que se avergüenzan de parecer tales! es menester renunciar ó en el efecto ó con el afecto á todo lo que se posee, es menester llevar su cruz todos los dias. ¡Qué inalterable pureza! ¡qué delicadeza de conciencia! ¡qué humildad tan sincera! ¡qué probidad tan edificante! ¡qué piedad tan sólida! ¡qué rectitud! ¡qué caridad se necesitan para ser discípulos de Jesucristo! ¿Y por estas señales son muchos los que podrán reconocerse por tales?

El mundo es el enemigo irreconciliable de Jesucristo; no es posible servir á un tiempo á estos dos señores: juzguemos ahora, ¿cuál de los dos tiene mas que le sirvan?

No basta el no vengarse para conseguir la salvacion, es menester tambien amar á los que nos maltratan; no basta condenar las malas acciones, es preciso igualmente mirar con horror los menores pensamientos criminales. No solo no es permitido retener los bienes de otro, es preciso tambien asistir á los pobres con los propios bienes. La ley cristiana reprueba todo fausto, todo lujo, toda ambicion; la modestia debe ser el mas bello ornamento de una persona cristiana. ¿Reconócense muchos cristianos por este retrato?

Sabemos cuál es el primer mandamiento de la ley de Dios: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, con todo tu espíritu, y á tu prójimo como á tí mismo. Este es el primero de los mandamientos, y la base de todos los demás: reflexionemos todas estas palabras, y concluiremos que deben ser pocos los que se salven, porque no hay muchos que guarden este mandamiento.

El Evangelio es la regla de las costumbres; ¿cuántos viven el dia de hoy segun las máximas del Evangelio? Para entrar en el cielo es menester, ó no haber perdido jamás la gracia, ó haberla recobrado por una sincera penitencia: ¿y es muy grande el número de los justos, ó de los verdaderos penitentes? conforme pues á todas estas pruebas sacadas de nuestra propia razon, juzguemos si debe haber muchos que se salven; ó mas bien concluyamos que aun cuando el Hijo de Dios no se hubiera esplicado tan claramente sobre este pequeño número, nos vemos forzados por la misma razon á confesar que habrá pocos que se salven.

¡Mi dulce Jesus, que habeis muerto por la salvacion de todos los hombres, no permitais que yo sea del número de los que se pierdan! Sí, divino Salvador mio, perezca el que quiera; por lo que hace á mí, aun cuando no debiera haber mas que un hombre solo que se salvase en todo el universo, sabiendo que yo puedo ser este, quiero, con el auxilio de vuestra gracia, serlo yo.

JACULATORIAS.—¡O mi Dios! ¡salvad á vuestro siervo que pone en vos solo su esperanza! (Psalm. 85.)

¡Ah, Señor! ¡qué estrecho es el camino que lleva á la vida, y qué pocos son los que hallan la entrada de él! (Matth. 7.)

PROPÓSITOS.

1 Es evidente que serán pocos los que se salven, en atencion á la multitud asombrosa de cristianos que se pierden. Mas aun cuando este número debiese ser todavía mas pequeño de lo que es, es preciso, á cualquier precio que sea, ser de este número pequeño. Para esto tomemos una resolucion decidida de poner en movimiento todos nuestros talentos y toda nuestra industria, de no omitir nada para un negocio de esta consecuencia. El camino que conduce á la vida es estrecho: por mas que el amor propio, que todas las pasiones esclamen, no hay dos caminos. Resolvámonos desde este momento á hacer los últimos esfuerzos para entrar por la puerta estrecha. Huyamos de todo director, de todo doctor blando, porque son malas guías. El camino es estrecho, representémonosle aun escabroso, difícil, sobre todo cuando se va por él cargados con una cruz; pero ¿hay en qué escoger cuando es único? Jesucristo no nos ha enseñado otro; no hay uno de los que se han salvado, que no le haya seguido. ¿Hemos nosotros encontrado algun otro? Este camino es poco frecuentado; guardémonos bien de ir con la multitud: el tumulto que causa, y el polvo que levanta, impiden que se vea su estravío; pero sin duda con la multitud nos perdemos. Huyamos del gran mundo, miremos con horror sus máximas, y sobre todo la que quiere que se viva y se obre siempre como los demás. No nos presentemos jamás en los espectáculos ni en los bailes; evitemos por religion todas las partidas de placer y las reuniones mundanas; é impongámonos una ley, y hagamos como un punto de honor de pertenecer al pequeño número de almas piadosas, humildes, fervorosas, que se complacen en sus deberes, que viven en el recogimiento; á quienes el mundo no puede echar en cara otra cosa que el ser muy modestas, muy reservadas, muy religiosas, que el no concurrir á sus placeres ni á sus fiestas. Acordémonos que el reino de los cielos no es dado mas que á la pequeña grey. Es, pues, una verdad que aunque todos sean llamados son pocos los escogidos, porque hay pocos que vivan segun las leyes y las máximas del Evangelio. No tengamos otra regla por donde ordenar nuestra conducta que este Evangelio, y cueste lo que cueste, es menester que seamos del pequeño rebaño.

2 No sabeis, decia san Pablo (1. Cor. 9), que los que corren en la lid, todos corren á la verdad; pero uno solo es el que lleva el premio: corred de manera que lo obtengais. Para esto, además de los avisos precedentes, observemos los que siguen: 1.° Hagamos de continuo la córte á

Jesucristo en el Santísimo Sacramento. Pongamos toda nuestra confianza en este divino Salvador, y profesémosle un amor tierno y respetuoso en este adorable misterio. 2.° La frecuente comunion con las disposiciones necesarias asegura, por decirlo así, la salvacion, y alimenta al alma con el pan de los fuertes. «Porque ¿qué es lo que el Señor tiene bueno y escelente que dar á su pueblo, sino el trigo de los elegidos,» dice el profeta Zacarías? (Zach 9.) 3.° Una devocion tierna y perseverante á la Santísima Vírgen ha sido mirada siempre en la Iglesia como una señal visible de predestinacion. San Juan Damasceno la llama la «prenda segura de nuestra salvacion. (In N. B. V.) Los que hubieran ganado la gracia de María, serán conocidos como conciudadanos suyos por los habitantes del paraiso; y el que estuviere marcado con este sello, será escrito en el libro de la vida. (Bon. in sal. 10.)» Recemos todos los dias la «Salve Regina» para obtener por la poderosa intercesion de la Santísima Vírgen la gracia de ser del pequeño número de los que se salvan.

DOMINGO VIGÉSIMO DESPUES DE PENTECOSTÉS.

El vigésimo domingo despues de Pentecostés puede llamarse el domingo del oficial de Cafarnaum, que es el asunto del Evangelio de la misa de este dia. Todo es instruccion en este Evangelio, lo mismo que en la Epístola. Aquel instruye el entendimiento; esta el corazon. Jesucristo nos enseña cuán viva debe ser la fé; y san Pablo cuán puras deben ser las costumbres. Así es como la Iglesia escoge para los domingos del año lo que es mas á propósito para despertar nuestra fé, y alimentar nuestra esperanza.

El introito de la misa está tomado de la oracion que hizo á Dios Azarías, uno de los tres jóvenes hebreos, que por haber rehusado constantemente tributar á la estátua de Nabucodonosor los honores debidos al solo verdadero Dios fueron arrojados en un horno ardiendo, el cual se convirtió para ellos en un lugar de refrigério en donde cantaban las alabanzas al Señor, y en el que Azarías hizo á Dios la oracion de la cual están tomadas las palabras de que se forma el introito de la misa.

«Nada habeis hecho, Señor, con nosotros, que no sea justísimo.» Por nuestros pecados hemos merecido los castigos que sufrimos: por mas pesada que sea la mano que nos hiere, por estremos que sean nuestros males, todavía no igualan á nuestra iniquidad. «Confesamos, Señor, que hemos pecado, y que hemos desobedecido vuestros mandamientos,» despreciado vuestra santa ley, y violado todos vuestros preceptos. Pero, ó Dios lleno de bondad, vos sois aun mas misericordioso que nosotros criminales. Nada contribuirá mas á la gloria de vuestro nombre que la indulgencia con que tratareis á este pueblo ingrato y rebelde. Reconocemos que son enormes nuestros pecados; pero sabemos que vuestra misericordia es infinita, y que nosotros no podemos agotarla. Inclinaos, Señor, á nuestros gemidos y á nuestras lágrimas, y dignaos tener misericordia con un pueblo que habeis amado tanto.

De este modo debe pensarse, y así se debe hablar en todos los accidentes molestos, en todas las aflicciones y en todas las calamidades públicas. Bendito seais, Señor, por todas las adversidades que nos suceden; por mas severo que sea el castigo, nuestros pecados merecen mucho mas, y siempre nos castigareis mucho ménos que lo que merecen nuestras faltas. Sí, Señor, yo reconozco vuestra justicia siempre adorable, vuestro juicio siempre equitativo en las aflicciones domésticas y en los azotes públicos; nuestros pecados son los que encienden contra nosotros vuestra justa ira: nosotros somos los que escitamos las borrascas que nos hacen gemir, y los que ponemos en vuestra mano, por decirlo así, los azotes que nos hacen derramar tantas lágrimas. Enfermedades populares, muertes repentinas, miseria aflictiva, pérdida de bienes, aflicciones, pobreza, amarguras; nuestro propio suelo es el que produce todos los vapores malignos que forman estos rayos. Pero, al fin, en nuestra humillacion podeis hallar vuestra gloria. Nosotros sabemos que nunca os acordais mas de vuestra misericordia, que cuando estais mas airado. (Habac. 3.) Adoramos y bendecimos vuestra justicia; pero imploramos vuestra gran misericordia, y os suplicamos que no pongais en ella límites ni medidas. Para inclinar hácia nosotros vuestra ternura es menester toda vuestra bondad, y sobre su estension infinita, sobre su fondo inagotable apoyamos la esperanza de nuestro perdon. ¡O qué dichosos son los que continuamente andan en los caminos de la ley del Señor, que guardan con una fidelidad invariable todos vuestros mandamientos, que se aplican sin cesar al conocimiento de vuestra voluntad, que andan dia y noche en la inocencia y que todo su ardor es por agradaros! No hay otro medio para ser felices.

La Epístola es continuacion de la del domingo precedente, y corresponde perfectamente á los sentimientos que inspira el introito de la misa.

«Guardaos, hermanos mios, escribe san Pablo á los efesinos, guardaos y caminad con precaucion.» Vosotros estais en un pais enemigo, el camino es difícil, hay malos pasos, los precipicios son frecuentes, todo en él está lleno de lazos. ¡Qué vigilancia, buen Dios, qué atencion, qué precaucion es preciso tomar! ¡Pero qué locura el caminar como aturdido por un camino tan peligroso! y ¿qué precaucion toman las gentes del mundo en esas reuniones, en esas ocasiones críticas en donde todo tienta? «Por lo que hace á vosotros, mis queridos hermanos, continúa el santo Apóstol, andad por el camino de la salud, nó como gentes sin razon» que no piensan, ni en los peligros que se encuentran en el camino, ni en el término de él; «sino como personas racionales,» que previendo todas las dificultades, los malos pasos y los obstáculos, toman como gente sabia todas las medidas para llegar al término con seguridad.

San Pablo les sugiere el verdadero medio para ello, exhortándoles á rescatar con el buen uso del tiempo presente, tantos bellos dias, tantos años perdidos: que es como si les dijera: todo el tiempo que no habeis empleado en el importante negocio de la salvacion, que es propiamente vuestro único negocio, es un tiempo perdido; debeis hacer todos los esfuerzos, emplear toda la solicitud, ponerlo todo por obra para reparar una pérdida tan grande. El único medio que os resta para rescatar, por decirlo así, esos dias tan mal empleados y de que Dios, sin embargo, os pedirá una cuenta tan terrible, es redoblar el paso en el camino de la salud, santificar todos los dias y todas las horas de estos dias, por un aumento de fervor y por una piedad enteramente nueva. El santo Apóstol parece que hace aquí alusion al ardor, á la codicia de aquellos mercaderes que todo lo ponen por obra para reparar con una ganancia presente la pérdida que han sufrido en los años

pasados, ó tal vez tambien á aquellos viajeros, que debiendo llegar en dia preciso al término de su viaje, y habiéndose divertido algun tiempo en el camino, doblan el paso, aguantan el mal tiempo, se quitan hasta las horas del descanso, y hacen un esfuerzo para llegar á tiempo á su término.

Continúa san Pablo sus avisos saludables á los fieles de Efeso, y en sus personas á todos los cristianos, sosteniendo siempre la misma alegoría. «Por esto, les dice, no obreis imprudentemente, sino comprended bien la voluntad de Dios.» Hé aquí en pocas palabras el gran secreto de la vida espiritual. Todo nuestro mérito no consiste en hacer mucho, sino en hacer lo que Dios quiere y de la manera que Dios quiere. El medio de reparar el tiempo perdido, no es el hacer todo género de obras buenas; las obras no son buenas, sino en tanto que agradan á Dios; los primeros deberes que Dios pide son los de nuestro estado, estos es menester cumplirlos con fidelidad. Una madre de familias que descuida el gobierno de su casa, el cuidado de sus hijos, por visitar los hospitales, ó por estar en la iglesia, no hace lo que Dios exige de ella. La voluntad de Dios es que ella comience por cumplir todos los deberes de su estado. Si le queda algun tiempo, puede emplearlo en buenas obras. Apliquémonos á hacer con fervor y con puntualidad lo que Dios quiere de nosotros en todas las cosas; muy pronto seremos entonces santos.

Despues de haber dado el santo Apóstol estos avisos generales, desciende al pormenor de algunos vicios capitales que deben mirarse con horror por todos los fieles. «Guardaos de los escesos del vino, que conducen á la impureza.» Era muy ordinario en Efeso el vicio de la intemperancia. San Pablo no podia, al parecer, inspirar mas horror á los fieles contra él, que diciéndoles que el vino enciende los ardores impuros. La castidad no se aviene con la embriaguez. Los escesos del vino causan siempre estos incendios; la impureza se nutre con el vino. «Obrad de modo que os lleneis del Espíritu Santo.» El Apóstol, dice san Gerónimo, opone aquí la santa embriaguez, por decirlo así, del Espíritu Santo, á la embriaguez de la intemperancia. No hay cosa mas incompatible; cuando el Espíritu Santo llena una alma, la inspira la sabiduría, la dulzura, la modestia, el pudor y la castidad: la estravagancia, el furor, la impureza, la desvergüenza, son los efectos naturales de los escesos del vino. Si vosotros estais llenos del Espíritu Santo, continúa el santo Apóstol, os entretendreis con los salmos, himnos y cánticos espirituales, dirigiendo estos cánticos y salmos al Señor en el fondo de vuestros corazones. De la abundancia del corazon habla la boca. Un hombre animado del espíritu de Dios, apenas encuentra gusto en los entretenimientos profanos: esto es, lo que hace decir al santo Apóstol en otra parte, que un cristiano no debe tener conversacion que no sea de Dios. La Iglesia, llena de este espíritu, en todos tiempos ha puesto en la boca de los fieles cánticos espirituales para entretener su piedad y su alegría interior, y para desterrar de toda boca cristiana los cánticos profanos, herencia adquirida de los paganos. Hállanse en los salmos tan bellos sentimientos de religion y de piedad, que nada parece mas á propósito para mantener la de los fieles; por esto la Iglesia desde su nacimiento ha hecho de ellos su oracion ordinaria, y obliga á todos sus ministros á que esta sea tambien la suya: «Cante cánticos de alabanza, decia David, este pueblo que está consagrado al Señor, y los hijos de Israel que tienen el honor de acercarse á su santo templo.» San Pablo quiere que se medite, que se entretenga uno á sí mismo con salmos, himnos y cánticos espirituales, dirigiéndose estos cánticos y estos salmos al Señor; pero que esto sea de lo íntimo del corazon. Sea enhorabuena la oracion que se hace la mas religiosa, la mas sagrada, la mas santa, si no sale del corazon, inútilmente se pronuncia con los labios. Dios no oye mas que la voz del corazon.

«Dando continuamente gracias á Dios Padre, en nombre de Jesucristo nuestro Señor, por todas las cosas:» puesto que nada sucede sino por un órden de la divina providencia, debemos estar persuadidos que todo lo que sucede es por nuestro bien. Enfermedad y salud, prosperidades y desgracias, bienes y males de esta vida, todo contribuye á la gloria del Señor, y á la ventaja de sus elegidos. «Para los que aman á Dios, dice san Pablo en otra parte, todas las cosas contribuyen á su bien.» Es propio de la virtud de los cristianos, dice san Gerónimo, el dar gracias á Dios por todo lo que les sucede, aun por lo mas molesto.

«En fin, añade el santo Apóstol, manteneos en una sumision mutua por el temor de Jesucristo.» Ordenando san Pablo á todos los fieles que cada uno en su estado satisfaga perfectamente á sus deberes, como lo hace en la continuacion de este capítulo, les da en esto una leccion general que puede servirles mucho para hacer mas fácil esta puntualidad, inspirándoles esta subordinacion tan necesaria en todas las condiciones. Quiere que esta subordinacion indispensable la tengan por el temor de Jesucristo, porque con respecto á los fieles no hay motivo alguno mas poderoso; cuando se ama á alguno se teme desagradarle, y este saludable temor es el que recomienda á todos los cristianos.

La historia de la curacion del hijo de un señor de la córte de Herodes Antipas, tetrarca de Galilea, esto es, príncipe que gobernaba en aquel pais con autoridad soberana, y á quien se da tambien el nombre de rey, como se ha dicho en otra parte, esta historia, repito, constituye el asunto del Evangelio de la misa de este dia.

Habiendo vuelto el Salvador á Galilea, al salir de Samaria, fué segunda vez á Caná, en donde habia hecho su primer milagro convirtiendo el agua en vino. Allí fué en donde un hombre de calidad (era un señor de la córte del rey Herodes, que habitaba en Cafarnaum, en cuyo pueblo acaso tenia algun empleo), habiendo sabido que Jesus estaba en Caná, poco distante de aquella ciudad, vino á verle, y le suplicó con instancia que tuviese la bondad de tomarse el trabajo de ir á su casa á curar á su hijo que estaba gravísimamente enfermo, y que se moria. El Salvador que trataba siempre de curar mas bien las enfermedades del alma que las del cuerpo, no quiso dar al hijo la salud hasta no haber curado al padre de su poca fé. Aquel señor creia verdaderamente que Jesucristo podia curar á su hijo enfermo; porque si no lo hubiera creido no habria venido de tan léjos para pedirle la curacion milagrosa; pero era aun imperfecta esta fé, pues que creia que el Salvador tenia necesidad de trasportarse al lugar en donde estaba el enfermo para curarle. Esta fé vacilante, esta media fé fué entonces tan comun en cuasi todos los que admiraban y seguian á Jesucristo, que obligó á este divino Salvador á hacer á todos una pequeña reconvencion: «¿Qué, les dice, será necesario que yo haga siempre

cosas estraordinarias para que creais, de modo que si no veis milagros, no creeis nada?» ¡Cosa estraña! yo hallo docilidad y hasta fé en el espíritu y en el corazon de los estranjeros, en Tiro, en Sidon y en Samaria, sin que tenga necesidad de obrar prodigios; ¿y entre vosotros, á ménos que no se vean maravillas, nada se cree? Algunos intérpretes traducen estas palabras diciendo: Si vosotros, gentes de calidad, gentes de córte, entre quienes la fé es tan remisa, no veis otros milagros, ó como si el Salvador dijera: Vosotros gentes ricas, gentes de calidad, gentes de córte, teneis ordinariamente una fé tan lánguida, tan vacilante, que á ménos que no veais milagros no creeis. Esta queja, ó mas bien esta reconvencion saludable, aunque justa, hizo poca impresion en el ánimo de un padre afligido que no pensaba mas que en la curacion de su hijo. En lugar de responder á lo que el Salvador le decia: ¡Ah, Señor! le dijo, con las lágrimas en los ojos, si no os dais priesa á venir, acaso no llegareis á tiempo; mi Lijo se muere, y no le hallareis con vida. Esta perseverancia en pedir y en rogar agradó á Jesucristo: Vé, le dijo, vé; tu hijo está sano: consuélate, tu oracion ha sido oida. Creyólo el padre, y sin replicar mas, habiendo hecho una profunda reverencia al Salvador, se volvió. Apenas habia llegado á la mitad del camino encontró á algunos de sus criados que le salian al encuentro para hacerle saber que su hijo estaba curado, y ya sin la fiebre. Fácilmente puede comprenderse cuál seria su alegría. Habia notado bien la hora en que Jesus le habia dicho afirmativamente, que su hijo estaba bueno y libre de la enfermedad. Por esto lo primero que les preguntó fué la hora en que el enfermo se habia encontrado sano: Ayer, le dijeron, le dejó la calentura á la séptima hora del dia, esto es, una hora despues de medio dia, y en el instante se halló perfectamente sano, y como si no hubiese estado enfermo. Inmediatamente se acordó el señor que aquella era precisamente la hora en que el Salvador le habia dicho: Vé, tu hijo está bueno. Desde entonces creyó él y toda su casa que Jesus era el Mesías prometido, y su fé no fué ya imperfecta. San Cirilo cree que la pregunta que desde luego hizo el señor á sus domésticos sobre la hora en que su hijo se habia encontrado curado, no fué tanto una prueba de su poca fé, cuanto una señal de su zelo por instruirse y confirmarse en su creencia.

El padre creyó, y con él creyó toda su casa; esto debe convencer á las cabezas de familia y á toda persona de autoridad, dice un intérprete, de lo que pueden sus ejemplos en aquellos que están sujetos á ellos, y cuánto deben temer dárselos malos. Podrá uno ser poco dócil á las lecciones mas patéticas; pero con dificultad se resiste por mucho tiempo al ejemplo.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Largire, quæsumus, Domine, fidelibus tuis indulgentiam placatus et pacem: ut pariter ab omnibus mundentur offensis, et secura tibi mente deserviant. Per Dominum...

Señor, os suplicamos que movido de los ruegos de vuestros fieles, les concedais el perdon de sus ofensas y la verdadera paz; á fin de que, purificados por vuestra gracia de todos sus pecados, os sirvan con la tranquilidad de una santa confianza. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola está tomada del capítulo 5 de la del apóstol san Pablo á los Efesinos.

Fratres: Videte quomodo caute ambuletis: non quasi insipientes, sed ut sapientes: redimentes tempus, quoniam dies mali sunt. Propterea nolite fieri imprudentes, sed intelligentes, quæ sit voluntas Dei. Et nolite inebriari vino, in quo est luxuria: sed implemini Spiritu Sancto, loquentes vobismetipsis in psalmis, et hymnis, et canticis spiritualibus, cantantes et psallentes in cordibus vestribus Domino, gratias agentes semper pro omnibus, in nomine Domini nostri Jesu Christi, Deo et Patri. Subjecti invicem in timore Christi.

Hermanos mios: Mirad como caminais con precaucion, nó como gente sin razon, sino como personas racionales, rescatando el tiempo, porque los dias son malos. Por esto no obreis imprudentemente, y procurad comprender bien cuál es la voluntad de Dios. Guardaos de los escesos del vino, que conducen á la impudicicia; ántes bien obrad de modo que seais llenos del Espíritu Santo, entreteniéndoos vosotros mismos con salmos, himnos y cánticos espirituales, dirigiendo estos salmos al Señor de lo íntimo de vuestro corazon; dando gracias continuamente á Dios Padre en nombre de Jesucristo nuestro Señor, por todas las cosas. Manteneos además en una sumision mutua por el temor de Jesucristo.

Entre muchas instrucciones importantes que san Pablo da á los cristianos de Efeso, les exhorta siempre á que rediman el tiempo perdido, empleando los pocos dias que les quedan en los ejercicios de piedad que él les enseña en esta Epístola.

REFLEXIONES.

«Rescatando el tiempo, porque los dias son malos.» Es muy precioso el tiempo para que no sean los dias muy apreciables; ni son tampoco malos los dias, sino por el mal uso que hacemos de este tiempo. Seria necesario conocer el precio inestimable del tiempo para comprender la pérdida que se hace empleándole mal. Es el tiempo una cosa tan preciosa, que todos los honores, todos los bienes del mundo no valen lo que vale un momento; y aun cuando no se hubiera empleado mas que un momento para adquirir todos los bienes del mundo; aun cuando no haya mas que esto, puede decirse que delante de Dios, que juzga sanamente de todas las cosas, es haber perdido el tiempo. No hay réprobo en el infierno que no estuviese pronto á dar todos los reinos y todos los bienes del mundo, si fuese dueño de ellos, por tener un momento de aquel tiempo que ha perdido en bagatelas, y que nosotros perdemos tambien del mismo modo. Concibamos, si es posible, lo que es la gracia, el premio de la sangre y de la muerte de un Dios; concibamos lo que vale la posesion de un Dios en la mansion de los bienaventurados; el tiempo no se nos ha concedido sino para que cada momento procuremos un aumento de gracia; para merecer con el auxilio de esta misma gracia el reino de los cielos, la estancia de los bienaventurados, la posesion del mismo Dios. Es, pues, innegable que cada momento que no hemos empleado para Dios, hemos hecho mayor pérdida que si hubiésemos perdido todos los tesoros de la tierra. Lo que los santos no

podrán hacer en el cielo, durante la eternidad, con todos los actos mas perfectos de amor de Dios, que es merecer un nuevo grado de gloria, lo puedo yo hacer por un solo acto de caridad en cada momento. Lo que los réprobos no podrán hacer durante la eternidad con sus llantos, con sus lamentos y con todos sus incomprensibles tormentos, que es aplacar la ira de Dios, y obtener el perdon de sus crímenes, lo puedo yo hacer en cada momento. Comprendamos, pues, el mérito, el precio, el valor inestimable de este tiempo que perdemos sin pesar ni cuidado. ¡Cuán precioso se presenta en la hora de la muerte el tiempo que ha pasado para nosotros! pero ¿de qué consecuencia nos parece entonces la pérdida irreparable que hemos hecho de él? Enojosa ociosidad, ¡qué de tesoros me has hecho perder! visitas inútiles, vanas y fastidiosas conversaciones, diversiones frívolas ¡cuánto me costais! ¡O Dios mio, si tuviese una hora de aquel tiempo tan mal empleado! dice uno que se está muriendo, ¡qué uso no haria yo de él! pero yo he tenido aquellas horas, he tenido á mi disposicion muchos meses y muchos años, y por mi pura necedad he perdido aquellos preciosos dias; ¿qué se debe, pues, ahora pensar del tiempo que se emplea, que se pierde desgraciadamente en el juego, en los espectáculos, en los entretenimientos tan vacíos y aun criminales, en las reuniones mundanas? ¡Ah! las dos terceras partes de la vida son perdidas: el tiempo aun ménos mal empleado exige acaso penitencia. ¡Buen Dios! ¡cuál será nuestra suerte! «Obremos bien, ya que tenemos todavía tiempo.» Rescatemos el tiempo perdido, empleando en buenas obras el poco que nos resta.

El Evangelio de la misa es lo que sigue del cap. 4 del de san Juan.

In illo tempore: Erat quidem regulus, cujus filius infirmabatur Capharnaum. Hic cum audisset quia Jesus adveniret a Judæa in Galilæam, abiit ad eum, et rogabat eum ut descenderet, et sanaret filium ejus: incipiebat enim mori. Dixit ergo Jesus ad eum: Nisi signa et prodigia videritis, non creditis. Dicit ad eum regulus: Domine, descende priusquam moriatur filius meus. Dicit ei Jesus: Vade, filius tuus vivit. Credidit homo sermoni, quem dixit ei Jesus, et ibat. Jam autem eo descendente, servi occurrerunt ei, et nuntiaverunt dicentes, quia filius ejus viveret. Interrogabat ergo horam ab eis, in qua melius habuerit. Et dixerunt ei: Quia heri hora septima reliquit eum febris. Cognovit ergo pater, quia illa hora erat, in qua dixit ei Jesus, Filius tuus vivit: et credidit ipse, et domus ejus tota.

En aquel tiempo: Habia cierto señor, cuyo hijo estaba enfermo en Cafarnaum. Sabido por este señor que Jesus habia venido de Judea á Galilea, fué á verle, y le suplicó que viniese á curar á su hijo que se moria. Díjole, pues, Jesus: Vosotros, si no veis milagros y cosas prodigiosas, no creeis. El señor volvió á instar á Jesus, diciéndole: Venid, Señor, ántes que mi hijo muera. Vé, le dijo; tu hijo vive. Creyó lo que Jesus le dijo, y se fué. Cuando aun estaba en el camino, encontró á sus criados que le hicieron saber que su hijo estaba sano. Informóse de ellos á qué hora habia mejorado el enfermo, á lo cual le respondieron: Ayer á la séptima hora del dia le dejó la fiebre. Conoció el padre que aquella era la hora en que Jesus le habia dicho: Tu hijo vive, y creyó él y toda su casa.

MEDITACION.

De la pronta obediencia á la voz de Dios.

Punto primero.—Considera cuánto importa ser fieles á la gracia; la curacion del alma, la salvacion depende de esta fidelidad. Hay dias afortunados, hay momentos felices en que la gracia hace impresion, en que la voz de Dios se deja oir: ¡qué desgracia el hacerse entonces el sordo! ¡el empeñarse en ser incrédulo! Si el padre de que habla el Evangelio no hubiese creido en el momento lo que el Salvador le decia, si no hubiera sido dócil, tal vez su hijo no hubiera sanado nunca. Hé aquí que todo lo hemos dejado, decia san Pedro á Jesucristo en nombre de todos los apóstoles, esto es, á la primera palabra vuestra, en el momento de la inspiracion, al primer destello de vuestra gracia lo hemos dejado todo: quien dice todo, nada esceptúa. Barca, redes, padres, amigos, todo lo mas amado que teníamos en el mundo. Esta generosa fidelidad, esta prontitud es la que gana el corazon de Dios; cuando se duda en materia de fé, nada se cree; cuando deliberamos tratándose de la conversion, no nos convertimos. La universalidad de donacion en el sacrificio constituye el holocausto, y esto es lo que agrada verdaderamente al Señor.

Desgraciado aquel que no obedece con prontitud á la voz del Señor; desgraciado el que parte su corazon entre Dios y las criaturas. Dios llama: y ¿se delibera, se consulta la inclinacion, las pasiones, la carne y la sangre, el amor propio, para saber de ellos, por decirlo así, si se aceptará el partido que Dios nos ofrece? ¿si se entrará en su servicio? Esas semivoluntades, esos deseos ineficaces, esas indeterminaciones odiosas, ¿significan otra cosa? Dios me llama en el interior del corazon. ¿Dios me llama? y ¿yo no sé si le obedeceré? ¿y yo dudo si me he de rendir á su voz? Hace un mes, hace seis, tal vez muchos años, que Dios pide el sacrificio, nó de todos nuestros bienes ó de nuestra propia vida: ¡ah! ¿debiéramos negárselo si nos lo pidiese? pero lo que nos pide es solo el sacrificio de un placer, de una diversion, de un apego vano y frívolo, de una nada; nosotros se le negamos, y no queremos tener ni aun esta deferencia á las órdenes de nuestro Dios, no estamos dispuestos á agradarle. ¿Comprendemos bien la malicia de esta negativa y la gravedad de esta injuria? Sin embargo, el Dios á quien negamos está reforma, este pequeño sacrificio, esta nada, es el Dios de quien esperamos gracias continuas, el perdon de muchas faltas y el de la denegacion misma que le hacemos todos los dias de sus propios bienes. Confesemos que nuestra conducta está llena de contradiccion, de irreligion y de injusticias.

¡Cuándo abriré yo, Señor, los ojos para ver mis estravíos, y para estremecerme todo lo que debo de mi lamentable é irreligiosa conducta, si no lo he hecho hasta el presente!

Punto segundo.—Considera que no basta romper los lazos que nos atan, desprender nuestro corazon, dejarlo todo, vencerlo todo; inútilmente nos pondríamos en estado de marchar, si no siguiésemos á una buena guia. Todo lo hemos dejado, dicen los apóstoles al Salvador del mundo, y os hemos seguido: hé aquí propiamente lo que

constituye su mérito. Solo en esta imitacion, segun parece, funda Jesucristo el derecho á la recompensa: Vosotros que me habeis seguido, les responde, juzgareis á todo Israel. Y en efecto, ¿de qué serviria haberlo dejado todo, y no seguirle? Este desasimiento quita los obstáculos; pero la virtud no se adquiere sino siguiendo á este divino modelo.

¿Qué leccion mas importante para las personas religiosas? pero ¡qué desgracia para ellas, si despues de haber roto tantos lazos, despues de haber hecho aun tantos sacrificios, se hallasen al fin de su carrera sin haber seguido á Jesucristo! ¿podrán todas decir con confianza á este divino Salvador, á este soberano Juez, lo hemos dejado todo, y os hemos seguido? ¿y en qué vendrán á parar las que no tuvieren derecho para decírselo?

Pocos hay aun en el mundo que no estén obligados á dejar muchas cosas por Jesucristo; ninguno que no deba indispensablemente desprender su corazon del afecto á todo lo que posee, si quiere ser discípulo de Jesucristo; ninguno que no deba renunciar á sí mismo; pero todo el mundo ¿podrá decir que ha seguido á Jesucristo?

Seguir á Jesucristo es ser humilde de corazon; es ser puro, inocente, dulce, mortificado, caritativo; es llevar su cruz todos los dias, hacerse todos los dias violencia, domar el amor propio y las pasiones todos los dias; es seguir las máximas de Jesucristo, y tener horror á las máximas del mundo.

Aquella persona religiosa, tan poco mortificada, tan poco exacta, tan poco regular, ¿habrá seguido á Jesucristo? ¿Habrá seguido á Jesucristo aquel hombre tan vano, tan ambicioso, tan carnal, tan sensual y tan colérico? aquella mujer mundana, cuya ocupacion ha consistido en los adornos y la vanidad, y que pasa los dias en la ociosidad, en los placeres, en la molicie; aquella mujer tan indevota, tan poco cristiana, ¿siguen á Jesucristo? ¿le sigo yo mismo?

¡Cosa admirable! cada uno espera la recompensa, aunque son tan pocos los que cumplen las condiciones que pide: cada uno quiere decir con los apóstoles ¿qué habrá para nosotros? pero pocos son los que pueden decir como ellos: os hemos seguido, y todo lo hemos dejado por vuestro amor. Porque ¿quién hay que no pretenda conseguir el cielo? ¿quién hay que no crea estar algun dia en la gloria de los bienaventurados, y tener parte en la misma recompensa? y ¿sobre qué aseguramos esta dicha? ¿en qué estriba esta confianza?

Estriba, Señor, en vuestros méritos infinitos, en vuestra misericordia, en vuestra bondad; aunque yo sé tambien que debe estribar en vuestras palabras y en vuestros ejemplos. Hasta aquí ha sido falsa esta confianza presuntuosa; pero ¡oh amable Jesus mio! ella va á hacerse real y perfecta haciéndose cristiana y racional. Preciso es indispensablemente imitaros y seguiros para tener derecho á vuestra recompensa; esto es lo que estoy resuelto á hacer de aquí adelante, mediante vuestra gracia, á la cual no quiero resistir por mas tiempo.

JACULATORIAS.—Atraedme, Señor, en pos de vos, á fin de que os siga á largos pasos, siguiendo vuestros ejemplos. (Cant. 1.)

Si hoy oimos la voz del Señor, obedezcámosla sin dilacion. (Psalm. 9.)

PROPÓSITOS.

1 «Los deseos matan á los perezosos,» dice el Sabio, porque son mas bien deseos imaginarios que verdaderos: imaginámonos querer lo que conocemos que es bueno y necesario; pero realmente no queremos, puesto que nada queremos hacer para adquirirlo. Guardémonos no suceda lo mismo con los deseos infructuosos que tenemos en nuestras meditaciones y en nuestras lecturas. Los deseos reales y eficaces alimentan al alma, porque son el manantial de las buenas obras; pero los deseos imaginarios y pasajeros la matan, porque entreteniéndola con mil proyectos de conversion, todos á cual mas inútiles, son causa, por decirlo así, de que se muera sin llegar á ejecutarlos. En este sentido se ha dicho que el infierno está lleno de buenos deseos. No nos contentemos con decir, esto es verdad, nada mas conveniente, nada mas ordinario: examinemos seriamente lo que nos dice nuestro corazon; y si hemos verdaderamente renunciado á todo lo que poseemos, en el sentido que Jesucristo lo entiende y lo exige indispensablemente de todos los que quieren ser discípulos suyos, esto es, si estamos dispuestos á sacrificar hasta lo mas precioso y querido que tenemos en el mundo ántes que desagradar á Dios. El entendimiento en esto como en otras muchas cosas es con frecuencia el juguete del corazon; lisonjeámonos de no estar apegados á ningun bien criado, y somos esclavos de ellos. El trabajo que cuesta el pagar á los trabajadores y á los domésticos, el hacer las restituciones, satisfacer los legados piadosos y hacer limosnas, no prueba un gran desprendimiento. No nos equivoquemos, hagamos hoy sin mas dilacion lo que deberíamos haber hecho ya hace mucho tiempo. Las personas religiosas están obligadas á un gran desapropio; no basta que sea simplemente afectuoso, debe ser real. Cercenemos hoy mismo lo que algun dia debe alarmar nuestra conciencia y hacer nuestro proceso.

2 Los buenos deseos deben siempre ir acompañados de las prácticas morales. No es posible que no haya mucho superfluo en todo ese aparato de adornos. Quitemos hoy algunas de esas piezas inútiles, ó al ménos poco necesarias; la modestia cristiana encuentra muchas superfluas, no esperemos á que un revés de fortuna, la edad ó la muerte nos despojen de ellas; hagamos por nosotros mismos este pequeño sacrificio. Pocas personas hay que no hallen el dia de hoy alguna cosa que quitar ó que reformar si quieren prestarse dóciles á la gracia. Si, pues, hoy oimos la voz de Dios, obedezcámosla fielmente, y no endurezcamos nuestros corazones, rehusando ó trasladando á otro dia lo que Dios nos inspira que hagamos hoy. ¡Qué sentimiento para los que habiendo leido esto, no hubieren sacado ningun fruto de ello!

DOMINGO VIGÉSIMOPRIMERO DESPUES DE PENTECOSTES.

Llámase este dia el domingo de los dos deudores ó del perdon de las injurias, desde que se ha tomado para el Evangelio de la misa la parábola de los dos deudores, segun la refiere san Mateo, la cual nos enseña á perdonar á nuestros hermanos de lo íntimo de nuestro corazon las ofensas que hemos recibido de ellos, si queremos que Dios nos perdone los pecados que hemos cometido contra él. La Epístola que precede á este Evangelio está tomada del sex-

to y último capítulo de la carta de san Pablo á los cristianos de Efeso, en la que despues de haber exhortado á todos á cumplir con las obligaciones de su estado; á los hijos á obedecer á sus padres, y á los siervos á sus señores; á los padres y madres igualmente que á los señores á que tengan presentes sus obligaciones con sus hijos y con sus siervos; les advierte que para resistir á los enemigos invisibles de nuestra salvacion, es menester revestirse con las armas de Dios, lascuales señala circunstanciadamente, y concluye su carta encomendándose á sus oraciones.

El introito de la misa está tomado de la oracion que hizo á Dios Mardoqueo con el pueblo judío para suplicar al Señor que se dignase mirar las lágrimas y los gemidos de un pueblo consagrado singularmente á él, y al que el orgullo de un solo hombre queria perder enteramente y esterminarlo en todas partes en un solo dia.

Es bien sabida la historia de la reina Estér, sobrina de Mardoqueo. Habiendo rehusado éste, por motivo de religion, rendir á Aman, favorito del rey Asuero, unos honores que su conciencia no le permitia tributarle, cayó de tal modo en la desgracia de aquel primer ministro, el mas orgulloso de los hombres, que para vengarse de la pretendida falta de respeto de Mardoqueo, resolvió que con éste pereciese toda la nacion judía. Publicóse el edicto de proscripcion contra todos los judíos existentes en el imperio de los persas, fijando el dia para esta cruel carnicería. Decia el edicto que el dia 14 de Adar, que era el duodécimo mes del año, fuesen degollados todos los judíos, hombres, mujeres y niños sin perdonar á ninguno. Habiendo sabido Mardoqueo lo que contenia el edicto cruel, desgarró sus vestidos, se cubrió con un saco, puso la ceniza sobre su cabeza, y fué clamando por toda la ciudad, ponderando lo horrible que era el querer destruir de este modo una nacion inocente. Llegó lamentándose de esta manera hasta las puertas del palacio, y allí redobló sus clamores y sus quejas. Avisada de ello la reina Estér, su sobrina, le envió al eunuco Arach para que le dijese el motivo de su afliccion. Mardoqueo la informó por medio de este oficial de lo que contenia el edicto que Aman habia arrancado al rey, y aun la envió una copia de él, diciéndola al mismo tiempo que no habia otro medio de salvar á los judíos que el que fuése á ver al rey, y ella misma interpusiese por su pueblo. La reina envió el eunuco para que dijese á su tio que estando prohibido á todos bajo pena de muerte el entrar á ver al rey sin ser llamados, no podia hacer lo que deseaba de ella. Mardoqueo rogó al eunuco que dijese á la reina que en una ocurrencia semejante no tanto debia considerar su seguridad, cuanto la salvacion de su nacion: que si ella abandonaba á su pueblo en tal estremo, Dios encontraria muy bien algun otro medio para librarle, pero que la perderia á ella con toda su raza para castigar su indiferencia; y que, en fin, acaso Dios no la habia elevado al trono sino para ponerla en estado de obrar en una ocasion como esta. Movida Estér de esta amonestacion, previno á su tio que hiciese juntar á todos los judíos que estaban en Susa, y les ordenase un ayuno de tres dias, y que rogasen á Dios por ella y por su pueblo; que por su parte iba á hacer lo mismo con todas las doncellas que la servian, y que despues de esto iria á ver al rey sin ser llamada, aun cuando debiese costarla la vida. Mardoqueo puso en ejecucion la órden de la reina; y durante el ayuno, en su humillacion dirigió á Dios esta fervorosa oracion, de la cual ha tomado la Iglesia las palabras que forman el introito de la misa de este domingo.

«Todas las cosas están sujetas, Señor, á vuestro poder, y ninguna hay que pueda resistir á vuestra voluntad; porque vos habeis hecho de nada todas las cosas: vos habeis hecho el cielo, la tierra y todas las criaturas que están bajo del cielo: vos sois el Señor de todas las cosas.» La Iglesia repite aquí el mismo salmo de que se sirvió el domingo precedente; este salmo está lleno de tan bellos sentimientos de estimacion y de afecto á la ley de Dios, que deberia ser familiar á todos los fieles: «Dichosos aquellos, dice David, que siempre están en los caminos de la inocencia, y caminan con fidelidad en la ley del Señor.» La proteccion milagrosa que Dios ostentó en favor del pueblo judío en el tiempo mismo en que el orgulloso Aman habia jurado su pérdida, y el buen éxito que tuvo la oracion de Mardoqueo y de Estér, han determinado sin duda á la Iglesia á elegir tambien hoy para el introito de la misa el primer versículo de este salmo.

La Epístola, como hemos dicho, está tomada del capítulo 6 de la carta de san Pablo á los fieles de Efeso, en la que el santo Apóstol les anima al combate que tenemos que sostener toda nuestra vida contra los enemigos de nuestra salud, los cuales son tanto mas temibles, cuanto que están siempre de inteligencia con nuestro propio corazon, con nuestros sentidos, nuestras pasiones y nuestro amor propio.

«Fortaleceos en el Señor, les dice, y por su virtud omnipotente.» San Pablo despues de haber dado instrucciones particulares á cada condicion, se dirige á todos los fieles de Efeso en general, y les exhorta á resistir con valor á todas las tentaciones, contando siempre con la proteccion omnipotente del Señor, y poniendo en él toda su confianza. «Revestíos con las armas de Dios, á fin de que podais estar preparados contra las emboscadas del demonio.» Por las armas de Dios entiende san Pablo la fé, la caridad, la confianza en Dios, la vigilancia, la oracion, la mortificacion, la penitencia, el fervor, el ejercicio de las buenas obras, el uso frecuente de los sacramentos; en una palabra el mismo Jesucristo. Emplea san Pablo desde luego esta metáfora, que está tomada de la guerra y de las armas; «porque las armas con que nosotros combatimos,» dice escribiendo á los corintios, «nada tienen de la carne, sino que adquieren su fortaleza de Dios mismo para destruir las fortalezas enemigas.» Quiere el santo Apóstol que los fieles se consideren en esta vida como en una guerra continua, y como tropas que están sobre las armas, y que tienen al frente los enemigos. Les exhorta á que se armen, por decirlo así, con todas las piezas, y que se cubran con todas las armas espirituales para no ser asaltados de improviso. En toda esta Epístola continúa san Pablo esta alegoría. ¿Quereis saber cuáles son los enemigos contra quienes teneis que combatir? «No es contra la carne y la sangre,» esto es, contra los hombres ordinarios; contra enemigos débiles compuestos de carne y de huesos, los cuales pueden vencerse con las armas materiales, sino que toda nuestra vida tenemos que combatir contra todas las potestades del infierno, contra toda la violencia de las pasiones, contra el espíritu y las máximas del mundo que reina con imperio. Enemigos tanto mas temibles, cuanto son mas espirituales, mas tenaces, mas malignos, mas finos, mas acostumbrados á vencer. ¿Que-

reis, pues, no ser vencidos? combatid siempre bien armados; «tomad las armas de Dios, á fin de que podais resistir en el tiempo malo y sosteneros, estando provistos de todo.» El dia malo es el dia del combate, el dia de la tentacion, tiempo peligroso, siempre funesto para las almas flojas, y que son sorprendidas y asaltadas de improviso. Esos cristianos enflaquecidos á quienes el espíritu del mundo ha corrompido ya, y á quienes las pasiones tratan como esclavos, ¿estarán en estado de vencer en el tiempo del combate? ¡Qué carnicería no harán estos crueles enemigos en los que encontraren casi sin armas!

«Manteneos, pues, con ánimo, teniendo la verdad por cintura al rededor de vuestros lomos, y la justicia por coraza; tened tambien el calzado en vuestros piés para estar prontos á ir á predicar el Evangelio de paz;» para ir á anunciarle á todos los pueblos del universo, si no con vuestras palabras, al ménos con vuestros ejemplos. Quiere san Pablo que todos los cristianos se consideren como soldados de Jesucristo armados con todas las piezas, esto es, revestidos de las armas espirituales, que son la fé, la justicia, el zelo y la caridad. Hace al parecer alusion el Apóstol aquí á aquel lugar de Isaías: «La justicia será la cintura de sus lomos (Isaías 11); y la fé, la inocencia y la caridad el talabarte de que estará siempre ceñido. Tomad en toda compostura,» continúa el Apóstol, «el escudo de la fé, por medio del que podais estinguir los dardos ardientes del espíritu maligno.» Los dardos ardientes del maligno espíritu son los malos deseos y los estímulos de la carne, que no estando estinguidos causan en el alma un funesto incendio. A la menor chispa, con el mas lijero consentimiento prende fuego la concupiscencia. Todos los dardos del demonio son ardientes; prenden fuego en el corazon, y dan la muerte al alma. Una fé viva es un escudo impenetrable, embota todos los dardos, y la gracia estingue el fuego. «Tomad además el casco de la salud;» Jesucristo es nuestra salud, segun el idioma de la Escritura; su espíritu, su amor, su proteccion omnipotente pueden llamarse el casco de la salud. Amemos á Jesucristo, tengamos una entera confianza en Jesucristo, estemos animados del espíritu de Jesucristo, y seremos invencibles. Pero no nos contentemos con tener armas con que defendernos, y estar siempre á la defensiva; «sirvámonos de la espada del espíritu, que es la palabra de Dios.» Con esta divina palabra pondremos en fuga á todas las potestades del infierno. Practiquemos esta divina palabra, vivamos segun el espíritu y las máximas del Evangelio, y seremos formidables al demonio.

El Evangelio está formado del capítulo 18 de san Mateo. Acababa el Salvador de establecer y de esplicar á sus apóstoles el importante precepto del perdon de las injurias, el cual es uno de los mas esenciales de la moral cristiana y de la religion. No contento con habérselo esplicado, quiso hacerles todavía mas sensible esta verdad por medio de una parábola que hacia ver claramente que si no perdonamos á nuestros hermanos, no debemos esperar el perdon de parte de Dios.

El reino de los cielos, les dice, es semejante á un rey que quiso tomar cuentas á sus sirvientes; esto es, segun el estilo de la Escritura: Dios obrará con nosotros como un rey que toma cuenta á sus domésticos. Figurémonos, pues, un príncipe que ordena que vengan á su presencia todos sus oficiales, para ver y examinar él mismo sus cuentas. Habiendo repasado lo que cada uno le debia, se pasmó de hallar uno que le era deudor de diez mil talentos, esto es, de una suma escesiva; Jesucristo quiere indicar por esto de cuántas faltas y pecados son deudores á la justicia divina, aun aquellos que pasan y son en efecto siervos de Dios. Por mas que esta suma fuese escesiva, el príncipe quiso ser pagado sin que faltase un óbolo: y hallando á su servidor insolvente, mandó no solo que se le embargase en la hora todo lo que tenia, sino que se le vendiese á él mismo con su mujer y sus hijos hasta que quedase satisfecha la deuda. Viéndose aquel desgraciado perdido sin recurso, reducido á la última desesperacion, recurrió á la bondad y clemencia de su Señor; echóse á sus piés y bañado en lágrimas le suplicó que le diese tiempo, prometiéndole que le pagaria toda la suma: «Dadme tiempo,» decia, «y yo os lo pagaré todo.» Enterneciéndose aquel buen señor, y movido de compasion, sin obligarle á nada, le perdonó toda la deuda.

El primero que este servidor encontró, saliendo de palacio, fué uno de sus compañeros que le debia una suma muy pequeña, eran cien denarios que no hacian mas que un talento; era, en efecto, notable la diferencia de un talento á diez mil. Apenas le divisó, cuando olvidando el modo con que acababa él de ser tratado, le asió, y teniéndole del cuello le ahogaba, diciéndole: «Págame lo que me debes;» nó, yo no te haré ninguna gracia; echóse éste á sus piés, temblando y abrazándole las rodillas: «Dadme tiempo,» le decia, «y te pagaré toda la suma.» Pero el acreedor implacable, duro é insensible á sus ruegos y á sus llantos, no quiso escucharle, y habiéndole hecho prender por la justicia, hizo que se le pusiese en prision hasta que le hubiese pagado su deuda. Una accion tan bárbara, y un tratamiento tan inhumano por una suma de cien denarios, y por un hombre á quien acababa de perdonársele una deuda de diez mil talentos, hizo gran ruido. Todos los demás servidores indignados por un modo de obrar tan violento, fuéron á ver al señor, y le contaron el hecho. El príncipe montó en cólera, y habiendo hecho venir á su presencia á aquel perverso servidor: Desdichado, le dijo lleno de ira, acabo de perdonarte por pura bondad todo lo que me debias, no obstante que era un suma escesiva, y esto solo porque me rogaste; ¿por qué no debias tú tambien por igual motivo haberte compadecido de tu compañero, como me compadecí yo de tí, y perdonádole lo que te debia? Vé, alma dura, tú eres indigno de toda gracia, y por tanto no se te hará; despues dirigiéndose á los oficiales de justicia: Póngasele en prision, les dijo, y no se le suelte hasta que haya pagado toda la suma que me debe.

No hay necesidad, añadió el Salvador, de que yo os esplique esta parábola: vosotros comprendeis bien que este príncipe, este señor significa el Padre celestial, que en la hora de la muerte toma cuentas á cada uno de toda su vida; nadie hay que no sea deudor á la justicia divina, y que no tenga necesidad de misericordia: no debeis, pues, esperar para vosotros mas que lo que vosotros hubiereis hecho con los demás. No os engañeis, no hay misericordia para quien no hubiere hecho misericordia; si vosotros no perdonais á vuestros hermanos de lo íntimo del corazon sinceramente todas las ofensas que habeis recibido de ellos, no debeis esperar el perdon.

Dios nos perdona, á fin de que nosotros perdonemos, dice san Agustin; y si nosotros no perdonamos, hará revivir la deuda. Imitemos la conducta de nuestro Padre, si no queremos ser desheredados. Aparece claramente por el Evangelio, añade el mismo Padre, que los pecados perdonados reviven, es decir, la pena del pecado, como lo esplica santo Tomás, cuando no tenemos compasion y caridad con nuestros hermanos: son notables las palabras de este santo doctor: «Que renacen los pecados perdonados para el que no tiene caridad con sus hermanos, nos lo enseña en el Evangelio clarísimamente el Señor en aquel criado, al cual vuelve á pedir su señor la deuda perdonada.—Si nosotros no perdonamos de buena gana la ofensa que se nos ha hecho, Dios nos pedirá cuenta de nuevo de los pecados que se nos habian perdonado,» dice san Gregorio. A la verdad Dios no revoca los dones que ha concedido, y la culpa de un pecado perdonado no puede revivir; pero la pena debida á estos pecados, que es propiamente la deuda debida á la justicia divina, aun cuando hubiese sido perdonada, dice santo Tomás, puede revivir por nuestra ingratitud y nuestra falta de caridad.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Familiam tuam, quæsumus, Domine, continua pietate custodi: ut a cunctis adversitatibus, te protegente, sit libera, et in bonis actibus tuo nomini sit devota. Per Dominum nostrum...

Señor, guardad á vuestros siervos por una continua asistencia de vuestra bondad, á fin de que libres por vuestra proteccion de todos los males no busquen en todas sus buenas obras mas que la gloria de vuestro nombre. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es de la que escribió el apóstol san Pablo á los Efesinos, cap. 6.

Fratres: Confortamini in Domino, et in potentia virtutis ejus. Induite vos armaturam Dei, ut possitis stare adversus insidias diaboli: quoniam non est nobis colluctatio adversus carnem et sanguinem: sed adversus principes et potestates, adversus mundi rectores tenebrarum harum contra spiritualia nequitiæ, in cœlestibus. Propterea accipite armaturam Dei, ut possitis resistere in die malo, et in omnibus perfecti stare. Ergo succincti lumbos vestros in veritate, et induti loricam justitiæ, et calceati pedes in præparatione Evangelii pacis: in omnibus sumentes scutum fidei, in quo possitis omnia tela nequissimi ignea extinguere: et galeam salutis assumite: et gladium spiritus, quod est verbum Dei.

Hermanos mios: Fortificaos en el Señor, y por su virtud omnipotente revestios con las armas de Dios, á fin de que podais estar sobre aviso contra las emboscadas del demonio; porque no es contra la carne y la sangre contra quienes tenemos que combatir, sino contra los principados y las potestades, contra los dominadores de este mundo, de este lugar de tinieblas, contra los espíritus malignos que están en el aire. Por tanto tomad las armas de Dios, á fin de que podais resistir en el dia malo, y sosteneros hallándoos provistos de todo. Manteneos, pues con buen ánimo, teniendo la virtud por cintura en vuestros lomos, y la justicia por coraza, teniendo igualmente el calzado en los piés, para estar prontos para ir á predicar el Evangelio de la paz; tomando en toda coyuntura el escudo de la fé, por medio del que podais estinguir los dardos ardientes del espíritu maligno; tomad además el casco de la salud, y la espada del espíritu, que es la palabra de Dios.

Despues de haber reformado san Pablo con su celo y su dulzura ordinaria los defectos de los fieles de Efeso, les da reglas de conducta para ordenar sus costumbres. Da avisos saludables á los padres y á las madres, á los amos y á los criados, y concluye su carta encomendándose en sus oraciones.

REFLEXIONES.

«No es contra la carne y la sangre contra quienes tenemos que combatir, sino contra los principados y las potestades.» Por la carne y la sangre entiende san Pablo aquí los hombres, los cuales no serian mas que enemigos compuestos de carne y de hueso como nosotros; y por consiguiente enemigos que nada podrian influir sobre nuestra alma y sobre nuestro corazon. Su fuerza, sus astucias y todos sus artificios se circunscriben á una esfera mas pequeña, y no es tan difícil el ponerse á cubierto de sus dardos. Los enemigos espirituales contra quienes tenemos que combatir toda la vida son mucho mas temibles; son enemigos que no se descubren sino por sus ataques, y cuyos dardos no se ven sino por las heridas que hacen. Tenemos, empero, que combatir, dice en otra parte el mismo apóstol, contra la carne y la sangre, esto es, contra los deseos de la carne, contra los ímpetus de nuestra propia concupiscencia, contra nuestros malos deseos. Nosotros mismos somos, por decirlo así, nuestros mas formidables enemigos; nuestros sentidos nos seducen, nuestras pasiones nos hacen una guerra mortal, y debemos desconfiar continuamente de nuestro propio corazon, siempre de inteligencia con nuestros propios sentidos. Los principados, las potestades, los dominadores de las tinieblas, los espíritus malignos que están en el aire, todo esto significa poco mas ó ménos una misma cosa, esto es, las potestades del infierno, el tentador que se halla en todas partes, que nos sigue hasta el lugar santo, hasta el mismo pié del altar, hasta en medio de la práctica de nuestras buenas obras. No hay asilo contra sus malignos intentos, no hay abrigo contra sus tiros. Por esto decia el Salvador á sus apóstoles: Orad y velad sin cesar; velad y orad á fin de que no os veais enredados en la tentacion, para que no seais sorprendidos del enemigo, ni vencidos en la sorpresa. Si las almas mas inocentes, si los discípulos mas fervorosos tienen siempre que temer, y deben orar y velar de continuo, ¿quién asegura á los cristianos flojos é imperfectos? Esas personas mundanas, que no respiran mas que algazara, esas gentes de placer tan joviales y todos los que pasan su vida en la ociosidad y en la molicie, ¿están á cubierto de todos los peligros para que se dispensen de velar, de orar y de temer? Nuestra vida, dice la Escritura, es una guerra y una tentacion continua; es preciso, pues, estar siempre alerta. ¡Cosa estraña! y en medio de tantos peligros nada desconfian la mayor parte de los hombres. ¿Cómo pueden dormir así con un sueño tan profundo en medio de tan gran peligro, y agitados de una tempestad tan violenta? unos soldados sin armas y

cogidos de improviso ¿resistirán un asalto? no hay persona de virtud tan eminente que no tenga que temer por su salvacion; no hay órden religioso, no hay estado tan santo, no hay lugar tan retirado, no hay soledad tan espantosa en donde podamos pasarnos racionalmente sin las armas de Dios, ni permanecer seguros sin escudo, sin tahalí, sin casco, sin coraza. No hay santo tan grande que en medio del ejercicio de la mas austera penitencia no haya temido el peligro: ¿quién inspira á esos religiosos flojos é imperfectos, á esas personas enteramente mundanas una seguridad tan tranquila?

El Evangelio de la misa de este dia está tomado del que escribió san Mateo, cap. 18.

In illo tempore, Dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Assimilatum est regnum cœlorum homini regi, qui voluit rationem ponere cum servis suis. Et cum cœpisset rationem ponere, oblatus est ei unus, qui debebat ei decem millia talenta. Cum autem non haberet unde redderet, jussit eum dominus ejus venumdari, et uxorem ejus, et filios, et omnia, quæ habebat, et reddi. Procidens autem servus ille, orabat eum, dicens: Patientiam habe in me, et omnia reddam tibi. Misertus autem dominus servi illius, dimisit eum, et debitum dimisit ei. Egressus autem servus ille invenit unum de conservis suis, qui debebat ei centum denarios, et tenens suffocabat eum, dicens: Redde quod debes. Et procidens conservus ejus, rogabat eum, dicens: Patientiam habe in me, et omnia reddam tibi. Ille autem noluit: sed abiit, et misit eum in carcerem, donec redderet debitum. Videntes autem conservi ejus, quæ fiebant, contristati sunt valde, et venerunt, et narraverunt domino suo omnia, quæ facta fuerant. Tunc vocavit illum dominus suus, et ait illi: Serve nequam, omne debitum dimisi tibi, quoniam rogasti me; nonne ergo oportuit et te misereri conservi tui, sicut et ego tui misertus sum? Et iratus dominus ejus, tradidit eum tortoribus, quoadusque redderet universum debitum. Sic et Pater meus cœlestis faciet vobis, si non remiseritis unusquisque fratri suo de cordibus vestris.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Es semejante el reino de los cielos á un rey que quiso tomar cuentas á sus servidores. Habiendo, pues, comenzado á examinar las cuentas, se le presentó un servidor que le debia diez mil talentos. No teniendo él con que pagar, ordenó el señor que se le vendiese con su mujer, sus hijos y toda su hacienda, y que la deuda quedase cubierta. Arrojándose entonces el servidor á sus piés, le suplicaba y le decia: Dáme tiempo, y todo te lo pagaré. Entonces el señor de este servidor, compadeciéndose de él, le dejó ir y le perdonó toda la deuda. Mas cuando aquel servidor hubo salido, encontró uno de los que servian con él, el cual le debia cien denarios de plata; y teniéndolo agarrado del cuello le sufocaba, diciéndole: Págame lo que me debes. Echándose este á sus piés, le suplicaba y le decia: Dáme tiempo, y yo te lo pagaré todo; pero el otro no quiso, sino que fué y le hizo poner en prision hasta que le pagase. Viendo los demás servidores lo que pasaba, se afligieron en estremo, y refirieron á su señor todo lo que habia sucedido. Entonces su señor le hizo llamar y le dijo: Siervo perverso te he perdonado toda la deuda porque me lo suplicaste, ¿no debias tú tambien haberte compadecido de tu compañero, como yo me compadecí de tí? Inmediatamente su señor lleno de indignacion le entregó á los ejecutores de la justicia hasta que pagase toda la deuda. De este modo se portará con vosotros mi Padre celestial, si no perdonare cada uno de vosotros á su hermano de lo íntimo de su corazon.

MEDITACION.

Del perdon de las injurias.

Punto primero. — Considera que no podemos esperar con confianza de la misericordia de Dios el perdon de nuestros pecados, sino en alguna manera sobre el perdon de las injurias que se nos han hecho. La parábola de este dia es una leccion, una promesa, y una amenaza. No hay hombre que no sea responsable á la justicia de Dios, ninguno que no esté cargado de deudas. Un solo pecado venial merece penas que no pueden imaginarse, y el menor pecado mortal merece nada ménos que un infierno eterno. «No entreis en juicio ¡ó Dios mio!» decia David horrorizado al solo pensamiento de esta verdad: «No entreis en juicio con vuestro siervo, porque no hay hombre sobre la tierra que pueda lisonjearse de comparecer inocente á vuestra vista:» sin embargo tarde ó temprano es menester darle cuenta. Dios no puede dispensar á ninguno. Nuestras deudas son escesivas, y puede asegurarse que todas las maceraciones del cuerpo, durante toda la vida, no bastarian para satisfacer á la justicia de Dios, ni aun por las ménos criminales. Todos los suplicios del infierno por toda una eternidad no pueden espiar una sola culpa mortal. ¿Qué hombre hay, Señor, que no sea insolvente? y ¿qué medio para pagar unas deudas que esceden todo nuestro fondo? Es verdad que en la sangre de Jesucristo tenemos un fondo de tesoros inagotables; pero es menester que se nos apliquen estos méritos, y que se nos permita sacar de este fondo infinito. El Salvador nos ha enseñado el medio en la parábola de nuestro Evangelio. ¿Hemos recibido alguna injuria? ¿nos han ofendido nuestros hermanos? ¿somos acreedores de alguno? Perdonemos, y se nos perdonará. El oráculo ha hablado; Jesucristo mismo nos ha enseñado este secreto maravilloso de satisfacer á Dios todas nuestras deudas. Por infinita que sea nuestra desproporcion entre lo que debemos á la justicia divina, y lo que se nos debe, Dios se da por pagado, por satisfecho, luego que hemos perdonado á nuestros deudores la suma que nos debian; desde entonces satisface Jesucristo todo lo que debiamos á su Padre, aplicándonos sus méritos y sus tesoros. ¿Hemos comprendido nunca bien, comprenderemos jamás el esceso de esta misericordia? ¿Podemos tener un medio mas fácil para desempeñarnos?

Punto segundo. — Considera que esta es una condicion indispensable. ¿Queremos que el Padre celestial nos perdone nuestros pecados? perdonemos nosotros las ofensas que nos han hecho. «Si teneis alguna cosa contra alguno, dice el Salvador, perdonadle á fin de que vuestro Padre, que está en el cielo, os perdone tambien vuestros pecados (Marc. 11.); porque si vosotros no perdonais, vuestro Padre que está en el cielo no os perdonará tampoco vuestros pecados. De la misma medida de que os hubiereis servido

para los otros, se servirá para vosotros. (Luc. 6.)» Con tanto interés ha tomado este precepto del perdon de las injurias, que de él ha querido hacer uno de los principales artículos del modelo de oracion que nos ha enseñado. «Perdónanos nuestras deudas, como nosotros lo hacemos á nuestros deudores. (Matth. 6.)» Ninguna cosa se repite en el Evangelio con mas frecuencia ni mas claramente que esta importante y consoladora máxima; no hay medio mas seguro, mas fácil, mas eficaz para obtener el perdon de nuestros pecados, y tampoco hay nada mas preciso ni mas positivo que la amenaza que sigue á esta promesa: «Si vosotros no perdonais á los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre celestial os perdonará á vosotros vuestros pecados. (Ibid.)» Tengamos presente que es un Dios el que habla. Y despues de esto ¿cuesta trabajo el perdonar las injurias? ¿se mira como difícil el precepto de perdonar las injurias? ¿hay quienes dicen que no pueden resolverse á perdonar? Pero estos ¿son cristianos ó infieles? A ménos de que no estemos furiosos, que no hayamos perdido absolutamente el uso de la razon y del sentido comun; ¿podemos no querer que Dios nos perdone nuestros pecados? pero ¿podemos desear que Dios nos perdone, y no querer perdonar las ofensas que se nos han hecho, y tener fé y ser fieles? No perdamos de vista esta contradiccion de nuestra fé y nuestra conducta; ¿podemos querer verdaderamente que Dios nos perdone, sin querer nosotros perdonar?

La mas urgente de mis necesidades, Señor, es la de descargarme de las deudas inmensas que he contraido con Vos por el pecado. Me atrevo, pues, á pediros que me las perdoneis, como yo perdono sinceramente todas las que han contraido mis hermanos conmigo. Yo sé que no hay proporcion alguna entre mis pecados y las injurias que he podido haber recibido; pero ¿qué es tan poco la indulgencia que yo reclamo, comparada con la infinita misericordia de un Dios?

JACULATORIAS.—Perdónanos, Señor, nuestras deudas, como nosotros perdonamos á nuestros deudores. (Matth. 6.)

Dadme tiempo, y yo os lo pagaré todo. (Ibid.)

PROPOSITOS.

1 Podria Dios dejar de hacer con nosotros lo que exige que hagamos con nuestros hermanos; pero que nosotros pretendamos dispensarnos de los deberes de caridad que nos impone para con nuestros hermanos, despues de no haber puesto él límites á su caridad con nosotros, esto es el esceso de la injusticia. Siervo perverso, yo te he perdonado toda la deuda, porque me lo has suplicado; ¿no debias tú tambien haberte compadecido de tu compañero, como yo me compadecí de tí? No nos acarreemos esta repulsa; seamos generosos, ardientes y solícitos para perdonar todo agravio, toda injuria que nos hubieren hecho, acordándonos que nuestra generosidad, nuestra liberalidad en este punto debe ser como la medida, por decirlo así, de la de Dios con nosotros.

2 Como se trata de alcanzar del Señor el perdon de todos nuestros pecados, perdonando nosotros todas las ofensas que nos han hecho, concedamos el perdon, remitamos todas estas deudas de buena gana y con generosidad. Prevengamos nosotros mismos á nuestros enemigos, así como nosotros tenemos necesidad de que Dios nos prevenga por su pura misericordia. Perdonemos generosamente, esto es, perdonemos de lo íntimo de nuestro corazon con sinceridad, sin reserva. Y así como queremos que Dios olvide nuestras ofensas, olvidemos tambien las que nosotros perdonamos. Seamos amigos de los que eran nuestros deudores, y á quienes hemos perdonado sus deudas, apresurémonos á complacerles y á servirles; aparezca por nuestra conducta atenta, graciosa y servial, que estamos perfectamente reconciliados con ellos. Tenemos necesidad de que Dios haga lo mismo con nosotros; «y con la misma medida que midiéremos, seremos medidos.»

DOMINGO VIGÉSIMOSEGUNDO DESPUES DE PENTECOSTES.

ADVERTENCIA. *En la Dominica 3.ª de noviembre que suele concurrir con la vigésimasegunda despues de Pentecostés, celebra la Iglesia la fiesta del* PATROCINIO DE NUESTRA SEÑORA.

Hase dado á este domingo el nombre de domingo del tributo al César, porque el Evangelio que se dice en la misa de este dia habla de esto. Habiendo tomado los fariseos entre sí la resolucion de sorprender á Jesus, al ménos en sus palabras, ya que no hallaban nada que reprender en sus obras, no cesaban de tenderle lazos, haciéndole preguntas capciosas. La que le hicieron en órden al tributo que los judíos pagaban al emperador, era delicada; pero la respuesta del Salvador que leia en su corazon los malos designios que en él abrigaban, no sirvió mas que para cubrirles de confusion haciendo brillar su sabiduría divina. La Epístola contiene una demostracion de la ternura con que san Pablo miraba á los fieles de la ciudad de Filipos en Macedonia, los cuales por su parte le correspondian afectuosos, y le habian dado señales muy claras de su reconocimiento por las gracias espirituales que les habia procurado desde su conversion, asistiéndole en sus necesidades é interesándose en sus prisiones, en sus persecuciones y en la firmeza del Evangelio.

El introito de la misa está tomado del salmo 129, que es una oracion de los judíos oprimidos de miserias durante su cautividad en Babilonia; en él confiesan sus pecados al Señor, y reconocen con humildad, que por grandes que sean los males que padecen, merecen todavía mas á causa de sus iniquidades; pero que saben que la misericordia de Dios es todavía mas grande que su malicia; esto es lo que sostiene su confianza en la bondad infinita de Dios.

Yo sé, Dios mio, cuán criminal soy en vuestra presencia, convengo en que mis pecados son sobre mi cabeza; «y si vos examinais con rigor nuestras iniquidades, ah Señor, ¿quién podrá sufrir vuestros juicios? pero, ó Dios de Israel,» no hallando en nosotros sino razones para perdernos, «las hallais abundantemente en vos para salvarnos:» de aquí es que «por mas profundo que sea el abismo de miseria en que he caido, clamo confiadamente á vos, Señor; no seais, ó Dios mio, inexorable á mi voz.

La Iglesia ha colocado este salmo entre los penitenciales, es decir, en el número de los siete que inspiran la compuncion y el espíritu de penitencia, y que al mismo tiempo son como el efecto de ella. Créese que David, movido de un vivo arrepentimiento por su doble pecado con Bersabé, le compuso en testimonio de su contricion, y

para suplicar al Señor que le perdonase por su infinita misericordia. En efecto, este salmo está lleno de sentimientos de contricion, de humildad, de devocion y de confianza, los cuales inspira al recitarle. No hay acaso otro mas á propósito para ablandar al Señor y desarmar su ira; por esto se reza comunmente por el alivio de las almas del purgatorio, tanto á causa de estas palabras: «Desde el fondo del abismo en que he caido, dirijo hácia vos, Señor, mis lamentos,» lo cual nos da la idea de una alma encerrada en un profundo y sombrío calabozo, cuanto porque en él se habla con frecuencia de la misericordia del Señor, del perdon de las iniquidades y de la esperanza de los justos.

Para entrar en el sentido de la Epístola que san Pablo escribió á los fieles de Filipos, la cual ha sido elegida para la de la misa de este dia, es menester tener presente que los filipenses, que son un pueblo de Macedonia, habian sido convertidos á la fé por san Pablo, á consecuencia de una vision que el santo Apóstol tuvo en sueños en Troade. Comenzó esta Iglesia por la conversion de una mercadera de púrpura, llamada Lidia, y en poco tiempo á aquellas primicias siguió una gran cosecha. Prendiéronle allí con su discípulo Silas, azotáronle con varas, y tuvo mucho que sufrir; pero el ánimo, el zelo y la fidelidad de los filipenses le indemnizaron mucho de sus penas. Aquellos nuevos fieles tuvieron siempre á la doctrina y á la persona del santo Apóstol un apego que jamás se desmintió. Rechazaron constantemente á los doctores del judaismo que le seguian por todas partes para corromper con la mezcla de la religion judaica la doctrina del Evangelio, y fueron los únicos de toda la Grecia que contribuyeron á su subsistencia; y habiendo sabido que estaba preso en Roma, le enviaron una suma considerable de dinero por Epafroditas, y por esta liberalidad les da gracias en esta carta, en la que les felicita por su perseverancia en la pureza de la fé, su constancia en las persecuciones, y el desprecio que habian hecho de los falsos apóstoles que querian seducirles. Les consuela en seguida, y se consuela él mismo con ellos de los males que padecen por Jesucristo, por la consideracion de las grandes recompensas que les estaban preparadas, y les exhorta á que huyan siempre mas y mas de los falsos predicadores.

«Estoy seguro que el que ha comenzado en vosotros tan buena obra, la perfeccionará hasta el dia de Jesucristo;» esto es, tengo una firme confianza que Dios, que os ha hecho la gracia de convertiros recibiendo con docilidad el Evangelio, y teniendo una fé viva que os hace seguir tan perfectamente todas sus máximas, os concederá tambien la gracia de la perseverancia final, sin la que no es posible salvarse, puesto que «no hay salvacion sino para el que fuere constante hasta el fin. (Matth. 10.)» El dia de Jesucristo, en el modo de hablar de la Escritura, es el dia de la muerte, el momento decisivo de nuestra suerte eterna, en el que se hace el juicio particular que decide de nuestro destino en la eternidad. «Así como yo debo sentir de este modo de todos vosotros» San Pablo mira á todos los fieles de Filipos como verdaderos predestinados. El fervor de que estos fieles habian dado testimonio desde el principio de su conversion, y la fidelidad con que habian perseverado hasta entonces en la fé y en la caridad, eran motivos que inspiraban al Apóstol esta justa confianza; la razon que da de ella, dice todo esto: «Porque,» dice, «os tengo en el corazon por la parte que os tomais todos en mi gozo, mientras que estoy entre cadenas, mientras que defiendo y establezco el Evangelio.» No funda san Pablo la confianza que tiene de su salvacion simplemente en su ternura para con él; sino en la parte que toman en sus trabajos y en sus padecimientos, que él llama su gozo, y en la propagacion de la fé y del Evangelio, asistiéndole en sus necesidades, y contribuyendo cuanto podian á su establecimiento con su virtud estraordinaria, con la pureza de sus costumbres y con su perseverancia.

«Dios me es testigo de cuán tiernamente os amo á todos en las entrañas de Jesucristo.» Toma san Pablo á Dios por testigo del amor espiritual que les profesa; Dios sabe que os amo, nó simplemente porque me habeis dado pruebas de vuestra caridad en todas mis necesidades, este seria un amor natural de puro reconocimiento; os amo en Jesucristo, porque vosotros amais tiernamente á Jesucristo, que es el único motivo de vuestras caridades; porque sois verdaderos discípulos de Jesucristo, y porque él os ama tiernamente como verdaderos discípulos suyos; y «la oracion que yo dirijo á Dios es, que vuestra caridad se haga mas y mas ilustrada y prudente en todo sentido.» El amor de Dios no solo abrasa el corazon, ilumina tambien el entendimiento, y proporciona conocimientos que no podrian adquirirse con el estudio, y que son superiores al alcance de los mayores genios: «á fin de que juzgueis lo que es mejor, que vuestra conducta sea pura é inocente» hasta el dia de Jesucristo, esto es, hasta el último suspiro de la vida. Cuanto mas ama uno á Dios, mas ilustrado está. El amor puro de Dios da el don de consejo, de inteligencia y de fortaleza: siempre hay talento cuando se ama á Dios. No es un talento superficial que se exhala todo en vanas apariencias; es un talento maduro, sólido, fecundo, que descubriendo el bien nos inclina á hacerle, y nos enseña «á llenarnos de los frutos de justicia, que vienen por Jesucristo, á la gloria y á la alabanza de Dios;» y hé aquí lo que san Pablo desea á los fieles de Filipos.

El Evangelio de este dia está tomado del capítulo 22 de san Mateo, el cual descubriendo la malicia de los fariseos, demuestra con toda claridad la sabiduría infinita del Salvador del mundo.

Acababa el Hijo de Dios de contar la parábola del festin que hizo un rey para las bodas de su hijo, al cual se negaron á concurrir los primeros convidados, y llenaron sus puestos los estraños. La mayor parte de los judíos, y sobre todo los fariseos á quienes se enderezaba esta parábola, comprendieron todo el sentido de ella, y no pudiendo sufrir las acusaciones de su conciencia, se retiraron silenciosamente con la rabia en el corazon, resueltos á ponerlo todo en accion para perderle. Como el odio que tenian contra él les sugiriese mil artificios para desacreditarle en el concepto del pueblo, tuvieron consejo entre sí en órden á los medios de sorprenderle en sus palabras, y sacar de él alguna respuesta censurable que pudiesen emponzoñar, y de la cual pudiesen formarle un crímen.

El medio que tomaron fué el de enviarle algunos de sus discípulos con otros de los herodianos, que con un rostro modesto y un aire de probidad le tendiesen un lazo. Estos discípulos de los fariseos estaban, á lo que parece, en la

secta farisaica, en el grado de los que se llaman proponentes en la secta protestante, candidatos ó estudiantes, y tales era menester que fuesen, á fin de que pareciese que la pregunta que hacian no era mas que para instruirse. Por lo que hace á los herodianos, algunos intérpretes creen que eran de la córte de Herodes, porque como la pregunta que debia hacerse al Salvador miraba al príncipe, era muy á propósito el tener gente de la córte por testigos. Sin embargo es mas probable que estos herodianos eran ciertos sectarios, que segun Josefo no se diferenciaban de los fariseos sino por su preocupacion escesiva por la libertad. Créese que esta secta nacida en el reinado de Herodes, apellidado el Grande, habia tenido por gefe á Judas el Gaulonita ó el Galileo. Habíaseles dado el nombre de herodianos, porque habiendo creido desde luego que Herodes el Grande era el Mesías, sobrepujaban todavía á todos los errores de los fariseos, lo cual segun san Marcos obligó á decir al Salvador: «Guardaos de la levadura de Herodes.» Diferian de los fariseos en cuanto á los tributos que se pagaban á los romanos; los fariseos los pagaban, mas con mucha repugnancia; los herodianos al contrario sostenian que estos tributos eran indispensables. El designio de los enemigos del Salvador era hacerle decir alguna cosa que pudiese servir de pretesto para acusarle como reo de estado, y que fuese como tal castigado con el último suplicio. El lazo estaba bien concertado. Toda la intriga consistia en embarazarle por una pregunta capciosa, preguntándole si los judíos podian en conciencia pagar el tributo al emperador. Esperaban ellos que sucederia una de dos cosas. O declarará á los judíos tributarios del emperador, decian ellos, y con esto ofenderá á toda la nacion, haciendo ver que no puede ser el Mesías, puesto que hace esclavo al pueblo judío; ó declarará al pueblo exento de todo tributo, y en este caso los herodianos le acusarán á los romanos como un sedicioso, rebelde al César y convencido de rebelion.

Para disfrazar mejor su perversidad, le saludaron al principio con respeto, y comenzaron por alabar su sinceridad y su rectitud. Maestro, le dijeron, sabemos que dices siempre verdad, y que enseñas el camino de Dios en espíritu de verdad, sin respeto humano y sin consideracion por ninguno, sea el que sea, porque no haces acepcion de personas; nos dirigimos, pues, á tí para que nos instruyas sobre un punto, sobre el cual los ánimos están divididos, y en el que parece interesarse la gloria de Dios. Dínos sinceramente lo que te parece de esto: «¿es permitido pagar el tributo al César, ó nó?» Era este tributo la capitacion que los romanos colectaban en la Judea, desde que esta provincia se habia hecho tributaria del imperio.

Jesucristo quiso hacerles ver que conocia perfectamente todo lo que abrigaban dentro de su corazon, y que bajo de la máscara de su esterior seductivo descubria su malignidad y su hipocresía. «Hipócritas, les dijo, ¿por qué tratais de sorprenderme? Mostradme la moneda con que pagais el tributo;» y le presentaron un denario romano. Era esta una moneda estranjera, marcada con el sello del emperador, y que llevaba su sobrescrito. Como queria convencerles por sí mismos: «¿De quién es esta figura, les dijo, y el nombre escrito al rededor?—Del César, le respondieron.—Si, pues, es del César, repuso el Salvador, dad al César lo que pertenece al César; pero no olvideis el dar á Dios lo que debeis á Dios,» vuestro Criador, vuestro Señor soberano y vuestro Padre. Palabras misteriosas, que fueron una gran leccion para los fariseos y para los herodianos, dando á entender á aquellos por el sobrescrito de César que llevaba la moneda de plata que le presentaban, que eran muy necios en lisonjearse de que eran libres, cuando la moneda que corria en el pais declaraba bastante que estaban sujetos y que eran tributarios: y diciendo á estos que la obligacion que tenian de pagar el tributo al príncipe, no les dispensaba de dar á Dios lo que le debian como á su Señor soberano. Vosotros debeis á César un tributo de dinero, y á Dios un tributo de adoracion, de amor, de respeto, de sumision y de alabanza. Dios os manda que pagueis al príncipe el tributo que le debeis; pero ¿estais por esto ménos obligados á cumplir con vuestros deberes de religion para con Dios, amarle con todo vuestro corazon, guardar sus mandamientos con fidelidad, servirle con fervor y creer su palabra? Satisfaced, pues, á esta doble obligacion. Los príncipes tienen derechos que Dios les ha dado; pero Dios tiene derechos que se ha reservado, y que no se le pueden negar: la verdadera piedad sabe conciliar los unos y los otros, y es innegable que los príncipes no tienen vasallos mas fieles ni mas sumisos que aquellos á quienes una piedad sincera hace fieles y sumisos á Dios. Añade el Evangelio que los fariseos y los herodianos admiraron su respuesta, y dejándole se retiraron. Vana admiracion que nada produce en el corazon. Esto mismo sucede aun todos los dias entre los cristianos. Admírase lo que se lee, sorprende un predicador, alábanse los santos, aprécianse las máximas del Evangelio, y á esto se reduce todo. ¿Somos sino, despues de esto, mas virtuosos, mas religiosos, mas devotos? paga el entendimiento, por decirlo así, el tributo; pero el corazon permanece en sus estravíos y en su rebelion. El entendimiento es cristiano, y pagano el corazon.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Deus refugium nostrum et virtus: adesto piis Ecclesiæ tuæ precibus, auctor ipse pietatis, et præsta; ut quod fideliter petimus, efficaciter consequamur. Per Dominum...

O Dios, refugio y fortaleza nuestra, dignaos oir los piadosos ruegos de vuestra Iglesia, y ya que la habeis dado la misma piedad que la inclina á pediros, haced por vuestra misericordia que obtengamos lo que os pedimos con una buena fé. Por nuestro Señor Jesucristo etc.

La Epístola está tomada de la de san Pablo á los Filipenses, cap. 1.

Fratres: Confidimus in Domino Jesu, quia qui cœpit in vobis opus bonum, perficiet usque in diem Christi Jesu. Sicut est mihi justum hoc sentire pro omnibus vobis: eo quod habeam vos in corde, et in vinculis meis, et in defensione, et confirmatione Evangelii, socios gaudii

Hermanos mios: Yo confio que aquel que ha comenzado en vosotros una obra tan buena, la perfeccionará hasta el dia de Jesucristo. Así debo yo pensar de todos vosotros, en razon de que os tengo en el corazon por la parte que todos tomais en mi gozo, mientras que estoy en cadenas, que defiendo y establezco el Evan-

mei omnes vos esse. Testis enim mihi est Deus, quomodo cupiam omnes vos in visceribus Jesu Christi. Et hoc oro ut charitas vestra magis ac magis abundet in scientia, et in omni sensu: ut probetis potiora, ut sitis sinceri et sine offensa in diem Christi, repleti fructu justitiæ per Jesum Christum, in gloriam et laudem Dei.

gelio. Porque Dios me es testigo de cuán tiernamente os he amado á todos en las entrañas de Jesucristo; y la oracion que yo hago es para que vuestra caridad se haga mas y mas ilustrada y prudente en todo sentido, á fin de que juzgueis lo que es mejor, que vuestra conducta sea pura é inocente hasta el dia de Jesucristo, Que para su gloria y alabanza de Dios seais llenos de los frutos de justicia que vienen por Jesucristo.

Respira toda esta Epístola un aire de afecto y de ternura de que es difícil no participar al leerla. Fué escrita en Roma en la primera prision del Apóstol, y llevada por Epafrodito, cuando restablecido en su salud, volvió á Filipos el año 62 de Jesucristo, ó de otro modo, de la era cristiana.

REFLEXIONES.

«Dios me es testigo de cuán tiernamente os he amado á todos en las entrañas de Jesucristo.» Hé aquí cuál debe ser la fuente y el modo de la amistad. No hay propiamente amistad verdadera en la tierra, sino la que tiene á Dios por principio, y por modo la virtud. Lo que los hombres han llamado amistad, no es mas por lo comun que un comercio de interés en el que el amor propio se propone siempre ganar alguna cosa. Apenas se presta el corazon sin el fin de alguna utilidad. Si es la simpatía, la inclinacion la que forma el lazo, entonces es un puro amor propio. Se ama uno á sí mismo, y nó á un amigo. De aquí procede que la verdadera amistad es tan rara. Por lo ménos es siempre inconstante, caduca; pocas hay á prueba de la mala fortuna; todavía ménos que se sostengan en la desgracia; y aquel amigo tan solícito, tan ardiente, tan vivo en tanto que la prerogativa de nuestra clase ó la idea de nuestro crédito lisonjeaba su esperanza, apenas nos conoce desde luego que no nos ve ya en situacion ni en estado de satisfacer su codicia ó su ambicion. Puede decirse que la amistad en el mundo no se alimenta mas que á nuestro costo y costas. ¿Llegamos á ser inútiles? ya no hay amigos; debilítase á lo ménos mucho la amistad en la enfermedad y en la vejez; estínguese siempre con el esplendor de la persona: en el mundo hay muchas demostraciones y protestas de amistad, pero pocos amigos. No hay en la tierra verdadera amistad sino la que Dios cimenta, y la que mantiene la virtud. Siendo el nudo espiritual, no hay miedo que se desate. Las nubes ni las nieblas no pueden apagar los fuegos celestiales, no pueden ni aun oscurecerlos. Las tempestades mas violentas no trastornan sino lo que pertenece á la tierra, no disipan mas que las parelias, que muchas veces se toman por soles. Ninguno es verdadero amigo sino el que nos ama en las entrañas de Jesucristo, esto es, que su amistad no se funda mas que en la virtud y en la caridad cristiana. Amigo recto y sincero que ignora toda simulacion; amigo seguro y fiel con el que jamás se cuenta en falso; amigo verdadero y constante, superior á todas las revoluciones, invariable en la una y en la otra fortuna; amigo, en fin, desinteresado, que ama la persona y nó los títulos, y cuya amistad nunca es mas ardiente que en los tiempos ménos serenos y mas frios de la vida. La amistad de las gentes de bien fundada únicamente en la virtud no conoce vicisitudes. En la afliccion como en la prosperidad, en la humillacion como en la fortuna mas brillante tiene la misma solicitud, no relaja nunca sus vínculos, siempre es igualmente viva. Un verdadero amigo es un tesoro inestimable, segun el Sabio, tesoro desconocido en el mundo. No se halla mas que en el corazon de las personas sólidamente virtuosas; la amistad de estos no tiene altos y bajos; es una amistad sin artificio, porque es verdadera, y no es verdadera sino porque tiene la virtud por motivo y por principio, y el verdadero bien por objeto y por fin.

El Evangelio de la misa es lo que sigue del de san Mateo, cap. 22.

In illo tempore: Abeuntes pharisæi, consilium inierunt, ut caperent Jesum in sermone. Et mittunt ei discipulos suos cum Herodianis, dicentes: Magister, scimus quia verax es, et viam Dei in veritate doces, et non est tibi cura de aliquo: non enim respicis personam hominum: dic ergo nobis quid tibi videtur, licet censum dare Cæsari, an non? Cognita autem Jesus nequitia eorum, ait: Quid me tentatis, hypocritæ? ostendite mihi numisma census. At illi obtulerunt ei denarium. Et ait illis Jesus: Cujus est imago hæc, et superscriptio? Dicunt ei: Cæsaris. Tunc ait illis: Reddite ergo quæ sunt Cæsaris, Cæsari: et quæ sunt Dei, Deo.

En aquel tiempo: Habiéndose retirado los fariseos, deliberaron entre sí sobre los medios de sorprender á Jesus en lo que dijese. A consecuencia de esto le enviaron algunos de sus discípulos con los herodianos que le preguntasen: Maestro, sabemos que siempre dices la verdad, y que enseñas el camino de Dios en espíritu de verdad, sin consideracion á nadie, porque no haces acepcion de personas. Dinos, pues, lo que te parece en esto: ¿es lícito pagar el tributo al César, ó nó? Viendo Jesus su maldad, les dijo: Hipócritas, ¿por qué tratais de sorprenderme? mostradme la moneda del tributo. Presentáronle un denario de plata, y Jesus les dijo: ¿De quién es está figura, y el nombre que está escrito al rededor? De César, les respondieron. Entonces les dijo: Dad, pues, al César lo que pertenece al César, y á Dios lo que es de Dios.

MEDITACION.

Del estado del pecado mortal.

Punto primero.— Considera que de tal modo está desfigurada una alma por el pecado mortal, que ya no es conocida. El hombre criado á imágen y semejanza de Dios pierde por el pecado mortal todas sus facciones, aparece espantoso á los ojos de Dios, es el objeto de su indignacion y de su ira, y desconocido por su deformidad. Dios mismo pregunta: ¿De quién es esta figura? ¿es la del hombre que yo he criado á mi semejanza? Todas las facciones están borradas en ella: él no está animado de mi espíritu, desde que no está en estado de gracia. A la verdad que

no puede estar el hombre en un estado mas infeliz sobre la tierra que en el estado de pecado mortal. Que rebose en bienes, que esté rodeado del esplendor, que todo se le ria, que se halle repleto de honor y de placeres, que se vea en la cima de la grandeza, y aun sobre el trono, él es infeliz en sumo grado, si está en estado de pecado mortal. Lo que es un cadáver á la vista del pueblo en un lecho de gala, es un hombre en estado de pecado mortal á los ojos de Dios, aun en medio de la abundancia y de los honores. Todo el brillo del mundo no puede impedir la corrupcion: los gusanos no respetan ni la nobleza de la sangre, ni la delicadeza de las formas. Las drogas olorosas y los perfumes pueden conservar las carnes de un cuerpo muerto; pero no pueden impedir que sea cadáver. Un alma en estado de pecado mortal es todavía una cosa peor; todos los tesoros del universo, todas las fiestas del mundo no son parte para que no sea abominable y objeto de horror á los ojos de Dios. ¡Y se vive tranquilamente en este estado! ¡y se vive en él complacidos! ¡y se persevera en él!

Un hombre en estado de pecado mortal, es un hombre en desgracia de Dios, degradado de todo mérito para con Dios, que ha decaido de todos los derechos que le daba la gracia, despojado de todos sus privilegios; y si muere en este estado infeliz, el infierno va á ser su morada eterna, y su herencia los llantos, la rabia y los fuegos eternos.

¿Cuál seria la desolacion de un cortesano que supiese que el príncipe le miraba ya con tedio? Un hombre, pues, en estado de pecado mortal es un objeto de horror á los ojos de Dios: si la ira del Omnipotente no estalla sobre él, es un puro efecto de la misericordia, que no debilita por eso los derechos ni el rigor de la justicia. Un hombre en pecado mortal es un criminal condenado al último suplicio. A la verdad se difiere la ejecucion para darle tiempo de obtener su gracia; pero ¿qué se debe pensar de un criminal de lesa majestad divina que pudiendo alcanzar esta gracia persevera en estado de pecado mortal? ¿y no es este mi retrato? ¿y cuál será mi destino?

Punto segundo.—Considera que el estado de pecado mortal es un estado sumamente infeliz, porque entonces, haga lo que quiera el pecador, su pecado destruye todo su mérito delante de Dios. Haga yo lo que hiciere, decia san Pablo, aunque tuviese toda la fé que se necesita para hacer mudar de sitio á las montañas; aunque distribuyese toda mi hacienda para atender á la subsistencia de los pobres; aunque entregase mi cuerpo hasta ser quemado; si me falta la caridad, si no estoy en gracia de Dios, trabajo en vano, todo lo que puedo padecer y hacer nada me sirve para el cielo, porque el estado de pecado es un estado de muerte. Y en un estado de muerte ¿cómo hacer obras de vida? y si no son obras de vida ¿de qué pueden servir para la eternidad?

El pecado mortal reduce al hombre á la nada en el órden de la gracia. (1. Cor. 13.) Ahora bien, de nada, nada se puede esperar. ¡Buen Dios! ¡qué pérdida hace un pecador durante su vida! Dios no apreciará jamás lo que ha hecho en estado de pecado mortal.

Nuestras obras no son meritorias para la eternidad, sino en cuanto están consagradas por Jesucristo. Y bien, para esto es menester que estemos unidos á Jesucristo por la caridad; mientras que esta union subsiste, nuestras obras reportan de ella una virtud particular; mas si esta union desaparece por el pecado, venimos á quedar como sarmientos secos é inútiles, que no son buenos mas que para ser arrojados al fuego. Las vides no dan fruto, sino mientras están unidas á la cepa.

¡Qué bien han conocido y percibido los santos esta importante verdad! ¡Qué no han hecho, qué no han padecido para no separarse jamás de la cepa misteriosa! Honores, placeres, tesoros, vano resplandor, con que el mundo deslumbra y encanta, desgracias, persecuciones, suplicios espantosos con que el demonio trata de asustarnos, nada ha sido capaz de trastornar su fé, ó de arrancarles de ella. Los santos Tiburcio, Valeriano y Máximo lo han sacrificado todo ántes que perder la gracia: y ¡cuántos hay que todo lo pierden por un solo pecado mortal!

¡Mi Dios! ¡en qué miserable estado he vivido! ¿y qué seria yo ahora si hubieseis arrojado al fuego esta rama arrancada? reunidla á la cepa por vuestra gracia, divino Salvador; en esto voy á trabajar desde este momento.

Jaculatorias. —No me arrojeis de vuestra presencia, y haced que luzcan siempre sobre mí las luces de vuestro Espíritu Santo. (Psalm. 50.)

¿Quién nos separará jamás de la caridad de Jesucristo? (Rom. 8.)

PROPOSITOS.

1 La suma desgracia es estar en estado de pecado mortal. Cualquiera otra desgracia es tolerable: ninguna hay que no tenga alguna mitigacion, algun recurso ó en esta vida ó en la otra; aquella únicamente es la que no tiene consuelo. Si la misericordia del Salvador no contuviese la malicia del enemigo de la salvacion de los hombres, ¿se verian muchos pecadores sobrevivir al estado de pecado? ¡qué de funestos accidentes! ¡qué de golpes imprevistos! ¡qué de muertes repentinas! Ignórase la verdadera causa de la mayor parte de las desgracias que suceden durante la vida: algun dia se sabrá que el orígen de todas ellas estaba dentro de nosotros mismos. Se peca, se vive en el pecado, y ¿estrañamos que aquel negocio se haya desbaratado, que aquella empresa se haya frustrado, que la division reine en aquella familia, aquel hijo único haya sido muerto? Deberíamos mucho mas bien estrañar que viviendo en el pecado se haya salido de aquel mal paso, de aquel pleito, de aquella enfermedad, si no se supiese que estas pretendidas ventajas son muchas veces efectos de una ira de Dios mas irritada. Acaso no castiga Dios al pecador con mas severidad que cuando le deja dormir en la prosperidad. Si alguna vez tenemos la desgracia de caer en el pecado, tengamos la fortuna de volvernos á levantar en la hora. No esperemos á un domingo, á una fiesta próxima para confesarnos: además de la contricion que debemos formar inmediatamente, recurramos sin dilacion al médico espiritual, busquemos el remedio; y si leyendo esto nos acusa de algo nuestra conciencia, no pasemos el dia sin aprovecharnos de la gracia que Dios nos hace. Todo lo arriesgamos si omitimos esta práctica.

2 Es un error grosero, sostenido en otro tiempo por Wiclef, y condenado solemnemente en el concilio de Constanza, el decir, que supuesto que todo lo que se hace en este estado de pecado mortal de nada sirve para el cielo, es inútil hacer buenas obras, las cuales por lo mismo en consecuencia del pecado y en el estado de pecado vendrian á ser malas y criminales: error, herejía, mentira. Nó, por mas desórden que cause en el alma el pecado, nunca llega su malignidad hasta este estremo. Aun cuando estuvié-

semos cargados delante de Dios con todos los crímenes, podemos todavía en este estado hacer obras virtuosas. Honrar á Dios, socorrer á los pobres, obedecer á los superiores, practicar otros mil deberes de piedad y de justicia; y no solo podemos, sino que debemos, porque el estado de pecado no nos dispensa de ellas. ¿Tenemos la desgracia de estar en estado de pecado mortal? no solamente no omitamos los ejercicios de piedad que teníamos costumbre de hacer, sino ántes bien hagamos otras nuevas obras buenas; oremos, ayunemos, maceremos nuestro cuerpo, visitemos los pobres, hagamos mayores limosnas, á fin de disponer á Dios, por decirlo así, á que nos conceda una gracia de conversion. A mas de las obras de obligacion, que no podemos omitir aun en el estado de pecado sin hacernos reos de otro nuevo pecado, ¿no es justo que tratemos tambien por medio de obras de supererogacion de mover la misericordia de Dios, y aplacar su justicia? En este sentido se postraba Magdalena á los piés de Jesucristo y los regaba con sus lágrimas; el publicano pedia al Señor que tuviese misericordia de él; las oraciones y las limosnas de Cornelio, el centurion, habian subido hasta la presencia de Dios, y le habian hecho acordar de él. Pero cuidemos siempre de prevenir estas obras con muchos actos de contricion, y recurramos cuanto ántes al sacramento de la Penitencia.

DOMINGO VIGÉSIMOTERCERO DESPUES DE PENTECOSTES.

La curacion milagrosa de la hemorroisa, esto es, de una mujer que padecia flujo de sangre, ha dado el nombre de distincion á este domingo; podia tambien llamársele el domingo de la resurreccion de la hija de un gefe de la sinagoga, supuesto que el Evangelio de la misa de este dia refiere la historia de estos dos hechos milagrosos que dieron grande honor al Salvador, é hicieron callar por algun tiempo el odio y la envidia de los fariseos y de los escribas. La Epístola contiene lo que san Pablo escribió á los fieles de Filipos, exhortándolos en términos muy fuertes á que evitasen el trato de ciertos doctores falsos que, aprovechándose de su ausencia, no omitian nada para pervertirles, predicándoles nó la ley de Jesucristo, sino el puro judaismo. Eran estos judíos convertidos, á la verdad, á la fé de Jesucristo; pero que no tenian de cristianos mas que el bautismo. Tenazmente encaprichados en sus ceremonias legales, sometian el Evangelio de Jesucristo á la ley de Moisés, y no siendo propiamente ni judíos ni cristianos, predicaban una religion monstruosa. El santo apóstol advierte á los fieles de Filipos, que se guarden de aquellos seductores, que no se alaban tanto sino para echar el polvo en los ojos de los simples; y despues de haber desmascarado su hipocresía y manifestado el veneno que derramaban con sus errores, exhorta á los filipenses á que no olviden las instrucciones que él les ha dado, y que conserven acerca de la religion los mismos sentimientos y las mismas practicas que él. El introito de la misa está tomado del profeta Jeremías, en el capítulo 29, en el que hablando el Señor á su pueblo por el Profeta, le promete el fin de la cautividad y la vuelta á su querida patria. No puede darse una cosa mas consolante para los fieles, que la manera con que Dios se esplica aquí para consolarnos en este lugar de cautividad y destierro.

No creais, dijo el Señor, que porque yo os dejo en la afliccion os haya olvidado, ó que yo quiera dejaros siempre en la cautividad y en el destierro. «Yo pienso en vosotros,» nó como enemigo irritado, sino como padre; «mis pensamientos son pensamientos de paz y nó de desolacion; reanimad vuestra confianza mas que nunca en mi bondad: «vosotros me invocareis,» y yo no permaneceré sordo á vuestros ruegos, « os oiré y os sacaré de la cautividad y de todos los parajes de la tierra.» El sentido literal de estas palabras es el fin de la cautividad de Babilonia despues de setenta años, y la vuelta de los israelitas á su querida patria por la cual suspiraban; y el sentido moral es el fin de las miserias de esta vida sobre la tierra, en donde los cristianos deben considerarse como en un lugar de destierro, y en donde las almas justas suspiran sin cesar por su patria celestial. El salmo que termina este introito concuerda perfectamente con esta profecía de Jeremías. Por fin, «Señor,» dice David, vos habeis tenido compasion de vuestro pueblo, «habeis dado vuestras bendiciones á vuestra heredad, y habeis puesto fin á la cautividad de Jacob.» Predice aquí el Profeta el fin de la cautividad de los judíos en Babilonia, y le pide á Dios en nombre del pueblo. Todo este salmo 84 en el sentido figurado debe entenderse de la cautividad y de la redencion del género humano.

La Epístola es una continuacion de la del domingo precedente en la que exhorta san Pablo á los filipenses á que estén siempre alerta contra los discursos artificiosos y seductores de los falsos apóstoles, cuya idea era aniquilar la ley cristiana sometiéndola á la de Moisés; y por esto no cesaban de desacreditar á san Pablo, diciendo por todas partes que no tenia ni carácter ni mision; que era enemigo de la ley, y que enseñaba una moral errónea. Del mismo modo han obrado despues todos los herejes, desacreditando en el concepto del pueblo á los santos doctores y legítimos pastores de la Iglesia, no omitiendo cosa alguna para hacer valer su secta y sus errores.

«Imitadme, hermanos mios,» les dice, «y observad á los que se conducen con arreglo al modelo que os he dado en mí mismo.» Seguid mi ejemplo, obrad en órden á la observancia del sábado, de la circuncision y de las demás ceremonias legales, con los mismos sentimientos que yo, y no escucheis sino á los que hablan del mismo modo que yo, y que imitan mi conducta; porque hay muchos que tienen otra conducta, que piensan y hablan de muy diferente manera que yo. «De estos es de los que yo os decia con frecuencia, y todavía os lo digo ahora con las lágrimas en los ojos, que son enemigos de la cruz de Jesucristo. El santo Apóstol habla de aquellos judíos convertidos en apariencia, que sin carácter y sin mision se ingerian á dogmatizar, hacian de apóstoles, y eran verdaderos hipócritas, que bajo la apariencia de zelo sembraban por todas partes el error; los cuales para evitar la persecucion de los paganos y el odio de los judíos mezclaban el judaismo con el cristianismo, y querian hacer pasar á los cristianos por una secta de judíos reformados. Por esto enseñaban la necesidad de la circuncision y la observancia del sábado, juntando las observancias legales al Evangelio. Los judíos no se cuidaban de perseguir á los que profesaban públicamente su religion; y los paganos nada tenian que decir contra una religion tolerada en el imperio, y autorizada por los edictos de los emperadores; pero por esta mezcla monstruosa el escándalo

de la cruz desapareceria con respecto á los judíos, y la santa locura de Jesucristo crucificado quedaba proscrita con respecto á los gentiles. Esta es la causa porque el santo Apóstol llama á estos falsos apóstoles enemigos de la cruz de Jesucristo y de su Evangelio. En efecto, no tiene el Salvador enemigos peores que estos lobos revestidos de corderos, que estos falsos doctores que quieren pasar por apóstoles; seductores execrables, «cuyo fin es la última desgracia,» puesto que tendrá la suerte de los paganos, y «que tampoco tienen otro Dios que su vientre.» Este es uno de los motivos de su pretendido zelo y el fin de sus incursiones. Ellos recorren las iglesias, seducen á los sencillos para que les den bien de comer, y vivir deliciosamente, porque no tienen otro Dios que su vientre, ni otros ejercicios de piedad que la glotonería. Glorianse de lo que deberia cubrirles de confusion; é ignorando las delicias del cielo, no tienen gusto mas que por las cosas de la tierra; gentes sensuales, espíritus terrenos y materiales, no suspiran mas que por las comodidades de la vida. Todos los falsos doctores en materia de religion no son severos mas que para los demás, al paso que son muy indulgentes para sí mismos.

«Por lo que hace á nosotros, hermanos mios,» continúa el santo Apóstol, «todo nuestro comercio es con el cielo,» de donde tambien esperamos al Salvador, nuestro Señor Jesucristo, que dará á nuestro cuerpo tan abyecto por sí mismo, tan estenuado por el ayuno, por la penitencia y por todo género de austeridades una forma nueva, hasta hacerle semejante á su cuerpo glorioso, en fuerza de aquella accion, de aquella virtud con la que puede ejercer su imperio sobre todas las cosas. Aunque el puro amor de Dios haya sido siempre el gran móvil que ha hecho obrar á los santos, no ha dejado, sin embargo, de escitar su amor y su zelo la esperanza tan bien fundada de la felicidad celestial. «Pídote, hijo mio,» decia al mas jóven de sus hijos la madre de los Macabeos, «pídote, hijo mio, que mires al cielo,» y te acuerdes de la recompensa que está prometida á tu fidelidad. San Pablo exhorta con frecuencia á los fieles á que se acuerden que no están en la tierra sino como viajeros y estranjeros, y que el cielo es su verdadera patria, y la Iglesia dirige á Dios esta afectuosa oracion: Haced, Señor, que entre la instabilidad de las cosas de la tierra no pierdan jamás de vista nuestros corazones la mansion de los bienaventurados; y «que siempre permanezcan fijos allí en donde se encuentra el verdadero gozo.» La mansion de los bienaventurados, la celestial Jerusalen es nuestra patria, allí es donde reina Jesucristo nuestro Salvador, y en donde nosotros debemos reinar eternamente con él. Estando nuestro tesoro en el cielo, allí debe estar nuestro corazon. Los estranjeros y los viajeros se ocupan gustosos de su querida patria: un cristiano debe tener toda su vida su comunicacion con el cielo, no solo porque de allí es de donde nos vienen todos los auxilios, sino tambien porque allí es el término de nuestros trabajos, la saciedad de todos nuestros deseos, el dulce objeto de nuestra esperanza. (Psalm. 16.)

«Así que, hermanos mios muy amados, vosotros que sois el objeto de mis deseos, mi gozo y mi corona, estad siempre, amadísimos mios, como lo estais, unidos constantemente al Señor. Este elogio hace mucho honor á los filipenses, y da una alta idea de su virtud; y san Pablo no podia al parecer alabarles de una manera tan delicada ni mas fina. Su constancia en la pureza de la fé, á pesar de todos los artificios de los falsos apóstoles, les habia merecido este aprecio y esta ternura del santo Apóstol, de quien los filipenses hacian en parte la gloria por su piedad que jamás se habia desmentido, y por la regularidad de su conducta y la pureza de sus costumbres. Concluye la Epístola exhortando á Evodia y á Syntyca á que tengan armonía entre sí; eran estas dos mujeres de grande autoridad, que hacian grandes servicios á esta Iglesia, y que habian tenido algunas diferencias, y el santo Apóstol las exhorta á la paz y á la union. Syntyca está en el número de las santas, y el Martirologio hace mencion de ella el 22 de julio. Recomienda san Pablo al fiel compañero de sus trabajos apostólicos, que contribuya á su perfecta reconciliacion, y que provea á todas sus necesidades. Era este alguno de los mas considerables y de los mas acomodados entre los fieles de Filipos, cuyo nombre se ignora. Tal vez seria el obispo de Filipos; era el único, al parecer, á quien mejor convenia el que las asistiese en sus necesidades, y el restablecer entre ellas la armonía que se habia alterado algun tanto. San Pablo le recomienda á estas dos virtuosas mujeres que le habian ayudado en el ministerio evangélico: esto es, que habiéndose convertido desde el principio á la fé, habian contribuido despues mucho á la conversion de los otros. Como en la Grecia y aun en todo el Oriente las mujeres se presentaban rara vez en público, los Apóstoles apenas podian trabajar en la conversion de las personas de este sexo sino por medio de las mujeres ya cristianas, y esto es lo que Evodia y Syntyca habian hecho con mucho zelo y buen éxito, y esto es lo que san Pablo entiende cuando dice: «Asístelas, te ruego, á las que han trabajado conmigo, y me han ayudado en el ministerio evangélico con Clemente y los demás compañeros de mis trabajos, cuyos nombres están en el libro de la vida.» No podia san Pablo dar una idea mas alta de la virtud y de la santidad de sus queridos compañeros, que á lo que parece componian el clero de aquella nueva iglesia. Es muy probable que el Clemente de que habla aquí el santo Apóstol, es aquel san Clemente que fué tan fiel compañero de san Pablo, y que sucedió despues á san Pedro, despues de san Lino y san Cleto, en la cátedra de Roma, cuya fiesta celebra la Iglesia el 23 de noviembre.

El Evangelio de la misa de este dia contiene dos milagros de Jesucristo, uno en favor de una mujer enferma de un flujo de sangre, y otro en el de uno de los gefes de la sinagoga, al cual le resucitó una hija.

Acababa el Salvador de librar á un endemoniado furioso de una legion de demonios, á los cuales habia permitido entrar en una piara de dos mil puercos que pastaban allí cerca, todos los que se precipitaron en el mar de Tiberiades en donde se anegaron. Las gentes del pais, mas movidas de la pérdida de su piara que del milagro obrado en la persona del poseido, pidieron al Salvador que se retirase de su pueblo. El Salvador, que no quiere permanecer sino con los que quieren estar con él, les dejó, y habiendo atravesado el lago, volvió de la parte de acá del Jordan á la Galilea. Apenas hubo desembarcado, cuando el pueblo que le esperaba en la ribera se reunió en rededor de él, manifestándole su gozo y el ansia que tenia de oirle.

Mientras que el Salvador hablaba al pueblo en la ribe-

ra, uno de los gefes de la sinagoga de Cafarnaum, llamado Jairo (era el rabino que presidia en las asambleas), teniendo una hija de cerca de doce años en los últimos de la vida, atravesó por entre la muchedumbre, se acercó á Jesucristo, se arrojó á sus piés, le adoró, y le suplicó con instancia que fuése á su casa porque habia dejado á su hija muriéndose, y acaso en el momento que hablo, añadió, habrá ya muerto. Pero con tal que querais tomaros el trabajo de venir á casa, y tocarla solamente con la mano, tengo una firme confianza de que infaliblemente la volvereis la salud y aun la vida. El Salvador lleno de bondad y de complacencia, tratándose de hacer bien, no deliberó ni un momento, y partió con este hombre. Siguióle todo el pueblo que se habia reunido en rededor de él. Como todos querian estar cerca de él, le estrechaban tan fuertemente que no podia adelantar sino con trabajo.

Estando en el camino llegó una mujer que habia doce años se hallaba muy incomodada con un flujo de sangre, sin haber podido conseguir alivio alguno á pesar de todos los remedios que le habian administrado. Habiendo oido hablar de las maravillas que obraba el Salvador, concibió tan perfecta confianza en él, que decia dentro de sí misma: Si puedo tocar aunque no sea mas que la fimbria de su vestido, quedaré curada. Ocupada de este pensamiento, se ingirió en la multitud, avanzó poco á poco por entre el tropel, y habiendo llegado detrás de él bastante cerca para tocar su ropa, tocó solamente la franja de que estaba adornada, segun el uso del pais, y en el momento se sintió curada.

En efecto, el Salvador que no ignoraba lo que sucedia, se detuvo, y habiéndose vuelto, se dirigió á la mujer y la dijo: Anímate, hija mia, tu fé te ha curado; el suceso verificó la palabra, porque ella no volvió mas á sentir su mal.

San Marcos añade que conociendo el Salvador en sí mismo la virtud que habia como salido de él, se volvió á la multitud que le seguia y dijo: «¿Quién ha tocado mis vestidos? A lo que respondieron sus discípulos: ¡Señor! este pueblo nos acosa de tal modo que nos oprime, ¿y preguntais quién me ha tocado?—Yo sé bien lo que digo, replicó el Salvador, alguno hay que me ha tocado con una fé y con unas disposiciones interiores muy otras de las de los que me oprimen; y diciendo esto, miraba al rededor de sí, como para ver la persona que habia hecho esto. No obraba así porque ignorase lo que pasaba, sino porque queria que se supiese de la boca de la misma persona en cuyo favor acababa de hacer el milagro, la diferencia que hay de acercarse á él con una fé viva, ó acercarse sin disposicion. La multitud estrecha á Jesucristo, por decirlo así, en nuestras iglesias, en el altar, en la sagrada misa; sin embargo, pocos le tocan de modo que merezcan ser curados.

Mientras que el Salvador hablaba á esta mujer, vinieron á decir al gefe de la sinagoga que su hija acababa de espirar, y por tanto no era ya necesario que Jesus se tomase la incomodidad de venir á la casa para curar la enferma. Era muy viva su fé para que hiciese caso de semejante advertencia: llegó á su casa con el Salvador; no se oia sino llantos, sollozos, gritos lastimeros. Los tocadores de flauta, que en aquel tiempo se hacian venir para cantar al son de sus instrumentos composiciones lúgubres y propias de los funerales, estaban ya allí. Inmediatamente hizo Jesus que cesase todo aquel estruendo, diciendo: Retiraos: ¿por qué tantos llantos y tanto ruido? no lloreis, esta jovencita duerme, no está muerta. Queria decir el Salvador, que aun cuando estaba verdaderamente muerta, no era para mucho tiempo, y que el estado en que estaba no debia mirarse mas que como un sueño, del cual le era á él tan fácil hacer que saliese, como á cualquiera le es fácil el despertar á una persona que duerme. Mas los que estaban presentes no lo comprendieron, y se burlaron de él. Decia, sin embargo, verdad, porque una muerte á la que tan de cerca debia seguir la resurreccion, no debia mirarse mas que como un sueño. Luego que hubo hecho retirar á todos, Jesus acompañado solamente del padre y de la madre de aquella jóven, y de sus tres queridos apóstoles Pedro, Santiago y Juan, entró en la cámara en donde estaba el cuerpo de la difunta, y tomándola por la mano, la dijo con un tono solo propio del soberano Señor de la vida y de la muerte: Levántate, hija mia; y en el instante se levantó viva y enteramente sana. Todos los que la habian visto muerta, testigos oculares de su resurreccion, quedaron al principio como atónitos, tanto les sobrecogió la admiracion; pero vueltos muy luego de su asombro, rompieron en gritos de alegría, en bendiciones y en alabanzas, que resonaban en toda la casa. Por mas que el Salvador les prohibió que hablasen de ello, dice san Marcos, inmediatamente se publicó el milagro por toda la ciudad, y todo el mundo admiró el poder estraordinario de este hombre Dios. El Salvador, dice un intérprete, prohibiendo que se publicase un milagro que no podia quedar secreto, no quiere, á lo que parece, mas que mostrar á sus ministros la humilde disposicion de corazon en que deben estar, cuando es del agrado de Dios obrar por medio de ellos conversiones estraordinarias, ó hechos milagrosos. Tal ha sido la disposicion interior en que han estado todos los santos, aun cuando hacian los mayores milagros; la santidad mas baillante es inseparable de la humildad.

Es una de las tradiciones mas antiguas que la mujer que fué curada del flujo de sangre, que la habia molestado por espacio de doce años, era de la ciudad de Paneades, por otro nombre Cesarea de Filipos, en la alta Galilea, hácia el nacimiento del Jordan; los griegos han dado á esta mujer el nombre de Verónica, y muchos han creido que despues de este milagro fué una de las discípulas del Salvador, y que hallándose en Jerusalen al tiempo de la pasion del Hijo de Dios, fué la que, viéndole abrumado bajo del peso de la cruz con que se le habia cargado, echó su velo ó su pañuelo sobre su rostro para enjugarle, en el cual quedó impresa la imágen del Salvador.

Eusebio dice haber visto en Cesarea de Filipos el monumento de esta santa mujer. Consistia este en su estatua de bronce, colocada sobre una columna de piedra, delante de la puerta de la casa en donde habia habitado. Estaba representada de rodillas, estendidos los brazos y en postura de suplicante. Enfrente estaba la estatua del Salvador del mismo metal en pié, y tendiendo la mano hácia esta mujer. El mismo historiador añade que en la base, bajo de los piés de la estatua del Salvador, nacia una planta de especie desconocida, cuya yerba crecia insensiblemente como las demás, y que luego que tocaba á la franja de la ropa de la estatua, adquiria la virtud milagrosa de curar toda especie de males. Este monumento del beneficio del Salvador y del reconocimiento de esta santa mujer subsistió en aquella ciudad hasta el reinado de

Juliano Apóstata. Hasta el principio del reinado de Constancio se habian contentado con trasladarla á la sacristía de la iglesia de la ciudad, donde era visitada por devocion de los pueblos mas lejanos; mas el impío Juliano que aborrecia hasta las imágenes del Salvador, no pudiendo sufrir este objeto de la veneracion de los fieles, hizo sacar la estatua fuera de la ciudad el año 362 por los paganos, quienes habiéndola arrastrado por las calles, la hicieron mil pedazos, de suerte que solo pudo salvarse la cabeza de la estatua del Salvador.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Absolve, quæsumus, Domine, tuorum delicta populorum: ut a peccatorum nostrorum nexibus, quæ pro nostra fragilitate contraximus, tua benignitate liberemur. Per Dominum...

Perdonad, Señor, las ofensas de vuestro pueblo, á fin de que vuestra gracia nos libre de la desgraciada servidumbre del pecado que nosotros mismos hemos contraido por la fragilidad de nuestra naturaleza. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola está tomada de la que san Pablo escribió á los Filipenses, cap. 3.

Fratres: Imitatores mei estote, et observate eos, qui ita ambulant, sicut habetis formam nostram. Multi enim ambulant, quos sæpe dicebam vobis (nunc autem et flens dico) inimicos crucis Christi: quorum finis interitus, quorum Deus venter est: et gloria in confusione ipsorum, qui terrena sapiunt. Nostra autem conversatio in cœlis est: unde etiam Salvatorem expectamus Dominum nostrum Jesum Christum, qui reformabit corpus humilitatis nostræ configuratum corpori claritatis suæ, secundum operationem, qua etiam possit subjicere sibi omnia. Itaque, fratres mei charissimi et desideratissimi, gaudium meum et corona mea: sic state in Domino, charissimi: Evodiam rogo et Syntychen deprecor idipsum sapere in Domino. Etiam rogo ad te, germane compar, adjuva illas, quæ mecum laboraverunt in Evangelio cum Clemente et ceteris adjutoribus meis, quorum nomina sunt in libro vitæ.

Hermanos mios: Imitadme, y observad con cuidado á los que se conducen segun el modelo que teneis en mí; porque muchos viven como aquellos, de los cuales os decia yo con frecuencia, y lo digo todavía ahora con las lágrimas en los ojos, que son enemigos de la cruz de Cristo; cuyo fin es la muerte eterna; que no tienen otro Dios que su vientre; que se glorian de su propio deshonor; que no tienen gusto sino en las cosas terrenas. Por lo que hace á mí, mi trato es con el cielo de donde espero al Salvador, nuestro Señor Jesucristo, que dará á mi cuerpo tan abyecto por sí mismo una forma enteramente nueva, hasta hacerle semejante á su cuerpo glorioso, en virtud de aquella accion por la que puede ejercer su imperio sobre todas las cosas. Y así, hermanos mios carísimos, vosotros que sois el objeto de mis deseos, mi gozo y mi corona, permaneced, como lo estais, amadísimos mios, constantemente unidos al Señor. Pido tambien á Evodia y ruego á Syntyca que tengan unos mismos sentimientos en nuestro Señor; y á ti tambien, mi fiel compañero, te suplico que las asistas, porque ellas han trabajado conmigo, y me han ayudado en el ministerio evangélico con Clemente y los demás compañeros de mis trabajos, cuyos nombres están en el libro de la vida.

San Policarpo, en la carta que escribe á los filipenses, parece asegurar que san Pablo les habia escrito muchas cartas; pero es constante que no les escribió mas que esta. Es bastante ordinario en todas las lenguas el hablar en plural tratándose de una sola carta.

REFLEXIONES.

«Porque muchos viven como aquellos, de los cuales os decia yo con frecuencia, y lo digo todavía ahora con las lágrimas en los ojos, que son enemigos de la cruz de Cristo, cuyo fin es la muerte eterna.» No presenta san Pablo en el retrato tan espantoso que aquí hace, el de los libertinos públicos, de los impíos de profesion, de los enemigos declarados del cristianismo; es sí el de aquellos predicadores del Evangelio, el de aquellos cuyo aire devoto y aun austero imponia al público; doctores de una moral muy severa, que no contentos con la sublime perfeccion de la ley de Jesucristo y con la santa severidad del Evangelio querian imponer un nuevo yugo y nuevas austeridades, sujetando á los cristianos á la mayor parte de las ceremonias duras de la antigua ley. La libertad que el Salvador habia concedido de comer de toda especie de viandas, les escandalizaba. Querian que además de la observancia del santo dia del domingo se observase tambien el sábado, y otras muchas observancias legales. Tal ha sido en todos tiempos el carácter de todos los herejes; tal será en todos los siglos venideros su genio y su verdadero retrato: grandes predicadores de una severidad escesiva bajo un aspecto imponente, de una apariencia estudiada y de una artificiosa piedad. ¿Hubo jamás alguno de estos que no clamase contra la relajacion verdadera ó falsa de los fieles? ¿Hubo alguno que comenzase por reformarse á sí mismo? Reformanse en el esterior, porque esta aparente reforma hace honor, y da en los ojos de los sencillos. Los arrianos clamaban contra los abusos en materia de religion; los nestorianos contra la pretendida supersticion; los pelagianos contra los pretendidos errores del tiempo; los luteranos, los calvinistas, contra la pretendida relajacion de la Iglesia. Todos han predicado la moral severa; pero ninguno hay que no haya llevado una vida licenciosa. «Os lo he dicho muchas veces, y os lo digo todavía con las lágrimas en los ojos: son enemigos de la cruz de Jesucristo, cuyo fin es la última desgracia;» y su suerte la reprobacion eterna. Ministros del demonio, todo su estudio consiste en seducir. Lobos bajo de la piel de ovejas, todo su zelo no tira mas que á devorar y á perder. Desgraciados, esclama el apóstol san Judas, «porque se han precipitado en el camino de Cain:» los zelos, la envidia, el orgullo, han sido el principio de todos los errores en materia de religion, y su efecto natural el furor y el asesinato. «El sórdido amor del lucro les ha hecho caer en el error de Balaam.» Dios les ha abandonado á los devaneos de su corazon, por tanto sus costumbres han sido siempre corrompidas, y todos sus esfuerzos han terminado en hacerles perecer en una rebelion contra la Iglesia, como la de Coré. Gentes que no piensan mas que en tratarse bien á

sí mismos, mientras que para otros no predican mas que la severidad; ó como dice san Pablo, «que no tienen otro Dios que su vientre,» esto es, sus pasiones, su amor propio, su sensualidad. Jamás se pierde la fé sin que se pierda el espíritu de Dios sobre la carne. Aparentad cuanto quisiereis la compostura; la máscara puede ocultar, pero no puede quitar la deformidad del rostro. Solo en la Iglesia católica, apostólica, romana, es donde se halla la verdadera y sólida piedad.

El Evangelio de la misa de este dia está sacado del de san Mateo, cap. 9.

In illo tempore: Loquente Jesus ad turbas, ecce princeps unus accessit, et adorabat eum, dicens: Domine, filia mea modo defuncta est: sed veni, impone manum tuam super eam, et vivet. Et surgens Jesus, sequebatur eum, et discipuli ejus. Et ecce mulier, quæ sanguinis fluxum patiebatur duodecim annis, accessit retro, et tetigit fimbriam vestimenti ejus. Dicebat enim intra se: Si tetigero tantum vestimentum ejus, salva ero. At Jesus conversus, et videns eam, dixit: Confide, filia, fides tua te salvam fecit. Et salva facta est mulier ex illa hora. Et cum venisset Jesus in domum principis, et vidisset tibicines, et turbam tumultuantem, dicebat: Recedite: non est enim mortua puella, sed dormit. Et deridebant eum. Et cum ejecta esset turba, intravit: et tenuit manum ejus. Et surrexit puella. Et exiit fama hæc in universam terram illam.

En aquel tiempo, hablando Jesus á la muchedumbre que le seguia, un gefe de la sinagoga se acercó á él y le adoró, diciendo: Señor, mi hija acaba de morir; pero venid, poned vuestra mano sobre ella, y vivirá. Y levantándose Jesus le siguió con sus discípulos. Al mismo tiempo una mujer que habia doce años padecia un flujo de sangre, se acercó por detrás, y tocó la franja de su vestido. Decia ella para sí: Si yo toco aunque no sea mas que su ropa, quedaré sana. Habiéndose vuelto Jesus, y viendola, la dijo: Confia, hija, tu fé te ha curado; y en la hora quedó curada la mujer. Cuando llegó Jesus á la casa del gefe de la sinagoga, viendo los tocadores de flauta y una multitud que hacian gran ruido: Retiraos, les dijo, porque la jóven no está muerta, sino que duerme. Y se mofaban de él. Luego que hubo hecho retirar á la muchedumbre, entró Jesus, la tomó por la mano, y se levantó la jóven. El prodigio se divulgó inmediatamente por todo el pais.

MEDITACION.

De la importancia de la salvacion.

PUNTO PRIMERO. — Considera si tenemos algun negocio mas importante, si le tenemos que sea de mayor consecuencia, si podemos jamás tener ninguno que nos interese tanto como el de nuestra salvacion.

No se trata de perder ó de ganar un pleito, del cual depende todo nuestro bien temporal; no se trata de ser dichosos ó desgraciados por toda la vida; semejante negocio seria interesante, es verdad; mas no por esto seria de una consecuencia infinita. Ser desgraciado, sufrir hasta la muerte seria una gran desgracia; mas al fin no seria sin recurso. Trátase de una felicidad ó de una desdicha eterna; trátase de poseer á Dios eternamente en la mansion de los bienaventurados, ó de ser precipitado en los infiernos, condenado sin esperanza de retorno á las llamas eternas. Esto es de lo que se trata cuando se habla de la salvacion. ¿Es esto de alguna consecuencia? ¿merece este importante negocio nuestra aplicacion y nuestros cuidados?

¡Ah! muérese: ¿y de qué sirve en la muerte el haber sido rico, poderoso, feliz segun las ideas de las gentes del mundo? muérese; y en la muerte lo perdemos todo; todo nos deja; la vida mas dichosa y la mas larga no parece entonces mas que un sueño: muérese; y en la muerte, nobleza, dignidades, empleos, honores, todo desaparece, todo se reduce á unos vanos títulos; porque ¿qué es lo que yo voy á ser? Si soy santo, esta sola cualidad me indemniza de la pérdida de todas las demás; pero si soy condenado, si el infierno debe ser mi eterna morada, si desde mi lecho paso al fuego eterno, ¿quién me consolará en mi suerte, quién me resarcirá mi pérdida, y una pérdida que es obra mia, pérdida sin recurso y sin retorno?

¿Y se piensa á sangre fria en el negocio de la salvacion? ¿y pasamos un solo dia sin trabajar en él? ¿y haremos acaso todas estas reflexiones sin que nos hagamos mas prudentes?

¡Cuánto lamento, ó Dios mio, mi ceguera y mi error! La mayor parte de mis dias han pasado ya, y acaso no he comenzado todavía á trabajar en este negocio; ¿y qué no merezco si difiero para otro dia el trabajar en él?

PUNTO SEGUNDO.—Considera ¿de qué sirve hoy á esos ricos condenados el haber tenido gruesas rentas, el haber llevado grandes nombres, el haber poseido hermosas tierras? Porque ¿qué es lo que puede equivaler á haberse ellos perdido para siempre? Yo he perdido el cielo, dirán, he perdido á Dios, todo pues está perdido, y perdido sin recurso.

¡Ah! ¡cuánto han ganado tantos millones de mártires perdiendo la vida por Jesucristo! Un suplicio de algunos momentos, á lo mas de algunos dias; aun cuando se hubiesen pasado muchos años en medio de los mas crueles suplicios, no tienen proporcion alguna las aflicciones del tiempo presente con la gloria futura. ¿Se puede nunca comprar demasiado cara la posesion, la felicidad del mismo Dios? ¡Dios mio! ¡qué sabias han sido esas personas penitentes y mortificadas, esos santos, en haberlo sacrificado todo para conseguir su salvacion! Grandes del mundo, dichosos del siglo, ¿vuestros sentimientos y vuestra conducta tocante al negocio de la salvacion prueban que sois sabios?

San Marcelo era papa, y despues de haber sufrido un destierro y muchos tormentos por la fé de Jesucristo, fué condenado á concluir sus dias en una caballeriza. ¿Y pensó jamás en quejarse de su suerte? En una prision tan repugnante halló la gloria del martirio. ¡Ah! ¡que es encontrar la vida el perderla por Dios! ¡Qué poco aprecian sus propios intereses las gentes que pasan sus dias entre placeres, que llevan una vida muelle y mundana!

El mal rico es sepultado en el infierno: Lázaro pasa del hospital á la gloria. ¿Qué importa para su fortuna que haya sido pobre, desconocido, maltratado? La salvacion equivale á todo, y sin la salvacion la fortuna mas completa es nada.

¡Mucho os he costado, divino Salvador mio, para que

así me pierda! Yo confieso con el mas vivo sentimiento que lo he merecido, y que mi pérdida es inevitable, si de aquí adelante no trabajo mas en mi salvacion que lo he hecho hasta ahora. Pero esto es hecho, Salvador divino, mi partido está tomado, desde este momento va á ser mi salvacion el objeto de mis cuidados, de mis solicitudes, de mi aplicacion; este es mi único negocio; yo no quiero ocuparme de hoy en adelante mas que del negocio de mi salvacion; propiamente hablando, yo no tengo otro negocion que este, él se llevará todas mis atenciones.

JACULATORIAS.—¿De qué me servirá haber ganado todo el universo, si al fin vengo á perderme? (Matth. 16.)

¿Qué puede darse en cambio de lo que vale mi alma? (Ibid.)

PROPÓSITOS.

1 Renovemos cada dia en la oracion de la mañana la deprecacion que acabamos de hacer; y digamos muchas veces al dia, cuando nos ejercitamos en nuestro empleo, cuando comenzamos alguna obra, cuando nos aplicamos á nuestro trabajo: ¿de qué me servirá todo esto, si no procuro mi salvacion? Esta práctica es muy útil, y conviene á toda clase de personas.

2 Impongámonos una ley inviolable de hacer cada mes un dia de retiro. No es mas que un dia, ¿y quién puede racionalmente negarse á dedicar un dia en todo el mes al importante negocio de la salvacion, el cual exigiria toda la vida? Hállase tanto despacio para los negocios temporales, para nuestros placeres, para nuestros amigos, ¿y solo para la salvacion de nuestra alma ha de faltar siempre? Cuasi toda la vida se pasa en arreglar cuentas, examinar libros, hacer valer los fondos, y percibir intereses temporales. Será mucho dedicar cada mes un dia á examinar las cuentas que hemos de dar á Dios? ¿en qué estado está nuestra conciencia? ¿qué uso hemos hecho, qué fruto hemos sacado de los talentos recibidos? ¿por qué caminos podrán repararse las pérdidas espirituales que se han hecho? Puede decirse que de esta práctica depende la perseverancia y la salvacion de muchos.

DOMINGO VIGESIMOCUARTO Y ULTIMO DESPUES DE PENTECOSTÉS.

El vigésimocuarto domingo despues de Pentecostés es siempre el último del año eclesiástico, aun cuando hay mas de veinte y cuatro despues de Pentecostés, porque entonces despues del vigésimotercero se colocan los domingos que han quedado despues de la Epifanía; pero el vigésimocuarto se reserva siempre para el último, y para terminar el año eclesiástico, que habiendo comenzado por el primer domingo de Adviento, concluye siempre por el vigésimocuarto despues de Pentecostés. Por esto la Iglesia ha escogido para este dia el Evangelio del juicio último, segun san Mateo, que ordinariamente se llama el Evangelio del fin del mundo. La Epístola que precede á este Evangelio está tomada de la exhortacion que hizo san Pablo á los fieles de Colosos para inclinarlos á llevar una vida digna de Dios, aplicándose á agradarle en todas las cosas, dando frutos de toda especie de obras buenas, y creciendo mas y mas en la inteligencia espiritual y en la práctica de la voluntad de Dios, que es en lo que consiste toda la perfeccion cristiana. Se puede decir que esta Epístola es como el compendio de las instrucciones contenidas en todas las demás, de las cuales es esta como el epílogo y una corta recapitulacion. El introito de la misa del dia es el mismo que el del domingo precedente. Como algunos de los domingos que preceden pueden ser supernumerarios, no se les da mas que un introito comun.

«Mis pensamientos,» dice el Señor, «son pensamientos de paz,» de dulzura y de misericordia, y «nó de ira» y de desolacion. «Vosotros me invocareis, y yo no os oiré; yo os reuniré de en medio de todos los pueblos y de todos los lugares» en donde os habiais dispersado. «De todos los lugares á los cuales os arrojé,» dice el texto, para dar á conocer á los judíos que su cautividad y todas sus desgracias eran justo castigo de sus pecados, y que no debian atribuirlos á ninguna otra causa. Por esto, luego que se vuelven á Dios por medio de una sincera penitencia, Dios se deja ablandar, les perdona, y les hace decir por el profeta Jeremías que va á sacarlos de su cautividad. Los santos Padres hacen aquí una reflexion que deberia abrirles los ojos y mover el corazon de este pueblo ciego y endurecido, haciéndoles ver que han perdido la prerogativa de pueblo muy amado y pueblo escogido, llevando al colmo su iniquidad por el mas horrible de todos los crímenes.

Dios habia prometido á David conservar su estirpe por todos los siglos, y hacer durar su trono tanto como los cielos. Esta promesa no podia entenderse de la estirpe de David segun la carne. Su trono estaba trastornado desde el tiempo de Sedecías y de Nabucodonosor; hacia ya mas de dos mil años que no subsistia. Porque aunque Zorobabel á la vuelta de la cautividad habia tenido alguna autoridad en su nacion, nadie se atreverá á decir que habia reinado, ni aun que habia gobernado con una autoridad absoluta. En el tiempo mismo de Jesucristo no habia ya entre los judíos mas que una sombra de monarquía, y aun esta fantasma de monarquía no subsistia en la estirpe de David, supuesto que Herodes que llevaba el nombre de rey era idumeo y descendia de Esaú. Desde el siglo de Jesucristo, ó á lo mas un siglo despues, no se ha distinguido ya la estirpe ó familia de David; ó está absolutamente estinguida, ó de tal modo se halla confundida entre el resto de la nacion, que no es ya posible distinguirla, ni probar su existencia. Así que la promesa hecha á David de un reinado perpetuo no se ha cumplido sino en Jesucristo, incontestablemente de la estirpe de David. Este divino Salvador reina y reinará eternamente, no solo como Dios, sino tambien como hombre-Dios; ejerce su reinado sobre el verdadero Israel, sobre el pueblo escogido que son los cristianos, y sobre toda la Iglesia, en la que ejerce su dominacion espiritual por medio de sus ministros. «Si su posteridad llega á abandonar mi ley, si violan la santidad de mi ley,» yo tomaré la vara para castigarles sus iniquidades; les castigaré rigorosamente sus crímenes enormes; mas no por esto faltaré á la alianza que he contraido con David. No apartaré por esto mi misericordia de su padre, ni retractaré la palabra que le he dado. Les afligiré; permitiré que sean arrojados de su pais, que anden dispersos entre las naciones, que se vean abrumados de adversidades y miserias; pero despues de algun tiempo me dejaré ablandar, mi indignacion cesará, los reuniré sacándolos de todos los parajes del mundo, y concluirán sus desgracias y su cautividad. El suceso verificó la prediccion. Despues

de setenta años de dispersion y de servidumbre, reunió Dios al pueblo y le restableció en su pais. Sus pecados habian sido graves, el castigo ha sido severo; pero al fin despues de este número de años de penitencia Dios se ha compadecido de ellos. ¿Qué nuevo crímen tan horrible ha podido cometer despues este desventurado pueblo para ser arrojado tantos siglos hace de su pais, para haber llegado á ser el horror y la execracion de todo el universo, errante, esclavo é infeliz por toda la tierra? no hay ciertamente otro á que atribuirlo sino al deicidio cometido en la persona de Jesucristo, al cual no han querido reconocer por el Mesías. Y si el crímen de idolatría, dicen los Padres, que ciertamente es el mas enorme, añadido á todas sus iniquidades, no ha sido castigado mas que con una cautividad de setenta años, ¿cuál debe ser el crímen por el cual este desdichado pueblo está proscripto y cautivo mas ha de diez y ocho siglos? No puede ser otro que el de no haber querido reconocer á Jesucristo por su Salvador; no puede ser otro que el haber hecho morir en la cruz al Hijo de Dios, su Rey, su Redentor y su Mesías. Los mas hábiles de los rabinos y de sus pretendidos doctores, aturdidos y llenos de confusion por la fuerza de un raciocinio tan justo y tan concluyente, han tratado de salir del embarazo, diciendo que el pecado tan enorme por el cual la nacion judía ha sido reprobada de Dios, consiste en haber algunos judíos reconocido á Jesucristo por el Hijo de Dios y el Mesías. ¡Ridícula respuesta, miserable efugio! Si Jesucristo hubiese sido un impostor, ¿hubiera podido la nacion judía ofrecer á Dios un servicio mas meritorio que haciendo morir con la muerte mas cruel y mas infame á este impostor, y persiguiendo y castigando hasta con la muerte á los que le reconociesen por el Mesías? La muerte de Jesucristo debia ser para el pueblo judío un manantial de nuevas bendiciones, y el celo de sus gefes merecia ser recompensado por Dios, y debia atraer sobre toda la nacion una proteccion mas brillante y mas señalada. Es menester no tener sentido comun, es preciso ser muy ciegos para no ver que únicamente el haber recibido tan mal al Mesías, es lo que les ha atraido las últimas desgracias y la maldicion universal.

La Epístola está tomada del capítulo primero de la de san Pablo á los colosenses. «No cesamos de rogar á Dios por vosotros,» les dice el santo apóstol, «y pedirle que tengais un pleno conocimiento de su voluntad con toda la sabiduría y la inteligencia de las cosas del espíritu.» Puede asegurarse que la Iglesia en sus primeros dias ha tenido mas que sufrir de los falsos apóstoles convertidos del judaismo que de los gentiles. Estos peligrosos seductores que pueden llamarse los herejes de los primeros tiempos, recorrian todas las iglesias para hacer prosélitos en ellas. No bien hubo recibido la fé la ciudad de Colosos, cuando estos falsos apóstoles vinieron á sembrar en ella la zizaña, predicando la necesidad de la circuncision y de las observancias legales; y mezclando la filosofía platónica con el judaismo, trataban de inspirar á aquellos fieles, todavía sencillos y nuevamente convertidos, un culto supersticioso de los ángeles: y bajo del velo de una falsa humildad les hacian entender que siendo Dios infinitamente superior á nosotros, era necesario dirigir nuestras preces nó á Dios ni á Jesucristo, sino á los ángeles, por cuya mediacion habia Dios dado en otro tiempo la ley á Moisés. Informado san Pablo de lo que pasaba entre los colosenses, les escribió esta carta para desengañarles de estos errores, y para confirmarles en la fé y en la caridad, en la esperanza y en todas las demás virtudes que les habian inspirado los verdaderos apóstoles. Yo no ceso, les dice, de rogar á Dios por vosotros, y pedirle que tengais un pleno conocimiento de su voluntad con toda la sabiduría y toda la inteligencia de las cosas espirituales; esto es, de las verdades de la religion, para que no caigais en los errores y en los lazos que os tienden los que solo tratan de seduciros: «á fin de que tengais una conducta digna de Dios, procurando todos los medios de agradarle;» es decir, una conducta digna de Jesucristo vuestro Salvador, digna de vuestra vocacion, una conducta verdaderamente cristiana; y para esto «debeis fructificar en todo género de obras buenas,» y crecer todos los dias en virtudes, en perfeccion, en conocimiento y en amor de Dios, en constancia y fidelidad en su servicio, sin dejaros deslumbrar ni sorprender por los artificios de los que bajo del pretesto de llevaros á Dios os alejan de él: fortificándoos con toda la fortaleza posible por la participacion de su poder glorioso, sufriéndolo todo con paciencia, con constancia y con alegría.» Despues de haber pedido san Pablo á Dios la sabiduría y la inteligencia para los colosenses, esto es, la gracia para conocer los secretos de la voluntad de Dios en la reconciliacion de los hombres con él, y los secretos adorables de la divina Providencia, pide tambien la gracia para conocer en cada ocasion lo que Dios exige de ellos en la práctica de sus mandamientos, y que lleven frutos por el ejercicio de todo género de obras buenas. Una vida infructuosa y estéril en virtudes, jamás fué una vida cristiana. No basta aun llevar frutos, dice el apóstol, en la primavera, que es una estacion calmosa y pacífica; es menester llevarlos en la estacion de los frios y de las tempestades; es menester que la fidelidad y la virtud de un cristiano sean á prueba de las tentaciones mas violentas, y esta generosidad, esta paciencia, esta alegría, aun en las adversidades, esta perseverancia es la que desea el santo apóstol á los colosenses. Sobre todo quiere «que rindan acciones de gracias á Dios Padre, que por su luz, esto es, por su Hijo, que es la luz del mundo y el esplendor de la gloria de su Padre, «nos ha hecho dignos de participar de la herencia de los santos.» Jesucristo nos ha merecido la gracia de la adopcion, la herencia de la bienaventurada inmortalidad. Los colosenses eran gentiles convertidos á la fé. San Pablo quiere que tengan siempre delante de los ojos el precio infinito de esta grande gracia, considerando que los judíos, que eran los hijos y los legítimos herederos, han sido por su culpa y por su incredulidad escluidos de la dicha á que los gentiles han sido llamados por un favor singular de la pura misericordia de Dios. ¿Qué favor mas insigne, qué misericordia mas escesiva que el habernos sacado del poder de las tinieblas para hacernos pasar al reino de su Hijo muy amado, «en el cual hallamos» por medio de su sangre «la remision de los pecados, que hace la redencion? En otro tiempo erais las mismas tinieblas,» como escribia á los efesinos, «y ahora sois la luz en nuestro Señor. Vosotros vivais ántes en las tinieblas de la idolatría y en la ignorancia, estabais en el error del pecado, mas ahora estais iluminados con la luz de la fé; Jesucristo es el que os ha librado de la servidumbre del pecado, que es el príncipe de las tinieblas, de la noche, del paganismo, del error y del pecado, y os ha hecho pasar

al reino de su Hijo muy amado; ó como dice el griego, al reino del Hijo de su amor; «caminad, pues, como hijos de la luz.» Jesucristo es el que nos ha rescatado de la muerte: él es el que nos ha librado de la servidumbre del pecado, y nó la ley de Moisés. Si la ley hubiera podido salvarnos, hubiera sino inútil que viniese el Hijo de Dios al mundo. Ved, pues, si os conviene el sujetaros todavía á una ley tan vacía, tan ineficaz, tan impotente. «La ley que ha precedido,» dice el mismo Apóstol en su carta á los hebreos, «ha sido reprobada, porque era débil é inútil, incapaz de salvarnos.»

El Evangelio de este último domingo predice la ruina de Jerusalen y el fin del mundo, al que debe seguir inmediatamente el juicio universal, del cual es como el preludio.

Acababa de hacer el Salvador una descripcion espantosa de todas las desgracias que debian suceder á la ciudad de Jerusalen y á toda la nacion, y se habia esplicado de una manera tan precisa ó tan clara, que habiendo salido del templo, le detuvieron sus discípulos algunos momentos para que notase la magnificencia de él, como para decirle: ¿Será posible que un edificio tan suntuoso, y que pasa por una de las maravillas del mundo, haya de ser enteramente destruido, y que Dios pueda jamás abandonar y reprobar este santo templo? La respuesta que Jesus les dió acabó de consternarles: Admirad cuanto quisiereis, les dice, la riqueza, la magnificencia de este soberbio edificio; todo lo que os he predicho sucederá dentro de poco tiempo; todos esos grandes edificios serán destruidos hasta los fundamentos, y no quedará piedra sobre piedra. Estas palabras picaron la curiosidad de sus mas familiares discípulos. Pedro, Santiago, Juan y Andrés se tomaron la libertad de hacerle en particular tres preguntas: 1.ª En qué tiempo debian suceder estas desgracias: 2.ª Cuál debian ser los presagios y como los anuncios de ellas: 3.ª Cuál debia ser la señal de su última venida, y de la consumacion de los siglos. El Salvador tuvo la complacencia de responder á estas preguntas, pero de una manera instructiva al mismo tiempo que misteriosa. Dióles bastante á entender que no estaba léjos el tiempo de estas desgracias sobre Jerusalen, y se dignó indicarles las señales y terribles fenómenos que debian preceder á su venida y á la consumacion de los siglos; pero acompañó sus respuestas de saludables avisos, pues haciéndoles saber cuáles debian ser las señales de esta general desolacion, les instruyó de todo lo que debian hacer los que se hallasen en aquellas críticas y horrorosas circunstancias. Despues de haberles advertido, y en su persona á todos los fieles, que estuviesen alerta contra los artificios de los seductores, de que habrá en gran número en aquellos últimos tiempos; despues de haberles dicho que otras de las señales de las últimas desgracias serian las guerras, el espíritu de division que reinará por todas partes, las enfermedades contagiosas que despoblarán el universo, la hambre que hará perecer á muchas gentes, la irregularidad de las estaciones, la intemperie del aire, los temblores de tierra, hace el Salvador un retrato muy vivo de todo lo que debe servir de presagio y de aparato al dia de sus venganzas: comienza por los crímenes enormes y el torrente de iniquidad que inundará entonces toda la tierra.

«Cuando viereis en el lugar santo la abominacion de la desolacion de que ha hablado el profeta Daniel.» Describe este Profeta en los capítulos séptimo y nono de su profecía la ruina entera de Jerusalen, cuya época, segun él, está señalada despues de la muerte de Jesucristo en el tiempo en que la abominacion de la desolacion estaria en el lugar santo, lo cual sucedió durante el sitio de la ciudad por los romanos, por los asesinatos y las infamias que se cometieron en él; y cuando despues de tomada la ciudad, colocaron allí los romanos sus insignias cargadas de figuras de sus falsos dioses.

San Agustin, san Gerónimo, el venerable Beda y la mayor parte de los intérpretes creen que el Salvador en este pasaje del Evangelio mira á estos dos grandes acontecimientos: la ruina entera de Jerusalen y el juicio universal en el fin del mundo, y por esto acaso añade estos palabras: «El que lee» esta profecía, «que trate de comprenderla» bien, y de conocer su sentido, distinguiendo los hechos. Como la corrupcion universal de toda carne habia precedido al diluvio, del mismo modo la iniquidad, esto es, todo género de vicios, de abominaciones y de impurezas que entonces inundaron como torrente toda la tierra, precederian á estos dos acontecimientos. La abominacion de la desolacion fué la horrible profanacion que los mismos judíos hicieron del templo durante el sitio de Jerusalen, cuando habiéndose apoderado del lugar santo una tropa de bandidos cometieron en él todos los desórdenes imaginables. Esta abominacion de la desolacion sucederá tambien en el fin de los siglos, por la horrible profanacion que se hará entonces de nuestros sagrados misterios y de todo lo mas sagrado de la religion. La profanacion de las cosas santas es la muestra de la mayor indignacion de Dios y la señal mas segura de su próxima venganza.

«Los que estuvieren en la Judea en aquel tiempo, huyan á los montes.» Yo aconsejo, pues, á los que se hallaren entonces en la Judea que dejen la campiña, y se vayan á las alturas; y al que estuviere sobre el terrado, que no baje para tomar nada de su casa; y al que se encontrare en el campo, que no vuelva atrás para tomar su vestido. Estas palabras en el sentido literal significan el peligro de los que no podrán huir en un tiempo en que solo en la fuga habrá salvacion. En un sentido espiritual dan á conocer la desgracia de los que en la víspera de ir á comparecer delante de Dios, ya sea en vísperas del juicio particular, ya al aproximarse el juicio universal, en el tiempo en que el enemigo de la salud lo pone todo por obra para perderlos, no tendrán virtud alguna, arrastrando todavía por la tierra sin conocer aun la perfeccion cristiana; ó que subidos al techo, esto es, habiendo hecho algun progreso en la virtud, engañados ó vencidos por el tentador descienden para volver á sus antiguas costumbres, y no tienen perseverancia.

«¡Ay de las mujeres que en aquel tiempo se hallaren preñadas, y de las que tuvieren hijos al pecho!» A la letra lamenta aquí el Salvador la desgracia de los judíos durante el sitio de Jerusalen, en cuya época se vió realizado todo lo mas funesto que les habia predicho. La desolacion sobrepujó á todo lo mas horroroso que puede imaginarse. En el sentido espiritual se duele el Salvador de la desdicha de aquellas almas tibias, de aquellas almas flojas, que en la víspera de haber de presentarse ante su tribunal, estarán preñadas, por decirlo así, de buenos deseos, grandes proyectos de conversion, designios inútiles entonces, de una vida perfecta; ¡qué peligro aun para

aquellos que no alimentarán mas que virtudes nacientes, ó tan débiles que serán incapaces de resistir á la tentacion! Sin embargo, «pedid que no tengais que huir en invierno ó en el dia del sábado.» Durante el invierno los dias son cortos, los caminos están malos, los viajes son incómodos; tiempo poco á propósito para una fuga precipitada. Los judíos creian que no les era permitido el sábado andar mas que una media legua: todas estas espresiones figuradas daban á entender que no seria ya tiempo entonces de evitar los tristes efectos de la cólera divina; era necesario haber prevenido estas desgracias por la penitencia; era preciso haber reconocido al Mesías. La hora de la muerte es un tiempo muy poco á propósito para convertirse.

«La desolacion será grande, y tal que no la hubo semejante desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá jamás igual.» Esta prediccion se ha verificado plenamente por la guerra que los judíos se hicieron á sí mismos con sus divisiones domésticas; por las persecuciones que sufrieron de parte de todos sus vecinos; y por los males que les hicieron los romanos durante la última guerra. Josefo cuenta un millon y cien mil muertos, y noventa y siete mil prisioneros. Confiesa tambien que los crímenes de los sediciosos, que se habian apoderado del templo, llegaron á tal esceso, que si los romanos no hubieran venido para esterminar una raza tan corrompida y tan impía, la tierra se abria abierto para tragarlos, ó Dios habria enviado un nuevo diluvio para anegar, ó fuego del cielo para consumir una ciudad tan criminal. La desolacion que precederá al fin del mundo no cederá en nada á la que ha precedido á la entera ruina de Jerusalen; « y si el número de aquellos dias no se hubiese disminuido, nadie hubiera quedado salvo; pero se disminuirá á causa de los elegidos.» En efecto, si el sitio de Jerusalen hubiese durado mas tiempo, no hubiese quedado un solo judío en la ciudad; pero en favor de los judíos que habian abrazado el Evangelio, y que hubieran todos perecido en aquella desventurada ciudad, abrevió Dios el número de los dias de tribulacion. Segun algunos intérpretes, miraba tambien Dios á los cristianos de los siglos venideros, impidiendo la entera destruccion de toda la nacion judía. Queria Dios que estos desgraciados restos, despreciados, dispersos, ciegos, subsistiesen para verificar en todos los siglos las profecías, y para que sirviesen á todos los pueblos de monumento eterno de la verdad de todo lo que Jesucristo les habia predicho. Todo lo terrible que ha sucedido en la destruccion de Jerusalen, no es mas que una figura, por decirlo así, de cuanto funesto y espantoso debe suceder en el fin del mundo. Allá eran los hombres que querian arruinar y domar un pueblo rebelde; aquí será un Dios el que desplegará toda su ira para esterminar á todos los hombres y para hacer secar por el susto á todos los pecadores ántes de juzgarlos. La consternacion y el miedo serán tan grandes que serian capaces de hacer caer en la desesperacion, y perder la confianza aun á las almas mas inocentes, si Dios en favor de ellas no abreviase aquellos dias de desolacion.

«Entonces, si alguno os dice, aquí está el Cristo, ó bien allá está, no creais nada de esto.» Advierte Jesucristo aquí á sus apóstoles, y en sus personas á todos los fieles para que no se dejen engañar por los falsos profetas, que á favor de su esterior engañoso, de sus discursos capciosos, y aun con prestigios que se tomarán por milagros, serán capaces de arrastrar á muchos al error. No faltaron de estos impostores durante el sitio de Jerusalen; los gefes de los facciosos que sabian la debilidad del pueblo, los suscitaban ellos mismos para engañarle. Es innegable que el Anticristo aparecerá al fin del mundo, y seducirá á muchos con sus prestigios. Aparecerán falsos cristos y falsos profetas que harán cosas tan estraordinarias y tan prodigiosas, que los mismos elegidos, si fuera posible, serian engañados. El Señor, dicen los intérpretes, no solo ha querido designar aquí los emisarios del demonio, suscitados para seducir á los fieles al fin del mundo, sino tambien los herejes de todos los tiempos que con sus engañosos artificios han hecho tantos esfuerzos para destruir la religion, dándose á sí mismos por enviados de Dios y por profetas. A la verdad, Dios siempre ha tenido un cuidado particular de su Iglesia. Ella ha visto nacer y morir todas las herejías, y las puertas del infierno no prevalecerán jamás contra ella. Dios ha provisto á su seguridad completamente; son torrentes impetuosos que haciendo estragos pasan rápidamente; son furiosos que no respiran mas que muerte y carnicería, y cuyos dias abrevia el Señor. Una vez que ha hablado la Iglesia, dice aquí un sabio intérprete, yo no escucho ya al hombre, aunque su piedad esterior sea la mas estraordinaria; ni al hombre obrador de milagros, si me enseña lo contrario. Porque cualquiera que no habla como la Iglesia, á pesar de toda la santidad que aparente y de lo maravilloso de sus obras, no es ciertamente en el fondo mas que un hipócrita y un seductor.

«Como el relámpago parte del Oriente, y se deja ver hasta el Occidente, del mismo modo será la venida del Hijo del hombre:» como si dijera, dicen los Padres, como no es posible que apareciendo el sol sobre el horizonte no ilumine en un momento todo el hemisferio, lo mismo sucederá con la venida del Hijo del hombre, esto es, que despues del cumplimiento de todo lo que el Salvador acaba de decir acerca de la ruina de Jerusalen, su reino espiritual se estenderá con esplendor por toda la tierra, por la publicacion del Evangelio, el cual será predicado en todos los pueblos, y abrazado por todas las naciones. Era necesario que la justicia de Dios castigase del modo mas terrible, como Jesucristo lo habia predicho, aquella nacion ingrata é impía que se habia negado á reconocer al Mesías, y que habia llevado su malicia hasta hacer morir en la cruz á su Salvador: despues de lo que, esta verdadera luz que ilumina á cualquiera que viene al mundo, debia brillar por toda la tierra, y ser reconocida y adorada por todo el universo. Puede decirse que la dispersion y las desgracias de aquel pueblo, maldito por todas partes, es en todas ellas una prueba permanente de la venida del Mesías. Su segunda venida, dice san Agustin, no será ni ménos brillante ni ménos súbita que la primera, no obstante todas las señales y todos los presagios del fin próximo del mundo: quiere decir, que el Señor vendrá á juzgar á los hombres cuando ménos lo esperen. Pocos hay tambien á quienes la muerte no coja de improviso. «En cualquiera parte que esté el cuerpo, allí se congregarán tambien las águilas.» Este es un proverbio sacado de Job, de que se sirve aquí Jesucristo para significar que de todas las partes del mundo vendrán los fieles que hubieren abrazado el Evangelio á reunirse á su gefe para componer el

cuerpo místico de la Iglesia. Y esto es lo que ha sucedido por la publicacion del Evangelio, y lo que sucederá al fin del mundo, cuando habiendo resucitado todos los hombres, los justos se reunirán y acercarán rápidamente á su Señor, quien por su virtud divina los atraerá mas fuertemente, que los cuerpos muertos atraen las aves de rapiña y las águilas.

«Inmediatamente despues de estos dias de tribulacion el sol se oscurecerá, la luna no lucirá mas, las estrellas caerán del cielo, y las virtudes celestiales se desordenarán. Entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo del hombre.» Es indudable que todos estos fenómenos tan admirables convienen igualmente á las dos venidas predichas aquí por el Salvador del mundo. Estas espresiones ó maneras de hablar hiperbólicas son muy frecuentes en la Escritura; ordinariamente las usan los profetas para predecir la ruina y las calamidades de los pueblos. Así es que vaticinando el Salvador las desgracias que debian suceder muy pronto á los judíos, ha hecho tambien alusion á lo que sucederá en el fin del mundo. «El sol se oscurecerá, la luna no lucirá mas, las estrellas caerán del cielo, y las virtudes celestiales se desordenarán. Todas estas espresiones sacadas del estilo figurado de los Profetas, muestran que los judíos serán abandonados de Dios y entregados á su ceguera, que no serán ya iluminados por el Espíritu Santo, que se estinguirá la luz que lucia sobre ellos; tinieblas espantosas y una noche oscura vendrá sobre toda la nacion, la sinagoga no será ya verdadera iglesia. En el mismo sentido entienden tambien los Padres y los intérpretes las señales que deben preceder al último juicio. Es evidente que no debe entenderse sino en sentido figurado la caida de las estrellas, supuesto que la menor de ellas es mucho mas grande que toda la tierra: podria acaso entenderse por esta caida de las estrellas, la caida moral de aquellos grandes hombres, que habrán sido mirados como astros, y que sucumbiendo desgraciadamente entonces á la tentacion, se estinguirán tal vez en gran número en aquellos tiempos de calamidad. La entera destruccion de Jerusalen y de la religion de los judíos será la señal, como hemos dicho, de la venida triunfante de Jesucristo, esto es, del triunfo del Evangelio por toda la tierra, y el presagio tambien en los últimos tiempos de su venida «con gran poder y con gran majestad.» Tanto como Jesucristo ha parecido débil, humillado, y aun despreciable, en su primera venida, otra tanta majestad y poder ostentará, otro tanto hará brillar su gloria en la segunda: «Al mismo tiempo enviará sus ángeles con la trompeta, y una voz estrepitosa reunirá sus elegidos de las cuatro partes de la tierra,» de un estremo del cielo al otro. Estos ángeles ó enviados en el sentido figurado son los Apóstoles y los ministros del Evangelio que han anunciado la nueva ley por toda la tierra. Entonces todas las naciones de la tierra, esto es, todas las tribus, todos los judíos obstinados harán público su dolor al ver con qué gloria, con qué poder el Hijo del hombre aparecerá verdaderamente Hijo de Dios, despues de haber sometido á sí, por medio de doce pobres pescadores, todos los pueblos del mundo.

Es cierto, dicen los Padres, que haciéndonos el Salvador un retrato tan vivo de todas las desgracias que debian anunciar la entera ruina de Jerusalen, y la reprobacion del pueblo judío en castigo de su obstinacion y de su deicidio, ha querido al mismo tiempo darnos una idea bien terrible del último juicio, y de el que el rigor con que ha castigado á los judíos puede ser la imágen ménos desemejante y la mas viva. Ha sido menester que Jesucristo fuese humillado, perseguido, y que padeciese ántes de entrar en su gloria. El cristianismo, la Iglesia que él ha dado á luz en la cruz, le ha procurado una gloria que le indemniza en alguna manera de sus humillaciones; pero esta gloria no aparecerá propiamente en todo su esplendor, ni su poder se ostentará con una majestad deslumbradora hasta el dia del juicio último. No habrá nada, hasta las criaturas inanimadas, que al sentir que se acerca, no manifieste temor, y no le inspire á todos los espíritus. El sol se oscurecerá, la luna perderá su luz, las estrellas se estinguirán, el cielo se conmoverá, los mismos ángeles encargados de reglar sus movimientos estarán en algun modo asombrados al ver mudada toda la faz del universo: las olas del mar agitadas por los vientos furiosos parecerá que amenazan á la tierra de una general inundacion. La tristeza y la muerte pintadas en el rostro desecará hasta los huesos, y el espanto difundirá la desolacion en toda la tierra. «Entonces aparecerá la señal del Hijo del hombre.» Esta señal de la llegada del soberano Juez, dicen los Padres, será el estandarte de su cruz. Brillará esta cruz en los aires, y será un espectáculo agradable, á la verdad, á los que la llevaren grabada en el corazon, pero muy terrible á los que la hubieran mirado con horror durante su vida. Pero ¡qué sentimientos de temor y de susto no inspirará en el alma de todos los hombres la voz atronadora de los ángeles que llamará á todos los muertos para que vengan á comparecer ante el tribunal del supremo Juez para oir allí el decreto fulminante de su eterno destino!

«Aprended,» añade el Salvador, «una parábola tomada de la higuera.» Cuando sus hojas aparecen, conoceis que está próximo el estío; del mismo modo cuando viereis todas estas cosas, sabed que el Hijo del hombre está próximo ya á la puerta. Por esta comparacion, que era un proverbio entre los judíos y todos los pueblos de Oriente, advierte Jesucristo á sus Apóstoles y á todos los judíos convertidos á la fé, que esten atentos á todas las señales que acaba de darles, á fin de que no se vean envueltos ellos mismos en las calamidades públicas; tambien es una advertencia que da el Salvador á los cristianos de los últimos tiempos para que no sean sorprendidos por el dia terrible de su ira. «En verdad os digo, que no pasará esta generacion sin que todo esto suceda.» Con respecto á la ruina de Jerusalen puede entenderse por esta generacion el siglo en que el Salvador vaticinaba todas estas calamidades; y en efecto, todo lo que habia predicho se vió cumplido en el espacio de cuarenta años. Con respecto al fin del mundo, se debe entender por esta generacion, ó la última edad del mundo y de todo el género humano, segun san Gerónimo; ó la Iglesia, segun san Crisóstomo, la cual debe subsistir, á pesar de todas las persecuciones, hasta el fin del mundo.

«El cielo y la tierra pasarán, mas por lo que hace á mis palabras, no pasarán. «Hé aquí la última edad del mundo; y yo os digo en verdad, que no concluirá sin que hayan sucedido todas las cosas que os he dicho. Mis palabras son oráculos que no pueden engañar. El cielo, aunque incorruptible, y la tierra, aunque inmoble, pueden perecer y volver á caer en la nada; pero lo que yo digo no puede faltar, supuesto que todo lo que debe suceder

hasta el fin de los siglos me está presente; lo mas estable en la naturaleza está sujeto á la mudanza, y solo las verdades que yo os anuncio es lo que hay constante y eterno.

Comienza y concluye la Iglesia el año eclesiástico por el Evangelio del fin del mundo y del último juicio, cada uno de estos Evangelios, el uno segun san Mateo, el otro segun san Lucas, termina por estas palabras: «El cielo y la tierra pasarán; mas por lo que hace á mis palabras, no pasarán;» quiere decirnos que el pensamiento del juicio último debe acompañarnos toda la vida. San Gerónimo y muchos otros grandes santos le tenian siempre presente, y esta terrible verdad era el asunto ordinario de su meditacion diaria. Como la Iglesia alimenta todos los dias á sus hijos con el pan de la palabra de Jesucristo, dándonos cada dia su Evangelio, nos advierte el primero y el último dia del año, que el cielo y la tierra y todas las cosas pueden estar sujetas á la mudanza, que todo es caduco, que todo puede hasta dejar de subsistir; pero que el Evangelio de Jesucristo es eterno é inalterable. La verdad de su palabra no depende ni del humor ni del capricho de los hombres, ni de la vicisitud del tiempo, ni de las revoluciones de la naturaleza. Todo lo que Jesucristo nos ha dicho es infalible y lo será eternamente. Créase ó nó; practíquese ú omítase. Todas las palabras de Jesucristo son oráculos; creámosle ó no le creamos, no hay propiamente verdad sino lo que Dios nos dice.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Excita, quæsumus, Domine, tuorum fidelium voluntates: ut divini operis fructum propensius exequentes, pietatis tuæ remedia majora percipiant. Per Dominum...

Os suplicamos, Señor, que escciteis por vuestra gracia las voluntades de vuestros fieles, á fin de que produciendo con fervor el fruto de las buenas obras, reciban de vuestra bondad mayores auxilios y remedios mas eficaces para sus males. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del apóstol san Pablo á los colosenses, tomada del cap. 1.

Fratres: Non cessamus pro vobis orantes et postulantes: ut impleamini agnitione voluntatis Dei, in omni sapientia et intellectu spirituali, ut ambuletis digne Deo per omnia placentes; in omni opere bono fructificantes, et crescentes in scientia Dei: in omni virtute confortati secundum potentiam claritatis ejus, in omni patientia et longanimitate cum gaudio gratias agentes Deo Patris qui dignos nos fecit in partem sortis sanctorum in lumine: qui eripuit nos de potestate tenebrarum, et transtulit in regnum Filii dilectionis suæ; in quo habemus redemptionem per sanguinem ejus, remissionem peccatorum.

Hermanos mios: No cesamos de rogar á Dios por vosotros, y pedirle que os conceda un pleno conocimiento de su voluntad, con toda la sabiduría y toda la inteligencia de las cosas del espíritu, á fin de que observeis una conducta digna de Dios, procurando todos los medios de agradarle; fructificando por todo género de obras buenas, y adelantando en el conocimiento de Dios; pertrechándoos de toda la fortaleza posible por la participacion de su poder glorioso; sufriéndolo todo con paciencia, con constancia y con alegria; tributando acciones de gracias á Dios Padre, que por su luz nos ha hecho dignos de participar de la herencia de los santos; que nos ha sacado del poder de las tinieblas, y nos ha trasladado al reino de su Hijo muy amado, en el cual tenemos por su sangre la remision de los pecados que hace la redencion.

Algunos autores han creido falsamente que san Pablo habia escrito esta carta á los rodios, célebres por su famoso coloso del sol; pero es indudable que ha sido dirigida á los colosenses de Frigia. Habian estos sido convertidos por Epafras, discípulo de los apóstoles. San Pablo no los habia visto; pero habiendo sabido los errores que ciertos falsos apóstoles les predicaban, les escribió para instruirles y volverles á atraer á la pureza de la fé.

REFLEXIONES.

«A fin de que observeis una conducta digna de Dios, procurando todos los medios de agradarle.» Hé aquí en alguna manera en compendio toda la moral cristiana. Una conducta digna de Dios es la conducta de un hombre abrasado en amor de Dios, y que procura agradarle por todos los medios. Es la conducta de un hombre sin amor propio, sin interés, sin ambion; de un hombre en todo tiempo severo consigo mismo, que nada se perdona, y dulce con los demás, en cuyo favor todo lo escusa. Atento sin afectacion, complaciente sin cobardía, obsequioso sin interés, estraordinariamente exacto sin escrúpulo, continuamente unido á Dios sin fatiga. Jamás ocioso, sin ostentar demasiada solicitud: jamás escesivamente ocupado, y todavía ménos distraido por los negocios, porque conserva siempre su corazon libre, no ocupándole mas que con su gran negocio, que es el negocio de su salvacion. Lleno de sentimientos bajos de sí mismo, siempre aprecia á los demás porque no mira en ellos mas que las virtudes que tienen, al paso que en sí mismo no considera mas que sus defectos. No conduciéndose sino por las máximas sobrenaturales, no piensa que los que le desprecian le hacen agravio, porque no cree que se le deba el honor que le hacen. Es un hombre siempre en paz, siempre igual, á quien no hinchan los sucesos prósperos, ni abaten los mas terribles accidentes, porque sabe que los bienes y los males de esta vida vienen siempre de la misma mano. Y como la sola voluntad de Dios es la regla de su conducta, hace siempre lo que Dios quiere, y quiere siempre todo lo que Dios hace. No considerándose mas que como estranjero en la tierra, todo su comercio es con el cielo. Dios solo es su tesoro, y así es que no suspira mas que por la posesion de Dios. Y como todo su deseo, toda su ambicion es agradarle, toda su aplicacion es fructificar por todo género de obras buenas, y todo su estudio adelantar en el conocimiento de Dios. En efecto, cuanto mas se conoce á Dios, mas se le ama, y el amor no fué jamás ni ocioso, ni infructuoso. Esta es la conducta digna de Dios que san Pablo pide á los colosenses, y en su persona á todos los fieles. ¿Y es esta la conducta de los cristianos de nuestros dias? La conducta tan poco cristiana de los mundanos, de esas gentes esclavas de sus pasiones, de esas mujeres que se confundirian con las mujeres paganas, ¿es una conducta digna de Dios? La vida y la conducta tan poco edificante de esas personas consagradas

á Dios por su estado ¿es digna de Dios? Y el gusto, el dia de hoy tan general, por el mundo y por el placer, la relajacion tan universal, el digusto de la devocion, tan comun en estos tiempos, la aversion y hasta el desprecio de las máximas mas sagradas del Evangelio, todo esto ¿presenta una conducta digna de Dios, y un gran deseo de agradarle? Pero ¡Dios mio! con una conducta tan indigna de vos y del nombre de cristiano ¿qué es lo que nos hace confiar? ¿con unas costumbres tan poco cristianas no nos privamos del derecho que hemos adquirido por el bautismo á la herencia de los santos?

El Evangelio de la misa de este dia es lo que sigue, tomado del capitulo 24 de san Mateo.

In illo tempore: Dixit Jesus discipulis suis: Cum videritis abominationem desolationis, quæ dicta est a Daniele propheta, stantem in loco sancto: qui legit, intelligat: tunc qui in Judæa sunt, fugiant ad montes: et qui in tecto, non descendat tollere aliquid de domo sua: et qui in agro, non revertatur tollere tunicam suam. Væ autem prægnantibus et nutrientibus in illis diebus! Orate autem ut non fiat fuga vestra in hieme, vel sabbato: erit enim tunc tribulatio magna, qualis non fuit ab initio mundi usque modo, neque fiet. Et nisi breviati fuissent dies illi, non fieret salva omnis caro: sed propter electos breviabuntur dies illi. Tunc si quis vobis dixerit: Ecce hic est Chistus, aut illic, nolite credere. Surgent enim pseudochristi et pseudoprophetæ, et dabunt signa magna et prodigia, ita ut in errorem inducantur (si fieri potest) etiam electi. Ecce prædixi vobis: Si ergo dixerint vobis: Ecce in deserto est, nolite exire: ecce in penetralibus: nolite credere. Sicut enim fulgur exit ab Oriente, et paret usque in Occidentem: ita erit et adventus Filii hominis. Ubicumque fuerit corpus, illic congregabuntur et aquilæ. Statim autem post tribulationem dierum illorum, sol obscurabitur, et luna non dabit lumen suum, et stellæ cadent de cælo, et virtutes cælorum commovebuntur: et tunc parebit signum Filii hominis in cælo: et tunc plangent omnes tribus terræ: et videbunt Filium hominis venientem in nubibus cæli cum virtute multa et majestate. Et mittet angelos suos cum tuba et voce magna; et congregabunt electos ejus a quatuor ventis, a summis cælorum usque ad terminos eorum. Ab arbore autem fici discite parabolam: cum jam ramus ejus tener fuerit, et folia nata, scitis quia prope est æstas: ita et vos cum videritis hæc omnia, scitote quia prope est in januis. Amen dico vobis: quia non præteribit generatio hæc donec omnia hæc fiant. Cælum et terra transibunt, verba autem mea non præteribunt.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Cuando viereis en el lugar santo la abominacion de la desolacion de que ha hablado el profeta Daniel (el que lee, que comprenda): los que estuvieren en la Judea, huyan á los montes; el que entonces se hallare sobre el techo, no baje á tomar cosa alguna de su casa; y el que se encontrare en el campo, no vuelva atrás para tomar su vestido. ¡Ay de las mujeres que en aquel tiempo estuvieren preñadas, y de las que alactasen sus hijos! Sin embargo, pedid que no tengais que huir en invierno ni en el dia del sábado. Porque la desolacion será grande, y tal que no la habrá habido semejante desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá jamás. Entonces, si alguno os dice, ahí está el Cristo, ó allá está, no lo creais; porque aparecerán falsos cristos y falsos profetas, que harán cosas tan estraordinarias y tan prodigiosas que los mismos elegidos, si fuera posible, serian engañados. Vosotros veis que os lo he dicho con anticipacion. Si, pues, os dijeren: Hélo allá, en el desierto está; hélo aquí en lo interior de la casa, no creais nada. Porque así como el relámpago parte del Oriente, y se deja ver hasta el Occidente, del mismo modo sucederá la venida del Hijo del hombre. En cualquiera parte que esté el cuerpo, se congregarán tambien las águilas. Pero inmediatamente despues de estos dias de tribulacion el sol se oscurecerá, la luna no alumbrará, las estrellas caerán del cielo, y las virtudes celestiales se conmoverán. Entonces la señal del Hijo del hombre aparecerá en el cielo; entonces todas las naciones de la tierra harán público su dolor, y verán venir al Hijo del hombre sobre las nubes con gran poder y majestad. Al mismo tiempo enviará sus ángeles con la trompeta, y una voz estrepitosa congregará sus elegidos de las cuatro partes de la tierra, de un estremo del cielo á otro. Ahora bien, atended á una parábola tomada de la higuera: cuando comienza á tener ramas tiernas, y brotan las hojas, conoceis que está cerca el estío: del mismo modo vosotros, cuando viereis todas estas cosas, sabed que el Hijo del hombre está próximo y á la puerta. En verdad os digo que no pasará esta generacion sin que esto suceda. El cielo y la tierra pasarán; pero mis palabras no pasarán.

MEDITACION.

Sobre la gran verdad que todo pasará; pero la palabra de Dios no pasará.

Punto primero.—Considera que todo pasa; todo está sujeto á la caducacion en el mundo: grandezas mundanas, monarquías poderosas cimentadas con la sangre de tantas víctimas de la ambicion, leyes autorizadas con los sellos mas sagrados, edictos, decretos, usos, todo está sujeto á la revolucion, todo se altera con el tiempo, todo se gasta, todo muda; de suerte que Salomon ha dicho con razon: que «nada hay estable bajo del sol. (Ecl. 2.)» Hablando David de los cielos que son la obra de las manos del Señor, de la tierra que él mismo ha sentado sobre sus fundamentos, y comprendiendo bajo de estos dos objetos todo lo que hay mas firme y mas durable en el mundo, esclama: todo esto perderá un dia toda su belleza, todo su brillo, todo se gastará como un vestido; pero «vos, ó Dios mio, permanecereis siempre el mismo.» Todo tiene sus edades, y todo envejece. «Vos mudareis todas las cosas, dice el Sabio, como se muda una capa vieja (Ecl. 2.); todo muda, todo pasa; pero vos, Señor, repite David, no mudais, y los años no pasan para vos. (Psalm. 101.)» Del mismo modo todo se desmiente á escepcion de la palabra de Dios; sus oráculos son infalibles, y nada puede debilitar ni alterar la verdad y la santidad de sus máximas y de sus leyes. Todo lo que el Salvador ha dicho es verdad; sus consejos, sus preceptos son oráculos que la verdad

esencial y eterna ha pronunciado. Sutilice y refine el entendimiento del hombre cuanto le agradare; ponga en tortura su razon para eludir todo lo que le parece demasiado incómodo al amor propio en la ley del Señor, y demasiado severo en el Evangelio: la verdad de todo lo que el Salvador nos ha dicho subsistirá eternamente. Corrómpase cuanto se quiera la palabra de Dios con falsas interpretaciones; disfrácesela con vanas sutilezas; fórmese cada uno á su gusto un sistema de conciencia cómodo é indulgente, apoyado en mil autoridades; parezca haber proscrito por el no uso las máximas mas santas del Evangelio; siempre será verdad que no estamos en este mundo sino para trabajar en el negocio de nuestra salvacion, y que propiamente no tenemos mas que este solo negocio. Siempre será verdad que el camino que conduce á la vida es estrecho; que hay pocos que vayan por este camino estrecho; que es menester llevar su cruz todos los dias; que es menester hacerse violencia á todas las horas del dia. Siempre será verdad que el Evangelio es la única regla de las costumbres; que el espíritu y las máximas del mundo son enteramente opuestos al espíritu y á las máximas de Jesucristo; que es en vano que el hombre se lisonjee de pertenecer al número de los discípulos de Jesucristo, si vive segun el espíritu y las máximas del mundo. En fin, siempre será verdad que una vida blanda, deliciosa, mundana, no fué jamás una vida cristiana; que es preciso dar cuenta á Dios de todos los talentos que se han recibido; de todo el bien que se debia hacer y no se ha hecho; de todo el mal que se ha hecho, y aun de todas las palabras ociosas. Que la relajacion debilite la fé; que el libertinaje sufoque los sentimientos de religion; que los malos ejemplos adormezcan: las verdades del Evangelio no envejecerán jamás; todo lo que Jesucristo ha dicho es verdad; sus palabras no pasarán; nuestra religion es tan invariable en su moral como en sus dogmas. ¡Ah, Señor, en qué vendrán, pues, á parar tantos malos cristianos!

Punto segundo.--Considera que si las palabras de Jesucristo son tan infalibles; si sus amenazas son tan seguras como sus promesas; si todo lo que contiene su Evangelio es palabra de Jesucristo; si lo que contienen de santo y perfecto tantos libros de piedad no es mas que un estracto del Evangelio: ¿qué deben pensar, ó mejor, qué no deben temer tantas personas para quienes todos estos auxilios y estas lecciones son inútiles? ¡Qué cuenta tan terrible no tendrán que dar á Dios los que abusaren de tantas instrucciones saludables y de tan poderosos socorros! Sin hablar de tantas otras obras piadosas, llenas del espíritu de Dios y de uncion, ¿qué auxilios no han podido hallar en estos ejercicios de piedad para todos los dias del año? ¿qué ejemplos tan grandes de virtud en la vida de tantos santos, tan propios para confundir nuestra flojedad, para hacernos volver de nuestros estravíos, para servirnos hasta de guias, ó al ménos de modelos? ¿qué lecciones de conducta mas saludables y mas seguras que las que habrán encontrado en el Evangelio y en la Epístola de cada dia? ¿qué de verdades prácticas en las reflexiones y en las meditaciones sobre las Epístolas y Evangelios? por fin, ¿dejarán algun pretesto á nuestra cobardía y á nuestra ignorancia todas estas prácticas de piedad tan circunstanciadas y puestas al alcance de todo género de personas? Instruidos de lo que Dios pide de nosotros, ¿qué es lo que puede asegurarnos, si no hacemos lo que Dios pide? ¿Creemos que nuestros pretestos, nuestras escusas, ó por hablar con mas justicia, nuestras repulsas, debilitarán la infalibilidad del oráculo? ¿Nos será admitido el decir: nosotros hemos respetado la palabra de Jesucristo; hemos vivido persuadidos que todo lo que ha dicho es verdad; hemos creido que no habia otro camino para ir al cielo que el que nos ha enseñado; pero nosotros no le hemos seguido, porque el mayor número de aquellos con quienes hemos vivido llevaban otro, y la multitud nos ha arrastrado consigo? Nó, no ignoramos que todo pasa, que nosotros mismos pasamos tambien en cada momento; que los bienes y males de esta vida pasan; pero la palabra de Jesucristo no pasará; todo lo que él ha dicho del juicio último, del rigor y de la duracion eterna de las penas del infierno; de la felicidad y de los gozos inefables de los santos en el cielo; del mérito de los sufrimientos y de las adversidades de los justos en esta vida, todo es verdad, todo es infalible, y todo lo que es contrario á estos orâculos no es mas que error é ilusion. ¿Cuál será, pues, la suerte de aquellos que no hayan creido estas grandes verdades, ó que las hubieran alterado? ¿cuál será el destino de aquellos que habiendo tenido fé no hubieran vivido conforme á su creencia? ¿Qué desdicha la de aquellos que no hubieren muerto en el seno de la Iglesia católica, apostólica, romana, única depositaria de la verdadera fé y de la palabra de Jesucristo, ó que habiendo vivido y muerto en su seno no han seguido su moral! En su escuela es en donde debe aprenderse lo que es necesario creer, y lo que es menester hacer para salvarse.

Este será tambien, Señor, todo mi estudio, mediante el auxilio de vuestra gracia. Vos sois la verdad, el camino y la vida; escuchando con docilidad vuestra divina palabra, y caminando con fidelidad por este camino, espero que me haréis la gracia de que llegue á aquel dichoso término que es la vida eterna y el colmo de todas las felicidades. Amen.

Jaculatorias.--Dichosos los que oyen la palabra de Dios, y la ponen en práctica. (Luc. 11.)

Vuestra palabra, Señor, será de hoy en adelante una antorcha que conducirá mis pasos; una luz que me descubrirá el camino que debo tomar. (Psalm. 118.)

PROPÓSITOS.

1 El cielo y la tierra pasarán; desvaneceránse las grandezas humanas; vendrán al suelo las fortunas mas brillantes por mas bien cimentadas que estén; placeres, honras, dignidades, riquezas, todo tiene sus edades, todo tiene sus períodos; cuando se ha llegado al fin de la subida, es preciso descender, solo á fuerza de remo se sube rio arriba; pero apenas se deja de bogar, se desciende. Todo envejece cada dia y en cada hora; todo pasa con rapidez, todo se nos escapa, y nosotros pasamos tambien, pero las palabras de Jesucristo no pasarán. Todas sus lecciones son verdades, y todas estas verdades son eternas. Seguir al mundo, es dejarnos llevar del torrente en donde nos anegamos; seguir la inclinacion de las pasiones, es correr á nuestra pérdida; apoyarnos en las criaturas, es asirnos á un junco que se dobla, á una caña que nos hiere al romperse. Penetrémonos bien de esta importante verdad. Meditémosla sin cesar, y no perdiendo ja-

más de vista las verdades del Evangelio, ejercitémonos todos los dias en la práctica de lo que nos enseña, que es lo que Jesucristo nos ha dicho.

2 Como es hoy el último dia del año eclesiástico, destinemos una hora, ó á lo ménos media de la tarde, para recordar por mayor en nuestro espíritu todas las verdades de dogma y de moral práctica que hemos encontrado en esta obra. Todas estas grandes verdades sacadas del Evangelio no pasarán. El mundo verá pasar sus partidarios y sus esclavos; el tiempo verá pasar las modas, los usos, las máximas del mundo; pero las de Jesucristo no pasarán. Nosotros las hemos hallado circunstanciadas, esplicadas en esta obra; tal vez han sido ellas el asunto de nuestra lectura diaria, y ellas han debido ser el de nuestras reflexiones; ¿han sido pues ellas el fundamento de nuestra conducta? ¿qué fruto hemos sacado de ellas? ¡qué cuenta no tendremos que dar de tantas lecciones que se nos han dado, si no nos hemos aprovechado de ellas! Se nos ha mostrado el camino del cielo; ¿hemos adelantado mucho en él? Se nos ha enseñado la ciencia de los santos; ¿hemos aprovechado mucho en ella? Y despues de haber visto tan grandes ejemplos de virtud, despues de haber leido tantas prácticas santas, ¿nos hemos hecho mas cristianos y mas santos? Supuesto, pues, que las palabras de Jesucristo no deben pasar jamás, arreglemos de hoy en adelante nuestras costumbres y nuestra conducta á sus palabras, y comenzando de nuevo á leer esta obra tomemos una resolucion firme de adelantar todos los dias en la vida cristiana.

FIN DEL TOMO CUARTO Y ÚLTIMO.

INDICE

DE LAS DOMINICAS Y OTRAS FESTIVIDADES CONTENIDAS EN ESTE

TOMO CUARTO.

Pág.

Advertencia de los editores. 5
Fiestas movibles. 6
Tabla de las fiestas movibles. 6
Historia del domingo. 7
Primer domingo de Adviento, y su historia. 9
El Evangelio y Meditacion: Sobre la venida del Hijo de Dios como Salvador y como Juez. 12
Segundo domingo de Adviento, y su historia. 13
El Evangelio y Meditacion: De la vida blanda. 16
Tercer domingo de Adviento, y su historia. 18
El Evangelio y Meditacion: Cuán poco conocido es Jesucristo, y cuán poco amado de aquellos mismos que le conocen. 21
Cuarto domingo de Adviento, y su historia. 23
El Evangelio y Meditacion: Sobre el deseo ardiente que debemos tener de la venida del Salvador. 26
Domingo entre Navidad y la Epifanía, y su historia. 28
El Evangelio y Meditacion: De la voluntad que Dios tiene de salvar á todos los hombres. 32
Segundo domingo despues de la Epifanía, y su historia. 34
El Evangelio y Meditacion: Cuánta fortuna tienen aquellos por quienes se interesa la Santísima Vírgen. 37
Tercer domingo despues de la Epifanía, y su historia. 38
El Evangelio y Meditacion: Sobre la confianza en Dios. 41
Cuarto domingo despues de la Epifanía, y su historia. 43
El Evangelio y Meditacion: Sobre la falta de confianza y de fé. 46
Quinto domingo despues de la Epifanía, y su historia. 47
El Evangelio y Meditacion: Sobre la falsa virtud. 50
Sexto domingo despues de la Epifanía, y su historia. 52
El Evangelio y Meditacion: Sobre el pensamiento de la muerte. 55
Domingo de Septuagésima, y su historia. 56
El Evangelio y Meditacion: Sobre las diversiones del carnaval. 60
Domingo de Sexagésima, y su historia. 62

Pág.

El Evangelio y Meditacion: De los obstáculos que impiden á la gracia el producir sus efectos. 66
Domingo de Quincuagésima, y su historia. 68
El Evangelio y Meditacion: Que los pecadores crucifican de nuevo á Jesucristo en sí mismos. 71
Miércoles de Ceniza, y su historia. 73
El Evangelio y Meditacion: Sobre la ceremonia de la ceniza. 77
Jueves despues de Ceniza, y su historia. 79
El Evangelio y Meditacion: Sobre la fé viva. 82
Viernes despues de Ceniza, y su historia. 84
El Evangelio y Meditacion: Del amor que debemos tener á nuestros enemigos. 88
Sábado primero de Cuaresma, y su historia. 89
El Evangelio y Meditacion: De las persecuciones y tempestades que han agitado á la Iglesia en todos los siglos. 93
Domingo primero de Cuaresma, y su historia. 95
Himno de Vísperas en el oficio cuadragesimal. 98
El Evangelio y Meditacion: Sobre las tentaciones. 100
Lunes primero de Cuaresma, y su historia. 101
El Evangelio y Meditacion: Del juicio universal. 104
Martes primero de Cuaresma, y su historia. 106
El Evangelio y Meditacion: Del respeto debido á las iglesias. 109
Miércoles primero de Cuaresma, llamado tambien miércoles de las Témporas, y su historia. 110
El Evangelio y Meditacion: Sobre la recaida. 114
Jueves primero de Cuaresma, y su historia. 116
El Evangelio y Meditacion: Sobre la oracion. 118
Viernes primero de Cuaresma, llamado tambien viernes de las cuatro Témporas, y su historia. 120
El Evangelio y Meditacion: Sobre que no se debe contar sino con Dios. 122
Sábado primero de Cuaresma, llamado comunmente de las cuatro Témporas, y su historia. 124
El Evangelio y Meditacion: Sobre que no podemos ser felices ni aun en esta vida, sino estando con Jesucristo. 126
Domingo segundo de Cuaresma, y su historia. 128
El Evangelio y Meditacion: Sobre el misterio de la trasfiguracion. 131
Lunes segundo de Cuaresma, y su historia. 132

El Evangelio y Meditacion: Sobre la impenitencia final. 134
Martes segundo de Cuaresma, y su historia. 136
El Evangelio y Meditacion: Sobre el falso zelo. 138
Miércoles segundo de Cuaresma, y su historia. 140
El Evangelio y Meditacion: Sobre la estimacion que debemos hacer de las adversidades. 143
Jueves segundo de Cuaresma, y su historia. 145
El Evangelio y Meditacion: Del infierno. 148
Viernes segundo de Cuaresma, y su historia. 149
El Evangelio y Meditacion: Sobre el precio de la salvacion. 153
Sábado segundo de Cuaresma, y su historia. 155
El Evangelio y Meditacion: Sobre la parábola del hijo pródigo. 160
Domingo tercero de Cuaresma, y su historia. 162
El Evangelio y Meditacion: De las grandezas y prerogativas de la Santísima Vírgen. 166
Lunes tercero de Cuaresma, y su historia. 168
El Evangelio y Meditacion: Sobre las contradicciones que deben esperar las personas buenas. 172
Martes tercero de Cuaresma, y su historia. 174
El Evangelio y Meditacion: Sobre la caridad cristiana. 177
Miércoles tercero de Cuaresma, y su historia. 178
El Evangelio y Meditacion: Del buen uso del tiempo. 182
Jueves tercero de Cuaresma, que se llama mitad de Cuaresma, y su historia. 184
El Evangelio y Meditacion: Sobre la desgracia que es el salir de este mundo sin estar preparado. 187
Viernes tercero de Cuaresma, que tambien se llama de la Samaritana, y su historia. 188
El Evangelio y Meditacion: De la gracia. 192
Sábado tercero de Cuaresma, y su historia. 195
El Evangelio y Meditacion: Sobre la dulzura de Jesucristo. 200
Domingo cuarto de Cuaresma, y su historia. 202
El Evangelio y Meditacion: De los medios que todos tenemos para obrar nuestra salvacion. 206
Lunes cuarto de Cuaresma, y su historia. 207
El Evangelio y Meditacion: Sobre la irreverencia en las iglesias. 210
Martes cuarto de Cuaresma, y su historia. 212
El Evangelio y Meditacion: Del pecado mortal. 216
Miércoles cuarto de Cuaresma, y su historia. 217
El Evangelio y Meditacion: Sobre la ceguera espiritual. 221
Jueves cuarto de Cuaresma, y su historia. 223
El Evangelio y Meditacion: De la necesidad de prepararse para la muerte. 226
Viernes cuarto de Cuaresma, y su historia. 228
El Evangelio y Meditacion: Sobre los sentimientos de un pecador moribundo. 231
Sábado cuarto de Cuaresma, y su historia. 234
El Evangelio y Meditacion: De lo poco conocido que es Jesucristo, y lo poco amado que es de los mismos que le conocen. 237
Domingo de Pasion y su historia. 239
Himno. 242
Himno de san Ambrosio. 243
El Evangelio y Meditacion: Sobre la desgracia que es el que Jesucristo se retire de nosotros. 244
Lunes de Pasion y su historia. 246
El Evangelio y Meditacion: Del juicio particular. 249
Martes de Pasion y su historia. 251
El Evangelio y Meditacion: Del buen uso de las cruces. 255
Miércoles de Pasion y su historia. 265
El Evangelio y Meditacion: Sobre el camino de la perdicion. 260
Jueves de Pasion y su historia. 262
El Evangelio y Meditacion: Sobre el modelo de la verdadera penitencia. 265
Viernes de Pasion y su historia. 269
La festividad de la Compasion de la Santísima Vírgen ó los Dolores de nuestra Señora. 269
Himno *Sabat Mater*. 271
El Evangelio y Meditacion: De los Dolores de la Santísima Vírgen. 273
Sábado de Pasion y su historia. 274
El Evangelio y Meditacion: De la mortificacion del cuerpo. 278
SEMANA SANTA. 280
Domingo de Ramos y su historia. 282
El Evangelio y meditacion: Sobre el misterio de este dia. 286
Lunes Santo y su historia. 292
El Evangelio y Meditacion: De la falsa delicadeza de conciencia. 295
Martes Santo y su historia. 297
El Evangelio y Meditacion: De la pasion de Jesucristo en el huerto de los Olivos. 301
Miércoles Santo y su historia. 306
El Evangelio y Meditacion: De la pasion de nuestro Señor Jesucristo en la ciudad de Jerusalen. 312
Jueves Santo y su historia. 318
Himno de santo Tomás de Aquino. 322
El Evangelio y Meditacion: Sobre la institucion del Santísimo Sacramento. 324
Viernes Santo y su historia. 326
Himno. 332
El Evangelio y Meditacion: De la pasion de nuestro Señor Jesucristo en el Calvario. 334
Sábado Santo y su historia. 338
El Evangelio y Meditacion: Sobre el misterio de este dia. 344
Domingo de la Resurreccion de nuestro Señor Jesucristo, ó sea Domingo de Pascua y su historia. 346
Secuencia *Victimæ Paschali* etc. 352
El Evangelio y Meditacion: Sobre el misterio de la Resurreccion. 352
Lunes de Pascua y su historia. 354
El Evangelio y Meditacion: Sobre la resurreccion espiritual. 358
Martes de Pascua y su historia. 360
El Evangelio y Meditacion: De las señales de la verdadera resurreccion espiritual. 364
Domingo de Cuasimodo y su historia. 365
Himno *Ad regias Agni* etc. 368
El Evangelio y Meditacion: De la fé. 369
Domingo segundo despues de Pascua y su historia. 371
El Evangelio y Meditacion: De la misericordia de Dios con los pecadores. 374

Domingo tercero despues de Pascua y su historia. 375
El Evangelio y Meditacion: Que en este mundo no hay ni puede haber verdadera alegría sino en el corazon de los buenos. 379
El Patrocinio de san José, cuya festividad se celebra en la dominica III despues de Pascua. 381
El Evangelio y Meditacion: Sobre la vanidad del favor humano. 385
Domingo cuarto despues de Pascua, y su historia. 387
El Evangelio y Meditacion: Del mundo. 391
Domingo quinto despues de Pascua, y su historia. 392
El Evangelio y Meditacion: De la confianza en Dios. 396
Las Rogaciones, y su historia. 397
El Evangelio y Meditacion: De la oracion. 401
La Ascencion de nuestro Señor Jesucristo, y su historia. 403
Himno *Salutis humanæ* etc. 408
El Evangelio y Meditacion: Sobre el misterio del dia. 409
Domingo despues de la Ascension, y su historia. 411
El Evangelio y Meditacion: De las contradicciones y pruebas á que están espuestos los buenos. 414
Domingo de Pentecostés, y su historia. 416
Himno *Veni, Creator* etc. 420
Secuencia *Veni, Sancte Spiritus* etc. 422
El Evangelio y Meditacion: Sobre el misterio del dia. 422
Dia segundo de Pentecostés, y su historia. 424
El Evangelio y Meditacion: Cuánto nos ha amado Dios, y cuán poco le amamos nosotros. 427
Dia tercero de Pentecostés, y su historia. 429
El Evangelio y Meditacion: Sobre los dones y los frutos del Espíritu Santo. 432
La fiesta de la Santísima Trinidad, y su historia. 434
El Evangelio y Meditacion: Sobre el misterio del dia. 438
La festividad del Santísimo Sacramento, ó Corpus, y su historia. 439
Himno *Pange lingua* etc. 444
Himno *Sacris Solemniis* etc. 444
Himno *Verbum Supernum* etc. 445
Secuencia *Lauda, Sion* etc. 446
El Evangelio y Meditacion: Del Santísimo Sacramento de la Eucaristía. 448
Letrillas en honra del Santísimo Sacramento. 450
Domingo infraoctavo del Santísimo Sacramento y segundo despues de Pentecostés, y su historia. 450
El Evangelio y Meditacion: Sobre las escusas que alejan á muchos de la comunion. 454
Dia de la octava de la festividad del Santísimo Sacramento, y su historia. 455
El Evangelio y Meditacion: De nuestra ingratitud con Jesucristo en el Santísimo Sacramento. 461
Domingo tercero despues de Pentecostés, y su historia. 463
El Evangelio y Meditacion: De la alegría que causa en el cielo la conversion de un pecador. 467
Domingo cuarto despues de Pentecostés, y su historia. 469
El Evangelio y Meditacion: De la renuncia que debemos hacer de todo lo que mas amamos por amor de Jesucristo. 473
Domingo quinto despues de Pentecostés, y su historia. 474
El Evangelio y Meditacion: De la caridad que debe tenerse con el prójimo. 479
Domingo sexto despues de Pentecostés, y su historia. 480
El Evangelio y Meditacion: Del cuidado que Dios tiene con los que se dedican á su servicio y le siguen. 486
Domingo séptimo despues de Pentecostés, y su historia. 487
El Evangelio y meditacion: De la verdadera devocion. 491
Domingo octavo despues de Pentecostés, y su historia. 493
El Evangelio y Meditacion: De la limosna. 496
Domingo nono despues de Pentecostés, y su historia. 498
El Evangelio y Meditacion. Qué desdicha es el no corresponder á la gracia. 502
Domingo décimo despues de Pentecostés, y su historia. 504
El Evangelio y Meditacion: De la humildad cristiana. 508
Domingo undécimo despues de Pentecostés, y su historia. 509
El Evangelio y Meditacion: De la verdadera piedad propia de cada estado. 514
Domingo duodécimo despues de Pentecostés, y su historia. 515
El Evangelio y Meditacion: De las obras de misericordia. 519
Domingo décimotercio despues de Pentecostés, y su historia. 521
El Evangelio y Meditacion: Que no hay otro mal verdadero en la tierra mas que el pecado. 525
Domingo décimocuarto despues de Pentecostés, y su historia. 527
El Evangelio y Meditacion: Que no es posible servir á Dios y al mundo á un mismo tiempo. 531
Domingo décimoquinto despues de Pentecostés, y su historia. 533
El Evangelio y Meditacion: La muerte es dulce para los buenos, y terrible para los pecadores. 537
Domingo décimosexto despues de Pentecostés, y su historia. 538
El Evangelio y Meditacion: Del orgullo. 542
Domingo décimoséptimo despues de Pentecostés, y su historia. 544
El Evangelio y Meditacion: De los defectos que se hallan en el amor que nos lisonjeamos tener á Dios. 547
Domingo décimoctavo despues de Pentecostés, y su historia. 549
El Evangelio y Meditacion: Que no hay verdadera felicidad sobre la tierra sino en el servicio de Dios. 553
Domingo décimonono despues de Pentecostés, y su historia. 554
El Evangelio y Meditacion: Sobre el pequeño número de los que se salvan. 558

Domingo vigésimo despues de Pentecostés, y su historia. 560
El Evangelio y Meditacion: De la pronta obediencia á la voz de Dios. 563
Domingo vigésimoprimero despues de Pentecostés, y su historia. 564
El Evangelio y Meditacion: Del perdon de las injurias. 568
Domingo vigésimosegundo despues de Pentecostés, y su historia. 569
El Evangelio y Meditacion: Del estado de pecado mortal. 572
Domingo vigésimotercero despues de Pentecostés, y su historia. 574
El Evangelio y Meditacion: De la importancia de la salvacion. 578
Domingo vigésimocuarto y último despues de Pentecostés, y su historia. 579
El Evangelio y Meditacion: Sobre la gran verdad que *todo pasará; pero la palabra de Dios no pasará.* 583

FIN DEL ÍNDICE.

LIBRERIA ESPAÑOLA.

Gran surtido de Devocionarios y Semana Santas.

SECCION DE LUJO.

DIAMANTE DEL CRISTIANO, un tomo en 16.° de unas 500 páginas orladas con caprichosas viñetas encarnadas, edicion sobre papel superior, adornada con 8 láminas abiertas en acero, y 6 portadas en oro y colores, contiene un completísimo Devocionario y una Semana Santa.

OTRO DIAMANTE DEL CRISTIANO, edicion igual á la anterior, ilustrada con 24 láminas en acero, 2 portadas al cromo, y adornadas las páginas con delicadas viñetas en negro.

LA MUGER CATÓLICA, Devocionario y Semana Santa en un solo volúmen, de tamaño mas reducido que el del Diamante, va adornado con 24 láminas en acero.

LUZ DIVINA, edicion de gran lujo en letra gorda, dedicado á la senectud y cortos de vista, contiene la Misa y Semanero Santo, gran número de oraciones á varios Santos, y otras para ántes y despues de la confesion y comunion etc. etc., va adornado de 24 láminas en acero.

EUCOLOGIO ROMANO, Devocionario de 700 páginas, esmeradísima edicion, ilustrada con 8 láminas en acero, las mejores que se han publicado en España, contiene todo el rezo de la Iglesia en latin y castellano. Es el mejor y mas completo libro que se conoce, y ha sido tan bien acogido por el público que en ménos de dos años se han agotado tres numerosas ediciones.

SEMANA SANTA en latin y castellano, con notas aclaratorias de las ceremonias de la Iglesia, primorosa edicion adornada de 8 láminas en acero, un tomo de unas 700 páginas, tamaño igual al del Eucologio.

OTRA SEMANA SANTA en castellano, edicion en su género la mas completa que se conoce, forma un tomo en 16.° de unas 500 páginas con 8 láminas en acero, hay al final una esplicacion del modo que se celebran las fiestas en los santos lugares.

OTRA SEMANA SANTA, edicion económica, un tomo en 16.° menor con 8 láminas en acero.

JOYEL DE LA NIÑA CRISTIANA, Devocionario en prosa y verso dedicado á las niñas de primera comunion, contiene á mas de la misa todas las oraciones necesarias para antes y despues de la confesion y comunion, una pequeña Semana Santa, otras muchas oraciones, y va adornado de 8 láminas abiertas en acero.

EL RUBÍ DEL CRISTIANO, Devocionario de gran lujo en prosa y verso, tirado en papel vitela; de unas 500 páginas orladas con viñetas de color é ilustrado de primorosas láminas en acero.

LA LLAVE DEL PARAISO, edicion de gran tamaño y de carácter grueso dedicado á la senectud, lleva sus correspondientes láminas en acero.

SECCION ECONÓMICA Y DE COMPETENCIA.

EL DIAMANTE DIVINO, un tomo en 16.° menor de unas 400 páginas conteniendo Devocionario y Semana Santa con 10 láminas en acero.

EL IRIS CELESTE, Devocionario y Semana Santa, de letra gorda, adornado con 10 láminas en acero.

NOVISIMA PASIONARIA, un tomo de unas 400 páginas conteniendo muchas oraciones, un completo ordinario de la misa y una Semana Santa, con gran número de láminas intercaladas en el texto.

TESORO DIVINO, un tomo de unas 300 páginas, conteniendo un completísimo ejercicio cotidiano adornado de gran número de láminas al boj.

EL MINGUET, edicion esmeradísima sobre buen papel.

EL MINGUETILLO, edicion en 64.°

LA ESMERALDA, edicion diminuta dedicada á la niñez.

EJERCICIO COTIDIANO, edicion esmerada adornada de varias láminas al boj.

Barcelona: Imp. de L. Tasso, calle de Basea, n. 23. — 1853.

Biblioteca Pública de Valladolid

72014707 BPA 1841 (V.4)

LA

LEYENDA

DE ORO.

4

BPA
1841